Predicadores de los Siglos XVI y XVII

Tomo I.

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
3

Predicadores de los Siglos XVI y XVII.

Tomo I.

Sermones

del

P. Fr. Alonso de Cabrera

de la Orden de Predicadores.

Con un discurso preliminar

de

Don Miguel Mir, Pbro.,

de la Real Academia Española.



Madrid
Librería Editorial de Bailly//Baillière é Hijos
Plaza de Santa Ana, núm. 10.
1906

SERMONES

DEL

P. Fr. ALONSO DE CABRERA

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

DISCURSO PRELIMINAR

Es afirmación comúnmente admitida entre los escritores de nuestra historia literaria que no hemos tenido en España oradores sagrados muy excelentes que puedan ponerse en parangón con los que tuvieron otras naciones en los siglos de su mayor gloria y cultura intelectual.

Francia tuvo un Bossuet, un Massillon, un Bourdaloue, que ilustraron la cátedra sagrada con oraciones magníficas, que vivirán y resplandecerán como modelos en el discurso de los siglos. Italia se honrará eternamente con la grandiosa predicación de un Segneri, Bartoli y otros, la cual puede ser presentada como ejemplar al predicador cristiano. Otras naciones se glorían también con otros predicadores, que, si bien no de tanta fama como los citados, son motivo de legítimo orgullo y modelos á quienes acuden los cultivadores de la elocuencia del púlpito. España, dicen con cierta amargura nuestros historiadores literarios, no tiene ningún nombre que pueda oponer á nombres tan famosos.

Nuestros escritores ascéticos descuellan entre los mejores de la Iglesia. Después de la maravillosa eflorescencia producida por el espíritu cristiano en los primeros siglos del cristianismo y la no menos maravillosa fomentada por este mismo espíritu en la Edad Media, nada hay que pueda igualarse en las naciones modernas á lo que produjo España en los siglos XVI y XVII de nuestra historia en el orden de la enseñanza práctica de la vida cristiana. Ninguna nación tiene escritores iguales ni que puedan ser comparados á un Granada, á un Avila, á una Santa Teresa de Jesús, á un Fr. Juan de los Angeles y á otros mil que pudieran citarse. Su número es legión, y en esta legión son tantos los que sobresalen, que en ella se hace difícil distinguir á los guías y capitanes de los vulgares y soldados rasos. Aun á veces son más de admirar estos soldados rasos que los mismos capitanes. Pero si esto es verdad, y si nuestra literatura ascética es motivo de gloria perdurable para España, es fuerza que nos confesemos vencidos y rindamos las armas al tratar de la elocuencia sagrada y de la que propiamente se llama elocuencia del púlpito.

Nuestros teólogos resplandecen en el cielo de las ciencias teológicas con resplandor insuperable. Melchor Cano, Báñez, Suárez, Juan de Santo Tomás y otros, son y serán eternamente objeto de la más viva admiración y del más atento y profundo estudio. Muchos de estos teólogos fueron al propio tiempo predicadores, adoctrinando al público en los púlpitos de nuestras iglesias, al par que á sus alumnos en las cátedras de nues-

tras Universidades; pero ninguno de ellos dejó piezas de elocuencia tan perfectas como las dejaron los teólogos de otras naciones.

En resolución, la tierra de los grandes ascéticos y de los sublimes teólogos no fue la tierra de los grandes y elocuentes predicadores. Esto es lo que se dice en todas nuestras historias literarias con tal seguridad y uniformidad de afirmación, que cualquiera diría que debe pasar por autoridad de cosa juzgada.

Algunos aun van más allá, afirmando que la elocuencia del púlpito, tal como debe ser entendida, era poco menos que imposible en la España de los siglos XVI y XVII. «La religión, dice Ticknor [1], fue allí un conjunto de misterios, formas y penitencias; de manera que rara vez, y nunca con gran éxito, se empleaban aquellos medios de mover el entendimiento y el corazón que se usaron en Francia é Inglaterra desde mediados del siglo XVII». Así, la elocuencia del púlpito no solamente no existió en España, pero casi puede decirse que no pudo existir. Tales afirmaciones son evidentemente temerarias y aun falsas, y la última de Ticknor tan exorbitante, que si es disculpable en un protestante, es de todo punto indigna de un escritor que en otras partes dio muestras de conocer como pocos españoles la han conocido la historia de nuestra cultura literaria.

Para ver la falsedad ó exageración de estas afirmaciones, así en general, no son menester largos discursos ni muy difíciles ó delicadas investigaciones. Bastan unas cuantas ideas que están al alcance de cualquiera.

Alma de la elocuencia, dijo hace tiempo Quintiliano, y su dicho no ha sido contrastado por nadie, antes aprobado y confirmado por todos, es el corazón: *pectus est quod facit dissertos*. A este corazón pueden servirle de auxiliares una inteligencia clara y profunda, una fantasía vivaz y un lenguaje propio, limpio y hermoso. Cuando hay corazón, y cuando éste cuenta con tales auxiliares, ¿qué pecho no se dilata y enciende? ¿Quién no es elocuente? Y cuando esta elocuencia se pone al servicio de una causa nobilísima; cuando está asistida de una firmísima convicción, y cuando esta convicción estriba en la virtud é influencia sobrenatural de la fe, ¿qué rasgos, qué ríos, qué monumentos de elocuencia no deben esperarse?

Ahora bien; si ha habido nación ó gente que haya sobresalido por la vehemencia de los afectos que se simbolizan en el corazón; si ha habido hombres en quienes se actuase y resplandeciese la fuerza de una imaginación viva y pintoresca; si ha habido lenguaje que resplandeciese por las cualidades de sonoridad y majestuosa harmonía, es sin duda la nación, la gente y el lenguaje de España. ¿Y cuándo este corazón, esta fantasía y este lenguaje llegaron á mayor grado de viveza y hermosura que en la España de los siglos XVI y XVII? ¿Por qué, pues, no habían de producirse entonces en nuestros púlpitos obras de grandiosa elocuencia?

Si los libros ascéticos que escribieron los escritores de aquella edad gloriosamente venturosa son tan elocuentes, ¿por qué los hombres que los escribieron, que fueron muchos de ellos grandes predicadores, no habían de producir iguales efectos cuando hablaban desde los púlpitos á las muchedumbres? Si la lectura de estos escritores tanto nos cautiva y embelesa, ¿qué no haría el oirlos? ¿Qué efecto no haría su palabra hermosísima, animada por la entonación de la voz, por la majestad del hablar, por el fuego de la mirada? ¿Qué eficacia no tendría en el auditorio la vehemencia de un

[1] Ticknor, *Historia de la literatura española*, segunda época, cap. XXXVII.

maestro Juan de Avila, la facundia de un Fr. Luis de Granada, la dulzura suavísima de un Fr. Juan de los Angeles, la locución viva, variada, hermosísima, de otros mil que hoy, muerta como está en las páginas de los libros, es deleite incomparable para los que las leen?

Si la ciencia teológica dé un Fr. Luis de León, de un Melchor Cano y de otros ciento, á pesar de lo desgarbado del ropaje didáctico con que la cubrieron, tanto nos halaga, ¿qué efectos no lograría esta misma doctrina cuando, desatada de las formas de la escuela, saliese como río impetuoso de los labios de aquellos famosísimos teólogos? ¿Qué ratos deliciosísimos no pasarían los que asistiesen á la predicación de estos varones insignes, al escuchar aquellas oraciones suyas, en las cuales, bajando la mente de las sublimes alturas en que vivía de ordinario, declaraban en estilo llano y popular las mismas verdades que habían sido objeto de sus profundísimas solitarias investigaciones ó de sus discusiones científicas en las aulas de las Universidades? ¿Qué placer no causaría oir la explicación de estas verdades, iluminadas por sus clarísimas inteligencias, animadas del calor que palpitaba en sus pechos y exornadas con aquel lenguaje que brotaba de sus labios, lenguaje que, muerto, digámoslo así, en sus escritos, nos transporta de la más viva admiración?

Cierto, el efecto producido por la elocuencia de estos varones no pudo menos de ser maravilloso; y cuando volvemos la vista atrás, hacia los siglos pasados de nuestra historia, cuando fingimos con la mente lo que era la sociedad española en el siglo XVI y retraemos con la imaginación sus ideas, sus hábitos y costumbres, toda su manera de pensar y de obrar, así pública como privada, uno de los espectáculos más hermosos que es dado representar á la fantasía es el de alguna de aquellas grandes congregaciones de fieles, en las cuales alguno de esos grandes teólogos, un Melchor Cano por ejemplo, explicaba al pueblo la palabra de Dios, y este pueblo, grave, atento, religioso, cuya inteligencia estaba iluminada por la misma fe que iluminaba al predicador y cuyo corazón se movía y palpitaba al unísono del de éste, recibía en su inteligencia y guardaba en su corazón, para que fructificasen en él, las semillas de eterna verdad que desde la cátedra sagrada esparcía á la muchedumbre el intérprete de la palabra divina.

Y de una sociedad en que se ofrecían todos los días semejantes espectáculos ¿se ha de decir que no nos dejó modelos de elocuencia cristiana, que no nos los pudo dejar y aun que estaba incapacitada para dejárnoslos? Esto es imposible.

Más: es cosa convenida entre todos haber sido tal el vigor intelectual, científico y literario de aquella época en España, que no hubo forma ó género literario que no recibiese extraordinario fomento ó impulso, que no tuviese cultivadores eximios y que no dejase monumentos, que son la admiración de propios y extraños; y siendo esto así, como sin duda lo es, ¿sólo la elocuencia del púlpito había de ser vana, estéril é infecunda? ¿sólo este género literario dejaría de ser cultivado? ¿de sólo él no nos habría dejado aquella edad ningún monumento digno de memoria ó aprecio? Esto es evidentemente absurdo. Y hay que decir ó que se desconoce totalmente la historia de nuestra elocuencia, ó que no se han estudiado sus monumentos á la luz de la buena crítica, ó que aquí hay un paralogismo, engaño ó embrollo de ideas que ha perturbado extrañamente las inteligencias en este punto.

Procuremos aclarar este embrollo, poniendo las cosas en su lugar y buscando el criterio seguro que debe guiarnos en esta materia.

Una de las verdades más claras, más asentadas é inconcusas, y en que es necesario tomar pie en esta discusión, es que la cultura que florecía en España en los siglos XVI y XVII era esencialmente cristiana, engendrada, criada y fomentada por la Iglesia. Tal vez ningún pueblo ni ninguna nación ha estado más embebida y empapada con este espíritu que el pueblo y la nación española de aquellos dos siglos. Más aún: la España de los siglos XVI y XVII no sólo fue esencialmente cristiana, sino eclesiástica, y aun, digámoslo muy alta y claramente, monástico-religiosa. Tal vino á ser también el carácter más preeminente de toda su cultura intelectual, científica y literaria.

En este carácter de nuestra cultura intelectual verán unos la mayor de las glorias de España; otros, su mayor mengua y defecto; pero todos han de convenir en que así fue y que no pudo ser de otra manera; la virtud plástica, formativa, tradicional de nuestra sociedad, obrando en ella por espacio de muchos siglos, no pudo menos de producir este efecto, á pesar de otras fuerzas extrañas ó accidentales que pudiesen influir en la formación ó educación de esta sociedad.

El llamado *Renacimiento*, esto es, el estudio de la antigüedad clásica, tuvo en España eximios cultivadores, y la influencia de su enseñanza se dejó sentir en todas las esferas de la inteligencia; pero esta influencia fue muy parcial, y si consiguió ajustar los ingenios á los cánones de la belleza antigua, nunca ó rarísimas veces invadió los límites de la moral ni trastornó los cánones ó géneros literarios tales como los había asentado la tradición cristiana; pudo mejorar ó empeorar estos cánones, pero nunca logró desviar nuestra tradición del camino en que había entrado desde los albores de nuestra primitiva, independiente y nacional cultura. Nuestros grandes maestros en el estudio de la clásica antigüedad, Nebrija, Vergara, Jiménez Patón, adoctrinaron las inteligencias de los españoles en los preceptos de los clásicos griegos y latinos, pero sin apartarlos de sus antiguos ideales esencialmente cristianos. En verdad, jamás lograron, ni tampoco lo pretendieron, oponerse á estos ideales; más bien quisieron mejorarlos.

Esta idea hay que tenerla muy presente al tratar de toda nuestra literatura en los siglos XV, XVI y XVII, y especialmente de nuestra literatura popular, y más especialmente aún de nuestra elocuencia del púlpito, que es esencialmente popular y aun vulgar en el sentido más propio de la palabra. A la luz de esta doctrina se ha de mirar y estudiar la predicación de nuestro siglo de oro. Teniéndola presente, se juzgará de ella acertadamente; olvidándola, no podrá menos de incurrirse en gravísimos y fundamentales errores, aun en el orden artístico y literario.

Ahora bien; esta elocuencia del púlpito, esta predicación cristiana popular, tiene sus leyes fijas, sus principios á que debe inconmoviblemente estar atenida, y según ellos debe ser juzgada y criticada. ¿Cuáles son estas leyes y principios?

Se ha dicho y repetido de mil maneras, y por muchas que se diga y repita no se repetirá bastante, ya que al hacerlo no se hace sino repetir lo que dijo claramente Nuestro Señor Jesucristo, que al venir éste al mundo vino para renovarlo todo, para dar á todo vida nueva y vida más noble, sobrenatural y divina. Todo el humano vivir recibió con el advenimiento de Cristo impulso más vivo, más alto y generoso. Ciencias, artes, filosofía, todo lo renovó y engrandeció la fe soberana de Cristo.

Pero si eso es verdad de todas las partes y elementos de que se compone el

vivir humano, una de las cosas en que desde el principio se manifestó muy especialmente esta renovación y engrandecimiento fue en el instrumento por el cual se comunicó exteriormente esta fe soberana.

La palabra del hombre, débil como es, imperfecta, participante de todas las flaquezas del que la aplica, es el mensajero de la palabra divina, de la Buena Nueva, del Evangelio, en quien está librada la salvación del mundo. «La fe, dice San Pablo [1], proviene del oir, y el oir depende de la predicación de la palabra de Jesucristo». El cristiano es hijo de Dios engendrado por la palabra de la verdad, y esta verdad es llevada al corazón del hombre por virtud de la palabra humana. Unida esta palabra á la virtud de la fe, no pudo menos de participar en alguna manera de la virtud divina. La palabra puramente humana, profana, gentílica, era inadecuada para ministerio tan sublime. A nuevas y más altas verdades debía corresponder nueva y más alta y más sublime manera de decirlas.

La fe «no es palabra del hombre, dice San Pablo, sino que es verdaderamente palabra de Dios» [2].

«Nosotros hacemos el oficio de legados por Cristo, como si Dios os exhortase por nosotros» [3].

«No hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para conocer lo que nos fue otorgado por Dios; lo cual hablamos, no en palabras doctas y de sabiduría humana, sino en doctrina del espíritu, comparando palabras espirituales á cosas espirituales» [4].

«Hablamos la sabiduría entre los perfectos; mas no la sabiduría de este siglo ni de los príncipes de este siglo, que se destruyen, sino la sabiduría en el misterio» [5]; «gran sacramento de la piedad, que fue manifestado en la carne, justificado en el espíritu, que apareció á los ángeles, fue predicado á las gentes, ha sido creído en el mundo, ascendido á la gloria» [6].

Atenido á estas enseñanzas del Predicador de las gentes, dice un moderno elocuente orador [7]: «La religión cristiana, como en otro tiempo la religión judaica, de la que fue complemento y perfección, se creó una retórica y una elocuencia propias, que nada tienen de común con la retórica y la elocuencia de los gentiles, que son tan superiores á ellas en la elevación de los conceptos, en la grandeza de las miras, en la magnificencia de la dicción y en la fuerza de la persuasión, cuanto el cristianismo es superior al paga-

(1) *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Chisti* (Rom., X, 17).

(2) *Non verbum hominis sed vere verbum Dei* (I Thessalon., II, 13).

(3) *Pro Christo legatione fungimur tanquam Deo exhortante per nos* (II Corint., V, 20).

(4) *Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus quæ a Deo donata sunt nobis, quæ et loquimur non in doctis humanæ sapientiæ verbis, sed in doctrina spiritus, spiritualia spiritualibus comparantes* (I Corint., II, 12 y 13).

(5) *Sapientiam autem loquimur inter perfectos; sapientiam vero non hujus sæculi, neque principum hujus sæculi, qui destruuntur, sed loquimur Dei sapientiam in mysterio* (I Corint., c. II, 6 y 7).

(6) *Et manifeste magnum est pietatis sacramentum, quod manifestatum est in carne, justificatum est in spiritu, apparuit angelis, prædicatum est gentibus, creditum est in mundo, assumptum est in gloria* (Timoth., II, 3 y 16).

(7) El P. Ventura Ráulica, en *La escuela de los milagros*, tomo I, prólogo.

nismo, Dios al hombre, el cielo á la tierra y á los intereses pasajeros del tiempo los intereses de las almas en la eternidad».

El divino modelo de esta predicación fue Nuestro Señor Jesucristo, el Angel del gran consejo, el anunciador de la Buena Nueva, el sembrador de la semilla divina, que, arraigada en los corazones de los hombres, había de dar en ellos frutos de vida eterna.

Los Apóstoles fueron los continuadores de la obra de Nuestro Señor Jesucristo, y así como éste no había anunciado á los hombres más que lo que había oído á su Padre, así aquellos no anunciaban más que lo que habían oído y visto en la persona de su Maestro; así los que le habían visto y oído de cerca y directamente, como los que, como San Pablo, no habían sido testigos personales de la divina enseñanza. Unos y otros cumplían el encargo de embajadores de Jesucristo, como dice uno de ellos: «Dios era quien hablaba por su boca; hablaban delante de Dios en Jesucristo, ó por mejor decir, Jesucristo hablaba en ellos mismos» (1).

Esta palabra divina está depositada en las páginas de la narración evangélica. Por esto la historia evangélica fue desde los primeros días del cristianismo la base de la predicación cristiana, como fue el fundamento de la instrucción de las inteligencias y el gran educador y moralizador de las voluntades. La explicación clara, sencilla, al alcance de todos, de las palabras de Cristo en su Evangelio, que seguía generalmente á la lectura de algún pasaje de este mismo Evangelio en la sagrada liturgia, era la forma usual y ordinaria de la predicación. Esta predicación instruía á los primitivos fieles en las verdades que debían creer y obrar, y robustecía sus voluntades para la práctica de la virtud y perfección moral. Ella daba á conocer á los cristianos la persona de Jesucristo, objeto supremo de las esperanzas y de su amor, la excelencia de sus enseñanzas, la eficacia de los sacramentos cuya dispensación había confiado á su Iglesia, la condición venturosa de los que le siguen en este mundo y el eterno gozo de gloria reservado á los que mueren en el ósculo de su caridad. Y esto lo hacía ora se dirigiese á grandes y nobles ó instruídos según el mundo, ora á los pobres y sencillos ó ignorantes; ora se practicase en los grandes templos y basílicas, ora en la oscuridad de las catacumbas.

Testimonio auténtico y primitivo de esta predicación son las epístolas enviadas por los Apóstoles discípulos del Señor á las iglesias á quienes habían evangelizado, y en especial las de San Pablo, monumento inmortal de la grandeza del ingenio de aquel varón portentoso, repertorio magnífico de sabiduría cristiana y comentario admirable del Evangelio de Cristo.

Esta predicación apostólica fue continuada por la que en los siglos primeros del cristianismo dieron á los fieles los llamados Padres y Doctores de la Iglesia; de suerte que como los discípulos del Señor recibieron del divino Maestro las formas y manera de predicar y anunciar la palabra divina, así los Padres recibieron y aprendieron de los Apóstoles y de sus sucesores la misma forma y la práctica de tan sublime misterio.

Testigos y ejemplares de esta divina elocuencia fueron en la antigüedad cristiana, entre los griegos, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nazianceno y otros, y entre los latinos San Agustín, San Ambrosio, San León y tantos más que es imposible enumerar. En la Edad Media continuóse esta predicación en San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y otros sin número, si admirables por su ciencia y por su ingenio,

(1) II Corint., 5, 20, 12, 19.

no menos admirables por la divina elocución de sus escritos, en algunos tan maravillosa, que en su comparación, como dice el autor citado, «las mejores arengas de los oradores profanos de Atenas y de Roma, á pesar de su elocuencia y belleza toda de palabras, no parecen más que composiciones de estudiantes ó juguetes de niños».

El fruto de esta predicación lo logramos en la inmensa colección de homilías, exhortaciones, panegíricos, que nos ha transmitido la antigüedad, patrimonio de la sabiduría y de la elocuencia cristiana.

La patria española, una de las más favorecidas en las gracias y dones sobrenaturales, con que la bondad divina quiso enriquecer al linaje de los hombres con la Revelación de Cristo, no fue de las menos enriquecidas y aventajadas en este linaje de predicación.

No contando más que aquellos de quienes nos quedan algunos testimonios de su elocuencia, y aun de esos á los más famosos, no es posible dejar de mencionar á Osio, el grande obispo de Córdoba, San Gregorio Bético, San Paciano de Barcelona, Pedro de Zaragoza, Bachiario de Galicia, Apricio de Beja, San Martín Dumiense, San Leandro, San Fulgencio, San Isidoro, San Ildefonso. Estos en la Edad Antigua. Y en la Media, Juan de Sevilla, Froilán de León, Bernardo de Toledo, Santo Domingo de Guzmán, San Antonio de Padua, San Ramón de Peñafort, San Pedro Pascual, San Vicente Ferrer y otros que sería infinito enumerar ([1]).

Por la virtud de la predicación de estos varones tuvo España la verdadera y legítima tradición de la predicación cristiana; la cual tradición se mantuvo siempre viva, activa, fecunda, no tanto por los libros ó escritos cuanto por la predicación misma, que nunca dejó de resonar en los púlpitos sagrados, así en los de nuestras grandiosas catedrales como en los de las humildes, oscuras y olvidadas aldeas, y fue la regla viva de la elocuencia del púlpito. A ella hubieron de atenerse los ministros de la predicación cristiana, hasta el punto de no poder apartarse de esta regla sin ser ministros infieles del Evangelio, traidores á su fe y prevaricadores de las enseñanzas y mandatos divinos. Este criterio auténtico y tradicional es el primero que debe tener presente el que quiera formar juicio recto de la predicación cristiana. Quien no lo tenga presente, jamás se formará idea exacta de lo que debe ser esta predicación.

Ahora bien; ateniéndonos á este criterio, así como la materia ó asunto de que ha de tratar el orador cristiano no es libre ni arbitraria, tampoco lo es la forma en que ha de tratarla. La materia es la palabra de Dios tal como fue enseñada por Jesucristo, anunciada por los apóstoles; la forma, la enseñada y transmitida por la Iglesia. Esta forma puede variar según los tiempos, las personas y aun las regiones en que se ejercita la predicación; pero en medio de esta variedad tiene caracteres fijos, comunes y que se perpetúan en el curso de la tradición. La predicación cristiana es siempre la predicación del Evangelio, el comentario perpetuo de la palabra divina, la enseñanza de esta palabra comunicada por la Iglesia. Jamás deja de tener este carácter, so pena de profanarse y de perder la parte principal de su eficacia.

[1]) Puede verse una breve indicación de las obras de estos oradores antiguos en el libro titulac : *Discurso | sobre la | Eloquencia Sagrada | en España. | Su autor | El Dr. D. Pedro A[nto]nio Sanchez, colegial en el mayor de Fonseca, ca- | tedrático que ha sido de Retórica en la | U[ni]versidad de Santiago, hoy ca- | tedrático de Teología y Juez Ecle- | siástico de aquel Arzo[bi]spado. Madrid.—MDCCLXXVIII. En la Imprenta de Blas Roman.*

Mas es de advertir que aun reducida la predicación cristiana á la explicación del Evangelio, fue concretándose más desde sus principios, ya ciñéndose á la explicación ó comentario de algún pasaje del Evangelio, ya á la explicación de algún texto del mismo, apoyada en otros textos ó pasajes que la esclareciesen. Como la explicación se hacía á la congregación de los fieles que se reunían para celebrar ó asistir á los sagrados misterios, recibió el nombre de *homilia* [1]. A esta forma puede reducirse toda la predicación verdaderamente cristiana tal como nos fue transmitida por la antigüedad, como quiera que aun los panegíricos ú oraciones funerales que nos dejaron los grandes predicadores de los primeros siglos de la Iglesia no son más que la aplicación de la enseñanza evangélica á un caso particular, ya de un sujeto ó personaje, ya de un hecho ó acontecimiento histórico.

A la luz de este criterio ú orden de ideas deben ser juzgados los grandes predicadores de los siglos XVI y XVII. Juzgarlos por otra regla y con otros principios sería grande equivocación, no menos en el orden científico, como es dicho, que en el histórico y tradicional y aun literario; sería un anacronismo disparatado, que supondría en el que juzgase aberración extraordinaria en los principios más elementales de la crítica literaria. De esta equivocación ó extravío ha provenido, en gran parte á lo menos, la falsedad del concepto que se ha formado de aquellos predicadores. De aquí el vacío que notan, ó más bien suponen, ciertos historiadores en nuestra cultura nacional.

Mas sobre esta primera regla ó criterio de crítica literaria hay otra más alta, más general y comprehensiva, que es el alma de esta primera y que ha de tener siempre y principalmente ante los ojos el que se ponga á juzgar la elocuencia del púlpito de todos los tiempos y siglos, y especialmente del siglo de oro de nuestra cultura.

Se ha dicho, tomándolo de San Pablo, que la palabra del Evangelio no es palabra del hombre, sino palabra de Dios; que el predicador es el mensajero y el anunciador de la palabra divina; que la sabiduría del Evangelio no es sabiduría del siglo ni de los príncipes de este siglo, sino la sabiduría del misterio de Cristo, escondido en los siglos y manifestado al mundo al final de los tiempos. Pues bien; para juzgar rectamente de esta elocuencia hay que tener bien asentados en la mente ciertos principios, no sólo distintos, sino del todo contrarios en muchos casos á los que guían á la oratoria profana tradicional.

Hablemos claro y pongamos las cosas en sus cabales.

El arte de la elocuencia es ciertamente magnífico. La enseñanza de Aristóteles, de Marco Tulio Cicerón y de Quintiliano es sobremanera instructiva, educadora del entendimiento y adiestradora de la expresión extrínseca del pensamiento humano. Pero este arte, por lo que toca á la parte práctica de la elocuencia en general, y de la cristiana muy en particular, tiene una importancia muy escasa y relativa.

En primer lugar, mayor eficacia que la explicación de todas las reglas tiene un buen ejemplo bien estudiado y meditado. Sobre esto son muy notables las palabras de uno que fue en los días de su juventud gran maestro de retórica, más tarde gran predicador y al fin uno de los hombres más grandes que ha tenido la Iglesia y el mundo, San Agustín. El cual, hablando del arte de los preceptos retóricos, dice: «He-

(1) *Homilia* viene del griego ὁμιλία, *reunión ó congregación*, y ésta de ὅμιλος, *muchedumbre*.

mos conocido á muchísimos que sin saber nada de preceptos retóricos fueron más elocuentes que otros que los habían aprendido; pero á nadie hemos conocido verdaderamente elocuente que no hubiese leído ú oído las disputas y oraciones de los que en verdad lo eran» ([1]).

Aun el tal arte de retórica y de elocuencia, reconocida y todo su importancia relativa, debe contenerse en ciertos límites y aplicarse con cierta moderación; de suerte que, traspasados estos límites y aplicada indiscreta é inmoderadamente, no sólo no conseguirá su fin, sino que podrá ser gravemente perjudicial. Tal fue el defecto de muchos preceptistas antiguos y lo es aún el de muchos modernos.

Para ser perfecta una oración, dicen, ha de tener cinco partes: exordio, proposición, división, confirmación y peroración. El exordio ha de estar sacado de ciertos tópicos y lugares comunes que se señalan, fuera de los cuales no es posible sacar nada que sea de provecho. La proposición ha de ser necesariamente breve y clara. Igualmente la división, que se ha de procurar sea en tres partes. Para la confirmación hay que acudir á tal ó cual clase de argumentos y nada más, los cuales han de estar convenientemente distribuídos para que logren su eficacia. En la peroración se ha de resumir toda la oración y mover los afectos. Para exornar, embellecer y dar variedad á este conjunto se permite el uso de algunas figuras, ya de dicción, ya de pensamiento, como la repetición, exclamación, comparación, hipotiposis, etc. «Las más á propósito para esto, dice un autor ([2]), son la *interrogatio*, la *apostrophe*, tal vez la *prosopopeya*».

Así se explicaban ó se explican los preceptistas que se dicen comentadores de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano. Para no perderse en ese laberinto, ó más bien mar proceloso de reglas, avisos y preceptos, indícan un hilo conductor, un norte, una estrella fija que guía al navegante; la estrella, el norte y el guía seguro es Marco Tulio Cicerón, ejemplar supremo de todos los oradores, modelo único de la verdadera elocuencia. Imitar la manera de decir de este orador en la distribución del asunto, en el desenvolvimiento de las partes de la oración, en la elección de los argumentos, en el ornato del estilo, hasta en las frases y palabras, es considerado por el mayor triunfo de la elocuencia. Quien siga ó imite á Cicerón, habrá acertado; quien se aparte de él, sin duda alguna se extraviará.

En esta enseñanza, en el uso de este artificio ponían ciertos antiguos preceptistas la eficacia de la elocuencia. En el empleo de esta receta literaria libraban la sanidad y vigor del pensamiento manifestado por las palabras, ora hablasen á gentes profanas y descreídas, ora á los fieles de Cristo y bajo las bóvedas del templo sagrado.

Semejante artificio ó mecanismo es en alto grado ridículo y pedantesco. Aplicado al arte ó á alguna parte del arte de la elocuencia en general, es el obstáculo más eficaz para su perfección ó adelantamiento. Aplicado á la elocuencia sagrada, es su muerte inevitable.

Grandemente dijo el P. Juan de Mariana en su libro *Sobre el Rey y la Educación*

([1]) *Sine præceptis rhetoricis novimus plurimos eloquentiores plurimis qui illa didicerunt; in lectis vero et auditis eloquentium disputationibus vel dictionibus neminem* (*De doctrina christiana*, lib. IV, III).

([2]) El Dr. D. Pedro Sánchez en su *Discurso sobre la Elocuencia Sagrada*, pág. 196.



del Rey: «La oratoria es difícil, pero su arte es breve» [1]. Tan breve, que sus preceptos caben en una hoja de papel y aun sobra papel. La dificultad principal está en tener capacidad para entenderlos; en olvidar las ideas y sistemas absurdos que sobre esto hayan podido aprenderse; en asentar en el corazón unos cuantos principios y en practicarlos con resolución eficaz, con tenaz y porfiada perseverancia.

Señalemos algunos de estos principios, siguiendo á grandes maestros.

Sobre la elocuencia en general decía D. Gregorio Mayans y Siscar [2]: «Yo quisiera ver á la juventud mucho menos instruída en tanta multitud de preceptos y más bien ejercitada con pocos y claros documentos. Quisiera, digo, ver á la juventud más aplicada á fecundar la mente de noticias útiles, ejercitar el ingenio en razonar con juicio, elegir las cosas que sean más del intento, escoger las palabras con que se declaren mejor, disponerlo todo con la debida orden y dar á la oración una hermosura natural y no afectada harmonía. Quisiera, digo una y mil veces, unos entendimientos más libres sin las pigüelas del arte, unos discursos más sólidos sin afectación de vanas sutilezas, un lenguaje más propio sin obscuridades estudiadas, y por acabar de decirlo, un juicioso pensar, disimuladamente dulce en la expresión y eficazmente agradable. Esto es elocuencia; todo lo demás bachillería».

Sobre la elocuencia del púlpito dice, hablando en general, un grande orador moderno, el P. Ventura Ráulica [3]: «El gran secreto de la elocuencia sagrada consiste en que el orador hable de tal modo que fije la atención del auditorio en lo que él dice y no en lo que él es. Los pensamientos que el auditorio fija en el predicador los roba al sermón. Fuerza es que el predicador se haga olvidar de sí mismo, haga olvidar al hombre, si quiere conseguir que los que le oyen se eleven á Dios. Entonces la palabra santa penetra en el espíritu y en el corazón, excita en él el amor á la virtud ó el remordimiento y arrepentimiento del vicio. El hombre conoce lo que le falta, se conmueve, se humilla, propone, resuelve y sale de allí menos hombre y más cristiano». «El mejor sermón, añade, no es el que excita la admiración, sino el que despierta el arrepentimiento; no es el que hace aplaudir al predicador, sino el que hace que el auditorio salga contento de Dios y de la religión y descontento de sí mismo».

Otro gran predicador ya antiguo, pero de grande autoridad, el famoso P. Antonio Vieira, decía [4]: «El sermón que fructifica, el sermón que aprovecha, no es aquel que deleita al oyente, es aquel que le da pena. Cuando el oyente á cualquiera palabra del predicador tiembla, cuando cada palabra del predicador es un torcedor para el corazón del oyente, cuando el oyente va del sermón para su casa confuso y atónito, sin saber parte de sí, entonces es el sermón cual conviene, entonces se puede esperar que haga fruto...» Y dirigiéndose á los predicadores, concluía: «Sembradores del Evangelio, veis aquí lo que debemos pretender en nuestros sermones: no que los hombres salgan contentos de nosotros, sino que salgan muy descontentos de sí; no que les parezcan bien nuestros conceptos, mas que les parezcan mal sus costumbres, sus vidas, sus pasatiempos, sus

(1) Citado por D. Gregorio Mayans y Siscar en la *Oración en que se exhorta á seguir la verdadera idea de la elocuencia española*.

(2) En la *Oración* citada en la nota precedente.

(3) En la *Escuela de los milagros*. Prólogo.

(4) Citado por Mayans en el *Orador Cristiano*. Diálogo tercero.

ambiciones, en fin, todos sus pecados... Contentemos á Dios y acabemos de no hacer caso de los hombres... Vea el Cielo que aun tiene en la Tierra quien se pone de su parte; sepa el Infierno que aun hay en la Tierra quien le haga guerra, y sepa la misma Tierra que aun está en estado de reverdecer y dar mucho fruto...» Así hablaba el famoso predicador P. Antonio Vieira, y se le podía creer, puesto que, como decía Mayans, hablaba en la materia, no sólo como desengañado, sino también como arrepentido. Orador naturalmente elocuentísimo, había abusado mucho de sus dotes maravillosas; mas al fin volvió sobre sí, aunque, arrepentido y todo, dejó en sus escritos mucho de la antigua mala levadura. ¡Tanta es la fuerza de la costumbre aun en las inteligencias mejor dotadas!

Tal cual lo describen estos grandes preceptistas ha de ser el fin supremo adonde ha de encaminar sus esfuerzos el orador cristiano. Mas para que se logren de todo punto estos esfuerzos, es necesario además que el predicador posea condiciones y cualidades que poco ó nada tienen que ver con las que forman al orador según la preceptiva antes citada.

Ante todas cosas, ha de estar el orador penetrado del celo de la gloria divina, para que sea digno instrumento de su Evangelio. Ha de arder en amor de Dios, para que sus palabras, saliendo de sus labios inflamados, vayan á los oídos de los fieles y entren en sus corazones y les peguen el fuego en que están envueltas. El orador sagrado ha de ser el gran sacerdote descrito por el Profeta (1), cuyos labios conserven el depósito de la ciencia divina y de cuya boca vengan los hombres á escuchar la divina ley en toda su pureza, á aprender los preceptos divinos, á saber lo que Dios les manda y prescribe. Es el predicador el continuador de la predicación evangélica, la prolongación moral de la persona de Nuestro Señor Jesucristo, la extensión de su divina virtud, el intérprete de su enseñanza, el instrumento por el cual ha querido Dios que la fe divina se transmita y comunique á los hombres. Es el ministro de la Iglesia que desempeña en ella el ministerio de la predicación tal como ella quiere é intenta que se desempeñe. Es, en fin, el perpetuador de una tradición que, arrancando de los primeros días de la Iglesia, se extiende majestuosa por todos los siglos, con alguna variedad de tiempos y de circunstancias, pero siempre igual en la sustancia, eco prolongado de aquella «palabra (2) que procede de la boca de Dios y alimenta eternamente las almas». «De ti, dice S. Bernardo (3) hablando con el predicador, esperan los hombres la ley de Dios y no las palabras vanas, las fábulas inútiles y las invenciones ineptas del hombre. Has consagrado tu boca al Evangelio; piensa que ya no te es permitido entregarte á tales vanidades. Hablar de este modo en el templo es escándalo; acostumbrarse á hacerlo, sacrilegio».

Siendo el predicador tal, ha de fiar el efecto de su elocuencia, no en los artificios de las palabras acicaladas y bien compuestas, sino en la virtud, en el espíritu de Dios, que ha de ir envuelto en ellas. Aborrezca y huya como de la peste, dice Ráulica (4), de «aquella elocuencia rica de figuras y pobre de pensamientos, fecunda como frases y palabras y estéril de afectos, y del aparato fastuoso de una elocuencia mentirosa, que haciendo servir al deseo de agradar el gran ministerio de instruir y la

(1) Malach, 2,7.
(2) Mat., IV, 4.
(3) *De consideratione*, lib. II, c. 13.
(4) En la *Escuela de los milagros*. Prólogo.

palabra de verdad á mendigar la adulación, halaga los oídos y deja las pasiones en paz, y que en lugar de predicar á Jesucristo no hace más que predicarse á sí misma; de aquella elocuencia, vano efugio de espíritus superficiales y de almas profanas, que se pierde en doctrinas vagas, en frívolas descripciones, en pinturas delicadas, en conceptos extravagantes, en períodos cortados, en frases y palabras afectadas, en artificios y en flores, en adornos que el gusto más indulgente perdonaría apenas en una novela, y de que la verdad santa no puede menos de ruborizarse como una honesta matrona al verse cubierta con los vestidos de una bailarina; de aquella elocuencia, en fin, que profana en las doctrinas no menos que en las formas, rebajando al ministro sagrado hasta el cómico y al ministerio divino hasta la comedia, no tiene de sagrada más que el atrevimiento sacrílego de profanar las cosas santas, espirituales y divinas en una forma absurdamente material y humana».

El predicador cristiano no ha de despreciar la ciencia ni el arte humano, como la gracia no desprecia ni echa á un lado los dones de la naturaleza; pero ha de hacerlo con suma discreción, usando del arte y de la ciencia humana como de medios y auxiliares subordinados y accidentales, nunca como de medios y agentes principales. Ha de servirse de ellos, no servir ni subordinarse á ellos. Pueden estas reglas iluminarle y guiarle en algunos casos; pero sobre estas reglas ha de haber otra superior, en cuya virtud ha de librar el buen éxito de sus sermones.

Refiriéndose á esta regla superior, dice el P. Fr. Luis de Granada ([1]): «Siendo una vez preguntado el Padre Maestro Avila por un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, brevemente le respondió: Amar mucho á Nuestro Señor». Hermosa respuesta, trasunto de toda la retórica cristiana. Quien tiene el amor de Dios bien entrañado en su corazón, posee el instrumento más eficaz de la verdadera elocuencia.

«Esta aprehensión, este afecto, este abrasado deseo de la gloria divina y salud humana es, según el propio Fr. Luis de Granada ([2]), el principal maestro de este oficio. Ni las escuelas de los retóricos ni todos sus preceptos podrán ayudar tanto para hacer este bien como este divino ardor. Porque este único afecto, si está vivo (que es como la mente y alma de este artificio), da al predicador todos los materiales. Este enseña á despreciar todo aquello que regala los oídos, la dulzura y aseo de las palabras y agudeza inútil de los conceptos, y abrazar solamente lo que ha de aprovechar á los oyentes y los sane, y decir con San Cipriano, no primores, mas verdades vigorosas. Este divino ardor obliga á buscar motivos para persuadir y mover al corazón, y asesta todas las máquinas de combatir al entendimiento humano para rendirle y traerle al temor de Dios y sujetarle á la coyunda de la divina ley y moverle al odio del pecado. Este, cuando se ofrece ocasión, mueve afectos poderosos, da admirables documentos para encaminar bien la vida, levanta con la acrimonia y fuerza del decir el ánimo descaecido del oyente y hace que tome vida. Este exclama, arguye, ruega, reprehende, espanta, atemoriza, ya admira y se transforma en todos los afectos y figuras del decir, resucita los muertos, habla á los ausentes, implora el auxilio de Dios, mezcla cielos, tierras, mares, y como arrebatado de un furor profético, exclama: ¡Tierra, tierra, tierra, oye el

([1]) Granada, *Vida del Maestro Juan de Avila*, c. II, § II.
([2]) Muñoz, *Vida de Fr. Luis de Granada*, lib. I, c. XVIII.

sermón de Dios! ¡Pasmaos, cielos, de esta desventura; desquiciaos puertas del cielo; á mí me han dejado fuente de agua viva y cavaron cisternas, cisternas rotas que no pueden detener las aguas. ¡Que no inspira en el ánimo del predicador este ardentísimo deseo! No cabe en sí á las veces, y parece que está para reventar cuando ve la religión despreciada, reinar los vicios, aplaudirse los pecados, la ceguedad de los entendimientos, los pechos insensibles, y contempla el peligro extremo de las almas, compradas con la sangre del Cordero, poseídas del Dragón; así no hay piedra que no mueva, nada deja por intentar para librar á los hombres de la perdición eterna que les amenaza. Este ánimo, este deseo, este afecto ha de tener el que se encargue de este oficio; éste imprimirá en los oyentes, si le vieren, en el rostro, en la acrimonia, en el ardor, en toda la fuerza y vehemencia del decir». Hasta aquí Fr. Luis de Granada.

Cuando este fuego divino se apodera del pecho del predicador y lo penetra ó inflama y mueve, agita la lengua y sale de ella envuelto en las palabras, ¿quién es capaz de decir los efectos que causa en los oyentes?

Dice el biógrafo de Fr. Luis de Granada, D. Luis Muñoz (¹), que «siendo Fr. Luis Prior de Escala-Dei, bajaba algunas veces de aquella soledad á predicar á Córdoba. Un Viernes Santo subió al púlpito con un misal en la mano (fue costumbre en la primitiva Iglesia); abrióle á vista de una gran multitud que se oprimía; leyó sólo el título del Evangelio que dice: *Passio Domini nostri Jesu Christi.* Dilatóse largamente en explicar lo que significa el nombre de Pasión, y cuando llegó á decir que la Pasión era de Nuestro Señor Jesucristo, ponderó esto con tanta fuerza de elocuencia, con tan vivas ponderaciones y afectos, con tanto sentimiento y ternura, que causó una gran conmoción en los oyentes; y fueron tantos los gemidos y los llantos, que no le dieron lugar á proseguir el sermón y se hubo de bajar del púlpito; quedó la gente tan movida á compasión y devoción, que se miraban atónitos, sin poder hablar palabra, llenos de espanto y admiración».

Como este caso del P. Fr. Luis de Granada veríanse probablemente muchos en aquellos tiempos de devoción y fervor cristiano.

Este fuego interno que arde en el pecho del predicador cristiano es el alma, la guía, el inspirador de su elocuencia. El le prepara para hablar. El acendra su corazón de la escoria de las malas pasiones que pudieran impedirle su unión con Dios, de cuyos mandatos y ordenamientos ha de ser intérprete. El limpia su fantasía de las imágenes impuras que manchan la mente y estorban la visión de la verdad divina. El esclarece maravillosamente el entendimiento para que vea esta misma verdad limpia, clara, hermosa, singularmente atractiva. El pone, en fin, en su boca palabras de fuego, que, salidas de sus labios, levantan llama por donde quiera que pasan.

Al incendio de este fuego se producen maravillas, en el orden moral, que jamás pudieron lograrse con todo el aparato de los artificios humanos. A la luz que despide este fuego se descubren bellezas, aun literarias, en que nunca soñaron Aristóteles, Marco Tulio ni Quintiliano.

No es necesario ni gran copia de ciencia ni grande esfuerzo del entendimiento para conseguir estos efectos. Una verdad profundamente sentida basta para lograr lo que se desea.

(¹) Muñoz, *Vida de Fr. Luis de Granada*, lib. I, c. XVI.

Dice el obispo D. Francisco Aguilar de Terrones, predicador que fue de la Majestad de Felipe II [1]: «En nuestros tiempos hemos conocido al Padre Maestro Juan de Avila y al Padre Lobo y á otros santos varones, que no revolvían muchos libros para cada sermón, ni decían muchos conceptos, ni esos que decían los enriquecían mucho de Escritura, ejemplos ni otras galas, y con una razón que decían y un grito que daban abrasaban las entrañas de los oyentes». Es que aquella razón y aquel grito salían de un corazón caldeado por el amor de Dios, y al penetrar por los oídos á los corazones de los oyentes, los encendían y abrasaban en el mismo fuego.

El que tiene en su pecho este fuego divino tiene la primera cualidad, la principal que debe tener el predicador cristiano. Quien no lo tiene está del todo incapacitado para serlo. Sin esta cualidad, las demás, por excelentes que sean, serán obstáculo gravísimo, y cuanto más excelentes, más grave para el feliz éxito de su predicación. Será un orador excelente, no será un buen predicador; y tal pueden andar las cosas, que el púlpito, en vez de cátedra de la verdad y cátedra del Espíritu Santo, se trueque en escenario de teatro ó en tablado de feria, y el que debía ser voz del Espíritu Santo se convierta en cómico ó histrión callejero.

Ahora bien, y viniendo ya á la aplicación práctica y concreta de los principios hasta aquí asentados, esto es, á la predicación cristiana del siglo de oro de nuestra literatura, en los monumentos que nos quedan de esta predicación, ¿se observan estos fundamentales principios, y sobre todo el principio supremo, director irreemplazable, que debe ser el primero, el superior, en la oratoria sagrada? La materia, la forma, el principio motor de la elocuencia de los predicadores evangélicos de nuestro siglo de oro ¿fueron la verdad evangélica, la manera tradicional de explicarla y el celo de la salvación de las almas? Afortunadamente, se puede contestar que sí á boca llena y en toda la extensión y alcance de la palabra, atendidas, como se debe suponer, las condiciones inevitables de la flaqueza humana.

Y al decir esto nos referimos al período de nuestra mayor cultura intelectual, á nuestro siglo de oro, pues por grande, por inmensa desgracia, pasado ese período, no sólo no es verdadera la proposición, sino que lo es la contraria, de tal manera que si hubo predicación que se apartase de la norma de la elocuencia verdaderamente cristiana, fue la española de la última mitad del siglo XVII y de todo el XVIII y aun algo más acá.

Cuando apuntaba esta depravación de la elocuencia sagrada un varón ilustre por su virtud y doctrina, el P. Gaspar Sánchez, decía que la tal depravación, lo que se llamaba predicación en estilo culto, era «la mayor persecución que padecía la Iglesia de Dios en aquel tiempo». Y efectivamente, apenas es posible imaginar cosa más opuesta á la santidad del Evangelio y á la divina misión de la Iglesia ni más desastrosa para la salud de las almas que aquella malaventurada predicación. Fue aquello una locura, un frenesí universal, uno de los fenómenos sociales, religiosos y literarios más raros é incomprensibles que nos presenta la Historia. Todos participaron de él, aun los varones más rígidos y sensatos; aun los que más debían impedirlo, cayeron en aquella aberración ciertamente muy deplorable.

[1] En la *Instrucción de predicadores*, lib. II del Tratado primero.

Mas apartemos la vista de aquel espectáculo tristísimo y volvamos los ojos á la elocuencia cristiana de nuestro siglo de oro. De esta elocuencia hemos dicho que fue verdaderamente cristiana, auténtica y tradicional; y ahora hemos de añadir que de ella quedaron en nuestra literatura monumentos realmente admirables que han de ser tenidos por modelos, los cuales no sólo no desmerecen, sino que se aventajan en ciertas condiciones al ser comparados con los monumentos de la predicación cristiana en otras naciones.

La comprobación cabal, amplia y definitiva de esta verdad demandaría largos volúmenes; sería necesario para ello hacer la historia de una de las partes más copiosas y al propio tiempo más olvidadas de la literatura española; examinar infinidad de obras que yacen en la oscuridad; ponderar y aquilatar sus méritos á la luz del criterio que hemos señalado y que es el único y seguro; empresa difícil, prolija y de todo punto imposible de ser abarcada, no ya en el breve espacio que puede concederse á un Prólogo ó Introducción, pero ni en muchos volúmenes.

La historia de nuestra elocuencia sagrada es el mayor vacío que hay en nuestra literatura. Hay en ésta partes muy desconocidas, pero que han sido en alguna manera estudiadas, de suerte que de ellas se puede formar idea siquiera aproximada. En lo tocante á nuestra elocuencia se puede decir que se ignora todo. Es una mina de todo punto inexplorada; en esta mina hay oro y plata, metales preciosos y despreciables; pero el oro y la plata, el metal precioso y de buena ley y el vil y despreciable (este último abunda más que el primero) yacen en vetas y mineros impenetrables. Con el tiempo haya tal vez quien penetre en estos mineros y los ahonde y beneficie, y saque á la luz del sol lo bueno y lo malo que hay en ellos. Hoy es esto de todo en todo imposible.

Mas, aun sin hacerse esta historia, creerá tal vez alguno que podría darse alguna idea del esplendor á que se levantó la elocuencia del púlpito en nuestro siglo de oro con traer á la memoria algunas de las obras de los predicadores que dejaron más fama, como, por ejemplo, las de algunos varones insignes, como Santo Tomás de Villanueva y el obispo de Albarracín Fr. Jerónimo Bautista de Lanuza, que unieron á los timbres de la santidad el realce de avasalladora elocuencia; las de aquel P. Fr. Francisco Ortiz, apellidado, y así lo dice en sus sermones publicados, Rey de los predicadores, *Monarcha prædicatorum;* las del P. Fr. Juan Márquez, en la lápida de cuya sepultura se grabó *Flumen et fulmen eloquentiæ;* las del famosísimo Hortensio Félix Paravicino, llamado *Predicador de los Reyes y Rey de los Predicadores*, y otros infinitos. Cierto, algo de esto podría hacerse; para lo cual nos henchiría las medidas la *Bibliotheca hispana nova* de Nicolás Antonio, que contiene las biografías y la indicación de las obras, si no de todos, de la mayor parte de nuestros predicadores de aquella edad. Mas sobre que esto sería también tarea muy prolija, tal es el carácter de nuestra clásica elocuencia, tal la variedad de formas que afecta en medio de su aparente uniformidad, que ni aun con esto se lograría el intento de dar, no ya una idea clara y exacta, pero ni aun aproximada, de lo que fue esta elocuencia en el período de nuestra mayor grandeza intelectual.

Tal vez se desempeñará mejor este intento, ya que se han expuesto en las páginas anteriores los principios que han de guiar á la crítica en el asunto que traemos entre manos, con poner un ejemplo no más entre los muchísimos que pudieran ponerse, en el cual se realizaron por manera maravillosa, no solamente los principios que hemos asentado, sino también otras condiciones comunes á todas las obras literarias y muy espe-

ciales de la elocuencia del púlpito; es á saber, claridad de conceptos, acertado ordenamiento de las ideas, propiedad y galanura del lenguaje, y todas cuantas cualidades se requieren para que una obra sea artísticamente bella y humanamente atractiva. Y esto es lo que vamos á hacer en las páginas siguientes.

Este ejemplo no será uno de los de la fama; será de todo punto desconocido, será uno del montón del vulgo, que á nadie ni para nada ha excitado la atención. Y esta cualidad es una prueba más de la infinidad de tesoros que quedan por descubrir en nuestra historia literaria. Y con todo esto, con ser tan desconocido este predicador, es uno de los escritores más notables de nuestra literatura, uno de los predicadores que merecen ponerse por modelo á cuantos ejercen el ministerio de la palabra divina; un escritor admirable, que en la propiedad de la frase, en la claridad del concepto, en la riqueza y abundancia de palabras aventaja á muchísimos á quienes la fama ha encumbrado sobre los cuernos de la luna: Fr. Alonso de Cabrera.

¿Quién es Fr. Alonso de Cabrera?

Su nombre no figura en ninguna de nuestras historias literarias. Sus obras no se citan ni extractan en ninguna de nuestras antologías. Ni Capmany, ni Ticknor, ni ninguno de nuestros historiadores literarios se han acordado para nada de Fr. Alonso de Cabrera. El único que hemos visto hablar de él es D. Antonio Ferrer del Río en su discurso de entrada en la Real Academia Española ([1]), y de él sólo cita el Sermón funeral de Felipe II, dando muestras evidentes de ignorar en absoluto al personaje y de haber formado una idea muy equivocada de los méritos de su predicación.

Comencemos á darle á conocer, principiando por sus cualidades artísticas ó literarias. Muchos creerán exagerado lo que vamos á decir, pero los que tal crean tienen la prueba muy á mano. Lean las *Consideraciones Cuaresmales* que van á seguida de este *Discurso*, pasando por encima del *Prólogo*, que no es suyo, y vean y juzguen por sí mismos de los méritos del P. Fr. Alonso de Cabrera.

No es tan elocuente como Fr. Luis de Granada, ni tan vehemente y afectuoso como el Maestro Juan de Avila, ni tan atildado como Fr. Luis de León, ni, pasando á los profanos, tan dulce y harmonioso como Lope de Vega, ni tan ingenioso como Cervantes, ni tan conciso y sentencioso como Quevedo; pero á todos ellos excede en naturalidad de expresión, en copiosa variedad de vocablos, en libertad de la construcción y de la sintaxis, en la galanura que puede dar á la frase una imaginación rica, fecunda y amena. Es Fr. Alonso de Cabrera, entre nuestros maestros del siglo XVI, el hombre que ha hablado mejor y más bien conversado en la lengua castellana, el que la ha manejado con más garbo y gentileza y, al propio tiempo, con más llaneza y naturalidad. Esto, repetimos, podrá parecer exagerado ó quizá falso de todo en todo; pero el que tal crea, á mano tiene el desengaño.

Sobre esto de escribir y de hablar, decía uno de los grandes maestros que tuvo el arte crítico en el siglo pasado: «Hay que escribir lo más que se pueda tal como se habla y no empeñarse demasiado en hablar tal como se escribe» ([2]); precepto hermo-

([1]) *La Oratoria Sagrada española en el siglo* XVIII, pág. 10.

([2]) *Il faut écrire le plus possible comme on parle, et ne pas trop parler comme on écrit* (Sainte-Beuve, V, *Les cahiers de Sainte-Beuve*, p. 121).

sísimo, que vale él solo por todo un capítulo de retórica y que tiene aplicación maravillosa en el caso de Fr. Alonso de Cabrera.

Son las *Consideraciones* de este gran predicador una serie de conversaciones llanas, familiares, sencillísimas, pero nunca bajas ni incultas, mucho menos vulgares ó chocarreras. En cada una de estas conversaciones hay todas las gradaciones de estilo, alto y bajo, llano y vehemente; todas las formas retóricas ó artísticas á que se suele acudir en una plática familiar y al alcance del vulgo. Los franceses llaman á esta clase de pláticas *causerie*, y al que las hace ó desempeña *causeur;* palabras que, traducidas por conversación y conversador ó hablador, no dan toda la significación del vocablo. En este género han tenido nuestros vecinos ejemplares notabilísimos. En España ha habido pocos (en la escritura se entiende, que en la conversación ya es otra cosa), tal vez por la tiesura, gravedad y entono algo afectado de nuestro carácter nacional. En este punto es casi único el P. Fr. Alonso de Cabrera. El escritor que más se le acerca es á nuestro juicio, si bien no llega á igualarle, el P. Alonso Rodríguez, otro desconocido para la gente de letras, si bien conocidísimo de la gente piadosa y devota; el admirable autor del *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, obra vulgar no sólo en España, sino en todas las naciones católicas.

La manera como el P. Fr. Alonso de Cabrera lleva adelante su conversación es realmente admirable. Es un arte el suyo en que el arte, ó más bien el artificio, está del todo ausente: llano, familiar, sencillo, tan sencillo que cualquiera creerá que es capaz de practicarlo ó desempeñarlo. Habla de cosas dificilísimas con una naturalidad que embelesa. Pasa de lo dogmático á lo moral, de la erudición á la práctica de la vida con la mayor sencillez y facilidad del mundo. Su imaginación rica y pintoresca le sugiere mil medios para explicar el pensamiento con singular viveza y claridad. La sal andaluza (de Andalucía era el P. Cabrera) viene á mezclarse á veces en estas conversaciones, dándoles un sabor ó picante realmente exquisitos, pero nunca inconvenientes ni contrarios á la gravedad de los asuntos de que en ellas trata. En este punto la discreción del P. Cabrera llega al extremo. Igual sucede cuando trata asuntos difíciles ó escabrosos. Aquí vence dificultades al parecer insuperables.

Esta variedad de medios y artificios de estilo que emplea el P. Cabrera para lograr lo que pretende es realmente increíble; textos de autores sagrados y profanos, ejemplos, descripciones, dialogismos, etc., todo le sirve para su intento.

En eso de los diálogos está muy famoso. Véase uno de ellos, y por él empezará el lector á conocer lo que es el estilo del P. Cabrera y la hermosura y el donaire de su lenguaje.

En la Introducción de las consideraciones del Domingo de Quincuagésima habla de las maravillas con que quiso Nuestro Señor autorizar la santidad del Profeta Eliseo y cuenta el caso siguiente:

«Entre otras maravillas con que Nuestro Señor quiso autorizar la santidad del profeta Eliseo, hombre muy favorecido en todo, fue una de sus gracias que ciertos religiosos de su compañía, á quien la Escritura llama hijos de profetas, y vivían en comunidad, quisieron ir un día á cortar madera para reparo de sus chozas; yendo á pedir para ello licencia y bendición á Eliseo, le suplicaron que se fuese con ellos, que es gran alegría para el súbdito ver en su trabajo delante á su prelado.—Este heremitorio en que vivimos es estrecho para los muchos que somos; vamos, si á vuesa Reverencia le

parece, á cortar alguna madera desas alamedas y sotos del Jordán, y haremos otro más capaz en que pasemos con más anchura.—Id con la bendición de Dios.—Véngase vuesa Reverencia en nuestra compañía y desenojarse ha un rato y nosotros lo ternemos muy bueno con su presencia.—Que me place, vamos todos. Sucedió que andando haciendo su tala, saltó de la manija ó cabo, á uno que no le había bien requerido, el hierro de una hacha en el agua, y fuese al fondo. Viénese lamentando su desgracia al profeta, con el cabo en la mano, el monje, y cuéntale su caso; y añade que si fuera suya la hacha, no se le diera nada, pero que era prestada, y que deso le pesa, porque no sabe cómo llevará su dueño la pérdida de instrumento tan necesario á quien vive en el campo, y la ha para mil cosas menester cada hora.—No os fatiguéis, hijo. Vamos allá; encomendadlo á Dios, que todo tiene con su favor remedio. Llegan al piélago ó remanso en que había caído el hierro y pregunta: ¿Dónde cayó?—Allí.—Corta de presto una rama del árbol y arrójala al mismo lugar; y no fue echar la soga tras el caldero, porque luego, como si fuera piedra imán, llamó el madero al hierro á sí y nadó el hierro sobreaguado.—Tomad el hierro y encabadle mejor y andar á hacer vuestra hacienda. Si encabada cayera la hacha en el agua, era cosa natural que el hierro con su peso venciese la ligereza y poco peso del leño y le llevase tras sí al suelo. No puede sin gran maravilla considerarse que lo liviano arrebatase tras sí lo pesado y le hiciese sin tocarle subir á lo alto, etc.»

Historias y diálogos como éste y tan bien parlados se hallan muchos en las *Consideraciones* del P. Cabrera; á veces son tomados de libros ajenos, como el copiado, á veces surgen de repente, al andar de la plática, entre el predicador y los oyentes ó entre estos mismos oyentes, según que rueda la conversación, que no es otra cosa la predicación del P. Alonso de Cabrera.

Por el trozo copiado ya se habrá visto el estilo de nuestro predicador.

«El lenguaje del predicador, decía un antiguo, ha de ser propio, casto, grave, nativo, común para ser entendido, si bien las palabras no han de ser vulgares, sino escogidas y de buen sonido. De un predicador de Felipe II dícese que decía el gran Monarca [1]: Fulano no sabe más que un vocablo para cada caso, pero es el propio». Predicador de Felipe II fue el P. Alonso de Cabrera, y de los que gustaba más de oir, y es posible que á él se refiriese su dicho.

Es el lenguaje del P. Cabrera propio, natural y de lo más puro y castizo. Nada hay en él que no sea tomado de lo más íntimo y entrañable de nuestra lengua. Todo es oro fino, acendrado, de buena ley. Bien lo dice la muestra copiada, y lo confirmarán las que se han de copiar.

Pero en lo que es singularísimo nuestro Predicador, en lo que no tiene rival, á nuestro juicio, es en la soltura y genial libertad con que une los vocablos, en la gallardía de su sintaxis, á pesar de esto siempre correcta; en el garbo, galanura y gentileza de toda su habla. Esto hay que estudiarlo muy de cerca, y con la pluma en la mano á ser posible, anotando frases y construcciones para ver hasta dónde llega el gran maestro en este punto. Es muy común en él el variar el sujeto de la oración, el suprimir los verbos, cambiar los tiempos de éstos, dando otra dirección al pensamiento, pero siempre con gracia, con propiedad, con donosura especialísima. Su sintaxis, la colocación de las

(1) *Vida del P. Fr. Luis de Granada*, por Luis Muñoz, lib. I, c. XX.

palabras, la diferencia de matices que da á una construcción, arguyen singular maestría. En este punto es único Fr. Alonso de Cabrera.

La riqueza de su vocabulario es inmensa. Es tan inmensa, que no sólo comprende la mayor parte de las voces que se registran en nuestro Diccionario, sino que en él hemos contado más de quinientas entre palabras, acepciones, primores singularísimos de sintaxis, igualmente propias, igualmente castizas, pero que, como tantos otros miles de palabras y frases y maneras de decir que andan descarriadas por ahí en autores desconocidos, no han tenido la fortuna de ser registradas en nuestros Diccionarios (1).

Cuando emplea alguna comparación, y en él es muy frecuente el uso de esta figura ó forma del estilo, hay que notar esta riqueza de su lenguaje. Es de reparar muy especialmente esta riqueza cuando por casualidad habla de cosas de mar. Había el padre fray Alonso de Cabrera navegado á las Indias y estado en la isla de Santo Domingo en los días de su juventud, aunque ya religioso, pero no sacerdote, y durante el viaje hubo de oir gran número de frases y palabras de la marinería, las cuales, memorioso como era, hubieron de quedársele muy fijas en la imaginación. De estas palabras usa muchas en sus *Consideraciones*. Véase el trozo siguiente:

«¿Qué turbados debían en aquella sazón de andar los Apóstoles, corriendo, resbalando, cayendo? Unos al timón, otros á la vela, éste á la triza, aquél á la escota, cuál al boliche, cuál á los amantillos; ya andan á la bomba, ya zafan el combés y la jareta, ya arizan las cajas que ruedan; ni saben si echarse á mar de través, si correr con el trinquete á medio árbol, sacada la boneta. Es cosa extraña ver en semejantes turbaciones qué poco saben aun los más cursados, porque eso de la aguja, ballestilla, astrolabio y carta es casi para cuando no es casi menester: que hay bonanza, porque con ella todos son astrólogos más que Tolomeo; pero si el cielo se cierra y no parece sol ni norte, y anda el mar de levante y el viento sopla, todo vale nada; todos mandan á gritos, nadie hay que obedezca, los unos á los otros se estorban, y éstos son más ocasión de que el navío se anegue, que le habían de gobernar» (2).

La imaginación del P. Fr. Alonso de Cabrera, rica, variada, pintoresca, le daba gran facilidad para las descripciones. De ellas hay infinitas en las *Consideraciones*, ya del orden físico, ya del moral. Véase cómo describe el amanecer del día:

«Cuando no tuviera Cristo nuestro Redentor más que ser luz, fuera amable á todos; pues sin luz no hay gozo, y con ella cesa el pesar. Quien trajo la nueva de haber nacido esta luz, la trajo de haber nacido el alegría. Y quien pidió albricias de lo uno, también de lo otro. *Evangelizo vobis gaudium magnum quia natus est vobis hodie Salvator:* «Nuevas os traigo de gozo grandísimo y general para todo el mundo: que hoy es nacido el Salvador, que ya ha amanecido la luz». Cuando sale la luz, ¿quién no se alegra? Los árboles parece que despiertan y se ríen, y se visten de librea con unos entreclaros

(1) Para que se vea que no hay exageración en lo que decimos, nótese que sólo en los trozos del P. Cabrera copiados en este *Discurso preliminar* hay no menos que diez y seis palabras: unas que no constan, otras que indican nueva acepción, otras que modifican la que tienen, en el *Diccionario de la Academia*. Estas palabras son: *favorecido, pasar, encabar, piélago, de levante, entreclaro, lectura, sobre, hacer estado, pasear, dar encuentro, de manga, derramado, ofrendar, respeto, padre de penitencia.*

(2) Sermón del tercer Domingo después de la Octava de la Epifanía.



y oscuros que hacen los rayos del sol pasando por sus ramas. Las yerbecitas, ajadas y mustias con la tiniebla, resucitan. Las flores, encogidas y como viudas tocadas, á la luz que viene despliegan sus hojas y descubren la belleza de su rostro, y se alegran y lavan la cara con el rocío del cielo para verla y ser vistas della. Abren las rosas sus capullos y exhalan grande fragancia de olores, que con la humidad de la noche han estado soñolientos y retraídos. Gorjean las avecicas en los árboles, y reciben á la luz con música. Sale el gañán con sus bueyes contento, el aperador con sus peones cantando, el señor que va á caza con sus halcones; el caminante empieza su jornada, el enfermo respira y cobra aliento. ¡Oh Luz divina! en saliendo vos, ¿quién no se alegra? El rostro del mundo parece otro; el caminante, el trabajador, el enfermo, el chico y el grande se gozaron de vuestra venida, los que como aves vuelan y los que como bueyes aran y afanan, justos y pecadores».

Descripciones como ésta las tiene innumerables el P. Alonso de Cabrera.

Sería muy largo entrar en más particularidades acerca de la parte artística del predicador y discurrir sobre las cualidades de su estilo, de la pompa de su lenguaje y de las condiciones de su predicación.

En medio de esta riqueza y pompa de lenguaje no se puede negar que el P. Fr. Alonso de Cabrera tiene un defecto que deslustra de manera muy lastimosa sus *Consideraciones*. Este defecto consiste en el abuso de citar textos latinos, ya de autores sagrados, ya profanos, siempre á propósito, es verdad, pero demasiado copiosos y que afean notablemente el paño magnífico de su riquísima prosa castellana. En su tiempo, cuando se sabía más latín que ahora, este defecto no sería de grande importancia. Hoy, con la ignorancia del latín que priva en todas las clases de la sociedad, aun en las que más debieran cultivarle, viene á ser muy notable; y ha de ser advertida, ya que, aunque excusable, no puede menos de rebajar el valor de las *Consideraciones*.

Su física también es muy defectuosa. Es la de su tiempo. Plinio es el autor más consultado, y tras de él los autores de Historia natural más famosos y corrientes en su época. Mas en esto, es claro, es también excusable. Hubo de tomar las noticias de las cosas naturales donde las hallaba, buenas ó malas, auténticas ó ficticias. En esto hizo lo que hacían todos y lo que no podían menos de hacer.

Su erudición escriturística es realmente maravillosa. Para cualquier idea tiene el P. Cabrera un texto, caso ó ejemplo de la Sagrada Escritura. No parece sino que se tenía aprendida de memoria toda la Biblia, y que sus textos ó ejemplos le acudían como llamados; pero esta aplicación de textos es á veces defectuosa, interpretándolos muy caprichosamente.

Viniendo á la disposición de la materia y á la forma de su predicación, es ésta en el P. Cabrera sumamente sencilla y aun uniforme. Habiendo tomado por modelo de su predicación la *homilia*, y no podía tomarlo mejor, ya que este género literario, como se ha dicho, es el tradicional, el verdadero y propiamente cristiano, siguió en este género la forma y disposición y desenvolvimiento del asunto que nos dejaron los que lo introdujeron en la Iglesia, que fueron los Santos Padres. Empieza generalmente por una exposición breve, compendiosa, pero muy eficaz, del Evangelio que ha tomado por tema de su consideración; á veces indica concretamente el asunto ó texto que va á exponer, á veces no; é invocado el auxilio de Nuestra Señora, empieza generalmente por alguna idea muy ajena al asunto de que va á tratar, tomada de los Salmos de David, de

los Cantares de Salomón, de las Epístolas de San Pablo, y luego, sin saber uno cómo, se halla metido en el cuerpo de la explicación del Evangelio tema del sermón; la cual se va desenvolviendo á vueltas de consideraciones escriturísticas, teológicas, morales, entrando y saliendo del asunto, tomándolo y dejándolo, yendo de acá para allá, con mil aplicaciones prácticas, con mil citas, figuras y comparaciones, mezclado y revuelto todo en un hermosísimo desorden. En todo esto tiene el P. Cabrera gran semejanza con algunos de los grandes modelos de predicación que nos dejaron los Santos Padres griegos y latinos, San Juan Crisóstomo, por ejemplo, ó San Agustín.

Una hora solía durar el sermón ó las *Consideraciones* del P. Cabrera; pero si éstas eran tales como quedaron escritas (y serían sin duda mejores), no hay duda que los cuatro cuartos de la hora habían de hacerse á los oyentes unos pocos minutos. De los tiempos del P. Fr. Alonso de Cabrera acá los gustos han variado mucho; pero como lo bueno siempre es bueno, es muy probable que si el día de hoy uno de nuestros predicadores predicase las *Consideraciones* del P. Cabrera, tales como salieron de los labios de éste, y si supiese dar á su declamación algo de la gracia que hubo de tener el Padre, habría de producir en los oyentes singularísimo deleite.

La doctrina teológica y especialmente la moral del P. Cabrera es abundante y muy sólida, puesto que la había bebido en las fuentes de Santo Tomás de Aquino. Es tomística por excelencia en la acepción propiísima de la palabra.

Pero lo que es de admirar sobre todo en el P. Cabrera es su libertad apostólica. Es esta libertad sobre toda ponderación; es tal que quizá no haya habido predicador que haya tenido en el púlpito tales atrevimientos, si atrevimientos han de llamarse los que son santos desahogos de un corazón inflamado del amor de Dios, defensor del honor y gloria de la Majestad Divina y celosísimo del bien de las almas de sus hermanos. Pruebas de esta santa libertad las hay innumerables en las *Consideraciones*. Traeremos una ó dos no más.

Dice así en las *Consideraciones* del Lunes después del segundo Domingo de Cuaresma:

«Salid por esas plazas, entrad por esas calles, casas, ruas y lonjas de contratación, y mirad si halláis un hombre virtuoso, verdadero temeroso de Dios, y si le halláis, yo me daré por vencido y envainaré la espada de mi justicia. No hay estado que esté en pie. Empecemos por los pobres y gente plebeya. *Induraverunt facies suas supra petram et noluerunt reverti.* Todos perdidos. Corazones más que de piedra, impacientes, soberbios, mentirosos; aquí jurando, acullá maldiciendo. El oficial ha de comer tan buen bocado y traer tan buena capa como el caballero; y su mujer saya de seda y manto de lustre, como la señora; y con eso murmurar de los ricos. Yo (dice el Profeta) hice mi cuenta: *Forsitan pauperes sunt et stulti, ignorantes viam Domini.* Parece que tiene excusa que son pobres de dinero y de seso. La pobreza, aunque no es vileza, suele ser causa de hacerla: que hurte el pobre para matar su hambre; que se perjure para defender el hurto, y con eso poca razón y mucha ignorancia de la ley de Dios. *Ibo igitur ad optimates.* Quiero dejar á los pobrecillos é iré á casa de los grandes, á los ricos, á los poderosos, que son más entendidos y discretos para conocer á Dios y á su ley, y hacer el precio y tanteo de las cosas. *Et ecce magis hi simul confregerunt jugum, ruperunt vincula.* ¿Pasáis por tal cosa? Que todos estos juntos, de mancomún, quebrantan las leyes divinas y humanas, y son peores que los vulgares. Que al fin el pobre es

como vasallo del rey, que besa la provisión real y la pone sobre su cabeza, aunque suplica del cumplimiento de ella; tiene respeto á la ley, y no la osa quebrantar al descubierto. Pero el rico, el poderoso, descaradamente rompe las leyes; no hay yugo para ellos. Si les dice que ayunen y no coman carne en Cuaresma, dicen: A los frailes con eso. Si que paguen lo que deben: A los mercaderes con eso. Si que confiesen y comulguen: A las monjas con eso. Si que perdonen las injurias: A la gente baja con eso. Si que hagan limosna: Al obispo con eso. Ellos chupan la sangre de los pobres, engordan con los propios de la república. Son la gomia de cuanta provisión viene á la ciudad. Sus despenseros son ladrones; sus despensas, carnicerías y pescaderías públicas, donde se vende el gato por liebre. Todo les parece lícito. No hay árbol que no desfruten, ni leche que no desnaten, ni flor que no deshojen. Esa letura llevan sus criados para con ellos. Los de Amón le dicen que bien puede haber á Thamar princesa, y que pues es hijo de rey haga sin temor lo que se le antoje. Jezabel se ríe del rey Acab, y dice que no sabe gobernar ni tiene autoridad de rey, porque ésta se ha de mostrar en quitar á Nabot su viña para hacer jardín, y sobre ello la vida. Los criados del rey Abimelech le dan noticia que ha llegado á su tierra la hermosa Sara con su marido Abraham, y luego se la manda quitar, y la deshonrara si Dios no la defendiera. Este es el ingenio de los grandes: hacer estado de quebrantar la ley de Dios; y ni hay confesor que se lo reprehenda, ni juez que los castigue. *Idcirco percussit eos leo de silva;* por eso yo los castigaré (dice Dios) con un león que los despedace, que fue Nabucodonosor. Es providencia del cielo que haya un grande para otro grande; para un caballero un pesquisidor; para un rico un alcalde de corte; para un señor el rey que se lo lleve todo, pues no les dais á pobres parte. Vamos adelante á los mancebos, á los hijos de estos grandes. *Filii tui dereliquerunt me et jurant in his qui non sunt et in domo Dei; saturavi eos et mœchati sunt et in domo mœretricis luxuriabantur.* Esos mocitos: no hay más memoria de Dios que si fuesen turcos. Sólo se acuerdan de él para jurar y perjurarse; comedores, bebedores, tahures, deshonestos, y no como quiera, sino con escándalo, haciendo escuela pública de pecados, y teniendo por gala y por flor tratar con rameras y cantoneras, sacando dese civil trato asquerosas enfermedades, que pegan después á sus mujeres inocentes y limpias. *Equi amatores in fœminas et emissarii facti sunt; unusquisque ad uxorem proximi sui hinniebat:* «Son (dice Dios) como caballos castizos, que echados á las yeguas en el prado, son tan rijosos, que si algún caballo pasa por el camino, salen relinchando á él, que le quieren comer á bocados». Si ven al otro pasar por una calle, ¿qué digo?—No me paséis por aquí ni aun por todo este barrio, ni aun en el lugar ha de estar.—Pues buen remedio, desterradle de todo el mundo. *Unusquisque ad uxorem proximi sui hinniebat*: «Cada uno solicita la mujer de su vecino y de su prójimo». Y no pasa la otra por la calle, que luego no la sigan. No se pone la otra en la ventana, que luego no la paseen y hagan señas. No viene á misa y á sermón, que no le hagan cocos y digan motes y le den encuentros. Y aun la sentarán á sus pies, pues no son los de Cristo, para que se ponga á ellos la Magdalena. Desta gente (dice Dios) ¿no me tengo de vengar? *Auferte propagines ejus, quia non sunt Domini.* Vayan los pimpollos, vayan en agraz mal logrados, de muertes violentas, súbitas, desastradas. Pues no los habéis criado para Dios, Dios os los quitará, como al rey de Sichen, que perdió el reino y el hijo por no lo haber criado para Dios, antes consentía en su mala voluntad. ¿No os acordáis de lo que les aconteció á los hijos de Job comiendo en un banquete con sus hermanas, que se les

cayó la casa encima, teniendo á su padre por capellán que andaba ofreciendo por ellos sacrificio? ¿Qué será de los que sin esa oración están haciendo insultos con otras que no son sus hermanas? ¿Quedan más? Sí, los letrados y jueces. *Quia inventi sunt in populo meo impii insidiantes quasi aucupes, laqueos ponentes et pedicas ad capiendos viros*. Hay unos en la república que sirven de cazadores, que ponen lazos y perchas para cazar á los hombres; que hacen un pleito de malo bueno y también de bueno malo. Y por sus leyes darán contrarias y contradictorias verdaderas. Sentencian en un mismo negocio, una vez por uno y otra por otro, y á ambos les dicen que tienen justicia, para que gasten su hacienda en pleitos. Y si los tristes negociantes quieren hablar una palabra, les hacen luego señal que cierren las bocas y abran las bolsas, no destruyan el negocio. Y cuando sentencian contra su parte, le consuelan: No os espantéis, señor, de la justicia que os han hecho, que allá van leyes donde quieren reyes. Como jaulas llenas de pájaros (dice Dios) así sus casas están llenas de hurtos y rapiñas, y con eso enriquecen y hacen mayorazgos. Y así un letrado, en lugar de santiguarse por la mañana, decía á su mujer: Plega á Dios, señora, que Dios desconvenga á quien nos mantenga. Y como son tan codiciosos, *causam viduæ non judicaverunt, causam pupilli non dixerunt et judicium pauperum non judicaverunt*; el pleito del pobre de la ciudad, no hay abogado que le enderece, ni juez que lo sentencie, ni los oyen ni los despachan; porque todo ha de ser á peso de dinero. ¿Hase acabado esta visita de los estados? Quedan los últimos, los eclesiásticos, que son peores: avarientos, disolutos, indevotos, holgazanes, regalados, y más adelante, profanos, torpes. Y lo peor es que no se lo habéis de decir, que se volverán contra vos como víboras y basiliscos; sino que habemos de decir que por ellos sustenta Dios el mundo, y que por los seglares no llueve ni hay que comer. *Stupor et mirabilia facta sunt in terra; Prophetæ prophetabant mendacium et sacerdotes applaudebant manibus suis et populus meus dilexit talia:* «Hacen aplauso dando palmadas; y mi pueblo se pierde por eso». Los sacerdotes buscaban predicadores de manga, y decíanles: No digáis que por nuestros pecados ha de destruir Dios á Jerusalem, sino: *Templum Domini, templum Domini est;* que por nuestro respeto ha de guardar Dios al pueblo. Y porque Jeremías decía la verdad, andaba siempre en cadenas y cárceles. Decían los Profetas falsos: Andad, no tiene Dios otra casa sino ésta, y ¿la había de asolar? Entonces daban palmadicas los sacerdotes. ¡Oh, qué bien lo ha dicho! ¡Qué gran predicador! Y como el pueblo veía de la manera que á los sacerdotes se predicaba, también querían ellos esa manera de sermón que les rascase las orejas y no les escociesen sus llagas, allanándoles la misericordia de Dios y alejándoles su justicia. Pues si todos, pobres y ricos, mozos y viejos, eclesiásticos y seglares, están conjurados en el pecado, *quid igitur fiet in novissimo ejus?* «¿Qué ha de ser de ellos en su fin?» ¿Qué castigo les sobrevendrá? Ya lo tiene Cristo amenazado: *Moriemini in peccato vestro*» (1).

El retazo ha sido largo, pero nadie dirá que tenga desperdicio. Cortado al mismo tall[e] es el siguiente:

«Nunca el mundo ha estado peor que agora: más cudicioso, más deshonesto, más loc[o] y altivo; nunca los señores más absolutos, y aun disolutos; los caballeros, más

(1) Consideraciones sobre el Evangelio del Lunes después del segundo Domingo de Cuaresma.

cobardes y sin honra; nunca los ricos más crueles, avaros; los mercaderes, más tramposos; los clérigos, más perdidos; los frailes, más derramados; las mujeres, más libres y desvergonzadas; los hijos, más desobedientes; los padres, más remisos; los amos, más insufribles; los criados, más infieles; los hombres todos, más impacientes y enemigos que les toquen ni aun les amaguen con la reprehensión. Y los predicadores vivimos en sana paz, estimados, queridos, regalados, ofrendados; nadie nos quiere mal, todos nos ponen sobre la cabeza. No hacemos el deber, y no damos herida ni sacamos sangre. Somos como el esclavo que esgrime con su señor de respeto, que cuando ha de herir vuelve la espalda. Y como el que justa con el rey, que al tiempo del encontrar alza la lanza. Y vos, confesor, que estáis muy contento con vuestros hijos y hijas, en que entra la ramera honrada, y el escribano ladrón, y el mercaderazo rico logrero. Todos hallan quien los absuelva y tienen sus padres de penitencia: *Canes muti non valentes latrare* (Isaí., 56). Que con un pedazo de pan, sin que quiera, les dan tapaboca que les hacen callar. No dice *non volentes*, sino *non valentes*. Que no pueden ladrar contra los vicios. Que les podrán decir los de abajo: *Qui prædicas non furandum, furaris* (Rom., 2). Predicáis contra la vanidad, y sois un vanillo; contra la gula, y coméis carne y cenáis en Cuaresma; contra el juego, y sois un tahur. Callad y callemos, y tengamos la fiesta en paz. Este es el caso: que, pues el mundo no nos aborrece ni persigue, que somos todos unos, cortados á una tisera, hechos á su talle y condición. Que si fuéramos de Cristo, guerreáramos al mundo y él nos tratara como le trató á él» (1).

Como se ve por los dos extractos copiados, el P. Fr. Alonso de Cabrera tenía para todos.

A veces parece tirar á tejado conocido, como en los textos que siguen:

«Pero no sólo tenemos aquí ejemplo de cumplir la ley, cuando á ello estamos obligados, sino también cuando no lo estamos. Hay unos hombres que andan regateando con Dios, y preguntan: ¿Es esto pecado ó no? Porque si es pecado, no lo haré, y si no lo es, harélo. Otros menos escrupulosos que han hecho ensanchar á la conciencia, preguntan si hay opiniones: porque, señor, habiéndolas, no es pecado seguir una opinión probable, aunque deje la más segura. Durísimo negocio es ser tan escaso con Dios, que queráis llegar hasta su propia ley. Si fuésedes á correr un potro indómito, brioso, desbocado, y os dijesen: Mirad que si pasa de aquel alinde os despeñaréis, ¿no seríades loco y temerario si llegásedes á poner las herraduras del potro en la propia linde? Si vos queréis llegar con la voluntad hasta lo último donde podéis, por ventura pasaréis más adelante, porque el apetito es potro furioso que se abalanza á lo vedado. *Nitimur in vetitum.* Teneos atrás, no lleguéis á lo lícito, porque no vengáis á lo ilícito» (2).

«Fuera de los herejes, no sé yo si habrá otros que no con tanto perjuicio, pero con alguno, si no penetran las casas para hacer presa en las pecadorcillas almas, á lo menos no ponen todo su cuidado en libertar á las que veen en cierta forma presas. Si no son lobos robadores, ni hombres de doctrinas perversas, para atraer discípulos en pos de sí con el cuidado que negocio tan arduo demanda, algunas adherencias se veen ser demasiadas ó impeditivas del aprovechamiento espiritual. Porque hay gentes que vienen á

(1) Consideraciones del Martes después del Domingo de Pasión.
(2) Sermón segundo de la Purificación de Nuestra Señora.

no creer en Cristo sino predicado por Fulano. Y á no confesar ni comulgar sino por mano de Fulano. De aquí nace la disensión: mejor es éste que el otro; y de ahí vienen á decir mal de todos por defender á unos, y á no aprovecharse de ninguno, que es la confusión que riñó San Pablo á los de Corinto: *Unusquisque vestrum dicit: ego quidem sum Pauli, ego vere Cephæ, ego autem Apollo;* «Andáis divisos en parcialidades: uno dice, yo soy de Pablo; otro, yo de Cefas; otro, yo soy de Apolo». ¿Qué pensáis que somos los predicadores y confesores, para que nos tengáis en la posesión que debéis? *Ministri ejus cui credidisti.* Somos criados de Jesucristo, dispensadores de su palabra y sacramentos; y así, no habéis de atender tanto á las personas cuanto á lo que representan, y toda la afición ponerla en Cristo y en su Evangelio. Este me parece sano consejo: que oigáis misa cada día donde pudiéredes, y hagáis decir misas adonde os viniere á cuento, y oigáis sermón á quien más os aprovechare, y que comulguéis y confeséis, pero que no os captive nadie, no os privéis de vuestra libertad para oir á otros y confesaros con otros, siquiera porque entendáis que somos todos ministros de un Señor, que pretendemos, que despojados de todo, sólo le sigáis. Este fue el intento deste mensaje» ([1]).

«Este ha sido siempre el estilo de los perdidos mundanos, de una singular hacer una regla que todo lo comprehende: los discípulos, los frailes, los clérigos, los canónigos. ¡Válaos Dios! Un canónigo será quien viva mal, quien más que á la tasa venda el trigo; pero, ¿de ahí decir los canónigos? Gran sinrazón es. Un fraile habrá descuidado, ó quizá otro en el confesionario pague por ellos; pero, decid, ¿no hay fraile bueno? Por más que falso testimonio lo tengo yo, y aun digno de que quien puede os pregunte á vos: ¿De dónde deprendistes ese brocardico? ¿Quién os mostró ese aforismo? No salió de esa aljaba ese tiro sin duda. Una rapaza, que no ha quince días que traíades las lagañas en los ojos como gata, ¿ya sabéis esa buena doctrina? Mal haya maestro que tal os enseña, y aun, como dice la gente del campo, mal haya un leño. Y decidme, santa mirlada, que pensáis que está la santidad en poneros en figura de carne momia, aquellos benditos de acullá del maestrazgo ¿eran frailes? Mi fe, celosos frailes los olieron y cazaron, y piadosos frailes no los asaron» ([2]).

Antes de poner punto á lo que se ha creído conveniente decir sobre las *Consideraciones* del P. Fr. Alonso de Cabrera cumple hacer una observación que, aunque extrínseca á ellas, es de alguna importancia.

Una de las cualidades generales y características de toda nuestra literatura de los siglos XVI y XVII es su originalidad maravillosa. Los escritores de aquella edad siguen ejemplos ó modelos conocidos, pero nadie copia á nadie, á lo menos en la parte material y concreta del estilo. Todos son originales, cada cual á su manera. En lo tocante al lenguaje, pueden señalarse á veces frases ó maneras de decir que son comunes á algunos autores ó que indican reminiscencias del uno respecto del otro, pero nunca, ó rarísimas veces, pasajes en que se ve claramente que el uno ha copiado al otro. En Cervantes, por ejemplo, hay frases, refranes y modos de hablar que traen á la memoria pasajes de la *Celestina*, de la *Comedia Selvagia*, de Lope de Rueda, de las *Notas de Herrera á las Obras de Garcilaso*, pero no se puede señalar ni una línea siquiera que el genial escritor tomara de estos autores. El mismo Fr. Alonso de Cabrera, en las *Con-*

([1]) Sermón segundo del segundo Domingo de Adviento.
([2]) Consideraciones del Miércoles después del Domingo tercero de Cuaresma.

sideraciones de la soledad y llanto de la Sacratísima Virgen Nuestra Señora, usa muchas frases que demuestran clarísimamente que el predicador tenía bien presentes en su memoria los conceptos admirables que sobre esto dejó escritos su compañero de hábito Fr. Luis de Granada en su famoso *Libro de la Oración y Meditación;* y cierto al tratar de semejante asunto no podían menos de venírsele á la memoria tales conceptos, ya que quien los ha leído una sola vez por fuerza los retiene indefectiblemente; tal es el arte y la fuerza del decir del maravilloso escritor; pero ya que los tuvo presentes, no los copió, atándose servil y materialmente á ellos. Esta es, repetimos, una de las cualidades características de la literatura de los siglos XVI y XVII.

Pues bien; el P. Fr. Alonso de Cabrera halló un autor que le copió párrafos enteros, entrando por muchos de sus sermones como por real de enemigos, según se dice. ¿Y quién se diría que es este autor? Pues no es un predicador ni un escritor ascético, como creería cualquiera, sino un novelista picaresco y de los más desenvueltos y atrevidos en el lenguaje: Mateo Luján de Sayavedra, el continuador del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán. Son bastantes los pasajes en que el tal Luján de Sayavedra copia al P. Cabrera, siendo muy de notar los tomados del sermón sobre la Conversión de la Magdalena, predicado á las públicas pecadoras y que consta en el capítulo III del libro III de la *Parte segunda de la Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache*. Caso es éste muy raro; como tal hemos creído conveniente señalarlo á la curiosidad de los lectores, con tanto más motivo cuanto puede ser nuevo testimonio de las facultades rapaces y ladronescas del tal Sayavedra (su verdadero nombre era Juan Martí), y que con razón decía de él Mateo Alemán, amén de lo que podía él atestiguar por sí mismo y con el testimonio de sus propias obras, que cedía fácilmente á la tentación de «dejar su negocio y empacharse en lo que no era suyo y querer quitar capas».

Por los extractos de las *Consideraciones* que se han copiado habrá podido el lector caer en la cuenta de lo que es la predicación evangélica del P. Fr. Alonso de Cabrera, autor sobre el cual hasta ahora ha guardado nuestra historia literaria profundísimo silencio, y que, como predicador, como escritor y como enriquecedor de la lengua castellana, debe ocupar desde hoy lugar distinguidísimo en la historia de nuestras letras. Por esta predicación podrá formarse también alguna idea de lo que fue la usada en España en los siglos de nuestra mayor cultura y de cómo se aplicaron en ella los principios de la verdadera crítica literaria.

No pudo el P. Cabrera dar á la estampa los frutos de su predicación. Publicáronlos después de su fallecimiento sus hermanos de Religión, los Padres Predicadores del Convento de Córdoba, y esta circunstancia puede hacernos sospechar que no los tenemos tan buenos y perfectos como serían si los hubiera él propio impreso y corregido de su mano. Aun así son ciertamente admirables.

Por no haber podido caber en las dimensiones de este volumen todos los que comprenden los cuatro tomos de esta notabilísima predicación se han omitido unos pocos, los relativos á los misterios de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Señora y á las fiestas de los Santos; ya que habiendo de seguir á este tomo otro de misterios y panegíricos, se ha creído conveniente dejarlos para ese nuevo tomo, ó tal vez, si así lo requieren las condiciones de la impresión, suplirlos con otros de otros autores igualmente notables ó igualmente desconocidos.

Y ahora, después de haber dado á conocer la oratoria del P. Fr. Alonso de Cabrera,

recojamos y presentemos al lector algunas noticias que hemos podido alcanzar sobre la vida de predicador tan famoso [1].

Nació en Córdoba hacia el año de 1549 de la nobilísima familia de los Godoy Cabrera. Cristianamente educado é inclinado desde los días de su juventud á la piedad y á la religión, tomó el hábito en la de Padres Predicadores y en el Convento que tenía la orden en su ciudad natal. En él profesó y dio las primeras muestras de su virtud y raro ingenio. Enviado á Salamanca para continuar sus estudios sobresalió entre sus condiscípulos, siendo tan favorecido del famoso catedrático de prima Fr. Bartolomé de Medina, que hizo confianza de él entregándole los borradores de sus *Comentarios* á la parte tercera de la *Suma de Santo Tomás* para que los corrigiese y pusiese en forma de poderlos imprimir, haciendo sus índices y tablas.

Acabados sus estudios ó antes de acabarlos, pues sobre esto no hablan claro los biógrafos del P. Cabrera, pero en todo caso antes de ser ordenado de sacerdote, pasó á América. En la isla de Santo Domingo dio muestras de su celo, empezando el oficio de la predicación, en que había de sobresalir en adelante. Vuelto á su patria, fue destinado á la enseñanza de las ciencias filosóficas y teológicas, leyendo primero un curso de artes en el convento de San Pablo de Córdoba. Acabado este curso, fue trasladado á la Universidad de Osuna, donde desempeñó la cátedra de prima de Teología, recibiendo allí el grado de Maestro, de grande importancia en la Orden Dominicana.

La enseñanza que dio el P. Fr. Alonso de Cabrera en esta Universidad fue la que correspondía á la gloriosa tradición del Instituto á que pertenecía, esto es, de todo en todo tomística, excepto el punto de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, en el cual dice el editor de sus obras, el Prior del Convento de Córdoba, se apartó de la sentencia de Santo Tomás, obligado por la piedad y devoción del excelentísimo señor Conde de Ureña, fundador de la Universidad, en la cual, como en otras muchas de España, se obligaban los catedráticos con especial juramento á defender esa sentencia en las ocasiones públicas que se ofreciesen. «Y es justo, añade el citado editor, que en la escuela de Santo Tomás haya habido quien sepa ponderar tan altamente las razones de sentencia tan piadosa, mayormente predicador tal, que casi de justicia pedía hablar en todas lenguas y enseñar á todos en toda doctrina».

Ignóranse los años que el P. Fr. Alonso de Cabrera hubo de ilustrar con su enseñanza las cátedras de la Universidad de Osuna. Mas aunque fuesen muchos, y por grande que fuese el crédito que alcanzase con esta enseñanza, no era en ella donde habían de campear las dotes extraordinarias que en él resplandecían.

[1] Han hablado del P. Maestro Fr. Alonso de Cabrera Nicolás Antonio en su *Bibliotheca hispana nova*, Quetif y Echard en sus *Scriptores Ordinis Prædicatorum*, la *Biografía eclesiástica*, el P. Alonso García de Morales en la *Primera parte de la Historia de la ciudad de Córdoba*, ms. propiedad del Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes; el P. Antonio de Lorea en su *Historia* ms. *de la provincia de Andalucía de la Orden de Predicadores*, y el P. Fr. Antonio Martínez Escudero en la *Historia del Convento de Santo Tomás de Madrid*, obra manuscrita que posee el Dr. D. Francisco Vinyals, vecino de esta Corte, quien publicó el año de 1900 la primera parte de ella, prestando señalado servicio á la literatura histórica y á la de la villa de Madrid principalmente. También hay algunas noticias sobre el P. Cabrera en los Preliminares de sus obras impresas.

Juntábanse, en efecto, en el P. Fr. Alonso de Cabrera las cualidades más sobresalientes que podían hacer de él un orador perfecto: doctrina copiosa, gran claridad en exponerla, imaginación pronta y viva, voz clara y suave, lenguaje puro, apropiado y brillante; realzando estas cualidades la principal que ha de tener un predicador cristiano, es á saber, el esmalte de una virtud sólida y ejemplar. Con esto no era de admirar el grande éxito que lograba con sus sermones, hasta el punto de ser considerado como el primer predicador de su tiempo.

Dice Nicolás Antonio en su *Bibliotheca hispana nova* que Fr. Alonso tuvo un hermano, por nombre Pedro, de no menor entendimiento que él y que entró en la orden de los Jerónimos y en el real Monasterio del Escorial; el cual hermano solía decir que en el arte de la predicación pocos ó ninguno había en España que pudieran comparársele; testimonio, añade Nicolás Antonio, que, aunque doméstico y de hermano, es de grave importancia por razón de la calidad de la persona que lo decía.

Pero más notable y de mayor autoridad para muchos ha de ser el testimonio de otro varón insigne, que nos ha dejado uno de los biógrafos del P. Fr. Alonso de Cabrera, el P. Alonso García de Morales. «El P. Melchor de Castro, de la Compañía de Jesús, dice, bien conocido por sus grandes letras escolásticas, hombre de notable verdad y rara modestia en alabar á otros, habiendo oído al P. Cabrera un sermón de la muerte, dijo: No es estimable este talento; parecen niños delante de él los predicadores todos».

Aunque entregado del todo al oficio de la predicación, no dejó el P. Cabrera de ocuparse en otros de grande importancia en su orden. Fue prior del convento de Portaceli y del de Reginaceli, en Sevilla, y del de Santa Cruz, en Granada, siendo estimado de todos, así grandes como pequeños, y en particular del presidente de la Chancillería de Granada, D. Hernando Niño, que después fue cardenal y arzobispo de Sevilla, y del arzobispo de aquella ciudad D. Pedro Vaca de Castro, que hacían singular aprecio de su persona. «En su tiempo, dice el biógrafo citado, fueron tantas las limosnas que se hicieron á su convento, que pudo labrar la escalera principal dél, una de las mejores obras que hay hoy en el Andalucía».

De Granada pasó á Madrid á predicar una Cuaresma, habiendo ganado con ella tales aplausos, que porque no saliese de la Corte y poder él propio gozar de la predicación de orador tan famoso, el Rey D. Felipe le hizo merced de darle el título de predicador de Su Majestad.

Como tal predicó muchas veces á la Corte del Rey, y de seguro su libertad cristiana no menguaría ni flaquearía ante la majestad del gran Monarca. La lengua que en tantas ocasiones y con tanta elocuencia había reprendido los vicios de altos y bajos, de nobles y plebeyos, de legos y de religiosos, no se turbaría ni menos cedería á los derechos de la verdad ante aquel Rey *verdaderamente católico*, como le solía llamar el pontífice San Pío V en sus cartas, amador de la verdad y de la justicia, á quien nadie se atrevió á decir afectadas lisonjas que no experimentase su indignación y que ante todo y sobre todo aborrecía la vanidad en todas las cosas ([1]).

([1]) El veneciano Soranzo, poco amigo del monarca español, apunta el rasgo más característico de Felipe II en la carta escrita al Dux Grimani el mismo día 13 de septiembre de 1598, en cuya aurora el anciano Rey, tras larga y penosa lucha con la muerte, había expirado: aborreció, dice, la vanidad en todas las cosas. *Ha abborrito la vanità in tutte le cose.* (Véase *Estudios sobre Felipe II*, traducidos del alemán por Ricardo Hinojosa, p. 282.)

Unos cuatro años hubo de permanecer Fr. Alonso en Madrid. Aquí residía cuando falleció el Rey D. Felipe, el domingo 13 de septiembre del año 1598, en el Monasterio del Escorial.

Las honras que se celebraron en la capital de la Monarquía por el alma del gran Monarca fueron de lo más suntuoso que jamás se había visto en España.

A las que celebró la Corte española en la iglesia de San Jerónimo asistió Su Majestad el Rey D. Felipe III, hijo y sucesor del difunto, la real familia, los Consejos y lo más florido y granado que había en aquellos días en España. Entre los asistentes, y en preferente lugar, señalan las relaciones del tiempo ([1]) á los tres predicadores del Rey: el Dr. Aguilar de Terrones; el P. Maestro Fr. Francisco de Castro Verde, de la Orden de San Agustín, y el P. Maestro Fr. Alonso de Cabrera, de la Orden de Predicadores. Aquel día, que fue domingo 18 de octubre, no hubo sermón, pero sí lo hubo el lunes siguiente 19, en el cual se celebraron nuevas honras, predicando en ellas, después del oficio de difuntos, el Dr. Aguilar de Terrones, predicador y capellán de Su Majestad el Rey difunto.

Diez días después, el último de octubre, la villa de Madrid solemnizaba otras honras por el alma del Rey Felipe en la iglesia de Santo Domingo el Real, y para éstas fue elegido predicador Fr. Alonso de Cabrera, quien desempeñó el oficio con la elocuencia que podía esperarse de orador tan ilustre. Esta oración funeral, que fue impresa poco después de ser pronunciada, es una de las mejores piezas que nos dejó el P. Fr. Alonso de Cabrera, y la mejor sin duda entre las muchas que fueron predicadas en varias ciudades de España á la memoria del más reverenciado de sus monarcas. Aun como obra histórica, ilustradora de la vida y del reinado de Felipe II, tiene esta oración singularísima importancia, tanto mayor cuanto tal vez haya pasado por alto á los historiadores.

Esta hermosa oración fue como el canto del cisne. Por triste fatalidad de las cosas, al mes siguiente de predicarla seguía el gran Predicador al gran Rey en el tránsito de este mundo. Acometido de no esperada enfermedad, contraída después de un sermón predicado en las Descalzas Reales á la Emperatriz María, falleció Fr. Alonso de Cabrera en el convento de Santo Tomás de Madrid, llamado vulgarmente de Atocha, el 20 de noviembre de 1598, no cumplidos aún los cincuenta años de su vida ([2]). Su muerte fue gran pérdida para la religión y para la elocuencia española.

Fue enterrado su cadáver en el enterramiento común del convento de Santo Tomás; mas en noviembre del año 1606, el P. Fr. Alonso Portocarrero, Prior del convento de Padres Dominicos de Almagro, se lo llevó á esta villa, donde recibió cristiana definitiva sepultura. Ignóranse las causas de esta traslación.

Dejó el P. Fr. Alonso de Cabrera muchos tomos de sermones de todas clases. De ellos fueron publicados después de su muerte los siguientes:

Consideraciones sobre los Evangelios de la Cuaresma desde el Domingo cuarto y Ferias hasta la Resurrección. Dos tomos, que fueron impresos el año de 1601 en el

([1]) V. *Historia de Felipe II*, por Luis Cabrera de Córdoba, t. IV, p. 330.

([2]) Así consta en la *Historia* (ms.) *del Convento de Santo Tomás de Madrid*, por Fr. Antonio Martínez Escudero, t. I., p. 261.

convento de San Pablo de Córdoba, de la Orden de Predicadores, por Andrés Barrera ([1]).

Consideraciones en los Evangelios de los Domingos de Adviento y festividades que en este tiempo caen hasta el Domingo de Septuagésima. Dos tomos, que fueron impresos en Barcelona por Lucas Sánchez, el año de 1609 ([2]).

Sermón que predicó en las honras que hizo la villa de Madrid á Su Majestad el Rey D. Felipe II, en el Convento de Santo Domingo el Real, el día 31 de octubre de 1598. Fue impreso en Madrid el año de 1598 y en Roma, este mismo año, traducido al italiano.

Fuera de estos sermones, escribió el P. Fr. Alonso de Cabrera un *Tratado de los escrúpulos y sus remedios*, el cual imprimióse en Valencia el año de 1599 en 12.° y traducido al italiano por Basilio Campanella fue impreso en Palermo el año de 1612.

Esto es lo que nos queda de las obras del P. Fr. Alonso de Cabrera; además de las impresas quedaron manuscritas las siguientes:

Tres tomos crecidos de las festividades de Santos que celebra la Iglesia por todo el discurso del año.

Dos de sermones funerales.

Uno de pláticas para diferentes ocasiones, como profesiones de religiosos, velos de monjas, etc.

Finalmente, dejó también varios sermones sobre las postrimerías del hombre, «trabajo singular y de grande estima, dice el editor de las *Consideraciones sobre el Adviento*, y para lo cual será menester que alguien vuelva lo suyo á su dueño». Lo cual quiere decir que los tales sermones se los había apropiado alguien, publicándolos como suyos.

De seguro todos estos sermones que dejó manuscritos el P. Maestro Cabrera se han perdido irremisiblemente.

Estas son las noticias que se han podido recoger de la vida de uno de los varones más notables que tuvo la España del siglo XVI, gloria del púlpito español, y que, aunque olvidado, como tantos otros igualmente insignes de aquella edad, debe ocupar lugar preeminente en la historia de nuestra cultura nacional.

MIGUEL MIR,

De la Real Academia Española.

([1]) Fue dedicada esta obra á D. Francisco de Rojas Sandoval, Duque de Lerma, Sumiller de Corpus, Caballerizo Mayor de Su Majestad y de Su Consejo de Estado, Comendador Mayor de Castilla. La fecha de la *Dedicatoria* es de Córdoba y abril 1, año de 1601, y la firma el Prior y Convento de San Pablo.

([2]) La *Dedicatoria* de esta obra va dirigida á D. Henrique Ramón Flórez de Cardona y Segorbe, etc., y la firma el Prior y Convento de San Pablo de Córdoba con fecha 14 de septiembre de 1608. El Prior de San Pablo que promovió la edición de esta obra fue el M. R. P. Presentado Fr. Pedro Delgado, «á cuyo ánimo y determinación para emprender cosas grandes, dícese en el *Prólogo al lector*, debes lo que al presente gozas, y dél te puedes prometer lo que resta, que es lo más bien trabajado que el P. Maestro dejó». Por desgracia esto, cuya edición se prometía, no llegó á ser publicado.

DE LAS CONSIDERACIONES

SOBRE TODOS

LOS EVANGELIOS DE LA CUARESMA

DESDE EL DOMINGO CUARTO Y FERIAS HASTA LA OCTAVA DE LA RESURRECCIÓN

COMPUESTO POR EL

R. P. M. Fray Alonso Cabrera,

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO DE LA PROVINCIA DE LA ANDALUCÍA, PREDICADOR DE LOS SERENÍSIMOS Y CATÓLICOS REYES DON FELIPE II Y DON FELIPE III.

AÑO DE 1601

En el Convento de San Pablo de Córdoba de la Orden de Santo Domingo

POR

ANDRÉS BARRERA

Á DON FRANCISCO DE ROJAS SANDOVAL

DUQUE DE LERMA, SUMILLER DE CORPUS, CABALLERIZO MAYOR DE SU MAJESTAD Y DE SU CONSEJO DE ESTADO, COMENDADOR MAYOR DE CASTILLA.

Entre las cenizas de la fénix, que de la mirra, incienso y otras cosas olorosas quedan después de abrasada en el fuego que con sus alas enciende, se halla un gusano al parecer muerto, que cobrando vida y alas, se renueva y hace heredero de la hermosura y velo de su antecesor. Las CONSIDERACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS DE CUARESMA, del Padre Maestro Fray Alonso Cabrera, predicador del rey nuestro señor y de su padre, de gloriosa memoria, que se ofrecen á V. Excelencia, son el gusano muerto hallado entre las cenizas de los papeles que dejó, que por serlo parecen sin vida, pero tienen la oculta heredada de la que su autor les dio viviendo, y tan eficaz como dan testimonio las cátredas y púlpitos de España. Y aun fuera de los límites de Europa, como legítimo hijo de San Pablo, su padre, se oyó su voz en los últimos fines de la tierra, pues aun no sacerdote, en las Indias predicó con tanto aplauso y provecho, que dio prendas ciertas de la copiosa cosecha que después se había de coger para Dios con su predicación, vida y ejemplo. Deste, pues, que en su opinión por tan pequeño se estimó como el gusano y en virtud fue tan grande, este convento de San Pablo de Córdoba ofrece á V. Excelencia en su nombre estos trabajos, para que ellos vivan; pues dél estamos ciertos no les diera otro dueño sacándolos á luz, pues la de V. Excelencia tenía él tan por suya, como él predicaba y nosotros sabemos. Y esta bastará para que con sus obras sea su memoria eterna, y él de nuevo obligado á rogar á Dios de quien goza, y nosotros, como capellanes perpetuos, por la vida, felicidad y aumento de V. Excelencia y de su excelentísima casa.

De Córdoba y abril 1. Año de 1601.

El Prior y convento de San Pablo.

PRÓLOGO

AL CRISTIANO Y ESTUDIOSO LECTOR

Cuánta sea la eficacia de un deseo pretensor (y más si es justo) lo sabe muy bien quien en sus pretensiones se siente acosado de su fuerza, pues suele hacerla á veces de manera á una voluntad que le hace torcer del propósito á que iba inclinada; y tiene en menos el perderse junto con el propio gusto, que dejar desgraciado un buen deseo que, si queda con voz quejosa, es, aunque callada, tan fuerte que no se atreve á llamarla menos San Bernardo. *Numquid non desiderium vox? Et valida:* «¿Por ventura no es voz el deseo? Voz, y aun fuerte». Y no con el hombre flaco, que una voz flaca le atruena, sino con un Dios fuerte, á quien nada espanta. En cuya confirmación tenemos un testimonio santo y real, cual es el de David, que dice: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus: præparationem cordis eorum audivit auris tua.* (Sal. 9): «El deseo de los pobres oyó el señor». Antes, Rey, que pasemos de la ocasión destas palabras, me parece que hay alguna impropiedad en ellas; que para un rey cortesano, no sólo en su corte, sino en la del Rey del cielo, es mucho descuido decir que oyó el deseo. Si dijérades que lo vio, no os notáramos de impropio; pero que lo oyó, no suena tan bien: que no son los oídos las puertas de los deseos, sino de las voces. Ahí se declara como lo son, y no como quiera, sino de las más fuertes, que no son menos las suyas. Y porque no piense nadie que fue descuido, se declara y rectifica juntamente en las palabras que se siguen, en quien se halla la mesma ocasión de nota si lo fuera de impropiedad: «la preparación de su corazón oyó tu oído». Y da fuerza mayor á esto la traslación de Símaco, que, donde leemos: *Desiderium pauperum*, lee él: *Propositum pauperum:* «El propósito del corazón del pobre oyó Dios». ¿Oyense propósitos ni preparaciones? ¡Y cómo si se oyen! y dan unos gritos tan valientes en el alma, que *exaudivit Dominus*, los oyó, y no como quiera, sino muy oídos, que esa es la fuerza del *exaudivit*. Como si dijera: Muy oídas son las voces de los deseos, y Dios está hecho muy atento oidor de ellos. Y llega esto á tanto encarecimiento, que San Bernardo, en el lugar alegado, descubre con una encarecida llaneza la eficacia de estas voces, bastantes á detener la huída increíble de las palabras irrevocables, que escapadas una vez de los labios, no hay potencia que las vuelva á ellos ni que detenga siquiera los pasos diligentes de su huída. *Fugit irrevocabile verbum.* Pues quien da alcance á su huída, y no sólo alcance, sino que es poderosa para revocarle á do salió, es el deseo. *Revocatur verbum et revocatur desiderio animæ, scilicet, ejus animæ cui semel indulserit suavitatem sui. Numquid non desiderium vox? Et valida. Denique, desiderium pauperum exaudivit Dominus. Verbo igitur abeunte una interim et continua animæ vox, continuum desiderium ejus, tamquam unum continuum que revertere donec veniat:* «Remedio tiene una fuga tan irrevocable como la de la palabra, porque vuelve al llamado por la voz fuerte del deseo de un alma, digo de aquel alma que una vez se hubiese regalado con la suavidad de ella». Hablaba el santo de la palabra del padre, y el alma. «Por ventura, dice, ¿el deseo no es voz? Y no de las flacas, sino de las más vivas, y tanto que oye Dios el deseo del pobre. Huye, pues, la palabra y sale en su seguimiento una continua voz del alma, que es el deseo continuo que da siempre en un grito diciendo: vuelve, vuelve». Si á este tan delicado pensamiento de San Bernardo, que llanamente lo es, le buscamos la causa, me parece que es no tener la palabra otro sér más que el de los aires, que la llevan con tanta presteza como vemos. Luego, quien fuese señor para detenerlos y revocarlos, detendrá y revocará lo que llevan en sí. Bien clara se deja ver esta razón. Pues si probamos que los deseos son los que detienen, concluído habremos su poderosa eficacia. Pues no sea con razo-

nes, porque no las gastamos, sino con otra cosa más fuerte, que es la autoridad de Dios, que dice por el profeta Jeremías: *Onager assuetus in solitudine, in desiderio animæ suæ attraxit ventum amoris sui:* «El onagro con el deseo de su alma atrajo á sí el viento de su amor». Dales á los animales el viento que les trae el olor de lo que aman y desean y sale el deseo caminando al paso del viento, y siguiéndole, da con lo que ama y desea. Así vemos que los deseos de los animales están hechos de concierto con los vientos, pues este deseo suyo atrae á sí el viento de lo que ama. Y este elegante modo de hablar es uno de los galanos que hay en nuestra lengua, pues para encarecer la fuerza de un gran deseo, decimos que es tal, que bebe los vientos, que es el romance más propio que al *attraxit ventum* se le puede dar. Y declaran agudamente este sentido las traslaciones deste lugar. Porque los Setenta leen: *in desideriis spiritu ferebatur,* «con los deseos era llevado en los aires». Con mucha verdad, pues, ha de ser llevado en ellos quien los ha de alcanzar. ¡Oh, viveza de significación de un deseo negociante! que para su encarecimiento no decimos más, sino que anda tan diligente que anda en los aires. Pues esta es la diligencia de un deseo que anda en ellos. *Spiritu ferebatur*: «Era llevado en el aire». Que eso significa allí: *spiritu*. Y con la delicadeza dél, acabó de poner en su punto esto la versión de Santis Pagnino, que lee: *Attraxit ventum occasionis suæ:* «Atrajo el viento de su ocasión». Quiso decir: Anda tan puntual que no pierde ocasión; que ésta anda también en los aires y se pasa con la brevedad del de ellos, y perdida es tan irrevocable como ellos. Pues el deseo es el que atrae el viento de la ocasión, porque quien verdaderamente desea no deja ir ninguna, aunque se la ofrezca la presteza del aire. Y basta para concluir esto la experiencia, pues sabemos que á la actividad y viveza de los deseos se atribuyen todos los sucesos del mundo. Y aunque de esto hay tantos ejemplos como sucesos, sólo traeré por testigos los deseos de Daniel, á quien se atribuye el buen despacho de sus oraciones deseosas y fervorosas, como lo significó Gabriel: *Ego autem veni ut indicarem tibi, quia vir desideriorum es*: «Yo vine para declararte este misterio, porque eres varón de deseos». Como si dijera: A tus deseos se puede agradecer mi venida; ellos son los que me traen, porque son muy activos negociantes. De suerte que á la fuerza de un buen deseo no hay aire que se huya, ni palabra que no se revoque, ni ocasión que se pierda, ni ángel que no baje, ni aun Dios que no oiga; que para él no hay puerta cerrada ni ocasión ocupada. Pues qué mucho si es poderoso á detener aires y palabras irrevocables, y traer los Gabrieles del cielo, y hacer atentos los oídos de Dios, que hallando de par en par las puertas del hombre, revoque los propósitos más determinados de él.

Teníalos este convento de San Pablo de Córdoba de que estos libros de CONSIDERACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS DE CUARESMA que compuso el Padre Maestro fray Alonso Cabrera no saliesen á luz, atendiendo á que no poniéndoles él la última mano, ellos quedaran quejosos por ir de la ajena, y el mundo no muy satisfecho por la mesma causa. Pero ha sido tanta la negociación que ha habido de buenos deseos, que no ha sido posible dejar de oir y sentir la viveza de sus voces, porque han estado en un grito á todos tiempos y ocasiones y han bebido los vientos y andado en los aires, y no han dejado pasar el viento con ninguna ocasión, haciendo en todas instancia de que saliesen. Por lo cual se tomó resolución de que saliesen á luz, teniendo en menos que no quedasen muchos satisfechos á trueco de que tantos no quedasen eternamente quejosos. Que andar oyendo siempre lástimas y más de bienes de difuntos es terrible caso. Lo que hacía á este convento temeroso, y no con poca razón, era ser el Padre Maestro tan conocido y por el mismo caso obligado á satisfacer á tan gran conocimiento, que si no iguala la satisfacción al crédito, luego dice el mundo que le sobró ventura al que le faltaron partes, y así las grandes suyas, para quien sólo le conoció de oídas, corren peligro de ser agraviadas y calificadas con esta censura, de la cual quedáramos seguros si viviendo su autor les diera con la última mano la vida. Y aunque no le faltan á este insigne convento, madre fecundísima de raras habilidades, muchas y muy buenas que pudieran entender en ello, le pareció no hacerlo, porque el que toca la última disposición, atribuye á sí la obra; y donde se quita y pone, y más en cosas tan delicadas, se cobra nuevo sér y deja de ser obra de quien se intitula. Y por tratar con el mundo verdad, se los da sin quitar ni poner más de como los hubo de su autor. En lo cual hubo tanto cuidado, que aunque se hallaron mucha cantidad de sermones en su poder, y que se pudiera probablemente entender que había muchos conocidamente suyos, solos aquéllos se apartaron para este efecto, que no lo pudieron negar, por ser de su mano y letra, que no se puede hallar información más segura, y así como los hubo, no sólo los sermones enteros, sino también á pedazos, porque aun hasta aquestos han sido con deseos diligentes pretendidos, y no por eso tenidos en menos. Y á todos pareció que no se desperdiciasen, que en ellos va un pensamiento de un hombre grave y no es razón echarle al rincón. Que palabras de

hombres sabios, si á veces pocas, no es ninguna de perder; que una sola es muchas veces toda la importancia. Que el Espíritu Santo, tratando de ellas, las favorece tanto, que dice en aquel sermón del Eclesiastés: *Verba sapientium quasi stimuli et quasi clavi in altum defixi*: «Las palabras de los sabios son palabras hechas para solo picar y llevan todas su picante: no hay ninguna perdida. Son como clavos que llegan á lo más hondo del corazón profundo del hombre». Quiere decir: muy hincados. Y si sobre esto añadimos la lección de Olimpiodoro, hallaremos que son clavos de fuego: *quasi clavi igniti*. Que palabras que llegan al corazón, clavos de fuego son para él. Y así estos pedazos, por parecer á tantos que son de fuego, no han consentido que se apague, sino que el mundo se llegue á calentar á ellos. De do se parecerá el que el autor traía en su pecho, pues salían tan caldeadas en él sus palabras, que á veces, y á las más, las dice tales, que el más helado se quema. Que verdaderamente el espíritu se vee por las palabras. Y aunque de solas ellas hay poco de que hacer caso cuando la vida no es tal como ellas, bien se conoce en ellas cuyas son en las veras con que se hablan. Señal clara de que iba el negocio de veras, en el que las decía con tantas. Que claro se vee que el que no tiene espíritu vivo, no se le da á las palabras muertas; que éstas se pegan tanto al espíritu de donde nacen, que si el que las dice es frío, hielan; si discreto, deleitan; si gracioso, mueven risa. Pero si salen de espíritu ardiente, queman; y de tan buena vida y tanto recogimiento como siempre el Padre Maestro tuvo no se esperó menos que fuego y discreción en sus palabras. Y por no ser de perder salen muchos de sus sermones en otros tomos, que Dios servido saldrán, hechos pedazos; que pues lo quedó de predicar, y tanto que ese fue el achaque de su muerte, que no fue poca dicha se parezca aún hasta en los sermones. Y no se ha tenido por inconveniente, así por haberse mandado por nuestro muy Reverendo Padre Maestro Fray Diego Calahorrano, Provincial desta Provincia de la Andalucía, á quien el mundo puede agradecer en mucha parte, y aun en toda, su impresión, y al Padre Fray Acisclo de Arce, predicador general, compañero que fue del Padre Maestro Fray Alonso Cabrera, que esté en gloria, por cuya diligencia y trabajo sale este libro á luz, como por no ser nuevo en autores graves sacar pedazos de obras que atajados de la muerte se quedaron á la mitad de su camino. Como vemos en Santo Tomás nuestro Padre, y entre sermones los de San Bernardo á quien llamaron los parvos; que, por serlo no son de menos estima, sino de tanta, que se buscó nombre conforme á ella. Y fue de plata quebrada y con justa razón. Y si comparados éstos á aquéllos no haya ni yo hago comparación, yo aseguro que mirados por sí no desmerezcan el nombre ni haga contra razón, ni sea postizo el que se lo diese. Porque hay algunos tan buenos, que sermones enteros suyos no son tales. Al fin ellos salen como cogidos de revuelta, de la suerte y manera que los hubimos, porque si la hay, más se parece entonces la hermosura, que es de más estima que la aderezada con diligente cuidado. Confía este Convento que, pues con tanto deseo pretenden ser vistos de la manera que los ofrecemos, que no les debe faltar natural hermosura. La cual si fuera aderezada por la mano sabia de su autor, ella tuviera mucho más que ver, pues sabe el mundo cuán buena la tenía para sacar cualquiera cosa. Y el aseo de muchas que pulió les pareció á muchos que fue el posible que en la materia y en el arte podía llevar.

Van por discursos y consideraciones, conforme al estilo de muchos autores modernos que en romance han sacado sus obras. Y por ser tan puro y tan propio el lenguaje del Padre Maestro, salen en nuestra lengua castellana, para que todos se puedan aprovechar de ellos. Lo cual no fuera posible si se imprimiesen en latín. Deseamos mucho que, pues la bondad de los deseos nos los sacan de nuestro poder, sean tan bien recebidos como deseados, para que el resto de otros muchos del mismo autor, así de Cuaresma como de Santos, y á lo que se entiende mucho mejores, piensen que se les ha de hacer el mismo recibimiento. Dios, cuya gloria se pretende, los guíe de manera que ésta sea la primera que se cante, para que haga en los corazones de los prójimos ecos tan provechosos que nos dejen satisfechos de nuestro trabajo, y por él dé al autor su gloria que vive y reina en los siglos de los siglos.

AMÉN.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA

Quid hic statis tota die otiosi?
(MATH., 20).

El Santo Evangelio de hoy contiene una insigne comparación y semejanza, con la cual Jesucristo nuestro bien declaró á sus discípulos el orden y proporción que Dios guarda en premiar á los hombres, no sólo según el mérito de su justicia, sino también según la liberalidad de su gracia. Había un poco antes el Apostol San Pedro preguntado al Señor qué galardón les había guardado á él y á los demás condiscípulos en pago de haberle seguido dejadas todas las cosas, y él le declaró la grandeza del premio, que es la vida eterna. Pero porque pudieran pensar los discípulos simples que el Señor había de pagar á los que le sirven de la manera que suelen acá los hombres pagar á sus jornaleros, que solamente les dan lo que de justicia les deben, y no añaden nada de gracia; sólo atienden á la grandeza, provecho y duración de la obra, no á la buena voluntad con que se hace. Para excluir esta imaginación y manifestar cuán distinto arancel ha de guardar el Señor en la distribución del jornal de su gloria, púsoles delante esta semejanza, con que se engrandece la largueza de la gracia divina, que reparte sus dones, no sólo conforme á los méritos, sino sobre todos méritos, dando más de lo que se puede merecer y aun desear, no sólo á la medida y tasa de la justicia, sino conforme á la plenitud de la infinita misericordia; y que no hace tanto caso del trabajo y duración de la obra, cuanto del fervor y buena voluntad con que es hecha. Por donde viene á dar tanto y más jornal á los que en poco tiempo trabajaron con diligencia, que á los que trabajaron más tiempo con alguna tibieza; y así por su fervor como por la liberalidad de la divina gracia, vienen á ser los postreros mejor librados que los primeros. Este es el intento deste Evangelio, que dice así:

Semejante es el reino de los cielos (así en el merecer desta vida, como en el premiar de la otra) al negocio de un padre de familias, que luego en amaneciendo Dios salió á la plaza á coger gente y obreros para su viña, y habiéndose concertado con ellos por un tanto, envióles á cavar su viña. No contento con éstos que primero había enviado, tornó otra vez á salir á la hora de tercia, á las nueve del día, y viendo en la plaza á unos hombres parados y ociosos, díjoles: Andad también vosotros á trabajar á mi viña, que yo os daré lo que fuere justo por vuestro trabajo. Y volvió tercera y cuarta vez á la hora de sexta y de nona (que era á las doce y á las tres de la tarde) y cogió otros como los pasados. Y al fin, era tal la codicia que tenía de enviar gente á la viña, que allá á las cinco de la tarde, cuando ya no quedaba sino una hora del día, tornó otra vez á salir, y hallando unos hombres parados, díjoles: ¿Por qué razón os estáis aquí todo el día ociosos? ¿Paréceos bien estaros holgando sin trabajar y ganar de comer? Respondieron ellos: Señor, no ha habido quien nos cogiese. Ora, pues, andad, íos á mi viña y trabajad eso poco que falta del día. Venida la noche dijo el señor de la viña á su capataz: Llama á los trabajadores y págales su jornal comenzando por los que vinieron á la postre. Llamados, pues, los postreros, diéronle á cada uno un denario, que era la paga de los que trabajaban todo el día. Visto esto por los que habían cavado desde el amanecer, tuvieron por cierto les habían de dar más de lo que se concertaron, pues tan magníficamente se había habido con los postreros. Llegados, pues, á recebir el jornal, diéronles á cada uno lo mismo que á los otros, por donde como ellos vieron igualados consigo en el premio á los que tan desiguales habían sido en el trabajo, comenzaron á murmurar y quejarse del padre de familias, diciendo: Pues, ¿cómo está puesto en razón que no habiendo éstos trabajado más que una hora los igualéis con nosotros, que habemos cavado de sol á sol? El padre de familias, viendo su injusta querella, respondióle á uno en nombre de todos: Amigo, yo no te hago injuria ni agravio alguno. ¿Tú no te concertaste conmigo

de trabajar todo el día por un denario? Ves ahí lo que te debo, tómalo y vete con Dios. ¿Quién te mete á ti en darme consejo, ni tasarme á mí lo que tengo de dar á los otros? ¿No puedo yo hacer de mi hacienda lo que me pareciere? ¿Y dar á este que vino ahora de gracia lo que di á ti por el concierto que hicimos de justicia? Por cierto la culpa tú la tienes en tener envidia del bien de los otros. Veis aquí, dice Cristo, cómo por la gracia de Dios, los últimos son primeros y los primeros últimos, como también son muchos los llamados y pocos los escogidos. Esta es la letra, pidamos la gracia. Amén.

INTRODUCCIÓN

Tiene el hombre una grande excelencia entre todos los animales, que es poder gobernarse en todas sus obras por razón. Sabe tomar un fin por blanco de sus acciones y conforme á él ordenar y escoger los medios que le parecen necesarios para alcanzarle, y tiene conocimiento de la proporción y conveniencia que tienen los medios con la consecución del fin que pretende. Los otros animales obran por el fin, pero no conocen ni penetran el orden que tienen los medios con él. Anda la golondrina cogiendo pajuelas y lodo para este fin, que es hacer su nido y criar sus hijos, pero no sabe ella que las pajas y el barro son materiales convenientes para hacer el nido, ni entiende que el nido, después de hecho, es á propósito de la cría de sus hijuelos; pero con todo eso lo hace. Porque Dios (que es el autor de la naturaleza) la mueve y endereza á que consiga este fin. El hombre es más noble criatura, que es señor de sus obras por el entendimiento y voluntad, y libremente las hace movido de algún fin, tomando los medios que juzga ser convenientes para alcanzarlo. Sabe que para sustentar la vida es menester comer, y para que haya que comer es menester sembrar; y para guardarse del sol y del agua y vientos, es necesaria la casa; y para alcanzar la salud perdida, aprovecha la sangría y la purga. Y con esta inteligencia se mueve á tomar estos medios para alcanzar los fines. Y es esto en tanto grado propio al hombre, que cuando hace alguna cosa sin advertencia y sin esta consideración del fin, aquella obra no la llaman los filósofos humana, porque no la hace en cuanto hombre, con pretensión de algún fin, sino como bruto, por instinto natural. De aquí se colige la obligación que tiene el hombre á poner siempre los ojos en él, y á no dar un paso sin la consideración de él, para no errar en sus obras, y saber dar razón de sí y de ellas á quien le preguntase por qué las hace. Avieso tiro hará el tirador que al tiempo del tirar no se encara hacia el blanco, descubriéndole por la mira. Pues más torcida y errada será la obra que no va encaminada á su debido fin y carece del orden de la razón. Y el que fuere más ligero á poner los pies en el camino que los ojos para mirar por donde va, no dejará de dar peligrosas caídas. Los ojos son gomecillos de los pasos. *Oculi tui recta videant et palpebræ tuæ præcedant gressus tuos* (Proverbios, 4): «Poned los ojos de la intención de hito en hito en el blanco, descubridle con la mira del consejo y consideración. Mirad que tiráis á puntería, porque de si de otra suerte disparáis, no será tiro sino disparate». «Y vuestros ojos vayan delante de vuestros pasos»: quiere decir en todo esto, que el hombre sabio todas las cosas ha de hacer con acuerdo y maduro consejo, teniendo atención al fin que pretende y encaminando sus obras á él, para no hacerlas temerariamente y errar en ellas. Pues si en todas nuestras obras se requiere esta deliberación en razón de ser humanas, de suerte que, faltándoles la pretensión del fin, no son dignas de este nombre, ni el que las hace merece el de hombre, pues tanto degenera y desdice de la nobleza de su condición, ¿cuánto más culpable será la falta de esta misma consideración en el negocio más propio del hombre, que es el de su salvación? ¿Qué será no poner los ojos en aquel blanco de la vida eterna, que es nuestro último fin (en quien consiste nuestra felicidad y bienaventuranza) para enderezar á él nuestra intención y obras y tomar los medios convenientes para alcanzarlo? Si cada acción, para ser humana, ha de ser hecha por algún fin del cual ha de saber el hombre dar razón cuando fuere preguntado, y no lo siendo, es obra inútil, ociosa, indigna de su autor, ¿qué culpa será no nivelar todas las obras y todo el discurso de la vida por el fin para que fué el hombre criado, sino hacerlas todas acaso, inadvertida y ociosamente? *Gens absque consilio est et sine prudentia. Utinam saperent et intelligerent, ac novissima providerent* (Deuteronomio). No merece quien esto hace nombre de hombre; gentalla es, chusma y canalla sin consejo y sin acuerdo y prudencia, que ni atiende al fin, ni sabe buscar ni ordenar los medios para alcanzarlo. Ojalá lo hiciesen y tuviesen providencia de los fines y serían sabios y discretos. Tener providencia del fin es tomarlo por regla de los medios que á él se enderezan; porque, como dice Aristóteles, la razón y necesidad de los medios, del fin se debe tomar; y por eso cada arte tiene diversos instrumentos de la otra, porque tienen diversos fines. El sastre usa del aguja, dedal y tijeras. El carpintero, de la azuela, sierra, cepillo; y así todos los demás. Y sería disparate confundir el uso de

estos instrumentos. Porque ni el sastre haría nada con el azuela, ni el carpintero con el aguja; porque son instrumentos de diversos oficios, ordenados para distintos fines. Pues en esta doctrina se funda la reprehensión de nuestro tema: *Quid hic statis tota die otiosi?* Es demanda que se pone á todos los pecadores. Es un cargo que se les hace. Si sois hombres, ¿por qué no vivís como hombres? ¿Por qué no os preciáis de vuestro oficio y usáis de los instrumentos de él? Sois hombres criados para gozar de Dios, levantados y ordenados á este soberano fin; los medios con que le habéis de alcanzar son obras virtuosas y cristianas. Pues ¿por qué no le pretendéis? ¿Por qué no regís y enderezáis en orden de este fin vuestra vida? ¿Por qué vivís sin consideración, sin providencia del fin, inadvertidos, descuidados, ociosos? Vuestro oficio es ser jornaleros, cogidos en el baptismo para trabajar en la viña del Señor por el jornal de la gloria, pues ¿dónde está el azada? ¿Por qué vivís ociosos y no tratáis en vuestro oficio? Si el hombre cuerdo, de cualquier cosa que hace está obligado á dar buena razón, mayormente si es cosa grave, ¿cuánto más obligación había de darla de los medios que tomamos para conseguir la bienaventuranza que esperamos? Esta obligación pone á los fieles el apóstol San Pedro: *Parati semper ad satisfactionem omni poscenti vos rationem de ea quæ in vobis est spe et fide* (I Pet., 3): «Habéis de estar siempre aparejados á dar buena razón que satisfaga á cualquiera que os preguntare de la esperanza y fe que tenéis ó del premio que esperáis». Pues esta razón pide hoy Dios y la Iglesia en su nombre al mal cristiano. La esperanza tiene por blanco el último fin y felicidad de la gloria, y se mueve para alcanzarlo como jornal y premio de su trabajo. Pues, cristianos que tenéis esta esperanza y con ella estáis cogidos como jornaleros para trabajar en la viña: *Quid hic statis tota die otiosi?* ¿Por qué razón estáis aquí todo el día ociosos? ¿Qué descargo podéis dar? ¿O qué excusa alegáis de vuestra vida, que ni es de cristianos, ni aun de hombres?

Estas palabras fueron dichas á los que estaban parados allá á la tarde. Los cuales, como dice San Gregorio y Santo Tomás, significan al pueblo de los gentiles, que por haber pasado tantas edades y siglos en la idolatría hasta el adviento de Cristo (que es la hora y edad postrera del mundo) se dice haber estado todo el día ociosos. Pero éstos parece que pudieron dar por razón algo aparente de su ociosidad: *Quia nemo nos conduxit*. Nosotros aquí estábamos en la plaza para trabajar, pero no hubo quien nos cogiese. No va muy fuera de camino la excusa; pero ella misma es gravísima acusación para el cristiano. Hermanos: el idólatra, el pagano, el infiel, que viven debajo la tórrida zona y de los polos Ártico y Antártico, que ni conocen á Dios, ni tienen noticia de Cristo, ni han recibido promesa del cielo, cuando el día del juicio les pregunte el justo juez: ¿Por qué gastastes toda la vida ociosamente? Podrán responder no del todo fuera de razón: *Quia nemo nos conduxit*. Ninguno nos convidó á la labor de la virtud, ni ninguno nos prometió por nuestro trabajo el jornal de la gloria; ninguno nos predicó el reino de los cielos, ninguno nos amenazó con llamas eternas, ninguno nos dijo que el Hijo de Dios vino al mundo á destruir el reino del pecado. Y finalmente, ninguno nos ofreció el baptismo y los demás sacramentos con que fuésemos santificados. No tuvimos otra luz sino un pequeño rayo de la razón natural y ese, si no apagado, escurecido y añublado con muchas y crasas ignorancias y pecados. Pues siendo esto así, ¿qué nos pedís, Señor? O ¿de qué os espantáis? Esta respuesta no poco excusará á estos hombres, ya que no de todo el castigo (porque al fin se condenarán por los pecados hechos contra la razón natural), pero de gran parte de él y de la pena debida al pecado de la infidelidad. Como lo afirma el mismo juez: *Servus qui non cognovit voluntatem Domini sui et fecit, digne plagis vapulabit paucis*. Porque su ignorancia en mucha parte le excusa. Pero veamos, nosotros ¿qué responderemos en aquel riguroso tribunal? ¿Qué razón daremos de nuestra ociosidad? ¿Por ventura *quia nemo nos conduxit?* Eso no, porque *simile est regnum cœlorum homini patri familias*.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Este padre de familias tan solícito y cuidadoso es Dios nuestro Señor, que anda tan deseoso de salud y tan empleado en procurarla, como si olvidado de todas las demás cosas en este oficio sólo entendiese. La viña por cuya labor nos coge, como dice San Crisóstomo, es la justicia y santidad, en la cual hay diversas vides de varias virtudes, de fe, esperanza, caridad, mansedumbre, paciencia, castidad, misericordia y de todas las demás. Estas todas las raíces, este es el mayorazgo, de aquí han de vivir los siervos de Dios que son jornaleros. *Hæc est hæreditas servorum Domini et justitia eorum apud me, dicit Dominus* (Isaías, 54). Y el Esposo: *Vinea mea coram me est* (Cant., 8). Porque siempre mira los trabajos de los justos, la solicitud en cultivar esta viña de la justicia, y los frutos de virtudes que llevan en su presencia están, y en la memoria los tiene para premiarlos. Los obreros que han de labrar esta heredad son los hombres, mayormente los fie-

les; á éstos llama el Señor á todas horas á tiempos, pero señaladamente en todas edades. A los niños, á la madrugada, cuando comienza á reir el alba y amanece en ellos la luz de la razón con que pueden discernir lo bueno de lo malo. Luego llega á llamarlos que vayan á su viña con secretas inspiraciones é interiores movimientos que los convidan á huir el vicio y seguir la virtud. *Diverte a malo et fac bonum; inquire pacem et persequere eam* (Salmo 33).

Y si esto no aprovecha, vuelve á la hora de tercia, que es la mocedad, cuando en el mancebo comienza á resplandecer el sol de la inteligencia y á calentar el ardor de las pasiones, y convídale á trabajar en la viña. Vuelve otra vez á la hora de sexta, y luego á la hora de nona; porque á unos llama en la edad viril, que es la hora de sexta; porque así como el sol está á medio día en toda su fuerza, así el hombre en aquella edad. La hora de nona es la vejez, cuando comienza á declinar y la virtud comienza á enflaquecer y disminuirse. Y finalmente, viene allá á la tarde, cuando no queda sino una hora de día, á la edad decrépita, y comienza á reprehender á los que hasta aquélla han estado ociosos. *Puer centum annorum morietur et peccator centum annorum maledictus erit* (Isaías, 65). ¿Niño en el seso y grande en la edad? ¿El pie en la huesa y el corazón en el mundo? ¿El cuerpo hecho tierra, seco como raíces, y los pensamientos floridos y verdes? ¿La muerte á la puerta y el sol que trasmonta ya por los collados para dejaros en tinieblas exteriores, y estáis ociosos? Para el llamamiento de los mozos, David: *In quo corrigit adolescentior viam suam? in custodiendo sermones tuos* (Salmo 118). El mancebito que desde la hora de prima hasta la de tercia ha estado ocioso, el que ha perdido la inocencia luego que llegó á los años de discreción, corríjase luego yendo á trabajar en la viña, en la guarda de los mandamientos de Dios. La planta, cuando está tierna, fácil es de enderezar, con un hilo ó con una caña la vuelven á donde quieren; pero si endurece, no bastan horcones para enmendar el torcimiento. Fácil es de enderezar el mozo por el camino de la virtud y corregir en él las combas y torcimiento de los vicios; pero si crece y se endurece con la mala costumbre, muy dificultoso es. *Proverbium est: Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (Prov., 22). Comúnmente el mal potro sale mal caballo. Eso es lo ordinario, si se entrapa en él la malicia, si echa raíces el pecado, si se le entra la mala costumbre como ética hasta los huesos, trabajosa será la cura. *Ossa eius implebuntur vitiis adolescentiæ suæ et cum eo in pulvere dormient* (Job, 20). Por los huesos que son duros, se significa la fortaleza de la edad viril. Pues al malo hase entrado la maldad hasta los huesos. Está lleno de los pecados de su mocedad, y con él irán á la sepultura; por el contrario, ¿qué cosa tan apacible es comenzar la labor desde la mocedad, emplear los años juveniles en el servicio de Dios? Cuando el mancebo y la doncella se sujetan al yugo de la religión, ¡oh qué fácil y suave se hace después de llevar! *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* Al becerrillo fácilmente le hacéis novillo y le echáis el yugo, y aunque al principio se le hace de mal, después, cuando buey, él mismo se viene al yugo sin que lo traigan. Pero si aguardásedes á domarlo hecho toro, ¿quién se averiguaría con él? *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* Apacible, suave, ligero es al hombre crecido el yugo de la religión ó el de la virtud, si lo trae desde mozo. Que aunque entonces hay dificultad en domar los movimientos é ímpetus de la mocedad, pero después se facilita todo. Desta suerte llama Dios á los mancebos, por bien. Otras veces, cuando son desenfrenados, por mal. *Lætare ergo juvenis in adolescentia tua et in bono sit cor tuum in diebus juventutis tuæ, et ambula in viis cordis tui et scito quod pro omnibus his adducet te Deus in judicium* (Ecles., 25). Es ironía. A los hombres llama: *oh viri, ad vos clamito* (quiere decir, *sæpius clamo). Et vox mea ad filios hominum* (Prov., 8). Oh varones en la edad crecidos, si hasta la hora de sexta habéis estado parados, si habéis gastado la mocedad en vanidades y torpes deleites, si como caballos desbocados habéis corrido á rienda suelta tras vuestras pasiones, y como frenéticos os habéis regido por vuestros ciegos y arrebatados antojos, ahora que sois hombres y las pasiones están más moderadas, las fuerzas más crecidas, el sol de la razón más claro y resplandeciente como el mediodía, *ad vos clamito.* Ya es tiempo de dar la vuelta, tomad el azada en la mano, arrancad las hormigas y espinas de los pecados; no haya más libertades ni solturas, no soberbias y ambiciones, no juramentos demasiados, no juegos ni desatinos, no injustas ganancias y granjerías. Este es el mejor tiempo de la vida empleado en el bien de vuestras almas, en la labor de la justicia, en ejercicios de penitencia; no la dilatéis para la vejez, que no habrá tanta comodidad; porque es la vejez falta de fuerzas y abundante de enfermedades. *Memento Creatoris tui in diebus juventutis tuæ, antequam veniat tempus afflictionis tuæ et appropinquent anni, de quibus dicas: non mihi placent* (Ecles., 12). Cuando el hombre no se puede sufrir á sí ni las molestias de la vejez, ¿cómo sufrirá la labor de la viña? ¿El trabajo de la penitencia?

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Sale también á la hora de nona (que es la vejez), y llama á la viña, porque cosa es muy reprensible hasta entonces haberse tardado. *Senectus enim venerabilis est, non diuturna, neque annorum numero computata* (Sapi., 4): «Mira que la ancianidad (á quien se debe veneración) no está en tener la cabeza y la barba llena de canas, ni en haber vivido muchos años». *Cani autem sunt sensus hominis et ætas senectutis vita inmaculata* (Sapi., 4): «Las canas venerables han de estar en el juicio, y más han de respetar al viejo por su prudencia que por su edad». Porque la edad antigua es hacer vida irreprehensible, no amancillada con los vicios de la mocedad. Cualquiera mancilla en el rostro parece mal. Son los viejos el rostro y las canas de la comunidad. Y así en ellos ofende más cualquier vicio. Por donde vino á decir el Eclesiástico: *Tres species odivit anima mea, et gravor valde animæ illorum: pauperem superbum, divitem mendacem;* la postrera, como más grave: *senem fatuum et insensatum* (Ecles., 25). Otra letra dice: *adulterum*: «Tres suertes de gentes aborrece mi ánima, dice Dios, y su malicia me da gran enfado y pesadumbre: pobre soberbio, rico mentiroso, y lo último, el viejo sin seso y juicio». Pues, hombres llamados con tantas voces, con tantos avisos, á tantas y diversas horas y ocasiones; enseñados con la doctrina del cielo; edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas; no huéspedes y advenedizos en la casa de Dios, sino ciudadanos de la mística Jerusalem, domésticos de Dios, paniaguados y criados deste buen padre de familias; antes hijos muy queridos, poseídos de sacramentos, obligados con beneficios, provocados con ejemplos, llamados por Dios, por la Iglesia, por los predicadores y confesores, ¿qué podremos dar por respuesta, cuando nos pregunten: *quid hic statis tota die otiosi?* ¿Qué excusa tendremos de nuestro descuido? Si los gentiles que conocieron á Dios tan imperfectamente con aquel tan pequeño rayo de luz, serán sin remedio condenados, porque no glorificaron á Dios de la suerte que le conocían, ni se gobernaron por la luz de la razón, y como dice San Pablo, no tiene excusa que les valga: *ita ut sint inexcusabiles* (Rom., 1), ¡cuánto más lo serán los que gozaron del resplandor del medio día de la ley de gracia que causa la claridad de Cristo, verdadero Sol de justicia! ¡Cuánto más merecida tiene la condenación, el castigo y el tormento! *Quis enim miserebitur tui, Jerusalem? Aut quis contristabitur pro te? Aut quis ibit ad rogandum pro pace tua?* (Jeremías, 15). Si el día del juicio los santos pudieran tener compasión de los malos, y hubiera lugar de rogar al juez por algunos, sin duda fueran más dignos de compasión los gentiles que por falta de predicador se condenaron, y por no conocer al verdadero Dios. Y por éstos más aina que por otros se hubiera de interceder. Pero el cristiano que teniendo tanto aparejo para salvarse, de pura malicia y negligencia no se quiso aprovechar de él, ¿quién se apiadará de él? *Quis miserebitur tui, Jerusalem?* Alma cristiana, noble Jerusalem por el conocimiento de Dios y vil por tus pecados, ¿quién tendrá compasión de ti? ¿Quién se condolerá de tu fatiga? ¿Quién se moverá á rogar por tu paz y por tu perdón? *Tu reliquisti me (dicit Dominus); retrorsum abiisti; et extendam manum meam super te et interficiam te; laboravi rogans* (Jeremías, 15): «Tú me dejaste (dice el Señor) conociendo quién yo era y lo que me debías. Volviste atrás y salístete del concierto hecho en el baptismo; dejaste la labor y no quisiste extender la mano al arado y azada de la virtud y penitencia; pues yo extenderé la mía para castigarte y te quitaré la vida, dándote muerte eterna». Pues, señor, ¿por qué tanto rigor con el alma redimida de vuestra sangre? *Laboravi rogans.* Esta es la causa. Trabajé rogándola, importunándola, yendo y viniendo á la plaza á todas horas. Que si en Dios pudiera caber cansancio, se cansara desto, como se cansó realmente (después de hecho hombre) en el mismo ejercicio, llamándola, convidándola con el bien, y no lo quiso. Pues tal descuido y tan culpable desprecio no puede dejar de ser horriblemente castigado, y no con pocos azotes y tormentos como los gentiles, sino con mucho más. Porque el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la hace, muchos más azotes merece que el que no la sabiendo no la hizo. Por esta razón reprendió Cristo nuestro Señor á las ciudades que oyeron su doctrina y vieron sus milagros y no hicieron penitencia. *Tunc cœpit exprobare civitatibus, in quibus factæ sunt plurimæ virtutes eius* (Mateo, 11). Entonces comenzó (pero el día del juicio acabarán) á dar en rostro y zaherir: *Væ tibi, Corozain! Væ tibi, Betsaida!* (eran ciudades de Galilea donde Cristo había predicado). *Quia si in Tiro et Sidone* (eran ciudades idólatras) *factæ essent virtutes, quæ factæ sunt in vobis, olim in cinere et cilicio pœnitentiam egissent.* (Mateo, 11), Es amenaza de castigo eterno. Pues quien ha visto más maravillas que esas y ha visto á Dios crucificado por los pecados y no hace penitencia, ¿qué será de él? *Verumtamen dico vobis* (el mismo juez): *Tiro et Sidoni remissius erit in die judicii quam vobis* (Lucas, 10). Las cuales palabras no me parecen á mi palabras, sino rayos del cielo que hieren á los malos cristianos, amenazándoles que han de ser de peor condición que los bárbaros idólatras y paganos.

Veis aquí cómo no pueden dar por razón los malos cristianos, de su ociosidad, el no haber tenido quien los llamase á la viña. Pues luego, ¿por qué razón? *Quid hic statis tota die otiosi?*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Podrá por ventura decir el otro: Señor, no voy á cavar porque no lo tengo por oficio. Soy caballero, ó soy delicado y no vivo de mi trabajo. ¿Es bastante excusa ésta para que algún hombre se exima del trabajo y quiera vivir ocioso? No por cierto; porque el trabajo es pecho de toda la naturaleza humana, tributo es que ninguno está exempto de él. El Rey, el Papa, el caballero, todos son villanos en esta parte; en siendo hombre es trabajador. Bien había Job calado la condición del hombre. *Homo nascitur ad laborem et avis ad volatum* (Job, 5): «De la suerte que es propio del ave volar es del hombre el trabajar». Dos alas para volar y dos manos para trabajar. En saliendo del vientre de su madre, comienza á sentir miserias, penalidades, lágrimas, tristezas, trabajos, y el que de esto se quiere excusar, se excusa de ser hombre. Si en aquel estado felicísimo de la inocencia en que fueron nuestros padres criados (donde no había de haber miseria ni fatiga alguna) dice la Escritura divina que puso Dios al primer hombre *posuit eum in Paradiso voluptatis ut operaretur et custodiret illum* (Gen., 2): «Porque lo cultivase y tuviese alguna ocupación y ejercicio»; en el estado miserable de la culpa, cuando á ese mismo hombre le han dicho: *in sudore vultus tui vesceris pane tuo;* cuando ya no está en jardín de deleites, sino en la tierra maldita que le ha de brotar espinas y abrojos, ¿cuánto más necesario será el trabajo, el ejercicio y la ocupación? Mayormente que no sólo ha de ser esta ocupación corporal, aunque esa no deja de ser provechosa, sino espiritual, como habemos dicho. Cavar en la viña de la justicia es hacer obras de virtud. Si estando la tierra bendita y la sensualidad rendida á la razón, es menester que se ocupe Adam: cuando la maldita de nuestra carne produce tantas espinas de malos deseos y abrojos de torpes imaginaciones, y está tan estéril para lo bueno y tan fertil para lo malo, ¿cuánta mayor diligencia será menester en podar los sarmientos superfluos de nuestras demasías, cavar en la consideración de nuestra bajeza? De esto todo no hay nadie que se pueda excusar. Pues luego: *Quid hic statis tota die otiosi?*

CONSIDERACIÓN CUARTA

Podréis responder: Señor, es verdad que me han venido á coger y que yo de oficio soy trabajador; pero es poco el jornal que me dan por mi trabajo y por eso nos hemos desconcertado. Eso no. Porque Dios no nos obliga á trabajar de balde. *Non dixi semini Jacob: frustra quærite me* (Isaías, 45), sino por muy buen por qué. *Conventione autem facta ex denario diurno misit illos in vineam suam.* Con los primeros se hizo el concierto por un denario, que es el precio del trabajo de un día, y á los demás les dijo el padre de familias: *Quod justum fuerit dabo vobis.* Este denario era una moneda que valía antiguamente diez ases, como si dijéramos ahora diez cuartos; y significa aquí el premio de la bienaventuranza que se da á los que guardan los diez mandamientos del Decálogo. Porque así como el número de diez es número perfecto, que contiene en sí todos los números, así la bienaventuranza es estado perfecto con el cumplimiento de todos los bienes. Llámase denario diurno porque es premio del trabajo de un día. Porque la vida humana es tan breve como un día, y comparada con la eternidad del premio es como nada. *Quoniam mille anni ante oculos tuos tanquam dies hesterna quæ præteriit. Et custodia in nocte quæ pro nihilo habetur, eorum anni erunt* (Salmo 89). Como el día de ayer. Aun no dijo como el de hoy. Y pareciéndole que había dicho mucho en llamarle día, llamóle guardia de la noche, que entre los soldados y marineros se reparte el tiempo de la noche en cuatro guardias, cada una de tres horas. Y pareciéndole que era mucho tiempo para cosa tan breve cotejada con la eternidad, añadió: *Quæ pro nihilo habetur, eorum anni erunt.* Digo que los años de los hombres son de las cosas que se tienen por nada, y así Job: *Nihil enim sunt dies mei* (Job, 7). De suerte que el tiempo del trabajo no es más de un día. San Pablo: *Ecce nunc tempus acceptabile* (Corint., 6). «Este es tiempo de trabajar». Y porque el nombre de tiempo no desmayase á algún flojo, temiendo que había de ser largo, añade: *Ecce nunc dies salutis.* «No es más que un día y en él podemos granjear nuestra salud». Pues si por trabajo tan corto se nos promete jornal tan largo, no tenemos razón de desconcertarnos por el precio. Preguntó una vez el Emperador Adriano á un filósofo llamado Segundo, qué era la cosa que no dejaba cansar al hombre. Respondióle el filósofo: La ganancia. Pues si la ganancia terrena no deja cansar al hombre, sino le anima y alienta para el trabajo, ¿cómo la ganancia del cielo no esfuerza al cristiano á que trabaje? ¿Por qué se cansa en la labor de la justicia? ¿En la oración, en el ayuno, en la vigilia, en la penitencia, en la observancia de los mandamientos de Dios? Especialmente que estos santos ejercicios y la guarda de los divinos mandamientos andan tan acompañados de re-

galos y dulzuras espirituales, que no merecen nombre de trabajo. De aquí vino á decir David: *Desiderabilia super aurum et lapidem praetiosum multum, et dulciora super mel et favum* (Salmo 18). «Los otros hombres se esfuerzan á trabajar con esperanza de la ganancia temporal, del oro, plata, etcétera. Pues yo digo que son los preceptos del Señor de más codicia que el oro y las piedras preciosas en grande abundancia, y más gustosos y dulces al paladar de mi alma que al panal de miel el del cuerpo». No puede ninguno entender cuánta es esta dulzura, si no la ha gustado. ¡Oh, qué suave es la quietud de la buena conciencia, no tener remordimiento de pecado, amar á Dios como á padre y al prójimo como hermano! No hay dulzura que se le iguale. *Etenim servus tuus custodit ea, et in custodiendis illis retributio multa* (Salmo 18). Al siervo no le da su amo premio porque haga lo que le manda. Dios, sí. Pues si los mandamientos de Dios son más sabrosos que el panal de miel, y sobre eso se promete por la guarda de ellos tan gran premio, ¿quién hay que se puede excusar de guardarlos? Si esto dijo David en tiempo de la ley escrita, ¿qué dijera si viviera en la ley de gracia? San Bernardo: *In lege grave jugum et leve præmium (terra enim promittitur)*; *at Ecclesiæ jugum suave et præmium sublime. Sic enim provocat quod promittit, ut non terreat quod imponit.* Y aunque es verdad que á las varones espirituales (en figura de la tierra de la promisión), también se les prometía el reino de los cielos como jornal, pero dilatábaseles mucho, porque hasta la pasión de Cristo ninguno podía ver á Dios. Y así el camino del cielo era muy largo entonces, porque era forzoso rodear por el infierno. Pues si en aquel tiempo dijo David que eran los mandamientos dulces y el galardón muy grande, ¿qué dijera en éste, cuando el yugo de la ley está aligerado y el trabajo es menos y el premio mayor, pagado no al fiado, sino luego, al pie de la obra, encima la mano? *Ecce merces eius et opus illius coram illo* (Isaías, 40): «Veis aquí á vuestro Dios, dice Isaías, consigo trae los talegos de moneda para pagar su jornal á los trabajadores, luego acabando el día y la tarea». Pues si el precio es tal, que ninguno, por mal contentadizo que sea, se puede desavenir con el padre de familias; *quid hic statis tota die otiosi?*

Pues no podréis decir que os falta comodidad de lugar, pues estáis dentro de la misma viña. *Quid hic?* Si estar en la plaza ociosos es negocio tan reprehensible, ¿qué será estar en la viña? *Quid hic statis?* ¿Aquí, que es lugar de trabajar? ¿Aquí, donde están los buenos trabajadores echando el bofe y sudando la gota tan gorda por ir adelante? ¿Aquí estáis vosotros ociosos? Enojado el Señor con un mal trabajador que no hacía el deber en la viña, envíale á Isaías que le diga: *Quid tu hic? Aut quasi quis hic?* (Isaías, 22): «¿Qué haces tú aquí? ¿O, cómo piensas que estás aquí»? ¡Oh, qué pregunta ésta para que cada cristiano la haga á sí mismo! *Quid tu hic?* ¿Qué haces tú aquí en la viña, ó como quién piensas que estás aquí? ¿Como trabajador? ¿Como jornalero? ¿Pues por qué no trabajas? ¿Qué haces aquí en el huerto cerrado del Señor, ó como quién estás aquí? ¿Como árbol plantado para llevar fruto de buenas obras? Pues, ¿por qué estás seco y estéril tanto tiempo ha? ¿No temes la voz del Señor que dice al hortelano: *Succide ergo illam; ut quid etiam terram occupat?* (Lucas, 1-3): «Corta este mal árbol. ¿Qué hace aquí ocupando la tierra?» ¿Qué haces tú aquí en este valle de lágrimas donde eres peregrino? ¿O como quién estás aquí? ¿Como caminante y extranjero del mundo, desterrado de la celestial Jerusalem, tu patria? *Non enim habemus hic civitatem manentem, sed futuram inquirimus* (Hebr., 13). Pues, ¿por qué te detienes en el camino? ¿Por qué haces natural ciudad el lugar del destierro? ¿Por qué por las chozas pajizas del mundo pierdes aquellos alcázares de gloria? ¿Cómo estas tú aquí, en el palenque ó en la estacada? *Aut quasi quis hic?*: «¿O como quién estás aquí? ¿Como soldado cercado y combatido de enemigos? *Militia est vita hominis super terram* (Job, 7). ¿Pues cómo en el lugar de la batalla estás ocioso? Estáte combatiendo el demonio y persiguiendo el mundo, y engañando y halagándote tu carne, todos tres conjurados en tu perdición, y tú como si vivieras en paz y seguro, ¿no sacas la espada ni reparas los crueles golpes que te tiran? ¿Qué haces tú aquí en las Indias de esta vida, ó como quién estás aquí? ¿Como mercader para granjear riquezas de merecimientos espirituales? ¿Pues por qué estás ocioso? ¿Por qué no contratas y solicitas los negocios de tu salvación para volver rico á aquella dulce España, donde para siempre has de vivir? ¿Qué haces tú aquí en la Iglesia, que es casa de Dios, ó como quién estás aquí? ¿Como criado y doméstico de Dios y como hijo querido suyo? ¿Pues por qué no sirves á Dios? ¿Por qué le ofendes tan gravemente? *Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa?* (Jeremías, 2). Pues si tan á propósito es el lugar para trabajar: *quid hic statis tota die otiosi?*

CONSIDERACIÓN QUINTA

Y si me decís que aunque el lugar es oportuno y el trabajo es poco, pero vosotros sois flacos y no tenéis fuerzas para llevarlo. Eso no, porque: *statis:* «estáis en pie», que á veces es

más cansada cosa que otro cualquier otro ejercicio. Fuerzas tenéis, pues que estáis levantados como sanos, no acostados como enfermos. Quiero decir, que pues sois robustos para pecar, no seáis flacos para servir á Dios. San Pablo: *Humanum dico: propter infirmitatem carnis vestræ. Sicut enim exhibuistis membra vestra servire inmunditiæ et iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibite membra vestra servire justitiæ in sanctificationem* (Rom., 6). Echáis achaques que sois flacos y de pocas fuerzas para los trabajos de la penitencia; yo lo admito. Y así teniendo atención á vuestra flaqueza, os pido trabajo fácil, servicio ligero y muy puesto en razón. Que así como habéis sido hasta ahora obreros de la iniquidad, lo seáis de aquí adelante de la justicia; y como hicistes vuestros miembros instrumentos para póner por obra el pecado y la torpeza, con que quedasteis hechos esclavos del pecado, los empleéis ahora que sois llamados en el baptismo á la viña, en la labor de la justicia, con que seréis santificados. Harto razonable petición es esta: que sirvas á Dios con las mismas fuerzas, con el mismo estudio y diligencia que servías al pecado. Si para pecar trabajabas, como dice Jeremías: *ut inique agerent laboraverunt* (Jeremías, 9), trabaja para servir á tu Dios. Si hay fuerzas para andar toda la noche rondando la calle de la otra, hágalas para oir misa hincado de rodillas y para levantarse temprano á oir sermón. Si hubo dineros para gastos superfluos en las vanidades del mundo, para libreas y juegos de caña, que los haya también para hacer limosna á los pobres, por Dios. Tuviste lengua para jurar el santo nombre de Dios en vano y para desdorar la fama de tu prójimo; tenla ahora para dar gracias á Dios y para glorificar su nombre y para restituir la honra que quitaste. Los ojos que miraban cosas vanas, estén ahora cerrados para ellas y abiertos para mirar las obras de Dios. Los oídos que oían murmuraciones y pláticas deshonestas, oigan el sermón y los buenos consejos. Los pies y manos que obraron el daño del prójimo, ocúpense ahora en obras de misericordia. Finalmente, la carne que ilícitamente se regaló con comidas y bebidas y con torpes deleites, sienta ahora el trabajo del ayuno, de la mortificación, disciplina y penitencia, lo que bastase su posibilidad. Esto cosa hacedera es; no nos piden cosa imposible, sino muy moderada. *Quid hic statis tota die otiosi?*

CONSIDERACIÓN SEXTA

¿Podréis decir por ventura que el lugar es oportuno y las fuerzas bastantes, pero que el tiempo no ayuda? Eso no, porque: *tota die.* «Hace día claro y sereno». Si fuera de noche, más era de dormir que de trabajar, pero de día? El día es el tiempo propio del trabajo del hombre. Si fuera la noche de la gentilidad, donde predominaban las tinieblas de la ignorancia del camino del cielo, no fuera maravilla dormir descuidados de la salud espiritual, embriagados con el vino de las concupiscencias y pasiones; ¿pero en el día de la ley de gracia, dándonos la luz del Evangelio en los ojos? ¿Estar ociosos y dormidos descuidados de nuestra salvación? Grande mal es. *Omnes enim vos filii lucis estis et filii diei* (Thesa.), dice San Pablo. Es frase hebrea. Llámalos hijos de luz y de día, porque tienen gran abundancia de luz y de claridad. Item; *Filii Christi, qui est lux vera et dies meridiana.* No somos hijos de noche ni de tinieblas. Pues no durmamos con sueño de negligencia y pecado como los demás pecadores infieles, sino velemos con cuidado y templanza. *Qui enim dormiunt et qui ebrii sunt, nocte ebrii sunt.* ¿Pero en el día de la gracia tanto sueño? ¿Y tanto olvido de Dios? ¿Tanto descuido de las cosas espirituales? ¿Tanta embriaguez de las pasiones carnales? No se puede sufrir. De noche buscan las fieras su comida, salen de sus cuevas, no era mucho que se encerrara el hombre á dormir; pero de día las fieras se encierran, ¿por qué no saldrá el hombre á trabajar y á ganar la vida? *Posuisti tenebras et facta est nox: in ipso pertransibunt omnes bestiæ silvæ, catuli leonum rugientes ut rapiant et quærant a Deo escam sibi* (Salmo 103).

En todas las naciones que están fuera del conocimiento de Dios, por cuyo hemisferio no ha amanecido el Sol de la justicia, hay noche oscura y tenebrosa, grande ceguedad, crasísimas ignorancias. Allí discurren las bestias de las selvas, los leones y dragones infernales: bramando, buscan las almas que Dios desampara para hacer presa en ellas. Allí son las carnicerías y matanzas de almas que para siempre padecen. Tienen más licencia estas bestias para tentar, y los hombres con el temor de la noche menos esfuerzo para resistir. *Ortus est sol et congregati sunt et in cubiculis suis collocabuntur.* Pero en saliendo el claro sol de justicia en el hemisferio de la Iglesia, con los rayos de su doctrina y de su gracia, luego todos se recogieron y se encerraron en sus cuevas, que son corazones de los pecadores que meditan la iniquidad, *in cubili suo*. Ya no tienen tanto poder los demonios de tentar, los hombres están más fortalecidos con la gracia divina. ¿Pues qué resta? *Exibit homo ad opus suum et ad operationem suam usque ad vesperam*: «Salga el hombre á su labor y á su tarea hasta la noche». Trabaje, que agora es tiempo, hasta el fin de la vida, en que se paga el jornal. Ea, pues, hermanos, que es de día, trabajad, haced buenas obras

ahora que hay lugar de merecer. Mirad que se acerca la noche: la muerte. *Venit nox, in qua nemo potest operari* (Juan, 9). Pues: *quid hic statis tota die otiosi?* Todo el día. Aun si fuera una parte del día no fuera tanto mal. El jornalero está obligado á gastar todo el día en servicio del que le cogió, y ha de tomar muy poco espacio para comer y lo demás que le conviene; pero si se ocupa todo el día en sus negocios y no en los de su amo, ni hace lo que debe, ni merece el jornal. Cristianos, que gastamos todo el día en nuestros negocios y no en los de Dios, que se nos va toda la vida en las cosas pertenecientes al cuerpo y no damos una hora siquiera á los del alma, á examinar nuestra conciencia, á hacer oración á Dios, á pensar en sus beneficios; la vida en pecados. *Quid hic statis tota die otiosi?* Vagamundos, holgazanes, ¿qué hacéis en la viña del Señor? La ociosidad es madre de vicios, madrastra de virtudes, sumidero de inmundicias, puerta del infierno, seminario de pecados y malos pensamientos. El agua que corre cría dulces peces; pero el agua detenida y ociosa, como la de las lagunas y balsas, no cría sino ranas y culebras, y sus peces son sin gusto y dañosos. ¿Qué puede criar el corazón del hombre ocioso, sino mil sabandijas de malos pensamientos vanos, deshonestos y torpes? *Multam enim malitiam docuit otiositas.* Maestros de mucho mal. Pues: *quid hic statis tota die otiosi?*

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Padre, no habléis conmigo, que perpétuamente ando ocupado: en toda la vida me dejan negocios de mucha importancia: tengo tratos y contratos, ó soy oficial que siempre trabajo de la mañana á la noche; no asiento el pie todo el día. Hermano, con toda esa ocupación estáis en pecado, ¡ofendéis á Dios! Pues aunque echéis el bofe afanando, sabed que estáis ocioso. Crisóstomo: *Otiosus est qui opus Dei non operatur* (Divus Chrisost. in Cathena). «Todo aquello que no es obra de virtud ó que no se ordena ó aprovecha para la virtud es acto ocioso, inútil, vano y desaprovechado».

¿Queréis ver la razón de esto? Porque como Santo Tomás dice (D. Thomas, 2 2, q. 10; art. 4 ad 5): «No digo que la buena obra moralmente hecha con pecado no es buena, ni provechosa, sino que no es meritoria delante de Dios. Todas las otras ocupaciones que no son virtudes, hechas en pecados, ni son meritorias, ni buenas, ni provechosas.—Eso, padre, decidlo á los frailes y á los abades que ganan la comida cantando y todo el año huelgan.—Ese es el yerro de los malos: pensar que los buenos están ociosos y que ellos solos están bien ocupados. Faraón dio por respuesta á los israelitas que le pedían licencia para ir á sacrificar al Señor: *Vacatis otio et idcirco dicitis: eamus et sacrificemus Domino* (Exodo, 5). Así los que están ocupados en las cosas pertenecientes al cuerpo, juzgan por ociosos á los religiosos que se ocupan en el reposo del espíritu y santos ejercicios del alma. Pero veamos si tienen razón y cuál de ellos se ha de llamar ocioso. *Otium*, como dice Santo Tomás, *opponitur illi ordini qui est ejus quod est ad finem ipsum:* «De suerte que cosa ociosa es cosa no ordenada á algún fin». Y así dice en otra parte: y trae el dicho San Gregorio. *Quod caret necessitate justa, et pia utilitate, otiosum reputatur:* «La necesidad y utilidad del medio se ha de tomar del fin». Pues si el fin del hombre está puesto en conseguir la vida eterna, la cual se ha de ganar como jornal por sus obras, aquellas obras serán necesarias y provechosas que son menester y aprovechan para conseguir este fin; y por el contrario, aquellas serán ociosas que contradicen á este fin ó no ayudan para alcanzarlo. *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* (Math., 19), dice Cristo. Este es el medio necesario; pues todo lo que fuere contra eso ó no ayudare, ocioso es. Pues mirad vos ahora vuestros ejercicios y modos de vivir, á qué fin van ordenados; mirad á qué blanco los encamináis, y veréis si estáis ocioso. Si en vuestro estado vivís virtuosamente y de tal manera os habéis en sus obligaciones que por ellas no ofendáis á Dios, que la granjería y codicia no os hace robar lo ajeno; y por vuestro oficio no os olvidáis de Dios, sino que vuestras ocupaciones se ordenan á pasar la vida guardando siempre los mandamientos de Dios, ocupado estáis en obras necesarias y provechosas; trabajador sois en la viña de la justicia. Pero si vuestras inquietudes, negocios y desasosiegos os apartan de Dios, ocioso estáis, vagamundo y holgazán sois, aunque andéis aperreado en el camino de la maldad y tengáis más negocios que estrellas hay en el cielo. *Plures fecisti negotiationes tuas quam stellæ sunt cæli* (Nahum, 3). Tú las haces tuyas, que ellas no son sino ajenas: pleitos del mundo, negocios de la avaricia y de la ambición y sensualidad. Si uno fuese á Corte á pleitear un negocio en Consejo real, y se descuidase de su negocio y tratase los ajenos, ¿no diríamos que anda ocioso aunque anduviese reventando? El cristiano no tiene más de un negocio; si ese no trata, aunque trate los de todo el mundo, ocioso está. *Unum est necessarium:* el negocio de la salvación, y todos los demás que no van enderezados á este fin, ociosos son, porque carecen de justa necesidad y de piadosa utilidad. Como que no son provechosas las riquezas, las honras, etc., si son sin Dios; no. Porque no apro-

vechan sino estorban á la consecución del último fin. Isaías: *Non est qui invocet justitiam, neque est qui judicet vere, sed confidit in nihil et loquuntur vanitates; conceperunt laborem et pepererunt iniquitatem; ova aspidum ruperunt et telas araneæ texuerunt* (Isaías, 59). Que se desentrañan para hacer una tela fragilísima para cazar una mosca. *Opera eorum, opera inutilia et opus iniquitatis in manibus eorum.* Pues á estos que se andan matando en servicio del mundo, se les dice: *Quid hic statis tota die otiosi?* Que no hacéis nada que aproveche; que no tratáis el negocio de vuestra salvación; que son vuestros trabajos en vano. *Rogamus autem vos, fratres, ut abundetis magis,* (Tes., 4), *id est, in officio dilectionis, et operam detis ut quieti sitis*: que no ayuda la inquietud y desasosiego á la labor, antes el más inquieto es más ocioso. *Et ut vestrum negotium agatis.* Hagamos nuestro negocio, procuremos nuestra salvación, pues somos hombres de razón, miremos nuestro fin, ordenemos nuestras acciones y vida á él, obrando obras de Dios, guardando sus mandamientos, ahora que Dios nos llama y nos ruega á la labor de su viña, pues lo tenemos de oficio el trabajar, en razón de ser hombre; pues el jornal que se nos promete es mucho y el trabajo que se nos pide poco. Pues tenemos lugar oportuno, fuerzas bastantes, tiempo del día de la gracia muy acomodado, trabajemos todo el día de la vida en la viña de la justicia para que á la noche de la muerte merezcamos la paga y jornal de la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA

Exiit qui seminat seminare semen suum.
(Luc., 8).

Aristóteles, en el libro primero de los Meteoros, tratando de las impresiones húmidas y calientes, dice que el rocío es un vapor que sube de la tierra hasta la suprema parte de la media región del aire. Y allí, por la virtud y eficacia del primer planeta (que es la luna), se congela y vuelve á caer hecho rocío, aljofarando la tierra y disponiéndola para que el grano que en ella cayere pueda fructificar. Hoy tenemos en el Evangelio (que es de San Lucas, capítulo 8) una rica sementera, porque el sembrador es Dios y la semilla su palabra, y la tierra que la recibe nuestros corazones. Y así, para estar dispuestos, es menester que suba dellos vapor á la suprema región: que suban nuestras oraciones, afectos y deseos al supremo cielo empíreo, para que llegando allí por virtud é intercesión de la serenísima Virgen y Madre de Dios (que es el primer planeta) *pulchra ut luna*: «hermosa como la luna», caiga el rocío de la gracia, que humedezca con devoción nuestras almas, para que fructifique la palabra de Dios, que hoy ha de caer en ellas. Pidámosle con mucha instancia, diciendo la salutación que sabemos del Avemaría.

INTRODUCCIÓN

Vino el Hijo de Dios al mundo para obrar el misterio de nuestra redempción, con aquella plenitud de poder, no limitado, que para tal obra convenía. Y así trajo facultad, no sólo, como se dijo á Jeremías en su persona, de destruir, desarraigar, disipar, desbaratar, edificar y plantar, sino, como Isaías profetizó: *posui verba mea in ore tuo ut plantes cœlos, ut fundes terram* (Isaías, 51; Jeremías, I). Pudiera sobre la total mutación de los elementos extender su poder, deshaciendo los cielos y haciéndolos de nueva manera, y sacar otra tierra de fundamentos, sin que nadie le fuese á la mano. De si mismo se moderó él, usando de sus poderes en cuanto nos era menester y no más; y asi destruyó la muerte, desbarató el reino del pecado, sacó de raíz los vicios, disipó los despojos del fuerte armado ya rendido, edificó su iglesia; y como en nuevo paraíso, plantó en ella las arboledas de virtudes; hizo nuevos cielos y tierra nueva, dando sobre la tierra nuevos poderes que se extendiesen sobre los cielos, donde nadie había entrado. En su ausencia no dejó á su Igle-

sia pobre de estas maravillosas facultades, antes dejó en ella su lugarteniente sustituído con la plenitud de poder que tenía él, que fue su Evangelio. El Verbo á nadie había de poner en su lugar más propiamente que al verbo. De quien habemos de tener por presupuesto, que así como el Verbo sustancial y eterno dijo de sí: que hacía lo que veía hacer al Padre; así este verbo temporal y accidental obra lo que el divino, por la gran virtud que se le comunica. Por eso dijo San Pablo (Rom., 1). *Non erubesco Evangelium; virtus enim Dei est in salutem omni credenti*: «No me avergüenzo ni embarazo de predicar el Evangelio, porque es virtud de Dios para salud de todo creyente»; quiere decir, del que vive conforme á lo que el Evangelio enseña. Es singular nota llamarle virtud de Dios, como llamamos virtud de una yerba ó ave, ó cosa tal, aquello en que por artificio lo resolvemos. Porque en breve cantidad tiene en sí todo lo bueno de aquella cosa destilada y lo que es de provecho. Así, en eso poco que el Evangelio contiene, encierra todo lo que Dios es. Y si hablásemos con esta licencia: destilado Dios con el fuego de su amor, no pudo dar de sí virtud que más provecho nos hiciese que el Evangelio. Con esta virtud resucitan los muertos, se engendran los vivos, sanan los enfermos, convalecen los sanos, medran regalados los buenos, vuelven espantados á mejor vida los malos, reciben luz los ciegos, calor vital los tibios, consuelo los tristes, esperanza los desesperados. Por eso se llama omnipotente como el mismo Dios: *Omnipotens sermo tuus, Domine.* Y en otra parte: *sermo illius potestate plenus est* (Sap. 1; Ecles.). Por la misma razón se llama con diversos nombres esta palabra divina, por los diversos efectos que causa, luz, pan, vino, medicina, fuego, almádana, cuchillo y aquí la llama el señor: semilla. Luz se llama porque quita las horribles tinieblas de ignorancia. Pan, por ser sustento de la vida del alma. Vino, porque remedia las melancolías que la ponzoña del pecado causa. Medicina, porque lo son sus consejos, para obedeciéndolos sanar de la culpa. Fuego, porque enciende y porque inflama con santos deseos. Almádana, porque los más duros pedernales de los más empedernidos corazones quebranta. Cuchillo, que divide con la viveza de sus filos las coyunturas de las más ocultas intenciones, y que taja y corta y nos aparta de lo perjudicial. Finalmente, es semilla de donde nace todo nuestro bien. Pero ofrécese aquí una duda. ¿Qué es la causa, siendo eso verdad como lo es, que en tanta abundancia de predicación como hay, hallemos tanto defecto de esas cosas, que la palabra de Dios puede y suele causar? ¿Cómo hay tan grandes erradas siendo luz? ¿Cómo, siendo medicina, tantos enfermos? ¿Cómo, siendo pan, tan rabiosa hambre? ¿Cómo tanta falta de espiritual alegría, siendo vino? ¿Cómo tanto hielo en tanto fuego? ¿Cómo tan endurecidas y obstinadas almas, si hay martillo para quebrantarlas? ¿Cómo tanta maleza de espinas, habiendo cuchillo con que talarlas? Y si hay semilla tan buena, ¿por qué tan estéril y pobre cosecha? A eso se responde con una regla de filosofía: *Actiones activorum sunt in patiente disposito*: «Para cualquiera obra que se haya de hacer es menester quien la haga y en que se haga». Item más: facultad en quien la ha de hacer y disposición en aquello de que ó en que se ha de hacer. Es para la música necesario instrumento y quien le suene, y demás de eso, que esté templado y le sepa tocar quien dé la música. En este negocio de la vida cristiana, siendo ambas cosas menester: quien sepa enseñar y quien esté dispuesto para deprender, creo, sin haceros injuria, que las más veces por vuestra parte queda. Por ruines que nosotros seamos, al fin estudiamos, madrugamos, nos confesamos, decimos misa. En ella, y antes de ella, suplicamos á nuestro Señor Dios que sea con nosotros y nos dé palabras en su alabanza y vuestra utilidad; pedimos bendición y dánnosla para subir aquí. Ruégoos que me digáis, de cuantos estáis presentes, qué habéis hecho de esto para venir aquí de modo que vais aprovechados? ¿Habéis madrugado á orar? Yo me contentaría con que me oyésedes despiertos y sin enfado. No os espantéis, pues, si no lleváis provecho; que aunque Dios no está atado á las leyes que puso en naturaleza, las más veces obra según ellas. Esto nos significa en el presente Evangelio. Porque estos días (que presto comienzan) ha de haber más frecuencia que la ordinaria en oir la palabra de Dios. Dícenos lo primero la virtud de ella, para que la sepamos estimar; y luego tres linajes de estorbos que puede tener para no dar fruto, aunque bien sembrada, por parte de la mala disposicón de la tierra, para que nos podamos, siendo avisados, guardar de ellos. Aunque es verdad que con la misma palabra habemos de procurar de disponer las almas en que la palabra se ha de sembrar; porque como martillo quebranta las piedras de la tierra pedregosa, como fuego quema las espinas de la tierra espinosa, y como cuchillo taja y divide algunas tierras de la mala vecindad del camino que les es ocasión que no fructifiquen. Y porque es gran trabajo ser un hombre frustrado del fin que pretende, aunque sea pequeño, como si tiráis una piedra á un pájaro y no le dáis, os queda doliendo el brazo, y si acertáis, os queda un contento, el brazo dulce. Así, el fin del predicador es traer almas á Dios, y ser su pregonero que las llame. Díjonos el domingo pasado que son muchos los llama-

dos y pocos los escogidos. Es gran pesar para quien pretendía que viniesen muchos; por eso hoy nos consuela Cristo, diciéndonos que es tan bueno eso poco, que vale tanto y más que lo mucho. De cuatro partes de granos que se sembraron, perecieron las tres; pero la una tan bien acudió, que suplió la falta de esotras. *Cum turba plurima convenerit et de civitatibus properarent ad eum.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Dice, pues, que como se hubieren juntado muchas compañas de gentes para oir á Cristo, y de las ciudades comarcanas se apresuraron para poder gozar de su doctrina, les dijo una semejanza. (Somos los hombres sensuales, y cualquier cosa que hayamos de entender ha de entrar por los sentidos; ponemos debajo de la corteza de estas cosas que sentimos y que tocamos con las manos la delicadeza de la médula espiritual, para que, como en una imagen, se nos represente en esas figuras.) Sale el labrador á hacer su sementera, y como sembrase, parte del grano cayó junto hacia el camino. No fue tan descuidado el sembrador que, siendo suyo el grano que derramaba, le echase en el camino, sino que la tierra que sembraba estaba junto á él, y por sembrarla toda, cayó parte de la semilla á la vera del camino. Y como por las aguas se pusiese malo y lodoso (es costumbre de caminantes echar por las tierras que están allí junto) y aconteció que como estaba recién sembrado, hollándole, descubrieron el grano, y las aves del cielo se lo comieron; no tienen ellas otra hacienda ni otro pegujar. Otra parte cayó en tierra pedregosa, donde la tierra tenía poca superficie, y ésta, aunque en alguna manera se cubrió, pero como las piedras estaban junto, no pudo bien encepar; antes, cuando comenzaron los calores, como tenía poca sustancia de humor, se marchitó y al fin secóse antes de llegar á granar. Otra parte cayó en una tierra llena de maleza y de escarda y espinas, y crecieron á porfía lo uno con lo otro; pero al fin ayudó la tierra más á lo que le era natural y sobrepujó la escarda al trigo y ahogóle. La postrer parte cayó en buena tierra, y acudió tan bien que llegó á dar ciento por uno. Llegando el Señor á este lugar comenzó á dar voces: «Quien tiene orejas para oir, oiga»: *Qui habet aures audiendi, audiat.* Dicho estaba de Cristo: *Non clamabit, nec audietur vox eius foris* (Isaías, 42): «No será vocinglero, no dará gritos, ni se oirá su voz acá fuera». Pero era tanto el deseo que tenía de nuestro provecho, que le hace como olvidar de su costumbre y de su autoridad y decoro de su persona para despertar con las voces del sentido parabólico á la consideración del sentido espiritual. Hay cosas tan perdidas en el mundo, que si predicáis contra ellas, es fuerza decirlas á voces y tomando el cielo con las manos; porque si las dejáis flojamente, es dar una tácita licencia para que se hagan: es decir que no son tan malas como son. Y así los Profetas, cuando predicaban contra la idolatría, no había paciencia ni sufrimiento: *Audite, cœli, et auribus percipe, terra* (Isaías, 1). De puro enojo, Isaías habla con las cosas sin sentido y pone por testigos á los cielos y á la tierra. Y el otro se volvía al altar donde se adoraba el abominable becerro: *Altare, altare, hæc dicit Dominus* (I Reg., 13). Y fue tanta la eficacia de la divina palabra, que el altar se abrió por medio de alto abajo. ¿Cómo se puede decir, ni sufrir con paciencia que se quiera más un perrillo que un hombre; y que tenga lleno el pesebre la mula y el caballo, y la pobre viuda con sus hijuelos estén pereciendo de hambre? ¿Que las paredes estén vestidas de brocados y sedas y los miembros de Cristo se hielen de frío? *Lapis de pariete clamabit et lignum quod inter juncturas ædificiorum est respondebit* (Habac., 2). Cuando los hombres callen y enmudezcan, las piedras de vuestras paredes darán gritos, acusando vuestra inhumanidad y pidiendo justicia al cielo de vuestra dureza con los pobres. ¿Cómo se oirá con paciencia cuán mal se dispensan los bienes eclesiásticos, en que se gasta el patrimonio de Cristo, en banquetes, juegos, en dar al diablo? Que, si San Pablo cogiera á un disoluto de éstos, le entregara á Satanás, como al otro incestuoso corintio, que le atormentara. ¿Cómo, se dirá, que se pierde el caudal de Dios y de su palabra? ¿Que se echa á mal joya tan rica en que va resuelta la virtud de Dios y de la sangre de Cristo? Si para dar vida á un enfermo desahuciado de ella se hiciese un bebedizo de perlas y jacintos y otras cosas de grandísimo precio, que valiesen más que una ciudad, y estuviese tan desalentado el doliente que tomando el vaso en la mano le fuese á derramar, ¿qué voces le daría el médico ó el enfermero? ¡Paso! triste de vos, que derramáis un licor preciosísimo y con él vuestra vida, que ningún otro remedio le queda. Por esto da voces Cristo cuando da esta preciosísima medicina, viendo que los hombres sin juicio, que no conocen su valor, ni lo que cuesta, se la derraman. Que el uno se duerme, otro habla, otro piensa en su negocio, otro mira lo que le da gusto, otro repara en el estilo y consonancia de las palabras, sin que le éntre la sentencia de ellas en el corazón; otros peores burlan de ellas y calumnian á quien las predica ¿Quién no dará gritos viendo tal perdición? Mansísimo en el Señor, pues se pone por dechado de mansedumbre y de humildad (Mat., II; Ioan., 2)

pero cuando vio su casa hecha un mercado, una feria, no lo pudo sufrir, y arrebata un azote y á azotazos echó los mercadantes del templo y derribó las tablas y derramó el dinero ¿Hase visto tal indignación? Más. En su evangelio mandó que ninguno dijese á otro palabra injuriosa, so pena de infierno: necio, bobo, loco, etc., cuando se dice con enojo y con desprecio: y dice él á sus discípulos que habían sido incrédulos á su resurrección: *oh stulti et tardi corde ad credendum!* (Luc., 24). Y San Marcos dice: que á todos, cuando les envió á predicar, *increpavit incredulitatem illorum et duritiam cordis*: «Les riñó ásperamente esta incredulidad y dureza de corazón». ¿Qué es esto sino enseñarnos que hay culpas que no se pueden reprehender sino con impaciencia y mesando á quien las hace? Como el ángel cuando vino á corregir á Moisés porque llevaba su hijo sin circuncidar, le salió al encuentro con la espada en la mano: *et volebat occidere eum* (Exodo, 4). Porque pecados de hijos consentidos, con muerte de padres se han de castigar. De la misma suerte, Cristo, ¡qué voces, qué alaridos, qué desentonarse! ¡Ah, que se pierde mi palabra! ¡Que vais todos perdidos perdiéndose ella! Más. Da voces para dar la vida á los hombres. De la leona dicen los naturales que pare los cachorrillos muertos y que á poder de bramidos que les da los despierta y vuelve á la vida. Así, esta leona generosa de la humanidad de Cristo, viendo sus hijuelos muertos, por la culpa dormidos, brama y da voces poderosas para resucitarlos; porque en oyéndolas, son de vida: *Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt* (Juan, 6): A quien como debe las oye, el alma le vuelven al cuerpo. ¡Ah dureza del corazón humano, que se le rasgue el pecho á Dios, y no se ablanda y rompe el nuestro con tal doctrina y tales palabras! ¡Ah, Señor, que pudieron con vos los hombres con sus voces y clamores traeros á lo que deseaban, que os hiciésedes carne, y no han de bastar las vuestras con algunos de ellos á hacerlos espíritus y espirituales y juntarlos con vos! Razón tenéis de vocear, que la gravedad del negocio lo requiere.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

«Quien tiene orejas para oir, oiga». Hay quien carece de orejas, y hay quien las tiene, pero no para oir, y con ninguno de éstos habla el Señor. Hay hombres á quien por justicia ha cortado el verdugo del infierno las orejas, de quien se dice por Ezequiel: *Aures tuas et nasum tuum præcident*. Estos son los infieles que carecen de fe. Que, como dice San Pablo, entra por el oido. Otros hay que tienen orejas, pero no oyen con ellas. Oir en este propósito es obedecer. *Populus quem non cognovi, servivit mihi, in auditu auris obedivit mihi* (Salmo 17): «El pueblo que no se contaba entre mis vasallos, me vino á servir. En oyendo mi voz, obedeció mi mandato». Y á Isaías le manda despedir unos malos criados de su casa. *Educ foras populum cæcum et oculos habentem; surdum et aures ei sunt* (Isai., 43): «Echa fuera de mi casa á este pueblo que es ciego y con ojos, sordo y que tiene orejas». Habla, pues, con aquellos el Señor, que de tal manera tienen fe que quieren obedecer lo que ella les enseña. No estaba así dispuesto aquel pueblo ingrato á quien el Señor predicó hoy este sermón. Pregúntanle los discípulos después á solas por qué no declaraba aquella parábola al pueblo. También se declarara si ellos lo pidieran, pero hay gentes que se contentan con oir y no piden á Dios la inteligencia de sus palabras; y así no sacan fructo de ellas. *Est autem hæc parabola.* Doy la significación de la parábola, no de la boca de San Augustín, ni de San Gregorio, sino de la del mismo Cristo que la compuso. *Semen est verbum Dei*. Compárase á la semilla. Porque todo cuanto en la planta ó yerba hay, está en virtud en la semilla; así todo cuanto bien y perfección en un alma se produce, todo estaba en la virtud de la palabra de Dios. Tomad una pepita de naranja y quitadle aquella cascarilla y esotro hollejuelo y partilda y quebralda. ¿Qué hallaréis allí de lo que hay en el naranjo? Ved por otra parte el naranjo: las raíces con que se encepa en la tierra, el tronco, las ramas, la hoja, la flor, el fructo, ¿qué hay de eso en aquella pepita? ¿Dónde está la fuerza de las raíces y aquella vritud de chupar la tierra y enviar para todo el humor para que se mantenga? ¿Dónde la dureza de la madera? ¿Dónde la corteza con que se defiende de la injuria de los tiempos? ¿Dónde el buen parecer de la hoja? ¿Aquel color tan alegre, aquellas avenidas tan bien compuestas con que se reparte la verdura? ¿Dónde la lindeza del azahar, aquella albura mezclada con jalde, aquella fragancia de buen olor que parece que os puede volver el alma al cuerpo? ¿Qué es de la belleza de las naranjas, aquella gracia que dan al árbol que, cargado, parecen hojas y fruta balajes mezclados con esmeraldas? ¿Dónde están en aquella pepita chica y fea y de mal sabor y sin olor bueno tantas lindezas como en el árbol parecen? ¿De dónde les vino todo eso? De la pepita, adonde está en virtud, aunque no se parece. Mirad un grano de trigo y partilde con los dientes; ¿qué hay ahí? Un hollejuelo que molido hace salvado y una medida de que se hace la harina. Pues las raíces, y la caña, y las hojas, y la espiga, y las raspas, y los otros hollejuelos donde se conserva el trigo: todo eso hay en este granito y otros docien-

tos granos de trigo que han de acudir. La experiencia ha mostrado que todo eso hay, aunque escondido al sentido. Considerad un hombre virtuoso, amigo do Dios: no hay naranjo florido ni cargado de fruta tan lindo ni tan agraciado. Allí la virtud santa de la caridad, con que se arraiga y fortifica, como San Pablo dice: *In charitate radicati et fundati* (Efeso, 5). Allí la fortaleza con que el tronco se sustenta. Allí la verdura de la esperanza. Allí la blancura de la castidad. Allí el jalde de la mortificación. Allí el buen olor de Jesucristo. Allí el fruto de mil buenas obras. ¿De dónde tan gran perfección? *Semen est verbum Dei*: «El principio de esas grandezas fue la palabra de Dios». Una palabra oyó San Antonio entrando en la iglesia: «Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto posees, y dalo á los pobres y ven y sígueme»; y como si á él en especial se dijera, vende todas sus posesiones y da el dinero á los pobres, y retírase á un desierto, donde vino á ser padre de los solitarios, maestro de la vida erimítica, dechado de innumerables monjes que siguieron sus pisadas. ¡Quién viera las grandezas de aquel hombre deificado, su humildad, su caridad, su abstinencia más que humana, su no dormir, su juntar las noches con los días durando en la contemplación, su paciencia en las persecuciones de los demonios, y el valor con que los sujetó hasta venir en Egipto á lanzarlos de los cuerpos invocando el nombre de Antonio! ¿De dónde todo esto en un gitano, hijo de gitano? *Semen est verbum Dei*. Que si por eso no fuera, también él como los demás pudiera decir: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado esta semilla, como los de Sodoma hubiéramos sido y semejantes á los de Gomorra. De parte nuestra, ¿qué somos todos? *Sensus enim et cogitatio humani cordis in malo prona sunt ab adolescentia sua* (Génesis, 8). Y David: *Universa vanitas omnis homo vivens* (Sal. 38). Pues si somos todo vanidad y universo de vanidades; si nuestros sentidos y pensamientos penden á la banda de la maldad desde nuestra juventud, tales fuéramos como sabemos fueron aquellos, que Dios con su palabra no desengañó ni alumbró; y si no somos como ellos, demos gracias á Dios que nos dio la semilla de su palabra, sin la cual no es posible dar nadie fructo. Ved qué bien lo dice el Apóstol: *Omnis quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit:* «Todo aquel que en su amparo llamare el nombre del Señor, sin duda se salvará». Este el fruto: salvarnos, gozar de Dios; y por eso le llaman los santos fruición, porque es coger con gozo la dulzura del fruto de lo que habemos sembrado. Pero ¿cómo se llega á esa cosecha? *Quomodo invocabunt in quem non crediderunt?* «¿Cómo llamarán en favor el nombre de Dios, si no creen en él? ¿O cómo le creerán, si no le han oído? ¿Y cómo le oirán, si no hay quien se lo predique? ¿Y cómo predicarán, si no son enviados? Conforme á lo que está escrito. ¡Qué hermosos son los pies de los que traen el recaudo del Evangelio! (Isaías, 52). Aunque es verdad que no todos obedecen al Evangelio, porque Isaías dice: Señor, ¿quién ha de creer lo que no se oyere? *Ergo fides ex auditu: auditus autem per verbum Cristi:* Luego la fe ha de ser para el oído y lo que se ha de oir por la palabra de Cristo». Ved la inducción singular que San Pablo hace: La palabra de Dios es la que se ha oir, y la obediencia de esa es la fe que salva; y esa fe nos viene por la predicación; y para que haya predicadores es menester que sean enviados, prediquen y predicando sean creídos, y creyendo la palabra de Dios invoquemos su nombre, y por esa invocación nos salvemos. De manera que, si bien miráis las palabras del apóstol San Pablo, hallaréis que baja del fruto á la semilla (que es la palabra de Dios), y de esa semilla sube al fruto, que es gozar de Dios. Pero diréis, ¿qué es la razón que, siendo tan eficaz esta palabra, ha tantos años que la oigo y me estoy tan estéril como siempre y tan ruin hogaño como el año pasado? Tres impedimentos hay para que la palabra de Dios no fructifique: malas compañías, dureza de corazón ó poca firmeza en lo propuesto, que sale de esa dureza, ocupaciones y cuidados superfluos de la vida. De suerte que aquellos en quien la palabra de Dios no hace fruto por una de estas cosas ó por todas, es porque las ocupaciones y cuidados demasiados ahogan al principal cuidado, ó porque la dureza de su corazón es causa que no arraiga lo bien sembrado, sino que ligeramente se muden y truequen los pareceres, ó porque la mala compañía con quien conversaste es ocasión para que desprecies la palabra que has oído y despreciada te la arrebate el demonio del pensamiento.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Aliud cecidit secus viam et conculcatum est, et volucres cœli comederunt illud.

Hay ánimas que son como unos caminos reales, anchos y desembarazados para que por ellos pasen cuantos vicios y pecados hay en el mundo. Hallaréis hombres que pecan; pero así los vence un pecado, que no se sujetan á otro. Hay quien se deja vencer de la avaricia, pero no le rinde la torpeza ni la blasfemia. Hay hombres sensuales, pero afables, sin engaño y sin dobleces. Hay personas que les señorea la ira y el odio, pero el año se les pasa sin una mala codicia; y así de lo semejante. Otros hay no de esa manera, sino cualquier vicio, cualquier vi-

leza, cualquier maldad cabrá en ellos; y hallarán paso libre y desembargado cuantas bestias, recuas, ganados, ejércitos de enemigos pudiesen salir del infierno y caber en el mundo, y persuadir al demonio y consentir la carne. Los primeros son sendas; éstos, caminos reales; caminos por donde sin estorbo pasa cualquier bestia infernal y en cuyos vallados y sotos se recogen cuantos lagartos y culebras y malas sabandijas hay en el infierno. ¡Qué poco poder ternía el demonio para ponerte tal, si tú le quisieras resistir! *Qui dixerunt animæ tuæ: incurvare ut transeamus: et posuisti ut terram corpus tuum et quasi viam transeuntibus* (Isaías., 51). Los que dijeron (habla de los demonios), los que viendo la rectitud en que Dios te puso, no hacen sino decirte: encórvate para que pasemos. No pasarán todo el tiempo que tú quisieras estar enhiesto y en aquella entereza en que Dios te crió. Llegó tu desventura á tanto, que no sólo hiciste lo que te pidieron, mas les otorgaste lo que no desearon ni esperaron alcanzar de ti. Pusiste como tierra tu cuerpo y como camino pasajero para cuantas iniquidades quisieron intentar. Estos son los hombres de bien del mundo, los que llamáis amigos de amigos, que los hallaréis para todo lo que quisiéredes: para jugar, para que os acompañen en vuestras deshonestidades, para que sigan vuestros odios, para que defiendan vuestras parcialidades. A media noche, decís, y á media hora, Fulano el mejor hombre, no hay en su boca no; buen compañero que lo hallaréis un paso adelante en cuanto lo hubiéredes menester. ¡Miserable de ti, que, aunque eres para haberte lástima, mucho más es de haber de la tierra desdichada que te cayó cerca! ¡Desastrada suerte! No derramó el labrador celestial su grano en ti, porque no tiene en tan poco su palabra que la arrojase en tan mala tierra; la lástima y pesar es de tu mujer, de tu hijo, de tu criado, de tu amigo, de tu vecino. Que la ruin compañía tuya basta para estragar la semilla que cayó en ti. ¡Qué de personas se salvaran si no les fuera ocasión la compañía para perderse! Quizá que fueras tú al cielo si no te acompañara tan mala mujer; y tú, si no tuvieses tan perverso marido, y tú, si no vieras cada día tan malos ejemplos de tu prójimo. Acab era hombre de buenos respectos y con todo eso fue vendido. *Qui venundatus est ut faceret malum in conspectu Domini; concitavit enim eum Jezabel uxor sua* (Reg., 24). Por su ruin mujer. Y así hay hombres que los venden sus mujeres, y mujeres que son vendidas al pecado y hechas sus esclavas por malos hombres.

Cayó junto al camino el grano y pisáronle, y pisado se lo comieron pájaros. Vas tú con la palabra de Dios y el buen propósito de cumplirla; ves al otro ó á la otra que vive mal; su mal ejemplo al grano en ti recién sembrado puede causar la perdición. Plega á Dios (dijo Moisés hablando con su pueblo) que no haya hoy aquí varón ni mujer, linaje ni familia, cuyo corazón esté pervertido y pretenda ir á servir á los dioses ajenos. *Et sit inter vos radix germinans fel et amaritudinem. Et assumat ebria sitientem et Dominus non ignoscat ei sed tunc quam maxime furor eius fumet* (Deut., 29): «Ni se halle entre vosotros raíz que produzca hiel y amargura, y la borracha consuma á la sedienta, y Dios no le perdone al tal hombre, antes entonces se encienda más su ira». La raíz que brota hiel es la mala compañía que solicita á pecar, y la misma es el hombre ó el alma borracha de mil vicios, que á la miserable que está sedienta persuade á beber de esas hieles y amarguras de los pecados. ¿Qué de veces acontece estar tu hijo, muchacho que no sabe pecar (pero ya el calor que por los años se aviva en él, le comienza á poner sed y no sabe de qué), y la ruin conversación del mozo de tu casa y del lacayo y del otro perdido escudero ó paniaguado (cuya ánima está borracha de dos mil pecados) le enlaza y lleva tras sí? ¿Qué de veces tu hija doncella y la otra mozuela que tienes en casa pierde su limpieza persuadida de la dueña ruin y del ama deshonesta? Y lo que es muy peor, ¿cuántas personas de punto han caído feamente de él, aconsejadas y favorecidas de otras no de menos pundonor? ¡Oh miserable del sediento á quien cupo en suerte tal beodo que le brindase! ¡Oh mezquino de aquel que se pierde por el mal ejemplo! Por ver como bebe el otro te remites tú de tu buen propósito, á veces sin que él te persuada, y otras que él mismo te lo dice: dejaos de esas hipocresías, vivid como caballero, paseaos como esotros, jugad como vuestros iguales, ¿quién jamás vio mozo tan recogido? Y vos, trataos como señora: ¿para qué tanto encogimiento? ¿tanta confesión? ¿tanta comunión? Dejaos ver y visitar y no os dejéis así caer. ¡Oh qué gran maldad! *Et Dominus non ignoscat ei; sed tunc quam maxime furor eius fumet*: «No se la perdonará Dios dice Moisés, al tal que así escandaliza, sino que terriblemente se inflamará su ira contra él». Ese es el camino y esta la desdichada tierra junto á él, y eso es hollar la semilla: enseñar á tenerla en poco y encomendándola vos á pisar, *venit diabolus et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant.* ¿Conocistes á Fulano, un mozo tan recogido, tan bien enseñado, tan temeroso de Dios? Ni memoria hay de eso ya: acabóse. ¿Qué lo hizo? Que se pisó la palabra en él, y llegó luego Satanás y arrebatósela del corazón porque no se salvase. Guardaos de malas compañías; guardad á vuestros hijos y hi-

jas, y aun á vuestras mujeres de sospechosas conversaciones. Mirad que San Pablo tiene ese por el mayor de los peligros, pues le pone por remate de los suyos en la Epístola de hoy. Peligros en la mar, peligros en la tierra; pero sobre todo, *periculis in falsis fratribus* (Cor., 11): «Peligros en hermanos fingidos», que fingen serlo y son más que enemigos.

CONSIDERACIÓN CUARTA

El segundo estorbo es dureza de corazón. Y nace de ahí que no encepe bien la palabra, y así á tiempos creen; venida la tentación, se apartan. *Cor durum male habebit in novissimo.* Oís vos la palabra del Evangelio: dijeron os cuán malo y cuán amargo es ofender á Dios, cómo suceden á breves trabajos bienes eternos, y al revés, á deleites momentáneos, sempiternos tormentos. ¡Qué disparate es y qué desatino, por una miseria que se pasa en un punto, enojar tú desvergonzadamente á Dios, á quien tanto debéis y por tantos títulos! Veis la incertidumbre de la hora de la muerte, la certidumbre de la condenación; veis á Dios que os convida, que os espera, que os provoca. Delante de vuestros ojos murió el otro mozo y el otro mal logrado, y la otra de tan pocos años, y tan larga esperanza. No esperéis á hacer penitencia á la vejez, que no sabéis si llegaréis allá. No al tiempo de la enfermedad; quizá no será de manera que os dé ese lugar. Delante de vuestros ojos vistes morir á Fulano que vivió como vos sabéis, que es como vos vivís. Y aunque se estaba muriendo y todos lo veían y se lo decían, jamás lo creyó, ni le abrió Dios los ojos para que viese cómo se moría; y siquiera en aquel punto volviera á Dios su corazón, de quien estuvo tan ajeno toda su vida. *Hac animadversione punitur peccator, ut moriens obliviscatur sui, qui dum viveret oblitus est Dei,* dice San Agustín. Y con este olvido acabó sus días, y sucedió (según creemos) á una muerte temporal otra eterna. Bien pudiera Dios llevarle súbito como á otros, pues sabía que no le había de aprovechar más una muerte que otra; pero ordenólo de otra suerte, no por él, sino por ti y por mí; porque no confíes ni confiemos en la conversión de aquella hora. Que quien ciegamente vive, ciegamente morirá, si Dios no hace alguna maravilla. Esto oímos mil veces y pretendemos volver sobre nosotros y mudar la vida; pero está tan duro el corazón que no arraiga el grano. Al primer calorcillo que venga, á la primer palabra que el otro ó la otra te diga, con un papel, en la primera ocasión, tan olvidado como si jamás propusieras cosa buena. Tan al revés las obras de los propósitos. ¿Qué lo hace? Que está el corazón hecho una peña: están los vicios en el corazón escondidos, cubiertos con una corteza de buen exterior. Gustan del sermón, tienen lágrimas de devoción, son buenos en cuanto no se les ofrece ocasión de ser malos; pero llegaldes á decir que perdonen la injuria, que restituyan ó paguen lo que deben, aunque sea con detrimento de la decencia de su estado; que deje una conversación de mucho gusto; que hagan limosna, si son eclesiásticos, en buena cantidad; luego resurten y resisten, porque se encuentra con la peña de la avaricia ó venganza ó torpeza que estaba ocultada. ¿Quién no dijera que el rey Herodes era un gran oyente de sermones? ¡Tan celebrado de San Juan, tan devoto de su doctrina, su silla la primera en el auditorio! *Et audito eo, multa faciebat et libenter eum audiebat* (Marc., 6). No era sin fruto el oirle; hacía muchas cosas por su dicho, oíale con gran gusto; esto es recebir con gozo la palabra; pero en diciéndole: *Non licet tibi habere uxorem fratris tui!* Ahí tocó en laja. Estaba el corazón empedernido en aquella torpe afición, secóse la palabra y aun quitó la vida al sembrador. Bien dijo de éste y de sus semejantes el Profeta: *Culmus stans, non est in eo germen, non faciet farinam* (Oseas, 8). Cuando el trigo se aleña ó por algún solano recio ó niebla no grana, veréis la caña alta, gruesa y con espiga, al parecer llena de granos; llegando á deshacerla entre las manos, es toda paja, no hay trigo. El grano, si hay alguno, no es más que el hollejuelo de que se hace salvado, no harina: tales son estos, de buenas apariencias y buenos propósitos que sacan del sermón; pero aleñóse el trigo con la niebla y con la fuerza del sol abochornóse y no llegó á dar fruto de sustancia; en lo que más importa desdicen y desfallecen.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Vengamos á la tercera suerte de tierra y á la parte tercera de la semilla. Esta cayó en buena tierra, pero no tanto que no fuese ocasionada de otros duelos, no menos dañosos que los dichos. Estaba apartada del camino. No era pedregosa, pero estaba contaminada de otras malas raíces de plantas que el año pasado estuvieron allí, y el arado no las descarnó bien, y así con las aguas brotaron espinas y cardos y malezas á porfía con el trigo. Y al fin, como estaban en su propio natural y el trigo era advenedizo, pudieron más que él y crecieron más, y ahogáronle, de modo que no dio fruto. Sácanos de trabajo Cristo en la exposición de la parábola; porque él mismo lo explica, sin que sean menester otros comentarios. Hay almas que

ni están mal acompañadas, ni ocasionadas, ni tienen la dureza que debajo de aparente bondad hallamos en los inconstantes y poco firmes en la virtud; pero hay otras cosas tanto más de sentir cuanto más daño hacen: estragado lo mejor parado. Una cosa hay aquí: que estos males son remediables si hay cuidado, porque ni la tierra que está junto al camino se puede pasar á otro lugar, ni la que está sobre los lanchares tiene remedio; pero la que por mucha escarda ahoga la sementera, podíase limpiar si en ello hubiese cuidado, y por eso es mayor lástima que por descuido se estrague. *Per agrum hominis pigri transivi et per vineam viri stulti; et ecce totum repleverant urticæ et operabant super faciem ejus spinæ et maceria lapidum destructa erat:* «Por el campo del hombre perezoso y por la viña del hombre rico pasé; y todo estaba lleno de ortigas y cubierto de espinas, y el vallado aportillado y caído» (Prov., 14). No seamos, pues, perezosos en escardar estas espinas que tanto daño hacen á las almas. ¿Pero qué son estas espinas? A Adam, en pena de su pecado, le dio en penitencia Dios que la tierra por él labrada le produjese espinas y abrojos; *spinas et tribulos germinabit tibi* (Genes., 3). Fue señal de la miseria en que nuestra naturaleza incurrió, depravada por la culpa: que de suyo brota malos deseos y inclinaciones á los vicios. Así lo dice el glorioso Santo Ambrosio. Estas son las espinas de nuestro cuerpo que ahogan el ánima. De quien dice la Escritura: «Espinas y abrojos te producirá la tierra» (San Ambr., Ser. 36 de Cuadragésima). «Entonces la tierra de mi cuerpo me brota espinas, cuando me punza con algún sentimiento sensual; engéndrame abrojos, cuando me congoja con la codicia de las riquezas del siglo. Porque espina es para el cristiano la raíz de avaricia. Espina para el buen varón la ambición de la dignidad. Porque en la apariencia son agradables á los que las aman, pero realmente hieren.» Hasta aquí son palabras de San Ambrosio. Tres linajes de estas espinas nos muestra aquí el Señor: *Et a solicitudinibus, et divitiis et voluptatibus vitæ euntes suffocantur et non referunt fructum:* «Cuidados, riquezas, deleites, poco á poco creciendo, ahogan lo sembrado». Hallaréis algunas personas que os harán lástima sus duelos; son bien inclinados, amigos de la virtud y virtuosos; no juran, no engañan, no hacen mal, confiesan, comulgan, oyen de bonísima gana la palabra de Dios y danle entrada para que arraigue y comience á crecer; pero atraviésanse algunos cuidados de pleitos, negocios, visitas, cumplimientos que los enajenan de sí; algunas codicias tan impetuosas, algunos apetitos de holgarse y de entretenerse tan vehementes, que ahogan la buena semilla. Cuidados en los viejos, codicias en los hombres, deleites en los mancebos, son las malditas escardas que tanto estrago hacen en las almas, que en lo demás estaban bien condicionadas. Y es lo peor que hace este mal, casi sin sentir, porque no luego crece sobre el trigo la escarda, á porfía van creciendo; pero al fin vence lo que le es más natural á la tierra. Yo trato mis cuidados, dice el otro, pero no de modo que deje mi misa, ni mi sermón, ni mi rezado. Yo procuro aumentar mi hacienda, pero no de manera que deje mi lección diaria y mi rato de estudio, y otras cosas que sé que me hacen provecho. Es verdad que tengo mis conversaciones y pasatiempos como mozo, y mis amistades allá y mis entretenimientos, que no se podría pasar la vida sin eso; ¿queréis que me haga ermitaño y me cosa los ojos y la boca? No me estrecha tanto Dios como eso. No ofenda yo á Dios como no se ofende, que no es pecado querer bien, ni conservar una buena amistad con honestos medios.

Plega á Dios, pues, que no sea esa escarda que ahogue el pan. Bien oigo lo que me decís y bien lo entiendo; pero también entiende tú que quizá te engaña el corazón y no está tan limpio eso de escarda como piensas tú ó quieres que piense yo. Mira que la naturaleza corrupta es madre de los vicios y madrastra de las virtudes, y que al fin lo más ha de privar á lo menos. Mira que esas espinas de cuidados, riquezas, deleites, *euntes suffocant verbum.* Andando creciendo, van ahogando. Cosas hay que no parece luego el mal que tienen hasta que cuando se descubre, no tiene ya remedio. Hay cosas que le parecen mal á Dios porque mira con sus ojos el fin de ellas, que por estar á los nuestros encubierto no parecen tan mal. Cree á quien te dice que son espinas, que sabe mejor de la agricultura que tú lo puedes saber. Si fueses á un campo cuando crece el trigo y comienzan á salir los cardos y esotras yerbas dañinas, no podrías creer, viendo una cosa tamaña como dos medias lentejas, que apenas sale de los terrones, tierna, blanda, sin espina ni señal de ella, que de cosa tan pequeña y tan sin apariencia de mal pueda salir daño; pero si vuelves de aquí á pocos días, ya hallarás un cardón con unas hojas anchazas y extendidas por todas partes que ocupaba tanta tierra como un chaparro. ¡Ay del pobre trigo que allí quedase debajo de su sombra! ¡Ay de lo que estuviese sembrado en derredor, que no dará fruto ni crecerá, porque se chupa el cardazo todo el humor de la tierra! Si tú, cuando no parecía, creyeras á quien bien te aconsejaba y le arrancaras á tiempo, no llegaran las cosas á esos extremos en que ahora están. Entiende lo que te digo, y mira el fin que han tenido esos que me vendías por honestos entretenimientos.

Mira, hombre, que el cuidado superfluo, la desordenada codicia de ser rico, es cardo. No lo hago por malos modos, no robo, no cohecho, no vendo ni compro, sino por lo que justo es; mi hacienda guardo y de ella me aprovecho. Con todo eso te digo que es esa carda, aunque no lo parece; pero ya Dios ve el daño que la codicia te ha de hacer, y abomina los principios de tu perdición. Es para espantar lo que Dios en este caso riñe y sus Profetas. *Væ qui conjungitis domum ad domum et agrum agro copulatis usque ad terminum loci! Nunquid habitabitis vos soli in medio terræ? In auribus meis sunt hæc, dicit Dominus* (Isaías, 5). «¡Ay de aquellos que juntáis casas á casas, y añadís campos á campos hasta el término del lugar! Pregunto, ¿pensáis que vosotros solos habéis de morar en la tierra? Pues en mis orejas están estas cosas». Si no viésedes antes de mucho solitarias estas cosas tan grandes y tan hermosas, tenedme por persona que no soy de mi palabra. Se ha de suplir, ó lo semejante por estar la sentencia como suspensa por el enojo. Preguntará alguno: ¿Qué pecado es en la ley de Dios ensanchar mi casa comprando la del vecino, y extender los campos juntando los comarcanos, cuando por lo uno y por lo otro se da el precio justo? ¿Contra cuál de los mandamientos de Dios es comprar las cosas por lo que valen? Eso vedlo vos, que lo que yo digo es verdad, que lo dice Dios con tanta amenaza como un *¡Væ!*, que dicen los santos no se pone en la Escriptura sino por reprehensión y amenaza de cosas gravísimas. Quizá vende vuestro vecino la casa por la mala vecindad que de la vuestra recibe. Quizá hay tan honrada gente de vuestras puertas adentro, que no puede él dentro de las suyas guardar su honor, y tiene por mejor perder la casa y la hacienda que la honra, que anda en las bocas y manos de vuestros criados. ¿Y estoy obligado á mirar por eso yo? Señor, sí. Que si hubiera en vuestra casa un perro que rasgase la ropa á los que pasan, por justicia os harían pagar el daño. Mucho con más razón si vuestro lacayo ó paje, ó vuestro hijo ó sobrino que en casa tenéis, infama y afrenta las ajenas. Quizá vuestro vecino os vende su hacienda porque no tiene un real para sustentarla. ¿Y qué culpa tengo yo de eso? ¿Hele yo de proveer? Quizá sí; quizá estáis en tal caso vos obligado á prestarle y aun á darle porque no venda. ¿A qué propósito dar á quien tiene hacienda que vender? Eche un censo sobre ella. ¿No hay más que eso? Pues yo creo que Dios no lleva las cosas por ahí; sino que estaréis vos en algunos casos obligado á prestar y aun á dar de eso que os sobra, porque vuestro vecino no venda ni acensúe, que quedan sus hijas perdidas.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Acabemos. La buena tierra son aquellos que en bueno y excelente corazón reciben la palabra y dan fruto con paciencia. Buena tierra se llama la que da fruto. Cuando Dios iba criando las cosas, á cada una alabó de por sí y después á todas juntas. Vio Dios la luz que era buena, los cielos buenos, las plantas buenas; pero cuando crió al hombre no le alabó (Génesis, 2). ¿Por qué no dijo: vio Dios al hombre que era bueno, pues lo era y más perfecto que todas las otras cosas muy elevadas? Porque el hombre no se ha de llamar bueno por sola la bondad natural que Dios en él puso, sino por la moral de sus obras que con el favor divino hiciese. Es menester esperarle que dé fruto, y conforme á él ha de juzgar de su malicia ó bondad. Buena tierra el corazón humano, bien dispuesto y sin las faltas dichas. Es buena, porque está apartada del camino; excelente, porque tiene migajón y sustancia en que arraigue el grano; bonísima, porque ha sufrido con paciencia sacar la mala escarda. Conforme á eso acude con tres modos de fruto: por ser buena, á treinta; por excelente, al doble, á sesenta, y por el sufrimiento y paciencia, á ciento. Buena tierra la que no hace mal, excelente la que hace bien, bonísima la que, recibiendo mal, acude por la paciencia con bien. Estas tres suertes declaró David en aquel verso: *Declina a malo et fac bonum, inquire pacem et persequere eam* (Salmo 13). Huye del mal, la primera; la segunda, haz bien; la tercera, procura la paz y persíguela. Eso no se puede hacer sin penitencia. Para conservar la paz con Dios, consigo, con los prójimos, habiendo tantas cosas dentro y fuera que la perturben, gran sufrimiento es menester. La perfección cristiana más consiste en padecer males que en hacer bienes, aunque ambas cosas abraza. *Est autem christianorum munus, bona agere et mala pati et pro his retributionem æternam sperare.* Y Marco Cenobita dijo: *Neminem debere bona agere aggredi, qui non sit idem mala pati paratus* (Actu., 9). A San Pablo, que pregunta: *Domine, quid me vis facere?* se le responde: *Ego ostendam illi, quanta oporteat eum pro nomine meo pati.* Esto es llevar su fruto con paciencia. No basta que no estéis mal acompañado y apartado por conservación de aquellos por donde tiene el enemigo paso libre como por camino real; no basta, si sobre eso es vuestra conciencia penetrable tierra, y donde pueda la palabra de Dios arraigar no temporalmente, sino que aunque lleguen los bochornos de las tentaciones podáis conservar el buen humor para estar fresco. Ni aunque sobre eso quitéis con tiempo la escarda, para que el grano nacido no se ahogue, no habéis hecho todo vuestro deber:

paciencia, sufrimiento habéis menester para que la tierra dé su fruto. *Qui seminant in lacrimis in exultatione metent* (Salmo 125): «Los que siembran con lágrimas, cogerán con alegría». ¡Oh almas dichosas que en este valle de lágrimas, en el invierno de esta miserable vida siembran! ¿Qué? *Bona opera* (dice Augustino), haciendo bienes, sufriendo males, llorando de dolor por sus culpas, de compasión por las miserias ajenas, de amor por la dilación de la gloria que esperan. No quieren en el destierro gustos, renuncian contentos, sufren las heladas y cierzos de la penitencia, mortificación, pobreza, hambre, desnudez. Esta es la sementera hecha con lágrimas, á que corresponde riquísima cosecha de alegría. *Euntes ibant et flebant mittentes semina sua* (Salmo 125): «Caminando iban y lloraban». *Euntes suffocant verbum*: «Andando y creciendo ahogan». Al revés acá, andando y llorando medran; yendo de virtud, de bien en mejor, creciendo cada día en caridad, afirmándose en la perfección. *Mittentes semina sua*: «Derramando el grano de sus buenas obras»: de templanzas para consigo, de justicia para con los prójimos, de piedad para con Dios. A quien no supiese qué es sembrar, parecerle hia locura del labrador derramar el trigo por esos campos. ¡Oh qué desperdicio es á los ojos del mundo echar á mal la hacienda, dejándola; la libertad, perdiéndola; la salud, gastándola con asperezas; la vida, empleándola en oración y en espirituales ejercicios; la hermosura, escureciéndola con jerga y amortajándola; los placeres y pasatiempos del siglo, aborreciéndolos! Esta es la semilla, y la lluvia para que crezca son las lágrimas; porque ha de dar fruto con paciencia y perseverancia, pero á su tiempo. *Venientes autem, venient cum exultatione, portantes manipulos suos*. Acabado el invierno, serenadas las lluvias, cuando el Hijo de Dios con una toalla en sus manos les vaya enjugando las lágrimas de sus ojos, en aquel alegre y florido verano de la retribución eterna, vernan placenteros y gozosos, trayendo en las manos los manojos llenos y bien granados de los premios debidos á sus trabajos y méritos. ¡Ah! que no fue desperdicio la sementera, sino excelente granjería, en que de tan poco grano acuden tan crecidas y copiosas mieses; cogiendo, por la sujeción de la obediencia, libertad de hijos de Dios; por la pobreza voluntaria, riquísima suficiencia sin rastro de necesidad; por hermosura frágil y transitoria, frescor inmarcesible y beldad que escurezca la del sol; por salud y vida perecedera, estola de inmortalidad; por la clausura y encerramiento, espaciarse por la inmensa amplitud del cielo empíreo; finalmente, por leves y momentáneos trabajos sufridos en paciencia, con el favor de la gracia, un eterno peso y superabundante premio de gloria. Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA

Asumpsit Jesus duodecim discipulos suos et ait illis: Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per Prophetas de Filio hominis.

El Santo Evangelio contiene en sustancia dos puntos: El primero, un epílogo ó abreviatura que hizo el Señor de sus pasiones, dando della cuenta á sus doce Apóstoles al tiempo que subía á Jerusalem á padecerlas. El segundo, un milagro que hizo en el camino, dando vista á un pobre ciego que á la entrada de Jericó pedía limosna. ¿Cómo se engazan dar cuenta de su pasión con alumbrar un ciego? Muy bien. Porque son menester ojos nuevos y vista de cielo para ver y entender lo que Dios hizo por los hombres, en morir por ellos; y por esto los discípulos no entendieron por entonces la plática, porque no se les dio especial ilustración. Sin la cual no alcanza este misterio la razón humana: es menester vista más que de hombre; esta pone la gracia, pidámosle á Dios por intercesión de la Virgen serenísima. Ave María.

INTRODUCCIÓN

Entre otras maravillas con que Nuestro Señor quiso autorizar la santidad del profeta Eliseo, hombre muy favorecido en todo, fue una de sus gracias que ciertos religiosos de su compañía, á quien la Escritura llama hijos de profetas, y vivían en comunidad, quisieron ir un día á cortar madera para reparo de sus chozas; yendo á pedir para ello licencia y bendición á Eliseo, le suplicaron que se fuese con ellos, que es gran alegría para el súbdito ver en su trabajo delante á su prelado.—Este heremitorio en que vivimos, es estrecho para los muchos que somos; vamos, si á vuesa Reverencia le parece, á cortar alguna madera desas alamedas y sotos del Jordán, y haremos otro más capaz en que pasemos con más anchura.—Id con la bendición de Dios.—Véngase vuesa Reverencia en nuestra compañía y desenojarse ha un rato y nosotros lo ternemos muy bueno con su presencia. —Que me place, vamos todos.— Sucedió que andando haciendo su tala, saltó de la manija ó cabo, á uno que no le había bien requerido, el hierro de una hacha en el agua, y fuese al fondo. Viénese lamentando su desgracia al profeta, con el cabo en la mano, el monje, y cuéntale su caso y añade que si fuera suya la hacha, no se le diera nada, pero que era prestada, y que deso le pesa, porque no sabe cómo llevará su dueño la pérdida de instrumento tan necesario á quien vive en el campo, y la ha para mil cosas menester cada hora.—No os fatiguéis, dijo. Vamos allá; encomendadlo á Dios, que todo tiene con su favor remedio. Llegan al piélago ó remanso en que había caído el hierro y pregunta: ¿Dónde cayó? — Allí.— Corta de presto una rama del árbol y arrójala al mismo lugar; y no fue echar la soga tras el caldero, porque luego, como si fuera piedra imán, llamó el madero al hierro á sí y nadó el hierro sobreaguado.—Tomad el hierro y encabalde mejor y andar á hacer vuestra hacienda. Si encabada cayera la hacha en el agua, era cosa natural que el hierro con su peso venciese la ligereza y poco peso del leño y le llevase tras sí al suelo. No puede sin gran maravilla considerarse que lo liviano arrebatase tras sí lo pesado y le hiciese sin tocarle subir á lo alto. En estas aguas embalsadas y estancadas y cenagosas de los deleites deste mundo, están por su pesadumbre anegados estos herrados corazones nuestros, y podemos todos con verdad lamentarnos, como quien decía: *Infixus sum in limo profundi et non est substancia* (Salmo 68): «Plantado estoy en el cieno del agua honda y no hago pie, no hallo dónde estribar para salir». El único remedio para desatollarnos es la cruz del Señor: sola ella entre los árboles todos, por no oculta piedad, tiene maravilloso poder de atraernos á sí, conforme á la palabra del Salvador: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (Juan, 12). Quedó la cruz heredera en el mundo desta omnipotencia. Y por eso la Iglesia católica en este día, donde tantos corazones en vino y carne se anegan, por no tener la advertencia que el Señor les encarga: *Attendite vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula et ebrietate* (Lucas, 21). Mirad por vosotros, porque no se hagan vuestros corazones pesados con el demasiado comer y beber; no se vaya al fondo la hacha (cantando hoy el Evangelio de la Pasión) sobre los bestiales pasatiempos con que la gula y lujuria estos días se pertrechan contra la templanza y abstinencia, cuyos estandartes se comienzan á desplegar, para que nos acojamos á la milicia de la penitencia. También comenzamos esta obra de penitencia por cruz (aunque abreviada y sumariamente referida) porque el fin de todas estas semanas está consagrado á una larga cruz, y muy por extenso tratada, y suelen los que de un argumento ingeniosamente desean hablar, cifrar como en tres puntos todo lo que se ha de decir después. Finalmente, porque esta Cuaresma toda se ha de gastar en obras de penitencia y de satisfacción penosas, ayunos, disciplinas, vigilias, hambres, mortificaciones temporales, paciencia, sufrimiento, silencio y tales otras cosas, pónesenos como por báculo que llevemos en la mano para no desmayar, esta cruz del Señor, en que estribemos los que como romeros caminamos á la celestial Jerusalem.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ecce ascendimus Hierosolimam et consummabuntur omnia quæ scripta sunt de Filio hominis. Llamó Cristo á los doce Apóstoles y díceles: «Mirad que subimos á Jerusalem y acabarse han, ternán fin todas las cosas que del Hijo del hombre están dichas por los Profetas».—Mirad, Señor, que son muchas y muy graves de pasar. —Para más que esto hay ánimo y esfuerzo y voluntad. En sustancia, el modelo dellas y la traza es que será entregado á los paganos, porque les parecerá poca venganza la que ellos por sus manos pueden tomar, y entregarle han á quien le trate con más crueldad, para ser escarnecido, escupido y azotado, para que después de azotado le quiten la vida afrentosamente con muerte de cruz. Con suma sabiduría se echa hoy este acíbar sobre los regalos y disoluciones del tiempo, para moderarlas siquiera, ya que no se pueden quitar del todo. Y para que no pueda tanto la gula que nos haga salir de razón, se nos pone delante cuán gravemente fue castigado un pecado de gula y en cosa tan poca

como una manzana. Cuenta San Vicente que unos mancebos salieron de un pueblo á una principal ciudad con intención de hurtar. Habían parece que en su tierra perdido la hacienda con travesuras y disparates. Trabajar es de mal gusto para quien ha vivido á la rufianesca y en barraganía, porque les parece que las manos enseñadas á esgrimir y manejar espada y broquel no conviene que traten la mancera ó el azadón. Así que, diéronse á hurtar, que es vida descansada y de hombres sueltos; y porque no les cayesen en el rastro, vanse á una gran ciudad y de trato, donde mejor pudiesen y más á su salvo usar su destreza. Ya que llegaban junto al lugar en un altozanillo que estaba á la salida, ven un palo y en él un mancebo bien aderezado con una docena de jaras y la maestra travesado; parecióles mala burla (que es mal agüero para salteadores el palo de la hermandad). Preguntan á un hombre que andaba por allí escardando unos panes quién fuese. Es, dijo él, el hijo del Corregidor del pueblo. ¿Y por qué está aquí desta manera? Porque un criado suyo entró en un cercado de su vecino y cogió una poca de fruta; parecióle tan mal al Corregidor que los criados de su hijo quebrantasen la justicia por él guardada, que teniendo por pequeño castigo el que en ellos se podía hacer, lo quiso vengar en su hijo, y es ese que ahí está, siendo el mejor mozo y más bien querido y con más razón que había en el pueblo. ¿Qué debieron de sentir los que iban con tan mal intento? Volvámonos, que no es lugar para nuestros propósitos. ¿Habéis entendido la parábola? De cuantos castigos jamás Dios ha hecho, ninguno hay que así muestre su justicia rigurosa como el que vemos ejecutado en Jesu Cristo. Porque si miramos el diluvio, donde más parece que se soltaron las riendas al furor, pues rotos los manantiales del gran abismo y abiertas las corrientes de los cielos, anegó Dios, no sólo los hombres, sino las bestias y cuanto tenía vida, gran castigo nos parecerá; pero hallaremos que los pecados de los hombres lo merecían; todos estaban estragados y corruptos, desde los pensamientos hasta las demás obras y palabras. Y así, donde era universal la culpa, no es fuera de razón que sea común la pena, y tan abominables pecados se castiguen con azote tan crudo como la perdición de todo lo que era ocasión de culpa. Si miramos el otro con quien se abrió la tierra, ó los otros sobre quien bajó fuego del cielo, recios castigos os parecerán; pero bien merecidos, aunque no saber nosotros por nuestra insensibilidad cuánto mal es ofender á Dios, nos hace parecer más cruda la pena que la culpa merecía. Entre todos ninguno hay que más asombre como saber que eternamente castiga Dios con llamas que no se han de acabar los pecados que en un punto se cometieron; porque parece crueldad, fuera de todo rigor de justicia, que la culpa temporal se castigue sempiternamente con pena infinita en la duración. Pero cuando bien se piensa, hallaremos que á este peligro se puso quien sabía ó debía saber la gravedad del daño, y tuvo por mejor incurrir en él, que no dejar de cumplir su voluntad. Digno soy de todo el mal á que me pongo, y pues me constaba la pena que Dios tenía puesta á los quebrantadores de su ley, y no temí con todo eso quebrantarla, no hay de qué me quejar si se ejecuta en mí el daño á que me puse. Cuanto más que poniéndose las penas para que por temor dellas dejen los malos de cometer culpas, bien claro está que fue menester poner tan grave castigo á los pecadores; pues ni aun el temor dél les obliga á apartarse de pecar. Justamente se ejecuta la pena que justamente se impone; y bien vemos que no es sino muy razonablemente impuesto á la culpa transitoria eterno castigo; pues ni aun con ser tan grave dejamos de ponernos á peligro de incurrirle, por conseguir nuestros transitorios deseos. Si con saber que tan atrozmente seremos castigados, somos los que somos, ¿qué fuera si fuera más templado el castigo? Bien muestra que no es tenido dél por grave castigo, quien no teme incurrille por ligero deleite. Y si cuando cometiste la culpa no le tuviste en mucho, no hay por qué le exageres cuando ejecutaren la pena. Finalmente, en cuantos castigos pensáremos (por extraños que sean) hallaremos razón que nos quiete ó que nos dé alguna manera de luz. Ninguna cosa hay tan extraña, tan incomprehensible, tan sobre toda admiración, como ver el castigo que Dios hace en su Hijo, y porque la suma es ésta: será entregado á los paganos para ser burlado, azotado, escupido, crucificado. Esta es un epítome, una breve recapitulación de la prolijidad inmensa de sus pasiones.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Cuatro cosas hubo en Cristo, en su género, de valor infinito: su vida, su persona, su honra, su oficio. La mejor vida que nadie vivió, ni es posible que viva; la más digna de conservar que el sol verá jamás; la más hermosa persona y de mejor condición; el cuerpo más lindo y más bien acomplexionado que hubo en el mundo; obra sacada por la mano de Dios á solas para que en ella se viera la grandeza de su primor. ¿Qué diré de su honra y de la estima que con tanta razón todos cuantos le conocían (sacando algunos pocos á quien la invidia cegaba) hacían dél más que de ningún príncipe de cuan-

tos nacieron, siguiéndole, y amándole, y adorándole, pospuesto todo lo demás que les podía estorbar? ¿Qué del oficio de predicador, del Profeta que alumbraba las cegueras, sanaba las enfermedades, restituía las vidas de almas y cuerpos, encaminaba al cielo las almas, consolaba en la tierra los cuerpos; esa luz del mundo, amparo de los afligidos, camino de los errados, desengaño de los perdidos, alegría de los tristes? ¿Y qué no? Bien infinito para destruición universal de nuestros males. ¿En qué entrañas cupo con un golpe de furor derrocar en un punto bienes tan dignos de ser conservados eternaménte? Será entregado. ¿Quién le entregó? ¿Quién tuvo ánimo para tal crueldad? ¿A quién le bastó la cólera para inhumanidad y fiereza tan extraña? Dígalo su Apóstol, que yo no osara: *Qui proprio Filio suo non pepercit; sed pro nobis omnibus tradidit illum* (Roma., 8). ¿Quién tal creyera? ¿Qué padre hubo que tuviese ánimo para de su voluntad quitar la vida á un buen hijo á quien la había dado? Visto se ha atormentar á un hombre para que confesase un delito, y no pudiendo sacarle palabra, poner á un hijo suyo á cuestión de tormento y poder tanto el amor paternal, que lo que no pudo sacar la llama, ni la cuerda, ni el azote y garfio en el cuerpo propio, pudo cuando llegó el ajeno del hijo, que por no le ver padecer su padre, confesó y fue justiciado (Can., 22, q. 57, dr. 3). ¿Cómo os sufrió á vos, Señor, el ánimo que le entregásedes á gente tal? *Tu vero repulisti et despexisti; distulisti Christum tuum* (Salmo 33), Y vos, Señor, ¿hecistes tal? Que le entregase Judas á los pontífices: era cudicioso ladrón; que los pontífices á Pilatos, eran hipócritas, enemigos capitales de toda virtud. *Tu vero?* ¿Pero que vos, Padre Eterno, hayáis arrojado y sacudido de vos al Unigénito que está en vuestro seno, despreciado al Hijo querido en quien sólo os agradastes? ¿A vuestro Ungido tan allegado á vos le habéis alejado, desamparándole en este conflicto y poniéndole en las manos de sus enemigos? *Avertisti testamentum servi tui; prophanasti in terra sanctuarium eius* (Salmo 33). Parece que habéis trabucado y anulado el asiento con el hecho, y todo capitulado; pero en lugar del reino prometido le obligáis á servir nuestra esclavonía. Derribastes por tierra el santuario de su humanidad en que mora sustancialmente la plenitud de la divinidad; esa diadema real con que le coronó su madre en el día de su Encarnación, arrastrada por el suelo. *Destruxisti omnes sepes eius; posuisti firmamentum eius formidinem* (Salmo 33). Arruinaste las cercas y muros de vuestra protección y defensa, dando llanas las baterías á los enemigos para el asalto, y poder á las tinieblas que prevalecieran contra la luz; y volvistes su fortaleza en pavor, cuando en el huerto *cœpit pavere et tædere, et mœstus esse* (Math., 26; Salmo 82). Y David dice: *Diripuerunt eum omnes transeuntes viam; factum est opprobrium vicinis suis*: «Peláronle todos los que pasaban por el camino, y como á viña descercada que las bestias, bueyes, jabalíes, caminantes la vendimian y descepan, le destruyeron»; y fue de sus conterráneos no sólo afrentado, sino tenido por la misma afrenta, molde de vituperios y escarnios. *Exaltasti dexteram deprimentium eum*; *lætificasti omnes inimicos eius*: «Distes buena manderecha á los que pretendían derrocarle, y buen gozo dél á los que mal le querían». *Avertisti adjutorium gladii ejus et non est auxiliatus ei in bello.* Desviaste el socorro que Pedro le quiso dar, poniendo mano á su espada, mandándole envainar y no le ayudastes vos en la refriega, enviando más que doce legiones de ángeles en su favor como pudiérades. *Destruxisti eum ab emundatione et sedem ejus in terra collisisti.* Destruistes, contaminastes su limpieza y aseo, dándole para ser escupido su rostro y ensangrentado, y echastes por tierra su real trono cuando con púrpura vieja y caña por sceptro y corona de espinas le escarnecieron. *Minorasti dies temporis ejus; perfudisti eum confusione.* Apocastes los días de su vida, pues murió en lo mejor y más florido de su edad. Y por concluir: de pies á cabeza le cubristes de mengua y deshonor. Pero vos, Señor, hecistes esto; y porque para ello le entregastes, por haber establecido ley que muriese, por darle voluntad determinada, para que él mismo se entregase, por no librarle de la muerte, aunque según la parte inferior lo pidiese. Bien dice el Apóstol: No perdonó á su propio Hijo, sino por todos nosotros le entregó. ¿A qué gente y para qué? Para que en su vida padeciese cruz; en su persona, azotes; en su oficio, desprecio, de ser escupido; en su honra, burla y escarnio. Burlaron de su honra, escupieron su predicación, azotaron su cuerpo, crucificaron su vida.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Acabaránse todas las cosas que están escritas. Todo eso estaba escrito (Salmo 68). Contra mí hablaban los que estaban sentados en la puerta; de mí copleaban los que bebían vino. Y en otro lugar: Abomínanme (Job, 36) y huyen con asco lejos de mí y no tienen empacho de escupir mi rostro. Y en otra parte: *Et fui flagellatus tota die*. Y de la muerte: *Mittamus lignum in panem ejus*. Su cuerpo, que él dice que es pan y comida, pongámosle en un palo, pasado con cinco heridas principales y todo el cuerpo llagado, azotado de pies á cabeza, escupido, aheleado, burlado y escarnecido. Y sabe

vuestra santidad, vuestra bondad, vuestra inocencia, vuestra limpieza más que celestial y pregunta: ¿Qué es la causa de tan rigoroso castigo? ¿Qué hecistes, inocentísimo cordero? ¿Qué fue la causa de tales tormentos? ¿Por cuáles homicidios, sacrilegios, blasfemias sois tan inhumanamente castigado? Y oye vuestra respuesta: *Quæ non rapui tunc exsolvebam* (Salmo 68). «Lo que no hurté entonces lo pagaba». Mis criados hicieron el hurto y yo lo pago. Mis ojos se alzaron á lo que no debían, y por lo que yo mal miré son los de mi Señor escupidos; porque se extendió al robo mi mano, son las vuestras enclavadas con duros clavos; traspasados vuestr..s pies, porque los míos deslizaron del buen camino, y porque en mi pecho se fabricó la traición, es el de mi Dios abierto con fiera lanza. ¿Cómo no temo pecar, pues veo en vos tal ejemplo de justicia, pues veo que la sombra del pecado así es en vos castigada? Pregunto: si entrásedes en una casa y viésedes á un negro amarrado á un pilar, que le están azotando valientemente, y preguntásedes por qué, respóndenos: porque hurtó una hanega de cebada. Espantaros hiades que por tan pequeña culpa hubiese quien castigase tan crudamente; pero al fin es esclavo y ladrón, y quien no es fiel en lo poco no lo fuera en lo mucho. Pero si entrásedes en casa de un caballero y hallásedes á su hijo mayorazgo, que ni tiene otro ni le espera tener, desnudo y amarrado á una coluna y que dos negros, en presencia de su padre y por su mandado, le están haciendo pedazos á duros azotes hasta que dé el alma, y preguntásedes por qué? porque hurtó á su padre medio cáliz de trigo. ¡Oh malaventurado, cruel, y por esta miseria! ¿Y para qué quieres todo lo que tienes sino para él? Horrendo castigo fuera; pero ¿qué tiene que ver con éste que el eterno Padre hace en su propio Hijo unigénito, que ni tiene otro ni le puede tener, mayorazgo de todos sus bienes y universal heredero de sus estados? ¿Qué sintiérades ó qué os pareciera de la inhumanidad de aquel caballero? ¿Cuál sospecharíades qué sería para el esclavo quien tal es para el hijo? Así podemos nosotros conjeturar que quien no perdona la sombra de la culpa menos perdonará la existencia de ella. «Hijas de Jerusalem (dice Cristo yendo con la cruz á cuestas á padecer), no lloréis sobre mí, sino sobre vosotras llorad» (Lucas, 25). No me lloréis con una natural compasión, como á hombre ordinario que muere sin culpa, por injusticia de sus matadores; yo muero como Redemptor por vuestras culpas y de todas las del mundo; éstas llorad, y lloraos á vosotras, que habéis dado con vuestros pecados causa á mi muerte. *Quia si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet?* Si en vos, árbol fresquísimo, plantado á las corrientes de la gracia (cuyo fruto fue abundantísimo y llevado con suma sazón á su tiempo), tan sano que ni aun las hojas se cayeron, ni hubo palabra en vos que no fuese provechosa; si en tal y tan hermoso árbol así prendió el fuego de la divina justicia, troncones podridos y secos, llenos de mil carcomas, ¿cómo se prenderá en vosotros? Si en la carne sin pecado (por sólo que se parecía á la carne pecadora) así se venga Dios, ¿qué hará en la carne sujeta á pecado y llena dél, como de carcoma y de gusanos? Enfrenemos, pues, estos días nuestras malas concupiscencias con temor del castigo, pues no podemos sospechar que dejará sin castigo la culpa quien así castiga la sombra della.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Mas porque el darnos Dios á su Hijo no procedió de desamor para con él, sino de infinito amor que tuvo á nosotros, pone el Señor luego el glorioso remate de sus trabajos: *Et tertia die resurget.* No le entregó el Padre á la muerte para que en ella se quedase, sino para que, muriendo, nos redimiese y para sí ganase honra y exaltación de su nombre sobre todo nombre, y el señorío universal sobre cielos y tierras, y la resurrección de su cuerpo á vida inmortal y gloriosa. «Al tercero día resucitará». ¿Por qué no antes ni después? El hombre hace sus obras en tiempo, y no siempre á tiempo; Dios todo á muy buen tiempo. Viene á sentenciar á Adán *post meridiem* (Génesis, 3) para mostrar á los jueces el reposo y providencia con que han de proceder, no tropellando el juicio. Da á Salomón el saber de noche (3 Reg., 3), porque éste es muy buen tiempo para letras y contemplación, tiempo sosegado. Hácese hombre, no al principio del mundo, porque no se estimara tanto esta merced, por no estar muy conocida la necesidad, ni al fin, porque todo fuera perdido, sino al medio de los años. *In medio annorum notum facies* (Habac). Nace de noche y muere de día para dar á entender que de otra manera dejó al mundo de como le halló. Resucita al tercero día, cuando ni su muerte pareciese fantástica ni se dudase del poder que tiene para resucitar. No se persuada nadie que Dios se apresura ó se tarda, que él sabe mejor el tiempo acomodado para sus obras. *Tu das escam illorum in tempore opportuno* (Salmo 144): «Los ojos de todas las criaturas están, Señor, pendientes de vos, y vos le dais su mantenimiento muy á sazón, á tiempo convenible». Y en otra parte (Habac., 2): «Si se tardare, esperarle, que á tiempo vendrá y no se tardará». También para el castigo, como á Caín, le esperó hasta la séptima generación, contando desde Adán hasta Lamech (Génesis, 4, *vide Glosa),*

que ya tenía hijos cuando mató á Caín su quinto abuelo, para, si quisiera en tan largo tiempo, apremiado con desventuras y males, hiciese penitencia; aunque él fue tan duro que no se aprovechó desta merced (Génesis, 6). A los del diluvio, por el contrario, les anticipó el castigo, porque les había dado ciento y veinte años para hacer penitencia, y visto que no se enmendaban, les quitó los veinte y vino el diluvio á los cien años (como dice San Hierónimo: *De quæstione Heb.)* para que los hombres sepan estimar la misericordia de Dios cuando se les ofrece. *Tertia die resurget.* He aquí en qué paran los trabajos sufridos por Dios: en gloria y honra; la muerte, en resurrección. La razón natural enseña que los trabajos y cansancios honestos son dignos de honra y premio. Los egipcios, para significar el trabajo, pintaban la cabeza de un buey, que es animal trabajador y tiene la fuerza para trabajar en la cabeza (Pierius, lib. de Tauro). Por eso Salomón (3 Reg., 7), en aquellas diez vasas de bronce que hizo en el Templo, esculpió unos bueyes para significar el trabajo de los prelados y predicadores, que son significados por las vasas (2 Cor., 9). *Non alligabis os bovi trituranti* (Deut., 25). No puso Dios tanto esta ley por los bueyes (dice San Pablo) como por nosotros, que, pues trabajamos sirviendo al altar, habemos de comer del pie de altar. Conforme á esto, los romanos (Pier., *Ibid. supra)* pintaban cabezas de bueyes coronadas de flores para significar que al honesto trabajo se debe corona y honor. Platón, en el *Phedro*, introduce á Sócrates, disputando de la inmortalidad del alma, el cual, haciendo un cierto género de espanto de ver cuán casados están el cansancio y el descanso, la tristeza y la alegría, dice: «Si Hisopo mirara esto, hiciera una fábula en que fingiera haber querido Dios juntar las cosas repugnantes, y no siendo posible, quiso juntar los cabos dellas, y así ató, al cabo del cansancio, descanso; al cabo de la tristeza, alegría». En este mundo todo va así: siempre andan engazados bienes y males; si comenzáis por placeres, acabáis en pesares. *Extrema gaudii, luctus occupat:* «Los fines del gozo ocupa el llanto». Donde levanta el pie el alegría, asienta el suyo la tristeza en la misma huella: *Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt* (Job, 21). Al revés, los buenos, donde acaban sus males, comienzan sus bienes, y así le dijo Abraham al rico avariento: «Acuérdate, hijo, que recebiste bienes en tu vida, y Lázaro, por semejante, males»; ahora se truecan las suertes, porque á su pobreza sucedió consuelo, hartura, y á tu riqueza y regalo, sempiterno tormento. No se engañe nadie, que no es posible haber dos glorias: gloria acá y gloria allá. A vuestra elección se deja: si queréis gloria en esta vida momentánea, allá tormento, y si acá trabajo, allá descanso. Este mismo orden quiso Dios guardar con su Hijo, como San Pedro dice (S. Pet., 15): *Prænuntians eas quæ in Christo sunt passiones et posteriores glorias:* «Que el Espíritu Santo, por boca de sus profetas, profetizó las pasiones de Cristo, sus afrentas y sus dolores, y las glorias que tras eso se habían de seguir». Eso es *tertia dia resurget.* La pasión, al principio; la gloria, al fin, y por este mismo camino habemos de ir nosotros. Cuando Moisés, con los principales del pueblo, subió al monte para recebir las tablas de la ley, dice la Escritura que vieron á Dios en una representación de majestad, y que debajo de sus pies *viderunt opus quasi lapidis zaphirini, et quasi cœlum cum serenum est* (Exod., 24): «Vieron un edificio como de piedras zafires (el Hebreo dice: *Quasi lateris zaphirini*, que era como un patio ladrillado de zafires) de color azul como el cielo cuando está sereno». Agradable visión (dice Nicolao de Lyra) para aquel pueblo, que venían cansados de hacer adobes y ladrillos, que se alegrasen viéndose en libertad, y entendiesen qué el barro se les volviera zafires y piedras preciosas. ¡Ah! que es Dios buen pagador y tiene gran cuenta con lo que por él se hace y se padesce, para premiarlo. *Si dormiatis inter medios cleros, pennæ columbæ deargentatæ et posteriora dorsi ejus in pallore auri* (Salmo 67): Aunque estéis más negro que el hollín, entre trébedes y sartenes, avivando la lumbre de los hornos de ladrillo, como ese trabajo le paséis por Dios, se os mudará el color y os porná el Señor más blancos que las plumas plateadas de las palomas, más gloriosos y resplandecientes que la cola del pavón y sus espejos dorados. De San Martín, después que expiró, dice Severo Sulpicio que quedó en cuerpo tan hermoso que parecía glorificado, el rostro relumbraba más claro que la luz, y en todas las otras partes de su cuerpo no había ni una pequeña mancilla que las afease. *Quis istum unquam cilicio tectum, quis cineribus crederet involutum?* «¿Quién creyera jamás que este cuerpo anduvo siempre cubierto de cilicio, revuelto en cenizas?» *Ita vitro purior, lacte candidior:* «Así fue mostrado, más transparente que el vidrio, más albo que la nieve, en cierta gloria de la venidera resurrección». Cuanto los mundanos curan, lavan, limpian, adornan, regalan, todo ha de parar en tierra, en gusanos, en ceniza, en fealdad; cuanto los justos afean, escurecen, maltratan, todo se ha de convertir en claridad, lindeza, gala, incorruptible beldad. Cuatro colores tenía el velo del templo que hizo Salomón: jacinto. púrpura, grana, olanda. *Fecit quoque velum ex hyacincto, purpura, cocco et bysso et intexuit ei cherubin*

(2 Paral., 3): «Brosló en el velo, como en un tapiz, con aquellos colores, unos cherubines»; señal que si el hombre terreno quiere ser entretejido con los ángeles, entremezclado en los coros, inserto en aquellas sillas que vacaron por la caída de sus dueños, ha de tener estos colores, vestirse desta librea. Lo primero, de color celeste, deseo de la bienaventuranza; en este fin ha de poner la mira, que, siendo lo último en la ejecución, es lo primero en la intención; mire á las manos de Cristo, que están llenas de jacintos para darle el premio. La púrpura es de color rojo carmesí y era vestidura de reyes; significa la pasión de Cristo y su imitación en los trabajos; desta se vistieron los mártires y todos los que llevan su cruz en seguimiento de Cristo. Estos son los purpurados reyes y triunfadores del mundo. La grana, dos veces teñida, es el amor inflamado de Dios y del prójimo; no vale nada el martirio sin castidad, y todos los virtuosos trabajos, todos los actos de las virtudes, si no van informados con caridad, no importan para merecer el cielo. El otro es color olanda, calicut; significa la mortificación de la carne. ¡Qué de tormentos pasa el lienzo para ponerse blanco! *Mortificate membra vestra quæ sunt super terram* (Colos., 3): «Mortificad vuestros cuerpos que viven en la tierra». A poder de azotes, cilicios, ayunos, mal dormir, mal comer, mucho orar, se cura el angeo de vuestra carne lasciva y se reduce á la blancura de la olanda ó calicut, que es la castidad. Esta mortificación agrada mucho á Dios. Esto parece quiso decir la esposa, convidando al esposo que se saliesen á solazar al campo por la primavera: gozaremos del buen olor de las viñas cuando florecen y están en cierne. ¿Y qué más? *Mandragoræ dederunt odorem* (Cant., 7): Gran regalo, que «las mandrágoras dan su olor». La mandrágora, dice Plinio, es yerba que pone sueño y que amortigua y adormece el sentido, y así la daban á los que habían de cortar algún miembro para que no sintiesen dolor. Contéstanle á Dios unos hombres ya tan mortificados, que parece han perdido ya el sentimiento de los trabajos y que han bebido mandrágoras: que ni sienten la injuria ni la pérdida de la hacienda; tan buen rostro hacen á la enfermedad como á la salud, tan iguales en la adversidad como en la prosperidad. ¿Dónde están esos hombres? ¿Son hechos de mármol y de bronce? No los debió de parir madre, como acullá el poeta:

Nec tibi Diva parens generis nec Dardanus auctor,
...fide, sed duris genuit te cautibus horrens
...casus, Hircanæque admorunt ubera tigres.

(Virgilio, 4, *Eneida.*)

Los hombres que ahora se usan son tan de...dos, tan sensibles, tan quejumbrosos, que con cualquier ajecito gritan como niños: el aire que pasa les ofende, cualquier trabajuelo los desbarata. ¿Azotes para la carne? Eso allá para los frailes; cilicios, los ermitaños, los cartujos; No vale esta gente dos ardites para ir al cielo. Y aun á fe que para el infierno son muy delicados. *Regnum cœlorum vim patitur et violenti rapiunt illud* (Mat., 11): «El reino de los cielos se ha de entrar por fuerza»: no es para gallinas y afeminados: hombres robustos y valientes son los que le asaltan y le conquistan por violencia que hacen á sí mismos, al mundo, carne y demonio ¿Quién son esos? No fueron de otra especie que nosotros; uno de ellos dice: *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, neque caro mea ænea est* (Job, 6): «No fue hecho mi cuerpo de alguna peña, ni mi carne fundida ó bañada de metal». Fueron hombres de carne y hueso, como nosotros; con el mismo yunque y martillo formados; pero que con el zumo de las mandrágoras que bebieron del amor de Dios, se hicieron como insensibles á las cosas del mundo. Y dice Job, en medio de sus grandes calamidades: *Si bona suscepimus de manu Domini, ¿mala autem quare non sustineamus?:* «Si habemos recibido de la mano de Dios bienes, ¿por qué no sufriremos también los males alegremente y con hacimiento de gracias?». San Pablo no era jayán, *præsentia corporis infima* (2 Cor., 10): «pequeña persona y flaca», poca chicha, como decís; pero el ánimo indomable más que los infrangibles diamantes, á todos los golpes posibles. *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis* (2 Cor., 12): «Que no sólo no siente los trabajos y persecuciones y malas venturas, pero se gloría en ellas». Esas son sus misas; las manos se come tras el padecer, y con todo dice: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo: ne forte, cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar:* «Castigo mi cuerpo y hágole que sirva al espíritu; porque predicando á otros para que se salven, no quede yo reprobado». Esta es la olanda; pues si con deseo del cielo pasáredes por la púrpura, vernéis á ser contados con los ángeles y recebidos en las eternas mansiones; y haréis obra en aquella riquísima tapicería con que Dios adorna su casa, tejida de ángeles y de hombres, que es lo que finalmente significa el cuarto color de jacinto, de color de cielo, que muestra el premio de la bienaventuranza. Las manos del esposo están llenas de jacintos, porque es el que de su mano ha de pagar á los fieles obreros, el juez constituído por el Padre, para dar á cada uno según el mérito de sus obras. Pues si pasáredes por la púrpura, por la grana, por el calicut, daréis en el jacinto; que por eso en la cuenta de los colores tiene en el texto el primer lugar: porque es el fin que ha de poner delante de los ojos el cristiano para

emprender los trabajos de la virtud y de la penitencia, considerar que de los trabajos se pasa al descanso, y de la guerra á la paz y al honor de la victoria (Apot., 2): *Vincenti dabo manna absconditum et dabo ei calculum candidum et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit nisi qui accipit*: «Al vencedor, dice Cristo, yo le daré un maná abscondido; esta es la intuición de la divina esencia, claramente vista, que es el premio debido á la virtud y á sus honestos trabajos»; maná dulcísimo, que en gustándole los santos dicen: *Manha? Quid est hoc?* (Exodo, 16): «¿Qué es esto? ¿A qué sabe?» porque contiene en sí todo sabor. Es aquel torrente de deleites con que son abrevados, que los embriaga y saca de sí; piélago de dulzuras inefables. ¡Oh locos sin juicio, los que por rellenaros de las ollas podridas de Egipto, por comer de sus ajos y cebollas, que apenas les habéis tomado en la boca cuando os revientan las lágrimas por los ojos; placeres aheleados, gustos mezclados con mil acíbares de disgustos, sobresaltos, desabrimientos, temores por cosas viles, y que sin esos contrastes pueden gozar las bestias, y os priváis para siempre deste suavísimo maná que harta á los ángeles! Darle he un maná abscondido y una pedrecita blanca, una perla. Como en el maná se significa la gloria del alma, así en esta piedra preciosa es significada la gloria del cuerpo. Llámase piedra el cuerpo ya glorificado, porque en sustancia fue hecho de tierra y de barro. ¡Ah qué mudanza tan grande! Que la tierra movediza es ya piedra sólida incorruptible; el barro feo es una piedra preciosa: *Calculum candidum*. Otra letra dice: *Lucidum*. Margarita resplandeciente más que los diamantes y que los carbuncos. Los que tratáis *de curanda cute* y os regís por aquel aforismo epicúreo: como te curas, así duras; los que deseáis gentileza y lindeza, y los que con medios violentos la procuran, buscad esta pedrecita blanca. El que ama su vida, dice el autor de la vida, perderla ha; pero el que la aborrece y la gasta en mi servicio, *in vitam æternan custodit eam* (Lucas, 9): «Para la vida eterna la guarda». No hay flor de menos sustancia, de menos dura que la gentileza.

O formose puer, nimium ne crede colori;
Alba ligustra cadunt.

(Virgilio, *Eglog.*)

Con agua de lágrimas se blanquea la tez más que la nieve; no hay otro modo de perpetuar la vida que gastarla en servicio de Dios, cuya es esta promesa infalible: *Dabo ei calculum candidum*. Mas llámale piedra blanca, porque es premio debido de justicia. Antiguamente entre los griegos, fue costumbre determinar las causas criminales por piedras blancas y negras.

Mos erat antiquus, niveis atrisque lapillis,
His damnare reos, illis absolvere culpa.

La negra condenaba á muerte, la blanca daba la vida. A los tristes condenados, cúpoles la piedra negra; ¡negra ventura la suya! pues fueron en el juicio de Dios justamente reprobados y aborrecidos, y por sus deméritos á muerte sempiterna condenados. Pero los buenos, visto el proceso de sus méritos, fueron dados por libres, absueltos de la instancia que Satanás acusador les hacía. Y porque éste fue acto de justicia, aunque fundada en gracia y misericordia divina, por eso dice que les dará una piedra blanca, porque les dió el voto para que se salvasen; y en ésta piedra escrito un nombre nuevo, que ninguno le sabe, sino quien le recibe. Esta es la certidumbre que tienen los bienaventurados de su gloria: que jamás se acabará. Acá nadie sabe si es digno de amor ó de aborrecimiento; si predestinado, si precito; allí en sus propios cuerpos de dotes de la gloria adornados, traerán como con letras de oro escripto que todos le lean el nombre de amados y escogidos, ciudadanos de los santos, domésticos de Dios y hijos suyos, escritos ab eterno en el libro de la vida. Nadie alcanza á saber esto, sino quien lo recibe (I Cor., 20); ni la grandeza de aquella gloria, sino quien la goza; porque ni ojos vieron, ni orejas oyeron; ni en pensamiento de hombres cupo la inmensidad de bienes que tiene Dios guardados para los que le temen y le aman; que es la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
MIÉRCOLES DE LA CENIZA

Cum jejunatis nolite fieri sicut hypocritæ tristes.

(MAT., 6).

La Iglesia Católica en este día nos predica penitencia con obras y con palabras: con obras, poniéndonos ceniza en las cabezas; devisa antigua de penitentes, señal de humildad y recuerdo de la sentencia de muerte sin apelación, que está fulminada contra los hijos de Adán, la cual nos escribe en la frente porque la llevemos escrita en el corazón. Con palabras nos persuade en el Santo Evangelio, que es del apóstol y evangelista San Mateo, capítulo sexto, y trata del ayuno y limosna, con todas las obras penales que conciernen al ayuno y penitencia, y de qué modo se han de hacer para ser meritorias, no con tristezas fingidas y aparencias de santidad afectada, como los hipócritas acostumbran, sino con muestras de alegría y buen semblante, que es el guardapolvo que defiende la virtud del aire de las alabanzas humanas y la reserva para el premio que da Dios á los justos que á él sólo tienen por blanco de su intención y obras. Estas dos cosas trataremos con el favor de la divina gracia; pidámosla por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

En aquel dibujo misterioso que en el capítulo séptimo de los Cantares hace el Esposo divino de la gentileza de su Esposa, donde va loando sus partes de pies á cabeza, con galanas metáforas y exquisitas comparaciones, es digno de considerar el apodo que da allí al vientre honestísimo de la Esposa: *Venter tuus sicut acervus tritici vallatus liliis* (Cant., 7): «Tu vientre es como un montón de trigo cercado todo de azucenas». Llano es que no habla del vientre material, ni hay para qué buscarle la proporción que tiene con el montón de trigo ni con el cerco de azucenas, que para el trigo es impertinente adorno, sino que esta alabanza se ha de referir toda al espíritu, como otras muchas de este libro. Por el vientre, que es la oficina donde se forman los hijos, se entiende la voluntad, que es principio de todos los actos humanos; porque ella es la que mueve y aplaca todas las otras potencias y sentidos á sus operaciones. Es la voluntad el primer moble deste microcosmos, que es el hombre, la raíz deste árbol humano, de donde proceden los buenos ó malos frutos: en el vientre del alma se forjan los deseos, se conciben los propósitos y se fraguan las obras. Aquí se engendran á veces monstruos que son hijos de la concupiscencia; de la cual dice el apóstol Santiago que aparta, divierte y destierra al hombre del bien y le ceba y atrae al mal. *Uniusquisque vero tentatur a concupiscentia sua abstractus et illectus* (Jacob, 1): «Cada uno tiene su Eva que le tienta y distrae del bien, y trae con halagos al mal que es la concupiscencia». *Concupiscentia, cum conceperit, parit peccatum: peccatum vero, cum consummatum fuerit, generat mortem.* Concibe la voluntad del apetito desordenado de la culpa atraída de la deleitación que en ella se representa, y consintiendo pare un hijo que es pecado; y este hijo nacido por el consentimiento, como engendro de víbora, mata á su madre, porque el pecado es muerte del alma. Por el contrario, la obra virtuosa, que es el buen hijo, concíbese sin dolor. *Sic facti sumus a facie tua, Domine, concepimus et quasi parturivimus et peperimus spiritum salutis* (Isaías, 26). Concibe el alma el buen propósito con el favor de Dios y con su virtud, y porque la virtud es ardua y al principio trae consigo dificultad, siéntense dolores de parto, gemidos en mortificar la carne y negar la propia voluntad; pero, saliendo á luz el hijo, es salud y alegría de su madre; parimos al espíritu, obra virtuosa, no al gusto de la carne, sino del espíritu. Alaba, pues, esposo, en el alma santa la fecundidad y abundancia de buenas obras. Tu vientre es un montón de trigo. Partos corporales ha habido numerosos, pero todo esto es poco respecto de la fecundidad espiritual del alma. ¿Cuántos granos hay en su montón de trigo? Pues más son

los hijos espirituales de la buena voluntad; muchos y buenos, como el trigo, que es el mejor fruto de la tierra. Los méritos de un justo, los servicios que hace á Dios, los sacrificios que le ofrece de sí y de todas sus cosas, ¿quién los podrá numerar, sino aquel que cuenta los cabellos de nuestra cabeza y la muchedumbre de las estrellas del cielo? ¿Pero á qué propósito vienen aquí las azucenas? Quien busca esa hermosura en un monte de trigo busca á Dios, que quiere que nuestras obras sean buenas, no sólo en la sustancia, que eso es ser trigo, sino en los accidentes, que son los lirios; que no les falte alguna circunstancia de las que dicta la prudencia de tiempo, lugar, intención del fin y las demás. Para ser una cosa buena, en todas sus partes ha de ser perfecta; mas para ser mala, una sola basta; que es lo que dijo San Dionisio: *Bonum consurgit ex integra causa, malum autem ex particulari defectu*. Un caballo para ser bueno ha de tener buen color, buen tamaño, talle, cabeza, manos, pies, que corra bien, parta y pare. Finalmente, que de la boca á la cola (como decís) sea bueno y sin tacha; tenga mala boca, corra mal: por sola una falta, es mal caballo. Una mala faición, hace á una mujer fea; un vicio, vicioso á un hombre, y una circunstancia que falte, hace la obra mala. En el principio crió Dios los cielos y elementos; buena era la sustancia, mas por falta de accidentes estaba fea (Génesis, 1). *Terra autem erat inanis et vacua*. La tierra descompuesta, vacía, desaprovechada, el aire oscuro, el cielo sin influencias, toda esta casa del mundo desaliñada; comienza Dios á ponerla en razón, adorna el cielo de lumbreras, el aire de luz, la mar de pescado, la tierra de plantas, yerbas, animales. *Igitur perfecti sunt cœli et terra, et omnis ornatus eorum* (Génesis, 2). Quedaron el cielo y la tierra perficionados, acabados con esta última mano; porque no sólo tienen buena sustancia, sino buenos accidentes, que son su debido ornato. No puede haber bondad natural ni moral, si estas dos cosas se deshermanan. El buen árbol ha de llevar fruto y hojas. *Fructum suum dabit in tempore suo; folium ejus non defluet* (Salmo 9). Arbol plantado junto á las corrientes de las aguas, está obligado á dar fruta á su tiempo y ha de tener hoja para ornato y hermosura. En un banquete, aunque os den capones y pavos, si no están manidos, ó están pasados, ó vienen crudos ó encenizados, ó faltan las salsas, limas y otros condimentos que despiertan el apetito, no os dará gusto. Dícele Isaac á su hijo Esaú: toma tu arco y aljaba y vete á cazar, y de lo que trajeres hazme un guisado como sabes me da gusto, y echarte he mi bendición (Génesis, 17); óyelo Rebeca, y de presto hace á Jacob traer dos cabritos, y guísalos como ella sabía, y póneselos Jacob delante á su padre; no miró el viejo á la sustancia, que él caza había pedido, sino al condimento del guisado, y por esto le dio la bendición. Pues, en lo moral, convídeos uno á comer y no os haga los comedimientos debidos; no os sirvan la copa con salva, no os dan agua á manos; haos de dar la cabecera, póneos á los pies; no guarda las ceremonias acostumbradas; quedáis con queja dél aunque la comida sea buena. En más tuvo Cristo los servicios de la Magdalena (Lucas, 7), lavarle los pies con lágrimas, ungirlos con ungüento, limpiarlos con sus cabellos, que el convite soberbio del fariseo, y se lo dijo en las barbas: «Ni me lavaste los pies, ni me ungiste la cabeza, ni me diste beso de paz; no me hiciste los comedimientos que se usan». ¡Veis cuánto importan los accidentes! Por eso pide Dios azucenas con trigo. Habemos llegado á la Cuaresma, que es el tiempo de la cosecha de las buenas obras; es el mes de las almas preñadas, en qué han de parir á luz hijos de bendición; todo el año dura la preñez de los buenos propósitos, de ser bueno y hacer penitencia, de restituir, dejar el mal trato. *Venerunt filii usque ad partum et vires non habet parturiens* (4 Reg., 19). ¡Qué de veces han llegado los hijos á punto de nacer, y por no tener fuerzas la madre para ayudarse, se han quedado y mal logrado», por no haber firmeza y determinación en la voluntad; hoy; mas mañana, de aquí á un mes, la Cuaresma! Ya estamos en la Cuaresma, tiempo de fecundidad, de abundancia; ha de haber muchos hijos de buenas obras, como granos en un montón de trigo: limosna, oración, cilicio, mala cama, disciplinas, velar, oir misa, sermón, andar estaciones, visitar hospitales, confesar, comulgar; buena sustancia, montón de merecimientos; y para que lo sea, vaya cercado de azucenas, adornado de buenas circunstancias de tiempo. Harto acomodado es el de la Cuaresma. *Ecce nunc tempus acceptabile* (2 Cor., 6). Siempre lo es de hacer bien, pero la Cuaresma con más particularidad y oportunidad de lugar: que escondamos nuestras obras de los ojos de los hombres, en cuanto nos fuere posible. *Pater tuus qui videt in abscondito;* del fin: que nuestra intención se enderece á solo Dios y no á complacer á los hombres. Todo esto comprehende el Evangelio que dice así: *Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritæ tristes*.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Por ayuno se entiende aquí toda obra penal que aflige nuestra carne, cualquier aspereza con que se maceran los penitentes. Así define el ayuno San Agustín: *Jejunium magnum et ge-*

nerale est abstinere ab iniquitatibus et illicitis voluptatibus sæculi. El ayuno que instituyó la Iglesia, que no obliga á los impedidos, es particular de una cosa, que es la comida; pero hay otro ayuno grande y general, que es abstinencia de todos los vicios y de todos los regalos ilícitos del siglo, y aun de los lícitos, añade San Bernardo (D. Bern., Serm. 38); porque en recompensa de abstenernos de las cosas lícitas se nos perdonan las ilícitas que primero cometimos; este ayuno presupone el Señor que le ha de haber y danos regla cómo sea meritorio. No se acabó con la ley vieja el ayuno, sino la hipocresía dél; hoy recibe Cristo en su Iglesia el ayuno y le aprueba y canoniza como buena substancia, y vístelo de las circunstancias evangélicas. El que enseña cómo se ha de regir el caballo, mandar la rienda, arrimar la espuela, arremeter y parar, presupone que habéis de andar á caballo; así, enseñando Cristo el modo de ayunar, deja por averiguado ser necesario el ayuno. Menester es romper la tierra y escardarla para que dé fruto y no lleve malezas. La tierra de nuestra sensualidad después del pecado incurrió aquella maldición: *spinas et tribulos germinabit tibi* (Génesis, 3). De suyo brota espinas y abrojos de malos deseos y desordenados afectos, y así conviene romperla y escardarla con el ayuno y mortificación de la penitencia, para que dé frutos de vida eterna. Púsole Dios á Adán, en el estado de la inocencia, precepto de abstinencia, y mientras lo guardó, se conservó en la justicia original, cuyo oficio era rendir el cuerpo al alma, el apetito á la razón y la razón á Dios; deshecha esta harmonía por la glotonería, al hombre caído se le vuelve á dar el ayuno por ayo y tutor, que mire por él; un sustituto, en cierta manera, de la justicia original que hace aquellos efectos, si no con tanta perfección, pero con más mérito. *Qui corporali jejunio vitia comprimis, mentem elevas, virtutem largiris et præmias*: «Mediante el ayuno, Señor, reprimis los vicios, refrenánse los insultos de la sensualidad, elévase la mente en Dios; es causa de las virtudes y razón de los premios». Es el ayuno, la dieta y buen regimiento, la medicina común de todas las dolencias, píldora de regimiento que preserva de todos los males, un antídoto contra todas las enfermedades, un poderoso mitridático y triaca contra todas las ponzoñas, un medio para conseguir todos los bienes. Ayune el que quisiere alcanzar de Dios favor para guardar su ley, que Moisés ayunando recibió la misma ley. Ayune el que quisiere gozar del coloquio de Dios, como Elías. Ayune, si quiere saber sus secretos y revelaciones, como Daniel. Ayune, si ha de vencer las llamas de la concupiscencia, como los tres niños las del horno de Babilonia. Ayune, si ha de alcanzar perdón de sus pecados, como los ninivitas. Ayune, si ha de cortar la cabeza al príncipe de las tinieblas, como cortó la de Holofernes la valerosa Judith. Ayune, si ha de entrar á hablar en la oración con su Dios, Rey y esposo, como Ester. Ayune, si quiere ser amigo del desposado y conservar la inocencia, como el Baptista. Ayune, si quiere ser encaminado en sus negocios, como los apóstoles ayunaron en todos los de importancia; ora hubiesen de elegir á Mathía, ora hubiesen de enviar á Pablo y Bárnaba á predicar. ¿Qué dicen á esto los que tantos achaques buscan al ayuno, que apenas se halla quien se conozca por su deudor? Todos se excusan de pagar este tributo; el oficial porque trabaja, el predicador porque predica, el clérigo porque confiesa, el caballero porque importa mucho su salud, la preñada por sus antojos, la parida porque cría, la doncella porque le da vaguido y dolor de estómago, los mozos por falta de edad, los viejos por esforzar la naturaleza, ¿quién ayuna? No niego que algunos tienen excusa bastante para no ayunar; pero también afirmo que muchos no la tienen ni aun aparente, y que quieren engañarse y engañarnos, fingiendo necesidad y procurando su regalo. No defraudéis el ayuno y acordáos del bocado de Adán. ¡Pues yo, que no me obliga la Iglesia, porque no he cumplido los veintiuno! Obligaos vuestra necesidad; ¿para pecar sois grande, y para satisfacer alegáis ser menor de edad? Sara, viéndose estéril, dióle por mujer á su marido Abraham su esclava Agar; ésta se hizo preñada y luego tuvo en poco á su señora. Querellóse Sara de Abraham. *Inique agis contra me* (Gén., 16): «Agravio me haces; yo te casé con mi esclava, y porque se ve con hijo ¿has de permitir que me desprecie?» Responde Abraham: *Ecce ancilla tua, in manu tua est: utere ea ut libet*: «Yo te vuelvo la jurisdicción libre sobre tu esclava y te la pongo en tus manos; haz de ella lo que quisieres». *Affligente igitur eam Sarai, fugam iniit*. Tiene el espíritu humano dos mujeres: la razón, señora; la sensualidad, esclava. Cuando la razón es estéril y no concibe buenos propósitos ni pare hijos de buenas obras, cásase el espíritu con la sensualidad, y deste ayuntamiento se engendran hijos de concupiscencia que matan al alma; con esto la esclava se ensoberbece, rebélase la carne contra la razón, y sírvese della como de esclava para todos sus devaneos. Mancebo fuerte para el mal, estéril para el bien, amancebado con tu sensualidad, á cuyos apetitos furiosos tratas solamente de complacer, mira que se queja de ti la razón que la injurias, haciéndola servir á su esclava; si tienes buen espíritu, vuélvele su jurisdicción. *Ecce ancilla tua, in manu tua est; utere ea ut*

libet: «Ves ahí tu esclava, en tu mano está; trátala como te pareciere». Amigo, si la carne roncea y se desmesura, en tu mano la deja la Iglesia; afligela y oblígala á servir á la razón, que para eso no es menester precepto nuevo; pues que por ser tan necesario para todos el ayuno, no dice el Señor: ayunad, sino: *Cum jejunatis.* Suponiendo que se ha de hacer, enséñanos el modo.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Nolite fieri sicut hypocritæ tristes. ¿Cómo prohibe aquí el Señor la tristeza á los que ayunan? La Iglesia, su esposa, pone hoy entredicho á todas las alegrías, y no publica otra cosa sino tristeza: enluta los altares, cubre con velo las imágenes, los ornamentos negros, callan los órganos, los cantos tristes, manda llorar á los sacerdotes y á todos nos quiere añublar los corazones. ¿Pues y aquella ceremonia de la ceniza, señal de tristeza; aquellas temerosas palabras: *Memento homo quia cinis es et in cinerem reverteris*, á quién no causan melancolía? Dícenle al rey Ezequías que ha de morir de aquella enfermedad, y vuelta la cabeza á la pared, se hacen sus ojos fuentes de lágrimas. Saúl, valiente guerrero, se desmayó oyendo nombrar la muerte, y cayó en tierra amortecido (I Reg., 26). A Nabal Carmelo se le hiela la sangre y se le murió el corazón en el cuerpo. ¿A quién no turba acordarse que ha de morir? Mirad, no prohibe aquí el Redemptor generalmente toda tristeza. Hay una tristeza natural que es buena como no exceda los límites de la razón; si estáis enfermo, si os sucede una pérdida y desgracia, no se excusa el pesar; así es cosa natural que la carne macerada, afligida y castigada con el ayuno, ande triste y no traiga el color tan bueno: no se veda eso. Otra tristeza hay voluntariamente tomada por las culpas cometidas, y ésta pide Dios en todo caso al pecador. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus* (Salmo 50): «El espíritu afligido y atribulado por haber ofendido al Señor, le es agradable sacrificio». A esta tristeza llama San Pablo según Dios: *Quæ enim secundum Deum tristitia est, pœnitentiam in salutem stabilem operatur* (2 Cor., 7). Hay tristeza del mundo por las cosas del mundo, y ésta acaba la vida, y hay tristeza según Dios, á su gusto, por su orden; tristeza que la aprueba Él; esta es la penitencia y es causa de salud permanecedera, así como es cosa muy aborrecible á Dios pecar y tener alegría, frenesí intolerable que se ría el que está condenado á muerte eterna y tiene por enemigo declarado á Dios. Mostróle Dios al profeta Ezequiel unos varones en el templo que tenían vueltas las espaldas al sanctuario y adoraban al sol hacia Oriente, y dícele: «¿Has visto semejantes abominaciones como estos hacen en mis barbas? *In ostio templi Domini, inter vestibulum et altare* (Ezequiel, 8) provocándome á ira. *Et ecce applican tramum ad nares suas.* Y lo peor es, que no lo tienen en nada, que traen ramilletes en las manos para oler». Grande maldad, que en la casa de Dios, en su Iglesia, haya quien vuelva las espaldas á Dios, remate cuentas con él, y que de sus pecados haga ramillete para oler, que le huelen á rosas y claveles sus abominaciones. *Qui lætantur cum malefecerint et exsultant in rebus pessimis* (Prob., 2): «Que se dan el pláceme cuando han hecho mal y se regocijan en cosas pésimas». ¿Quién son éstos? Los que adoran el nacimiento del sol, enamorados de la claridad que en sí ven, de linaje, letras, hermosura, riquezas, vueltas las espaldas al Poniente, olvidados del morir, hacen la rueda de su vanidad como pavos, no miran á los pies feos de la mortalidad y asi se desvanecen: éstos pecan y están alegres. Por el contrario, es cosa muy acepta á Dios la tristeza después del pecado; y así la Iglesia católica, después destos días en que se deshierran las furias infernales y pasan tantas licencias y solturas, quiere reducir á estos hombres desmemoriados á que miren al Poniente de su vida; quiere enturbiar sus profanas alegrías. *Memento homo quia cinis es et in cinerem reverteris.* Hácenos en la frente una cruz de ceniza que significa la muerte; es decirnos que para esta cruz, que en aquella hora me lo habéis de pagar. *Memento homo;* quita el ramillete y pon ceniza; no mires, hombre, al sol, sino á la tierra, que della fuiste formado y en ella te has de volver; no al nacimiento sino al fin. Luego que vió Ezequiel aquellos atrevimientos y desacatos contra la divina Majestad, representóle el Señor el castigo y destruición que enviaba sobre los delincuentes, y vió unos hombres de armas que venían aparejados para matar, y uno vestido de blanco que traía unas escribanías en la cinta; á éste le dijo el Señor: *Signa thau super frontes virorum gementium et dolentium, super cunctis abominationibus quæ faciunt* (Ezequiel, 9): «Ve por esa ciudad y señala el Thau en las frentes de todos lo varones que gimen y lloran por las maldades que pasan; y vosotros ios tras él, y los que estuvieren señalados queden con vida; todos los demás mueran». El *Thau* es la última letra del alfabeto hebreo, y significa el fin. Pues, ¿quién son los que se escapan de la ira de Dios? Los que tienen impresa en la frente la memoria del fin, que todo lo de acá se ha de acabar. La ceniza en la frente es el Thau; pero los que están signados con esta señal han de llorar y gemir por los pecados suyos y ajenos. No le

conviene otro oficio al pecador sino llorar, diciendo aquellas palabras que en persona del pecador dijo el santo Job: *Pereat dies in qua natus sum et nox in qua dictum est: conceptus est homo.* San Gregorio entiende por el día la delectación del pecado, que ceba el alma y la provoca á pecar; y por la noche el consentimiento de la voluntad con la culpa; por el cual pierde la gracia y luz del Espíritu Sancto y queda en tinieblas más escuras que las de Egipto. Destos días y noches se componen los años de los males que se han de meditar con amargura de corazón. *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ* (Isaías, 38). Pues quiere decir: perezca el día en que nací, malhaya la delectación que fue añagaza y causa del pecado; mueran las alegrías que me trajeron las ofensas de Dios; castíguese la malicia de la voluntad, que por tan ligeros motivos cayó en la noche del consentimiento. ¿De qué manera? *Dies illa vertatur in tenebras, occupet eum caligo, et involvatur amaritudine* (Job, 3): «Día aciago fué aquel en que nació el hijo de la concupiscencia, día del hombre en que hace su voluntad contra la divina». *Diem hominis non desiderari, tu scis* (Jerem., 17). Pues el que le deseó y le procuró y se holgó con él, conviértalo en tinieblas; múdese el placer en pesar, la alegría en tristeza, la risa en llanto; lastímese el alma con el dolor de la contrición y pague el escote de la delectación de la culpa. *Occupet eum caligo.* Sobrevenga á aquel día una niebla espesa, una confusión muy grande, una vergüenza muy profunda. Desta vergüenza estaba ocupada la Magdalena cuando no osó parecer delante la presencia de Cristo y se quedó á las espaldas. Con este humilde empacho estaba retirado el publicano, no osando levantar los ojos al cielo. Desta confusión estaban llenos á quien el apóstol decía: *Quem fructum habuistis tunc in illis in quibus nunc erubescitis?* (Rom., 6). ¡Oh, qué entonces! ¡Oh, qué ahora! Ya se pasaron los días de disolución, ya vuestros pasatiempos, ya los banquetes y juegos: ¿qué fruto habéis sacado sino dolor y confusión? *Et involvatur amaritudine.* Revuélvase el vino de aquel placer con hiel y vinagre de amargura, porque si coméis los ajos y cebollas de Egipto, lágrimas han de saltar por los ojos; dentera os ha de quedar si comistes los agrazones de la maldad; siempre se sigue al pecado tristeza y remordimiento. Y si el día, que es principio del pecado, ha de ser tratado con tanto rigor, ¿qué será la noche, que es fin? Si por las alegrías vanas es menester llorar, ¿qué será por los pecados? *Noctem illam tenebrarum turbo possideat* (Job, 3): «Posean y aquella noche un tenebroso aguacero y torbellino». Este huracán es un espíritu de temor, una congoja del ánima angustiada por haberse atrevido á la soberana Majestad: es una tempestad y sobrevienta que expele della la serenidad de alegría mundana; es aquel aire vehemente y viento deshecho que hostiga y atormenta las naves de Tharsis; una consideración de la justicia divina, de la grandeza de su rigor, muerte, juicio, infierno. ¡Dios en un palo por destruir el pecado, tantas ofensas repetidas, la infinita bondad despreciada! ¡Oh, qué tormenta pasa por un alma que contempla esto con alguna luz! Desta manera se deshacen y aniquilan los días y noches del pecado, porque de los que están así llorados y gemidos dice luego: *Non computetur in diebus anni, nec numeretur in mensibus* (Job, 3): «No se pongan en el calendario, ni se cuenten en los meses». Luego quita Dios de su libro estas partidas porque van borradas con lágrimas; que es lo que dijo San Pablo: *Si nos metipsos judicaremus, non utique judicaremur* (Cor., 11): «Sea el hombre juez y verdugo contra sí; júzguese en el tribunal de la penitencia, y escapará de la condenación de la divina justicia: esta es la tristeza por la culpa que nos pide Dios y persuade la Iglesia. Otra tristeza hay fingida para engañar á los hombres, y ésta es de hipócritas y la que el Señor aquí reprehende, y por eso dice: *Nolite fieri sicut hypocritæ tristes.* No dice, no estéis tristes, sino no queráis, no afectéis haceros tristes. *Sicut hypocritæ tristes.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Muchas maneras hay de hipócritas, que cuenta Santo Tomás; pero dos nos hacen ahora al caso (D. Thom. 2 2, q. 113, ar. 4). Hipócrita es representante de lo que no es: como representan esos comediantes diversos personajes, ya de rey, ya de letrado, ya de mujer, y nada deso son. Así el hipócrita (dice San Ildefonso, lib. 10, orig.; y San Agustín, lib. 2 de *Sermone Domini*, cap. 3) es un representante de virtud que con apariencias de santidad finge el personaje de un justo y no lo es. Pero destos hay unos que realmente hacen buenas obras de su género, como es ayunar, rezar, dar limosna; pero la intención con que las hacen no se endereza á la gloria de Dios, sino á cazar el aplauso de los hombres, estimación y á veces tras ella dineros, honras, oficios ó otros aprovechamientos: y porque estas obras, siendo de su especie buenas, prometen buena intención en quien las hace, por eso el que no la tiene es hipócrita, no por falta de obras, sino de intención: tiene buena sustancia y mal accidente, que es mala circunstancia del fin. Estos son infieles á su Señor, ladrones de su hacienda, que no le acuden con sus réditos en la granjería de las buenas obras. Tienen Dios y el hombre trato

de compañía: Dios pone el caudal. *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est.* (2 Cor., 3.). ¡Qué gran pobreza del hombre, que para un pensamiento digno del cielo no tiene propio caudal si Dios no se le da! El pone los talentos de la gracia y virtudes para tratar: y el hombre la industria y solicitud. *Negotiamini dum venio*: «Toda la vida es tiempo de negociación». (Luc., 19). Pues siendo esto así, la justicia pide que se parta la ganancia. La buena obra tiene dos ganancias: honra y provecho. Una, la gloria, que es premio de la virtud; otra, el provecho y premio que merece el virtuoso. Pues destas, la gloria se debe á Dios. *Soli Deo honor et gloria.* (1 Tim., 1.). Y todo el provecho, mérito y premio quiere para el hombre. ¿Pues los santos no tienen honra? *Nimis honorati sunt amici tui, Deus, nimis confortatus est principatus eorum.* (Salmo 138). Pero no la pretenden ellos, ni la buscan. La honra es como la sombra, que sigue á quien la huye, y huye de quien la sigue: no pretenden ser honrados de los hombres, y los hombres los honran porque siguen la virtud. Armenia, mujer clarísima, volviendo á su casa de un banquete opulentísimo que había hecho el rey Ciro, como todos loasen la gentileza del rey, que era en extremo lindo, preguntola su marido Tigranes, qué le había parecido; y respondió: *A te, mi vir, oculos nunquam deflexi: itaque qualis alieni viri forma sit prorsus ignoro.* (Franc. Patri., lib. 4 de rep., tit. 5): «En todo el convite nunca aparté los ojos de ti, marido mío, y así no sé qué tal es la figura del hombre ajeno». ¡Qué palabra esta y qué mujer! Así las hallaréis ahora. Pues si esta mujer tiene por crimen mirar á otro que á su marido, aunque sea un rey tan extremado, ¿por qué el alma ha de apartar los ojos de su intención, de su esposo Dios, no pretendiendo su gloria, y ponerlos en los hombres feos, procurando su alabanza corta y vana? *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, in uno oculorum tuorum.* (Cant., 4). Hermana y esposa mía (dice Dios al alma santa), herido me habéis de amores con uno de vuestros ojos. Señor, ¿por qué no con dos? Porque antes en eso me agrada, que dos ojos se han hecho el uno para mirar una sola cosa, á aquel uno que solo es necesario; la intención pura y recta que en todo y por todo busca la gloria de Dios, esa la captiva y enamora: quien esta le quita, no sólo es infiel en la hacienda, sino en la honra. El santo mancebo Joseph se defendía de la mujer adúltera diciendo: ¿Tú no ves la confianza que de mí ha hecho mi señor? Toda su hacienda ha puesto en mis manos y cuanto tiene en su casa, *præter te, quæ uxor ejus es.* (Génes., 39). ¿Cómo puedo hacer tan gran mal y pecar contra mi señor, hurtándole esta joya reservada? Toda su hacienda fía Dios del hombre y se la pone en las manos y aun debajo los pies. *Omnia subjecisti sub pedibus ejus.* (Salmo 8). Hasta cielo, estrellas habéis de pisar, si le servís; solamente reserva la mujer. *Mulier diligens corona est viro suo* (Prob., 12): «La mujer del varón es su honra: esa no le toquéis ni se la pidáis». *Gloriam meam alteri non dabo.* (Isaías, 48). Y quien la usurpa y del bien que hace con el caudal de Dios procurase reportar honra y alabanza delante los hombres, traidor es y merece que le quiten el provecho que le toca. *Receperunt mercedem suam.* Perderán mi paga, pues me quitaron mi gloria. ¡Qué gran locura, por tan vil paga como la vanagloria dar obras que pudieran valer el cielo! El jornal y precio de una obra es el que se concierta entre las partes; y así dijo el señor de la viña al cavador que se quejaba: ¿no te concertaste conmigo por un denario? *Tolle quod tuum est, et vade.* Ese es tu premio en que te igualaste; pues como el hipócrita se concierta con el mundo de que por sus obras le dé favor y alabanzas, ese es su galardón: y así como se le dan, recibió su paga y premio. no el de Cristo. ¿Qué tal es ese premio suyo? *Gaudium hypocritæ ad instar puncti* (Job, 20): «Brevísimo es el gozo del hipócrita, como un punto indivisible». El punto no se halla apartado, sino por la imaginación; le consideramos una cosa sin partes, sin ser actual más del que la imaginación le da. ¿Qué es la honra del mundo, su aplauso? Un punto que no tiene tomo, luego pasa: una pura imaginación que te engaña, un ente de razón. ¿Que te pega porque el otro diga que eres santo, discreto, valeroso? Nada, ¡y que por esto se pierdan obras con que se puede comprar el cielo! Con razón está dicho del demonio y de sus miembros: *Sprebit sibi aurum quasi lutum* (Job, 41): «Pisará el oro como lodo». Obras virtuosas que dirigidas á Dios son oro de ley, que corre en el reino de los cielos, hechas por los hombres pierden su valor y se hacen viles y desaprovechadas: eso es pisar el oro como lodo.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Otros hipócritas hay peores que éstos, que realmente viven mal y no tratan de virtud, sino con algunas muestras fingidas engañan á los hombres y se venden por santos. Destos dice Cristo: *Exterminant enim facies suas ut appareant hominibus jejunantes*: «Que se descaran y sacan de quicios sus rostros, parándose amarillos y macilentos por parecer á los hombres ayunadores y mortificados, y no quieren serlo, sino parecerlo». Sepulcros de fuera pintados y dentro llenos de huesos de muertos; en lo ex-

terior floridos, en lo interior llenos de espinas; mala sustancia con lustre de algún buen accidente, imágenes de virtud, pero sin vida para todo lo bueno. Dice David: *Mirabilis Deus in sanctis suis*. (Sal. 67). Como el artífice se muestra en sus obras, así Dios se muestra admirable en sus santos y se precia dellos. Yo soy Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Señor, ¿no más que desos? Estos bastan para honrarme. Un Job que hace raya en el mundo, más ufano está Dios con él que Satanás con todo el resto. Así, pues, el demonio trabaja también de hacer santos, pero son de alquimia; contrahace las obras de Dios por mostrar su astucia diabólica: ó viste á la ambición con ropas de magnanimidad, á la astucia le da color de prudencia, á la crueldad de celo, á la poquedad de humildad, á la ignorancia de simplicidad, á la libertad y desvergüenza de llaneza y cortesanía, y poniendo estos vicios afectados en un pecador, contrahace á un justo. Como los magos de Faraón contrahacían las obras de Moisés, y lo que hacían era de poca dura, así el demonio remeda á Dios, pero hace santos sofistificados y contrahechos, parecidos á sí, que se transfigura en Angel de luz y oculta el veneno de serpiente fingiendo simplicidad de paloma. Diréis, no hay quien esté aquí tocado desta pestilencia; yo lo creo, pero quizá hay algún tanto della. Llamáisos vos pecador, soberbio, ignorante: sentíslo así como lo decis. Dígalo otro. Eso no, que lo tendré por injuria. *Tange montes et fumigabunt* (Salmo 144). ¿Luego la humareda, luego el sentimiento, ¡oh hipócrita! luego aquella humildad falsa era? *Est qui nequiter se humiliat et interiora ejus plena sunt dolo*. (Eccl., 29): «Hay quien se humilla con falsía, y en lo interior está lleno de doblez, engaño y mentira». ¡Qué fácil decir á otro que ayune, que perdone, que se recoja! Y vos ¿por qué no tomáis ese consejo? Es ficción. Un pintor pinta un santo con una disciplina en la mano y la otra extendida á dar limosna al pobre, pero no hay vida ni espíritu: así hay muchos cristianos sin vida, estatuas insensibles que no tienen más que el lustre y color de cristianos. *Scio opera tua, quia nomen habes quod vivas, et mortuus es: non invenio opera tua plena coram Deo meo*. (Apoc., 3). Yo sé muy bien, dice Cristo, divino ensayador, lo que son tus obras, sus quilates; que tienes nombre de vivo y estás muerto. ¿Qué promete el nombre de cristiano? Fe, Esperanza, Caridad, vida de gracia, espíritu, hervor, todo eso promete el que profesa imitar á Christo; el hincar la rodilla en el templo es señal de la reverencia con que el alma se humilla ante Dios; el tomar ceniza es profesión de penitencia; rezar promete atención; confesar la culpa es señal que os doléis y proponéis la enmienda. Pues si vos tenéis la fe que hacéis las obras, hincáis la rodilla y no humilláis el alma, tomáis ceniza y no hacéis penitencia, rezáis el rosario y estáis pensando en la plaza, confesáis y no tenéis dolor y propósito de enmendaros, es tener nombre de vivo y de verdad estar muerto: santo pintado, cristiano muerto. *Non invenio opera tua plena coram Deo meo*. Delante de los hombres sí, que no ven más de la apariencia; pero delante de Dios, que ve lo interior, no están cabales, no macizas sino vanas, sin espíritu y verdad. Un *peccavi* dijo Saúl, y *peccavi* dijo David: este fue lleno delante de Dios y alcanzó misericordia; el otro vano y contrahecho, y así fue despreciado. Caín ofrece sacrificio y es vano; Abel ofrece, y es lleno. Mirad, cristianos, cómo hacéis vuestras obras, que no es todo oro lo que reluce; tengan no sólo apariencia, sino buena existencia en los ojos de Dios. Pero, señores, entiendo que nos quebramos las cabezas sin para qué en predicar contra los hipócritas, porque ya no los hay. *In illo tempore*, cuando vino Cristo al mundo, había muchos: tenía crédito la virtud y reputación aun entre los hombres malos: pues ved ahora la lástima que pasa entre cristianos, que está la virtud tan desacreditada, anda su partido tan de capa caída, que ya acerca de muchos no se tiene por honra parecer bueno: que se afrenta un cristiano de rezar, de confesar y comulgar á menudo, de hablar de Dios en una conversación, de perdonar la injuria. Que habemos venido de un extremo á otro: que por no ser hipócritas, han dado los hombres en ser disolutos y parecerlo; como el que por no ser hereje dio en ser necio y no quiso saber leer. Todos los extremos son viciosos; malo es ser hipócrita, mas peor es ser disoluto y escandaloso, porque el hipócrita á sí solo se daña; mas el disoluto á sí y á otros. Del hipócrita dice Cristo: *Receperunt mercedem suam*: «que en este mundo está pagado»; mas del que escandaliza con su mal ejemplo: *Expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus et demergatur in profundum maris* (Mat., 18): «Que le fuera mejor colgarle una piedra de molino al cuello y dar con él en el profundo del mar». Cuando vino Cristo al mundo va á buscar higos á la higuera, y porque no halló sino hojas le echó su maldición; pues ¿qué espera quien ni aun hojas tiene? ¡Oh siglos desdichados, años secos y estériles de virtud, peores que los siete de la hambre de Egipto! ¿Qué granizo es éste que ha apedreado la heredad del Señor? ¿Qué gusano ha caído en los árboles, qué pulgón en las viñas, que no ha dejado roso ni velloso por la mayor parte, ni fruto ni hojas, que parece á la plaga de langosta que destruyó la yerba de la tierra de Egipto? *Nihil quoque omnino vi-*

rens relictum est in lignis et in herbis terræ (Exo., 10): «Que no dejó cosa verde en los árboles ni en el campo». Así parece que está en los más agostada toda la frescura de la virtud. Los eclesiásticos, profanos; los ricos, avarientos; los viejos, verdes; los mancebos, furiosos; los muchachos, exentos; las mujeres, desvergonzadas y libertadísimas, que ellas convidan y se vienen á coger á la iglesia; todos tan atrevidos y descarados que *peccatum suum sicut Sodoma prædicaverunt* (Isaías, 3). No le esconden, públicamente se peca; no se tiene por infamia; gran perdición que se tiene por desvalida la que no tiene galán que le sirva. *Non est uva in vitibus et non sunt ficus in ficulnea, folium defluxit* (Jere., 8): «No hay uvas en estas vides regadas con la sangre de Cristo, no fruto de caridad; hasta las hojas se han caído; ni sustancia ni accidente». ¡Oh árboles secos infructíferos, dispuestos para ser tizones del fuego que nunca se ha de apagar! ¿Y cómo no teméis la hoz de aquel celestial labrador que poda las vides para que den más fruto y á los sarmientos locos, inútiles, los hace gavillas para la hoguera infernal? Lo uno y lo otro quiere Dios, fruto y hojas, y por eso añade: *Tu autem cum jejunes, unge caput tuum et faciem tuam lava.*

CONSIDERACIÓN QUINTA

Si dijera el Señor al revés, lava la cabeza y úntate la cara, no faltara quien lo entendiera: las que curan el cabello y le enrubian con rasuras y zufres hasta destruir la cabeza y aun el seso, y traen las caras embetunadas y almagradas, llenas de emplastos y cataplasmas con que sacan de términos sus rostros, y se mienten otras de lo que son y aún peores; pero no dice sino unta la cabeza y lávate la cara: y habla con cualquier buen cristiano. El sentido literal es: que con aparencias de exterior alegría, procuremos encubrir la tristeza ó molestia que el ayuno nos causare. Alude á la costumbre de los palestinos que usaban ungirse en señal de alegría. David, mientras lloró á su hijo, no se lavó ni ungió; pero acabado el llanto, lavó su cara y ungió su cabeza y pidió de comer (2 Reg., 12). Aquella Thecuita, que fingió estar triste y llorosa para engañar á David, no se ungió con aceite, que era señal de luto. Por el contrario, Ruth, Judith, Ester, queriendo parecer de fiesta, todas se ungieron. Y señaladamente se usaba antiguamente ungir á los reyes y sacerdotes, cuando los juraban ó consagraban por tales; también en los convites solemnes; y así ungió la Magdalena á Cristo, teniéndole por convidado Simón leproso. Según esto, quiere decir el Señor: Cuando ayunes, alégrate; haz cuenta que celebras una pascua, un día de fiesta; ayunando, haces oficio de sacerdote, sacrificando tu carne y degollando sus bríos; eres rey porque reprimes y sujetas las pasiones, y manda en ti la razón y no el apetito; haces gran banquete á tu alma, porque, quitando la comida al cuerpo, engorda y se fortalece el espíritu. Son, dice San Basilio, nuestra alma y cuerpo como dos balanzas de un peso, que cuanto más baja la una más sube la otra; mientras más reprimís la carne con abstinencia, más encumbrais el alma con la templanza. Por esto decía San Pablo: *Cum infirmor, tunc fortior sum* (2 Cor., 12): «Cuando mi cuerpo enferma, el alma sana y está más fuerte». Cuando el hijo pródigo vuelve á casa de su padre, se hace gran fiesta y se hace banquete. «Fiesta es para el cielo la conversión de un pecador»: *Gaudium erit in cœlo super uno peccatore pœnitentiam agente* (Luc., 15). Pues si tu penitencia alegra á los ángeles en el cielo, alégrate tú también en la tierra. Pues ¿no decís que me he de entristecer y que en orden deso la Iglesia nos enceniza? ¿cómo ahora me mandáis alegrar? No contradice lo uno á lo otro. El leño verde puesto en el fuego, dice San Agustín, juntamente llora y arde. Si ha prendido en tu corazón la llama de la contrición, llora y duélete de tu culpa y juntamente alégrate dese dolor; gózate que te han dado espacio de penitencia y porque has alcanzado misericordia. Entre las fiestas que mandó el Señor celebrar á los hijos de Israel era una muy solemne á diez días del séptimo, que á nosotros es septiembre. *Decimo die mensis septimi, dies expiationum erit celeberrimus et vocabitur sanctus.* (Lev., 23). Este día se llamaba de las limpiezas, porque con ciertos sacrificios y cenizas que se hacían de una vaca bermeja, rociadas con agua, se purificaban exteriormente de sus pecados; este día será celebérrimo y santo, grandísima solemnidad. ¿Y cómo se ha de celebrar? *Affligetis animas vestras in eo, et offeretis holocaustum Domino.* (Lev., 23). Pues Señor, ¿fiesta solemnísima con aflicción del alma? Sí, que es fiesta de expiación de pecados. En el mes de septiembre se acaban de recoger los frutos, alzan de eras, hacen las vendimias y entonces fiesta de penitencia. Hoy comienza este tiempo para los cristianos: ahora se cogen los frutos; este es día de las limpiezas que la Iglesia solemniza desde el tiempo de los Apóstoles; aquí hay cenizas y agua bendita, y lo que más hace al caso, sangre de Jesu Cristo en los sacramentos, poderosa para lavar nuestras culpas. ¿Cómo se ha de celebrar esta fiesta? ¿Quién solemniza como debe la Cuaresma? *Affligetis animas vestras in eo.* El que se aflije con dolor de la culpa, con penitencia, con ayuno, con quitarse el buen bocado, con cercenar visitas y paseos, conversaciones,

con cilicios y disciplinas, con la cama dura. ¿A eso llamáis fiesta? Sí, que lo es para el cielo y para vos también, que salís de poder de Satanás y quedáis limpio de vuestros pecados. ¿Y qué más? *Offeretis holocaustum Domino*. En el holocausto se ofrecía todo el animal al Señor; esto nos pide el Señor y en su nombre el Apóstol: *Ut exhibeatis corpora vestra, hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum* (Rom., 12): «No quiere Dios carneros muertos, sino vuestros cuerpos vivos». Aun no se os pide tanto como á los mártires que hicieron sacrificio de sus cuerpos muriendo; vosotros en vida los podéis sacrificar. *Hostiam viventem, sanctam.* Libres de inmundicias de pecados, limpios y santos, que agraden á Dios por las buenas obras, ayunos, limosna, oración; pero sea vuestro servicio razonable. *Rationabile obsequium vestrum.* Vaya el sacrificio rociado con sal de discreción. No piden á cada uno más de lo que puede. El cuerpo es compañero del alma para todas las buenas obras, y si le dejan á su inclinación, se hace enemigo; porque la carne codicia contra el espíritu, y si le cargan con demasía, queda inhábil para los ejercicios de virtud. Pues sea vuestra penitencia tan moderada que ni regaléis al enemigo, ni matéis al compañero; y así ofreceréis holocausto á Dios, dándole el cuerpo por el ayuno, el alma por la oración, la hacienda por la limosna. Desta manera se hace fiesta á la penitencia y se unge y lava el pecador.

CONSIDERACIÓN SEXTA

De otra suerte explica esto San Máximo. La cabeza nuestra es Cristo. *Ipse est caput corporis Ecclesiæ* (Eph., 5). Esta se unge con limosna y oficios de caridad, hechos á los prójimos. Así lo dice El: *Hæc est requies mea, reficite lassum, et hoc est meum refrigerium* (Isaías, 28): «Mi descanso es que alentéis al cansado, que regaléis al pobre menesteroso: el bien que á uno de estos pequeñuelos hacéis, yo lo recibo». Quiero, pues, que acompañéis vuestro ayuno con limosna, para que sea más acepto. No ayunéis, dice San Crisóstomo, como el avariento, que no come por ahorrar; lo que dejas de comer, dalo á quien no tiene que comer, y si te quitas la cena, no la ahorres, sino distribúyela al que le falta la comida. Así unges tu cabeza. *Et faciem tuam lava.* El rostro del alma, dicen San Agustín y San Hilario, es la consciencia; por ella la conosce Dios y la juzga por hermosa ó fea, como el hombre por la cara. Pues lava tu conciencia. Si te ha de aprovechar el ayuno, limpia tu alma. ¿Por qué guardas la confesión para el fin de la Cuaresma? No es lástima que ayunes y te aflijas; y por estar en pecado pierdas el mérito de tus obras y no satisfagas á Dios por tus pecados. *Lavamini, mundi estote, auferte malum cogitationum vestrarum ab oculis meis, quiescite agere perverse, discite benefacere* (Isaías, 1): «Lavaos, poneos limpios, quitad la maldad de vuestros pensamientos delante los ojos de Dios; poned siquiera de hoy más rienda á vuestros desenfrenados pensamientos». ¿Hasta cuándo les daréis posada tan de asiento como tienen con vuestros corazones? *Quiescite agere perverse* (Levit., 25): «Descansad de hacer mal». Habed, hermanos, lástima de vuestras almas, que tan causadas andan y tan molidas debajo la carga de vuestros pecados. ¿En qué posesión tienes tu alma? ¿Qué caso haces della? Tu esclavo quiere Dios que descanse; á la bestia de tu establo mandó que siquiera un día en la semana le dieses de huelga; á la tierra misma al séptimo año la mandaba holgar; aun las piedras quieren descanso, y la miserable de tu alma ha de andar toda la vida aperreada? Que no digo un día en la semana, pero en el año no le das un poco de reposo y refrigerio. Descansa, hombre, y aprende á bien obrar; esta facultad estudiemos todos, que es la que más importa; esto es lavar la cara. ¿Qué será ungir la cabeza? *Subvenite oppreso*: «Socorred al oprimido», haced justicia al huérfano, defended la viuda y venid y pedidme la paga, dice Dios; cuando quitáredes lo primero delante los ojos de Dios maldades de pensamiento; cuando en hacer mal hiciéredes pausa; cuando estudiáredes en bien hacer. *Venite, arguite me, dicit Dominus.* Si estuviesen vuestras almas corriendo sangre con los pecados, serán blanqueadas más que la nieve, porque el ayuno junto con la limosna es lejía que saca las manchas del rostro del alma ó es satisfacción por las culpas cometidas, disposición para la gracia y con ella mérito de la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

JUEVES DESPUES DE LA CENIZA

Cum introisset Jesus Capharnaum, accessit ad eum Centurio rogans eum et dicens: Domine, puer meus jacet in domo paralyticus et male torquetur.

(MAT., 8).

El santo Evangelio contiene una embajada que un hombre gentil, capitán de cien hombres de armas, envió á Cristo por medio de los ancianos y sacerdotes de Israel; y la sustancia del recaudo fue darle noticia de la enfermedad de un criado suyo que tenía en casa, ya para morir. Conoció la sabiduría del Señor que en aquella sabia relación venía inclusa una petición de gran fe, que demandaba salud para el enfermo; y para que todos la entendiesen, dijo: «Yo iré á su casa y le curaré». Ya que iba, como lo supo el Centurión, despacha prestamente sus criados que le digan: «Señor, no os canséis en venir á mi casa, que yo no me tengo por digno de recibiros en ella; mandadlo de palabra y luego sanará mi siervo; que pues á la mía obedecen mis soldados sin réplica, mejor obedecerán á la vuestra las enfermedades». Hízose admirado el Redemptor desta gran fe en un gentil; y alabándola delante los israelitas que le seguían, dijo que se hiciese como él lo pedía, y en aquel punto quedó el mozo sano. Esta es la letra, pidamos la gracia por intercesión de la Vírgen sacratísima. Ave.

INTRODUCCION

David, aquel adalid tan plático de los caminos de Dios y que de muy cursado en andarlos y aun correrlos nos puede servir de buena guía, en el salmo ciento y catorce nos muestra una vereda y atajo que, aunque ninguno hay sin trabajo, como dicen, por él pueden fácilmente volver á la carrera de la justicia los que por sus culpas andan alejados della. *Tribulationem et dolorem inveni et nomen Domini invocari* (Salmo 114): «Hallé tribulación y dolor y llamé el nombre del Señor». Parece que se tiene por de buena ventura en haber hallado trabajos como si hallara un tesoro. ¿Por qué? Porque le dieron motivo de buscar á Dios y entrársele por las puertas de su misericordia. Dice San Gregorio: *Mala quæ hic nos premunt ad Deum ire compellunt*: «El fruto que saca Dios de los males con que en esta vida nos azota y apremia, es reducirnos á su servicio por mal, ya que por bien no aprovecha». Son los trabajos cuadrilleros de Dios que prenden á los siervos fugitivos y por los cabezones se los vuelven á su casa. Envió Absalón á llamar á Joab por dos veces y no quiso venir; viendo esto Absalón mandó á sus criados que le quemasen unas cebadas, y luego vino más que de paso, diciendo: «¿Es obra de enemigos quemarme las mieses?» Responde Absalón: «Si no lo es, vuestra es la culpa, pues no quisistes venir por ruegos». Así se ha Dios con nosotros, que de querernos mucho nos lastima con trabajos para llevarnos á sí. El hijo pródigo no abrió los ojos para conocer cuán mal le estaba andar fuera de la casa de su padre, en tantas disoluciones y travesuras, hasta que se vio pobre, desarrapado, hambriento. Entonces dice: *Surgam et ibo ad patrem meum* (Luc., 15). Díjole el ángel á Tobías que con la hiel del pece se purificaban los ojos; esto es, con los trabajos y amarguras se aclaran y abren los ojos del alma, para que mejor caiga en la cuenta de sus yerros. Esto es lo que dijo Isaías: *Tantummodo sola vexatio intellectum dabit* (Isaías, 28). Es decir, que la letra con sangre entra, y que en la escuela de Dios el azote hace á los discípulos hábiles y entendidos para deprender. Claramente lo dijo Jeremías: *Castigasti me, Domine, et eruditus sum, quasi iuvenculus indomitus* (Jeremías, 31): «Castigásteme, Señor, y aprendí, y fuí doctrinado, impuesto, como novillo por domar». Un novillo cerril no domado, que no ha tomado el yugo, ¿qué remedio para que le tome? Un buen aguijón y picalle bien; así Dios,

para sujetar al pecador rebelde al yugo de su ley, dale un aguijonazo en la salud, otro en la hacienda, otro en la honra, hasta que asienta el paso y lo doma. Veis aquí con cuánta razón se alegra David de haber hallado trabajos y dolores; porque sabe que tienen por oficio traer el hombre á Dios y alumbrar los ojos del entendimiento, y así deben ser bien recebidos; que aunque parezcan amargos, débelos abrazar, pues son tan provechosos para el espíritu. La hermosa Raquel, con trabajos y dolores murió; pero con ellos parió un hijo que, aunque mandó que le llamasen Benoni, que quiere decir hijo de mi dolor: *Filius doloris mei*, el padre Jacob no quiso sino que le llamasen Benjamín, que quiere decir *filius dextræ*: «Hijo de mi diestra», para darnos á entender que los trabajos de que muere la carne son las fuerzas y regalos para el espíritu. Tenemos ejemplo desto en el Evangelio, donde vemos un gentil, hombre de guerra, rendido á la fe de Cristo, y tan de veras, que el Señor como admirado dice: *Non inveni tantam fidem in Israel.* Y lo que le trae á Cristo y le es ocasión de trabar conversación con él, es la enfermedad de un criado muy querido suyo. Extraña advertencia, por cierto, que del mal del siervo saque tanto provecho el amo. Otros hay que no bastan sus propios males, los azotes dados en sus propias personas, para despertarlos y traerlos á Dios, y que hay veces que no queda parte sana, donde lastime el azote, y que parece que no halla ya Dios con que poder más herir. *Super quo percutiam vos ultra, addentes prævaricationem?* (Isaías, 1): «Pecadores emperrados, que habéis tomado á destajo quebrantar mis leyes, ¿en qué parte os podré lastimar que esté sana, para añadir yo nuevas llagas como vosotros añadís ofensas?». Quítales la hacienda, no aprovecha; permite que pierdan la honra, y no lo sienten; estrágales la salud, y ni por esas. *Super quo percutiam vos?* ¡Oh qué mala señal! Al que es oveja de Cristo, un silbo le basta, una enfermedad; no es en el hijo, ni en la mujer, ni en su persona, en el criado basta; ¡dichosos los que así saben aprovecharse de las ocasiones! De manera que á las ovejas de Cristo, todo les sirve de encaminarlas al cielo: la prosperidad y la adversidad, la enfermedad y la salud, el mozo sano y enfermo. *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* (Rom., 8). Porque así como ellos de donde quiere toman motivos para glorificar á Dios, así Dios les convierte á ellos todas las cosas en ocasión de salud. Por el contrario, á los malos, todo les sirve de su perdición: si pobre, malo; si no, peor; en salud, disoluto; en la enfermedad, impaciente; si no hay criados, vil y despreciado; si los hay, insolente y escandaloso; con los bienes tiran coces y con los males escupen al cielo; gente que por todos caminos se les ocasiona su condenación. Job era santo rico y pobre, sano y enfermo, con mozos y sin ellos, en todo trance se tuvo firme en los estribos de la virtud. David, de los buenos criados se aprovechaba para servir al Señor. *Ambulans in via inmaculata hic mihi ministrabat* (Sal.,): «hombre que juega limpio, de vida irreprehensible, quiérole para mi servicio». Y de los malos criados también se aprovechaba. Cuando Semei le maldijo y denostó con palabras de gran injuria y desprecio, dijo: «Quiérolo sufrir con paciencia, quizá me hará Dios merced en pago desta maldición»; y no se engañó. Así parece que este Centurión era buen hombre, pues de la enfermedad de su siervo tomó motivo para venir á Cristo. *Cum introisset Jesus Capharnaum, accessit ad eum Centurio rogans eum.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

En la tierra de Judea, que en aquellos tiempos estaba usurpada de los romanos, había gente de guarnición y presidios por el imperio, no solamente en las ciudades, sino también en los pueblos; como ahora lo vemos en los reinos extraños que el rey nuestro señor posee. Había, pues, una compañía de cien soldados aquí en Cafarnao, que era cabeza de la provincia de Galilea; y el capitán dellos era este Centurión de que el Evangelio nos da cuenta; para que entendamos que el oficio no tiene de suyo hacer de su modo al hombre, sino el hombre puede hacer al oficio bueno ó malo: ni el estado basta á pervertir al hombre, sino el hombre á corregir al estado que tiene. De tres hombres militares hablan los sagrados evangelistas: deste Centurión, que quiere decir capitán de cien soldados; de otro Decurión, Cónsul, regidor ó senador, llamado Josef; y de otro Cornelio, Centurión, que estaba en Cesaréa de Palestina, capitán de la compañía itálica; y de todos nos dicen que fueron varones virtuosos, no así como quiera, sino en grados altísimos y heroicos. Si tratamos del Decurión, hallaremos que en tiempo de la pasión de Cristo, cuando el pueblo todo le negó, y sus propios discípulos le desampararon, y no había quien se osase mostrar por él, entró á Pilatos, *audacter, et petiit corpus Jesu* (Marc., 15): «Con osadía y animoso denuedo, y le pidió el cuerpo de Cristo» para darle sepultura, sin temor del odio en que había de incurrir de los fariseos: porque veáis la caridad cristiana cuando cae sobre tales ánimos valerosos, qué diversos efectos hace; y cuán poco hace al caso estar en el soldado ó en el fraile. Del otro de Cesaréa dice San Lúcas: *Cornelius Centurio, vir religiosus ac timens Deum cum omni domo*

sua faciens eleemosynas multas plebi et deprecans Deum semper (Act., 10). Como un día, sobre tarde, estuviese orando le apareció un ángel y le dijo: «Cornelio, envías á tal parte y llama á Pedro, y él te dirá lo que te conviene hacer para salvarte». Es cosa de admiración que un capitán ocupado en guerras fuese religioso, temeroso de Dios, limosnero y orador. Cuatro cosas que, si quisiéramos alabar á San Pablo, no pudiéramos decir más dél. ¿Qué tiene que ver capitán con ser limosnero? ¿Qué ser orador, religioso, temeroso de Dios? Acá soléis decir: el capitán quiérolo yo renegador y cruel, y que no tema á Dios ni al diablo, y esto es lo que se usa hoy: en entrando uno debajo de una bandera, piensa que ya no ha de haber temor de Dios y que tiene licencia para no ser cristiano: y es engaño manifiesto. Tengo para mí que el hombre que se determina á ser soldado, está obligado á ser de ahí adelante más cristiano, más manso, más rezador, más virtuoso. ¿Qué cosa es ser soldado? Un hombre determinado á morir por el bien público y porque viva la república en paz. En esto consiste la soldadesca, no en andar al son del atambor y del pífano, su escopeta al hombro. De manera que, bien mirado, hace mayor profesión que un religioso; que la del tal es vivir en obediencia, castidad y pobreza, y todo es vivir en eso que promete; pero el soldado profesa morir. Pues si el fraile para vivir, haciendo profesión debida, confiesa y comulga y llora sus culpas, ¿tú, que para morir, cómo haces insultos, robos, deshonestidades, infamias, perjuicios, sacrilegios? ¿Es negocio de desesperación éste? Confiésate, hermano el que entras á ser soldado, que no lo puedes ser bueno si no eres valiente, ni valiente sin fortaleza, y ésta no alcanzarás sin gracia; y la gracia no si no te confiesas de tus culpas con dolor y propósito de te apartar dellas; mira bien estos escalones para el fin que pretendes. Mirad, que no hay soldados en este ayuntamiento ilustrísimo. Es verdad, pero hay capitanes y de aquí los sacan cada día. ¿Pues qué tiene que ver capitán con soldado? Mucho. Todo. Si tenéis de ser caudillo de monfíes no importa que seáis traidor; para capitán de salteadores basta un desalmado; para capitán de buenos, cuales tienen de ser los que profesan morir en defensa de la fe y de la patria, menester es que vos seáis bueno. Más. Hay hijosdalgo y caballeros que nacen con obligación de soldados y defender la república: por tu rey y por tu ley y por tu patria morirás; sepan cómo se acompañan la nobleza y caballería con la cristiandad; buen duo, caballero virtuoso no es ajeno de su profesión ser orador, limosnero, religioso. He aquí un soldado pagano y capitán de soldados, tan rezador, tan caritativo y limosnero, que mereció que San Pedro le viniese á enseñar. Ni más ni menos este nuestro Centurión, tal que los más honrados judíos vinieron en su nombre á Cristo y rogaron por él, como dice San Lúcas, poniéndole delante las buenas obras que dél habían recebido: digno es que le hagáis esta merced, porque los demás destruyen y roban, y este nos da y á su costa nos edifica sinagogas. La cudicia es la que destruye las almas, que como no llevan otro intento sino de ganar, y para esto puestos los ojos en la sangre de los inocentes, han de hurtar de los altares cuando de otra parte no pudieren. ¡Oh buen Centurión, que estaba tan lejos desa cudicia, que él mismo daba lo que tenía! *Accessit ad eum Centurio.* San Lúcas dice que no vino en propia persona, sino que le envió algunos de los más principales y ancianos de los judíos con este recaudo; y aquí San Marco dice que vino él mismo; lo cual concierta San Agustin diciendo que lo que hizo este gentil por tercera persona se cuenta como si él lo hiciese. *Quod per amicos possumus, per nos possumus.* Sácase de aquí: lo primero, que del bien que se hace por tercera persona no se pierde el mérito, como si vos lo hiciésedes; no puede ir á visitar al enfermo por su propia persona, envíele á visitar y una limosna por mano ajena al encarcelado, á la viuda, que Dios le recibirá como si él la llevara. Y lo mismo es en el mal. El agravio que se hizo al otro por vuestro consejo ó mandado, el cohecho que recebistes allá por no sé qué arcaduces, ó tercerías de mujer ó criados, á vos se os han de imputar. Cudició Acab la viña de Nabot, y porque no le sirvió con ella, ordena la reina Jezabel que muera Naboth; y escribe una carta en nombre del rey y séllala con su sello, y envíala á los del cabildo de la ciudad mandándoles que matasen á Naboth por traidor á Dios y al rey; que esto de dar buen color á los propios intereses muy antiguo es en el mundo. Después de muerto por traidor, confiscáronle los bienes. Iba el rey Acab á tomar posesión de la viña y sálele al camino Elías, y dícele: *Hæc dicit Dominus: occidisti insuper et possedisti.* En el mismo lugar donde los perros lamieron la sangre de Naboth, han de lamer la tuya. Mirad lo que decís, profeta, que él no mató, ni lo mandó, ni aun lo supo hasta después de hecho. Mandólo su mujer y aprobólo él; y eso basta para que se le haga cargo de aquella muerte; y le den la pena como si él por sus manos le matara. Este mismo juicio fue en David por la muerte de Urías á quien dijo Natán. *Uriam hethæum percusisti gladio*: «Pasaste á cuchillo el más leal vasallo que tenías». Y porque pudiera decir: no hice tal, que en la guerra murió, añade el profeta: *Et interfecisti eum gladio filiorum Amon:* «Tu fuiste el verdugo, agresor, homicida. La

espada con que le mataste fue de los enemigos hijos de Amón». Aunque más quieran los judíos salirse á fuera de la muerte de Cristo: *nobis non licet interficere quemquam* (Joa., 18), y para eso toman por instrumento á los gentiles; pero la muerte principalmente á los judíos se les ha de imputar; y ni más ni menos á cada uno el mal daño que por tercera persona hiciere; y lo mismo el bien, como á este Centurión.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Domine, puer meus in domo paralyticus et male torquetur: «Señor, un mi criado está en casa enfermo de perlesia que no se puede menear, y malamente atormentado de dolores». Poco antes desto había hecho el Señor un milagro, sanando un leproso, que le adoró y dijo: «Si quieres, me puedes limpiar». Respondió Cristo: «Quiero; sé limpio». Y luego quedó libre de su lepra. Luego llega el Centurión pidiendo salud para su criado. El leproso pide para sí con gran fe, pues como dice Cristo: *Non inveni tantam fidem in Israel.* Al uno mueve el amor propio, al otro el amor de Dios. *Charitas non quærit quæ sua sunt.* Es hidalguísima la caridad y valerosa, águila real que no se ceba ni busca sus propios intereses y cómodos. ¡Qué grandes loas deste hombre! *Diligit gentem nostram*, amador del común, piadoso, caritativo con el prójimo. Es más fuerte la gracia que la naturaleza, y el espíritu y amor de Dios puede más que el propio; la necesidad es muy comedida á hacer reverencias y besamanos para alcanzar lo que pide, y así llega el leproso, *adorans eum* (Mat., 8), pero la caridad no queda atrás, antes tira más la barra, más se humilla el Centurión, pues ni aun se tiene por digno de parecer ante Cristo, ni que entre en su casa. Avisada fue la oración del leproso: *Domine, si vis, potes me mundare* (Mat., 8); pero más discreto anduvo el Centurión: *Domine, puer meus jacet in domo paralyticus et male torquetur.* A Dios no es menester más de representarle la necesidad; así lo hicieron las dos hermanas: *Domine, ecce quem amas infirmatur* (Joa., 11). Este fue el estilo que guardó el mismo Redemptor: más hizo por nosotros que por sí en su necesidad. Por sí pide debajo de condición: *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste.* Por nosotros pide absolutamente: *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.* (Lucas, 23). Para sí no hace de las piedras pan; para nosotros hace del agua vino y del pan su cuerpo consagrado, y de cinco panes, millares dellos. Y desto se queja Dios: que el amor propio haga á los hombres más vivos y astutos en sus negocios que los hijos de Dios, siendo más discreta, más rica y más poderosa la gracia. *Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt* (Luc., 19): «¡Ah! ¡Que los hijos deste siglo son más hábiles y trascendidos en sus tratos y negociaciones, que los hijos de la luz en los suyos»! ¡Que sea más diligente el mundano en servir á una dama que el justo en agradar á Dios! No se puede sufrir. ¡Que esté Judas desvelado y los apóstoles duerman, habiendo de ser al revés! Y pues habemos venido á este punto, reparemos un poco en declarar cuánto importa para los que de oficio están encargados de mirar por el bien público entren aquí desnudos de sus particulares pretensiones, ajenos de amor propio y llenos de caridad, para poner los ojos en Dios y en su ley y tratar la causa común con más solicitud y cuidado que la particular. Cuando los filisteos se vieron castigados con plagas del cielo, queriéndose certificar si Dios se las enviaba porque le tenían su arca presa, uncieron dos vacas que no sabían de yugo, recién paridas; y encierran las crías en el corral y ponen el arca en una carreta que tiraban las vacas, haciendo esta cuenta: si las vacas oyendo las crías no pasasen adelante, argumento es que no es Dios el que nos hizo este mal; pero si negando los fueros de naturaleza, olvidadas de sus hijos, van derechas hacia Israel, Dios anda por allí y él las guía. Las vacas comienzan á tirar del carro y iban bramando, pero derechas, sin torcer del camino de Betsamés, que quiere decir ciudad del Sol. Quien entrare aquí, si desea acertar ha de dejar los becerrillos de sus intereses encerrados en su casa. Quédense allá fuera las enemistades, para no contradecir lo justo que propusiere el que no es amigo; no entre aquí la cudicia, para no votar en orden de vuestro aprovechamiento y en daño de la república; y aunque se oigan bramidos y se pongan delante el enojo, la honra, la utilidad, y soliciten el corazón, no sean parte para haceros volver atrás; que esto es hacer la voluntad de Dios. ¡Oh! ¡Si todos los regidores tuviesen este buen ánimo, qué medrada y qué lucida andaría la república! ¡Quién viviese en aquellos siglos dorados, cuando estos oficios no se daban por dinero, sino por elección, y el que los proveía era tan celoso como el rey David y tan buen conocedor, que ninguno sin las debidas partes se podía encubrir pasar por bueno! Paréceme que veo al real profeta escoger votos para un cabildo que quería hacer, y así dice: *Perambulabam in innocentia cordis mei, in medio domus meæ* (Salmo 100): «Paseábame en la puerta de enmedio de mi casa para ver los votantes que entraban y estaba yo muy libre de malicia y de pasión, deseosísimo de acertar». *Non proponebant ante oculos meos rem injustam*: «No traían que proponer en mi cabildo cosa injusta». Ni que sea para el rey, ni que

sea para el particular, si no es justo, que no se proponga ni se hable en ello. Pues con este presupuesto de hacer justicia en todo, debió de preguntar á sus criados, si venían algunos á cabildo: Decid, ¿viene alguna gente?—Sí señor. —¿Quién?—Una cuadrilla dellos vienen y son ladrones honrados, que á la sombra del oficio no guardan ley divina ni humana, y no entienden sino en saltear y destruir.—¿Habéisme de dar un cahíz de trigo?—¡Oh, señor, que no es mío, y no tengo facultad de mi amo para vender!—Pues vended en mal hora, perdiendo el dinero, ó no vengáis acá. Gente que tiene por arancel propio interés no entren acá. *Facientes prævaricationem odivi.* Señor, otro viene y sólo. —¿Quién és?—Un hipócrita maligno y perverso, hombre doblado, de lindas razones y malos sentidos y peores entrañas, mal intencionado. Decidle que se vuelva. *Non adœhsit mihi cor pravum.* Corazones hondos, con más ensenadas, vueltas y revueltas que el laberinto de Creta, no los quiero.—Otro parece.—¿Quién?—Un chismero, amigo de sembrar discordias; aquí oye, acullá dice, en cogiendo la honra del prójimo entre manos, le dejare tan en secreto por vía de conversación.—No tengo paciencia con los semejantes, ni son para mi cabildo. *Detrahentem secreto proximo suo hunc persequebar.*—Señor, otro veo venir y es un hinchado ambicioso, que paseándose por los desvanes de su fantasía mira á los otros acullá abajo; que viene tan altivo, que es menester romper el muro para que pueda entrar, y tiene tan ancha la cudicia de su corazón, que para él todo el mundo es poco; araña y coge y nada le basta.¡—Dios me libre! A este tal no lo quiero por mi convidado. *Superbo oculo et insatiabili corde cum hoc non edebam.* Pues, santo rey, si á todos los desecháis, ¿cómo queréis tener votos para vuestro cabildo? ¿A quién habéis de escoger? ¿A quién? *Oculi mei ad fideles terræ ut sedeant mecum*: «Vánseme los ojos tras los fieles de la tierra», no tras los ejecutores que llaman fieles, que ponen la postura para comer barato ellos y quien ellos quieren, y que los pobres coman más caro que los ricos. No quiero la fieldad en penar cada día á los que quebrantan la ordenanza, y por llevar la pena en dineros, tómanle su juramento que es aquella la vez primera que ha incurrido, aunque les conste ser mentira. Los fieles que yo busco, los ojos despabilados, no por relación sino enterándome en ello, son los fieles de la tierra, los que desean y procuran el bien común y son fieles ministros de la república, protectores de los pobres, padres de la patria; estos quiero que sean mis asesores, y con dos que tenga destos á mi lado, entraré en cabildo, y cuando no haya más que uno, porque son más raros los tales que el fénix. *Ambulans in via inmaculata, hic mihi administrabat.* De uno sólo de buen pecho recto y desapasionado me acompañaré y valdré. A todo esto nos ha dado motivo la caridad del Centurión con que ruega por su criado.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Domine, puer meus jacet, etc. No dice en el hospital: porque habiendo servido en salud, fuera grande inhumanidad enviarle enfermo al hospital; éste era gentil y criado en ejercicio de guerra, donde se derrama la sangre y se hacen grandes crueldades, y sabe tener misericordia, no de su hijo ó mujer ó padre, sino de su siervo. Y ahora hay cristianos que después de haberse servido muchos años de un criado; después de haberle gastado la salud y vida, con malos días y peores noches, y plega á Dios no haya por su causa infernado el alma, ó le despiden si no le han menester, ó si cae malo dan con él en el hospital á que ocupe un lugar de un pobre; y si por gran merced le tienen en casa, ni le ven, ni le oyen, ni le curan más que si fuese un perro. Deste vicio de inhumanidad nota el Apóstol á los hombres, á quien dejó Dios ir tras sus deseos, y que vinieron á un sentido reprobado y erróneo. *Sine affectione, sine misericordia* (Rom., 1): «Sin entrañas de afición, sin piedad, sin misericordia». En el día del juicio, dice el Señor, que hará cargo de no haber visitado los enfermos de las casas ajenas, ¿qué cargo hará al que echa los enfermos de la suya y más debiéndoselo por servicio? No es esa condición cristiana sino pagana, y aun algunas veces aborrecida de paganos. Plutarco, entre muchas virtudes que refiere de Catón Censorino en su vida, le nota y reprehende de inhumano, porque se servía de los esclavos hasta que les faltaban las fuerzas, y cuando por lo viejos, estaban inútiles, los vendía por que quiera que le diesen, como si quitado de por medio el interés, no sea debido á los hombres afecto de humanidad. Pues á los brutos, á los caballos y perros que han servido bien, les debe el varón generoso, no sólo el sustento, sino descanso en la vejez y relevarlos del trabajo; y sabemos del otro Cimón que dió sepultura junto á la suya á las yeguas con que venció tres veces los juegos Olimpios: y de Xantipo el viejo, que lloró la muerte de un perro como la de un hijo, y le dio sepultura honrosa en el alcázar. Excesos fueron éstos: pero que reprehendían la falta de quien se sirve de un hombre como de un zapato, que en estando raído lo echamos á mal. ¡Qué diferentes entrañas las de San Pablo! Que fue tan agradecido á un siervo ajeno llamado Onésimo, que por haberse servido dél estando en la cárcel, después de haberle instruído en la fe y cristiandad, inter-

cede por él á su amo y le escribe que lo trate bien, que lo regale, que lo perdone y reciba no como siervo, *sed sicut charisimum fratrem* (Ad Philemonem). Las penas que el siervo merecía por haberse huído, las toma el Apóstol á su cuenta. *Hoc mihi imputa.* Haz cuenta que yo me huí y merezco el castigo, y perdónalo. *Refice viscera mea.* Si tales afectos tenía el Apóstol para con el siervo ajeno por unos pocos días de servicio, ¿cuáles los debe tener el cristiano para con el suyo propio y que le ha servido muchos años?

CONSIDERACIÓN CUARTA

Agradó tanto á Cristo el cuidado que el Centurión tuvo de su siervo, que con muy buena gracia responde: *Ego veniam et curabo eum.* Extraña determinación por cierto. Bien sería, Señor, que os acordásedes que llamándoos una vez un gran señor para que diésedes salud á un hijo suyo y natural, no quisistes ir y os pusistes en competencia, y le respondistes muy ásperamente y palabras secas, y no os pedía sino que fuésedes á su casa, á casa de un príncipe; y el enfermo no quien quiera, sino su hijo y aun mayorazgo debía ser, pues decía mi hijo, como dando á entender que no tenía otro, y no os preciaste de venir: y agora á la primera palabra deste Centurión vos mismo os convidaste á ir y sanarlo. ¡A un siervo! ¡Oh dulzura de condición! ¡Oh caridad excesiva y entrañas del amor divino! ¡Con cuánta razón está dicho: *Tibi derelictus est pauper, orphano tu eris adjutor!* (Salmo 9). A vuestro cargo está favorecer á los pobres y vos sois quien tiene de socorrer á los huérfanos, para que entiendan que no os mueve mundo, honra ni vanagloria, que no miráis á la persona ni á las riquezas, sino al provecho de las almas; cuando os ponen delante uno que no veis en él otra calidad sino ser hombre, entonces mostráis el amor que á los hombres tenéis. No sin causa tienen los hombres su confianza puesta en vos; á vos se deja el pobre encomendado, vos amparáis al que todos desamparan. ¡Oh tiempos miserables! ¡Y qué de mala gana se hacen las obras de Dios! ¿A quién da la mano el poderoso? Al que tiene favor, al rico, al que otro día se lo podrá pagar con la misma moneda; mas al pobre, al desvalido, al que puede decir: *hominem non habeo,* todos le dan con el pie y le dejan, y aun nosotros no dejamos de ser culpados en esto. ¡Qué lejos nos parece está la casa de la vieja enferma para confesarla y consolarla, y para el rico, qué diligencia! Hallaréis á su cabecera al clérigo, al fraile de una orden y otra, sin otro respeto más que á su interés. ¡Cuán al revés lo hizo el profeta Eliseo! Viene Naamán, capitán general del rey de Siria, á pedirle salud, y no se precia el profeta de bajar de su aposento, ni salir á recibirle, ni aun verle; sino envíale á mandar que tome unos baños en el Jordán y tendrá salud; tanto que el otro se corrió y se tuvo por afrentado; y después, para resucitar al hijo de la Semanita va en persona y anda un buen pedazo de camino y se ajusta con el niño y le abraza: ¡buen ministro de Dios, divino Eliseo! A los ricos dais las misericordias con tasa, á los pobres con abundancia. *Ego veniam et curabo eum.* Yo, que no quise ir al príncipe, iré al esclavo. No pierda el ánimo el pobre, que cuanto más lo fuere, más cuenta tiene Dios con su salud, y de mejor gana le visita; no se desdeñe el caballero, la señora delicada, de entrar en el aposento del esclavo enfermo y curarlo y consolarlo y ayudarlo á bien morir: que entra Cristo y de buena gana. *Ego veniam et curabo eum.*

CONSIDERACIÓN QUINTA

¿Qué responde el Centurión? *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo et sanabitur puer meus:* «Señor, no soy digno que entréis debajo de mi tejado, sino decir una palabra, que ésta basta para despacho de mi petición; porque yo hombre soy constituído debajo de dignidad y mis soldados me obedecen en cuanto les mando, sea ir ó venir, acometer ó retirarse, y mejor os obedecerán á vos las enfermedades». Dos cosas hay que ponderar aquí. La primera, la cortesanía del Centurión; no quiere ser vencido en buenos comedimientos. Esta es verdadera valentía, presumir que no me venza nadie en la virtud; pocas gracias que venzáis vos al otro corporalmente, y él os vence en mil cosas buenas, donde vos no alcanzáis. Hay hombres que el ser comedido con ellos es causa que se desvanezcan y piensen que todo se les debe; es gran villanía y falta de entendimiento. No porque Cristo se allane á lavar los pies de sus discípulos, se le quita á San Pedro el ser comedido, teniendo respeto á su maestro; y por tanto no fué reprehendido la primera vez que rehusó; ni porque la Virgen Santísima se humille á ir á visitar á Santa Isabel ha de dejar ella de humillarse y decir: *Unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Es lo que dice San Pablo: *Honore invicem prævenientes*: que nos honremos unos á otros y cada cual dé al otro la ventaja y preeminencia cuanto es de su parte. Es la buena crianza joya de grandísimo valor donde quiera que está; pero en el caballero, en el señor, luce y sale mucho más y se estima: es piedra imán que atrae á sí los corazones del pueblo; que sin sacar dinero de la bolsa, de balde, os hacéis

querer bien: y aunque les deis la sangre, si sois mal criados, tendrános respeto, pero no amor. Absalón, ¿con qué llegó á sí los ánimos de todo el pueblo de Israel? Con ser bien criado, afable, llano; en viendo al hombre, abrazábale, preguntábale de dónde era; buena gorra, buenas palabras. *Sollicitabat corda virorum Israel* (2 Reg., 15). Era un soborno extraño, requiebro que los cautivaba y robaba. Jacob, á puras reverencias, aplacó á su hermano Esaú y le quitó el enojo que traía contra él. Hase de preciar el noble de vencer á todos en cortesía, guardando el decoro de su persona. Los reyes vinieron á adorar á Cristo y también los pastores; pero de los reyes se dice que *procidentes adoraverunt eum*; «pecho por tierra le adoraron», lo cual no se cuenta de los pastores, que como rústicos, no supieron hacer tanta reverencia. Mas digo que la buena crianza anda junta con la virtud, y un hombre mal criado no me puedo persuadir que sea virtuoso. Quien vee á Abraham convidar á los ángeles que pensaba ser peregrinos, con qué reverencias y comedimentos les suplica le hagan merced de sestear en su casa! La reina del cielo, hablando de su esposo, dice: *Pater tuus et ego dolentes quærebamus te* (Luc., 2). Primero pone el nombre del varón. Sara llama señor á Abraham. Los comedimientos de San Pablo primer ermitaño y San Antonio en partir el pan, que por poco se quedaran sin comer, hasta que asió el uno de un cabo y otro del otro, y tirando cada uno se quedó con su mitad en la mano. Este buen comedimiento nos muestra este Centurión en ser bien criado. *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum.*

CONSIDERACIÓN SEXTA

Lo segundo que hay aquí que advertir es acerca de la razón que alegó para que no viniese Cristo á su casa. *Nam et ego homo sum sub potestate constitutus, habens sub me milites.* Extraña manera de hablar: «Yo soy hombre que vivo debajo de potestad y tengo soldados debajo de mi jurisdicción». De manera que gobernar á otros es vivir debajo de carga, porque lo es el imperio si se rige como debe; y si el que manda no tiene superior en la tierra que le castigue, basta tener imperio que le obliga al cumplimiento de sus leyes. Y ansí dice Santo Tomás que, aunque el príncipe y legislador no está obligado á las leyes, cuanto á la virtud coactiva, esto es, que nadie le puede obligar á la pena puesta por la ley á los transgresores della; pero queda obligado á ella, cuanto á la virtud directiva, que es estar obligado en el fuero de la conciencia á guardarla y á enderezar todas sus acciones conforme á ley que tiene puesta, y cita allí un lugar del derecho (*Extra, de constitutionibus C. cum omnes*): *Quod quisque juris in alterum statuit, ipse eodem jure uti debet.* «El derecho y ley que á otros tiene puesta el superior, la ha de cumplir él también y guardar»; donde dijo muy bien el otro jurisconsulto: *Patere legem quam ipse tuleris*: «Cumple la ley que tu pusiste», y con mucha razón; porque si el príncipe y legislador no guarda las leyes que pone, da ocasión á los súbditos que no las guarden. Y la potísima razón por que en las repúblicas y comunidades se guardan tan mal las leyes que se ponen, es porque los perlados y superiores no las guardan, ni hacen nada de lo que mandan, y son como los fariseos á quien Christo reprehendió: *Dicunt enim et non faciunt, alligant autem onera gravia et importabilia et imponunt in humeros hominum, digito autem suo nolunt ea movere.* «Dicen y no hacen; mucho mandar y nada hacer; gran cuidado de poner carga insufrible de preceptos y leyes sobre los hombros ajenos y están tan lejos de cargárselos sobre los propios suyos, que ni aun con el dedo les tocan». Largo cuento sería si despacio nos quisiésemos parar en reprehender á estos tales: bástanos por ahora saber que este buen Centurión no fue como ellos; que, aunque superior, se siente obligado á las leyes que pone, y como tales las guarda, y así lo confiesa él en lo que á Cristo dice: *Nam et ego homo sum sub potestate constitutus.* Al cual ojalá los perlados y superiores deste tiempo imitasen, que así estarían las repúblicas y comunidades más bien gobernadas, las leyes de todos mejor guardadas, y aquel Supremo Príncipe y Legislador, que es Dios nuestro Señor, más bien servido de todos y obedecido, y todos dél seríamos más bien premiados con abundante gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

VIERNES DESPUES DE LA CENIZA

Audistis quia dictum est: diliges proximum tuum et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.

(MAT., 5).

INTRODUCCIÓN

El santo penitente rey David, después que en el salmo 50 hace pública confesión de su pecado, y con grande instancia y humildad pide á Dios perdón dél, concibiendo esperanza de haberle alcanzado por la misericordia grande de Dios, que imploró al principio, concluye su lamentación rogando á Dios por su pueblo, que no fuese por aquel su pecado castigado. *Benigne fac in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalem. Tunc acceptabis sacrificium justitiæ, oblationes et holocausta; tunc imponent super altare tuum vitulos* (Salmo 50): «Señor, haceldo bien con Sión por vuestra buena voluntad, habeos benignamente con ella por vuestra bella gracia, por la natural inclinación de vuestra bondad. El hebreo dice: *benefica Sión*. Hacelda buena, santificalda y edificarse han los muros de Jerusalem». Sión era una roca ó castillo fuerte puesto sobre el monte de Sión, para guarda de toda la ciudad de Jerusalem, y significa la Iglesia militante, la cual es á modo de fortaleza donde se guerrea de continuo; aquí está la torre de la fe, las municiones de los sacramentos, las armas de las virtudes; aquí las oraciones como otras tantas piezas de artillería. *Sión* quiere decir *specula;* donde se hacía la centinela y se estaba en vela contra los enemigos, siempre con las armas en la mano; esta es la Iglesia militante comparada con la triunfante, que es la celestial Jerusalem, visión de paz. *Illa autem, quæ sursum est, Jerusalem, libera est* (Ad Galat., 4). Libre de los pechos, de miserias y sobresaltos que se pagan en este valle de lágrimas. Pues, Señor, usad de misericordia aquí en la Iglesia militante; mostralde buena voluntad, santificad los fieles con vuestra gracia, porque se vayan edificando los muros de la soberana Jerusalem, cuyas piedras han de ser las ánimas de los justos, y haciéndolo así: *tunc acceptabis sacrificium justitiæ*, entonces os ofrecerán sacrificios aceptos que os deleiten y caigan en gracia. Sacrificio de justicia, que es la misma justicia; los hombres justificados por vuestra gracia harán obras justas y santas, á vos sólo consagradas y ofrecidas; obras que, hechas en pecado, aunque disponen para remisión de la culpa, no aprovechan para mérito ni premio; pero hechas en gracia, Dios las acepta como méritos de justicia para la vida eterna. Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las oblaciones y holocaustos, y pornán sobre tu altar becerros. Alude á la diversidad de sacrificios que había en la ley vieja, de los cuales trata Santo Tomás y dice: que tres géneros había de sacrificios: El primero se llamaba holocausto; esto es, todo encendido, porque todo el animal se quemaba á honor y reverencia de la majestad de Dios y amor de su bondad; y para significar que así como todo animal resuelto en vapor subía á lo alto, así todo el hombre y todas sus cosas se han de ofrecer á Dios, á cuyo dominio está sujeto. Este era el sacrificio más acepto. Otro sacrificio se ofrecía por el pecado; éste se hacía dos partes: la una se quemaba, la otra comían los sacerdotes. Otro se llamaba hostia pacífica, y éste se hacía tres partes: la una se quemaba, la otra llevaban los sacerdotes, la otra el mismo que la ofrecía. Mas porque todos estos sacrificios no tenían por sí virtud de justificar, ni caían en gracia á Dios, sino en cuanto procedían de fe y caridad, y ánimo religioso y pío, y en cuanto eran representaciones de la pasión de Cristo, que había de ser sacrificado en el ara de la cruz, por eso dice que, santificada Sión, aceptará el Señor sus sacrificios. En este santo tiempo, á imitación de aquel sacrificio del Redemptor en que él mismo fue el sacerdote y la hostia abrasada en el fue-

go de su amor y de sus tormentos, y ofrecida al Padre en holocausto de infinita suavidad, sacrificamos también nosotros sacrificio de justicia, haciéndola de nuestra carne con ayunos y otras obras penales que la mortifican. Y para que sean agradables á Dios, es necesario que procedan de buena alma y limpia conciencia, y junto con eso que se ofrezcan á Dios: es necesario que se hagan por su amor y para gloria suya, sin pretender nada de los hombres. Paréceme que desea la Santa Madre Iglesia, en estos días, de nosotros que nos ofrezcamos en holocausto al Señor, que todos nos encendamos en fuego de caridad de Dios y de los prójimos: que afligamos la carne con abstinencia; levantemos el espíritu en la oración; sacrifiquemos la hacienda por la limosna, de suerte que persona y bienes se gasten á honor de Dios, y se haga aquel ayuno calificado que decimos en el prefacio: *Qui corporali jejunio vitia comprimis:* «Tu señor, mediante el ayuno corporal, refrenas los vicios domando la sensualidad que es madre dellos»; *Mentem elevas*: «Elevas el espíritu á las alturas por la oración»; *Virtutem largiris et præmia;* «Das mérito de virtud en esta vida y premio en la otra por la limosna», á la cual señaladamente atribuye Cristo el premio en la sentencia que dará: Venid, benditos de mi padre, poseed el reino; porque tuve hambre y me distes de comer, etc. En orden desto, habiéndonos el miércoles persuadido el sacrificio del ayuno y el modo contra la hipocresía, que á sólo Dios queramos dar con nuestros ayunos contento, y cuanto nos fuese posible, procuremos que El sólo lo sepa, pues de El sólo se espera la paga; en el Evangelio de hoy nos torna á mandar lo mismo de la limosna y oración, y generalmente de todas las buenas obras, debajo deste nombre justicia comprehendidas. Desto trata la segunda parte del Evangelio: *Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus ut videamini ab eis*. Ni la limosna pregonada, ni placeada la oración, sino oculta cuanto en nosotros fuese, no buscando el aplauso y estimación de los hombres, sino agradar á Dios. Mas porque el Señor suele despreciar los becerros que se ponen sobre su altar, que son las oraciones y alabanzas divinas, como dijo Oseas: *Reddemus vitulos labiorum nostrorum.* Y explicó San Pablo: *Fructum labiorum confitentium nomini ejus*. Y con ser tan grato este sacrificio, no le arrostra cuando las manos están sangrientas y el animal dañado, como dice por Isaías: *Cum multiplicaveritis orationem non exaudiam: manus enim vestræ sanguine plenæ sunt*. Por eso se nos avisa en la primera parte del Evangelio que no tengamos mal ánimo con el prójimo, aunque sea enemigo; ni manos violentas ni amancilladas en su sangre; sino que ofrezcamos la ofrenda de nuestra penitencia con ánimo pacífico y caritativo, y así será holocausto aceptísimo al Señor. Noé, por mandado de Dios, guardó en el arca de los animales inmundos de cada especie dos, macho y hembra, y de los limpios, siete. Esa fuerza tiene aquel *Bina et bina: septena et septena*: «Entrarán de los unos de dos en dos, y de los otros de siete en siete». ¿Para qué era aquel séptimo, solitario y sin compañera? Para el sacrificio que en saliendo del arca ofreció Noé de todos los animales limpios, el cual aplacó á Dios y le fue tan agradable, que pondera la Escritura: *Odoratus est Dominus odorem suavitatis*. Ofreció David en la coronación de Salomón, su hijo, mil toros, mil carneros, mil corderos, y Salomón, en la dedicación del templo, veintidós mil reses vacunas y ciento y veinte mil carneros, y no se dice allí: *Odoratus est Dominus odorem suavitatis*. Es que los animales del arca, á más de la devoción y fe de quien los ofrecía, tenían una excelencia, que con ser contrarios entre sí y estar juntos dragones, basiliscos, víboras, leones, tigres, con los animales mansos, mientras estuvieron en el arca se olvidaron de sus naturales enemistades y tuvieron paz y no se ofendieron. Sacrificio, pues, de animales tan pacíficos, huele suavísimamente á Dios, en figura quel amor y concordia de los fieles dentro de la Iglesia le es muy agradable; y los que refrenan sus odios y no se vengan de sus enemigos que les hacen contradicción, fundada no en la naturaleza, sino en la malicia, ofrecen holocausto aceptísimo, no de animales sino de sus corazones. Entendiéndolo así David, la segunda vez que perdonó la vida á Saúl, pudiéndole matar, le dijo: *Si Dominus incitat te adversum me, adoretur sacrificium:* «Si el Señor te mueve para que me persigas, y te toma por instrumento para castigarme, reciba el buen olor de mi sacrificio»; pues ninguno se le puede ofrecer más agradable que la paciencia en la persecución del enemigo y el perdón de la injuria, pudiendo tomar dél cumplida venganza. Mas era ley del holocausto que no se ofreciese animal hembra, sino macho. El amor de los enemigos no se aposenta en pechos cobardes ni en corazones afeminados, sino en ánimos varoniles, de ingenio y raza divina, dignos de sacrificarse á Dios. Veamos ya en el Evangelio cómo le habemos de ofrecer sacrificio tan meritorio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis diligite inimicos vestros. La primera parte bien sabemos ser de Dios, que este oro fino del amor del prójimo no tiene otra mina.

Diliges amicum tuum sicut te ipsum, dijo en la ley, y glosa Cristo, autor de la ley, que lo mismo es prójimo que amigo, y así dice: ya habéis oído que antiguamente se mandó: amarás á tu prójimo. Este mandato es de Dios; pero el que se sigue: aborrecerás á tu enemigo, ya es de otra mano. Por mal lector que uno sea, verá que es de diferente letra escrito, sobre raído y allá entretejido, fuera del texto. De ningún lugar de la Escritura se puede colegir que Dios mandase aborrecer al enemigo, porque esto absolutamente es malo, y Dios no puede mandar la maldad, antes se saca lo contrario. Mandaba Dios que quien hallase el jumento de su enemigo caído con la carga en el camino, no se pasase de largo, sino le ayudase á levantar, y si encontrasen alguna res descarriada, se la careasen y volviesen á donde él estaba. Claramente pretendía el Señor inducirlos al amor de sus enemigos con estas buenas obras y indicios de benevolencia. Y es cierto que el que manda aliviar la carga de un bruto porque es de su enemigo, con mayor rigor pedirá socorro en su necesidad al mismo hombre, hecho á su imagen y semejanza. Hombres amigos de sí mismos, deseosos de venganza, dieron esta glosa y hicieron esta mala consecuencia por la lógica de Satanás: Dios manda amar al amigo, luego manda aborrecer al enemigo. Gran traición comete contra Dios el que, no contento con ofenderle, le quiere ahijar las culpas que comete contra su majestad; y como si fuese poco quebrantar las leyes divinas, quiere hacer leyes divinas las de su carne y sus pasiones, que tanta repugnancia tienen con ellas. Hasta aquí llegó la malicia de la sinagoga, ya decrépita y como de vejez entontecida; pero fuera nuestra dicha tal, que se acabara con aquella rebelde y dura generación culpa tan fea y traición tan atrevida y no se hallasen hoy entre nosotros semejantes á ellos. Tienes dentro de casa la ocasión de ofender á Dios, échala fuera.—No, que será infamarla; que es mi parienta ó me ha servido tantos años; ¿quién la ha de sustentar? Si le falta este abrigo, perderáse á remate; de caridad lo hago. Con título de ley de Dios defiende su pecado. Saúl por cudicia reserva el ganado más lucido de Amalech contra el mandamiento de Dios, y porfía que ha obedecido y guardado el ganado para ofrecerle sacrificios. Excúsase Pilatos de condenar á Cristo, y dice á los judíos: «Yo he visto bien todo lo procesado, y Herodes lo miró y no hay causa porque deba morir». Replican ellos: ¿Cómo no? *Nos legem habemus et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit:* «Nosotros tenemos ley, y según ella merece muerte, porque usurpó el honor de hijo de Dios». La ley mandaba honrar y recebir á Cristo, oirle y obedecerle, y ellos de sus invidias y odios bestiales hacen ley divina que muera; y así acá hacen ley de querer mal, porque Dios manda querer bien. ¡Qué ley tan propia de hombres! *Eramus natura filii iræ* (Efes., 2): «Eramos por naturaleza hijos de ira» y de odio, concebidos en pecado y enemistad de Dios; ¿qué otro podía ser nuestro lenguaje sino de venganza y desamor? Contra esto se opone Cristo, hijo natural de Dios, á quien llama San Pablo hijo de su afición, sus amores y todo su regalo, y como tal establece ley de amor y anula la contraria de aborrecimiento.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos. Ya habréis oído esa doctrina que los mal intencionados intérpretes de la ley dan en sus glosas con grave perjuicio del texto; pero yo vengo á dar la legítima inteligencia de la ley como autor suyo: digo á vosotros, que como buenos estudiantes deseáis saber su verdadero sentido, que es y fue mi intención amen así los hombres á sus prójimos, que no baste ser ellos enemigos para que los quieran mal, sino que, no obstante esa mala calidad, amen la buena sustancia. Y porque en esta bienquerencia, por ser obra oculta de la voluntad, puede haber gran engaño, quiere que os manifieste á los hombres con buenas obras. *Benefacite his qui oderunt vos.* Y que la representéis á Dios que escudriña las almas con oraciones. *Orate pro persequentibus et calumniantibus vos.* De tres maneras os puede ofender el enemigo: con el pensamiento aborreciendo, con malas palabras y con malas obras; y en cambio deso quiere Cristo le paguéis con amor su odio, con oraciones sus malas palabras, con beneficios sus malas obras. *Ego autem dico vobis.*

Lo primero nos convence nuestro Maestro por la autoridad, que en la escuela de la Iglesia es la más cierta y segura demostración y que no admite persuasión en contrario. Estáis vos tan cierto que tres y cuatro son siete, que os reiréis de quien quisiese argüir contra ello; pues lo que ahí hace la demostración hace en la fe la autoridad divina. Si fuera lo que debía la primera mujer, pues le constaba ser Dios el que mandaba so pena de muerte no comer del árbol vedado, no tenía para qué poner en disputa si era bien mandado ó no. Los que seguían en tiempos pasados la filosofía de Pitágoras, que fueron quizá los más antiguos y que menos errores tuvieron, porque estaban menos apartados de la legítima filosofía, que andaba junta con el verdadero conocimiento de Dios en los gravísimos negocios y de suma importancia, con una respuesta se daban por satisfe-

chos: *Ipse dixit;* y sabían que era hombre quien lo había dicho; no había que altercar más. No carece hoy el mundo desta manera de filosofía; las más cosas que se saben y ordenan estriban en la autoridad de quien las dijo, no sólo en lo especulativo, sino en lo moral. Un juez, para que dé una sentencia en que va la hacienda y á veces la vida y la honra, bástale á que lo diga así Acursio ó que en la glosa Abad, etc. Un teólogo os alega que es sentencia de Santo Tomás, y sin poner en ello dificultad se determina, absuelve ó condena. Lo mismo los médicos, llegando á decir un aforismo: así lo dice Hipócrates ó así lo entiende Galeno, no están á más obligados. Pero no lo llevemos por estos caminos, que como principalmente hoy tratamos con gentes que en los suyos yerran, de los mismos descaminados podemos tomar testigos. Cuando de las cosas del honor quieren los que de eso tratan tener satisfacción cumplida, ¿cuál es la postrera resolución? No hay qué pedir cuando se llega á la sentencia que sobre ese caso dio Fulano, hombre militar y en las cosas de Italia criado desde su juventud, que se halló en tal y tal campo y oyó sobre ese caso hablar á soldados viejos del campo de su majestad, hombres de ciencia y conciencia como lo suelen ellos ser, etc. Pues si hombres y malos alcanzan á tener con otros hombres tanta autoridad, cuánta mayor debe tener entre fieles Cristo, sabiduría del Padre, camino, verdad y vida, doctor de justicia, enviado del Padre con precepto de oirle y obedecerle. *Ipsum audite*; ¿no bastará decirlo él para que se admita sin réplica y se obedezca sin contradicción? *Ego autem dico vobis*: *diligite inimicos vestros*.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Diréis: no dudo de la verdad del dicho, que bien creo ser eso lo mejor y más acertado, pues Dios lo dice, sino reparo en el hecho que es muy duro y dificultoso de cumplir. Así me parece á mí también, y le parecerá á quien quiera que no en la superficie y por cumplimiento, sino muy de veras, lo quisiese ejecutar; probaldo y veréis. Pero, amigo, nunca mucho costó poco. ¿Piensas que ir al cielo es subir en tu coche y pasearte por el prado ó alameda? ¿Piensas que te han de dar de balde lo que á otros costó la vida? Mal te engañas. Trabajosa y angosta dijo Cristo que es la senda por donde se va al cielo y que pocos la caminan. Lo que poco cuesta poco vale y en poco se estima. Quiere David ofrecer sacrificio á Dios para aplacarle y que cesase la mortandad; ofrécele Areuna su era para altar y trillos para leña, los bueyes para holocausto, todo de gracia, y responde David: *Nequaquam ut vis, sed emam pretio a te: et non offeram Domino Deo meo holocausta gratuita* (Reg.): «No ha de ser así, sino que lo he de comprar por sus cabales, porque no he de ofrecer á mi Dios y Señor sacrificios sin costa». ¡Qué mucho haré de servirle con lo que nada me ha costado! El amor es sacrificio del corazón. El que ofrece el amor natural del amigo porque le hace bien, ofrece sacrificio sin costa, porque no cuesta nada amar al bienhechor; pero quien ama á su enemigo por Dios, ofrece holocausto preciosísimo, comprado á costa de sus entrañas y de sangre. ¿Es cosa dura amar al enemigo? Pues no es mucho hagáis una cosa dura por Dios. ¿Qué de cosas duras hace un soldado por mandado de su capitán, y un criado por mandado de su amo, y un amigo por otro, que le suele costar á veces la vida y aun el alma? Absalón acometió aquella traición malvada de matar á su hermano en venganza de la injuria que su hermano había recibido dél, y convidóle á no sé qué regocijo para más asegurarle, y allí llama á sus hombres y díceles: Que no se descuiden en comer y beber demasiado, sino que estén sobre sí, y cuando vean que el convite se va acabando y estén calientes los convidados y medio amodorridos con el vino, entren y den de estocadas á su hermano Amón. Fue mandato horrible, aun para sus criados, que debían ser tales cual él, porque era Amón hijo mayor del rey y de quien se entendía había de ser heredero de la corona; y así se debieron turbar oído el mandamiento: *percutite eum et interficite*: herilde y matalde, no alcéis mano dél hasta acabarle. No sé yo qué hombres podía haber tan facinerosos y tan endemoniados que, oída tal palabra, no se sobresaltasen, porque traen consigo gran horror, señaladamente cuando no estaban dél injuriados, pues debían estar ya olvidados de lo que tantos días había que no se hacía dello caso. A más deso, era aquel su príncipe y señor natural á quien se suele tener natural reverencia; todo esto se borra cuando se oye aquella palabra: *Ego sum qui praecipio vobis*: «Miradme á la cara á mí, que yo soy quien os lo manda á vosotros». Pues si para hacer una traición tan alevosa y tan peligrosa, como sobre seguro matar á su natural señor, y que suelen ser tanto más amados antes que hereden cuanto mejor condicionados se muestran y dan mejores esperanzas, y al fin no nos han comenzado á hostigar con leyes; y por bueno que sintamos el dominio, siempre querríamos ahorrar del presente y trocarle por otro nuevo, bastó decirles: Yo soy el que os lo mando, ¿cómo, para amar á los enemigos, para hacer un acto de virtud heroica, no ha de bastar un yo os lo mando de Cristo, aunque más duro sea? ¡Cuánto mejor instituído estaba David que decía: *Propter verba labiorum tuorum ego custo-*

dixi vias duras (Sal. 26): «Señor, estoy tan atenido á vuestras palabras, que por sólo mandarlo vos guardo yo cosas duras, y voy por caminos fragosos, ásperos y trabajosos». Mas David era justo. ¿Qué me diréis de Labán, hombre malo, cuando su yerno Jacob se le huyó con sus mujeres y ganados, y no le permitió despedirse de sus hijos ni abrazar sus nietos, y lo que más sintió, que halló menos sus ídolos, que los había hurtado Raquel? Encendido en rabiosa cólera con muchos parientes y criados le sigue siete días con ánimo de vengar en él su saña, y dícele Dios en sueños: *Cave ne quidquam aspere loquaris contra Jacob*: «Mira que no hables á Jacob ásperamente». Fue de tanto peso esta palabra en Labán, que habiendo alcanzado al yerno y representado lo mal que había hecho, añadió: *Et nunc quidem valet manus mea reddere tibi malum; sed Deus patris tui heri mihi dixit: cave ne loquaris contra Jacob quidquam durius*: «A tiempo estamos que pudiera yo darte mal por mal y satisfacerme por mi mano de la ofensa recebida, pero el Dios de tu padre me dijo ayer que no te dijese palabra dura». Pues bien; aunque él os haya dicho eso, no os queda libertad para hacer lo contrario. Cosa maravillosa que no dice: no te haré mal porque Dios me lo mandó, sino: bien puedo hacerte mal, pero Dios manda que no lo haga, como dejando por llano que habiendo mandato de Dios en contrario, no se había de atrever él á quebrantarle. Y si le tuviera por su Dios, no fuera mucho guardarle este respeto; pero no dice: mi Dios, sino el Dios de tu padre; y con todo tan arrendado con sola una gran palabra. ¡Oh confusión de los cristianos! ¿Quién hay que siendo tan malamente agraviado de su enemigo y corriendo ciego y furioso como caballo desbocado á la venganza, cuando tiene la ocasión en la mano se acuerde y refrene con el mandato de Cristo, que no entre sueños, como á Labán, sino en vela, porque la Fe le dice: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros;* yo te mando que no le digas ni hagas mal, y con este recuerdo suelte las armas de la mano y diga á su ofensor: Bien pudiera yo ahora vengarme de ti, pero mi Dios y tuyo me manda que no lo haga. Vete en paz. ¿Quién ha dejado pasar la ocasión de su contento ilícito, de la ganancia injusta, por ser contra el mandamiento de Dios? Labán, idólatra, tiene por averiguado que nadie ha de osar contra el precepto divino, y el cristiano baptizado dice que si Dios manda, él desmanda, y que se la ha de pagar quien se la hiciere. ¡Oh cómo siente Dios este desacato! Mándale al profeta Jeremías juntar en una casa toda la parentela de los hijos de Jonadab y que los convide á beber vino; y poniéndoles el profeta delante frascos y copones de vino riquísimo, dijeron: no beberemos vino, porque nuestro padre Jonadab nos dejó mandado que no lo bebiésemos, ni edificar casas, ni plantar viñas, ni sembrar, ni coger, sino que vivamos en aduares por los campos; y como nos lo mandó, así lo cumplimos. Con el ejemplo de obediencia destos buenos hijos comienza el Señor á querellarse de nuestra rebeldía: *Nunquid non recipietis disciplinam ut obediatis verbis meis? dixit Dominus: Prævaluerunt sermones Jonadab filii Rechab quos præcepit filiis suis ut non biberent vinum; et non biberunt usque ad diem hanc quia obedierunt præcepto patris sui. Ego autem locutus sum ad vos de mane consurgens et loquens et non obedistis mihi* (Jerem., 35). ¿Por qué no queréis, hombres, recibir mi doctrina? ¿Por qué no os dejáis corregir y gobernar? Fueron de tanta fuerza las palabras de Jonadab para con sus hijos, que ninguna han traspasado, ni han bebido vino hasta el día de hoy, porque su padre se lo mandó; y yo, que soy mayor que Jonadab, padre universal de todos, con gran solicitud he madrugado á daros ley y llamaros por mis Profetas y no me habeis obedecido. Y como ofensa que mucho sentía la torna á repetir tres veces en el mismo capítulo. ¡Ah Cristiano, que tu padre Cristo no te quita el vino, ni casas, ni viñas, ni te manda vivir como alárabe en los campos, que aun eso no fuera duro respecto de lo que él padeció por ti! mándate amar á los enemigos: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros*. Y por San Juan dice: *Hoc est præceptum meum*, especialmente mío: *Ut diligatis invicem*. ¿Qué queja formará de ti si no le obedeces, ni qué dureza ni dificultad puedes alegar que pese más que la autoridad de tal preceptor?

CONSIDERACIÓN CUARTA

Pero vamos adelante, que mirado con los ojos desapasionados este precepto no es duro, sino suave y más conforme á nuestra naturaleza que su opuesto. A los otros animales, cuando vienen al mundo, los arma naturaleza de uñas, garras, presas, dientes, colmillos, cuernos, conchas, espinas, picos, púas; al fin, armas ofensivas y defensivas, como á rencillosos que vienen á guisa de combatir; al hombre cría desnudo, flaco, llorando, sin armas ni municiones ni pertrecho de guerra, porque es animal manso, que entra de paz en el mundo, y la paz es cosa que mejor le está. Si os probase yo que es mucho más dificultoso desamar al enemigo que amarle, convencida quedará vuestra rebeldía, y conoceréis con cuánta verdad está dicho: *mandata ejus gravia non sunt* (Joa., 5). Haced ahora otro Evangelio opuesto á éste que aquí os predica el Señor, y digamos así:

«Yo os digo á vosotros: aborreced á vuestros enemigos; haced mal á aquellos que os quieren mal; maldecid y detestad á los que os persiguen y calumnian para que seáis hijos de Satanás, vuestro padre, que arde en los infiernos, que esparce la tiniebla de su ceguera sobre buenos y malos, y llueve odios sobre justos é injustos»; pregúntote, mundano, ¿conténtate más este Evangelio? Pues guárdale y mala pro te haga, que buena no puede ser. Deslinda cada cosa destas en particular. Desama á tus enemigos; mira que en el desamor está incluída la invidia, y si quieres mal, te ha de pesar del bien que vieres en ese á quien aborreces; y la invidia y pesar del bien ajeno es la mayor carnicería y más duro tormento que nadie te puede dar.

Invidia siculi non invenere tiranni
Majus tormentum.

(Horac., *Epist. ad Lolium*)

La más venenosa ponzoña que te podrian dar á beber tomas con tus manos, pesándote de ver al otro más medrado ó favorecido, turbándote en oir las alabanzas de tu émulo. Si dice que el otro es más gentil caballero, la otra más principal señora, mejor letrado el otro, mejor visto, más acepto, mejor oído, eso te quema la sangre y ahelea el contento y consume la vida. ¿Puede ser tormento igual que mandarte ser verdugo de ti? ¿Mandarte que tú mismo te des garrote y te tuerzas los cordeles y descoyuntes los brazos? ¿Qué tirano jamás mandó tal, por inhumano que haya sido? ¿Qué Fálaris, qué Nerón tan inclemente y fiero? Con la envidia se acompaña la ira, una de las más crueles fieras y más denodadas de cuantas se crian en este bosque montuoso de nuestras pasiones; que si se deshierra de las cadenas de la razón y la dejan seguir su braveza y furia, hace daños irreparables.

Ira furor brevis est.

Es un breve frenesí, un furor alocado y repentino, es fuego de alquitrán, es un rayo del cielo que quema y deshace cuanto coge delante.

Ora tument ira; nigrescunt sanguine venæ:
Lumina gorgoneo sævius angue micant.

(Ovid., *Ars amandi.*)

¡Cómo descompone á un hombre el rostro hinchado, feroz, negras las venas, los ojos centelleando como dragón, torpe la lengua, demudado el color, turbado el juicio, ciega la razón! Quita el sueño, estraga el gusto, destruye el sosiego y el contento. Conociendo sus daños el apóstol dice á los fieles: *Sol non occidat super iracundiam vestram.* No os tome la noche con tal huésped en casa, que será vuestra perdición. y dad lugar á la ira; apartaos, hacedle calle que pase; no os pongáis delante, que no hay fuego encendido, ni mar bravo, ni huracán deshecho como ella; tal huésped has de recibir con el odio en tu posada y se hará dueño della, adelante. Obligad á este hombre invidioso, airado, á que se vengue de su enemigo y le busque, aunque se vaya á los antípodas; ¡qué de peligros, de costas, de sobresaltos, echa sobre sí! De ahí nacen los bandos, las rencillas, las guerras, los gastos de las haciendas, las pérdidas de los patrimonios y mayorazgos, dando de comer á bandoleros, homicianos, rufianes y á pesquisidores y sus escribanos, que en quince días asuelan la hacienda de un duque, peor que si la armada del turco hubiera aportado sobre ella. Haced mal á quien os hacen mal; yo os digo: no hagas mal ó haz mal y guarte; porque el injuriado en mármol escribe y no hay cabello que no haga su sombra, ni animal tan abyecto que no pueda alguna vez hacer mal ó bien. Nadie haga mal si quiere vivir, aunque sea á un gato; si no, ahi está la justicia; que quien á hierro mata á hierro debe morir, y á bien librar perderás la tierra, que como si te hubiese tragado te has de desaparecer. Di mal y echa maldiciones á quien te persigue. ¿Sabes qué es eso cuando lo haces? Tomar á Dios por verdugo de tu ira y de tu furor. El juez manda al verdugo que ejecute la justicia en el reo, porque no son las manos que traen la vara para ensangrentarse; ¿qué disparate seria que el verdugo diese el cuchillo al juez ó el lazo, y le pidiese que ejecutase en el reo lo que á él bien visto le fuese? Eso mismo haces tú cuando mal deseas, cuando echas peticiones, y aun más, que pides que el juez, el rey, de sus mismos hijos tome la venganza que tu odio desea. ¡Mira si puede tu ceguera subir á mayor locura! Pues San Esteban, estándole apedreando, levantó los ojos al cielo por buscar allá algún refugio, pues en la tierra no le hallaba, y como lo primero que encontró con ellos fue con Jesú Cristo, no osó sino rogar por los que les quitaban la vida; porque vio que no se podía ni debía pedir otra cosa al que rogó á su Padre por los que le crucificaban. ¿Qué fuera si dijera: Señor, vos que perdonastes á quien os mataba y suplicastes á vuestro Padre que los perdonase, como á quien no sabían el mal que hacían, no perdonéis á estos que me matan á mí? Fuera esa inorme locura; tal es, hombre, la que haces cuando maldices, cuando abominas. Mas, porque veas como en un espejo la pesadumbre intolerable que trae consigo esta ley de aborrecimiento, mira un ejemplo en Saúl invidioso, airado y resuelto de matar á David; fácil empresa al parecer para un rey

poderoso quitar la vida á un pobre soldado vasallo suyo. ¡Ah, qué cara le costó! ¡Qué de vilezas hizo! ¡Qué de melancolías pasó! ¡Qué de rabias, qué de crueldades, hasta matar á todos los sacerdotes del Señor, deshonrar á su propio hijo, poniendo mácula en su madre! ¡Qué de veces tuvo jugada la vida, si la blandura y mansedumbre de David y su realeza de ánimo no le hiciese gracia della! ¡Qué inquieto, qué aperreado! Cada día tocaban al arma á su descanso los espías que le traían nuevas donde andaba David. Vienen á ofrecerse los Zifeos que le darán en las manos, y díceles: *Benedicti vos a Domino, quia doluistis vicem meam:* «De Dios seáis benditos, porque os habéis dolido de mi suerte desventurada». ¡Oh, mezquino, que tú mismo te haces la guerra! ¿quién te persigue? *Considerate omnia latibula ejus:* «Corred la tierra y mirad todos los escondrijos y cuevas donde se esconde, porque no se nos escape». *Quod si etiam in terram se obstruxerit, perscrutabor eum:* «Si se hundiese debajo la tierra, le tengo de buscar y minaré hasta los abismos hasta sacarle de rastro». Danle soplo que andaba David con su gente por las sierras de Engadi; vale á buscar con su ejército. *Etiam per abruptisimas petras quæ solis ibicibus perviæ sunt:* «Trepando y gateando por lo más fragoso de la montaña, por las cordilleras y riscos, por los altísimos picos de las sierras y despeñaderos más peinados, por donde solas las bicerras y rebesos ligerísimos pueden saltar». ¡Oh, miserable rey! ¡Qué arrastrado te trae tu vida desenfrenada! ya te da un bote como pelota de viento y te arroja por cima de las rocas inaccesibles de los montes, ya te mata haciéndote rodar por las cavernas de la tierra. ¡Y que esta ley de venganza me digas tú, mundano, que es suave, y que la del perdón no se puede sufrir de dura! Los ciegos verán que estás ciego y que tu pasión te engaña. Esta ley es del demonio homicida y del mundo arrogante y pundonoroso, que como son tiranos crudelísimos hacen pregmáticas conformes á su tiranía. Dios, que es dulce y suave, no hace ley de venganza, viendo cuán pesada es y dificultosa, sino Él la toma á su cargo. *Mihi vindictam et ego retribuam* (Rom., 12). No os venguéis vosotros, que ni lo podéis hacer ni os quiero tan mal que os obligue á tanto trabajo y peligro; á mi cuenta quedan vuestros agravios, para si no os hacen enmienda dellos castigar á los ofensores; á la vuestra está amar y beneficiar á quien os ofendió. ¡Oh, ley suave! *Dulcis et rectus Dominus; propter hoc legem dabit delinquentibus in via* (Salmo 24): «Dulce y recto es el Señor; por tanto dará ley á los que van fuera de camino». Como dulce da ley y muestra el camino á los pecadores descaminados, y como recto castiga á los transgresores. *Diriget mansuetos in judicio, docebit mites vias suas:* «Endereza en el juicio de su ley á los mansos, á los que no saben hacer mal». Como dulce les quita la venganza de las manos, y como recto se encarga de tomarla de quien les agravia. Es Dios de amor, antes la misma caridad y así ley de ella; la misma ley descubre la dulzura de entrañas del legislador. Amad á vuestros enemigos. Cosa que en tu casa y en tu quietud la puedes cumplir; que ni gasta la hacienda ni aventura la vida, y que te libra de los daños que la ira trae consigo. Pues si queda probado que la ley de amor es suave y la del odio insufrible, ¿en qué razón cabe que quieras más servir al demonio con pesadumbre que á Dios con suavidad? Asombro es y disparate que encanta ver la perversidad de los hombres, que pueda el demonio y el mundo hacerlos observantísimos de sus leyes inicuas y acaben con ellos cosas durísimas, y no acabe Dios que guarden sus leyes provechosas. Que haya persuadido Satanás á los idólatras que les sacrificasen hombres y lo tuviesen á buena ventura los mismos que eran degollados y quemados, que les pidiese á los padres sus hijuelos tiernos, y de mil amores, quitándolos de los pechos de las madres, los arrojaban en el fuego á honor de los ídolos. Y lo que es más: los hebreos, pueblo escogido, ofrecieron estos nefandos sacrificios. *Et sacrificaverut filios suos et filias suas dæmoniis* (Salmo 105): «Y vertieron la sangre inocente de los ternecitos infantes en sacrificio á los ídolos de Canaan». Mas, pídenle los hijos de Israel á Aarón que les haga un ídolo; él, vista su determinación y conociendo su avaricia, responde: ¿Idolo queréis? Mirad que entre en costa; traedme las joyas de oro de vuestras mujeres, hijos y hijas para fundirlas. No paréis en eso. Al punto las desenjoyan y dan toda su riqueza y ornato para hacer un becerro. Ambicioso, que idolatras en la honra, mira que pides cosas incompatibles con tu hacienda; que has de tener mucha casa y doblados criados de los que sufre tu renta; gastar en caballos, en caza, en juegos, entrar en fiestas, hacer banquetes y otros mil cumplimientos, ¿puedes con eso?—No, sino reventando, no poniendo en estado á mis hijas, empeñando mi casa, haciendo mohatras, no pagando lo que debo. ¿Pero mi honra? Ya estoy puesto en esto; ¿qué dirán si caigo de mi punto? —Traidor, ¿quién te manda que te sacrifiques? ¡Si Dios te mandara dar eso en limosnas!—¡Ah, Señor, que no me alcanza la sal al agua, que he de andar muy ajustado para sustentar casa y familia! ¿Helo de ajustar á mis hijos y darlo al que pasa por la calle?—Pues loco, con lo que te disculpas con Dios, ¿no te disculparás con el

mundo? ¿Tan honrado es el mundo que no le bastará ese descargo? Carnal, que andas hecho esclavo de tus apetitos, tratado dellos cual nunca forzado de galera; cómitre de tu descanso, que no lo comen tus hijos, ni lo viste tu mujer por darlo á la sucia ramera; tú, que no duermes de noche, desvelado, guardando esquinas como armado de monumento, esperando la seña de la liviana que pasa por el aposento de su padre ó hermano celoso á abrirte la puerta con manifiesto peligro de su honra y de la vida de ambos; tahur, que te estás toda la noche amarrado á un bufete como á un banco de galera, sin dormir, sin cenar, perdiendo la salud, si Dios te pidiera eso para ir al cielo, ¿qué hicieras? ¡Oh frenesí, oh locura nuestra, oh ceguedad! ¡Oh cielos, oh tierra! sed testigos de esta bruta iniquidad: que para servir al diablo no hayan los hombres dificultad; vaya todo, la hacienda, los hijos, la sangre, la vida, y para Dios todo es cuesta arriba; y una ley tan fácil y amorosa puesta por el Hijo de Dios, ¿se nos hace imposible? *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.*

CONSIDERACIÓN QUINTA

Pero á quien no mueve todo lo dicho para amar al enemigo, hágalo siquiera por el altísimo premio que el Señor promete por esta obra: *Ut sitis filii Patris vestri qui in cœlis est, qui solem suum oriri facit super bonos et malos.* Tiene tanta fuerza la naturaleza, que imprime en el hijo la semejanza del padre, no sólo en la sustancia, sino en los accidentes corporales y espirituales: el color, la figura, el lugar, la condición, el ingenio, y cuando sale muy parecido decimos que es hijo de padre; pues llegue la gracia donde llega la naturaleza, y hágaos no sólo hijos de Dios, sino parecidos á él en la condición. Nuestro padre Dios es de su natural condición clemente, benigno y misericordioso, fácil en perdonar; y deso se precia: *Deus cui proprium est misereri semper et parcere.* Traslademos en nosotros estas entrañas de misericordia, si nos preciamos de hijos suyos. Porque vio á David tan piadoso y sufridor de injurias que perdonó á Saul y sufrió á Semey y lloró á Absalón, dice Dios: *Inveni virum secundum cor meum*: «Hecho al talle de mi corazón, cortado á medida de mi voluntad». ¡Ah, Señor! que ha sido adúltero, homicida, soberbio; ¿cómo según vuestro corazón? Porque sabe perdonar, tiene corazón compasivo, sufridor, amoroso, y con este amor de caridad echó la capa á todas esas flaquezas. Por eso le llama varón, porque es obra varonil remitir las injurias. Amad á vuestros enemigos, *ut sitis filii Patris qui in cœlis est.* ¡Oh insigne título y soberana dignidad! ¿Quién hay que no sea amigo de honra? ¿Y qué mayor honra que ser hijo de Dios? *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater: ut filii Dei nominemur et simus:* «Mirad cuanto nos amó el Padre, qué gracia nos hizo: que nos llamemos hijos de Dios y en efecto lo seamos». El rey escribe á un grande: duque primo, y á un título: marqués pariente; pero si no lo son, no les dará ese apellido el parentesco. Dios sí, cuyo decir es hacer, da con la nombradía la filiación; llámanos hijos y hace que lo seamos por gracia, y danos caridad que es amor divino y sobrenatural con que le amemos; eso promete al que ama á los enemigos. Y advierte Orígenes que no sólo una vez seremos hijos, sino tantas cuantas querredes al enemigo y le hiciéredes buenas obras seréis engendrados en hijos de Dios (Orig., *Hom. ult. in Isai. et hom. 8. in Jeremiam).* En esto quiso que pareciese la generación de los hijos adoptivos á la del Unigénito natural, que así como él es eternalmente engendrado y siempre su Padre le está engendrando y por eso se llama *Splendor gloriæ*, porque el resplandor siempre se está produciendo y engendrando de la luz, y así el Verbo divino siempre nace *Deum de Deo, lumen de lumine;* á esta traza, con cada beneficio que al enemigo hiciéredes, con cada acto de amor, os estará Dios de nuevo engendrando en hijo suyo. Y á esto parece que alude el Señor en lo que dice: *Qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos*: «Cada día hace Dios nacer al sol y diversas veces al año engendra las pluvias». *Quis est pluviæ pater? Vel quis genuit stillas roris?* (Job., 38). «¿Quién sino yo, dice Dios, es padre de la pluvia? ¿O quién engendró las gotas del rocío?» Pues si tú imitares la bondad divina en esa frecuencia de actos de amor y de buenas obras y oraciones para con tus enemigos, tantas veces nacerás de Dios como nace el sol y se engendra la pluvia. Pues si ser hijo de Dios una vez es dignidad tan sublime como pondera San Juan: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*, ¿qué serlo tantas y por tantas vías?

CONSIDERACIÓN SEXTA

Ultimamente te quiero poner delante el ejemplo del Hijo de Dios natural: mira cómo cumple y guarda lo que te manda; cómo ama á sus enemigos en vida y en muerte; cómo les hace tan gran bien que les da la sangre y la vida; cómo ora y con qué palabras por aquellos que le crucificaban. Acuérdate de aquello: *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt* (Luc., 23); la primera de aquellas siete palabras que en la Cruz se hablaron, como fundamento de los siete Sacramentos y como declaraciones de los siete dones del Espíritu Santo. Pon delante de tus ojos la disposición en que estaba cuando esto

dijo: cuán sin consuelo en el alma, porque se le había como de golpe cerrado la puerta á todo lo que no fuese tormento y pena; con cuán crudos tormentos en el cuerpo, que todo estaba llagado; y si se movía, le afligían las llagas que los clavos hacían en pies y manos; si meneaba la cabeza, no podían dejar de lastimarle las espinas de que estaba coronado; si quería estarse quieto y quedo, no era posible por los graves dolores y fatiga de la persona toda. Contémplale en aquella postura lastimosa, cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están estiradas sus resecas entrañas, cómo están descaídos sus ojos hermosos, cómo amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro y cómo riegan sus travesados pies los arroyos de su sangre; y sobre todo, cómo, blasfemado y deshonrado, no abrió su boca para decir una mala palabra. Y pues que la boca habla lo que el corazón piensa, por esto poco que habla en tu provecho, considera y entiende lo que piensa, aun cuando no habla, y cómo sus pensamientos suben por ti como incienso del brasero de la Cruz, donde por tu amor ardía. Fueron sus palabras dichas, como San Pablo declara, *cum clamore valido et lachrimis offerens, exauditus est pro sua reverentia* (Hebr., 5). Porque fuesen de mejor gana oídas y aceptadas, mezcladas iban las lágrimas que manaban de los ojos con las gotas de sangre que de las puntas de la cabeza corrían por todo su rostro; la sangre adornaba la petición y hacía hermosa; las lágrimas y los clamores la levantaban, y los suspiros daban vuelo para que llegase hasta la presencia del Padre, donde iba; y pues que penetraron los cielos y ablandaron las entrañas paternales, justo es que dejes tú penetrar la dureza de tu pecho y le des entrada á tu alma, si eres hijo suyo. *Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt.* Ocupados los judíos en escarnecer, atormentar, crucificar á Jesús, el mismo Jesús, como si no fuera él contra quien esto se hacía, como si no le dolieran sus dolores, se ocupaba en hacer bien á quien tanto mal le hacía. Aquel que en sus causas propias no abrió la boca para su defensa, ni para rogar por sí, ni para recusar los testigos, sino calló como oveja en manos de quien la esquila, y á pura fuerza de ser conjurado, dice muy pocas palabras en causa tan justa como su defensa, en causa ajena no calla, sino pide, ruega, demanda con eficacísimas palabras. Jesús decía: ¿Quién me decís que era ése que decía? Jesús hijo de Dios unigénito. ¿Y á quién hablaba? A su padre Dios. ¿Y desde dónde? Desde el árbol de la cruz en que estaba enclavado. ¿Cuándo, en qué ocasión ó tiempo? Cuando consumidos los humores y gastadas las fuerzas, estaba á la muerte vecino. ¿En qué disposición estaba puesto cuando eso decía? No sentado, ni recostado con descanso, sino en pie, puesto sobre un clavo afirmado y de dos pendiente por ambas manos. ¿Y por quién hace esa plegaria y dice esa misa? Por los mismos que le estaban crucificando, por los que de sus mismos males ningún cuidado tenían, por aquellos que habían pedido: venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; y apela El de la sentencia que Dios á petición dellos mismos contra ellos fulminaba, y esto públicamente, delante amigos y enemigos, delante los Príncipes de los judíos y delante sus ministros y los de los paganos, delante su madre y sus discípulos, para que todos deprendiesen esta doctrina y los amigos no pidiesen venganza desta culpa y los enemigos pudiesen esperar perdón della, si hiciesen penitencia. ¡Oh caridad inflamada! ¡Oh paciencia no vencida! ¡Oh mansedumbre no irritada! ¡Oh grandeza no abatida, muestra clara de quien era! Gritaban los judíos blasfemos: *Si Rex Israel est, descendat de cruce, et credimus ei.* ¡Ah, traidores, que no sabéis lo que os decís! que por ser Hijo de Dios y para mostrar que lo es, no ha de descender, sino interceder y morir por los enemigos. Jesús, empero, decía: ¡Padre, perdónalos! ¿Quién sino Dios tuviera ánimo para decir tal entre los puros hombres? No me espantara, Señor, tanto, si fueran estas palabras vuestras de las postreras; pero sácame de sentido, que antes que encomendéis vuestra madre al dicípulo y á él dejéis encomendado á ella; antes que convirtáis al buen ladrón y le prometáis el premio que su confesión merecía; antes que de vos mismo os acordéis y tratéis vuestras causas con el Padre, comencéis por el perdón, por el amor, por el beneficio, por la oración que por los enemigos encamináis al cielo. ¡Oh excelente oración y de gran mérito, de grandísimo ejemplo, de suma eficacia, llena de caridad, de piedad, de misericordia, digna de ser oída por el respeto que se debía á quien la hacía! ¡Padre! No le llama Señor, por ser nombre más de severidad que de clemencia, sino Padre de misericordia y Dios de toda consolación. ¡Padre! Por cuya obediencia estoy puesto en esta cruz, con determinación de morir en ella, pues mediante mis tormentos y cruz y muerte está decretado en el eterno consejo que los que se han de salvar se salven, pido que se comience por aquí; que desde este punto tenga mi cruz su efeto, que sean los primeros que le participen éstos que me crucifican, y en pago de ser verdugos de mi vida y ministros crueles de la pasión con que se han de salvar todos, lleven este beneficio. De generosos ánimos ha sido no sólo perdonar, sino pagar al verdugo

que hace su oficio; yo quiero que de mí se deprenda esto; esta cruz padezco por quitar tu ira del mundo, por reconciliar los pecadores contigo, por reducir el mundo á servicio tuyo y pagar yo por todos. Comienzo por éstos y en ellos quiero hacer el ensayo de lo que de tu liberalidad pretendo; esto sea señal de lo que con mis trabajos, clavos, cruz y muerte he de merecer al mundo. *Dimitte illis.* En esto se muestra nuestro sacerdote, cuyo oficio es mediar entre Dios y su pueblo; esta es la oración que hace al Padre nuestro Pontífice sumo, no sólo demandando sino ofreciendo cosa que lo valga para impetrar por justicia. Piden, pues, sus llagas: *dimitte illis.* Piden sus dolores: *dimitte illis.* Pide su sangre que habla mejor que la del primer justo: *dimitte illis.* Recibe estos tormentos por los pecados destos: yo pago sus deudas, doy mi sangre en precio, mis dolores en paga, mi vida por satisfacción, mi alma y mi cuerpo en sacrificio; digno es esto de hallar en vos misericordia, pues es tan copiosa mi redención. Oyó el Padre la oración de su Hijo, y en virtud della se quebraron las piedras de aquellos corazones empedernidos, y los que ante Pilatos clamaron: ¡crucifícale, crucifícale! ahora compungidos *revertebantur percutientes pectora sua.* Y destos convirtió San Pedro en dos sermones ocho mil, y él y los demás apóstoles á otros muchos. Por la eficacia desta oración el Centurión se convirtió también, diciendo: *Vere Filius Dei erat iste*: Hombre que en este trance ruega por sus enemigos, verdaderamente es Hijo de Dios. En testimonio deso el primer hombre que derramó su sangre por la confesión de la divinidad de Cristo, rindió el alma rogando por los que le apedreaban. *Domine, ne statuas illis hoc peccatum* (Act., 7). ¿Quién os enseñó, Esteban, esta oración que nadie en ley de naturaleza ni escrita había hecho? Dios, que murió por mí; y así como El se mostró ser Hijo de Dios en hacer primeramente aquella oración, así también ahora lo muestra en dar valor al hombre flaco para que le imite: y es llano que aquél por quien muere es Dios, pues tal virtud pudo dar á su testigo. Y fue tan meritoria esta oración, que por ella convirtió Cristo á San Pablo, que fue el principal autor de la muerte de San Esteban. *Nisi enim Stephanus orasset, Ecclesia Paulum non haberet* (San Aug.). En esta obra tan gloriosa y heroica procuremos imitarle, mostrándonos hijos de Dios adoptivos en lo que lo mostró el natural; ya él lo comenzó y da virtud al hombre para que lo cumpla, que es la gracia, prometiendo en premio la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

SÁBADO DESPUÉS DE LA CENIZA

Cum sero esset, erat navis in medio mari et ipse solus in terra.

(MARC., 6).

La historia del Santo Evangelio, tejida de dos santos Evangelistas, San Mateo, cap. 14, y San Marcos, cap. 6, que la cuentan, es que como el Señor hubiese acabado de hacer aquel banquete milagroso á tantos millares de hombres con solos cinco panes y dos peces, y recogidos los relieves de la mesa por los apóstoles, mandóles el Señor, ó, como dicen los Evangelistas, forzóles que se embarcasen en una navecilla y pasasen desotra banda del mar, mientras él despachaba aquella gente; y habiéndola despedido, subióse al monte á orar solo, y sobrevino la noche. Cristo estaba en tierra y la nao en medio el mar engolfada; levantóse un temporal recio que embraveció el mar; el viento era deshecho y contrario; las olas andaban por el cielo y batían los costados de la pobre fusta, y los discípulos, como buenos marineros, con los remos en las manos, proejaban contra viento y procuraban en vano llegarse á tierra. En este afán se les pasaron las tres guardias de la noche, y allá, al cuarto del alba, viene Cristo, que desde tierra veía su trabajo, á darles socorro, no embarcándose en barca ni navío de vela ni remo, sino hollando las olas embravecidas del mar y andando sobre las aguas como si fuera tierra

sólida y firme. Grande era el miedo que ocupaba los ánimos de los afligidos desvelados dicípulos, pues á un mismo tiempo lidiaban con enemigos tan bravos como agua, viento y escuridad.

Præsentemque viris intentant omnia mortem.

(VIRGILIO).

Todos conjurados en su perdición. Pero este miedo cesó, como quien con un clavo saca otro, con otro mayor que les sobrevino de ver á un hombre andar por las aguas del mar, aunque parecía quererse pasar de largo y no llegarse á ellos; pensaron que era fantasma de la otra vida, y los que para la tormenta habían tenido cerradas las bocas, las abrieron dando gritos de terror á esta visión. Hablóles el Señor entonces y dijo: «Confiad, yo soy; no queráis temer». San Pedro, muy confiado y deseoso de verse con Cristo, pareciéndole cualquiera dilación larga, dijo: «Señor, si sois vos, mandadme ir á vos sobre las aguas». Dijo el Señor: «Ven». Arrojóse Pedro luego de la nave al mar, que todavía andaba alterado, y caminaba por el agua libremente; pero desviando los ojos de Cristo, que era el norte que le guiaba, púsolos en el viento forzoso que entonces se embraveció más, y comenzando á enflaquecer en él la confianza que le sustentaba, juntamente se comenzó á ir á fondo. Viendo su peligro, dio voces á Cristo: «Señor, salvadme». Alargó el Señor la mano y levantóle, diciendo: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?». Y llevando á Pedro de la mano subió en la nave, y luego cesó el viento y la tormenta, y fueron á desembarcar en tierra de Genesaret. Divulgóse la fama de su venida y comenzaron á traer los enfermos en lechos; y en todos los lugares que entraba ponían los enfermos en las plazas, suplicándole que siquiera los dejase tocar á un hilo de su ropa; y así pasaba que todos los que tocaba, sanaban. Esta es la letra. Pidamos la gracia. Ave.

INTRODUCCIÓN

De cuatro elementos se compone el mundo natural en que vivimos, como todos sabemos, ordenados con la maravillosa disposición que la divina Sabiduría trazó conforme á la vida de los animales que en ellos habían de vivir. Sobre todos rodeado el fuego, á quien el aire se sigue más junto en lugar, como más conforme en calidades y sustancia. Seguíase el agua luego, abrazada por todas partes del aire y abrazando por todas sus partes á la tierra; sino que mandó Dios que las aguas se juntasen hacia un lado y diesen lugar que la tierra se descubriese, para que en ella viviesen los animales terrestres, de que fue llena luego que se cubrió de hierbas y plantas. Así que del agua y tierra resultó un cuerpo ó globo mixturado en maravillosa disposición de ambos elementos, sin que pueda el tiempo desbaratarlos. A David le pareció soberano argumento de la divina Providencia: *Domini est terra et plenitudo ejus, orbis terrarum et universi qui habitant in ea. Quia ipse super maria fundavit eam et super flumina præparavit eum* (Salmo 23). ¿Queréis ver que es del Señor la tierra y cuantos minerales la llenan por de dentro, repartidos en ella como venas, y cuantas plantas la cubren por de fuera y visten y adornan con sus hojas y engalanan con flores tan hermosas, no sólo á una región de la tierra, un clima, una zona, sino *orbis terrarum et universi qui habitant in ea*, la redondez de la tierra y todo cuanto en ella vive y se sustenta? Pues no miréis en toda esta fábrica tan rica y maravillosa más que á los fundamentos, que suelen ser en los edificios lo menos bello y de menores aparencias. Él fundó la tierra sobre los mares y la estableció sobre los ríos. Las zanjas que llegan al agua, gran firmeza suelen prometer; pero sólo sobre agua fundar increíble cosa parece. ¿Cómo no se hunden los montes tan pesados, en tan deleznables fundamentos asentados? ¿Cómo duran en sus lugares las grandes sierras, sin menearse de sus asientos, siendo lábiles y movedizas, cuales son mares y ríos sobre que están puestas? Porque el gran Arquitecto lo asentó todo tan bien, que nunca jamás faltarán de sus lugares; á su providencia se ha de atribuir esa firme constancia. De aquí es que hallamos cosas en aparencia opuestas de los fundamentos de la tierra. Dícese unas veces: *appendit terram super nihilum:* «suspendió la tierra sobre nada». Otras: *quis appendit tribus digitis molem terræ:* «tiene colgada la tierra como pera de tres dedos». Otras: *fundasti terram super stabilitatem suam:* «fundaste la tierra sobre su basa ó firmeza»; y todo es decir lo mismo por diversas palabras: porque estar la tierra sobre su firmeza y estar sobre los mares es lo mismo que sobre nada, y eso mismo es estar suspensa y colgada de tres dedos, de la omnipotencia, sabiduría y bondad divina. De estar así juntos, como hemos dicho, y mezclados sin confusión, agua y tierra, de manera que en cualquier golfo que se halle un navío, puede con no muchas brazas de sonda llegar á tierra, y en cualquier parte de tierra con pocas sogas llegar al agua, se sigue que el hombre político no sólo ha de ser para la tierra, sino para el agua, y no sólo contentarse con andar por donde los bueyes y los demás ganados, sino por donde los atunes y sollos y dorados, y por donde las sardinas y arenques y bacallaos, para servirse dellos.

Para esto suplió la industria lo que faltó á naturaleza, y se han hecho ballenas y bufadores y miotos y marrajos de palo; y danles velas por alas, y remos por rejos, y timones por colas, para que como peces del mar no dejen senda que no corran. Usan, pues, en estos navíos navegar, ó á vela, que es más descanso, ó á remo, que es más seguro, ó á lo uno y á lo otro, que es más socorrido, como las galeras, zabras, bergantines: tal debía ser este bajel en que los apóstoles navegan, porque dél se dice primero que era navío: *erat navis in medio mari*. El navío hace su viaje á vela, y después se dice que vio Cristo á sus discípulos *laborantes in remigando*: «trabajando en remar». De modo que era fusta de remo y vela. Pero antes que digamos la significación de este navío, será bien declarar la que tiene el mismo mar por donde navega.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Erat navis in medio mari. Aunque el mundo natural se componga de los cuatro elementos ya dichos, el mar es el que más señaladamente entre todos ellos significa en la Escritura otro mundo en que también vivimos, no tan visible como el primero. De aquí es que en la Escritura hay tanta mención del mar, y por diversas maneras se trata dél como de un ferocísimo y grandísimo animal. Y en Job leemos que le señala Dios madre de que nazca, pañales y fajas con que se envuelve recién nacido, cárceles después y prisiones, como cunas en que se crie, porque no sea dañino como lo sería, y señalados y contados los pasos hasta donde le es lícito espaciarse. Item más, se le asignan manos y corazón y lengua, pues una vez leemos: *Hoc mare magnum et spatiosum manibus*: «Este gran mar y largo de manos» (Salmo 103). Y en otra parte: *Transferentur montes in cor maris*: «Serán trasladados los montes en el corazón del mar». Y en otro lugar: *Desolabit Dominus linguam maris Ægipti*: «Destruirá el Señor la lengua del mar de Egipto». Malas manos y lengua peor, y peor que todo, malísimo corazón. Largo sería querer tratar del mal lenguaje del mundo, y de sus malas obras, y de su corazón helado y empedernido. Dásele una vez movimiento soberbio contra Dios, *mirabiles elationes maris*: «Maravillosas soberbias son las de la mar». Otra vez, fuga: *Mare vidit et fugit*: «La mar vio y huyó». Si vio, ojos tenía, y si huyó no careció de pies. Todo esto nos significa las propiedades del mundo semejantes á la mar, y ser la mar este mundo. Algunos pocos se hallaron que se pudieron escapar de no entrar en este mar y fue su dicha grandísima, pero rarísima; aquellos que viviendo en carne no viven según ella; aquellos que de pies en tierra conversan en el cielo. Doce hijos tuvo Jacob, y muriéndose dijo á solo uno: *Zabulon in littore maris habitabit et in statione navium pertingens usque ad Sidonem* (Génesis 49): «Zabulón en las playas de la mar morará y en puertos y bahías y ensenadas, donde se recogen las naves que llegan hasta Sidón». San Ambrosio explica este lugar de la Iglesia, y en el mismo sentido le aplicamos nosotros á los varones perfectos y espirituales que viven en la Iglesia. Dichosos aquellos que viven, no en el mar, sino junto al mar; están en el mundo combatidos de tormenta de vicios, pero no son del mundo; están en la ribera y en tierra inmobles y firmes como el isleo ó escollo en que baten las olas y no le quiebran, y antes las quiebra, semejantes á la casa fundada, no sobre arena, sino sobre peña viva, que, de los torbellinos, lluvias y ríos impelida, no pudo ser derrocada. Están en el puerto seguros, mirando las fortunas y naufragios de los que en este mar peligran y miserablemente perecen; ellos fuera de peligro y dispuestos para socorrer á los que después del naufragio salen á nado á guarecerse en su ribera. Y como gente marítima trata en mercancía, y goza de las riquezas de las otras tierras que por mar á la suya se traen, contratan con Dios, y con el navío de su oración traen de la India del cielo espirituales riquezas de gracia y de virtudes; y cuando salen de su clausura y recogimiento á tratar con los prójimos, es para aprovecharles con su doctrina y ejemplo y traerlos á Dios. Y verifícase en ellos más altamente lo que Moisés profetizó: *Lætare, Zabulon, in exitu tuo et Issachar in tabernaculis tuis*: «Alégrate en tus viajes, Zabulón, y tú, Isachar, en tus estancias». Y declarando el por qué debían estar alegres ambos hermanos, dice: *Populos vocabunt ad montem; ibi inmolabunt victimas justitiæ*. Las granjerías no serán de oro ni plata, sino de ánimas que traerán de las regiones adonde aportaren, al monte del templo, á que dejados sus dioses muertos y ciegos, á sólo Dios verdadero hagan justos sacrificios. Y concluye con lo que nos importa. *Inundationem maris quasi lac sugent et thesauros absconditos arenarum*: «Mamarán como leche las crecientes del mar y sacarán los tesoros escondidos en las arenas». Las crecientes de las aguas saladas queman y hacen estériles los campos todos á donde alcanzan, y los arenales de las playas ninguna hierba producen que sea de provecho; pero éstos de que vamos hablando, éso que á los demás daña les aprovecha; sacan grandes riquezas de la esterilidad; esles provechoso lo que regularmente daña; la soledad es para tales poblado, y allí hallan gusto en el silencio, pobreza, humildad y retraimiento, donde otros se desconsuelan. En leche

se les tornan las amarguras, las lágrimas, la penitencia, la mortificación, las asperezas, que son hiel y acíbar para otros; porque al sabor de la cruz del Señor les son dulces las grandes y pesadas suyas. Son de increíble valor para ellos verse desamparados de todas las cosas; son pocos éstos, y no se toma regla común de cosa que es rara.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

No son más aquéllos que por estos mares, divididos por la omnipotencia de Dios, pasan á pie enjuto. Los israelitas solos pasaron por las carreras que abrió Dios en el mar Bermejo á donde fueron los gitanos anegados. Dos hallamos que se lanzaron al agua y se escaparon: Jonás en la tormenta y San Pedro por ver á Cristo resucitado. Jonás dio en la boca de un gran pece, que le sirvió de navío; Pedro, como buen nadador, salió á tierra. No hacen verano golondrinas tan solas; lo regular es que de todos se diga: *qui descendunt mare in navibus, facientes operationem in aquis multis* (Salmo 108): «Que descienden al mar en naves y navegan los golfos grandes y de aguas muchas». A todos, pues, los que vivimos cumple saber algo de la vida marinesca; por eso eligió sus discípulos el Señor hombres de costa y que supiesen lo que en la mar se pasa. Al que camina por tierra bástale ir pertrechado de lo que es para eso necesario: bestia, alforja, criado, bolsa; al que anda en la guerra, armas y caballo; el que vive en paz, sin armas podrá pasar la vida; á cada oficial bastan los instrumentos para su oficio limitados. Quien navega, sepa que no sólo ha menester lo que basta para navegar, sino de repuesto lo que es necesario para los naufragios: porque tan usada es la próspera navegación como su enemiga, y tarde acordará si quiere para la tormenta pertrecharse en ella. Debe, pues, saber cada uno que se embarca los peligros de la navegación, para ir apercibido para ellos; y oir á San Jerónimo, que supo deste menester mucho, porque anduvo mucho por las aguas del mar: *Et ego, non integris rate vel mercibus, nec quasi ignarus fluctuum praemoneo; sed quasi super naufragio ejectus in littus; doctus nauta, timida navigaturis voce denuntio. In illo æstu Charibdis luxuriæ salutem vorat. Ibi ore virgineo ad pudicitiæ perpetranda naufragia, Scylla, seu renidens libido blanditur. Hic barbarum littus, hic diabolus pirata, cum sociis portat vincula capiendis. Nolite credere, nolite esse securi. Licet in modum stagni fusum æquor arrideat, licet vix summa jacentis elementi terga crispentur, magnos hic campus montes habet; intus inclusum est periculum, intus est hostis; expedite rudentes, vela suspendite, crux antennæ figatur in frontibus; tranquillitas ista tempestas est* (*Ad Heliodorum*, epístola I, cap. I): «Y yo, no como quien ha traído su nave y ropa á salvamento y con buen viaje aportado, ni como marinero de agua dulce sin experiencia de las olas del mar, sino como quien, perdido el caudal, sale desnudo dando á la costa; como piloto cursado amonesto con voz temerosa á los que se embarcan de los peligros que hay en esta derrota. En aquel estero se halla Caribdis de lujuria, que se traga la salud de las almas. Allí en aquel arrecife se descubre con lustroso rostro de doncella Scila, y con blandos y amorosos ademanes convida á perder la vida, perdiendo la limpieza. Aquella es costa brava; aquel que por allí apunta es el diablo cosario que viene á prendernos con los de su cuadrilla. No le creáis, no os aseguréis, aunque parezca el mar en leche, más sosegado que un estanque suele, aunque el aire fresco volando manso sobre las aguas serenas y bonancibles las encrespe con hermosura. Estos llanos, grandes montes encierran: dentro está el peligro, dentro el enemigo; alista las jarcias, apresta las trizas, leva entena, iza vela, vergas en cruz, á pique todo, escota en mano, que esta bonanza sin duda es tormenta». Estas son palabras de San Jerónimo, piloto muy práctico en esta carrera, y su autoridad nos manda que, reparando un poco en lo que dice, consideremos cuatro linajes de peligros que él apunta, aun cuando el mar está en bonanza, que son: cosarios, vientos, estrechos y bancos. Los cosarios no son Barbarroja, ni Dragute, ni Amurate Arraez, ni Francisco Draque menos; sino son aquellos espíritus deste aire; son el príncipe deste mundo; son el Dios deste siglo; son aquel león adversario nuestro que no deja caleta ni ensenada que no busque, que con sus fustas no requiera. Bien seguro estaba David ya á la vejez, y hecha penitencia de sus culpas, cuando á la desprovista dio este cosario sobre él con grande daño de su tierra. *Consurrexit Sathan contra Israel et concitavit David ut numeraret Israel* (I Para., 25): «Levantóse Satanás contra Israel y concitó á David que contase su pueblo». Este llamamos cosario cuyas importunas sugestiones y repentinos asaltos suelen coger desapercibidos á los más perfectos y más esforzados caballeros. Pero este cosario tiene compañeros y aliados que le ayudan y van con él á la parte. *Hic diabolus pirata cum sociis.* ¿Que es menester que él se canse? Yo le aconsejo á Satanás que no haga costas en sacar su fustalla; porque él tiene en tierra gente tan solícita en su servicio, que se puede muy descansado estar en su casa, que por las puertas le entrarán los cautivos á manadas. *Vos ex patre diabolo es-*

tis et desideria patris vestri vultis facere, se dijo á unos: «Vosotros sois hijos del diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre». ¿Qué son sino hijos del diablo, ayudantes y confederados suyos, los que escandalizan á sus prójimos y los provocan y aun compelen á pecar? Los que importunan, los que solicitan, los que tercian, ruegan, escriben, dan, prometen, amenazan, persiguen; los que persuaden á uno que jure falso y al otro que se vengue, á otro que pervierta la justicia, ¿qué son sino demonios encarnados, que hacen lo que el diablo desea y no puede exteriormente? Ellos lo ejecutan como gente de su manada ó camarada. ¿Pues y á las mujeres? Nuestros abuelos, señores, se lamentaban de que Granada se hubiese ganado á los moros, porque ese día se mancaron los caballos y enmohecieron las corazas y lanzas, y se pudrieron las adargas, y se acabó la caballería tan señalada de Andalucía, y mancó la juventud y sus gentilezas tan valerosas y conocidas. Ahora se lamentan sus nietos de que las granadinas les entren por sus tierras y se las conquisten, que se han multiplicado más que langosta y tienen estragado cuanto fresco y verde en ellas parecía; ellas viles, sus madres avaras, sus padres apocados, los mozos desenfrenados. No se puede decir el estrago que han hecho en la juventud en muchas partes de la comarca. La castidad, como el rosicler, no cae ni asienta sino sobre pechos generosos; no se halla en gente vil, ni se espere desa, que no la llevan de casta, ni lo deprenden en doctrina, porque no oyen sermón ni confiesan. Y la lástima es que para la langosta no falta un escolar que la conjure; ¿y á esta pestilencia no hay quien salga á descomulgarla? Remédielo Dios por su misericordia.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Tras los corsarios son de temer los vientos de nuestra misma inconstancia y de las pasiones furiosas, que nos hacen esta navegación tan peligrosa. ¿Quién puede prometerse firmeza? Pues uno que de su valor confiado osó decir que para siempre no se movería, por el mismo caso, escondiendo Dios su rostro dél, quedó turbado y perdido. Pero dejemos estos peligros, que son como de fuera del mar, y miremos otros que le son más intrínsecos: barras ó canales, ó estrechos, por donde no se navega sino á gran riesgo; si no hay gran tiento y gran industria en saber guiar por medio la vara, porque á cualquier parte que declinemos, somos perdidos. Está la virtud en medio de dos extremos que son vicios. *Virtus est vitiorum medium utrinque redactum*. Y por eso es tan difícil el navegar bien, porque se da en un extremo huyendo de su contrario. Pongamos por ejemplo la justicia, aunque, si hablamos como buenos filósofos, no está puesta en medio de pasiones, pero sus extremos tiene: y habrá uno que le parezca que no hace justicia si no quebranta la inmunidad eclesiástica y entra por fuerza en la iglesia, y quiebra las puertas de los monasterios, y mata y azota, y ahorca, y corta, y quema; y no se acordará que sus mismas leyes, que dice que guarda, le vedan eso; y que ellas mismas claman, que son violadas y forzadas, y que los sabios que las instituyeron dijeron que no hay cosa más fuera de término de razón que, siendo las leyes instituídas para salud de los hombres, usar de ellas para destruirlos. Y otro mayor sabio: *Noli esse justus multum* (Eccles., 7): «No quieras ser justo con demasía». Otro habrá que diga con el Cómico: *summum jus, summa injuria*, y aunque estén las tablas de juego en esa plaza, y públicamente haya casas donde se den camas á quien hace injurias á las consagradas por matrimonio, no se le da un clavo, antes desea mucho deso, porque son esos los mejores de sus situados, y dello y de andar á la parte con quien trae tratos vedados come por ahorrar su salario. Más claros están estos peligros en la templanza, en la fortaleza y en las virtudes que se comprehenden debajo déstas. En la prudencia también se halla un extremo de astucia maliciosa y otro de tontería: unos que saben más que las culebras, y por ahí se pierden, y otros que de brutos se van al infierno. Esto que es prudencia de serpientes, junta con simplicidad de palomas, es sin duda dificultoso. En la fortaleza, unos hallaréis que por tírame allá esa paja, han de matar ó cruzar la cara; otros, que aunque les crezcan las ramas de siete puntas no alzaran la mano para derribarlas, sino fuere al cabo del año, para que nazcan otras nuevas. Hallaréis perlados inhumanos que les parece son sus esclavos sus súbditos, y ni aun como á esclavos siquiera los mantienen, visten y curan. ¡Ojalá fuese eso, que menos mal sería! Otros que aborreciendo aquellos ánimos tiranos, son tan buenos hombres, que dan ocasión por su poco celo á que sus súbditos sean díscolos y perdularios; porque no tienen manos para castigar, ni boca para reprehender lo malo, ni lengua para negar lo que no se concede, sino en perjuicio. Al fin gran dificultad hay en navegar entre Scilla y Caribdis, sin tocar á una ó á otra mano de un estrecho tan peligroso, y saber imitar á aquel Señor de quien está escripto: *Dulcis et rectus Dominus, propter hoc legem dabit delinquentibus in via:* «Dulce y recto es el Señor, por eso dará ley á los que faltan en el camino». Buen juez para delincuentes, en quien se halle una dulce rectitud y una recta dulzu-

ra. Cada cual á solas no basta saberlas aguar y mezclar, de modo que no estrague la una á la otra; ni tanta agua que pierda su sabor el vino y toda su fuerza, ni tanto vino que de acerado se suba á la cabeza; con dificultad se hace. Decía no sé quién, que cuando acertaba á dar buen punto al vino, estaba por besarse la mano. Poca ponzoña en la medicina la aviva; carne de víbora se echa en la triaca; una punta de agro en la comida la adoba. Toda la dificultad del arte de la pintura es en las líneas terminantes; sabed así embeber los colores con las sombras, y lo oscuro con lo claro, que realce la obra y parezca que se levanta de la tabla. Finalmente,

In vitium ducit culpæ fuga si car et arte.
(HORACIO).

«La fuga de un vicio hace dar en otro si no se procede con arte». Pero más peligroso aún que lo dicho es en el mar lo que llaman bajíos, bancos, arrecifes, lajas de agua cubiertas y que no se parecen; porque mientras es más largo el viento, es el riesgo más peligroso.

Qui legitis flores et humi nascentia fraga,
Frigidus, oh pueri, fugite hinc, latet anguis in herba.
(VIRGILIO, Eglog. 3).

«¡Oh mozos que cogéis las flores y los mezgados y fresas que nacen, las yerbas humildes y que no se levantan de la tierra, huid á prisa de aquí, que está la víbora ponzoñosa y mortífera escondida en la yerba!» Díjose en otro propósito, y no es fuera del que vamos tratando: ¿A cuántos hace el demonio burlas pesadísimas y con carnazas de buenas aparencias ase en anzuelos de gravísimas culpas? Debajo de ser uno celoso, es enojoso, molesto, pesado á sus hermanos, y aun á veces dañino, y que desea más venganza propia con ira que ejecución de justicia. ¿A cuántos saca de sus oficios, y del encerramiento debido á su profesión y estado, y del silencio necesario para la quietud del ánimo y contemplación y oración á que están dedicados; y debajo de aparencias de piedades impertinentes, y aun indecentes y repugnantes, les hace casamenteros, y testamentarios y averiguadores de cosas muy fuera de las que profesan ellos? ¿Cuántos hay que por ser religiosos son murmuradores y despreciadores de sus hermanos, á quien veen entender en cosa, ó para que no son ellos, ó que no les encomiendan á ellos? Finalmente hallaremos, que los mayores peligros de este mar son cuando los vicios debajo de aparencias de virtudes nos enlazan, tanto más sin remedio cuanto más seguros de que vamos bien encaminados. *Est via quæ videtur homini recta, et novissima ejus ducunt ad mortem* (Prob., 16): «Hay camino que le parece al hombre derecho, y al cabo de la jornada viene á parar en muerte». Porque hay maneras de vivir al parecer virtuosas, y al fin se verá que son pasos contados para el infierno. Y si tantos males, pueblo cristiano, encierra este mar, aun cuando hay bonanza, ¿qué pensáis que será si corre tormenta? Duelos con pan son los ya dichos, si por ir en paz se puede proveer á ellos; pero si la mar se levanta, y las olas se embravecen, ¿quién podrá socorrerse en tan gran turbación como suele haber, aun en los que más saben deste menester? El remedio de todo esto es que venga Cristo al socorro, y mientras se detiene y parece que disimula, que nos valgamos de nuestra industria remando contra el agua y viento contrario, que aunque ella sola no basta á sacarnos de peligro, pero al que hace lo que es en sí, no le niega Cristo su gracia; y como dice San Marcos, aunque noche escura y Cristo en el monte, desde allí *vidit eos laborantes in remigando:* «Los estaba mirando como trabajaban en remar»; y con aquella vista les daba aliento para durar en el trabajo. De suerte que de necesidad se han de juntar la gracia de Dios y la industria del hombre; y este es el misterio de que el navío en que los discípulos navegan es de remo y vela. La vela significa el socorro de la gracia: *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam* (Salmo 144): «Señor, el viento próspero de vuestro buen espíritu es que me ha de llevar á salvamento á la tierra de perfecta rectitud y justicia». Mas porque no pensemos que habemos ir durmiendo y ociosos como los que van en el navío viento en popa, hay vientos contrarios, en que es menester echar mano al remo de nuestro trabajo y diligencia. No es salvarse empresa de holgazanes, como los herejes pretenden, que todo lo asientan á cuenta de la Pasión y trabajos de Cristo, y ellos quieren holgarse y largar la rienda á sus apetitos, yéndose al amor del agua de sus perversas inclinaciones. Los luteranos, sola vela, sola gracia vale. Los pelagianos, sólo remo, estribando en sus fuerzas. La Iglesia, todo junto. Da el primer lugar á la gracia y luego á nuestra industria. *Gratia Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi; non ego autem, sed gratia Dei mecum* (I Cor., 15).

CONSIDERACIÓN CUARTA

Siendo, pues, así, que en este mar hay tantos peligros, y que para escapar de ellos no se excusa nuestro trabajo, no es maravilla que se les haga este mal á los discípulos embarcarse,

y que diga San Marcos que, acabado el convite de los panes y peces, *coegit discipulos suos ascendere in navim:* «Forzó á sus discípulos á subir en la nao». Hanse de notar aquí tres palabras, por decir algo á propósito del auditorio. Forzó dice violencia; subir dice altura; nave es símbolo de reino y de lugar eminente y honorífico. Por ellas significa Cristo su Iglesia, á que llamó reino de los cielos; porque como la nao se hizo para navegar y es casa movediza, que no tiene asiento firme en la tierra, sino siempre va en demanda de ella, así los que en la Iglesia vivimos, profesamos no tener en el mundo ciudad permanente, sino que navegamos en demanda del cielo. También la república secular es comparable á la nave por los autores profanos. Y baste por testigo Platón, cuando dijo que es tan de reir que un hombre negocie de ser gobernador ó juez, como si en la tempestad compitiesen los pasajeros de una nao sobre cuál ha de ser piloto; porque aquél no es tiempo de porfiar, ni de dudar á quién se ha de dar el gobierno, sino de darle todos al que supiere más, pues en esto les va la vida. ¿Qué significa, pues, que el Señor á sus apóstoles, á quien dio el principado de su Iglesia y entregó el timón y gobernalle della, les forzó á subir en la nave? ¿A subir forzáis, Señor? Cosa nueva es esa, ya que no van los hombres forzados. A bajar, con ser graves y pesados, y naturalmente llevarlos á eso sus cuerpos, van de mala gana y por fuerza; á subir con gran prontitud y diligencia no es menester forzarles, que ellos se ofrecen á los lugares altos, y echan rogadores. Para subir á una silla déstas se encaminan los estudios de tantos años, los colegios de Salamanca tan pretendidos; las renunciaciones, á veces fingidas, de sus bienes no son sino echar ropa fuera, y ahorrarse, y tomar de más atrás la corrida para subir más alto; los grados tan costosos, grada son y escalera que se pone para facilitar la subida. Sí, dice, *coegit:* hacer fuerza al apetito para subir; porque no se dan esos lugares sino á los que saben refrenarle. Confieso que hay quien sepa reprimirse, y hacerse fuerza en orden desto; pero es una fuerza disimulada, hipócrita, que no dura más de hasta sentarse en la silla, ó no más de en cuanto piensa poderse esconder de los ojos de los hombres; en sus rincones y á solas sabe Dios lo que pasa. Sin embargo de eso dice el Evangelista: *coegit*, para mostrar, no lo que se hace, sino lo que se debe hacer; que forzados y violentados habían de ir los hombres á los cargos del gobierno. Basta ver que es nao, y que siéndola ha de ser su camino por un mar de amargura, sujeto á mil peligros y contradiciones, donde se ha de velar siempre y estar muy atento á ver que se encamine la justicia de suerte que ni se quite al que la tiene ni se dé al que no la tiene. ¿Qué de cosas hay que contrasten á la ejecución deso? Aquí corsarios, que son los litigantes, armados de toda munición y cudiciosos de quedar con la presa. No hablo de los que por medios justificados pleitean, que esos, por ser los menos y comúnmente los despojados, no merecen nombre de despojadores; sino de los determinados á vencer y salir con la suya, como quiera que fuere, aunque se haya de hurtar y esconder la escriptura verdadera, tragándose cien paulinas, ó hacer otra falsa, y romper la hoja del proceso cuando más no pudiere, y comprar testigos, y cohechar al receptor, y engañar al juez ó recusarle con causas aparentes fingidas. Y cuando la justicia de la parte contraria fuere más clara que el sol, procurar escurecerla con calumnias y mentiras, ó por lo menos entretenerla y dilatarla con plazos injustos y términos ultramarinos, ó por atentado ó contradicción de prueba, para que cansada y gastada la parte contraria se venga á concertar y á desistir del todo del pleito. Los que de esta manera pleitean ¿no son Draques y Barbarrojas? *Usque quo, Domine, clamabo et non exaudies? Vociferabor ad te vim patiens et non salvabis? Quare ostendisti mihi iniquitatem et laborem, videre prædam et injustitiam contra me?* Son cosas que hacen dar voces impacientes á Habacuc de ver el robo manifiesto de estos piratas, que hierven más que toninas en este mar, y vistiéndose el profeta de la persona de los inocentes y desvalidos, y teniendo por propios sus agravios, se querella dellos en el tribunal de la divina justicia. ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré y no seré de vos escuchado? ¿Daré voces con dolor de la fuerza que padezco y no me libraréis? ¿No os mueven las lágrimas de las viudas, el desamparo de los huérfanos, la soledad y poco posible de los pobres? ¿Por qué me habéis dado á ver la maldad y vejación, y la presa, y violenta injusticia con que en mi presencia son despojados de los que más pueden? Notad los términos: *Prædam et injustitiam:* «Robo y violencia»; oficio de cosarios. *Et factum est juditium et contradictio potentior?* «Y es hecho el juicio y la contradicción más poderosa». Juicio aquí en el hebreo es *rixa, jurgium*. Cuestión, maraña, pleito injusto contra alguno, ocasionado y muy reñido, como el que hubo entre los pastores de Loth y los de Abraham sobre la pastura de los ganados, pretendiendo los unos echar de las dehesas á los otros: *Facta est rixa inter pastores gregum Abraham et Loth.* Mas apaciguóla Abraham como bueno, diciendo á su sobrino: *Non sit jurgium inter me et te:* «No haya debate ni riña entre mí y ti». Esta riña ó contienda pinta galanamente Juvenal en la sátira tercera, y viene á concluir con los malos

tratamientos que hacen á los pobres los poderosos:

> *Libertas pauperis hæc est:*
> *Pulsatus rogat, et pugnis concisus adorat*
> *Ut liceat paucis cum dentibus inde reverti.*
>
> (Sát. 3).

¿Sabéis cómo escapa el pobre de la contienda del poderoso? «Abofeteado ruega, y quebrada la boca á puñetes adora, para que siquiera le deje salir de sus manos con los pocos dientes que le quedan». Contradicción significa la vejación que hacen á sus vasallos los señores tiranos. Item: El ingenio maligno de algunos hombres pleitistas, que no se hallan en paz ni pueden vivir sino en litigios y contenciones, de quien dijo Salomón: *Homo perversus suscitat lites*: «El hombre pervertido y de mal natural despierta pleitos dormidos». Debajo de los pies y de donde no pensáis os levanta una trampa. Como el que sopla y aviva la brasa amortiguada, así de lo que no es ni parece que podía ser materia de pleito os hará cien causas. Y que estos pleitistas y trampistas sean más poderosos y salgan con todo cuanto quieren, se duele mucho el Profeta y se lamenta: *Propter hoc lacerata est lex et non pervenit usque ad finem juditium:* «Por eso son despedazadas las leyes sacrosantas, y no se juzga conforme á ellas, y el juicio no puede salir con vitoria». Juicio significa aquí el conocimiento que ha de tener el juez de la justicia, y la constante voluntad de dar á cada uno su derecho; lo que decimos en castellano, hacer la razón; pues porque el malo prevalece contra el bueno, y los mayores contra los menores, por eso no se hace la razón. Y al fin de este capítulo primero vuelve á dar otra querella: *Quare respicis super iniqua agentes, et taces devorante impio justiorem se? Et facies homines quasi pisces maris, et quasi reptile non habens principem*: «¿Por qué, Señor, disimuláis viendo á los que hacen fuerzas y sin justicias? (Otra letra dice: *Contemptores*). A los despreciadores del derecho, de las leyes, de toda equidad, sin respeto á la religión, que en orden de salir con sus injustos haberes y ambiciosos intentos, no dudan atropellar á quien quiera, y violar lo sagrado y lo profano». ¿Y calláis viendo que el malvado se traga al que es mucho mejor que él; y hacéis á los hombres como á los peces del mar, y como á las sabandijas que no tienen príncipe?» Son los peces, como dice Eliano, injustísimos entre todos los animales, pues los mayores se comen á los menores; y entre las regateznas vemos que los lagartos se despedazan unos á otros, y el hipopótamo, que vive en agua y en tierra, es cruelísimo contra los de su misma especie, y así los egipcios le ponían por jeroglífico de injusticia y violencia. Pintaban un cetro real con el pie de hipopótamo y la cabeza de cigüeña, para mostrar que la violencia se ha de rendir á la justicia. Pues entre estos animales no hay rey que mande, ni juez que juzgue, ni castigue á los que injurian, ni desagravie á los injuriados, sino todo va por fuerza, y aquel prevalece que más puede. ¿Qué cosa, pues, más indigna que los hombres, criados para vida política y social, que no se puede conservar sin justicia, sean tan injustos y crueles para los de su misma especie, que se coman los mayores á los menores, y como cosarios, por fuerza ó por fraude, les roben sus haciendas contra todo derecho? ¿Veis cómo son los pleiteantes cosarios? Pues la tormenta de vientos contrarios ¿á quién no atemoriza? Cuando embiste en huracán deshecho, y de una parte sopla la amistad, de otra la justicia, por proa viene el favor, por popa la pobreza y necesidad de sustentar con decencia casa y familia, ¿qué hará en este encuentro de vientos y mares cruzados la nao, sino dar vaivenes y relances á babor y á estribor, dar vuelcos en la cama y no dormir, porque de todas partes le quitan el sueño los golpes de las olas y estallidos de los vientos? Pues ya los estrechos y canales de las causas ruidosas, pleitos remitidos, en cuya determinación hay tanta perplejidad, por las apariencias y razones que hay de una parte y otra; que no hay piloto que así tiemble al pasar de barra ó canal estrecho, como tiembla el corazón al buen juez. No faltan aquí bancos y arrecifes cubiertos de agua, que son más peligrosos, cuando la mentira viene disfrazada con apariencia de verdad y la injusticia fundada como si fuera justicia ó con falsas pruebas en el hecho, ó con aparentes informaciones en el derecho, con leyes despedazadas, como dice Habacuc: *lacerata est lex*, y sin culpa descuartizadas con textos truncados; glosas mal entendidas, autores falsamente acotados, consejos sin conciencia de abogados atrevidos, que imprimen por doctrina común la información cavilosa que hicieran por su parte. ¿Quién se atreve á contrastar á estos peligros y sacar su nao á salvamento? Más. Que esta nao no es de mercancía ó granjería, que son de alto bordo, sino de remo y vela, que son de poco porte, y no llevan más matalotaje del que es menester para la jornada. *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus* (Tim., 2): «Teniendo con qué sustentar la vida y cubrir la desnudez, con eso estemos contentos», decía un piloto de la navegación espiritual. Es el maná que no se reserva para mañana. Y para los que guían la nao secular, es la tasa: *qui oderint avaritiam* (Exodo 18): «Que sean enemigos de la avaricia». Como se manda á los capitanes de las armadas que no carguen, así los jueces

que no hagan granjería de los oficios, porque su fin es: *ut quietam et tranquillam vitam agamus*, «para que vivamos una vida quieta y sosegada». Si, como dice San Gregorio, la vida del hombre es como la navegación, como quiera que esté, ó que quiera que haga, duerma, vele, coma, hable, esté en pie ó acostado, siempre camina; así en esta vida, en todo tiempo y lugar y en cualquiera disposición de enfermedad ó salud, nos vamos acercando al desembarcadero de la muerte. Maravilloso romance deste lugar de San Pablo es, que el fin de los gobernadores no es otro sino que llevemos una quieta y pacífica navegación, no enriquecer sus casas, sino defender las nuestras. Pues son generales, conténtense con sus salarios, y no hagan del regimiento mercancía.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Pues si aquí son tan pocos los provechos y tantos y tan ciertos los peligros, ¿quién hay que de su voluntad se ofrezca á ellos? No se puede á esto responder, sino que *dulce bellum inexpertis*: «es dulce la guerra á los no experimentados». Hay cosas que no se pueden conocer sus daños sino por la experiencia. ¿Quién no desea vivir en la corte, ser consejero, privado, ver la cara de su rey, que le ocupe en muchos negocios? Pues los que saben á qué sabe la trementina se cansan deso, y viven muriendo y aun renegando á veces. Tocan una caja, suena el pífano, alistan gente en una bandera, escríbese al joven florido animoso, saca valones, media de color, jubón de tela, cuera adobada, cuello almidonado con puntas contra la premática, sombrero con cintilla y plumas, cadena de oro, espada y daga dorada, y todo hecho un papagayo, juega sobre el atambor al naipe y al dado, acuchíllase con la justicia, quebranta la cárcel, saca de casa de sus padres á las hijas de vecino, come y triunfa y derrueca en las posadas, que no parecen sino furias infernales desherradas (y con eso les da Dios tales los sucesos): esto es ser dulce la guerra á los no experimentados. Pero cuando se vee en campaña el bisoño, los ejércitos afrontados, y vee los escuadrones cerrados para arremeter, oye el temeroso ruido de las trompas y cajas que dan señal de batalla, el rebramar del artillería, el rugir de las balas, la ferocidad de los encuentros, el quebrar de las lanzas, el caer, el gritar, las heridas crueles, las muertes desapiadadas, los arroyos de sangre, el polvo, la confusión, el ganar, el perder, el temor de ser vencidos, la dificultad de vencer; ¿qué, esto es guerra? ¿Hay cosa más horrible y más espantable en la tierra? ¿Hay retrato más al vivo de la confusión y tormentos del infierno? Así es en nuestro propósito. Ofrécense á los cargos los bisoños, que no han experimentado sus cargas. Dice Plutarco que los que sin consideración de lo que hay en el gobierno se entran en él, son como el que con deseo de gozar del mar se entra en un navío á espaciar, y toma contento á la salida del puerto quieto; pero cuando se engolfan en alta mar y comienza á almadiarse y lanzar las tripas, y andarse la cabeza, vuelve á mirar á la tierra que huye con deseo della y enojo que tiene del mar; pero no puede volver atrás llevado del navío que va á la vela. No de otra suerte, sin duda, los hombres cuerdos y experimentados, cuando ya vienen á abrir los ojos, y se ven engolfados en estas pretensiones, embarcados en oficios peligrosos para el alma, cansados para el cuerpo, nocivos para la salud, desaprovechados para la hacienda, mudables para la honra, contrarios para su gusto; y viéndose almadiados, fatigados y sin reposo, suspiran por el descanso, y se le asienta la carga, y se queja del molimiento. ¡Ah, quién se viese fuera desta atahona! *Ecce gigantes gemunt sub aquis et qui habitant cum eis*, dijo el Santo Job: «Mirad que los gigantes gimen debajo las aguas». Estos gigantes, como explica San Gregorio, son los poderosos del siglo; las aguas son los pueblos que gobiernan, como dice San Juan: *Aquæ populi sunt*. Pues los gigantes enaltecidos en las honras del mundo gimen con dolores de parto debajo de las cargas de los pueblos; porque cuanto uno es más ensalzado más se carga de cuidados graves, y á los mismos pueblos que sojuzga por dignidad está sujeto él con el ánimo y con el pensamiento, pues todo le ocupa en su gobierno. Y de aquí es que la soberbia, cuanto sube más alto, está caída más abajo, y viene á ser señoreada por el camino que pretende señorear; pues tiene á tantos sobre sí, á cuantos rige debajo de su mano. Hasta aquí son palabras de San Gregorio, en que declara muy bien las pesadumbres incomportables del gobierno, que oprimen á estos atlantes que traen á cuestas el mundo. Y aunque cayendo en la cuenta quieran, fatigados, sacudirle de sí, no pueden con su pundonor, porque se hallan embarcados; están ya puestos en ello, y así de un oficio van á otro, enredándose más cada día, hasta morir en las olas anegados. Y si hay algunos que viven contentos y no sienten estas dificultades, es porque no consideran que es navegación llena de peligros y tempestades; tómanla por barca de recreación, como quien se pasea por el río, ó como nao de mercadería y cargazón, no como bajel de vela y remo, alijado y sin carga, sino como nao de la India, de las de la flota de Salomón, que cada tres años iban á la India, y traían de allá oro, plata, dientes de elefantes, monas y pavos; y así veréis por sus casas de

estas curiosidades muchas: oro, plata, piedras preciosas, marfiles, ricas vajillas, bufetes de ébano, tapicerías, pavos y micos, monas y papagayos, y, echando la cuenta, no caben en el salario. Y si decís que no pueden recebir conforme á las leyes, responden que no pueden con menos sustentar la decencia de su estado y esplendor de su casa; y dicen verdad, si el esplendor ha de ser como el de la casa del rey Salomón, de cuyas naos solamente se dice que traían esas realezas. Muy de otra suerte navegaban los apóstoles, llevando, cuando mucho, por matalotaje las sobras de los cinco panes de cebada que alzaron por mandado de Cristo. Y aunque todos se criaban para jueces, como Pedro era la cabeza y en cuya persona se había de poner el gobierno universal, le mandan en nombre de todos los superiores que se lance sobre el mar, para darle á entender que ha de estar siempre tan ajeno de interés y tan descargado de cosa que haga contrapeso á la justicia, que de ligero pueda andar sobre las aguas sin hundirse.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Forzó, pues, el Señor á sus discípulos que se fuesen á embarcar, y quedóse él en tierra *donec dimitteret turbas*: «hasta despachar aquella gente que había venido á negociar con él». Fuerza fue menester para desviarlos de sí, porque su gusto era nunca dejarle ni apartarse de él. Pero pregúntoos yo, Rey de gloria, si lo fue también para vos y para vuestro tierno corazón echar de vos y apartar aquella tan cara compañía, y tan agradable á vuestro gusto. No lo dudo yo, por cierto; porque si en el huerto, para hacer oración al Padre, se retiró un poco de ellos, y dice San Lucas: *Et ipse avulsus est ab eis quantum jactus est lapidis*: «El fue arrancado de ellos cuanto un tiro de piedra». ¡Inmenso amor, que apartarse tan poco espacio de los que amaba fue como arrancarse el alma y el corazón! ¿Qué sería aquí, que no un tiro de piedra, sino algunas leguas de mar, y en peligro de tormenta? Pero quiso mostrar que la persona pública está obligada á dejar los ratos de su contento, y la compañía ó conversación que le da gusto, por acudir al despacho de los negocios. Por eso se llama hombre público, porque la república tiene de derecho á él, como á sus propios ó á su dehesa concejil, donde todos pueden pastar. Es eso de gobernar una honrada servidumbre, una generosa esclavonía en que los superiores se han de gastar como vela, ardiendo en beneficio de la comunidad, y como siervos emplear todo lo que son en servicio y provecho de sus súbditos. ¡Qué puntual era en esto, como en todo, nuestro Redentor y maestro! Eran las doce del día, y estaba junto al pozo de Samaria, fatigado, no de estar sentado tres horas oyendo, sino de venir á pie caminando y ardiendo el sol; de buena razón tenía necesidad de comer. Llega una mujer samaritana, y aunque pobre se detiene con ella en pláticas y la oye, y responde y enseña; y la despacha muy á gusto. Vienen los discípulos con la comida: «Maestro, comed, que pasa de hora». Y responde: «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre y cumplir con el oficio que me encomendó, que es despachar almas para el cielo». Está sentado á la mesa convidado en casa del fariseo, y á deshora entra la Magdalena llorando á negociar perdón. ¡Válame Dios, mujer, y qué importunidad! ¿No esperaréis que acabe de comer, sino que aquí venís á aguar con vuestras lágrimas el vino y alegría del banquete? Sí, que tiene derecho para entrar á esa hora, y la ha de oir y juzgar y defender del soberbio fariseo, y sentenciar en su favor, y absolverla de la instancia y darla por libre. Está durmiendo en el navío, que lo había bien menester, y despiértanle los discípulos para que los libre de la tormenta. ¿Pues no hubiera respeto á guardarle el sueño? Es que tienen derecho á despertarle cuando le han menester. Está enfermo y acostado en la cama de la cruz, á donde fue varón de dolores y sabidor de enfermedad, y siendo la que padecía mortal, y cercado ya de las ansias de la muerte y dolores crudelísimos y puros, semejantes á los del infierno, cuando el trabajo propio le pudiera desobligar de acudir á los ajenos, llega un negociante tan desaproado como un ladrón, y dale un memorial. «¡Señor, acordaos de mí!»; y como si no tuviera mal ninguno ni que cuidar de sí, atiende á él, y con muy buena gracia le despacha una provisión para la bienaventuranza. Deprendan de este rey, universal juez, los que son sus lugartenientes, cómo han de acudir á las obligaciones de sus oficios, aunque sea con pérdida de sus gustos y aun con detrimento de la salud. No hay cosa que excuse al gobernador del despacho, sino la necesidad de los mismos negociantes. Por eso los jueces antiguamente estaban á las puertas de las ciudades, porque los negociantes primero que con otra cosa encontrasen con ellos, y brevemente despachados se volviesen á sus casas. Bien sé que esto del despacho es cosa de gran importancia, y que se encarga mucho, y aun riñen á los ministros; pero también sé que son voces de los negociantes, que si los hiciesen jueces de sus mismos negocios quizá serían más espaciosos en despacharlos. David, rey era y santo, y por el mismo caso debemos pensar que era hombre de buen despidiente, y con todo se colige de la Escritura que había quien de él se quejase que no despachaba, tanto que de las querellas de los

pretendientes, que á voces en el patio acusaban el descuido del rey, tomó ocasión Absalón para su alzamiento; y cuando entraba algún pleiteante, preguntábale de su negocio, y informábase de su justicia; después decíale: «¿Cuánto ha que andáis en ese negocio?» «Señor, ha tantos meses, y con ser cosa tan fácil se me dilata la sentencia, y estoy fuera de mi casa, comiéndome la capa en esta corte». Decíale Absalón: «Por cierto que vuestra razón está clara, pero el rey es un hombre muerto; si á mí me cupiera la suerte, de otra manera caminaran los negocios». Consultan con su bolsa los litigantes, y con el deseo y aun persuasión que tienen de su justicia; que si ellos ponderasen las razones de la parte contraria como las suyas, por ventura holgarían se les diesen más plazos para esforzar su justicia si la tienen. El que pide, parécele que tardan, por la cudicia que tiene de verse en posesión. ¿Pues tú no ves que el juez ha de mirar también á la justicia del que se defiende, y pensar si debe ser desposeído, y si hay alguna razon para conservarle en su posesión, pues en caso de duda es de mejor condición? Otros piensan que no hay más negocios que el suyo, según tienen cualquiera dilación por molesta. También esto de despachar depende mucho de los oficiales inferiores, y esos de ordinario son siervos de Cupido, que si les hieren con flecha dorada morirán por vuestros amores, mas si con caxquillo de plomo, se tornan tan aplomados, que no los menearán con diez yuntas de bueyes; desaman de corazón al que pleitea por pobre, y en viéndole entrar por su casa, como si entrase la pestilencia; y son las mangonadas y palabradas, y hacerle gesto de herrero: el paje cierra la puerta, el escudero le despide; otro que espere, que es un importuno. Mezquino de ti, que has de pagar en la persona y en el honor lo que no puedes en bienes, como los que caen en manos de ingleses, que si no llevan que les pillen, les dan de palos. Y si vos, que pagáis, no os alargáis más que á sus derechos, creed que habéis hecho poco más que nada; porque habéis de acudir con los regalos de vuestras tierras, ó con dineros para una necesidad urgentísima que ahora les ha ocurrido; donde no, os harán mil estorsiones y ha de rabiar vuestro pleito y vos también. Pero si sois liberal, y por lo que vale cuarenta dais quinientos, á buena cuenta seréis despachado con toda liberalidad. Estos deben de ser sueños míos, ó testimonios de maldicientes, que se van á murmurar conmigo: pues allá se lo dirán en tribunal de Dios, que es el padre de huérfanos, juez de viudas, y tiene á su cargo la defensa de los pobres, y dice: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis*. Al fin, esto de juzgar es nao combatida de diversos vientos y que ha menester buenos lados para sufrir todas estas olas de juicios y reprehensiones; menester es bogar bien y forcejar para salir á puerto de claridad, que es la gracia en esta vida y en la otra gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

Ductus est Jesus a spiritu in desertum ut tentaretur a diabolo.

(MAT., 4).

El santo Evangelio contiene aquel famoso desafío y trabada lid que pasó entre el Príncipe de la luz, Cristo nuestro bien, y el Príncipe de las tinieblas, el demonio; y la victoria insigne que el Señor alcanzó de su adversario y nuestro. El campo que Cristo escogió para este encuentro fue el desierto; el padrino que le lleva es el Espíritu Santo; las armas que trae son oración y ayuno de cuarenta días; la parte desarmada que descubre al enemigo para que le ose acometer es la hambre después de tan largo ayuno, con que mostró la flaqueza de verdadero hombre. El contrario, dragón artero y con grandes victorias ensoberbecido, trae por armas su astucia, temeridad é importunidad; la requesta y fin por que combate es averiguar en esta batalla si Cristo es natural Hijo de Dios, para guardarse dél, y si puro hombre, rendirle á su servicio. El primer golpe que le tira, como astuto, es decirle que haga con su palabra de las piedras pan, en testimonio que es Hijo de Dios. El segundo, como temerario,

fue subirle en el chapitel del templo y decirle que se echase de allí abajo para prueba de lo mismo. El tercero, como importuno, ofrécele la monarquía del mundo, con que postrado le adorase. Todas tres lanzas volaron en piezas sin hacer movimiento en el celestial guerrero, que las rebatió en el escudo de la palabra de Dios, diciendo á la primera: «No con sólo pan vive el hombre, sino con la palabra que sale de la boca de Dios». A la segunda: «No tentarás al Señor Dios tuyo». A la tercera: «Huye de aquí, demonio Satanás, que escrito está: al Señor Dios tuyo adorarás y á él sólo servirás». El demonio, corrido y afrentado, dejó el campo, y los ángeles sacaron dél á su Señor victorioso, y le sirvieron de lo que había menester. Este desafío venimos hoy á mirar, para que de ello resulte gloria á Dios y á nuestras almas provecho. Pidamos la gracia por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

En aquellos coloquios amorosos nacidos de limpios pensamientos, en que se explican los castos amores que se tratan entre Dios y los hombres, es muy digna de consideración una respuesta sacudida que en el capítulo séptimo de los *Cantares* dio la Esposa á las doncellas de Sión, codiciosas de ver su hermosura. *Quid vide bitis in Sulamite nisi choros castrorum?*: «¿Qué veréis en la Solimana, sino coros de ejércitos?» En el fin del capítulo precedente habían con mucha instancia pedido las damas á la reina que diese la vuelta y se dejase ver. *Revertere, revertere, Sulamitis; revertere, revertere ut intueamur te* (Sulamitis es nombre de la tierra, como de Sevilla sevillana y de Granada granadina; así de Sulá ó Solimá, solimana): «Pues no os vais, Señora, volved el rostro, gozaremos desa vista buena». Parece que volvió con semblante grave y severo, y dijo: *Quid videbitis in Sulamite nisi choros castrorum.* (Es enalage del número singular por el plural): «¿Qué pensáis ver en mí, gente delicada y amiga de vuestro regalo y descanso?» ¿Esperáis ver una dama galana enrizada, encopetada, pintada al óleo, enjaezada de aros, sedas y dijes? No veréis sino una presencia triste, que deja de ser grave y es terrible, cual suele representarse en los coros ó hileras de los escuadrones cerrados y puestos con orden para acometer. Mis arreos son armas; mi descanso, guerra continua; el copete, es la celada; la arandela, gola; el jubón, coselete; los guantes, manoplas; el regalillo, espada; el abanico, lanza; la verdugada, rodela; el mantevelo, escarcelones; las zapatillas, grevas; los chapines, escarpes; todo cuanto en mí hay pone miedo y pregona guerra, fuego y sangre. ¿Cómo es esto, pues? En la princesa que es hermosa como la luna, escogida como el sol, suave y amorosa como Jerusalem, ¿no hay que ver sino el horror y espanto de una batalla? Jerusalem es visión de paz y Sulamite quiere decir pacífica; pues ¿cómo no conforman los hechos con el nombre? ¿Cómo su vista promete guerra sangrienta? Más. ¿Qué combinación es ésta que hace de coros y escuadrones? Los coros son de gente quieta y alegre que viven en paz y cantan con suave melodía; los escuadrones son de gente feroz y arriscada, que con gritos y vocería rompe con los enemigos. ¿Quién hermanó cosas tan contrarias? Digo que esta admirable Sulamite es la Iglesia cristiana, natural y descendiente de la celestial Jerusalem, pacífica esposa del rey pacífico; y como las damas tienen días, así la Iglesia, aunque en todo tiempo es muy de ver, parece que en este de Cuaresma está más vistosa, porque ahora señaladamente hace representación de su santidad, publica penitencia, manda el ayuno, ejercítase en oración; ahora los oficios son más devotos, los sermones más frecuentes, los Evangelios más ricos de dotrina, el uso de los Sacramentos más ordinario; lindeza es ésta digna que las hijas de Sión la salgan á ver. Para esto concurren hoy en mayor número del acostumbrado las almas cristianas á los templos, y el miércoles pasado, á son de trompeta y voz de pregonero, se echó aquel bando general convocando á los fieles, sin exceptar hombre ni mujer, mozo ni viejo, niño ni desposado, ni de otra suerte impedido; á todos llaman á ver este espectáculo. Y como el rey Asuero mandó aderezar á la reina Vasthi para mostrar su rara belleza á los grandes y ricos hombres de su reino, así el Divino Rey manda que para estas vistas se adorne la Iglesia de todas sus galas más ricas y vestiduras: *Sanctificate Ecclesiam.* No haya en ella alguno que no sea santo; todo lo que en ella se descubriere sea santidad, que ésta es la hermosura de la Iglesia: *Domum tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum.* Pues á todos los que con este ánimo son aquí congregados, se enderezan estas palabros: *Quid videbitis in Sulamite?*: «¿Qué venís á ver en la Esposa de Jesucristo?» ¿Algo que huela á delicadeza, profanidad, pasatiempo ó recreación? En ninguna manera. No os convidan sino para ver una batalla campal, dos ejércitos copiosos afrontados uno contra otro, en que están asonados los poderes y fuerzas de todo lo criado. De una parte están aquellas legiones infernales de soldados expertos, valientes, infatigables, con sus príncipes de tinieblas que los gobiernan: todos alojados en esos aires caliginosos, donde nos tienen las piedras y la cuesta, y con ventaja suya y

descomodidad nuestra nos lombardean. De otra parte está el ejército de la Iglesia, en campaña rasa de soldados bisoños, pero bien ordenados; y aunque menores en número y fuerzas que los contrarios, mayores en la ordenanza y obediencia á su capitán, que es lo que más importa en la milicia. ¡Hermosa cosa es ver un ejército de gente lucida, las haces bien ordenadas, las banderas tremolando, las cimeras, los penachos, las divisas, las armas doradas, petos grabados, los hierros de las picas acicalados, rodelas bruñidas, adonde hiriendo los rayos del sol reverberan como en lucientes espejos y hacen mil soles en la tierra que compiten en claridad con el del cielo, como el ejército de los Macabeos: *Et ut refulsit sol in clipeos aureos resplenduerunt montes ab eis* (Pol., lib. 5). Ificrates, fortísimo capitán de los atenienses, comparaba la hermosura de un ejército con la del cuerpo humano, y decía que el pecho es la falange, que era un escuadrón cerrado por lo menos de ocho mil infantes, que hacían cuerpo de batalla, y estaban firmes como un muro; las alas y mangas de gente suelta y ligera eran las manos; la caballería, los pies, y el capitán la cabeza. Si algunas de las otras cosas falta, será (dice) el ejército manco, cojo; pero sin capitán, inútil tronco. Pues esta es la hermosura de la Iglesia: un ejército lucidísimo tan bien ordenado como un coro, arbolada la bandera de la cruz, los soldados gobernados por Cristo, excelentísimo capitán, armados de virtudes y santos ejercicios, que son las armas de la luz, esto es, lucidas y resplandecientes, de que San Pablo nos manda armar: *induimini arma lucis*. Y aunque se llama pacífica, trae guerra, porque tiene paz con Dios y guerra con el demonio, mundo y carne, y contra todos los vicios. Para esto dice el Salvador á los suyos, que los tiene alistados: *Ut in me pacem habeatis, in mundo pressuram habeatis*: «Para que en mí y por mí tengáis paz, y en el mundo tribulación». Seréis perseguidos, pero no perturbados; combatidos, más no sobrepujados. *Confidite; ego vici mundum:* «Yo vencí al mundo y á su príncipe», y de enemigos vencidos y desarmados fácil será triunfar. Y así esta guerra no repugna la paz de que la Iglesia goza, y por lo mismo junta coros con escuadrones; porque justo es que canten los que con el favor de su capitán tienen tan cierta la vitoria. No es nuevo en las batallas usar de instrumentos músicos, que despiertan animosos bríos en la gente, y aun en los caballos. Los lacedemonios belicosos al romper tocaban pífaros; los cretenses, arpas y vihuelas; los lidios, flautas; los indios orientales, atabales y campanas; los atenienses cantaban himnos á Júpiter y á Apolo; los sirios y etíopes, con fuerte alarido y algazara acometían. Tirreno Piseo, en lugar de la corneta ó bocina, inventó el uso de las trompetas en las batallas. Y así en el ejército cristiano hay música de guerra, coros que canten y escuadrones que peleen. Cantando pelean, y peleando cantan, como aquellos valientes israelitas que reedificaron á Jerusalem, que con una mano hacían la obra y con otra tenían la espada. Y como Judas Macabeo y sus soldados cuando vino á las manos con Nicanor y los suyos los paganos: *Cum tubis admovebant*. Pero los católicos, invocando á Dios, *per orationes congredi debent:* «Arremetieron con música de oraciones». *Manu quidem pugnantes sed Dominum cordibus orantes*, que es lo que decimos, con el mazo dando y á Dios llamando; así alcanzaron una ilustrísima victoria. Luego bien se juntan en la Iglesia coros con ejércitos: misas, oraciones, sacrificios con armas; para que se animen los fieles y desmayen los contrarios. *In tympanis et citharis et in bellis præcipuis expugnabit eos* (Isaías, 30). Habla de la victoria que el pueblo del Señor había de alcanzar contra los asirios. Guerras principales llama á donde no se pelea con lanza y espada, sino con adufres y arpas se vence al enemigo. Con oración y alabanzas divinas alcanzar victoria es guerra galana. Por la cítara se entiende la oración; por el adufre que se hace del cuero del animal adelgazado, desecado, curado, significa la penitencia, mortificación de la carne, ayuno, que la debilita, enflaquece y espiritualiza, para que dé música á Dios. Más. Los penitentes recién convertidos gozan de alegría incomparable en verse libres de la tiranía del demonio y servidumbre del pecado, según aquello: *In convertendo, Domine, captivitatem Sion, facti sumus sicut consolati* (Salmo 123): «En convirtiendo el Señor la captividad de Sión, entonces fuimos consolados, y llenóse nuestra boca de gozo y nuestra lengua de regocijo». Pero quédale domar las pasiones y bregar contra la sensualidad y mala costumbre; por eso llámanse coros y escuadrones que cantan y luchan. Yúbal y Túbal fueron hermanos; el primero inventor de la música y el otro de la herrería. ¡Cosa extraña que al sonido grosero de las martilladas de Túbal meditase su hermano los puntos y consonancias tan suaves de la música! Así al sonido de macerar la carne, golpeándola con ayunos y disciplinas, hace melodía la oración, la alabanza y hacimiento de gracia. Finalmente, para gente medrosa y flaca, y que tiene fuertes enemigos, muy alegre cosa es ver sus reales bien ordenados para su defensa. Decía Cabrias, ateniense, que más espantoso es un ejército de ciervos, si tiene por capitán un león, que un ejército de leones cuyo capitán sea un ciervo. Es verdad que nuestros enemigos son leones rabiosos, carniceros, que

rondan el mundo buscando á quien despedazar; pero tienen por caudillo á Lucifer, ciervo medroso, desarmado y vencido. Nosotros somos flacos y tímidos más que los ciervos; pero nuestro capitán es el bravo león de Judá, á cuya fuerza infinita nadie puede resistir. Y porque no dudemos de alcanzar victoria, veamos en el Evangelio la que nuestro Emperador invictísimo alcanzó de su contrario y nuestro.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ductus est Jesus in desertum a spiritu ut tentaretur a diabolo. En otras partes veo los evangelistas más puntosos y delicados en esto del andar ó menearse Cristo; que no dicen llévanle, sino él se va, y el mismo Señor: *ego vado:* «Yo voy, y nadie me lleva». Y aquí veo que todos tres coronistas, contando esta tentación, usan de términos que significan no sólo guía, sino fuerza: *Expulit;* que le aventó el espíritu y arrojó al desierto. La razón es porque esta batalla la ha de acabar como hombre, y quiere enseñar á los que lo son, que no se vayan ellos á la tentación de su parecer, sino llevados. Todos tenemos tentaciones, aunque diversas, pero no todos salen con victoria. ¿Qué es la causa? Porque algunos se ponen de su voluntad en la tentación; no los pone Dios, sino su imprudencia ó temeridad y sus pasiones. Y déstos no se encarga Dios para librarlos, antes merecen que los deje allí cañonear del demonio, que mueran en los cuernos del toro, pues incautamente se pasean por el coso, y vayan de mala landre, pues no huyen los lugares apestados: *qui amat periculum in illo peribit.* Y si Dios alguna vez librare, sea pura misericordia, no débito de justicia. Va Jonás por la mar corriendo la tormenta y no quiere Dios que se aplaque hasta que le echen á fondo, y ayer vimos á los discípulos remando contra el viento y antes de llegar á tanto riesgo los libra; porque á éstos él los puso en aquella necesidad: *coegit discipulos ascendere navim,* y así estaba á su cuenta favorecerlos; mas Jonás, él se embarcó en el navío para huir de Dios, y así no cuida de escaparle, antes fue gran misericordia sacarle después del vientre de la ballena. Ni más ni menos: sabéis vos que pasar por tal calle, entrar en tal casa, hablar con tal persona os es escándalo, y no dejáis de ir y venir como mariposa á la luz de la vela; ¿qué os espantáis que pequéis y que Dios os desampare? Cuando David conoció de sí que la vista de Bersabé le alborataba, quitárase de mirarla; mas advirtiendo su peligro, se está quedo; ¿qué mucho se desatine y caiga? Por esto no me espanta ver tanta corrupción de deshonestidad en el mundo; antes sería de espantar lo contrario, supuesto el poco recato que hay. Vosotras, señoras, con vuestras galas y afeites, con vuestras salidas, miradas, señas y melindres, os ponéis en la ocasión, y la dais para que os codicien y se os atrevan. Los mozos livianos con sus puntas y copete, que no les falta ya sino las mudas; con sus paseos y ojos curiosos, deshollinando ventanas, andan á caza de las ocasiones. Encuéntrase la pólvora con el fuego: ¿qué ha de resultar sino crueles llamas de lujuria, en que todos os abraséis como la abominable Sodoma? Otros hay que son tentados y salen victoriosos, porque sin culpa suya se ven en la tentación. No se pusieron ellos en el peligro, sino el Espíritu Santo los guió, y como le tienen de su parte por padrino y valedor, y por otra con su sabiduría infinita, que todas las cosas penetra, tiene tanteadas las fuerzas de cada uno, conforme á ellas mide la tentación para que aproveche y no le dañe. Así lo dice San Pablo: *Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere:* «Fiel es Dios, buen amigo, que no os dejará en el peligro, si os puso en él, ni permitirá que la tentación exceda las fuerzas de vuestra virtud, ayudada de la suya, para que la podáis llevar y os haga provecho». Receta el médico una purga de escamonea ó ruibarbo; claro está que, si sabe lo que hace, ha de pesar la complexión del doliente, la calidad del mal, la cantidad del humor, la virtud que tiene naturaleza, y según esto receptar las dragmas, que no sean más ni menos de lo que conviene. También si en una purga de cañafístola toda aquella masa hecha una pella le diesen al enfermo, no la podría más pasar que si fuese de mezcla, y así es menester repartirla en bocadillos. No de otra suerte, Dios, médico sapientísimo, atento á la complexión y fuerzas del hombre, modera la purga de la tentación, y la reparte de modo que se pueda pasar. *Mittit chrystallum suam sicut buccellas.* El cristal, que es nieve antigua y congelada, significa la tentación, que procede de la malicia endurecida del demonio, que tomó asiento en los lados frigidísimos del aquilón, y pretende resfriar nuestros corazones en la caridad. Mas porque el demonio no puede tentar más de lo que Dios le da licencia, y de su tentación se sirve el Señor para ejercitar á sus amigos y probarlos y mejorarlos, llámase suya. *Mittit chrystallum suam sicut buccellas:* «Envía el cristal suyo como bocadillo». Cuando el Espíritu Santo lleva al hombre á ser tentado del demonio, y ordena esta purga con su saber, dala en bocadillos, limitada; tanta ocasión y no más, tanta tribulación y no más, los trabajos repartidos porque sean llevaderos. Quiere Dios espeler el humor de la vanagloria

que se pudiera criar en el alma de San Pablo con la grandeza de las revelaciones, y recétale una purga de tentación de carne, que á un espíritu tan limpio como el suyo le hace dar gritos y mil arcadas, y hacer ascos. Pero ¿queréis ver que va repartida en bocadillos? *Propter quod ter Dominum rogavi ut discederet a me.* ¿Por qué rogó aquellas tres veces? Porque entonces le debió de apretar la tentación, de apurarle más. Y como el enfermo quejilloso, en tomando el primer bocadillo se le revuelve el estómago y quiere lanzar cuanto tiene en él, y pide y suplica que le dejen y no atormenten más, y lo mismo dice al segundo y tercer bocado, y á todos, así San Pablo, una vez y otra y otra se queja y pide que cese la tentación; pero responde el médico: *Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur.* Bien puedes pasarla con mi gracia, y digerirla con el calor de la caridad. Repartida va en bocadillos, no de golpe, toda la furia de la tentación; son píldoras de regimiento que confortan la virtud. Mirad la utilidad que saca Dios de la tentación que él registra. Más. Al santo mozo José, cuya limpieza y virtud tenía conocida, le da una purga para manifestarle que á otro quitara la vida. *Mulier per singulos dies molesta erat adolescenti.* ¡Oh retórica del Espíritu Santo! Si Cicerón quisiera decir esto, gastara un almacen de palabras y no dijera nada: «La mujer cada día era molesta al mancebo». ¡Terrible ocasión! Cada palabra tiene énfasis. La mujer, que debía ser rogada, roto el velo de la vergüenza, ruega, convida. Mujer hermosa, de las puertas á dentro; la señora, á su esclavo; y esto no una vez que la cegó la pasión, sino *per singulos dies:* todos los días sin faltar ninguno; y no por semejas ni con ruegos tibios y remisos, aunque éstos, por ser continuos, como gotera en un peñasco, pudieran hacer señal, sino importunos. *Molesta erat.* Instaba con importunaciones, lágrimas, suspiros, hasta serle molesta y pesada, y no le deja á sol ni á sombra. ¿A quién? ¿Era algún viejo gotoso? ¿Alguna estatua de mármol frío? No, sino *adolescenti*: á un gentil mancebo en la flor de su juventud, cuando la sangre hierve sin fuego y la concupiscencia con más vehemencia. ¿Y no rindió el alma con tal brevaje? No, que le ordenó Dios; no se puso él en la tentación; vendiéronle sus hermanos y guiólo Dios para su remedio. *Missit ante eos virum: in servum; venundatus est Joseph.* Varón, hombre de chapa y de hecho. Y no podía dejar la casa, porque era cautivo; pero huyó del aposento una vez que se vio apremiado, y dejó la capa en las manos de la adúltera, como quien la deja en los cuernos del toro, y así salió vencedor. A vos, que sois flaco, no se os ofrecerá esta ocasión, porque sin duda os perdiérades. Al pacientísimo Job sácale Dios á campo contra el demonio, y permite quitarle hacienda, criados, hijos, honra, salud, reputación, y pónele en un muladar leproso, llagado de pies á cabeza, cubierto de gusanos, mal aconsejado de su mujer y vituperado de sus amigos; con todo, puede y sale más aprovechado. A vos, que no tenéis sufrimiento para una pequeña desgracia, no se os dará bebida de tanta angustia. Nadie se queje de que la tentación es grande ni eche la culpa de su caída á las ocasiones, que si él las huye, y no por su voluntad, sino por la de Dios, es puesto en ellas, cierta tiene la victoria, como se parece en Cristo, á quien guió el Espíritu Santo.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Mas ¿por qué *in desertum?* ¿No le pudiera tentar en poblado? Sí pudiera, pero de camino quiere enseñarnos otras cosas que nos importan. La primera, el modo de ayunar y hacer penitencia para que nos aproveche. Mirad que no basta que como quiera ayunéis, ni penséis que lo principal es la abstinencia del manjar, si no la hay de todo lo que puede ser ocasión de ofender á Dios, de lo que apetece la sensualidad y puede ser nutrimento de la concupiscencia. Ayunen los ojos de las vistas nocivas al alma; ayune la lengua de las palabras perjudiciales al prójimo; ayunen las orejas por donde ha entrado tanta ponzoña al corazón; las manos ayunen de las malas ganancias; los pies de los perversos caminos; todo cuanto fue instrumento de Satanás para servir á la maldad, sea instrumento de la justicia para tu santificación. Todo junto pecaste, todo junto ayuna; todos tus sentidos fueron ocasión de la culpa, todos ellos sientan la pena de la satisfación y enmienda. Esto nos enseña Cristo en esta salida, á donde careciese de todo cuanto en la vida le daba gusto temporal, con ser tan bueno. No oyeron sus oídos sino el silencio sordo de aquellos yermos; sus ojos no vieron sino las peñas de las sierras; sus manos no tocaron sino la disciplina; sus labios no se abrieron sino para oración; su boca no gustó cosa comestible, ni anduvieron sus pies pasos que no fuesen de penitencia. ¡Oh, celestial desierto, poblado ya de mil virtudes, no yermo, sino frecuentísima plaza de cortesanos del cielo, lugar escogido por nuestro Capitán para la batalla aplazada, á donde se hermanan los coros con los escuadrones, la oración con el ayuno y penitencia; este es el campo á donde se sale á espaciar el divino Isaac y á emplearse en la profunda meditación de nuestro remedio. Allí se dio la traza de la Iglesia, allí se decoró el Evangelio, allí se vio la fábrica del tabernáculo

que no tenía fin. Tú, hombre, *inspice et fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est.* Traslada deste yermo el modo que en la penitencia has de tener; huye las ocasiones, pues sabes cuán pequeñas bastan para derrocar tu flaqueza; pues deberías, por larga experiencia, tener conocido que para las fuerzas y mañas de tu adversario, cualesquier armas bastan para rendirte; pues á ojos vistas entiendes cuán lleno está el mundo de lazos para perderte. *Communionem mortis scito, quoniam in medio laqueorum ingredieris, et super dolentium arma ambulabis:* «Sabe y conoce la cercanía de la muerte; mira cuánta vecindad y conversación tiene contigo, pues andas entre lazos y sobre armas de gentes que de tu bien les pesa y se duelen». ¡Con cuánto recato andarías si sobre filos de espadas y puntas de lanzas anduvieses! Pero ya podrían ser tan amigos los que estas armas tuviesen en las manos, que su amistad algo te asegurase; pero si anduvieses sobre los hierros de cien mil picas juntas que tuviesen hecho suelo sobre que pudieses poner los pies, y todos los que en las manos las tuviesen fuesen enemigos mortales tuyos, ¡á cuánto peligro estarías! Pues éste es, si lo entendieses, el mundo en que vivimos. ¿Qué lugar hay seguro de que no te debas recatar? De lo público, de lo secreto, de la calle, de la casa, del poblado, del desierto, del ocio y del negocio, de todo, y más de ti. Mira que no sólo estás junto á los lazos, sino en medio dellos. Si estás en casa, los hijos y criados te ponen en mil peligros; si sales fuera, ves al pobre y le desprecias; si al rico, le envidias; si al amigo, le lisonjeas; si al enemigo, le maldices. Levantas los ojos, y diste con ellos en el lazo; bájaslos, y no miras la necesidad del prójimo. Buscas compañía, y hallas perdimiento de tiempo, murmuración y otras cosas peores. Amas la soledad, combátente mil pensamientos perjudiciales. Ocúpaste, y tienes vanidad; dejas la ocupación, y encuentras la ociosidad y mil malas sabandijas de deseos, aficiones, codicias. ¡Oh, vida más que miserable! ¿Y quién te desea? ¿Quién vive seguro en ti, pues eres sin seguridad y sin esperanza de jamás tenerla? Con todo, el que se retira, está menos ocasionado. Mas porque no está seguro, conviene apercibirse con oración y ayuno, como lo hizo el Salvador. *Cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

La prevención que hace el Señor para lidiar con nuestro enemigo es ayunar cuarenta días con sus noches, no por necesidad suya, sino por ejemplo nuestro; porque se entienda cuán poderosa arma es el ayuno para vencer á Satanás. San Ambrosio, en el sermón veinte y cinco, compara los ayunos de la Santa Cuaresma á las cuarenta mansiones que hicieron los hijos de Israel por el desierto, y á la ordenanza que llevaban en sus reales; *castra enim nobis sunt nostra jejunia, quæ nos a diabolica oppugnatione defendunt:* los reales en que se fortifican los fieles contra los combates de los enemigos son los ayunos. Y éstos son los coros de escuadrones que se han de ver en la Esposa, millares de cristianos penitentes, ayunadores; estos son los soldados puestos en ordenanza, que representan la hermosura y fortaleza de la Iglesia; y así como en el ejército de Israel los soldados cobardes y flojos que se quedaban zagueros y no podían tener con los escuadrones que iban marchando, ó perecían de hambre en aquellos despoblados, ó eran pasados á cuchillo de los enemigos, como lo hicieron los amalequitas, cuya crueldad acuerda el Señor á su pueblo para que á su tiempo la castigue: *Memento quæ fecerit tibi Amalec in via, quando egrediebaris ex Ægypto, quomodo occurrerit tibi et extremos agminis tibi, qui lassi residebant, ceciderit, quando tu eras fame et labore confectus*: «Acuérdate que los de Amalec degollaron á todos los que de tu ejército se quedaban atrás, cansados y fatigados de la hambre»; así dice San Ambrosio: «los que por gula ó fingida necesidad se excusan del ayuno, como gente que desampara la ordenanza del ejército cristiano, mueren á manos del demonio, y perecen en el desierto espiritual, que es el pecado». ¿Cuál de los fieles ayunó y fue preso? ¿Quién vivió templado y fue vencido? Al glotón, al repleto, al regalado, acomete el demonio; del ayuno tiembla y huye, y de su amarillez y flaqueza se espanta, porque aquella flaqueza es la fortaleza que á él le derriba. *Cum infirmor, tunc fortior sum* (San Pablo), dijo un valiente soldado: «Cuando enfermo y débil, entonces estoy más fuerte». ¿Cómo así? Porque la flaqueza de la carne es fortaleza del espíritu; la carne recia, gorda y bien curada es una espada aguda y acicalada, de que se aprovecha el demonio contra el hombre para matarle el alma; y así es menester rebotarla con el ayuno los filos, para que menos empezca. Aquellos sesenta fuertes que guardaban el lecho de Salomón, dice la Escritura que estaban empuñados en las espadas, y que eran diestrísimos en jugar todo género de armas, y muy pláticos de la guerra. Ora, pues tanto sabían de la milicia, ¿qué orden guardaban en pelear? *Uniuscujusque ensis super femur suum.* San Gregorio entiende por el muslo la carne, y por el cuchillo la mortificación, pues el primer golpe que ha de tirar el cristiano valiente y diestro es contra su propia carne, castigándola y mortificando sus bríos, que humillado este enemigo do-

méstico, fácil será vencer los extraños. Y á estos fuertes, advertidamente los llama *ex fortissimis Israel*, aludiendo á aquella lucha que tuvo Jacob con el Angel, que representaba la persona de Dios. en la cual salió con victoria, y ganó el nombre de Israel; pero el Angel le hirió en el muslo y se le secaron las cuerdas y nervios, y salió de la refriega cojo y vencedor. Tales son los espirituales israelitas, que hieren con el cuchillo de la mortificación en el muslo, que es la carne; dómanla, sécanla, quítanle las fuerzas, y así cojeando de un pie, esto es, enflaquecidos en el cuerpo, son fuertes en el alma, y se llaman Israeles, que quieren decir potentes con Dios, los jayanes, los de la camarada de Dios. Ved con cuánta facilidad podrán prevalecer contra los Príncipes de las tinieblas. De manera que es menester ayunar para no pecar, para vencer las tentaciones, para hacer enmienda de los pecados. Cristo, después de ayunar cuarenta días, vence al demonio, y no habiendo hecho pecado, ayunó por los nuestros. ¿Por qué no ayunas la Cuaresma tú, cristiano, que pecas? ¿Dónde se sufre que, ayunando Cristo, tú comas, y padeciendo él hambre, tú te rellenes? ¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres! ¡Oh, siglos! ¡Oh, esposa celestial! ¿Quién os vio en vuestra juventud tan gallarda, que á los contrarios érades terrible como las haces de los reales bien ordenadas, y ahora á la vejez os ve tan sola de gente, desacompañada, que apenas se ven en vos algunas hileras de estos fuertes israelitas, pero no escuadrones? ¿Quién ayuna en la Iglesia? No los mozos, porque no tienen edad; no los viejos, porque les faltan las fuerzas; no los oficiales, porque trabajan; no los pobres, porque no alcanzan para una suficiente comida; no los enfermos, porque su necesidad los excusa; no las preñadas ni las que crían, porque han menester más alimento que el ordinario; no los ricos y señores, porque importa mucho su salud y les hace mal el pescado, y nunca les falta un achaque para comer carne. ¿Pues quién ayuna? ¡Una monja, un pobre fraile, una viuda! ¡Estos son los coros de escuadrones! ¿De esta manera se guarda la ordenanza de nuestro Capitán? ¿Esta es la Cuaresma consagrada por Cristo, instituída por su Iglesia, ayunada de los Apóstoles, alabada, aprobada, reverenciada de los Santos? ¿Qué culpa comete y qué pena merece el que quebranta estos sagrados ayunos? Leed el capítulo catorce del primer libro de los Reyes, y ved aquel rigoroso mandato que puso el rey Saúl á todo su ejército yendo en el alcance de los filisteos: que ninguno en todo aquel día probase bocado, hasta que la batalla fuese concluída. Jonatás, su hijo, que fue el primero que comenzó la lid, y había peleado bravamente y sido causa de aquella gran victoria, no habiendo oído el mandamiento de su padre y viniendo desfallecido y casi perdida la vista de los ojos del mucho trabajo, vio un panal de miel en el hueco de un alcornoque, y tocándole con el cabo de una vara que llevaba en su mano, la llegó á la boca y gustó un poco de miel, con que se restaure en sus fuerzas. ¿Qué será bueno que sucediese por haber quebrantado este ayuno; que luego desmayó el ejército, y la victoria se dilató, y no se dio fin á la guerra? Y consulta Saúl al Señor para saber si seguiría el alcance, y no le quiso responder; echa á suertes para ver quién tenía la culpa de aquel mal suceso, y por orden del cielo cae la suerte sobre Jonatás. Y sabido el caso, su padre Saúl le condenó á muerte sin réplica; que apenas pudo librarlo de ella todo el pueblo, vista su inocencia. ¿Pasáis por tal cosa, que la culpa de uno solo, y no culpa sino ignorancia, quitó la fuerza á todo un ejército en el punto que le faltó la observancia del ayuno? Item, ¿que Dios se mostrase enojado y no quisiese responder, y lo descubre por suertes como á delincuente? Y teniendo Jonatás tanta necesidad y en tan buena demanda, y siendo tan poca la comida, que pudiera tomarse por medicina, y estando ignorante del precepto del ayuno, le condena su padre á muerte, un Príncipe heredero. ¿Qué merece el cristiano que sin urgente necesidad, por sólo su antojo ó gusto, quebranta el ayuno de la Cuaresma, sabiendo el precepto que hay de Cristo ó su Iglesia (que todo es uno), y regala el gusto con la miel de las viandas y condimentos que ha inventado la gula, y se entrega á los pasatiempos de esta vida? No hay duda sino que merece muerte sempiterna, y aquella hambre rabiosa con que Cristo le amenaza. «¡ Ay de vosotros los hartos, porque para siempre ayunaréis!» Al fin, es cosa tan excelente el ayuno, que mientras Cristo ayunó no le osó tentar el demonio, antes presumió dél que era Hijo de Dios; pero al cabo de los cuarenta días, desque le sintió hambre y necesidad de comer, comenzó á dudar si era hombre, y lo quiso averiguar.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Et accedens tentator dixit ei: si Filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant. Lo primero que aquí se ofrece considerar es de cuán ligeras cosas se aprovecha el adversario para nuestro daño y total destrucción. ¿Queréislo ver? ¿Qué cosa hay menos apetecible para comer que una piedra? Pues él tiene modo para daros á entender que en ella hallaréis gusto. Contemplad ahora, por reverencia de Dios, por una parte á Cristo después de cuarenta días de terrible abstinencia, hambriento, macilento, empezado á

adelgazar el rostro y descubrir los huesos de la flaqueza, retraídos más de lo acostumbrado los ojos, perdido el color, debilitada la virtud corporal, sentado pensativo sobre una peña de las que había por aquellas sierras, meditando lo que cumplía á vos y á mí. Mirad por otra parte: acullá se descubre el adversario, que todos aquellos días como cazador había andado amaitinando la caza, ya se le acerca, y aún debió de pararse algún poco á mirarle despacio; como cuando Aníbal se vio la primera vez con Cipión Africano, junto á un río que les dividía, dicen que ambos se miraron espantados cada uno de la grandeza de su contrario ¿Qué debió de pasar aquí en los pechos de estos dos tan valerosos guerreros? Satanás cudicioso, entre miedo y esperanza busca, imagina cómo darle el primer asalto, y no se le ofrece. ¿Habéis acaso andado solo por la cumbre de alguna sierra, y visto á media ladera, sobre tarde, una paloma sobre una peña sentada, y veis salir agachado por la garganta de un arroyo un raposo tan grande como un podenco, agachándose muy pasito entre las matas, y sacar no más que el hocico y un ojo, columbrando? ¡Ah, traidor, en qué pasos andáis! ¿No sabéis que *frustra jacitur rete ante oculos pennatorum*? «En vano se tiende la red á vista de los pájaros». La paloma, confiada en su vuelo y en el lugar donde está, no hace caso de él, aunque le vea. Decid, embustero, ¿qué haréis aquí que no tenéis de que os aprovechar como ya solíades? No hay deleitoso vergel en el horror de esta soledad quemada por los soles; no nacen árboles vedados por estos arenales estériles de toda frescura; no hay fruta por estos pizarrales y riscos pelados, cuya hermosura solicite el apetito. Aquí serpiente hay, que sois vos; pero no hay Eva, de cuyos halagos y blanduras os podéis valer; solo os veo, y desarmado, porque en estas regiones solas piedras duras, frías y secas podéis hallar. Pues de esas, á falta de otras armas, se piensa aprovechar. ¿No habéis oído de aquel valiente español, que en campo aplazado, aunque le faltaron las armas, no le faltó el ánimo, y á puras pedradas rindió al enemigo? Pues aquí, con solas piedras se promete Satanás la victoria. Mira, tú, con quién lo has, y cuán lejos te debes poner de las ocasiones; que si solas piedras hay donde tú estás, con ellas espera rendirte. Mira si te aconseja bien quien dice que ayunes y hagas de todo abstinencia, y de cuanto hay te guardes; porque cuando á tu enemigo le faltaren paraíso y frutas, y mujeres, y lo semejante, con solas piedras te podrá derribar. ¡A cuántos ha hecho él adorar las piedras y tenerlas por Dios! ¿No es piedra un odio, un aborrecimiento, una pretensión perpetua, que gasta la vida y acaba mil veces la paciencia? Quien de eso vive y se sustenta, ¿no come piedras? A éstos les hace creer que las piedras les podrán mantener. *Dic ut lapides isti panes fiant.*

CONSIDERACIÓN QUINTA

Mas ¿por qué no quiso el Señor hacer pan de aquellas piedras, pues ni en hacerlo ni en comer hubiera culpa, supuesto su poder y la presente necesidad? Porque de cosas al parecer necesarias se hace la escala primera para las superfluas, y de lo muy ligero suele algunas veces bajarse, como por grados, á lo muy grave. Primero persuade el demonio aquellas cosas que al parecer no se pueden negar, para de ahí tomar ocasión para las que suelen matar, como es arrojarse del capitel del templo. Por eso es menester resistir á los principios de la tentación, y atajar los pasos al demonio, y no darle audiencia ni cabida en lo poco, porque no os venga á inducir á lo mucho. *De radice colubri egredietur regulus* (Isaías, 14): «De la cola de la culebra nació el basilisco», que es la causa que ahora se llama el demonio dragón grande; *Leviatán*, ballena escamosa y fiera, león bravísimo y carnicero. *Tamquam leo rugiens circuit quærens quem devoret.* Siendo así, ¿por qué cuando tentó á Eva en ninguno de estos animales entró, ni se aprovechó de ellos, sino de una culebra pequeña? Es decir, que al principio era Satanás pequeña culebra, y tenía pocas fuerzas; era animal arrastrado, no se subía á las barbas; fuele dando entrada la mujer, y después los hijos, y fue cobrando fuerzas; tornóse dragón, león y ballena, que son grandes bestias: el dragón que vuela por el aire, y el león que anda por las montañas, y la ballena que está en el mar. Como quien dice: Ese que tan poco andaba y mandaba, ya discurre por el aire, mar y tierra. Hasta en los desvanes hay culebras, y en las paredes más guardadas. ¿A cuántos contemplativos que iban volando por esos aires les derribó este dragón ponzoñoso, y á cuántos ermitaños y monjes recogidos los ha desgarrado este león carnicero? ¿Cuántos navíos de buenos casados que navegan por el mar deste mundo son contrastados de este gran ballenato? Todo lo anda y lo cunde, hasta las encerradas doncellas, y hasta los velos y capillas; porque todo lo es: culebra los principios, y si le dan lugar, dragón, león y ballena. ¿Qué remedio? Para resistir á los principios, cuando él, como culebra engañosa, se cuela deslizando con aparencia de razón y necesidad, es admirable consejo no permitirnos todo aquello que nos parece ser necesario, y responder con Cristo: *Non in solo pane vivit homo.* Si todas las veces que á vos os parece que conviene para la salud no ayunar, comer carne, ó que estáis obligado

á visitar á aquél caballero y á tratar á la otra señora, ó que debéis por esta semana aflojar en tal y tal penitencia, lo hiciéredes, no tengo duda sino que muchos ayunos dejaréis de guardar á que sois obligado, muchas salidas superfluas, visitas peligrosas, de muchas penitencias os descargaréis sin razón. Es gran fundamento este: *Non in solo pane vivit homo.* Sin eso que os parece necesario podéis vivir. Y aun tengo sospecha que eso necesario es lo que os pone en extremas necesidades. ¿Para qué se encarga de ellas el siervo de Dios, que ha oído de su boca *unum est necessarium*?

CONSIDERACIÓN SEXTA

Viendo, pues, Satanás, que, confiado en la divina Providencia, Cristo no venía en hacer aquel milagro, usa de otra maña suya, que es atesar y estirar aquello con que nos ve confiados, hasta sacarlo del punto en que nos sustenta, como cuando del temeroso hace desconfiado, del seguro negligente, del escrupuloso desesperado; aquí porque debió confiar, quiere que confíe tanto que se despeñe. Llévalo al pináculo del templo, y dícele: *Mitte te deorsum; scriptum est enim quia angelis suis mandavit de te et in manibus tollent te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum:* «Si eres Hijo de Dios, muéstralo en echarte de ahí abajo, y confía que El te guardará sin lesión, porque á sus ángeles tiene mandado que te lleven en las palmas, porque no te lastimes». Esto es lo que el demonio pretende: persuadirnos que caigamos de lo alto de la virtud, de la perfección, de la gracia; como él se arrojó del cielo como rayo hasta el profundo, quiere que nosotros caigamos, y para esto quita temores y facilita y deshace los peligros de la caída. Ea, que angeles hay que os guarden, confesores hay que os curen, que bien podéis pecar, que el remedio está en la mano. Y hay hombres tan enemigos de sí mesmos, que se precipitan á ojos vistas, semejantes á Balán, *qui cadens apertos habet oculos.* ¡Qué gran culpa caer abiertos los ojos, despeñarse por su voluntad en un barranco, á donde se puede el hombre echar, pero no salir por sus fuerzas, si Dios no le ayuda! Pues pecar con esa presunción de que Dios le librará, es tentar á Dios y hacer prueba de su paciencia, provocando su ira, lo cual es contra la Escritura: *Non tentabis Dominum Deum tuum.*

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Más. El importuno enemigo, aunque dos veces había llevado en la cabeza, no por eso desiste de su empresa, antes se rehace de nuevo, para dar el último y más peligroso asalto, sabiendo cuán impetuoso tiro debe ser este de mandar, aun en los ánimos que han vencido la gula y la vanagloria. Diferente cosa es no ponerse á peligro por sola vanidad, y despreciar una tan grande oferta como el señorío del mundo. Pone, pues, al Señor el adversario sobre un altísimo monte, y allí hizo una breve cosmografía del mundo y de sus riquezas, y gloria, ó que desde aquella altura le señalase los reinos y las provincias y naciones del universo, y en suma le diese cuenta de lo que había, quién gobernaba, cómo y por qué, ó que á vista de sus ojos corporales, por arte mágica le representase como en una pintura todo cuanto había de ver y estimar, digno de precio en el mundo, que ambas cosas pudieron ser, y esto segundo parece más propio, pues dice San Lucas que se lo mostró en un momento. ¿Cuán pocas deben de ser las cosas que hay que ver y desear en el mundo, pues pueden ser vistas en tan breve tiempo? Lleváis á un amigo á vuestro jardín, habéis menester la tarde toda para que vea lo que tenéis allí plantado de hierbas y frutales. Á vuestra amiga, si viene á veros y le queréis mostrar, no vuestras guardarropas, ni recámaras, sino las baratijas que tenéis en un cofrecillo, las laborcillas y jarcias, que son más niñerías que sustanciales, habéis menester un día todo, sacando aquello, desplegando lo otro. Pues para una cosa que tan poco es se gasta un día, ¿qué debéis pensar que importa lo que en un momento se puede mostrar? Lo que en un momento se muestra, un solo momento dura, en un momento se pierde y se deja. ¿Quién, si no es desatinado, arriesga los bienes eternos por bienes que así se gozan, así faltan, así desaparecen y nos dejan? De este mismo demonio que esto te ofrece tan de buena gana deberías tú deprender de qué se ha de hacer más estima, si no lo tienes por necio, si piensas que no se engaña en la venta que quiere hacer. Mira que todo eso da por sola tu ánima; sólo porque le adores te ofrece el mundo. Pues si Satanás estima en más tu ánima que el mundo, ¿qué juicio es el tuyo, hombre desatinado, cuando la vendes por las heces de la tierra? Si no miras el precioso valor del alma, lo que quien la hizo dio por su rescate; si por ser enemigo de Cristo no te fías de su aprecio, fíate siquiera del de Satanás en esto, pues quieres seguir en lo demás su bando. Yo no me atrevo á decirte que no la vendas, que no espero que lo harás, sólo te aconsejo que regatees un poco, que mientras más fuerte te hicieres, más te dará. Entiende que es suma la cudicia que tiene del alma que no es suya, y que por haberla, dará todo su caudal. ¿Por qué no te haces de rogar siquiera un poco? Todo esto que ves, dice el enemigo, es mío, y á quien me

parece lo doy; todo te lo quiero dar con tal que, en reconocimiento de vasallaje, cayendo á mis pies, me adores, *si cadens adoraveris me.* Aquí debió de ser el juego claro, descubrir Satanás manifiestamente quién era y lo que pretendía. En lo cual nos podemos asombrar de aquella inmensa paciencia del Señor, que tales palabras sufrió que se le dijesen en presencia. Si sois un caballero más de los ordinarios, y entra un alguacil en vuestra casa á haceros ejecución, os mostráis ofendido que en vuestra casa entre ni aun quien viene de parte del Rey; ¿con qué ánimo podrá sufrir el mismo Rey que otro pensase que podía mandar en su reino, y no sólo mandar, sino darle á quien quisiese, y servirse del mismo Rey como de criado? Paciencia divina fue menester para no salir de las reglas de ella. ¿Tuyo es, traidor? ¿Y tú le das? ¿Por qué título ó qué razón de derecho? ¿Porque le criaste? ¿Porque le ganaste? ¿Porque le heredaste? ¿Porque le gobiernas? ¿Porque le mereces? No hallo yo otra razón para decir que el mundo es tuyo sino tu poca vergüenza, porque de quien no la tiene se suele decir que toda la tierra es suya. Si tuya fuera, no hicieras tanto barato della. Los ladrones son los que venden de balde lo que han hurtado, porque no les costó nada, y desean salir dello, no lo halle la justicia en su poder. Tuyos son, traidor, los sempiternos tormentos; tuyas las llamas que jamás se apagarán; tuyo el rabioso gusano de la conciencia, que nunca muere; tuya la culpa; tuya la cárcel infernal; tuya la pena perdurable; deso podrás hacer barato á los que contrataren contigo, y eso darás á quien te adorare. *Vade, Sathana; scriptum est enim; Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies:* Vete, adversario, confuso y vencido, y no parezcas delante del Señor, á quien es debida toda adoración. Y como á tal vienen los ángeles y le sirven y traen de comer para regalar su santísima humanidad. Este es el gran Dios de Israel, de quien está escrito: Al Señor Dios tuyo adorarás y servirás. Sólo él lo merece, sólo él lo paga y da su gracia para que se haga, y que con hacerlo se merezca la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO

PRIMERO DE CUARESMA

Cum venerit Filius hominis in majestate sua et omnes angeli cum eo, tunc sedebit super sedem majestatis suæ.

(MAT., 25).

Zeusis, afamado pintor entre los antiguos, pintó un pajecillo con un plato de uvas en la mano tan al natural contrahechas, que engañadas las aves, vinieron á picar en ellas. Airóse grandemente contra sí el artífice visto el caso, y quejóse de su arte diciendo: Si yo acabara tan bien el muchacho, y le sacara tan al vivo como las uvas, del temor de él no llegaran los pájaros á comer de ellas. Desque me pongo á pensar lo que valieron los oradores gentiles en la elocuencia, cómo eran dueños ó tiranos de los ánimos de los oyentes, y los inclinaban á donde querían, y que tratando cosas humanas y con palabras humanas (que respeto de las divinas son muertas) les diesen tanta vida, que Hegesias Cirenaico, lamentando las miserias desta vida, inducía á muchos á que se matasen de su voluntad: ¡extraña fuerza en el decir, más poderosa que la misma naturaleza, pues contra sus fueros y leyes engendraba odio de la vida y amor de la muerte! tanto que, proveyendo al bien común el rey Ptolomeo, le cerró la escuela y mandó que no enseñase; y Cicerón, que persuadió al pueblo romano, en tiempo de gran necesidad, que renunciase la ley agraria, que es lo mismo que acabar con uno que muere de hambre que no quiera alimentos; y á los hijos de los encartados que por no alterar la República holgasen vivir sin honra y sin hacienda. ¡Y que pueda el mundo engañoso pintarnos sus bienes, riquezas, honras, contentos, con ser falsos y muertos, tanto al vivo, que como aves golosas se abalanzan á ellos nuestros apetitos; y los predicadores cristianos (¡oh gran corri-

miento y vergüenza!), proponiendo al pueblo la venida del juez airado, su juicio espantoso, los bienes eternos y los males perdurables, todas cosas vivas, y con palabras de Dios que son vivas: *Vivus est sermo Dei et efficax* (Heb., 4), las pintamos tan mal que no hacen impresión en los hombres para temer los castigos ni aficionarse á los premios! Con cuán diferentes colores debió de pintar este juicio el apóstol mejor de este oficio, pues hablando delante el presidente Félix le hizo temblar de temor: *tremefactus Felix*, con ser pagano infiel; ¿qué hiciera si predicara á cristianos? A estos me cabe á mi predicar hoy; pero falta lo mejor, que es la energía y eficacia de San Pablo: puédelo suplir el Espíritu Santo con su gracia; supliquemos á la divina Virgen nos la alcance mediante su intercesión sacratísima. Ave María.

INTRODUCCION

David, doctor de la ley de Dios y consumado teólogo en la ciencia de los Santos, considerando por una parte quién Dios es y por otra cómo los hombres, criaturas suyas, le tratan, que ni temen á su majestad, ni sirven á aquella grandeza, ni aman tanta bondad, asombrado de tal locura y desorden, quiere, como sabio, sacar de raíz y averiguar la causa de este atrevimiento temerario, y así dice en el salmo 9: *Propter quid irritavit impius Deum? Dixit enim in corde suo: non requiret.* Estemos á razón, y sepamos la que el malo tiene para desmesurarse contra Dios, y hacerle cocos. Dime, hombre, ¿qué te ha hecho Dios ó qué no ha hecho por ti? Entendamos el por qué le ofendes. Por gran encarecimiento dice el adagio: *Scarabœus aquilam quærit:* «El escarabajo desafía al águila». ¿Qué será provocar el hombre á Dios? ¿Quién te da alas para eso? *Dixit enim in corde suo: non requiret.* Pensar que no ha de haber día de cuenta, ni que Dios la ha de tomar. Esta es la potísima razón que halla David. Porque estar uno enterado que ha de dar cuenta y desmandarse, no lleva camino. El viandante en la venta mide su comida, no con la hambre que trae, sino con la bolsa que tiene, porque sobre tabla ha de haber cuenta y paga del escote; mas el convidado á mesa espléndida come sin zozobra cuanto puede. Algunos ha habido tan desalmados, que para hacer banquete á sus sentidos de los bienes desta vida, y correr á rienda suelta por el camino de la maldad, negaron la providencia de Dios y su juicio; porque viendo que el conocimiento y confesión desta verdad les era freno de sus pasiones, y los mancaba y dejarretaba para no proseguir sus desatinos, y que no podían cumplir los apetitos de su corazón teniendo dentro de él este artículo de fe, que de aquel pecado que hacían era Dios juez y los había de juzgar públicamente en presencia de las criaturas todas, prevaleciendo en ellos su desordenada concupiscencia descreyeron de Dios, y parecióles que no había de haber juicio para sus obras. En persona destos se dice en el libro de Job: *Nubes latibulum ejus, nec nostra considerat et circa cardines cœli perambulat;* «Allá se está Dios escondido tras las cortinas de las nubes, y ni le vemos ni nos ve; sólo se ocupa en regir los cielos, sin atender á los sucesos de la tierra». Esta herejía necísima nadie la sacará por la boca, porque hay Inquisición, pero muchos hay que la traen solapada en el pecho. *Dixit enim corde suo: non requiret.* No está el error en la lengua, sino en el corazón; no en el entendimiento, sino en la voluntad; no niega el juicio de palabra, pero en la obra vive como si no lo creyese. Esto dijo más claro el Profeta Rey poco antes: *Non est Deus in conspectu ejus: inquinatæ sunt viæ illius in omni tempore; auferuntur juditia tua a facie ejus.* (La traslación hebrea y caldaica dicen *Heloin*, que quiere decir jueces). «No trae al juez en su acatamiento, y de ahí vino á profanar sus obras en todo tiempo. Tus juicios, Señor, están lejos de su rostro». Quiere decir, no los considera ni reduce á la memoria, siendo la primera cosa y postrera, en que, como en quicio y umbral, quiso Dios anduviese enejada toda la grandeza de los misterios que la Escritura nos revela. La primer palabra de la Biblia es: *In principio creavit Heloim cœlum et terram.* San Jerónimo, en la carta que escribió á Marcela, cuenta diez nombres hebreos con que se nombra Dios en todas las Escrituras sagradas; pero aquí en el principio se llama *Heloim*, nombre que restringe la amplitud y majestad de la eterna frescura y hermosura, y significa ser juez de todas nuestras obras, palabras, pensamientos, omisiones. ¡Bendito seáis vos, Señor, que á la portada, donde más os queréis mostrar, no ponéis el nombre de vuestra grandeza, aquel nombre incomunicable, maravilloso, *Tetragrammaton*, sino el nombre que os declara juez, oficio que tantos le tienen, para plantar en mi corazón esta memoria: que todo cuanto pensare, dijere y obrare lo haga como cosa que por vos ha de ser juzgada! Y porque no cayese en mi imaginación que vos os habíades olvidado y alzado mano de esta pretensión, no contento con haberlo repetido tantas veces y con tantos encarecimientos en vuestro libro, queréis que la última palabra de él sea: *Etiam venio cito. Amen.* «Cierto vengo presto. Así será». Y porque las obras mueven más que las palabras, luego al principio nos propone Dios un juicio rigurosísimo, figura y retrato del nuestro, para que comencemos á temer lo que

por nosotros ha de pasar. El primer día del mundo, *divisit Deus lucem a tenebris*. La luz dividida estaba de las tinieblas»; pero dice San Agustín que por esta división se entiende el juicio que hizo Dios de los ángeles, que, como entre los hombres, hay buenos y malos, y en el juicio final los ha de apartar: *Separavit eos ab invicem*, así entonces dividió á los ángeles de luz de los ángeles de tinieblas. Y con esta justa y temerosa división nos avisa que nos enmendemos En este sentido se toma aquel lugar de Job: *Cum sublatus fuerit, timebunt angeli et territi purgabuntur:* «Cuando el demonio con sus aliados fue excluído y desterrado de la compañía de los buenos; considerando este juicio, temerán los ángeles», esto es, los justos, los siervos de Dios, y atemorizados tratarán de purificarse de sus mancillas. Porque quien ve hecho tal estrago en criaturas tan nobles y limpias, por solo un mal pensamiento, ¿qué debe temer viéndose rodeado de este cuerpo aborrecible, incentivo de torpezas y seminario de vicios? Y como el demonio sabe cuán poderosa es la memoria del juicio divino para enfrenar al hombre que no peque, procura con todo su poder quitársela y divertirle en pasatiempos del mundo. Como los que crían seda y sacan su ganancia á costa del gusanillo que se desentraña por hacerla dentro del capullo, en los días tempestuosos (porque el ruido de los truenos suele matar los gusanos) toman sonajas y adufres y otros instrumentos, y tañen y cantan en las salas donde crían, para que entretenidos con la música no oigan el estallido del trueno, y pase adelante la obra de la seda, así el embaidor de Satanás, sabiendo que la memoria de aquel trueno espantoso y sonora trompeta que convocará á los hombres á juicio bastará para hacerlos morir al mundo y á sus pompas, ocúpanos con músicas, banquetes, regalos, cuales os ha traído estos días, para que perdamos el acuerdo de este juicio y no perder él la granjería que trae de nuestra perdición. Pero la Iglesia Santa, madre nuestra, deseosa de nuestro bien, poniendo silencio á los cantos de sirenas del mundo, y entredicho á sus placeres, nos despierta con temerosos truenos, para que, muriendo al pecado, vivamos á Dios. El otro día nos espantó con aquella voz: *Memento quia cinis es et in cinerem reverteris*. Ahora nos atruena con el juicio. Hacen un dúo muy acordado muerte y juicio. San Pablo los concertó: *Statutum est hominibus semel mori et post hoc juditium*. Esta voz última es la que más aturde al descuidado pecador, la cual entona Cristo en el Evangelio de hoy, que es de San Mateo, en el capítulo veinticinco: *Cum venerit Filius hominis in majestate sua et omnes angeli cum eo.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Lo primero que se nos ofrece en este espectáculo temeroso es la persona del juez, el cual dice que será el Hijo de la Virgen, el mismo que de los hombres fue juzgado; pero que vendrá, no en forma pasible, ni como reo sujeto á penas y pasiones, como en su primera venida, sino en forma gloriosa, y con pompa y aparato de Rey y de Dios. Esta majestad inmensa del juez se parecerá en su persona, porque no represará la gloria de su alma, como hizo en esta vida; sino dejándola comunicar al cuerpo, vendrá con hermosura, claridad y resplandor tan admirables, que en su presencia las lumbreras del cielo no sólo quedarán eclipsadas, pero á los santos, que también alumbrarán más que el sol, hará incomparables ventajas. Lo segundo en el acompañamiento, porque traerá consigo toda la gente de su casa y corte, todos los ejércitos de los ángeles, *et omnes angeli cum eo*, y todos los santos. Lo tercero, en el Tribunal supremo y magnífico de donde no habrá apelación, porque *sedebit super sedem majestatis suæ*. Todas estas circunstancias nos pinta el amado discípulo en una de sus revelaciones. Dice que vio el cielo abierto, y que salió un caballo blanco, y el caballero que venía en la silla se intitulaba: *fidelis et verax*: «y que juzga y pelea con justicia»; sus ojos eran como llamas de fuego, y en su cabeza traía muchas coronas, y su vestidura estaba toda rociada de sangre, y su nombre de este príncipe *Verbum Dei*. Y que le seguían todos los ejércitos del cielo, todos caballeros y caballos blancos, y con ropas blancas y limpias; y de su boca salía una espada de ambas partes aguda, para herir con ella á las gentes. Y dice que las ha de regir con vara de hierro, y que en su vestidura traía broslado este blasón: *Rex regum et Dominus dominantium*. ¡Oh, Santo Dios, y qué de misterios están encerrados en esta visión! Este divino personaje es un retrato de Cristo, cuando venga del cielo á juzgar. El caballo blanco es su humanidad inocentísima, que saldrá aquel día más bella y vistosa que todas las hermosuras criadas. El jinete que la rige es el Verbo divino, que la juntó consigo en unidad de persona, y con ella hizo mil gentilezas en la obra de nuestra redención. Este caballero es juntamente Hijo de Dios y Hijo de la Virgen; fiel en sus promesas, verdadero en sus palabras, juzga y pelea con justicia, porque como juez pronunciará la sentencia conforme á derecho y como guerrero la ejecutará sin que nadie le pueda hacer resistencia. Es tan justo, que juzga con vara de hierro, que no doblará con ruegos y dádivas. Las varas de los hombres son de palo, y por eso con facilidad se tuercen, y

hacen de ellas lo que los litigantes quieren; mas la vara de Dios es de hierro, porque en aquel juicio no habrá acepción de personas ni particulares respetos. Sus ojos son llamas de fuego; porque, como dice San Pablo, todas las cosas están desnudas y patentes delante de él, y ninguna criatura le es invisible. No se le podrán esconder nuestras obras ni palabras, ni aun los minutísimos pensamientos y ligerísimas omisiones; los pecados ocultos revocados, enmascarados con aparencia de virtud, todo parecerá lo que es delante aquellos ojos de fuego. Esto significó la Esposa diciendo: *Similis est dilectus meus capreæ hinnuloque cervorum;* «Semejante es mi amado á la cabra montés», que es de vista agudísima, según dicen los naturales. Nadie le puede hacer trampantojos, ni se le puede encubrir el átomo del aire á la sombra del sol. También se parece al cervatico. Propiedad es de los ciervos con sólo el aliento sacar los animalejos ponzoñosos de sus cuevas y lapas. Entiérrese el pecado siete estados debajo de tierra; escóndase en el pecho, en el saco; arrincónese entre las oraciones y la misa, y entre la hostia y el cáliz; cúbrase de blanca honestidad; éntrese en la paja y el heno de la cama pobre y penitente, que de allí le ha de sacar Dios á luz y á plaza, y se ha de saber y castigar. Y no sólo serán aquí juzgadas las malas obras, sino las buenas, que por eso dice adelante que traia en la boca una espada aguda de dos filos, que significa la sutileza del juicio de Dios, que cortará el cabello por medio en el aire. *Vivus est enim sermo Dei et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti et pertingens usque ad divisionem animæ ac spiritus*: «Viva es, dice el Apóstol, la palabra de Dios, de grande eficacia, y más sutil y penetrante que espada de dos filos, tan afilada que llega á dividir el alma del espíritu». Entendamos esta anatomía. Siendo el alma y el espíritu del hombre una misma cosa, ¿cómo la palabra de Dios la divide de sí propia? Digo que por razón de dos oficios que tiene el alma distintos. Porque, lo primero, informa al cuerpo y vivifica, para que viva esta vida animal y sensitiva, semejante á la de los brutos, y según esto se llama alma. Tiene otro oficio más ahidalgado, que es contemplar las cosas celestiales y la gloria de Dios, para que fue criada, y según esto se llama espíritu, y tiene deudo con los espíritus angélicos. Pues por razón de estas dos operaciones que tiene el alma dice San Pablo que la palabra de Dios hará división del alma y del espíritu, significando por esto el riguroso juicio de Dios y el corte delicado de aquella espada tajante, que ha de descubrir cuáles fueron obras de espiritu y cuáles de alma, cuáles fueron espirituales y cuáles carnales. Allí se verá si el ayuno que hiciste fue obra de espíritu, si puramente por Dios, ó si fue obra del alma, por agradar á los hombres y ganar honra mundana. Allí se verá si la limosna que diste, y el sermón que oistes, y las estaciones que anduvistes, y las devociones que tuvistes, fueron obras de espíritu ó de carne. Ahora no podemos los hombres conocer esta diferencia, porque ese juicio está reservado á solo Dios, y así lo manifestará aquel día. Esto le atemorizaba mucho al Profeta Malaquías, deste juicio. *Ecce venit, dicit Dominus exercituum. Et ¿quis poterit cogitare diem adventus ejus? ¿Quis stabit ad videndum eum?* Helo; viene. ¿Y quién podrá pensar la manera de su venida? ¡Oh! ¿quién tendrá ánimo para poderle mirar? ¿Y qué es, veamos, lo que vos pensáis que tanto temor os pone? *Ipse enim quasi ignis conflans, et sedebit constans et emundans argentum et purgabit filios Levi et colabit eos quasi aurum et quasi argentum*: «Porque vendrá como el fuego de la forja, y como platero se sentará muy de propósito á ensayar el oro y la plata, y fundirá á los hijos de Leví». De la suerte que á mí me pueden engañar con un poco de latón, diciéndome que es oro, y con un poco de estaño, diciéndome que es plata, así me puedo engañar con las obras que son del cuerpo, teniéndolas por de espíritu; mas como el ensayador de otra manera se ha con el oro y con la plata, que lo purifica con fuego y conoce sus quilates, así Dios en el día del juicio, dice este santo Profeta, que se hará fuego y llamas para acrisolar á los hijos de Levi; esto es, á los justos, á sus ministros que están más llegados á él, porque *tempus est ut incipiat juditium a domo Dei*, y de sus domésticos y paniaguados. Y dice que los derretirá como oro y como plata para que se vean sus quilates y el valor de sus obras. Lo cual declaró San Pablo: *Uniuscujusque opus manifestum erit; dies enim Domini declarabit, quia in igne revelabitur*. Ahora, mientras dura la confusión de esta vida, no podemos conocer cuáles sean las obras de cada uno ni á qué fin hechas; pero el día del Señor las manifestará á fuerza de fuego. Allí se verá lo que es plomo y paja que se va en humo y lo que es oro que permanece. Allí se examinará la obediencia del fraile, la clausura de la monja, el coro, la pobreza, el hábito humilde; allí el rezado, la misa del clérigo compuesto; allí las tocas blancas y el rosario al cuello de la viuda arrinconada; allí los cuidados y fatigas de la casada fiel y hacendosa; allí los trabajos excesivos del predicador estudioso. ¡Oh, qué de cosas de estas que á nuestros ojos relucen como oro fino se han de ir aquel día en humo de vanidad, interés, hipocresía! ¿Qué sentirán los malos cuando vean adelgazar tanto las obras de los

buenos? Si el ayuno es examinado, ¿qué harán las golosinas y comidas? Si juzgan á la limosna, ¿qué harán á los cohechos y latrocinios? Si piden cuenta de las palabras buenas, ¿qué será de las ociosas? ¿qué de las perjudiciales, de los remoquetes, que por decir un dicho perdéis un amigo? ¿qué de los perjurios y blasfemias? Si la entereza de la virgen, que no manchó su cuerpo, corre peligro, porque se detendrá Dios en averiguar si pecó ó no pecó en el pensamiento, si consintió expresa, ó virtual, ó interpretativamente, ¿cuál estará el adúltero y deshonesto profano carnal, cuando vea hacer tal pesquisa sobre la capa del justo? Y si, como dice San Pedro, *justus vix salvabitur*, «apenas será dado por libre el justo», el malo y pecador ¿dónde parecerá? ¿qué rostro tendrá ó cómo osará alzar los ojos? Esto significa la espada de dos filos. Dice más San Juan: que este señor traía muchas diademas en la cabeza. Veamos, Señor, ¿son esas diademas las que alcanzastes por las guerras que vencistes en este mundo? Cierto que si es por esta causa, legítimamente las traéis; mas tengo entendido que como venís á premiar á muchos, es menester que haya muchas diademas; porque así como para aprisionar á muchos son menester muchas cadenas, así para coronar á muchos son necesarias muchas coronas. Y tráelas en su cabeza, porque la corona que se ha de dar al justo se ha de quitar de la cabeza de Cristo, ó porque Cristo vence en el justo y es coronado en él, ó porque en virtud de la Pasión de Cristo merece el justo la corona de la vida eterna. Dice más: que traía su vestidura salpicada de sangre. Esta ropa ensangrentada serán aquellas sacratísimas llagas que han estado ante el Eterno Padre pidiendo misericordia y perdón para los hombres; porque dos sangres claman en el acatamiento divino: la de Abel y la de Cristo. La de Abel pedía justicia y la de Cristo misericordia. Por lo cual dice San Pablo que vocea mejor que la de Abel: *Accesistis ad sanguinis aspersionem, melius loquentem quam Abel*. Pero esas llagas y sangre que hasta aquí pedían misericordia, ahora gritarán pidiendo justicia contra los malos que las menospreciaron y no quisieron aprovecharse dellas. Y por eso se las mostrará Cristo para justificar su causa contra ellos. Galanamente lo dijo David: *Lætabitur justus cum viderit vindictam; manus suas lavabit in sanguine peccatoris* (Salmo 57). Cristo nuestro bien es el justo por excelencia. *Hoc est nomen quod vocabunt eum: Dominus justus noster* (Jerem., 23): «Pues este justo se goza viendo el castigo de los malos, y se lavará las manos en la sangre de ellos». Lavarse las manos en la Escritura es señal de inocencia, y así Pilato se lavó las manos para dar la sentencia contra Cristo, protestándose inocente en su muerte. Y aun acá decimos: «Yo lavo las manos de este negocio», esto es, no soy en él culpado. Pues lavarse Cristo las manos en la sangre del pecador es mostrar cuán inocente está y sin culpa de su condenación. Aquellas manos llagadas serán manos lavadas que protesten su inocencia en la perdición del hombre. A este mismo fin hará parecer en el cielo la señal de la cruz, que es el estandarte real de este potentísimo Emperador, en que están bordadas sus armas, que son las quinas de sus preciosas llagas. Saldrá aquel guión imperial por los aires acompañado de no pequeño escuadrón de la milicia celestial, que verná para hacerle estado, cantando aquel

Vexilla Regis prodeunt;
fulget crucis misterium,
quo carne carnis conditor,
suspensus est patibulo.

¡Qué tan diversos efectos causará la que fue escándalo á los judíos, locura á los gentiles, virtud y sabiduría á los que se han de salvar! Cuando los unos vean en qué tropezaron, los otros de qué burlaron, otros qué adoraron, unos dirán:

Arbor decora et fulgida,
ornata regis purpura,
electa digna stipite,
tam sancta membra tangere.
Beata cujus brachiis
sæcli pependit pretium,
statera facta corporis,
prædamque tulit tartari.
Oh, Crux, ave, spes unica!

Otros, que hasta allí se profesaron enemigos de la cruz, comenzarán á tomar horror de su triunfo y á llorar con lágrimas desaprovechadas, como dice el Señor: *Tunc parebit signum Filii hominis in cælo et tunc plangent omnes tribus terræ*. ¡Santo Dios! ¿La cruz de Cristo no es señal de misericordia, prenda de clemencia, arco sereno de paz, instrumento de la redención? ¿No es el lecho florido donde el amado Esposo durmió al medio día el sueño de la muerte? ¿llave dorada que abrió el Paraíso al ladrón y ahuyentó el querubín que guardaba la entrada, y rebotó el montante de fuego con que la defendía? ¿asta donde, arbolada la mística serpiente de metal, sana á los que la miran de las mordeduras de las serpientes? Pues, ¿cómo puede causar terror y espanto con su vista? *Tunc plangent omnes tribus terræ:* «Entonces llorarán todas las tribus de la tierra». ¿Sabéis por qué? Porque verán allí justificada la causa de Cristo y de la suerte que los cielos y las criaturas todas son predicadores mudos de la gloria y majestad del Criador: *Cœli enarrant gloriam Dei;* así, la cruz de Cristo será una evidente demostración y un predicador mudo, que dará

voces y volverá por la honra de Dios, mostrando cuán á su costa obró la Redención del hombre en ella, los dolores que sufrió, las medicinas, los sacramentos que le preparó. Pues los malos que hubieren despreciado tan costoso remedio y hecho para sí vanos los trabajos de Cristo, cuando en aquella señal vean que no quedó por El sino por ellos su salvación, y que por su culpa se condenan, *tunc plangent omnes tribus terræ*. Llorarán porque no pueden ya hacer penitencia ni huir de la justicia, ni apelar de la sentencia; llorarán las culpas pasadas y la vergüenza presente, y el castigo venidero; llorarán su mala suerte, su desdichado nacimiento y desventurado fin, al verse sin remedio excluídos para siempre del bien para el cual fueron criados; llorarán, en fin, por verse delante su Criador y Redentor para condenarlos. ¡Quién pensara, Señor, que vuestra vista y las de vuestras llagas y cruz causara tanta tristeza en las almas! ¡Quién pudiera creer que el veros había de ser parte de pena de nuestras culpas! Con esperanza de veros, Señor, se solían hacer ligeros todos los trabajos; con la representación de vuestra Cruz dejaban los hombres sus haciendas y se hacía fácil la penitencia, el cuchillo, el martirio. ¿Cómo se han trocado tanto las cosas ahora y ha causado tanto espanto vuestra presencia, que lloran los hombres, y querrían ser sepultados en las cavernas de la tierra, y verse en el infierno antes que veros? Es porque los ojos enfermos no sufren la luz del sol ni los pecadores la de vuestra gloria. Y es también justo juicio que los espante vuestra presencia, autoridad y grandeza, y que giman los que en tan poco tuvieron vuestra ley. Espántenlos las llagas, pues siendo puertas del cielo hubieron de entrar por ellas. Asómbrense de vuestra bandera y cruz, pues tan enemigos fueron de la penitencia que en ella leístes como en cátedra. Atemorícelos la claridad y hermosura de vuestro cuerpo, pues la sangre que de él derramastes, los azotes, clavos, lanzas y espinas que en él sufristes no los detuvieron de ofenderos. Pónganles miedo los ángeles y los ejércitos de los Santos, y vuestra piadosísima Madre se embravezca contra ellos, pues tan poco caso hicieron de su favor y ayuda. Por esto trae el juez vestidura manchada de sangre, y en ella broslado aquel título: Rey de Reyes y Señor de Señores; porque, por haberse humillado obedeciendo al Padre hasta la muerte de cruz, fue por él ensalzado sobre todo nombre, y dádole plenaria potestad y cometida la judicatura de todos los hombres. Finalmente, dice que á este gran Rey le seguían todos los ejércitos celestiales, que son los ángeles y todos los Santos; porque de todos vendrá acompañado para hacer ostentación de su grandeza, estado y autoridad. Y esto es venir el Hijo de la Virgen en la majestad suya.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Vista la majestad del juez, veamos quién son los juzgados: *Congregabuntur ante eum omnes gentes*. Serán, por ministerio de los ángeles convocados y juntos ante El todos los hijos de Adán, resucitados en sus propios cuerpos, chicos y grandes, pobres y ricos, malos y buenos. ¿Habéisos hallado en un gran campo de gente de guerra, donde ocurren españoles, italianos, tudescos, alemanes, esguízaros, húngaros, polacos, con otras naciones? No es eso nada. Y si entre esos os halláredes, ved qué fuérades ó pareciérades, ó qué caso se haría de vos. Echad sobre eso toda Africa, Europa, la amplitud de Asia con la inmensidad de sus provincias; las extendidas Indias Orientales y Occidentales; todo eso es una pequeña gota del Océano cotejado con lo pasado desde que Dios crió el mundo y lo que está por nacer, hasta que se acabe. Por mucho que fuésedes, ¿qué seríades en aquella congregación? Cuando tendáis los ojos y veáis aquellos Alejandros, Césares, á cuyos ánimos fue poco la grandeza del mundo, de pensamientos tan anchos, cautivos, aherrojados; aquellos que con su poder pensaban pisar las estrellas, todos abatidos, acoceados, gusanillo tú, ¿qué serás entonces? Tú, á quien la rentilla de tres arditès, el ditado vano y sin renta, á quien tres adarmes de letrillas, á quien no sé qué hidalguía soñada así desvanece, ¿qué serás entre tanto Monarca, Emperador, Capitán, Sabio, Filósofo, Cardenal, Papa? Desde aquí te mira qué serás allí. Pues si soy pequeño, y el concurso tan grande, ¿no echarán de ver en mí? Eso se quisiera el malo; esconderse entre tanta muchedumbre, y que nadie reparase en sus maldades. En ninguna manera Todos han de parecer allí, y todos se han de conocer, y todas las obras buenas y malas se han de saber, y todos los pensamientos ocultos se han de publicar, para que en aquel tan gran teatro de los hombres y ángeles tengan los buenos gloria y los malos confusión y afrenta. Así lo afirma San Pablo: *Omnes nos manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referat unusquisque propia corporis prout gessit, sive bonum, sive malum*. No hay esconderse allí alguno; todos nos habemos de manifestar en el tribunal de Cristo, justicia mayor del mundo. ¿Qué llamáis manifestar? Imaginad que fuéramos los hombres de cristal transparentes, que en mirándonos nos viésemos los pensamientos, obras y palabras, y todo cuanto nos hubiese pasado, ó que tuviera cada uno una puerta en el pecho, como pedía el Momo, que ponía faltas á las cosas, por donde

se le pudiesen ver todos los secretos del corazón. Si esto fuera así, ¿quién se atreviera á salir de su casa? Y si nos obligaran á todos á parecer en público, ¡Jesús, qué visiones viéramos tan horrendas! ¡Qué de ambiciones como la de Absalón! ¡Qué de traiciones como la de Joab! ¡Qué de envidias y odios contra los hermanos, como los de Caín! ¡Qué de incestos con hermanas y parientas, como Amón! ¡Qué de Heliogábalos, de prodigiosas lujurias! ¡Qué de albañares peores que los de Sodoma y Gomorra! ¡Qué de casadas adúlteras, doncellas violadas, viudas deshonestas! ¡Qué de predicadores, profetas interesales, como Balán, que publican la ley de Dios y por otra parte la quebrantan! ¡Qué de ministros como los hijos de Helí, que vienen á la iglesia, no por loar al Señor, sino por comer de los sacrificios, y quizá también para solicitar á los que vienen al templo á velar! ¡Qué de padres y madres (al parecer hombres de honra) que son ellos la deshonra de sus hijas! ¡Qué de jueces viejos y venerandos, que tienen más verdes los pensamientos que los viejos de Susana! Pues esto significa San Pablo diciendo que nos han de manifestar, que nos han de hacer transparentes y claros, y abrirnos puerta en el corazón, para que se descubra quién somos. ¡Oh, qué vergonzosa manifestación para quien ha hecho obras de tinieblas, fiado en que no se han de saber! ¿Qué sentiría una matrona honestísima que la tuviesen en medio del día desnuda á la vergüenza en esa plaza? Plutarco, en el *Tratado de las virtudes de las mujeres*, cuenta que á las doncellas milesias les tomó cierto tiempo un frenesí de ahorcarse, y así se mataron muchas; no siendo parte las lágrimas de sus padres ni los consejos de las amigas para retraerlas de aquella locura, un hombre sabio promulgó una ley que cualquiera doncella que se matase fuese su cuerpo desnudo traído por la plaza. Fue tan poderoso este decreto, que nunca doncella pensó en matarse, temiendo más la vergüenza del cuerpo difunto que no el trago y los dolores de la muerte. ¿Cuánto más digna de temer será aquella desnudez y afrenta con que el Señor tiene amenazada al alma pecadora? *Revelabo pudenda tua in facie tua et ostendam in gentibus nuditatem tuam et regnis ignominiam tuam* (Núm. 3): ¡Ah, mujer errada y atrevida, que con las ropas de buenas aparencias tienes cubiertos mil insultos, yo te sacaré al rostro las manchas y torozones de tus vergonzosas enfermedades; yo te mostraré desnuda y transparente á todas las gentes, y te sacaré á la vergüenza en la plaza del mundo, para que todos los reinos vean tu desnudez y confusión! ¡Ah! si cuando buscas el secreto para hacer el pecado, que no lo sienta la tierra, te acordases que se ha de manifestar en este día delante de Dios y de las criaturas todas con deshonor y afrenta tuya tan intolerable, que por huirla los malos dirán á los montes: *Cadite super nos*; *et collibus: operite nos;* «Cubridnos con vuestras ruinas, y hacednos tortilla, porque no seamos vistos». Si de esto te acordases, por ventura te refrenarías en pecar.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Mas porque la muchedumbre sin orden fuera causa de confusión, por eso, congregados buenos y malos, *separabit eos ab invicem, sicut pastor segregat oves ab hædis:* «Apartará los buenos de los malos, como el rabadán, al poner del sol, para recoger su ganado, aparta las ovejas de los cabritos». Todos los hombres son de una especie y naturaleza; pero compara el Señor los buenos y malos á las ovejas y cabritos, que son de distintas especies, por la gran diferencia que tienen en las costumbres; y es elegantísima alegoría: la oveja es animal simple, manso, provechoso, fecundo; no tiene cuernos con que herir, ni uñas con que arañar, ni colmillos con que hacer presa, ni sabe reñir, ni hacer mal, ni aun se sabe guardar de los males; si la dejáis sola en el campo, ahí se morirá sin atinar á la majada. No hay para ella cosa más alegre que el silbo ó caramillo de su pastor. Si la quiere ordeñar ó trasquilar, no se defiende ni tira coces; si la llevan al matadero, va humilde y paciente. Animal utilísimo, que da leche, queso, lana, carne, paridera; cada año sale con su esquilmo y con su cría. Por eso les pone el Señor á los suyos (como quien bien los conoce) nombre de ovejas, porque son humildes, mansos, pacíficos, sufridos, obedientes á su palabra, que saben hacer bien á todos y mal á ninguno, y siempre dan fruto de buenas obras; pero el cabrito tiene las condiciones contrarias á la oveja. Es animal estéril, perjudicial á los árboles y plantas, lascivo, libidinoso, desvergonzado, que os estará mirando á la cara, y si le amenazáis, se está quedo, que parece no hace caso de vos. Apenas le apuntan los cuernecillos, y luego pelea y hiere á los otros. Amigo de andar por riscos y despeñaderos, por cerros y montes. Goloso, que no se contenta con la hierba que fácilmente y sin peligro puede comer, sino que el pimpollito tierno que ve más alto y más peligroso de coger, tras aquel va trepando por asperísimos peñascos. Amigo de pasto y mantenimiento amargo, y que otros animales aborrecen; aficionado á los renuevos del arrayán, del alcornoque, de los salces, de la jara, que son amargos, éstos le saben bien. Animal infructífero, que ni ahija, ni da leche, ni queso, ni lana, ni otro fruto. Impaciente, que no sabe

callar; donde quiera que está se sabe. Si el cabritillo que oyó balar Tobías en su casa fuera hurtado, descubierto se le había el hurto á su pobre mujer. ¡Oh, sabiduría divina, cuán al vivo, con sólo este apodo, pinta las condiciones de los malos! Perjudiciales, nocivos, dañinos; donde quiera que ponen la mano hacen daño; desvergonzados, deshonestos, descarados, atrevidos, bulliciosos, enemigos de paz, desobedientes, golosos de lo vedado; lo hurtado, lo prohibido, eso les sabe bien. *Aquæ furtivæ dulciores sunt et panis absconditus suavior* (Prob., 9). Y para alcanzar eso no hay peligro á que no se pongan. Amigos de andar siempre por los despeñaderos del infierno, tras sus pretensiones mundanas. *Ambulavimus vias difficiles, viam autem Domini ignoravimus*. Pues á estos cabritos apartarlos ha de las ovejas. Señor, ¿por qué antes no los habéis apartado? ¿Por qué habéis tenido siempre en compañía de los buenos (que son tan poquitos) tantos cabrones, tanta paja, tanta sabandija? Porque en este valle de miseria convenía así para que los buenos fuesen de muchas maneras ejercitados en la paciencia, que perficiona todas las otras virtudes, y es el testimonio de su fineza; y para que perseguidos los buenos, le amasen á Dios, y se les diese noticia de aquella patria celestial, y aborreciesen la vida presente. Fueron limas, fragua, crisol, los malos para los buenos; pero ya es llegado el día en que los buenos no han de merecer sino ser remunerados sus merecimientos. Apartarlos han para gloria de los buenos y confusión de los malos, pues á los que ellos en tan poco tuvieron no los merecen acompañar. También porque son tan preciados de Dios los justos, que su sombra amparará á los pecadores de la saña del Señor, como en esta vida por la compañía de los buenos fueron los mezquinos amparados. Por respeto de San Pablo escapó Dios doscientas y setenta y seis personas de un navío, que dio al través de una gran tormenta. Por diez justos disimulaba la ira y castigo grande que aquel Pentápoli merecía, donde vivía gente tan abominable. Uno solo busca celador de justicia y verdad para perdonar á Jerusalem tantos y tan graves pecados. Este, pues, es el día en que, á pesar de los malos, han de ser apartados de los buenos: porque no tiene Dios manos para hacer mal á la multitud de los pecadores cuando ve un justo entre ellos. Y así dijeron los ángeles á Loth, cuando le sacaron de Sodoma: *Festina et salvare ibi; quia non potero facere quidquam donec ingrediaris illuc:* «Date prisa á salir, porque no podré hacer mal á éstos hasta verte puesto en cobro». En verdad, Señor, sí podéis, sino que amáis tanto al justo, que por él disimuláis. Apartados, pues, unos de otros, *statuet quidem oves a dextris suis, hœdos autem a sinistris*. En este mundo los malos tuvieron la derecha y los buenos la izquierda; pero allí cruzará las manos el divino Jacob y pondrá la diestra sobre Efraim, que estaba á la izquierda, que quiere decir, frugífero; y Manasés, que quiere decir olvido, será maldito y puesto á la izquierda. Esta postura será para los buenos de grande alegría y para los malos de grande dolor. Porque mano derecha quiere decir favor, buena ventura, prosperidad: Dios te dé buena mano derecha, solemos decir á quien deseamos bien. Mano izquierda significa desventura, miseria, trabajo, infidelidad. Estar, pues, unos á la izquierda y otros á la derecha es que para los unos estará Dios enojado; para los otros, amoroso. Para los unos, sañudo; para los otros, risueño. Sobre los unos vendrá ira; sobre los otros, bendición. Para los unos habrá acusaciones; para los otros, alabanzas. Para los unos habrá fiscales; para los otros, abogados. Para los unos habrá amargas endechas; para los otros, celestiales folías. Para los unos habrá lamentaciones; para los otros, motetes. Para los unos habrá corozas; para los otros, guirnaldas. Para los unos habrá sogas; para los otros, estolas. Para los unos habrá fuego; para los otros, regalos. Para los unos habrá azotes; para los otros, banquetes. Para los unos, los demonios serán verdugos; para los otros, los ángeles compañeros. Para los unos habrá galera de infierno; para los otros, alcázares de gloria. Con razón ponen unos á la mano izquierda y otros á la derecha. Allí cantará la cuadrilla de los buenos, viendo este dichoso trueque: *Læva ejus sub capite meo et dextera illius amplexabitur me.* Acá abajo me sustento con la mano izquierda de la tribulación y la cruz, y arriba me abrazo con la derecha de su paz y bienaventuranza.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Divididos ya, no resta sino dar la sentencia. *Tunc dicet Rex his qui a dextris suis erunt.* Por ahí comenzáis, Señor, porque salvar es vuestra propia gloria. Por ahí comenzáis, porque esos son los frutos de vuestra santísima Pasión: por los buenos, que son los queridos del alma, para que se confundan los malos, viendo con sus ojos cuánto vos preciáis lo que ellos calumniaron y persiguieron, y para que los buenos estén ya guarecidos y en salvo. Volverá el Salvador su hermosísimo rostro lleno de gracia y amor y alegría hacia los buenos, y decirles ha: *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi:* «Venid, benditos de mi Padre». ¡Oh, voz de sumo consuelo y alegría, y dicha de tal persona y á tal tiempo! ¡Voz que regalará á aquella

bendita compañía de los buenos de extraña manera! Venid á mí, que os amo; á mí, vuestro Dios, vuestro Criador y Redentor; á mí, sumo bien, sumo descanso, suma hermosura. Venid, benditos de mi Padre. ¡Oh, qué benditos, pues serán con vos benditos, fruto bendito del virginal vientre de María! ¿Y á dónde, Señor, los llamáis? ¿A que os ayuden á llevar vuestra cruz? ¿A la imitación de vuestras pasiones? No, que ya eso pasó. *Possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi.* No os llamo sino á reino, á holguras y placeres, á mimos y caricias. *Ad ubera portabimini et super genua blandientur vobis.* Como la madre amorosa al hijuelo pequeñito y regalado le trae colgado del pecho y le brinca sobre sus rodillas diciéndole: mi Rey, mi Príncipe y otros mil requiebros y ternuras, así os requebraré yo, hijos míos, y os regalaré con los pechos de mi divina consolación. Y esto no de paso, sino de asiento: *Possidete*; tomad posesión, por juro de heredad, del reino que os está aparejado antes de la constitución del mundo. ¡Oh, cuidados de Dios tan antiguos de hacer Reyes á los pobrecitos que le sirven! Poseed reino de hermosura sempiterna, á donde hay todo bien y ningún mal. Señor, ¿y este reino dáiselo de gracia ó de justicia? De justicia se lo da, por las obras que hicieron favorecidos de su gracia. Pero estarán los justos tan humillados, que les parecerá se lo dan de valde; y así les acordará los servicios por que se lo da. *Esurivi enim et dedistis mihi manducare. Sitivi et dedistis mihi bibere. Hospes eram et collegistis me.* Porque fuistes piadosos con mis pobres, á los cuales el regalo que hicistes de darles de comer, de beber, de vestir, de visitarlos en su enfermedad, ó en la cárcel, yo lo recibí á mi cuenta; y así yo mismo os doy el pago. ¡Oh, bienaventuradas obras, que tal galardón merecieron! Con más razón podemos decir que, si no fuese por los pobres, qué sería de los ricos, que no al contrario. Porque si el rico hubiera de comprar el reino de las manos del mismo Dios en persona, no hubiera precio con que poderle comprar, porque Dios vendiera sin necesidad, pues no la tiene de nuestros bienes; mas los pobres, que la tienen, dándoles vos, que sois rico, para ropa, os dan ellos el cielo. Y así entenderéis cuán grande merced os hace Dios en enviaros pobres, pues las obras de caridad que les hacéis las toma Dios tan á su cuenta que os da por ellas su reino.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Tunc dicet his qui a sinistris erunt. No dice *ejus*, como dijo *a dextris ejus*, porque aunque los castiga conforme á su justicia, no quiere llamar suyo el lugar donde no usa de cumplida misericordia. Entonces volverse ha á aquellos de la mano izquierda con rostro feroz y bravo, y con voz colérica y espantosa dirá: *Discedite a me, maledicti, in ignem æternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus:* «¡Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y todos sus ángeles malos». ¡Apartaos de mí! ¡Oh palabra más intolerable que el mismo infierno! Esta es la pena del daño: carecer de la vista de Dios. Apartaos de mí, que no es razón que tan malos ojos vean la cara de su Criador. Malditos, no de mi Padre, que él no sabe maldecir á nadie, sino de vuestros pecados. Ellos os maldijeron y pusieron en su desgracia. ¿Y á dónde irán los tristes y desdichados, y los que no debieran haber nacido? ¿A dónde irán desterrados precisamente de su último fin, y de su bienaventuranza, de la fuente de la vida, de la luz y resplandor de la gloria, de los descansos y placeres eternos? ¿A dónde los enviáis, Señor? ¿á algunos huertos y jardines para entretenerse y pasar el mal de vuestra ausencia? No, sino al fuego: *in ignem æternum.* Esta es la pena del sentido. Fuego que á los diamantes en un punto convertirá en ceniza; fuego que en su respecto el de esta vida es como pintado, y no quema; fuego que, como si tuviese seso, á cada uno atormentará más ó menos como hubiere merecido. ¿Y este fuego ha de acabarse ó acabarlos á ellos? No, que es fuego eterno, que mientras Dios fuere Dios los ha de abrasar, pero no consumir; antes después de millones de años comenzarán de nuevo á arder y penar. Y durará tanto este tormento, que si uno de los condenados á él de mil en mil años derramase una lágrima, y si se esperasen unas á otras, vendrían á anegar el mundo como el diluvio. El horno de Babilonia levantaba la llama cuarenta y nueve codos en alto, pero no llegaban á cincuenta, que es el jubileo; para significar que en el infierno no hay jubileo, no hay remisión. Y ya que el tormento es eterno, ¿tendrán en él algún alivio, alguna compañía que los consuele? *Qui paratus est diabolo et angelis ejus.* Mirad qué compañía. Si aquí nos pareciese un demonio, todos caeríamos muertos. Y de un coco que hace un duendecillo os fináis; pues allí viviréis muriendo entre aquellas quimeras y monstruos diabólicos, que con disformes visajes asombrarán. Para estos ángeles apóstatas, dice Cristo, dispuso y señaló la divina justicia aquel fuego abrasador. Vosotros fuistes criados para el cielo, por vosotros me hice hombre y padecí muerte de cruz. Bien pudiérades salvaros, si quisiérades; y pues no quisistes y menospreciastes tan inefable beneficio, sed compañeros en la pena de quien imitastes en la culpa. Coged lo que sembrastes, el fruto de

vuestros pecados: vergüenza, lágrimas, dolor, confusión, cárcel y fuego inestimable, allá en la mazmorra con los cautivos, en el calabozo con los dañados, en la galera con los galeotes. *Esurivi enim et non dedistis mihi manducare. Sitivi et non dedistis mihi potum. Hospes eram et non collegistis me.* Porque andábades regoldando de ahitos, y viéndome con hambre, no me distes de comer; con sed, y no me distes de beber; desnudo y no me vestistes; enfermo y encarcelado y no me visitastes. Y por eso *juditium sine misericordia ei, qui non fecerit misericordiam.* ¿Qué razones tan bastantes para condenarlos y para convencer su crueldad? Lo primero, porque estas obras son fáciles. ¿Qué más ligero que dar un pedazo de pan y un jarro de agua, un sayo desechado? Lo segundo, á otro hombre como él, que también le aflige la hambre. Allá dijo el Comico: *Homo sum; nihil humani a me alienum puto.* Por ti mismo pudieras sacar, traidor, la necesidad del pobre, pues por experiencia sabes á qué llega la hambre y enfermedad, y cuánto se siente. Lo tercero, por la paga tan crecida, que es la vida eterna, y por la amenaza del infierno haciendo lo contrario. Lo cuarto, por la dignidad de quien lo pide: que es Cristo el que padece necesidad y es socorrido en el pobre. Y finalmente, por el derecho que tiene para pedirlo, pues los bienes que tienes El te los dio; y cuando das algo al pobre, podrías decir lo que David á Dios: *quæ de manu tua accepimus, dedimus tibi.* Como si hubiese dos reinos, el uno pobre y el otro rico, y la raya que los partiese es un río grande y caudaloso, sin vado ni puente, y un Rey, viendo la importancia del paso, se moviese de caridad á hacer á su costa un puente, y en pago de los gastos excesivos mandase que los que pudiesen y quisiesen pasar á la otra parte dichosa, diesen un tanto en reconocimiento á los guardas. Así de este valle de lágrimas al reino de los cielos, no había paso antiguamente; vino Cristo, y á sus expensas, de sí y de su cruz hizo puente: *per me si quis introierit, salvabitur.* Y en pago de esa buena obra pide: *quod superest date eleemosynam,* y deja á los pobres por guardas, que en su lugar y nombre cobren estos derechos por virtud de aquella cédula: *Amen dico vobis; quamdiu fecistis uni de his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* Pues justo es que quien no quiso pagar tan poca contía, que no le dejen pasar al descanso. Y si así castiga Dios el no haber usado de misericordia, ¿cómo piensan librar los adúlteros, los homicidas, los logreros, los disfamadôres, los sacrílegos? Si así castigan al que no dio pan al pobre, ¿cómo penará al que le desuella y se traga á los pobres *sicut escam panis?* No hay duda, sino que todos los malos *ibunt in supplitium æternum.* Porque en acabando el Rey de pronunciar aquella sentencia difinitiva, de que no hay súplica ni apelación, con espantoso estallido se abrirá debajo sus pies la tierra, y hechos un ovillo hombres y demonios, los tragará como á Datán y Abyrón y descenderán vivos al infierno. El cual abrirá su boca para tragar este miserable bocado, y ensanchará su vientre para recibirle. Caerán aquellos cuerpos pesados, á quien no adelgazó el ayuno ni la penitencia. *In profundum quasi lapis et sicut plumbeum in aquis vehementibus:* «Como piedra en pozo, y como plomo lanzado en los abismos». *Introibunt in inferiora terræ, tradentur in manus gladii, partes vulpium erunt* (Salmo 26). Caerán hasta las más profundas cavernas y concavidades de la tierra, á donde está diputado el lugar de sus tormentos; donde el cuchillo de la venganza hará siempre su oficio; donde los desventurados serán ración y pitanza de las zorras cautelosas y crueles; que así como tuvieron astucia para engañar, así tendrán crueldad para dar siempre tormento. Y siendo encerrados en esta mazmorra, echará Dios sobre ellos la pesadísima compuerta de su ira; cerrarán aquellos fuertes cerrojos y candados, que nunca serán abiertos, ni alguno será poderoso de ganzuarlos ni quebrarlos. Y allí quedarán aullando como perros en la región del olvido, en la sombra y horror de la muerte, en rabiosos despechos, en serpentinas maldiciones y blasfemias, mientras Dios fuere Dios. Por el contrario, los justos, triunfantes y victoriosos, en bien ordenadas escuadras, llevando por capitán á Cristo su Rey, cantando himnos de alabanzas de alegría y hacimiento de gracias, irán á la vida eterna, que es la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO

PRIMERO DE CUARESMA

Cum intrasset Jesus Hierosolimam, commota est universa civitas, dicens: ¿Quis est hic?

(MAT., 21).

El Santo Evangelio contiene una demostración de la divinidad de Cristo, confirmada con tres argumentos eficacísimos. El primero, la entrada en Jerusalem, yendo á morir, con tanta solemnidad y concurso de pueblo y aclamaciones de niños, que le pregonan por Rey y salvador del mundo. El segundo, la potestad y dominio con que limpió la casa de su Padre, echando de ella los mercantes y cambiadores que la profanaban, derribando las mesas, derramando el dinero, echando fuera el ganado y las palomas y reprehendiendo con gran severidad á los que de casa de Dios hacían el templo cuna de ladrones. El tercero, la sabiduría con que reprimió la murmuración de los fariseos, que le calumniaban porque no impidía las alabanzas que el pueblo y los niños le daban; mas él les convenció de obra, primero, sanando ciegos y cojos, que eran señas del Mesías, y después, de palabra, alegando profecías de David, que dice á Dios: «De la boca de los niños perfeccionas, Señor, tu alabanza»; y dejándolos con esto confusos se salió de la ciudad, y se fue á Betania. Esta es en suma la letra; pidamos la gracia por intercesión de la Virgen Santísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

El sapientísimo Rey Salomón, que como supo bien mandar, también entendió de cuánto precio es obedecer, en el capítulo veintiuno de los *Proverbios*, dice, en recomendación de la obediencia: *Vir obediens loquetur victoriam* (Proverbios, 21): «El varón obediente cantará victoria». Quiere decir; el que obedece el mandamiento de su mayor muéstrase en el hecho virtuoso y fuerte, pues se vence á sí mismo forzando su voluntad, que es más glorioso triunfo que conquistar reinos, ni ciudades; y con esto da materia á otros para que celebren su victoria, encareciendo su mucho valor y prudencia en negar su gusto, por respetar y obedecer á quien debe. O de otra manera: al hombre que rinde su voluntad á la ley de Dios, todas las cosas le son sujetas, de todas alcanza victoria; porque sin duda, quien sabe obedecer, terná ánimo y brio para vencer. Mientras Adán estuvo en el paraíso arrendado al precepto divino, todas las criaturas inferiores le reconocían vasallaje; las aves venían á su llamada, los leones le besaban la mano, los tigres se tendían como gatillos á sus pies; pero cuando se rebeló contra su Hacedor, todas se amotinaron y se le hicieron extrañas y enemigas. No es maravilla que contra Jonás inobediente se levante el mar, embravezcan los vientos, y las olas impetuosas, como cuadrilleros de la divina justicia, combatan la nao y escalen la casa, hasta tener en su poder preso y á buen recaudo aquel siervo fugitivo; mas después que en su corazón se humilló y convirtió á Dios, el ballenato (en cuyo vientre como en un calabozo estaba encerrado) abrió las puertas de la cárcel y le echó libre en la ribera; y los ninivitas, desde el viejo hasta el niño, desde el rey al oficial, le respetaron y obedecieron. Los cuervos servían á Elías; con Daniel los leones se domesticaron; el fuego dio su brazo á torcer y, olvidado de su actividad, no lastimó á los tres niños en el horno de Babilonia; y lo que más es, el mismo Dios, Criador del mundo se rindió á un su siervo cuando la voz de Josué detuvo las riendas á los caballos del sol y les hizo parar en medio de la carrera, *obediente Deo voci hominis* (Josué). Mas porque el hombre puede obedecer en cosas de gusto y de pena, de honra y de afrenta, de descanso y de trabajo, da una regla San Agustín, y es: que el verdadero obediente, cuando le mandaren cosas de honra, las ha de rehusar cuando pudiere, y no tomarlas por su voluntad,

sino compelido por la obediencia; porque si de gana se abraza con el oficio y cargo honroso, no es obedecer sino servir á su apetito y ambición. Así, Moisés, cuando Dios le mandó ser caudillo de su pueblo y encargarse de libertarle, como humilde se excusa del gobierno: *Obsecro Domine, mitte quem misurus es* (Exodo): «Señor, suplícoos enviéis á otro de más prendas que yo; no me tengo por bastante para tan grande empresa». En oficio honroso resistió y suplicó humillándose; mas al fin negó su parecer y obedeció, porque la humildad no es porfiada ni cabezuda. Y así reprehendió á San Pedro Cristo nuestro Redentor que no se quería dejar lavar: *Si non lavero te, non habebis partem mecum;* que en tal caso no hay sino bajar la cabeza y dejarse lavar, aunque sea del mismo Dios. ¿Veis cómo conviene obedecer en la honra contra su voluntad? Pero si le mandan al obediente cosas humildes, pesadas y afrentosas, hálas de codiciar de corazón, y obedecer en ellas de grado, y no por fuerza; como San Pablo, que le manda el Espíritu Santo subir á Jerusalem, y sabe por revelación los males que en ella ha de pasar. *Quoniam vincula et tribulationes Hierosolimis me manent* (Actu., 26). Y el profeta Agabo, tomando la cinta de San Pablo, se ató los pies y dijo: «Así atarán en Jerusalem al varón cuya es esta cinta». ¿Qué responde San Pablo? ¿Rehusa la carrera? *Ego autem non solum alligari, sed et mori in Hierusalem paratus sum propter nomen Domini Jesu* (Actu., 21): «No sólo estoy dispuesto para ser preso en Jerusalem, sino también para morir por el nombre de Jesús». He aquí cómo á la persecución y trabajo no viene forzado, sino tan gustoso, que si le mandan sufrir, él se ofrece padecer muerte. Pues el varón obediente, que en las cosas prósperas deste siglo obedece precisamente por el mandamiento, y en las adversas por el mandamiento y por su devoción, éste es el que canta victoria. San Bernardo dice que el buen obediente ha de decir: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Dos veces dice lo mismo, y no hay palabra en la Escritura superflua, porque la voluntad pronta para obedecer en cosas altas y humildes es una. Y el que esto hace, bien puede cantar la victoria. *Cantabo et psalmum dicam: Exurge, gloria mea; exurge, psalterium et cithara* (Salmo 52). Cristo nuestro Redentor, el más humilde y obediente de los nacidos, fue por su eterno Padre constituído Rey en el monte santo de su Iglesia, y juntamente tuvo precepto de morir por la redención del mundo. En lo primero, que era honra, aunque aceptó el oficio por obediencia, pero el uso en lo temporal no le quiso ejercer en esta vida mortal. Y una vez que el pueblo se resolvió de alzarle por Rey, cuando hizo el milagro de los panes, se huyó al monte y escondió, mostrando que á lo que es honra no venía por su voluntad. Mas cuando está decretada su muerte, y pasada por ciudad, no sólo no huye ni se excusa, sino con alegría y fiesta se viene y ofrece humilde, manso, hecho obediente hasta la muerte de cruz. Justo es que al varón que tan perfectamente obedece, le canten victoria. ¿No es cosa admirable y nueva que á un hombre sentenciado se le haga el más solemne recibimiento que á Rey ni Emperador jamás se hizo? Esa es victoria de la obediencia. A los capitanes, después de haber peleado y vencido los enemigos, se suelen otorgar los triunfos, las entradas pomposas, y en su gloria cantar y tañer, y disparar la artillería, y resonar toda la música de guerra. Desta manera salieron las damas de Israel á recibir á David cuando volvía victorioso con la cabeza del gigante, con músicas, bailes y cantos, y trompetas y atabales, engrandeciendo su valentía. Cristo nuestro capitán aun no ha vencido, ni aun ha peleado; pero como tiene cierta la victoria (porque la obediencia se la asegura), antes de la batalla recibe el triunfo y sopla el Espíritu Santo las trompetas de los niños resonando el *¡Hosanna!* en gloria del Salvador; no por su necesidad, que Él tiene aquella capilla mejor y mayor de los cielos, que son pregoneros de la gloria de Dios, á Él alaban las estrellas de la mañana y dan música los hijos de Dios, que son los ángeles, mas por juntar cielos y tierra, y hacer de todos una capilla: por esto el Espíritu Santo: *Aperuit os mutorum et linguas infantium fecit dissertas* (Sap., 16). Y es tanto el estruendo que hacen tantas voces juntas, que, como si dieran rebato y tocaran alarma, se alborotó toda la ciudad. *Cum intrasset Jesus Hierosolimam commota est universa civitas.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Esta entrada solemnísima que hizo Cristo en Jerusalem yendo á morir, demás de ser premio debido á su obediencia, fue también un ilustre testimonio de su infinito poder, con que tiene en su mano el corazón del hombre, y le inclina y mueve donde le place. *Cor Regis in manu Domini; quocumque voluerit inclinabit illud* (Prob., 21). Y siendo Él Rey que manda á los otros Reyes, mucho mejor lo será y mandará á sus vasallos. Cosa extraña que en esta ciudad rebelde, incrédula, donde estaba encastillada la maldad y hecha fuerte la hipocresía; donde las cabezas y gobernadores conspiraron contra Dios y contra su Cristo, y juzgaron por expediente que muriese, negándole el vasallaje y debida sujeción; donde se habían dado pregones y puestas cédulas que quien

supiese dél lo denunciase y descubriese á la justicia para prenderle; ahora Él se viene, y se les pone delante; cuando parece le habían de echar mano y entregarle á los Pontífices, le abren las puertas de par en par, y le reciben por su Señor y Rey natural de tantos años esperado y deseado; y le aclaman por Mesías y Salvador, con actos insólitos y ceremonias nunca vistas, sin ser parte los Príncipes y fariseos, que se estaban deshaciendo de odio y de envidia, para oponerse y reprimir el ímpetu y ardor de la comunidad, que toda se conmovió y salió como de madre en este recibimiento. ¿Quién no ve aquí manifiestamente el poder de Dios? ¿Quién no reconoce la majestad divina y soberanía de Cristo? ¡Cuán galanamente nos pinta esta entrada de Cristo y alboroto de la ciudad Salomón en los Cantares: *Ego dormio et cor meum vigilat. Vox dilecti mei pulsantis!* (Cantares, 5). Cuéntanos la esposa lo que pasó una noche que se halló sola en su casa y su marido ausente, y ella deseosa de verle. «Estúvele, dice, esperando hasta gran parte de la noche pasada; y como no venía, cansada de esperar, y del sueño vencida, dormíme; pero aunque dormía el cuerpo, el corazón velaba con el cuidado y pena de su ausencia. Sueño velador, entre duerme y vela. En esto llega él y da un empellón á la puerta, y como la halló cerrada empieza á llamar; yo desperté al ruido, y oigo la voz de mi querido, que me decía: «Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, acabada mía; mira que estoy al sereno, llena mi cabeza del rocío y escarcha, y las guedejas de mis cabellos de las gotas de la lluvia». Yo respondile: *Expoliavi me tunica mea, ¿quomodo induar illa?* (Cant., 5): «Estoy desnuda, ha poco que me quité la ropa, ¿cómo me la tornaré á vestir? Lavéme los pies para acostarme, ¿cómo los volveré á ensuciar levantándome?» ¿Cómo, esposa, tal desvío se sufre, tanta sequedad y despego? No ha mucho que suspirabas por el amado, y con las ansias de verle os entrárades por picas y pasárades por nieves y aun por fuegos; y ahora teniéndole á la puerta ¿emperezáis de abrirle? ¿De cuándo acá tan delicada, regalona, desamorada? ¡Qué bien guarda aquí Salomón el decoro de la persona que representa! Es condición de las mujeres olvidar á quien las ama, y desdeñar si les ruegan; huyen de quien las busca; fingen no querer la cosa y rabian por ella; sus melindres, sus fruncimientos. No digamos más. También puede ser pena de la tardanza del esposo: «Dejásteme sola, y venís tarde; estaos en la calle». Discreta venganza, para tomarla de los que sin ser justicia rondan hasta el alba; pero no del Esposo divino, cuya dilación no ha sido por culpa ni descuido suyo, y no pudiendo, como más amador, sufrir la tardanza de la esposa: *Dilectus meus missit manum suam per foramen et venter meus intremuit ad tactum ejus* (Cant., 5): «Por el agujero de la llave, que era grande, ó por la juntura de las puertas metió mi querido la mano para quitar el aldaba, y como yo sentí el ruido, levantéme despavorida y turbada toda; rebotáronseme los humores, alborozóse el corazón». El Hebreo dice: *Fremitum ediderunt viscera mea super eum:* «Dieron mis entrañas un bramido por amor dél». Toma la metáfora del mar airado y tempestuoso, que levanta las olas hinchadas y furiosas para mostrar qué olas de dolor, vergüenza y corrimiento levantó el amor en su pecho; qué reprehensión de haber tenido por su terneza y flojedad al esposo en la calle, cansado y mojándose. Sacudida, pues, toda pereza, *surrexi ut aperirem dilecto meo*: «Levantéme para abrir á mi querido; mis manos gotearon mirra, y mis dedos bañados en mirra escogida». El Hebreo dice: *Manus meæ distillaverunt myrrham et digiti mei myrrham transeuntem super manubria pessuli.* Es la invención: que la esposa tomó un vaso de mirra para regalar al esposo en entrando, y con el desatino que llevaba, al poner la mano en el aldaba para abrir, quebró el vaso; y manos, dedos y aldaba, todo quedó goteando mirra. ¡Oh qué tropel de misterios están cubiertos en esta torpeza! Muchos sentidos dan los santos; yo diré uno, el más literal, muy á propósito desta hazaña que hizo Cristo. Píntasenos aquí el estado que tenía la Iglesia de los judíos cuando el Hijo de Dios vino al mundo, y las diligencias que de su parte hizo el Redentor para atraer á sí aquel pueblo incrédulo y rebelde. «Yo duermo», dice la Sinagoga, enfadada de la tardanza del Mesías; cansada de esperarle, descuidéme. ¡Qué ocupados los hebreos en el estudio de las cosas terrenas! ¡Qué olvidados de las celestiales, qué dormidos, que con tener delante de sí á Cristo, nacido de su casta, no le conocían! «Pero mi corazón vela». El que es la vida de las almas (como el corazón del cuerpo) velaba con el deseo de mi salud; y para cumplir la palabra dada por los Profetas de su venida, después que vino me empezó á requestar: *Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, inmaculata mea.* (Cant., 5). Son palabras de Cristo hecho hombre; y pruébase: lo primero, porque hasta este lugar en todo este libro de los Cantares no se le atribuyen al esposo miembros de cuerpo humano; aquí empieza y hace mención de cabeza y cabellos; luego la esposa le alaba por todas sus partes, desde la cabeza á los pies. Lo segundo, porque antes de ahora el esposo convidaba á la esposa que se saliese á espaciar con él al campo, como quien no tenía morada ni trato con los hombres; mas ahora que lo es, pídelo

que le dé entrada en su casa. Lo tercero, porque aquí se introduce al Hijo de Dios trabajado y ofendido del sereno, rocío y lluvia; porque se entienden las penalidades á que se sujetó haciéndose hombre. Y así el primer requiebro que la dice es: hermana mía, por la asunción de la humanidad; y esta palabra amorosa, con todas las demás que suele decir un hombre que quiere mucho y desea ser pagado en la misma moneda, y en orden desto no deja piedra que no mueva, significan cuánta haya sido la gracia, dulzura y suavidad de la doctrina de Cristo, poderosa para prender con cadenas de oro por los oídos los corazones, como fingieron los cretenses de la elocuencia de Hércules. ¡Qué gravedad de sentencias! ¡Qué tal! ¡Qué lindeza de palabras! *Et mirabantur in verbis gratiæ quæ procedebant de ore ipsius* (Luc., 4): «Que se estaban las gentes abobadas oyendo las palabras que salían por aquella boca, en cuyos labios está derramada la gracia»; mas su doctrina toda de amor, pues en la caridad remató el cumplimiento de toda su ley. Llamaba á descanso, á libertad de las codicias y cuidados, que punzan el corazón y molestan el alma: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos et discite a me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris* (Mat., 13). Muestra también con estos requiebros: *Soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea,* el ardor con que deseaba la salud de aquel pueblo, cuánto los amó y codició ser amado de ellos, pues así procuró traspasarles los pechos duros con palabras regaladas, doradas saetas deste Dios de amor divino. ¿Qué no hizo para enamorar aquellos corazones desamorados? Con voces, con palabras, con ejemplos, con milagros, con beneficios, con ruegos, con halagos, con avisos, reprensiones, con amenazas; por fin, por sus discípulos intentó batir los muros de tanta obstinación, y sobre todo, con padecer trabajos y fatigas por la conversión de sus almas; que esto es *caput meum plenum est rore; et cincinni mei guttis noctium* (Cant., 5); haber venido, por la Encarnación, el Hijo de Dios, de aquel día claro y sereno en que el Padre le engendra en su eternidad, á la noche tenebrosa y triste de esta vida penal y mísera, adonde le cayó encima el aguacero de nuestros males. Y ya le veréis helado, *pernoctans in oratione Dei* (Luc., 6): oración atenta, profunda; ya de día asoleado y sudando, en busca de una samaritana, padeciendo hambre y cansancio. Esta es la razón potísima que de justicia pide el amor del hombre: haber Dios bajado del trono de su gloria á este valle de lágrimas á padecer y morir por los hombres, hecho hombre. Y así dice su apóstol: *Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem et sæcularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc sæculo* (Ad Titum, 2); «hase descubierto la gracia y merced de Dios Nuestro Salvador». Dios y Salvador es Cristo, Dios y hombre. La gracia y beneficio que nos hizo por excelencia fue vestirse de nuestra humana naturaleza para salvarnos con sus pasiones. Pues esta merced nos enseña la obligación en que estamos de no hacernos de rogar, de no detenerle á la puerta, como descomedidos, sino franquearle la casa de nuestros corazones, quitar la tranca del pecado y de los deseos mundanos, que son concupiscencia de la carne, codicia de riqueza, soberbia de la vida, que estorban la entrada á Cristo, y aderezarle el aposento con las virtudes contrarias: templanza para con nosotros mismos, justicia para con los prójimos, piedad y religión para con Dios. No lo hizo así aquel pueblo ingrato, antes respondió á tanto amor con menosprecio y desagradecimiento. *Expoliavi me tunica mea; ¿quomodo induar illa?* Veis aquí cumplido lo que dijo San Juan: *In propria venit et sui eum non receperunt* (Joan., 1). ¡Mirad qué flojos, qué perezosos, qué descuidados! Vienen los Magos de Oriente buscando al que era nacido Rey de los judíos; muéstranles los escribas y fariseos el lugar donde había de nacer según las Escrituras, y ninguno se mueve á salir de su casa á adorarle, siendo tan corta jornada. Esto es estarse en la cama la esposa, oída la voz del esposo. Y como en este discurso juntamente se encarece la afición del esposo, que ni la incomodidad del tiempo frío, la oscuridad de la noche, el camino, la lluvia y helada no le estorbaron la venida á ver su amada; y la ingratitud y desamor de ella, que por no dejar las sábanas, ni pasar tan pequeño disgusto como levantarse y echarse la saya encima, rehusó de abrirle, así acá, en pago de haberse Dios humanado y emprendido por nuestro bien una vida mortal, laboriosa y llena de mil fatigas, no quisieron los judíos levantarse de la camilla de su amor propio y quitar la tranca de sus ambiciones, codicias y sensualidades que les impedía el recibir á Cristo. Y siendo convidados al banquete opulento del Evangelio, no hicieron caso, y se excusaron fríamente: uno por el señorío que había comprado, otro porque se casó, otro por las yuntas de bueyes, que es decir, en buen romance, que por ser ambiciosos, avaros y carnales no quisieron admitir á Cristo que enseñaba todo lo contrario; aunque le conocieron por Mesías y su legítimo Rey que esperaban, como dice San Juan: *Verumtamen et ex principibus multi crediderunt in eum* (Juan 12): «De la gente granada, rica y principal, muchos creyeron en él, viendo en él las señales claras del Mesías»;

mas por miedo de los fariseos, y por no perder sus cómodos temporales, *non confitebantur, ut e Synagoga non ejicerentur; dilexerunt enim gloriam hominum magis quam gloriam Dei* (Joan., 12). Este fue el desvío y descuido de la esposa; pero el amado, ó por mejor decir en este caso, el amador perfeto, pues tanto porfió, metió la mano por un resquicio y fue á quitar el aldaba. La mano de Dios es su infinito poder, á cuya moción eficaz ninguno puede resistir. Tocó el Señor con especial fuerza y concurso los corazones de algunos de aquel pueblo, y señaladamente hoy los de todo el común, y con impulso tan vehemente los arrebató, que ninguna cosa del mundo fue parte para detenerles que no abriesen; quiero decir, para que no creyesen en Cristo, y, á pesar de los escribas y fariseos, le confesasen y apellidasen por Rey; y esto es: *Venter meus intremuit ad tactum ejus.* Porque como el mar impelido de los vientos forzosos y deshechos, brama, hierve con olas impetuosas, y de fragoso y turbulento no cabe en sí mismo, así todo aquel pueblazo de Jerusalem, conmovido con el viento recio de la moción interior del Espíritu Santo, se levantó y alborotó de suerte que no cabe dentro de la ciudad, sino rebosa por las puertas, y como grandes gurupadas de agua salen todos de tropel, hombres y mujeres, ricos y pobres, grandes y chicos, y se descuelgan por aquellas laderas á recibirle, dando alaridos de placer: ¡Viva el Rey! *Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in altissimis.* Sálvanos en las alturas. Veis aquí la grandeza y maravilla de la entrada.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Intravit Jesus Hierosolimam et commota est universa civitas. Entró Jesús en Jerusalem, en aquella ciudad rebelde, á cuyas puertas, cerradas hasta ahora, había llamado y no le habían querido abrir; ya le abren las puertas de par en par, y entra en ella poderosamente como Señor, y en señal del vasallaje que le ofrecen, unos se desnudan las ropas y entapizan el suelo por do pasa, otros cortan ramos de los árboles, y todos cantan y le aclaman por Rey. Esto es gotear mirra escogida las manos de la esposa cuando se levantó á quitar el aldaba y abrir al esposo. La mirra es símbolo de mortificación, dar muerte á todas aquellas cosas que impedían la entrada del esposo. El desnudarse y hollar las vestiduras es el desprecio de las riquezas que hubo en aquellos primeros cristianos. El cortar los ramos es mortificar la carne y sus deseos con ayunos y penitencias. El cantar y pedirle salud es humildad, obediencia y religión. ¿Quién hizo tan súbita y no pensada mudanza, en gente tan olvidada y endurecida? *Haec mutatio dexteræ Excelsi* (Salmo 67). Obra es esta en que muestra su poder la mano de Dios, que es su Hijo. Y en ella nos da dibujada otra entrada que hace en el alma, que es la mística Jerusalem; cómo la mueve y alborota, y la revuelve de arriba abajo. Ora pensad que Dios es en vuestra alma lo que ella cuando entra en el cuerpo. ¿Quién os mostrara ó pidiera cuál es vuestro principio, cuál sois un punto antes que os informe el alma que os da vida? Un embrión, dicen los filósofos. Y David no le supo otro mejor nombre: *Imperfectum meum viderunt oculi tui* (Salmo 138): «La misma imperfección, que solo Dios la ve»; un abejoncillo sin vida sin sentimiento; pero en infundiéndole Dios el alma, luego vive, siente y se mueve, alimenta y crece hasta nacer y llegar á su debida grandeza. Así acá Dios es vida de nuestra vida y alma de nuestra alma. *Spiritus oris nostri* le llamó el profeta Jeremías; porque como no se puede vivir sin respirar, así no hay vida de gracia sin Dios, aliento sobrenatural del alma: *Gratia Dei sum id quod sum* (I Corin., 15), dice San Pablo. Sin Dios no hay sér ni vida espiritual, que es principio de la vida eterna. Está muerta el alma, no en el sér natural, que en ese es inmortal, sino en el sér gratuito, que es participación del sér divino. No se menea, no da un paso para el cielo; pero si entra Dios, luego salta y se alborota: *In ipso vivimus, movemur et sumus* (Act., 17). Y aunque esto se entiende de lo natural, más altamente se verifica en lo sobrenatural. Lo que pasó en el niño Juan en las entrañas de su madre; ¡qué dormido, qué muerto estaba su espíritu en la culpa original! Pero en llegando á sus oídos la voz de la Virgen y el Espíritu Santo que iba envuelto en ella, penetrándole el alma, *exultavit in gaudio infans in utero meo:* «Dio brincos y saltó de placer en la estrechura del vientre», y en testimonio de la nueva alteración y súbita mudanza que había sentido su espíritu con la presencia de Dios. Y si por ser este ejemplo del embrión escondido y reservado á los ojos de Dios queréis otro más casero y manual, mirad una escopeta ó una pieza de bronce cargada con su pólvora, taco y bala: qué sorda está y sin menearse como si allá no hubiese nada; danle fuego (¡alza Dios tu ira!); en un pensamiento rompe con mayor estallido que un trueno y arroja la bala con más furia que rayo de las nubes escupido, y arruina y bate cuanto se le pone delante. ¡Qué frío, qué muerto, qué insensible para todo lo bueno está el corazón del pecador! ¡qué sordo á las voces de Dios y á sus llamamientos! pero en dándole fuego este divino artillero: *Deus noster ignis consumens est* (Deuter., 4). Si deste fuego salta una centella de un auxilio eficaz, y

pega en el corazón, ¡qué mudanza tan extraña hace en él! ¡con qué presteza le enciende! ¡con qué hervor le levanta! ¡con qué eficacia le convierte! ¡con qué dolor entrañable de lo pasado! ¡qué propósito de la enmienda tan firme en lo futuro! ¡qué fuerte determinación de dejar el mal estado y de servir á Dios! ¡con qué ímpetu rompe las ataduras del pecado y atropella todos los estorbos de la virtud! ¡cómo se trueca, muda, transforma en otro hombre! Esta mudanza hallaba en sí David cuando decía: *Inflammatum est cor meum et renes mei commutati sunt, et ego ad nihilum redactus sum:* «Encendióse mi corazón con el fuego del amor de Dios». Esto es dar fuego al arcabuz, y meter el Esposo la mano para quitar el aldaba. Porque Dios empieza el principio de nuestra justificación: Él nos toca con su gracia preveniente; y luego el alma acude, favorecida con la gracia, á abrir la puerta. Por eso oramos: *Converte nos, Domine, ad te et convertemur.* Veislo aquí: Inflamóse mi corazón, y luego mis afectos se trocaron. Lo mismo que dijo la esposa: *Venter meus intremuit ad tactum ejus*: «Con su impulso se alborotaron mis entrañas». ¡Qué revolución de humores! ¡Qué tormenta pasa en un alma, que con especial concurso del Espíritu Santo, y con nueva luz abre los ojos y considera sus vilezas pasadas! ¡Qué descomedida ha estado con Dios en no le haber admitido! ¡Qué rebelde á sus inspiraciones! ¡Qué sorda á sus llamamientos! ¡Qué recia en sus vicios! ¡Qué atrevida é insolente contra la divina Majestad! ¡Qué congojas la turban! ¡Qué miedos la sobresaltan, cuando se le representa la enormidad de sus delitos, el peligro de la muerte, el rigor de la cuenta, la severidad de la justicia divina, la terribilidad de las penas junto con su eternidad! ¡Oh qué tempestad tan grande! ¡qué terremoto! *Commota est universa civitas:* Toda la ciudad del alma se revuelve. Y así lo siente David: *Domine, commovisti terram et conturbasti eum*; *sana contritiones ejus*, *quia commota est:* «Señor, con el toque de vuestra mano habéis conmovido la tierra del corazón humano, y conturbádola; sanad sus quebrantamientos, pues así fue conmovida». Así lo hace. *Renes mei commutati sunt*; trocando los quereres, afectos y gustos. Lo que dijo Samuel á Saúl: *Insiliet in te spiritus Domini et mutaberis in virum alterum* (Reg.): «Revestírsete ha el espíritu del Señor, y serás trocado en otro hombre». Despójale del viejo hombre y revístele de nuevo. El deshonesto se hace casto; el disoluto ya es devoto; el tahur, limosnero; el perjuro, el profano, religioso; el soberbio, humilde; el regalado, penitente. ¿De dónde eso? De que entró Dios en él. Finalmente: *Ego ad nihilum redactus sum*: «Yo fui reducido á la nada». Entrando Dios, hásele de desembarazar la posada; yo me salí fuera para decir con San Pablo: *Vivo ego; jam non ego, vivit vero in me Christus* (Galat., 2). Hase de dar muerte al amor propio, que es veneno de la caridad, mortificar sus gustos, negar sus apetitos; que eso es gotear mirra las manos de la esposa sobre el aldaba; matar, en fin, todas las cosas que la apartaban de Dios. Porque entrando el arca del testamento en el templo, luego ha de caer el ídolo Dagón. Entrando Cristo en Egipto, todos los ídolos se hicieron pedazos. En convirtiéndose la Madalena, todas sus solturas se remataron, y ojos, boca, manos, cabellos, ungüentos, que eran los instrumentos de sus contentos, todos los convirtió en servicio de Cristo. Pocas mudanzas destas vemos ahora; porque hay pocas conversiones de veras. Confiesas, comulgas, ¿no te turbas, no te truecas? ¿Quédaste el mismo que antes? Señal es que no ha entrado Dios en tu alma por gracia: porque entrando Cristo en Jerusalem, toda la ciudad se alborotó, y porque estas conversiones notables suelen ordinariamente hacer gran ruido como la culebrina que dispara; y reparan las gentes en Fulano, caballero rico, que se hizo fraile descalzo, y Fulana, dama bizarra, con gran dote, deseada y pedida de muchos, que lo dejó todo y se entró en un monasterio; por ello la ciudad alborotada muestra su alteración: *Dicens*: *¿quis est hic?* ¡Qué maravilla! ¡Qué novedad!

CONSIDERACIÓN TERCERA

Todos dijeron esta palabra, pero en diferente sentido. La gente sencilla, de admiración. ¿Quién es éste que ayer le condenaron y pregonaron por justicia y hoy le reciben con tanta fiesta? Los fariseos, escribas, de envidia: ¿Quién es éste, qué patria la suya? *A Nazareth potest aliquid boni esse?* (Juan, 1): «¿Puede de Nazaret venir algo bueno?» ¿Qué nobleza de linaje? *Nonne hic est fabri filius?* (Mat., 13). ¿Qué santidad de vida? *Nos scimus quia hic homo peccator est* (Joan, 9). ¿Qué erudición de doctrina? *Quomodo litteras scit, cum non didicerit?* No ha deprendido ni estudiado. ¿Qué aplauso de gente principal? *Turba hæc ignorans, quæ non novit legem* (Juan, 7). No le siguen sino el vulgo ignorante, que no conoce á Dios ni sabe su ley. Un motín, comunidades de gente plebeya. Todo es desdén. Indignación y escarnio se encierra en esta pregunta, en cuanto sale de la malicia farisaica. Otras veces entró Cristo en Jerusalem y no se alborotaron ni hicieron esta pesquisa; ¿por qué ahora más que nunca? Porque le vieron entrar con estruendo y majestad. Un hombre llano entrando en un lugar no le turba ni echan de ver en él; pero si entra la persona

real ó algún otro potentado con gran ruido de literas, coches, criados, lacayos, caballos, mulas, toda la ciudad se alborota y repara en su venida y se informa de quién es. En las escuelas de Atenas se juntaron muchos sabios á consultar qué orden de vida se había de escoger, pública ó particular, para vivir mejor y más felizmente; y salió del acuerdo decretado que la vida particular ordinaria, escondida, era la mejor. Este decreto explicó un poeta latino.

Nec vixit male qui natus moriensque fefellit.

Quiere decir: Quien no fue conocido.

Vixit obscure; natus, moriens, ignoratus est:

Esta sentencia es de Epicuro. A lo cual parece que aludió Job: *Utinam consumptus essem, ne oculus me videret. Fuissem quasi non essem, de utero translatus ad tumulum:* «¡Ojalá hiciera tan poco ruido en el mundo, que no fuera oído ni visto ni nadie advirtiera en mí, ni me vieran ojos de hombres, sino que viniera tan pasito y de callada como si en naciendo fuera trasladado del vientre á la sepultura!». Una traslación de huesos de un sepulcro á otro. Tanto temía los ojos y juicios de los hombres. Otros son amigos de lucir y campear en los ojos de todos. Y dice Séneca: *Infelix fortuna quæ caret inimico*; quiere decir, de envidioso; porque es tan moderada, que nadie se la envidia. Y Persio en la sátira primera:

At pulchrum est digito monstrari et dicere: hic est.

¡Ah! que es cosa rica que os hayan señalado con el dedo por donde quiera que vais, y unos pregunten: ¿Quién es éste? y respondan otros: Este es el Duque, el Marqués, Fulano rico, Oidor, el padre Maestro Fulano. Cuál destos pareceres sea más acertado, yo no lo determino aquí; pero digo que si el parecer es más gustoso, el esconderse es más seguro; porque cuanto en la república fuéredes más notable, seréis más notado. Y si os descubrís y hacéis viso entre los demás, es poneros á tiro de maldicientes y por blanco de sus lenguas. El hombre señalado se dice, porque todos le señalan, señero; tiene muchos jueces y veedores que le hacen anatomía de su vida y aun de sus antepasados. En saliendo San Juan del desierto, con tan insólita manera de vida, con tanta penitencia, con la novedad del Baptismo, cosas que dieron estampido en toda Judea, luego le despacha el cabildo de Jerusalem embajadores que le pregunten: *Tu quis es?* ¿Qué digo? Al cielo que vaya uno y al infierno, si es persona señalada, se informan quién es más en particular y hace ruido. Sube Cristo al cielo con tanta grandeza, como Hijo de Dios con su propia virtud; y admirados los ángeles de aquella novedad preguntan: *Quis est iste qui venit de Edom?* (Isaí., 63): «¿Quién es éste que viene del mundo terreno y sangriento? ¿En la cruz tan flaco y agora tan fuerte? ¿Allí las ropas manchadas, aquí tan galanas y resplandecientes? ¿De cuándo acá? Baja al Limbo, y túrbanse las legiones infernales, y preguntan: *Quis est Rex gloriæ?* (Salmo 23): «¿Quién es este Rey tan glorioso, de tanto poder, que quebrantó nuestras puertas aceradas?» Y si me decís que los espantó con su majestad por ir como juez y no como culpado, allá dice Isaías á un Príncipe tirano que se condenó: *Infernus subter te conturbatus est in occursum adventus tui* (Isaías 14): «El infierno se alborotó en su entrada, y acordaron de hacerle solemne recibimiento». Que los grandes aun en el infierno hacen ruido, cuando se condenan. Saquemos de aquí un aviso de discretos. Que cada uno se mida con su pie y se ajuste con su estado y manera de vivir, moderándose en el tratamiento de su persona y casa y comida y vestido; de suerte que no haga novedad, ni salga de lo ordinario, porque habiendo excesos y pasando el pie á la mano, luego han de preguntar todos: *Quis est hic?* ¿De cuándo acá, Fulano, tanto fausto? ¿Echar coches, caballos, criados, tapices, juegos, banquetes? No faltará quien diga: Más debe que tiene, y triunfa con hacienda ajena. Otros: que son cohechos y robáis al mundo. Otros os desentierran los huesos. Los hombres públicos han de vivir reformadamente, porque están á la mira de todos, y todos preguntarán: *Quis est hic?* Pregunta quien no os conoce: *Quis est hic?* Es hijo de un tendero, y en tal Iglesia tiene su blasón. La otra galana que arrastra sedas: ¿De dónde ha Fulana la saya de tela, cadena de oro, cabestrillo de perlas, collar y cinta de piedras, sortijas de diamantes? Su marido no se lo da, ni lo tiene, ella no lo hila, ¿de adónde lo ha? Luego buen consejo es esconderse y moderarse, para no poner su honra en almoneda de dichos de gentes, que por lo menos no todos dirán bien. Porque si de la misma bondad de Cristo unos decían: *bonus est*; otros: *non*; *sed seducit turbas*, y había diferentes pareceres; ¿qué dirán de vos, habiendo tanto jarrete? Pero en este caso la gente vulgar respondió por el Señor: *Populi autem dicebant; Hic est Jesus Propheta a Nazareth Galileæ.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

Habíanle atribuído honores divinos, llamándole Mesías, Rey enviado del Señor, Salvador del mundo. Preguntan quién es la persona de

quien se dicen cosas tan magníficas, y responden los pueblos: Este es Jesús, su nombre propio; el oficio, Profeta grande, poderoso en obras y palabras; su patria, Nazaret de Galilea, donde se había criado, que aun no sabían cómo fue en Belén nacido. Cosa extraña que habiendo allí tanto caballero, cortesano, doctor, los plebeyos solos y los idiotas respondan y ellos solo sepan á Dios y conozcan quién es Cristo; y los otros con sus letras y policía le ignoren! Esto hizo exclamar á San Agustín, cuando andaba batallando consigo mismo, deliberando en su conversación; vuelto á su amigo Alipio le dice: *Quid patimur? Quid est hoc quod audisti? Surgunt indocti et cœlum rapiunt, et nos, cum doctrinis nostris, sine corde, ecce ubi volutamur in carne et sanguine?:* «¿En qué nos detenemos? ¿Qué es esto que has oído? Levántanse los idiotas y arrebatan el cielo; y nosotros con nuestras letras, doctrinas sin corazón ¿nos estamos revolcando en la carne y sangre?» ¡Qué bien las llamó doctrinas sin corazón; ciencia sin Dios, es cuerpo sin alma, cosa vana sin sustancia ni meollo! Que por ello dice San Pablo: *sciencia inflat;* no alimenta, sino causa inflación. Un pellejo lleno de viento; su saber y discreción un poco de aire. No se levanta dos dedos del suelo para entender los secretos del espíritu, sino revuélcase como animal torpe en el cieno de la carne y sangre, cosas terrenas y carnalès. Eso sabe y deso gusta, pues *caro et sanguis non revelavit tibi*, dícele Cristo á San Pedro, acabándole de confesar por Hijo natural de Dios: «Bienaventurado eres, Simón, porque este conocimiento tan alto que tienes de mi persona no te le reveló la carne y sangre, sino mi Padre celestial, pues la voluntad y disposición deste Padre celestial es esconder estos misterios á los sabios y discretos del mundo y descubrirlos á los humildes y pequeñuelos». A donde veréis, si con atención lo consideráis, que el modo de comunicarse la gracia es al revés del que tiene la naturaleza. Dice San Dionisio: *Media per summa gubernat et infima per media.* Y de ahí salió: *supremum infimi attingit infimum supremi.* Como la luz por los cielos viene al aire, y de ahí á la tierra; y en la tierra primero alumbra el sol los montes, y después los valles; pero la gracia no se ata á ese orden: antes Cristo, sol de justicia, primero alumbró los valles que los montes. Primero fueron llamados al nacimiento de Cristo los pastores que los reyes; y los reyes, con ser gentiles, enseñan á los letrados de la ley que es nacido Cristo. El asna de Balán dice á su amo que estaba el angel delante. Lo que el profeta ignoraba, supo la borrica. Pero más es lo que dice San Pablo: que por la tierra alumbró el cielo: *Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia hæc in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes quæ sit dispensatio sacramenti absconditi a sæculis in Deo, ut innotescat Principibus et potestatibus per Ecclesiam multiformis sapientia Dei* (Efeso, 31): «A mí, que soy el mínimo de todos los santos, se me ha dado esta gracia de predicar al mundo las riquezas inestimables que hay en Cristo, mina de bienes, que no se pueden agotar, y de alumbrar á todos y descubrirles aquel secreto sagrado *ab æterno* escondido en el pecho de Dios, que es la Encarnación de su hijo, para que su infinita sabiduría conste á los ángeles, y les sea notificada por la Iglesia». Dice la glosa: por los apóstoles, ora sea, como dice San Jerónimo, que los ángeles de la predicación de los apóstoles deprendieron las circunstancias del misterio de la redención; ora, como dice Santo Tomás, se enteraron dellas, viéndolas efectuadas en ellos, y así deprendieron no dellos, sino en ellos. Siempre ha hecho Dios mucho caso de los humildes; y así los escoge por sus secretarios, y les descubre su pecho: *Firmamentum est Deus timentibus eum et testamentum ipsius ut manifestetur illis* (Salmo 24): «Fortaleza es el Señor de los que le temen; es su tutor y curador, y su testamento dél se manifiesta á ellos». El testamento cerrado que se suele encubrir y sellar, la última voluntad de Dios, á los humildes, á los temerosos se revela. Veréis por ahí un idiota, doctor de Dios y de temor suyo, que sabe á Dios y con un paladar sano le gusta, toca y le conoce; y no sólo eso, sino en los negocios graves no tiene tan buen parecer, y da tan buenas salidas, y tan conformes á la ley de Dios, que asombra y cumple en él lo que dijo el Sabio: *Anima viri sancti enuntiat aliquando vera quam septem circunspectores sedentes in excelso ad speculandum* (Ecclesias., 37): «Mejor que siete atalayas puestas en lo alto para atalayar». Por este número de siete se entiende muchedumbre. Quiere decir: A veces vale más el consejo de un santo que el de muchos letrados y consejeros de gran experiencia, veedores que todo lo miran, todos ojos como Argos, *sedentes*, que lo toman muy de asiento y de propósito, y lo estudian y confieren y al cabo salen con un gran disparate, y hacen cegueras intolerables, yerran torpemente los negocios más mirados, porque son letras sin Dios, consultas y consejos sin Dios; y así permite Dios que se cieguen y desatinen en pena de su malicia y su soberbia: *Et obscuratum est insipiens cor eorum. Dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt* (Rom.). Así les aconteció á los sabios y poderosos de Jerusalem, que, ciegos con su impiedad, no conocen tanto de Cristo como la gente llana, de quien son instruidos. *Hic est Jesus Propheta a Nazareth Galileæ.*

CONSIDERACIÓN QUINTA

El Señor, sin reparar en las preguntas ni respuestas, pasa por todos, y vase derecho al templo, como buen hijo, que primero visita la casa de su padre, y hallándola hecha mercado por la codicia de los ministros que la servían, con divino imperio, á quien nadie pudo resistir, echó del templo todos los tratantes, logreros y trampistas que vendían y compraban, y derribó las mesas de los dineros y trastornó las jaulas de las palomas y díjoles: *scriptum est: Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis illam speluncam latronum.* Dos veces hizo Cristo este castigo ejemplar en los que profanaban su templo. La primera al principio de su predicación, como cuenta San Juan en el capítulo segundo, y de ella se predica el cuarto lunes de Cuaresma; la segunda es ésta de hoy, que sucedió domingo de Ramos, cuando iba á padecer. Y aunque el celo de la honra de su Padre, que le incitaba, fue el mismo en entrambas obras, pero el modo fue diferente; porque en ésta de hoy se hubo con más aspereza de obra y de palabra; porque entonces á los pobres que vendían palomas no se las aventó, ni derribó las jaulas; sólo les dijo: *Auferte ista hinc.* Ahora: *Cathedras vendentium columbas evertit:* trabucó y echó por ahí. Acullá les dijo á todos: *Nolite facere domum Patris mei domum negotiationis;* «No hagais la casa de mi Padre casa de contratación». Acá no les guarda respeto, sino díceles: Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. De manera que negociantes y ladrones en el vocabulario de Dios son sinónimos. Pues ¿por qué usa aquí de más rigor? Responde San Crisóstomo: Porque ya los había cogido en otra, y castigado y corregido, y no se habían enmendado. El pecado de reincidencia es más grave, como la recaída suele ser peor que la caída; y así para ajustar la pena con la culpa había de ser el castigo ahora más riguroso. Al ladrón, por la primera, azótanle; á la segunda, córtanle las orejas, ó galeras, y á la tercera, le ahorcan. Desta suerte se ha Dios con el pecador. Que á los principios le avisa y corrige blandamente: castigos de padre para enmendarle; pero si se endurece y reitera las culpas, agrava las penas y le carga la mano pesadamente hasta destruirle del todo: *¿Super quo percutiam vos ultra addentes prævaricationem?* (Isaías, 1), dijo Dios al pueblo judaico, emperrado en sus maldades, duro y pertinaz: ¿A dónde os heriré que os lastime, gente que añadis alevosías, que parece traer vuestra malignidad competencias con mi justicia? Yo no hallo parte sana en que os lastime, porque *a planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas* (Isaías, 1). Heos afligido con hambre, peste, guerra, quitádoos la hacienda, honra, salud, hijos. Heos castigado en los reyes, *omne caput languidum;* en los sacerdotes, *et omne cor mœrens;* en el pueblo que está leproso, hecho un San Lázaro, y no aprovecha. A mi me faltan nuevos castigos, y á vosotros no nuevas ofensas con que me irritáis. En las cuales palabras se queja Dios de que con sus castigos no consigue el fin que pretende, que es la enmienda del pecador, y amenaza con el más terrible de todos, que es desampararle; y alza su mano dél, como hace el médico, visto que sus medicamentos no aprovechan al enfermo, antes empeora con ellos, que le deshaucia, y lo deja. ¡Oh, cristianos, y cómo tenemos mucho por que temer, que somos semejantes á esta gente endurecida, y aun peores! ¿Qué castigados, qué afligidos, qué deshechos estamos el día de hoy, y qué poco ó nada enmendados? Parece que suena á mis oídos aquella temerosa voz del Profeta, con que amenaza á aquel pueblo rebelde: *Ululate, habitatores pilæ* (Sophon): «Aullad, moradores del almirez». San Jerónimo dice que pila significa allí el mortero ó almirez. Y para entender este lugar es menester cotejarle con otro de los *Proverbios*, donde dice Salomón: *Si contuderis stultum in pila, quasi ptisanas feriente desuper pilo, non auferetur ab eo stultitia ejus* (Prob., 27): Si molieres al necio en un almirez, como el corazón de la cebada, dándole una y otra con la mano del almirez, no se le quitará la necedad». Toma la metáfora de los granos de la cebada, que si los queréis moler en un almirez, y dais golpes con la mano, si los granos están secos, á dos golpes se hacen polvos y despiden de sí la cáscara; pero si están húmedos, por más golpes que deis, es por demás, que no los volveréis en polvo, ni desmenuzaréis, antes se os pegarán de suerte que no los podáis quitar de do se asieron. Imaginad, pues, que el mundo es un almirez; los granos de cebada los pecadores, porque los justos trigo se llaman en la Escritura. Pues Dios está dando golpes con su mano, castigando á los pecadores; los que están dispuestos y no muy estragados, á los golpes de Dios, á la enfermedad, á la pérdida, á la deshonra, echan de sí las cáscaras de las imperfeciones, y se tornan polvo y ceniza de humildad y contrición: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies* (Salmo 50). Dicen luego en su alma: Si tanta pena me da un trabajo que dura dos días, ¿qué será arder por toda la eternidad? Si perder hacienda, ¿qué será perder á Dios? Pero los granos húmedos, los carnales amolentados en vicios y regalos, es peor dar en ellos golpes. Cuanto más los apremia Dios con trabajos y fatigas, tanto se hacen más incorregibles, desesperando con impaciencia, y pegándose más

tenazmente al almirez de las cosas deste mundo: el carnal á la deshonestidad, el soberbio á la ambición, el avaro á la codicia. Veis aquí el poco efeto que hacen los castigos de Dios en estos. Pues entended ahora al Profeta: *Ululate, habitatores pilæ.* ¡Llorad, llorad, que con razón lo podéis hacer! Estáis enfermo, y dan os una purga recia; si no hace operación, luego os ponéis triste. Si os preguntan por qué, decís: Señor, he tomado una purga muy recia y no ha hecho en mí más impresión que si fuera una piedra. Llorad, dice Sofonías, los que habéis tomado purgas, castigos de la mano de Dios, y no os han aprovechado; que os echó Cristo del templo á azotes y luego os volvistes á comprar y vender con la misma desvergüenza; que por mar y tierra nos trae Dios perseguidos y acosados. Tantas pérdidas, muertes, desastres, hambres, pobrezas, enfermedades, guerras, desventuras; tantas necesidades, que para suplirlas no bastan los tesoros de Venecia, Motezuma, Atabaliba, cuanto más nuestras hacendillas. Y siendo á ojos vistas castigos de nuestro licencioso vivir, no hay enmienda ni moderación, sino suma libertad, estrago, disolución en torpezas, juegos, embustes, odios, perjurios, maldades. No se sufre pasar de aquí. Dios ponga su mano en nosotros, y con su poderosa virtud modifique nuestros corazones y los disponga con sus azotes para recibir sus beneficios, así los temporales del cuerpo como los espirituales del alma, que son en esta vida gracia y en la otra gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

MIERCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO

PRIMERO DE CUARESMA

Tunc responderunt ei quidam de scribis et pharisæis, dicentes: Magister, volumus a te signum videre.

(MAT., 12).

INTRODUCCION

Dios, que juntamente es abismo de bondad, y de grandeza y majestad incomprensible, habiéndose por amor allanado á poner su afición en el alma á quien desposa consigo por fe, y hermosea con su gracia, y atavía y engalana con sus dones, queriendo descubrirle qué es lo que en ella mejor le parece, y cómo se ha de portar en su trato y conversación, por que no venga á perder tanto favor y regalo, le dice en el capítulo sexto de los Cantares: *Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt*: «Aparta tus ojos de mí, porque ellos me ojean y hacen volar». Tiene este lugar varios sentidos; pero diremos sólo dos que hacen al propósito. El primero, que es palabra de amor inmenso, vehemente; tienen los ojos entre todos los sentidos gran preeminencia para dar y recibir llagas de amor, como dicen los platónicos y pitagóricos, que más profundamente consideraron su naturaleza y propiedades. Con un alzar de ojos es más fácil de dar en el alma que con la última boqueada. Este portillo conviene que cierre quien quiere guardar el homenaje de su corazón. En esta parte traiga buen regimiento si desea no adolecer de tan rabioso mal.

Ut vidi, ut perii, ut me malus abstulit error.
(VIRGILIO, *Eglogas*).

Los ojos de la persona amada, encontrándose con los del amador, hacen herida sensible y causan lesión. Y así el esposo divino, como si estuviera sujeto á pasiones humanas, dice á la Esposa: no me mires, que me hieres; desvía tus ojos de mí, que con ellos me robas el corazón. No quiere decir que le deje de mirar, ó que le pesa que ponga sus ojos en él, sino declara la fuerza que le hace su vista, que le saca de sí y como que le desquicia de su autoridad. ¡Con cuánta razón pudiéramos exclamar aquí con Job, y decir á Dios: Señor ¿quién es el hombre que así le engrandecéis, ó por qué causa aplicas á él vuestro corazón? Y con David: Señor, ¿qué cosa es el hombre, porque os acordáis dél, ó el hijo del hombre, porque hacéis caudal dél? Pero veamos qué ojos son estos que enamoran



á Dios. Unos dicen que la prudencia espiritual es guía de las virtudes; otros que la pura intención, que pone la mira en solo Dios, á quien sólo tiene por blanco de sus deseos y obras; yo lo entiendo de la fe viva de los justos, que nos descubre á Dios, nuestro último fin; y es el aguja de marear, que nos señala el Norte de la vida y los rumbos y sendas por donde se camina á la bienaventuranza. Desta fe ha hecho Dios muchos casos desde el principio del mundo. Siempre en todos estados ha tenido amigos con quien ha tratado familiarmente, dado y tomado y tenido negocios; como fueron, en la ley natural, Henoc, Noé, Abraham, Jacob, Melchisedech, rey de la antigua Salén, y otros tales, de quien hace un largo catálogo el Apóstol. De todos éstos se celebra la fe que en Dios tuvieron, y con que le agradaron, tratando con él en negocios de grande importancia, muy sobre seguro, sin pedir señal; fiados sobre no otra prenda que la de su palabra. No pidió Noé señal para aquella obra nunca vista que se le mandó del arca, en cuya fábrica, como emplease cien años enteros, pudo dar que decir al mundo todo y ser tenido por hombre de no buen juicio, en ocuparse en cosa que parecía tan excusada. No la pidió Abraham para salir de su tierra y dejar la patria, amigos y deudos; ni para creer le daría Dios hijos de Sara su mujer, que era estéril y vieja, y él de cien años, ni para sacrificar después de dado el hijo querido. Bastó decírselo Dios para ponerlo luego en obra: *Cui in re tam dura nulla dubitatio fuit, sed sententiam Domini, tanquam qui optaret, accepit* (Aug., Ser. 68 de tempore). Lo mismo decimos de los demás. A esta fe se atribuyen las proezas y victorias, los milagros y maravillas. A esta fe, la Encarnación del Hijo de Dios, en que volando fuera de sí el Neblí divino, se abatió á hacer presa en las flaquezas humanas. No hay duda sino que estaba herido de amor el Dios de la Majestad cuando se resolvió á descender á nuestra vileza. ¿Pues quién le llegó? ¿Qué vio en la Esposa con que le aficionó y trajo á sí? Pienso, que con los ojos de la fe. No quiero decir que hubo mérito de condigno de la Encarnación, porque siendo el principio y raíz de todo nuestro mérito Cristo, no se pudo merecer. Habíasenos de dar. Pero digo que la congruencia que de nuestra parte hubo, lo que Dios miró para hacernos, por su bondad y de su bella gracia esta merced, fue á la fe de los padres antiguos. A la fe se hicieron las promesas de Cristo. A la fe se dieron los oráculos y profecías deste misterio. A la fe la ejecución deste beneficio. *Beata quæ credidisti, quoniam perficientur in te quæ dicta sunt tibi a Domino.* La Virgen fue la que principalmente agradó á Dios, y cuyos amores le bajaron del cielo al suelo. Y en ella aunque todas las virtudes fueron heroicas, de la fe hace su prima Isabel particular mención. ¡Dichosa tú que creiste, que por esta razón se cumplirán en ti las promesas de Dios! La gracia de estos ojos hicieron volar á Dios, y le sacaron de sí. Lo que dijo San Pablo: *Semetipsum exinanivit formam servi accipiens* (Phil., 2). «Se agotó y derramó y desvaneció.» Como una nuez decimos que está vana ó vacía, cuando no tiene meollo, así el Hijo de Dios los títulos que le son naturales por la divinidad, en que es igual al Padre, ya que no pudo deshacerse dellos, por la Encarnación los ocultó y disimuló, como si no los tuviera. Que ya es mortal y pasible, y menor que el Padre en la humanidad. Esto es haber volado y salido de sí. El segundo sentido es de San Teodoreto: que sea este un aviso dado á la esposa para reprimir la humana curiosidad. Como si le dijera: Aunque la lindeza de tus ojos y viveza de tu fe y agudeza de entendimiento en la contemplación me incitan á amarte, advierte que, olvidada de tu fragilidad, no te cebes demasiadamente en mi luz, por que soy inaccesible y no puedo ser comprehendido; soy mayor que el entendimiento criado. Y si pasando los linderos á la criatura permitidos, porfiares con curiosidad á penetrar los misterios levantados sobre tu capacidad, no sólo fallecerás de tus intentos, pero cegarás y perderás la vista. Porque esa es la naturaleza del sol, que así como ilustra y esclarece los ojos, también, si son insaciables, los daña y castiga en pago de su atrevimiento. Que es lo que dijo Salomón: *Neque plus sapias quam necesse est, ne obstupescas* (Ecles.): «No quieras saber más de lo necesario, no te entorpezcas». Como si con una navaja quisieseis cortar un cerrojo ó piedras, ó otras cosas duras, no haréis nada, antes se le rebotan los filos y no podrá después cortar el cabello. Así, aunque el ingenio travieso y altivo entendimiento prueba sus aceros en los misterios sobrenaturales, queriéndolos vencer y cortar y tantear con su razón, pierde los filos, y queda boto, tocho y rudo para las cosas proporcionadas que todos entienden. Como se ve en los herejes que despuntaron de agudos, y tomándose licencia para adelgazar, y subtilizar los secretos divinos, vinieron á caer en torpes errores y á ignorar los artículos de la fe, que los fieles más simples alcanzan. Y para eso dice Dios al alma, su aficionada: Aparta los ojos de tu curiosidad de mí; que esos son los que me ojean, los que me espantan y alejan. El hebreo dice con este sentido: *Averte oculos tuos ne me recte intueantur, quia me superbiorem faciunt:* «Aparta tus ojos; no me miren de hito, porque me hacen soberbio». Toma la metáfora del sol, que mirado derecho, encandila y ciega, y mirado á soslayo ó con la mano de-

lante ó alguna sombra, alumbra. Aquel mira derecho de hito á Dios que trata las verdades católicas con libertad, que las examina como juez y censor. Unos ingenios inquietos, bulliciosos, azogados, que no se contentan con lo que supieron sus pasados; inventores de opiniones nuevas en materias de la fe, ó cerca della; que todo lo quieren trazar y medir por su razón, sin respecto á la autoridad de algún maestro ni doctor. Ojos tan altaneros y atrevidos, á peligro están de cegar; enojan á Dios, *qui dat secretorum scrutatores, quasi non sint* (Isai., 40): «Que atropella á los escudriñadores de los secretos, vanos ostentadores de su habilidad y los echa por ahí como nonadas». Pero el que mira al sesgo y con sombra, es el ingenio humilde y modesto, que trata los misterios de Dios con religiosa veneración, rendido á la fe y atenido á las Escrituras santas, á la determinación de la Iglesia; sigue las pisadas de los santos doctores, queriendo más acertar por parecer ajeno que errar por el propio. Estos ojos no se deslumbran ni irritan, antes aficionan al Esposo. *Et dabit vobis Dominus panem arctum et aquam brevem, et non faciet avolare a te ultra Doctorem tuum* (Isaías, 30). La verdad es mantenimiento del alma, que naturalmente desea saber. La mesa en que se nos sirve esta comida es la Escritura, en parte oscura, y allí es pan; en partes clara, y allí es agua. Mas es pan estrecho, y agua corta. Lo primero, porque toda la ley se cifra en amor de Dios y del prójimo. Lo segundo, ración tasada; porque sirven á la necesidad y nunca á la curiosidad. *Ego Dominus docens te utilia* (Isai., 48); no propiedades de los animales, virtudes de piedras, influencias de las estrellas, sino lo necesario y provechoso para la salvación. Eso enseña la doctrina revelada. Enfermó el hombre de gula, de querer saber mucho de bien y de mal; de comer aquella fruta quedó repleto y opilado. Para sanarlo fue menester ponerle en dieta. *Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem* (Rom., 12). No frutas acedas de verdades indigestas, crudas, vanas, impertinentes, sino el pan y agua de la santa Escritura, tomado con templanza. Quien con esta moderación se contenta, no volará, no se le huirá su precepto, no enojará á su maestro. De aquí se nos va ya trasluciendo la causa del mal despacho que llevan hoy de su petición escribas y fariseos. Lléganse á Cristo, y dícenle: *Volumus a te signum videre*: «Es nuestra voluntad que hagáis señales que veamos». No se fian de Dios como fieles, sino pídenle señal con ánimo incrédulo y obstinado. No se contentan, como sobrios y templados, con las señales que el Señor hacía, provechosas para los cuerpos y almas, sino quieren, como vanos y curiosos, señales del cielo, de mucho ruido y poco provecho. Quieren ver y no para creer. Exasperáronle tanto, que hicieron volar á su doctor y salir de sí, mostrarse enojado y bravo. No sólo les niega lo que piden, sino azorado les dice palabras afrentosas, ajenas de su acostumbrada mansedumbre, y de la dulzura de su condición: *Generatio prava et adultera signum quærit.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Reparemos en esto más. Siendo los milagros testimonios divinos, que confirman la verdad de la fe, que no se puede probar con razón natural, Dios, que en sus obras es muy cumplido, los ha hecho en todos los estados que el mundo ha tenido. En el de naturaleza dio señal á Abel, sin pedírsela, de que su sacrificio le era acepto; á Noé, de que no habría segundo diluvio; á Abraham, que sus nietos serían señores de la tierra de promisión; á Moisés, en el segundo estado del mundo, se dieron señales en gran abundancia, y como la Sinagoga se hubiese criado con esta leche, no supo jamás destetarse de ella, ni aun en la vejez. No faltó gran copia de señales también en el estado tercero del mundo; y diéronse á manos llenas en la infancia y en la niñez de la Iglesia cristiana; pero destetóse á su tiempo Isaac, y el día que le quitaron el pecho, hizo Abraham fiesta en su casa con mucho regocijo. Y ni por eso faltan ni han faltado señales muy ciertas en nuestros tiempos y, cuando son menester, facultad tiene quien las hace para obrarlas. ¿Qué fue, pues, la causa que no se les diesen á éstos las señales que pedían? Y hará más admiración, si consideramos lo que en otro semejante caso refieren haber pasado los otros evangelistas. Porque San Marcos dice: *Et ingemiscens spiritu, ait: quid generatio ista signum quærit?*: «Con un gemido y suspiro salido de las telas del corazón dijo: ¿Por qué, ó para qué, esta generación pide señal?» Mas ¿por qué no las ha de pedir, siendo esta generación? *Judæi signa petunt.* Son judíos de señal, y siempre han pedido señales, y por esta seña los pueden conocer mejor que por las gorras amarillas. *Amen dico vobis, si dabitur generationi isti signum* (Marcos, 8). Que es una razón troncada á que llaman *eclipsis* ó *reticencia*; razón no acabada, sino que lo postrero de ella se queda en la boca sin salir fuera, como aquello: *Quibus juravi in ira mea, si introibunt in requiem meam* (Isaías, 94). No se acaba ahí la sentencia; falta aquello: *Hæc faciat mihi Deus et hæc addat*, que por reverencia del juramento se queda por pronunciar. Ved la reverencia á los juramentos debida. Significan, pues, las palabras dichas, del todo acabadas: Si á esta generación yo diere señal, que no me logre ó

que no me ayude Dios, ó cosa tal. Santísimo Dios, ¿tan mal hecho fuera dar á aquellos hombres la señal que pedían? ¿Qué tan más pobres quedaran, Señor, los tesoros de vuestra omnipotencia? ¿Qué tan más se agotaran vuestras inmensas riquezas, si acabárades con estos hombres ya, y los tapáredes la boca, dándoles señal de la manera que ellos la querían: mandárades parar al sol, volver hacia atrás los movimientos de los cielos, atronar en tiempo y aire sereno, bajar fuego de su elemento como vuestros criados hicieron? *Non dabitur ei signum*. ¿Por qué? Lo primero, porque es generación *prava et adultera*, torcida y bastarda, y no se ha de hacer por los bastardos lo que para los legítimos se ha de guardar. *Ecce ancillam et filium ejus*, se dice á Abraham; que no es razón sea heredero juntamente con el hijo de la libre. Porque son bastardos. Porque no parecen en sus hechos al santo Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David. Desdicen de la fe de sus mayores. Los padres tan fieles, que su fe me hizo encarnar; los hijos tan incrédulos, que me pondrán en una cruz. No pidieron sus padres señales, como piden ellos. Diéronseles sin que las pidiesen. Y si alguno en algún caso las pidió, fue para consuelo, no para creer por ellas. Porque las señales se dan á la fe; no que para tener fe se hayan de pedir señales, sino que se hagan señales por el que tuviere gran fe. Reprehende el Señor con gravísimas palabras la hipocresía de la Sinagoga en el capítulo cincuenta y siete de Isaías. De donde parece haberse tomado éstas con que á los letrados y religiosos afrenta hoy Cristo con tanto rigor: *Vos autem accedite huc, filii auguratricis, semen adulteri et fornicariæ:* «Vosotros llegáosme acá». Así decís á vuestro muchacho cuando le queréis azotar, llégate acá, asiéndole por las orejas. Es un «llegaos acá» casi tan para temer como aquel: *Discedite a me, maledicti, in ignem æternum*. Hay un *accedite ad eum et illuminamini* amable y bueno; pero este *Accedite huc*, es para huir cielo y tierra espantados. «Llegaos acá, hijos de la agorera, casta bastarda, hijos torpemente engendrados». Las mismas palabras son éstas que las con que nombraba Cristo á los que le pedían señales, porque no las tengáis por mal comedidas, sino que entendáis que no es menor la culpa de la incredulidad curiosa destos que la de la hipocresía de aquéllos, pues son con el mismo palo hostigados los unos que los otros: *Super quem lusisti? Super quem dilatasti os et ejecistis linguam?* (Isaías, 17): «¿Con qué os burláis? ¿Contra quién abrís vuestra boca? ¿En quién ponéis vuestra lengua, siendo quien sois? *¿Numquid non vos filii scelesti, semen mendax?* (Isaías, 17). ¿No sois, por ventura, vosotros malvados hijos, casta mentirosa que desdecís de la fe de Abraham? No sois hijos vosotros sino de aquel pueblo de dura cerviz que por diez veces me tentó en el desierto, y de aquella desleal Sinagoga, que negándome á mí, su legítimo marido, adulteró con los falsos dioses. Desta sois hijos; porque si ella idolatró en el becerro, vosotros en la avaricia, gula y deshonestidad. *Qui consolamini in Diis, subter omne lignum frondosum*: «Que os consoláis con vuestros dioses, y tenéis allá vuestras frescuras, y vuestros árboles hojosos y enramados», á cuya sombra os holgáis. ¿Por qué queréis que se os dé el pan que no es vuestro? No son debidos los consuelos que pedís, no se dan señales en mi casa sino á mis hijos y domésticos; para los idólatras, la señal es la cruz que ha de derrocar toda la idolatría. ¡Oid, cristianos! Quizás habla con nosotros también. La mujer adúltera da á su marido el buen semblante, buenas palabras, cumple, finge con él en lo exterior: pero al amigo da el corazón, las veras, las obras. *Adulteri, ¿nescitis quia amicitia hujus mundi inimica est Dei?* Adúlteros, dice el apóstol San Santiago, ¿no sabéis que quien está amancebado con el mundo es enemigo de Dios? ¿no es traición y alevosía dar á Dios las muestras de fuera, el hincar la rodilla, herir el pecho, oir misa, sermón, y el alma al mundo, á las riquezas, á la sensualidad, á la ambición, al odio infernal? *Et dilexerunt eum in ore suo et lingua sua mentiti sunt ei. Cor autem eorum non erat rectum cum eo, nec fideles habiti sunt in testamento ejus* (Salmo 67). «Y amáronle con la boca, y mintiéronle con la lengua». San Jerónimo vuelve del Hebreo, *Et lactaverunt eum in ore suo:* «Amamantáronle con la boca, y engáñanle con suavidad». En esta palabra toca los títulos blandos y dulces con que llamamos á Cristo: mi Dios, mi Redentor, mi Padre, mi Esposo; y debajo desta fe no hay lealtad, ni se guardan las leyes del matrimonio; no hay amor, porque el corazón está dado al mundo y á sus bienes. Esos aman, esos buscan, á esos adoran, dejando el único y verdadero Dios. A donde nosotros leemos *Multiplicatæ sunt infirmitates eorum, postea acceleraverunt*, trasladan otros *Multiplicata sunt idola eorum; post alium acceleraverunt:* «En pos de otros se apresuraron». Ídolos son, en el altar del corazón levantados, esos en que tienes puesto el amor debido á Dios: la esperanza, la felicidad, el último fin. En servicio de esos dioses gastas tu vida toda; en ellos rematas tus deseos, tus cuidados, tus diligencias, y á ellos y no á Dios acudes en tus necesidades. *Substantia divitis urbs fortitudinis ejus* (Prob., 16): «La hacienda del rico es su alcázar, su fortaleza, á donde se acoge». Si está en-

fermo, á sus dineros; si tiene pleito, á sus dineros: con ese Dios se consuela. El ambicioso con sus honras, el mercader con sus ganancias, la ruin mujer con sus ilícitos tratos: en eso pone su refugio y el reparo de su pobreza. Pues éstos y sus semejantes, despídanse de ver señales. No son dignos del favor y de los consuelos de Dios, pues buscan los del mundo. Muy bueno es que Jeroboam, idólatra, en la enfermedad de su hijo envíe á su mujer disimulada á consultar al profeta de Dios. ¿Qué respuesta ha de llevar sino ésta? No te disimules, mujer de Jeroboam; ¿por qué finges ser otra de la que eres? *Ego autem missus sum ad te durus nuntius* (Reg., 14): «Malas nuevas te daré, que entrando tú en la ciudad morirá el mozo, y que tu casa será asolada y todos tus vasallos cautivos». Semejante respuesta es la que da Cristo á esta generación adúltera, que viene á pedir señal disimulada con el discípulo que finge, llamándole el título honorífico de Maestro. Y él los afrenta y despide, no dándoles otra señal que la de Jonás, que fue su total destrucción: *Generatio prava signum quærit, et signum non dabitur ei nisi signum Jonæ Prophetæ.*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Lo segundo, no les da señal porque la piden de vicio y con malicia. Despreciaban como soberbios los milagros admirables que Cristo hacía ó como si no fueran señales, pues dicen: queremos ver señal; ó como si fuera de poco momento y de ninguna consideración, pues piden señal del cielo, como cosa más excelente. Quiso el Señor que sus milagros fuesen juntamente beneficios, que testificasen su poder y su amor y obligasen á los hombres á que le creyesen y amasen, y paréceles á estos censores de milagros que fueran mejores los del cielo y del aire, inútiles, que los de la tierra, provechosos. En lo cual veréis su ceguedad. Dice San Jerónimo: Porque las señales del cielo podían padecer grandísima calumnia, como cosa muy remota del sentido, y ser hechas ó contrahechas por los demonios, que tienen su asiento en los aires; pero las señales de la tierra eran certísimas, y sin género de sospecha. Porque ver á su amigo, vecino, conocido, que toda su vida fue ciego, cojo, manco, ahora con vista y libre uso de pies y manos; al tullido de treinta y ocho años, verle sano y llevar su cadalecho; salir los demonios de los cuerpos por mandado de Cristo; resucitar los muertos y vivir muchos años entre ellos, estas obras no podían ser hechas por arte del demonio. Aquel hombre que acabó de sanar cuando le llegaron á pedir señal, ciego, sordo, mudo, endemoniado, con una palabra le sacó el demonio y le dio vista, oído, habla. ¿Tras esto piden señal? Sí, porque ellos estaban resueltos de no creer á Cristo ni recebir su doctrina, que era cuchillo de sus maldades, y andan buscando achaques para excusar su dureza y obstinación. Porque casi no hallaréis hombre pertinaz en algún pecado, y determinado de perseverar en él, que no procure defenderle con algún color de bien. *Peccator homo vitabit correptionem et secundum voluntatem suam inveniet comparationem:* «El hombre pecador no admite la corrección de sus vicios, ni arrostra á la doctrina contraria á sus malas costumbres»; antes para excusarse y defenderse, nunca le falta alguna comparación, ejemplo ó excusas aparentes á su propósito. Si le decís á un caballero que dé limosna, dirá que la dé el Obispo, que come bienes de pobres, que harto tiene que sustentar su casa, pundonor y estado. El Obispo dirá que paga de pensión, subsidio y excusado más porción de la que está obligado á dar de limosna. Decidle á un mozo vano que no ande de noche, ni sea tahur ni disoluto; dirá que también hay gente de Iglesia que hace lo mismo, y aun con más profanidad. Decilde á una vieja honrada, con sus tocas reverendas como una mula canóniga, que no ponga tienda de su hija; dirá que es mujer y pobre, á quien suele ser ordinario usar esas corredurías; pero que Fulano es hombre, y honrado, y vive de ser padre de su hija, llevando á su casa la mancebía: digo, los mancebos del lugar. El amancebado de veinte años dice que tiene hijos en aquella mujer, y que á ella y á ellos los ha de mantener. El agraviado, que con detrimento de su honra no puede perdonar. Cada cual *secundum voluntatem suam invenit comparationem*, como los fariseos la suya para no creer en Cristo. Por extraño prodigio de incredulidad cuenta San Juan de los judíos que, habiendo hecho el Señor delante de ellos tantas señales, no creyeron en él: *Cum autem tanta signa fecisset coram eis, non credebant in eum.* Razón tiene de ponderar tanta dureza. Pero ¿qué me diréis de la nuestra, que teniendo fe no obramos conforme á ella? Cosa llana es que para ir al cielo son menester fe y obras hechas en caridad. La fe se confirma con milagros; la caridad se aviva con beneficios; las obras se nos persuaden con promesas y amenazas y avisos. Y no son menos eficaces medios éstos para inducirnos á la virtud que las señales á la fe. Pues si tan execrable es la incredulidad de los judíos entre tantas señales, ¿cuánto más culpable será nuestro desamor entre tantos beneficios? ¿nuestra flojedad entre tan magníficas promesas? ¿nuestra insensibilidad entre tan horribles amenazas? ¿nuestro descuido entre tan frecuentes avisos?

¿Qué mayores beneficios que la Redención de Cristo, su vida, su muerte, su cuerpo, su sangre, su doctrina, sus Sacramentos? ¿Qué promesas más ricas que las de la vida eterna? ¿Qué amenazas más espantosas que las del fuego sempiterno y de privación de la vista de Dios para siempre? ¿Qué más continuos avisos que los de la Iglesia, que en todos tiempos no cesa de darnos voces, exhortándonos á bien vivir? Pues si con todo eso vivimos como paganos, ¿no os parece que somos tan malos ó peores que los judíos y que á ellos por incrédulos y á nosotros por impenitentes, ingratos, incorregibles, nos cuadra el nombre afrentoso con que los bautiza el Señor: *Generatio prava et adultera signum quærit?*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Finalmente, no les da señal, porque la piden por curiosidad, para ver, no para creer. *Volumus a te signum videre.* Las señales que hace Cristo son sin duda de ver, mas no para ver, sino para creer, para confiar, para amar, para servir. Dadme vos quien con ese intento y necesidad busque señales, que no le faltarán; pero no las espere quien las busca sólo por curiosidad. La misma respuesta esperen todos los que en los tiempos presentes esperan señales, que no las desean sino por curiosidad. *Signa nostra non vidimus.* No vemos nuestras señales. No es lo que importa verlas; hay más que verlas, y por eso no se os darán ni aun á ver. Si llegáis á la tienda de un mercader y queréis comprar, mostraros ha lo que tiene que vender; abrirá sus cajas, sacará lo que hay en sus cofres, desliará sus fardos, desenvolverá cuanto hay en casa; pero si llegáis: Señor, hacedme gracia de mostrarme lo que hay de ver en vuestra oficina, que soy muy curioso y amigo de ver primores; enviaros ha en la hora que vos merecéis. Habían los filisteos tenido muchos días, con gran daño suyo, el arca del Testamento en su poder, y finalmente, compelidos por lo que padecían, se determinan de la restituir á su lugar. Hacen por consejo de sus antiguos y adivinos el carro nuevo, en que uñen dos novillas recién paridas, que nunca trajeron yugo, encerrando las crías en casa, y ponen en él el arca, diciendo: Si estas vacas, sin guía echadas, fueren camino derecho, y no les fuere impedimento para no hacerlo el ser indómitas y el amor de los hijos que dejan atados y bramando, sabremos que el Dios de Israel nos ha hecho los daños que habemos sufrido; pero si no atinaren, si dispararen, si volvieren á la querencia de sus becerrillos, entenderemos que ha sido á caso. Hacen lo que se les aconsejó, y siguen tras las novillas uñidas bien. Cuantos de los gobernadores y adelantados venlas ir camino derecho sin torcer á una ni á otra mano, gimiendo, pero no parando ni declinando hasta entrarse por los términos de Bethsaín, que era la entrada para la Judea, y que allí paran y esperan quien las descargue, y mate y sacrifique, vuélvense á sus casas asombrados y enterados de que el Dios de Israel les había hecho aquel daño. Pregunto, ¿qué se les siguió de ahí? ¿Dejaron sus ídolos mancos, cojos y destroncados? No les pasó por pensamiento. Eso mismo es lo que en los curiosos en este tiempo pasa. No esperen, pues, señal. ¿Queréis asombraros más? Ved al Señor maniatado en casa de Herodes, Rey que deseaba muchos días había verle, y esperaba que había de hacer delante dél alguna señal. *Et sperabat videre signum aliquod ab eo fieri.* Y no la hizo, yéndole no menos que la vida en eso. Señor soberano y obrador de estupendas maravillas, y que tantas habéis hecho á instancia y petición de gente vulgar, sólo porque á ellos les estaba bien y lo habían menester, haced aquí siquiera una tamañita, porque vos lo habéis menester por escapar de tantas calumnias como os imponen aquellos que en este tribunal con tanta porfía os acusan y con tanta pertinacia: *Constanter accusantes eum*, porque temen que si un milagro hacéis á vista de Herodes, os ha de dar por libre á su pesar. No sólo no hizo milagro, pero por más despreciar el fausto y pompa mundana, ni una palabra le habló; tanto, que burló Herodes de él con toda su corte y casa, y como á tonto le hizo vestir de una ropa blanca, por señal de mayor desprecio y escarnio. Extraño modo, Señor, de hacer de los poderes del mundo poco caso, y de dar á entender lo poco que dél alcanzarán los curiosos: que mientras ellos tuvieren más curiosidad se les mostrará mayor simplicidad. Porque así deben ser burlados los burladores; y así los escudriñadores de la majestad serán de la gloria oprimidos, y los que más secretos buscaren saber y con más agudeza penetrar, cuanto con ojos más curiosos anduvieren tras esa caza, más sin esperanza vivan de toparse con ella. Porque antes son esos (como está visto) los que la espantan y ojean. *Sentite de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis quærite illum: quoniam invenitur ab his qui non tentant illum; apparet autem eis qui fidem habent in illum* (Sap., 1): «Sentid bien de Dios, nos amonesta la divina Sabiduría; tened dél el buen concepto que es razón, y buscadle con sincero corazón, sencillo, no dudando de su poder y bondad, por cuanto es hallado de los que no le tientan, como estos fariseos que *tentantes signum de cœlo quærebant ab eo:* «Pedíanle señal tentándole, queriendo hacer experiencias de su poder»; y descúbrese á los que tienen fe y confianza en él.

Perversæ enim cogitationes separant a Deo; probata autem virtus corripit insipientes (Sap., 1): «Los pensamientos perversos son los que de Dios apartan; y su virtud y poder, cada día experimentado, y con sus obras probado, bastantemente convence á los insipientes de su necedad ó infidelidad, con que de Dios desconfían». Bien probada tiene Dios su intención, y cada hora vemos cosas que nos muestran y dan á tocar su omnipotencia, su providencia, su benignidad, si nosotros las sabemos entender. ¿Qué culpa tienen las señales de que nosotros no las conozcamos por nuestra ceguera? ¿Pues por qué Dios no nos abre los ojos para que las conozcamos? ¿Por qué? *Quoniam in malevolam animam non introibit sapientia*: «Porque en el alma taimada y maliciosa no entra la Sabiduría». Dijeron los Apóstoles Pablo y Bernabé á los de Licaonia, cuando los querían adorar por Mercurio y Júpiter: ¿Qué hacéis, hombres, que nosotros mortales somos como vosotros; que os predicamos que dejada la vanidad desos ídolos os convirtáis á Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra y la mar y todas las cosas, el cual en las edades pasadas dejó á las gentes segnir los caminos de sus errores? *Et quidem non sine testimonio semetipsum reliquit, benefaciens de cœlo, dans pluvias et tempora fructifera, implens cibo et lætitia corda eorum* (Act., 24): «Pero no del todo alzando dellos la mano, dejó señales y testimonios por donde le pudiesen los hombres conocer, haciéndoles bienes desde el cielo, dándoles las lluvias y los años fértiles, llenando de comida y de alegría los corazones dellos». Estas juzgan los Apóstolos por señales bastantes para convencer á los paganos de la verdadera Deidad que predicaban, y para convertirlos de la vana idolatría. ¿Quién entiende estas señales hoy? Dos linajes de signos ponen allá los lógicos: *naturalia et ad placitum*: unos que naturalmente significan, como el humo al fuego, el gemido al dolor; otros que por voluntad y arbitrio, como las palabras y las escrituras: el ramo de la taberna significa el vino, y la tablilla del mesón, la posada, porque lo quisieron los hombres así. De todos estos signos abunda la Iglesia hoy. Naturales señales todos las tenemos. Dijo Cristo á los fariseos y saduceos que otra vez le fueron á pedir señal del cielo: Cuando se pone el sol arrebolado, entendéis que será el día siguiente sereno, y cuando amanecen esos arreboles, esperáis agua y tempestad. ¡Hipócritas, que os mostráis codiciosos de saber la verdad de quien soy, y ninguna cosa menos deseáis! De las señales y disposición del cielo, aunque falta á veces la experiencia, sabéis juzgar los tiempos futuros de bonanza ó tormenta, y de las escrituras infalibles, y de las señales en ellas pronosticadas que ha de hacer el Mesías ¿no acabáis de entender que es llegado ya el tiempo de su venida, y que soy el Cristo que esperáis? ¡Oh mala y adúltera generación que pide señal, y no le será dada sino la de Jonás! ¿Quién no tiene en su negocio señal tomada de la experiencia para saber el suceso? El recuero en el mesón sabe del cocear y orejear de sus bestias que ha de llover otro día; dícenselo al labrador las ranas, gritando toda la noche su vieja querella.

Et veterem in limo ranæ cecinere querelam.

(VIRGILIO).

A los marineros descubren las tempestades futuras, no sólo las toninas y bufeos saltando,

Atque hæc ut certis possimus discere signis
Æstusque pluviasque et agentes frigora ventos.

sino las aves que dejan la mar y se recogen á tierra. No hay hombres más agoreros que los militares y jugadores: ambos linajes solicitados por el mismo fin, que es ganar, aunque en diversas cosas. Mirad: cuando os confesárades del juego, no sólo hagáis conciencia del perjurio y voto quebrantado, de los falsos juramentos hechos, causados y consentidos; de la rabiosa codicia de ganar como quiera; acusaos (si os diere gracia Dios para que no muráis sin confesión) de las supersticiones y agüeros en que miráis y por que os regís. No traigo intención de tratar de juegos, que sin duda me ha la experiencia mostrado que los males desta cindad son los *noli me tangere*, y cortada una cabeza salen siete como á la hidra. Fuego, y no griego, es menester para destruir este dragón de tantas cabezas. Hase ya el juego acogido á sagrado, y ampárase en las Casas Reales donde no tiene entrada la justicia. Las músicas que se iban á oir á casas de conversación, y no muy santas, se valen de lugares santificados. Está hasta esta Iglesia tan llena de gatos y garduñas que, si dineros tuviese aquí donde estoy hablando, hay quien los asga y sin ser sentido ni conocido, ni aun castigado, aunque lo sea. Pero no obstante este mi cobarde propósito digo que os confeséis los tahures de que miráis en señales supersticiosas, porque hay quien juegue por reglas de Astrolabio, tomando el altura ó exaltación de no sé qué desastrada estrella con que les entra la dicha. Pues si así es (volviendo á nuestro propósito) que de todas las menudencias sabe la experiencia tomar señales naturales que el cuidado nota, y el deseo y temor señala y guarda en la memoria, ¿por qué no sabemos tomar señales naturales de las cosas para lo que cumple al alma? ¿No son las canas señales de la vejez y la vejez de la sepultura? Si hay quien se tiña las canas, ó las entresa-

que, ¿qué señales pide para saber su fin? Hartas habemos visto en pocos días, por nuestras desventuras. Tantos cometas y ninguno frustrado, desastrado fin de muertes de príncipes, de pérdidas de jornadas, de mutaciones de estados, de hambres, de guerras, de pestilencias; y todas ellas son señales mal entendidas, según nos hallan desapercibidos los tristes sucesos. ¿No habéis estado enfermo alguna vez, desahuciado ó casi, ó en otro peligro de muerte? Pregunto: después acá ¿habéis mejorado la vida, dispuesto vuestra conciencia, desmarañado vuestros negocios, pagado, restituído, hecho una confesión de propósito, cual la deseastes tener hecha cuando en aquel trance os vistes? ¿Qué señales otras pedís ni esperáis, si no sabéis conocer ni usar de las dadas? Si desta bóveda se cayese una pequeña piedra, no quedaría hombre aquí, temiendo que se viene toda abajo. Pues cuando se os cae un diente, ¿por qué no lo tomáis por señal de la caída que todo el edificio ha de dar en la sepultura? ¡Oh mala generación y adúltera! ¡Oh hijos bastardos aquellos que de las señales naturales no se saben aprovechar! Esperen la señal de Jonás, cuando en la tormenta de la dolencia den con ellos en el vientre de la ballena, que no los vomitará hasta el día del Juicio universal. Otras señales hay *ad placitum*, que son las letras divinas y Sacramentos de la Iglesia. ¿Quién hay que aperciba estas señales y de ellas se aproveche? El paje de Jonatás, que iba por la flecha que su amo había tirado, no pensaba que allí había otra cosa sino que el príncipe ejercitaba en aquella facultad de tirar al blanco; mas David que estaba allá tras la peña y sabía qué significaban aquellas palabras: Busca más adelante ó mira que la dejas atrás, cuando oyó: *Ecce ibi est sagitta porro ultra te* (I Reg., 29), bien entendió que estaba desesperada su vida y Saúl determinado de quitársela. No entiende las señales quien quiera que ve señales, sino aquel á quien Dios le toca allá en el corazón para que las entienda. Eso, pues, debes pedir: inteligencia de lo que ves, de lo que oyes, de lo que manoseas, de lo que tratas. Pide á Dios te dé á entender cuán eficaces señales son ver en la Iglesia lo que hacen en las almas bien dispuestas las señales de sus Sacramentos, y aun en las que no lo están las de sus palabras. Dícele con David: *Revela oculos meos et considerabo mirabilia de lege tua;* «Señor, alumbrad mis ojos, quitadme delante el velo de la letra muerta, con que los pérfidos judíos están ciegos y escurecidos, y entenderé los milagros de vuestra ley». ¡Oh qué milagros tan grandes y tantos que no se pueden contar en tan breve tiempo! Pero de paso. ¿Qué mayor milagro que la conversión de los pecadores, que se ve á cada paso en la Iglesia? Un hombre que era esclavo de Satanás, y tan aficionado al pecado que parecía estar transformado en él, y con tanta determinación á pecar que por lanzas, como dicen, se arrojara en prosecución de sus apasionados antojos; y que ese miserable cautivo, tan flaco para se libertar de un tirano tan fuerte, de repente mudado, ó por un sermón, ó por una confesión, y de la inspiración de Dios tocado, sintió dentro de sí una poderosísima mano que, cautivando á quien le tenía cautivo, sacó á él del cautiverio de la maldad en que estaba, y le trocó el corazón, tan trocado, que muchas veces en menos tiempo que un mes y que en una semana se halla más aborrecedor de su culpa que fue primero amador de ella y dice de corazón: *Iniquitatem odio habui et abominatus sum; legem autem tuam dilexi* (Salmo 118); «Aborrecido he y abominado la maldad, y en su competencia he amado á tu ley». Y tan de verdad, que está resuelto de no hacer un pecado por vida, ni muerte, ni tierra, ni cielo, ni por cosa criada, como dice San Pablo. ¿Quién hizo esta metamorfosis divina, esta súbita y admirable mudanza? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¿Quién resucitó á muerto tan acabado y podrido, dándole vida tan excelente? *Hæc mutatio dexteræ Excelsi* (Salmo 76): «Mudanza de la diestra del Altísimo», que es Cristo, creído y amado en la Iglesia, predicado en el Evangelio, participado en los Sacramentos. Este es el que con el dedo de Dios lanza poderosamente los demonios, y su ley es la que tiene fuerza de convertir las ánimas perversas: *Lex Domini immaculata convertens animas* (Salmo 18). La segunda maravilla y señal es el favor que da á los así convertidos para vencer los contrastes que en el camino de la virtud se les ofrecen; porque en saliendo del Egipto del pecado, luego el tirano Faraón apellida sus gentes, y junta sus poderes, codicioso de recobrar la presa perdida, sigue el alcance con ira cruel. Salen de través mil monstruos de tentaciones y dificultades, y encuéntranse estorbos y embarazos en este desierto de la vida espiritual y estrecho camino que lleva á la vida. Son grandes los aprietos y bravas las tempestades que se levantan en este mar salado de la penitencia; tanto que, como dice David, hacen á veces perder el tino, y tragan la sabiduría de los que navegan. *Turbati sunt et moti sunt sicut ebrius, et omnis sapientia eorum devorata est* (Salmo 106). Mas llamando á Jesús, que es guía de su camino y piloto de esta navegación, haciendo la señal de la cruz en la frente y en el corazón, ya con oir ó leer la palabra de Dios, ya con el socorro de los Sacramentos, se hallan tan maravillosamente favorecidos en la tribulación, que triunfan de sus enemigos y celebran con cantos de vic-

toria: *Cantemus Domino; gloriose enim magnificatus est: equum et ascensorem projecit in mare* (Exodo, 15). Y siendo sosegadas las pasiones, la bonanza de su corazón alterado tan súbita, dicen con los Apóstoles: *Qualis est hic quia venti et mari obediunt ei?* (Mat., 8). Verdaderamente es el santo Hijo de Dios. San Bernardo cuenta lo que muchas veces había probado, que Jesús invocado en verdad es remedio y medicina contra todas las enfermedades del alma. San Jerónimo refiere de sí que, viéndose en tribulación de su carne, sin hallar remedio en cosa hecha, sin saber ya más qué hacer, le halló con echarse á los pies de Cristo llamándole con devota oración, y recibió tal bonanza dél la tempestad, que le parecía estar entre los coros de los ángeles. Y esto que estos santos dicen y probaron, han antes y después experimentado otros muchos que pueden decir con el profeta: *In quacumque die invocavero te, ecce cognovi quoniam Deus meus es* (Salmo 55): «En cualquier día, Señor, que yo te llamare, he conocido que tú eres mi Dios. Porque el remediarlos presto, y tan perfecta y poderosamente, poniéndoles una disposición del todo contraria á lo que primero sentían, les es un gran testimonio y señal que Cristo es verdadero Dios, y que tiene de ellos cuidado. La tercera señal, las riquezas espirituales que alcanzan y poseen en sus almas los perfectos que se esmeran en el amor de Cristo y en la guarda de su ley; á los cuales dice el mismo Cristo: *Regnum Dei intra vos est*: «Sois tan ricos, que el reino de Dios está dentro de vosotros». Este reino, como dice San Pablo, consiste en tener dentro de sí justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo; y así están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, las hallarían escritas en los corazones dellos, conforme á la promesa del Señor: *Dabo legem meam in visceribus eorum et in corde eorum scribam eam* (Jer., 31). Lo cual dice, no tanto porque la sepan de memoria, como porque el amor determinado de su corazón es aquello mismo que la ley dice de fuera, por estar ya su voluntad tan transformada en el amor del bien, y obrarle con tanto gusto y presteza, y seguir lo que su corazón quiere, en seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva ley y medida de las obras humanas, según atinaba Aristóteles. Y de aquí les nace una paz y un gozo tan cumplido, cuanto que nadie puede entender, sino quien lo prueba, pues dice Isaías que la paz de estos tales es como río y como golfos de mar: *Facta fuisset sicut flumen pax tua et justitia tua sicut gurgites mari*. Y San Pablo dice que esta paz de Dios sobrepuja á todos sentidos: *Pax Dei quæ exsuperat omnem sensum*. Y San Pedro dice que esta alegría no se puede contar: *Exultabitis lætitia inenarrabili*. Y San Juan dice que es maná escondido, que se da al que varonilmente se vence, y no lo sabe sino quien lo recibe: *Vincenti dabo manna absconditum, quod nemo scit nisi qui accipit*. Esta tan acabada virtud y este gozo que es primicia y arra de la eterna felicidad, ¿quién la da? ¿dónde se halla? Sólo Cristo la da, y en la Iglesia sola se halla; los que guardan su ley la gozan; que los judíos, y moros, y paganos en la tierra buscan sus carnales entretenimientos, sin tener ni aun olor ni barrunto de los gustos del espíritu. San Pablo hablando con los gálatas hace un lindo argumento: *Hoc solum a vobis volo discere: ¿ex operibus legis spiritum accepistis, an ex auditu fidei?* (Galat., 3); «Esto solo quiero que me digáis: el Espíritu Santo que recibistes, ¿fue por medio de la ley de Moisés ó por medio de la fe de Cristo?» Como si dijera: pues predicándoos yo la fe y Evangelio, y no la ley vieja, y creyendo vosotros recibisteis el Espíritu Santo, ¿por qué ahora os tornáis á la vieja ley, pues habéis experimentado que sin ella, y por medio de la fe de Cristo y de la penitencia, y recibiendo el Bautismo, alcanzastes el Espíritu Santo? De la misma suerte, á nuestro propósito, la perfecta virtud que alcanzan los santos por la fe de Cristo y observancia del Evangelio es cierta señal de su verdad; pues para cosas tan buenas es medio, y nos enseña medios. Finalmente, es gran señal y maravilla de la ley de Dios que la guarden tan puntualmente los hombres siendo tan á pospelo de sus malas inclinaciones, y tan repugnante á toda la naturaleza por la culpa corrupta: *Lex spiritualis est; ego autem carnalis sum, venumdatus sub peccato* (Rom., 7); «La ley es espiritual, dice San Pablo, pero yo soy carnal, vendido debajo del pecado». Pues que á esta ley se halla sujetado el mundo, argumento es del poder de Dios. Agua abajo bien puede ir una barca por ese río sin que nadie la navegue; pero si vos la veis agua arriba contra la corriente subir, bien entenderéis que alguno la debe llevar. Para que las piedras que allí arriba están bajen á este suelo, basta que se desasgan; pero allí no pudieron subir sino con maña y con fuerza ajena. Que sigan tantos brutos á Mahoma y tantas bestias á Lutero, ninguna maravilla es, porque les ponen su salvación en lo que la carne ama; pero que sigan á Cristo las almas en cosas tan repugnantes al cuerpo, y puedan llevarle en pos de sí, y subirle por las sendas yertas de la virtud, señal es cierta de lo que puede la gracia de Cristo. Estas son las maravillas de la ley de Dios, estas las señales que continuamente da Cristo á su Iglesia. Quien tiene ojos de fe y de entendimiento para ver estas señales, poca necesidad y menos

deseos tiene de otras exteriores. Y porque los fariseos, ciegos con sus pasiones, estaban tan lejos de verlas, por eso hacen instancia pidiendo otras, y merecen oir en pena de su pertinacia: *Generatio mala et adultera signum quærit, et signum non dabitur ei nisi signum Jonæ prophetæ*, que es la muerte, sepultura y resurrección de Cristo; que como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pescado y al tercero salió vivo, así el Hijo del hombre, que en cuanto tal le convino morir, estuvo muerto tres días y tres noches (tomando la parte por el todo), el cuerpo en la sepultura y el alma en el limbo, y al tercero salió resucitado, por su propia virtud, á vida inmortal y gloriosa.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Esta fue la señal en que más se mostró la omnipotencia de Cristo, y la virtud de su divinidad. Y así á los que le dijeron: ¿Qué señal mostráis de que sois Hijo de Dios y tenéis de él la autoridad que aquí os tomáis? les respondió: Desatad este templo y en tres días lo levantaré. Pues, Señor, ¿no les daréis otra señal á menos costa vuestra? No fuera más fácil darles hoy la señal que piden del cielo que entonces tantas de la tierra en vuestro cuerpo azotado, llagado con espinas, clavos, cruz y muerto con tantas ignominias y dolor, que por no verle se escurecerán las lumbreras del cielo? Es que todo eso fue menester para librar á mi pueblo del poder de Satanás. Porque este Faraón tirano no le ha de dejar salir de su esclavonía, sino con mano fuerte: *Ego scio quod non dimittet nos Rex Ægypti, nisi per manum validam. Extendamque manum meam et percutiam Ægyptum in cunctis mirabilibus meis, quæ facturus sum in medio eorum.* «Yo tengo de extender los brazos en una cruz, donde descubriré mi fortaleza, trayendo todas las cosas á mí; y entonces saldrán de Egipto del pecado, á pesar del demonio, que los tenía cautivos. Cuando Moisés fue enviado por Dios á sacar el pueblo de Egipto, díjole á Dios: Señor, no me creerán que vos me enviáis, que como ya nadie trata verdad, cada uno piensa que miente el otro. Dícele Dios: ¿Qué tienes en esa mano?—Una vara.—Echala en el suelo. Volvióse una serpiente espantosa. Así el Padre Eterno esta vara que tenía en su mano, vara de virtud, *per quem omnia facta sunt:* «Por quien todo fue criado», echóla en tierra, envió á su Hijo al mundo y pareció serpiente. *Deus mittens filium suum in mundum, in similitudinem carnis peccati* (Rom., 8). Como la serpiente que levantó Moisés en el desierto, que era de metal, y sin veneno, así Cristo, hombre verdadero y sin ponzoña de pecado, mortal y pasible, como si fuera pecador. Pero, Señor, mirad que piden los fariseos una señal. Como previniendo eso le dijo á Moisés: Entra tu mano en el seno; y sácala Moisés leprosa. Vuélvela á entrar, y sácala sana. Si no creyeren (dice Dios) á la primera señal, creerán á la segunda. Así el Padre Eterno dio esta señal al mundo. Su diestra, que era su Hijo, entróla en el mundo, en el seno del pueblo judaico, y apareció leprosa en la pasión; *Putavimus eum quasi leprosum.* Y otra vez, al trocado, esa mano leprosa entró en el seno de la tierra, y sácala sana, limpia, gloriosa. Esa es la señal de Jonás Profeta; que para los judíos incrédulos es escándalo, y por el mismo caso señal de su ruina y condenación; mas para los fieles que la saben mirar con ojos de fe y pía afección, es fortaleza y sabiduría de Dios, que aquí se muestra para darles salud en esta vida comenzada por gracia y en la otra consumada por gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO

PRIMERO DE CUARESMA

Egressus inde Jesus secessit in partes Tyri et Sidonis. Et ecce mulier cananæa, a finibus illis egressa, clamavit, dicens ei: Miserere mei, Domine, fili David.

(MAT., 15).

El Santo Evangelio contiene un famoso milagro que hizo Cristo nuestro Redentor en tierra de gentiles, enfadado de las hipocresías y fingidas santidades de los fariseos, que teniendo los corazones llenos de asquerosas inmundicias, hacían gran caudal de las manos lavadas; y así habían puesto lengua en sus discípulos porque no se las lavaban antes de comer. Déjalos el Señor para hipócritas, y vase hacia la comarca de Tiro y Sidón, que eran ciudades de paganos. Teniendo noticia de su venida, una buena mujer cananea que tenía una hija endemoniada, saliendo de los términos de su tierra, íbase en pos del Señor dando voces y diciendo: Habed misericordia de mí, Señor, hijo de David, que mi hija es malamente aquejada del demonio. El Señor, queriendo manifestar al mundo el valor y constancia de esta mujer, disimula y hácese sordo y no le responde palabra. Ella debía de dar tantos gritos, que los discípulos de Cristo, parte movidos de compasión, parte por ahorrar de su importunidad, van al Señor y dícenle: Señor, despáchala, que ya veis los alaridos que viene dando tras de nosotros. Responde el Salvador: No fui enviado á predicar personalmente y á convertir sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. La buena mujer, visto que los discípulos no negociaban nada, viene ella y échase á sus pies, y adorándole dice: Señor, ayudadme, no me despidáis así. Respóndele Cristo: No es bien tomar el pan de los hijos y darlo á los perros. Replica la mujer: Verdad es, Señor; pero bien sabéis que los gozquillos suelen mantenerse de las migajas que caen de las mesas de sus señores; y así, aunque yo sea perra, una migaja me basta á mí de las que á los hijos de Israel sobran. No se pudieron más contener aquellas entrañas de misericordia; y así le dijo: ¡Oh mujer! grande es tu fe; hágase como tú quieres; y desde aquel punto quedó su hija sana y libre de la vejación del demonio. Esta es la letra, pidamos la gracia. Ave María.

INTRODUCCION

El capitán de algun ejército, y el príncipe y gobernador que es cabeza de alguna república, no sólo ha de ser dotado de valor y fortaleza para defender los suyos y resistir y ofender á los contrarios, sino también ha de tener clemencia, blandura y afabilidad para condolerse de las necesidades de sus súbditos y condescender con sus peticiones. De suerte que ha de ser duro y riguroso para vencer y domar los adversarios, y manso y fácil para ser vencido de los amigos. Y así refiere Plutarco que el rey Agesilao decía: *Imperatorem oportere et in hostes audaciam et in subditos benevolentiam habere.* Por eso Dios á Adán, que había de ser cabeza y gobernador del linaje humano, le sacó del costado una costilla, *et replevit carnem pro ea*, y llenó el vacío de carne, para que tuviese de todo, hueso y carne, dureza y blandura. Y de la costilla hizo á la mujer, que de su natural condición es suave y amorosa, para que tuviese Adán compañía que mitigase el vigor viril, y los hijos tuviesen padre que los corrigiese y madre que los regalase. Todo esto muy cumplidamente se halla en Cristo nuestro bien, que es el capitán invictísimo del pueblo cristiano, y el príncipe y cabeza universal de toda la Iglesia, así militante como triunfante. El domingo pasado descubrió el hueso de su fortaleza, que fue harto más

duro de roer al demonio que no las piedras con que él convidó á Cristo, las cuales no quiso convertir en pan. Hoy nos muestra su humanidad y mansedumbre, significada en la carne, para saber acudir al remedio de las necesidades de los suyos. Allí le vimos rebatir los golpes del enemigo, y echarle afrentosamente del campo; hoy le veréis rendido á los ruegos y lágrimas de una mujer, y maravillado de su fe y constancia en pedirle socorro. Lucha fue aquella, y lucha es ésta; pero en aquélla derriba Cristo al demonio, y en ésta es Cristo, si no derribado, vencido. Y es la razón, porque le acometen con diferentes armas. El demonio viene armado de astucia y prudencia diabólica, de embustes y mentiras, pensando engañarle, y así queda corrido y confuso. Porque *Non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum* (Prov., 21). No sirven de nada bachillerías y agudezas para con El; no hay hacerle trampantojo y ni echarle dado falso. Acométele con soberbia, que es la cosa con que Dios más se estrella y muestra su poder en hundirla y derribarla. Quien con tales armas viene contra Dios, por fuerza ha de volver deshonrado y las manos en la cabeza. Pero las armas de esta mujer son lágrimas, oración ferviente, humildad y perseverancia; contra las cuales no tiene Dios defensa, sino luego se deja vencer; y si no cae (porque es imposible caer la firmeza, que siempre permanece) á lo menos inclínase á los humildes ruegos, y tiene por bien de rendir su omnipotencia á las lágrimas y clamores que proceden de una confiada y encendida fe. Temeroso Jacob de su hermano Esaú púsose una noche á hacer oración á Dios, y fue tanto el fervor y fuerza con que oraba, que dice la Escritura luchaba con un ángel que se le apareció toda la noche hasta el amanecer; y que no le dejó partir de sí hasta que le echó su bendición, y le dijo: No te llames de hoy más Jacob, sino llámate Israel, que quiere decir Príncipe con Dios: porque si contra Dios has sido fuerte, ¿cuánto más lo serás contra los hombres? ¿Con qué armas, veamos, peleó Jacob, que así pudo prevalecer contra Dios? ¿Quién le dio ánimo y esfuerzo para que tan gallardamente luchase? El Profeta Osías nos lo dice: *Invaluit ad angelum et confortatus est: flevit et rogavit eum.* Lloró y rogó. Esto le dio esfuerzo y brío. Y así pudo más que el ángel. Oración hecha con lágrimas, con fervor y perseverancia, á brazo partido lucha con Dios y no le deja hasta alcanzar de El la bendición. Es tanto el poder de la oración que vence al invencible y resiste á la ira de Aquel de quien está escrito: *Ejus cujus iræ nemo resistere potest* (Job., 8). Estaba Dios hecho un león contra su pueblo, determinado de destruirlo por sus pecados. Y para quitar los estorbos que podía tener la ejecución de su justicia, dícele al Profeta Jeremías: *Tu, ergo, noli orare pro populo hoc, nec assumas pro eis laudem et orationem, et non obsistas mihi* (Jerem., 7). No hay obstáculo ni embarazo que así detenga el furor de la ira de Dios como la oración de un justo. Y así, cuando es necesario el castigo no quiere que le rueguen, porque apenas puede acabar consigo no rendirse á la oración. Sabida es la gran resistencia que hizo Moisés á la ira de Dios irritada de la idolatría del Becerro, cuando le decía Dios: *Dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos et deleam eos*: «Suéltame, déjame, y no quedará hombre á vida». Señor, ¿quién os tiene? ¿Quién os ha atado las manos? *Moyses autem orabat Dominum Deum suum* (Exo., 32): «Está Moisés orando al Señor, no le deja hacer nada». Como acá está un caballero enojado con su esclavo y vale á castigar, entra de por medio un escudero honrado, á quien sus canas y fidelidad y antiguos servicios le dan atrevimiento para abrazarse con su señor y quitarle el palo de la mano; y aunque el amo da voces enojado: Déjame, quitaos de ahí, él porfía: ¡Oh, señor, no haya más! Y al fin sale con su intento. Así se abrazó Moisés con Dios, y le tiene, y aunque Dios dice: *Dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos et deleam eos*, Moisés porfía y acaba con él que se aplaque y perdone á su pueblo. Pues veis aquí qué pretende la Iglesia católica: que así como el domingo nos puso á Cristo por ejemplo y dechado para vencer á Satanás, nos representa hoy el ejemplo de esta mujer, para que aprendamos á vencer á Dios. Y como en las virtudes nos propone santos que se señalaron en unas más que en otras, puesto que las tuvieron todas, para que de ellos las aprendamos, la fe de Abraham, la obediencia de Isaac, la castidad de José, la paciencia de Job, la penitencia de la Magdalena, así para ejemplo de oración, para saber negociar con Dios y alcanzar dél lo que pidiéremos, nos pone por maestra á la Cananea, y como señalándonosla con el dedo, nos dice: *Ecce mulier cananæa;* «Parad mientes en esta mujer cananea». Seguíos por este dechado, que él os enseñará el arte de negociar con Dios.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Mas porque ninguno deje por descuido de aprender este oficio de orar, es menester saber cuán importante es la oración. Es la oración un medio tan necesario para la salvación, que sin ella no se puede ningún hombre salvar. Imaginad una fuerza que estuviese en mitad del mar en un risco ó isleo, como dicen que está el peñón de Vélez. Dentro están soldados y gente

de guarnición, por todas partes sitiados de enemigos, que fuertemente los combaten. Frutos la tierra allí nos los lleva, porque es un peñasco pelado, que si no es cardos y espinas no produce otra cosa; de suerte que el agua y bastimento, y la munición, todo había de venir de fuera. Ya veis la necesidad que tendrían éstos de que algún bergantín ó fragata fuese y viniese á tierra de cristianos á llevarles provisión de ordinario, porque en faltándoles este recurso eran perdidos. Tal es el alma del cristiano, un castillo roquero puesto en el peñón del cuerpo, en mitad del mar de este mundo, por todas partes cercado de crueles enemigos: mundo, carne, demonio, que de noche y de día no cesan de combatirle. La gente de guarnición que están en el castillo es un entendimiento activo y una voluntad inexpugnable, que de nadie puede ser rendida si ella no se entrega. Pero puédenlos tomar por hambre: porque el peñón del cuerpo es mala tierra, no lleva fruto ninguno bueno; cuando mucho, espinas y abrojos de malos deseos y desordenados apetitos; después que le comprendió la maldición de Dios por el pecado, peor que á la tierra: *Maledicta terra in opere tuo; spinas et tribulos germinabit tibi*. En la fuerza, que es el alma, tampoco hay agua de pie. *Anima mea sicut terra sine aqua tibi*. No hay bastimento ni provisión de bien ninguno. *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est* (Cor., 3). ¡Qué mayor esterilidad! que no sólo una buena obra, pero ni aun buen pensamiento meritorio, que agrade á Dios, puede el hombre tener si de Dios no le viene socorro para ello. No tiene de sí el hombre cosa buena, ninguna provisión: todo el abasto y bastimento ha de venir de Dios. *Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est, descendens a patre luminum*: «Las buenas dádivas, los dones perfectos de allá arriba son y se derivan del Padre de las lumbres». Los bienes temporales son frutos viles y groseros que la tierra los lleva; no hace Dios mucho en dárnoslos. A sus enemigos, turcos, herejes, paganos, se los da á manos llenas. La gracia, el socorro, los bienes espirituales, las virtudes, éstas son joyas y dádivas graciosas; no las lleva la tierra de acarreo: vienen del cielo, el Padre de las lumbres las envía. Pues siendo esto así, ya veis cuánto le importa al alma tener tratos y comercio con aquella tierra de los vivos: que haya comunicación y recurso para proveerse de bastimento. El bergantín ó fragata, el barco de la vez que anda este camino es la oración: ella va y viene al cielo, trae la cargazón de bienes, la munición de favor y auxilios, el bastimento de virtudes, el agua de la gracia con que la voluntad se sustenta y defiende la fuerza del alma, de sus enemigos. Esto es lo que dijo el Sabio hablando del alma santa: *Facta est quasi navis institoris de longe portans panem suum* (Prov., 3). Que mediante la oración, que es como navío de mercancía, se provee de pan y de lo necesario, trayéndolo de lejas tierras; pero si esto falta, toman los enemigos la fortaleza por hambre. Si el cristiano no hace oración é invoca el auxilio divino, y pide con instancia á Dios que le libre de sus enemigos, dadlo por perdido, no hay defensa en él. Mas no está declarada del todo la necesidad de la oración. Que una fuerza puédese bastecer de lo necesario por cuatro meses y aun á veces por todo el año, sin que sea menester enviar más provisión, ni el bergantín tenga que ir y venir, de la que las galeras llevan de una vez; pero el alma no se puede pasar tanto tiempo sin socorro y refresco del cielo. Y así digo que la oración es tan necesaria como el comer. Cada día es menester comer para sustentar la vida del cuerpo, y es necesario orar para conservar la vida del alma. Esto significa aquella petición que, por enseñanza de Cristo, hacemos en la oración del padrenuestro: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*. Señor, ¿por qué no pedimos el pan de todo el año, ni de un mes, ni de una semana, sino el de hoy? Para enseñaros la continuación que habéis de tener en pedir. Por eso se llama pan cotidiano, porque se ha de pedir cada día. El de hoy, hoy; el de mañana, mañana. Es el día y victo, la ración y sustento del alma, que ningún día le ha de faltar. De esta manera se entiende el precepto de Cristo: *Oportet semper orare et non deficere* (Luc., 18). No quiere decir que siempre habemos de orar sin reposo, porque eso no lo lleva nuestra flaqueza ni lo permiten las ocupaciones, sino como acá soléis decir: Fulana siempre oye misa. Y decimos que es menester comer y dormir siempre para pasar la vida; no entendemos que el otro de día y de noche oye misa, ni que á todos tiempos se ha de comer y dormir, sino á ciertos tiempos que ha de haber diputados para eso cada día. Así dice Cristo que es menester orar siempre, esto es, á ciertos tiempos, y que éstos no falten como el comer, porque se acabará la vida. ¿Paréceos que está bien encarecida la necesidad de la oración? Pues más queda, que al fin se está un hombre sin comer hasta medio día, y á veces un día entero, y aun dos, aunque con trabajo, y tres sin morir, como el gitanillo que halló David cuando iba tras los amalecitas, que en tres días no había comido ni bebido; pero el alma sin oración apenas puede pasar. Esle tan necesaria como el respirar al cuerpo. Si el hombre no respirase para con aquel huelgo mitigar el calor natural del corazón, todo se abrasaría, y en brevísimo espacio se consuma-

ría. Tiene el alma dentro de sí un calor excesivo que le abrasa, aquel *fomes peccati* de la sensualidad, que como una hornaza está echando continuamente de sí chispas y centellas de infernales afectos y deseos, é incentivos de pecar. ¿Qué ha de hacer el alma, si no quiere abrasarse y consumirse, sino abrir la boca y atraer nuevo aliento y huelgo por la oración, como lo hace el Profeta: *Os meum aperui et attraxi spiritum; quia mandata tua desiderabam:* Salmo 118), levantando el corazón á Dios, y llamándole y pidiéndole su espíritu, que antiguamente ventiscaba sobre las aguas; que con el frescor de su gracia refrigere y temple el ardor de sus concupiscencias? Aquellos tres mancebos que mandó echar Nabucodonosor en el horno de Babilonia, con la fuerza de la oración quitaron la de quemar al fuego; en medio de las llamas andaban sin lesión alabando y bendiciendo á Dios; *Stans autem Azarias oravit sic, apariens os suum in medio ignis* (Dan., 3): «En nombre de todos hizo oración Azarías, y abrió su boca en medio del fuego, como pidiendo al Señor aire y fresco contra el ardor del fuego». Y al punto descendió el Angel del Señor, y aventó la llama fuera del horno. *Et fecit medium fornacis quasi ventum roris flantem*: «Y en medio del horno hizo correr una fresquísima marea con un rocío apacible, y no les empeció en nada el fuego». ¿Por qué, tú, cristiano, tienes quemados los hígados con odios y rencores contra tu prójimo? ¿Por qué te ardes en fuegos de codicias y torpes aficiones, sino porque no abres la boca en la oración, y atraes aquellos blandos céfiros y favonios, aquella marea y rocío del cielo, que temple, aviente y reprima las llamaradas de esa hornaza de la sensualidad, más perjudicial que la de Babilonia? Pues porque nos es tan necesario el orar, como respirar, por eso dice el Apóstol: *Sine intermissione orate* (Tesal.): «Orad sin cesar». No es posible al hombre corruptible dejar de interrumpir algunos ratos la oración; pero el Apóstol nos encarga la mayor frecuencia y continuidad que fuere posible, que así como nunca dejamos de respirar, y si alguna vez detenemos el aliento es por espacio brevísimo, así nunca dejemos de orar, y si algún rato cesáremos, sea poco, y luego volvamos á la oración. Y así dice San Agustín, que los monjes de Egipto hacían al día muchísimas oraciones, que llamaban jaculatorias, dardos, saetas arrojadizas, porque eran brevísimas, pero muy devotas y encendidas, que como saetas subían por los aires al cielo: *Aspice in me et miserere mei*, etc. *Deus, in adjutorium meum intende*, etc. *Perfice gressus meos in semitis tuis*, etc. *Cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me.* Esto en todo tiempo y lugar, en la plaza, en casa, en la cama se puede hacer.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Sabido ya cuán necesaria nos es la oración, resta ahora declarar las condiciones que ha de tener. La primera es dejar la mala vida, salir con afecto del pecado, desear ponerse en gracia de Dios. Esta condición nos enseña la Cananea, *a finibus illis egressa*, en que para pedir mercedes á Cristo, salen de las ciudades idólatras y de sus confines. Ha de aborrecer el pecado quien hace oración: porque el que se está de asiento en Tiro y Sidón, el que tiene complacencia en sus culpas y determinación de no salir de ellas, no merece que Dios le oiga, y de éste se entiende lo que dice el Sabio: *Qui declinat aures suas ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis:* «El que se hace sordo á la ley de Dios, cuando él le llame no le oirá Dios. Echará por ahí su oración como cosa aborrecible». Y el real Profeta dice: *Iniquitatem si aspexi in corde meo, non exaudiet Dominus* (Salmo 65): «Si yo me miré con buenos ojos, y con afición de mi corazón á la maldad, no oirá el Señor mi oración». Mirad que no quiero decir que el pecador no ha de orar; antes digo que la oración es uno de los mayores remedios que tiene para alcanzar perdón de su culpa. Por la oración fue perdonado David y alcanzó espíritu de contrición. El rey Manasés, estando preso en la cárcel, con una devota oración negoció el perdón de sus abominables delitos. El Publicano es justificado con un *Domine, propitius esto mihi peccatori* (Luc. 16); de suerte que la oración es único refugio de los pecadores para conseguir espíritu de penitencia, gracia y perdón; sino lo que digo es que el pecador impenitente, endurecido en su mala vida, en vano pide á Dios perdón de los pecados de que no se piensa apartar. Tal era Antíoco cuando pedía á Dios la cura de su mal, y dice la Escritura: *Orabat hic scelestus Dominum, a quo non esset misericordiam consequuturus.* Tal era Joroboam, que siendo idólatra, malvado, envía á su mujer al Profeta de Dios á consultarle sobre la salud de su hijo mayorazgo. Y lo que sacó de la romería fue que en volviendo la mujer y poniendo los pies en palacio, murió su hijo como lo tenía el Señor amenazado. Importa mucho salir del pecado para la eficacia de la oración; y no sólo del pecado, sino de las ocasiones de él. *A finibus illis egressa.* De los arrabales del pecado habéis de salir. De todo lo que huele y sabe y tiene color de pecado. Esa es perfecta conversión. Paseos, vistas, conversaciones, entradas y salidas, todo abarrisco se ha quitar. Desengañaos, que en tanto es uno bueno en cuanto huye las ocasiones del mal. Cuando la serpiente preguntó á nuestra madre Eva la causa por qué Dios les había prohibido el co-

mer de la fruta de aquel árbol, respondió ella: De todos los árboles que hay en el Paraíso tenemos licencia de comer; sólo este árbol nos exceptó y nos mandó *ne comederemus et ne tangeremus illud* (Gen., 3). No había Dios mandado que no tocasen al árbol, sino que no comiesen de su fruto; pero Eva entendió bien cuanto á esto la voluntad de Dios; y con el mismo precepto que prohibe la culpa, es visto prohibir la ocasión. Y así, porque el tocar y manosear la manzana podía ser ocasión de llegarla á la boca y comerla, por esto colige ella que quien mandaba que no la comiesen, juntamente mandaba que no la tocasen. Si á vos el ver ó hab'ar la mujer os es motivo de desearla, quien os prohibe el deseo, os veda también la vista y la habla. Si el juego es causa de enojos y perjurios, y tenéis experiencia de esto, tan obligado estáis á no jugar como á no jurar. ¿Quién más santo que David, más sabio que Salomón, más fuerte que Sansón, más ferviente en el amor de Dios que San Pedro? Pues á David, la ocasión de una vista le hizo adúltero y homicida; á Salomón, el trato con mujeres paganas le hizo idólatra; á Sansón, Dalila le quitó las fuerzas y le puso en manos de sus enemigos, y á San Pedro, en casa de Caifás, una mozuela le hizo negar á Cristo, á quien había confesado por Dios en compañía de sus discípulos. Mandaba Dios en la ley que cuando algún israelita se quisiese casar con alguna mujer idólatra que hubiese ganado por cautiva en la guerra, que ella se cortase primero los cabellos y las uñas y se desnudase de todas las ropas con que fue presa, y llorase treinta días á su padre y su madre, para de ahí adelante no acordarse más de ellos; y después de todo esto se podía el hebreo casar con ella. ¿Para qué tantas ceremonias? Para que entienda el alma pecadora que si de cautiva del pecado se ha de ver libre y señora y esposa de Jesucristo, ha de circuncidar y quitar de sí todo lo que tiene afinidad con el pecado: los cabellos, que son los pensamientos; las uñas, que son las obras; los vestidos, que son los tratos, y conversaciones, que son los retrabos y asillas por donde el demonio le puede echar mano, como la señora de José le asió por la capa. Ha de rematar cuentas con su linaje, con toda la parentela que en el mal estado tenía y que pasen días en medio. No basta decir el amancebado que se apartará; pasen días, veamos cómo cumple su palabra. Concluído esto, se hacen los desposorios. *Audi, filia, et vide et inclina aurem tuam et obliviscere populum tuum, et domum patris tui et concupiscet Rex decorem tuum*: «Olvídate de tu pueblo, deja la casa de tus padres, no tengas recurso ni entrada ni salida en aquel lugar ó trato donde solías ofender á Dios, y luego codiciará el Rey del cielo tu hermosura». Esto nos enseña la salida de esta mujer de los términos de Tiro y Sidón.

CONSIDERACIÓN TERCERA

La segunda condición de la oración es que sea fervorosa, fuerte, encendida, que salga de lo íntimo del corazón; porque la tibia y floja, ella misma se cae antes que llegue al cielo. Esto nos enseña la Cananea, que para pedir *clamavit*, «alzó la voz», en señal del gran afecto con que pedía. Bramaba como leona por la salud de su hija. Estos clamores de la oración no consisten tanto en las voces corporales, puesto que éstas no son malas, sino muy buenas y loables, cuando proceden del afectuoso deseo del corazón, que es lo principal que hace la oración clamorosa. Con esta voz clamaba el Profeta cuando decía: *Voce mea ad Dominum clamavi et exaudivit me de monte sancto suo*. Si David da voces, claro está que ha de ser con su voz y no con la de su vecino. ¿A qué propósito dice: «clamé con la voz mía?» Para significar la atención y fervor con que oraba. Las voces dice Aristóteles que son señales que declaran los pensamientos y afectos del corazón. Pues si el corazón está pensando en la plaza, y las palabras son de Dios, claro está que aquellas voces no son propias de aquel que habla, pues no explican los conceptos de su corazón. Y porque David lo que decía con la lengua lo sentía mucho mejor con el corazón, por eso dice: *Voce mea ad Dominum clamavi*. Y que esto sea así, él mismo se declara en otro parte: *Clamavi in toto corde, exaudi me, Domine* (Salmo 123): «Daba bramidos con mi corazón». Estos clamores luego los oye Dios; aunque calle la boca, suena el deseo del corazón á los oídos de Dios. Así lo dice el mismo Profeta: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus*. Está un padre comiendo, y tiene sus hijuelos cercados de su mesa; y á cada bocado que come le están los muchachos mirando á la boca, que se les saltan los ojos. No es menester hablar ni pedir. Aquel mirar es dar gritos. Así importunan á Dios los deseos del corazón, aunque no se pronuncien por la boca. Sólo el deseo, el presentaros delante de Dios, con el sentimiento de vuestra aflicción y desconsuelo, es clamor que le atruena á Dios los oídos. ¡Oh qué gran consuelo para los hombres! ¡Qué buen Dios tenemos! No sé cómo no nos morimos por El. Viene el otro de las Indias á hablar al Rey. ¡Qué de gastos de dinero, trabajo, peligros de su persona!—Acá, porteros, ayudas de cámara. —Hoy no negocia Su Majestad, ni mañana.—Ya que le dan audiencia, da su memorial. Remítenlo á no sé quién, y dice que no ha lugar lo que pide. Mas para ha-

blar á Dios, no más que lo desee. El deseo es el memorial, y El lo lee y despacha sin tercerías. Cuando estaba angustiado el pueblo de Israel á la salida de Egipto, que los venía persiguiendo Faraón y no podía huir, pónese Moisés á hacer oración y dícele Dios: *Quid clamas ad me?* (Exodo, 14); «¿Para qué me quiebras la cabeza?» Dile al pueblo que se parta, y ábreles camino por el mar. Y no dice la Escritura que Moisés habló palabra; pero la grandeza del deseo de su corazón era clamor que oyó Dios. Con semejante afecto oró Ana, madre de Samuel, cuando alcanzó de Dios aquel buen hijo. Como estaba afligida y tenía el corazón amargo con el mal tratamiento de su combleza, pónese á orar con extraño fervor y encendido deseo: *Porro Anna loquebatur in corde suo, tantumque labia illius movebantur et vox penitus non audiebatur.* Con la gran fuerza del corazón hacía gestos y visajes en el rostro; de suerte que Helí, que la miraba, pensaba que estaba tomada del vino. Y así era la verdad, aunque no del vino que él pensaba, sino del vino de la compunción y devoción, que había exprimido en el husillo de la persecución. Estas oraciones siempre tienen efecto, y Dios las oye; porque son hechas con particular moción del Espíritu Santo, que *postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus* (Rom.). Quiere decir, que nos hace pedir. De aquí se saca la causa de la poca eficacia de nuestras oraciones. ¡Qué poquito medramos con ellas, y qué poco pueden y negocian con Dios! Pero no hay que espantar, porque no son hechas con ansias, gemido y afecto del corazón; mas ni aun con sentimiento ni atención de lo que pedimos. ¿Cómo quieres que Dios atienda y oiga tu petición, si tú no la oyes, y ni á Dios, ni á ti mismo atiendes; si meneas los labios y no sabes lo que te dices? Eres mona que haces gestos á todo ó picaza que habla de lo que no entiende. La oración es una subida del alma á Dios, un levantar el espíritu al Señor; pues si tú, cuando rezas, no levantas el espíritu á Dios, si no le tienes sepultado en los cuidados de la tierra, aquello es parlar, no orar. ¿Qué aprovecha el movimiento de los labios si está mudo el corazón? Dice San Agustín: ¡Qué advertidos están los hombres para hablar con el rey de la tierra! ¡Qué atentos! Muy en sí para no caer en falta. ¿Sería buena crianza, si comenzando á hablar al Rey, á media razón lo dejásedes con la palabra en la boca, y le volviésedes las espaldas, y os fuésedes á hablar con sus alabarderos? ¿Daros hían audiencia si después volviésedes á negociar? Y si os la diesen y usásedes otra vez de semejante descomedimiento, ¿habría paciencia para no echaros á empellones de la cuadra? Pues este es el mal término y descortesía que usan los hombres, no con el rey de la tierra, que es hombre como ellos, sino con el Rey de la majestad, ante quien tiemblan las columnas del cielo y el rey terreno es un gusanillo y nada. Ponéisos á rezar y hablar con El, y apenas habéis comenzado el *paternoster*, cuando lo dejáis á buenas noches, y vais á cuidar de vuestra hacienda, hijos y contentos. Y lo peor es que revolvéis en la memoria torpezas y pensamientos malos, que causan gran asco y horror á Dios. Y cuando mucho, allá al medio rosario volvéis en vos, y rezáis una avemaría con atención, y luego dais la vuelta á vuestras locas imaginaciones. De estas oraciones ¿qué fruto pensáis sacar? Es menester recogeros antes de orar, apartar el pensamiento de todo lo de acá; retirar vuestro corazón que anda distraído, como lo hacía David, que decía de sí: *Invenit servus tuus cor suum ut oraret te;* «Busquéle que andaba perdido y derramado en los negocios del gobierno, y trájele ante Vos, para que orase con atención». De esta manera oraba San Pablo: *Orabo spiritu, orabo et mente.* ¿Queréis acertar á orar? Pues habéis de tener un ojo cerrado á las cosas del suelo, y con el otro mirar al cielo; porque de esta suerte no habrá distración, y la oración será más fervorosa, porque la virtud mientras más unida está más fuerte. Por un ejemplo entenderéis esta filosofía. ¿Habéis visto á un tirador de ballesta y de arcabuz, que para tirar más cierto y no errar el tiro, ¿qué hace? cierra un ojo y con el otro apunta al blanco? Y si le preguntáis: Señor, ¿pues al tiempo que habéis menester para no errar cien ojos, cerráis de dos el uno? Responderos ha que cerrando el uno se recoge la vista toda al otro; y la virtud de ambos juntos tiene más eficacia, y que esa es la razón porque le cierra. Pues si vos queréis que vuestra oración tenga efecto y se entre por esos cielos hasta dar en el pecho de Dios, cerrad un ojo á los cuidados temporales, despidiéndolos de vos al tiempo de la oración; empleaos muy de veras en este ejercicio, sin mezcla de otros pensamientos, y tened por cierto que no erraréis tiro, sino que con la vira de vuestra oración enclavaréis el corazón de Dios. Bien debía de poner por obra esto la esposa en su oración, pues le dice el esposo: *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa mea, in uno oculorum tuorum.* ¡Oh esposa mía, y qué fuerza tiene vuestra oración! ¡qué certera sois en tirar! con sólo aquel ojo que abrís á la contemplación de las cosas divinas, cerrando el otro á las mundanas, me habéis traspasado el corazón y lastimado las entrañas. Este es el modo que agrada á Dios. ¿Pues qué haré yo, padre, que en poniéndome á rezar es mi corazón un mercado ó casa de contratación, una aduana donde se registra cuantas cosas he visto, y oído, y hablado? No os quiero desconsolar; y notad mucho

esto. Cuando os pusiéredes á rezar, ante todas cosas habéis de hacer un propósito de estar atento á lo que hacéis allí, y tener ánimo en cuanto pudiéredes de no pensar en otra cosa que en Dios. Esto es cerrar el un ojo y hallar el corazón para orar. Y si después en el discurso de la oración se os distrae el pensamiento, porque al fin el cuerpo pesado le trae tras sí á la tierra y no lo deja mucho tiempo permanecer en lo alto, no por eso perderéis el mérito de vuestra oración, ni dejará de ser acepta á Dios, y alcanzar de El lo que lícitamente pedís; porque el Señor conoce vuestra flaqueza, y tiene atención al buen propósito con que os pusistes á orar. Mas advertid que, cuando volviéredes sobre vos, hagáis diligencia y vuestro posible por sacudir de vos aquellos pensamientos impertinentes. Como Abraham cuando ofreció sacrificio al Señor, y descendieron aves de rapiña al olor de la carne: *Et abigebat eas Abraham*: «ojeábalas». Y así habéis vos de ojear esos pensamientos importunos y molestos que ensucian el sacrificio de vuestra oración. Porque si los dejáis llegar, y prestáis consentimiento, y voluntariamente os queréis divertir, ó sois negligente y descuidado notablemente en sacudirlos, entonces, no sólo no merecéis en la oración, mas antes pecáis. Y allí se verifica lo que dice el Sabio: *Muscœ morientes perdunt suavitatem unguenti* (Eccl., 16). Si cae una mosca en un licor oloroso, y luego la sacáis, no le para abominable, aunque no está tan limpio, pero al fin puede pasar; pero si caen las moscas y las dejan morir allí, es cosa de grande asco, provoca á vómito; así la oración es licor suavísimo; si las moscas de los pensamientos importunos que en él caen las sacáis luego, no le quitan su buen olor; pero si las dejáis morir allí, es la oración abominable para Dios. Cada uno mire el propósito con que se pone á orar y el cuidado que tiene de recoger la imaginación divertida, para que su oración sea clamorosa delante de Dios en los deseos del corazón. La tercera condición de la oración es que sea caritativa, que no proceda del amor propio, sino de caridad; lo cual señaladamente se parece cuando oramos, no sólo por nosotros, sino también por todos los prójimos, pidiendo el remedio de sus necesidades, como si fueran propias. Hay algunos, que una avemaría que recen por otro les parecen que la pierden, y háceseles cosa dura quitarse á sí para dar á otros. Y engáñanse; que aunque la oración que cada uno hace por sí es más impetratoria lo ordinario, pero la que se hace por los prójimos es más meritoria. Puede ser que vos pidáis á Dios una cosa para vos, y os la otorgue; y otra para vuestro prójimo y no os la conceda, porque él no la merece; y con todo merecéis más rogando por el prójimo que por vos; porque á orar por vos os mueve la necesidad, y por el prójimo la caridad; y más meritoria es la oración que procede de la caridad que no de la necesidad. Y aunque al prójimo no le aprovechó vuestra oración por su culpa, no por eso vos perdéis el mérito de ella, como dice el Profeta: *Oratio mea in sinu meo convertetur* (Salmo 34): «En mi se quedará el bien que hiciere». Por eso Cristo nuestro bien, en el método de orar, que nos dio en la oración dominica, no dijo que dijésemos: Padre mío, perdona mis deudas, dadme mi pan de cada día, sino: Padre nuestro, perdónanos nuestras deudas. No quiso que rogásemos por nosotros en particular, sino por todos en general. Que es lo que declaró después su Apóstol: *Obsecro primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones pro omnibus hominibus* (I Tim., 2); y después en particular por los que nos gobiernan, y después por las personas á quienes más obligación tenéis. No digo yo que roguéis por todos en igual grado, que más obligado estáis á encomendar á Dios á las personas más conjuntas á vos por parentesco o amistad, ó buenas obras, sino que extendáis vuestra oración, deseando que á todos aproveche, cristianos y moros, buenos y malos, conforme á la dispensación divina. Esta condición nos señala la Cananea en la petición que propone: *Miserere mei, Domine, Fili David. Filia mea male a dœmonio vexatur.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

La hija tiene el mal, y la madre pide para sí misericordia. El amor le hacía tener el mal de su hija por propio, y por consiguiente, el remedio. Pues lo que en ésta hizo el amor natural, ha de hacer en nosotros el amor divino, que es más poderoso. Por experiencia se ve que cuando dos vihuelas están puestas y acordadas la una con la otra, si acaso tocan una cuerda de la una, como digamos la prima, la prima de la otra vihuela que está templada en el mismo punto, sin que la toquen se estremece y hace cierto retintín, que parece quiere responder como el eco á la voz de su semejante, y ninguna de las otras cuerdas, segunda ni tercera, hace aquel sentimiento. Es cosa maravillosa, de que no se sabe la razón, que sola la consonancia sea causa de movimiento. Pues lo que en las cosas insensibles causa la oculta virtud de la naturaleza, no será mucho que en los pechos cristianos lo obre la caridad más noblemente; que de tal suerte temple cada uno a caridad de su afecto á las necesidades de sus prójimos, que en tocándole al otro el mal en el cuerpo, haga el sentimiento en las entrañas. ¿Queréis ver una cítara milagrosamente templada? Pues mirad

el alma de San Pablo, que pudo decir de sí: *Factus sum judæis tamquam judæus, ut judæos lucrarer; iis qui sub lege sunt quasi sub lege essem (cum ipse non essem sub lege), ut eos qui sub lege erant lucrifacerem; iis qui sine lege erant tanquam sine lege essem (cum sine lege Dei non essem, sed in lege essem Christi), ut lucrifacerem eos qui sine lege erant. Factus sum infirmus, ut infirmos lucrifacerem. Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos* (I Cor., 9): «Con los judíos me templé en el punto de judío, en lo que no derogaba el ser cristiano; con los gentiles que vivían sin ley me acomodé á su trato y manera de vivir, en lo que no iba contra la ley de Cristo, en que vivo; con los enfermos me hice enfermo, y finalmente, con todos me hice todas las cosas». ¡Qué fuerza fue la del amor que tales guisados y potajes hizo de este corazón para tan diferentes gustos, y que así acordó y puso esta suavísima cítara, con tantos y tan destemplados instrumentos, que á todos correspondiese en el mismo punto que le tocaban! Con todos decía y hacía consonancia. En tocando acullá una cuerda herida, y haciendo sonido de tristeza, luego ésta le respondía: *Quis infirmatur, et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror?* (Cor.). Porque si á él le hiere el golpe de la enfermedad, á mi me estremece la consonancia del amor. Pues si otra cuerda tocada hace alegre melodía, luego le acude en el mismo punto: *Gaudete cum gaudentibus, flete cum flentibus* (Rom.) ¿Hay melodía, hay suavidad, hay consonancia como ésta más deleitosa? ¿Hállase en nuestras costumbres y corazones esta harmonía? Cada uno meta la mano en su pecho. No hay temple de caridad, no hay vihuela puesta con otra, no hay cencerros más desconcertados que los corazones nuestros. Tócale á éste el golpe de la enfermedad ó trabajo, y da un sonido de gemido y de tristeza; el otro no le responde con sonido de compasión, sino con alegría del mal que á su prójimo le vino. Este se alegra con el buen suceso y prosperidad que Dios le envía, y el otro se duele y entristece de su felicidad. Con los que lloran, ríen, y con los que ríen, lloran. *Et alius quidem esurit: alius autem ebrius est* (Cor., 11). Uno se muere de frío, y no tiene una frazada con que abrigarse, ni un manto con que venir á misa; el otro tiene las arcas llenas de vestidos superfluos, diputados para la polilla. Uno está rezando y encomendándose á Dios, el otro le traza la vida y echa sus obras á la peor parte. Peca uno, y luego halla quien le alabe el pecado; no hay quien se consuma y aflija del escándalo del hermano. No hay á quien le escuezan las ofensas de Dios, y que trate de corregirlas fraternalmente, ni de dar aviso á quien las enmiende. ¿Esta es cristiandad? ¿Esta es consonancia de amor? *Omnes enim quæ sua sunt quærunt, non quæ sunt Jesuchristi* (Filip., 2). No hay quien cuide del mal ni bien de su prójimo, ni tiene memoria de otro más que de sí en la oración. Y si acerca de los muy extraños es reprensivo este descuido, ¿qué será acerca de los domésticos? *Si quis autem suorum et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit et est infideli deterior* (I Tim., 5). Niega la fe con las obras. Porque quien no tiene ley con los suyos, menos la tendrá con los extraños; y cuanto á esto, es peor que un infiel. Veis aquí esta mujer idólatra, con sólo la ley natural, el cuidado que tiene de su hija y de lo que á su bien convenía; no como las madres de ahora, que ellas mismas destruyen y pierden á sus hijas. Paréceme que veo aquellos cilicios de los ninivitas, que el día del juicio han de estar puestos en almoneda del mundo, para condenación de los malos cristianos á quien tanto se predica la palabra de Dios y no hacen penitencia, y que juntamente veo esta buena mujer cananea asentada juzgando las malas madres y condenándolas á fuego eterno. Y por eso entiendo que os castiga Dios con ellas mismas, que no os obedecen ni respetan como á madres. Fuego del cielo había de descender sobre estas malas hijas desobedientes, y estas malas madres por cuyo mal ejemplo y poco cuidado las hijas se pierden malamente. Ven acá, dime: ¿por qué eres tan cruel, que á tu hija, que es tu propia carne, la arrojas en el infierno? ¿Tú misma traes á tu hija á la carnicería de los vicios y pecados? ¡Oh crueldad terrible! ¡Oh maldad nunca oída! ¡Oh embuste de Satanás! ¡Que haya madres que críen hijas para poner tienda con ellas y sustentarse en la vejez! Madres ha habido que, aquejadas de la cruda hambre, han sido tan despiadadas para sus hijos que los sepultaron en sus entrañas. *Manus mulierum misericordium coxerunt filios suos, facti sunt cibus earum in contritione filiæ populi mei* (Treno., 44). ¿Pero qué tiene eso que ver con la crueldad que es sepultar tu hija en el vientre del infierno y del demonio? Aquellas mataban el cuerpo, tú matas el alma. Venid acá; si tuviese un pastor un mastín querido y regalado, mantenido por sus propias manos, y confiado el pastor dél que le guardaba su ganado se echase á dormir un rato, y cuando despertase viese que aquel perrazo toma en sus dientes los corderos y corderas tiernas, y las entregaba á los lobos, ¿no os parece que con justa causa tomaría el mastín y lo haría mil tajadas? Pues ¿qué piensas tú, mala madre, que haces el día que á tu hija escandalizas ó induces á que peque, ó se lo consientes y disimulas, sino tomarla y entregarla á los lobos, que son los demonios, que la despedacen con extraña cruel-

dad? Pues espera riguroso castigo de aquel gran pastor, que no le costaron menos que su sangre esas ovejas. Esto habéis de procurar principalmente, padres y madres: la salud espiritual de vuestros hijos; no os alegréis que tenéis muchos hijos diciendo: si faltare el uno, ahí queda el otro para heredar; *Ne jocunderis in filiis impiis, si multiplicentur*; *nec oblecteris super ipsos, si non est timor Dei in illos. Melior est enim unus timens Deum, quam mille filii impii* (Ecl., 16). Esto habéis de desear en vuestros hijos, y pedirlo á Dios en vuestras oraciones, y así serán caritativas. La cuarta condición es que sea perseverante, que si tan presto no acudiere el Señor á responderos, que no dejéis de llamar é importunar hasta que os respondan. Esta virtud, como importantísima para la oración, nos enseñó Cristc en muchos lugares y por diversos ejemplos. Por ahora baste el de aquel mal juez, que ni temía á Dios ni tenía respeto á las gentes; y como una viuda le pidiese que la desagraviase de sus enemigos, y él no lo hiciese, tanto lo importunó, que vino á decir: aunque no tengo temor de Dios ni vergüenza de los hombres, siquiera por librarme de la molestia de esta viuda, le quiero hacer justicia. Pues si con un mal hombre puede tanto la importunidad, ¿cuánto podrá la perseverancia con el Padre de las misericordias? *Benedictus Dominus qui non amovit orationem meam et misericordiam suam a me* (Salmo 65). Y así dice San Agustín: *Si non est amota oratio, securus esto quod nec misericordia.* Ilustrísimo ejemplo tenemos de esto en la Cananea. ¡Qué de expedientes tuvo en la desgracia al parecer, y con qué sequedad la recibió el Señor! San Marcos dice que le habló á Cristo en una casa donde estaba. Déjala con la palabra en la boca y sale del lugar. Vase tras él dando voces. No le responde palabra. Llegan los discípulos, y niégaselo. Acude ella y pide misericordia. Llámala de perra. ¿No es maravillosa la perseverancia en medio de tantos desvíos? Mas por otra parte me asombra ver á Cristo tan entero y esquivo, siendo de suyo tan inclinado á misericordia, y que andaba rogando á otros con salud, como al de la piscina, y á la Samaritana, y siendo la petición tan razonable, use de tanta aspereza. Si soltásedes en vuestro jardín una acequia ó alberca para regarle, é yendo el agua regando las yerbas, y refrescándolas, se detuviese y apartase de una, y no la mojase, ¿no os asombraría cosa tan nueva? Algún misterio tiene negar el agua su natural. Y no puede carecer dél que Cristo, fuente de piedad, detenga la corriente de sus misericordias. Es que estaba el mismo Dios suspenso, y como asombrado de ver en una mujer pagana tanto valor, perseverancia y saber. Sonábale tan bien á sus oídos esta petición, que detiene por algún espacio el torrente de su misericordia. ¿No habéis visto un tañedor de vihuela que tiene junto á sí una linda voz cantando? Está él tañendo su instrumento, y el otro junto á sí hace tan galanos pasos y contrapuntos, que el que tañe se suspende y deja de tañer. Así habéis de considerar á Cristo, que le hace á sus oídos tan linda consonancia esta canción de la Cananea; dale tanto contento este orar tan concertado, y concuerdan tanto entre sí el bajo de su miseria y el alto de su misericordia, que de sólo oirla se suspende, *qui non respondit ei verbum*, atento á lo que le pide.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Tras la perseverancia en la oración se sigue la humildad en el que ora, conocerse por indigno de misericordia, por necesitado de la divina gracia y falto de todo bien. La oración del humilde nunca vuelve sin despacho; no hay quien la resista. *Oratio humiliantis se nubes penetrabit et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec altissimus aspiciat* (Ecl., 35): «La oración del humilde barrena las nubes de los pecados, y por lejos que esté el pecador de Dios, por la oración humilde se acerca á él». Como el otro publicano, de quien dice Cristo que estaba en el rincón del templo, muy apartado del altar, pero muy más cerca de Dios por su contrición y humildad que el fariseo soberbio: *publicanus autem de longe stans, nolebat nec oculos ad cœlum levare, sed percutiebat pectus suum dicens: Deus propitius esto mihi peccatori* (Luc., 18). Y así dice San Agustín: *Publicanus autem de longe stabat; Deo tamen ipse appropinquabat*. Y no se parte de su presencia divina hasta que le da todo lo que pide. Como el pobre importuno que no hay remedio de echarle de casa, aunque más le despidan, si no le dan lo que pide. Veis aquí el ejemplo en la Cananea. Llámala Cristo perra, y ella no se indigna, sino antes se humilla, llamándose perrilla. *Etiam Domine; nam et catelli edunt de micis quæ cadunt de mensa dominorum suorum*: Yo consiento; pero vuestros perros no han de ir á puerta ajena á ser mantenidos; no me podéis negar las migajas. ¡Oh dichosa perra, digna de ser alabada, pues con su eficacia y valor al mismo Dios inclina y, si así se puede decir, le tiene de la oreja y le hace fuerza! A tanta humildad no tiene Dios resistencia. *Melior est canis vivus leone mortuo* (Ecl., 9): Más vale esta perra del Evangelio viva (por la fe tan admirable que muestra), que el león muerto del domingo pasado. *Quia adversarius vester diabolus, tamquam leo rugiens circuit quærens quem devoret* (Pet., 5). Porque aquel quedó en el

campo rendido y muerto, y ésta deja al mismo Dios rendido. Y así le dice: *O mulier, magna est fides tua; fiat tibi sicut vis.* Veis ahí una firma en blanco; toma las tijeras y corta por donde quisieres. Desta manera se vence Dios: con oración, penitencia, gemido, fervor, caridad, perseverancia, humildad. Estas son las armas que le rinden á nuestra voluntad, y alcanzan de él en esta vida gracia y en la otra gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

VIERNES DESPUES DEL DOMINGO

PRIMERO DE CUARESMA

Erat dies festus judæorum, et ascendit Jesus Hierosolymam.

(JUAN, 5).

El santo Evangelio contiene aquel milagro famoso de la piscina, en que Cristo nuestro Redentor sanó á un pobre hombre tullido, que había treinta y ocho años que estaba enfermo y contrecho en una camilla ó carretón, esperando la venida del ángel que moviese el agua de la piscina, para, lavándose en ella, conseguir salud. Mas como era pobre y solo, no tenía quien le llevase á tiempo á la piscina; y así se estuvo tantos años olvidado, hasta que vino el Salvador del mundo, y entrando un día de fiesta en la enfermería, y compadeciéndose de su larga enfermedad, con sola una palabra le dio cumplida salud y le mandó llevar á cuestas su carretón, con gran admiración de los que le veían, y mayor rabia de los fariseos, que le quisieron estorbar, con envidia de que tanto creciese la gloria del Señor. Mas el buen hombre se excusó con su mandamiento, y Cristo le confortó, encontrándole en el templo, diciéndole: Mira que ya estás sano, guárdate de tornar más á pecar, no te acontezca otra cosa peor. Esta es, en suma, la letra del santo Evangelio. Pidamos la gracia. Avemaría.

INTRODUCCIÓN

Entre la ley antigua, en que los pasados vivieron, y la de gracia, en que de presente en la Iglesia vivimos, pone San Pablo la diferencia que se halla de una cosa imperfecta á otra perfecta, diciendo á los hebreos: *Umbram enim habens lex futurorum bonorum, non ipsam imaginem rerum, per singulos annos eisdem ipsis hostiis quas offerunt indesinenter nunquam potest accedentes perfectos facere; alioquin cesassent oferri, ideo quod nullam haberent conscientiam peccati cultores semel mundati.* «Siendo la ley sombra y no imagen viva de los bienes que esperamos por premio, con cuantos sacrificios cada año se ofrecían, que eran muchos, nunca pudo dar una perfección á aquellos que los hacían con ese intento; porque si la limpieza que deseaban alcanzaran una vez, pusieran fin á buscarla, y á los sacrificios por cuyo medio la procuraban; señal es que no se sentían limpios de pecado, pues siempre usaban de los mismos remedios». Después dice: el sacrificio de Cristo *una oblatione consummavit in sempiternum sanctificatos* (Hebreos). «Con una ofrenda que de sí hizo en el ara de la cruz, para siempre jamás hizo consumados á los santos». Dos excelencias de la ley nueva sobre la vieja se coligen deste lugar. La una, que aquella fue sombra y borrador; ésta, imagen acabada. El que quiere escribir una carta á un inferior suyo, no cura de muchos primores; toma la pluma con pelo, y no se le da nada que el papel se pase, ni que la tinta sea blanca, ni que los renglones no vayan derechos, ni las razones bien concertadas; pero quien ha de escribir á un rey, hace un borrador y dos, para después sacarle en limpio. No se contentó el Señor con hacer la ley evangélica y Sacramentos de nuestra redención así como quiera, sino, como de cosa que pretendía sacar muy prima, hizo primero un borrador y otro. Las obras de la creación de la primera vez salieron; no hubo más que decir y hacer: *Ipse dixit, et facta sunt* (Salmo 148). Eran obras ordinarias y andaderas, y como de menor cantía. Pero acá, para

sacar un sacrificio de Cristo en la cruz, hizo un borrador en el sacrificio de Abraham y en la serpiente de metal levantada en el madero, que con su vista sanaba á los mordidos de las serpientes verdaderas; y para sacar en blanco un sacrificio del altar hizo un borrador en Melchisedec, que ofreció pan y vino; y para suavidad y sustento que se da al alma en este Sacramento, puso primero el maná, que contenía todo sabor; y para el Sacramento del Bautismo, el paso por el Mar Bermejo, en que se anegaron los gitanos; y para el de la Penitencia, el río Jordán y esta piscina. Por esto llama el Apóstol á lo antiguo borrones y sombras, y á lo nuevo, lo limpio y perfecto, que ha de durar. La segunda excelencia: que los sacrificios de aquella ley eran imperfectos y no tenían virtud de perfeccionar á los que los ofrecían, esto es, hacerlos limpios de culpa y dignos de la gloria; porque si esto hicieran perfectamente de una vez, no había para qué repetirlos. Como si un enfermo (dice San Crisóstomo) tomase una purga fuerte, eficaz, que evacuase todo el mal humor y expeliese la enfermedad, y trajese entera salud, no ha menester tornarla á tomar; pero si hoy toma una purga, y mañana otra, y otro día otra, argumento es que ninguna fue poderosa de darle salud. Así dice San Pablo: Si los que en aquella ley vivían, entendieran que con alguno de sus sacrificios quedaban limpios de pecado, no ofrecieran tantos sin cesar; pero el sacrificio de la pasión y muerte de Cristo, en cuya virtud obran los Sacramentos de la Iglesia, fue eficacísimo para destruir todos los pecados presentes y pasados y futuros; y así con sólo aquel sacrificio, mientras el mundo durare, son los hombres santificados. ¿Diréis, pues, no se repite en la Iglesia cada día el sacrificio de la Misa? ¿Cómo decís que no es más de un sacrificio? Así es verdad, responden San Ambrosio, Teofilato y Santo Tomás; porque el sacrificio del altar no es otro que el de la cruz, sino el mismo por diferente modo. Antiguamente ofrecían por la mañana un cordero, á la tarde otro, otro día otros distintos; mas aquí sólo el Cordero de Dios es ofrecido, una hostia es: *Quia semel inmolatus est Christus*, dice San Ambrosio; sola una vez fue Cristo crucificado, porque sola una vez fue muerto. Y en la misa se sacrifica, porque se hace memoria y representación de aquella muerte. *Hoc facite in meam commemorationem* (Luc., 22), dijo él á sus discípulos. Y así como es el mismo Cristo, el mismo cuerpo el que estuvo pendiente en la cruz y el que se ofrece en el altar, así es el mismo sacrificio; por donde tiene verdad que con una ofrenda nos hizo Cristo salvos. La diferencia, pues, que hay de lo perfeto á lo imperfeto consiste en que lo perfeto hace su efecto con menos instrumentos y medios mejor y más fácilmente que lo imperfeto con muchos, á cabo de gastar en requesta deso más tiempo y trabajo. Si miramos al sol (la más perfeta criatura de las puramente corporales), hallaremos que sola su luz, que es una simple calidad, concurre á cuantas cosas se hacen, corrompen y engendran. Un hombre sabio y discreto, en dos solas razones comprehende cuanto otro que no lo fuese apenas diría en muchas. Con sola su espada y capa hará un valiente hombre más gentilezas que otro con seis toneles de armas. ¡Qué de animales se sacrificaban en la vieja ley! Toros, vacas, terneras, cabras, ovejas, carneros, palomas, tórtolas, gorriones; y un solo sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo tiene más efecto que aquellos todos juntos. ¡Cuánta variedad había en los sacrificios que se hacían por ignorancia, por descuido, por malicia, por los príncipes, por los del pueblo, por los sacerdotes, por los legos! Uno en la Iglesia vale para todos lavatorios sin número, de manos, de pies, de rostros, de ropa, del cuerpo todo, de vasos y de cuanto andaba en servicio; sólo el sacramento del Bautismo lo purifica todo. En Jerusalem estaba una piscina, que en cinco portales apenas podía comprehender la infinidad de enfermos; y destos sanaba no más que uno, y ese no tenía tiempo cierto ni determinado. Sólo el sacramento de la Penitencia sana á todos los bautizados, de cualesquier enfermedades que hayan incurrido. Algo será bien decir de este sacramento hoy, á propósito del presente Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Erat dies festus judæorum et ascendit Jesus Hierosolymam: «Era día de fiesta de los judíos, y subió el Señor á Jerusalem». La piedad siempre anduvo tan junta con la religión, como el amor del prójimo anda hermanado con el divino. Junto al templo (lugar á la religión diputado) estaba en Jerusalem la piscina, que era el hospital en que se ejercitaba la piedad. Yendo, pues, el Señor la fiesta á entender en cosas de religión, de camino se emplea en las de piedad, mostrándonos cuál es el verdadero sabatismo y en qué está la observancia del sábado. De siete días quiso Dios tomar para descanso suyo uno, y dejó mandada la observancia de él á su pueblo, para que en él descansase, no sólo el israelita, sino el esclavo, y el buey, el caballo, y las demás criaturas que en el servicio del hombre andaban siempre ocupadas. Y dado que los demás preceptos ceremoniales cesaron: *relinquitur sabbathismus populo Dei*, queda, empero, como San Pablo enseña, en la Iglesia la observancia de la fiesta, aunque mudado el día del

sábado al domingo. Queda la desocupación y descanso después del trabajo, significador del eterno descanso que nos espera ya que no fueron admitidos, mientras duró aquella ley, los que en ella vivían. Siendo, pues, nuestro el sábado y para nosotros la fiesta, no puede sin lástima considerarse cuán mal algunos usamos de ella, trabajando con serviles trabajos de grandes culpas las almas en aquel día que se diputó para descanso aun de las bestias. ¡Descansa, hombre cristiano, siquiera un día! el buey, que toda la semana andaba revolviendo los terrones de la avaricia; descanse el asno bruto de la pestilencial y más que bestial torpeza; descanse el caballo furioso de la soberbia indómita; descanse una hora el esclavo desventurado aherrojado, que está de sol á sol majando esparto, medio sepultado en vida ¿Quién es ese? La razón, á quien tienen los vicios en cadena, y la fuerzan en servir en obras de lodo y ladrillo. Veía, no sin dolor, el mal uso de estas fiestas el que se lamenta: *Oblivioni tradidit Dominus in Sion festivitatem et sabbathum.* «Ha puesto el Señor en olvido las fiestas y sábados de Sión». Y aun ojalá se pusiesen en sempiterno olvido las cosas hechas por algunos en semejantes días; para los cuales se guarda el jugar largo, y el banquetearse con más soltura, los paseos y andar á caza de ocasiones. Este día se guarda para emplearle en visitas, desempedrar las calles, deshollinar ventanas, para la comedia; y la noche para poner en práctica lo que en el día se ha especulado. ¡Oh cómo se encolerizaba David contra éstos que así profanaban las fiestas, y con qué braveza pide á Dios que castigue sus desacatos! *Leva manus tuas in superbias eorum in finem. Quanta malignatus est inimicus in sancto! Et gloriati sunt qui oderunt te in medio solemnitatis tuæ:* «Levantad, Señor, ambas manos de vuestra omnipotencia y de vuestra justicia, para castigar las soberbias y descortesías de estos temerarios y atrevidos. Alzad bien los brazos para descargar á dos manos más recio golpe, con que los acabéis y destruyáis á remate». ¿Por qué tanto enojo, David, siendo vos tan manso? ¡Ah, que estos enemigos de Dios han hecho grandes maldades en el lugar santo, y en el día santo, contaminan las iglesias con sus paseos y parlerías y vistas y señas y conciertos! Aquí vienen á dar pastos á sus ojos lascivos, larga á sus deshonestos deseos; aquí se busca la caza para después seguirla y matarla. ¡Qué males en la casa de Dios, en sus barbas! *Et gloriati sunt qui oderunt te, in medio solemnitatis tuæ:* «Y se alaban, Señor, los que mal os quieren, de haber profanado vuestras fiestas solemnes». Y aun los demonios enemigos de Dios se pueden ufanar que las fiestas se gastan más en servicio suyo que en honor de Dios. ¿No merece cierto castigo esta desvergüenza? ¿No es justo descargue Dios la mano pesada de su ira contra este descomedimiento? Pues para enseñarnos á celebrar la fiesta visita Cristo, con el templo, aquellas pobladas enfermerías.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

¡Qué poco asco, Señor, os hecieron los males horribles y feos, hediondos y abominables de que estaban llenos aquellos dormitorios! ¡Con qué caritativo semblante os llegabais por aquellas pobres camas! ¡Debisteis dar agua á algún sediento, limpiar el sudor á algún acalenturado, poner bien la cabeza y enderezar el almohada al que no podía con sus manos hacerlo! ¡Gran obra, sin duda, de misericordia es visitar los pobres enfermos! Oidlo á quien tenga más autoridad que yo para persuadirlo: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem; in die mala liberabit eum Dominus.* «Bienaventurado el que entiende sobre el menesteroso y empobrecido (el hebreo dice *super attenuatum:* sobre el desflaquecido, adelgazado, falto de fuerzas y de regalo)». De modo que en todo el salmo se nos encomienda la visitación de los enfermos pobres y su cura. «¡Dichoso el que entiende!» No pasemos con esto muy de paso. La piedad y la limosna es obra de la voluntad; ¿por qué la atribuye al entendimiento? Yo dijera bienaventurado el médico que de gracia y sólo por caridad visita á los hospitales; bienaventurado el boticario que da de balde las medicinas; bienaventurado el que se ha consagrado á ser enfermero, pidiendo limosna para sustentar y curar los pobres desamparados, curándoles y lavándoles; sufriendo con paciencia sus pesadumbres, que no son muy sufrideras. Bien dicho estuviera. Pero mejor lo está: *Qui intelligit super egenum et pauperem.* Solemos decir en castellano: ¿En qué entiende Fulano? No entiende en nada más que en esto. Y significamos que este es nuestro negocio. Bienaventurado, pues, el que hace negocio suyo, por caridad, el ajeno; no porque tiene la comida más cierta y á menos costa; no por huir de la azada ó de la mancera ó de la hoz, y andar de acá para acullá lomienhiesto, sino por dedicarse á obras de caridad y piedad, que han de ser en el juicio también galardonados. Lo segundo es menester entender que no por sus deméritos nació aquel pobre lisiado, y tú por tus méritos sano y rico, sino que como aquél está enfermo lo puedes tú estar, para así compadecerte del afligido. Item más. Entiende que da Dios las enfermedades de algunos por su bien, y por quitarles las ocasiones malas y por hacerlos tanto más fuertes en el alma cuanto la carne

flaca les puedo hacer para la virtud menos estorbo. No es del vulgo entender esto: *Populi autem videntes et non intelligentes, nec ponentes in præcordiis talia.* Habla de los trabajos y de la muerte, que por justa permisión de Dios vienen sobre los buenos ó más recios, ó menos merecidos de lo que dice el vulgo, que no aplica bien su entendimiento á comprender la causa, por que de esa manera trata Dios á los suyos. Muchas veces es merced más que castigo, regalo más que trabajo, indulgencia más que penitencia. Ultimamente, entiende qué merced tan grande te hace Dios cuando tienes con qué hacer limosna. *Ipse dixit: beatius est magis dare quam accipere* (Act., 20). Si el que vos vestís, ó casáis, ó sacáis de la cárcel, queda alegre por lo que recibió, ¿cuánto más vos porque distes, pues es más bienaventuranza? No se tenía por poco rico quien decía: Bendito sea Dios que así nos consuela en nuestra tribulación, *ut possimus et ipse consolari eos qui in omni pressura sunt* (Cor., 1). «Que podamos nosotros consolar á los que padecen cualquier ahogo ó aprieto». No debéis vos quedar poco contento cuando tenéis facultad de contentar al que vino de vos descontento. Ahora bien; á éste que entiende sobre el enfermo y necesitado, ved qué son las bendiciones que le echan, para que siquiera de codicia de ellas os deis á las obras de misericordia. *In die mala liberabit eum Dominus.* ¡Recia palabra! Todo lo que Dios hizo es muy bueno y malo aquel día, pues cuando las columnas del cielo se estremezcan, el limosnero estará confiado, porque allí la piedad sola pone y quita; ella salva y ella condena. *Ite, maledicti, in ignem æternum.* ¿Por qué? *Esuriri enim et non dedistis mihi manducare; sitivi et non dedistis mihi potum.* Y luego dice á los buenos: *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum.* ¿Por qué? *Esuriri enim et dedistis mihi manducare.* ¿No hay más cuentas que liquidar? No. Si no distes, *ite.* Si distes, *venite.* Es como si dijera, dice San Agustín: *Non ergo itis in Regnum quia non peccastis; sed quia vestra peccata eleemosynis redemistis*, á los buenos. Y á los malos, convencido de sus iniquidades: no os viene la condenación de ahí, sino porque no me distes de comer. *Si enim ab illis omnibus vestris factis aversi et ad me conversi, illa omnia crimina atque peccata eleemosynis redemissetis, ipsæ eleemosynæ modo liberarent vos et a reatu tantorum criminum absolverent*: «Porque si arrepentidos de todos vuestros maleficios y convertidos á mí con penitencia, rescatareis vuestros pecados con limosnas, las mismas limosnas os librarán ahora y os absolverán de la pena que tantas maldades merecen». Mas porque vuestra vista es tan corta que no sube de los tejados, á más del premio futuro que promete la fe al varón limosnero, pone de presente muchos bienes. *Dominus conservet eum et vivificet eum et beatum faciat eum in terra et non tradat eum in animam inimicorum ejus.* Parecen palabras de algunos pobres muy agradecidos á quien bien les hace; que no acaban de darle bendiciones en gran rato. Lo primero: Dios le conserve y acreciente los días de la vida. Lo segundo: Dios le avive y dé salud, y le levante y restituya en ella si le faltare algún día. Lo tercero: Dios le haga bienaventurado desde la vida presente, y desde la tierra comience á gozar de lo que eternamente gozará en la gloria. Lo cuarto: Dios le guarde de malos encuentros, y de las manos de quien mal le desea. Lo quinto: *Dominus opem ferat illi super lectum doloris ejus.* «Dios se lo pague, y le favorezca y consuele en sus dolores y visite en su cama cuando cayere en ella». Y volviendo á Dios la palabra dice: *Universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus.* Vos, Señor, en su dolencia, le molistes y le compusistes la cama, ó sanándole, ó aliviándole el mal. Y pues, Señor, tan piadoso enfermero sois para con los doloridos, *Ego dixi Domine: miserere mei, sana animam meam, quia peccavi tibi:* «Pídoos que de mí hayáis compasión y sanéis mi alma que está enferma por haberos ofendido». Largo tratado teníamos aquí si en particular hubiéramos de proseguir estas siete prerrogativas de que gozan los que son piadosos para con los enfermos y poner por ejemplos delante los ojos cómo el Señor los conserva en salud; cómo les alarga la vida y se la restituye; cómo desde la presente les da prendas de la bienaventuranza; cómo no consiente que de ellos gocen, y que de verlos afligidos reciban gusto los que mal les desean; cómo los visita Dios y les trae las medicinas y regalos á la cama; cómo se la sacude y refresca para algún alivio del alma que entonces está su virtud más perfeta, cuando le hace el cuerpo menos guerra; y finalmente, cuánta parte es para inclinar la piedad divina para que sane las culpas y dolencias del alma cuidar de las corporales del prójimo con diligencia. Pero quiero sólo contar una historia de su autoridad, en que veamos algo de lo apuntado, principalmente cómo vivifica, aviva y resucita el Señor á aquellos que con los pobres usan de misericordia. Hubo al principio de la Iglesia una santa viuda llamada Dorcas (que eso quiere decir Tabitha), mujer muy piadosa y limosnera, gran bienhechora de los pobres, que de su hacienda los mantenía y vestía. Sucedió que murió de su enfermedad, y queriéndola ya enterrar, juntóse gran compañía de pobres para lamentarla. Viéndose juntos, y acordándose que les faltaba aquel día el comer y vestir á todos, de común consentimiento envían

á gran prisa á San Pedro, que estaba en un lugar allí cerca, un recaudo que no contenía más que estas palabras: *Ne pigriteris venire usque ad nos:* «No emperecéis de venir á donde estamos». Es cosa brava la autoridad que los pobres tienen juntos en cofradía; al mismo Papa envían á citar para que parezca ante ellos. Van volando dos pobres con aquel recaudo; y en oyéndoles San Pedro, se levanta y sigue sin más dilación á los mensajeros. Bien sabía él que la cofradía de los pobres había de ser obedecida, y que no eran gentes con quien se sufría negligencia ni tardanza: porque sus necesidades piden no sólo remedio, sino prisa. Entra, pues, en la casa donde le estaban esperando, y luego le salen al encuentro enjambres de viudas, huérfanos, enfermos, lamentándose todos y haciendo sentimiento doloroso. Quién mostraba la saya ó manto. Quién la camisa y la capa. Quién las tocas y calzado que había recibido de aquella señora. Ahora enviudamos de veras, decían unas. Ahora nos falta padre y madre, respondían los huérfanos, y comenzamos á sentir la falta de su abrigo y amparo que no sabíamos. Ahora quedamos sin cura y sin alimentos, acudían los enfermos. Y de todas las lamentaciones se hacía una triste música, que no pudo San Pedro dejar de enternecerse y llorar con todos, como aquel que era padre de todos. Y mandándolos salir fuera, oró un poco de rodillas puesto, pidiendo á Dios de parte de aquellos pobres, cuyos mensajes representaba, remedio para su desconsuelo; y sintiendo que era de Dios oído, se vuelve á la difunta y le dice: *Tabitha, surge.* Abrió luego los ojos la buena dueña, y viendo á San Pedro, sentóse, y él la tomó por la mano, y la sacó fuera; *Et cum vocasset sanctos et viduas, assignavit eam vivam...* ¿Paréceos buena asignación del cielo, donde ya gozaba de Dios, á la tierra donde trabajase de nuevo en servicio de los pobres, mientras le durase la vida? Pues sabed que así pasa: que prolonga Dios los días de la vida á los que hacen á los pobres misericordia.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Volviendo á nuestro hospital, entre la muchedumbre que allí estaba, puso los ojos el Señor en uno que había treinta y ocho años que estaba tullido de una importunísima dolencia. Dijimos ser la piscina borrador del sacramento de la Penitencia, instituído por Cristo para remedio de las enfermedades después del Bautismo contraídas. Había alrededor de ella cinco portales llenos de enfermos, ciegos, cojos, secos, que significa la diversidad de pecadores. Ciegos, que pecan por la ignorancia; cojos, que por flaqueza; secos, que por malicia, envejecidos en la mala costumbre, como este hombre de treinta y ocho años de enfermedad. Para todos éstos hay cura en la Penitencia. En la piscina había agua mezclada con sangre de los animales que se ofrecían en el templo, que, ó se lavaban allí, como quiere San Jerónimo, ó lavándose en las conchas ú orzas ó bacías de bronce que estaban en el templo; aquel agua vertida corría por secretas madres y acueductos por debajo de tierra hasta la piscina, que estaba á la raíz del monte en que estaba el templo edificado, como dijo Aristeas, autor antiquísimo; así en la Penitencia ha de haber lo primero agua de lágrimas vertidas con dolor de haber ofendido á Dios. ¡Oh, si entendieses cuán poderosas son para aplacarle, y para dar al alma salud! Son las lágrimas las entrañas destiladas por los ojos. ¡Mirad si alcanzarán algo de Dios! Son sangre del corazón llagado y arrepentido. *Scindite corda vestra* (Joel., 2): «Romped vuestros corazones». Cuando veis sangre en alguno, decís: herido está; así, quien de penas llora, llagado tiene el corazón. Son plata derritida, que sin fuego no sale de la hornilla. Son agua que humedece la pólvora de la ira de Dios: la pólvora no arde en tiempo de agua y es ardid de guerra mojar la pólvora á los contrarios. Así en tiempo de lágrimas no da fuego la ira de Dios. Estaba Dios pegando fuego á la escopeta para derribar á Ecechías, y no disparó porque hubo agua de lágrimas. *Vidi lacrymam tuam.* Sólo una lágrima de corazón bastó á humedecer la pólvora y no murió. La mayor ponderación que halló San Pablo de la profanidad de Esaú, fue decir: *Non invenit pœnitentiæ locum, quanquam cum lacrymis inquisisset eam.* ¿Que pidiendo penitencia y con lágrimas no la alcanzase? No se pudo más encarecer. Gran impedimento puso, gran contrapeso debía tener en el corazón, pues que lágrimas no sacaron perdón del corazón de Dios. ¿Por qué razón? Porque no nacían del dolor de la culpa, sino del sentimiento por la pérdida temporal. Hay quien llora por humidad de celebro, como las mujeres y niños. Otros que se lamentan por daños temporales, por la muerte del hijo, del marido, etc. Estas lágrimas no sanan el alma enferma. El agua de la piscina no daba salud sino turbada, ni las lágrimas aprovechan cuando no salen de un ánimo turbado por haber ofendido á Dios. ¿Qué es un alma en pecado, sino una piscina en la sobrehaz clara, con el asiento en lo hondo? En el revolverse y enturbiarse estaba el bien y el remedio. Verdad es que hay gentes que siempre traen las conciencias muy turbias, muy escrupulosas é inquietas. No lo alabo; pero mucho peor es el extremo contrario de otras que las traen muy claras y limpias. Unos que no

hallan en sí pecado mortal porque no reparan en cosas pocas. Dicen que no les pongan escrúpulos; que ellos vienen con llaneza y con buena fe poseen lo que tienen. Otros, que estando en grandes pecados no sienten la gravedad de ellos. Cuando las heces del pecado las tiene un alma en el centro de su olvido, y en el profundo de la inconsideración y negligencia, está con peligrosa enfermedad; porque como la inmundicia está en lo hondo no le da pena ni la advierte. Esto es, *impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit:* «El malo, cuando llega al profundo de los pecados, desprecia». Hácenle buen estómago, no siente molestia, no muda el color, ni pierde el sueño, ni tiene bascas, ni da arcadas, teniendo en el estómago manjares de tan dura digestión como el pecado. Cuán al revés lo hacía el santo Job, que traía esta agua tan turbada con la consideración de sus culpas (siendo tan ligeras). que decía: *Tamquam inundantes aquæ sic rugitus meus.* «Cual suele un mar tempestuoso y bravo, con borrasca deshecha, revolver y subir arriba las arenas y lama del profundo, así daba yo bramidos con la turbación del corazón». Mirad, por el contrario, á David, tan gran profeta, tan amigo de Dios que solía ser estarse nueve meses y más en la complacencia de su pecado, y de tantos como se encadenaron tan sosegado, tan quieto, tan descuidado, hasta que el profeta Natán revolvió la piscina y le hizo conocer y aborrecer su pecado. ¿Cuál debió de quedar, cuando cayó en la cuenta de sus yerros? El lo dijo después: *Turbatus sum, et non sum loquutus* (Salmo 67). «Quedé como atónito sin poder hablar de turbado, viendo el peligroso estado de mi alma que antes no advertía». *Cogitari dies antiquos:* «Volví sobre los días de mi vida mal gastado y acordéme que se han de lastar con años eternos de terrible tormento». *Et annos æternos in mente habui.* Y si David con estar perdonado tanto temor concibe; si sin cesar pedía perdón á Dios poniendo por intercesora á la misma misericordia que le había de dar, *secundum magnam misericordiam tuam;* si lavaba con lágrimas su cama, y regaba con ellas mismas su estrado; si trabajaba el pecho con gemidos y humillaba con ayunos su alma, y castigaba con cilicio su cuerpo; si en agua de sus ojos mojaba su pan, y con la misma aguaba su bebida; tú, miserable pecador, incierto del perdón, antes cierto de la ira de Dios, en cuya desgracia estás conocidamente, ¿cómo no temes? ¿cómo no te turbas? Abre, desventurado, los ojos y mira á dónde vas engañado con la falsa apariencia de contento. Vas á la muerte, vas á las tinieblas, vas á la hoguera, á la pestilencia, al lazo del que no te podrás quizás desmarañar. Advierte, mezquino, que pecas en los ojos de Dios que todo lo ve, á quien ningún delito es oculto, aunque con las paredes y oscuridad de la noche se encubra. Piensa que lo que deleita es momentáneo y eterno lo que atormenta. Mira, pues, que por un deleite de un soplo no adquieras sempiterno llanto. ¿Qué sabes, desdichado, si mañana estarás vivo? ¿Qué sabes si has de ir de repentina muerte, como acontece á muchos? ¿Cómo no tiemblas de hacer enemigo al autor de todos los bienes y mudarle de amantísimo padre en severísimo juez? ¿Cómo no temes al que es Señor de la vida y de la muerte, y que después que matare el cuerpo tiene poder para arrojar al alma en el fuego que jamás se apagará? Con estas consideraciones se revuelve la piscina y se turba la falsa paz del pecador. ¿Quién hará eso? El ángel descendía del cielo y meneaba el agua. Cristo es el ángel del gran consejo, que hace en nuestras almas esta mudanza. Y así, prosiguiendo David, á El le atribuye la turbación de su piscina. *Et dixi: nunc cœpi, hec mutatio dexteræ excelsi.* «Y dije: hoy comienzo á vivir. Hoy he nacido», como quien cree haberse escapado de un grande peligro de que no reparaba; esta es mudanza de la diestra del Altísimo. El agua se turba entrando el brazo en ella ó soplando el viento. Dios es gran revolvedor de aguas: y de ello se precia. *Ego Dominus qui conturbo mare:* «Yo el Señor que turbo el mar y altero sus aguas». ¿Cómo hace eso? Entra el brazo. Cristo es el brazo del eterno Padre, de quien dijo la Virgen: *Fecit potentiam in brachio suo.* Y entrando el brazo, hace lugar para que entre el aire del Espíritu Santo, que es aquel espíritu vehemente que levanta borrascas en Tarsis, que es el mar. Por eso dice que esta mudanza es de la diestra del Altísimo. Dios es el que con inspiraciones secretas y con voces espirituales atemoriza al pecador y le enturbia sus contentos. Y también ha de ayudar á esto el sacerdote, como ministro suyo. *Angelus enim Domini exercituum est.* También es ángel de Dios el predicador, el confesor, á quien incumbe revolver la pócima, y representar al pecador el peligro de su mal estado y las causas que tiene para temer y dolerse, y sacar con la vara de sus reprensiones y persuaciones agua de lágrimas del peñasco del corazón duro. ¡Ah, qué poquitos hay que hagan esto; que sepan y que quieran detenerse y trabajar en inducir al penitente á dolor de sus culpas! Angel es sin duda el que esto hace y cumple como debe con su oficio.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Pero aunque las lágrimas son tan poderosas, no bastaran solas á sanar el alma si no se mezclara con ellas la sangre de aquel Divino

Cordero, que vino á quitar los pecados del mundo. Como en la piscina había agua y sangre de animales ofrecidos en sacrificios, así en el sacramento de la Penitencia hay agua de lágrimas y sangre de Cristo, *qui dilexit nos et lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo*: «Así nos amó, que de su sangre preciosísima hizo piscina para lavarnos de nuestras mancillas y sanarnos de las dolencias de nuestros pecados». Para purificar al leproso mandaba Dios que matasen un pájaro y vertiesen su sangre *in vase fictili super aquas viventes:* «en un vaso de barro, sobre aguas vivas de alguna fuente ó manantial». Las lágrimas son aguas vivas que dan vida al alma y salen del corazón contrito, que es vaso de barro y quebradizo. Sobre esas ha de caer la sangre de aquel pájaro solitario, Cristo, que fue sacrificado en la pasión para purificarnos de la lepra de nuestras culpas. De suerte que lo uno y lo otro ha de concurrir. No te piden mucho, hermano, pues si tú das agua de tus ojos, el Redentor da la sangre de sus venas. ¡Oh mezcla tan barata pára el hombre y tan costosa para Dios! Esta sangre cae sobre el agua cuando se da la forma de la absolución, que obra en virtud de la sangre de Cristo y sana al hombre de cualquiera enfermedad que tenga. Mas porque para darla el sacerdote ha de mirar mucho no haya indisposición en el hombre, que impida el efecto del sacramento, por eso antes de sanar á este enfermo se pone Cristo muy de propósito á mirarle. *Hunc cum vidisset Jesus jacentem et cognovisset quia jam multum tempus haberet, dicit eis: Vis sanus fieri?* «Como viese á éste el Señor y conociese que había ya mucho tiempo que estaba decumbente, preguntóle: ¿Quieres ser sano?»

CONSIDERACIÓN QUINTA

Sácase de aquí el examen que el confesor está obligado á hacer, para que le conste del número y especies de los pecados, y del propósito que el penitente trae de se apartar de ellos. Miró á éste y supo cuánto tiempo había que adolescía. Si el confesor no sabe el estado del penitente, ¿cómo podrá darle, para levantarle, la mano? Enfermedades viejas pocos saben curarlas, cuanto menos quien no cura saber si son viejas ó nuevas. Yo no digo aquí ser menester que el confesor conozca á quien confiesa en aquellas cosas que no piden sea cuanto al estado conocido, para bien declarar sus culpas; antes soy siempre de parecer que los confesores no traten, ni visiten, ni conversen á quien confiesan, señaladamente si son mujeres, y más si no son viejas; porque por más que á mí me digan, mejor es que no vean á las de quien saben algunas cosas no muy para traerse á la memoria. Pero sin embargo de esto, no me contenta el cuidado que de encubrirse tienen algunas personas, y buscar confesores de quien no sean conocidas; porque es gran señal de poca humildad y de poco propósito de la enmienda, y de la poca verdad que trata en sus confesiones quien así anda. Sepa, pues, el confesor cuántos años ha que adolecéis de esta mala dolencia, para que la cure como llaga envejecida, poniendo cáusticos y mordaces medicinas, ¿Qué es la causa que no salen de mal estado muchas personas? Sin duda el buscar que quien las confiesa no sepa que ahora un año, y ahora tres, y cuatro, y diez años, está en la misma desventura. Pregunte el sabio confesor y deseoso de poner buen remedio al alma de que se encarga: ¿Qué tanto tiempo ha que vivís de esta manera? ¿Habéis otra vez, ú otras, confesádoos de esta misma culpa? Yo me confieso, padre, de la confesión pasada acá. Esa es mucha bachillería para quien no ha estudiado gramática. Idos al mal teólogo que os impuso en esa doctrina, que os absuelva; que yo mejor que él y que vos sé lo que me cumple averiguar en esta cura. ¿No preguntan los médicos los días que ha la enfermedad para juzgar de ella? ¿No preguntó Cristo á su padre del mozo lunático que le trujeron para que lanzase dél el demonio cuánto tiempo había que era de él atormentado? Sí, que el Señor bien lo sabía; mas quiso instruir á sus discípulos que no le habían podido lanzar, porque no habían curado de informarse de esto. Caidísimo está esto del examen de confesores, que era el más eficaz remedio para que no se hiciesen pecados. ¿Por qué no se había de suspender uno de quien consta que absuelve *ex opere operato*, sin negar la absolución ni aun á los que él tantas veces ha de la misma culpa absuelto, y no espera más enmienda este año que el pasado, esta semana que la otra? Responde aquí luego la hipocresía que no son ya tiempos en que se sufre apretar en las confesiones con el rigor que solía; porque se dará ocasión á muchos sacrilegios y no se confesarán, y llegarán sin penitencia al Santísimo Sacramento. ¿Vióse jamás disparate como éste? ¡Y que haya hombres que, saliendo con él, quieren los tengamos por cuerdos y por cautos! ¿Cuál es menos inconveniente, permitir un sacrilegio ó tres juntos? Yo por menos abominable tengo que comulgue uno en pecado mortal, sin haberse confesado, que confesar sin propósito de la enmienda, y ser absuelto sin el aparejo debido. Quien da la absolución peca mortalmente y no hace nada; el que la recibe, lo mismo, y comulgando hace otro sacrilegio. ¿Cuál os parece á vos, prudentísimo hipócrita, que es destos males el más pasadero?

CONSIDERACIÓN SEXTA

Vis sanus fieri? Pues esto sólo se pregunta, señal es que, así de parte de quien absuelve como del que ha de ir absuelto, se debe hacer en ello examen riguroso. No basta esto que llaman veleidad: querría. Ha de haber determinada voluntad: quiero. Hay un quiero con quien se halla junto no quiero, según que está escrito, *vult et non vult piger*. No por diversos tiempos, sino en el mismo. Así quiere, que no quiere. Mucho tiempo, y no mal, se gasta en estudiar cómo se han de decir las culpas sin nota de ser tenido por grosero. Item, en hacer memoriales, porque nada quede que no se diga y quizá algo estuviera mejor por decir, ó no había para qué decirlo. Deben ser alabados los que ponen muchas veras en traer dolor de sus culpas; pero sepan todos que no es de menos importancia el propósito firme de la enmienda. El sacramento hace de atrito contrito, pero no hace propósito de sin propósito, voluntad de veleidad, ni hay teólogo que tal diga. Teólogos sí os daré yo que digan, y aun en romance, que confesarse de un pecado venial ó más sin propósito de enmendarle es pecado mortal. Podéis no confesarle, porque no es materia de confesión forzosa; pero si le hacéis materia de confesión, habéis de vestir de esta calidad, como á lo que de suyo lo es. *Vis sanus fieri?* ¿Queréis ser sano?—A eso vengo. – Pues cumple que hagas primero esto ó aquello.—No lo puedo hacer.—No quieres sanar. Dice el médico al enfermo: ¿Queréis que os dé sano?—Sí; ¿pues para qué os llamo y os doy mi dinero?—Pues cumple dar un cauterio en ese bubón; cumple abrir con fuego ese ayuntamiento enconado y podrido. —No me basta para eso el ánimo.—No queréis vos sanar sin duda. ¿Queréis que os cure?—No deseo otra cosa.—Pues conviene cortar el pie por sobre el tobillo que está ya estiomenado, no suba el fuego por la pierna arriba.—No me atrevo á sufrir tormento tan crudo.—No queréis sanar. Cumple veinte días guardar la boca, y no comer sino unos bizcochos y pasas, para que el agua de la zarzaparrilla haga su obra.— No me atrevo á tanta dieta. No he en mi vida ayunado, ni aun el Viernes Santo, á derechas, ¿cómo me tengo de pasar tantos días con tan poca comida?—No queréis sanar; que los que quieren de buena gana quieren eso. ¿Quiéres sanar? Pues oye lo que dice Cristo. *Si offers munus tuum ad altare et ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare et vade prius reconciliari fratri tuo, et tunc veniens offeres munus tuum:* «Si estando para recibir el Santísimo Sacramento te acordaras que tu hermano tiene de ti queja por culpa tuya, deja de comulgar y ve primero y reconcíliate con tu hermano, y entonces comulga».—Cosa recia es esa.—No quieres sanar tú, pues en eso paras. ¿Quieres sanar? Cumple restituir la hacienda mal llevada; cumple apartar pajuelas en esa conversación; echa á Fulana de casa; no entres en la suya; no se la pagues de los bienes de la Iglesia. ¿Cómo dices que traes propósito de la enmienda, quedándote en la misma ocasión de las culpas, en la misma casa, en la misma amistad, en el mismo peligro, en las mismas llamas de fuego que hasta agora?—De mal se me hace; no puedo acabarlo conmigo. ¿Cómo puedo dejar eso? ¿De qué comeré y vestiré?—¿Ves cómo no quieres sanar? Estas son aquellas ánimas muchachas en el buen propósito, de quien dice Salomón: *Soror nostra parvula est et ubera non habet* (Cant.): «Nuestra hermana es chiquilla, y no tiene pecho»; no tiene determinación, no tiene firmeza de propósito; que las que esto tienen osan decir: *Ego murus et ubera mea sicut turris ex quo facta sum coram eo quasi pacem reperiens*. Mi fe, quien ha de hallar con Dios paz, quien con él se ha de reconciliar, muro de cal y canto ha de ser; pecho de propósito más firme que una torre albarrana ha de tener para no volver á lo confesado. ¿Qué hará el confesor para bien enterarse en esto? *Quid faciemus sorori nostræ in die quando alloquenda est?* Yo os lo diré: ¿qué haréis al alma que viene á vuestros pies, en el día que de parte de Dios vos le habéis de hablar aquellas pocas palabras en que está su remedio: *Ego te absolvo?* ¿Queréis saber qué? *Si murus est ædificemus super eum propugnacula argentea*. Si es muro, si le hallareis propósito firme, fuerte, edificad sobre él una garita de plata, reparalde, reforzalde para que en el bien persevere con las palabras divinas, con la doctrina evangélica; que esas son palabras de plata fina, siete veces caldeada. *Tolle grabbatum tuum et ambula. Ecce sanus factus es; jam amplius noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat*. Estas son las defensas de plata con que se fortifica el muro del buen propósito. Pero, *si ostium est, compingamus illud tabulis cedrinis;* si es puerta, si le halláis que se queda abierta, y en las mismas entradas de ocasiones en que hasta ahora estaba, echadle una compuerta de madera de cedro que no se roya de carcoma. De no, andad con Dios, hermano, por ahora, que yo no me atrevo á daros la absolución hasta mejor experiencia. Volved por acá de aquí á ocho días, de aquí á un mes. Elíseo, siete veces mandó á Naamán que se lavase en el Jordán. ¿Qué mucho que el caballero vaya y venga media docena? Su negocio hacéis; á él es á quien más le va, aunque á vos también

os va muchísimo en saber en qué vaso echáis la sangre de Jesucristo, poderosa á lavar males viejos y nuevos si como debe es recibida. Y en razón de esto dice Cristo al enfermo: *Surge, tolle grabbatum tuum et ambula.* En el mismo punto se levantó sano y recio, y tan convalecido de fuerzas, que arrebata su camilla ó carretón y camina como un gamo.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Quiere el Señor que haga experiencia de su salud levantándose, y de la nueva fuerza llevando su lecho, y que sea pregonero del milagro andando por la ciudad. Saco de aquí que pocas confesiones se hacen que sean de efecto, pues tan poca mudanza de vida vemos en los confesados. Toma un doliente una purga; no tiene señal de mejoría; el ardor de la fiebre se está en su fuerza: la misma sed, el hastío de los manjares, la flaqueza del cuerpo. Oprimida la virtud, ¿quién dirá que le aprovechó la purga, pues no le alivia las molestias de la enfermedad? Es la confesión sacramental una purga eficacísima de suyo, y poderosa para evacuar los malos humores del pecado, y restituir con la gracia al alma la salud perdida. Y no hay que dudar de esta virtud más que de la sangre de Cristo; ni del poder del sacerdote que absuelve, ni del de Cristo. Pues si tú te confiesas dos y tres veces al año, y no mejoras; si te queda la misma sed de las cosas terrenas, el hastío de las espirituales, la calentura de los deseos carnales entrañada en los huesos, el ardor de ambición y avaricia, la misma flaqueza para todos los ejercicios de virtud; si juras y juegas, paseas y murmuras y conversas como antes, ¿por qué he de pensar que te hizo provecho la purga? *Inimici Domini mentiti sunt ei, et erit tempus eorum in sæcula.* Pues de la eficacia del sacramento no se puede dudar, en tí estuvo la falta, que mentiste á Dios cuando para ser absuelto prometiste al sacerdote en su nombre la enmienda. Porque si fue con ficción, sacrílego eres y peor que Ananías. *Non es mentitus hominibus, sed Deo.* Si fue de veras, ¿por qué no cumples la palabra? Mentiroso es el que no guardó lo prometido. Los enemigos del Señor le han mentido; mas pagarlo han con las setenas en los siglos de los siglos. ¡Oh! que son muchos estos falsarios burladores de los sacramentos, que andan toda la vida jugando este juego peligroso de confesar los pecados y repetirlos. ¡Qué de confesiones inválidas! ¡Qué de sacramentos informes! ¡Qué de sacerdotes ocupados y cansados con poco fruto! Plega á tu divina bondad, médico sapientísimo y piadoso de nuestras almas, que pues para curarlas hicistes de tu propia sangre medicina, no permitas se pierda en nosotros por nuestra culpa el precio de ella, sino que nos dispongas y prevengas con tus bendiciones de dulzura, para que aprovechando la costa y haciendo con tu favor la debida diligencia, alcancemos la sanidad de la gracia, con que se merece la eterna salud de la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

SÁBADO DESPUES DEL DOMINGO

PRIMERO DE CUARESMA

Assumpsit Jesus Petrum et Jacobum et Joannem fratrem ejus et duxit illos in montem excelsum seorsum et transfiguratus est ante eos.

(MAT., 17).

El santo Evangelio contiene el soberano misterio de la Transfiguración de Cristo, en que hallaremos cosas de majestad, de gusto y de doctrina, que es todo lo que se puede desear. A la majestad pertenece la fiesta, que fue la más solemne que hizo el Señor á su cuerpo mortal, comunicándole la gloria del alma y haciendo reseña en su cuerpo glorioso de los dotes que tendrán los nuestros cuando estén glorificados. Podemos decir que este fue el primer día en que estrenó la ropa de gloria y se probó el terno rico y nuevo, aquella vestidura resplan-

deciente de que para siempre ha de usar en el cielo, pareciéndose su rostro como el sol y sus ropas albas como la nieve. El teatro de esta gran solemnidad fue Tabor, monte alto y apartado. Los convidados, todo lo bueno del cielo y de la tierra. De la tierra, San Pedro, Santiago, San Juan, príncipes y columnas del Nuevo Testamento; los magnates del viejo: Moisés, principio de la ley; Elías, padre de los profetas. Del cielo, toda la Santísima Trinidad: el Padre, haciendo manifiesto á su Hijo, y dando testimonio de El en la voz; el Hijo, en carne verdadera transfigurado; el Espíritu Santo, en la nube resplandeciente. Todo esto es majestad. El gusto parece en la plática de los profetas, que era de la pasión del Redentor; en el gozo de Pedro, que se quiere quedar allí, y en la complacencia del Padre en su Hijo muy amado. Y la doctrina es darnos por maestro al Hijo de Dios, precepto que le oigamos y obedezcamos, aviso de Cristo á los discípulos, que hasta verle resucitado no declaren esta visión; todo es levantado y que pide espíritus levantados. Supliquemos al Espíritu Santo nos levante de las bajezas de la tierra, con la virtud de su gracia, concedida por intercesión de la Virgen Sacratísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

En aquella disputa memorable que tuvieron sus amigos con el pacientísimo Job, el último arguyente, Eliu, menor en edad y mayor en presunción, representándole en el capítulo 36 la sabiduría de Dios, que sobrepuja toda inteligencia criada y las obras admirables que hace para manifestación de ella, en el remate de todas pone ésta como más principal: *Annuntiat de ea amico suo quod posessio ejus sit et ad eam possit ascendere.* «Dale nuevas de ella á su amigo, certificándole que es su patrimonio y heredad, y que puede subir á poseerla». En el verso precedente habla de la luz corporal, la cual esconde el Señor en la noche y descubre de día, para mayor hermosura del mundo; y de ahí tomó motivo para elevarse en la contemplación de aquella luz eterna, espiritual, inteligible, que es Dios: *Deus lux est;* Dios es luz purísima, y la casa en que vive toda es luz; no se puede ver sino con luz participada de su gloria. En la vista clara de esta luz consiste nuestra bienaventuranza y reposo, fin sobrenatural, desproporcionado á nuestras fuerzas y aun á nuestra inclinación. No pudo caer en pensamiento de hombre que tanto bien le estaba guardado, que tan gran tesoro era suyo y que tenía derecho á aquella herencia y mayorazgo, porque ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón humano cupo la grandeza de los bienes que Dios tiene atesorados para los que le aman. Sólo El pudo dar esta noticia, y á su bondad se deben las albricias de tan buenas nuevas. *Annunciat de ea amico suo quod posessio ejus sit:* «Y dan fe á los amigos que son los mismos que le aman»; porque sólo ellos tienen acción de justicia á esta posesión, y sólo la gozarán. Poco le presta al malo saber por fe que ha de ir al cielo, antes esta noticia son las cartas de Urías en el pecho que contienen su muerte y condenación; mas. en efecto, ninguno entrará allá sino fuere amigo de Dios; á este sólo le dice: *Ad eam possit ascendere.* «Que puede subir y escalar la gloria». Pero no habiendo caridad, es querer subir al cielo sin escalera. ¡Qué alegres nuevas para los hijos de Adán desterrados del Paraíso á este valle de lágrimas, á este Egipto tenebroso, que aquella tierra de Gesen, donde siempre hay luz, y no llega plaga ni tiniebla, es el lugar de su posesión! Estas nuevas trajo Cristo á sus amigos, y El les dio esta posibilidad y derecho, porque mediante su gracia los hizo hijos de Dios; y siendo adoptados en hijos, por consiguiente son herederos. Bendito sea Dios (dice San Pedro), que por los méritos de Cristo Hijo natural suyo, *regeneravit nos in spem vivam, in hereditatem incorruptibilem et incontaminatam et inmarcescibilem conservatam in cœlis* (Pet.): «nos reengendró en el bautismo, y hizo hijos suyos, con una esperanza viva y cierta de alcanzar una heredad incorruptible, que no tendrá fin; limpia, sin mácula, porque no entrará en ella algún manchado; inmarcesible, que no se marchita su beldad, ni desdora su hermosura guardada en los cielos como en tutela, para que en su tiempo se nos dé la posesión». Con la codicia de esta herencia comenzó el Señor á traer las gentes á sí y animarlas á la observancia del Evangelio. *A diebus Joannis Baptistæ regnum cœlorum vim patitur et violenti rapiunt illud.* Dos cosas suena este bando La primera, buenas nuevas: que el reino de los cielos se puede conquistar. Lo segundo, que hay dificultad y priesa. Conviene ser animoso y valiente. Antiguamente no era mucho que los hombres diesen poco por el cielo; porque sólo compraban esperanzas, y por trabajos presentes esperaban al fiado la gloria futura. Pero en la ley evangélica, que comenzó desde el Bautista Juan, cuesta más caro el reino de los cielos, porque es como fruta nueva que se matan sobre ella. Págase de contado al pie de la obra, hay priesa, es menester ánimo y fuerza para arrebatarle. Esta dificultad dice aquella palabra: *Ad eam possit ascendere.* Es cuesta arriba la subida, como á un castillo alto que se combate, y se ha de subir por las baterías, y aun trepando y asiéndose por las picas. Es menester aligerar la carne con ayunos, penitencia, para que sea menos pe-

sada. Estos son los valientes que conquistan el cielo. ¿Pero qué hombre cuerdo repara en esta dificultad, siendo tan buena la heredad y posible salir con ella? Si debajo del cielo hubiera una tierra en que fuese perpetuo el verano, la tierra de verdura y flores pintada, los árboles cargados de hojas, flores y frutas, todas al parecer graciosas y en el olor suaves, en el sabor gustosas, en la virtud saludables, bañada con arroyos de agua lúcida, clara, delgada, provechosa; por los árboles todo género de aves, que con su alegre música nos regocijasen; el aire fresco, sano y templado, donde no se pusiera jamás el sol ni se anublara el cielo; la gente que en ella habitara fuera como la nieve blanca, como la rosa colorada, el cabello como oro rojo, los cuerpos de linda disposición, la edad moza y siempre en un ser; todos hablaran una lengua y á porfía se amaran con amor dulce; donde no hubiera trabajos ni tristezas, no desconsuelo, ni necesidad ni hambre; no dolencia, ni muerte; no engaño, ni mentira; no miedo, ni peligro; sino que todo fuera alegría, consuelo, alivio, descanso, refrigerio, hartura y abundancia, salud, lealtad, amor, seguridad, sin recelo de perderla, de modo que en ella hubiera todos los bienes que se pueden desear, y faltaran todos los males que se pueden temer, y con certidumbre que esto no se había de alterar, ¿qué hombre hubiera que en sabiendo andar no fuera para ella? ¿Quién parara en esta tierra, que no lleva sino espinas y abrojos? ¿Quién fuera tan neciamente delicado que por ser el camino largo, ó por haber en él algunas dificultades, no le anduviera? Tal es, cristianos, y mejor sin comparación, aquella tierra de los vivos, donde tenemos nuestra heredad. Y con estas mismas semejanzas la va dibujando el evangelista San Juan después de haberla desde un monte alto considerado: «Vi la santa ciudad de Jerusalem llena de gran claridad y resplandor, y salían de ella rayos como de piedras preciosas; cercada de un fuerte y alto muro, con doce puertas y doce ángeles por alcaides de ellas; era un edificio labrado de finísimo jaspe transparente como cristal, sembrado de riquísima pedrería; las puertas era cada una de una perla oriental preciosísima; el muro fundado sobre doce piedras preciosas; la plaza era de oro cendrado, lúcido, transparente; había en aquella ciudad perpetua luz, y está desterrada la noche y las tinieblas; había eterna paz, reposo y seguridad, y por esto estaban abiertas las puertas. No, no había allí muerte ni dolor, ni llanto, ni gemido, ni hambre, ni necesidad, sino toda hartura y abundancia de bienes de balde; porque por medio de ella atravesaba un caudaloso río, que nacía del trono de Dios, y tenía fresquísima ribera; de cada banda árboles de vida que llevaban fruto cada mes; y sus hojas eran medicina y salud de las gentes. Allí no había maldición de culpa ni de pena, sino todos los que en esta hermosa instancia moraren, verán la cara de Dios y del Cordero». ¿A quién no se levantan los pies del suelo con estas nuevas? ¿Cómo no partimos? ¿Cómo no caminamos? Mas porque al fin toda esta noticia entra por el oído, y los trabajos se sienten, y los premios se ven y dice el Sabio: *Melius est videre quod cupias quam desiderare quod nescias.* «Mejor es ver lo que codicias que desear lo que no sabes», convino que á los hombres les hiciese alguna demostración de esta gloria, porque mucho anima ver á los ojos el premio. Y así la Sabiduría encarnada, como tenía á su cargo descubrir esta tierra á sus amigos y ponerlos en su posesión, hoy escoge tres de ellos, los más privados, y quiere que por vista de ojos se enteren de lo que les había dicho antes de palabra. De esto trata el Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Assumpsit Jesus Petrum et Jacobum et Joannem fratrem ejus. El consejo que tuvo Cristo en este hecho, y aun el que tiene la Iglesia en representación de este tiempo, es á la traza del que tuvo Moisés cuando envió los exploradores á la tierra de promisión, mandándoles que trajesen de los frutos para animar la gente á la conquista que se les ofrecía. Fueron los descubridores y trajeron unos higos y granadas (todo dulce) y aquel admirable racimo que trajeron dos hombres en una pértiga, y con esto dijeron: Nosotros habemos visto la tierra que nos enviastes á descubrir, la cual realmente mana leche y miel; es fertilísima, como se puede ver en estos frutos. *Sed cultores fortissimos habet et urbes grandes atque muratas*: «Pero los moradores que la defienden son valentísimos; las ciudades, grandes y muradas». Vimos allí monstruosos gigantes, en cuyo respeto parecíamos langostas. Ni más ni menos nos tiene el Señor prometido el reino de los cielos si le servimos, y para animarnos lleva hoy consigo al monte Tabor estos tres exploradores, que consideren la tierra de su santísima humanidad transfigurada, aquel racimo hermoso entre los padres del Viejo y Nuevo Testamento; pero en la pértiga de una fe con que todos le confiesan por Dios y Salvador del mundo. Ven los hijos la dulzura y suavidad de la gloria, las granadas de los premios y coronas, y con las nuevas de estos frutos vinieron al mundo. San Juan dice: Vimos la gloria de El, como de Hijo de tal Padre. Y San Pedro: *Speculatores facti illius magnitudinis; accipiens enim a Deo Patre honorem et gloriam, voce delapsa ad eum hujuscemodi a*

magnifica gloria: Hic est Filius meus dilectus in qui mihi complacui; ipsum audite. Et hanc vocem nos audivimus de cælo allatam cum essemus cum ipso in monte sancto. «Allí estuvimos de atalayas y miradores de aquella grandeza». Pero allí se trata *de excessu quem completurus erat in Hierusalem.* Con esto se os avisa que aquella tierra dichosa tiene guardadores fuertísimos, que son cruz, clavos, trabajos. Es la ciudad cercada de fuerte muro, que es menester trepar y subir para entrarla. Hay jayanes que nos resistan: los demonios, el Goliat del domingo pasado, cuyas fuerzas con ningunas de la tierra tienen comparación; pero ayudados de la gracia, los habemos de atropellar y conquistar á fuerza de brazos, como valerosos, el cielo, siguiendo las pisadas de Cristo, que también fue por este camino: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus.* Y es necesario padecer con él, si queremos con él reinar. Si queréis con José el primado en Egipto, pasad por las cárceles, falsos testimonios, envidias. Si queréis con Daniel el principado en Caldea, habéis de ser echado en el lago de los leones. Si queréis reinar con Asuero, lo primero encontraréis con una cruz que hizo Amán para Mardoqueo. Si queréis el reino con David, tened paciencia en la persecución de Saúl. Si queréis del panal de Jonatás, habéis de subir por los riscos y peña tajada de la penitencia. Y primero que lleguéis á descorchar la colmena en aquella tierra que mana leche y miel, habéis de sufrir las contradicciones de la abejas, que os molesten y piquen.

Per varios casus, per tot discrimina rerum
Tendimus in cælum.

«Por muchas tribulaciones, peligros, trabajos, habemos de entrar en el reino de Dios». Por la ignominia del Calvario se va á la gloria de Tabor. Si queréis rostro claro como el sol, y vestiduras blancas como nieve, y la voz del Padre que os llame hijo, habéis os de desfigurar y perder el resplandor en la cruz de la penitencia. Mas porque no desmaye nuestra flaqueza con la dificultad de esta empresa, el mismo Señor nos alienta y ayuda en esta subida.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Assumpsit Jesus Petrum et Jacobum et Joannem fratrem ejus. Llevólos como en las palmas. ¿A quién? A los tres perpetuos secretarios de los más importantes negocios. ¿Pues por qué no los llevó á todos? Para significar que en esto de la bienaventuranza, aunque son muchos los llamados, son pocos los escogidos. Y de camino tomen un documento los criados: que no tomen del señor más de lo que les quisiere dar, y con esto vivirán contentos y seguros. Los tres discípulos no se convidan, sino el Señor los lleva; los nueve no se quejan ni murmuran del maestro, ni de los privados. Plutarco dice que los grandes señores son como el fuego. Los criados ni se han de acercar tanto que se quemen, ni ponerse tan lejos que no se calienten ni les alcance ninguna merced. Un símbolo tenemos de esto en la Escritura. Cuando Dios quiso llamar á Moisés á su servicio y privanza, mostrósele en figura de fuego y en una zarza. Moisés era animoso y determinado y abalanzóse corriendo á ver aquella maravilla, y dale voces Dios: *Moises, Moises, ne appropies huc. Ego sum Deus patris tui, Deus Abraham et Deus Isaac et Deus Jacob* (Exod., 3). «No te llegues mucho, que hay fuego y espinas: soy tu Señor». Retiróse Moisés, y no osaba ni aun alzar los ojos á mirar al Señor. Viéndole tan encogido, dícele Dios: *Veni, mittam te ad Pharaonem.* ¿Señor, ahora le mandáis que venga, y de antes que se retire?—Sí, porque es mi siervo, y ha de estar en debida distancia. Ni os lleguéis tan cerca que la mucha conversación sea causa de menosprecio y enfado, ni os alejéis de manera que no se acuerden de vos. Esta moderación guardaban todos los discípulos. ¿Mas por qué fueron estos tres los señalados? Porque tenían mayores preeminencias; y en esto se da ejemplo á los señores, que hagan toque de los hombres, y cuantos quilates hallaren de virtud y merecimiento, tanto les den de merced y favor. Fueron éstos llamados más que los otros porque habían de ser más cercanos testigos de otra dolorosa transfiguración que se hizo en el huerto. Por eso quiere que estén presentes á su gloria, pues habían de asistir á su agonía. Mas estos tres habían de ser más que todos trabajados. Pedro, universal pastor de la Iglesia, oficio que, si no se procura para tener libertad y holgarse sin contradicción, si se merece y como debe se administra, no hay duda que es trabajoso para el cuerpo y para el alma y que ha menester algún consuelo extraordinario. *Qui bene præsunt presbyteri publico honore digni habeantur:* «Los prelados que bien rigen, doblada honra merecen». Por eso se le da á Pedro desde luego la señal del precio con que después le han de pagar. Diego fue quien de los Apóstoles primero dio su vida por Cristo; y por tanto debió de ser con algún gusto atraído á hacer lo que ninguno de su suerte había hecho. A los inventores de las cosas, claro está que se debe más que á los que á sus invenciones después añaden. San Juan habíasele de prolongar la vida trabajosa por muchos años. Demás de esto, su pureza, pues á los limpios de corazón se da por premio ver á Dios en el cielo, y los que junto con ser de corazón limpios, lo

son también de cuerpo, es justo que desde la tierra comiencen á gozar el premio que se les promete. Finalmente, Pedro, que es el peñón sobre que está fundada la Iglesia, significa la firmeza en la fe. Jacobo, que quiere decir luchador, y que con la esperanza de la bendición luchó con el ángel, y por haber á Raquel sirvió catorce años, significa la esperanza de la gloria, porque habemos de servir á Dios, y luchar contra los vicios para alcanzar la bendición y aquella hermosa Raquel de la visión beatífica. Esta esperanza del reino de los cielos le dio ánimo á Santiago para ofrecerse á beber el cáliz del Señor. Juan, que quiere decir gracia, y es el discípulo *quem diligebat Jesus*, significa la caridad. Estas tres virtudes, fe, esperanza y caridad, son menester para subir al monte santo de la bienaventuranza; por eso llevó estos tres.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Mas con ser tales estos excelentísimos varones, no pueden subir á lo alto si Cristo no los lleva. *Et duxit illos in montem excelsum seorsum:* «Llevólos y subiólos á un monte alto y apartado». Dejaron el mundo acá bajo subidos en aquella tranquila región, donde no llegan peregrinas impresiones; retirados de bullicios y trabajos del mundo, que es como el monte Olimpo. Aquí veo el vuelo velocísimo del águila por el cielo. ¿No te admira, Salomón, que un águila camine por los aires y corte con los remos de sus alas los inconstantes vientos, siendo eso tan ordinario; pero que el hombre grosero y pesado, carnal, abatido, encarnizado en los bienes terrenos, cebado en las vanidades y pundonores, aferrado en las riquezas como cuervo, se convierta en águila y rompiendo todas estas pihuelas, con las alas de la contemplación se suba por esos aires y se pasee por los cielos? Esto es lo que alcanza Salomón. Como cosa muy levantada sobre su capacidad le pregunta Dios al santo Job: *Numquid ad præceptum tuum elevabitur aquila; in arduis ponet nidum suum?* ¿Por ventura el águila se levantará por tu mandado y pondrá su nido en las alturas?» Como quien dice: Ni tú lo puedes mandar ni comprender. Sólo por virtud mía se hace que un hombre olvidado de su natural pesadumbre, y como libre de las necesidades del cuerpo, se encime con el espíritu sobre todo lo criado, desprecie la vivienda de la tierra, traspase con el vuelo del corazón las cosas transitorias y de asiento haga su nido en las eternas, porque con la esperanza de ellas se mantiene. Tal era el águila que decía: *Nostra conversatio in cœlo est.* Por ventura tenía el cuerpo en la cárcel aherrojado cuando esto dijo; pero el alma sin impedimento discurría por los cielos. *In petris manet et in prærruptis silicibus commoratur atque inaccesis rupibus:* «En las piedras se queda y mora en los pedernales cortados y en los riscos inaccesibles». ¿Qué piedras son éstas donde se anida el alma contemplativa sino aquellas celestiales jerarquías de los espíritus que en gracia permanecieron? Dícense piedras por la constancia y firmeza que tuvieron en la caridad. Y pedernales cortados, porque sus coros (cuanto al número) fueron rompidos; con la pérdida de los ángeles que cayeron, quedaran los coros mellados, y como vacíos, que se llenan con la subida de los hombres por humildad á donde los ángeles cayeron por su soberbia. En estos peñascos mora el águila hecha compañera de los espíritus angélicos; con ellos trata y se entiende y comunica; mas porque toda la claridad de los ángeles no basta á hartar el corazón, si no ve al mismo que es superior á los ángeles (cuya vista es el verdadero pasto del alma), por eso añade: *Inde contemplatur escam.* Desde allí contemplan el manjar, que es lo mismo que comerle. Hinca los ojos en la rueda del sol, y sin pestañear mira aquella inaccesible luz y contempla la gloria de la soberana majestad. Allí halla comida, sustento, refección; y queda tan satisfecha, que sus ojos miran de lejos: *Oculi ejus de longe prospiciunt.* Todo lo que no es aquel manjar lo mira de lejos, y le parece poco. Oid el comento de este lugar en otro de Isaías, donde lo primero pone las previas disposiciones que se requieren para ser el hombre águila. *Qui ambulat in justitiis et loquitur veritatem; qui projicit avaritiam ex calumnia et excutit manum suam ad omni munere; qui obturat aures suas ne audiat sanguinem, et claudit oculos suos ne videat malum: iste in excelsis habitabit; munimenta saxorum sublimitas ejus; panis ei datus est; aquæ ejus fideles sunt:* «El que camina por justicias y habla verdad; el que lanza de sí la codicia calumniadora, y sacude sus manos de todo don; el que endurece sus orejas para no oir los encantamentos de la sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal, éste, *in excelsis habitat*, esta es águila que mora en las alturas. De manera que son sendas de justicia, por donde se arriba ahí, por las cuales se ha de caminar cerrados los ojos á las malas visiones, tapadas las orejas á las nigromancias, atadas las manos, no sólo para extenderlas á aquella codicia que no se puede cumplir, sino por calumnias, mintiendo, engañando, robando y logrando, y paliando usuras, y levantando pleitos. No sólo eso se ha de arrojar como víbora nociva, sino sacuda la mano de todo don, aunque no valga nada; si no fuere cosa debida al oficio de superior, no reciba nada. No alabara la Escritura al gran Samuel: *Pecuniam et usque ad calceamenta ab*

omni carne non accepit. «Ni dinero ni cosa que lo valiese; ni unos zapatos recibió de nadie». No tuviera por cosa de valor el santo Abraham no recibir un hilo, ni una correa para atar el zapato. *A filo subtegminis usque ad corrigiam caligæ non accipiam.* No es la cantidad, sino la mala calidad lo que perjudica. Sacuda su mano. Poco es no abrirla. Si acaso sin vuestra gana os toca el don, lo debéis sacudir, que ni aun el polvo de ello os quede. ¿Qué se me da que vos no recibáis por no quebrar el juramento, si recibe vuestra mujer, que no ha jurado, ó vuestro criado, que no tiene en nada vuestro perjurio? *Iste in excelsis habitabit:* «Este tal vivirá en lo muy alto, y sobre las laderas de la vida vulgar y común». Veis aquí el águila elevada, y puesto el nido en las alturas. Y porque no penséis que por estar en alto corre peligro de que el viento lo vuele, *munimenta saxorum sublimitas ejus:* «Reparo de peñas en sus fortalezas». Riscos de divina seguridad hacen firme la esperanza del tal en la más alta cumbre. Esto es *in petris manet.* Y porque estas cumbres desinteresadas suelen ser estériles y desaprovechadas, *panis ei datus est.* Y porque el pan no basta para pasar la vida, dice: *Aquæ ejus fideles sunt.* Son desleales y mentirosos los contentos de esta vida; aguas fabulosas como las de Tántalo, que cuando las van á beber desaparecen y dejan mayor sequía. Pero estas aguas son fieles y sin engaño; son contentos que da la conciencia, asegurada con la virtud y recta intención. Es la vista del Rey en su hermosura: *Regem in decore suo videbunt oculis ejus.* Esto es contemplar el manjar. Y de ahí se sigue: *Cernent terram de longe.* Qué sea mirar al Rey en su hermosura no habrá hombre mortal que sepa decirlo, sino cuando mucho estos tres que hoy le vieron transfigurado; pero ver la tierra de lejos es tener muy en poco esto que ahora se estima en tanto. ¿De dónde nace que la honra nos enloquece y el dinero nos lleva tras sí, y los santos todo lo tenían por basura? *Omnia arbitror ut stercora* (Fil., 3). Pues hombres eran como nosotros. Sino que es como el que mira de una torre muy alta, le parece pequeño lo que abajo tenía por grande. Y quien mira la claridad excesiva del sol, mirando luego otra cosa le parece oscura. Y la aldeanica que su pobreza le parecía suma gala, entrando en la ciudad se desengaña con las riquezas que ve. Así los santos en esta altura de su contemplación, poniendo los ojos en la gloria de Dios, todo cuanto hay en la tierra desprecian y les parecen pequeño. *Filii hominum, usque quo gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendacium?* Hijos de los hombres, gente ínclita y de noble linaje, á quien Dios hizo derechos y levantados rostro y figura al cielo, no como á los brutos inclinados á la tierra, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? ¿hasta cuándo traeréis la imagen de Dios arrastrando por el suelo con injuria de Dios y vuestra? Hijos de hombres, poco digo; hijos de Dios, herederos de su gloria, *ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendatium?* ¿Por qué, como aguilillas rateras, hacéis presa en estos bienes mundanales, mentirosos y vanos, antes la misma vanidad y mentira? *Sursum corda:* «Arriba, arriba los corazones, las mientes, las intenciones». *Ubi fuerit corpus illuc congregabantur et aquilæ.* En el cielo está nuestro Redentor encarnado; allí está nuestra humanidad glorificada; allí han de enderezar su vuelo nuestras almas. No temáis la flaqueza de vuestras fuerzas, no rehuséis por vuestra natural pesadumbre la subida, que delante va Cristo (águila real) provocando á volar á sus polluelos. *Expandit alas suas, et sumpsit eos atque portavit in humeris suis.* De las alas hace litera, y de sus hombros coche en que los lleva. Démosle voces como Elíseo á Elías cuando subía por los aires al cielo: ¡Padre mío, padre mío! *Currus Israel et auriga ejus.* Carretero, porque nos guía, y carro, porque nos lleva á sus cuestas; veislo aquí verificado en el Evangelio, que para llevar á sus discípulos al monte, *Assumpsit* como carro *et duxit illos* como guía y carretero.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Estando allí, *transfiguratus est ante eos.* Cristo nuestro Redentor, desde el instante de su concepción, fue comprehensor y bienaventurado; y con la parte superior del alma, que contiene el entendimiento y la voluntad, vio la esencia divina, y gozó de la misma gloria esencial que ahora tiene. Este misterio significó la Esposa diciendo: *Guttur illius suavissimum.* Otra letra dice *dulcedinis, suavitatis:* «Su paladar de mi esposo está lleno de dulzuras y suavidades». El paladar en el cuerpo es el instrumento con que se gusta la dulzura del manjar y de la bebida, y en el alma el paladar será la voluntad junta con el entendimiento con que se conoce la verdad, que es mantenimiento del alma, y se goza de su dulzura. Pues el paladar de Cristo siempre estuvo lleno de mil sabores. Todo él era dulzura; contemplando su entendimiento con admirable luz á aquella primera verdad, y y deleitándose su voluntad con amor beatífico en el sumo bien. Esta gloria del alma naturalmente había de redundar en el cuerpo, como se hizo después en la resurrección de Cristo y se hará en la nuestra; pero fue dispensación divina, que por gran milagro la gloria se represase y recogiese en la parte superior del alma, y no se destinase á la inferior del apetito

ni al cuerpo, para que fuese pasible y mortal, y con su muerte nos pudiese redimir. *Nunquid potest homo abscondere in sinu suo ignem ut vestimenta illius non ardeant?* Esta es la maravilla: que estando el alma de Cristo abrasada en gloria y ser divino, no se mostrase en el cuerpo. Hoy se alzó este entredicho, y se rasgó el velo que impedía que los rayos de la gloria no tocasen al cuerpo, y fue con un milagro transeunte deshacer el milagro ordinario y permanente. Está el día claro, y tenéis vuestro aposento oscuro, cerradas puertas y ventanas; pero no os cuesta más que abrir una ventana, y luego entra el sol, y le alumbra; el alma beatísima de Cristo esclarecida estaba como un sol, rayos echaba de sí de gloria; pero el cuerpo estaba oscuro, con pasiones y trabajos; y era porque la voluntad del Señor estaba cerrada, y no dejaba entrar los rayos del sol. Abrese hoy como ventana, y entra toda la claridad del sol: *Et resplenduit facies ejus sicut sol, vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix.* Este misterio de la Transfiguración se hizo de noche, como se colige de San Lucas en el capítulo nono, donde dice que los apóstoles estaban agravados del sueño, y que despertando vieron á Cristo transfigurado en medio de Moisés y Elías. Llégase á esto que, como dice el mismo evangelista, Cristo se transfiguró orando: *Facta est dum oraret species vultus ejus altera* (Luc.); y él tenía por costumbre de pasar las noches de claro en la oración. Imaginad ahora al Señor un poco desviado de sus discípulos en algún lugar más eminente que el en que ellos estaban, y allí levantar los ojos y las manos al cielo, y súbitamente obrarse una maravillosa transformación, en que su rostro y figura (no mudándose en la sustancia, sino en los accidentes) tomó inusitado resplandor y nueva hermosura; tal, que en su presencia pareciera feo el sol si allí se hallara. Todo el cuerpo dio de sí rayos de lindísima claridad, de modo que aun la ropa recibió mucha parte de beldad. Suelen las vestiduras galanas y ricas acrecentar la hermosura, ó hacer que se parezca, y á un palo que sea lo podemos así aderezar que parezca bien. Aquí fue de otra manera: que el cuerpo de su lindeza comunica gala á las vestiduras, y de sus obras se dio tanta parte, que las volvió más blancas que las mismas nieves. Huyeron las tinieblas delante de este nuevo sol, y la noche se tornó más clara que el medio día. Quedarían los riscos más resplandecientes que rubíes y esmeraldas, los árboles como madejas de oro finísimo, las breñas como jardines llenos de rosas, las yerbas como azucenas, las guijas como piedras preciosas, y todo el monte como un paraíso de Dios, como un cielo terrenal ó una tierra celestial. Y si tanto puede sola la muestra, si un rastro, un rasguño de aquella gloria que se descubre en el cuerpo es tan de ver, ¿qué será la hermosura de la bienaventuranza? Si estuviera aquí un campo raso ladrillado el suelo de espejos y azulejos de oro bruñidos, hiriendo el sol en ellos con toda su fuerza, ¿qué resplandor dieran de sí, y cómo deslumbraran los ojos que los miraran? ¿Pues qué será en el cielo, ladrillado de tantas almas santas, tantos ladrillos de oro fino, acrisolados, sin mezcla de tierra y que de lleno hiere en ellos el sol de justicia? ¿Qué resplandores de divinidad darán de sí tantos espejos limpios de paciencia en los mártires, de castidad en las vírgenes, de humildad en los confesores, de doctrina en los doctores, de caridad en todos los santos, y todos reverberados y investidos de la claridad de Dios? No se puede esto entender como ello es hasta que vamos allá. Pero en el entretanto, si queréis gozar del dibujo de la pintura de esta gloria, ha de ser por medio de la oración. Orando Cristo en monte apartado se transfiguró. Es así que Dios como agente infinito podría en ti (aunque sin tu disposición) obrar lo que quisiese y darte su luz y gracia; pero no quiere, sino con suavidad, como los otros agentes, obrar en materia dispuesta. Necesaria disposición es para alcanzar la gracia y las virtudes que deifican al hombre la oración. Huelen á Dios, hácense divinos. *Ego dixi: dii estis et filii excelsi omnes.* ¿A quién pone tales nombres? Cristo lo declara: *Ad quos sermo Dei factus est* (Cap. 10); á los que hablan con Dios y les habla; á los que tienen sus pláticas y ratos de conversación con él. Esos son dioses. Pégaseles una luz extraña; en la vida, obras, trato, son más que hombres. La tierra en que estuvo Dios cuando habló á Moisés era, *quasi opus lapidis zaphyrini et quasi cœlum cum serenum est* (Exodo, 24): «La tierra que pisa Dios y desde donde habla parece cielo, y los adobes zafiros». El hombre que trata con Dios, de tierra se hace cielo y de hombre Dios. Y es cosa natural que de la amistad y trato con uno os hacéis á sus mañas, y los amigos se tornan de un humor; y así dicen: Dime con quién andas, diréte quién eres. El que toca al carbón se tizna, y el que manosea almizcle y ámbares, no puede no oler á ello. Si comunicáis con Dios, oleréis á Dios, y haceros heis á su condición. Aquí vean primero los eclesiásticos su peligro: cómo rezan, cómo confiesan, cómo dicen misa; que es cosa horrenda tanta comunicación con Dios, y tan poco parecer á él, tan poco mudar figura, vida, costumbres. Que se les puede zaherir como al primer ángel: *In medio lapidum ignitorum ambulasti.* «En medio de carbunclos inflamados anduvistes, ¿y estáis fríos? ¿Entre ángeles sois Lucifer? ¿Entre apóstoles, Judas? ¿Entre Sacramentos, coro,

y palabra de Dios, y sin gracia? ¡Caso lastimero! Vean, lo segundo, los seculares la necesidad que tienen de la oración para mudar la vida, para pintar en sus almas la hermosura de la gloria.—¿Que es menester oración? Esta ténganla los frailes y abades, que ganan de comer cantando, y las monjas, que es su oficio: que yo soy casado, he de buscar de comer, soy hombre de negocios, que en todo el día me dan vado y apenas queda un rato desocupado para comer—. Pues alguno habéis de dar á la oración, si queréis agradar á Dios. El mismo que mandó volar al águila tan alto, dice del caballo generoso: *Nunquid suscitabis eum quasi locustas?* (Job., 34). Dasle tú aquel brío para hacer corvetas y cabriolas, y dar saltos como langostas. Hermano, si no puedes volar como águila (que eso es propio de los que dejan el mundo), vuela como langosta que se levanta un poco y cae. Deja un rato los negocios y cuidados y levanta tu espíritu á Dios. Reza una parte del rosario, confiesa, comulga; da algo á Dios, no sea todo cuerpo y mundo. Cristo no se quiso transfigurar sino orando. *Et ecce apparuerunt illi Moyses et Elias cum eo loquentes.* Para solemnizar más la fiesta quiso que asistiesen á ella Moisés y Elías, que parecieron allí con ropas de boda hablando con el Redentor. Fueron estos padres llamados, primero, para que diesen testimonio á Cristo la Ley y los Profetas, y se conociese la mentira de los fariseos, que le argüían de quebrantador de la ley y contrario á los profetas. Lo segundo, para que se mostrase Cristo ser Dios y Juez de vivos y muertos, y con el dicho de ambos se comprobase la verdad de la gloria que esperamos. *Ut in ore duorum vel trium testium stet omne verbum* (Mat., 13): «La ley dice que lo que se probare con dos testigos, ó para mayor abundancia con tres, sea tenido por firme y valedero». Aquí nos dan ambas partes de la disyuntiva. Tres vivos y dos muertos. Tres mortales, y dos que ya estaban en vida no sujeta á los accidentes de la muerte. Moisés en alma, Elías en cuerpo y alma; pero en vida no ya natural, sino milagrosa. Los apóstoles en vida corporal cual todos tenemos; Moisés y Elías en vida espiritual, cual todos esperamos. ¡Qué testigos tan irrefragables de nuestra fe! Moisés legislador y Elías reparador de la Ley y santísimo celador de la observancia de ella. Estos hablan con Cristo; para que se vea la consonancia y armonía que resulta de estas tres voces, Ley, Profetas y Evangelio.

CONSIDERACIÓN QUINTA

La materia de que hablaban era de la muerte del Redentor. *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Hierusalem* (exceso en latín quiere decir muerte, *vita excedere*). ¿Pues á qué propósito en medio de tanta alegría como la transfiguración hacen estos santos memoria de la pasión? ¿A eso vinieron aquí? ¿A ser derramasolaces? Digo que en la gloria de la Transfiguración se descubrió la grandeza de la bienaventuranza que esperamos por los méritos de la pasión de Cristo; y así es creíble que dirían estos varones: Por cierto, Señor, bien empleada es vuestra pasión y muerte, pues por ella se alcanza premio tan soberano como ver á Dios y gozar de él para siempre. Homero, príncipe de los poetas, en el tercer libro de la *Iliada* introduce al rey Príamo, que con los viejos y consejeros desde una alta torre de la ciudad estaba mirando la cruel batalla que en el campo hacían los troyanos con los griegos. Oíanse las voces, los alaridos; caían de ambas partes caballos y caballeros, mal heridos y muertos; la tierra toda bañada en sangre; el aire, con la polvareda oscuro. Un espectáculo de grandísimo dolor. Volvieron la cabeza los que miraban, y acaso vieran á la reina Elena, que había subido á la misma torre para ver la pelea. Y vista aquella rara beldad, que sobrepujaba todo sér humano, todos á una dijeron: Bien empleada es la guerra y tantas muertes por haber esta hermosura. Pues levantad ahora los ojos, y contemplad aquella infinita hermosura de Dios, que, como dice San Agustín: *Rapit desiderio sui omnem humanam mentem*, tanto con más ímpetu y ardor, cuanto tiene más de limpieza. Mirad aquel rostro lleno de todas las gracias, en cuya comparación es fealdad toda la belleza de las criaturas; aquel rostro *in quem desiderant angeli prospicere* (II Petr., 1), y de quien gozan los santos en el cielo, y considerando esto diréis: ¿No pueden los hombres alcanzar esta felicidad sino por la muerte de Cristo?—No.—Pues bien empleada es: muera en buena hora. Esto diréis vos que no lo habéis de lastar. Lo mismo juzgó el que lo padeció, *qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta:* «Que poniéndosele delante el gozo de la bienaventuranza, y la gloria que ganaba para su cuerpo y para nuestras almas, se abrazó con la Cruz y dio por bien empleada la muerte, y no tuvo en nada pasar las afrentas é injurias». ¿Pues por qué, oh pecador, por un breve contento é interés, pecas mortalmente y pierdes la bienaventuranza, por la cual fue bien empleada la muerte de Cristo? ¿Dónde está la razón, dónde el consejo, dónde la justa estimación de las cosas? Saquemos de esta plática para la oración, que aunque mil cosas se puedan meditar ni orar (pues son tan anchos los campos de la oración), pero ninguna como la pasión de Cristo nuestro Redentor. Este ha de ser el pan cotidiano que no ha de

faltar de la mesa, la sal que saborea todos los otros manjares. De aquella águila real que tiene su nido en las alturas dice Dios en aquel lugar: *Pulli ejus lambunt sanguinem et ubicumque cadaver fuerit statim adest.* El cuerpo muerto se llama en latín *cadáver*, que quiere decir caído; y así por excelencia el cuerpo del Salvador se llama cadáver, por la caída de la muerte. Pues aunque esta águila altiva ponga los ojos en la claridad del sol, y se mantenga con la contemplación de la divinidad, pero nunca falta de donde está el cadáver del crucificado, en aquel cuerpo se ceba, y los pollitos de sus pensamientos lamen la sangre. Allí gustan, allí saborean, aquella es su golosina. San Pablo, que fue arrebatado al tercer cielo y como águila se cebó en la luz de la divinidad, con todo eso se halla tan cerca del cuerpo muerto que dice: *Christo crucifixus sum cruci* (Galat., 2): «No me puedo desasir de Cristo crucificado, estoy enclavado en su misma cruz». Si á él le tienen clavos de hierro, á mí los del amor. *Qui dilexit me et tradidit semetipsum pro me* (Galat., 2). ¡Oh, que no hay dulzura como ésta! Lo que decía San Ignacio: *Amor meus crucifixus est.* «Basta que por mí murió mi amor». No hay meditación como ésta, tan devota, tan provechosa, tan sustancial, tan agradable á Dios. Esta memoria nos pide por Jeremías en pago de todo lo que le debemos: *Recordare paupertatis et transgressionis meæ absinthii et fellis.* Suelen los que bien quieren traer una joya de la persona que aman, que les sea despertador de la memoria é incentivo de afición. Pues, hombre, toma de mí esta joya, toma este relicario y joyel y ponle en tu pecho y corazón. Acuérdate de mi pobreza, de mi traspaso, de los ajenjos y de la hiel. En estas cuatro cosas cifró toda su pasión. Acuérdate de aquella pobreza extrema que tuve en la cruz. Otros hacen reliquias de las ropas de los santos (loable cosa). Tú guarda mi desnudez y suma pobreza. Más. Acuérdate de mi traspaso; esto es, de mi muerte; que así la soléis llamar. Acuérdate que fue exceso cuanto en ella hubo, y se pasaron las reglas y límites acostumbrados: excesivo mi amor, excesivos mis tormentos, excesiva la malicia de los enemigos, excesiva la justicia del Padre, excesiva mi obediencia. ¡Oh, qué preciosa reliquia de amor sin tasa! Y más; otra será mi hiel y vinagre. Acuérdate de mis tristezas y amarguras con que me ahelearon por tus pecados. Esta memoria nos pide en señal de amor y agradecimiento. Y porque San Pedro quiso echar fuera la plática de la pasión y que no se acordasen de ella, en tiempo de tanta alegría, dijo: *Domine, bonum est nos hic esse*, no vamos á Jerusalem, donde hay cruz. Le motejan de poco avisado y que no supo lo que dijo, pues quería descanso sin trabajo y gloria sin pasión. Pero no es maravilla que errase Pedro en esta ocasión, estando fuera de sí arrebatado con la fuerza de aquel vino nuevo. Y si una gota de dulzura así le tiene embriagado, ¿qué hiciera si hubiera bebido á boca llena del torrente de los deleites? *Adhuc eo loquente ecce nubes lucida obumbravit eos.* Aún no había acabado la razón, cuando le ataja el eterno Padre: «Cercólos una nube resplandeciente». Quiso el Padre adornar el teatro de su Hijo en el día de su fiesta con este paño de oro, como después cubrió el Calvario con paño de luto para honrar sus exequias el día de su muerte. En el monte Sinaí, para dar la ley, puso el dosel pardo de una nube oscura, caliginosa, como humo, que echaba de sí truenos y relámpagos; porque aquella ley era sombra del Evangelio y estaba llena de amenazas. Pero en la ley nueva, que toda es verdad y amor, sea la nube lúcida y clara; y de ella se oye la voz del Padre de inmenso peso y autoridad: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui; ipsum audite.* «Este es mi único y natural Hijo, engendrado de mi sustancia, coeterno, igual á Mí, amado por sí, en quien se emplea toda la fuerza de mi amor, en el cual yo me agradé». El agrada por sí, y los demás agradan por El. El es Hijo natural, y en El y por El se reciben los adoptivos, para que sea primogénito entre muchos hermanos. *Ipsum audite.* No lo doy sólo por Redentor, sino también por Maestro. Es vuestro Rey y también Legislador. Haos de dar su sangre y su doctrina. Habéisle de creer y también servir y obedecer. A la majestad de esta voz caen los discípulos en tierra y desaparece la visión. Caigamos también nosotros, y hagamos la venia para oir con humildad el precepto de santa obediencia que el Padre nos pone. Que este caer es subir por la escala de la divina ley; es volar en seguimiento de Cristo, dejando las bajezas de la tierra y aspirando á las cosas altas, creciendo de virtud en virtud, hasta ver á Dios en Sión, aquí por gracia y después por gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

Assumpsit Jesus Petrum et Jacobum et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum seorsum et transfiguratus est ante eos.

(MAT., 17).

El Santo Evangelio contiene el misterio soberano de la Transfiguración de Cristo, en que el alto Rey de gloria, que desde su venida al mundo había tenido disimulada su majestad con el velo de nuestra carne, corrió un poquito la cortina y descubrió una pequeña parte de esta gloria que bastó para ser conocido por quien era. Y así uno de los que fueron escogidos para ser testigos de esta maravilla, en habiendo visto esta reseña, dice: *Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti a Patre.* «Vimos la muestra que hizo de su gloria, y luego caímos en la cuenta de quién era y dijimos: tal Hijo, tal Padre merece, y tal Padre para tal Hijo». Fue tan misterioso este hecho, que no quiso el Señor dar parte de él aun á todos los senadores del cielo, sus doce apóstoles; sino de estos escogió los tres más privados: San Pedro, Santiago y San Juan. Y llevándolos á un monte alto y apartado del bullicio de la gente, en su presencia se transfiguró. Hízose esta maravillosa transformación, no mudando el Redentor su natural figura y fisonomía de rostro, sino por nuevo resplandor y admirable luz. Porque su rostro se paró refulgente como el sol y sus vestiduras blancas y lustrosas como la nieve. Y para solemnizar la fiesta vinieron allí aquellos dos grandes amigos de Dios, Moisés y Elías, con aparato y majestad conveniente á tal solemnidad; y estos hablaban con el Salvador de la excesiva pasión que había de padecer en Jerusalem. El apóstol San Pedro, embriagado de la dulzura que sentía con la vista de Cristo, sin mirar lo que hablaba, le dijo: Señor, bien estamos aquí. ¿A dónde iremos que más valgamos? Hagamos, si eres servido, en este lugar tres moradas: para ti una, y sendas para Moisés y Elías, y permanezcamos aquí siempre. Aun no lo había acabado de decir cuando una nube clara y lúcida los cercó é hizo una sombra y de ella oyeron una voz que dijo: Este es mi Hijo amado, en el cual yo me agradé; oildo y obedeceldo. A la majestad de esta voz cayeron los tres discípulos en el suelo atemorizados; mas el Señor, llegándose á ellos les tocó y dijo: Levantaos y no queráis temer. Ellos volviendo en sí, y abriendo sus ojos no vieran más que al Redentor solo junto á sí. Acabado el misterio, y bajando ya del monte, mandóles que á nadie contasen lo que habían visto hasta después de su resurrección. Esta es la historia del Evangelio; pidamos la gracia por intercesión de la Virgen Santísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

Es el hombre tan codicioso y amigo de su interés, que nunca acomete empresas grandes, ni se pone á manifiestos peligros, ni pasa por dificultades y trabajos, si en ellos no interesa alguna utilidad y provecho, y pretende conseguir algún premio aventajado. Preguntó una vez el emperador Adriano á un filósofo llamado Segundo qué era la cosa del mundo que no dejaba cansar al hombre, y respondióle el filósofo: La ganancia. Este es el blanco en que ponen la mira todos los que en el mundo trabajan. La ganancia alienta á los jornaleros para que no desmayen en sus afanes; ésta da fuerza á los oficiales para perseverar toda la vida en la continuación de sus oficios; ésta da ánimo al labrador para derramar la semilla por los campos y no perdonar á las pesadumbres de la labor, las aguas y fríos de la sementera, los calores y bochornos del estío en la cosecha. El deseo de ganancia es el viento en popa que á

velas tendidas hace ir los navegantes surcando los mares y contrastando sus fortunas y descubriendo nuevos climas y regiones. Y finalmente, la ganancia y deseo del saco y despojos hace al soldado arriscar su vida y entrarse sin temor por los hierros de las picas y puntas de las lanzas de los contrarios Y como decía Filipo, padre de Alejandro: No hay cuesta tan grande, ni torre tan alta, ni lugar tan inaccesible donde no pueda subir un jumento cargado de oro. Cuando los soldados de Holofernes, que tenían cercada á Betulia, vieron la extremada hermosura de Judit, dijeron á su capitán: *Quis contemnat populum Hebræorum, qui tan decoras mulieres habent, ut non pro his merito pugnare contra eos debeamus* (Jud., 10). «¿Quién despreciará al pueblo de los hebreos, donde tan hermosas mujeres se crían? Bien empleado será el trabajo de la guerra que contra ellos traemos. No hay que recelar algún peligro, donde tan preciosos despojos se nos prometen por la victoria». Aquel gallardo mozo David, cuando vio en campo aquel jayán tan descompasado Goliat, y oyó las bravatas con que desafiaba á batalla de uno por uno á todos los hijos de Israel, puesto que sintió mucho la afrenta y menoscabo del pueblo, y mucho más las blasfemias que contra Dios vivo decía aquella boca sacrílega y descomulgada, con todo eso no quiso tomar la demanda y salir á combatir con él sin informarse primero del premio que le habían de dar si salía con la vitoria, y así dijo: *Quid dabitur viro qui percusserit filistæum hunc et tulerit opprobium de Israel?* «Sepamos qué le darán al hombre que, poniendo su vida al tablero por el bien común, matare á este filisteazo y volviere por la honra de Israel, y lo librare de esta afrenta y confusión. ¿Qué paga le darán, qué galardón, qué ventaja?» Respondiéronle luego allí: *Virum qui percusserit eum ditabit Rex divitiis magnis et filiam suam dabit ei et domum patris ejus faciet absque tributo in Israel:* «Al hombre que eso hiciere, al que acabare tal hazaña darle ha el Rey grandes tesoros y riquezas; casarlo ha con su hija, y franqueará la casa de su padre de todo pecho y tributo en Israel; lo hará hijodalgo, ilustre y generoso». Viendo el premio que se le prometía tan digno de la magnificencia real, porque eran muchas riquezas, mujer hermosa é hija de Rey; honra, nobleza é hidalguía, que son los tres linajes de bienes que mueven y aficionan al corazón humano: útil, deleitable y honesto, con toda determinación se va para la pelea, y sin temor entra en campo con el gigante, y lo derriba, vence y corta la cabeza. Pues este deseo de ganancia, que tan propio y natural es al hombre, y que en todos los estados y oficios se halla como habemos visto, también le hay en el ánimo del justo, en la guarda de los mandamientos de Dios; también el bueno tiene ojo á la ganancia, y considera y pretende el premio que por servir á Dios le está guardado; y no le parece á Dios eso mal. Por donde, aunque infunde en el ánima del cristiano una virtud de caridad, la cual le inclina á guardar la ley divina por puro amor que tiene á la infinita bondad y excelente hermosura, este amor la lleva y arrebata tras sí, y la rinde y sujeta á la ordenación y mandamientos de Dios, cuya voluntad quieren cumplir sólo por agradarle y complacerle, aunque Dios no premiara con cielo el bien ni castigara con infierno el mal. Este es el afecto de la caridad, que es la reina de todas las virtudes, la más noble y ahidalgada y sin interés, que ama y sirve á Dios por quien él es. Pero el mismo Dios, que pone en la voluntad esa inclinación y virtud de amor, pone juntamente otra de esperanza; la cual es más interesal y mueve al hombre á servir á Dios por la paga. Quiere á Dios como bien propio para sí, para gozar de él y poseerlo en la bienaventuranza; esa es la ganancia que pretende y la paga que espera por sus trabajos. Este afecto descubrió David para con Dios cuando dijo: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in æternum, propter retributionem* (Salmo 118): Señor, no penséis que sólo con Saúl me puse en tanto más cuanto me había de dar por pelear con el filisteo, sino también con vos me igualé. Que si mi corazón se inclina á poner por obra vuestros mandamientos, bien porque espera de vos, que sois más bueno y liberal que Saúl. A Moisés, gran caudillo y capitán del pueblo del Señor, este amor y deseo de ganancia le dio tanto valor, que no hizo caso de la hija de Faraón, ni de sus tesoros y riquezas. Rasamente negó ser hijo de la princesa hija de Faraón (aunque ella lo había adoptado y hecho criar como suyo), y quiso más ser afligido con los hebreos que regalado con los egipcios, y tuvo por más rico tesoro la afrenta y vituperio de la cautividad con los israelitas que todas las riquezas de los gitanos. *Aspiciebat enim in remunerationem.* Por eso se mostró tan magnánimo y valeroso, porque tenía puestos los ojos en la paga, en aquella retribución eterna que, aunque estaba lejos y se dilataba, pero no podía faltar. Este mismo ánimo tenía el príncipe de los apóstoles San Pedro cuando por sí y sus compañeros dijo al Señor: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te; quid ergo erit nobis?* «Señor, nosotros por nuestro amor habemos dejado todas las cosas, y os seguimos y os andamos tras vos: ¿qué ha de ser de nosotros? ¿Qué galardón nos prometéis por esta fe y fidelidad?» Responde luego Cristo: A vosotros haréos yo grandes en mi reino, los mayores de mi casa; seréis conmigo asesores en la judica-

tura universal del mundo. Y cualquiera que por mí hiciere algo de esto, no lo hará de balde. *Centuplum accipiet et vitam æternam possidebit*: «Recibirá ciento por uno en esta vida y darle ha en la otra la vida eterna». El domingo pasado nos representó la Iglesia aquel soberbio gigante Goliat, el demonio, tan robusto, poderoso y desigual, que á todos los fieles, que somos los espirituales israelitas, nos desafía á mortal batalla de uno por uno. Este que después que venció á nuestros primeros padres, de todos sus hijos mofa y hace escarnio y burla. Representónos el grande peligro y riesgo que corre el que combate con él. Y lo que más es, que todos somos desafiados, y ó nos habemos de confesar por vencidos como cobardes ó resistir y pelear contra las tentaciones como valerosos. Podría cada uno con razón decir: *Quid dabitur viro qui percusserit filistæum hunc?* Pues que á todos se nos intima á guerra, y nos obliga á aceptar tan peligroso desafío, ¿qué, veamos, se le dará al hombre que lo fuere tan de chapa que venciere á este filisteo y soberbio enemigo, y dejandolo corrido y afrentado restituyere su honra al hombre que la tiene perdida? A esta pregunta responde la Iglesia, diciendo: *Virum qui percusserit eum ditabit Rex divitiis magnis.* Al hombre que eso hiciere, el Rey soberano del cielo darle ha inestimables riquezas, no de oro y plata corruptibles, sino tesoros indeficientes, que ni se toman de orín, ni se comen de polilla, ni pueden ser robados de ladrones. *Gloria et divitiæ in domo ejus.* Tiene Dios en su casa infinitas riquezas para enriquecer á los suyos que por su amor fueron pobres ó en su pobreza fueron pacientes. *Et filiam suam dabit ei*: Y una hija que tiene muy querida, de hermosura y gracia nunca vista, aquella hermosa Raquel de tan lindos ojos, que pueden ver á Dios como él es, su gloria y bienaventuranza, dársela ha por mujer y esposa. Que en ese traje y forma de desposada dice San Juan que vio venir á la santa ciudad de Jerusalem la Iglesia triunfante. *A Deo paratam sicut sponsam ornatam viro suo*: «Vestida y ataviada por la mano de Dios, y aderezada y compuesta como esposa que va al tálamo, y la entregan á su esposo». Esta hija tan querida da el Señor al que como Jacob luchare fuertemente contra sus enemigos, y como fiel criado le sirviere con diligencia y trabajo. Y finalmente, *domum Patris ejus faciet absque tributo*: «La casa de su padre la libertará de tributo en Israel». La casa que el hombre hereda de su padre es su cuerpo, casa del alma, aunque terriza y de barro. *Qui habitant domus luteas qui terrenum habent fundamentum* (Job., 4). «Los hombres (dijo uno de los amigos de Job) moran en casas de barro; fundadas, no sobre peña viva, como los ángeles (que son unos castillos roqueros, inexpugnables, perpetuos), sino sobre tierra muelle, que fácilmente se desmorona». Esta casa del cuerpo es propia de nuestro Padre; él es el artífice y el albañil que la edificó á piedra lodo; que en el alma no dio pellada, solo Dios con su poder la cría. Pero esta casa de tierra que á cada uno le da su padre, ¡qué acensuada y atributada se la da! ¿Quién podrá declarar los corridos y pechos que el hombre paga de esta pobre casilla? Hambre, sed, cansancio, enfermedad, desnudez, corrupción, muerte, con otros mil cuentos de necesidades y miserias á que este corpezuelo está sujeto, que no se pueden contar. No hay casa de Rey, ni Príncipe, ni de villano que no pague estos tributos por el alquiler; sólo aquel que legítimamente peleare y triunfare de sus adversarios le franqueará el Señor su casa de todos estos tributos, dándole un cuerpo glorioso y libre de todas estas necesidades. Entonces (como dice el Apóstol) será el hombre libertado de la esclavonia y servidumbre de la corrupción á que ahora está sujeto: cuando le hagan del todo ilustre en la gloria y le den aquella ejecutoria que los hijos de Dios tienen en la bienaventuranza. Y en otra parte, *Scimus quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, qui ædificationem ex Dei habemus, domum non manufacta sed æternam in cælis:* «Ciertos estamos que en cayéndose esta casa terriza que tenemos de por vida, en viniéndose al suelo por la muerte, que Dios ha de ser el albañil que la ha de reedificar, no fundada en la tierra, sino en el cielo»; no corruptible y ruinosa, sino eterna y duradera; no ya hipotecada á la deuda de tantos tributos, sino libre y franca de todo pecho y necesidad. Esta es la promesa que se hace hoy al cristiano para animarlo á la batalla contra el demonio y á la penitencia; con esta esperanza se ha de sustentar. Y para más fortificarla se nos representa la historia del presente Evangelio, donde veremos una muestra de aquellas riquezas inestimables que en el cielo poseen los justos, y un retrato de la hija del Rey que se da por esposa á los victoriosos, y un modelo de una casa renovada y libre de estos pechos, que es el cuerpo de Cristo transfigurado, hermoso y resplandeciente; por cuya traza se han de reedificar y restaurar los nuestros, conforme á aquello del Apóstol: *Salvatorem expectamus, Dominum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritatis suæ* (Fil., 35). «Esperando estamos á nuestro libertador; con esta esperanza vivimos y trabajamos: que nuestro Salvador ha de librarnos de los pechos de esta vida, y ha de restaurar las ruinas de estas humildes chozuelas de nuestros cuerpos mortales, reedificándolas á

la traza de su cuerpo glorificado y resplandeciente; haciéndolas claras, sólidas, hermosas y libres de tributos y miserias, como lo está la casa de su cuerpo glorioso». Ved cuán á propósito se canta hoy este Evangelio para con la esperanza de tan soberano premio animarnos á la penitencia, á la contienda y al trabajo.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Assumpsit Jesus Petrum et Jacobum, etc. Había el Señor muy largo tratado con sus discípulos de su muerte y pasión, y dícholes juntamente que cualquiera que pretendiese ser su discípulo se negase á sí mismo, y tomando la cruz á cuestas le siguiese, prometiéndoles por esta secuela y mortificación galardón muy crecido en la gloria de su padre. Y porque no pareciese que libraba para muy lejos la paga, *post dies sex*: «después de seis días» que esta plática pasó, lleva á estos tres discípulos para que vean la muestra de la gloria que él ha de dar á los que llevaren en pos de él la cruz de la penitencia hasta la muerte. No dilata la prueba más que seis días, porque no son más los del trabajo de toda la semana; por los cuales se entiende el tiempo de nuestra vida, á la cual sucede el descanso de la otra. En seis días concluyó el Señor la obra de la creación y ornato del universo, y en el día séptimo cesó de más obrar. Por entonces alzó de obra, y hablando á nuestro modo, descansó y holgó el día de fiesta, después del ejercicio de la semana. Seis días se cogía el maná, y se hallaba en el campo, pero el séptimo no lo había. El siervo hebreo seis años había de servir, y al séptimo le daban carta de horro. Seis años se había de sembrar la tierra del israelita, al séptimo la dejaban holgar. Seis días le mandan á él que trabaje, pero el séptimo que descanse y huelgue. Ahora es, cristianos, tiempo de entre semana, tiempo de coger el maná de las buenas obras y merecimientos, si no queremos ayunar para siempre. Ahora es tiempo de servidumbre, de cautiverio y de trabajos; de sembrar esta tierra de nuestra carne, ararla y romperla con el arado de la cruz; escardar las malas yerbas de sus desordenados apetitos; labrarla y cultivarla, para que dé frutos de buenas obras, que tras éste viene el día de fiesta que no tendrá fin en la bienaventuranza. No os desmaye la prolijidad del ayuno; no os canse el peso de la cruz y de la penitencia; las tribulaciones, enfermedades, pobrezas no os derriben. Mirad que á lo más largo pueden durar seis días, y que al séptimo han de cesar. Menos es que seis días el tiempo de esta vida, comparado con aquél sábado y día festivo de toda la eternidad. Por lo cual se dice en el libro del Santo Job: *In sex tribulationibus liberabit te et in septima non tanget te malum.* «A sus escogidos y amigos libra el Señor con seis tribulaciones para que en la séptima no les toque mal alguno». Porque en esta presente vida, que por seis días es significada, con amor de Padre los castiga y corrige, y con trabajos y tentaciones los ejercita, para que en el día de la eterna retribución, libres y quitos de todo mal, se gocen y descansen; cuando el Señor limpiará sus ojos y enjugará sus lágrimas; cuando ya no habrá llanto ni gemido, acabado el dolor y el trabajo, y presente ya el eterno júbilo y regalo que para siempre ha de durar. ¡Dichosas tribulaciones que libran de las penas perdurables! ¡Dichosas lágrimas que paran en tanta alegría! ¡Dichosa cruz y penitencia, ayunos y mortificación de seis días de esta vida, pues á ellos sucede la gloria de la transfiguración!

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Después de seis días lleva á los tres discípulos más amados *in montem excelsum seorsum:* á un monte alto y apartado, porque tan particular regalo no convenía hacerse entre el estruendo del mundo. Dásenos en esto á entender cuál ha de ser la disposición que el siervo de Dios ha de tener en su corazón si quiere gozar de la suavidad del Señor, que es soledad; retirarse de trulla de negocios exteriores á lo íntimo del corazón y tratar consigo y con Dios. Esta es la soledad donde el Señor da á gustar su dulzura, como él promete por el Profeta: *Ecce ego lactabo eam et ducam in solitudinem et loquar ad cor ejus:* «Parad mientes, que yo quiero dar leche y criar á mis pechos al alma». ¿Qué palabra de mayor ternura y regalo se puede decir? Con razón nos advierte que reparemos en tan señalada merced: yo la criaré con la leche de mis divinas consideraciones, como la madre al hijo que mucho quiere. ¿Y dónde, Señor, la pensáis acariciar de esa suerte? Llevaréla á la soledad, al olvido del mundo, al monte alto de la contemplación. Y allí le hablaré al corazón. A los que andan enfrascados en negocios bascosos de mundo, habla Dios como de otero, como quien habla de lejos; mas á los contemplativos y solitarios, que suspiran con amores de la patria celestial, habla Dios tan de cerca, que está en sus almas y habla al corazón. Es frasis hebrea, que significa consolar, decir cosas alegres y amorosas. No se puede explicar la ternura de esta plática, ni los requiebros que en ella oye el religioso corazón. Piensan los mundanos que es cosa triste servir á Dios. En viendo uno recogido y enemigo de conversación, le tienen por melancólico y por un buho; presumen que solos ellos viven alegres, y la causa de

este engaño es porque no se les ha dado parte de este secreto, por su indignidad; tienen estragado el paladar del alma, hecho á los ajos y cebollas de Egipto, y así no gustan el maná de la divina consolación; pero el alma devota y recogida, que á ratos se desocupa de los embarazos del cuerpo para dar con su espíritu estrechos abrazos á Dios, dice con la Esposa: *Introduxit me Rex in cellaria sua.* Mirad qué favor tan grande me hizo el Rey; diome entrada en su recámara, en el más secreto retrete y aposento; llevóme á la torre del oro, donde tiene sus tesoros, á la botillería donde se guarda la provisión de su mesa. ¡Qué amor, y qué llaneza que la majestad real ande mostrando su casa y todas las piezas de ella á su criatura! Quien entra en tal botillería, gustará de sus regalos. Quien en tales tesoros, adornada saldrá de joyas y preseas. Quien llega á la recámara y tálamo, gozará de los abrazos. Para quien no tiene experiencia de lo que vamos hablando, es algarabía. ¿Hay aquí algún corazón limpio que me entienda? ¿Alguna alma que haya sido admitida á estos secretos, y gustado algunos tragos y primicias de aquella eterna felicidad? *Rara hora et parva mora,* dice San Bernardo: «Raras veces acontece, y si acontece, no se detiene». Son unos refrescos para ir adelante, unas gustaduras que engolosinan y animan á pasar alegremente por los trabajos, por llegar á beber del torrente de aquellos deleites. Y por eso dice luego: *Exultabimus et lætabimur in te, memores uberum tuorum super vinum.* «Daremos saltos de placer, alegrándonos en ti, esposo mío, acordándonos de tus pechos más sabrosos que el vino». Estos pechos son aquellas corrientes de las consolaciones espirituales que ofrece el Señor á sus hijos. *Ut suggatis et repleamini ab ubere consolationis ejus, ut mulgeatis et deliciis affluatis ab omnimoda gloria ejus* (Isai., 66): «Los pechos de mi bondad os descubro, para que maméis y os sobren los deleites, y quedéis satisfechos y llenos de sustento y consolación». Porque así como el niño de teta está colgado y asido de los pechos de su madre, porque allí halla abrigo, mantenimiento, regalo y quietud, así el alma devota tiene rematada toda su riqueza y consuelo en estos espirituales pechos. Los cuales dice ser más sabrosos que el vino; porque todo consuelo humano y recreación temporal (que es aquí significada por el vino) no se le puede comparar. Quien no se ha destetado de los pechos del mundo, antes halla acíbar en los de Dios, no entiende lo que dice la esposa. ¿Habrá algún rastro para barruntar eso? Sí. ¿Haos acontecido alguna vez confesaros bien? Si vais con el sentimiento debido á la confesión, vais temeroso, turbado, afligido, inquieto: que al fin punzan las espinas y aguijones del pecado; si acertáis (que no es pequeño acertamiento) encontrar un confesor que os desmaraña la conciencia y os examina, reprende y consuela, y os mueve á dolor de las culpas y firme propósito de la enmienda, y con esto os absuelve, ¡qué consolado volvéis á vuestra casa! Parece que sentís en el alma una paz y tranquilidad de conciencia, sin escrúpulos ni remordimientos; un regalo y descanso de haber sacudido la carga del pecado y el yugo del demonio, y haberos puesto bien con Dios. ¿Hay contento en el mundo que se iguale á ese? No por cierto, que todos son falsos y breves. Pues si en llegándoos á Dios (aun estando imperfecto) sentís algo de esta suavidad, ¿qué sería si, purgado el gusto y corregido el paladar del alma, entraseis con la esposa al secreto de sus dulzuras? Allí veríais cuán dichosas son las melancolías de los justos, cuán alegres sus lágrimas, pues tal entretenimiento tienen en esta vida y tal paga en la venidera. Verdad es que algunas veces quita el Señor estos pechos á los suyos, para que suspiren por ellos y los busquen con más cuidado; y también para que no pretendan eso como fin principal, sino aspiren á los gozos de la bienaventuranza en que está nuestro último fin. Hace Dios en esto con sus amigos, mientras están en este destierro, como un padre que tiene huéspedes trata á sus hijos: que delante de ellos los mira con severidad, no se allana con ellos, y cuando entra en casa, de sólo que los mire se encogen; pero en yéndose los extraños, y cerradas las puertas, los llama á sí, y gorjea con ellos, y los toma en sus brazos, y pone encima de sus rodillas, y aun les da de comer con su propia boca. De esta suerte, el Padre celestial á los justos en esta vida (donde hay malos y extraños) trátalos con aspereza. *Quis enim filius quem non corripit pater? Quod si extra disciplinam estis, cujus participes facti sunt omnes, ergo adulteri et non filii estis:* «¿Quién goza de título de Hijo de Dios, que no sienta también la corrección de su padre? Porque si no os alcanza algún ramalazo con la disciplina, señal es que no os tiene por hijos legítimos, sino por adulterinos». Lloran los hijos en su presencia, llámanle y calla á veces, y niégales el consuelo; pero esa sequedad no dura más de cuanto hay huéspedes. Tiempo vendrá que esté en su casa á puerta cerrada, y les dé bocados regalados de su misma boca y abrazos de paz eterna. Considerando esto David decía: *Lauda, Hierusalem, Dominum; lauda Deum tuum, Sion* (Salmo 147). Bien veo Señor, que los que por acá andamos con la pica en el hombro somos obligados á engrandeceros, porque de cuando en cuando no dejáis de darnos algún relieve de vuestra mesa: unas migajas y y gotas que se destilan de vuestra dulzura.

Pero vos, ciudad soberana de Jerusalem, debéis tener esto más á vuestro cargo, que gozáis á puerta cerrada de su trato y deleites. *Quoniam confortavit seras portarum tuarun, benedixit fillis tuis in te:* «Porque después de haber cerrado vuestras puertas con muy fuertes cerrojos y candados, consuela vuestros hijos como Padre amoroso»; allí se humana con ellos y los toma en sus brazos, y comen todos en un mismo plato, pues que participan de su misma gloria. *Ad ubera portabimini et super genua blandietur vobis* (Isai., 66): «Colgados de los pechos de Dios y tratados con suma caricia». ¡Dichosos ellos, y benditos los trabajos con que tanto bien han de alcanzar, pues porque el regalo que hace Dios á los suyos, así en esta vida como en la otra, es á solas y á puerta cerrada, por eso lleva el Señor á sus discípulos al apartado del monte, fuera del tráfago y huéspedes del mundo.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Y estando allí haciendo oración, como dice San Lucas, *transfiguratus est ante eos*. El alma de Cristo desde el instante de su concepción, como fue unida sustancialmente al Verbo Divino, así de esta unión resultó en ella plenitud de gracia y sabiduría, y tanta gloria como ahora tiene con la visión clara de Dios. Y si no hubiera de por medio algún impedimento, esta gloria, por natural redundancia, se había de derivar del alma al cuerpo. Porque de la suerte que en esta vida el alma comunica al cuerpo el sér, vida, movimiento, y los demás afectos: que si ella está triste, él está triste; si ella alegre, él alegre, así en la bienaventuranza le ha de comunicar su gloria y claridad, con que le haga resplandeciente y glorioso. Encerráis vos, dice San Agustín, una vela encendida en una linterna, y luego relumbran los viriles, no con su luz, sino con la de la vela que está dentro; así en el cielo los cuerpos bienaventurados resplandecerán como viriles con la claridad del alma que estará dentro de ellos. Y de esta manera debiera relumbrar el cuerpo del Salvador desde que fue concebido, pues tenía dentro de sí una alma llena de inmensa gloria y claridad; mas porque el Hijo de Dios se hizo hombre para redimir con su pasión y muerte á los hombres, y para esto era necesario tener cuerpo pasible y no glorioso, por eso se ordenó, con dispensación divina y singularísimo milagro, que la gloria de aquella alma beatísima estuviese represada y detenida en la parte superior, que es el entendimiento con que ve á Dios y la voluntad con que le ama, y no corriese de allí al apetito sensitivo ni al cuerpo; para que por esta vía pudiese padecer por nosotros tristezas y dolores, y al cabo muerte de cruz. Como se embebe el agua en la esponja, que parece estar seca, y si la exprimís sale mucha agua, y como en estas linternas de Flandes se esconde la lumbre con una hoja ó camiseta que se vuelve alrededor, y quitándola se parece la claridad, así dentro de la carne de Cristo estaba encerrada la lumbre de gloria y embebida el agua de vida eterna. Mas para hacer esta merced á su Iglesia y dar á sus hijos un trago de aquel abismo de deleites, que sin tasa han de beber, volvió un poco la hoja, exprimió la esponja y soltó la represa de gloria que estaba en su alma, dejándola derivar al cuerpo de paso, que fue con un milagro deshacer otro milagro. Como el hortelano suelta el estanque con que riega y fertiliza toda la huerta, y después le torna á tapar, así estaba el agua de gloria detenida en el estanque de la parte superior; mas hoy le dieron lugar á que corriese, y con el remanente aquel cuerpo sacratísimo quedó tan fresco, florido y hermoso, que *resplenduit facies ejus sicut sol, vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix*. No porque el rostro no relumbrase más que el sol, y las vestiduras no estuviesen más albas que la nieve; sino trae estas comparaciones el evangelista porque nosotros no conocemos cosa más refulgente que el sol, ni más blanca que la nieve; pero á la verdad, no hay comparación. Porque si de cada uno de los justos dice el Señor: *Fulgebunt justi sicut sol in regno Patris eorum* (Mat., 13), y éstos respecto de Cristo no son más que estrellas: pues si las estrellas serán soles, el mismo sol y fuente de luz, ¿qué será? Demás de esta claridad, pareció en el rostro del Señor (sin trocar su figura) un nuevo donaire, una gracia incomparable, una inefable hermosura; que si las lindezas de todas las criaturas, así de la tierra como del cielo, se juntaran en uno, no llegaran á sola esta belleza, ni deleitaran en tanto grado los ojos y ánimos de los que la miraban. En esta figura lo contempló David en espíritu, y de gozo sale de sí: *Domine Deus meus, magnificatus es vehementer.* «¡Oh, mi Dios, y que grandemente os habéis hermoseado!» ¡Quién pensara que debajo de esa pobre capa y de ese aspecto tan humilde estaba encubierta tan terrible majestad! Bien dicen que debajo del sayal hay al. *Confessionem et decorem induisti; amictus lumine sicut vestimento:* «Vestistes os de hermosura y confesión». Esto se puede explicar de dos maneras. Lo primero refiriendo la confesión á la oración que hizo Cristo antes de transfigurarse, que debió ser hacimiento de gracia al Padre eterno, dándonos en esto á entender que en la oración se han de transformar nuestras almas. Allí se vuelven de feas, hermosas; de tibias,

encendidas; de terrenas, celestiales. Como el espejo de acero limpio, opuesto á los rayos del sol, no sólo recibe su luz, mas aun echa de sí rayos de ella, semejantes al sol, transformado en él, así el alma santa, cuando contempla y ama á Dios en la oración, es iluminada con los rayos del divino resplandor que en sí recibe, y se transforma y transfiere á imitación de la divina naturaleza; queda endiosada, echando de sí rayos de luz; es una imagen de Dios. A este propósito declaran San Juan Crisóstomo y Teofilato aquel lugar del apóstol: *Nos, revelata facie, gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur a claritate in claritatem tanquam a Domini spiritu* (Cor., 3). «Nosotros, descubierto el rostro, especulamos la gloria de Dios». Moisés, para hablar con los hombres, poníase un velo delante los ojos, y para hablar con Dios se le quitaba; y de comunicar con Dios, que es luz, se le pegaba al rostro luz. Cuando tratáredes con el mundo y conversáredes con los hombres, los ojos se velan y el rostro se cubre; no hay esa viveza para ver á Dios; mas cuando os recogéis en vuestro retrete á solas á hablar con Dios, quítase el velo y hiéreos de lleno el rayo de la divina luz, y reverbera en vuestra alma. Y por eso dice: Nosotros, que miramos la hermosura de Dios sin velo, somos transfigurados en su imagen de claridad. De la claridad de él resulta en nosotros claridad, y ésta se aumentará cada día con el favor y virtud del Espíritu Santo. Porque él es el que inspira al alma que ore, y la enseña á orar, y obra en ella esta espiritual transformación. Pues porque ésta se hace en la oración, dice el Profeta: Vestístesos de oración y hermosura. Porque lo uno anda junto con lo otro. O de otra manera: Vestístesos de alabanza y hermosura. Porque la lindeza era tanta, que merecía ser predicada con eternas alabanzas. Cercado de luz, como de vestidura, vuestro rostro como el sol, las vestiduras vistosas como la nieve. *Extendens cœlum sicut pellem:* aquella gloria incomparable que en lo interior de vuestra alma teníades recogida, desde el instante de vuestra concepción, la descogistes como piel, haciendo que llegase al cuerpo. Como si una imagen perfectísima estuviese pintada en un pergamino, con ricas iluminaciones de oro y azul y otros vivos colores, y el pintor tuviese arrollado el pergamino, y por mucha honra le descogiese un poco y os mostrase los pies y lejos inferiores de la imagen, dejando cubierto el rostro; así vos, Señor mío, desdoblastes el cielo de vuestra gloria como pergamino, mostrando los pies de la imagen, que es la gloria del cuerpo. Y si éste es tan acabado y maravilloso, ¿qué será la parte superior? *Qui tegis aquis superiora ejus?* Con el abismo de vuestra divinidad cubrís, Señor, la porción superior de vuestra alma. Está cogido el pergamino y cubierto el rostro. Mas si por la muestra se conoce el paño y por el efecto la causa, ¡qué gloria será la de aquella alma beatísima! ¡Qué río de deleites! ¡Qué luz sobre toda luz! Mirad ahora lo que debemos á Cristo, que pudiendo toda su vida gozar de esta gloria, y tener este resplandor, él de su voluntad lo represó en el alma y privó de él á su cuerpo, para sólo poder sufrir por nosotros tristezas y penas, tormentos y muerte de cruz. Este amor encarece el Apóstol cuando dice: *Qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta.* «Que teniendo en su mano la gloria y gozo de su alma, y pudiéndola comunicar al cuerpo, la suspendió y detuvo por nuestro amor; escogiendo antes morir en una cruz con suma ignominia, porque esto importaba para nuestro remedio». Mirad qué dejó y mirad qué tomó. Deja suma gloria y escoge sumo dolor y afrenta. ¿Quién oyendo esto no se enamora de tal amador? ¿Quién no castiga su carne y la priva de sus regalos y pasatiempos por amor de Cristo, pues él por el nuestro privó la suya de tanta gloria? ¿Quién no aborrece sumamente el pecado, que con tanta costa de la humanidad de Cristo se hubo de reparar? Aprendamos de aquí á perder algo de nuestro derecho. Si os pidiere la carne paseos, salidas, conversaciones, negadle eso. David sediento se quita de la boca el jarro de agua que apetecía y lo sacrifica al Señor. Quitaos vos el bocado que mejor os sabe y dádselo á Cristo en el pobre. Procurad padecer algo por él, en retorno de tan gran merced.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Al tiempo, pues, que el Rey de gloria hizo esta ostentación de su grandeza, *ecce apparuerunt illi Moyses et Elias cum eo loquentes:* «Súbitamente aparecieron allí aquellos dos criados viejos de la casa de Dios, Moisés y Elías, haciendo estado á la persona de su Señor y entreteniéndole en buena conversación». Los cuales, como dice San Lucas, vinieron con grande majestad, adornados de grande resplandor, cual convenía para tal fiesta. Porque así como delante del rey Asuero no era lícito á ninguno parecer vestido de sayal, así no convenía que en presencia del Rey eterno pareciesen sus criados sino con ropas de brocado de maravillosa claridad. Eran estos dos padres de los más insignes del Viejo Testamento: Moisés, el dador de la ley; Elías, celoso defensor de ella. Estos dos varones tan preciados vienen á dar testimonio de la divinidad de Cristo, para desmentir á los judíos, y que se entienda que no es quebranta-

dor de la ley, pues Moisés, que la promulgó, le reconoce; ni en llamarse Hijo de Dios hurta el honor divino, pues Elías, gran celador de la honra de Dios, le adora, y ambos le declaran por Señor de la ley y de los Profetas. Pero veamos qué hablaban estos dos Profetas excelentes con el Señor; porque bien se deja entender que sus pláticas no habían de ser ajenas de la solemnidad de la fiesta y de la majestad de las personas. El regocijo de la fiesta pedía que lo que se tratase fuese cosa alegre y placentera, porque así se usa en los banquetes y fiestas de los príncipes: buscar conversaciones alegres que entretengan. Y si alguno tañe y canta con la arpa y discante, no escoge endechas y lamentaciones, sino letras y tonadas gustosas que alegren el corazón y deleiten el oído. La calidad de las personas pedía que fuese negocio de mucha importancia; porque todo lo mejor del Viejo y Nuevo Testamento, y de los cielos y tierra, se halló aquí presente. Del Viejo Testamento vinieron los padres de los Profetas; del Nuevo, los príncipes de los Apóstoles. Del cielo vino toda la Santísima Trinidad; del suelo, la humanidad de Cristo. Veamos si las palabras responden á la dignidad de tan grandes cosas. San Mateo nos dice de qué hablaban. ¡Oh eco dichoso, que en aquel monte cavernoso oiste y resonaste tan suaves coloquios! ¡Oh vientos ligeros! ¿por qué no trajistes hasta acá las santas palabras? Pero oigamos á San Lucas, en cuyas orejas hirió el silbo y blando céfiro del Espíritu Santo. *Dicebant excessum ejus quem completurus erat in Hierusalem.* Esto es: Hablaban de la prisión, de las bofetadas, salivas, afrentas, azotes, espinas, clavos, cruz, pasión, muerte, sepultura, que había de padecer en Jerusalem. ¿Es posible? ¿Estas son las pláticas de importancia? ¿Este es el entretenimiento de tan gran Príncipe? ¿Materia es esta para tomarla en la boca en tiempo de tanta alegría? Sí, cristianos. Porque no se ha pescar esto por el juicio de Pedro, que sólo gusta de las cosas terrenas, sino por el de Cristo, que desprecia esas y estima las celestiales, en cuya estimación no hay cosa más alta ni más ilustre que padecer injurias y penas por la gloria de su Padre. Lo cual es en tanto grado verdad, que si en aquellos bienaventurados espíritus que están gozando de Dios pudiera caer alguna envidia de los pobres mortales, de esto sólo nos la tuvieran: que estamos en estado de poder sufrir trabajos por Dios, por cuyo amor quisieran ellos padecer cada día mil muertes, si les fuera posible. Finalmente, Dios, Supremo Juez del mundo, para haber de librar al hombre del cautiverio del demonio, hizo concierto con nuestro Redentor que en precio de nuestro rescate le ofreciese una muerte crudelísima, llena de todo género de afrenta y confusión: la cual ofrenda y sacrificio le fue tan agradable, que por ella (cuanto es de su parte) perdonó los pecados de todos los siglos y abrió á los redimidos las puertas del cielo y los restituyó en la gracia y dignidad perdida. Porque más le agradó esta muerte y obediencia de su Hijo que le desagradaron los pecados de todos los hombres; y más le inclinó este solo sacrificio á misericordia, que le provocaron todas nuestras maldades á indignación y justicia. Veis aquí cómo la plática fue conforme á la dignidad de la fiesta. Pues no fue menos alegre que importante, porque verdadera es aquella sentencia del filósofo: que ninguna cosa puede ser más apacible al que desea mucho una cosa que hablar y tratar de ella. Y siendo esto así, ¿qué cosa más alegre para el cautivo que tratar de su libertad? ¿Qué cosa más agradable al desterrado que hablar en la vuelta de su patria? Moisés y Elías estaban muchos años había desterrados de la patria celestial. ¿Qué plática pudo ser para ellos más de gusto, que tratar de la muerte de aquel gran Sacerdote, por la cual se alzaba este destierro á los desterrados y concedía la vuelta á su propia tierra? Pues al Señor, ¿qué materia le caería más en gracia que tratar de la salvación del mundo, que él tanto deseaba? Cada cual huelga tratar de su oficio: el soldado, de guerra; el mercader, de granjería; el letrado, de letras. Pues siendo el oficio de Cristo salvar pecadores, y para eso vino al mundo: *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere* (Tim., 2), ¿qué cosa le venía más á cuento que tratar de su muerte, que era la salud y rescate de los pecadores? ¡Oh amor excesivo! ¡Oh caridad sin tacha! ¡Misericordia (si se puede decir) demasiada! ¡Que arda tanto en tu pecho, Dios mío, el amor del hombre, que en el día de tu gloria y alegría, en esta pascua que hiciste á tu cuerpo sagrado, no hubiese para ti mejor ni más agradable conversación que tratar de tus dolores y tormentos, porque en ellos se había de obrar nuestra salud! ¿Qué tigre de Hircania con tal bondad no se amansa? ¿Qué dragón con tal caridad no se enternece? ¿Quién no desea morir mil veces por su Redentor? ¿Quién sentirá de hoy más sus trabajos y no repartirá liberalmente sus bienes, y no gustará de la penitencia y mortificaciones por complacer á quien le dio su sangre y vida, y padeció por su remedio la muerte?

CONSIDERACIÓN QUINTA

Veis aquí cuán á propósito viene lo que se trata con fiesta. Pero también habemos de aprender de esta plática á juntar la gloria de la transfiguración con los trabajos de la cruz;

porque con esta liga se confirma la fe, inflama la caridad y se anima la esperanza. Estas dos obras tan señaladas hizo el Señor en dos montes: la Transfiguración en Tabor, la Pasión en el Calvario. Pues estos dos montes habemos de juntar en nuestra consideración, como los juntaba David: *Thabor et Hermon in nomine tuo exultabunt, tuuum brachium cum potentia* (Salmo 88). Por Hermón, que es un monte pequeño de la tierra de Jordán, se significa el monte Calvario, chico en la grandeza y grande en los misterios. Estos dos montes esclarecidos fueron ilustrados con la presencia del Señor: en Tabor mostró su gloria; en Hermón, la potencia de su brazo; pues con la flaqueza de nuestra carne venció el poderío del demonio. En estos montes ha de andar las estaciones el alma cristiana. *Transmigra in montem sicut passer* (Salmo 10): «Con vuelo ligero te pasa del uno al otro». Lo primero, para confirmación de la fe; porque al mismo que vieres en el Calvario crucificado y abatido, verás en Tabor transfigurado y glorioso. El que en el Calvario está colgado entre dos ladrones, en Tabor resplandece entre los Príncipes de los Profetas. El que en el Calvario tiene el rostro desfigurado con sangre y saliva, y amarillo con la figura de la muerte, en Tabor tiene el mismo rostro más claro que el sol de medio día y más hermoso que todo lo criado. El que en el Calvario es despojado de sus vestiduras, y echan sobre ellas suertes los sayones, en Tabor las tiene llenas de luz y más blancas que la nieve. Y el que en el Calvario es blasfemado de los perversos judíos, y llamado por escarnio Hijo de Dios, en Tabor es por el Padre Eterno reconocido, y con voz de grande autoridad, por Hijo querido publicado. Veis aquí cómo se confirma la fe. Pues para avivar la caridad, íos á ese monte Calvario, y mirad lo que padece allí la inocencia por la malicia, Dios por el hombre. *Majorem hac dilectionem nemo habet quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis:* «Lo sumo donde puede llegar la caridad del hombre es á dar la vida por sus amigos». Pero excedió en eso el amor de Cristo: *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus Christus pro nobis mortuus est* (Rom., 5). Puso el amor de Dios la última raya; tiró la barra cuanto pudo, que fue á dar la vida por los que eran sus enemigos. ¡A quién no obliga este amor, siquiera á hacerse de enemigo amigo y volver el odio en amistad! Pues para esforzar la esperanza, pasad á ese monte, al Tabor, y mirad la grandeza de la gloria que está aparejada á los buenos. ¡Qué dulzura es aquella, que sola una gota que bebió San Pedro le saca de sí y dice: *Domine, bonum est nos hic esse!* No le pareció había más que desear. ¿Qué hiciera si á boca llena bebiera del torrente de los deleites? Aun no había visto más de dos escogidos en hábito real, y no glorificado, y con todo no quiere más compañía; ¿qué hiciera si viera á los millares de millares de ángeles y diez veces cien mil millares, que asisten en el acatamiento de Dios? En este monte no había oído tratar sino de pasión, azotes, clavos y cruz; ¿qué sintiera si oyera aquellas aclamaciones y júbilos que San Juan refiere en sus revelaciones? *Benedictio et claritas et sapientia et gratiarum actio, honor et virtus et fortitudo Deo nostro in sæcula sæculorum. Amen:* «Honra, virtud y fortaleza se dé á nuestro Dios, en los siglos de los siglos». El rostro glorioso del Señor vióle Pedro en un monte terreno, que producía espinas y abrojos; no había visto aquel monte fértil y grueso donde el Señor tuvo por bien de escoger su morada: *Mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo* (Ap., 22). No aquellas sillas riquísimas, y palacios magníficos y suntuosos. No aquel río de gloria transparente como el cristal. No el árbol de la vida, plantado junto á sus corrientes, que todos los meses del año lleva saludable fruto. No aquella ciudad nobilísima que es toda de oro puro, finísimo, transparente como el vidrio. No su resplandeciente lámpara, que es el cordero de Dios. No sus doce puertas hechas cada una de una piedra preciosísima. Pues el que en monte de tierra y en carne mortal así fue enajenado con las primicias de la bienaventuranza, que ni sabe lo que dice ni desea más felicidad, ¿qué hiciera si para siempre pudiera ver y gozar de todos estos bienes? Bien puede decir con David: *Quia melior est dies una in atriis tuis super millia. Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum* (Salmo 83): «Porque es mejor un rato, Señor, en el zaguán de vuestra casa, que los días más prósperos que alcanzan los mundanos. Yo escogí y tengo por mejor ser despreciado en la casa de Dios. Más quiero estar á los pies de Cristo y de sus siervos Moisés y Elías, ellos en tres tabernáculos y yo sin él, que no morar en los tabernáculos de los pecadores». De esta suerte enamora la vista de la dama que se nos promete por esposa. Esforcémonos á pelear para ganarla, llevando en pos de Cristo la cruz de la penitencia hasta el monte Calvario, porque merezcamos ser transfigurados en el Tabor de la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

LUNES DESPUES DEL DOMINGO

SEGUNDO DE CUARESMA

Ego vado et quæretis me et in peccato vestro moriemini.

(JUAN, 8).

El santo Evangelio contiene una triste despedida con que Cristo nuestro bien, médico del cielo, se parte de los escribas y fariseos, dejándolos por incurables, después de haber hecho todas sus diligencias. Yo (dice) me voy; y vosotros me buscaréis en vano, pues no podéis ir á donde yo voy, y así moriréis en vuestro pecado. Ellos como frenéticos empiezan á decir desvarios: ¿Ha de ser homicida de sí mismo, que dice no le podemos seguir á donde va? Respóndeles: Vosotros sois hijos de la tierra y no levantáis dos dedos de ella el entendimiento, ni los deseos; yo soy del cielo, y para allá camino, y así es llano que no me encontraréis, y por eso os desahucio y digo que moriréis en vuestro pecado de incredulidad; porque sin fe de quien yo soy, nadie puede conseguir la vida eterna. Mas porque el médico cuando se despide, por sí ó por no, deja recetados algunos remedios, aunque sepa que no han de aprovechar, así lo hace el Señor con esta gente amodorrida, que preguntándole á tiento quién es, se lo dice claro: Soy principio, que es ser Dios. Y soy hombre, pues os hablo. Y soy juez que os ha de juzgar. Y soy el Maestro enviado de mi Padre para que os enseñe. Todo lo cual se parecerá claramente cuando me ensalzáredes en la cruz; que entonces seré conocido por Hijo de Dios, obediente á sus mandamientos. Esta es la letra. Pidamos la gracia. Ave.

INTRODUCCIÓN

David, consuelo de pecadores y ejemplo de penitentes, contemplando el peso y gravedad de la culpa, y cuán debida le es al pie de la obra la pena, por ser ofensiva de la divina majestad, viendo tan bien extendida esta miseria por los hombres en general, que todos somos delincuentes y deudores, obligados al castigo, vuélvese á implorar la clemencia de Dios pidiendo suelta y remisión en el salmo 129, que es uno de sus penitenciales. *Si iniquitates observaveris Domine, Domine, quis sustinebit?* (Salmo 129): «Señor, si para castigarnos tenéis ojo á nuestros males y los tomáis por regla para en derecho de ellos echar la línea de vuestra sentencia, ¿quién bastará á sufriros?» Si fuésedes tan puntual y ejecutivo que, en haciéndola el pecador, luego sin dilación la pagase, no quedaría lanza enhiesta ni hombre escaparía con la vida. *Si iniquitates observareris, Domine:* «Si espías las maldades». No dice si las mirareis; porque clara cosa es que, aunque no las castiga; luego bien las ve con aquellos ojos más columbradores y penetrantes que los del sol, y como lince acutísimo ve al desnudo todos los rincones del alma, sin que nada se le esconda. *Omnia nuda et aperta sunt oculis ejus*: «Todas las cosas tiene por presentes en su eternidad»; y por ser su conocimiento todo junto y eterno, así ve lo pasado y futuro como lo presente; sino dice: Si las espiáredes. *Observare* es mirar con dañada intención, como mira el lobo á la oveja, el gato al ratón, el milano al pollo, la justicia al retraído, para en saliendo fuera de sagrado asirle. Los fariseos á Cristo, *ipsi observabant eum* (Luc., 14), andábanle mirando á las manos para calumniarle. ¡El pecador al justo! *Considerat peccator justum et quærit mortificare eum* (Salmo 36): «El malo anda amaitinando, poniendo asechanzas al bueno con ánimo de matarle. Pues si de esta suerte se pusiera Dios en celada, y anduviera ojo alerta y con cuidado para comprehendernos en nuestros delitos, todos fuéramos perdidos y nadie se sal-

vara, porque ya por lo menos á todos nos había cogido en el lazo del pecado original, donde todos caímos, lo cual, como dice San Agustín y otros que le han seguido, fue causa bastante de parte nuestra para la reprobación de los malos. Si Dios espiara á David, bien pudiera cogerle con el hurto del adulterio y homicidio en las manos; si amaitinara á Pedro, en el lazo le tenía la noche de su negación, y si entonces le prendiera la muerte, estuviera como Judas ardiendo en el infierno. ¿Qué fuera de San Pablo, que fue antes de apóstol blasfemo y perseguidor de la Iglesia? ¿Dónde estuviera la llorosa y penitente Magdalena? ¿Qué fuera del glorioso Agustino si le llevara Dios cuando perseguía á la Iglesia con los argumentos y cavilos de su infidelidad? Bien, luego, dice David, que si Dios espiare las maldades, todos perecerán. Pero como Dios se precia más de misericordioso que de justiciero, y muestra que á las obras de misericordia viene por su voluntad y gusto y á las de justicia forzado; *peregrinum est opus ejus ab eo* (Cant., 28), que las llama extrañas y ajenas de su codicia. Porque ¿qué cosa más ajena del autor de la vida que dar la muerte? ¿Ni qué cosa más peregrina de la gloria que causar pena y dar castigo? Por eso, aunque estas dos cosas, culpa y pena, son de su misma naturaleza vecinas y como hermanas de un vientre, y atento al rigor de la divina justicia, habían de andar eslabonadas, combinadas y apareadas, de modo que al pie de la culpa estuviera la horca de la pena; pero la inefable bondad de Dios las deshermanó y apartó; puso entre ellas dilación y tardanza, consagrando á su benignidad este espacio que hay del pecado al castigo, para que en él su misericordia previniese al hombre, ó con esperanza de premios, ó con amenazas del castigo, y así tuviese lugar repararse y volver sobre sí. Esta fuerza tiene aquel *moram autem faciente sponso* (Mat., 25). De razón no la había de haber; pero él hizo tiempo y se detuvo de propósito, para dar lugar á las doncellas descuidadas que salían á recibirle sin bastante provisión para sus lámparas. Mas porque de esta tardanza que el Señor hace, esperando al pecador que se convierta, suelen algunos tomar ocasión de empeorarse, como lo da á entender Cristo en aquella parábola de los criados que esperaban á su señor: *Si dixerit malus servus ille in corde suo: moram facit Dominus meus venire, et cœperit percutere conservos suos; manducet autem et ibat cum ebriosis* (Mat., 24): «Si el mal siervo hiciere su cuenta: Mucho se tarda mi Señor en venir, bien puedo andar á mis anchas, y con esta libertad comenzare á maltratar á sus compañeros y se diere á hacer banquetes y calabriadas, brindándose con otros bebedores», *veniet Dominus servi illius in die qua non sperat et hora qua ignorat*, y castigarle ha con muerte eterna, donde hay llanto y crujir de dientes. De manera que á quien usa mal de las esperas de Dios le guarda y nota las maldades, y le espía y arma celada para saltearle de improviso en el día y hora que menos lo pensare, y darle el merecido castigo; el cual será tanto más grave cuanto más se hubiere detenido. Peca Adán comiendo de la fruta vedada al medio día; no vino luego Dios á penarle; tiempo le dio para que se pudiese arrepentir; allá vino á la tarde con el frescor de la marea, y no corriendo, sino paseándose y dando voces: *Cum audisset vocem Domini deambulantis in paradiso* (Gen., 37). Venía haciendo ruido con los pies, y gritando con la boca, porque venía á ojear la caza, y no á matarla, como lo hace la guarda del monte que espanta la caza; pero cuando él quiere cazar, callando y vestido de verde la espera á que se pose, para atravesarle con jara el corazón. Y como cuando un juez quiere prender á uno disfrázase, y disimula, y esconde la vara, espíale y va por la puerta falsa; pero si es amigo descubre la vara y va con estruendo de gente, porque no quiere prender sino avisar; así Dios, que no quiere prender ni matar, *nolo mortem impii, sed ut convertetur impius a via sua et vivat*, primero le hizo señas á Adán, para que se pusiese en cobro en el sagrado de su misericordia; pero como no lo hizo, antes se puso en hacer resistencia á la justicia, negando su culpa, y echándosela á su mujer, y tácitamente á Dios, que se la dio por compañera, al fin le condenó en perdimiento de bienes y en destierro del paraíso, haciéndole villano y pechero y destripaterrones á él y á todos sus descendientes. Ni más ni menos cuando prevaleció la carnalidad en el mundo; antes que los castigase, mostró á los hombres la vara de su justicia con la predicación de Noé justo, que en todos cien años que duró fabricar el arca no cesó de predicarles el diluvio que se les aparejaba; y así le llama San Pedro: *Octavum Noe justitiæ præconem custodivit, diluvium mundo impiorum inducens* (Pet., 2); «pregonero de la justicia divina. Ellos, no haciendo caso de este aviso, comían y bebían y holgábanse. Envía Dios el castigo de repente, porque les había dado de término ciento veinte años, y como no se enmendaban, vino á los ciento y quitóles los veinte; y así los cogió descuidados. También avisó á los sodomitas, primero con la vida y ejemplo del santo Loth, después hiriendo á algunos con cegueras. Visto que no aprovechaba, abrasólos con fuego del cielo. A Faraón, ¿qué de veces le perdonó? ¿Qué de plazos le otorgaba? El cada dia más empedernido, hasta que le vino á anegar en el mar con todo su ejército. Este es el suceso de

todo el Evangelio de hoy. El pecado de los fariseos y escribas era gravísimo, no queriendo creer ni recibir á Cristo por Mesías, viendo en él claras las señales. Bien merecida tenían la muerte del cuerpo y del alma; mas el Señor guarda su estilo de apartar la pena del delito: y en estas esperas y largas que les concede, les avisa y amenaza terriblemente diciéndoles que se va y los deja y que han de morir en su pecado si no creen en él. Y porque no creyeron, al fin los desamparó y murieron en su pecado.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ego vado. Esta palabra, lo primero, es de ira y saña implacable, porque ausentarse Dios de una alma, es el mayor mal que le puede venir, y así no lo hace sin gran causa. Porque si confiesa de su condición amorosa: *Delitiæ meæ esse cum filiis hominum* (Prov., 8): «Mis solaces y pasatiempos, mis entretenimientos apacibles, mis ratos de placer, son estar con los hijos de los hombres», claro está que el dejarlos y retirarse de su conversación debe ser por haberle ellos disgustado ó injuriado gravemente. Pero mirad cómo en medio de su ira se acuerda de su misericordia, pues primero que se vaya se lo dice: *Ego vado*... Si de hecho quisiera irse, callara, anocheciera y no amaneciera. El santo José, dichoso esposo de la Virgen, ignorando el misterio de su preñez, *voluit occulte dimittere eam* (Mat., 1), sin decirle nada; porque no quería ser rogado, ni habitar con mujer al parecer desleal. Mas Cristo dice que se va al descubierto, porque no se quiere ir, sino que le tiren de la capa y le rueguen que se quede. Esa es su misericordia. Y si no le tienen, vase; y este es severísimo castigo de su justicia: *Sed et væ eis cum recessero ab eis.* Con mil plagas amenaza Dios á su pueblo: que les había de enviar por sus pecados esterilidad, hambre, destierro; que serían llevados en cautividad á tierras extrañas; sus ciudades asoladas, sus casas yermas, sus hijos pasados á cuchillo; y como si todo esto fuera poco, echa el sello diciendo: *Sed et væ eis cum recessero ab eis.* Cuando el mal es remiso, el gemido es entre dientes; pero cuando es dolor intenso, gritos que hundís la casa. A las pérdidas temporales, que son poco mal, gemido entre dientes; pero al irse Dios, gemido que rasgue las entrañas. Este es el mal grande, que los demás en su comparación son nada. Con Dios el infierno sería cielo, y sin Dios el cielo se volviera infierno. El mayor encarecimiento que halló San Pablo para intimar la desventura en que los gentiles estaban antes de ser convertidos á la fe fue: *Eratis sine Christo et sine Deo in hoc mundo* (Efe., 2). ¿En el mundo, y sin Cristo y sin Dios? Mirad con quien y sin quién. En el mundo, valle de lágrimas, tierra de penas, mar de peligros, región de tinieblas y de muerte; y sin el consuelo, sin el esfuerzo, sin el amparo, sin la luz y la vida de Cristo. ¡Suma miseria!

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Ponderemos esto más. Imaginad una doncella noble, discreta y de buen parecer, mas pobre y extranjera. Aficiónase á ella un hombre rico y cásase con ella; dale dote y arras de mucho valor, joyas, galas, vestidos costosos; pónele casa, dueñas, doncellas que la sirvan, escuderos que la acompañen, coches en que se pasee; y la regala, y la adora, que no fue mujer de tan buena ventura como ella. Entra el diablo de por medio, y por alguna ocasión de celos (que son la hiel y acíbar de los gustos del matrimonio), ó porque la señora, con la mudanza de estado, mudó también la condición y se ha hecho un grifo y una víbora brava, rijosa, sacudida, desgraciada, que en nada quiere complacer ni contentar á su marido, acuerda de dejarla y irse por ese mundo, y quítale las joyas, los vestidos, el menaje y muebles de casa, y hácelo todo dinero, y ojos que le vieron ir no le verán más. ¿Cuál quedará esta mujer, pobre, sola, desconsolada, en tierra ajena, sin pariente, sin conocido? El año caro, su cara á la pared; sin remedio ninguno debajo del cielo, que todo le faltó el día que se le fue su marido. ¡Oh si por aquí entendiésemos los daños que hace el pecado al alma, en apartarla de Dios, y la gravedad de este castigo! *Ego vado.* El alma es la doncella de buena casta, pues es de casta de Dios: *Ipsius enim et genus sumus*, capaz de gozar de él, tan hermosa que es retrato suyo; tan discreta, que le puede entender y amar. Es pobre de bienes sobrenaturales y está *in hoc mundo* (Juan, 3), tierra ajena; porque su patria es el cielo, para donde fue criada. Viene Cristo, Dios hombre, y aficiónasele grandemente, cásase con ella por amores. *Qui habet sponsam, sponsus est.* Cristo es el esposo de nuestras almas, que sólo pudo sustentar las cargas del matrimonio. Toma sobre sí nuestros males, y dionos sus bienes, ¿qué riquezas, qué abundancia entra por casa del alma el día que en el bautismo se celebra este desposorio? Dótala en la gracia, que es prenda segura de la vida eterna. Dale en arras su sangre, sus merecimientos infinitos: zarcillos de fe, collar de esperanza, ropa y saya grande de caridad, que cubre la muchedumbre de los pecados; otras mil galas y dijes de los dones y gracias del Espíritu Santo. Dueñas, criadas de las otras virtudes, prudencia, justicia, fortaleza, templanza. Los escuderos, los ángeles que la sirven y acompañan, y

de sus manos hacen literas, sillas, en que la traen en palmas. Y finalmente, querida de Cristo, regalada, sustentada con su propia carne. ¡Oh qué gran casamiento, más durable que el otro! El de acá dura por toda la vida; el de Cristo por toda la eternidad. Sólo el pecado le disuelve y hace divorcio entre los dos. Entra de lado Satanás, paséale la calle al alma, róndale la puerta. Comienza el alma á hacer ventana, admite las ocasiones, da oídos á las tercerías de la carne, déjase vencer con dádivas de los bienes sensibles, recibe recaudos y billetes de malas sugestiones, pierde el respeto á su esposo, el amor, el temor, la obediencia; finalmente, hácele traición consintiendo en pecado mortal. El, ardiendo en ira y en celos, la descompone y despoja de los bienes gratuitos, de su gracia, del derecho á la vida eterna, de sus méritos, de todas las virtudes, excepto la fe y la esperanza, que quedan muertas en señal del matrimonio pasado; de todas las joyas y riquezas, y con todo su tesoro se sale por la puerta á fuera. *Ego vado.* Quedad á la mala ventura. ¡Cuál queda la triste alma desamparada, desfavorecida, pobre, hambrienta, sola, deshonrada y en tierra ajena, esto es: *Sine Christo, sine Deo in hoc mundo!* Con este castigo tenía mucho antes amenazados á los judíos incrédulos. *¿Quis est hic liber repudii matris vestræ quo dimisi eam? Ecce enim in iniquitatibus vestris venditi estis et in sceleribus vestris dimissi matrem vestram.* ¿Qué? ¿os espantáis que siendo mi esposa la Sinagoga la haya repudiado? ¿Y que habiéndole hecho antiguamente tantas caricias y favores al cabo me haya descasado de ella? Sus maldades han sido la causa; sus adulterios, sus idolatrías. Hoy se cumplió á la letra esto, cuando se despide Cristo de la Sinagoga. *Ego vado.* Pero aun no está bien encarecida esta despedida. Porque aquella mujer dejada de su marido, y caída de su estado, podía trabajar de sus manos para sustentarse ó entrar á servir á otra. ¡Miserable trueque de fortuna! Pasar de señora á sierva, del palacio á la cocina, como le aconteció á la reina Vasti, cuando por ser recia de condición y amiga de su voluntad fue descasada del rey Asuero, y depuesta del real trono y corona; y en un día se vio por la mañana la mayor señora del mundo, y á la tarde dueña de honor ó una pobre moza de servicio. Y la que no supo obedecer á su marido, aprendería de allí adelante á servir. Pero el alma sin Dios, aun no queda con esta facultad de valerse por su pico: *Sicut ablactatus est super matre sua ita retributio in anima mea* (Salmo 26). ¡Qué galana comparación del real Profeta! «Señor, cuando mi alma se descomide contra vos, castigáisla con destetarla sin tiempo». ¿Qué remedio tiene un niño de tres ó cuatro días nacido, que le despegan de los pechos de la madre y le arrojan en un monte á que se le coman las fieras? Tal queda un alma sin Dios; tan impotente para hacer una obra buena digna del cielo; tan imposibilitada para salir por sus fuerzas de aquel mal estado, tan flaca para resistir á las tentaciones: *sine me nihil potestis facere* (Dan., 6). «Sin mí, destetados de los pechos de mi gracia, nada que sea de provecho para el cielo podéis hacer». ¿Qué es la causa que los pecadores son tan ligeramente vencidos de muy livianas ocasiones? Del aire que pasa se encolerizan; en alzando los ojos á mirar la mujer, la codician; no ha llamado á su puerta el mal pensamiento cuando está consentido; ¿de dónde tanta flaqueza? Qué son niños desamparados de su madre, expuestos á ser pasto de las fieras infernales. ¿Qué animado se halla Caín en pecando? *Ecce ejicis me hodie a facie terra, omnis igitur qui invenerit me occidet me*: «Señor, arrojado, expulso de vos, y sacudido, ¿qué será de mí? Cualquiera que me hallare me matará». Un hombrazo robusto que dio la muerte á su hermano, ¿quién le alebrestó? Como el encartado que se ha dado pregón que cualquiera que le halle le mate y sea su verdugo no osa parecer entre gentes, así el malvado Caín tiembla de todas las criaturas: *Omnis igitur qui invenerit me, occidet me.* Una hormiga, un mosquito me matará. Ved si hay niño más sin fuerzas. Pero aun todavía es poco esto. Porque un niño expuesto, queda sano como su madre le dejó, y muchos de éstos han escapado y venido á ser reyes. A Semíramis criaron las aves; á Hierón Siracusano, las abejas, poniéndole miel en la boca; á Habis, rey de los tartesios, una cierva le dio leche; mas un alma dejada de Dios queda destruída y no puede escapar. Un gusanito que entra en una manzana ó camuesa ¿cuál la para? Quítale el color, el sabor, el olor; contamínala de dentro; vais á oler, no huele; vais á comer, está podrida. ¿Un pecado cuando entra en el hombre, cuál le pone? Que ni tiene gusto, ni le sabe cosa bien á él de Dios ni á Dios de él. Por eso, en la Escritura el pecado se llama muerte. *Si enim hoc egero, mors mihi est*, dijo Susana. Y el Sabio: *Homo per malitiam occidit animam suam.* Y San Juan en su Apocalipsis: *Nomen habes quod vivas et mortuus es.* Qué tal queda un cuerpo sin alma, tal queda el alma sin Dios. *Ipse est enim est vita tua.* El da vida sobrenatural al alma, como el alma la natural al cuerpo. ¿Qué es la causa por qué siendo el hombre el más hermoso de todos los animales estando vivo, es el más feo, abominable y más espantoso después de muerto? Vais camino por un monte, y veis un tronco de un hombre arrancada la cabeza y cortados por los codos los brazos, hinchado, redondo como una

bola, el cuerpo medio podrido, empezar á hervir en gusanos, y manchada la tierra en derredor de sangre podrida y de la grasa; y acullá la cabeza medio roída de perros, picados los ojos de cuervos, sacada tanta lengua negra, amoratada, cárdena, bullendo ya cercas por los ojos y orejas, las narices carcomidas: daos horror que os eriza el cabello, y tan grande asco, que cerráis los ojos y os tapáis las narices, y picáis á la mula por pasar presto. Vais adelante, encontráis con un rocín muerto, medio comido de milanos y urracas, y no os causa esa grima ni alteración. ¿Qué lo hace? La nobleza del alma racional, que así como su presencia es causa de mayor hermosura, así su ausencia induce mayor fealdad. Pues si tanta falta hace una criatura á otra, el alma al cuerpo, ¿qué hará faltarle al alma su Dios? Así como su presencia causa en ella, mediante la gracia, una hermosura sobrenatural y divina, participada de la misma naturaleza divina, *ut divinæ simus consortes naturæ*, una beldad en cierta manera infinita, porque reverbera Dios en ella como en un espejo el sol, así por el mismo caso que se va Dios y queda el alma despojada de su gracia, de aquella nobilísima forma, pasa de un extremo á otro: de suma hermosura á suma fealdad, *Et egressus est a filia Sion omnis decor ejus* (Thes., 1): saliéndose Dios, salió con él toda la lindeza y donaire de la hija de Sión; y sucedió una fealdad horrenda, infernal, diabólica y en cierta manera infinita, que no se puede explicar. *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt:* «no queda (dice David) en los pecadores cosa que sea de provecho». Porque el pecado es un fuego de alquitrán que abura y abrasa á un hombre de pies á cabeza. Es una avenida que todo lo lleva abarrisco. Es un saco y robo de todos los bienes. El hebreo dice: *Omnes fetuerunt:* «Todo huele mal». Y están asquerosos y abominables, que os podéis tapar las narices delante de ellos. Pues irse Cristo es dejar el marido á su mujer, la madre al niño de teta, el alma al cuerpo, ¿por qué le despedís? ¿por qué le echáis? ¿Quién se atreve á hacer un pecado mortal? ¡Oh enemigo de ti mismo, fiero, inhumano, cruel, pues con tus propias manos tomas la muerte y te privas de la vida y de todo bien! Luego bien dice Cristo en su amenaza: *Ego vado.* Y yéndome yo, que soy vida, cierta tenéis la muerte: *Et in peccato vestro moriemini.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Por esta palabra *Ego vado* significó el Señor muchas veces su muerte: *Vado ad eum qui misit me, et nemo ex vobis interrogat me: ¿Quo vadis?* Y en otra parte dice: *Filius hominis vadit sicut scriptum est de illo* (Mat., 26). Y aquí también por el ir entiende el morir, pues la muerte de Cristo fue triaca y contrayerba para destruir el pecado. ¿Cómo se compadece que muera Cristo, y que mueran los hombres en su pecado? Señalando San Juan á Cristo dijo: *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.* Acá los jueces de la tierra, para quitar los pecados de la República, ahorcan y descuartizan los pecadores. Y con hacer eso, darán buenas cuentas á Dios de su oficio, como el pastor con enseñar al mayoral y dueño del ganado la piel de la oveja que le comió el lobo. Y aun el mismo Dios antes de humanarse guardaba este estilo. No era entonces cordero, sino león, tigre, con garras y dientes para despedazar á los pecadores. Dícele á Noé: *Repleta est terra iniquitate a facie eorum et ego disperdam eos cum terra:* «Llena está la tierra de pecados que aldabean á la puerta del cielo pidiendo justicia; y yo pienso para quitar los pecados, destruir juntamente los pecadores, echarlos del mundo». Lo mismo hizo en Sodoma, en Egipto, y generalmente en la ley vieja, donde se intitulaba Dios de venganza. Mas en la ley de gracia descubrió este primor: que quita los pecados y salva los pecadores. *Venit Jesus peccatores salvos facere,* dice San Pablo, y San Juan; *Qui tollit peccata mundi.* Y escribiendo á los hebreos dice el mismo Apóstol de Cristo: *Purgationem peccatorum faciens.* «Que vino al mundo á purgar á los pecadores de sus pecados». Toma la metáfora del médico, que con la purga sana al enfermo y le saca los malos humores del cuerpo, que le impedía la salud. Cristo se llamó médico que con la purga de su sangre, que obró en los sacramentos, sana al pecador y mata al pecado. Y porque para hacer esta cura fue necesario que Cristo muriese y juntamente con su muerte, como otro Sansón, matase los pecados del mundo, por eso le llama San Juan cordero que quita los pecados del mundo. El cordero no tiene uñas para hacer mal, y ofrecíase á Dios en sacrificio por los pecados, y así fue sacrificado Cristo en el ara de la cruz, para dar vida á los hombres y muerte á nuestros pecados. Pues si Cristo muere como cordero para quitar los pecados del mundo, ¿cómo se sufre que diga á éstos: *In peccato vestro moriemini?* Y si me decís que estos fariseos fueron incrédulos y rebeldes á su doctrina, y no le quisieron por Redentor, ¿cómo entre cristianos que le creen está el pecado tan extendido, que como mancha de aceite cunde por todos los estados sin tener término ni fin? En el capítulo quinto de Jeremías hace Dios un discurso por todos los estados para probar cuán apoderado estaba en aquel tiempo. Y el mismo discurso nos puede servir para probar lo mismo en el nuestro: *Circuite vias*

Hierusalem et aspicite et considerate, et quærite in plateis ejus an inveniatis virum facientem judicium et quærentem fidem et propitius ero ei (Jeremías, 5). «Salid por esas plazas, entrad por esas calles, casas, ruas y lonjas de contratación, y mirad si halláis un hombre virtuoso, verdadero, temeroso de Dios, y si le halláis, yo me daré por vencido y envainaré la espada de mi justicia». No hay estado que esté en pie. Empecemos por los pobres y gente plebeya. *Indurarerunt facies suas supra petram et noluerunt reverti.* Todos perdidos. Corazones más que de piedra, impacientes, soberbios, mentirosos; aquí jurando, acullá maldiciendo. El oficial ha de comer tan buen bocado y traer tan buena capa como el caballero; y su mujer saya de seda y manto de lustre, como la señora; y con eso murmurar de los ricos. Yo (dice el Profeta) hice mi cuenta: *Forsitan pauperes sunt et stulti, ignorantes viam Domini.* Parece que tiene excusa que son pobres de dinero y de seso. La pobreza, aunque no es vileza, suele ser causa de hacerla: que hurte el pobre para matar su hambre; que se perjure para defender el hurto; y con eso poca razón y mucha ignorancia de la ley de Dios. *Ibo igitur ad optimates.* Quiero dejar á los pobrecillos é iré á casa de los grandes, á los ricos, á los poderosos, que son más entendidos y discretos para conocer á Dios y á su ley, y hacer el precio y tanteo de las cosas. *Et ecce magis hi simul confregerunt jugum, ruperunt vincula.* ¿Pasáis por tal cosa? Que todos estos juntos, de mancomún, quebrantan las leyes divinas y humanas, y son peores que los vulgares. Que al fin el pobre es como vasallo del rey, que besa la provisión real y la pone sobre su cabeza, aunque suplica del cumplimiento de ella; tiene respeto á la ley, y no la osa quebrantar al descubierto. Pero el rico, el poderoso, descaradamente rompe las leyes; no hay yugo para ellos. Si les dice que ayunen y no coman carne en cuaresma, dicen: A los frailes con eso. Si que paguen lo que deben: A los mercaderes con eso. Si que confiesen y comulguen: A las monjas con eso. Si que perdonen las injurias: A la gente baja con eso. Si que hagan limosna: Al Obispo con eso. Ellos chupan la sangre de los pobres, engordan con los propios de la república. Son la gomia de cuanta provisión viene á la ciudad. Sus despenseros son ladrones; sus despensas, carnicerías y pescaderías públicas, donde se vende el gato por liebre. Todo les parece lícito. No hay árbol que no desfruten, ni leche que no desnaten, ni flor que no deshojen. Esa letura llevan sus criados para con ellos. Los de Amón le dicen que bien puede haber á Thamar princesa, y que pues es hijo de rey haga sin temor lo que se le antoja. Jezabel se ríe del rey Acab, y dice que no sabe gobernar ni tiene autoridad de rey, porque ésta se ha de mostrar en quitar á Nabot su viña para hacer jardín, y sobre ello la vida. Los criados del rey Abimelech le dan noticia que ha llegado á su tierra la hermosa Sara con su marido Abraham, y luego se la manda quitar, y la deshonrara si Dios no la defendiera. Éste es el ingenio de los grandes: hacer estado de quebrantar la ley de Dios; y ni hay confesor que se lo reprehenda, ni juez que los castigue. *Idcirco percussit eos leo de silva*; por eso yo los castigaré (dice Dios) con un león que los despedace, que fue Nabucodonosor. Es providencia del cielo que haya un grande para otro grande; para un caballero, un pesquisidor; para un rico, un alcalde de corte; para un señor, el rey que se lo lleve todo, pues no les dais á pobres parte. Vamos adelante á los mancebos, á los hijos de estos grandes. *Filii tui dereliquerunt me et jurant in his qui non sunt Dii; saturavi eos et mœchati sunt et in domo meretricis luxuriabantur.* Esos mocitos: no hay más memoria de Dios que si fuesen turcos. Sólo se acuerdan de él para jurar y perjurarse; comedores, bebedores, tahures, deshonestos, y no como quiera, sino con escándalo, haciendo escuela pública de pecados, y teniendo por gala y por flor tratar con rameras y cantoneras, sacando dese civil trato asquerosas enfermedades, que pegan después á sus mujeres inocentes y limpias. *Equi amatores in fœminas et emissarii facti sunt; unusquisque ad uxorem proximi sui hinniebat:* «Son (dice Dios) como caballos castizos, que echados á las yeguas en el prado, son tan rijosos que, si algún caballo pasa por el camino, salen relinchando á él, que le quieren comer á bocados». Si veen al otro pasar por una calle. ¿Qué digo? No me paséis por aquí ni aun por todo este barrio; ni aun en el lugar ha de estar.—Pues buen remedio, desterralde de todo el mundo. *Unusquisque ad uxorem proximi sui hinniebat:* «Cada uno solicita la mujer de su vecino y de su prójimo». Y no pasa la otra por la calle, que luego no la sigan. No se pone la otra á la ventana, que luego no la paseen y hacen señas. No viene á misa y á sermón, que no le hagan cocos y digan motes y le den encuentros. Y aun la sentarán á sus pies, pues no son los de Cristo, para que se ponga á ellos la Magdalena. Desta gente (dice Dios) ¿no me tengo de vengar? *Auferte propagines ejus quia non sunt Domini.* Vayan los pimpollos, vayan en agraz mal logrados de muertes violentas, súbitas, desastradas. Pues no los habéis criado para Dios, Dios os los quitará, como al rey de Sichen, que perdió el reino y el hijo por no lo haber criado para Dios, antes consentía en su mala voluntad. ¿No os acordáis de lo que les aconteció á los hijos de Job comiendo en un banquete con

sus hermanas, que se les cayó les casa encima, teniendo á su padre por capellán que andaba ofreciendo por ellos sacrificio? ¿Qué será de los que sin esa oración están haciendo insultos con otras que no son sus hermanas? ¿Quedan más? Sí, los letrados y jueces. *Quia inventi sunt in populo meo impii, insidiantes quasi aucupes, laqueos ponentes et pedicas ad capiendos viros.* Hay unos en la república que sirven de cazadores que ponen lazos y perchas para cazar á los hombres; que hacen un pleito de malo bueno y también de bueno malo. Y por sus leyes darán contrarias y contradictorias verdaderas. Sentencian en un mismo negocio, una vez por uno y otra por otro; y á ambos les dicen que tienen justicia, para que gasten su hacienda en pleitos. Y si los tristes negociantes quieren hablar una palabra, les hacen luego señal que cierren las bocas y abran las bolsas, no destruyan el negocio. Y cuando sentencian contra su parte, le consuelan: No os espantéis, señor, de la justicia que os han hecho, que allá van leyes donde quieren reyes. Como jaulas llenas de pájaros (dice Dios) así sus casas están llenas de hurtos y rapiñas, y con eso enriquecen y hacen mayorazgos. Y así un letrado, en lugar de santiguarse por la mañana, decía á su mujer: Plega á Dios, señora, que Dios desconvenga á quien nos mantenga. Y como son tan codiciosos, *causam viduæ non judicaverunt, causam pupilli non direxerunt et judicium pauperum non judicaverunt.* El pleito del pobre de la ciudad, no hay abogado que le enderece, ni juez que lo sentencie; ni los oyen ni los despachan, porque todo ha de ser á peso de dinero. ¿Hase acabado esta visita de los estados? Quedan los últimos, los eclesiásticos, que son peores: avarientos, disolutos, indevotos, holgazanes, regalados, y más adelante, profanos, torpes. Y lo peor es que no se lo habéis de decir, que se volverán contra vos como víboras y basiliscos; sino que habemos de decir que por ellos sustenta Dios el mundo, y que por los seglares no llueve ni hay que comer. *Stupor et marabilia facta sunt in terra: Prophetæ prophetabant mendacium et sacerdotes applaudebant manibus suis et populus meus dilexit talia*: «Hacen aplauso dando palmadas, y mi pueblo se pierde por eso». Los sacerdotes buscaban predicadores de manga, y decíanles: No digáis que por nuestros pecados ha de destruir Dios á Jerusalem, sino: *Templum Domini, templum Domini est;* que por nuestro respeto ha de guardar Dios al pueblo. Y porque Jeremías decía la verdad, andaba siempre en cadenas y cárceles. Decían los Profetas falsos: andad, ¿no tiene Dios otra casa sino ésta, y la había de asolar? Entonces daban palmadicas los sacerdotes. ¡Oh, qué bien lo ha dicho! ¡Qué gran predicador! Y como el pueblo veía de la manera que á los sacerdotes se predicaba, también querían ellos esa manera de sermón que les rascase las orejas y no les escociesen sus llagas, allanándoles la misericordia de Dios y alejándoles su justicia. Pues si todos, pobres y ricos, mozos y viejos, eclesiásticos y seglares, están conjurados en el pecado, *quid igitur fiet in novissimo ejus?* «¿Qué ha de ser de ellos en su fin?» ¿Qué castigo les sobrevendrá? Ya lo tiene Cristo amenazado: *Moriemini in peccato vestro.* Pues á la duda: ¿cómo con la muerte de Cristo se compadece tanto pecado y tan arraigado? Digo que ahí veréis vos la fuerza que él tiene cuando le deja apoderar del alma, y encastillarse en una voluntad empedernida, y pertrecharse con la larga costumbre para su defensa. Con ser verdad el poco parentesco que hay entre la naturaleza y el pecado, con todo eso, si una vez se dan las manos, y se enlazan fuertemente, es menester Dios y ayuda para desenlazarlos, y muchas veces no presta para su remedio la pasión de Cristo. Tal fue el pecado de estos fariseos: de costumbre, de obstinación. Lo cual significa aquella palabra: *Quæretis me.* «Yo me voy, vosotros me buscaréis». Quiere decir: Tanta será vuestra pertinacia, que no os contentaréis con verme muerto, sino aun después me buscaréis, no para imitar ni creerme, sino para perseguirme. Así le buscaron cuando después de muerto vinieron á catarle con una lanza si había otra vida escondida en el pecho. ¡Oh, gran crueldad! Por eso se dice: *Mucrone diro lanceæ.* «Herido con el hierro de la lanza cruel». Y cuando en el monumento pusieron guardas y se lo pagaron porque negasen la resurrección. Y no sólo persiguieron su persona, sino á los suyos: á San Esteban, Santiago. Y de este tesón que tendréis en vuestro pecado se seguirá que *in peccato vestro moriemini:* «Que moriréis en lo que vivistes».

CONSIDERACIÓN CUARTA

Oigan esto los cargados de esperanzas, los que presumen de la misericordia de Dios, los encenegados que toda la vida perseveran en pecar: Que sin embargo de que Cristo los redimió en la cruz, y con su muerte les dejó abundantísimos remedios contra el pecado, en pena de su dureza morirán en lo que viven. Vivís olvidado de Dios, ¿qué sabéis si será justo castigo de Dios que muráis olvidado de él? *Hac animadversione punitur peccator ut moriens obliviscatur sui qui dum viveret oblitus est Dei.* Señor, yo me convertiré á la hora de mi muerte. ¡Qué sé yo si os dejará la mala costumbre! *Durum est assueta relinquere.* En breve tiempo, con dificultad se pasa de un extremo á otro. Está la maldad entrapada en el alma. *Intra-*

vit sicut aqua in interiora ejus et sicut oleum in ossibus ejus: «Como agua se ha colado el pecado hasta lo interior y tiene empapada el alma, y como aceite hirviendo ha penetrado los huesos». Todas las potencias están inficionadas y contaminadas con el pecado, y haos cubierto de pies á cabeza la maldición, como vestidura, y tenéisla apretada con un cinto de la mala costumbre. ¿Cómo os quitaréis esas ropas? ¿Cómo enjugaréis aquel agua? ¿Cómo sacaréis esas manchas de aceite que os han percudido?—¡Ah, que mi albedrío es libre!—Con todo, eso es verdad; pero está flaco y mal habituado. Cuando la puerta está sobre los quicios y se acostumbra abrir y cerrar, por grande que sea, cualquier brazo delicado la abre y cierra; mas si los quicios se toman de orín, es menester un brazo más valeroso y grandes fuerzas para moverla. Así, aunque la libertad del hombre sea la puerta para abrir y cerrar los quicios de su conciencia, con facilidad podrá hacerlo si lo suele hacer muchas veces en salud; mas si no salís de pecado, y os dejáis criar orín en los vicios toda la vida, cuando queráis abrir esa puerta en el artículo de la muerte, no podréis, porque con el agonía del morir estará el brazo debilitado y sin fuerza. —Para eso son los Sacramentos de la Iglesia, que tienen admirable virtud para esforzar mi flaqueza.—Es verdad, que no lo niego. Mas, ¿qué sabéis si moriréis sin ellos, de repente? *Erit vobis iniquitas hæc sicut interruptio cadens et requisita in muro excelso, quoniam subito dum non speratur venit contritio ejus*. Si cae una muralla sobre un cántaro, ¿cuál lo para? Hácelo menuzos, que ni aun testezuelo queda para traer un ascua. Pues así (dice Dios) caerá sobre vosotros vuestro pecado súbitamente. Cuando más descuidados estéis, os comprenderá su ruina, y quedaréis deshechos y molidos, sin esperanza de remedio. ¿Qué sabéis si os engañarán vuestros pecados, que son traidores, como dice Jeremías? *Quare factus est dolor meus perpetuus et plaga mea desperabilis renuit curari? Facta est mihi quasi mendacium aquarum infidelium:* «¿Qué es la causa porque mi dolor se ha perpetuado, y estado siempre en un peso sin declinación, y mi llaga se ha encrudecido y enconado, y hecho incurable y desesperada? Porque me ha engañado, como mentira de aguas infieles». Va un viandante por el estío con el resestero del sol de medio día, fatigado y cansado; encuentra un río con grande frescura y arboleda, y convidado de ella, como va caluroso va á refrescarse; lávase las manos y el rostro, pero como no sabe su hondura ni reveses y remolinos, no se atreve á entrar, sino estáse á la orilla. Convídale aquel murmurar del agua, y descálzase, y lávase los pies; luego por una parte el contento que recibe, y por otra ver la ribera llana, y que las guijas se parecen sobre las cuales va el agua haciendo mil labores y cadenetas, y con su claridad se pueden contar las menudas arenas, que con los rayos del sol relucen como granos de oro; todo esto le solicita á con pasos atrevidos entrarse un poco más adentro; déjase ir al amor del agua jugando con él, y así poco á poco cuando más descuidado va, no halla pie y súmese hasta la boca, y la corriente, como es recia, le llama para sí, y le arrebata y le ahoga. Así el pecador, con la golosina del pecado, aquejado del calor de la concupiscencia, vase entrando poco á poco en las aguas de los contentos y pasatiempos mundanos, pensando que no son tan profundas, y que cuando quisiere se podrá salir á fuera; y engáñase, que viene á perder pie en la muerte, y llévale la corriente de sus pasiones á una hondura de desesperación, á donde queda ahogado sin se poder valer. De esta manera se hacen los pecados perpetuos y las llagas incurables, mintiéndonos y diciendo que será fácil salir de ellos y dejarlos. Y puesto caso que recibáis los Sacramentos, ¡qué sé yo si os aprovecharán entonces (aunque de suyo valgan mucho) por falta de vuestra disposición! Que por algo dice el Profeta: *Insanabilis fractura tua; pessima plaga tua. Non est qui judicet juditium tuum; ad alligandam curationem tuam utilitas non es tibi* (Jer., 30). «No se puede soldar tu quebradura pésima, insanable, tu herida; no te aprovechan las medicinas más que á un cuerpo muerto». Es como aplicarlas á la pared ó echarlas en esa calle. Posible es que no te aprovechen, antes te dañen, los Sacramentos, que son medicinas que obran con la voluntad. ¿Si ésa falta, qué será? Joab se retrajo á sagrado huyendo de la justicia, y se asió del altar; y manda Salomón que así como estaba le diesen de estocadas. Dura sentencia, pero justa: que al impenitente no le valga la iglesia, ni el altar, ni los sacramentos, y que queriéndose valer de ellos á la hora de la muerte, se condene.—Pues ahí está el favor de Dios y su misericordia.—¡Qué sé yo si querrá usarla con vos en aquella hora dándoos auxilio eficaz! Y que pues no os ha curado en vida, si entonces enfadado dirá: *Curavimus Babilonem et non est sanata: derelinquamus eam et eamus.*—¿Pues no dice él: *Impietas impii non nocebit ei, in quacumque die conversus fuerit ab impietate sua?*—Sí, pero eso se entiende si de su parte hace el pecador lo que es en sí. Y esa es la dificultad de la conversión tardía; no de parte de la misericordia de Dios, que ésa no falta á quien de veras se convierte, sino de parte de la voluntad endurecida, que no se quiere convertir. Y por eso muere en su pecado. Concluyo,

pues, aconsejándoos que toméis estas dos reglas, y las platiquéis y guardéis en la memoria: Que viváis como si en Dios no hubiese misericordia, y muráis como si en Dios no hubiese justicia. Cerca de lo primero decía Job: *Verebar omnia opera mea, sciens quod parceres delinquenti.* «Señor, de tal manera viví, como si fuerais mi mortal enemigo, y así examinaba mis obras, como si en vos no hubiera clemencia para perdonar nuestros delitos». Y haciendo vos otro tanto podréis guardar lo segundo; porque el adúltero que llora su pecado, ya no es adúltero, y así el pecador que en su vida llorare su pecado, como si en Dios no hubiese misericordia, cuando venga á morir, ya no estará manchado de aquella culpa. Y por tanto, muera como si en Dios no hubiese justicia, porque entonces no la habrá para castigarle. Item. *Per timorem Domini declinant omnes a malo.* En la vida, que hay ocasión de pecar, es necesario el temor de la justicia que nos retraiga del mal; mas en la muerte, cuando ya las ocasiones se acaban y las fuerzas y tiempo de pecar, entonces lo es de abrazarnos con la misericordia y pedirle confiadamente perdón y gracia y después gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

MARTES DESPUES DEL DOMINGO

SEGUNDO DE CUARESMA

Qui se exaltat, humiliabitur; et qui se humiliat, exaltabitur.

(MAT., 23).

Estas palabras son las últimas del Evangelio de hoy, pero son las primeras que Cristo pretendió decir en esta parte de sermón que predicó á sus discípulos y al pueblo. El fin á que encaminó las demás sentencias, y la conclusión que quiso colegir de las premisas que primero puso de la vanidad, ambición, desvanecida gloria, y soberbia grande de los escribas y fariseos. Y así, dejadas las demás cosas del Evangelio presente, de la obligación precisa que tienen los maestros que enseñan de hacer lo que dicen, la malicia de imponer preceptos y leyes pesadas los maestros de la ley sobre los hombros flacos de los súbditos, sin tocar á ellos la mano, que es la materia del Evangelio presente, me pareció tratar sólo la conclusión que Cristo colige de ella. En lo cual parece hace Cristo lo que suelen hacer los que enseñan los preceptos del arte de marear y tienen pilotos por discípulos. Los cuales con suma diligencia procuran enseñar los pasos peligrosos del mar, los bajíos, rocas, barras, bancos, golfos y estrechos donde suelen ser los huracanes más furiosos, más ordinarias las tormentas, más ciertos los peligros y naufragios; y en las cartas de marear, en las cuales parece van rondando y apeando el mar, y midiéndole á pasos, lo señalan, para que teniéndola presente, siempre cuiden de huir los malos pasos y navegar con más seguridad. Es nuestra vida una continua navegación, desde que partimos del vientre materno y nos engolfamos en este mar peligroso, donde son las tormentas bravas, ordinarias las malas fortunas, continuos los naufragios, increíbles los peligros, hasta arribar al morir, donde se toma el puerto (si lo merecemos) de buena esperanza, pues tiene tan cerca la posesión de los mayores bienes de Dios. Pues el señor de esta flota y armada de tantas almas como navegan en este viaje, el preceptor y maestro de estos espirituales navegantes, Cristo fue; el cual, deseoso de que con prosperidad, sin contraste, navegasen todos, les dejó la carta de marear que es el Evangelio, donde con el dedo se señalan los malos pasos, las rocas donde tocando la nave perece, los bajíos donde encalla y se pierde El paso más peligroso, el Scila y Caribdis de este mar lleno de tormentas, es la soberbia, que en la parte de carta que hoy nos cabe explicar enseña este celestial maestro; tan peligroso,

que tocando ahí no hay puerto adonde desembarcar, si no es el infierno. Ahí tocaron las primeras naves de nuestros padres primeros, que navegaron este mar; y cargadas de perlas y margaritas dieron al traste, y muchos hijos de Adán que siguieron el rumbo de sus padres perecieron. Y todo el colegio apostólico (padres primeros de otro nuevo mundo) iban alguna vez mal atinados y se perdieran si el maestro y piloto mayor no les diera un grito; *vos autem non sic*. No hombres solo, sino ángeles de tan claros y lindos ojos, que todo lo saben y todo lo ven, partieron del cielo en la más rica y lucida flota que de aquellas Indias salió con prosperísimo viento, y trocóseles algo, y tocaron en esta roca de la soberbia, y tomaron puerto en el infierno. Y así para excusar este daño universalmente en todos los navegantes, nos advierte Cristo en el Evangelio presente que para tomar puerto seguro en la tierra de los vivos el camino es la humildad, la cual no sólo nos pone en la puerta del cielo, sino al más humilde da posesión de la más alta silla, pues á la medida de la humildad se da la exaltación. Para explicar esto, pidamos la gracia. Ave.

INTRODUCCIÓN

Todos los movimientos, así corporales como espirituales, tienen dos términos: *A quo*, de donde parte el que se mueve, y *Ad quem*, á donde llega y pára. En el movimiento local, que es más claro y manifiesto, se verifica esto como vemos. Y al mismo paso de este movimiento corporal y visible podemos filosofar del espiritual é invisible del alma. La cual, de la conversión que hace de la culpa á la gracia, ó en la aversión de la gracia al pecado, siempre deja el un término y adquiere el otro. Y así el Concilio Tridentino, definiendo la justificación del pecador, dice: *Est spiritualis motus quo ab injustitia ad justitiam proficiscimur*. «Es un espiritual movimiento, en el cual parte el alma de la culpa, en que había venido muriendo, á la gracia, en que comienza á vivir verdaderamente». Y así, en los movimientos espirituales voluntarios, habiendo de necesidad estos dos términos, como la voluntad se mueve por razón de bien verdadero ó aparente, quien persuade á la voluntad que deje el mal y siga el bien, hala de representar razones que le concluyan y persuadan que le está bien dejar lo uno y seguir lo otro.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Hoy tratamos de persuadir con Cristo á los presentes que, dejando la soberbia, deseo de gloria y grandeza, mayoría y precedencia, caminen á la humildad y desprecio de las cosas mayores del mundo. Y para esto tenemos necesidad de decir (si acertáremos) qué males hay en la soberbia, que tanto aborrece el cielo, y qué bienes son los de la humildad tan grandes, que á Dios tienen aficionado y enamorado de esta virtud. Porque comencemos con buen pie y quede confirmada esta filosofía cristiana de los dos términos que tienen nuestros movimientos espirituales, oíd. Cristo, Redentor nuestro, viendo á los discípulos de su escuela en una lid y contienda grande trabados sobre la mayoría y precedencia, quién de ellos había de ser el mayor, les dice: *Nisi conversi fueritis et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum* (Mateo, 18). Si dejada la soberbia y mayoría (donde tenéis clavados los ojos y á que aspiráis como á fin) no camináredes á la humildad, pequeñez, sinceridad, inocencia, descuido y olvido de este siglo, que los niños tienen, no sólo no seréis mayores en el reino de los cielos, pero ni en este reino tendréis entrada ni puerta abierta. ¿Qué cosa más para temer que poner el riesgo todo de nuestra salvación y eterna vida ó sempiterna condenación en esta trasmutación y conversión al parecer imposible? ¿Que el hombre nacido y criado, envejecido en días malos, curtido en vicios y pecados, en que ha gastado sus malos y mal empleados años, hijos de padres tan deseosos de gloria y grandeza, que por desearla se perdieron y nos perdieron á todos; que éste se vuelva al estado de su niñez, en la simplicidad, inocencia, bondad, humildad y desprecio del mundo? Y que la primera, suma é infalible verdad diga, en la sentencia referida, que cuan lejos estamos de esta condición de niños estamos de nuestra salvación, ¿qué cosa más para temblar? ¿Qué cosa se nos podía mandar más dificultosa? Porque contradice con increibles fuerzas á esta conversión y trasmutación el propio desordenado amor de excelencia entrañado en el alma y corazón nuestro. Y ninguno hay hijo de Adán, heredero de sus pensamientos, que todas sus mientes é intentos no los encamine á este blanco. El más humano, afable y llano; el más inhumano y agreste; el más noble y más villano; el más rico y el más pobre; el más virtuoso y el que menos tiene de virtud, todos arden en estas llamas y fuego vivo de gloria y mayoría. *Et non est qui se abscondat a calore ejus*. Contradice también esta trasmutación el odio y aborrecimiento grande que á esta humildad (que el vulgo llama abyección y abatimiento) tienen todos los mortales; los cuales así huyen las ocasiones de perder la gloria que gozan, como suelen los navegantes huir los pasos peligrosos del mar donde han de perecer. Pues si estos dos afectos de amor, de propia excelen-

cia y gloria y aborrecimiento de lo contrario, como dos poderosos jayanes tienen la voluntad y corazón con suma fuerza inclinado á éste más y más, que la soberbia mira y apetece, y tan apartado y disuadido del menos y del nada, que la humildad persuade y ama, ¿quién podrá sobre todo lo que es mundo, sobre toda la naturaleza, sobre su natural inclinación, y sobre sí mismo levantarse así, que rompiendo con otra fuerza, y venciendo tan valientes y poderosos contrarios, haga esta conversión y trasmutación, y abrace esta humildad de niño, en los afectos, sentimientos, deseos y cuidados; este olvido de gloria y propia excelencia, principalmente viendo no sólo á los príncipes de los sacerdotes, maestros de la ley, vencidos hoy de éste contrarios, sino á los primeros padres del mundo material, y á los que sucedieron por padres del espiritual siglo y á grande parte de ángeles y serafines (nobilísimas, invisibles é invincibles criaturas), derribados á los pies de esta fiera cruel y vencidos de este deseo de ser más? Pues si por una parte es tanta la importancia de esta virtud de la humildad, que en ella nos libra la misma verdad la entrada en el cielo y sin ella cierra la puerta á nuestra salvación; por otra es tan grande la dificultad que hay en alcanzarla por la increible resistencia y fuerza de nuestros afectos, inclinados á gloria y propia excelencia (que es el fin de la soberbia), ¿qué remedio tendremos? ¿Es negocio desahuciado éste? No. Antes la dificultad que hay para alcanzar esta virtud nos descubre el camino y sirve de espuela y solicitador para alcanzarle. Porque esa dificultad que sentimos en el corazón á cosa que tanto nos importa, descubre la enfermedad y dolencia que tenemos y nos obliga á buscar el médico divino que le cure. Dijo agudamente un doctor: *Mandata difficilia non faciunt homines transgressores, sed humiles*. «Cuando los preceptos son dificultosos y va en el cumplimiento de ellos el vivir, la dificultad no hace transgresores á los que los han de cumplir, sino humildes». Porque conociendo la importancia aspiran al precepto, y reconociendo la dificultad, humíllase el hombre conociendo su flaqueza y confesando: ¡Ah, Señor, que no valgo yo solo para tan grande empresa! Y así, cuando el hombre siente en su corazón una insaciable sed de gloria y honra que del mundo espera, y por otra parte cree que es muerte este deseo, que es ponzoña para el alma y dolencia mortal, vuelve sobre sí y reconoce que está enfermo, advierte su miseria y necesidad y acude con humildad á Dios. De suerte que la Divina Providencia dispuso así las cosas y castigó con tal artificio la soberbia del hombre, que la pena de la culpa sea remedio y medicina contra la culpa misma, y contra el pecado nacido de soberbia. Y así, el hombre que de los dones que recibió tomó ocasión de ensoberbecerse, de los males que siente dentro de sí (que son pena de su culpa) toma ocasión de humillarse y conocerse á sí y á Dios. San Agustín se admira con razón que á nuestra madre Eva, cuando el Señor la formó del hombre y la crió en gracia y justicia original, con que tenía la vida perpetua y libre de muerte, le ponga Adán por nombre *Virago, quia de viro sumpta est* (Gen., 2). Y que después del pecado le muden el nombre y la llamen Eva, que quiere decir *Mater omnium viventium*. Más á propósito venía que ese nombre se le pusiera en el estado de la inocencia, donde de veras tenía vida y vida perpetua, y engendrara hijos vivos, y no después que se le dio sentencia de muerte y se le leyó la paulina de maldiciones á ella y á sus hijos, con que quedaron tan sujetos al morir. ¿Por ventura es bien que notificando la sentencia de muerte le den nombre de vida? Responde San Agustín que sí. Porque viéndose privada de los dones, despojada de los bienes que le fueron ocasión de soberbia; sintiendo en sí los efectos de su culpa, que eran las penas, miserias, desventuras, daños, que padecía, le diese materia de humillarse y reconocer su culpa todos los momentos que sintiese en sí los efectos de ella, y con esa humildad y reconocimiento buscase la vida que con soberbia había perdido. De suerte que las penas que pasamos por nuestra soberbia, la rebelión de nuestra carne, el apetito desenfrenado y aun vicioso, son los predicadores que nos persuaden á buscar la humildad y nos llevan á ella. Y así con razón recibe la primera madre nombre de vida y de madre de todos los vivos cuando recibió contra la soberbia (que fue principio de toda nuestra muerte) tantos remedios cuantos fueron los daños y penas nacidas de la culpa. Y á quien esto admira, considere al grande Apóstol San Pablo, enriquecido y favorecido con tan extraordinarios privilegios y prerrogativas; al cual estos favores mismos que Dios le hizo le fueron ocasión de muerte, pues lo eran de soberbia, si no se le diera á la par con los favores el estímulo de carne, y aquel azote riguroso y cruel cómitre que sin cesar le afligía: *Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ, Angelus Sathanæ qui me colaphizet* (Cor., 12). El cual le tenía tan humillado, tan abatido al suelo, tan temeroso con el conocimiento de su propia miseria, que no se atrevía (aunque muy favorecido se vía) á mirar al cielo. ¿Pues qué mucho que á ese estímulo llamase vida, pues le fue ocasión de granjear la vida eterna? Y así diremos que *de peccato damnavit peccatum*, pues de la pena de la culpa sacó remedio contra la misma culpa. A las manos, pues, y el que quisiere reprimir estos

furiosos espíritus, hijos de nuestra carne rebelde, y vencer á estos dos jayanes que tanta resistencia y contradicción hacen á la virtud de la humildad, conviértase á sí, y piense bien los daños interiores que por la soberbia paga. Que no es necesario ir á los vecinos ni preguntar á los extraños. *Humiliatio tua in medio tui;* si no cierras porfiadamente los oídos, interior predicador y maestro tienes dentro de ti. Tienes el cuerpo sujeto á tantas enfermedades y desventuras, que faltará el tiempo para referirlas. Formado no de tierra ni de agua, como los árboles, plantas, peces, aves, animales, sino *ex limo terræ*, «de la escoria de la tierra», que esto le parece al Profeta basta para desentonar al más engreído y lozano, y dar en tierra con el cuello y penacho más levantado, *ut non apponat ultra magnificare se homo super terram.* Traduce San Jerónimo: *Non apponat magnificare se homo de terra.* Pues si del cuerpo miserable pasas al espíritu y miras tu pensamiento tan inconstante y variable, que venciendo la inconstancia del mal y poca firmeza de las hojas del árbol movidas con sólo el viento, y la que el pajarillo preso tiene en su jaula, anda, corre, discurre, vuela con un perpetuo movimiento, sin poderlo recoger ni quietar para sólo rezar una Ave María atentamente. Y si al apetito sensitivo miras, que es el asiento y silla del amor propio y de los carnales afectos, y seminario y almacén de todos los vicios y pecados, que como sucio, torpe y asqueroso muladar está perpetuamente exhalando pestilenciales olores, con que tiene inficionada el alma; si atiendes á la rebelión y lid trabada entre el alma y cuerpo, y los gritos, vocería y confusión que pasan en estas dos Repúblicas, tan contrarias en fueros y leyes; éstos, maestros son y predicadores internos, que sin cerrar la boca noche y día están diciendo: *Hominem te esse memento*, porque te humilles y conozcas tu vileza. Si á la vida pasada conviertes los ojos, y miras el mal empleo de tus años malgastados, los pecados y abominaciones que cometiste, que vencen el número de las arenas del mar, los cuales como fieras te amenazan y como víboras colgadas del corazón y entrañas te dicen, no que eres hombre, sino bruto, peor que fiera bestia insensible y torpe, con que te hacen bajar más al suelo la cabeza; si miras á la vida que te queda, que no sabes cómo se gastará, descubres en ella los peligros ciertos, las caídas peligrosas, los enemigos muchos y que rabiosamente te aborrecen, tus pocas fuerzas, el favor del cielo desmerecido; quien esto dentro de sí mira y contempla, ¿de qué se desvanece? ¿De qué se gloría? *Quid superbis, pulvis et cinis?* Que el ángel que se vio rico de bienes, y libre de tantos males y miserias, mirándose se pague de sí y se desvanezca, no me espanto, que tuvo de qué; pero que el hombre, que en el alma y cuerpo tiene tantos testigos y pregoneros de su vileza y bajeza, sordo de estas voces se desvanezca, y ciego á daños tan claros se desconozca, esto espanta y admira. Pues si de estos males pasamos al último, que es el morir, que es la extrema miseria y desventura y principal efecto de la culpa; la cual muerte, no á los hombres ordinarios, vulgares y baladíes, sino á los jayanes de popa, sí á los gigantazos y hombres endiosados, sí á los príncipes poderosos y monarcas del universo les hacía sólo el pensamiento de morir hacer pausa en sus gustos y placeres, y cortar el hilo de sus contentos, y alzar la mano de sus pretensiones, y les dejaba este solo pensamiento sin seso, aliento ni vida: pensar que la muerte acaba sus fuerzas, potencia, imperios, monarquías. Singulares ejemplos hay de éstos; pero sólo referiré el de Ciro, rey de los persas, que fue aquel de quien Isaías dijo: *Hæc dicit Dominus Christo meo Cyro, cujus apprehendi dexteram ut subjiciam ante faciem ejus gentes.* Este, después de haber gozado del imperio de los asirios, y haber con increíbles victorias y prodigiosas hazañas pasado la monarquía de los asirios á los persas, estando vecino á la muerte dijo: Una sola cosa mando en mi testamento, y cumpliéndose moriré alegre. Póngase sobre mi cuerpo y sepultura un epitafio que diga así: *O vir, undecumque sis et undecumque venis! Ego sum Cyrus, qui Persiæ imperium continui. Pusillum hoc terræ quo meum tegitur corpus, mihi ne invideas.* «Quien quiera que seas, y de donde quiera que vengas, si llegares á este mi sepulcro, oye. Yo soy el Ciro espantoso á la gente, fundador de la monarquía de los persas, prodigio y espanto en el mundo grande, y ahora estoy en este estrecho lugar; no envidies mi gloria, ni polvo y ceniza que cubre mi cuerpo». Si este es el fin de tanta gloria, majestad, grandeza, *quid superbis, pulvis et cinis?* Hombrecillos de trapos, sombra é imagen de hombre, hombre pintado, sin ser ni vida, estatua muerta, sin razón ni sentido, polvo y ceniza, ¿de qué te glorías, con no sé qué de nobleza ó riqueza, que sin merecerlo tú te cupo en suerte en tu nacimiento? ¿de qué te desvaneces? Y no me espanta este ejemplo de Ciro tanto como del grande Alejandro, que llamaban los antiguos hijo de Júpiter, Marte, pues á todos parecía inmortal y divino. Fue admiración, espanto, prodigio y pasmo para todo el universo, y dueño de toda la redondez de la tierra descubierta, y con eso todo tenía su pecho tan poca satisfacción, que dice el poeta dél:

Unus pellæo juveni non sufficit orbis.

¿Y en qué paró este monstruo? En morir. Eso común es, que al fin hombre era, aunque se

soñaba Dios; pero acabó en lo más florido de su edad, y quien había sido señor de todo el universo vivo, no tuvo muerto siete pies de tierra en que le sepultasen. Y así refieren Quinto Curcio y Plutarco que estuvo el cuerpo de Alejandro muchos días sin darle sepultura. Ocupados sus capitanes en dividir los reinos heredados, se olvidaron de hacer á su señor, que los había conquistado, el beneficio que se hace al más vil y bajo hombre del suelo, y así Olimpias, madre suya, lloraba á su hijo y entre las demás endechas le dice: ¡Oh hijo, que aspirabas á subir á los cielos, á vivir entre los dioses y gozar de sus divinas honras, y ¡que faltase tierra para tu cuerpo, y la honra que se suele dar al más vil de los nacidos! Quien esto oye y esto piensa, fácilmente bajará el cuello y cabeza, desterrará de su corazón este apetito desvanecido de gloria, abominará este vicio infernal de soberbia, y de buena gana dará la mano y beso de paz á la humildad, virtud divina, poderosa para levantar y dar los mejores y más altos asientos en el cielo. Porque, *qui se humiliaverit, exaltabitur*. Y subirá, si sabe bajar, á ser el mayor en el reino de los cielos.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

San Agustín, notando de la humildad dice: *Non enim aliam viam ad vitam capessendam invenies quam eam quæ inventa est a Christo. Ea autem prima est humilitas, secunda humilitas, tertia humilitas, et si septies interrogaveris, semper hoc dixerim* (Epis. ad Dio.); y el que en este lugar le hace camino y puerta para el reino de los cielos á la humildad descubierta por Cristo, y tan encomendada por él en el Evangelio, en otra parte le llama fundamento de todas las virtudes, y madre que las guarda, conserva y lleva hasta la cumbre de la perfección. *Cogitas fabricam magnae extruere celsitudinis? cogita prius de fundamento humilitatis; aliter enim noveris te magnam ædificare ruinam*. Y hace dúo consonante con San Agustín San Bernardo, en una epístola que dice: *Ut castitas et charitas detur humilitas meretur; quia humilibus dat gratiam Deus. Eadem servat acceptas, quia non requiescit spiritus sanctus nisi super humiles. Servatas consummat: quia virtus in infirmitate perficitur*. Quiere decir, con la humildad se perfeccionan. Y así lo explica San Bernardo. Pero entre las grandezas y excelencias de la humildad, es singular y admirable ésta: que en esta vida, que todo es tormenta, tentación, guerra, enemigos, peligros; donde no hay cosa segura, la humildad es la que en medio de todos los peligros, y del infierno todo, da seguridad. En las tormentas y terremotos siempre se busca aposento bajo, y más si hay en él un hueco de un arco. Este medio círculo que forma la humildad entre estos dos puntos, quién es Dios y quién soy yo, puesto en el abismo y centro de la tierra, que es el lugar de que el humilde se juzga indigno, ¿qué seguridad tiene? Cuando sintieres que se turba el cielo, y que braman los aires, batíos al suelo, que así lo hizo Elías para merecer gozar la marea fresca y dulce diálogo con Dios. David vió también venir sobre su cabeza un tropel grande de enemigos: Saúl, Absalón, Semey, filisteos; batióse al suelo, *humiliatus sum et liberavit me*, «y escapó». Job ¡qué ventisquera tan brava, qué huracán tan furioso batió su casa, honra, hacienda, persona y bienes! Todos los elementos conjurados le hacen guerra, los sabeos saltean el apero y gañanes y no dejan cosa á vida, sino quien dé del daño noticia. El fuego embravecido dejó su esfera y bajó á quemar las manadas de sus ovejas, y á los que las guardaban. Los caldeos, repartidos en escuadras, acometen á camellos y bagajes. Los vientos embravecidos batieron los cuatro ángulos de la casa, donde sus hijos celebraban el convite, y todos perecieron. Y toda esta tormenta junta venía sobre él; y previsto el daño, acudió al remedio, que fue batirse al suelo. *Tonso capite corruens in terram adoravit et dixit: Nudus egressus sum ex utero matris meæ et nudus revertar illuc*. Pues aun todavía amenaza la tormenta vuestra cabeza con gusanos, lepra, mujer importuna, amigos molestos. Cuando vio este peligro sobre sí, para asegurarse de él bajó más, y no hallando lugar más seguro, porque ninguno había más bajo, se fue al muladar, y allí con un pedazo de teja en la mano, sin otra arma, contra todo el infierno rebelado contra él prevaleció; porque el lugar es bajo y el barro despierta el conocimiento de sí mismo, que es el que mira la humildad, y así no hay que temer á los enemigos. Y fue á este propósito divina visión la de San Antonio, cuando estando en el yermo arrebatado, vio el mundo todo lleno de lazos y perchas que los demonios habían armado; y temeroso y espantado vuélvese á Dios y dícele: *Quis effugiet hoc, Domine Deus?* Respóndele: *Sola humilitas, Antoni!*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Otra condición tiene la humildad, singular también, y es: Que otras virtudes crecen subiendo, y esta crece y se perfecciona bajando más y más; y así el maestro de la humildad, Cristo, que con sus obras dejó esta virtud tan aprobada y canonizada en el mundo, bajó del seno de su padre al vientre virginal de su madre, que aunque era más que el cielo puro, fue baja que admira á los cielos, espanta á los ángeles y pasma á los Profetas. *Audivit opera tua et expavi*. Y á la Iglesia tiene esta admiración ocu-

pada en cantar. *Tu ad liberandum suscepturus hominem non horruisti Virginis uterum.* Bajó más: del vientre de su madre al pesebre entre bestias. Y á los ocho días hizo mayor baja, circuncidándose, que era el remedio contra el pecado, con que se profesó pecador, no siéndolo. Y desde ahí fue bajando por todo discurso de la vida hasta la cruz, donde murió afrentosísimamente entre ladrones, como si lo fuera, blasfemado de su pueblo; tan bajo, que le miran los Profetas (que tenían ojos de lince) y dicen: *Vidimus eum et non erat aspectus et desideravimus eum despectum et novissimum virorum, virum dolorum et scientem infirmitatem, et quasi absconditus vultus ejus et despectus: unde nec reputavimus eum.* Y á tanta baja fue lance forzoso tan grande exaltación: *Propter quod Deus exaltavit illum et dedit illi nomen quod est super omne nomen.* Y así los que como discípulos habemos de seguir la disciplina de Cristo nuestro maestro, habemos de imitar su vida y seguir su ejemplo. Este camino habemos de escoger para subir, ciertos de que á la medida de nuestra baja ha de ser la exaltación. Espanta mucho á San Agustín esta condición de Dios, este estilo que tiene de subir á los hombres á sí por la humildad, y dice: *Quid est, fratres? Altus est Dominus; elevare, fugit a te; humiliari; venit ad te.* Camino jamás descubierto ni conocido de toda la sabiduría criada: que sea menester bajar para subir, para alcanzar lo que está alto y eminente. Suelen los hombres empinarse y valerse de otros medios para subir, pero para alcanzar á quien es tan alto como Dios, no es el remedio ese que la providencia humana dice, sino bajar, que es el que Cristo enseña. Y así los que saben este lenguaje y estilo de la casa de Dios, procuran para subir abatirse al suelo y bajar más y más. A Moisés hácenle capitán de Israel y Dios de Faraón en Egipto, y para merecer esto más, y hacerse capaz de lo que Dios pensaba hacer en él, bajóse confesando su incapacidad é insuficiencia. Soy cabrero tartamudo, insuficiente; enviad á otro que haga ese oficio. ¿Así que tanto sabéis bajar? *Ecce constitui te Deum Pharaonis.* Más que hombre merece ser el que tanto sabe bajar. A San Pablo le hacen vaso de elección, Príncipe de la Iglesia, maestro de las gentes, y dice: *Non sum dignus vocari Apostolus.* ¿Así? Pues sed apóstol por excelencia y antonomasia. Y cuando se dice el Apóstol, entiéndase que es San Pablo. San Juan, divino precursor, Profeta y más que Profeta, y el mayor de los nacidos, llegó á la cumbre y alteza que espanta á los ángeles, deshaciéndose y humillándose con el conocimiento suyo, tanto que, queriendo saber dél quién es, no halló en sí ser, y así responde: *Non sum.* Que parece llegó al término de la aniquilación, y por ese camino subió á tener á Cristo por predicador de sus alabanzas, y á que habiendo hecho de ellas un sermón famoso la Sabiduría eterna que todo lo sabe y pudo decir, dice su Evangelista, que *cœpit dicere de Joanne*: «que comenzó y no acabó de decir, lo que hay que decir de un hombre tan humilde». Pues si el camino descubierto y enseñado por Cristo, canonizado con su vida y muerte, seguido de los santos todos, para subir es bajar y humillarse, más que torpeza porfiada es la que los hombres tienen, deseosos por una parte de subir á más altos lugares, y por otra escoger para este fin el medio tan contrario y opuesto como es la soberbia y deseo de mayoría y precedencia. *Quem sequimini, filii Adam? quem sequimini?* Dice San Bernardo: *Si ergo ille, de tanta sublimitate superbiens, ad ima descendit, quomodo tu, de tanta vilitate superbiens, de imis ascendes?* ¿A quién seguís hijos de Adán, soberbios, desvanecidos, ignorantes, á quién seguís? Si el ángel supremo y el hombre primero, criados en tan alto estado, por querer subir más, cayeron tanto, tú, puesto en tan vil y bajo estado, ¿quieres subir de donde has de bajar? Deja al ángel y á tu Padre primero (cuyos fines fueron desventurados) y sigue al Señor que te dice: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* Y siguiéndole por el camino de la humildad que te llama, vive cierto que conseguirás lo que te promete, que es, conforme á la humildad de tu vida mortal, exaltación en la inmortal y eterna en la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
MIERCOLES DESPUES DEL DOMINGO
SEGUNDO DE CUARESMA

Assumpsit Jesus duodecim discipulos suos secreto et ait illis: ecce ascendimus Hierosolymam.

(MAT., 20).

INTRODUCCIÓN

La Esposa santa, por el Espíritu Santo instruída, contando en el capítulo quinto de los *Cantares* las perfecciones de Cristo, dice en alabanza de sus cabellos: *Comæ ejus sicut palmarum, nigri quasi corvus* (Cant., 5) «Sus cabellos enrizados como las hojas de las palmas, negros como el cuervo». En la corteza de la letra significa la gentileza de Cristo, mozo de floreciente edad, y porque tenía el cabello largo, como de nazareno, nunca cortado, algo ondeado, y al fin crespo, compárale á las hojas de las palmas. Y porque era mozo y sin canas, compara su cabello al cuervo, que es negro y no tiene pluma blanca. También por hermosura, porque antiguamente en Palestina celebraban el cabello negro como ahora el rubio.

Spectandum nigris oculis, nigroque capillo.

HORAC. (in *Arte Poet.*).

En misterio, los cabellos son los pensamientos, designios, consejos, que proceden del entendimiento, como nacen los cabellos de la cabeza. Estos en Cristo son altos, subidos, levantados, como las hojas de las palmas, que apuntan siempre arriba; nada rateros, ni de cosas de tierra, viles. *Sicut exaltantur cœli a terra sit exaltatae sunt viæ meæ a viis vestris, et cogitationes meæ a cogitationibus vestris:* «son muy diferentes mis caminos de los vuestros, y mis pensamientos de los vuestros, dice Dios; cuan ensalzados están los cielos de la tierra, tan encumbradas están mis trazas y acuerdos de vuestras imaginaciones». San Juan Crisóstomo refiere este lugar á Cristo en la redención. ¡Qué pensamientos tuvo tan altos, resolviéndose de morir por sus ofensores y enemigos, para por su muerte reconciliarlos consigo y darles la eterna vida y reino de los cielos! Pensamientos extraños, más distantes de los nuestros que lo está el cielo de la tierra. ¿Cuándo jamás cayó en pensamiento de hombres querer morir por librar de muerte á su mortal enemigo y sacar la sangre de vuestras venas para hacer de ella medicina con que curar las llagas que recibió, viniéndoos á matar á vos vuestro contrario? No arriba ahí el caudal del hombre, como ni el que está en la tierra puede llegar con la mano al cielo. Mas cabellos como de palma, que es símbolo de victoria y no se rinde al peso, así sus pensamientos victoriosos. Sale con lo que pretende; no queda frustrado de sus intentos; no le embarazan estorbos; no le resisten contrarios; vence dificultades é inconvenientes, y lleva su pretensión al cabo. El Señor (dice David) casa y anula los consejos de las gentes, y desbarata y hace vanos los pensamientos de los pueblos, y reprueba los acuerdos y consultas de los Príncipes. *Consilium autem Domini in æternum manet. Cogitationes cordis ejus in generatione et generationem:* «Pero el consejo del Señor es firme y valedero; nada le impide que no consiga su efecto y los pensamientos que en su pecho forja durarán por todos los siglos». No son torres de viento, como las que en la oficina de nuestra fantasía se fabrican, sino lo que él en su ánimo propusiere de hacer, infaliblemente será en el tiempo y por el modo que él lo determinó. Mas porque pensamientos tan elevados son difíciles de ser entendidos, por eso dice que son negros como el cuervo, oscuros, ocultos; que no pueden ser de los mortales tanteados ni alcanzados, como dice el Apóstol. «¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios y cuán sin rastro sus caminos!» También es dificultoso de entender. Pensamientos siempre subidos, y en nada soberbios. Pensamientos altos, y no altivos ó altaneros. Levantados, y no de levante. Junto

con ser humildes, ser encumbrados. Tiene dificultad. En el Evangelio de hoy veremos una contraposición de los pensamientos de Dios á los nuestros. ¡Los pensamientos de Dios, ser vendido, entregado, escarnecido, azotado, crucificado! Los nuestros, sillas, descansos, reinar y mandar. Cristo sube á padecer; los discípulos se quieren sentar. Y con todo eso, los pensamientos de Cristo, aunque humildes, son altos, y los nuestros, aunque altos, son rateros y babos. Porque, *omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.* Lucifer, por querer subir ambiciosamente á lo más alto del cielo, cayó como rayo hasta el profundo. Y Cristo, por la abyección y humildad de su Pasión, fue ensalzado hasta la diestra de Dios. Por eso llama á su muerte exaltación. *Oportet exaltari Filium hominis:* «Conviene ser enaltecido el Hijo del hombre»; y «si yo fuere ensalzado de la tierra, todas las cosas traeré á mí». Por eso escogió morir en alto en la cruz: para significar que en esa muerte estaba su gloria y exaltación, y también la nuestra. Por eso su ida á padecer, la llama subida. *Ecce ascendimus Hierosolymam.* Y sube con tanto valor y con determinación tan fina, que ni basta Pedro á resistirle ni los discípulos á tener con él y seguirle. Porque fuera de lo ordinario en esta última subida alargaba el paso como dice San Marcos: *Et præcedebat illos Jesus et stupebant et sequentes timebant*: «Iba con gran trecho delante de ellos y se pasmaban de ver su prisa, y temerosos le seguían». Pero al fin salió con su intención y alcanzó victoria, por medios al parecer del mundo tan desproporcionados. Porque *tertia die resurget.* Consumada la obra de la Redención, destruída la culpa, reparado el hombre, vencido el demonio, saqueado el infierno, resucitó al tercer día con poderío universal sobre cielos y tierra. Eso es tener cabellos de palma, altos y victoriosos, negros como el cuervo á la letra. Lo primero, porque en la flor de su edad, en lo mejor de su vida se entregó á la muerte el manso cordero. Pero hace dificultad que Daniel primero y después San Juan nos dicen que el Hijo del hombre tenía los cabellos blancos como hebras de lana blanca lavada y como copos de nieve. Si allí estaba todo cano, ¿cómo la esposa dice que es mozo y de cabello negro? Fácil es la respuesta: Que las canas de Cristo significan su prudencia y santidad, según aquello: *Cani autem sunt sensus hominis et ætas senectutis vita inmaculata* (Sap., 43). «Las canas están en el seso, y la edad madura es la vida irreprehensible». Porque Cristo muere con admirable sabiduría y suma inocencia, tiene los cabellos canos. Porque muere mozo en tan florida juventud, tiene el cabello negro; mas porque muere malhechor y su cruz á judíos es escándalo, y á gentiles locura, por eso señaladamente se dicen estos cabellos negros como el cuervo. El cuervo es animal aborrecible, pero tiene honrosa significación. Los sabios egipcios le ponían por símbolo del sol, fundados en dos razones: la primera, porque el sol quema el color y lo pone negro como el cuervo. Vedlo en los labradores, qué tostados andan del sol; y los que habitan la calurosa Libia, abrasada y herida de lleno de los rayos del sol, salen negros, como, por el contrario, los que moran las regiones septentrionales, lejos del sol, son muy blancos. La segunda razón, porque el cuervo, contra la naturaleza de las otras aves, cría en estío y saca sus hijos cuando el sol está en toda su fuerza: señal que tiene el cuervo con el sol amistad y conveniencia. El sol en la Escritura significa algunas veces el fervor de la persecución. Así lo declara Cristo en la parábola del sembrador, hablando de aquella parte de grano que, habiendo luego nacido, en saliendo el sol se secó (dice), que son aquellos que al principio creen y al tiempo de la tentación ó tribulación vuelven atrás. Y la esposa, excusándose del color bajo que en medio de las persecuciones había contraído, dice: No me culpéis que estoy morena y tostada, porque el sol me ha descolorido. Siendo, pues, el cuervo señal del sol, y el sol de tribulación y angustia, tener el esposo cabellos negros como el cuervo es tener Cristo pensamientos enlutados y tristes, ordenados á padecer persecución, afrentas, dolores, muerte de cruz. Oid con qué pláticas engaña el camino y se entretiene con los suyos subiendo la cuesta: Mirad que subimos á Jerusalem, y que el Hijo de la virgen será entregado á los príncipes de los sacerdotes y escribas; y condenarle han á muerte, y entregarle han á los gentiles, para ser escarnecido, azotado y crucificado. ¿Ese es el alivio de caminantes? ¿la buena y sabrosa conversación, para no sentir el trabajo del caminar? Pensamientos negros como el cuervo. ¡Oh qué negro y quemado con los bochornos y ardores de tan dolorosa y afrentosa pasión pareció allí el blanco y colorado y escogido entre millares! ¡Qué asedo el divino Absalón, el más hermoso y bien acabado de todos los hombres! *Non est species ei, neque decor et quasi absconditus vultus ejus*: «No tiene lindeza y hermosura; su rostro desfigurado, su hermosa tez cubierta no parece lo que solía». ¡Qué escurecida su fama! ¡Qué amortiguado el resplandor de su inocencia! ¡Qué tiznado el lustre de su buen nombre en vida y milagros! *Cum iniquis deputatus est.* Contado con malhechores; crucificado entre salteadores, como el mayor de ellos; como cuervo aborrecible, siendo el Hijo amado, reconocido y declarado por la voz del Padre; sobre cuya cabeza posó la blanca paloma del Espíritu

Santo. Pero es la maravilla que en medio de esos estíos y ardores de injurias y tormentos saca sus pollos contra la naturaleza de las otras aves. Muriendo, engendra sus hijos, al revés de los puros hombres. *Generationem ejus quis enarrabit? Quia abscissus est de terra viventium.* ¿Quién ha visto á un muerto engendrar y que la muerte sea camino para haber generación? ¿Qué diríais de un árbol que plantado en la tierra y bien arraigado no fructifica, y arrancado y hecho pimpollo de las raíces y de las raíces pimpollo diese copioso fruto? Así sólo Cristo, Dios y hombre, puede esto, que murió por la flaqueza de nuestra humanidad y resucitó por la fortaleza de su divinidad. En la cruz nos engendró en hijos de Dios, y por ese medio nos dio vida, y para sí adquirió nombre y gloria. Esa es la oscuridad de este misterio, que diciéndoselo el Señor tan claro á sus discípulos, dice San Lucas: *Et ipsi nihil horum intellexerunt et erat verbum istud absconditum ab eis et non intelligebant quæ dicebantur.* ¡Qué extraña repetición de palabras! ¡Qué lejos de los pensamientos humanos! Negros como el cuervo. Para enseñarnos que por este camino de cruz habemos nosotros de medrar y subir. El cuervo (como dice San Isidoro) no cría sus hijuelos en naciendo, porque los desconoce viéndolos blancos, y así los aborrece y desampara, y quedan á Dios pidiendo misericordia, como significa David: *Et pullis corvorum invocantibus eum.* Que Dios sustenta entonces á los polluelos de los cuervos, que piando parece que invocan en su favor al autor de naturaleza. Pero en comenzando á pelechar y á salir el cañón negro, como el cuervo ve su librea, reconoce á los hijos y los mantiene y abriga. Así Cristo, á los que ve blancos y alegres, amigos de honras y contentamientos mundanos, como á hijos ajenos los desconoce y echa de sí. Por eso á los dos hermanos tan privados suyos responde con tanta sequedad: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber?» Ese es el camino para alcanzar sillas en mi reino: imitar mi pasión, vestiros el luto triste de la mortificación de mi cruz, para que yo os conozca por hijos legítimos. Habéis de padecer conmigo si queréis reinar conmigo. Esto es, en suma, todo el Evangelio. Volvamos ahora sobre él.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ascendens Jesus Hierosolyman, assumpsit duodecim discipulos secreto, et dicit illis: Ecce, ascendimus Hierosolymam et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis et condemnabunt eum morte. Si bien se mira, hallaremos que Cristo nuestro bien lo que más de ordinario hablaba, y con mayor firmeza procuró imprimir en nuestra memoria, fue el misterio de su Pasión; que como tenía en ella todos sus pensamientos, así hablaba de ella en todas ocasiones. Cuando en los términos de Cesarea, por boca de San Pedro, le confesaron sus discípulos por Cristo y Hijo de Dios natural, *exinde cœpit Jesus ostendere discipulis suis quia oporteret eum ire Hierosolymam et multa pati,* «desde aquel punto comenzó á descubrir á sus discípulos que á él le convenía subir á Jerusalem y padecer muchas cosas de los ancianos y escribas y príncipes de los sacerdotes, y ser muerto, y resucitar al tercer día». Esta fue la vez primera en que les reveló este secreto; y como tan sustancial punto de la fe se lo repitió muchas veces, mostrando que su Encarnación no les podía ser provechosa (supuesto el decreto divino) sino mediante la Pasión. A Nicodemus, cuando le confesó por maestro de Dios enviado, y pidió ser instruído de lo que debía saber para salvarse, por última resolución le dio su muerte en la cruz, significada en la serpiente de metal que Moisés levantó en el madero, que con su vista sanaba á los mordidos de las víboras: señal de la salud que da Cristo crucificado á los pecadores que en él creyeren. A los fariseos que el miércoles pasado le pedían señal, no les prometió otra que su Pasión, figurada en el suceso de Jonás; y la misma dio á los que le preguntaron con qué autoridad echaba los mercantes del templo: Desatad este templo y en tres días lo levantaré. Entendieron del templo material, y él hablaba de su cuerpo, templo de la divinidad, derrocado en la pasión y en la resurrección reedificado. Pues en su Transfiguración, cuando hizo banquete á su cuerpo sacratísimo de la gloria de su alma, y le dio aquel refresco del cielo para alivio de todos sus trabajos, las pláticas en tan alegre fiesta no fueron otras que de su pasión. Porque Moisés y Elías, que fueron convidados, decían para entretenerle el exceso de amor y de tormentos que había de cumplir en Jerusalem. Y porque no se piense que más por temor de la muerte que se acercaba que por su gusto y utilidad nuestra trataba tantas veces de esta materia, acabadas las tormentas de la muerte, y aportado en salvamento á la tierra de los vivos, torna á platicar con sus discípulos de su pasión, y juntándose con los dos que iban á Emaús, rodea de suerte la plática que ellos se la refieran, y al cabo pone él la conclusión: *Nonne hæc oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam?* ¿Veis con cuánta frecuencia hablaba Cristo de su pasión? Luego si, como el mismo Señor dijo, *ex abundantia cordis os loquitur.* Bien dice la esposa que son sus cabellos negros como el cuervo; porque no piensa sino en muerte, quien siempre habla del morir. De aquí nace que como la Iglesia le sabe tan bien

la condición y desea conformarse en todo con ella y con su gusto, también acostumbra á meditar y razonar de la pasión, para que el sentimiento y memoria de ella viva siempre en los corazones de sus hijos. A este fin, demás del sacrificio del altar, que en cada día refresca la memoria de la pasión y al vivo la representa, ofreciendo por modo incruento, impasible, al mismo Cordero que en el ara de la cruz fue sacrificado con efusión de toda su sangre, por el discurso del año, en muchos y diversos Evangelios renueva la memoria de la pasión. Y esta de hoy en que tan por extenso y tan en particular se cuenta, la canta también en la Quincuagésima. Todo para que no olvidemos lo que por tantas vías nos es encomendado. Y agrádale tanto al Esposo celestial este amoroso recuerdo de su pasión que ve en la Iglesia, que se pone muy de propósito á loarle, *Sicut vitta coccinea labia tua et eloquium tuum dulce:* «Como cinta de grana tenéis los labios, esposa, parece que están vertiendo sangre». Porque todas las palabras que con ellos pronuncias, destilan la sangre de mi pasión, y van teñidas y coloradas con ella. Y de aquí tiene que vuestra habla es dulce. Es muy bien hablada la Iglesia, es de muy linda y sabrosa conversación, porque habla de la dulzura del amor que Cristo nos tuvo, fundado en el que á Dios tiene. Esa es la grana dos veces teñida. Amor de Dios y de los hombres, que obliga Cristo á morir. Este había de ser el lenguaje común de los cristianos, y éste es y ha sido el de todos los santos y amigos de Dios. Y por eso añade el esposo: *Sicut fragmen mali punici ita et genæ tuæ absque eo quod intrinsecus latet:* «Como el pedazo de la granada tenéis las mejillas, allende de lo que dentro está escondido». El rostro es lo principal y más honrado de la persona, y donde más se señala la hermosura, y á las mejillas salen los vivos colores. Y así el rostro de la Iglesia son los santos y varones perfectos, que, como dice David, son muy honrados. *Nimis honorificati sunt amici tui Deus.* Más. Los sacerdotes y predicadores que lo son por el oficio y dignidad, en éstos se ha de parecer la hermosura de la Iglesia; porque han de ser como cascos de granada, que desmenucen la pasión de Cristo en granos; ya traten de la oración del huerto, ya de la prisión, ya de los azotes, ya de las espinas, ya de las afrentas y vituperios, ya de los clavos y cruz, á imitación del mismo que en este Evangelio la va desmenuzando.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Tradent eum gentibus ad illudendum et flagellandum et crucifigendum: «Será vendido á los príncipes, y de ellos condenado á muerte. Y para la ejecución, será entregado á los gentiles para ser burlado, azotado, crucificado». Así se reparte en pasos y consideraciones como en granos aquella granada de la pasión, tan preñada y llena de innumerables misterios; y ese es el color y rosicler que hermosea las mejillas de la Iglesia, *absque eo quod intrinsecus latet.* Porque toda esta conversación y trato exterior es indicio y muestra del entrañable sentimiento que hay allá dentro en el corazón: de la íntima y afectuosa compasión con que contemplan los trabajos que el Redentor del mundo por nuestro remedio sufrió. Pues si estas son las meditaciones y pláticas de Cristo, éstas las de su Iglesia, éstas las de los Santos, justo es que también lo sean las nuestras, porque gocemos los frutos admirables que produce este árbol de vida. A esto nos exhorta el apóstol San Pedro con unas misteriosas palabras: *Christo igitur passo in carne et vos eadem cogitatione armamini, quia qui passus est in carne desiit a peccatis; ut jam non desideriis hominum sed voluntate Dei quod reliquum est in carne vivat temporis.* «Habiendo Cristo por nosotros padecido en la carne (esto es en la humanidad, no en la divinidad), vosotros también con el mismo pensamiento os armad». Quiere decir: pensad su pasión, emplead, poned en ella vuestros pensamientos, proponiendo de padecer por su amor voluntariamente y llevar vuestra cruz en su seguimiento. Y notad la palabra *armamini.* Porque la memoria continua de la pasión de Cristo es una fortísima armadura de divino temple, que guarnece al cristiano para ofender y defenderse de las tentaciones del demonio, de las persecuciones del mundo, de los halagos de la carne. San Bernardo dice: *Tanta est virtus crucis Christi, ut si in mente fideliter habeatur, nulla libido, nulla peccati prævalere possit invidia, sed continuo ad memoriam ejus totius peccati et mortis fugatur exercitus.* «Es tanta la virtud de la cruz de Cristo, que si fielmente se tiene en el alma, ninguna sensualidad, ninguna malicia de pecado puede prevalecer, antes con ese recuerdo se pone en huída todo el ejército del pecado y de la muerte». Y este es el fruto que quiere el apóstol San Pedro que saquemos de tener en el pensamiento la pasión de Cristo. *Quia qui passus est in carne, desiit a peccatis ut jam non desideriis hominum, sed voluntate Dei quod reliquum est in carne vivat tempore.* Es sentencia oscura; pero este es el verdadero sentido á mi parecer: De la manera que Cristo padeciendo en la carne dejó de vivir vida mortal y de estar sujeto á penas, que son efectos del pecado, y por eso las llama pecados, *desiit a peccatis*; así el que se arma con la memoria de su pasión, y á imitación suya padece en su carne, afligiéndola y domándola y suje-

tándola al espíritu, ha de morir á los pecados de la vida pasada, para que lo que le quedare de la vida no lo gaste en servir á los deseos carnales, sino en hacer la voluntad de Dios. En esto se ha de ver quien medita como debe la pasión de Cristo: en que muera á los pecados y á sus concupiscencias. Este fue el fin que el mismo Cristo tuvo en padecerla, según aquello: *Iste omnis fructus: ut auferatur peccatum.* Este es todo el fruto de cuanto el Señor hace en la justificación particular de cada pecador y de todo lo que hizo y padeció en la justificación del mundo: quitar el pecado, destruirlo, desterrarlo del mundo. Eso es *Agnus Dei qui tollit peccata mundi:* «Cordero que con su muerte y sacrificio quitó los pecados del mundo». El mismo fin debe ser el de todos aquellos que, como legados de Cristo, rogamos al mundo que se reconcilie y vuelva á ser amigo de Dios. Aunque es verdad que para conseguir este fin, diversos van por diversos caminos: unos rogando, otros amenazando, quién asombrando, quién halagando, quién prometiendo, quién desafuciando; deleitan unos, enseñan otros, mueven otros con sus dichos; finalmente, cada uno usa lo que mejor puede del talento que le es encomendado, por volverle á su dueño con algunas ventajas y acrecentamientos; pero si yo no me engaño, ningún medio sería más poderoso para destruir el pecado, que si pudiésemos representarle delante de nuestros ojos en su misma figura. Porque si dijo Platón que la virtud era tan bella y tan hermosa dama, que si pudiese ser con los ojos del cuerpo vista, *mirabiles in nobis excitaret amores*, no podía dejar de solicitar nuestras aficiones para ser muy amada, casi podemos decir que es el pecado tan feo, tan horrendo, de tan abominable gesto, que si fuese como él es de nosotros visto, no podía dejar de ser aborrecido y detestado.

Odit et ipse pater Pluton, odere sorores
Tartareæ monstrum; tot sese vertit in ora.

VIRGILIO.

Dijo mejor que entendió de la discordia Virgilio. Pero siendo imposible poder sacarle como él es aquí á tablado, usaremos del artificio de Timantes, pintor ingenioso, que obligándole á que pintase un gigante Polifemo, en cierto lugar no bien capaz de aquel cuerpo que había de pintar tan desmesurado, usó de ingenio para suplemento del defecto, y pintando la figura la mayor que en el lugar se pudo, la pintó dormida y tendido debajo la cabeza por almohada el brazo, y junto á la mano dél unos ciertos faunos ó sátiros, que con gran silencio, por no despertarle, estaban midiéndole el través de un dedo con un muy largo sarmiento. Bien, sin duda, y con gran agudeza se daba á entender cuánta fuese la descompasada grandeza de aquel jayán, pues tan larga era la medida de su dedo. Podríamos casi hacer ahora lo mismo, y sacando las medidas con que fue medido el pecado en la persona de Cristo, dar á entender á quien reparare en pensar cuánto fue menester para pagarle y satisfacer por él, los daños que hace en el alma y cuán con grandes veras debe ser huído. Esto es lo que la Iglesia hace, poniéndonos delante la suma abreviada de las pasiones de Cristo, para que meditándola nosotros, conjeturemos de ese sumario qué fue lo que gastó en pagar por el pecado. Y esto es lo principal que deseo saquemos de este sermón.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Todos los pecados castiga Dios al justo, aunque no de todos vemos el castigo; pero esos castigos que vemos nos descubren que tales son y serán los que lastarán todos. Mal dijo quien dijo:

Si quoties peccant homines, sua fulmina mittat
Jupiter, exiguo tempore inermis erit.

OVIDIO.

Mejor dijera que se agotara presto el género humano, si por cada pecado fuera quien lo hace castigado, que no pensar que se le acabaran á Dios los castigos. Blasfemó uno de los que caminaban por el yermo; fue denunciado, mandado prender y finalmente apedreado; otro se halló haciendo leña en el día del sábado; fue vista su causa, y de la misma suerte justiciado; Achán hurtó de lo que estaba anatematizado, súpose su sacrilegio y pagó con la vida el mal que hizo. Pregunto: ¿No hubo ya ahí otros blasfemos, quebrantadores de fiestas, sacrílegos? ¿Sólo para estos desdichados se hizo la horca? Sí hubo. ¿Pero qué fuera del mundo si todos perecieran? Bastan esos raros ejemplos de lo que á todos sus semejantes pasara sin duda. No habrá quien peque que no pague á la iguala. Consideremos, pues, de los castigos que Dios hace á los pecadores cuánto le desplacen los pecados. Y como al muy bueno no puede desagradar sino lo muy malo, ni el justísimo se disgusta sino de lo injusto, ni el hermosísimo despagarse sino de lo feo, ¡cuán malo es, cuán injusto y cuán feo el pecado! Y no pongamos delante los muy horribles castigos hechos por detestables pecados, cuales fueron el universal diluvio, las llamas llovidas sobre aquellas ciudades malvadas, sino algunos otros castigos que, aunque más moderados, son espantosos, por ser sobre no muy graves pecados. Ruégoos que peséis el castigo que vino sobre Saúl y sobre su casa toda, á quien Dios levantó en un día sobre su pueblo, y en otro consumió, deshi-

zo y volvió en nada por cosas, á lo que parece, no de mucha importancia. Porque el primer disgusto que á Dios Saúl dio, fue no esperar una hora más á Samuel para que hiciesen ambos cierto sacrificio. Y tuvo, á lo que parece, urgentísima causa; porque el enemigo le desafiaba por momentos y los soldados se le huían, pensando que no osaba salir á la batalla de miedo; esperó siete días á Samuel, como él le había mandado, y visto que no venía al plazo puesto, *necessitate compulsus obtuli holocaustum Domino*, dice Saúl: «Apretado de la necesidad ofrecí un holocausto para tener á Dios propicio». Y no le pareció á Dios excusa bastante de su culpa, ni se le recibió en cuenta este miedo que podía caer en varón constante, para que desde aquel punto no fuese depuesto de su trono en el judicatorio divino y condenado á los desventurados trabajos que sobre su cuerpo llovieron, y á muerte tan cruel y afrentosa como la que él tomó por sus manos, y á ser toda su progenie agotada, sin que de él en sucesión quedase rastro. Y no pagó con eso (que fuera tolerable el daño); paga hoy, y pagará en el infierno mientras Dios fuere Dios. Poned luego delante el castigo que hizo Dios en David, sucesor suyo, por aquel pecado de mandar contar el pueblo, en el cual apenas hallaréis qué mal pudo haber digno de tan horribles castigos, como fueron los que se le pusieron delante, para que escogiese el que le pareciese menos lastimoso: hambre, guerra ó peste tan rabiosa, como fue la que comenzaba, si no mandara Dios envainar la espada á quien ya la amagaba para asolar la ciudad, que era la cabeza, teniendo ya muertos setenta mil hombres de todo el reino. Hugo Cardenal dice que estos setenta mil eran de los nobles y principales; pero que sin esos murieron de los plebeyos trescientos mil. Unos dicen que fue con aquello castigada la vanidad de David, en querer saber cuán gran señor era. Otros la negligencia en no mandar que ofreciesen los así numerados la suma que la ley en tal caso mandaba que cada cual ofreciese. Sea lo que vos quisiéredes, no fue mucha la culpa, que aun ahora no está averiguada; y con todo eso fue tan crudo el castigo á delito tan pequeño, pues pagaron todos los que no cometió sino uno. Si á más antiguas cosas extendéis la vista, hallaréis aquella tragedia tan miserable y espantosa del castigo de los dos hijos del sumo Sacerdote Aarón, sobrinos de Moisés, en el día de la consagración de su padre: quemados vivos con fuego que salió del Santuario, delante los ojos de su padre y tío, y de aquel pueblo todo, sin que fuese parte para moderar el castigo ni la solemnidad del día, ni lo que se debía tener respecto á los servicios antiguos de toda aquella familia consagrada á Dios y dedicada á su culto. Y lo que más podrá asombrar será por cuán leve pecado fueron tan reciamente castigados, pues apenas hallamos culpa donde vemos tan desaforado ejemplo de pena. No falta quien diga que estaban, si no beodos, asomados, ó bien bebidos, cuando fueron á poner incienso delante de Dios en fuego ajeno, que no les era mandado. Y compruébase de aquello que después se manda á todos los sacerdotes que no beban vino en el tiempo de su ministerio, dando encubiertamente á entender que por no ir sobrios habían sido castigados los que fueron allí ardidos, aunque no se dice la culpa por el honor del estado. Y conjetúrase también de aquellas palabras con que signifícase el mal modo de hacer su oficio. *Arreptis, Nadab et Abiu, filii Aaron thuribulis, imposuerunt ignem et incensum desuper, offerentes coram Domino ignem alienum quod eis præceptum non erat.* Arrebatando Nadab y Abín los incensarios... ¡Oh misas arrebatadas, horas dichas como si tocasen á rebato! ¿Qué tienes que hacer (pecador de mí) que te sustentan, visten, honran, autorizan, no más de porque digas misa, porque asistas siquiera con exterior silencio y modestia en tu coro, en tu Iglesia? Cosa de lástima es oir algunas misas y ver la prisa, la indevoción, la mala pronunciación, las mentiras; no sólo porque no saben leer, sino por la prisa que llevan, como si los fuesen corriendo moros ó les pusiesen fuego á las plantas. ¡Válgate Dios! ¿no mirarías qué haces, siquiera con quién, de qué, por quién tratas? Aun á los que al demonio sacrificaban, dice Plutarco que les solían entre romanos decir *Hoc age:* «Haz esto, atiende, mira lo que haces». Sentencia tomada de la disciplina etrusca, que había quizás tenido origen de los hijos de Noé, primeros pobladores de Italia. Pues si aun el demonio pedía atención á lo que hacían, á esos que con él negociaban, y que estuviesen todos en lo que trataban, ¿cuánto con más razón se pide en los divinos misterios que el sacerdote cristiano celebra, para no hacerlos con irreverencia tan arrebatada? Así que, arrebatando sus incensarios pusieron sobre ellos fuego ajeno, que no les era mandado: *quod eis preceptum non erat.* Parece que en estas palabras se adelgaza la razón del pecado que éstos cometieron, pues no dice contra lo que les era mandado, sino que no les era mandado. Quizá no hallaréis tan presto donde les fuese mandado que no ofreciesen, sino en fuego consagrado. Pero es bien que sepáis que todo lo que no es mandado por Dios ó por su Iglesia en esto del culto divino es sospechoso. Tened por las mejores misas, los mejores sufragios, las más satisfactorias plegarias, las más impetratorias preces, las que son más conformes á lo mandado, á lo escrito, á lo ordinario. Son muy amigos los hombres de

sus propiedades en todo; aun en lo que á Dios ofrecen querrían ser ellos los inventores, los dueños. No quiere Dios sino que le sirvas del modo que él quiere ser servido, y ese es el que tus predecesores usaron, que pues está por uso recibido, bástete para creer que está por Dios aprobado, sin que oses tú hacer prueba de lo que no sabes si será acepto y desechado; basta no ser usado para serte sospechoso. Item más. Fuego ajeno ofrecen ó en él hacen sus ofertas aquellos que con otro afecto que el que la caridad inflama sacrifican. En fuego ajeno ofrecen los ambiciosos, hipócritas, codiciosos; aquellos en quien no arde amor de Dios, sino llamas de propia concupiscencia: esos son con tan severos castigos á vista de Dios y del mundo punidos. Resumámonos, que ya vamos prolijos. Por los castigos que se hacen en los pecados, veremos cuánto desagradan á Dios todos ellos. Pero en todos los dichos y otros semejantes siempre hallaréis alguna fealdad de culpa, cuya figura detestable os dé á entender que no es sobrada la pena. Pero cuando ponéis los ojos en Cristo crucificado, y veis aquellas penas las más crudas y las más inhumanas que jamás se vieron ejecutadas sobre ninguna criatura, y consideráis bien su santidad, su justicia, su inocencia, no podéis dejar de maravillaros de lo que se vio con él en este foro de la divina justicia. Porque, como no tuviese culpa ni pecado, sólo porque fue visto en forma de pecado, fue tratado con todo aquel rigor que si fuera el mismo pecado. Esto nos significó San Pablo cuando dijo dél: *Quem proposuit Deus propitiatorem per fidem in sanguine ipsius, ad ostensionem justitiæ suæ.* «Que le puso Dios á vista de todo el mundo por Redentor, á costa de toda su sangre, de los que con fe viva creyesen en él, para hacer por esta vía muestra de su justicia». Cosa fuera de compás parecerá comparar lo que es entre sí tan diferente, como Faraón y Cristo, pero sí es lícito cotejar lo santo con lo profano: á Faraón dijo Dios (y refiérelo San Pablo): *In hoc ipsum excitavi te ut ostendam in te virtutem meam: et ut annuntietur nomen meum in universa terra.* Para esto te he guardado con vida después de tanta rebeldía con que tienes merecida una atrocísima muerte; pero ya te he esperado, y como resucitado de entre los muertos, con quien por tus deméritos habías ya de ser contado, porque seas á los presentes ejemplo de mi fortaleza en castigar y quede por memoria á los ausentes por todo el mundo. Fue puesto Faraón como un tercero en que se asestasen todos los tiros del furor divino, para que Dios mostrase en él la fuerza de su poderoso brazo en castigar cuando quiere. Casi de la misma manera dice el mismo apóstol, hablando de Cristo, que le puso el Padre en la cruz, *ad ostensionem justitiæ suæ:* «Para hacer en sus pasiones demostración de su justicia». No se pudo más encarecer lo mucho que Cristo padeció, que diciendo, no sólo que pagó á la justicia divina, sino que la hizo descubrir cuán grande era. Para satisfacer la justicia infinita padeciendo, infinito fue menester padecer. Eso significan aquellas palabras del Hijo al Eterno Padre: *Super me confirmatus est furor tuus et omnes fluctus tuos induxisti super me* (Salmo 87). «Sobre mí se afirmó tu furor; en mí descargó el peso incomportable de tu ira y en mí quebraste todas tus olas hinchadas y furiosas del mar embravecido de tu justicia». Por eso se llama Cristo *peccatum et maledictum;* porque fue en su pasión tratado como lo pudiera ser la misma culpa, el mismo pecado, la misma maldición. En el hombre pecador castígase el pecado, pero teniendo en cuenta con la miseria del sujeto; y así se halla justicia con misericordia. *Corripe me, Domine, verumtamen in judicio et non in furore tuo, ne forte ad nihilum redigas me* (Jer., 10): «Corregidme, Señor, penitenciadme por mis culpas, pero con juicio, con tiento, blanda la mano; venga por vuestra clemencia moderado el castigo, atento á la flaqueza del sujeto». No me hiráis á todo matar, con toda la fuerza de vuestro poder, que me aniquilaréis. Pero si el pecado á solas se hallase, y no pegado con quien ha de hacer Dios por fuerza misericordia, por ser criatura suya, había de ser aniquilado. A ese modo fue tratado Cristo, que dice de sí: *Et ego ad nihilum redactus sum et nescivi*, suple, *peccatum.* «Yo fui reducido á la nada, no sabiendo por experiencia qué cosa era pecado». Esto nos significan las palabras con que el Señor abrevia su pasión y la suma.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Filius hominis traddetur Principibus Sacerdotum. Cada una de estas palabras significa algún particular grado de castigo hecho, para por todos juntos venir como á desgraduarle y descomponerle de su grand.za; vendimiando la honra, la estimación, la libertad, la salud, la vida. Todo el mundo se conjuró de tropel, y cuanto en él había de darle la batería. Por eso dice *tradetur:* «será entregado», sin señalar de quién, porque todos los que pecamos concurrimos en esta traición y nos conjuramos gentiles y judíos, hombres, mujeres, príncipes, plebeyos, grandes y gente de vulgo, extraños y domésticos. Todos le entregaron, porque los pecados de todos fueron á su cuenta puestos. Padeció en las personas conjuntas, como su madre y discípulos, huyendo de ellos y estando ella al pie de la cruz. En su fama, blasfemias. En su amor, afrentas. En lo que tenía vestido, despo-

jos. En su ánima, tristezas. En su cuerpo, llagas. En la cabeza, espinas. En pies, y manos, y costado, clavos y lanza. En toda la persona, desnudez y azotes sin misericordia. En el gusto, hiel y vinagre. En los ojos, con el triste espectáculo de los que le escarnecían y más triste de los que le lloraban. En el olfato, del mal olor que de lugar tan abominable redundaba. En las oídos, por las blasfemias que le decían. Por donde justamente es llamado *Virum dolorum et scientem infirmitatem*: «Dolorosísimo sabio, resuelto en materia de trabajos y penas». De esta manera trata Dios al pecado puesto en Cristo. ¿Ya veis cuál suele tratar un toro la capa que huyendo le dejó en los cuernos quien le salió al coso? ¡Qué de estocadas, qué de golpes, qué arrojada en alto, qué recogida, qué despedazada! No más de porque le huele á hombre, ¿qué tal parara si entre los cuernos cogiera al mismo hombre? Cuando levantares, pues, los ojos á la cruz y vieres qué tal está en ella Cristo padeciendo, acuérdate que si tal padece sin pecado propio quien se encargó de los ajenos, ¿qué será bien que tema quien ha de pagar por los propios? No hagas, hombre vano y perdida mujer, sino holgarte y tomar más placer. Roba, saltea, juega, triunfa y suelta á todos tus vicios la rienda, que yo te digo que lo has con quien no perdona ni aun á las imágenes de las culpas, ni aun á las sombras de ellas deja que no sean castigadas. Estas, estas son las medidas de la gravedad del pecado, que para pagarle al justo fue necesario que pagase el justo y el infinito, padeciese el inmortal, muriese el eterno. Tan horrenda su fealdad, que sobrepuesta en Cristo, en quien era imposible haber mácula de propia culpa, la obligación y malicia de las nuestras empañó aquel espejo sin mancilla de la claridad de Dios. Tan aborrecible, tan abominable su figura, que disfiguró al que es resplandor de la gloria del Padre, imagen de su bondad, figura expresa de su sustancia. Que fue necesario decir Pilatos que era hombre: *Ecce homo*, porque no le parecía. Tan acabado, tan consumido y aniquilado, que en la apariencia lo deshizo de Dios, pues fue por pecador reputado; y en realidad le deshizo de hombre, pues con sumo dolor y afrenta le quitó la vida. Tan severa la justicia de Dios que así se encrudeció contra su propio hijo, porque se pareció en el vestido al hombre pecador. Tan insensibles nosotros, que no conocemos por aquí el estrago que hace el pecado en un alma donde está de asiento, que es un rayo cruel que la desmenuza y deshace y aniquila en el ser divino y sobrenatural. Un fuego infernal que le abrasa y consume, y deslustra todo cuanto hermoso y precioso hay en ella y la deja tiznada y quemada, y ennegrecida más que los carbones. Semejantes á los cuervos infernales, un retrato de Satanás, un infierno abreviado. ¿Tan ciegos somos que todavía queremos á este dragón, abrazamos á este basilisco, nos aficionamos á este monstruo? ¿Tan ingratos, que con nuevos pecados volvemos á repetir esta pasión, á renovar estos dolores, á refrescar las llagas del crucificado? ¿Tan atrevidos, que osamos irritar aquella ira, provocar aquel furor, hacer cocos el gusanito de la tierra al omnipotente? ¿Que por un mal pensamiento consentido terná á un alma revolcando en las sempiternas llamas por toda la eternidad, sin apiadarse jamás, ni inclinarse á tener de ella misericordia? *Horrendum est incidere in manus Dei viventis* (Heb., 16): «Espantable cosa es caer en las manos de Dios justiciero vivo, que no puede morir y así no cesa de castigar». Mira que Dios no se muda, siempre es el mismo; y si antes penaba leves culpas con gravísimas penas, no habiendo los pasados visto la ostentación de su justicia en Cristo crucificado, ni obligádolos con aquel beneficio, atraídolos con aquel ejemplo, aficionádolos con aquel amor, enternecídolos con aquella bondad, asombrádolos con aquel rigor. ¿Cómo, si piensas, cristiano, ha de castigar ahora tantos y tan enormes pecados, tus desacatos temerarios, tus tacaños atrevimientos, tus desvergonzados insultos, porfiados adulterios, reiteradas injusticias, es posible que quien esto cree tiene manos ni corazón para pecar? ¡Abre, oh Dios de inefable misericordia, los ojos de estos miserables hombres, para que vean en la sangre de este divino medianero la grandeza de tu justicia espantosa, la fealdad de la culpa detestable, la gravedad del peligro que corren y la importancia del remedio que se les ofrece.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Pero veamos de qué manera la carne se ha en medio de cosas tan lastimeras, y qué poco le cabe de lo que por ella va el Señor hacer en esta jornada. *Tunc accessit ad eum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo:* «Entonces, cuando el Señor estaba tratando de sus afrentas, llega la madre de los hijos del Zebedeo á pedirle para ellos las dos sillas de la mano derecha é izquierda en su reino». Responde el Señor á los hijos que habían sobornado á la madre: «No sabéis lo que pedís, ¿podéis beber el cáliz que yo tengo de beber?» ¿Veis qué diferentes pensamientos son los de los hombres que los de Dios? ¿Y cómo hay muchos que no ponen su consideración en la pasión de Cristo? Por esto le llamó San Pedro: *Petra scandali*, en que muchos tropiezan, y el santo Simeón dijo dél: *Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel*

et in signum cui contradicetur. «Que estaba puesto para caída y levantamientos de muchos, y por señal que sería contradicha». Para caída de los soberbios, que apetecen su propia excelencia; para levantamiento de los humildes, que se abrazan con la humildad de su cruz. En la cruz estaba Cristo, y un ladrón le confesaba por Dios y otro le blasfemaba. «Y en señal que padecerá contradicción». ¿De quién? De los hombres carnales y sensuales que sirven al vientre, enemigos de la cruz de Cristo y amigos de honras mundanas para su propia confusión. El hombre animal y bestial no percibe los misterios del espíritu de Dios; pero el varón espiritual, á quien Dios ha revelado este secreto, y trata de negociar su salud, despreciando las vanidades de la tierra, trae siempre á Cristo crucificado en su memoria. Como San Pablo: *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.* «Lejos esté de mí buscar otra gloria ni otro acrecentamiento que el que me viene de la cruz de Cristo». Y David: *Cantabiles mihi erant justificationes tuæ, in loco peregrinationis meæ.* «Para alegrarme, Señor, en el lugar de mi destierro, cantaba vuestras justificaciones». La pasión de Cristo, estos pasos y estaciones dolorosas que cuenta hoy en el Evangelio, fueron las justificaciones con que eficiente y meritoriamente nos justificó esta protesta David tener siempre en su memoria, pues á la contina las cantaba. Y vese en los muchos salmos que compuso, en que más parece coronista que Profeta de la pasión. ¡Oh, si pluguiese á Dios que todos los que tenemos estado y profesión de espirituales meditásemos esto! Pero con los más se acabará que ayunen y recen, y se disciplinen, velen y estudien; y no hay recogerse una hora á pensar en lo que Cristo pasó. Esta es aquella vieja querella: *Considerabam ad dexteram et videbam, et non erat qui cognosceret me.* La mano izquierda es la ocupación de los negocios del mundo, sujetos á mil siniestros, desgracias, pérdidas, contra la voluntad del que los posee. La derecha es la vida del espíritu. No hay allí revés ninguno, ni desastre, ni pérdida contra voluntad: son bienes que ni la polilla ni orín los gastan, ni los ladrones los hurtan. Pues á la mano izquierda no busca el Señor quien en él piense, porque las ocupaciones mundanas son las espinas que punzan el corazón y ahogan la semilla del buen pensamiento. No hacen poco esos entrampados en cuidados del siglo si oyen misa las fiestas y si rezan unas cuentas como quiera. Los más no se acuerdan de Dios, ni aún de sí. Y el castigo sea que pues ellos no me miran, no mirarlos yo tampoco. Pero á la mano derecha vuelve á buscar el Señor, y mira y considera á los que tienen nombre y oficio de espirituales, y no halla quien lo conozca. Son muy pocos los que le contemplan y entienden el negocio de su pasión, de modo que gusten de ella. Si no mirad: estos discípulos no eran carnales. Renunciado habían al mundo y á la mano derecha andaban de la vida espiritual, y al lado de Cristo; y con hablarles actualmente, y tan claro, de su pasión, en ninguna cosa menos repararon, pues salieron con todo lo contrario, pidiendo sillas y dignidades. ¿Qué es la razón deste desacuerdo? Muchas hay; pero la principal es la dificultad que en sí tiene el misterio de la cruz. Son cabellos negros como el cuervo, pensamientos tan distantes de los nuestros como el cielo de la tierra; y que si Dios no nos comunica su espíritu, no llega nuestra capacidad á entenderlos. Por eso el Señor, para tratar con sus discípulos de su pasión, los apartó en secreto. ¿Cómo hace secreto de lo que dentro en tan pocos días tan públicamente se celebró en medio de la plaza del mundo? Para significar que es la pasión y cruz del Señor un tan profundo y altísimo misterio, que ni ellos entonces le entendieron hasta que el Espíritu Santo se le declaró; ni lo entendió el mundo aunque tan públicamente celebrado, ni así en estos tiempos es de muchos entendido. ¿A cuántos podríamos hoy decir lo que San Andrés á Egeas dijo: *oh si scires mysterium crucis?* ¡Oh, si supiese el hombre cristiano el misterio no sólo de la cruz de Cristo, sino de la que El manda que en su secuela lleve cada uno, cuando dice: ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber? *Sapientiam loquimur inter perfectos. Sapientiam vero non hujus sæculi, neque principum hujus sæculi qui destruuntur: sed loquimur Dei sapientiam in mysterio quæ abscondita est.* Sabiduría es la que hablamos cuando tenemos auditorio idóneo, cuales son los perfectos, para que se les diga, que no todo se ha de decir á todos ni en todo tiempo. Y sabiduría, no la deste mundo, en que los hijos de él son graduados, cuando son tenidos por sabios: aquellos que saben bien cómo han de ganar, valer, ser estimados. Ni la sabiduría de estotros como principales del mundo encumbrados. Esos filósofos cuya sabiduría fue poco mejor que la del vulgo, qne aunque la pusieron en conocimiento de las causas, como se cegaron en el conocimiento legítimo de Dios, primera causa de todas, haciéndose sabios, quedaron declarados por tanto más necios cuanto de más sabios presumieron. La sabiduría que hablamos es aquella divina sabiduría: *In mysterio quæ abscondita est.* «Escondida está en el sagrado secreto». A donde no llegaron los más soberanos ingenios, porque la tenía Dios para nuestra gloria señalada, guardada; para á solos nosotros graduarnos en ella. No supieron, no

alcanzaron á su pujanza, ni aun los agudísimos entendimientos de los demonios que tiranizaban al mundo; porque si la alcanzaran, nunca pusieran en cruz al Señor de la gloria. No dice que si conocieran ser Rey de la gloria Cristo, no tratara Satanás de crucificarle; porque escrito está: *Superbia eorum qui te oderunt, ascendit semper* (Salmo 73); y es Satanás tan soberbio, y el odio que á Dios tiene tan loco, tan bravo, que aunque conociera ser Dios hombre, le pusiera en la cruz como le puso; á tanto desatino se arroja la soberbia. Lo que dice San Pablo es que no conocieron esta divina sabiduría, ni el secreto de la cruz, en que les estaba armado el lazo de su total perdición: el haber de ser despojados de lo que poseían como quiera por algún aparente título; haberse de rasgar la cédula obligatoria del pecado, en que ellos fundaban todo su pleito; haber Cristo muerto, de engendrar hijos á la eterna vida, nunca lo imaginaran ellos; que no fueran tan enemigos de sí (aunque lo eran de Dios) que hicieran tal desatino. Fue misterioso secreto éste en misterio escondido, y para nosotros en profunda puridad guardado, hasta que el espíritu del Señor nos le manifestó. *Nobis autem revelabit Deus per Spiritum suum.* A quien este espíritu no descubre este secreto, por mucho que alcance, se queda para necio. Todas sus fuerzas pone Satanás en estos tiempos para que sea este misterio de nosotros escondido, como de él lo fue en lo pasado; y así, ya que no puede estorbar el secreto de la cruz, estorba lo que puede para que no apliquemos cuanto debemos á su inteligencia nuestro sentido ni á su meditación nuestra memoria. ¡Oh maravilloso secreto el de la cruz del Señor, de Jesucristo! ¡Y no muy menos maravilloso el de la del hombre cristiano! ¿Quién alcanza cómo por la cruz de Dios fue reparado el mundo, reducidos los hombres á su dignidad antigua, puestos en libertad los que estaban en la servidumbre del pecado, adoptados por hijos los que servían como esclavos á la culpa, abierto el cielo, quebradas las puertas infernales, mandado apartar del paraíso el querubín que le guardaba con tanto cuidado? Esto es sacar el cuervo en el estío sus pollos: haber obrado Cristo mediante su muerte la redención. ¿Mas quién entiende hoy lo que la cruz en seguimiento de Cristo llevada obra en nosotros? ¿Este cáliz de amargura á su imitación bebido? ¿Cómo alimenta el Señor? ¿Cómo regala? ¿Cómo abriga á sus hijuelos que ve vestidos de su librea, ocupados en los pensamientos negros de su pasión? ¿Qué pasto hallan en las llagas del crucificado estos polluelos del águila real que lamen sangre y no se desvían con la consideración del cuerpo muerto en la cruz? ¡Oh, qué sustancia! ¡oh, qué dulzura y suavidad hallan en la cruz, que antes solía ser tan horrible y temerosa! Antes que mi Señor subiese en ti (decía San Andrés á la cruz), tuviste horror y espanto terreno. *Nunc autem cœlestem amorem spirans, pro voto susciperis, sciunt enim credentes quantas in te divitias, quæ gaudia parata habeas*: «Pero ahora que brotas amor celestial, eres recibida á deseo, porque saben los fieles qué tesoros, qué riquezas, qué gozos son los que en ti se encierran». Pidamos á Dios su espíritu los que nos hallamos faltos de él para gozar estas riquezas y sentir estos gozos. Y porque Dios siempre está dispuesto para dar, si nosotros nos disponemos para recibir, hagamos de nuestra parte la diligencia, dando de mano á todo lo de acá; amemos la humildad; mortifiquemos las pasiones de la carne; descalcémonos como Moisés los zapatos de los afectos terrenos; despojémonos de este hombre viejo con sus obras y deseos, si queremos ver á Dios humanado en la zarza de su cruz. Vayan fuera ambiciones, soberbias, apetitos de mandar; pues nuestro Dios dice de sí que vino al mundo, no á ser servido, sino á servir y dar su vida por el rescate de todos. En el saco del mozo Benjamín, ajeno de pretensiones, invidias y competencias, pone el divino José su cáliz de oro; esto es, la memoria devota y amorosa de su pasión. Estos son sus privados, queridos y regalados que gozan de sus favores y á quien á manos llenas hace mercedes, dándoles en esta vida colmo de gracia y en la otra aventajada gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO

SEGUNDO DE CUARESMA

Homo quidam erat dives qui induebatur purpura et bysso.

(Luc., 16).

El Evangelio presente contiene una representación de temor grande para los ricos y de admirable consuelo para los pobres; una descripción de la prosperidad más rara que se puede gozar en esta vida, en un hombre rico que vestía púrpura como rey, holandas finas como regalado, comía espléndidamente como Epicúreo; y asimismo, de la pobreza mayor, de la hambre más aguda que en el mundo se puede padecer, en un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas, codicioso de las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba. Dícensenos también los diferentes fines que tuvieron: al pobre recibe el seno de Abraham, rico de descanso y gloria; al rico el infierno, lleno de tormentos eternos. Pidamos la gracia del Espíritu Santo por intercesión de la Virgen Santísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

Salomón, el más sabio de los mortales, en el libro de sus Proverbios, donde con suma erudición resuelve muchas dificultades de la filosofía moral, llegando á tratar de la desigualdad con que se tienen los bienes de fortuna, dice en el capítulo veintidós: *Dives et pauper obviaverunt sibi; utriusque operator est Dominus* (Prov., 22). «El rico y el pobre se encontraron; el Señor es hacedor de ambos». El primer sentido y muy literal es de San Jerónimo, y la glosa. No hay cosa más ordinaria que encontrarse por ahí ricos y pobres, aludiendo á lo que suelen decir, que no hay más que dos linajes, ricos y pobres. Pues no se ensoberbezca el rico, ni se desanime el pobre; ni estiméis al rico por su riqueza, ni despreciéis al pobre por su pobreza, porque ambos son hechuras de Dios, en ambos puso su imagen y semejanza. *Pusillum et magnum ipse fecit et æqualiter est illi cura de omnibus* (Sapientia, 6): «Ya que Dios y la naturaleza los igualan, no los desavengáis vos». Este para los ricos es desengaño, y consuelo para los pobres. El segundo sentimiento es que de esa diferencia y desigualdad que hay entre el rico y el pobre, por razón de los bienes de fortuna, también el mismo Dios es autor. Como si un señor enviase dos criados, cada uno por su parte, de manera que sin saberlo ellos se viniesen á encontrar en un puesto. Aquel encuentro respecto de los criados sería casual; mas respecto del señor es prevenido y pensado; así dice en este lugar el Sabio: ¿Pensaréis que ser uno rico ó pobre es negocio de ventura, ó que salieron ambos de diversos puestos, porque veis que se encuentran? Pues no es así. Sabed que fue orden del cielo, providencia de Dios, invención de su bondad, traza de su sabiduría, que uno fuese rico y otro pobre: *Paupertas et honestas a Deo sunt.* La pobreza que hace á los hombres humildes, y la riqueza que los hace honrados en el mundo, Dios las da, y de su mano vienen. De un puesto salen el rico y el pobre, que es el saber, poder y querer del Criador. ¿Pues qué pretende Dios en encontrarlos? El bien, comodidad y utilidad del uno y del otro. Si se encontraran dos ricos, no se pudieran sufrir: luego nacen con las envidias, bandos y competencias; tiene principio la cuestión antigua, de quién ha de ser mayor y quién ha de preceder: y aunque sean hermanos, como Abraham y Lot, no caben en toda la tierra de Canaán. Ni los dos hermanos Esaú y Jacob pueden vivir juntos. Si fueran dos pobres, no se pudieren valer. Dijera cada uno (y bien): mis duelos me sobran, sin que ahora me añadan los de mi compañero. Por eso es bien se encuentren el rico y el pobre, como la forma con la materia, la margarita con su engaste, el lleno con el vacío, la fuente con su desaguadero, el deseo con su cumplimiento y satisfacción. Para

que el rico dé y el pobre reciba. Estilo es éste que ha llevado el Señor desde el principio: que en haciendo ricos, hace pobres en quien puedan repartir sus riquezas. *In principio creavit Deus cœlum et terram.* Un rico y un pobre. ¿Cuál es el pobre? *Terra autem erat inanis et vacua.* La tierra era la pobre, falta, necesitada, vacía. El cielo rico de virtudes é influencias con que siempre acude á la tierra. Y ella, enriquecida con sus beneficios, produce los frutos y nos sustenta, y así ambos, cielo y tierra, cumplen el fin para que Dios los encontró. Tal quiere que sea el encuentro del rico y del pobre: no de enemigo, como lo entienden ahora los ricos, para quien no hay mayores enemigos que los pobres; porque de sus sudores se aprovechan, sus jornales les niegan, sus bienes les toman, sus causas calumnian, sus derechos oscurecen, las justicias tuercen; y cuando menos con su vista se enfadan, y de sus peticiones se importunan, y los ojos apartan por no ver sus necesidades y remediarlas. No había de ser sino encuentro de dos grandes amigos, que en viéndose se reciben los brazos abiertos, como el que dice allá David: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi: justitia et pax osculatæ sunt.* «Está la justicia de parte del pobre, y la misericordia de parte del rico; abrácese con el pobre, si quiere hacer de su misericordia justicia». *Dispersit, dedit pauperibus; justitia ejus manat in seculum sæculi:* «Derramó y dio largamente á los pobres con misericordia; y de esta obra quedó con derecho de justicia para el cielo». Y esta es otra razón por qué los encuentra: por el bien del rico; para que á menos precio compre del pobre la vida eterna. Son los pobres señores del reino de los cielos: *Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei.* Y como de cosa suya pueden disponer y darle á quien quisieren; aunque pobres de bienes de la tierra, están heredados en los del cielo. Y fue grande misericordia de Dios poner el cielo en las manos de los pobres, que le venderán barato. Si fueran ricos que venden sin necesidad, encarecieran este reino; pero el pobre, por un jarro de agua fría, por las migajas que caen de la mesa, por lo que sobra en tu casa, da lo que tanto vale. Siendo, pues, dueños del cielo los pobres, hanse de trocar las suertes cuando se encuentren en la otra vida, que el rico ha de mendigar como pobre y el pobre hará mercedes como rico. Por eso es menester tenerle de acá granjeado: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis* (Luc., 16). Ricos, mirad el aviso que os da el Señor del cielo, el que hizo y careó al rico y al pobre: que con esas riquezas desigualmente repartidas hagáis amigos á los pobres, y los obliguéis para que cuando os encontréis con ellos en la otra vida (llevando de vuestra parte la justicia de vuestras limosnas) os correspondan ellos con misericordia, recibiéndoos en las eternas moradas. Porque la ley está puesta: *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.* Y al contrario: *Judicium sine misericordia illi qui non facit misericordiam.* Por la medida que midiéredes os han de medir. Esto veremos en el Evangelio presente, en el cual se encuentran dos veces el rico y el pobre. En esta vida está echado Lázaro á la puerta del rico, pidiendo limosna de las migajas y no se las dan. En la otra vida, desde el infierno, levanta los ojos el rico y ve á Lázaro en el seno de Abraham. Otros mayores santos había allí que Lázaro: Isaac, Jacob y Moisés; y con todo no le carea Dios sino con el pobre, porque es encuentro forzoso este para pagarle en la misma moneda; y que pida limosna el rico de una gota de agua, y se le niegue. Merecido castigo y justo juicio de Dios.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Homo quidam erat dives qui induebatur purpura. Al rico menester es acordarle que es hombre; porque las riquezas son olvidadizas, y la abundancia causa olvido. *Memento mei dum bene tibi fuerit.* Pidió encarecidamente José al criado de Faraón: «Cuando te fuere bien y gozares de la prosperidad que te he anunciado, acuérdate de mí». Allí suele ser cierto el olvido, y para aquel paso te encargo la memoria mía. Efraín y Manasés, hermanos (que interpretados significan prosperidad y olvido) misteriosamente nacieron juntos. Porque naciendo y saliendo á luz la prosperidad, infaliblemente nace el olvido. *Nimia prosperitas, excelsus locus, singularis honos, vini meri, hominem dementare solent,* dijo el famoso filósofo cordobés Séneca. Tan olvidado y dementado está el rico, que de prosperidad, felicidad, honra y abundancia goza, que olvidado de que es hombre, se imagina Dios. *Ego dixi in abundantia mea: non movebor in æternum.* Inmutable se hace, que es propiedad de solo Dios, el que es la misma mutabilidad y vanidad. Este rico del Evangelio presente seguía los pasos del olvido y desconocimiento. De manera que siendo hombre, y siendo propio y natural del hombre la humanidad y piedad, el compadecerse de los males ajenos y tratar del remedio de ellos, de ninguna cosa menos cuidaba, y más olvidado vivía que de esto, pues estando Lázaro mendigo todos los días á la puerta de este hombre rico, deseoso de comer las migajas de su mesa espléndida y abundante, y las llagas sembradas por su cuerpo pidiendo de justicia la piedad y humanidad, negociándola y alcanzándola de los perros impíos é inhumanos, pues con blandura las lamían, no pudo mover el corazón impío, inhu-

mano y duro de esa fiera olvidada de que era hombre. Admira y espanta tal extremo de inhumanidad, que ni la pobreza de Lázaro, ni la vista y representación de su miseria, pues estaba á su puerta; ni la asistencia y perseverancia, pues no faltaba de ella: *quotidie;* ni la flaqueza grande, pues *jacebat* sin poderse tener en pie; ni las muchas llagas, que eran otras tantas bocas que publicaban los dolores interiores que padescía; ni el ejemplo singular de piedad y compasión de sus mesmos perros; ni la facilidad de lo que el pobre deseaba, que eran solas las migajas, no despertaban la humanidad, ni movían la piedad de esta fiera. De ese tal, necesario fue avisarnos que era hombre, porque sin duda no lo parece, sino tigre; debajo de aquellas holandas delgadas, de aquellas granas finas, de aquellos carmesíes preciados, admira mucho ver la fiereza y crueldad que estaba encerrada; debajo de aquel vestido blando se encubría un corazón más que de acero. Pienso cuando veo muchos de estos hombres ricos, enmartados, vestidos de ropas preciosas, y con esto el alma y el corazón sin piedad, sin humanidad y compasión, que como tienen las entrañas de pedernal y el corazón de acero, quieren disimular aquella dureza y cubrirla con el regalo y blandura del vestido. Debajo de cilicios y sacos de cerdas y jergas bastas se hallan blandos corazones y se crían piadosas entrañas, que al fin aquel trabajo que padescen en su carne les muestra á condolerse de la ajena. *Qui mollibus vestiuntur in domibus regum sunt.* Demandas traen las entrañas de piedad y misericordia. El gran Bautista, vestido con aquel cilicio áspero de pelos de camellos, el corazón tenía blando y enternecido, y parecía en todo al Cordero Dios que mostraba con el dedo. Pero Herodes, vestido de púrpura, de pieles blandas y ricas y telas finas, el corazón y entrañas tuvo tan fieras, como lo decían bien las crueldades que hizo, bien parecido al hombre rico é inhumano de nuestro Evangelio, á quien parece que á sabiendas y de propósito andaba Dios por ablandarle, haciendo diligencias é invenciones dignas de su saber y bondad, sin acabar nada con ellas. Lo primero, púsole Dios tan cerca al pobre, que al salir y entrar en su casa tropezase en él. No le venían las nuevas por terceros, ni estaba muy lejos la necesidad, sino con ella le daba en los ojos, para que al verle tan cerca, siquiera por ahorrar de ver cada día espectáculo tan lastimoso, y porque más se condoliese y no tuviese excusa que no le entendía, estaba *ulceribus plenus.* Y las llagas todas eran bocas que con todas pedía le hiciese limosna; y porque no se ofendiese de sus clamores, pedía su necesidad y daba voces sin hablar, pues dice el Evangelio que no movía sus labios, aunque para algún suspiro sí debía de abrirlos, cuando la fuerza del dolor le apretaba. No era malcontentadizo, pues á solas las migajas extendía su deseo. Y para dejar más condenada la tenacidad del rico, era Lázaro pobre con su pobreza franco y liberal con quien podía. Y no sustentándole á él con migajas, sustentaba y regalaba él á los perros de su casa con la sangre de sus heridas. *Nonne modo fratres* (dice San Crisólogo) *humanitatis ordo mutatur, ut humana mendicitas ut cupiditas perdatur in humana.* Venían los perros como ventores y descubrían la caza, regalábanle con las lenguas como podían; mostrando en esto Dios, que más crueles eran los hombres que las fieras; y que tiene Dios tal cuidado con sus hijos, que si para con ellos los hombres se vuelven fieras, él hará que las fieras se hagan humanas y piadosas. Con todo este artificio, de que Dios usó tan lleno de primores para obligar que usasen de piedad, y le diesen limosna; *et nemo illi dabat.*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Este es el pecado de los ricos, formalmente hablando: el no dar al padre. Y notad que se llama Lázaro este pobre. Y de él vino el nombre de lacería, que significa una grande y notable pobreza. Y lacerados llamamos á los ricos escasos, que no dan, para significar su culpa, que es no acudir á Lázaro pobre. Y porque al rico que no da le podéis contar por más pobre que Lázaro, porque lo está de virtudes. De manera que no es el pecado principal de este rico serlo, sino Lázaro pobre, y no entender para qué son las riquezas, y no saber en qué se se han de gastar. A este propósito San Pedro Crisólogo, con grande elegancia (como suele) en el sermón que hace sobre este Evangelio, dice: *Numquid per se tantum divitiæ criminosae sunt? aut solæ et per se penes Deum damnandæ sunt vestes? et tantum per se puniendae sunt epulæ, ut non solum careant præmio honorum, sed omnium malorum ferant et mereantur exitium? Aut ita per se probata est et sanctificata mendicitas, ulcera tam sacrata; ut angelorum manibus Abrahæ sancti rapiantur ad gremium?* «¿Por ventura (dice) tan malas son las riquezas solas? ¿Tan dignas de ser condenadas las vestiduras preciosas en el acatamiento de Dios? ¿Tan merecedoras de castigo las regaladas comidas, que no sólo carezcan de premio, sino que merezcan eterna muerte y pena? Y por el contrario, ¿tan aprobada es la pobreza, tan santificadas y consagradas las llagas, que solas éstas hagan á un hombre merecedor de que los ángeles lo lleven en palmas al seno de Abraham?» Y prosigue este Santo adelante: «¿Es cosa digna de admiración que Abraham, que en sus tiempos fue tan rico, que dice la escri-

tura *erat autem dives valde*, que ahora menosprecie á este rico, desconozca al que tuvo en el mundo por semejante, y tenga por justos sus tormentos eternos, y sin compasión de ellos los desahucie de remedio? ¿Y al pobre, de quien tan poco oímos decir más virtudes que sus llagas y pobreza, lo regale y recoja en su seno glorioso y bienaventurado? ¿Y por qué (veamos) las riquezas á Abraham le hicieron santo y á este rico tan gran pecador? ¿A Abraham le pusieron en tal lugar, que su seno sea el puerto de los bienaventurados, y á este rico le hicieron tan culpado, que para siempre jamás padecerá sin esperanza de remedio en el fuego infernal y abismo de todos los males? *Verum, ne propositus sermo vestrum diu fatiget animum, suspendat auditum, acceleranda nobis et hujus solutio quæstionis, Abraham, fratres non sibi sed pauperi dives fuit, et opes non habere, sed prorogare gestivit, magis magisque in sinu pauperis quam in horreis recondere suas studuit facultates*: «La respuesta, dice este Santo, para que no os suspenda la dificultad de la cuestión, es que Abraham no fue para sí rico, sino para los pobres; no trató tanto de tener y guardar las riquezas, de hacer trojes para recoger sus frutos, ni cofres para guardar sus tesoros, sino de darlas y comunicarlas á los pobres, cuyos senos eran las trojes y graneros, cuyas manos eran el depósito seguro para sus riquezas». Vivió Abraham como peregrino en el mundo, y para su tierra, que era el cielo, encaminaba sus tesoros. Y aunque fue peregrino y huésped en el mundo, nunca los peregrinos echaron de ver en su trato que lo era cuando llegaron á sus puertas; porque su casa, aunque era tienda movediza de campo, no faltó en ella posada para los peregrinos. Fuera de su tierra andaba Abraham; pero él era patria y casa para todos los necesitados y desterrados de las suyas. Entendió verdaderamente el fin para que Dios le había hecho rico, que era, no para ser portero de sus tesoros, y que como perro ladrase á los que habían de ser ocasión de gastarlos, sino que era mayordomo y despensero de Dios, para ser ministro de la divina largueza, para socorrer á los oprimidos, para librar los opresos, para escapar de la muerte á los condenados, como lo hizo rogando por los de Sodoma y lidiando con los cinco reyes, teniendo siempre él más la misericordia y piedad que su propia vida. Abraham con los peregrinos no se hubo como dueño de su casa, donde los recibía, sino como criado y siervo. Miralde al medio día (cuando el sol con mayor fuerza) estaba á la puerta de su tabernáculo hecho ojos mirando á todas partes si venían peregrinos, no fiándolo del aviso de sus criados. Y descubriendo una vez tres varones, salió desalado á ellos, y con cortesía y reverencia grande les obligó á que se fuesen á su casa á descansar. Y teniendo tantos criados en su casa, que pudo armar un escuadrón de soldados contra cinco reyes, no fía de ellos el regalo y servicio de los huéspedes peregrinos, sino él mismo les sirve, y á su mujer, señora y hermosa, y delicada, la obliga á que luego apriesa amase tortas regaladas, por que no sea el pan duro y frío. ¡Oh manos misericordiosas que, como andáis encendidas con el fuego de la caridad, no sufrís dar regalo frío á los pobres! Y no contento con esto, va él en persona volando al ganado, y busca la ternera más gruesa y mejor, y dala á un criado. Corre volando que se aderece, y él lleva manteca y miel, y póneles la mesa á la sombra de un árbol, por más regalo. *Ipse autem stabat juxta os sub arbore*, en pie sirviéndoles como criado. ¡Oh venturoso rico, más rico de piedad que de dineros! Rico no tanto para sí como para los pobres. No estaba entonces predicado el menosprecio de la hacienda, como ahora; ni encomendada la piedad con los pobres, como en el Evangelio; y mirad las finezas y perfección con que lo guardaba. Por lo cual mereció que después de muerto le hiciese Dios hospedero de sus pobres. Y que el que antes los recibía en su casa, después en esotra vida los reciba en su seno. Y para que quedase perpetua memoria de quien así supo ser rico, quiso el Señor que el descanso y holganza de los bienaventurados se llamase el seno de Abraham, porque fue aviso de lo que estima Dios el tenerle los ricos abierto para recibir á los pobres en la tierra. Quien así es rico, y así gasta la hacienda, cuando menos se pensare se le entrará el cielo por su casa, y el mesmo Dios por sus puertas á ser huésped, con que será rico de veras. Bien pensaba Abraham que recibía hombres, y eran ángeles del cielo, y con ellos el mesmo Señor de los ángeles todos. *Hujus denique humanitas* (concluye San Crisólogo), *sic sancta, sanctis est semper manibus præparata ut invitaret apud illum ipsum Deum et compelleret hospitari. Ille ad Abraham, ille ad requiem pauperum, ille ad hospitium receptaculum venit, qui se in hospite et paupere receptum fatebitur in futuro, cum dicet: esurivi et dedistis mihi manducare; sitivi et dedistis mihi bibere: hospes fui et suscepistis me.* Hasta aquí son palabras de este Santo. En las cuales es mucho de notar lo que dice, que Abraham por eso acertó á agradar á Dios, porque entendió que las riquezas no se las habían dado para sí solo, sino para el pobre.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Agravio haría Dios á su providencia y justicia si las riquezas y bienes los diera á los ri-

cos para sí solos. Pudiérase quejar el pobre de la divina Providencia; pues siendo tan de Dios su alma, su vida, como la del rico, y siendo él igualmente Señor y padre del uno y del otro, y tan poderoso y rico, que puede á todos igualmente hacer ricos, se hubiese tan desigualmente en repartir su hacienda con sus hijos, que á unos los dejase tan llenos de bienes y á otros tan faltos de ellos. Libre está la providencia de Dios de esta culpa, porque no dio las riquezas á los ricos para sí solos, sino para que las gastasen y repartiesen con los Lázaros pobres. De la manera que el padre de muchos hijos instituye el mayorazgo en uno, no es su intento dejar pobres á los demás, sino dejar en su casa un depósito perpetuo para sustento de los deudos pobres, y que allí se acuda como á alhóndiga de provisión; así este Padre universal de tantos hijos, repartiendo al parecer con desigual mano los bienes temporales, pretendió que aquellos á quien cupo mayor parte fuesen depósitos de donde los pobres remediasen su necesidad. Esta fuerza tiene el poner al pobre Lázaro cerca del rico en el Evangelio presente; para que no se espante nadie de la diferente suerte de los dos, ni ponga en cuestión la divina Providencia, porque vea uno tan rico que *induebatur purpura et bysso et epulabatur quotidie splendide*, y otro tan pobre que *cupiebat saturari de micis quæ cadebant de mensa divitis et nemo illi dabat*. Que por eso puso Dios al pobre á las puertas del rico, para que de allí remedie el pobre su necesidad, y con este encuentro y comunicación pretendida de Dios, que es el criador y señor de ambos, se deshaga la desigualdad que entre ambos parece. Este este es el encuentro que decía al principio: *Dives et pauper obriaverunt sibi; utriusque operator est Dominus*. Aquellos se encuentran que parten de contrarios puestos. Y por la diferente suerte del pobre y del rico, se podría pensar que salieron estas obras de diferentes manos; pero no se piense así (dice Salomón), aunque el rico y el pobre se encuentren, porque el uno y el otro son obras de Dios y de una mesma mano. Si es así que es uno el autor y una la mano de ambas obras, ¿cómo es tan grande la diferencia entre ellas? ¿cómo sale el rico con tanta beldad y hermosura, con tan finos y excelentes colores, no pintado, sino vivo, teniendo en él la honra, deleites, riquezas y bienes temporales el vivo que tanto sale, campea y resplandece en los ojos de todos, y el pobre saliendo una imagen (al parecer) tan fea y disforme, tan llena de borrones y de males de pena, con que desdice tanto de la hermosura y riqueza de su autor? Digo que *utriusque operator est Dominus*, y que ambos son imágenes de la mano divina. Y como Dios se había de hacer hombre, encubriendo la divinidad con la humanidad, no rica sino tan pobre que dice de sí: *Vulpes foveas habent et volucres cœli nidos: filius autem hominis non habet ubi caput suum reclinet;* y el Profeta: *Ecce rex tuus veniet tibi, justus et salvator, ipse pauper;* rey y pobre, hizo estos dos hijos á su imagen y semejanza: el uno á la imagen divina, que parece á Dios rey, que es el rico, y el otro á la imagen de Cristo, que es el pobre. *Dives* dicen los latinos que se dice de *Divus*, casi divino, para que del nombre entienda que ha de tener las condiciones de Dios; que es dar, hacer bien y comunicarse; que sea el rico una fuente de vida, como Dios lo es, donde la vengan á buscar y la hallen los que no la tienen; de manera que se pueda decir del rico: *In ipso vita erat, et vita erat lux hominum.* En el rico se ha de hallar la salud y la vida para el enfermo pobre. Ha de haber luz para el ciego. Y entre las miserias, más que tinieblas oscuras del pobre, ha de resplandecer la piedad y caridad del rico, como el sol. Job santísimo, que supo ser rico y en todo parecido á Dios, decía de sí: *Pater eram pauperum, oculis fui cæco et pes claudo.* Amaba á los pobres como á hijos, porque lo eran de Dios, y hechos á su semejanza. Y porque en la división de bienes que entre sus hijos hizo, á mí me cupo el ser rico, el ser depósito y fuente de vida, de luz y de salud para el pobre, cumplía con eso de manera que á los ciegos di ojos y á los cojos pies, haciendo milagros con los pobres, como los hace Dios, con la divinidad que Dios me comunicó. Y no es lenguaje este nuevo, sino tan antiguo y recibido de los santos, que San Juan Cristónomo dice que hace Dios mayor gracia al rico en darle de qué haga limosna y en que la haga de hecho, que si le diera gracia de hacer milagros: *Hæc major est gratia* (dice este santo tratando de la misericordia del rico) *quam mortuos resuscitare. Multo namque majus est quam in nomine Jesu mortuos suscitare, esurientem pascere Christum. Hanc hic quidem tu de Christo bene mereris, illic autem ipse de te. At merces est in bene gerendo non in bene patiendo: hic enim (insignis inquam) ipse Deo debes; in elemosyna vero, Deum habes debitorem:* «Mayor gracia y favor hace Dios al hombre rico en que use de misericordia con el pobre que si le diera poder para resucitar muertos. Porque más es dar de comer á Dios hombre que padece hambre en el hombre, que dar vista á un ciego y resucitar un muerto». En los milagros recibe el que los hace de Dios virtud para hacerlos; pero en la limosna el mismo Dios recibe de quien la hace. Excelencia y prerrogativa es ésta que debía dejar muy encomendada la limosna en los ricos, que tanto se precian de divinos y parecidos á Dios en su divi-

nidad y omnipotencia. Según este lenguaje, el rico de este Evangelio no se debe llamar rico, pues no es divino, *dives quasi Divus*. No era misericordioso, ni sabía hacer bien, ni comunicar sus bienes al pobre. Y compadécese bien, según el lenguaje de la Escritura, ser uno rico para sí, y en la opinión del mundo, y no serlo para Dios. el cual á aquel sólo llama rico que lo es no para sí solo, sino para los pobres. Y así hablando por San Lucas de un rico parecido á éste que atesoró para sí, y no para los pobres (que por eso se condenó): *sic est omnis qui sibi thesaurizat et non est in Deun dives*. El que para sí solo atesora, aunque el mundo lo tenga por rico, no lo es para Dios, *sic est*. Tiene fuerza esta palabra particular, y hace consonancia á aquella historia de aquel rico para sí; y del fin desventurado que tuvo con el rico de nuestro Evangelio presente, tan para sí, que aun las migajas de su mesa no comunicaba al pobre; y así el fin suyo fue bien semejante al atro. *Nam sic est, qui sibi tesaurizat*. ¿Cómo? *Mortuus est dives et sepultus est in inferno*.

CONSIDERACIÓN CUARTA

¡Qué breves exequias! ¡Qué apresurados oficios! ¡Qué desventurado fin! ¡Y qué á prisa lo cuenta el Evangelista todo! ¿Danos cuenta el sagrado Evangelista de la sepultura del cuerpo, del acompañamiento, de las honras que le hicieron, del lugar de descanso donde el alma está? No hay que parar ni detenerse en eso con el rico. Acá tuvo sus largos oficios y sus fiestas y honras. No se hace cuenta de la sepultura del cuerpo, que ésta es casa alquilada; ni la muerte del cuerpo es lo peor que le vino. Murió el alma con aquella muerte segunda, tan para temer, que no toca al justo; y así de ésta y de la sepultura perpetua nos da cuenta. La sepultura y aposento que de cal y canto y tan de propósito labró con sus culpas y pecados, el infierno es; y así ahí se sepulta el alma por toda la eternidad de Dios. *Et sepultus est in inferno*. Y puesto allí, alzó los ojos tarde y sin remedio, y vió á Lázaro en el seno de Abraham. ¡Qué tarde levantó los ojos al cielo el que mientras vivió los tuvo en la tierra clavados! ¡Qué tarde llegó al desengaño! ¡Qué á mal tiempo las lágrimas! ¡Qué fuera de propósito los dolores! ¡Qué inútiles los acuerdos! *Ergo erravimus*. Es la conclusión universal de los que en aquel lugar padecen. Cuando la confusión de su yerro y detestación de su culpa no sirve sino de acrecentar el dolor, éste creció en nuestro rico, y se avivó más con ver á Lázaro en el seno de Abraham, glorioso. Debió ser gravísimo tormento, terrible dolor, cuchillo agudísimo, ver que apenas de alto alcanzaba á mirar á quien antes debajo se le iba de vista; ver en el seno de Abraham bienaventurado al que antes estaba á su puerta lleno de miserias; ver rico y gozoso gozando todos los bienes de Dios al pobre que antes deseaba comer las migajas su mesa; y verse á sí con tanta miseria, y tan rabiosa sed, que le obligó á clamar: *Pater Abraham, miserere mei, et mitte Lazarum ut intingat extremum digiti sui in aquam ut refrigeret linguam meam, quia crucior in hac flamma*. Es justicia digna de Dios, que así como en la bienaventuranza los miembros que por Cristo padecieron algún tormento tengan particular resplandor, hermosura y gloria, y que en el cuello del Bautista, sembrado de gotas de sangre, se ponga un collar de rubíes preciosos en su lugar; y que el pecho atormentado del glorioso Esteban con piedras, esté sembrado de diamantes finos; así en los condenados los miembros que particularmente ofendieron á Dios tendrán particular deformidad, tormento y pena. Y entre ellos está señalado el rico de nuestro Evangelio, cuya lengua, con la sed rabiosa que padece, muestra la culpa que en la gula, mormuraciones, palabras sin piedad, tuvo viviendo, Este es el fin desventurado del rico, que para sí solo fue rico. Este es el lugar donde por toda la eternidad de Dios padecerá. Este es el remate y fin de su historia, bien diferente de la del mendigo Lázaro, y del fin glorioso de su vida, y del lugar donde su alma se recibió, y perpetuamente descansa. *Factum est ut moreretur mendicus et portaretur ab angelis in sinum Abrahæ*. ¡Oh Rey de gloria, honrador de los más pequeños! ¿quién pensara que tan honroso acompañamiento habíades de enviar al pobrecito Lázaro? Bajen ángeles, y asistan al tránsito felicísimo de este pobrecito; cerquen su lecho pobre, hállense á su cabecera; limpien los sudores fríos, mortales; hagan dulces las amarguras de aquel paso; regalen ángeles en aquella hora al que, mientras vivió, sólo de perros recibió regalos. ¡Oh, quién hincado de rodillas cerca del lecho pobre asistiera á esta preciosa muerte y mereciera ver lo que Dios hace con los suyos, y cómo para entonces reserva los regalos, el despoblarse el cielo y bajar al suelo ángeles! Pienso si cercados de aquel cuerpo lleno de llagas, con respeto y cortesía ángeles le levantaban la cabeza, y componían la almohada; si bajaron del cielo agua para los desmayos; si le limpiaban el sudor los serafines; si sembraron de rosas y flores el aposento estrecho y pobre. Y si de la compañía esclarecida que asiste, pasa la consideración á vos, santo glorioso, considéraos en este trance, cuando los más fuertes y valientes tiemblan y se estremecen, alegre, seguro y confiado; y que cuando á otros se roba el color, y la mayor

beldad se marchita y pierde, á vuestro rostro han salido nuevos colores, y se ha descubierto nueva beldad; y no teniendo antes manos para echar los perros de vos, agora os veo las manos tendidas al cielo; y acabándose los suspiros y dolores, y deseos de las migajas, comienzan ya á aparecer en vuestro rostro los gozos que el alma tiene con la esperanza cierta de la satisfación de todos los bienes que ha de gozar. —¿Qué mucho que se vea en mí esa novedad y mudanza grande, si veo á Dios en mi cabecera? *Ego mendicus sum et pauper, Dominus sollicitus est mei.* ¿Si veo que las virtudes todas me alientan, me animan, y vestidas de camino para acompañarme, me convidan; y que á la puerta están ángeles esperando para hacerme guardia?—Y así con esto, animoso y confiado parte de la vida, y dejando la preciosa riqueza de su cuerpo en la tierra para enriquecerla en manos de las virtudes, se le sale el alma; y recibiéndola los ángeles en las palmas con fiesta y regocijo la presentan á Dios en la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO

SEGUNDO DE CUARESMA

Homo erat pater familias qui plantavit vineam.

(Mat., 21).

INTRODUCCIÓN

El santo profeta y rey David, después que en su segundo salmo (que aunque en cuenta segundo es primero en tratar del reino del Mesías) se vio asombrado de la fiereza de las criaturas racionales, que se embravecieron y amotinaron sin por qué y juntas en alcavelas aullaron y bramaron contra Dios y contra su Cristo; y después que puso la mofa que de los tales en su tiempo haría el morador de los cielos, y cómo habían de ser escarnecidos, y si se puede decir fisgados del Señor; y después que constituyó á pesar de estas bramuras el reino al Mesías sobre toda la redondez de la tierra, y dábale cetro de hierro en la mano hecho de eternidad y de fortaleza, con que desmenuzase como á frágiles vasos de la ollería á quien quiera que presumiese contrastar á su poder; después de estas tan admirables cosas, que en brevísimas razones allí se suman, revuelve con un apóstrofe ó conversión maravillosa sobre todos los nacidos, aunque hablándoles en sus cabezas, reyes y gobernadores, así porque ellos son los que representan la República, como porque suele la comunidad seguir de ordinario las costumbres de los tales, y dice: *Et nunc Reges intelligite, erudimini qui judicatis terram:* «Y ahora, Reyes, entended». *Et nunc.* Oid siquiera á cabo de tantas y tales experiencias. Ahora que con vuestros ojos veis la bestialidad de quien quiso romper las coyundas de la ley evangélica, y desechar de su cuello el yugo de la gracia. Ahora que veis cómo habla Dios en ira y en favor á los que gruñeron y aullaron. Ahora que veis pregonado y jurado por rey al pacífico Salomón, á tanta costa de las partes de Absalón y de Adonias, y con tan horrible destruición de los que sus apellidos siguieron. Ahora entended y deprended. Entendemos lo que por nosotros alcanzamos, deprendemos lo que estudiando oímos. Entiéndense los primeros principios; depréndense las conclusiones. Entended, pues, esto muy claro, y deprended lo que está más oculto. Y porque no penséis que os hablo de estudios especulativos, que sólo acicalan los entendimientos, dejándose las voluntades mohosas, *servite Domino in timore et exultate ei cum tremore:* «Servid á Dios, no lerdamente, ni con fraude, que es lo uno de haraganes siervos y lo otro de cumplidores vasa-

llos, sino con temor; que ese hace al siervo fiel contra el cumplimiento y prudente contra la haraganía». Mas porque el temor, si es solo, suele ser pesado, *exultate ei cum tremore*, mezclad alegría al servicio, que nazca no sólo de la esperanza del premio, sino de ver vuestros servicios bien colocados. ¡Qué mal te empleas en servir á quien no lo conoce, no lo merece, no lo estima, no lo puede pagar! ¡Qué alegría es verte bien empleado en servicio de quien conoce como sabio, merece como bueno, estima como piadoso y grato, paga como justo! Malos servicios los que á injustos, ingratos, perversos, necios señores se hacen, y debe estar bien melancólico quien tal dueño sabe que tiene. Pero quien con temor sirve á Dios, alégrese, aunque debe arrendar su alegría, *in tremore*, para que el temor solicite al servicio, y el alegría temple al temor, y el temblor modere el alegría; que templado el vino es de provecho, pero puro hace mucho daño. Y si queréis saber cómo alcanzaréis esta facultad, *apprehendite disciplinam, ne quando irascatur Dominus et pereatis de via justa:* «Apañad la disciplina». No se contenta con decir: tomad, recibid, llevad de buena gana. Aprehender, más que eso significa. Cuando dice San Pablo: *Apprehende vitam æternam:* «Arrebata la vida eterna». Ase bien como de cosa que huye, embiste, aferra: *Apprehendite inimicam humum.* Como un galgo, que como soga se extiende en pos de la liebre para alcanzarla, echad mano de la disciplina, no se os enoje Dios y perezcáis y os apartéis del camino derecho del cielo. La disciplina que debemos asir se nos declara en otra explicación de la misma letra, que dice según otra versión: *Adorate pure* (San Jerónimo); y según otra: *Osculamini filium.* Y en sustancia, todo es uno, aunque las palabras diferentes. La disciplina cristiana es adorar á Dios con pureza de intención y obras. Y eso es adorar, que besar al hijo la mano, reconociéndole en todo por soberano señor y legítimo rey. Después de muchas afrentas recebidas, dignas de cruda venganza que se debía tomar, dijo el buen padre de familias, deseoso más de buena averiguación y pacífica concordia que de pleitos y rencillas: *Verebuntur filium meum:* «Ternán á mi hijo (por serlo) respeto estos tan descarados y atrevidos villanos. Los que hasta este punto tan descomedidos hemos sido para con los recaudadores del Señor, siquiera este postrer remedio tomemos de dar la obediencia al hijo. *Osculamini filium.* Besadle la mano como vuestro natural Señor, recebilde con el honor debido, abrazalde, sujetándoos á su servicio por amor, no forzados; adoralde puramente, recibiendo su Evangelio, que nos enseña á huir toda inmundicia de culpa y guardar toda pureza en nuestra vida y conversación; y haciéndolo así, no perderemos el camino de la bienaventuranza, y escaparemos del furor de su ira, con que á los rebeldes amenaza. *Cum exarserit in brevi ira ejus, beati omnes qui confidunt in eo:* «Cuando se encendiere como fuego su ira (lo cual será muy en breve), bienaventurados los que confían en él». Esto es, en el Hijo, constituído Rey por el Padre, y para nuestra salud enviado. A los que le desecharen, como á traidores y reos *lesæ majestatis*, los castigará muy en breve con saña tan colérica y acelerada, que como fuego de repente los consuma. A los que le recibieren y lealmente le sirvieren y agradaren, se les hace merced de la vida eterna. Bastante ejemplo se nos muestra hoy en estos labradores indisciplinados, que sobre sus maldades desvergonzadas mataron al hijo y heredero. Veremos, pues, en el presente Evangelio la providencia inefable de Dios para con los suyos, tan cumplida en todo y por todo, que, sin que haya respuesta en contrario, diga con verdad: *Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ et non feci ei?* Veremos que no queda por su cuidado que nosotros seamos los que debemos, pues envía criados y más criados siempre que nos soliciten á pagar los frutos. Veremos los prontos ánimos de los ministros del Señor, no espantados por ningunos temores, para no pedir de su parte á los labradores declarados por impíos y por inhumanos los frutos y rentas debidas á Dios. Dícesenos la inmensa paciencia en que Dios espera á los hombres á conocimiento de su culpa y á enmienda de ella, disimulando sus injurias, aunque más graves sean. Dícesenos más la desventurada condición de aquel que toma por ocasión de sus desvergüenzas la piedad paternal, de quien pudiéndole luego castigar como merece, *retractat cogitans ne penitus pereat qui abjectus est*, disimula y se detiene, dando trazas cómo no perezca para siempre el que por la culpa anda fuera de su gracia. Y finalmente veremos que des que está la causa de Dios tan justificada, que aun los mismos que le han ofendido, sin saber lo que se hacen, dan contra sí sentencia de condenación, no es negligente en tomar cruda venganza, ni remiso quien ha sido tan benigno; antes suele ir tanto más apresurado á castigar, cuanto ha sido más sufrido y con más paciencia y longanimidad nos ha esperado.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Erat homo pater familias qui plantavit vineam. No sin causa el pueblo de Dios se compara á viña, porque representa muy al propio su fruto el ser de nuestra naturaleza. Quien considera el buen olor de la viña cuando está en cierne, y luego el acedía del agraz, á que se

sigue la dulzura de la uva sabrosa, que tantos trabajos pasa para que dé mosto, y finalmente la salubridad de la pasa arrugada por los soles, verá la niñez apacible con sus juguetes y con su inocencia que tanto contento da, no sólo á sus padres, sino á quien quiera; la juventud aceda y destemplada con tan trabajoso gusto, como de ordinario se suele hallar en las insolencias de aquella edad incomestible. ¿Quién (si la experiencia no lo mostrara) esperara la suave dulzura de la uva de cosa tan desemejada en gusto como es el agraz? Tanto pueden, pues, los soles. Del agraz se hace la uva, y de esas mocedades (que no son ahora sino para dar dentera) se vienen á hacer los años maduros y cuerdos, que son para ser pisados y estrujados con paciencia y para dar mosto dulce y provechoso, que se haga vino que alegre el corazón sin destemplar los dientes. Y lo que más es: pueden los soles, pasando, hacer que pase el fruto de la uva, que es manjar, á la pasa, que es medicina. Nunca desesperemos de nadie, hasta la huesa. De mozos locos se hacen cuerdos viejos, que no han de poder menos los años con los hombres que con el fruto de las viñas. Temístocles fue mozo perdido, bebedor y dado á mujeres, tanto que su padre le desheredó y su madre se ahorcó de pena; y después dio tal vuelta, que vino á ser excelente capitán y prudentísimo gobernador. Alcibiades también de mozo derramado, por la doctrina do Sócrates se hizo filósofo recogido y provechoso á la República. ¿Quién pensara que aquel infame y lujurioso mancebo Palemón, cuando por vía de mofa entró en la escuela de Xenócrates, cargado de vino, lleno de olores, el traje lascivo, el cabello enrizado, coronado con una guirnalda de flores; finalmente, tal que todos los estudiantes se alborotaron de ver su desvergüenza, había de hacer en su vida tan súbita mudanza como la hizo con la corrección de Xenócrates, que dejando lo que leía comenzó á tratar de la modestia y templanza con tanta gravedad de palabras, que Palemón, compungido, lo primero se quitó la guirnalda de la cabeza y la arrojó; luego encubrió las manos debajo la ropa; tras eso serenó el semblante y se mesuró y compuso, y al cabo echó de sí toda la viciosidad; y de un infame rufián vino á ser grandísimo filósofo? ¿Qué diré de Aristóteles, que heredando mozo jugó y malbarató todo su patrimonio; fuese á la guerra y sucediéndole mal la soldadesca, hízose boticario, y de ahí comenzó á frecuentar las escuelas, y salió príncipe de todos los filósofos? Pues ya la mudanza que con los años hizo Augusto César en sus costumbres, no pareciera posible á quien viera su fiereza en las guerras civiles; cobarde, cruel con los enemigos, inhumano, ingrato á los amigos, ambicioso, injusto, sin ley; pero llegado á la edad madura, fue excelente emperador, justísimo y humanísimo príncipe; no se consintió llamar señor, quiso despojarse del imperio, y por el bien público no se le permitió. Tanto como esto pueden los años. En la Sagrada historia bástenos por ejemplo Saúl, cuando mancebo, un león desatado; después, Pablo, vaso de elección, sol que alumbra todo el mundo; David, mozo tan recogido, todavía se recela: *Delicta juventutis meæ et ignorantias meas ne memineris*; y Job tan santo dice: *Et consumere me vis peccatis adolescentiæ meæ.* Por eso dice el mismo Job: El oído juzga de las palabras, y el gusto discierne los favores. *In antiquis est sapientia et in multo tempore prudentia:* «En los antiguos está la sabiduría y en los muchos años la prudencia». De los escarmentados se hacen los arteros; y de haber oído y visto y tocado muchas cosas se adquiere la experiencia, y con ella el saber y el desengaño. Pues porque esta mudanza de las edades del hombre se parece á la que tiene en sus frutos la viña, por eso se compara á ella el pueblo de Dios.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Qui plantavit vineam. Está tan clara esta parábola, que así como cuando se dijo todos la entendieron, así ahora no hay quien no entienda que fue la Sinagoga la viña, plantada, cercada y torreada. La planta, en Abraham, escogida del mejor viduеño que se hallaba; la cerca, las ceremonias pertenecientes; dividir por ellas las de aquel pueblo de todas las demás naciones que debajo del cielo había. ¡Oh, y de cuánta importancia es apartar tus majuelos de las viñas del pago! *Et conmixti sunt inter gentes et didicerunt opera eorum; et factum est illis in scandalum* (Salmo 105): «Mezcláronse los hebreos con los gentiles, y deprendieron sus obras, y sirvieron á sus ídolos, y fueles aquella comunicación ocasión de su ruina». Aparta tus hijos muchachos de los del vecino, traviesos y mal inclinados, no les peguen sus ruindades. ¿Para qué habla tu hija con el tañedor ó con el danzante liviano? ¿Qué necesidad hay de enseñar música á las doncellas que no han de vivir de cantoras? ¿Para qué las consientes ir á las comedias, donde deprenden á tramar de veras las telas que allí se urden de burlas? Así que apartó Dios su pueblo con la cerca. El lagar edificado fue el tabernáculo, á quien sucedió el templo. ¿Qué de baratijas son menester para poner un lagar en concierto y en su punto? Todas cuantas piezas había en el servicio y culto del tabernáculo: mesas, panes, incensarios, candeleros, despavesaderas, bacías, lebrillos, platos y fuentes de mil figuras, tenían sus misterios señalados, así como estaban diputadas

para diferentes ministerios. La torre era la profecía, joya particular de la Sinagoga, todo el tiempo que duró el casamiento, aunque no pocas veces cojearon y no les faltó esta riqueza. Bastante argumento, que están despedidos del todo, pues les falta en este divorcio lo que no les faltó en otras rencillas. Aquel pectoral ó racional que llevaba el sacerdote en el pecho, en que estaba juicio y verdad, dicen que tenía, por ser doblado, figura de bolsa en que algo se guardaba, y que era el don de la profecía, de donde sacaba el sacerdote los oráculos y respuestas de lo que á Dios preguntaba. ¿Qué es ahora, judíos, de esta joya, que aunque las otras finjáis en ésta no puede haber ficción por alguna vía, porque pasa adelante de todas las obras de naturaleza? Los arrendadores son los ministros públicos, á quien fue la Sinagoga encargada para que la cultivasen con ejemplo y doctrina, y la disfrutasen gozando de los honores y provechos de ella, y pagasen á Dios su tributo, acudiéndole como debían con la gloria de todo, pues la viña para todo bastaba. El ausencia que hace el señor de la viña es aquella longanimidad con que disimula y calla, como si no viese nuestras insolencias. Y en la Sinagoga de quien hablamos fue la partida de aquel día, cuando á su importuna instancia se les dio rey, *dabo tibi regem in furore meo*, con enojo sobradamente razonable, pues echaban á Dios de su gobierno. Reparemos aquí un poco.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Et peregre profectus est. Esta persuasión de que está ausente el dueño de esta hacienda, y que tarde ó nunca ha de venir á pedir frutos, fue ocasión á los labradores de ser insolentes, y ahora también lo es á los malos cristianos para desenfrenarse en sus vicios. Está Dios á todas las cosas presentísimo por esencia, presencia y potencia, y antójasele al pecador que está ausente. Y porque él no ve á Dios ni se acuerda de él, ni de su justicia, parécele que Dios no le ve á él, ni se ha de acordar de sus maldades, dándoles el merecido castigo. Así lo dice el Señor por su Profeta, hablando con la Sinagoga, y en ella con el alma pecadora: *In multitudine viæ tuæ laborasti, non dixisti: quiescam.* A rienda suelta corriste por el camino de la maldad, y no perdonaste á trabajo alguno por hacer tu voluntad y satisfacer á tus varios y desordenados apetitos; con ser tanta cansera ésta, no dijiste quiero parar: baste ya el mal vivir y la fatiga que en servir al mundo y al demonio se ha pasado. ¿Y cuál es la causa de tanta pertinacia en un alma? *Quia ego tacens et quasi non videns, et mei oblita es:* «Porque yo callo por ahora y disimulo y hago que no veo; por eso te has olvidado de mí». Veis ahí la razón. El que desde algún retrete secreto y oscuro mira á los que están á lo claro, ve todo lo que pasa y lo nota muy bien, y él de nadie puede ser visto; así Dios *posuit tenebras latibulum suum*: «Hizo de las tinieblas para sí un escondrijo». En las cuales palabras no sólo se da á entender la naturaleza incomprehensible de la deidad, sino también el gobierno de su providencia, que no pudiendo ser en esta vida de nadie visto (por lo cual se dice estar escondido en las tinieblas) él lo mira y registra todo, provee y gobierna sin que se encubra cosa, estando él á todos encubierto. Esto mismo declaró la esposa por otra muy galana semejanza: *Et ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos:* «He aquí dónde está mi amado detrás de la pared, mirando por la ventana, columbrando por la celosía». Como á un hombre á quien desasosiegan celos de su mujer, ó una señora que trae sospechas de la fidelidad de su criada, ó una madre recelosa de su hija, por haber sentido alguna liviandad, andan con cuidado para certificarse, y se esconden á deshora, y miran por resquicios de alguna puerta, ó por alguna ventana ó vidriera, ó red, de donde sin ser vistos vean lo que pasa y desean saber, así, dice la esposa, mira Dios sin ser visto, como no lo es el que mira tras la celosía. ¡Oh! si pensásemos esto, ¡cuán otra sería nuestra vida! ¿Qué mujer osaría hacer vileza en los ojos de su marido? ¿Qué ladrón hurtar en presencia del juez? ¿Y cómo osarías tú pecar si considerases que á tu lado está la vara de la divina justicia, que viene á penarte? Aunque de las justicias de la tierra, por más vigilancia y cuidado que traigan, le puedes tu poner tal en ocultar tu delito, ó en ponerte en cobro después de sabido, que no te puedan haber á las manos; pero la justicia de Dios no hay lugar donde no llegue su jurisdicción, ni noche que cubra el mal hecho, por más que digan sea capa de pecadores, ni persona, aunque vuele, que se le pueda ir por pies. Dícele Dios al profeta Jeremías: *Quid tu vides, Jeremia?* Respondió: *Ollam succensam ego video, et faciem ejus a facie aquilonis:* «Veo una olla encendida hirviendo á borbollones, y el fuego que la enciende venía de la parte del Norte». San Gregorio: *Olla namque succensa est cor humanum sæcularium curarum ardoribus desideriorumque anxietatibus fervens; quæ a facie aquilonis succenditur, id est, diaboli suggestionibus inflammatur*: «La olla encendida es el corazón humano, que hierve y bulle con el ardor de los cuidados de este siglo, y con las ansias y congojas de los malos deseos; la cual se calienta de la parte septentrional, porque se inflama con los soplos del demonio».

De esta olla dice por Ecequiel: *Væ civitati sanguinum ollæ cujus rubigo in ea est.* ¡Ay de la ciudad llena de sangres, de torpezas, inmundicias, crueldades, muertes, rapiñas! El alma llena de pecados, esta es la olla de cobre por su obstinación y dureza, tomada de moho y herrumbre por la fealdad del pecado. *Omnes adulterantes quasi clibanus succensus a coquente:* «Todos son adúlteros y echan de sí llamas como horno caldeado por el que cuece». Entonces se enciende la olla en el corazón, cuando prestáis consentimiento á la culpa. Ya arde el fuego infernal y hierve á borbollones con los deseos ilícitos de soberbia, avaricia, deshonestidad, ira, venganza; y espuma y rebosa por encima cuando el dañado pensamiento se ejecuta en la obra. ¿Quién es el cocinero que la enciende? El demonio, que tiene su manida *in lateribus aquilonis*, con los fuelles y soplos de sus malas sugestiones, con que solicita á pecar, y aviva las ascuas de nuestras perversas inclinaciones. *Halitus ejus prunas ardere facit et flamma de ore ejus egreditur:* «Con el aliento, mejor que con los fuelles del herrero, hace arder las brasas y de su boca sale llama». Apenas se juntó un carbón con otro, vistes, hablastes, oistes, llega y da un soplo y salta la llama, y codiciastes. Esta es la olla que ve Jeremías. Dícele Dios: *Quid tu vides, Jeremia?* ¿Olla viste? Mira más, que no estará sola. *Virgam vigilantem ego video:* «Veo una vara que vela». Otra letra dice: *Virgam amigdalinam:* «Veo una vara de almendro». Bien has visto, dice Dios, porque yo siempre velo para hacer lo que digo. Los egipcios para significar á Dios pintaban un cetro real con un ojo encima. Significaban por el cetro el dominio universal que tiene sobre todas las cosas, y por el ojo su providencia. Esta es la vara veladora y veedora, San Jerónimo: *Vigilat virga cuncti populi peccata considerans ut percutiat et corripiat.* Y San Teodoreto: *Vigilias appellat excitationemd ad vindictam, longanimitatem vero somnum.* «El sueño de Dios es la longanimidad con que espera al pecador, y su vigilia es cuando se apresta para darle el castigo». Según aquello: *Excitatus est tamquam dormiens Dominus, tamquam potens crapulatus a vino; et percussit inimicos suos in posteriora.* «Despertó el Señor del sueño como valiente tomado del vino, que se levanta furioso y desapoderado, é hirió á sus enemigos afrentosamente». No os engañéis; donde quiera que hay conciencia abrasada con pecados, abrid los ojos, que á su lado tiene la vara de justicia que siempre vela. ¿Y cuándo ha de dar el golpe? Prestísimo, y cuando menos pensáis. Por eso esta vara (dice San Teodoreto) se llama de almendro, que es el que primero florece entre todos los árboles; para mostrar la presteza de este castigo acelerado, presuroso. Más. Esta vara no la vio caída ni descuidada ó soñolienta, sino levantada y despierta y como cimbrándose y amagando para descargar el golpe. De esta manera está la justicia de Dios sobre la cabeza del pecador. Lo que se cuenta de Dionisio, tirano: como Damocles, truhán, le alabase su fortuna y llamase su vida bienaventurada en tanta riqueza y señorío, convidólo otro día á cenar consigo, y mandó colgar encima de su cabeza una espada desnuda, asida con una cerda por la empuñadura. Cuando el pobre alzó la cabeza y vio sobre sí la espada, no pudo comer bocado de miedo. Con este sobresalto, dijo Dionisio, viven todos los tiranos en medio de sus riquezas. Y mucho más medrosos debían estar todos los pecadores en medio de sus contentos, cuanto les amenazan mayores peligros. Oid esto de la boca del mismo Cristo: *Si dixerit malus servus ille in corde suo: Moram facit Dominus meus venire et cœperit percutere conservos suos, manducet autem et vivat cum ebriosis, veniet Dominus servi illius in die qua non sperat et hora qua ignorat et dividet eum.* «Si aquel mal criado dijere en su corazón (porque con la boca no lo dicen los fieles) si en la obra se tratare como hombre que tiene por ausente á Dios y le parece que tarda; y con esta imaginación comenzare á maltratar á sus compañeros, é hiriere á los cobradores de los frutos, y sentado á la mesa comiere y bebiere largamente sin temor del castigo que le sobreviene, verná el Señor de aquel siervo en el día que no espera, y en la hora que no sabe, y partirle ha por medio, echando el cuerpo en la huesa y el alma en el infierno, donde habrá llanto y crujir de dientes». En esto han de parar los que toman ocasión de la paciencia de Dios para ofenderle y negarle los frutos.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Cum autem tempus fructuum appropinquasset, missit servos suos ad agricolas ut acciperent fructus ejus: «Envía Dios sus criados que cobren los frutos de la viña». Estos criados tantas veces enviados, fueron los Profetas, desde el primero hasta el postrero, que otra cosa no hicieron sino exhortar á bien vivir y guardar la ley de Dios, hasta morir sobre ello. En esta demanda murieron todos, hasta San Juan Bautista, que fue el postrero que á la Sinagoga se dio. La ley y la profecía, dijo Cristo: *Usque ad Johannem.* Su predicación fue siempre: *Facite fructus dignos penitentiæ.* Pregúntanle: *Quid faciemus?* Y responde: «Quien tiene dos pares de ropas, dé á quien no las tiene las unas; y quien tiene mantenimientos, haga lo mismo». Esto fue, sin duda, pedir la renta á aquellas gentes. No sé

si entendéis que con nosotros habla, y si se compadece con esta su demanda tantas sobras de ropas como algunos tienen, con tantas faltas como saben públicas. Si de dos ropas, la una; de doce, de doscientas, ¿cuántas serán razón que deis? *Illi vero, apprehensis servis ejus, alium cœciderunt, alium occiderunt, alium vero lapidaverunt.* Pero los buenos de los arrendadores (mi fe) dan tras los criados, y así á estos como á otros después enviados los apalearon é hirieron y mataron. Debían de ser importunos y muy celosos de la hacienda de su amo, y poníanse á todo riesgo por cobrarla. Ahora no los matan y apedrean, sino los honran y regalan. A Dios gracias, que nos ha traído á mejor tiempo. Pero no sea que los diligencieros nos concertamos con los arrendadores, y ó por temor de nuestro daño ó codicia del provecho, no les apretamos ni hacemos instancia, como aquel mayordomo inicuo que decía á los renteros de su amo: *Quantum debes domino meo?*—Cien arrobas de aceite.—Toma presto la escritura de arrendamiento y escribe cincuenta. ¿Y tú que tanto?—Cien cargas de trigo.—Escribe ochenta. De esa manera todos seremos compadres. Si hubiese celo de la honra de Dios, y los que cobran ejecutasen y apremiasen á los deudores, intimando á los Príncipes y Prelados sus obligaciones, y riñendo sin pepita los vicios, vivimos en tan malos siglos que quizá no nos trataran mejor que á nuestros pasados. Con ser tan poco y tan confiado lo que se dice, no lo quieren oir y llaman al predicador atrevido y libertado; y aun más adelante. Predicaba el Profeta Amós en la corte contra la idolatría que introdujo Jeroboán, y volvía por el culto divino. Y envíale á decir Amasias, sacerdote de los ídolos, al Rey: *Rebellavit contra te Amos in medio domus Israel:* «Conjurado se ha contra ti Amós públicamente delante de todo Israel», y á escala vista quiere este pastor alzarse con el reino, y bastan sus sermones para amotinar el pueblo. A la reprehensión de su pecado llama rebelión; y persuadir al pueblo que no idolatre, es amotinarle. Y no contento con esta mentira; quiere engañar al Profeta con una lisonja y dice: *Quid vides? Gradere, fuge in terram Juda, et comede ibi panem et prophetabis ibi.* «¿Tú qué ves? (Llamábanse antiguamente los Profetas *videntes*, veedores). Pues tú, veedor, toma mi consejo, y no pares aquí donde corre riesgo tu vida y no ha de hacer provecho la doctrina; huye y vete á la tierra de Judá, donde serás oido y respetado y por tu trabajo mantenido». *Et in Bethel non adjicias ultra ut prophetes quia sanctificatio regis est et domus regni est:* «Pero en Betel no te canses más en predicar, que es dar voces en desierto; aunque revientes por los hijares, no han de hacer cosa que dijeres. Fuera de eso, tiene allí Jeroboán sus ídolos y becerros de oro que adora por dioses, y es desacato condenar lo que el Rey aprueba y tiene por santo». Aquí la mezquita, el palacio real, la metrópoli del reino: predicar contra eso es alborotar la comunidad. ¿Hay algo de esto el día de hoy? Contra el grande, el rico, el prelado, no hay quien ose descoser la boca. ¿Qué ha de aprovechar? ¿Hase de gobernar el reino por vuestro dicho? Echaros han de la tierra, y aun del mundo, si fuere menester. Ver el mal que hacen, tocar en lo que santifican y canonizan, aunque sea idolatría, injusticia y maldad, es sacrilegio. Allá á los pobres y gente llana decid las verdades, que no hay peligro; daros han de comer y honraros han porque les enseñéis. ¡Oh, hacienda de Dios, y en qué manos andas! ¡Señor, enviad á quien le duela!

CONSIDERACIÓN QUINTA

Viendo el señor la dureza de los villanos, acuerda de convencerlos por autoridad y envíales á su hijo. *Verebuntur filium meum.* De este lugar, entre otros, se prueba la divinidad de Cristo; porque á todos los demás que antes de él vinieron los llama siervos, y á sólo Cristo Hijo, y Hijo querido. Esta diferencia declara el Apóstol entre Moisés, que fue el más excelente de los Profetas antiguos y Cristo nuestro Redentor: *Amplioris enim gloriæ iste præ Moyse dignus est habitus.* «Es Cristo merecedor de mayor gloria que Moisés; otra cortesía se le debe, otras ceremonias». *Moyses quidem fidelis erat in tota domo ejus tamquam famulus; Christus vero tamquam filius in domo sua:* «Moisés no hay duda sino que fue fiel en toda la casa de Dios; pero como criado fiel, siervo, mayordomo en casa no propia, sino ajena; Cristo es fiel como hijo en su propia casa; trata esta hacienda como dueño, mayorazgo y heredero de ella». Pero, Señor, no puedo dejar de inquirir ¿qué os mueve á enviar vuestro Hijo á esta viña? ¿Habéis de comer de ella? ¿Qué frutos son estos tan preciosos que tantos gastos hacéis por cobrarlos? ¿No os duele perder tanto buen vasallo y sobre todo poner al tablero la vida del hijo? No quiere Dios renta que acreciente sus tesoros, pues no tiene de nuestros bienes penuria. Los sacrificios de justicia y de alabanza que en reconocimiento de servidumbre demanda no son para acrecentar su gloria, pues no es más glorioso desde que formó el mundo que antes lo era; lo que te pide es porque de dárselo tú eres el beneficiado y el más honrado. Nunca para ti serás el que quieres, sino cuando para tu Señor fueres cual debes. Por eso cuando temblaban los hijos de Israel de ponerse delante de Dios y encargaban á Moisés que hiciese aquella legacía

en persona de los que de miedo no osaban presentarse en su acatamiento, responde Dios á Moisés que disimule con aquel miedo, pues nace de reverencia y respeto. Y añade: *Quis det talem eos habere mentem, ut timeant me, et custodiant universa mandata mea in omni tempore, ut bene sit eis?* (Deut., 5): «Quien les ponga en corazón que teman y guarden siempre mis mandamientos por su bien propio. No por otra causa, sino por su provecho, deseo que estén siempre de ese propósito. ¿Quién será bastante á tenerlos siempre así enfrenados con temor para ellos de tanto provecho?» Y sobre la misma causa, otra vez concluyendo Moisés lo que Dios en sus leyes pedía, como fin á que todas iban enderezadas, dice: *Et nunc, Israel, quid Dominus Deus tuus petit a te, nisi ut timeas Dominum Deum tuum et ambules in viis ejus et diligas eum in toto corde tuo, ut bene sit tibi?* «Y ahora, Israel, considera por conclusión de lo dicho todo, ¿qué es lo que el Señor te manda con tantas leyes como te ha puesto en pago de las mercedes recibidas? No otra cosa sino que como hijo le temas y honres y guardes sus mandamientos, ceremonias y estatutos, en señal que de todo corazón le amas, no más que por sólo tu provecho, porque sea bien para ti». Pero son en esta razón divinas las palabras con que Isaías nos intima esto: *Accedite ad me et audite hoc: non a principio in abscondito locutus sum.* Como si un predicador se ha detenido y ve que le queda algún buen punto que importa para el auditorio, los refresca con algunas palabras, y los despierta y mueve para que estén atentos. Llegaos acá, dice, y escuchadme no más que esto: *Non a principio in abscondito locutus sum.* «No os he jamás hablado sino claro, desde el principio que comencé á tratar con vosotros, y como si me hallara presente á lo futuro, así os he dicho á la clara todos los sucesos». Tomad por razón de creerme que me envía Dios y su espíritu á hablaros esto, no haberme hallado en nada mentiroso. Esto dice el Señor tu Dios y Redentor y el santo Israel: *Ego Dominus Deus tuus docens te utilia, gubernans te in via qua ambulas. Utinam attendisses mandata mea: facta fuisset sicut flumen pax tua et justitia tua sicut gurgites maris.* «Yo soy tu Dios y tu Señor, el que te muestro lo provechoso y guio tus pasos por el camino que andas». Muéstrente otros, y sean maestros de otras cosas; deprende de otros las delicadezas, los vivos conceptos y las agudas vivezas y galanas elegancias; en mi casa no deprenderás sino lo que te aproveche. Que tienes necesidad de que como á niño te lleven de la mano, y te digan dónde has de poner tu pie y tu afecto, que no lo sabes más que una criatura. Mira, hombre, que son las cosas que más á tu provecho importan las que Dios te manda. Dime, ¿no es provechoso dejar los enojos, pleitos y cuestiones que te traen gastado y cansada la vida y la hacienda? ¿No es provechoso dejar los juegos que te consumen y tienen puesto ya á la puerta de la misericordia? ¿No es provechoso dejar la manceba que te come por el pie y ha de dar mal cabo de tu vida? Que come más una mala mujer que veinte buenas. Cuanto más que la has de sustentar ama, y moza, y escudero; y á la vieja ruin de su madre que sirve de alcahueta; y á la hijuela muchacha que ni es tuya ni de su marido, sino del otro galfarro que se ríe de ambos, que os peláis por emplumar sus hijos. ¡Emplumado vea yo al poltronazo que disimula lo que ve con los ojos, y por no trabajar con un azadón y hacer callos en las manos, calla la boca y sufre! Dime ¿qué hacienda basta para sustentar tantos buitres, tan tragones todos? ¿Y está la pobre de tu mujer pegada con la pared su boca, viendo que le comen su dote y no le dan á ella ni aun agua? Quien esto y lo semejante aconseja, y sobre ello vocea una y setecientas veces, ¿qué se echa en la bolsa? ¿Qué tan más rico que vino vuelve á su casa? ¿O para quién será el daño ó el provecho de hacerse algo ó no hacerse nada? *Utinam attendisses mandata mea!* «¡Ojalá hubieras atendido á mis mandamientos y fuera hecha tu paz como río!» Suele algunas veces compararse la paz á río en la Escritura: *declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam gentium*, y otras cosas tales, para significar las grandes abundancias que consigo trae la paz del Señor á la casa de conciencia donde entra. Ninguna cosa así ennoblece una ciudad como un río que por ella pasa, por la facilidad que hay en traer por él las haciendas de fuera y sacarlas de dentro. De camino suele llevar las inmundicias todas de la tierra; riéganse los vergeles sin costa; provéese la ciudad del agua en abundancia, que es gran riqueza; alcánzales gran parte á la heredades de la comarca; puede haber copia de huertas, de frutales, de arboledas; beben los ganados y sestean en las alamedas y sotos, y pasan los bochornos de las siestas metidos en el agua; mil cosas de esta manera. No sé quién fundó ciudad que no sea junto algún río. Si atendieses á la observancia de los divinos mandamientos alcanzarías en tu alma paz, no como quiera, sino en gran abundancia. Sería como un río caudal la paz que en tu alma entraría, y tu justicia como piélagos del mar sin suelo. Hay unas justicias que llegan á los tobillos; apenas mojan las plantas, ó lavan los pies, que son todas las justicias humanas; pero esta justicia que por Cristo se comunica (que anda siempre con la

paz hermanada) no es de esa manera. Es una justicia sin fondo, que no se puede apear ni en ella nadie tomará vado. Por grande que sea el navío, no correrá peligro de tocar en algún bajío. ¿Qué de ellos se hallan en todas esotras justicias fuera de ésta? ¿Qué bajíos descubrís si navegáis por las justicias de los filósofos de este siglo, y por esos que el mundo juzga por santos? En las justicias, pues, de los fariseos, ¡cuán presto hallaréis lama, ó tocaréis en peña, ó atollaréis en balsa de mil basuras que ellos santificaban por justicias! Solas estas justicias que se nos comunican por Cristo, cuando á sus mandatos atendemos, son las que no tienen suelo, las que se navegan sin ser menester llevar la sonda en la mano. Así que, hermano, estos son los frutos de la viña que Dios demanda, más útiles para ti que para su bolsa, que sin esos está llena. En tu provecho gasta sus criados, y para eso los envía, poniéndoles nombres de cosa que se gastan con el uso, llamándolos sal de la tierra, vela encendida y puesta en el candelero. La sal, salando se deshace, y la vela alumbrando se consume; así el oficio del ministro de Dios es gastar su vida por la salud de las almas: *Ego autem libentissime impendam et superimpendam ipse pro animabus vestris.* «Yo (dice San Pablo) de bonísima gana os daré hasta la sangre de mis venas, y me gastaré y desharé por el bien de vuestras almas». Para esto nos envía Dios: para que estudiando, predicando, confesando, aconsejando, quitando del sueño y de la comida y descanso, nos gastemos en beneficio vuestro, hasta acabar en esta demanda la vida, pues á su Hijo amado para sólo esto le envió: *Dicite filiæ Sion: ecce Rex tuus venit tibi.* «Dadle estas buenas nuevas á la hija de Sión: he aquí á tu Rey que viene para ti». Tuyo es, y para ti es; en tu provecho se ha de gastar. Su doctrina, sus milagros, su vida, su muerte, sus méritos y satisfacciones, todo para ti. *Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis.* Encarnó, padeció, murió, fue sepultado, resucitó, subió á los cielos: todo fue hacer nuestro negocio. Démonos el parabién de tener tan buen Dios, que con tanta costa y diligencia procura nuestra salud como si padeciera sin nosotros algún detrimento su gloria. ¡Qué amor le debemos, qué servicio, qué gracia, qué desear poner mil vidas por él! ¡Qué rebeldía, qué ceguera la del pecador, que rehusa pagar estos frutos, que son tan en su pro, y servir á tal Señor para su provecho! ¡Oh, hijos de Adán, tan amigos de vuestro interés! mirad que ninguno hay mayor que servir á este Dios tan desinteresado, que lo que es ganancia vuestra tiene por granjería suya. Y sólo ese pretende, enviando tras los criados á su propio Hijo. *Verebuntur filium meum.* Este fue el último cumplimiento que pudo hacer Dios con los hombres: enviarles su Hijo unigénito, natural, que con su autoridad los moviese, con su palabra y vida los enseñase, con sus beneficios los atrajese, con sus méritos les ayudase, con bondad y amor los rindiese. Esto significó el mismo Redentor cuando estando ya en lo último dijo: *Consummatum est;* donde no sólo dio á entender ser ya cumplidas las figuras y profecías y la redención acabada, sino también habérsenos dado superabundantísimamente todas las cosas necesarias para nuestra salud. Ya Dios ha echado el sello y hecho lo último de potencia, dando á su Hijo. Aquí se cumplió la palabra que dijo por Isaías: «¿Qué puedo más hacer por mi viña que no haya hecho?» Bien claro es ser esta profecía, pues no se verificó hasta la Encarnación del Hijo de Dios. Mucho se había hecho; pero hasta que Dios se hizo hombre, lo más quedaba por hacer. Mucho se había dado; pero mucho más quedaba por dar, hasta que *Filius datus est nobis*; hasta que: *Propio Filio suo non pepercit, sed pro omnibus nobis tradidit illum.* Entonces sí pudo decir que no tiene más que dar ni puede más hacer.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Venle venir los labradores y dicen; *Hic est heres*; venid y matémosle, y será nuestra la heredad. Puédese dudar si los judíos conocieron á Cristo, y parece que no, porque él pide perdón para los que le crucificaban, *quia nesciunt quid faciunt.* Y San Pedro: *Et nunc, fratres, scio quod per ignorantiam fecistis, sicut et principes vestri.* Decimos cuatro palabras. La primera, todos ó casi todos conocieron evidentemente su santidad, su buena vida inculpable, su inocencia y que no merecía muerte. Esto está claro, pues le constó á Pilatos; y protestando Judas, arrepentido de la venta ante los judíos, que había pecado en vender la sangre del justo, ellos no lo contradijeron. No tuvieron qué oponer á Cristo cuando les dijo: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? aunque mucho le aborrecían. Lo segundo, los letrados y sabios y los principales conocieron que era el Mesías prometido en la ley, por la Escritura, por el tiempo, por los milagros con que confirmaba sus palabras con que lo decía. Eran tan fuertes los motivos, que cuando libremente y sin pasión los consideraban y conferían, no pudieron dejar de convencerse que era el Mesías, aunque después, ciegos de pasión y creciendo la malicia, perdieron este crédito y conspiraron, como dice San Juan, que si alguno le confesase por Cristo fuese descomulgado. Y el mismo señor lo dio á

entender cuando, conjurado por Caifás delante todo el cabildo le dijese si era Cristo, respondió: *Si dixero vobis, non creditis mihi.* Lo tercero, pudieron conocer que era Hijo de Dios verdadero, porque la Escritura claramente decía que Dios en persona era el que había de venir. Lo cuarto, de hecho no conocieron aquellos malos judíos que era Dios; pero esta ignorancia no fue de las que excusan, antes de las que más acusan la culpa y la agravan. Y la causa de no conocer esto y desconocer lo otro fue malicia, envidia y querer ellos mismos tapar los ojos. Ayudó de mala la avaricia y ambición, y no querer largar la posesión del gobierno en que estaban arraigados, ni ver sus leyes con que ellos tenían oprimida la libertad del pueblo, abrogadas y desautorizadas, como veían que la hacía Cristo. Esto fue sin duda: matémosle y será nuestra la hacienda. Esto es lo que claramente y con distintas palabras está escrito en el segundo capítulo de la Sabiduría: *Circunveniamus justum; quoniam inutilis est nobis et contrarius est operibus nostris.* Y después de referidas muchas cosas en razón de esto concluye: *Hæc cogitaverunt et erraverunt; excœcavit enim illos malitia eorum.* La malicia fue la catarata que les empañó la vista de los ojos. Gran desventura fue la de aquel pueblo, cuyos gobernadores fueron tan ambiciosos, que por no dejar lo que injustamente tiranizaban no quisieron que lo poseyese su dueño. No se pudo decir mayor maldad que matémosle y será nuestra la heredad. No sólo esto: no se pudo decir mayor desatino, ni pudo darse decreto más errado ni más ciego. Y pregunto yo, si hay quien me responda ahora: ¿qué tan lejos andan (en estos desventurados siglos) de este parecer los políticos formales y virtuales, declarados ó paliados? Es una tan abominable secta ésta, en que finalmente han venido á descabezar todas las que se apartan del legítimo camino viejo y hollado, tan vergonzosa y tan sucia, que aun los mismos que la profesan no osan declararse. El luterano dice que es luterano, y el calvinista es calvinista, y el puritano puritano, y anabaptista el anabaptista; pero el político maquiavelista no hayáis miedo que ose declarar cuyo es, ni que sigue á Maquiavelo. ¡Tan sucio hombre fue este desventurado! Porque en dedeclarándose, queda convencido de ateísta, y luego sin otra más declaración, por de aquellos á quien Dios por justa permisión entregó á los deseos sucios de su corazón. *Ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis: qui conmutaverunt veritatem Dei in mendacium.* ¡Oh providencia divina tan con las manos tocada en estos tiempos! ¡Oh juicios de Dios espantables y temerosos, y quién no los teme que los vea, quién no los ve que tenga ojos! Todas las herejías han parado con políticos; todos los políticos son ateístas, hombres sin Dios, que ni le creen ni le adoran. Todos esos y esas son (por decirlo sin asco) de los que *inmutaverunt naturalem usum in eum qui est contra naturam.* Justo eres, Señor, y justos tus juicios. Quien no te conoce por autor de naturaleza y gracia, pierda, no sólo la gracia, sino el orden de naturaleza. *Quis non timebit te, oh Rex gentium? Tuum est enim decus:* A ti te debe el honor, la gloria, la magnificencia. El parafraste caldeo: *tuum est enim regnum.* Y quien te le quiere quitar, pierda por ello el sér racional; caiga en pecados bestiales, y aun en que no caen bestias. Sean verdugos en sí mismos de tu justicia vindicativa, por modos más horrendos que lo fue Judas. Políticos formales son los que fundan la razón del Estado en poca conciencia, y atrevida y descaradamente ponen esta pésima manera de gobernar contra la ley de Dios, diciendo que unas cosas son lícitas por razón de estado y otras por conciencia, siendo esto la cosa más bestial que puede haber; porque el que aparta de la conciencia la jurisdicción universal que tiene de todo lo que sucede entre los hombres, así en cosas públicas como en particulares, claramente muestra que ni tiene alma ni Dios, porque hasta las bestias tienen instinto natural que las inclina á cosas provechosas y las aparta de las dañosas. Y la luz de la razón y el dictamen de la conciencia, dado al hombre para discernir el bien del mal, sería ciego en los hechos públicos y falto en los importantes, si alguno pudiese ser lícito ó justo siendo contra conciencia. Políticos paliados llamo yo á los que en el hecho (ya que no lo dicen) antefieren las leyes del gobierno humano á las divinas, y que no llevan por presupuesto que todas las leyes humanas han de ser para que las divinas mejor se guarden, y que disimular, consentir, darse por desentendidos del quebrantamiento de las leyes de Dios, porque las humanas sean guardadas, es lo mismo que decir: venid y matémosle, y será nuestra la heredad; y por el mismo caso se ha de incurrir aquella sentencia dada contra los judíos: *Auferetur a vobis regnum Dei et dabitur genti facienti fructus ejus.* Perderá sin duda el reino quien quiere conservar el suyo con detrimento del divino.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Pero dejemos esto y tratemos más con nosotros. Si el reino que se quita á éstos se da á gente que haga frutos, y frutos son las buenas obras, obras nos demanda aquí llanamente Cristo, y no fe estéril y muerta. ¿Qué son frutos del reino de Dios, sino los que San Juan Bautista llamó frutos de penitencia y San Pa-

blo llamó frutos del espíritu, contrarios á las obras de carne? ¿Hay quien dé estos frutos? Bonico anda el mundo estos años, entre católicos y herejes repartido. Los herejes, grandes pregoneros de la fe, y no vale toda su fe un clavo, no vale este pelo. Nosotros los católicos grandes pregoneros de la caridad y de las obras, y Dios sabe quién tiene caridad y nosotros vemos la gran pobreza que donde quiera hay de obras. Pues firme está la sentencia: *Malos male perdet, et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructus temporibus suis.* «A los malos destruirlos ha malamente, y arrendará su viña á otros labradores, que le den los frutos á sus tiempos». Esta fue la sentencia que ellos mismos dan hoy contra sí; y nosotros firmamos que fue bien dada, y vemos con nuestros ojos haberles sido ejecutada y llevada á debido efecto. Ya ellos son juzgados y castigados como tan malvada traición merecía. Resta que nosotros nos miremos como en espejo en esta historia, y cotejemos viña con viña, cerca con cerca, lagar con lagar, torre con torre, y unos arrendadores con otros. Comparemos Sinagoga con Iglesia, Moisés ó Abraham con Cristo, Profetas con Apóstoles, profecía con Evangelio, sacramentos vacíos y pobres de gracia con los nuestros que la contienen y causan. Cotejemos nuestra ingratitud con la de aquel pueblo, nuestras obras con las suyas, y de aquí sacaremos si hay que temer aquella sentencia: Seráos quitado el reino de Dios y dado á gente que acuda con sus frutos y rentas á sus tiempos. ¿Qué será si se puede decir de nosotros lo que Moisés dijo de aquella viña vieja que fue descepada por mala? *De vinea Sodomorum vinea eorum et de suburbanis Gomorrœ* (Deut., 31): «Del vidueño de Sodoma es la viña de ellos, y de los majuelos que están en los arrabales de Gomorra». Quiere decir, según Ruperto: Viven al fuero de Sodoma. La viña de Cristo lleva vino que engendra vírgenes; echa de sí olor de pureza y castidad. ¿Qué otro fruto puede dar el sarmiento unido con Cristo, que dice de sí: yo soy verdadera vid, y vosotros sois sarmientos regados, alimentados con su sangre? Pues si vemos que estos sarmientos llevan frutos de corrupción, donde hay tanta bruteza, carnalidad, en hombres, en mujeres, en los mozos, en los viejos, tantas especies, tan necesarios modos de deshonestidad, ¿cómo puede ser viña de Cristo? De *vinea Sodomorum.* Dígolo yo viña de Sodoma y Gomorra, cuyas enormes maldades claman al cielo pidiendo castigo, lluvia de fuego, para sacar un clavo con otro. A fuego tan abrasador de lujuria, fuego infernal inextinguible que le suceda. Más. Vides de Sodoma, que quiere decir muda, y de Gomorra, que se interpreta áspera. Así estos son mudos para las alabanzas de Dios y ásperos y duros para las necesidades de los prójimos. *Uva eorum uva fellis, et botrus amarissimus.* Si la raíz es tan mala, si el vidueño pestífero, ¿qué tales serán los frutos? Son uvas aheleadas, sus racimos amarguísimos, todos son malos. Pecan en los principios, en los medios, en el fin. Los pensamientos sucios, las palabras perjudiciales, las obras torpes, injustas. Todo amargo y de mal sabor. *Fel draconum vinum eorum et venenum aspidum insanabile.* Dice otra letra: *Ira draconum.* Es el vino de ellos tan hermoso, tan recio, tan cabezudo, como la hiel, como la ira del dragón, que es animal calidísimo y feroz, sediento de la sangre del elefante. Quiere decir: en sus enojos son peores que dragones y basiliscos; en lugar del vino de la caridad dan veneno de dragones, odios intestinos, implacables iras, pasiones, sed de sangre humana. Más. El dragón, que tiene alas y se sube á los riscos á tomar el aire fresco, es símbolo de soberbia y altivez. Los soberbios, altivos, ambiciosos, pretendientes como quiera de ser y valer, esos dan vino venenoso de dragones. Y finalmente, ponzoña de áspides, insanable. El áspide mata durmiendo y siente si algún mágico la quiere encantar, y hinca la una oreja en la tierra y la otra tapa con la cola, y así no oye el encanto ni pierde su ponzoña. Como el áspide sorda, dice David, que cierra sus oídos, que no oye la voz del hechicero que la quiere encantar con sabias palabras. Tales son los avarientos, codiciosos, sepultados en el sueño profundo del olvido de Dios y de sí, que causa el amor desordenado de las riquezas, de quien dice David: *Dormierunt somnum suum et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis.* «Estos que tan tupidos tienen los oídos á la predicación cuando se trata de hacer limosna ó restituir». Considerad á aquel rico del Evangelio. *Anima mea habet multa bona reposita in annos plurimos; comede, bibe, epulare.* Veis ahí el áspide sorda. El un oído hincado en tierra, por el amor de los bienes temporales, y el otro tapa con la cola, que es esperanza de larga vida. Pero aunque más cerró los oídos, no pudo dejar de oir la voz del cielo espantosa: «necio, esta noche te llevarán el alma; lo que has guardado ¿para quién será?» ¿Son éstas nuestras obras? ¿Es el fruto de nuestra viña? ¿El retorno de tantas mercedes? ¡Oh bondad de Dios ofendida! ¡Oh misericordia despreciada! Justificada queda la perfidia de la Sinagoga de la malicia de los malos cristianos. ¡Cómo no tememos la ira irritada de aquel Juez, tanto más severa cuanto más dilatada! Que si la Iglesia no puede ser reprobada, como la Sinagoga, puedes tú serlo (sarmiento estéril y parra loca), que ocupas en esta viña el lugar de otro que pudiera fructificar

car. ¿Cómo no temes la hoz de aquel sabio podador de quien dijo Cristo: *Omnem palmitem in me non ferentem fructum tollet eum?* ¿Y qué será de él después de cortado? *Arescet et colligent eum et in ignem mittent et ardet*: «Secarse ha, por la imposibilidad que los dañados tienen de obrar bien, y hacerle han gavillas, y echarle han en el fuego para que arda eternamente». Sarmiento seco, inútil, que estás de balde en la viña, guárdate del golpe inevitable de la muerte, que llega ya con su guadaña ó podadera. Pues ahora hay tiempo de fructificar, pues la misericordia nos aguarda, la clemencia convida, ofrece fuerzas la gracia, hagamos frutos de penitencia con que merezcamos la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO

SEGUNDO DE CUARESMA

Homo quidam habuit duos filios et dixit adolescentior ex illis patri: Pater, da mihi portionem substantiæ quæ me contingit.
(Luc., 15).

El santo Evangelio contiene el camino de un mancebo en lo florido de su mocedad, que por ser viaje largo, de varios y extraños sucesos, no es mucho no tomarle tino Salomón. Va repartido en cuatro jornadas. En la primera veremos salir un mozo de casa de su padre é irse por ahí á ver mundo. En la segunda se cuentan sus desvaríos, desgracias y desventuras. En la tercera, la vuelta que dio para su tierra y casa. Y en la cuarta, el recibimiento amoroso y regalada acogida que halló en su buen padre, aunque no sin murmuración de su mayor hermano. Menester es ir por la posta para en tiempo tan breve andar camino tan largo. Y cierto yo hallo mucha dificultad en cifrar materia tan amplia y copiosa en un solo sermón que apenas basta á decir la letra. Necesario es el socorro de la gracia. Pidámosla por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave María.

INTRODUCCIÓN

David, notable pecador y penitente más aventajado, en el salmo 39 nos pinta en su persona el estado de un hombre por carnalidades perdido, deshecho, acabado, y el orden que tiene la misericordia de Dios para sacarle del profundo de tantos males. *Expectans expectavi Dominum et intendit mihi.* Viéndome de mis vicios acosado, de la mala costumbre vencido, rodeado de miserias, al parecer sin remedio, alcé los ojos á Dios, y concebí de su bondad firme esperanza que en algún tiempo me había de ver libre. Si mucho me desalentaba mi flaqueza, más me esforzaba su misericordia. Esperando, esperé en el Señor. ¡Ay de aquellos que viéndose en su carne vejados, y que con mediana diligencia no se escapaban de las llamas del fuego de Babilonia, *desperantes, semetipsos tradiderunt impudicitiæ, in operationem immunditiæ omnis*, se rindieron á ellas cruzadas las manos, desesperados de poderse guardar, y se entregaron al cumplimiento de sus torpezas que cada día se aumentaron, y fueron en tanto más furioso crecimiento cuanto se les echó más leña! El que espera verse sano del mal que le atormenta no cesa de poner los medios importantes para ello, y esto hace la esperanza; que los desesperados déjanse morir. *Et intendit mihi.* No me burló mi esperanza, como nunca burló á nadie: *Spes autem non confundit*. Cuando vio que me cumplía ser oído, en sazón que ni ser oído me hiciese remiso, ni dejar de serlo desesperado, se inclinó á mi petición y puso los ojos en mí, como en

aquel que desde su natividad fue ciego, aunque me sacó de más miserias que á él; pero con diferencia que del ciego sin que nadie se lo rogase se compadeció, mas para dolerse de mí tomó mis preces por medio. *Et exaudivit preces meas et eduxit me de lacu miseriæ et de luto fecis*. Oración sin duda es menester para que Dios saque de los malos y envejecidos hábitos y resabios entrapados ya con la costumbre en los huesos, pues sabemos que de aquel endemoniado (que desde sus tiernos años estaba al enemigo sujeto) dijo el Señor que no se lanzaba aquel género de demonios sino con oración y ayunos. Oyó, pues, mis preces, y sacóme del lago de miseria y lodo de heces. ¡Qué bien explican estas dos comparaciones la inmensidad de males y torpeza de hedores que la lujuria consigo trae! En el hebreo, en lugar de lago de miseria, se dice: *cisterna sonitus*; esto es, cisterna en que con mucha priesa y sonido vienen cayendo las aguas desde arriba. Pensad cuál estaría un hombre, que yendo solo y descuidado por un prado, súbitamente cayese en un pozo, que entre la verde yerba estaba escondido, una sima oscura profundísima que casi llega á los abismos, y con el gran golpe se plantase hasta la cinta en un cieno pegajoso, tenaz, que está en el suelo y de pestilencial olor; y allí quedase encallado sin orden de poderse menear ni sacar los pies, y arriba sintiese gran ruido de las aguas de todo aquel prado que vienen á parar allí como á sumidero. ¿Qué remedio puede tener este desdichado si no le da la mano Dios, que sólo es poderoso de librarlo? En tal peligro se considera David en el estado de su culpa, y lo están los sensuales y lascivos. Hundidos y entrapados en un lago, en una sima de miserias corporales y espirituales, que siempre crecen y se hacen mayores; en un lodazal, no de agua y tierra, sino de las inmundicias hediondas de sucios albañares. Si queréis saber este lago cuán grandes miserias comprehende, ved los grandes patrimonios consumidos, las gruesas haciendas y rentas caudalosas desperdiciadas. Ved los deshonores, infamias, que tan grandes manchas hacen en los linajes más esclarecidos. Ved las revueltas y peleas, las rencillas y los homicidios de este vicio ocasionados. Ved las dolencias, las infames enfermedades, las muertes apresuradas, las vidas mal logradas de los deshonestos. ¡Qué vida viven tan llena de dolores estos desventurados, que tanto se precian de amantes! Y no por eso la dejan, porque no se atreven á vivir sin esta muerte. No sufre la calidad del lugar que digamos nada de los malos olores de aquellas torpes heces en que están no sólo atollados, sino sepultados. Pero la mente, que, como el sol, no contrae nada de los inmundos lugares por donde pasa, bien comprehende qué significa aquella palabra lodo de heces. Mas como al brazo de Dios no hay cosa imposible, *statuit supra petram pedes meos et direxit gressus meos*: «Estableció sobre la piedra mis pies y enderezó mis pasos». ¡Qué bien contrapone la piedra al lodo! Cuando los caminos están lodosos y empantanados, suelen poner á trechos unas piedras por donde pasan. Pues «sacó mis pies del cieno, y púsolos sobre piedra firme y sólida». Púsome en camino tieso, seguro, derecho, en que no me perdiese ni tornase á caer. Con razón canta nuevo cantar quien de aquellos trampales se ve librado: *Et inmisit in os meum canticum novum, carmen Deo nostro*. «Púsome en la boca un nuevo cantar, versos que yo no había meditado». El mismo que sacándome de aquel miserable estado me puso en el alegre que me veo; no las musas, cabras lascivas, sino el blanco cordero pone en la boca de los que en limpieza le siguen este nuevo cantar por la vida nueva, que hace música apacible en los oídos de Dios. Veis aquí todo el discurso del hijo pródigo, que paseando incautamente por los prados del deleite, donde salió á dar verde á sus deshonestos apetitos, cayó en este sumidero y lago de miserias, perdió todos sus bienes, cargaron de avenida sobre él todos los males. Sumido en tantas desventuras, no perdió la confianza, acordóse de su padre, esperó de su misericordia, inclinóle á que atendiese á su necesidad y le mirase. Aunque estaba lejos, miróle y sacóle del lago, y trájole por camino limpio y seguido hasta su casa. Púsole en la boca aquel cantar nuevo de la humilde confesión de su culpa, tan suave para Dios, que luego de tropel hizo que le acudiese toda la música y capilla del cielo, mostrando el contento que allá tienen cuando se convierte un pecador en la tierra. Veamos eso más en particular.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Homo quidam habuit duos filios. Este hombre es Dios. Ninguna criatura hay más apta para hacer muchas cosas de ella que el hombre. Es como la cera, que toma la figura del sello, y como el agua, que se pone del color del vaso. De un hombre se hace un ángel como el Bautista: *Ecce ego mitto angelum meum*. Y se hace un demonio como Judas: *Unus ex vobis diabolus est*. Y se hace un justo como Simeón: *Ecce homo erat in Jerusalem cui nomem Simeon et homo iste justus*. Y se hace un pecador: *Nonne homines estis?* ¿Siendo envidiosos, no sois hombres? Y se hace Dios: *Ego, dixi: dii estis*. Por eso habiendo el Señor aprobado las otras cosas acabadas de criar, no dijo

del hombre nada, porque tal será cual se hiciese; aquí se llama Dios-hombre y no hombre-Rey como en otras partes, donde á la blandura se le da por acompañado el rigor; sino hombre-Padre, porque todo lo que en este hecho resplandece es misericordia y piedad. Tiene dos hijos, que son dos linajes de hombres, buenos y malos; porque en esta vida siempre andan mezclados corderos con cabritos, la cizaña y la paja con el trigo, los peces en la red, los malos humores con los buenos en el cuerpo. Todos son hijos de Dios por la creación, por ser hechos á su imagen y semejanza, por la capacidad que tienen de gozar de él y tener gracia y gloria. *Genus ergo cum simus Dei.* De todos dijo el poeta gentil, y alégalo San Pablo, que somos de casta y linaje divino; pero no todos salen á la casta, que no es nuevo degenerar los hijos de la virtud de sus padres, y que de un mismo padre y madre salgan por sus obras diferentes: Abel y Caín, Isaac y Ismael, Jacob y Esaú, José y sus hermanos; y que Helí y Samuel, buenos, tengan los hijos malos; y David, los tres mayores, Amón, Absalón, Adonías, todos malos y mal logrados. Así Dios tiene hijo ajustado con su voluntad, y otro que sigue el antojo de su apetito. El bueno es el mayor, porque tiene prudencia, y porque á los justos es debido el mayorazgo de Dios. Abraham á los hijos de las mujeres segundas dioles joyas y bienes muebles; pero la heredad al mayorazgo, á Isaac, que era el mayor. Los malos son significados por el menor, el más mozo. Lo primero, por la falta del saber: *Stultitia colligata est in corde pueri.* «La necedad está atada con el corazón del mozo»; es una bolsa de ignorancia; no tiene prudencia ni experiencia. También por el desenfrenamiento de pasiones, deseos desordenados de experimentar lo que ignoran, la sangre nueva aguija á la concupiscible, hace más animosa la irascible; al fin, potros por domar. Todas estas son propiedades de los malos, ignorantes, inexpertos, lascivos, indómitos.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Viene, pues, este mancebo confiado y presuntuoso y dícele á su padre: *Pater, da mihi portionem substantiæ quæ me contingit.* «Padre, dadme la parte de hacienda que me cabe; porque yo quiero vivir por mí, que ya tengo edad para saber lo que me cumple». ¿Qué hacienda puede pedir el hombre á Dios, que propia le pertenezca? San Agustín dice que lo que éste pide es su libre albedrío, el tener sí ó no para todo lo que quisiere. Esto es tan propio del hombre, que en quitándoselo no lo sería y por razón de esta libertad es digno de alabanza ó vituperio. Y así beatifica el Sabio al hombre que no se dejó llevar de la codicia del dinero, porque *potuit transgredi et non est transgressus:* «Pudo pasar los límites de la ley, y no los pasó». Esta hacienda distribuye el Señor entre buenos y malos. Todos tienen libertad para seguir la virtud ó el vicio. Dioles razón, ley, conocimiento del bien y del mal; púsoles delante agua y fuego, premio y castigo, vida y muerte, y dales señorío de sí y de sus acciones. El bueno, aunque es mayor, no se alza á mayores. Tiene voluntad, pero mídela con la de Dios; no quiere salir de su casa, ni de su obediencia, porque sabe cuán bien le va. *Tenuisti manum dexteram meam et in voluntate tua deduxisti me et cum gloria suscepisti me:* «Señor (dice David), vos me traéis de la mano, y como un niño me dejo llevar á donde es vuestra voluntad. Y es mucha honra y gloria mía estar en vuestro poder y debajo de vuestra protección y amparo». El menor salió más atrevido, y como soberbio no quiere sujeción, y, dice San Agustín, «con perversa entonación quiere imitar á Dios». Que así como Dios no tiene superior que lo gobierne, así éste que quiere usar de su potestad. Por aquí comenzaron los demonios en el cielo y nuestros padres en el Paraíso: por apartarse del orden de Dios. *Initium superbiæ hominis apostatare a Deo: quoniam ab eo qui fecit illum recessit cor ejus:* «El principio de la perdición del hombre es desnaturalizarse de Dios, negar la obediencia al que le crió». Esta es gran soberbia, y de ahí viene á despepitarse en todos los pecados, porque es la soberbia el principio de ellos. ¡Oh mozo mal aconsejado, temerario, arrojadizo, que sin haber puesto el pie en la plancha, sin haber visto la mar, se atreve á ser piloto en tan peligrosa navegación, guía en tan incierto y desusado camino; sin haber subido á caballo, osas correr el potro desbocado y furioso de su apetito! Si tomara el voto de David, y le preguntara: *In quo corrigit adolescentior viam suam?* ¿Qué os parece, buen rey, pues tan plático sois en las cosas del mundo, en qué modo ó por qué vía enmendará el más mozo su camino? ¿Qué derrota, qué rumbo tomará para no errar? *In custodiendo sermones tuos.* No hay otra carta de marear, no hay otro derrotero, sino la ley de Dios, no salir un punto de lo que Dios ordena. Es sin duda peligroso camino este de la mocedad, y por tal lo vende Salomón. *Viam viri in adolescentia.* Otra letra dice *in adolescentula.* Bien sé que en un sentido se explica del milagroso parto de la Virgen, por la cual pasó Cristo dejándola doncella intacta; pero también tiene éste, que hace á nuestro propósito: Que el espíritu sea el varón y la carne la mujer moza. Dos casados con vínculo de matrimonio que dura toda la vida,

por una parte se quieren mucho, porque *nemo enim unquam carnem suam odio habuit, sed nutrit, et foret eam*, antes la cría y regala como á esposa. Por otra son de diferentes humores, y de condiciones del todo encontradas. La carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Es muy difícil andar tan arrendado el espíritu, caminar con tal tiento, que acuda á las necesidades del cuerpo y no se descuide del alma; que ni mate al hombre con demasiado rigor, ni regale al enemigo con sobra de mimos y caricias. Ora sea este camino del espíritu en la carne, ora el del hombre en su juventud, ¿qué juicio humano basta á acertarle por sí solo? ¿Quién le atinará? *In custodiendo sermones tuos*. El que guardare la ley de Dios y sus divinos preceptos. ¿Qué pensáis que quisieron significar los poetas en la fábula de Faetón, que fingieron ser hijo del sol, y que contra el parecer de su padre quiso por un día regir su carro, y como no supo gobernar las riendas á los caballos abrasó la tierra y él murió muerte desastrada, sino que el mozo que se quiere regir por sí (enemigo de consejo y de la sujeción á los mayores) se ha de precipitar en mil inconvenientes, y hacer mal á sí y á otros? No hay caballos tan feroces como nuestros apetitos. Hanse de enfrenar y detener con los mandamientos divinos y de los superiores, para que los pueda regir el cochero, que es la razón. Y por no haber hecho esto el pródigo, veréis en qué paró.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Non post multos dies, congregatis omnibus, adolescentior filius peregre profectus est in regionem longinquam: «No pasaron muchos días que no recogió su hacienda y hizo dineros lo que no podía llevar, y se partió lejos á tierras extrañas no muchos días después». ¡Qué presta, qué acelerada determinación! ¡Qué presto tomáis el tósigo para mataros! ¡Qué fácilmente compráis el cuchillo! ¡Qué despacio se compra un caballo, un juro, una heredad, y el alma qué presto se vende! *Veloces pedes eorum ad effundendum sanguinem:* «Ligeros, apresurados sus pies». ¿Para qué? ¿Para el bien? ¿Para la devoción? Nó, sino *ad effundendum sanguinem:* la suya y la ajena. De esta facilidad para el mal se queja Dios por su Profeta. *Scio quid feceris: cursor levis explicans vias suas; onager assuetus in solitudine, in desiderio animæ suæ, attraxit ventum amoris sui, nullus avertet eam; omnes qui quærunt eam in menstruis ejus invenient eam.* Mira bien lo que has hecho, mujer perdida; como una cabra montés, como una camella lasciva, has corrido ligeramente en el alcance de tus concupiscencias. Como el sardesco montesino, hecho á vivir libre y suelto en el desierto, que no hace más de lo que se le antoja, y allí va donde le lleva su apetito, y anda el pico al viento para que le dé el aire de su compañera, y luego corre á toda furia para ella, así tú, puesta en libertad, corres impetuosamente tras las ocasiones de tus contentos. Ninguno será parte con buenos consejos á enfrenarla; todos los que la buscaren para sus adulterios la hallarán presta y aparejada; fácilmente se les rendirá. ¡Qué presto para la idolatría todo Israel! Para hacer el becerro se despojan y dan sus joyas, sus anillos, sus ajorcas, sus zarcillos; pero ¡qué de espacio los castiga Dios! Quien presto se determina, despacio se arrepiente. Hecho polvos su ídolo, se lo dieron á beber muy desmenuzado. Vuestro Dios, bebelde; id poco á poco tomando esa purga. Así fue acá. Presto se resolvió en la partida, y despacio se arrepintió. *Congregatis omnibus*: «Embauló, enfardeló todos sus bienes». ¿Qué tiene el malo que llevar? Las potencias del alma, los sentidos interiores y exteriores, el cuerpo con sus miembros, las buenas partes, gentileza, aviso, honra, hacienda; todo eso recoge para irse. Hay unos muchachos vergonzosos, que si hacen una travesura no osan parecer de corridos, y si quieren jugar seis reales y se los piden á su padre, dicen que son para una ballesta, ó una daga, y no osan decir que para el juego; así hay almas que en pecando quedan corridas; si una vez caen, recátanse de no caer otra. Uno que, si es jugador, es limosnero; si avariento, es devoto de sermones; si perezoso y comedor, es humilde, perdonador de injurias; estos no enfardelan toda su legítima, no lo desperdician todo. Otros hay tan disolutos, que no dejan nada. Los pies corren á la maldad, las manos extienden á la avaricia, los ojos sueltos para la vanidad y los oídos atentos á la mentira, la boca para maldecir y murmurar, el entendimiento para urdir engaños, la voluntad para torpes aficiones, la memoria para las injurias, la honra para soberbia, la salud y el dinero para instrumento de todos sus desatinos. Esto es liar la ropa. Cristiano, *miserere animæ tuæ, placens Deo, et contine; congrega cor tuum in sanctitate ejus:* «Ten misericordia de tu ánima, si quieres agradar á Dios; y para esto recoge, junta tu corazón, tus ojos, tu boca, tus pies y manos, tu cuerpo y tu ánima en la santidad de él». Aprovéchate de todo eso para servirle y estarle sujeto; dile con David: *Fortitudinem meam ad te custodiam, quia Deus susceptor meus es.* «Mi fortaleza, mi sér y mi substancia, cuanto bueno en mí hubiere, lo guardo, Señor, para serviros». No lo hace así el pródigo, sino liándolo todo, *peregre profectus est.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

¿Cómo puede este peregrino alejarse de Dios, que está en todo lugar? *Putasne Deus e vicino ego sum, dicit Dominus, et non Deus de longe?* San Jerónimo dice que este apartamiento no es por distancia de lugar, sino por contrariedad de afición. Lejos está lo negro de lo blanco, lo claro de lo oscuro, lo bueno de lo malo, por juntos que estén. Aunque estén dos enemigos en un lugar, lejos están los corazones. Dios, sumo bien, el pecador aficionado al mal, lejos están uno de otro; mas el malo apártase de Dios propicio y acércase á Dios airado (San Anselmo). Todas las cosas que están debajo del cielo, en esta caja y concavidad contenidas, no es posible huir del cielo sin allegarse al cielo á cualquier parte que vayan. Si se alejan del Oriente, acércanse al Occidente; si huyen del Mediodía, avecínanse al Septentrión; así, aunque el pecador no quiera sujetarse á la voluntad y ordenación de Dios, no es posible evitarla; porque si huye de la voluntad que manda, da en la voluntad que castiga; huye de Dios Padre y cae en las manos de Dios Juez. Todo su mal consiste en este apartamiento. *Ecce qui elongant se a te, peribunt; perdidisti omnes qui fornicantur abs te.* ¿Qué será de un árbol que le arrancan de la tierra donde estaba plantado junto á las corrientes de las aguas? ¿Qué de la rosa que la quitan del rosal y la sobajan y manosean? ¿Qué del sarmiento cortado de la vid? Claro está que se han de marchitar y secar. ¿En qué parará el pollito que huye de las alas de su madre, donde tiene seguridad y abrigo, sino en las uñas del milano? *Sicut avis transmigrans de nido suo, sic vir qui derelinquit locum suum*: «Como el ave que deja su nido, así el hombre que deja su lugar y recogimiento». ¡Qué es ver un pajarillo en el nido, en aquella casilla que con pajitas y plumas le hizo su madre, con su pico le trae allí la comida, y como le faltan las alas, con las suyas le cubre, y hasta el padre está allí en una rama cantándole, para que se aduerma! ¿Qué sería de esta avecita sin alas si se cayese del nido y se alejase de sus padres? ¿Qué será de ti, hombre, si te apartas de Dios, que te está criando con mil consuelos, *sicut pullus hirundinis sic clamabo*: «Como á un golondrinillo», dándote la comida, cubriéndote con su alas. *Sub umbra alarum tuarum protege me.* Por sumo desamparo dice San Pablo de una gente, que estaban, *sine Deo in hoc mundo.* Mirad con quién y sin quién. ¿Con el mundo y sin Dios? Cierta es su perdición, como la del pródigo. *Et ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.* Imagino yo á este mozo como de veinte años, que aun el agraz de su mocedad no había madurado, y que sería gentil hombre, bien tratado, al fin como hijo de quien era. ¡Qué bizarro que saldría! ¡Qué bravato, con tantos caballos, acémilas, reposteros, criados! Llega á un lugar donde á nadie conoce ni es conocido; nadie le quiere bien, ni se dolerá de su daño; nadie tiene respecto para por este empacho dejar de hacer cuanto se le viniere á la imaginación. Luego corrió la fama del forastero recién venido á la tierra: rico, magnánimo, generoso, y en cuatro días le olieron como abejas la miel toda la germanía del lugar; y verlo heis de ahí á poco rodeado de un enjambre de esos bravos que viven la vida airada. Tanto rufián, tantos de los músicos, poetas, jugadores, tahures, bebedores, comilones, haraganes, zánganos de colmenas, tan largos como picota, y aun mayores si con ella los midiesen, que no saben sino comer á discreción, á costa de locos y bobos, y pelallos y chupallos hasta no dejar hueso por roer; y andarse de unos en otros mintiendo y lisonjeando, y llevando chismes y otras cosas de esta hechura. Verlo heis luego servidor de damas, amigo de amigos, gastar con ánimo estos dineros, que por no saber cómo se ganan se suelen algunas veces despender con más largueza de la que sería razón: hoy una ropa, mañana otra, mejor y más costosa, pasearse por esas calles, jugar los dados, rondar las noches, acuchillarse, salir á desafíos, dar, perder, desperdiciar como un Alejandro en presentes, comidas, banquetes. Tanta priesa se dio él á gastar y los otros que le ayudaban, que el dinero desapareció como humo, y todo cuanto había traído se deshizo entre las manos, como la sal en el agua, y toda aquella abundancia vino á parar en necesidad. Veislo aquí empozado en el lago de miserias, de donde no saldrá á tres tirones. Entremos ahora en el alma á ver otro desperdicio más lastimero que hace el pecado. ¿Qué sustancia es ésta que disipa? Lo primero, la sobrenatural, la gracia, la caridad, las virtudes infusas que se dan en el Bautismo; todas van voladas, excepto la fe y la esperanza, que se compadecen con el pecado mortal; pero quedan muertas faltándoles el alma que les daba vida, que es la caridad. Pierden el estado de virtudes, y están en peligro de perder la esencia, como lo está el cuerpo muerto de corromperse. Y si por sustancia entendemos la inclinación natural que el hombre tiene al bien, que es propia hacienda suya y mayorazgo, que ni por traición se puede perder, porque, como dice Aristóteles, todo lo que quiere el hombre es so color de bien; tanto que para querer lo malo, es menester vestirlo de algún bien; esta hacienda en cierta manera la pierde, no la propiedad, sino el usufructo. ¿Qué le aprovecha á uno ser señor de un rico mayorazgo, si está todo empeñado y

no le acuden con la renta? ¿Qué puede hacer un hombre valiente y ligero corredor si está atado de pies y manos y cargado de prisiones? Allí se tiene su valentía y ligereza, pero no se puede aprovechar de ella. Así los pecados son embargos que se echan sobre la inclinación al bien que el hombre tiene. Son impedimentos, cadenas y prisiones que estorban el uso de ella. De esta suerte se sentía impedido el que decía: *Incurvatus sum multo vinculo ferreo ut non possim attollere caput meum et non est respiratio mihi.* ¡Qué cosa más fácil á un hombre suelto que alzar la cabeza y respirar! Pero cargado de hierro no puede. Tantos pecados podéis acumular que os sea dificilísimo alzar al bien y aspirar á la virtud, aunque esto del todo no se puede quitar; en todos los demás bienes naturales hay lesión: el libre albedrío queda debilitado; el entendimiento, oscurecido; la voluntad, depravada; el apetito, furioso; la imaginación, inquieta; los sentidos, derramados. ¡Ah, con cuánta verdad está dicho: *Qui diligit iniquitatem odit animam suam!* «Es enemigo capital de su alma y de su vida quien ama el pecado». ¿Qué enemigo sangriento, mortal, rabioso, podría ser para ti, pecador, tan cruel é inhumano como tú lo eres para ti mismo? ¿Qué males te pudiera hacer que igualasen con estos que tú haces? Puso Dios al santo Job en las garras del demonio, león carnicero; desgarróle la ropa, quitóle la hacienda, lastimóle el cuerpo, pero no tocó en el alma. Tú eres para ti peor que demonio que te atormentas, homicida que te matas, ladrón que te robas, traidor que te entregas, enemigo que ni á la hacienda, ni al cuerpo, ni al alma perdonas. *Nemo læditur nisi a se ipso*: «Nadie es poderoso para hacerte mal sino tú mismo».

CONSIDERACIÓN QUINTA

Pero veamos por qué siendo cualquier pecado mortal causa deste desperdicio se atribuye señaladamente aquí á la lujuria: *Vivendo luxuriose.* Porque los daños de este vicio son más notorios y más universales. Es una polilla común de todo el linaje humano: chicos, grandes, mozos, viejos, pecadores, disolutos, recogidos; es una carcoma de todo lo bueno, natural y sobrenatural, que ni deja hacienda, ni honra, ni fama, ni salud, ni hermosura, ni vida, ni buen juicio, ni seso, ni vergüenza, ni temor; todo lo estraga, inficiona y contamina. Todos estos daños comprendió el Espíritu Santo en esta sentencia: *Pretium scorti vix est unius panis; mulier autem viri pretiosam animam capit.* Tres explicaciones tiene este lugar. La primera, de Beda. El precio de una mujer apenas es de un pan; esto es: la delectacion por que se apetece la mujer apenas es de un pan. Es brevísima, porque no satisface ni aun por un momento. Comieron (dice Oseas) y no se hartaron; fornicaron y no cesaron. Con un pan mataréis la hambre de un día; pero luego revive y es menester tornar á comer; así el sensual no mata la hambre del apetito, sino entreténela, para que vuelva después más aguda. La delectación de la carne, dice San Jerónimo, la pasada, no deleita; la presente, no harta; la venidera, atormenta. Y no sólo es breve, sino vil, soez; y este es el segundo sentido. El precio de una mala mujer apenas merece un pedazo de pan; y con valer tan poco, lleva por ello lo más precioso que hay en el hombre, que es su alma, redimida con la sangre de Dios (San Agustín). ¡Cuánta maldad! ¡Cuánta perversidad! ¿Que el alma que redimió Cristo con su sangre preciosa, la venda y entregue el lujurioso al demonio enemigo suyo por la delectación de un momento? ¡Oh contrato desdichado y lamentable, en que presto vuela lo que da gusto y permanece sin fin el oprobio y el tormento! La tercera explicación es de algunos hebreos que vuelven así: *Quia propter mulierem fornicariam, usque ad frustrum panis.* Quiere decir, que por el amor de las mujeres vienen muchos á parar en pobreza y mendiguez, y á no tener un pedazo de pan, si no lo piden como mendigos. Por eso los antiguos pintaban este amor lascivo como aquel monstruo que llaman los poetas quimera, que tenía la cabeza como de león, el cuerpo de cabra, la cola de dragón. Es de león la cabeza. porque este amor, al principio acomete con ímpetus bestiales; y así habla dél la Escritura con palabras de brutos: *Equi amatores et emisarii facti sunt. Unusquisque ad uxorem proximi sui hinniebat* (Jer., 5). «Han hecho como caballos de casta, padres, que en viendo la mujer ajena dan el bufido y el relincho del mal deseo». No guardan orden ni modo en sus cosas estas bestias: sólo se arrojan donde la pasión los guía, aunque sea á despeñarse. Fáltales la hambre del entendimiento, y hacen cegueras exorbitantes; pensando que, como ellos no ven, así no son vistos ni sabidos sus yerros, siendo la cosa más pública que hay en el pueblo. No consideran los inconvenientes que de ahí se les puede recrecer, ni el peligro á que se ponen, ni lo mucho que pierden por interés tan breve y vil. Esto es ser bestia. El cuerpo es de cabra, animal lujuriosísimo, porque de sólo esto tratan: ni saben amar cosas, sino á sí ó á sus deleites, ó á quien ha de ser causa de tenerlos ó conseguirlos. Todo lo demás aborrecen, por el mismo caso que de ellos los quieran apartar, aunque sean padres, amigos, parientes, consejeros. Y si alguna vez proponen la enmienda por alguna vía, por mil nunca tienen firmeza en lo que han propuesto, porque no co-

nocen ni desean otro bien sino el que en este mundo hallan en sus sensualidades; tanto, que llegan algunos á no desear más cielo, ni más gloria, ni más vida que nacer y morir por holgarse, sin temor de la cuenta. Pero tras estos deleites se sigue la pena; porque la cola es de dragón ponzoñoso, que en el fin muerde con tristeza, dolor, infamia, enfermedad, pobreza y muerte. Entra blandamente el vino de la delectación (dice el sabio); bébese con gusto: *Sed in novissimo mordebit ut coluber; et sicut regulus venena diffundet*. Bien claro se ve en este pobre mozo, que poco ha estaba tan próspero, alegre y rico, y ahora está pobre y sin blanca, y sin valedor. Pero no paran ahí sus trabajos, que á peor ha de venir.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Et facta est fames valida in regione illa et ipse cœpit egere: «Sobrevino un mal año en aquella tierra y una terrible hambre, y él comenzó á sentir la falta y la necesidad». ¿Pues y los amigos y los que le acompañaban, y aquella gente de que poco antes andaba rodeado? Señor, esos mudaron lugar y dueño, que no les dejó su padre otra renta, sino como los pájaros, en comiendo lo que hay aquí, tirar á donde haya pasto. Esta es la condición del mundo, como la golondrina, que sólo acude en el verano de la prosperidad. Mientras Sansón tiene cabellos y fuerza, le hace Dalila mil amores; mas en viéndole sin ellos, *cœpit abigere eum et a se repellere*: «Como desamorada le avienta y sacude de sí y llama á los filisteos que le maten». Semey afrenta y tira piedras á David cuando le ve caído y huyendo de su hijo; pero muerto Absalón se le viene á humillar y pedir perdón. Abner, muerto Saúl, pretendió hacer rey á Isboset, por mandar él y tenerlo todo de su mano; mas desque vio que el mozo sabía mandar y reñir, trata de entregarlo, y envía correos para componerse con David. De Job, viéndole pobre sus muy amigos y allegados, se apartaron. Y Jeremías, llorando la ruina de Jerusalem, esto lamenta en primer lugar: *Quomodo sedet sola civitas plena populo?* «¿Cómo es posible que la ciudad que en sus buenos tiempos estaba llena de gente, que ni en las plazas ni calles cabían y á todos dentro de sus muros recibía, ahora en su adversidad esté sola y todos la hayan desamparado?» No se usa otra cosa en el mundo. Viendo, pues, el triste mozo el año que entraba tan trabajoso, y su pobreza y soledad, *abiit et adhæsit uni civium regionis illius*: «vase y júntase con un ciudadano de aquellas regiones». Encuentra con un tirano, con un cómitre de galera, y dice que quiere asentar con él en su casa por la comida. El otro, como le vio tan destrozado, díjole: «Hermano, no te he menester sino para que me guardes mi rebaño de puercos; vete al cortijo, y en eso pasarás tu vida. Veisle aquí, no sólo caído en el lago de miserias, sino encallado en el lodo de heces. Hase de mirar bien aquella palabra *adhæsit*, que es semejante á aquella *humiliata est in pulvere anima nostra*, *conglutinatus est in terra venter noster*. Y en otro lugar: *Adhæsit pavimento anima mea*. Entenderse ha mejor el significado de esta palabra cuando supiéremos el amo á quien este mozo se pegó. Hay muchos ciudadanos de Babilonia: pecado, mundo, demonio, carne; pero el más natural vecino se llama sensualidad, apetito por la culpa corrompido, á quien llama la Escritura serpiente astuta, engañadora de la Eva de nuestra alma; aquella bestia que come polvo por pan, y que de su pecho se sirve por pies, trayéndole arrastrado, cosido y apegado con la tierra, porque solos bienes de la tierra come y apetece, á la cual San Pablo llama pecado, no porque lo sea (pues aún queda después del bautismo, que todas las culpas limpia), sino porque es de ellos causa. Y no es mucho que se llame pecado quien lo suele causar, pues se llama pecado el sacrificio que lo suele quitar. A este tirano tomó por señor el pecador. *Ego autem carnalis sum, venundatus sub peccato*, vendido á este apetito como esclavo, para hacer cuanto le mandare á zapatazos. No porque haya perdido el libre albedrío, sino porque está flaco y el apetito fuerte, y al fin ha de prevalecer lo fuerte contra lo flaco y quebrar la soga por lo más delgado. Este lo emplea en apacentar puercos, que son sus deseos y pasiones obscenas. ¿Qué otra cosa son las galas y los banquetes, y fiestas y regalos; los saraos, las músicas, las camas blandas, las conversaciones, paseos, entradas y salidas? ¿Qué es todo esto sino buscar pasto para puercos? Ponedle vos el nombre que quisiereis; llamadlo gentileza, cortesanía ó caballería, que en el vocabulario de Dios no se llama sino apacentar puercos. Y lo que es más: que de ese pasto no les da el demonio harto, sino lo peor y menos apetecido; y eso regateado y endurado, como hizo con el pródigo, que deseaba hartarse de las garrobas ó bellotas que comían los puercos y ninguno se las daba. Es insaciable el apetito, y aunque le faltan las fuerzas y se cansa, no se harta. Y es también ardid de Satanás (como dice Eutimio) no dejar á los pecadores hartarse de sus pecados, porque no se empalaguen y los aborrezcan, sino sólo que se saboreen y engolosinen en ellos, y regatearles el gusto. De esta suerte los consideró el Profeta Rey cuando dijo: *Sedentis in tenebris et in umbra mortis; vinctos in mendicitate et ferro.* «Sentados en tinieblas y sombra de muerte; presos con mendiguez y con cadenas de hierro».

Atollados están en esta gruta honda y oscura, llenos de cegueras, pues ni conocen á sí ni á Dios como conviene; ni la vanidad de las cosas que aman, ni el mismo cautiverio en que viven. Las cadenas con que están presos son las fuerzas de las aficiones con que están sus corazones aferrados con el cieno de las inmundicias que desordenadamente cudician. Y la hambre que padecen es el apetito insaciable que tienen de infinitas cosas que no alcanzan. Y esta hambre es la más recia cadena que los detiene: *Vinctos in mendicitate et ferro.* Pobres y en la cárcel, hambreando y sin hartura. Esta cruel hambre y necesidad y falta de lo que deseaba fue el primer mensajero que su padre le envió para reducirle á su casa. Este fue el azote con que le lastimó, para que el loco fuese por la pena cuerdo. Y llegando á este punto la inspiración y toque de Dios que rompe por todas las dificultades, volvió en sí.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

In se reversus. Vuelto ya en sí, después de haber andado tan fuera de razón como si no la tuviera; de que vio cuán mal paga el mundo á quien le sirve, cuán amargos y acedos fines tienen los deleites sensuales, cuán á costa de su salud, honra y vida servía al demonio; desque vio que las ambiciones y soberbias son humo, las riquezas más instables que el viento, las comidas y regalos gusanos, las envidias, iras y venganzas fuegos infernales, *in se reversus.* Volviendo en sí ¿cuál se hallaría? Cual hallaréis vos la casa en que morabais, que ha tres ó cuatro años que está cerrada y no se habita: llena de telarañas, nacidos herbazales por los tejados, los patios llenos de malvas, como esos prados, y toda escarbada de ratones y de mil malas sabandijas. Hallóse como halló Jeremías aquellos paños menores de lienzo que por mandado de Dios había enterrado en la ribera del río Eufrates, y volviendo á cabo de muchos días á buscarlos, *ecce computruerat lumbare* (Jer., 3): «de la humedad y lama los halló podridos y del todo inútiles». Y díjole Dios: *Sic putrescere faciam superbiam Juda.* Así se pudre el pecador soberbio que se aparta de mí y se entierra en el amor de los bienes terrenales. ¡Qué podrido! ¡Qué asqueroso! ¡Qué abominable se debió de hallar este mozo cuando con ojos limpios se miró y se vio tan otro de lo que antes solía! Macilento, flaco, en los puros huesos, deshambrido y casi para expirar de hambre, hundidos acullá los ojos, y aunque del sol quemado, todavía amarillo y descolorido, llena la cara de vello, cubierto apenas de unos andrajos, que por todas partes se le quedaban asidos á las ramas del monte, y rodeado de aquel buen ganado que lo estaba hundiendo á gritos. Y el pobre, arrimado á un quejigo (que de otra manera no se podía ya sustentar), bañado su rostro en lágrimas, clavados los ojos en el cielo (de donde sólo le restaba ya esperar socorro), y cotejando la miseria presente con la felicidad pasada, menea como pudo la lengua seca, y dice con doloroso suspiro: *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus; ego autem hic fame pereo!* «¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan sobrado, y yo aquí perezco de hambre!» Acuérdase de las prosperidades que tienen en la casa de Dios aun los jornaleros, que, dejando otras explicaciones, son muchos paganos á quien sabemos ha dado Dios infinitas riquezas y poderes sobre el mundo, sólo por una sombra de justicia, que no era perfecta virtud, pues le faltaba la fe, como de los romanos prueba San Agustín, cuando trae aquel lugar de Salustio en que pone la moderación y valor de los antiguos. A aquellos les sobra, *ego autem hic.* ¡Qué palabras tan llenas de justo sentimiento! Bien parece que está en sí quien sabe qué significa aquel yo y aquí, y que perezco. ¡Qué confusión! ¿Yo y aquí? ¿Cómo se afrentaría un hombre de honor si lo hallasen en una vileza? *Quomodo confunditur fur quando deprehenditur sic confusi sunt domus Israel.* Así se confunde de verse en tal lugar. *Quid tu hic? Aut quasi quis hic?* ¿Qué haces tú aquí? ¿O como quien estás aquí?» ¿Yo aquí? ¡Qué cosas tan desemejantes! ¿El hijo de Dios en la cárcel de Satanás? ¿El hermano de los ángeles hecho pastor de puercos? ¿El que comía el maná de las divinas consolaciones hambreando bellotas? ¿El vaso de escogimiento en vaso de corrupción? ¿El templo del Espíritu Santo se ha mudado en cueva de ladrones? ¿El tálamo de Cristo en nido de basiliscos? ¿La silla de sabiduría en cátedra de pestilencia? ¿El que volaba como paloma por el cielo rastrea ahora como serpiente sobre la tierra? ¡Alto! ¡Alto! no es tiempo de más estar aquí. *Surgam et ibo ad Patrem meum.*

CONSIDERACIÓN OCTAVA

Veis cuánto hace al caso estar en sí, pues ya se le trasluce el remedio de sus daños y el modo de conseguirlo: *Surgam.* Significa esto el primer conato del hombre cuando ya propone hacer algo para dejar la culpa: *Bruchus expansus est et avolavit.* Como esos escarabajuelos que de que sale el sol abren las alillas, que les tenía plegadas el rocío, y dan un saltito, así hay en nosotros un querría imperfecto. *Nam velle adjacet mihi, perficere autem non invenio* (Romanos, 7). Bien que tengo un quería, una veleidad, pero no hallo el quiero eficaz. Muchos

querrían salir del mal estado, pero pocos quieren en efecto. Esto ha de venir de Dios. *Deus operatur in nobis velle et perficere, pro bona voluntate.* Este quiero está junto con aquel *surrexit eadem hora*: «Levantarme he». ¿Y qué haréis luego? *Ibo ad Patrem meum.* ¿Con qué cara, con qué ojos, con qué furia, por qué méritos, con qué esperanza? Con la que da el título de padre. Si yo he perdido lo que era de hijo, él no ha perdido lo que es de padre. Allá dentro en su pecho está el afecto paternal, que aboga por mí. Veis aquí cómo no pierde la esperanza, aunque hundido en el lago de miserias, antes hace oración. ¿Qué le diréis? *Pater, peccavi in cœlum et coram te. Jam non sum dignus vocari filius tuus: fac me sicut unum de mercenariis tuis.* Hanse de notar mucho estas palabras, pues son el cantar nuevo que pone el Hijo de Dios en la boca del hijo perdido. Si la vitoria de un pleito que tratáis consiste en una muy buena información que presentáis á los jueces del derecho de vuestra causa, buscaréis para que la haga el mejor letrado del reino, y ..rle heis para que estudie, no los sarcillos, sino las orejas de vuestra mujer, y iréis contento con ella á presentarla, pero no muy del todo, porque son los ingenios diferentes, y bastara para que algún juez tenga lo contrario saber que eso le parece á Fulano. Si fuese así que el mismo juez que había de dar sentencia os llamase en secreto y os dijese: Estos vuestros letrados no sé si entienden en qué está el punto de vuestra justicia, y hácenos gastar tiempo y dineros en balde. ¿Queréis alcanzar justicia? Pues informad de esta y de esta manera. Pregunto yo: Cuando llevásedes á la sala, donde aquel juez preside, vuestra información, ¿con qué ánimo le presentaríades? ¡Oh favores de Dios más que cumplidos en este negocio (hombre) de tu justificación! Mira que el mismo juez que lo ha de juzgar te dice cómo quiere que informes para alcanzar perdón, que es confesando la culpa. No saben esas leyes en los otros tribunales. Lo que en ellos bastara para destruirte, aquí es razón de librarte. *Peccavi.* Dícele Dios á Jeremías: *Vade, et clama sermones istos contra aquilonem*, á donde los malos tienen su humanidad en compañía de Lucifer. *Revertere, aversatrix Israel, ait Dominus, et non avertam faciem meam a vobis*: «Aviesa que siempre has huído y vuéltome las espaldas; vuélveme ahora el rostro, que no apartaré mi rostro de vosotros». *Verumtamen scito iniquitatem tuam*: «Con tal que conozcas tu pecado». Bastante causa le parecía la misma á David, cuando pedía que con él se usase la gran misericordia, no por más, sino *quoniam iniquitatem meam ego cognosco.* No encubro mis culpas ni las excuso. Pequé contra el cielo, contra las criaturas todas que abarca el cielo, corporales y espirituales; á todas las afrenté cuando á su criador ofendí, y todas demandan contra mí venganza, como la tierra de la muerte del justo Abel, con aquella inocente sangre contaminada. Y no es eso lo que más me lastima, sino que contra mi padre pequé. Tomara de mí la enmienda que pudiera el cielo; armáranse para vengarse de mis atrevidas desvergüenzas las criaturas todas, y no hubiera yo ofendido á tal padre. Ya no soy digno de llamarme vuestro hijo; sólo me contento con que me hagáis como uno de vuestros jornaleros. En esto veréis si llega donde debe la penitencia cuando ninguna pena que se os imponga os parece demasiada, cuando vos propio os condenáis á la mayor de las penas. Levántase en la misma hora; no dilata la partida ni resiste á la inspiración. Vele venir el padre de lejos, y dice: Aquel es mi hijo. A la fe, señor, vos sois su padre, que él viene tal que no parece hijo vuestro. Violе de lejos. Porque si él no lo mirara con ojos de misericordia, no conociera el pródigo su miseria. Con aquella vista poderosa le sacó del profundo en que estaba. El le previno con bendiciones de dulzura, para que quisiese venir, y le acompañó en el camino, y le dio fuerzas para que llegase y no desfalleciese. Y él le recibe con su infinita clemencia; abrázale, bésale, adóptale por hijo heredero de su reino; mándale vestir la primera estola de la gracia; darle el anilo de los secretos de la sabiduría, que es nuevo conocimiento de las cosas de Dios; los zapatos de los ejemplos y conversación de los santos; admítele al banquete del ternerito gordo, Cristo muerto en el cruz, por cuyos méritos se perdonan las culpas en la Penitencia, cuyo cuerpo sagrado se come en la Eucaristía. Cantan los ángeles y hacen sarao en el cielo por el hallazgo del hijo perdido, que estando muerto por el pecado resucitó por la gracia, que es principio de la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

Erat Jesus ejiciens dæmonium et illud erat mutum; et cum ejecisset dæmonium, locutus est mutus et admiratæ sunt turbæ.

(Luc., 11).

Lo que suelen hacer algunos hombres sin alma cuando no han podido conquistar á una mujer y su honestidad con regalos, ni promesas, ni dádivas, vienen á la mayor maldad, que es alabarse de ello persuadiendo que han salido con su intento, para que siquiera por este camino la otra, viéndose infamada, venga á consentir, eso mismo hizo el demonio con Cristo. Quiso conquistarle para sí; y como no pudo con halagos ni promesas, vino á la infamia, y puso en los juicios de los fariseos esta blasfemia: que eran ya amigos y confederados, y que ninguna maravilla hacía Cristo que no fuese por manos de Satanás. Es el más extraño embuste del mundo, el mayor testimonio á la verdad, las más graves injurias á la virtud y el más fino pecado que ellos hicieron. El santo Evangelio es de San Lucas en el capítulo 11, en que pone un milagro señalado que hizo el Señor en sanar un hombre endemoniado, ciego, sordo y mudo; el aplauso del pueblo; la calumnia de los fariseos, diciendo que en virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, había sido hecho; la defensa de Cristo, probando con razones eficaces que él no podía tener pacto con el demonio, y una buena vieja, que sale como entremés entre todas estas cosas alabando á la Virgen. A quien pidamos nos alcance la gracia, mediante su intercesión sacratísima. Ave María.

INTRODUCCION

En aquellos apodos misteriosos con que la esposa herida del amor divino va parte por parte pintando la gentileza de su esposo, en el capítulo quinto de los Cantares, es muy de considerar la comparación que le da á las manos diciendo: *Manus ejus tornatiles, aureæ, plenæ hiacintis:* «Sus manos torneadas, con sortijas de oro y piedras de jacintos». Es ordinario en la Escritura entenderse por las manos las obras, y llámanse las de Cristo torneadas porque las obras hechas á torno salen muy lisas y acabadas, porque nunca se desvían de la regla, como las que con azuela y cepillo se labran; y más, son fáciles y breves, por la velocidad con que el torno se voltea. Así las obras de Cristo son perfectísimas, porque iban niveladas y ajustadas por el Verbo divino, que es la primera regla é infalible, por quien todas las cosas fueron hechas. *Bene omnia fecit, et surdos fecit audire et mutos loqui.* Era la voz del pueblo. Lindo oficial, que no hay obra de sus manos que no sea consumada. A los sordos hizo oir y á los mudos hablar. Y no sólo es buen artífice, sino largo; porque con la facilidad que menea la lengua hace todo lo que dice. Las sortijas de oro que adornan estas manos significan que sus milagros son provechosos como el oro. Son sus ideas mineros de oro para enriquecer á los hombres de gracia, salud, inmortalidad. Item más: el oro, que es símbolo de caridad (porque es rey de los metales, como la caridad de las virtudes), muestra cuán sin interés, cuán de balde y graciosamente hace mercedes y socorre á los necesitados por puro amor. Los jacintos engastados en las sortijas declaran, con su color del cielo, que además de ser estas obras provechosas son galanas y vistosas, como el cielo sembrado de estrellas y adornado de la luna y el sol. Declaran más: que todo cuanto Cristo hacía en la tierra olía y sabía á cielo; que su vida, conversación, doctrina y milagros, todo era celestial. Pongamos un ejemplo y miremos una obra en particular, y sea la que pondera el Santo Job diciendo: *Obstetricante manu ejus eductus est*

coluber tortuosus: «Parteando la mano de Dios, fue sacada la culebra enroscada». La culebra, que es animal venenoso, deleznable y astuto, si al principio no le resisten, vase entrando poco á poco, y si le dan lugar, vase enroscando y ciñendo al hombre con una vuelta y otra, hasta enredarle de suerte que no hay quien la pueda desaferrar, y entonces mata sin remedio. Así el demonio, para tentar á nuestros padre, tomó por instrumento la culebra, porque se le parece en las propiedades: que es venenosa y mortífera su malicia, y su astucia y sagacidad deleznable y retorcida. Si al principio de la tentación, cuando llega blandamente, disimulando la ponzoña, no le sacuden recio y con presteza, vase deslizando poco á poco hasta que entra en el corazón por el consentimiento que da la voluntad al pecado. Y si allí le dejan sosegar y hacerse rehacio, va dando vueltas con la mala costumbre, liga y traba todas las potencias, ciega el entendimiento, endurece la voluntad, distrae la memoria, debilita el libre albedrío y encadena y sojuzga de tal suerte al hombre, que es menester la mano de Dios omnipotente para lanzarle de aquella cueva donde se ha enroscado y hecho fuerte. Y esta obra ensalza Job cuando dice: Haciendo su mano oficio de partera, salió la culebra retorcida. ¿Por qué, veamos, se llama esta obra partear? Por el beneficio que recibe el alma del pecador. Y toma la metáfora del parto recio, dolorido, atravesado, en que es menester matar la criatura por que escape con vida la madre. Y si tan mala vecindad hace entonces un hijo, que es parte de la sustancia de su madre, ¿qué hiciera un monstruo, un dragón, un basilisco? ¿Cuánto importaría sacarle? Pues no le va menos al pecador en sacarle de pecado, y en que le echen fuera del alma este gran culebro y dragón infernal, que en el vientre de la mala voluntad está atravesado. ¿Quién hará eso? La mano de Dios hace ese oficio. Cristo es la mano del Padre Eterno, *per quem omnia facta sunt.* A eso vino Cristo al mundo: á echar de sus cavernas á esta bestia. *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.* Lo mismo que dice Job: *Eductus est coluber tortuosus.* Y este oficio hizo Cristo desde niño, que siempre fue desalojando al demonio y echándole de sus estancias y manidas. Y porque él reinaba en la gentilidad principalmente, de allí trajo luego los reyes de Oriente á su servicio, para cumplir lo que de él profetizó Isaías: *Et delectabitur infans ab ubere super foramina aspidis et in caverna reguli: qui ablactatus fuerit manum suam mittet, non nocebunt et non occident in universo monte sancto meo.* «Deleitarse ha el niño á los pechos de su madre, jugando en los nidos del áspide; y cuando sea destetado meterá su mano en la caverna del basilisco. No dañarán estas bestias, ni matarán en todo el monte santo mío». Los nidos del áspide y las cavernas del basilisco no son otra cosa (dice San Gregorio) sino los corazones de los malos, á donde Satanás se anida y reposa. Pero el Hijo de Dios empezó siendo niño, y cuando varón lo concluyó sacándole de los corazones humanos, para que en su santo monte (que es la Iglesia) no empeciese á los fieles escogidos. Ved cómo se verifica todo esto en la historia presente. El primer domingo vimos al demonio hecho culebra, tentando á Cristo con engaño, ocultando su malicia con buenas apariencias, y porque cuando le hacen rostro se entra en el alma. El segundo domingo le vistes apoderado de la hija de la Cananea, y si luego no le echan, como lo procuró la buena madre con sus oraciones, enróscase, que no hay desatarle, como se parece en este hombre, que le trabó todos los sentidos y ligó de modo que le hizo ciego, sordo y mudo. Esta es el áspide sorda, y el régulo cruel que en la caverna del cuerpo de este triste se había cerrado, y la mano que le sacó es Cristo. *Erat Jesus ejiciens dæmonium et illud erat mutum.* ¡Qué linda mano torneada, porque con brevedad se hizo, en una palabra, y salió perfectísima; porque, *cum ejecisset dæmonium, locutus est mutus,* oyó el sordo y vio el ciego. También torneada, porque no se desvió de la regla, que es Dios, ni se hizo con favor del demonio (como mentían los fariseos), sino por virtud divina. Mano con anillos de oro; porque fue provechosa, ilustre beneficio y limosna hecha al menesteroso. No como pedían los curiosos y mal intencionados, señal en el cielo, que esas son de mucho ruido y poco provecho, sino señal en la tierra, que muestre su gloria relevando la miseria ajena. Más. Obra de caridad, sin interés, sin que le importune, como por la hija de la Cananea, para dar aliento al más desconfiado y solo, que aunque le falte intercesores le podrá sanar Dios de su bella gracia; pues el mejor padrino que tienen los pecadores delante de él es su misericordia infinita. Finalmente, obra del cielo, que muestra ser su autor celestial; tan vistosa, que se admiran las compañas, y la buena mujer echa mil bendiciones á la madre que le parió. Pero volvamos sobre todo esto.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Erat Jesus ejiciens dæmonium et illud erat mutum. No carece de grande admiración que siendo nuestros cuerpos templos vivos donde Dios mora, permita su majestad que sean profanados y violados de los espíritus inmundos. El profeta Isaías convida á Jerusalem que se alegre y vista de fiesta. *Consurge, consurge,*

induere fortitudine tua, Sion; induere vestimentis gloriæ tuæ, Hierusalem, civitas sancti, quia non adjiciet ultra ut pertranseat per te incircumcisus et inmundus: «Jerusalem, ciudad del Santo, alégrate, que ya no se permitirá que pase por ti ningún incircunciso ni manchado. No sólo serás tiranizada de ellos, pero ni aun pondrán en ti sus pies». ¿Cómo por el cuerpo, que es templo del Espíritu Santo, se da lugar al demonio sucio que pasee, y le pasee como casa suya? En el cielo empíreo, por ser lugar de Dios, no puede parar Lucifer; ¿y halla manida en el cuerpo humano, ungido con óleo santo y consagrado á Dios en el bautismo? Hace Dios tanta demostración cuando Heliodoro quiso sacar la plata y oro del templo, y entraba con mano armada, que le sale al encuentro un caballero terrible, que le derribó en tierra; y aparecen dos mancebos que le azotaron, hasta ponerle en el último espíritu. Los suyos estaban turbados sin poderle valer; los hebreos, alegres alabando á Dios, *quia magnificabat locum suum*. Ya que escapó por la oración del sacerdote, preguntándole el rey á quién sería bueno tornar á enviar para el mismo efecto, respondió: Al mayor enemigo que tuvieres, y recibirle has azotado, *eo quod in loco sit vere Dei quædam virtus. Nam ipse qui habet in cœlis habitationem visitator et adjutor est loci illius.* «Y el mismo que habita en los cielos ha escogido entre los hombres aquella morada; y á los que entran á hacer mal en ella, los castiga y destruye». ¿Cómo, pues, disimula viendo maltratados otros más nobles templos, que son nuestros cuerpos? ¿Cómo sufre que sus mortales enemigos hagan tanto mal y daño en ellos? San Juan Crisóstomo, en tres libros que escribió de Divina Providencia, da muchas razones de esta divina permisión; pero yo no quiero proseguir más que una, y es: querer el Señor, por esta entrega que hace del cuerpo al demonio, significar otra cosa que hace del alma al mismo, pidiéndolo así sus pecados. Somos tan rudos, que es necesario por imágenes y señales exteriores y visibles representarnos las cosas invisibles y ocultas, y no basta decírnoslas de palabra; por esto mandó el Señor al profeta Jeremías echarse las cadenas y prisiones al cuello, para que su pueblo viese la prisión á los ojos y se persuadiese que había de ser cautivo y aherrojado. Y á Ezequiel le manda hacer todo aderezo de camino, y que como peregrino viandante pasase delante de ellos, para que entendiesen que también ellos habían de pasar de aquellas tierras á otras ajenas. Por lo mismo ordenó que el hombre, después de haber pecado, muriese, para que por el estrago que hace la muerte en el cuerpo se conociese el que hace el pecado en el alma, porque tan fea y abominable queda ella sin Dios cual el cuerpo sin ella. Así también, para mostrar cuánto mal sea desamparar Dios á un hombre, dejarle cegar y caer en la dureza de corazón, que es el mayor de los males de esta vida, permite que el demonio se apodere del cuerpo, para que en el mal tratamiento que le hace se eche de ver lo que padece la miserable alma. Este castigo temeroso nos cuenta el Apóstol de palabra, y certifica haberse ejecutado en los sabios gentiles por sus pecados. *Revelatur enim ira Dei de cœlo super omnem impietatem et injustitiam hominum eorum qui veritatem Dei in injustitia detinent:* «Revélase la ira de Dios desde el cielo sobre toda impiedad é injusticia de aquellos hombres que detienen la verdad de Dios en injusticia». Quiere decir: el castigo más atroz, la venganza más cruel que toma Dios del pecado (que es impiedad contra un padre tan bueno como Dios y injusticia contra los prójimos) se ejecuta en aquellos hombres que pretenden la verdad en justicia. Quiere decir injustamente. No pecan tanto los hombres por no saber como por no querer. Está la verdad en el entendimiento dando voces: bueno es ayunar, ser casta, restituir, hacer penitencia; y de ahí, naturalmente, querría la verdad salir á la voluntad y luego á la obra, y los buenos así lo hacen; conocen el bien con el entendimiento, y le aman con la voluntad, y lo ponen por la obra; pero los malos echan un embargo á la verdad, y danle la casa por cárcel, deteniéndola en el entendimiento. ¿Qué dice la verdad? Que es bueno servir á Dios, salir del pecado. Encarcelad esa verdad; sea presa, no salga del entendimiento. ¿Quién la prende? La mala voluntad. Esta echa grillos y esposas á las verdades conocidas, rehusando de obrarlas. Y esto es detener la verdad en injusticia. La cual se declara más adelante. *Quia cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis et obscuratum est insipiens cor eorum.* Porque habiendo tenido ojos de entendimiento para ver á Dios y conocerle, no le glorificaron con la voluntad: sirviendo á aquella suprema excelencia y haciendo gracias á aquella infinita bondad que tan liberal fue para con ellos, sino desvaneciéronse en sus pensamientos. Aquello se dice vano que no consigue su fin. Fueron sus pensamientos vanos, porque no pusieron por obra el bien que entendía, y así quedó su corazón oscurecido y su alma tenebrosa. Porque justamente se quita la luz á quien tan mal se aprovecha de ella. *Propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum.* Por esta culpa de no haber honrado á Dios como le conocían, hizo Dios entrega de ellos á sus antojos y apetitos, y á los deseos de su voluntad.

Dirán ellos: que este mal les hagan; que eso es lo que ellos quieren, seguir en todo su gusto. Pues con eso los castiga: que sean esclavos de sus pasiones; y sean llevados de ellas como bestia, pues no quisieron servir á Dios como hombres de razón. Y más. *Tradidit illos Deus in reprobum sensum ut faciant ea quæ non conveniunt, repletos omni iniquitate:* «Porque no se aprovecharon de la luz y noticia de la verdad, quitósela Dios y entrególos á un sentido reprobado, á un entendimiento erróneo». Para que ya tengan lo bueno por malo y lo malo por bueno, y se rellenen de todas las maldades posibles. Una jeroglífica de este pecado y su castigo nos pone el profeta Zacarías. Dice que vio un cántaro, la boca destapada, y díjole un ángel que hablaba con él: *Hæ, est oculus eorum in universa terra.* «La boca y cuello de este cántaro es el ojo con que miran los mundanos». Y luego vio una gran pelota de plomo y una mujer sentada *in medio amphoræ.* Y dijo el ángel: *Hæc est impietas. Et projecit eam in medium amphoræ et misit massam plumbeam in os ejus.* «Esta es la maldad. Y diciendo y haciendo arrojó á la mujer en medio del cántaro y tapóle la boca con la pella de plomo». Pues si la mujer estaba sentada en medio del cántaro, ¿cómo la echó el ángel en medio del cántaro? Este es el misterio que vamos tratando. El cántaro donde tiene asiento la impiedad, que es la culpa, es la mala voluntad, porque hasta que ella dé su consentimiento no puede haber pecado mortal, y éste no dura más en el alma de cuanto dura el gusto y complacencia de la voluntad. El cuello de este cántaro es el entendimiento. Esta es la boca por donde entra en aquel estómago la vianda que ha de recibir, porque nada es querido si primero no es conocido. Es el entendimiento los ojos con que mira la voluntad, que de suyo es potencia ciega. ¿Qué hacen los malos? Cerrar á piedra y lodo esta puerta, para que no pase la verdad á la voluntad, sino que se quede agolpada en el entendimiento, que esto es detenerla en injusticia. Pues con eso mismo los castiga Dios. Taparles la boca con bolas de plomo. *Tradidit illos in reprobum sensum.* Ciéguense, queden oscurecidos, anublados, que no sepan ni entiendan lo que conviene. ¿Qué más? La voluntad es silla de impiedad, y no la quiere sacudir de sí. Pues arrójela en medio de ella. *Tradidit illos in desideria cordis eorum.* Que se quede sentada, y tomada la posesión en ella; que peque y añada pecados á pecados. Este es el mayor castigo: dejarla reposar, hacer asiento y endurecer en la culpa. ¿Cómo puede Dios hacer esa entrega del hombre á sus pecados, pues no puede ser autor de mal ni poner dureza en el corazón? Así es verdad; pero quita la gracia y el auxilio especial que pudiera alumbrar el entendimiento y ablandar la voluntad, y así queda el hombre ciego y endurecido. El sol es causa universal de la luz corporal; pero sin libertad alumbra á todas partes, enviando sus rayos; y si alguno se esconde y cierra las puertas y ventanas, queda oscuro por su culpa, y no por la del sol. Mas si el sol tuviera juicio para conocer el agravio que le hacen los dormilones, y libertad para retraer sus rayos (vista la descortesía con que le hacen esperar, llamando á la puerta y porfiando por colarse por algún resquicio), quizá de corrido volviera las espaldas; y cuando el perezoso se levantara á las once, se hallara á buenas noches. Dios es causa universal de la luz espiritual que *illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*; no por necesidad, sino voluntariamente, con suma sabiduría y consejo. Y así, cuando alguno maliciosamente no se quiere aprovechar de su resplandor, y cierra las puertas de su voluntad, también Dios retrae su luz y no le envía su favor especial; y queda á oscuras, no sólo porque él se cerró y no quiso la gracia de Dios, sino porque también el mismo Dios (vista su rebeldía) no le quiere alumbrar. No niega el auxilio suficiente, sino el eficaz. Y porque en faltándole al hombre esta gracia de Dios y alzando su mano de él, luego cae en grandes maldades, por eso dice San Pablo que Dios entrega al hombre á sus vicios, y le ciega y endurece; porque por sus culpas precedentes le quita la luz de la gracia que le había de alumbrar y ablandar. Este desamparo de Dios tiene tres efectos: lo primero, ceguedad en el entendimiento, sordez en los oídos, dureza en la voluntad. Y este es el extremo de los males donde pueden traer sus pecados á un hombre, y el más espantoso castigo que Dios puede en él ejecutar. Aspero y riguroso pareció el destrozo del general diluvio, donde Dios hizo remate del mundo, no perdonando ni aun á los brutos animales incapaces de culpa; tanto era el enojo que Dios tomó con el amo, que hasta de sus criados tomó venganza. Grande fue la carnicería de Egipto, con tanta variedad de plagas, y al fin con anegarlos á todos. Terrible el incendio de Sodoma, donde quemó Dios aquellas ciudades que eran de las más ricas y de más fértiles asientos del mundo. Pero lo que hace erizar el cabello, lo que pone grima y asombro es cuando Dios castiga á un hombre con ceguera, sordez y dureza; con hacerle bienes y no darle ojos para que vea, ni oídos espirituales para que oiga, ni corazón para que se enternezca y ablande con ellos. Y que este sea el mayor castigo échase de ver en el modo que de ejercitarle tuvo Dios, diferente de los demás. Isaías cuenta de la suerte que venía Dios

á castigar á su pueblo con estas tres plagas. *Vidi Dominum sedentem super solium excelsum et elevatum, et ea quæ sub ipso erant replebant templum; seraphim stabant super illud: sex alæ uni et sex alæ alteri; duabus velabant pedes ejus et duabus volabant* (Isaías, 6). Primero dice que vio al Señor como juez en trono, subido en los estrados, que se sienta á oir causas y hacer justicia, y entonces temen todos los delincuentes. Lo segundo, venía cercado de serafines, que son fuego encendido, denotando la encendida cólera y abrasado furor que demandaba aquel castigo. Demás de esto, *domus repleta est fumo:* «Llenóse de humo todo el templo», que era decir que se le había subido el humo, y que no era poco, sino tanto que se derramaba por toda la casa. *Et commota sunt superliminaria cardinum a voce clamantis:* «Temblaron las columnas y puertas del edificio como azogadas de la furia que veían en el juez». Y finalmente dicen que los dos serafines con sus alas le cubrían los ojos y el rostro, que no se pudiese ver. Y en esto se descubre el rigor de este castigo. Porque es estilo de Dios, siempre que los pecados de los hombres le hacen constreñido desenvainar la espada de su ira y levantar la vara de su cólera para herirnos, no olvidarse tanto de su clemencia que la ira baste á encubrir la misericordia. *Aut continebit in ira sua misericordias suas?:* «¿Es posible (decía David) que podrá su ira encubrir sus misericordias?» ¿Y que la cólera podrá abarcar y enfundar á su clemencia, de suerte que la comprehenda? Como quien dice, no. Y esto, supuesta la demostración que Dios hace de su justicia y misericordia; no embargante que en él son iguales estos atributos. Este misterio significó Dios á Jeremías queriéndole declarar su condición: *Quid tu vides, Jeremia?-Virgam vigilantem ego video.* «Veo una vara, pero con un ojo encima». Pues yo soy esa vara, dice Dios; rigores tengo; también he de descargar el palo de mi justicia, pero junto al palo tengo los ojos. No doy palo de ciego, sino castigo y miro cómo doy el golpe para dolerme. Y así, cuando castigó á Egipto: *Respiciens super castra Aegyptiorum, interfecit exercitum eorum.* Aunque fue vista con ceño y enojado, pero no fue á ciegas. Pues para que veáis cuán más temeroso castigo es este de hoy, dice que los serafines le cubrían los ojos. Como quien dice: para éstos que no quieren tener ojos para ver lo que les cumple, no quiero tenerlos yo para dolerme de ellos. Cubrídmelos esas alas, que tengo de dar palo de ciego. ¿Y qué golpe es ese tan pesado y que con tantas circunstancias y demostraciones de rigor le dais? *Excæca cor populi hujus et aures ejus aggrava et oculos ejus claude.* Dícele Dios al profeta: Ciega el corazón de este pueblo y ensordece sus oídos, y ciérrales los ojos. San Pablo declaró este lugar: Que no quiere decirle Dios al profeta que los ciegue él, sino que se lo profetice. Pronostícales que los vengo á castigar con esta pena: que viendo no vean, y oyendo no oigan, y entendiendo no sientan. He aquí los daños que se siguen al desamparo de Dios. Y todos estos efectos que causa el pecado interiormente en el alma nos muestran los que causaba el demonio en el cuerpo de este miserable hombre. Porque lo primero era endemoniado. *Erat Jesus ejiciens dæmonium.* Esta era la raíz de todos sus males, y significa la dureza del corazón. Porque el demonio pecó de malicia, y está endurecido en el mal. *Cor ejus indurabitur tanquam lapis.* Y así, el corazón duro peca de malicia, y está obstinado en la culpa, y es causa de todos los otros daños del alma. Lo segundo, era mudo, con lo cual anda junto el ser sordo; y significa la sordez espiritual del pecador, cuán cerrados y tupidos tienen los oídos para las voces de Dios y de sus ministros. Y lo tercero, era ciego; en que se parece la oscuridad y tinieblas en que andan los malos palpando como ciegos á medio día, y cayendo á cada paso en mil desdichas. Mas porque todos daños se fundan en el primero, como se vio en este hecho, que *cum ejecisset dæmonium, locutus est mutus;* cesando la causa, cesaron sus malos efectos

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Yo querría en lo que resta del sermón decir algo de la gravedad de este mal. ¿Qué es ser un hombre endemoniado espiritualmente? ¿Qué es tener el corazón duro? San Bernardo, escribiendo al papa Eugenio, pone una descripción del corazón duro, que había de estar escrita con letras de oro. Preguntadme, dice, cuál sea el corazón duro. No te canses en buscarle. *Si non expavisti, tuum hoc est*; si no oyendo decir corazón duro, no te estremeces y se te eriza el cabello, y tiemblas como azogado, en tu pecho el corazón duro, porque él solo es. *Solum est cor durum quod sem e tipsum non exhorret quia nec sentit.* El que no se espanta de sí mismo, ni de oir su nombre, porque no siente, no conoce su mal, ni le duele su dolor, porque está insensible como piedra. ¡Qué mudas éstas para muchos de los que están aquí, que ni temen oyendo nombrar al corazón duro ni saben qué es! Y si todos éstos son endemoniados, más mal hay del que parece. *Quid ego cor durum?* Sepamos sus propiedades. La primera, *ipsum est quod nec compunctione scinditur, nec pietate mollitur, nec movetur precibus; minis non cedit, flagellis duratur. Ingratum ad beneficia est, ad consilia infidum, ad judicia sævum,* in-

verecundum ad turpia, impavidum ad pericula, inhumanum ad humana, temerarium ad divina, præteritorum obliviscens, præsentium negligens, futura non providens; et, ut in brevi cuncta horribilis mali mala complectar, ipsum est quod nec Deum timet nec hominem reveretur. Lo primero dice que el corazón duro es: *Quod nec compunctione scinditur*. «Que no se rasga con la contrición»; no se quebranta con el dolor de sus pecados. Sabe pecar, y no se sabe doler, gemir ni llorar. Manda Dios por el Profeta á los pecadores: *scindite corda vestra*. «Romped esos corazones», abrid esas postemas venenosas; salga la podre y corrupción que está solapada. Pues el corazón duro está hecho un guijarro, como el de Nabal Carmelo, que *emortuum est cor ejus intrinsecus, et factus est quasi lapis:* «Que se le murió el corazón en el cuerpo, y se quedó como una estatua de mármol». Aquí no puede hacer herida el cuchillo de la contrición, y así no sienten dolor de haber ofendido á Dios. Queriendo Cristo nuestro Redentor curar un hombre sordo y mudo que le presentaron, dice San Marcos, que *suspiciens in cœlum ingemuit*. Que mal tan grande es éste, que hace gemir á Dios. ¿Tantos mil azotes no le sacaron un gemido, y darle viendo á este mudo y sordo? Sí, porque tenía la semejanza del pecador obstinado, que no le duele su mal, y quiere Cristo (justo apreciador de las cosas) enseñarle á gemir y á dolerse; y la razón que para ello tiene. Mira primero al cielo, donde está Dios, y luego gime. Para mostrar que la mayor deformidad que el pecado tiene (por que se debe llorar con lágrimas de sangre) es ser ofensivo de aquella divina majestad, ante quien tiemblan las columnas del cielo; es ser agravio é injurioso desprecio de aquella infinita bondad y haberle convertido de padre piadoso en severísimo juez y capital enemigo. Gima Dios y llore esta pérdida, pues tú, pecador, no la lloras. ¿Llora una viuda días y noches porque perdió el marido que la sustentaba, y no te lamentas tú que tantas veces has perdido á Dios, verdadero esposo de tu alma, regalo, sustento, amparo y vida? Alejandro Magno, estando tomado del vino, mató á Clito, fidelísimo amigo suyo; y recibió tanto pesar cuando, volviendo en sí, entendió el mal que había hecho, que se quiso matar con sus propias manos. ¿Qué debe sentir el que, embriagado con su pasión, ha crucificado con sus pecados á Cristo y renovado las causas de su muerte; el que se privó de tal amigo y perdió tan buen Dios? Tanto se lastimó Lucrecia de verse violada por el soberbio Tarquino, que aborreciéndose á sí y á la vida se la quitó, atravesándose con un cuchillo el corazón. Pues no causó este dolor el miedo del infierno, ni la pérdida de la gloria, ni la injuria de la divina majestad, sino sólo su deshonor y propia infamia, y la ofensa de su marido, cuánto más justo dolor es bien que tenga el alma que tanto más gravemente ha delinquido, adulterando con un rufianazo tan vil como el demonio, y dando lugar á que pisadas de hombre ajeno hollasen el lecho florido del verdadero Salomón. *Noli lætari, Israel, noli exsultare sicut populi, quia fornicatus es a Deo tuo* (Oseas, 21): «Porque has sido alevosa, desleal, adúltera contra tu Dios, no te alegres, sino arranca del pecho dolorosos gemidos; háganse tus ojos fuentes de lágrimas». Y si tu dureza te impide, da voces al Señor, *qui convertit petram in stagna aquarum et rupes in fontes aquarum* (Salmo 123): «Que hiera con la vara de su virtud esa piedra dura de tu corazón para que salgan estanques de agua y quebranten este peñasco de tu voluntad, porque manen fuentes de lágrimas». Y donde no, la primera condición tienes del corazón duro, que no se quebranta con la contrición. ¿Qué más? *Nec pietate mollitur:* «No se molifica con la piedad». No bastan emplastos de regalos ni misericordia para ablandarse su dureza. ¿Qué te ha sufrido Dios? ¿Qué te ha esperado? ¿Qué de veces has confesado y propuesto la enmienda, y quebrado la palabra? Y Dios, con su benignidad y paciencia, disimula, espera, regala, date salud, hacienda, vida; ¿y tanta bondad no te obliga á servirle? ¡Oh corazón duro, cómo te aguarda la ira de Dios, pues no te aprovechas de su clemencia! *An divitias bonitatis ejus et patientiæ et longanimitatis contemnis, ignorans quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit?* (Rom., 2). Con razón las llama riquezas y tesoros, pues no se agotan con tantas injurias. ¿Qué hombre hay que si un esclavo (á quien él tratase como á hijo) se rebelase contra él y quisiese matarle, que tuviese paciencia para no abrirle á azotes y cargarle de hierros y de pringues, y aun para no quitarle la vida? Pues Dios es tan sufrido que disimula con los hombres, que son sus esclavos (pero tratados como hijos), innumerables desacatos y traiciones, y en cambio de ellas les hace beneficios. Acá, para decir que os enojaste, decís que se os gastó la paciencia. Erais pobre de paciencia, acabóseos presto el caudal. ¡Oh riquezas de bondad, paciencia, longanimidad de Dios, que no hay agotarse! No se le gasta la paciencia; súbesele tarde la cólera. Eso dice aquella palabra: longanimidad, largo de ánimo. En la Escritura, para llamar á Dios sufrido y bien condicionado, le ponen un nombre hebreo, *Herec hapaim:* «Dios largo de narices», como si dijeran: Dios que no es corto de chiminea, que no se atufa, que no se le sube luego el humo y la mostaza á las narices, y deshace y aniquila

al pecador, sino le da vado y espacio de penitencia. Esta piedad desprecia el corazón duro, empeorando con estos plazos y largas. *Ignoras quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit?* Traidor, ¿ahora ignoras que estas esperas de la misericordia de Dios son para que procures pagar con penitencia á su justicia? ¿No sabes que quien espera no suelta, sino recambia? *Secundum autem duritiam tuam et impœnitens cor, thesaurizas tibi iram in die iræ et revelationis justi judicii Dei*: «Pero tú, con tu dureza y corasón impenitente y empedernido, atesoras ira y venganza contra ti para aquel día en que Dios soltará la represa de su ira, y hará justo juicio y manifiesto». ¡Qué temerosa contraposición! ¿Dios tesoro de bondad, y el pecador obstinado hace tesoro de ira y de castigo, con que provoca la ira de Dios? ¡Oh que mal tesoro! *Divitiæ conservatæ in malum domini sui* (Eccle., 51): «Riquezas acumuladas por mal de su dueño». Si cada vez que pecáis mortal ó venialmente echárais un real, ó un escudo, ó un doblón (como fuese el pecado) en una arca, ¿qué tesoros tuvierais al cabo de tantos años que vivís y pecáis? ¿Qué Atabaliba? ¿Qué Motezuma? ¿Qué Midas ni Creso hubiera como vos? ¡Desdichado de ti! ¡Malaventurado fue el día que nacistes, que tan gran tesoro de ira tienes para el día de tu muerte y del juicio! Tesoro de ira, es un tesoro de pólvora. Esos son tus pecados. Y aquel dia soltará el Señor su furor como llamas de fuego, y en tu misma pólvora te abrasarás. Dotrina es de Santo Tomás que aunque al pecado venial por sí solo no se le debe eterna pena, pero cuando está acompañado con el mortal es castigado en los condenados con pena perdurable. Porque en aquel estado no se compadece suelta ni remisión. Y como la gloria accidental es eterna en los bienaventurados, así lo será la pena en los dañados. Particular tizonazo os darán para siempre por la risa, palabra ociosa y pensamiento vano, ¿qué será por los perjuros y por los hurtos? ¿Ese es el tesoro que hacéis? ¡Oh locos! ¡Oh enemigos de vosotros mismos! ¿Quién podrá contar el número de tus pecados? Pues tanto será el número de tus penas. Justo castigo del que despreció la benignidad de Dios, que descargue sobre él su ira. ¿Qué más? *Nec movetur precibus*: «No se mueve con ruegos». Villano ruin, que mientras más le ruegan más se extiende; que ni bastan inspiraciones del Espíritu Santo, ni llamamientos de Cristo, ni voces de la Iglesia. ¡Qué ruegos tan amorosos del Esposo! Abreme, hermana mía, paloma mía, esposa mía; que de estar en la calle toda la noche al sereno traigo la cabeza mojada del rocío y las guedejas de mi melena llenas de la escarcha de la mañana. ¡Qué cuidado de rondar la puerta, pasear la calle, dar aldabadas! *Ecce sto ad ostium et pulso*. Yo soy el que estoy á la puerta, yo llamo, yo ruego con la paz, con mi amistad. ¿A qué tigre hircana no moverá aquel ruego que hace por Jeremías? Ley es de mundo, entre hombres platicada, que si la mujer hace traición al marido nunca más la torne á recibir en su compañía; pero tú has errado con muchos amadores, y con todo vuélvete á mí (dice el Señor) que yo te recibiré. Bendita sea, Señor, la dulzura de tus entrañas, que tanta indulgencia usas con el pecador. ¡Qué de voces dan los ministros de Dios, que son los terceros que andan haciendo amistades! A Dios no es menester importunarle. Conmigo acabado está. *Impietas impii non nocebit ei, in quacumque die conversus fuerit ab impietate sua*. Negociarlo con el pecador. Van á él, pónenle delante á Cristo, sus llagas, su pasión. *Pro Christo ergo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos; obsecramus pro Christo; reconciliamini Deo*. El nos envía, él lo ruega; como si le importase vuestra amistad, como si perdiese mucho en perderla. Y con todas estas súplicas, el corazón duro, *nec movetur precibus;* ni quiere salir del mal estado. Pues ya que por bien no hace virtud, ¿aprovechará por mal? *Minis non cedit:* «No se dobla por amenazas». ¡Qué de veces oye predicar el rigor del juicio, el temor de sus señales, la certeza de la muerte, la incertidumbre de su hora, la severidad del juez, la profundidad de sus juicios! Aquella terrible sentencia de condenación, la eternidad de las penas, el fuego abrasador, el llanto y crujir de dientes, el colchón de polilla, el cobertor de gusanos, los ardores sempiternos, los martillos, escorpiones, las calderas de resina y pez, piedra azufre; todas amenazas horrendas. Y acabándolas de oir, se va á jugar, y á reir, y se acuesta en su cama tan quieto como un santo. ¡Desventurado, que no sabes si amanecerás en el infierno! ¡Que traes la soga arrastrando, la muerte tirando de ella! ¡Que tiene Dios debajo la lanza y estás hecho blanco de sus saetas! No hay rendirse. ¡Qué bien se pinta esta temeridad del pecador en el libro del Santo Job, hablando del demonio, y del corazón duro, de quien él está apoderado! *Non fugabit eum vir sagittarius; in stipulam versi sunt ei lapides fundæ; quasi stipulam æstimabit malleum et deridebit vibrantem hastam:* «No le hará huir el varón flechero; las piedras de la honda son para él como pajas. No teme más del martillo que de un arista, y mofará del que está blandiendo la lanza». ¿Quién es este flechero que tira saetas, sino Dios, de quien dice David: *Arcum suum tetendit et paravit illum; et in eo paravit vasa mortis: sagittas suas ardentibus effecit* (Salmo 9). «Aderezado tiene el arco y flechado con

mucha fuerza, y puestas en él saetas enerboladas, matadoras; los casquillos y harpones templados en fuego infernal, con que amenaza á sus enemigos». Y ve el pecador herir á éste hoy, y que el otro se murió ayer, y no sabe cuándo le enclavarán el corazón, y ¿no huye ni se esconde? Huye una ave de un cazador, y un ciervo del ladrido de un perro, y un elefante de un ratón, y un león de un trueno de un arcabuz; ¿y éste no teme el trueno de las amenazas de la divina justicia ni las saetas de sus castigos? Las piedras de la honda (como explica San Gregorio) son las reprehensiones de los predicadores, que con esta revolución y círculo de cada un año que hace la Iglesia de Advientos y Cuaresmas como una honda tiran piedras á los pecadores. Si alguna vez lastimaren, no los culpéis, que hacen su oficio. De ellos dijo Dios por el profeta Zacarías: *Subjicient lapidibus fundæ*: «Sujetarán á mis enemigos con piedras de honda», como David á Goliat. Pero de todo eso se ríe el pecador endurecido, porque no sale más rendido de un sermón lleno de reprehensiones y amenazas que si le hubieran tirado pajas. Todo paja lo que sacan de los sermones, ó calumniar alguna palabra del predicador ó hacer conferencia: éste es bueno, el otro mejor; y él siempre malo, y cada día peor. El martillo es la palabra de Dios. *Quasi malleus conterens petram* (Jer., 23): «Almadana que desmenuza las piedras». Pero todo ese peso y fuerza es una arista para el corazón duro. La lanza es la amenaza de la damnación eterna. Esta la blandea Cristo diciendo: *Ibunt hi in supplicium æternum.* Los malos irán á la eternidad de penas, que compite con la eternidad de Dios. Burla de todo el pecador, pues no se muda.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pero ya que las amenazas no atemorizan al malo, ¿hace más por los castigos? No. *Flagellis duratur*: «Más se endurece con los azotes y castigos». Que es lo que dijo Job de los tales: *Cor ejus indurabitur tanquam lapis et stringetur quasi malleatoris incus;* como yunque de herrero, que con los golpes y martilladas más se aprieta. ¿Qué yunque Faraón? ¿Qué hizo Dios de martillar en él con plagas y golpes tan espantosos, y siempre más rebelde y protervo? Esa es la condición del obstinado. Con los trabajos con que otros sanan, enferma él. Con la enfermedad, reniega; con la pérdida, blasfema; con la injuria que le hacen, maldice, aborrece; con la pobreza, perjura, hurta, engaña. Todo lo convierte en ponzoña como el araña. ¿Qué de veces te ha castigado Dios? ¿qué de hambres has visto? ¿qué de pestilencias, qué de trabajos? ¡Cuántas veces enfermastes y llegaste á morir, que ya tocabas con la planta de los pies y te perdigabas en las llamas vengadoras? Propusiste la enmienda; diote Dios salud, y en teniéndola volviste como perro al vómito. No fueron paces ni amistades las que hiciste, sino treguas, para tornar á más cruda guerra. *Percussisti eos et non doluerunt; attrivisti eos et renuerunt accipere disciplinam; induraverunt facies suas supra petram et noluerunt reverti* (Jeremías, 5). Heristelos y no les dolió; señal de mortificación. Estiomenada y cancerada está la parte, que, herida, no siente. Más. ¿Qué hombre hay tan estúpido que si le dan un golpe por las espaldas no vuelva la cabeza á ver quién le dio? *Et non est reversus populus ad percutientem se?* ¡Qué gran insensibilidad! Enfermáis, y echáis la culpa al pescado, al jarro de agua fría; que no viene de ahí el golpe, sino porque tal día comulgaste mal, hicistes un desacato en la iglesia. Sucédeos una deshonra en vuestra persona ó casa, y es por la lástima que hicistes en la ajena. Álzaseos una dita, pónenos pleito; decís que la maldad de aquéllos, y no es sino porque no hacéis limosna. Heristelos, y no se dolieron; golpeástelos, aporreástelos, y no quisieron recibir disciplina. No quedaron mejorados ni labrados; antes endurecidos más que guijarros; gestos de hierro descarados, y no se quisieron convertir. ¿Tiene más desventuras el corazón duro? Muchas más. *Ingratum ad beneficia est*: «Es ingrato á los beneficios», desconocido á las mercedes; ni las estima ni las engrandece, ni aun las conoce. Conoció el buey á su poseedor, y el jumento al pesebre de su amo; pero Israel no me conoció á mí, y mi pueblo no entendió los bienes que recibía de mi mano. Y en otra parte se querella de este descuido: «Y no dijeron siquiera en el corazón: temamos al Señor, Dios nuestro, que nos da la lluvia temprana y la tardía á sus tiempos, y después la cosecha abundante en el estío». Pues si tanto mal es no agradecer la comida, ¿qué será de todos los bienes de naturaleza, de fortuna y de gracia? *Ad consilia infidum*: «Infiel á los consejos, para tomarle». Soberbio, amigo de su parecer. No quiere tomar parecer de otro, y así se precipita y estrella. Para darle es peligroso, infiel. Soléis decir: del enemigo el primer consejo; mas de éste, ni el primero ni el postrero. No hay que fiar de él, porque ó se engaña y os engaña. *Qui sibi nequam est, cui alii bonus erit?* ¿Qué más? *Ad judicia sævum*: «Cruel para los juicios». De cuanto para sí es remiso, para los otros es vigoroso. Animo dañino, malos hígados, bofes dañados, caribes. Veréis unos pecadorazos, que en su vida y obras no son menos que unos demonios encarnados, y en sabiendo una falta de otro, la encaraman y condenan; jueces impíos que juzgan

las intenciones, y todo lo echan á la peor parte. David, cuando estaba en pecado, ¡qué severo para juzgar! Había él muerto á Urías por quitarle su mujer, y no reparaba en ello; y dícele Natán que un hombre rico había quitado una oveja á un pobre. ¿Qué? ¿Eso pasa? Vive el Señor que ha de morir el que tal hizo, y pagar la oveja doblada.—Esperad, que vos sois ese. Con cuánta razón dijo el Sabio: *Novit justus animas jumentorum suorum; viscera impiorum crudelia.* «El justo, aun de los animales brutos se compadece: pero las entrañas de los pecadores son crueles». Los egipcios abominan las ovejas, pero los hijos de Israel son pastores de ellas. Los mundanos aborrecen la mansedumbre, porque ellos son amigos de sangre y de venganza; pero los buenos crían en sus almas esta virtud. Esaúl (dibujo de los malos) era velloso, bermejo, crespo, montaraz, cazador de fieras. Jacob (figura de los buenos) era blando y blanco, y amoroso, quieto y amigo de estarse en casa sirviendo á sus padres. Cómodo, hijo del emperador Marco Aurelio, siendo muchacho jugaba con pajarillos y gustaba de quebrarles los ojos con un alfiler. Violе un filósofo y dijo: Este será príncipe cruel; y así fue. Por el contrario, San Francisco era tan pío, que apartaba los gusanitos del camino por no los pisar, y redimía los corderos porque no muriesen, y lloró el corderillo que mató la fiera como si fuera su hijo. ¿Veis cómo el justo se compadece de los animales? Finalmente, David, siendo bueno, era tan manso, que pudiendo en algunas ocasiones á su salvo matar á Saúl, su mortal enemigo, que le buscaba para beberle la sangre, le perdonó y dejó ir en paz. Y así, para pedirle á Dios la encarnación de su hijo, y que naciese de su linaje, no alega de su parte otra virtud sino la mansedumbre. *Memento, Domine, David et omnis mansuetudinis ejus,* con Saúl, Semey, Absalón, Joab. Pues éste tan manso descuidóse un poco á ser pecador, é hízose tan cruel, que mató al más leal vasallo y de los mejores soldados que tenía. ¿Qué más? *Inverecundum ad turpia:* «Desvergonzado para las torpezas». No es tanto mal pecar con encogimiento y recato; pero placear el pecado, como los de Sodoma; hacer gala de la deshonestidad, como Absalón, que en unos miradores á vista de todo el pueblo entró á deshonrar las mujeres de su propio padre; y como la hija mayor de Loth, que al hijo nacido del incestuoso ayuntamiento de su padre le puso por nombre Moab, que quiere decir: *De Patre,* para que el nombre del hijo publicase el delito de la madre. ¿Qué más? *Impavidum ad pericula.* Arriscado, arrojadizo, que ni teme ni debe. El ladrón, para escalar la casa, qué animoso; la doncella, la casada, para abrir la puerta de noche, y meter en casa al adúltero, sin temor de padre, ni hermanos, ni marido, ¡qué sin pavor! Para estarse muriendo un malo, y ver que se va al infierno sin remedio, y no teme: *inhumanum ad humana.* «No tiene afecto de hombre», ni guarda pacto ni amistad, ni á nadie tiene afición. Narciso enamorado de sí, y para los otros seco, despegado. Que vivan, que mueran, que estén pobres, enfermos, afligidos y tristes, no le da pena ni cuidado alguno. *Temerarium ad divina.* Descomedido á Dios, á su iglesia, á sus Sacramentos, á sus ministros. Baltasar profano, Antíoco sacrílego, Judas apóstata. Y por concluir, el corazón duro es el que se olvida de las cosas pasadas, si no es de las injurias; el que desprecia las ocasiones presentes de aprovechar y negociar su salvación; el que no tiene providencia de las futuras, sino, cuando mucho, para vengarse, olvidado de sus postrimerías, que son freno para los vicios y espuelas para la virtud. Y para decir en breve todos los males de este horrible mal: *Ipsum est, quod nec Deum timet, nec hominem reveretur.* Mire cada uno su corazón; tome el pulso á su manera de vida; y si hallare algunas de estas malas señales, con tiempo el remedio, antes que se acabe de endurecer. No todas las piedras son igualmente duras, aunque todas son piedras. No os dejéis estar mucho tiempo en pecado; no acumuléis unas maldades á otras; no dejéis enroscar este dragón ponzoñoso, que será después dificilísimo el remedio. Mirad el estilo con que cuenta el evangelista este milagro: *Erat Jesus ejiciens dæmonium.* «Estaba sacando un demonio del cuerpo de un mudo». No, porque no le sacó en un punto, y curó al hombre perfectamente, que por eso dice adelante: *Et cum ejecisset dæmonium.* Pretérito pluscuamperfecto. No hubo dificultad de parte del médico, pues con sola su palabra y mando lo echó fuera, sino para advertirnos de la dificultad que había de parte del mismo hombre. Es el *faciebat* de los pintores para encarecer la obra. No pongáis vuestra salvación en tanto peligro. *Hodie, si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra:* «Si os abriere los oídos para oir su voz; si os alumbrare los ojos para ver vuestro mal; si llegare con su mano al pecho, no queráis endurecer vuestros corazones». Ayudaos para que, parteando su mano, salga fuera la culebra enroscada. Lanzad por la boca ese monstruo, confesando las culpas con dolor y propósito de la enmienda, que de esta manera alcanzaréis remisión de ellas, y en esta vida gracia y en la otra gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO

TERCERO DE CUARESMA

Quanta audivimus facta in Capharnaum, fac et hic in patria tua.
(Luc., 4),

El Evangelio contiene tres puntos. El pri-primero es una queja que dieron á Cristo sus naturales, vecinos de Nazareth: De cuantas maravillas habemos oído que has obrado en Cafarnaun, no sería mucho hicieses algunas aquí en tu tierra; pues no cabe en razón ser para los tuyos esquivo y desamorado, y para los extraños amoroso. El segundo es el descargo que da Cristo: No hago yo en eso mundo nuevo, porque muy antigua cosa es no ser bien recibidos los profetas en sus tierras; y por eso gustan más de vivir en la ajena, donde son más estimados. Y así el profeta Elías, en el tiempo de la gran seca, dejando muchas viudas que había en Israel, se fue á hospedar á Sarepta en casa de una viuda gentil, y la sustentó por milagro. Y su discípulo Elíseo curó de la lepra á Naamán Siro, y á muchos leprosos que había en Judea no hizo ese beneficio. Dióles á entender el Redentor que no merecían sus milagros, porque les faltaba la fe de la viuda y la obediencia de Naamán. El tercero es el mal efecto que hizo en los nazarenos este desengaño; porque llenos de ira infernal echaron á Cristo de la ciudad, y le llevaron á despeñar de un risco alto, sobre que estaba edificada. Mas el Señor, que había escogido morir en cruz, y no despeñado, no dio lugar á su furor, y sin que pudiesen ofenderle se fue su paso á paso por medio de ellos. Esta es en suma la letra, para cuya explicación tenemos necesidad de la gracia del Espíritu Santo. Pidámosla por intercesión de la Virgen Santísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

David, padre de Cristo según la carne y retrato suyo en muchas cosas según el espíritu, en el salmo 17, que es un reconocimiento amoroso de las mercedes recibidas y de las victorias señaladas que Dios le había dado, hasta ponerle en pacífica posesión de su reino, al cabo pone por la más principal la reducción de los gentiles á su servicio. *Populus quem non cognovi servivit mihi; in auditu auris obedivit mihi. Filii alieni mentiti sunt mihi; filii alieni inveterati sunt et claudicaverunt a semitis suis* (Salmo 17). Habla en persona de Cristo, y hace una contraposición de la fe y obediencia del pueblo gentílico á la incredulidad y rebeldía del judaico. El pueblo que no conocí, me sirvió. Los gentiles, no instruídos por la ley ni enseñados de los profetas, á quien yo no visité por mi persona ni gozaron de mi conversación (que ni me conocían por su Dios ni yo á ellos por mis siervos), ya están á mi devoción y me reconocen vasallaje, y pertenecen á mi señorío. ¿Cómo se hizo esta conquista? ¿qué municiones, qué pertrechos, qué ejércitos, qué aparato de guerra fue menester para hacer servir á una gente tan libre, que como novillos cerriles y potros por domar, y como moros sin rey vivían á sus anchas, según los fueros de la sensualidad? ¿Qué fuerza ó qué maña bastó á domarlos y ponerlos en tan estrecha sujeción? *In auditu auris obedivit mihi*. No hubo dificultad ni resistencia de su parte; en llegando á sus oídos mis nuevas, luego que recibieron la embajada del Evangelio, que con mis apóstoles les enviaba, al punto se allanaron y me obedecieron. Los muros inexpugnables de Jericó, sin ser bombardeados, vinieron al suelo al ruido de que las trompas los sacerdotes sonaban, y toda la fuerza de la idolatría, los agüeros, encantos, la soberbia de los filósofos, la potestad de los reyes, con el sonido de las trompetas evangélicas fue derrocada por tierra. *In omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terræ verba eorum*:

«Porque en toda la tierra se oyó el sonido de ellos, y hasta los fines del mundo llegaron las palabras de ellos». Gran prontitud fue la de los gentiles en creer lo que no habían visto y recibir por Dios á un hombre que les predicaban crucificado, y obedecer sus leyes tan contrarias á los apetitos, por quien hasta allí se gobernaban. Por eso los beatificó el Señor, cuando dijo al discípulo incrédulo, explorador de sus llagas: Porque me viste, Tomás, me creiste; pero bienaventurados aquellos que no me vieron y me creyeron. Al contrario de éstos fueron los pérfidos judíos, que le vieron y no le creyeron. Y así se queja de ellos luego: *Filii alieni mentiti sunt mihi, filii alieni inveterati sunt, et claudicaverunt a semitis suis.* «Los hijos me mintieron». A los que siendo fieles llamaba hijos (y á un hijo primogénito regalado llamó á Israel para obligar á Faraón que le soltase) ahora que no son los que deben, los niega y llama espúreos. *Generatio mala et adultera*: «Mala y bastarda». Y por San Juan: *Vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri vultis facere.* «Y queréis poner por obra sus deseos». El es homicida desde el principio, y así vosotros me queréis matar á mí. Pues estos son los hijos del ajeno. Dice otra letra: *Filii Belial.* Sin jugo, sin ley. Esos bastardos me han quebrado la fe, no me quieren ni reconocen por su Redentor. *Inveterati sunt.* Han hecho callos en su malicia. De viejo lo han el ser descreídos. Antiguamente, viendo los prodigios y mano poderosa con que Dios los sacó de Egipto, no le creyeron, y por diez veces le tentaron de paciencia y provocaron á que los matase en el desierto. Y ahora viéndole hecho hombre, y las maravillas y grandezas que obraba para librarlos del pecado, tampoco le dieron crédito ni se le sujetaron. Es mal viejo; saben á la pega. *Et claudicaverunt a semitis suis*: «Y cojearon en sus caminos». Andan cojos, porque reciben el Viejo Testamento y no el Nuevo; dicen que creen á Moisés y no creen á Cristo, de quien profetizó Moisés, y les mandó que le oyesen y obedeciesen como á su propia persona. *Ipsum audies sicut et me* (Deut., 18).

CONSIDERACIÓN PRIMERA

De aquí se colige la justa razón de querella que el Señor tiene contra éstos por no le haber creído, y la poca que tienen los de su ciudad para agraviarse de él, diciendo: *Quanta audivimus facta in Capharnaum fac et hic in patria tua.* Pues si lo habéis oído ¿de qué os quejáis? No se dio más que eso á los gentiles. El oído es órgano de la fe. *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi* (Rom., 10). La fe entra por el oído, que no padece engaño. Cuando Jacob con ajenas ropas y nombre fue á hurtar la bendición de su padre Isaac, tocóle el viejo como es costumbre de los ciegos y dijo: La voz es de Jacob, pero las manos de Esaú, porque llevaba calzados unos guantes peludos. Engañóse el tacto, mas no el oído. En estas cosas visibles que vemos y manoseamos nos pueden hacer mil trampantojos; mas en las nuevas que la fe nos da de los misterios sobrenaturales (que no se ven ni tocan en esta vida, sino sólo se registran por el oído) ningún engaño puede haber. Luego si el oir es camino tan cierto para creer, y los gentiles creyeron en un extraño (oyendo sus obras de lejos), no hicieran mucho los de Nazareth en creer en el mismo, siendo su natural, y sabiendo sus cosas tan de cerca como de Cafarnao. *Quanta audivimus facta in Capharnaum.* Pero todavía queda que alegar por ellos. Porque los milagros siempre los dio el Señor á los judios como á gente incrédula; con esa leche se criaron, con esa vianda los destetaron. Y así, en queriendo negociar con ellos algo, aunque fuese al mismo Dios, le hacían dar señal. Cuando les envió á Moisés por su embajador, le dijo Moisés: Señor, dadme señal para que me crean; si no, por demás será ir allá. Y el Señor le dio tres señales: la vara, la mano y el agua del río en sangre. El sacarlos de Egipto, el entrarlos en la tierra de promisión, todo fue á poder de señales; y hechos á ellas, siempre las piden. *Judæi signa petunt.* Y vos, Señor, se las distes á manos llenas, en Judea, en Jerusalem, en Cafarnao, en desierto y en poblado. ¿Qué es la razón de excluir á sola vuestra tierra Nazareth de este beneficio general para todo el judaísmo? Platón fue de parecer: *Nullam in terris esse majorem charitate patriæ*, y que á ella se ha de acudir en primer lugar que á los padres. Y Pitágoras, preguntado cómo se ha de haber el hombre con su patria cuando le es ingrata, respondió: *Ut erga matrem.* Pues si Nazareth lo es vuestra, aunque sea desconocida, ¿por qué siquiera no la igualáis con las demás, ya que no la preferís? Digo á esto que no le faltó á Cristo el amor de la patria que debe tener todo buen ciudadano; antes por estimarla en más la mejoró en tercio y quinto entre los otros pueblos. Lo primero, porque en ella obró el más ilustre y famoso milagro de cuantos hizo en el mundo, que fue hacerse Dios hombre; allí fue enviado el ángel y descendió el Espíritu Santo, como rocío de la mañana que baja del cielo, sin estruendo, y fecundó la tierra bendita del virgíneo vientre. Este milagro de Nazareth os pido yo, Señor: que venga el Espíritu vuestro y entre en mi corazón, y forme un nuevo hombre interior á la traza de Cristo, semejante á él, limpio, humilde, piadoso, sufrido, caritativo. ¡Oh qué obra ésta! Aquí se

desdobla vuestra sabiduría; aquí se ilustra vuestra omnipotencia y el caudal de vuestra misericordia y bondad, más que en sanar ciegos, resucitar muertos ni criar cielos. Este milagro secreto de Nazareth te pide mi ánima, y el que éste siente que Dios ha usado con él, no ha menester milagros de Cafarnao. ¡Ah, que ese fue oculto y no lo pudieron los vecinos sentir; haga algunos visibles manifiestos que los gocen todos y lleven los ojos! Mirad, para convertir los hombres á la fe y acreditar la persona del Profeta, tres medios son muy acomodados: milagros, doctrina, ejemplo. Los milagros importan mucho, porque son firmas de Dios y sellos pendientes de su divina majestad, con que testifica y confirma la verdad de la fe, que no se puede falsar ni contrahacer, por ser obras que otro que Dios no las puede hacer con su propia virtud; y así, enviando Cristo á sus discípulos á predicar el evangelio, les dio facultad de hacer milagros. Pero la doctrina y palabra de Dios es de mucha más fuerza. La doctrina es la sustancia; los milagros, los accidentes. La doctrina es la espada de dos filos, cortadora, que penetra los corazones; fuego abrasador que inflama las almas y derrite los bronces; almadana que desmenuza las piedras; es el grano que, sembrado en la tierra del corazón humano, mientras se conserva entero y con su virtud, ni le comen las aves, ni le huellan los caminantes, ni le ahogan las espinas; da fruto de ciento por uno, y preserva de pecar; porque mientras el hombre guarda la palabra de Dios, ni peca ni puede pecar. *Omnis qui natus est ex Deo peccatum non facit; quoniam semen ipsius in eo manet et non potest peccare, quoniam ex Deo natus est.* Y así, sin milagro, con sola la palabra de Dios, pasamos ahora. Ella nos sustenta. *Propter legem tuam sustinui te, Domine* (Salmo 125). Mas aunque la palabra de Dios sea tan fuerte, más eficaz es el testimonio de las obras; porque más mueven los ejemplos que las palabras. Grandes testimonios tuvo Cristo del valor de su persona, y que declaran quien él era. El testimonio de San Juan, hombre desinteresado, testigo incorrupto; la voz del Padre; el Espíritu Santo en figura de paloma en el bautismo, y en nube dorada en la transfiguración; el testimonio de las Escrituras, que todas se cumplían en él; la doctrina admirable: *erat enim docens eos, sicut potestatem habens:* como señor de lo que decía, como maestro, no como repetidor. Pero lo que más fuerza hacía era su vida inculpable. Y así dice Santo Tomás que la potestad de la doctrina de Cristo principalmente se mostraba, *quantum ad virtutem rectitudinis, quam in sua conversatione monstrabat sine peccato vivendo:* «En la rectitud y limpieza con que entre las gentes conversaba, viviendo sin pecado». Y tiene mucha razón el Doctor Angélico, que ninguna cosa hay de tanta autoridad para la doctrina como la pureza de la vida de quien la predica. Y así el mismo Redentor, para convencer la malicia de los fariseos, primero hizo la salva á su inocencia: *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?* Palabra que sólo él la pudo decir: *Non est homo qui non peccet.* (Reg., 8); más fue que hombre el que nunca pecó ni pudo pecar. Abonada su persona, háceles el argumento: Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Como quien dice: Si mi persona es irreprehensible y mi doctrina verdadera, ¿por qué no la recibís? De suerte que más es la vida que la doctrina, y más la doctrina que los milagros. Pues mirad, quien con la más fuerte y más eficaz medicina no sana, locura es pensar que con la de menos virtud sanará, y así no hay para qué dársela, porque es en vano. Pedíale el rico avariento al padre Abraham que enviase á Lázaro á predicar á sus hermanos, porque sería de gran efecto la predicación de un muerto á los vivos, y responde Abraham: *Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.* Pues si por tener la doctrina de Moisés y de los profetas no les quiso dar milagros, porque no ablandaran los milagros á quien no persuadía la palabra de Dios, *a fortiori* con más justo título se habían de negar milagros á los que el ejemplo y vida de Cristo no doctrinó ni reformó. De estas tres cosas, ¿qué le dio Cristo á su patria? La mejor y más eficaz, que es el ejemplo. Treinta años de vida santísima, de conversación irreprehensible. ¡Qué sería ver aquel hermosísimo y honestísimo mancebo tratar con las gentes! ¡Su modestia, su humildad, su mansedumbre! ¡La obediencia á los padres! ¡El respeto á los mayores! ¡La llaneza con los iguales! ¡Su oración, su contemplación, su silencio! ¡Aquella juvenil gravedad, enemiga de todo vicio! Y por concluir ¡una vida ejemplar, dechado de toda perfección y virtud, ó por mejor decir, la misma virtud viva y encarnada, representada á los ojos, que bastara á enternecer corazones de piedras, y aficionar á los tigres de Hircania, poco digo, á los mismos demonios (si fueran capaces) pudiera convertir y enamorar! ¿Quién en tiempo tan largo no se aprovechó de tan milagrosa vida y ejemplos? *Neque si quis a mortuis resurrexerit, credent.* Por eso, cristianos, cuando viereis algún justo, devoto, ejemplar, mirad que su vida os predica; miradle como á un evangelio vivo; mirad que si ese no os edifica, por ventura os quitará Dios los otros remedios que deseáis. Compara el Espíritu Santo los justos á las ovejas que suben del lavadero trasquiladas y lavadas. *Omnes gemellis fœtibus et sterilis non est inter eas:* «To-

das, con las crías dobladas: los corderos mellizos»; porque se lavan á sí y al prójimo, y entre ellas ninguna hay estéril. ¿Pues todos los justos son pecadores? ¡Si todos predican y hacen provecho con su buen ejemplo! ¿Qué sermón puede aprovechar tanto y componer á los oyentes como la presencia del Santo Job, que en saliendo en público, dice: *Videbant me juvenes et abscondebantur; et senes assurgentes stabant; principes cessabant loqui* (Job., 25). «En viéndome los mozos, se escondían avergonzados; los viejos se levantaban con reverencia». *Vocem suam cohibebant duces*: «Los príncipes cortaban el hilo á sus pláticas, y se cosían las bocas de respeto, y los capitanes emudecían de temor». ¡Ah, que tiene gran fuerza la virtud, cuando es eminente y conocida! Que ni el negociante se atrevería á cohechar al juez si conociese en él un pecho magnánimo y gran celo de rectitud y justicia; ni el galan á solicitar á la dama si viese en ella la mesura y honestidad de una Lucrecia romana. Pero si sois una tortolilla y vanilla, que con señas y meneos y mil ademanes y lamerías vais rogando que os rueguen y convidando á que os conviden, ¿qué mucho que se os atrevan? Ni el maldiciente osaría á murmurar á la mesa del señor, si él fuese como San Agustín, que luego le atajaba con aquellos versos:

Quisquis amat dictis absentum rodere vitam
Hanc mensam indignam noverit esse sibi.
S. Aug.

«El que trata de roer la vida y fama de los ausentes, sepa que no es digno de sentarse á esta mesa». El señor ha de ser honrador de todos y favorecedor de todos; de su boca todos han de ser buenos, y en su presencia todos han de estar seguros. Pero si se hace muy al revés, será su casa una carnicería; y su mesa un tajón, donde se corten vidas y famas de todo el lugar, que ni queda caballero ni mercader, casada ni doncella, clérigo ni fraile. Si en tu presencia le diesen á uno una cuchillada, gran desacato sería; ¿cuánto mayor desacato será quitar la honra del alma? Ni los hijos ni las hijas tomarían licencia para muchas libertades si en la vida y costumbres de sus padres no hubiese vicio ni reprehensión. Por eso, pues, se niegan los milagros á Nazareth, que son los menos, por que no se aprovecharon de la conversación de Cristo, que es lo más.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Lo segundo, ¿qué diligencia hicieron éstos para gozar de estos milagros, después que tuvieron noticia de ellos? ¿Fueron para salir de su tierra ni de sus casas para oir á Cristo y ver sus maravillas, como lo hacían innumerables compañas de toda Judea y Jerusalem, y de la costa del mar donde estaba Cafarnao, y de los confines de Tiro y Sidón? *Qui venerant ut audirent eum et sanarentur a languoribus suis.* ¿Fueron siquiera para enviarle alguna embajada, rogándole que viniese? ¿Lleváronle algún enfermo que le curase? En Cafarnao se despoblaba el lugar por oirle. El centurión sale á suplicarle le sane su criado; los otros destejan la casa y guindan el paralítico y se le ponen delante; hacían lo que era en sí. Pero los de Nazareth estábanse rehacios en sus casas, y cuando vieron á Cristo por sus puertas, entonces se acordaron. *Quanta audivimus facta in Capharnaum, fac et hic in patria tuæ.* De esta manera fue el rey Herodes, cuando vino á sus oídos la fama de Cristo y sus milagros; tomóle gana de verle, y dijo: *Quis es iste de quo ego talia audio? quærebat videre eum*: «¿Quién es éste de quien oigo cosas tan nuevas y tan maravillosas? Mucho quisiera verle». Mas con todo no se meneó ni salió de su casa á buscarle. Y cuando se le llevaron allá, que Pilato se le remitió por ser de su jurisdicción, entonces, muy alegre, le pidió que hiciese alguna señal por darle gusto (como si fuera algún entremés para regocijar la corte); mas el Señor no hizo caso de él ni le habló palabra. De otra manera lo hizo la reina de Sabá: *Audita fama Salomonis, in nomine Domini, venit tentare eum in ænigmatibus.* «Oída la fama de la gran sabiduría de Salomón, la reina de Sabá (con ser mujer delicada y tan gran señora), sin atender al trabajo de su persona ni á gasto de su hacienda, vino de tan lejas tierras á Jerusalem á ver por sus ojos aquella grandeza que la fama publicaba». Y así mereció que Salomón la festejase é instruyese en lo que deseaba, y con más ricos dones que había traído la enviase á su tierra. Pues, *ecce plus quam Salomon hic* (Mat., 11): «Más es Cristo que Salomón, más sabio, más poderoso». Si éstos oyeron su fama, ¿por qué no salieron á buscarle, pues el camino era tan corto? Pluguiese á Dios que hubiese muchos de éstos el día de hoy en el pueblo cristiano, que para buscar á Cristo y negociar su salvación ninguna diligencia ponen. Cuando tenéis un pleito de mucha importancia, que os va la vida, la honra, la hacienda, tomáisle muy á pechos. En amaneciendo salís de casa, habláis al letrado, al procurador, informáis al juez; andáis la bolsa abierta, untando las manos á unos y á otros; buscáis el favor, el papel de la señora, la carta del grande; acompañáis á los oidores; asistís á la vista del pleito; estáis sin comer hasta la una. Señor, un hombre regalado como vos, que á la cama os habían de llevar el almuerzo, y os levantabais á las doce, que apenas podía el cape-

llán decir la misa.—Señor, esto es traer pleito, y como dicen, á lo tuyo tú.—Pero sea negocio ajeno, y escribeos vuestro amigo que le deis calor; ni madrugáis, ni salís de casa; cuando mucho, enviáis un recado al juez, ó le habláis un día acaso suplicándole despache presto aquel negocio que toca á un vuestro amigo, y en lo que de derecho hubiere lugar, le favorezca. ¿Qué tibieza es esa? Mal ajeno de pelo cuelga. Estas dos suertes de gentes hay en el pueblo cristiano. Todos deseamos salvarnos, y lo pretendemos; pero unos toman este negocio de veras; entendiendo lo que importa, menéanle como es razón; madrugan con tiempo; levántanse de la camilla de sus regalos y amor propio; salen de su mal estado; consultan letrados y confesores; dicen misas, dan limosnas, ayunan, piden oraciones de buenos, buscan el favor de la Virgen, la intercesión de los santos; éstos salen con ello. El hijo pródigo, luego que se determinó de dejar el oficio vil en que andaba, dijo: *Surgam et ibo ad patrem meum* (Luc., 13). Y como lo pensó, así lo hizo, sin dilación alguna. Otros toman este negocio por cumplimiento, como si no les tocase. Buenos deseos, propósitos, esperanza. Suplícoos, Señor, que como perdonaste á María Magdalena me perdonéis á mí; como convertiste al buen ladrón á la hora de su muerte, muera yo. *Moriatur anima mea morte justorum.* Quieren morir como santos y vivir como Epicúreos ó Heliogábalos. Tómanlo como negocio de burla, porque nada hacen ni se menean ni salen fuera un paso por esta empresa más que los de Nazareth. Sólo quieren que haga Cristo milagro para convertirlos. *Fac et hic in patria tua.* Encontráis á la mujer pecadora y diréisle con caridad: Hermana, salid de ese mal estado; ¿á cuándo esperáis? Y al otro logrero: Hermano, restituid; ¿no sabéis que no se perdona el pecado si no se restituye lo mal llevado? Responderos ha: Padre, no debe ser llegada mi hora; Dios es grande. Cuando su divina mano me tocare. ¿Y vos hacéis algo de vuestra parte? ¿Redimís vuestros pecados con limosnas, como dice Daniel? ¿Enterráis los muertos, como Tobías? ¿Leéis algún buen libro que os enternezca, como ei Eunuco? ¿Sufrís vuestras injurias, como David? ¿Salís de vuestros confines, como la Cananea? ¿Lloráis vuestras culpas, como la Magdalena? Nada de esto, sino estarse quedos en sus pecados, y Dios, si viniere, bien, y si no, también, pues aún ahí lloraréis, y no sé cómo os irá: si será como Esaú y Antíoco, que no hallaron lugar de penitencia, aunque con lágrimas y grandes muestras de contrición le buscaron, porque en realidad de verdad eran lágrimas fingidas y penitencia nacida de amor propio. ¿Qué será de vos, que ni eso ni esotro tenéis? Oid á este propósito un lugar del profeta Isaías, dificilísimo, tanto que San Bernardo le pidió á Ricardo de Santo Víctor se le declarase. *Onus Duma ad me clamat ex Seir. Custos, quid de nocte? Custos, quid de nocte? Dixit custos: Venit mane et nox. Si quæritis, quærite; convertimini et venite.* Aunque Ricardo y otros doctores dicen cerca de este lugar muy buenas alegorías, yo os diré el sentido literal. «Figurad una ciudad murada y torreada que se vela de noche, y en la más alta torre está la centinela tañendo la campana de la vela. Y óyese dar voces de lejos: ¡Ah de la guarda! ¡Ah de la vela! ¿Qué hay de la noche? ¿Qué hora es? ¿Habéis sentido enemigos? Responde la guardia: ¿Qué gritería es esta sin para qué? Digo que viene la mañana y la noche también. A la noche sucede el día y al día la noche; ¿eso quién no lo sabe? Pues no se os puede decir más desde aquí. Si queréis informaros de otra cosa, no preguntéis de tan lejos, sino llegaos acá y venid adonde yo estoy». La ciudad que se velaba era Jerusalem (ciudad de Dios). El atalaya y centinela, el profeta Isaías. Los idumeos (descendientes de Esaú, que habitaban en la montaña de Seir), viéndose oprimidos de los asirios y caldeos, enviaron á preguntar al Profeta cuándo se había de acabar aquella calamidad. Y esto significa aquella pregunta: ¿Qué hay de la noche? Pero enfádase el Profeta que desde allá le pregunten: *Onus ad me clamat ex Seir.* Gran castigo viene sobre los idumeos. ¡Y mirad de dónde á dónde me dan gritos! Desde Seir á Jerusalem. Pues digo que veo venir la mañana y la noche. Yo veo regalos y castigos, consuelos y azotes, prosperidad y adversidad. Si queréis saber qué suerte os ha de caber de éstas, si preguntáis, preguntad de veras, inquirid con diligencia, salid de vuestra tierra y venid donde yo estoy para informaros de negocio tan grave. Porque estando vuestras cosas en tanto riesgo, vivir vosotros con tal seguridad y tratar del remedio con tal tibieza, como si no os tocase, es descuido digno de gravísima pena, y por eso con ella os amenazo. *Si quæritis, quærite.* Veis aquí condenados á los de Nazareth, que desde sus casas quieren ver milagros. Veis aquí condenados nuestros sueños, nuestras tibiezas, nuestras indeterminaciones, que sin hacer diligencias queremos salvarnos. Hermanos míos, *si quæritis, quærite;* si buscáis á Dios, buscarle de veras; si queréis ir al cielo, haced las obras. Mañana hay en que amanece el día claro y sereno de la bienaventuranza, y noche tenebrosa y oscura de la eterna condenación. Si deseáis gozar del día y no ver la noche, *convertimini et venite*; volved las espaldas al mundo, carne y demonio; salid del pecado y venid de hecho á Dios. Esa determinación es necesaria en negocio tan impor-

tante, y por falta de ella fueron frustrados de su intento los de Nazareth.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Mas porque estaban apasionados, el Señor no los quería exasperar; echa la culpa á la costumbre. *Amen dico vobis quia nemo Propheta acceptus est in patria sua.* Ya es plaga vieja no ser los Profetas honrados en sus patrias. Luego, Señor, ¿porque en la vuestra no os honran, no queréis hacer milagros en ella? ¿Vos no sois maestro de humildad, que con obras y palabras nos enseñastes el desprecio del mundo y de todas las cosas temporales? Cuando os querían hacer rey, huistes, y cuando os pusieron el título de rey en la cruz, que ni pudistes huir por tener preso los pies, ni quitarle con la mano, por estar ambas clavadas, expirando desviastes la cabesa, huyendo como pudistes aquella honra; ¿qué novedad es ahora esta de no querer vivir ni hacer señales en vuestra tierra, porque no os estiman, haciendo infinitas en esotras partes adonde os celebran? Los santos vuestros siervos, guiados con vuestro espíritu, no digo vivir, pero ni aun entrar querían adonde los honraban. Y mi padre santo Domingo decía que de bonísima gana iba á Carcasona, adonde los herejes le hacían mil befas, y de muy mala á Tolosa, á donde de todo el pueblo era reverenciado. Si esto hacen los discípulos y siervos, ¿qué debe hacer el Maestro y Señor? No era codicioso de honras mundanas el humildísimo Jesús, antes vino al mundo á ser por nosotros deshonrado, como lo confiesa de sí por boca del Profeta Rey: *Ego autem sum vermis et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis.* Señor, ¿cómo decís que no sois hombre? *Verbum caro factum est*, dice San Juan, y la Iglesia canta: *Et homo factus est*; que sois verdadero Dios, y verdadero hombre. No quiere decir eso, sino que no es hombre como los del siglo. Dícenle á uno una palabra injuriosa, y echa mano á una daga, y córtale la cara, y dicen luego: halo hecho como hombre. Es muy gran mentira; no lo hizo sino como bestia, que tira coces á quien la hiere. No soy yo (dice Cristo) hombre de esos, porque mil injurias me han hecho, y pacientísimamente las he sufrido. Soy gusanillo que sin estruendo pasa por el camino, que el pastor y el arrierro le pisan y no se queja. ¿Quién jamás vió á un gusano quejarse? ¡Oh hijo del eterno Dios, cuán quieto y sin estruendo temporal pasaste por este mundo, pecho por tierra como gusanito, humilde, pobre, hollado, agraviado de los pecadores! *Et non aperuit os suum*: «No abrió su boca para quejarse». ¿Qué más? *Opprobrium hominum et abjectio plebis*: «Afrenta de los hombres y desprecio del pueblo». ¡Oh cosa maravillosa, que siendo vos, Dios mío, corona, resplandor, ornamento y singular hermosura de todo el linaje humano (pues toda nuestra gloria es haberos vos hecho hombre) digáis ahora que sois mengua y escarnio de los hombres! Quiere decir, que todas las deshonras y afrentas que por todos los hombres están repartidas, en él están juntas y acumuladas, y que de muy buena gana las llevó por nuestro amor. Soy molde de injurias y vituperios. Pues á quien está tan habituado á ellas no se le haría nuevo ni pesado el desprecio de su pueblo. Pero deja de hacer milagros y enseñarlos, porque no serían de provecho; porque cuando se tiene en poco la persona, no se hará mucho caso de la doctrina. Quiere dar autoridad á sus ministros y predicadores evangélicos, para que se hagan respetar y reverenciar, y advertirlos también que miren mucho no pierdan el buen nombre y reputación en el pueblo, no tanto por su particular, como por el bien común, porque en desdorándose sus personas, luego lo viene á pagar la doctrina; y parece en el poco fruto que los sermones hacen. A propósito de esto dice el Eclesiástico: *Honora medicum propter necessitatem*, no por la necesidad que él tiene del honor (aunque le es muy debido por su esencia), sino por la que tú tienes de su crédito; porque el médico reputado es mejor obedecido del enfermo, y así la cura tendrá más efecto. De modo que la estimación del médico recambia en la salud del enfermo. Esto mismo se verifica mejor en el médico espiritual. ¿Pensáis que hacemos nuestro negocio cuando queremos que nos honréis y nos pesa porque nos murmuráis y sacáis á plaza nuestros defectos? Que no es interés ni codicia de vanagloria, sino *propter necessitatem*, por la necesidad que vos tenéis de nuestra buena reputación para la salud de vuestras almas: porque del predicador acreditado se toma mejor el consejo, y se recibe la reprehensión, y hacen impresión sus palabras y avisos; del que no lo es luego os reís y decís: *Medice, cura te ipsum*, y por no querer ser curado de él, os quedáis con vuestra enfermedad. De aquí nace el celo que tiene Dios de la honra de sus ministros, cómo quiere que sean venerados, y lo que siente que alguno se les atreva tomando la injuria por suya, y vengándola mejor que si fuera propia. *Nolite tangere Christos meos et in Prophetis meis nolite malignari*: «No me toquéis á mis Cristos, á mis ungidos, á mis sacerdotes, que quien á ellos les toca en el pelo de la ropa, me lastima á mí en las luces de mis ojos». Y no maliciéis, ni malsinéis á mis profetas; no calumniéis la vida de mis predicadores, que ofendéis á mi autoridad, y á mi palabra que ellos predican. Aun decirles sus faltas naturales (en que no merecen ni desmerecen) no quiere sufrir. Iba

el Profeta Elíseo camino de Bethel, y salen los muchachos del lugar y danle grita: *Ascende, calve! ascende, calve!* Envía Dios dos osos de la montaña, y despedazaron cuarenta y dos muchachos. Señor, ¿pues qué tanto fue decirle calvo, si lo era? ¿Y muchachos de poco seso? *Pueri parvi.* ¿Y no bastara darle á cada uno media docena de azotes, sino un castigo tan atroz, tan desusado, tan repentino? Más. Que ni aun hablarles honrosamente por ironía permite. Envía el rey Ochozías á prender al Profeta Elías un capitán con cincuenta soldados. Y llegando al monte donde estaba le dijo: *Homo Dei, Rex præcepit ut descendas.* «Hombre de Dios, descended, que el rey os llama». Responde Elías: Tú me llamas hombre de Dios por mofa; mas en prueba de que yo lo soy, caiga fuego del cielo y abrase á ti y á tus compañeros. Al punto descendió fuego del cielo, y los hizo carbón. Viene otro capitán con cincuenta soldados con la misma demanda, y quémalos fuego del cielo. ¡Qué bien mandados eran éstos á su rey! Si Dios les mandara ir donde los habían de quemar, ¡qué poquitos se hallaran que fueran! Viene el tercero, é híncase de rodillas, y dícele: *Homo Dei, noli despicere animam meam et animas servorum tuorum quæ mecum sunt.* «Hombre de Dios, habe misericordia de mí y de mis compañeros». A éste que lo dijo de veras no le hizo mal, antes se vino con él. Señor, pues los que ahora á vuestros siervos les llaman hombres del diablo; los que pregonan sus faltas, no las naturales, sino las morales, y aun no las que tienen, sino las que pueden tener, ó las que ellos imaginan es posible que tengan; los que no por falta de seso, sino por sobra de pasión, y por vengarse del agravio que no les hicieron, infaman á vuestros Cristos, y los desautorizan y desacreditan, ¿no hay para éstos osos que los desgarren ni fuego del cielo que los quemen? No, que en la ley de gracia está Dios más flemático y sufrido; pero habrá para ellos fuego del infierno, y fieras infernales que les den su merecido castigo. Que el mismo Dios es y no precia menos, sino más, á sus ministros que dispensan la sangre de su Hijo.—Padre, yo no publico la falta del eclesiástico, pero nótola, y gusto de saberla, para avisarle que mire por sí, y cuando no lo hiciere, dar noticia á su prelado ó superior que le corrija.—¿Y quién os hizo á vos juez ó fiscal de esa causa? Meted la mano en el pecho, y mirad qué os mueve á hacer esa inquisición. Cuando el rey David con todo su pueblo llevaba á Jerusalem el arca del testamento, pusieron el arca en una carreta nueva, y los bueyes que la tiraban empezaron á dar coces, y ladeáronla un poco. Oza, que iba allí junto, extendió la mano y túvola; por lo cual, indignado el Señor terriblemente, al punto le quitó la vida. *Percussit eum super temeritate.* ¡Válgame Dios! ¿tan grave pecado fue sustentar el arca no se cayese? Antes parece acto de religión, como si un seglar tuviese la hostia consagrada no cayese en el lodo. ¿Pues por qué tanto rigor? Muchas razones dan los doctores; mas la que hace á nuestro propósito es de Ruperto Abad: Que, como se colige de Josefo, Oza no era sacerdote, y el arca no estaba muy inclinada, ni tenía mucha necesidad de sustentación, y así, porque temerariamente llegó á tenerla, y más que, según dicen, no estaba limpio de conversación carnal, por eso le castigó el Señor repentinamente. Los bueyes que traen el arca son los sacerdotes y predicadores que trabajan en romper y labrar la tierra de la Iglesia. Así los llama San Pablo, declarando el sentido místico de aquel lugar. *Non alligabis os bovi trituranti.* ¿Qué le va á Dios que coman vuestros bueyes? *Propter nos utique scripta sunt.* Por nosotros lo dice. Que nos habéis de dar competente sustentación por nuestro trabajo. Acá decís: El abad, de donde canta de allí yanta. Estos bueyes tiran el arca, porque en el arca había la vara de Aarón, las tablas de la ley, la urna del maná. Ellos tienen la vara de la jurisdicción eclesiástica, la ciencia de la ley divina, el maná de los Sacramentos que administran. Si alguna vez ladearen el arca; si desconcertaren el paso; si hicieren algún exceso, no tiene licencia el seglar, el carnal, de tocar al arca, aunque sea para tenerla. No tenéis vos que andar escudriñando la vida del eclesiástico, aunque sea para mejorarle; no es ese vuestro oficio ni tiene necesidad de vuestra ayuda y sustentación. Córrese un hombre de que nadie le ponga la mano á su hijo; á cargo de su padre está el castigarle. Visitadores tienen y superiores á quien toca ese cuidado; velen ellos en la guarda de sus súbditos, y dormid vos; porque si lo contrario hiciereis, castigaros ha Dios *super temeritate:* «Por ese atrevimiento sacrílego». Y temed no sea en esta vida también, que muchos han pagado ese delito, como Oza, de contado. Veis aquí como solo quiere Cristo la honra para autorizar sus milagros y dotrina; y la razón porque la negaba á Nazareth y la daba á Cafarnao: porque aquí siendo estimado hacía fruto y acullá nó. La prueba de esto tenemos en la mano. Porque de algunos pocos milagros que hizo en su tierra (como cuenta San Mateo) y de este sermón que les predicó, el fruto que sacaron fue mofar de él. *¿Unde huic sapientia hæc et virtutes?* (Mat., 13). ¿Este no es hijo de un carpintero? Y no contentos con el escarnio, córrense de que les prefieran á los extranjeros. *Repleti sunt omnes in Synagoga ira hæc audientes.* Y levántanse de sus asientos y atajan el sermón, y échanle del

púlpito y de la ciudad con grande ignominia; y llévanle con gran furia á despeñar. Este es el pago que los malos y desagradecidos dan á Cristo y á los que les predican la verdad. Como el frenético que se vuelve contra el médico que le cura. *Generatio prava atque perversa: hæccine reddis Domino, popule stulte et insipiens?* «Generación bastarda, corrupta, torcida, hijos ajenos é ilegítimos, ¿este pago das al Señor, pueblo loco y necio? ¿Así le agradeces el haberse naturalizado y criado en ti?» Bien dijo el poeta:

Ira furor brevis est.
HORACIO.

«La ira es una breve locura». No difieren más que en el tiempo; que ira pasa, y la locura permanece. Un hombre airado es un loco furioso, desatado. ¡Oh que se pasa presto! También pasa presto un rayo, pero ya veis con qué estallido y con cuánta ruina y destruición de todo lo que encuentra. ¿Qué se me da á mí que te se quite presto el enojo, si mientras te dura hundes la casa y abarrajas y atropellas cuanto te se pone delante? Estos nazarenos así se enfurecieron con la cólera, que despeñaran al Hijo de Dios; sino que él, por su misericordia, les ató las manos y les quitó la facultad de hacer tanto mal.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Jesus autem transiens per medium illorum ibat: «El Señor, pasando por medio de ellos (no huyendo, ni haciéndose invisible, sino suspendiéndoles el acto de su malicia), dejólos atónitos y embelesados». Como lo profetizó Isaías: *Obstupescite et admiramini, fluctuate et vacillate; inebriamini et non a vino.* Usa el Profeta de gran tropel de palabras para exagerar la ceguedad de los judíos. ¿No os ha acontecido estar pensando alguna cosa, y arrobaros tanto con la imaginación vehemente, que ni entendéis lo que os dicen ni veis á los que pasan delante de vos? Pues así dice el Profeta: «Arrobaos, distraeos, divertíos, cegaos, ándeseos todo alrededor como á borrachos y no de vino». La borrachez de vino digiérese con el sueño; éstos, cuanto más dormidos, más embriagados. Es un vahido de cabeza, un arrebatamiento, un no atender á las palabras de Dios ni sentarse en ellas, un dormir á todo lo bueno, estando despiertos á lo malo; un ir por medio de ellos Jesucristo, y no mirar en él. Que estarán oyendo misa y viéndola celebrar, y no tengan atención á ella; ni cuando rezan saben lo que dicen, y andan enjoyados, pasmados y asombrados. Pasarán una y muchas veces delante de un crucifijo, y no consideran ni echan de ver qué representación es aquélla, ni qué voces están dando aquellas llagas contra sus pecados. Sordos á las inspiraciones de Dios, todo es carreras acá con el entendimiento, carreras allá con la imaginación; traénlos sus pecados como bestias de noria, tapados los ojos, que ni saben lo que dicen, ni miran lo que hacen, ni consideran á dónde van. Con este castigo amenazó Dios á los quebrantadores de su ley. *Percutiat te Dominus amentia et cæcitate ac furore mentis, et palpes in meridie sicut palpare solet cæcus in tenebris, et non dirigas vias tuas.* Justo castigo del pecador: que tenga delante la luz, y no atiene á ella; que vaya por medio de ellos Jesucristo, y le anden á buscar y no le hallen, ni encuentren con él, antes se cieguen mirándole; que sea medio día, al tiempo que más resplandecen los rayos de la misericordia de Dios, de su doctrina y milagros, y anden á tientaparedes, como á media noche. *Jesus autem transiens per medium illorum ibat.* Entre legos disolutos, y entre clérigos profanos, y entre falsos y aparentes religiosos, por medio de todos va; no los confunde, ni se venga de ellos; espéralos á penitencia; detiéneles las manos, porque no le ofendan tanto. ¡Bendita sea tu clemencia, Señor, que así atajaste la furia con que me iba á despeñar! Grandes pecados he hecho, pero sin comparación fueran mayores si no me tuviera tu gracia. *Nisi quia Dominus adjuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea* (Salmo 93): «Si no fuera porque el Señor me ayudó, ya estuvo mi alma avecindada en el infierno». No hay para qué eche nadie la culpa á su vecino. Miremos todos de repaso y con ánimo desapasionado la causa de nuestra conciencia; examine cada cual su corazón, y hallará, no una, sino muchas causas de temer la justicia de Dios, airada contra sí. Desdoble bien sus afectos y deseos, y mírelos al viso de la ley de Dios y su luz, y hallarse ha aborrecedor de todo lo que Dios ama y aficionado de todo su corazón á todo lo que Dios aborrece. Amigo de vanidad y enemigo de religión y virtud, tanto que venga á decir: Desventurado de mí, ¿qué ando yo mirando á los otros? Basto yo y mis pecados para que Dios castigue á este pueblo. Este es verdadero conocimiento de sí mismo, y camino cierto de aplacar á Dios, para que se quede con nosotros, y haga sus maravillas acostumbradas, dándonos aquí gracia y después gloria. Amen.

CONSIDERACIONES

DEL

MARTES DESPUES DEL DOMINGO

TERCERO DE CUARESMA

Si peccaverit in te frater tuus, vade, corripe eum inter te et ipsum solum.

(MAT., 18).

El santo Evangelio contiene cuatro puntos principales. El primero es el precepto de la corrección fraterna, doctrina importantísima para la salud de los fieles, aunque de pocos sabida y de menos practicada. Dice así: Si pecare contra ti tu hermano, ve y avísale entre ti y él á solas. Si se enmendare, habrás ganado á tu hermano; si no se enmienda, llama contigo otro ú otros dos testigos, en cuya presencia le amonestes, porque lo que se prueba con dos ó tres testigos se tiene por firme y valedero; y si ni por tu dicho, ni por el respecto de los testigos se refrenare, denúnciale al pastor y prelado de la iglesia que le tiene á su cargo; y si fuere tan protervo que ni aun eso baste á componerle, y no hiciere caso de la admonición eclesiástica, tenle de ahí adelante por pagano y perdido. Y porque los obstinados y así excluídos de la Iglesia no tengan en poco esta pena de excomunión, dice en el segundo punto que es tan grande la autoridad y jurisdicción de los prelados eclesiásticos, que todo lo que ligan en la tierra se da por ligado en el cielo, y lo que desatan en la tierra es desatado en el cielo. En el tercer punto, muestra la utilidad que resulta de la concordia y unidad de los fieles entre sí, y es que si dos de ellos siquiera se juntan en el nombre y amor de Cristo á pedir alguna cosa al Padre Eterno, cualquiera que sea, como les esté bien, la alcanzarán; porque en medio de ellos está Jesucristo, que da esta eficacia á su petición. Ultimamente trata de la remisión de las injurias; porque el apóstol San Pedro, tomando ocasión de la palabra de Cristo: si pecare contra ti tu hermano, se llegó á él y le preguntó: Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y le perdonaré? ¿Basta hasta siete veces? No le pareció á San Pedro que se alargaba poco perdonar siete injurias; pero respondióle el Hijo de Dios: No te digo siete veces, sino setenta veces siete. Como si dijera: tantas cuantas veces pecare. Esta es la letra del santo Evangelio. Pidamos la gracia del Espíritu Santo, por intercesión de la Virgen Sacratísima. Ave.

INTRODUCCION

En aquella sagrada pintura que en el capítulo cuarto de los Cantares hace el Espíritu Santo de las virtudes de una alma que por la gracia es levantada á ser esposa de Dios, después que por los ojos, cabellos y dientes ha significado la hermosura y ornato interior de que sólo gozan los ojos del esposo, y queriendo retratar exterior, que es patente á los de los hombres, empieza por los labios, por ser la habla imagen del ánimo y gran indicio de lo que cada uno es. *Sicut vitta coccinea labia tua et eloquium tuum dulce*: «Como cinta de grana son, esposa, tus labios, y tu habla es dulce, suave». La lindeza de unos labios es ser colorados; lo que dicen del coral, que parece están vertiendo sangre, y que sean delgados y blandos. Ambas cosas da á entender por la venda colorada. O como dice el Hebreo: *Filum coccineum.* Al medio de la altura del rostro se señalan los labios, como un perfil colorado, una cintica, un hilo de grana. Más. Parece muy bien en una mujer la habla agraciada, la voz no varonil, bronca, recia que descalabre, sino el tono suave, delgado, amoroso, que regale el oído y se pegue al

corazón. Eso es *eloquium tuum dulce.* Por los labios se entienden las palabras que con ellos se forman. *Erat terra labii unius.* Antes de la torre de Babel, todos hablaban una lengua, y los que pregonan las alabanzas de Dios y piden su favor y ayudas se llaman: *Populus electi labii.* Pues el lenguaje, las palabras de cristiano, han de ser como cinta de grana. San Gregorio sobre este lugar, y explicando el sacrificio de la vaca bermeja, por la grana dos veces teñida (que el Señor pedía para el servicio de su tabernáculo, y para el velo del santuario, y para el pontifical del sacerdote) entiende la caridad encendida en amor de Dios y del prójimo. Por donde entonces el cristiano tiene labios de grana dos veces teñida cuando las palabras que habla se ordenan para gloria de Dios y edificación de los prójimos. Allá el poeta introduce hablando á su Venus *ore roseo:* «con boca de rosas ó rosada». Así el Espíritu Santo quiere que el alma cristiana hable con boca de grana dos veces teñida; esto es, toda inflamada en caridad, y que sus palabras sean brasas encendidas como las de Elías, que enciendan los corazones helados de los pecadores. Tales labios como estos tuvieron los apóstoles cuando les fue dado el Espíritu Santo en lenguas de fuego, con que predicaron la gloria de Dios y trajeron las gentes al conocimiento de la verdad. Compáranse estos labios á la cinta, porque la cinta encordona los cabellos que estaban sueltos y desgreñados y los recoge y ordena. Así las palabras que proceden de la caridad, *que est vinculum perfectionis,* «que es lazada y atadura perfecta», enlazan á los fieles, que son los cabellos de la Iglesia, y los juntan en vínculo de amor y concordia, y los recogen cuando andan sueltos y desordenados en sus vicios. La dulzura de la habla significa la mansedumbre y modestia que el cristiano ha de guardar en sus palabras, y la dirección que San Pablo pide: *Sermo noster semper in gratia, sale sit conditus.* «Sea siempre vuestra plática en gracia, rociada con sal de sabiduría». San Ambrosio dice: Que pide discreción para saber hablar á tiempo y en lugar, y con persona que haga provecho, y para saber callar cuando el oyente es intratable y duro, y que antes se enojará con lo bueno que le dijeren. Y por que no se piense que nos quieren graciosos y decidores (como los que el mundo celebra por hombres de buenos dichos) dice: *in gratiæ sale conditus.* «Que la sal y discreción de nuestra habla sea conforme á la gracia de Dios»; esto es, que sean palabras dignas de hombre que está en gracia, y á propósito de traer á ella al pecador que está en desgracia de Dios. Esto es tener labios colorados y linda habla. Y adonde esto es mucho menester es en la corrección fraterna, que es uno de los principales actos de la caridad. Corregir al hermano porque no ofenda á Dios es acto propio de amor y de la miseria del prójimo. El que ama á una persona no querría que nadie la injuriase ni diese pena. Ama la caridad á Dios, y así no querría que nadie le deserviese. Y como quita (estando en vos) que no le ofendáis, así lo querría acabar con los otros. Un agente, lo que procura es echar á su contrario; el calor, ya veis la guerra que trae con el frío y cómo le procura echar del mundo, y al revés. Son la caridad y el pecado opuestos; y así la caridad se esfuerza á desterrarle y expelerle de donde está encastillado, tomando por medio la corrección, la cual, cuando sale de un pecho cristiano y caritativo, es cinta de grana dos veces teñida; porque procura la honra de Dios y el remedio del hermano, y le pretende recoger, que anda derramado y sin orden como los cabellos esparcidos al viento, á peligro de quedar ahorcado de ellos en la muerte, como Absalón en la encina. Quiérele encordonar y enhilar con los otros justos y atarle con atadura de amor. Los huesos secos que vio Ecequiel, mientras estaban cada uno por su parte esparcidos por el campo no entró en ellos espíritu de vida; pero después que se juntaron cada uno en su lugar, y se ligaron y trabaron con nervios, y cubrieron de carne y de piel, luego entró en ellos el espíritu y vivieron. Así, dice Orígenes, mientras los pecadores están apartados de la comunicación de los justos, y derramados en sus desórdenes y solturas sin unión y liga de caridad, no tienen vida de gracia. *Qui non diligit manet in morte:* «El que no ama es como cuerpo muerto en la sepultura». En persona de éstos le dice: *Dissipata sunt ossa nostra secus infernum.* «Desperdiciados están nuestros huesos al derredor del infierno». Un hombre en pecado es hueso seco arrojado á la puerta del infierno, como la leña que está á la boca del horno. No falta más sino llegar la muerte y echarle en la hoguera. Pues estos huesos derramados y pecadores perdidos pretende la caridad ayuntar, y los liga y traba con vínculo de amor, para que resuciten de la muerte del pecado y participen del espíritu vital de la gracia que anima á todos los justos. Ved si es de provecho esta cinta ó hilo de grana. Más; porque también estos labios vierten sangre, la cinta colorada sirve para atar el brazo en la sangría. Y esto que es sacar sangre, reprehender el vicio, para evacuar el mal humor de que peca el doliente, poner en razón á quien anda fuera de ella, suele ser molesto al pecador apasionado, enemigo de su propia salud; es menester para que aproveche gran tiento y discreción. *Et eloquium tuum dulce.* Palabras dulces, melosas,

suaves, amorosas, en tiempo y sazón dichas, son menester para la corrección. San Pablo: *Fratres, si præoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos, qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis; considerans te ipsum ne et tu tenteris. Alter alterius onera portate et sic adimplebitis legem Christi* (Galat., 6). «Hermanos, si alguno como hombre flaco fuere salteador de algún delito (no hablo de los descarados que han perdido la vergüenza á Dios y al mundo, que atropellan toda la ley, sino del que por ignorancia ó por flaqueza y sobra de pasión cayó en algún pecado), vosotros que tenéis más conocimiento de la virtud, vosotros que como descalabrados sabéis qué es golpe del pecado, instruid á este tal con espíritu de blandura y mansedumbre, blanda la mano, porque se deje curar». *Quoniam supervenit mansuetudo et corripiemur*: «Porque si viene la mansedumbre, seremos corregidos, dice David, no con ira ó con soberbia». *Considerans te ipsum ne et tu tenteris:* «Acuérdate que eres hombre como él y que puedes caer». Que los sanos sufren á los enfermos, y entierran á los muertos porque entienden que pueden ellos también enfermar y morir. Más; si él tiene esa falta, considérate tu y hallarás en ti quizá otras mayores, y si hizo ese pecado, tiene otras bondades. Pero cuando en él no haya cosa buena, ni en ti cosa mala, considera, dice San Gregorio, que en él es obra de Satanás y en ti es obra de Jesucristo, y no tuya. Ha de ser la corrección de manera que aproveche al otro la humildad y mansedumbre que tú llevares. *Alter alterius onera portate.* Ya dijimos aquí que el pecado es carga que con su peso lleva el alma al profundo del infierno; pues entonces quitemos esta carga de los hombros de nuestros hermanos, dice San Basilio, *quotiescumque operam damus ut resipiscant qui peccant.* Como dice Isaías de Cristo: *Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit.* Responde San Basilio: *Non quod in se hæc susceperit (scilicet peccata) sed quod eos in quibus hæc erant curaverit.* No tomó Cristo en sí pecados, sino curó á los hombres que los tenían, y eso fue quitarlos ó llevarlos; y así, curando á nuestros hermanos de las dolencias de sus culpas, sobrellevamos ó quitamos sus cargas. *Et sic adimplebitis legem Christi*: «Y así cumplimos la ley de Cristo». San Agustín dice que esta ley es la caridad, que obligó á Cristo encargarse de la cura de nuestros pecados. Y San Basilio dice que esta ley en particular es este precepto de la corrección fraternal; porque, como Cristo dice de sí que no vino á llamar á los que se tenían por justos, sino á los pecadores, á penitencia así, nos puso ley que procuremos nosotros lo mismo de atraer á penitencia al que conociéremos estar detenido en algún pecado. Pero veamos cómo se ha de hacer en el evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Si peccaverit in te frater tuus, vade et corripe eum inter te et ipsum solum. Pone en condición: si pecare; porque, bien mirado, ninguno había de pecar, pues el pecado es contra naturaleza del hombre (á quien es propio vivir conforme á razón). Más. Es contra la voluntad de Dios. *Nemini mandavit impie agere, et nemini dedit spatium peccandi*: «A ninguno le mandó que hiciese mal, antes todo lo contrario, y á ninguno dio licencia ni espacio de pecar»; espacio de penitencia, eso sí. Para eso da vida al pecador, esperándole que se convierta y se enmiende. *Dedit ei Deus locum pœnitendi et ipse abutitur eo in superbiam.* Aunque algunos usan mal de sus esperas y se hacen peores cada día. Por eso debajo de condición: Si pecare. De tres maneras puede ser la obra que en los otros viéremos: ó claramente buena, ó claramente mala, ó indiferente. Y en todas nos enseña Cristo cómo nos habemos de haber. Por lo bueno, alabar á Dios, de quien proceden todos los bienes, *Ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est.* Lo indiferente, echarlo á la mejor parte. *Nolite judicare et non judicabimini.* No quiere Dios que seáis adivino ni certero en lo dudoso. En lo malo, que no se puede echar á buena parte, como si vuestro hermano hurtó, no restituyó, está amancebado, perjura, etc., corregidle. De suerte que la materia de la corrección es el pecado, como de la absolución. Más; pecado sabido y conocido: *Si peccaverit in te* (dice San Agustín *coram te*, «delante de ti ó sabiéndolo tú con residencia»). Habéis de tener certeza de la culpa para corregirla, porque llegar en duda sería afrentar al prójimo. *Prius quam interroges ne vituperes quemquam; et cum interrogaveris, corripe juste.* Antes que estés enterado del delito, no vituperes á ninguno, no le reprehendas, que es afrentarle; pero des que estuvieres cierto de la verdad, corrige al delincuente justamente; esto es, guardando las debidas circunstancias. El médico no sangra sino al enfermo, y el discreto no ha de corregir sino al pecador. Pero mirad que no os dan licencia para ser fiscal de vidas ajenas, ni que andéis como perro ventor oliendo y escudriñando lo que el otro hace, y cómo vive, para sacarlo de rastro como hacen los soplones y malsines. Ese no es oficio de caridad y de hermano, sino del demonio, que es acusador de nuestros hermanos, que anda echando cercos; *circuivi terram et perambulavi eam*, y viene á acusar á Job. Contra esta maligna curiosidad nos amonesta el Sabio: *Ne insidieris*

et quæras iniquitatem in domo justi, neque vastes requiem ejus (Prov., 24). «No pongas asechanzas, ni columbres, ni traigas espías, buscando pecado en casa del justo, ni le inquietes ni desasosiegues, déjale en paz». San Agustín: Mándanos Dios cuidar del remedio de nuestros hermanos, *non quærendo quid reprehendas, sed videndo quid corrigas*: «No buscando que reprehender, sino viendo lo que has de corregir». Eso es *si peccaverit in te.* Viéndole tú acaso, sin quererlo ver, ni inquirirlo, tropezó en ti. Más. *In te*: «Contra ti», haciéndote injuria. Así también lo explica San Agustín en el mismo lugar de arriba, de donde se colige, por evidente consecuencia, que cuando peca, aunque no sea contra ti, estás obligado á corregirle. Porque si manda el Señor tener tanto cuidado de la salud del hermano, que habiéndome ofendido me he de olvidar de la ofensa que me hizo, y deponer las señales de enemistad, y tratar tan de veras de su remedio y reformación, ¿cuánto más deberé hacer esto cuando en nada me ha agraviado ni su culpa es derechamente contra mí? Pero el Doctor Angélico levanta más esto de punto, y dice: Que todo pecado que el hombre hace delante de ti, ó teniendo tú de su culpa cierta noticia (ora sea contra Dios de su objeto, como el perjurio y la blasfemia, ora contra sí mismo, como la gula ó sensualidad y destemplanza, ora contra el prójimo por alguna injusticia), es injuria particular que te hace á ti, que lo ves y lo sabes. Porque quien ofende al padre delante su hijo, también ofende al hijo; y quien agravia al señor delante su criado, también injuria al criado. Luego quien delante de ti ofende á Dios, á ti te ofende, si te precias de hijo y siervo suyo. Es tanto el amor que Dios nos tiene, que nuestras particulares injurias las toma por propias. Y así dice: *Qui vos tangit, tangit pupillam oculi mei* (Zac.). ¡Extraño encarecimiento de amor! «El que os toca en el pelo de la ropa, me lastima á mí en los ojos». Y no dice luces ó niñetas, sino en la luz de mi ojo, que cuando es sola se precia más. Y Cristo glorificado: *Saule, Saule, cur me persequeris?* Señor, en el cielo, ¿qué persecución podéis padecer? Padézcola en la tierra, en mis miembros. Como cuando os pisa el pie y se queja la lengua: ¿Por qué me pisáis? Así, persigue Saulo á los fieles; quéjase Cristo: ¿Por qué me persigues? En retorno de esto, la caridad tiene por propias las ofensas de Dios. *Tabescere me fecit zelus meus quia obliti sunt verba tua inimici mei.* Señor, decía David, siento tanto ver que los malos quebrantan vuestra divina ley, que el celo de vuestra honra despreciada me consume la vida y seca los huesos. También la misma caridad hace sentir como propios los pecados de los prójimos, porque todos somos un cuerpo y unos miembros de otros. Y como la herida de la mano todo el cuerpo la siente, así habéis de doler del pecado ajeno, como si vos pecarais. Cristo, por ser nuestra cabeza, llamó á nuestros pecados suyos; y como tales pagó por ellos. *Longe a salate mea verba delictorum meorum.* Y San Pablo: *Quis infirmatur et ego non infirmor?* Y Moisés: *Aut dimitte eis hanc nexam, ant dele me de libro quem scripsisti.* Jeremías los lloraba con amargas lágrimas. Nuestro padre Santo Domingo cada noche se disciplinaba y se abría las carnes con una cadena de hierro por los que estaban en pecado mortal. De modo que cualquier pecador es contra ti, por ser contra Dios y contra el prójimo. Lo tercero, por la honra de la Iglesia. Porque cuando uno hace una vileza, un hurto, una traición, peca contra todos los de su linaje, porque los afrenta, y un mal religioso deshonra á toda su religión; así es afrenta de cristianos un pecador. *Omnes qui viderunt eos, cognoscent illos, quia isti sunt semen cui benedixit Dominus.* ¡Y que sea tan al revés en algunos, que puedan mofar de la Iglesia los paganos y herejes por su causa! *Populus Domini ipse est, de terra ejus egressi sunt.* ¿De la tierra de la Iglesia, pueblo escogido y tan desbaratado, oprobio del cristianismo? Más. Es contra todos el pecado de uno; porque la justicia de Dios no sólo castiga á los reos, sino á los que no lo son por causa de ellos. Como pondera San Basilio, que por el hurto de Achán (con ser oculto) fue castigado el pueblo, y vencido de los enemigos; y por deshonestidades de los hijos de Heli fue el pueblo entregado á los filisteos y el arca del testamento cautiva; y por el adulterio de David murió el hijo que le había nacido; y por la soberbia de contar el pueblo, mató Dios setenta mil hombres; y por la inobediencia de Jonás, peligraron todos los del navío; y los apóstoles padecen tormenta y se ven en peligro de anegarse cuando llevan consigo á Judas. Finalmente, el pecado es contra todas las criaturas, así las sensibles como las insensibles, porque todas padecen por causa del pecador. *Terra fructifera in salsuginem a malitia inhabitantium in ea*: «Suele Dios asolar la tierra, y de un jardín y paraíso hacerla un eriazo, salitral, seco, infructífero por los pecados de sus moradores». Como se vio en Sodoma y en las demás ciudades ribera del Jordán, y en las plagas de Egipto, en que perecieron los animales, las aguas en sangre; la tierra perdió sus frutos, llena de ranas, langostas, mosquitos, cubierta de tinieblas, inhabitable. Luego si el pecador es contra Dios, contra el prójimo, contra la honra de la Iglesia, contra todos los inocentes y contra todas las criaturas, bien dijo el Señor: Si pecare contra ti.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Frater tuus. Veis aquí el título por que le habéis de corregir: porque es hermano. Llámanse hermanos todos los fieles que tenemos por padre á Dios, y así le llamamos: *Pater noster, qui es in cœlis*, y una madre, que es la Iglesia Católica, en cuyo vientre, por el bautismo, fuimos reengendrados y recibimos el mismo espíritu de Cristo, que nos hace miembros vivos suyos, y él es nuestra cabeza; de manera que hermano en este lugar añade, sobre prójimo, el ser cristiano; porque el moro y el turco son prójimos, pero no hermanos. Y así este precepto de la corrección fraterna, derechamente se endereza para la reformación de los cristianos, y entre ellos se ha de ejercitar. Quiso Dios aventajarnos aun en esto de las bestias, que no tienen cuidado unas de otras que les vayan bien ni mal. Y aun hombres hay para sí solos, que no sirven más en el mundo de que haya uno más nacido, para comer lo que se siembra y coge. Pero entre los fieles quiere Dios que haya esta hermandad y cuidado unos de otros. *Hoc est præceptum: meum ut diligatis invicem sicut dilexi vos.* Y en otro lugar: *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis adinvicem* (Juan, 13). No en sanar cojos, alumbrar ciegos, resucitar muertos (milagros grandes que hicieron los apóstoles), pues no quiero que os conozcan sino en el amor que os tuviéredes unos á otros. Y de ese amor es parte corregir al hermano que peca, tener cuidado de su salud, que os dirá Dios lo que á Caín: *Ubi est frater tuus?* Dadme cuenta de él. Y no responde bien: *Nunquid custos fratris mei sum ego?* «¿Soy yo su ayo ó tutor?»; porque os dirán que sí. *Mandavit illis unicuique de proximo suo.* Y habla á la letra de los hebreos que también se llamaban hermanos, como ahora los fieles. A cada uno mandó que tuviese cuidado de su prójimo. Que le miréis, rijáis, aviséis, curéis. Donde no, no merecéis nombre de hermano. Ya sabéis del Evangelio que aquel fue prójimo para el herido de los ladrones y desamparado que hizo misericordia con él: el samaritano que le curó, vendó, echó vino y aceite, y le llevó á la hostería donde tuviesen cuidado de él; los otros (aunque sacerdote y levita) no fueron prójimos; así acá. En esto se verá si eres hermano del caído: si le curas, corriges, vendas, echas vino de admonición y aceite de lenidad y blandura, y labios de sangre con habla dulce. Luego, si pecare tu hermano contra ti, *vade et corripe eum:* «Ve á poner cobro en él». Señor, habiéndole yo de aprovechar, ¿no venía él mejor á mí? No, que el médico va á casa del enfermo; y si á él le dan cuatro reales por una visita, á ti te darán la bienaventuranza, que es precio infinito. *Vade*, de presente; no lo dilates. *Festina, discurre, suscita amicum tuum:* «Despierta á tu amigo, solicítale, adviértele del peligro en que está». ¿Quién viendo que es tiempo de podar las viñas se detiene? *Tempus putationis advenit.* ¿Quién viendo que van á matar á uno no le va á avisar? Pero como es precepto afirmativo, requiérese para la ejecución prudencia, consideradas las circunstancias de las personas, tiempo y lugar. Porque si el pecado no es de asiento, sino venturero ó peregrino, y si la persona es eclesiástica (que pienso se confesará luego, y tiene muchos socorros para salir del pecado), bien es aguardar á ver en qué para. También si hay de prójimo personas de más autoridad que yo, á quien él tendrá más respeto, bien es esperar á ver lo que hacen. A más de esto, si está apasionado y veo que llego á tiempo que está encendido, colérico, imprudencia sería por entonces hablarle. *In convivio vini non arguas proximum* (Ecl., 31): «No le contristes en tiempo de su alegría, que está el hombre fácil entonces de moverse á ira». A un caballo no le dais á beber cuando está caluroso, sudando; ni al toro heno cuando está bravo; ni la mar se quiere navegar cuando está alterada. Vio Abigail á su marido lleno de vino, de un gran banquete que había tenido, y no le dice nada del mal término y descortesía que había usado con David hasta que durmió el vino, y entonces le corrigió. Reprehendió Moisés al hebreo que injuriaba á su hermano actualmente cuando estaba colérico, y volvióse contra Moisés. A David no le envía Dios quien le corrija al principio que se casó con Bersabé, cuando estaba en lo firme de sus amores, muy crecida la pasión, sino espera que se pasen aquellos primeros ímpetus y ardores; y entonces envía á Natán, que le advierta y reprehenda, y recibió de buena gana la reprehensión. La arpa de David bien templada la lanza el demonio de Saúl; así la corrección dulce y discreta, templada con la prudencia, será poderosa para echarle del corazón del cristiano; pero cuando según ella entendieres que es tiempo oportuno, *vade*, que significa un pecho fuerte y determinación firme. Cristo: *Ego vado.* Y en otra parte: *Vado ad eum qui missit me.* Abraham entrando en la tierra de Canaam: *Perrexit vadens et ultra progrediens* (Gen., 12). Ve, pues, con ánimo valeroso, sin temor, armado de paciencia y fortaleza. *Argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina.* Toda la paciencia y discreción es para aquí necesaria. Argüirle, que quede convencido del delito; rogarle, que salga de él por reverencia de Dios y por el bien de su alma; rogarle, si es blando; reñirle, si es duro; *corripe eum.* Decidle: «Hermano, *peccasti, ne adjicias iterum, sed de pristinis deprecare ut*

tibi dimittantur (Ecl., 21). No haya más; no provoques con reiteradas injurias la justicia de Dios contra ti; antes procura componerte con su misericordia, pidiéndole perdón de los pecados pasados. Haz pausa, cesa de pecar, que el pecar es de hombres y el perseverar de demonios». Si fuéramos los hombres de la condición de los ángeles, cuyo albedrío es puerta de golpe, que no vuelven el pie atrás ni se mudan de lo que una vez aprenden; lo que una vez aman, siempre lo aman, y lo que aborrecen, siempre lo aborrecen; porque á la primera vista calan y penetran la cosa, se les ofrecen todas las razones que hay de amor ó aborrecimiento, por donde si yerran, siempre yerran, y los demonios no se arrepienten, *superbia eorum qui te oderunt ascendit semper*, siempre se están en sus trece; si fuéramos de tan mala digestión los hombres, no había que avisar, sino dejarnos por incurables é incorregibles; pero no pecamos así, sino como hombres cuyo albedrío es vertible y mudable para el bien y el mal. No hay camaleón que mude tantos colores ni veleta que se vuelva á tantos vientos. Lo que ahora quiere, luego no quiere; ahora le agrada el vicio, de aquí á poco le desagradará y amará la virtud. *A mane usque ad vesperam immutabitur tempus:* «De la mañana á la tarde se muda y trueca el tiempo». Y en Madrid de una hora á otra, y aun más en breve se muda el hombre. *Nonne duodecim horæ sunt diei?* (Juan, 11). Y en todas puede el hombre estar de otro parecer, y así el que está en pecado, *corripe eum.* Mas sea pura corrección; no pretendas avergozarle, dándole en rostro con su pecado, ni vengarte de él, si acaso te ofendió; ni ganar honra con él, haciéndote celoso y reformador, porque esa es corrección de fariseos, cuando fueron á argüir á Cristo de que sus discípulos quebrantaban las tradiciones de los viejos, pues no se lavaban las manos cuando comían. Y como los discípulos de San Juan, que instigados de envidia le hicieron cargo de que los discípulos de Cristo no ayunaban como ellos y los fariseos. Esto no era corregir, sino litigar y contender y envidiar. Pues sea corrección que sólo os mueva el celo de la honra de Dios y amor del prójimo, y que en vuestras palabras no se vea otra cosa que caridad y misericordia y deseo de ganar su alma. Para esto importa mucho el secreto. Que vea que no tratan de afrentarle, sino de enmendarle. *Corripe eum inter te et ipsum solum.* El pecado oculto que tú solo sabes, es pecado mortal publicarle. Renegad de hombres que hacen alharacas de pecados ajenos, que ese no es espíritu de Dios, sino propio de vanagloria. Y así suele Dios permitir, para humillarlos, que caigan ellos en otros mayores. Absalón, ¡qué de ascos hizo del pecado de Amón su hermano! ¿Cómo tan gran traición de un hermano contra su propia hermana? Nunca se aplacó hasta que se le quitó la vida. Permite Dios que de ahí á poco caiga él en otros crímenes más enormes y abominables, como deshonestidad con las propias mujeres de su padre, á vista de todo el pueblo, traición contra su padre el Rey, y quererle quitar el reino y la vida. Aquel mal hijo de Noé ve á su padre desnudo y descubierto en su tabernáculo, y va á llamar á sus hermanos que lo vean y burlen de él. Despierta el viejo y échale su maldición. Si hacéis plaza del pecado oculto, y el otro halla sus faltas en la calle, ¿qué maravilla que no se enmiende, sino que os maldiga y se indigne contra vos? Nathán corrigió á David en secreto, dice San Jerónimo, y el profeta Abías á la mujer de Jeroboán idólatra. Cristo nuestro bien á solas estaba con la Samaritana cuando le descubrió su mala vida y el pecado en que estaba. Y á Judas, con saber su rebeldía, no le infamó ni publicó su pecado que él solo sabía. *Audisti verbum adversus proximum tuum; conmoriatur in te, confidens, quoniam non te disrumpet* (Ecles., 19). ¿Sabes algún mal de tu prójimo? ¿ha llegado á tu noticia algún defecto suyo? Pues en recibiéndolo en tu pecho, muérase allí y entiérrale, sepúltale y púdrase, que no haya más memoria de él para decirlo á otros y publicarle. Y confía que guardado en tanto secreto no te hará reventar, no te romperá por los ijares, que no es veneno que sea menester para vivir lanzarle. Cállale, púdrele, y sólo te acuerdes de él para avisar á tu hermano entre ti y él solo, sin otro testigo.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Si te audierit, lucratus eris fratrem tuum. Sácase de esta condicional, que, en duda si aprovechará ó no la corrección, se ha de hacer; pero si hubiese certeza moral de que no ha de aprovechar, cesa la obligación de corregir. Como si es tan desalmado y notoriamente perdido y obstinado, de cuya enmienda ninguna esperanza hay, como el que echa aceite en la llama la aviva más, así el que reprehende al obstinado le indigna y azora, y da motivo para que le afrente y persiga. *Qui erudit derisorem ipse sibi injuriam facit; et qui arguit impium ipse maculam sibi generat. Noli arguere derisorem, ne oderit te. Argue sapientem et diliget te* (Prov., 9). El que enseña ó aconseja lo que le cumple al mofador y farsante, que hace donaire de los buenos consejos y escarnece de la virtud, no sólo no aprovecha, sino á sí mismo se hace injuria, porque sólo eso puede esperar de aquel burlador. Y el que corrige al malo que lo es, no por ignorancia ó flaqueza, sino de propósito y de pura malicia y desvergüenza, empedernido, que

ha perdido el temor á Dios, el empacho y respeto al mundo; el que á éste reprehende, á sí mismo se mancha, porque hombre tan perverso por satisfacerse le ha de infamar y buscar la vida y quitarle la honra, poniendo mácula en su persona ó linaje ó dendas, *noli arguere derisorem*. Pues con gente tan disoluta no quieras dares ni tomares, ni compres pleitos por tus dineros, sino corrige al sabio cuando en algo hubiere delinquido, y agradecértelo ha pagándote en la misma moneda el amor que le muestras en procurar su bien. Sabio llama al que recibe de buena gana la corrección. De aquí es que en la herejía y en todos los casos que tocan al Santo Oficio (porque quien peca en cosas tan graves se presume que lo hace de gran malicia, y que por su voluntad nunca tendrá enmienda) no ha lugar la corrección fraterna, sino luego en llegando á vuestra noticia los habéis de denunciar en la Inquisición, para que con efecto se remedie; porque este vicio pestilencial, contagioso, *serpit ut cancer*, cunde como cáncer, y es menester ocurrirle con fuego, porque no infeccione y corrompa lo demás del cuerpo que está sano; y por falta de esta cura se han encancerado muchos reinos y perdido la fe, como habemos visto. Pero fuera de estos casos de inquisición, no luego habréis de desconfiar de la enmienda del hermano, porque muchos muy malos se han convertido por medio de la corrección. ¿Quién fue Acab? Un hombre de los más perdidos que hubo en su tiempo, y que de fiel se había hecho idólatra por su mujer. Llega un santo profeta (á quien Dios envió) y dícele de su parte: ¿De manera, rey, que ha llegado tu desvergüenza á tanta perdición, que descaradamente mataste á Nabot y le quitaste su hacienda? Púsole el pecado delante, amenazóle de parte de Dios con muerte cruel y que toda su casa había de ser asolada. Un hombre perdido de tantos años, idólatra, perseguido de los profetas, pudo tanto aquella reprehensión, dada con tanta libertad, que se pone un saco y se cubre de ceniza y hace penitencia, de suerte que le revocó Dios la sentencia. ¿Has visto, le dice al profeta, la mudanza de Acab y lo que puede el calor de mi palabra? Pues él se volvió atrás de lo que trataba, yo también del castigo en que le había sentenciado. Pues si á un hombre tan malo hizo provecho la palabra de Dios, ¿por qué has tú de desesperar de tu hermano? ¿Quién fueron los de la ciudad de Nínive? Grandes pecadores, que ya Dios no podía sufrirlos. Sabida es su disolución y desenfrenamiento en pecar. Envía Dios un profeta que les predique, y de demonios los hizo ángeles. ¿Pues por qué tú no pensarás acabar con un hombre lo que otro como tú acabó con toda una ciudad tan populosa? Dirás: Fue el profeta, porque Dios le enviaba, pero á mí no me envía Dios. Anda, que es disparate; que Dios te envía hoy en el evangelio: Ve y corrígele. *Semel loquitur Deus et secundo idipsum non repetit*. Y eso ha de durar hasta el día del juicio. Y como si particularmente entonces te enviara, te envía ahora, y siempre que sea menester te está diciendo: Si pecare contra ti tu hermano, *vade et corripe eum*. Tú que tienes noticia del pecado de tu hermano, ve y corrígele. *Si te audierit, lucratus eris fratrem tuum*. Prueba ventura, que no se pierde nada. *Nihil intentasse nocebit*. En duda si ha de aprovechar, no hay peligro en intentarlo, y puede haber mucho provecho; porque habrás ganado á tu hermano. Decidme: El hombre que se deshace de su hacienda y lleva mercaderías á Indias, ¿á qué va sino por venir rico? Pues éste no lleva palabra de Dios que vendrá rico, y unos se pierden, otros se anegan en el mar, otros se mueren en tierra y á otros desvalijan los corsarios ó se les alzan los deudores. Y sobre esto la pesadumbre de ir en el navío, sujetarse á la insolencia de los marineros, beber aquel vino breado y aquellas aguas, que (á manera de decir) las del infierno no son peores. Y esto por ganar un poco de dinero en duda. Y un cristiano que le pone Dios delante tanto interés, ganarás á tu hermano, que es tuya la granjería, y sin correr peligro, ¿y no te quieres aventurar por ganar un alma que podría decir el día del juicio: Señor, ¿veis aquí esta alma que yo libré de la eterna condenación? Santiago: *Fratres mei, si quis ex vobis erraverit a veritate et converterit quis eum, scire debet quoniam qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus a morte et operiet multitudinem peccatorum* (Jacob, 5): «Hermanos míos, si alguno de vosotros perdiere el camino de la verdad; quiere decir: si pecare mortalmente, ó fuere engañado con algún error contra la fe, quien le convirtiere y encaminare por el camino verdadero y cierto de la fe (que es camino derecho de la bienaventuranza) sepa que le ha librado su alma de la perdición y muerte eterna, y cubierto de sus pecados con la capa de la caridad, para que del justo juez no sean vistos ni castigados en el juicio». Mirad que le llama salvador, redentor de un alma; que la rescató y libró de la muerte eterna. Un alma por la cual Dios murió y dio su sangre; y que el buen pastor deja las noventa y nueve ovejas y va á buscar la una perdida, y lóase de ello; y como si sola aquella tuviera, se goza en hallarla y se la echa á los hombros, y llama á los otros pastores, y díceles en los despeñaderos que la halló, y que le den el parabién de su hallazgo. *Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quæ perierat*: «Dadme el parabién de haber hallado la oveja perdida». Señor, ¿no fuera

mejor dar el parabién á la oveja que había perecido, pues es ella la gananciosa? No, sino á mí, que es mía. Yo hallé mi hacienda, yo soy el ganancioso; dadme á mí el pláceme y el parabién del cobro de mi oveja. ¡Oh infinita bondad! ¡Oh entrañas de misericordia! ¡Oh amor entrañable y sin medida! ¿Y qué pierdes tú, Señor, de la majestad, en que esa ovejuela desmandada, roñosa, se pierda y quede en los colmillos de los lobos infernales? ¿O qué se aumenta tu gloria y bienaventuranza en que se gane? Ella es sola la que pierde en perderse y la que gana en cobrarse, y tú te alegras como si fueras interesado, por el infinito amor que nos tienes. Pues si Cristo estima tanto un alma, y el día que la cobra quiere que sea de fiesta en el cielo, y que los ángeles le celebren y se regocijen, y le den el parabién de su ganancia, ¿cómo no te animas tú á esta granjería, y á hacer tus diligencias para salir con ella? Cuanto más que tu ganancia no corre riesgo, porque aunque él no se convierta por tu dicho, el mérito de tu buena obra y aviso dado por caridad no le perderás delante de Dios. Y en tal caso, cuando tu autoridad sola no bastare, no desistas de tu santa pretensión.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Si autem te non audierit, adhibe tecum unum vel duos testes. El prójimo tiene dos bienes muy preciosos: la conciencia y la fama. *Melius est nomen bonum quam divitiæ multæ: super argentum enim et aurum gratia bona* (Prov., 22). Por ambos quiere el Señor que se mire y que al pecador oculto le corrijan en secreto y se le guarde su honra. Pero si la secreta admonición no aprovecha, entonces padezca la honra, porque no peligre la conciencia, que es mayor bien. Llamad con vos un testigo ó dos, y éstos sean virtuosos y amigos (si fuere posible) y deudos del culpado, porque no le sean sospechosos. Quizá el que rompió la rienda del respeto á Dios será posible que por vergüenza ó miedo de los hombres se refrene. Y también dice San Jerónimo: Servirán estos testigos para que si el pecador quisiere negar su culpa y justificar sus malos tratos, os ayuden á convencerle. Y esto es lo que dice Cristo: *Ut in ore duorum vel trium testium stet omne verbum.* «Al dicho de dos ó tres hombres del bien, no hay sino bajar la cabeza». Esta prevención es contra la condición de los malos, á quien es muy ordinario negar ó excusar sus excesos, cuando son comprehendidos en ellos. *Corpus illius quasi scuta fusilia, compactum squamis se prementibus.* El cuerpo de Leviatán (dice Dios al Santo Job) es como escudos de metal: compuesto de escamas que se aprietan. Leviatán es el demonio. Su cuerpo es la muchedumbre de los malos. Estos son como escudos de metal, que no se dejan penetrar de los golpes y saetas de los guerreros. El escudo de metal si cae de lo alto se hace pedazos, y es duro para resistir á los golpes; así éstos, frágiles en las caídas y duros para sufrir las reprehensiones. Así, entiende San Gregorio por los escudos la dureza de las excusas y defensas del pecado. La palabra del predicador que arguye la culpa es saeta de salud que le tira al pecador, para rendirle al servicio de Cristo. *Sagittæ tuæ acutæ, populi sub te cadent in corda inimicorum regis.* La admonición del hermano que caritativamente le corrige es saeta de amor, con que pretende traspasar su dureza. Contra estas saetas opone el escudo de la defensión soberbia y se abroquela y repara, ó negando, ó escudando, ó aliviando el pecado. De modo que cuando le arguyen, no piensa cómo ha de corregir la culpa, sino cómo la tiene de excusar. Y estas excusas y cautelas se llaman también escamas apretadas; porque á veces, con ser falsas, las fingen tan aparentes y razonables, que os hacen entender que tienen razón y que vos no la tenéis en haberlos reprehendido. Con esta rodela se abroquelaron nuestros padres, cuando, tomándoles el Señor la confesión de su edicto para traerlos á penitencia, el hombre echó la culpa á la mujer, y la mujer á la serpiente, y ambos tácitamente á Dios, que crió á la mujer y dejó entrar en aquel lugar á la serpiente. Por eso oraba David: *Non declines cor mecum in verba malitiæ, ad excusandas excusationes in peccatis* (Salmo 146). «Señor, no permitáis que mi corazón caiga en tal error, que hable palabras maliciosas para excusar y defender mis pecados». Estas palabras maliciosas son las escamas apretadas. San Gregorio, declarando este lugar de Job, trae otro de Isaías. *Ibi habuit foveam eritius*: «Allí (esto es, en el corazón de los maliciosos) tuvo su madriguera el erizo». Este animalejo, si vos le veis sin que él os vea, en algún monte ó debajo de algún manzano, andando erizado y sacado el hociquillo, veisle la cabeza, los pies y las manos; veisle comer y revolcarse por cima las manzanas y llevar á su cueva las que en las púas se han quedado hincadas; pero si llegáis á echarle mano, en un punto se recoge y esconde pies y manos y cabeza y se hace una bo[illegible] de espinas, que no hay por donde asirle si[illegible] lastimaros; y teniéndole cogido dentro de [illegible] mano, se os pierde y desaparece. Veréis u[illegible] hombre monstruoso, medio hombre, medio rat[illegible] y si le estáis atento á su manera de vivir, si[illegible] que él lo advierta, claramente veis la cabez[illegible] que es su mala intención, y las manos de [illegible] malas obras, y los pies de los malos pasos e[illegible] que anda. ¿Qué pretende con sus entradas

salidas á deshora y con recato, con los recaudos y mensajes y presentes? Veisle comer y revolcarse en sus deshonestos tratos, que no es posible no ser la conversación tan sospechosa y liviana que harto ciego es quien no ve por tela de cedazo. Pues llegad á echarle mano; luego se os hace una bola de espinas como el erizo y lo niega y se santifica. Y diréisle: Esto he visto; mirad que es mal ejemplo. Responderos ha que sois malicioso y que juzgáis mal de su limpio vivir; y que quien ha las hechas, ha las sospechas; y que piensa el ladrón que todos son de su condición; y que no es bien juzgar con nuestro corazón el ajeno; que sus entradas no son tantas como vos decís, ni con la intención que vos sospecháis; y que la amistad es llana, lisa, honrada; y que de gente tan virtuosa y principal no se había de presumir semejante ruindad; y que quién os hizo á vos juez ó veedor de su vida; y otras tales razones, con que os espina y lastima á vos. Y así se cubre y esconde, de suerte que habiéndole visto y comprehendido, le perdéis y no le halláis pies ni cabeza para que os ayuden á convencer. A este tal, cuando en su malicia perseverare, fiado en el amparo de su injusta defensión, aprovechan los otros dos testigos ante quien manda el Señor que segunda vez le aviséis. *Quod si non audierit eos, dic Ecclesiæ*: «Y si tampoco por esta segunda monición se enmendare, decidlo á la Iglesia»; esto es, al prelado ó juez eclesiástico á cuyo cargo está.—¿Quién me pone en esos trabajos?—La caridad cristiana. ¿Quieres tú se pierda un alma que costó á Dios tanto por tu negligencia? ¿Pudiéndola remediar la has de dejar?—Oh, que no se remediará—¿Por qué has de presumir tú eso? Haz lo que Cristo te manda, y no seas filósofo donde él no quiso que lo fueses. Dilo á la Iglesia, que lo corrija y compela con censuras á apartarse. *Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus:* «Si no oyere á la Iglesia, ni no la obedeciere y despreciare sus mandamientos; si fuere tan perverso y pertinaz y su mal fuere tan sin remedio, haz cuenta de ahí adelante que es un turco, un hombre sin Dios, que no tiene cuenta con su conciencia». Tenle por uno *de his qui foris sunt*, y huye de él como de la pestilencia. Dile: *Declinate a me, maligni et scrutabor mandata Dei mei*. Veis aquí con cuánta razón dijo aquella sabia mujer Tecuites: *Nec vult Deus perire animam meam, sed retractat cogitans, ne penitus pereat qui abjectus est*. «No quiere Dios que una alma perezca; antes con la voluntad antecedente quiere que se salve y venga al conocimiento de la verdad». Y cuando alguno se hace rehacio en su pecado, no luego ejecuta en él la sentencia de condenación ya pronunciada y por las leyes de la divina justicia establecida, sino en particular parece que con éste la retrata y revoca, dándole lugar y espacio de penitencia y de alcanzar misericordia. Y por sí mismo y por sus inspiraciones, por el ministerio de los ángeles, por las Santas Escrituras, por los predicadores, por ejemplos, por beneficios, por azotes; finalmente, por avisos y reprchensiones, ya del hermano á solas, ya con dos testigos, ya con la severidad del prelado, procura traerle á penitencia y enmendarle. *Cogitans ne penitus pereat qui abjectus est:* «Pensando cómo no se pierda el desdichado». Como una cosa en que os va mucho, que no os contentéis con tratarla una vez, sino muchas y por muchos medios, y gastáis muchos ratos en pensar los que serán más á propósito para salir con ella. ¿Qué es eso? ¿Para qué tanto pensar?—¡Ah, que me va la honra y la vida!—Así anda nuestro Salvador. Antes que se dé la postrera sentencia de echar un alma en el infierno, como le costó su sangre, como nos ama más que ningún padre á su hijo, piensa y anda dando trazas y medios para que del todo no perezca el que está desechado. Ved qué nombre le dá al pecador: El abyecto y despreciado, arrojado de Dios, incorporado con el demonio, despedido del cielo. Ea, pues, hermano, no sea tanta dureza que hagas vanas tantas diligencias; humíllate á Dios; recibe la amorosa corrección del prójimo; confiesa con dolor tu culpa, proponiendo la enmienda, y alcanzarás la gracia y después la gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
MIÉRCOLES DESPUES DEL DOMINGO
TERCERO DE CUARESMA

Accesserunt ad eum a Hierosolymis scribæ et farisæi dicentes: Quare discipuli tui transgrediuntur traditiones seniorum?

(Mat., 15).

INTRODUCCION

Ausente la esposa de su esposo, deseosa de su vista é impaciente de toda tardanza, se lamenta en el capítulo primero de los Cantares: *Indica mihi quem diligit anima mea, ubi pascas, ubi cubes in meridie, ne vagari incipiam post greges sodalium tuorum.* «Descúbreme ¡oh querido de mi alma! dónde apacientas, y en qué lugar descansas á medio día, porque no ande perdida y descaminada, siguiendo rastros de las manadas de otros pastores». Es voz de los fieles imperfectos, nuevamente de la gentilidad convertidos á la fe, que piden ser informados de la verdadera Iglesia visible. Porque como en aquellos años primeros se descubrieron en el mundo tantos falsos profetas y maestros de mentira, que procuraban llevar discípulos en pos de si, por una parte los judíos pérfidos, tan celosos observadores de la ley de Moisés cuando era muerta y mortífera, cuanto insolentes transgresores de ella misma cuando era santa y por Dios mandada, estos pretendían que su madre la Sinagoga era la Iglesia, como si por vieja, arrugada, y sobre todo adúltera, no la hubiera Dios repudiado para casarse con la Iglesia, doncella casta y con la sangre de Cristo hermoseada; por otra parte, los herejes, que entonces empezaron á salir como enjambres, y multiplicarse soberbiamente, usurparon el nombre de la Iglesia y el magisterio de la dotrina verdadera. Había hipócritas, había falsos hermanos. Entre tanta muchedumbre de rebaños y pastores, quiere saber de su esposo dónde le ha de hallar por no engañarse. ¡Oh tú, á quien ama mi alma! Tiene gran énfasis esta palabra; significa por ella que su amor es casto, limpio, espiritual; que no apetece cosa corporal ni terrena. Amor de veras cordial, no de palabra, como fingen algunos, sino entrañable y de corazón. Muéstrame, pues, amado mío, la dehesa ó agostadero en que repastas tu ganado en el estío, llevándole de mañana al pasto de la yerba fría y humedecida con el rocío, y á donde entrado el calor vas á pasar la siesta. ¿Cuál es la peña á los rayos del sol opuesta? ¿cuál la encina ú otro árbol de gran copa y extendidas ramas á cuya sombra las ovejas (que son flacas de cabezas) se amparan de la inclemencia y ardores del sol? Dos cosas pide: pasto y sombra, que son: dotrina y defensa, enseñanza y amparo, que sólo Cristo puede dar á sus ovejas. Sabemos de aquellos antiguos filósofos (que tan largamente disputaron de la bienaventuranza, y que la osaron prometer á sus seguidores) qué ciegos anduvieron, qué de errores y desvaríos inventaron, qué pasto tan venenoso y mortífero de mala y perniciosa doctrina dieron á sus ovejas; porque los llama Cristo, no pastores, sino ladrones, que vinieron á matar las ovejas, no á apacentarlas. Cristo sólo es el que dio á los hombres cierta noticia de la bienaventuranza, en qué consiste y de los medios con que se alcanza. Dionos ley y Sacramentos en que se da gracia para guardar esa ley. Y en toda su Iglesia cristiana (que es columna y firmamento de verdad) se halla doctrina verdadera, infalible, sin error, así en la fe como en las costumbres. *In quo et vos cum audissetis verbum veritatis Evangelium salutis nostræ.* En Cristo y por Cristo (dice San Pablo) oistes la palabra de verdad, evangelio de vuestra salud. Mirad qué epíteto le da el Apóstol al Evangelio: Palabra de verdad, porque todo cuanto en él hay es

verdadero; no enseña falsedad alguna; y evangelio de salud, porque sana todas nuestras dolencias, instruye el entendimiento y cura los afectos. Este es el pasto saludable que desea la esposa. Lo segundo, sombra contra los bochornos y calmas de la siesta. El sol (como decíamos aquí el miércoles pasado) significa á veces el ardor de la persecución. *Per diem sol non uret te*: «De día no te quemará el sol», dice Dios á un alma á quien promete guardarla de todo mal, y por Isaías palabra de ser él mismo para los justos: *et tabernaculun erit umbraculum Dei ab æstu, et in sccuritatem et absconsionem a turbine et a pluria*, pabellón y sombra contra los estíos. Pues como en el principio de la Iglesia se levantaron contra ella tan crudas persecuciones de judíos, de herejes, de tiranos, con razón pide á su esposo que le haga sombra y defienda en tan caluroso estío, y da la razón por qué pide ser de él informada y defendida: *Ne vagari incipiam post greges sodalium tuorum*. «Porque no es vuestra honra que siendo yo vuestra esposa ande á buscaros por majadas de otros pastores». La Iglesia no es más que una manada, un rebaño, como es un pastor. *Unum ovile et unus pastor*. Fuera de la Iglesia, *greges:* muchas greyes, rebaños, muchos pastores. El Hebreo dice: *Ne fiam sicut velata et involuta circa tabernacula pastorum*. «Porque no vaya tapada y rebozada por las cabañas de otros pastores». Entre los hebreos las rameras solas andaban tapadas. Y así Tamar, cuando quiso engañar á su suegro Judas, se puso tapada en el camino, y él la tuvo por mala mujer y la requestó. *Operierat enim vultum suum, ne agnosceretur:* «Porque se había cubierto el rostro para no ser conocida». Y realmente á muchos malos recaudos (como lo fue éste) deben de haber dado ocasión estas tapadas, que ahora con tanta razón se han prohibido. Pues dice la esposa: Encaminadme, amigo mío, por que no ande como ramera tapada por otros rebaños. Rameras son todas almas que fuera de la Iglesia en varias sectas y errores divididas siguen los rastros de falsos maestros, inventores de supersticiones y falsedades; los cuales se llaman *sodales*, «compañeros de Cristo», porque predicando á Cristo le hacen guerra, y con título de apacentar las ovejas las destruyen. En el Evangelio presente se nos descubren veredas de malos pastores que guían á la perdición. Parece lo primero la superstición del fariseo hipócrita, que quiere que sus vanas leyes sean acatadas más que las divinas; por otro extremo, el hereje desvergonzado no quiere que tengan fuerza ningunas humanas. El fariseo pone toda la santidad en la limpieza y justicia exterior, y así acusa á los discípulos que no se lavaban las manos cuando comían. El hereje imagina una justicia interior de sola fe, desacompañada de obras. Por medio de estas sendas torcidas va el camino real de la Iglesia (esposa y discípula de Cristo) que así guarda las leyes divinas, que entiende se han de obedecer también las humanas. Y así confiesa la justicia interior de la fe, que se ha de extender á la exterior de buenas obras, hechas en caridad. Veremos, junto con este pasto de sana doctrina, sombra de amparo que el Señor hace á sus discípulos acusados y perseguidos sin razón de los fariseos; que callando ellos, y no respondiendo por sí, el Señor sale á la causa y los defiende. Hallaremos también doctrina de cómo ha de ser Dios amado, no de palabra, como los fariseos (de quien se queja Dios que le honran de boca, estando lejos de su corazón), sino de corazón y entrañas, como la esposa que le llama querido de su alma. Ultimamente enseña cuál es el pasto nocivo á las ovejas; que no es tanto el manjar que por la boca entra como los malos pensamientos, hurtos y blasfemias y otros pecados que del alma salen, á donde se tornan otra vez á encontrar los fariseos y los herejes. Y por medio de sus despeñaderos iremos descubriendo la verdad católica. Pero antes quiero responder á un escrúpulo que se le podría ofrecer á alguno, pareciéndole fuera mejor que no se supieran ni las supersticiones de los fariseos ni las disoluciones de los herejes, por quitar las ocasiones de escándalo á los católicos. Mas de otra manera lo dispuso la divina Sabiduría, ordenando así ambos extremos que no sólo no empeoren, sino hagan á los que tienen el medio provecho. Historia sabida es la de aquellos rebeldes Datán y Abirón, y toda la gavilla amotinada en el motín de Choré, y cómo se abrió con ellos la tierra prodigiosamente, y descendieron al infierno, sepultados en vida ellos y cuanto suyo era. Con todo eso, los incensarios quedaron fuera de la sima abierta, por maravillosa manera. Y manda Dios que el sacerdote Eleazar vaya y tome aquellos incensarios, y desperdicie las brasas de ellos, derramándolas *huc illucque*, «de acá para allá». Y después los funda y haga láminas, y dellas guarnezca como con cantoneras el altar, para que de ahí adelante sea á todos aviso que ninguno llegue á ofrecer en el sacrificio si no fuere de la casta y descendencia de Aarón. San Agustín (que explica maravillosamente esta figura) tiene que los incensarios son las palabras divinas, de que, para lo que enseñan, así católicos como herejes usan. La diferencia está en que los herejes con fuego ajeno, con espíritu propio, con brasas de su concupiscencia quieren exponer la Escritura. Los católicos, con fuego de amor de Dios, que es el que vino Cristo á poner á la tierra, y quiso que en ella ardiese á toda furia. Manda, pues, Dios que el fuego de mala concupiscencia se

esparza, porque ese es su principal daño, esparcir y distraer el ánimo por diversas partes derramados. Por donde dice la esposa que andará vagando como mujer errada y perdida, si fuere á dar á las cabañas de estos pastores. Pero que de las láminas que de los incensarios se hicieren, el altar se guarnezca y fortifique, como con cantoneras; porque de esas mismas Escrituras mal interpretadas, desque bien se entienden y declaran, resulta la firmeza y mayor elegancia de la doctrina católica. ¿Para qué quiso Dios que en el Evangelio quedasen escritas las malas doctrinas de la secta farisaica? ¿Para qué la Iglesia conserva aún en estos tiempos las ponzoñas heréticas? Para que en láminas, batidas á fuerza del martillo de la católica inteligencia, son de provecho para la firmeza de la Iglesia. *Oportet hæreses esse, ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis.* Cumple que haya herejías (dijo el Apóstol) para que más se compruebe la verdad católica. Hemos, pues, en el Evangelio de ver hoy la mala inteligencia con que el avaricia de los fariseos violentaba la escritura, mostrando venenosas doctrinas á los que les seguían; y de camino también las no menos ponzoñosas que los herejes de la palabra del Señor sacan. Y en medio de ellas la sana enseñanza de la Iglesia, más firme y más hermosa mientras más impugnada y combatida.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Accesserunt ad eum a Hierosolymis scribæ et farisæi dicentes: quare discipuli tui transgrediuntur traditiones seniorum? Porque no penséis que sólo el buen celo hace tomar justos caminos á Cristo en busca del alma de la Samaritana, y cansándose en ellos cazarla, se os ponen hoy otros caminantes, que desde Jerusalem van hasta Galilea á poner una calumnia á la simplicidad apostólica. Podíamosles decir lo que discretamente respondió no sé qué caballero avisado: Mucho habéis rodeado para ser necio. Tan largo camino sólo para malsinar á quien no se lo merecía! *Quare discipuli tui*, etc. *Non enim lavant manus, cum panem manducant.* Pues ellos son tan honrados, que no os miran á vosotros á las manos, aunque les calumniéis que no lavan las suyas. Si desgranan las espigas en sábado para matar la hambre; si no ayunan tanto como los discípulos del Bautista; si no frecuentan impertinentes lavatorios en la mesa, luego son, no sólo notados, sino acusados; y ellos á nadie acusan. Viven los justos en luz y los pecadores en tinieblas. Uno que está en lo oscuro podrá ver lo que hace quien está en lo claro sin que sea visto de él, y no al revés. De aquí es que saben mejor los ruines las vidas y costumbres de los buenos, cualesquier que sean, como los gitanos, que estaban de tinieblas cubiertos, que no se veían poco ni mucho, y podían contar los pasos á los israelitas, que andaban en luz. No echa de ver David que tiene usurpada la mujer ajena y condena á muerte al que tomó la oveja al pobre. *Considerat peccator justum et quærit mortificare eum. Dominus autem non derelinquet eum in manibus ejus, nec damnabit eum cum judicabitur illi* (Salmo 36): «Considera el pecador al justo». Como para asaltar una fuerza ó batirla al enemigo la reconoce primero y la anda alrededor, buscándola la parte flaca ó más acomodada para dar el asalto ó batería, así el malo anda considerando al bueno de pies á cabeza, y buscando alguna falta por donde, como por parte flaca, le pueda derribar de su estimación, ó por otra cualquier vía empecer y destruir. Tienen los malos el oficio de la sensualidad, que persigue al espíritu. *Quomodo tunc is, qui secundum carnem natus fuerat, persequebatur eum qui secundum spiritum, ita et nunc* (Galat., 4). Como Ismael, nacido según la carne, esto es, según orden de naturaleza corrupta, perseguía á Isaac, engendrado según espíritu, esto es, por promesa de Dios y de su divino espíritu y por milagro, porque de estéril é impotente por vejez, así ahora los malos carnales persiguen á los buenos espirituales. Son fiscales suyos, sacan prendas; pajes de hacha, que siempre les van alumbrando la vida. Son su cruz, su purgatorio; vara que les sacude el polvo, para que no se les pegue algo de imperfección. San Agustín los compara á la piedra de molino y al lagar. *Considera quod illi qui te persequntur, apud Deum velut molæ ac torcularia deputantur.* La piedra muele á la aceituna para que despida el alpechín y quede el aceite. En el lagar se pisa la uva para que se aparte el vino del orujo; así con la persecución de los malos se limpian de sus imperfecciones los buenos, para que como óleo y vino precioso sean guardadas sus almas en el cielo. Poco tiempo está el aceituna en el molino y la uva en el lagar. *Tu vero quasi oliva et quasi uva legitima parvo tempore pressuram malorum sustinere cogeris.* Y también, dice San Agustín, es poco el tiempo en que hostigan al justo á sufrir opresión de los malos, que por eso dice David: *Dominus autem non derelinquet eum in manibus suis, nec damnabit eum, cum judicabitur illi.* «Aunque el malo más ande á caza de las faltas del bueno, y le persiga hasta la mata, el Señor no se le dejará en las manos, sino librarle ha de su padre». Y aunque el malo arguya al bueno, y le juzgue por defectuoso y le condene, el Señor no ha de quedar por su sentencia, ni pasar por esa condenación, ni ha de permitir que sus discípulos santos, ocupa-

dos en las cosas sustanciales de la virtud, sean acusados y juzgados por irreligiosos de los fariseos, transgresores de la ley de Dios, acriminándoles una niñería, como no lavarse las manos. *Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum?*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Pero veamos, gente honrada, ¿contra quién ponéis esta acusación? ¿Ponéisla contra todos los discípulos? Mirad que hay muchos encubiertos que quizá no caen en ese descuido, y no es razón llevarlos á todos por un rasero. Nicodemos, gran príncipe de los fariseos; José Abarimatía, noble veinticuatro; Lázaro, mancebo hijodalgo; sus hermanas, señoras ilustres y criadas en palacio. ¿Es posible que todos esos no se lavan, cuando comen, las manos? Pues mirad que, aunque os contamos éstos, hay otros muchos encubiertos discípulos que se pueden dar por indignamente injuriados. Este ha sido siempre el estilo de los perdidos mundanos, de una singular hacer una regla que todo lo comprehende: los discípulos, los frailes, los clérigos, los canónigos. ¡Válaos Dios! Un canónigo será quien viva mal, quien más que á la tasa venda el trigo; pero ¿de ahí decir los canónigos? Gran sinrazón es. Un fraile habrá descuidado, ó quizá otro en el confesonario pague por ellos; pero decid, ¿no hay fraile bueno? Por más que falso testimonio lo tengo yo, y aun digno de que quien puede os pregunte á vos: ¿De dónde deprendistes ese brocárdico? ¿Quién os mostró ese aforismo? No salió de esa aljaba ese tiro sin duda. Una rapaza, que no ha quince días que traíades las lagañas en los ojos, como gata, ¿ya sabéis esa buena doctrina? Mal haya maestro que tal os enseña, y aun, como dice la gente del campo, mal haya un leño. Y decidme, santa mirlada, que pensáis que está la santidad en poneros en figura de carne momia, aquellos benditos de acullá del maestrazgo ¿eran frailes? Mi fe, celosos frailes los olieron y cazaron, y piadosos frailes no los asaron. San Agustín en la primera epístola de dos que escribió al clero de su Iglesia se lamenta de esta plaga que los eclesiásticos padecemos, que por el delito de uno somos condenados todos. Cosa recia es (dice San Agustín) que si cae un obispo, ó un clérigo, ó un fraile, ó una monja, han de creer y publicar y porfiar estos maldicientes que todos los de aquel estado son como aquel defectuoso, aunque no de todos conste. *Et tamen etiam ipsi cum aliqua maritata invenitur adulterata, nec projiciunt uxores suas, nec acusant matres suas.* Y estos mismos, cuando alguna mujer casada es hallada en adulterio, ni echan de casa á sus mujeres, ni acusan á sus madres. ¿Por qué no hacéis el mismo argumento? ¿Una mujer fue adúltera? Todas lo son, aunque están encubiertas. ¿Luego mi mujer lo es? Vaya fuera. ¿Luego mi madre lo fue? ¿Luego no soy hijo de mi padre? ¿Luego ni heredero de su hacienda? ¿Luego con mala conciencia la poseo? Es mala regla esa. Pues, ¿por qué ha de ser buena esa otra? *Cum autem de aliquibus, qui sanctum nomen profitentur, aliquid criminis vel falsi sonuerit vel veri patuerit, instant, satagunt, ambiunt ut de omnibus hoc credatur.* Mas cuando de algunos que profesan nombre de santidad suena algún rumor de pecado, ó falso, ó se descubre ser verdadero, procuran, ahincan, porfían que se crea lo mismo de todos sus semejantes. Á éstos que buscan y hallan para sus malas lenguas sabor y gusto en nuestras lástimas, bien los podemos comparar á aquellos perros que lamían las llagas del pobre Lázaro, añadiendo dolor sobre dolor, y imitando la crueldad de su amo, que él no le daba de comer ni aun las migajas de su mesa, y ellos le chupaban la poca sangre que tenía. Y si de esta comparación (que es de San Agustín) se dan por afrentados, honrémoslos con decir que son otros segundos escribas y fariseos, que vinieron á infamar todo el discipulado de Cristo, pero como el Señor no ha de pasar por la sentencia y condenación de jueces tan apasionados, responde en favor de los suyos.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Quare et vos transgredimini mandatum Dei, propter traditionem vestram? A vosotros más os mueve decir eso envidia y soberbia que celo de virtud. Porque si éste tuvierais, celarais la observancia de la ley de Dios que quebrantáis. ¿Por qué, veamos, vosotros traspasáis el mandamiento de Dios por establecer vuestra tradición? Porque Dios mandó en la ley que los hijos honren á sus padres y los socorran en sus necesidades; y vosotros enseñáis al hijo que lo quite de la boca de su padre para dároslo á vosotros, con título de que, ofreciéndolo al templo, hace obra más acepta, y que aprovechará al ánima de su padre. Y por esta vía sois causa que los hijos no cumplan el precepto divino de honrar á sus padres. ¡Hipócritas! Bien dijo y profetizó de vosotros Isaías, diciendo: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me sirven, enseñando doctrinas y mandatos de hombres». Paso, Señor, no tan bravo, no tan furioso. ¿Qué nuevas bravezas son éstas? Más sufrido soléis vos ser á esta gente que eso. ¿No os han dicho que en Bercebú, príncipe de los demonios, lanzáis los demonios? ¿No os han dicho

que no sois hombre de Dios, pues no guardáis los sábados? ¿No os han dicho que sois samaritano, endemoniado? ¿No os han dicho hombre tragón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de perdidos? Y habéis sufrido tan locas contumelias con paciencia. ¿Cómo respondéis ahora con tan demasiada y desacostumbrada cólera, principalmente siendo la acusación en cosas tan frívolas, que pudiera no admitirse por de menor cuantía? Decimos á esto: Lo primero, que la mansedumbre y paciencia con que los apóstoles callaron en caso de tanta afrenta, obligaron á Dios á responder por ellos con esa cólera. Entended que un hombre que en sus injurias y en lo que contra él se trata es sufrido, allende de que prueba callando su inocencia, obliga á todos á tomar por él la demanda. ¿Qué polvareda levantáramos acá, y qué humareda hasta las nubes?—¿Qué dijo? ¿Qué me levantó? Pues, mi honra. ¿Pues qué vale un eclesiástico deshonrado? ¿Pues en qué será tenida la doctrina, deshonestada la persona, pues en todo el estado resulta esa afrenta?—Quietad vuestro espíritu, por amor de Dios, si queréis que él se encargue de vuestra causa. Sabed que está el negocio en manos de quien tanto más cuidará cuanto con menos solicitud anduviereis vos de vuestra propia persona. Fiad os de él sobre tan buena prenda como es la verdad de su palabra; acordaos de aquello: *Qui enim tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei.* No se pudo decir cosa más encarecida. «En las niñas de los ojos me toca quien á vosotros en el hilo de la ropa». *Non reliquit hominem nocere eis, et corripuit pro eis reges. Nolite tangere Christos meos, et in prophetis meis nolite malignari:* «No permitió que hombre les empeciese; y por su causa reprehendió á los reyes, diciéndoles: No toquéis á mis cristianos, á mis amigos, y no hagáis mal á mis profetas». Tócase en estas palabras lo que le pasó á Abimelech, rey de Jerara, con Abraham, sobre haberle quitado á Sara, que era en aquella sazón mujer de noventa años, edad muy sazonada para dama, aunque algunas presumen hoy de ello no menos viejas, y se afeitan y pintan para brujos (que no sé yo quién otro se pueda pagar de ellas). Sara no era de éstas; pero ó porque no paría, ó por su castidad ó linda compostura, podía tener semblante de ser codiciada. Hay duda en la cuenta de los años que entre la edad de los que navegaran á Cholcos y los que destruyeron á Troya pasaron. Eusebio pone noventa, otros menos. Teodoreto dice que veinticinco años; otro, que treinta años pasaron, y refuta á Eusebio. Como quiera que sea, Elena, que en la primera jornada de los argonautas debía de ser de diez y ocho á veinte años por lo menos, pues sus dos hermanos Cástor y Pólux, y de unos días con ella, fueron en aquel viaje como valientes soldados, en la segunda jornada de Troya, después de haber sido robada por Teseo en su niñez, y después otra vez de Paris, y haber tenido más maridos que la Samaritana, casó con Deifebo y era codiciada y muy tenida por hermosa, y en cualquier sentencia debía de tener muy buenos años; en la cuenta de Eusebio, ciento y diez años; en otras, al pie de setenta. Digo esto, porque los muy humanistas no tropiecen en nuestra verdad, que en sus mentiras adoran. Siendo, pues, Abraham injuriado en cosa que así le tocaba, sin que veamos haber hecho sobre su desastre querella á Dios, él se tuvo cargo salir por su causa, y castigó bravamente al rey que le hacía la injuria, hasta que conoció su pecado, y restituyó (antes de hacerle ofensa) lo que mal había robado. El mismo caso le pasó con Faraón (rey de Egipto) veinticinco años antes. Faraón y Abimelech, idólatras eran, y por consiguiente, enemigos de Dios verdadero, y no los castiga Dios ni los apremia para que salgan de tan enorme ceguera, sino para que restituyan lo mal robado, sastifagan la injuria que hicieron al pasajero. De modo que, como que se olvida Dios de su honor, y se acuerda de reparar el de los suyos, mira por ellos y responde salir á sus causas y defenderlos. Esta es la sombra que pide la esposa contra los estíos de las persecuciones: la inmunidad y seguro que hallan sus ovejas en la guarda y protección de Dios. A esta sombra se acogía David cuando andaba huído de Saúl, y decía: *Et in umbra alarum tuarum sperabo, donec transeat iniquitas.* «A la sombra de vuestras alas, Señor, confío ser amparado hasta que pase la maldad y se acaben los que injustamente me persiguen». Y Isaías: *In umbra manus suæ protexit me.* «A la sombra de su mano me amparó». Están las ánimas de los justos en la mano de Dios, á donde no les puede tocar el tormento de la muerte. Y el mismo Cristo dice que ninguno será poderoso de arrebatarle sus ovejas de su mano. Pero oid al propósito unas muy notables palabras que dice Isaías: *Quomodo si rugiat leo et catulus leonis super prædam suam, cum ocurrerit ei multitudo pastorum, a voce eorum non formidabit, et a multitudine eorum non pavebit, sic descendet Dominus exercituum ut prælietur super montem Sion et super collem ejus.* Toma la metáfora del león, que habiendo hecho presa le salen al encuentro para quitársela gran multitud de pastores, y con perros y piedras y armas arrojadizas le persiguen de lejos dando voces, sin osar ninguno acercarse; mas el león bramando terriblemente los asombra, y confiado en sus fuerzas ni teme sus gritos ni de su muchedumbre se recela; así des-

cenderá el Señor de los ejércitos sobre el monte de Sión (que es su Iglesia) á pelear en defensa de sus fieles. Y si el Señor de los ejércitos ó, como el hebreo dice, *Militiarum*, de las lides y peleas, viene á lidiar por sus siervos, ¿quién lo podrá resistir? Veislo aquí á la letra cumplido en Cristo, león de Judá, y cachorro de león, porque juntamente es Dios y hijo de Dios. Vienen hoy esta muchedumbre de pastores, escribas y fariseos, á ofender á sus discípulos, y sale á pelear por ellos como animoso león, que ni teme sus voces, ni hace caso de sus calumnias, ni se acobarda de su muchedumbre; antes se les muestra más bravo que nunca, llamándolos hipócritas, quebrantadores de la ley de Dios. Dice más Isaías: *Sicut aves volantes, sic proteget Dominus exercituum Hierosolymam.* «Como las aves que se levantan sobre las alas para defender sus hijos, así defenderá el Señor á Jerusalem». San Jerónimo dice que este lugar es semejante á aquel de San Marcos: *Sicut gallina congregat pullos suos sub alas.* ¿Qué cosa más flaca que la gallina, que para motejar á uno de cobarde decís: es una gallina, y se levanta á vuela pie como una sierpe y como un grifo al milano que le quiere tocar en sus pollos? ¿Y si esto puede el amor de los hijos con un ave tan doméstica, ¿qué hará el amor de sus discípulos tan amados en el pecho de Cristo (Dios todopoderoso), viendo que le quieren tocar en ellas? Esto le hace salir y embravecerse fuera de costumbre.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Lo segundo digo que fue menester responder con este enojo, porque entendiésemos no eran tan ligeras las cosas que se les imponían respecto de ello (dado que en sí lo fuesen) como por ahí podrían juzgar groseros. Niñería parece haberlos notado si se lavaban ó no comiendo las manos, ó si quebrantaban la fiesta para desgranar con las manos las espigas, ó si ayunaban más ó menos que lo hacían otros, si no miramos más de lo que eso pesa de suyo. Pero si miráis que se decía eso de los apóstoles (hombres de tan gran perfección y vida tan levantada), tenéislo por muy grave y muy de veras. Si vos consideráis en qué delicadezas consiste la honra de un fraile, de un clérigo, de uno que en su estado promete vida perfecta, hallaréis que son cosas muy pesadas esas, que de uno de capa y gorra no iba ni venía que se dijera. Tañer una guitarra en un mozo es buena gracia; en un clérigo es indecencia. Pasear calles por ver las damas, levantar los ojos á las ventanas, es muy de galanes; en un religioso sería insufrible desvergüenza. Andar de noche con armas, es ley en gente moza y libertada; en un beneficiado es monstruosidad. David fue un valentísimo hombre en fuerza y fortaleza (y no sé si lo fue más Sansón), pero hay esta diferencia: Que David (que de la vida pastoril vino á la militar) tenía las fuerzas en los nervios, en los músculos y en los huesos. Sansón (desde su niñez consagrado á Dios) teníala en los cabellos. Si trasquilarais á David y le atusarais hasta el cuero, tan valiente se quedara sin cabello como con él; pero en quitándole á Sansón siete vedijas ó melenas de la cabeza, quedó desmayado y perdido. Las ceremonias en el eclesiástico son los cabellos. Quitadle vos éstas, dadle por perdido. *Monachus non cæremoniosus, erit non virtuosus*, dijo nuestro padre San Vicente. Haced cuenta que el eclesiástico sin ceremonias no queda sino para moler como bestia. Porque luego al que trasquilan los filisteos le sacan los ojos y le ponen á moler en la tahona, con cuya piedra al cuello tiene el Señor sentenciado que ha de ser lanzado en el profundo el que á su prójimo escandaliza. Luego mucho daña quien eso toca. «Hipócritas, les dice el Señor, bien lo profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo con solo los labios me honra, y su corazón anda de mí muy alejado». Desengañólos con tiempo, porque después no se llamen á engaño. Que de balde me sirven, pues enseñan doctrinas y mandatos de hombres. Pudiérase aquí tratar cuán más justa causa de querella se podría formar de aquellos que ni aun con los labios honran á Dios; pero miremos esto que más importa, que se descubren aquí rastros de falsos pastores, y es menester entre ellos mostrar el camino que lleva la Iglesia, esposa de Cristo, y dar pasto de sana doctrina á los fieles. Son estas palabras los incensarios que los herejes usan en cuanto á quitar todas las leyes humanas, y decir que no obligan en conciencia seglares ni eclesiásticos. No miran más que á lo que aquí se dice: Mandatos de hombres. Como después forjan otro incensario no menos perverso de otras palabras: No mancha al hombre lo que por la boca entra. Débese mirar que son estos mandatos, que Cristo llama de hombres, aquellos que se oponen á los divinos y destruyen cuanto en sí es los naturales; como la tradición de los fariseos quitaba el honrar á los padres. Porque si no son tales que sean perniciosos, el mismo Cristo manda que se guarden los mandamientos de los escribas y fariseos, que están sobre la cátedra de Moisés sentados. Debían de mirar los herejes que mandan los apóstoles que sean los príncipes obedecidos, porque no hay potestad sino la que por Dios es autorizada. Debían de mirar que la divina Sabiduría dice de sí que por ella reinan los reyes, y los legisladores decretan y mandan lo justo, y que ella es la despreciada y la injuriada cuando las leyes se

quebrantan. Debían de mirar que llama San Pablo mandamientos divinales á las buenas ordenanzas de la Iglesia. Después de haber enseñado cuán mejor es que las lenguas la profecía y el orden que en hablar y profetizar se había de tener, y cómo las mujeres debían en la Iglesia callar, concluye: *Si quis videtur propheta esse, aut spiritualis, cognoscat quæ scribo vobis, quia Domini sunt mandata. Si quis autem ignorat, ignorabitur* (I Corin., 14). Ó como otros dicen: *Ignoret.* Allá se lo haya, que día verná en que no se le reciba en descargo esa ignorancia. Mandamientos del Señor llama aquí el Apóstol los que él había puesto, no porque ignorase la distinción entre los mandamientos divinos y los humanos, pues acerca de lo que pertenecía al sacramento del matrimonio, en el capítulo séptimo, una vez dice en la misma epístola y pone distinción: Manda Dios, y no soy yo quien lo manda; y otra vez dice: Yo digo esto de mío, y no el Señor. Bien sabía, pues, esta distinción el Apóstol, y con todo dice: Si entre vosotros hay quien se diga espiritual ó profeta, entienda lo que digo, que son mandamientos del Señor en que no hay ignorancia excusada. ¿Pues qué quiere decir aquí Cristo, cuando trayendo la palabra de Isaías dice que en vano le sirven, enseñando preceptos y mandamientos de hombres? No está muy dificultosa la respuesta á quien con humildad la desea. Oiga al Apóstal, que es el mejor comentador que tenemos sobre el Evangelio. Desque en el principio de la epístola á Tito puso las malas cualidades de algunos de los feligreses que le había dado, así por su mal ingenio, como los malos maestros que los engañan por sus codicias torpes y desordenadas, concluye aquel capítulo: *Quam ob causam increpa illos dure, ut sani sint in fide, non intendentes judaicis fabulis et mandatis hominum aversantium se a veritate* (Ad Titu, 1). «Por la cual causa ríñeles con aspereza. No se sufre en tal caso la mano blanda donde la fe peligra». *Ut sani sint in fide.* Como dice otra letra: *Ut in fide non insaniant.* Quiere decir, porque en las cosas de la fe no hagan locuras. ¿Y qué llamáis locuras? Atender á las fábulas judaicas y á los mandamientos de hombres. Adelante, Apóstol, que va en eso la vida. ¿De qué hombres? De aquellos hombres que vuelven á la verdad las espaldas; esos son los hombres que no han de ser escuchados: los fabulosos y mentirosos; esos son los que no han de ser obedecidos en lo que mandan. Tales eran estos de quien aquí Cristo trata, y de quien el mismo Apóstol había dicho que trastornan las casas. *Qui universas domos subvertunt, docentes quæ non oportet turpis lucri gratia.* Que enseñan lo que no cumplen, por sus torpes ganancias. Como los fariseos por su codicia enseñaban á los hijos no honrar á sus padres, de los mismos se entienden las siguientes palabras: *Omnia munda mundis. Coinquinatis autem et infidelibus nihil est mundum; sed inquinatæ sunt eorum et mens et conscientia.* Que son también singular comentario de esotra sentencia dificultosa que acerca de la indiferencia de mantenimiento puso el Señor, cuando llamando á sí las compañas les dijo: *Audite et intelligite.* «Oid y entended». Bien nos avisa con esto que lo que dice tiene más alto sentido que lo que el oído alcanza; y es cosa que no se ha de poner en la oreja, sino la inteligencia. *Non quod intrat in os coinquinat hominem*: «Ningún manjar puede de suyo ensuciar al hombre». Si yo comiese hoy carne, pecaría mortalmente; pero si la come un enfermo, hace acto de virtud; luego el pecado no está en el manjar, sino en la inobediencia de la voluntad, y eso declara San Pablo. Todas las viandas son limpias á los limpios, á los que las comen con buena fe y con obediencia; pero á los manchados é infieles, ninguna es limpia, porque las comen contra conciencia y por idolatrar. De suerte que el pecado no está en la comida, sino en el uso de ella: y éste, según que es conforme ó contrario á la limpia conciencia, será bueno ó malo. De esta manera reforma Cristo los abusos en que la sinagoga había caído, y repara las leyes de naturaleza. Desde allá tan lejos como los tiempos de Isaías, se espantaba el profeta de esta caída de la Sinagoga, y dejó su reformación puesta por memoria: *Quomodo facta est meretrix civitas fidelis, plena judicii? Justitia habitavit in ea, nunc autem homicidæ* (Isa., 1). ¿Cómo se ha hecho tabanquera, ventera (que eso quiere decir *meretrix* en ese paso), gananciera, aquella muy noble y muy leal ciudad, llena de tan buenos juicios? Solían en ella tomar las virtudes posada; venía la justicia, cuando del cielo bajaba á visitar las tierras, derecha á se apear en ella, y ahora no posan sino salteadores, homicidas, quien con malas doctrinas por codicia de la hacienda mata las almas. *Argentum tuum versum est in scoriam; vinum tuum mixtum est aqua.* Mala taberna, donde corre moneda falsa, donde los taberneros mezclan el vino con agua. No se ha de beber el vino sino aguado, pero puro se ha de vender al que le compra. Importantísimos los santos expositores de la Escritura, que la aguan con sanas explicaciones para que se entienda; pero gran injuria hace quien vende por vino agua, glosa por texto, y más glosa que destruya el texto; como los fariseos hacían mezclar plomo con la plata corriente. Caso es digno de grave castigo. A las palabras castas hacer adulterio, injuria es que no se dejará pasar de claro. Tal era la doctrina mala, la corrupta levadura del fariseo que aquí examina Cristo, de aquellos

hombres, *aversantium se a veritate.* Lo mismo es volver las espaldas á la verdad que mezclar la plata con plomo, y dar por puro el vino aguado. ¿De dónde pensáis que viene tanto daño? *Principes tui infideles, socii furum.* «Tus príncipes infieles andan á la parte con los ladrones, y traen con ellos compañía». El juez desleal, infiel á la justicia, así está obligado á restituir el daño que por su negligencia se hace como si le echase en su bolsa. ¿Qué importa que no hurte el gobernador si hurtan sus alguaciles, y es forzoso que hurten para acudirle á él con sus cinco escudos de parte al cabo del mes? Claro está que ni ha de ser de efecto la comisión, ni hacer causa, ni prender delincuente; porque el alguacil no ha de pagar del ladrón que prende, sino del que suelta por su buen porqué. Y así como haya unto de manos, como anguilas se deslizan de ellos los malhechores. El homicida se pasea, el ladrón se disimula, el amancebado de diez años se huelga; sólo el desventurado que no tuvo para contentar al alguacil paga por todos. ¿Cómo puede ser bueno soltar veinte galfarros, que se derraman por toda la tierra, como leones desatados, que desgarren, que despedacen, que roben, que arañen, con tal que le hagan parte de la presa á quien los envía?—¡Oh! que yo no les mando robar; ni puede ser menos; han de comer y sustentarse.—Y sobre eso pagar. En verdad que lo han de robar del altar cuando más no puedan. *Socii furum.* Camarada de ladrones, alcabela de lobos. *Omnes diligunt munera.* Todos tienden la mano á presentes, reciben dones; siguen, no las leyes en juzgar, sino retribuciones. La mejor paga hace mejor causa, y no la premática.—¿Qué importa, diréis, que tome lo que le presentan? Otro tanto se hace cualquier confesor por santo que parezca.—No me empacho en eso ahora. Lo que digo es que hay natural consecuencia de eso á lo que luego se sigue. *Pupillo non judicant et causa viduæ non ingreditur ad illos.* Dadme vos que se atienda á las dádivas y presentes, y no hayáis miedo que las causas de los huérfanos y viudas alcancen justicia y sentencia en sus pleitos, porque son aduanas que no consienten que saque carga sino quien la ha metido. Por estas y semejantes otras cosas se toma tal enmienda, tan fuerte castigo, que aun el mismo que lo ha de hacer gime y suspira por lo que entiende que ha de lastimar. *Heu, consolabor super hostibus meis et vindicabor de inimicis meis.* Nunca nadie gimió acordándose que se ha de consolar, ni la venganza que se tomará del enemigo, representada, puede causar tristeza ni dolor. Mas con ser eso así, no puede sino lastimarse quien nos ama y mostrar sentimiento del que nosotros no tenemos en merecer ser tan ásperamente castigados.—¡Ah! que me tengo de sastifacer así que me consuele, viéndome en mi honor restituído y pagado de lo que mis enemigos me han hecho.—*Et convertam manum meam ad te, et excoquam ad purum scoriam tuam.* Y bolueré á darte otra mano. Como cuando habéis azotado á vuestro muchacho y queda llorando, y le amenazáis por que calle: ¿Tengo de ir allá, y daros otra mano? Y como de alguna cosa que se hace y no está puesta aún en su punto soléis decir: Es menester darle otra mano, así se dice aquí que dará otra mano para que del todo quede aquel castigo perfecto. Esto se hará cuando la mala doctrina, que es la escoria, y los malos ejemplos, que son el plomo, se quitaren de aquella república; como lo hizo el Señor en este día, corrigiendo los abusos y las supersticiones malvadas que la codicia de los fariseos había inventado, volviéndolo todo á la antigua pureza y reformando á la Sinagoga en todo lo que estaba caída. *Et restituam jucides tuos ut fuerunt prius, et consiliarios tuos sicut antiquitus.* Dando por fariseos, apóstoles; por escribas, evangelistas; por rabinos, doctores santos. Eso fue restituir los príncipes como los primeros y los consejeros como los antiguos. Poco presta que la república tenga generosos príncipes, si los consejeros son los que no debían. Debemos rogar á Dios, no sólo que nos dé justos y buenos príncipes, sino que á ellos les dé consejeros no codiciosos, ni avaros, ni deseosos de hacer mayorazgo, sino que se contenten con ser lo que son y sufran que cuales fueron sus padres sean sus hijos.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Pero tratemos un poco de lo que á sus padres deben los hijos, que es la doctrina que el Señor aquí repara, y sobre cuyo estrago hace contra los fariseos la riña toda. Tratemos algo de la religión y piedad, ya que hemos dicho de la superstición y de la herejía. Del altar que con las láminas hechas de los incensarios profanados está fortificado y guarnecido, cumple decir algo, porque es lo de más provecho. *Nam Deus dixit: Honora patrem et matrem.* No hay palabra que no tenga una divinidad consigo. Moisés dijo; mas porque lo dijo en voz de Dios, Dios dijo. Y Cristo dice ahora lo que Dios dijo á Moisés para que él lo dijese al pueblo. Aquel santo viejo Antonio, morador de los yermos, tan conocido por sus obras cuan ocultado por su diligencia, escribiéronle una vez Constantino Magno y sus tres hijos pidiéndole con gran instancia que rogase á Dios por ellos. Llegaron los embajadores imperiales allá á esos desiertos del superior Egipto, donde él con no sé cuántos discípulos se había de su gana desterrado. No pudo dejar de saberse por todos quién enviaba aquel recaudo, y todos na-

turalmente se alborotaron más de lo que el santo viejo quisiera. Y algunos que conocían de su condición, qué poco caso hacía de todo cuanto no era Dios, y temían que había de enviar aquellos mensajeros sin respuesta, le pidieron que respondiese por amor de Dios á aquel recaudo, siendo de quien era, y sabiendo que sólo se enviaba por respeto de Dios y de sus siervos, juntó el santo varón aquella tarde las ovejuelas de su manada, que sentía algo engreídas por el favor que significaban aquellas letras, y díceles: «No tiene mucho que estimar un hombre cristiano que le escriban los emperadores de la tierra, que, al fin, por grandes que sean, son tierra y, de ella nacidos, se han de volver en ella, si se acuerdan que el emperador del cielo estimó tanto al hombre que le escribió con su mano las leyes en que viva; y como si esto fuera poco, envió á su Hijo, que desde el cielo se las traiga y se las estime y declare cuando estaban por los abusos humanos ya casi olvidadas». Entiende bien, hombre (te suplico) qué es decirte Cristo Hijo de Dios: Dice Dios. ¿Qué dice, pues, Dios? *Honora patrem et matrem.* No dice: ama; porque el amor es á veces más licenciado de lo que convenía. Ni dice: teme; porque el temor es más atajado á veces y más corto de lo que debía. Dice: honra; porque el honrar incluye amor y temor, y sobre eso añade otra cosa. Pero veamos, lo primero, ¿quién son esos que has de honrar? A tu padre y madre. Lo primero, Dios es tu padre; así te lo enseñó á llamar su Hijo cuando te instruyó que orando usases de nombre tan amoroso. También le llamaba con ese nombre el pueblo antiguo. *Numquid non ipse est pater tuus qui possedit te et fecit et creavit te?* «¿Por ventura no es quien ahora te posee tu padre, que te crió y que te hizo?» Pero nosotros, por más altos títulos aún que esos, osamos por divina instrucción llamar padre á quien nos redimió y reparó y rehizo. No tratamos por ahora de eso. La más propia y usada significación de esta palabra es llamar con ella á los que nos engendraron, á aquellos que formaron y causaron nuestros cuerpos, y de quien como de instrumento se sirvió Dios para infundir las almas. También se llaman padres los que en virtud nos engendran, y con su doctrina y ejemplos nos dan nuevo sér, nueva vida. Así se llamaba San Pablo de aquellos que había traído á conocimiento de Dios y á la fe evangélica. «Aunque tengáis diez mil ayos que os enseñen, no tenéis muchos padres, porque en verdad se ha de decir: *In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui*». También son llamados padres los que en la Iglesia tienen oficio de preeminencia, como son los prelados, los constituídos en dignidad, como quiera que sea. Así, llamaban padres los que la Escritura llama hijos de los Profetas á sus maestros, como fue Elías, como fue Elíseo. Demás de eso, se llaman padres los que aun en lo temporal gobiernan. Y llamaron las letras seglares padres conscriptos á los senadores ó regidores que gobernaban á Roma. Quizá lo tomaron de otra república más antigua, pues sabemos que los criados de Nahamán el leproso (valeroso hombre en la casa y corte del rey de Damasco) le llamaban padre, aunque era capitán que había hecho grandes proezas en exaltación de la corona. Finalmente, todos los antiguos se llaman padres, y es lenguaje de la Escritura: *Interroga patres tuos et anunciabit tibi* (Deu., 32). Y explica qué padres: *Majores tuos et dicent tibi.* De todos estos universalmente habla el precepto divino, y á todos los que este nombre tienen por el mismo caso se les debe honra. Pero aquí no tratamos sino de los más propios padres, que son los que nos engendraron. Honra á tu padre. ¿Qué es honrar? Lo primero aquí nos enseña Cristo por el contexto de sus palabras que honrar es mantener, sustentar, alimentar, proveerles cómo pasen la vida. ¿Que se empobrecieron ellos para ponerte en estado á ti, y ahora los desconoces como á extraños? Honrar es tener respeto, hacer reverencia, dar mejor lugar, usar de palabras comedidas y de buena crianza con vuestros padres (quienquiera que ellos sean y quienquiera que os parezca que vos seáis). Pero no sólo es eso honrar; poco vale esa buena crianza si es á secas. Juntad con ella el acudirles en sus necesidades y pobrezas; que de esta manera cumpliréis este precepto de Dios, y Dios cumplirá su palabra con vosotros, que viváis largos años sobre la tierra y acabéis en su amor y gracia, y después os dé su gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO

TERCERO DE CUARESMA

Surgens Jesus de Synagoga, introivit in domum Simonis.

(Luc., 4).

El santo Evangelio contiene tres puntos. El primero, un milagro insigne que hizo el Señor saliendo de la Sinagoga y entrando en casa de Simón Pedro, donde su suegra estaba enferma de recísimas calenturas; y rogándole los discípulos por ella, mandó á la calentura que la dejase; y luego se levantó sana, y tan convalecida que pudo servirles á la mesa. El segundo, otros milagros sin cuenta que hizo aquel mismo día, puesto el sol, sanando muchedumbre de enfermos que le trajeron de diversísimas enfermedades, á los cuales todos curó y dio entera salud con el tacto de las divinas manos. Había entre ellos muchos endemoniados, de quien salían los demonios gritando y diciendo: Tú eres hijo de Dios; mas el Señor, que no se pagaba de tan ruines testimonios, que siendo del padre de mentira, antes podían desautorizar y desacreditar su verdad, les reñía y hacía callar, porque sabían que él era Cristo. El tercero, que otro día de mañana se fue el Señor á un desierto para mostrar cuán desinteresado estaba y cuán libre de apetecer por sus milagros alabanzas divinas ni aplauso popular. Fuéronse tras él las compañas. Y hallándole, le quisieran detener; pero él les respondió que su persona era común, y no atada á lugar particular, y que su comisión era predicar el reino de Dios, no sólo allí, pero en otras partes. Y así se anduvo predicando en las sinagogas de Galilea. Esta es la letra del santo Evangelio; pidamos la gracia al Espíritu Santo, por intercesión de la Virgen Santísima. Ave.

INTRODUCCION

El don de la fe, con que el Espíritu Santo purifica nuestros corazones, es de tanto valor en sí, y tiene tal facultad, que sólo basta, sin otros motivos, si no le vamos á la mano, á nos asegurar y dar, no sólo firmeza, sino contento y consuelo en lo que por él nos inclinamos á creer. *Qui credit in Filium Dei habet testimonium Dei in se*: «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio de Dios en su misma alma, sin que de fuera lo busque». Tiene los testigos tan abonados como los ha menester de su acertamiento. Hablando de la ley evangélica el mismo Señor dijo por San Juan: *Mea doctrina non est mea, sed ejus qui missit me.* «Mi doctrina no es mía, sino del que me envió, que es el Padre». ¿Cómo se conocerá eso? *Si quis voluerit voluntatem ejus facere, cognoscet de doctrina utrum ex Deo sit.* Lo mismo que se dice de la ley y de la doctrina evangélica se dice de la fe. Cierto que quien cumple como debe los mandamientos de Dios tocará con la mano que cosa tan buena como ellos son no la pudo mandar sino la misma bondad, ni pudo sino la omnipotencia divina dar facultad para su cumplimiento. *Scimus enim quia lex spiritualis est: ego autem carnalis sum, venundatus sub peccato* (Rom., 7). Siendo la ley evangélica tan espiritual (como todos sabemos) y siendo tan carnal como vemos el hombre, y no sólo carnal, sino vendido, no *sub hasta*, «en almoneda», sino *sub peccato*, «por esclavo del pecador», ¿quién sino Dios pudo levantar cosa tan baja y tan abyecta á cosa tan soberana como el cumplimiento de la ley? Así, ni más ni menos, siendo tan vertible y movedizo el corazón del hombre, ¿quién le pudo dar la firmeza tan de asiento que tiene en la fe, sino la omnipotente mano de Dios? *Hoc est opus De ut credatis in eum quem misit ille.* Cuando vemos algunos grandes edificios contra las injurias del tiempo y ímpetus de torbellinos y temblores de tierra mantenidos y conservados, decimos

ser obras de romanos, de griegos. Pues los muros de Troya y los de Babilonia cayeron, y no caen los de la fe. No os espantéis, que es obra de Dios; que, aunque en arena movible fundada, es permanente y de dura, firme y estable. Con todo eso, para mayor abundancia, es bueno considerar los motivos que para creer tenemos, y hallaremos que los milagros es uno de los principales; porque como son obras que sólo puede hacer Dios (que no puede mentir), confirmado con tales testimonios lo que creemos, nos asegura grandemente de su verdad. Cuando no hubiera hecho Cristo más milagros que lo que este Evangelio cuenta, fueron tantos y tan poderosos, que los mismos demonios, convencidos y forzados de la evidencia de ellos, le tuvieron por Hijo de Dios y por el Mesías prometido en la ley. Este es el sentido llano de aquella sentencia: *Non sinebat ea loqui, quia sciebant ipsum ese Christum.* «No les consentía hablar, porque ellos sabían que era Cristo». Así lo explica el venerable Beda y lo sienten Tertuliano, y San Jerónimo, y San Juan Crisóstomo. Todos estos Padres sienten que los demonios fueron mandados callar, no porque mentían diciendo que sabían ser él Cristo, sino (como dice Teofilacto) porque no quiso el Señor, ni había menester el testimonio de los espíritus inmundos; y porque no se encendiese más y se irritase con estos pregones la envidia de los fariseos. Y sobre el capítulo primero de San Marcos da otra razón, porque deprendamos de aquí á no dar crédito al demonio aunque nos diga verdades, porque á vueltas de ellas suele él mezclar sus mentiras. ¿Pues de dónde sabían los demonios esta verdad, que Cristo era el Mesías Hijo de Dios? De sus milagros, que, hechos en confirmación de su doctrina, probaban evidentemente ser así. Y si fueron ellos tales que bastaron á convencer los pechos obstinados de los demonios, ¿cuánto mejor podrán consolar y confirmar á los fieles píamente afectos en la verdad de la fe? Ved qué claro muestra el Señor en estas obras ser Dios y ser Cristo. Ser Dios, en la omnipotencia con que sana las enfermedades. Unas veces con sólo el imperio de su palabra, que es propio de Dios; otras tocándolas con la mano, porque éntre también á la parte de sus obras su humana naturaleza, y se entienda que por la unión hipostática se le comunicó, junto con el sér divino, la omnipotencia. Muestra ser Cristo (que quiere decir ungido) en la piedad y benignidad con que sana las dolencias y cura las enfermedades, escogiendo por materia para mostrarse poderoso á ayudar en todo á las flaquezas humanas. ¿Qué diferente espíritu éste de los poderosos de la tierra, que entonces les parece han hecho mayor prueba de lo que pueden cuando más agravios hacen y más tiranías, más violencias? Pintaban á su dios Júpiter los idólatras con un rayo en la mano, símbolo muy propio que declara la naturaleza del falso dios y de los que le adoran, que muestra su poder en asolar y destruir hombres como rayos. De aquí tomó Alejandro (porque vanamente se preciaba de hijo de Júpiter) la misma insignia del rayo, y vínole al justo, porque fue peste del mundo, mató más hombres que ninguna pestilencia, discurriendo por el mundo con la velocidad y furia de un rayo. Lo mismo su émulo y grande imitador Julio César, á quien nuestro cordobés Lucano comparó al rayo:

Qualiter expressum ventis per nubila fulmen
Aetheris impulsi sonitu, mundique fragore,
Emicuit, rupitque diem, populosque parentes
Terruit, obliqua perstringens lumina flamma.
In sua templa furit, nullaque exire retonte
Materia, magnamque cadens, magnamque revertens,
Dat stragem late, sparsosque recolligit ignes.

Por este camino van los turcos y todos los tiranos, cuya es aquella voz: Oprimamos al pobre justo, y no perdonemos á la viuda, ni respetemos las canas antiguas del anciano. *Sit autem fortitudo nostra lex justitiæ: quod enim infirmum est, inutile invenitur*: «Sea la ley de justicia, el derecho que guardemos, nuestra fortaleza. Aquello tengamos por justo y por lícito á que se estendiere nuestro poder». Lo que dicen: Allá van leyes donde quieren reyes. Porque quien poco puede, poco vale y en poco se estima. A esa llamáis fortaleza, ejecutada contra el pobre y la viuda y el viejo, que no pueden defenderse; eso es dar á moro muerto gran lanzada. Este espíritu inspira en sus miembros Satanás, que es rey sobre todos los hijos de soberbia; y como él fue homicida desde su principio y mostró lo que podía y sabía en destruir el linaje humano, lo mismo quiere que hagan sus vasallos y hijos. De otra manera el verdadero Dios, como dice el Sabio en el capítulo precedente: *Deus mortem non fecit, nec lætatur in perditione vivorum* (Sapien., 1). «Cuando Dios quiso mostrar su omnipotencia en la creación de las naturalezas, no hizo la muerte». El poder no le mostró sino en dar sér y vida á lo que no lo tenía, no en quitársela. Porque no se deleita en la perdición de los vivos. *Creavit enim ut essent omnes, et sanabiles fecit nationes orbis terrarum*; *et non est in illis medicamentum exterminii*, *nec infetorum regnum in terra.* La creación, que es obra de su omnipotencia, á eso se endereza: á dar sér. Crió todas las cosas para que tuviesen sér. No hizo cosa que no fuese saludable. En lugar de *sanabiles*, está en el texto griego *salutares*. Todas las generaciones del mundo; esto es, todas las

cosas que Dios crió, son saludables, y pueden aprovechar para la salud; y no hay en todas ellas veneno ni ponzoña que mate los hombres. ¿Cómo no? ¿No hay víboras, basiliscos? ¿No hay yerbas mortíferas? Sí. Pero no las crió Dios para eso, sino para que ayudasen á la vida de los hombres con algunas propiedades que tienen. Ni dio reino á la muerte y al demonio. No les consintió palacio ni casa y corte en la tierra, que todo eso lo hicieron los hombres con su pecado. Obras son del hombre, no de Dios, todo lo que trae muerte. Esa es manera de mostrar su poder de Satanás y del hombre, que Dios con diferente estilo procede. Con amor, con benignidad muestra su fortaleza y poder. *Fortis est ut mors dilectio* (Cant., 8). Comparativo sentido hace; como si dijera: Más puede el amor que la muerte; más puede el amar que el matar; porque la muerte vence los cuerpos, mas el amor gana corazones y voluntades. Pero ya es tiempo de ver esto en el Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Surgens Jesus de synagoga, introvit in domum Simonis. Bien es que sepamos que entra Jesús en casa de Simón, que era un pobre pescador, y que fue allí hospedado; porque cuando después oyeres decir que le hospedan en Bethania en casa de Marta y María (que eran señoras y ricas) no se atreva la malicia humana á decir que solamente en casa de nobles y ricos quería hospedaje. Siempre fue eso impertinente para aposentar al Señor. Sola la virtud y caridad es la aposentadora de tan honrado huésped. Bethania quiere decir *Domus obedientiæ*. Lo mismo es la casa de Simón, que significa obediente. Sea pobre, sea rico, si teme á Dios y obedece sus mandamientos, es digno de hospedar á Dios. Así lo pronunció con gran acuerdo San Pedro, cuando abriendo la boca dijo: *In veritate comperi quia non est personarum acceptor Deus, sed in omni gente qui timet eum, et operatur justitiam, acceptus est illi* (Act., 10). «Por verdad he hallado que no es Dios aceptador de personas, sino que, en cualquier estado ó condición de gente, el que le teme y hace buenas obras le es acepto y agradable». No mira á la calidad de la persona, sino á la virtud. Este mismo precepto dio á sus discípulos enviándolos á predicar. *In quamqumque civitatem aut castellum intraveritis, interrogate quis in ea dignus sit; et ibi manete donec exeatis*: «En cualquier ciudad ó aldea que entrarais, en eso no os pongo tasa, indiferentemente os envío á lugares grandes y chicos, á ciudades y villas, aldeas y alquerías, gocen todos de vuestra doctrina; pero entrando en el lugar, no quiero que andéis por mesones (donde todos indiferentemente se hospedan), sino que os informéis qué persona hay digna en el lugar, no la más principal ni la más rica, sino la más virtuosa; quién hay quien sea digno del reino de los cielos, hombre limosnero, temeroso de Dios, que acoge por caridad los peregrinos, y en casa de éste os aposentad, y no os mudéis de ella hasta salir del lugar». En las cosas que son de Dios no ha de ser desechado el pobre y admitido el rico. En la sangre de Jesucristo no ha de ser mejorado el rico sólo por serlo, que antes los ricos que no eran más que ricos persiguieron á Cristo y derramaron su sangre y de sus ministros. *Nonne divites per potentiam opprimuntur?* No se han de repartir los bienes que nos dejó el Señor en sus sacramentos con la medida que el mundo mide la honra y respeto, que esa es falsa medida y no sellada con el sello del cielo. San Gregorio: *Superbia nostra retunditur, qua in hominibus non naturam, qua ad imaginem Dei sunt facti, sed divitias honoramus* (Hom. 28 in Evang.). «Repruébase nuestra soberbia, no en que los hombres honramos, no la naturaleza en que son hechos á imagen de Dios, sino las riquezas». *Fratres mei, nolite in personarum acceptione habere fidem Domini nostri Jesuchristi gloriæ*. No tengáis la fe de Cristo dador de la gloria (y todo lo que á la fe pertenece, doctrina y sacramentos) con acepción de personas, que si entra un rico bien aderezado en vuestro aposento, luego le dais silla junto á vos, y si entra un pobre mal vestido, le hacéis estar en pie, y le despreciais en vuestro corazón por ser pobre. *Facti estis judices cogitationum iniquarum*. Dice la glosa interlinear: *humanarum*. Eso es juzgar según el aprecio de los pensamientos humanos, que son injustos; por el fuero humano, que no estima más al hombre que por el dinero que tiene y por la capa que trae. Que cuando se ofrece el testamento del rico, ó la confesión, ó hacer paces acuda el ministro de buena gana, no me parece mal, que al fin al rico si es virtuoso más respeto le debe que al pobre; pero que si esas mismas necesidades ocurren al pobre, ¿os escuséis y las remitáis á otros? Aceptador sois de personas. Señal es que no buscáis á Dios, sino á vos, y que pretendéis, con el oficio y autoridad que tenéis y Dios os ha dado, lo que hizo Giezi, criado de Eliseo. Con la salud de Cristo queréis obligar al otro que os acuda, y donde no hay que coger, donde no hay ó hay calenturas de una pobre ¿no hay aportar? Cristo entra en casa de la pobre acalenturada, obrando lo que San Pablo después dijo: *Non quæro vestra, sed vos*. No busca hacienda Cristo, ni regalos, sino almas. Pues, Señor, ¿en casa tan pobre entráis á comer? Mal recaudo hallaréis. Responde San Pedro Crisólogo: *Videtis quæ res ad domum Petri invitaverit Christum. Utique, non discum-*

bendi voluptas, sed jacentis infirmitas. «No convida á Cristo á entrar en casa de Pedro el gusto de comer, sino la ocasión de dar salud». ¿No os acordáis de Elías, que va á casa de una pobre viuda y le pide limosna?—¿Para qué llegáis á casa de mujer tan pobre?—Para enriquecerla. Quiere hacer de las suyas el Señor, y muestra las fuerzas de su divino poder; no gozar de un suntuoso banquete. En la casa de Pedro no se derramaban aguas de olor, sino lágrimas; allí no traía turbada la familia el aderezo de la comida, sino el cuidado de la enfermedad; allí no era el vino el que causaba el ardor, sino la fiebre; y así, no entra Cristo en aquella casa tanto á comer y sustentar su vida cuanto á darla á la enferma. Dios busca á los hombres, no su hacienda; desea dar lo celestial, no codicia lo terreno. Finalmente, Dios no vino á buscar nuestros bienes, sino á darnos los suyos. Esto mismo hace Cristo cuando entra el pobre por vuestras casas. ¡Oh si considerásemos esto nosotros, y entendiésemos la merced que nos hace Dios cuando nos envía los pobres! Oid á Salomón en su sermonario. Aquel hombre dotado de tanta elocuencia y sabiduría, que con elegantísimas comparaciones y semejanzas supo decir lo que quiso, usa una muy notable para persuadir la limosna. *Mitte panem tuum super transeuntes aquas: quia post multa tempora invenies illum.* No puede aconsejar Salomón á nadie que eche su pan sobre las aguas corrientes, porque sería desperdicio desaprovechado, ni la razón que para ello trae se podría verificar, porque el pan apenas sería echado en el agua cuando sería deshecho y comido de los peces: y no digo después de muchos tiempos, pero ni de ahí á pocas horas se podría hallar. Por donde se ve que este lugar no quiere significar lo que suenan las palabras en su corteza, sino lo que significan por la metáfora. Aguas de paso llaman á los pobres. ¿Por qué aguas? Porque lo parecen en el menosprecio de sus personas. ¿Qué cosa hay en menos tenida que el agua? Para encarecer Cristo el maltratamiento que le hizo el mundo, dice por boca de David: *Sicut aqua effusus sum.* Y son aguas de paso, y corrientes, porque así son en el mundo: gente que no tiene domicilio ni asiento, sino hoy aquí, mañana allí. También son aguas de paso porque van con más ímpetu que los ríos corriendo con su vida al mar de la muerte. Primero murió Lázaro pobre que el rico, ordenándolo así el Señor, porque á más que sus llagas y dolores le llevaban de boleo á la muerte, también quiere Dios aliviar los trabajos de los pobres con acabarles la miseria de la vida. Pero también son aguas los pobres, porque como el agua por donde pasa riega, y aun lleva las inmundicias que topa y limpia los lugares por donde pasa; todo esto hacen las pobres, que ellos son las aguas sucias que envía Dios como por acequias por las casas de los ricos, para que rieguen y fertilicen aquel árbol del rico, y le hagan dar fruto á su tiempo. Estas aguas llevan todas las horruras é inmundicias de los pecados. *Quoniam eleemosyna a morte liberat; et ipsa est quæ purgat peccata et facit invenire misericordiam et vitam æternam,* dijo el ángel Rafael, y Cristo, Angel del gran consejo: *Verumtamen quod superest date eleemosynam, et ecce omnia munda sunt vobis* (Luc., 11). Hablaba con los fariseos injustos, robadores, avaros: «Lo que os sobrare después de haber restituído las rapiñas y hurtos; de lo que quedare, que es vuestro y está en vuestra potestad, haced limosna y quedaréis limpios». No quiere decir que la limosna sola basta sin penitencia, sino que es medio muy proporcionado para alcanzar la gracia, y la misma penitencia. Sobre estas aguas dice Salomón que se eche el pan, y asegura que no se perderá. Porque aunque el pan comido del pobre parece que se acaba, como el que echado en el agua se deshace; pero después de muchos tiempos se hallará en el día del juicio, cuando diga el Señor. *Esurivi et dedistis mihi manducare; sitivi et dedistis mihi bibere.*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Entra, pues, el Señor en casa de Simón. *Socrus autem Simonis tenebatur magnis febribus.* No deroga á la santidad apostólica tener suegro y haber sido casado, cuando entendemos de qué modo lo fue y qué poco embarazo hizo el matrimonio al oficio que hacían. Refiere Clemente Alejandrino que vió llevar delante de sus ojos á martirizar á su mujer, y no solamente no la siguió, sino de paso le dijo: *Heus, tu, memento Domini.* Tales eran aquellos matrimonios. Mas porque los santos en cualquier estado muestran lo que son, mirad qué buen yerno hacía San Pedro, pues siendo pobre tenía en su casa á su suegra. Que no comieran en una escudilla, ni moraran debajo de un tejado, la culpa nunca se la echárades á la nuera, porque en esto como en otras cosas ha prevalecido la gente moza que tan infamado tiene el nombre de suegra. No niego sino que habrá algunas mal condicionadas y pesadas; ¿pero todas han de rabiar? Muchas son muy cuerdas, y que no pueden sufrir prodigalidades ni desperdicios, ni solturas y libertades; que pegan fuego á la hacienda y á la honra de su casa; pero no trato ahora de eso. Lo que digo es que donde mora Jesucristo duermen juntos el lobo y el cordero, el tigre y el cabrito; porque donde hay caridad no puede haber división, ni discordia. La nuera es hija; la suegra,

madre. La una manda como madre, la otra obedece como hija. Pero cuando Dios no mora en la una, imposible es llevarse bien entrambas. Y lo que digo de ellas digo también de ellos. En Saúl no moraba Dios, sino el odio y la envidia, y así no pudo caber con él un yerno tan santo y tan valeroso como David. En Labán no moraba Dios, y así no pudo vivir con él tal yerno como Jacob. La buena nuera Ruth bien cupo con su santa suegra Noemi, y se amaron tanto las dos que, aunque enviudó Ruth, no desamparó á su suegra, antes dejando su propia tierra se va con ella y la acompaña y sirve en su vejez y la mantiene en su pobreza y vive sujeta y obediente á sus consejos. Y por su orden casa con marido de su linaje, y pare un hijo en el gremio de ella, como de su madre, y la buena vieja sirve de traerle en brazos, y por él recibe mil parabienes. Ahora pocos viven que no tengan queja unos de otros.

Vivitur ex rapto, non hospes ab hospite tutus,
Nec socer a genero, fratrum quoque gratia rara est.

OVID.

Vívese de garbeo y de uñarada, como gatos. No está el huésped seguro de su huésped, ni el suegro de su yerno, ni aun se halla apenas amistad entre los hermanos». En casa de San Pedro, buen yerno, es mantenida la suegra pobre, vieja y enferma.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Socrus autem Simonis tenebatur magnis febribus. Los médicos corporales, llamados, rogados y pagados, visitan á sus enfermos; poca envidia les tenemos de esto. Lo que sentimos más es que ya quien los llama, conoce por el mismo caso que está enfermo. Pero si á uno que está sano visitase el médico y le dijese: Véngoos á ver porque estáis malo; fácil estaba la respuesta: Vos estáis loco, que yo sano me siento. Nosotros corremos siempre este riesgo: que cuidamos á los que se tienen por sanos, y así no todos nos lo agradecen; pero sea lo que fuere, señoras, yo os vengo á decir que estáis peligrosamente enfermas. Todos tenemos nuestras calenturas, y de ellas adolecen aun aquellos que mueren resfriados de gracia. *Quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum*, dijo Cristo. Mueren porque el fuego de la concupiscencia en ellos apaga al de la caridad. Pero hay de vosotras á nosotros estas diferencias. La primera, que nosotros tenemos fiebre; á vosotras os tiene la fiebre, estáis asidas, presas. *Tenebatur magnis febribus*. Era tenida. Yo tengo esta capa, podréla soltar cada y cuando me pareciere; pero la capa que yo tengo asida no se me podrá ir de mi poder sin mí voluntad. Digo que nuestros males son voluntarios y fácilmente nos podemos de ellos sacudir. Son los que padecéis forzosos y de cuyas manos con gran dificultad os podéis desaferrar. La experiencia enseña con cuánta más facilidad sale un hombre de un vicio, se libra de una pasión, que no una mujer. ¿Qué de ellas encontramos de tan miserable condición, que ven sus males y los lloran y se quedan en ellos? Pero los hombres es para bendecir á Dios qué presto sanan esos más perdidos, más apasionados. Ello poco mal y bien quejado. Dirán que andan hechos hornos de vidrio, que son sus pechos volcanes que sin cesar escupen llamas y pedazos de entrañas hechos cenizas; inflaman con suspiros el aire, perdido el juicio, presa la razón, cautiva la libertad, aherrojados en duras cadenas, que viven muriendo, y pasan doscientas muertes, y nunca acaban de morir. Yo los aseguro que no irán de ese mal. Gástase aquel humorcillo, como un poco de estopa que se enciende, y otro día está sano como una manzana. Que no hay calentura efímera que tan poco dure y tan presto se acabe. No lo han de ahora. Su padre Adán fue el primero. ¿Qué requebrado? Y la dama lo merecía, que era la más acabada mujer que Dios crió. ¿Qué regalos tan misteriosos le dijo, cuando se la trajeron á vistas? Este es hueso de mi hueso y carne de mi carne. Por ésta dejará el hombre á su padre y á su madre; los mayores vínculos de naturaleza, todo lo ha de vencer el amor de la mujer. Llámese varona; porque es el alma, la vida del varón. Creció la fiebre de la afición y súbese la modorra á la cabeza, y como fuera de sí, comió de la manzana que ella le dio y púsose de lodo á sí y á toda su posteridad. *Ne contristaret delitias suas*, dice San Agustín. ¿Pues veis á este amador tan perfecto? De allí á tres horas que le llaman á juicio, vuelve la hoja de manera que con sumo desamor y extraño despego responde al cargo que Dios le hace: *Mulier quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno et comedi* (Gene., 3). ¡Oh qué donoso galán! Qué decís, Señor, yo soy el pastor, esta es oveja; yo la había de regir; yo tengo toda la culpa, aquí estoy que llevaré la pena de ambos. La mujer que me diste por compañera, me dió de la fruta y comí. Tácitamente cargó la culpa á Dios. Nunca me la dieras, que mejor estuviera sólo que mal acompañado; ella me echó á perder. Ella tiene toda la culpa, y vos que me la distes. ¿Viose tal desafición? Es que tenía en la mano la calentura, y dejóla cuando quiso. Así lo hacen hijos de padre. ¿Qué diremos de Amón, primogénito de David; desperecido por Tamar, hermana de Absalón? *Speciosissima* la llama la Escritura. Tan her-

mosa para mujer, como su hermano para hombre. *Ita ut propter amorem ejus ægrotaret.* Vino á enfermar de demasiado amor; íbase enflaqueciendo, secando, consumiendo.

Quid delubra juvant? Est mollis flamma medullas
Interea et tacitum vivit sub pectore vulnus.

VIRG.

Tanto que espantado un su amigo le dijo: *Quare sic attenuaris macie, fili Regis, per singulos dies?* «¿Qué es esto, hijo de rey, que os vais á ético? ¿Qué desmedro es éste? ¿Qué pena traéis que os acaba la vida?» Cae en la cama; viénele el rey á visitar, no puede comer; no le conocen los médicos el mal; todos turbados; el príncipe se muere; mal logrado de él. ¡Pobre mozo! Dícele su padre: ¿No se os antoja nada? ¿Qué os daría ahora gusto?—No, señor, que es un mal rabioso este que me tiene postrado totalmente el apetito; mas paréceme que si Tamar viniese y me aderezase un pisto, que de su mano lo tomaría.—Así. Venga enhorabuena.—Viene la buena señora (que era una paloma sin hiel, sin malicia, de hermosísimos pensamientos, dignos de su persona). Entra á darle la comida, y el desalmado, infame, acomete una grande alevosía. Y en el mismo punto la aborreció en tanto grado, que fue mucho mayor el odio que el amor que antes le había tenido. Y no pudiendo sufrir verla delante de sí, la hizo echar á empellones de su aposento y cerrar la puerta tras ella. ¡Oh monstruo de naturaleza! ¡Hombre fiero, bestial, digno de morir como murió á malas puñaladas! Estos casos no los cuenta la Escritura por singulares, sino por ejemplos comunes, como otros mil que cada día acontecen. Tales son estos gentiles hombres. Para que veáis la razón que tenéis de moriros por ellos, y de hacer finezas, ni de hacer caudal de las suyas. Lo segundo en que diferimos es que acá de todos modos de fiebres adolecemos, lentas, medianas y recias también; pero siempre vuestras fiebres son grandes. *¿Magna est velut mare contritio tua; quis medebitur tui?* Se dijo á la hija de Sión: No es el mayor mal la calentura, unas tercianas, aunque es ordinario; más es el tabardillo, dolor de costado, una landre, una apoplejía. No quiero decir en esta diferencia que son mejores los hombres que las mujeres, ni es verdad. Más virtud se halla comúnmente en ellas; es su natural más blando y doméstico y más inclinado á devoción y piedad y obras de virtud. Si virginidad, si limpieza hay en el mundo, en ellas se conserva. No incurren (lo común) en esos males agudos y malignos que arguyen gran malicia y veneno que traba el corazón: esos pecadazos horribles de blasfemias, traiciones, robos, homicidios; esos y otros semejantes para los hombres se quedan. Pero en esto de las fiebres cuando enferman, son muy graves las suyas. *Tenebatur magnis febribus.* Pecados de pasión, de antojos, son vehementes. Si están apasionadas, no saben tener modo ni medio en lo que aprehenden; son extremadas en cuanto dan, ora sea bueno, ora sea malo. Miren mucho por sí, que por esto se lo digo; miren á qué se aplican, que tienen disposición para mucho bien y para mucho mal. Si dan en virtud, son lo apurado de ella, la quintaesencia: devotas, caritativas, ayunadoras, penitentes, valerosas, magnánimas. Si se malean, por otro extremo. Como del mejor vino se hace el más fuerte vinagre, así un lindo natural estragado se hace mucho peor. Un buen religioso es ángel de Dios; distraído, es peor que el más distraído seglar. Un apóstol, la mayor dignidad de la Iglesia, Judas, caído del apostolado, se hizo demonio. *Nonne duodecim vos elegi, et unus vestrum diabolus est?* Así, una buena mujer no tiene precio. *Procul et de ultimis finibus pretium ejus.* Dice otra letra: *Longinquum ab unionibus pretium ejus.* Sin comparación es más preciosa que las perlas, esmeraldas y diamantes. Pero estragada es peor que una víbora. *Non est caput nequius super caput colubri; et non est ira super iram mulieris*: «No hay peor cabeza que la de la serpiente, ni ira que se iguale á la de la mujer». ¿Qué víbora pisada se puso tan furiosa como Jezabel contra Elías, cuando degolló á los profetas de Baal? Que viérades al bravo Elías, que se hacía temer de los reyes y de sus capitanes, que ponía y quitaba leyes al cielo, y lo abría y cerraba á su voluntad, entrarse por esos yermos huyendo la ira de Jezabel, y no se teniendo por seguro, pedir á Dios le sacase de esta vida. ¿Qué mayor ambición que la de Athalia, reina de Judea, que mató todos sus nietos y toda la casta real por quedar ella sola con el mando? ¿Qué de la desvergüenza de Herodías, casada con su cuñado públicamente en vida de su marido? ¿Pues y la vanidad y altivez de las que parecen bien ó lo piensan? *Fallax gratia, et vana est pulcritudo.* Vana, no sólo porque caduca sin sustancia, sino porque desvanece á su sujeto.

Fastus inest pulcris, sequiturque superbia formam.

OVID.

Caudataria la soberbia de la hermosura. Es recia calentura esta del buen parecer. Pues siendo la fiebre grande, cosa sabida es que se ha de subir á la cabeza; y así muchas de las más sanas tienen desvanecimiento de ella. El remedio de estos daños es *stans super illam, imperavit febri.* Tenerlas siempre sujetas y man-

darlas, porque con esta ley conocieron. *Sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui.* Y quien no las manda, las mata. No quiero en causa tan odiosa otros testigos sino á ellas mismas. ¿Cuándo, mirándolo en seso, se tienen por mejor casadas? ¿Cuando tienen un marido que sepa mandar ó cuando á mengua suya son ellas las mandonas? Hallamos en los Cantares que la esposa confiesa de sí faltas. Una vez dice: *Nigra sum sicut tabernacula Cedar.* «Soy negra como las tiendas alárabes; curtida con las aguas y soles». Otra vez: *Nolite me considerare quod fusca sim.* «No reparéis en que soy morena». Pero del esposo no sólo dice falta alguna, sino que es blanco y colorado y escogido entre millares, y todo para ser deseado. ¿Qué nos quiso decir por eso el Espíritu Santo? Que en el matrimonio el marido haga siempre ventaja á la mujer. *Quoniam vir caput est mulieris:* «Es superior». Y si ha de haber falta, más tolerable será en la mujer, porque el hombre cuerdo la sabrá mejor disimular y corregir. Pero si las hay en el marido, la mujer le terná en poco y no las podrá remediar. Abraham primero se llamaba Abrán, y su mujer Saray. Dice Dios: No conviene así, sino añadamos una letra al varón y llámese Abraham, y quitémosla á Saray y llámese Sara. ¿Señor, qué importa una letra? Mucho. No es bien que tenga la mujer una letra más que su marido. Pues ya, si son muchas letras y es letrada, y tiene más entendimiento, más discreción, ¿quién se averiguará con ella? Esto habían de mirar mucho los padres cuando han de poner en estado á sus hijas. Temístocles tenía una hija y pedíansela dos mancebos, uno rico y necio y otro pobre y sabio, y él dijo: Más quiero dar á mi hija á un hombre que tenga necesidad de dinero, que no darla á dinero que tenga necesidad de hombre. Sentencia digna de hombre tan prudente. Si á esto mirasen las casamenteras de ahora, no harían tantas erradas como vemos, por tener más ojo al dinero que á la virtud y al valor.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Pero volvamos á nuestra enferma. *Et rogaverunt illum pro ea.* Hay enfermedades reservadas á Dios porque él sólo las sana, y son las que tienen principio en el alma, que nacen de alguna culpa, á la cual como no pueden llegar las purgas, no las pueden sanar los médicos. Y así veréis muchas enfermedades desahuciadas por que no se acierta con el médico de ellas. De Asá, rey de Judá, cuenta la Escritura que, aunque al principio fue rey justo, después se fue estragando y comenzó á olvidarse de Dios y no acudir á él en sus trabajos. Y reprehendiéndole por esto un profeta enojóse con él por la libertad con que le habló y mandóle echar en un calabozo en un cepo. El Señor, indignado contra el rey, echóle á él unos grillos de gota á los pies, que le causaba dolor vehementísimo; y él no entendiendo que esta enfermedad estaba reservada á Dios, no se volvió á él á pedirle salud, interponiendo en ello oraciones, antes puso toda su esperanza en los médicos. *Et nec in infirmitate sua quæsivit Dominum, sed magis in medicorum arte confisus est* (II Para.). Y valiéronle poco, porque murió sin remedio. De aquella mujer que padecía flujo de sangre, cuenta San Lucas: *Quæ in medicos erogaverat omnem substantiam suam, nec ab ullo potuit curari*, hasta que vino al Hijo de Dios que la sanó. Otras hay que se parecen á Ochocías, rey de Israel, que habiendo caído de un corredor y héchose mucho mal, envió á consultar á Belcebú, para que le diese salud. Enojóse Dios con él de manera que le manda á su profeta Elías salga el encuentro de los mensajeros y los diga: *Nunquid non est Deus in Israel, ut eatis ad consulendum Belzebub?* Decidle á vuestro amo que no se levantará de la cama en que se acostó, sino que morirá sin duda. De estas locuras también hay hartas el día de hoy, que confían en médicos, que todo se les va en tomar regimiento, guardar recetas, consultar ya al médico viejo, ya al nuevo; al uno por la experiencia; al otro porque acaba de llegar de Mompeller ó de Bolonia, que les parece ha de traer algunos secretos nuevos. El otro al herbolario, y no falta quien al morisco y á la hechicera, que es lo mismo que hizo Ochocías: consultar á Belcebú. Di, hermano: ¿no hay Dios en la Iglesia á quien consultes? ¿Por ventura piensas que el demonio es más poderoso que él, ó más amigo tuyo, ó que podrás sanar contra la voluntad de Dios? ¿No sabes que el demonio no puede hacer nada contra la voluntad de Dios, y que le pide licencia para lastimar á Job? ¿No ves que á Ochocías (á quien imitas) le manda decir el Señor que aunque Belcebú quiera no le podrá sanar?—Pues yo veo que algunos sanan con hechizos.—Yo no lo creo; pero desventurada salud permitida por Dios para mayor engaño tuyo y mayor enfermedad del alma. No acudas al demonio, ni aun al médico en primer lugar. La primera jornada sea á Dios, saliendo de la culpa y pidiéndole misericordia: que él es protomédico que sana el alma y también el cuerpo, al revés del demonio, que no te sanará el cuerpo, aunque pudiese, si no te mata el alma. ¿Hay más cara ni más costosa cura? *Quid prodest homini si universum mundum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* (Mat., 16). Mirad qué barato cura Cristo. *Rogaverunt illum pro ea.* Saquemos de aquí un aviso importantísimo de doctrina sana.

Que en las enfermedades y necesidades que padeciéredes acudáis á las oraciones y ruegos de los amigos de Dios, porque son impetratorias de lo que piden. Y si tanto pueden los que están en la tierra, ¿qué harán los que están en el cielo gozando de la buena vista de Dios, donde está la caridad más encendida, donde más segura la privanza, y sin intermisión se reciben las avenidas y corrientes de los divinos favores? *Voca ergo si est qui tibi respondeat, et ad aliquem sanctorum convertere*, se dice á Job en su calamidad. Presumían de él sus amigos que era malo, y que por sus pecados le castigaba Dios, y así le dice uno: Encomiéndate á Dios en tu trabajo, invócale en tu favor; y si acaso tus deméritos no dan lugar á que responda, conviértete á algunos de los Santos. Válete de la intercesión de algún santo; para que por su respecto te conceda el Señor lo que por ti no mereces. Para esto invocamos los santos, porque quiere el Señor honrarlos y que los honremos como á terceros y rogadores, que solicitan y negocian con Dios nuestra salud.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Inclinado el Señor con los ruegos de sus discípulos, llégase á la enferma, y estando en pie junto á ella, la cabeza inclinada con muestra de piedad, mandó á la calentura que la dejase, y al punto la dejó. *Et continuo surgens ministrabat illis*. Levantóse esta mujer con entera salud y conocimiento del beneficio recibido y con propósito de servir al dador de la salud y á los que intercedieron. Y así lo hace. Condición es de buenos, que en el trabajo acuden á Dios, que es la fuente del remedio, y sacados de él no se olvidan, sino vuelven con hacimiento de gracias. Así David, cuando se vía afligido con alguna enfermedad ó cercado de enemigos, levanta los ojos á Dios, pedía favor, imploraba su misericordia, y alcanzada la salud ó la victoria, no se descuidaba de servirla y regraciarla á Dios. *Exaltabo te, Domine, quoniam suscepisti me, nec delectasti inimicos meos super me*. Había escapado de una terrible enfermedad. «Ensalzaros he, Señor, porque me librastes de grave dolencia, y no consentistes que mis enemigos se gozasen de mi muerte». *Domine, Deus meus, clamavi ad te, et sanasti me*: «Señor, en mi enfermedad á vos sólo llamé, á vos acudí, y sanásteme». *Domine, eduxisti ab inferno animam meam; salvasti me a descentibus in lacum*: «Desahuciado estaba ya, casi contado con los muertos; pero vos, Señor, sacastes mi ánima de los infiernos, para á donde estaba ya de camino, dándome la salud, y librastes mi cuerpo de la sepultura». *Convertisti planctum meum in gaudium mihi, concidisti saccum meum et circumdedisti me lætitia*: «Mudastes mi tristeza en alegría; y el llanto que por mi muerte se había de hacer, en gozo de verme restituído á la vida». «Rasgastes los lutos que ya están cortados, y en lugar de la mortaja con que me habían de cubrir me cercastes todo de alegría». *Ut cantem tibi, gloria mea, et non compungar; Domine Deus, in æternum confitebor tibi*: «Para que á ti, gloria y honra mía, cante mi ánima. A ti sólo, y no á otro rinda las gracias, y la melancolía del mal no me cierre la boca para bendecirte. Señor Dios, toda mi vida os alabaré y os serviré». Véis aquí para qué pide á Dios la salud, y en qué la emplea. Por el mismo tenor procede en las victorias. *Deus, qui das vindictas mihi et subdis populos meos sub me: liberator meus de inimicis meis iracundis* (Salmo 17): «Tú, Señor, eres quien me diste las victorias de mis enemigos; tú me diste poder para castigar á los paganos enemigos de tu pueblo. Tú pusiste debajo de mi señorío muchas gentes, y me libraste de enemigos rabiosos que me perseguían». *Propterea confitebor tibi in nationibus, Domine, et nomini tuo psalmum dicam*: «Por esos beneficios no cesaré, Señor, de alabaros y haceros gracias, componer salmos en que se celebre vuestra gloria, no sólo en Israel, sino entre los gentiles, por cuya boca para siempre pienso loaros». De esta manera se ha de tratar con Dios, no olvidándonos en las prosperidades de quien nos socorrió en el trabajo. No lo hacen así los malos; en viéndose heridos con la vara y el castigo, verlos heis devotos, compungidos, llorosos; tantos votos, promesas, grandes propósitos de virtud. En alzando Dios la vara, cesando el castigo, luego se vuelven á sus maldades, y aun con más ímpetu y desenfrenamiento. Esta torcida condición de los malos trata David en el salmo 77. *Generatio prava et exasperans; generatio quæ non direxit cor suum et non est creditus cum Deo spiritus ejus*: «Generación mala, torcida, y que siempre con sus pecados exasperó la dulzura de Dios, y le provocó á ira con sus maldades. Generación que nunca enderezó su corazón, ni de Dios tuvo el crédito que debía; gente que las sacó Dios de Egipto con tantas maravillas». *Et obliti sunt beneficiorum ejus, et mirabilium ejus quæ ostendit eis*: «Y se olvidaron de sus beneficios, y de las proezas que les mostró y hizo delante de ellos, ó que sus padres les contaron». *Cum occideret eos, quærebant eum et revertebantur et diluculo veniebant ad eum*: «Cuando los castigaba, alzaban el grito, pedían misericordia, confesaban su pecado, y volvíanse á él de madrugada». Quiere decir; con mucha solicitud y presteza se convertían. Alzaba Dios su ira, y volvía á hacerles merced, y vuelta á sus males, no una sino muchas veces. *Quoties exacerbaverunt*

eum in deserto?: «¿Qué de veces irritaron á Dios en el desierto?» Parece que se cansa David en contarlas. Y en el salmo 105 prosigue á la larga el mismo argumento y dice: *Sæpe liberavit eos*: «Muchas veces los libró, y muchas le mintieron y fueron ingratos». En Faraón se vió la prueba de esta perversidad. ¡Qué de veces castigado, y qué de veces prometido la enmienda y dar licencia al pueblo que cesase la plaga, que él obedecería á Dios! En alzando Dios la mano, *in duratum est cor Pharaonis: non vult dimittere populum*, no liberta al pueblo. ¿Hay gente de esta manera? Mete la mano en tu seno, hermano, y mira qué de veces te has visto atribulado, en peligros del honor, de la vida, enfermedades, aprietos, y te volviste á Dios con humildad, y prometiste la enmienda, y usó contigo de misericordia como quien él es, y le has faltado la palabra como quien tú eres. ¿Tal ingratitud tantas veces repetida? Mira que llegará alguna vez á punto que reviente en ira la paciencia de Dios, y salga de madre la cólera que estaba en la mansedumbre detenida y represada, y haga de ti lo que de Faraón. ¿No te avergüenzas de olvidarte de tu bienhechor, cuando más te debías acordar? ¿Cuando gozas de la misericordia, usas de la salud que te dio para ofenderle? ¡Cuánto más debido es avivarte con los beneficios para más servirle, encender el corazón para más amarle, imitando á esta buena mujer, que en la enfermedad acude á Cristo por salud, y cobrada la emplea en su servicio, y así empleada por virtud de la gracia, es meritoria de gloria! Amen.

CONSIDERACIONES

DEL

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO

TERCERO DE CUARESMA

Venit Jesus in civitatem Samariæ quæ dicitur Sichar.

(JUAN., 4).

Las aguas de la fuente de Jacob; sale hoy á caza de almas Cristo, cazador divino, y aunque asoleado y cansado en este ejercicio, le tiene por deleitoso por sucederle tan bien, que prendió un alma que le sirvió de señuelo para cazar otras muchas: ganó una mujer pecadora, y con ella toda la ciudad. Cual suele el cazador sagaz armar junto al bebedero á las simples avecillas, para que llegando á tomar refresco y refrigerio de vida hallen su muerte quedando asidas, así (aunque con diferente celo) el Redentor del mundo el día de hoy arma junto al pozo de Jacob unos lazos, de aquellos que él dice por su Profeta: *In funiculis Adam traham eos, in vinculis caritatis.* «Con las perchas de Adán y con lazos de amar los traeré á mí». En un lazo amoroso de éstos cayó una mujercita de la ciudad de Sichar, que venía á beber, y presa, sale tan buen reclamo, que á un chirrío que dio: venid y veréis un Profeta que sabe los pensamientos y me ha dicho cuanto en mi vida he hecho; debe ser sin duda Cristo el deseado y esperado; con esta voz los trajo á todos desolados y rendidos al servicio del Señor. Pero tal es el cazador, y tales los lazos que nos arma. ¡Dichosa el alma que cae en ellos, pues no hallará muerte, sino eterna vida! Y para que nosotros alcancemos esta dicha y esta mujer también nos sea reclamo para llevarnos á Dios, supliquemos á su divina majestad nos disponga con su gracia, pidiéndosela por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave.

INTRODUCCION

El santo profeta y rey David, en el salmo 35 nos declara la providencia de Dios y su grandeza, que se extiende á tanto como su omnipotencia, porque así como no hay criatura sino hecha por él, así á todas las provee y sustenta él. Hízolas

todas entre sí diversas y por ende han menester diversas provisiones; pero en su tanto cumplidísimamente es proveída cada una. *Homines et jumenta salvabis, Domine, quemadmodum multiplicasti misericordiam tuam, Deus* (Salmo 35): «Salvaréis vos, Señor, á los hombres y á las bestias, porque á tanto se extiende, Dios, vuestra misericordia». San Pablo dijo una vez: *Nunquid de bobus cura est Deo?* No porque de ellos no se tenga cuidado, sino porque cotejado el cuidado que de las bestias se tiene con el que hay de las criaturas racionales, no parece en su comparación, alguno. Pero que cuide Dios de las bestias, fe católica es; pues se acordó en el diluvio no sólo de Noé y sus hijos, sino de todos los animales y jumentos que con ellos estaban encerrados; y pues se ponen en cuenta en la que de la misericordia usada con los ninivitas da Dios á Jonás, haber en aquella ciudad no sólo gran suma de criaturas inocentes que no sabían la diferencia del bien al mal, sino muchedumbre grande de bestias. Con razón, pues magnifica David y se admira de las riquezas amplísimas de la misericordia de Dios, que se extiende á proveer y alimentar y conservar á los hombres y á las bestias. *Filii autem hominum in tegmine alarum tuarum sperabunt* (Salmo 35): «Pero los hijos de los hombres esperarán en la cubierta de vuestras alas». A la letra pone David aquí las grandes ventajas que hace la providencia que tiene Dios de los hombres á la de las bestias; porque aunque á todos alcanza, es más ilustre, más especial para los hombres, que los obliga y defiende y regala con las alas de su protección en esta vida y en la otra, como la gallina á sus polluelos. Pero en esta manera de hablar con que unos se llaman hombres los que van combinados con las bestias, y otros hijos de hombres, que esperan en el abrigo de sus alas, halla San Agustín misterio, y dice: «Hombre fue Adán, pero no hijo de hombre; Cristo, Dios y hombre, y se precia de llamarse hijo de hombre. Llamemos pues, hombres á los hijos de Adán, á los que nos representan á aquel primero Adán y traen en sí la figura á solas del Adán viejo; hijos de hombres á los que en sí portan la del celestial Adán; del Adán no de tierra hecho sino de cielo. Y de esos decimos que esperen su premio, mas para lo futuro. Las bestias y hombres que se les semejan reciban acá su ración, pues no buscan sino lo presente, y no apetecen sino lo que deleita al sentido; pero el seguidor de Cristo espere su galardón en lo porvenir, en el otro siglo. Recia cosa sería que el jornalero que para tu hacienda coges, mandes que te espere por el jornal ó soldada hasta el fin de la obra, y quieras tú el galardón antes que acabes tu obra. Y aun tú mentirás, ¿puede Dios mentir? A tí te faltará para poder cumplir, ¿puédele á Dios faltar? Tú engañarás, ¿puede Dios engañar? Espera, pues, con entera esperanza el cumplimiento de aquella tan suntuosa promesa: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos.* (Salmo 35): «Embriagados serán de la abundancia sobrada de vuestra casa, y con el arroyo impetuoso de celestiales deleites abrevados». No temas que por decir arroyo, que suelen ser los que llevan aguas de paso, mientras llueve no más, y luego desaguan, que serán bienes falibles los de aquella gloria. *Quoniam apud te est fons vitæ*: «En ti, Señor, hay fuente de vida». Arroyo es abundantísimo, vital, que sin jamás cesar mana y corre de la fuente de vida que es Dios y baña todos los senos y potencias de los bienaventurados, y trayendo con su perene corriente nuevos y varios gustos, los tiene contentos y sin hastío; hartos y sastifechos por toda la eternidad. Esta fuente de aguas vivas nos convida con su frescura y belleza á parar un poco junto á ella, y considerar cómo reparte sus aguas de modo que á todos quepa la parte necesaria. Veremos unos jumentos samaritanos satisfechos; salen á Cristo á la fuente y le piden con inflamado deseo que no pase por ellos tan de paso, y los oye, y repara, y se detiene dos días, refrescando sus almas con doctrinas del cielo, con tanto fruto que creyeron en él y le confesaron por verdadero Salvador del mundo. También los hombres bebieron, y una mujer samaritana, en todo hija de Adán el primero, y que nos representa al propio (aunque mujer) las propiedades de un pecador enfrascado en los bienes de este mundo, fue tan bien proveída del agua que no conocía, que se olvidó de la que buscaba y había sacado ya del pozo hondo de los pasaderos bienes de esta vida. Y á los hijos de los hombres (que son los apóstoles) también veremos bien informados de aquellos bienes en que tienen de colocar su esperanza, cuando les manda levantar los ojos y mirar las mieses que blanquean de maduras para derrocarla, esto es, animarse para la conversión de las gentes que ya se acercaba y se había de efectuar mediante su predicación; porque se les promete en galardon fruto de vida eterna, y aquellos gozos que les muestra del que siembra y del que siega, cumplidos con tanta abundancia de cosecha.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Venit Jesus in civitatem Samariæ quæ dicitur Sichar. Iba Jesús de Judea á Galilea, y era necesario que pasase por Samaria. Vino, pues, á la ciudad de Sichar, junto á los heredamientos que en siglos pasados Jacob, patriarca, dejó por mejoría á su hijo José, á donde estaba la fuente ó pozo que llaman de Jacob. Estos nombres

todos y tantos de la provincia, de la ciudad, de las dehesas, de la fuente ó pozo que en ella estaba, nos amonestan de cómo sola la virtud es la eterna en la mutabilidad de las cosas de esta vida. Es aquella tierra de quien se dice: *Terram autem dedit filiis hominum.* Y su hijo Salomón: *Generatio præterit et generatio advenit, terra autem in æternum stat*: «Aunque las generaciones vayan y vengan, la tierra sin mudarse está siempre en un sér». Como teatro en que se representan las farsas de esta vida, pasan diferentes personajes, hace cada cual su figura, su entremés, y éntrase acabada la representación; pero el teatro siempre quedo. Tal es la firmeza de la virtud. Desde que aquella fuente allí se abrió, habían pasado hasta aquella sazón mil generaciones: cananeos, hebreos, persas, medos y caldeos, egipcios, griegos y romanos, y con tan grandes mudanzas de dueños, con tan prolijos tiempos, que deshacen los mármoles y los bronces duros; á pesar de los años, que todo lo sepultan en profundo olvido, duraba la dehesa de José y la fuente de Jacob en la memoria del mundo, tan olvidadizo y desmemoriado. Señores, los que deseáis que de vuestras casas, mayorazgos, vínculos, patronazgos, quede memoria, arrimadlos á la virtud, que sola es eterna. Bien dijo Salustio: *Nam divitiarum et formæ gloria, fluxa atque fragilis est; virtus clara æternaque habetur.* La gloria de las riquezas y hermosura es deleznable y fugitiva como la sombra, frágil y de poca dura como la florecilla; pero la virtud tiene honra eterna, porque es firme posesión en vida y en muerte». Pero mejor lo dijo el Espíritu Santo: *In memoria æterna erit justus.* Y en otra parte: *Memoria justi cum laudibus et nomen impiorum putrescet* (Prov., 10). «La memoria del bueno es incorruptible; siempre se acuerdan de él para alabarle y echarle mil bendiciones. El nombre y fama de los malos huele mal, y se pudre, y corrompe, y al fin se acaba». *Jesus autem fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem.* Las fuentes siempre son apacibles, y más en este tiempo, por la mayor abundancia de aguas que de las lluvias han cogido, y por la frescura de las yerbas que con su verdura cubren todo el campo; por las aves que allí acuden, y por las arboledas que ya les hacen sombra. Pídenos, pues, esta fuente reparemos junto á ella; con su nombre nos trae á la memoria lo que le pasó junto á otra fuente lejos de aquí á Jacob que dio nombre á ésta. Yendo camino de Mesopotamia, llegó sobre tarde á un pozo que estaba cerca de Haran, á donde él iba caminando y allí halló tres manadas de ovejas y sus pastores, de quien se informó de su tío Labán, y de las demás cosas. Y entre ellas le señalaron una pastora hija suya que venía con su ganado hacia el pozo á darle de beber. Dijo Jacob á los que allí estaban: *Adhuc multum diei superest, date ante potum ovibus, et sic eas ad pastum reducite.* «Buen pedazo queda aún del día, y sería mejor consejo dar agua á las ovejas, y sacarlas otra vuelta al pasto, que sobre tarde suele ser de más provecho por estar la yerba templada y más á propósito que por la mañana con el rocío ó entrando el día con el calor». Respondieron: «Llevarnos han la pena si tal hiciésemos, que manda la ordenanza de la Mesta que nadie sea osado de quitar la piedra del pozo y dar agua hasta que esten juntos todos los que pastan la dehesa». Antes que se me olvide, digo que debíamos de tomar el buen consejo de Jacob todos. Dar de beber al ganado, y volverle á la pastura. La doctrina es el agua (como luego veremos); el agua sola no sustenta, pero sin ella el pasto no podría tomarse. Muy bueno es oir la doctrina con el cuidado que aquí se hace; pero deberíamos beber para comer. Beba el entendimiento para que coma la voluntad. Deprender para obrar, oir sermones para hacer algo de lo que se nos predica. ¿Pero beber para dormir? Uso era de Mesopotamia, no de la tierra de promisión. Dicen que el agua *ad pedem lecti mors.* No sé cómo se entiende si es aforismo. Lo que digo es que alabo la frecuencia de los sermones, y desalabo la negligencia en obrarlos. Habían tiranizado la doctrina las letrados cuando llegó Cristo á la tierra. Eso es *os putei grandi lapide claudebatur*: «Está cerrado el pozo con una gran losa». Habíase alzado con la llave de la ciencia, que ni ellos entraban ni dejaban entrar á otros. Cuando se juntaban en sus solemnidades se abría para todos el pozo, dando doctrinas comunes á todo el pueblo; pero son sermones de poco provecho hablar á bulto, porque la buena filosofía moral tanto es mejor cuanto más en particular aplicada. Si un médico se sube en su cátedra y dice: Para tal enfermedad presta tal yerba, y la sangría se ha de hacer en tal ocasión, y la purga tomarse de esta y de aquella manera, este tal no es médico, sino doctor; enseña, mas no cura. El médico, en cuanto médico, es el que os dice: Vos tenéis fiebre pestilente que se va á modorra, venga luego el barbero y rompa la vena; á vos se os hace una apostema en el pulmón, y de aquí á pocas horas sentiréis un dolor de costado rabioso, cumple salirle al encuentro. De esta manera curaba San Pablo: *Publice et per domos*: «Publicamente y por las casas; en común y en particular». *Per triennium nocte et die non cessavi cum lacrimis monens unumquemque vestrum*: «Bien sabéis que por tres años continuos no cesé de noche y de día de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros». Este sí era médico. Más provechosa doctrina es la que en el confesona-

rio, conforme á lo que de vos entiende el prudente confesor, se os aplica, que en común se predica en el púlpito. Huid de confesores idiotas, perros mudos que no pueden ladrar, y buscad virtuosos y letrados. Volviendo á nuestra historia, mientras se trataba de lo dicho, ya llegaba con su ganado Raquel, la hermosa pastora, y Jacob, sin esperar otro alguno, se puso haldas en cinta, y tomando el cubo y soga, habiendo primero tumbado de sobre la boca del pozo la gran piedra con que se tapaba, sacó toda el agua que fue menester para abrevar las ovejas de su prima, que con una limpia simplicidad estaba maravillada: quién sería aquel gallardo pastor que de nuevo llegado á la tierra le hacía aquel servicio sin pedirle ella. Y él acabado, tomando de haberle hecho confianza, la tuvo para osar abrazarla, y con eso enternecerse tanto que le reventaron por los ojos las lágrimas, y le dijo que era su primo hermano, y por qué vía. Esto es lo que hoy hace el Señor con la Samaritana, cuando tan abastadamente le dice aquella celestial doctrina, descubriéndole los maravillosos efectos de la gracia y en qué consiste el legítimo culto que Dios demanda; y finalmente, le declara ser el Mesías. Extraña cosa parecerá en un hombre tan cuerdo y tan puesto en razón como era Jacob, luego á la vista primera de su prima mostrarse tan valiente y descubrirle con tan ciertas señales (como suelen ser las lágrimas) el amor tan grande que allí le había cobrado. Pero mucho más extraño es, que por una mujer pobre y pagana y no buena, converse el Señor con tanta llaneza y trate tan subidas teologías. Maravillosa cosa es; pero la maravilla nace de la ignorancia. No llega todo el saber humano á estimar lo que vale un ánima, y lo que por su remedio es bien que se haga. Si me dais para ello licencia, diréos lo que me se figura que debió pasar á Jacob en esta ocasión que tratamos. Cuando los pastores le señalaron á la hija de Labán, que tras de su ganado bajaba la cuesta hacia el pozo, luego le debió dar el corazón (por cierta divinidad que hay en él para las cosas en que nos va mucho) la mucha parte que en él había de tener de allí adelante de aquella doncella. Y así se debió de ataviar lo mejor que el tiempo y ocasión daba lugar para salirle al encuentro; y que se sacudió del polvo y concertó la ropa, y puso bien el cabello y sombrero y las calzas, estirándolas y apretándose el cinto. Cosas son estas hacederas en semejantes casos. Porque lo sería desastrado luego á las primeras vistas cobrar opinión de desaliñado, tropezando (como dicen) en el umbral. No por ser virtuoso había de ser desaseado, ni se ha de presumir que pueden acabar menos las honestas aficiones que las que no lo son. Cada cual en su tanto. Vos, Señor, cuando vistes venir esta alma, por quien habiais de dar la vuestra, ¿qué hicistes para componeros? *Jesus autem fatigatus ex itinere sedebat sic supra fontem.*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

No hay en toda la omnipotencia de Dios instrumento más poderoso ni máquina de tan gran fuerza para derrocar la rebeldía de las conciencias más enriscadas, y dar con ellas por el suelo, que la cruz de Jesucristo. Ni puede Dios mostrar á nuestros ojos hermosura que así enamore, así prenda, así cautive el alma más zahareña, más desamorada, más esquiva, que aquella fealdad que en la cruz nuestros ojos miran. En tanto grado, que le pareció á San Pablo que no era posible, sino que estaban enhechizados los ojos de los este espectáculo vían y no quedaban vencidos de sola la vista. *O insensati galatæ, quis vos fascinavit non obedire veritati, ante quorum oculos Jesus Christus proscriptus est et in vobis crucifixus?* ¡Oh, gálatas insensatos, hombres sin sentido! ¿Quién os ha dementado? ¿Qué ilusión, qué trampantojo, qué enajenamiento es éste, para no ver la verdad patente que antes víades? ¿Que estabáis tan ciertos de ser Cristo crucificado vuestra salud, como si delante de vuestros ojos le viérades condenar á muerte, y en vuestras almas le traíades, por amor crucificado, cómo ahora le negáis? ¿Qué ojos, si no están encantados, ven, Señor mío, vuestro pecho abierto á punta de hierro, y ellos le pueden cerrar á su prójimo? ¿Cúyas manos son las que al mal se extienden, viendo enclavadas las vuestras por nuestros hurtos? ¿Cúyos pies corren á la maldad, que ven á los vuestros fijos con tan duros clavos que los traspasan? ¿Cúyo cuerpo desea sus regalos, que ve el vuestro cubierto de tan sangrientos azotes? ¿Cúya boca dice palabras á su prójimo desabridas, y ve la vuestra aheleada? ¿Qué ojos se levantan á la vanidad, que consideran los vuestros tan lastimados? ¿Qué cabeza se empina por soberbia, y ve la vuestra de espinas coronada? ¿Quién adereza el rostro, quién se engalana y pule, si se acuerda de vuestra desnudez, de cuán cárdena y denegrida de golpes y bofetones estaba vuestra cara? *Vidimus eum et non erat aspectus:* «Vímosle, y no tenía rostro de hombre; desemejada de tal manera su figura, que no parecía lo que era». Y con ser así, no por eso aborrecido, porque feo, porque herido y abatido de Dios, antes por eso más amado, más vistoso, más para ser deseado. *Et desideravimus eum despectum et novissimum virorum: virum dolorum et scientem infirmitatem.* Tal le amamos y deseamos, porque tal nos cumplía. Y esa fealdad fue la que hizo nuestras almas hermosas. San Agustín: *Deformitas Christi te format; ille enim*

si deformis esse noluisset, tu formam quam perdidisti non recepisses. Pendebat ergo in cruce deformis, sed deformitas illius pulchritudo nostra erat (Serm. 2., cap. 6): «La fealdad de Cristo te hermosea, porque si él no quisiera ser aseado, no recuperaras tú la hermosura que habías perdido. Pendiente en la cruz estaba feo, pero su fealdad era nuestra lindeza». Mira tú con qué ojos le miras, que si no eres ciego, ninguna cosa puedes mirar en Dios que así te ate las manos para ofenderle, ni así las desate para servirle. ¿Quién habrá tan desapiadado, tan fiero, que añada, Señor, dolores á los vuestros? *Quoniam quem tu percussisti persecuti sunt, et super dolorem vulnerum meorum addiderunt* (Salmo 60). Quejas forma de nuestra crueldad inhumana. «Al que tu heriste han perseguido y sobre los dolores de mis heridas acrecentado». ¿Quién no se conduele de un hombre tan lastimado como en la cruz Cristo se nos representa muerto de dolor y desangrado? Llámase cruel la lanza porque abrió el pecho al que estaba difunto. Ese es nombre que viene al justo al que pecado hiere al muerto. Y como dice el apóstol: *Rursus crucifigentes sibi Filium Dei et ostentui habentes*: «Cuanto es de su parte torna con su pecado á crucificar al Hijo de Dios, y le infama y afrenta». No todos ojos ven esto, ya lo veo; pero digo que esos están encantados ó con infidelidad, ó con insensibilidad. *Grande spectaculum*, dice San Agustín tratando aquel lugar de San Juan: *Et bajulans sibi crucem exivit in eum qui dicitur calvariæ locum*: «Y llevando para si la cruz, salió al lugar que se dice Calvario». *Sed si spectet impietas, grande ludibrium. Si pietas, grande mysterium. In eo spernendus oculis impiorum in quo erant gloriatura corda sanctorum*: «Si le mira la impiedad, grande escarnio; si la fe, grande misterio. En aquélla había de ser despreciado de los ojos de los malos, en que se habían de gloriar los corazones de los santos». Diciendo Pablo: «Lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo». En esta mujer ambos estos visos vemos. A la primera vista de infidelidad, le despreció hasta negarle un poco de agua. A la segunda le parece otro: Señor, profeta, Cristo. No seamos paganos descreídos; no resistamos á la fe que de su ingenio así alumbra al entendimiento, que mueve á la voluntad, si ella no le hace resistencia.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Mas en esta figura de Cristo sobre la fuente sentado, desflaquecido, cansado, de sudor y polvo cubierto, verás la que tu alma tiene cuando anda fuera de Dios. Ves aquí, hombre, al retrato de tus placeres; un Dios fatigado. Mira cómo trata á Cristo el beber tú con tanta facilidad el agua de tus deleites. Entiende ahora por qué dijo de los que le crucificaban: *Quia nesciunt quid faciunt*. Porque, verdaderamente, como aquellos no sabían lo que hacían, porque no le conocían, así tú no sabes lo que haces pecando, que no ves el daño que tus pecados hacen. Regálante á ti, y ofenden á Dios; deleitan el cuerpo, y matan el alma. Son rayos que como no tocan en la vaina, parece que queda la espada sana. Pues como no podía esa ofensa parecerse en el rostro divino de Dios, fue menester sacarla á la cara de Dios hombre, y por eso se muestra cansado y sudado; porque no hay castigo de ángeles malos, no hay fuego llovido sobre Sodoma y Gomorra, no diluvio, no infierno abierto que tanto deba espantar como ver á Dios por tus culpas en esta figura. Acuérdate que éste se sienta. *Fatigatus ex itinere*. Es aquel, *qui portat omnia verbo virtutis suæ*. Acuérdate que éste desmayado y perdido el color, y sudado, es aquel *splendor et figura substantiæ ejus*. Y con ser tal, oye á qué le traen nuestros pecados: *Verumtamen servire me fecisti in peccatis tuis, præbuisti mihi laborem in iniquitatibus tuis*. Esos descaminados caminos por donde nos perdemos y él nos busca, son los que le fatigan y de fatigado le sientan así sobre la fuente. Pero aunque cansado, no deja por eso de atender á nuestro remedio.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Venit mulier de Samaria haurire aquam. Definición es esta de una alma huída de Dios y descaminada tras sus apetitos. *Venit*. Significa inquietud, desasosiego. *In circuitu impii ambulant*: «Los malos andan en continuo movimiento». Y por Isaías: *Cor impii quasi mare fervens, quod quiescere non potest*: «El corazón del pecador es un mar deshecho que no puede sosegar». Siempre corre tormenta y se relanzan las olas hinchadas de sus pasiones. Ya ama, ya aborrece; ya alegre, ya triste; ya procura esto, ya se muere por lo otro; nada le satisface. Si es pobre, desea ser rico; si caballero, desea ser señor; si grande, desea ser rey; si rey, acomete á señorear el mundo, como Nabuconodosor cuando venció á Arfajad; y si lo fuere como Alejandro, desea que haya más mundos que conquistar.

Unus Pelæo juveni, non sufficit orbis.

No le bastaba un mundo á este mancebo ambicioso. Más. *Mulier*, símbolo de flaqueza. Mujeres flacas son todos los que se rinden á sus pasiones; pusilánimes, pues se entregan cruzadas las manos á los vicios. Aun Aristóte-

les alcanzó que no se halla fortaleza sin la virtud. Esos bravos que por cólera ó por vanidad ó por envidia, arriscan sin miedo la vida, son temerarios, pero no fuertes; que no lo es sino el que por el débito de la virtud desprecia los peligros. Pero aunque sea Sansón, si se deja vencer de los halagos de Dalila; aunque sea Hércules, si es afeminado hasta hilar con las doncellas de Omphale; aunque Alejandros y Césares, si son esclavos de infames vicios, no son varones, sino mujeres flacas, que son vehementísimas en sus pasiones si á ellas se rinden. *Non est ira super iram mulieris*. Más: *De Samaria*, que con la ley de Moisés adoraban ídolos junto con el Dios verdadero. *Qui confitentur se nosse Deum, factis autem negant*: «Dan á Dios culto con la fe en el entendimiento, y adoran al ídolo de su afición en el altar de la voluntad». Y finalmente: *haurire aquam*, que á costa de mucho trabajo y diligencia sacan el agua de los bienes de este siglo, que se cuela y trasvina, y no la pueden retener. *Divitiæ si affluant, nolite cor apponere*. Si corriere la vena de las riquezas muy abundante, no pongáis para recogerla el vaso del corazón, porque no se podrán conservar en él. Pues las honras y estados, *omnis potentatus brevis vita*, es agua tan corriente que si la queréis estancar, romperá y llevará los reparos y la vida de quien la tiene. Pues la carne, *omnis caro fœnum*, más deleznable es la carne que el agua, porque el agua corre de un lugar á otro, mas la carne es heno y flor que se seca. Es agua de arroyo, que en invierno corre y en verano se seca. Veis cómo el pecador es la mujer Samaritana la que viene á sacar agua.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Dícele Cristo: *Mulier, da mihi bibere*. Y responde ella: ¿Cómo me pides de beber, siendo como soy mujer samaritana, pues hay entredicho en la conversación de judíos con samaritanos? Replica el Señor: ¡Oh, si supieses el don de Dios, y quién es quien te dice: dame á beber, quizá tú le pedirías y él te daría agua viva. No paremos aquí, sino en considerar el deseo que tenía Cristo de beberse esta ánima, pues no basta la sequedad mal criada de su respuesta para que dejase de proseguir la primera demanda. Y debiéronse de decir con tal afecto y tal demostración aquellas palabras, que aunque la samaritana tenía (supuesta su persuasión) por qué hacer poco caso de los dichos sin apariencia de fundamento de un hombre que vía sólo y cansado, todavía la hicieron reparar un poco, y comedidamente querer saber la razón de ellas.—Señor, vos no tenéis con qué sacar agua, y el pozo es profundo, ¿cómo podéis dar agua viva ó dónde la tenéis? Si ya no queréis decir que sois más que nuestro padre Jacob, inventor de este solo pozo en estas regiones, de donde bebió con sus ganados, por que no hay otra mejor agua.—Comencemos ya de aquí á levantar un poco el pensamiento. Esta sed que aquí Jesucristo padece, y que le duró hasta con ella acabar la vida, es del conocimiento que deseó siempre que los hombres tuviésemos de nuestras miserias y del remedio de ellas y del modo de impetrarle. Nosotros somos aquellos cuyas ánimas rabian de sed. *Appropiate ad me, indocti, et congregate vos in domum disciplinæ. Quid adhuc retardatis? Et quid dicitis in his? Animæ vestræ sitiunt vehementer.* Dice el Sabio: «Llegaos á mí, idiotas; juntaos á mi escuela para oir la Sabiduría. ¿En qué os detenéis? ¿O qué podéis decir para excusaros de no oir tan saludable dotrina como os ofrezco?» *Animæ vestræ sitiunt vehementer*: «Vuestras almas padecen terrible sed; están secas y necesitadas de refrigerio». El remedio de esta sequía sólo está en la consecución de la gracia. Ella es el agua viva que sola puede refrigerar nuestros estíos. El modo de conseguirla es desearla, buscarla, pedirla, piar por ella. Si nosotros, pues, supiésemos la excelencia de la gracia, la lindeza de ella y su dulzura, la inmensidad de provechos que consigo trae á la casa donde entra, no sería posible sino que el propio interés nos solicitase á codiciarla y procurarla y pedirla. Hase de leer con atención el capítulo octavo de la Sabiduría, en el cual se trata de este don de la gracia debajo de nombre de sabiduría, porque como en el capítulo nono luego se sigue prosiguiendo la misma metáfora. *Per sapientiam sanati sunt quicumque placuerunt tibi, Domine, a principio.* Y en el capítulo séptimo: *Neminem diligit Deus nisi eum qui cum sapientia inhabitat.* Que es la misma sentencia que de la fe se dice: *Sine fide impossibile est placere Deo*. De modo que en aquel capítulo octavo se trata debajo de nombre de sabiduría de la fe viva, de la gracia, y esa es la que llama Cristo don de Dios en este lugar y agua de vida. Digo, pues, que el Sabio debajo de metáfora de una dama en todo y por todo acabada, en la cual naturaleza y arte y fortuna en competencia hubiesen empleado sus fuerzas todas para sacarla perfecta, nos pone un maravilloso retrato de don, y luego cómo le pide y alcanza quien bien le conoce. *Generositatem illius glorificat contubernium habens Dei*. Lo primero, y de los más principales motivos de la afición, es la nobleza; que aun desacompañada de otras facultades suele con razón ser estimada. Supuesto esto, tiene esta sentencia dos sentidos: El primero, esta sabiduría, *contubernium habens Dei*, que se acompaña con Dios y comunica, tiene eso por

suma nobleza. Soléis decir: Cada oveja con su pareja. Es tan altiva, tan hidalga y generosa esta sabiduría, que no se precia de tener amistad y familiaridad sino con el mismo Dios; y todo lo que es menos tiene por caso de menos valer y contra su pundonor ni aun mirarlo. Un alma cebada en esta conversación divina (que de ordinario tenía en los cielos) á todas las demás cosas fuera de Dios desestimaba como basura; tan generosa la había hecho la gracia. O de otra manera más conforme á nuestra letra: Aquella hidalguía debe ser más estimada á quien hidalgos dan testimonio y abonan, pues dice que glorifican la nobleza generosa de la sabiduría los paniaguados de Dios, y criados á sus migajas, aquellos que de su casa y corte son. En las cortes de los reyes, por los que presumen de finos cortesanos suelen ser reputadas por de bajos quilates las hidalguías en otras partes tenidas por de ventaja. Qué tal es la generosa hidalguía de esta gracia, en cuyo abono presentados por testigos los contubernales de Dios, los del tusón, los grandes que se cubren delante de él, los que no hacen caso de las noblezas villanas de este mundo, aunque sean reales imperiales, la glorifican diciendo: Que es un consorcio de la misma divina naturaleza, que es muy cercana parienta de Dios mismo esta dama. No precian los mundanos ahora esta hidalguía, porque no la conocen; pero día verná, cuando viendo á los justos que aquí hollaron tan enaltecidos, dirán con rabiosa admiración: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est* (Sap., 5). Primero que tocase en esta tecla del buen linaje, había dicho de lo que más de mano se suele ofrecer, que es la hermosura, *Amator factus sum formæ illius*: «Movióme su buen parecer á quererla». Y no se maraville nadie de haberla querido yo, porque *omnium Dominus dilexit illam.* Es tan soberana la lindeza y donaire que pone la gracia en el alma, que se arrebata los ojos del mismo Dios, y le hace que la tome por hija, por esposa y por templo y morada suya, donde tenga sus deleites con los hijos de los hombres. Tras de estas dos cosas, que son hermosura y linaje, llegan en su puesto las riquezas. Tiene gran dote esta dama. *Si divitiæ apetuntur in vita; quid sapientia locupletius, quæ operatur omnia*?: «Y si riqueza, hombre, te mueve ¿qué cosa hay más rica que la sabiduría, que obra todas las cosas?» ¿Por qué el dinero se desea? ¿Hemos de comer oro, ó vestir reales? No, sino porque con el dinero se han todas las cosas. *Pecuniæ obediunt omnia.* Pues la sabiduría obra todas las cosas; porque quien tiene gracia, tiene á Dios, en quien está todo lo que puede desear el deseo. San Pablo decía á los justos: *Omnia vestra sunt.* Y San Francisco toda la noche en oración sola esta palabra decía: *Deus meus et omnia mea, Deus meus et omnia mea.* Y la razón da San Pablo en otra parte (Rom., 8): *Quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* La pobreza es oro con que se compra el reino de los cielos; la riqueza también, porque hace limosnas. Si tiene salud, ayuna, trabaja; si enfermedad, paciencia. Cuantas obras deliberadas hace que no sean pecados son gratas á Dios, por quien las hace, y con ellas merece la vida eterna. Hasta con las obras naturales, comer, beber, dormir, todo es oro con que compra el cielo. ¿Hay riqueza como está? Pues ya si eres de la ralea de aquellas aves que no se ceban sino de ingenio, y en solo el aviso y discreción haces presa, las manos llenas te daremos de eso. *Si autem sensus operatur, quis horum quæ sunt, magis quam illa est artifex*?: «Si el ingenio como inventor de primores es el que obra, pregunto; ¿quién salió jamás con artificios más primos?» ¿Dónde podrás hallar iguales primores á los que se fabrican en esta oficina? Si lo que buscas es bondad; si te agrada la justicia (como la que encierra en sí todas las virtudes), en ésta las hallarás todas humanadas, que es la verdadera maestra de la templanza y prudencia, de la justicia y fortaleza, en las cuales así está la utilidad de la vida situada, que cosa no se podrá hallar de más provecho. Si eres curioso y vive en ti el deseo de tener noticias de muchas cosas, aquí hallarás cumplimiento de todas tus ganas. Tiene noticia de lo pasado, y buena estimación de lo que aun no ha venido; penetra las sutilezas de las razones, y alcanza las soluciones de los argumentos, los sucesos que ternán las cosas futuras, y qué cosas sucederán no acostumbradas. Atendiendo, pues, yo á tanta copia de bienes como aquí se me representan, me determiné de tomarla por compañera de toda la vida. Sabiendo que me comunicará de tantos bienes, y será su dulce conversación descanso de mis molestos pensamientos y melancolías. Y finalmente, por no cansar más, concluye el pregón de sus alabanzas, diciendo: *Intrans in domum meam conquiescam cum illa; non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tædium convictus illius, sed lætitiam et gaudium*: «Cuando me recogiere, enfadado de los negocios de fuera, á mi posada, hallaré alivio de todos con su vista, porque no hay amargura en su conversación, ni enfado en su trato, sino todo placer y contento». Como los mal casados no tienen muerte más pesada que haber de entrar en su casa, así los perdidos sienten penas infernales cuando les mandais entrar en sí y tratar consigo, porque no encuentran en sí cosa que no les atormente. Aborrecen todo lo pasado, y pésales, aunque no

quieran, de haber sido los que han sido tan malos. Y si algunos pasatiempos les dieron ya gusto, fue tal que de sí mismos se afrentan, y de haberse abatido así que hallasen en tan indignas cosas (con tanta mengua suya) contento. Viven de sus vilezas corridos, y truecan por momentos colores cuando se les ofrece que se sabe lo que fueron, y por eso merece ser despreciado lo que son. No está mejor parado (aun con la edad) lo presente, porque ésta no les ha dado libertad, sino trocado esclavonía. Trocado hás señor, no estás horro; tan indigno para lo que eres éste, como para lo que fuiste aquél. Pues ya cuando en lo que está por venir ponen la mira, por muerta que esté la fe les tiembla la barba, no sólo la contera; porque hay cuenta con lo que ellos no la han tenido. De aquí vienen como la Samaritana á salirse de casa con soga y cántaro para sacar agua del pozo. Tantas invenciones de juegos, de holguras, de pasatiempos, de entretenimientos, todos ordenados á desobligar, á no entrar en sí, ó hallar justa causa porqué no hacerlo. Todo esto se halla al revés en el virtuoso y en aquel que tiene tan buena compañera como es la gracia de Dios, que vamos declarando ser aquel agua que sólo puede dar Cristo; hallan gran descanso en sí, porque su conciencia no los acusa, ni los punza con tales aguijones que los mande salir como ahogados á tomar aire y respirar fuera de sí. La memoria de las mercedes que en lo pasado les ha hecho Dios, librándoles de ocasiones en que otros perecieron, les da segura esperanza que en lo futuro no les será menos benigno; antes ya tanto más cuanto las mercedes hechas como hacienda propia le obligan á mirar no se pierdan. Y asegurados estos dos extremos, queda el medio, que es lo presente, tan sosegado y tan apacible, que como un mar de bonanza se dejan sin vela ni remo y por él sólo con los frescos embates de la marea. De aquí sucedió á muchos en tiempos pasados salirse á vivir por los yermos y soledades, no con melancolía ni con odio de la humanidad, sino llevados de esta golosina, de á sus solas poder mejor tratar consigo y con Dios, y gozar de la buena conversación sin embarazos de esta gustosísima y amabilísima compañía. Esta es aquella agua viva que Cristo da para quitar la sequía de cuantos bienes el mundo puede prometer; aquella fresca cisterna, cuya agua así deseó David en el calor de la siesta; aquel algibe de aguas celestiales asentadas y frias, á que Salomón exhortaba á hombres que la bebiesen á sus solas, y que no participasen los extraños de ellas. Sólo Cristo puede comunicar estas aguas, y á él se deben pedir. *Et ut scivi quoniam aliter non possem ese continens, nisi Deus det.* Y desque entendí que no podría recibir esta agua si no me la daba Dios, para ser vaso que echada el agua en él la retuviese y no la trasvinase ó sudase, ó por algún modo vertiese, supe que había de dar facultad Dios, Y así: *Adii Dominum et deprecatus sum illum:* «Fuime al Señor, y con todas mis entrañas se la pedí». *Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam.* Esta misma oración hace aquí esta mujer: *Domine, da mihi hanc aquam.* Y nosotros también la hagamos, pero sabiendo juntamente el aparejo que habemos de tener para recibirla, que es conocimiento de las culpas y dolor y confesión de ellas. Eso significa lo que responde Cristo á esta mujer: *Vade, voca virum tuum.* Por estos rodeos trae Cristo al propio conocimiento, sabia y disimuladamente. Pero salen al encuentro luego la desvergüenza de negar aun lo públíco, como Caín. *Non habeo virum.* Con cuanta razón dijo Salomón: *Talis est et via mulieris adulteræ, quæ comedit et tergens os suum dicit: non sum operata malum* (Prov., 39). Buen callar perdistes si con otro lo hubiérais, buena dueña, que os pudiera decir: Pues si no tenéis marido á quien servir, ¿de qué sirve la soga, cántaro y venir cada día por agua, que para sola vuestra persona un cántaro basta para toda la semana? Digo yo: ¿para qué se engalanan las viudas, y se afeitan y curan el rostro las honestas que no se han de casar? ¿Qué pretenden sacar con esos instrumentos? Y vos, mujer honrada, ¿para qué tantos gastos en galas, que ya vuestra edad manda guardar las que os dieron en dote para vuestras nueras? ¿Para qué enrubiáis canas tan á deshora? ¿Para qué rizos y copetes tan desvergonzados? Quiérelo mi marido. Eso es sobre todo hacernos necios: estais el mes entero que no sabéis ni aun hablar bien á buenas con vuestro marido, ¿y queréis que yo crea que os componéis por su beneplácito? Cuanto más, que no lo hagais tan ciego y de mal entendimiento que no vea que está ya duro el alcacel para zampoñas. No va por este camino Cristo, si no descúbrele quién es, ya que ella no quiere conocer su culpa. Bien dices que no tienes marido; cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo. Esto fue á nosotros hablarnos desde tan lejos y decir á nuestras almas: *Vulgo dicitur, si dimiserit vir uxorem suam, et recedens ab eo, duxerit virum, numquid revertetur ad eam ultra? Tu autem fornicata est cum amatoribus multis, tamen revertere ad me, dicit Dominus* (Jerem., 3). Pero ni aun tan amoroso cumplimiento basta para que no busque por otro desvío huir esta alma.—Señor, á lo que veo, Profeta debéis ser; declaradme una duda: Nuestros padres adoraron en este monte; ¿cómo vosotros los hebreos decís que Jerusalem solamente es lugar de adoración?—No seáis tan bachilleras algunas; mirad que el confesonario no se hizo sino para descubrir quién sois en cuan-

to pecadora, y no para que os tengan por licenciada. Con todo eso satisfacer tiene el buen confesor á las dudas que son de importancia para la seguridad de la conciencia: y más letras son menester para bien confesar que las tienen los que piensan que les sobra si saben lo que en una suma en romance se halla; que no sólo ha de saber discernir entre lepra (y aun si á mano viene, ni aun eso se alcanza); menester es que sepa informar de cosa tan necesaria como es el legítimo culto y verdadero; quitar las supersticiones á gentes mal informadas, engañadas de sus devaneos. Gran saber ha menester el confesor que ha de enseñar cómo siendo Dios espíritu, y siendo naturalmente la semejanza causa de la afición, ha de buscar el Padre (que es verdadero espíritu) culto y servicio en espíritu y verdad. En el monte de Samaria se adora en mentira al ídolo mentiroso; en Jerusalem con verdad, Dios verdadero. Pero en donde se halla verdad en abundancia, como entonces en la Sinagoga había gran pobreza de espíritu, pues todo se libraba en hostias corporales y sensibles, en la Iglesia se halla espíritu en abundancia y verdad que le iguale. ¡Ah siglos desdichados, en que tanta falta hay de espíritu y de quien le enseñe aun entre los que profesan ser espirituales! Muy poquitos confesores que traten de espíritu y que sepan encaminar un alma á la perfección de la caridad y á la pureza del corazón, y practicar los medios y ejercicios con que se alcanza. *Quis est hic et laudabimus eum?*

CONSIDERACIÓN SEXTA

¿Pensaréis que basta esta teología tan subida para concluir tan sabia mujer en astucia mundana? Pues oid con atención lo que resta, que es lo que más importa: *Scio quia Messias venit (qui dicitur Christus); cum ergo venerit ille, nobis annunciabit omnia.* «Cuando sea venido, nos dirá lo que debemos de hacer». ¡Oh, Señor! ¿Y con qué gente lo hubiste viviendo en el mundo, tan indómita, tan huidora, tan rebelde, tan proterva? El judío dice que sois samaritano, y que no debéis ser oído; el samaritano, ni aun agua os quiere dar, porque sois hebreo. Prometéis agua á quien la demandáis, y halla luego achaques que no tenéis con qué sacarla. Desengañáis diciendo que no es menester sacarla, porque es viva y falta de suyo no sólo hasta el alma, sino hasta la vida eterna, porque de allá baja, y hasta los que bajan suben las aguas. Ofrecéisla; pero queréis que el alma conozca su culpa y salga de ella. Sáleos al encuentro con palabras de malicia, para excusar excusaciones bien escusadas en sus pecados. Dais á entender que no pedís su confesión para informaros de lo que no sabéis, porque nada se os esconde, sino para confusión de quien tan mal ha vivido, que de sí mismo tiene y de sus obras empacho. Huye aún de ahí, y en lugar de llorar las culpas en que es comprendido, pregunta curiosidades que pudieran mejor tratarse en otro tiempo. Todo tiene su tiempo, y hay tiempo de llorar. Ese es este de penitencia. Lugar de lágrimas es el confesionario, no de curiosas preguntas; de eso se informe el que ya está fuera de pecado. Pero no quede por eso. Decísle, Señor, cuanto ha menester saber con sabiduría más que de profeta. Pero como no le decís lo que es su gusto, del profeta apela para el Mesías. *Scio quia Messias venit;* que á la letra nos pasa por acá lo mismo: remitir á lo futuro lo que de presente es necesario. Dios lo proveerá; Dios lo ha de remediar; el tiempo descubrirá algún buen medio. No hay mañana te digo; ahora, ahora cumple dejar el mal estado, salir como del fuego de la ocasión de la culpa. *Messias venit.* ¡Oh cumplimientos tan sobrados los vuestros, Señor! Ni aún esta sendilla ha de quedar sin que se ataje; no te has de escapar por ahí: *Ego sum qui loquor tecum.* Esta no fue palabra, fue trueno que la espantó; fue relámpago que la dejó aturdida y deslumbrada, y como tal deja la soga, cántaro y sale corriendo. Cuando Saúl entró con toda la priesa que pudo en la ciudad, antes que de ella se saliese el profeta ó veedor que buscaba para informarse de las pollinas que había perdido, fue su buena ventura que el primero con quien encontró fue el mismo Samuel que pretendía, y no le conociendo le dice: *Ubi est domus videntis?*: «¿Por cortesía, Señor, os pido que me digáis dónde es la casa del veedor á quien busco?» Respóndele: *Ego sum videns.* Fue tan de sobresalto esta respuesta, que el buen hombre de Saúl quedó atajado, y no supo de cortado decirle palabra de eso para lo que le buscaba. Fue menester que el mismo le saliese al encuentro, y le dijese lo que él no pedía, de sus bestezuelas, cómo ya eran halladas, y le convidase á comer para asegurarle. ¿Qué diremos de aquel bravo lobo Saulo, cuando iba tan sediento de la sangre de los corderos, y le salió el pastor al camino, y dio con el en tierra con solo un grito? Pregunta: *Quis es, Domine?* Y oye: Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues. Temblando y asombrado se rinde súbito, sin más resistencia. Esta palabra «yo soy» está llena de omnipotencia. No hay muro fuerte, ni peña brava, ni fortificación enriscada que no rinda. ¡Oh si oyeses tú aquel «yo soy» por la boca de quien en su nombre te habla! Que no es el predicador quien te dice que pagues, que restituyas, que te apartes de la mala vivienda, que hagas divorcio de la mala compañía, que enmiendes añejos descuidos de la vida

pasada. ¿Y qué me va á mí, qué gano, qué pierdo si te cobras ó pereces? *Pro Christo ergo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos; obsecramus pro Christo; reconciliamini Deo.* En su nombre, de su boca, con sus palabras te requerimos, te convidamos, te amenazamos, desafiamos, desahuciamos, te suplicamos que te pongas bien con Cristo». Deja la soga, deja el cántaro, que no hay ya para qué sean, si has de ser tú para algo, si tú has de ser de hoy más de provecho; esas cosas antes te podrán hacer daño. ¿Cómo quieres que yo crea que estás arrepentido si guardas el billete, estimas la sortija, no quemas la basquiña y el negro manto de lustre, que tan deslustrada tiene tu fama y tan tiznada tu conciencia? Deja las prolongaciones, el dilatar los plazos, que son las sogas de vanidad tejidas con que se tira el coche del pecado. Deja el cántaro, ahora esté lleno ó vacío, que de esa agua no has de beber jamás trago, de ese pozo no has de sacar una sola gota. Quien de veras rompe con todo, fácilmente da de mano á esas niñerías, y quien en ellas repara, miedo he que no ha oído la voz divina. Aquí, Señor, tenéis en vuestra presencia más de una Samaritana. ¿Cuántas almas ahí hay sedientas, que andan sin entenderse buscando satisfación para sus estíos, donde no se halla? Mostradnos ese rostro afligido, pedidnos lo que nos habéis de dar, para que nos conozcamos lo que nos falta. Dadnos esa agua de vida (fuente de vida) para que no la busquemos en charcos hediondos y cisternas derrumbiadas. Mostradnos (más que profeta) á servir al Padre en espíritu y en verdad. Descubridnos en la práctica ser el Mesías, porque acortemos réplicas, porque ahorremos de estorbos, y de veras entremos á predicar vuestra grandeza. Entra en su pueblo la buena samaritana, y dice á voces á todos: *Venite et videte hominem qui dixit mihi omnia quæcumque feci; numquid ipse est Christus?* «Venid, venid, y veréis á un hombre que me ha dicho mi vida. Sin duda es Cristo». Nosotros á vos convertidos diremos: *Venite, audite et narrabo, omnes qui timetis Deum quanta fecit animæ meæ*: «Venid todos los que teméis á Dios, y oiréis las grandes mercedes que ha hecho á mi alma, sacándola del pecado, justificándola con el agua de la gracia, y dándole la esperanza de la gloria». Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO

TERCERO DE CUARESMA

Jesus perrexit in montem Oliveti et diluculo iterum venit in Templum et omnis populus venit ad eum, et sedens docebat eos.

(Joan., 8).

El santo Evangelio contiene una demanda criminal, que la falsa justicia de los escribas y fariseos pone en el tribunal de Cristo á una pecadora adúltera, pidiendo sea apedreada; y alegan para esto la ley de Moisés, que establece esta pena á las semejantes. No trae la pobre mujer (aunque viene bien acompañada y á buen recaudo) quien hable por ella y defienda su causa; porque donde los actores son gente tan principal, nadie se atreve á encargarse de su defensa. Mas el Señor luego de oficio le provee de un abogado y procurador, que es su misericordia. La cual se da tan buena maña en el pleito, y alega tan bien sin hacer agravio á la justicia, que tienen por bien los acusadores de bajarse de la querella y pronúnciase auto de perdón en favor de la triste y sola. Es caso singular, en que de paso veremos también el camino de la culebra sobre la tierra. Para vencer su dificultad, pidamos la gracia por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave.

INTRODUCCION

En aquella pintura sin igual que la esposa por amores perdida, hace de la persona de su esposo, en el capítulo quinto de los Cantares, cogiendo lo mejor de las lindezas y perfecciones



todas, para con ellas como con finos matices y colores sacar el retrato de aquella rara beldad que en su mente trae representada, llegando á contemplar las mejillas dice: Sus mejillas como eras de flores olorosas, compuestas por los herbolarios. *Genæ illius sicut areolæ aromatum, consitæ a pigmentariis* (Cant., 5). Alegre vista es la de un cuadro poblado de varias flores, azucenas, mosquetes, alhelíes, claveles, todas entretejidas y con tal orden puestas por mano del jardinero curioso, que hacen obra y mil labores, campeando más lo blanco junto á lo colorado. No de otra suerte son las mejillas del Esposo: blancas y rojas con un temple de color suave y proporcionado; un rostro blanco como la nieve, roseado de un fino rosicler. Tal fue sin duda el rostro corporal de Cristo. Pero más de ver es el espiritual de su alma: como un jardín de flores, un prado lleno de todas las virtudes, puestas por mano de aquellos tres divinos jardineros, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y aunque éstas son innumerables, y todas por extremo perfectas y muy vistosas, con todo eso, las que á nuestros ojos más se vienen y señalan, los colores que le salen al rostro, y que podemos decir que son sus mejillas, son la misericordia y la justicia: misericordia con los pecadores, y justicia contra los pecados; compasión de nuestras miserias; indignación contra las maldades; mansedumbre, lenidad con los arrepentidos; celo, rigor contra los incorregibles y protervos. Hace una bella mixtura de estas dos virtudes para el buen gobierno. Ambas son menester, y ninguna sola basta. La justicia á secas es crueldad, todo lo asolaría como fuego; la misericordia á solas es remisión, agua fría que por todo pasára, y así habría males sin remedio; pero ambas juntas son salud y conservación del mundo. Ha de ser el juez, el superior, como aquel animal milagroso que vio Ezequiel, que tenía rostro de hombre y de león; manso y bravo, humano y severo. Pero el rostro de hombre delante, el de león al lado derecho; porque más se ha de preciar de misericordioso que de justiciero. De lo que ha de hacer plato, el sobreescrito que ha de traer en la frente ha de ser humanidad, piedad, pero apadrinada con la justicia que proceda de recta intención. Tal juez como éste pide Isaías: *Emitte agnum, Domine, dominatorem terræ.* «Señor, dadnos gobernador que sea cordero y señor». Cordero para los pobres, señor para los ricos; cordero para los humildes, señor para los soberbios. Y cordero en primer lugar, porque siempre le tenga en sus obras la mansedumbre. Y esto que pide el profeta en este lugar, en otro más arriba profetiza que se había de hallar en Cristo, que es el Príncipe que pedía, y entonces se esperaba: *Egredietur virga de radice Jesse et flos de radice ejus ascendet.* ¡Qué linda mezcla! Cristo es la vara. En oyendo vara, temed que es de justicia, que corrige y castiga; pero viéndola con flóres, amadla, que es amorosa y blanda. Cuando oyéredes que está lleno de sabiduría y entendimiento, de consejo y de fortaleza, temed, porque todo lo sabe, nada se le esconde. Como dice Jeremías: *Ego judex et testis.* Y David: *Tibi soli peccavi, et malum coram te feci.* Sabe los delitos, y tiene fortaleza y poder para castigarlos. Pero esa ciencia está acompañada con piedad. No quiere la muerte del pecador, sino que se enmiende y viva. *Non secundum visionem oculorum judicabit, neque secundum auditum aurium arguet.* Tan sabio que «no sentenciará por solas apariencias é indicios, ni le podrán echar dado falso con falsas informaciones». Tan pío, que *judicabit in justitia pauperes*: «Que hará justicia á los pobres», y librará á los mansos y desamparados. Será patrón y defensor de todos los desfavorecidos y que poco pueden. Y con eso tan justo, que *percutiet terram virga oris sui et spiritu labiorum suorum interficiet impium*: «Pronunciará sentencia contra los pecadores que están hechos tierra, matará á los malos con las palabras de su boca». Esto es: convertirálos á sí, matando los vicios y salvando los hombres, que es doblada misericordia. Para que se diga de él con verdad: *Misericors et miserator et justus.* Dos veces pío, y una vez justo. Que para súbditos tan frágiles y achacosos, así es menester, para sacarlos de sus culpas y perdonarlos. En suma, tan amigo de clemencia, que aun cuando va á juzgar, aunque lleva alta la vara de justicia, la misericordia le pone el asiento. *Et præparabitur in misericordia solium et sedebit super illud in veritate; in tabernaculo David, judicans et quærens judicium et velociter reddens quod justum est:* «El estrado, la silla en que se ha de asentar, será de misericordia. El lugar de su juzgado, la casa de David. Juzgará con verdad sin acepción de personas; será solícito y cuidadoso en administrar justicia, y presto en dar á cada uno su derecho». Todas estas condiciones descubre Cristo en este juicio que hace hoy en el templo, que es la casa de David, donde sin aceptar personas de escribas y fariseos, con maduro consejo y presteza maravillosa, da por libre á esta mujer, destruyendo y acabando en ella su pecado. Mas porque á tan acertado juicio era necesario hacerle primero la cama con misericordia, *perrexit Jesus in montem Oliveti.*

CONSIDERACION PRIMERA

Vase á la noche al monte de las Olivas; porque quien entre olivas había trasnochado, claro está que había de madrugar á hacer misericordias. Del monte Siná bajó Moisés con la ley ri-

gurosa. *Siná*, zarza quiere decir, ó enemistad. No es mucho que quien de entre zarzales venía, y en ellos había pasado cuarenta días, viniese espinoso ó riguroso; pero quien de entre las olivas viene, venir tiene misericordioso. Viénelo tanto, que *diluculo iterum venit in Templum*: «Madruga y viene al templo», que es el lugar sabido del pecador, y la fuente donde acuden los ciervos heridos del pecado á mitigar sus dolores. Pintando Oseas las condiciones de Dios, principalmente el cuidado que tiene de acudir á los menesteres de los hombres, el deseo entrañable de que los hijos errados le busquen, todo esto para persuadir al pueblo que conociese á su Dios, y conociéndole amase, y amándole sirviese y al cabo le gozase, dice: *Quasi diluculum præparatus est egressus ejus, et veniet quasi imber nobis temporaneus et serotinus terræ* (Oseas, 6). O como vuelven los Setenta: *quasi mane paratum inveniemus eum.* Mira, hombre, cuánto te ama Dios, y cuánto desea tu amistad; que para buscarte son tan ciertas sus pisadas, como la mañana lo es, y el salir del alba del día después de pasada la oscuridad de la noche: *quasi mane paratum inveniemus eum.* Tan cierto en nuestro bien, y tan aparejado para nuestro remedio, como está la mañana para alumbrar con su luz al mundo. Y si madruga mucho la mañana, madruga Dios más para usar de su liberalidad y largueza. Y si el pecador toma la mañana para ofenderle, Dios más para perdonarle. Madrugó esta mujer á pecar, y más Cristo para librarla; aún ella no había dado principio al mal recaudo y estábale él aparejando la medicina. Lo mismo hizo con la Samaritana, que aún no había llegado á la fuente, ni por ventura salido de su casa, y estábala ya esperando sentado en el brocal del pozo, y había caminado aquella mañana hasta cansarse, porque ella no llegase primero. Y llévale sólo el deseo de perdonar á una mujer que tenía echados aparte cinco maridos y un amigo en casa. Y no sólo previene con su cuidado á estos dormilones y descuidados de su salud, sino á los muy cuidadosos. Aosadas, que por mucho que vos madruguéis no le podais coger en la cama; *præoccupat qui se concupiscunt, ut se illis prior ostendat.* Es muy madrugadora esta sabiduría del Padre. Siempre lee de prima este catedrático del cielo en la materia de nuestra justificación. Gana por la mano á los que le desean, para mostrárseles primero que le busquen. Diréis vos: ¿Luego primero hubo desearle de nuestra parte, aunque de la suya en el levantar nos lleva ventaja? En ninguna manera, que también en eso madruga. *Diluculo.* Antes que amanezca en vos el buen deseo, esa aurora, ese romper de día en vuestro corazón, que es cuando comenzáis, no á desear, sino á pensar en vuestra salud, también viene de él. Por eso se llama *Stella splendida et matutina*: «Lucero resplandeciente y estrella de la mañana», y juntamente *Sol justitiæ.* Todo lo es: lucero para pecadores, sol para justos; lucero para despertar buenos deseos, sol para dar la ejecución de ellos; lucero para esclarecer las tinieblas del pecado, sol para hacer y dar el aumento de las virtudes. Esto mismo significó Oseas llamándole lluvia temprana y tardía. La tierra de promisión con solas dos aguas fructificaba: la de octubre para sembrar y nacer los frutos, y la de marzo para sazonarse y granar. Todo lo hace Cristo con su gracia en nuestras almas, y á él se atribuye como á principal agente el principio, medio y fin de nuestra justificación. Viene, pues, el Señor al templo y siéntase á hacer su oficio de propósito, y viene todo el pueblo á oirle. Ved el cuidado que tenían de venir á deprender. Bien diferente del que á los fariseos fatigaba, pues mientras los populares tratan de aprovecharse de la doctrina de Cristo, están ellos urdiéndole una traición.

CONSIDERACION SEGUNDA

Adducunt autem scribæ et pharisæi mulierem in adulterio deprehensam: «Traen los escribas y fariseos una mujer presa y comprehendida en adulterio, y pónenla en medio de todo el auditorio». Esta acusación, aunque en la apariencia exterior se pone á esta mujer, no se endereza sino contra la persona de Cristo, y contra su justicia y misericordia. Porque les parece que por esta vía le ponen en peligro evidente de mostrarse ó contra la una ó contra la otra, y por consiguiente les queda á ellos derecho para alcanzar de él vitoria en la opinión del pueblo. Si perdona, tenemos acción contra él como quebrantador de la ley. Si condena, queda por cruel y desacreditado con el pueblo que le tenía por misericordioso. El argumento era fuerte, y que por ambas partes apretaba. Hay negocios tan intrincados que apenas los puede hombre desmarañar; porque igualmente por una parte y por otra se hallan leyes, y glosas, y razones, y pareceres.

Et pares aquilas et pila minantia pilis.

Aulo Gelio cuenta que Dolabella, procónsul de Asia, remitió al Areópago una mujer de Smirna que con ponzoña mató á su marido y hijo, y acusada, lo confesó de plano, probando que lo hizo en venganza de que ambos la habían muerto á otro hijo que ella tenía del primer marido, cuyos eran todos los bienes. Y la sentencia que se dio por los jueces fue: *areopagitæ, cognita causa, accusatorem et mulierem centesimo anno adesse jusserunt.* Así, ni la absolvieron del

homicidio (lo cual no era lícito por las leyes) ni la condenaron, porque su culpa era digna de perdón. ¿Qué podían hacer en causa tan marañada? ¿Y qué hará Cristo en ésta? A lo menos Salomón, aunque tan sabio para los juicios, como se pareció en la sentencia del niño, á que las dos madres pretendían igual derecho, no alcanza cómo se pueda evadir aquí el Salvador. *Via colubri super petram*: «El camino de la culebra sobre la piedra». *Petra autem erat Christus*, dice San Pablo. ¡Pues que pase la culebra, que es la astucia y malicia farisaica tan disimulada y retorcida por esta piedra, y no deje señal ni rastro de haber pasado! ¡Que ponga sus argumentos insolubles, y á todos les dé salida! No lo comprehende Salomón; pero contra el Señor no hay consejo, no hay saber. *Ecce, plusquam Salomon hic* (Mat., 12). El sabe hallar camino cómo quede su misericordia más conocida, y su justicia no agraviada.

CONSIDERACION TERCERA

Veamos ahora cómo pasa la acusación. *Magister, hæc mulier modo deprehensa est in adulterio.* Cada palabra tiene énfasis, y en la opinión de ellos agrava. *Maestro*, á quien de oficio incumbe resolver las dudas de la ley. Esto le dicen porque no se inhiba de la causa, y se la remita á ellos. *Hæc*, «ésta»: señálanla con el dedo para que parezca más grave su delito, cotejado con la santidad que ellos representaban. El justo *prius est accusator sui* (Prov., 18), no trata de echar en la calle las faltas ajenas, sino de confesar las propias; pero la bondad fingida no hay cosa que más se cebe y guste que de pecados ajenos (y más públicos), porque les parece aquélla justificación de su santidad, y que, como lo blanco por lo negro, entonces se echa de ver que ellos son buenos cuando los otros son conocidos por malos. ¡Cómo se holgó el arrogante fariseo, cuando orando en el templo halló un publicano con quien justificarse! Gracias á ti, Dios, que no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, *velut etiam hic publicanus*: «ni menos como este publicano». Esta justificación es muy ordinaria en el mundo, y ahora más que nunca por nuestros pecados. Que cuando mucho, se tira la barra para ser secretos en los pecados, no para huir de ellos. Muy contento el secreto adúltero con que los hay públicos, porque no le parece que hay más mal en el pecado que saberse. Estos son los que veréis más recios é inexorables en las faltas ajenas. Los que más insisten, y procuran los castigos; porque dicen que el hablar confiado es señal de inocencia. Como si el pecado no supiese esas tretas por disfrezarse, y la mujer adúltera no diese gritos en casa, y esas son sus armas para desmentir al marido de sus sospechas. El vicio, aunque de suyo es cobarde, pero mientras que está secreto ó piensa que lo está, también es atrevido. También sabe Dalila llorar y fingir amor, y quejarse de Sansón que no la quiere, y todo es para matarle. Dicen pues: *Hæc mulier:* mujer, en quien la natural complexión es más moderada, y no admite pasiones tan impetuosas como en los varones. Mujer, en quien la vergüenza debiera tener más fuerza; porque las enfrenó con ella naturaleza, poniéndola por reparo de la flaqueza mayor. Mujer, en quien es más afrentoso este delito, y más perjudicial, por la incertidumbre que habría en los hijos y sucesiones. *Modo deprehensa est.* No es negocio atrasado, ni olvidado, ni que pasando días por él se ha caído, sino ahora la cogieron en *flagranti* delito, y está el pecado fresco y corriendo sangre. El escándalo es público, y el pueblo espera el castigo. Y no cualquier pecado, sino *in adulterio.* Con esto echan el sello. Crimen gravísimo, que no se sufre disimular.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Paremos aquí un poco. ¡Cosa extraña! ¡Qué mal opinado fue en los tiempos antiguos el adulterio, qué aborrecido, como detestable maldad, infame, y qué liviano parece ahora, que sin duda es mayor pecado, por la injuria que se hace al matrimonio santo, que en nuestra ley es Sacramento, no habiendo sido en las otras sino contrato de naturaleza! Alejandro, ensoberbecido con sus vitorias, dio en un frenesí de decir que era Dios y llamarse hijo de Júpiter. Escribióle una carta á su madre, y puso en el sobrescrito: «Alejandro, hijo de Júpiter, á su madre Olimpias, salud». Corrióse notablemente la madre que su hijo la hiciese adúltera, aunque fuese con Júpiter, á quien ellos en su vanidad gentílica tenían por el mayor de los dioses, y envióle una muy avisada reprehensión: Ruégote, hijo, no me hagas combleza de la diosa Juno. Por tan afrentoso se tenía entonces el adulterio, que aun el ser con su Dios no lo abonaba. Homero cuenta de Ulises que, en aquella larga ausencia que hizo de su mujer Penélope, fue solicitado de Circe, hija de Atlas, prometiendo, si consentía, de hacerle inmortal. Y aunque él creía de ella que le podía dar la inmortalidad con la fuerza de sus encantos, no vino en ello, queriendo más ser leal á su mujer quedándose mortal que ser inmortal y adúltero. ¿Dónde se hallará ese ánimo en los cristianos de ahora? Pero vengamos á la Escritura. Cuando Isaac entró en Jerara, preguntáronle los del lugar quién era Rebeca, y él no osó decir que era su mujer, y dijo que era su hermana. Descubriósele después el se-

creto al rey Abimelech, y llámale muy escandalizado: *Quare imposuisti nobis?* «Por qué nos has engañado? Por poco, alguno del pueblo hubiera llegado á tu mujer, ignorando que lo era». ¿Y á eso llamáis engañaros? ¿Así me parece á mí que se hizo el engaño? Que no, sino *nobis induxeras super nos grande peccatum:* «Habías echado sobre nuestras cuestas un grande pecado, una maldad con que todo mi reino se asolara». Responde Isaac para su descargo: *Timui ne morerer propter eam:* «Como es hermosa, temí no me mataran por quitármela». Mirad qué sentían del adulterio aquellos gentiles, que tuvieran por menor inconveniente matar al marido para gozar de su mujer ya viuda que aprovecharse de ella viviendo él. Erraban en pensar que es peor el adulterio que el homicidio; pero bien se ve cuán lejos estaban de caer en adulterio. Pero el sapientísimo Salomón le compara con el hurto, porque estos vicios están inmediatamente prohibidos en el Decálogo. Ambos se hacen en escondido, y con ambos se toma la cosa ajena. *Non grandis est culpa cum quis furatus fuerit; furatur enim ut esurientem impleat animam* (Prov. 6). Vil pecado mortal es el hurto, y por tal comúnmente estimado; pero así como no lucen los planetas salido el sol, así no parece gran culpa el hurto delante de la abominación del adulterio. La simple fornicación tiene ser tanto peor pecado que el hurto, cuanto siendo mejor la persona que la hacienda, es más grave daño lastimar en la persona que en lo conjunto á ella. Pero en el adulterio está ya más descubierta la malicia, que no sólo destruye la templanza, sino la justicia. ¿Quién piensa hoy que es más afrentoso y feo el adulterio que el hurto? Ojalá no lo tuviesen ya por gala algunos. Pero oid las razones que da de esta ventaja, que son tres: La primera, porque el motivo que el hombre tiene para hurtar, comúnmente es pobreza, falta de lo necesario: *Ut esurientem impleat animam*, para hartar la hambre, y es fuerte ocasión la necesidad. Y aunque el hurtar es malo, el comer es bueno. *Qui autem adulter est, propter cordis inopiam perdet animam suam.* Empero el adúltero, no por falta de bienes, sino de seso y sabiduría (la cual por su culpa no tiene, ni la quiere, para con ella enfrenar aquella pasión que le ciega); por la pobreza de cordura; porque es pobre de corazón y menguado, infierna lo primero su alma, no hace cosa buena ni de provecho (como el ladrón en comer), sino dañosa y perjudicial. Ya se sabe que no sólo es adúltero quien hace injuria al lecho ajeno, sino quien es al propio injurioso. Habed lástima de vuestras mujeres (cuya injuria es tanto mayor cuanto más flacas las fuerzas para tomar venganza). ¿Por qué, si no por menguado, dejas tu cama por la de la rameruela sucia, común, y truecas tu casa por la que igualmente á ti y á tu lacayo se abre si llama con sonido de dinero? Mira lo que ganas: *Turpitudinem et ignominiam congregat sibi, et opprobrium illius non delebitur.* «Torpezas y afrentas amontonas, y oprobios de que nunca se lavará la mancha». Esta es la segunda razón, que en opinión de este hombre tan sabio (ó por mejor decir del Espíritu Santo) es más infame y vergonzoso pecado el adulterio que el hurto. ¿Qué se me da á mí que tengas tú por gala que esos que son de tu estofa te tengan por amancebado? También se precian los moros de su secta, los judíos de su ley ya difunta; pero ni los unos ni los otros dejan por su estima de tener por qué vivir afrentados. ¿Qué más? La tercera razón, *quia zelus et furor viri non parcet in die vindictæ, nec acquiescet cujusquam precibus, nec suscipiet pro redemptione dona plurima* (Prov., 6). El hurto es cosa que se puede restituir y quedar el hombre (á quien hurtaron) pagado y satisfecho, y sin querella ninguna, pero la injuria que en el adulterio se hace, no hay cosa en el mundo con que se pueda recompensar. El hombre de punto y sangre en el ojo no se contenta con otra satisfacción, sino con muerte de los adúlteros. Y no perdonará por ruego, ni por dineros, aunque sean muchos. Era ley de Dios que muriesen ambos. Ya esa no obliga; pocos vemos justiciados, mil rogadores se oponen luego (no sé con qué misericordia); pero el celo y el furor del varón no se aplaca. Pues un toro, que es una bestia, se mata con otro, y un gato, que es un gato (por no decir otras historias en caso semejante) se pone como un diablo, ¿cuánto más un hombre que allende de lo que á esos mueve tiene hacienda, y honra, y alma, que todo corre tormenta con esta desventura? Pues ¿qué será si no viene á su noticia, que es lo ordinario ser el postrero que lo sabe, y anda el adúltero mofando dél sin detrimento alguno? Ahí entra Dios y toma por propia la ofensa y á su cargo el vengarla. El autor del matrimonio fue Dios, y él ha de pedir cuenta de las injurias que se le hicieren. *Nec suscipiet pro redemptione dona plurima.* Es cosa espantosa que tanta muchedumbre de sacrificios como Dios puso en la ley para diversos géneros de pecados, no señaló ninguno para el adulterio; no se aplacaba con otra sangre sino con la de los adúlteros. Y porque los ocultos no quedasen sin castigo, para manifestarlos ordenó aquella ley milagrosa de la celotipia, en que si un hombre tenía celos de su mujer la llevaba al templo, y el sacerdote le daba á beber unas aguas amarguísimas con ciertas palabras y maldiciones; que si era mala, aquel brevaje la destemplaba como si fuera rejalgar, y le pudría el vientre y la mataba, y si

estaba sin culpa no le empecía, antes luego se hacía fecunda. ¿Hase visto el odio que tiene Dios á este pecado y cómo lo descubre y por sí solo lo castiga? ¡Mirad si concluyen bien los fariseos contra la mujer que muera, pues fue comprehendida en adulterio! *Moyses autem in lege mandavit nobis hujusmodi lapidare:* «Moisés, amigo de Dios, siervo fiel en su casa, promulgador de la ley, nos encomendó á nosotros, como á celadores de la ley y reformadora de las costumbres, que apedreemos á las tales». *Tu, ergo, quid dicis?* ¡Maldita lisonja! «Tú, á quien reconocemos por superior á Moisés, ¿qué dices?», que á tu parecer nos atendremos todos. ¿Paréceos que han sustanciado bien el proceso de los escribas y fariseos, y como letrados y pleitistas han hecho la información de cal y canto? Pues mirad cuán poco sabe la malicia, que con las mismas razones excusan ante Dios la culpa, con que á su parecer la agravan. Revolvamos sobre ellas.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Hæc mulier modo deprehensa est in adulterio. Esta. Errados venís, entra aquí pecadora para hacer conferencia de ella á vosotros. Porque aunque en este tribunal ha de haber actor y reo, todo lo ha de ser el que quiere sacar sentencia en su favor. A los hombres, que no ven más de lo que parece, pueden hacer esos trampantojos; mas á Dios, que ve los corazones, es cosa de risa señalarle, *hic publicanus*, como dijo el fariseo; *hæc mulier*. Mujer. Este nombre bastaba para apiadalle; pues en cuanto hombre es nacido de mujer, que por su respecto á todas se las debe honrar. Cuando vino á pedir las sillas la madre de los hijos del Zebedeo, la madre da la petición; pero el Señor á los hijos responde: *Nescitis quid petatis.* No la quiso afrentar por ser mujer. Adán y Eva ambos pecaron; mas en la residencia primero es Adán á quien toman el dicho. *Adam, ubi es?* Siempre se guarda el rostro á la mujer. Cuanto más que no es bastante justificación para unos hombrazos el pecado de una mujer. Quien dice mujer dice flaqueza, y el pecado de flaqueza más liviano es que el de malicia. No es maravilla que la flaqueza combatida cayese. De la lujuria dice el sabio: *Fortissimi quique interfecti sunt ab ea.* Los Salomones, los Héctores, los Hércules murieron á sus manos; ¿qué mucho que venza á una flaca mujer? Si trajérades á un Sansón vencido cortados los cabellos, moliendo como macho de tahona; á un David caído á sólo un abrir de ojos; á un Salomón tan sabio, hecho idólatra, eso era digno de ruido; pero una mujer, que ni es más valiente que Sansón, ni más santa que David, ní más sabia que Salomón, verla vencida no es cosa grande. Si trajérades á los viejos verdes que el pueblo hizo jueces (de quien habla la Epístola de hoy) vencidos por amor de Susana, y que, *exarserunt in concupiscentiam ejus* «que se abrasó la nieve fría en las llamas de afición», fuera novedad: esotro, nó. Mayormente que si la mujer peca, no es tanto por lo que tiene de sí, cuanto por lo que tiene del varón. Saca Dios la costilla de Adán, y hace de ella la mujer. ¿Qué edificio se puede fundar sobre tan mal cimiento? Una poca de levadura basta para acedar toda la masa, ¿qué mucho si sabe la fruta al tronco de donde sale? Lo bueno tienen de su cosecha; cuando son malas, á vos se parecen. Todo el mundo sabe su valor, que son el depósito de la limpieza que en la tierra hay; y que por una flaca hay mil honestas. Bien decís: *Hæc mulier.* Una golondrina no hace verano. Esta lo fue, no todas. En infinito número nos exceden en ser castas, porque á duras penas hallamos hombres que lo sean, y mujeres se hallan á millaradas. ¿Qué dice Jeremías de los hombres? «¿Quién me dará un ventorrillo en una montaña para huir de mi pueblo y salirme de entre ellos?»—¿Por qué razón los queréis así dejar?—*Quia omnes adulteri sunt cœtus prævaricatorum:* «Porque todos á una mano son adúlteros». Veis los que están aquí sentados, los que encontráis por esas calles, pues (hablando con reverencia) *omnes adulteri sunt.* En manadas andan, en cuadrillas, los transgresores de la fidelidad conyugal. ¿Cuál ó cuál podréis señalar con el dedo, *et dicere: hic est?* «Este es casto». Un José, que tan alabado es de todos por su castimonia, y sabe Dios de doce hermanos que eran, qué tales debían ser los otros, pues fueron de él acusados ante su padre, *crimine pessimo.* Y aquella virtud de quien importunado, y de su señora, siendo mozo, no se rindió á la culpa que tan estimada es en los varones (quizá por ser casi sola) se halla en cada rincón en las mozas de servicio, y en las mulatas y hijas de esclavas, como son sus amos buenos testigos, si quieren no callar la verdad, que saben por experiencia. ¿Dónde me contaréis entre los hombres, en sola una partida, once mil vírgenes? Pero esto no lo contradirán sino fariseos. Aun la Iglesia Católica, antes de sacar esta pecadora al auto, parece que, proveyendo en este caso á la honra de las mujeres, pone primero en la Epístola el ejemplo de Susana, que por guardar su limpieza no dudó perder la vida y la fama. Como quien dice: Veis aquí una en que se restaura lo que perdió la otra. Y si una mujer moza fue adúltera, veis aquí dos viejos podridos, hechos tierra, adúlteros detestables. De éstos dijo el niño Daniel que de muy atrás intentaban semejantes maldades con las hijas de Israel. Pero de ésta dicen sus acu-

sadores que *modo deprehensa est*. Desdichada mujer debió de ser la que en el huerto primero fue comprehendida. Porque aquella palabra *modo* esto nos significa, que los que la traían eran gentes que no se la perdonaran si de ella hubiera otra lástima que sacar á plaza. Todo es ventura, como dicen. Hay gente que en poniendo el pie, hacen pisada. Pero lo que espanta es que de la mujer adúltera dijo Salomón que no deja rastro: *Viam colubri super petram. Talis est vita mulieris adulteræ quæ comedit et tergens os suum dicit: non sum operata malum.* «Como pasa la culebra por la piedra sin dejar señal, así es el camino de la mujer adúltera, que come y se limpia la boca y dice que no ha hecho mal». Hace el delicto y niégalo, porque no queda rastro del adulterio por donde se pueda probar; con todo eso, algunas caen en el lazo, aunque pocas. El emblema de Alciato, *indeprehensum:* una anguila, que aunque apretada en las manos se desliza de ellas; mas si la apañan con una hoja de higuera, no hay deslizarse. *Ficulneo anguilam strinximus in folio.* No falta quien con sus enredos se escape, por ser más deleznable que anguila ó culebra. Pero á esta desdichada cogiéronla con hojas de higuera. Cayó en manos de la hipocresía farisaica, que es la higuera que maldijo Cristo, porque tenía hojas solas y sin fruto, gente sin caridad, y que querían parecer celosos de la ley; no se les pudo ir.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Deprehensa est. Comprehendiéronla. No es por eso peor, que si los delitos frescos hacen más ruido acerca de los hombres, más ligeros son delante de Dios. Cuanto es la culpa más reciente, tanto es menor la consideración por parte de la frágil naturaleza, y cuanto más antigua, arguye mayor malicia. Es gran misericordia de Dios atajar los pasos al hombre pecador, cortarle el hilo de sus maldades, y que en haciéndola la pague, porque no se esté de asiento en el mal estado. *Adhuc escæ eorum erant in ore ipsorum et ira Dei ascendit super eos*: «Con el bocado en la boca los castigó por la burla que habían tenido». Y Nabucodonosor cuando habla palabras de gran soberbia, *cumque sermo adhuc esset in ore regis, vox de cœlo ruit:* «Aún no las había acabado de pronunciar y cae del cielo como un rayo la sentencia de privación del reino y del juicio por siete años». Y Jeremías afirma haber sido mayor el pecado de Jerusalem que el de Sodoma; porque á Jerusalem la esperó Dios á penitencia muchos años, y no se enmendó de sus idolatrías; mas Sodoma, *subversa est in momento, et non ceperunt in ea manus:* «Fue arruinada en un momento, y no se les dio lugar que efetuasen su mal propósito, que fue de violar á los huéspedes de Lot». Mirad que os espera Dios; mirad que os guarda vuestra honra; mirad que importa poco en esta vida no caer en manos de justicia, si en la otra caéis en las de Dios. *Horrendum est incidere in manus Dei viventis*; porque quien de ella fuere comprehendido no se podrá escabullir ni librar de muerte eterna. Gran merced le hizo á esta mujer en que luego fuese comprehendida, para que su pecado no se añejase, y aunque fue grave el pecado, *in adulterio*, no tiene comparación con los de los acusadores, que, como les dio en rostro el Señor, eran pecadorazos envejecidos, hipócritas, avarientos, ladrones, adúlteros, sepulcros blanqueados de fuera y dentro llenos de huesos de muertos, de gusanos y corrupción de torpezas; crueles, derramadores de sangre, matadores de Profetas, y, en el ánimo ya de Cristo Señor de los Profetas. ¿No habéis visto cómo por su propia información los pueden condenar y dar á la mujer por libre? Veamos la sentencia de Cristo.

CONSIDERACIÓN SEPTIMA

Jesus autem inclinans se deorsum, digito scribebat in terra: «Inclinóse, abajóse, y escribió con el dedo en la tierra». Queríanle apretar con el rigor de la ley de Moisés; mas Cristo con la blandura de la ley evangélica dobló la dureza de la ley vieja. San Gregorio, explicando aquella palabra de Job: *arcus meus in manu mea instaurabitur*, dice que la ley antigua con sus amenazas y castigos es como un arco durísimo, terco, y la ley nueva es la cuerda blanda que dobla las puntas del arco. Modérase el rigor de la ley con la suavidad del Evangelio. Y así dice San Juan: La ley fue dada por Moisés, pero la gracia y verdad fue hecha por Cristo. Si Moisés dio ley dura, insufrible, yugo pesado que no se podía llevar, Cristo viene á quitar la dureza de este yugo. y ablandarle con el óleo de su gracia y misericordia. Inclínase Cristo como tirando del arco para doblarlo á la clemencia de que quería usar. Escribe en la tierra. Lo primero, para mostrar la vileza de este vicio de la lujuria, y los que le tratan. Hay unos pecados ahidalgados, como la soberbia, que es amiga de cosas altas; pero la lujuria es toda tierra. Por tierra anda arrastrando como serpiente. *Terra, terra*, llamó Dios á una de éstas. También significó el efecto del pecado, que los nombres y las obras de los justos están escritas en el libro de la vida; pero los malos en la tierra, *recedentes a te in terra scribentur*. Aquí se rematan sus deseos y cuidados, y en el profundo de la tierra (que es el infierno) serán los resultados. Pero hay un gran consuelo en esta escritura, que

aunque el Señor escribe pecados, escribe en la tierra, para mostrar que en esta vida son fáciles de borrar. Las letras escritas en el polvo ó arena con agua se borran, y con el viento se cubren y deshacen; así los pecados que tiene Dios contra nosotros escritos, con una lágrima del corazón salida se borran; el aire de un suspiro doloroso se los lleva, de modo que Dios no los pueda más leer para nuestra condenación. Pero como los fariseos estaban tan lejos de entender estos misterios y hiciesen instancia en que les respondiese, *erexit se*. Antes inclinado, y ahora enderezado. Este es oficio del buen juez. Mientras dura el proceso y los acusadores ó las partes alegan, inclinación; considerar atentamente la ley escrita con el dedo de Dios ó del Rey, ponderallo todo con diligencia, pero mezclada con piedad, porque su curiosidad ó interés no haga buscar más de lo que es necesario. Esto es *quærens judicium*. Pero averiguada la verdad, levántese luego con fortaleza y constancia para dar la sentencia. *Velociter reddat quod justum est*. No ha de haber más dilación de la que es menester para enterarse de la verdad: mas en pronunciar la sentencia no ha de estar inclinado á alguna de las partes, sino derecho, igual. *Reges eos in virga ferrea*, inflexible, que no se doble por ningún interés. No consideres la persona del pobre, ni respetes el autoridad del poderoso, sino juzga justamente á tu prójimo, dice Dios. Por eso se pone Cristo en pie, y díceles: *Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat*. ¡Oh sentencia digna de aquel pecho, en quien estaban encerrados los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, con que todas las máquinas y fraudes de los fariseos de un golpe vinieron al suelo!—Bien estoy en que se guarde la ley de Moisés, y en que se apedree la adúltera: pero no por manos de otros adúlteros más transgresores de la ley.—¡Justo juicio, que el que corrige no sea cual el corregido! meta primero la mano en su pecho y mire si hay lepra. Es célebre historia la que se cuenta en el libro de los Jueces, en el capítulo veinte, de la guerra que hicieron todos los hijos de Israel contra el tribu de Benjamín, por el adulterio que cometieron los de la ciudad de Gabaá con la mujer del Levita. Juntan un poderoso ejército, consultan á Dios, señálales por capitán al tribu de Judá. Dan la batalla, y son vencidos y muertos de ellos veintidos mil hombres. Espantados del mal suceso vuelven á consultar á Dios.—Señor, ¿mandaisnos ir á la guerra y dejaisnos matar? ¿sois servido que volvamos á pelear?—Responde Dios: ¡Volved! Tornan y son vencidos, y mátanles los enemigos diez y ocho mil hombres. ¿Cómo es esto? Lloran, hacen penitencia, ayunan, ofrecen á Dios sacrificios para aplacar su ira, y dicen: Señor, ¿volveremos?—Sí, ahora es tiempo, mañana los pondré en vuestras manos. Y así fue, que les dio una gran vitoria, y hicieron en los contrarios terrible estrago. Veis aquí cómo quiere Dios que se castigue el pecado, pero no por pecadores, mayormente si son públicos. Pues los fariseos no lo eran, sino ocultos, esto es, delante los hombres; pero en el tribunal de Cristo (donde ellos habían venido) manifiestos estaban y convencidos. Llevólos allá al corazón, púsoles delante su conciencia (que vale por mil testigos) adonde ningún culpado es absuelto de la instancia. Bien juzgó Daniel que convenció á los viejos de falsos; pero mejor Cristo, que de pecadores. Tanto, que corridos y confusos, *unus post unum exibant, incipientes a senioribus*: «uno en pos de otro se salían, comenzando de los más antiguos». El caracol saca el cuerpo cuando vee la suya, pero en picándóle retírase á su concha. Venían muchas veces á Cristo, pero en picándoles volvían con las manos en la cabeza. Una vez: ¿Por qué tus discípulos quebrantan las costumbres de los viejos, que no se lavan las manos cuando comen?—¿Por qué vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios enseñando á los hijos que no honren á sus padres?—Otra vez: ¿Es lícito dar tributo á César ó no?—Dad lo que es de César á César y lo que es de Dios á Dios. No había de dónde asir. *Per unam viam venient contra te, et per septem fugient a facie tua*. Aquí lo vemos verificado que se van todos huyendo. *Et remansit Jesus solus et mulier in medio stans*. La misericordia (dice San Agustín) con la miseria. Halo hecho como de él se esperaba. ¿Qué caballero habrá que viendo que muchos están acuchillando á uno solo no se ponga de parte de él á defenderle? Tanto fariseazo contra una mujercita: ¿qué había de hacer aquel ánimo generoso sino ponerse á su lado para librarla? *Pone me juxta te et cujusvis manus pugnet contra me*: «Señor (dice el Santo Job), ponedme junto á vos, sed vos de mi parte, y todo el mundo sea contra mí». Dejáronle el campo y la presa, y quedan solos Cristo y la pobre mujer. Pregúntale: ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Responde la mujer: Ninguno, Señor. *Nec ego te condemnabo; vade et amplius noli peccare*. Veis aquí cómo en la sala del verdadero Salomón se besan misericordia y verdad, y se abrazan la justicia y la paz. ¡Qué vistosas, qué hermosas parecen estas dos mejillas! La misericordia perdona, la justicia castiga la culpa. Libra la mujer, condena al pecado. La disputa de Santo Tomás puesta en práctica á la vista de ojos. Pregunta si en todas las obras de Dios andan juntas justicia y misericordia, y determina que sí. Bien claro se parece en esta: *nec ego te condemnabo*. ¡He aquí la misericordia que le trajo al mundo á salvar á los pecadores! *Recor-*

datus est quia caro sunt. El nos hizo y sabe nuestra fragilidad, perdónenos. La mujer que nos dio, esto es, la carne, nos da del árbol vedado y comemos; menester es que use de clemencia. La justicia es *amplius noli peccare.* Esto es matar al malo con el espíritu de sus labios. Los jueces de la tierra no pueden apartar el pecado de la persona, y así por desterrar el pecado de la república matan al hombre; mas Cristo hace tan delicadamente la anatomía del pecador, que da vida al hombre y mata al pecado; y así mejor que los acusadores pedían cumplió la ley, haciendo que muera la pecadora y viva la justa. *Oh quam suavis est, Domine, spiritus tuus in omnibus!* ¡Qué dulce, qué benigno, qué misericordioso! *Ideoque eos qui exerrant partibus corripis et de quibus peccant admones et alloqueris: ut relicta malitia credant in te, Domine.* Por ser tan bueno corriges á los que yerran, y los adviertes de sus delictos, para que cayendo en la cuenta de sus yerros, y teniendo experiencia de tu benignidad, dejen el pecado y se conviertan á ti, Señor; te sirvan y amen y crean en ti con fe viva informada con caridad, que es la que se tiene con la gracia y con que se merece la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

Abiit Jesus trans mare Galileæ, quod est Tiberiadis, et sequebatur eum multitudo magna, quia videbant signa quæ faciebat super his qui infirmabantur.

(JOAN., 6).

A los que con la molestia del ayuno y rigor de penitencia van fatigados, pretende la Iglesia, madre piadosa, recrear el día de hoy con la memoria de este banquete espléndido, que cuenta San Juan haber hecho el Señor á gran muchedumbre de gente que, dejando sus casas y pueblos, fueron en su seguimiento al desierto de ese cabo del mar de Galilea, cebados en la suavidad de su doctrina y admirados de los milagros que en sanar los enfermos obraba. Fueron los convidados cinco mil hombres, sin las mujeres y niños; la provisión, solos cinco panes de cebada y dos peces. Y éstos, pasando por aquellas manos omnipotentes, criadoras de todas las cosas, se multiplicaron de suerte que todos comieron y quedaron hartos y satisfechos, y de las sobras del pan recogieron los Apóstoles, por mandado del Señor, doce espuertas. Las gentes, vista la maravilla, aclamaron á Cristo por el Mesías verdadero que en el mundo se esperaba. Vengan á este convite los penitentes afligidos y serán abastecidos de alegría y esperanza en un Dios tan fiel y misericordioso. Y porque la mesa no se puede poner sin sal, y sal y gracia son una misma cosa, para que hallando sabor en lo que se dijere, nos levantemos desta mesa alegres y aprovechados, supliquemos á la que halló con Dios gracia nos la alcance mediante su intercesión sacratísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

La esposa celestial que hace la figura del alma tocada del amor divino y que cada día va creciendo en él y perficionándose más, pisando las cosas visibles por alcanzar las invisibles, huyendo del mundo en seguimiento de Dios, causa tanta admiración á los ciudadanos de la triunfante Jerusalem, que como á cosa rara y notable se la ponen á mirar diciendo en el capítulo 8.° de los Cantares: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto, delitiis affluens, innixa super dilectum suum?* «¿Quién es ésta que del desierto sube rica y llena de regalos recodada sobre su amado?» Introdúcese aquí la esposa como que vuelve del campo á donde había salido á espaciarse en compañía de su esposo, cansada de los cumplimientos y respetos de ciudad que mil veces le interrumpían aquella dulce

sación que no da fastidio. Después que los dos á solas, hablando honestas y amorosas pláticas, visitaron las viñas, pasearon las huertas, cogiendo de las frutas y despojando el campo de las flores, vuélvense del aldea á la corte, y como Jerusalem estaba situada en un monte altísimo, y el camino para ella por donde quiera era cuesta arriba, por eso dicen que sube: *quæ est ista quæ ascendit?* Y porque la Esposa venía cargada de las frutas que en el campo había cogido: higos, uvas, granadas, camuesas, y cercada de flores: rosas, claveles y azucenas, dicen que sube rica de deleites; y porque la ternura de su persona con la aspereza del camino no se fatigase, viene recodado el brazo sobre el hombro del esposo. Esta es la corteza de la letra; pero el sentido y espíritu es pintar un alma que de todo lo que es mundo ha hecho para sí desierto y triste soledad, en que no ve cosa que bien le parezca; nada busca, nada ama sino á Dios, ó por amor de Dios. Los mundanos hallan en la tierra prados y florestas deleitosas en que dan verde á sus apetitos. *Nullum sit pratum quod non pertranseat luxuria nostra* (Sap., 2). Rosas de que hacen guirnaldas, ungüentos, vinos preciosos y pasto para todos los sentidos. Por el contrario, el camino del cielo les parece áspero, por desiertos solitarios y temerosos y faltos de todo humano consuelo. ¡Oh, qué hambre se representa al que se despide de los vicios y se determina de abrazar con la virtud! Y no hambre de pan solamente, pues *non in sole pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei* (Mat., 4), sino de todas las cosas cuyo gusto le solía alimentar; porque las vedan luego y ponen dieta en ellas los médicos de la salud espiritual. Pónenle entredicho en las amistades, ambiciones, tratos ilícitos, pasatiempos, para que no llegue ni aun con el pensamiento á aquellas cosas que le solían ser vergeles de grandes contentos y solaces. Los médicos corporales vedan á sus enfermos que no beban, pero no que les hagan fuentes delante, ó que no hablen de las que vieron en otras partes de agua clara, delgada y fría, Antequera, Loja, Cabra, en que se entretengan. Pero los médicos espirituales así vedan el pensamiento consentido como con obra efectuada. Gran desconsuelo para quien no le quedaba otra alegría sino la memoria, y pasearse por ese jardín de locos, cebando el pensamiento de ponzoñas que causan después mayor molestia. ¿Qué hará un alma en esta soledad destetada de sus gustos y hambrienta de ellos? Como no pueden los animales vivir sin respirar, no puede pasar el alma sin alguna deleitación. Dijo bien el poeta:

Trahit sua quemque voluptas.

(VIRGILIO, Egloga 1).

Cada uno es traído de su contento. Esta es la traílla y collera más recia que aprisiona los corazones humanos y los lleva á lo que es su gusto: uno á la caza, otro al juego, otro á la guerra, otro á la mercancía. Pues ¿qué refugio le queda al que camina por el desierto espantoso de la penitencia? ¿Qué sabor, qué alivio? Que si él no busca los regalos del mundo, gozará de los de Dios. *Quæ est ista quæ ascendit de deserto delitiis affluens?* Abundante en dulzuras y consuelos. No es Dios avaro de sus bienes, ni los crió para que se pudran sin que nadie los goce; y pues nos quita el uso demasiado de estos temporales, sin duda nos quiere dar otros mejores. El día que Isaac fue destetado, hizo su padre Abraham solemne fiesta y banquete; y estaba el niño hecho de hiel y acíbar, por la que en el pecho, que era todo su regalo, le habían puesto; mas era bobería, que no le quitaban la leche sino por su bien, por darle mejor manjar. ¡Oh, si supieses, hombre, á qué sabe el pan de la casa de Dios, aunque sea el pan bazo y áspero de cebada que se da á los principiantes que de nuevo asientan en ella; á los destetados de los pechos del mundo, aunque con pesadumbre de la sensualidad! ¡Si supieses á qué sabe la confesión de los pecados bien hecha, las culpas bien lloradas, las lágrimas con dolor vertidas, los suspiros arrancados del pecho, con el sentimiento entrañable de haber ofendido á tan buen padre y Dios! Y si este pan mantiene al alma y consuela á los que comen el del dolor de la penitencia, ¿qué hará el pan blanco y regalado, las delicias del espíritu de que gozan los perfectos? ¿La dulzura de la contemplación, las lágrimas de amor, los júbilos y gozos que se pueden gustar, pero no decir? *Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te!* (Salmo 30). Es el maná escondido que nadie conoce, sino quien lo tiene. Salidos los hijos de Israel de Egipto, y comenzando á marchar por el desierto, faltóles la provisión que habían sacado y comenzáronse á amotinar y á dar voces de hombres hambrientos; pero socorrióles Dios con el maná, pan del cielo que contenía todo sabor; así da voces este rabioso deseo de la concupiscencia, mantenido siempre de los bienes sensuales que en el Egipto del mundo se hallan, sin poder ni sospechar que hay otros. ¿Cómo podré vivir sin comer? ¿Ni qué me dará quien me quita el pan cotidiano y el agua de mis refrigerios? ¿Qué vida será la mía si me privan de todo lo que me daba gusto en ella? Esperanza en Dios, que no morirá de hambre quien le sirve. Si tiene providencia de los hijos de los cuervos, ¿cómo se olvidará de sus hijos, que son los justos? *Innixa super dilectum suum.* El alma que estriba en su amado, que pone en él toda su confianza y fal-

tando todos los subsidios humanos no desconfía del favor divino, antes se fía de su largueza y presume del amor paternal, segura está que, aunque sea en el desierto, manará en regalos. La prueba desto tenemos en el Evangelio de hoy, donde veremos el pasto y comida que dio á sus seguidores en el desierto.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Abiit Jesus trans mare Galilœ, etc. Llevándose, pues, por razón humana, para convidar á tan gran muchedumbre había de buscar las regiones más abastadas, las tierras más fértiles, las ciudades más bien proveídas; y no lo hace así, sino sálese á esos campos y arenales estériles, montes y sierras incultas y desproveídas, donde no se araba ni sembraba, ni era posible hallar que comer, y lleva tras sí un mundo de gente. De los más importantes avisos de la milicia es no llevar las huestes ni asentar los reales sino donde se hallan á mano provisiones para los soldados y para las bestias: aguas, yerbas, leña en abundancia, pan y las demás vituallas. Más. Dios sacó del Egipto á su pueblo, y siendo fácil el paso para la tierra de promisión y de pocos días la jornada, por buenas poblaciones y fértiles, los llevó haciendo un caracol, rodeando sierras y despoblados, arenales secos y abrasadores. *In terra deserta, invia et inaquosa* (Salmo 62). ¿Para qué? Para probar su confianza, y que viéndose tantas veces en casos desesperados contra su propia opinión socorridos, aprendiesen á esperar en El. Y esto mismo pretendió el Señor en pasar el mar y irse al desierto para hacer este milagro; y la Iglesia católica en representarle, alertar nuestra esperanza en los casos de mayor necesidad y que menos se descubren los remedios. A esto nos persuade el Profeta: *Quis ambulavit in tenebris, et non est lumen ei? Speret in nomine Domini et innitatur super Deum suum.* ¿Hay alguno tan desgraciado, perdidoso, seguido de fortuna; tan cercado por todas partes de tinieblas de adversidad y tristeza, que por ninguna le resplandece un fucil, un pequeño rayo de luz, de alegría, de socorro? Pues este tal no desfallezca; espere en el nombre del Señor, estribe en su fortaleza y recódese sobre el Dios suyo, como la esposa sobre su amado. ¡Qué buen apoyo, y qué firme entibo! Las cosas flacas tienen necesidad de arrimo; la tierna planta de la estaca ó horquilla para crecer; el niño, de la carretilla para andar; el convaleciente, el viejo, del bordón para tenerse. Nadie más flaco y necesitado que el hombre. Nace sin fuerzas, sin armas ofensivas ni defensivas, sin habilidad, sin otro oficio más que llorar; desnudo, sin ropa ni pluma, sujeto á enfermedades, lleno de ignorancias, obligado á la culpa, sin caudal para tener un buen pensamiento digno del cielo. Pues si en el cuerpo y en el alma es el hombre tan frágil y desproveído, necesidad tiene de báculo que le sustente. ¿Cuál será este? ¿La hacienda, el oro, las posesiones? Este arrimo buscó para su vejez aquel rico que de noche se requebraba con su alma, dándole el parabién de los muchos bienes temporales que para largos años tenía allegados. *Requiesce, comede, bibe, epulare* (Luc., 17): «Estriba, descansa sobre tus bienes, come y habe placer». Pero este bordón fue tan frágil, que la misma noche se quebró y el alma que en él estaba afirmada, cayó hasta el profundo del infierno. *Stulte, hac nocte animam tuam repetent a te; quæ autem parasti cujus erunt?* Con razón le llama necio, pues buscó firmeza en cosa menos que él. Tú no te puedes valer ni sustentar, ¿y podráte valer el oro que es menos que tú? No está el dinero seguro en el arca, y ¿podráte asegurar la vida y el contento? *Si putavi aurum robur meum et obrigo dixi: fiducia mea* (Job., 31): «No caí yo (dice el el santo Job) en tan gran necedad que me esforzase en el oro; y aunque finísimo de veinticuatro quilates, no puse en él mi confianza, ni le tuve por entibo de alguna firmeza». Este es el consejo del apóstol escribiendo á su discípulo: *Divitibus hujus sæculi præcipe non sperare in incerto divitiarum, sed in Deo vivo.* A los ricos de este siglo, si no quieren ser pobres en el otro, les manda con imperio y autoridad que no esperen en lo incierto de las riquezas sino en Dios vivo. Esto es *innitatur super Deum suum.* No sólo son las riquezas inciertas, sino la misma incertidumbre, mudanza, variedad, barco lleno y barco vacío. Espera en Dios eterno, inmutable, que no puede morir ni faltar. ¿Serán buen arrimo los príncipes y grandes poderosos del mundo, á quien se llegan los hombres, como la parra al olmo y la yedra al muro para subir más y crecer? No. Que son hombres sujetos á las miserias y necesidades que los otros hombres. Si dan dineros, no pueden dar salud, y si honra, no contento; hoy aman y mañana aborrecen; hoy vivos y mañana muertos, y con ellos nuestras esperanzas. Bordones de caña quebrados se llaman en la Escritura los reyes de la tierra. *Ecce confidis super baculum arundineum confractum istum* (Isaías, 36). Caña quebrada y puntiaguda, que no sustenta el cuerpo y enclava la mano. *Sic Pharao rex Ægypti omnibus qui confidunt in eo.* El ayuda del hombre siempre es poca y muchas veces falsa, y algunas dañosa. Todas las veces que el pueblo de Dios puso su confianza en los hombres, fueron perdidos y maltratados de sus enemigos; porque al fin maldito el hombre que confía en el hombre. Luego si el hombre para su flaqueza ha menester arri-

mo y éste no le hay en las riquezas, que son menos que él, ni en los otros hombres, que son como él, no resta sino buscarle en Dios, que es más que él. *Speret in nomine Domini et innitatur super Deum suum.* Quien dice Dios, dice padre de misericordias, que quería apiadarse de nuestras necesidades; dice primera verdad, que cumplirá lo que tiene prometido; dice todopoderoso y rico, que todo lo puede remediar y proveer. San Bernardo: *Tria considero, in quibus tota spes mea consistit: charitatem adoptionis, veritatem promissionis, potestatem redditionis (Super Sal. Misericordias Domini)*: «Tres cosas pienso en que consiste toda mi esperanza: el amor de habernos adoptado hijos, la verdad en prometer, el poder para cumplir». Dios, que es autor de naturaleza, imprimió en el corazón de los animales un amor entrañable de sus hijos, que los solicita y aviva para que les provean la comida y los abriguen y guarden, y aun se ofrezcan á la muerte en su defensa. Confiadamente pide el hijo á su padre los alimentos, el vestido, y espera que le ponga en estado, no más de porque es su padre. ¿Cuánto mejor hará esto el Padre celestial, que incitado de infinito amor hizo á los hombres hijos suyos? *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater: ut filii Dei nominemur et simus:* «Mirad con qué amor tan gracioso nos amó el Padre que nos dio título y ser de hijos suyos; que nos lo llamemos y lo seamos». Por eso en la oración dominica, donde pedimos lo necesario para el alma y para el cuerpo, nos mandó que en la primera palabra le llamásemos Padre nuestro, porque este nombre dulce y amoroso nos fue título para pedir y confianza para impetrar. Más: *veritatem promissionis.* Mándamos Dios esperar en El; promete su favor á los que en El se fían, y su palabra no puede faltar. San Agustín: *Quare Deus toties ad innitendum sibi moneret, si supportare nos nollet? Non est illusor Deus, ut se ad supportandum nos offerat nobis innitentibus et in ruinam nostram se subtrahat.* Si la palabra de un hombre de crédito y puntual tanto asegura, y más si tiene hecha obligación por escritura, Dios tiene puesta su palabra y así se la pide David: *Memor esto verbi tui servo tuo, in quo mihi spem dedisti* (Salmo 18); «Señor, acordaos de la palabra que distes á vuestro siervo, con que me distes esperanza». Tiene más hechas escrituras firmísimas de acudir á los que en él esperan. ¿Quién puede dudar del cumplimiento de ellas? Las Escrituras, dice San Pablo, se escribieron *ut per patientiam et consolationem Scripturarum spem habeamus* (Rom, 11): «Para que viendo la paciencia de los que se fiaron de Dios y el consuelo que les dio por haberle sufrido y esperado, tengamos nosotros la misma paciencia y confianza. Eso rezan las Escrituras». Pues si á esto se allega la potestad en cumplir, que todo lo que quiere hace: *et sermo illius potestate plenus est* (Eccl., 8): «Y su palabra está llena de poderío»; ama y quiere como padre; débelo á su fidelidad como verdadero; puede pagar como poderoso. Destos tres ramales se hace un cabo para amarrar el áncora de la esperanza, que ninguna tormenta la mueva. Toda esta doctrina está verificada en esta salida de Cristo al desierto y pasada del mar, donde se ve la providencia paternal que tuvo de aquellos que, descuidados de sí, cuidaban de oir su palabra y ver sus maravillas.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Cum sublevasset ergo oculos Jesus, et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum. Alabando el Espíritu Santo unos ojos hermosos dice: *Oculi tui sicut piscinæ in Esebon, quæ sunt in porta filiæ multitudinis* (Cant., 7): «Tus ojos son como dos estanques de agua que están en la ciudad de Hesebon, junto á la puerta que llaman de muchas hijas». Para ver qué bien pintados están unos lindos ojos en esta letra, basta entender que los ojos han de ser extendidos, lo que llaman rasgados, claros y serenos, condiciones todas de estanques. Pero ¿qué misterio hay en que estos estanques sean de Hesebon y á tal puerta? Hesebon quiere decir *cogitatio, festinans intelligere,* «pensamiento que se da prisa á entender», y la puerta ha de ser de muchas hijas, que para remediar una sola son menester muchos pensamientos que se den prisa. ¿Y qué es lo que este pensamiento ligero y presto ha de entender? Dígalo David: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem* (Salmo 40): «Dichoso aquel que entiende sobre el pobre y necesitado). San Pedro Crisólogo dice: «Bienaventurado el que de mil leguas entiende de las necesidades de los pobres, y que debajo de aquellos andrajos entiende que está Dios». Este es buen entendedor, y para él pocas palabras bastan. Aquéllos, pues, son buenos ojos que son claros y serenos, rasgados de compasión y caridad, y entendedores de las necesidades de muchas hijas, que acuden con tanta presteza al menester del pobre, á la cuita y necesidad del mendigo, que más parezca entenderla como ángel que verla con sentido de hombre. Tales eran los ojos del Redentor: *Cum sublevasset oculos Jesus.* Estanques grandes, donde se ven y remedian necesidades de muchas hijas. *Quia multitudo maxima venit ad eum.* Esa es la puerta *filiæ multitudinis.* ¿De qué fuente pensáis vos que mana el remedio al pobre, la salud al enfermo, el consuelo al triste, el descanso á los trabajados, el seguro á los perseguidos? De aquellos ojos piadosos. Así lo

dice el Sabio: *Est homo marcidus, egens recuperatione, plus deficiens virtute et abundans paupertate* (Ecles., 11). ¿Qué es lo que soléis vos hacer con un desmayado? Darle con un poco de agua en el rostro para volverle en sí. Pues imaginad, dice el Sabio, un hombre caído, desalentado, necesitado de comer y falto de fuerzas, con todas las miserias amontonadas en él que conoce el mundo. ¿Qué os parecerá á vos de este hombre? Que en los días de su vida volverá en sí; ábranle la sepultura. Pues, *oculus Dei respexit illum in bono et erexit eum ab humilitate ipsius* (Ibid): «Quiera Dios darle sola una vista de ojos, rocíele el corazón con el agua sacratísima de aquellos estanques, y con esto le volverá el alma al cuerpo y le resucitará en un punto; y verle heis sano, fuerte, rico y honrado, santo, devoto, penitente, que se parezca bien que fue negocio del cielo». Mirad lo que importa levantar Cristo los ojos. *Cum sublevasset oculos Jesus*. Pero, diréis: creo que los ojos de Cristo pueden eso si miran; pero no me mirarán, porque ni yo lo merezco ni se lo pido. Esperad, que estos estanques son de Hesebon, prestos en entender. Decidme: de todos cuatro Evangelistas (que todos ellos cuentan este milagro) ¿hay alguno que diga que de tantas mil ánimas como venían aquí hoy uno solo pidiese pan? ¿Pues qué cuidados son éstos, Señor? ¿Quién os pide de comer, que miráis, que andáis ya preguntando de panes? A Moisés le estuviera bien semejante cuidado, porque el pueblo incrédulo y mal contentadizo murmuró de él, y aun de vos, porque les faltaba el comer; pero osaría yo apostar que de cuantos aquí están no hay uno que se acuerde de si se come hoy en el mundo. Bien decís, si los ojos de Cristo fueran como los vuestros, que ahí veréis caído en la calle á un pobre y no lo entenderéis con toda vuestra bachillería. *Nunquid oculi carnei tibi sunt, aut sicut videt homo et tu videbis?* (Job., 10). ¿Por ventura tiene Dios ojos de carne? ¿O pensáis que es lo mismo levantar Dios sus ojos ó levantarlos el hombre? ¿Y que como vos no veis sino lo manifiesto, ni ois sino á voces, así Dios no ve sino las necesidades patentes, ni oye sino cuando le importunan? Pues engañaisos, que por eso se parecen aquellos ojos á los estanques de Hesebon, porque muy de presto penetran y entienden la necesidad oculta, que el mismo pobre no supiera declarar muy de espacio. *Oculi ejus in pauperem respiciunt et palpebræ ejus interrogant filios hominum* (Salmo 10): «Sus ojos reverberan en el pobre y sus pestañas hacen cala y cata de las necesidades». Entre otras cosas que agracian á los ojos es unas pestañas grandes. Esas, dice David, son tales en los ojos de Dios, que muchas veces ganan por la mano en considerar y advertir la necesidad del pobre. Es decir, en romance, que jamás tiene Dios cerrados los ojos para lo que es remediaros; porque dado caso que los cerrase, con las pestañas vería. Y lo que os queremos enseñar aquí es que no esperéis á que el pobre os abra los ojos, ni á que os quiebre la cabeza á voces. Porque, como dice S. Agustín, *Perfecta misericordia est ut ante ocurrat esurienti cibus, quam roget medicus; non enim perfecta est misericordia si precibus extorquetur* (Lib. Hom., 39): «La perfecta limosna es que primero se dé la comida al hambriento que la pida; porque no es perfecta misericordia la que se saca á fuerza de ruegos importunos, como es gran crueldad alargar el tormento porque dure el hombre más en la pena». Y si es linaje de misericordia acabar de matar presto, así es mayor el beneficio que menos se dilata, porque quien da presto, da dos veces. Si entendiésedes qué hay en el pobre, vos habíades de buscar á los pobres que no los pobres á vos. Abraham sale al camino á esperar los peregrinos, y de rodillas les pedía que entrasen en su casa.—¡Oh, que eran ángeles!—No son menos los pobres ahora. *Quod uni ex minimis meis fecistis, mihi fecistis*. Y el santo mancebo Nicolás, sabiendo que su vecino, compelido de pobreza, quería exponer tres hijas doncellas á torpe ganancia, no esperó á que le pidiese remedio, sino él de noche por tres veces le echó en su casa tres barretas de oro, con que casó las hijas y vivió honradamente el padre. De modo que sin tener otro dispertador más que su misericordia, abre Cristo los ojos, y vista la necesidad, dícele á Filipo: *Unde ememus panes ut manducent hi? Hoc autem dicebat tentans eum; ipse enim sciebat quid esset facturus*. «¿De dónde compraremos panes para que coma esta gente?» Y advierte el Evangelista que aquello le decía, no por tomar consejo, que él bien sabía lo que había de hacer, sino para probar la fe y confianza de Filipe y que todos viesen lo que había en él. Húbose aquí el Señor con Filipe como cuando están dos amigos mirando una espada: tómala el uno en la mano y híncala en la pared para ver si se queda; después esgrímela para ver si es ligera, y de improviso se le antoja volverla al amigo, tirándole una punta y señalándole una estocada le dice: ¿En qué está ahora vuestra vida? Aunque son juegos ¿cuánto se huelga ver una seguridad en el amigo, aquella certeza de que no le ha de hacer mal? Y la serenidad en el rostro, ¿qué gran gusto le da aunque [illegible] de burla? Y por el contrario, si se demudase [illegible] turbase, ¿qué ocasión daría que se corriese [illegible] afrentase el otro? Así es esto: *Philippe, ut ememus panes ut manducent hi?* ¿Qué os par[illegible] á vos de esta necesidad? ¡Qué bien le estuvier[illegible] apóstol mostrar la seguridad que el otro! B[illegible]

na plaza tenemos, Señor, y buena bolsa en vuestro poder. Mayores necesidades os he visto proveer. Cuando viéredes que Dios blandea y esgrime la espada de la hambre y necesidad, no os turbéis: entended que no quiere herir ni matar, sino amaga y señala para probar vuestra seguridad y firmeza.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Tentans eum. Es brava tentación esta de no haber pan ni dineros, y mucha gente que sustentar á su cargo; hará dar señal. Toque es este donde descubre sus quilates la virtud y bondad de un hombre. *Elegi te in camino paupertatis.* El crisol donde se afina el alma y la forja donde se prueba su valor y si es joya para Dios, es la pobreza y necesidad. Y aun para el demonio es esta gran coyuntura para tentar. En viendo á Cristo con hambre y en el desierto, donde no había pan, luego llegó el tentador. Es tentación general de todos estados. El mercader, porque no quiebre. El señor: no pierda la autoridad y decencia de mi estado. El caballero: no desdiga de mi honra. El rey: no me falte para la guerra. El labrador: no mueran de hambre mis hijos. El clérigo: no me falte para la vejez. La mujer: no me falte el vestido y la comida. ¡Oh qué de pecados ha ocasionada la necesidad! Salomón pidió al Señor dos cosas: «No me deis riquezas, que ponen sueño y olvido de Dios». Los hijos de Israel comieron, y luego levantaron un ídolo. Nabucodonosor, viéndose en su Babilonia, no reconoce superior. El rico está á peligro de no conocer á Dios; «pero tampoco me deis pobreza, por no hacer vileza: por no hurtar, y mentir y jurar falso». Los hijos de Israel mil veces vieron prodigios y demostraciones del poder de Dios y de su providencia, mas en viéndole esgrimir la espada de la necesidad, al momento desconfiaban. *Et male locuti sunt de Deo* (Salmo 77). Y dijeron: ¿Por ventura podrá poner mesa á su pueblo en el desierto, porque hirió la piedra y salieron aguas? *Numquid et panem poterit dare?* ¿Podrá también darnos pan? ¡Qué grande incredulidad, fundada en los principios recibidos, que les había de ser augmento de fe en lo porvenir! Cuánto mejor dijeran: Pues que sacó agua del pedernal, también podrá llover pan del cielo, y quien con tales portentos sacó el pueblo de Egipto, bien podrá hacerles el plato en el desierto. Esta, dice Eusebio Emiseno, ha de ser la filosofía del cristiano: por las mercedes recibidas esperar las venideras. Quien me dio el cuerpo con los sentidos, el alma con sus potencias; fe, gracia; sus dones en el bautismo y derecho para la gloria; entre tantos millares de hombres me adoptó en hijo, y por mi amor se hizo hombre y el más ínfimo de los hombres, ¿pues qué no esperaré yo de tal padre y tal amador? Quien fue manirroto en lo más, ¿cómo será escaso en lo menos? Y si mis pecados me derriban desta fiucia, su bondad y misericordia infinita me levantan y confirman en ella. No estaba bien enterado en esta doctrina el rudo discípulo, y así respondió fuera de propósito: *Ducentorum denariorum panes non sufficiunt eis, ut unusquique modicum quid accipiat:* «En docientos reales de pan no hay harto para dar á cada uno un bocado».

CONSIDERACIÓN CUARTA

Aquí está figurada la prudencia humana y su cortedad, que en faltando los medios ordinarios que ella sabe para el socorro de las necesidades, estanca y tiene el remedio por imposible. Para la hambre, pan, y para comprar el pan, dineros. Y si no los hay, acabóse su ciencia. Esto es lo que dijo la Samaritana á Cristo cuando le prometió agua viva: «Señor, el pozo es hondo, vos no tenéis soga ni cántaro con que sacar, ¿dónde tenéis el agua viva?» Aquí se agota la sabiduría de la carne y luego da en inventar malos medios para buscar lo que no espera de la misericordia de Dios. ¡Qué mal tan grande y qué general, que en faltando las amarras de los remedios temporales desgarra el áncora de nuestra esperanza y da al través el navío de la paciencia en los bancos y restingas del pecado y desesperación! Que son contados los que entre las nubes oscuras de sus trabajos se gobiernan por el norte de la divina bondad y no le pierden de vista. Los más son como Saúl, que en su aflicción consultó á Dios; y porque no le respondió tan presto se fue á consultar á la hechicera. Así dicen algunos perdidos: «Si Dios no me quiere, el diablo me ruega». Y lo que más de sentir es que son cortos de esperanza, no fiando de la misericordia de Dios el socorro de su necesidad; y por otra parte son largos, osando pecar y presumiendo conseguir perdón. Si le preguntáis á una mala mujer por qué se está toda la vida en mal estado; al usurero y logrero, por qué roba; al abogado, por qué defiende causas injustas; al escribano, por qué no guarda el arancel; al juez, por qué lleva cohechos, dirán que no es posible sustentarse sino por aquella vía.—¿Sabéis que es pecado mortal y que se castiga con perpetuo infierno?—Sí, señor; pero la misericordia de Dios es grande y me perdonará.—Pues si me confiesas ser Dios tan bueno que perdonará tus grandes delitos, ¿por qué no fías más que remediará tus miserias? ¿Cómo le haces misericordioso para remitir la culpa, y negligente y cruel para socorrer tu pobreza? ¿Cómo niegas lo me-

nos á quien concedes lo más? Porque sin comparación es mayor misericordia perdonar pecados que sustentar los cuerpos. Por aquélla da vida eterna, por ésta conserva la temporal. Por aquélla da el precio de su sangre; por ésta, el mantenimiento que no niega á las hormigas y gusanos. Pues si has concebido tan gran esperanza de la divina misericordia, que esperas dél una cosa tan preciosa como la remisión de tus culpas y el cielo, ¿cómo no te prometes dél una cosa tan poca como el remedio de tus necesidades? ¿De suerte que sólo pregonas y ensalzas la misericordia de Dios para tomar licencia de ofenderle, y no para servirle y ponerte en sus manos? Mira que está escrito: *Nolite sperare in iniquitate et rapinas nolite concupiscere* (Salmo 61). «No queráis esperar en la maldad y no codiciéis los robos». No busquéis remedios por malos medios, que el pecado no es medio, sino total ruina. Más puede Dios que el diablo, y Satanás no tiene por oficio quitar plagas, sino acrecentarlas. Los magos de Faraón, cuando Moisés hacía ranas, hacían ellos ranas; él sierpes, ellos sierpes; él volvía las aguas en sangre, también ellos; puesto que en otras cosas faltaron. Pues ¿qué reparo era ese para los tristes gitanos? ¿no fuera mejor matar las ranas que multiplicarlas é imitar á Moisés? ¿quitar las plagas y no en acrecentarlas? Sí. Pero no puede Satanás eso, ni es para quitarte los trabajos que Dios te envía. Procurará él aumentarlos; permitirlo ha Dios si tu pecas. Sólo Moisés, que obra por virtud divina, puede reparar el daño que ha hecho. *Videte quod ego sim solus et non sit alius Deus præter me. Ego occidam et ego vivere faciam et non est qui de manu mea possit eruere* (Deut., 32): «Mirad que yo solo soy inmutable, eterno, que no puedo faltar, y no hay otro Dios fuera de mí. Yo soy suficiente para todos; soy padre al huérfano, esposo á la doncella, marido á la casada, amparo á la viuda, consuelo al afligido; y no hay otro amigo ni valedor. Yo tengo poder de matar y dar vida, herir y sanar. Yo envío los trabajos y los quito; y nadie puede librar de mi mano escapando al que yo castigo ó lastimando al que yo consuelo». De donde vos no pensáis, sabe Dios sacar remedio como en el caso presente. Filipe no halla pan ni dineros, y Andrés sin que le pregunten, dice: *Est puer unus hic qui habet quinque panes hordeaceos et duos pisces.*

CONSIDERACIÓN QUINTA

¿De dónde vino este muchacho? ¿Quién envió este presente á tan santa comunidad como la escuela de Cristo? ¿Quién dijera que con tan poca provisión podían banquetear á tanta gente? Aun al mismo que la ofrece le parece poquedad: *Sed hæc quid sunt inter tantos?* Mucho es y sobrado, porque lo da Dios y pasa por su mano. Pero dejando á un cabo la cantidad, y tratando de la calidad, ¿con pan de cebada convida Cristo á sus seguidores? ¿Estas son las delicias de que abunda la esposa en el desierto? Sí. Esta es la diferencia que hay del convite de Dios al del mundo: que el del mundo representa dulzura, pero luego se siente el amargor. *Suavis est homini panis mendacii, et postea implebitur os ejus calculo* (Prov., 20). Toma la metáfora del pan blanco que estuviese masado con arena, que á la vista parece bien, y al comerle las piedrezuelas os quiebran los dientes: así es la delectación deste siglo, pan mentiroso, que parece blanco y sabroso, pero está masado con piedras de amargura. ¡Qué suave parece el dinero mal ganado! ¡Y qué arena tan molesta para los dientes el remordimiento de la conciencia y saber que habéis de arder para siempre ó restituir! ¡Qué mollete tan sabroso el contentamiento sensual, y qué piedras tan indigestas la inmundicia, la costa, la infamia, los peligros, los miedos, las enfermedades, la muerte del cuerpo y del alma! ¡Qué pan tan blanco una plaza de asiento, un oficio en la casa real!; pero ¡qué de durezas, dificultades, peligros, cansancios, que ni se pueden pasar ni digerir! Con su pan se lo coman los mundanos. Pero en el banquete de Cristo, el pan de cebada áspero se da con peces, que son apetitosos. La penitencia, los trabajos sufridos por su amor son dulces, y aunque gustando la carne esta olla de las tribulaciones da gritos: *mors in olla, vir Dei* (Reg., 4), antójasele amarguísima; pero echando el divino Eliseo dentro la harina de su consolación, se hace comedera y saludable. Si los limones y cáscaras de naranjas, aunque ásperas y ácidas, se endulzan con miel y azúcar, y hechos en almíbar toman tanto sabor, ¿qué mucho que con el almíbar de la consolación divina se endulcen los trabajos, de modo que á San Esteban le parezcan las piedras terrones de azúcar, las parrillas viandas á San Lorenzo, las brasas rosas á San Tiburcio, la cruz esposa adornada á San Andrés, las yerbas á los padres del yermo francolíes, la dura tierra cama de plumas? ¿Quién hace decir á la esposa: *Lectulus noster floridus?* La cama de Cristo es su cruz y en ella no hay sino clavos, espinas; ¿cómo halla la esposa rosas y flores? ¿Sabéis por qué? Por ser nuestra, de ambos: de Cristo y de la Esposa. El estar allí Cristo la ablanda y pone mullida y olorosa. ¡Qué verde y fresca está la zarza con estar encendida! *Quia Deus erat in rubro.* Así está el justo que tiene á Dios consigo, alegre aunque atribulado,

gozoso con la verde esperanza de la eterna retribución. *Spe gaudentes, in tribulatione patientes* (Rom., 12). Esta es la zarza. ¿Pues cómo no sentimos nosotros este consuelo? Porque no habemos renunciado á los pasatiempos del mundo.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Mandó Cristo á los apóstoles que hiciesen sentar toda aquella gente. Y advierte el Evangelista: *Erat autem fœnum multum in loco.* Y sobre él se sentaron. Por el heno verde y florido que nace en tierra viciosa, se entiende la carne bien curada y regalada. *Omnis caro fœnum.* Sobre este heno se ha de sentar, macerando y mortificando la carne, hollando sus pasiones y quebrantando sus bríos, el que ha de ser convidado á la mesa de Cristo. *Delicata est divina consolatio et non datur admirantibus alienam,* dice San Ambrosio; *duo amores: alter bonus, alter malus; alter dulcis, alter amarus, non se simul in uno capiunt peccatore* (Ora., 6): «Dos amores: uno amargo y otro dulce, no caben en un mismo pecho». Dice San Agustín: Hiel y miel no se han de echar juntas en un vaso. Los contentos del mundo amargos y la dulzura del espíritu no se compadecen en un alma. Un hombre repleto y ahito de manjares groseros y viles, aunque le sentéis á la mesa del rey, no arrostrará á vianda por suave y delicada que sea; los estómagos acostumbrados á los ajos y cebollas de Egipto, daban arcadas con el maná caído del cielo. Esto es lo que dice el Sabio: *Anima saturata calcavit favum et anima esuriens amarum pro dulci sumet* (Proverbios, 27). Acá lo decís: buey harto no es comedor, y á buena hambre no hay mal pan. El venerable Beda lo entiende así: El hombre, pelagado con las riquezas y delectaciones de la tierra, no halla gusto en el panal de la mesa de Dios y en las cosas del espíritu; pero el que tiene hambre y sed de la justicia, el pan de cebada, la cruz, la penitencia, la muerte le parece dulce. Es decirnos en romance, que si habéis de gustar cuán suave es el Señor, os habéis de despedir de los entretenimientos, gustos, pasatiempos, risas, recreaciones, aunque no sean malas; y cuanto desto quitáredes, tanto participaréis del regalo de Cristo. La Esposa subió del desierto llena de deleites y regalos; pero si vos hacéis del desierto mundo, es convertirle en infierno; con vuestra soledad, silencio, recogimiento, oración, viviréis alegre. Si hacéis del mundo desierto, él le convertirá en Paraíso, y con panes de cebada benditos y dados de la mano del Señor, quedaréis contentos y satisfechos, como esta gente que comieron y se hartaron y les sobró.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Collegerunt ergo duodecim cophinos fragmentorum ex quinque panibus hordeaceis et duobus piscibus. Sea la postre de nuestro sermón una traza para aumentar la hacienda, un arbitrio. Ahora todos se desvelan en sacar arbitrios para sacar dineros. Cinco panes repartidos entre cinco mil y más personas, comen todos y se hartan y sobran doce canastas de pedazos. Quiere decir, que repartiendo los bienes con los pobres se multiplican. Fértil es, dice San Agustín (Ser. 15 *De verbis Domini in monte*) el campo de los pobres y fructifica mucho y presto para los que siembran en él. *Fœcundus est ager pauperum; cito reddit donantibus fructum.* Es aquel pedazo de tierra que sembró Isaac, de que cogió ciento por uno. No han inventado los mercaderes más inteligentes trato más cierto para ganar. No hay censo perpetuo ni juro más saneado y seguro y bien pagado que la limosna. Es este arbitrio de arbitrios. Por eso lo compara San Pablo á la sementera: *Qui parce seminat, parce et metet, et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus metet* (II Cor., 9): «Quien poco siembra, poco coge, y quien siembra mucho y con abundancia, también cogerá frutos abundantes; cogerá la bendición de Dios». El sembrador parece que derrama y desperdicia el trigo, pero no le echa mal, antes le multiplica; así el que gasta la hacienda en limosnas, no la destruye, aunque lo parece, sino gana en tanta abundancia, que le dan ciento por uno, y después la vida eterna. Esto dice David, y cítalo más abajo el apóstol hablando del hombre limosnero. *Dispersit, dedit pauperibus; justitia ejus manet in sæculum sæculi:* «Desperdició, como el que siembra su hacienda, dándola á los pabres; mas la justicia y mérito de esta obra permanecerá en los siglos de los siglos». Acá aprovecha y allá se paga. Agora no tomaríades esta granjería de mi consejo. Sembráis un cahíz de trigo; sea una hanega de los pobres. Cargáis á Indias tantas botijas de vino, de aceite, fardos de lienzo, etc.; vaya en eso algo por cuenta de los pobres, que fielmente se les dé. Tenéis diez mil ducados de renta; dad mil. Tenéis mil, dad ciento.—Con lo que tengo no me alcanza la sal al agua, y me voy adeudando, ¿qué sería si de ahí quitase?—Que os sobraría. No me queréis entender. Por eso os falta, porque no dais. *Date, et dabitur vobis.* Y si á cabo de algunos años no medrare vuestra hacienda con este trato, *venite et arguite me, dicit Dominus:* «Quejaos de mí», y no sé si diga de Dios; pero no será posible. De aquel gran Cosme de Médicis, opulento hombre, de quien descienden estos señores de Florencia, se cuenta que hacía gruesísimas limosnas. Hizo

conventos, hospitales; dióles rentas, cálices, ornamentos; casaba doncellas, sustentaba pobres sin número. Reprendido de sus amigos de pródigo, respondía: Nunca en mis libros he podido alcanzar de cuenta á Dios. ¡Qué palabra de gran cristianísimo! Si con esas limosnas crece mi hacienda como espuma, y no va á menos sino á más, ¿por qué no las haré? ¿Quién os podrá, Señor, alcanzar de cuenta? *Numquid solitudo factus sum Israeli aut terra serotina?* (Jerem., 2). ¿Por ventura, dice Dios, soy para mi pueblo algun eriazo, tierra delgada y tardía? Siembras en la tierra, hombre desconfiado, que tantas veces falta; fías de una dita, que si hoy es buena, mañana puede ser mala; encomiendas tu hacienda á una frágil tabla combatida de los vientos y olas del mar, siendo el peligro cierto y la ganancia dudosa, ¿y no fiarás de Dios, dando á sus pobres? ¿Piensas que no te ha de acudir ó que le has de alcanzar de cuenta? Oye lo que dice (Prov., 7): *Honora Dominum de tua substantia; de primitiis frugum tuarum da pauperibus; et implebuntur horrea tua saturitate et vino torcularia redundabunt:* «Honra al Señor de tu hacienda». El limosnero se dice honrar á Dios, porque con su limosna muestra que Dios es próvido y cuida del pobre, proveyéndole por ministerio del rico. Si viste el heno del campo que hoy florece y mañana se seca; y hermosea las yerbas y lilios, y da de comer á los pájaros, claro está que no se había de olvidar de tantos pobres redimidos con su sangre; ni permitiera que las haciendas estuvieran tan mal repartidas, debiéndose á sus amigos y estando por ventura en poder de sus enemigos, sino porque las dejó en confianza. Y como en lo demás quiso trabarnos en amistad, también en esto nos quiso mostrar que todos somos de un dueño y de un señor, y que todos somos miembros de un cuerpo; entre los cuales ha de haber tan estrecha amistad, que nunca el uno tenga necesidad, que no sea socorrida del otro. Pues cuando el rico hace limosna al pobre, vuelve por la honra de Dios, haciéndose instrumento de su providencia para sustentar al pobre, y por eso le honra. Pero cuando no le hace bien, y lo deja sin remedio cuanto es de su parte, deshonra á Dios, pues con su obra da á entender que Dios no tiene providencia, ni socorre al pobre. Esto declaró más el mismo sabio diciendo: *Qui calumniatur egentem, exprobat factori ejus; honorat autem eum qui misereatur pauperis* (Prov., 14): «Aquel calumnia al pobre que le anda buscando la vida con demasías». Aquel calumnia, que con impertinentes excusas, fingiendo grandes necesidades, le defrauda de la limosna que le pide, pues este zahiere su hacedor. Obligado está un artífice que hace una obra, por lo que debe á sí mismo, á llevarla á delante y sustentarla; pues si Dios hizo al pobre, obligado está por lo que debe á sí á sustentarlo. Afrenta sería de un padre de familias que no tuviese cuidado de sus domésticos, y de darles lo que han menester. San Pablo dice: *Si quis suorum et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit et est infideli deterior* (Timot., 5). Pues si todos somos domésticos, hijos y criados de este gran padre de familias, afrenta sería suya que no diese á todos lo necesario. Pues el orden que él tiene puesto en su casa es que los ricos sean mayordomos de los pobres; y para eso les da bienes, para que ellos los repartan en sus prójimos. Y así como el mayordomo que quita la ración á los criados afrenta á su señor, porque da á entender que es miserable y descuidado, así el rico que no sustenta ni hace limosna al pobre, afrenta á Dios, pero el que le da su ración cumplida, honra al señor. Pues luego: *honora Dominum de tua substantia*, etc. Da los diezmos y primicias de tus frutos; da lo mejor, lo más florido, no lo desechado, lo que tú no puedes comer, lo que está ya tan roto que no puede servir. Sé largo y magnífico para con los pobres, y serán llenas tus trojes y silleros de hartura, tus alfolíes colmados, tus silos llenos, tus lagares y bodegas llenas de vino: todo andará harto, abundante, sobrado. Pues quien tiene esta palabra de Dios, ¿porqué confiado en ella no hace esta sementera de la limosna y da de diez uno al pobre, estos diezmos y primicias que tan bien se han de pagar? Si tuviéramos palabra de Dios que este año había de ser fertilísimo, ¿quién no sembrara? Todos nos hiciéramos labradores; aun por el dicho de un astrólogo lo haces. Bien veo que no es el principal fruto este que tiene la limosna, sino el de menos importancia, y que los buenos no lo han de hacer por este interés, sino por amor de Dios, y porque es obra muy meritoria; pues ayuda á sacar al hombre del pecado, alcanza la misericordia de Dios y por ella se da el premio de la vida eterna. Pero como veo la misericordia de estos tiempos y la pusilanimidad que tienen los hombres en hacer limosnas, pensando que les ha de faltar, y que lo que dan al pobre lo quitan á sus hijos, por eso he querido antes tratar este punto que esotros que importan más; para que entiendan la utilidad de esta granjería y se animen á hacer bien, poniendo su confianza en Dios, que en esta vida paga con muchas ventajas la limosna; en lo temporal dando bienes, y en lo espiritual aumentando la gracia, por la cual da en la otra vida gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

LUNES DESPUES DEL DOMINGO

CUARTO DE CUARESMA

Prope erat Pascha judæorum et ascendit Jesus Jerosolymam.

(JOAN., 2).

El santo Evangelio contiene una visible demostración de la divinidad de Cristo, á cuya majestad é imperio ninguna cosa criada puede resistir. Vémosle hoy airado y con el azote de su justicia en la mano, castigando pecadores de palabra y de obra, y limpiando la casa de su Padre, que la avaricia de los sacerdotes tenía profanada. Dos veces hizo el Señor esta hazaña de echar los tratantes del templo. La una, cerca de su pasión, la cual escribieron los tres Evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas, y de ésta se os predicó aquí el martes primero de Cuaresma. La otra fue al principio de su predicación, la cual refiere sólo San Juan en este Evangelio. Aquélla, como fue la última, y después de tantos sermones y avisos, fue en todo más áspera y rigurosa; porque ni perdonó á hombres ni animales, ni al dinero, ni á las mesas, ni á las jaulas de las palomas: todo lo atropelló y llevó por un rasero, y á los negociantes dijo con mucho sentimiento: «Habéis hechó la casa de mi Padre cueva de ladrones». En esta de hoy, como fue la primera monición, se hubo con más templanza, porque dado que echó los hombres á puros azotes, aventó los bueyes y ovejas, derramó el dinero, derribó las mesas, á las palomas no tocó, por ser de pobres. Solo dijo: «Quitad esas cosas de aquí y no queráis hacer la casa de mi Padre casa de contratación». Los discípulos luego entendieron que esta obra procedía del celo ardentísimo de la honra de su Padre, conforme á lo que de Cristo profetizó David: «El celo de tu casa me comió». Pero los judíos incrédulos le piden la facultad y poder que traía para usar de aquella jurisdicción y quieren que le notifique con algún milagro. Responde Cristo: «Desatad este templo, que yo lo levantaré al tercero día». Ellos entendiendo del templo material, replicaron: «En cuarenta y seis años se edificó este templo, ¿y tú te prefieres á hacerle en tres días?» Mas él hablaba del templo de su cuerpo sacratísimo. Y esta fue la mayor señal de la divinidad de Cristo: resucitarse á sí mismo por su propia virtud, y así lo entendieron sus discípulos después de resucitado. Conversando, pues, el Señor en Jerusalem aquella Pascua, muchos creyeron en él viendo sus maravillas; mas él no creía en ellos, ni se fiaba de su fe variable, porque á todos los conocía, y sin que nadie se lo dijese, sabía, como Dios, lo que había en cada uno. Esta es la letra del santo Evangelio. Para su explicación pidamos la gracia. Ave.

INTRODUCCION

David, gran cortesano en la casa de Dios y de sus más privados, en el salmo quinto, que es una instrucción breve y compendiosa que da á los afligidos y atribulados para negociar con Dios en la oración, después que la viste y compone de todas las circunstancias que importan para ser oída: la primera del tiempo, que sea de mañana: *mane exaudies vocem meam;* porque entonces está el espíritu más quieto y desembarazado de las imágenes y cuidados terrestres, y más ligero para contemplar las cosas celestiales; y porque lo que de mañana se hace, parece que se toma por primero y principal negocio á quien se da lo mejor del día; la segunda, de la dignidad de la persona que ora, que no sea enemigo declarado de Dios, teniendo complacencia en su mal estado, porque la oración del tal es execrable: *neque habitabit juxta te malignus, neque permanebunt injusti ante oculos tuos:* «No morará cerca de ti el malo, no

quieras tan mala vecindad: ni los injustos parecerán ante tus divinos ojos»; despídanse de alcanzar cosa que bien les esté de tu bondad, mientras ellos con su malicia la despreciaren; la tercera circunstancia es del lugar, y éste quiere, que por mejor sea el templo, y así dice: *Ego autem in multitudine misericordiæ tuæ introibo in domum tuam, adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo.* «Empero yo, en la muchedumbre de tu misericordia entraré, Señor, en tu casa». Otra letra dice: *in multitudine gratiæ tuæ* (Cajetanus). Es tanto el respeto que los justos tienen á Dios, que si no es estando muy en gracia suya, no se atreven á hollar los umbrales de su casa. No digo yo llegar al altar, ni entrar la barba en los vasos sagrados de la sangre de Cristo; pero aun entrar por aquella puerta y presentarse ante la casa de Dios. Un hombre que huelga de estar en desgracia suya, es gran desacato y atrevimiento contra aquella soberana majestad. Oid el escrúpulo que en este caso tenía San Jerónimo, que escribiendo contra Vigilancio, hereje, dice: *Ego confiteor timorem meum; quando iratus fuero, et aliquid mali in meo animo cogitavero, et me nocturnum phantasma deluserit, basilicas martyrum intrare non audeo; ita totus et corpore et anima pertremisco.* «Yo confieso sin temor: cuando me hubiere airado ó pasado por el pensamiento algún mal, ó tenido de noche algún mal sueño, no oso entrar en las iglesias de los Mártires; así tiemblo todo, con el cuerpo y con el alma». ¿Que os parece de la limpieza que pide este santísimo varón para venir á la iglesia? Como para comulgar. Que ni movimiento de ira, ni una mala imaginación, ni sueño torpe. Bien dice David: *In multitudine gratiæ tuæ introibo in domum tuam.* Mucha gracia de Dios es menester que santifique el alma para entrar en su casa. En el palacio del rey Asuero á ninguno era lícito entrar vestido de saco, ni en el palacio de Dios había de entrar nadie con sayal de culpa, sino vestido de la estola primera de la gracia que al hijo pródigo mandó su padre vestir para recebirle en su casa. Pues ¿qué queréis decir? ¿Que todos los pecadores están descomulgados y entredichos de la entrada del templo? Bueno sería eso. Salomón el día que consagró el templo que había edificado ¿no pidió á Dios que oyese las oraciones de los pecadores que á él viniesen á pedirle perdón y misericordia? Por cierto tuvo que habían de pecar, y que en aquel lugar habían de hallar remedio. El publicano sí, que al templo subió á orar, y aunque no se entró de rondón, como el fariseo, pero detrás de la puerta con sus lágrimas y gemidos dio tantas aldabadas á las de la misericordia divina, que alcanzó la gracia que no llevaba. Y de la casa de Dios, á donde fue pecador, volvió justificado á la suya. Los malhechores huyendo de la justicia ¿no se retraen á la iglesia? Y si no les ha de valer, vos, David, ¿cómo os acogéis á ella? ¿No habéis sido injusto, adúltero, homicida? ¿Con qué cara pareceréis en la casa de Dios? *Ego autem in multitudine misericordiæ tuæ introibo ad domum tuam.* «Fiado en la infinidad de su inefable misericordia». Pecador he sido, pero ya soy penitente. Vengo á negociar el perdón; huigo de la justicia, y retráigome en el sagrado de su misericordia. Y en señal que vengo compungido: *Adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo.* «Adoraré». El Hebreo dice: *incurvabor.* «Ahinojarme he en tu santo templo con temor tuyo». Postrado el cuerpo y humillado el espíritu, haré mi oración; ya ensalzando tu gloria, ya regraciando tus beneficios, ya pidiendo perdón de mis pecados, ya suplicando me libres de los peligros, y saques de mis necesidades. Y todo esto, *in timore tuo.* Con temor filial de tu grandeza, con humilde reverencia de tu majestad. Veis aquí el temor y temblor que tenía San Jerónimo, y la disposición con que el pecador ha de venir á la iglesia á implorar la misericordia de Dios. Pero el malo que sin ese temor, sin dolor de sus culpas, antes tan obstinado en ellas que hasta en la casa de Dios usa de sus tacañerías y viene á delinquir en sagrado, para éste no habrá muchedumbre de misericordia, sino muchedumbre de ira, cólera y saña. Cual la mostró hoy el dulce Jesús, no ya manso cordero, sino bravo león, contra estos sacrílegos, que con sus hipocresías y avaricia se habían retraído al templo y en él la ejercitaban.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Prope erat Pascha judæorum. Subió Cristo á Jerusalem á celebrar la Pascua, y entrando en el templo, en una parte de él donde los seglares se ponían á hacer oración y se les leía la ley, halló vacas y ovejas á un cabo, á otro palomas y á otro mesas de cambiadores con libros y dineros para trocar moneda gruesa por menuda y para prestar con algún interés, y encolerizóse de verlo terriblemente. Señor, mirad que no están aquí los hijos de Helí, que con su avaricia impedían los sacrificios, desgraciaban á los que venían á ofrecerlos. Aquí es al contrario, que porque los peregrinos y extranjeros que vienen á la fiesta no dejen de serviros y honraros, les ponen á la mano los animales, y quien les fíe y preste dineros para comprarlos. Con esto crece su devoción y se acrecienta vuestro culto. Bien dijo San Juan: *Mundus totus in maligno positus est:* «Está armado sobre falso, puesto en cuentos, todo es mentira cuanto en él hay». Veréis una dama aderezada y

compuesta al uso, que se lleva los ojos tras sí; pues toda de pies á cabeza es mentira. La blancura, del afeite; lo rojo del color, postizo; lo rubio, de la lejía; engarrotado el cuello; el talle del pecho, cartón; el molde, de la verdugada; la estatura, del chapín. ¿Hay falsedad como ésta, que miente con todo su cuerpo? ¿Y hay locura como la de los hombres, que de semejante engaño se pagan? Veréis al otro rico que hunde el lugar: coches, caballos, criados, tapices, banquetes.—Fulano, ¿qué hacienda tiene?—Señor, tantos pares de casas, tantas aranzadas de olivar, tantos cahíces de pan de renta, tantos mil ducados de juros; y todo es mentira, porque debe más que tiene, y todo eso está afianzado y atributado; que sacado en limpio lo que es suyo, apenas hay para comer. Lo mismo pasa en la virtud. Porque de dineros y bondad, la mitad, y comúnmente hay menos. Dicen de la otra que da limosna, que reza, que ayuna. Es verdad; pero es hacienda atributada y paga tantos corridos de vanagloria, de soberbia, de desprecio de los otros, como el fariseo jactancioso, y al cabo todo vale tanto como nada. Pero de estas mentiras que tan comunes son en el mundo, unas hay más perjudiciales que otras. Que el labrador mezcle el trigo con tierra y paja, y el tabernero agüe el vino y el lechero la leche, malo es; pénelos la justicia. Pero que el boticario sofistifique las medicinas, ó las trueque con tal maldad que por cañafístola os diese coloquíntida; por ruibarbo, eléboro; por agárico, opio, mil muertes merece. Traidor, si mal lo querías, matáraslo á puñaladas; ¿pero con tal engaño? ¿En la purga, en la medicina, la ponzoña? Perniciosa mentira, odio más que capital. Que haya mentira en las mujeres, en las riquezas, en los oficios de la república, y aun en la santidad, tolerable mal es, puédese llevar; ¿pero que le haya en el templo, en la oración, en los sacramentos? Intolerable traición. Es inficionar los remedios con que las almas han de tener salud. ¿Qué daño haría el que atosigase el agua toda de los caños de Carmona y las fuentes de la Alameda? ¿Pues qué es el templo sino una fuente de aguas vivas? Así lo sentía David cuando andaba desterrado y huído, ya de Saúl, ya de su hijo Absalón. Era tanta su pena por verse ausente del tabernáculo del Señor, y tan ansioso el deseo de tornar á verle y cantar allí sus ordinarios himnos, que decía: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus* (Salmo 42). No pudo explicar más su congoja que sentía en estar ausente del templo, ni encarecer más lo que sentía del mismo templo, que comparar su fatiga á la de una cierva herida, sedienta, acosada de los perros y que está lejos de la fuente que ha de ser su reposo y refrigerio; ni lo que es el templo, que con llamarse fuente de aguas vivas á donde se desahogan y desvanecen nuestras tristezas, melancolías, pasiones, desconsuelos, pobrezas, miserias, descontentos; hallaisos inquieta, turbada con algún trabajo y pesadumbre ó tentación, venís á la Iglesia; confesais, comulgais, oís misa, sermón, encomendaisos á Dios, volvéis á vuestra casa, consolada, quieta, desenojada; refrescóse la cierva en la fuente. Pero si en esa fuente hallásedes veneno, y en la confesión al diablo, y en los sacramentos inmundicias, y en la oración arrobos y desvanecimientos, y que se tome la virtud por rebozo para encubrir y paliar el vicio, y que se venda por servicio de Dios lo que es gravísima ofensa suya, y que lo que es feo como Satanás lo afeiten y compongan que parezca ángel de luz, eso es lo que hace dar gritos al criado del Profeta, cuando gustó el caldo emponzoñado. *Mors in olla, vir Dei*: «Grande mal, varón de Dios, la muerte en la olla». ¿En la comida que se toma para vivir, en el potaje se bebe la muerte? Esta mentira es la que más gasta la paciencia á Dios y le hace salir de su paso. Y este era el pecado de los fariseos: hacían el templo público mercado y rebozábanlo con que era augmento del culto divino, y que en el lugar donde habían los fieles de hallar sermón, oración, ley de Dios, hallasen tráfagos, latrocinios, voces. Dad por eso tanto, y por esotro tanto. ¿Y que la infernal avaricia esté enmascarada con título de religión? Suma iniquidad. Córrese Dios mucho que la malicia humana le eche á la puerta sus malos partos, para que los críe por suyos, y que á sus obras torpes de bajo metal les eche el sello y armas de Dios, haciendo moneda falsa. No es crimen hacer alquimia y contrahacer diamantes, esmeraldas y rubíes; pero vender alquimia por oro, piedras falsas por verdaderas, y sobre todo, hacer escudos de latón, y reales de estaño y echar el sello real, es traición que se castiga con fuego. Desta manera fue el pecado del rey Saúl, cuando hubo aquella excelente victoria contra Amalech. Habíale Dios mandado por el profeta Samuel que todo lo destruyese abarrisco, hombres, ganados, vestidos, joyas, y que nada reservase. El, con codicia de la presa, hizo guardar el ganado más lucido, los más ricos vestidos, las piezas de oro y plata y quemó lo que era de poco valor. Viene Samuel y dícele: Di, rey, ¿hiciste lo que Dios te mandó?—Sí, hice. Y estaba el ganado que habían guardado dando bramidos. Responde el profeta: ¿Pues qué ganado es aquél que brama allí? Dice Saúl, queriendo encubrir su pecado y echarle el sello de Dios: El pueblo reservó esas vacas y toros para ofrecer sacrificio al Señor. Y replica el profeta: ¡Ah, rey, rey!

¿No te basta haber sido traidor á Dios en no hacer lo que te mandó, sino que le quieres ahijar tu pecado? ¿Piensas tú que yo no sé las piezas que tienes escondidas? Dime, ¿sacrifícanle á Dios vestidos y vasos? Pues en castigo de esa desobediencia perderás el reino, que no es justo obedezcan los hombres á quien desobedece á Dios. Y fue sentencia definitiva, sin apelación. Mirad que os digo: no pequéis; mas si pecárades, pecad claro. No digo seáis pecador con tablilla, como mesón, y con ramo, como taberna, pregonando vuestro pecado como los de Sodoma; que otra cosa es ocultar el pecado por no dar el escándalo (que eso es loable), y otra venderlo por virtud. Lo bueno sea bueno, y lo malo haceldo como malo; porque conocido por tal, sea más fácil el remedio. Estos fariseos eran falsarios de la moneda del cielo, que á su cudicia desordenada le ponían las armas reales de Dios, vendiéndola por celo de su honra, del templo y sacrificios. Por eso se indigna tanto el Salvador y acelera el castigo,

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis: «De los látigos y cordeles con que llevaban atados los corderos y terneras hizo uno como azote». Lo que se ha de notar aquí en esta manera de hablar del Evangelista, es que no le llamó azote absolutamente, sino casi azote, para dar á entender que todas las penas con que Dios castiga á los hombres en esta vida son casi penas, casi azotes. El rebenque verdadero, el castigo á boca llena es el del infierno. También usó de esta frase el apóstol San Pablo: *Quasi morientes et ecce vivimus; ut castigati et non mortificati; quasi tristes, semper autem gaudentes; sicut egentes, multos autem locupletantes* (Cor., 6). Cuenta los trabajos y dice: «Estamos casi muertos, casi tristes, casi necesitados, como castigados». A la muerte, á la tristeza, á la pobreza, á los castigos y tormentos de esta vida los llama casi. Son una sombra, una pintura de hambre, de muerte, de melancolía, de tormento; lo real y verdadero en el infierno está. Y así Satanás, que lo ha probado, cuando le pidió á Dios hiciese la experiencia de la virtud de Job, le dijo: *Extende paululum manum tuam et tange cuncta quæ possidet.* Señor, no os pide que le carguéis la mano pesadamente á todo matar, sino blanda la mano; un poquito le tocad, dadle un papirote ligero y quitadle todo lo que posee. Y en su punto le quita ganados, vacas, ovejas, camellos, jumentos, esclavos; mátale los hijos; quítale la honra, la salud; hiérele de pies á cabeza de lepra: vuélvese contra él su mujer, sus amigos, y de un rey poderoso le veréis en un muladar desnudo, rayendo la podre de sus llagas con una teja, quejándose con voces lastimosas como llagado: *Miseremini saltem vos, amici mei, quia manus Domini tetigit me.* El mismo lenguaje es el del paciente; porque no digáis que el demonio lo tiene por poco respeto de su odio y malquerencia. ¿Qué? ¿A eso llaman tocar? ¿Eso es poquito? ¿Qué será lo mucho? Este es lenguaje de la Escritura. Cuando el rey Antioco hizo aquel cruel estrago en Jerusalem, que mató ochenta mil hombres y cautivó cuarenta mil, y vendió otros tantos, y profanó y saqueó al templo santo, y después envió al capitán Apolonio que, añadiendo llagas á llagas y muertes á muertes, acabase de todo punto la nación de los hebreos, no perdonando niño ni viejo, matando á los unos y vendiendo á los otros, hasta no dejar piante ni mamante, dice el texto sagrado: *Propter peccata inhabitantium civitatem, modicum Deus fuerat iratus* (Macab., 5). Pues si cuando la divina justicia se aira un poco contra una ciudad envía sobre ella tan horrendas calamidades, cuando suelte el raudal de su ira que tanto tiempo ha tenido contra los malos represada; cuando sean golpes, no sólo como de airado, sino como de furioso, ¿qué tales serán? Sabida cosa es lo que padecieron los mártires, los apóstoles, el mismo Cristo en esta vida; las injurias, pobrezas, angustias que sufrieron, los tormentos inauditos. Fueron escarpiados, desgarrados, desollados, abrasados, despeñados; pasaron por fuegos, bestias, cruces, cuchillos, infamias, destierros; y con todo eso dice el Señor: *In paucis vexati.* Y San Pablo: *Momentaneum et leve tribulationis nostræ.* Esto es *quasi flagellum.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

¡Oh todopoderoso Dios, levanta nuestros entendimientos á que barruntemos siquiera qué castigos son aquellos que tienes guardados para tus enemigos, en cuya comparación todos los males de esta vida, que á nosotros nos parecen tan grandes, son pequeños y casi males! No hay mal tan puro en esta vida que no esté aguado con algún consuelo. No hay accidente tan recio, que después del crecimiento no tenga su declinación. Si sois pobre, tenéis salud; si estáis enfermo, tenéis dineros; si os falta todo, tenéis un amigo que se apiada de vos; si os duele la cabeza, no os duele la hijada; si sois solo y desamparado en la tierra, Dios os consuela interiormente; pero allí ningún alivio de esos habrá. Lo primero, porque el tormento será general: que no habrá sentido, ni miembro, ni hueso, ni coyuntura en el cuerpo, ni potencia en el

alma que no tenga su propio y particular dolor: *Pones eos ut clibanum ignis in tempore vultus tui. Dominus in ira sua conturbabit eos, et devorabit eos ignis* (Salmo 20): «Señor, en el tiempo de tu ceño, cuando te muestres á los malos con semblante airado y sañudo, ponerlos has como horno de fuego, y el fuego se los tragará». El horno arde por de dentro, y lo que el fuego come, por de fuera lo comienza á quemar. Pues para significar el Profeta que dentro y fuera, en el alma y en el cuerpo y en todas sus partes, han ser los malos atormentados, dice que serán horno de fuego en lo interior, y que el fuego se los comerá en lo exterior. Más. Son dolores puros, sin alivio (Luc., 16). ¿Qué refrigerio más corto pudo pedir aquel rico que pidió, conforme á su escaseza, ardiéndose en vivas llamas, que fuese Lázaro y le pusiese la yema del dedo mojado en la lengua, y no se le concedió? ¡Toda la agua del mar no templara aquel incendio, ved qué hiciera una gota! Y no se la dan. Más. Dolores que están siempre en un ser, no tienen declinación. En el infierno, dice Isaías, *erit transitus virga fundatus.* Vara, en la Escritura, significa el castigo. *Quid vultus in virga veniam ad vos?* El mismo Profeta: *væ, Asur, virga furoris mei*, pues en esta vida la vara ande de paso. Da Dios un varapalo, y pasa de largo. Hoy estáis triste, mañana alegre; hoy enfermo, mañana sano; tras el mal año viene el bueno; tras la tormenta, bonanza. Pero en el infierno estará de asiento; va muy fundado el castigo, tómalo Dios de propósito, no alzará mano de ello. Por eso llama San Juan al infierno estanque de fuego *Qui non inventus est in libro vitæ scriptus, missus est in stagnum ignis.* Y el Espíritu Santo á las tribulaciones de esta vida llama ríos. *Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam*: «Las aguas del río pasan, y aunque salga de madre no dura mucho la creciente». Así las avenidas de los trabajos pasan y corren en esta vida, y si algo se detienen, con la costumbre hacen callos y se sienten menos; ó si crecen en demasía, con la muerte se acaban, y como quiera todo es pasar. Pero las penas del infierno están rebalsadas y estantías; no corren, ni se aligeran; siempre tienen un tesón, no hacen callos. Tan tiernos y sensibles estarán los malos á cabo de millones de años, como el primer día. Y finalmente, acá de todos los dolores el más terrible es el morir. *Omnium terribilium terribilissimum est mors* (Aristót.). Allí fuera el remedio más suave, el único alivio; acá se teme por el mayor mal; allá se desea por sumo bien. *Desiderabunt mori, et fugiet mors ab eis* (Apoc., 9). De rodillas suplicarán á la muerte los despene. Quien esto cree, y sabe que por un pecado mortal, que pasa en un momento, se granjea esta pena de toda la eternidad, ¿cómo se atreve á hacerle? ¿Dónde está el juicio, dónde la razón, dónde el justo aprecio de las cosas? ¿Dónde si quiera el amor propio tan enemigo de su daño? ¿Hánse convertido los hombres en bestias? Hombres regalados, Narcisos enamorados de vosotros mismos, no pequéis siquiera por lo que os toca; mirad que sois muy delicados para el infierno. Una gota de cera ardiendo que os caiga en la mano os hace dar gritos; una noche de calentura os desasosiega, y andáis basqueando como alma en pena remudando camas. *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis?* ¿Sin rebulliros, sin menearos de aquella cama de fuego? ¿De aquellos colchones de polilla? ¿Con aquel cobertor de gusanos? Si no os atrevéis á esto, tened la mano en pecar. Veis aquí con cuánta propiedad habla San Juan del castigo de esta vida, diciendo: *quasi flagellum.* Hecho el azote, empieza á cimbrarle por toda aquella canalla, con tanta fuerza, ímpetu y autoridad, que sin ser nadie parte para resistirle, echó fuera hombres y animales; derribó tablas, mesas; derramó dineros; mandó sacar las palomas, y luego fue obedecido; y en punto quedó el templo barrido y escombrado de toda aquella inmundicia y sin ningún alboroto. Cual suele el maestro de escuela, cuando viene de fuera y halla su escuela revuelta, los muchachos jugando y saltando de acá para allá, y dando voces que no se oyen de la confusión y ruido; entra el maestro y toma la palmatoria y empieza á azotar algunos, y luego todos se componen y callan y se sientan en sus lugares y queda muy pacífica la escuela. Así entrando en el templo el maestro celestial, con el azote en la mano; y haciendo sentir en las espaldas á algunos, luego se puso en razón toda aquella chusma vocinglera, y cesó el alboroto y perturbación que había en el templo y sucedió grande silencio y quietud.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Pero ya que castigó los hombres, ¿á qué propósito aventó al ganado? *Oves quoque et boves et nummulariorum effudit æs:* «Echó las vacas y ovejas del templo y derramó el dinero que estaba en las mesas». ¿Qué culpa tenían de aquel desacato las ovejas, y los bueyes, y las mesas y el dinero? Digo que muchas veces castiga Dios á las criaturas irracionales por el pecado del hombre. Cuando venga Cristo á juzgar el mundo, dice que ha de escurecer el sol y la luna y las estrellas, y que ha de enviar un diluvio de fuego que abrase los elementos y las criaturas todas corporales. Pregunto yo: este juicio ¿no es contra el pecador?—Sí.—Pues ¿qué razón hay para que paguen los árboles, los elementos,

el cielo? Porque sirvieron al pecador. Porque veáis cuán intenso y entrañable es el odio que tiene Dios al pecado, que no sólo toma venganza de su autor, sino de todos los instrumentos que le ayudaron, aunque sean insensibles y sin culpa. Acá no sólo quitan la vida al traidor, sino que le derriban la casa y se la aran y siembran de sal en detestación de su maleficio. Así, porque el hombre fue traidor á la divina majestad, á El y á todo lo que le toca, y á su casa, que es el mundo, le alcanzará su ramalazo. En señal de eso, cuando entregó á Jericó en manos de su pueblo, mandó que á todos los moradores pasasen á cuchillo, y más les derribó la casa, arruinando los muros de la ciudad, y no quiso que quedase piedra sobre piedra, y hizo quemar todos los animales, vestidos y muebles que á tan mala gente habían servido. A la serpiente á quien habló el demonio para engañar á Eva, la maldijo. *Maledictus es inter omnia animantia et bestias terræ; super pectus tuum gradieris*, por haber sido instrumento, aunque sin culpa, del pecado. A la higuera que no tenía higos, aunque no era tiempo de ellos, le echó Cristo su maldición y secóse, porque tenía ojeriza con ella por haber con sus hojas cubierto á Adán después que pecó. Item, puso ley que cuando un hombre quebrantase los fueros de naturaleza con alguna bestia, muriesen ambos, puesto que no pecó la bestia. De suerte, pecador, que el sol que te calienta y vivifica, la luna y estrellas que te alumbran de noche en tus malos pasos, la tierra que te sustenta, el aire con que respiras, las plantas de que te mantienes, los animales en que andas y de que te calzas y vistes, han de ser por tu causa castigados, aunque te sirvieron á su pesar. Que si el sol pudiera, cuando ibas á ofender á su Hacedor, te negara su virtud, y la luna su claridad, y el aire su frescor, y la tierra de mejor gana se abriera para tragarte como á Datán y Abirón. Con todo eso, al cielo le quebrarán los ojos con que vio el pecado, eclipsando sus lumbreras; y á la tierra y al aire los abrasarán. ¿Tú piensas ser mejor librado? Tu que eres el oficial, el principal artífice de la culpa, ¿estarás seguro cuando tus instrumentos, aunque no culpados, padezcan? No por cierto. En ti descargará de lleno el golpe de la divina justicia. Tú eres el blanco de sus saetas, el terrero de sus balas. Allá, á las criaturas no es más que de recudida por haber servido á la vanidad y al pecado. ¡Oh maldito pecado, enemigo de Dios, ruina de los hombres, mancha que todo lo ensucias, cáncer que todo lo corrompes, motivo de ira, fundamento de enemistad, ocasión de castigo! Sin ti son todas las cosas de Dios amadas; y vestidas de ti, son aborrecidas. Por eso echa las vacas y ovejas del templo.

CONSIDERACIÓN QUINTA

¿Qué más? No se contenta con derramar el dinero, sino que *mensas subvertit;* derribó y transtornó las mesas, porque no hubiese ocasión de volver á contratar. Enséñanos, que no basta salir del pecado, sino que habéis de quitar la ocasión para desarraigarle de todo punto. Mandaba Dios á su pueblo que no adorasen dioses ajenos. *Non adorabis Deos eorum.* Y para que lo cumpliesen manda quebrar todos los ídolos. *Confringens statuas eorum.* Porque viéndolos no fuesen tentados. Item, de los idólatras: *Non habitent in terra tua.* Porque con su mal ejemplo no te provoquen á idolatrar y te sean escándalo. No quiere que tengan estropiezo ni motivo de pecar. El patriarca Jacob, sabido que en su compañía había algunos que tenían ídolos, se los pidió. *Dederunt ergo ei Deos alienos quos habebant et inaures quæ erant in auribus eorum* (Gen., 35). Escribiéronlos, y enterrólos debajo de una encina ó terebinto para que quedasen allí como cosa maldita y abominable, en perpetuo olvido. Eso fue enterrar también los zarcillos; poner perpetuo silencio, que no se hablase más de ellos. *Fornicatio et omnis inmunditia aut avaritia*, que es servidumbre de ídolos, *nec nominetur in vobis.* Al muerto entierran, y porque no se ve nada dél, se olvida. *Oblivioni datus sum, tamquam mortuus a corde* (Salmo 50). No os contentéis con que vuestro pecado esté muerto: enterralde para que no se os venga á la memoria y os solicite. Esos ídolos que adoráis, enterraldos con sus zarcillos. No habléis, ni consintáis que os hablen de aquellas cosas que en algún tiempo amastes más que á Dios. Vayan fuera como cosas descomulgadas y malditas; no quede rastro, ni plática, ni vista, ni entrada, ni papel, ni joya, ni presente, ni cosa suya que pueda resucitar su memoria en vuestro corazón. Así lo hizo Moisés con el becerro de oro en que idolatra el pueblo. Quebróle, y molido y hecho polvo, se le dio á beber á los hebreos. No quiso que quedase nada de él. Lo mismo hizo el diligente rey Jehú con la estatua de Baal. A todos sus sacerdotes y servidores los mandó pasar á cuchillo, y la estatua la quebraron y quemaron y derribaron la mezquita. *Et fecerunt pro ea latrinas*, para hacer aquel lugar asqueroso y hediondo. Esto es hacer el pecado aborrecible y abominable para no tornar á él. Somos flaquísimos, y no dura más nuestra virtud de cuanto tenemos quitadas las ocasiones. Por eso no se contenta el Señor con derramar el dinero, sino trastorna también las mesas. Y á todos les dice con gran desdén: *Auferte ista hinc et nolite facere domum Patris mei domum negotiationis.* Mirad el desprecio con que trata

lo que ellos tanto preciaban. Quitad estas cosas. Y no las nombra. Porque no dice bueyes y vacas y tablas, sino: *ista*. Para que veáis un enojado puro que no puede hablar lo medio que siente; y porque á veces se hacen cosas que no se pueden decir. *Nec memor ero nominum eorum per labia mea*: «No les haré tanta honra que tome sus nombres en la boca». *Ista*. Eso que está ahí; esta basura; que así la llama un buen árbitro. *Omnia arbitror ut stercora* (Fili., 3). Ese estiércol sacalde de ahí y no hagáis la casa de mi Padre casa de trato.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Aquí entenderemos que Dios en su templo quiere limpieza y que no se trate en él sino lo espiritual. Cada oficio tiene su calle. Los librebreros, en la librería; las cosas de comer, en la plaza; las perdices y conejos, en la calle; cosas curiosas, en Cal de Francos; los negocios, en la Lonja y casa de contratación; y la oración y culto divino, en la iglesia. No se han de mezclar ni confundir estas cosas. Que ni parecen bien la misa y sermón en las audiencias y contrataciones, ni los pleitos y tratos en las iglesias. Guarde cada cosa su lugar. ¿Quién juntó Dios y casa de contratación? ¿Misas y logros? ¿Sacramentos y cambios? ¿contratos y confesiones? ¿almonedas y Evangelios? *Quæ societas lucis ad tenebras? Aut quæ conventio Christi ad Belial?* ¿Quién junto al cielo con el infierno? ¿A Satanás con el paraíso? Por eso dice: *nolite facere domum Patris mei*, etc. Como si dijera: la casa de Dios no fue hecha para eso: vosotros lo hacéis por vuestra avaricia y mala voluntad. Más: *Domum Patris mei*. Nosotros, que somos hijos adoptivos, decimos: padre nuestro; mas él, que es hijo unigénito, dice: padre mío. Más; en decir la casa de mi Padre muestra el derecho y el poder que tiene para hacer lo que hace. El derecho; porque al hijo incumbe mirar por la honra de su padre y defenderla. El poder; porque en aquella obra mostró ser hijo natural de Dios y que obraba con divina virtud. Pues si el Hijo de Dios tiene tanto celo de que aquella casa de su Padre fuese contaminada, y pone tanto cuidado en limpiarla, ¿cuánto sentirá que nuestros templos, más sagrados que el otro, donde el mismo Dios está sacramentado, donde no le ofrecen vacas ni carneros, sino el sacrosanto sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, donde no hay balidos de animales, ni arrullos de palomas ni tórtolas, sino dulces y suaves cantos, himnos y oficios devotísimos; cuánto más sentirá que no sean tratados con la reverencia que es razón? Quéjase Dios antiguamente por el profeta Ezequiel que los seglares osasen edificar casas junto al templo. *Qui fabricati sunt limen suum circa limen meum, et postes suos juxta postes meos; et polluerunt nomen sanctum meum in abominationibus quas fecerunt; propter quod consumpsi eos in ira mea* (Ece., 43). ¿Pasáis por tal desacato de esta gente que se ponen hombro á hombro conmigo, y quiere ser tan bueno Pedro como su amo, y como si mi casa fuera de vencidad edifican ellos en mi barrio y ponen sus umbrales junto á la mía, y hay un muro entre mí y ellos? Quiere decir: No estamos más que pared en medio. Pues, Señor, ¿qué ofensa se os hace en esto?—¡Ah! que me afrentan y profanan mi santo nombre con las torpezas que hacen en sus casas. Como que estando tan cerca de la mía, un tabique en medio, han de hacer semejantes abominaciones. Por eso los consumí y deshice con mi ira.—¿Qué sentís de eso, cristianos? ¿Tanto respeto se había de tener á aquel templo donde había una arca de madera, que no se le había de poner casa alguna á los lados? ¿Sabéis qué tanto, que dice San Jerónimo: *Cum Salomon idcirco Deum inter cætera offendisse dicatur, quod in sublimi ædificaverit Mello; unde atrium templi deambulans in turre palatii despicere solitus sit* (In. Isa., c. 38). Que Salomón, entre otras cosas particularmente se dice haber ofendido á Dios, porque levantó un edificio, de suerte que desde una torre de su palacio, paseándose, señoreaba el atrio del templo (como si dijésemos el cementerio ó el corral de los naranjos), que se ofendió de que mirasen su casa desde arriba como á cosa inferior, qué sentirá de los que la pisan y profanan y menosprecian? ¿De los que no hacen diferencia de ella á las suyas propias? Los pecados que se hacen en la vecindad pared en medio, los tiene por abominables y los castiga como sacrilegio; ¿qué hará las maldades que se cometen dentro de su casa y en sus propias barbas? Aquí vienen las ruines mujeres á hacer feria y mercado de sus cuerpos, y luego acuden los cuervos marinos á cebarse en esta carne muerta en el pecado. Veréis también las mariposítas de taracea ó taujía, y alrededor de ellas los sátiros y jimios deshonestos que se quieren abalanzar á cogerlas. Veréis también venir á este templo, no tórtolas ni palomas, sino grajas y picazas, y parlarse sus vidas, y darse cuenta de ellas, y aún tratar y mofar de las ajenas. Y las que en todo el año salen ni visitan, aquí se vengan y ven y son vistas. Decidme, ¿qué hacéis fuera de la iglesia que no lo hagáis en ella? Allá mentís, acá mentís. Allá murmuráis, aquí murmuráis. Allá miráis y codiciáis, aquí también aún peor; que muchas veces por allá no hay oportunidad para ver y hablar y hacer el concierto endiablado que pretendéis.—Pues vamos á tal iglesia, á tal convento.—Acá se urden las

maldades, y allá se tejen. ¿Es buena honra esta que dais á la iglesia? ¿Este respeto tenéis á Dios? ¿Pensáis que es algún Dios de palo que ni ve, ni siente, ni lo ha de demandar? Pues desengañaos, que semejantes descortesías y desmesuras no las ha de disimular. Púsose una vez á hablar con Isaías con gana de usar de misericordia con el pecador, y díjole al profeta: *Misereamur impio et non discet justitiam facere; in terra sanctorum iniqua gessit, et non videbit gloriam Domini* (16). Mirad el respeto con que se trata á sus ministros, que quiere tomar su voto y parecer.—Ea, perdonémosle. —Así, así, Señor. *Et non discet justitiam facere.* Perdonadle, y no se enmendará: el loco por la pena es cuerdo, que es demasiada blandura esa y no ha de aprovechar al malo. ¿Pues tan incorregible, tan perverso es? ¿Qué más queréis, Señor? *In terra sanctorum iniqua gessit!* «En la tierra de los santos hizo mal». Llama tierra de los santos á Judea, donde vivieron aquellos santos patriarcas Abraham, Isaac, y Jacob y los profetas. Pues quien vio la tierra que pisaron los santos consagrada con su vivienda; quien en esa tierra hizo maldades, no hay que fiar de él, sino castigarle. *Et non videbit gloriam Domini*: «No verá la gloria de Dios». Pues si pecar en la tierra donde vivieron los santos le parece al profeta que no debe tener remisión, ¿qué espera el que peca en la casa del Santo de los santos, en el Santa Santorum, en el templo consagrado con la presencia de Jesucristo y de toda la Santísima Trinidad? ¿Ha de haber misericordia para éste? ¿Ha de haber indulgencia y perdón? Tema, tema este tal el rigor de la justicia, aquel destierro preciso de la vista de Dios, aquella sentencia temerosa: *Non videbit gloriam Domini.* No le vea rostro á rostro en su majestad, pues detrás de sus reales cortinas no le respetó. Para éstos se guarda la ira y cólera de Dios, como lo mostró hoy con los violadores de su templo. Mi casa es casa de oración; no se hizo para otra cosa sino para orar. La comida en la plaza, las joyas en la platería, pleitos en estos patios y salas; en el templo, orar. No digo reir, murmurar, pecar; pero aun preguntaros cómo estáis es desacato en la iglesia. Pregunto: si entrando á negociar con su majestad, que está sentado en su silla esperando para daros audiencia, encontrásedes con vuestro amigo, que ha mil días que no le veis, ¿sería bien que allí en presencia del rey os entretuviésedes en pláticas con él, preguntándole cómo le ha ido, dónde ha estado? Pues lo que fuera desacato y bestialidad delante la majestad de la tierra, ¿pensáis que será menos delante de la del cielo? ¿Que os está Dios esperando aquí para daros audiencia, y que le pidáis mercedes, perdón de las culpas, remedio de vuestros trabajos, y sin atender á eso os entretenéis con el amigo? ¿Pues y á los que vienen aquí á registrarse, á ver y ser vistos, codiciar, hacer señas, á cebar los ojos en la vanidad? ¿Unas figuras escorzadas que hay por esos rincones, vueltas las espaldas á Dios y los rostros á los ídolos que adoran; que compiten en ornato con las imágenes de los templos? ¿Esto se sufre en la casa de Dios y en sus barbas? ¡Grande abominación! *Generatio cujus excelsi sunt oculi, et palpebræ ejus in altum surrectæ* (Prov., 10): «Aborrecible á Dios un linaje de gente que tiene los ojos altaneros y sus párpados levantados en alto». Y por el contrario, le es á Dios muy agradable el humilde que tiene los ojos bajos para conocerse á sí y á su miseria, y que de suyo no tiene cosa buena. De aquí nace una muy gran reverencia á los lugares sagrados, respeto y devoción, porque en ellos reconocen su santidad. *Domum tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum.* Casa santa pide gran devoción, temor y reverencia al Señor de la majestad que en ella asiste para hacer á todos mercedes de gracias y después de gloria. Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
MARTES DESPUES DEL DOMINGO
CUARTO DE CUARESMA

Jam die festo mediante, ascendit Jesus in Templum et docebat.

(JOAN., 7).

El santo Evangelio contiene una salida notable que hizo el Señor á predicar al templo. Había subido á Jerusalem á celebrar la fiesta de las Cabañuelas, que comenzaba á quince de septiembre y duraba siete días. Los tres primeros no se mostró en público, como veremos el martes que viene; pero al cuarto día, que era la mitad de la Pascua, fue al templo y públicamente enseñaba. Era tan alta la doctrina, que los mismos judíos, sus mayores enemigos, se admiraban y decían: ¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas deprendido? Respóndeles el Señor: Mi doctrina no es mía originalmente, no adquirida por mi estudio, sino del Padre, que me envió, dada. Si alguno quisiere hacer su voluntad, entenderá de mi doctrina si es de Dios ó solo invención mía. El que habla de su cabeza, busca su pundonor; mas el que busca la gloria de quien le envió, es verdadero y hace fielmente el oficio del enviado, y no hay injusticia en él, porque no usurpa la gloria debida á Dios. Vosotros no queréis conocer la verdad de mi doctrina, porque no guardáis la ley que Moisés os dio, y contra el tenor de ella me queréis quitar la vida estando sin culpa. El vulgo que estaba presente, tomando por sí esta palabra, y no sabiendo el ánimo de los judíos, dijéronle: Demonio tienes, ¿quién te quiere matar? No le responde el clementísimo Redentor, sino prosigue la razón que había comenzado, y satisface á los principales que le perseguían por quebrantador de la fiesta. Yo, dice, hice una obra de que todos quedastes admirados, que fue sanar al tullido de la piscina de treinta y ocho años. Achacáis que le curé en sábado. Digo yo: circuncidar un hombre y herirle se puede hacer en sábado por mandado de Moisés, sin injuria de la ley, ¿y teneisme á mal á mí que sané todo un hombre en sábado? No juzguéis por esto exterior, sino juzgad justamente y veréis que quien pudo hacer obra tan señalada, tiene autoridad para hacerla en sábado, mejor que la circuncisión. Algunos vecinos de Jerusalem que sabían la intención dañada de los príncipes, decían: ¿No es éste á quien buscaban los judíos para matarle? Hele ahí; predica libremente, y no le dicen nada. Por ventura han conocido los principales que es este el Mesías; pero no puede ser, porque de éste sabemos de dónde es, mas del Mesías, cuando viniere, nadie sabrá de dónde es. Levanta la voz Cristo en el templo y dice: Es verdad que me conocéis y sabéis mi origen en cuanto hombre; pero yo tengo otro sér recebido del Padre que me envió, al cual vosotros no conocéis, y yo sí: porque de El soy y El me envió al mundo. Entendido de él que se atribuía sér divino, le quisieron prender, pero ninguno pudo echarle mano, porque no era llegada la hora. Pero de las compañas muchos creyeron en él, convencidos de sus maravillas. Esta es la letra. Pidamos la gracia. Ave.

INTRODUCCION

La esposa, reconocida á los favores del esposo y deseando no quedar corta en agradecerlos, como él alaba su hermosura de ella con galanos y misteriosos apodos, también ella le paga en loar la gentileza de él con otras no menos discretas y místicas comparaciones. El á ella le dice: Tus labios son como cinta de grana. Ella á él le responde en el capítulo 5.° de los Cantares: *Labia ejus lilia distillantia myrrham primam.* Hay diversas suertes de lirios. Unos blancos, que son azucenas; otros azules, de esos ordinarios; otros hay de color de púrpura (como dice Plinio), con tres hilitos de color de oro en me-

dio. Son muy olorosos, y comidos corrigen el mal olor de la boca y causan buen aliento, y aun dicen que tienen virtud contra la ponzoña comida. A estos lirios, sin duda, compara la esposa los labios de su esposo. Esta flor en latín se llama *iris*, como el arco del cielo, porque le parece en la variedad y lindeza de sus colores. Y como el arco celeste fue tenido de los gentiles por Dios de la elocuencia, así es símbolo de ella esta flor. Por donde Homero, príncipe de los poetas, para mostrar que los embajadores de los troyanos eran elocuentes y bien hablados, finje que habían comido lirios cárdenos. Y tómase la metáfora, que como el arco y el lirio deleitan, la vista con sus diversas y hermosas colores, retóricos para agradables á los oyentes. Diciendo, pues, la esposa, que los labios de su esposo son colorados y bellos como el lirio purpúreo, da á entender lo primero: que es elocuente y bien hablado. Lo dijo el Profeta Rey, como comentando este lugar: *Diffusa est gratia in labiis tuis*. (Salmo 44). Esto es: tus labios están vertiendo millones de gracias. Tus palabras escogidas, tu doctrina admirable, dulce, graciosa, agradable á Dios y á los hombres. No queráis más sino que los alguaciles que le fueron á prender, con ser gente que tan poco suele curar de sermones, de sólo oirle quedaron enamorados y de sus razones presos, y vueltos sin llevarle, dijeron á los príncipes que los habían enviado: *Numquam sic loquutus est homo:* «Nunca hombre habló así». ¿Cómo así? No hay palabras que lo puedan explicar. Así. Ved que retórica era aquélla, que con la fuerza de su decir así persuadía y trocaba los corazones. Por eso le llamaron: *potens in opere et sermone*. En las obras, para hacer maravillas, y en las palabras, para mover y aficionar voluntades. Más. No sólo halla la esposa gracia en los labios del esposo, sino buen olor, que es señal de salud y buen temperamento de humores. Constitución es. Un hombre que le huele mal la boca, no es para vivir entre gentes. A Hierón, tirano de Siracusa, muy gentil hombre y valiente, le corrió uno diciéndole que le olía mal la boca. El, afrentado, vase á su casa y riñe con su mujer porque no se lo había dicho; y ella desculpóse diciendo: *Putabam viros omnes eundem olere modum*. Así lo refiere Plutarco entre los apotegmas de los reyes y emperadores. ¡Ved qué honestidad de mujer! ¡Nunca haberse acercado tanto á algún hombre que le pudiese sentir el aliento sino á su marido solo! Diréis que era mucha simplicidad para esos tiempos. Así lo digo yo también, que ahora hay otros usos. Pues la boca del esposo es tan olorosa como los lirios. Hay hombres que les hiede la boca. De quien dice David: *Sepulcrum patens est guttur eorum* (Salmo 5). «Sepultura abierta es su garganta de ellos». Caer un hombre en su boca, es caer en la huesa. Porque allí le degüella con la navaja de su mala lengua. Y como son tantos los cuerpos muertos que echan en este carnero, porque ninguno perdonan bueno ni malo; y están descubiertos, porque no saben callar nada, ni echar tierra á ningún difunto, no hay albañar, ni sumidero, ni sepulcro como sus bocas. Echan por ella ponzoña y un huelgo pestilencial, hediondo de traiciones, infamias, torpezas, vanidades. No se puede esperar, que os revolverán el estómago si os acercáis á ellos, y os perturbarán la conciencia. Item. *Omnis homo mendax* (Salmo 115). Pero la boca de Cristo huele muy bien. *Verba quæ ego locutus sum vobis spiritus et vita sunt* (Joan., 6). Palabras sacadas del mismo pecho de Dios y de la vida de Dios, de aquel espíritu y aliento que con un soplo que dio en un poco de barro, le comunicó vida tan noble como la que tuvo Adán cuando *factus est in animam viventem*. Estas palabras recebidas por el oído y guardadas en el corazón (que esto es comer lirios) corrigen el mal olor de la boca y expelen los venenos mortíferos de los pecados y pasiones que turban y matan el alma. ¡Qué lindo aliento tenía el que decía: *eructavit cor meum verbum bonum!* Un buen corazón, si no envía á la boca buen aliento, buenas palabras, santas, devotas, provechosas, graves, de edificación, *memoriam abundantiæ suavitatis tuæ eructavit* (Salmo 44). De la abundancia que hay en la memoria de Dios y de la contemplación y amor de su bondad, echan por la boca todos los justos un olor suavísimo que huele á la misma bondad y santidad divina. Tienen á Dios en el pecho, y á Dios traen en la boca, y Dios suena en sus palabras. Porque, como dice el Salvador: *Ex abundantia cordis os loquitur* (Mat., 15). Conforme á esto podéis entender la merced que Dios hizo al mundo en darnos á su hijo por Doctor; que con aquella boca florida, olorosa, suave, nos enseñase palabras de vida, como dice nuestro evangelista.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ascendit Jesus in Templum et docebat. El día de fiesta y en el templo enseñaba y hacía su oficio de doctor. Este es nuestro Maestro: tal que no le tienen mejor ni más docto los ángeles. Tan sabio, que es la mesma sabiduría de Dios: *Christum, Dei sapientiam*. Tan copioso en doctrina y erudición, que están en El encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, esto es, cuanto hay que saber en lo divino y humano. *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi* (Colo., 2). Tan elocuente y bien hablado, que es la palabra eter-

na, medida con el entendimiento divino, con que el Padre se dijo á sí y á todas las cosas. ¡Qué gran beneficio que aquel Señor que tan docta escuela tiene en el cielo, no se desdeñó de venir á ser maestro de niños en la tierra, acomodándose á todo! A los del cielo, como ya son hombres de hecho, barbados, perfectos, enséñales cosas grandes de sí él mesmo. Allí son todos discípulos de Dios. *Erunt omnes docibiles Dei*, de quien inmediatamente dependen, sin haber otro repetidor. Allí los sustenta con pan de vida y entendimiento. Y leyendo todos en aquel libro de la vida, que es su divina esencia, quedan resueltos y consumados en toda verdad, y graduados todos de doctores. Pero, ¿qué me aprovechará á mí, Señor, que tú leyeras esa doctrina tan alta, y por modo tan alto allá en el templo de tu gloria, si no tuvieras por bien de bajar al templo de tu iglesia á enseñar á estos pequeñuelos hombres, templando la doctrina con la corta capacidad de los oyentes? ¿O dándosela por modo que aunque en substancia es la misma, la pudiesen percebir? Las mismas verdades de Dios enseñó Cristo á sus fieles que saben los ángeles, sino que ellos las saben por clara visión y nosotros las tenemos por la fe. El modo de enseñar es diferente; la ciencia la misma. Pues si el Hijo de Dios enseña doctrina tan levantada, ¿qué resta sino oirle con atención, seguirle y obedecerle? Precepto es que á todos pone el Padre eterno: *Ipsum audite*. Ningún hombre ha vivido que haya levantado cátreda, fundado escuela, inventado secta, que no le hayan oído y haya tenido secuaces y fautores de su doctrina. De aquí manaron los socráticos, platónicos, peripatéticos, estoicos, etc. Oid á este Maestro, en cuya comparación todos los otros son nada. *Absorpti sint juncti petræ judices eorum* (Salmo 146). Los jueces de ellos, los sabios que juzgan de las cosas, puestos juntos á la piedra angular Cristo, y con él cotejados, se los come y traga como la vara de Moisés se tragó las varas de los magos de Faraón. Son idiotas, ignorantes en su respecto. Sus doctrinas sin substancia, llenas de perniciosos errores: que les cuadran muy bien los nombres que les puso Job á otros sus semejantes. *Fabricatores mendacii, et cultores perversorum dogmatum* (13). Oficiales de la mentira, artífices inventores de sectas vanas y mentirosas, que prometían bienaventuranza á los hombres y no le daban, y aparejadores de perversas doctrinas. Como los oficiales que hacían ídolos, desbastando y rebajando un leño lo figuraban de talla; y luego con barniz, oro y colores, lo encarnaban y componían para venderle por Dios, siendo un madero, así estos maestros de mentira afeitan y aderezan los errores con palabras retóricas y aparentes razones, y los venden á los hombres por verdades importantes para el gobierno de la vida, siendo falsedades que pervierten las costumbres y estragan la vida y condenan las almas. Y con ser tales estos maestros, tuvieron muchos que les siguiesen y celebrasen: y al Maestro venido del cielo que les hacía infinitas ventajas hubo tan pocos que le diesen crédito, y muchos que le calumniasen y persiguiesen. ¿Qué es la razón? Porque los otros enseñaban á gusto de los oyentes, no trataban de refrenar el apetito, mortificar las pasiones, quebrantar la propia voluntad, nada de eso que da pena; y así se iban tras ellos al amor del agua. Cristo no atiende tanto al gusto como al provecho. *Ego Dominus docens te utilia* (Isaías, 48): «Yo soy tu Dios y Señor, que te enseño cosas provechosas»; lo que te conviene y está bien. Buen médico que no da al enfermo lo que apetece y se le antoja (que de ordinario es lo que le ha de hacer mal), sino el jarabe y la purga aunque le amargue que le ha de dar salud. Siempre los hombres pecaron de aquel humor que dice San Pablo de ciertos tiempos peligrosos: *Coacervabunt sibi magistros prurientes auribus, et a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur* (II Timot., 4). Tienen sarna en las orejas y buscan quien se la rasque y diga cosas de gusto. *Loquimini nobis placentia* (Isai., 39). Decidnos cosas de placer, que no piquen ni lastimen; y en orden de eso amontonan maestros, buscan muchos letrados que les digan lo que ellos quieren; pero al fin son maestros amontonados de á los de ciento en carga. Nada de montón es de precio. Los que tan amigos son de gusto y que les hablen conforme á él, cierran los oídos á la verdad y ábrenlos á las mentiras y consejuelas, cuales fueron las de los sabios gentiles. Pero la sabiduría encarnada enseña á provecho.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Ascendit in Templum et docebat. ¿Qué enseñaba? No nos dice San Juan lo que contenía el sermón, pero el Espíritu Santo nos dice cuál era la materia de sus sermones. *Sobrietatem et prudentiam docet, et justitiam et virtutem, quibus utilius nihil est in vita hominibus*. (Sap., 8): «Enseña templanza y prudencia, justicia y fortaleza, que son los cuatro quicios en que juega toda la máquina de las virtudes morales; que para el buen régimen de la vida, ninguna cosa más provechosa y útil se puede pensar». Mirad agora qué bien nos dijo esto la esposa en la comparación que da á los labios del esposo: *Labia ejus lilia distillantia myrrham primam*. Los labios de mi esposo son lirios. Habla muy bien. Mas porque no se piense que se le va todo en flores, dice: que estos labios distilan mirra es-

cogida. La mirra es amarga, mas preserva de corrupción. Tal es la verdad, que se ha de decir, aunque amargue, pero da salud. La doctrina de Cristo insuave á la carne, negarse á sí mismo, llevar su cruz, hacer penitencia, entrar á porfía por la puerta angosta, ser pobre de espíritu, manso, llorar, sufrir con paciencia las persecuciones, perdonar las injurias, amar á los enemigos, no hay duda sino que es mirra amarga al paladar de la sensualidad; pero saludable á todo hombre, que le libra de la muerte. *Si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum*, dijo el Salvador: «El que guardare mi palabra no verá la muerte eterna». Y libre de la muerte, del pecado y del infierno. Pues, Señor, ¿todo ha de ser villano? ¿no ha de haber algo deleitable? A la esposa dijo él: *Mel et lac sub lingua tua*, y en otra parte (Cant., 4): *Eloquium tuum dulce*. Y del esposo dice ella que su habla es amarga como la mirra. Allá dijo el poeta:

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.
(Horacio).

Aquel maestro se lleva entre todos la gala y dio en el punto de enseñar: que supo mezclar lo útil con lo dulce. ¡Lindo compuesto! ¡doctrina provechosa y deleitable! ¿Quién había de saber dar ese temple sino Cristo, que es la prima de todos los maestros? Así es que él lo hace y la esposa lo dice. Sus labios son lirios: he ahí la suavidad. Que destila mirra escogida: he ahí el provecho. Más: La dulzura sin tasa. *Diffusa est gratia in labiis tuis*. La gracia vertida, derramada la suavidad, la amargura destilada. *Distillantia myrrham primam*. La mirra gota á gota. *Gloriamur in tribulationibus* con los consuelos de la gracia y con la esperanza del premio. *Momentaneum et leve tribulationis nostræ æternum gloriæ pondus operatur in nobis* (II Cor., 4). Ved si es más la dulzura que la mirra; donde por una momentánea y ligera tribulación se espera un eterno peso de gloria. Finalmente, la ley de Cristo es suave, ley de amor, de paz y alegría. Evangelio: buenas nuevas. Pues ¿quién la hizo amarga? El mal gusto de los hombres. San Agustín dice: La experiencia muestra que el pan, que sabe bien al sano, es desabrido y da pena al doliente; y la luz, que es aborrecible á los ojos enfermos, es amable á los puros. El vino, que amarga al tercianario, es suave al que tiene buena disposición. Así, al justo que tiene con la gracia sano el paladar del alma, la voluntad bien dispuesta, parécele la doctrina de Cristo que es más dulce que la miel. Oid cómo le sabe al Profeta-Rey: *Quam dulcia faucibus meis eloquia tua! Super mel ori mei* (Salmo 118). «¡Ah, Señor, y cuán dulces son á mi garganta vuestras palabras! No hay miel ni almíbar que así regalen la boca, como ellas mi espíritu». Pero á los malos, que tienen estragado el gusto con la cólera requemada de su malicia envejecida, y se están abrasando con la calentura causada del fuego de la concupiscencia, á esos amarga ella como mirra. *Quam aspera est nimirum sapientia indoctis hominibus et non permanebit in illa excors*. (Eccl., 6). Mirad la contraposición. Acullá, *quam dulcia*; acá, *quam aspera*. La sabiduría es *sapida scientia*. Pero á los viciosos es desabrida. Llama á los pecadores, indoctos, necios, que no saben juzgar de las cosas. *Ponentes amarum in dulce et dulce in amarum* (Isai., 5): «Con el juicio depravado tienen por dulce la amargura del pecado y por amarga la dulzura de la virtud». ¿Queréislo ver? ¿Qué doctrina más suave ni qué palabras más regaladas que las que Cristo habló cuando prometió de darnos su cuerpo en manjar y su sangre en bebida? *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo* (Juan., 6). ¿Hay panal de miel, hay terrón de azúcar que se iguale á este sacramento, á donde la dulcedumbre del espíritu se gusta en su propia fuente? Oyenlo algunos de los que seguían la escuela de Cristo y háceles tan mal gusto que dicen: *Durus est hic sermo et quis potest eum audire?*: «Dura palabra es esta; ¿quién tiene paciencia para oirla?» Milagro de Satanás, que hace del pan piedras, á rebeldía de que no quiso Cristo hacer de las piedras pan. Las palabras con que les ofrece su cuerpo, que es pan de vida, hace el demonio que les parezcan á éstos guijarros duros: *Durus est hic sermo*. Son tan duras estas palabras que no se pueden llevar. Y por el mismo caso se despidieron del discipulado de Cristo. Vuélvese el Señor á los doce que quedaban y díceles: ¿Por ventura vosotros queréis os ir también? Responde San Pedro por todos: *Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes*. «Señor, ¿á dónde iremos que más valgamos? ¿Qué otro maestro hallaremos? Palabras tenéis de vida eterna». ¡Qué diferente juicio el de Pedro que el de los otros ignorantes! A esta traza es lo que dice San Pablo: *Christi bonus odor sumus Deo, in his qui salvi fiunt, et in his qui pereunt*. «Predicadores evangélicos que predicamos á Cristo con obras y palabras, con ejemplos y doctrina, olemos bien á Dios, porque olemos á Cristo». Siente Dios en no otros la fragancia de las virtudes de Cristo q le huele muy bien. Y este buen olor no se va en Dios por la diversidad de los oyentes, q unos son escogidos y otros reprobados. M predicándoles á todos hacemos nosotros nue tro oficio y olemos bien á Dios y á los hombr

¿Cómo oléis? *Aliis quidem odor mortis in mortem, aliis autem odor vitæ in vita.* La doctrina de Cristo suavísima, que les predicamos á los malos, les huele á muerte; la pobreza, la cruz, paréceles muerte de la carne: porque les priva de sus contentamientos é intereses. Para éstos es *ad mortem*: para su eterna muerte y condenación de cuerpo y ánima. A los amigos de Dios esta misma predicación les huele á vida espiritual del alma, que se ordena para gozar la eterna vida del alma y del cuerpo. De modo que la doctrina en sí es suave y olorosa: la diferencia está en la disposición de los oyentes. Lo mesmo pasó en este sermón de hoy. El hijo de Dios *docebat*: No hay duda sino que fue sermón como de oposición en Pascua, y delante un auditorio tan grande, donde amigos y enemigos le esperaban para satisfacer el deseo de los unos y convencer la malicia de los otros; parece que se había de esmerar y tirar la barra, como lo hizo. Fue tan soberana la elocuencia de palabras, tan profunda la gravedad de las sentencias, que *mirabantur Judæi*. Los judíos, que era la gente principal y docta y sus mortales enemigos, se admiraban y salían de sí con rabia y despecho de tanto saber. Porque si la reina de Sabá, oyendo la sabiduría de Salomón, *non habebat ultra spiritum*, «se desmayaba y perdía el aliento de asombro», *ecce, plusquam Salomon hic*, «más era Cristo que Salomón». Lo que va del sol á una estrella, del mar á un arroyuelo, de la cabeza á los pies. ¿Qué mucho que su sabiduría infinita arrebatase en éxtasis y admiración á los sabios de Jerusalem? Y así lo confiesan de plano. *Quomodo hic litteras scit cum non didicerit?* No le niegan las letras: confiesan que era sermón muy fundado, que no lo podía hacer sino un gran letrado, muy visto y leído en las divinas Escrituras. ¿Con eso créenle? ¿Toman algo de lo que dice? No. Ahí está la diferencia de los oyentes, que cada uno juzgaba del sermón como estaba afecto. Los judíos: El letras tiene, pero ¿de dónde, que no estudió? Debe de ser por arte de encantamento. Otros dicen: Demonio tiene. Otros: No es posible que sea Cristo y Mesías, porque aquí le conocemos sus padres y su tierra. *De turba autem multi crediderunt in eum.* Uno era el sermón, pero como eran tan varios los gustos, tiene tan diferentes los sabores. A unos sabe y huele á muerte para su condenación; á otros, á vida para su salvación. Pero responde el Señor por su orden á los primeros que preguntaban de dónde tenía letras: *Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me.* Quiere decir: Mi doctrina no es deprendida en escuelas, ni adquirida por mi trabajo é industria, sino recebida de mi Padre que me envió. Veis aquí la potísima razón por qué la esposa comparó los labios y doctrina de Cristo á los lirios. Y es pensamiento de San Teodoreto, porque los lirios tienen hermosura natural, no prestada ni acquisita, sino de Dios comunicada. *Considerate lilia agri, quomodo crescunt, non laborant neque nent* (Mat., 6). Pero yo os digo de verdad, que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. ¿Pues quién les da aquella lindeza? ¿Aquella viveza de colores que compite con los del arco? ¿Aquella gala, á que no pudo llegar la de Salomón? *Deus sic vestit.* Dios los viste de esa hermosura, sin que ellos pongan de su casa algún trabajo ni diligencia. De la misma suerte, los labios de Cristo son lirios; tiene sabiduría y elocuencia natural; que la de Salomón y de todos los ángeles es nada en su respecto. Pero no afectada, ni que le haya costado estudio ni diligencia, sino que el Padre se la dio en cuanto Dios, por la generación eterna con que le comunica el sér y la esencia y todos sus atributos y perfecciones; y en cuanto hombre por la unión hipostática. En virtud de la cual al punto que la humanidad fue unida al Verbo divino, por natural resultancia manó en ella la plenitud de la gracia, gloria y ciencia bienaventurada é infusa; y quedó aquel niño en el mismo instante que fue formado por Espíritu Santo en las entrañas virginales, lleno de gracia y de verdad. Y en aquella cabecita como de alfiler, estaba todo el seso de Dios, y los tesoros inexhaustos de la sabiduría. ¡Oh hazaña prodigiosa del omnipotente Dios! Esto es lo que dijo el Profeta; «Derramada está la gracia en tus labios». *Propterea benedixit te Deus in æternum* (Salmo 44): «Para eso te echó Dios su bendición para siempre». Como quien dice: No fue erudición ni enseñanza de hombres, sino bendición y dádiva larga de la mano de Dios. Pero mejor que todos el gran Baptista, que tanto supo de él: *Lex per Moysen data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est. Deum nemo vidit unquam. Unigenitus qui est in sinu Patris ipse enarravit.* Y ninguno otro sino él vio á Dios. El unigénito Hijo que está siempre residente en el seno del Padre, lo certificó así. Y es como si dijera: Ninguno pudo decir la verdad como Jesucristo; porque ninguno la ha visto en su fuente, que es el seno del Padre, sino solo el Hijo que reside en El. No annunciaba á los hombres verdades vistas en retratos, ni sacadas en borrador de su original, como lo hacían los profetas, que lo que hablaron no lo vieron en su propio sér, sino figurado en sombras. Mas Cristo habló verdades puras sacadas de su propia fuente, vistas desnudas en su original, que es el seno del Padre, á donde él mora; y nacidas del propio seso y cabeza de Dios, que era el mismo que las decía. Esa es la excelencia de la ley evangélica, que el que la predica

es Dios Hijo, y de quien la toma y recibe es Dios Padre. Esto mismo quiso significar el Baptista cuando, encogiéndose de la igualdad del Señor y reconociéndole infinita ventaja, dijo así: *Qui est de terra est et de terra loquitur; qui de cœlo venit, super omnes est. Et quod vidit et audivit, hoc testatur.* Eso es lo que atestigua; y con todo eso, ninguno recibe su testimonio. Parece que estaba San Juan oyendo este sermón de Cristo, y vista la incredulidad de los judíos y sus sospechas de dónde tenía Cristo letras, les responde. Lo primero levantando la doctrina de Cristo y humillando la suya y su persona: El que es de la tierra, de la tierra es y de la tierra habla. Aquella reiteración no es ociosa, sino una vehemente confirmación y muestra dela bajeza que el santo Baptista reconocía en sí, en comparación de la infinita alteza del Hijo de Dios, en cuyo respecto confiesa él mismo hablaba cosas de la tierra. Esto es, bajas y humildes. Y en lo que más dice de él: *quod vidit et audivit, hoc testatur.* A la letra responde á la pregunta de los judíos significando que el Hijo de Dios trajo del cielo y seno del Padre aquellos secretos que él allí estaba viendo como testigo de vista, para decillos y manifestallos al mundo.

CONSIDERACIÓN TERCERA

De á donde entenderéis, cristianos, que el santo Evangelio que Jesucristo enseñó no son leyes humanas habladas al albedrío del hombre, como las de Solón ó Licurgo, sino mandamientos divinos, inmediatamente emanados de la propia traza y cabeza de Dios; pues traza de Dios es que tú ames á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á ti mismo. Traza de Dios es que no hurtes, ni adulteres, ni mientas, ni mates. Y traza suya es haber dado á la Iglesia estos siete sacramentos para remedio de nuestros pecados y buen gobierno de ésta su nueva repúblies. Finalmente, todo lo que contiene la ley de Dios no son invenciones ó conjeturas humanas, sino pensamientos divinos, inmediatamente salidos de la propia cabeza de Dios. Así lo da á entender la esposa cuando, pintando las facciones de su esposo, dice al principio: *Caput ejus aurum optimum, comæ ejus sicut elatæ palmarum, nigriæ quasi corvus.* «Mi esposo tiene la cabeza de oro finísimo, y los cabellos que le salen de ella son negros de un color atezado, como lo es el de los cuervos». Por la cabeza se entiende aquí la divinidad, que es lo supremo que hay en Cristo. *Caput Christi Deus.* Esta dice que es de oro fino, por la infinita ventaja que Él en cuanto Dios y aun en cuanto hombre hacía á todos los hombres, así como el oro, en su tanto, la hace á todos los metales. Por el cabello de esta cabeza entiende los pensamientos de Dios comunicados de Dios hombre á la esposa y declarados al mundo. De manera que los mandamientos que Cristo predicó no eran otra cosa, salvo unos cabellos que salían nacidos de la propia cabeza de Dios. ¡Oh, cristianos, y si entendiérades lo que tenéis en tener la ley que profesáis, y cuánto debéis á vuestro Dios y redentor por haberos dado su misma traza y pensamientos en ella! *Non fecit taliter omni nationi et judicia sua non manifestavit eis* (Salmo 147); como los declaró al cristianismo. Dice más: que estos cabellos eran negros; esto es, hermosos y de precio, porque entonces el cabello negro se estimaba en Palestina. Y en esto nos da á entender la hermosura y aseo de la ley de Dios, y que sus mandamientos no sólo son de provecho á los hombres, mas aun también los sirven de gala y ornamento, siendo mandamientos galanos que atezan y hermosean esta cristiana república, y la hacen lucida y extremada de todas las otras del mundo. Conforme á esto lo que dice el santo Moisés á su pueblo: Guardad estos mandamientos del Señor Dios nuestro que yo os mando; porque ellos os servirán para crédito de sabiduría y entendimiento delante de los pueblos, y los que los oyeren dirán: Es grande gente la que así se gobierna; y que no hay otra nación tan grande, tan ilustre como ella, no, que tenga sus dioses tan cercanos así como yo lo estoy de vosotros. Si un gentil con sola la lumbre natural encontrase con el Evangelio sin título que se lo declarase, sin duda hallaría cosas en él tan conformes á buena razón, que naturalmente asentiría en que era ésa ley y gobierno puesto en toda razón y equidad (dado que hay otras cosas que exceden la capacidad natural). Esto es ser el cabello del esposo bello, atezado y de precio: ser su ley no solo provechosa sino honrada y de estima y que muestra bien tener á Dios por autor. ¡Y siendo tal, hay tan pocos que la reciban y menos que la guarden! *Testimonium ejus nemo accipit* (Joan., 8). Pero antes que pasemos de aquí, tomemos ejemplo de humildad en el Señor, que con tanta humildad refiere al Padre la doctrina que de Él había recibido y la reconoce por data suya.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me. ¡Oh gran humildad del Hijo de Dios! ¡Y qué confusión de los que cada letra que saben se alzan á mayores y dicen que es suya! Da Dios sus bienes y dones, y quiere que le reconozcamos por autor de ellos; pero el soberbio desconocido quiérese quedar con lo que en sí ve y no reconocer á Dios. Este fue el pecado

del primer ángel, rey de todos los hijos de soberbia, que como se vio *plenus sapientiæ, perfectus decore*, adornado de tanta pedrería; habiendo de referirlo todo á Dios que se lo había dado y decir: *Sapientia mea non est mea, sed ejus qui dedit mihi*. «Mi ciencia, mi hermosura, mi riqueza no es mía; no la tengo de mi cosecha y propio caudal», acuerda de quedarse con todo y usurpar la gloria de Dios, y dice: No debo nada á nadie. *Deus ego sum*. Todo es mío. Esa fue la rapiña que dice San Pablo. Fue salteador que pretendió robar lo ajeno. No lo hizo así Cristo, maestro y dechado de humildad. *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo: sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens* (Fili., 2): «No trató de hurtar, sino de dar lo de Dios á Dios y lo de César al César». Todos sus bienes los vuelve al Padre de quien los hubo, enseñándonos á hacer lo mismo. *Date gloriam laudi ejus*. ¿Haos dado Dios letras, riquezas, fuerzas, linaje, hermosura, y sobre todo virtud? Gozaldos en buen hora, pero acudid con dar la gloria y alabanza á Dios que os los dio: tornad á Dios lo que sembró en vos como las buenas tierras. Mirad que aunque son vuestros, porque los poseéis, son dones suyos, porque graciosamente os los comunicó. No os elevéis ni ensoberbezcáis, ni despreciéis á los prójimos, ni os olvidéis de referirlos á Dios. Los que juegan á la pelota, para no perder la han de volver con presteza al contrario, porque si la calientan en la mano es falta. Si Dios os echa la pelota de sus beneficios, volvédselos de presto á la mano; no los calentéis con el amor propio, no os quede en el corazón rastro de complacencia y contentamiento de vos, que eso es ganar. Así lo hacía David: *Tua sunt omnia et quæ de manu tua accepimus dedimus tibi*. Lo mismo hacía San Pablo: *Plus omnibus laboravi; non ego autem, sed gratia Dei mecum*. ¡Lindos jugadores, que de boleo vuelven á Dios la pelota de sus dones! Pero el soberbio ingrato, que se vanagloría en ellos, calienta la pelota y hace falta, cae en falta con Dios y aun consigo, porque por el mismo caso los pierde. Es digno el ingrato que le despojen de la hacienda de Dios é incurra en pena de comisión, pues no la acude con los corridos. *Ad locum unde exeunt flumina revertuntur, ut iterum fluant* (Eccles., 1). Si los ríos no vuelven á la mar, los veréis secos. Porque la ingratitud, dice San Bernardo, es un solano que seca para sí la fuente de la piedad, el rocío de la misericordia, las corrientes de las gracias. Seamos humildes y agradecidos á imitación del Salvador que todo lo vuelve á su Padre. Pasa adelante el Señor y muestra el modo cómo se conocerá de su doctrina lo que es. *Si quis voluerit voluntatem ejus facere, cognoscet de doctrina, utrum ex Deo sit, an ego a me ipso loquar*. Responde con esto á una tácita objeción que le pudieran los judíos hacer. Tú dices que tu doctrina es de Dios: ¿de dónde nos puede constar á nosotros que lo es? Responde Cristo: De guardarla. El que quisiere hacer la voluntad de mi Padre conocerá de mi doctrina que es suya, porque lo que yo enseño es lo que mi Padre quiere. De manera, que la buena voluntad da al hombre buen entendimiento de las cosas de Dios. Como la buena disposición del gusto es causa que pueda hacer diferencia de los sabores, así la buena disposición de la voluntad da al entendimiento facultad para discernir la doctrina de Dios de la que no lo es. Y como es imposible saber uno á qué sabe la miel si no la ha gustado, así es imposible saber la bondad y dulzura de la ley de Dios quien no la guarda. Y porque esto mejor se entienda, sabed que hay dos maneras de conocimientos ó entendimientos. Uno que llaman especulativo, que sólo está en el entendimiento, estéril, seco, que no da jugo á la voluntad, ni procede á la obra, haciendo lo que entiende; antes éste acarrea pecado que merecimiento. *Scienti igitur bonum facere et non facienti peccatum est illi* (Jacobi, 4). Este es el conocimiento de los malos cristianos que saben por fe que el Evangelio es ley de Dios, pero no gustan de él ni le guardan, y asi será mayor su condenación. Otro entendimiento hay práctico, que incluye la obra, que hace lo que entiende; y éste es de gran mérito, como dice David: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*. ¿Qué llamáis entender? Saber la miseria y remedialla. De este conocimiento habla Cristo. El que quiere hacer la voluntad de mi Padre conoce la misma obra y la practica; ve, toca con las manos y experimenta que mi doctrina es de Dios. Diferentemente juzga de la dulzura del manjar quien de oídas y sólo por relación sabe que es bueno y quien le ha gustado y comido. El pecador juzga de la ley de Dios por relación: *Fidem ex auditu*. Pero el buen cristiano por gusto y experiencia: *Nonne auris verba dijudicat et fauces comedentis saporem?* (Job, 12). En las cuales palabras, dice San Gregorio, que pone Job esta diferencia entre los buenos y malos: Que los malos oyen las palabras de la sabiduría con los oídos solos y no gustan de ellas en el alma, y así su ciencia se remata en el sonido de las palabras. Pero los justos, de tal manera les entra por el oído el manjar de la sabiduría, que también le gustan; porque el amor allá en el corazón les pone sabor en lo que oyen. ¡Decirle á un hombre que en la pobreza está la abundancia, y en las lágrimas la risa, y en la penitencia el regalo; y que los gustos y verdaderos contentos no se hallan en juegos, músicas, cazas, banquetes, deshonestas

amistades, sino en la mortificación, recogimiento, virtud y amor de Dios; y que en la oración hay consuelos del Espíritu Santo y deleites purísimos que se pueden gustar pero no decir, á quien no lo ha experimentado es algarabía. Probad ese manjar, ejercitaos en esa doctrina y luego conoceréis que es de Dios y cuánta verdad es la que os decimos. Por este camino se hizo docto David en la ley de Dios. *A mandatis tuis intellexi: propterea odivi omnem viam iniquitatis* (Salmo 118). Quiere decir: Por la observancia de vuestros mandamientos llegué á alcanzar la verdadera inteligencia de vuestra doctrina. Dando por esto á entender que el camino para la sabiduría es guardar los mandamientos. Esta es la ciencia de los Santos. *Dedit illis scientiam sanctorum* (Sap., 19). No sólo la teórica, sino la ciencia práctica, que por la guarda de los mandamientos de Dios camina y llega á la verdadera sabiduría. De otra manera, dice San Agustín, es pervertir el orden y no entrar por la puerta y querer subir por salto, antes de fundarse en la humildad de la obediencia, presumir de subir á la cumbre y alteza de la sabiduría. A este propósito trae San Agustín aquel lugar del Sabio: *Fili, concupisces sapientiam, conserva justitiam et Deus præbebit illam tibi.* La declaracion de este lugar dice San Agustín de aquel hecho de Jacob que se enamoró de Raquel, hermosa, de lindos ojos, y al tiempo de casarse, danle primero á Lía, que era mayor de edad, fea y paridera, y despnés le dieron á Raquel. Pues dice el Espíritu Santo: *Fili, concupisces sapientiam, conserva justitiam.* ¿Cudicias la sabiduría? ¿estás aficionado á esta hermosa Raquel para casarte con ella? *Quæsivi sponsam mihi eam assumere.* Pues conserva la justicia. O como lee San Agustín: *Serva mandata.* Cásate primero con Lía, que significa el trabajo de las obras, que aunque parece fea, es fecunda de buenas obras y méritos y es mayor de edad, y en la casa de Dios no hay costumbre de dar á Raquel antes de Lía. *Prior est in recta hominis eruditione labor operandi quæ justa sunt quam voluptas intelligendi quæ vera sunt* (San Aug., lib. 22, *Contra Faust*, c. 53, tomo VI). En la recta institución del hombre, en la enseñanza ordenada, primero es el trabajo de obrar las justicias, esto es, de guardar los mandamientos que nos justifican, que el deleite de entender verdades que da la sabiduría. Primero Lía que Raquel. En la vestidura sacerdotal, dice San Jerónimo, primero se ponía el superhumeral, que significa la obra que por el brazo se ejercita, que el racional, que significaba la inteligencia de la ley. Para verificar lo que dice David: *A mandatis tuis intellexi.* Que por la observancia de los mandamientos se alcanza el buen entendimiento de la ley divina. Finalmente, esto dice el Profeta: *Seminate vobis in justitia et metite fructum vitæ; illuminate vobis lumen scientiæ* (Oseas, 10). «Primero has de sembrar justicia, guardando la ley de Dios, y después cogerás fruto de vida y luz de ciencia y de sabiduría». Según esto, bien probada queda la verdad de Cristo, que quien quisiere guardar su doctrina, conocerá della cuán divina es, y lo que luego infiere: que por eso los judíos no la conocían, porque no guardaban la ley de Moisés.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Mas porque ellos le oponían que él también la guardaba, porque en día de fiesta sanó al paralítico de la piscina, descárgase y compúrgase de esta calumnia con una razón evidente: *Si circuncisionem accipit homo in sabbato ut non solvatur lex Moysis, mihi indignamini quia totum hominem sanum feci in sabbato?* «Si la circuncisión no se tiene por obra servil, y haciéndola en sábado no se quebranta la ley de Moisés, ¿qué razón hay para juzgar por obra servil sanar todo un hombre con una palabra, que me la condenáis á mí por ser en día de fiesta?». Es razón que convence. Pero veamos por qué dice Cristo que sanó todo el hombre. *Totum hominem sanum feci.* Responden los doctores que porque le sanó en el cuerpo y en el alma. La salud corporal todos la vieron. La espiritual consta por lo que Cristo le dijo: *Ecce jam sanus factus es; noli amplius peccare.* De esta manera de hablar de Cristo (que también es lenguaje de la Escritura) se colige que el estado que el hombre tiene en gracia es salud, y el justificarse y venir del pecado á la gracia es sanar de la enfermedad. La razón de esto es porque la gracia es *optimus animæ status.* Como la salud del cuerpo consiste en la proporción de los cuatro humores, así la del alma en el concierto de sus potencias y pasiones: que el cuerpo esté sujeto al alma, la carne al espíritu, el espíritu á Dios. En pecando el hombre se disuelve esa proporción, y ni el alma está sujeta á Dios, ni el cuerpo al alma. Salen de medida las pasiones, y así no hay salud. *Longe a peccatoribus salus, quia justificationes tuas non exquisierunt* (Salmo 118). ¿Quién puede curar esa enfermedad? Sólo Dios. *Qui sanat omnes infirmitates tuas.* Sanar el hombre entero, curar todas sus dolencias corporales y espirituales, sólo Dios lo puede hacer. Y así á él acudía David sintiéndose enfermo de este mal. *Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum; sana me, Domine, quoniam conturbata sunt ossa mea, et anima mea turbata est valde* (Salmo 6). El mal metido en los huesos; el alma afligida, turbada. Señor, habed misericordia de mí. Pero

el Señor responde á un *miserere* con otro *miserere animæ tuæ placens Deo.* Pecador, ¿estás enfermo? ¿tienes el alma herida, turbada? Pues ten misericordia de ella, ten lástima de su mal, que es terrible, y con eso agradarás á Dios. Es decirnos, que si tú tienes duelo y piedad de tu alma enferma, que también la tendrá Dios de ella y de ti, y que Dios está pronto para curarte y darte salud; pero que es menester que tú te quieras sanar. San Crisóstomo, en este salmo sexto, dice que en la cura del cuerpo se halla todo esto: médico, arte, enfermo, enfermedad, medicinas y cierta lucha y pelea del médico, arte y medicamentos contra el mal humor y síntomas. Pues en esta batalla, si el enfermo se hace con el médico, arte y medicinas, y se allega con voluntad de sanar, y en orden de eso obedece, vence la enfermedad; pero si se aparta y no anda con ellos á una, no puede tener salud. De la misma manera pasa en las enfermedades espirituales, aunque con alguna diferencia. Porque muchas veces acontece que el enfermo está á la banda del médico, arte y medecinas, y no sana, ó porque el médico se engaña, ó el arte fallece, ó naturaleza está muy flaca, ó las medicinas no son buenas. *In Deo autem hoc non est; sed si cum medico steteris, ulcus omnino curandum est.* Pero en la cura que Dios hace de un alma enferma, no puede faltar sino por sola la voluntad del pecador. No el médico, que es Dios; ni su arte divina, que no puede errar y sobrepuja las naturalezas y vicios y enfermedades. No las medicinas, que son los sacramentos que obran en virtud de la sangre de Cristo. Dame tu voluntad y que estés de parte del médico y le obedezcas, que yo te aseguro la salud. Por eso el Señor á este hombre que curó le preguntó primero: *vis sanus fieri?* ¿Qué enfermo no quiere sanar, especialmente ese que ha tantos años que padesce y está en la piscina aguardando vez, y trabaja de ir gateando cuando se enturbia el agua, y siendo tantas veces frustrado, ni por eso deja de perseverar y tener paciencia? A este, preguntarle si quiere sanar, parece por demás. Pues no lo es, preguntándolo el Señor, porque él le había de sanar todo entero, y principalmente de la enfermedad del alma, que era causa de la del cuerpo. Y porque aquella estaba en su voluntad, por eso le pregunta: ¿Quieres ser sano? disponiéndole con esto á que conociese su pecado y confiase en que él le sanaría. Pues si de los males del cuerpo todos quieren ser sanos, y ni un día querrían estar enfermos, y en orden de sanar hacen y padecen tanto, ni perdonan gastos, y llaman unos y otros médicos, beben pociones amargas y asquerosas, sufren sangrías, ventosas, sajas, cauterios. Alegrar una herida, abrir los cascos, cortar un brazo, aserrar una pierna, son dolores más crueles que la muerte de quien dijo un discreto: *Non est tanto dolore digna salus*, y con todo eso los pasan, porque viva la gallina. ¡Qué locura! ¡qué insensibilidad la nuestra, que pudiendo con facilidad ser curados de los males del alma, tanto más graves cuanto es más noble el alma que el cuerpo, no queremos, y nos estamos los meses y años enteros en pecado sin procurar salir de él! *Putruerunt et corruptæ sunt cicatrices meæ a facie insipientiæ meæ:* «Podridas y canceradas están mis llagas por causa de mi necedad». Suma ignorancia es no conocer ni sentir llagas tan profundas y enconadas, y no procurar el remedio de ellas. El discreto vase luego á Dios, descubre su llaga, recibe la medicina; luego viene la salud, vuelve al buen estado y proporción que había perdido. Conciértase el entendimiento con la fe, el deseo con la esperanza, el amor con la caridad, la irascible con la fortaleza, la concupiscible con la templanza, y todo el hombre sano hecha nueva criatura, renovado en el sér que antes no era: porque todo era enfermedad, ceguera, muerte; ahora es todo salud, bien, vida de gracia, á la cual sigue la gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

MIERCOLES DESPUES DEL DOMINGO

CUARTO DE CUARESMA

Prœteriens Jesus vidit hominem cœcum a nativitate.

(Joan., 9).

INTRODUCCION

Habiendo la esposa en el capítulo quinto de los Cantares por todas sus partes alabado la persona de Cristo, concluye su encomio y loores con este epifonema amorosísimo y regalado: *Totus desiderabilis.* Como si dijera. ¿Para qué gasto tiempo, hijas de Jerusalem, en proseguir por menudo las lindezas de mi amado, siendo imposible contar, cuanto más loar sus gracias? Acabo con sola esta palabra: Todo es deseable, todo amable, todo deleitable; todo compuesto de bellezas, gracias y hermosuras. El Hebreo dice: *Totus desideria.* «Todo deseos». Quiere decir: Todo cuanto hay en él arrebata los corazones, solicita los deseos, inflama las aficiones. Si en cuanto Dios, Verbo del Padre, Hijo natural unigénito, igual, coeterno con él, en cuya vista y fruición está nuestra bienaventuranza. Si en cuanto hombre, *quod enim ex te nascetur sanctum*, todo santo, la misma santidad, lleno de gracia y de verdad, de cuya plenitud y sobra todos recebimos y nos aprovechamos. El cordero pascual todo se había de comer, nada se echaba á mal; así nuestro Agnus Dei todo es de comer, no hay en él que desechar. Hay plantas que nos aprovechan con sus raíces, otras con las hojas, otras con el fruto; pero el bálsamo todo es de grande utilidad. No sólo el carpobálsamo y opobálsamo, sino el xilobálsamo, fruto, hojas, madera, hasta la goma que parece superflua. Tal se nos representa Cristo, todo manando provecho. Es aquel árbol de vida que vio San Juan que abrazaba ambas riberas de aquel río cristalino, que corre por medio de la ciudad de Dios. *Ex utraque parte fluminis lignum vitœ, afferens fructus duodecim et folia ligni ad sanitatem gentium* (Apocal., 22). ¿Cómo es posible un mismo árbol estar en esta y en aquella ribera del río? Algunos toman aquí el singular por plural. Que había árboles de vida en ambas riberas; y entienden este lugar de todos los bienaventurados. Pero explicándole de Cristo San Ruperto, de quien en nombre de la Sabiduría dice Salomón, *lignum vitœ est his qui aprehenderunt eam* (Prov., 3): «Arbol de vida es para todos los que de él se aprovechan». Digo que el río cristalino que baña la santa ciudad, es el gozo puro, indeficiente, abundante, de que están llenos los bienaventurados. Este río tiene dos fuentes de donde nace: de la silla de Dios y del cordero. *Procedèntem de sede Dei et agni.* De la visión de la divina creencia y de la humanidad de Cristo. Como dijo el mismo Redentor: que el que por él se salva, *ingredietur et egredietur et pascua inveniet.* Entrará á la contemplación de la divinidad y saldrá á la de su humanidad; y en lo uno y en lo otro hallará pastos de vida substanciales y sabrosísimos. Así explica este lugar el autor del libro de *Spiritu et Anima*, que está en el tercer tomo de San Augustín, aunque no es suyo. Pues estas mismas son las dos riberas de aquel río de gloria. Visión intelectual de la divinidad, que es la gloria esencial del alma, y visión corporal de la humanidad de Cristo, que es la que harta y recrea los cuerpos. Estas dos son las fuentes del gozo, porque de ellas nace; y juntamente riberas, porque en ellas para y se termina. Pues el árbol de vida, siendo uno, alcanza á ambas riberas, porque Cristo siendo una persona subsiste en dos naturalezas, divina y humana, y así beatifica las almas en cuanto Dios y los cuerpos en cuanto hombre. Es árbol de vida, porque la da eterna á las almas y á los cuerpos, y nos restituye mejorada la

inmortalidad que por el pecado perdimos. Lleva doce frutos en el año, cada mes su fruto, y sus hojas son medicinales para dar salud á las gentes, es decir, que siempre y sin defecto nos está haciendo innumerables bienes para las almas y cuerpos. Los dones, virtudes, los méritos de esta vida y los premios y gozos de la otra, todo mana de él, y que todo cuanto en él hay es de provecho, sus obras, sus palabras, sus leyes. Sus manos daban vida y salud; sus ropas, siendo tocadas, sanaban; su voz hacía maravillas, perdonaba pecados, hablaba palabras de vida eterna; su aliento daba el Espíritu Santo; sus ojos convirtieron á Pedro de la culpa de su negación. San Vicente dice que su sombra convirtió al ladrón en la cruz. Todo de provecho. El platero guarda las limaduras de la pieza que hace, porque todo es oro. Así Cristo. ¡Qué bien dijo esto el amado discípulo! *Quod factum est in ipso, vita erat.* San Ambrosio hace la cama en el *ipso*. Lo que fue hecho en él, es vida. *Caro facta est in ipso, vita est. Infantia facta est in ipso, vita est. Judicium factum est in ipso, vita est. Mors facta est in ipso, vita est*: «La remisión de los pecados fue hecha en él, vida es. En él fue hecha herida, vida es. En él fue hecho escarnio, vida es. En él fue hecha separación, vida es. En él fue hecha sepultura, vida es». *Vide quanta in ipso facta sunt quibus vitæ nostræ facta conversio est, ut quæ periebat redderetur.* Ved qué de cosas fueron hechas en él para volvernos de muerte á vida, para que la vida que estaba perdida se restaurase. Ved si puede ser árbol de vida más útil y provechoso que el que á la misma muerte y á sus dolores, por haberle tocado, convirtió en vida. ¿Qué hermosura más sobrehumana y milagrosa, que la que siendo aseada parece mejor y arrebata con más fuerza los corazones? ¿Qué diríades de un rostro que poniéndose la máscara de un jimio pareciese ángel y se trasluciese su lindeza? Cristo crucificado como pecador, afeado, desfigurado, es hermosísimo y sumamente amable. San Augustín: *Ubique Christus Dominus pulquer occurrebat* (Ser. 9, *De nativit. est de tempe.*, 13). «En todo lugar parecía hermoso Cristo nuestro Señor». Hermoso en los cielos, hermoso en las tierras, hermoso Verbo en el Padre, hermoso *Verbum caro* en la Madre, hermoso en el vientre de la Virgen, á donde no perdió la divinidad cuando recibió la humanidad; hermoso en los milagros, en los azotes, en las palabras que decía, y en las palabradas y injurias que le decían, hermoso, no temiendo la muerte y resucitando los muertos. *Pulquer in ligno. Pulquer in cœlo. Pulquer in sepulcro.* Luego, con razón dice la esposa, que es todo amores y deseos. La prueba de esto veremos en el Evangelio de hoy; pues la saliva, que es lo más impertinente que hay en la persona, lo superfluo de que se purga la cabeza, fue en Cristo tan de provecho que dio vista al privado de ella por naturaleza. Y era así menester: que pues el leproso con la saliva manche y contamina la ropa que toca, que sea útil la saliva del que viene á sanar nuestras lepras. Es ponzoña para la ponzoña la saliva del que ayuna, y la del Salvador mata al que tiene rabia; ¿qué maravilla que la saliva de Cristo sea contra las tinieblas y cegueras en que nacemos? Pero de paso entendamos, que si lo que de tan poco momento en Cristo era como la saliva, á quien nada ayudaba el polvo con que fue mezclada, antes estorbaba, tan maravilloso efecto hizo, ¿qué efectos podrán hacer las cosas en él preciosas y de estima? Si vuestra saliva, Señor, puede dar vista al ciego, ¿qué hará la sangre de vuestro sagrado cuerpo? ¿Qué hará el mismo cuerpo y sangre en el sacramento aplicado y recebido? Item. Si á tan poca costa pudistes sanar las cegueras originales de naturaleza, ¿qué obligación es la que nos echáis cuando hacéis redención tan copiosa? ¿Quién no dará la sangre y alma por un señor que por obligarnos, pudiendo sanarnos escupiendo, nos sana muriendo? Pero veamos esto en el Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Præteriens Jesus vidit hominem cæcum a nativitate. «Pasando Jesús vio un hombre ciego desde su nacimiento», y preguntáronle sus discípulos: Maestro, ¿quién pecó, éste ó sus padres para que naciese ciego? ¡Mas con qué diferentes ojos mira Dios que miran los hombres! Dios pone los ojos en las miserias de los hombres para, compadeciéndose de ellas, sanar nuestras penas; los hombres miran los males de los otros hombres para calumniar las culpas que los han merecido y agraviarlas. Si miramos á los tiempos inmemoriales, hallaremos haber sido éste el ingenio de Dios. *Vidi afflictionem populi mei in Ægypto et clamorem ejus audivi et descendi ut liberem eum de manibus ægyptiorum.* No se te haga nuevo (le dice Dios á Moisés cuando le llamó de la zarza) el nuevo modo de mi venida, si por otra manera vengo de la que con tus pasados he usado. Hasta agora venía á ellos no más de porque gustaba de su conversación, vengo agora como forzado de la necesidad, por haber visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y oído sus gemidos y clamores que dan, trabajados y atormentados del tratamiento duro que reciben de los que á las obras presiden. *Propter duritiam eorum qui præsunt operibus.* Mas ¡qué antigua es la ojeriza que Dios tiene con los veedores de Faraón, que

á costa de la sangre y de la vida de los que gobiernan no tratan sino que se cumpla la tarea y se edifiquen las ciudades de las tiendas de Faraón y caiga el que cayere porque el edificio no pase! Sabiendo, dice, sus dolores, he descendido á librarlos de las manos que tan hostigados les traen; sacándolos de aquella tierra de su captividad á tierra buena y ancha, tierra que mana leche y miel. De aquí es que los que se sienten vejados, piden siempre á Dios que los mire para que se duela de ellos. *Vide humilitatem meam et laborem meum et dimitte universa delicta mea* (Salmo 24): «Ved, Señor, mi miseria y trabajos y quitad todos mis pecados que son causa de ellos». Y en otra parte: *Aspice in me et miserere mei secundum judicium diligentium nomen tuum* (Salmo 118). «¡Miradme, Señor, poned los ojos en mí y habed duelo de mí!» Que así me lo dicen, y esta es la sentencia y decreto de cuantos bien quieren vuestra fama, que os compadezcáis y apiadáis de los que veis en miserias y los sacáis de ellas. Y cuando los miserables sienten que mirándolos Dios no se duele de ellos, dicen que los mira con ojos no divinos, sino de carne (Job., 10): *Nunquid oculi carnei tibi sunt, aut sicut videt homo et tu videbis? Ut quæras iniquitatem meam et peccatum meum scruteris?* ¿Qué ojos son, Señor, los con que me miráis? Parece que os habéis puesto anteojos de inhumana humanidad para ver mis calamidades, pues de ellas no os compadecéis; antes parece que las acrecentáis haciendo pesquisa de mis culpas para agravarme las penas y esculcando y escudriñando mis pecados,por que merezco ser afligido con ellas. Ese no es vuestro ingenio, no son ojos esos ni mirar divino. Abraham puso nombre al monte en que el ángel le detuvo el brazo para no sacrificar á su hijo: *Dominus videt.* Llámese este lugar: el Señor lo ve. Porque éste es mirar de Dios, hacer tan señalado beneficio como librar al padre de tal dolor, y al hijo de tanta angustia. Pero el mirar del hombre es dañino, como dice David, para notar las faltas, para inquirir y para juzgar. *Oculi ejus in pauperem respiciunt; insidiatur in abscondito quasi leo in spelunca sua* (Salmo 9): «Los ojos del pecador atentamente miran al pobre, al desvalido: espiándole, poniéndole asechanzas, como león que desde su cueva está amaitinando la caza». Este es mirar de hombre. La fábula de la bruja que trae Plutarco en el *Tratado de la curiosidad*, que en casa estaba ciega cantando, y tenía los ojos guardados en un vaso, y cuando quería salir fuera los sacaba y se los ponía. Tales somos todos para ver nuestros yerros y escudriñar la casa de nuestra conciencia; somos ciegos topos, y por eso vivimos alegres cantando, muy pagados de nosotros mismos. Mas para los defectos de los otros, curiosos, inquisitivos, censores. Tenemos ojos de lince que penetran las paredes y ven lo que detrás de ella pasa en las casas ajenas. No es menester ir lejos á buscar ejemplos. Veis aquí los ojos de Cristo Dios, puestos en el ciego desde su natividad, que movido á lástima le quiere desagraviar de tan gran pena; y la curiosa pesquisa que como hombres hacen los discípulos sobre los deméritos de ella. *Rabbi, quis peccavit, hic aut parentes ejus ut cæcus nasceretur?* Antigua sentencia y casi en todo verdadera: *Mala quæ patimur peccata nostra meruerunt.* Primero abrió portillo la culpa que en el mundo entrase la pena. Entendamos cuando nos viéremos trabajados, que no son causa de nuestros duelos, sino nuestros pecados, no el eclipse, ni el cometa; ni hay hado ni fortuna (que es disparate); todo cae debajo los ojos y orden de la Divina Providencia, y viene no sólo previsto y consentido, sino de propósito enviado y encaminado como saeta tirada al blanco, que no acaso, sino por maestría toca en el punto. Y lo demás es paganismo, á quien llama la Escritura, por boca de aquel gran filósofo Elifaz, amigo de Job: *Semitam sæculorum quam calcaverunt viri iniqui.* «Senda de los siglos, la cual hollaron hombres malos». Otro camino es el que nos muestra la sabiduría divina reprobando esta senda y á los que la andan. *Quis est iste qui dicit ut fieret Domino non jubente? Ex ore altissimi non egrediuntur nec mala nec bona?* (Trem., 3): «Quién es éste que dice hacerse algo sin que lo mande el Señor?» Parezca alguien. Si alguno hay, ose hablar y dar razón de su locura. Eso significa aquella pregunta como á causa desierta, por quien nadie osara salir. ¿Quién tiene boca para osar afirmar que de la del Altísimo no salen males ni bienes? *Quid murmuravit homo vivens vir pro peccatis suis?* «¿Por qué murmura el hombre viviente, por qué se queja si basta por sus pecados?» *Scrutemur vias nostras et quæramus et revertamur ad Dominum.* «Escuadriñemos nuestros caminos y busquemos y volvámonos á Dios». Bueno es que diga nadie: ¿por qué peno, por qué lasto? ¿por qué padezco? Y no vea que la vida que vive le dan de gracia y no merece ni aun el aire con que resuella. Miremos nuestros caminos, que todos han ido enderezados á muerte y á deshonra, á dolores y pobreza; porque han ido á la culpa, y debajo de ese árbol no se halla otra fruta, ni la lleva. *Levemus corda nostra cum manibus ad Dominum in cælos:* «Levantemos los corazones y manos á Dios en las alturas». Levántese el corazón que derrocó la culpa, con verdadera penitencia: sigan las manos con obras la contrición si la hay en el alma. Parte mano de lo que mal aferras: paga, suel-

ta, restituye, distribuye en limosnas. Acabemos de entender que *nos inique egimus et ad iracundiam provocavimus: idcirco tu inexorabilis es.* «Nosotros haciendo mal provocamos la ira que sentimos y han hecho inexorable á la piedad divina nuestras continuadas desvergüenzas». Con todo eso no hay regla que no tenga su excepción; y hallamos por boca del Señor autorizado, que hay cosas en que ni los propios pecados ni los ajenos son causas próximas de lo que padecemos, sino que lo ordena Dios para gloria suya.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Neque hic peccavit, neque parentes ejus, sed ut manifestentur opera Dei in illo: «No fue causa de esta ceguera pecado de éste ni de sus padres, sino querer Dios que en este hombre se manifiesten sus obras». No dicen la obra, sino las obras. Porque sin duda en este ciego se alumbran muchas obras á los ojos de los hombres ciegos, hasta que aquí se manifestaron. Debemos mucho á San Juan, que nos sacó á luz este hombre, como dejado entre renglones de los otros evangelistas; y si aquel águila este ciego no viera, muchas maravillas de las obras del Señor nos quedaran ocultas. Pudiera el Señor con una palabra dar vista á este ciego, como al que mendigaba junto á Jericó, que diciéndole: *Respice*, luego vio, y no quiso, sino dársela con más ceremonia y solemnidad. Escupió en la tierra, y de su saliva y polvo hizo lodo, y untando con él los ojos del ciego le dijo: Ve y lávate en el estanque de Siloe, como interpreta el evangelista, que quiere decir enviado. Fue y lavóse, y vino con unos ojos hermosísimos. Es caso tan raro éste y tan sin ejemplo, que nos manda reparar aquí y considerar este hecho con atención. San Agustín dice que los milagros de Cristo fueron hechos y palabras. Hechos, porque por ellos se hacía algo, dar vista, oídos, salud, etc. Palabras, porque por esos mismos hechos eran muchos misterios significados. Y está tan preñado de ellos este hecho de Dios, que por dicho de su mismo autor se nos descubren en él las obras de su divinidad. Y para que todos las puedan ver, caminemos por aquí. San Dionisio dice que como Dios es uno y simplicísimo, así procura reducir las cosas todas á unidad, para que las criaturas mejor las representen. De aquí es que habiendo criado tanta variedad de naturalezas, hizo de todas ellas un compendio y recopiló todo el universo en el hombre. *Microcosmus*, le llama la griega filosofía: mundo pequeño. No contento con esta abreviatura, hizo otra menor y más menuda, que son los ojos. En ellos se cifra la grandeza del mundo. Aristóteles dice que el alma es: *quodammodo omnia.* En cierta manera todas las cosas, por el entendimiento y por el sentido. El entendimiento es un mundo. *Intellectus est omnium et fit omnia per assimilationem.* Todo cabe en él. Lo mismo los ojos. En ellos se encierra cuanto hay visible en el mundo: cielos, sol, luna, estrellas, elementos, aves, plantas, animales, piedras. Y no sólo las obras exteriores, sino los interiores, afectos y pasiones del alma. *Profecto in oculis animus inhabitat*, dice Plinio (Eccli., 19, cap. 37). Allí se ven el amor, el odio, la tristeza, la alegría, la ira, la misericordia, la moderación. *Ex visu cognoscitur vir et ab occursu faciei cognoscitur sensatus:* «De la vista y del semblante se conoce quien es cada uno»; si es sabio ó necio, sencillo ó malicioso. Los ojos altos, indicio de soberbia; los bajos, de humildad. En los ojos se parece la lujuria. *Impudicus oculus, impudici cordis est nuncius* (S. Agus.). Y San Pedro: En los ojos se conoce la envidia. *An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum?* Si tú tienes ojos envidiosos, yo soy liberal. Finalmente, por los ojos se muestra la disposición buena ó mala del cuerpo y del ánima. Y por ellos distinguimos entre la muerte y la vida, como dice Plinio. Hacen los perspectivos por reglas del arte un espejo grande, otro menor y otro más pequeño. Todos representan lo mismo: mundo, hombres, ojos. En todos se representan las obras de Dios. No es mucho, según esto, que los ojos de este ciego dados por Cristo milagrosamente, tengan lo mismo respecto del mundo y universo espiritual. Esto es, que cifren y representen cinco cosas que en él se hallan respecto de Dios y de sus criaturas: creación del mundo, encarnación del verbo eterno, predicación del Evangelio, institución de los sacramentos, la glorificación de los santos. Estas cinco obras corresponden á cinco excelencias que tiene la vista sobre los demás sentidos. Y así veréis con cuánta propiedad dijo Cristo deste ciego: *Ut manifestentur opera Dei in illo.* «Que en él se manifestaron las obras de Dios nuestro Señor».

CONSIDERACIÓN TERCERA.

Cuanto á lo primero, San Irineo, San Crisóstomo y San Ambrosio dicen que con este hecho se mostró Cristo ser el mismo que al principio crió á todo el hombre, y al mundo por consiguiente. Porque como al primer hombre del polvo ó lodo de la tierra le formó el cuerpo y con su soplo crió y le infundió el alma, así de barro formó aquí unos ojos y con la saliva de su boca le restituyó la vista. Como el oficial que dejase comenzada una imagen de alquimia y él solo supiese labrar aquella mate-

ría, y él solo acabase la forma de la imagen, diríamos que él fue el que la comenzó. Lo mismo dice San Agustín de la oreja que restituyó á Malco el Señor, no como médico carnal suyo. *Quasi corporum conditor opus suum truncatum refingit:* «Como criador de los cuerpos rehizo su obra que estaba destroncada». Hizo Virgilio un dístico en alabanza de Augusto César:

Nocte pluit tota; redeunt spectacula mane;
Divisum imperium cum Jove Cæsar habet.

Publicólo sin nombre de autor. El emperador, pagado mucho de él, mandó buscar al autor para honralle, y no se queriendo manifestar Virgilio, salió Batilo, mal poeta, diciendo ser el autor, y fue por ello premiado. Sentido Virgilio que otro llevase el honor de su ingenio y estudio, hizo cuatro versos comenzados y no acabados, y púsolos en las mismas puertas donde había fijado los otros:

Sic vos non vobis...
Sic vos non vobis...
Sic vos non vobis...
Sic vos non vobis...

Pedía el emperador á los poetas que los acabasen, y como ni el Batilo ni otro supiesen, sale Virgilio y acabólos:

Hos ego versiculos feci; tulit alter honores,
Sic vos non vobis, nidificatis, aves.
Sic vos non vobis, vellera fertis, oves.
Sic vos non vobis, mellificatis, apes.
Sic vos non vobis, fertis aratra, boves.

Y así fue tenido por el autor y Batilo por burlador. Lo mismo podemos decir le aconteció á Dios: que habiendo criado este universo con tanta sabiduría y gobernándole con tanta providencia, los filósofos y los hombres de buen ingenio y consideración, pagados y contentos de tan excelente traza y gobierno, buscaban al autor para darle la honra debida, que era la de Dios. Y como Dios por entonces no se los quiso dar á conocer más en particular, sale el demonio diciendo que era autor del mundo, y creyéndole los hombres danle la honra de Dios en aquellos ídolos de piedra y palo. Sentido Dios desta injuria hace unos hombres imperfectos comenzados: unos sin ojos, otros sin oídos, otros sin habla, etc. Como si dijera: ¿Qué dice el mundo? ¿Que los ídolos son Dios y le fabricaron? Acábame esos hombres. *Hominem cæcum ad visum non restituunt; de necessitate hominem non liberabunt. Quomodo ergo æstimandum est aut dicendum illos esse Deos?* (Baruc., 6). Viene, pues, el Hijo de Dios al mundo y acaba esas obras que ni la naturaleza ni el demonio podían, dando vista á ciegos, oídos á sordos, habla á mudos, vida á muertos; y por aquí quedó conocido por verdadero Dios y el demonio echado del mundo por burlador y engañador y desterrado su culto y la idolatría. Pues esto se parece señaladamente en los ojos dados á este ciego, no sólo porque acabó la obra comenzada, sino por labrar con la materia que es lodo haciendo de él ojos, como había hecho al hombre. San Crisóstomo: *Universæ enim creaturæ homo est præstantissimus; est inter membra oculus*: «Lo que los ojos son en el hombre es el hombre entre todas las criaturas». Y últimamente por la excelencia de los ojos, que son cifra del mundo y lo más artificioso que hay en el cuerpo del hombre. Si un oficial cifrase en un relojito pequeño todas las ruedas y artificio del grande, ¿no creeríades que sabría él hacer otro, ó que le hizo? Pues vamos filosofando de los ojos, para que se vea que son un mundo pequeño abreviado, y conste que quien pudo criarlos es el criador de todo. De siete á ocho sustancias diferentes dicen los anatomistas que se componen los ojos. Tres humores: *cristalino*, en que se forma la visión; *vítreo*, como vidrio liso y claro, y *áqueo*, como clara de huevo; ó como otros dicen: humor cristalino, rojo y azul. Y cinco túnicas ó telas: *especular*, que toma en medio al humor cristalino; *reticular*, que abraza al vítreo; *úvea*, como uva sin granillo, porque en aquel vacío se encaja al humor cristalino; *córnea*, como delicada hoja de linterna blanca hoja. Aquí veréis unos cercos cristalinos que parecen cielos; una luz y unos rayos que parecen soles; una apariencia de fuego resplandeciente; un humor vítreo de color aéreo; un humor líquido como agua. Y cuanto á las otras túnicas terrestres conviene con la tierra. Luego quien dio á este ciego unos ojos, se mostró juntamente criador del mundo; y así pudo decir: *Ut manifestentur opera Dei in illo.* De aquí sacaremos la primera excelencia de la vista sobre los otros sentidos, que con ella los ojos solos sienten los cielos. Porque como ella participa de la semejanza de los cielos, no se contenta con sentir ó percibir las cosas toscas y groseras de la tierra, como los demás sentidos, sino que se levanta á contemplar la belleza de los mismos cielos, la hermosura de sus resplandores, como dijo Ovidio:

Os homini sublime dedit, cœlumque videre
Jussit et erectos ad sidera tollere vultus.

Y así dice Platón, que Dios hizo á los ojos partícipes de la luz celestial. *Ignis certe illius, qui non urit quidem sed illuminando suaviter diem invehit mundo, participes oculorum orbes Dei fecerunt* (In Timeo). Que no quemando, sino suavemente alumbrando, trae el día al mundo. Y que el fin principal para que Dios nos los dio fue para mirar al cielo, sol, luna, estrellas,

los cursos de los planetas; para conocer el día y la noche, los meses y los años y los tiempos, y escudriñar el orden todo de la naturaleza. Por las cuales cosas venimos á alcanzar la filosofía, que es el mayor bien que los dioses han dado ni darán á los mortales. Esta misma razón da Aristóteles de ser tan preciado este sentido de la vista: *Hoc igitur maximum oculorum beneficium esse dico*. Porque como el hombre, por ser criatura racional, naturalmente desea saber, y los ojos le descubran infinitas diferencias de cosas, de aquí les viene preciarlos mucho. Pero más altamente nos enseña David á filosofar por los ojos, levantándonos de la vista de las maravillas de Dios al conocimiento de su Hacedor. *Quoniam videbo cœlos tuos, opera digitorum tuorum; lunam et stellas quæ tu fundasti* (Salmo 8). «Veré, Señor, los cielos, que son obras de tus manos, y la luna y las estrellas, que tú fundaste». De esta suerte se emplea bien el beneficio de la vista. No como los que usan de él para ofensa del que se le dio, haciendo materia de pecado lo que había de ser de sus alabanzas, y haciendo guerra al dador con su mismo don. ¿Quién, pues, os parece que será ciego de su nacimiento? *Quis cæcus nisi servus meus?* El que no tiene ojos para ver las cosas del cielo ni para de su hermosura conjeturar la de su criador. Aquellos viejos adúlteros, cuando se dejaron vencer de la concupiscencia y determinaron acometer contra la casta Susana, *declinaverunt oculos ut non viderent cælum, neque recordarentur judiciorum justorum* (Dan., 13). Por el contrario, Nabucodonosor, que andaba como bestia paciendo la yerba en el campo, acabada su penitencia, dice: *Igitur post finem dierum, ego Nabucodonosor oculos meos ad cœlum levavi, et sensus meus redditus est mihi; et Altissimo benedixi et viventem in sempiternum laudavi et glorificavi* (Dan., 4). Y alabé y glorifiqué al que vive para siempre. Por no haber hecho esto nuestro padre Adán, usó de todos los sentidos para su perdición y nuestra. Los ojos vieron la hermosura de la fruta; los oídos oyeron el consejo de su mujer; las manos tocaron la manzana; el olfato se deleitó con su olor y fragancia, y el gusto con su sabor. Si levantara los ojos al cielo, despertara en sí las obligaciones del debido agradecimiento y refrenara á su mujer y compusiérase á sí. De aquí se ocasionó nuestra ceguera. *A nativitate.* Para cuyo remedio tomó Dios nuestra carne y naturaleza. Y este es el segundo misterio que resplandece en estos ojos.

CONSIDERACIÓN CUARTA

San Agustín halla gran misterio en criar Dios unos ojos cristalinos de una materia tan baja como el lodo; pero mezclada con su saliva, dice que significa la Encarnación en que levantó Dios el sér vil y bajo de nuestra naturaleza á la unión sustancial y admirable del sér divino. De donde resultó el Verbo hecho carne que es luz y guía del hombre ciego por sus pecados. Así lo dice él aquí: *Quandiu sum in mundo, lux sum mundi*. Unas veces se llama cabeza de la Iglesia, por ser de quien á ella se comunica y deriva todo el bien y las influencias de la gracia; otras, brazo fuerte del eterno Padre, por el cual obra tantas maravillas; otras, corazón de la Iglesia, por ser principio de la vida espiritual. Aquí se llama ojos de la Iglesia, luz del mundo que alumbran á todo hombre que viene al mundo, porque como á nuestros ojos le amemos. De aquí se saca la segunda excelencia de los ojos, que es alumbrar, guiar y regir. Porque como dice Crisóstomo: *Quod sol mundo hoc oculi corpori*. Y San Ambrosio: *Quod sol et luna in cœlo, hoc sunt oculi in homine*. Por eso están en lugar alto y eminente, como atalayas del cuerpo, porque han de gobernar las demás partes. *Oculi tui præcedant gressus tuos* (Prov., 4): «Vayan delante tus ojos de tus pasos». Donde no hay ojos que guíen, por mal hay manos que toquen; pues queriendo coger la rosa se lastimarán con la espina; por mal hay pies que anden, pues darán en el barranco; por mal hay boca que hable, pues no sabrá quién le oye. De manera que la vista es la superintendencia de todos los sentidos y acciones. *Lucerna corporis tui est oculus tuus:* «La luz y guía de tu cuerpo, dice Cristo, son los ojos», y la del alma la intención del fin á quien se enderezan los medios. Cristo es el fin nuestro y de todas las cosas. *Alpha et omega; principium et finis*. Aquel, pues, tiene ojos claros y anda sin errar, que en todas sus obras tiene á Cristo por blanco y último fin; que se rige por su ley; que se gobierna por sus ejemplos; que imita sus virtudes; que sigue sus pisadas por el camino áspero de su cruz; que en todo pretende su gloria y de solo él espera el premio de sus obras y galardón de sus trabajos. Esto es tener ojos alumbrados; los demás andan ciegos.

CONSIDERACIÓN QUINTA

No bastaba haber Dios criado al mundo y habelle reformado y reparado haciéndose hombre, sino que convenía declararse esta verdad al mundo ciego y ajeno de tan soberanos misterios; y esto se cumplió por la predicación del Santo Evangelio, que fue lo tercero que dijimos manifestarse en este milagro. Porque estos ojos dados por Cristo al ciego significan la luz que dio al mundo por medio de la predica-

ción. San Gregorio, explicando aquel milagro que cuenta San Marcos en el capítulo siete, que para sanar Cristo un sordo y mudo le tocó con sus dedos las orejas, y escupiéndole tocó con su saliva la lengua, y dijo: *Ephphetha*, y luego oyó y habló bien, dice: *Saliva quippe ex capite defluit in ore; ea ergo sapientia quæ ipse est dum lingua nostra tangitur, mox ad prædicationis verba formatur* (Homil. in Eceq.). «La saliva se cuaja en el celebro y desde allí se distila á la boca». Aquello que Hesiodo y Homero fingieron que Minerva se engendró en la cabeza de Júpiter, su padre, fue una pintura, pero tomada de la verdad de nuestra fe: que la sabiduría divina es engendrada en el entendimiento del eterno Padre por natural y eterno nacimiento. Pues tocando esta sabiduría la lengua del hombre impedida, luego la hizo hábil y expedita para las palabras de la predicación. Ni más ni menos en este hecho. Así como la saliva se distila á la boca, y cayendo en tierra se empapa y embebe en ella, y de la de Cristo y del lodo se hizo colirio para dar visión al ciego, así esta divina palabra que dice de sí: *Ego ex ore Altissimi prodivi*. Este Verbo eterno, engendrado por el decir divino, cuando mediante la predicación del Evangelio cae en la tierra y se embebe en el corazón humano, es un admirable colirio que da al alma una vista espiritual y un conocimiento altísimo de quién es Dios y quién es ella. Con esta medicina se le amonesta á aquel tibio y ciego del Apocalipsis que cure sus ojos enfermos: *Et collyrio inunge oculos tuos ut videas*. «Alcohólate los ojos con este colirio y verás». San Jerónimo dice que es la doctrina que aclara los ojos del entendimiento. Esto se manifestó en el modo con que Cristo hizo este milagro, pues aquel lodo con que le untó los ojos, más parece que servía de enturbiar que de aclarar la vista. San Ambrosio declara por el lodo la doctrina evangélica. Así el colirio de la doctrina revelada parece que ciega el conocimiento natural, pues nos hace creer tres personas y un solo Dios, madre y virgen, Dios y crucificado, accidentes de pan y vino y la sustancia en ellos contenida del cuerpo y sangre de Cristo, cosas sobre toda razón natural. Esto es embarazar el sentido, pero al fin ilustra el entendimiento. Y es certísimo que con ella no se compadece falsedad ni mentira, y perficiona el mismo conocimiento natural, como se ve en los cristianos que saben la filosofía sin los errores que los antiguos filósofos tuvieron. De aquí viene la tercera excelencia de la vista: Juzgar sin engaño ni error, lo que los demás sentidos no hacen. Isaac, por faltarle la vista, se engañó por el tacto y no bastó á desengañarle el oído. Señal que por muy sabio, ingenioso y agudo que uno sea, si no tiene ojos de fe, padecerá mil engaños. ¡Qué burlas tan pesadas hace á los tales el demonio! Lo que les hace creer díganlo los herejes y moros. Acontece que la falta de un sentido se recompensa en otro. El ciego oye mucho; como el árbol, que si le cortáis algunos ramos superfluos, los que le quedan medran más. Así, pues, cuando vos viérades un hombre que de lo de acá sabe mucho con prudencia mundana, creed que le faltan los ojos del alma; porque, como dijo Cristo: *Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt* (Luc., 16). Son aves nocharniegas, lechuzas, murciélagos, que ven más de noche que de día.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Declarado y notificado este bien á los hombres por medio de la predicación evangélica, convenía que la flaqueza humana (de suyo incapaz para alcanzarle), fuese ayudada con la virtud de los sacramentos, cuya institución es lo cuarto que prometemos declarar en esta obra. Porque así como aquel polvo mezclado con la saliva de la divina boca tuvo virtud para dar vista al ciego, así, mezclando su divina palabra con cosas naturales, su sangre con los elementos, se hacen los sacramentos, que dan luz de gracia al hombre ciego por el pecado. *Accedit verbum ad elementum et fit sacramentum* (San Agustín). San Irineo y San Ambrosio dicen que el agua de Siloe, adonde lavándose el ciego recibió vista, figuró el Baptismo, que en virtud de Cristo, que es el enviado, lava y santifica las almas. De aquí la cuarta excelencia de la vista, que es discernir en las cosas que ve lo honesto. Los otros sentidos sólo perciben lo útil y deleitable en sus objetos, y así los mundanos sólo apetecen su utilidad y aquel torpe y bruto fin de sus deseos. Alberto Magno dice: «No veréis al caballo deleitarse de mirar la hermosa pradería: sólo atiende á pacer en ella; ni el perro que está en vuestra sala no le veréis levantar los ojos á la hermosura de vuestros tapices: echado se está entre los tizones; sólo el hombre se deleita con la hermosura». Lo mismo tienen los ojos subordinados al alma, hechos á sus condiciones, que se van naturalmente tras de lo hermoso y honesto. *Amator factus sum formæ illius* (Sap., 8), decía el Sabio. Pero otros han degenerado tanto de su principio, que estando en medio de esta iglesia y congregación de fieles, tan hermosa y adornada de pies á cabeza, tantas figuras en la tapicería, que son los ejemplos de las vidas de los santos, hay algunos tan ajenos de lo que es propio del hombre, que á nada de esto miran, sino si acaso se cayó de la mesa algún hueso que puedan roer; el contento, la honra, el interés; en eso se ceban.

De éstos dice David: *Oculos suos statuerunt declinare in terram* (Salmo 16). Y en ella rematan sus pensamientos y deseos. Todas estas cuatro obras habían de encaminar á un fin último que los hombres tuviesen, que es la glorificación, la cual también resplandece en esta maravilla. Supo Dios mezclar claridad en aquel lodo, resplandores de luz en aquella materia vil y baja. Nuestro entendimiento, de su naturaleza, es un poco de lodo, respecto de las cosas sobrenaturales y divinas. Es tan inferior, cuanto es la tierra al cielo. Pues en esta materia mezcla Dios su lumbre de gloria, y de este lodo y de aquella luz resultan unos ojos que alcanzan á ver la soberana grandeza sin sombra, y muy más claramente que águilas al sol. *Et in lumine tuo videbimus lumen* (Salmo 35). Con tu luz de gloria participada veremos á la deidad que es luz por esencia. De aquí nace la última diferencia de la vista á los demás sentidos: que ellos perciben las cosas como son en sí mismas; pero la vista, de condición del cielo y que parece tiene con él hecha compañía, no las ve si no están bañadas con luz del cielo. Poned un pomo hermosísimo en un aposento oscuro; el olfato le huele, las manos le tocan, el gusto le prueba, los ojos no le ven hasta que también le mire la luz; así el varón perfecto ninguna cosa quiere que no esté bañada con luz del cielo, vertida con la voluntad divina. *Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens a patre luminum*. El pecador, muy al revés, sólo busca en las cosas lo que es gusto y contentamiento y antes aborrece la luz y huye de ella. *Ipsi fuerunt rebelles lumini* (Job, 24). Manifestándose, pues, en este milagro estas cinco obras de Dios, que son las mayores de sus grandezas: creación, encarnación, predicación, justificación por los sacramentos y glorificación, síguese que con mucha razón dijo el Señor: *Ut manifestentur opera Dei in illo*. Estas son las que más descubren la omnipotencia de Dios, y es menester poder infinito para la primera y la última que es gracia y gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO

CUARTO DE CUARESMA

> *Ibat Jesus in civitatem quæ vocatur Naim; et ibant cum eo discipuli ejus et turba copiosa.*
>
> (Luc., 7).

Habiendo Cristo nuestro Señor hecho aquel famoso milagro del siervo del Centurión, obrando siempre en todos los lugares donde llegaba mayores maravillas, partió de Cafarnaum para Naim, ciudad de Galilea, dos leguas del monte Tabor, al medio día como dice San Jerónimo, libro *De Locis Hebraicis*. Cuando llegó Cristo á ella acompañado de sus discípulos y de mucha gente que le seguía, salía por la puerta de la ciudad, conforme á la costumbre antigua de enterrarse en los campos, un entierro solemne, con grande acompañamiento de lo más lucido del lugar. El muerto era único hijo de una viuda, que con tristes y desconsoladas lágrimas seguía el cuerpo muerto de su amado hijo. Era el caso para mover á compasión á todos los presentes, por ser el muerto mozo y cortado de la vida en lo mejor de sus días; por ser hijo único, en quien el amor todo de la madre estaba recogido; por ser la triste madre viuda, á quien hacía del padre sombra el hijo solo que le había quedado. No tuvo necesidad de enternecer á Cristo, fuente de piedad y misericordia, la madre con sus ruegos; bastó sólo verla llorar, y las lágrimas solas supieron decir el sentimiento de la madre para enternecer á Cristo y negociar el consuelo y la vida del hijo muerto. Para tratar de esto, tenemos necesidad de la gracia. Ave.

INTRODUCCION

Grandes son los peligros que tenemos en este mundo, y no es el menor de ellos estar tan á pique de quedar burlados y engañados; por-

que la cortedad de nuestra vista y la mutabilidad y poca firmeza de lo de acá, puede ser ocasión, si no andamos muy advertidos, para padecer muchos engaños; si fiados de las primeras apariencias de las cosas nos aficionamos á ellas; si por la muestra del paño tomamos la pieza toda sin desdoblarla; si por el primer gusto nos seguimos sin considerar el amargo dejo y triste fin. No hay embaidor semejante al mundo; no hay nigromántico tan sutil que así forme en el aire torres de viento y figuras hermosísimas. Es un mercader cauteloso y sin conciencia que sacará la muestra del paño al parecer finísimo, y desdoblado tiene mil razas; es un ventero que saltea á los pasajeros convidándoles con posada, aficionándolos con un vaso de oro y oloroso vino, que al parecer no hay más que desear; pero dentro tiene veneno, hechizos y pestilencia. Llevarte ha á jardines y prados donde no te sepas dar á manos, viendo tan lindas flores; pero ninguna hay que si la prendes, no halles una espina que te atraviese la mano y el corazón; si la hueles, no te cause desvanecimiento de cabeza y vaguido, y si la gustas, no te sea más que hiel amarga. *Et mundus totus in maligno positus est.* Todo camina con cautela y engaño; todo va fundado sobre falso. Pues ¿qué remedio? No creerle ni fiarte de él. Y aunque te convide con salud, descanso, riquezas, deleites y todo lo demás que puedes desear, dile que no tiene probada su intención en cumplir lo que promete, y cuando algo da, no es oro, sino oropel; no descanso, sino sombra de él; no quietud firme y segura, sino llena de mil peligros. ¿Qué seguridad se puede prometer el pasajero mientras no ha llegado al puerto, si le quedan pasos peligrosos por pasar? ¿Cuántos navegantes, á su parecer con todo el extremo de bonanza posible, el mar en leche, el aire á pedir de boca, el tiempo tan á su gusto, que parece que tiene en su mano la llave con que se encierran los vientos; fiados de tan buen temporal, alegres, seguros y confiados comienzan su viaje, y á pocos pasos se escurece el cielo, se trueca el aire, se embravece el mar y se levanta hasta el cielo el agua; truécanse las risas en lágrimas, el gozo en pena, la seguridad en cuidado, y al fin se pierde el tiento y sentido en la mudanza no pensada, y sin saberse regir, da en un risco, perdido el timón y el gobierno, la navecilla de nuestro cuerpo cargada de esos bienes mentirosos que el mundo le dio, y en breve espacio de tiempo se pierde y perece sin remedio? ¿Qué cosa hay en el mundo con que él haga señas y lleve tras sí gentes, que la hermosura y beldad? Pues mira qué cosa más hermosa y linda que una flor cuando sale al amanecer tan hermosa y con tan lindos y finos colores, rociada con las gotas del rocío, que como aljófares ó perlas sembradas hacen mayor su hermosura. Pues quien así la vio á la mañana, si á la tarde la visita, la hallará marchita y seca, ajada y caída. Pues en esa flor mira la hermosura del hombre, que así la miraba Job cuando decía: *Sicut flos egreditur et conteritur, et fugit velut umbra.* Y con el mesmo pensamiento el Sabio decía: *Fallax gratia et vana est pulcritudo* (Prov., 31). Si las riquezas con que el mundo á los más de los mortales trae engañados con el resplandor y lustre suyo, te aficionan, advierte su inconstancia y poca firmeza, pues mil veces te acostaste rico y amaneciste pobre, y delante de tus ojos te las quitan sin poderlas defender. *Stulte, hac nocte animam tuam repetent a te; quæ autem parasti, cujus erunt?* (Luc., 12). Que se huyen y desvanecen como el sueño. *Dormierunt somnum suum et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis* (Salmo 75). Si las honras, estados y monarquías (en cuyo seguimiento andan los hombres desalados y despulsados) te mueven y arrebatan el alma, pide al cielo luz para ver el enjambre de odios, envidias, temores, cuidados que padecen los corazones de los que mejores lugares ocupan en el mundo. Si el deshonesto, que tan floridas entradas y sabrosas salidas cuenta del ciego laberinto donde está, contase los tributos, las intolerables cargas, malas noches y peores días que padece, muchos si le negasen se desengañarían. Cuando no hubiera en el mundo otra cosa, sino esta fiera de la muerte, que tan suelta, libre y cruel anda, no dejando ramo verde, ni fuente clara y pura que no corte y enturbie, ni estrado rico y precioso que no huelle. Ya sabemos que nacemos para morir; pero la muerte ¿espera que blanqueen las mieses para segarlas? ¿deja sazonar los frutos? No. Antes parece que se esmera y se quiere estrellar en lo que más luce delante de los ojos. Y que como el jabalí que halla entrada en el jardín y huerto regalado (donde hay árboles muchos), dejando hozados los árboles más antiguos y arraigados en la tierra, se llega á una planta nueva, á un arbolito pequeño, y á aquel con mayor furia lo corta, tala, raja, desmenuza, así la muerte, que es aquella bestia cuarta que el profeta vio desigual en fiereza á todas las demás que había visto, *terribilis atque mirabilis, et fortis nimis: dentes ferreos habebat, comedens atque comminuens, reliqua pedibus suis conculcans; disimilis erat aliis bestiis quas videram ante eam* (Dan., 7). Pues esta fiera terrible y espantosa, más que todas las que en el mundo nos siguen, entrando en él como en jardín, dejando muchas veces los arbolazos grandes, hombres envejecidos en días y hartos de vivir, á las planticas tiernas y á los arbolillos que apenas han tomado la tierra y abierto

los ojos á esta luz, siendo único y solo consuelo de sus padres, los corta y tala con suma crueldad, dejando los padres llenos de dolor y al mundo de lástima y compasión. Tenemos de esta verdad y discurso singular ejemplo en el Evangelio presente; en el cual vemos los frutos que del mundo se cogen, que son lágrimas, suspiros, dolores, enfermedades y muerte. Y no hay que espantarse, que como del camueso se han de coger camuesas y del cardo espinas, del mundo espinas y abrojos que punzan el alma y corazón se han de coger. *Spinas et tribulos germinabit tibi* (Gen., 3). Vemos también á la muerte llegar con su acostumbrada crueldad á la casa de una viuda, y un solo hijo que tenía, que era todo su consuelo, su esposo, su padre, con crueldad se lo quita de delante de los ojos; y para mostrar su fiereza más, la deja viva, para qne viva en ella el dolor y muera el corazón con él. *Ibat Jesus in civitatem quæ vocatur Naim, et ibant cum eo discipuli ejus et turba copiosa.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Iba Cristo á Naim y salía de la ciudad el mozo difunto. Cuando llegó á la puerta el trabajo, llegó el remedio. Y mirad cuán á la mano y qué cerca de la necesidad está el remedio, y á la puerta de la enfermedad la medicina, y junto á la muerte la vida, que parece que de propósito esperaba Cristo á la puerta que saliese el trabajo para remediarlo. Así se encuentran á la puerta de la ciudad la vida y la muerte, un hombre muerto y un hombre tan vivo que es la mesma vida. Cuando el fuego encendido en la fragua se encuentra con el hierro frío, feo y oscuro, mirad cuál lo deja. ¡Qué encendido, qué hermoso, qué transparente! Parece que con el calor le comunica el fuego su actividad y hermosura. Cuando el azúcar dulce bien sazonada y compuesta, se encuentra con una cosa agria como una lima, mirad del encuentro cuán dulce y sabrosa queda la fruta antes agria. Así se encuentra hoy la vida que es Cristo: tan vivo, que *quod factum est in ipso, vita erat;* tan vivo, que dice de sí mesmo con verdad: *Ego sum via, veritas et vita;* tan vivo, que llama las cosas que no tienen ser ni vida, y con el imperio de su voz se la da y le responden: *Vocat ea quæ non sunt tamquam ea quæ sunt* (Rom., 4). Como lo hace hoy llamando al que ya no era en esta vida: *Adolescens, tibi dico: surge.* Y respondió el muerto obediente á su voz; y comenzó á hablar en señal de que era vivo. *Et resedit qui erat mortuus et cœpit loqui.* El que en el principio del mundo, tomando en sus manos un poco de barro, una figura muerta sin calor ni movimiento, le dio vida, sacándola de la fuente de la vida, de su mesmo pecho. *Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ; et factus est homo in animam viventem;* el mesmo que en la reparación para dar vida al alma instituyó el agua sacrosanta vital del baptismo y el pan de vida; el mismo de quien David en el salmo treinta y cinco dice: *Apud te est fons vitæ;* se encuentra hoy con el hombre muerto, y como si de nuevo le criara y repasara le dio vida en este encuentro. Dos cosas se leen en el Evangelio de grandísima ventura para quien la tuvo de alcancarlas: la primera es un encuentro de Cristo; la segunda un mirar de Cristo. El que tuvo ventura de encontrarse alguna vez con Cristo, ó ser mirado de aquellos divinos ojos, no tuvo más que desear. Una vez se encontró con unos endemoniados en la tierra de Genezareth, que andaban por los sepulcros y despedazaban á cuantos pasaban por el camino, y mirad lo que ganaron ellos deste encuentro. Otra vez encontró á Pedro y á Andrés pescando en el mar de Galilea, donde sucedió la más alta ventura de pescadores que aconteció en el mundo, pues vinieron á ser pescadores de hombres y á mandar la tierra, la muerte, la vida, el infierno, el cielo, y á tener sillas como jueces al lado de Cristo. Miró una vez á Mateo, cambiador, y sólo con los rayos de su vista le hizo dejar súbitamente los libros de caja, la mesa y el aduana, con que tuvo más ventura que si Augusto César le hiciera merced de todas las alcabalas y pechos de su imperio. Al enfermo de treinta y ocho años de piscina le miró y dio salud con sus ojos, tanto que pudo llevar sobre sus hombros su lecho pesado. Del templo salía retirándose á priesa de las piedras que los judíos le querían tirar, y miró á un ciego y le dio ojos en el alma y en el cuerpo, tan hermosos que por ellos le perseguían los de su pueblo, como las aves al buho. Agonizando estaba en medio de los dolores y tormentos de la cruz, y sus ojos de lágrimas y sangre llenos miraron al ladrón que á su lado padecía y le convirtieron. Y hoy, enternecido con las lágrimas desta desconsolada madre, la miró y remedió, resucitando á su hijo. *Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: noli flere.*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Es mucho de notar para encarecimiento de la misericordia grande que usó Dios con esta mujer mirándola, que á los muertos otros que Cristo resucitó dio vida á instancia y petición de los terceros que se la pedían. Por Lázaro intercedieron las hermanas Marta y María. Jairo, príncipe de la Sinagoga, rogó por su hija. Pero aquí no sabemos que los discípulos hiciesen el oficio que por la Cananea; ni las gentes que acompañaban el cuerpo del difunto clama-

ron al autor de la vida. Ni lo que es más: la madre á quien con más razón tocaba esta diligencia sabemos haberlo hecho, sino sólo con llorar. Y Cristo, sin intercesión, sin ser rogado, vencido de su misericordia, consuela á la madre viuda y le dice: *Noli flere.* Estad ciertos que si la mujer viuda hace lo que debe en su estado, que no ha menester otro procurador en la tierra sino Dios; y como consta de la Escritura, el singular cuidado que Dios de las buenas viudas tiene. De Elías se lee haber resucitado un muerto, y este fue hijo de una viuda. De Elíseo, heredero de su doblado espíritu, sabemos el cuidado con que remedió la pobreza y necesidad de una viuda. San Pedro resucita la viuda santa y misericordiosa. Y finalmente, las lágrimas de la buena viuda, que nacidas de sus ojos riegan su rostro, voces dan y alcanzan lo que quieren. *Nonne lacrymæ viduæ ad maxillam descendunt, et exclamatio ejus super deducentem eas?* Si le quitare al hijo único y le viere muerto, sus lágrimas solas enternecerán á Dios y la consolará y le dirá: *Noli flere*, y le restituirá á la vida el hijo muerto. Pone San Pablo las condiciones de las buenas viudas: *Viduas honora, quæ vere viduæ sunt*, porque algunas hay en su vida, traje y estilo que no lo son. Y á esas solas, que verdaderamente lo son, dice que se les debe honra. Otras hay ociosas, de que nacen dos bien ruines condiciones. *Simul autem et otiosæ discunt circuire domos, non solum otiosæ sed et verbosæ et curiosæ, loquentes quæ non oportet.* De ociosas vienen á ser callejeras, parleras, murmuradoras. *Has devita.* Hánse de huir como la pestilencia mesma. Alaba Salomón á la mujer fuerte, por quien entienden unos á su madre, otros á la Iglesia, otros á la divina Escritura: *Mulierem fortem, quis inveniet?* Dios lo sabe, que los hombres desto alcanzan poco. Si se halla, sus condiciones serán: *Quæsivit lanam et linum et operata est consilio manuum suarum.* No el papel dorado para el billete libre y ajeno de su honestidad. No los cabellos hurtados, como las plumas de las cornejas, para componerse con ajenos despojos, sino la lana, lino y rueca. Más. *De nocte surrexit*, y no á las once del día como las viudas regaladas deste siglo. *Digiti ejus apprehenderunt susum*, no los naipes. *Sindonem fecit et vendidit et cingulum tradidit Cananæo*, (falta: *mercatori*). ¡Qué bien le parece á la dama más hermosa y á la señora más rica, y á la viuda más principal, si es cristiana, labrar para el pobre, para el altar! Y finalmente: *Panem otiosa non comedit*: «Jamás comió el pan de balde». Acude Salomón al lugar de San Pablo. Tanto condena la ociosidad de las viudas. Y verdaderamente, aunque este vicio en todos los estados es dañoso, en el peligroso que las viudas tienen se debe mucho excusar, como principio de todos los daños que siguen aquel estado. Los cuales todos excusa la que ocupando el tiempo en los trabajos corporales, el espíritu todo encamina á Dios y en él sólo espera, y con él hace instancia para el remedio de sus necesidades. *Quæ autem vere vidua est et desolata speret in Deum et instet obsecrationibus nocte et die.* Con esto alcanza la viuda de Dios lo que desea, como lo alcanzó la del Evangelio presente. Cuyas lágrimas enjuga Cristo diciendo: *Noli flere.* Cuyo dolor remedia dando vida á su hijo muerto. Para lo cual *accesit et tetigit loculum et ait: Adolescens, tibi dico: surge.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Son infinitos los efectos admirables y divinos que hace el Señor con estos toques de su divina mano y poder; pues no sólo llega la fuerza y virtud suya á restituir la vida al cuerpo, sino á dar vida al alma muerta con la culpa, que es la muerte verdadera. Toca muchas veces piedras más que pedernales duras; pues esa dureza vencen corazones de carne y saca dellas, mejor que Moisés, fuentes abundantes, que aunque encaminadas por los ojos, tienen en el corazón su principio. Almas de acero y bronce con la obstinación en el mal toca muchas veces, y las deja más que de cera blandas y capaces de divinas impresiones. Entrañas heladas más que nieve, las toca y hace arder en vivas llamas. De brutos hace hombres; de carne, espíritu, y de hombres, ángeles y serafines. Toca el Señor el lecho para resucitar el al alma, cuando eso de que el pecador hacía descanso en el vicio y culpa lo deshace y desbarata; ¿qué es al mancebo de poca edad y seso, y que de su gentileza, salud, brío y pocos años, valiéndose mal con alguna vana y inconsiderada pretensión, hacía cama para detenerse en el vicio, venir Dios y darle un tiento con una enfermedad ó dolencia, con que la primavera florida se comienza á convertir en invierno, y se caen las hojas marchitas, y se mueren las esperanzas, sino hacer la divina misericordia y poder lo que suele con estos toques? *Increpat quoque per dolorem in lectulo et omnia ossa ejus marcescere fecit* (Tob., 39). ¿Qué es, al rico, que como caimán con insaciable sed, abierta la boca, procura hacer el lecho de oro, y cuando más vivas las esperanzas y más fundadas en la correspondencia del nuevo mundo descubierto que espera llegar la nueva del suceso desgraciado de la flota, y de que se hundió su nave, sino un tiento y toque para que despiertes y entiendas, que quien te tocó en esta parte pudiera llevarlo todo? ¿Qué es al mundano profano desalmado, que todo lo profana, estraga

pierde y destruye, sin tener respeto á Dios ni á las gentes, en medio de sus placeres y de sus banquetes, ver como otro Baltasar escrebir unos dedos y darle en el alma un pellizco y un sobresalto en el corazón? Son tientos, aldabadas, golpes divinos dados en el corazón. Entre estos toques, es vivo, eficaz y poderoso el de la voz divina, la cual hace los truecos y mudanzas que cada día vemos en casos desafuciados. *Vox Domini in virtute. Vox Domini in magnificentia. Vox Domini confringentis cedros* (Salmo 28). Esta, á los cedros más altos y encumbrados de soberbia, los desmenuza y hace rajas con más fuerza que el rayo. *Vox Domini confringentis cedros.* Esta, á los carnales y entregados á sus torpezas, abrasados con las llamas infernales, los corrige y enfrena. *Vox Domini intercedentis flammam ignis.* Esta, á los que se van precipitando, arrebatados de la pasión y deseo de venganza (aunque espiren centellas y llamas de sí y amenacen al cielo, como un Saulo cerca de Damasco) les amansa y convierte en un cordero. En cuya boca no se oye otro balido sino: *Domine, quid me vis facere?* Esta, á los enredados en las cadenas y lazos de oro de la codicia, que prenden, enlazan y detienen las almas más fuertemente que las cadenas de hierro, les libra de la prisión, y libres y obedientes á la voz, no saben más que bajar la cabeza y seguir á quien los llama como un Mateo. Y la que en el alma causa estos milagrosos y maravillosos efectos, es poderosa también para restituir la vida á los muertos. Como vemos en el hijo único desta viuda, restituído á la madre por la voz de Cristo.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Adolescens, tibi dico surge. No le llama Cristo con el nombre propio, sino con el nombre de la edad: *Adolescens.* David esa edad miraba y della se temía, cuando en una parte dice: *Delicta juventutis meæ et ignorantias meas ne memineris.* Y en otra: *Ne revoces me in dimidio dierum meorum* (Salmos 24 y 101). Es peligrosa cosa la mocedad y causa de muchos daños del alma; y también lo debió ser de la muerte en este mozo, y así parece, enseña Cristo la causa della diciendo: *Adolescens, tibi dico.* La mocedad te ha traído á la sepultura y te ha cortado en agraz. Que la muerte se haya entrado en el mundo por el pecado de nuestros primeros padres, es de fe, y así lo enseña San Pablo en una parte. *Per unum hominem peccatum intravit in hunc mundum et per peccatum mors* (Rom., 5). Y en otra parte dice: *Stipendia enim peccati mors.* Es su sueldo y su jornal. Pero que se acelere la muerte y venga antes de tiempo por multiplicar á priesa culpas, y que sea el jornal y sueldo dellas, no es de fe, pero es verdad cierta y averiguada por la experiencia. Y que la causa inmediata de la muerte de infinitos hombres es la infinidad de sus culpas. Y que éstas son las que sisan la vida y llaman la muerte con la mano. Dejo para la averiguación desta verdad de tratar de muchos viejos, envejecidos también en culpas y pecados, á quien Dios ha otorgado larga vida y permitido que sea mala, porque no les quede causa de excusa, y de no haberles esperado la divina misericordia, en quien será tanto mayor el tormento cuanto ha sido más dilatada la esperanza. Dejados éstos, y tratando de los mozos, digo que muchos mueren mal logrados y cortados en agraz, porque ellos con sus culpas afilaron los dientes de la hoz mortal y movieron la mano á quien dormía y los esperara si tan porfiadamente con pecados no le forzaran á cortarlos en berza. Muévome á esto, lo primero, por aquel lugar del salmo (113): *Non mortui laudabunt te, Domine, neque omnes qui descendunt in infernum; sed nos qui vivimus benedicimus Donimo.* La muerte cierra la boca y enmudece; la sepultura es casa del silencio, y así los muertos en ella no alaban al Señor. Pero la vida, si bien se emplea, ha de ser para servirle y alabarle. Pues si no sirve en el perdido y desalmado sino de ofenderle y blasfemarle, ¿para qué es la vida? *Quæ utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem?* (Salmo 29). Es la sangre asiento de la vida, y algunos filósofos, errando, decían que era el alma, porque faltando ella expiraba el hombre. El bajar á la corrupción, verdaderamente es bajar de la gracia á la culpa. Y así dice David: ¿De qué me sirve la vida (entendiendo la vida por la sangre), si sólo es para ofender á Dios con ella? El mesmo intento es de Ecequiel: *Filii hominis, quid fiet de ligno vitis, etc. E igni datus est in escam.* Y Jesucristo nuestro redemptor: *Omnis arbor qui non facit fructum bonum excidetur et in ignem mittetur.* De la manera que suele el padre cuerdo al hijo travieso y huidor ponerle una corma, para que pare en sus travesuras, así Dios, para que alcéis la mano de los pecados y no deis paso en su ofensa, os echa en el cepo de la sepultura. Más. De la manera que un señor que tiene en su casa un criado á quien ama sobradamente, si desconocido á este amor da el criado en ser ruin, y avisado y corregido muchas veces no se enmienda, por último remedio el señor casi forzado le echa de su casa, que fue el camino que Abraham siguió con su esclavo Ismael, que con el demasiado favor de su amo trataba con desprecio y poca cortesía al hijo heredero de la casa, y aun fue necesario que interpusiese Dios su autoridad y mandase á Abraham que escogiese

aquel remedio por último; así pasa en nuestras casas, donde el alma y cuerpo viven juntos. El cuerpo para servir nació y el alma para mandar y ser obedecida como señora. El demasiado amor que el hombre tiene á su cuerpo es causa de que muchas veces el esclavo se rebele contra el señor; y llega su demasía á extremo que, no habiendo remedio otro, manda Dios que no vivan juntos, sino que se dividan y aparten. Y el cuerpo que no quiso servir al alma bien, sirva de manjar á los gusanos en la sepultura. *Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est*. Dice el Hebreo: *Non disceptabit*. Acábense sus pleitos y sus barajas con la muerte. De Salomón sabemos que con todo su saber no supo acabar el pleito y poner paz entre las dos madres querellosas hasta partir el niño vivo. Ni Dios la pone con cuanto puede entre el alma y cuerpo de muchos, hasta que mande dividir al hombre, y el cuerpo se quede en la sepultura y el alma se vaya á su región. Confirman este pensamiento algunos lugares de la Escritura. En San Lucas hay un singular de la higuera que tenía plantada en su huerta un hombre, que la visitó al tiempo de coger el fruto y la halló sin él, y tuvo paciencia para esperarle hasta el tercer año. Desafuciado de coger fruta de su árbol, se determinó mandarla cortar. Hubo quien intercediese y pidiese más espera: *Domine, dimitte illam et hoc anno*. Así pasa á Dios cada día con muchos de los hombres, que como árboles plantados en el Paraíso, viven sin merecerlo en la Iglesia, gozando del riego de agua y sangre del pecho de Dios en los sacramentos. Cuando llega el tiempo de coger los frutos, los pide Dios, que es el dueño de todo; y negándoselos, uno, y dos, y tres, y muchos años, determinada su justicia de talar y sacar de cuajo árboles tan inútiles, los ángeles, devotos nuestros, y los santos, nuestros intercesores, suplican por la dilación del tiempo y por mayores plazos, prometiendo con ellos la enmienda. Pero faltando ésta y acrecentándose nuevas culpas y nuevas razones de indignación para Dios, al fin manda que de hecho le corten; que á dar fruto no lo mandara. Luego la inutilidad de la higuera negoció su fin y las culpas del hombre negociaron su muerte y abreviaron su vida inútil y sin fruto. También Isaías hace consonancia con este lugar cuando dice: *Vœ vobis, qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis. Iniquitas*, en la Escritura, es lo mismo que pena, conforme á aquello de David: *In umbra alarum tuarum sperabo, donec transeat iniquitas* (Salmo 56). Mientras que pasa el azote, castigo y pena. Y conforme á esto, dice Isaías: ¡Ay de vosotros que tiráis de la soga de la iniquidad! Quiere decir, de la pena y del castigo. Avisábales Dios por este profeta que no pecasen, amenazándoles con el azote; principalmente con el captiverio de Babilonia, donde pasaron tantas miserias. Ellos, endurecidos y sordos á estas voces, multiplicaban culpas. Avisóles otra vez y otras muchas. No aprovechando estos avisos, llora su desventurado fin (de que ellos tenían la culpa), diciendo: ¡Ay de vosotros que tiráis de la pena, aceleráis la hambre y la captividad! Y el daros priesa en vuestras maldades, hace dar priesa á Dios en vuestros trabajos. En el universal azote (para lo que tenía aliento, ser y vida sobre la tierra) pasó lo mesmo. Enfádase Dios de las torpezas y abominaciones de la carne y determinóse de apagar estos fuegos con el general diluvio. Diole de espacio y plazo de vida y de arrepentimiento ciento y veinte años; fueron tantas las culpas de los hombres, que parece llamaron las aguas del diluvio. Y á los cien años rómpense las cataratas del cielo y bajan al suelo las aguas. ¡Señor, mirad que nos faltan veinte años! Vuestros pecados los sisan, y ellos son causa de que no se cumpla el plazo y el tiempo determinado, sino que á la mitad os salte la muerte y os comprehenda el azote, y paguéis la pena que habéis traído arrastrando con vuestras culpas. *Viri sanguinum non dimidiabunt dies suos* (Salmo 54): «No demediarán sus días, ni llegarán á la vejez ni á la edad perfecta, sino á la adolescencia». Y así el que quiere alargar los días de su vida, acorte las riendas al apetito que desenfrenadamente y á priesa le lleva á las culpas. *Quis est homo qui vult vitam, diligit dies videre bonos? Prohibe linguam tuam a malo et labia tua ne loquantur dolum. Diverte a malo et fac bonum; inquire pacem et persequere eam* (Salmo 33). Y en otra parte: *Qui diligit iniquitatem odit animam suam*. Quiere decir: su vida misma aborrece, porque tira de la muerte y la acelera y sisa los años que pudiera vivir. Y porque la mocedad es única causadora de todos estos daños, y es ocasión que en lo mejor de sus años vayan muchos mozos á la sepultura, no le llama á este difunto Cristo nuestro Señor con el nombre propio, sino con el de la edad, diciéndole: *Adolescens, tibi dico: surge*. Que no basta edad tan firme, años tempranos, y en ellos la fuerza, brío y lozanía que los mozos tienen para librarlos en esa edad de la sepultura; antes todas las razones que pueden asegurarle la vida en esa edad son por nuestra malicia las que en ella hacen más cierta la muerte. Porque fiados de la salud y fuerzas, se exponen al sereno de la noche y á los peligros del día, y á los trabajos todos que en esta edad parecen fáciles y que finalmente consumen, acaban y gastan la vida. La cólera y brío y valentía, propias condiciones desa edad, les pone por momentos en oca-

siones de reñir las pendencias ocasionadas de sus pretensiones lascivas y de probar las fuerzas de sus competidores. El comer demasiado y fuera de tiempo en confianza del mayor calor del estómago es causa de fiebres agudas y peligrosas. Y cuando la buena complexión asegurase del morir, ¿qué seguridad puede tener el mozo, teniendo provocada la ira de Dios con sus travesuras? ¿El ser primogénito y mayorazgo? También lo era Amón, hijo de padre justo, y por su maldad quiso Dios que muriese á manos de Absalón. ¿El ser unigénito y solo hijo de sus padres? También este mozo presente era único hijo de su madre, y le arrebató la muerte. ¿Las oraciones de los padres santos que acaban con Dios lo que piden? David era varón justo y cortado al talle de la condición de Dios y ajustado con su corazón, y oró y lloró por el hijo primero que tuvo en Bersabé, y no fue oído. Ni valieron sus lágrimas derramadas por Absalón para que no se condenase, porque lo merecieron sus pecados. Y finalmente, para cerrar este discurso y dar fin á nuestra oración oid un lugar de San Pablo (I Corintios, 15): *Ubi est, mors, victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus? Stimulus autem mortis peccatum est.* Va tratando San Pablo de la victoria que contra la muerte se ha de alcanzar enteramente en la resurrección. Y que aunque agora le podamos darla vaya por las prendas que tenemos de su final destruición, pues vemos que ha perdido el imperio en las almas santas, las cuales tenía detenidas antes en el limbo; y por la abundancia de la gracia que ayudando al hombre á cumplir la ley de Dios, es causa de que menos se condenen y padezcan la muerte segunda, que es la que extendía y dilataba su imperio, pero con todo, no está acabada la vitoria hasta el día del juicio; porque todavía ejecuta su saña en los cuerpos de los justos, apartándolos de las almas y teniéndolos en las sepulturas y ahí convirtiéndolas en cenizas. Pero cuando venga el día de la resurrección, entonces se le dará la vaya de veras y se lo dirá con verdad: *Ubi est, mors, victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus?* Es el aguijón el que, puesto en la vara del carretero, aguija los bueyes para caminar con priesa. Y porque la muerte, desde que el hombre nace, le va siempre espoleando y aguijoneando al fin, por eso dice: *stimulus.* Y dijo bien Santo Tomás á este propósito, que somos los hombres, en naciendo en este mundo, como muchos presos encerrados en una cárcel y sentenciados á muerte. Que desde el día de nuestro nacimiento nos sacan á justiciar, con esta diferencia: que unos van á recibir la sentencia á una plaza más cerca, otros á otro lugar más lejos, pero todos caminan á la muerte; unos por rodeos, otros van vía recta. Y así unos llegan más presto al lugar donde han de morir que otros, como los mozos; otros llegan más tarde, que son los viejos. Pero de todos dijo David: *Ecce mensurabiles posuisti dies meos et substantia mea tamquam nihilum ante te* (Salmo 38). Y el Santo Job: *Constituisti terminos ejus qui præteriri non poterunt.* Pues en este camino el que aguija este carro de nuestro cuerpo en que vamos todos á morir, es la muerte. Y este aguijón con que nos da priesa, dice San Pablo, es el pecado. *Stimulus autem mortis peccatum est.* Este es el que acelera la jornada de la vida y le abrevia y acorta. Si es así, hombre, que con la seguridad de tu edad y pocos años caminas seguro de la muerte y aguijado de la salud, lozanía y brío, das priesa con tus culpas á tu fin, oye que de parte de Dios se te dice á ti: *Adolescens, tibi dico: surge.* A ti se encamina mi voz, mis diligencias y cuidados. Contigo lo ha mi piedad y misericordia. A ti miran mis ojos, á ti se encamina esta sentencia: despierta del sueño profundo en que vives. Levántate del lecho de tus culpas en que duermes, considera el peligro y riesgo que padeces, vuelve en ti, oye mi voz, no endurezcas tu corazón y resucitarás á la vida de gracia y gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO

CUARTO DE CUARESMA

Erat quidam languens Lazarus a Bethania, de castello Mariæ et Marthæ sororis ejus.
(JOAN., 11).

El Evangelio de hoy contiene aquella larga y celebrada historia de la resurrección de Lázaro, milagro de milagros. Que para los píos y justos, fue la última prueba de la divinidad y poder de Cristo, y para los impíos y enemigos suyos, la última persuasión de la resolución de su muerte. Resuscitó el Redemptor á Lázaro de cuatro días muerto á instancia de sus hermanas. Supliquemos á Su Majestad, que para tratar y sentir dignamente desta hazaña, resucite en nosotros el favor de su gracia á instancia de su madre sacratísima. Ave.

INTRODUCCION

En dos piezas dice el Apostol San Pablo que se dividía aquel antiguo Tabernáculo, y que así como tenían diversos nombres, así contenían diversos instrumentos y vasos pertenecientes al culto divino, y así también se diferenciaban de parte de los que á ellas podían tener entrada. Pero mejor será oir esto por las mismas palabras del Apóstol. *Tabernaculum enim factum est primum, in quo erant candelabra et mensa et propositio panum, quæ dicitur Sancta.* Hízose, dice, el primer Tabernáculo, el cuerpo primero de aquella Iglesia portátil en que se adoraba Dios mientras caminaban los padres por el desierto, y esta pieza ó cuadra se llamaba *Sancta.* En la cual estaban el candelero y mesa en que se ponían los panes de la proposición. *Post velamentum autem secundum, Tabernaculum quod dicitur Sancta Sanctorum.* Desotra parte del velo que dividía estos dos apartados, estaba el que se llamaba *Sancta Sanctorum*, en que estaba el Turíbulo de oro, el arca del testamento en que se encerraba un vaso de oro lleno del maná, la vara de Aarón, que ya fue florida, y las Tablas de la Ley. Toda esta arca por de fuera y dentro estaba forrada de oro, y sobre ella los querubines de gloria que encubrían el Propiciatorio. *De quibus non est modo dicendum per singula:* «De las cuales cosas no tenemos ahora de tratar por menudo». ¡Qué bien nos descarga el Apóstol con esta sentencia de estar obligados á tratar de cada cosa de las dichas en particular! Porque fuera para ello menester, no sólo más tiempo, sino mucha mayor suficiencia. Con todo eso diremos alguna cosa. *His vero ita compositis:* «Dispuestas en esta forma estas cosas», en la primera pieza destas, cada día entraban los sacerdotes ordinarios á hacer sus oficios y sacrificios legales. Empero, en la segunda no se daba tan larga licencia á las entradas; sólo el Pontífice sumo, y una vez en el año, tenía esa licencia de entrar y no sin derramar sangre de animales, de que hacía oferta. En suma, todo este Tabernáculo á Cristo nuestro bien significaba; pues fue, no sólo sacerdote y hostia sacrificada, sino altar donde se ofreciese y tabernáculo donde estuviese el altar. Dos maneras, pues, de santidad y de grandezas hallamos en él. Una exterior y patente á cualquier espiritual sacerdote, esto es, á todo fiel cristiano; otra interior reservada á solo el Pontífice y sus ojos, y no cada día. Quiero decir: hay cosas que los Santos Evangelios nos dicen de Cristo, comunes para cada día y para cada fiel. Siempre está puesto en el Evangelio, que contiene la vida y obras y palabras de Cristo, á vista de todo cristiano el candelero de su divina palabra, que alumbra las almas y quita dellas las dañosas ignorancias. Siempre está puesta la

mesa de los Sacramentos en presencia de todos contra los que nos atribulan. Y siempre que por sus puertas entremos llegaremos á mesa puesta, de que reciban espirituales alimentos nuestras almas. Pero más misterios hay reservados y ocultos detrás del velo de su cuerpo sacratísimo. Si alguna vez en el año siquiera tuviéramos licencia de poder entrar en la consideración en ver aquellas cosas que dentro su beatísima alma pasan, ahí está el Turíbulo, el arca con sus reliquias más misteriosas que las otras eran ricas; aquella alma por todas partes, en finísimo oro de gracia (dada sin medida), forrada de fuera y dentro, así guarnecida, que más parecía de oro macizo que dorada, en que estaba el maná de su dulcísima conversación; las tablas ambas de amor de Dios y del prójimo, escritas, no con la mano de Moisés, sino con el dedo del Espíritu Santo, en su voluntad; la vara del celo del honor de Dios y de la rectitud y justicia con que nos gobernó; vara, pero florida, porque nunca el celo fue en El tan rigoroso que no consolase más que castigase. Veremos el incensario en que siempre estuvo dando humo de olor suavísimo aquel perfectísimo Tymiama de su inflamada oración. Más. Los querubines son aquí de gloria, que con sus alas encubren este divino propiciatorio; y no como aquel querubín que se puso por guarda para defender el paso del árbol de la vida con cuchillo de fuego, que con ambas partes puede herir con terrible pena. Estos gloriosos querubines todavía dan alguna licencia para los que no fueren pontífices de fuera, siquiera puedan ver algo. Pues leemos en aquella fábrica admirable que Salomón hizo para el arca, que no estaba tan encerrada en su lugar que no pudiese ser vista alguna cosa de fuera. *Cumque eminerent vectes, et apparerent summitates eorum foris sanctuarium ante oraculum.* No fue sin gran misterio esto ordenado, que el oratorio donde el arca entraba estuviese así dispuesto, que, sin embargo que los querubines con sus alas la cubrían, pudiese desde el santuario ser visto algo del arca, pues se vían los extremos de las varas con que se portaba. Esta consideración nos da algún consuelo en este día para orar, asomarnos un poco siquiera á ver algo de lo que el presente evangelio nos significa. Porque sin duda entre los que en todo el año nos predica la Iglesia no hay otro, á mi juicio, que más nos descubra del *Sancta Sanctorum*, ni más nos ponga delante de los afectos interiores de la benditísima alma de Cristo. Aquí hallamos que todo cuanto hay es, pues, oro de su divinidad, que hoy más que nunca se nos descubre. Aquí el vaso de maná suavísimo de aquellas dulcísimas lágrimas que en tanta abundancia le vemos derramar, de compasión del amigo difunto y de los que le lloraban como á tal. Si no fueran maná las lágrimas, manjar de los que caminan por la penitencia como por áspero desierto, no dijera David (Salmo 39): *Cibabis nos pane lacrymarum et potum dabis nobis in lacrymis in mensura.* Preguntadlo, si no lo sabéis por experiencia, á los que de veras son penitentes, si no los consuela este maná de lágrimas en un desierto tan seco de todo cuanto podían en otros tiempos gustar. Aquí hallamos las tablas del amor tan explicadamente escritas, que, no sólo las puede leer el evangelista, que tan de águila tiene en todo la vista, cuando dice que amaba el Señor á estos tres hermanos, Lázaro, Marta y María, sino aun á los mismos fariseos ciegos lo alcanzan, pues dicen: *Ecce quomodo amabat eum.* Aquí vemos la vara de la indignación con que una vez se turba contra la muerte y contra la culpa. Más. Cuando se nos dice que *infremuit spiritu et turbabit se ipsum;* y un poco después: *Jesus ergo sursus fremens in semetipso, venit ad monumentum.* Finalmente, no falta aquí aquel precioso turíbulo de aquella oración tan ferviente, tan cierta y tan eficaz. *Pater, gratias ago tibi, quoniam audisti me.* Esta es en sustancia toda la historia del presente evangelio sumada. Probemos á declarar para los que no pueden tanto alguna cosa más por menudo.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Erat quidem languens Lazarus a Bethania de castello Mariæ et Martæ sororum ejus. Lo primero que hace el evangelista es representarnos la casa del enfermo y las virtudes de los que en ella moraban. Eran dos hermanas nobles, solas, y tenían por su amparo á este hermano. Adoleció; va la enfermedad adelante, y acordaron, fiadas de la familiaridad con que Cristo las trataba y la merced que á su casa hacía, de enviarle un recado breve y discretísimo: *Domine, ecce quem amas, infirmatur.* Grandes virtudes se coligen desta historia, que resplandecían en estas dos hermanas. La primera, grandísima conformidad. Un corazón, unas palabras, unos ojos, unas lágrimas, un intento en el escribir: ambas firman lo mesmo; en el recibimiento de Cristo ambas dicen una cosa: *Domine, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus.* En el llorar á la par, en responder cuando Cristo preguntó: ¿dónde le pusistes? Ambas: *Veni et vide.* Hermanas que tan á una andan, ¿qué no alcanzarán? A casa tan pacífica Cristo se viene sin que le conviden. Ellas levantaron á su hermano de la sepultura. ¡Oh paz, oh conformidad! ¿Quién no te ama? ¿Quién no te busca? No se yo por qué. Si por gusto, tu nombre basta para dejar dulces los labios y

tus hechos el corazón. *Tale bonum est pacis ut in rebus creatis nihil gratius soleat audiri, nihil delectabilius concupisci, nihil utilius possideri.* Tal es bien de la paz, dice San Agustín, que en las cosas criadas ninguna cosa se oye más agradable, ni se desea más deleitosa, ni se posee de más utilidad y provecho. Si por riqueza y provisión, ¿qué mayor riqueza que la paz? *Cui non sufficit pax, Deus non sufficit, nam Deus est pax*, dice San Bernardo. ¿Qué no se acaba con la concordia y paz? Cuatro voces acordadas en dulce y apacible consonancia harán de vos paz y guerra, y parece que os truecan el corazón á su tono; si alegre, alegre, y si triste, triste. Pues si os conformásedes dos y supiésedes con paz pedir, *si duo ex vobis consenserint super terram de omni re quamcumque petierint, fiet illis a Patre meo qui in cœlis est:* «Si dos de vosotros se conciertan entre sí, pidan, que su boca será medida. Cualquiera cosa que pidieren les otorgará mi Padre». Un campo de poca gente con buen orden y concierto es invencible; infinita muchedumbre sin paz, para acabarse no ha menester enemigos. ¡Quién viera á la Iglesia en sus principios cuando niña, qué valiente! ¡Qué de reyes traía de la oreja! ¡Qué de reinos y tiranos pisaba! ¡Qué de herejías destruía! ¿Niña y tan valerosa? No sé qué os teméis. A ver, quiero miraros. *Quid videbis in sulamite nisi corus castrorum?* «¿Qué veréis en la Iglesia sino consonancia de un coro, orden y conformidad, escuadrones bien formados?» Pocos eran en calidad, pero muchos en valor. Porque *multitudinis credentium erat cor unum et anima una* (Act., 4): «Tanta muchedumbre de fieles no tenían más que un ánima y un corazón». ¡Cómo no había de ser animoso y fuerte aquel corazón! Pero si en las casas y repúblicas y comunidades andan Marta y María rostrituertas y divididas, no puede dejar de haber flaqueza; nada podrán acabar ni con Dios, ni con las gentes, ni consigo. ¿Quién destierra la paz, que es la principal manda que dejó el Redemptor á sus discípulos en su testamento? *Pacem relinquo vobis*. Joya vinculada. La vida pierde Nabot por no perder la heredad que le dejó su padre; ¿por qué el cristiano quiere ser desheredado de la herencia de Cristo? Las carnes se permitió hacer pedazos el Salvador, que no quedó en su cuerpo cosa sana, y no quiso que rasgasen la túnica inconsútil que, según San Augustín, significa la unidad de su cuerpo místico que es la Iglesia. No me toquéis en hacer división ahí. Enseñónos con el ejemplo, lo que su Apóstol dijo después de palabra: *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis* (Efes., 4). «Ha de ser grande la diligencia y cuidado de conservar la paz». Lo que decía David: *Inquire pacem et persequere eam.* Cuando ella huya la habéis de perseguir por haberla. ¿Qué dice á esto quien no anda solícito sino cómo destruir esta unidad? ¿Quién persigue la paz, no para hallarla, sino para excluirla? ¿Quién á bocados anda desgarrando la vestidura de Cristo? ¿Quién toma en la tierra el oficio de aquel *inimicus homo*, sembrador de cizaña, que no trata sino de sembrar discordia entre los prójimos? *Sex sunt quæ odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus* (Prov., 6). Abomina, no lo puede tragar. ¿Quién es ese tan odioso á Dios? *Eum qui seminat discordias inter fratres*. Autor de rencillas, cuestiones, diferencias; mal está Dios con él, como, por el contrario, bien con la paz destas dos buenas hermanas.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

La segunda virtud que en ella se descubre es la discreción en el pedir. *Domine, ecce quem amas, infirmatur*. ¡Qué breve billete y qué cortesano! ¡Qué largas razones están encerradas en estas breves palabras, y qué de estudiadas peticiones en esta proposición, al parecer vizcaína! La oración ha de ser corta de palabras y muy cumplida de afectos. Porque la oración no es otra cosa que intérprete de los deseos y afectos cristianos: de fe, esperanza y caridad. Más vale una Ave María con devoción que muchas sin ella. *Cum oratis, nolite multum loqui* (Mat., 6). Menos palabras y más devoción. No condena la oración vocal, sino encomienda el espíritu y fervor. A este propósito declara Rufino aquellas palabras del salmo 136: *In salicibus in medio ejus suspendimus organa nostra.* «Colgamos en los sauces los instrumentos de música». Los sauces son árboles estériles, secos y muy sin jugo. Pues cuando la oración está en corazón seco, está ahorcada y colgada; mas cuando sale de un ánimo devoto y ferviente, es música acordada que suena suavemente á Dios, aunque con menos cortesía vaya, aunque más tosca y vizcaína sea. Pero esta carta de las hermanas eso y esotro tiene: discreción y afectos. Vámoslo notando palabra por palabra. El título es: *Domine*. Dicho en aquella amplitud que significa. Dicho en la persona de Dios, que es tanto como señor de señores. Absoluto señor, sin reconocimiento á nadie. Señor, más es que rey, porque el correlativo menor descubre más la grandeza del opuesto. Como es más sujeción ser siervo y esclavo que vasallo, así es mayor alteza ser señor que rey. Sólo Dios es Señor, porque todo lo criado es siervo respecto dél y lo manda. *Servus quid quid est, Dominus est.* Ved cuán poco tienen los reyes aunque aprisionen los cuerpos, pues no tienen jurisdicción en las almas. Y por esto veréis cuán pocos son seño-

res, pues no son dueños de lo mejor. *Domine.* Es atajar todas las excusas del no puedo, que suelen responder las cortas manos y plumas de los hombres; porque siendo señor absoluto, ninguna cosa le es imposible, y porque confesado el poder queda el querer para remediar; por eso añaden: *Ecce quem amas, infirmatur.* «Vuestro amado está enfermo». ¡Qué discreción de mensaje y qué guardado el decoro á la persona á quien se envía! ¿Carta tan breve en tan larga necesidad? ¿Es por ventura, santas hermanas, porque el dolor os tiene atadas y heladas las lenguas y acortáis de palabras en vuestra pena para alargaros en sentirla? Ya podría ser. Y más creo yo ser la nota de María, porque siempre fue ella corta de razones por alargarse en sentimiento. Acullá dijo al hortelano: *Domine, si tu sustulisti eum, dicito mihi ubi posuisti eum, et ego eum tollam* (Joan., 20). Señor, si tú le llevaste, ¿no diréis á quién? No es por eso, sino porque escrebimos á quien sabe sentir y entender con pocas palabras. A la palabra que dice al justo, á todo Dios, no se le había de escrebir sino en una palabra. Pero ya que los hombres no podemos explicar nuestros conceptos en una (que ese es hablar de solo Dios), imitamos su lenguaje cuanto más podemos, hablando en pocas, en las menos que es posible. ¿No veis que la nota es de María? Y como ella, *secus pedes Domini audiebat verbum illius?* Así en sus conversaciones y palabras tomó su estilo de hablar. *Ecce.* ¿Pues por qué escrebís con esta palabra al ausente, que es partícula demostrativa para hablar con el presente? He aquí. Porque lo está El á todas las cosas. Y porque el verbo encarnado nos hizo un *ecce* de las entrañas y ternura de Dios y de su amor. *Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri* (Ad Titum, 3). Y como por él se hizo un *ecce* de todas las cosas criadas. Porque *ipse dixit et facta sunt.* Cielos y tierra y todas las criaturas; también reconocerá aquí su ser en este lenguaje. Y porque es luz, *ego sum lux mundi.* Y de la luz es hacer demostración de todas las cosas. Y porque al *ecce* de su poder y benignidad no se puede hacer servicio mayor que ofrecerle vaso en que derrame su abundancia. Porque *oleum effusum nomen tuum* (Can., 1). Olio vertido; por eso hago yo otro *ecce* de mi necesidad, donde se reciba el aceite de su misericordia. *Ecce quem amas, infirmatur.* ¿Pues no valiera más decir el que os ama está enfermo que no el que vos amáis? No; porque á Dios mejor pedirle por lo que El es, que por lo que vos sois y merecéis, y por lo que El os ama, que por lo que vos le amáis. Porque si al que pide le está mejor atravesar la mejor prenda, y al que ruega, conjurar con la mayor obligación, mayor es la que Dios le tiene á sí por quien El es, que la que me tiene á mí, por mucho que yo sea. *Non est operibus justitiæ quæ fecimus nos, sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit* (Ad Titum, 3). Y por eso es su misericordia más larga y más copiosa y abundante redempción. Todavía quiero preguntaros otra duda: ¿Por qué le decís: el que amáis está enfermo? ¿No veis que es zaherirle su descuido y ultrajar su poder y poco amor? Porque á quien confesáis por señor tan poderoso, no se sufre decir que dejó tratar tan mal á sus amigos sin que os hagáis sospechosa de poner en duda ó su poder ó su bien querer. También responderá la Magdalena, que eso dice el sentimiento carnal, que en el fuero y escuela de Dios, ni se niega el poder ni el querer de Dios por tener sus amigos trabajos. *Quem enim diligit Dominus castigat: flagellat autem omnem filium quem recipit* (Heb., 22): «A quien Dios ama, le castiga, y al hijo que recibe en su casa, le azota». Muy bien cuadran estas dos cosas: amor de Dios y azote de Dios. Cuando Jonatás se encargó de saber qué ánimo tenía su padre Saúl para con David, hizo con él este concierto: Estaré escondido en el campo y yo arrojaré tres saetas hacia la parte donde estás, y enviaré mi paje que me las traiga. *Si dixere puero, ecce sagittæ intra te sunt, tu veni ad me, quia pax tibi est. Si autem, ecce sagittæ ultra te sunt, vade* (Reg., 20): «Si yo le dijese al paje: las saetas están dentro de ti, deste cabo, ven, que mi padre te ama y tienes paz con él. Mas si las saetas van por alto, huye que es señal de muerte». Pues así es con Dios. Que si las saetas de sus castigos se enclavan en nosotros, es señal de paz y de mucho amor; mas si pasan por alto y no nos tocan, es argumento de condenación. Por eso David, que era amigo de Dios, decía: *Quoniam sagittæ tuæ infixæ sunt mihi* (Salmo 37). «Confiado estoy, Señor, que me amáis y habéis de usar conmigo de misericordia, porque habéis enclavado en mí vuestras saetas». Y el santo Job, viéndose lastimado, dice: *Posuit me sibi quasi signum.* «Hame puesto por blanco para hacer tiro». Y en otra parte: *Pharetram enim suam aperuit et afixit me* (Job, 26 y 30). «Abrió su aljaba para afligirme, y apenas dejó flecha ni jara de su ira que en mí no la enclavase». San Pablo se gloría de traer su cuerpo llagado de los hierros destas saetas. *Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto* (Galat., 6). Y dice que por ellos es conocido ser de las ovejas queridas de Cristo. Veis aquí cómo no es poner sospecha en Dios de su poco poder ó querer contarle las necesidades y enfermedades de sus amigos; antes entonces se publica más el amistad, cuando más claro está el castigo. Y así veréis que San Juan dice:

Diligebat Jesus Martham et sororem ejus Mariam et Lazarum. A todos los quería, y por amigo de Lázaro se daba; y así le llama á boca llena: *Lazarus, amicus noster, dormit.* Pues más queda, señoras, que preguntaros. Esta carta, ¿en qué género está? ¿Es narratoria solamente ó postulativa? ¿Pedís remedio ó contáis solamente vuestro caso?—Lo uno y lo otro. —Ya veo la narración; ¿dónde está la petición? —Va inclusa.—¿Pues por qué no la expresastes?—Porque es María la que ama la secretaria, y como no sabe tener otra voluntad sino la de su querido, propónele la necesidad sola. Como la hacía quien decía: *Effundo in conspectu ejus orationem meam et tribulationem meam ante ipsum pronuntio* (Salmo 14). «Derramo mi oración en su acatamiento y pronuncio ante él mi tribulación». No hace más que mostrar la llaga y referir su necesidad; que en lo demás eso querrá ella que quisiere El, ora sea salud, ora muerte; resignada tiene su voluntad en sus manos. *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu.*—Pues para eso no le escribáis; lo que vos podéis decir ya El lo sabe antes que lo pronunciéis, y lo que deseáis, ya El lo ve, y lo que conviene, El lo hará; que no se descuidará pues que ama.—Sí. Pero mis peticiones son ejercicios de mi fe y despertadores de mi confianza y incentivos de mi caridad, y medios que tiene ordenados el Señor para mi remedio, y ocasiones para que yo me levante y vaya á El, más que para El cuide de venir á mí, que ese cuidado nunca le pierde. Y aunque, *non dormitabit neque dormiet qui custodit Israel*, con todo eso quiere que levante yo mis ojos al Señor, de quien me ha de venir todo el socorro.—¿Paréceos que es avisada la carta? Responde el Señor á ella: *Infirmitas hæc non est ad mortem: sed pro gloria Dei, ut glorificetur filius Dei per eam.* «No ha de parar esta enfermedad en muerte, sino en milagro con que se ilustre la gloria del Hijo de Dios».

CONSIDERACIÓN TERCERA

¡Qué buenas nuevas para los amigos de Dios que se predique ya en el mundo que nuestras enfermedades y miserias no son ya muestras de la ira de Dios contra los hombres, sino medios por donde se procura su gloria y nuestro aprovechamiento! En aquella ley antigua espantadiza y de temor, en aquel tiempo rigoroso, cantábanse unas endechas de gran tristeza y dolor: que los trabajos eran señales de la ira del Señor. Pecan nuestros primeros padres y viene Dios enojado á castigarlos. A Adan: *Maledicta terra in opere tuo; spinas et tribulos germinabit tibi.* Prodúzgate espinas y abrojos. Con el sudor de tu rostro comerás tu pan. Tierra eres y en tierra te volverás. A la mujer: multiplicaré tus partos y miserias; con dolores parirás y serás subjeta al varón. A Caín, porque mató á su hermano: *Maledictus eris super terram, quæ aperuit os suum et suscepit sanguinem fratris tui de manu tua.* «La maldición caiga sobre ti. Andarás vago y espantado por el mundo». Pecan los hijos de Israel: *Vidit Deus et ad iracundiam concitatus est.* Subióse el humo á las narices. *Ignis succensus est in furore et ardebit usque ad inferni novissima.* Gran fuego de cólera y saña se ha encendido en mi pecho; no he de dejar hombre dellos á vida. *Foris vastabit eos gladius et intus pavor:* «Acá fuera los asolará el cuchillo, y dentro los fatigará el temor». Todos estos castigos, estas maldiciones de la boca de Dios, estos dolores y muerte, eran señales de la ira de Dios. Desto se preciaba: *Deus ultionem Domine, Deus ultionem* (Salmo 93). Pero buenas nuevas que en la ley de gracia y de amor, el mismo Dios predica que ya las enfermedades son medios con que se pretende su gloria y nuestro provecho. Al sarmiento que lleva fruto en la vid, que es el justo, *purgabit eum, ut fructum plus afferat* (Joan., 15). No le cortará sino quedando en la vid, que es Cristo, ayuntado por fe y por amor podarle ha Dios, castigarle ha, afligirle ha; no para destruirle ni maltratarle, sino para que lleve más fruto. Más fruto da el hombre con los castigos que con los regalos. Mirad que digo: Más aprovecha un azote de la mano de Dios, que diez beneficios; no por parte de los beneficios, sino por nuestra condición. Más avisado, más circunspecto, más cauto y solícito en lo que toca á su conciencia y al servicio de Dios, sale un hombre de una enfermedad ó persecución que de muchos favores; porque con éstos muchas veces se relaja y desvanece, y no cuida tanto de la perfección. Pero en lastimándole Dios, luego vuelve sobre sí, y remira su conciencia y dice en su pecho: ¿Por qué me castiga Dios? ¿Por qué permite que sea así tentado y perseguido? ¿Si hay en mí alguna cosa oculta que ofenda á sus divinos ojos? Aviva, despierta, escudriña los rinconcillos de su conciencia, para ver si halla qué enmendar; y si no humíllase y baja la cabeza á lo que Dios ordena, y déjase llevar por donde le guía. ¡Oh divinos frutos que saca el hombre de los castigos de Dios! Bien los tenía conocidos el apóstol, pues decía: *Non solum autem, sed gloriamur in tribulationibus: scientes quod tribulatio patientiam operatur; patientia autem probationem; probatio vero spem, spes autem non confundit* (Rom., 5). No sólo llevamos con moderación los trabajos, sino con gozo y ufanía. Es gloria tener tribulaciones. Porque de ser el hombre atribulado, viene á cobrar un hábito de pacien-

cia. De la paciencia nace ser el hombre aprobado en la virtud; que ya no el favor le mueve, ni el disfavor le saca de su ser, ni los regalos le distraen, ni los azotes y persecución le alborotan. Antes pasa ya por lo uno y por lo otro con grande templanza y serenidad; en los trabajos hace callos para no sentirlos tanto. El labrador, de estar al sol curtido, hácese á la mala ventura. *Qui non est tentatus, quid scit?* No es de prueba; pero el que lo es, sí; marcado el poco fuerte á prueba de arcabuz, la espada en un cerrojo, el vaso de vidrio que se cae y no se quiebra, son de prueba; así el justo, en las tribulaciones y enfermedades. Y desta probación nace la confianza, que después destos trabajos le ha de dar Dios la corona. Y con este apoyo de la esperanza se anima á no confundirse; no quedará corrido ni avergonzado. Mirad qué de frutos nacen de la tribulación para los buenos que la llevan en paciencia, y los malos se hacen peores. Dice Dios por Zacarías: *Asumpsi mihi duas virgas: unam vocavi decorem, et alteram vocavi funiculum; et pavi gregem.* «Tomé dos varas para apacentar mi ganado: á la una llamé hermosura, y á la otra, azotillo y castigo». La tribulación se llama en la Escritura vara en muchos lugares. *Vultis in virga veniam ad vos?* (Cor., 4). ¿Con rigor ó con mansedumbre? Puestas estas varas de los trabajos con que Dios gobierna á los hombres, para los buenos son hermosura, porque con las tribulaciones quedan limpios y mejorados. Son como la zarza de Moisés, que ardía y estaba luminosa con el fuego; mas no se quemaba su verdor. Y así dice uno: *Virga tua et baculus tuus, ipsa me consolata sunt* (Salmo 22). Provecho me hicieron. Mas para los malos son azote y rebenque que no se enmiendan. Reprehende Dios á Caín, y desespera. Azota á Faraón con diez plagas, y endurécese más. Dale al otro enfermedad ó pobreza ó otra persecución para espolearle que se vuelva á El, y reniega y enójase y indígnase contra Dios. Condición de malos. *Dissipati sunt nec compuncti; tentaverunt me; subsannaverunt me; fremuerunt super me dentibus suis* (Salmo 34). Hechos tajadas, afligidos y maltratados, mas no compungidos. Pues porque estas hermanas eran amigas de Dios, por eso se les dice que su trabajo se ordenaba para gloria de Dios; porque dél resultó llamar las hermanas á Cristo, venir él, hacer este milagro, confirmarle ellas y los discípulos en la fe, convertirse muchos de los presentes á ella y manifestarse por un modo soberano la gloria de Cristo.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Dada esta respuesta al Señor: *Mansit in eodem loco duobus diebus.* «Detúvose dos días». No acaso, sino con particular consideración, para que muera Lázaro y le sepulten y huela mal, y sea más ilustre el milagro. ¡Oh palabras de la Escritura sagrada; qué preñez tenéis, como inspiradas por el Espíritu Santo, cuyo juicio no se puede vadear ni comprehender! No niega, sino difiere la petición para enseñarnos la longanimidad y perseverancia con que habemos de esperar que Dios nos oiga. No luego acude ni condesciende á nuestros ruegos, porque quiere probar nuestra firmeza. No hay peligro en disimular Dios y dilatar nuestro remedio, sino en pensar el hombre, cuando esto hay, que Dios le tiene olvidado, pues no acude á sus importunaciones, y que no tiene oídos con que le oiga, ni manos con que le provea, ni providencia que en ello advierta; y de aquí venga á desmayar y lamentar su desventura, como si no hubiese Dios en el cielo que la haya de remediar. Pues no os engañéis, que el más oculto pensamiento que hay dentro de vuestro pecho, y la más delicada tentación que pasa en vuestro corazón, está patente á los ojos de Dios. Sobre la menor aflicción que padecéis, están reverberando sus ojos. Y la menor importunidad y gemido que hay en vuestra boca, clama en sus oídos, y de cada cosa destas tiene tanta cuenta y tan particular cuidado, como si á sola ella atendiese. San Agustín dice: *Super custodiam meam stas, ac si omnium oblitus sis, et mihi soli intendere velis.* «Así velas sobre mi guarda, como si de todas las demás cosas estuvieses olvidado y de mi solo cuidadoso». Pero disimula con los suyos para probar su paciencia y examinar su fe y avisar su diligencia y establecer su perseverancia. Y después, al tiempo de la mayor necesidad, cuando las cosas están fuera de remedio humano, provee con el divino. A Josef déjale ser perseguido de sus hermanos, vendido, disfamado de su ama, preso y encarcelado; pero da la vuelta, y cuando más desamparado parecía estar, le favorece y saca de la cárcel y hace señor de Egipto y adorado de sus hermanos. A los niños de Babilonia déjalos prender, maniatar, echar en el fuego, y entonces envía su ángel que los suelte y libre de lesión. Así dejó Dios á David ser extrañamente perseguido de sus enemigos, de Saúl, de los filisteos; pero en las mayores angustias le dio la mano y libró dellos. *Nisi quia Dominus erat in nobis, dicat nunc Israel, nisi quia Dominus erat in nobis, cum exurgerent homines in nos, forte vivos deglutissent nos* (Salmo 123). Si no fuera porque Dios estaba en nosotros, digan los justos atribulados, los hombres nos hubieran tragado vivos, y las aguas de las persecuciones nos hubieran anegado. Por un torrente de desventuras y peligros casi imposibles pasamos. Pero cuando nuestros ne-

gocios estaban más sin esperanza de remedio, *anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium*: «Nuestra vida fue librada como ave de los lazos de los cazadores». Y esto, no por nuestras fuerzas, sino por el favor divino. *Adjutorium nostrum in nomine Domini, qui fecit cœlum et terram.* El nos socorrió cuando el agua llegaba á la boca. Estaréis oprimido con algún trabajo ó con una tentación que no os deja reposar un punto, con unos escrúpulos que os acaban la vida, con una cruz interior que es la mayor de todas; cuando pensáis de no poder vadearla, ni os sabéis dar á manos ni qué medio os tener, ni por qué camino echar, y os consideráis en unas tinieblas, en una escuridad, en una torrente espiritual que sólo la siente quien la padece, ni sabéis cómo ni cómo no, os veis fuera desa tempestad, sosegado y con consuelo, y veis que os ha dado Dios lo que con muchas lágrimas y oraciones le habéis pedido, y lo que por largo tiempo os había dilatado, con que os hace industrioso y avisado para saberlo mejor conservar, y para en otras ocasiones semejantes saber esperar en Dios. Para esto se detiene estos dos días. Después destos y de haber dado noticia á sus discípulos de la muerte de Lázaro, va el Señor á Betania y llega cuatro días después.

Aquí, ¿quién quita que la carne no haga de las suyas y diga que ya es tarde, que antes había de haber venido, como si para el Señor hubiese tiempo limitado? Pero esfuerza la fe á nuestra flaqueza, y entienda que todo lo gobierna la gloria de Dios. Fue aquí muy bien recibido de las dos hermanas, á las cuales halló muy tristes y muy de luto por el hermano, y muy llenas de visitas de los principales de Jerusalem, que les habían venido á dar el pésame de su orfandad. ¿Véis cómo todo esto es granjería para la honra de Dios, que pase más adelante la cruz para que haya más testigos de la maravilla que ha de obrar el Señor? Sale primero Marta á recebirle, y dícele: *Domine, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus.* Vuelve luego y llama á María quedito: El maestro está aquí y te llama. Sale la Magdalena á prisa al llamado del Señor, y no sola, sino de todos los que la estaban visitando acompañada, que no la dejan, pensando que salía á llorar al hermano difunto. Llega, y postrada á los pies de Cristo, habla las mismas palabras que su hermana, como cosa bien conferida entre las dos. Pero con ser las mismas palabras no tienen el mismo efecto en las entrañas del Señor. No le dan lugar de tratar como con su hermana filosofías, porque en viéndola llorar, *infremuit spiritu et turbavit seipsum et lacrymatus est Jesus:* «Bramó y dio un gemido; turbóse á sí mismo y lloró».

CONSIDERACIÓN QUINTA

¡No sé, Señor, qué os ha esta Magdalena que tanto puede acabar con vos! ¡Que sus lágrimas saquen de vuestros ojos las vuestras, lo que no pudo acabar su hermana! Si á un buen pedernal le dais un golpe con un libro ó con otra cosa tal, no sacaréis centella por más que en eso porfiéis; pero si con un eslabón de acero, al primer eslabón saltan las centellas. Todo es dar golpe; pero no todo golpe puede con el pedernal lo que el del acero. Veamos ya desde aquí lo que del *Sancta Sanctorum* se nos empieza á descubrir; que esta turbación que el Señor toma, y esta indignación que muestra en aquel sollozo (que llama el Evangelio bramido de espíritu) ya nos empiezan á dar algunas señales de lo que allá dentro del santuario hay. A nosotros túrbannos las cosas y alborótannos los sucesos dellas; no es así en el Señor, que El mismo se turba de su gana. Y de aquí se sigue, que así como el turbarnos no está en nuestra libertad, así no es en manos de la voluntad tomar de la turbación la parte que bien vista le fuese y no más, sino á las cosas inopinadas que nos sobresaltan, servimos en la turbación y en su cantidad. Pero turbándose á sí mismo Cristo, tanta parte toma de la turbación cuanta le parece convenir de la causa por que se toma. Item. Hallamos, *quare fremuerunt gentes* (Salmo 2). Y en otro lugar: *In fremitu conculcabis terram*; *in furore obstupefacies gentes* (Abac., 3). Pero estos bramidos, muy diferentes son deste que da aquí el Salvador. Hemos de llevar por presupuesto que todo lo que en el *Sancta Sanctorum* había era de oro macizo ó estaba cubierto dello. Quiero decir, que todo lo que en Cristo había, estaba de inmensa caridad y amor de Dios y de los hombres forrado. A cuyos quilates no puede con mucho llegar ninguna otra caridad de las que se han conocido. Veamos, pues, para llevar algún tiento, á qué le movía la caridad que en El ardía. A un San Pablo oirle hemos decir: Verdad digo en Jesucristo, no miento, porque me da para ello testimonio mi conciencia alumbrada por el Espíritu Santo. *Quoniam tristitia mihi magna est et continuus dolor cordi meo. Optabam enim ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis* (Rom., 9): «Que traigo en mi alma una contínua tristeza y un dolor perpetuo de corazón viendo la perdición de mis hermanos los israelitas» y que si importase para su remedio dar yo, no digo mi vida, sino mi alma, lo haría de buena gana; porque sin duda veo en mi resolución para comprarles su redempción por mi misma persona; y si por reconciliarlos con Cristo fuese menester que mi alma ardiese en el infierno, como no perdiese su gracia (aunque

careciese eternamente de su vista), ánimo tengo para padecerlo. Estrañísimo encarecimiento es este, y que apenas se deja entender de aquellos que no saben las fuerzas que tiene la caridad. Semejante afecto era el de Moisés cuando no quería salud si no la tenían los de su pueblo, y pedía ser borrado del libro de Dios si eran borrados ellos. Podríamos hallar otros algunos ejemplos (aunque ningunos mayores que éstos, ni aun que lleguen aquí) de amor fraternal. Si preguntamos por la raíz de tan extraño afecto como nos significa desear la salud de sus prójimos con tan grandes veras, es manifiesto ser la caridad del prójimo. La cual supone lo primero, si ha de ser legítimamente tenida, la de Dios. Cotejando, pues, la caridad que hubo en Cristo con las demás, hallaremos que la más subida de punto no puede más emparejar con ella que puede lo finito llegar á lo infinito. Porque de Cristo se dice habérsele dado sin medida el espíritu. *Non ad mensuram dat Deus spiritum*, suple: Cristo. Quiere decir: la gracia y caridad y dones del Espíritu Santo. Las cuales cosas están dadas á los demás, *secundum mensuram donationis Christi*. De modo que, aunque más y más crezcan, jamás arribarán á lo que está en el Señor. Hagamos, pues, ahora esta consideración: Si la caridad limitada que en San Pablo hubo, le causó una tan gran tristeza y perpetuo dolor, que como clavo le atravesaba el corazón, viendo la perdición de aquellos que, según la carne, eran sus hermanos, y le compelía á desear (si le fuera hacedero) que su alma fuera condenada á un purgatorio eterno, porque se salvaran las de ellos, ¿qué pensaremos hoy que será bien conjecturar de lo que en las entrañas del Señor canta su caridad? Si tantas fuerzas tiene el pigmeo, ¿qué hará aquel gran gigante de dos naturalezas? Si la gota de agua sobre el corazón derramada basta para tanto, ¿qué será lo que el mismo Océano podrá bastar? Si una centella de aquel fuego inflama tanto, el mismo elemento ¿qué pensáis podrá quemar? Dadnos, soberano Señor, siquiera á ver de lejos y á conocer qué fueron aquellos estíos que en vuestro benditísimo corazón ardieron con llamas que á los mismos cielos pudieron derretir y volver en ceniza del amor de vuestros hermanos, nacido del que teníades á vuestro padre, para que como quiera atinemos algo del dolor que penetraba vuestras entrañas dulcísimas viéndole ofendido á él, perdidos á ellos. Cuchillo de dolor era este que traspasaba vuestras entrañas, no un año ni dos, sino desde que vuestra santísima alma fue en vuestras carnes infundida, hasta el punto que, inclinada la cabeza, la volvistes al Padre que os la dio. Deste fuego que en vuestro pecho como en su misma esfera ardía salían aquellas palabras de vuestra predicación tan poderosa, como diferente de la de aquellos maestros de la ley, que como no tenían caridad no podían hacer lo que vos. *In medio animalium splendor ignis et de igne fulgor egrediens* (Eceq., 1). En medio del pecho, en el corazón, ha de estar el fuego de amor resplandeciente, para que salga el relámpago de la palabra poderosa. Eran las otras palabras muertas; eran todas las vuestras vitales. De aquí salía aquel afectuosísimo calor de vuestro predicar. Cuando delante de vuestros ojos víades las ánimas hambrientas y muertas de sed, que venían desperecidas en pos de vos, sin daros lugar ni aun para descansar un poco, ni aun para siquiera comer. A las cuales salistes entre otras una vez, dejando la comida y los amigos y discípulos, pero con tal semblante, con tan inusitado denuedo y con una priesa tan insólita y nunca vista, que salieron tras de vos los mismos á teneros, figurándoseles que no era posible sino que íbades fuera de vos, según el ímpetu con que salistes á las campañas como un rayo; según las cosas que, predicando, decíades y hacíades tan espantables. *Et cum audissent sui exierunt tenere eum; dicebant enim quoniam in furorem versus est*. Decían sus deudos que estaba frenético y furioso. Locura grande de los hombres sin espíritu y que les parece que puedan medir las fuerzas del divino ó limitarlas por la falta del suyo. Si los que predicamos sintiésemos qué cosa es el estado del pecado y lo que va en sacar dél á nuestros hermanos, y nos doliésemos de nuestros daños y de los suyos como es razón, mesándonos habíamos de andar por esas calles y arañándonos las caras como quien llora su hijo ó marido defunto. Pues Sócrates era pagano y podía en un hombre, no del todo estragada, la naturaleza, que cuando persuadía ó aconsejaba á la juventud de Atenas esa virtud que él conocía, dicen que se mesaba las canas el buen viejo y se pelaba las barbas de despecho de ver la perdición de sus naturales. Si tanto pudo la naturaleza sola, caída, pero no del todo postrada, ¿qué podría la sana y la gracia con ella como en Cristo estaba? Deste mismo incendio salían aquellos enojos y melancolías que mostraba contra la ceguera de los fariseos. *Circumspiciens eos cum ira, contristatus super cæcitate cordis eorum*. Desta misma fuente salieron aquellas lágrimas sobre la ciudad de Jerusalem, derramadas en tanta abundancia. Aquellos sollozos y suspiros que alguna vez leemos haber dado, no hemos de imaginar ser entonces solamente dados, sino haberle sido su pan cotidiano. Para curar á un sordo, le apartó de la gente, y poniéndole los dedos en los oídos; *suspiciens in cœlum, ingemuit*. No fue aquel solitario, no singular suspiro, sino fue un testigo señalado á

aquella hora del sempiterno dolor que siempre trajo atravesado su corazón, como cuchillo de dos filos, lastimándole por una parte las ofensas de Dios y por otra la perdición del linaje humano. De aquí, finalmente, salió aquel entrañable deseo de morir, significado por aquellas palabras: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar*. Y en otra parte: *Baptismo habeo baptizari et quomodo coarctor donec perficiam illum*! Esta fue (si es lícito en cosas tan cuerdas y graves acordarnos de las fábulas) aquel águila que perpetuamente roía las entrañas de nuestro Prometeo, que formó el hombre y trajo fuego del cielo para bien de los hombres, atado con fuertes cadenas de amor, no al monte Cáucaso, sino al Calvario, donde le habemos de considerar crucificado, no desde medio día hasta ponerse el sol, sino desde que fue concebido en el vientre virginal hasta que en la cruz expiró. *Ecce merces ejus cum eo et opus illius coram illo*. Desde aquel punto le pagan jornal y desde el mismo obra ya con admirable invención de Dios para nuestro remedio. Desde aquel punto, cuanto á lo esencial del alma, tan bienaventurado como está en el cielo, y junto con eso tan afligido y penado como era menester para sacarnos del infierno. Tres clavos, Señor, rompieron tus manos y pies con increíble tormento. Setenta y tantas espinas tuvo la corona con que fue punzada tu venerable cabeza. Seis mil azotes (dicen aquellos á quien tú lo has contado) que recibió de pies á cabeza tu sagrado cuerpo. Los golpes que desde el huerto hasta el Calvario recebiste no tienen cuento, pues lastimado dellos, tu apellidas á cuantos pasan por el camino desta vida que atiendan y vean si hay dolor semejante á tu dolor. Y otro, á quien abriste los ojos para que viese tus tormentos, entre otros muchos nombres que tu precias, te llamó varón de dolores y sabidor de enfermedades. Y como si fuera poco esto, buscó tu amor nuevas invenciones para más penar, padecer y lastar. Esto significan aquellas palabras: *Turbavit se ipsum*. Porque tomó con su misma voluntad tanto dolor cuanto vio que era menester, no sólo para satisfacer á su Padre por nosotros de todo rigor de justicia, sino al amor que tenía á ambas las partes. Quien supiere pesar la inmensidad del amor, quien supiere contar la infinidad de los pecados de los hombres, sabrá contar la infinidad de los trabajos que sobre sus hombros tomó este que solo no puede tener pecado entre los hombres. Uno, y no muy gran pecador, decía: *Quia circumdederunt mala quorum non est numerus. Comprehenderunt me iniquitates meæ et non potui ut viderem. Multiplicati sunt super capillos capitis mei et cor meum dereliquit me* (Salmo 29). «Rodeado me veo de males que no tienen cuenta y preso de tantas maldades, que extiendo la vista y no les hallo cabo; hanse multiplicado más que los cabellos de mi cabeza, y fáltame el corazón y desmayo sólo en pensallos». Pues si uno sólo, y no de los mayores del mundo, tal dice de sí mismo, ¿qué pensáis ó qué entendimiento basta á comprehender el número de los que se hace cargo el Hijo de Dios? *Omnes nos quasi oves erravimus, unusquisque in viam suam declinavit* (Isai., 13): «Nosotros todos como ovejas nos perdimos y cada cual echó por su camino». Hanse de notar aquellas universales. Todos nosotros; cada cual *et posuit Dominus in eo iniquitates omnium nostrum:* «Y sobre sus hombros puso el Señor las maldades de todos». De modo, Señor, que no sólo te deben aquellos por quien pagaste el mal que hicieron, lastando tú lo que ellos pecaron, sino aquellos que no pecaron también te deben no haber cometido los males que no hicieron. Y no pagaste menos por lo que no hizo San Juan Baptista que por lo que San Pablo hizo. Ni te es menos en cargo San Juan evangelista que San Pedro. Que dones tuyos son la inocencia del uno y la penitencia del otro; por ti, Señor, merecidos y por ti lastados. Tuya fue sin duda aquella voz: *Ego damnum omne reddebam; quidquid furtim peribat a me exigebas*. La gracia que á los que se justifican se da de balde, á ti te costó sudor y sangre y vida que por ella diste. Los que no pecaron, y los que mucho pecaron, y los que poco pecaron, todos cargan de ti; porque en sí considerados eran hijos de ira y condenados á perpetuo destierro, captivos de Satanás, y por ti han de ser rescatados, á tu costa redimidos, en tu sangre justificados, prohijados, adoptados y en gracia de Dios restituídos. Bien tiene, Señor, que llorar, que gemir, por qué suspirar y dar bramidos aquella leona de tu generosa humanidad, pues con ellos ha de resucitar tantos hijos muertos. Bien dicen, sin duda, los que viendo las lágrimas, que como perlas reventaban de tus ojos: *Ecce quomodo amabat eum*. Porque estas lágrimas sudores son del corazón inflamado por la caridad. Este maná suavísimo de tus lágrimas junto está con las lágrimas de la ley que contienen el amor de Dios y del prójimo; porque desos amores, como de fuentes perennes, nacen esos rocíos con que ven los hombres tu rostro bañado. No seas ¡oh pecador! tan duro, que no te ablanden estas lágrimas; no tan helado y frio, que no te inflame este amor; no tan insensible, que no te turbe y aflija la gravedad y malicia de tus culpas, que tanto sentimiento y turbación causa en el Hijo de Dios. ¿Por qué no te entristeces? ¿Por qué no te dueles, melancolizas y lloras? Mira que no puede ser sino grande mal el que padeces,

grave peligro el que corres, terrible castigo el que te espera, pues por librarte dél tanto se aflige á sí mismo tu Redemptor.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Habiendo el Señor dado muestra de su amor y sentimiento, *venit ad monumentum*; acompañado de las dos hermanas y de toda aquella gente vino al monumento. Andadlo todo, Señor, y vedlo, no para que lo sepáis, que sin verlo lo sabéis, sino para que me fíe yo que vos veis todo mi mal, mi enfermedad, mi muerte, mi hediondez. Porque no diga yo que no me remediastes porque no me vistes. Ved, Señor, dónde yo me he entrado para que lo vea yo y lo sienta. Que si vos no me lloráis no siento yo qué se ha de llorar. Y si vos no preguntáis dónde estoy, no sentiré yo que ando perdido. Y si no mandáis quitar la piedra, no entenderé yo que es carga tan pesada la del pecado. Por vuestras demostraciones, Señor, lo entiendo, que no por mi sentimiento. *Hæc cum dixisset*, oró al Padre, más por mostrar la conformidad suya y del Padre que por necesidad de ayuda, pues El es tan poderoso como el Padre. Y en acabando su oración, *clamavit voce magna*, porque fue de afecto grande y de gran caridad y amor: *Lazare, veni foras*. Estremeciéronse á aquella voz las cavernas infernales y abriéronse de par en par las puertas cerradas del Limbo, y salió el ánima de Lázaro en un instante, y tornó á tomar su cuerpo; al cual en aquel mismo punto desampararon los gusanos y el mal olor. Y como si un arrebatado cierzo hubiera soplado y barrido toda la corrupción de aquella sepultura y corriera luego un céfiro de gran frescor, y derramara la salud y pureza, así luego salió aquel Lázaro atado y vendado. Los ojos vendados atinó á la puerta. Los pies atados subió los escalones de la cueva. Todo para mayor milagro. Y mándale el Señor soltar á sus apóstoles que le dejen andar. De creer es que el primer paso sería echarse á los pies de su bienhechor y autor de su vida, y con aquellas palabras, *Dominus meus et Deus meus*, adoraría su divina persona, y hecho pregonero de sus alabanzas y gloria celebraría su vuelta á la vida. Allí os dejo á vuestra consideración los abrazos de las hermanas, el parabién de los amigos y la norabuena de todos y la respuesta de Lázaro á todas estas cortesías. *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*. Y hecho otro Baptista diría que no se ocupasen en la consideración de su persona, sino en la de aquel que tenían delante, que era Señor de los cielos y de la tierra, á quien adoraban los espíritus celestiales y temían los infernales, y era destruidor de la muerte y dador de la vida. Esta resurrección de Lázaro nos muestra que no hay enfermedad incurable de pecado respecto del poder de Cristo. ¡Oh hombre! no desconfíes aunque huelas mal á los ángeles, y aunque estés ligado y encarcelado en tus pecados, y aunque tengas una piedra dura sobre tu corazón, sepultado de cuatro días, de cuatro meses, de cuatro años y de cuarenta mil; y aunque tú mismo te veas imposibilitado para volver á la vida espiritual, no desmayes, no te acobardes, no desesperes, sino trabaja de volver; que poderoso es Cristo que llora por ti, que gime por ti, hacerte levantar en pie. Haz que El lo sepa; escríbele, aunque lo sabe; envíale mensajeros de la oración, que así como la muerte de Lázaro permitió para gloria suya, así la tuya para honrarse con ella. Para mostrar que pueden sus manos sanar alma tan perdida como la tuya, conciencia tan destruída, corazón sepultado, haz que venga el Señor á tu monumento y que se quite la piedra de tu sepultada conciencia por la confesión sacramental bien hecha, y que los sacerdotes te absuelvan. Que con aquella poderosa voz *Ego te absolvo a peccatis tuis*, serás restituído á vida de gracia que se perpetúa con gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO

CUARTO DE CUARESMA

Ego sum lux mundi; qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.

(JOAN., 8).

El santo Evangelio, á la primera vista no parece de tanto gusto y jugo como los de los sábados que han precedido; porque no trata alguna de aquellas historias sabrosas y apacibles, sino de las invidias y rabias que contra el Salvador tenían los fariseos, injustamente concebidas. Es una breve y sumaria relación de la causa de Cristo y del motivo que tuvieron para echarle del mundo. Y así hoy, víspera de la vista del pleito y del acuerdo, sale el divino evangelista haciendo el oficio de relator soberanamente, y reduce á tres puntos sustanciales toda esta causa. El primero, ser Cristo luz y hacer oficio de luz. El segundo, ser testigo en su propia causa. El tercero, tener padre á quien los fariseos no conoscían. Cosas son al parecer ásperas y desabridas. Pero así acontece en lo natural; que en las tierras más incultas y en las montañas más altas, intratables y miradas con soberbios riscos y peñascos, allí la virtud del sol con mayor fuerza engendra ricos minerales y cría la vena del oro y plata más fina. Y en el profundo del mar nacen los corales, y dentro de las conchas más feas, enterradas en sus arenales, se cuajan las perlas. Y este mismo secreto que el Señor escondió en las obras de naturaleza, hallaremos con mayor perfección en sus Escrituras sagradas; que en lo que á nuestros ojos parece de menos caudal, ahí encierra muchas veces dotrina de más gravedad y peso. Y aunque el descubrirla pida más trabajo el entendimiento (como acullá el oro le da á la industria humana) siempre en estas obras el cielo nos hace la costa con el socorro de la gracia. Pidámosla por intercesión de la Virgen Santísima. Ave.

INTRODUCCION

Ha tomado tan de propósito estos días Cristo nuestro Redemptor el solicitar las almas en su amor; ha hecho tales y tan sobradas diligencias en negociar nuestra amistad, que parecerá muy sin excusa quien no quedare convencido. Vemos hoy muy altamente cumplida aquella promesa que por el profeta Oseas tenía hecha: *In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.* «Con las cuerdas de Adán los trahiré á mí y con los lazos del amor». Es decir, yo les haré tales obras que, so pena de no ser hombres, les obliguen á seguirme y venirse en pos de mí. Porque si hasta aquí ha hecho mi amor el vale con los dones que ha dado al hombre, ahora pienso hechar el resto y no dejar medio de cuantos pueden aficionar un corazón humano que no le intente en orden de atraerlos á mí. Allá se cuenta de David que anduvo tan cudicioso y diligente por entrar en gracia del rey Saúl que apenas dejó senda que para esto paresciese de momento. El se mostró de grandes fuerzas cuando dijo que él era pastor, pero que si por manos de pecado un león ó un oso se atrevía á llevarle algún carnero de la manada, él los perseguía y alcanzaba y quitaba la presa, y con sus manos, sin otras armas, los desquijaraba; que cuando no tuviera más que aquella habilidad bastaba para traerle á su lado por perro de ayuda. Mostróse animoso y de altos pensamientos cuando de pocos años derribó á Goliá. El, dadivoso, presentándole cabezas de filisteos; él, gran capitán, haciendo muchas cabalgadas; él, gran músico, ahuyentando con su arpa el espíritu malo que molestaba á Saúl; él,

muy cortesano, cuando dio aquella respuesta tan comedida: *Num parum videtur vobis generum esse regis?* ¿Por ventura no entendéis qué honra es llegar á ser yerno de rey? El, lealísimo, pues dos veces que pudo á su salvo matar á Saúl y vengarse de tan cruel enemigo, no quiso, antes le defendió; él, no altivo ni insolente, propiedad que suele tiznar mil otras buenas, antes tan humilde que le adoraba, ante él cruzaba las manos, vertía lágrimas, llamábase gozque y pulga. ¿Qué falta aquí para prender y enlazar un alma? Mas con todo, un corazón rebelde no se ablanda ni rinde. Cristo nuestro bien, que tan infinitas ventajas hizo á David, ¿qué de diligencias ha hecho en estos días para caernos en gracia? Mostróse el primer sábado de grandes y aventajadas fuerzas, domando la soberbia del mar, reprimiendo la furia de los vientos, que como osos y leones desatados salieron bramando de sus cavernas á dar en su manada. Con una palabra les quitó los bríos y amansó la cólera, y el mar se volvió de leche; el agua, tierra firme para el paso de Pedro; la tempestad, en bonanza; los temores, en gozos. En el segundo se mostró hermoso y magnífico, cuando, bañado de luz y traspasando en belleza á todo lo criado, trató en el monte de las excesivas mercedes que con extremado amor nos pensaba hacer para engolosinar nuestro interés. El tercer sábado se mostró padre piadosísimo y sumamente bien acondicionado, recogiendo un hijo perdido y loco, que por su inobediencia tenía muy bien merecida su saña, y le perdona y defiende de la murmuración del otro hermano, para que la dulzura de su buena condición venza á la malicia de la nuestra y queramos más gozar de entrañas de tal padre que no sufrir el azote del tirano. El pasado se mostró discreto, sabio y animoso, cortando en agraz los pensamientos de los fariseos, que le querían calumniar, haciéndole juez en la causa de aquella mujer adúltera. Cortesano, en aquella avisada respuesta con que echó la tisera por la tela de su malicia: *Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat.* «Quien de vosotros se hallare sin pecado, sea el primero que le tire la piedra». Gran capitán, sacándoles de poder de aquellos filisteos esta presa. ¿Hay aquí lazos de amor para aprisionar á los hijos de Adán? Pues si esto no basta, hoy dice: *Ego sum lux mundi.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Cuando no tuviera Cristo nuestro Redemptor más que ser luz, fuera amable á todos; pues sin luz no hay gozo, y con ella cesa el pesar. Quien trajo la nueva de haber nacido esta luz, la trajo de haber nacido el alegría. Y quien pidió albricias de lo uno, también de lo otro. *Evangelizo vobis gaudium magnum, quia natus est vobis hodie Salvator:* «Nuevas os traigo de gozo grandísimo y general para todo el mundo: que hoy es nacido el Salvador, que ya ha amanecido la luz». Cuando sale la luz, ¿quién no se alegra? Los árboles parece que despiertan y se ríen, y se visten de librea con unos entreclaros y escuros que hacen los rayos del sol, pasando por sus ramas. Las yerbecitas, ajadas y mustias con la tiniebla, resuscitan. Las flores, encogidas y como viudas tocadas, á la luz que viene despliegan sus hojas y descubren la belleza de su rostro, y se alegran y lavan la cara con el rocío del cielo para verla y ser vistas della. Abren las rosas sus capullos y exhalan grande fragancia de olores, que con la humidad de la noche han estado soñolientos y retraídos. Gorjean las avecicas en los árboles, y reciben á la luz con música. Sale el gañán con sus bueyes contento, el aperador con sus peones cantando, el señor que va á caza con sus halcones; el caminante empieza su jornada, el enfermo respira y cobra aliento. ¡Oh luz divina! en saliendo vos, ¿quién no se alegra? El rostro del mundo pareció otro; el caminante, el trabajador, el enfermo, el chico y el grande se gozaron con vuestra venida. Los que como aves vuelan y los que como bueyes aran y afanan, justos y pecadores: *Una cunctis lætitiæ communis est ratio* (Leon., In serm. nativit.), dice San León Papa: «Una es y universal para todos la razón de recibir alegría». *Exultet, sanctus, quia apropinquat ad palmam. Gaudeat peccator, quia invitatur ad veniam. Animetur gentilis, quia vocatur ad vitam*: «Alégrese el santo porque se acerca á la vitoria y al premio. Gócese el pecador, pues le convidan con la indulgencia. Anímese el gentil, porque es llamado á la vida». Ninguno es excluído deste contento general y común placer. Ponderemos bien la necesidad que tenía el mundo desta luz, y de aquí se entenderá el beneficio que con su ilustración recibió. ¿Qué sería si caminando vos por un camino os perdiésedes y os tomase la noche solo en medio de un bosque muy cerrado, por donde jamás caminastes, y sobreviniese á la noche gran tempestad de vientos y oscuridad, aguas y torbellinos, truenos y relámpagos; y descargase sobre vos sin tener el menor reparo de la tierra; porque ya vais tan cansado, que ni aun para espolear el rocín no lleváis fuerza; y él va tal, que aunque le entre la espuela hasta el rodete, no se menea; y á cualquier parte que volváis está un pantano hasta las cinchas, no veis cosa desta vida, sino de cuando en cuando un relámpago que os deslumbra y asombra más que os alumbra? Y no oís, sino cuando mucho un aullido de algún cárabo ó lobo, ó el teme-

roso ruido de un arroyo que suena bajo, desgalgándose por cima unas peñas. Y vos, mojado y aterido de frío y lleno de mil temores, temblando, que todas las cosas os ponen miedo y horror. Aquí os tira del zapato una zarza; acullá os lleva el sombrero una rama de alcornoque, y allí se os trabó la guarnición del espada en no se qué zarzaparrilla que salía de una mata de azebuche. Pregunto yo: si en medio de todos estos trabajos y miserias pareciese acullá una lanterna por una ladera y la viésedes venir hacia vos, y llegarse con ella un buen hombre que vive por aquellos montes y os guiase á su celda, y allí os enjugase y regalase hasta poneros otro día en camino, ¿en qué cargo quedaríades toda vuestra vida al tal ermitaño? Pues en semejante necesidad estaba el mundo antes de la venida de Cristo. Porque aquella antigua luz de la razón natural en las almas criadas (aunque no estaba apagada) estaba tan escurecida, que vivían los hombres en noche y en tinieblas más que en clara luz del día. Y si algunos tenían luz eran israelitas. Porque aunque vivían en escuridad de Cristo, se dijo dellos en competencia de las tinieblas en que vivían los paganos: *Sanctis autem tuis maxima erat lux.* Con todo eso, el apóstol San Pablo, que sabía qué cosa era luz evangélica, llama noche á toda aquella manera de vida. *Nox præcessit, dies autem aproppinquavit.* Ya pasó la noche de la luz vieja y amaneció el día de la ley de gracia. Y porque no piense alguno que esto se dijo por alabar demasiadamente con vituperio ajeno lo que nos toca, el profeta Isaías se queja de las tinieblas (por lo menos de culpa) en que aquel pueblo se vía. *Expectavimus lucem et ecce tenebræ; splendorem, et in tenebris ambulavimus. Palpavimus sicut cæci parietem et quasi absque oculis attrectavimus. Impegimus meridie quasi in tenebris; in caliginosis, quasi mortui:* «Esperamos la luz, y he aquí tinieblas. El resplandor, y anduvimos en oscuridad. Palpamos como ciegos las paredes, y como si no tuviéramos ojos atentamos». Pues si aquellos que tenían luz de profecía tales andaban, abrazando esquinas y atentando paredes, hechas las manos ojos (porque los ojos de nada servían); en medio del día estrellándose con cuanto encontraban, como ciegos y como muertos en las bóvedas de las sepulturas, ¿qué pensáis que podía ser de aquellos que ni aun esa luz tenían? Sino que como los egipcios, en tiempo que eran azotados con tinieblas palpables, estaban en ellas sepultados. *Vinculis tenebrarum et longæ noctis compediti; inclusi sub tectis, fugitivi perpetuæ providentiæ, jacuerunt* (Sap., 17): «Los fugitivos de la divina providencia, aquellos que en sus obras no la conocían, quedaron aherrojados en cadenas de tinieblas y en grillos de una larga noche de ignorancia aprisionados». *Apparebat autem illis subitaneus ignis, timore plenus.* Cuando mucho, les daba en los ojos un relámpago de fuego de la conciencia que no deja de fucilar y argüir lo malo, y les ponía temor; mas luego pasaba. Allí era la tempestad de todos los vicios; el arroyo furioso de las pasiones sensuales que con gran ímpetu corría cuesta abajo de su mala inclinación. *Sive spiritus sibilans aut inter ipsos arborum ramos avium sonus suavis, aut vis aquæ decurrentis nimium aut sonus validus præcipitatarum petrarum aut ludentium animalium cursus invisus aut mugientium valida bestiarum vox, deficientes faciebant illos præ timore* (Sap., 17): «El viento que silbaba de soberbia y vanagloria. La corriente de las aguas de los deleites, que con gran ímpetu corrían. Los aullidos de las fieras de la avaricia que bramaban y andaban buscando á quien tragar. Estos y otros males tenían á los hombres afligidos y amedrentados». Y no sólo era plaga del vulgo, sino que los más sabios dellos andaban por su soberbia más ciegos. Conforme á la dotrina del glorioso Apostol San Pablo: *Obscuratum est insipiens cor eorum. Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.* Que es lo que la Sabiduría dice por otras palabras: *Qui præmittebant timores et perturbationes expellere se ab anima languente; hi enim cum derisu, pleni timore languebant* (Sap., 17). «Los que prometían con la luz de la sabiduría expeler de los otros los temores y perturbaciones del ánimo, estaban más desalumbrados, temerosos y desfallecidos, que era para mofar dellos». Los que se vendían por médicos, más dolientes; los sabios, más ignorantes. Fácilmente entenderá esto quien leyere los libros de los más acertados dellos, en los cuales, entre cosas buenas, se hallan otras intolerables y errores contra toda razón natural: como adorar á las criaturas, quitar la providencia de Dios, dar el gobierno á la fortuna y á los hados, tener por lícito el mentir y por comunes las mujeres, mortales y corruptibles las ánimas racionales. Y otras cosas desta manera tan ciegas, que los mismos ciegos dirán que eran cegueras. Y dijo un filósofo tratando destas tinieblas: *Adeo ut errorem bibisse cuncti mortales videantur.* «Que no parece sino que han bebido y mamado en la leche errores y falsedades todos los hombres». Pues en medio desta noche horrenda y tempestuosa aparece Cristo con la luz de la divinidad incluída en la lanterna de nuestra humanidad. Y como luz del mundo esclarece la vida, quita los errores, expele las tinieblas, aclara las verdades, da cierta noticia de Dios, de lo que se ha de creer, obrar y huir. Y desta suerte encamina al hombre perdido á la bienaventuranza. Para esto

dice el profeta Zacarías que fue su venida: *Illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent, ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.* «Para alumbrar á los que estaban detenidos en tinieblas y en la sombra de la muerte eterna, y enderezar nuestros pies en el camino de la paz». Para guiarnos al camino seguro y libre de peligros y temores. A las tinieblas llama errores del entendimiento; sombra de muerte, al pecado, cegueras de la voluntad. ¿Paréceos que es amable esta luz, y que por sólo este título le somos en eterna obligación? Mas ¿qué diremos si después desta luz todavía nos estamos en tinieblas? Si los verdaderos israelitas que viven en la tierra de Gesen (que es la Iglesia, donde hay continua claridad de Dios) están aherrojados en tinieblas más palpables que las de Egipto, ¿qué mayores tinieblas que creer lo que creemos y vivir como vivimos? ¿Cómo se sufre tal fe con tal vida? ¿No son tinieblas hacer tanto caso de los hombres y tan poco de Dios? ¿Atesorar para esta vida (que mañana se acaba) y no dar un paso por la otra que tanto ha de durar? Andamos como Saulo en su conversión. *Circumfulsit eum lux de cœlo, apertisque oculis nihil videbat* (Act., 9). Cercados de luz celestial por todas partes, luz de fe, Evangelio, la Iglesia, doctores y letrados; y los ojos abiertos, ¿no vemos? ¿Qué excusa podemos alegar de nuestras cegueras? Que el turco y el pagano y el gentil errasen, no es maravilla, pues no tenían vista ni luz sobrenatural; pero el cristiano, abiertos los ojos de la fe al mediodía de la claridad del sol, conociendo la malicia del pecado y el abismo del infierno en que se precipita, ¿dé á cada paso tantas caídas? Aquí tropiezas en ver la mujer ajena; allí das de ojos en una mala ganancia; acullá te estrellas en una esquina de envidia, impaciencia y aborrecimiento; luego te hundes en un atolladero de deshonestidad; ya te despeñas en el profundo de la ambición y soberbia. ¿Estos son pasos de cristianos? ¿Desta manera camina quien lleva delante de sí la luz?

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Sospecho que estos tales no huelgan con tanta luz y que se hallarán mejor en aquellas tinieblas, donde no se echaron de ver sus desconciertos, ni aun fueran tan culpables. Veis aquí el primer punto que articulan los fariseos en el proceso contra Cristo: que es luz. ¿Pues de ahí toman ocasión de aborrecerle? Sí, que *oculis ægris odiosa lux, quæ puris est amabilis.* Tenían los ojos enfermísimos de mil humores de envidia, de codicia, de polvo de vanidad, y así no podían sufrir la luz. También *omnis qui male agit odit lucem et non venit ad lucem ut non arguuntur opera ejus*, dice Cristo nuestro bien. La noche en su escuridad es capa de pecadores y encubridora de desaliños; pero el día no puede sufrir desorden alguno. Antes que Dios criase la luz estaban los elementos confusos, y la casa del mundo desconcertada; mas en criándola, luego se vio obligado á ordenar y distinguir las cosas, y á poner á cada una en su lugar, como la mujer hacendosa, que de noche no cura de aliñar su casa; pero en amaneciendo se levanta y la barre y adereza y pone en razón; es la luz pregonera de bueno y malo, y así, quien anda en malas obras aborrece la luz. El que está de noche escalando la casa para hurtar, ya veis si gustará que saquen hachas para alumbrarle. Estos son aquellos malos de quien dijo al santo Job: *Qui maledicunt diei, qui parati sunt suscitare Leviáthan.* «Gente que echan maldiciones al día, que aborrecen la claridad». ¿Y quién son esos? Los que están dispuestos para cumplir las sugestiones del dragón infernal; los que de noche se ocupan en obras torpes y malignas; los rompe poyos, ronda calles y guarda esquinas, que andan poniendo asechanzas á la honra de la doncella y á la castidad de la casada. Esta es la causa de aborrecer los fariseos á Cristo. Porque hacía el oficio de luz, descubría sus hipocresías, sus soberbias, sus embustes, avaricias y torpezas, ¿cómo habían de estar bien con él? En el capítulo II de la Sabiduría, hallaremos el caso puesto en términos. ¿Por qué? *Quoniam improperat nobis peccata legis et diffamat in nos peccata disciplinæ nostræ: factus est nobis in traductionem cogitationum nostrarum:* «Porque nos zahiere los pecados contra la ley divina, y nos disfama y publica las maldades de nuestra secta». Es una luz tan clara, que aun hasta el aposento oscuro del corazón alumbra, y allí nos descubre los pensamientos. Menester es apagarla. Y así lo hicieron los cristianos; ya que de palabra no maldicen esta luz, con sus malas obras la abominan, con el entendimiento la abrazan y con la voluntad le desechan. Oigan, pues, el riguroso juicio con que la misma luz les tiene amenazados: *Qui non credit, jam judicatus est, quia non credit in nomine unigeniti Filii Dei.* «El que no cree, el infiel y el idólatra, ya tiene la causa de su condenación manifiesta; no es menester pesquisa ni averiguación para condenarle, pues no creyó en el unigénito Hijo de Dios», en cuyo nombre solamente se consigue la eterna salud. *Hoc est autem judicium; quia lux venit in mundum et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem; erant enim eorum mala opera* (Joan., 3). Empero este es el juicio. Aquí principalmente se ha de mostrar el rigor y severidad del supremo juez en los malos cristianos; que habiendo visto la luz divina que

vino al mundo, estando llenos de tanta claridad en el entendimiento, abrazaron las tinieblas de los pecados con la voluntad. ¿Mucha fe y malas obras? Ese es el juicio. Hay la pesquisa, el rigor, el terrible castigo; mucho mayor que á los infieles, siendo las demás cosas iguales. Esto ha sido para todos.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Saquemos algo de las propiedades de la luz, á propósito de tantos como hay aquí que tienen oficio della. Y sea lo primero de la generalidad de la luz. *Ego sum lux mundi*, dice Cristo. No luz de particulares; no para unos luz y para otros tinieblas, cuanto es en sí; no para unos alegre y amable y para otros triste y aborrecible. La justicia ha de ser general, que mire igualmente á todos, conforme al mérito de sus obras, sin acepción de personas. Josafat, rey de Judea, puso audiencia en todas las ciudades muradas de su reino; porque esta es la principal provisión de que el rey ha de proveer su tierra: poner quien haga justicia; la cual habiendo, habrá paz y muchos bienes. Y llama Josafat á la consulta á todos sus oficiales y jueces, y háceles un parlamento de las calidades del buen juez: *Videte quid faciatis; non enim hominis exercetis juditium, sed Domini; et quodcumque judicaveritis in vos redundabit. Sit timor Domini vobiscum, et cum diligentia cuncta facite. Non est enim apud Dominum Deum nostrum iniquitas, nec personarum acceptio, nec cupido munerum* (II Paralip., 15). El día de la resurrección de Cristo iban dos discípulos al castillo de Emaús hablando de su pasión; llégase á ellos el Redentor, disimulado, y díceles: ¿Qué pláticas son éstas de que habláis? Responde el uno: ¿Tú solo eres peregrino en Jerusalem, que ignoras las cosas que en ella han sucedido estos días? Dice Cristo: ¿Qué? —Señor, ¿pues á ellos se las preguntáis? Preguntad á vuestras manos, pies y costado, que aun no se han cerrado las llagas que en ellos recebistes. Lo que vos pasastes y padecistes, ¿queréis que os refiera quien no lo ha experimentado?—Sí; que ama el Salvador tanto su pasión, que gusta oir hablar della á quien no la sabe bien. Excusado sería decir las calidades del buen juez á quien trae las manos en la masa, y sabe por ciencia y experiencia en qué caen estas cosas; pero estoy tan cierto que en este tribunal supremo hay no sólo rectitud, sino tanto amor de justicia, que aunque yo lo diga mal, se recibirá gusto de oir tratar un poco della. Pues lo primero que les dice: Velad. Mirad lo que habéis de hacer. Este es el oficio de los oidores: no sólo oir, sino velar y ver. Veedores y atalayas. Han de alcanzar con la vista las cosas á otros escondidas. Semejantes á la águila real, que estando en el aire alto ve los peces en el profundo del mar. Y al león, rey de los animales terrestres, que no solamente cuando vela, mas aún cuando duerme tiene los ojos abiertos. Alciato dice que los tribunos tenían á las puertas de sus casas una imagen de un rey sentado, sin ojos y con manos, y en contorno otras estatuas que parecían jueces, con ojos y sin manos. Y con esto queda claro el oficio del rey y oidores de su consejo. Del príncipe es no tener ojos, sino ver por los de sus jueces. Ellos han de tener tantos como el fabuloso Argos, ó como los cuatro animales que vio San Juan junto al trono de Dios. *Plena oculis ante et retro*. Todo su cuerpo lleno de ojos para ver y examinar las causas y estudiar, y ver lo que pasa en el pueblo para consultar é informar al rey. Mas el rey ha de tener manos para hacer que se ejecuten sus mandamientos y los de sus ministros; y así con razón dice el rey Josafat: *Videte quod faciatis*. No lo que hacéis, sino lo que debéis de hacer. Primero que sentencien el negocio, estudiarlo muy de propósito y enterarse en él; querer ser informados y advertidos como el santo Job hacía. *Causam quam nesciebam, diligentissime investigabam*. Diligentísimamente, como si le fuera la vida en ello. Y con razón. *Non enim hominis exercetis judicium, sed Domini*. Dice más: «Que no hacen oficio de hombres, sino de Dios». Porque propio oficio de Dios es juzgar, que de tal manera es juez, que no puede ser reo. Y así en la Escritura, los jueces se llaman dioses. *Dii non detrahes*. Y David: *Deus stetit in synagoga deorum, in medio autem Deus judicat* (Salmo 31). «Dios está en el consistorio de los dioses; él se halla en el acuerdo, es el presidente de su audiencia». Y mejor diríamos que esta audiencia es de Dios que del rey. Pues quien es teniente de Dios, su sustituto, trabaje por hacer justicia como la hiciera Dios. Mire que no es dueño, sino dispensador, y que de la sentencia en revista ha lugar la apelación al Consejo Supremo de la justicia de Dios, que es el que juzga á los dioses y corrige sus decretos. Y aquí no deposita la parte las mil y quinientas, sino el juez que por él va. Porque *quodcumque judicaveritis, in vos redundabit*: «Todo cuanto juzgáredes, os ha de llover encima, ó bueno ó malo». Esta palabra es la más pesada que yo hallo aquí. ¡Mirad que os ha de caer á cuestas el juicio! Dice, en suma, lo que la Sabiduría en el capítulo VI amenaza con palabras tan encarecidas, que basta simplemente referirlas para que tiemble el más justificado. Oid, reyes, y entended y aprended, jueces de la tierra; dadme oídos los que gobernáis las muchedumbres y os complacéis en las

compañas de gentes que os están sujetas. Entended que la potestad que tenéis, Dios os la dio; el cual hará pesquisa de vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos; porque siendo ministros de su reino no juzgastes rectamente, ni guardastes la ley de la justicia, ni anduvistes conforme á su voluntad. Horrendamente y presto os aparecerá, y será hecho juicio durísimo en aquellos que presiden. Porque al pequeño se le concede misericordia, mas los poderosos padecerán tormento poderosamente; porque no exceptará Dios la persona de alguno, ni respetará la grandeza de nadie; pues al chico y al grande él los hizo, y tiene igualmente cuidado de todos. Pero á los más fuertes les espera más fuerte tortura y castigo; y los que guardaren justicia, serán justamente juzgados, y los que aprendieron cosas justas, hallarán qué respondan. He querido decir todo este lugar, porque en toda la Biblia no debe haber otro que más deban tener en la memoria los que tienen oficio tan importante. Y esto les dijo Josafat á sus jueces: que había de redundar en ellos lo que juzgasen. Y para que acertéis, *sit timor Domini vobiscum*. Este sea vuestro acompañado en todas vuestras sentencias. Que quien tales amenazas oye, bien tiene por qué temer. Y porque *qui timet Deum*, *nihil negliget* (Eccles., 7): «El que teme á Dios en ninguna cosa es negligente»; por eso añade el rey: *Cum diligentia cuncta facite*. «Habéis de despachar los negocios con diligencia», porque los pleiteantes detenidos no se coman las capas. El primer moble que con su inmensa grandeza contiene las nueve esferas y cielos inferiores, desde el cielo de la luna hasta el firmamento, aunque ellos son más espaciosos en sus movimientos; porque el cielo de la luna cumple su curso en veintisiete días y ocho horas; el de Mercurio, Venus y Sol, en un año; el de Marte, en dos, Júpiter, en doce; Saturno, en treinta; el cielo estrellado, su propio movimiento de trepidación, en siete mil años; el cristalino es tan vagaroso que gasta treinta y seis mil años, según algunos, y otros dicen cuarenta y nueve mil; pero á todos los arrebata el primer moble en sí, y en veinticuatro horas que dura su carrera, les hace dar una vuelta. Es el acuerdo el primer moble que gobierna toda esta máquina, y así le llama la Sabiduría en el lugar citado: *Qui continent multitudines*. Los que contienen y comprehenden con su potestad tanta multitud de gente como aquí concurre, y la rigen con su uniformidad y regular movimiento. Muchos oficiales hay, unos diligentes, otros perezosos; muchos, que procuran eternizar los pleitos, ó por codicia ó por maldad ó por descuido; pero á todos ha de llevar el primer moble tras sí; aguijarlos, darles priesa; no largas, ni pruebas excusadas; que haya buen despediente y despacho, que se queja Dios de las morosidades. *Convertisti in amaritudinem judicium et fructum justitiæ in absynthum* (Amos, 6). Esto es: Si al que hacéis justicia es tan pesada, detenida y costosa de gastos (á lo menos al pobre) que de justicia sabrosa se la convertís en amarga y desabrida. Pues primero que despachéis al pobre pleiteante y le deis su amarga sentencia, ha gastado cuanto tiene, y así no le entra en gusto ni en provecho. Mas advertid que el Señor, en cuya silla estáis, no agravia á nadie, ni es aceptador de personas; por un compás los quiere á todos. Esta es la generalidad de la luz, que á todos alumbra indiferentemente. No queremos decir que á todos los ha de llevar por un rasero, que esa no sería igualdad, sino desigualdad, sino que á cada uno guarde la justicia conforme á los méritos de sus obras y de su causa. El sol, cuando bate en la delantera de un alto edificio, entra por todas las ventanas abiertas de aquella banda, llenándolas de su claridad; mas como unas son grandes y otras pequeñas, por unas entra mucho resplandor y por otras poco. Y decimos que el sol entra igualmente por todas, no porque entre tanta luz por una como por otra, mas porque entra igual conforme al tamaño y capacidad de cada una. Así entonces decimos que los príncipes y jueces son iguales, cuando dan á cada uno lo que merece y lo que cabe en él; no gobernándose por afición de la persona, sino por celo de la justicia. Esto es lo que dijo el Sabio: *Cognoscere personam in judicio non est bonum*. La justicia no conoce padre ni madre, sino á la verdad sola.—Pues si es mi conocido, aunque esté en los estrados, ¿no lo tengo de conocer? —En lo que toca al juicio, no. Oleón se despidió de sus amigos. Temístocles rehusó el magistrado.—No quiero silla donde no han de ser de mejor condición para conmigo mis amigos que los que no lo son.—Y así á todos tratan de vos: al duque, al sastre. No conoce las personas. Y así el recto juez ha de poner los ojos en las causas que trata y no en las partes que litigan. El más insigne Senado de toda Grecia fue el Areópago de Atenas, cuyo juicio se tenía por incorrupto, como refiere Marco Tulio en una epístola *ad Atticum*. Y Alejandro ab Alexandro, en los *Geniales*. Y los jueces areopagitas no pronunciaban sentencias sino de noche, por no ver las partes. Las cuales, cuando oraban, no habían de usar de elocuencia, sino contar el caso desnudo con las cabezas cubiertas, sin mover afectos. Y de los lacedemonios cuenta el mismo Alejandro que cuando juzgaban estaban encerrados en una casa por no ver á ninguno, ni moverse con palabras ni con dádivas. Entendían éstos cuán libres de pasión deben estar

los que han de juzgar verdad y cuán desnudos de afición. ¿No dijistes antes que han de tener muchos ojos? ¿cómo alabáis el no ver á ninguno? Bien se compadece que sean linces para ver la justicia y topos para ver la persona. Y finalmente, no han de ser cudiciosos; porque acerca de Dios no hay *cupido munerum*. San Agustín dice: *Non licet judici vendere justum judicium*. Esta es la razón porque los pintaban antiguamente sin manos. Porque no las han de tener para recibir cohechos. Son luz que se da de balde y nunca se vende ni compra. Y así mandaba Dios en la ley: *Non accipies personam nec munera; quia munera excæcant oculos sapientum et mutant verba justorum* (Deut., 16). «No serás aceptador de personas, ni recibirás presentes; porque los dones ciegan los ojos de los sabios, y pervierten la causa de los justos». Esta fue la plática que hizo Josafat á sus oidores y lo que de las propiedades de la luz por ahora bastará haber dicho.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Habiendo el Redentor dicho á los fariseos que era luz del mundo, responden y dícenle: *Tu de te ipso testimonium perhibes; testimonium tuum non est verum*. «Tu te alabas á ti mismo, y así tu testimonio no es verdadero». He aquí el segundo punto del proceso. Opónenle que dice su dicho en su propia causa, y que no vale por testigo. Y si Cristo fuera hombre puro, tenían razón; pero siendo juntamente Dios, que es primera verdad, que ni puede engañar ni ser engañado, no tiene necesidad de otro abono que le acredite. A Dios sólo se ha de creer, sin otra razón, más de que él lo diga. Y así Dios, cuando jura, no jura por otro, porque no tiene superior, sino por sí mismo. *Per metipsum juravi*: «Juro á fe de quien soy». *Vivo ego:* «Por vida mía». No es menester más testimonio que su palabra. Pero sin eso, dio Cristo otros muchos testimonios. El primero, de sus obras, de quien hablamos aquí el miércoles primero. Destas decía: *Si mihi non vultis credere, operibus credite*. Y así un principal maestro de la ley, que fue Nicodemus, convencido deste testimonio, vino confesando á Cristo. *Scimus quia a Deo venisti magister. Nemo enim potest hæc signa facere quæ tu facis, nisi fuerit Deus cum eo*: «Maestro, bastante recaudo mostráis de la comisión que traéis del cielo; porque ninguno puede hacer las obras milagrosas que vos obráis, si no estuviere Dios con él». Otro testimonio dio irrefragable, que es el de la Escritura. *Scrutamini scripturas. Illæ sunt quæ testimonium perhibent de me* (Joan., 5): «Ateneos á lo escripto, y mirad bien lo procesado: que por las escrituras antiguas consta claramente quién yo soy». También dio testimonio San Juan Baptista, un hombre tan señalado: *Hic venit in testimonium; ut testimonium perhiberet de lumine*. Hecho á posta, enviado para esto al mundo: para dar testimonio de la lumbre. Y no se contenta Cristo con este testimonio, sino trae otro mayor abono del cielo: la voz pública de su Padre en el Jordán: «Este es mi Hijo muy amado, en el cual yo me agradé». Y el Espíritu Santo en figura de paloma sentado sobre su cabeza. Y San Juan que le vio y como testigo de vista depone: *Quia hic est filius Dei*. Sentad que yo me hallé presente en el Jordán y le vi. Y con tantos testimonios le desmienten los fariseos, diciéndole: No es verdadero tu testimonio. Dios os libre que uno esté resuelto de no convertirse á Dios, que por demás es acumular testigos si él está obstinado. Yo me he de estar en este pecado, no he de salir desta ocasión ni dejar lo que traigo entre manos.—No bastará aunque llueva Dios rayos ni atropelle milagros. Si no, mirad qué de señales hubo en la muerte de Cristo, del cielo y de la tierra, y con todo eso le llaman *seductor ille:* «Embaidor». Y así con razón respondió Abraham al rico avariento que pedía más testigos para sus hermanos: *Habent Moysen et prophetas, audiant illos*. No, padre Abraham, sino resucite algún muerto que les predique. Responde: *Si Moisen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent*. «Si no creéis al Evangelio y á las demás escrituras sagradas, tampoco creeréis á los muertos, si ahora resucitasen». Pero responde el Señor á esta calumnia: *Et si ego testimonium perhibeo de me ipso, verum est testimonium meum*. «Mi testimonio es verdadero y bastante». ¿Por dónde lo probaréis? Lo primero: *Quia scio unde veni et quo vado*. Sé lo que me digo. Lo segundo, porque no hablo con afición ni pasión de carne. *Vos secundum carnem judicatis, ego non judico quemquam*. Por esa vía. Lo tercero, porque mi testimonio es conforme á la ley, *quia solus non sum, sed ego et qui misit me Pater*. «No lo digo yo solo, sino mi Padre que está en mí por unidad de esencia, y tenemos un mismo sér». Y las palabras que yo digo y las obras que hago, El las dice y obra en mí; y así mi dicho es también de mi Padre, y por consiguiente es legítimo. Porque la ley dice que el testimonio de dos sea tenido por verdadero, tratemos un poco, pues la materia lo pide, de los testigos, que hay dello tanta necesidad.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Tres cosas pide Cristo para que el testigo sea abonado, que no se pueda tachar: verdad,

que sepa lo que dice; justicia, que no hable según la carne, con pasión y afición; que sea conforme á la ley, y no tenga ninguna de las tachas que la ley dispone. Y que sean tales los testigos importa tanto á la judicatura, que en el negocio que dellos pende, son el todo para hacer justicia. Y así dice el Espíritu Santo: *Qui quod novit loquitur judex justitiæ est.* (Prov., 12). «El que dice lo que sabe es juez de la justicia». No dijo testigo, sino juez. El testigo es el juez, porque él es que libra ó condena. Porque el juez sólo es ejecutor de la ley, y él no sentenciará si el testigo no dijera. Así lo dice el Redentor: «Los varones de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación», *et condemnabunt eam.* No dice: acusarán ó atestiguarán, sino condenarán. Y el sábado pasado lo dijo bien claro: *Ubi sunt qui te accusabant? Nemo te condemnavit.* «¿No hubo testigo que te comprobase la acusación?—Ninguno, Señor.—Pues ni yo te condenaré». Si el testigo no condena, ni el juez. Es todo el testigo: y así cuando no dice verdad, todo el juicio va errado, como edificio fundado sobre falso. *Testis iniquus deridet judicium* (Prov., 19). Escarnece el juicio y burla del juez, y lo desatina y desatienta y frustra de su buen intento. Pues si tanto importa el testigo, ya se ve cuán necesaria es la prudencia en el que lo ha de examinar. Nunca tanto fue menester la práctica de la ley *tu magis scire potes* que ahora, cuando las mentiras salen de madre. Que si los testigos parecieran delante un juez sabio y recto que los mirara al rostro y á los semblantes y colores, y al modo de afirmar ó negar la cosa: si titubea, si se turba, si concuerda, si se contradice, pocos se atrevieran á perjurarse. Y de los que lo acometieran, muchos fueran comprehendidos en su delicto, y muchas cosas se dejaran de escrebir que oídas se venden por verdades y vistas decir fueran juzgadas por mentiras. Mas está este negocio reducido á receptores que aunque algunos hacen bien su juicio, por ventura hay otros que no miran al rostro del testigo, sino á las manos del que le presenta, y conforme como acude, pinta el dicho á su propósito. Y veréis venir dos probanzas hechas á posta por dos oficiales iguales en habilidad y destreza, hechas de cal y canto y á macha martillo, cada una con treinta testigos, que los unos contradicen derechamente lo que dicen los otros. Y es evidencia ser algunos dellos perjuros, y no hay orden cómo se averigüe, sino que es menester ser los jueces adevinos ó profetas, y que Dios á veces los revele lo que han de hacer en semejante perplejidad. ¿Usase esto ó levantamos aquí falso testimonio? ¿Hay maldad como ésta en el mundo? Pone Dios en la ley el orden de

comprobar las verdades, y síguenle después todas las leyes humanas. *In ore duorum aut trium testium stabit omne verbum* (Deut., 19): «Lo que dijeren dos testigos, y para más superabundancia tres, sea tenido por firme y verdadero». Parecióle al legislador que dos hombres moralmente no se hallarían tan corrompidos que se concertasen á decir una mentira. Túvolo por caso extraordinario, *de raro contingentibus.* Ahora no hay cosa que más se use. Quiera uno decir que esta capa es suya y que viene por línea recta de los reyes godos de España, y haya dineros, que no digo yo con dos testigos, sino con docenas lo probará. Valga ello lo que valiere, pero quien lo jure no ha de faltar. Ya no la queda entivo ni apoyo á la fe humana. En pecando el hombre, perdió el crédito, quebró en la fidelidad y concertóse con el demonio, que es padre de mentira; hízose á sus mañas mentiroso; fue menester para que le creyesen dar fiador. Y para esto se introduce el juramento. *Est enim Deus verax; omnis autem homo mendax.* «Es Dios verdadero que todo lo sabe y no puede mentir»; y así el hombre que de su cosecha es mentiroso y puede faltar, trae á Dios por testigo, como por fiador que lo que dice es verdad. Y esta religión del juramento, como dice San Juan Crisóstomo, aun no se introdujo en el principio del mundo cuando era la infancia y niñez del mundo y los hombres eran más simples, sino cuando fue creciendo con la edad la malicia y hubo desorden y confusión en todas las cosas, y lo que peor es, dieron los hombres en el vicio pésimo de la idolatría. Ya que el mundo estaba tan estragado que no había de quién fiar, dieron en traer á Dios por testigo para confirmar la verdad. Y lo que con tal testimonio era autorizado, era de todos tenido por inviolable y verdadero, aun acerca de los gentiles. Diré un ejemplo que trae San Augustín (á mi juicio extraño) para que se vea la veneración en que los gentiles tenían el juramento. Marco Atilio Régulo, emperador romano y cónsul, fue preso de los cartagineses en una batalla con otros muchos de sus soldados. A cabo de algunos días, envíanle los de Cartago á Roma á negociar con el Senado que trocasen los captivos, y ellos diesen los cartagineses que tenían y los de Cartago á los romanos; y tomáronle juramento que si no concluía el negocio se volvería á la prisión donde estaba. Va á Roma y propone su embajada en el Senado, y juntamente da su voto que no se hiciese el trueque, porque los captivos romanos eran viejos y los de Cartago mozos y valientes para la guerra. Decrétase así en el Senado, y luego cargan de hijos, parientes, amigos, criados (que era la mayor parte del pueblo), pidiéndole con muchas lágrimas no volviese á Carta-

go. Y todo el mundo no fue parte para estorbarle la vuelta, por no quebrantar el juramento, sabiendo que en llegando allí le habían de hacer morir con exquisitos tormentos, como lo hicieron; que le encerraron en un arca ó jaula de madera, alta y angosta, toda sembrada de acutísimas púas de acero, de suerte que por fuerza había de estar en pie y á ninguna parte se podía arrimar sin lastimarse gravísimamente, y allí lo dejaron morir con tormento de sueño. Esta historia cuenta Valerio Máximo en el libro nono, y tráela San Augustín. Pregunto yo: ¿Hubiera entre cristianos esta religión, que si viniera uno de Argel á procurar su rescate por un moro Arraez que estaba acá cautivo, con juramento de volverse allá, no le hallando, y se viera entre sus amigos y deudos, sin haber quien le compeliera á la vuelta, más que la reverencia del juramento y teniendo por cierto que en llegando le habían de quitar la vida, volvería? Pues un gentil, jurando por los falsos dioses, no se quiere perjurar aunque pierda la vida, ¿cómo el cristiano, que jura por el omnipotente Dios, no teme hacerle tan grave injuria como jurar en su nombre mentira? Adán, cuando le tomó Dios la confesión después del pecado, respondió: *Mulier quam dedisti mihi*, me dio de la manzana y comí. Tácitamente quiso atribuir la culpa de su pecado á Dios que le dio la mujer, y esto fue lo que más enojó á Dios, como dice San Bernardo. Pero el perjuro, derechamente quiere envolver á Dios en su pecado y hacerle autor y fautor de su mentira, pues le trae por testigo della. Y cuanto es de su parte pretende hacer mayor mal á Dios que los que le crucificaron: pues aquellos hicieron sólo mal de pena y él pretende amarañarlo en mal de culpa. Nunca el demonio hizo tal maldad; porque aunque es mentiroso y padre de mentira, nunca osó ni osará traer por testigo della á Dios. Cuando la reina Jezabel envió á mandar á los jueces de Israel que presentasen dos falsos testigos contra el inocente Nabor, para hacerle morir, dijo: *Submittite duos viros, filios Belial, contra eum*. Digan que blasfemó de Dios y del rey. Y más abajo dice la Escritura: *adductis duobus filiis diaboli ut viri diabolici dixerunt contra eum testimonium*. El testigo falso es hombre endiablado, hijo del demonio, legítimo por imitación de su mentira. Y aquellos no se dice que juraron, sino simplemente dijeron falso testimonio, y con todo los llama hijos de Satanás. El que junta el juramento con el falso testimonio, al mismo Satanás vence en malicia. ¿Qué pena merece tan grande iniquidad? ¿No ha de vengar Dios esta injuria? Oid. En todos los preceptos del Decálogo no pone Dios amenaza junto con el mandamiento, sino en el segundo. No jures el nombre de Dios en vano. *Nec enim habebit insontem Dominus eum qui assumpserit nomen Domini Dei sui frustra*. Porque no tendrá Dios por inocente al que jurare el nombre de su Dios en balde, no se quedará alabando. Señor, ¿por qué más esta amenaza en este mandamiento que en los demás? ¡Oh, que es grande el agravio que Dios recibe, y su santo nombre, y son los hombres fáciles para caer en este desacato, y es Dios tan bueno que no querría le diesen ocasión de ejecutar la pena que este pecado merece. ¿Qué pena es esa? No la especifica Dios, sino dice en comun: *Non habebit insontem*. «No se quedará con ello». Y en otra parte: *testis falsus non erit impunitus* (Prov., 19). «No quedará sin castigo». ¿Qué castigo? Más de lo que se puede decir. Como allá: decilde al justo que bien. ¿Qué bien? Bien que no se puede explicar. Todo el bien que se pudiere imaginar, todo esto y más será para él. Así el testigo falso, el perjuro ha de ser castigado. ¿Con qué pena? Con mucha más de lo que se puede entender. En la ley mandaba dar á los falsos testigos la pena del talión: ojo por ojo, diente por diente, vida por vida. Y así se la dieron á los viejos que acusaron á Susana. Y dice allí á los jueces: *Non misereberis ejus et auferes innoxium sanguinem de Israel ut bene sit tibi*. No se ha de usar de ninguna clemencia con el testigo falso. Ese es el castigo á mi pensar con que Dios le amenaza, fuera de que esta vida no le ha faltar plaga y azote, que en la otra le castigará Dios sin misericordia. Llevarlos á punto crudo por todo rigor. ¿Pues qué será del que así fuere juzgado? ¿Quién volverá por él? David, con ser quien era, daba voces: *Domine, ne in furore tuo arguas me* (Salmo 6). «Señor, no me argüéis con vuestro furor»; no me castiguéis con vuestra ira: haya mezcla de misericordia. Dios nos lo dé á entender por quien El es y engendre en los ánimos de todos tanto temor y reverencia á la Divina Majestad, que respetando como es debido su santo nombre, seamos libres del castigo de su ira y alcancemos aquí la gracia y después la gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO DE PASIÓN

Quis ex vobis arguet me de peccato?

(JOAN., 8).

El santo Evangelio contiene una disputa que pasó entre Cristo nuestro Redentor y los fariseos incrédulos, en que el Señor hace publicación de su divinidad y prueba ser Hijo de Dios. Lo primero, por la inocencia de su vida; de que pone por testigos á sus mismos enemigos, que con serlo tan apasionados no le pueden convencer de pecado. Lo segundo, por la verdad de su dotrina, que los judíos no podían negar, aunque por ser malos no la querían recebir. Lo tercero, en la mansedumbre con que sufre las injurias que le dicen, llamándole endemoniado y samaritano. Lo cuarto, en que promete vida eterna al que guarda su palabra. Y lo último, por la eternidad de su sér. Porque antes, dice, que Abraham fuese, yo soy. Esta fue la conclusión desta disputa. Y paró en que ellos de enternegados le quisieron apedrear, mas el Señor los dejó y se salió del Templo. Esta es la letra en forma. Pidamos la gracia por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave.

INTRODUCCION

En aquella descripción no menos atrevida que venturosa, que en el capítulo V de los Cantares hace la esposa de su esposo, deseando darla á ver á los ojos de los mortales (ardua y y difícil empresa, no sólo á los hombres, sino á los espíritus celestiales), comenzando la alabanza, dice: *Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus.* «Blanco y colorado es mi amado, escogido entre millares». En estas pocas palabras comprehendió el Espíritu Santo grandes misterios. Y tomando los que hacen á nuestro propósito en llamarle blanco y colorado, lo primero se significa la unión de dos naturalezas, divina y humana, que concurren en la persona de Cristo. En lo blanco, por su pureza, es entendida la deidad que no sufre mixtión. Y así le representó á Daniel aquel antiguo de días, que era figura del Padre eterno, con vestiduras blancas como la nieve y barba y cabello como copos de lana limpia. Y del Hijo, sabiduría del Padre, dice el Sabio: *Candor est lucis æternæ.* «Que es albura de la luz eterna». Lo colorado es símbolo de la humanidad, que se tomó de la sangre purísima de la Virgen. Y juntándose estos dos colores en la Encarnación, quedó la albura divina encarnada: Dios hombre y el hombre Dios. Lo segundo, hablando de Cristo, aun en cuanto hombre, se llama blanco por la inocencia y limpieza de su vida irreprehensible, y colorado por la sangre de su pasión y muerte. Este es aquel gallardo jinete que vio San Juan en sus revelaciones, que se intitulaba fiel, verdadero verbo de Dios. Venía en un caballo blanco, y traía las vestiduras teñidas en sangre. El caballo es la humanidad, blanca, sin mancha, sin culpa, llena de gracia, regida por el Verbo divino, tan arrendada, que no salió un paso de su voluntad. La ropa sangrienta es la carne de Cristo, bañada en su propia sangre en la pasión. Y es tan admirable esta mezcla de inocencia y muerte, que siendo justo padezca como culpado, que hizo gran dificultad á los entendimientos angélicos; y así se introducen admirados en la Ascensión de Cristo, y preguntándole la razón: *Quis est iste qui venit de Edon, tinctis vestibus de Bosra?* (Isai., 63). «¿Quién es éste que viene de la sangre, y trae sus vestiduras manchadas de la vendimia?» Llámase la pasión de Cristo vendimia, porque este fue el fruto que cogió de aquella viña de la Sinagoga que plantó en la tierra de promisión. El patriarca Jacob, á la hora de su muerte, poniendo los ojos en Cristo que había de nacer de la tribu de Judá, y acordándose desta vendimia, dice: *Lavabit in vino stolam suam et in sanguine uvæ pallium suum.* «Lavarán en vino su ropa y

en sangre de uva su capa». Este vino, como dice San Agustín, fue el odio de los judíos, con que conspiraron contra el heredero y señor de la viña. Esperaba el Señor coger de aquella heredad uvas, vino de caridad, amor de Dios y del prójimo; y en lugar desto, dio este vinagrón de injusticia, maldad, clamor, voces; aquel ¡crucifícale, crucifícale! Ese fue el vino en que lavó su ropa; porque eso fue causa de ponerle en la cruz, adonde, como en lagar, se esprimió aquel racimo de uvas que produjo la viña Engadi. Y corriendo el bálsamo de su sangre, se verificó la profecía: lavará en sangre de uva su capa, porque en su propia sangre quedó el palio de su cuerpo teñido. Allí el santo Noé, habiendo bebido con exceso del vino de la viña que plantó, quedó fuera de sí desnudo y muerto; adonde le escarneció el malvado hijo Cham, los incrédulos y pérfidos judíos; y le honraron y cubrieron Sen y Jafet, que son los fieles que de ambos pueblos gentil y judaico creyeron. Desta vendimia entienden los ángeles cuando preguntan: ¿Por qué lleva Cristo las ropas manchadas, como los que han pisado uvas en el lagar? ¿Cómo se compadece ser blanco y colorado, y hallarse tanto castigo adonde hay tanta justificación? Y aun por eso, ¿cómo pudiera Cristo pagar por culpas ajenas si las tuviera propias? Con soberano consejo la Iglesia católica en este día, que comienza á cortar lutos y á celebrar las exequias de la muerte de su esposo; como de aquí á poco nos lo ha de mostrar tan humano que se ofrezca á la muerte y tan reo que muere entre malhechores, nos previene con la consideración de su divinidad y de su inocencia en cuanto hombre. Porque con la primera consideración vamos acompañando los pasos de la pasión, hallando debajo de aquella humanidad el sér divino; debajo de aquella humildad y abatimiento, la gloria de su reino; debajo de aquellos azotes, su impasibilidad y poderío, y debajo de aquella muerte, su eternidad. Y con la segunda consideración de la inocencia vamos sintiendo que, aunque fue suya la muerte, nuestra fue la culpa; suyos los dolores, nuestros los delitos; no tuvo por qué morir, ni lo debía; porque, como dice su Apóstol: *Per peccatum mors et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt* (Rom., 5). «Y pues en El no hubo pecado, tampoco hubo deuda de muerte que fue castigo del pecado». Es importantísima la averiguación destas dos cosas para el seguro de nuestra reconciliación. Porque tal era menester que fuera nuestro sacrificio: inocente y valeroso; hombre sin culpa que satisficiese por los hombres, y Dios inmenso, porque diese infinito valor á su ofrenda y satisfación. En memoria de la libertad que dio el Señor á su pueblo del cautiverio de Faraón, mandó le ofreciesen el cordero pascual, y que fuese escogido y traído á la ciudad á 10 de marzo. Había de ser *agnus absque macula, masculus, anniculus:* «Sin mancha ni defecto, cabal en todo; macho y no hembra, y de un año». Y guardábanle hasta los catorce del mes, y entonces le sacrificaban. Este cordero es Cristo, á quien señaló San Juan con el dedo. *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi*: «Cordero que quita los pecados del mundo». Por su muerte conseguimos libertad y fuimos rescatados de la esclavonía del pecado y de la servidumbre del demonio; no por oro ni plata, que es moneda baja, que no corre en el cielo, *sed prætioso sanguine quasi agni inmaculati, Christi* (I. Pet., 1): «Sino con la sangre preciosísima del cordero sin mancilla, Cristo». Viene, pues, ahora la Iglesia; tráele tanto antes á la memoria para que le contempléis y veáis cómo se hallan en El todas estas consideraciones: que no tiene mácula alguna, ni defecto exterior de pecado; que es *anniculus*: también en lo interior, inocente; porque en los niños de tan poca edad no hay malicia, sino toda sinceridad é inocencia. Es *masculus*. Es de esfuerzo varonil, y tiene valor y poder para hacer nuestro rescate. Es Dios, cuya infinita fortaleza fue menester para nuestro remedio. Porque tenía también el pecado cierta infinidad, por parte de ser Dios el ofendido. En suma, para que se vea cómo en El concurren estas dos calidades, de ser Dios poderoso y hombre sin culpa, que la una sin la otra no bastara, como dice San León papa: *Nisi enim esset verus Deus, non afferret remedium; nisi verus esset homo, non præberet exemplum.* Sólo Cristo tuvo estas buenas partes, y así El solo es apto para el sacrificio. Por eso le llamó la esposa *electus ex millibus*. Escogido y entresacado entre millares en todo el rebaño de los hijos de Adán; porque en toda la muchedumbre innumerable de hombres que son, fueron y serán, no había uno totalmente libre de pecado. *Omnes declinaverunt; simul inutiles facti sunt; non est qui faciat bonum, non est usque ad unum* (Salmo 13), dice David: «Todos declinaron de la primera rectitud y se hicieron inútiles y desaprovechados, roñosos, dolientes, manchados». *Non est usque ad unum.* Se halla cordero sin mácula y de provecho, sino sólo uno, y este es Cristo, escogido entre millares. Y como tal se pone hoy en manos de los conocedores, en medio de los carniceros sus enemigos, y dice: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* Como si dijese: pues en vuestros corazones me tenéis ya condenado como cordero al sacrificio, justo es que se vea si soy cual manda la ley. Buscad en mi conversación exterior, que es el vellón, si hay alguna mancha

de pecado; y mirad lo interior de mi alma, y esto verlo heis por el balido de mi doctrina, tan clara que no la podéis negar. Miradme de pies á cabeza, que no hay en mí defeto alguno.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Quis ex vobis arguet me de peccato? ¿Con quién habla? Con los príncipes de los sacerdotes y las compañías de los judíos. Son realmente aquellos, extraños á Cristo, de quien dice San Pablo (I Cor., 5): *Quid enim mihi de iis qui foris sunt judicare?* De los que están fuera de la Iglesia y de su amistad, para tapar con el testimonio dellos la boca á los más descreídos. Dos linajes de gentes son príncipes y pueblos, que más saben de cuanto pasa en el mundo. De los príncipes y grandes personajes dijo uno que sabían más que Dios, y probábalo desta suerte. En Dios no hay más dos modos de ciencia: *visionis et simplicis intelligentiæ.* La primera se extiende á todo lo que tiene sér, en cualquier diferencia de tiempo, como quiera que sea. La segunda es de aquello que es posible que sea. Los señores, no sólo saben lo que es ó lo que puede ser, sino su ciencia se extiende á lo que no es, ni será, ni es posible; mas porque ellos lo sueñan, ¿qué de menudencias alcanzan? Aunque con su pan se lo coman. Si mucho de nosotros saben, todo lo sabemos dellos, y de sus secretos más encubiertos. Figuráseme á mí que los secretos de que tanto se quieren servir los grandes del mundo son como unas cuadras labradas por artificio de arquitectura: que lo que decís muy quedito á un rincón se oye al otro, sin que entendáis cómo. Un secreto dicho en secreto á uno, se descubre en secreto á otro, y de dos secretos resulta un no secreto. El pueblo también es quien todo lo sabe, todo lo dice, todo lo huele, todo lo rastrea. Es un monstruoso animal que tiene muchos ojos, muchas orejas, muchas bocas, muchas lenguas.

Monstrum horrendum, ingens, cui quot sunt corpore [plumæ
Tot vigiles oculi subter (mirabile dictu),
Tot linguæ, totidem ora sonant, tot subrigit aures.

(VIRGILIO, *Eneida*).

Ha de hablar de todos el pueblo, y á todos y en todo lugar. ¿Quién se escapó jamás de las orejas del pueblo, de sus ojos, de sus lenguas, tantas y tan desenfrenadas? Ya os habréis hallado alguna vez en alguna cacería. Es maravillosa cosa la solicitud con que buscan los podencos la caza y la diversidad de cazadores della. Unos que á ojo matan, otros que por oído, otros que por viento y por olor los sacan, que no sabréis qué pudo dejar el pie del conejo y de la perdiz impreso en la yerba por donde pasó, de que la nariz del rastrero toma información en su pesquisa. Dan con el conejo, laten, corren, saltan, al fin le encierran. Acuden los cazadores donde los perros llaman. Cercan, rodean, enredan, cavan. Veréis algunos perros tan cudiciosos de la caza que os hará maravilla. Unos puestos al oído, otros enhiestos con suma atención sobre la mata, otros escarban con pies y con manos para desenterrar la caza. Diréis: estos podencos, ¿qué es lo que ahora piensan con todas sus diligencias? ¿Hanles de dar los cazadores parte de la presa? Ni aun la pelleja. ¿Pues quién solicita ahora aquel podenco pesuñado, de cola torcida y enroscada, á andar tan agudo, saltando carrascos de monte en monte, sin descansar todo el día? ¿Piensa que le han de dar algo por ser malsín, ni que ha de ser más así que así en toda su vida? ¿Qué le va en oler vidas ajenas, en no dejar cosa que no sacuda, donde no halle que sospechar, en que poner mácula, á que no ladre, sobre que no halle entrada á su calumnia? Señor, es podenco del diablo, y de balde ha de hacer este oficio en su casa, aunque no le den sino un pedazo de pan mohoso á cabo de haberse hecho pedazos todo el día. Porque pensar que celo bueno ni amor de virtud le pone en esos cuidados, sería locura; pues consta que no trata más de virtud ni religión ni penitencia que Mahoma. Es inclinación esa desos podencos vulgares, sin cuidar de sí, andar rastreando vidas ajenas. Tales eran estos fariseos, príncipes y populares, con quien hace Cristo comprobación de su vida. *Foderunt manus meas et pedes meos: dinumeraverunt omnia ossa mea. Ipsi vero consideraverunt et inspexerunt me* (Salmo 21). Es singular testimonio este que trata de la inquisición que sobre la inocencia de Cristo hicieron los judíos con quien vivía. Otros lugares que de Cristo hablan, inmediatamente, según el primero y propio sentido, ajustan al que los dice, como á David, á Jeremías. Este primero que á David, y más propiamente se dice de Cristo á la letra, porque á David no le enclavaron los pies y las manos, sino metafóricamente; á Cristo, sin ninguna metáfora. Pero también se dice dél, como de David, que le cavaron las manos y pies; por cuanto no contentos con lo que se descubría, anduvieron cavando y escudriñando como podencos sus obras y sus pasos, contándolos uno por uno; considerando y calando con la vista como linces lo que estaba dentro. Dad acá, dice; ¿quién de vosotros tan curiosos, tan rastreadores, tan oledores, tan grandes mirones de todo, hallará pecado en mí de qué argüirme?

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Quis ex vobis arguet me de peccato? Buena disimulación es esa, Señor, y muy buen modo de haceros desentendido, como si no supiésedes lo que dicen y lo que han dicho. Dicen (si queréis que os lo diga claro) que sois en vuestra persona destemplado: *Vorax et potator vini.* Dicen que en las personas con quien tratáis sois poco recatado: *Amicus publicanorum et peccatorum.* Dicen más: que de las observancias de los mayores no curáis, ni avisáis á vuestros discípulos que se laven para comer las manos. Dicen otras cosas de mayor momento: que no sois de parte de Dios, pues no guardáis el sábado. Que tenéis hecho pacto con Belcebú, príncipe de los demonios. Dicen que blasfemáis cuando perdonáis pecados. Paréceme á mí que quien esto dice os arguye de pecado y aun de muchos pecados. Mal segura, señores, viviría en el mundo la inocencia si bastase para que ella perdiese algo de su dignidad que quien quiera y como quiera dijese contra ella. Argüir no es decir sin razón ó sin aparencia della. Si no se mira más que dicen, acusan, oponen, cuanto más justo fuese uno mayor contradicción hallará en esta vida; donde hay algunos tan malos pintores de la suya que, como el otro, que pintó mal un gallo, y cuando sacó la pintura á vistas puso un muchacho que con una larga caña ojease de la plaza todos los gallos vivos que andaban por ella, porque su presencia no descubriese la impropiedad de su tabla, así aborrecen y ojean, y cuanto les es posible ajoran de la república todos aquellos que con buen vivir pueden descubrir las maldades que hay en su vida. Y desos hablan peor y les levantan testimonios; que los mismos que los dicen, saben ser falsos, ó por desautorizarlos porque los quieren mal ó porque se entienda que todo el mundo es uno y que no hay nadie bueno, supuesto que ellos son malos. Y cúmplese lo que dijo el Sabio: *Ambulans recto itinere et timens Deum despicitur ab eo qui infami graditur via* (Prov., 14). «El que anda á las derechas y teme á Dios es despreciado y deshonrado del hombre infame y perverso». Por lo cual deben los jueces no reparar mucho en que algunos acusen, ó los oyentes en que hablen, sino examinar quién son, qué les mueve y cómo prueban, y qué razones dan de lo que dicen ó acusan. Esa es la fuerza de aquella palabra: *arguet.* ¿Quién de vosotros me convencerá por razón de haber pecado? ¿O con algún argumento siquiera tópico que haga alguna probabilidad que parezca que lleva razón? Pudieron como desbocados y blasfemos decirle esas y otras injurias, acusarle y hacerle cargos calumniosos; pero ninguno probaron, ni aparentemente. *Non erant convenientia testimonia.* Ni los falsos testigos que compraron se supieron concertar de modo que su dicho hiciese fe. Delante Pilatos le acusaron que prohibía pagar el pecho á César, habiéndoles dicho no más lejos que dos días antes: *reddite quæ sunt Cæsaris, Cæsari.* Bien vían ellos que mentían por mitad de la barba en eso y en todo lo que le imponían, pero quiérenlo decir por desacreditarle y destruirle. *Ipsi vero in vanum quæsierunt animam meam: introibunt in inferiora terræ, tradentur in manus gladii, partes vulpium erunt* (Salmo 62). Ellos (dice David en persona de Cristo) en vano me buscaron la vida (de los judíos entiende San Agustín) sin por qué, y para destruirme anduvieron á caza de mi vida; mas fue su pesquisa en vano, porque no hallaron de qué asir, y en pena de que anduvieron huroneando mi vida, entrarán ellos en las madrigueras de la tierra. Por la muerte cairán en la sepultura. Y porque con su lengua (como espada aguda, *lingua eorum gladius acutus*) me tocaron en la honra, serán entregados al cuchillo. Y en pena de las raposerías y fraudes con que me acusaron, serán porción de las zorras infernales. *Rex vero lætabitur in Deo; laudabuntur omnes qui jurant in eo, quia obstructum est os loquentium iniqua* (Salmo 62): «Pero yo que soy el rey constituído en el monte santo de Sión, me alegraré en Dios, que está de mi parte, y los que juran en mí serán alabados». El juramento hecho con las debidas circunstancias es acto de latría y religión. Y quiere decir: los cristianos que me adoran por Dios, y reconocen por primera verdad y fuente de toda santidad, y como tal se valen de mi autoridad para dar firmeza á sus juramentos, esos van acertados. Pero las bocas deslenguadas que contra mí dijeron blasfemias, seran azolvadas y cerradas á piedra lodo. Mirad qué cerradas están hoy y qué enmudecidas, no teniendo qué oponer con aparente razón á la inocencia del Salvador. Todos aquellos, Señor, que en este negocio por razón se siguieron, justifican vuestra causa, contestan vuestra santidad, y sus dichos son tapabocas destos descreídos. Herodes os vistió de ropa blanca pensando afrentaros, pero al fin protestó la blancura de vuestra vida. La mujer de Pilatos, que envía (turbada de lo que había visto) á su marido que no se embarazase en vuestra causa, porque siendo justo no érades de su foro. *Nihil tibi et justo illi.* Que fue declaración de lo que Cristo había dicho á Pilatos: «No tuvieras poder alguno en mí, si de arriba no se te hubiera dado»; porque las culpas hacen al reo súbdito de quien pueda juzgarle. ¡Cosa extraña es considerar que ponga en corazón Satanás á Judas que venda á Jesucristo, y que el mismo lleve

el celebro de visiones horribles á la mujer de Pilatos para vedar que no pase el negocio adelante! Sentía ya el engaño en que hasta allí había vivido, que la divina Sabiduría por tan varios modos le había ocultado. Hacía presa en las telas de las entrañas el anzuelo que, cubierto con tan soberano artificio, se había tragado. Picaba la fuerza de la yerba ya en lo vivo. Y así, lastimado, sintiendo el daño que él mismo á sí se había hecho, daba arqueadas rabiosas para lanzarle; pero tarde cayó en la cuenta, cuando ya no tenía su mal remedio. Lo que sacó deste su vano cuidado, es que no le agradezcamos nada de lo que hizo cuando fue ocasión de ser Cristo vendido, pues le vemos tan presto arrepentido del bien avisado. También, Señor, tenéis por testigo de vuestra justicia al mismo juez que sentenció, forzado, vuestra causa; pues dio, á más no poder, sentencia contra vos, cuya inocencia había protestado por tantas maneras, lavando finalmente las manos de la sangre inocente que contra su voluntad derramaba, importunado por la gente tan porfiada. Sobre esto es el testimonio del ladrón que pendía en la cruz á vuestro lado; que conociendo su culpa, publica vuestra inocencia y dice que no habéis hecho por dónde merezcáis muerte tan cruda, y os suplica que dél tengáis (llegando á vuestro reino) memoria. Testimonio sin duda mayor que toda excepción; porque no saca aquella confesión al tormento que por sus culpas padecía, sino la paciencia con que os vía padecer tan grandes penas, juzgando ser imposible que tan increíble mansedumbre como la vuestra, que allí mostrastes, pudiese salir sino de infinita inocencia. No se puede fingir al cabo de la vida lo que en toda ella no se puso en prática; ni se pudo praticar tal paciencia, sino con la santidad que sólo en vos se hallaba y por estar usado á ella en la vida toda. A este echa el sello el testimonio que dio el caporal ó capitán de la gente militar que guardaba la cruz aquella hora que el Señor expiraba en ella; que forzado de la fuerza del clamor con que Cristo rendía en las manos de su padre el alma, dijo: *Vere hic homo justus erat*. Ved si quedan bien tapadas las bocas de los mentirosos y cuánta es la fuerza de la verdad, que con sus mayores enemigos comprueba su justicia.

CONSIDERACIÓN TERCERA

¿Pero qué sacamos nosotros para nuestra utilidad desta probanza ó qué nos importa estar desta verdad enterados? No se representa sin urgentísima necesidad de la limpísima pureza del Señor en éste día. Porque comenzando desde él más de veras á celebrar el divino misterio de su pasión, cumple llevar por presupuesto que no tenía culpas por que padecer, ni las hallaron en El todos sus enemigos, para que más llenamente entendamos que padece solamente por las nuestras, y saquemos principalmente dos cosas: temor y esperanza. El temor se alcanzará viendo la venganza que Dios hace en la inocencia de su hijo, sólo porque tenía en sí de nuestros pecados la sombra. Si el rey tuviese un vaso preciosísimo, y en él un licor de valor incomparable que estima sobre toda estimación, y un criado de propósito le hiciese pedazos, y temiendo la ira del rey pusiese los pedazos del vaso en las manos del príncipe heredero, hijo único, para que su padre pensase que él lo había quebrado y se reportase; mas el rey está tan embravecido que viéndolo, quiere matar á su hijo inocente; dícenle: Señor, mirad que no quebró el vaso el príncipe, sino aquel mal hombre de Fulano; y averiguado el caso y constándole ser así, todavía está tan sañudo y furioso por el vaso quebrado y licor vertido, que aunque sabe que su hijo no le quebró, sólo porque le halló los pedazos en las manos le condena á muerte sin apelación. ¿Qué os parece que debe temer el mal siervo que de industria quebró el vaso? *Horrendum est incidere in manus Dei viventis*: «Espantable cosa es caer en las manos de Dios vivo». El pecador, quebrantando los mandamientos de Dios de su gana, quebró el vaso preciosísimo de su alma, en que se guardaba el licor de la gracia, que es de precio infinito, porque es de linaje divino y sobrenatural. *Cor fatui quasi vas confractum et omnem sapientiam non tenebit* (Ecl., 21): «El corazón del necio pecador es vaso quebrado en que no se puede conservar la sabiduría y la gracia que anda en su compañía». Cristo, hijo natural de Dios, tomó en sus manos los pedazos del vaso, encargándose de nuestros pecados, para pagar por ellos. *Posuit in eo Dominus iniquitates omnium nostrum:* «Puso y halló en él el Señor las maldades de todos nosotros» (Isai., 53). Y por ello le condena á una muerte tan atroz; ¿qué será razón que temamos nosotros, que somos los facinerosos, que habemos hecho tan graves pecados? Si porque, pasando el hijo del rey por Berbería, se vistió á la usanza y traje morisco, le mandase su padre cortar la cabeza, mala esperanza podrían tener los mismos moros si los hubiese á las manos. Por otra parte, nos puede dar esto mismo gran consuelo, sabiendo que es nuestra aquella inocencia y que está en nuestra mano podernos aprovechar della. Represéntasenos un bellísimo jardín de flores de que tenemos licencia de coger: un naranjo cubierto de azahar de lindísimo olor con

que nos podemos consolar. ¿Qué persona habría tan enemiga de sí que, si viéndose enferma le mostrásedes la salud que con poco trabajo pudiese alcanzar, no extendiese la mano para conseguirla? Si una persona fea pudiese alcanzar hermosura sólo con pesarle de su fealdad de todo corazón, ¡qué de contritas hubiera y qué apesaradas! Insensible sería la que no le doliese. ¿Qué somos los que creemos que si nos pesa de haber afeado nuestras almas y pedimos dello perdón y proponemos la enmienda, y nos llegamos á los Sacramentos que contienen aquella sangre pura con que son hermoseadas las almas y blanqueadas más que la nieve, alcanzaremos esta lindeza espiritual que aquí vemos en Cristo, y con todo esto nos dejamos estar en nuestra fealdad, tan aborrecible y tan abominable? *Christus nos redemit de maledicto legis, factus pro nobis maledictum, quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno, ut in gentibus benedictio Abraham fieret in Christo Jesu; ut pollicitationem spiritus accipiamus per fidem* (Gal. 3.—Deut. 21). «Cristo nos rescató de la maldición incurrida por la transgresión de la ley, hecho por nosotros maldición, conforme á lo que está escrito: maldito el hombre que fuese colgado en el madero, para que en virtud desta maldición alcanzasen las gentes la bendición de Abraham en Jesucristo y la promesa del Espíritu Santo y sus dones mediante la fe viva». Maldición se llama aquí todo lo que es pena, infamia, muerte, deshonra, dolor. Eso tomó en sí Cristo, con tanto exceso y sobrada demasía, que le llaman, no sólo maldito, penado, castigado, sino la misma maldición, pena, castigo, infamia. Para sacarnos de la maldición, él la recibió sobre sus cuestas, tomando nuestras culpas á su cargo, para darnos por eso de su inocencia; de suerte, que porque fue él tratado como maldito, quedamos nosotros en él y por él benditos. Extraño modo para llevar el mayorazgo del hijo mayor y conseguir por artificio la heredad negada por naturaleza; se viste Jacob de las vestiduras de su hermano mayor, las mejores y más olorosas y ricas; Cristo nuestro Señor, al revés, se viste de las ropas manchadas y rotas de sus hermanos menores, para que sobre él descargue la maldición, y á trueque de su pobreza nos enriquezca. ¡Qué desconcierto tan grande es el nuestro en querernos todavía estar en nuestra pobreza! Vistámonos de las ropas preciosísimas del primogénito entre muchos hermanos. *Induimini Dominum Jesum Christum* (Romanos, 13). Vestíos de nuestro señor Jesucristo por la fe viva, por la imitación de sus virtudes, por la aplicación de sus méritos, y alcanzaréis la bendición de todos los bienes espirituales y el mayorazgo de la heredad eterna.

CONSIDERACION CUARTA

Establecido este fundamento de su inocencia, prosigue adelante el Señor á convencer la protervia desta gente. *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Es fuerte argumento este que les hace. Podría con algunos la verdad perder de su crédito, por parte de la persona que la trata, porque está dicho: *Ex ore fatui reprobabitur parabola*, y en otro lugar: *Quomodo si spina nascatur in manu temulenti, sic parabola in ore stultorum* (Prob., 26). «Como si naciesen espinas en las manos del embriagado, así la parábola en la boca de los necios». Es singular apodo, aunque escuro. Al beodo, faltando de su oficio la cabeza y también los pies, hacen á veces las manos oficios ajenos, porque anda con ellas atentando, desatentado. Pues si en las manos trajese aulagas y espinas, no podría dejar de ser con ellas muy enojoso, y dar pena á todos cuantos encontrase. Así las sentencias sabias y palabras verdaderas, en lugar de aprovechar, dañan, por falta de la vida de quien las trata; porque (como San Gregorio sabiamente dijo) cuando la vida del que predica se desprecia, el mismo riesgo corre la dotrina en su boca. Dice, pues, el Señor: Si en mi vida no hay culpa que desacredite la dotrina, ¿por qué no halla crédito mi verdad en vosotros? Antigua querella es esta que por la verdad se hace, y desde los tiempos de David él se lamenta de ver la verdad tan desacreditada. *Filii hominum, usquequo gravi corde? Ut quid diligitis veritatem et quæritis mendacium?* (Salmo 4). De otra manera saca San Jerónimo estas palabras. *Filii viri, usquequo incliti mei ignominiose diligitis vanitatem et quæritis mendacium?* Hijos de caballeros, ¿hasta cuando ¡oh ilustres y esclarecidos míos! afrentosamente amáis la vanidad y buscáis la mentira? El mismo sentido hace nuestra letra apuntada desta manera: *Filii hominum, usquequo gravi corde, diligitis vanitatem et quæritis mendacium?* Hijos de los hombres, ¿hasta cuando? Y *gravi corde* no se ha de tomar en malo, sino en buen sentido. Hombres graves, autorizados, de altos pensamientos, ¿buscáis la mentira? Monstruosa maravilla es ver cuán desvalida, cuán quebrada, cuán desterrada anda la verdad de su casa propia, que es el pecho del hombre, y cuán recebida, estimada, acreditada anda la mentira, sabiendo conocidamente todos la diferencia que hay entre ellas. Consideremos profundamente que en la verdad se hallan todas las razones de bienes, útiles, gustosos, honestos, y al revés, la mentira es la más desaprovechada, la más desgustosa, la más torpe de cuantas hay en la vida. Llamaron los antiguos á la verdad hija del tiempo, porque

él descubre con su curso la verdad, de presente no conocida. Con la misma propiedad la llama la Escritura hija de la tierra. *Veritas de terra orta est.* Aquellas cosas llamamos hijas de la tierra cuyas causas no parecen ni se alcanzan. No es hijo de la tierra lo que se siembra ó planta, sino lo que sin plantarse ni sembrarse sale della; pero aquello que la tiene oculta, se llama hijo de la tierra. *Nihil in terra sine causa fit, et de humo non egredietur dolor* (Job, 5), dijo un amigo de Job. Pues de donde no sale ni nace el dolor, sale y nace la verdad. Porque las causas de los males que padecemos están de manifiesto en nuestras culpas, pero las de la verdad son encubiertas. Allá dijo el poeta (Virgilio) que la fama era hija de la tierra y que ella la había parido enojada contra los dioses por la muerte de Ceo, y encelado sus hijos aquellos gigantes. Y díjolo muy ingeniosamente; porque la fama se nace sin que sea sembrada, y sin que sepáis cómo ni por dónde se descubren las cosas. Ni más ni menos, la verdad sale á plaza sin que sepáis cómo ni quien la abrió la puerta. *Nihil occultum quod non reveletur, absconditum quod non sciatur* (Luc., 12): «Ninguna cosa hay oculta que no se venga á descubrir, ni escondida que hoy ó mañana no se sepa». Mejor dijo quien dijo que la verdad era hija de Dios; porque Cristo, que es hijo de Dios, dijo de sí: *Ego sum veritas.* Ves aquí, hombre, la hidalguía de la verdad y su antiquísima nobleza. Mira más, que vino Cristo al mundo lleno de gracia y de verdad. Mira que es autor de la verdad, como dice San Juan: *Veritas per Jesum Christum facta est.* Mira que vino al mundo y nació para dar testimonio de la verdad, como él afirmó en el tribunal de Pilatos. ¡Oh, verdad generosísima, de ilustrísima casta! ¡Oh, verdad bellísima y hermosísima! ¡Oh, verdad provechosísima! ¡Oh, verdad hija de Dios, esposa de Cristo, dama por quien él puso la vida! ¡Cuán enemigo de sí mismo es quien no te precia, no te estima, no te recibe, no te da posada en las entrañas de su alma, no se enamora de ti y en todo te tiene por señora! Mira en competencia desto que la mentira es hija del demonio, y desto entenderás lo demás. Dél dijo la Verdad que *in veritate non stetit, quia non est veritas in eo. Cum loquitur mendacium, ex propiis loquitur, quia mendax est et pater ejus* (Joan., 8): «No se supo Lucifer tener firme en la verdad, y que cuando miente habla de suyo, de su cosecha, y que es mentiroso y padre y autor de la mentira». Qué fea sea la mentira, míralo tú, porque ha de parecer á su padre. ¡Qué torpe, qué vil, qué sucia, qué perjudicial, qué dañina! ¡Qué enemiga del hombre, y qué destruidora de la policía humana, de las leyes, de la vida, de todo; al fin hija del diablo! No quieras más. Entiendo agora la justa razón de aquella querella: *ut quid diligitis vanitatem?* Como si de un hombre honrado y casado honradamente con mujer su igual, rica, honesta y de buena gracia, se entendiese que estaba amancebado con una mala ramera y alguno á quien le doliese su perdición le dijese: ¿pues cómo, fulano, á vuestra mujer dejáis, noble, hermosa, virtuosa, temerosa de Dios, madre de vuestros hijos, cuerda, cuidadosa de vuestra casa y de vuestra honra, por esta mala hembra, por esa ramera sucia, bubosa, endiablada? ¿Por esa mulata hedionda, asquerosa? Sin duda que estáis enhechizado. No es posible sino que os han dado bebedizos y estáis sin juicio y sin ojos. Ved con qué sentimiento dice esto San Pablo: *Oh insensati galatæ, ¿quis vos fascinavit non obedire veritati?* ¡Oh, hombres menguados de seso! ¿quién os ha enhechizado? ¿quién os ha encantado, entontecido? Hombres insensatos, no sólo sin razón y prudencia, sino sin ojos y sin sentido, para que no obedezcáis á la verdad, *ante quorum oculos Jesus Christus proscriptus est et in vobis crucifixus*, delante cuya vista de ojos está puesto en un cruz Cristo, que es la misma verdad, y murió por dar testimonio della! ¿Qué encantamento, cristianos, es este en que todos vivimos, los que no damos crédito con obediencia á la verdad? ¿Dónde se halla hoy verdad en la vida humana? ¿Quién la dice? ¿Quién la oye? ¿Quién la recibe de gana? Estos son aquellos infelices tiempos en que se hallaba quien decía: *Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus*; *quoniam diminutæ sunt veritates a filiis hominum* (Salmo 11). Como cuando corre tormenta un navío, y con la furia de los vientos se descuaderna, y con la braveza de las olas se despedaza, y entran los mares por él sin resistencia, alzan las manos á Dios los que se ven ir á fondo, pidiendo misericordia, y llaman á los santos y juzgan que no los escuchan ó que no atienden á sus plegarias, ó que son idos por no les dar el ayuda que piden. Doleos, Señor, de mí, que ya los santos me dejan, ya me vuelven las espaldas, ya parecen que desmayan y les faltan las fuerzas ó las ganas. ¿Qué habéis, hombre, que dais tales quejas? ¿Qué es lo que os aflige y atormenta? *Quoniam diminutæ sunt veritates a filiis hominum.* ¡Ah! que están las verdades desmenuzadas ó menguadas ó acabadas entre los hijos de los hombres. Es decir, no las hay, no se usan, no se halla fieldad, buen trato; todos estudian en mentiras, embustes, traiciones. *Vana locuti sunt unusquisque ad proximum suum; labia dolosa; in corde et corde locuti sunt.* Está mandado: *Loquimini veritatem unusquisque cum proximo suo, quoniam sumus invicem membra* (Efe., 4). «Tra-

tad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros unos de otros en este cuerpo místico de la iglesia, cuya cabeza es Cristo». ¡Qué linda razón! Los miembros del cuerpo humano nunca se engañan ni mienten, sino se ayudan con toda verdad. Si los ojos no mostrasen á los pies el barranco donde van á caer; si las manos no desviasen la rama que va á dar en los ojos ó no reparasen el golpe que se tira á la cabeza, ¿qué sería del hombre? ¿Pues cómo no hay esta lealtad entre los miembros del cuerpo místico? ¿Quién hay que crea esta verdad? ¿Quién la pone en práctica? Que eso llamo yo creerla. *Vana locuti sunt unusquisque ad proximum suum* (Salmo 2): «Mentiras son las que habla cada uno con su prójimo y fruncimientos de corazón doblado». Que no parece sino que tienen dos corazones: uno dentro del pecho, maligno, alevoso; otro en los labios, justificado al parecer. El criado, con su señor, no habla sino lisonjas; el señor, con su criado, cumplimientos secos; la mujer, con su marido, embaimientos; el marido, con su mujer, engaños. Mienten y perjuran los que venden; mienten y engañan en lo que prometen los que compran. No hay seguridad de verdad en los contratos ni hombre que sea de su palabra: *Quid credas aut cui credas*, como dijo el otro injuriado. No sabe hombre qué creer ni á quien creer. Que mienten los que están en grandes lugares y venden humo con los otros inferiores. Prometen favor, que hablarán, que harán, y todo es burla. Que con título de amistad se hacen muy malos oficios. Que no hay de quién fiar. Los deudores trampean, los litigantes prueban la falsedad como quieren, los abogados la defienden, los escribanos la autorizan. *Vere mendacium operatus est stilus mendax scribarum* (Ser., 8): «Verdaderamente así pasa, que la pluma mentirosa de los escribas ha obrado mentira». De los antiguos se dijo que falsaban la ley y la Escritura, pero bien se puede aplicar á los modernos. ¡Ah, qué de mentiras falsificadas ha fabricado la pluma mentirosa de los escribanos falsarios! Pregunto yo al receptor y al escribano, si es oficial público, ¿en qué se diferencia del procurador, solicitador, abogado, sino en que éstos hacen cada uno lo mejor que pueden los negocios de su parte, pero el escribano ha de estar de por medio? Ambos le pagan lo justo y aun lo sobrado; no debe más inclinar á uno que á otro. ¿Con qué conciencia, alma, justicia, tomas, del modo que lo usas, ese testigo, ni preguntando ni escribiendo lo que de oficio eres obligado, sino lo que ha menester quien te tiene cohechado? Yo no hablo aquí de los buenos (que no dejarán de hallarse algunos en tanto número) á quien no para perjuicio lo que se dice, con intención de públicamente decir mal, de lo que públicamente hacen mal algunos perdidos. Cuatro sectas de filósofos se hallan hoy en nuestras escuelas: llámanse reales, nominales, tomistas y escotistas. Y todas estas sectas hallo yo en los escribanos desas plazas. Reales son aquellos que realmente viven de viva el rey, dad acá la capa. Cierto yo no sé de qué sirven ni para qué son en la república escribanos reales, sino para capear ahí en medio desa plaza; y en las comisiones á que los envían, viven de sola su pluma, bien ó mal ó como quiera. De ahí se han de sacar la ropa y la comida; y diciendo verdad y mentira, poco importa el cómo, mientras haya qué echar en la bolsa.—Eso es que son ellos pocos ó escogidos.—Son más que langosta. Hombres que han sido lacayos y despenseros y aun mozos de cocina (si á Dios place), que para echarlos de casa sus amos les pagan con eso. A éstos se dan las comisiones; que ó no saben hacer la probanza y gastan acá más tiempo en entenderla que en estudiar para sentenciarla, ó hacen un desorden y se desaparecen, y luego buscaldos: Mahoma en Granada. El que le proveyó no le conoce; quien lo pidió no se lo dice ni le está bien. O si va á hacer una información sumaria, la hace la más sangrienta que puede, para que vaya juez y él vuelva con él. Y aunque escribió lo que quiso, y lo que el testigo no dijo, le hacen que se ratifique en ello so pena de miedo, porque ha un juez que hace temblar la tierra. Que por acá parecen mansos, como toros en vacada: todo es reverencias; pero cuando se ven por allá, un pesquisidor es un toro en el coso, que no hay quien le pare delante, y de miedo de su furia dice el otro lo que no sabe. Item. Andan por ahí muchos hombres perdidos, lomienhiestos, que pudieran servir á la república de oficiales en oficios provechosos y necesarios, y estánse baldíos esperando una comisión, que para cada una hay ciento. Fuera justo que se pusiera tasa en ellos; ya que no la hay, hubiera más cuenta en hacerlos y proveerlos. Nominales escribanos son los que tienen el nombre, pero de otros es el oficio. Si el oficial propietario no se puede sustentar sino robando, el que paga renta de oficio, ¿qué ha de hacer sino saltear en poblado? La secta de los tomistas es la más autorizada y honrada en estos tiempos, y la que universalmente siguen los más escolimados y más confesadores y comulgadores.—Tomo lo que me dan; que así lo hace el médico y el abogado, y aun el que trae vara, y aun quien sin traerla juzga en más soberano foro.—No me embarazo agora con esotros. Si habéis vos jurado de guardar vuestro arancel, no os excusa eso de perjuro, ni á quien os absuelve de sacrilego, ni enseña otra cosa á

nadie Escoto.—Tengo mucha costa.—Hermano, moderad la casa, y no os tratéis como caballero, que no habéis vos de volar tanto con una pluma como otro con vuelos de águila. Muy bueno es que porque vos tenéis gran bolsa me hayáis de pedir á mí más dineros. Si vos tenéis bolsa de arriero, ¿habéisla de llenar de sudores ajenos? Los escotistas son unos hombres de altos y delgados ingenios, pero algo oscuros para que no sean entendidas sus trazas, ni puedan ser comprehendidos en sus formalidades y segundas intenciones. Ya sé que me entendéis en este propósito. ¡Qué de papeles se hallan marañados, que no los entendía ni aun quien los compuso! ¡Qué de paliadas usuras! ¡Qué de logros encubiertos! ¡Qué de testigos falsamente tomados! Qué diré, sino que es proverbio común: ¿queréis tener justicia? pues comprádsela al escribano. ¿Qué cosa y cosa, que ahora diez años valía una escribanía del número cuatrocientos ducados y ahora se vende en seis mil? Pues ya se sabe que si hacéis con justificación vuestro oficio, no os puede cada año valer quinientos, ¿cómo dais doce mil y vuestro trabajo? Porque hay hombre que en seis meses gana tres mil ducados. Que le pedirá á un negociante mientras dura la causa cincuenta reales y ciento y ochenta á buena cuenta; y fenecida, le saca una suma de todos los derechos, y se los lleva como si no hubiese recebido blanca, que son latrocinios que no pasaran en el monte de Torozos. ¿Y no ha de haber quién lo remedie? Hay reformación para los almidones y lechuguillas, ¿y no la hay para una cosa de suma importancia, que es la fe pública en que van las haciendas, las honras, las vidas de los hombres? Que si un juez sentencia mal, no falta superior que lo revoque; pero ¿qué reparo tiene una mala información? ¿No se ha de estar á lo escrito y sentenciar por lo alegado y probado? En otros reinos hay en esto tanta providencia y se escogen hombres confidentes de virtud experimentada; y en éste, que es cabeza de tantos, ¿tanta confusión, tanto desorden? Teman los que tienen esto á su cargo, si no ocurren á un mal tan grande, tan público, que clama al cielo pidiendo justicia. *Disperdat Dominus universa labia dolosa et linguam magniloquam* (Salmo 11): «Destruya Dios á todos los que tratan mentira, y corte las lenguas perjuras, jactanciosas y habladoras de ventaja». Maldición es de Dios contra los mentirosos, ó pronóstico del castigo que les ha de venir. Sobre todos son de llorar los que ni aun en los púlpitos de sus templos hallan sino quien los engañe y diga mentira, como vemos en tantos pueblos miserablemente engañados de los herejes. Destos estaba dicho: *Stupor et mirabilia facta sunt in terra; prophetæ prophetabant mendacium, et sacerdotes applaudebant manibus suis; et populus meus dilexit talia* (Jeremi., 4). Cosa horrenda, fea y abominable, y para pasmar y asombrar á quien la viere, es la que en la tierra ha sucedido: los profetas profetizaban mentira. Que diga Lutero que es profeta, y Calvino presuma que tiene espíritu de Dios; y vendan por profecía y dotrina revelada la desvergonzada mentira y herejía descomulgada, ¿y que hubiese sacerdotes que les siguiesen y hiciesen aplauso á sus errores? ¿Príncipes y populares que la bandeasen? «Los sacerdotes daban palmadas aplaudiendo, y mi pueblo amó estas cosas». Esa es la causa de ser el pueblo engañado de los falsos profetas, porque ama la mentira y la libertad de la carne que ellos predican. Confieso que éstos que han dado crédito á la mentira y puesto en ella su confianza, y amparándose della están en lo sumo de la desventura; pero no están libres della los que dan crédito á mentiras prácticas, aunque cuanto á las especulativas sean, como deben, católicos. Verdad especulativa es la que es conforme al entendimiento y con él se ajusta. Práctica verdad es la que se conforma con el apetito recto. Dios es trino y uno; Jesucristo es Hijo de Dios: son verdades especulativas; yo creo que todos las creemos. Prácticas verdades son las que en los mandamientos se nos enseñan: no matar, no adulterar, no hurtar. ¿Cómo se practica esto? Dios guarde á España, que aunque está entera en la fe, en lo demás anda tan quebrada, tanta corrupción de costumbres, ociosidad, glotonería, torpezas, robos, agravios, excesos en trajes, galas, comidas. ¿Hay algo desto entre nosotros? Pues ¿en qué nos diferenciamos de los herejes? En que ellos dicen que no es pecado, que no ha de tener castigo, y nosotros creyendo que lo es mortal y que merece infierno, lo hacemos sin rienda ni freno. *Populus meus dilexit talia.* Pues si amas la libertad herética, no estás muy lejos de creer al hereje que le canoniza por buena. ¿Por qué amas la vanidad? ¿Por qué buscas la mentira conocida? ¿Por qué no muestras con obras que crees la verdad de Dios y de su Iglesia? Mira lo que dice San Pablo: *Veritatem autem facientes in charitate, crescamus in illo per omnia, qui est caput Christi* (Efes., 4). Pues no somos niños que nos dejamos engañar de los falsos maestros que con sus malas artes y depravado ánimo procuran inducir á los hombres aniñados en errores contra la fe y costumbres. Digan ellos, sientan lo que quisieren; nosotros, que somos varones crecidos y robustos en la fe, y como tales por la misericordia de Dios no nos dejamos pervertir, haciendo verdad en caridad, no nos contentemos con creer la verdad, sino

con obrarla, acompañar la fe con la caridad. Obremos lo que creemos, y vamos siempre creciendo y mejorándonos y augmentándonos en todo género de virtud, con el favor de Cristo que es nuestra cabeza, de quien se deriva á nosotros la influencia de la gracia y la consumada perfección de gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO
DE PASIÓN

Miserunt principes et pharisæi ministros ut apprehenderat Jesum.

(Joan., 7).

El Santo Evangelio contiene una determinación sacrílega de los príncipes de los sacerdotes y fariseos, en que acordaron de encarcelar á Cristo nuestro bien, á fin que el pueblo no creyese en él; y así enviaron sus ministros y alguaciles que le prendiesen y se le llevasen á buen recaudo. Mas el Señor, como no era llegada su hora, no les dio lugar de ejecutar sus dañadas intenciones, sino díjoles: No os deis priesa á echarme del mundo, que ya poco tiempo queda de estar entre vosotros, y ya yo me iré al Padre que me envió. Vosotros me buscaréis después de ido, y no me hallaréis; porque negándome á mí, que soy el verdadero Mesías, en vano buscaréis otro que lo sea; y por lo mismo seréis excluídos del reino de los cielos adonde yo estoy, y vosotros por vuestra incredulidad no podéis venir. Los ministros, no entendiendo sus palabras, empezaron á conferirlas entre sí. ¿Dónde se puede ir éste que le hallemos? ¿Por ventura iráse á los derramaderos de la gentilidad á predicarles? No pudo más el clementísimo Salvador detener en su ira sus misericordias; y así, para mostrar cuán ganoso estaba de hacerlas, en el día último y más solene de la fiesta, estando en pie y á voz en grito, decía: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. El que cree en mí, de sus entrañas correrán ríos de agua viva, como dice la Escritura. Y esto decía por el Espíritu Santo que habían de recibir los que creen en él. Desta agua viva, que es la gracia, tenemos necesidad; pidámosla por intercesión de la Virgen Sacratísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

David, soldado y devoto rey y contemplativo, en el salmo ciento y dos, que es un cantar afectuosísimo en que convida á su alma á bendecir á Dios, así por las mercedes que nos hace como por lo mucho que él merece, en especia, discanta su inefable misericordia y se hace lenguas y multiplica palabras para explicar su grandeza y el sentimiento que tiene della. *Miserator et misericors Dominus, longanimis et multum misericors*: «Hacedor de misericordias y misericordioso es el Señor, largo de ánimo y muy misericordioso». ¡Qué linda repetición de palabras y qué bien encarecidas! *Miserator*, es el artífice; el oficial de las misericordias tiene por oficio el hacerlas. El buen oficial préciase de su oficio y las obras de sus manos salen muy acabadas. Esmérase Dios, repúlese en sus misericordias, sácalas con mil primores perficionadas. *Et misericors*. Hay quien aprende un oficio, pero no le usa, como el caballero que sabe pintar para su recreación y la señora bordar; pero el que ha de vivir de su oficio, úsale y trabaja todo el día. Dios es hacedor de misericordias y misericordioso; tiene facultad y el uso; sabe el oficio y ejercítale haciendo siempre misericordias, como si de sólo eso hubiese de vivir y mantenerse. Y cuando por la dureza del pecador no halla en él disposición para su obra, tiene paciencia y vale labrando poco á poco. *Longanimis*. Es muy sufrido, flemático. Como el escultor cuando labra mármol y marfil, que es materia dura y bronca, que resiste á los hie-

rros y no obedece á la mano, ha menester gran flema para ir poco á poco y con gran tiento desbastando, figurando y puliendo, hasta que al cabo de mucho tiempo y estudio saca perfeta la figura. Así Dios para vencer la dureza de una voluntad empedernida, que resiste á sus llamamientos é inspiraciones, es flemático y largo de ánimo y la espera mucho tiempo á que se disponga. *Propterea exspectat Dominus ut misereatur vestri.* Por eso espera el Señor, sufre, calla, disimula. No luego se atufa y enfada y echa en el infierno al pecador; sino dale vado y espacio de penitencia para que se convierta y use con él de misericordia. *Et multum misericors.* No se precia de muy justiciero, antes siempre da la pena menor que la culpa. Más. Es misericordioso, porque da doblado el premio de lo que merece el servicio. Este es el sobrescrito de sus cartas, el sello real de sus provisiones, las armas que pone en sus reposteros. *Miserationes super omnia opera ejus* (Salmo 144). Como el aceite anda sobre esotros licores, así quiere que sus misericordias estén sobrepuestas en todas sus obras. *Non in perpetuum irascetur, neque in æternum comminabitur* (Salmo 102). Y si alguna vez, pidiéndolo nuestros delitos, se encoleriza y espanta con amenazas, palabras ásperas, azotes, castigos, no es perpetuo en sus enojos, ni guarda la ofensa hasta el cabo para vengarse della, sino presto se acaba y desenoja y vuelve tras los nublados oscuros de sus iras á mostrar el rostro sereno de su clemencia. Pues ¿qué le mueve á un Dios tan bien acondicionado, clemente y benigno á hacer tan espantosas y crueles amenazas? *Quoniam secundum altitudinem cœli a terra corroboravit misericordiam suam super timentes se* (Salmo 102): «Porque según la altura del cielo á la tierra, fortificó su misericordia sobre los que temen». Cuanto más ha de subir un edificio, tanto más hondos lleva los cimientos. Y si una fábrica hubiera de llegar hasta el cielo (como ya pretendieron los fundadores de Babilonia) y no fuera bueno el suelo, era menester zanjar desde los abismos. Quiere Dios en un suelo arenisco, blando, terrizo, como el hombre, fundar una misericordia tan grande que llegue hasta el cielo; alta, firme, durable y eterna; y porque no desmienta la obra, ahonda los cimientos, no sólo hasta el agua, sino hasta el fuego del abismo. Amenaza con el infierno, porque quiere dar el cielo. Dispone al hombre con el temor de su justicia, para hacerle capaz de recebir su misericordia. Esto es fortalecer su misericordia, tan alta como lo está el cielo del centro de la tierra. *Super timentes se.* Así lo afirma la Virgen soberana en su cántico: *Et misericordia ejus a progenie in progenies timentibus eum.* Una misericordia de Dios tan firme y duradera, que vaya de padres á hijos y se continúe en perpetuas generaciones, no se puede conservar sino en los que temen á Dios. De manera que el temor de Dios es el cimiento que sustenta el peso de su infinita misericordia. Y por eso entra primero con temores y amenazas, para revolver luego con regalos y beneficios. Bien tendréis noticia de la condición áspera, no digo cruel, del profeta Elías, y del rigor con que trataba á los que no temían á Dios, ni le honraban como á su criador: que nadie se la hacía en este caso que no se la pagase; y así por su mano degolló cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal que persuadían el culto de los ídolos (Reg., 18), y no perdonó á sus naturales, haciendo que en tres años no lloviese, porque todos perecieron de hambre, y hizo bajar fuego del cielo, con otras asperezas que usó contra los ofensores del Señor. Quísole Dios mostrar que no era conforme á su condición tanto rigor, porque El ordena el castigo para la enmienda del pecador; mas Elías no quería sino matarlos á todos y llevarlos á punto crudo. Y así, estando el profeta en el monte de Dios Oreb, huído de la reina Jezabel en una cueva, súbitamente vio venir una ventisquera y torbellino ó huracán tan desapoderado, que arrancaba los árboles, trastornaba los montes, desmenuzaba las piedras y destrozaba cuanto cogía por delante. *Non in spiritu Dominus.* No venía el Señor en aquel torbellino y espíritu de tempestad. Acabado esto, vino un temblor de tierra tan grande, que el monte se levantaba en alto y tremía como la hoja en el árbol y parece se volvía lo de abajo arriba. *Non in commotione Dominus.* No vino el Señor en el terremoto. Después pasa un espantoso globo de fuego que derretía los peñascos. *Non in igne Deus.* Al cabo vino *sibilus auræ tenuis*, un soplo de marea fresca, delicada, confortativa, y en ella vino el Señor. Quísole decir: Mirad, Elías, que aunque á los principios muestro amenazas, torbellinos, terremotos y fuegos, con todo eso no me habéis de hallar ni ver sino en el frescor y blandura de mi misericordia; porque el viento recio, las tempestades y amenazas del fuego no las ordeno yo para matar los hombres, sino como medios para que teman mi justicia y con este temor se dispongan para recebir los regalos de mi misericordia. Esa es la condición de nuestro Dios, la cual se manifiesta bien en el Evangelio presente. Todos los lunes pasados (como se ha visto) han sido de amenazas y de castigos; en éste también, al principio, trata con gran aspereza á los que le vienen á prender. Díceles que se ha de ir, que no le han de hallar, que no han de gozar dél ni entrar en su reino; y de repente, cuando más airado parece que había de estar, sale con pregonar el agua de sus miseri-

cordias, rogando con ellas á todos los que las quisieren. Hasta aquí llega la misericordia de Dios; pero veamos primero la malicia de los hombres.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Misserunt principes et pharisœi ministros ut apprehenderent Jesum. ¿Qué ocasión tuvieron éstos para dar mandamiento de prisión contra el Salvador? Claramente se colige de las palabras precedentes. Que como el común del pueblo, gente sencilla y desapasionada, viesen las obras admirables de Cristo, y gustasen de su doctrina, íbanse persuadidos de que era el Mesías que esperaban, y decían: «Cuando venga el Cristo prometido y esperado, ¿puede hacer mayores maravillas que las que éste hace? No, por cierto. Luego él es». En oyendo estos rumores los fariseos, reinó en ellos la envidia, y ordenan que sea preso, porque pierda el crédito y nadie le alabe. Bien dijo el otro: *Et si inimicos non faciat injuria, multos tamen hostes parit invidia.* Ninguna persona señalada puede escaparse de tener enemigos, porque dado que no los adquiera haciendo agravios ni injurias, de su virtud ó prosperidad le vendrán á tener envidia; y ésta le parirá crueles enemigos, porque ella desdora lo dorado y deshace lo que hace la virtud; no permite superior, ni aun consiente igual; no lleva á paciencia que á otros se hagan ventajas. Y por eso irrita á esta gente principal, que no permitan ser Cristo alabado más que ellos, ni aun tenido en igual posición. Opinión es de San Bernardo que el pecado de los malos ángeles estuvo en esto: que luego que los crió, los propuso Dios el Verbo divino que había de tomar ajena naturaleza, vistiéndose de carne humana; y no lo quisieron sufrir que aquella ventaja se diese al hombre, ni menos obedecer al hombre Dios. Y así, aquel lugar del Apostol: *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terrœ, dicit: et adorent eum omnes angeli Dei* (Hebr., 1). Aquel *iterum* presupone habérsele ya otra vez propuesto y representado al principio del mundo. Y en pena de su rebeldía, dice el Apóstol: *In nomine Jesu omne genu flectatur cœlestium et terrestium et infernorum; et omnis lingua confiteatur quia Dominus noster Jesus Christus in gloria est Dei Patris* (Filip., 1). Justo castigo. No quisistes de grado, sea ahora de por fuerza, mal que os pese. Pero dejando á los malos ángeles, lo mismo vemos en el mal hermano Caín, que no pudiendo sufrir la ventaja que Dios hizo á su hermano Abel, se melancolizó y airó de suerte que le vino á quitar la vida, siendo ventaja justa y dada del cielo. Y lo que es más: son tan sensibles los hombres en esto, que aun los hermanos de Josef no podían llevar los sueños que les contaba. Por señas, que ni aun de burlas quieren que otro sea mayor, ni les vaya á la mano adelante. Por el contrario, nos aconseja San Pablo: *honore invicem prævenientes*; que unos á otros nos demos la ventaja en las honras. Que yo os prefiera y aventaje á vos, y vos á mí. Que os honre como á superior y huelgue que lo seáis, y vos hagáis lo mismo con los otros. Es acto de humildad tener á los otros por mejores y más siervos de Dios. No se usa esto en el mundo, sino como dijo Lucano, contando las cosas de la guerra civil:

Nec quemquam jam ferre potest Cæsarve priorem, Pompejusve parem.

Y sobre eso destruyen la patria y revuelven el mundo. ¡Cuán al revés es la condición de Dios! Como hubiese criado todas las cosas corporales y se mirase á sí y á ellas, y viese que ninguna tenía su figura ni se le parecía, quiso criar una criatura que fuese semejante á El, y dice: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* No pudo hacer otro que fuese mayor que El ni su igual; hizo su semejante, parecido. ¿Qué es eso, Señor? ¿Porque no tenéis semejante á vos le criáis y hacéis agora de nuevo? Llegaos al hombre con eso, que no sólo no hará su semejante, antes si está hecho le deshará, porque muere por ser solo, sin superior, sin igual, sin semejante. Pero aunque es peligroso ser envidiado, más vale que os tengan envidia que lástima, porque es señal que tenéis eminencia en algún bien. Y porque los fariseos vían tanto exceso de virtudes en Cristo (de donde resultaba tanto crédito y reputación en el pueblo), fue tan grande el impulso de envidia, que rompió en un delito tan facineroso como mandarle prender. *Miserunt principes.* Los príncipes fueron autores de tan gran mal y los ministros. Cual es el rey, tal es la república; cual es el señor, tales los criados; cual es el prelado, tales los súbditos. Lamentando el profeta Isaías los daños de su república apódala á un cuerpo llagado y leproso de pies á cabeza, y dando la causa de tan peligrosa dolencia, dice: *Omne caput languidum, omne cor mærens.* «Toda cabeza está enferma, todo corazón triste». ¿Cuál será lo demás? De pies á cabeza no hay en él sanidad. Una cabeza con vaguido, con jaqueca, un corazón melancólico, ¿qué salud pueden dar? Declárome. *Principes tui infideles, socii furum.* Dos razones da aquí de la perdición del pueblo: dolor de cabeza y mal de corazón. Las cabezas son los príncipes y gobernadores seglares, porque éstos son muy poderosos para llevar tras sí al pueblo. Desventuradas repúblicas cuyas cabezas están

dañadas, cuyos príncipes tienen por enemigo al cielo: á perderse van y á despeñarse en fines desastrados. Y al revés: ¡felices reinos que tienen príncipes rectos, gobiernos justos! Donde hay temor de Dios, celo de su honra, defensa de la fe, tan vigilante y solícita obediencia á la Iglesia, tanta rectitud en la justicia, amor á la virtud, odio, castigo para el vicio, buena intención, deseo de acertar, oración continua por tal cabeza. ¿En qué parara Nínive y su grandeza si no se hallara en ella un buen príncipe, cuando entró Jonás espeluznado predicando su destruición y amenazando la ruina dentro de cuarenta días? Rey hubiera que le mandara hacer cuartos ó sacar la lengua por alborotador del pueblo. Rey discreto, ¿qué hicistes? *Et pervenit verbum ad regem Ninive et surrexit de solio suo et abjecit vestimentum suum a se, et indutus est sacco, et sedit in cinere:* «Levantóse de su estrado, quitóse la púrpura y vistióse de cilicio, echóse en ceniza». *Et clamavit et dixit: in Ninive ex ore regis et principum ejus.* De consejo de los grandes y príncipes manda pregonar que todos ayunen y se vistan de cilicios y se aparten de sus pecados y den gritos al cielo; y así libra su pueblo del cuchillo que ya está empuñado. Por el contrario, malos príncipes son granjería de Satanás, porque nunca él puede tanto como cuando los tiene de su mano. *Quoniam non relinquet Dominus virgam peccatorum super sortem justorum ut non extendant justi ad iniquitatem manus suas:* «No permitirá mucho tiempo la vara, el gobierno de los pecadores sobre los justos; porque con su mal ejemplo no vengan los justos á hacerse pecadores». Llámalos vara, porque los ponen como regla ó nivel de los otros. Y á cada uno le parece que si vive como su rey y señor, que le basta, y así dice el poeta (Claudianus):

Regis ad imperium facile componitur orbis;
Mobile mutatur una cum principe vulgus.

Como el mar anda al paso del aire y de la luna, y como el arroyo sigue la naturaleza de la fuente, y como los cielos inferiores son arrebatados con el movimiento del primer moble, así el pueblo sigue el ingenio de sus mayores, imita sus costumbres y se deja llevar de sus mandamientos; así, siendo éstos malos, todos se pierden. Por eso tuvo tanto cuidado el demonio de que los hombres tuviesen por dioses á Júpiter y Marte, Venus y Cupido y á otros de perversas costumbres; porque está claro que los habían de imitar sin recelo de pena. Si Júpiter adúltero, homicida, carnal, comedor, ¿por qué lo dejará de ser el que lo adora? Si Marte cruel, derramador de sangre, ¿por qué no será el que le sirve belicoso y vengativo? Si Venus galana, cantonera, la mujer que la tiene por diosa no se correrá de ser otra tal como ella. Si un grande es tahur, hará muchos tahures; si maldiciente, hará muchos maldicientes; si deshonesto, deshonestos. Mátase Saúl y tras él su paje. Faraón persigue á Israel, y tras él su pueblo; entra en el mar, y ellos con él. Nabucodonosor hace estatua suya que adoren todos, y al son de trompetas vienen todos desgarrándose á reverenciarle. Jeroboam pone ídolos en Israel, y acuden todos á idolatrar. Túrbase Herodes, y Jerusalem toda con él. Si una pedrezuela cae de lo alto, ella sola desciende á lo bajo; pero si de la cumbre de un monte se desgaja y viene desgalgando un gran peñasco, lleva tras sí otras piedras menores y cuanto se le pone delante. Así, cuando peca el hombre particular, él sólo se pierde; pero cuando peca el señor, no sólo á sí, pero á otros muchos escandaliza y perjudica con su mal ejemplo.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Pero aunque tanto daño hace el dolor de cabeza, mucho peor es el mal de corazón, que son los príncipes eclesiásticos. Si éstos tienen gota coral, ¡ay del pueblo! Más poderoso es el ejemplo destos que el de los príncipes seglares para bien y para mal. Vio el profeta Ecequiel al principio de su profecía aquel animal de cuatro rostros que equivalía á cuatro animales: hombre, león, buey y águila, y junto á ellos dice que vio una rueda que era cuatro ruedas. Debía ser á manera de esfera que hacen los astrólogos para dar por allí á entender la máquina de los cielos y sus movimientos; y compónenla de aros de cedazo, entretejidos unos por medio de otros. Desta suerte eran cuatro ruedas, y de todas resultaba una: *Quasi sit rota in medio rotæ*. Todas eran de un color, *quasi visio maris. Statura quoque erat rotis et altitudo, et horribilis aspectus: et totum corpus oculis plenum* (Cap. I). Y por donde las echaban, iban corriendo sin volver atrás; y cuando caminaban los animales, caminaban ellas, y cuando paraban, paraban; y cuando se levantaban de la tierra los animales, también las ruedas se levantaban. *Quia spiritus vitæ erat in rotis.* Es paso dificultoso, pero brevemente. Por aquellos santos animales entienden comúnmente los doctores á los varones eclesiásticos, á los príncipes de la Iglesia y pastores. Junto á éstos ve el profeta un globo, una figura del vulgo que por todas partes rueda. ¿Qué es el vulgo, sino una grande bola hecha de aros, sin constancia, sin consejo, que donde quiera que la echáredes, por allí rueda y no vuelve tan fácilmente? y es compuesta de cuatro cintas: los que viven en el Oriente, Poniente, Mediodía, Septentrión; todos

estos componen la rueda. No os digan que los franceses, ni los alemanes, ni los españoles, tienen esta propiedad ó inclinación mejor ó peor. En todas las naciones hay olas de poca constancia y un mar de movimientos, novedades y pareceres, y por esto las ruedas parecían mar. Pero aunque eso sea, no lo habéis al vulgo de tener en poco, ni dejarle como cosa sin remedio y de poca importancia. *Statura quoque erat rotis et altitudo.* El pueblo, en su manera, ser tiene, estatura y altura, y entendimiento tiene; y debajo de capotes pobres hallaréis á veces admirables juicios. *Et horribilis aspectus.* Pero de tanta variedad de ingenios, de tantos pareceres, resulta una quimera, una vista horrible, temerosa. *Quot capita, tot sententiæ.* Lo que uno alaba, otro vitupera; lo que á este aplace, al otro desplace; mas con todo, por donde los echáredes, por ahí se han de ir, y no volverán en lo que les impusiéredes. *Totum corpus oculis plenum.* Es un corpazo tan grande y lleno de ojos por todas partes, y miran á los animales, y andan á su paso: si ellos caminan, las ruedas caminan; si paran, paran; si vuelan, vuelan; porque espíritu y vida tienen los populares, que no son bestias. Si ven al obispo, al sacerdote, caritativo, limosnero, amigo de oración, levantado de la tierra por la limpieza de su conversación, también el pueblo se levanta de la tierra atraído de su buen ejemplo; pero si le ven estarse quedo, ocioso, avariento, amigo de regalo y de los bienes de la tierra, también ellos se hacen rehacios y buscan lo mismo. Malos sacerdotes han introducido las herejías en la Iglesia y engañado á los simples, y santos doctores las han extirpado y desengañado á los ignorantes. Bien claro se ve esto en los príncipes de los sacerdotes y fariseos, que fueron estorbo para que el pueblo de Israel no recibiese á Cristo. Y así los endechaba él: ¡ay de vosotros, escribas y fariseos! *qui tulistis clavem scientiæ.* «Os habéis alzado con la llave de la ciencia»; porque los sacerdotes tienen la llave del conocimiento de la ley de Dios, por donde ha de entrar el pueblo y están á su cargo interpretarla. Y ni vosotros entráis ni dejáis entrar á otros, porque ni ellos creyereron ni dejaron creer á los demás. Y así daban por razón: *Numquid ex principibus aliquis credidit in eum, aut ex pharisæis? Sed turba hæc quæ non novit legem, maledicti sunt.* Y al fin pudo tanto la autoridad de los príncipes de los sacerdotes que apartaron al pueblo desta creencia y persuadieron que negase á Cristo delante de Pilato y le trocasen por Barrabás, escogiendo que viviese el ladrón y muriese el autor de la vida. Qué bien dijo Isaías en el lugar citado, hablando con su pueblo enfermo: *Principes tui infideles, socii furum!* Tienen en su compañía al Hijo de Dios, que les sana sus enfermos, resucita los muertos y predica el reino de los cielos, y no le reciben ni adoran, sino después le trocarán por un salteador y agora le enviarán á prender.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Misserunt principes et pharisæi ministros ut apprehenderent Jesum. Pues si tanta gana tenían de prenderle, ¿por qué no fueron ellos en persona? ¿Para qué lo fiaron de ministros? Porque es condición de los malos acometer con mano ajena sus traiciones. Hay gentes que sacan las brasas con la mano del gato. Faraón quiso afligir el pueblo de Israel y hacerlo por mano de sus ministros. *Præposuit itaque eis magistros operi,* veedores, sobrestantes que los afligiesen y aperreasen y no les diesen paja para los adobes, y sobre eso los azotasen. El rey Balac, cuando no pudo por sus manos hacer mal á los hebreos, alquila al profeta Balán que los maldiga; y como tampoco salió con su intento, da orden cómo las mujeres moabitas los atraigan á pecar con ellas y después á idolatrar; por lo cual murieron veinte y cuatro mil hombres y les hicieron caer en desgracia de Dios. Pero aunque este es un buen disimulo para los hombres, no lo es para Dios, que sabe los frutos de cada cosa y el origen y fuente de donde nace. ¡Qué disimulada estaba la malicia de David, que murió Urías en la guerra á manos de los enemigos, como si él no hubiera sabido nada ni sido autor de aquella muerte! Pero Dios, que ve las traiciones, envía su profeta que le descubra la celada y le haga cargo de aquel delito como si por sus propias manos le hubiera muerto. Y queriéndolo encubrir, Joab lo descubrió, porque al mensajero dijo: Si el rey se enojare, dile que *et servus tuus Urias occubuit.* ¿Qué consuelo es ese? ¡Luego el rey algo sabía! Fue decirle: por eso llegamos al muro, para que muriese Urías. Y con eso se aplaca luego. El le mandó matar. Va allá y hállale casado con su mujer: cierto es sin duda. Y éste lo publicó. Por que Natán le hizo cargo: *Quia blasphemare fecisti inimicos nomen Domini.* Quitó el reino á Saúl, que no hizo mal á nadie, ¿y dionos éste que mata los hombres por quitarles sus mujeres? ¡Qué de inocentes debe de haber ahora en el mundo que lo son á los ojos de los hombres y no á los de Dios! El otro: yo no quiero dar de palos á fulano.—Pues buen remedio, á trueque de diez ducados no faltará quien lo haga.—Yo no quiero vengar la injuria que se me hizo, pero vénguelo otro por mí.—Yo no quiero llevar cohechos (dice el juez), ni en mi vida los lleve; pero ahí está mi mujer é hijas, que son damas y como tales pueden recebir. Va el triste del negociante á tratar su pleito con

el escribano, y porque no digan que pasa el arancel, dícele: Señor, si queréis que se despache vuestro pleito, contentad al procurador. Va al procurador, y dícele: Si queréis negociar bien, ponelde un par de ducados en la mano al escribano; la llave deste negocio es el escribano: es menester untarle las guardas para que abra con facilidad. Y hácense la barba y el copete. Pues sabed que *Deus non irridetur*. No hay hacer burla de Dios ni echarle dado falso. Tiene por blason: *Scrutans corda et renes Deus* (Salmo 7). «Sabe Dios buscar la raíz de cada cosa, y escudriña los corazones». Estos fariseos, olvidados desto, enviaban sus ministros. Y también para mirar por ti temieron al vulgo no levantase algún alboroto en defensa de Cristo, pues si algo sucediese, den en esos alguaciles. Es condición del malo no tener ley, ni aun con quien le ayuda á ser malo. En atravesándose peligro de por medio, no hay padre para hijo, ni hermano para hermano, ni marido para mujer. Son roncerías desta bestia maliciosa de nuestra carne, heredada de nuestro padre Adán. Después de haber comido de la manzana por complacer á Eva, en sintiendo venir á Dios enojado, escóndese. Y preguntado echa la culpa á la mujer. *Mulier quam dedisti mihi.* ¿Qué pretendéis con esto?—Que la ahorquen á ella y á mí me den por libre.—Donoso galán. ¿No fuera mejor salir al encuentro á Dios y decirle: Señor, esta es una ovejuela simple, y pecó engañada; yo, que soy el pastor que la había de gobernar y supe el mal que hacía, tengo la mayor culpa; déseme á mí toda la pena? Eso no. La carne quiere compañía en la culpa, pero en la pena hácese afuera. Aprovéchase el otro de la diligencia y solicitud de una honrada vieja para sus ruines intentos; pero véala presa y condenada á coroza y á azotes, no dará dos reales por librarla. ¿Cuántos criados han ayudado á sus amos á dar de palos ó matar á alguno, y ahorcan al criado ó échanle á galeras y el señor se queda riendo? Y es bien empleado en ellos. Ofenden á Dios por agradar al hombre; pues fálteles Dios y fálteles el hombre, y paguen su pecado. Estos fariseos quieren compañía en la culpa: envían sus ministros; pero si hubiere algún decendimiento de manos, éstos llevarán la pena.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Miserunt principes et pharisæi ministros. ¿Qué hicieron los ministros? Fueron á prenderle; pero como estaban sin pasión, en oyendo sus palabras quedaron presos dellas; y sin ejecutar el mandamiento volvieron á sus amos, diciendo: *Numquam sic locutus est homo.* Buena doctrina es esta para criados: que no han de hacer todo lo que les mandaren sus amos, sino lo que fuere puesto en razón y conforme á la ley de Dios. Y no es excusa para el criado decir: mi amo me lo mandó, pues, ¿no dice San Pedro: *Servi, subditi estote in omne timore dominis, non tantum bonis et modestis, sed etiam discolis*, aunque sean moros? Verdad es. Pero mirad que no se entiende de obediencia contra Dios que resulte en culpa, sino de obediencia que sufra penas. Sufrildes su recia condición, sus malos tratamientos; pero si os mandan cosa contra el servicio de Dios, el mismo San Pedro tiene ya respondido: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus* (Act., 3). «Más debéis á Dios que á vuestro amo». Ejemplo nos dieron desto las parteras de Egipto; pues habiendo sido mandado por el rey Faraón que matasen todos los niños hebreos que naciesen, no le quisieron obedecer, sino dice la Escritura: *Timuerunt autem obstetrices Deum et non fecerunt juxta præceptum regis.* Y no quedaron sin galardón; que por eso las multiplicó el Señor y les dio larga generación y descendencia, y muchos bienes temporales. El criado del rey Saúl, aunque le mandó sacar su espada y que le matase por no venir á manos de los filisteos, no lo quiso hacer. Pero entre todos, es ilustrísimo ejemplo el de Josef, á quien llama San Ambrosio maestro de siervos. *Magnus quippe vir, qui venditus servile tamen nescivit ingenium.* Amado de su señora, no la amó; rogado y mandado, no consintió; dejó la capa, pero no la inocencia; costóle falso testimonio, infamia, cárcel, pero de allí salió victorioso y príncipe de Egipto. Aprendan (dice San Ambrosio) los que sirven, *etiam in ultima conditione posse mores esse superiores, nec ullum statum inmunem esse virtutis, si animus uniuscujusque cognoscat carnem servituti subditam esse, non mentem. Multosque servulos dominis esse liberiores, si in virtute positi a servilibus putant operibus abstinendum. Servile est omne peccatum, libera est innocentia. Unde Dominus: qui facit peccatum servus est peccati.* El apóstol San Pablo les da el método de servir á los criados. *Servi, obedite dominis carnalibus cum timore et tremore, in simplicitate cordis vestri.* ¡Mirad qué respeto quiere que tengan! Lo segundo, que anden con ellos á la llana, que no sean doblados: una cosa en el corazón y otra en la boca, sino *in simplicitate cordis vestri; non ad oculum servientes.* Y la materia en que han de servir, declara diciendo: *Facientes voluntatem Dei ex animo; cum bona voluntate servientes.* Esto es: obedecerle en todo y por todo, no siendo contra la ley de Dios, como lo hicieron estos ministros: servir con amor. Pero veamos qué les dijo el Señor: *Adhuc modicum tempus vobiscum sum; et vado ad eum qui me misit.* Bien pudiera postrarlos

en tierra, como á los que le vinieron á prender en el huerto, pero no quiere sino convencerles con razones. «Todavía me queda un poco de tiempo de estar con vosotros antes que vaya al Padre que me envió». Como si les dijera: en vano os trabajáis de prenderme, porque aunque la voluntad es vuestra, la facultad para ello es mía, y no la tendréis hasta que yo os diga: *Hæc est hora vestra*. No hay reloj en la tierra que pueda dar esta hora; en el cielo se ha de determinar el tiempo de mi prisión, y cuando llegue, yo mismo os daré licencia, porque en mi mano está morir y no morir, y mientras yo no quisiere, no podréis, y cuando yo quiera, podréis cumplir vuestros deseos de quitarme la vida y ponerme en una cruz, que será en remedio de todos y cumplimiento de la gracia y de la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

MARTES DESPUES DEL DOMINGO

DE PASION

Ambulabat Jesus in Galilæam; non enim volebat in Judæam ambulcre, quia quærebant eum judæi interficere.

(JOAN., 7).

El Santo Evangelio contiene una plática que tuvo el Señor con algunos de sus deudos que, no teniendo aún el crédito de su persona que era razón, se pusieron en darle consejo (cosa bien excusada por cierto). Es el caso que Cristo nuestro bien se andaba retirado por Galilea y no quería por entonces ir á Judea, á causa que los judíos (que era la gente principal de Jerusalem) le querían matar. Venía cerca una de las tres pascuas principales que los hebreos tenían, á cuya celebración todos subían á Jerusalem. Y como allí concurría tan gran gentío, aconséjanle sus parientes á Cristo que deje á Galilea y no malogre su doctrina y milagros en aquella tierra mísera y aldeana, sino que se vaya á la corte y metrópoli, donde sus devotos y aficionados gocen de su maravilla y le conozcan por quien es. Responde el Señor: El tiempo de mi ida aun no es venido, porque los judíos están muy enconados y es menester dar lugar á su ira y quitarles la ocasión de enojo; pero vosotros siempre tenéis tiempo de ir libremente y sin recelo, porque el mundo no os aborrece, pues sois de su humor. A mí me quiere mal, porque doy testimonio que sus obras son malas. Andad en buen hora vosotros á esta fiesta, que yo por agora no voy; porque, como digo, aun no es llegado mi tiempo. Con esto se quedó en Galilea y sus parientes se partieron. Ellos idos, también Cristo se partió: porque aquel era el tiempo determinado para esta jornada; mas fue disimulado y no con la publicidad que solía otras veces. Y como los judíos no le oían el primer día, que era el más solemne, buscábanle y preguntaban por él, diciendo: ¿Dónde está aquél? No les cabía el nombre dulcísimo de Jesús en sus bocas rabiosas. Y con esta ocasión, entre la gente vulgar comenzaron á hacer corrillos y hablar dél. Unos decían: bueno es. Otros: no, sino engañamundo; pero ninguno osaba levantar la voz, sino paso y entre dientes, por miedo de los judíos, que según parece tenían por delicto hablar de El y que alguno tomase su nombre en la boca. Esta es la letra; pidamos la gracia. Ave.

INTRODUCCION

La esposa, alborozada con la voz del esposo que en la ley y en los profetas había oído, y deseosa de su presencia, después que en el capítulo II de los Cantares nos cuenta su venida por la Encarnación, y la ligereza con que vino como cabra montés y cervatico saltando por montes y collados, traspasando y venciendo las dificultades que había en este camino tan largo, de

Dios á ser hombre, del seno del Padre al vientre de su madre; ya que le considera hombre avecindado en la tierra y que trata y conversa con los hombres, dícenos su manera de proceder y conversar. *En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos* (Cant., 2): «Hele, está él detrás de nuestra pared, mirando por las ventanas, atalayando por las redes ó gelosías». Declara la persona del Verbo en aquel *Ipse,* que era subsistente antes de la encarnación. La pared (como explican San Gregorio y San Justo, obispo argelitano), es la carne mortal, este cuerpo pesado, grosero, costal de tierra que traemos á cuestas que agrava al alma; á quien llama un amigo de Job casa de lodo, y San Pablo terrestre morada. Llámase pared nuestra, porque nosotros con nuestra culpa le hecimos mortal y corruptible; que Dios para ser inmortal le crió, y no fue autor de su muerte. Detrás desta pared estuvo el esposo, cuando haciéndose hombre en nuestra mortalidad escondió su divinidad. El que se pone detrás de una pared, está allí donde está, pero no le ven; así al Verbo divino, cubierto con la pared de la carne pasible y mortal, estaba entre nosotros, pero escondido á nuestros ojos. Lo que dijo el Baptista: *Medius vestrum stetit quem vos nescitis.* «En medio de vosotros anda y vive, y no le conocéis». Si descubriera la inmensidad de su gloria, no le pudiera sufrir la fragilidad humana; por eso fue menester ocultarla. *Exinanivit semetipsum formam servi accipiens* (Phil., 2). Aquel *ipse,* que es toda la grandeza y majestad de Dios, se achicó y al parecer se desautorizó, *se ipsum:* tomando naturaleza de siervo. Esta es nuestra pared; que como era gran gigante divino para encubrirse con pared tan baja como el cuerpo humano, fue menester agacharse. *Exinanivit semetipsum.* Asimismo se abrevió y encogió él mismo. También se llama el cuerpo de Cristo pared porque nos separó de la ira de Dios. En este mundo descargó su justicia los golpes que á los pecadores tiraba, y por su permisión los judíos con cruel furia le batieron y atormentaron en la pasión, hasta derribarle por tierra, como lo profetizó mucho antes Jacob: *In voluntate sua suffoderunt murum.* Sin otra causa que su enojo furioso y malvada voluntad, picaron el muro y le arruinaron. Puesto, empero, el Hijo de Dios detrás deste muro, miraba por las troneras y columbraba por las gelosías. El que desta suerte mira, en parte es visto y en parte no; no está bien escondido, ni del todo manifiesto. Y porque Dios hombre hizo milagros por la potencia de su divinidad y padeció trabajos en la flaqueza de la humanidad, por eso se dice que miraba por ventanas y redes. *Quia in aliquo latens, in alio quis esset apparuit,* dice San Gregorio: «Porque en algo se escondía y en algo se manifestaba». Pero como estaban tan bien avenidas estas dos naturalezas en el *Verbum caro,* en todas las obras que Cristo hacía se respondía la una á la otra y había estas dos muestras de divino y humano. De suerte que ninguna obra hacía el Señor como hombre que no la hiciese oliendo á Dios, y en las que hacía como Dios también había resabios de ser hombre. Eran aquellos dos lienzos y cortinas del tabernáculo, cada una hecha de cinco; pero con tal artificio trabadas con sus lazos y hebillas de oro, que en tirando de la una, hacía su arrimo y reconoscimiento la otra. Así estaban atadas estas dos cortinas que componían este divino tabernáculo: el hombre con Dios y Dios con el hombre, que á doquiera que el hombre iba ó se meneaba en Cristo, iba Dios preso por la lazada de la unión, meneándose con él. Cosa admirable que miraba el Redentor con ojos de hombre, y en aquellos ojos humanos iban enjertos unos ojos de Dios que con sus rayos derretían corazones. Tocaba con manos de hombre y en aquella mano se sentía entreverada otra de Dios que hacía golpe y toque divino. Consentíase tocar en la ropa y atropellar de la turba sólo por hacelles bien; y por las fimbrias y hilos de su ropa salían unas hebras de Dios mezcladas y entretejidas, destilando su virtud por allá afuera y haciendo soberanos efectos. Aun en las infamias de la cruz, en aquellas tan crecidas y calificadas afrentas (donde al parecer habían caído las banderas y triunfos de Dios y todas sus pujanzas y valores desaparecido y anegádose en abismos de deshonor), aun allí no se pudo esconder que era Dios. Que como en este lienzo humano sangriento, manchado y afeado, andaba asido el otro divino y glorioso, no pudo dejar de hacer su sentimiento y meneo el meneo deste otro, y dar algunas vislumbres y asomos de Dios. Esto significó Isaías, cuando después de habelle pintado su rostro tan desfigurado cual estuvo en la cruz, dijo: *Et quasi absconditus vultus ejus.* ¡Oh gran misterio! No dice escondido, sino como escondido, dando por esto á entender que ni aun todos aquellos dolores y escarnios tan ajenos de Dios pudieron disimulalle y encubrille, sino que por ellos afuera esparcía sus rayos divinos. Antes, como allí se cayó la pared del cuerpo, muriendo el Señor en la cruz, allí campeó más la divinidad que estaba encubierta, y de ahí quedó más declarada y conocida. Así lo había dicho El á los judíos: *Cum exaltaveritis Filium hominis cognoscetis quia ego sum.* Por la cruz fue conocido quién era. Allí le conoció el centurión y el buen ladrón, y de allí comenzó la gloria y majestad de su reino. Esto es mirar Cristo por las ven-

tanas de la pared: haber en todas sus obras hecho demostración que era hombre y Dios. Porque en esta junta y en la fe viva della consiste nuestra salvación. Claramente veremos esto en el Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ambulabat Jesus in Galilæam; non enim volebat in Judæam ambulare. San Crisóstomo lee: *Non enim habebat potestatem*, y Eutimio: *Non poterat*, donde nuestra letra dice *non volebat*. Quiere decir: no podía seguramente andar por Judea. Como decimos de un delincuente que no puede andar por Sevilla, porque luego le echarán mano y harán justicia dél, así el Salvador del mundo no podía libremente ir á Judea, porque los judíos tenían resolución de quitarle la vida. ¿Cómo no? ¿No dijo él: *Potestatem habeo ponendi animam meam et iterum sumendi eam?* Nadie es poderoso de quitarme la vida contra mi voluntad; yo puedo dejarme matar y puedo después de muerto resucitarme. Y en razón deso, cuando sus naturales le quisieron despeñar, *transiens per medium illorum ibat*: «Se fue pasando por medio dellos sin que pudiesen ofenderle». Y cuando los judíos le quisieron apedrear una vez, se les quitó delante, y otra les detuvo los brazos ya levantados con las piedras, sin dejarlos descargar ni hacer golpe. Y cuando en el huerto le fueron á prender, para mostrarles cuán poca parte eran todos para llevarle sin su licencia, con aquella palabra de majestad divina: yo soy, derribó en tierra de espaldas todo aquel escuadrón de gente armada. Y por concluir, agora en este viaje de Galilea á Judea, que cuenta San Juan, como vimos el martes pasado, salió á predicar al templo y los de Jerusalem decían: ¿No es éste á quien buscaban los judíos para matarle? *Ecce palam loquitur et nihil ei dicunt.* No sólo no le hacen mal, pero ni una palabra osan decirle. ¿Pues cómo se retrae y anda ausente, y no quiere ni puede ir seguro á Jerusalem, porque los judíos no le maten? Responde San Agustín y lo mismo siente San Crisóstomo: *Christus semper hoc agit ut Deus credatur et homo*: «Siempre Cristo pretendía en sus obras que le tuviesen por Dios y hombre (como realmente lo era)», y así daba muestras de ambas cosas. Si siempre estuviera entre sus enemigos invencible, inexpugnable, sin que pudieran tocarle, pensaran que era fantasma que se les desvanecía entre las manos. Si siempre huyera y nunca les hiciera rostro, dijeran que era hombre cobarde y pusilánime. Por eso, *fugit ut homo, apparuit tamquam Deus*, dice San Crisóstomo: «Ya se retira como hombre, ya se manifiesta como Dios». Con lo primero confunde á Maniqueo y Marción, que negaban su humanidad; y con lo segundo á Paulo Samosateno, que negaba su divinidad. Dos herejías extremas. Ambas naturalezas muestra tener quien se esconde detrás de la pared como hombre y juntamente se asoma á la ventana como Dios. Demás desto, en esta ausencia nos quiso enseñar lo que en los trabajos habemos de hacer: que cuando por medios humanos podemos buenamente salir dellos, no pidamos milagros, que es tentar á Dios. Cuando los israelitas estaban cercados de montes, delante el mar y á las espaldas los enemigos, hizo Dios milagro secando el mar y anegando á Faraón con su ejército; mas cuando ellos, peleando, se podían defender, quería que peleasen y se defendiesen. A Elías, cuando estaba en el yermo sin algún refugio, envíale de comer con un cuervo y después con un ángel; mas cuando vino á poblado, pídele él de comer á la viuda. Bien pudiera Dios enviar una nube á Noé ó un carro, como á Elías, que lo levantara sobre las nubes mientras pasaba el diluvio; más: podía hacer un arca en que salvarse en aquellos años que se otorgaron á los hombres para hacer penitencia. A San Pedro que estaba preso en la cárcel de Herodes con cadenas y guardas, envíale un ángel que le suelte y libre. A San Pablo, que estaba en Damasco, no en tanto peligro, que le descuelguen y guinden los fieles por el muro en una espuerta. Cristo también usaba de medios humanos algunas veces. Siendo niño, va huyendo á Egipto para escapar de la persecución de Herodes, y siendo hombre no quiere arrojarse del pináculo del templo, porque hay escalera por donde bajarse. Y agora, pudiendo con ausentarse declinar la rabia de los judíos (pues aún no era llegado el tiempo de su muerte), se les quita delante, dando también consuelo en esto á nuestra flaqueza; como dicen San Augustín, Beda, Eusebio, Emiseno, sabía que algunas veces los suyos habían de huir de la persecución de los tiranos como El lo aconsejó. *Si vos persecuti fuerint in una civitate, fugite in aliam*; porque no se tenga por crimen la huida y esconderse, cuando el manifestarse no importa para el bien de los súbditos ó para defender la honra de Dios. Por eso el Señor agora se retira y después á su tiempo vuelve.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Pero como los hombres no entendían el alto consejo con que en todo cuanto hacía era guiado, *dixerunt ad eum fratres ejus: Transi hinc et vade in Judæam, ut et discipuli tui videant opera tua quæ facis.* Estos que aquí se llaman hermanos de Cristo, no eran hijos de la Virgen, sino sus deudos; porque en la Escritura se acos-

tumbra á llamar hermanos á los parientes. Abraham y Lot eran tío y sobrino, y Labán y Jacob, ni más ni menos, y se llaman hermanos en la Escritura. Como en el monumento nuevo donde fue sepultado Cristo, ni antes ni después no fue puesto otro muerto, así el vientre sacro de María, que fue nueve meses relicario del Verbo encarnado, ni antes ni después concibió cosa mortal. Cristo es unigénito del Padre en el sér divino y en el humano, unigénito de su Madre. Pero llámanse éstos sus hermanos, no por naturaleza, sino por parentesco; pues como éstos aún no tenían por fe, ni creían de Cristo ser Dios, y por otra parte vían los milagros que hacía, instigados de vanagloria (como dicen San Agustín y San Cirilo) dícenle que vaya á la Pascua á Jerusalem y que haga sus maravillas delante de todos, para que sea loado de todos. *Si hæc facis, manifesta te ipsum mundo:* «Pues haces obras tan señaladas, no te escondas, sino parece en la plaza del mundo». San Agustín dice: *Loquebatur caro carni, sed caro sine Deo, carni cum Deo. Loquebatur prudentia carnis Verbo quod caro factum est et habitavit in nobis.* Consejo muy de parientes, que no pretendían tanto la gloria de Cristo como su interés y propia estimación. Iremos á Jerusalem, y viendo el mundo que alumbra ciegos y resucita muertos, todos le respetarán, y á nosotros por él sacaremos honra y provecho de tan buen deudo. El santo Job, en su calamidad, se quejaba de otros semejantes parientes: *Fratres mei prœterierunt me sicut torrens qui raptim transit in convallibus:* «Mis hermanos—quiere decir mis deudos—pasaron por mí como arroyo que arrebatadamente pasa por los valles». Toma la metáfora de algunos que caminasen en compañía, y cayendo el uno en un hoyo, los otros le dejasen y se fuesen, y porque pudieran haber hecho alguna diligencia, y enfadados de la tardanza, trabajo ó dificultad y desesperados de sacarle, volviesen á su camino, dice: que no se detuvieron ni repararon en su caída, sino que como arroyo impetuoso pasaron de largo por él. Y como si le preguntaran la causa de tanto desconocimiento y desamor, añade: *Involutæ sunt semitæ gressuum eorum.* «Las sendas de los pasos dellos están envueltas». Lo que se envuelve está redoblado y recogido en sí mismo, vuelto á sí mismo. Pues los caminos de aquéllos están envueltos, que en los parientes y amigos no buscan sino propia utilidad, no dan paso que no sea en orden de sí mismos, y por eso fingen amistad en el tiempo de la prosperidad, y en el día de la adversidad desamparan y se hacen afuera. Tales fueron los parientes de Cristo antes de la pasión, que en él y sus milagros buscaban su propia comodidad. Y aquel camino que le persuadían hiciese á Jerusalem era camino envuelto, porque en orden de sí mismos y de su acrecentamiento temporal lo procuraban. Y como el Señor no los acudió á sus vanos intentos, pasaron por El, dejáronle; El se quedó en Galilea y ellos se fueron á Jerusalem. San Gregorio halla misterio en la pasada del arroyo, y dice que significa la vida de los mundanos y su muerte. Porque el arroyo viene de las alturas á lo bajo y en el invierno corre y en el estío se seca; así los malos caen de la esperanza soberana de la gloria á la bajeza de los bienes de la tierra que aman y procuran. Toda su vida es cuesta abajo y en eso se ve su relajación. Toda su vida es trabajosa y la descendida deleitable. Para subir es menester fuerza; para bajar, dejarse venir. Pues los malos van cuesta abajo, porque para irse al infierno no es menester más que dejarse llevar de sus apetitos, seguir la corriente de sus pasiones, no hacerse fuerza en nada, holgarse, pasar tiempo.

Facilis descensus Averni;
Sed revocare gradum superasque evadere ad auras,
Hoc opus, hic labor est.
(VIRGILIO, *Eneida.*)

Por eso el camino del cielo se llama subida. *Quis ascendit in montem Domini?* Y los que han de ir allá: *Violenti rapiunt illud.* Porque es menester poner fuerza y hacerla á sí mismos y sus malas inclinaciones para vencer las dificultades desta subida. Más. El arroyo crece en invierno cuando corren las lluvias y se derriten las nieves; y es terrible la furia que lleva cuando va de avenida: arranca, descuaja los árboles, antecoge ganados, ahoga los caminantes, pero pasa presto y en el verano está seco. Este es el fin desastrado de los malos, que mientras dura el invierno de la vida presente salen de madre con las aguas y nieves de los bienes falsos y aparentes deste siglo, caducos, deleznables. Pasan con estruendo y ruido, haciendo mal y daño; á unos roban, á otros deshonran, á otros maltratan, suena la fama de sus desafueros y en la muerte todo se acaba. *Periit memoria eorum cum sonitu* (Salmo 9). En el estío del juicio venidero, cuando el sol de justicia, Cristo, quemare con toda la fuerza de sus rayos ardientes, secará su alegría y abrasará su prosperidad y verse han solos, pobres, condenados y abatidos. A esto tira la respuesta que dio el Señor á sus parientes.

CONSIDERACION TERCERA

Tempus meum nondum advenit, tempus autem vestrum semper est paratum. No habla del tiempo de su encarnación y venida al mundo, que ese ya era venido: *Ubi venit plenitudo*

temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere (Galat., 4); sino responde á propósito á los que le daban consejo de buscar la honra mundana. El tiempo de mi gloria y exaltación aun no es llegado. Mirad cómo en lo que Cristo hacía como hombre, aun allí se mostraba Dios; porque el estarse en Galilea retraído es de hombre, pero el saber los tiempos en que se ha de ocultar y descubrir es de Dios. *Non est vestrum nosse tempora vel momenta quæ Pater posuit in sua potestate* (Act., 1). No es de hombres saber los tiempos y momentos, pero el Hijo de Dios sabe los tiempos y momentos por el Padre establecidos y determinados para su ignominia y para su gloria, para encubrirse y para manifestarse. Y así dice: mi tiempo no es venido. Todas las cosas tienen su tiempo, dice Salomón. Y el tiempo de cada cosa es el en que ella tiene sazón y está en su fuerza y mejor estado. Como la primavera es el tiempo de las flores, y el estío del trigo, y el otoño el de la uva, así el tiempo de Cristo es el de su reino, de su grandeza y monarquía de todo lo criado. Este tiempo aun no era venido. Porque quiso Él subir por la humildad á la alteza, por las afrentas á la honra, por la cruz al reino, y por este camino han de ir sus siervos. A los discípulos que pedían sillas, ofrecióles el cáliz; porque no hay silla de descanso sin trabajo, ni borla sin vejamen, ni corona sin pelea; ni ha de reinar con Cristo sino el que padeciere con Cristo. Los mundanos, cuya honra, poder y contento es todo en esta vida, ahora es su tiempo. *Tempus autem vestrum semper est paratum*. Vosotros, que deseáis honra de mundo, este es vuestro tiempo, presente le tenéis. Pero mirad que dicen tiempo tras tiempo. Mirad que se han de trocar las suertes y mudar los tiempos. Tema el malo en sus placeres y consuele el justo en sus fatigas, y oiga lo que promete Cristo: *Cum accepero tempus, ego justitias judicabo* (Salmo 74). «Cuando yo quite el tiempo á los pecadores y venga el mío de mostrar al mundo mi poder, yo juzgaré las justicias». Quiere decir: yo haré justicia á los justos. Como si á un hombre injustamente agraviado le dijese el juez: no tengáis pena, que yo os haré justicia y os desagraviaré, así dice Cristo: yo haré justicia á los justos. Agora no es tiempo de juzgar á los malos, sino de sufrirlos, de esperarlos. Sufran los buenos, lloren, ayunen, padezcan; mas procuren en todo caso tener justicia para ir á juicio, que si la tienen, Cristo juzgará las justicias y se la guardará sin duda. ¿Qué es juzgar las justicias? Premiallas, pagallas; dar risa por lágrimas, hartura por hambre, reino por persecución. Oid lo que dice David: *Non repellet Dominus plebem suam et hæreditatem suam non derelinquet, quoadusque justitia convertatur in judicium, et qui juxta illam, omnes qui recto sunt corda*. No dará el Señor de mano á su pueblo. El pueblo querido de Dios, su familia, que son los buenos, sus hijos y herederos, andan agora trabajados y perseguidos en medio de pecadores injustos, blasfemos, disolutos, disfamadores, insolentes, matadores. Pero no aventará el Señor á los suyos ni los dejará de su mano hasta que venga el tiempo en que la justicia que agora tienen los santos le convierta en juicio; esto es, sea premiado en el juicio; cuando los reos se conviertan en jueces, y los que aquí anduvieron humildes y cabizcaídos alcen cabeza y se gallardeen. *An nescitis quoniam sancti de mundo judicabunt?* «¿No sabéis que los santos, dice San Pablo, han de juzgar al mundo?» Los grandes santos como asesores del juez, los otros con la comparación de su santidad, porque siendo hombres de carne y sangre como los demás, se abrazaron con los trabajos de la virtud, los cuales rehusaron los malos. El novicito que ayuna y va á maitines á media noche, juzgará al hombrazo como un roble que no hace penitencia; el joven casto, al viejo verde; la monja, á la casada adúltera. Y así parecerá más culpable su maldad, cotejada con la justicia de los santos. Deste tiempo en que la justicia se ha de convertir en juicio, dice Cristo: *Tempus meum nondum advenit*. Aquél será tiempo de gloria, en que vendrá glorioso el que andaba primero humilde. Vendrá como universal juez el que fue juzgado como reo. *Deus manifeste veniet, Deus noster, et non silebit* (Salmo 49). En la primera venida vino oculto, medio disimulado; en la segunda vendrá descubierto á la clara, sin disfraz. *In majestate sua*. Vendrá y no callará. Cuando vino encubierto, calló como cordero delante el que le trasquila, como oveja que la llevan al matadero; pero entonces no callará, sino dará gritos como mujer que está de parto. Reventará la saña y cólera contra los pecadores concebida, y de tantos siglos represada. Pero veamos quién son los dichosos que en el juicio tendrán justicia. Eso dice. *Et qui juxta illam omnes qui recto sunt corde* (Salmo 93). Todos los derechos de corazón. Esos tienen justicia. ¿Quién son los derechos de corazón? Los que no envidian ni cudician la prosperidad de los malos, ni acusan á Dios, porque en esta vida da á los malos bienes y á los buenos males; sino dicen con David: *Quam bonus Israel Deus his qui recto sunt corde!* «¡Ah, qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón!» ¡Qué bien les parece todo lo que hace! ¡Qué conformes con su divina providencia! *Mei autem pene moti sunt pedes; pene effusi sunt gressus mei*. Pero yo en un tiempo

po que no anduve á las derechas, ni era recto de corazón, á pique estuve de no parecerme Dios bien, y de descontentarme de su gobierno. *Quia zelavi super iniquos, pacem peccatorum videns.* Porque tuve celos y envidia de la felicidad de los pecadores, verlos en paz, descansados, ricos, sin trabajos ni molestias, no me agradaba Dios que tal permite. Ese pensamiento torcido es, no de recto corazón. Siempre el malo es infeliz, y no le llamará dichoso sino el que no supiere qué cosa es felicidad. Cuando los viéremos contentos y ufanos y que mofan de la penitencia y humildad de los buenos, digámosles: nuestro tiempo aun no es venido. Viejecita que no comes, pobrecito que pereces, *tempus meum nondum advenit; tempus autem vestrum semper est paratum.* Bien mostró entender esta filosofía uno de los amigos de Job, cuando dijo: *Ego vidi stultum firma radice et maledixi pulcritudini ejus statim* (Job. 5). Necio es el que con todo el amor y deseos de su voluntad se arraiga en la tierra y procura echar raíces en ella. Caín, el primer reprobado, fue el primero que edificó ciudad en la tierra; porque aquél puso su fundamento en ella, que está despedido de la firmeza del cielo. Mas entonces el loco tiene fuertes raíces, cuando su poder, riqueza y honra parece más sólida y menos variable. Veréis unos hombres que se levantan de la tierra de presto; ayer eran unas estacas, hoy son palmas: ochenta mil ducados, cien mil en trato. Piérdese una nao, róbanle cosarios, luego quiebra y vase á ser sacristán. No tenía raíces. Pero el que tiene hacienda segura, vinculada, que puede lo que quiere y quiere lo que se le antoja, alcanza lo que desea, agravia á quien le parece, contradice lo bueno, favorece lo malo y por medios inicuos sube á mayores provechos; y en todo esto no hay azar, ni pérdida, ni desgracia alguna. Este es el necio con fuertes raíces. Vile y maldije su hermosura luego. No me deleité en mirar su prosperidad, ni la codicié para mí, como hacen los que saben poco, sino maldíjela. No es otra cosa esta maldición, sino considerar su gloria eslabonada con la condenación. Y cuanto más se ensalzare en sus honores, tanto será más abatido en los tormentos; que es transitoria su gloria y perpetua su pena. Y que en el camino es honrado con soberbia, y al fin dél será condenado con vituperio. Y que por prados floridos va á la cárcel, el que por los contentos de la vida presente camina á la muerte perdurable. Y es muy de notar aquella palabra *statim.* ¿Hay quien viendo caer á los poderosos de sus estados, ó morirse súbitamente, caiga en la cuenta de cuán breve y engañosa es la gloria del mundo? ¿Oíste que se murió fulano?—¡Ah, todo se acaba; no hay que fiar en esta vida! — ¿Esto es ser hombre? Quien quiera se dirá eso, y verá que es mortal y caduca la prosperidad, viendo muerto al que la tenía, y aun entonces la menosprecian los que hasta la muerte la habían amado. Pero el sabio, luego en viendo su hermosura, la maldice. Cuando más empinada su grandeza, cuando más fortalecido su poder, cuando más envidiada su alegría, cuando más vistosa su frescura, luego sin detenerme, la maldije y reprobé, considerando cuán en breve se ha de acabar y la pena que se le ha de seguir. Quien esto entiende dirá á los malos: mi tiempo no es venido, vuestro tiempo está presente.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Otra razón da el Señor á sus parientes para no ir con ellos á esta solemnidad. *Non potest mundus odisse vos, me autem odit; quia ego testimonium perhibeo de illo quod opera ejus mala sunt.* El principio de todas las amistades, lo que las traba y conserva, es la semejanza en las costumbres y conformidad de corazones: un querer, un no querer, eso es amistad. Y así ponen por símbolo della dos corazones juntos atados en una cinta. En todas las amistades se puede ver, A los malos eso los junta. *Sortem mitte nobiscum, marsupium unum sit omnium nostrum* (Prov., 1). Seamos todos camaradas, probemos nuestra ventura, sea una la bolsa de todos, igual y común la ganancia: robemos por cualquier vía que pudiéremos. Los buenos también se juntan en amor y concordia. *Qui habitare facit unius moris in domo* (Salmo 65). Obra es de Dios que sus hijos y domésticos que moran en su casa sean de un mismo corazón y de unas mesmas costumbres. De ahí nasce la enemistad. Porque como Dios y el mundo tienen tan opuestos corazones, tan contrarios fueros, obras, costumbres, hay entre ellos guerra sin treguas. El mundo lo que ama y precia es codicia de carne, codicia de riquezas, soberbia de la vida, que es codicia de excelencia. Dios aborrece todo eso, quiere destruir esta bestia; ella pretende conservarse. Ahí son los odios y los recuentros. Y no sólo entre ellos, sino entre sus aliados. *Quicumquem ergo voluerit amicus esse hujus sæculi, inimicus Dei constituitur,* dice Santiago. Y la razón es, porque los de Dios han heredado dél estar mal con el mundo; y esa es su gloria: ser dél aborrecidos. Abel y Caín, Isaac y Ismael, todo guerras; Jacob y Esaú en el vientre luchaban, porque el uno era de Dios, otro del mundo. San Juan, en su Apocalipsis, dice que el diablo, *abiit facere prælium cum reliquiis de semine ejus, qui custodiunt mandata Dei et habent testimonium Jesu Christi.* Y San Pablo: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.* Y ese odio que

tiene el demonio á Dios y á todos los que son suyos, en quien ve su imagen y vida casta, heredó el mundo; y así los malos persiguen á los buenos. Y ¡ay de aquellos con quien está bien el mundo, que es señal que son todos unos! Pues dice Cristo á sus parientes: el mundo no os puede aborrecer á vosotros, porque conformáis con su corazón y obras, y deseáis bienes temporales como él; pero á mí me aborrece porque le soy contrario. ¡Mirad quién fiará más de tal mundo que aborreció á Dios! *Gravis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est aliis vita illius* (Sap., 2): «Pesado nos es aun para verle, sólo su vista nos cansa y molesta». Pues blanco y rubio es, y colorado y escogido entre millares, *totus desiderabilis*. Todo deseos para solicitar en su amor los corazones.—¿Qué aprovecha? Enfádanos, mátanos mirarle á la cara.—¡Qué pasión! ¡Qué furor fue este tan desatinado! No más de porque decía las verdades y reprendía sus malas obras. Mucho antes estaba profetizado esto por Isaías, donde dice Cristo: *Ego qui loquor justitiam et propugnator sum ad salvandum.* «Yo, lo que hablo es justicia; predico la virtud y santidad; y todas mis diligencias van encaminadas á salvar á los hombres». Pues, Señor, siendo así que vos procuráis su bien y remedio, *quare ergo rubrum est indumentum tuum et vestimenta tua sicut calcantium in torculari?* «¿Cómo traéis la ropa manchada como los que pisan uva en el lagar?» Quiere decir: ¿Cómo os pagaron tan mal los hombres, que os hirieron y ensangrentaron vuestro santo cuerpo, poniendo en vos sus manos violentas? Responde: *Torcular calcavi solus.* «Porque yo sólo pisé el lagar». Cosa extraña, que no quiso el Señor comparar su cuerpo sangriento á la púrpura ó grana, sino á la vestidura del que pisa uvas en el lagar, la cual no se mancha con otro mosto sino con el que salta de las uvas pisadas. En dando el golpe, revienta la uva y ensucia al que la pisó. Pues veis aquí la razón por qué los judíos mataron á Cristo. Pisábalos con sus reprensiones, afeábales sus hipocresías y maldades: y ellos, como uvas pisadas, reventaron con impaciencia y mancháronle con injurias, tiñéronle con su sangre y acabáronle con muerte cruel. Que si El quisiera callar y disimular con ellos, y no arguyera sus vicios, nunca ellos se exasperaran ni le dieran pena. Por apartar al vino del orujo se mancha el hombre cuando pisa la uva; y así, por apartar el Señor los pecados de aquellos malvados, le hirieron y mataron sus enemigos. Y éste es y ha sido siempre el uso de los mundanos: volverse como frenéticos contra los médicos que los quieren curar; perseguir, maltratar á quien les reprehende y da testimonio que sus obras son malas. Querría el mundo (como quien duerme) que nadie le hiciese ruido, ni le hable, ni despierte; y quiere mal á quien le habla. ¡Oh oficio cansado el del predicador! que si como debe se hace, ha de ser aborrecido del mundo, porque está obligado á dar testimonio que sus obras son malas; y si calla y no lo hace, será aborrecido y castigado de Dios. No hay medio en esto. Jeremías, fiel ministro, celoso predicador, algunas veces, según el hombre inferior, se vía tan cansado y apurado que daba á la gracia de Dios el oficio y se pedía la muerte y se quejaba de su madre porque le había parido á la vida *Væ mihi, mater mea, quare genuisti me virum rixæ, virum discordiæ in universa terra?* ¿Que tengo de ser piedra de escándalo? ¿Que han de tropezar en mí y yo lastimar á todos? ¿Que nascí para reñir y que me riñan? ¿Siempre en pleitos y rencillas con mis naturales y conocidos? ¿Que no hay hombre que me quiera bien? *Omnes maledicunt mihi*, y de obra y de palabra me persiguen. Pero consuélale Dios: *Si non reliquiæ tuæ in bonum.* Quiere decir: quéjate de mí, si tus postrerías no fueren buenas. Ya que naciste para vida tan cansada, el fin será para mucho descanso. Y en el entretanto sufre y haz tu oficio. *Si separaveris prætiosum a vili, quasi os meum eris.* Mira que eres mi boca y yo hablo por ti, y las palabras que has de hablar han de ser en orden de apartar lo precioso de lo vil, el vino del borujo, el oro de la escoria, los pecados del alma que yo crié. *Convertentur ipsi ad te et tu non converteris ad eos:* «Ellos se han de hacer á tus mañas y no tú á las suyas». Ellos se han de rendir á tus correcciones y no tú á sus amenazas. Pero los que por no incurrir en el odio del mundo y excusar sus maldiciones disimulan con sus delictos, sepan que los ha de comprehender la eterna maldición: *Maledictus qui prohibet gladium suum a sanguine.* La espada de la palabra de Dios en la mano, ¿y no cortáis y herís, y sacáis sangre? Maldito sois. Nunca el mundo ha estado peor que agora: más cudicioso, más deshonesto, más loco y altivo; nunca los señores más absolutos, y aun disolutos; los caballeros, más cobardes y sin honra; nunca los ricos más crueles, avaros; los mercaderes, más tramposos; los clérigos, más perdidos; los frailes, más derramados; las mujeres, más libres y desvergonzadas; los hijos, más desobedientes; los padres, más remisos; los amos, más insufribles; los criados, más infieles; los hombres todos, más impacientes y enemigos que les toquen ni aun les amaguen con la reprehensión. Y los predicadores vivimos en sana paz, estimados, queridos, regalados, ofrendados; nadie nos quiere mal, todos nos ponen sobre la cabeza. No hacemos el deber, y no damos herida ni sacamos sangre. Somos como el esclavo que

esgrime con su señor de respeto, que cuando ha de herir vuelve la espalda. Y como el que justa con el rey, que al tiempo del encontrar, alza la lanza. Y vos, confesor, que estáis muy contento con vuestros hijos y hijas, en que entra la ramera honrada, y el escribano ladrón y el mercaderazo rico logrero. Todos hallan quien los absuelva y tienen sus padres de penitencia: *Canes muti non valentes latrare* (Isaí., 56). Que con un pedazo de pan, sin que quiera, les dan un tapaboca que les hacen callar. No dice *non volentes*, sino *non valentes*. Que no pueden ladrar contra los vicios. Que les podrán decir los de abajo: *Qui prædicas non furandum, furaris* (Rom., 2). Predicáis contra la vanidad, y sois un vanillo; contra la gula, y coméis carne y cenáis en Cuaresma; contra el juego, y sois un tahur. Callad y callemos, y tengamos la fiesta en paz. Este es el caso. Que, pues el mundo no nos aborrece ni persigue, que somos todos unos, cortados á una tisera, hechos á su talle y condición. Que si fuéramos de Cristo, guerreáramos al mundo, y él nos tratara como le trató á él. *Me autem odii, quia ego testimonium perhibeo de illo*. Supuesto esto, dice Cristo á sus parientes: vosotros podéis ir á esta fiesta, pues ningún peligro corréis; yo por agora no voy, porque aun no es tiempo. Vanse los parientes, y después de idos, *tunc ipse ascendit ad diem festum non manifeste, sed quasi in occulto*. «Entonces que fue el tiempo señalado para esta ida, fue también El á la fiesta, etc».

CONSIDERACIÓN QUINTA

Siempre que el Señor subió á Jerusalem á celebrar las pascuas, iba patente, que todos le viesen, para dar buen ejemplo y mostrarse observante de la ley. Sola esta vez sube como escondido, porque sus deudos le solicitaron que fuese allá para ganar la gloria del mundo, que luciese y pareciese.—Pues por el mismo caso me esconderé.—Va y hace la buena obra, pero en oculto, para darnos ejemplo de huir la vanagloria. Aquí se ve la verdad de aquel dicho antiguo: *Nullum theatrum virtuti conscientia majus*. Que la virtud no busca ni ha menester otra plaza donde se vea, otro teatro donde se juzgue, mayor ó mejor, que la conciencia del que la posee. Ahí reina, ahí se goza, ahí se corona, ahí triunfa. Esto dijeron los filósofos, y bien. Y pensando en ello, veo qué altamente toca la diferencia de la verdadera virtud á la fingida. Que la fingida toda se ocupa en lo exterior; es placera y amiga de ver y ser vista, y de caer en gracia á los ojos de los hombres. Tales fueron las vírgenes locas que andaban mendigando. *Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ extinguuntur*. San Gregorio dice que el aceite que ceba la lámpara significa el resplandor de la gloria. Los vasos en que se guarda este aceite son los corazones. Pues las vírgenes locas no traen aceite en sus vasos para cebar las lámparas de sus obras, *quia gloriam intra conscientiam non habent, dum hanc ab ore proximorum quærunt*. La razón desto es porque como esta virtud no tiene sustancia ni valor sólido, sino que ha nacido al aire popular y criádose al agua del favor humano, desea eso como su alimento. *Numquid potest crescere carrectum sine aqua?* dijo Baldad, amigo de Job. Ella es el carrizo, todo altivo, todo vano, todo hojas y ruido, y si no tiene el agua al pie luego se seca. La gloria humana es el agua que la sustenta las bocas, la tierra donde nace; las alabanzas, el humor con que crece, y crece todo cuanto quiere el que dice dél y le alaba. Ahí se cría la virtud falsa; que como no quiere otra aprobación de sí, más que la de los hombres, y éstos sólo ven *ea quæ parent*, en afeitar y lucir esto que parece andan ellos muy solícitos para satisfacer á los ojos humanos. Una gente que todo cuanto hace es para atraer al pueblo. *Omnia opera sua faciunt ut videantur ab hominibus*. Gran cuidado en esto exterior, cuya santidad es como imagen de pluma, que si no es á la luz puesta en cierto modo al viso, no es nada, si no la miran en el día del hombre (Jerem., 17). *Diem hominis non desideravi*. A la luz de la estimación del mundo, no tiene sér ni fundamento. Al revés es la verdadera virtud. Contenta consigo, satisfecha de sí, no se emplea en parecer, sino en ser, y dicen contra el ajeno testimonio: *Gloria nostra hæc est: testimonium conscientiæ nostræ*. Este aceite tenemos en el vaso del corazón y no lo vamos á comprar de los lisonjeros, y contra el día del hombre. *Mihi autem pro minimo est ut a vobis judicer, aut ab humano die*. Yo no hago caudal de vuestros juicios, ni se me da nada de parecer bien en el día del hombre, puesto á la luz de sus alabanzas. *Qui autem judicat me Dominus est*. Su calificación quiero, su juicio es seguro, que ve los corazones. *Quia quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum*. Por eso los justos no hacen caso sino de los ojos de Dios, que no pueden engañarse. No digo que habemos de escandalizar á los hombres, ni que les habemos de dar buen ejemplo, sino que haciendo esto no pretendamos con nuestras buenas obras complacerles y granjear sus alabanzas, sino que la intención vaya derecha solo á Dios. *Ad Deum stillat oculus meus* (Job, 16). A él miro, á él busco, con mis lágrimas; en este blanco tengo puesta la mira. Quien hace esto, procura ocultarse y encubrirse cuanto puede, porque se contenta con tener á Dios por testigo. Esto nos enseña Cristo subiendo á la fiesta *quasi in occulto*.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Como no le vieron el primer día de Pascua buscábanle. *Et murmur multus erat in turba de eo. Quidam enim dicebant: quia bonus est; alii autem: non, sed seducit turbas.* ¡Oh potentísimo Hijo de Dios! ¡Oh bondad infinita! ¿Cómo pudieron los hombres enloquecerse tanto y perder el juicio que viniesen á dudar de su santidad? A esto ¡oh redentor de mi alma! te trajeron mis pecados; á que no sólo pagas por ellos, sino á ser tenido por pecador. ¿Qué falta hallaron en ti ¡oh lleno de gracia y de verdad! de que te pudiesen calumniar? ¿Qué engaño les hiciste por que te llamen embaidor? *Qui peccatum non fecit, nec dolus inventus est in ore ejus.* Antes su propio nombre: *Vocatur fidelis et verax.* ¿Pues de dónde salió tan mal juicio? Lo primero, de la condición del vulgo á quien llamó el otro *bellua multorum capitum.* Porque *quot capita, tot sententiæ.* Uno dice cesta, otro ballesta. Mirad que hay que hacer caso de sus opiniones, pues cerca del Hijo de Dios las tuvo tan erradas y anduvo tan ciego. Lo segundo, por la malicia dellos. Porque así como á los que aman á Dios todas las cosas se les convierten en bien, aun de los pecadores sacan provecho, más cautela, más humildad; así por el contrario, á los malos todas las cosas se les vuelven en mal; hasta el mismo Dios les hace daño por su culpa dellos. El maná á unos sabía á perdices y á otros á cebollas, y era uno. Así Dios, *cum sancto sanctus eris, et cum perverso perverteris*; «Al santo le parece santo, y al perverso le parece malo y perverso»; al flojo, duro. *Timui enim te, quia homo austerus es.* Dichosos ojos los que en tanta variedad dan en el blanco y sienten *de Domino in bonitate.* Y dicen: *Bonus est.* Saquen de aquí un gran consuelo los siervos de Dios cuando se viesen mordidos de las lenguas venenosas de los murmuradores; sufran y llévenlo en paciencia; porque si dicen dellos, de Dios dijeron. Y si del cordero sin mancilla hubo contrarios pareceres en el pueblo, ¿por qué habéis vos de querer que todos os canonicen y sientan bien de vos y de vuestras cosas? No ha de ser de mejor condición el discípulo que su maestro ni el criado que su señor. Harto les viene de ancho que sea el discípulo como el maestro y tan bueno San Pedro como su amo. *Si patrem familias Belzebu vocaverunt, quanto magis domesticus ejus?* (Mat., 30). Este es el pago del mundo, y el tratamiento que hace á los justos; por donde en cierta manera parece que es más cruel la mala lengua que el infierno. Porque el infierno solamente atormenta á los malos, pero la mala lengua no perdona á malos ni buenos. Más digo. La mala lengua es más perjudicial que la mala mano; porque la mano hiere al cuerpo, pero la mala lengua lastima el alma y quita la honra. La mano sólo ofende al que está presente, pero la lengua más crudamente hiere á los ausentes. Por eso la compara el Profeta á las saetas y carbones desconsoladores: las saetas tiran y matan de lejos, los carbones tiznan de cerca. A todos alcanza la mala lengua, ninguno se le escapa. Los lacayos y pajecillos que están esperando á sus señores en los zaguanes de las casas, como no tienen en que entender, toman su carbón y ensucian las paredes blancas (papel de necios). Tales son algunos hombres perdidos, que no teniendo en que entender ni algún honesto ejercicio en qué entretenerse, con el carbón de su mala lengua tiznan la fama de los hombres virtuosos y de las mujeres honradas, que ninguno hay bueno de su boca. *Labia nostra a nobis sunt* (Salmo 11). Nuestra es la boca, parlar tenemos y de donde diere. Estos miren que, como los otros tiznando la pared con el carbón, también se tiznan sus propias manos. Así el maldiciente no puede ennegrecer la fama del prójimo sin contaminar y aun ensuciar su propia alma. Y los que así se viesen tiznados y ofendidos, pongan los ojos en este inocentísimo corderito, consuélese con él en sus afrentas, y á imitación suya, tengan paciencia en las persecuciones, para que él les dé en esta vida su gracia y en la otra su gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

MIERCOLES DESPUES DEL DOMINGO

DE PASION

Facta sunt encænia in Hierosolymis et hyems erat.

(JOAN, 10).

INTRODUCCIÓN

En aquella relación tan sagrada como verdadera que la esposa con espíritu divino hace de la bondad y virtudes de su esposo en el capítulo V de los Cantares, comenzando de la cabeza, dice: *Caput ejus aurum optimum*: «Su cabeza, oro fino acrisolado». No habla de los cabellos, que esos dice ser negros como el cuervo, sino de la figura de la cabeza, que es tan linda y bien proporcionada como hecha de oro, que así solemos llamar á las cosas en su género muy acabadas. Á Venus por su belleza llamaban los poetas Venus de oro.

Venus aurea contra pauca refert,

(VIRGILIO, *Eneida*).

Y á San Juan Crisóstomo, por su elocuencia, boca de oro. Así, cabeza de oro la del esposo, por ser muy perfecta, y en todas sus partes bien formada. De muchas cosas es el oro símbolo en la Escritura: Lo primero, de la Deidad. Aquel tabernáculo é iglesia portátil, que por mandado y traza de Dios hizo Moisés en el desierto, todos convienen haber sido como un mapamundi y descripción de todo el universo, y representando las otras partes de los elementos y orbes celestes. El arca (que era la reliquia más preciosa y estaba cercada de los dos querubines, allá en lo interior y más rico del santuario) era un dibujo de la naturaleza divina, que semejantemente reside en lo más alto y secreto del cielo empíreo, rodeada de los coros angélicos. Estaba el arca cubierta dentro y fuera de chapas de oro finísimo. De donde se infiere que el oro significa la Deidad, de cuya excelencia sobre toda naturaleza criada es un rasguño el oro, que en dignidad y precio vence á todos los metales. Por lo cual dice el mismo Cristo: *Nemo bonus, nisi solus Deus* (Mat., 10). Porque su bondad es esencial, infinita, de nadie recebida; la de las criaturas limitada, finita y de aquel sumo bien participada. También el oro significa la caridad, la mejor de las virtudes, como lo es él de los metales (Apoc., 3). Y así á un tibio, esto es, falto de caridad, se le dice: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum.* «Yo te amonesto que compres de mí á trueque de tu disposición oro apurado por fuego». De ambas maneras se puede tomar en este lugar; ó que el oro sea la Deidad, como quieren San Gregorio y Santo Tomás. Y así con toda verdad se dice la cabeza de Cristo oro fino. Porque como dice San Pablo comentando este lugar de la esposa: *Caput Christi, Deus.* Lo mejor que hay en Cristo es ser Dios, aunque juntamente es hombre. Una persona divina en dos naturalezas, divina y humana. Y si por el oro entendemos la virtud de la caridad, sin duda la de Cristo es cabeza de todas las otras virtudes que en él hay. Porque dado que todas son heroicas, y cada cual en su género sumamente perfecta, no sé cómo allá se señala la caridad y hace raís entre todas; no eclipsando las demás, sino sirviéndose de sus resplandores y facultades para su fin: porque todo cuanto Cristo hizo y padeció, fue por puro amor de Dios y de los hombres ordenado nuestro bien. Y ninguno tiene él, por singular y excelente que sea, que de la manera que es posible no le comunique á sus escogidos. Por eso San Pablo, haciendo particular mención de la caridad de Cristo, la llama *supereminentem scientiæ charitatem Christi:* «Caridad que sobrepuja á toda ciencia, mayor que toda capacidad cria-

da». Y el amado discípulo dice que amó Cristo á los suyos hasta el fin, esto es, que echó el resto y tiró la barra y hizo lo último de potencia en amar. Esto es ser de oro la cabeza. Pero hay aquí un gran misterio en la letra hebrea, que no es justo pasarle en silencio. Tienen los hebreos tres nombres para significar el oro. El primero *Zaab*, que es común á todo oro, ó fino ó ligado con plata ó cobre; el segundo *Paz*, que es oro del cimiento de veinticuatro quilates, reducido á aquella fineza por fuerza de fuego; el tercero *Chetem*, que es oro de la misma ley y subidos quilates, mas no pasado por fuego, sino que de su natural bondad tiene en grano esa fineza, acabado de sacar del césped y del arroyo en que dieron golpe. Pues cuando la cabeza del esposo dice de oro fino, están en el hebreo estos dos nombres últimos: *chetem*, *paz*. Que es oro en grano, fino por naturaleza y oro afinado por fuego en crisol ó en craza, para mostrar, lo primero, que en Cristo, en su caridad y gracia no hay liga de bajo metal, no cosa imperfecta, ni mediana, ni común; todo es subido de ley y de perfección incomparable; y lo segundo que más importa, que pudo tanto con él su abrasada caridad, que, sin embargo que era Dios verdadero, impasible, inmortal, le entregó al fuego y llamas de las pasiones y tormentos; no para afinarse en sí, que de su nacimiento era grano de oro finísimo, sino para limpiar á los miembros, cuya cabeza es, de la horrura de sus pecados. ¡Extraña novedad! *Et quidem cum esset Filius Dei* (Hebreo, 3), que siendo hijo natural de Dios, que todo lo puede y sabe, esto es, siendo su cabeza oro de suyo finísimo, *didicit ex his quæ passus est obedientiam:* «Fue echado en el fuego de las pasiones, y supo por experiencia obedecer hasta muerte de cruz». *Et consummatus, factus est omnibus obtemperantibus sibi causa salutis eternæ:* «Y habiendo consumado la obra de la redención, fue hecho causa de salud eterna á todos los que le obedecen». De suerte que pasó por el fuego de la pasión, no por necesidad suya, sino por beneficio nuestro. Siendo los presentes días particularmente consagrados á celebrar la pasión del Señor, cumple en gran manera, para dignamente contemplarla y estimarla como es razón, y sacar desto el fruto que se pretende, entender muy bien, no sólo la pasión, sino quién es el que la padece. Porque la eminente majestad del paciente redunda en grandeza y colmo de la pasión, y sabemos todos cuánto se acrecienta á la obra, atenta la calidad del que lo hace. Lo que por nosotros hizo Cristo es de tal condición que á quien quiera que lo hiciera debiéramos sempiterno agradecimiento; y ser quien es el que tanto hizo por nosotros, á cualquier cosa por pequeña que fuera le daba valor infinito. Si el rey, pongo por caso, entrando vos á vuestro negocio, os quitase la gorra, o estando sentado se levantase por cortesía, no hay duda sino que, quitada la cudicia de por medio, juzgándolo con razón desapasionada, pesa más, es de más precio eso, que en otros fuera pequeño cumplimiento, que daros mucha suma de dineros uno que no fuera rey ni digno por su majestad de ser tanto estimado. Una oveja que fuera, un pajarillo, quien nos diera para nuestro bien su vida de su gana, merecía mucha estima. Cualquiera mínima cosa que Cristo Dios hombre en nuestro bien empleara, debía ser sumamente agradecida. Tanto lo que se hace y tal quien y en quien se hace, ¿quién puede ni aun significar el precio en que debe ser tenido? Esto cifró la esposa en una palabra, llamándolo oro fino, por la dignidad infinita de su persona; y por fuego pasado, por lo mucho que padeció por nosotros, que es lo que dijo claro el Apóstol: *Recogitate eum qui talem sustinuit a peccatoribus adversum semetipsum contradictionem.* No le basta decir pensad bien; parad en esto con el pensamiento, sino repensad, sed limpios animales que rumien lo que han con el entendimiento comido, trayéndolo otra vez á la boca de la memoria para remolello con el pensamiento. Pensad, pues, en él, en la dignidad, grandeza, valor y calidad dél. Repetid una y otra vez la vista de nuestra meditación sobre tan maravilloso y divinal objeto; y después que cuanto á la humana flaqueza fuese posible hubiéredes braceado en la contemplación de quién es él, mirad luego lo que sufrió. *Qui talem sustinuit a peccatoribus, adversus semetipsum, contradictionem*, que tal contradición contra sí mismo sufrió de los pecadores. ¿Contradición y no más llamáis á lo que por nosotros sabemos haber Cristo padecido? ¿Con nombre tan leve y remiso me significáis pobreza, hambre, sudores, cansancios de frecuentes y largos caminos, vigilias, congojas, cuidados? ¿Ahí me cifráis las persecuciones, envidias, afrentas, deshonras, desprecios? ¿Ahí queréis encerrar en nombre tan breve el mar de prisiones, falsos testimonios, blasfemias, azotes crudos, corona de espinas lastimeras, afrentosas presentaciones por tribunales diversos, ignominiosa cruz llevada por las calles acostumbradas sobre los hombros; hiel, acíbar, vinagre, clavos penetrantes, sequía mortal, muerte de dolor rabioso, golpe de lanza cruel en el cuerpo ya difunto? ¿Eso se significa diciendo contradición, así como quien no dice nada? ¡Gran propiedad de la palabra del Apóstol! Veislo dicho todo y lo que no se puede decir. No tuvo para Cristo razón de tormento sino en cuanto es contradición. Porque en tres maneras podéis considerar las pasiones de Cristo. La una, en

cuanto ordenada por la divina sabiduría, que determinó por tan sobrados medios redimir el linaje humano, que pudiera hacerse por mil otros modos: más por gloriarse en la humilde obediencia de su hijo, que porque fueren absolutamente necesarios, aunque fueron los mejores. Y desta manera considerado, no fueron tormentos: fue un cáliz del Padre enviado, con sumo gusto bebido. *Calicem quem dedit mihi Pater, non vis ut bibam illum?* dijo al discípulo que se ponía en defensa. No se puede entender por ningún ejemplo cuán grande gloria fue de Dios que muriese su Hijo por obedecerle, y se sacrificasen, no bestias, sino hostia racional; no sólo hombre, sino Dios á Dios. Groseros ejemplos serán los que de las criaturas pueden ser tomados, pero digamos algunos. Venció el Tamorlán ó Tamurbec al gran turco Bayaceto en batalla campal; y fue tan inhumano, que le trajo siempre en su campo hasta que murió, para que cuando subía á caballo le sirviese de banco sobre que pusiese el pie para subir como de grada. Gran majestad servirse en tan vil oficio de persona de tanta estima; pero quítale mucho del valor la fuerza con que obedecía uno y mandaba otro. Más cosa que ésta parecerá la que de Adonibezec cuenta la Escritura, debajo de cuya mesa setenta reyes, cortadas por medio las manos y pies, andaban como perros cogiendo las migajas que caían de su mesa. Dicen del Imperio romano, cuando estaba en su pujanza, que si el emperador salía á visitar las provincias, ó pasaba por ellas á alguna guerra, cuando llegaba á algún reino, salía el rey como un hombre particular á la raya á recibirle, y le acompañaba sin ninguna demostración de ser quien era, más que cualquier otro ciudadano. No se puede encarecer más la grandeza del emperador, que ser servido de reyes, como de escuderos. Y Diocleciano, cuando hizo á Maximiliano, que era César, caminar buen rato de camino á pie tras de su coche sin casi querer hablarle, mostró bien la majestad del imperio. No es menester que los ejemplos sean verdaderos; ¿pero qué sería si en España entrase un hombre tan poderoso y con tanto imperio que el rey don Felipe, como otro cualquier caballero, saliese por débito á recebirle? Temor es decirlo; pero cosa es de ningún momento todo esto, y cuanto más imaginar se podría, en respeto de lo que es ver á Dios humilde por hacer la obediencia de Dios. Y no pudiendo serlo, en su naturaleza, vestirse de lo ajeno para poder humillarse. Esto es lo que más glorifica á Dios y declara ser quien es y lo que se le debe; y sólo este sacrificio es el que viene justo á su grandeza. Deste dice: *In quo mihi complacui.* Este es el olor de suavidad que á Dios regala y deleita, y por esto se ofrece de tan buena gana. De otra manera podéis mirar sus tormentos, como remedios para nuestra salud y vida necesarios, supuesta ya la divina ordenación que quiso no darnos salud y vida con menos que con la muerte de su Hijo. Y ni desa manera fueron penosos; porque así como en la primera consideración la reverencia del Padre quitaba á los tormentos los filos, así en la segunda, el amor de los hermanos, el ardiente deseo de verlos sanos, así le animaba á beber la purga amarga que á nuestra salud cumplía, que habiéndola ya bebido toda, aunque dijo: *consummatum est*, dijo también, *sitio:* «sed tengo». Si Joseph, cuando fue de sus hermanos aprisionado, empozado, sacado del pozo y vendido á tierras extrañas, supiera que aquella prisión, venta y esclavonía se ordenaba á que sus hermanos y padre no muriesen de hambre; *pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Ægyptum*, no fue consejo de hombre, sino de Dios; pues si esto supiera antes, de bonísima gana sufriera todo aquello que padeciera por fuerza. La tercera consideración es, en cuanto padeció de los hombres pecadores por no otra causa, sino malos ánimos de contradecirle en todo, que ese fue su hado. Como el santo viejo y experimentado Simeón, cuando Cristo niño, dijo alzando la figura, no por matemática, sino por profecía: «Este está puesto para caída y levantamiento de muchos». *Et in signum cui contradicetur.* Y en esta consideración sólo está el trabajo y tormento. Por eso le lastiman las lástimas, por ser hechas de ánimos perversos, mal intencionados. A esos llama aquí el Apóstol pecadores: *a peccatoribus.* Otro tormento por sí, de parte del instrumento que tomó la justicia divina para hacer este castigo. No hay cosa más vil que el pecado, pues siendo quien hace el pecado siervo del pecado, queda por tanto más vil pecador cuanto más vil el siervo que su dueño. Siendo, pues, necesario, por avalorar y quilatar la pasión de Cristo, saber las cosas que concurrieron en él, para significarle, nadie hay que tan subidamente nos lo declare como San Juan, que aunque en todo excede á todos, en esto hace ventaja á sí mesmo. En el presente Evangelio (allende de lo que en el domingo pasado se dijo), se declara maravillosamente quién es Cristo, su unidad en la esencia con el Padre. Eso es ser cabeza de oro fino, ser Dios verdadero; la unión y santificación suya en cuanto hombre, sobre cuantos fueron santificados; la misión al mundo en tiempo; la eterna generación antes de los tiempos y siglos; la destinación de las personas; la indivisión de las obras acá fuera; aquella circuninsistencia sin ejemplo de estar la una persona en la otra, cosas que en la letra sola consideradas, y miradas desde afuera, causan como

vaguido. *Horror est intendere in ea.* Por lo cual, si algún día os he pedido atención para vuestro provecho, hoy os la pido con más veras por él y por mi peligro. Pues es sabida ya la sentencia de quien dijo que el que en breve espacio ha de tratar grandes cosas y de gran momento, le es necesario auditorio, no sólo ingenioso, sino bien atento.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Facta sunt encænia in Hierosolymis et hyems erat: «Celebrábanse los estrenos del templo por los Macabeos reparado, y era invierno». Pone estas dos circunstancias del tiempo en lo espiritual y temporal, para que entendamos los malditos efectos que se siguen de las fiestas hechas sin devoción y espíritu. Es el invierno tiempo frío y perezoso, desacomodado para buenos ejercicios. *Frigiditas omnibus animi officiis aperte incommodat,* dijo uno. Y el poeta Virgilio:

Hyems ignava colono.

Y Salomón: *Propter frigus piger arare noluit.* Son fiestas invernizas: coro, misa, procesiones, festividades otras, hechas de hombres helados. Muchos años antes estaban ya estas fiestas notadas, y como quitadas del calendario de Dios por quien decía: *Oblivioni tradidit Dominus in Sion festivitatem et sabbatum* (Tren., 2). «Ha el Señor puesto en olvido las fiestas y días de huelga de Sión». Y la razón deste olvido pone en otra parte: «No sufre vuestras fiestas, porque son inicuos vuestros coros ó conventos». *Kalendas vestras et solemnitates vestras odivit anima mea: facta sunt mihi molesta; laboravi sustinens.* «Aborrece mi ánima vuestras solemnidades, danme pesadumbre y trabajo, sufriéndolas». Y por Amós: *Projeci festivitates vestras.* «Arrojé y eché por ahí con odio y desdén vuestras fiestas». Y más abajo: *Aufer a me tumultum carminum tuorum, et cantica lyræ tuæ non audiam.* «Quítame allá el alboroto de tus cánticos, que no gusto oir las voces de tus instrumentos». Mirad qué nombre, dice San Jerónimo, da á los oficios divinos y cánticos con que alababan á Dios: barahunda, ruido, confusión, quebradero de cabeza. Porque no tiene gracia la alabanza en la boca del pecador, ni procedía de ánimos devotos y bien afectos. *Aufer a me.* El Hebreo dice: *Aufer de super me tumultum.* «Quitad de sobre mí ese zumbido». Como que le tenía fatigado y cargado con grave peso; en que hace alusión á lo de Isaías: *Laboravi sustinens.* Son trabajosos á Dios tales descansos. El día que nosotros, como no debemos, holgamos, está él debajo la carga de nuestras holguras, como debajo una pesadísima cruz afanando. Por sustancialísimo que un manjar sea, puede ir tan sucio y mal aderezado, crudo, frío, que no haya quien le arrostre. Buenas son las fiestas, buenos los oficios, buena la música y el canto; pero si no hay fuego de caridad que las sazone, si las ensucian los pensamientos vanos y aun profanos, si no tienen jugo de devoción, sino todo es frialdad y sequedad de espíritu, no las puede Dios tragar: abomínalas con asco y horror. Eso dicen aquellas palabras: *Projeci, odivit anima mea.* Como si vos en poniéndoos un plato delante os revolviese el estómago y le arrojásedes á la pared, así se ha Dios con las horas y oficios mal rezados ó mal oídos. ¡Oh fiestas indignamente celebradas! *Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare,* dijo Cristo: porque ni el espíritu puede agradar sino espíritu, ni la verdad se puede dar por servida sino con verdad. Añadid sobre esto que Dios es fuego: *Deus noster ignis consumens est* (Deut., 4), y no le puede dar el hielo sino disgusto. Por lo cual dijo San Pablo: *Spiritu ferventes, Domino servientes* (Rom., 12). Servid á Dios, que espíritu encendido; servilde con espíritu fervoroso, con calor de devoción y de espíritu. Nuestro padre Santo Domingo, de las más preciosas joyas y mandas que muriendo dejó á hijos por herederos fue una: *in fervore spiritus consistite.* Reparad mucho en el fervor del espíritu, en servir á Dios ardiendo en su amor, en llamas de su celo inflamados. Y así leemos que en maitines andaba por ambos coros, de uno en otro, solicitándoles que alabasen á Dios con calor y afecto. Mas pesado, importuno prelado sería el que en estos tiempos hiciese. No tratemos desto ahora. Tal podría ser, y con tal celo y término hacerlo, que fuese bien recebido; pero á falta destos avisos, miremos siquiera el que nos da la tablilla del coro: *Maledictus qui facit opus Dominis fraudulenter* (Jerem., 48). Otra letra dice: *Desidiose.* «Maldito el que hace la obra del Señor con fraude ó con pereza». No sé qué mayor que la que hace quien sin devoción habla y sin calor. De aquí nace la poca perseverancia en aquel lugar, y la priesa y andar con ello, ó la fatiga, si no puedo eso. ¡Que no han de hacer, que están muertos de frío! Estarse ha uno como grulla seis horas mirando al que corta ladrillo y no se cansa, y media hora de coro se cubre de sudor y se desmaya. Yo toco con la mano la santidad de aquel lugar, en que no pueden en él estar los indevotos. La mar lanza de sí cuerpos muertos sin alma; el coro, los desalmados. ¿Qué tienes que hacer que mejor sea? ¿De qué comes, vistes, vives? Sirve al altar, pues vives del altar. Aquellos, pues, en quien por la abundan-

cia de maldad estaba la caridad, no sólo resfriada, sino hecha un carámbano, rodeáronse del Señor.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Circumdederunt ergo eum judæi et dicebant ei: Quousque animam nostram tollis? Muchas ciudades leemos cercadas de diversos ejércitos. Jericó de los hebreos, Samaria de los asirios, Jerusalem de los caldeos y después de los romanos; pero siempre fue más justa la causa de los cercadores que de los cercados, y así salieron vencedores. Aquí cerca la hipocresía á la verdad, la superstición á la religión, la infidelidad á la piedad, los leones á la oveja, lobos al cordero; pero habrán de levantar el cerco con su daño. No digo que cercar á Dios siempre sea malo. Bien cerca á Dios aquella sinagoga de quien está escrito: *Exurge, Domine Deus meus, in præcepto quod mandasti, et Synagoga populorum circumdabit te.* Levantaos, Señor, que anda vuestro partido muy caído, muy desfavorecido y despreciado; haced espaldas á la virtud, á vuestra ley, á los preceptos que vos habéis mandado; que no está el mundo tan sin dueño que si vos levantáis el estandarte por la virtud dándole la mano, no halléis muchos millares de gentes que no han doblado sus rodillas para adorar á Baal, que de vos se rodeen y os tomen en medio. Bien cercan aquellos á quien se dice: *Circumdate Sion et complectimini eam* (Salmo 47). La gloria es Sión, ciudad de nuestra fortificación, á donde está puesto el Salvador por muro doblado: *Salvator ponetur in ea murus et antemurale.* Quien pone cerco á la ciudad y le ciñe toda, al muro cerca y le ciñe. Quien á la Iglesia abraza, á Cristo abraza. ¿Con qué brazos? Responde San Jerónimo y San Agustín: *Charitate.* Son muy grandes los brazos de la caridad, que alcanzan á amigos y á enemigos, á los vecinos y á los distantes, á Dios y á los prójimos. El que en todas sus obras busca y pretende la gloria de Dios, como el apóstol nos amonesta: ó comáis, ó bebáis, ó cualquier otra cosa hagáis, ordenadlo todo á gloria de Dios, y hacedlo en nombre de Cristo. Los que por todas las vías posibles procuran abrazar á Dios y tenerle con buenas obras y guardarse de pecados porque no se les vaya, otros santa y provechosamente cercan á Cristo; otros le cercan mal, como el que cerca un castillo para tomarle: *in circuitu impii ambulant; secundum altitudinem tuam multiplicasti filios hominum* (Salmo 11). Los malos son los que andan haciendo cercos y sitiando á los buenos, asediando como el demonio *circuit quærens quem devoret.* Así sus miembros dicen: *Circumveniamus justum, quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris* (Sap., 2). Pero vos, Señor, según vuestra altura, multiplicastes á los hijos de los hombres. Es lo mismo que lo que está dicho: si Dios se levantare, de muchos será rodeado. En cerco andan los pecadores, alrededor y al retortero, cuándo como beodos y sin juicio, sin temor de Dios ni empacho de los hombres, se entregaran á todo género de torpeza y de maldad, tropezando y cayendo en todo lugar y tiempo: en casa, en la calle, en la iglesia, en carnaval, en cuaresma, en toda suerte de pecados, con que vienen á estar en el alma tan llagados y leprosos como aquel cuerpo que pinta el profeta Isaías que desde la planta del pie hasta la corona de la cabeza no tenía cosa sana. Conforme al oficio en que viven, se les dará la pena después desta vida. *Deus meus, pone illos ut rotam, et sicut stipulam ante faciem venti* (Salmo 82). Anden en cerco volteando como rueda. Quien cerca en la vida vicios, ande en torno, después della, de tormentos. ¿Cómo en torno? Diréis, pues está escrito: *Descenderunt in profundum quasi lapis* (Exod., 15). Y más abajo: *Summersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus* (Ibid): «A plomo como el plomo, como la piedra, caerá, para no mudar jamás lugar ni asiento mientras no se mudare Dios del suyo». Inmoblemente Dios bienaventurado; inmoble la mala ventura dellos. Luego si no se mudaran, ¿cómo decís que serán como la rueda ó como la pajuela que arrebata el viento? Todo es verdad, que serán plomo y serán rueda en su tormento. Plomo, porque nunca mudarán fortuna; á donde el árbol cayese, allí quedará derrocado; rueda, porque el tormento, aunque tan viejo, no por eso recebirá ningún descanso. Tan nuevo el padecer á cabo de cursados mil siglos, como si fuera aquel el día primero. Aquellas entrañas fecundas, para que aunque comidas hoy, haya para mañana nuevo pasto. Aquello significó quien dijo: *Ad nimium calorem transeat ab aquis nivium et usque ad inferos peccatum illius. Obliviscatur ejus misericordia; dulcedo illius, vermes; non sit in recordatione, sed conteratur quasi lignum infructuosum.* «El malo, dice el Santo Job, en esta vida pasa de las aguas de las nieves al calor excesivo; siempre anda por los extremos viciosos, como no sabe tenerse firme en el medio que consiste la virtud». Veis ahí el cerco en que andan los malos: de mucho frío á mucho calor; de mucha relajación y flojedad en las cosas del espíritu, á suma diligencia y fervor en las del cuerpo. Ya están helados con odio y aborrecimiento del prójimo; ya arden en llamas de amor lascivo y concupiscencia carnal; ya avaros con Dios, ya pródigos con el mundo; ya

mansos con los insolentes, ya rígidos y crueles con los humildes. Todos los pecados rodean, para de un vicio venir á parar al otro su contrario. Pero la pena desa culpa es: *usque ad inferos peccatum illius*. Que también allá en el infierno anden en rueda: de tolerable frío á vehemente calor. Del Evangelio sabemos que hay en el infierno estas diferencias. El rico avariento se queja de sequía y gran calor: *quia crucior in hac flamma*; y del convidado que se halló en palacio sin ropa de bodas, dice el Señor que fue echado en las tinieblas de fuera, *ibi erit fletus et stridor dentium*, que son efectos del frío. Veis ahí la rueda de los tormentos. Mas porque la duración en ellos es perpetua y para mejorarse no ha de haber mudanza, añade: *Obliviscatur ejus misericordia*. «Olvídese dél la misericordia». ¡Qué palabra tan lastimera; que estando en la suma miseria, en extrema necesidad, no hay para él misericordia que le libre de pena! Alguna misericordia hay que templa, modera el castigo, porque no es tan grave cuanto la culpa merece; pero de la tasa que ya está puesta por la divina justicia, no hay quitar sino pagar, *usque ad ultimum quadrantem*: «Hasta el postrer maravedí». No hay para eso misericordia, ni algún alivio ni refrigerio: aunque sea tan pequeño como el que pedía el rico, de una gota de agua, que tan poca parte fuera para templar los ardores inextinguibles de aquel horno de Babilonia, que suben las llamas cuarenta y nueve codos en alto y no llegan á cincuenta, que es jubileo. Porque en aquella pena no se compadece suelta ni remisión. Y por eso añade: *Dulcedo illius vermes*: «Su dulzura vendrá á parar en gusanos». Sus gustos, comidas, pasatiempos, se mudarán en hieles y amarguras. En aquella noche maldita y horrenda que no verá jamás el alba del día, ni la luz de la mañana; acostado en una cama de donde no se rebulla ni levante para siempre; el armadura de ardores sempiternos, de fuego tragador; el colchón de polilla, el cobertor de gusanos. *Non sit in recordatione sed conteratur quasi lignum infructuosum*. Y no se acordará Dios dél, para lo que es librarle y remediarle, más que si en el mundo no fuese. Allí le dejará desamparado en sempiterno olvido, mientras Dios fuere Dios. Y será destruído como madero seco infructífero, que, como dijo el Señor, será cortado y apartado de la vida, que es Dios, por la pena del daño y lanzado en el fuego infernal por la pena del sentido. Este es el paradero de los que cercan á Dios como estos judíos.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Quousque animam nostram tollis? Si tu es Christus, dic nobis palam. Confieso que es para acabar la paciencia esta proposición. «¿Hasta cuándo nos has de matar? Si tú eres Cristo, dínoslo claro, que con esa suspensión nos quitas la vida». Eso es *tollere animam*: «Matar, sacar el alma». Así oró Elías pidiendo á Dios la muerte. *Obsecro, Domine, tolle animam meam*: «Suplícote, Señor, que me quites el alma». Y aun el *tollere* sólo quiere decir «matar» en buen latín. *Sustulit ille matrem*. ¿Pues cómo de tales palabras usa quien tales pensamientos trata? ¿Pudiéronse decir por nadie palabras más encarecidas, si muy afectuosamente deseara lo que pedía? Malo es mentir; pero con palabras tan compuestas, intolerable. Bien, sin duda, aunque con alguna escuridad, significó David el castigo que merecían éstos, habiendo dicho primero la enormidad de su pecado: *Contaminaverunt testamentum ejus, divisi sunt ab ira vultus ei?* (Salmo 54). «Profanaron, violaron su testamento. ¿Por qué éstos más que los otros? Responde San Jerónimo: *Quia non intellixerunt Dominum Jesum, sanctorum virorum præconio repromisum*. A todo el testamento viejo infama y á la Escritura hace ofensa el que no recibe á Jesús por Cristo verdadero Mesías, en ella prometido y profetizado. Y por eso éstos que, habiéndolo oído y debiéndolo saber, lo preguntan como ignorantes, *divisi sunt ab ira vultus ejus*: «Serán divididos y apartados de la ira del rostro de Dios», de su semblante airado. ¡Qué división más dolorosa y apartamiento más lastimero (si ellos lo supieran entender y sentir), que aquel con que Cristo aquí los aparta de su rebaño, diciéndoles que por eso no creen, porque no son de sus ovejas, sino de aquellos cabritos que en el día del juicio serán apartados á la mano izquierda, á quien el Señor apartará de sí con eterna maldición! Veamos ahora su pecado. *Et appropinquavit cor illius* (por *illorum*): «Acercóse su corazón dellos á Dios». Suelen los hebreos usar desta palabra acercar, en mala parte; para hacer mal. Como en este mismo salmo: *Redimet in pace animam meam ab his qui appropinquant mihi*: «¿Salvará mi vida de aquellos agresores que se me acercan para matarme?» Que es lo que en otra parte dijo el mismo David: *Dum appropiant super me nocentes*: «Los dañinos para comer de mis carnes». Eso es acercarse: acometer, luchar, reñir. Pues estos fariseos acércanse á Cristo con ánimos perversos y corazones emponzoñados de calumniarle y cogerle alguna palabra con que le acusen en el tribunal de César y le quiten la vida. Y para mejor hacer su hecho, *molliti sunt sermones ejus super oleum et ipsi sunt jacula* (Salmo 54): «Usar para ocultar su malicia de palabras más blandas que cuanto aceite se puede hallar; pero no hay dardos que así penetren la vida y destr

yan y acaben el alma». Quien se los oye, cuando vienen con tan melosas palabras: *quousque animam nostram tollis*, qué pensará dellos, sino que son toda la santidad y buena intención y deseo de acertar que podía ser? Pero sus corazones desdicen tanto deso, que entonces son más sospechosos cuanto más se santifican. *Tu vero, Deus, deduces eos in puteum interitus.* Empero vos, Dios, les daréis el pago conforme á sus intenciones, empozándolos, echándolos en la mazmorra de la muerte, conforme á lo que merece aquel calabozo y silo la hondura y oscuridad con que tratan.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Pero veamos qué responde el Señor á aquella tan fingida y helada demanda. *Loquor vobis et non creditis: opera quæ ego facio in nomine Patris mei, hæc testimonium perhibent de me*: «Hábloos y no me creéis». Aunque pueden parecer superfluas las palabras, donde tanta sobra hay de obras que tan claro hablan: «Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas bien claro dicen (sin que yo lo diga) quién yo sea»; aquí dice que él hace las obras en nombre de su Padre. Otra vez dice: *Pater meus in me manens, ipse facit opera* (Joan., 14). Y en este mismo Evangelio dice: *Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo.* Y finalmente, confiesa luego de sí que él mismo obra lo que su Padre obra. Hase de advertir esto para bien saber hablar de nuestras buenas obras; que á esta traza y proporción son en su tanto y por su manera buenas las que nosotros hacemos, en nombre y para gloria de Dios, y las que en nosotros hace Dios, las que fuera mostramos haber interiormente obrado Dios y en las que nos hacemos coadjutores de Dios. Pasemos ahora con esto y reparemos un poco en el caso que de las obras así calificadas hace el Señor; pues entre tantos y poderosos testimonios como de sí tiene, á solas las obras se atiene. Mucho sería sumar aquí los testimonios de abono que tuvo Cristo, pero digamos los que ocurran á la memoria por el orden que los ofreciere ella. Lo primero, seis juntos halló San Juan; tres en el cielo: *Pater*, *Verbum et Spiritus Sanctus*, y tres en la tierra: *Spiritus, aqua et sanguis*. El espíritu que rindió Cristo muriendo en las manos del Padre; la sangre y el agua que manaron del costado de Cristo muerto, testifican una misma cosa: que Cristo es primera verdad y Hijo de Dios. ¿Cómo lo testificaron? San Augustín dice (Lib. III, *Contra Max. Arria*, cap. XXII) que el espíritu, sangre y agua, significan las tres divinas personas. El Espíritu, el Padre; de quien dijo Cristo, enseñando cómo le habían de adorar en espíritu: *Spiritus est Deus.* La sangre, al Verbo; *quia Verbum caro factum est.* El agua, al Espíritu Santo, porque prometiendo Cristo á los que en él creyesen ríos de agua viva, explica San Juan: *Hoc autem dixit de Spiritu, quem accepturi erant credentes in eum.* De modo que todas tres divinas personas dieron testimonio de Cristo, como el mismo Cristo dijo: *Ego sum qui testimonium perhibeo de meipso, et testimonium perhibet de me qui missit me Pater.* Y del Espíritu Santo dijo: *Cum venerit Paraclitus, ille testimonium perhibebit de me.* El Padre dio testimonio en el baptismo y en la transfiguración: «Este es mi Hijo muy amado». Y cuando en presencia de los gentiles que le vinieron á ver dijo Cristo: *Pater, clarifica nomen tuum*, y vino una voz del cielo: *et clarificavi et iterum clarificabo.* El Espíritu Santo dio testimonio en el Baptismo, en figura de paloma, posando sobre la cabeza de Cristo; en la transfiguración, pareciendo en figura de nube resplandeciente; en el día de Pentecostés, en lenguas de fuego pareciendo y asentándose sobre los apóstoles, por cuyas bocas dio testimonio el Espíritu Santo de la divinidad de Cristo; cumpliéndose lo que el mismo Señor dijo, que el Espíritu Santo daría dél testimonio. *Et vos testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis*: «Y vosotros, por el Espíritu Santo inspirados, daréis también testimonio, porque desde el principio de mi predicación estáis conmigo». Y salieron del cuerpo de Cristo las tres señales de la Trinidad: espíritu, agua y sangre. Porque la Iglesia, que es cuerpo místico de Cristo, es la que cree y predica este soberano misterio, de quien antes no se había tenido explicación y general noticia. San Ambrosio declara desta manera estos tres testigos, Espíritu, agua y sangre: *Spiritus nos per adoptionem filios Dei fecit: sacri fontis unda nos abluit: sanguis Domini nos redemit (De Spir. Sanc.*, Lib. III, cap. II). Cristo se muestra ser Dios en haber instituído sacramentos que santifican las almas. Y así en el Baptismo, que es la puerta dellos, concurren tres cosas: Espíritu Santo, por cuya divina virtud somos hechos hijos de Dios adoptivos, según aquello: *Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu sancto, non potest introire in regnum Dei.* El Espíritu Santo, como principal agente; el agua, como instrumento; la sangre de Cristo, como precio de la redempción, que también da valor y eficacia al Sacramento. Todo eso prueba ser Cristo Dios. De otra manera explican otros estos seis testigos. Que el primer ternario de las divinas personas, dan testimonio de la naturaleza divina que hay en Cristo. Y el segundo, de la humana. El espíritu rendido en la cruz con poderosa voz, y en las manos del Padre encomendado, fue tes-

tigo que en Cristo había verdadera alma racional. La sangre y agua que manaron de su costado significaron ser el cuerpo de Cristo verdadero cuerpo humano, compuesto de cuatro humores, de los cuales el principal es la sangre, y de los cuatro elementos, de los cuales es el uno el agua, que para este misterio era más á propósito que los demás. Todos estos testigos son *omni exceptione majores*. También dan testimonio de Cristo todas las Sagradas Escrituras, como él dijo: *Scrutamini Scripturas: illæ enim testimonium perhibent de me*. Todos los profetas (dijo San Pedro) haber dado testimonio de Cristo: *huic omnes prophetæ testimonium perhibent*. Y llegando hasta el baptismo la profecía, dio San Juan gran testimonio: *Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine*. No sólo esto, sino el pueblo todo (que á las veces en sus dichos acierta) dio dél testimonio: *Testimonium perhibebat turba quæ erat cum eo, quando Lazarum vocavit de monumento*. «De haber sido él quien á Lázaro, ya hediondo, sacó de la huesa».

CONSIDERACIÓN QUINTA

Entre tan numerosa muchedumbre de tales y otros semejantes testimonios, no se quiere valer Cristo sino del de sus obras. *Opera quæ ego facio in nomine Patris mei, hæc testimonium perhibent de me*. ¿Dónde están agora esos haraganes, aquellos lerdos perezosos, que mano sobre mano piensan con fe muerta y desamparada de caridad obradora, alcanzar aquel premio que se da á cada cual *juxta opera sua?* Santiago parece que burla de los herejes destos días: *Ostende mihi fidem tuam sine operibus et ego ostendam tibi ex operibus fidem meam*. «Quiero ver tu fe y darte á ver la mía». ¿Cómo quieres que vea la tuya sin obras? Porque mis ojos no pueden ver el ánima ni sus hábitos, sino por los efectos, éstos te muestro. Esos (dijo Cristo) que eran las señales que se habían de seguir á los creyentes. *Signa autem eos qui crediderunt, hæc sequentur*. Sin esas señas, yo no conozco sino señas; ¿cómo quieres que crea que tú crees? A todos los estados digo yo esto. Si dijo Cristo que si no hacía obras de Cristo no le tuviesen por Cristo, ¿cómo quiere el hereje que le tenga yo por cristiano si no obra como cristiano? Ateneos, hermanos, á bien obrar, y á tomar para valeros testimonio de vuestras obras. Como cristiano obre el cristiano, para ser tenido por cristiano. Obra como caballero, si quieres ser caballero estimado. Y como regidor, si por eso quieres que te tengamos respeto. ¿Qué injuria hago yo al religioso, no teniéndolo por tal, si no hace obras de tal? De religiosos es penitencia, mortificación, devoción, encerramiento, pobreza, desprecio de sí, del mundo y de sus cosas. ¡Tienes esto? Religioso eres. ¿No lo tienes? Otra cosa serás, religioso no. Y así de los demás.

CONSIDERACIÓN SEXTA

¿Pues qué es la causa que diciendo á voces tan claras las obras del Señor quién él era no fue creído? El se la dice: *Sed vos non creditis, quia non estis ex ovibus meis*. No se halla más horrible sentencia ni palabra más para temblar. Porque no hay más que dos hatos: uno de ganado cabrío, que se porná á la mano izquierda, y otro de ovejas, que ha de estar á la derecha en el día postrero. Decirles, pues, que no eran de sus ovejas, fue decirles que no pertenecían á la diestra. No son de los benditos del Padre, ni de los predestinados. Pregunta Santo Tomás aquí, si se puede á uno decir que no es predestinado, porque parece que le dan larga á sin freno pecar ó le ponen espuelas para desesperar. Responde que no todos los que allí convinieron este día eran réprobos, ni á todos se dijo (aunque se dijo en común), para que por las señas pudiese cada cual colegir á qué mano pertenecía. Antes, bien entendidas estas palabras, son de mucho consuelo para las almas, que alcanzan por ellas cómo está puesto en nuestra facultad ser de uno ó de otro rebaño. *Oves meæ vocem meam audiunt, et ego cognosco eas et sequuntur me*. A dos, como predicamentos, se puede reducir todo este negocio: uno, qué deben hacer las ovejas racionales por su pastor, y otro, qué es lo que El se obliga á hacer por ellas. Dellas es oir y seguir, obedecer y amar. Dél es conocer y dar vida eterna, librar, asegurar. Oyen las ovejas la voz del pastor; también la oyen los lobos; pero el lobo oye y huye, la oveja oye y sigue. Oyeron muchos aquellas palabras que el Señor les dijo sobre el comer de su cuerpo, y parecióles duro. Muchos de los cuales *abierunt retro et jam non cum illo ambulabant*. Díceles á los doce que restaban: ¿queréis vosotros también iros? Y responde, en persona de todos, Pedro: Señor, ¿dónde iremos que algo valgamos? Palabras son las vuestras de vida, no duras, sino más amables que el vivir; de su vida huye quien á vos no sigue. Mira tú cuán en tu mano está oir, cuán libre eres para seguir, para que entiendas que está en tu facultad ser oveja ó dejallo de ser. ¿Quién te enzarza en espinosas cuestiones como en una poblada maleza? A esto te has de atener; oídos tienes que te abrieron en el baptismo; pies tienes desatados de las cadenas de impedimentos; oye y sigue, que no has menester más. Pero al doble es lo que hace Cristo. Conoce lo primero sus

ovejas, no sólo con especulativo conocimiento, sino afectivo y amoroso. No en común ni en confuso, sino en particular y precisamente, pues osa decir de los que tiene por ovejas que tiene contados hasta los cabellos de sus cabezas. *Pauperum est numerare pecus*, dijo uno, no sé con cuanta razón, que era de pobres hombres poder contar su ganado; mas me atengo á la diligencia de aquellos de quien otro dijo: *Bisque die numerant ambo pecus, alter et hædos*. Pero todo esto no iguala con el cuidado que significa contar, no los vellones, sino las hebras de lana de cada uno. Sepa el pagano para su tormento hasta qué menudencias se extiende el cuidado de la divina Providencia. Y sepa también el cristiano para su consuelo cómo no hay cosa de las que en su vida suceden en quien tenga jurisdicción, caso ó fortuna; todas vienen registradas, pesadas, medidas y refrendadas de la divina Providencia. Ninguna cosa hay que más consuele en los pesares, que en las enfermedades y adversidades de los tiempos más conhorte, que en las calamidades y desastres así repare, y refuerce el consuelo en las persecuciones, y en los desmayos y flaqueza de corazón que de tales cosas se nos siguen, asi nos da ánimo y valor, que acordarnos que nuestro pastor nos conoce, y con amoroso conocimiento comprehende lo que aquello puede ofendernos y lo que nosotros bastamos á resistirle; y pues que El lo permite y consiente y hace, debe ser lo que mejor nos está. Y si queréis saber qué obra este conocimiento, entenderlo heis por lo que se sigue: *Ego vitam æternam do eis*. De la gloria entiende, y muy bien, Santo Tomás esta promesa. De la cual se dice *Do*, aunque es futura, por la gran certidumbre de la divina palabra. Pero también se entiende de la gracia, porque *gratia Dei vita æterna* (Rom., 6). Es la gracia una principiada gloria: ésta se da de presente por prenda de la que en futuro se espera; cuya virtud y valor da seguridad al hombre que la tuviese para confiar de su solución, en medio de los peligros todos desta vida. Considera bien, hombre, que estás en gracia, el peso de aquesta, no promesa, sino donación: *Ego vitam æternam do*. Si la vida da la vida, ¿que te puede empecer la muerte? Si dice Cristo yo doy, ¿quién dirá: yo quito, yo me opongo, yo estorbo, yo embargo? Mira lo que luego se sigue: *Et non peribunt in æternum et non rapiet eas quisquam de manu mea*. La gracia de suyo tiene hacer al hombre que della se quisiere aprovechar impecable. No sólo dijo San Juan *omnis qui in eo manet, non peccat*, sino añade después otras más encarecidas palabras: *Omnis qui natus est ex Deo, peccatum non facit; quoniam semen ipsius in ipso manet, et non potest peccare, quoniam ex Deo natus est*. Tanto vale: *Non potest peccare* como *potest non peccare*. En sí tiene por qué no pecar. Fuerza tiene para resistir á toda tentación, por vehemente que sea. Quiera valerse él de lo que en su pecho tiene, que lo más enfermo y flaco de la gracia puede resistir á toda culpa. Es acrecentamiento de lo que dijo: no perecerán lo que añade, y no las arrebatará nadie de mi mano. Porque podía temer alguno que el lobo arrebatase de la manada á la oveja que no se ha descarriado y perdido saliéndose ella. Puede ella no perderse y no puede nadie otro perdella. Nadie es parte para apartaros de Cristo si vos no os apartáis. Añádense para más firmeza las causas de nuestra seguridad, que son la eminencia que sobre todas las cosas tiene el don recebido del Padre. *Pater meus quod dedit mihi, majus omnibus est et nemo potest rapere de manu Patris mei*. La evidencia que hay de la omnipotencia del Padre, por lo cual queda por evidente que de su mano nadie las puede quitar, ni debajo de la tutela della molestar. Y finalmente, la declarada profesión que de su Deidad hace el Señor: *Ego et Pater unum sumus*. Palabra la más soberana que pudo decir de sí. Como suelen algunas aves para subir á la región superior del aire ir haciendo puntas, y de una ida subir dos torres, y de ahí hacer otra para en contrario más levantada; y como quien vuelve por una más empinada subida, ponerse sobre las nubes, así Cristo sube su vuelo como por puntas. Fue la primera la demostración de sus obras hechas en nombre de su Padre, esto es, para protestación y averiguación de que es verdad ser Dios mi Padre. De ahí sube más, de otra vuelta: *Ego vitam æternam do eis*, ahora sea gracia, ahora sea gloria, ambos son dones de sólo Dios. Más alto sube desotra ida, cuando mostrando su eminencia sobre todo, dice: lo que el Padre á mí me ha dado, mayor que todo es; porque no es sino Dios lo que sube aventajándose á todas las criaturas. Aquella vuelta, sin duda, es la que se nos pierde de vista: *Ego et Pater unum sumus*. En Dios, dice, la regla de Teología: *Omnia sunt unum, ubi non obviat relationis oppositio*. Este es el oro finísimo que reconoce en la cabeza de su esposo la Iglesia: Ser Cristo y el Padre con Dios una misma esencia, una deidad. Eso es: *unum*. Y las personas distintas. Por eso dice: *Ego et Pater sumus*. ¿Qué fuera bien que hicieran á tal palabra los que la oyeron? No fue palabra, sino trueno de terror increíble, delante quien se habían de derrocar y postrar los que la oyeron. *Tonitruum magnitudinis ejus quis poterit sustinere?* (Job, 26). Oído habéis lo que saber deseáis. Dicho se os ha lo que pedistes con tan gran instancia. Agradecelde respuesta tan buena y tan cumplidamente satisfactoria.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Sustulerunt lapides judæi ut lapidarent eum. Hæccine reddis Domino, popule stulte et insipiens? Numquid non ipse est pater tuus, qui possedit te et fecit et creavit te? (Deut., 32). Pero yo os suplico que en este inaudito desagradecimiento, consideremos la cualidad de los nuestros, y no sea todo querer lavar nuestras manos con sangre ajena. Levantaron, dice San Hilario, piedras los judíos, y el dolor impío que no bastó á sufrir el sacramento saludable de la fe, veo llegar impetuosamente á querer quitarle la vida. ¿Qué menos haces tú ofendiendo á quien ya no puedes arrojar piedras? No falta la voluntad, sino quítate la facultad, el trono puesto en el cielo. Que por lo demás, *quanto irreligiosior tu judæo? Lapides ille in corpus elevat; tu in spiritum. Ille in hominem ut putabat, tu in Deum. Ille in diversantem in terris, tu in throno virtutis sedentem. Ille in ignoratum, tu in confessum. Ille in moriturum, tu in judicem sæculorum* (Hilario, lib. 7 *De Trinitate*). Bien es verdad que estas palabras más cuadran á los arrianos contra quien se dijeron que á otros; pero no dejan de venir justas á cualquier pecador, y más á los blasfemos y perjuros, que éstos son los que de punta en blanco arrojan piedras á Dios. No quiero hablar con ellos, que los tengo por gente ya dejada de Dios y entregada en sentido reprobado, pues ni aun para el mal que hacen tienen sentido. Votan, perjuran y más sin mirar en ello; por uso unos, por gala otros y otros por bizarría. Hablo contigo que lo oyes, si no estás en la misma damnación que ellos. ¿Qué puedo yo hacer á gente que aun á Dios no tiene respeto? ¿Qué hicieras si te hallaras aquí en este lugar, donde se levantaran piedras para emplearlas en la persona del Señor? ¿Qué? Pusiérame delante, y embrazara mi capa, y sacara mi espada; y cuando más no pudiera, diérame por muy satisfecho si algunas de aquellas pedradas se dieran en mi persona porque no dieran en la de mi Señor. Pues eso mismo que hagas acá, harás sobrado. Pero ni aun eso te demando. ¿Qué harías si vieses venir un loco echando cantos hacia donde tú estás? Echar á huir, que es la mayor valentía. Eso solo que hagáis en estotro caso, me doy por contento. Huid de los que tiran piedras á Dios, que cuando ellos no hallaren con quien, no hablarán siquiera. No consintáis que sean vuestras orejas contaminadas con aquellas infernales nieblas que salen de sus bocas. Oid con que razón las tapa y hace callar la mansedumbre divina: *Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo, propter quod eorum opus me lapidatis?* Entra contigo algún día en cuenta y pregúntate lo que se te preguntará algún día que no haya excusa ni enmienda. ¿Por cuál de los bienes que del nombre de Dios recibes merece ser de tu lengua tan mal tratado? ¿O por cuál de los beneficios que te hace por su bondad debe ser de tu malicia ofendido? Y hallarás que es grande su bondad y misericordia en sufrirte; pues te espera hagas penitencia y reconozcas tus miserias, y te dispongas para recibir su gracia, con que después te dé su gloria. Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO
DE PASIÓN

DE LA CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA
Á LAS PÚBLICAS PECADORAS

Ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod Jesus accubuisset in domo pharisæi, attulit alabastrum unguenti.
(Luc., 7).

Siendo como es la conversión del pecador caso de los reservados á la diestra de Dios omnipotente, de quien está escrito *sicut divisiones aquarum ita cor ejis in manu Domini* (Proverbios 21), como de unas mismas aguas hizo Dios división antiguamente, colocando unas sobre el cielo estrellado y dejando otras sobre la tierra, así está en su mano el corazón deleznable del hombre: ó subirlo á pisar estrellas al cielo ó dejarlo en las bajezas de la tierra; él lo puede ablandar y volver á donde quisiere sin perjuicio de su libertad. Y así no son de efecto las diligencias del predicar en esta parte, si no es teniendo de la suya el favor de Dios. Cuando Dios quiso purificar la tierra con el diluvio, reventaron las fuentes del abismo y abriéronse las cataratas del cielo: aguas del cielo y de la tierra se juntaron. Así para el lavatorio de las culpas han de concurrir auxilios de Dios y diligencias de los hombres. Aquí daremos agua de doctrina, y de arriba vendrá la pluvia de la gracia. *Quis est pluviæ pater?* ¿Quién es el padre de la pluvia, sino vos, padre de los hombres, rico en misericordias? Derramad sobre estas almas terrestres aquella celestial pluvia que guardáis para beneficiar vuestra heredad. ¡Oh, Hijo de Dios, maestro de las gentes, que de las playas y barcos sacastes á vuestros apóstoles, haciéndolos de pescadores de peces pescadores de hombres, acudid ahora á vuestra pesquería; porque si no hay más que nuestra industria, podremos lamentarnos con San Pedro: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.* «No habemos pescado una sardina». *In verbo autem tuo laxabo rete*: «Mas fiados de vuestra virtud y palabra tenderemos la red». Haced que este lance no sea vano, sino que destos pescados de media playa, en el mar salado de sus vicios zabullidos, se saquen algunos para vuestra mesa. El labrador para aventar la parva toma el bieldo en la mano; mas si no hay aire fresco, será vano su trabajo. ¡Oh, divino espíritu; oh, blando céfiro!, aquí está la parva, donde por ventura tiene Dios algún grano que ha de ser recogido en la troje de la gloria, aunque ahora esté cubierto con las pajas, á quien espera el fuego inextinguible. El bieldo de la palabra de Dios está en la mano; no falta sino vuestro soplo, silbo delicado, marea fresca, que templáis el ardor de las concupiscencias. Aire vital que en el principio ventiscábades sobre las aguas, aspirad ahora á nuestros intentos. Y vos, Virgen consagrada, á cuya piedad nunca dieron en rostro pecadores, *sine quibus nunquam fores tanto digna filio*; pues si no hubiera pecadores que redimir, ni Dios se hiciera hombre ni vos fuérades madre de Dios, ahora es tiempo que nos alcancéis del Padre pluvia; del Hijo, palabra; del Espíritu Santo, soplo y aliento de vida, y de todos tres gracia, mediante vuestra intercesión sacratísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

Peligroso sermón es éste, y muy para ser dudado, á lo menos de aquellos que no nos sentimos con aquel don que es menester para predicarlo. Porque en los demás basta interpretar el Evangelio y decir alguna doctrina, mas en este se pretende que se hagan milagros. ¿No os parece que lo sería sacar un ánima de pecados, estando tan obstinada en ellos, que vive de hacellos y ser causa que los hagan otros? La naturaleza en sus fueros no admite mudanzas repentinas. Un leño verde y mojado si lo dejan estar en el fuego espacio de tiempo, irálo disponiendo y desecando, y al cabo lo quemará; pero que de sólo pasarlo por la llama se haga brasa y arda como estopa, no puede ser. Una gotera continua visto se ha cavar las piedras duras; mas que un solo turbión haga mella en un guijarro, nunca tal. Fuego es activo la palabra de Dios y lluvia del cielo; mas pedir que tan velozmente queme leños tan indispuestos, corazones mojados con la humidad de sus pecados, y que dos ó tres goteras de sermones hagan señal en almas empedernidas es pedir milagros. Y por tales se tuvieron las conversiones de San Pablo, del buen Ladrón y ésta de la Magdalena que hoy celebramos.

Hay en esta obra suma dificultad de parte del pecador, y así lo significa Dios por su profeta: *Si mutare potest æthiope pellem suam, aut pardus varietates suas, et vos poteritis benefacere cum didiceritis malum* (Jere., 13). Mirad si puede el negro de Guinea desnudarse de la piel morena y pararse blanco, ó si el tigre puede mudar las pintas con que nace todo su cuerpo manchado; que así podréis vosotros ser buenos habiendo deprendido el mal». Un arte ó un oficio no se aprende de una vez, sino de muchas repetidas. No se aprende á escrebir en un día, ni á pintar en un mes; ni sale uno letrado por haber estudiado un año; primero se ha de ejercitar. Pues las que han llegado ya á ser artistas de maldad, y han deprendido oficio de pecar, con la envejecida costumbre y largo ejercicio de los pecados, ¿cómo las enseñarán á ser buenas con la lección de un día? ¿Cómo se lavarán de su negrura y sacarán las manchas casi naturalizadas de sus torpezas? Gente que se reprecia dellas, á quien ya la pasión no ciega ni la edad engaña, ni el torpe deleite solicita, ni la carne y leyes del pecado llevan á pasar de la razón, captiva y forzada á la culpa. Todo eso es acabado en la juventud y sus ímpetus, y hace en ellas ya la razón mal habituada lo que hizo la pasión en otro tiempo furiosa. Bien desengañadas están de su engaño, y lo que más sienten algunas, es no tener ya edad para ser engañadas. Que ha llegado por pasos á su desventura á dolerles de no sentir en sí lo que les ponía espuelas para ser perversas. No pecan de ignorancia ni flaqueza, sino de ciencia y malicia. Y así, apenas sabemos qué les decir que ellas no sepan; ni á qué les convidar que ellas no aborrezcan; ni con qué las amenazar que ellas teman; ni con qué las lastimar que ellas sientan; porque ni vive en ellas amor de bien, ni temor de mal, ni respecto á Dios ni á las gentes vergüenza. Con todo eso habemos de hacer aquí lo que es uso antiguo de la Iglesia, aunque sea tan incierta la esperanza del provecho.

Dícele Dios al profeta Jeremías que avise á los pecadores. *Et loqueris ad eos omnia verba hæc et non audient te; et vocabis eos et non respondebunt tibi*: «Predícales mis palabras, reprehende su dureza, notifícales mis amenazas. Mas de una cosa puedes estar cierto, que no te han de oir, aunque des más voces; llámalos de mi parte, pero no te responderán, aunque les atruenes los oídos». Pues, Señor, ¿de qué sirve llamar al que no quiere responder y dar voces al que no quiere oir y se hace sordo? Sirve, lo primero, de hacer vos lo que yo os mando, y cumplir con la obligación de vuestro oficio. Está obligado el perlado, el gobernador, el ministro de la palabra de Dios, á mirar por los súbditos y decirles lo que conviene. *¡Væ mihi, et si non evangelizavero! necessitas enim mihi incumbit* (I Cor., 9): «¡Ay de mí (dice San Pablo), si no predicare y dijere la verdad! Estoy necesitado á hablar so pena de la vida». ¿Quién os impuso esa necesidad? *Fili hominis, speculatorem dedi te Domini Israel* (Eceq., 3): «Yo te he puesto por veedor en Israel». Por atalaya y centinela del pueblo, para que veas y des rebatos, y hagas ahumadas. Has de ser intérprete y lengua mía para con los hombres, y decirles lo que yo te dijere. *Si dicente me ad impium: morte morieris, non anunciaberis ei, neque locutus fueris ut avertatur a via sua impia et vivat, ipse impius in impietate sua morietur; sanguinem autem ejus de manu tua requiram* (Ibid.). «Si diciéndole yo al malo que ha de morir mala muerte, tú no se lo dijeres como yo lo digo, y le exhortares y amonestares á que se convierta y se guarde del gran mal que le está guardado, el malo morirá en su pecado y condenarse ha por su culpa, pero su pérdida yo la asentaré á tu cuenta. Su muerte tú me la has de pagar, como si con tus propias manos hubieras derramado su sangre, y su alma á ti la tengo de pedir». (No sé quién oyendo ésto tiene ánimo para encargarse de ánimas, oficio á quien es anejo este cuidado.) «Mas si tú le desengañares de modo que no pueda pretender ignorancia, y con todo estuviere rebelde y pertinaz en su mala vida, para él será todo el daño. El morirá le

cruel muerte y tú escaparás con la vida». No penséis, hermanas, que el traeros aquí es negocio voluntario ó de cumplimiento; no es sino forzoso, importantísimo, en que va nuestra salvación y la vuestra: á todos nos va la vida. Si no os lo decimos, ¡ay de nosotros! Si no tomáis lo que os dicen, ¡ay de vosotras! *Dico vobis quia terræ sodomorum remissius erit in die judicii quam vobis*: «Dígoos de verdad, que en el día del juicio habéis de ser de peor condición que los de Sodoma y Gomorra, que por sus pecados nefandos fueron abrasados con fuego del cielo». Porque aquéllos no tuvieron fe ni Evangelio de Cristo, ni quien los provocase á penitencia, y vosotras sí. Con este aviso, demás de cumplir nosotros con nuestro oficio, ata Dios muy bien su dedo, y justifica su causa para que no haya lugar á excusa alguna. No piense nadie que este sermón se predica sin fruto. Lluvia es la palabra de Dios que siempre aprovecha. *Verbum meum quod egredietur de ore meo, non revertetur ad me vacuum, sed faciet quæcumque voluit et prosperabitur in his ad quæ missit illud* (Isai., 55). Nunca vuelve de vacío; siempre tiene prósperos sucesos en aquello para que le envían. O convierte al pecador ó sustancia el proceso de su condenación. Desde el principio del mundo, dice San Agustín, hasta la fin, á unos se predica por premio, á otros por castigo y juicio. Porque conforme á la disposición que cada uno tiene en su alma, así recibe daño ó provecho. Juntamente llueve Dios sobre el trigo y sobre las espinas; y con ser una la lluvia, á las mieses aprovecha para el granero y á las espinas para la llama; así la palabra de Dios siendo una, riega los corazones de los oyentes. Mire cada uno la raíz de la voluntad que tiene: si es mala y produce espinas de vicios, no tiene culpa la lluvia, crecerá para el fuego sempiterno. Acabando Moisés el libro de la ley de Dios, entrególo á los levitas y díceles: Tomad este libro y ponedlo al lado del arca del Señor. *Ut sit ibi contra te in testimonium.* ¿Qué decís, santo profeta? Aquel beneficio tan señalado que hizo Dios al mundo en darle su ley, tan celebrado en la Escritura, tan encarecido de los profetas, que es el norte que nos guía y abre camino para la inmortalidad, ¿lo mandáis vos guardar por fiscal y testigo contra mí? Sí. Porque así como para los buenos fue sumo beneficio de Dios manifestarlos su voluntad, para que obedeciéndola consiguiesen la vida eterna, así es gran escándalo y tropezón para los malos, que sabiendo la voluntad de su Señor no la guardan. ¡Oh, cuántos han oído sermones con mucho gusto, que después serán tizones que enciendan las llamas de sus tormentos! Abrid los ojos, hermanas; no penséis que echa Dios sus palabras al viento, que si no os mueven las que hoy os dijesen, serán las cartas de Urías que lleváis en el seno en que va escrita vuestra muerte y condenación.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ecce mulier. ¡Mujeres pecadoras! veis aquí una que lo fue, y así se enmendó que ya es más que mujer. Veis aquí que ninguna excusa os queda, pues tenéis delante una mujer que salió del vicio donde estáis en vida sepultadas, sabiéndose valer de lo que vosotras podríades sin duda. *Ecce mulier!* No se dice esta palabra sin causa. Advertid que es gran maravilla haber caído en tales desastres una mujer, y mucha mayor admiración es verla sacada de tal miseria. Ordinariamente hablando, suelen ser más moderadas en sus pasiones las mujeres que los hombres. La natural complexión no admite pasiones tan impetuosas como en los varones se hallan, y la vergüenza tiene más fuerza en ellas que en los que de ellas nacemos. De aquí es, que en número infinito nos exceden de ser castas; porque á duras penas hallamos hombres que lo sean, y mujeres se hallan á millares. ¡Qué alabado es de todos Josef por su castimonia!; y sabe Dios, de doce hermanos que eran, qué tales debían de ser los otros. Pues esta virtud (de que tan importunado, y de su señora, siendo mozo no se rindió á la culpa, que tan celebrada es, quizá por ser casi sola entre los varones) se halla en cada rincón en las mozas de servicio, y en hijas de esclavas, como son sus amos buenos testigos. Pero si la mujer rinde las armas de la vergüenza, y se deja sujetar de sus pasiones, son tan furiosas y desenfrenadas, que no les igualan los hombres más lascivos. Como del mejor vino se hace el más fuerte vinagre, y del más hermoso ángel se hizo el más feo demonio, así de la mujer, que naturalmente es más templada y honesta, si se estraga y se malea, se hace la criatura más destemplada y deshonesta que se puede pensar. Cuatro cosas halló insaciables el sabio Salomón: el infierno, la mala mujer, la tierra que no se ve harta de agua ni el fuego de leña. Pero la mala mujer tiene todas estas cosas juntas. Ella es sepultura de los cuerpos, infierno para las almas. *Dilatavit infernus animam suam et aperuit os suum absque ullo termino* (Isai., 7): «El infierno dilata su seno, y abre la boca sin término para tragar almas». Así no tienen número las almas que estos infiernos vivos han sepultado, y con todo no están contentas. Tierras salitrales y areniscas, que siempre están sedientas de agua; fuego insaciable de cudicia y de concupiscencia. Pues la poca vergüenza ¿dónde está más en su punto que en la mala mujer? *Frons mulieris meretricis facta est tibi, noluisti erubescere* (Jerem., 3).

Ya se trae por comparación. Tan desvergonzada como mala mujer, tan sin honra y sin miramiento. Los egipcios en sus hieroglíficos, para significar una mala mujer, pintaban una leona con el rostro de mujer. ¡Maravillosa pintura y que muy al vivo representa las malas propiedades deste infelice estado! Y será bien ponerlas delante para hacerles un *ecce mulier* de quien son: que si se conocen, no es posible que no se aborrezcan y se enmienden. La mala mujer no tiene de mujer más que el rostro, en todo lo demás es una leona. La leona es reina de todos los animales brutos; la más lasciva que se halla entre ellos; es crudelísima y vive de rapiña. Todo esto se halla en una mujer pública pecadora Lo primero, que es reina de los brutos. Entre todos los vicios, el que más saca al hombre de razón y le ciega y casi priva el juicio es la lujuria; que de tal manera sepulta el alma en la carne, que la viene como á hacer carnal ó bestial. A veces por santos ejercicios, penitencias y espirituales ocupaciones, viene el cuerpo á ser espiritual, á imitación de aquel que en la resurrección se ha de reparar. Como dice San Pablo: *Seminatur corpus animale, surget corpus spirituale.* Hay cuerpos espiritualizados y así mortificados, que ellos mismos ayudan á los santos ejercicios y no estorban; así hay almas á quien su carne las ha vasallado, que las tiene obstinadas y embrutecidas y todas encarnizadas. No se gobiernan por razón, sino por pasión; los ojos de la mente, ciegos para ver el bien. No tienen consejo ni consideración, ni firmeza en los negocios; ni conocen á Dios, ni levantan sus ojos al cielo, ni se acuerdan de su salvación. Y aun vienen á tanta desventura, que no querrían que hubiese otra vida, sino con ésta se contentan como brutos. *Non dabunt cogitationes suas ut revertantur ad Deum suum, quia spiritus fornicationum in medio eorum et Dominum non cognoverunt* (Oseas, 5): «No hayáis miedo que les pase por el pensamiento convertirse á su Dios, porque el espíritu de fornicaciones está en medio de ellos». Quiere decir, porque los manda, predomina y gobierna un espíritu lujuriosísimo; y de ahí nace que no conocen á Dios. Aquellos malos viejos, cuando fueron presos del amor de Susana, en revistiéndoseles este espíritu maligno, *everterunt sensum suum et declinaverunt oculos suos ut non viderent cœlum, neque recordarentur judiciorum justorum* (Daniel, 13): «Luego se les trastornó el seso y trabucó el juicio; y como brutos que habían puesto su afición en la tierra, inclinaron los ojos á ella, por no ver el cielo y no acordarse de los justos juicios de Dios y de los castigos grandes que suele hacer su justicia en los pecadores». Por eso en la Sagrada Escritura, los hombres carnales son llamados bestias. El profeta Joel los llama jumentos que se han podrido en su estiércol; David, caballos y mulos que no tienen entendimiento. Pues si la lujuria es la que principalmente hace al hombre bruto, y en este vicio es la mala mujer tan extremada, ella será la gran bestia, la más brutal y fuera de razón. Bien se compara á la leona que es reina de los brutos.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Con razón nos advierte el evangelista que reparemos. *Ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit*, que una mujer pública, pecadora, como quien dice una leona fiera, conoció, se puso en razón, entendió lo que le convenía. Gran novedad y singular maravilla. Más. La incontinencia impetuosa de la mujer se significa por la leona, que es lasciva. La avaricia y deseo de dinero y de robar á los tristes que caen en sus garras, se entiende por la rapacidad de aquella fiera, que se mantiene de carnes ajenas, de los animales que despedaza. Y en esta crueldad se muestra la de una mala mujer, y el daño que hace en los cuerpos y la carnicería en las almas. *Multos enim vulneratos dejecit et fortissimi quique interfecti sunt ab ea. Viæ inferi domus ejus, penetrantes interiora mortis* (Prov., 7): «Son muchos, dice el sabio, los que la mala mujer ha derrocado mal heridos, muchos valientes á quien ha quitado la vida. El camino de su casa es camino del infierno que penetra hasta lo interior de la muerte». Quiere decir: no para en esto exterior de la muerte del cuerpo, sino más adentro cala, hasta matar el alma y echarla en los infiernos. Ponderemos esto bien. Decidme, leonas crueles, ¿sabéis lo que vale un alma? ¿Sabéis cuánto estima Dios á los hombres? ¿Entendéis cuánto mal es ser ocasión de escándalo y que otro caiga en pecado? *Væ homini illi per quem scandalum venit!* ¡Ay de muerte sempiterna para aquel que fuere causa de ruina á otro; más le valiera no ser nacido! O ya que nació, que con una piedra de molino al cuello lo zampuzaran en el profundo del mar, que no vivir para ser causa que otros ofendan á Dios y se condenen. ¡Oh lazos de Satanás! ¡Puertas y caminos carreteros del infierno, por donde muchos caminan á la condenación! ¡Orzuelos, trampas, hoyas donde caen los miserables ciegos! ¡Oficialas y obreras del demonio, y más pláticas en el oficio de mal hacer que vuestro maestro! Como los predicadores tienen trato de compañía con Dios para negociar la salvación de las almas, así vosotras le habéis hecho con Satanás para la perdición dellas. ¡Satanases encarnados, que pobláis los infiernos de almas compradas con la sangre de Jesu Cristo! Más valiera no ser nac

das para tanto mal vuestro y de los prójimos. ¡Oh, cómo se querella Dios desta crueldad! *Et in alis tuis inventus est sanguis animarum, pauperum et innocentum* (Jerem., 2). Habla con una leona en figura de águila, que también es ave de rapiña. Como el águila queda ensangretadas las uñas y pico y los encuentros de las alas con la sangre de la caza que ha muerto y comido, y lo mismo le pasa á la leona en sus garras y presas, así estás tú manchada y teñida con sangre de almas, de inocentes y pobres que has muerto. Los muchachos que no sabían pecar, de ti lo deprendieron. Los pobres que en otra parte no hallaron ocasión, en ti la hallaron. ¿Que hayas tú de comer de matar almas? ¿Y que no te puedas sustentar sino con sangre de almas en que estás toda bañada? ¡Oh, qué terrible crueldad! Mándale David en su testamento á su hijo Salomón que hiciese matar á Joab porque él había muerto á los capitanes y sido tan cruel que *posuit cruorem prælii in baltheo suo et in calceamento suo:* «Que con la sangre de sus cuerpos tiñó la banda de caballero, preciándose de su valentía, y los zapatos, como despreciando los muertos, pues les pisaba la sangre y no los teñía en lo que hollaba». Pues la que no dos cuerpos, sino almas sin cuento tiene despachadas, y la que más ha echado á perder, se tiene por más honrada, y á trueque de su interés vil y apocado no tiene en lo que pisa provocar á pecado y enviar al infierno á los hombres ¿qué merece? ¿Qué castigo, qué muerte le mandará dar el rey del cielo? En la estima de Dios vale tanto un alma, que muriendo Cristo y dando su vida por la redención del mundo, con tales afrentas y tormentos, como todos sabéis y luego diremos, y derramando toda su sangre preciosísima (aunque con esta muerte mereció, cuanto á la suficiencia, el remedio de todas las almas, y cuanto á la eficacia, las de todos los predestinados), con todo eso, luego de contado y al pie de la obra no le dieron más que una, que fue la del buen Ladrón, y pagando él de presente tan infinito precio, con esta sola le hicieron por entonces pago. Más. Si un predicador á cabo de sesenta años de predicación estuviese cierto que había ganado un alma sola para Dios, y sido parte para que fuese al cielo, era suficientísimo premio de tantos trabajos, vigilias, estudios, como cuesta este oficio. Pues, ¡oh desdichada de ti! ¿qué recompensa puedes dar á Dios de tantas almas como le has quitado, siendo causa que le ofendan y se condenen almas que tanto cuestan á Cristo y á sus siervos, y que destruyas tú en una hora más que podía ganar el otro en cien años? ¿Qué agravio le haces, robándole tan preciosas margaritas? Mata Caín á su hermano Abel, y dícele Dios cuando le vino á sentenciar: *Quid fecisti? Vox sanguinis fratris tui Abel clamat ad me de terra.* «Traidor, ¿qué heciste? Mira que la sangre de tu hermano Abel me está dando voces desde la tierra, y te acusa y pide justicia contra ti». Pues si la sangre vocea desde la tierra pidiendo venganza de quien la derramó, la sangre de tantas almas por tu causa condenadas, ¿qué voces darán, no desde la tierra, sino desde el infierno? ¿Qué querellas? ¿qué alaridos? ¿qué clamores? ¿qué maldiciones te echarán? Justicia, severísimo juez, de aquella maldita que tanto mal me hizo! ¡Venganza de quien para siempre me destruyó! ¡En malos infiernos arda su alma! !En poder de los demonios se vea! ¡No tenga ventura de alcanzar perdón, pues por su causa estoy en este calabozo; pues me acarreó tormentos interminables! ¡Séame compañera en la pena quien lo fue también en la culpa! Estas son las oraciones que rezan por vosotras aquellas almas rabiosas. Estas las bendiciones que os echan. ¡Ay de las desdichadas á quien han de comprehender! Y para acabar de poneros delante la miseria de vuestro miserable estado, que no sólo sois leonas lascivas, brutas, robadoras, matadoras en los ojos de Dios, sino en los del mundo sois la gente más infame y soez que se puede pensar. Mientras estáis en esa vileza, no tenéis honra ni bien ninguno; sois la basura, los muladares de la república, las horruras del mundo. *Omnis mulier quae est fornicaria, quasi stercus in via ab omnibus prætereuntibus conculcabitur.* ¿Qué es una mujer errada? dice el sabio. «Una carga de estiércol puesta en el camino que ensucia á cuantos pasan, y todos la pisan y traen debajo los pies». ¡Desventuradas de vosotras, no conocéis qué vida es la vuestra! Deshonradas, corridas, afrentadas, sujetas á hombres malvados, crueles; hechas sus esclavas, que os venden y empeñan, y abofetean, y acuchillan, y acocean, y matan. Y afanáis para que ellos jueguen y se embriaguen y vistan; traídas de unas partes á otras y trasegadas por estos recueros del infierno. Gitanas diabólicas, que no tenéis una hora de descanso en esta vida. ¡Y que sabiendo vosotras que esto y mucho más es verdad, queráis más servir al diablo aperreadas que á Dios seguras y contentas! *Eo quod non servieris Domino Deo tuo in gaudio, cordisque lætitia, propter rerum omnium abundantiam, servies inimico tuo, quem inmittet tibi Dominus in fame et siti et nuditate et omni penuria: et ponet jugum ferreum super cervicem tuam, donec te conterat* (Deut., 28): «Porque no quisiste servir á tu señor Dios con gozo y alegría de corazón, por la abundancia de todas las cosas: servirás al enemigo con hambre, sed, desnudez y pobreza de todas las cosas; el cual pondrá un yugo de hierro sobre tu cerviz hasta destruirte». Sir-

viendo á Dios no os ha de faltar su misericordia y la de sus siervos. Tendréis honra y provecho y alegría de corazón, pues ninguna puede haber como la de la buena conciencia. Mas si rehusáis este yugo suavísimo de Cristo, póneos el demonio un yugo pesadísimo de hierro intolerable. Esos hombres á quien servís, que no son amigos, sino enemigos; que os tienen avasalladas, tiranizadas, robadas; que ni sois señoras de un real que no os lo juegan, ni de una camisa que no os la venden, ni de un manto que no le empeñan. *Urgebantque ægyptii populum de terra exire velociter* (Exo., 32): «Les daban prisa». Vuestros trabajos os hacen fuerza que salgáis de Egipto, de la mala vida. Muertas de hambre y desnudas y con mil necesidades, ¿con todo servís al diablo? ¡Oh locura! ¡oh frenesí! ¡oh peores que bestias! ¿Dónde tenéis el juicio? ¿Cómo habéis perdido la razón? Volved, hijas despreciadas, á casa de vuestro Padre Dios, que pues tan mal os ha ido en esa región apartada del pecado, paciendo vuestros torpes apetitos con tanta hambre y necesidad, en la casa de Dios, aun los jornaleros tienen los panes sobrados. Entraos por sus puertas, que os está esperando los brazos abiertos. Más vale tarde que nunca. Decilde con humildad: *Pater, peccavi in cœlum et coram te: jam non sum dignus vocari filius tuus: fac me sicut unum de mercenariis tuis.* «No merezco tratamiento de hija; recibidme en lugar de esclava, y me viene muy ancho». *Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum* (Salmo 83). Y á quien no mueve el conocimiento de su desventura que hasta aquí se ha representado, tienda los ojos adelante y mire lo que en el otro siglo le espera.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Ut cognovit. Esto fue lo primero que esta pecadora conoció de lo sobrenatural, y que no se ve con los ojos corporales. Esta es la primera consideración, que suele espantar á los pecadores. *Si cognovisses et tu et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi; nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.* ¡Oh, si conocieses tú! ¡Oh, si Dios te abriese los ojos para ver, ahora que tienes tiempo en este día tuyo! Día es de la vida, porque es breve. Tuyo, porque en él puedes hacer tu voluntad y gastarlo en cosas de tu daño ó de tu provecho. Pues ¡oh, si conocieses en este día tuyo la paz y los bienes con que te convidan! ¡Que te ruegan con la paz, que te convidan con el perdón, cosas que te están muy bien! ¡Oh, si conocieses la hermosura de la virtud! Que si pudiera ser vista con los ojos corporales á todos forzara que se murieran por sus amores; y por estar ahora á tus ojos encubierta, la desprecias y aborreces como cosa triste y desabrida. Porque si ahora no lo conoces, *venient dies in te et circundabunt te inimici tui vallo.* Días vendrán sobre tí. Vive como tú quisieses en este día tuyo, que entonces vendrán días no tuyos, sino de Dios, en que tome venganza de sus injurias y te pondrá en manos de tus enemigos y cercarte han, y estrecharte han por todas partes, que no tengas quién te valga ni de dónde te pueda venir socorro. ¡Oh, qué angustia tan temerosa cuando, salida el alma de las carnes, seas presentada en el divino tribunal, rodeada de demonios que te esperan para hartar su saña! ¿Adónde piensas volverte entonces? ¿A quién acudirás? Si miras á lo alto, verás al cielo enojado y esgremir sobre tu cabeza la espada de la divina justicia. Si á lo bajo, verás el infierno, abierta la boca y dando estallidos para tragarte. Si atrás, verás á tus acusadores con el proceso de tus delitos. Si adelante, el juez severísimo, inexorable, vuelto de cordero león, de oveja tigre, de piadoso redemptor riguroso juez. Si miras á lo presente, hallaráste convencida y avergonzada con la publicación de tus maldades. Y si á lo porvenir, una eternidad espantosa que te aguarda, habiendo de ser tu morada para siempre con el fuego abrasador. Si te miras á ti mesma, verás tu conciencia que te tiene asida, como lebrel á toro, con perpetuo dolor. ¡Qué angustia, qué estrechura será aquella! ¿Por cuánto no quisieras entonces haber andado á tus anchuras como andas? ¿No fuera bueno haber creído á los que te avisan ahora deste trance en que te has de ver? ¿No fuera bueno haber oído á los llamamientos de Dios, á quien has sido más sorda que el áspide á los encantamentos? ¿Pues qué será, sobre todo esto, cuando fulmine el juez el rayo de aquella sentencia final: «Andad, malditos, al fuego eterno que está aparejado para Satanás y para sus ángeles; pues habéis sido miembros de Satanás y hecho sus negocios en la vida, id á tenerle compañía en la eterna muerte»? ¿Qué será cuando se abra la tierra y seáis despeñados en los abismos y caigáis hasta las concavidades y cavernas de las entrañas más profundas de la tierra, con tanto ímpetu como la rueda de molino que arrojó el ángel en la mar? *Descenderunt in profundum quasi lapis et quasi plumbum in aquis vehementibus.* En esta mazmorra encerradas, echará Dios sobre ellos la pesadísima compuerta de su ira. Cerrará aquellos fuertes cerrojos y candados, que nunca jamás serán abiertos ni ganzuados; y allí quedarán todos los malos en la región de la muerte y en la tierra del olvido mientras Dios fuese Dios. ¿Quién os podía decir la muchedumbre de penas que allí padecerán, pues no tendrán mien-

bro ni sentido en su cuerpo, ni potencia en su alma que no tenga especial dolor? Los ojos llenos de adulterio, curiosos y altaneros, serán escocidos con sempiterno llanto, escurecidos con el humo negro y espeso del pozo del abismo; en tinieblas más palpables que las de Egipto; en una noche horrenda que nunca verá el alba del día. Asombrados y atormentados con la vista de las personas que fueron cómplices de sus pecados, para aumento de su pena. Y más con las espantables figuras de los demonios, que con terribles y feísimos gestos y ademanes se les representarán. *Hostis meius terribilibus oculis me intuitus est* (Job, 16). Los oídos, amigos de músicas profanas, de murmuraciones y de pláticas deshonestas, serán atronados y ensordecidos con los golpes y martilladas de los atormentadores que habrá en aquella herrería de Plutón, y con los alaridos y clamores de los atormentados. Unos aullarán como lobos, otros ladrarán como perros, otros bramarán como toros y leones, otros con voz ronca y dolorosa darán espantables gemidos, exprimiendo con rabia los dolores intrínsecos que padecen. Para el olfato, que se deleitaba con los buenos olores y aguas de flores, habrá intolerable hedor que saldrá de sus cuerpos, también del lugar que es albañar y sumidero del mundo. *De cadaveribus eorum ascendet fœtor»* (Isai., 34). «Cuerpos podridos exhalarán mal olor»; por perfume, humo á narices; por ámbar, piedra azufre; por agua de ángeles, arroyos de pez y resina ardiente. Para el gusto, amigo de buenos manjares, habrá hambre canina. *Famem patientur ut canes* (Salmo 58). Y para sed, el cáliz de la ira del Señor: las heces y madres de aquel vino puro y mezclado; purga mortífera y emponzoñada. Para el tacto, amigo de la cama y ropa blanda, instrumento de las pasiones sensuales, *mallei percutientes stultorum corporibus* (Proverbio, 19): «Martillos golpeadores para los cuerpos de los necios que no quisieron con breve penitencia excusar tan gran tortura». Colchón de polilla, cobertor de gusanos, sábanas las llamas vengadoras. *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?* (Isai., 33): «¿Quién de vosotros se atreve á morar en el fuego abrasador?» ¿Quién á hacer vida con ardores sempiternos? ¿Qué espaldas se profieren á sufrir esta caída? ¿Qué lados á acostarse en esta cama? ¿Pues y á el alma, á quien cabe la mayor parte desta pena? Allí se estará carcomiendo con aquel gusano inmortal de la conciencia, que acusa y muerde y reprehende perpetuamente, y la imaginación atada á la consideración de las penas que padece. El entendimiento privado de la visión beatífica en que consiste su gloria. La memoria afligida con el acuerdo de los deleites pasados y males venideros, viendo la brevedad de los unos y la eternidad de los otros. La voluntad con desesperación. Volverán los malaventurados sus iras contra Dios y contra sí, como dice San Juan: *Et commanducaverunt linguas suas præ dolore, et blasphemaverunt Deum cœli præ doloribus et vulneribus suis*: «Serán tan insoportables sus dolores, tan desesperadas sus llagas, que se comerán á bocados sus lenguas, y despedazarán las carnes con sus uñas; rompiendo sus entrañas con suspiros, quebrantando sus dientes á tenazadas, y blasfemando siempre de Dios del cielo que así los manda penar». Esto es lo peor que yo hallo allí: que así como en el cielo le están eternamente amando y bendiciendo los santos, así, por el contrario, le han de estar éstos aborreciendo y blasfemándole sin fin. ¡Oh, qué maldito oficio! ¿Quién os pudiera traer aquí en medio una de las muchas de vuestro oficio que penan en aquel lugar, que la viérades sentada en una silla de fuego, negra más que el carbón, echando por los ojos, boca y narices humo y espadañas de fuego. Su cuerpo podrido y hediondo, cubierto de gusanos y serpientes. En lugar de cabellos un manojo de víboras; y aquellos crueles verdugos con los martillos en las manos, martillando en ella como en un yunque, haciéndole el son para que ella cante. Allí entona la música de Babilonia: *Pereat dies in qua natus sum et nox qua dictum est: conceptus est homo. Dies ille vertatur in tenebras* (Job, 9). «Mal haya el día en que nací y la noche en que fuí concebida. Aquel día se vuelva en tinieblas». No tenga Dios cuenta dél, ni sea alumbrado con lumbre; escurézcanlo las tinieblas y sombra de muerte: sea lleno de escuridad y amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso; no sea contada en el número de los días ni de los meses del año. ¿Por qué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre? ¿Por qué luego que acabé de nacer no perecí? ¿Por qué me recibieron en el regazo? ¿Por qué me dieron leche á los pechos? Mas no parará aquí. Andan los martillos y pídenle los herreros que cante más.—¡Reniega, maldita!—¡Reniego de la madre que me parió y del padre que me hizo, y de la leche que mamé y de la vida que viví, del cielo que me cubría, del aire con que respiraba, del agua que bebí, del pan que comí, de la tierra que me sustentó.—¡Reniega más! —Reniego del Baptismo y de los Sacramentos que recibí, de la fe que profesé, de la iglesia en que me crié, de las buenas obras que hice.— ¡Reniega más!—¡Ah, que no hay quien pase de aquí! ¡Oh, Virgen sacratísima, oh virginal pureza, y que ha de haber boca sacrílega que se deslengüe contra vos! Que escupirán al cielo y blasfemarán de Dios y de su madre y de todos

los santos, y del santo de los santos, Cristo, y de sus llagas, y de su pasión y muerte y de su cuerpo. Este será para siempre su oficio. Esta es la capilla de Lucifer, los órganos y cantores del príncipe de las tinieblas. Estos son los maitines y laudes que eternamente cantarán. ¡Oh, desdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablaréis sino blasfemias! ¡Oh, miserables oídos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh, desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh, tristes cuerpos, que ninguno otro refugio tendréis sino llamas! Y esto, no por un año ni dos años, ni por millones dellos, sino por toda la eternidad. Esto sólo faltaba para echar el sello á tan grandes males, que están ciertos los dañados que han de padecer mientras Dios fuere Dios. Que compiten sus tormentos con la duración divina, y que están desahuciados que se han de acabar. Dice un doctor que si hubiera una peña tan grande como todo el mundo, y de mil á mil años viniese un mosquito y quitase de allí la cantidad que pudiese llevar en el pico, y les dijesen á los condenados que en acabándose de gastar toda la peña habían de cesar sus tormentos, fuera para ellos gran consuelo; porque al fin la peña es finita, y aunque tarde se acabaría; mas la duración de sus penas es infinita y no reconoce fin. ¿Y que por tan breves contentos, por una vida de un soplo quieran los hombres granjear estos tormentos? ¡Oh, cuán breve deleitación hizo tan larga soga de miserias! ¡Oh, locos y desventurados pecadores, acabad ya siquiera por aquí de conocer la gravedad de vuestros pecados; pues Dios, en quien no puede caber injusticia, castiga tu pecado mortal, que dura un momento, con penas tan graves y perdurables, y con todo eso dicen los teólogos que no le castiga con toda la pena que merece; porque es tan grande desacato rebelarse el gusanillo de la tierra contra la divina majestad, la hechura contra el hacedor, que con todo este infierno no queda suficientemente castigada.

Veis aquí, hermanas mías, os he dicho de parte de Dios lo que El me manda decir para cumplir con mi oficio y justificar la causa de Dios. Concluyo con aquella protestación que hizo el santo Moisés á los hijos de Israel después que les dio la ley: *Testes invoco hodie cœlum et terram, quod proposuerim vobis vitam et mortem, benedictionem et maledictionem. Elige ergo tibi vitam, ut vivas et diligas Dominum Deum tuum atque obedias voci ejus et illi adhæreas: ipse enim est vita tua et longitudo dierum tuorum.* «Hago testigos á los cielos y tierra; á todos los ángeles y á los hombres que están presentes; á todos pido fe y testimonio cómo os he propuesto y representado la vida y la muerte, la bendición y la maldición, la fealdad de vuestro estado, la gravedad de la culpa, la terribilidad de la pena, la severidad de la divina justicia, la infinidad de su clemencia y misericordia; para que si habiendo oído su voz todavía endureciéredes vuestros corazones, no podáis alegar excusa ni dar descargo de vuestra malicia delante del divino tribunal». Para el cual os tened desde luego por citadas y emplazadas, como desde aquí os cito y emplazo, que parezcáis en el valle de Josafat en el día grande de su ira, en presencia de los ángeles y demonios y de todos los hijos de Adán: delante el terrible juez donde todos estaremos á juicio. El será el fiscal que os ponga la demanda y os acuse de la rebeldía, presentando los testigos que tengo hechos; para que, siendo convencidas, se agrave vuestra condenación y sea la sentencia más rigurosa. *Elige ergo tibi vitam ut tu vivas et diligas Dominum Deum tuum, atque obedias voci ejus et illi adhæreas.* Pues no sea así, hermanas, por las entrañas de Jesucristo. No toméis con vuestras manos la muerte, pues os damos á escoger. Tomad la vida, que viváis en servicio de Dios y le améis y obedezcáis á sus mandamientos, y estéis firmes en su amor. No sean conversiones fingidas, por comer estos quince días y pagar deudas y luego volver como perro al vómito. *Nolite errare; Deus non irridetur* (Galat., 6). Mirad que es burla pesada para vuestras almas. Acordaos de la mujer de Loth, que por volver á mirar á Sodoma se volvió en piedra sal. No volváis los ojos á los incendios de lujuria de que salís, sino caminad al monte alto de la virtud, asidas á Dios, confiando en El, que es fortaleza para los flacos, consuelo para los tristes y refugio para los necesitados, vida y longura de Dios para los que le aman, aquí por gracia y después por gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO

DE PASIÓN

Collegerunt ergo Pontifices et Pharisæi concilium et dicebant: Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?
(JOAN., 11).

INTRODUCCIÓN

La experiencia dice ser maestra de los desventurados; porque desventura no pequeña es comprar tan caro como de la experiencia se compra, el saber nosotros portarnos y regirnos en las cosas; con todo eso, mayor desdicha es la de quien ni aun después de bien acuchillado sabe lo que le cumple, para no probar otra vez á qué sabe la trementina. Aquellos pueden en la vida presente ser tenidos por bien afortunados á quien hacen cautos los peligros ajenos. Y como dijo Plauto: *Feliciter sapit qui alieno periculo sapit*. De los primeros fue aquel que dijo de sí mismo y se llamó *auditor sermonum Dei*: *qui cadit et sic aperiuntur oculi ei* (Num., 14). Aun medio mal es la caída cuando de ella os levantáis abiertos los ojos para dar otra; pero cuando no basta eso para que abráis los ojos, tenedos ya por de la cuenta de aquéllos que están desesperados. *Verberaverunt me, sed non dolui; traxerunt me, et ego non sensi. Quando evigilabo et rursus vina reperiam?* «De muy beodos no sienten sus grandes daños y afrentas; no las creen aunque se las digan». Azotáronme, y estaba tal, que no me dolió; arrastráronme, y no lo sentí. ¿Cuándo volveré en mí, para buscar otra vez el vino? Pensaréis de alguno que de escarmentado está ya enmendado, porque le veis algo más sosegado; pues sabed que no anda sino porque le fiéis algún dinero para hacer otra hazaña; no siente aún la desventura. Por tanto, los maestros, ayos, padres y los demás que están encargados de personas cuyo bien desean, no sólo con buenos ejemplos, sino con malos, procuran apartarlos del mal y encaminarlos al bien. Como quien llevó á su hijo, que vía inclinado á beber, á donde estaba un borracho vomitando, caído, para que escarmentase en tan afrentoso ejemplo, así podéis á vuestro hijo, no por mormurar de vidas ajenas, sino por instruir la suya, no sólo decirle: mira á Fulano que no es hijo de mejores padres que tú, ni tiene más hacienda que tú tienes, y por ser concertado la ha multiplicado, sin encargar su conciencia, y sustentado casa honrada y honesta familia, puesto á sus hermanos y hijos de ellos en muy honesto estado, y así todos le aman y precian de ser sus parientes, y tú andas hecho un pícaro, entrampado y despreciado de todos y de tus mismos deudos aborrecido, y de todo el mundo hecho ejemplo y burlado; no más de por ser tu vida sin concierto. No sólo esto, digo, le decís ó podéis, sino mira á Fulano, mozo noble, rico y heredero de un mayorazgo tan calificado, que por no haber mirado por sí y dándose á vida viciosa, le han dado el pago los no permitidos deleites á que tan temprano se entregó, y está ahí que no será hombre en su vida, lleno de humores hasta los ojos, podridos los huesos, que le sacan cada día con cauterios y hecho un monstruo de feo y desemejado. Desta manera la Iglesia, madre y maestra nuestra, lo usa con sus hijos y discípulos, poniéndonos delante buenos ejemplos unas veces, y otras algunos trabajosos y malos, para que los unos imitemos y de los otros huyamos escarmentados en cabeza ajena. Entre los de este jaez postrero, es singular ejemplo el que hoy se nos representa para el concierto de una de las más importantes cosas de toda la vida y policía humana, que son las consultas. No se puede en ninguna manera vivir sin consejo ajeno; porque sólo Dios es quien puede obrar, *secundum con-*

silium voluntatis suæ (Efe., 1). Quien de sí se fiare y guiare por su consejo, dése por mal guiado y perdido. *Stulto domino credit qui sibi credit*, dijo San Agustín. Pues así como para guiarse á sí ha menester el hombre consejo, así la república le ha menester y más para su gobierno. Y son perniciosísimos los yerros que se hacen, ó cuando sin consejo se hacen las cosas, ó cuando no es cual debe ser la consulta. En razón de esto, pues, se nos pone delante en este día una malísima consulta hecha contra Dios y contra su Cristo, no sólo para que veamos su cantidad y desastrado fin que tuvo, sino para ver los malos medios, el perverso motivo y conclusión abominable en que se resolvieron y las razones de todo este daño que hubo en esta consulta y en los que se juntaron en ella. Para guardarnos de todo y para mayor abundancia, dicho como ha de ser la consulta para no ser mala, diremos brevemente cómo ha de ser la buena. De la primera estaba dicho: *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum et in via peccatorum non stetit, et in cathedra pestilentiæ non sedit* (Salmo 1). De la segunda, es lo que se sigue: *Sed in lege Domine voluntas ejus et in lege ejus meditabitur die ac nocte.* Y desta se concluyen prósperos sucesos en todos los hechos; desotra, que será como polvo del viento soplado. Mas porque no habrá tiempo para más en particular declarar estos tres grados de beatitud que este salmo significa, sólo quiero notar la grandeza de la divina misericordia en el modo de proceder aquí apuntada; porque conforme á la manera de hablar que se usa en la elegancia humana, parece que al revés se habría de proceder y decir. Aquel hombre es bien dichoso, no sólo porque no se sentó en la cátedra de pestilentes decretos, pero que ni aun en pie estuvo en el camino de los pecadores; y no sólo no paró, pero ni dio paso para ir á ese consejo donde los impíos entran. Y no dice así, procediendo de menos á más, que es el modo que solemos, sino de más á menos; y es que quiere que conozcamos cuán bueno es para con los hombres Dios y pone tres grados de la bienaventuranza, y dice: Aquel hombre se llame perfectamente bienaventurado que no dio un paso ni puso su pie en camino que va á consulta de impíos. Y si no fuere tan copiosa su dicha, á lo menos téngase por dichoso, si no parare y hiciere pausa en el camino de los pecadores. Y si aun ahí no llegare su buena fortuna, á lo menos siquiera no se halla sentado en tan mala cátedra como la de pestilencia. No vayas, hombre, con el pensamiento, no pase siquiera con la obra, siquiera no te sientes con el ejemplo malo de tu mala vida. En esta maldita cátedra estaban sentados estos consejeros de hoy, que por la autoridad de su oficio se sentaban en la cátedra de Moisés, y así hicieron una junta pestilencial y mortífica para toda su república.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Collegerunt ergo Pontifices et pharisæi concilium. Muchas consultas hemos leído, conjuraciones y conciliábulos que se han hecho contra Dios, y todas han tenido fines desastrados. Entraron en consulta al principio del mundo los hombres de hacer una torre que llegase hasta el cielo para eternizar su fama. Lo que de esta consulta resultó fue que, á cabo de mucho trabajo y gastos, con un soplo dio por tierra toda aquella máquina. Entraron los hermanos de José en consulta sobre quitar la vida, de envidia muy soez y muy abatida. Resultó que por ese mismo camino que ellos tomaron para abatirle, le levantó Dios y le puso sobre las cabezas de los que aborrecían verse sujetos á su mando. Entró en consulta Absalón con Achitofel sobre quitar el reino y vida á David, padre del uno, y gran amigo del otro. Lo que resultó fue que Achitofel se ahorcó con sus manos y Absalón murió ahorcado de sus mismos cabellos, y atravesado de tres lanzadas, y David volvió á su reino pacífico. Finalmente, siempre se ha hallado por experiencia que *malum consilium consultorum pessimum.* Y como dijo Claudiano:

Quam bene dispositum terris ut dignus iniqui
Fructus consilii primus autoribus instet!
Sic opifex tauri tormentorumque repertor
Qui funesta novo fabricaverat aera dolori
Primus inexpertum, sicule cogente tyranno,
Sensit opus, docuitque suum mugire iuvencum.

¡Qué buena disposición para las tierras que el digno fruto del mal consejo venga sobre sus primeros autores! Como Pericio, que fabricó el toro de metal en que, encerrado un hombre y puesto por debajo fuego, se fuese abrasando con dolor increíble, y los gemidos y voces que diese, quejándose, pareciesen bramidos de toro y no moviesen á compasión. El premio que reportó de Falaris, tirano crudelísimo (á quien pensó agradar con aquella nueva invención de tormentos) fue por su mandado ser el primero que hiciese la experiencia de su inhumano artificio, y enseñase con sus aullidos á bramar al toro que había hecho con sus manos. Pero esta junta maliciosa de hoy se la gana á todas las pasadas y sacan de la puja hoy los Pontífices y fariseos á cuantos contra Dios han hec[illegible] ligas. Esta había visto en espíritu Jacob, [illegible] abominándola y detestándola, dice: *Simeon [illegible] Levi fratres: vasa iniquitatis bellantia: in con[illegible] lium eorum non veniat anima mea et in c[illegible] illorum non sit gloria mea* (Gen., 49). En est[illegible] palabras no sólo condena la conjuración [illegible]

aquellos dos hermanos, hecha para destruir la ciudad de Sichen y matar á todos los varones de de ella (aunque de eso suena la letra), pero también con evidentes indicios apunta á la conjuración deste día. Fue atroz aquel hecho y espantoso. Dos hombres solos y tan mozos, que si bien lo miramos apenas les apuntaba la barba, y y la damisela sobre que fue toda la desventura apenas tenía edad de que en ella pusiese nadie sus ojos, porque ella casi no los había abierto. Dina y José parece que nacieron en un mismo año, que fue el décimocuarto de la peregrinación de Jacob. Y luego trató de volverse á su tierra, sino que importunado del suegro se quedó otros seis años, con que se cumplieron veinte, que él dijo haber á Labán servido catorce por las hijas y seis por los ganados. Comenzáronle á nacer hijos á Jacob el octavo año de su servicio, porque al sétimo le dieron á Lía por Raquel con gran engaño. De modo, que saliendo en el año vigésimo, el mayor de sus hijos no podía tener más de doce años, y el menor, que fue entonces José, era de seis años, y de poco más Dina su hermana (postrer parto de Lía), En el camino, pues, que volvía de Mesopotamia les sucedió este caso, á lo que parece. Y así siendo aquellos dos segundo y tercero, pudo ser Simeón, cuando salieron, de once años, y Leví de diez. Mirad por vuestras hijas aunque sean niñas; y no las consintáis libertades desde sus tiernos años, que á gentes cuerdas he oído decir que lo que con el capillo entra no sale sino con la mortaja. Pero volviendo á lo que decíamos, fue hecho nunca visto dos solos mozuelos osar tal traición y acometerla y salir con ella. San Ambrosio (á quien yo ahora sigo) dice que esta maldición no fue tanto por este hecho, cuanto porque estos dos hermanos fueron los más culpados en la traición que á José se hizo. Porque cuatro eran los principales hijos de Lía, y destos los dos, que fueron Rubén y Judas, hicieron su poder por librar á su hermano, como de la Escritura consta; y así toda la carga es sobre estos dos hermanos, á quien siguieron los otros menores. Ayuda á esta inteligencia la traslación de los Setenta, porque donde nuestra letra dice: *Quia in furore suo occiderunt virum et in voluntate sua suffoderunt murum*, leen ellos en lugar de *suffoderunt murum*: *subnervaverunt taurum, vel bovem.* Jarretaron al toro. Nombre es el que le dio Moisés á José en su bendición, llamándole primogénito del toro, por la excelencia de su dignidad y potestad, cuando niño, en sueños revelada, y cuando hombre en Egipto adquirida. Este sentido declara el Targun jerosolimitano: *Et in voluntate sua vendiderunt Joseph qui assimilatus est bovi.* De Leví vinieron todos los sacerdotes y pontífices. Y dicen que de Simeón los escribas y fariseos, y así lo siente San Ambrosio. Y estos son los que hoy se conjuran contra Cristo, y de quien habla aquella profecía. Simeón y Leví hermanos. ¿También no eran hermanos Rubén y Judas, Isacar y Zabulón? Sí. Pero esta fue una germanía de que Dios nos guarde. Ellos solos fueron hermanos en armas de maldad. A los otros habla Jacob su padre á cada uno de por sí; á éstos de consuno. Porque hechos en cuadrilla, y para mal mancomunados, *vasa iniquitatis bellantia*, instrumentos de maldad y de pelea. Vaso en la Escritura se aplica á diversas cosas, y comúnmente significa instrumento. *Vasa Psalmi:* instrumentos músicos. *Vasa mortis:* las saetas que dan muerte. Aquí, *vasa bellantia:* instrumentos con que se hace guerra. Descubre, pues, Jacob una celada. Como si dijera: ¿Veíslos en hábito pacífico de autoridad y santidad? Pues el ánimo no es sino de guerra. Son sus rostros marchitos y palabras compuestas vainas doradas que encubren espadas agudísimas y tajantes. Como bordones de romeros que parezcan báculos y son espadas. Hanse ligado unos y otros para hacer una hoja cortadora. Como el hierro y el acero convienen en la forja de la espada, para mayor destrucción de las vidas; que el hierro pone la fortaleza y el acero la agudeza y los filos; el hierro por su groseza no puede también cortar; al acero fáltale fortaleza contra la resistencia que puede hacer el objeto que quisiere herir. Júntanse el hierro y el acero y préstanse sus propiedades, y de la fortaleza del hierro y agudeza del acero hácese una espada penetrante. Tal fue la junta de éstos. Los pontífices como hierro pusieron la fortaleza de la autoridad, los fariseos pusieron el acero lucido y agudo, que hace presa en los ojos y corazones de la aparente santidad, y han templado una espada aguda y cortadora. Como dijo Jeremías: *Omnes isti principes declinantes, ambulantes fraudulenter: aes et ferrum, universi corrupti sunt.* «Todos estos príncipes son apóstatas, que se apartan de Dios y de su culto». Los Setenta trasladan: Son desobedientes. El Parafraste Caldeo: *Deus principes eorum rebellat, ambulantes in dolo: ut qui miscet æs cum ferro. Universi corruptores sunt.* Teodoreto: *Congregati sunt ut æs et ferrum.* Todos son rebeldes, que tratan de alzarse contra su rey legítimo; andan con falsía y debajo de honestas ropas de celo palían sus dañadas y perversas intenciones. Y para hacer más efecto, júntanse como acero y hierro. Eso es juntar concilio, pontífices y fariseos. Y por eso dice luego: *In consilium eorum non veniat anima mea* (Gen., 49). «En su consejo no vengo», no voto con ellos, saco mi decreto de su consulta. No vea yo mi gloria

en su ayuntamiento; guarde Dios mi vida y mi honra de su conjuración, que yo desde aquí protesto ser sin mi consentimiento sus monipodios. *Quia in furore suo occiderunt virum* (Ibid.). Ya estas palabras señalan más precisamente la figura; porque si de Sichen sólo hablara, muchos varones murieron, pues pasaron todos sin quedar uno ni más á filo de espada. Dicen que es la figura Tapinosis, en que se dice poco y significa mucho. Como aquello:

Uterumque armato milite complent.
(VIRGILIO).

Y está claro que fueron muchos los armados que en el paladión entraron. Y en la Escritura: *Venit musca gravissima.* Quiere decir: Pesadísima muchedumbre de moscas. No pára en eso, ni lo niego, sino afirmo que se dijo con aquella figura para que entendiésemos lo figurado. En su rabia mataron al varón: á aquel de quien se dijo: *Fœmina circumdabit virum* (Jere., 31), porque lo fue, hombre de razón, desde que en el vientre de su madre fue concebido. Por su antojo decervigaron al toro, de quien se dijo: *Tauri mei et altilia mea occisa sunt.* Lo uno y lo otro es Cristo. Toro, por la fortaleza; ave, por la suavidad. Es becerro pingüísimo, que mataron para hacer fiesta y recibir en su gracia el padre al hijo pródigo. Buey, que lleva la carga de nuestras culpas, que fue sacrificado fuera de las puertas de Jerusalem por nuestros pecados. Buey que por haber traído el yugo treinta y tres años nos lo dejó tan suave, que nos convida á él diciendo: *Jugum meum suave est et onus meum leve.* A este toro desenervaron. Y con eso, *suffoderunt murum:* «Derrocaron el muro». Si preguntáis: ¿Quién destruyó á Jerusalem, y le batió la muralla tan fuerte como tenía, allanó la batería para que entrasen los romanos á quemar la tierra y á no dejar piedra en ella sobre piedra? Dirá alguno: ¿Quién? Vespasiano, Tito. Es burla. No la derrocó sino la consulta destos descendientes de Simeón y Leví. Agesilao, rey de los lacedemonios, preguntado por qué la ciudad de Esparta no tenía muros, respondió mostrando sus soldados armados: Estos son los muros de los lacedemonios. Y otra vez: A las ciudades, dice, no hacen fuertes las cerces de piedras y maderos, sino las virtudes de sus moradores. *Rex sapiens stabilimentum populi est* (Sap., 6). Y así á los emperadores que triunfaban, derribaban parte del muro, como refiere Suetonio en la vida de Nerón, que en Nápoles le derribaron un lienzo de la muralla, por donde entró cuando venía de Grecia triunfando. Protestaban con esto que la ciudad que tenía tan valerosos capitanes no había menester muros. De Cristo profetizó Isaías: *Urbs fortitudinis nostræ Sion, salvator ponetur in ea murus et antemurale:* «La ciudad de Sión es fortísima, inexpugnable para nuestra defensa». ¿Quién la fortificó? El Salvador es su fortaleza, su muro y cerca, sus traveses y baluartes que la defienden. Y faltando esta cerca, las demás son más frágiles que de vidrio; porque si el Señor no guardare la ciudad, en vano se desvela el que la guarda. Luego éstos que mataron á Cristo, desmantelaron á Jerusalem y derribaron el muro. Ellos son los que destruyen la patria, y queman el templo, y dan por tierra con su república, y le ponen fuego. Las malas consultas son las causas totales y eficaces de todos los daños públicos. *Maledictus furor eorum quia pertinax, et indignatio eorum quia dura.* Maldito sea su furor pertinaz y su enojo tan duro con que quisieron más á Barrabás que á Cristo, y forzaron á Pilatos que le crucificase. *Dividam eos in Jacob et dispergam eos in Israel.* Este es el fruto que cogieron de su mal consejo. Dividirlos he en Jacob, y derramarlos he en Israel. ¿Cómo los dividió el que entonces moría, sino profetizando lo que después Dios había de hacer? Como se dijo á Isaías que cegase al pueblo con quien hablaba y le ensordeciese, porque mostró estas dos faltas, así dijo Jacob que dividiría y desperdiciaría: porque señaló la perdición y desperdicio. Bien es verdad que estas dos tribus no tuvieron heredad señalada en la tierra de promisión; porque los de Leví, en todas las demás tribus tuvieron pueblos de repartimiento, y no campos ni heredades; los de Simeón alcanzaron un pequeño término dentro del de Judá su hermano; de donde, como adelante no cupiesen, se salieron á buscar lugar en el desierto. Pero así los unos como los otros fueron esparcidos y desperdiciados, en señal del desperdicio de los judíos todos por el mundo universo. Como profetizó David, hablando en persona de Cristo: *Deus ostendit mihi super inimicos meos, ne occidas eos nequando obliviscantur populi mei.* «Dios me mostró el castigo ejemplar que había de hacer en mis enemigos; y conformándome con el decreto de su justicia, le dice: Señor, no los matéis todos en la destruicción de Jerusalem, no los acabéis, reservadlos para más larga miseria y muerte prolija». *Disperge illos in virtute tua et depone eos, protector meus Domine* (Salmo 58). Sea ésta la pena; derribarlos de su alteza, deponerlos del reino y del sacerdocio, y derramarlos por todo el mundo: para que den testimonio de su culpa á los que vinieren hasta el día del juicio, y los pueblos cristianos á mí sujetos no se puedan olvidar de aquel atroz hecho, ni de la severidad con que fue castigado.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Comencemos ya á considerar las culpas de esta mala consulta. Vámonos en pos de los que entran en este capítulo, y estemos atentos á sus dichos; y hallaremos que de parte de los capitulares hay ignorancia, malicia, envidia, temor mundano, interés propio, que son cinco pestilencias en los que dan consejo. De parte de la cabeza desta congregación hay singularidad, astucia, simoníaca religión, y por consiguiente falsa y llena de hipocresía, desprecio de todos, impiedad sacrílega, encubierta con falsas apariencias de celo del bien público. Son otras tantas pestes como las dichas, y más perniciosas que ellas. Veamos cada cosa de éstas, y de todas entendamos que no es posible sino perecer la república, cualquiera que sea, donde tales cosas ó semejantes se hallan. *Quid facimus?* Voz es de ignorantes, y no puede hacerse cosa buena donde confiesan los mismos consultores que no hacen nada, que no saben qué hacen ni qué hagan. No puede sin lástima considerarse la desdicha de una república puesta en manos de ignorantes; que siendo ellos los que habían de saber cómo guiar á los otros, no saben qué es su obligación, ni las de su cargo. Si la luz son tinieblas, ¿qué serán las tinieblas? Veamos cumplido en nuestros tiempos lo que de los magos de Faraón se dijo: *Illi enim qui promittebant timores et perturbationes expellere se ab anima languente, hi cum derisu pleni timore languebant.* «Los que prometían quitar los miedos y turbación á los medrosos, estaban con gran mengua suya muertos de miedo». Y aun hay otra mayor lástima en nuestro siglo, que estos consultantes aun preguntaban: *Quid facimus?* Otros ni aun eso preguntan, porque sus tinieblas son tan horribles, que ni aun para ver que no veen les dan licencia. Que es cincuenta hombres juntos en una consulta, y saber que los cuarenta de ellos no saben más lo que se hacen que si nunca tuvieran vista, en pos cada cual no más que de su cómodo propio y reglándolo todo por este norte. Sólo aquél (dice Hesiodo) es sabio que por sí alcanza lo que se debe hacer, y el modo, y pesadas las razones, conoce lo que es mejor. En segundo lugar, aquél es sabio que lo que por sí ignora lo pregunta á quien sabe, y sigue su parecer. Pero el que ni sabe, ni pregunta, ni obedece al sabio, es el peor hombre que puede ser. *Hic homo multa signa facit.* Esta voz es de malicia, cuyo oficio es sacar mal de lo bueno. Así como la bondad divina muestra la copia de su riquezas en sacar bienes grandes de grandes males, así la malicia diabólica muestra su veneno en sacar males grandes de grandes bienes. Las abejas de todas las yerbas se aprovechan para su obra; las arañas de todo hacen ponzoña. Imposible es de huevos de paloma sacar milanos; no puede el caballo engendrar hombre, ni hombre al caballo. Porque ese es orden de naturaleza, que cada cual engendre su semejante. Pero el orden que naturaleza guarda, pervierte la malicia. ¿Quién tal pensara, que de tan buenos huevos se sacaran tan malos pollos? ¿Y que de tan soberanos milagros se engendrara tan rabioso aborrecimiento? De ciertos pecadores dice Isaías: *Ova aspidum ruperunt et telas aracnæ texuerunt. Qui comederit de ovis eorum morietur, et quod confotum est erumpet in regulum* (59). «El que comiere de estos huevos, morirá sin duda: y del huevo que se empollare saldrá un basilisco». No me espanta eso, que de males saquen males los hombres y que de males pequeños se causen males enormes, que eso es del huevo del áspide nacer el basilisco. ¿Pero que de buenos huevos, de buenas obras, saquen tan ponzoñoso basilisco? ¿Que de resucitar á Lázaro salga resolución tan cruel como matar al autor de la vida? Es el cabo, el extremo de malicia. «Este hombre hace muchas señales». Por muchas que confesáis ser, acusáis vuestra dureza en muchas maneras. Cuánto menos y cuán menores fueron las de Moisés delante de Faraón, y nunca acabáis de encarecer aquella dureza del corazón empedernido que tuvo, pues ni se domó con ellas ni se ablandó siquiera. «Muchas señales hace». Si no las hiciera, tuviérades alguna excusa; pero así ninguna podéis alegar del pecado de vuestra incredulidad. ¡Cómo! ¿No os acordáis que le dijistes algún día: *Volumus a te signum videre?* Ahora declaráis que no lo deseábades, sino para descreer. ¿Qué haremos con gente que así importuna con señales, como si hubiese de creer por ellas, y dadas, de ellas mismas toma ocasión para sus infidelidades?

CONSIDERACIÓN TERCERA

Si dimittimus eum sic, ommes credent in eum. Esta es la envidia, pesarles del bien ajeno, no más que por serlo. Habíase conforme á razón de consultar sobre este punto: si era bien que en él creyesen ó no, ó si les paraba á las almas ó cuerpos perjuicio tomar su consejo. Habían de hacer conferencia de las predicaciones del Señor, de sus avisos y amonestaciones, y examinar si les estaba mal guardarlas á quien las creía; cotejar la vida de los que en él creían con la de los incrédulos, y acordarse que ellos mismos no habían hallado qué reprehender en la vida de sus discípulos, sino una cosa de tan poca importancia como era no se lavar las manos cuando comían. Miraran á las de sus prosélitos y hallaran los hijos del infierno al doble que sus maestros. Pero la envidia á los ánimos que

ocupa con su humo así los ciega, que no les deja libertad para las buenas deliberaciones. ¿Por qué le ha de pesar á nadie del bien ajeno cuando es sin perjuicio del común ni del propio? ¿Qué perdéis vos de aquél que sea estimado reputado, medre, luzga? Ved cómo se hace eso, y si por malos medios, trátese del remedio; si por buenos, ó los imitad ó no os pese ni os pongáis delante y los estorbéis. Qué bien dijo un doctor (Alanus), de la envidia: ¿Qué monstruo hay más monstruoso que la envidia? ¿O qué daño más dañino? ¿Qué culpa más culpable? ¿Qué pena más penosa? Este es un abismo de ciego error, infierno del alma, estímulo de contienda, aguijón de corrupción. ¿Qué son los movimientos de la envidia, sino enemigos del humano reposo, sayones, cuadrilleros de la tentación mundana, veladores enemigos del ánimo trabajador, atalayas de la felicidad ajena? ¿Qué mal está al escriba y fariseo que sea Cristo creído, pues él manda á quien le cree que lo que el fariseo desde la cátedra de Moisés enseñare, no contra ella, se guarde y cumpla? ¿Estaos mal esto?—No.—Luego no os está mal que le crean. *Venient romani*. Este es temor mundano, fundado no más que en amor propio: *Tollent locum nostrum et gentem*. El temor vano y mundano, malo es, sin duda, fundado en humanos respetos, y dél está dicho: *Qui timet hominem cito coruet*. El que teme á los hombres más que á Dios, y por ellos desdice de la rectitud, presto caerá en gravísimos peligros de cuerpo y de ánima. El Hebreo dice: *Timor hominis dabit laqueum vel offendiculum:* «El temor del hombre da la soga para ahorcarse». Es tropezón para dar de ojos. ¡Qué de pecados hacen los hombres por evitar daños temporales! Y permite Dios que por ahí caigan más presto ellos, y de ahí, si no se enmiendan, en los eternos. Es lo que se dice en el libro de Job: *Fugiet arma ferrea et irruet in arcum æneum*: «Huirá las armas de hierro, y caerá en el arco de bronce». San Gregorio: «El hierro gástase con el orín y el moho, y no es tan durable como el bronce, y así significa ó los trabajos menores respecto de los mayores ó los daños temporales en contraposición de los eternos». *Ferrum pertransit animam ejus* (Proverbios, 291). Dijo la Escritura de José: Vendido por esclavo, infamado, encarcelado, que es todo el mal que el mundo lo pudo hacer. Pues el que por temor de algunos de estos males no hace el deber, caerá en otros mayores. *Incidit in Scyllam, cupiens vitare Charibdim*. Y si se escapare de ellos en esta vida, incurrirá á los de la otra, que son más terribles y perdurables. El cuchillo véese cuándo hiere; el arco, no, hasta que ha herido. Por eso temen los hombres los daños presentes, y de los futuros no se recatan hasta que con eterna muerte sean punidos.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Venient romani et tollent locum nostrum et gentem. De aquellas cosas se ha de consultar que están en nuestra facultad y caen debajo de nuestro libre albedrío. No se ha de consultar si lloverá ó no el abril ó mayo; ni si hará vientos de norte ó vendaval, sino de qué modo nos concertaremos que, ahora corran estos vientos, ahora aquéllos, ahora llueva, ahora no llueva, nosotros no padezcamos detrimento, ó á lo menos poco. Es importuna cautela de algunos, que temen lo que otros pueden hacer. Yo me tengo de reglar por el camino que la razón y ley me manda, vengan ó no vengan los romanos, que teniendo yo á Dios de mi parte, confiadamente diré: *Dominus mihi adjutor et ego despiciam inimicos meos*. Esto sí era lo que habían de consultar: si tenían propicio á Dios, pues sabían el consejo de guerra que Holofernes hizo contra Judea, y lo que Achior dijo en ella, refiriendo cómo aquel pueblo había sido invencible mientras guardó la ley de Dios; y así que se mirase si por algún pecado estaban en desgracia suya, porque no había que dudar de la victoria. Pero si no tienen á su Dios ofendido, no podremos nada contra ellos; porque su Dios los defenderá, y quedaremos afrentados en los ojos del mundo. Guardad vosotros la ley de Dios, y no se os dé un clavo que vengan los romanos, ni los griegos, ni latinos. *Ipse enim dixit: non te deseram neque derelinquam*; *ita ut confidenter dicamus: Dominus mihi adjutor, non timebo quid faciet mihi homo* (Hebr., 13). Primero fueron adorados los dioses de Babilonia que los babilonios pudiesen empecer á Judea. Y ojalá no hiciera Judas Macabeo con los romanos alianza, que luego lo pagó con la vida. La regla es: *Nulla nocebit adversitas, si nulla dominetur iniquitas*. Conforme á aquello, *priusquam humiliarer ego deliqui* (Salmo 118). Abajaisos entrando por alguna puerta desque ya habéis topetado. Si primero os abajárades, no fuérades descalabrado. Pero de la venida de los romanos ¿qué temen? *Tollent locum nostrum et gentem*. Este es el amor propio, de donde nació el temor mundano; no del daño público, sino de la pérdida del interés propio. Si Aarón no hiciera el becerro, llanamente perdiera el sacerdocio. Pues no se pierda la dignidad sacerdotal, y sea de un becerro sacerdote. Fue extraño caso el de Aarón. Visto que no había podido sosegar aquel motín de la comunidad sediciosa y ciega que por la tardanza de Moisés le pedía dioses que los gobernasen con pedirles los zarcillos y arracadas de oro que traían sus mujeres y hijas para fundir el becerro; viéndole ya fabricado, y que el pueblo idólatra le apellidaba Dios, y le atribuía su libertad del cautiverio

de Egipto: *Quod cum vidisset Aaron, ædificavit altare coram eo: et præconis voce clamavit dicens: cras solemnitas Domini est.* «Edificó un altar delante el becerro, y mandó apercibir al pueblo para el sacrificio, haciendo publicar por todos los reales á voz de pregonero: Mañana es la fiesta del soberano y supremo Dios». ¿Quién pudiera creer tal del sumo sacerdote Aarón, del que Dios había escogido por compañero de Moisés, para sacar al pueblo de Egipto? ¿Del que había sido testigo y aun ayudante de las grandes maravillas hasta allí por Dios obradas? ¿Del que tan cierto y enterado estaba que sólo el Dios de Israel es el verdadero Dios, y los dioses de las gentes son demonios, y aquel ídolo obra de las manos de los hombres? ¿Qué maldad es esta? ¿Qué diablura? Es el amor propio que edifica la ciudad de Babilonia, que se remata en desprecio de Dios. Ambición sacrílega de no perder el primado le obliga á hacer el altar antes que le rueguen ni importunen, sino en viendo el becerro, fue el primero que concurrió á la idolatría. Y aunque, como advierte el cardenal Cayetano, fue su locura y blasfemia más culpable sin comparación que la del vulgazo, porque ellos no atribuyeron al ídolo sino los nombres comunes: Elohim, Elohe, qué indiferentemente se dicen del verdadero Dios y de los falsos; mas Aarón le atribuyó el nombre incomunicable y inefable: *Tetragammaton*, diciendo: *Festum Jehova cras*, protestándole por sumo y verdadero Dios, fuente de todo el sér y de todos los bienes, y esto sin que nadie lo solicitase. Y lo que peor es; con pregón público, y tan de prisa que en viendo el ídolo, edifica el altar y hecha la fiesta para otro día, que fue el plazo más breve que se pudo tomar. A semejantes cegueras trae la ambición del principado. Y quiso Dios se escribiese, como en el nuevo testamento la negación de San Pedro, que también fue grave culpa, aunque mucho menor que la de Aarón, para la recomendación de la bondad y gracia divina, que después de tal delito escogió á Aarón para el Sumo Pontificado. Allana infinitos barrancos que la razón pone el amor propio, ¿qué va en eso? ¿qué importa que eso se deje ó se haga? Yo me tengo de conservar en mi dignidad, y sea como quiera. No se puede vivir sin mandar, porque no es vida la del que es mandado, según son tiranos los que mandan. Hase, pues, de mandar en todo caso, en todas maneras, como quiera que sea. No querrán ser mi súbditos sino idólatras. Menos inconveniente es tenerlos tales, que carecer de todos, que ser súbdito, que no tener oficio. A tan miserables y desventurados barrancos como estos conduce arrastrando el ambición á los ánimos sobre quien toma dominio. Vernán, dicen, los romanos, y quitarnos han los lugares y súbditos. Si así fuese, ¿qué tanto perdería á vuestro parecer la república? ¿Qué pierde el pueblo á vosotros sujeto librado de vuestras uñas? Si los romanos los conservan en paz, hacen justicia, guardan sus leyes y fueros, ¿verán menos que suelen vuestras codicias desordenadas, tratan con más cuidado que el que vosotros ponéis que el pueblo guarde las ceremonias y estatutos que les dio Moisés, qué pierde el pueblo por que vengan los romanos? Quien no mira más que á su interés, teme la venida de los romanos. Esto cuanto toca á los conciliantes ó partes de la consulta. Lo demás es ponernos delante los ojos un príncipe ó gobernador ó cualquiera otro que tenga oficio de cabeza y no puede hacer cosa sin consentimiento de otros, ó no quiere á los menos parecer en lo que hace, sino que lo hace con consejo ó pareceres de quien puede darlos, por dar más autoridad á lo que pretende. Pero en hecho de verdad, él no junta consejo por tomar consejo, sino porque aprueben el suyo. Y así no va con la indiferencia que ha de ir quien toma consejo, sino con la porfía que el que quiere se atenga al suyo. Jerjes, rey potentísimo, para la expedición memorable que hizo contra Grecia juntó á consejo todos los príncipes de la Asia, y díjoles: Por no parecer que por mi solo consejo tomo esta empresa, os he llamado aquí. *Cœterum memento te, mihi parendum magis quam suadendum* (Erasmo, lib. V). Palabra dos veces tirana. Usar de la consulta de los grandes por ficción y mentiroso cumplimiento, y emprender una jornada tan grande y tan peligrosa por su antojo y gusto, y no por acuerdo. Así pasa en este consejo.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Unus aunt ex eis, Cayphas nomine, cum esset Pontifex anni illius, dixit eis. Esta es la singularidad, hija primogénita de la soberbia, aquella singular fiera que destroza la viña. Aquellos quieren hacer estancos ó cotos de las cosas, y quedarse con ellas. Señor, sed letrado cuanto vos mandárades, experimentado, de profundo juicio, de entendimiento elevado hasta el elemento del fuego, y más arriba: pero no atéis las manos á Dios, ni hagáis tal injuria á su bondad y á su omnipotencia, que se os figure que en haciéndoos á vos, quebró la estampa ó molde, para que no saliese otro de sus manos tan acabado. Sed vos hidalgo más que el Cid, pero dejad que haya otros hidalgos. Sed vos señora, pero no sola. Que no basta paciencia para sufrir que haya estancos ni aun en los naipes y solimán, cuanto más en el ingenio, en la nobleza, en la prudencia y semejantes cosas. *Ergo vos estis soli homines et vobiscum morietur sapientia?* (Job, 12). Aun Job, con ser tan

humilde, no puede sufrir semejante desvanecimiento de sus amigos. ¿Luego vosotros solos sois hombres, y con vosotros se morirá la sabiduría? ¿Vosotros solos sois el archivo, el depósito del saber, de la discreción, de la razón? Muertos vosotros ¿no ha de quedar sabiduría en el mundo? *Et mihi est cor sicut et vobis*. Andá, que también yo tengo entendimiento como vosotros, y alcanzo lo que sabéis, y millares otros por ahí. *Quis enim hæc quæ nostis ignorat?* ¿Quién ignora esas cosas que sabéis? ¿Qué secretos tan escondidos? ¿Qué primores tan delicados para que se nos vayan por alto, sino cosas tan rateras y comunes que el más ratero tropieza luego en ellas? ¡Qué lindo vejamen para la soberbia de este uno, que á sí solo tiene por hombre sabio y á todos los otros por brutos! *Cayphas nomine*. Otro pecado. Dicen que Caifás quiere decir sagaz ó investigador. Prudente deseamos al presidente, no astuto; vigilante y despierto, no malicioso ni caviloso. Tan irregulares eran para el sacerdocio, según la ley, los narigudos como los desnarigados. No cumple que el gobernador, ó como quiera que sea presidente, sea muy esculcador, muy desquisidor de cosas. Ese más oficio es de adalid y de corredor de campo que de capitán y maestre de campo. Los muy oledores no pueden sino andar inquietos, y estándolo ellos, toda la consulta lo ha de estar por fuerza. Allende de que los tales crian chismeros en la república, que es linaje de gente perjudicialísimo, y que siempre hacen daño, así á los que sirve con este acarreto como á los que revuelve con el mismo; porque son tenidos por amigos y por celadores del bien común, y no lo son sino de sus bolsas. Quien tuviere alguna noticia de las historias romanas, muchos ejemplos terná de los grandes daños que hicieron los que ellos llamaban delatores, nosotros revoltosos ó chismeros, el vulgo soplones. Véase *Alejandro ab Alexandro*. Las grandes crueldades que hizo Tiberio César por dar oídos á delatores; la inquietud y revuelta que había en el pueblo, no viviendo nadie seguro. Lo mismo en tiempo de Domiciano, aunque éste antes de malearse aborreció mucho á los delatores, y decía: *Princeps qui delatores non castigat, irritat*. Así lo hicieron Tito y Vespasiano, inimicísimos de malsines, que los mandaban azotar. Y Pío Antonino, que si no probaban lo que decían, los condenaba á muerte, y si probaban, hacíales pagar la parte que les tocaba por la denunciación, y quedaban infames. Pero mejor que todos el Profeta Rey, que dice de sí; *Detrahente secreto proximo suo hunc persequebar*. Y su hijo Salomón nos avisa de la importancia de este castigo: *Cum defecerint ligna, extinguetur ignis et susurrone substracto jurgia conquiescunt* (Prov., 26). «Faltando la leña se apaga el fuego, y quitando los chismeros se sosiegan las riñas». Esos odios intestinos, esas discordias civiles, que como fuego abrasan las repúblicas y comunidades, no hay leña con que más se ceben que con dichos de malsines y revoltosos, que revelan los secretos y toman los dichos en la peor parte; exageran lo poco, y aun ponen de su casa mucho. A estos da lugar el príncipe oledor.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Cum esset Pontifex anni illius. Aquí juntas hallamos la simonía, la religión falsa, la ambición, la codicia endiablada; pues había llegado á profanar la santidad del oficio, debido á méritos, no á dineros. La impiedad disfrazada con hábito de religión mayores males hace que la injusticia por justicia estimada, aunque á ésta llamó Platón ruina y destrucción de todo el bien público. Nunca se compra sino para ganar en la compra, ó siquiera para ahorrar el costo. Quien compra oficio seglar ó eclesiástico, vender tiene, y con él ha de valer el presente, los dones, los cohechos, ventas y compras sacrílegas más que los méritos, justicia ni santidad; porque en sus ojos nada vale más que el dinero. Miserable condición la de aquel pueblo, que el sumo pontificado, oficio sagrado y perpetuo, le había hecho anual y vendible, como dice Josefo; señal que estaban ya para dar aquella caída, de que no se han levantado tantos siglos ha. Rogad al Señor que en lo seglar y eclesiástico os dé príncipes, no anuales, sino eternos, que tengan por fin comodidades que no se han de acabar, y que ni con palabras ni hechos digan: *Fiat tantum pax in diebus meis*, sino que tengan puestos los ojos en bienes sempiternos. Y si les da gusto el mandar, así manden que para siempre les dure el mando. *Si ergo delectamini sedibus et sceptris, reges populi, diligite sapientiam ut in perpetuum regnetis*. Este nuestro Pontífice de aquel año, oídos sus pareceres les dijo: *Vos nescitis quicquam nec cogitatis*. Palabras que significan bien el desprecio y poco ó ningún caso que hacía de sus capitulantes. Ya decíamos que no pretendía Caifás en esta junta arbitrios de la causa, sino escultores de su malicia. Debieron ser varios los decretos que allí dieron contra Cristo. ¿Qué podían votar los malvados contra la bondad, los injustos contra la justicia, los maliciosos contra la inocencia, los perversos contra la santidad, los falsos y hipócritas contra la simplicidad, los ambiciosos y soberbios contra la humildad y maestro de ella? Lo que dijeran los tigres de las ovejas, los lobos de los corderos. Consultados, dirían unos que se le pusiese perpetuo silencio; otros, que le declarasen por descomulgado y echasen de la

Sinagoga; otros, que le desterrasen de los términos de Judea; otros, que le condenasen á cárcel perpetua. Y finalmente, cada uno dijo lo que el odio, ira, envidia, enojo, le ponía en la boca. Cuando en medio de sentencias tan inhumanas, de votos tan crueles y tan crudos, levantó su cabeza aquella venenosa hidra, y extendió sobre todas las otras de vicios, la de soberbia y altivez, desprecia y humilla cuanto se había dicho como cosa de ninguna importancia, dicho de hombres no hombres sino menos que bestias. *Vos nescitis quicquam nec cogitatis, quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo et non tota gens pereat.* Creo que Lucifer mismo se espantó y quedó como fuera de sí enjoyado cuando tal sentencia oyó. Porque no cayó ni aun en su pensamiento, ni tal jamás salió por lengua humana. «Vosotros no sabéis nada, ni aun pensáis». Si ni saber les concedes ni pensamiento, ¿qué les dejas más que á brutos? Donosos son los consultores de este capítulo, pues, á juicio del que preside, ni saben para votar ni piensan para saber. ¡Qué suerte tan desventurada ser súbdito de tal prelado, como Caifás era, y qué deshonrados han de vivir los que le son en el oficio compañeros ó en la administración sujetos! Porque la soberbia, cuando se le junta codicia, no puede sufrir igualdad ni que nadie empareje con ella. No tengo por cónsul, dijo Antonio, á quien no me tiene por senador. Que es decir: No tengo por corregidor á quien no me tiene por regidor. Porque corregidor no se dice porque corrige, sino porque con los demás rige. Debían éstos, si hombres fueran, no conocer por pontífice al arrendador de su oficio, que no los conocían por sacerdotes. Bien debía saber con quién lo había quien así los trataba. «Vosotros no sabéis nada, ni aun pensáis». Demás que á su gran estima de saber no arribase nadie con su voto, la buena razón demandaba alabar las intenciones, deseos, celos, y dar á entender que su parecer no sería en contrario de los dichos, á lo menos en la sustancia, ya que discrepase en las palabras ó modo de ellas, estimando los hombres y sus razones, siquiera con apariencia los trajera más suavemente á su voluntad, y dando algo se puede quitar mucho. Pero despreciando, abatiendo, nada se puede acabar sino con bestias, y tales eran aquellos desventurados que se hallaron en tal consulta, pues así tratados se rinden á parecer tan inicuo como fue el que dio Caifás.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo et non tota gens pereat. Quisiera yo preguntar á Caifás, si presente me hallara, en qué leyes, en qué ordenanzas ó pregmáticas había leído; en qué experiencia, en qué uso aprobado; en qué ejemplo digno de imitación visto que hubiese caso en que al inocente se le debiese quitar la vida por bien de la república. Demos que por alguna malicia se hubiera de seguir de la vida de Cristo la destrucción de aquella gente, como él pretendía dar á entender. ¿Qué razón permite, en qué seso cabe hacer tan gran traición como matarse por excusar ese daño? No hallarás escrito, sino que justamente se condena lás que dicen se han de hacer males de que se consigan bienes. No hallarás, sino que la culpa de sí es para ninguna cosa buena, ni es posible que del pecado se siga buen fruto, ni puede tan mal árbol llevar cosa buena, ni ser medio para bien ninguno. No hallarás sino que la república con todas sus fuerzas ha de defender la vida del inocente (que ese es su oficio) y ponerse á mil peligros en esta defensa, porque es amparadora de la inocencia, que es como huérfana en esta vida, y encomendada por su Padre Dios en manos de la república, como en manos de tutora y curadora. Son hijos de Dios, tiernamente amados, los inocentes. Por ellos sustenta al mundo, por ellos se conserva la república. Son la buena sangre que conserva la vida, y los viciosos la mala que es causa de muerte. Por sólo diez justos perdonara Dios cinco ciudades enteras, si se hallaran. Y el mundo todo no se conserva sino por los justos que en él se hallan, y ellos acabados se concluirá todo, según aquello: *Fac conclusionem quoniam terra plena est judicio sanguinum, et civitas plena iniquitate* (Ecc., 7). Entonces se concluyen las causas, y mandan cerrar los procesos, cuando estuviere la tierra llena de maldades, y de obras dignas de ser á muerte condenadas, por la sangre injustamente vertida. El laurel tiene privilegio que no cae sobre él rayo, y así algunos le plantan en sus casas por asegurarse de la furia del rayo. El justo es laurel que siempre está verde con justicia. La república que en sí tuviere esta planta, no será herida con rayo, ni asolada. Y así dice Dios por Jeremías: *Circuite vias Jerusalem et aspicite et considerate et quærite in plateis ejus, an inveniatis virum facientem judicium et quærentem fidem et propitius ero ei.* Por sólo un bueno dice el Señor que usará de misericordia con toda la ciudad. Pero nada de esto mira la ambición avara, codiciosa, llena de amor y estima propia, y desprecio ajeno. Solamente desea á solas reinar, y que nadie se le oponga á sus desaforadas codicias, ni ose decir mal de sus simoníacos robos y sacrílegas rapiñas, so pena de que le ha de costar la vida. Y aun no purgará con sólo morir, sino que ha de morir condenado

con pública aprobación, como dañoso al bien común. ¡Tanto puede dañar á la inocencia la falsa religión, con ropas de piedad cubierta!

CONSIDERACIÓN OCTAVA

Expedit ut unus moriatur homo pro populo. De todos los pecados rogad á Dios que os defienda, cuando pedís *et ne nos inducas in tentationem;* pero de aquellos con más cuidado, que están aforrados con algunas buenas apariencias, que son los que sin resistencia dañan. Soléis á las ropas que son hechas de telas delgadas echarles un aforro, y por delgada que la ropa sea, y delgado eso en que la aforráis, de ambas cosas delgadas (como de raso y bocací) se hace una recia y de dura. Así suele el enemigo aforrar unos pecados con otras cosas que por sí no serían dificultosas de rasgar, y hacer una tela que nunca se sabe romper. Así á la gula la ha aforrado con honra, y no se sirven muchos platos para satisfacer á la golosina, sino porque es autoridad del que convida y del convidado que sea demasiado todo. Fácil sería á un eclesiástico que come, viste, y, como dicen, yanta de lo que canta, darle á entender que come de balde, y lo que quita de la boca de cuyo es, cuando no va á sus horas y está como debe en ellas. Pero desque eso se aforra, con decir que es oficio de veinteneros ese y de capellanes, y se pone la autoridad en no entrar en el coro, y cuando se entra, ó estorba parlando á los que rezarían, ó estar en él como la silla enclavado en ella, sin abrir la boca, no queda cómo poder poner remedio. Al otro perdulario, desalmado y desconcertado, no sería muy difícil darle á entender su perdición, y poniéndole delante otros que con menos hacienda tienen descanso y sustentan honra para sí y para otros, los autorizan y ponen en honra dos lugares, no más que por tener concierto; que en lo demás, ni en linaje ni en hacienda les hacen ventaja. Y que ellos andan hechos bergantes en todo, pobres, desaproados, tratados de sí mismos y de sus desconciertos como no lo fueran de moros ni de turcos si fueran sus esclavos, ni hubiera tirano que tan perra vida les diera como ellos se la dan á sí propios de su misma libertad, y de la sombra de ella cautivos y aherrojados. Fácil fuera ponerles delante los ojos de su ceguera cosas tan claras; pero desque llevan su perdición por vía de locura, y hacen donaire de ella, y como profesión de lo que les había de ser afrenta, quedan sin remedio en daños tan desventurados como son los suyos. Tiempo nos faltaría, no ejemplos de esta miseria. Pero entre todos, ninguno llega al daño que hace la envidia, la ira, el odio disfrazado, aforrado con celo de religión y de bien público, que ha de hacer á ojos vistas, y hace del plomo oro, del vidrio perlas, rubíes y esmeraldas. Malo es que Absalón se rebele contra su padre, pero ¿que aforre su ambición infernal con tela de religión y devoción: *Vadam et reddam vota mea, quæ vovi Domino in Hebron,* y diga que quiere ir á tener novenas en Hebrón, porque las tiene prometidas desde que andaba foragido, si Dios le restituyere en la gracia de su padre? ¿Que se santifique el alzamiento con sacrificio y oración, y cumplir los votos? Extremo de impiedad y sin remedio. *Expedit ut unus moriatur homo pro populo et non tota gens pereat.* Poco le pareció la hipocresía condenar á muerte á Cristo con voz de toda la consulta, haciendo que sirviesen á su parecer y deseos los votos ajenos; si á más de eso no hiciera que la razón y la religión y Dios mismo canonizase su dañado intento, santificase la malicia de sus entrañas. *Expedit.* Di lo que quieres, que lo deseas, que lo mandas. No es eso nada. Ha de entender que lo manda la razón, y que va la vida en que así se haga, y que Dios mismo es quien lo pone por ley y por precepto; que de otra manera él no lo haría, sino forzado de la acusación de su conciencia. ¡Extraña y espantable osadía de la codicia, de la soberbia, de la ambición, que quieren hacer de sus pasiones reglas de gobierno, y santificar así sus maldades: que les hayan los hombres como á cosa divina catar reverencia. Estos son aquellos profetas que engañan al pueblo de Dios. *Qui mordent dentibus suis et prædicant pacem: et siquis non dederit in ore eorum quippiam, sanctificat super eum prælium* (Mic., 3). Si les dais algo delante, si les untáis la mano, luego sois discreto, hombre de valor y de gobierno; luego sois santo y sabio. Pero si no les echáis en la boca que royan, luego es santa la guerra que contra vos se predica. Que uno me persiga mereciéndolo yo, y me quiera abatir y cortar los vuelos porque no merezco tenellos, digno es que se lo agradezca yo, si no soy desatinado. Item. Si no conociendo vos mal en vos que merezca odio y persecución ajena, experimentáis en vuestro honor y salud lo que no merecéis, difícil es de sufrir; pero al fin, si tenéis paciencia, llevarlo heis. Porque á esos llama San Pablo: *Patientes. Si bene facientes, patienter sustinetis, hæc est gratia apud Deum* (I Pet., 2). Que sufren, no lo que merecen de trabajo, sino lo que no merecen. Lo que se me figura á mí que ha menester un nuevo hábito de sufrimiento para poderse tolerar es, no que padezcáis lo que no debéis, de quien con tirano ánimo os aflige, ó por vengarse de vos, sino que piense él ó quiera hacer entender al mundo que en eso hace á Dios sacrificio aceptísimo y digno del cielo. Apercibidos estamos para

tan recio asalto, como sabía ser éste del Señor que dijo que vernía hora en que quien nos matase juzgaría que hacía gran servicio á Dios en ello. Esto es lo que en sí experimenta hoy Cristo y el fin y conclusión de las malas consultas; porque todas ellas se rematan en quitar la vida á Cristo en sí ó en los suyos por lo menos. Y porque no hay lugar de tratar de las buenas, no pasemos sin considerar lo que San Juan nos manda que entendamos.

CONSIDERACIÓN NOVENA

Hoc autem a semetipso non dixit; sed cum esset Pontifex anni illius, prophetavit. «No dijo esto como propio parecer y sentencia, sino como fuese pontífice de aquel año profetizó» que Jesús había de morir por el pueblo judaico, y no sólo por él, sino para juntar en uno á todos los hijos de Dios, que lo eran por eterna predestinación, y estaban por el mundo derramados. Yo confieso que de las cosas á mi juicio más maravillosas en la Escritura, es la divinidad de esta sentencia que pronunció boca tan perversa y tan maldita como la de Caifás en este cabildo. Que Hércules con su bastón herrado achocase no sé qué jabalí, y aporrease á otro león, y hiciese aquellas proezas que dél fingen las fábulas, estímolo, pero no me asombro. Buenas fuerzas con buenas armas, si hay ánimo, harán maravillosos efectos; pero que Sansón con una quijada de una bestia hallada en ese campo hiciese tal riza y estrago en un campo de filisteos armados, esa llamo yo proeza y fineza más que maravillosa. Que un músico con un buen instrumento, que estando bien templado suene suavemente, es de alabar, pero no de maravillar; mas que una vihuela desempegada y destemplada, y mal acordada haga melodía, no puede ser sin gran maravilla oído. Que por las bocas de Isaías, Jeremías (y sea Amós pastor de cabras) hable el Espíritu de Dios, estímolo y admírome; pero hasta cierto punto no me saca de sentido, que al fin considero que el Espíritu Santo por santas bocas habla santas palabras; pero que por la boca de Balaam, siendo un agorero y nigromántico, se digan profecías tan subidas y tan sobre la noticia como fueron las que él dijo del Mesías y de su reino y del de los romanos, digo que no me espanta menos que él se espantó de oir hablar palabras humanas á su borrica. Tanto importa ser pontífice, aunque anual, que usa dél para hablarnos el Espíritu divino. *Expedit ut unus moriatur homo.* Ya está la sentencia dada contra Cristo nuestro Redentor. ¿Quién se la notificará ó leerá, para que apele si quiere ó se ponga en cobro? Pensó Esaú matar á su hermano Jacob, y luego le dio aviso su madre para que huyese. Cuando Saúl se resolvió definitivamente que muriese David, Jonatás, su primogénito, se lo descubrió á David, por que se pusiese en salvo. Y cuando Absalón se alzó contra él, Chusay le sirvió de espía y le avisaba de todo lo que pasaba. A Cristo, pues, ¿quién le descubrirá esta sentencia contra él pronunciada? No lo ha menester, porque su propio padre fue el que leyó la sentencia. *Tu autem demonstrasti mihi studia eorum.* «Vos, Señor, me descubristes este mal concilio, y por manifestarle vos, le entendí y supe sus cuidados, y lo que contra mí trataron los lobos hambrientos». *Et ego quasi agnus mansuetus, qui portatur ad victimam*: «Y con todo eso, yo como cordero manso é inocente escogido». Que todo eso y más significa la palabra hebrea *Aluph.* Y como buey domado, acostumbrado al yugo de la obediencia, fui llevado al matadero. No huí ni recusé la sentencia que contra mí se dio. *Et non cognovi quia cogitaverunt super me consilia, dicentes: mittamus lignum in panem ejus et eradamus eum de terra viventium et nomen ejus non memoretur amplius*: «Y no conocí qué habían pensado sobre mí, consejos diciendo: Echemos el madero en su pan»; la cruz, dice San Jerónimo, en el cuerpo del Salvador, que dijo de sí: Yo soy pan que del cielo descendí, y mi carne verdaderamente es manjar. O de otra manera: El pan de su doctrina corrompámosle con la cruz, porque nadie dará crédito á sus palabras viéndole acabar tan afrentosamente la vida. Arranquémosle de raíz de la tierra de los vivos, y no quede rastro ni memoria dél en la tierra. Que tengan los suyos por infamia y mengua profesarse discípulos del crucificado. Esta fue la consulta malvada que hicieron; y á éstos atinaron cuando decretaron tan gran desatino, y que tan al revés sucedió de sus intentos. Pues por este camino fue Cristo ensalzado y ellos destruídos, como amenaza luego el Señor por el mismo profeta. ¿Pero cómo dice el Señor que no conoció este consejo, si el Padre se lo había mostrado? Conocióle, pero así se hubo como si no lo conociera. No sabe el Hijo del día del juicio, porque no le hace saber ni descubre á nadie, y el Padre lo sabe, porque lo notifica al Hijo. Así no sabe aquí Cristo lo que sabe, porque aunque no ignora lo que contra él se trata, así se porta como si él lo ignorase. Conociólo: pues que luego, *jam non palam ambulabat apud Judæos, sed abiit in regionem juxta desertum, in civitatem quæ dicitur Ephrem.* Húbose como si no lo conociera, porque luego volvió á Betania, y entró con triunfo en Jerusalem á morir por la obediencia del Padre. ¡Admirable es, por cierto, la bondad de Dios y su misericordia! Nosotros somos los malhechores, y la sentencia se da contra Cristo. *Propter*

scelus populi mei percussi eum. Adán hurtó la manzana y Cristo lleva los azotes. Nuestra lengua se deleitó en manjares y habló palabras ilícitas, y Cristo en la suya es jaropado con hiel y vinagre. A nuestra cabeza suben los humos de soberbia, y la de Cristo es coronada de espinas. Y porque nuestros cuerpos aman los regalos, el de Cristo fue lleno de dolores. Esa fue la infinita misericordia de Dios. Y como San Pablo dice, la gracia: *Ut gratia Dei pro omnibus gustaret mortem.* Gracia de Dios fue, merced graciosa, beneficio incomparable, no debido, que pagase Cristo con su muerte la que todos debíamos, y muriese uno por todos. Pues, oh cristiano, con tanta costa redimido, *gratiam fideijussoris tui ne obliviscaris: dedit enim pro te animam suam* (Eccles., 291). No te olvides de la gracia que te hizo tu fiador; no se parta jamás de tu memoria el beneficio que te hizo tu Redentor, saliendo por ti á una deuda infinita, y que requería para la paga caudal infinito, y él la pagó que solo podía; no con oro, ni con plata, *sed prætioso sanguine quasi agni inmaculati Christi* (I Petr., 1): «Sino con la sangre preciosa de este cordero inocentísimo Cristo». Reconoce la merced y agradece tanto amor; no ofendas á tu bienhechor, sino gástate todo en su servicio: pues él dio su alma por ti, y puso la vida por darte aquí su gracia y después eterna gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

SÁBADO DESPUES DEL DOMINGO

DE PASION

Nunc judicium est mundi; nunc Princeps hujus mundi ejicietur foras.

(JOAN, 12).

El Santo Evangelio es muy largo, porque casi contiene todo el cap. XII de San Juan, y encierra en sí otros muchos evangelios que en el discurso del año se cantan en diversas fiestas. Por donde, no siendo posible predicarle todo, me pareció escoger una parte dél, que viene muy á propósito del tiempo en que estamos, de pasión; y muestra los frutos admirables que de la de Cristo nuestro Redentor se siguieron, cuyas son estas palabras: «Ahora es el juicio del mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo si fuere ensalzado de la tierra, todas las cosas traeré á mi mismo». Por esto dijo, significando la muerte de que había de morir: «Soberanos misterios están encerrados en esta breve sentencia». Para declararlos á gloria de Dios, y edificación nuestra, pidamos la gracia. Ave.

INTRODUCCIÓN

El esposo celestial, enamorado del alma, y deseoso de aficionarla á sí, y que le pague en la misma moneda la deuda del amor que le tuvo hasta la muerte, le representa la costa y artificio con que le dio vida, diciendo en el capítulo VIII de los Cantares: *Sub arbore malo suscitavit te ubi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua.* Algunos quieren (y no mal) que en esta sentencia hable la esposa; pero Santo Tomás y San Teodoreto y otros doctores explican estas palabras como dichas del esposo. «Debajo de un granado te resucité, esposa mía; allí fue muerta tu madre; allí violada la que te engendró». Este árbol frutal (como dice el Hebreo), este granado, es el árbol de la cruz preciosísimo, de quien canta la Iglesia:

Crux fidelis inter omnes, Arbor una nobilis,
Nulla silva talem profert, Fronde, flore, germine,
Dulce lignum, dulces clavos, Dulce pondus sustinet.

«Cruz fiel entre todos los árboles, única y la más noble; ningún bosque, soto ni floresta produce planta semejante en hojas, en flor y en fruto; dulce madero, dulces clavos, dulce carga sustenta». Dícese granado señaladamente, porque la granada tiene el color rojo, y los granos unidos y ordenados, y el zumo de ella embriaga

como el vino. Y así es símbolo de aquella caridad inflamada que mostró Cristo en la cruz, de aquel exceso de amor que le sacó de sí, y hizo dar por nuestro rescate, no una gota de su sangre divina, que bastaba, sino toda la de sus venas, y con ella la vida, *ut filios Dei qui erant dispersi congregaret in unum*: «Para juntar en uno á los hijos de Dios que estaban desperdiciados». Esto es: para hacer de su Iglesia una granada, en que estéis muchos fieles y justos unidos en una fe, en un bautismo y en una alma y corazón. Fruto es este de la cruz de Cristo. Y así debajo de este árbol dice el esposo haber resucitado á su Iglesia. *Sub arbore malo suscitavi te*. Porque estando él pendiente en la cruz, y recibiendo por la obediencia del Padre y amor de los hombres la muerte que no debía, nos libró de la muerte que por la transgresión de nuestros primeros padres, y por nuestros particulares delitos, teníamos merecida. De manera que porque él murió, vivimos nosotros. ¿Pues qué motivo tuvo Dios para escoger un medio tan costoso? *Ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua*. Quiso mostrarse tan sabio como poderoso; y no sólo remediar al hombre con su poder, sino inventar esta traza con su sabiduría: que pues la sombra del árbol prohibido emponzoñó al hombre, y su fruto gustado le causó la muerte, la sombra y fruto del árbol de la cruz le restituya la vida. «En árbol, dice, fue perdida y violada tu madre, que es la naturaleza humana». Y en árbol fue reparada la hija, que es la Iglesia. Esto quiso dar á entender San Juan: *In hoc apparuit Filius Dei ut dissolvat opera diaboli*: «Para esto se hizo hombre el Hijo de Dios, y apareció en el mundo visible vestido de nuestra humanidad, para desatar las obras del diablo». Advierte San Crisóstomo que no dice *scindere*, sino *dissolvere*. Porque no monta tanto cortar como desatar (puesto que dijo lo contrario Alejandro), por que en el cortar sólo se muestra el poder y valentía, pero en el desatar junto con eso campea el ingenio y habilidad. Bien pudiera el autor de la vida darla luego al hombre, cortando de un golpe con su brazo poderoso el hilo de sus enfermedades; pero quiere que se vea que no es menos sutil su sabiduría que fuerte su omnipotencia. Y así la descubre en desatar las lazadas y ñudos ciegos de la culpa con que el hombre estaba ligado y preso. *Iniquitates suæ capiunt impium et funibus peccatorum suorum constringitur*. Estos lazos y enredos deshizo el Señor por los mismos pasos que la astucia diabólica los había armado. Y así lo canta la Iglesia, declarando la habilidad de su esposo:

De parentis protoplasti, Fraude factus condolens,
Quando pomi noxialis Morte morsu corruit.
Ipse lignum tunc notavit, Damna ligni ut solveret.

Doliéndose el médico celestial de ver aquel vaguido peligroso que tuvo nuestra primera cabeza, aquella modorra fría, que privándole de sentido dio con él á los umbrales de la muerte, y agraviado de que esta caída y dolencia mortal se le hubiese recrecido de aquella venenosa manzana que comió por persuasión de la serpiente antigua: *Ipse lignum tunc notavit, damna ligni ut solveret*. No dice *scinderet*, sino *solveret*. Fue nota y advertencia digna del saber de Dios tomar por medio un árbol para desatar y deshacer los daños de otro árbol. *Multiformis proditoris ars ut artem falleret et medelam ferret inde, hostis unde læserat*: «Para que el arte y consejo de la divina sabiduría sobrepujase y venciese la malicia y sagacidad del astuto y voltario tentador, sacando de allí la medicina de donde el enemigo sacó la enfermedad». Arbol mató al hombre, árbol le sane. Mujer el primer escalón donde puso el pie el demonio para más de cerca aturdir á Adán, mujer el primer escalón donde puso Dios el pie para levantarle. Así se la juró. *Ipsa conteret caput tuum*. Con su mismo alfanje en mano de una mujer fue cortada la cabeza á Holofernes. En eso muestra Dios, no sólo el poder, sino su sabiduría. Pero no fue sólo eso lo que pretendió por ese medio tan costoso, tan árduo, que escogía por el mejor para remediar al hombre, sino mostrar su justicia, de que todo príncipe debe ser muy celoso, y guardarla y hacerla guardar á todos en su reino; porque esta es la principal defensa y fuerza que le sustenta y tiene en pie. Pues como Dios sea el supremo juez y monarca de todo lo criado (á quien pertenece mantener justicia y dar á cada uno su derecho), en la redención del mundo (que fue la más señalada de sus obras), quiso que resplandeciese señaladamente su justicia. ¿En qué? En muchas cosas. Pero lo que hace al propósito, es la que trae San Juan Damasceno. *Justitia vero quoniam, homine victo, non alio quam homine fecit vinci tyrannum*: «Descubre Dios aquí su justicia; porque vencido el hombre, no quiso que por otro que hombre fuese vencido el tirano». Ley es de guerra que el vencido queda por esclavo del vencedor. *A quo quis superatus est, hujus et servus est*. (II Pet., 2). El hombre fue vencido del demonio en el paraíso; y así quedó por su esclavo, ávido de mala guerra y por fraude y tiranía.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Pudiera Dios por fuerza sacar al hombre de esta servidumbre; pero no quiso sino llevar el negocio por justicia, y hacerse Dios hombre, y pelea con el demonio diversas veces. Déjase tentar las corazas en el desierto, permitiendo ser tentado. Otras veces le lanzaba de los cuer-

pos donde estaba encastillado hasta que en el Calvario, en campo aplazado, se desafiaron á todo matar, y con su muerte venció Cristo al fuerte armado y le echó de su estancia, y le quitó los despojos, los cautivos y prisiones que tiránicamente poseía, y deshizo todos los agravios y desafueros y sinjusticias que los tiranos nos habían hecho. Y porque esta justicia ejemplar se había de ejecutar en la pasión, por eso hallándose Cristo cercano á ella dice: *Nunc judicium est mundi: nunc Princeps hujus mundi ejicietur foras*. Mundo se toma en tres maneras. Por la universidad de lo criado, como allí: *Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ*; por la congregación de los malos: *Mundus totus in maligno positus est;* ítem: por los hombres todos en común: *Mundus totus post eum abiit*. De todos estos mundos, en cierta manera estaba el demonio hecho señor, y los había tiranizado, y se nombraba príncipe y gobernador, y como tal se trataba. Porque del mundo universo que Dios obró con tanto primor, él es tan insolente, que se atrevió á decir á Cristo que era suyo, cuando en la tercera tentación le mostró todos los reinos del orbe, y le dijo: *Tibi dabo potestatem hanc universam et gloriam illorum; quia mihi tradita sunt et cui volo do illa*. «A ti te daré todo este imperio y monarquía, porque en mi mano la tengo y la doy á quien quiero». Pues de los malos conocidamente es Señor y cabeza de ellos, que los manda y rige á su voluntad: *Ipse est Rex super universos filios superbiæ*; y ellos le sirven y obedecen y tiran sus gajes, y su ración y quitación, que es el pecado en esta vida y muerte eterna en la otra; y así no es mucho que hagan desatinos teniendo tal cabeza; destos se llama él con toda propiedad príncipe y aun Dios, como lo dice San Pablo: «No peleamos con carne y sangre, *quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem; sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum*». ¿Qué tinieblas son esas? Las que él mismo explica en otra parte: *Eratis enim aliquando tenebræ*. Y en otra parte: *In quibus Deus hujus sæculi excæcabit mentes infidelium ut non fulgeat eis illuminatio Evangelii gloriæ Christi qui est imago Dei*. Esas son las tinieblas. Y llama Dios del siglo á Satamás, no porque lo es, sino porque como á tal le obedecen los malos. A Pilato dijo Cristo: *Regnum meum non est de hoc mundo*. No viven los míos con estos fueros. No sé cuál es peor de estas dos cosas; porque la primera declara que los hijos de este siglo son esclavos del demonio, y la otra que no son vasallos de Cristo. Malo es servir al demonio; mas peor es no tenernos Dios por suyos, y haberse deshecho de nosotros. Como el esclavo travieso que le vende su amo á la espartería veisle roto, con una cadena al pie majando esparto todo el día. Señor ¿cómo está éste así?—Señor, ya no es mio; no le pude sufrir, vendíle. Caín despedido de Dios le dijo: *Ecce ejicis me hodie a facie tua;* echado de vuestra casa, ¿quién no se me atreverá? *Omnis igitur qui invenerit me, occidet me...* Y David dice de los israelitas: *Quomodo persequebatur unus mille et duo fugarent decem millia?* ¿Cómo es posible ser tan cobardes los israelitas, que uno de sus enemigos ponga en huida á mil de ellos y dos á diez mil? Claro está que no va eso en la fortaleza de sus adversarios. Pues, ¿en qué va? *Nonne ideo, quia Deus suus vendidit eos?* No hay otra razón, sino porque el Dios que solía ser suyo, los vendió y se deshizo de ellos, y quiso acabar con ellos y acaballos. Eso dio á entender á Moisés después de la idolatría, diciéndole: *Peccavit populus tuus, quem eduxit de terra Ægypti*. Que vuestro es Señor y vos le sacastes con mano poderosa, que no' mío (podía decir Moisés).—No sino tuyo, que ya por el pecado dejó de ser mío.—En esto se cifra toda calamidad posible, y ésta declara tener los malos, llamando al demonio su príncipe jurado, á quien reconocen y sirven. Pues en todos los otros hombres, aunque fuesen buenos, también ejercitaba algo de su tiranía: pues todos estaban sentenciados á morir y á ser detenidos en las cárceles del limbo, privados de la vista de Dios. *Quis est homo qui vivet et non videbit mortem: eruet animam suam de manu inferi?* ¡Ah! ¡Gran desdicha la que ha venido por los miserables hombres! ¿Quién hay de ellos que se escape de la muerte y que libre su alma del infierno? El cuerpo á la huesa; el alma del más bien librado al limbo; en aquel reino escuro, desterrados por la malicia del demonio que engañó al hombre. Pues para librar al mundo de este cautiverio viene el príncipe legítimo, natural y verdadero, heredero universal de todos bienes del Padre, y litiga contra el injusto poseedor, y no le quiere desposeer por fuerza, sino por pleito y sentencia de justicia. Y por eso dice: *Nunc judicium est mundi: nunc princeps hujus mundi ejicietur foras*.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Veamos ahora cómo pasó este juicio, cómo se sustanció el proceso, en qué estuvo el punto de su justicia. Para esto es de saber que en tres daños principales incurrió el hombre por el pecado. El primero, maldición y deshonra. Y así en pecando Adán, le maldice Dios en la labranza de la tierra, y á Eva en el dolor de los partos, y á Caín: *Maledictus eris super terram*, y á todos los pecadores, es cosa horrenda oir las maldiciones que les echa en la ley: *Si audire*

nolueris vocem Dominis Dei tui, venient super te omnes maledictiones istæ et apprehendent te (Deut., 28). Maldito serás en la ciudad, calles, plazas y en el campo. Malditos tus hijos, tus bueyes, vacas y rebaños. Malditos tus trojes, cillas, bodegas. Maldito tú cuando entrares en la guerra, y cuando salieres de ella. Enviarte ha el Señor hambre, sed, pestilencia, aire corrupto, fiebres, calor que te derrita, frío que te traspase. Será para ti el cielo de bronce y la tierra de hierro, el agua para tus sembrados polvo y llueva Dios sobre tus trigos ceniza. Y así va enhilando otros mil cuentos de maldiciones y desgracia, que nunca se oyeron en carta de descomunión. Porque veáis las plegarias y rogativas que se hacen en la Escritura por los pecadores, pues la mengua y deshonra que consigo trae el pecado en ninguno se pueden ver mejor que en el mismo Adán, cuando salió desterrado del paraíso, corrido y avergonzado, hecho de caballero villano y gañán, vestido de pieles de animales muertos y burlándose Dios de él, porque presumiendo ser como Dios, se había hecho semejante á las bestias. Lo segundo que por el pecado se gana es pena eterna de daño, carecer de la vista de Dios para siempre. Y esta pena corresponde á la primera malicia que tiene la culpa, que es la aversión; volver el hombre las espaldas á Dios, despreciarle y trocarle por la criatura. Pues en pena de ese desacato, que no vea á Dios. *Auferatur impius ne videat gloriam Domini.* Lo tercero, granjería del pecado es el dolor y pena del sentido, que corresponde á la otra deformidad del pecado, que es la conversión al bien conmutable; que pues el hombre se abrazó con la criatura para tomar gusto en ella, suceda otra criatura, que es el fuego que le abrase y atormente. Este es el decreto de la justicia de Dios. *Quantum glorificavit se et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum* (Apoc., 18). Daos prisa, mundanos, á buscar pasatiempos y solaces. No dejéis pasar la ocasión de holgaros y haber placer, que á medida de los gustos ha de ser la de los tormentos. Si mucho os deleitáredes, mucho habéis de lastar. Pues teniendo la dolencia estos tres males: maldición y deshonra, destierro eterno, terrible dolor, para desatarlos el Hijo de Dios escoge una muerte de cruz, que era la muerte más deshonrada, prolija y dolorosa, para que con estas penas se quitasen las culpas y los castigos debidos á ellas. Si el pecado lo primero merece tantas maldiciones, cosa conveniente fue que la paga dellas fuese una muerte maldita, y esta era la muerte de cruz: *Quia maledictus a Deo est qui pendet in ligno.* Esta era la muerte más infame y afrentosa entonces, como ahora el sambenito y el fuego. Y esta fue la pretensión de sus enemigos: *Morte turpissima condemnemus eum.* Muerte vilísima, ignominiosísima. Por eso dice San Pablo: *Christus factus est pro nobis maledictum.* Que fue tratado no sólo como maldito, sino como si fuera la misma maldición y deshonra: como el más infame de todos los nacidos. Y así en su muerte, lo que por de fuera más reluce, son escarnios, afrentas, blasfemias, maldiciones. Afrentosa cosa venderle por treinta dineros. *Decorum prætium quo apprætiatus sum ab eis.* Es ironía admirable. «Hermoso precio en que fui apreciado de ellas». Donosa cosa; en poco me estimaron. Afrentosa la prisión, con bastones, espadas, armas: *Tanquam ad latronem existis cum gladiis et fustibus comprehendere me.* «Como á un salteador de caminos». Afrentado en casa de los príncipes. Escarnecida su doctrina, su divinidad y profecía en casa de Caifás. Su saber en casa de Herodes, vistiéndole de blanco como á loco. Su dignidad real en casa de Pilatos, con púrpura vieja y corona de espinas. Afrentado de los pasajeros: *Vah! qui destruis templum Dei et in triduo illud reædificas; salva temetipsum, si Filius Dei es.* Como si dijera: ¡Oh, hablador de ventaja, que te jactabas de derribar el templo y reedificarle en tres días! ¿Cómo no te vales á ti ni te puedes librar de muerte? Afrentado aun de los ladrones, compañeros de su tormento: *Id ipsum et latrones improperabant eum*, que con las mismas injurias le denostaban. Al fin San Pablo lo dijo en una palabra: *Sustinuit crucem confusione contempla.* No cuenta ni pondera el dolor de la cruz, aunque fue tan grande, sino la afrenta. Padeció la muerte de cruz, sin embargo de la vergüenza y confusión que en ella había. Pues ¿qué justicia es esta, que descarguen sobre el Hijo de Dios las maldiciones de nuestras culpas? Callad, que ese es el primor de la cura. No sabéis de la cirugía, que cuando la llaga no se puede curar por donde se hizo hacen otra por la parte sana, y por allí curan la vieja herida. Hácense fuentes en los brazos, y en las piernas estando sanas para evacuar el mal humor que hay en otras partes enfermas. Así curó Dios al hombre enfermo. Estaba todo este cuerpo del linaje humano cancerado y podrido é incurable; no había en él otra parte sana sino Cristo; y por allí hirió el artista divino, para sanar todo el resto. *Cujus livore sanati sumus:* «Hiriéndole á él, sánanos á nosotros». Con las penas suyas se remediaron las culpas nuestras. Esto es lo que dijo San Pablo: *Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit.* Que quiere decir: Mirad en el tribunal del Santo Oficio, cuando no parece el hereje ó es muerto, toman su estatua y sácanla al auto; llévanla desde la cárcel y pónenla en el tablado, y léenle los delitos del otro de quien

es figura y luego la sentencia y llévanla al brasero. ¿Pues qué, pecó la estatua? No más de que se parece al reo. Así Cristo sin pecado, sin poderlo tener, pero es semejanza de pecador: *Deus mittens Filium suum in similitudinem carnis peccati.* Verdadera carne humana tuvo, como verdadero hombre que era. Limpia, porque no por obra de varón, sino por el Espíritu Santo fue concebido; pero semejante á carne de pecador, porque era pasible, mortal y sujeta á penas como la carne de los otros pecadores. Pues á esta estatua de pecador (que realmente ni pudo ni supo pecar) la saca al auto la divina justicia; llévanle á los jueces, léenle nuestros delitos como si fueran suyos, pronuncian contra él la sentencia, la maldición de Adán, y muere como maldito crucificado. ¿Quién pensara que daban en vacío, sentenciado por tantos tribunales y consejos? Y era la estatua de Adán y no el reo. Es la pared del templo que vió Ecequiel, donde no estaban los pecados, sino las pinturas de los pecadores. Así hay en Cristo las penas, y no las culpas, y sus afrentas son pagas de él. *Eritis sicut dii, scientes bonum et malum...* Para esto escogió la infamia de la cruz.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Lo segundo, la muerte más prolija de todas era la de la cruz, que estaban allí padeciendo y agonizando mucho tiempo. Y así convino que muriese esta muerte, porque esto correspondía á la adversión de la culpa, que se castiga con pena eterna y destierro preciso de la bienaventuranza. Quisieron los judíos darle otro género de muerte. Una vez, despeñarle; otras, apedrearle; pero no quiso, porque eran muertes breves, y escogió una muerte espaciosa, con cuyo espacio venciese la eternidad de nuestro castigo y nos fuese haciendo mil bienes. Tanto, que piadosamente creemos que, según la prisa que le dieron, muriera antes si fuera hombre puro, mas por ser Dios hombre, pudo y quiso que durase más y así padeciese más por nosotros. Pues en este espacio era una dolorosa y admirable representación: que lo que en la carne de Cristo pasaba por mano de sus enemigos, eso mismo por las de Cristo pasaba en el demonio y en los pecados. Hácenle proceso y júzganle como á delincuente. El hace juicio y pronuncia sentencia de condenación contra Satanás y contra los pecados. *Nunc judicium est mundi.* «Ahora en la cruz, como en riguroso tribunal, se ha de hacer el juicio del mundo». Sácanle á justiciar fuera de Jerusalem al monte Calvario; El echa de su reino á los adversarios. *Nunc Princeps hujus mundi ejicietur foras*, para que ya ni le adoren ni le conozcan por Dios. ¿Qué hicieron? Desnúdanle en carnes y pónenle en alto á la vergüenza. Esto mismo Cristo á ellos. *Espolians principatus et potestates, traduxit confidenter palam, thriunphans illos in semetipso* (Colos., 2): «Desnudó y despojó á los principados y potestades del infierno, y los sacó á la vergüenza en pública plaza en el monte Calvario, triunfando de ellos como de gente vencida». ¿Qué más? Crucificaban á Cristo los pecadores, y pónenle en un palo, donde muere colgado. El también crucifica á los pecados, y los mata en su misma cruz. *Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, affigens illud cruci.* Aquella escritura que contenía todos nuestros pecados, y la obligación de muerte eterna, que hizo el hombre pecador, la rompió Cristo muriendo; borróla con su sangre, rasgóla con sus clavos y fijóla en la cruz á vista del mundo, como cuelgan acá los pesos falsos en la picota. ¿Qué más? Entierran á Cristo después de muerto. Entierra él también los pecados. *Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem.* Juntamente fueron con El sepultados nuestros pecados; y anegados como los gitanos en el mar bermejo de su sangre; y en señal de esto, nos zabullen en el agua cuando nos bautizan. Finalmente, escogen los hombres á Barrabás homicida para que viva, y quieren que el autor de la vida muera. Eso mismo escogió Dios por otro camino, que vivamos los traidores y que muera el cordero inocentísimo. Para esto fue la muerte prolija. Lo tercero que hay en la culpa es dolor, y por eso escogió Cristo muerte de cruz, que es dolorosísima, y quiso que sus penas lo fuesen, tanto que sus dolores se tienen por los más recios y crueles que en esta vida fueron ni serán, así por la delicadeza de su compostura y buena complexión de aquel cuerpo fabricado por el Espíritu Santo, como por haber padecido sin ningún alivio ni consuelo, como El se querelló al Padre diciendo que le había desamparado. Por lo cual se comparan sus dolores á los del infierno. *Dolores inferni circumdederunt me.* Porque allí padecen sin ningún género de refrigerio, y ni aun una gota de agua se concede; y así se la negaron á Cristo, cuando la pedía muriendo. Y también porque los tormentos de suyo fueron recísimos y muchos, inventados por la rabiosa crueldad del demonio, y admitidos por la caridad inmensa de Cristo. Y como padecía por todo el cuerpo de su Iglesia, quiso que por todas las partes de su cuerpo se hubiese aquel dolor extendido. Padecía por las cabezas: príncipes, tiranos, perlados; fue su cabeza atravesada con crueles espinas. Padecía por los nobles, poderosos, valientes, enclavadas las manos. Por los bajos y plebeyos, agujereados los pies. Padecía por los

sabios y elocuentes, en la lengua de sed gruesa y denegrida. Padeció en todos sus sentidos. En el tacto, con la cruz (lecho y cama asperísima), para condenar las holandas y sedas y camas mullidas. En el olfato padeció en lugar sucio y asqueroso, para confundir pomas, almizcles, ámbares, aguas de flores. En el gusto, con la sed, hiel y vinagre, en odio de nuestras comidas regaladas y bebidas frías. En los oídos, con escarnios, blasfemias, clamores, contra las músicas, palabras vanas y perniciosas. En los ojos velados y con sangre escurecidos, y viendo huir los discípulos, y la madre santísima lastimada, para condenar las vistas, curiosidades, comedias, alamedas, novedades. De suerte que le puso buen nombre Isaías: *Virum dolorum et scientem infirmitatem*. Veis aquí cómo con estas tres cosas, muerte afrentosa y maldita, espaciosa y llena de dolor, se contrapuso el remedio al daño y la satisfacción á la culpa, pagando Cristo de todo rigor de justicia lo que el hombre debía. Y con cuánto acierto de la sabiduría divina, *ipse lignum notavit damna ligni ut solveret:* «Tomó por instrumento el arbol de la cruz, para resucitar á la vida á los que el arbol vedado había dado la muerte».

CONSIDERACIÓN CUARTA

Hecho el juicio y dada la sentencia contra el tirano, que sea echado y desposeído, veamos cómo toma Cristo la posesión. *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*. Con gran respeto habla de su pasión y cruz. ¿Quién os puede á vos sublimar ni enaltecer? *Quoniam tu solus altissimus, Jesus Christe*. Y Isaías: *Cœlum sedes mea, terra autem scabellum pedum meorum*. Y con todo eso, llama su exaltación á la cruz, que antes parecía humildad. Lo primero, quiso ser levantado en alto, para representar al enemigo la batalla en su misma tierra (que dicen ser linaje de victoria más glorioso) y para mayor destruición del adversario. Eran señores los enemigos de esa región superior, por lo cual los llama San Pablo *Spiritus oris hujus*. Y en otro lugar: *Spiritales nequitiæ in cœlestibus*. Fue el ánimo del Señor tan generoso, que para subir á esos aires, para echar de ellos al enemigo, quiso ser levantado en cruz. Pero más importante razón fue el traer los hombres Cristo por este medio á sí para subirlos al cielo. Toda la dificultad consiste en desenclavar el alma ó el afición de la tierra do está regada, porque levantada desde el suelo hasta la cruz, fácil es el tránsito de la cruz al cielo. Ese fue el admirable artificio de Cristo subiendo á la cruz: subir allá nuestros corazones, para de ahí poder llevarnos con facilidad á los sobrenaturales bienes que esperamos. *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*. Esta es la potencia extraña de la cruz: atraer á sí todas las cosas. Abajó lo supremo y levantó lo ínfimo. Púsose entre cielo y tierra, para que como á centro acudiese á la cruz el cielo y la tierra, con leyes eternales de amor indisoluble. No puede Dios dejar de amar á quien tanto se abajó por cumplir su voluntad, ni es posible que corazones humanos se endurezcan para agradecer esta merced suprema. El arco en el cielo tiene dos efectos: aplacar á Dios y traerle á la memoria el pacto que tiene hecho con los hombres de no destruir el mundo con aguas de diluvio, y alegrar al hombre y darle seguridad y convidarle á alabar á Dios. *Vide arcum et benedic eum qui fecit illum: valde speciosus est in splendore suo* (Eccl., 43): «Mira al arco del cielo, y alaba al que le hizo, porque es muy hermoso en sus colores». Cristo es el arco; vele el Padre, y basta aquella hermosura á atraer los ojos para que ya no maldiga la tierra por el hombre. Véanle los hombres y bendigan á Dios que nos le dio. Allí atrajo al Padre á sí; y así inclinó la cabeza. *Caput Christi Dei*. Atrajo las almas del Limbo: *Pacificans per sanguinem crucis ejus sive quæ in terris sive quæ in cœlis sunt*. Atrajo el mundo: *Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra*. Resta que atraiga nuestros corazones. Pretendía Dios que los hombres le sirviésemos, porque las cosas que hacemos por amor son las mejor hechas y de más dura. Pues para que le amásemos, fue menester que conociésemos que él nos amaba, porque amistad es *mutua cum notitia redamatio*. No bastaban palabras amorosas para este efecto. Esto, cristiano, no se hace con palabras, sino con obras. Ama, que ya te amó él primero. Pero ¿quién hace que lo veamos sino la cruz? Esa, donde se enclavaron sus manos, despierta las mías. Esa, donde abrieron su costado, descubre su amor y provoca el mío. Esa, donde fijaron sus pies, solicita mis afectos. ¿Quién os corona de espinas, rey de gloria? ¿Quién escureció vuestra hermosura, resplandor del cielo? ¿Quién os cubrió (como á esclavo ladrón) de azotes, príncipe de nuestra libertad? ¿Quién aheleó vuestra boca, dulzura de la bienaventuranza?—El amor, hombre, que te tuve.—Pues harto vil y harto miserable seré yo, si ya que *amare pigebat, redamare piguisset*. San Pablo: *Charitas Christi urget nos*. No sólo *ducit, trahit*, sino *urget*: «Apremia, fuerza», para que le paguemos y muramos. Vivamos al que murió porque viviésemos. Si el amor es virtud unitiva, ¿cómo no nos juntará consigo aquella forja de amor? Si los vientos arrancan de cuajo las encinas, ¿cómo el amor de Cristo

no arranca nuestros corazones? ¡Oh, maldita dureza nuestra, que corre las parejas con la eficacia y virtud de la cruz! ¡Que muere Cristo por traernos y llevarnos á sí, y no queremos ser traídos y levantados! Esa no es falta de la cruz, sino sobra de malicia nuestra. San Agustín, contando algunos efectos maravillosos de cosas naturales, y llegando á la fuerza de la piedra imán, cuán poderosa es para atraer al hierro, dice que vio por sus ojos un anillo de hierro que, tocado con esta piedra, levantaba otro anillo, y aquél otro, y éste á otro, de suerte que hacía una cadena de anillos por de fuera trabados, como se hacen los eslabones por de dentro. Y antes de San Agustín, lo cuenta Lucrecio. Allega á tanto la fuerza de la piedra imán, que navegando cierta parte del mar, pasando las naos á vista de unos montes ó peñascos de esta piedra, se pasman los navíos y son detenidos por las áncoras y clavazón de hierro que llevan, y son compelidos á usar de clavos de madera. Y lo que puede con el hierro la piedra imán, puede con ella la estrella del Norte, que siempre está á él asestando; de donde salió el ingenio tan necesario y provechoso de la aguja de marear. Con todo eso, si junto á una piedra imán se pone un diamante, no puede levantar una aguja ni el aguja tocada asestará al Norte. Poderosísima piedra imán es Cristo levantado en la cruz, para atraer corazones de hierro y duros. Mas si no los trae, y al mundo todo, no es por falta de su virtud, mas porque quieren pasar los hombres de hierro y mármol á la dureza del diamante. *Cor suum posuerunt ut adamantem.* Bien podrían estas agujas que navegan para el cielo asestar á su estrella y verdadera luz, si quisiesen ser tocadas de la cabeza de esta piedra imán divina, de esta cruz poderosa; pero no quieren tocar sino de la contraria parte, y gustan de la cruz porque es honra, y por sus intereses y riquezas. Y el otro se hace santo por coger el obispado y ser proveído en el oficio; y es un Simón Cirineo que lleva la cruz pagado, y semejante al ladrón que hurta el *Agnus Dei*, no por la cera bendita, sino por el oro. Cáesele á un pobre discípulo del profeta Elíseo en el río Jordán la hacha con que estaba cortando leña; manifiesta al profeta su pobreza y pérdida diciendo que era la hacha prestada; toma el profeta el ástil de la hacha anegada, y échale en el agua: y éste hizo subir arriba el hierro. Que al fin es la cruz piedra imán del hierro duro de nuestros corazones, y si no suben arriba y son traídos, es porque no se quiere el hombre valer de la virtud de madero tan santo, ni ruega á Cristo, verdadero Elíseo, pues avisó á los que fueren tan rebeldes y pesados, que en la cruz se hizo juicio del mundo, y que por ella quedan juzgados y condenados. *Multi enim ambulant, quos sæpe dicebam vobis (nunc autem et sciens dico) inimicos crucis Christi, quorum finis interitus, quorum Deus venter est et gloria in confusione ipsorum qui terrena capiunt*: «Aquellos (cuyo Dios es el vientre) son los mundanos enemigos de la cruz». Ella los juzga. *Audite verbum Domini, vaccæ pingues quæ estis in monte Samariæ, quæ calumniam facitis egenis et confringitis pauperes: quæ dicitis Dominis vestris*: *Afferte et bibemus.* Y luego, como para justificar la causa de Cristo, en el día del juicio, *apparebit signum filii hominis* en los aires, para mostrar cuán inexcusables son los que de ella no se quisieron aprovechar. Ea, pues, con tiempo reconozcamos esta señal en nuestras obras, conformando nuestra vida con la de Cristo, para alcanzar de él en esta vida gracia y después la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
DOMINGO DE RAMOS

Dicite filiæ Sion: Ecce Rex venit tibi tuus, mansuetus, sedens super asinam et pullum filium subjugalis. (MAT., 21).

Hoy entra en Jerusalem con gran alegría y triunfo el cordero pascual que el domingo pasado se puso con los conocedores á examen que en él no había mancha de culpa, y por consiguiente, era apto para el sacrificio de las nuestras. Y como á tal, luego el viernes aquellos crueles carniceros le sentenciaron al degüello y al tajón, juzgando ser él sólo el que para este holocausto convenía, y viniese él mismo de su voluntad al matadero, porque ninguna violencia

fuera bastante á traerlo, si la de su amor y obediencia del Padre no le atara y pusiera en manos de los matadores. Tiénele Dios la mano á Abraham para que no degüelle á su hijo, y muéstrale un carnero que ofrezca en su lugar, y violo el patriarca *inter vepres hærentem cornibus*: «Que estaba como enmarañado y asido por los cuernos entre las espinas». No lo prendió Abraham, que preso y atado se le da Dios. Porque el Cordero inocentísimo que ha de quitar los pecados del mundo, no son parte los ejecutores para prenderle. El Padre eterno le entrega: *Qui propio filio suo non pepercit sed pro nobis omnibus tradidit illum.* Y su amor es quien le ata y rinde, y pone libre y graciosamente en manos de sus enemigos. Y pues amor es causa de esta entrada y de la alegría y solemnidad que en ella hay, amor sólo se predique en esta fiesta. Celébrese su poder; publíquelo la lengua, y siéntalo el corazón. Mas porque dice San Bernardo: *Lingua amoris ei qui non amat barbara est;* «El lenguaje del amor es algarabía para quien ama», pidamos al Espíritu Santo (que esencial y personalmente es amor) encienda nuestros corazones y lenguas con una centella de este fuego, la cual nos alcanzará la Divina Virgen diciéndole: Ave María.

INTRODUCCIÓN

Los que no se contentan, como la gente vulgar, de ver solamente la sobrehaz de las cosas, ni se quedan en esta primera acera y zaguán, sino procuran entrar más adentro y calar y penetrar hasta el postrer rincón de la casa, no pueden dejar de haber reparado en esta variedad de ceremonias y representaciones que en la Iglesia Católica el día de hoy se ven. ¿Qué quiere decir primero una alegría tan extraordinaria, una procesión tan solemne, sus altares cubiertos de seda, sus ministros de brocado, tantos ramos y palmas (señales de su triunfo), tantos himnos, aclamaciones, voces de regocijo, cantares de alabanza? Parece que va el contento de mar á mar, y que á banderas desplegadas hace ostentación de sus jaeces, preseas y joyas y de su mucho placer y alegría. Y luego á deshora y de repente, veréis añublado su gozo y eclipsada su luz: los retablos cubiertos de velos, los altares enlutados, los ministros vestidos de negro. No se oye voz que no sea triste ni suena canto que no sea doloroso. Arranca la Iglesia suspiros del alma, y da unos gemidos de muerte que bastan para quebrantar de compasión los corazones. Puédese por ella decir lo que el santo Job, viéndose caído de su alteza, decía: *Cythara mea versa est in luctum et organum meum in vocem flentium.* «El dulce sonido de mi vihuela, la música y melodía de mis cantares se han convertido en amargo y doloroso llanto, y las acordadas voces de mis órganos se han mudado en lamentos y gemidos». ¿Qué razón puede haber para tan súbita mudanza? ¿Cuál es la causa de tan extraña variación? La solución de esta duda podemos sacar de una doctrina del filósofo: *Abstrahentium non est mendacium* (Aristót.), Muéstranos la gran sutileza de nuestro entendimiento en sus obras, que por muy juntas y trabadas que estén dos cosas puede contemplarla una sin tocar en la otra. Y á eso llama Aristóteles abstraer. Representalde al entendimiento una cosa, que tiene juntamente diversas y aun contrarias propiedades. Hace anotomía de todas ellas, distinguiendo con tanta delicadeza la una de la otra, que no le siente. Parte el cabello por medio, aparta la carne del hueso, la vena del niervo. Es esgrimidor tan diestro, que da un toque franco en la una y salva la otra; tirador tan certero, que aunque haga dos hitos en un blanco, enclava el uno y no hiere al otro. En una misma cosa (que por diversos respetos hay razones y motivos de alegría y de tristeza, de aborrecimiento y amor, de bien y de mal), sabe apartar y considerar lo uno sin pensar en lo otro, y al contrario. Y como la voluntad va siguiendo los pasos del entendimiento, y baila y danza al son que él le hace, y conforme á como él le pinta las cosas, así ella las ama ó las aborrece; de ahí viene que una misma cosa diversamente entendida y considerada por el entendimiento causa diversos afectos y sentimientos en la voluntad, y aun pasiones contrarias en el apetito sensitivo. Un ejemplo: La leche juntamente es blanca y dulce, y en ella no están apartadas la blancura y la dulzura; pero la vista percibe el color y no el sabor, y el gusto, al contrario, siente el sabor y no el color, y ninguno de estos sentidos es mentiroso en su obra. Porque no dice la vista que la leche no es dulce ni el gusto que la leche no es blanca, sino que cada uno asesta al blanco que le pertenece y no hace caso de lo demás, ni se entremete en los negocios de su vecino (como los que más sabéis de la casa ajena que de la vuestra). Así el entendimiento puede considerar la leche como blanca, y entonces engendra deseo en el apetito de verla como al más excelente de los colores; y puede contemplarla como dulce, y entonces engendra deseo de gustarla. Lo mismo hallaremos en la muerte; que juntamente es amarga y dulce, y mala y buena. En cuanto es fin y término de los males de esta vida, principio de los bienes de la otra, medio y camino para ver á Dios, es tan buena, tan dulce y sabrosa, que dice el Eclesiástico: *Oh mors, bonum est judicium tuum!* ¡Cuán dulce os hallan los hijos de Adán! Y representad con estos colores á la voluntad, viene á desearla y quererla, y alegrarse

con ella. Como parece en los mártires y en los santos, que con mayores ansias deseaban la muerte y se alegraban con su venida, que los mundanos desean la vida larga y descansada. Y así decía San Pablo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo.* Pero esa misma muerte, considerada como división de aquella amable compañía de alma y cuerpo, y privación de un bien tan grande como la vida, es tan amarga, que no hay quien la quiera gustar. *¡Oh mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis!* ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria al gusto! Y si la memoria es desabrida, ¡cuánto más lo será la presencia! *Omnium terribilium terribilisimum est mors,* dijo Aristóteles. El más terrible trance que en esta vida se ha de pasar. De esta suerte contemplada, engendra en la voluntad tanto horror y aborrecimiento, que no hay quien la arrastre. *Nolumus expoliari, sed supervestiri; ut absorbetur quod mortale est a vita.* No queremos ser despojados de esta túnica del cuerpo, sino que sobre ella nos vistiesen la estola de inmortalidad; que la vida se tragase en un punto la muerte, y que nosotros no la gustásemos. Veis aquí cómo una misma cosa, según diversas razones y aspectos, es deseada y aborrecida y es causa de alegría y tristeza. Pues esto mismo le acontece hoy á la Iglesia Católica en la contemplación de la pasión y muerte de su querido Esposo. Mírala con dos rostros, táñela con dos sones y píntala con diversos colores, y así son diferentes los sentimientos. La pasión de Cristo, una es; pero encierra en sí una y diversas propiedades. Tiene haber sido el remedio del mundo, el rescate del linaje humano, el reparo de las ruinas del cielo, el tesoro y riqueza de la Iglesia, la fuente de la gracia y de todos los dones sobrenaturales. Tiene haber sido muestra de la gloria de Dios, testimonio de la ardentísima caridad de Cristo, cumplimiento de sus deseos, exaltación de su nombre, y triunfo y vencimiento de su enemigo. Por otra parte tiene haber sido dolorosa y lastimera para aquel mansísimo cordero, llena de angustias y tristezas mortales. Cuchillo de división de aquellos amantísimos compañeros, alma y cuerpo, entre quien hubo suma paz y concordia y ninguna disensión. Privación de aquella vida de Cristo, que valía más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Todas estas caridades encierra en sí la pasión de Cristo. ¿Qué hace la Iglesia? Contempla en ella primero los inestimables frutos y utilidades que de ella resultaron; da un toque franco en todas las razones de bien que en ella hay; píntala con aquellos hermosos colores, y mostrándola así á la voluntad y afecto de los fieles, parece tan hermosa, alegre y amable, que todos los justos la desean. Hacen tan suave y dulce son, que la Iglesia comienza á bailar y dar zapatetas de placer, y á esto la convida el Profeta Zacarías en aquella profecía, que cita el Evangelista en las palabras del tema: *Exulta satis, filia Sion; jubila, filia Hierusalem: Ecce Rex tuus venit tibi justus, et Salvator.* Alégrate mucho, hija de Sión; da gritos de placer, hija de la soberana Jerusalem. Aquella palabra, *Exulta,* significa una alegría tan sobrada, que no se puede contener en el corazón, sino que sale á fuera con saltos y movimientos exteriores. Y la otra palabra, *Jubila,* significa una vocería, que es señal de mucho placer y regocijo, cuando no se puede explicar con palabras, que es lo que llaman los rústicos hacer albórbolas con gritos y los moros algazara. Y así quiere decir el Profeta á la Iglesia: Sea tan grande tu placer y tan extremada tu alegría, que no haya palabras para declararla; vengan cortas las razones, desiguales y desproporcionadas á lo mucho que sintieres. Y porque tanto gozo no se puede disimular, muéstralo con brincos y saltos y con una grande algazara, que siquiera en confuso dé testimonio de tu placer.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

¿Y qué razón hay para tanta alegría? *Ecce Rex tuus venit tibi.* «Porque viene el rey para ti». He aquí la razón del gozo. El gran provecho y utilidad que de ellas nos resulta. El que viene y la venida es todo nuestro, para nosotros. Para nosotros nace, para nosotros trabaja, para nosotros ayuna, para nosotros ara, para nosotros vive, para nosotros muere, para nosotros resucita y sube al cielo. Y no se escandalice nadie con el nombre del Rey. Porque este rey no es como los otros del mundo, que reinan más para su provecho que para el de sus vasallos, empobreciéndoles á ellos para enriquecerse á sí, y poniendo á peligro las vidas de ellos por guardar la suya. Cuando el pueblo de Israel pedía rey al Señor, mandóle Dios al profeta Samuel les apercibiese primero y declarase el derecho y modo de gobernar del rey temporal que pedían. *Hoc erit Regis qui imperaturus est vobis: filios vestros tollet et ponet in curribus suis; facietque sibi equites et præcursores quadrigarum suarum et constituet sibi tribunos:* «Esta ha de ser la jurisdicción y gobierno del rey que os ha de enseñorear. Tomaros ha vuestros hijos, y de ellos hará para sí cocheros, jinetes, palafreneros y escuderos que vayan delante de sus carrozas; hará de ellos para sí capitanes, tribunos, labradores, segadores». *Filias quoque vestras faciet sibi unguentarias et focarias et panificas:* «A vuestras hijas hará cocineras y panaderas para sí». Tomaros ha vuestras haciendas, heredades, ganados, esclavos, y

servirse ha de ellos». De suerte que este rey todo será para sí, y no para vosotros. Pero el Rey eterno no viene para sí, sino *Rex tuus venit tibi*. Tuyo, y para ti. No viene á servirse de ti, sino á servirte á ti. No quiere carros, ni coches, ni escuderos, porque viene en una borriquilla, mansa y humilde, cercado de unos pescadores. No viene á quitarte tu hacienda, sino á darte su sangre. No quiere arriscar tu vida para asegurar la suya, sino morir él por que tú vivas. *Factus est principatus super humerum ejus*. Su principado (dice el profeta) está puesto sobre los hombros del que lo tiene, y no sobre los hombros de su pueblo: para que el trabajo de la carga sea suyo, y el provecho y fruto sea nuestro. El principado de los otros reyes está sobre sus vasallos: los tributos, las rentas, las guerras. El gasto del rey de los vasallos ha de salir: pechos, alcabalas, servicio real, imposiciones, sacaliñas. Pero el de Cristo, *super humerum ejus*. Pues venida de Rey tan útil y provechosa para sus vasallos, justo es que sea festejada con solemne recibimiento, con arcos triunfales, con invenciones, juegos, danzas y bailes, con música y otras señales de placer. Y esto es lo que hace la Iglesia hoy en la procesión: un recibimiento solemnísimo á su esposo y legítimo Rey: da brincos y zapatetas de placer, voces de contentamiento. ¡Viva el Rey! *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Para esos son los ramos, los brocados, y las sedas y atavíos: para salir á recibir á su Rey. ¿Pues no veis que vuestro provecho viene acompañado con su trabajo, y vuestro descanso ha de ser muy á costa de su contento? Ahora abstrae la Iglesia de eso; no mira más de su provecho, el grande bien que de la venida de su esposo se le sigue, y con esa consideración se alegra y regocija. Esto mismo le aconteció al santo Abraham con la consideración de la muerte y pasión de Cristo, según lo afirma el mismo Redentor: *Abraham exultavit ut videret diem meum, vidit et gavisus est*. «Abraham vuestro padre dio saltos de placer para ver mi día; violo y gozóse». Llama el Señor su día al de su pasión, de la manera que los hombres llaman su día aquel en que señaladamente muestran su valor. El capitán cuando se aventaja y extrema en las armas dice: este es mi día. El letrado, cuando hace una grande ostentación de sus letras, dice: este es mi día. Pues Cristo nunca tanta demostración hizo de su valor, de su fortaleza y sabiduría, como en su pasión y muerte, y por eso le llama su día. Este día vio Abraham (como dice San Juan Crisóstomo) cuando en el monte Moria, que es el monte de Sión, en aquella semejanza y dibujo del sacrificio de su hijo, entendió por revelación divina la dolorosa muerte que Cristo había de padecer, ofreciéndose al Padre por el remedio del mundo. Entonces vio este penoso día, y se gozó. ¿Pues por qué se gozó? ¿Por ventura de los azotes, ó tristeza, ó tormentos de Cristo? Tan grande fue por cierto la tristeza de Cristo, que bastaba á entristecer de compasión á cualquier alma por mucha alegría que tuviese. Si no, díganlo sus tres amados discípulos, á los cuales dijo: *Tristis est anima mea usque ad mortem*. ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra, la cual suele aun á los que de lejos la oyen lastimar el alma de compasión, pues sus tormentos, azotes, clavos y cruz fueron tan duros y lastimeros, que á los más fieros tigres y leones enternecieran y movieran la piedad? ¿Pues cómo Abraham siendo tan santo y amigo de Dios se goza de ver el día en que su Redentor tanto trabajo pasó? A esto no se puede responder, sino con lo dicho: *Abstrahentium non est mendacium*. Mira Abraham la muerte y dolores de Cristo con el primer rostro y aspecto que tiene, de ser utilísima para el hombre y gloriosísima para Dios, y representándola así en su entendimiento, causa alegría y regocijo en la voluntad. Pero eso no quita que, considerándola con el otro rostro de ser dolorosa para Cristo, no engendre grande sentimiento y compasión. Lo cual se colige del mismo texto: *Abraham exultavit ut videret diem meum*. La exaltación (como habemos dicho) es una alegría tan grande, que no se puede disimular, sino que se muestra con saltos y brincos del cuerpo. Pero *gaudium* (según Santo Tomás) es un gozo espiritual que solamente está en la voluntad, por alguna razón que el entendimiento le ofrece, y no nos sale afuera con señales exteriores. Dice, pues, Cristo: Abraham dio saltos y brincos de placer para ver mi día; y cuando lo vio gozóse, que es alegría de sola la voluntad. ¿Pues cómo antes que lo viese, sola la esperanza de verlo le hacía salir de sí de placer; y después que lo vio se templa y sosiega, y no se alegra más de en lo interior? Sí; porque antes consideraba no más de Redentor, contemplaba en su remedio y cómo en Cristo habían de ser benditas todas las generaciones; entonces se alegró para ver su día, y no en los trabajos que había de costar. Y de esa suerte alegrábase espiritual y corporalmente. Como David: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. Pero cuando en particular entendió el modo de la redención, y con cuánto tormento de Cristo se había de obrar; cuando vio á Dios muerto, parece que se le aguó el contento. En Dios vivo se alegra, y en Dios muerto templa el placer. Bien que se gozó con la voluntad mirando la razón de bien y utilidad que habemos dicho. Pero no salió ese gozo á lo exterior, porque no se puede tanto abstraer nuestro provecho que no hallemos allí

muy junto el trabajo de Cristo. Por eso la Iglesia, aunque, mirando la pasión de su esposo como provechosa para sí, se regocija y hace cantares de alabanza de ella:

Pange, lingua, gloriosi Prælium certaminis.
Et super crucis trophæum Dic thriumphum nobilem
Qualiter Redemptor orbis ynmolatus oicerit.

«Canta lengua la batalla de aquella gloriosa contienda; di el triunfo noble que en el árbol de la cruz alcanzó el Redentor del mundo: quedando, después de muerto, victorioso», y en figura de esto, el día que los hijos de Israel se vieron libres del poder de Faraón, haciendo alegrías comenzaron á decir: *Cantemus Domino, gloriose enim honorificatus est; equum et ascensorem proiecit in mare.* Pero al fin, como todo este triunfo va acompañado con la muerte y dolores de su esposo, no se detiene mucho en esta primera consideración, sino luego revuelve los ojos á mirar solamente aquella benditísima humanidad, tan afligida y maltratada, forzada y derribada en tierra en el huerto, cubierta de sudor espantoso de sangre, rodeada de tristezas y ansias de muerte. Oye aquellos golpes, bofetadas, azotes, cañazos. Contémplale atado á la columna, todo hecho carne, que apenas tiene rostro de hombre, todo mesado y escupido. Vele vestir aquella ropa rozagante, aquella túnica talar, tan rica, tan bien bordada, que después que se la probó, desde la planta del pie hasta la corona de la cabeza no quedó en él cosa sana. Sale á mirar aquellas fiestas reales, aquella coronación imperial, aquellas espinas agudas que traspasan la cabeza, donde está todo el seso de Dios. Vele caminar por aquella calle de la Amargura con tanta fatiga que viene á caer con el peso de nuestros pecados. Y finalmente, vele morir en una cruz: gusta su hiel y vinagre. Y con la contemplación de tan lastimera figura, olvidada toda alegría, se cubre de luto y de tristeza, y muda los cantares en endechas, diciendo en los maitines con David: *Circundederunt me gemitus mortis*; *dolores inferni circundederunt me.* «Cercado me han gemidos de muerte, bascas, tristezas y agonías mortales. Rodeado me han dolores del infierno, dolores que no admiten consuelo ni alivio, como los infernales». Veis aquí cómo las diversas abstraciones y contemplaciones del entendimiento acerca de la pasión de Cristo son causas de la diversidad de afectos y sentimientos en la voluntad y de estas mudanzas que en la Iglesia vemos.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Pero, Señor, que se alegre la Iglesia y se regocije Abraham, y se gocen los hombres de vuestra muerte en cuanto es remedio suyo, no hay que espantar, porque cada uno busca su provecho y se huélga cuando lo alcanza. Mas vos, Señor, ¿qué razón tenéis para holgaros de morir? ¿Cuál es la causa de vuestra alegría presente? Veo os, Señor, venir al lugar del sacrificio con majestad imperial, con triunfo más que de rey, con pregones y voces de alegría, con tanto concurso de pueblo, que no parece que vais á desposorios y á bodas; oh ¿quién jamás de los nacidos caminó desa suerte á recibir la muerte? En espíritu vio Salomón la alegría de esta entrada, y fue tanta su admiración, que convocó á todas las hijas de Sión que os saliesen á mirar. *Egredimini et videte, filiæ Sion, Regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius et in die lætitiæ cordis ejus:* «Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón». No se lee que el rey Salomón fuese coronado de su madre Bethsabé con guirnalda ó corona en el día de su desposorio, y así este lugar á la letra se entiende de Cristo, pacífico Salomón, que hizo paz entre Dios y los hombres, cayendo sobre El la pena de nuestros pecados, que eran causa de la enemistad. Este divino Salomón salió del vientre purísimo de la Virgen sin mancilla, *tamquam sponsus procedens de thalamo suo. Exultavit ut gigas ad currendum viam.* Alegróse como fuerte gigante para correr la carrera, tomando con alegría á pechos la obra de nuestra redención, que fue la más dificultosa cosa que se podía emprender. Y al fin de la carrera, en el día del Viernes Santo, se casó por palabras de presente con su Iglesia, por quien había trabajado, como Jacob por Raquel; porque entonces le fue sacada de su costado, estando El durmiendo el sueño de la muerte, á semejanza de Eva, sacada del costado de Adán que dormía. Pues en este día salid, hijas de Sión, almas que atalayáis á Dios por fe, salid á ver al pacífico Salomón, que con sus dolores va á hacer la paz deseada. Y entre todos los atavíos, mirad á la guirnalda de espinas que lleva en su divina cabeza, con la cual le dice haberle coronado su madre la Sinagoga, pues por contemplación de ella se la pusieron los gentiles. Y no os parezcan nuevos atavíos y aderezos de desposado por guirnalda lastimera corona; por anillos clavos, azotes, y sogas por cinta; los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre; la sagrada barba arrancada; las mejillas bermejas con bofetadas; el tálamo rico, blando y oloroso una muy áspera Cruz; los compañeros del desposado, dos ladrones; la fruta y colación que su madre y amigos del desposado comen, son dolores, angustias y lágrimas. Y del día de este desposo-

rio se diga: *in die lætitiæ cordis ejus?* No alegría fingida, ni solo por de fuera, sino alegría del corazón dél. ¡Oh alegría de los Angeles y río de los deleites de la gloria! Y ¿de qué se alegra tu corazón en el día de tus tormentos? ¿Y por qué vienes á padecer con tal demostración de placer? ¿Por ventura no te lastiman? Lastiman cierto, y más á ti que á otro ninguno, pues era más delicada tu complexión. Pues ¿cómo tiene lugar el gozo en día de tanto dolor? ¡Oh! que también abstrae Cristo, y releva y guarda la consideración vehemente y pura de sus dolores para la oración del huerto, cuando sólo imaginarlos le hará agonizar y sudar sangre. Pero ahora contempla su pasión como señal de su amor incomprensible, como cumplimiento de sus deseos. Y como estos eran tan encendidos de padecer por los hombres, no pudo haber para El día más alegre, ni pudo ser fiesta más regocijada para su amor que el día en que tuvo oportunidad para padecer. De este amor nacía aquel deseo impaciente, que significó á sus discípulos el día de la cena: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar.* ¡Oh, qué deseado tenía comer con vosotros esta pascua! Con deseo he deseado. No se puede entender la grandeza de este deseo, así como ni de la caridad de donde procedía. Pero por algunos ejemplos podremos colegir algo de lo que es. De nuestro padre Santo Domingo se cuenta que, preguntado qué haría siendo comprehendido de los herejes, respondió que les rogaría que no le matasen con alguna muerte breve, sino que le cortasen pieza por pieza todos sus miembros; y después le sacasen los ojos, y dejasen el cuerpo como un tronco revolcarse en su propia sangre. Tanta era su caridad y deseo de padecer tormentos por Dios. Pues aquel valeroso mártir San Lorenzo, cuando por mandado del cruel tirano le iba á poner en las parrillas, con un ánimo intrépido le dijo: *infelix, has epulas ego semper optavi;* y estando extendido en ellas, como le asasen las encendidas brasas, dijo: «Estas brasas me dan refrigerio». ¡Oh, voz generosa, digna de tan notable varón, que con tanto ardor deseaba beber el martirio, que las llamas de fuego tenía por aguas frescas que refrigeraban su sed! ¿Qué diré de la caridad de San Andrés, que con tanto gozo y seguridad le llevaba á la cruz? Aquellos requiebros que le decía, las ternuras y regalos que le hablaba, las riquezas y pedrería que hallaba en ella, aquel pedirle á la cruz que se alegrase para recibirle y darle estrechos abrazos. ¿Pues si pasamos adelante á considerar la caridad espantosa de San Pablo, que estaba sediento de la gloria de Dios, y de la salud de los hombres, que teniendo en poco todas las penas y dolores del mundo, deseaba padecer los tormentos del infierno; y aunque no perder la gracia, ser privado de la gloria, si fuera menester, por el remedio de sus hermanos? Pues si la caridad de estos santos era tan grande que se extendía á desear la muerte con tanto afecto y ardor por la gloria de Dios y remedio de sus prójimos, ¿cuál sería la caridad del santo de los santos, y á quien se dio la gracia sin tasa ni medida, á cuya alma como á un mar Océano corrieron los ríos de todas las gracias, para que de allí tornen á derivarse por partes en los demás? ¿Qué deseo tendría de padecer? ¿Qué sed, qué ardor, qué afecto por la gloria de su Padre y por la gloria del mundo? Verdaderamente, cada momento que se dilataba este día se le hacían á su amor mil años, y se angustiaba y estrechaba su corazón. Y si aquellos santos corrían á la muerte con tanta alegría, ¿con cuánta mayor correría aquel fuerte gigante que se alegró para correr la carrera, en cuya comparaciónlos otros eran pequeños enanos? Si, como dice el Sabio: *Spes quæ differtur, affligit animam: lignum vitæ desiderium veniens.* Y más abajo: *Desiderium si compleatur, delectat animam.* La esperanza que se dilata, aflige y fatiga al alma; pero el cumplimiento del deseo, es árbol de la vida que deleita el corazón. ¿Cuánta sería la aflicción y fatiga que tendría aquella alma santísima que tan vehemente deseo tenía de morir viendo que tanto se dilataba? ¿Y qué árbol de vida sería para ella la cruz? ¿Qué deleite le daría el cumplimiento de este su deseo? Pues si en este día se le cumple este gran deseo, con razón le llama día de alegría de su corazón. Y si la alegría del corazón es tan grande, justo es se muestre con señales exteriores. Y esa es la causa de esta procesión y solemne recibimiento. Para eso son las palmas y ramos de oliva: porque nos quiere dar enramado y florido su divino amor. Mandaba Dios antiguamente que le sacrificasen una vaca bermeja fuera de los reales, ofreciéndola en holocausto; y con las cenizas de ella se santificaban los hombres y eran limpios de las inmundicias legales. Esta vaca todos los santos convienen haber sido figura de la humanidad sacratísima de Cristo, que por los pecados del mundo fue sacrificada y ofrecida en holocausto, abrasada en el fuego de su amor y de sus tormentos fuera de Jerusalem. *Extra portam passus est*, dice San Pablo. Pero lo que tiene aquí duda es: ¿Por qué razón el Señor mandaba que la vaca fuese bermeja? ¿Qué importaba para la religión que fuese negra ó blanca y de otro cualquier color? Razón literal no se halla que tenga aparencia, y así de necesidad habemos de acudir al sentido místico. Y es que por aquel color bermejo quiso el Señor significar el abrasado y encendido amor

de Cristo nuestro bien, con cuánta alegría, regocijo y prontitud se ofreció á la muerte con el deseo de nuestra salud; para que con sus gloriosas cenizas, esto es, con los méritos de su sangre, se quitasen no las inmundicias legales que sólo manchaban el cuerpo, sino las máculas de todos los pecados del mundo. Esto es lo que dijo San Pablo: *Si enim cinis vitulæ aspersus inquinatos sanctificat ad emundationem carnis; quanto magis sanguis Christi qui per Spiritum sanctum semetipsum obstulit immaculatum Deo, emundabit conscientiam nostram ab operibus mortuis ad serviendum Deo viventi?* «Si las cenizas de la vaca bermeja tenían poder de limpiar á los que estaban inmundos corporalmente, y les daban una santidad exterior y corporal, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que se ofreció á sí mismo por el Espíritu Santo en sacrificio á Dios?» Aquí se significa el amor con que Cristo se ofreció al Padre en decir: Que por el Espíritu Santo (que es amor esencial) y personalmente se ofreció, y con grande prontitud y alegría. Como suelen ser todas las obras que se hacen por impulso y movimiento del Espíritu Santo, ¿cuánto más lo sería aquélla, donde el Espíritu Santo más concurrió que en otra alguna? Pues la sangre de Cristo, que como vaca roja en el encendimiento del amor se ofreció á sí mismo al Padre como holocausto agradable sin mancha de culpa, ¿cuánto más poderosa será de santificar las almas y limpiarlas de las obras muertas, que son los pecados que matan al alma, para que vivas y limpias sirvan á Dios vivo?

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pues este amor encendido, esta caridad tan inflamada, es la que hoy le trae á Jerusalem, y le pone en manos de los carniceros que le han de sacrificar. Este amor es el que quiere ser recibido con triunfo. Hoy le sacan á vistas y al paseo, hoy anda la procesión; pero no lo ha él tanto por esta, como otra que de aquí á cinco días ha de andar por la calle de la Amargura con que El quede satisfecho y nosotros remediados. ¡Oh! ¡Qué diferente procesión y paseo será, Señor, aquel por donde os llevará vuestro amor, de éste por donde lo lleváis vos á él? Aquí vais, Señor, caballero, aunque en una humilde bestezuela; allí iréis á pie y descalzo, tropezando y dando de ojos. Aquí vais sentado sobre las ropas de vuestros discípulos; allí os cargarán una pesadísima cruz á cuestas. Aquí vais cercado de vuestros criados y amigos; allí rodeado de alguaciles y porquerones. Aquí os reciben con palmas y olivas; allí relumbran alabardas y lanzones. Aquí suenan voces de alabanza; allí los pregoneros de la justicia. Aquí vais llorando de compasión de Jerusalem, allí lloran por vos las hijas de Jerusalem. Ahora os ponen las ropas para que paséis; entonces os desnudarán de las vuestras al redopelo. Ahora, Señor, vais descansando; entonces iréis afligido, cansado, el cuerpo y huesos molidos á azotes, vuestras carnes despedazadas, el rostro sangriento, con una soga á la garganta, como malhechor. Hoy os honra todo el mundo; entonces os deshonrarán. Hoy os confiesan á voces por rey; entonces dirán que no tienen otro rey sino á César. Hoy: ¡bendito sea el que viene en el nombre del Señor! entonces: Si éste no fuera malhechor, no te le entregáramos para que muriese. Hoy os llaman Hijo de David; entonces os juzgarán por peor que Barrabás. Hoy dicen ¡Hosana! ¡Sálvanos en las alturas! entonces: á otros hizo salvar, y á sí no se puede salvar. Sola una cosa tendrá de ventaja aquella procesión: que en ésta, por ser de alegría, no se halla vuestra amantísima madre; pero en la calle de Amargura verla heis á tiempo que os vea arrodillar en el suelo y caer con la carga de la cruz, cuando os traspase el corazón de pena su vista y rasgue su alma con cuchillo de dolor la vuestra. Estas son, cristianos, las procesiones que anduvo nuestro Redentor, la causa de ella, que fue su excesivo amor. ¿Quién será de aquí adelante tan duro, quién de corazón tan frío, que no se abrase con el fuego de tan encendido amor? ¿Quién no pondrá su gusto y alegría en padecer trabajos por Cristo, pues él no tiene mejor dia que el de su pasión y muerte por el hombre? Si éste es el día de su desposorio y de alegría de su corazón, ¿por qué no lo ha de ser para nosotros el día que por él sufriremos penas, cruz, penitencia, pobreza y mortificación? Y si tanto es el amor que á tan buen Señor debemos (que por mucho que le amemos y sirvamos no podremos pagar la mínima parte de esta deuda), ¿qué será, no sólo dar el retorno á tal amor, sino olvidarse de él? ¿No tener memoria de sus tormentos y no hacer caudal de sus beneficios? ¿Qué será, despreciando tal amador, poner nuestra afición en las vanidades y vilezas del mundo? ¿En las honras fugitivas, en las riquezas perecederas, en los deleites impuros? La cual ingratitud cuánta sea, declaró el Señor por una semejanza admirable, diciendo por el profeta Oseas: *Vade, dilige mulierem dilectam amico et adulteram; sicut diligit Dominus filios Israel et ipsi diligunt vinatia uvarum.* «Vete y pon tu afición en una mujer amigada con otro, y adúltera, de la manera que el Señor ama á los hijos de Israel». Mira la lleneza; mira la gran fuerza de amor, que le obliga á un Dios de tanta majestad á poner su amor en unas almas adúlteras, mancebas de Satanás.

¿Cuánto le deberían amar por tal dignación? ¿Qué amor se debe pagar en recompensa de esta deuda? *Et ipsi diligunt vinatia uvarum*: «Y ellos aman el orujo de las uvas». ¿Es posible que trueca el hombre á Dios por el orujo? Sí, porque quien ofende á Dios por esta basura de los bienes temporales, y por la inmundicia y suciedad de los pasatiempos de la carne, á Dios deja por orujo, y aun por cosa peor. ¿Pues qué maldad puede ser más execrable que ésta? ¿Qué cosa más aborrecible? ¿Qué ingratitud más bestial? ¿De esta suerte agradecemos aquel amor abrasado que con tanta alegría se ofreció por nosotros á la muerte? No lo hagamos así, cristianos, miremos lo que le debemos, que es inmenso amor. No es mercaduría que recibe compensa de otra moneda, sino de amor. Amemos á quien tan de atrás madrugó á amarnos. Sirvamos á quien todo se empleó en nuestro remedio, para que de esta suerte alcancemos el fruto de su amor y de su muerte, aquí por gracia y después por gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

LUNES DESPUES DEL DOMINGO

DE RAMOS

Ante sex dies Paschæ venit Jesus Bethaniam, ubi Lazarus fuerat mortuus, quem suscitavit Jesus.

(Joan., 12).

El santo Evangelio contiene la última jornada de Cristo nuestro Redentor á Jerusalem, para dar cima á la obra de nuestra redención. Había estado retirado en Efrén, después que se pasó en el cabildo su muerte, y se mandó pregonar, y se pusieron cedulones, que quien supiese de él lo viniese diciendo para que la justicia le prendiese. Ahora que es llegado el tiempo de pasión, por el Padre difinido, él se descubre y de su voluntad se viene acercando al lugar del sacrificio. Llegó á Betania seis días antes de la Pascua, á donde fue muy bien recibido de sus grandes amigos y leales servidores, Lázaro (el que poco antes había resucitado) y de sus hermanas Marta y María. Diéronle aquella noche una cena suntuosa y á ella sirvió Marta; Lázaro fue uno de los de mesa, y María, por no estar ociosa, tomó un bote de alabastro que cabía una libra de ungüento de nardo preciosísimo, y ungió con él los pies del Señor, habiéndoselos limpiado primero con sus cabellos; y, según dicen otros evangelistas, quebrando el vaso vertió todo el licor sobre la cabeza de Cristo, quedando toda la casa llena de aquella fragancia y suavísimo olor; por el cual, conociendo Judas Iscariote la fineza y valor del ungüento, indignóse mucho que se hubiese así gastado, y dijo: ¿Por qué no se vendió este ungüento en trescientos denarios que podía valer, y se dio el precio á los pobres? ¿De qué sirve este desperdicio? Mas esto no lo dijo él por algún cuidado que tuviese de los pobres, sino porque era ladrón, y despensero que recibía y gastaba las limosnas que á Cristo se daban, y sentía en el alma haber perdido la ocasión de sisar y aprovecharse del precio de aquel ungüento. Pero el Señor toma la mano en defender á su bienhechora, y dijo á Judas: Déjala, no impidas su buena obra, porque esta unción es anuncio de mi cercana muerte y sepultura, pues me ungen ya, como suelen á los cuerpos muertos para sepultarlos; y no os congojéis por los pobres, porque esos siempre los tendréis con vosotros y les podréis hacer bien; pero á mí no me tendréis siempre en esta forma visible que me podáis regalar y servir. Publicóse luego la venida de Cristo á Betania, y así de la gente que había concurrido á celebrar la Pascua, vinieron muchos á verle y también á Lázaro, de cuya vuelta de la sepultura al mundo no sólo estaban admirados, sino curiosos por oir las novedades que de la otra vida con-

taría. Esta es la letra. Pidamos para tratar de ella algo para aprovechamiento de las almas la gracia del Espíritu Santo, por intercesión de la sacratísima Virgen. Ave.

INTRODUCCION

El santo profeta y rey David, sabiendo por experiencia las dificultades grandes que se recrecen en la virtud á los que tratan de ella y quieren descompadrar con el mundo por agradar á Dios, procura ponerles ánimo con palabras de gran esfuerzo para que no desfallezcan, sino vayan siempre adelante fiados en el socorro que les dará el Señor. Y así dice en el salmo 30: *Viriliter agite et confortetur cor vestrum omnes qui speratis in Domino.* «Haced como hombres, y esfuércese vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor». Es empresa de valientes salvarse, porque la virtud de suyo es ardua. *Virtus versatur circa difficile* (Arist.), dijo Aristóteles. El hombre mal inclinado y falto de fuerza, por la contradicción que hace la sensualidad y apetito depravado tiene, á más de eso, enemigos extrínsecos, el demonio, el mundo, que hacen brava resistencia. Pues quien ha de vencer todos estos contrarios, menester ha ser hombre de hecho, y tener fortaleza y osadía de varón. Cuando salieron los hijos de Israel de Egipto y enviaron sus espías que reconociesen la tierra de promisión, ordena Dios que vayan á dar en Hebrón los descubridores, donde estaba la generación de Anach, todos gigantes pavorosos que los asombraron; y así vinieron diciendo: «La tierra que habemos visto bonísima es»; *sed cultores fortissimos habet et urbes grandes atque muratas.* «Pero los moradores son valentísimos, y las ciudades grandes y bien muradas y torreadas». No las podemos conquistar, porque delante de aquellos monstruos parecemos nosotros langostas. ¿Para qué quiso Dios que luego á la entrada de la buena tierra, en el primer umbral (como dicen), tropezase su pueblo con aquellos disformes jayanes que le amedrentaron? Para mostrar que en el camino del cielo, en el ejercicio de la virtud hay también semejantes monstruos que nos estorban: grandes dificultades, asperezas, peligros, temores, espantos de enemigos domésticos y extraños. Buena es la tierra, dulces son los frutos, sazonados, de la virtud; bienaventurada es aquella tierra de los vivos, que mana leche y miel; pero tiene guardas fortísimas, querubines armados con montantes de fuego: señal certísima que á fuego y á sangre se ha de hacer la guerra. Es una fortaleza inexpugnable, y así para conquistarla es menester gran denuedo y pelear como buenos. *Regnum cœlorum vim patitur, et violenti rapiunt illud:* «El reino de los cielos está dado á saco y se puede entrar por fuerza de armas». Los soldados varoniles, arriscados, determinados, que trepan por las picas y se arrojan por los hierros de las espadas y lanzas, esos la ganan á fuerza de brazos. Luego bien dice David: *Viriliter agite;* «Pelead como valientes»; sacad fuerzas de flaqueza, animaos, no desmayéis; macerad la carne, acocead al mundo, haced rostro al demonio, atropellad vuestros enemigos, no reparéis en inconvenientes. Buen consejo; pero ¿dónde están las fuerzas para todo eso? ¿Quién es poderoso para fortalecer al hombre flaco y cobarde, y ponerle tanto brío? A eso responde: *Omnes qui sperant in Domino.* No habla con todos, sino con los que esperan en el Señor. Estos que desconfían de sí y fían de Dios participan la misma fortaleza de Dios, que los hace invencibles. Como dice Isaías: *Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem.* Advierte San Gregorio que no dijo tomarán, sino trocarán una fortaleza por otra. Los malos son fuertes para el mal. *Viri fortes ad miscendam ebrietatem.* Para hacer calabriada de blanco con tinto, y embriagarse con los bienes y contentos de este siglo, sufren trabajos, ofrécense á los peligros, no perdonan á gastos en orden de satisfacer á sus apetitos; pero en convirtiéndose á Dios y poniendo su amor y esperanza en él, dejan esta fortaleza y toman otra, que es la de los justos. Que si antes eran fuertes para vengar las injurias, ahora lo son para perdonarlas. Antes vencían á los otros: ahora se saben vencer á sí. Antes eran manirrotos para gastos superfluos y vanos; ahora lo son en obras de caridad. Antes eran fuertes para comer y beber y contentar su carne; ahora lo son para afligirla con ayunos, disciplinas y otros malos tratamientos. Antes eran fuertes para huir los trabajos de la penitencia; ahora lo son para sufrirlos. Esta es la fortaleza de los que esperan en el Señor. Y para dársela y quitarles todos los miedos, sale hoy Cristo en público, y viene al desafío de su pasión á combatir en campo aplazado con el príncipe de este mundo, que es aquel fuerte armado que estaba en pacífica posesión guardando su estancia; mas sobreviniendo otro más fuerte que él, le venció y desarmó, y quebrantó sus fuerzas, y le quitó los despojos que poseía. Esto da á entender el evangelista en el principio de nuestro evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ante sex dies Paschæ, venit Jesus, etc. Paréceme que el águila real San Juan, cuando esto escribía puso los ojos en David, aquel mancebo blanco y rojo, á quien desde el desierto (donde estaba repastando su manadilla de ovejas) [illegible]-

vió su padre á visitar á sus hermanos, que estaban en campaña contra los filisteos. Trájoles tres medidas de harina y diez panes. Llegado al campo, como oyó hablar en la fortaleza de Golias, que con tanta arrogancia desafiaba á todos los reales de Israel, y ninguno se atrevía á responderle, toma la demanda el animoso mancebo y dice: *Non concidat cor cujusquam in eo. Ego servus tuus vadam et pugnabo adversus philistœum.* «Yo me prefiero de hacer con él batalla». Reprendióle su hermano mayor Eliab, espantado de verle allí, y túvole por temerario y atrevido. Mas David apartóse de él un poco, y torna á ofrecerse á la lid; y porque no lo tuviese en poco, en presencia del rey hace alarde de sus valentías, pues solo y sin armas desquijaró un león y mató un oso que le hacían daño en el ganado. Con esto dio de sí buenas esperanzas; y no queriendo las armas de Saúl, con su cayado y cinco piedras se va contra el filisteo, esperando en el nombre del Señor; y derribándole de una pedrada, le cortó la cabeza con su propia espada del gigante. Lo cual visto por los filisteos, huyeron, y los israelitas cobraron ánimo, y persiguieron y mataron á sus enemigos. Cristo es el verdadero David, blanco por su inocencia y colorado en la pasión. Envióle el Padre á visitar á sus hermanos los hombres que estaban en el campo, como dice el Santo Job: *Militia est vita hominis super terram.* A los cuales trajo tres medidas de harina, que es el conocimiento de la santísima Trinidad y los diez panes de los Mandamientos de la ley. Y viéndolos afrentados y oprimidos del demonio (á cuyas fuerzas desiguales no podía resistir) él se convida á la batalla. *Nunc judicium est mundi: nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.* Ahora se ha de hacer juicio del mundo, y se porná en juicio de batalla el señorío de él, y se verá la poca justicia que tiene el príncipe de este mundo: yo le echaré del campo, y de su posesión y señorío. La reprehensión del hermano mayor es la indignación del pueblo hebreo (hermano de Cristo según la carne) que no le quieren recibir por Cristo, porque no les parece poderoso para salvar. El apartarse un poco David, es haberse retirado Cristo (después que en el cabildo se decretó su muerte) al lugar de Efrén. Pero no se detuvo mucho, sino *ante sex dies Paschœ.* Seis días antes de la batalla sale del lugar donde había estado como escondido, y con ánimo intrépido y determinado se ofrece á la muerte. Y porque se entienda que hace esta jornada por mandado de su Padre, *venit Bethaniam*, que quiere decir casa de obediencia, porque la de su Padre es la que le lleva á morir, y no fuerzas de enemigos, ni astucias de Satanás ni necesidad de hados ni de la muerte; porque para todos esos brazos es el suyo invencible. Y así lo declaró él. *Venit enim Princeps mundi hujus et in me non habet quidquam. Sed ut cognoscat mundus quia diligo Patrem et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio.* A las manos quiere venir conmigo Satanás; pero no halla en qué hacer presa, que son mayores mis fuerzas que las suyas. Mas para que conozca el mundo que yo amo á mi Padre y hago lo que me mandó, *surgite, eamus hinc:* «Levantaos y vamos de aquí». Por eso caminando á Jerusalem hace alto en Betania. Va haciendo posas, no de cansancio, sino de majestad y fortaleza, porque no se le atribuya la cruz que padece á falta de poder, sino á sobra de amor y voluntad y á gran prontitud de obediencia. Y como David para acreditarse de valiente contó sus proezas pasadas y las victorias habidas de leones y de osos, así viene Cristo á Betania, *ubi Lazarus fuerat mortuus: quem suscitavit Jesu.* Fue refrescar la memoria de aquella hazaña, y decir: Quien alcanzó victoria del león de la muerte, sacando de sus garras el cuerpo podrido, y del oso del infierno, sacándole del, vuelve el alma que tenía tragada; quien de tales fieras libró este cordero de Lázaro, poderoso será de pelear con el gigante demonio, y librar el pueblo de su tiranía. Y esto no con las armas de Saúl, no con riquezas y fuerzas mundanas, sino con el báculo de la cruz, y con cinco piedras de cinco llagas en el nombre del Señor. Esto es, con la virtud de la divinidad le derrocó y mató con sus propias armas. *De peccato damnavit peccatum.* Con la muerte, que es efecto del pecado, padecida como si fuera pecador, destruyó al verdadero pecado, y triunfó del enemigo á su propia costa; con esto quedan debilitados nuestros adversarios, y los que esperan en Cristo fortalecidos. Y á ellos se dice: *Viriliter agite et confortetur cor vestrum, omnes qui speratis in Deo.* «Haced como buenos, esforzaos y no temáis los que esperáis en el Señor». Tales eran los vecinos de Betania, de quien se dice luego.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Fecerunt autem ei cœnam ibi. Ya andaba el Señor encartado; ya dado mandamiento que lo denunciasen; ya se tenía por enemigo de la patria el que se le llegaba. Y en este tiempo tiene amigos que se ponen á tanto riesgo por él. En esto muestran su valor y fortaleza los amigos de Dios que esperan en él; en serlo cuando el partido de Dios está caído, entonces se declara Lázaro, Marta y María, y le hacen espaldas. El santo Moisés, *grandis factus negavit se esse filium filiæ Pharaonis.* Habíasele pasado la niñez en casa de Faraón, criado como hijo de la princesa de Egipto, servido de todos en pa-

lacio, abre los ojos siendo ya grande, y viéndose con tanta estimación, tomó ánimo y negó ser hijo suyo. Y esto cuando el partido de los hebreos estaba tan caído, que todos los tenían por esclavos, *magis eligens affligi cum populo Dei quam temporalis peccati habere jucunditatem: majores divitias æstimans thesauro ægyptiorum improperium Christi.* «Queriendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios y ir á los adobes y al trabajo con sus hermanos, que gozar de la prosperidad temporal con los pecadores, teniendo por mayores riquezas ser deshonrado por Cristo que todos los tesoros de los gitanos». Esta misma constancia mostró el profeta Daniel, siendo privado del rey Darío, cuando á instancia de sus émulos mandó echar aquel bando: Que por espacio de treinta días ninguno pidiese merced alguna ni á Dios ni á los hombres, excepto al rey, so pena de ser echado á los leones el que lo contrario hiciese. Bien entendió Daniel el designio é intento de sus adversarios, que era buscar algún achaque para caluniarle y destruirle. Mas nada alterado se fue á su casa, y sin cerrar puertas ni ventanas, ni curar de otra guarda ni cautela, hacía su oración tres veces al día mirando hacia Jerusalem, y alabando y bendiciendo á Dios, como lo tenía de costumbre. Espiáronle sus enemigos, y convencido que hacía oración á Dios, contra el mandamiento del rey, fue echado en el lago de los leones. Pero libróle Dios con mucha honra suya y muerte de sus enemigos. Estos pechos quiere Dios, que ni el furor ni privanza del rey, ni la envidia y persecución de los malos, ni la cruel muerte, sea parte para negar á Dios y hacerle desdecir un punto de su servicio. Otro testigo tenemos de esta verdad en el apóstol San Pablo. El no alaba su predicación á la usanza de ahora, que es subirse en el púlpito honroso, tener grandes auditorios atentos, la estimación de ser predicador evangélico, sino cuando estas verdades eran aborrecidas y costaba la vida el predicarlas. *Nos prædicamus Christum crucifixum, Judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam* (I Cor., 1). Esto es tener amistad al evangelio y á Cristo, en tales tiempos romper con el mundo; hacer rostro y declararse por el bando del Señor. El buen José Abarimatia, después de Cristo crucificado, estando aborrecido y abominado de todos, *audacter introivit ad Pilatum et petiit corpus Jesu.* Con osadía se declaró por amigo, contra todos ellos, y trató de ungir y sepultar aquel sagrado cuerpo. Lo mismo fue del buen ladrón. Que la grandeza de su negocio estuvo en este punto confesarle cuando todos le faltaran. Judas le vende, Pedro le niega, los apóstoles huyen, todos se escandalizan; los amigos se encogen, los magistrados y jueces le condenan, los sayones le silban y escupen su rostro, el pueblo le desconoce; San Juan y su madre allí llorosa callando (que el hablar no convenía entonces); y él toma por toda la iglesia la mano, y no teniendo libre más que la lengua, reprehende al compañero, publica la inocencia de Cristo, la injusticia del juez y de los acusadores; llámale rey, pídele memoria para cuando esté en su reino. ¡Oh fe fundada en caridad, cuánto puedes, que sacas fuerzas de un cuerpo tan flaco! Crucificado estaba y agonizando; y en tal aprieto le confiesa, y vuelve por él contra todo el mundo. ¿Qué decimos á esto nosotros, que queremos ser cristianos á poca costa, que no dura más nuestra virtud de cuanto no se atraviesa alguna persecución, y no son menester adobes de Egipto, ni leones de Babilonia, ni malas voluntades de Judea, ni tormentos ni muertes de todo el mundo, sino una ligera pérdida de nuestro pundonor, gusto ó interés nos hace desdecir de lo justo? Diréisle al otro: Hermano, perdonad la injuria, que lo manda Cristo.—¿Pues mi honra? Quedo cargado que me silbarán cuantos me conocen. No puedo obedecer á Cristo con tanto detrimento de mi honra.—Al otro que tiene la hacienda mal ganada, decidle que restituya.—¿Pues qué comerán mis hijos? ¿He de caer de mi estado? ¿He de pedir de puerta en puerta, un hombre que me he visto en tanta honra?—El otro mancebo gallardo, que deja de confesar y comulgar, y no osa ir á los hospitales, porque sus compañeros perdidos y disolutos no burlen dél, y le llamen hipocritón y santucho. Decidle á la otra moza de buen parecer que se recoja y viva honestamente.—¿Pues cómo me tengo de sustentar? —Hilad y trabajad, ó entrad á servir, y dejaos de copetes y oros, y terciopelados mantos de soplillo.—No, señor, que ninguna de mi linaje sirvió, y yo me he de tratar como las de mi calidad; y eso del trabajar es allá para gente baja.—Es virtud esa que entra en costa. ¿De manera que en ofreciéndose algún trabajo ó peligro, ó menoscabo, luego se acaba la amistad de Dios? Pues acordaos de aquella amenaza: *Qui erubuerit me et meos sermones huic Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua et Patris et sanctorum angelorum.* «El que se avergonzare de parecer mío delante los hombres, yo me correré de tenerle por tal delante mi Padre y de todos los ángeles». No basta, no, avergonzaros de ser cristianos, sino de la dotrina y mandamientos de Cristo, que dice: *Diligite inimicos vestros.* ¿Que pensáis que significa la cruz de Cristo que ponen en la frente al cristiano cuando le confirman? Es decirle que le arman caballero cristiano; y que esa es su nobleza y caballería, el hábito de Cristo; y que no se ha de avergonzar de la cruz de Cristo,

sino traerla en público, y preciarse de ella como esclavo de Jesucristo, comprado con su sangre, herrado con su hierro, que es el Tau con que el Señor mandó señalar á sus escogidos para que los conozcan por tales. Así le honraba David de serlo y parecerlo, cuando decía: *Et ambulabam in latitudine quia mandata tua exquisivi.* «Señor, yo andaba en público, no por rincones, sino mi cara descubierta, porque guardé vuestros mandamientos». No me despreciaba de parecer siervo vuestro, observante de vuestra ley. La esposa sale por las calles á buscar á su esposo sin empacho ninguno, y á cuantos encuentra les pregunta por su amado. Todo esto nos enseña el valor y constancia con que habemos de confesar á Cristo y declararnos por siervos suyos, aunque sea con riesgo y pérdida de todo lo temporal. Como lo hicieron los de Bethania, que cuando todo el mundo dice que le han de prender, entonces le reciben y le regalan.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Fecerunt autem ei cœnam ibi, et Marta ministrabat; Lazarus vero unus erat ex discumbentibus cum eo. Dos dudas hay aquí cerca de la letra. La primera, en qué casa se dio esta cena. La segunda, quién la costeó. La primera, es manifiesta que fue en casa de Simón Leproso; porque así consta expresamente en los otros evangelistas. A la segunda, San Crisóstomo y Eutimio dicen que las dos hermanas Marta y María dieron la cena; y porque había de ser muy espléndida, y muchos los convidados, escogió la casa de Simón Leproso, que debía de ser muy capaz ó porque, por ser hombre, era más á propósito casa que las de unas señoras doncellas para tanta gente. Otros dicen que el Concejo de la villa de Bethania fue el que proveyó la cena, sintiéndose obligado por los muchos beneficios que aquel lugar del Señor había recibido, y por el honor y nombradía que de su hospedaje les resultaba. Lo cual da á entender el evangelista diciendo que vino Cristo á Bethania, y que allí le ordenaron una cena; no señalando persona particular, da á entender que la dio el común. Y es bien así; porque como el Señor ordenaba esto para quitar el escándalo de su cruz, y probar la superioridad que tenía á todos sus enemigos, tanto más se manifestaba su gloria cuanto más se declarase por sus amigos. Proveída la cena, y señalada la casa de Simón, no faltaron las hermanas, ó porque tenían deudo con Simón, ó por su devoción particular. Marta se encargó del guisado y servicio, como otras veces lo había hecho. Marta ministraba. ¡Bien empleado servicio, seguro trato! ¿A dónde se pueden mejor emplear las fuerzas y la industria? Criados tenía Marta; señora principal era; pero no se fía de ellos sino ella por su mano lo hacía, porque no se despreciaba de servir á Dios. No como los señores y señoras de ahora, que tienen por bajeza dar por su mano la limosna al pobre, que representa la persona de Jesucristo; aun de ayudar á misa no se precian los caballeros (oficio de que no son dignos los ángeles). ¡Cuánto mejor lo miraba David, pues siendo rey se quita las vestiduras reales, y como hombre de placer baila, tañe y canta delante del arca del Señor, que era la sombra de este misterio. ¿Pues ya por su mano curar al pobre? ¿guisarle la comida? ¿trabajar de sus manos para hacer limosna? ¿Quién hace eso? ¿Qué fuera ver á Abraham, un hombre tan grave y tan poderoso que con sola la gente de su casa dio batalla á cuatro reyes y los venció, estar esperando los caminantes á la puerta de su tabernáculo, en mitad de la fiesta; y en llegando, hincarse de rodillas y pedirles por merced que hiciesen venta en su casa; y traer él propio el agua y lavarles los pies? ¿Y luego mandar á su mujer que les haga torticas; y él ir corriendo á la vacada, y matar una ternerica de leche? ¿Qué es esto? ¿No había en aquella casa criados? ¿Para casar á su hijo envía un criado, y servir al peregrino él y su mujer? Si viérades ahora al marqués y á la marquesa, corriendo de la botillería á la cocina para hospedar un peregrino, ¿qué dijérades?—Sin duda debe ser el rey, que viene en hábito de romero, por no ser conocido. Pues esto entendía Abraham, que en aquellos peregrinos recibía á Dios; y así se honraba de servirlos por su propia persona. *Servire Deo regnare est*, dijo San Antonino á la hora de su muerte. Los que de este Señor son tan serviciales, son reyes. ¿No se tienen por muy honrados y favorecidos los grandes caballeros y señores en servir al rey en su cámara y en oficios de su casa? ¿Pues qué interesan de ahí? Oid un rey cómo los desengaña: *Nolite confidere in principibus, in filiis hominum, in quibus non est salus. Exibit spiritus ejus et revertetur in terram suam: in illa die peribunt omnes cogitationes eorum.* Cuando mueren los reyes hay también general mortandad de pensamientos, de pretensiones. Rómpense las redes, marchítanse las esperanzas, sepúltanse los servicios, resucitan las hambres y desconfianzas, pero no así contigo Señor. *Regi sæculorum, inmortali, invisibili: soli Deo honor et gloria* (S. Timot.). «A solo este rey de los siglos inmortal, que no pasa con los tiempos, es debido el honor, y la gloria, y el servicio». Aunque por ser invisible en esta vida es menester fe para reverenciarle. Esta tenía Marta muy viva, pues dijo: *Ego credidi quia tu es Christus filius Dei vivi.* Y como á tal le servía en cuanto hombre por su persona.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Lázaro era uno de los que comían á la mesa de Cristo; porque se viera cómo fue verdadera resurrección, y no fantástica ni fingida. Y con haber estado de tantos días muerto, podrido y hediondo, no tiene asco de sentarle á su mesa, porque á Dios no le huele mal el pecado pasado, sino el presente. No le enfada el pecado que fue, sino el que lo es. Muéstrasenos en esta cena la piedad con que trata Dios á una alma recién salida del sepulcro, convertida del pecado. ¿Cómo la regala? Son dolientes de convalecencia, son plantas tiernas, traspuestas del monte del pecado al vergel de la gracia, y es menester regarlas y cavarlas y tener gran cuenta dellas. Como el cazador que ha perdido su halcón, y se le ha remontado, toma el señuelo en la mano, y anda por sierras, cerros, valles, dando voces y auchando el halcón, hasta que se le viene á la mano. Y cuando le tiene en su poder, no le repela ni castiga, antes le halaga y le compone las alas, y le iguala las plumas, y le da á comer de un pecho de ave, para que con el contento y regalo no se le vaya otra vez. Y si se le fuere, al primer silbo se le torne, acordándose del buen tratamiento pasado, así Cristo (divino cazador) cuando estas primas de las almas se le huyen, búscalas, dales voces con inspiraciones, con sus palabras, llámalas con el señuelo de su misericordia. Y cuando vuelven, no las hostiga, ni riñe, ni muestra mal rostro, sino regálalas y compónelas, y dase á sí mismo en manjar, porque otro día no se le huyan y se vuelvan á su pecado. ¡Oh, Señor, y cómo sabéis hacer estas caricias! Dice el ángel á las Marías: *Ite, dicite discipulis ejus et Petro* que ya su maestro ha resucitado. ¿Por qué más, Señor, á Pedro? ¿Qué regalo tan especial? Sí. Que había tenido gran dolencia: había echado la vida por la boca negando á Dios. Está ya convertido, lloró grandemente, estaba tierno, y muy necesitado de consuelo. A Saulo, después de derribado y cegado, le envía á Ananías que le consuele y le bautice, que le cure y le aliente. Al ciego que dio los ojos, que le habían tratado mal los fariseos, le busca y anima y santifica. Así ahora resucita á Lázaro, y le sienta á su mesa. No se desdeña Dios de sentar cabe sí á los pecadores, antes los honra y autoriza, salidos del pecado, y los abraza y estima. *Suscitat de pulvere egenum et de stercore elevat pauperem: ut sedeat cum principibus et solium gloriæ teneat:* «Levanta al menesteroso del polvo de la tierra; de la inconstancia que tiene el malo, con que es llevado de sus pasiones, y saca al pobre de la basura y torpeza del pecado para darle silla entre los Príncipes y sentarle en trono de gloria». Por eso quiso que hubiese ejemplos de toda suerte (como prueba San Jerónimo): Pecadores y convertidos. Patriarcas, los hijos de Jacob, que vendieron á su hermano. Profetas, Moisés, que pecó á las aguas de contradicción; Jonás, fugitivo; el otro que comió en Samaria, desobediente. Pontífices, Aarón y Jesús hijo de José, vestido de ropas manchadas. Apóstoles, San Pedro y San Pablo, y casi todos los Reyes, David, Manasés, Nabucodonosor. Sabios, Gamaliel, Ambrosio, Agustino. Y el cielo lleno de éstos. *Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini, testimonium Israel.* En testimonio de que por más pecadores que seamos nos podemos salvar y sentar cabe ellos. Así lo dice por su Profeta: *Si converteris, convertam te, et ante faciem meam stabit. Et si separaveris prætiosum a vili, quasi os meum eris.* «Si te convirtieres á mí, yo te perdonaré, y estarás delante de mi rostro como privado mio; y si te apartares, el alma preciosa que yo crié de la hediondez y vileza del pecado que tu hiciste, serás gentilhombre de la boca». ¡Oh, qué nuevo trueque! ¡A dónde te pasa y á dónde te halla! Del polvo, al cielo; del estiércol, al trono de gloria; del muladar, al regalo de la boca de Dios. ¡Oh celestial banquete, cuál serás! Si esta mesa hoy nos espanta en ver á Lázaro resucitado en ella, ¿qué será verte á ti, inocentísimo Cordero de Dios, riquísimo Señor, cuando convidares á los pecadores justificados, y los sentares en el convite donde no habrá uno solo resucitado, sino todos tus predestinados llenos de inmortalidad? Donde no sirva Marta, sino tú, Señor, seas el huésped y el maestresala y el manjar; donde no hable Judas murmurando, sino todos digan con los ángeles cantando: Bendición, claridad, sabiduría y hacimiento de gracia, honra, virtud y fortaleza se de á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amén.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Maria ergo accepit libram unguenti nardi pistici prætiosi. Como María vio á su hermana Marta empleada en servir á Cristo, y á Lázaro sentado con él, acuerda ella de hacerle algún regalo (que el amor no puede estar ocioso) y toma una libra de ungüento de nardo precioso, no adulterado, aniexo ni corrupto, y unge con él los pies del Señor. ¿Qué es eso, Magdalena, pues para derramar en los pies y por el suelo habéis buscado ungüento tan fino y de tanto valor? Sí, porque es para Dios, á quien se ha de servir con lo mejor y más precioso. Son los buenos muy libres para con Dios y muy escasos con el mundo. Abraham (aquel que con los peregrinos fue tan cumplido) echando de su casa á Agar su esclava y á Ismael su hijo, no

les dio más regalo que un poco de pan y un correzuelo de agua que llevaba la madre á cuestas. ¿Pues con una mujer con quien había sido casado, y con su propio hijo, tanta lacería? ¿Pan y agua? Sí, que eran malos y pertenecían á este siglo. Abel ofrece sacrificio á Dios y ofrece lo más grueso y escogido de su ganado. Al revés son los malos, que dan á Dios lo peor; como Caín, que ofreció el deshecho de sus frutos. Hijos suyos son los que ahora dan al diezmo los suelos del trigo y la uva podrida, que no la pueden aprovechar. ¿De modo que todo lo que es diezmo se ha de vender á menosprecio, porque es para Dios? A estos les echa su maldición, como á Caín. Maldito sea el engañoso, que teniendo en su ganado cordero gordo y sin falta, ofrece á Dios lo más falto de su manada. ¿Osaras ofrecer el deshecho á tu rey si le hubieses de hacer un presente? ¿Buscaras lo más vil y desaprovechado? Pues rey soy yo grande (dice el Señor de los ejércitos) y mi nombre es horrible en todas las gentes. ¿Pues por qué conmigo habéis de ser escasos y descomedidos y con el mundo tan largos y desperdiciados? El rico avariento cada día tenía en su casa banquete espléndido, muchos convidados, músicos, truhanes, chocarreros, vestidos costosos, púrpuras, sedas, holandas, caza, perros, sabuesos, halcones, girifaltes, sacres, caballos, mulas, frisones. Para todo esto había; y el pobre Lázaro que á sus ojos moría de hambre, no había quien le diese las migajas que se caían de su mesa. Naval Carmelo, á David y á los suyos les niega un pedazo de pan y á sus pastores y ganaderos hace un convite, *quasi convivium regis*. Pero dice la Escritura que se le murió el corazón en el cuerpo, y se le puso como una piedra. ¡Oh, qué de ellos hay en el mundo que tienen los corazones empedernidos! ¡Que gastan sin duelo sus haciendas, y derraman millaradas de ducados en pleitos ó en sastifacerse de sus agravios! Otros en juegos, galas, comidas, truhanes, caballos, joyas, mujercillas. Para eso son Alejandros; y para Dios, para sus templos, para los pobres, que son los pies de Jesu Cristo, no hay sacar jugo de ellos más que de un guijarro. La Magdalena no es así, sino que para los pies de Cristo gasta sin duelo lo mejor. San Mateo y San Marcos dicen que también le ungió la cabeza. Y todo es verdad, que San Juan escribe la unción de los pies, que ellos dejaron. En lo cual se nos muestra, que el bien comenzado no se ha de dejar, sino que vaya siempre en crecimiento. Cuando estuviéredes en pecado, á los pies de Cristo á llorar, á los pies del confesor. Mas cuando estuviéredes perdonado, á la cabeza, abrazaos al cuello de Cristo, recibiéndole en vuestro pecho. Y no como el traidor de Judas, que sin ser perdonado llegó su boca sacrílega al rostro de Cristo, y así le dijo: *Juda, osculo filium hominis tradis?* Como si dijera: ¿No tienes empacho de haberme vendido y darme beso de amigo? Sino como María, que después que oyó á los pies: Tus pecados te son perdonados, pasó adelante á ungir la cabeza. Aquí se nos encomienda mucho la virtud de la perseverancia, que es el remate y perfección de todas las virtudes, sin la cual ninguna merece alabanza ni nombre de virtud. De aquellos santos animales se dice: *pedes eorum, pedes recti*. Y luego más abajo: *Non revertebantur cum inciderent, sed unumquodque ante faciem suam gradiebatur*. Donde dice San Gregorio que los santos tienen los pies derechos, porque sus obras y afectos no se tuercen para seguir al pecado. Son perseverantes en el bien comenzado. Pero los malos tienen los pies zopos, porque se vuelven á revolcar en el cieno de los vicios que dejaron. Los justos no vuelven atrás, no desandan lo andado, no derriban lo que han edificado, sino siempre caminan delante su rostro. Esto es. Siempre van adelante, de bien en mejor, de virtud en virtud, hasta ver á Dios en Sión. Esto es caminar delante de su rostro, con la esperanza de la eterna retribución: perficionarse cada día más. Qué de ellos se confiesan en la Cuaresma, y lloran á los pies del confesor, y llegan al rostro de Cristo, comulgando la Pascua. Ungen á Cristo con buenos deseos, con santos propósitos, con ayunos, con limosnas y oraciones; y luego aflojan en el rigor, en el recogimiento y penitencia, y se vuelven como perros al vómito. A éstos más les valiera no haber comenzado que volverse tan presto atrás. Mira, hombre convertido, que te mira Dios, renueva tus buenos propósitos, y por amor, ó por temor, ó por vergüenza, trabaja de perseverar. Mira que está en tu mano dejar el bien comenzado, y por ventura no lo estará tornando otra vez á comenzar. Más. El que tiene guerra continua, continuamente ha de pelear, y el que siempre recibe mercedes, no debe cesar de hacer gracias, y el que siempre es amado, no ha de refriarse en amar. Con razón pide Dios perseverancia en su servicio, pues Él tiene tal tesón en hacernos cada día beneficios nuevos, y no cesa de llover sobre nosotros bienes, y tiene en peso los méritos de su pasión, y manan siempre las fuentes de los Sacramentos, y la gloria que nos promete nunca tendrá fin ni dará hastío. Por eso la Magdalena persevera en su penitencia, ungiendo los pies, y procura mejorarse, ungiendo también la cabeza.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Et domus impleta est ex odore unguenti. La casa del bueno toda está oliendo, y todo lo que

en ella hay. Dice San Marcos que tomó el vaso María, y le quebró en alto sobre la cabeza del Señor: porque el ungüento le ungiese y regalase todo, descendiendo desde la cabeza á los pies. Y sin duda fue impelida María del Espíritu Santo, para significar el fruto y utilidad que había de manar de la muerte del Redentor. Para entender este misterio, hemos de suponer que en la Escritura se miraba mucho cuando á un príncipe ungían por rey y el vaso en que el bálsamo iba tenía particular consideración. Cuando Dios mandó á Samuel ungir á Saúl, llevó el bálsamo en un vaso de barro. *Tulit Samuel lenticulam olei et effudit super caput ipsius.* Mas cuando le envió á ungir á David, le mandó llevarle en un vaso de cuerno. *Imple cornu tuum oleo.* San Gregorio dice que en esto hay misterio: porque el reino de Saúl era breve y no había de perseverar, por eso fue ungido sacando el óleo de vaso de barro quebradizo, y así fue. Mas porque el de David había de ser reino perpetuo, *juravit Dominus David veritatem et non frustrabitur eam. De fructu ventris tui ponam super sedem tuam.* Por eso se ungen sacando el olio de hueso duro. Hoy vemos ungido á nuestro príncipe, y para la sepultura (como él dice). ¿Y en qué veremos que le ha de durar poco la vida presente? En que el vaso se quiebra. Vaso quebradizo, símbolo es que está cerca su muerte y la sepultura. ¡Oh, Señor, qué nos importa! Quiébrese el vaso de vuestra humanidad, para que á todos nos alcance el buen olor y fragancia del ungüento y seamos ungidos con el olio de vuestra gracia preciosísima. Quiébrese ese cántaro de vuestro cuerpo. fabricado por el Espíritu Santo en las entrañas virginales de vuestra madre purísima, y saldrá mejor que de los cántaros de Gedeón, luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene al mundo. Bien se puede ya quebrar el cántaro, pues también habéis tañido la trompeta de vuestra predicación. Y si la esposa dice: *Oleum effusum nomen tuum,* cuando en la cruz os sobreescriban ese nombre: Jesús Nazareno, Rey de Judíos, porque allí haréis el oficio de Salvador, entonces se derramará el bálsamo de vuestra unción, y el mundo será lleno de vuestros olores, de vuestra verdad, justicia, paciencia, misericordia y amor. ¿Cuándo olió bien el hijo Jacob á su padre Isaac, sino cuando vino con las vestiduras de su hermano Esaú? Entonces le dijo: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus:* Olor de un campo, mezclado de todas las flores y árboles floridos. Al arrayán, á la murta, al jazmín, al azahar, rosa, clavel, azucena, mosqueta, un olor general. Así, Señor, cuando os vistiéredes las ropas del hermano Esaú, travieso, profano, cazador, vestíos de llagas, de vituperios, desnudez y confusión, que son ropas de pecador, y entonces oleréis á todos vuestros atributos y á todas las virtudes. Cuando castigáis á Sodoma, oléis á justiciero. Cuando perdonáis á Nínive, oléis á misericordioso. Cuando resucitáis á Lázaro, á vida. Cuando reprehendéis al fariseo, á verdad. Cuando enseñáis el cielo, á camino. Cuando os transfiguráis, oléis á Hijo de Dios. ¿Pero cuándo será *odor agri plenus?* Cuando se quebrare el alabastro, y cumpliéredes las Escrituras, y llenáredes de luz las sombras, oleréis á verdadero *Consummatum est.* Pagaréis por los hombres. El inocente por los culpados, oleréis á justo. *Ad ostensionem justitiæ suæ.* Poneros han en un palo, pasaréis dolores y afrentas, y callaréis como un cordero; oleréis á pacientísimo. *Quasi agnus coram tondente se, obmutescet.* Daréis vuestra sangre á los predestinados, y verterla heis por la remisión de todos, oleréis á misericordioso. *Propter remisionem præcedentium delictorum.* Rogaréis por los enemigos, oleréis á más que hombre; dando nuevo ejemplo de caridad, mejor que la sangre de Abel: *Melius loquentem quam Abel.* Vestirse ha el Sol de luto, y anublarse ha el cielo por vos; romper ha el velo del templo, quebrarse han las piedras unas con otras, temblará la tierra; oleréis á Hijo de Dios. *Vere Filius Dei erat iste.* Esto es llenarse la casa del olor del ungüento.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Pero con ser tan suave este olor no falta á quien le huela mal. A Judas Iscariote, que dice: *Quare hoc unguentum non veniit trecentis denaris et datum est egenis?* ¡Oh traidor! ¿Y parécete á ti que está mal empleado en Cristo, patriarca de los pobres, que con su pobreza nos vino á hacer á todos ricos? Es grande colmo de maldad murmurar de lo bueno y poner faltas en ello. El escarabajo en la rosa y la mosca en el ungüento, que le quita su buen olor y suavidad; así es el malo que procura escurecer la buena obra. Pero el Evangelista quitóle el rebozo y disfraz que estas palabras tenía, diciendo que él no lo había por los pobres, sino porque era ladrón y pesábale de haber perdido una ocasión como ésta, donde pudiera bien llenar las manos. ¡Oh infelice hombre, que su desventura le ha traído á tal estado, que le pesa por las ocasiones que pierde para el mal! Quedó tan penante Judas de haber perdido ésta, que de aquí la tomó para vender á su maestro. Y fue tan mal apreciado, que el ungüento estimó en trescientos denarios, y á Cristo vendió por treinta; pero no consintió el Señor que nadie pusiese falta en una obra tan excelente, de tanta piedad y devoción, y sale á defendella. *Sinite illam:* «Dejadla, que la obra que ha he-

cho en mí es buena y digna de eterna memoria mientras el mundo durare». *Prævenit enim ungere corpus meum in sepulturam:* «Ella se anticipó á ungir mi cuerpo para la sepultura». Quiso hacer Cristo un ensayo de su muerte, y por eso consintió ser ungido. Y así dice San Bernardo sobre este lugar que el ungir María á Cristo fue abrirle la sepultura para cuando muriese. De la suerte que un caballero que ha de salir á un juego de cañas y de sortija, antes que salga á la plaza se va al campo á imponer para venir más industriado, así Cristo se comienza hoy á ensayar, dejándose ungir para cuando salga á la fiesta de su pasión en la plaza del Calvario y haga gentilezas en el caballo de su cruz. Donde se nos descubre el inflamado deseo que tenía de morir; pues tantos días antes se ensayaba, no por necesidad, sino para muestra de su amor. Como la desposada que hace unas ropas para el día de la velación, y se las prueba dos ó tres días antes para ver cómo le vienen, y si podrá con ellas parecer bien á su esposo, así Cristo, dejándose ungir, se prueba las ropas de muerte con que ha de salir en el día de su desposorio, *in die desponsationis illius* (Cant., 3), que es el día de su pasión. Desde hoy, pues, almas cristianas, podéis contemplar muerto y sepultado á vuestro esposo; aquel más alindado que Absalón; aquel inocente y santo, colgado por nuestras maldades en el árbol de la cruz, y acabar su vida en la más fresca y florida joventud. Comenzad desde luego á hacer las exequias. Esta es semana de luto, de tristeza y de dolor. Hagan pausa nuestros contentos; póngase entredicho á las alegrías; dése larga licencia á las lágrimas; rompan el aire nuestros gemidos; rásguense de compasión nuestros corazones; hagamos amarga penitencia de nuestros pecados, para que haciendo compañía al Redentor én los trabajos de su pasión, merezcamos tenérsela en los gozos de la resurrección, aquí por gracia y después por gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

MARTES DESPUES DEL DOMINGO

DE RAMOS

DE LA NEGACION DE SAN PEDRO

Et conversus Dominus, respexit Petrum: et recordatus est Petrus verbi Domini.

(Luc., 22).

Acontece en un día de primavera que el cielo amanece claro y sereno: todo está alegre y el campo se ríe, las flores hermosas deleitan con su olor y variedad los sentidos, y recrean el ánimo; cuando allá sobre tarde se revuelve el tiempo, y una nubecilla parda que ciñe el horizonte y poco á poco se va levantando y tornando negra, cubre el cielo y comienza á fucilar y echar relámpagos, truenos y rayos, y llover á cántaros. Veréis, en descubriéndose la tempestad, la prisa de esconderse las aves, los animales; irse los hombres á las iglesias, hacer plegarias, doblar campanas. Y siempre deja una tormenta de éstas un hecho solemne: un almez grandísimo arrancado, un campanario caído, un rayo que cayendo sobre una peña la parte por medio; al fin, algo con que los venideros se acuerden. ¡Qué primavera tan alegre de gracia había en el colegio apostólico veinte horas antes de la muerte de Cristo! El reposo con que se sentó á cenar, las regaladas palabras que le dijo, la buena gracia del maestro, la devoción de los discípulos. Levántase una nubecilla de un Judas, con una furia de huracán del infier-

no. Verlo heis todo trocado: Jerusalem revuelta; entristecido Cristo, haciendo plegarias en el huerto; los discípulos huyen turbados, medrosos. Al fin hizo una cosa notable. Cayó un rayo y dio en la piedra cimental, de que siempre queda en la Iglesia memoria. Y así la hicieron (como de caso raro) todos cuatro evangelistas, como admirados de esta caída, y de haberla permitido Dios, en el que tenía escogido para fundamento de su Iglesia. Hay en esta dispensación mucha y muy importante dotrina encerrada, para la gloria de Dios y edificación de las almas. Para saberla sacar, pidamos la gracia por intercesión de la divina Virgen. Ave.

INTRODUCCION

El santo profeta y rey David, queriendo dar á los hombres un desengaño de lo poco que son y valen por sí y cuán necesitados viven del favor de Dios, cuán pendientes de su providencia, cuán colgados de su mano, pónese á sí por ejemplo de la incostancia y mutabilidad de las cosas humanas, cuando le faltan la permanencia y estabilidad que de solo Dios les puede venir; y dice en el salmo 29: *Ego autem dixi in abundantia mea: non movebor in æternum.* Después de haber hecho gracias al Señor por haberle librado de un gran trabajo ó enfermedad, que le puso en las puertas de la muerte, declara la causa que él dio á sus daños y la culpa porque fue dejado caer en tan graves peligros. «Yo, dice, en mi abundancia: no seré derrocado eternamente». El Parafraste caldeo, dice: *In confidentia.* Elevado con la continua prosperidad de mis buenos sucesos, viéndome rico y venturoso, híceme presuntuoso y confiado, y con demasiada lozanía me prometí seguridad; ninguna cosa será parte para derribarme de la alteza y gloria que poseo; soy á los golpes de fortuna lo que un isleo inmoble á las olas bravas del mar. *Domine, in voluntate tua præstitisti decori meo virtutem:* «Y vos, Señor, por el tiempo que fuistes servido (no por mis méritos, sino de vuestra bella gracia) me conservastes en el decoro de mi estado, dando firmeza al dichoso y floreciente estado de mi persona y reino». El Hebreo dice: *Fecisti stare fortitudinem monti meo:* «Hicístesme fuerte como un monte, que no puede mudarse». Mas para desangrarme de mi vana confianza y presunción en las propias fuerzas, *avertisti faciem tuam a me et factus sum conturbatus:* «Escondistes un rato vuestro rostro de mí; un solo desvío de ojos, y luego quedé turbado, mortal, sin aliento, sin vida, vacilando, titubeando como arena movediza que el viento arrebata». Por donde habiendo tocado en la mano mi fragilidad, y visto bien y entendido de dónde me viene la salud y el esfuerzo, *ad te, Domine, clamavi, et ad Deum meum deprecabor:* «A vos, Señor, clamaré confiado en vuestra bondad, y de corazón y entrañas os suplicaré me hagáis merced». En este ejemplo está muy al vivo representado el peligro que corren de perderse los ricos y abundantes de virtudes, de gracia y dones sobrenaturales, y la causa ordinaria de sus caídas, que suelen ser presumir de sí y desasirse de Dios. El viento deshecho, aunque sea próspero, zozobra el navío; y así el marinero diestro quita el paño, y amaina las velas, saca boneta, y corre con el papahigo del trinquete á medio árbol. En esta navegación peligrosa de la vida espiritual, cuando sopla el viento próspero de los favores divinos, es menester amainar las velas de la presunción humana, porque de no hacerlo, muchos arriscados han ido á fondo en el abismo de la soberbia. Cuando un hombre piensa que es algo, y se tiene por más que otros, y se regodea con su alma á solas, por ocasión de sus virtudes, como el otro rico avaro por la de sus riquezas. *Anima mea, habes multa bona posita in annos plurimos, requiesce, comede, bibe, epulare.* Muy rica estáis, alma mía, de bienes espirituales. Ya son muchos años que guardo castidad inviolable; no he consentido cosa que sea pecado mortal. Cada día rezo mis horas, mis devociones; no falto á mis espirituales ejercicios. Soy regalado con gustos del cielo, lágrimas, sentimientos, algunos arrobos; castigo mi cuerpo con ayunos, cilicios; hago de mis bienes limosnas. Esta es la abundancia que desvanece al hombre tocando blandamente en el corazón, y engendrando en el alma una complacencia de sí mismo y desprecio de los demás. Una seguridad y persuasión, que ya está muy provecto en la virtud, y que siempre ha de ir de bien en mejor. ¡Oh pestilencia de malditos pensamientos! ¡No han hecho navíos en Scila y Caribdis tan lastimeros naufragios como han peligrado varones perfectos en estos bajíos! Cuantas veces el hombre se aplace á sí mismo en la posesión de sus bienes, tantas cae en el profundo de la soberbia. Eso que en sus ojos reluce, por el mismo caso no es oro, sino alquimia. Muy de otra suerte el humilde como cuerdo hace la buena obra, y tiénese por siervo inútil, y su obra, indigna de los divinos ojos, llena de faltas y mancillas; y así no saca de ella aplauso, sino temor, diciendo con Job: *Verebar omnia opera mea, sciens quod non parceres delinquenti.* Recatábame yo de todas mis obras. Mirad que son buenas. Y aun por eso me recelo de ellas. Y para arrancar de su ánimo cualquiera raíz y hebra de soberbia, ora con David: *Non veniat mihi pes superbiæ.* ¿Por qué dijo pie de soberbia y no la soberbia entera? Porque el santo no sólo teme á todo el cuerpo de la so-

berbia, sino al primer acometimiento y entrada de ella. El que quiere entrar en casa, primero pone el pie en el umbral de la puerta, y tras él va todo el cuerpo. Ruega, pues, el Santo, que ni primer movimiento de soberbia asalte su corazón, porque de ahí se ocasiona la ruina. *Ibi ceciderunt qui operantur iniquitatem; expulsi sunt, nec potuerunt stare.* Allí cayeron los obreros de maldad: fueron expulsos, y no pudieron estar. San Agustín: *Ubi superbis, ibi quod acceperis perdis.* Y San Juan Crisóstomo: Ninguna cosa tanto enflaquece al hombre como la soberbia. Si viésedes un hombre que piensa de sí que es más alto que un monte, y que da con la cabeza en las estrellas, ¿no le terníades por loco y sin juicio? Tal es el soberbio, que en su estimación se prefiere á los demás. *Si quis existimat se aliquid esse cum nihil sit, ipse se seducit* (Galat., 6): «El que de sí piensa que es algo, siendo nada, á sí mismo se engaña», dice San Pablo. El por su antojo se precia de seso y de juicio. La prueba de esto tenemos bien clara, no menos que en el Príncipe de la Iglesia San Pedro, que engreído con los favores de Cristo, y presumiendo más de lo justo de sus fuerzas, en la abundancia de su hervor de espíritu y amor grande que tenía á su Señor, dijo: *Non movebor in æternum.* Dícele á Cristo: *Animam meam pro te ponam.* ¿Así que la vida ponéis por mí? Pues esta noche habéis de ser todos en mí escandalizados. Responde más animosamente: *Etsi omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor.* No pudo ser mayor bravata, pero con muy poco saber, porque contradijo á la palabra de Cristo (primera verdad) y porque se aventajó á los demás y presumió demasiadamente de sí.—Mira, Pedro, que vos mismo en esta noche me habéis de negar tres veces.—En ninguna manera. *Etsi oportuerit me simul commori tibi, non te negabo.* Todavía se está en sus trece, y vive confiado que nadie le puede turbar. *Domine, in voluntate tua, præstitisti decori meo virtutem.* Y mientras el Señor, por su beneplácito, quiso dar á su gallardía firmeza, bien mostró su ánimo que era de igualar con las obras sus palabras; pues en el huerto puso mano contra todo el batallón, y de un altibajo le derrocó la oreja derecha á Malco, y él no tiraba sino á rajarle por medio la cabeza. ¿Qué más pudieran hacer Héctor y Aquiles? ¿Veis este tan valiente, tan arriscado? *Avertisti faciem tua a me; et factus sum conturbatus.* En volviendo Cristo su rostro de él, un punto que le dejó de su mano, se turbó y amilanó de manera que á la voz de una mozuela negó á Cristo. Tres veces hizo signos con osadía y tres veces negó con pusilanimidad. Y si el Señor no le volviera á mirar con su clemencia, tan rematado iba como Judas.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

¿Qué sacamos de aquí? *Ad te, Domine, clamabo et ad Deum meum deprecabor.* Orar con gran afecto al Señor, y suplicarle continuamente que nos mire con ojos de misericordia, y no alce su mano de nosotros. Sentencia es de nuestro padre Santo Tomás, que el don de la perseverancia no se puede merecer, como ni la primera gracia. Porque la perseverancia no es otra cosa que una manutenencia, un conservar Dios al hombre en la gracia que una vez le ha dado, continuando aquella acción primera con que se la dió. Y así como no cae debajo de mérito la primera gracia, ni la acción con que Dios la da, tampoco el continuarla, que es el don de la perseverancia. Pero si no se puede merecer, puédese impetrar con oraciones, como la misma gracia, que no la merece, ni puede el pecador, pero con oraciones la alcanza. Como la alcanzó el hijo pródigo, y el publicano, que hiriéndose los pechos oraba: *Deus, propitius esto mihi peccatori.* En lo cual se conoce la excelencia de la oración, que es el único medio para alcanzar el don de la perseverancia, tan importante, que sin él no hay corona ni premio, ni los otros dones y virtudes, antes se vuelven en cargos y materia de mayor castigo. Por eso el cristiano que desea salvarse, cada día ha de hacer instante oración á Dios que le deje acabar en su gracia, y que no le permita caer en tentación ni en pecado. Ha de andar tamañito, temblando como azogado, conociendo su impotencia y la precisa necesidad que tiene de que Dios le mire y sustente. Lo que dice San Pablo: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini. Deus est enim qui operatur in vobis et velle et perficere pro bona voluntate* (Philip., 2). «Con miedo y con temblor hacer las obras de vuestra salvación. Miedo en el ánimo; temblor en el cuerpo. Porque Dios es el que obra en vosotros el querer, y el ejecutar y llevar al cabo lo bueno, por su buena voluntad». Alude al *Domine, in voluntate tua præstitisti decori meo virtutem* (salmo 29), y quiere decir: Debéis andar humildes y temerosos en las obras de vuestra salud espiritual, porque ni el querer el bien, ni el obrarle, consiste en vuestras fuerzas, sino que Dios por su bella gracia quiere obrar en vosotros, y causa, como principal autor, así el buen propósito de la voluntad como la ejecución de él y perseverancia en el bien comenzado. De suerte que no basta estar un hombre en gracia, ni tener todas las virtudes y dones (aunque sea en grado heroico), sino que demás de esto es necesario el concurso de Dios, auxilio especial actual, para obrar bien meritoriamente y para no caer en pecado. Que es lo que dijo Cristo: *Sine me nihil potestis facere.* «Sin mí, nada que impor-

te para el cielo podéis hacer, sin mi gracia, sin mi favor». En quitando Dios su concurso, en apartando sus ojos del alma, y dejándola á sí misma, queda como la luna eclipsada, cuando se interpone la tierra entre ella y el sol; como la tierra antes que Dios criase la luz, que estaba descompuesta y fea, y vacía de todos los bienes, toda cubierta de tinieblas; como el cuerpo sin el alma, que nada puede y para nada es de provecho, sino para manjar de gusanos. Cierto es, dice el Cardenal Cayetano, que San Pedro en la cena estaba en gracia, pues Cristo con su boca testificó que estaba limpio; había recibido dignamente el sacramento del cuerpo y sangre divinísimo del Señor; estaba avisado de Cristo de la tentación venidera; era más fuerte y más ahervorado que los otros discípulos: y entonces verdaderamente estaba dispuesto y determinado á morir por Cristo. Y con todos estos requisitos, á la voz de una mozuela niega, perjura, anatematízale. ¿Qué es esto? Porque le faltó la manutenencia de Dios y su especial auxilio. Luego menester es orar continuamente, como nos enseña Cristo. *Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo. Amen.* Y con este presupuesto entremos en la historia.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Petrus autem sedebat foris in atrio deorsum. Entró Pedro en casa de Caifás (príncipe de los sacerdotes) en seguimiento de Cristo, y por disimular estaba sentado á la lumbre en compañía de los soldados que estaban en el patio de abajo, fuera de la sala ó consistorio donde Cristo estaba. Notemos el discurso de esta caída. Primero se ensoberbeció Pedro, como dice Crisóstomo, que fue tocado de alguna ambición y arrogancia, cuando dijo aquellas palabras: *Etsi omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor.* Luego se durmió en el huerto, que es ordinario ser cobardes los habladores de ventaja, y los muy confiados dar en ser dormilones y perezosos. Cobra buena fama y échate á dormir. Tras eso, apartóse de los condiscípulos, juntóse en compañía de los malos; y así negó. Estos fueron los pasos de su perdición. De modo que el principio de la caída es presunción y negligencia en la oración y culto divino. Pero veamos cuál fue el golpe primero, y con qué armas Satanás le tiró. Viole una criada del Pontífice, que era portera, y debía ser traviesa y maliciosa conforme al ingenio de su amo, pues es ordinario en las casas acomodarse los criados á la condición de los señores; que por eso se dijo: *Similes habent labra lactucas*, y díjole: ¿Por ventura eres tú de los discípulos de este hombre? Respondió: No soy. San Máximo Taurinense en dos homilías compara la caída de Pedro con la de Adán, porque ambos fueron engañados por mujer. *Nec enim diabolus fideles viros nisi per mulierem oppugnare consuevit:* «Porque no suele el diablo combatir á los hombres valerosos leales á Dios sino tomando por instrumento la mujer». En el paraíso de los deleites se halló el diablo, y también entendemos que no faltó en el Pretorio de los judíos. Allí sobre estaba Satanás, serpiente; aquí Judas, culebra, ahincaba. Ambos tuvieron precepto de Dios: Adán que no comiese; el apóstol que no negase. Gusta aquél lo que no es lícito; habla éste lo que no conviene. Mal persuadió Eva á Adán, y mal dio la puerta la esclava á Pedro. Aquélla le echó fuera del Paraíso; ésta le excluyó de Cristo. Aquélla con su persuasión engañó á su marido; ésta con su pregunta enredó al apóstol. *Et idem sexus ostiariæ officium gerens aut excludit e vita, aut includit ad mortem:* «Y este mismo sexo haciendo oficio de portera, ó echa fuera de la vida, ó da entrada para la muerte». Todas estas son palabras de San Máximo. Pero hay mucho que reparar en aquellas primeras: Que no se atreve el diablo á tentar á los varones fieles sino por la mujer. Bien fue para desentonar á Pedro, que le amedrantase una mujer. No le pusieron potros delante, ni cruces ni bestias; no verdugos, sino dos mujercillas de vil condición. Fue darle de palos con una rueca. Tomá, para que sepáis qué sois sin Dios. Por gran vituperio tuvo Abimelech morir á manos de mujer, y así mandó á su escudero que le acabase con espada. Bien pudiera Dios castigar la soberbia de Faraón enviando leones, osos y tigres que destruyesen á Egipto, pero no quiso sino con mosquitos, y moscas, y ranas. La arrogancia de aquel bravo jayán Goliat humilló con la honda del zagalejo David, á quien él tuvo en poco. La insolencia de Holofernes fue castigada con la mano flaca de Judith, que le cortó la cabeza con su propia espada. Y á nosotros nos aflige con cosas pequeñas y viles. Un mosquito hará rabiar al más bravo soldado de Flandes. Una pulga le quitará el sueño al Emperador. Para que conozcamos que somos hombres sujetos á semejantes bajezas y nos humillemos debajo la mano del potentísimo Dios. Pero juntamente nos quiere avisar la divina providencia que los pastores, prelados, y generalmente todos los eclesiásticos y varones espirituales, de ninguna cosa tanto se han de recatar como de las mujeres; ninguna cosa tanto han de huir como su conversación y compañía. Sansón, fortísimo nazareo, consagrado á Dios, por mujer perdió toda su fortaleza. Y el Príncipe de los Apóstoles, que con su palabra lanzaba demonios, atónito á la voz de una mozuela, negó á su maestro. Mujer hizo á David, (e

gran Profeta, adúltero y homicida. Salomón, de tan gran sabio, y que en su mocedad le puso Dios por nombre *Amabilis Domino*, por mujeres idolatró y apostató á la vejez. San Buenaventura, tratando de la pureza de la conciencia, encarga mucho á los temerosos de ella que se guarden de amistades de mujeres. No dice de las profanas, parleras, galanas, músicas; eso visto se está, sino de las muy perfiladas, contemplativas, mortificadas, con título y color de santidad, y que en aquel trato no se busca ni reluce otra cosa sino Dios. Digo que es rejalgar.

CONSIDERACIÓN TERCERA

¿Pero qué diré de nuestro Pedro, que tan presto desmayó y negó? No soy. No conozco tal hombre. No sé lo que os decís. *Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus: quoniam diminutæ sunt veritates a filiis hominum* (Salmo 11). «Salvadme, Señor, socorredme, que veo desmayado al santo, y que las verdades se han acabado entre los hijos de los hombres». San Jerónimo aplica este lugar á la negación de Pedro. Si la verdad se perdiera en el mundo, dijera yo que en la boca de Pedro se había de hallar. Pues si aquí falta, no hay quien la diga, no hay de quien fiar; todos mienten. Bien dijo David: *Ego dixi in excessu meo: omnis homo mendax.* «Yo dije en mi exceso, arrobo y revelación, por Dios alumbrado: Todo hombre es mentiroso, falso, infiel». Dejado á su ingenio, á su inclinación, no hay que fiar de él. Porque si se vuelve el temporal, al mayor amigo no conoce. ¡Qué bien nos dice esto en su persona el santo Job, que, como San Gregorio dice, fue un dibujo de Cristo y de sus pasiones! *Fratres meos longe fecit a me et noti mei quasi alieni, recesserunt a me. Dereliquerunt me propinqui mei, et qui me noverant obliti sunt mei:* «Alejó de mí á mis hermanos y mis conocidos; como extraños se apartaron de mí. Dejáronme mis allegados, y los que me conocían se olvidaron de mí». Este es el ingenio de los hombres: medir la amistad por la utilidad, y como dijo Eschines, orador, por la comunicación de las comodidades, sin ningún respeto á la virtud. En tanto sois mi amigo en cuanto me podéis ser de provecho. En tanto me hacéis amistad en cuanto os puedo ser de alguna utilidad. Hazme la barba, hacerte he el copete. ¡Qué afrenta tan insufrible para una dama tan bella y tan generosa como la amistad, que sola es el alivio de los trabajos de la vida, sal y gusto de los contentos, entregarla á un tan infame y vil rufián como el interés! De aquí es, que si sois rico y poderoso, se os llegarán más amigos que moscas á la miel. Pero si se anubla el tiempo, os quedaréis solo como el espárrago.

Dum fueris fælix, multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Esto significó Pitágoras en aquel símbolo: *hirundinem domi non habeto.* Las golondrinas están con nosotros en el verano (tiempo sereno); en viniendo el invierno, frío, tempestuoso, desaparecen. Símbolo de los falsos amigos, que acompañan en la prosperidad y en la adversidad dejan. Por esto dijo el sabio: *Ad amicos tuos attende.* «Recataos de vuestros amigos, no fiéis mucho de ellos». Y en otra parte: *Non agnoscetur in bonis amicus.* «No es buen ensaye, ni se ha de tocar el amigo para conocerle en la prosperidad». Sacamos de aquí que sólo Dios es buen amigo, y sola su amistad se ha de preferir á las demás. Porque en todo tiempo ama, y más en el de la tribulación; y es amigo sin interés. *Est autem Deus verax, omnis autem homo mendax:* «Dios es verdadero fiel amigo (dice San Pablo), y todo hombre es falso, mentiroso, por lo que tiene de hombre, y si trata verdad, es por lo que tiene de Dios». *Elige illum amicum tuum præ omnibus amicis tuis; qui cum omnia substracta fuerint, solus tibi fidem servabit. In die sepulturæ, cum omnes amici tui recedant a te, ille te non derelinquet: te tuebitur a rugientibus præparatis ad escam, et conducet te per ignotam regionem atque perducet ad plateam supernæ Sion et ibi te collocabit cum angelis.* ¿Qué mejor ejemplo? Los mejores hombres del mundo fueron los Apóstoles: todos acompañaron á Cristo cuando predicaba y hacía milagros y el pueblo le reverenciaba; todos cenaron con él pocas horas antes, y en viéndole preso le desampararon. ¿Qué títulos les da? *Fratres mei:* «Mis hermanos, mis conocidos, mis allegados». Estos me dejaron, me desconocieron, me olvidaron, sobre todo, *abominati sunt me quondam consiliarii mei, et quem maxime diligebam, aversatus est me:* «Abomináronme mis consejeros, y el que más amaba me volvía el rostro con aborrecimiento». Los apóstoles, consejeros de Cristo, que les pedía consejo sin haberle menester por honrarles. Felipe, ¿donde compraremos panes para dar de comer á esta gente? ¡Oh, consejeros! Porque les descubrió el inefable consejo de su encarnación, y de la Redención del mundo. Pedro, tan alumbrado en el conocimiento de Cristo, *quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus cœlestis.* Por revelación del Padre llegó á la noticia, á donde la carne y sangre no pudo arribar. Ese tan querido, tan favorecido, más que todos honrado y privilegiado, *aversatus est me.* Jura y perjura que no conoce á Cristo, y anatematiza y detesta que no conoce tal hombre, y como á cosa aborrecible le

vuelve la cara. ¿Quién no se compadece aquí del mansísimo Jesús? Cuando Julio César vio entrar los conjurados que le estaban dando de puñaladas, dijo á Bruto muy lastimado: *Et tu quoque, fili?* Duelen mucho las heridas dadas de los amigos. Pedro, que los judíos me persigan, el juez blasfeme, los soldados me hieran, los sacerdotes me escupan no hay que espantar, que son enemigos; ¿pero vos también, hijo del alma, del corazón? Mirad, Pedro, que me condenáis vos primero que los Pontífices, pues dais á entender que soy persona tal que vos mismo os despreciáis y deshonráis de conocerme. ¿Pues qué mayor injuria que esa? ¡Oh, cómo se enterneció en este paso el clementísimo Redentor! ¡Oh, cómo le traspasó las entrañas la ingratitud del discípulo, el desconocimiento del amigo, el desprecio del hijo! ¡Cuánto sintió su caída! No hay padre que tan tiernamente ame á un hijo único y que así llore su muerte como lloró el Salvador la muerte espiritual de Pedro, cuya pérdida causó más dolor en su inocentísima alma que las heridas mortales que recibió en su sacratísimo cuerpo.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Non novi hominem. Por este acto no perdió Pedro la fe; porque no negó ser Cristo Dios, ni el Mesías, ni le preguntaron eso. Sino pecó, porque no confesó exteriormente la fe que creía siendo preguntado. Está obligado el cristiano á confesar que lo es cuando le preguntan. Pedro lo negó, y se despreció de parecer discípulo de Cristo. ¿Cuántos cristianos se hallarán hoy que de esta manera le niegan? *Qui confitentur se nosse Deum, factis autem negant.* Son cristianos de palabra, porque dicen que conocen á Dios y juran su santo nombre en vano; pero con los hechos lo niegan. Son peores que turcos en las obras. San Bernardo: ¿Pensáis que tiene por hijo de Dios á Jesús aquel hombre (cualquiera que sea) que ni se espanta de sus amenazas, ni se mueve por sus promesas, á los mandamientos no obedece, los consejos no toma? Item: Los que no osan confesar y comulgar, orar y tratar de Dios, perdonar las injurias, ir á los hospitales, porque el mundo no los desestime y burle de ellos; ¿qué es esto, sino negar á Cristo, y tener vergüenza de parecer su discípulo y guardador de sus mandamientos, como le negó San Pedro? Teman los tales aquella terrible amenaza que les tiene hecha por San Lucas: *Qui me erubuerit et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua et Patris et sanctorum angelorum* (Luc., 9). «El que se afrentare de parecer mío y guardador de mis palabras, el hijo de la Virgen se afrentará de reconocerle por suyo cuando venga con su majestad y con la del Padre y de los santos ángeles». No paró aquí el mal recaudo de Pedro, aunque pudiera, porque se comenzó á ir de casa y salir del patio por la puerta del medio: y allí cantó el gallo la primera vez; y era tanto el desatino y turbación, que no se acordó de la palabra de Cristo. Y vuélvese á entrar donde antes estaba. Llega otra criada y dice á los soldados: Este estaba con Jesús Nazareno. Acude de mala uno de ellos. ¿Y tú de ellos eres? Dice Pedro: ¡Oh, hombre, no soy! Y negó con juramento que no conocía tal hombre. De allí á una hora llega otro, y dice: Verdaderamente éste estaba con él.—No hay tal.— Sí, que yo te vi en el huerto con él; y éste era pariente de Malco, á quien San Pedro había cortado la oreja. Apriétanle otros más: verdaderamente, eres de ellos, porque eres galileo y en el habla se te parece. Entonces él comenzó á jurar y echarse mil maldiciones que tal hombre no conocía. Y en el mismo punto segunda vez el gallo cantó. Dame gana en este paso de hablar con Pedro, y decirle con razón lo que al santo Job dijo uno de sus amigos, sin ella: *Ecce docuisti multos et manus lassas roborasti, vacillantes confirmaverunt sermones tui et genua trementia confortasti.* ¿Que es esto, Pedro? ¿Vos no habéis enseñado á muchos ignorantes el camino del cielo? ¿Y habéis predicado y hecho milagros en el nombre de Cristo? Vos reforzastes las manos cansadas, dando ánimo á los discípulos temerosos para que se ofreciesen á seguir á Cristo hasta la muerte. Porque prometiéndolo vos, *similiter et omnes discipuli dixerunt*, confirmastes con vuestras palabras á los que titubeaban para caer. Cuando algunos discípulos dejaron al Señor por dificultades que hallaban en su dotrina, y vos salistes con aquella generosa voz: ¿A dónde iremos, Señor, si de vos nos apartamos, porque tenéis palabra de vida eterna? Vuestro oficio es fortalecer á vuestros hermanos en la fe, como os dijo Cristo: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.* ¿Pues qué mudanza ha sido esta tan grande? *Nunc autem venit super te plaga et defecisti: tetigit te et conturbatus es.* ¿Cómo ahora al primer repiquete de broquel habéis desmayado? ¿Una liviana ocasión os ha rendido, un mundano temor os ha turbado? *Ubi est timor tuus, fortitudo tua, patientia tua et perfectio viarum tuarum?* ¿Dónde está aquel temor filial, con que solíades respetar á vuestro maestro, cuando teniéndoos por indigno de su presencia, le dijistes: *Exi a me, quia homo peccator sum, Domine.* Y cuando ayer le dijiste: *Domine, tu mihi lavas pedes?* ¿Por qué ahora le negáis como á enemigo? ¿Dónde la fortaleza con que blasonábades antes del peligro? «Si fuese necesario morir contigo, no te negaré».

¡Dónde la paciencia que debe tener el pastor para sufrir, cuando conviniere, la muerte por la gloria de Dios y bien de sus ovejas? ¿No veis el mal ejemplo que dais á vuestros súbditos? ¿Dónde la perfección de vuestros caminos? Que desposeído de todas las cosas del siglo, y teniendo la mira en solo Dios, le pudistes con la verdad decir: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te.* ¿Cómo, pues, ahora le negáis? ¿Cómo no le conocéis? ¿Cómo os maldecís? ¿Cómo os anatematizáis? ¡Oh humana flaqueza, confiada de sí y desamparada de Dios! ¡Con cuánta razón podemos lamentar con el Profeta esta desventura: *Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus; dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum!* ¡Cómo se ha escurecido el oro, y mudado el color muy bueno, y desperdiciado en las bocas de las calles las piedras del Santuario, en las entradas de las plazas! El oro significa la sabiduría, como dice Salomón: *Accipite prudentiam sicut argentum et sapientiam sicut aurum probatum.* De esta manera lee este lugar San Agustín, sobre el salmo 71. Explicando aquel verso: *Dabitur ei de auro Arabiæ,* Que el Mesías le había de ofrecer oro de Arabia, dice: «Aquí se profetiza que los sabios del mundo habían de creer también en Cristo». También el oro significa la caridad encendida. *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum.* Y la razón de estas significaciones es, porque como el oro excede á los metales, así la sabiduría á las otras dotrinas y la caridad á las virtudes. ¿Pues cómo la sabiduría de Pedro se ha escurecido? Aquella sabiduría por el padre revelada, que los Príncipes de este mundo no pudieron alcanzar, que resplandeció en aquella magnífica confesión: Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo, ¿cómo está aquí escurecida? ¿Quién anubló su refulgencia y claridad? Aquel oro encendido de su caridad, con que á todos se aventajaba, ¿cómo está aquí amortiguado? El color muy bueno, es el buen exterior. Pedro tan ejemplar, que poniéndose á conversación de los soldados, en la modestia de su habla, en la gravedad de sus razones conocieron claro que era discípulo de Cristo, y Galileo, esto es, que se mudaba ó pasaba de la tierra al cielo, de la vida del siglo á la del espíritu, ¿cómo se ha, de repente, mudado en votar, en jurar y maldecir, como los soldados más desgarrados? Las piedras del Santuario (como declara aquí San Jerónimo), son las doce piedras del racional ó pectoral del Sumo Sacerdote. Aquellas doce piedras preciosas de los doce Apóstoles, engastados por especial amor en el pecho de Cristo, las vemos desperdiciadas. Unidos todos, cada uno por su cabo. Y lo que más es de sentir, que la piedra fundamental (este diamante escogido para fundamento de la gran fábrica de la Iglesia), quebrantada su firmeza, la traen rodando en lugares profanos debajo los pies. No hay que espantarnos, sino humillarnos; que eso es ser hombres, y por santo que seáis y perfeto, siempre estáis á peligro de caer: *Noli altum sapere sed time.* No tengáis pensamientos altivos, sino temed y pedid con humildad el favor de Dios y su asistencia. Porque, como dice San Agustín, *nullum peccatum facit homo quod non faceret et alter homo, si desit rector per quem factus est homo.* Pero ya será razón ver el modo de la conversión de Pedro, y la amargura de su penitencia.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Et conversus Dominus, respexit Petrum. Fuéronsele los ojos tras aquella oveja perdida, y con gran presteza procuró sacarla de las presas del lobo infernal. San Máximo, habiendo considerado la caída de Adán y de Pedro, compara la penitencia de entrambos: *Facilior fuit negatio Petri quam Adæ prævaricatio. Citius enim Apostolo quam protoplasto subvenitur.* «Más fácil fue la negación de Pedro que la transgresión de Adán. Y así con más presteza se socorre al Apóstol que al primer padre». A este, perdido, busca Dios á la tarde; á Pedro, negativo, á la madrugada. Adán, viéndose culpado del hecho y desnudo, se avergonzó. Pedro, conociendo culpa en su dicho, corregido, gimió. Aquel, como comprehendido, corrió á esconderse. Este, como enmendado, reventó en lágrimas. A Adán como escondido y que se quería ocultar, se le dice: Adán, ¿dónde estás? No que Adán se pudiese esconder á los ojos del Señor, sino que á la conciencia pecadora ningún lugar hay seguro y cierto cuando teme ser comprehendida. A Pedro miró el Señor con sus ojos, y abriéndole los suyos enmendó su error. Notemos este discurso. Primero cantó el gallo; luego miró el Señor; luego se acordó Pedro de la palabra de Jesús; á esto se siguió salir fuera y llorar amargamente. El gallo es el predicador, que con sus voces pretende despertar á los pecadores dormidos del sueño de la culpa, que duermen en la noche de la ignorancia. Pero por más que los predicadores se quiebren las cabezas, y aunque revienten por los ijares, es predicar en desierto si el Señor no mira al pecador. Muchos oyentes tuvo San Pablo en aquel sermón que predicó en Filipos, ciudad de Macedonia, y solamente se convirtió una mujer hilandera de púrpura: *Cujus Dominus aperuit cor intendere iis, quæ dicebantur a Paulo.* «Cuyo corazón abrió el Señor para que atendiese á las cosas que Pablo decía». Y así es necesario suplicar al Señor abra los corazones de los oyen-

tes, los ablande y enternezca, para que las palabras de los predicadores hagan en ellos impresión. *Conversus Dominus, respexit Petrum.* Veis aquí cómo el principio de la justificación es de Dios, que con su gracia preveniente mueve al pecador y le despierta, para que quiera salir de su culpa. San Ambrosio (cuya sentencia alega con gran veneración San Agustín) dice: *Bonæ lacrymæ quæ culpam lavant, sed et quos Jesus respicit plorant delictum. Negavit primo Petrus et non flevit quia non respexerat Dominus. Negavit secundo et non flevit quia non respexerat Dominus. Negavit tertio, respexit Jesus, et ille amarissime flevit.* Bien entendía esta teología David, cuando decía orando al Señor: *Usquequo exaltabitur inimicus meus super me? Respice et exaudi me, Domine Deus meus.* «¿Hasta cuándo, Señor, ha de prevalecer contra mí el enemigo, y tenerme avasallado y oprimido? Miradme, Señor Dios mío, no escondáis vuestro rostro de mí. Oid mis ruegos y no me olvidéis». Porque si Dios no mira al pecador, y con este mirado no le comunica las fuerzas de su gracia, no puede él con las suyas solas levantarse. Tomad un espejo y miraos á él: si vos bajáis los ojos y los ponéis en el suelo, lo mismo hace la figura que en el espejo está; si queréis que ella levante los ojos y mire al cielo, el remedio es que los levantéis vos primero y miréis allá. Cuando peca el hombre, clava los ojos en la tierra. *Oculos suos statuerunt declinare in terram.* Y de los adúlteros viejos que acometieron á la casta Susana, dice Daniel: *Declinaverunt oculos suos ut non viderent cœlum nec recordarentur judiciorum justorum!* «Apartaron sus ojos para no ver el cielo ni acordarse de los juicios de Dios justos». Esto hace el pecador. Poner los ojos en la tierra, en su gusto ó en su interés, y apartarlos del cielo, para no acordarse de Dios ni de sus justos juicios. ¿Qué remedio para que levanten los ojos al cielo y se acuerden de Dios? Que el mismo Dios (á cuya imagen y semejanza fue hecho el hombre) vuelva primero los ojos á él y le mire. Porque si Dios no mira al hombre, imposible es que el hombre vuelva á mirar á Dios. Pues, Señor, si tan necesitado estoy de vuestra vista, *aspice in me et miserere mei secundum judicium diligentium nomen tuum* (Salmo 118): «Miradme, Señor, y habed misericordia de mí. Apiadaos de mi miseria y extrema necesidad según el uso y costumbre que guardáis con los que os quieren bien, al fuero de vuestros amigos, como vos soléis mirarlos y remediarlos».

CONSIDERACIÓN SEXTA

Et recordatus est Petrus verbi Domini sicut dixerat: En mirando Cristo á Pedro, volvió en sí, y acordóse de la palabra que Jesús le había dicho: «Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres». Este recuerdo fue el principio de su penitencia; porque la memoria de Cristo y de sus palabras destruye el pecado y sana el alma. Maravillosamente dice esto el Profeta Jeremías, en persona del pecador, y viénele muy al justo á Pedro en este paso: *Castigasti me et eruditus sum quasi juvenculus indomitus. Converte me et convertar, quia tu, Domine, Deus meus. Postquam enim convertisti me, egi pœnitentiam; et postquam ostendisti mihi, percussi femur meum.* «Castigásteme, Señor, y perdí el mal siniestro como becerro cerril». ¡Qué indómito estaba Pedro antes de la caída! ¡Qué presumir de su valentía! ¡Qué despreciar á los otros! Dícele Cristo: Mirad, Pedro, que vos que eso decís me habéis de negar esta noche. Ni por esas. Un novillo por domar. Castígale el Señor, permitiéndole caer en pena de su soberbia; quitóle los bríos como con la mano. Pregúntale después de resucitado: Simón, hijo de Juan, *diligis me plus his?* Responde: Vos sabéis, Señor, que yo os amo.—Que no os pregunto eso, sino si me amáis más que los demás.—Vos sabéis, Señor, que yo os amo. ¿Amasme? responded. *Contristatus est Petrus quia dixit ei tertio amas me?* De verse apretar los cordeles. ¡Oh, Señor, que son odiosas esas comparaciones, y cuál mal me ha ido con ellas! ¿Veis qué manso está y qué domado? ¿Qué humilde le puso el castigo de la caída? *Converte me et convertar, quia tu, Domine, Deus meus:* «Convertidme y convertiréme, porque vos, Señor, sois mi Dios». San Jerónimo muestra que el hombre libremente y por su voluntad se convierte; mas para que quiera convertirse y hacer penitencia, es menester auxilio de Dios que le prevenga con su gracia. Eso es mirar Cristo á Pedro. ¿Y qué resultó de ahí? *Post quam enim convertisti me egi pœnitentiam:* «Después que me convertistes, hice penitencia», y después que me mostrastes, herí mi muslo. Los Setenta vuelven: *porstquam cognovi, ego ingemui.* Cuando un hombre cae en la cuenta de alguna cosa grave, nueva, insólita que de antes no advertía ni la imaginaba, suele, no sin asombro ni admiración, darse una palmada en el muslo ó en la frente. ¿Válame Dios, que tal cosa había en el mundo? ¿Tal ha pasado sin entenderlo yo ni echar de ver en ello? ¡Oh, qué asombro; oh, qué pasmo concibe el alma del pecador cuando Dios le vuelve en sí, y le abre los ojos con nueva luz, para que eche de ver sus tinieblas, la grandeza del peligro que corre, el engaño de la serpiente antigua, la figura detestable del pecado, la paciencia de la divina bondad en haberle sufrido, su benignidad en haberle alumbrado, la soberanía de su majestad, la severidad de su

justicia! Quien esto conoce, porque Dios se lo ha mostrado, hiere su muslo con admiración. En parte se muere de temor, en parte se anima con esperanza, en parte se enciende en amor; pero, sobre todo, se asombra de sí mismo y de su ceguera. ¿Qué es posible que yo tal hice? ¿Qué tan furiosa fue mi pasión que en tal lodazal me derribó? ¿Que por un vil interés, por un momentáneo contento, perdí al sumo bien? ¿A dónde tenía el seso cuando tal pensé? ¿Dónde estaba mi juicio cuando tal hice? *Væ tenebris meis in quibus aliquando jacui. Cæcus enim eram et tenebras amabam et ad tenebras per tenebras ambulabam:* «Ay, ay, de mis tinieblas en que ya estuve caído, decía el glorioso Agustino. Ciego estaba y las tinieblas amaba, y á las tinieblas por las tinieblas iba». Por las tinieblas de la culpa iba á las tinieblas de la pena eterna. También herir el muslo es señal de dolor y arrepentimiento. ¡Oh, qué mal caso! Nunca yo lo hubiera dicho. Y así en este lugar significa el dolor que trae consigo el conocimiento de la culpa, y el castigo que el penitente comienza á hacer en sí, juzgándose primero para no ser juzgado. Y como previniendo á la divina justicia, que ningún mal deja sin castigo. Esto hizo Pedro, que vuelto ya en sí, y caído en la cuenta de su yerro, *egressus foras Petrus, flevit amare.* No es pequeña parte de castigo salir fuera de todas las ocasiones. Privarse el hombre de sus gustos, poner entredicho á los pasatiempos y despedirse de todo cuanto bien quería, para no volver más á ello, ni aun con el pensamiento, grande mortificación es, pero necesaria de todo punto; porque no se puede hacer penitencia estándose voluntariamente en las ocasiones de ofender á Dios. En eso fue extremado Pedro, ¡qué presto se convirtió! Con una seña de ojos, no fue menester más para salir. *Septies in die cadit justus et resurgit.* Si es justo, ¿cómo cae? Y si cae, ¿cómo es justo? Porque se levanta con gran presteza, y no merece perder el nombre de justo quien tiene tanto cuidado de levantarse. Los hijos de Leví, aunque pecaron como los otros, adoraron el becerro, pero fueron los primeros en convertirse y hacerse al bando de Dios, juntándose con Moisés, porque están acostumbrados al culto divino. Así los justos, cuando caen, como están hechos á la virtud, vuelven presto á ella. Por eso dijo San Juan Crisóstomo que aun los pecados de los justos son hermosos. Como un lindo cuerpo aun después de muerto está hermoso, así el justo en la caída y en el pecado muestra lo que es; porque peca más raras veces, y con vergüenza y recato, y se levanta más presto, y con más humildad y cautela; como se vee en Pedro, y que luego sale de la ocasión. Y esa quitada, *flevit amare:* «Lloró amargamente».

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Había estado el esposo llamando á la puerta de su esposa una noche lloviosa y tempestuosa, rogándole que le abriese, con palabras muy amorosas: «Abreme hermana mía, amiga mía, paloma mía, que mi cabeza está mojada con el rocío y mis cabellos de la escarcha». Ella estuvo tan terca y descortés, que no se quiso levantar de la cama; entró el esposo la mano por la juntura de la puerta, y quitó el aldaba. Ya entonces ella se levantó más que de paso á abrirle; y congojada de su descortesía, dice: *Anima mea liquefacta est ut dilectus locutus est.* «El alma se me regaló y derritió acordándome de las palabras que me había dicho mi querido, de sus requiebros y de mi villanía». Esto es lo que pasa en la justificación del pecador. Convida Dios al alma con su corazón, representándole los bienes inmensos que trae consigo para enriquecerla, y los trabajos que padeció en su pasión por librarla de sus males. Ella resiste, porque es libre y puede despedir á Dios, y estarse en la complacencia de su culpa. Pero si Dios entra la mano de su auxilio eficaz, y quita la aldaba de la dureza del corazón que defendía la entrada, al punto se levanta el alma corrida y lastimada de su descomedimiento. Y acordándose de los requiebros de su esposo, de los cumplimientos de haberla esperado, llamado, convertido, se enternece y regala, y se derrite. Santo Tomás dice que la liquefación es efecto del amor, contrario á la dureza y obstinación. Y así cuando el alma resiste á la vocación de Dios, á sus inspiraciones y impulsos, está el corazón endurecido. Cuando está tierna y blanda para oir sus palabras y obedecerlas, está regalado, derretido. Duro estaba el corazón de Pedro, y helado con el temor; pero después que con la vista de Cristo, y con la memoria de sus palabras se encendió en su pecho el fuego ardentísimo del amor de Dios y dolor de sus culpas, todo se enterneció y ablandó. Bien pudo decir con la esposa: *Anima mea liquefacta est ut dilectus, etc.* Y con David: *Factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei.* «En medio de mi pecho fue mi corazón como cera derretido». Y esa alma, y ese corazón, en amor y en dolor derretidos, salen distilados por los ojos en lágrimas. Porque, *flevit amare.* O como dice San Marcos: *Cœpit flere.* Dio principio á las lágrimas, y no fin, hasta que la muerte se le dio. ¡Oh, cuántos mayores pecados y más enormes maldades hacemos nosotros cada día, y no lloramos! Nuestros delitos suben al cielo y piden á Dios justicia, como los de Sodoma y Gomorra, y no nos puede sufrir la tierra, y el abismo está abierto para tragarnos, como á Datán y Abirón, y nosotros gastamos

la vida en comer y beber, y holgar, tan olvidados de la muerte y de la justicia de Dios como si no hubiese en nosotros pecados. ¿Por qué no lloramos? ¿Sabéis que por un pecado mortal se pierde el derecho á la herencia del reino de los cielos? ¿Sabéis que se gana el tormento sempiterno del infierno? Son males estos que, si posible fuera, se habían de llorar con lágrimas de sangre. Sobre todo, ¿sabéis que perdísteis á Dios infinito y sumo bien, y el supremo de cuantos se pueden ofrecer al deseo? ¿Y que de Padre amorosísimo y benignísimo le habéis convertido en capital enemigo y severísimo juez? ¿Pues con qué tristeza, con qué dolor merece ser llorada esta pérdida? Llora una viuda noches y días porque perdió á su marido; ¿por qué no lloras tú por haber perdido á Dios? Con cuán diferente sentimiento lloraba estas pérdidas el santo David, cuando decía en una parte: *Laboravi in gemitu meo: lavabo per singulas noctes lectum mecum.* «Fatiguéme gimiendo y suspirando; lavaré todas las noches mi cama, y regaré con lágrimas mi estrado». *Turbatus est a furore oculus meus:* «Turbáronseme los ojos con la cólera y furor que contra mí concebí». San Jerónimo vuelve: *Caligavit præ amaritudine oculus meus.* «Cegaron, oscureciéronse mis ojos por la amargura de mis lágrimas y tristeza». Y en otra parte: *Exitus aquarum deduxerunt oculi mei* (Salmo 118). Vuelve San Jerónimo: *Rivi aquarum defluebant ab oculis meis.* De esta manera lamentan su desdicha los que la conocen, esclarecidos con divina luz. De esta manera la lloró Pedro amargamente con lágrimas perenales, que no se acabaron sino con la misma vida: *Felices, sancte Apostole, lacrymæ tuæ, quæ ad diluendam culpam negationis virtutem sacri habuere baptismatis.* Dijo San León papa: «Dichosas tus lágrimas (apóstol santo) que para lavar la culpa de la negación tuvieran fuerza de sagrado bautismo; que quiere decir que fueron tan copiosas, tan dolorosas sus lágrimas, que alcanzaron perdón á culpa y á pena, como en el bautismo: que esa fuerza tiene la contrición cuando es vehementísima.

CONSIDERACIÓN OCTAVA

Esta razón da San Jerónimo por qué permitió el Señor la caída de tan grande Apóstol: para que por su ejemplo entendiésemos ser tanta la eficacia de la penitencia que por ella podemos alcanzar, no sólo perdón, sino igual ó mayor dignidad que la que se perdió por la culpa. A San Pedro le dio que sanase con su sombra los enfermos, lo cual no quiso Cristo tomar para sí. ¡Oh, cuánto merecistes, bienaventurado Apóstol, con aquellas tus amargas lágrimas, pues el Señor resucitado las vino á enjugar, y antes de darse á ver á los otros discípulos, apareciéndote á solas te las quiso limpiar y trocarlas en lágrimas de alegría! Así oimos afirmar á los discípulos: *Quia surrexit Dominus vere et apparuit Simoni.* Y los Angeles á las Marías: *Cito euntes dicite discipulis ejus et Petro.* Más: diole las llaves del cielo, el Sumo Pontificado. Antes se le había prometido. después con efecto dado. Finalmente, quedó más santo que todos; porque con más caridad, *diligis me plus his?* Y si no fuera así, no lo preguntara el Señor. Aquí se cumplió la profecía de Baruch: *Sicut fecit sensus vester ut erraretis a Deo, decies tantum iterum convertentes requiretis eum:* «Como pusistes vuestro sentido en apartaros de Dios, convirtiéndoos después con diez tanto amor y diligencia, le buscareis». Porque el dolor de la culpa cometida, y la firme esperanza del perdón inflaman el corazón en amor del clementísimo Dios, y hacen al hombre cauto para huir los pecados, y más pronto y alegre para las obras de virtud. San Gregorio: *Dux in prælio illum militem plus diligit, qui post fugam conversus, fortiter hostem premit, quam qui numquam fugit et numquam fortiter egit.* «El capitán en la batalla, en más estima á aquel soldado que aunque huyó á los primeros encuentros, volviendo sobre sí, valerosamente sojuzgó al enemigo, que al que nunca huyó ni tampoco hizo cosa señalada». Por eso tan favorecido Pedro después de convertido. En la cena, estuvo tan corto, que no osó preguntar á Cristo quién había de ser el traidor; y hizo señas á Juan que se lo preguntase, como á más familiar. Después creció con la privanza tanto su furia, que osó preguntarle del mismo Juan: *Domine, hic autem quid?* Si á mí que os negué, me hacéis heredero de vuestra cruz, de este vuestro querido, ¿qué pensáis hacer? En las cuales palabras (como San Crisóstomo nota) se nos encomienda la virtud admirable de la penitencia, que no sólo restituye la primera gracia, sino á veces levanta á mayor alteza. Y esto no se dice para provocaros á pecar con esperanza del perdón (Dios nos guarde) sino (como dice Crisóstomo) para que sepáis aprovecharos de esta medicina, á quien ninguna dolencia es incurable; y que no sólo restaura la salud del alma, rehace las fuerzas, recupera el vigor perdido, pero á veces le acrecienta y enriquece al penitente de muchos dones y virtudes. Pero en esto no sólo se descubre el valor de la penitencia, sino la bondad incomprehensible de nuestro Dios, que después de la penitencia así se olvida de sus injurias pasadas, como si en nada hubiera sido ofendido. El mismo amor le queda para con el penitente, la misma benignidad y

á veces mayor, según la cantidad de la penitencia. Así lo protestó el santo Rey Ecechías: *Tu autem eruisti animam meam ut non periret; projecisti post tergum tuum omnia peccata mea.* «Tú, Señor, librastes mi alma que no pereciese, y echaste detrás de tus espaldas todos mis pecados». Da á entender por esta metáfora la inefable misericordia de Dios para con los penitentes y el olvido total de sus pecados, que ya no los mira para imputarlos, como el hombre no puede ver lo que tiene á sus espaldas. El marido que torna á recibir en su casa á la mujer adúltera nunca le tiene el amor que antes, ni la trata con aquel regalo. Y aunque ella esté recogida y no dé muestra de liviandad, mil veces le da en rostro con lo pasado. Pero aquella clemencia real y magnánima de nuestro Dios, así echa á las espaldas los pecados de los verdaderos penitentes, que si á ellos les pesa perfectamente, no hay más mención de ellos para siempre. Los cirujanos curan las heridas, pero no quitan las señales, los puntos; mas el médico divino sana las llagas, y quita las cicatrices; no queda rastro de enojo ni indignación. A David pecador no le oyó cuando oró por el hijo adulterino, pero después alcanzó con sus lágrimas que de la misma mujer (ya contraído matrimonio) le diese Dios á Salomón, tan sabio, tan valeroso, digno sucesor de su reino; esto debe animar y alentar á los pecadores más caídos y desahuciados á que no desconfíen de la misericordia divina, sino abrazándose con la virtud de la penitencia, á imitación de David y de Pedro, se esfuercen á detestar sus culpas y llorarlas, confiando alcanzar por esta vía remisión de ellas, la estola de la gracia y el premio de la gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
MIERCOLES DESPUES DEL DOMINGO
DE RAMOS

DE LA CONVERSION DEL BUEN LADRON

Ducebantur autem et alii duo nequam cum eo, ut interficerentur.

(Luc., 23).

El sagrado Evangelio contiene uno de los más ilustres testimonios de la divinidad de Cristo y uno de los mayores milagros que hizo en la conversión de los pecadores. Y como tal lo guardó para el fin de la vida, cuando obraba la redención de los hombres, y cuando estando el más abatido de todas las criaturas; tanto que puede decir: *Ego autem sum vermis et non homo; opprobrium hominum et abjectio plebis.* Eran menester más admirables testimonios que testificasen la gloria de su divinidad. Fue así, que para más afrenta del Redentor ordenaron los judíos de justiciar aquel mismo día dos insignes malhechores que tenían presos; y así los sacaron en compañía del Salvador. Queriendo mostrar que él era tal como ellos, y que todos tenían unos mismos méritos y oficio. Habiéndolos llevado por las calles acostumbradas, llegaron al Calvario (que era el lugar donde justiciaban á los delincuentes) y allí crucificaron al uno á la mano derecha y al otro á la izquierda, y á Cristo, como el más facineroso, en medio. Pero el clementísimo Redentor está tan ajeno de indignarse de aquella injuria, que antes ruega á grandes voces á su Padre por los que la hacían, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Pagaban tan mal este amor aquella mala gente, que en cambio mofaban de él y le vituperaban. Y para que nada faltase á la deshonra, uno de los ladrones, que estaba á

la mano izquierda, le blasfemaba, diciendo: «Si tú eres Cristo, líbrate á ti y á nosotros de la muerte». Toma la mano el de la derecha en volver por el Redentor, y lo primero corrige al compañero, y dícele: «¿Ni tú temes á Dios estando en el estado en que estás? Nosotros justamente padecemos y tenemos nuestro merecido, y por nuestras obras venimos á este lugar; pero éste es inocente y ningún mal hizo». Y vuelto al Redentor, le dice con grande humildad: «Señor, acordaos de mí cuando estuviéredes en vuestro reino». Respóndele Cristo sin dilación: «En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraíso». Esta es, en suma, la letra de la historia. Pidamos la gracia por intercesión de la Virgen. Ave.

INTRODUCCION

Entre muchas cuestiones y preguntas que hizo Dios al santo Job, en una plática que con él tuvo, llena de dificultad y admiracion, para mostrarle la excelencia de su divina Sabiduría y omnipotencia sobre todas las criaturas, una de ellas (y no la menos escura y admirable) es la siguiente: *Nunquid ingressus es thesauros nivis aut thesauros grandinis aspexisti, quæ preparavi in tempus hostis, in diem pugnæ et belli?* «¿Por ventura has entrado en los tesoros de la nieve ó viste los tesoros del granizo, que aparejé para el tiempo del enemigo, para el día de la pelea?» Por cierto, Señor, que son extraños tesoros los vuestros; nuevas riquezas. Bien medrado estaría el hombre que no tuviese otro mayorazgo sino la nieve toda de Sierra Nevada, ni otro juro sino un gran torbellino de granizo. ¿Y que vos hagáis tanto caudal de la nieve y granizo, que hagáis de ella tesoro y tesoros, y los guardéis tanto que no dejéis entrar en las salas y torres donde los tenéis ni aun á vuestros amigos, ni se los deis siquiera á ver de los ojos? ¿Y que hagáis provisión de ellos para el tiempo de guerra? ¿Que sean esas vuestras atarazanas, donde guardáis la munición y vuestra armería? ¿Qué puede responder á eso vuestro amigo Job, sino que no ha entrado ni visto esos tesoros, y sabe de qué pueden servir para el tiempo de la pelea? Declarádnoslo vos, Señor, pues no sin causa lo preguntáis. El glorioso San Gregorio sobre este lugar da una muy galana explicación, digna de su espíritu. Por la nieve, que es fría, y por el granizo, que es duro, muy convenientemente se entiende los pecadores, que tienen los corazones helados con el frío de su malicia y endurecidos con su pertinacia. Y así es costumbre de la Escritura significar la malicia por la frialdad. Del alma pecadora, dice Dios por Jeremías: *Sicut frigidam facit cisterna aquam suam, sic frigidam fecit malitiam suam.* «Como se enfría el agua en las cisternas y aljibes (donde se suele recoger la frialdad, huyendo del calor del verano), así el pecador ha resfriado su malicia», huyendo del calor de la caridad. Y Cristo dice por San Mateo, hablando de los tiempos cercanos á la fin del mundo: *Quoniam abundabi tiniquitas, refrigescet charitas multorum.* Habrá tanto hielo de maldad, que se helará la caridad en los pechos de muchos. Como los malos siguen el partido de Lucifer, el cual huyendo de Dios, que es fuego y caridad, puso su manida *in lateribus aquilonis*: «En los escondrijos del aquilón», aquellas regiones septentrionales donde no alcanzan los rayos del Sol, y siempre corre el cierzo frigidísimo de su obstinada malicia. Corazones que están en región tan fría, no es maravilla que estén congelados como la nieve y granizo. Pero en esta nieve tiene Dios guardadas grandes riquezas. Sólo Dios puede hacer tesoro de los pecadores, que de sí son tan desaprovechados. El los puede aprovechar y convertirlos en joyas, aljófar, perlas y piedras preciosas. Mirad qué montones de nieve tenía en el pecho la Magdalena, qué helada y fría estaba. ¿Quién pensara que en una mujer tenida y llamada en la ciudad por pública pecadora tenía Dios escondido tal tesoro? Llega Dios y entresácala de los demás; caliéntale el pecho con el fuego del amor. *Dimissa sunt a peccata multa, quoniam dilexit multum.* Y resuélvese la nieve en agua de lágrimas, que como ríos salen por sus ojos, bastantes á regar los pies de Cristo; y de gran pecadora la hizo Apóstola de Apóstoles, compañera de la Virgen y enamorada de Cristo. ¿Qué granizo se puede imaginar más duro y nocivo que un Saulo, que así destruía y quemaba las flores y frutos tiernos de los fieles, cuando comenzaba á brotar en la heredad del Señor, que es su Iglesia? *Saulus autem devastabat Ecclesiam, per domos intrans et trahens viros ac mulieres tradebat in custodiam.* No hay nubada de piedra ni de granizo que así apedree y asuele una heredad como Saulo á la Iglesia. Quien viera á San Esteban tan abrasado en caridad, que rogaba á Dios por los que le apedreaban, y viera á Saulo tan helado en su malicia, que guardaba las capas á los sayones, y era consentidor de su muerte, si entonces le dijeran: pues sabed que de este granizo ha de sacar Dios mayor fuego que de aquel mártir; más caridad ha de tener Saulo que Esteban. ¿Es posible? ¿Quién puede hacer eso? Aquel de quien dice Isaias: *Utinam dirrumperes cælos et descenderes atque arderent igni.* Son tesoros estos que tiene Dios en la nieve y granizo; *quæ præparavi in tempus hostis, in diem pugnæ et belli.* Y más: que lo aparejó para el tiempo del ene-

migo y de la guerra. ¿Qué soldado tuvo Dios más animoso, qué guerrero más esforzado, que así volviese por su honra, hiciese guerra al demonio, le sacase de su poder las almas, extirpase los vicios, como San Pablo? Pues ese tenía Dios guardado en los tesoros del granizo. Misterios altísimos de la predestinación, que no se pueden apear. Y así el mismo Apóstol considerando esto da voces: *Oh altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei! Quam incomprensibilia sunt judicia ejus et investigabiles viæ ejus!* Son tesoros que no se pueden agotar, que nadie ha entrado en ellos ni se dan á ver. Uno de estos juicios muy altos, y no el menor, tenemos en la historia presente. Aquí hallaremos tesoros de nieve y granizo. Dos hombres que toda su vida habían gastado en saltear caminos, robar y matar hombres, por los cuales delitos habían sido crucificados. Ambos, según la opinión de muchos doctores, fundada en el texto evangélico de San Mateo y San Marcos, blasfemaban de Cristo primero y le decían denuestos y baldones. ¿Quién dijera que de nieve tan helada y granizo tan endurecido había de salir ningún bien? Mas Dios tiene ahí tan gran tesoro guardado, que entresaca al uno y derrite esta nieve, y ablanda ese granizo, y regala ese corazón, y lo enciende en caridad. Y lo que más es, lo tiene aparejado para el tiempo del enemigo. El tiempo del enemigo fue el tiempo de la Pasión, en que por dispensación divina fue dado poder á Satanás para que por medio de sus ministros ejecutase en aquella humanidad sacratísima todos los tormentos é injurias que quisiese, tiempo en que hartase su saña. Y así les dijo Cristo á los que le iban á prender: *Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum.* El día de la pelea fue este mismo. Cuando en el campo del Calvario pasó aquella sangrienta lid entre Cristo y el fuerte armado, que es el demonio, en la cual, muriendo Cristo, con su muerte mató la muerte, y venció al demonio, y despojó al infierno. Pues para este tiempo, y para este día de tanta afrenta, abre sus atarazanas de la nieve y del granizo, y tiene guardado este poderoso guerrero que vuelva por su honra y defienda su inocencia, y publique su justicia; y de ladrón, lo hace mártir; de blasfemo, confesor; de malvado, santísimo. ¿Pues cómo se dejó á su compañero? ¿Por qué no le hizo esa merced? Esos son los tesoros de la nieve, donde ninguno ha entrado. Tesoros de la sabiduría de Dios, que nadie puede comprender. No hay otra respuesta sino la de David: *Salvum me fecit, quoniam voluit me.* A este quiso y al otro no. A este hizo mucha gracia, con el otro usó de justicia. Los dos criados de Faraón, copero y panadero, ambos dice la Escritura que pecaron contra su Señor; ambos fueron echados en la cárcel por su delito. Pero después Faraón libremente perdonó al copero por su clemencia, y mandó ahorcar al panadero, haciendo justicia. Pues lo que pudo lícitamente hacer Faraón, mejor lo podrá hacer el Señor, que es más absoluto. Este misterio declaró el Apóstol con una linda comparación: *An non habet potestatem figulus luti ex eadem massa facere aliud quidem vas in honorem, aliud vero in contumeliam?* No dice: ¿Por ventura no tiene libertad el platero para de una misma barra de plata ó de oro hacer un vaso de aparador y otro para deshonor? Porque pudiera quizá decir alguno: Sí, señor, que es agravio que se hace al oro emplearlo en servicios viles y afrentosos; sino pone la comparación en el barro, á quien no se le hace ofensa en hacer de él vasos de servicio humildes y se le hace honra en darle tal forma que lo pongan en la mesa; y porque los hombres, no sólo somos hechos de barro en lo natural, sino habiéndonos Dios levantado á la participación del sér divino por gracia del oro fino, nos volvimos tierra por la culpa de nuestro primer padre, y nos hicimos barro, como lo llora Job: *Comparatus sum luto.* Dios, que es el ollero, al que se le deja barro, no le quita nada, ni le agravia en dejar en su vileza; pero al que afina y levanta á ser vaso de su mesa, hace soberano beneficio. Y esta es la razón potísima de la elección del buen ladrón y del desamparo del malo: la divina voluntad. Los medios por donde se ejecutó veremos en el Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ducebantur autem et alii duo nequam cum eo ut interficerentur. Este fue el más bajo escalón al que pudo descender la humildad de Cristo. Grande baja de la divina alteza le pareció al Apóstol que el Hijo de Dios, igual con el Padre, *humiliavit semetipsum, formam servi accipiens:* «El que tenía forma y naturaleza de Dios, se humilló tanto que tomó forma y naturaleza de siervo», haciéndose hombre en la encarnación. Mayor fue la baja de la natividad, pues se compara á las bestias, naciendo en un establo, siendo reclinado en un pesebre en medio de dos animales brutos. En la encarnación bajó del cielo al vientre purísimo de la Virgen, que era más sagrado que el cielo; pero de este mismo santuario, en su natividad salga á ser puesto en pesebre, grande humildad fue. En la circuncisión bajó aún más, pues tomó forma y apariencia de pecador, recibiendo el hierro y el cauterio de la culpa, el que sólo estaba sin ella, porque la circuncisión era sacramento ordenado para quitar el pecado original, y así, el que le recibía profesaba tenerlo. En el bau-

tismo, aún bajó más, pues se quiso parecer á los pecadores actuales, que tenían pecados hechos de su propia voluntad, cuales eran todos los que entonces se bautizaban de mano de San Juan. No quedaba más que bajar, sino ser tenido, no sólo por pecador, sino por grande pecador. Y esto se cumple hoy; como dice el Evangelio: *Ducebantur et alii duo nequam cum eo.* En decir: también y otros dos, parece que significa que era tercero. Isaías lo tenía profetizado. *Et cum sceleratis reputatus est.* Fue contado y puesto con los pecadores malvados, insignes malhechores, con ladrones famosos, tenido por el mayor y como tal crucificado en medio de ellos. Esta fue la mayor injuria que á Cristo se hizo, y así parece que la sintió él mismo cuando dijo á sus discípulos poco antes que le prendiesen: *Dico enim vobis quoniam adhuc hoc, quod scriptum est, oportet impleri in me: Et cum iniquis deputatus est.* ¿Pues, y no se han de cumplir otras cosas? Sí; pero esto le duele más, y así lo particulariza. *Adhuc.* Aun esto se ha de cumplir, que es lo más grave. También mostró este sentimiento á los que le prendieron. *Tamquan ad latronem existis cum gladiis et fustibus comprehendere me?* Con espadas y bastones. ¿No me pudiérades echar mano llanamente en la ciudad, donde me teníades cada día, sino salirme á prender con tanto estruendo como si fuera un salteador? Como los judíos vieron que de aquello se sentía. ¿Así que os da pena ser preso como ladrón? Pues aquí haremos que, no sólo preso, sino justiciado y muerto como ladrón y en medio de ladrones. Y así lo hicieron. Grande fue el amor que tuvo Cristo á la virtud de la humildad, y extraño el deseo de persuadir á los hombres soberbios, pues con tan espantosos ejemplos la encomendó y enseñó en su propia persona. Pero como el Padre eterno tenía tan á su cargo la honra de su Hijo, ordena que de este hecho que los judíos tramaron para su infamia salga uno de los mayores argumentos de su inocencia. Antes este fue el postrer dicho en que se cerró la probanza y proceso que se hizo en vida de la santidad de Cristo. ¡Mirad con qué probanzas tan firmes está sustanciado este proceso! En naciendo Cristo en el mundo, luego bajaron ángeles, y como mayores en dignidad de naturaleza que todas las criaturas, los más ilustres y nobles le toman primero su dicho, y piden su firma que digan quién es, y pusieron *Natus est vobis Salvator, qui est Christus Dominus.* Así lo decimos. Tras la gente noble importa mucho el dicho de los viejos y hombres de edad. Dice Simeón anciano, y por no hablar de oídas, llévalo el Espíritu al templo, y para enterarse más, como era viejo y corto de vista, dice: Dénmelo acá que lo quiero ver. Y visto y conocido, dice su dicho. Asentad: *Lumen ad revelationem gentium et gloriam plebis tuæ, Israel*: «Esta es la lumbre que ha de alumbrar al mundo». Preguntado cómo lo sabe, dice: *Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Con estos ojos, que han de comer la tierra, le vi. Habla como testigo de vista, y que la misma lumbre le dio en los ojos, y con ellos vio al Salvador. También le confesó Ana profetisa. Importa también el dicho de los que pueden ser interesados. Y así el gran Bautista (á quien convidaran con la dignidad de Cristo) dice su dicho, y firmó de su nombre: *Ecce agnus Dei, qui tollit peccata mundi.* También es de mucho crédito el dicho de gente desapasionada, y así le dijo el Centurión: *Vere filius Dei erat iste.* Estímase en mucho el dicho favorable de los enemigos. Es muy notoria la verdad, cuando el enemigo la confiesa (porque es cierto que no les corre afición, sino pasión), pues dice su dicho Judas: *Peccavi tradens sanguinem justum.* La mujer de Pilatos envía á decir á su marido: *Nihil tibi, et justo illi.* «No te entremetas en juzgar aquel justo, no le hagas mal». El mismo Pilatos que le sentencia dice que él no halla en él causa, que él se sale á fuera: *Innocens ego sum a sanguine hujus.* Y para firmar la sentencia se lava las manos. Y porque no dijesen los fariseos que se hizo esta probanza á pedimiento de parte, sin citar la parte contraria, para ver si tenía que alegar ó contradecir, el mismo Cristo les citó diciendo: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* Y no tuvieron que decir. Pilatos: *Ecce ego coram vobis interrogans nullam causam inveni in homine isto.* «Hago el interrogatorio y tomo la confesión en vuestra presencia, y no resulta contra él culpa alguna». ¿Qué puede faltar á esta probanza ó qué se le puede añadir? Una sola cosa. Suélese dar mucho crédito á los que están en el trance de la muerte, para ir á dar cuenta á Dios, y así cuando uno desde el palo disculpa á alguno, es gran indicio que están sin culpa. Pues no quede por eso. Venga un ladrón que estando en el palo para morir. Llegan á tomarle el dicho, y dice: que para el paso en que está, y por la cuenta que va á dar á Dios, *nos quidem juste: hic vero nihil mali gessit.* Que él y su compañero lo deben, y es justo que lo paguen. Pero que Cristo está sin culpa, y no merece la muerte que le dan, y que está tan lejos de ser reo, que es el Rey de todo lo criado, y con este dicho cierra el Padre la probanza y el proceso, pues ya no hay más que pedir. Porque veáis por qué atanores ó atajeas trajo la sabiduría de Dios el agua á su molino, y ordenó que lo que los judíos inventaron para ignominia de Cristo, le sirviese para su mayor gloria.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Pero diréis: ¿Quién le dio tan en breve á este ladrón tan alto conocimiento de Cristo, pues poco antes le blasfemaba? Muchas razones dan los santos; yo diré sola una que está en el Evangelio de hoy. Que el motivo que tuvo para convertirse, después de la iluminación de Dios, que milagrosamente le infundió lumbre de fe, para que conociese la divinidad de su hijo; pero el medio que para ello tomó, fue la paciencia que Cristo tenía en los trabajos, ver tal tolerancia entre tantos y tan desiguales tormentos. Consideraba el peso de la cruz, y la corona, el deshonor, las blasfemias; vele hecho un retablo de dolores; y á todo esto no un gemido, no un ceño ni una descortesía, antes vele rogar por los enemigos. Eran esos argumentos más que de hombre. Y aquí comenzó con más prisa el socorro divino á darle fe y conocimiento, que quien tal paciencia y caridad tenía era Rey y Hijo de Dios. Estaría diciendo entre sí: *Audivimus quod reges Israel clementes sint*; este es clementísimo sobre todos. Y Pilatos le pone en el título: *Rex judæorum*. El que por sus mortales enemigos se hace intercesor y abogado, no me dejará de recibir á mí que le confieso. No es posible sino que es Rey quien tiene pecho tan generoso. Sin duda fuera grande alivio para la tristeza de Cristo la conversión de este ladrón; si él no se hubiera cerrado á sí mismo las puertas del consuelo, y no viera que el remedio de este sólo había de ser ocasión de perderse muchos. ¿Queréislo ver? Allá, dice Isaías, hablando de la muerte de Cristo: *Pro eo quod laborabit anima ejus, videbit et saturabitur*. El manjar que puede hartar el alma de Cristo, llano es que no puede ser el corporal, porque el alma no come. Y el mismo Cristo dijo á sus discípulos que su manjar no era sino hacer la voluntad de su Padre en la conversión de los pecadores. Más le regaló á Cristo la conversión de la Samaritana que las viandas que los discípulos trajeron compradas de la ciudad. Pues luego la hartura que se promete á Cristo en pago del trabajo de la ánima, es que se hartará de comer pecadores, justificados con su sangre. Y así añade luego el Profeta: *In scientia sua justificabit ipse justus servos meos multos*. Con la ciencia suya, con la fe viva que les dará, para que lo conozcan los justificará, y así guisados, serán su comida. De suerte que con darse á conocer á Cristo, y salvar pecadores se había de sustentar. Viéndolo, pues, su Padre eterno tan afligido, que su pueblo amado le entregó á la muerte, su discípulo le vendió, Pedro le negó, los demás apóstoles le desampararon, viole como pájaro solitario, gimiendo en el nido y árbol seco de la cruz; como otro Job, destruída y robada la hacienda, perdidos los hijos, la mujer de la Sinagoga haciendo burla de él, induciéndole con blasfemias que perdiese la paciencia, provocarle á que faltase en la mansedumbre y benignidad; llagado de pies á cabeza como leproso, hecho una plaga, no sentado en el muladar, sino fijado en la cruz en el monte Calvario. Vio que los hombres le habían negado todo refrigerio de comida y bebida; hasta un jarro de agua cuando le pidió muriendo, y que en su lugar le amargaran la boca con hiel y vinagre. Viole anegado en las muchas aguas de sus dolores, y que las angustias habían entrado hasta su ánima. ¿No habrá aquí algún alivio á una alma tan trabajada? Sí. No se contenta con mantenerla con la esperanza del fruto que había de sacar de sus dolores, sino en medio de la fatiga. Como acá á los segadores cuando están muy desmayados les dan un bocado de pan mojado en agua y vinagre ó de otra cosa para templar el ardor, y con eso cobran aliento y brío, así el Padre, para consolar el alma de Cristo y templar el ardor de aquella sed de nuestra salvación que mostró en la cruz, para alentarla, dale este bocado de pan, que es este ladrón convertido, que para su gran hambre y sed que tenía de nuestra salud, no era más de un bocado; mas al fin le pudiera dar gusto y entretener. Aquí se cumplió lo que dijo el Profeta: *Mittit chrystallum suam sicut buccellas*. Dice San Agustín: *Sicut frusta panis*. ¡Oh gran poder de Dios, que tales mudanzas hace! ¿Que la nieve helada y endurecida (que es el cristal) vuelve en bocaditos de pan tierno y regalado, que sustenten á Cristo? Ahora entiendo, Señor, la razón por qué no quisistes volver las piedras en pan cuando os dijo el demonio: *Si Filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant*. Porque no era ese el pan que podía mataros la mayor hambre. El poder de vuestra divinidad en otra conversación más admirable se había de mostrar: en hacer de corazones de piedra panes blandos, para dar de comer á vuestra alma. *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ*. En esto se muestra el poder de Dios. Hijo de Abraham es aquel que es imitador de su fe; el que tiene la ciencia de salud viva que justificar, este es el pan que sustenta á Cristo. Pues veislo aquí cumplido hoy en este ladrón, que era nieve, cristal, guijarro, y en un punto la omnipotencia de Dios le hace de piedra hijo de Abraham, imitador suyo, y aun mayor en su fe, y con ella le justifica y convierte en pan. Bocado fuera éste de mucha suavidad para Cristo en tal coyuntura, sino que él suspendió la dulzura que podía sentir porque quiso padecer sin ningún género de

consuelo, y también porque aquel gusto le aguó con extraña amargura que sintió, sabiendo qué de pecadores se habían de condenar, gastando toda la vida en pecados, y esperando al fin de ella hacer penitencia como el ladrón, y se habían de hallar burlados. No son todos los tiempos iguales, ni de un caso rarísimo y milagroso que hizo el Señor para manifestar su divinidad á la hora de su muerte se ha de hacer la regla general. Fue ventura la del buen ladrón llegar á tal tiempo. Está uno jugando y gana en un resto diez mil ducados; no tiene en nada dar ciento de barato, como tiene allí el dinero delante, y está fresca la ganancia; pero en llevando el dinero á su casa, y guardándolo en el cofre, llegalde á pedir barato; enviaros ha á pasear. La sabiduría encarnada, que en la creación de las cosas allá en el pecho del Padre jugaba, porque las hizo con suma facilidad, *ludens coram eo omni tempore*, como quien juega. Para haberlas de reparar vino á jugar á la tierra: *Ludens in orbe terrarum*. Puso tabla de juego en la tierra, y el tablero fue la cruz. El contrario con quien jugó es el demonio. El juego, la gana-pierde. Pierde Cristo la vida, y gana las almas. Gana infinitos tesoros de gracia, que bastan para gratificar infinitos hombres si los hubiera. Tenía Cristo todo este dinero encima la mesa de su cruz, la ganancia fresca y corriendo sangre. Llega este venturoso ladrón á pedir el cielo. *Domine, memento mei dum veneris in regnum tuum*. Diósele de barato. Fue grande la coyuntura. Y no es tanto de espantar que hiciese esta largueza entonces quien tanto acababa de ganar. Pero ahora que está Cristo en su casa, y tiene su tesoro encerrado en los cofres de sus Sacramentos, no hace esos baratos de ordinario; por su cuenta y razón han de ir.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pero yo quiero decir más. Haced vos lo que el buen ladrón hizo á la hora de su muerte, que yo os aseguraré el cielo, aunque hayáis sido peor que él y que Judas. Porque dado que la gracia y conocimientos de Cristo se le dio de barato como habemos dicho, pero el cielo no se le dio de gracia, sino de justicia, por altísimas virtudes y heroicas obras que en aquel breve espacio hizo. Porque él tuvo en grado perfetísimo las tres virtudes teologales. Lo primero, fe que asombra. Abraham creyó á Dios que le hablaba desde lo alto del cielo; éste le ve colgado en un palo. Isaías creyó en Dios, viéndolo sentado en un magnífico trono, cercado de serafines; éste ve á Dios crucificado entre ladrones. Moisés creyó á Dios que le hablaba desde la zarza, pero vela arder y que no se quemaba; éste ve al mismo Dios en la zarza de su cruz, todo coronado de espinas y abrasándose en vivas llamas de penas. Fe tuvo San Pedro, pues se arrojó al mar en pos de Cristo; pero violе á él primero andar sobre las aguas; éste no le ve pisar las aguas, sino bañado de pies á cabeza en su propia sangre. Los hijos del Zebedeo fe tuvieron; pero vieron á Cristo transfigurado en el monte Thabor, su rostro más resplandeciente que el sol y sus vestiduras mas albas que la nieve; éste no le ve transfigurado, sino desfigurado; no hermoso, sino feo; no blanco, sino denegrido y despojado de sus vestiduras. Muchos justos en Israel creyeron, pero viéronle hacer grandes maravillas; mas éste que ni vio milagro, ni leyó Escritura, ni vio en Cristo cosa digna de rey ni de Dios (en lo que es grandeza y aparato exterior), y con todo eso creyese con tanta firmeza, cosa prodigiosa es. ¿Pues esperanza? ¿Qué mayor, pues espera reino y pide memoria? *Domine, memento mei*. Aunque, Señor, sea dificultoso á quien tan tarde te conoce y servirte desea, aunque es mucho hacer ciudadano de tu Reino á un ladrón de por vida, aunque lo sea pasar de la horca al Paraíso. Con todo eso espero: *Memento mei, dum veneris in regnum tuum*. Por gran cosa dice San Pablo de Abraham: *Qui contra spem, in spem credidit*. Esperando que de aquel hijo que mataba había de tener generación, porque Dios se lo había de resucitar ¿Pero qué mucho esperase de Dios se lo resucitaría muerto el que se lo había dado sin esperarlo, estando por su vejez y la de su mujer imposibilitado para tenerle? ¿Pero que espere este reino del que le ponen título de rey por escarnio, corona y cetro de burla, y aferre tan fuertemente con esta esperanza? No hay duda, sino que *contra spem, in spem credidit*. ¿Pues caridad y amor? No podía dejar de abrasarse y derretirse en él, pues tan cercano estaba á la esfera del fuego del amor. Había enviado el Padre eterno á su Hijo, que es fuego de amor, *Deus noster, ignis consumens est*, para que abrasase en él los corazones helados de los hombres. Y así dijo Cristo: *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?* Mucho había que este fuego ardía; pero ahora cebado con la leña de la cruz, y rociado con el aceite de la misericordia, y avivado con los soplos de las blasfemias de los judíos, echaba las llamaradas que llegaban al cielo, pidiendo al Padre perdón por los enemigos. Pues quien tan cerca estaba como el ladrón ¿no había de participar de tan excesivo calor? Cual suele deshacerse la niebla delante del viento, y deshelarse la nieve con el calor del sol, y derretirse la cera delante los ardores del fuego, así se infla-

mó su corazón, y se regaló su frialdad, y se derritió su dureza, y comienza á hervir con llamas de amor. No siente ya sus dolores, no le lastiman sus penas: sólo siente la cruz de Cristo, su cruz le aflige y sus tormentos le atormentan. Llámale Señor; llámale su rey; pídele le tenga en su memoria. Todas esas son señales de amor. Más. Dale cuanto puede, y sacrifícale todo lo que tiene libre en su persona. ¡Oh cruz y cuánto puedes, pues los ladrones consagras en sacerdotes! Veamos el sacrificio del buen ladrón. Ofrece Caín á Dios mieses, Abel corderos, Noé carneros, Abraham palomas, Melchisedech pan y vino, David oro, Jepté á su hija, Ana á su hijo. Mucho es esto; pero al fin todo está fuera de la persona que lo ofrece. Pero el ladrón ofrece de su sustancia: no dineros, que se los tomó el fisco; no la ropa, que se la tomó el verdugo; no los pies, que están presos; ni las manos, que las tiene clavadas; ni el cuerpo, que está quebrantado. Honra que dar no la tiene; la vida ya se le acaba; no le queda más que el corazón y la lengua libre, y eso todo lo ofrece con larga voluntad. Y así no podemos argüir de miserable su ofrenda, pues ofrece á Dios todo lo que poseía. Lo principal que Dios pide á sus amados y de lo que más se paga es el corazón. *Fili, præbe mihi cor tuum* (Prov., 23). Pues veislo aquí, Señor, guisado con el fuego de la contrición y caridad: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies*. De este corazón contrito nació la confesión de su culpa que dijo: *Nos quidem juste, nam digna factis recipimus*. El corazón aborreció el pecado, y la lengua lo confesó. Ofrecióle también el corazón fiel, lleno de fe viva. Y porque dice San Pablo: *Corde creditur ad justitiam; ore autem confessio sit ad salutem*. Luego publica con la lengua la fe interior de su corazón, pregonando la inocencia de Cristo y llamándole Señor. ¡Oh qué consuelo es este para los miserables! Aunque no tengas salud para ayunar, ni hacienda para dar limosna, ni pies para ir á la Iglesia; aunque seas cojo, ciego, tullido, te puedes salvar. Moisés fue tartamudo, Tobías fue ciego, Miphiboseth fue cojo, Lázaro leproso, Job todo su cuerpo llagado; pero nada de eso les estorbó el servir á Dios y ser buenos. Dale á Dios el corazón, que, si no hay más, con eso sólo se contenta y sin él nada le agrada. Mas porque la caridad no sólo tiene este primer acto, que es amar á Dios, sino también el segundo, que es amar al prójimo, mirad cómo lo ejercita procurando la salud de su compañero. Guarda con él el precepto de la corrección fraterna, repréhendele su culpa, avísale del peligro en que estaba.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Neque tu times Deum quod in eadem damnatione es, ¿Quien jamás ha visto dos ladrones que padecen por un delito, consortes en un mismo pecado, el uno blasfemar del otro y darle en rostro con la pena que padece?—Pues aunque este crucificado fuera ladrón, también lo eres tú; y así no habías de escarnecer y mofar de él, cuanto más que la verdad es que nosotros justamente padecemos; pero éste no ha hecho mal ninguno. Mirad si pudo ser corrección más caritativa ni más discretamente dada. Veis aquí el ladrón hecho predicador por virtud de la sangre de Cristo. Judas, que era predicador, se hace ladrón, y el ladrón predicador. El púlpito en que predica es la cruz; la iglesia donde predica es el Calvario; el santo de quien predica es Cristo; el auditorio es su compañero y los hebreos; el sermón es: *Neque tu times Deum, quod in eam damnatione es. Et nos quidem juste, nam digna factis recipimus; hic vero nihil male gessit*. El oficio del predicador, dice San Gregorio, consiste en extirpar vicios, descubrir secretos de la Escritura, plantar virtudes; todo eso contiene el sermón del buen ladrón. ¿Quién como él reprende los vicios, pues á sí se acusó de pecador y á su compañero reprehendió el poco temor de Dios que tenía, y á Pilatos y á los hebreos la injusticia con que habían condenado al inocente? ¿Quién descubrió más altos secretos que confesar y predicar por Dios á un hombre crucificado? ¿Pues plantar virtudes? ¿Qué más que las que en sí plantó, y las que á nosotros con su doctrina y ejemplos nos enseña? Pero aquí es menester ponderar la insuperable fortaleza de este atleta y defensor de la honra de Cristo, que nacía de la caridad: *Fortis est ut mors dilectio* (Cant., 8). Pero aquí más fuerte, pues por temor de ella no deja de confesar la verdad. No teme las iras del furioso pueblo, que ardía en odio mortal contra el Salvador; no la potencia de Pilatos; no la rabiosa malicia de los pontífices y fariseos; no las crueldades que podían ejecutar en él, viéndole excusar y volver por quien ellos habían condenado, sino con ánimo intrépido sale al campo á defender la honra de su Señor. *Nos quidem juste*. No lo niego, bien juzgastes en ponernos aquí. ¿Pero este, *quid mali gessit*? Injustamente le habéis sentenciado. ¿Quién te dio, hombre, tal osadía? Cuando los amados discípulos *relicto eo fugerunt;* cuando Pedro, el más esforzado, á la voz de una mozuela se niega; cuando Judas le vende, y los más amigos de medrosos callan; cuando está Cristo tan solo y desamparado que dice: *Considerabam ad dexteram et videbam et non erat qui cognosceret me*. «Miraba á los lados y no había quien me conociese»; cuando

tan olvidado y aborrecido que dice: *Oblivitioni datus sum tanquam mortuus a corde* (Salmo 30). Cuando se muere una persona que queréis bien, aunque muere en el cuerpo, queda viva en vuestro corazón, por el amor y memoria que de ella tenéis; pero si la olvidáis, muere del todo en el cuerpo y en el corazón. Pues cuando Cristo estaba olvidado como muerto, y borrado del corazón de las gentes (y aun de los más de sus amigos), ¿que venga este famoso ladrón y fortísimo soldado á ponerse á su lado, y le tenga en su corazón y memoria y sea escudo para defender su inocencia? ¡Grande valor y fortaleza de ánimo fue! Sólo Jonatás se atreve acometer el real de los filisteos, y no lleva consigo más de un escudero ó paje de lanza; pero tan animoso, que le dice: *Perge quo cupis et ero tecum ubicumque volueris.* «Ve donde deseas, que yo te acompañaré y no te dejaré en ningún peligro». Esta promesa hizo á Cristo el Apóstol San Pedro: *Tecum paratus sum et in carcerem et in mortem ire.* Pero sólo el buen ladrón la cumplió por él. Este solo paje de lanza lleva Cristo cuando acomete el ejército de Satanás, y no le deja en todo trance. *Ero tecum.* En la cruz, y si tú quisieres, en el paraíso. Este es el granizo duro que aparejó el Señor, *in tempus hostis et in diem pugnæ et belli.* Con este apedreó al demonio y á los desvergonzados judíos, y les hizo guerra.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Pues la virtud de la humildad, ya veis cuánto resplandeció en él: no sólo en confesar su culpa, sino en aquella humilde petición que hizo: *Domine, memento mei*, etc. No se tuvo por digno de pedirle el reino; sólo se contenta con que tenga de él alguna memoria. Como el hijo pródigo, cuando volvió á la casa de su padre: *Pater, peccavi in cœlum et coram te; jam non sum dignus vocari filius tuus; fac me sicut unum de mercenariis tuis.* Enternecido el padre con tanta humildad, dice: *Cito proferte stolam primam et induite illam, date annulum in manum ejus et calceamenta in pedes ejus.* «Prestamente, sin dilación, le vestid y calzad como á mi hijo, hágase banquete en mi casa por su venida». Así este santo ladrón, después que como hijo pródigo había desperdiciado sus bienes y gastado los años de su vida en desatinos y pecados, lleno de contrición y humildad se entra por las puertas del Padre de las misericordias, y no osa pedir mucho: *Domine, memento mei!* No osa llamarle padre, sino señor, confesándose por mercenario. No pide la herencia del reino como hijo, sino alguna memoria como siervo. Aun eso no merezco. A tanta humildad, á virtudes tan excelentes, no se detiene Cristo de responder: *Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso.* Hoy. Sin dilatarle la merced. ¡Oh, dichoso ladrón, y qué presto has negociado! Más te valen tres horas que estuviste en la cruz que á Judas tres años que estuvo en el apostolado. Veislo aquí absuelto á culpa y á pena, canonizado en vida por boca del mismo Dios; el primer hombre que en muriendo vio á Dios. No se concedió eso á los santos padres, que luego en muriendo viesen la esencia divina. La inocencia de Abel, la justicia de Noé, la fe de Abraham, la obediencia de Isaac, la mansedumbre de Moisés, la caridad de David, la paciencia de Job, la largueza de Tobías, la pobreza de Lázaro, están millares de años en el limbo en tinieblas, esperando esta buena vista; y el ladrón, en rindiendo el alma, se halla con Cristo en la gloria. Pero ya veis si hizo obras en aquel poco tiempo por donde lo mereciese. ¿Cuándo pensáis vos hacer otro tanto? ¡Oh, que vuestra muerte tendrá tales razones! ¿Cuándo tuvistes ó tendréis vos tal fe? ¿Cuándo tan firme esperanza? ¿Cuándo tan abrasada caridad? ¿Cuándo tal cuidado de los prójimos? ¿Cuándo tal conocimiento de vuestras culpas? ¿Cuándo os pusistes por la honra de Dios contra todo el mundo? ¿Cuándo tal humildad, paciencia y resignación en las manos de Dios? Tenedme vos estas virtudes á la hora de vuestra muerte, haced tales obras, que yo os aseguro el cielo. ¿Pero quién os podrá asegurar que las haréis? No os fiéis en eso, que os hallaréis burlado. Mirad que es negocio peligroso, que viviendo siempre mal esperéis acabar bien como el ladrón, porque lo que Dios hizo con él no fue por vía ordinaria. Témome que por un ladrón no pierdan muchos el mesón, porque dejan su penitencia y conversión para la muerte, confiados de este buen suceso. Mirad que dice San Crisóstomo que el ladrón no dijo *memento mei* hasta haber puesto delante su arrepentimiento y confesión de los pecados. Así vos, si no precede primero la penitencia de los vuestros, ¿cómo pensáis decir en la muerte: *Domine, memento mei?* ¿No veis que lo que en aquella hora se hace, por la mayor parte es necesidad y no voluntad; fuerza, y no libertad; temor, y no amor; y si amor, no de Dios, sino vuestro, que naturalmente teméis vuestro daño? ¿No veis que es contra justicia que habiendo empleado toda la vida en servicio del demonio vais en la muerte á pedir á Dios galardón? ¿Qué os ha de responder sino lo que tiene en mil partes respondido: *Ubi sunt dii eorum in quibus habebant fidutiam? Surgam et opitulentur vobis et in necessitate vos protegant.* (Deu., 32). «¿Dónde están ahora vuestros dioses, en los cuales pusisteis vuestra fucia y

confianza?» ¿Dónde está el oro que adoraste como á Dios? ¿La ara en que idolatraste? ¿Qué es de tu vientre y regalo que era tu Dios? ¿Qué de las mujeres por quien apostataste y negaste al Señor? ¿Los hijos que por dejarlos ricos traspasaste la ley divina? El mundo, demonio y carne á quien has servido, y cuyos aranceles has guardado, á esos llama. Levántense y socórrante si pueden, y ampárente en tiempo de tanta necesidad como la muerte. Merecida respuesta para quien ha gastado en ofensas de Dios toda la vida. Paréceos ha que lo hilo muy delgado, y que ato corto la misericordia de Dios; pero no lo hilo yo, que Dios lo hiló por sus pulgares, y aunque tan delgado como se os antoja, no por eso quebrará, so pena de no ser Dios quien es, y de su hilado os vendo yo esta tela. No estrecho yo la misericordia de Dios, que bien sé es tan grande como Dios, infinitamente mayor que todos los pecados. Bien sé que te puede perdonar al punto de la muerte, porque *facile est in oculis Dei subito honestare pauperum*. Bien sé que todo el tiempo que el ánima está en las carnes puedes hacer penitencia y negociar con Dios el perdón de tus culpas. Pero no sé si serás tan venturoso mercader ó tan buen solicitador que lo negocies. ¿Cómo, estando enfermo, turbada la razón y el juicio agravado con los dolores de la enfermedad, distraído con cuidados de hacienda, testamento, hijos y mujer; lastimado de verte apartar de todas las cosas en que tenías puesta tu afición y segar de la tierra donde tenías echadas tan fuertes raíces, y sobre todo mal habituado con la mala y antigua costumbre, cómo presumes hacer la penitencia, que en salud y sin estos inconvenientes no hiciste? ¿Habéis oído decir, *dubitat Augustinus?* Pues sabed que su duda es de la salvación de aquel que para la muerte deja su penitencia. Pues si él duda siendo tan sabio marinero, gran locura será tener por segura la navegación de un golfo, de quien él habla con temor. Sus palabras están en el tomo X, homilia 41: *De vere Pœnitentibus*. Quiero referirlas á la letra; encomendaldas á la memoria, y aprovechaos de ellas, porque tengáis buen fin: «Si alguno, puesto en la última necesidad de su enfermedad, pide penitencia, yo os confieso que se la damos, y no le negamos lo que pide; mas este tal no sé si va seguro. Penitencia le podemos dar, pero no seguridad. No digo que se condenará, mas tampoco afirmo que se salvará. ¿Quieres salir de esta duda y hacer cierto lo que está dudoso? Haz penitencia mientras tienes salud. Si así lo haces seguro estás, porque te arrepentiste cuando pudiste. Entiéndese seguro de la manera que en esta materia puede haber seguridad, no infalible. Pero si dejas la penitencia para cuando no puedas pecar, ya entonces no dejas tú los pecados, sino ellos te dejan á ti». Estas son sus palabras; pues si queréis que no dudemos de vuestra salvación, aprended á bien morir, antes que lleguéis á tal punto. Oficio es que para hacerlo bien, lo habéis de deprender toda la vida; porque en aquella hora hay tanto que hacer en morir, que no hay espacio para aprender á bien morir. La regla general es que la buena vida es víspera de la buena muerte; y si hay alguna excepción, es privilegio particular. Si toda la sagrada Escritura se pudiese fundir para ver qué salía de ella, ninguna cosa saldría más repetida que tras buena vida buena muerte, y tras mala vida mala muerte; porque nunca vistes cabo de oro en soga de esparto. Pues si vuestras obras han sido malas, y toda la vida habéis estado á la banda del infierno, ¿cómo pensáis en la muerte ir á la del cielo? Porque la pared siempre va á caer á donde está inclinada. No penséis en vuestras espinas coger uvas, y de vuestros cardos trigos. Lo que sembrare el hombre eso cogerá: si pecados, fruto de infierno, y si buenas obras, fruto del cielo, descanso y bienaventuranza y gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
JUEVES DE LA CENA

Ante diem festum Paschæ, sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

(Joan., 13).

En aquella reseña que hizo Dios de su majestad, cuando bajó al monte de Sinaí para dar ley, hubo truenos y relámpagos, sonidos de trompeta, nublado de humo que cubría todo el monte, insignias todas de temor. Y así le pusieron en todos los populares: *Qui perterriti ac pavore concussi steterunt procul* (Exo., 20). Hiciéronse á fuera medrosos y despavoridos del estruendo y humareda; pero no vieron el fuego que en la cumbre ardía, no sintieron su calor; sólo Moisés, como discreto y privado, *accessit ad caliginem in qua erat Deus*. Pasó por aquella oscuridad y niebla, y gozó de la llama y resplandor del fuego en que Dios fue decendido; de donde se le pegaron al rostro aquellos rayos de luz que deslumbraban á los hijos de Israel. A esta traza, en la demostración que hizo Dios de su bondad bajando al monte Calvario en fuego de amor, que le abatió hasta la ignominia de la cruz, hubo tinieblas, escurecerse el sol, temblar la tierra, herirse las piedras. Y en la representación que hace la Iglesia católica de estos misterios hay gran ruido y aparato exterior de ceremonias, monumentos, lavatorios, oficios en que repara el vulgo y se quedan los imperfectos; pero los avisados y contemplativos han de pasar con Moisés, adelante, y subir á la cumbre donde arden las llamas del fuego vivo del amor. Esto es lo fino y más apurado de estas obras, el amor con que el Redentor las hizo. Y de haber llegado aquí tuvo el amado discípulo para contar las palabras tan dulces, regaladas y encendidas, que muestran bien estar inflamado en aquel amoroso fuego; no en el rostro sólo como Moisés, sino en los ojos, boca, manos y corazón. Mas para que sus palabras ardientes hagan impresión en nuestros corazones helados, y celebremos dignamente el triunfo que refiere del amor divino, es menester el sentimiento que da la gracia. Pidámosla por intercesión de la Virgen Sacratísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

David, rey de Israel y profeta tan alumbrado, que con la enseñanza del Espíritu Santo y el continuo estudio de la ley de Dios vino á ser más entendido que los viejos y más sabio que sus maestros, en el salmo 11 nos dice su grande erudición y la facultad en que consiste: *Omnis consummationis vidi finem, latum mandatum tuum nimis*. «Señor, muchos se han desvelado en hojear el libro de vuestras maravillas, y han sacado muy buenos apuntamientos, pero ninguno tan visto y leído como yo; ninguno más resuelto, que le he pasado de tabla á tabla, he visto el remate de todo fin que es mandamiento espacioso en demasía». De dos fines se puede entender lo que dice aquí David: el primero es la caridad, cuyo mandamiento se dice de Cristo por excelencia: *Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem*. «Este es el precepto señaladamente mío: Que os améis unos á otros». En amar á Dios por sí mismo, al prójimo por amor á Dios, se remata el cumplimiento de toda la ley. Por eso el mandamiento del amor se dice fin de la ley: *Finis præcepti, charitas*. Los otros preceptos y los actos de las virtudes que mandan se dicen consumaciones ó perfecciones; porque hacen al que las tiene perfecto y consumado, cada virtud en su género. La paciencia, dice Santiago, *opus perfectum habet*: «Hace su obra perfecta». La misericordia, la justicia, hacen sus obras perfectas. Pero la caridad echa el sello á todas esas perfecciones, y sin ella todas quedan imperfec-

tas. Por eso se llama, *vinculum perfectionis:* «Atadura de perfección»; porque es una lazada que nos junta y liga con Dios, que es nuestro último fin; en la cual unión está toda nuestra perfección. Es la caridad reina de todas las virtudes, á quien todas sirven. Y como á la maestra sirven las abejas todas, y la traen flores á la mano, de que ella hace la miel, así la caridad se aprovecha de los actos de las virtudes teologales y cardinales, para hacer el panal suavísimo del amor de Dios. Luego bien dice David: *Omnis consummationis vidi finem.* «Hallo que el amor es fin de todas las cosas». La ley se cumple con amor; las virtudes se perfeccionan con amor, y este mandamiento es anchuroso en gran manera. Llámase amplio el mandamiento de la caridad. Lo primero, porque se extiende á todos los mortales, conocidos, extraños, y alcanza hasta los enemigos. Lo segundo, porque ensancha el corazón. San Pablo dice que la caridad de Dios es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Lo que se derrama, extiéndese, dilátase; y así la caridad hace el corazón generoso, capaz, que caben en él Dios y el prójimo, buenos y malos, amigos y enemigos; liberal para hacer y padecer mucho por el amado. Lo tercero, porque el camino del cielo (que dice Cristo ser angosto) *Arcta est via quæ ducit ad vitam:* «Estrecha es la senda que lleva á la vida»; la caridad le ensancha. Y así dice Cristo: «Mi yugo es suave y mi carga liviana». ¿Cómo puede ser suave si es yugo? ¿Y cómo liviana, si es carga? Responde San Agustín: *Amanti facile ac suave est, non amanti difficile.* «Al que ama todo es fácil y suave; al que no ama, todo es dificultoso y desabrido». No siente peso el amor, ni padece trabajos, ni halla dificultad. Lo cuarto, se dice espacioso este mandamiento porque es un Océano donde el hombre no halla fin. Siempre hay *plus ultra*; no hay tasa ni medida en el amor. La medida es amar sin ella. Veis aquí cómo la caridad es fin de toda perfección. El otro fin es Cristo: *Finis legis, Christus.* «Cristo es fin de la ley», y de las virtudes, y de la misma caridad; fin de toda consumación. De dos maneras se acaba una cosa: ó cuando deja de ser, como se acaba el hombre cuando se muere; ó porque consigue su debida perfección, como se acaba una casa, cuando está edificada del todo. Por ambas vías es Cristo fin de toda consumación. Porque todo lo malo (cuando más fuerte y poderoso estaba) lo feneció, destruyó y lo deshizo, y todo lo bueno lo concluyó, poniéndolo en su punto y en su última perfección. La muerte, el pecado, la tiranía del demonio, con la muerte de Cristo fueron deshechos y quebrantados. Todas las virtudes y el amor (que es cumplimiento de ella) llegaron á la suma fineza y más subidos quilates que pudieron tener. Y este final glorioso que dio el Señor á todas las cosas malas y buenas en el remate de su vida nos cuenta San Juan en el Evangelio de hoy, que es del capítulo XIII.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ante diem festum Paschæ, sciens Jesus, etc.: «Antes del día de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora». Tienen las buenas almas sus días festivos, y sus pascuas; pero tienen sus vigilias estas fiestas, sus cuaresmas estas pascuas, sus antes estos solemnes y regocijados días. Lo que consuela es que las vigilias se llaman horas y las pascuas se dicen días. *Ad punctum in modico dereliqui te et in miserationibus magnis congregabo te* (Isai., 54). Habla con un alma querellosa, que, como mujer de su marido olvidada, se lamentaba de los olvidos de ausencia. «Por un solo punto, por brevísimos espacios te desamparé». Si cotejas la pena de la partida con los regalos de la tornada, fue un momentáneo consuelo ese que me hizo volver el rostro de ti; pero la vuelta será de una sempiterna misericordia que no tendrá fin. No se nos hagan esos olvidos intolerables, que bien se suelen pagar de contado con las consolaciones que permanecen. Pero en Cristo admira que su pascua es el morir y el ante es su fiesta. ¡Cosa extraña! ¿Quién previene con alegría una muerte tan dolorosa? Esto pondera el Apóstol: *Dominus Jesus in qua nocte tradebatur.* ¡Amor inmenso que en la misma noche que los hombres le tratan la muerte á traición, estaba el buen Jesús tan en sí, de tan buena gracia y temple, que trata él de darles la vida! Un hombre sentenciado á muerte, cuando le dicen: ya llega el verdugo, ¿qué tal está su corazón? ¿cuáles son sus pensamientos, sus agonías y desmayos? Más terrible y espantosa cosa es esperar la muerte que el morir. Pues en aquella noche que esperaba muerte tan atroz está Cristo de fiesta con los suyos, y se regala con ellos; les lava los pies, les da su cuerpo en manjar, su sangre en bebida, y como olvidado de sí, se acuerda de nosotros. ¡Oh noche entonces llena de tristeza y ahora llena de alegría para los hombres! *Et erat nubes tenebrosa et illuminans noctem.* Aquella noche que salieron los hijos de Israel de Egipto, para los gitanos había oscuridad y para los hebreos luz. Señor, esta noche para los hombres más clara la veo yo que el sol de medio día. Bien puede decir David: *Et nox illuminatio mea in delitiis meis.* «La noche fue para mí luz y claridad», pues mis regalos y dulzuras, que en el convite de vuestro cuerpo sagrado me aderezastes; para vos, Señor, noche oscura y tenebrosa fue, y así lo

dijistes vos á los que os iban á prender: *Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum.* «Esta es vuestra hora en que reinan las tinieblas, y se les da poder para anublar la luz». Mas su amor le hace alegrar en noche tan triste y tenebrosa, tanto que la llama suya: *Sciens quia venit hora ejus.* «Sabiendo que era llegada su hora». Pero, Señor, ¿cómo se compadece ser de tantos una misma hora? ¿Vuestra, pues lo dice vuestro discípulo, y de los pecadores, pues vos lo decís? Esperad, que él mismo lo declaró esta noche, en aquel sermón altísimo que hizo sobremesa. Tratando de su pasión, vino á decir: *Mulier cum parit tristitiam habet quia venit hora ejus, cum autem peperit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum.* «La mujer, cuando pare, tiene tristeza, porque es llegada su hora; pero después que ha parido, y más si es hijo, con el contento presente se olvida del peligro y dolor pasado». Una misma hora es la de la madre deshecha en dolores y del hijo nacido; pero es tan gran bien haber dado á un hombre la vida, que no se tiene en nada haber pasado los dolores de la muerte. ¡Qué comparación tan á propósito! Ordena Dios que el nacimiento del hombre, el abrir los ojos una criatura á esta luz, gozar de este aire, le cueste á la triste madre tormentos crueles. ¿Por qué razón? Para mostrarnos cuán indignos quedamos por el pecado, aun del sér natural que nos dan nuestras madres, que para nacer en el mundo quiso el cielo que lo compre la madre para el hijo que trae en sus entrañas con sangre, con gemidos, con dolores, y que merezca con lágrimas para su hijo lo que desmerecieron sus pecados. Esta es su hora, y por ella entendemos la de Cristo; porque si para darle á una criatura esta vida, que quien más la goza vive ochenta años, y si de ahí pasa es duelos y malas venturas, y á veces en naciendo el muchacho luego es muerto, con todo eso le cuesta tan caro á su madre, para darnos el sér sobrenatural de la gracia, la vida eterna, aquellos aires de la bienaventuranza, ¿qué le había de costar á aquella humanidad sacratísima, que es la madre que nos parió y nos trae en las entrañas de su misericordia? *Filioli mei, quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis:* «Hijuelos míos, que tan recios dolores me habéis costado». Y era San Pablo quien decía esto, y no más de por la doctrina que como maestro les había enseñado. ¿Qué dirá el que muriendo nos engendró? ¿El que de veras le costamos sangre y vida? Andaba Rebeca deseosísima de tener hijos. Dale Dios de un vientre dos; pero los niños hacían allá dentro tales movimientos, que le causaban molestísimos dolores á la madre, y así quejándose dijo: *¿Si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere?* ¡Mi gozo en el pozo, Señor! ¿Por qué me cumplistes deseo tan á mi costa? ¿Para qué concebí hijos que tanto habían de doler? Consuélala Dios, y dice: «Mirad, Rebeca, que tenéis en el vientre dos hijos, y que no va menos en vuestro parto que la vida de dos pueblos. Dolores habrán de costar, pero sufrirlos heis con paciencia, poniendo los ojos en el bien que se ha de seguir». ¿Qué dice Cristo nuestro bien en esta noche oscura orando en el huerto, cercado de agonías y angustias mortales? *Factus in agonia prolixius orabat, ut si fierit posset transiret ab eo hora.* Pedía al Padre, que si era cosa hacedera, pasase por él esta hora. Cuando á un hombre le da un mal repentino, gravísimo, decís que pasó hora por él. Padre mío, no pase hora por mí. Excusadme, si es posible, los dolores de este parto; que si valiera el voto del sentimiento natural, no quisiera ver concebido estos hijos. ¡Oh, mi Dios, y no se os niegue, sino que es hora terrible esta, cruelísimos dolores habéis de sufrir! Ya yo veo, Señor, la dificultad grande que hay en hacerme á mí de hijo de ira hijo de Dios; pero esta es vuestra hora. Dos pueblos, gentil y judaico, se han de remediar. No va menos en vuestra muerte que la salud del mundo; tristezas habéis de pasar, recios tormentos, penosa muerte; pero, Señor, atended que esa muerte va por precio de tantas vidas. Por esto, *hora ejus.* ¿Pues no dijimos que también es nuestra? Sí. ¿Hay hora más suya de un hombre que en la que nació puntualmente? Preguntadle á San Pablo en qué hora nació: *Cum autem placuit ei qui me segregavit ex utero matris meæ et vocavit per gratiam suam ut revelaret filium suum in me, ut evangelizarem illum in gentibus, continuo non acquievi carni ac sanguini.* «La hora que salí del pecado y pasé á la gracia de Dios, esa misma hago cuenta que nací». Según éstos, una misma es la hora de Cristo y nuestra. Suya, porque en ella muere; nuestra, porque en ella nacimos á la vida. Suya, porque en ella vence la terribilidad del pecado; nuestra, porque en ella somos hechos hijos de Dios. Suya, porque en ella enternece con alaridos el cielo; nuestra, porque en ella granjeamos la gracia. La hermosa Raquel, cuando llegó á parir á Benjamín, *ob difficultatem partus periclitari cœpit,* y como se le arrancase el alma por la vehemencia del dolor, al hijo nacido le puso por nombre Benoni, que quiere decir hijo de mi dolor; mas el padre le llamó Benjamín, esto es, hijo de la mano derecha. Mirad cuán al vivo nos pinta San Pablo este misterio: *Qui in diebus carnis suæ preces supplicationesque ad eum qui possit illum salvum facere a morte, cum clamore valido et lacrymis offerens* (Heb., 5). ¿Que fue aquél rato que Cristo estuvo en la cruz, sino un parto recísimo y muy dificultoso? Aquél fue el día, la hora de la fa-

queza de su carne. Allí, bañados en lágrimas los ojos, manando todo su cuerpo viva sangre, calentando el aire con gemidos, rogó al Padre, que le podía librar de la muerte, y fue oído por el respeto que le era debido. Pues si le oyeron, ¿cómo no le excusaron la muerte? Porque no era eso lo que él pedía absolutamente: pedía mi vida, pedía mi gracia y mi perdón; pedía, que pues él moría por mí, viviese yo por él; y eso se le otorgó. ¡Oh Benoni cristiano! *Honora patrem tuum et gemitus matris tuæ ne obliviscaris* (Ecle., 7). Honra á tu Padre que te hizo hijo de su mano derecha, que por su verbo te dio poder para ser hecho hijo de Dios. Y no te olvides de los gemidos de tu madre, de aquella hermosa Raquel, de aquella innocentísima humanidad (cuyo hijo de dolor eres) que acabó la vida al punto que tú empezaste á gozar de ella. Luego bien se llama hora suya y nuestra.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

¿Mas por qué hora, habiendo durado tantas el martirio de su pasión? Porque es lenguaje de amor, que todo lo facilita. San Agustín: *Omnia sæva et inmania facilia et prope nulla facitamor.* El amor es un condimento que todo lo amargo lo hace dulce, lo terrible suave, lo áspero fácil; lo mucho que hace le parece poco ó nada. Por eso á Jacob, enamorado de Raquel, los siete años de servicio de pastor (oficio trabajosísimo) se le antojan pocos días por la grandeza del amor. Por eso San Pablo, la tribulación de Asia, que cotejada con las fuerzas naturales era desmedida y le tenía apurado, rendido y oprimido y desalentado, que no deseaba más que la muerte para que le despenase; pero comparada con el ánimo y fuerzas que le daba su amor, la llama: *Momentaneum et levæ tribulationis nostræ.* «Tribulación momentánea y ligera, breve y poca». De aquí viene la esposa á llamar la cruz que con su peso hizo arrodillar al esposo, *fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi* (Cant., 1): «Manojito de mirra es mi amado para mí». La penitencia y mortificación, mirra es de suyo amarga y desabrida, cruz pesada; mas al que ama, ramillete que se trae en los pechos: *Inter ubera mea commorabitur*, donde tiene su asiento el amor, porque es el que le quita el peso. Pues veamos: si el amor quita el trabajo de la obra, luego apoca el mérito. San Pablo dice: *Unusquisque propriam mercedem accipiat secundum laborem.* «Que á medida del trabajo ha de ser la del galardón». San Agustín dice: *Non recusatur labor si adest amor; quoniam quia amat, non laborat.* «No se hurta el cuerpo al trabajo, donde hay amor; porque el que ama, no trabaja». ¿Luego ni merece? Bueno sería eso, que el amor (por quien solo se da el premio esencial) le menoscabase. A esto responde Santo Tomás que el trabajo se puede medir y pesar, ó por la dificultad que tiene la obra en sí (que de suyo es grande y dificultosa) ó porque dado que sea fácil el que la ha de hacer, por su desgana ó poca fuerza la halla pesada. De la primera manera, no quita el amor el trabajo, antes le aumenta. Por eso dice San Agustín: *Non recusatur labor.* Acomete cosas difíciles por el amado, ayunos, vigilias, cilicios, disciplinas, renunciación de los bienes de esta vida, la misma muerte. Cosas que en sí son de inmenso trabajo y dificultad, el amor las allana y facilita: *Operatur enim magna, si est.* «Hace cosas grandiosas si es amor». Y esto no disminuye, sino acrecienta el mérito; porque padecer mucho por el amado y con alegría, muy meritorio es. Pero de la segunda manera, el trabajo apoca el mérito; porque dar vos un cuarto de limosna con mala gracia, ayunar un día con pesadumbre, rezar un rosario con gran resistencia, poco merecéis con Dios. No está la dificultad en la obra, sino en vuestro poco amor. Pues este trabajo del que obra, este enfado y desgana, quita el amor, añade fuerzas y brío. Y por eso se dice que quien ama no trabaja; no porque no hace grandes cosas y laboriosas, sino porque las hace con suavidad, lo cual hace mayor el mérito. Así pasó en los trabajos de Cristo, que ellos en sí fueron terribles y dificilísimos, pero su amor ardentísimo los facilitó é hizo parecer de una hora. Y llegó á tanto, que la muerte que era: *omnium terribilium terribilisimum* (Aristót.); ¡«De las cosas terribles que hay en la naturaleza, las más terribles; de las desabridas, la más amarga», ya el amor la ha trocado y la ha hecho amable y dulce, como lo significa el nombre nuevo con que la han bautizado: *Ut transeat ex hoc mundo ad patrem.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

En este nombre nuevo que se da á la muerte, llamándola tránsito de este mundo al Padre, se toca delicadamente la consumación que Cristo hizo de todo lo malo, acabándolo y destruyéndolo. La muerte, tirana que todas las cosas acababa y consumía, ahora queda consumida y acabada. Y así mofa de ella San Pablo: *Absorpta est mors in victoria.* Cuando la muerte pensó que había triunfado de Cristo, revolvió sobre ella y quitóle la victoria de la manos y tragóse á la muerte. Lo que come el hombre conviértelo en su propia sustancia. Cristo es vida por esencia, comióse la muerte y convirtióla en vida. Jurada se la tenía: *Ero mors tua, oh mors.* ¿Cómo mató Cristo la muerte? Matando el pecado. Muerte viva es muerte con pecado; y por eso en el infierno la muerte no mue-

re, porque el pecado siempre vive: *Stimulus mortis peccatum est*. La abeja, en perdiendo el aguijón, se muere, y la muerte no dura más de cuanto se acompaña con culpa. Cristo en su muerte mató el pecado; cuanto fue de su parte le crucificó consigo en la cruz y dio suficientes remedios para que el hombre se pueda librar de él. Este fue el tiempo que dijo el ángel á Daniel, en que después de las setentas hebdómadas (que eran setenta semanas de años) había de ser ungido el Santo de los Santos y muerto el verdadero Cristo, que es el mismo: *Ut consummetur prævaricatio et finem accipiat peccatum.* «Para que se dé finiquito al pecado, y se acabe y aniquile la desobediencia». De suerte que Cristo con su muerte dio fin al pecado y mató á la muerte; y muerte muerta, ya es vida. Y así el día de la muerte del justo, se llama día de su nacimiento, porque entonces nace á la vida eterna. El cerrar los ojos á la luz corporal es abrirlos á la claridad de Dios. De extremo á extremo. Esto es pasar de este mundo al Padre; del mundo, que es la cosa peor que hay, al Padre, que es la mejor; de la tormenta, al puerto; de la batalla, á la paz; de este valle de lágrimas y miserias, al paraíso de los deleites. Esto es ya la muerte, vado, pasadizo y puente levadizo para la vida. Veis aquí cómo dio fin Cristo á todo lo malo, destruyéndolo. Veamos ahora cómo acabó lo bueno perficcionándolo: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo in finem dilexit eos.* Es frase muy ordinaria en la Escritura para significar el cumplimiento y perfección de una obra, y que quien la hizo llegó á lo sumo y alcanzó victoria, decir: *In finem*. «Hasta la fin». Hay muchos salmos intitulados con esta palabra, y en lugar de ella hay en el Hebreo otra que significa *victori seu vincenti*. Como si dijese: Este salmo se canta al vencedor. Así lo traduce San Jerónimo en los títulos del salmo cuarenta y cuatro y setenta y cuatro. Simacho vuelve: Triunfo y palma de victoria. Dase á entender que en el salmo que tiene aquel sobreescrito *in finem*, se celebra alguna insigne victoria de David y de Cristo. Abacuc, para significar que en el pueblo de Israel ni la verdad prevalecía ni la justicia reinaba, dice: *Non pervenit usque in finem judicium.* «No llegó el juicio hasta el fin»; no salió con victoria. Según éstos, amar Cristo á los suyos *in finem* es haber llevado el amor al cabo. Dio cima á esta peligrosa aventura. Enójase con los hombres Dios, y olvídalos; pero ni lo uno ni lo otro hace *in finem*. David: *Usquequo, Domine, oblivisceris me in finem?* Señor, ¿han de ser eternos los enojos? ¿Para siempre el olvidar? Esta pregunta niega con más fuerza que si llanamente negara, porque sabía de la condición de Dios que no se quiere mostrar cabero en sus enojos. Y el mismo Dios dice de sí: *Non in sempiternum litigabo, neque usque in finem irascar.* No se enoja cuanto puede ni cuanto nuestras maldades merecen; no se quiere mostrar infinito en llegar al fin los enojos; pero en amarnos hace cuanto puede, lo que sabe, lo que vale. Nadie sabe lo que El, que es sabiduría; nadie puede lo que puede, que es infinita omnipotencia; nadie quiere lo que quiere El, que es la misma bondad, y así El solo ama *in finem*. Apura, da fondo, llega al centro, tira la barra en amar; los demás ni pueden, ni quieren amar, sino limitadamente, porque son en todas las cosas limitados. Navegaron los antiguos por el mar Mediterráneo, y escalaron todas sus playas. Otros después osaron salir por el Estrecho y tentar osada y venturosamente los Cabos Blancos y Verdes y de Buena Esperanza, y al fin los doblaron y navegaron por mares de antes no conocidos. Pero todo calle con quien, en competencia del Sol, no dejó paso por andar de los que mira él. Pregunto con todo eso: ¿Son ya acabados los descubrimientos? ¿Ha llegado al fin la navegación? Será posible que aun se halle otro pedazo, que descubierto dé tanto espanto á los que vinieren cuanto á nosotros lo que en nuestros días se descubrió; y así no diremos que ha llegado el descubrimiento al fin. Pero en este mar del amor, en este océano de la caridad, no queda nada que no esté apeado ya, medido y sondeado por este gran navegante, con la nao Vitoria de la Cruz. ¿Pues no dijistes que es un piélago espacioso que no tiene fin? Respecto del hombre, es verdad que no le puede todo navegar ni llegar á lo sumo del amor; mas respecto de Dios, todo está andado. Porque así como de todas las cosas es fin, así ha hallado ya fin á la caridad. Bien dice David: *Omnis consummationis vidi finem.* Pues á la caridad, que es fin de todas las virtudes, Cristo le ha dado fin: *In finem dilexit eos.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

Menester es apurar esto más, y ver la vitoria que alcanzó de Cristo este amor final. Dos dificultades había en la obra de la redempción: la una, morir Dios, que es inmortal; la otra, gran amargura y desabrimiento en la muerte. Mas para vencer éstas hay otras dos propiedades en el amor: fortaleza y dulzura. Es violencia suave y fuerza amorosa. Con la violencia venció la dificultad que había en la muerte, y obligó á Dios á morir. Fuerza de amor le quitó la vida, y con la suavidad azucaró su amargura y así triunfó del Redentor. Pues para dar á entender el amado discípulo la suma perfección y cumplimiento del amor de Cristo, que habiendo empezado la obra dificilísima de la

redempción no la dejó imperfecta, sino acabada gloriosamente, saliendo victorioso y con lo que pretendía, que era hacer morir á Dios, dice: Como amase á los suyos que estaban en el mundo, amólos hasta la fin, hasta la vitoria del amor. ¡Mirad á qué términos trajo el amor á Cristo en este día, y veréis la gloria y triunfo que de él alcanzó! Amor que le derriba á los pies de unos pecadores, y á los del traidor que le ha de vender; amor que le obliga á hacerse golosina para que le coman los que ama; amor que mañana le traerá maniatado por las calles públicas de Jerusalem, hecho retablo de lástimas y espectáculo de dolores. ¿No diremos que le sujetó y alcanzó vitoria, pues así lo postró y humilló á sufrir tales injurias y tormentos por el amado? Cuando la noble Roma estaba en su alteza, á los capitanes y emperadores que habían conquistado provincias y alcanzado insignes vitorias, les señalaban un día para entrar en Roma triunfando con pompa solenísima. Iban en carros triunfales con aclamaciones y aplauso y regocijo de todo el pueblo: delante llevaban los reyes vencidos, presos con cadenas. Aureliano César llevó á Zenobia, reina de Asia, presa con cadenas de oro. Augusto César trajo la imagen de Cleopatra, reina de Egipto, que por no pasar aquella afrenta se mató á sí misma. Quinto Cecilio Metelo, en la primera guerra púnica, llevó trece capitanes de los cartaginenses y ciento veinte elefantes que les había tomado. Las banderas de los vencidos se arrastraban por tierra; y con esta majestad entraban en la ciudad. Pero todos los trecientos y veinte triunfos de la soberbia Roma callen con este que hoy alcanzó de Cristo el amor. Sentado va el amor en aquel carro triunfal de su amoroso corazón; desde allí manda y gobierna, y el buen Jesús como su vencido va preso con soga á la garganta, coronado de espinas, con salivas desfigurado, rasgado con azotes, su cuerpo denegrido con cardenales, bañado en su propia sangre, cercado de gente de guerra, arrastrando por tierra el pie de la cruz que lleva en sus hombros, bandera y estandarte del Rey eterno. Y con esta pompa no entra, sino sale de la ciudad á morir en el Calvario. ¡Oh triunfo glorioso, victoria inefable! *Oh suavitaten, oh gratiam, oh amoris vim!* «Oh suavidad, oh gracia, oh fuerza de amor», dice San Bernardo. ¿Es posible que el más alto y soberano que todos se ha hecho el menor de todos? ¿Quién hizo esto? El amor, que no conoce dignidad ni hace diferencia de personas: en antojos rico, en afición poderoso, en persuadir eficaz. *Quid violentius? Triumphat de Deo amor, mirum trophæum. Quid tamen jam non violentum?* ¿Qué cosa hay más fuerte que el amor pues triunfa de Dios? ¿Y qué cosa hay más sin violencia? ¿Qué fuerza es esta tan violenta para vencer y tan vencida para recibir fuerza? Con razón se admiró este santo del poderío de este tirano, que no habiendo afecto más fuerte para domar corazones, roba el alma, la vida, las entrañas. No hace eso con rigor, sino con caricias y blanduras de afición. Es la declaración del que es cosa y cosa de Sansón: *Quid dulcius mele? quid fortius leone?* Para hacer cosas grandes, vencer dificultades, atropellar resistencias, quitar libertades, nadie más fuerte que el amor: no teme, ni debe; león arriscado. Para endulzar desabrimientos, hieles, no hay miel, almíbar más dulce que la afición. Para echar el sello á todo este pensamiento, y representarlo á los ojos como en un espejo, hay un lugar insigne en Ezequiel. Dice en el capítulo primero, que vio sobre un trono de zafiro (piedra preciosa de color de cielo) un hombre todo de fuego, y el fuego tenía color de electro, que es una mixtura de oro y plata de color de ámbar. Pero aunque este hombre de pies á cabeza estaba hecho un ascua, desde la cintura arriba era fuego oculto, no salía fuera la llama; pero de ahí para abajo el fuego se parecía exteriormente y echaba centellas y llamaradas en contorno. Este hombre misterioso, en sentencia de todos los santos, es Cristo, Dios y hombre. Está sobre el trono de zafiro, porque desde su concepción estuvo en el cielo, según la parte superior de su alma fue bienaventurado, y porque aun en cuanto hombre es superior á todos los ángeles, que son trono de Dios. Todo él es de fuego, porque desde que fue concebido se apoderó el fuego del amor de su alma beatísima, y la penetró toda. Sus potencias y sentidos de Cristo, por puro amor de su Padre y nuestro eran regidas; pero de la cinta arriba, esto es, en los primeros años de su vida, cuando vivió en tanto silencio, no se había el fuego descubierto. En los tres años de su predicación echaba centellas de milagros, beneficios, doctrina; chispas eran que salían de aquella fragua de caridad. *Cum dilexisset suos qui erant in mundo.* Fuego de amor ardía en el pecho, y abrasaba las entrañas; pero disimulado. No mostraba la fuerza y actividad que tenía. Mas desde allí abajo, al fin de la vida, cuando llegó la hora de pasar de este mundo al Padre, ya relumbra el fuego y relampaguea. *In finem dilexit eos.* Salió con la suya, y con la alegría de la vitoria echó tales llamaradas que esclareció todo el mundo. Contemplad lo que hizo y dijo Cristo estando con la candela en la mano, acabándose el pabilo de la vida, y veréis que el hombre del fuego de la cinta abajo resplandece. La vigilia de la muerte festeja á sus discípulos. Sale su humildad de quicios, pues lava los pies de los pecadores. Su magnificencia echa el res-

to, pues da de un bocado toda la riqueza del cielo y del suelo. Su amor sale de Pascua, pues con haber andado tan de fiesta hasta aquí, respecto de las demostraciones de hoy, parecen hielo las pasadas. Las palabras que hoy habla á sus discípulos van tan encendidas, que harán arder la nieve fría y derritirán corazones de bronce. Encárgales el precepto del amor, como especialmente suyo. Requiébralos: mis hijuelos, mis queridos. Quítales el nombre de siervos, dáles el honroso de amigos; descúbreles el secreto de la santísima Trinidad; ordénales sacerdotes y obispos; hace oración al Padre por todos los escogidos, y finalmente, da la última y mayor señal del amor, que es morir por el amado. ¡Oh amor detenido! ¡Oh caridad represada! ¡Oh fuego violento y con qué rompimiento has salido! Cual suele el gran fuego si le aplican un tuero de roble ó encina (materia dura y difícil de quemar) irle labrando poco á poco con el calor, y gastando su dureza, y entrañándose en él, y este es fuego intrínseco, hasta que se apodera del madero y prevalece; y como alegre y vitorioso levanta la llama; ó como los barriles y quintales de pólvora, por minas secretas puestos debajo de las torres y castillos roqueros, cuando les pegan fuego, como hallando resistencia revientan, rompen las llamas violentas con horrible temblor y estampido, y arruinan los muros y edificios, desmenuzan los peñascos y vuelan los castillos enteros, así aquel fuego de amor inmenso que en el pecho de Cristo ardía, habiendo gastado la dureza y dificultad del madero de la cruz, para que no la hubiese en morir Dios en él. Habiéndose detenido tanto tiempo hasta llegar la hora definida por el Padre, cuando halló lugar por donde salir y mostrar á dónde llegaba su fortaleza, rompió con extraño ruido y voló el castillo roquero de la humanidad hasta subirle por los aires en una cruz de donde cayó hecho partes: el cuerpo en el sepulcro y el alma en el Limbo. Estremeció la tierra, quebró las piedras, abrió las sepulturas, y con el humo de la pólvora anubló el cielo. Y en medio de esas tinieblas y humareda resplandecían las vivas y vitoriosas llamas del amor, en que la única ave Fénix se estaba quemando sobre la leña de su cruz. Este es el triunfo del amor; el fin de toda consumación, con que, amando á los suyos, *in finem dilexit eos*; hasta lo último del amor. Pero esta gran fortaleza fue acompañada con suavidad. Porque dice el Profeta que el fuego entrañado en el hombre, que significa el amor apoderado de Cristo, tenía semejanza de electro. Electro, como dice San Gregorio, es una masa de oro con liga de plata, con tal temple, que el oro pierde algo de su resplandor; aunque no de su fineza, y la plata, por estar en tan buena compañía, relumbra con más viveza que por sí sola. Así el amor tiene violencia, significada en el color encendido del oro, y juntamente tiene suavidad, entendida por la blancura de la plata. Y de esta mixtura la fortaleza no se menoscaba, pero la suavidad que la templa parece más admirable por estar junta con tal eficacia de amor. Fuerza es de amor que muera Dios por el hombre; pero extraño regalo de afición, que al punto del morir lave los pies de sus discípulos y se dé á sí mismo en manjar á los hombres. ¡Oh bondad divina, afición suave, pecho de Jesús traspasado con saetas de amor, que subrepujas al Padre terreno en piedad, á la madre en caricias, al hermano en mansedumbre, al amigo en fidelidad! ¿Quien no se rinde á esta fuerza? ¿A quién no ablanda esta dulzura? Si el amor triunfa de Dios, que tiene por renombre *thriumphator in Israel* (I Reg., 15), ¿cómo no alcanza vitoria de los gusanos? Si captiva á Cristo ¿cómo no sujeta al hombre? Cuando Jacob luchó con el ángel pidiéndole la bendición por temor de su hermano, respondióle el ángel: *Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines prævalebis?* ¡Oh amor! si eres tan fuerte que triunfas del pecho divino, ¿por qué no gozas de los despojos del corazón humano? No está la falta en el amor, sino en el corazón duro. ¡Oh hombres protervos, tigres crueles y dragones, si no dais el retorno de tanto amor, con que habiéndoos amado desde el principio os amo hasta la fin!

CONSIDERACIÓN QUINTA

Et cœna facta. Pasa el evangelista á contar las obras que fueron testimonio de este amor. «Hecha la cena del cordero.» He aquí el fin de otra consumación. La cena antigua, quiso tomar por ante de la nueva, y cumpliendo con sus ceremonias, las acabó y anuló. Por eso pasa San Juan tan sobre peine, ligeramente, por aquella cena, como cosa de todo rematada, para no haber más memoria de ella; y va á contar la cena misteriosa del Nuevo Testamento. Como yendo á contar el *Verbum caro factum est*, no para en la creación de todas las cosas, sino en una palabra: *Omnia per ipsum facta sunt*. Moisés cuenta eso muy despacio y lo tiene por negocio principal: En el principio crió Dios el cielo y la tierra; pero quién ha de contar cómo Dios se hizo hombre, no hace caso de cómo fue hecho el cielo. Así la cena del cordero era de las ceremonias más sagradas que la ley de Moisés tenía, y con más solemnes ritos se celebraba: era su Pascua principal. Pero quién va á contar la cena en que se sirve la cena de Dios, el pan de vida sustancial, en cuyo respecto la antigua es frutilla, merendilla

de niños, una cena donde los convidados se sientan, porque ha de durar mientras el mundo durare; y es menester limpieza hasta en los pies, que son los afectos del alma, no tiene que reparar en la antigua; sino dejarla por fenecida. *Cum jam diabolus misisset in cor, ut traderet eum Judas Iscariothes.* Cuatro razones se ponen aquí de esta obra prodigiosa que el Señor hizo de lavar los pies á sus discípulos. La primera; que consideró Cristo la gran maldad de Judas, que persuadido del demonio ordenaba de entregarle. Veis aquí la malicia consumada, subida de punto. Pecador metalado de hombre y diablo, es el más fino que puede ser. Como para el bien es menester que se junten Dios y el hombre, así para el mal han de concurrir el hombre y el demonio. Y como Dios á solas no había hecho obras tan señaladas como después que se hizo hombre, que con esta unión de lo divino y humano hizo todos sus poderíos en el bien, así el demonio á solas no puede hacer tanto mal como haciendo liga con el hombre. Así le llama Cristo *inimicus homo*, demonio mancomunado con el hombre; revestido en el hombre, más estrago hace que por sí solo. Darío, rey pagano, cuando á más no poder permitió echar á Daniel en el lago de los leones, cerró la boca de la cueva á piedra y lodo y sellóla con su sello y de los grandes del reino, porque ningún hombre fuese osado de entrar allá á hacer mal al Santo Profeta, *ne quid fieret contra Danielem.* ¡Donoso resguardo! ¿Dejáisle en la leonera entre siete leones hambrientos, que en el aire despedazaban los hombres, y guardáisle de hombres? Sí; que peor y más cruel es un hombre enemigo para otro hombre que un león. Ya habemos visto tigres y leones domados y agradecidos, y un hombre no se doma. ¿Qué mayores mimos y regalos se pudieron hacer á un hombre que los que Cristo usó con Judas? Perdonóle, hízole su apóstol, su mayordomo, darle los bocadillos de su mano, lavarle los pies. El león bravo se aplacó viendo al hombre postrado ante sí, y este Satanás encarnado no se ablanda viendo á Dios derribado á sus pies. Pero no hay que espantar, que está endemoniado. *Homo pacis meæ:* «Hombre á quien yo hacía amistad». *Magnificavit super me supplantationem.* ¿Cómo es posible? Porque es demonio. *Unus vestrum diabolus est.* Judas, hombre por naturaleza, por malicia diablo, fue el caudillo de la suma maldad. ¿Pues á qué propósito considera Cristo eso en esta ocasión? Porque salen á campo la maldad humana y diabólica con la bondad divina, y aunque la maldad está calmada y crecida, vence la bondad, que es mayor. *Tempus faciendi, Domine, dissipaverunt legem tuam.* Cuando esta palabra, *facere* se pone sola en la Escritura significa hacer misericordia, porque esta es obra propia de Dios. *Deus qui proprium est misereri semper et parcere*, dice la Iglesia. La justicia se llama obra suya peregrina, extraña. *Peregrinum est opus ejus ab eo.* Pero la misericordia suya propísima. *Placare, Domine; attende, Domine, et fac.* Señor, ahora es tiempo de hacer cómo quien sois. Cuando el hombre hace como quien es; cuando vuestras leyes violadas, vuestros beneficios desconocidos, las maldades multiplicadas, esmeraos en hacernos bien. Este es vuestro tiempo. Por eso padeció Cristo en la luna llena cuando el cordero se sacrificaba, y hay oposición entre la luna y el sol, para significar que cuando la malicia del mundo estaba más llena y más encontrada con el cielo, entonces el Cordero de Dios fue sacrificado por los pecadores. ¿Queréis ver cuán consumada la maldad? Malo es matar un hombre, peor matar á un inocente; pésimo matar á un justo, provechoso á la república, con crueles tormentos. Y si á esto añadís que quien le vende es su discípulo de los doce escogidos, y quien lo compra el pueblo regalado á quien había hecho innumerables beneficios con su dotrina y milagros, y sobre todo, que este hombre es verdadero Dios, esa es la más extremada malicia, á donde pudieron llegar los hombres y las furias infernales. *Consummetur nequitia peccatorum.* Afínese, cólmese la malicia de los pecadores. Entonces, dice San Agustín, se consumó, cuando osaron los hombres poner las manos en Dios. Y así el mismo Redentor, en gustando el vinagre en la cruz, dijo: *Consummatum est.* Ya no puede más crecer vuestra crueldad, pues negáis un jarro de agua á quien la pide muriendo, y buscáis nuevas invenciones para atormentar al que por tantas vías tenéis atormentado. *Omnis consummationis vidi finem.* ¡Ah, Señor, que ha llegado la maldad hasta la fin! Pues espera, que mi bondad la pasará con mil ventajas, y si los hombres me negaren un jarro de agua para mi lengua, yo se la daré á cántaros para lavar sus pies. Si tienen sed de mi sangre para hartar su saña, yo se la daré por medicina. Este cuerpo á quien han de matar con tantas crueldades, yo se lo guisaré en manjar que les dé vida. Esta es la venganza cristiana: vencer al enemigo con beneficios. *Noli vinci a malo, sed vince in bono malum.* No te dejes vencer de su mala voluntad, sino sé tú más poderoso en el bien que tu enemigo en el mal, que por eso Cristo, para lavar los pies, se acuerda que Judas le ha de entregar.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Las otras tres consideraciones son: *Quia omnia dedit ei Pater in manus et quia á Deo exi-*

vit et ad Deum vadit. «Sabiendo su infinito poder, que el Padre le había puesto en sus manos todas las cosas», la muerte, la vida, y al mismo Judas también, para que todo lo hiciese á su voluntad. Y lo tercero, sabiendo su ilustre descendencia y hidalguía, que «salió de Dios, y su santidad, con que vuelve á Dios». Hace San Juan la salva á la humildad de Cristo, diciendo primero su alteza. Es el hombre de armas y guión que va delante, en señal que viene detrás el rey, para que viéndole arrodillado á los pies de pecadores, no le despreciéis. Húbose Cristo en estas consideraciones como un águila real, otra ave grande de rapiña, que cuando quiere levantarse de tierra á lo alto va dando vueltas en el aire á modo de caracol, y haciendo puntas, y á cada vuelta se sube más y se mejora y aventaja, y desque tiene sojuzgada la caza, se deja caer para hacer presa. Así el hijo de Dios, águila real de altísimo vuelo, como dice Moisés: *Sicut aquila provocans ad volando pullos suos et super eos volitans.* Cual suele el águila, para sacar á sus hijuelos á volar, revolear delante de ellos, y con aqual vuelo los llama y convida á hacer lo mismo, así esta águila divina, al tiempo que provoca á los suyos á dejar las cosas terrenas y volar á las celestiales por medio de la humildad (que es el camino más cierto para subir), volaba delante de ellos; íbase encumbrando en su entendimiento con las puntas de estas consideraciones de su omnipotencia, de su real sangre y generación eterna, y ascensión gloriosa. Y cuando estuvo elevado sobre todos los cielos, tan alto que no se podía divisar, cierra las alas y abátese al profundo de la humildad para hacer presa en ella y en nuestros corazones. *Surgit a cœna et ponit vestimenta sua et cum accepisset linteum præcinxit se.* Levántase en pie, quítase la ropa y manto de encima, cíñese con un paño de lino, á manera de sirviente, echa agua en una vacía y empieza á lavar los pies de sus discípulos. ¡Oh, abyección espantable, humildad consumada y suma! Asomaos, ángeles, á esas ventanas del cielo; mirad si conocéis á vuestro Rey en traje tan encubierto, haciendo oficio de siervo. Cielos, ¿no os corréis de ver las manos y dedos que os tornearon y bordaron de luz, manchados con la inmundicia que sacan de los pies de unos pecadores? Digamos alguna razón de esta obra: para alzaprimar una cosa que está baja y caída es menester calzarla, poniendo otra debajo que la levante y suba arriba al peso en que estaba. Puso Dios al hombre tan alto con su gracia, que *omnia subjecisti sub pedibus ejus*: «Todas las cosas le puso debajo los pies». No se entendió el hombre; estando en esta honra y pecando cayó hasta el profundo, quedó inferior á todas las cosas el que era superior á ellas. Y para levantarlo á su primera alteza, Dios, que es eminentemente todas las cosas, se pone debajo sus pies más profundo que el infierno. Porque Judas, revestido del demonio, peor era que el infierno. Señor, ¿qué hacéis á los pies de pecadores? Está alzaprimando al hombre para restituirle la dignidad perdida. *Omnia dedit ei Pater in manus.* Esas manos pone debajo los pies, para que se verifique más altamente *Omnia subjecisti sub pedibus ejus.* Más. Quiere con este ejemplo admirable encomendarnos la virtud de la humildad, como cosa importantísima. *Exemplum enim dedi vobis.* Amor y humildad son las que en este día se llevan la gala. Sin amor, las virtudes son imperfetas, sus obras muertas. Y sin humildad, son como edificio sin cimiento. Pues para zanjar la humildad, ahonda el sabio arquitecto hasta los abismos, poniéndose á los pies de los pecadores. ¡Oh soberbias! ¡Oh faustos! ¡Oh altiveces mundanas! ¿Cómo halláis lugar entre cristianos? ¿De qué te ensoberbeces, tierra y ceniza? Aquel árbol tan hermoso, tan fresco y tan alto, que cuenta Daniel, que con un golpe que le dieron por el pie, puso por el suelo su frescura, ¿y tú con tantos ejemplos de humildad no derribas tu entonación? Aquella estatua de tan ricos metales, herida en los pies de barro con una piedra que se cortó de un monte sin manos, vino abajo y se deshizo sin quedar rastro de ella. Cristo es la piedra, cortada sin manos del monte sacro de María, hoy da consigo á los pies lodosos de los hombres, para dar con los hombres y con su vanidad á los pies de Dios. Destiérrese de hoy más la soberbia del mundo delante un ejemplo de tanta humildad. Más. Cuando enseña el maestro á escribir á un niño, al primer formar de las letras le gobierna la mano. Vino Cristo á enseñarnos á andar los caminos del cielo; nosotros, no sólo no lo habíamos (eso fuera medio mal), sino teníamos enseñados los pies á caminos de infiernos. *Pedes eorum ad malum currunt.* Para cualquier maldad son unos corzos ligerísimos. *Viam pacis non cognoverunt*: «El camino pacífico del cielo no lo saben». Pues aunque le señalen con el dedo el camino no atinan con él. Pies tan mal acostumbrados, luego se deslizarán al mal. ¿Pues qué remedio para tanto desvarío? Que el mismo maestro que vino á enseñarnos á andar, no sólo nos muestre el camino, sino con su mano nos gobierne los pies. *Posuit immaculatam viam meam. Qui perfecit pedes meos tanquam cervorum* (Salmo 17). No tengo (dice David) por vía de mis caminos á otro que Dios; él me dio pies de ciervo para correr por ellos. Y sobre haberme enseñado un camino limpio, hizo más, que me limpió los pies. Porque el camino del cielo en esto se diferencia de los

demás: que en los otros, después de haberlos andado, se lavan los pies; pero en éste, al principio, para andarle. Y por eso *cœpit lavare pedes discipulorum.*

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Llega, pues, á lavar á Pedro, como cabeza de todo el colegio. Atónito Pedro y asombrado, desviando los pies y poniendo las manos, llorando de sus ojos, dice: *Domine, tu mihi lavas pedes?* ¿Tú á mí? No se puede decir más. Todo lo que más se dijere, es no decir nada; no sé yo quién tiene licencia de añadir en este caso á las palabras de San Pedro. Si él no supo más, ni alcanzó más, ¿qué podré yo decir? Sino que se ha de dejar todo el pensamiento que se canse en entender lo que la lengua no puede explicar. Que diga yo: ¿Tú, á quien adoran las dominaciones? ¿En cuyo acatamiento los cielos no se tienen por limpios? ¿A mí, que soy polvo y ceniza? como dijo Abraham, hablando con Dios, Todo es poco. Más dice San Pedro. Salió este dicho de aquel mismo ánimo de donde salió aquella confesión tan extraña: *Tu es Christus Filius Dei vivi.* Y aquel *Tu* no significa menos aquí que lo que definió acullá. Y aquel *Mihi* también lo tenía ya definido cuando en otra parte dijo: *Exi a me, quia homo peccator sum, Domine.* De modo que no hay para qué gastar palabras y tiempo en explicar las de Pedro, pues nadie mejor que él tiene explicado lo que por ellas entiende. ¿Tú, Cristo, hijo de Dios vivo, á mí, hombre pecador? No hay más que decir. Mas con todo, le corrige Cristo y le amenaza con infierno si no se deja lavar. ¡Oh, Señor, pies y manos y cabeza: echadme en la mar. Prosigue Cristo su oficio lavando á los demás. ¿Con qué devoción, con qué sentimiento debieron solemnizar los discípulos este hecho? Entiendo que el maestro puso el agua y ellos las lágrimas y sollozos. Hasta que llega á los pies de Judas, con el rostro encendido y sonrosado del trabajo; con aquella frente clara, sembrada de gotas de sudor como granos de aljófar y perlas orientales; con aquel aspecto hermoso bastante á amansar los tigres de Hircania. ¿Cómo no te enterneciste, cruel dragón? Hinca ambas rodillas delante sus pies, con sus sagradas manos los lava y con su graciosa boca los besa. Debió levantar el rostro y mirarle con los ojos arrasados de lágrimas y hablarle por señas al corazón. ¡Oh, amigo mío, lo que siento perderte! Más me lastima tu pérdida que tu traición. Oveja mía, señalada con el hierro de mi discipulado, que te veo en las presas del lobo y deseo remediarte, ¿y tú no quieres? Si sañas tienes contra mí, lugar tienes ahora de satisfacerte. Si te he ofendido, véngate á tu placer. Si mis pies te han agraviado, pon los tuyos sobre mi cabeza, pónlos sobre mi corazón, para enjugarlos el fuego de amor que traigo encerrado en mi pecho. El calor de mis entrañas entre por estas plantas frías y ligeras para venderme y quebrante la dureza de tu alma y derrita tu hielo. ¿Cómo no sientes los latidos de mi corazón, el pulsar, que no es otra cosa sino dar golpes y aldabadas al tuyo, para que abras la puerta de tu voluntad cerrada con el cerrojo duro de la obstinación? ¡Y que todo eso no bastó para aplacarle! ¿Qué demonio (si tuviera naturaleza capaz de mudanza) con tales caricias no se domara? Y en Judas no hace mella. Plega á Dios que no haya muchos Judas que por menosprecio le vendan, que con falso beso de paz y buenas muestras encubran sus traiciones; que recibiendo los divinos Sacramentos (donde no agua, sino sangre de Cristo se sirve) queden más empedernidos. Libradnos, Señor, del corazón duro; regale nuestras entrañas de hierro el fuego de vuestro amor; ablanden nuestras durezas aquellas llamas de caridad, para que si era molesto amar, ya no le sea pagar la deuda del amor; quebrante nuestra soberbia, y abaje nuestra cerviz vuestra inaudita humildad, para que con vuestro ejemplo nos sujetemos humildemente á todos por amor de Dios, que resiste á los soberbios y á los humildes da su gracia y después la gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
VIERNES SANTO

DE LA PASION DE JESUCRISTO NUESTRO REDENTOR

Egressus est Jesus cum discipulis suis trans torrentem Cedron.

(Joan., 18).

En toda obra y ejercicio virtuoso, mayormente en el de la predicación (que es obra apostólica y divina), para hacerla dignamente es necesario invocar la gracia del Espíritu Santo; sin la cual ninguna cosa bien se comienza, ni comenzada se prosigue, ni proseguida se perfecciona. Y porque la Reina del cielo es madre de gracia (y como dijo el Angel, la halló delante del Señor, *invenisti gratiam apud Deum)*, solemos en los demás sermones acudir á las puertas de su clemencia á pedir limosna de la gracia, convidándola con aquella dulce canción que el Angel le cantó en el día de su anunciación. Pero el día de hoy, según la representación de la Iglesia, está la Virgen tan afligida y lastimada con la pasión y muerte de su unigénito Hijo, que no viene á propósito de esta representación la salutación angélica, que contiene materia de singular alegría. Porque si la llamamos Ave María y llena de gracia, podrános responder lo que Noemi á sus vecinas, cuando perdió sus hijos y marido: *Ne vocetis me Noemi (id est pulchram) sed vocate me Mara (id est amaram) quia amaritudine valde replevit me Omnipotens.* No me llaméis *Ave*, que quisiere decir sin ay, sin gemido, sin dolor; no me llaméis Noemi, que quiere decir hermosa; no me llaméis *María*, que quiere decir luminosa y resplandeciente, sino llamadme un mar de amargura, porque el Omnipotente ha llenado mi corazón de dolor. *Egressa sum plena et vacuam reduxit me Dominus:* «Llena de gracia soy, pero ahora estoy llena de tristeza». Salí de Nazaret para venir á Jerusalem á celebrar la Pascua y vine llena y rica, pues venía con mi hijo, que es todo mi bien y tesoro; ahora le dejo muerto y me vuelvo viuda, vacía y desacompañada. Si me decís *Dominus tecum*, verdad es que está conmigo; pero téngole en mis brazos muerto para mi mayor dolor. *Bendita entre todas las mujeres soy*, pues parí sin dolor quedando virgen; pero los dolores que entonces no sentí pariendo, ahora los pago con las setenas, viendo morir con tanta pena al que entonces parí con tanta gloria. *Bendito es el fruto de mi vientre;* pero hoy está pendiente en el árbol de la cruz entre dos ladrones, como si fuera maldito; porque escrito está: *Maledictus a Deo omnis qui pendet a ligno.* «Será tratado de Dios como maldito el que fuere crucificado en el madero». *Versa est in luctum cithara mea et organum meum in vocem flentium:* «El dulce sonido de mi vigüela se ha convertido en doloroso llanto, y las acordadas voces de mi órgano se han mudado en lamentos y gemidos»; porque todas las prerrogativas, gracias y excelencias que aquella salutación contiene, hoy se han convertido para mí en penas, lágrimas y aflicción. Pues siendo así, cristianos, que no viene bien la música de la salutación angélical con el llanto de la pasión, y nosotros tenemos necesidad de gracia para tratar dignamente este altísimo misterio, vámonos al huerto de Getsemaní, donde está el Hijo de Dios postrado en tierra haciendo la más dolorosa oración que jamás hubo ante su Padre Eterno. Y juntando nuestra oración con la suya, para que merezca ser oída, pidamos con humildad la gracia al Padre de las misericordias, diciendo la oración del *Pater noster.*

INTRODUCCIÓN

Entre los preceptos judiciales que Dios nuestro Señor dio á su pueblo para el buen gobierno y conservación de aquella república, uno de los más importantes fue acerca de la pesquisa y averiguación que se había de hacer cuando hallasen en despoblado algún hombre muerto

violentamente. Como vale tanto la vida de un hombre, que sólo Dios la puede dar, y El solo es señor absoluto de ella, no es bien que disimule la injuria que recibe del homicida, que saca el alma de donde no la puso; y quita la vida que no dio, y divide los buenos amigos, alma y cuerpo que él no juntó. La república también es justo no pase entre renglones tan insigne maleficio; sino que pues el hombre es miembro y parte suya, la cual injustamente vee de sí apartada, debe mostrar dolor de esta herida y hacer sentimiento por tal pérdida, y procurar la venganza y castigo de quien así la lastimó. Pues para cumplir con Dios y con las gentes, mandaba el Señor en el Deuteronomio: *Quando inventum fuerit in terra quam Dominus Deus tuus daturus est tibi, hominis cadaver occisi et ignorabitur cædis reus, egredientur majores natu et judices tui et metientur a loco cadaveris singularum per circuitum spatia civitatum*: «Cuando en el campo fuere hallado el cuerpo de un hombre muerto, y no se supiere quién ha sido culpado en su muerte, salgan los ancianos y jueces del pueblo de Israel, y midan la distancia que hay del cuerpo hasta la ciudad más cercana»; y de la que pareciere estar más cerca, salgan los más viejos y tomen una vaca nueva no domada, que no sabe de yugo ni de arado, y llévenla á un valle áspero y pedregoso, y allí, en presencia de los sacerdotes del Señor, *cædent cervices vitulæ:* «Degollarán la becerra», y sacrificarla han, y después, viniendo donde está el muerto, lavarse han las manos y dirán: *Manus nostræ non effuderunt sanguinem hunc, nec oculi viderunt; propitius esto populo tuo Israel quem redemisti, Domine, et ne reputes sanguinem innocentem.* «Nuestras manos no vertieron esta sangre. No hicimos este mal recaudo, ni lo vimos ni consentimos; habed, Señor, misericordia de vuestro pueblo que redimistes y librastes, y no le imputéis la culpa de este homicidio, ni le carguéis el castigo ni la pena por él debida». La razón literal de este precepto (como dice Santo Tomás) era porque presumía ser el matador de la ciudad más cercana, y así hacían todas aquellas diligencias, para ver si los ciudadanos sabían algunos indicios por donde se viniese á descubrir el delincuente. El día de hoy, cristianos, en la tierra que el Señor nos dio en posesión, que es su Iglesia, ha descubierto la fe un hombre muerto, y tal muerto, que junto con ser hombre es verdadero Dios. Está el matador, quien quiera que es, oculto; no se sabe quién son culpados en su muerte, porque todos niegan y se excusan y salen á fuera. Los judíos dicen que ellos no lo matan, porque las leyes no se lo permiten: *Nobis non licet interficere quemquam.* El discípulo que lo vendió dice que no pensó iba el negocio tan adelante, y trata de rescindir el contrato, vuelve el dinero y conoce su culpa, y no consiente en la muerte. Los sacerdotes y escribas se excusan con Judas, y se la cargan diciendo: *Quid ad nos? Tu videris*: «Miraras tú lo que hacías, que nosotros libres estábamos de este hecho». Herodes, rey de Galilea, no se quiso empachar en este negocio y remítelo á Pilatos. Pilatos dice que no halla en él culpa ni causa por qué deba morir, y así se lava las manos, protestándose inocente en este caso. De suerte que no se halla quien se conozca por culpado en esta muerte. ¿Qué se hará en este negocio? ¿Será bueno echarle tierra y pasarlo en silencio? No se puede eso hacer, porque el muerto era persona de mucha calidad y soberanas prendas, y la justicia de Dios lo ha sacado á la plaza del monte Calvario para ver si hay quien lo conozca. Y aunque tiene tantas heridas y llagas que en todo su cuerpo no hay cosa sana, aunque tiene perdida toda su antigua hermosura y desfigurado su resplandeciente rostro, afeado con salivas, manchado con la sangre, denegrido con los cardenales, escarnido con la amarillez y sombra de la muerte; aunque está en forma y traje tan abatido, como estar enclavado en un madero, su honestísimo cuerpo descubierto á la vergüenza en medio de dos famosos ladrones, tenido por uno de ellos, blasfemado de sus enemigos, que por verle en esta figura le desconocen; y unos dicen que es un malhechor, otros que es un alborotador y revolvedor de pueblos; pero no falta quien le conozca y declare el valor de su persona, porque si los hombres carecen del conocimiento que deben, las criaturas insensibles dan voces y manifiestan la muerte de su Señor. El sol detiene sus rayos dorados, y se pone un triste capuz de luto para mostrarse lloroso y dolorido; la luna, escondidos sus hermosos cuernos, está teñida de color de sangre; el aire, lleno de horribles tinieblas; la tierra se altera con espantosos terremotos; las piedras, de dolor se hacen pedazos. Abrense los sepulcros y salen los muertos á confesar por Dios al que no conocen los vivos. Y son las señas que dan tan bastantes, que algunos de los que antes le escarnecían no conociéndolo, mirando más en ello, vinieron á caer en la cuenta de quién era y se volvieron á la ciudad hiriéndose los pechos, en señal de arrepentimiento. Y otro testigo que se halló á la última boqueada, cuando se le arrancaba el alma, dice que le conoció en la voz; porque fue tan poderosa una con que expiró, que convencido, vino á decir: *Vere Filius Dei erat.* Pues siendo esto así, ¿cómo puede Dios disimular esta injusta muerte? ¿Cómo ha de dejar pasar tan grave injuria? Si en la muerte de un puro hombre se

mira tanto, ¿cuánto se ha de mirar la del Hijo de Dios? Si la vida corruptible del hombre vale tanto, ¿cuánto más vale la vida de Dios? Pues la república de la Iglesia no se debe mostrar menos lastimada; porque si Dios pierde su Hijo, ella pierde su esposo y su cabeza. *Ipse est caput corporis Ecclesiæ.* El muerto es cabeza del cuerpo místico de la Iglesia. Luego el cuerpo no está ajeno del mal de la cabeza, y la Iglesia debe hacer sentimiento de su daño y tener por propio su dolor. ¿Pues qué se ha de hacer? Hágase pesquisa de los culpados y averígüese quién es el matador. *Egrediantur majores natu et judices tui.* Salgan los ancianos y jueces del pueblo, y midan la distancia que hay del muerto á la más cercana ciudad. Los ancianos son los patriarcas y profetas del Testamento viejo; los jueces son los apóstoles del nuevo. *Vos sedi justi judices*, les canta la Iglesia. Cuya sentencia, dada en la tierra, es de tanta firmeza que se acepta en el cielo; y cuya autoridad es tan grande, que en el juicio universal del mundo han de estar sentados en doce sillas como asesores y acompañados del supremo juez. Las ciudades que hay que medir no son más de tres: cielo, tierra, infierno. Ahora, pues, veamos cuál está más cerca del muerto, ¿Será por ventura el infierno? Eso no; porque uno de los ancianos, llamado Abraham, quiso medir esta distancia, y echando la cuerda desde el limbo halló que *chaos magnum firmatum est inter nos et vos*. Que había una tiramira tan grande que no se podía acabar de pasar. Y con todo eso aún no llegaba con muchas leguas al lugar donde está el muerto. Pues la ciudad del cielo tampoco es la más cercana, porque entonces todos sus vecinos eran ángeles. Y uno de los jueces, que es San Pablo, dice que ellos no son los más cercanos al muerto. *Nusquam enim angelos apprehendit, sed semen Abrahæ apprehendit*: «No está tan junto con los ángeles, no se acercó tanto á su ciudad como á la de los hombres». Resta, pues, que la ciudad de la tierra es la más cercana, y sus vecinos, que son los hombres, son los que más cerca están en la obligación á Dios. Y en esto se conforman los viejos y los jueces que lo midieron. Porque Moisés dice: *Non est alia natio tam grandis quæ habeat Deus appropinquantes sibi sicut adest nobis Deus noster.* «No hay tierra ni ciudad que esté tan cerca de sus dioses como lo está de nosotros nuestro Dios». Y otro anciano profeta dice: *Post hæc in terris visus est et cum hominibus conversatus est.* Que le vieran al muerto avecindarse en la ciudad de la tierra y tratar y conversar con los otros ciudadanos como uno de ellos. Y finalmente, todos los jueces convienen que está tan cerca de los hombres que *propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis*. Bajó del cielo á la tierra, y se hizo hombre como nosotros, nuestro hermano y nuestro compañero. Pues si la ciudad de los hombres es la más cercana, la ley presume que de ella salió el matador, dentro de ella están los culpados. Y no es vana, sino con mucho fundamento su presunción, porque os hago saber que por cosas que sucedieron y palabras que se hablaron antes y después de la muerte, resulta pública infamia y rumor contra los pecadores. Violenta sospecha hay contra ellos; hállanse expresos grandes indicios de que ellos le mataron, y solos ellos son culpados en su muerte. Dicen que de muy atrás traían con él grandes enemistades y competencias, y que no faltó quien les oyó concertarse de mancomún para quitarle la vida. *Dixerunt impii cogitantes apud se non recte.* Palabras son que se las oyeron tratar á los malos; consulta fue y conjuración que entre sí hicieron: *Circunveniamus justum quoniam inutilis est nobis et contrarius est operibus nostris et improperat nobis peccata legis et diffamat in nos peccata disciplinæ nostræ. Promittit se scientiam Dei habere, et Filium Dei se nominat* (Sap., 2). «Cerquemos al justo, cojámosle en medio, no se nos vaya; saquémosle del mundo, porque para nosotros es inútil y desaprovechado. Esperábamosle rico, viene pobre; esperábamosle rey, viene vasallo. Queríamosle á nuestro talle y condición, y es del todo contrario á nuestras obras. Danos en rostro con nuestros pecados, saca á plaza nuestras maldades, descubre el engaño de nuestras hipocresías; dice que sabe las cosas como Dios, y llámase verdadero Hijo suyo». *Morte turpissima condemnemus eum*: «Ea, quitémosle la vida, démosle una muerte afrentosísima y dolorosísima». Y como lo dijeron, así se entiende lo pusieron por obra. Y al mismo muerto, antes que muriese, le oyeron tratar del odio que esta mala gente le tenía, y temerse y recelarse de ellos como de enemigos. *Sæpe expugnaverunt me a juventute mea, dicat nunc Israel.* Al Redentor del mundo, que es el verdadero Israel, que desde el instante de su concepción vio á Dios, á ese le oyó David en espíritu decir que desde su niñez y juventud le habían perseguido los pecadores, siempre andaban á malas con él. *Etenim non potuerunt mihi.* Porque nunca pudieron acabar con El que disimulase y consintiese sus maldades. Y al fin pasó la enemistad tan adelante que, *supra dorsum meum fabricaverunt peccatores; prolongaverunt iniquitatem suam.* Que le vino á caer á cuestas; sobre sus espaldas fabricaron los pecadores; allí descargaron su mortal furia, dándole cinco mil y tantos azotes; cargáronle con una cruz pesadísima en que había de morir. Sobre aquel cuerpo bellísimo edificaron te-

rribles máquinas de tormentos nunca vistos. Los pecadores lo hicieron: ellos son culpados, ellos los atrevidos, ellos los malhechores. Así lo dijo también otro viejo honrado, Isaías: *Omnes nos quasi oves erravimus; unusquisque in iram suam declinavit; et posuit in eo Dominus iniquitates omnium nostrum.* «Descarriados andábamos todos como ovejas erradas, cada uno tiró por su vereda». Nosotros comimos la manzana y El padece la dentera. Nosotros hicimos la culpa y El lleva la pena. Nosotros gustamos el deleite y El experimenta el dolor. ¿Vuestras espaldas, Dios mío, cargadas de mis pecados? Veis ahí la fábrica de los pecadores sobre las espaldas del Redentor. *Si affiget homo Deum quia vos configitis me?* Habla Dios á los pecadores. ¿Quién dijera tal que el hombre había de crucificar á Dios, y vosotros me crucificáis á mí y me enclaváis? Mis maldades os apremiaron, buen Jesús; mis iniquidades os molieron vuestros delicadísimos hombros; mis delitos os quitaron la vida. Ya tenemos al malhechor. No podéis negar, pecadores, que convencidos estáis todos cuantos aquí estáis, que os convencéis por pecadores, os conocéis también por matadores de Cristo. Todos sois culpados en su muerte, todos disteis á ella bastante causa. Cuando le viéredes vender como á un vil esclavo por treinta dineros, entended que vos sois el Judas. Cuando le viéredes preso y maniatado como ladrón, entended que vos sois el cohorte. Cuando amarrado á una columna y cruelmente azotado, creed que sois el verdugo. Cuando abofeteado, escupido, creed que sois fariseo. Cuando mofado y escarnecido, teneos por Herodes. Cuando sentenciado á muerte, entended que sois Pilatos. Cuando enclavado en un madero, teneos por sayón. Cuando alanceado después de muerto, entended que sois Longinos. Finalmente, de todos los dolores, heridas, lástimas, tristezas, tormentos y muerte del Salvador, á vos solo y á vuestros pecados echad la culpa; porque si ellos no estuvieran de por medio, ni Judas pudiera venderle, ni los cohortes aprisionarle, ni los judíos escupirle, ni Herodes escarnecerle, ni Pilatos senteneiarle, ni los verdugos quitarle la vida. ¿Pues qué remedio á lo hecho? Salgan los viejos y sacerdotes de esta ciudad y lleven una ternera cerril por lugares ásperos á sacrificarla. A eso nos habemos aquí juntado, cristianos, los predicadores y sacerdotes: á llenar nuestra voluntad cerrera, indómita, que no ha sujetado la cerviz al yugo suave de Cristo. La que hasta aquí ha sido tan brava y sacudida, que ha rompido las coyundas de las leyes, y sacudido de sí el yugo de la cruz de la penitencia y mortificación. *A sæculo confregisti jugum* (Jerem., 2). A ésta llevámosla á Jerusalem, tierra áspera y tan pedregosa, que no se contentó con apedrear los profetas, sino que también pretendió apedrear al Señor de los profetas, y al fin le dio cruda muerte. Tierra es áspera, subida en un monte alto; pero las estaciones que nosotros habemos de andar son las que anduvo el inocentísimo Cordero para ser por nosotros sacrificado. Vamos siguiendo los pasos desde Bethania al Cenáculo, del Cenáculo al huerto, del huerto á casa de Anás, de Anás á Caifás, de Caifás á Pilatos, de Pilatos á Herodes, de Herodes á Pilatos, de Pilatos al Calvario, del Calvario á la Cruz, de la Cruz al sepulcro. ¡Oh qué tierra tan áspera y pedregosa! ¡Oh qué pasos tan tristes! ¡Qué estaciones tan lastimeras! Aquí se ha de sacrificar nuestra voluntad, aquí degollar la cerviz de la soberbia, aquí ablandar su dureza y derretirse, aunque sea más que de piedra. Aquí, finalmente, rendirse del todo á la obediencia de Dios. Y tras esto *venient ad interfectum, lavabuntque manus suas super vitulam.* Venir al muerto, y conocer el mal que hicimos, y lavarnos con aguas de lágrimas, llorando la muerte de nuestro Redentor. Quien no trae aparejadas las lágrimas para llorar este muerto, no oiga el sermón de la Pasión. No es mortuorio este que se puede celebrar sin amargo llanto. Muere el patriarca Jacob, y llórale todo Egipto setenta días, y al hacer de las obsequias, *planctu magno atque vehementi impleverunt septem dies.* Tanto, que aquel lugar se le quedó por nombre *Planctus Aegypti.* ¿Cuánta mayor razón será que nosotros, en estos siete días de la Semana Santa, lloremos la muerte del Patriarca de los patriarcas y Profeta sobre todos los profetas con tan vehemente llanto, con tan crecido alarido, con tan íntimo sentimiento, que se le quede á este santo templo por nombre el llanto, no de Egipto, sino de la Iglesia en la muerte de su querido esposo? ¿Cuánto es más lo que le debe la Iglesia á Cristo que le debía á Jacob Egipto? Pues si aquellos bárbaros se muestran tan agradecidos en este sentimiento, ¿por qué no lo tendremos nosotros mayor en la muerte de nuestro Dios? Oye David las nuevas de la muerte del rey Saúl y de los fuertes de Israel, y díceles: *Filiæ Israel, super Saul flete; qui vestiebat vos coccino in deliciis, qui præbebat ornamenta aurea cultui vestro.* «Hijas de Israel, llorad sobre el rey Saúl, derramad lágrimas por su muerte, que os vestía de grana y carmesí en vuestras fiestas y regocijos, y os daba joyeles de oro para vuestro atavío». ¿Con cuánta mayor razón os podré yo pedir estas lágrimas, almas cristianas? Hijas de Israel, llorad y háganse vuestros ojos fuentes, no sobre el rey Saúl, sino sobre el Rey del cielo, Jesucristo, injustamente muerto por los pecadores, que os vestía

y viste, no de sedas ni escarlatas, sino de la ropa rozagante de la caridad, que cubre la desnudez del pecado, de aquella telilla finísima de la gracia, que es un pedazo y participación de la pieza de la Divinidad. Que para vuestro ornamento y atavío os da galas y joyeles de oro, dones y virtudes del Espíritu Santo que adornan y hermosean el alma. Los zarcillos de la fe, las arras de la esperanza, el collar de la caridad, el anillo de la lealtad, las ajorcas de las demás virtudes. Y sobre todo, el agua de su costado y el resplandor de su sangre. Llorad, pues, sobre el buen Jesús que os da tales aderezos y atavíos; condoleos de su pena, compadeceos de su pasión, pero mirad que las lágrimas han de caer sobre la ternera muerta. *Lavabunt manus suas super vitulam.* Las manos son las obras y los pecados. Porque de tal suerte habemos de llorar la muerte de Cristo, que con esas mismas lágrimas lloremos juntamente nuestros pecados que fueran la causa de ella. Así nos lo manda el mismo Señor. *Filiæ Hierusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete.* No prohibe el llanto por su muerte, que es obra de caridad y de compasión y de grandísimo merecimiento, sino que quiere que entiendan cuál es causa de ella, que son nuestros pecados, y que les lloremos y gimamos, que nos pese de haberle ofendido, que nos duela el haberle muerto, que lloremos por haber pecado, y haciéndolo así, pidamos perdón al Padre Eterno, á quien con verdad podemos decir: *Manus nostræ non effuderunt sanguinem hunc, nec oculi viderunt.* Señor, nosotros no derramamos esta sangre, ni consentimos en esta muerte, porque aunque es verdad que como pecadores le matamos, pero ya justificados con su muerte y lavados con su sangre y nuestras lágrimas, ya somos libre de esa culpa. *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus.* Somos ya otros hombres nuevos, renovados con la penitencia. Y por eso podemos con verdad decir: *Manus nostræ non effuderunt sanguinem hunc.* Sednos, Señor, favorable y propicio y usad de benignidad y clemencia con este pueblo por vuestra sangre redimido. Y no caiga sobre nosotros la pena que merece el derramamiento de esta sangre, como cayó sobre los malvados judíos que la pidieron. *Sanguis ejus super nos et super filios nostros*: «Venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos la pena y castigo de esta sangre». Allá se lo hayan con su demanda. Nosotros pedimos el fruto y merecimiento de esta misma sangre.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Supuesto que para quedar sin culpa de esta muerte somos obligados á llevar nuestra voluntad indómita por las asperezas que Dios pasó, el primer paso que habemos de dar es desde Bethania al Cenáculo, porque allí en casa de la Magdalena se entiende piadosamente haber el Señor despedídose de su madre sacratísima el jueves después de comer para irse á morir á Jerusalem. Cosa es muy puesta en razón y muy digna de predicar al pueblo cristiano, entender que no dejaría el Señor de dar cuenta á su madre bendita muy en particular de su pasión y muerte, y de despedirse de ella al tiempo que se partió á padecer. Porque si guarda el Señor á sus siervos tanto respeto que, como dice Amós: *Non faciet Dominus Deus verbum, nisi revelaverit secretum suum ad servos suos prophetas;* «No hará el Señor cosa alguna sin dar primero parte de sus secretos á los profetas sus siervos»; pues si tan llanamente descubre su pecho á los siervos, y parece que se muestra corrido Eliseo, porque se detuvo el Señor en revelarle la muerte del hijo de su huéspeda, cuánto mejor á los amigos! Ya no os llamaré siervos, sino amigos, dijo el Salvador á sus discípulos, pues os he descubierto todos los misterios y secretos que mi Padre me encargó os revelase. Y en razón de esto, muchas veces les declaró el misterio de su muerte y de su Pasión con todas sus circunstancias. ¿Pues cómo se puede dudar dejase de dar parte á su madre del secreto que había revelado á los siervos? ¿Qué criatura hay ni puede haber tan amada del hijo como su carísima madre? ¿Qué cosa hubo en el pecho de Cristo encubierta para su madre de las que convenía ser declaradas? Y pues ésta lo había de ser, no era justo la supiese ella de otra boca que de la de su hijo. Estando, pues, en el Cenáculo donde se celebraron los misterios de la cena, ó según otros dicen, comiendo el Señor en Bethania el Jueves Santo en casa de las dos hermanas Marta y María, miraba el hijo á la madre que estaba con él á la mesa, y acordándose del cuchillo de dolor que otro día había de atravesar su piadoso corazón, olvidábase de comer y arrasados los dulcísimos ojos de agua, hablaba con ellos lo que callaba la lengua, y en lugar de palabras, da lágrimas y suspiros. Lloraban juntamente los discípulos, certificados ya que la muerte de su maestro había de ser otro día, porque tan claro como esto se lo había dicho el miércoles antes: *Scitis quia post biduum Pascha fiet et filius hominis tradetur in manus peccatorum.* Mensajeros eran estos que solicitaban el corazón de la Virgen. Nuevas le traerían que se acercaba ya la muerte de todo su bien; la cual, como estaba llena de Espíritu Santo, entendía no se podía ya tardar. Y no pudiendo sufrir tan recia experiencia de amor, postrada ante los pies de su hijo amantísimo, le suplica le declare la causa de sus lágrimas y cuál es el

día señalado de su pasión. Y no pudiendo el Señor dejar de condescender á su petición, retraídos ambos á un secreto aposento, le dijo: «Madre dulcísima, vuestra humildad me venció á venir del cielo á la tierra, y vuestras lágrimas me obligan á cumplir á costa de entrambos vuestra demanda. Llegado es, madre santísima, el tiempo de mi dolorosa Pasión; ya ha venido la hora del Padre determinada para la redención del mundo; cumplir se tienen en mí todas las profecías que vos sabéis están escritas. Y este hijo vuestro, que vos concebisteis de Espíritu Santo, será entregado esta noche en manos de sus enemigos. Tan cortos como éstos son los plazos que me otorga la divina justicia. Mañana seré escarnecido, abofeteado, escupido, y cruelmente azotado, y al fin puesto en una cruz. Estos cabellos que aquí veis serán muchas veces sogas, y yo por ellos arrastrado y traído de juez en juez. Sobre ellos será puesta la real corona de penetrantes espinas, que hieran y traspasen mi cabeza, renovando sus dolores con los golpes de la caña que por cetro me darán. El rostro, que es espejo de vuestro consuelo, lo veréis tan desfigurado, que á duras penas le conoceréis. El cuerpo que en vuestras virginales entrañas formó el Espíritu Santo lo veréis arado y rompido con llagas, ronchas, cardenales, verdugos; esmaltado con su sangre ya cárdena, ya viva, roja y colorada, ya un poco más denegrida. Seré despojado de la túnica inconsútil que por vuestras manos labrastes, y sobre ella echarán suerte los sayones. En lugar de la dulce leche que mamé de vuestros pechos, seré con hiel y vinagre abrevado. En lugar de vuestros cánticos, oiré injuriosas blasfemias. Finalmente, madre mía, allí me veréis morir atravesado en una cruz, sin me poder remediar. En vuestros brazos me veréis después de muerto, y en valde buscaréis en mi cuerpo cosa sana, porque no la hallaréis. Esforzaos, madre bendita, que esta es la voluntad del Padre Eterno, mi muerte y vuestra angustia no se excusa; gozaos ahora conmigo, que ésta será la postrera plática en carne mortal». ¡Oh nueva! ¡Oh embajada lastimera! ¡Oh palabras agudas que rasgáis el corazón virginal! ¡Oh oídos sagrados que tal pudistes oir! ¡Oh soberana Señora, cotejad esta nueva con la que os trajo el ángel ahora treinta y tres años, y templad el agro de ésta con la dulzura de aquélla! Guardaos, Señora, guardaos para mañana, que tiempo os queda para angustiaros y doleros, cuando veáis cumplido por obra lo que me habéis oído de palabra. ¡Oh corazón piadosísimo, y cómo te veo fuertemente apremiado con la obediencia del Padre y el amor del Hijo! Luchando están dentro en tu divino pecho estos dos afectos, y cada uno sale con lo que pretende. Aquí veo al patriarca Abraham, cuando le manda Dios sacrificar á su hijo; lastimado lleva el corazón con el amor del hijo, enternecido con el afecto paternal. Pero obedeciendo al Señor, rendido á su voluntad va á cumplir el riguroso mandamiento. El Padre Eterno te pide, Señora, que le sacrifiques tu hijo. Bien creo yo (y así lo dice San Anselmo) que si como á Abraham te mandara ser la ejecutora del sacrificio, no te faltara caridad para hacerlo, aunque con horrible y mortal dolor; pero ya que eso no convino, á lo menos de tu parte le ofrecistes al Padre para remedio del género humano, y te conformaste con su divina voluntad y aceptaste la sentencia dada con acto de caridad y obediencia, sin comparación más heroico que el de Abraham, Pero no obstante eso, como madre que amas con entrañable amor á tu hijo, no pudiste oir estas nuevas sin gravísimo dolor ni hacer esta resignación sin mortal tristeza. ¡Oh lastimada Señora, esfuérceos Dios, aparejad ánimo, que se está afilando el cuchillo que Simeón desenvainó, traspasador de vuestra alma! ¡Oh cuánto os fuera menos penoso morir una vez que sufrir tantas muertes! Y lo más trabajoso es que aún estáis al principio, y el hijo os pide licencia para irlo á comenzar. Hincan el uno y el otro la rodilla en tierra, échanse los brazos al cuello, manan fuentes de lágrimas de sus ojos, lastiman las entrañas de la madre los suspiros del hijo y las del hijo los gemidos y sollozos de la madre. Al fin, le dijo la madre: «¡Oh espejo de mi alma en quien siempre me suelo mirar, pues os vais á morir y yo quedo cual veis, dadme siquiera vuestra última bendición, con que me sustente y pueda haceros compañía en este trance!» Bendijo el manso Cordero á aquella inocentísima oveja como hijo de Dios y de ella, y ella á El como su verdadera madre. Y pártese el Salvador como á las cinco de la tarde de Bethania para Jerusalem. ¡Oh paso áspero! ¡Oh estación dolorosa! ¡Oh despedida triste! que ve la madre salir por la puerta á su hijo y sabe que va á morir, y que no le ha de tornar á ver. Lloremos, cristianos, con la Virgen. Enternézcase el corazón y ablándese nuestra voluntad.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

De Bethania vino el Señor á Jerusalem, donde tuvo la misteriosa cena con sus discípulos, esforzándolos con su sagrado cuerpo y sangre para el trabajo venidero. La cual acabada y juntamente aquel regalado y soberano sermón, ya de noche cerrada salió de la ciudad y pasó el arroyo Cedron, para ir á hacer oración al huerto de Gethsemani, que estaba al pie del Monte Olivete. Este es el segundo paso por donde ha-

bemos de traer nuestra voluntad. Aquí veo al buen David salir de Jerusalem huyendo de su hijo Absalón, que contra él se había rebelado, que le pretende quitar la vida, y pasa David rodeado de sus siervos el arroyo de los Cedros á pie y descalzo. *Nudis pedibus incidens et operto capite, sedet omnis populus qui erat cum eo operto capite ascendebat plorans.* ¡Oh alma, contempla en esta hora el verdadero David, Cristo nuestro bien, de noche oscura salir de Jerusalem (pueblo rebelde que contra su natural Señor había conjurado) no huyendo de su hijo Absalón, sino yéndose al lugar oportuno donde le pudiese hallar el desleal discípulo que le buscaba para ponerle en manos de sus enemigos! El cual justamente es figurado por el traidor Absalón, pues le imitó en la traición; porque si aquél se conjuró contra su padre, éste contra su padre y maestro. Así como aquel murió colgado de una encina, así éste murió ahorcado. A pie va el piadoso rey y descalzo llorando de sus ojos, y la cabeza cubierta en señal de tristeza, cercado no de legiones de gente de guerra que le defiendan, sino de once medrosos discípulos que le han de dejar, los cuales le acompañan llorando con gran sentimiento. Mas ¡oh buen Jesús! aunque la ida es tan triste, mucho más lo será la vuelta; porque al fin ahora vais suelto y después tornaréis preso y maniatado. Ahora vais acatado de los vuestros, después volveréis maltratado de los ajenos. Ahora os van oyendo vuestros amigos, después volveréis oyendo denuestos de vuestros enemigos. Vaislos vos edificando ahora con vuestra dotrina, mas á la vuelta serán escandalizados con vuestra prisión. ¡Oh celestial y segundo Adán, cómo llenáis la redención ordenada según el desorden de la caída, respondiendo la pena á la culpa! En huerto perdimos nuestra libertad y en huerto nos la restituís con la pérdida de la vuestra. En huerto enfermó el mundo y en huerto comienza la cura; porque donde se hizo el daño comience el remedio, y donde Adán fue ligado sea por vuestra prisión absuelto. Llegado que fue al huerto con sus once discípulos, apartó tres de ellos los más amados, San Pedro, Santiago y San Juan. Y diciendo á los otros que allí le esperasen mientras iba á hacer oración, se fue con los tres que habían sido testigos poco antes de su gloriosa transfiguración, para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba ahora por amor de los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Y estando allí, *cœpit contristari et mæstus esse:* «Comenzó á entristecerse, demudarse y tener pavor». Es costumbre de los grandes señores, de los príncipes y personas de grande valor y sér tener siempre el rostro sereno, de un semblante así en la prosperidad como en la adversidad y trabajos; y cuando con el ímpetu del dolor no lo pueden refrenar, retíranse y la demostración que hacen como hombres procuran tenerla á solas, ó con sus muy privados y amigos. Así, aunque Cristo nuestro Señor no era inferior á las pasiones y dolor, porque en su mano las tenía y conforme á la razón y voluntad superior se gobernaban; pero cuando quiso, conforme á esa misma razón, mostrar que era verdadero hombre, y comenzó la parte sensitiva, regida y movida por la intelectual, á entristecerse y mostrar mudanza en lo exterior, y hacer su operación natural como verdadero hombre, no quiso estuviesen presentes todos los apóstoles sino solos los tres más privados y familiares que le habían visto glorioso y transfigurado, para que diesen testimonio de ambas cosas: allí, conociendo que era verdadero Dios, y aquí, experimentando que era verdadero hombre. Y porque entendiese que no eran menos los trabajos interiores de su ánima que los que por de fuera se comenzaba á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: *Tristis est anima mea usque ad mortem;* «Triste está mi ánima hasta la muerte», llena está de tristeza mortal, bastante á causar la muerte. No hay lengua humana que pueda explicar la grandeza de esta tristeza, porque fue la mayor que hombre jamás tuvo ni puede tener, por haber querido el Señor (como dicen comúnmente los santos) padecer sin ningún género de alivio ni consuelo que en alguna manera pudiese mitigar su tristeza. Hablando Santo Tomás de los remedios de la tristeza, dice que se puede mitigar, ó con el doleite de la contemplación de la verdad con que el hombre se divierte de su tristeza, ó con la compasión de los amigos, que parece que os ayudan á llevar la carga de vuestra pena. Y porque la carga repartida suele ser menos penosa, por eso suele ser gran alivio á los tristes tener compañeros de su miseria y ver que los aman tanto que los ayudan á llevar su trabajo, teniéndolo por propio. También las lágrimas suelen ser descanso de los afligidos, por ser conformes á la disposición en que están, y porque el dolor que está en el pecho encerrado parece que se distila por los ojos como por dos alquitaras, y con esta exhalación se menoscaba; y finalmente, el sueño suele reformar el daño que la demasiada tristeza ha causado. Pero el Redentor del mundo, que se había determinado de beber por amor nuestro puro el cáliz de la pasión, sin mezcla de ningún alivio y consuelo, de ninguna cosa de éstas se aprovechó para remedio de su tristeza. No del deleite de la contemplación, porque aunque es verdad que su alma santísima, desde el instante de su concepción estaba en la suprema cumbre de la contemplación (como aquélla

que gozaba de Dios claramente visto por esencia con el más alto y eminente grado de gloria que ninguna criatura tiene ni puede tener), pero no quiso que de aquel inmenso deleite se derivase una gota siquiera á la parte sensitiva, sino por especial milagro la represó y detuvo en la parte superior del entendimiento y la voluntad para padecer tanta amargura y dolor. De suerte que, así como en la región del aire distinguimos dos partes, una suprema, junto al elemento del fuego, donde hay perpetua tranquilidad y no llegan estas peregrinas impresiones, y otra inferior, que confina con la tierra y el agua, donde se congelan las nubes, que está sujeta á tempestades, truenos, relámpagos, lluvias y vientos, y ni la tempestad de ésta impide á la serenidad de la otra ni al contrario, así habemos de entender que en el alma de Cristo la parte superior que estaba junto á Dios y lo gozaba estaba serena, tranquila y quieta con la gloria de la bienaventuranza; pero en lo inferior, que es el apetito sensitivo y la razón inferior que tocaba á la tierra, allí eran los nublados de las tristezas, los truenos de los temores, las tempestades y lluvias de los dolores, fatigas y penalidades; queriendo el Señor, por aquel singular milagro, que en su alma santísima hubiese juntamente sumo gozo y suma tristeza, según diversas partes, y aun en la misma voluntad, según diversas consideraciones, y que ni el deleite de la una mitigase la tristeza de la otra, ni, al contrario, la tristeza de la una turbase el gozo de la otra. Pues amigos que lo consolasen tampoco los tuvo: *Et sustinuit qui simul contristaretur et non fuit, consolantem me quæsivi et non inveni.* «Esperé quien me tuviese compañía en mi tristeza, y no lo hube; busqué quien me consolase en su compasión, y no lo hallé». Porque dando parte de su pena á sus discípulos y pidiéndoles su compañía, les dijo: *Sustinete hic et vigilate mecum.* «Esperadme aquí y velad conmigo». ¡Oh riqueza del cielo! ¡Oh bienaventuranza cumplida! ¿Quién te puso, Señor, en tal estrecho? ¿Quién te echó por puertas ajenas? ¿Quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas, sino el amor de enriquecerlas? Pero ellos lo hicieron tan bien, que vencidos de un pesado sueño, ni aun una hora te hicieron compañía. Pues el alivio de las lágrimas tampoco le tuvo por entonces, porque el temor vehementísimo de la parte sensitiva endurecía el pecho y detenía los espíritus vitales, para que no hubiese descanso de lágrimas, sino en su lugar padeció aquel horrible sudor de sangre. Pues el sueño no tenía allí lugar, donde tanto cuidado había de la continua oración. Veis aquí cómo la tristeza de Cristo fue pura, sin mezcla de consuelo, y tan grande y excesiva, que sola ella fue bastante para arrancar el alma, si milagrosamente el Verbo no la sustentara, reservando la vida para los tormentos que restaban. Sentido literal es y verdad que se saca de las mismas palabras: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Tristeza tengo de muerte. La tristeza que mi corazón posee es bastante á quitarme la vida. Y aunque de esta mortal tristeza dan los santos muchas causas, yo diré solas dos que nos moverán á más compasión y amor del Salvador. La primera y principal causa de esta agonía y dolor de Cristo fueron nuestros innumerables y gravísimos pecados, nuestra obstinada malicia y bestial ingratitud: ellos le afligieron y pusieron en las puertas de la muerte. Cosa cierta es (de que la experiencia ha dado testimonio) que si Dios con una nueva luz diese á entender á un pecador la malicia de un pecado, la injuria que hace á la infinita majestad y el cruel daño de su alma, de puro dolor y arrepentimiento se le rompería el corazón y perdería la vida. Y así cuenta San Juan Clímaco de un monje que, habiendo incurrido en un pecado, lo descubrió á su prelado, y le pidió le dejase ir á hacer penitencia á la cárcel de los penitentes; y como el padre no se la quisiese dar, porque su culpa era digna de misericordia, echose á sus pies, y regándoselos con abundancia de lágrimas, acabó con él que la clemencia del médico se convirtiese en rigor, y dale licencia, y vase á la cárcel y hácese compañero de los otros penitentes, y herido gravemente en el corazón con el cuchillo del dolor, el cual había afilado el amor de Dios, tan grande pena recibió por haberle ofendido, que ocho días después que allí estuvo rindió el espíritu al Señor. Y reveló Dios á otro religioso que antes que se levantara de los pies del prelado, cuando le pidió licencia para irse á la cárcel, ya el Señor le había perdonado su pecado. De otro pecador se cuenta en la vida de San Vicente Ferrer, que en cierta parte de Francia se vino un hombre á confesar con el mismo santo de un gran pecado de incesto. Y como el santo le dijese que hiciese penitencia siete años, y que Dios le perdonaría, estaba el pobre hombre tan contrito, que le pareció la penitencia pequeña, y así le dijo: ¡Oh padre! ¿y pensáis que me podré salvar? El santo le respondió, vista su contrición: Sí, hijo. Ayuna solamente tres días á pan y agua. Lloraba el pecador amargamente su culpa, viendo la grande misericordia de Dios, y decía: Padre, ¿es posible que un maldito como yo alcance perdón de Dios con tan ligera penitencia? Sí, hijo, dijo el santo, aunque no digas sino tres veces el *Pater noster*. En aquel punto fue tanto el dolor que tomó de su culpa, que diciendo el *Pater noster* murió allí á sus pies. Y la noche siguiente le apareció, diciendo que estaba en el cielo y que no había pasado por el purga-

torio. De esta manera se duelen del pecado aquellos á quien Dios abre los ojos para que vean su fealdad. Pues como el Hijo de Dios se hubiese por su inmensa caridad encargado de todos los pecados del mundo, y en especial de los predestinados para satisfacer al Padre por ellos, era razón que hiciese penitencia de ellos, y se doliese y angustiase por ellos como si él los hubiera cometido. Porque ésta es la principal satisfacción que Dios pide por la culpa. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* Y para esto puso ante sus ojos todas las maldades, traiciones y blasfemias de todos los hombres; y de todas recibió tan gran dolor cuan grande era su caridad y el celo de la honra de su Padre. Por donde, así como no se puede estimar este celo y amor, así tampoco este dolor. De esta contrición habla el Profeta Isaías cuando dice: *Vere langores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit. Attritus est propter scelera nostra et Dominus voluit conterere eum.* «Verdaderamente él tomó sobre sí nuestras enfermedades y se encargó de nuestros dolores. El se dolió de nuestros pecados. El tuvo la contrición de nuestras maldades; su corazón se deshizo de dolor de nuestras ofensas». Pues si los hombres que no llegan, ni pueden llegar á conocer la malicia de la culpa, y la injuria de la divina majestad vienen á morir de tristeza, ¿cuál sería la del Salvador, que sólo conoce la dignidad de su Padre y la abominable malicia del pecado? No hay duda sino que era bastante á quitarle muchas vidas. Si el profeta David, viendo las injurias de los hombres contra Dios, decía: *Vidi prævaricantes et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt*: «Que se deshacía y marchitaba viendo á los quebrantadores de la ley de Dios», ¿qué haría aquel que tanta mayor caridad tenía que David y tanto mayores males veía que él, pues tenía ante sí todos los pecados de los siglos pasados, presentes y venideros? Ley era y costumbre muy guardada entre los judíos en oyendo alguna blasfemia ó injuria de Dios nuestro Señor romper en señal de dolor sus vestiduras, para mostrar con aquel hecho el celo que tenían de la honra de su Dios. Pues si esto hacían aquellos fingidos hipócritas, ¿qué haría el Hijo de Dios, que dice de sí: *Zelus domus tuæ comedit me?* ¿Qué dolor sentiría de ver las injurias y desprecios de aquella soberana Magdalena? Verdaderamente no rompió sus vestiduras en señal de dolor, sino aquella sagrada vestimenta de su carne santísima que vio Isaías manchada con su sangre, que se rompió por muchas partes, por las cuales manó aquel espantoso sudor de sangre. ¡Oh inefable bondad de Cristo Jesús! ¡Oh amor incomprensible! Que se cargue de vuestros pecados el que solo es sin pecado! ¡Que el gozo del cielo padezca tristezas de muerte! ¡Y lo que nosotros pecamos con los deleites ilícitos, lo pague él con acerbísimos dolores! La otra causa de esta tristeza fue la representación de todos sus tormentos, afrentas, dolores y muerte que había de padecer, los cuales perfectísimamente aprehendió con su imaginación nobilísima, como si los tuviera presentes. Y aunque con la voluntad racional y deliberada, de muy buena gana los aceptó para la gloria del Padre y amor de los hombres, pero el apetito sensitivo y la misma voluntad con un impulso y movimiento natural se espantó terriblemente de los cruelísimos martirios que vio aparejados para el más delicado de los cuerpos, y naturalmente los rehuyó como es natural á cualquier hombre, so pena de no serlo, amar naturalmente su vida y aborrecer la muerte. Tembló toda la parte inferior, y comenzó á agonizar y sentir mortal angustia con la imagen de la muerte. Y viéndose en tal aprieto, recurrió al remedio de la oración.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Et procidit in faciem suam. Postróse en el suelo, su rostro cosido con la tierra, como hombre sentenciado á muerte, que veía delante de sí desenvainada la espada de la divina justicia. Postróse en tierra como aquel siervo que debía diez mil talentos pedía que le aguardasen. Tenía á su cargo todas las deudas del mundo, por las cuales se había obligado á pagar; humíllase al Padre á pedirle misericordia. Postróse en tierra á hacer oración como si no fuera Dios igual como el Padre; como si fuera algún malhechor, indigno que el Padre le oyera; como si fuera un publicano que no osaba levantar los ojos al cielo. ¡Oh dichosa tierra, mírate bien que tienes sobre ti aquel rostro bellísimo, *in quem desiderant angeli prospicere!* El espejo de los bienaventurados, el rostro del que es espejo sin mancilla de la caridad del Padre y rayo de su resplandor. Dad paz, Señor, á la tierra con vuestra hermosa boca, que así lo cantaron los ángeles en vuestro nacimiento. Bendecid, Señor, la tierra con el toque de vuestro rostro, á la cual maldijistes por el pecado con vuestra palabra. Comenzad, Señor, á dar besos á la tierra, pues ha de ser el ara y el cáliz y la patena que ha de recibir vuestro sagrado cuerpo y sangre preciosa que dél ha de salir esta noche. Consagradla, Señor, para que, bendita, reciba tanta santificación. *Procidit in faciem suam et factus in agonia prolixius orabat.* Postrado, hace oración al Padre por tres veces, alargando la oración, y repitiéndola con extraña fuerza y agonía: *Pater, si vis transfer calicem istum a me.* No es petición de la voluntad

deliberada, sino que aboga condicionalmente por la parte inferior. Propone el natural deseo de vivir, y el natural aborrecimiento de la muerte; pero está tan sujeto á la razón (la cual estaba conforme á la voluntad del Padre) que añade: *Verumtamen, non mea voluntas, sed tua fiat.* No se haga lo que pide el natural deseo, sino lo que quiere la razón rendida á la divina voluntad. ¡Oh, buen Jesús, y cómo sujetando vos este afecto natural que vos despertastes en vos mismo sanáis el nuestro desordenado, que nos aparta de la virtud y amor de Dios! Vuestra voluntad sujeta á Dios sana la nuestra rebelde, y vuestra concupiscible rendida á la razón (aunque haciendo su oficio natural) es medicina para sanar la nuestra, que siente demasiadamente los trabajos y dolores, y se aparta de lo bueno por no sufrirlos. Pero no se hizo esto sino con tanta costa de aquella sagrada humanidad, que en este doloroso conflicto fue su alma en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne benditísima se abrió por todas partes, y dio lugar á la sangre que manase por toda ella con tanta abundancia que corriese hasta la tierra.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram. ¡Oh, Redentor mío! ¿Qué afición es esa tan grande? ¿Qué mal de muerte tan terrible que causa estos trasudores sangrientos? ¡Oh, manso cordero! ¿Y cómo en la entrada de vuestra pasión se trasluce su doloroso fin y salida? Porque si tanto espanta la sombra, ¿qué hará la verdad? Si sólo pintada basta á causar la muerte, ¿qué hará en efecto padecida? ¡Oh, amor, fuego de alquitrán que ardes en las aguas de nuestros pecados, que cuanto en mayor número se representan tanto con mayor fuerza te enciendes! ¡Oh, caridad excesiva! ¡Oh, sangre deseosa de verterte por nuestro remedio, pues no sufres la tardanza de los verdugos, y les ganas por la mano, siendo por amor primero que por violencia vertida! ¡Oh, Salvador mío, y cuán costoso es mi rescate! ¡Oh, mi verdadero Adán, echado del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre de vuestro rostro ganáis el pan con que me habéis de mantener! Regad, Rendentor mío, ahora la tierra con vuestra sangre, que antes de muchas horas os la harán barrer vuestros enemigos con vuestro sacratísimo cuerpo. ¡Oh, Adán, que estuvistes en el otro huerto del paraíso, ven á este huerto y verás el costo de tu manzana! ¡Oh, Moisés, que tanto deseabas ver el rostro de tu Dios, llégate acá y verle has no resplandeciente como en la transfiguración, sino todo manchado de sangre! ¡Oh, divina sangre, cuántos querubines andarían cogiéndola por tierra! ¡Oh, sangre, quién os viera derramada cinco mil años ha! ¿Qué dieran por este sudor los patriarcas y los profetas? ¡Oh, rey David! ¿Quién entrara por vuestro real palacio con estas nuevas en el fervor de la fiesta, cuando vos decíades: *Sitivit anima mea ad Deum fontem vivum. Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* ¿Quién os dijera entonces: Albricias, David, que *factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram?* Ya mana la fuente, ya corren los veneros, ya suda sangre vuestro Dios. ¡Qué priesa se diera el buen David á venir cantando por el camino: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus!* Y en entrando en el huerto, ¡cómo abriera aquellos labios desequidos y lamiera aquella sangre! ¡Bien seáis venida, fuente de aguas vivas! ¡Qué de años ha que os espero! ¡Ya que os he hallado, bien puedo beber y matar la sed! ¡Oh, Magdalena, y qué lance has perdido en no te hallar aquí en esta sazón! ¡Qué bien vinieran allí tus destrenzados cabellos, no ya para limpiar sus pies, sino para toalla del hermosísimo rostro, y para coger en ellos aquel sanguíneo sudor que se derramaba por tierra! ¡Cuán á tu salvo le pudieras allí servir! No estaba allí el fariseo que te juzgase, ni Judas que se indignase de tu servicio, ni tu hermana que te reprehendiese, ni los apóstoles que te estorbaran, que todos dormían; solo está, y no le acompañan sino oscuridad y tristezas y angustias de muerte; y aun no tiene un paño con que se limpiar el sudor. ¡Oh qué color hubieran sacado de allí tus cabellos, enrubiáraslos con aquella lejía rosada de la sangre preciosa, colada por la ceniza de aquella carne divina, con que quedaran tan hermosos que tuviera envidia de ellos el sol! ¡Oh, Reina del cielo! ¡Oh castísima esposa, que tanto deseábades salir á los huertos para coger mirra; salid á éste y hallarlo heis lleno de matas de mirra, donde podréis hacer muchos manojos y ramilletes. Mas, ay, que muy amarga será para vos, Señora, esta mirra; venid presto, madre bendita, socorred á vuestro hijo querido en esta mortal angustia; limpiadle el sudor, aunque sea con vuestras tocas; porque si ahora que está solo no venís, después no os darán ese lugar. Finalmente, pecadores, que estáis mordidos de víboras ponzoñosas de pecados, veis aquí la atriaca que sola tiene fuerza contra ese veneno; heridos, llagados, almas enfermas, veis aquí el precioso bálsamo y saludable medicina que os puede dar entera salud; pecadores, si no os acabáis de persuadir que habéis sido los matadores de

Cristo, venid á este huerto y miradle cuál está tendido en el suelo, pegado su rostro con la tierra, desamparado del Padre, cercado de tristezas de muerte, afligido con nuestros pecados, espantados de su tormentos, su cuerpo destemplado, todos sus miembros hechos fuentes de sangre, y mirá que de todo eso son causa vuestros pecados; porque ahora no le azotan lòs verdugos, no le coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas los que ahora le hacen salir la sangre, sino tus pecados. Estos son las espinas que lo punzan, esos los verdugos que le atormentan, esa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor. Trae, pues, la ternera á este valle áspero y pedregoso; venga la voluntad indómita á esta dolorosa estación, y sacrificadla aquí al Señor; enseñadla á rendirse á la voluntad de Dios, á imitación de Cristo, y lavaos con agua de lágrimas; porque si en este paso no os compadecéis del Señor, y si cuando El suda sangre de todo su cuerpo vos no vertéis lágrimas de vuestros ojos, pensad que tenéis corazón de piedra y que se os ha de imputar la sangre de Cristo.

CONSIDERACIÓN QUINTA

El tercer paso por donde habemos de llevar á la voluntad es desde el huerto á Jerusalem, y á casa de Anás. Porque acabada la oración, dicen los evangelistas que se fue el Señor donde estaban sus discípulos, y despertando á los tres primeros, y después á los ocho, díjoles: Levantad, discípulos, que ya es llegada la hora de mi pasión. Estando diciendo esto llegó aquel escuadrón del infierno de gente armada con lanzas y espadas, hachas, linternas y sogas para prender al Redentor. Venía Judas por adalid y capitán de este ejército, caído ya como otro Lucifer del más alto estado de la Iglesia en el más profundo abismo de maldad, que era ser el primer conjurado en la muerte de Cristo. Y habíales dado el traidor señal diciendo: A quien quiera que yo besare, ese es, tenedlo fuertemente y llevadlo con cautela, no se os vaya de entre las manos como otras veces lo ha hecho. Y así llegó aquella fiera bestia, aquel falso amigo á dar paz á su Maestro; como el traidor de Joab con beso de paz dio la muerte á Amasa, valeroso capitán. ¡Oh maldito Judas! ¿qué has hecho? ¡Oh infernal boca! ¿cómo osastes tocar en la cara de Dios? ¡Oh lobo carnicero! ¿cómo aplicastes tu boca sangrienta á la del cordero mansísimo, en quien no se halló engaño ni fraude? ¡Oh mal monacillo, que en oficio de muerto y misa de requiem das paz haciendo muy cruda guerra! ¡Oh mal aventurado que tales extremos juntastes, el besar con el matar! Tu boca de infierno con la divina. La paz de la boca con la enemistad del corazón. Al comprador del mundo con el vendedor, que eres tú. Dime, desatinado y cruel mercader, ¿por qué precio vendiste al creador del mundo? ¿A tu maestro, de quien tantas mercedes habías recibido? ¿Por treinta dineros! ¡Oh qué bajo precio es ese para tan gran señor! Por más subido precio se vende un esclavo fugitivo y ladrón. No te tiene él á ti en tan poco como eso. Tú vendes á tu Dios por treinta dineros, y él te compra, no con oro, ni con plata, sino con su preciosísima sangre. ¡Oh estima del hombre y desestima de Dios! Sacáraslo á la plaza si tanta sed tenías de dinero, y mandáraslo pregonar: Quien quisiere comprar un esclavo, blanco, gentil hombre, ladino, con infinitas gracias, tan hermoso y alindado, que *speciosus forma præ filiis hominum.* «Hermoso de rostro sobre todos los hijos de los hombres», y la gracia y donaire está vertida en sus labios. Tan excelente oficial y tan primo, *qui fabricatus est auroram et solem* «Que con sólo una palabra formó el sol y hizo el alba del día», y fabricó la luna y estrellas sin otra herramienta que un *fiat*, y sin otros materiales que la nada. Tan famoso contador, *qui numerat multitudinem stellarum et omnibus ejus nomina vocat.* «Que cuenta la inmensa muchedumbre de las estrellas y á cada una conoce por su propio nombre». Tan gran letrado, *in quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ Dei absconditi.* «Que en su cabeza está todo el sexo de Dios, y en su pecho se encierran todos los tesoros de su ciencia y sabiduría». Tan escogido médico, que *solo sermone restaurat universa.* Tan bien acondicionado, que es manso y humilde de corazón. Tan gran trabajador, que en su vida no supo descansar. Tan fiel, que *nec inventus est dolus in ore ejus.* «En su boca jamás se halló fraude ni mentira alguna». Un esclavo, que es la riqueza del cielo, la imagen del Padre eterno, la esperanza de los patriarcas, la fe de los profetas, la fortaleza de los apóstoles, la constancia de los mártires, el ejemplo y gloria de los confesores, la corona de las vírgenes y la redención de los hombres. Un esclavo á quien sirven los ángeles, y temen los demonios, y el mar obedece, y los vientos están sujetos; cuya grandeza no tiene fin, y cuyo imperio no se ha de acabar. Pregonaras traidor estas gracias y excelencias y no lo dieras por tan bajo precio. Y si por ser sus gracias inestimables no se atreviera nadie á comprarlo, ya que te determinabas vender á tu Dios, vendiérasselo á su madre, que si por su pobreza no pudiera comprarlo, con lágrimas de sus ojos le comprara, ó á lo menos se vendiera á sí por rescatarlo á él, que es libertad de los hombres. ¡Oh Princesa del cielo y Reina de los ángeles, entended en aquella

venta, comprad á vuestro hijo; sacadle, Señora, por el tanto, si os le quieren dar. Pero creo que es excusado vuestro deseo, porque el traidor de Judas no quiere vender vuestro hijo sino á sus mortales enemigos, que le pretenden beber la sangre, y con esa dañada intención le ha dado falso beso de paz, diciendo: *Ave, Rabbi.* Aceptó el Señor este cruel beso por quebrantar siquiera con la dulzura de su mansedumbre la dureza de aquel rebelde corazón; y sabiendo que venía aquel traidor á hacerle guerra, le recibe de paz y le llama amigo.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Amice, ad quid venisti? ¿Qué ánimo, aunque estuviera más duro que un peñasco, no se ablandara con tal palabra? ¿O qué corazón de bronce ó diamante no se desbiciera? Amigo llama al que desea beberle la sangre. Todo esto para de su parte hacer todo lo que podía ablandar la pertinacia de aquel malvado corazón, y así le recuerda la amistad pasada, llamándole amigo y le pone delante su traición presente diciendo: Judas, ¿besando vendes al hijo del hombre? Mas para mostrar Cristo cuán de buena gana se ofrecía á la muerte, y cuán fácil cosa le era librarse de todos ellos si quisiera, con una sola palabra derribó de espaldas en tierra toda aquella canalla. Y después, dándoles licencia para que se levantasen, mandóles que no llegasen á ninguno de sus discípulos; y así lo cumplieron mal que les pesó, que no tuvieron poder para les dañar. Y tras esto mostró su misericordia, sanando la oreja de Malco, que San Pedro había cortado, y mandando al discípulo que no se pusiese en defensa. Pero aquellos ánimos feroces, no espantados de su poder, ni convencidos de su benignidad, instigados del demonio (á quien en aquella hora se le dio poder de lo alto para que mostrase su furia y rabia en aquella humanidad inocentísima), arremetieron á echarle mano. Esto se colige de aquellas palabras de Cristo que dijo á los judíos que le vinieron á prender: el poder del demonio, que es príncipe de las tinieblas. De suerte que así como el santo Job, por divina permisión, fue entregado en poder de Satanás, para que le hiciese todo el mal que quisiese, con tanto que no le tocase en la vida, así fue dado poder á los príncipes de las tinieblas, sin excepción de vida ni de muerte, para que por medio de sus ministros y miembros ejecutasen en Cristo todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Y así dice de sí el santo Job en persona de Cristo: *Insidiati sunt inimici, et prævaluerunt; et non fuit qui ferret auxilium. Quasi rupto muro et aperta janua irruerunt super me et ad meas miserias devoluti sunt.* «Pusiéronme mis enemigos asechanzas.» Porque no me prendiéron en el templo y públicamente donde los enseñaba, ni en el día de la fiesta, porque el pueblo no me librase, sino con traición de mi discípulo de noche y á salas en el huerto. Pero todo eso no bastara, sino que no hubo quien me favoreciese, porque el Padre eterno me desamparó. Yo no me quise valer de la potencia de mi divinidad, ni rogàr al Padre me diese legiones de ángeles que me defendiesen; mis discípulos huyeron y me dejaron solo y así prevalecieron mis enemigos contra mí. *Quasi rupto muro.* De la suerte que los codiciosos soldados arremeten al asalto cuando ven abiertas las puertas de la ciudad, entran de rondón á saquearla, así arremetieron contra mí mis enemigos, viendo derribado el muro de la protección de mi Padre que me amparaba, y hallado abierta la puerta de su permisión: *ad meas miserias devoluti sunt.* En solo esto entendieron de darme dolores y hacerme miserable. ¿Mas quién podrá encarecer cuántas fueron estas miserias? ¿Cuán grandes estos dolores y tormentos de esta primera arremetida? Porque si la crueldad de estos perros rabiosos era tan excesiva que no se hartó con su muerte y con su sangre, sino que con sus lenguas le crucificaban blasfemándole, y aun después de muerto no le perdonaron, ¿cómo es de creer le tratarían estando vivo? Si en el fin de su vida con tantos ensayos y géneros de tormentos no pudieron hartar su saña ni satisfacer á su ferocidad, ¿qué sería en el primer ímpetu cuando la ira estaba más encendida? ¿Cómo harían presa en aquella mansa oveja aquellos lobos carniceros, ensangrentando en ella sus agudos dientes? ¿Cómo ejecutarían allí aquellos odios envejecidos, aquellas iras guardadas? ¿Cómo vomitarían todo el veneno y ponzoña de pestilenciales rencores que contra él tenían concebidos? ¿Cómo se alegrarían viéndolo en su poder? *Aperuerunt super te os suum omnes inimici tui; sibilaverunt et fremuerunt dentibus et dixerunt: devorabimus. En, ista est dies quam expectavimus invenimus, vidimus.* «Abrieron sobre ti ¡oh manso cordero! sus horribles bocas aquellos crueles leones tus enemigos, silbaron y regañaron sus dientes contra ti y dijeron: Tragaremos. Este es el día que esperámoslo, hallámoslo, vímoslo». Y como cosa tan deseada no se tiene por bueno el que no encarna en él sus uñas. Unos le dan de empellones, otros de golpes y de coces, otros toman aquellas manos poderosas, obradoras de tantos milagros, que hartaron cinco mil hombres con cinco panes, con su tacto sanaron tantas enfermedades, y átanlas con unos lazos corredizos y tiran de ellas hasta desollarle las muñecas y hacerle reventar la sangre. Unos le arrancaban los cabellos; otros le mesaban las barbas; otros le escupían y apuñea-

ban; otros, indignados porque les había derribado en el suelo, le derribaban á él y le molían y pateaban. ¡Oh pecadores, compadeceos en este paso de vuestro Redentor, condoleos de su trabajo, mirad que vuestros pecados le entregan á tan crueles enemigos! Mirad que vosotros sois el Judas, que no por treinta dineros, sino por un cuarto, por un vil interés y deleite le habéis vendido. Vosotros habéis sido la causa de esta dolorosa prisión. Así lo dice el profeta Jeremías: *Spiritus oris nostri, Christus Dominus, captus est in peccatis nostris.* El espíritu de nuestra boca, el anhélito con que respiramos en todas nuestras angustias, *In quo vivimus, movemus et sumus;* toda nuestra vida y nuestro bien fue preso por nuestros pecados. Y pues ellos son la causa, justo es le acompañemos en esta procesión que hace desde el huerto á casa de Anás. Vaya la voluntad, que el camino es áspero y cuesta arriba, y al Señor no le dan vagar los que lo llevan. ¡Oh buen Jesús, enamorado de los hombres! ¿qué manera de caminar es ésta? ¿El paso tan corrido, el huelgo apresurado, la color demudada, el rostro encendido y sonrosado con la prisa que os dan, cercado de enemigos y desamparado de todos vuestros amigos? ¡Oh qué diferente procesión es ésta, Dios mío, de aquella que hicistes seis días ha! Entonces entrastes caballero en una asnilla, fuistes recibido con ramos y palmas, los niños os cantaban cantares de alabanza; ahora vais los pies descalzos, desollados y sangrientos, las rodillas llagadas de las caídas, las manos hinchadas de los cordeles, acompañado de corchetes y porquerones, con voces de enemigos que piden vuestra muerte. Y con este estruendo llega el Salvador á Jerusalem. Allí viérades el bullicio de la gente asomarse á las puertas y á las ventanas con lumbres. Unos se dolerían de él, otros dirían qué, ¿en esto ha parado la dotrina de éste y su predicación? Sin duda debía ser algún burlador. Otros se adelantarían á ganar las albricias diciendo que ya venía el malhechor preso y á buen recaudo como él merecía. Y así llegó el Salvador á casa de Anás, que era suegro de Caifás, pontífice de aquel año, el cual le estaba esperando con otros muchos escribas y fariseos.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Puesto en su presencia comienza el mal juez á hacer su interrogatorio para sustanciar el proceso, y antes que examinase testigos ni le tomasen juramento, pregúntanle, por vía de simple inquisición, de sus discípulos y doctrina. Debía de estar el traidor muy sentido de que se hubiesen escapado los discípulos, como cuando van á coger una cuadrilla de ladrones, sienten mucho cualquiera que se les escape, y le andan á buscar. Pero en esto se mostró la virtud de Cristo, que con una sola palabra los guardó todos. Diríale el inicuo viejo con soberbia: Di, embaidor y engañador de gentes, ¿qué conventículo es este de discípulos que traes? ¿Qué dotrina nueva es esta que enseñas? ¿Con qué autoridad predicas nueva ley, é introduces nuevas ceremonias del bautismo, causando tanto alboroto en el pueblo? El Redentor del mundo á la pregunta de los discípulos calló, porque no había de decir bien de ellos entonces, sino todos eran dignos de reprehensión. Uno le había vendido; los otros, huído y desamparado. Calla el Señor sus faltas, y encúbrelas con el velo del silencio, como los pintores suelen con sombras y oscuros encubrir lo que no es bien que se vea. Y danos en esto ejemplo de callar las faltas, y no hablar mal de los ausentes. Pero de la dotrina, como era tan irreprehensible, más clara que la luz del medio día, responde mansamente: Yo he hablado claramente al mundo; he enseñado, no por rincones, ni de noche, si no en las Sinagogas, delante de Dios y de todo el mundo; en el templo, en las plazas, en los montes; pregúntalo á los que me han oído, que ellos darán testimonio de lo que les he enseñado. En respuesta de estas corteses palabras uno de aquellos porquerones que allí asistían, queriendo hacer lisonja al pontífice y á todos los circunstantes, alzó la mano (que por ventura estaba armada), y con cuanta fuerza pudo dio una tan cruel bofetada al Señor, que, según dice San Vicente, le derribó en el suelo, bañándole (según se puede pensar) todos los dientes en sangre, y dejándola señalada en aquella sagrada mejilla. San Juan Crisóstomo dice que era éste Malco, á quien Cristo había sanado la oreja cuando San Pedro se la cortó. Cielo, ¿cómo no te caes? Tierra, ¿cómo no te estremeces? Angeles, ¿cómo no os pasmáis viendo tal paciencia en el Señor y tal atrevimiento en un esclavo? ¡Oh universidad de todas las criaturas! ¿cómo no os armáis para hacer venganza de la injuria de vuestro Criador? El fuego abrasó á Choré y á su gente, y los tragó la tierra, porque se rebelaban contra Moisés, Y la mar ahogó la gente de Faraón porque perseguían al pueblo de Dios. El aire, inficionado con peste, ha vengado las injurias de Dios. El cielo muchas veces con tempestades y rayos y malos temporales. Un ángel mató una noche ciento ochenta y cinco mil hombres por una blasfemia. ¿Cómo ahora pasáis por tan grave injuria como se hace contra vuestro criador? ¡Oh malaventurada mano que tal has parado el rostro ante cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya majestad tiemblan los serafines y toda la naturaleza criada! ¿Qué viste

en él, por qué así borrastes la figura de aquel que es traslado de la gloria del Padre, y así afeaste y avergonzaste al más hermoso de los hijos de los hombres? Y vos, Señor, ¿por qué permitís tan gran menosprecio de vuestra majestad? Por haber extendido Jeroboán la mano para mandar prender á un profeta vuestro, al punto se le secó la mano y no la pudo retirar; así, pues, ¿cómo no se seca ó se le arranca al que ha herido tan enormemente al Señor de los profetas? A Oza, porque tocó con su mano el arca del Señor que se iba á caer y la tuvo, *iratus est indignatione Dominus contra Ozam et percussit eum super temeritate; qui mortuus est ibi juxta arcam Dei.* «Airóse el Señor con gran indignación contra Oza, y por esta temeridad y atrevimiento le hirió en el mismo punto, y cayó muerto en aquel lugar junto al arca del Señor». ¿Pues cómo no le acontece lo mismo á este descomunal ahorcadizo, que con tan sacrílega temeridad puso la mano en el figurado por el arca, no para tenerlo, sino para derribarlo en el suelo? ¡Oh paciencia maravillosa del Salvador! ¡Oh santísimo Micheas, que por haber dicho la verdad, que descontentó al mal rey, sois herido en vuestro divino rostro! ¡Oh Señor, y cómo se cumple en vos lo que mucho antes tenía de vos profetizado Jeremías: *Dabit percutienti se maxillam; saturabitur opprobiis.* «Dará de buena gana sus graciosas mejillas á los que le quisieren herir en ellas, y será harto de vituperios é injurias». Grande hambre tenéis, Señor, de padecer por los hombres afrentas, y grande sed de tormentos y dolores; pues la mesa tenéis puesta donde estos crueles ministros os darán abasto. Aunque según vuestra caridad es grande, al fin saldréis con un *sitio*, sed tengo de más dolores, como si no hubiésedes comido ni bebido nada. Compadeceos, cristianos, en este paso del buen Jesús; miradle corrido y afrentado delante de tanta gente, y sus enemigos riendo y mofando de él; mirad aquella profana y sucia mano señalada en el resplandeciente rostro de vuestro Dios; que pues San Juan hace mención tan particular de esta bofetada, y el Señor, aunque mansamente respondió al que le había herido, sin duda fue de las mayores injurias que en el discurso de su pasión recibió. El que se la dio era un vil sayón; la bofetada fue crudelísima. Dióselа en juicio delante de mucha gente contra todo derecho y razón. Fue golpe en el rostro, que es la más venerable parte del cuerpo humano, y estando Cristo atado y desfavorecido, y con tener tantas circunstancias responde el manso Cordero: *Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo: si autem bene, cur me cædis?* Mirad qué respuesta de tanta mansedumbre. Respondió para mostrar que no tenía el corazón indignado, pues hablaba tan pacíficamente, y por volver por su dotrina que tocaba á la gloria de su Padre. Y para mostrarnos que suframos con paciencia las injurias, pero no por eso callemos lo que es necesario para la corrección de los que nos persiguen. Porque con esta palabra blandamente corrigió al mal ministro que lo hizo y al mal juez que lo consintió. Y con ella también reprehende al mal cristiano, que conociéndole por verdadero Dios no cesa de abofetearle con sus pecados. *Cur me cædis?* ¿Por qué me hieres, hechura mía? Hombre redimido con mi sangre, ¿por qué me hieres no perdonando la injuria, habiéndola yo perdonado? ¿Por qué me hieres buscando satisfación y venganza, pues yo no la busqué de mis agravios? ¿Por qué dices palabras injuriosas, habiéndolas yo dicho mansas? ¿Por qué añades pecados á pecados en retorno de tantos beneficios?

CONSIDERACIÓN OCTAVA

Acabado este auto, mandó Anás llevar á Cristo á casa de su yerno Caifás, que era sumo sacerdote, en cuya casa se había juntado todo el concilio de los ancianos, con gran banquete y regocijo, para tratar la muerte del Salvador. Pusieron al Señor en medio de estos toros agarrochados, llenos de ira y furor, y todos le miraron con sañudo semblante, diciéndole palabras mayores. ¡Oh manso cordero y cómo estáis solo entre tantos lobos tan hambrientos y deseosos de vuestra sangre! Cumplida veo la profecía de David: *Circumdederunt me vituli multi, tauri pingues obsederunt me: aperuerunt super me os suum sicut leo rapiens et rugiens.* «Cercado me han muchos becerros y novillos, toros ferocísimos me han rodeado; sus bocas abrieron para despedazarme como leones bramadores que van á hacer presa». Comienzan á buscar testigos contra Cristo para hacer la información, y dice San Marcos que no los hallaban, porque los falsos testigos que atestiguaban no conformaban en cosa que decían. ¡Mirad cuál andaba la justicia! Primero le prendieron que le hiciesen el proceso ni hubiese bastante información, sin saber por qué le prendían, y ahora la hacen con testigos falsos. Al fin el pontífice Caifás, viendo que no le podía convencer, determínase de tomarle juramento, no para creer lo que dijese, sino para tomar ocasión de su respuesta para condenarlo.» Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres Cristo, Hijo de Dios. «El Señor, por la reverencia del nombre santo de su Padre, respondió abiertamente la verdad, diciendo: «Tu dices verdad, que yo soy Hijo de Dios. Y os doy mi fe, que habéis de ver al hijo del hom-

bre, que ahora está tan abatido, sentado á la diestra de la virtud de Dios, que viene en las nubes del cielo á juzgar el mundo». Entonces el mal sacerdote rasgó sus vestiduras contra el precepto de la ley (mostrando no sólo cuán indigno era de aquel oficio, sino cuán cerca estaba de ser abrogado aquel viejo sacerdocio), y le condenó por blasfemo; y todos los demás por digno de muerte. Y como estaban tan sentidos de Él por las reprehensiones que les daba en sus sermones, volviéronse contra él como perros rabiosos, y allí descargaron sobre Él toda su ira y rabias; allí todos, á porfía, le dan de bofetadas y pescozones. Allí escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro. Allí le cubren los ojos con un paño, y dándole palmadas y torniscones juegan con Él, diciendo: Adivina quién te dio. ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿rostro era ese para escupir en él? Dice San Jerónimo que salía tanto resplandor de los ojos de Cristo, que mirándole no le podían ejecutar en él su furia, y por eso se los taparon. Conforma esto con lo que se cuenta en el libro 4 de las revelaciones de Santa Brígida, capítulo 70. «Que era Cristo nuestro bien tan hermoso de rostro y tan amable, que ninguno había tan lleno de tristeza, que si era justo, en sólo mirarle no recibiese consolación espiritual, y si pecador, por aquel tiempo que le miraba se le quitaba toda la tristeza y congoja del corazón, y recibía notable alivio en los trabajos; tanto, que era común dicho entre ellos, cuando algunos se veían afligidos, para aliviarse de la tristeza y fatiga tomar por remedio ir á verle; y así decían: Vamos á ver el hijo de María». Pues este rostro bellísimo, que es el consuelo y descanso de los afligidos, por quien suspiraban los antepasados; aquel rostro de quien decía David: *Ostende faciem tuam et salvi erimus*. «Muéstranos, mi Dios, tu cara llena de todas las gracias, el rostro alindado del hermosísimo Absalón, en quien no había mancha ni falta alguna; por cuyos amores se pierde la esposa y se ganan las almas», ese es eclipsado con una nube de hediondas salivas, escurecido con trapo sucio, arañado con las uñas de aquellos crueles tigres, abofeteado, escupido, remesado, que no quedó en él rastro de su antigua hermosura. Todo esto tenía profetizado Isaías en persona del Salvador: *Corpus meum dedi percutientibus et genas meas vellentibus; faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me. Posui faciem meam ut petram durissimam.* «Mi cuerpo ternísimo y delicado ofrecí á los que le herían y golpeaban, y mis mejillas hermosas á los que las pelaban y carnían. No aparté mi rostro de los que, diciéndome blasfemias, le escupían y abofeteaban. Puse mi rostro como una piedra durísima, como un yunque donde descargasen sus martilladas aquellos crueles herreros» ¡Oh mortales! ¡Oh gente empedernida! ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza? ¿Cómo ha quedado en el mundo rastro de soberbia después de tan gran ejemplo de humildad? Dios calla escupido y abofeteado. Los ángeles y todas las criaturas tienen las manos quedas viendo así maltratar á su Criador, y tú, vil gusanillo, trastornas el mundo sobre un punto de honra, humo, aire, viento, viendo tu cabeza y Rey de tal manera tratado. Que ya no es deshonra una mala palabra, la injuria, el bofetón; pues todo está bendito, honrado y precioso en el sagrado cuerpo y rostro de Cristo. No haya de hoy más quien se vengue; no haya quien no se humille hasta el polvo de la tierra. Cesen nuestras locuras y pundonores, si no queremos hacer burla de las afrentas de Cristo.

CONSIDERACIÓN NOVENA

Al tiempo que Cristo estaba en este conflicto acrecentóle sus dolores la negación de San Pedro, que habiéndole negado una vez en casa de Anás, le volvió á negar otras dos veces en casa de Caifás, hasta echar juramentos y maldiciones sobre sí, diciendo que no era su discípulo ni le conocía. ¡Oh, Pedro, mirad que respondéis más de lo que os preguntan! No os preguntan sino si sois su discípulo, y vos decís más, que no le conocéis. ¡Oh, Pedro, qué tan mal hombre es éste que ahí está, que tenéis por gran vergüenza haberlo conocido! Mirad que eso es condenarlo vos primero que los pontífices, pues dais á entender en eso que él es persona tal que vos os despreciáis de conocerle. Veis aquí, cristianos, la flaqueza humana confiada de sí, y desamparada de Dios en qué para. Veis ahí qué hace la compañía. San Pedro confesó á Cristo en compañía de los discípulos y le negó en compañía de los soldados. Al fin puso el Señor los ojos en Pedro, ora fuesen los corporales, si estaba en parte que lo pudiese mirar, ó como dice San Agustín, hízole volver sobre sí con una inspiración secreta, y luego cae Pedro en la cuenta. *Et egressus foras flevit amare.* Salióse fuera, porque para hacer penitencia verdadera es menester dejar las ocasiones de los pecados, y, como dice San Marcos, *cœpit flere:* «Entonces comenzó el llanto, y toda la vida lo prosiguió». Pues, como dice San Clemente en su Itinerario: «De allí adelante todos los días de su vida se levantaba al canto del gallo á llorar, y eran tantas sus lágrimas que habían hecho canales y regueros en sus mejillas». Aprendamos de aquí á humillarnos y á no confiar en nosotros mismos. Aprendamos á huir las ocasiones y llorar nuestros pecados *amare*. Y si nos faltan estas lágrimas y sentimientos, pida-

mos al Señor que nos mire como miró á Pedro. *Respice in me et miserere mei, quia unicus et pauper sum ego:* «Miradme, Señor, y habed misericordia de mí, porque soy solo y pobre de lo que tanto me conviene». Aquella noche pasó el Señor en casa de Caifás en poder de los sayones verdugos, que para no dormirse tomaban por remedio y entretenimiento atormentar y escarnecer al Salvador. Dice San Jerónimo, que hasta el día del juicio no es posible saberse por el cabo las afrentas y dolores que Cristo padeció aquella noche. Al fin él estuvo hecho terrero de las mayores crueldades que jamás se usaron con hombre, ni se usarán, hasta que luego por la mañana se tornaron á juntar los sacerdotes y ancianos del pueblo, los escribas y fariseos, y con mucha trulla de gente vulgar que los seguía llevan al Redentor del mundo al tribunal del adelantado Poncio Pilato, para que él mandase ejecutar la pena de muerte á que ellos le habían condenado; como cuando acá el Santo Oficio relaja á un hereje el brazo seglar. Salió á ellos Pilato y díjoles: *Quam accusationem affertis adversus hominem hunc?* ¿De qué crimen le acusáis? ¿Qué cargo le hacéis? Ellos, que pensaban lo había de sentenciar en llegando por solo su dicho, respondieron corridos: *Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissemus eum.* «Nosotros somos hombre de tan buena conciencia, tan celosos de la honra de Dios y de su ley, que si éste no fuera malhechor y digno de muerte, no te lo hubiéramos relajado». ¡Oh, traidores, decid ahora los malos hechos! ¿Es malhechor porque alumbró los ciegos y limpió los leprosos y dio oídos á los sordos, sanó los perláticos, resucitó los muertos y libró los endemoniados? ¡Oh, Pilato, no los creas! Tómale el dicho á Moisés, que dice verdad, y decirte ha que *vidit Deus cuncta quæ fecerat et erant valde bona.* Y si por ser tú gentil no le das crédito, pregúntalo á la gente sencilla que está libre de pasión, y responderán: *Bene omnia fecit et surdos fecit audire et mutos loqui.* Viendo los judíos que por aquel dicho no sentenciaba Pilatos á Cristo, antes se lo remitió á ellos para que lo juzgasen conforme á la ley, opusiéronle tres delitos. Nosotros, dicen, hallamos que este hombre es engañador de nuestra gente, pervirtiéndola y apartándola del culto de Dios y de la ley de Moisés. Prohibe pagar los tributos á César, y llámase rey de judíos, que es crimen *lesæ majestatis*, contra ti y el imperio romano. Por la menor cosa de éstas merece ser crucificado. En todas tres cosas mentían malamente; porque no contradecía sino las tradiciones de los fariseos, que eran contrarias á la ley; pero la ley él la guardaba, pues dijo de sí: *Non veni solvere legem, sed adimplere.* Pues el culto y honra de Dios, ¿quién miró tanto por él y lo celó como Cristo? Los tributos de César nunca él prohibió pagarlos, antes preguntado de ese particular, respondió: *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei, Deo.* Y á San Pedro le mandó lo pagase por ambos (aunque no lo debía) cuando sacó el dinero de la boca del pece. Pues rey temporal tampoco se había llamado, porque antes huyó cuando el pueblo le quería alzar por rey. De suerte que en todo le levantaban falso testimonio. Mas Pilato, no haciendo caso del primer cargo de la ley, porque como gentil lo tenía por de poca importancia; ni del segundo del tributo, porque todo el mundo sabía que era mentira, examinó á Cristo en lo tercero, que tocaba á su jurisdicción, y díjole: *Tu es Rex Judæorum?* ¿Pretendes tener derecho á este reino? Tus pontífices y tu pueblo te han puesto en mi poder: *Quid fecisti?* ¡Oh, Pilato, si supieses lo que ha hecho! Pregúntalo á sus profetas, pues él no quiere responder por sí. Pregúntaselo al rey David, y mira lo que dice: *Qui fecit cælos in intellectu. Qui fecit luminaria magna. Solem in potestatem diei, lunam et stellas in potestatem noctis.* «Hizo los cielos con grande artificio y consejo. Hizo dos hermosísimas lumbreras, el sol que presidiese en el día y la luna en la noche». *Fecit cælum et terram, mare et omnia quæ in eis sunt.* Y por concluir: en una palabra, «hizo el cielo y la tierra y la mar, y cuanto en ellos hay». Pues á este pueblo que te pide su muerte, ¿qué obras le tiene hechas? *Coram patribus eorum fecit marabilia in terra Ægypti, in campo Thaneos:* «Delante de sus mayores y antepasados hizo maravillas y prodigios espantosos en la tierra de Egipto, azotando aquel pueblo con diez plagas terribles». Dioles paso á pie enjuto por el mar Bermejo; ahogó en él á todos sus enemigos, sustentólos en el desierto cuarenta años con pan del cielo; sacó agua de la piedra para matarles la sed, y finalmente, los puso en posesión de esta tierra que ahora poseen, peleando por ellos contra sus enemigos. Y si hizo esto por sus padres, por éstos que le acusan no ha hecho menos, porque *pertransiit benefaciendo, et sanando omnes oppressos a diabolo;* y á todos los miserables y enfermos. ¡Mira si por esto que ha hecho merece muerte! Mas si por esto no lo merece, diga Moisés, veamos qué es lo que ha hecho, á ver si por ventura nos declara la causa de su muerte: *Fecit Deus hominem de limo terræ.* «Hizo al hombre del lodo y del barro»; hízole á su imagen y semejanza, y habiéndose el miserable hombre deshecho por su culpa, encárgase el Hacedor de rehacerlo á costa de su sangre y de su vida. *Ego feci et ego feram: ego portabo et salvabo.* «Yo lo hice, yo lo quiero llevar; yo crié al hombre, lo quiero tomar sobre mis hombros; yo me encargaré de las penas y

trabajos de mi hechura, y le salvaré». Esto es lo que hizo, esta obra le ha puesto en este trance; el hombre le ha traído al estado en que está; pecados ajenos que no propios le quitan la vida.

CONSIDERACIÓN DÉCIMA

Enterado Pilatos de la inocencia de Cristo y de la malicia de los que le acusaban, y que el Señor no pretendía reino temporal y terreno, sino espiritual y del cielo, procuró salirse á fuera de este negocio que le parecía pesado. Y así, informado de que Cristo era de la provincia de Galilea, remitió á Herodes, que era tetrarca de aquella provincia, y á la sazón estaba en Jerusalem por razón de la Pascua. Llevan á Cristo á Herodes, el cual tenía mucho deseo de verle por la fama de sus milagros; y así holgó mucho con su presencia, y hablóle blandamente, y hízole grandes ofertas porque hiciese algún milagro en su presencia; pero el Señor no le quiso responder, porque pedía milagros por vana curiosidad y no con deseo de aprovecharse. Y también porque este Herodes era el que había degollado á San Juan, que era voz y pregonero de Cristo, por donde no mereció oir palabra de la boca del Verbo divino, pues había muerto á su voz que le manifestaba. Indignado Herodes de que el Señor le despreciase y no quisiese hacer nada por él, ni aun hablarle, túvolo en poco y hizo burla de El con todos sus cortesanos, y como á loco le hizo vestir una vestidura blanca sobre las suyas, y así lo volvió á enviar á Pilatos. ¡Oh Cristo, verdadero David, y cómo os veo hecho loco delante del rey Achis! Aunque David se hizo loco por escapar la vida, y vos consentís ser tenido por loco por que no se escuse vuestra muerte. El se hace loco de temor, y vos, sabiduría del Padre, lo parecéis por puro amor. Si en alguna parte podemos llamar á Cristo loco enamorado (si así es lícito hablar) es aquí, pues por amor de su esposa y querida quiso ser reputado por loco y tratado como tal, para dejar ejemplo á los suyos del poco caso que deben hacer de los juicios del mundo; que á los que no proceden con la prudencia mundana de los hijos de Agar, luego los llaman locos. Por locos tuvo á todos los santos, en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Porque veáis cuán desatinado es en todos sus dichos y hechos, y en sus parecedes y juicios. ¡Oh Cristo, sumo ponttfice de la Iglesia!, ¿qué vestidura de pontificar es ésta con que os veo vestido para ofrecer sacrificios al Padre eterno? ¡Oh cuán derramado tenéis, Señor, el pontifical, y creo no lo podréis juntar sin mucho trabajo! En el huerto veo la cinta, estola y manípulo con que os ciñeron el cuerpo, el cuello y las manos. En casa de Caifás, el amito con que os cubrieron el rostro. Aquí, en casa de Herodes, el alba con que os moteja de loco. En la de Pilatos os está aguardando la mitra, sembrada de agudas espinas, que son las piedras preciosas, los ricos y transparentes diamantes, las verdes esmeraldas y rubicundos rubíes que la adornan y enriquecen. Lo demás, vestidura de púrpura, clavos, azotes y cruz ha de ser, que servirán de hermosa y rica casulla, buenas calzas, mejores anillos y más pesado báculo. De todo este escarnio y afrenta sois la causa, pecadores, hijos de Adán. El perdió en el paraíso la vestidura blanca de la inocencia, por querer ser sabio como Dios; aquí la halla ahora Cristo queriendo ser tenido por loco. El hombre la perdió por soberbia, Cristo la halla por humildad. Mira, hombre, cuán caro le cuestas, que con tanta afrenta sufre las injurias que merecías, por restituirte la honra y sabiduría que pecando perdiste.

CONSIDERACIÓN UNDÉCIMA

Llevan de allí al Redentor con la fatiga que podéis pensar. Porque si de sólo andar á pie dice San Juan: *Fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem;* «Tenía necesidad de sentarse en el canto de la fuente», ¿qué sería habiendo andado tantas estaciones preso y atado, dándole empellones, haciéndole venir apresuradamente, no dejándole reposar un punto toda aquella noche y día? No hay duda sino que muchas veces le hicieron dar de ojos como iba atadas las manos y no tenía con qué ayudar, y cuando caía no le ayudarían á levantar dándole la mano, sino tirando de las sogas con crueldad. De esta suerte llegó segunda vez delante Pilatos, el cual con todos los medios que pudo procuraba librarlo de sus manos. Y alegando el juicio de Herodes, que lo había dado por libre; y viendo que porfiaban pidiéndole á grandes voces que lo mandase sacrificar, hízoles partido que fuese libre por el privilegio de la Pascua. Tenía por costumbre el pueblo cada año en semejante pascua pedir que le soltase uno de los delincuentes que tenía presos, en memoria de cómo fueron libres del cautiverio de Egipto. Y el presidente, por obligar al pueblo que pidiese la libertad de Cristo, no lo comparó con otros ladrones que tenía presos menos perjudiciales, como eran Gestas y Dimas, sino con el más facineroso y malvado, que era Barrabás, insigne ladrón, desuellacaras, sedicioso y matador. ¿A quién queréis, dice, que os suelte de estos dos que aquí os nombro, á Barrabás ó á Jesús, que se llama Cristo? La gente, ciega y liviana, persuadida de los príncipes del pueblo, escogió á Barrabás, y pidió con grande instancia que fue-

se crucificado Cristo. Esta fue por ventura la mayor injuria de cuantas el Señor recibió en su pasión. ¿Que viniese la misma inocencia á competir con Barrabás? ¿Y que se pusiese en disputa cuál de los dos era más indigno de vida? ¿Y no sólo eso, sinò que puestos ambos en tela de juicio salga el Señor condenado y libre y suelto Barrabás? ¿A quién no pone espanto esta tan grande adyección y humildad del Hijo de Dios? Por grande afrenta decía Isaías: *Cum iniquis deputatus est.* Que fue contado con los malhechores, siendo crucificado como uno de ellos; pero aquí es mucho mayor, pues hecha comparación con este malhechor, por común sentencia y aclamación del pueblo es sentenciado por peor que él. ¡Oh gran dolor, que dan la vida al que mata los vivos y quieren que muera el que resucita los muertos! ¡Oh Rey de gloria; y cómo en este juicio, aunque hecho con tanta ingratitud y malicia, está encerrado el sacramento de nuestra redención! Por qué acuerdo fue de vuestro pecho amoroso, y de vuestro eterno Padre, que muriésedes vos, Cordero inocentísimo, porque fuesen libres los culpados. El ladrón fue Adán, que pretendió hurtar la gloria de Dios, y pagáis vos su hurto para que digáis con verdad *quæ non rapui, tunc exolvebam.* No hicistes hurto, porque *non rapinam arbitratus est se esse æqualem Dei*, pero pagáis lo que no hurtastes, humillándoos por librar al hombre hasta la muerte de cruz. Para la expiación del pecado mandaba el Señor que echasen suerte sobre dos cabrones, y que al que le cupiese la suerte del Señor fuese sacrificado por el pecado, y al que le cupiese la suerte de ser libre le echasen lleno de pecados y maldiciones al desierto. Veis aquí cumplida esta figura (como dicen Orígenes y San Cirilo). Porque á Barrabás (hidiondo y maldito cabrón) le dejaron suelto y libre, y Cristo, nuestro Señor (que aunque era cordero de Dios, por estar encargado de nuestros pecados, es figurado por el cabrón, al quien le cabe la suerte del Señor) queda preso para ser sacrificado por los pecados, no suyos, sino del pueblo.

CONSIDERACIÓN DUODÉCIMA

Viendo, pues, Pilatos que por esta vía no había podido librar de la muerte al Salvador, tomó otro medio muy doloroso y lastimero; fue mandarle cruelmente azotar, para de esta suerte amansar la rabia de sus enemigos. Y como se hacía esto á fin de mover aquellas furias de corazones infernales á compasión y piedad de los tormentos de Cristo, debió de mandar que fuesen azotes de escarmiento y castigo. Y los sayones que se lo tenían á cargo debieron ser sobornados de los judíos, para que le diesen azotes de muerte, temiendo no le soltase Pilatos. Todo eso se juntó para que fuese esta la más cruel disciplina y los más crudos azotes que jamás á hombre se dieron, ni cuerpo humano pudiera sufrir sin morir. Dice San Jerónimo (como se refiere en la glosa y es ya comúnmente recibido), que seis sayones, de dos en dos, azotaron á Cristo entrando de refresco. Los primeros, con varas de espinas y abrojos, con que abrieron su sacratísimo cuerpo, agujereándole todo y rompiéndole. Los segundos, con unos azotes de nudos, con aguijones al cabo, que entrando en la carne virginal la surcaban y rompían. Los terceros, con unas cadenas que en el fin tenían unos garfios á manera de uñas, con que despedazaban la delicadísima carne y la arrancaban de los huesos. Y así Eusebio Cesariense, y San Crisóstomo sobre aquel lugar de Isaías: *Disciplina pacis nostræ super eum.* «La disciplina para apaciguarse el Padre con nosotros cayó sobre Él»; dicen que esta disciplina fue de tres maneras: dura, porque con varas y espinas; más dura, porque con azotes de ñudos; durísima, porque con cadenas de hierro. Aparejados estos instrumentos y ahorrados de ropa los verdugos, arrebatan al Señor, y méteníe en una sala baja, que tenía en medio una fuente y gruesa columna, deputada para aquel fin. ¡Ah, Señor, esfuerzo, que os mandan desnudar para abriros á azotes, que no ven la hora de romper esas piadosas entrañas! Comenzad, Señor, á quitar esas ropas, hiladas con las virginales manos de vuestra sacratísima madre; desnudaos, Señor, que en vivos cueros habéis de quedar para vestir la desnudez de mis pecados. Llegan, pues, aquellos crueles carniceros, y con toda descortesía le quitan sus ropas al redopelo, y dejan desnudo al que viste los cielos de nubes, y á los campos de flores, y á los lirios y azucenas de mayor hermosura que tuvo Salomón en su gloria. Pareció desnudo, lleno de virginal vergüenza aquel noble mancebo de treinta y tres años, con tanta lindeza de cuerpo y proporción de miembros hasta entonces nunca de otros vistos que de la Virgen, su madre, que sólo ver hombre tan lindo bastaba para atar las manos de las fieras bestias, no pudiendo querer afear la belleza de toda la naturaleza humana. Pero aquellos ministros de Satanás, más obstinados que demonios, nada enternecidos con esta vista, echan mano del cuerpo delicado, y con furia diabólica le amarran á la columna y pegan aquel santo cuerpo con la piedra dura. Estiran con cordeles recios sus pies y sus brazos, con tanta fuerza, que los cordeles se entraban y sumían en la carne ternísima; y (como dicen algunos contemplativos) la sangre le reventaba por las uñas de lo mucho que los apretaron. Comienzan luego con

firmeza inaudita á descargar sobre El sus látigos y disciplinas, ciñen el santo cuerpo de cardenales y verdugos, rasgan los cueros, revienta la sangre y corren arroyos de ella; rompen la carne, surcan el cuerpo, añaden llagas sobre llagas. Abren sus espaldas hasta descubrir sus entrañas, y en poco tiempo no dejan en él figura de hombre, sino de un leproso y de mal de San Lázaro. *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas.* ¡Oh yunque divino! ¡Oh espaldas sufridoras de tantas martilladas! ¡Oh cuerpo blanco, cómo te tiñen de colorado! Y cuanto el rosicler fino es más subido, tanto es más para ti costoso. ¡Oh Virgen y madre bendita, y cómo han de lastimaros á vos en el alma estos golpes y llagas que después veréis en este sagrado cuerpo! La túnica inconsútil que labrastes, Señora, entera, la veo guardada para los sayones; mas la que en vuestras entrañas labró el Espíritu Santo de vuestra sangre pursísima, harpada está y rota por millares de partes. Ya veo la causa de tan cruel disciplina. Porque *multa flagella peccatoris.* ¡Oh casulla digna de este gran sacerdote! ¡Oh divinas labores y recamados, y bordaduras de cardenales, ronchas, llagas y sangre! Verdaderamente, cristianos, este fue el más extraño espectáculo que ha habido en el mundo á Dios, y á los ángeles, y á los hombres. Paréceme cierto que todos los coros de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados mirando esta maravilla, y adorando y reconociendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubría. Cuando por permisión de Dios vino sobre el Santo Job aquella gran miseria y calamidad, que de rey tan próspero y famoso vino á quedar pobre y desnudo en un muladar, sin hijos ni criados, todo su cuerpo llagado, sin otro alivio para sus llagas que una teja con que raía la materia que de ellas salía, tres amigos suyos del tiempo de su prosperidad concertaron entre sí de irle á visitar y consolar en su trabajo, y dice la Divina Escritura que como desde lejos alzasen sus ojos para verle, *non cognoverunt eum; exclamantes ploraverunt; scisisque vestibus sparserunt pulverem super caput suum in cœlum.* Y sin hablarle palabra estuvieron con él siete días y siete noches embelesados y enmudecidos. *Videbant enim dolorem esse vehementem*: «Porque veían ser su dolor vehementísimo». Paréceme á mí, que pues estos hombres eran tan discretos, que en este tiempo que estuvieron callando estarían pensando entre sí las extrañas mudanzas que veían en su buen amigo, y la caída que había dado de tan alto á tan bajo estado, y dirían: ¿Es éste aquel grande entre los orientales? ¿Es éste aquel tan rico y hacendado? ¿Es éste aquel á quien temían los mancebos, y ante quien asistían con reverencia los ancianos, y en cuya presencia no osaban hablar los duques y capitanes? ¿Pues dónde está ahora su alteza? ¿Dónde está su prosperidad? ¿Qué se hicieron sus queridos hijos? ¿Cómo está desacompañado de criados? ¿De dónde procedió en él tan grave enfermedad? ¿Cómo ha venido á tanta bajeza? Con mayor espanto debieron quedar los ciudadanos de la gloria, amigos de este señor, cuando desde los miradores del cielo alzaron los ojos para verle amarrado á la columna, y apenas lo conocieron, por verle en traje tan diferente del que allá tiene. Creo que debieron algunos de tomar cuerpos para poder llorar con el Señor, y cumplir aquella profecía: *Angeli pacis amare flebunt.* Y dirían: ¿No es éste aquel grande entre los orientales? ¿Aquél que *ab eterno* es engendrado del Padre entre los resplandores de los santos? ¿Pues cómo está aquí contado entre los malhechores? Es éste aquel tan rico y hacendado que es suya la tierra y toda la redondez del mundo; ¿pues cómo está aquí tan pobre, que le han desnudado aun de sus vestiduras? Es éste el que tiene por silla los cielos, y por escabelo de sus pies toda la tierra; ¿pues cómo no tiene otro lugar sino amarrado á una columna? Este es aquel Rey á quien sirven millares de millares de ángeles, y diez veces cien mil millares asisten en su acatamiento; ¿cómo está aquí tan solo y desacompañado que ninguno tiene de su parte? Este es aquel Dios de tanta majestad ante quien se postran los veinticuatro ancianos, derribando sus coronas en señal de humildad y reconocimiento; ¿pues cómo es aquí atormentado de verdugos? ¿Cómo no le guardan respeto los sayones? Es éste la gloria del Padre, la figura de su sustancia; ¿pues cómo está hecho oprobio y afrenta de los hombres? ¿Cómo no tiene figura de hombre? ¿Cómo está llagado de pies á cabeza? ¿Qué tienen que ver azotes con las espaldas de Dios? ¿Dónde están sus discípulos? ¿Qué se hicieron sus allegados? ¿Cómo ha venido á tanta bajeza? ¿Cuál fue la causa de tanta calamidad? Y si los ángeles se espantan, y en su manera se compadeeen, cristianos, por quien el Hijo de Dios muere, más justo es que nosotros nos compadezcamos. Y pues ellos nos hacen ventaja en sentir, como es razón, la dignidad de esta obra, hagámosela nosotros en llorar, pues ellos no pueden. Levantemos la voz y alcemos alarido que llegue al cielo; rompamos, no las vestiduras, sino los corazones; echemos ceniza sobre las cabezas, y hagamos compañía al Salvador en su trabajo, callando y contemplando, pues vemos que el dolor es vehementísimo. No se puede encarecer el dolor que el Señor recibió en esta disciplina, porque por razón de su complexión nobilísima

y compostura de su cuerpo, que había sido fabricado por obra de Espíritu Santo, con grande armonía y proporción de los humores, era más sensible, y le dolía más un azote que á todos los hijos de los hombres. Pues mirad qué dolor causarían tantos y tan crueles. Pero yo os quiero decir una conjetura buena de este dolor. Cosa cierta es que esta disciplina, como dice Isaías, se dio al Señor por todos los pecados del mundo. Pues si, conforme á la ley, cuando azotaban á alguno, *secundum mensuram delicti erit et plagarum modus*. «Conforme á la medida del delito había de ser la de los azotes»: á Cristo le azotan, no por su delito, sino por innumerables delitos, no podían dejar de ser muchos y sin tasa sus azotes. Bien veo, Dios mío, que la ley ponía tasa en los azotes, mandando, que no pasasen de cuarenta, porque no caiga, dice, tu hermano delante de tí, feamente despedazado. Pero, Señor, eso se entiende cuando es un pecador solo, y el castigo por un delito, pero vos sois azotado por innumerables delitos; representáis la persona de todos los pecadores. Pues si David dice: *Multa flagella peccatoris*, que son muchos los azotes que el pecador merece, y todos ellos han de descargar sobre vos, que pagáis por nuestros hurtos, más de cuarenta han de ser; si miramos vuestra inocencia no merecíades alguno; si al valor de vuestra persona, uno bastaba para redimirlo; pero mirando á vuestro inmenso y sobrado amor, y á nuestros innumerables pecados, cinco mil y tantos fueron menester. Veis aquí, pecadores, la fábrica que habéis hecho con vuestros pecados en las espaldas de Cristo. Temblad de pecar, pues veis cómo castiga Dios el pecado en las espaldas de su Hijo. Si azota el Señor al esclavo, y está temblando el hijo inocente, ¿cuánto más debe temer el esclavo viendo azotar al hijo? Mayormente si azotan al Hijo por los delitos del esclavo. Acordaos de aquella sentencia del Salvador: *Servus qui scit voluntatem Domini sui, et non facit eam, vapulabit multis;* «muchos azotes en el infierno para siempre jamás le darán».

CONSIDERACIÓN DÉCIMOTERCERA

Acabado este tormento, los soldados de Pilatos vistieron al Señor para burlar dél una vestidura, como túnica de paño colorado, ya deslavada y muy vieja, y sobre ella una capa ó ropa de grana, que era vestido que entonces usaban los reyes, y tomando unos juncos marinos que son de largas y agudísimas espinas (como se lo reveló nuestra Señora á San Anselmo), de ellos hicieron una corona, que, como dice San Bernardo, tenía forma de sombrero, llena de las mismas espinas, púas y aguijones fijos de dentro y de fuera; y con gran fuerza; y aun con golpes de una lanza, como dice San Anselmo, la encajaron y fijaron en su sagrada cabeza; muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza; otras llegaban, como dice San Bernardo, hasta los huesos, rompiendo y agujerando por todas partes la sagrada cabeza; luego se le ensangrentó todo el rostro y las barbas sagradas y los cabellos quedaron teñidos de sangre, que como hilos de seda corría por ellos, dejándolos apelmazados y hechos una plasta de sangre. Tras esto le ponen una caña por cetro real en la mano, y sentado en una silla vieja que servía de trono hincábanse de rodillas dándole de bofetadas, y escupían en su divino rostro, y tomándole la caña de las manos, heríanle con ella la cabeza, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. No parece que es posible caer tantas invenciones de crueldades en corazones humanos, porque cosas eran estas que si en un enemigo mortal se hicieran, bastaran para enternecer cualquier corazón. Mas como el demonio era el que las inventaba y Dios el que las padecía, ni aquella tan grande malicia se hartaba en ningún tormento, según era grande su odio, ni ésta tan grande piedad se contentaba con menores trabajos, según era grande su amor. Veis aquí el Cordero que ha de ser sacrificado en lugar de Isaac, *inter vepres hærentem cornibus*. Asida la cabeza y marañada entre crueles espinas. Maldijo Dios á la tierra por el pecado de Adan: *Maledicta terra in opere tuo, spinas et tribulos germinabit tibi*. Y cae la maldición sobre la cabeza de Cristo, el cual recibe en sí nuestras espinas para que ya de aquí adelante la tierra de nuestros corazones, regada con su sangre, dé frutos de buenas obras, de santidad y justicia. Tenga empacho de aquí adelante el cristiano, que es miembro de Cristo, de ser delicado; pues su cabeza está espinada ¿cómo busca el regalo, deleites y pasatiempos, el que ve padecer á su cabeza tan gran dolor por los pecados de sus miembros?

CONSIDERACIÓN DÉCIMOCUARTA

Cuando Pilatos vio al Señor tan mal parado parecióle que bastaba su lastimera figura para amansar la furia de sus enemigos, y con este intento le sacó así como estaba á vista del pueblo furioso, y díjoles: *Ecce homo*. Algunos contemplan que con la mano alzó la vestidura, para que viesen las crueles llagas de su cuerpo, pues la cabeza y rostro bien la veían todo acardenalado y bañado en sangre. Venid acá, almas cristianas, á ver este maravilloso espectáculo, y mirad con atención esta figura que saca el que es resplandor de la gloria del Padre y espejo de su hermosura. Mirad cuán avergonzado estaría

allí en medio de tanta gente, con su vestidura de escarnio, con sus manos atadas, con su corona de espinas, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y herido de los azotes y todo encogido, afeado y ensangrentado. Mirad cuál estaría aquel divino rostro hinchado con los golpes, afeado con las salivas, rasguñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, por otras fea y denegrida. Y como el santo Cordero tenía las manos atadas, no podía con ellas limpiar los hilos de la sangre que por los ojos corrían; y así estaban aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas y casi ciegas y hechas un pedazo de carne. Finalmente, tal es su figura, que no parece hombre, sino un retablo de dolores, pintado por mano de aquellos crueles pintores y de aquel mal juez, á fin de que abogase por él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura, tanto que, porque no pensasen era otro, ó algún leproso, fue menestera visarles: *Ecce homo*. Señal es de condenación no compadecerse en este paso de los dolores del Salvador. Porque si él estaba tal que pensó Pilatos bastaba para quebrar los corazones de tan obstinados enemigos, ¿cuánto más debe ser poderoso para mover á compasión á los fieles que nos preciamos de sus amigos? Veis aquí al santo Job, á quien el demonio por medio de sus ministros *percussit ulcere pessimo a planta pedis usque ad verticem ejus*. Y así herido como está, os da voces: *Misereminí mei, misereminí mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me*. Pues los judíos mis adversarios no se compadecieron de mí, antes á voces me pidieron la muerte, vosotros que sois mis amigos habed misericordia de mí, condoleos de mi mal, porque la mano del Señor me hirió. Los judíos le hieren, y el Señor lo permite. Ellos le matan, pero el Padre le entrega, que dice: *Propter scelus populi mei percussi eum*. ¡Oh, cómo aborrece al pecado el que de esta suerte le hiere en el rostro de su hijo! Aquí veréis, pecadores, la malicia del pecado, pues tal paró la hermosura del cielo. *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi*. Mirad cuál lo paran para quitar los pecados del mundo. Estaba el hombre honrado, dice David, y no se entendió, y pecando se hizo semejante á las bestias. Y así el Profeta Jeremías pudo decir con verdad: *Intuitus sum et non erat homo*. Mirado he con mucha curiosidad y columbrado con la vista, y no hallo un hombre, porque todos están hechos jumentos por sus pecados. Pues ¡oh santo profeta! no os canséis en buscar más: *Ecce homo*. Que para restituir al hombre en la dignidad perdida, vino á perder la figura de hombre; y aunque está tal que á duras penas le conocerán, con todo eso, le conoce Pilatos, y dice: *Ecce homo*. Veis aquí al hombre solamente digno de este nombre. ¡Oh paralíticos y enfermos que estáis en los portales de la piscina! ¡Oh pecadores, ciegos, cojos, mancos, tullidos, que ha tantos años que estáis enfermos en la camilla de vuestras culpas, dando por excusa: *Hominem non habeo*, *Ecce homo*! Veis aquí al hombre deseado, que os llevará sobre sus cuestas á la piscina de sus sacramentos, y os lavará con sangre, y os dará, si no resistís, perfecta salud. Estaba tan obstinada aquella gente cruel, que no sólo no se ablandó con esta vista, sino como elefantes azorados, viendo su roja sangre, fue más encarnizada y embravecida; y alzando los gritos que rompían el cielo, decían: *Tolle, tolle, crucifige eum*, conforme á lo que de ellos había dicho en su nombre el sabio: *Gravis est etiam vobis ad videndum*. Amenázanle con César, danle á entender que tenía en poco el crimen *lesæ majestatis*; y esto con tanta determinación y eficacia que, vencido el juez de temor humano, juzgó se hiciese lo que pedían; no obstante que fue avisado de su mujer Procle que era justo y que no le condenase, alegando lo que había padecido en visión por esta causa. No bastó este aviso para que se reportase Pilatos, que ya tenía el judío en el cuerpo; mas lavóse las manos, y confesando que Cristo era inocente, y cargándoles á los judíos la pena de su sangre, y tomándola ellos de buena gana á su cuenta y á la de sus hijos, confirmó lo que había sentenciado.

CONSIDERACIÓN DECIMOQUINTA

Dada la sentencia, tomaron en su poder los soldados de Pilatos al Señor, y quitándole la vestidura de púrpura con que habían hecho burla de él, volviéronle á vestir sus propias vestiduras para que por ellas fuese conocido, pues el rostro estaba tan desfigurado. Y toman el santo madero de la cruz, que según se escribe era de quince pies, y cárganlo sobre los hombros del Salvador. El cual, según los trabajos de aquel día, y de la noche pasada, y la mucha sangre que había perdido, apenas podía tenerse en pie y sustentar la carga de su propio cuerpo; y sobre ésta le añaden tan gran sobrecarga como era la de la cruz. De esta suerte sacaron á Cristo de casa de Pilatos para llevarle á crucificar fuera de la ciudad. Esta es, cristianos, la postrera estación y la más áspera y pedregosa por donde habemos de traer nuestra voluntad en seguimiento del Señor. Ya saca el envidioso Caín al campo á su hermano menor Abel, para vengar en él su saña y quitarle la vida. Ya los injustos renteros y malvados labradores echan fuera de la viña al hijo del padre, al único heredero, para matarle y alzarse con su heredad.

Ya va el inocente Isaac cargado con la leña en que ha de ser sacrificado, y el padre lleva en una mano el fuego de su amor y en otra el cuchillo de su justicia que le obligan á hacer sacrificio. Ya veo el buen Eliacin con aquella llave en los hombros que tanto antes estaba profetizada. *Dabo clavem domus David super humerum ejus:* «Darle he la llave de la casa de David, para que la traiga sobre su hombro». La llave en la cinta se suele traer, no sobre el hombro, sino que habla de esta cruz que le pusieron sobre sus hombros, que es la llave con que se han de abrir los cielos, y como era tan pesada, no se podía llevar en la cinta. Va, pues, Cristo en medio de los soldados y gente de guerra, cercado de armas, acompañado de dos ladrones. Concurre toda la gente de la ciudad á ver hacer justicia de un hombre tan notable y famoso. Y comienzan á sonar la trompeta y á dar el primer pregón.—Esta es la justicia que manda hacer Poncio Pilato, presidente de Judea, por el emperador Tiberio César, á este hombre por revolvedor de pueblos, y traidor al imperio romano y usurpador del reino de los judíos, mandan que muera por ello crucificado en el monte Calvario en medio de dos ladrones. Quien tal hace, que tal pague.—¡Oh falso y mentiroso pregonero! Lo que el presidente Pilato hace no es justicia, sino muy gran injusticia, pues condena á muerte al que tres veces confesó que no tenía culpa. Mas quien hace esta justicia es presidente del Cielo, delante quien se cometen todos los pecados del mundo, el cual es tan justo que ni uno solo quiere que quede sin castigo; y porque su propio Hijo salió por fiador de los traidores, manda que muera crucificado, llevando la pena que ellos merecen. Y va esta justicia pregonada, no por este mal pregonero, sino por muchos santos profetas que muchos siglos antes pregonaron y dijeron: Que por la maldad de su pueblo había de ser herido, y por nuestras culpas atormentado. ¡Oh sagrado tribunal del justísimo y supremo juez, que tan riguroso te muestras contra los pecados! ¿Cómo, Señor, consientes que vivan los pecadores y muera el inocente? ¿Cómo es justicia caber tanto castigo donde hay tanta inocencia, y entregar al hijo por librar al esclavo? ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, que tal medio ordenó para satisfacer su justicia y usar con nosotros de su misericordia! No se hace injusticia ni agravio al que por sí no debe nada si él se quiere obligar á deberlo, ni tiene menos derecho el juez para mandar hacer ejecución en el fiador que de voluntad se obliga que en el principal deudor en quien está la raíz de la obligación. Porque si su inocencia lo hace libre, su amor (en que se puso á fiar) lo hace obligado. Pregónese, pues, Señor, á honra de vuestro amor y deshonra de nuestra maldad, que vos injustamente padecéis, mas la culpa de vuestra pasión nuestra es, Y por eso se suma nuestro pregón en esta palabra: Quien tanto ama, y á tales ama, justo es que tales cosas padezca.

CONSIDERACIÓN DÉCIMOSEXTA

Mas en el entretanto que caminan, será bien que vamos á dar cuenta de esto á la Virgen, su madre, que no es bien se haga esta procesión sin ella. Con apresurados pasos, con aquejados gemidos y con ojos llorosos corría el amado discípulo, después que así vio llevar á su maestro, á dar la dolorosa nueva á la que lo engendró. Y llegado ante ella, derribado á sus pies, comienza á decirle con lastimera voz: ¡Oh Reina del cielo, Señora de los ángeles, puerta del paraíso, columna inmóvil de la Iglesia, si algún tiempo la muerte pudo atajar los dolores de la vida presente, para ti sería ella ahora muy provechosa: en mis señas puedes ver la embajada que la lengua no dice! Muy cruel mensaje te traigo, penarás oyéndolo, y mucho más en lo que verás. Hoy comienza tu muerte; hoy se acaba tu vida. ¡Oh madre viuda, que hoy es el día que Simeón te señaló para el cuchillo de dolor penetrador de tu alma. A tu hijo querido vendió Judas, Pedro lo negó, los demás lo dejaron, sus enemigos lo prendieron. En casa de Anás y Caifás y Herodes fue herido y escarnecido; en el pretorio de Pilatos muy cruelmente azotado; es sentenciado á muerte de cruz. Con corona de espinas y la cruz á cuestas lo llevan con pregones de grande infamia al monte Calvario. Si le quieres alcanzar á ver, esfuérzate y ve presto, que con dos ladrones le llevan á gran priesa. ¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor á la Virgen? Verdaderamente su alma fue herida de mortales dolores y angustias, bastantes á quitarle la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona. Levántase, pues, con ánimo más que humano, y acompañada de la Magdalena, que muy amargamente lloraba, y de otras devotas mujeres, llevando á San Juan por guía, va en busca de su Hijo, dándole el amor las fuerzas que el dolor le quitaba. No habéis de pensar que iba la Virgen prudentísima por las calles dando gritos como mujer vulgar, ni desmayada, ni fuera de sí como mujer de poco corazón, porque estaba llena de Espíritu santo, y tenía más gracia que todos los ángeles; y así tuvo soberana constancia en todos estos martirios, Y con maravillosa honestidad caminaba cubiertos los ojos, llorando y suspirando con inestimable amargura y no menor prudencia, lla-

mando á Dios y encomendándole el hijo, y dándole gracias, y ofreciéndole aquellas angustias. Pues como la Virgen por la calle donde iba comenzó á ver el rastro de la sangre que su hijo dejaba; y á algunos que le habían visto llevar, y se volvían, especialmente algunas piadosas mujeres que mostraban haber de él compasión, pregúntales por nuevas de su hijo. *Adjuro vos, filiæ Hierusalem, si inveneritis dilectum meum ut nuncietis ei quia amore langueo?* (Cant., 5). Que muero con su deseo y me atormenta su ausencia. *Qualis est dilectus tuus ex dilecto, oh pulcherrima mulierum, quia sic adjurasti nos?* ¿Qué señas tiene ese tu querido? ¿Qué faciones son las de tu amado, oh hermosísima entre todas las mujeres, que así nos has conjurado? Tan hermoso debe ser para hombre como tú para mujer. *Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus:* «Blanco es y colorado como el envés de la rosa, escogido entre millares». Su cabeza es de oro fino, su cabellera como hojas de palma poblada: toda negra como la pluma del cuervo, y sin cana alguna; sus ojos como palomas lavadas con leche; sus mejillas como eras de flores; sus labios como lirios y azucenas que destilan de sí mirra escogida; sus manos volteadas, que se mueven con más facilidad que si fueran de gonces de oro sembradas de piedras preciosas, de jacintos; su vientre de marfil con mil esmaltes de zafiros; las piernas blancas y fuertes como columnas de alabastro que están fundadas sobre basas de oro; su gentileza y buen parecer es como el monte Líbano; dispuesto y escogido como los cedros entre la madera; su garganta y habla suavísima; todo es amable, todo deseable; no tiene cosa que no lleve el corazón tras sí. Tan lindo como éste es mi querido y amigo; éstas son sus faciones, hijas de Jerusalem. ¡Oh señora, si vuestro hijo es tan hermoso como decís, no toméis congoja ni pesar, porque esto que llevan á crucificar muy contrarias señas tiene desas. *Vidimus eum et non erat aspectus, non est species ei decor neque decor et quasi absconditus vultus ejus, unde nec reputavimus eum* (Isaías, 53): «No tiene donaire ni hermosura; visto le habemos y no tiene gesto de hombre, todo disfigurado y feo, y así no hicimos caso de él». Llamaisle blanco y colorado, mas él va amoratado y denegrido; no escogido entre millares, sino el más vil y desechado de los hombres. Su cabeza no es de oro fino, sino de abrojos y espinas. La cabellera no es de palma, porque la más va arrancada, y no tiene color de cuervo, porque va toda ensangrentada. Los ojos no de paloma, porque no están lavados y claros, sino con grandes ojeras, hundidos con la sangre y polvo casi ciegos. Las mejillas no son eras, sino cardenales, sembradas de hediondas salivas. Los labios es verdad que parecen lirios, pero cárdenos y amoratados, y no destilan mirra preciosa, sino sangre y saliva salada. Las manos de oro, que tantas misericordias hacían, van tan yertas y lisiadas que no puede jugar dellas, ni tener la cruz con que va cargado. El vientre de marfil sembrado de zafiros, cinco mil y tantos azotes lleva tan juntos unos con otros, que no parece esmalte, sino toda una llaga. Las piernas no son columnas de mármol fuerte, porque se van doblegando, y aun cayendo y arrodillando con la cruz, tropezando á cada paso. Su parecer no es como el monte Líbano, sino como un erial de matas secas; ni menos como los cedros altos, porque aunque era derecho y gentilhombre, pero va agonizando con el gran peso de la cruz. La garganta y voz no es suave, sino ronca, que no puede echar la palabra. De manera que como va ninguno le puede amar y desear, antes de todos es despreciado y aborrecido. Con estas amargas nuevas se fue la Virgen acercando al lugar donde pudo ver á su hijo. ¡Oh Sara, que á vos por no daros pena no os dan noticia del sacrificio que van á hacer de vuestro hijo Isaac, y por eso sale Abraham de noche! Pero á vos, Reina del cielo, os avisan y traen para que en mitad del día veáis con vuestros ojos lo que tanto ha de lastimar vuestro afligido corazón. Tiene sus ojos escurecidos, y míranse aquellas dos lumbreras del cielo, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. ¡Oh piadoso Jesús, más te lastiman y más sientes el dolor de tu amantísima madre que tu cruz! Más te duelen sus lágrimas y honestísimos suspiros, y las angustias de su corazón (que como Dios veías) que los azotes; más te penetran y llagan que las agudas espinas. ¿Por qué, Señor, pues nació libre de culpa, la hiciste tributaria de tanta pena? ¿Por qué no la excusabas y te excusas de tan gran dolor? Verdaderamente, Señor, sabías la resignación de su voluntad en la del Padre eterno, y la quisiste llevar por el camino que caminas de tormento y de cruz, y ni á ella quisiste privar de este merecimiento ni á tu ánima de este dolor. Y vos, Virgen y madre bendita, ¿qué sentistes cuando vuestro hijo unigénito os miraba y le mirábades, entregado á sus enemigos en hábito de culpado, en compañía de ladrones, tan otro su cuerpo y rostro de lo que solía? ¿Qué sentistes cuando le vistes caer y dar de ojos con el terrible peso de la cruz, donde iban todos los pecados del mundo, cuando á golpes y empujones le visteis levantar sin ninguna piedad? ¿Cuáles fueron vuestros dolores, vuestros gemidos, vuestros suspiros y lágrimas en esta larga y penosa procesión? No hay palabras que eso puedan explicar.

CONSIDERACIÓN DÉCIMOSÉPTIMA

Llevados ya al monte Calvario, que era el lugar donde se ajusticiaban los malhechores, lo primero quitaron al Señor sus vestiduras, y como estaban pegadas á las carnes de los azotes y llagas, y la sangre estaba helada y abrazada con las mismas ropas, y ellos las despegaran de golpe y con grande inclemencia, desolláronle todo y renovaron las llagas, de suerte que aquel bellísimo cuerpo quedó por todas abierto y descortezado, y hecho todo una carnicería y manantial de sangre. Algunos doctores afirman que para desnudarle la vestidura le quitaron primero la corona de espinas, porque no les impidiese, y después de ya desnudo se la tornaron de nuevo á poner y hincar en el celebro, haciendo nuevas aberturas y añadiendo llagas á llagas. Tiéndenle luego en el suelo sobre el madero de la cruz, aquella cama tan áspera para tan delicado cuerpo, tan humilde para tan alto Señor, tan estrecha para tan extendido poder, y tómase medida de los clavos. Veis ahí, Dios mío, la cama blanda que os aparejan los pecadores; este es el lecho florido del verdadero Salomón; pero muy duro y seco lo veo yo para vos. Este refrigerio os tenía guardado el mundo para descanso de los trabajos incomportables que habéis padecido; mirad el colchón mullido y las sábanas de holanda para esas espaldas tan llagadas. Levantaría los ojos al cielo á su Padre eterno, y diríale: ¡Oh Padre mío y criador de todas las cosas, gracias te doy porque me has traído al término de mi obediencia; á ti vuelvo, no por otro camino que por el de cruz, recibe el sacrificio y ofrenda agradable de tu unigénito Hijo y abre la puerta del cielo á los pecadores. Extendido el manso cordero y hechos los barrenos andan apriesa los martillos y los clavos. Comienzan á clavar la mano izquierda, y del primer golpe pasó el duro clavo la mano, rompiendo la carne, rompiendo las venas, cortando los nervios y apartando y desencasando los huesos: oyeron los golpes y el sonido los oídos de la madre, y hieren los clavos las manos del Hijo y atraviesan con una espada violenta el corazón de la madre. Enclavada la una mano acuden por la otra, y del gravísimo dolor y sentimiento hallan encogidos los nervios del otro brazo, y que no llegaban al lugar del barreno. Y como dice San Anselmo, ataron con una soga la mano clavada, porque al tirar de la otra no se desgajase, y así ataron otra cuerda á la que estaba por clavar, y tirando unos por una parte y otros por otra, extendieron los nervios y descoyuntaron los huesos, desabrocharon los encajes del sagrado pecho, que fue el más intenso dolor que Cristo recibió. Y con la misma crueldad estiraron y clavaron los pies, quedando así extendidas aquellas divinas cuerdas de los miembros virgíneos en el arpa de la cruz, haciendo la más triste y dolorosa música que los hombres oyeron, y por otra parte la más dulce y acordada melodía que el cielo jamás oyó. Clavado ya de pies y manos, llenos aquellos campos de gente, con grande alarido levantan la bandera de nuestra victoria en el aire á vista de todo el mundo. Descubren el estandarte y guión del pueblo cristiano, aquel santo palo de Marat con que las aguas de los martirios se habían de tornar dulces; aquél báculo con que habían de pasar el golfo de los pecados los que de él se quisiesen valer. Pónese el arco de la reconciliación de Dios en medio de los aires, matizado de diversos colores. Y como le levantaron á fuerza de brazos, temblando El y la cruz, que parecía cedro muy cargado, allí se renovaron las llagas y se ensancharon los agujeros. Mayormente que dejaron caer la cruz de golpe en el hoyo que tenían cavado en una piedra, y estremecieron todo el sagrado cuerpo, las espinas se hincaron más, no quedó parte en su cuerpo que no sintiese nuevo tormento. Las llagas de pies y manos se rasgaron más, y comenzaron á correr canales de sangre. *Rupti sunt fontes abyssi magnæ et catharactæ cæli apertæ sunt.* Rompiéronse las fuentes de aquel abismo sin suelo de misericordias; abriéronse las cataratas del cielo, y de aquel paraíso de deleites comienzan á manar aquellos cuatro ríos caudalosos que riegan toda la haz de la tierra. ¡Oh monte Calvario, que aunque en ti cayó para más subir el fuerte de Israel, no te comprenderá la maldición que echó David sobre los montes de Jelboé, pidiendo que no cayese sobre ellos el rocío del cielo, porque regado te veo con este celestial rocío que fertiliza la ciudad de Dios. Solías ser estéril y maldito, ahora estás hecho tierra de promisión y paraíso de deleites, pues en ti está plantado el árbol de la vida, que da fruto doce veces en el año, y sus hojas aprovechan para la salud de las gentes. *Mons Dei, mons pinguis, mons coagulatus, mons pinguis. Ut quid suspicamini montes coagulatos?* (Salmo 67): «Monte de Dios, monte fértil, abundoso, grueso, lleno de frutos de bendición, con quien ya no se pueden comparar los más famosos montes»; mejor eres que el monte de Dios Oreb, más celebre que Sinai, más famoso y de mayor gloria que Tabor. Solías ser lugar de malhechores, ya eres casa de Dios, puerta del cielo y lugar de adoración. En ti está asentada aquella escalera mística que vió Jacob, que junta el cielo con la tierra, por donde los ángeles descienden á los hombres y los hombres suben á Dios. En aquella estaba Dios arrimado, mas en ésta está fijado con duros

clavos sin poderse desasir. Pero esta gloria que tú tienes no se alcanzó sin gran ignominia y dolor del Salvador. ¡Oh mi Dios, y cuál estáis! Cercado os han gemidos de muerte; dolores del infierno os han rodeado, porque así como allá padecen sin ningún alivio, así padecéis vos sin admitir consolación. Embestido os han las olas de las muchas aguas; atollado habéis en el abismo de las miserias, y no tenéis donde estribar. Véoos, Dios mío, cosido en un madero, taladrados vuestros pies y manos; no hay quien sustente el santo cuerpo sino tres clavos de hierro. Cuando para descargar cargáis el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas; cuando sobre las manos, rómpense más sus llagas con el peso del cuerpo. No se pueden socorrer unos miembros á otros, sino con igual perjuicio suyo. Pues mi Dios, vuestra santa cabeza atormentada con las espinas y traspasada con desigual dolor, ¿qué almohada tiene? ¡Oh cuán bien empleados fueran allí, Señora, vuestros brazos; mas no servirán ellos, sino los de la cruz; y el refrigerio que de ellos tendrá, será hincarse más las espinas! ¡Oh cruz sacratísima, ya que en los hombres no hay misericordia para con su Dios, tú, árbol dichoso, donde está pendiente el fruto de nuestra vida, te apiada dél!

Flecte ramos, arbor alta: tensa laxa viscera,
Et rigor lentescat ille quem dedit nativitas
Vt superni membra Regis miti tendas stipite.

«Encoge y dobla tus ramos y brazos, árbol altísimo; ablanda y afloja tus yertas entrañas; remite el rigor y dureza natural que tienes para tratar con blandura y suavidad los miembros del soberano Rey». Pero, Redentor mío, pues la vihuela está tan acordada, tan bien estiradas las cuerdas y tan apretadas las clavijas, cantad Señor alguna canción; dadnos música suavísima con que mejor que con la arpa de David huya de nuestras almas el espíritu maligno que las acosa.

CONSIDERACIÓN DÉCIMOOCTAVA

La primera voz que dió aquel blanco Cisne en la hora de su muerte fué: *Pater, dimitte illis, quia nesciunt quid faciunt:* «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen». ¡Oh voz extremada! ¡Oh tonada nueva nunca hasta entonces oída; rogar por los que actualmente le estaban crucificando y blasfemando! Verdaderamente, esta voz espantó al príncipe de las tinieblas, que tantos tiros había asestado contra aquella sagrada humanidad, para moverla á alguna impaciencia; pues viéndola ahora salir con una palabra tan nueva, tembló todo el poder del infierno y conoció la virtud infinita que estaba escondida. ¿Quién tiene ya ánimo para guardar odios ni manos para vengar injurias? Con esta música, hermano (tú que estás endemoniado, lleno de mortal odio y rencor contra tu prójimo), podrás ahuyentar de ti al demonio, perdonando á tu enemigo á imitación y por amor de Cristo, como ahuyentaba David con su arpa al espíritu maligno que fatigaba á Saúl. La segunda palabra fue de inefable misericordia, perdonando al buen ladrón, y prometiéndole silla en el Paraíso, con lo cual se alienta nuestra esperanza; pero no ha de tomar alas nuestra presunción. Mas, oh Salvador mío, pues habláis á los extraños, ¿cómo no os acordáis de los vuestros? *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus*. No solamente estaba par de la cruz, viendo con sus piadosos ojos las heridas del hijo, mas aun estaba en pie. ¡Oh fortaleza de ánimo! ¡Oh maravillosa constancia! El mundo se trastornaba, la tierra se estremecía, las columnas del cielo temblaban y los miembros virginales están quedos en su lugar. Las piedras se hacían pedazos y está enteró el corazón de la madre. Su corazón estaba hecho un mar de amargura, y las olas de este mar subían hasta los cielos; mas el marinero era tan diestro y llevaba en sus manos el gobernalle con tan maravillosa prudencia, que no bastó para desatinarlo una tan espantosa tormenta, ni apartarlo un punto de la voluntad de Dios. Mas con esta conformidad de voluntad, no se podía excusar en su ánima un espantoso dolor, viendo con sus ojos lo que el amantísimo hijo padecía. Porque si cualquier alma devota no puede sin mucho dolor y sentimiento contemplar la pasión del Redentor, y algunas se vienen á arrebatar tanto en esta contemplación, que sienten verdaderos dolores como si realmente las crucificaran (como se cuenta de Santa Catalina de Sena y de otros santos), ¿cuál sería el sentimiento de la criatura más devota que Dios hizo, y que junto con esto era verdadera madre, no sólo contemplando, sino viendo con sus mismos ojos el cruel tormento de su amor? No hay duda sino que lo sentía como si ella fuera crucificada. Y sí lo era: porque si San Pablo se sentía tan junto y unido por la fuerza del amor con Cristo crucificado, que decía: *Christo confixus sum cruci;* y en otra parte: *Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*, no sólo en el alma, sino en el cuerpo, la Virgen que amaba á su hijo como verdadera madre, y como madre sola, que le hubo sin compañía de varón, y sobre todo le amaba con la más encendida caridad que ninguna pura criatura tuvo (en cuya comparación la caridad de San Pablo era tibieza), ¿cómo sería crucificada? ¿cómo recibiría sus llagas y heridas? Si, como dice San Agustín, el alma más está donde ama que donde anima,

el alma de la Virgen, que tanto amaba á su hijo, y por consiguiente estaba en él transformada, allí fue lastimada y herida con su hijo; y crucificándole á él el cuerpo, fue crucificada ella en el alma; y así fue la mayor mártir de los mártires, pues padeció en la parte impasible que es el alma, siendo atravesada de cruel dolor. Esta consideración enternecía tanto á San Bernardo, que le hacía decir: ¿Qué pecho puede ser tan de hierro, qué entrañas tan duras, que no se muevan á compasión ¡oh dulcísima Madre! considerando las lágrimas y dolores que padeciste al pie de la cruz, cuando viste á tu dulcísimo hijo sufrir tan grandes y tan largos y tan vergonzosos tormentos? ¿Cuáles serían tus suspiros y fatigas cuando viste á tus entrañas tan mal tratadas, y no las pudiste socorrer? Viste á tu hijo desnudo, y no lo pudiste vestir; vístelo transido de sed, y no lo pudiste dar á beber; vístelo injuriado, y no le pudiste defender; vístelo infamado por malhechor, y no pudiste responder por él: viste escupido su rostro, y no lo podías limpiar. Finalmente, viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podías enjugar ni recoger aquel postrer huelgo que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno los rostros tan conocidos y tan amados y morir así abrazada con él. Bien sentistes entonces el cumplimiento de la profecía de Simeón, y experimentaste los acerados filos de aquel cuchillo. Bien pudiste, señora, decir: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus* (Treno). Pues estando el Señor en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, baja sus ojos sangrientos y escurecidos, que mira el rostro difunto de su madre y al discípulo junto á ella. Y de la suerte que dos espejos vueltos el uno contra el otro se miran, así la madre y el hijo se muestran el uno al otro los íntimos dolores de sus corazones. Abre la boca el manso Cordero, y con la lengua, que sola tenía libre, consuela á su madre, diciendo: *Mulier, ecce filius tuus*: «Mujer, ves ahí á tu hijo». Y al discípulo: Ves ahí á tu madre. ¡Oh Virgen afligida, ¿qué consuelo te daré, si te llamo madre al tiempo que pierdes al hijo? Atormentarse han tus entrañas con esta voz. Si no me despido en tan largo camino, acrecentarse ha tu dolor, pues llámote no madre, sino: ¡Mujer, cata ahí tu hijo! Nuevo dolor fue éste para la Virgen, pues le da el hijo del hombre por el Hijo de Dios, el discípulo por el maestro, el criado por el señor; pero de gran honra para San Juan y de gran consuelo para todos los hijos espirituales de Cristo, que todos tenemos ya por madre á la Virgen, y con mucha confianza podemos llegar á pedirle mercedes, diciendo:

Monstra te esse matrem,
Sumat per te preces
Qui pro nobis natus,
Tulit esse tuus,

Y usad con vuestros hijos de misericordia.

CONSIDERACIÓN DECIMONOVENA

Después de haber hablado á la madre, conviértese á su eterno Padre y propone una piadosa queja de su sagrada humanidad. ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me desamparaste? Este fue el más triste canto y la más dolorosa voz que se oyó jamás en todas las generaciones, y la que más deben sentir nuestras almas. Pues por ello entendemos el gravísimo desamparo que padeció aquella santa humanidad, dejada en el piélago de sus tristezas, no sólo de su Padre, sino de sí misma, no queriendo admitir ningún género de consuelo, bebiendo puro el cáliz de su pasión, para con esto encender más nuestro amor y darnos ánimo en nuestras tribulaciones. Vuélvese luego al pueblo y dice con gran voz: *Sitio*, «Sed tengo». ¿Qué es esto, mi Dios, más pena os da la sed que la cruz? ¿Pues no quejándoos de la cruz, os quejáis de la sed? Claro está que la sed que os fatiga más es de mi salud que de agua, más de mi remedio que de vuestro refrigerio. Corre uno y llena una esponja de vinagre y pónesela á la boca de seguida. ¡Oh malditos! de cuanta agua os sacó en el desierto de una peña, ¿no le daréis ahora una poca? Si no la tenéis, llevad esa esponja á las fuentes de los ojos de la Virgen, que ella dará lágrimas en abundancia que pueda beber. ¡Oh viña de Sodoma que tal vino das! ¿El tiene sed de tu salvación y tú dasle hiel y vinagre? ¡Oh buen Jesús, este es el zumo de la manzana que Adán comió; él lo gustó y vos sentís el amargura y acedía! Esta es la purga para expeler de mi alma los malos humores. Probado el vinagre, dijo: *Consummatum est*. Ya los dolores están en su punto; los tormentos que poco á poco han ido creciendo, ya han llegado á colmo; ya están en lo sumo. Con esto queda cumplida la obediencia del Padre y acabada la obra de la redención. Ya se ha dado glorioso remate á todas las figuras, ceremonias, misterios del viejo testamento; confirmado queda el nuevo con la muerte del testador. Ya se ha hecho todo lo que ordenó la divina sabiduría, lo que pedía la justicia y abogaba la misericordia, y alcanzó la excesiva caridad. Ea, Padre eterno, daos por bien pagado, recibid la satisfacción de vuestro Hijo por el hombre, que más pagamos que debíamos. Decid vos, Señor, también: *Consummatum est*. Dadnos conocimiento, finiquito de que estáis satisfecho y pagado. Y pues lo más está hecho ¡oh buen Jesús! acabad lo que queda;

dad esa ánima benditísima á vuestro Padre, que el tesoro es tan grande que no se debe poner en otras manos: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». ¡Oh, cuántos millones de ángeles estarían volando alrededor de la cruz, para servir y acompañar al alma de su Dios. No resta, Señor, sino tomar la bendición de vuestra madre; y pues no tenéis pies con qué hincaros de rodillas, ni manos para quitaros la corona, ni lengua para pedirle la bendición, inclinad la cabeza y pedidle licencia. *Et inclinato capite, emissit spiritum.* Luego las criaturas hacen sentimiento: el sol se viste de luto y con un general eclipse escurece toda la tierra; la luna se pone tocas de viuda, y todo el cielo se cubre por no ver al verdadero Noé desnudo, escarnecido de su malvado y maldito hijo Cam. Arrástranse los pendones, rómpese el velo del templo en dos partes, tiembla la tierra, hácense pedazos las piedras; toda la naturaleza hace sentimiento. Y como dice San León: *In obitu conditoris sui vellent omnia finire.* ¿Qué tal quedaríades vos, Virgen y Madre, Señora del mundo? ¿Cuán sin culpa han hecho sobre vos tributo de tanta pena? ¿Conocéis vos, señora mía, aquella figura? ¿Oistes aquella terrible voz? ¿Cómo se ha descolorido el rubí en que se miraban vuestros ojos? ¿Cómo se ha marchitado la flor de la mañana? ¿Cómo es eclipsado el sol de medio día? ¡Oh, castísimos ojos, guardados para verdugos de su alma en este día! Venid acá, pecadores, á consolar á la Virgen, pues vosotros sois causa de su dolor. Matadores del Hijo de Dios, mirad cuál han puesto vuestros pecados á la misma inocencia. Este es el muerto que hoy ha parecido en la Iglesia, hijo único de la Virgen y Hijo natural de Dios. Los pecadores son los que le quitaron la vida, pues sólo muere por nuestros pecados. Traigamos aquí la ternera de nuestra voluntad, y sacrifiquémosla aquí al Señor, negándonos á nosotros mismos, crucificando nuestros apetitos y pasiones. No haya más pecado mortal, pues tanto le cuesta al Hijo de Dios; apartemos nuestro amor de las cosas terrenas, abracemos con Cristo crucificado. Miralde que tiene los brazos extendidos para recibirnos, las manos rotas para hacernos mercedes, los pies enclavados para esperarnos y perseverar en nuestro amor. Voces nos está dando: *Tota die expandi manus meas ad populum non credentem, sed contradicentem mihi* (Rom., 10). Más siente esta contradicción que los trabajos de la cruz. El pecho tiene abierto para daros entrada en su corazón, la cabeza inclinada para decir perpetuo sí á todas vuestras peticiones. Es la muestra de la justicia de Dios, del odio que tiene al pecado; ésta es la recomendación de la divina caridad, el banco en que se nos libran todos los bienes. Lloremos nuestros pecados, compadeciéndonos de este soberano muerto, y haciendo esto, vamos al Padre eterno y digámosle: *Manus nostræ non effuderunt sanguinem hunc.* Nuestras manos, Señor, que de antes os ofendían porque estaban llenas de sangre de pecados, le mataron; pero ya lavadas con lágrimas y con el agua del costado de vuestro Hijo, podemos decir que están libres de su muerte por virtud de su pasión. *Propitius esto, Domine, populo quem redimisti.* Mirad, pues ¡oh Santo Padre! desde tu santuario en la faz de Cristo; mirad esta sacratísima hostia que te ofrece este sumo Pontífice por nuestros pecados. Y por el infinito olor de este sacrificio os pedimos no os huelan mal nuestras maldades, ni enviéis sobre nosotros el castigo del derramamiento de esta sangre, sino que abrasados en el ara de la cruz con el fuego de su amor, seamos purificados y limpios y agradables en vuestro divino acatamiento, aquí por gracia y después por gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DE LA

SOLEDAD Y LLANTO DE LA SACRATISIMA VIRGEN MARIA

NUESTRA SEÑORA

Post hæc autem rogavit Pilatum Joseph ab Arimathea (eo quod esset discipulus Jesu, occultus autem propter metum judæorum), ut tolleret corpus Jesu.

(JOAN., 19).

Suelen los hijos en los entierros de sus padres ir muy cubiertos de luto, con largas lobas que arrastren y con capuces; con lienzos en las manos enjugando las lágrimas de los ojos. Y no parece mal este sentimiento; en especial si, por dejarlos sus padres aventajados en mayorazgos, dignidades y oficios, se entregaron á las ocasiones manifiestas de su muerte. Los que esta tarde venís á los templos entapizados de luto; los que en este lugar nos subimos y los que desde abajo escucháis, más segura y descansadamente, sabed que venimos á celebrar el entierro de nuestro padre Jesucristo, que por lavar nuestras culpas y dejarnos ricos, con el mayorazgo del cielo, se entregó él mismo á la muerte. Por tanto, si dejadas las alegrías del mundo, trajéremos enlutado el corazón con la tristeza y sentimiento de su muerte, y si la devoción del alma y ternura del espíritu hiciere á los ojos fuentes, bien se deben las lágrimas temporales al que lloró por librarnos de las eternas, y proponiéndole por una parte el gozo y descanso, de otra la tristeza y tormento, echó mano de la tristeza, dolor y confusión de la cruz. *Qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempta.* Si el Santo José, viendo difunto á su padre anciano, derribado sobre su rostro, lloró, y pidiendo al rey licencia le llevó con ilustre acompañamiento al sepulcro de la tierra de Canaán, y le ungió con bálsamos olorosos y otras especies aromáticas, y considerando las lágrimas que había costado á su padre cuando lo tuvo por comido de la fiera, y la mejora que le hizo de la tierra de Sichen, tornó á hacer de nuevo gran llanto, ¿cuánto mayor sentimiento y más amargo llanto debemos nosotros hacer en la sepultura de Cristo, no viejo anciano, sino mancebo de treinta y tres años, el más hermoso de todos los nacidos, que con lágrimas en los ojos y gotas de sangre que sudó de todo su cuerpo, lloró nuestras culpas comidas de las fieras de nuestras culpas; y nos mejoró, no en la tierra del Príncipe deshonesto. sino en la celestial herencia de la bienaventuranza? Y si á José le acompañaron tantos de la casa de Faraón, los principales y ancianos, bien será que para estas dolorosas exequias, el más ilustre acompañe hoy á José Arimatea, noble senador y veinticuatro, y el más letrado, á Nicudemus, maestro de la ley, y el linaje devoto de las mujeres á la Virgen santísima y á sus compañeras. Para que de tan sagrado túmulo podamos sentir y hablar como es razón, pidamos á la Virgen apasionadísima nos alcance alguna parte de su pasión, y con su intercesión sacratísima la gracia del Espíritu Santo. Ave.

INTRODUCCIÓN

Son las cosas de la muerte y pasión de Jesucristo nuestro Redentor tan llenas de misterios que agotan el caudal de todo entendimiento criado, y pierde pie y se anega en este Océano de grandezas. Tiempo en que vemos por nuestros ojos que manda el Padre eterno hacer justicia de su unigénito Hijo, inocentísimo, sapientísimo, poderosísimo, igual con El. Es un día donde vemos á Dios muerto, afrentado, escupido, sentenciado, por mandado de hombres puesto entre ladrones. Puso este día espanto al cielo y á la tierra, y á los infiernos,

y á todos los pasmó y sacó de juicio. Los que no entendían quién era el que padecía, estaban locos, y los que lo entendían, también estaban sin juicio. Espantó al cielo ver la junta que hizo Dios de cosas tan desproporcionadas de majestad, grandeza, gloria, poderío y bondad de Dios, con los blasones y baldones de la cruz, que era horca, deshonra, tormento de malhechores. Hecho estaba y no lo entendían bien, y así preguntan en la Ascensión de Cristo: *Quis est iste qui venit de Edom, tinctis vestibus de Bosra? Iste formosus in stola sua, gradiens in multitudine fortitudinis suæ?* (Isaías, 63). ¿Quién es éste que viene de Edón? ¿De ese mundo terreno y sangriento, que siempre está bañado con la sangre de sus pecados? Este que tuvo sus vestiduras manchadas y teñidas en la vendimia de su pasión con el mosto de la sangre, ¿cómo viene ahora tan hermoso y galán en su estola? Carne tan afeada, ¿cómo viene tan hermosa? El que entonces estaba tan flaco, ¿cómo viene ahora tan fuerte que sube pompeando por los aires al cielo? Espectáculo fue en que tuvieron bien que mirar y aun que aprender. Como dice el Apóstol: *Ut innotescat principibus et potestatibus in cœlestibus, per Eclesiam, multi formis sapientia Dei.* Para que aprendan y vean los príncipes y grandes del cielo, y sepan los más sabios querubines, cómo puede ser Dios y entre pasiones del mundo sin perder punto de su gloria, y cómo hombre y entre la gloria de Dios sin perder un punto de tormento; cómo Dios y entre serafines en el cielo, juntamente crucificado entre ladrones en la tierra; Dios Hijo entre el Padre y el Espíritu santo, y ese mesmo muerto entre malhechores. De más de esto, espantó á los hombres, y no digo á los incrédulos, que esos unos lo tenían por escándalo y otros por locura y desatino, sino á los mejores y más santos. Isaías le parece que no ha de haber quien lo crea. *Domine, quis credidit auditui nostro?* ¿Quién creerá esto cuando lo oyere, que parece increíble? Abacuc dice que lo oyó y le tiemblan las carnes de oirlo. *Domine, audivi auditionen tuam et timui.* Y quedó asombrado, temeroso y despavorido. El Príncipe de los apóstoles, que más ilustremente confesó la divinidad de Cristo, y con mayor fervor le amó, oyendo al Señor tratar de su muerte, le dice: *Absit a te, Domine, non erit tibi hoc.* «Arriedro vaya de vos, que tal cosa venga por vos». Pues lo demás discípulos estaban tan ajenos de pensar que Dios había de morir, que diciéndoselo Cristo tan claro como esto: Mirad que ahora subimos á Jerusalem, y el hijo de la Virgen será relajado al brazo seglar de los gentiles, y lo azotarán, y lo escarnecerán y escupirán, y lo crucificarán. *Et ipsi nihil horum intellixerunt et erat verbum istud ubsconditum ab eis.* Era para ellos algarabía; tanto que para dárselo Cristo á entender desentierra los muertos (como acá decís) y saca el día de su transfiguración á Moisés y á Elías, que lo tratasen y hablasen con él, porque á los vivos se hiciese creedero. También es negocio que espantó á los infiernos, y á aquella horrenda canalla, que se hallaron cuando menos pensaron vencidos y quitados sus presos, saqueada su antigua morada. Entonces se cumplió el cantar de los hijos de Israel: *Tunc conturbati sunt principes Edom, robustos Moab obtinuit tremor, obriguerunt omnes habitatores Canaan* (Exod., 15): «Entonces se turbaron los Príncipes sanguinolentos, los robustos y valientes de Moab temblaron y quedaron amilanados; y todos los moradores de aquellas tartáreas cavernas (donde reina la envidia) se pasmaron y secaron de asombro y espanto». Porque juzgado por sí, no pudieron imaginar que Dios se pusiera á hacer lo que ellos no hicieran. Y pues estas cosas son tales que á todos ponen asombro, ángeles, hombres, demonios, y los dejan embelesados, atónitos y fuera de sí, no es maravilla que no tenga nombre ni se halle palabra ajustada á la grandeza dellas. San Pablo no se atreve á ponerlas nombre con haber estudiado en el tercer cielo, sino dice: *Recogitante eum qui talem sustinuit adversus semetipsum a peccatoribus contradictionem.* «Paraos una vez y otra á pensar en él, que tal contradicción sufrió contra sí mismo de mano de los pecadores». Hase de ponderar, que así como dijo *Eum*, «aquel», porque no era cosa que se podía sumar quién era el que padecía, su grandeza y majestad; no hay términos para decir eso. Como dijo allá el sabio: *Quod nomen est ejus?* «¿Quién es ese? ¡El! ¿No tiene nombre?» Así dice: *Talem.* Tal contradicción. ¿Pero qué tal? No hay nombre para eso. La persona y la pasión no se pueden especificar. Y así Moisés y Elías, cuando de ella trataron, no le pusieron nombre propio á lo uno ni á lo otro, sino *dicebant excessum ejus;* el exceso del El, *Eum*, de San Pablo; *quem completurus erat in Hierusalem.* Salió Dios de sí en este hecho. Pasó todas las rayas, reglas y límites. *Deus autem qui dives est in misericordia, propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos, et cum essemus mortui peccatis, convivificabit nos in Christo* (Efes., 2). Excedió en la demostración de su amor, justicia, misericordia y sabiduría. Fueron demasiadas sus obras, y así exceden á las palabras; no se les ponga otro nombre, sino exceso. De aquí veremos el artificioso estilo del Aguila Real y sagrado coronista en contarnos estas cosas que no les quiere dar otro nombre, sino *post hæc*: «Después de estas cosas». ¿Qué cosas? ¿No tienen nombre? — No, señor. — ¿Viose en

el mundo más extraña brevedad y resolución? ¿Tal tropel de misterios como en el largo discurso de la pasión acontecieron, resumirlos en tan breve epílogo, cifrarlos en tal compendio? Es abrazar el cielo en el puño, y recoger la mar en un estrecho vaso.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Post hæc. Palabra preñadísima que encierra todo cuanto sucedió y pasó desde el huerto (donde sudó el Hijo de Dios sangre) hasta el sudor frío de la muerte. Aquel escuadrón de trabajos y vituperios que sobre el Redentor habían descargado. *Post hæc.* Quiere decir: después que el buen Jesús padeció en todas las cosas que por alguna vía retocaba; después que padeció en los amigos tan amados: que el uno le vende á traición, y el otro le niega y se afrenta de haberle conocido y lo tiene por caso de menos saber; y los otros todos, *relicto eo, fugerunt*, dejando al manso Cordero solo, en poder de aquellos lobos carniceros, deseosos de despedazarle, todos huyeron y le desampararon. Después que fue maltratado en la fama; porque jamás se dijeron de hombre tales blasfemias; llamándole embaidor, endemoniado, comunero, revoltoso, engañador. Después que fue ofendido en la honra, apreciando al mayorazgo del cielo en treinta dineros, prendiéndolo como á ladrón, azotándolo como á esclavo, escarneciéndolo como á loco, mofando de su dignidad real, jugando con él á los cañazos y torniscones, adivina quien te dio; poniéndolo en competencia de Barrabás sedicioso y homicida, y al cabo teniéndolo por peor y por más indigno de la vida que á él. Después que padeció en la hacienda, despojándole de sus ropas y dejándole desnudo en carnes, su virginal cuerpo á la vergüenza; no hubo más, Señor, que llevarte, ni te pudo sacar más el fiscal ni tomar los verdugos; porque, aunque Señor de cielos y tierra, no tenías dónde reclinar tu cabeza ni en que caer muerto. Después que padeció en el alma, porque sus angustias y temores fueron terribles; como parece en el huerto, donde le tomaron tristezas de muerte, ansias y congojas espantosas: *Timor et tremor venerunt super me et contexerunt me tenebræ.* «Han dado sobre mí el temor y el temblor; hanme oprimido los asombros y pavores, y hanme cubierto el corazón tinieblas escurísimas de tristezas»; hanme anublado el alma aquella terrible y disforme visión de vuestros disformes pecados: la viva representación de sus dolores que le fatigaron y apremia de suerte que esprime aquel espantoso sudor de sangre. Después que padeció en todas las partes de su delicadísimo cuerpo, sin quedar ninguna: la sagrada cabeza penetrada con espinas, y con la caña lastimada; los ojos rasgados, cocidos de polvo y de sangre mezclada; el bellísimo rostro golpeado con puñetes y bofetadas, afeado con salivas (afrentoso y doloroso tormento); barba y cabellos mesados y arrancados; pies rotos, clavados; manos abiertas, rasgadas; el cuerpo todo sembrado de llagas y cardenales, como el cuerpo del mundo por quien padecía, que en sí no tenía cosa sana: *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas;* así no la hay en el cuerpo del Salvador. Después de haber padecido en los sentidos todos: en el tacto, con el dolor general y estar desenlazada aquella compostura tan sensible y perfecta, y los encajes del pecho desabrochados; el gusto, con sed, hiel y vinagre ofendido; el olfato, con el mal olor de aquel lugar abominable; los oídos, oyendo tantos denuestos y blasfemias; la vista, viendo delante de sí al pie de la cruz á su amantísima madre, de mortales tristezas traspasada. ¿A qué hombre no le tapan los ojos para que no vea el cuchillo que le ha de matar? Pero á Cristo, que vea los clavos y la cruz y la lleve á cuestas. Y finalmente, después que no quedó nación ni género de gente que no le persiguiese: judíos, gentiles, pontífices, sacerdotes, fariseos, Herodes rey, Pilatos presidente, hombres, mujeres; hasta su mismo Padre le desampara, para que muera sin ningún género de alivio ni de consuelo en la cruz.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Post hæc. Después de estas cosas, entra la soledad de la Virgen. Tras de la pasión del Hijo se sigue la compasión de la madre, porque veáis si llueve sobre mojado, y el dolor que sobre tantos dolores cae; si de razón ha de ser desigual después que por oídas supo de San Juan y de la Magdalena la prisa y crueldad con que llevaban á su Hijo á morir, y después que ella salió para ser testigo de vista de lo que tanto había de atormentar su corazón. Y como la reina de Sabá, que oídá la fama de Salomón vino del cabo de la tierra á ver con sus ojos las grandezas y sabidurías que de él había oído, después que entró en su casa, *videns autem omnem sapientiam Salomonis et domum quam ædificaverat; et cibos mensæ ejus, et habitacula servorum, et ordinis ministrantium, vestesque eorum et pincernas et holocausta, quæ offerebat in domo Domini, non habebat ultra spiritum:* «Viendo la casa real que había edificado, los manjares de su mesa, los aposentos de sus criados, el orden de los ministros, sus libreas: vio los de la boca que le servían de la copa, y los sacrificios que ofrecían en el templo, y quedó fuera de sí, y sin espíritu», dijo al rey: «Verdad es lo que me decían, y

más he visto con mis ojos de lo que me supieron decir de tu sabiduría; la mitad de lo que es no me habían contado». Así al tiempo que el verdadero Salomón, Jesucristo, estaba coronado con la diadema de espinas que le puso su madre la Sinagoga, y con el cetro de la cruz á cuestas, *factus est principatus super humerum ejus*; salió la Reina de los ángeles (mujer fuerte, cuyo precio es *procul et de ultimis finibus prætium ejus)* á la fama de su sabiduría, con deseo de ver con sus ojos lo que había oído. Y yendo en su seguimiento hasta el Calvario, vio la sabiduría de Salomón, que es la cruz de Jesucristo, que aunque es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles, es virtud de Dios y sabiduría divina con que trazó la reparación del templo de la Iglesia. Vio la realeza de su tratamiento, que á menudo mudaba ropas. En casa de Herodes las mudó una vez, y dos ó tres en casa de Pilatos, y al pie de la cruz se la quitaron otra vez muy á costa de sus carnes y llagas, que allí se refrescaran y descortezaran al despegar de la ropa, y se comenzó de nuevo á desangrar. Vio la casa que edificó en la cruz, que es la Iglesia que sacó de su costado, sustentada con siete columnas de siete sacramentos, jaspeadas de agua y sangre que salió de la llaga del costado. Vio los manjares de su mesa: todas las afrentas, injurias, vituperios, que eran los potajes, viandas exquisitas y sainetes de que había de comer hasta hartar, como dice el profeta Jeremías: *Saturabitur opprobiis*. Vio los aposentos de sus siervos, aquellas cavernas y cuevas cavadas con fuerza de hierro en la piedra viva, que es Cristo, para aposentar á sus fieles, con que convida á las palomas sencillas de las almas devotas. *Columba mea, in foraminibus petræ, in caverna maceriæ*: «Paloma mía, ven á anidarte en los agujeros de la piedra y en la abertura de la pared». Aquellas cinco llagas mortales, de las cuales vio llover sangre sobre sí. Allí consideró el orden que se guardaba en servirle, que aunque los ministros eran rabiosos y desatinados, guardaban tanto orden como si tuvieran el arancel de las sagradas Escrituras delante. Unos le sirven injurias, otros blasfemias, otros diversos ensayes y géneros de tormento. Allí vio también las libreas de los siervos: no sólo las lanzas, armas, martillos, clavos, tenazas, sogas, que traían los soldados y sayones, sino las libreas y lutos que sacaron aquel día las criaturas; el sol escurecido, la luna eclipsada para llorar la muerte de su criador. Vio también el servicio de los que servían la copa: que primero le dieron vino mirrado á beber sin pedirlo, y después, pidiéndolo El en la cruz, le dieron hiel y vinagre en una esponja. Al fin, vio aquel sacrificio y holocausto de valor infinito, que allí ardió todo con el fuego de sus tormentos, ofrecido al Padre, y recibido con tanta aceptación y suavidad, como lo merecia el sacerdote y el sacrificio de la ley vieja. Allí trató la reina soberana sus secretos y enigmas con el rey Salomón. Allí hablaban los corazones y se encontraban los ojos de la madre con los del hijo: los cuales no sintieron mayor lesión que la que ella le causó con su presencia. Corrían lágrimas de los ojos del hijo y de los de la madre, que parecían los cuatro ríos del paraíso. Y con todo su sentimiento, *stabat juxta crucem Jesu mater ejus*: «Estaba en pie junto á la cruz». Tome su lugar en la edificación de la Iglesia, que es ser cuello. Y así todos los dolores y pasiones del hijo daban de golpe en el corazón de la madre, y le lastimaba más que si en su propia carne los recibiera; porque allí le atravesó las entrañas el agudo cuchillo que Simeón desenvainó: *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius*. La espada de la pasión de Cristo le traspasó el alma; y como estaba junto á la cruz, *juxta crucem*, entra la espada en su corazón hasta la cruz. De aquí infiere San Jerónimo que fue la Virgen corona de todos los mártires; porque ellos padecieron en la carne sensible, y la Virgen en el alma, que es impasible. Ellos, en lo que aborrecían, que era su carne; la Virgen, en lo que más que á sí amaba, que era su hijo. Es tanta la conformidad que hay en los miembros del cuerpo que, como dice el apóstol: *Si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra*, y cada uno toma por suyo el dolor del otro. La Virgen que padece en su alma y corazón, que es su hijo y su cabeza, tan graves dolores, ¿qué compasión será la suya? ¿qué angustia? ¿qué aflicción? Dice San Jerónimo que cada golpe que al Redentor daban era una lanzada para la madre. Pues si el cuerpo de Cristo estaba con seis mil azotes, la cabeza hecha una criba de las espinas, pies y manos taladrados, y todo su cuerpo leproso y herido, ¿qué tal estaría el corazón virginal? Píntanla atravesada con siete espadas; con siete mil os habían de pintar, Virgen piadosísima, y era poco.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Todas las cosas hizo el Señor en número, peso y medida, si no son dos: amor y dolor. El amor, dice San Bernardo, *modus amoris est sine modo diligere*, y el dolor á medida del amor, amor sin medida, dolor sin ella. Ponderemos ahora (si es posible) el amor de la Virgen. El amor natural que hay mayor es el de la madre á un hijo único y solo. Y este fue el mayor encarecimiento que hizo David del gran amor que tenía á su amigo Jonatás: *Sicut ma-*

ter unicum amat filium, ita ego te diligebam. Cuando una madre tiene muchos hijos, tiene el amor repartido entre todos, y así no es tan grande en cada uno de ellos; pero si no es más de uno, pone allí toda la fuerza de su querer. Como la fuente que no tiene más que un desaguadero, por él deriva todo el caudal de su corriente. No tenía la Virgen más que esta lumbre de sus ojos que hoy le han apagado; no más que este espejo cristalino en que se remiraba; amábale como á su hijo único á solas. Las otras madres, aunque no tengan más que un solo hijo, ámanle á medias con el padre que lo engendró; pero la Virgen ama á su hijo á solas en cuanto hombre, porque así no tiene padre, y es todo suyo; y así su amor natural se aventaja á todos los amores. Pues el amor sobrenatural, que es el más fuerte, ninguna criatura como ella; porque la caridad es á medida de la gracia. La Virgen llena de gracia con el lleno que convenía para ser madre de Dios, y así llena de caridad. El amor tiene raíz en el conocimiento del valor de la cosa amada, y crece con los beneficios. Nadie tanto alcanzó de Cristo como su madre; porque le concibió por el Espíritu Santo, y le trató y conversó toda su vida, y tuvo más alto conocimiento dél que todos los ángeles. Nadie más beneficios recibió de su mano, pues la levantó á la dignidad de ser madre de Dios, que es infinita. Así, le amaba con un amor de caridad tan encendida, que la de los abrasados serafines es tibia en su presencia. Amábale como á su Dios, esposo, criador, hijo, Redentor; como madre y como esclava redimida con su sangre. Pues si el dolor había de ser semejante al amor, y á la tasa y medida suya, porque tanto duele la pérdida de una cosa cuanto más se ama y estima y por mayor bien se conoce. Siendo el amor de la Virgen tan sin medida, ¿qué tal sería su dolor? ¿Cómo sentiría esta pérdida? ¿Cómo aterraria esta calamidad á la que le amaba con amor natural tan extraordinario y con amor de caridad tan excesivo, y según estos dos amores se dolía? De tales dos manantiales, ¿qué arroyos de angustias y penas correrían al corazón de la Virgen? Que como estanque de agua que por dos partes se va llenando, y por estas dos vías se hacía un mar de dolor. ¿Hay quien pueda tantear este dolor? ¿Hay entendimiento criado que lo pueda comprehender? No. Así como no puede tantearse el amor. Como la reina de Sabá quedó viendo esto casi sin vida, y sin aliento, *non habebat ultra spiritum.* Escurecióse su corazón y no había cosa en su alma que no estuviese poseída de dolor Mas con todo eso, *stabat juxta crucem*: «Estaba junto á la cruz», enhiesta, derecha y constante como columna inmóvil de la Iglesia, como mujer fuerte y valerosa; conforme con la voluntad del Padre eterno, resignada en sus manos, sabedora del paradero de su Hijo; certísima en la fe de su divinidad. Eso significa en decir que estaba en pie. Mas la otra palabra, *juxta crucem*, muestra el interno dolor de su corazón, porque es la que más cerca está de la cruz después de su hijo; la que más participó de sus dolores; la más afligida y atribulada. Paréceme que veo aquí al patriarca Abraham cuando Dios le mandó ir á sacrificar á su hijo. ¡Qué animoso va el buen viejo honrado! A media noche se levanta, y él mismo apareja el jumento. ¿Qué es verlo subir la cuesta con tanto brío, su rostro sereno, en una mano el cuchillo y en otra el fuego; hacer el altar, disponerse para el sacrificio? Decid buen hombre, ¿sabéis lo que vais á hacer? ¿Sabéis que vais á ser verdugo del hijo que salió de vuestras entrañas? ¿Y que vais á cortar con su cabeza la parte más tierna y más sensible de vuestro corazón? ¡Oh, quién le viera el corazón dentro del pecho, y cuán diferente le hallara del semblante! ¡Qué tierno, qué lastimado, qué lloroso! No era menester sino tocarle para que reventara en gritos y lágrimas. ¡Oh, cómo le debió tocar en lo vivo del alma aquella pregunta de su hijo: *Pater mi, ecce ignis et ligna; ubi est victima holocausti?* Ea, buen viejo, que os aprieta Dios los cordeles para haceros salir. ¿Qué pensáis que sintió aquí el corazón del padre, que sabe que el mismo que le pregunta es el cordero que ha de ser sacrificado? Fue una estocada por el corazón; estuvo por romper en gran alarido los cielos; pero calla y traga; recuécelo allá dentro por no mostrar flaqueza: El Señor proveerá, hijo mío. Así está la madre piadosa al pie del altar, donde se hace el sacrificio cruento de su hijo amado. En lo exterior: *stabat.* No acobardada ni amortecida, sino como Reina del cielo, entera, su rostro grave y sereno, aunque afligido, triste y bañado en honestísimas lágrimas. Pero, señora, ¡quién os mirara el corazón! ¡Oh, qué tierno, qué regalado, qué recocido con dolor! ¡Qué lleno de tristezas! ¡Oh, cómo os debió tocar en el alma aquella palabra de vuestro hijo, que fue la postrera que os habló en estado mortal: *Mulier, ecce filius tuus!* No os pone el nombre de madre por no lastimar con el regalo de ese nombre vuestro afligido corazón. De suerte que está firme y lastimada. Cual suele en los días de invierno estar el valle cubierto de niebla y la cumbre del monte esclarecida con los rayos del sol, así está el alma de la Virgen: en lo alto de la razón superior serena y clara conforme á la voluntad del Padre, ofreciéndole á su hijo con mayor caridad que Abraham por la salud de los hombres; pero en el valle de la razón inferior (donde se miran á solas las razo-

nes que hay para sentir dolor por la muerte del hijo) está su piadoso corazón anublado de mortales tristezas, llagado de crueles heridas, vertiendo lágrimas de sangre.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Siendo, pues, los dolores de la Virgen tan desiguales, y habiendo visto por sus ojos más de lo que podía saber y barruntar por oidas. *Post hæc*: «Después de estas cosas». Bien hace el evangelista en no poner nombre á la compasión de la madre; pues no le hay para la pasión del hijo. No se mida su dolor, pues no tiene tasa su amor. Después de estas lástimas, sobre tantas fatigas, cae ahora la soledad, su desamparo. Véese sola en el Calvario, el hijo de sus entrañas muerto, la cruz alta, las fuerzas flacas, sin mortaja ni sepultura; la tarde se acaba; la fiesta venía en que no se podía enterrar. ¿Qué hará en tal necesidad la madre desconsolada? *Quomodo sedet sola civitas plena populo! facta est quasi vidua domina gentium. Princeps provintiarum facta est sub tributo* (Treno, 1). ¿Cómo está tan sola la ciudad de Dios que de antes solía estar tan frecuentada y acompañada? ¿Qué es de los coros de los ángeles que solían servirla, y vinieron á tenerle compañía, en su sagrado parto? ¿Cómo está viuda la señora de las gentes de tan regalado Esposo? La princesa de los reinos, que tan libre está de culpa, ¿quién la ha hecho tributaria de tanta pena? Sus hermosísimos ojos tiene hechos fuentes, que sin cesar riegan y bañan sus rosadas mejillas. Mas es tanta su orfandad, que *non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus; omnes amici ejus spreverunt eam:* «No hay quien la consuele de todos sus carillos; no hay quien le enjugue sus lágrimas; no hay quien dé remedio á su pena». Los que antes se le daban por amigos, ahora que la ven sin hijo la han despreciado. Cuando ella tenía vivo á su bien, todos la habían menester, rogaban y á todos acudía. ¡Qué de necesidades debió de remediar la piadosa señora, como aquella de las bodas! *Vinum non habent*. No debió de ser esta sola. Cuando ella tenía á su hijo, de todos era respetada; pero ahora que está sola, queda pobre, viuda y triste; no hay quien se acuerde de ella. La que á todos socorría, no tiene con qué comprar una sábana en que amortajar á su hijo, ni un palmo de tierra, cuanto más siete pies para enterrarlo. Con qué dolorosos sentimientos se volvería á su hijo, y le diría: ¡Oh, hijo de mis entrañas, y qué solo y desamparado os veo! Las compañas de gentes que os seguían, á quien enseñastes dotrina de vida, á quien distes de comer en los desiertos, á quien curastes de todas sus enfermedades, todos os han dejado y no os conocen. Vuestros queridos discípulos, al tiempo de la mayor necesidad os han faltado, los amigos no parecen, no tienen ya los unos disculpa, pues ya son idos los enemigos. Ya no hay aquí sino este campo solo, y vos en él solísimo, yo la más sola de todas las mujeres. ¡Oh, hijo mío y Dios mío, no querría yo más de que os quitasen de esa cruz y os pusiesen en estos mis brazos! ¡Oh, cruz dichosa, que allá tienes mi tesoro, y no me lo das; clavado lo tienes, y no lo sueltas! *Flecte ramos, arbor alta, tensa laxa viscera*. ¡Oh cedro más alto que los del Líbano, inclina esas ramas, dobla esos brazos, ablanda esas duras y yertas entrañas, remite el rigor natural con que tan estirado tienes ese delicado cuerpo; bájate para que yo pueda tomar mi caro depósito. Pero, señora, si no se os concede eso; si no hay orden de sepultar vuestro hijo, ¿qué haréis?—¿Qué? Morir aquí en su compañía.—Si Joab, echando mano del altar, aferra de manera que por no salir ni soltarlo se dejó matar en el mismo lugar: *Non egrediar, sed hic moriar*, la Virgen que está *juxta crucem*, asida de aquel altar y propiciatorio, donde se ofreció aquel holocausto de infinita suavidad para aplacar al Padre, seguro que no le deje. *Non egrediar, sed hic moriar:* «No me iré, sino aquí me quiero dejar morir». Aquella mujer Respha que tenía crucificados dos hijos, vistióse de cilicio, y echada en una piedra los guardó desde el principio de las mieses hasta que comenzó á llover por el otoño, sin dejarlos comer á las bestias de noche y á las aves de día, hasta que constando al rey David la perseverancia de la madre, mandó que enterrasen honradamente á los hijos. Vos, señora, tenéis un hijo crucificado, que aunque es uno en la persona tiene dos naturalezas, divina y humana; no os faltará ánimo ni valor para guardar vuestro hijo, y no partiros de día ni de noche de él, no sólo para aventar las fieras, sino para arrodillaros á los sayones que le quisieren maltratar. Pero el Padre eterno, vista vuestra constancia, teniendo atención á vuestras lágrimas, manda que vuestro hijo sea honradamente enterrado. Y así pone en corazón á José, noble caballero, que era discípulo de Jesús (pero hasta allí había estado encubierto por miedo de los judíos); éste toma la mano en hacer ese entierro. *Et audacter introivit ad Pilatum et petiit corpus Jesu*. Ayúdale también para ello Nicodemus, maestro de la ley, que antes había hablado con Cristo de noche, y dándose por su discípulo ahora se descubre y trae cien libras de mirra y áloes para embalsamar el cuerpo. Extraños efectos fueron los de la sangre de Cristo, y muy nuevo el modo de pelear que el Salvador en su pasión inventó; y conviénenos saberlo,

pues somos soldados de su milicia. Esto es, pues, lo que anima á José que hable á Pilatos, y á Nicodemus que lo acompañe.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Pilatus autem mirabatur si jam obiisset. Como las prosperidades de los enemigos siempre parecen mayores, así los desastres y tormentos siempre parecen menores. No le parecieron á Pilatos los tormentos de Cristo tan grandes que le pudiesen tan presto acabar; y así se espantó que sea muerto. ¿De qué te espantás, Pilatos? ¿No ves que con ser Dios también es hombre y mortal como tú? Mandaba la ley que no diesen más de cuarenta azotes al malhechor, porque no cayese muerto á los pies del verdugo; mándasle tú dar seis mil con rabiosa crueldad, ¿y maravillaste que sea muerto? Cuando salió de tu casa con la cruz á cuestas, era tan grande el peso, y tanta su flaqueza, que alquilan un hombre bajo que se la ayude á llevar, porque no expire en el camino, pasando sobre esto de nuevo tantos dolores, que cada uno por sí bastaba á acabar un hombre, ¿y maravillaste? Estando los hijos de Israel afligidos y cansados sobre manera en Egipto, aborrecidos y maltratados de los gitanos, tanto que dice la Escritura que *ad amaritudinem perducebant vitam illorum operibus duris luti et lateris;* que les daba la más amarga y triste vida que jamás tuvo forzado de galera, ocupándolos en obras durísimas y muy pesadas: en hacer de barro ladrillos y otros servicios de gran trabajo con que los traían molidos y acosados. Y con todo eso le parece al tirano tan pequeño su trabajo que dice: *Vacatis otio:* «Estáis ociosos, y no hacéis nada». Así hay gentes que no se duelen de los trabajos de los otros más que si los viesen en un perro. Duros sin piedad, que os verán morir y harán burla de vos. Tal es Pilato, que se maravilla que haya Cristo muerto. Y para más certificarse, y á petición de los escribas y fariseos, manda que les quiebren las piernas á los crucificados y los quiten de las cruces. Esto pidieron los judíos: que pareció que vivo ni muerto lo podían sufrir. Vinieron, pues, los soldados á ponerlo por obra. ¡Qué asombros, qué temores pasaría la Virgen viéndolos venir! — ¡Oh, hijo mío, que no basta haberte quitado la vida, sino que aun al cuerpo muerto no perdonan! Ruega á tu Padre que los amanse. Padre eterno, santísimo, baste ya si sois servido lo que hasta aquí se ha pasado; no permitáis, Señor, más crueldades en el cuerpo difunto de mi hijo.—Llegan los soldados y echan mano á las espadas y cortan las piernas á los ladrones. Muere el bueno, y va en seguimiento de Cristo, ¿Quién duda sino que la Virgen lo consolaría y ayudaría á morir? Ea, señora, ¿queréis algún despacho para vuestro hijo? Porque hay mensajero cierto para donde él está: el ladrón está el pie en el estribo, y antes de mucho estará con él. Bien creo que le daría encomiendas para su hijo. *Ut nuncietis ei quia amore langueo*: «Decidle que estoy enferma de amor, que me aqueja su deseo y me atormenta su soledad». *Ad Jesum autem cum venissent, ut viderunt eum jam mortuum, non fregerunt ejus crura.* Vienen también á quebrantar á Cristo las piernas. ¡Oh, Virgen, poneos delante por escudo; descarguen sobre vos sus rigurosos brazos! ¡Cómo se arrodillaría la Emperatriz de los ángeles delante dellos!—¡Por Aquel que nos mira desde el cielo que no le lastiméis! Yo soy la madre que lo parió, afligida y desconsolada; si mi hijo os tenía descontentos y agraviados, ya le habéis muerto; él os tiene perdonada la muerte, y yo os la perdono. Y si no estáis satisfechos, volved contra mí vuestras espadas, quebrad en mí vuestros enojos y dejadle á él.—Mientras ella estaba haciendo estas súplicas, *unus militum lancea latus ejus aperit*, llega Longinos y por cima la cabeza de la madre dale por el costado una cruel lanzada, que rompe el pecho y va rasgando las entrañas hasta llegar al corazón. ¡Oh, manos crueles! ¡Oh, lanza rigurosa, y qué de entrañas atraviesas! ¡Oh, madre bendita, cumplido es ya vuestro deseo; escudo sois hecha de vuestro hijo, pues aquel golpe á vos hiere y no á él! Deseábades los clavos y las espinas: eso para su cuerpo; la lanzada se guardaba para vos. El alma de vuestro hijo ya era salida del cuerpo, y en su lugar había entrado la vuestra; allí se había anidado aquella paloma sin hiel. Sola estaba entonces en la posada, y más vivía en aquel pecho que en su propio cuerpo. Y así el hierro desapiadado y crudo abre el costado del hijo y traspasa el alma de la madre. Y advertid que no sin gran misterio dice el evangelista de esta lanza no que hirió á Cristo, sino que abrió su costado, para significar que ya está abierta la puerta de la vida. Esta no es lanza, sino lanceta que acertó y rompió la vena de nuestra salud. Más hicistes vos, Longinos, que el querubín portero del Paraíso. El con su espada guarda la puerta del Paraíso cerrada; vos con vuestra lanza la descerrajastes, franqueando á todos la entrada. Abiertas están las cataratas del cielo, y de ellas manan agua y sangre para fertilizar la tierra. Esta es la fuente viva que mana en medio del Paraíso, que riega toda la ciudad de Dios. De aquí manan los sacramentos que tienen virtud de santificar las almas, agua del costado y sangre del corazón.

CONSIDERACION SEXTA

Vienen, pues, José y Nicodemus, con la licencia de Pilatos; y cuando la Virgen los viese venir, pensaría que por mandado del juez tornaban otra vez á cortarle las piernas; pero llegando ellos y viendo aquel doloroso espectáculo: el hijo tan llagado y descoyuntado y la madre tan triste y afligida, atónitos no hablarían palabra, como los amigos de Job. *Videbant enim dolorem esse vehementer;* porque juzgarían ser vehementísimo su dolor. Pero, después, tomando un poco de más osadía, le dirían: ¡Oh la más bendita de las mujeres y la más atribulada; Dios os dé fuerzas, señora, y os consuele en tan gran angustia! Veis aquí dos discípulos de vuestro hijo; bien quisiéramos quitaros este dolor y no fuimos parte, ni consentimos en su muerte; mas como éramos pocos y ya que en vida no pudimos servirle, haremos lo que es posible en la muerte. La más agradecida de las criaturas, ¿qué gracias les daría, qué bendiciones?—Dios os lo pague, señores, y de su mano hayáis el galardón de obra tan piadosa. Ruégoos que lo quitéis de la cruz y me lo deis en mis brazos, para que yo en los suyos muera.—Suben con una escalera, andan las tenazas y los martillos y con mucho tiento le quitan los clavos y la corona; y los que estaban abajo pónenlos en las manos de la madre. ¡Oh clavos que habéis atravesado mi corazón! ¿cómo os atrevistes á romper la carne de vuestro criador? ¡Oh clavos que habéis sustentado al que sustenta los cielos! de vosotros ha estado pendiente el peso de la justicia divina y el contrapeso de los pecados del mundo. ¡Oh corona de todas las coronas y cabeza de la Iglesia! ¡Oh corona del que es gloria y corona de los hombres, y reparte coronas á los reyes y emperadores! ¡Oh espinas que entrando por la cabeza santa habéis llegado á lastimar mi corazón! Espinas que soléis lastimar los pies, ¿cómo habéis subido á la cabeza? ¡Oh juncos criados en el agua del mar, y ahora regados con la sangre y mar de misericordia de mi hijo! Pues ya cuando baja el santo cuerpo y lo ponen en su regazo, allí son las angustias y lamentaciones. Apriétalo en sus brazos; hace con ellos un nudo ciego, pone su rostro entre las espinas que en la cabeza quedaran fijadas, y comienza á regar el rostro sangriento y desfigurado.—¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbre de mis ojos escurecida! ¡Oh sol de mi alegría eclipsado! ¡Oh rosa del Paraíso! ¿cuáles han sido las manos que así os han sobajado y marchitado vuestra hermosura? ¡Oh espejo cristalino de mi alma! ¿quién os ha quebrado?—Cercan todos el santo cuerpo, regándolo y lavándolo con fuentes de lágrimas. Llega la Magdalena y abrázase con los pies.—¡Oh pies que para andar á buscar esta oveja perdida os habéis espinado con clavos!—Llega San Juan y pone la boca en el costado.—¡Oh pecho divino y sagrado escritorio de los secretos de Dios, de otra manera estáis ahora que ayer cuando me recosté aquí! ¡Oh recámara real, donde yo fui secretario! ¿cómo estáis abierta de par en par?—Las Marías entréganse en aquellas manos de su sobrino, de quien tantas bendiciones habían recibido.—¡Oh manos que daban vista á los ciegos, con lodo; manos que tocaban á los leprosos sanaban, los sordos oían, los mudos hablaban, los muertos revivían; manos que tocando los panes de cebada se multiplicaban!—Pero más que todos lo contempla la madre, de pies á cabeza.—¡Oh boca llena de mil gracias, de donde tanta suavidad de dotrina ha precedido! ¿quién os ha heleado? ¡Ojos piadosos que con tanta gracia y misericordia mirábades á los afligidos! ¿quién os ha quebrado? ¡Pecho divino tan tierno para los pecadores! ¿quién os alanceó? ¿Tanto os apretó en el amor del hombre, que no cayendo en el pecho, fue menester desabrocharlo con tan grande herida? ¡Oh lanzadas y puerta por donde se nos da el cielo! ¡Oh ventana del arca de Noé, donde se ha de salvar el linaje humano! ¡Oh manos largas para hacer mercedes al mundo, rasgadas con clavos! Que hasta en esto quisistes ser manirroto con los hombres.—Todos lloraban y no se cansaban, ni se acabara el llanto dolorido, aunque el sol se había escondido de piadoso, sino que la noche se acercaba y la fiesta; ya era forzoso despedirse dél y darle sepultura. Ponen el cuerpo descoyuntado en la sábana limpia. Tómanle aquellos varones en sus hombros y comienzan á caminar en procesión, siguiendo poco á poco la madre cansada, acompañada de las santas mujeres. Las lágrimas, suspiros, sollozos con que se respondían unos á otros, más es para contemplar que para decir. Aquí puede el corazón cristiano acompañar este santo entierro, donde hallará cada uno lo que ha menester. Los soberbios hallarán la cabeza humillada y coronada con espinas; los avarientos, las manos rasgadas; los deslenguados, la lengua heleada; los regalados, las espaldas abiertas; los deshonestos y llenos de malos pensamientos, el corazón lanceado; los que andan en malos pasos, los pies atravesados. Llegan al sepulcro y ponen en él el santo cuerpo. Allí quedó el santo José puesto en la cisterna vieja de la muerte. Este es el santo Jonás lanzado en el mar de su pasión y muerte, porque así se sosiegue la tempestad de la ira de Dios. Hoy se encierra en el vientre de la ballena, donde estará tres días y de ahí saldrá á la ribera de la bienaventuranza sin lesión alguna. Cubren con una losa el sagrario donde queda el cuerpo del hijo

y el alma de la madre. Mirad cuál quedaría aquella Luna hermosísima eclipsada por la interposición de la tierra entre ella y el Sol. ¡Qué triste y solo le parecería el mundo! Allí llegan las Marías y le ponen en su cabeza tristes tocas de luto como á huérfana, como á viuda; su divino rostro cubierto. Comienzan á caminar para Jerusalem, después de haberse despedido del sepulcro. Diría la apasionada señora á los que encontrase: *Oh vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus; quoniam vindimiavit me Dominus in die iræ furoris sui*. Comparad la vendimia de vosotros con la mía, veréis si hay dolor que se me iguale. ¿Quién vendimia tan por menudo que no deje algún rebusco? De tal manera nos vendimia Dios que en fin nos deja algún consuelo. Si te llevó el padre, dejóte el marido; si te llevó el marido, dejóte la madre, si te faltó el hermano, ahí te queda un tío. Misericordioso es Dios en vendimiarte. Pero el fruto que nos dio aquel racimo grande, que hoy trujeron á mostrar en aquel palo atravesado, no le dejó una sola uva. En aquel racimo va todo; en él llevó padre, madre, hijo, esposo, hermano, y todo su bien. Llega la Virgen á su casa; púsose á un rincón sola. Como hace la tortolilla que ha perdido su compañía, que no se sienta en ramo verde, ni en árbol florido: hartaríase de aquellas lágrimas turbias. Creo que se llevaría consigo la corona, y los clavos; ese sería su libro. Allí lamentaría su viudez y soledad. ¡Oh ángeles, oh hombres, oh mundo universo!, venid á consolar á la reina del cielo, á la madre de misericordia que está en la mayor amargura que se puede pensar; venid, que en los trabajos se parecen los amigos. Si queréis hacer placer al hijo, acompañad á la madre, para que os dé en esta vida la gracia, con que después participéis del gozo de la resurrección de la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO DE LA RESURRECCIÓN

DE JESUCRISTO NUESTRO REDENTOR

Jesum quæritis, Nazarenum, crucifixum; Surrexit; non est hic.
(MARC., 16).

Después que la valerosa Judit acabó aquella hazaña tan memorable de cortar la cabeza á Holofernes, y desbaratar con esto todo el poder de los asirios, y libertar su patria del cerco y opresión en que estaba, Joaquín, sumo sacerdote, vino á Jerusalem con todos sus ancianos y presbíteros á visitarla, deseosos todos de ver una mujer que á obra tan señalada pudo dar cima; y en viéndola, todos á una voz le echaron mil bendiciones diciendo: Tú, gloria de Jerusalem; tú, alegría de Israel; tú, honra de nuestro pueblo, pues hiciste una obra tan varonil y tuviste tan esforzado corazón, y por esto serás eternamente bendita. A lo cual todo el pueblo respondió. *Amen, amen; fiat, fiat*. En este día solemnísimo de la triunfante resurrección de Cristo nuestro Redentor, en que el príncipe deste mundo con todo su poder queda quebrantado y el linaje humano redimido, justo es ir á visitar á la real Princesa y Emperatriz de los ángeles, á aquella mujer famosa y fuerte de quien al principio del mundo pronunció Dios que quebrantaría la cabeza de la serpiente maldita: *Ipsa conteret caput tuum*, porque de sus entrañas saldría quien destruyese la infernal tiranía y potencia del demonio. No hay duda sino que aquellos santos patriarcas, que, como dice San Mateo, resucitaron con Cristo y viniendo á la santa ciudad aparecieron á muchos, no dejarían en primer lugar de presentarse á esta señora que tanta parte fue de su libertad, y le darían el parabién de la resurrección de su hijo, y las gracias de sèr ella la medianera de nuestra salud. Pero no vendrían solos, sino acompañando al gran sacerdote Jesús; no ya vestido de ropas manchadas cuales las tuvo en su pasión, sino del pontifical preciosísimo y resplandeciente de su cuerpo glorificado. Y to-

dos á una entonarían las alabanzas de la verdadera Judit: *Tu, gloria Jerusalem; tu, lætitia Israel; tu, honorificentia populi nostri*. «Tú, gloria de la triunfante Jerusalem; tú, alegría de la militante Iglesia, honra de todo el linaje humano», porque eres la segunda Eva de quien mucho mejor que de la primera se puede decir: *Hæc vocabitur virago*. «La varonesa»; que como coluna inmóvil estuviste junto al árbol de la cruz entreviniendo en la obra de la Redención; así como la primera Eva junto al árbol prohibido entrevino en nuestra perdición, y así seréis bendita para siempre. Á estas aclamaciones habemos de responder nosotros: *Fiat, fiat. Amen, amen.* Todos debemos decir esto. Sólo el pecador es el que está mudo y calla, porque *non est speciosa laus in ore peccatoris*. Y así, para ser admitidos en aquel coro de justos, y juntar nuestras voces con las suyas, supliquemos á la divina Virgen nos purifique lenguas y corazones con el fuego de la gracia, alcanzándonosla mediante su intercesión sacratísima. Ave.

INTRODUCCION

David, hombre cortado al talle del corazón divino, como aquel que bien sabía la buena condición de Dios, y qué poco le dura el enojo; cuán breve es en sus cóleras y largo en su clemencia, momentáneo al azote, eterno al regalo, dice en el salmo 29: *Ad vesperum demorabitur fletus et ad matutinum lætitia*. «A la tarde se deterná el lloro, y á la mañana nacerá el alegría». Tan pronto como esto se muda el tiempo, que si viene con pesar la noche, amanece con placer el día. Sácase de aquí una diferencia entre el día de Dios y el día del hombre; que el día de Dios empieza por la tarde y acaba en la mañana: *Factumque est vespere et mane dies unus*. Aquellos días primeros que hizo Dios en el mundo, primero tuvieron la tarde que la mañana. Pero el día del hombre es al revés: empieza por la mañana y acaba en la tarde. *De mane usque ad vesperam finies me* (Isai., 38). «De la mañana á la tarde me acabo», decía un rey que se estaba muriendo. Mi día empieza en luz y acaba en tinieblas. Dios empieza por trabajos breves y acaba con descansos largos. Los hombres *ducunt in bonis dies suos et in puncto ad inferna descendunt* (Job, 21): «Gastan sus días en contentos momentáneos, y súbitamente descienden á los tormentos sempiternos». Es que el mundo pone al principio del banquete el mejor vino y á la postre da la zupia; tiene mal dejo. Dios guarda para la postre lo mejor. Dice Casiodoro que si un hombre hubiese de tener dos días, uno bueno y otro malo; y dejasen á su elección por cuál quería empezar, si escogiese primero el bueno vendría á tener dos días malos; porque el bueno se haría malo con el temor del segundo. Pero si escogiese antes el malo tendría dos días buenos, porque el malo con la esperanza del bueno se haría bueno, pues desde las vísperas empieza la solemnidad del día; y el día bueno parecería mejor y más gustoso, por venir tras los trabajos y molestias del día malo. Y así es lindo orden y maravilloso concierto el que Dios guarda en su día, para que la tarde sea más tolerable con la esperanza de la mañana, y el día más alegre por suceder á la noche. No parece tan claro y hermoso el sol como cuando sale tras los nublados espesos y oscuros que han tenido marañado el cielo. No es tan apacible la bonanza y serenidad del mar como cuando le ha precedido alguna borrasca y furiosa tormenta. Por eso se celebra tanto la alegría de una victoria; porque se ha comprado con sangre y con los peligros de la batalla. Y aquella honra suele ser más estimada, que se alcanza después de la afrenta é ignominia. Y así el llanto de la víspera hace crecer el gozo del día. *Ad vesperum demorabitur fletus et ad matutinum lætitia*.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Ningún día ha tenido el mundo más solemne y glorioso que el de la Resurrección de Jesucristo nuestro Redentor. Dice San Agustín, que como la madre de Dios tiene el primado entre las mujeres, así este día de la resurrección de Cristo entre todos los días se lleva la gala. Este es el que por excelencia se llama el día de Dios. *Hæc dies quam fecit Dominus; exultemus et lætemur in ea*. Este es su día en que acabó la más señalada de sus obras. Día todo de Dios y de su gloria, que no tuvo parte la culpa que el hombre hizo ni la pena que se le siguió. Pues siendo día de Dios, conforme á su estilo empieza por la tarde y acaba en mañana. La víspera fue la pasión del Salvador. ¡Oh qué tarde tan triste, qué noche tan lóbrega y melancólica y lamentable! Pero la mañana de la Resurrección, alegre y regocijada. *Exultemus et lætemur in ea:* «Gocémonos y alegrémonos en ella». *Ad matutinam lætitia*. No es alegría esta particular de una casa, como el nacimiento de Isaac, que fue risa de sus padres. No de la vecindad, como el del Baptista. No de un linaje entero, como la presidencia de Josef en Egipto. No de una ciudad, como la libertad de Betulia. No de toda una nación, como la salida del pueblo del cautiverio de Babilonia y la revocación de sentencia de muerte que estaba dada contra los hebreos por la malicia de Amán, sino alegría general de todo el mundo. Así como la tarde ó víspera, que fue el

tiempo de su pasión, fue la más triste y dolorosa que jamás ha habido; y en ella todas las criaturas en su tanto lloraron y se condolieron de su criador. El cielo se puso luto con horribles tinieblas. El sol, rehusando ver desnudo al que le vistió de luz, escondió sus rayos resplandecientes. La luna quedó por el mismo caso eclipsada. La tierra con espantoso terremoto se abrió, para tragar si pudiera á aquellos crueles verdugos. Las piedras tañeron á doble, hiriéndose unas con otras; y como reprehendiendo la dureza de aquellos corazones empedernidos, se hicieron pedazos. Los ángeles, no teniendo por suficientes las lágrimas de los hombres, se vistieron de cuerpos aéreos para llorar aquella muerte: *Angeli pacis amare flebunt.* (Isai., 33). Y finalmente, toda la naturaleza hizo sentimiento y quisiera acabar con su hacedor, como dice San León papa: *In obitu conditoris sui vellent omnia finire.* Así en el día de su gloriosa resurrección, el cielo y la tierra y todas las criaturas se alegran y cantan dulce aleluya. El cielo se quita el luto y descubre su rostro claro y sereno. El sol apresuró su carrera por ver esta mañana, y con nueva luz sirvió á su Criador en el día de su gloria, así como le había servido con sus tinieblas en el día de su ignominia. La tierra se alboroza con nuevo temblor, no ya de espanto, sino dando saltos de placer y regocijo. Y por concluir, hoy se alegran los ángeles y los hombres, los vivos y los muertos; y hasta al mismo infierno cupo parte desta alegría, porque por virtud de la resurrección de Cristo se abre el infierno y se renueva el mundo y se nos descubre camino para el cielo. Y el infierno abierto suelta los muertos, y el mundo renovado recibe los vivos, y el cielo descubierto aposenta los resucitados. En esta mañana serena, tras los nublados oscuros de sus dolores y penas sale este luciente Sol con su dorada cabellera lleno de resplandores divinos, echando de sí rayos de inmortalidad y gloria con que alegra todo lo criado. En esta mañana, tras aquella brava tempestad y furiosas olas de tristezas y angustias (que como muchas aguas entraron hasta el alma del Salvador y con su ímpetu y pujanza le anegaron) sucede grande tranquilidad y bonanza, y nuestro sabio piloto toma puerto en la tierra de los vivos, donde hay eterna paz y seguridad. En esta mañana, nuestro invencible capitán, después de aquella batalla rigurosa y sangrienta que pasó en el palenque de la cruz contra la muerte y el demonio, triunfa dellos con admirable victoria y les quita los despojos que tiránicamente poseían. En esta mañana, nuestro fiel Mardoqueo, libre ya de su pobreza y abyección, despojado de su saco y cilicio, vestido de vestiduras reales, convertidas sus afrentas en honras, subido en el caballo real de su cuerpo glorificado, por mandado del Padre eterno es ensalzado y entronizado con plenaria potestad en los cielos y en la tierra. Pero si tan alegre es esta mañana; si tan universal es su alegría y tan bastantes causas tiene este gozo, bien dice el Profeta Rey: *Ad vesperum demorabitur fletus; et ad matutinum lœtitia.* «Que los que lloraren á la tarde, se regocijen á la mañana». Mayormente que después de Cristo, nos cabe la mayor parte de la gloria de su resurrección. También el linaje humano tuvo su tarde y noche oscura. San Agustín, explicando este verso, dice: *Vespera fit quando sol occidit; occidit sol ab homine, id est, lux illa justitiæ præsentia Dei:* «La tarde se hace cuando el sol se pone. En pecando el hombre se le puso el sol, aquella luz de justicia que nacía en él de la presencia de Dios». Luego fue tarde. Vino Dios á sentenciar á Adán, *ad auram post meridiem:* «Allá á la tarde». Y Adán rehusaba y se escondía de Dios. *Occiderat illi sol justitiæ; non gaudebat ad præsentiam Dei.* Porque á los ojos enfermos es aborrecible la luz, que á los puros es amable. Desde allí empezó esta vida mortal, esta tarde melancólica. *Ad vesperum demorabitur fletus.* ¡Oh qué larga noche se te apareja, linaje humano! ¡Qué dello durarán tus lágrimas, tu destierro, tu penosa oscuridad! ¿Hasta cuándo? *Et ad matutinum lœtitia.* Hasta la mañana de la resurrección. *In Domino nostro vespera fuit, quia sepultus est; et matutinum quia surrexit tertia die. Sepultus es et tu vespere in paradiso et resurrexisti tertia die* (San Agustín).

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Tres días ha tenido el mundo. El primero, de la ley de naturaleza; el segundo, de la Escritura; el tercero, de la ley de gracia. A la mañana deste resucitó el Señor y con él el linaje humano. ¿Quién podrá encarecer el honor de aquella horrenda y prolija noche en que estuvieron los santos padres del limbo tantos años sentados en tinieblas y sombra de muerte, esperando la luz desta mañana? Si á un enfermo que está una noche con un dolor agudo ó con una recia calentura dando vuelcos en la cama sin reposar se le hace la noche un año, deseando que amanezca el día y que entre un rayo de luz por la ventana, que tan poca parte ha de ser para curar su dolencia; si tan breve espacio parece tan largo, y tan pequeño remedio se desea tanto, ¿qué sentirían los que á cabo de tantos años padecían oscuridad de aquella noche tan larga y deseaban un tan gran remedio como la venida de Cristo su libertador? Pues en acabando el Hijo de Dios de rendir el alma en la

cruz en las manos del Padre, luego aquella alma gloriosa omnipotente decendió real y sustancialmente á las cavernas de la tierra y entró en las cuevas del limbo, á donde estaban depositadas las almas de todos los justos que vivieron con su temor y murieron con su esperanza. Y con su presencia ilustró aquellas tristes moradas y esclareció aquella noche eternal; y con la visión de su divinidad los beatificó á todos y hizo del limbo paraíso. ¿Qué lengua podrá explicar el alegría destos padres, viéndose en un instante trasladados de un extremo á otro? ¿De tan tristes tinieblas á tan grande luz? ¿De tan miserable destierro á tan dulce patria? ¿De tal cautiverio á tal libertad? ¿De tan oscura noche á tan claro día de la eternidad? También, ¿qué temores serían los de aquellas infernales compañas cuando sintieron el poder infinito del noble conquistador que los iba ejecutando, con que quebró sus fuertes cerrojos y candados y entró por sus términos y jurisdicción, no como reo, sino como juez; no como culpado, sino como acometedor? *Tunc conturbati sunt principes Edom, robustos Moab obtinuit tremor. Obriguerunt omnes habitatores Canaam* (Exo., 15). «Entonces fueron turbados los príncipes de Edón y ocupó el temblor á los valientes de Moab, y se pasmaron todos los moradores de la tierra de Canaan». Caiga, Señor, sobre ellos miedo y asombro, por la fortaleza de vuestro brazo. Sean hechos inmobles insensibles como piedras mármoles, hasta que pase vuestro pueblo, este pueblo de santos que rescatastes y poseistes, y con la virtud de vuestra sangre sacastes del lago en que no había agua. Y los mismos santos redimidos, viendo ya sus tinieblas alumbradas, acabado su destierro y su gloria comenzada, ¿con qué voces y júbilos aclamarían al triunfador de los enemigos? *Cantemus Domino; gloriose enim magnificatus est; equum et ascensorem projecit in mare* (Exo., 15): «Cantemos al Señor porque gloriosamente ha triunfado, bravosamente lo ha hecho, muy valiente ha andado. Al caballo y al caballero arrojó en el mar». *Dominus quasi vir pugnator; omnipotens nomen ejus; currus Pharaonis et exercitum ejus projecit in mare:* «El Señor como poderoso guerrero hundió en el mar á Faraón y á sus carros y ejércitos». Al demonio y al pecado y á la muerte anegó en el mar Bermejo de su sangre. *Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine; dextera tua, Domine, percussit inimicum:* «Tu diestra, Señor, ha descubierto tu fortaleza; con golpe irreparable hirió al enemigo y con la muchedumbre de tu gloria derribaste á todos nuestros adversarios». Veis aquí cómo en el limbo hubo llanto á la noche y á la mañana alegría. Pero, Dios mío, no os olvidéis de vuestro cuerpo virgíneo, fiel compañero que también os ayudó en la batalla de la pasión; daos priesa á sacarle de la escuridad de la sepultura. Ya se llegaba el día tercero y empezaba á reir el aurora más clara y serena que vieron los siglos, cuando aquella alma poderosa, unida al Verbo eterno, y acompañada de aquel senado gravísimo de justos (desde los primeros padres y Abel su hijo hasta el alma del santo ladrón) sale de las entrañas de la tierra con tan rico despojo y llega al sepulcro alegrísimo y más que el sol resplandeciente. Cual el capitán, alcanzada la victoria, para haber de repartir los despojos en su tienda; cual el piloto al puerto, pasada la tempestad con gran bonanza, á unirse al santo cuerpo que tan afeado le tenían nuestros pecados. Levántase más hermoso que el sol que pasa por la vidriera, que la esclarece y hermosea con sus rayos, haciendo salir con su luz aquellos varios colores de que estaba matizada. Sale Cristo resucitado del sepulcro, habiendo su alma santísima entrado en el cuerpo y héchole parte de los dotes de la gloria de que estaba llena. Que justo era que quien tanto había servido y padecido en aquella jornada gozase enteramente de los frutos y despojos de la victoria, y resplandece más que el sol el que estaba escurecido más que la noche, hermoso el afeado. Y muéstrase, *candidus et rubicundus:* «Blanco y colorado» el esposo de las almas que antes habían visto en la cruz sangriento. Y al que dijeron viéndolo así lo que Séfora: *Sponsus sanguinum tu mihi es:* «Sangre os ha costado mi desposorio», costoso os ha salido mi casamiento; ahora le digan: ¡qué hermoso, qué gallardo salís de la sepultura! *Tamquam sponsus procedens de thalamo suo* (Salmo 28): «Cual el desposado del tálamo rico y bien adornado». Vanle mirando el vestido que saca de inmortalidad, y alabando su gallardía le echan mil apodos, habiéndole dicho que hace á todos ventaja: *Electus ex millibus.* Míranle la cabeza taladrada con las espinas antes y pegados con la sangre los cabellos, remesados y mal compuestos; y vénle ahora tan trocada, resplandeciente con aquellos rayos de gloria que por los taladros salían, que le dejaban más que el brocado roja, rubia y hermosa. Y apodándola, dicen que parece su cabeza un pedazo de oro fino: *Caput ejus aurum optimum.* Míranle aquella frente y mejillas, antes tan acardenaladas y lastimadas, tan blancas, lisas y hermosas, que dicen son como eras de jardines sembradas de olorosas flores. *Genuæ illius sicut areolæ aromatum consitæ a pigmentariis.* Míranle aquellas piernas en la cruz tan lastimadas y flacas, que no pudiendo sufrir en el camino del Calvario el peso del herido cuerpo se doblaron y cayó en tierra; y viéndolas ahora tan fuertes, las apodan á recias columnas de mármol; y á los pies heridos y pa-

sados con crueles clavos, á basas de oro sobre que se fundan. *Crura illius columnæ marmoreæ quæ fundatæ sunt super bases aureas.* Finalmente, viéndole tan acabado y perfecto, le dicen: No hay más que desear; á todo deseo habéis llenado y satisfecho. *Totus desiderabilis.* Pues si tal está y tan para ver, centinelas del cielo, guardas dese santo difunto, puestas por Dios, que tal le ha sacado de la sepultura (lecho donde por solo tres días lo pusieron) desengañad á las Marías que le han velado en la ciudad en compañía de su tristísima madre, y decildes cómo no está ya en el sepulcro. Daldes las alegres nuevas de su resurrección.—Que nos place, que para echar este bando y dar ese pregón estamos aquí. *Surrexit, non est hic.* Sabemos que buscáis á Jesús Nazareno crucificado, aquel Nazareno tan amado vuestro, como bienhechor; no está aquí, que ya ha resucitado. ¿Muerto le buscáis, crucificado y afrentado? Pues sabed que ya está vivo, vencedor de sus enemigos y honrado del Padre.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Jesum quæritis, Nazarenum, crucifixum; surrexit, non est hic. Estas dos palabras tan juntas *crucifixum, surrexit,* nos dicen la gloria deste día y la causa de su mayor contento, el cual es, que cayendo Cristo se levantó y muriendo dio vida. Este es el triunfo de nuestro capitán, nunca vencido; este fue su trofeo, ésta fue su mayor gloria y la razón de nuestra mayor alegría debida á la resurrección del Señor, y tan provechosa para nosotros. Cayó en el Calvario el día tristísimo de su pasión, pero no fue caída afrentosa, aunque le afrentaron con ella: *Vah, qui destruis templum Dei et in tribus diebus illud reædificas.* Pues se levanta al cabo de los tres días, dejando muertos sus enemigos. No tiene por afrenta el buen luchador, cuando anda á las presas forcejando con su contrario para derribarle en el suelo, caer él juntamente si coge al contrario debajo y dejándole rendido se levanta después. Pues así el verdadero Jacob, Cristo nuestro bien, valiente y discreto luchador, anduvo á las presas forcejando en el Calvario con el demonio y con la muerte, grandes y fortísimos luchadores. El demonio tiene grandes fuerzas. *Non est potestas super terram quæ comparetur ei* (Job, 41). Pero más se precia de la maña que tiene en luchar, destreza y ardid. De un solo traspié derribó en el paraíso á las cabezas de todo el linaje humano, y de allí le quedó ser amigo de zancadillas. Conforme á lo que dél dijo Dios: *Tu insidiaberis calcaneo ejus.* «Tú harás guerra á los hombres, dándoles traspiés con grande engaño y cautela». Pues la muerte era tan bravo luchador que no topaba con ninguno que no lo derribase. Viene Cristo y lucha con ellos; conocen su valor, que en algunos reencuentros que habían tenido con él les había vencido, lanzando al demonio de muchos cuerpos á su pesar, y á la muerte sacándole de sus garras algunos muertos. Júntanse, diciendo: *Stemus simul et nullus adversarius prævalebit.* Velos venir Cristo dos á uno; no huye el encuentro ni vuelve las espaldas, sino cierra con ellos y para derribarlos dejóse caer; muriendo cogiólos debajo y rindiólos. De la primera lucha habla el profeta Jeremías: *Fortis impegit in fortem et ambo pariter conciderunt:* «El fuerte fajó con el fuerte y ambos juntamente cayeron». El príncipe de la luz, cuyo nombre es *Deus fortis*, y el demonio, príncipe de las tinieblas, que es el fuerte armado que pacíficamente poseía el mundo que había tiranizado, luchando el uno contra el otro. Cristo no se aprovechó en la lucha de las fuerzas de su divinidad, porque el demonio no se atreviera á cometerle, ni era mucho vencerle con ella, sino mostró la flaqueza de nuestra humanidad, aquellos temblores del huerto, rehusar la muerte. El demonio viendo flaqueza cobró ánimo y presumió derribarle. *Et ambo pariter conciderunt:* «Ambos cayeron». Cristo en el sepulcro y Lucifer en el infierno. Cristo murió, pero el demonio quedó vencido, porque cayó debajo, y Cristo hizo presa en lo mejor que el demonio tenía en su poder, que eran las almas de los santos padres. Y sacándoselas de las uñas y dejándolo vencido, se levanta triunfante y glorioso. *Surrexit; non est hic.* Paréceme esta contienda como la que tiene el dragón con el elefante, según escribe Plinio. El dragón es de complexión calidísima y seca, y así padece gran sed; el elefante, por el contrario, tiene la sangre frigidísima. Lo cual conociendo el dragón por instinto natural, busca al elefante para chuparle la sangre y refrigerar su gran sed; y hallándose arrimado (como él suele) á algún árbol, acométele y trábale con la cola pies y manos, y puesto debajo dél, comienza á chupar y atraer toda la sangre de sus venas. El elefante, viéndose desangrado y ya cercano á la muerte, déjase caer sobre el dragón, y con el peso de su cuerpo lo mata; y así muriendo el elefante consigue victoria contra el dragón. El demonio es significado por el dragón en muchos lugares de la Escritura. *Draco iste quem formasti ad illudendum ei* (Salmo 103). Y San Juan en el Apocalipsis dice: *Michael præliabatur cum dracone et draco pugnabat et angeli ejus.* Es de su condición calidísimo, y con el ardor de su malicia tiene tanta sed de almas, que dice Job: *Absorbebit fluvium et non mirabitur; et habet fiduciam quod Jordanus influat in os ejus.* No tiene en nada de beberse los pecadores que como río arrebatado se van tras la corriente de sus

pasiones, sino que es tanta su sed que se querría beber el Jordán; querríase tragar los justos, que son significados por el Jordán, río santo, en el cual obró el Señor grandes maravillas. Pues este dragon infernal, sediento de la sangre de Cristo, estando él arrimado, ó por mejor decir clavado en el árbol de la cruz, la chupó toda, no dejándole gota en pie, ni manos, ni cabeza, ni cuerpo. Mas Cristo, ya desangrado, inclinando la cabeza se dejó caer sobre el dragón, y con el peso de su divinidad lo venció, y quebrantó la cabeza. *Tu confregisti capita draconis*. Y habiéndole rendido, *surrexit*. Se levantó de la caída más glorioso y triunfante. Mata también con su caída al otro luchador, que es la muerte, hasta entonces nunca vencida. Cuentan las historias fabulosas que luchando Hércules con Anteón, hijo de la Tierra, no le podía vencer, porque en tocando Anteón á la tierra, cobraba nuevo aliento y vigor, porque su madre la Tierra le daba fuerzas. Visto esto por Hércules, levantólo de la tierra en sus brazos, y apretándolo entre ellos lo ahogó. Por esta fábula, como por una alusión ó semejanza, se puede explicar la lucha que tuvo Cristo con la muerte. La muerte era hija de la tierra, porque en nuestra compostura corruptible, que es de tierra, tiene su fundamento. Pues mientras ella peleaba con hombres terrenos, cuyo ser estribaba en la tierra, no podía ser vencida; porque la tierra le daba fuerzas y nuestra propia mortalidad para derribar los hombres. Pues ¿qué hizo Cristo para vencer la muerte? Levantóla de la tierra, púsole en el supuesto divino, queriendo él morir por los hombres. *Qui de cœlo venit super omnes est*. Y San Pablo: *Primus homo de terra terrenus*; *secundus homo de cœlo cœlestis*. En el Calvario fue aquella maravillosa lucha que canta la Iglesia: *Mors et vita duello conflixere mirando*. Moría como hombre y vivía como Dios, que es vida por esencia. En un supuesto estaban muerte y vida. ¿Qué lucha pudo ser más trabada? Y entrambos cayeron; porque el capitán de la vida cayó muerto, pero cogió debajo á la muerte y matóla; y ahora se levanta vivo dejándola muerta. ¿Cómo decís que mató Cristo á la muerte, pues todavía morimos todos y ella reina en todos los hijos de Adán? Tan viva parece que está ahora como antes. Mirad, el hombre incurrió dos muertes por el pecado: una temporal y otra eterna. Cristo nuestro Señor, muriendo, destruyó la muerte eterna luego de los suyos; y así el alma justificada y pura, en saliendo del cuerpo ve á Dios y tiene vida eterna. La temporal no la quiso quitar luego, porque no era justo que dejasen de morir corporalmente los hombres habiendo muerto Cristo, que es cabeza de todos los predestinados. Pero destruirla ha el día del juicio cuando todos resucitarán para no morir. Entonces cesará el reino de la muerte y le darán la vaya y grita. *Cum mortale hoc induerit inmortalitatem, tunc fiet sermo qui scriptus est: Absorta est mors in victoria. Ubi est mors victoria tua? Ubi est mors stimulus tuus?* Y porque aquella general resurrección se ha de hacer por virtud de la pasión y resurrección de Cristo, y él la mereció muriendo, por eso se dice que con su muerte mató nuestra muerte. Más. Así como á Adán dijo Dios que moriría en comiendo del árbol vedado, aunque vivió después muchos años, pero luego en pecando murió, porque incurrió en la necesidad de morir que antes del pecado no tenía, así la muerte fue muerta cuando murió Cristo; porque antes la muerte era inmortal y por la muerte de Cristo caminó á morir y á ser destruída. Item. Y á la muerte del justo no es muerte, sino paso para la vida eterna; no es fin del justo, sino principio de su bienaventuranza.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Aunque los evangelios no cuentan el aparecimiento y visita de Cristo á su madre benditísima; pero no es cosa que puede caer debajo de dudas, como lo afirman comúnmente todos los santos, y se prueba por evidentes razones. La primera, porque la visión beatífica es premio de la fe; y así el Señor (dice el Sabio) *apparet his qui fidem habent in illum*. La Virgen santísima fue columna inmóvil de la fe firmísima, que nunca vaciló ni titubeó para caerse. Tuvo fe viva, operatoria, y con esto hizo á todos ventaja. Luego á ella se le había de aparecer la primera. Lo segundo, Cristo nuestro Señor dice: *Qui diligit me, diligetur a Patre meo, et ego diligam eum et manifestabo ei meipsum*, que es señal de perfecto amor. Luego si la Virgen amó á Cristo como á hijo único suyo, y como á su Dios, y fue amada dél sobre todas las criaturas, convino que se le manifestase resucitado y glorioso la primera de todas. Lo tercero, precepto divino es: *Honora patrem tuum et gemitus matris tuæ ne obliviscaris* (Ecles., 7). Cristo honró siempre en todas las cosas á su Padre: los gemidos de su madre fueron muy dolorosos (no cuando le parió, sino cuando le vio morir), pues no era razón que se olvidase el buen hijo de venir á consolar á su madre, que tan buena compañía le hizo en los tormentos de su cruz. Si estuviese un hijo de una viuda cautivo en Argel, y tuviese su madre nueva dél que es muerto, y volviendo él de allá sano y salvo fuese á visitar á otras personas extrañas, y no fuese primero á consolar á su madre afligida por su muerte, éste no sería buen hijo. Mirad vos lo que hiciérades teniendo tan buena

madre en este caso, y eso entended que hizo Cristo, y mucho mejor. Y así el Papa, el día de la Pascua, la primera estación la hace á Santa María la Mayor, mostrando en esto que fue la primera visita de Cristo resucitado á su sacratísima madre. No honrara Cristo á su madre si primero se apareciese á otros y los visitara y consolara que á ella. Justo era que, pues ella fue la primera que le vio y adoró en carne mortal, le viese en esa misma ya inmortal y glorioso, no acordándose del trabajo del parto al pie de la cruz por el gozo de la resurrección; pues había ya nacido un hombre nuevo en el mundo, renovador de los hombres y causador de nueva alegría de los ángeles. Pero los evangelistas no escribieron esta visita á su madre santísima porque (como dice San Agustín) cualquiera que la leyera lo tuviera por escritura superflua, pues era cosa evidente había de aparecer primero á su madre que á los demás. Y porque en la Escritura no ha de haber nada superfluo ni falto, así lo dejaron de escrebir. Y si San Marcos dice que apareció primero á María Magdalena, respóndese que cuenta los testigos de la resurrección que no pudiesen tachar los incrédulos é infieles; y por eso no cuenta á la madre, que aunque era más fidedigna que todos, mas por ser parte á los infieles no hiciera fe su dicho. Lo segundo, porque el evangelista cuenta las visitas que hizo Cristo resucitado, y destas la primera fue á la Magdalena. El hijo venido de Indias llega á casa de su madre y por la mañana va á visitar á su amigo y dícele: Esta es la primer visita que hago después que vine.—Pues, señor, ¿no estuvistes ayer con vuestra madre?—Señor, esa no es visita, sino irme á mi casa; ahora que salgo della á visitar, la primera estación es á la vuestra. Así Cristo resucitado, lo primero que hace es irse á su casa, donde está su madre; y cuando salió á visitar á los suyos, apareció primero á la Magdalena. Esta fue la primera visita. ¡Cuánta sería la alegría de la Virgen sacratísima cuando viese á su hijo resucitado! Si á Sara le dijeran á lo que iba Abraham cuando llegó denoche á Isaac, y supiera el mandamiento de Dios que fuese sacrificado, ya veis lo que sentiría. Pues, ¿cómo se alegraría cuando lo viese tornar vivo? Pues la Virgen santísima no fue de oídas, sino con sus propios ojos vio á su amantísimo hijo Isaac ser sacrificado en la cruz, por la obediencia de su eterno Padre: allí le vio, abrasado en el fuego de su caridad, morir con tantos tormentos. Pues cuando le viese volver vivo, ¿qué alegría, qué gozo sería el suyo? Mucho se alegraría Yocabed, madre de Moisés, viendo que el niño Moisés, á quien había echado en el río y ofrecido á peligro tan manifiesto, le viese volver á su casa por mandado de la hija del rey, con seguridad suya y nombre de hijo adoptivo. Si Jacob se alegró tanto cuando después de haber llorado con tantas lágrimas á Josef, su muy amado hijo, por muerto, le dijeron que era vivo y señor de toda la tierra de Egipto, fue tanta su alegría y espanto que como quien despierta de un pesado sueño no acababa de entrar en su acuerdo, ni podía creer lo que los hijos le decían; pero ya que lo creyó, *Revixit spiritus ejus*: «Volvió su espíritu á revivir de nuevo», y dijo: *Sufficit mihi si adhuc Joseph filius meus vivit. Vadam et videbo illum antequam moriar*: «Bástame este solo bien, si Josef mi hijo es vivo iré y verlo he antes que muera». Pues si con tener once hijos en casa, tanta alegría recibió en saber que uno solo á quien él tenía por muerto era vivo, ¿qué alegría recibiría la Virgen sacratísima que no tenía más que uno, y era tal y tan querido, después de haberle visto muerto, enterrado en el sepulcro, le viese ahora resucitado y glorioso, y no señor de Egipto, sino de todo lo criado? *Revixit spiritus ejus*. Resucitó y revivió ella también en su espíritu que tan triste estaba. Con cuya intercesión sacratísima revive el nuestro y resucita á la vida de la gracia con esperanza de la gloria. Amén.

CONSIDERACIONES
DEL
LUNES DESPUES DEL DOMINGO
DE LA RESURRECCION

Duo ex illis ibant ipsa die in castellum quod erat in spatio stadiorum sexaginta ab Jerusalem, nomine Emmaus.
(Luc., 24).

El santo Evangelio contiene uno de los aparecimientos que hizo Cristo el mismo día de su resurrección, cuando andaba haciendo testigos della á los que después la habían de publicar. Tenemos en un misterio tres artículos de fe. El primero, la descendida del alma beatísima de Cristo al limbo donde estaban los santos padres. El segundo, la resurrección suya al tercero día después que murió. El tercero, la nuestra, que será en el juicio final. San Augustín dice que el misterio de la resurrección de Cristo es propia fe de los cristianos. Porque su muerte los judíos y paganos la pregonan; mas creer que resucitó glorioso con la monarquía del mundo, ese es el tesoro y mayorazgo de los fieles. Pues creer nuestra resurrección á vida perdurable es el fundamento de toda la filosofía del Evangelio. Porque si no se cree premio para la virtud y castigo para el vicio que dure en la otra vida eternamente, la vida cristiana sería la más desdichada de todas, como dice San Pablo. Por eso se entretuvo Cristo cuarenta días para fundar esta fe; y el día que resucitó, después que visitó á su madre y le dio las buenas Pascuas, y consoló á la Magdalena, luego á todas tres Marías, después á Pedro, apareció á estos discípulos que iban á Emaús; á la noche, á todos, excepto Tomás. El sermón tendrá dos partes. En la primera, trataremos de la resurrección de Cristo y la nuestra. En la segunda, del Evangelio, y por que no seamos tardos y fríos para sentir estos misterios, supliquémosle encienda nuestros corazones como hoy á estos discípulos, dándonos su gracia por intercesión de la Virgen santísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

El evangelista San Juan, en el capítulo V del libro de sus Revelaciones, cuenta una visión admirable. Y es que por una puerta que se abrió en el cielo vio en él una silla y trono real en que estaba asentado uno cuyo rostro resplandecía como piedras preciosas, y que en su lado derecho tenía un libro escrito dentro, y fuera con siete sellos sellado. Y vio un ángel poderoso que dio una gran voz y dijo: *Quis est dignus aperire librum et solvere signacula ejus?* «¿Quién será digno, quién tendrá poder de abrir el libro y desatar sus sellos?» Y no se halló en el cielo, ni en la tierra, ni debajo della, alguno tan confiado que probase el aventura ni presumiese abrirlo. San Juan debía de estar cudiciosísimo de ver lo que había en el libro, pues no sin causa estaba tan guardado. Y como no había quien satisfaciese á su deseo, afligióse tanto que se deshacía en lágrimas. Llegóse á él uno de veinticuatro senadores ancianos que asistían ante el trono de Dios, y díjole: *Ne fleveris. Ecce vicit leo de tribu Juda, radix David, aperire librum et solvere septem signacula ejus:* «No llores, enjuga las lágrimas, porque ya ha vencido el león del tribu de Judá, raíz y tronco de David; y desta victoria sale con poder para abrir el libro y quitar sus manecillas selladas, de modo que todos lo puedan leer». Y luego dice San Juan que en medio de aquel teatro vio un cordero que estaba enhiesto y como muerto, y tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete dones del espíritu de Dios, y tomó el libro de la diestra del que estaba sentado en el trono, y le abrió sin dificultad. Y abierto, todos cuantos estaban delante del trono se postraron en tierra y comenzaron á tocar las cítaras que tenían en las manos, y á cantar con gran melodía un motete en alabanza del cordero: «Digno eres, Señor, de abrir el libro y sus sellos, pues fuiste muerto, y con tu sangre nos redimiste y nos hiciste reyes y sacerdotes y reinaremos sin fin». Este libro cerrado, ¿qué

otra cosa es sino la disposición de Dios, y sus secretos consejos encerrados en la divina Escritura? La cual se llama un libro, porque fue escrita con un mismo espíritu, un mismo autor; y porque es tesoro y sagrario de una misma palabra de Dios. Este mismo libro vio Isaías cerrado y sellado, que ni el idiota ni el letrado lo pudieron leer. Ecequiel le vio envuelto. Y añade una cosa que San Juan calló: que en el libro estaban escritas *lamentationes et carmen et væ*. Tres materias son las que principalmente se tratan en este libro. Llanto de penitencia y lágrimas, que se persuaden á los penitentes. Música de premios que se prometen á los justos. Ay de amenazas que se hacen á los pecadores. Está escrito dentro y fuera el libro: porque tiene sentido literal y espiritual, paja y grano, corteza y medula. Está cerrado y sellado con siete sellos, que son siete misterios de Cristo que en la Escritura están contenidos, todos altísimos: la Encarnación, la Pasión, la Resurrección, la Ascensión, la Misión del Espíritu Santo, la vocación de la gentilidad, la segunda venida del Cristo á juicio. En cada cosa destas hay grandes profundidades. Y no se hallaba en el cielo, donde hay ángeles; ni en la tierra, donde hay hombres; ni en el limbo, donde estaban los patriarcas, quien pudiese abrir este libro y desatar sus sellos. No había criatura que pudiese cumplir y verificar estos misterios, ni dar el lleno á estas profecías, para que, siendo cumplidas, quedasen claras y por los hechos se entendiese lo escrito, y por lo figurado las figuras. El ángel que preguntaba á voces si había alguno que abriese el libro, y el llanto de San Juan porque no se hallaba, significa los deseos encendidos de los padres antiguos que (como dice San Pablo) acabaron con esta fe y murieron con este hipo de ver á Dios hecho hombre que diese el lleno á los vacíos de la ley y profecías; y no vieron el cumplimiento de las profecías, *sed a longe aspicientes et salutantes:* mirábanlas de lejos porque vían el libro cerrado, y enviábanle sus saludos y encomiendas en testimonio del ansia que tenían de verle abierto. Pero venido Cristo, que dice de sí que vino á cumplir la ley, y habiendo en su vida y muerte cumplido las Escrituras, hasta decir en la cruz *consummatum est*, ya se ha dado el lleno á la ley y profecías, y el testamento viejo, siendo cumplido, queda acabado. Y en señal deso, se rasgó el velo del templo y fue visto el *Sancta Sanctorum*. Porque venida la luz de la verdad cesaron las sombras y se habían de revelar los misterios escondidos. Ya le dicen á San Juan: *Ne fleveris. Ecce vicit leo de tribu Juda, radix David, aperire librum et solvere septem signacula ejus*: No lloréis, que el leon del tribu de Judá ha vencido, y él es digno de abrir el libro. ¿Quién es este león del tribu de Judá, sino aquel de quien profetizó Jacob á la hora de su muerte, *catulus leœnis Juda: ad prædam, fili mi, ascendisti: requiescens accubuisti ut leo et quasi leœna. Quis suscitabit eum?* (Gen., 49). Esta profecía es de Cristo, que descendió del tribu de Judá, como dice el apóstol: *Manifestum est quod ex Juda ortus sit Dominus noster*. Puso los ojos el patriarca en Cristo, y dice: «Cachorro de león eres Judá. Subiste hijo mío para hacer presa; descansando te acostaste como león y como leona. ¿Quién lo despertará?» ¿Quién es este cachorro de león y juntamente león, sino Cristo Hijo de Dios y verdadero Dios igual con el Padre? *Deum de Deo*. Y en cuanto hombre niño en el vientre de su madre y varón en el sexo y sabiduría. Subió como león fuerte y animoso á lo alto de la cruz para hacer presa; porque por medio della despojó aquel fuerte armado y le quitó los despojos de las almas santas que estaban en el limbo detenidas. *Et expolians principatus et potestates, traduxit confidenter palam, triunphans illos in semetipso* (Colocenses, 2): «Despojó á los príncipes y potentados del infierno, quitóles la presa». *Confidenter*. No á escondidas, sino públicamente; seguro y cierto que nadie le podría resistir ni quitársela. Saqueóles su tierra y á ellos los sacó á la vergüenza en el Calvario, triunfando de ellos como de gente vencida. *Requiescens accubuisti ut leo et quasi leœna*. Dicen los naturales que el león cuando se acuesta á dormir brama, y duerme abiertos los ojos y sin temor: y recién nacido está tres días sin sentido, como muerto, y entonces á los bramidos de sus padres revive y despierta. Así el león de Judá, cuando se acostó á dormir el sueño de la muerte, dio un bramido. *Clamans voce magna, emisit spiritum*. No se acuestan así á dormir los otros animales. Cuando se echan á morir, se enronquece la voz, se quita la habla, enflaquecida la virtud; pero que al tiempo que se le arranca el alma, saca este león fuerzas de flaqueza, y con espantoso clamor y alarido expira; señal es de fortaleza divina. Y así el Centurión, viendo *quod sic clamans expirasset*, conoció la fortaleza del león, y dijo: *Vere hic homo filius Dei erat*. Más hay aquí de lo que parece. Durmió los ojos abiertos; porque entre las tinieblas de la muerte pudo ver los caminos de la vida. *Notas mihi fecisti vias vitæ, adimplebis me lætitia cum vultu tuo* (Salmo 7), por estar unido á la divinidad, que siempre vela y nunca tiene los ojos plegados. Y se acostó en la sepultura sin temor de quedarse en ella. *Caro mea requiescet in spe. Quoniam non derelinques animam meam in inferno; nec dabis sanctis tuis videre corruptionem* (Ibid.): «Mi carne descansará en el sepulcro con esperanza que no

dejarás, Señor, á mi alma en el limbo desamparada, ni el cuerpo santo en la tierra permitirás que vea la corrupción». Estuvo este cachorro de león tres días muerto en la sepultura; y entonces fue resucitado á los bramidos de su Padre, esto es, con la virtud y fortaleza de Dios (que como veremos es propia suya); y á los bramidos de la madre, que como leona piadosa, con ansias y deseos clamorosos llamaba y rogaba al hijo que resucitase la mañana de la resurrección. Dice más: que se acostó como leona, que es fiera crudelísima para todos los otros animales; pero muy aficionada á sus cachorrillos, con los cuales reparte de la presa que caza. Así Cristo, para el pecado, muerte y demonio, que le habían tomado sus hijuelos, crudelísimo. Al pecado lo crucificó en la cruz y lo borró con su sangre. ¡Qué riza y estrago hizo en el reino de tinieblas cuando entró aquella alma gloriosa, como leona irritada y brava, por aquellas cárceles y cavernas infernales, quebrando cerraduras y candados, derribando las puertas aceradas, atando al demonio, asombrando al infierno, haciendo justicia de la muerte, para cumplir la amenaza! *Ero mors tua, oh mors, morsus tuus ero, inferne* (Oseas, 13). ¡Oh muerte, yo seré tu ponzoña! Matándome á mí, morirás. *Morsus tuus ero, inferne.* Y tú, infierno, me darás un bocado con que te ahogues. Como el que come un bocado dañoso que no puede digerirle lo vuelve con fuerza y con él cuanto tiene en el estómago, así el infierno tragaba almas y todas las abrazaba; pero tragando á Cristo, *juxta quod impossibile erat teneri illum ab eo* (Actu., 2), lanzóle y con él las ánimas del limbo, y la muerte queda muerta. Como quien da tóxico en una manzana, muerde el otro, y paga con la vida. Y esto es lo que dice San Pablo: *Absorta est mors in victoria;* «bebida la muerte en un trago». Paréceme que esta batalla se hizo á bocados de ambas partes. La muerte y el infierno mordieron á Cristo, y consintiéndolo él, le sacaron de un bocado, el alma el infierno y el cuerpo la muerte: pero no pudieron digerir el bocado; fue su muerte y destruición, y Cristo les mordió; y á la muerte le quitó el poder, y al infierno como de manzana podrida le sacó un bocado que tenía sano, que eran las almas de los santos padres. Y así sale hoy triunfante, los demonios aherrojados, la muerte ligada, saca sus cautivos consigo. *Quis suscitabit eum?* No tiene necesidad de quien le dispierte; no ha menester virtud ajena que le resucite. *Factus sum sicut homo sine adjutorio, inter mortuos liber* (Salmo 87): «Soy hombre que no he menester ayuda de nadie, y salí sólo de entre los muertos libre». Quiere decir: sólo yo de todos los hombres me pude resucitar á mí mismo y librar mi cuerpo de las ataduras de la muerte por la virtud de mi brazo. ¿Quién lo despertará? El se despertará y su Padre le despertará. En la Escritura unas veces se dice Cristo resucitado por la virtud de Dios y que Dios lo resucitó; otras, que él mismo se resucitó. Todo es uno: porque en Dios no hay más que una virtud común á todas las personas. La virtud del Padre es su divinidad, y esa misma es la del Hijo, que por ser Dios se pudo resucitar. Estaba esta virtud en aquel cuerpo sagrado encubierta y disimulada: porque quien le viera amortajado, harpado con tantas heridas, feo y sin rastro de su antigua hermosura, ¿cómo pudiera pensar que tenía virtud y poderío para volverse á juntar con su alma y salir del sepulcro el más hermoso y resplandeciente de todos los cuerpos? Pero al tercero día se manifestó esta virtud, y el león del tribu de Judá que estaba dormido, despertó de su sueño y espantó con sus bramidos al infierno. *Quis suscitabit eum?* Es comparación muy á propósito llamar á la muerte de Cristo sueño, y su sepultura estar acostado en la cama. De la cual usó también el real Profeta: *Ego dormivi et soporatus sum et exurrexi, quia Dominus suscepit me* (Salmo 3). «Yo dormí y tomé sueño y desperté, porque el Señor se encargó de mí». El hombre dormido tiene virtud propia para despertar y levantarse de su sueño, porque tiene dentro de sí el principio de su vida y movimiento, que es el alma. Así Cristo, por tener virtud de Dios como Hijo natural suyo, se dice que duerme estando muerto, porque tiene consigo el principio de vida y resurrección, que es la divinidad; por la cual resucita con su propia virtud. Sobre esta verdad y artículo de fe estriba todo el edificio cristiano, y la certidumbre de nuestra fe, y su misterio se asegura con esta obra. Por lo cual queda Cristo declarado por Hijo de Dios natural, verdadero en sus palabras, cumplidor de sus promesas y señor de la vida y de la muerte. Este es el potentísimo milagro de donde se saca más cierto argumento de ser Cristo Hijo de Dios. Y no puede entender entendimiento criado que se resucitase á sí sin entender divinidad y fuerzas sobrenaturales. Y esto es lo que dijo San Pablo: *Qui prædestinatus est Filius Dei in virtute, secundum spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum Jesuchristi Domini nostri.* «Que fue ordenada la Encarnación del Verbo por el Padre, para que mostrase Cristo ser Hijo de Dios, y la potencia divina que tenía en santificar las almas y en resucitar los cuerpos». El suyo primeramente y después los nuestros: porque como leona que para sus hijuelos es amorosa ha de repartir con nosotros la presa, dándonos parte de la resurrección y gloria que hoy gana. Y esta es otra razón por que nosotros

nos alegramos en esta fiesta. Porque en ella se nos da esperanza y prenda de inestimable valor que habemos de gozar los bienes eternos, pues Cristo toma hoy la posesión por todos mostrando en su cuerpo glorificado qué tales han de resucitar los nuestros, siendo miembros vivos desta cabeza. Por eso, estando el santo Job cercado de miserias y trabajos, deshauciado de la vida, y sus amigos consolándole, dijo: *Consolatores onerosi vos estis*. «Consoladores molestos y pesados sois vosotros», daisme fastidio, cansáisme. Pues veamos, santo Job, ¿qué cosa tenéis vos de mayor consuelo? *Quis mihi tribuat ut scribantur sermones mei? Quis mihi det ut exarentur in libro stylo ferreo, et plumbi lamina, vel celte sculpantur in silice?* «¡Ah! ¿quién me diese que se escribiesen mis palabras en blanco pergamino, con gruesa pluma de hierro, con letras góticas que queden bien señaladas, ó en planchas de plomo, que duran más?» Aunque el fuego podrá consumirlas, y así será mejor grabarlas con un buril ó cincel de acero templado, en un pedernal donde estén más seguras de daño, y duren para siempre, y vengan á noticia de todos los que han de suceder. ¿Qué palabras son esas de tanto peso? *Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum*. No es sospecha ni barrunto mío, sino fe certísima infalible, que lo futuro tengo por cierto como si lo viera presente; y así, no me contento con decir que lo creo, sino digo que lo sé y tengo evidencia dello: «que mi Redentor vive y vivirá para siempre una vez levantado de entre los muertos; y de aquí se cría en mí una esperanza fuerte, que yo también me he de levantar del polvo de la tierra en el último día». *Et rursum circundabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum. Quem visurus sum ego ipse et oculi mei conspecturi sunt et non alius*: «Y otra vez me veré rodeado desta vestidura de mi carne, de que la muerte me desnuda, y en mi carne veré á Dios: con los ojos del cuerpo la humanidad del Redentor, con los del alma la divinidad». Yo mismo, y no otro por mí, tengo de ver al Señor con estos ojos y con este cuerpo que ha de comer la tierra. *Reposita est hæc spes mea in sinu meo*. Esta esperanza me consuela, que me ha quedado después de todas mis pérdidas. Pudiéronme quitar los hijos y la hacienda y salud, pero no la esperanza que está guardada como tesoro inestimable en el cofre de mi corazón. Esta esperanza es la que hace á los santos no temer los fuegos ni cuchillos, y ofrecerse de su voluntad á la muerte; macerar su carne con ayunos y asperezas, no dudando perder esta vida perecedera y caduca con esperanza de aquella inmortal, eterna. Esto es lo que dice San Pablo: *Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ* (Filip., 3). Paréceme que se entró el Apóstol con el espíritu por los sepulcros y bóvedas llenas de cajas, arcas de mármol, ataudes, huesos, y preguntó: ¿Qué hacéis aquí, cuerpos muertos, huesos secos, cenizas frías? Y responden: Esperamos á nuestro Salvador y señor Jesu Cristo que nos venga á libertar de la muerte y nos repare y reforme en vida gloriosa, cual la tiene su cuerpo resucitado. Esta es la victoria de Cristo que alcanzó en su resurrección. Y desta dice el anciano San Juan: *Vicit leo de tribu Juda, radix David*. «Raíz de David». Nueva cosa es que el hijo sea tronco y raíz de su padre. Esto en solo Cristo se halla, que según la humanidad nació de la raíz y linaje de David (como dice Isaías), mas según la divinidad es raíz que sustenta y produjo al mismo David. Esto es como el enjerir un árbol. Ponen una púa ó escudete en el tronco, y el fruto tiene el sabor de ambos árboles; así en el árbol de la divinidad se enjirió la humanidad, y quedó el hombre enjerto en Dios. De tal manera, que en un mismo árbol vemos dos frutos: muerte y vida, pena y gloria, padecer y hacer milagros. Por la humanidad muere, por la divinidad resucita. Pues este león victorioso ha de abrir el libro. ¿Quién ha de declarar la Escritura y los misterios della? *Unigenitus qui est in sinu Patris ipse narravit*: «El unigénito Hijo de Dios que sabe su pecho y corazón, él lo ha manifestado». Vio San Juan un cordero casi muerto que tomaba el libro para abrirlo. ¡Válame Dios! ¿no dijeron que un león lo había de abrir? ¿Cómo lo abre un cordero? Todo es uno; el mismo que es cordero es león fuerte. *Nam et si crucifixus est ex infirmitate, sed vivit ex virtute Dei* (I Cor., 13). Si es cordero, tiene siete cuernos, que demuestran la fortaleza de león, y siete ojos, que demuestran su sabiduría. Está en pie, porque está vivo: Y parece casi muerto, porque algún tiempo lo estuvo, y porque después de resucitado tiene llagas, las mismas que tuvo cuando muerto. Al fin venció como león, pero muriendo como cordero. Cúmplese en él lo que se dijo de David: *Princeps inter tres: ipse est quasi tenerrimus ligni vermiculus qui octingentos interfecit impetu uno*: «De los tres fortísimos el más fuerte. El es como el gusanillo, que con ser ternísimo, taladra un madero duro. Y mató ochocientos de un acometimiento». En persona de Cristo, se dijo: *Ego autem sum vermis et non homo* (Salmo 21). Porque dado que en vencer la muerte y el demonio mostró su fuerza infinita, en que excede á todo lo criado, mas porque le venció con flaqueza muriendo, fue como cordero y gusanito que carcomió con su ternura las fuerzas de sus

enemigos. ¿Qué cosa más flaca al parecer que Cristo crucificado? Pues esa cruz quebrantó á todos los enemigos; y por eso es cordero y león. Y este venció para abrir el libro y soltar sus sellos. Parece que no es buen orden. Acá primero se abren las manecillas y después el libro, ¿cómo allá lo dicen al revés, que ha de abrir el libro y después desatar los sellos? Muy bien dice: porque Cristo nuestro bien, encarnando, muriendo, resucitando, subiendo á los cielos, abrió el libro, esto es, mostró con la obra ser en su persona cumplidos estos misterios que en la vieja ley estaban dél pronosticados. Verificólos en el hecho, y después desató los sellos, declarando de palabra á sus apóstoles las Escrituras y dándoles el Espíritu Santo para que las entendiesen. Y eso mismo veremos en el evangelio de hoy. Iban dos discípulos de Jerusalem al castillo de Emaús tristes y llorosos, porque el libro estaba cerrado, y llegóse á ellos Cristo en traje de peregrino como ellos, y díceles: ¿Qué palabras son éstas que vais hablando, y estáis tristes? Como si les dijera lo que el viejo á San Juan: *Ne fleveris;* «No estés triste»; porque el león vencedor abrirá el libro. Y así comienza Cristo (cordero muerto) á abrir el libro. *Et incipiens a Moyse et omnibus prophetis interpretabatur illis in omnibus scripturis, quæ de ipso erant.* Este es el intento del Evangelio. Veamos la historia cómo pasó.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Duo ex illis ibant ipsa die in castellum, etc. Iban dos: porque era orden del Señor que sus discípulos anduviesen combinados. San Lucas dice que á los setenta y dos *missit illos binos in omnem civitatem et locum quo erat ipse venturus:* «Enviólos de dos en dos á predicar». San Pedro y San Juan subieron al templo á orar. San Pablo y San Bernabé fueron combinados por el Espíritu Santo. Cuando envió por el asnilla y á que le aderezasen la casa para la cena, envió dos. Es símbolo de la caridad fraternal que quiere haya en los suyos. Gusta de verlos unidos y hermanados, y préciase que por esta devisa los conozcan. *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem*: «La librea que los míos han de vestir, las insignias y señales por donde los han de conocer, es amor recíproco hermanable: que os améis unos á otros». También los apareaba, porque conociendo la vanidad del hombre (que quiere ser absoluto señor) les pone regla de hermandad fraternal. *Dedit illis virtutem et potestatem super omnia dæmonia et ut languores curarent.* A todos igualmente, porque no se alcen á mayores. Esto es contra la ambición de los hombres. Ninguno quiere tener igual desde el rey hasta el labrador. Los pobres discípulos pleitean: *quis eorum videretur ese major.* Aunque sean dos hermanos, cada uno quiere mandar. Rómulo y Remo no se pudieron sufrir, y Rómulo mató á Remo por quedar solo con el señorío de Roma. César y Pompeyo, suegro y yerno, fueron causa de las guerras civiles, porque César no quiere superior ni Pompeyo igual.

Nec quemquam jam ferre potest, Cæsar ve priorem, Pompejusve parem.

(LUCANO).

Alejandro dijo á Darío: «Ni el mundo dos soles ni Asia dos reyes». Pero lo que más espanta es que Jacob y Esaú en el vientre de su madre luchen sobre cuál ha de ser mayorazgo. Y Pharés y Zarán, al tiempo de nacer, pelean sobre cuál ha de nacer primero. Este es el ingenio del hombre mundano; desear ser único y solo entre todos, como el ave fénix, y pensarlo de sí: en letras, en linaje, en virtud no quiere igual. Pero el discípulo de Cristo nunca en su pensamiento camina solo, sino acompañado con otro tan bueno y sabio como él. Porque si se imagina solo, luego es acometido de soberbia y hace estanco de la virtud y nos la vende por onzas, dando á entender que no hay medicina segura sino en su botica, ni van curados ni enseñados sino los que pasan por sus manos. Por eso está desterrada la singularidad de la casa de Dios, como sospechosa de soberbia, que es la que suele tullir á los que al parecer caminan más ligeros y no se menean porque les faltan pies de humildad. El singular, como pretende su estimación, trabaja de caminar solo, aunque vaya reventando; porque cuanto más solo, más señalado y visto, y por consiguiente más alabado.

At pulchrum est digito monstrari et dicere: hic est.

(PERSIO, *Sátira 1*).

Filósofos hubo que hollaron la honra y despreciaron las riquezas, obras al parecer de gran resplandor de virtud, y no lo eran, porque lo hacían por ser singulares en sus pareceres, ganando honra en desechar lo que otros con tanta diligencia procuran. Hay algunos que por el mismo caso que vos vais por un camino, aunque sea acertado, van ellos por el contrario, todo por ser solos. Dice Elías: *Altaria tua destruxerunt; prophætas tuos occiderunt gladio, derelictus sum ego solus* (III Reg., 17). ¿Que no? Humillaos, Elías, que otros muchos hay: siete mil tengo yo que no han hecho vileza en adorar ídolos. No deja Dios á los suyos caminar solos, sino *duo ex illis*, porque la compañía es el seguro de la humildad. Pero ni solo ni acom-

pañado se puede caminar seguro y sin errar, si no va Cristo con ellos. El es la guía y el alivio de caminantes.

CONSIDERACIÓN SENGUDA

Et factum est dum fabularentur et secum quærerent; et ipse Jesu appropinquans ibat cum illis. Iban platicando de Cristo y de su pasión; y aunque faltos en la fe y quebrados en la esperanza, luego se les llega. ¡Qué cerca está Dios del pecador, y qué deseoso de hallar entrada en su corazón! Estaréis al medio día en un aposento cerrado, y por poquito que abráis la puerta ó ventana, por un resquicio cuela el rayo del sol, por una teja quebrada, por una vidriera; así Dios por cualquiera vía que le deis entrada, por uno que veis morir, por una buena conversación, por una limosna que hagáis, luego llega y os toca en el corazón y nace el buen deseo, y tras él la obra. Estos hablaban dél y luego se les acerca. Son caminantes y así los acompaña como caminante. No hay oficio ni estado donde no halléis á Dios como le habéis menester. El maestro le halla en el templo, como maestro, *in medio doctorum sedentem audientem illos et interrogantem eos.* Los que pescaban, como pescador. El ladrón, como ladrón en la cruz. La Magdalena que le busca en la huerta como hortelano. La Samaritana yendo por agua, le halla que le ofrece agua en la fuente. El caminante, como peregrino. ¡Cuán á la mano y cuán á vuestro propósito le hallaréis si le queréis buscar! Y pues este es el oficio de Dios, estar cerca de los suyos y acomodarse con ellos, llámase *Jesus appropinquans*: «Dios de cerca». ¡Qué buen lado llevan los justos! ¡Qué seguros caminan en medio de los peligros con tan buena compañía! *Cum transieris per aquas tecum ero, et flumina non operient te; cum ambulaveris in igne non combureris* (Isaías, 43): «Cuando pasares las aguas de las tribulaciones yo seré contigo y te daré la mano para que los ríos no te cubran; y aunque pises las brasas no te quemarás». Echan á los tres niños en el horno de Babilonia, y luego acude Dios á librarlos y vese con ellos otro compañero. *Et species quarto similis filio Dei:* «El aspecto que tenía el cuarto es del Hijo de Dios». ¿Quién podía ser sino el que dice de sí: *Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum?* Con tres, es cuarto; y con dos que van á Emaús es tercero, y con Tobías es segundo, y con Jacob, y uno de mil que caminan por el desierto que sin El no pueden acertar. *Si non tu ipse præcedas, ne educas nos de loco isto:* «Señor, dice Moisés, si vos no vais en la delantera guiando, no nos mandéis mover deste lugar». Esto le habéis de pedir á Dios: Señor, guíame, encamíname en vuestro servicio lo que más me conviene. *Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te* (II Pasa., 20). El es la introducción de nuestras ignorancias, luz de nuestras tinieblas, el buen consejo en nuestras dudas; dél nos viene el no caer ni peligrar en esta jornada, porque va tan cerca, que *cum ceciderit, non collidetur, quia Dominus supponit manum suam* (Salmo 36). Cuando cayere el que va con Cristo, no dará recio golpe, porque el Señor lo recoge en sus manos como en almohadilla blanda, porque no se lastime. Bendito seáis vos, Señor, que con tan buen compañero llevamos salvoconducto para pasar por tierra tan peligrosa como el mundo. Por poco que os alejéis desmaya el hombre y se pierde. Apartóse Cristo de los suyos en el huerto *quantum jactus lapidis*: «Un tiro de piedra», y luego se duermen, y Pedro el animoso, el primero. Y así entre todos los dioses que los hombres han adorado, sólo el Dios de Israel es Dios de cerca. *Nec est alia natio tam grandis quæ habeat Deos appropinquantes sibi sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris* (Deutoronomio, 4). Para oir nuestras peticiones y socorrer á nuestras necesidades. Todos los demás son dioses de lejos, que ni ven ni oyen, y cuando más los habéis menester faltan y burlan vuestras esperanzas. Donosa era la burla que hizo Elías de los falsos profetas que se hacían pedazos y desangraban llamando á su dios Baal en la manifestación y probanza del verdadero Dios. Heríanse con lancetas, gritaban, corrían. *Baal, exaudi nos. Et non erat vox, neque quis responderet.* Ríese Elías y hace donaire, y díceles: *Clamate voci majori*; quizá como es dios está hablando en otra parte, y no os oye, ó está en el mesón ó en el camino. *Aut certe dormit*: «Por ventura estará durmiendo. Llamalde recio por que despierte». Tales son los dioses que el hombre adora y sirve en este mundo, sordos y lejanos. Pusiste tu confianza en un hombre y cuando más le hubiste menester, ó se va ó te olvida y se muere. Así Moisés: *Ubi sunt dii eorum in quibus habebant fidutiam? Surgant et opitulentur vobis.* Esta es, pues, la prueba del verdadero Dios, que está cerca para oir y socorrer al que le llama. *Jesus appropinquans.* Lo que dijo David: *Prope est Dominus omnibus invocantibus eum.* Pues ¿cómo no le vemos? *Oculi eorum tenebantur ne eum agnoscerent.* Va disimulando en hábito de peregrino, que los mismos discípulos yendo con El no le conocían. No quiere que le veáis el rostro, por que no se pierda el mérito de la fe. *Quem cum non videritis diligitis*: *in quem nunc quoque non videntes creditis.* Grande loa de los fieles que creen y aman á Cristo sin haberle

visto con los ojos corporales; creen en un Cristo rebozado que anda con nosotros para nuestro consuelo. Ahí le tenéis disimulado en el Sacramento, tan cerca que lo podéis guardar en vuestro pecho. No os dé pena el rebozo, que por eso no se deja ver aquí, porque en el cielo le veamos para siempre. ¡Oh peregrino celestial! Con nosotros camina y á los tristes se llega y los consuela.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Qui sunt hi sermones, quos confertis ad invicem ambulantes et estis tristes? Pregunta es ésta á la cual cada uno responderá de su manera, conforme al próspero ó adverso suceso de su buena ó mala fortuna. Y aun algunos callarán el secreto de su tristeza por ser afrentoso, y ahíjanla no al mundo (cuya hija legítima es) sino á otros buenos respectos. Mas porque las tristezas de los hombres son innumerables y aun contrarias entre sí, cifrémoslas en una sola como fundamento de todas las demás. ¿Qué es lo que trae á estos discípulos hoy tristes? Venir flacos en la fe y en la esperanza de Cristo, que si estuvieran bien fundados, alegráranse creyendo que ya era resucitado, como las Marías les dijeron. Pues esta es la raíz de nuestras tristezas y disgustos: no tener el corazón fijo en Dios y en su ley. De aquí se deducen como líneas de su centro todas las causas de pesar. Al que de veras no tiene echada el áncora de su esperanza en lo firme de Dios, luego el navío de su corazón es combatido de vientos contrarios que le zozobran y anegan. Ya triste, ya alegre, ya contento, ya descontento, ya seguro, ya desconfiado, ya osado, ya temeroso, ya quiere, ya no quiere, ya ama una cosa, ya la aborrece. Si acompañado, luego es el fastidio y se retira; si solo, luego es la cólera y melancolía; si rico y con cargo, dice que anda distraído y cansado y que desea un recogimiento seguro; si recogido, vuelve los ojos al mundo y suspira por él. Finalmente, son tantos los accidentes, que ni hay camaleón que se vista de tantos colores, ni Proteo que se mude de tantas figuras, ni luna sujeta á tantos crecientes y menguantes, ni mar á tantas mudanzas. *Tamquam pulvis quem projicit ventus a facie terræ* (Salmo 1). Compáralos David al polvo que no tiene firmeza, sino que el viento de las pasiones lo lleva, sube y baja, y trae en remolino, como se ofrece. Y aunque parece que los pobres son más sujetos á estas tormentas, no es así. Que como los ricos y poderosos están más vivos en la honra, acrecentamiento, estado, hacienda, en tocándoles un soplo en algo desto son más sensibles, lastimándoles en el corazón, y padecen más terribles melancolías. *Ecce gigantes gemunt sub aquis et qui habitant cum eis* (Job, 25). No les tengáis envidia á esos gigantes del mundo, delante de quien esotros son enanos, que bien rescatan los dulces bocados que el mundo les pone á la mesa con el acíbar en que se los revuelve. Y entre esas rosas de honra, respeto, regalo, hay espinas que pasan el corazón. *Gemunt sub aquis.* Allá tienen sus barrenos por donde se desaguan sus contentos, y gimen debajo las aguas de sus cuidados y obligaciones. A todos les pregunta nuestro peregrino: *Qui sunt hi sermones, quos confertis ad invicem ambulantes, et estis tristes?* El remedio más poderoso, el cóndito y epítima más eficaz es poner el corazón en Dios; que como esté aquí aferrada la voluntad, aunque le toquen en la honra, hacienda, etc., como el golpe dé en Dios, no duele. *Non contristabit justum quicquid ei acciderit* (Prov., 12). Porque el dolor y la tristeza nace del amor; cuanto es mayor el amor que á estas cosas visibles tenéis, tanto es mayor la tristeza que en perderlas sentís. Mas puesto el amor en Dios, aunque todo se pierda, como este tesoro quede en salvo, no se siente. Este ánimo tenía San Pablo que decía: *In omnibus tributationem patimur, sed non angustiamur: aporiamur, sed non destituimur: persecutionem patimur, sed non derelinquimur: dejicimur, sed non perimus* (II Cor., 4). «Con todas las cosas posibles nos fatigan los adversarios, pero no desfallece ni se aflige el ánimo. Tenemos pobreza, y no somos dejados; persíguennos de un cabo á otro y no somos desamparados; humíllannos, y no somos confundidos; pónennos en las puertas de la muerte, y no perecemos». Nada nos empece, porque están los corazones como petos fuertes templados con el amor y confianza en Dios, hechos á prueba de todas las balas del mundo y demonio. Y por faltar este temple á estos dos discípulos, iban heridos de tristeza. Pero veamos qué responden á la pregunta de Cristo.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Tu solus peregrinus es in Jerusalem, et non cognovisti quæ facta sunt in illa his diebus? Sin saber lo que decían le pusieron un nombre cortado á medida de quien era. Tú solo peregrino en Jerusalem, hombre extraño en todas sus cosas y diferente de los demás, peregrino venido del cielo á tierras extrañas, peregrino en el ser, por ser Dios y hombre en nacer de madre virgen; en lenguaje y obras jamás vistas, vestido de la esclavina de nuestra humanidad, Dios escondido, majestad encubierta, hermosura rebozada, riqueza pobre; pero conocido de los ángeles, adorado de los pastores y reyes. Solo. Que en este camino de la redención no

se detuvo á tomar descanso; siempre apresurando los pasos por llegar á la cruz; necesitado, pobre, huyendo de Judea á Egipto, de Egipto á Galilea y de Jerusalem á Samaria. Solo. Porque aunque á todos acompaña y ayuda al tiempo de su necesidad, cuando por muerte pasó al Padre, nadie le acompañó. *Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum* (Isaías, 63). Solo pisó el lagar subido en una cruz, coronado, enclavado, el pecho abierto, de donde manó agua y sangre con que la Iglesia está enriquecida. Solo él tiene título de Redentor. Peregrino que habiéndose de partir á su tierra natural, se quedó con maravilloso artificio para sustento de caminantes, disfrazado con especies de pan y vino. Antes Dios escondido en hombre; lo que era de hombre visto, lo que de Dios creído. En el sacramento quedáis Dios y hombre escondido y creído: y así más peregrino porque más disimulado. «¿Tú sólo eres peregrino en Jerusalem, que no sabes lo que ha pasado en ella estos días?» Si supiésedes, discípulos, cómo lo sabe y cómo ninguno lo sabe como él. Pero quiere ver si vosotros lo sabéis. *Quæ?* ¿Qué cosas son éstas? Señor, ¿tan presto se os han olvidado? Miraos, Señor, pies y manos y costado: veréis las cisuras de los clavos y lanza cruel, aquel sudor espantoso, aquella tristeza mortal, aquella prisión como á ladrón, azotes, bofetadas, afrentas, espinas, muerte de tanto dolor ¿se os ha pasado de la memoria? Sí El pasarlo, sufrirlo y olvidarlo es de Dios, como de quien tanto ama; pero el acordarse dello es del hombre. Porque los beneficios, el que los recibe los ha de decir y tener en la memoria, no el que los hace. A vos, hermano, conviene eso; ya está puesto á vuestra cuenta. Si os condenáis, vuestra será la culpa; Dios no se olvida de los servicios que le hacéis, sino los tiene muy en la memoria para pagarlos; haceldos vos y olvidaldos, que él se acordará. Dice Cristo que en el día del juicio dirá á los buenos: Venid, benditos de mi Padre, y tomad el reino de los cielos, porque tuve hambre y me distes de comer; sed y me distes de beber. Y responderán los buenos: *Domine, quando te vidimus esurientem et pavimus te?* No ignoran los justos que la limosna que dan al pobre por amor de Cristo la recibe él á su cuenta; y así, aquella pregunta es de olvidaros de sus buenas obras. Señor, ¿es posible que os hicimos este servicio de sustentaros en el pobre? ¿Cuándo se me ofreció á mí esa ocasión? Y responderá el Señor: Aunque vosotros tenéis olvidados los regalos que hicistes á mis pequeñuelos, yo no, que los estimo en mucho; ninguno quedará sin su premio debido. Esto es lo que dijo San Pablo: *Quæ retro sunt obliviscens, ad ea vero quæ sunt priora extendens me ipsum:* «De todas las buenas obras pasadas me olvido; de las que dejo atrás no hago cuenta; cada día gano de nuevo». Pues lo adquirido, ¿piérdese? Que no. *Scio cui credidi et certus sum quia potens est depositum meum servare in illum diem* (Timot., 1). No lo echo en saco roto; bien sé de quién me fío; tengo un fidelísimo depositario que guarda mis obras para el día de la paga, y aunque yo me olvide, él no se olvida. ¿Queréis ver qué cuenta tiene? *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum: et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt.* Dice que quitará toda lágrima, para significar que tiene Dios cuenta y hace mención de cada lágrima en particular; y cada una por sí la ha de quitar con sus benditísimas manos, dando por ella particular gozo y bienaventuranza. Pues eso quiere Dios que vos hagáis; que os acordéis de las mercedes y beneficios que él os hace, pues son tales que no se habían de caer de la memoria. Cuando Dios trae á la memoria del hombre los beneficios que le ha hecho, malo anda su partido. A Saúl, inobediente: *nonne cum eras parvulus in oculis tuis, caput in tribu Israel factus es?* Ingrato, ¿cómo te has olvidado que del polvo de la tierra te levanté á ser rey, y te di la dignidad de que tú mismo te juzgabas por indigno? A David, cuando pecó, léele Nathan un memorial de las mercedes recebidas. *Ego unxi te in regem super Israël: et ego erui te de manu Saul et dedi tibi domum Domini tui; et uxores Domini tui in sinu tuo, dedique tibi domum Israel et Juda; et si parva sunt ista, adjiciam tibi multo majora* (II Reg., 22). A los judíos incrédulos, díceles Cristo: *Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo: propter quod eorum opus me lapidatis?* «¿Por cuál dellas me queréis apedrear?» Así aquí hace que no se acuerda de sus trabajos, porque ellos los cuenten. Cuentan ellos su lástima: la muerte de Cristo, gran profeta, poderoso en obras y en palabras, cuán injustamente le condenaron los príncipes y fariseos; y al cabo descubren la llaga de su poca fe y desconfianza, que ya no esperaban la resurrección del Señor.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Oh stulti et tardi corde ad credendum in omnibus quæ locuti sunt prophetæ! ¡Oh locos y tardos entendimientos, groseros, que no acabáis de entender la convenencia admirable de la cruz de Cristo para redimir el mundo y ser su cuerpo glorificado! Toma el catedrático del cielo entre manos aquellos rudos discípulos, *et interpretabatur illis in omnibus scripturis quæ de ipso erant:* «Y comienza á declararles las Escrituras

desde el Génesis hasta los Profetas». Ajústalas con Cristo crucificado, muerto, resucitado, como aquel que era autor dellas y las había cortado á su medida y le venían al justo. Abre el libro y desata los sellos el cordero muerto. ¿No fuera bien que mirárades lo escrito y por ello entendiérades la concordia y correspondencia de lo que pasó por Cristo á lo profetizado? ¿Qué fue dormir Adán para de su costado formar á Eva su esposa sino haber de dormir Cristo en la cruz para que de la llaga de su costado saliese su esposa la Iglesia, y agua y sangre en que consisten los principales sacramentos della? ¿Qué fue plantar Noé una viña de su mano y embriagarse con el vino della, y hacer su hijo escarnio dél y descubrirlo, sino estar Cristo tan embriagado y tan como fuera de sí del amor que tenía á la viña de la Sinagoga que él había plantado en la tierra de promisión, y el pueblo hebreo, como mal hijo, lo desnudó y escarneció dél en la cruz? ¿Qué fue Job estar en el muladar llagado de pies á cabeza, con una teja sola para raer la podre de sus llagas y que su mujer era la que más le injuriaba, sino estar Cristo en el Calvario leproso y llagado, con solo una teja de su cruz, y que su mujer la Sinagoga es la que más le persigue y blasfema? ¿Qué fue Moisés ser sacado de las aguas del Nilo para ser caudillo del pueblo de Dios y destruir á Egipto, sino haber sido Cristo sacado de las aguas de sus penas, que en la pasión le anegaron, para ser capitán del pueblo cristiano y destruir el reino del pecado? ¿Qué fue el santo Josef sacarlo de la cárcel, cortado el cabello, vestido de nuevo y hacerlo señor de toda la tierra de Egipto, sino que Cristo había de salir de la cárcel de la muerte, cortado el cabello de nuestra mortalidad, vestido de estola de gloria, hecho y declarado señor absoluto de los cielos y de la tierra? ¿Qué fue Sansón muriendo matar á sus enemigos, sino que Cristo con su muerte alcanzó victoria de sus adversarios? ¿Y qué fue el mismo Sansón estando cercado de sus contrarios y encerrado en la cárcel, levantarse á media noche quebrando las cerraduras y puertas, dejando burlados los propósitos de los filisteos, sino que Cristo, del sepulcro sellado y cercado de guardas salió libre, dejando burlados los designios de los judíos? ¿Qué fue David vencer con cinco piedras al gigante y cortarle con su misma espada la cabeza, sino que Cristo con cinco llagas venció al demonio, y con la muerte (que es propia arma del enemigo) le cortó la cabeza? ¿Qué fue estar la cruz aparejada para el santo Mardoqueo y su pueblo condenado á muerte y después despojado de su cilicio y vestido de ropas de rey, ser honrado de todos y Amán su enemigo crucificado en su misma cruz y el pueblo librado de la muerte, sino que el demonio fue crucificado en la misma cruz que aparejó para Cristo, y el Redentor despojado del saco de nuestra mortalidad, y librando á su pueblo de la muerte eterna fue glorificado como Hijo de Dios? ¿Qué fue salir Daniel del lago de los leones, donde fue echado sin recebir perjuicio de las bestias hambrientas? ¿Y qué fue Jonás salir libre al tercero día del vientre del gran pescado, sino que al tercero día había de resucitar Cristo libre, sin haber recebido detrimento del infierno ni de la muerte? Con estas y otras figuras, declaradas como él sabía, fue deshaciendo las tinieblas de sus ignorancias y alumbrando los eclipses de sus entendimientos, y encendiendo en amor sus corazones, y con la buena conversación se acabó el camino sin sentirlo. Y llegados á la posada, hácenle quedar por fuerza; y cenando con ellos, en el partir y bendecir el pan le conocieron; y luego se les quitó delante de los ojos. ¡Bienaventurados ojos que tal merecieron ver, y dichosa misericordia que hospeda al peregrino y después halla ser Dios! Regalémosle en sus pobres, partiendo con ellos el pan que tenéis, pues paga tan bien el escote, aquí con gracia y después con gloria.

Amén.

CONSIDERACIONES

DEL

DOMINGO EN LA OCTAVA

DE LA PASCUA DE RESURRECCION

Stetit Jesus in medio discipulorum suorum et dixit eis: Pax vobis. Et cum hoc dixisset, ostendit eis manus et latus.

(JOAN., 20).

El santo Evangelio contiene la primera visita que el día de su resurrección hizo Cristo nuestro Redentor á sus discípulos todos juntos, excepto Santo Tomás, que estaba ausente. Entró estando las puertas cerradas, y poniéndose en medio dellos, díjoles: «Paz sea con vosotros». Y diciendo esto, muéstrales las manos y el costado, y los pies también, como dice San Lucas, causando en sus corazones inestimable alegría. Viene bien este evangelio para la fiesta que se celebra hoy en esta iglesia á honor de las cinco llagas principales de Cristo, nuestro bien; porque esta fue la primera muestra que hizo dellas delante su Iglesia, después de resucitado, dándolas por señas certísimas de ser el mismo que había sido muerto. Aquí veremos la guerra sangrienta que causaron nuestros pecados, la paz que Cristo nos procuró y lo que le costó alcanzarla y establecerla. Para que sea á gloria de Dios y edificación nuestra, pidamos la gracia por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave.

INTRODUCCIÓN

De la primera pellada que dio nuestro poderoso Dios en este su alcázar del mundo; del primer meneo de su divina mano, quedaron criadas algunas cosas, aunque con calidades contrarias. *In principio creavit Deus cœlum et terram.* El cielo incorruptible y la tierra corruptible. El cielo ligerísimo y la tierra muy pesada. Los elementos con calidades contrarias. El fuego cálido y seco, el agua fría y húmeda, el aire húmedo y cálido, la tierra seca y fría.

Frigida pugnabant calidis, humentia siccis.

(OVIDIO, *Metamorfosis*).

En saliendo de la mano de Dios, luego comienzan los bandos y discordias entre los elementos y sus propiedades, y Dios á poner treguas y hacer paces. *Divisit lucem a tenebris.* Para que nunca jamás se encontrasen. Y si el húmedo del aire es contrario al seco del fuego, en lo cálido se parecen y dan las manos. Y si lo cálido del aire es contrario al frío del agua, en lo húmedo simbolizan. Y si lo húmedo repugna al seco de la tierra, en ser fría se conciertan. Y así queda el coro de los elementos ordenado, y ellos asidos de las manos, y templada esta vihuela de cinco órdenes del universo de mano del divino Orfeo. De suerte, que aunque las voces son diferentes, parecen contrarias, tienen tal temple que hacen una música muy concertada y una armonía muy suave; y cual hora aflojase una cuerda, se desharía todo ese concierto, paz y liga. Y así en el diluvio que aflojó el agua, y en el día del juicio que aflojará el fuego y estará en el punto de la tierra, se acabará el mundo. Pero quiso Dios para mayor muestra de su habilidad, poner en cifra de un pequeño rabel toda esa música que se toca en el laud tan grande del universo. Y así criando al hombre, templó en él estas cuerdas que parecían discordes. Ahí hallaréis los elementos en sus cualidades: el fuego, la cólera, el aire, la sangre, el agua, la flema, la tierra, la melancolía. Hallaréis el peso de la tierra, la ligereza del cielo, la corruptibilidad de la tierra en el cuerpo que fue della formado, la incorruptibilidad del cielo en el alma inmortal. Templó tan curiosamente las demás cuerdas de las potencias inferiores y sentidos con el temor de la razón, la cual había de sustentar esa consonancia que llevara Dios ese instrumento deste mundo al otro, y estuviera siempre templado en las manos de Dios. Toca el

hombre con su mano grosera, tuerce la razón, destempla esa armonía, deshace la consonancia, rompe la paz, comienza la guerra; echa Dios por ahí el instrumento, pregónase guerra á fuego y á sangre contra él. Pone Dios el montante de fuego á la puerta del paraíso y el querubín airado que guarde el paso y dice: *Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est.* No comeremos en un plato; siempre andaremos á malas. El Hebreo dice: *Non evaginabit spiritus meus in homine, quia caro est.* El alma está en el cuerpo, como el espada en la vaina, y así dice: «No estará el espíritu vital que yo inspiro envainado en el hombre, porque es carne». Fue amenaza de muerte. Pero la divina misericordia, pretendiendo hacer las paces y que vuelva Dios á templar ese instrumento, da orden cómo lo reciba en las manos, haciéndose hombre. En el Verbo encarnado se tornó otra vez á concertar esta música; y las cuerdas de diferentísimos sonidos se templaron en tal medio y proporción, que hicieron admirable consonancia. Este misterio tiene llamarse Cristo en cuanto hombre medianero entre Dios y los hombres. *Unus est mediator Dei et hominum, homo Christus Jesu* (Timot., 2). Sólo entre los hombres pudo poner medio en tanta diversidad. Enseña la filosofía que el medio ha de tener tres condiciones. La primera, que diste de los extremos con tal orden que sea después del primero y antes del postrero. La segunda, que participe las propiedades de ambos extremos: tenga deudo, afinidad y semejanza con ellos. La tercera, que en él se junten y den paz los extremos que por sí están desavenidos. Un ejemplo: El hombre es medio entre las sustancias espirituales y corporales, porque es inferior á los ángeles y superior á los brutos. Tiene entendimiento y voluntad y libre albedrío como los ángeles, y sentidos corporales como los animales; y en él se juntan estos dos extremos, porque tiene alma que es espíritu y carne que es cuerpo. Estaban Dios y el hombre en extremo distantes y apartados mucho más que el calor y el frío, lo blanco y lo negro. Como las cuerdas de la oveja y el lobo no se pueden templar, mucho menos se podían acordar Dios y el hombre. Distaban por naturaleza lo que va de la nada al ser por esencia, del Criador á la criatura, que es distancia infinita. Distaban más por la culpa. *Iniquitates vestræ diviserunt inter vos et Deum vestrum* (Isais., 19): «Vuestras maldades os han alejado de vuestro Dios» y puesto de por medio un caos inmenso de culpa, una tiramira de leguas que no se pueden andar, para que ni Dios venga al hombre ni el hombre vaya á Dios. Medio entre tanta desproporción y desigualdad no se hallaba; porque Dios en la puridad de su naturaleza no era inferior á sí mismo, ni participaba nada de nuestras miserias, y así no podía ser medio. El hombre puro, menos, porque no participaba de las propiedades de Dios. El hombre finito, pecador, mortal; Dios, infinito, santo, inmortal. ¿Qué remedio? Hágase Dios hombre y pondrá medio entre Dios y los hombres; y sea la persona del Hijo, que también es medio entre las divinas personas, quitada la imperfección de memoria y diversidad. Son las tres personas iguales de una misma sustancia, en que no hay menor ni mayor, primero ni postrero. Mas con todo, el Hijo se dice medio, porque conviene con el Padre en producir divina persona, siendo con El un principio de espirar al Espíritu Santo. Y con el Espíritu Santo conviene en ser producido, porque es engendrado del Padre. De manera que el Padre y el Espíritu Santo distan en esto: que el Padre produce y no es producido; el Espíritu Santo es producido y no produce; el Hijo produce y es producido. Y así es medio entre las divinas personas, y hecho hombre es medio entre Dios y los hombres. Porque lo primero, según la humanidad, es menor que el Padre y mayor que todos los hombres por la gracia de unión hipostática con que está unido al ser divino, y por la plenitud de gracia y gloria que naturalmente á esta unión se consigue. Participa lo segundo de las propiedades de los extremos; porque de Dios tenía la infinidad, justicia, gracia y gloria; de los hombres tuvo penas y muerte. Y así pudo juntar estos dos extremos, como dice el Apóstol: *Deus erat in Christo, mundum reconcilians sibi.* En Cristo se dieron las manos y se hicieron amigos Dios y el hombre; en él se juntaron las miserias humanas y grandezas divinas. De nosotros tomó penas, llagas y muerte, que ofreció á Dios en satisfacción de nuestras culpas, y de Dios tomó vida, gloria y bienaventuranza, que dió á los hombres con su sangre redimidos. Murió como hombre, resucitó como Dios. ¡Qué lindo instrumento! Discante templado por el Espíritu Santo, donde hicieron melodía cosas tan encontradas como muerte y vida, Dios y el mundo, flaqueza humana y fortaleza divina. Un cuerpo mortal y pasible, verlo heis transfigurado, glorioso y resplandeciente; y el mismo después inmortal, resucitado y glorioso, verlo heis en cinco partes llagado. Es música que hizo Dios en Cristo, extremos que se juntaron en este medio. Por eso amaba Cristo tanto el medio, que le escogía en todas las cosas. Nace en medio de dos animales, disputa en el templo en medio de los doctores, obra nuestra salud en Jerusalem que está en medio de la tierra, muere en medio de dos ladrones. Después de resucitado se pone en medio de los discípulos y subido á los cielos aparece á San Juan en medio

de siete candeleros de oro. Para mostrar que él solo es el medianero entre Dios y los hombres; el que halló medio y conveniencia entre tanta desconformidad. Y esto es lo que dice nuestro tema: ***Stetit Jesus in medio discipulorum suorum.***

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Cristo puesto en medio de los discípulos enseña lo primero que está en medio de todos los hombres, y que ningún bien ni mal podéis hacer al prójimo que no le toque á Cristo primero; porque después que se hizo hombre, nuestros bienes y males tiene por suyos. Perseguía Faraón al pueblo de Israel y maltratábale. Sentido Dios desta ofensa, dice á Moisés: *Vidi afflictionem populi mei in Ægypto et clamorem ejus audivi, propter duritiam eorum qui præsunt operibus; et sciens dolorem ejus, descendi ut liberem eum de manibus ægyptiorum.* «He visto la gran aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y sus clamores y querellas han subido delante de mí: vengo á librarlos desta servidumbre». Y aunque dice que El viene, envía á Moisés, y líbralos por tercera persona. Pero después de hecho hombre, persigue Saulo la Iglesia, y sale de él en propia persona al camino y quéjase: *Saule, Saule, quid me persequeris?* ¿Quién sois, Señor, que decís que os persigo? ¿Yo á vos? ¿Cuándo? *Ego sum Jesus Nazarenus, quem tu persequeris.* Persiguiendo á los míos, me persigues á mí. ¿Pues por qué no dijistes eso mismo á Moisés, sino *vidi afflictionem populi mei*? ¿Por qué no mi aflicción? Porque ahora soy hombre y estoy de por medio entre los hombres y sus cosas tengo por mías: sus males y sus bienes. *Quod uni ex minimis meis fecistis, mihi fecistis.* El beneficio hecho al hombre y el agravio, primero se hace á Cristo y él lo pone á su cuenta; porque no hay llegar donde está el prójimo sin encontrar primero con Cristo que está en medio. Más. Pónese Cristo en medio; veis ahí el instrumento y dice: *Pax vobis.* «La paz sea con vosotros». Esa es la música. Muestra las llagas de pies y manos y costado. Esas son las clavijas que estiraron las cuerdas para que hiciese armonía. Porque en virtud de las llagas de Cristo se capitularon las paces entre la carne y el espíritu, entre Dios y los hombres y entre los mismos hombres judíos y gentiles, que entre sí estaban desavenidos y encontrados. Acontece, y no pocas veces, estar dos riñendo con grandísima furia y cólera, y un hombre de bien, movido de compasión por que no se maten, entre de por medio con un bastón. «Señores, paz, no haya más. Paz». Y como los otros andan furiosos y desatinados, en lugar de herir cada uno á su enemigo, aciertan á descargar el golpe sobre el que se puso en medio á poner paz; y al cabo quedan ellos despartidos, y el tercero las manos en la cabeza. Pues así le aconteció á nuestro Salvador. Estaban Dios y el hombre malamente reñidos; había muy de atrás eternos bandos entre la tierra y el cielo; no se hablaban ni trataban, ni Dios se dejaba ver. El cielo echaba chuzos contra la tierra, diluvios, rayos para asolarla; la tierra producía espinas y abrojos contra cielo: idolatrías, pecados abominables. También había grande discordia entre judíos y gentiles: odios envejecidos sin esperanza de concierto ni convenencia; teníanse quitada la habla, el trato y comunicación; queríanse mal y no hacían caso los unos de los otros. Condoliéndose, pues, el divino medianero de tantas divisiones, entra de por medio á poner paz con el bastón de su cruz, y luego en entrando en la tierra dice: Paz. Y la cantan los ángeles: *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* Y viviendo dice: Paz. *Pacem meam do vobis.* Y muriendo dice: Paz. *Pacem relinquo vobis.* En la Cruz: Paz. *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* Pero como se puso en medio de Dios airado de una parte y del hombre pecador de otra; como le cogieron en medio judíos y gentiles enemistados, todos á porfía descargaron sobre él. El Padre le hiere cara á cara, porque le obliga á morir y se lo manda y dice: *Propter scelus populi mei percussi eum* (Isaías., 83). ¿Pues qué culpa tiene él de lo que pecó el pueblo? Ninguna, mas de haberse puesto en medio. Y él se queja: *Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores* (Salmo 128): «Que los pecadores descargaron sobre sus espaldas sus látigos y disciplinas», para verificar lo que Isaías dijo: *Disciplina Patris nostri super eum.* Alcanzóle el ramalazo. El llevó la disciplina, porque nosotros quedásemos en paz. Y así fue que Dios y el hombre quedaron reconciliados, y judíos y gentiles convenidos. Y en señal desto, Pilatos, gentil, y Herodes que guardaba el rito judaico, *facti sunt amici in ipsa die, nam ante inimici erant ad invicem.* En la muerte de Cristo se hicieron amigos, habiendo sido hasta allí enemigos. Y quedando todos en paz, queda el medianero descalabrado y las manos en la cabeza. Mirad qué claro nos dice esto el Apóstol San Pablo: *Ipse enim est pax nostra, qui fecit utraque unum* (Efes., 2). Cristo es nuestra paz, como nuestra justicia; porque es causa de toda nuestra paz y justicia y el autor della. Como Dios se dice nuestra salud, porque la causa en nosotros, es nuestra paz, porque apacigua al hombre en sí mismo, alumbra al entendimiento, rectifica la voluntad, sujeta el apetito á la razón. Y así en naciendo, la paz que se pregona es á los hombres de buena voluntad, significando que el que nacía es

autor desa paz y buena voluntad. Hace también paz entre los hombres. *Et medium parietem maceriæ solvens, inimicitias in carne sua* (Ibid.). Derribó aquella pared y muro de la ley vieja y sus ceremonias, que dividía á los judíos de los gentiles, y así acabó sus diferencias y antiguas divisiones. *Ut duos condat in semetipso in unum novum hominem.* Y como quien hace de dos casas una, derribando la pared de en medio que las divide, así, quitada de por medio aquella ley, hizo Cristo en la ley nueva de dos pueblos, gentil y judaico, un pueblo cristiano que ha de ser tan uno, que todos los fieles hagan un hombre nuevo en Cristo, juntándolos en el cuerpo místico de la Iglesia (cuya cabeza es Cristo, con unidad de espíritu y novedad de gracia). *Et reconciliet ambos in uno corpore Deo.* Y á estos pueblos así hermanados los reconcilió con Dios, haciendo asientos de paz inviolables entre ambas partes, *per crucem interficiens inimicitias in semetipso.* No fue esto tan á su salvo que no le costase muerte de cruz; porque muriendo en ella, mató en sí mesmo todas estas enemistades que había en los hombres: para consigo mesmos, para con los prójimos, para con Dios. No dice que las quitó ó compuso, sino (lo que es más) que las mató, que las desarraigó y acabó totalmente cuanto es de su parte, si el hombre no las resucita por la suya. Mató las enemistades *in semetipso* porque en él se envolvieron, y todas se le cayeron á cuestas y con su muerte las acabó. *Et veniens evangelizavit pacem vobis qui longe fuistis, et pacem iis qui prope. Quoniam per ipsum habemus accesum ambo in uno spiritu ad Patrem.* Y concluídos estos hechos, viene á dar á los sula buena nueva de paz. *Pax vobis.* Pónese en medio dellos como medianero y dice: Paz. Y diciendo esto, *ostendit eis manus et latus.* Como quien dice: Mirad la ganancia que he sacado de ser medianero, de haber puesto paz; sean testigos estas llagas de cuán caro me ha costado volveros al temple y que sonásedes bien á los oídos de Dios.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Mucho se encarece el valor de la paz en que por sola ella se hacen gastos excesivos, se juntan ejércitos, se arriscan tantas vidas y se dan y reciben tantas heridas y llagas. Blasón de los romanos: *Bella gerimus ut in pace degamus.* Porque para eso se ordena la guerra, para vivir en paz después de conseguida la victoria. Pero todo eso es poco, que al fin son vidas de hombres; pero estas son llagas de Dios, y heridas de Dios y vida de Dios. ¡Y que la dé por esta paz! Extraño valor debe tener. Por lo cual el demonio cudició esta joya, como ha hecho las demás de valor que ha conocido en Dios. Sabe que el Verbo es *candor lucis æternæ, speculum sine macula, et imago bonitatis illius* (Sap., 7). Quiere falsar y contrahacer esa firma y alzarse con ella, y dice: *Ero similis altissimo.* Oye que dice el Padre al Hijo: *Sede a dextris meis;* así, pues, yo subiré al cielo. *Et super astra Dei exaltabo solium meum:* «Y pondré mi silla á par de Dios». Dice Isaías de Cristo que se ha de institular *Princeps pacis.* Pues fálsese esa provisión, hagamos otro príncipe de paz. Hace un Mercurio que sea un corredor de amistades entre Dios y los hombres; con alas en los pies, y en la mano el caduceo, que es un ceptro con dos sierpes asidas á él, que lo besan. Si de la paz de Cristo dice el profeta que *habitabit lupus cum agno; et pardus cum hædo accubabit; vitulus et leo et ovis simul morabuntur* (Isaías, 11); acá un dragón con una serpiente, y con este título pretende sembrar paz interior y exterior. La interior del alma con el cuerpo, que nada pide al cuerpo y sensualidad que no le otorgue el ánima. Esta es paz afrentosa para el que la hace; porque en ella manda la esclava de la carne, que había de servir, y sirve la señora de la razón, que había de mandar. *Non decet servum dominari principibus* (Prov., 19): «No conviene, ni parece bien que el esclavo mande á los príncipes»; y que el entendimiento y la razón sirvan á los contentos y antojos de la sensualidad. No hay guerra más sangrienta que esta paz desordenada. Es la paz que dio Joab á Amasán, que con abrazo y beso de paz le atraviesa un puñal por las entrañas. Es el abrazo que da el segador al trigo, entrando por debajo la hoz para derribarlo. Ve Sara á Ismaelillo, el hijo de la esclava, *ludentem cum Isaac filio suo,* que era hijo del espíritu, y dícele á Abraham que luego al punto eche de casa á la madre y al hijo. ¿Pues porque juega con vuestro hijo? ¿Qué cosa más natural que jugar dos niños uno con otro? San Pablo dice que eran burlas pesadas. *Is qui secundum carnem persequebatur eum, qui secundum spiritum* (Galat., 4). Parecía juego y era persecución, regalos de la sensualidad y apetito. Los mimos y caricias que hace al espíritu con que lo halaga, persecuciones son del espíritu, y esa paz, guerra cruel. El que está acostado en cama de espinas, encenagado en el lodo de la torpeza, tan contrario á la dignidad del alma; el que trae á cuestas la carga pesadísima de la culpa, á quién remuerde el gusano de la conciencia y amenaza la espada de la divina justicia; quien sirve á señores que no da descanso de día ni de noche y es mandado de antojos ciegos, sin número y pasiones contrarias, ¿cómo puede decir que está en paz? *Ecce in pace amaritudo mea amarissima.* Con lágrimas se queja Ecequías. ¿Qué grande mal que

en la paz fue mi amargura amarguísima? En las flores de mis contentos hallé abrojos, en el panal acíbar, en la miel hiel. Pero en la guerra que turba esa paz mala, se halla la dulzura. Haciendo resistencia á las pasiones se gusta la suavidad del espíritu. Muerto el león por mano de Sansón, hacen las abejas el panal dulce en su boca; y así después de la pelea de la carne vencida y mortificada hay panal de paz más dulce que la miel. Una tranquilidad y quietud de la buena conciencia, que no hay gusto en la tierra con que se pueda comparar. Cuando David andaba por los montes desquijarando leones, domando sus apetitos; cuando se niega la venganza de Nabal y de Saúl; cuando no bebe el jarro de agua que apetecía; cuando corrido y en guerra contra sí, ¿qué de regalos de Dios? ¿qué de victorias? ¿qué paz de alma traía consigo? Pero cuando hace paces con la vista del cuerpo y mira á Bersabé y se le rinde, levántase Dios contra él y envía ángeles, guerréalo, mátale el muchacho y mucha suma de soldados; hasta que David se pone en medio de la matanza, diciendo: *Ego sum qui peccavi, et ego inique egi; isti qui oves sunt quid fecerunt? Vertatur, obsecro, manus tua contra me.* «Heme aquí humillado y rendido á vuestra voluntad: yo lo hice, yo lo quiero pagar; no mueran éstos que no tienen culpa en mi yerro»; entonces envaina Dios la espada. La paz que Dios quiere que tengan los suyos es la que recomendó el ángel á Agar, la esclava de Sara, diciéndole: *Revertere ad dominam tuam et humiliare sub manu illius.* Que la carne esté sujeta al espíritu, domados sus bríos y humillada. Esa es la paz interior de Dios, contraria á la que el demonio procura. También pretende persuadir paz exterior de unos con otros; mas para vicios y ruindades, para juegos, paseos y traiciones. Son culebras y serpientes las que se besan en el caduceo de Mercurio. *Qui mordent dentibus suis et prædicant pacem.* Lo que suena es paz, amistad. Fulano y Fulano, grandes amigos, comen y cenan juntos, nunca está el uno sin el otro. ¿Y en qué entienden? En rondar toda la noche, hacerse la pala el uno al otro, jugar las capas, agraviar á quien se les antoja, favorecerse para cuantas maldades intentan. Esa no es paz, sino liga y conjuración; malos en cuadrilla. Dios nos libre dellos. Las raposas de Sansón ligadas, mas para quemar las mieses y abrasarse á sí mismas. No es esa la paz que da Cristo, sino unidad de corazones para el bien, conformidad de voluntades para la virtud y servicio de Dios. Esa es la música que suena bien á sus oídos. Este fue el fruto de la muerte del Redentor. Después de la tormenta del diluvio vuelve la paloma con el ramo de oliva en el pico, y dáselo á Noé que estaba encerrado en el arca, en señal de las paces que estaban ya asentadas. Así después de la tormenta de la pasión, Cristo, paloma sin hiel, vuelve resucitado á visitar á sus discípulos que estaban encerrados por el miedo de los judíos, y el ramo de la oliva que trae en la boca es *pax vobis*: «La paz sea con vosotros». Grande bien es la paz, que no merece estar menos que en boca de ángeles cuando Dios es niño, y cuando sabe hablar, en boca de Dios. Lo primero que pregona cuando nace, lo que más nos encomendó en vida, lo último con que se despide cuando va á la muerte, es la paz. Esta dio con palabra, corazón y obra. Con palabra, *pax vobis*. Con el corazón, mostrándolo partido. Con la obra, *pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ in cœlis sive quæ in terris sunt* (Colos., 1). «Derramando su sangre en la cruz para hacer paces así en el cielo como en la tierra». Si Caín la tuviese en el corazón, no amalsinara á su hermano; si Achitofel la tuviese en la boca, no diera consejo á Absalón contra su padre David, y si Judas la tuviera en las manos, no las extendiera para recibir el precio injusto de la venta de su maestro. Tres desesperados que leemos en la Escritura, que son éstos, fueron perturbadores de la paz, y así murieron de malas muertes. Tal la puede esperar el que por alguna destas vías la perturba. Como la paz es el templador con que se concierta la armonía del universo, antes la mesma melodía y consonancia, no puede sufrir que le toquen en ella. Es sumamente aborrecible á Dios el que siembra cizaña y discordia entre los hermanos; no lo puede tragar. Y porque se vea la razón que tiene para estimar esa paz, y airarse contra los que la rompen, diciendo paz muestra las llagas, porque cosa que tanto costó á Dios en mucho la han de preciar los hombres.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pero, Señor, ya que es pasado el tiempo de la guerra, y vuestra humanidad santísima goza de eterna paz y tranquilidad, ¿para qué dejáis en ella esas señales de vuestras batallas? ¿Para qué quedan ahí esas heridas y rastros de vuestros tormentos? Habiendo reformado todas las fealdades de vuestro cuerpo despedazado, ¿por qué no soldáis estas quiebras y cerráis estos portillos, que no dicen bien con el cuerpo glorioso? Muchas razones dan los santos desta dispensación maravillosa, en especial Santo Tomás, de las cuales yo diré algunas. La primera: *In signum victoriæ et ut in perpetuum gloriæ suæ circunferat triumphum.* Dejó en su cuerpo abiertas aquellas heridas para gloria y honra suya; por señales de sus victorias y trofeos perpetuos de sus hazañas. Solían antiguamente los valerosos capitanes y soldados, cuando ha-

bían conseguido alguna notable victoria, levantar una memoria de ella, que llamaban trofeo, colgando los despojos del enemigo en un árbol desmochado. Pero nuestro capitán invictísimo, habiendo sojuzgado á los príncipes de las tinieblas y á sus aliados, pecado, muerte, infierno, pone el trofeo de sus victorias en sí mismo, que es árbol de vida desmochado en la cruz. Y aunque con el riego del alma gloriosa en la resurrección está verde y muy florido, estima tanto el trofeo de sus llagas que no las quiere quitar de allí por no derribar el triunfo de su gloria; y esto es lo qué Santo Tomás dice: *Ut in perpetuum gloriæ suæ circumferat tropheum.* Honra es del soldado valiente cuando sale de la batalla sacar las armas falsadas, rajado el escudo, abollado el yelmo; porque es señal que no ha estado holgando, sino que se halló en las priesas más reñidas y más peligrosas refriegas de la batalla. Así las llagas de Cristo, testimonio son que no se estuvo holgando en la guerra de su pasión. En fuertes priesas y mortales trances y recuentros os hallastes, Dios mío, solo y desamparado de todo favor. *Totum pondus prælii versum est in Saul.* Vos solo peleastes; porque todo el peso de la batalla se volvió contra vos, y de ahí sacastes tales heridas. Costumbre es antigua en todas las repúblicas, cuando alguno se señala en la guerra en servicio de su rey, tomar por armas alguna cosa que recuerde aquel famoso hecho por el cual mereció ser así honrado. De aquí ha tenido origen tanta diversidad de armas como los mundanos han inventado: escudos, blasones, epitafios, letreros, orlas; los leones, águilas rampantes, sierpes, lobos, cabras, torres, estrellas, girones, reyes presos; y así cada uno aquello que sea memorial de su hazaña. Pues si esto pasa en la república temporal y hacen tanto caudal los hombres desta gloria vana que se deshace como humo, ¿cuánto es más razón lo haya en la república espiritual, donde la gloria es sólida, verdadera y perpetua? Los valerosos soldados que con horribles martirios y lastimeras muertes triunfaron de los tiranos y se señalaron en servicio del rey eterno, y de su patria la soberana Jerusalem, ¿no será razón que sean honrados con armas, con escudos y con blasones? Sí, por cierto. Dense á Santa Lucía por armas dos ojos en un plato y en la orla una letra que diga: *Oculi mei semper ad Dominum.* «Dél cuelgan y están pendientes mis ojos». A Santa Agueda un pecho cortado y la letra: *Propter fidem castitatis jussa sum in mamilla torqueri.* San Andrés, el requebrador de la cruz, tómela por armas, y la letra: *Salve, crux prætiosa, quæ in corpore Christi dedicata est.* A San Lorenzo un hombre asado en unas parrillas, y la letra aquella generosa voz de pecho verdaderamente cristiano: *Assatum est jam, versa et manduca.* Hechos señalados, hazañas maravillosas, dignas de eterna memoria. Al Bautista, que tomó por empresa dar á conocer á Dios hombre, un cordero y la letra: *Ecce agnus Dei; ecce qui tollit peccata mundi.* Dice San Agustín que en el reino de los cielos veremos en los cuerpos de los mártires las señales de las heridas y llagas que por Cristo recibieron. Enteros resucitarán los cuerpos que aquí fueron despedazados, pero con las señales de sus victorias. *Non enim deformitas in eis, sed dignitas erit: et quædam quamvis in corpore, non corporis, sed virtutis prulchritudo fulgebit: quamvis itaque, omnia quæ acciderunt corpori vitia, tunc non erunt, non sunt tamen deputanda vel appellanda vitia, virtutis judítia (De Civitate).* Pues si los soldados tienen sus armas y guardan las señales de sus heridas en testimonio de sus victorias, el capitán invictísimo, el mismo rey y príncipe desta república, ¿no será razón que tome armas y blasones que recuerden sus hazañas? Pues estas armas son las cinco llagas, con una letra que diga: *Pax vobis*; pues hacer esta paz fue el hecho más señalado de Cristo, y en lo que más trabajó. Estas son las armas de Cristo; éstos los blasones de nuestro divino capitán; bordadas, no en doseles ni en reposteros, sino en los brocados de tres altos de su gloriosísima humanidad, donde resplandecen estos divinos engastes mucho más que los finos rubíes, diamantes ni esmeraldas, y más que los rayos del mismo sol. *Nam in illis locis vulnerum, quidem specialis decor apparebit*, según Santo Tomás: «Maravilloso resplandor». Tanto que los bienaventurados tendrán particularísima gloria accidental en la vista de las llagas de Cristo. En este sentido explica Ruperto aquel lugar de Zacarías: *Quid sunt plagæ istæ in medio manuum tuarum?* Decirle han los ángeles y los hombres: «¿Qué significan esas llagas en medio de tus manos?» En manos de Dios ¿qué hacen esas llagas? Y dirá: Estas llagas recebí en casa de mis amigos Abraham, Isaac y Jacob; pero ellas son testimonio de la caridad de mi Padre, señales de mi obediencia. *Qui etiam proprio filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum* (Rom., 8). Dice luego el profeta: *Framea, suscitare super pastorem meum et super virum cohærentem mihi.* Ea, cuchillo de pasión, cáliz de angustia, levántate y toma poder y brío contra el pastor mío. Pelea contra el varón que está conjunto conmigo, que es Cristo, que es buen pastor, y tan conjunto al Padre, que en cuanto Dios tiene una misma esencia; quia ego in Patre et Pater in me est. Y en cuanto hombre, tiene la voluntad sujeta y rendida á la divina. Pues levántate contra él y quita la vida al pastor, y serán descarriadas las ovejas.

Este fue el encendido amor del Padre, que entregó su Hijo por redimir al siervo; y ésta fue la incomparable obediencia del Hijo, que padeció la muerte por obedecer al Padre. Y porque *vir obediens loquetur victoriam* (Prov., 21), por eso deja las llagas en señal de su obediencia, que es su victoria: para ostentación de su gloria y triunfo. Pues si el Hijo de Dios no sólo no se afrenta de haber padecido por los hombres, sino que lo tiene por tanta honra que lo toma por armas, ¿cuánta mayor razón será que el cristiano, redimido con la sangre de Cristo, no sólo no se afrente de padecer por Él, sino que tenga por gran gloria y trofeo suyo parecerse en algo á su pasión? Como el apóstol San Pablo se gloría en ella: *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi* (Galat., 6): «No permita Dios que yo tome otras armas que la cruz de Cristo». *Et gloriamur in tribulationibus*. Y en otra parte: *Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo posto.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

La segunda razón por que guardó Cristo nuestro Señor las señales de las llagas después de resucitado fue *in confirmationem fidei:* «En confirmación de la verdad de su resurrección». Este artículo de la resurrección es dificultosísimo de creer sobre todos los demás de la humanidad. Porque en la lumbre natural era recebido como primer principio *a privatione ad habitum non est regressus* (Aristóteles, *In post Præd.*): «De la privación á la forma perdida no hay vuelta, no se puede andar el camino». No puede el ciego volver á la vista, ni el sordo á tener buen oído, ni el mudo á tener habla. Pues la muerte es la mayor privación de todas; porque no sólo priva de la vista ó habla, sino de todos los sentidos y de la vida. Por donde, si es imposible de ciego venir á tener vista, mucho más lo parecía de muerto poder resucitar. Y así, predicando el apóstol San Pablo en Atenas, donde estaba el general estudio de los filósofos y sabios de Grecia (como si dijésemos ahora Salamanca), oyéronlo con mucho silencio todo el sermón en que trató de la vanidad de los ídolos y de la unidad de Dios; pero en llegando al artículo de la resurrección de Cristo, *quidam irridebant*. Otros más comedidos lo dejaron para otra consulta. *Audiemus te de hoc iterum.* Otros le llamaban *seminiverbius:* charlatán, parlero, que echan palabras al viento. Otros decían: *Novorum dæmoniorum videtur anunciator esse, quia Jesum et resurrectionem anunciabat eis.* Pero ¿qué mucho que los filósofos gobernados por lumbre natural, enseñados en las escuelas de Platón y Aristóteles, hiciesen burla de la resurrección, pues que los discípulos de Cristo (no todos, sino algunos) que habían tenido lumbre del cielo, enseñados en aquella escuela de verdad, tantas veces avisados de la resurrección de su maestro, que habían visto tantos milagros y prodigios sobre todo orden de naturaleza, con todo eso dudaron y fueron incrédulos á este artículo? Cuando las tres Marías les dieron la nueva de que habían visto al Señor resucitado, dice San Lucas que *visa sunt ante illos sicut deliramentum verba ista et non crediderunt.* Y por esta incredulidad les reprehendió San Marcos. *Exprobavit incredulitatem eorum et duritiam cordis: quia iis qui viderant eum resurrexive non crediderunt.* Y así los santos Padres, en el credo que compusieron en el concilio niceno, añadieron al artículo de la resurrección aquella palabra *secundum scripturas*, que tomaron de San Pablo. *Et quia surrexit tertia die secundum scripturas.* Y aunque el apóstol trae el *secundum scripturas* al artículo de su muerte, también el concilio solo en el artículo de la resurrección. Porque los gentiles y paganos vieran su pasión, muerte y sepultura, pero la resurrección negaban. Y por eso para mayor confirmación se dice: resucitó como estaba profetizado en las santas escrituras, que no pueden faltar. No es invención de hombres, sino verdad enseñada por el Espíritu Santo. Y por esa misma razón San Augustín llama al artículo de la resurrección propia fe de los cristianos; porque esta creencia no es de gentiles, sino de las almas alumbradas con luz celestial. Pues porque este artículo importaba tanto ser creído, guardó el Señor en su cuerpo sacratísimo, ya glorioso y resucitado, las mismas llagas que tuvo siendo pasible; para que por ellas se viese llanamente la verdad de su muerte y resurrección, y que el mismo que había sido crucificado era el que después resucitó glorioso. Pues para esto les mostró á sus discípulos las llagas; para esto llama á Tomás, que era el más incrédulo de todos y le dice: *Infer digitum tuum huc et vide manus meas.* Y mostrándole las llagas de su cuerpo le sanó las que él tenía de infidelidad en su alma. Y no sólo con ellas confirmó la fe de sus discípulos, sino también la nuestra. Porque como dice San Gregorio: *Plus nobis contulit Thomæ incredulitas; dum enim ipse vulnera tangit carnis, in nobis vulnera sanas infidelitatis.* Él hizo lo que pudiera desear el hombre más incrédulo y más amigo de certificarse, y con su demasiada curiosidad y diligencia no dejó ya lugar para que en nosotros quede alguna duda.

CONSIDERACIÓN QUINTA

La tercera razón fue: *In sublevationem spei.* «Para alentar y fortalecer nuestra esperanza».



Porque aquellas llagas benditas muestra el Señor ahora á los ojos de su Padre eterno tan frescas y recientes como estaban en la cruz, y con ellas aboga por nosotros representando sus méritos y su justicia; por los cuales nos alcanza gracia, perdón y misericordia. Ora, mirad lo que debemos á Cristo, y cuán bien hizo el oficio de intercesor y abogado por los hombres. El rogó á su Padre por los hombres, de palabra, que bastaba para nuestro remedio. *Ego pro eis rogo.* Y San Lucas dice que *pernoctabat in oratione Dei.* No oraba de paso, sino muy de propósito. Lo segundo oró al Padre por nosotros *cum lachrymis et clamore valido.* Estando crucificado en la cruz, anegado en el abismo de sus dolores, como olvidado de sí, se acuerda de nuestros negocios, y á voz en grito, con gran afecto y con lágrimas rogó al Padre por nuestra salud. Lo tercero, oró con el derramamiento de su sangre. Porque aquella sangre vertida en el suelo, daba voces al cielo pidiendo misericordia para los pecadores. *Accesistis ad sanguinis aspersionem, melius loquentem quam Abel.* Porque la sangre de Abel pedía venganza y justicia del matador, pero la de Cristo pide perdón para los culpados. Lo cuarto, aboga por nosotros con la representación de sus llagas; porque ahora que está glorioso y no puede llorar y verter sangre, ni es bien que se hinque de rodillas para rogar al Padre, el modo que tiene para favorecernos y abogar por nosotros es poner por delante á su Padre sus llagas, y con ellas sus tormentos, su cruz, sus satisfacciones y méritos; por los cuales pide por justicia al Padre que use con nosotros de misericordia. Cuenta Josefo que Antípatro, padre de Herodes Ascalonita, el que mató los inocentes (que era gran privado del emperador Augusto César), y en su servicio había peleado en muchas batallas y recebido en su cuerpo muchas y muy grandes heridas, fue acusado delante el emperador de traidor. Y siendo citado que pareciese y se descargase, no habló palabra, sino desnudóse sus vestiduras y descubrió las heridas de su cuerpo y dijo: *Non sunt ista signa proditionis, sed fidelitatis.* Entonces el emperador, movido con aquel espectáculo, abrazó y besó á Antípatro, y le hizo más merced que hasta allí, no dando crédito á lo que le imponían. Pues si tanto como esto pudieron las llagas de Antípatro, ¿cuánto más podrán con el Padre eterno las llagas de su Hijo recebidas por su amor y obediencia, para que por ellas perdone el Señor nuestras traiciones y alevosías y use con nosotros de benignidad y clemencia? ¡Qué fuerza harán en aquel divino pecho! ¡Cómo le ablandarán y mitigarán el rigor concebido contra nuestras maldades y pecados! *Filioli, hæc scribo vobis ut non peccetis;* no toméis ocasión para pecar de la misericordia de Dios y del favor que tenéis en Cristo. *Sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Cristum justum; et ipse est propitiatio pro peccatis nostris, non pro nostris autem tantum; sed etiam pro totius mundi.* Llama á Cristo justo, porque aboga representando su justicia. No es abogado injusto ni aboga contra justicia. *Nescit justitia Dei patrocinium dare criminibus.* No toméis ocasión para pecar. *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris.* Quiere decir: satisfacción por nuestros pecados. Porque satisfizo por todos los pecados del mundo cuanto á su suficiencia y por los predestinados cuanto á la eficacia. Con este mismo motivo alienta nuestra esperanza San Pablo: *Quis accusabit adversus electos Dei? Deus qui justificat, quis est qui condemnet? Christus Jesus qui mortuus est, immo qui et resurrexit, qui est ad dexteram Dei, qui etiam interpellat pro nobis.* Como si dijese: ¿Por qué desconfía el hombre que tiene de su parte á Dios? Tiene á Cristo sentado á la diestra del Padre para abogar por él, representando su muerte y su pasión. ¿Qué no alcanzará tal Hijo de tal Padre? ¿Y qué no esperará quien tiene tal abogado y tal patrón? Ven acá, pues, hombre desconfiado, mira qué abogado tienes; mira quién se ha encargado de tus negocios, y confía que tendrás muy buen despacho dellos. Si pides al Padre perdón de tus culpas, ponle delante las llagas de su Hijo. Si le pides gracia, si virtudes, si la salvación, si la salud y necesario sustento de la vida, cualquiera cosa que pretendas alcanzar de Dios, ponla en las manos de Cristo y espera que él la negociará muy á provecho tuyo. San Bernardo: *Oh homo, securum habes accesum ad Deum ubi habes matrem ante filium et filium ante patrem. Mater ostendit filio et pectus et ubera; filius ostendit patri latus et vulnera. Quomodo poterit ibi esse repulsa ubi tot concurrunt charitatis insignia?* Segura tienes la entrada, muy buenos padrinos llevas aunque seas pecador fugitivo, esclavo; seguro puedes entrar doliéndote de tus culpas. Mirad si puede ser aspecto de planeta más benévolo y propicio para la tierra. La madre mira al Hijo y le muestra los pechos que le criaron; el Hijo muestra al Padre el costado abierto y las llagas de sus pies y manos; ¿cómo no alcanzarán todo lo que pidieren al Padre? Si las llagas de Antípatro convencen al César, ¿las de Cristo no convencerán al Padre? ¿Qué os parece, cristianos, que le debéis á Cristo por esta abogacía? ¿En qué obligación os pone con este patrocinio? ¿Con qué le pagaréis el cuidado y diligencia que pone en vuestros negocios? Si vos tuviéredes un pleito en la Chancillería de Granada, ó en Consejo Real, en que os va todo

vuestro estado y mayorazgo, y no teniendo quien por vos abogase y costease de su dinero viniese un letrado, el mejor de España, y por haceros bien se encargase de vuestro pleito y le solicitase y costease de su dinero, y al fin por su buena industria, trabajo y diligencia saliese con el pleito y se diese sentencia en vuestro favor, ¿con qué os parece podríades pagar á este letrado tan grande beneficio? ¿Cuánto le debríades amar y desear servir por esta buena obra? Pues, hermano, todos traemos pleito en aquel supremo Consejo del cielo sobre nuestra salvación; es negocio tan importante que nos va á ser mayorazgos y reyes en el cielo para siempre jamás, ó ser esclavos del demonio en el infierno eternamente. Pues este pleito no tenemos nosotros caudal para costearlo, ni habilidad para proseguirlo; encárgase Cristo de ser nuestro letrado, y pleitéalo á costa de su sangre y de sus llagas; y si nosotros no lo desmerecemos, saldrá la sentencia en nuestro favor. ¿Qué le debemos á tal abogado? ¿Con qué le pagaremos tanto bien como nos hizo sin algún interés y con tanta costa suya? ¿Cómo le debemos amar y servir, empleándonos del todo en su servicio. pues él se empleó todo en nuestro remedio? Cuentan de Absalón que cada día se ponía á la puerta de palacio para ver los negociantes que venían á negociar con su padre el rey David; y era tanta su llaneza, que se informaba de sus pleitos y negocios, y mostraba gran deseo que tuvieran buen despacho, y decía: *Quis me constituat judicem super terram ut ad me veniant omnes qui habent negotium et juste judicem?* Y luego más adelante: *Faciebatque hoc omni Israel venienti ad juditium ut audiretur a rege, et sollicitabat corda virorum Israel.* ¡Oh, si yo fuera presidente destos reinos, qué diferentemente se despacharan los negocios! No hubiera en mi casa puerta cerrada para nadie; todos vinieran á mí, y á cada uno le guardara su justicia! Y deste término usaba con todos los del pueblo que venían á pedir justicia al rey David su padre, y de tal suerte los robaba y aficionaba, que á un sonido de trompeta *toto corde universus Israel sequitur Absalon.* Pues si solo este cuidado de saber sus negocios y el deseo de ser juez para despacharlos robaba los corazones de los hombres y los atraía al servicio de Absalón, el Hijo de Dios, que después de resucitado se allanó tanto que no sólo se informa de nuestros negocios, sino que los toma á su cargo y los negocia y trata con su Padre, y para alcanzarnos buen despacho dellos guarda en su cuerpo las llagas que represente al Padre eterno y no ha menester desear que le hagan juez como Absalón, porque *ipse est constitutus a Deo judex vivorum et mortuorum;* no sólo es abogado, sino juez de vivos y muertos, ¿cuánto nos debe esto aficionar á Cristo, y robarnos los corazones y traernos á su servicio? Que se diga de nosotros con verdad: *Toto corde universus Israel sequitur Absalon.* De todo corazón sigue todo el pueblo cristiano á Cristo; de todo corazón le ama, sirve é imita y guarda sus mandamientos.

CONSIDERACIÓN SEXTA

La cuarta razón, *In signum amoris.* «En señal del amor» y de la memoria que de nosotros tiene; para con esto inflamar la caridad y provocarnos á que le amemos y tengamos memoria dél. Esta razón toca Santo Tomás diciendo: *Ut sua morte redemptis, quam misericorditer sunt adjuti propositis suæ mortis inditiis insinuet.* «Para que mostrándo las señales de su muerte á los fieles con ella redimidos, les dé á entender la grandeza del amor y misericordia, con que fueron ayudados y hechos salvos»; la cual representación no puede dejar de encenderlos en amor de quien tan graciosa y fuertemente los amó. Costumbre es entre dos que bien se quieren cuando se ofrece apartarse llevar consigo una sortija ó un joyel en que suelen á veces escribir el nombre de su amada, para que esto les sea un perpetuo despertador ó libro de memoria que no dé lugar al olvido. Cristo, nuestro bien, enamorado de su Iglesia y de cada una de nuestras almas, habiéndose de apartar della por la presencia visible y subirse al cielo, para mostrar que en él no puede caber olvido de quien bien quiere, lleva su nombre escrito, no en sortijas y joyeles, sino en sus sagrados pies y manos y en su amoroso pecho. Aquellas llagas preciosas que guardó en sus manos son las sortijas; aquella gran abertura del costado, es el joyel donde nos tiene escritos para nunca olvidarse de nosotros. Así lo dice por él el profeta Isaías: *Et dixit Sion: dereliqui me Dominus, et Dominus oblitus est mei. Numquid oblivisci potest mulier infantem suum ut non misereatur filio uteri sui. Ecce in manibus meis descripsi te; muri tui coram oculis meis semper.* Sión, que es la Iglesia y el alma contemplativa que por fe atalaya á Dios, viendo subir á Cristo á los cielos, parece que se halla sola y desamparada, y dice: «El Señor me ha dejado y se ha olvidado de mí». Pero á esto responde el Señor: «¿Por ventura podrá olvidarse la madre del niño que cría muy regalado y no acariciar al hijo que salió de sus entrañas? Pues si ella se olvidase, yo no me olvidaré de ti. No hay nadie que tanto quiera á su hijo como yo á mi querida esposa». Señor, y ¿quién ha de avivar vuestra memoria y solicitar vues-

tro corazón para que no se olvide de mí? *Ecce in manibus meis descripsi te.* ¡Ah, que tengo escrito en mis manos; no me puedo mirar á ellas sin acordarme de ti! ¿Qué hombre hay tan perdido por los amores de una mujer que consintiese escribir su nombre en su propia carne con un cauterio de fuego como suelen herrar á los esclavos? ¡Oh divino enamorado de nuestras almas, tan perdido (si así se puede decir) por sus amores, que quisiste escribir en tu carne virgínea los nombres dellas con plumas de hierro que son los clavos, y con la tinta, que es tu preciosa sangre, para nunca olvidarte de ellas! Cuando uno está muy bien en una cosa y la sabe con mucha resolución, por gran encarecimiento solemos decir: Fulano tiene toda la teología ó todo el derecho en la uña; porque lo que en la uña se escribe, está muy presente á los ojos y al corazón. Así Cristo tiene todos nuestros nombres en la uña, en sus manos, pies y costado; presente nos tiene en sus ojos y corazón. Escribiónos en las manos, para ayudarnos en nuestras necesidades; escribiónos en los pies, para nunca apartarse de nosotros: para que cuando por nuestra culpa se nos quisiese alejar, mirándose á los pies nos vea allí escritos y detenga el paso. En el corazón, para que nunca pierda nuestra memoria. *Et muri tui coram oculis meis semper.* Llama muros á sus llagas; porque así como las ciudades son defendidas por sus muros, así nuestras almas tienen defensa y amparo en sus llagas. Pues estos muros tuyos siempre están delante mis ojos. Nunca deja de mirar sus llagas porque no quiere dejar de acordarse de su misericordia. No quiso borrar la escritura de sus clavos, por no borrar el nombre de su esposa; antes la tiene por empresa y no por divisa, que trae por amor de su enamorada. Pues si Cristo te quiere tanto, alma cristiana, que te escribe en sus manos y corazón con plumas de hierro, ¿por qué no le escribirás tu con pluma de amor, estampando su nombre en tu corazón, imprimiéndole en tu pecho, para nunca olvidarte dél? Si él por tu amor trae como por empresa y divisa sus llagas; si los anillos con que adorna sus manos y el joyel que cuelga en su pecho son crueles heridas, ¿por qué no traerás tú por su amor y devisa lo primero su caridad, amando á Dios y á los prójimos, que esa es la principal devisa de Cristo? *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis: si dilectionem habueritis ad invicem.* También la humildad, la penitencia y mortificación, el ayuno, el silicio, el traje honesto y no profano, todas estas son divisas de nuestro amado. Las cuales habemos de traer por su amor, como dice San Pablo: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes; ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.* «Traigamos siempre retratada en nuestros cuerpos la figura de Cristo crucificado». Sea nuestra divisa su mortificación en la tierra, para que en el cielo alcancemos la divisa de su gloria y nos parezcamos á la figura de Cristo glorioso resplandeciente.

CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

Y no sólo nos son las llagas de Cristo prendas de su amor y de la memoria que de nosotros tiene, sino testimonios y señales evidentes de su grandeza. Ya habréis echado de ver en los hornos las braveras que les hacen á un lado de la capilla, para que cuando caldean el horno se exhale por allí parte de la llama y respire el calor grande y no derribe el horno. Y aunque por ellos se exhala alguna parte del fuego, mucho más es lo que dentro queda. Lo mismo es cuando se arde una casa, que destechan y abren ventanas para dar lugar al fuego que salga. Así estaba en el pecho de Cristo aquel horno de su amor, tan abrasado y encendido; eran tan vehementes las caldas de aquel fuego abrasador, que si no le dieran por donde respirar reventara aquel sagrado pecho y aquel sagrado templo de su humanidad se ardiera. Y así, danle lugar que el fuego salga, y no una ventana sino cinco fue necesario abrir en él para que se exhalase alguna parte del calor encendidísimo que estaba encerrado y se descubriese á los hombres la fuerza de su amor. Y así sale por pies y manos y pecho. Aunque no es tanto lo que padece cuanto lo que allá dentro se queda y está ardiendo. Venid, pues, acá, almas frías, y entrad por estas ventanas; zambullíos en estas llamas y seréis abrasadas en amor. Almas devotas, que como palomas tenéis por canto el gemir; tórtolas castas, que habéis renunciado la compañía del mundo para vivir en soledad, si queréis que os muestre unos nidos donde seguramente podáis morar, mirad aquella piedra agujereada. *Petra autem erat Christus.* Los agujeros sus llagas. *Passer invenit sibi domum et turtur nidum ubi reponat pullos suos* (Salmo 83). Mirad qué linda casa os halláis en aquel amoroso costado, las puertas abiertas de par en par, para que podáis entrar. La tórtola halla nidos donde anidarse y criar sus hijuelos. El alma que gusta de la soledad, que es amiga de recogimiento, ésta se anida en las llagas de Cristo. A estas tales convida el profeta Jeremías: *Relinquite civitates et habitate in petra, habitatores Moab et stote quasi columba nidificans in summo ore foraminis* (Tren., 48). «Dejad las ciudades, moradores de Moab; los que vivís en el mundo, desocupaos dél, dad de mano á sus negocios, salid de sus tráfagos y ruidos, y morad en la piedra. Tomad casa de asiento

en aquella piedra, herida con la vara de la cruz; sed como la paloma que hace nido en la boca del agujero más alto de la piedra». Anidaos en aquella abertura mayor del costado de Cristo; allí criaréis vuestros pollitos, los santos deseos, los buenos propósitos, los castos y amorosos afectos con que el alma se regala con Dios. Con la consideración destas llagas se engendran, con aquella sangre se crían, de aquellas entrañas se sustentan, con el agua del costado se bañan. Estas son las fuentes del abismo rasgadas, las cataratas del cielo abiertas, por donde cae la lluvia de los dones y riqueza de Dios; no para anegar el mundo, sino para fertilizar la tierra de nuestras almas con aquella lluvia voluntaria que el Señor guardó para su heredad, que es la gracia y la gloria.

Amén.

LAUS DEO

CONSIDERACIONES

SOBRE LOS

EVANGELIOS DE LOS DOMINGOS DE ADVIENTO

Por el R. P. M. Fr. Alonso de Cabrera.

SERMÓN PRIMERO

EN EL

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Erunt signa in sole et luna et stellis.

(LUCAS, 21).

Dos pies tiene Dios con que anda los caminos de nuestra salud, como dice San Bernardo: el uno temor y el otro amor. *Alterum misericordiam, alterum juditium nominemus;* con los cuales hace entrada por los caminos de las almas. *His (inquam) pedibus devotas perambulat mentes, incessanter lustrans, scrutansque corda et renes fidelium*, dice el mismo santo pocas palabras más abajo. Con estos dos pies torno á decir que anda Dios por las almas devotas de una en otra, sin parar un punto, descubriendo y escudriñando corazones y entrañas; y cuando ha de entrar en un alma, primero asienta el de temor que el de amor; y conforme á la señal y huella que deja el primero, sucede comúnmente el efecto del segundo. La Iglesia católica, en esta vigilia del Adviento, apercibe á los fieles para el recibimiento del Rey de gloria que, saliendo del vientre virginal con pasos invisibles, viene á morar en nuestras almas por gracia, para despertar en ellas el temor y respeto debido á tan grande majestad, y el amor que pide tan soberana clemencia. Represéntanos sus dos advenimientos: el uno en carne pasible á redimirnos, que fue testimonio de su misericordia, y el otro con todo el poder y autoridad de su Padre, á juzgarnos, que será muestra de su justicia. Mas como la Iglesia es regida por el espíritu de su Esposo, y en todo sigue sus pisadas, como El asienta primero el pie del temor, así ella procura atemorizarnos con la representación del juicio final y temerosas señales que le han de preceder. Y con este asombro nos dispone para tener buenas pascuas en la natividad de Cristo. Para que este pie señale en nuestros corazones de tierra y haga vacío donde quepa la caridad es menester lluvia de gracia que los humedezca y ablande. Pidamos al cielo por intercesión de la Virgen nuestra Señora. Ave María.

INTRODUCCIÓN

David, á quien los antojos de la fe y luz de profecía hicieron de tan larga vista que desde muy lejos alcanzó á divisar las obras de Dios en los siglos venideros, no á bulto ni en confuso, sino por tan menudo y en particular que, como historias ya pasadas las puso en metro cuando le corría la vena del cielo, que le hizo poeta escogido, y como excelente músico las cantó en su arpa, contemplando en espíritu los misterios que la Iglesia en este santo tiempo comienza á solemnizar, y teniendo de ellos el mesmo sentimiento, compuso un breve salmo, que en el número de su salterio es el setenta y cuatro; y hizo una octava rima ó soneto á manera de diálogo, en que los cifró todos. Los interlocutores son dos: uno el profeta, que habla en persona de todos los justos; otro el Redentor

tor del mundo, que responde como juez de vivos y muertos. Comienza en su dicho el profeta: *Confitebimur tibi, Deus, confitebimur, et invocabimus nomen tuum; narrabimus mirabilia tua.* «Confesaremos á ti, Dios, confesarnos hemos, invocaremos tu santo nombre y cantaremos tus maravillas». Paréceme que veo á David en el púlpito, obligado á proponer al pueblo los dos advenimientos de Cristo y á tratar en primer lugar del segundo, y de la turbación y desconcierto que sus señales causarán en la tierra y en sus moradores, y como el argumento es tan grave, prepárase como todo buen predicador: limpiar primero el vaso del corazón para que la lengua sea órgano conveniente de las divinas alabanzas, invocar el favor de Dios y luego predicar sus maravillas. Este estilo guardó en el salmo 50 muy al descubierto. *Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.* «Señor, el corazón es el vaso donde se ha de infundir el precioso licor de vuestra doctrina: limpialde primero de las heces de la culpa para que sea capaz de recebir vuestra gracia». Luego pide socorro al cielo: *Domine, labia mea aperies et os meum annunciabit laudem tuam.* «Señor, abridme esta boca, purificadme los labios con fuego de altar, para que con lengua y labios inflamados en amor cante vuestras alabanzas». Y habiendo esta preparación, *docebo iniquos vias tuas*: «Yo me obligo á predicar y enseñar á los pecadores vuestros caminos». Este mismo camino guarda hoy, aunque más disimulado. *Confitebimur tibi, Deus, confitebimur et invocabimus nomen tuum.* Dos confesiones quiere hacer: una de pecados, para limpiar el alma; otra de alabanzas, para dar gracias á Dios. Luego pide favor: *Invocabimus nomen tuum.* «Invocando el nombre del Señor». Y tras esto se ofrece á predicar: *Narrabimus mirabilia tua.* Este arancel guardará el predicador deseoso de hacer provecho; pues sabe que no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, y que se queja Dios dél, porque predica sus justicias y se atreve á tomar su ley y testamento en su boca. También se confiesa dos veces David, porque como se ha ofrecido por adalid y guía de los caminos de Dios, por donde viene á visitar á las almas, y éstos (como él dice en otra parte) son misericordia y verdad, por el de la misericordia vino de paz á salvarnos, y por el de la verdad le esperamos de guerra para tomar venganza de sus enemigos; por eso le confiesa dos veces. Confiésoos, Señor, por mi Salvador, y juntamente os confieso por mi juez: no lo uno sin lo otro. Que es lo que en otro lugar dijo más claro: *Misericordiam et judicium cantabo tibi, Domine.* Dos pies tenéis, juntos los quiero besar, porque de la clemencia sola no presuma y del rigor á secas no desconfíe. Canto vuestras dos venidas para despertar dos afectos: temor y amor en las almas; y habiendo esto, *invocabimus nomen tuum. Invocare est intus vocare,* llamar á Dios, no acá fuera con la boca, sino allá dentro en el corazón; convidarle con la posada para que venga á morar en ella. Desta manera de invocar dice el apóstol: *Omnis quicumque invocaverit nomen Domini salvus erit* (Rom., 10). Después que el temor rae y limpia la casa, y la confesión la barre y escombra, y el amor la adorna con la tapicería de todas las virtudes que trae en su compañía, viene bien llamar dentro al Esposo y convidarle con la Esposa al lecho florido del corazón limpio. *Lectulus noster floridus*, sin espinas de vicios, sembrados de rosas y claveles de santos afectos y deseos. La conciencia pura es cama regalada en que descansa el pacífico Salomón; porque en el alma pecadora no entra la sabiduría, ni mora en el cuerpo sujeto á la esclavonía del pecado. Pues teniendo en casa tan hermoso huésped, para darle música y solaz, *narrabimus mirabilia tua*: «Cantarle he sus propias maravillas». ¿Qué mayores grandezas que las tres uniones que hizo Dios, tres ligas y juntas de cosas tan distantes: Dios y hombre en un supuesto, madre y virgen, fe y corazón humano? Estas proezas celebra la Iglesia en este tiempo, y éstas cantara David, sino que le ataja el Redentor y corta el hilo, comenzando aquí su dicho. *Cum accepero tempus ego justitias judicabo.* Principio es de filosofía moral que lo que es último en la ejecución es primero en la intención. Queréis vos ir á Sevilla, y para esto os aprestáis, buscáis dinero, alquiláis mula, proveéis la alforja y hacéis vuestras jornadas, Lo último que conseguís es llegar á Sevilla; mas lo primero que proponéis es ir allá, y por ese fin hacéis todo lo demás. El juicio final en que se ha de dar premio consumado á los buenos y castigo á los malos es lo último, el fin y remate de la redención. Esta es la clave y cerradera con que echa Dios el sello á todas sus maravillas; y así quiere que aunque en la ejecución es la última, en la intención y propósito sea primera, y que della se dé principio á la narración desas maravillas. *Cum accepero tempus ego justitias judicabo*: «Sépase que cuando yo tomare el tiempo tengo de juzgar á las justicias». Dos cosas dice temerosas. La primera, que ha de tomar el tiempo; y una de las cosas más preciosas que ha dado Dios al hombre y de que más estrecha cuenta le ha de pedir es el tiempo. ¿Con qué se puede pagar, un momento de vida en que con el favor de Dios se puede granjear el descanso de toda la eternidad? Con los ángeles anduvo Dios en esto tan limitado, que por instantes les dio los términos de merecer ó desmerecer, brevísimos espacios y

momentos, que algunos dicen que fueron dos, otros tres, y los que más lo alargan llegan á cuatro, y sin razón. Con ser tan pocos, fueron tan cortos estos plazos, que regulados por el reloj con que se mide la duración del sér angélico, son menos que tres minutos de nuestro tiempo para nosotros. Bien es verdad que eso bastó para la viveza de su ingenio y perfección de su naturaleza. Mas al hombre tardo, mutable y vario, que muda más pareceres que el camaleón colores, dale Dios el tiempo de por vida: tantos años y edades para negociar su salvación; espacio de penitencia para restaurar sus pérdidas, si ha quebrado; ahora tiene tiempo de hacer su voluntad buena ó mala, y Dios le deja libremente disponer de sí y del tiempo. Pero no se engañe nadie ni piense que es señor del tiempo; no es sino usufructuario. Como echa trazas un sastre sobre una vara de paño para hacer un sayo: de aquí se sacará el cuerpo, de aquí las mangas, de allí los faldamentos, así hay quien tantea y comide el tiempo. La niñez, para juguetes; la juventud, para soltura y pasatiempos; la edad viril, para contrataciones y granjerías; la vejez, para oficios; la edad decrépita ó la hora de la muerte, para servir á Dios y hacer penitencia. Pues éstos oigan que no es suyo el tiempo, que se le han de quitar y no dice el cuándo: *cum accepero tempus*. El cuándo para cada uno será la hora de su muerte, y para todos, el día del juicio. Vio San Juan en espíritu un ángel fuerte que descendía del cielo vestido de una nube; el rostro como el sol de medio día, en la cabeza traía por diadema el arco del cielo, los pies eran dos columnas de fuego, y tenía en su mano un libro abierto; su voz era terrible, como bramido de león. Puso el pie derecho en la mar y el izquierdo en la tierra, y tendiendo la mano hacia el cielo, como quien la pone en vara de justicia, juró por vida del que vive en los siglos de los siglos *quia tempus non erit amplius*. Este ángel milagroso es Cristo nuestro Redentor; ángel del gran consejo, ha de bajar personalmente del cielo el día del juicio, porque así nos lo dijo antes que allá subiese, y acabado de subir con dos ángeles, lo prometió otra vez á sus discípulos que estaban suspensos mirando al cielo. *Hic Jesus qui assumptus est a vobis in cœlum sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in cœlum*: «Este mesmo que ahora vistes subir al cielo como Salvador, le veréis después bajar como juez». Subió en una nube y así bajará en nube, como dice el Evangelio: *Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate*. Veis ahí el ángel vestido de nube. Fuerte, porque viene con gran poder; resplandeciente como el sol, por la majestad y gloria que trae. En la cabeza trae el arco, que es señal de paz; los pies son de fuego, que significa rigor. En estas dos extremidades, que son el principio y fin del cuerpo humano, están dibujadas las dos venidas de Cristo. La primera de misericordia, á poner paz entre Dios y los hombres; y así trae por divisa el arco en señal de clemencia, y que ya han cesado las aguas del diluvio de los enojos y castigos pasados. En la última vendrá justiciero, bravo, sañudo, y así traerá pies como columnas de fuego, rigor inflexible, ira implacable. *Ignis ante ipsum præcedet et inflammabit in circuitu inimicos ejus* (Salmo 96). El aposentador será el fuego que vaya delante abrasándolo todo. El libro abierto que trae en su mano es la sabiduría eterna que tiene en cuanto Dios, por la cual se le apropia el oficio de juez, y la ciencia plenísima de que está lleno en cuanto hombre para conocer los méritos de las causas y procesos de todos los hijos de Adán, y el arancel de la ley divina por donde han de ser juzgados. Bramarán como león cuando pronuncie la sentencia de condenación contra los pecadores. Este ángel poderoso hará aquel plenísimo juramento: *Quia tempus non erit amplius*. Y allí cumplirá lo que tiene amenazado: que ha de tomar el tiempo. ¡Oh qué burlados se hallarán allí los pecadores! ¡Qué manivacíos! El trigo, cuando le hay, anda rodando y juegan con él; mas si falta, vale un ojo de la cara. Sabido es el caso de Egipto de aquellos siete años de abundancia á los cuales se siguieron otros siete de esterilidad, y siendo avisados los egipcios por Josef y viendo á los ministros del rey recoger el trigo en sus sileras, ellos lo tuvieron en nada, porque había más trigo que arena y pensando que siempre habría de ser así Cuando después pereciesen de hambre y viniesen á pedir pan á Josef y fuesen compelidos á dar sus dineros, ganados, vender las posesiones y las personas por el trigo, ¿qué rabia ternía contra sí? ¡Como que me avisaron, y pude fácilmente enriquecer yo y mis hijos y dejar de buena ventura á todos mis descendientes, y librarme de las angustias y no quise! ¡Qué despecho sería éste! Cristianos, mirad que tenéis ahora el tiempo de sobra. Ahora podéis hacer provisión para los años de la hambre; ahora podéis ser ricos de merecimientos; daos priesa, que no tenéis seguridad de siete años ni de un momento. *Quæcumque potest facere manus tua instanter operare: quia nec opus nec ratio erunt apud inferos, quo tu properas* (Ecle., 9). No pierdas la ocasión de hacer bien. Si hallares á mano la oportunidad de la lim-na, confesión, comunión, no la dejes; date pri á granjear, porque vas por la posta á la o vida, donde no hay mérito, ni industria, ni gar de ganar de comer. *Non est apud infe invenire cibum* (Ecle., 14). No hay albéd

en el otro siglo, y el cielo con gran velocidad se voltea como torno, hilando los copos de nuestras vidas. Y con tal aviso y viendo á los siervos de Dios tan solícitos encerrando el trigo de sus buenas obras en el depósito del cielo, ¡tanto descuido en nosotros! Gente desalmada, cuando venga el tiempo de la necesidad y se acabe la candelilla de la vida y os halléis sin un pan ni tiempo para buscarlo, pobres y hambrientos en toda la eternidad, ¿qué congoja, qué rabia será aquella? Los gitanos hallaron trigo á comprar, aunque caro; pero las vírgenes locas no hallaron aceite al tiempo del menester. Por todos los haberes del mundo no te darán un minuto de tiempo; en cerrando los ojos, acabado es. ¡Oh qué dieran ahora los condenados por un rato de tantos como echaron á mal; y si se lo otorgaran, qué priesa se dieran á llorar, gemir y hacer bien! ¡Pues mira que te has de ver en aquella necesidad! *Redimentes tempus, quoniam dies mali sunt* (Efeso, 5): «Hermanos, dice el apóstol, como discretos, comprad el tiempo, porque son los días malos». Los que caminan por tierra de enemigos y salteadores, y en días lluviosos y cerrados, si acaso se serena el cielo y hace un rato bueno y juntamente hallan buena compañía que les haga escolta, no pierden la ocasión de hacer jornada, antes la comprarían á dinero si pudiesen. Hermanos, los días de la vida son tempestuosos, días de invierno, no faltan lluvias, vientos, lodos, tentaciones, cuidados, estorbos, enemigos, demonios, mil contrastes para la virtud. Comprad el tiempo, no dejéis pasar la oportunidad de hacer bien, de ayunar, rezar, perdonar la injuria; aprovechad el tiempo, que nos la tiene juradas su dueño. *Cum accepero tempus;* cuando no haya redención, *Ego justitias judicabo.* Otra letra dice *rectitudines.* ¡Terrible palabra es ésta! Que amenaza Dios con juicio á las santidades, á las obras derechas, ajustadas con la ley de Dios. *Scrutabor Hierusalem in lucernis:* «Haré cala y cata de Hierusalem, con candelas». *Hierusalem civitas sancti.* No dice de Babilonia, sino la ciudad del santo. Gran escrutinio se le apareja á la virtud, que le han de hacer información de todos cuatro costados; que se ha de hilar allí muy delgado. Haráse pesquisa de la obra: si fue buena, si con recta intención, si en tiempo y lugar, si con fervor ó negligencia, si con pasión ó con celo de justicia, si por Dios ó por el mundo. Mirad si temía esta pesquisa el santo Job, pues que decía: *Verebar omnia opera mea, sciens quód non parceres delinquenti*: «Recelábame de todas mis obras, porque sé que no perdonas al delincuente». ¿Qué obras eran las que temía? Las que él cuenta de sí. Ojo fui al ciego, pies al cojo, padre al huérfano, amparo á la viuda, huésped al peregrino, abrigo al desnudo, recto al pleiteante; con mis criados humilde, con la mujer ajena honesto, con los enemigos benévolo. ¿Desas obras os receláis? Sí, porque no perdona Dios al delincuente. Porque delinquir es faltar, y los pecados de omisión son dificultosos de entender. *Delicta quis intelligit?* ¿Quién advertirá todo lo que falta? Son pecados ocultos de que muchas veces no se hace penitencia, y por eso dice Job que Dios no las perdona. Que se puede condenar el juez porque no echó de ver el engaño del escribano, ó del testigo de que debiera hacer más averiguación. Que le pedirán al corregidor el hurto que se hizo por no salir á rondar. Que le caerá al padre á cuestas el pecado de su hijo, al prelado de su súbdito, al señor de su criado. Por eso se teme Job de sus obras, porque no conoce sus faltas ni sabe si están cabales en los ojos de Dios. Muchas obras relumbran aquí como oro fino, y allí en el toque de aquel examen riguroso se verá que son alquimia y que no es todo oro lo que reluce. Hay santidades que á nuestros ojos lo parecen, ahora que andamos á oscuras, y al resplandor de aquellas luces serán conocidas por hipocresías. Qué hay hombres engañados que se tienen por santos y viven seguros, y los veremos salir aquel día con sus corozas y sambenitos de fuego. Cuando funden la plata suelen echar en la hornilla mucho metal y no salir la cuarta parte de plata, y algunas veces echar menos y salir más. A los hijos de Leví dice el profeta que «los ha de apurar el Señor como oro y como plata». *Colabit eos quasi aurum et quasi argentum.* A los que parecen justos, cuando echen en el fuego vuestras limosnas, vuestros rosarios largos, y salga vanidad; vuestras confesiones y comuniones, y salgan sacrilegios; de las tocas largas de viuda, torpezas; de las varas derechas, agravios; de los tribunales, tiranías; de las sentencias, fallamos que fueron injusticias, robos, cohechos, sobornos; de los pastores, lobos; del hábito, religión, letras, púlpito, fundido todo, humo, hipocresía, chamuscado ese lustrecillo de por cima con el fuego infernal. ¡Oh, que ha de haber desto en aquel juicio de las justicias! ¿Qué será entonces de los malos, adúlteros, logreros, pecadores llanos y conocidos, cuando los que parecen santos se ven en tanta apretura? ¿Cuándo las justicias son con tanto rigor examinadas? *Liquefacta est terra et omnes qui habitant in ea.* Aquí responde David: Señor, si cada uno ha de salir allí por sus cabales; si la fundición se ha de hacer á fuerza de fuego, ¿qué será de los malos que son tierra y escoria, cuando la plata y el oro corre peligro? Los pecadores que son tierra y escoria y la misma tierra en que viven se derretirán con esta calda. Como el ángel fuerte puso el pie derecho en la

mar, hízola hervir á borbollones y levantar sus olas impetuosas hasta las nubes; puso el izquierdo en la tierra, y derritióla como cera; tendió la mano contra el cielo y estremecióIo todo: desconcertó los movimientos regulares de aquellas ruedas y orbes que puso Dios por reloj del mundo. Todo eso es antes de quitar el tiempo. Por la víspera sacaréis qué tal ha de ser la solemnidad. Desta vigilia trata el principio del Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Erunt signa in sole et luna et stellis. Todas las criaturas harán sentimiento y darán señal de la ruina del mundo y de la venida del juez airado. El cielo, bambaleando sus lumbreras escurecidas; la tierra, temblando con terremotos; la mar fragosa, bramando con resacas y borrascas; los hombres, apretados, afligidos, secos de pavor. Justo es que todas las cosas hagan guerra al malo, pues él la hizo á Dios con sus obras. Rebélense contra él todas las criaturas, pues él negó la obediencia á su criador. Semei se desvergonzó contra David y luego un criado de David le quiso matar.—Cómo ¿y este perro ha de maldecir á mi rey? Quiero ir y tajarle la cabeza.—Más. En pecando Salomón contra Dios, del polvo de la tierra se levantaron contra él enemigos y competidores, tanto que Jeroboam, criado suyo, hijo de una pobre viuda, se declaró por enemigo suyo y hizo cabeza de bando contra él.—¡Contra un rey potentísimo, á quien daban parias todos los filisteos, se desmesuró un hijo de una pobre viuda, un huérfano!—Sí, porque él se desmesuró contra Dios. Pero ¿qué mucho que los extraños guerreen al pecador cuando ofende á Dios, pues que él mismo se hace guerra? En pecando Adán, no solamente las criaturas le dejaron como á traidor, sino que dentro de sí mismo, su propia carne levantó comunidades contra él, en pena de que él no quiso rendir su razón y voluntad á Dios; sus mismos apetitos, hijos de la sensualidad, esclavos suyos, se rebelaron contra él y alteraron la paz que había en su república; y sobre todo, la propia conciencia, en pecando el hombre, se vuelve contra él y es verdugo de Dios que lo azota. ¡Qué vuelcos da! ¡Qué remordimientos! ¡Qué temores! Al ladrón las hojas de los árboles se le antojan varas. *Quare posuisti me contrarium tibi et factus sum mihimetipsi gravis?* (Job, 7): «Señor, ¿por qué permitiste os fuese yo contrario? Que en siéndolo vuestro, yo mismo lo soy mío; no me puedo sufrir á mí mismo, soy pesado y enojoso». El favor ó disfavor de un rey tiene esto: que si da en favorecer á uno todos procuran honrarle y hacerle amistad; pero si le cae en desgracia y muestra disfavor, todos los cortesanos le son contrarios. Aunque sea un grande, si el rey le mira con un rostro desgraciado, el portero le da con la puerta en los ojos, y si abre es murmurando, con el rostro torcido; el camarero le niega la entrada, y hasta sus amigos y parientes le dejan solo y no se osan llegar á él. Cuando le corría el viento en popa á Amán en la privanza del rey Asuero, de todos era adorado; pero cuando le vieron de capa caída, todos á él. No faltó quien diese aviso de la horca para que fuese colgado en ella. *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom., 8). Cristiano, si tienes el favor de Dios, ¿quién te empecerá? Si Dios está de parte del justo, ¿quién será contra él? Todas las criaturas le harán la cruz y le servirán al que está en gracia de Dios. Pero si cae en desgracia (volvedlo al revés): si Dios es contra nos, ¿quién será por nosotros? Pecador, si el mismo Dios que te hizo y dio su vida por tí te aborrece y te quiere beber la sangre, ¿qué harán las criaturas, que son los criados? Si el Rey de la gloria te es contrario, ¿dónde piensas hallar guarida? ¡Qué solo, qué desvalido se halla Caín cuando Dios lo desterró de su presencia! ¿A dónde iré huído de vos, Señor, que no hallaré un agujero donde me esconda? *Omnis igitur qui invenerit me occidet me.* Mirad la consecuencia que hace. Siendo desamparado de vos, luego bien se sigue que cualquiera que me hallare me matará. Todas las criaturas tienen provisión, que cualquiera que me encontrare me mate; aunque sea un gusano, una lagartija me matará. ¡Ah desfavorecido pecador! ¿á dónde irás que tienes á Dios por enemigo, y por consiguiente todas las cosas, sol, luna, estrellas, agua, aire y fuego, te han de ser contrarias? Mira con cuánta claridad lo amenazó Dios por su profeta: *Ecce dies Domini veniet crudelis et indignationis plenus, et iræ furorisque, ad ponendam terram in solitudinem et peccatores ejus conterendos ex ea* (Isai., 13). Palabras son bien para temer, si se entienden. «Ea, que ya viene el día del Señor, día cruel, lleno de indignación, de enojo, saña, ira, furor, para asolar la tierra y despoblarla, para destruir y quebrantar los pecadores della». No se dice sin gran razón de temor á los que nos conocemos por pecadores, y más cuando pasa adelante el profeta y dice que las estrellas del cielo no descogerán su luz y resplandor, y que el sol en saliendo se entenebrecerá, y la luna no dará claridad, de suerte que ni la noche ni el día tengan cosa para descansar. Pues ya aquella universal visita del orbe que se ha de hacer *et visitabo super orbis mala.* Haré pesquisa de los males del mundo y de las iniquidades de los pecadores. ¿A quién no hace temblar si se conoce por del número dellos? Allí haré (dice Dios) cesar la soberbia de los que

me han sido desleales y la altivez de los entonados yo la batiré por tierra; no se hallará varón á peso de oro, ni hombre aunque lo pesen al metal más acendrado. *Super hoc cœlum turbabo et movebitur terra de loco suo*: «Sobre eso revolveré los cielos, y la tierra se mudará de su lugar» por el enojo del Señor de los ejércitos y por el día de su cólera y de su furor. Por reverencia de Dios que consideremos como es razón cada cosa destas. ¿Qué sentís de un eclipse de luna, con saber de días antes que ha de suceder así, cuándo y cómo y en qué cantidad y por qué tiempo; y con todo eso, cuando la veis perder su claridad, y de resplandeciente ponerse como un carbón encendido bermejo, os da, naturalmente, tristeza y os congojáis y tenéis miedo? Pues ya cuando el sol se eclipsa y á medio día pierde sus rayos, hasta las criaturas irracionales y los brutos hacen sentimiento; y se han visto los gorriones como espantados irse á recoger á sus agujeros, con triste ruido murmurando. En un terremoto ó temblor de tierra no se puede entender la turbación que todos traen, por más que hagan de esforzados, porque no hay esfuerzo cuando se mecen los tejados y las torres se inclinan como si todas entonces hubiesen de dar sobre vos de golpe; las paredes se topan y crujen los enmaderamientos de las vigas, y el mismo suelo debajo de los pies está como persona con la cición temblando. Un huracán en la mar, que luchan y batallan todos los vientos de la aguja, y de popa á proa, á babor y á estribor, azotan, hostigan y barahustan el navío, al marinero más diestro y al piloto más cursado desbarata y atemoriza. Un torbellino que viene sobre la tierra, volviendo lo de abajo arriba, plantando los quejigos y robles por las ramas y haciendo pimpollos de las raíces, ¿á quién, aunque sea un César, no pone miedo y hace estremecer? Pues si cada cosa destas por sí tal espanto causa, cuando á porfía vengan las unas sobre las otras, ¿qué turbación causarán? Cuando súbitamente se escurezcan las estrellas y pierda su claridad la luna y el sol se cubra de luto, y los fundamentos de la tierra se estremezcan y tiemblen como la hoja del árbol los montes, y el mar embravecido brame con el sordo ruido de sus furiosas olas, y se vea que no son cosas naturales, sino que naturaleza misma se asombra de ver que sin su consentimiento pasen á su pesar, y se entienda que son estos ciertos mensajeros de la visita que Dios viene á hacer, y que son anuncios de su ira, y que aquel día se ha de mostrar tan justiciero que parezca vengador cruel y furioso, como dice el profeta, ¿qué esperas pecador, si Dios trae contra ti tal rabia y las criaturas vienen al mismo paso? ¿Dónde te podrás guarecer? *Et erit quasi damula fugiens et quasi ovis, omnis qui inventus fuerit occiditur*. Andará el miserable huyendo á un cabo y á otro como la gamilla medrosa de los perros y cazadores, ó como la flaca ovejuela delante del lobo carnicero en que no hay más defensa que morir en siendo hallada. Veis ahí á Caín amilanado, con perlesía y temblor de todo el cuerpo, como corcita temblando, y que cualquiera que lo halle le mate. Veis ahí la tierra derretida y los moradores que viven en ella y la estrechura de las gentes que dice el Evangelo: *Et in terris pressura gentium arescentibus hominibus præ timore.* «Tendrán las gentes estrechura y apretamiento de corazón, y andarán los hombres secos y ahilados de temor y recelo de aquellas cosas que han de venir sobre el mundo».

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

No entiendo ni creo que todos entienden bien qué cosa es esta que llama el Evangelio *pressura*. ¿Habéisos visto alguna vez con gran melancolía, perdido el sueño y quemándoos en vuestra cama con pensamientos que os están haciendo anatomía del corazón, y apretándole entre dos piedras para distilarle en lágrimas, y no importa lo que os mata un alfiler, y vos mismo lo veis, aunque más apasionado, que solo vuestro pensamiento os hace la guerra; y con todo eso no os bastan las fuerzas de la prudencia para sacudir y desasiros de aquel alano que tiene hincadas las presas y traspillados los dientes por la misma alma, y os veis como aquel fabuloso Ticio que de sus mismas entrañas cebaba el buitre que lo consumía, como dice Ovidio:

Viscera præbebat Titius lanianda voluri?

Si esto habéis experimentado, sabréis algo de lo que significa aquella palabro *in terris pressura gentium*. Y si no, oid la declaración del profeta Isaías: *Formido et fovea, et laqueus super te qui habitator es terræ et erit qui fugerit a voce formidinis, cadet in fovea, et qui se explicaverit de fovea, tenebitur laqueo, quia cataractæ de excelsis apertæ sunt et concutientur fundamenta terræ.* Como cuando los monteros dan caza á alguna fiera por esas breñas, así se nos representa miserable calamidad que ha de venir sobre las gentes moradoras de la tierra. Tener principio de la grita y vocerías que dan los cazadores cuando se da la batida al monte para espantar la caza y que salga desatinada, huyendo para que dé en los cepos y trampas que están armados; y si de allí escapare, vaya á dar en las redes y lazos que están puestos por las trochas y veredas por donde la caza suele andar. *Formido.* Pues miedo, asombro, espanto, hoyo, cepo, lazo y brete sobre ti, ¡oh mora-

dor de la tierra! *Foris pugnæ, intus timores.* No podrá dejar de haber grandes temores en la conciencia, cuando se vean las guerras que por todas partes se levantan; y si de ese temor piensas escaparte porque tienes ya el corazón acostumbrado á no temer á Dios y á las gentes, púdrasete luego á los ojos aquella hoya profunda del infierno, de donde nadie que cayó acertó á salir, ni pudo jamás; y sobre eso, aquellos lazos en que todas las potencias están aprisionadas y á su pesar atadas con lo que más tormento les pueda dar. *Pluet super peccatores laqueos, ignis, sulfur, spiritus procellarum, pars calicis eorum* (Salmo 10). Habrá lazos como llovidos para que con ellos esté trabada la libertad de quien tan mal usó della cuando la tuvo; el entendimiento para que no aprehenda sino lo más nocivo y penoso; la memoria para que no le ofrezca sino las más lastimeras y tristes cosas que le hayan pasado; enclavado el pensamiento en lo que padecen y padecerán; la voluntad abrasada con odios, rencores y pesares, sin poder hacer más que aborrecer y arder. Estos son los lazos y sobre ellos fuego y heladas encima; porque el fuego no consume, sino atormenta, está enfrenado con la helada, y porque la helada no dé refrigerio viene con un cierzo tempestuoso, y esa es parte de su ración que no es todo el mal la pena del sentido: la parte mayor es la pena del daño. Tú, de tus libertades tan amigo y que por todas vías no dejaste de hacer cosa para vivir con ellas; tú, novillo cerril, que *a sæculo compegesti jugum, rupisti vincula* (Jeremías, 2), desde mozo quebraste el yugo suave de Cristo y rompiste las coyundas de sus mandamientos; tú, que siempre te hallaste en la conjuración de aquellos que se juntaron á votar contra Dios y contra su ungido: «rompamos las ataduras dellos y sacudamos de nuestros cuellos el yugo dellos»; tú, onagro, sardesco zahareño, acostumbrado á las libertades y anchuras del mundo, estos lazos están aparejados para encarcelar tus solturas; ya no es tiempo de más correrías, *quoniam justus Dominus et justitiam dilexit.* No ya como antes misericordioso, sino á solas justo, para justamente encerrarte, y como á indómita fiera encadenarte con estos lazos. Ahora el que de balde se te mostró piadoso, le experimentarás justo y amador de su justicia. Solías oir decir: *Diligit misericordiam et judicium*; agora oye que ama las justicias y no consentirá, pues las ama, que se les haga ninguna injuria. Veis aquí la lluvia que dice Isaías: *Cataractæ de excelsis.* Habrá una avenida, un diluvio de trabajos en aquel día. En el universal diluvio no le parecieron á Dios bastantes las aguas de las fuentes, ríos y mares, sino que (como afirman algunos sabios, cuya sentencia refiere San Agustín) rompió los cielos y cayeron aquellas aguas sobrecelestiales de golpe, con el ímpetu que sale toda la furia de un río á quien hacen que cuele toda por el raudal, ó de la suerte que, rota la presa, hace portillo por el azuda; así, dice, caerán castigos aquel día, rotas y desbaratadas las reglas con que hasta allí se usaba castigar; no por las canales hasta entonces en el mundo vistas, porque dado que en el diluvio bañaron las aguas la tierra en la sobrehaz, pero los fundamentos della quedaron como solían; mas ahora se dice que *concutientur fundamenta terræ*: que aun los fundamentos se han de estremecer y hasta los abismos ha de llegar el castigo.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Señor, siendo tan universal el estrago que pensáis hacer en la tierra y en sus moradores, ¿qué será de los amigos que entonces tuviéredes en ella? ¿Han de pagar justos por pecadores? *Numquid perdes justum cum impio? Non est hoc tuum qui judicas omnem terram?* (Genes., 18). ¿No ha de haber diferencia del bueno al malo? ¿Todos han de pasar por un rasero? ¿Inocentes y culpados han de perecer á barrisco? No, que *ego confirmavi columnas ejus.* La tierra muerta y los pecadores terrenos mueran y sean derretidos y angustiados; pero los justos, que son mármoles fuertes, hechos sólidos y firmes con mi gracia; los buenos, que son las columnas que sustentan el mundo, los puntales que detienen esta casa vieja que no se venga abajo, los muros y setos que guardan el pueblo y hacen rostro á mi ira para que no se derrame en los pecadores, á esos yo los confirmaré. ¿Quién no dirá que era Moisés columna de bronce, pues que sostuvo el peso insoportable de la ira de Dios, á quien nadie puede hacer resistencia? El cielo se venía abajo, y Dios quería aniquilar al pueblo por la idolatría del becerro; y esta columna se opuso á la ruina, y tuvo firme y le ató Dios las manos y no le dejó descargar su furor. Si Sodoma y sus compañeras tuvieran diez columnas destas por entivos no hubieran sido asoladas por los fundamentos. Pues á estas dos columnas, que son los buenos, yo, dice Cristo, les daré firmeza en medio de tantos terremotos. Mirad cómo lo confirma el Evangelio de hoy: *His autem fieri incipientibus, respicite et levate capita vestra, quoniam appropiquat redemptio vestra:* «Cuando viérades que el mundo se viene abajo y se trasiegan los elementos, y los malos se secan de temor, vosotros enhastaos y levantad cabeza, porque ya se acerca vuestra libertad». La buena conciencia sola da seguridad entre tantos infortunios, porque quien teme á Dios no tiene á quién temer. Si Dios es por el bueno,

¿quién será contra él? Y si es contra el malo, ¿quién será por él? *Creatura tibi factori deserviens exardescit in tormentum adversus injustos, et lenior fit ad benefaciendum pro his qui in te confidunt:* «Las criaturas, Señor, son criados de tu real majestad y en todo se ajustan á tu querer; á los malos que tú desfavoreces y te les muestras airado, ellas les tiran lanzas y se encolerizan y embravecen contra ellos para atormentarlos y destruillos. Mas á los buenos, que son sus privados y amigos, son ellas benignas y amigables y les hacen mil regalos». El horno de Babilonia echa llamas de fuego para abrasar á los caldeos, y dentro refresca á los tres niños con una marea y rocío del cielo. Las aguas del mar Bermejo á los egipcios anegan, y á los israelitas dan pasaje á pie enjuto. Los leones del lago están como gatillos á los pies de Daniel y pasan la hambre siete días sin tocar en él; pero á sus acusadores, en un momento los sepultaron en sus entrañas. Gran diferencia ha de haber entre los justos y los pecadores: los malos, cabizcaídos, melancólicos, asombrados; los buenos, lozanos, pavoneándose, contentos. ¡Oh virtud, quién no te ama! ¡Oh, mi Dios, quién no te sirve! ¡Oh justos, gente bienaventurada, que cuando la máquina del universo estará toda desconcertada, los elementos confusos, las luminarias del cielo eclipsadas; cuando los malos se andarán secando de miedo, despavoridos, buscando las cavernas de la tierra donde esconderse, entonces habéis vosotros de respirar y alzar cabeza y alegraros cantando con el profeta: Nuestro Dios es nuestro amparo y fortaleza y nuestro ayudador en las grandes tribulaciones que nos han sobrevenido; por tanto, no temeremos cuando se turbe la tierra y se trasladen los montes en el corazón de la mar. Señor, si los pecadores solos han de ser en esta ocasión los mal librados, obra de caridad será avisarles que miren por sí. *Dixi iniquis: nolite inique agere, et delinquentibus: nolite exultare cornu.* Con espíritu debió de decir aquí su dicho el Profeta: Pecadores, mirad que á vuestra cabeza amenaza esta tempestad; por vosotros doblan. ¡Ah, que es grande peligro el que corréis; no procedáis adelante en vuestra mala vida! Y vosotros, tibios delincuentes, que porque no hacéis maldades manifiestas os tenéis por santos y no procuráis aprovechar en la virtud, mirad no os ensoberbezcáis, que no conocéis vuestras faltas y omisiones; obrad con fervor, que ha de juzgar Dios las justicias. Con este espíritu predicaba San Pablo: *Obsecramus per Christum, reconciliamini Deo.* Hermanos, embajadores somos de Cristo, Dios os amonesta por nosotros, por aquellas llagas del crucificado, que os reconciliéis con Dios. Haceos amigos con tiempo, sabiendo cuán mal lo han de pasar allí los enemigos. Grande mal es el que está aguardado para los malos, pues para librarlos dél cuanto fue de su parte padeció Cristo muerte tan dolorosa; el mismo Dios con tanto cuidado les avisa y manda á sus ministros que de rodillas se lo supliquen. *Obsecramus*, por reverencia de Cristo y de su pasión, que hagáis compasión de vosotros mismos y dejéis de pecar, y hagáis amistades con Dios, siquiera por lo que os toca. *Quia nec ab oriente, nec ab occidente, nec a desertis montibus, quoniam Deus judex est.* ¿Qué malhechor hay tan enemigo de sí que ose acometer un delito si está certificado que no se ha de poder escapar de la justicia? Hay quien se atreve á matar á otro con esperanza de pasarse á otro reino, y en estando dese cabo de la raya se tienen por seguros de la justicia. Otros se alejan por la mar y se van á Indias, ó del Levante ó del Poniente, donde no hay parte que los siga. Otros se van á los montes y se hacen salteadores, como los cimarrones de Tierrafirme. ¿Pero que sin orden ni camino para evadirse de la justicia, viendo á los ojos la horca y el cuchillo haya quien se atreva á delinquir? Fuera estará de sí quien tal hiciere. ¿Qué ceguedad, qué pasión, qué frenesí te arrebata, hombre desatinado, para que, viendo á los ojos el cuchillo de la divina justicia y la horca del infierno aparejada, te atrevas á cometer crimen *lesæ majestatis*, haciendo un pecado mortal? ¿Estando cierto *quia nec ab Oriente*, que no puedes escabullirte por más que huyas al Oriente ni al Occidente, ni á los desiertos montes, porque Dios es el juez cuyo reino no tiene raya, cuya espada no tiene marca, cuya jurisdicción no se declina, de cuyo poder nadie se esconde, porque á todo lugar alcanza? San Juan nos cuenta una visión á este propósito: *Vidi et ecce nubem candidam et super nubem sedentem similem Filio hominis habentem in capite suo coronam auream, et in manu sua falcem acutam.* «Vi una nube blanca, y sobre la nube sentado uno semejante al Hijo de la Virgen, que tenía en su cabeza corona de oro y en su mano hoz aguda». Este divino personaje que vio San Juan en espíritu es el que han de ver todos los hijos de Adán en el final juicio, como dice el Evangelio. *Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna et majestate*, ora sea esta nube su carne ya gloriosa, llena de incomparable claridad y resplandor, ora sean los cuerpos glorificados de los santos, ora sean nubes condensadas en el aire por su divina virtud para ostentación de su grandeza. Trae corona de oro en la cabeza. En la corona, que no tiene principio ni fin, se significa la eternidad; en el oro, la sabiduría. Es decirnos que el Hijo de la Virgen es juntamen-

te Hijo de Dios, sabiduría *ab æterno* engendrada del Padre. Y también en la corona se muestra el universal dominio que traerá de todo lo criado, como rey de reyes y monarca del mundo. La potestad de juzgar es significada en la hoz aguda, porque la hoz abraza dentro de sí todas cosas que corta, como advierte San Gregorio: *Divina itaque juditia sicut exprimuntur falce, quia circumvallantia incidunt, ita exprimuntur circulo, quia undique stringunt*. Si cortáis un árbol con una hacha, aquí salta y acullá lejos de vos una astilla; mas lo que con la hoz se siega, á cualquier parte que se vuelva cae recogido dentro della. Y porque la potestad del juicio soberano de ninguna suerte pueda ser evitada, antes nos hallamos dentro della, á cualquier parte que queramos huir, por eso el juez es visto con hoz aguda en la mano, porque poderosamente abarca y comprehende todas las cosas y ligeramente las corta. Dentro de los filos desta hoz vio David á todos los mortales, cuando conoció que ni por Oriente ni por Occidente, ni por los desiertos del Setentrión ni Mediodía había lugar ni camino de huir, *quoniam Deus judex est:* «Porque el juez es Dios», que está en todo lugar. Y este mismo es el Hijo de la Virgen, cuya humanidad verán todos, buenos y malos; pero la divinidad sólo los buenos, aunque también los malos conocerán evidentemente que es Dios, por la gloria con que vendrá.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Mas, Señor, si los malos han de ver el rostro bellísimo del Hijo de la Virgen, parece que les será gran consuelo ver á su Salvador, al manso cordero que por ellos fue sacrificado, al que ruega con el perdón á los pecadores. Eso es ahora, pero *tunc* todo será al revés. Toda esa blandura y suavidad, el esperar y rogar de Jesús, ya se acabó y se ha convertido en ira, cuchillo, fuego y sangre. Ya no es padre, sino juez; no cordero, sino bravo león; no regala su vista, sino atormenta. Es Dios extremado en todas sus cosas. Siendo Redentor hizo tan bien su oficio, que le llama San Pablo la misma redención. Humillóse hasta parecer gusano, no nada: *Exinanivit semetipsum*. Ya que Dios se puso á padecer, había de padecer como Dios, afrentas, injurias, dolores, ensayes, invenciones de tormentos que nunca fueron oídos ni vistos, humildades inauditas. ¿Quién pudiera sufrir todo eso sin abrir la boca? Más es que el hombre el que padece con tanta diferencia de los otros hombres: es Dios y sufre como Dios. Pues mirad que no es menor Dios en su justicia que en su misericordia: *Quoniam Deus judex est*. ¿Quiérese mostrar airado, sañudo, vengativo? Pues ha de ser ira como Dios; castigo, no de hombre puro, sino de hombre que es Dios. Más digo. Mayor braveza me parece á mí que significa el Evangelio en decir: «Verá al Hijo de la Virgen», que el Profeta en decir: *Quoniam Deus judex est*. A un colérico cuando se enoja no le teméis mucho, porque es un copo de estopa su ira, que cuan presto se enciende, tan presto se apaga, y pasado aquel primer ímpetu, luego se aplaca y le pesa del daño que ha hecho; pero un flemático sufre mucho y enójase tarde, mas enojado no hay quien le apacigüe; tarde lo veréis desenojado. Es un trozo de roble que con dificultad se enciende, pero encendido quema mucho y dura más. Antes que Dios se hiciese hombre eran sus enojos como de colérico súpito; luego se le subía el humo á las narices, y el que la hacía, al pie de la obra la pagaba. Toca Oza al arca, y luego sin dilación le derribó medio lado, y dio con él muerto en tierra. Blasfema Senaquerib, y luego envía un ángel que le mate ciento y ochenta y cinco mil hombres de su ejército, y á él que muera á manos de sus hijos. Mas eran ímpetus de colérico, que luego se pasaban y mostraba pesar de lo hecho. Acabado de asolar el mundo con las aguas del diluvio, parece que se arrepintió. *Nequaquam maledicam terræ propter homines:* «Nunca más; no me acontecerá otro tanto estrago en el mundo por pecados de hombres flacos y mal inclinados de suyo; no lo haré otra vez». ¡Qué de veces se airó con los hijos de Israel por sus culpas! Castigábalos con plagas, fuego, serpientes, muertes, captiverios, y en volviéndose á El, volvía y los amparaba. Presto se enojaba, y presto se desenojaba. Mas después que se hizo Dios hombre, hízose flemático, sufrido, bien acondicionado. ¡Qué de traiciones sufre, maldades, tiranías, desafueros, y á todo callar y coger piedras! Cuando se venga á emprender el fuego y salga de madre la cólera, no habrá quien le pueda esperar; será espantosa y durará por toda la eternidad. Maravillosamente está significado este misterio en una amenaza que hizo por un profeta (Amós): *Ecce ego stridebo subter vos, sicut stridet plaustrum onustium feno*. «Parad mientes, guardaos, que he de reclinar debajo de vuestras culpas como carreta cargada de heno». Siendo el pecador aquel talento de plomo que vio Zacarías, tan pesado que los cielos firmísimos no pudieron sufrir su peso y se echaron con la carga para que los ángeles que pecaron cayesen como rayos hasta el profundo, ¿por qué lo compara aquí el Señor al heno, que es tan liviano, diciendo que crujirá debajo de los pecados como carreta cargada de heno? Mirad: cuando cargan una carreta de hierro ó de plomo no la llenan hasta

arriba, porque no habría bueyes que la pudieran tirar y el eje se quebraría; sino cuando mucho con cinco ó seis quintales de acero va crujiendo el carro con el gran peso que lleva. Mas para cargarla de paja es menester colmarla hasta arriba y pisarla y rehinchirla, y ya cuando está tan alta como una torre, se sienta la carga y comienza á crujir. Bien es verdad que no hay quintal de plomo tan pesado como el pecado mortal; pero hace Dios tanta demostración de su bondad y misericordia en el carro de su humanidad, que así sufre y espera á los pecadores como si los pecados fueran livianos como heno. ¿Veis aquí aquellos hombros molidos del Redentor con el peso de la cruz? ¿Veis aquellas espaldas rasgadas con cinco mil y tantos azotes? Aquel es el carro que sobrelleva vuestras maldades; cargad y colmad. *Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores* (Salmo 128). Echad barras de hierro, quintales de plomo, odios, blasfemias, perjurios, adulterios, robos, amancebamientos. Ea, que Dios murió por los pecados; al cielo habemos de ir, ¡y toda la vida en pecado mortal! El carro sufrir, y Cristo disimular; no se quiebre el eje de la paciencia como si echasen haces de heno. Pero cuando se cumpla el colmo de vuestros pecados; cuando se acabe de encender el fuego de la ira en aquel pecho tan quieto; cuando suelte el raudal de la cólera tanto tiempo represada, ¡cómo rechinará el carro con la carga de todos los pecados del mundo! *Tunc videbunt Filium hominis*. Entonces verán al Hijo de la Virgen como un rayo espantoso; el flemático viene enojado; el que sufría las injurias sin hablar, el que no se quejaba cuando vos le abofeteábades y escupíades su divino rostro, el que no respondía cuando vos arrastrábades su santísimo nombre, ahora dará gritos y reventará la saña; ahora crujirá y dará estallidos dolorosos, atafagado de vuestras desvergüenzas, apitonado por tantos agravios. La misericordia despreciada, convertida en justicia rigurosa; su bondad irritada romperá en cólera furiosa, la cual durará todo lo que durare Dios.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Mas cuanto fuere esta vista áspera y terrible para los malos, será apacible y regalada para los buenos, porque verán á su Redentor que les viene á hacer justicia y á dar á cada uno el satisfecho de sus obras. *Hunc humiliat et hunc exaltat, quia calix*, etc. «A éste humilla y á éste ensalza». Este es el oficio del juez: abajar y hundir á los soberbios y entronizar á los humildes, y para hacerlo así trae en su mano un cáliz lleno de vino puro, mezclado, y dio de beber á éste y á aquél; pero las heces dél no se agotaron: beberán dellas todos los pecadores de la tierra. Cuando se trasiega una tinaja grande de vino, lo de arriba sale claro como los ojos, oloroso y suave; de la mitad abajo ya sale turbio y algo desabrido; en el suelo está la madre y los asientos, eso no es de beber: échanlo á mal y viértenlo en la calle. La dispensación de la divina justicia, según la cual se da galardón á los santos en el cielo, y se prueban y ejercitan los justos en la tierra, y se da pena á los dañados en el infierno, compárala el profeta á un vaso capacísimo, que dice tener Cristo en su mano, porque á él está cometida por el Padre eterno toda la autoridad de juzgar. Tres suertes de vino da á beber con un mismo vaso: vino puro, mezclado y heces. A los bienaventurados que gozan de Dios, vino puro que alegra el corazón, vino con que cantan los ángeles, oloroso, suavísimo, sumo bien y ningún mal. *Vindemiæ defecatæ*. Es vendimia de gozo y alegría, porque todo mana placer. Es grande la abundancia de prosperidad, y es vendimia apurada, limpia; vino sin heces de penas y disgustos, porque ya no hay para ellos llanto, dolor, trabajo ni pesar, sino cumplida y perpetua felicidad. A los que vivimos en el mundo, danos el vino mezclado y turbio: *Et inclinavit ex hoc in hoc*. Como quien tuviese dos vasos de diferentes vinos y para hacer calabriada mezclase blanco con tinto, bueno con malo, así el Señor, á los que estamos en este valle de lágrimas, ni nos da vino puro de contento ni heces solas de tribulación, sino dello con dello. Mezcla una parte del regalo de su misericordia con otra del rigor de su justicia, y así lo da á beber: *Sapientia miscuit vinum*. Con grande tiento y por su cuenta y medida, á cada uno conforme á como tiene la cabeza. Y adelante declara qué vino mezclado es éste: *Risus dolore miscebitur*. Ensalada de placeres y pesares, risas aguadas con lágrimas, ese es el vino mezclado. Hoy pobre, mañana rico; hoy triste, mañana alegre; hoy sano, mañana enfermo. Todo cuanto hay en esta vida es mezclado: placeres apesarados, risas llorosas, males suaves, trabajos llevaderos. Más merecen nombre de regalos que de castigos cuantos ha hecho Dios en esta vida, porque tienen más de misericordia que de justicia; más pretende sanar al hombre que matarle. Pero acabado el curso de la vida, á los pecadores dales heces: *Veruntamen fex ejus non est exinanita, bibent omnes peccatores terræ*. No se derraman las heces del cáliz del Señor, también se gastan; y aunque en esta vida inclina y trastorna el vaso para hacer las mezclas que habemos dicho, nunca llega á las heces, porque las guarda para que beban todos los pecadores de la tierra. Todos los males desta

vida son bebederos; aquellos serán trabajos puros, tormentos desesperados, rigor á secas. *Juditium sine misericordia fiet ei qui non fecerit misericordiam* (Jacob., 2). Justicia y severidad sin mezcla de misericordia que libre de pena. Llevarlos han á punto crudo. Bebida de muerte; no purga que sane, sino veneno que mate y atosigue. Pues como en el universal juicio ya habrá cesado el tiempo desta vida, donde se da el vino mezclado, no habrá allí sino dos diferencias: vino puro preciosísimo y heces solas amarguísimas. *Hunc humiliat et hunc exaltat.* Abatir á unos y sublimar á otros. *Et inclinavit ex hoc in hoc.* Dará de beber á los unos y luego á los otros; á los buenos primero: *Venite, benedicti Patris mei.* «Venid, benditos de mi Padre», acariciados, regalados, favorecidos; tomad la posesión del reino que os está aparejado antes de la creación del mundo, porque tuve hambre, y me distes de comer; sed, y me distes de beber; desnudo anduve, y me vestistes; enfermo, y me visitastes. ¡Oh vino sabrosísimo! ¡Oh alegría pura! ¡Oh ríos de gloria y de dulzura que beberán allí los amigos de Dios! Limosneros, dadme albricias, buenas nuevas, que en aquellas cortes generales de todas las criaturas pregonará el mismo Rey de la majestad vuestras limosnas y las reconocerá por deudas propias y os dará, como quien El es, eterna paga. Lleguemos á las heces. Volverá el vaso para dar á beber á los desventurados de la mano izquierda: *Discedite a me, maledicti, in ignem æternum.* «Idos de mi presencia, malditos»; quitáosme delante, gente malvada. Sentencioos á destierro preciso del cielo por toda la eternidad, descomulgados de participantes, anatematizados, condenados á muerte de fuego que compite con la duración sempiterna de Dios en compañía del dragón infernal y de sus consortes. ¡Oh vino recio, acedo, cabezudo, hiel y vinagre, ponzoña, heces amarguísimas, horruras hediondas, asientos pestilenciales que no se agotarán para siempre jamás! Palabras son que quieren más de meditación que de extensión. En tiempo estamos que podemos prevenir este día. El juez se aplaca con penitencia y se deja de presente cohechar con limosnas; antes que nos quite el tiempo no perdamos la ocasión de obrar bien, para que el Redentor, por su misericordia, nos dé aquí su gracia y allí como justo juez la gloria. *Quam mihi et vobis*, etc.

SERMÓN SEGUNDO

EN EL

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Erunt signa in sole et luna et stellis.

(Lucas, 21).

Reprehendiendo Cristo nuestro Redentor la dureza y obstinación de los fariseos (á quien había predicado tanto tiempo sin fructo), dijo por San Mateo: ¿A quién compararé este linaje de gente? Parécenme semejantes á los muchachos que juegan en la plaza y dicen á sus iguales: tañimos y no bailastes; lamentamos y no habéis llorado. Vino Juan predicando penitencia, rigor, juicio; la hacha puesta á la raíz del árbol, y dicen que tiene demonio. Viene el Hijo de la Virgen predicando misericordia y perdona los culpados, y llámanle popular, amigo de pecadores. *Et justificata est sapientia a filiis suis.* Y con esto queda justificada la causa de Dios, pues no debe su sabiduría inventar otros medios sino éstos, que son temor y amor para atraer á los hombres. La Iglesia su esposa usa de los mismos con sus hijos en este día: porque juntamente hace dos sones, uno alegre y otro triste. Representa dos venidas de su esposo: una en carne pasible, á reducir al mundo; otra en gloria y majestad, á juzgarle. La primera es música de alegría que hace bailar á los justos; la segunda es endecha dolorosa que obliga á lamentar á los pecadores; pero toda es una consonancia, que es pedirnos el servicio debido á nuestro Rey, por bien ó por mal. El santo Evangelio es de San Lucas, cap. 21, y hace también estas dos diferencias. A los malos asombra con el juicio rigu-

roso que les aguarda y con las temerosas señales que le han de preceder, y á los buenos consuela con las buenas nuevas del premio que se les acerca. Pero señaladamente habla con pecadores y les pone miedo; porque no hay enmienda donde no le hay, que esto es severísimo corrector. Los pecadores atendamos á las amenazas; los justos á sus consuelos y todos á la gracia, pidiéndola por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave María.

INTRODUCCION

David. rey poderoso y de los profetas antiguos el más aventajado, que siendo mozo entendió más que los viejos, y siendo discípulo alcanzó mayores secretos que sus maestros, habiendo tomado á su cargo celebrar el reino de Cristo, de quien él tuvo tan clara noticia, y habiendo en muchos de sus salmos declarado á los mortales los principios deste reino y sus augmentos, en el salmo 96 trata de su alteza y estado, que nunca tendrá declinación. Pinta el aparato y majestad con que ha de venir en el fin de los siglos á apoderarse de toda su tierra, la cuenta que tomará á sus vasallos, las mercedes que hará á los leales, las penas de los traidores; todo tan por extenso y en particular, como si fuera testigo de vista, mostrando en esto ser regido por el espíritu y lumbre de Aquel que sólo sabe las cosas futuras, por serle ya presentes en su eternidad. Dice así: *Dominus regnavit; exultet terra, lætentur insulæ multæ.* «El Señor ha reinado, regocíjese la tierra, alégrense las islas muchas». El título deste salmo es: *Huic David quando terra ejus restituta est ei.* Son los títulos argumentos y sumarios de lo que se trata en los salmos, y así los santos hacen dellos mucho caudal. Pero aquí el título no contiene la materia que se trata en el salmo, sino el motivo que tuvo para componerle, que fue la vuelta de David á Jerusalem, de donde había salido huyendo de su hijo Absalón cuando conjuró contra él y le despojó del reino. Después de muerto Absalón y su ejército deshecho, restituyen á David en su tierra y señorío, y con esta ocasión cantó este salmo á Cristo, verdadero David, de quien habla á la letra, como lo entiende San Pablo (Hebr., 1), donde trae un verso deste salmo para probar la divinidad de Cristo. *Adorate eum, omnes angeli ejus.* «Arrodillaos delante dél, ángeles de Dios». *Huic David.* A este divino David se endereza esta canción cuando su tierra dél le fue restituída. Rebeló contra él el pueblo judío, y tomando por caudillo á Judas su discípulo, peor que Absalón, trataron de quitarle el reino y la vida. Los niños decían: *Benedictus qui venit, Rex Israel.* Ellos contradicen delante Pilatos: *Nolumus hunc regnare super nos.* Allí le negaron y dijeron que no tenían otro rey sino César. Mofaron de su dignidad real vistiéndole de púrpura, corona de espinas, la caña por sceptro, adorándole por escarnio; y al cabo le echan fuera de la ciudad y le quitan la vida. Pero en la resurrección, después de ahorcado Judas y desbaratado el ejército de aquellos homicidas, se le restituye su tierra, y así dijo él: *Data mihi omnis potestas in cælo et in terra.* Siempre fue Cristo, en cuanto hombre, rey de todo lo criado; pero mientras vivió en el mundo anduvo disimulado en traje de siervo. Tenía el dominio, pero no el uso. Mas en la resurrección comenzó á tratarse como rey. Puso casa, declaró su poder, diósele potestad para usar de su dominio y jurisdicción. Declaró el Padre que le pertenece el mundo, no sólo como herencia y patrimonio suyo, sino también como bienes castrenses, ganados en la guerra de su pasión; y así despachó sus capitanes que hicieren la conquista, y en nombre destos apellida David: *Dominus regnavit; exultet terra.* Háganse alegrías en toda la tierra, que ya reina su legítimo señor. Mas aunque desde la resurrección tiene derecho de justicia al reino, aún no está en pacífica posesión de todo él. Todavía dura la conquista. No falta un Sibá, comunero, que toque su bocina y alce bandera contra David, y se lleve tras sí la mayor parte del pueblo, sin mirar el mal fin que tuvo Absalón. No falta un Nicanor soberbio que se llame poderoso sobre la tierra y se atreva á quebrantar las pragmáticas del que es poderoso en el cielo y aun en la tierra de promisión de la Iglesia. Quedan entre los hijos de Israel algunas reliquias de la generación de Canaam; no se guardan sus leyes y fueros en todas partes. Muchos no lo conocen por señor, que son infieles. Otros que tienen su apellido reniegan con la vida de su cruz. Reina en su entendimiento por fe, y no por amor en su voluntad. Llámanse criados de Cristo, y sirven á su enemigo. Aún no se le ha restituído toda su tierra. Su Padre le dijo, cuando subió á los cielos triunfando, que se sentase á su diestra y le deje á El hacer, que El le pondrá á todos sus enemigos por escabelo de sus pies. Y esto será en aquel día grande del Señor, de quien tiene dicho por Isaías (2): *Dies Domini exercituum super omnem superbum et excelsum et super omnem arrogantem et humiliabitur.* Aquel día que por excelencia se llama del Señor, porque en él ha de hacer toda su voluntad, sacará el Señor todos sus poderes y ejércitos y dará sobre todos los soberbios y altivos, arrogantes y fanfarrones, con quien Diós tiene ojeriza, porque son enemigos declarados de su humildad, despreciadores de su ley, confiados de sí, olvi-

dados de Dios. Entonces los derrocarán de su alteza donde los ha subido su vana estimación, y serán abajados y abatidos. *Et super omnes cedros Libani sublimes et erectas et super omnes quercus Basan:* «Vendrá sobre los cedros del Líbano altos y derechos», sobre los príncipes y reyes de la tierra: poderosos, tiranos y mandones del mundo, que prefieren su voluntad y leyes á las divinas; y «sobre las encinas de Basan», sobre los duros, pertinaces, crueles y deshonestos. *Et super montes excelsos;* y vendrá esta venganza «sobre los montes encumbrados», sobre los que se desvanecen con la honra, linaje, letras, hacienda, oficios, que no hay quien se salga con ellos. *Et super omnem turrem excelsam et super omnem murum munitum:* «Y sobre todas las torres muy altas, y sobre las murallas y castillos roqueros»; sobre todos los valientes que confían en sus fuerzas, municiones, ejércitos, que ni temen ni deben y salen con sus maldades y tiranías, y sobre todos los valedores de los malos que los amparan y favorecen en sus delictos. *Et super omnes naves Tharsis:* «Sobre todas las naves de la mar»; sobre todos los avarientos, cudiciosos mercaderes, que no ponen término á sus demasías ó illícitas granjerías. *Et super omne quod visu pulchrum est:* «Y sobre todo lo que puede deleitar á la vista», son hermosura, gala, aseo, curiosidad, aparato, fausto. *Et incurvabitur altitudo virorum et elevabitur Dominus solus in die illa:* «Allí las crestas mal altas y los penachos más levantados, andarán barriendo el suelo debajo los pies». No habrá lanza enhiesta ni voz de enemigo. El Señor sólo será ensalzado: todos le han de obedecer y ser sujetos: los buenos, por amor; los contrarios, por fuerza y mal que les pese. Entonces, cuando el verdadero David será restituído en su tierra, cantarán los suyos: *Dominus regnavit, exultet terra lætentur insulæ multæ.* «El Señor ha reinado», viva el Rey. «Regocíjese la tierra y alégrense las islas». ¡Qué alegría es esta que ha de tener la tierra en el día del juicio, pues abajo dice que se ha de estremecer y temblar! *Vidit et conmota est terra.* Lo primero, cuando los tiranos son expelidos del reino y toma la posesión el rey natural, apellidan libertad y hácense alegrías por toda su tierra. Está la tierra ahora tiranizada de los malos que no sirven á su rey; estánles sujetas las criaturas á su pesar. *Omnis creatura ingemiscit et parturit usque adhuc:* «Están las criaturas todas gimiendo y con dolores de parto», desde que Adán pecó y rebeló contra su Señor, hasta ahora, que están que quieren reventar. *Vanitati enim creatura subjecta est non volens; sed propter eum qui subjecit eam in spe*: «Porque se ven sujetas á una gran vanidad», que es servir al hombre pecador. Dura esclavonía es que el cielo envíe sus influencias sobre los enemigos de su Hacedor; y que el sol dé luz al que escandaliza á su hermano; y la luna alumbre al adúltero, y las estrellas al ladrón; y que al malo sustente la tierra, caliente el fuego, refresque el agua, refrigere el aire. No lo hicieran por su voluntad, si la tuvieran; súfrenlo por amor del Señor, que ordena con su providencia que las criaturas corporales obedezcan al hombre, pero con esperanza. *Quia et ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis, in libertatem gloriæ filiorum Dei:* «Dioles su fe y palabra que ha de venir día en que las ha de sacar de captiverio, de vanidad y corrupción, desta fea servidumbre, y ponerlas en libertad». Cuando se manifieste la gloria de los hijos de Dios, cuando reine el Señor, solo entonces les dará carta de horro. *Et armabit creaturam ad ultionem inimicorum:* «Y les dará armas y libertades para que le ayuden á tomar venganza de los traidores». Entonces será su gozo cumplido. El temblar la tierra y quererse tragar á los malos, será dar brincos de placer por verse libre. Y esto mismo significará escurecerse el sol, eclipsarse la luna, desaparecer las estrellas, que son las señales de que habla el Evangelio: *Erunt signa in sole et luna et stellis.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Serán lo primero señales de que ya reina sólo Cristo y las criaturas están horras y libres de servir al pecador; antes con ellas mismas se le hace la guerra. Lo cual declara cómo ha de ser en el verso que se sigue: *Nubes et caligo in circuitu ejus.* «Nube y oscuridad á la redonda dél». La primera señal será en el sol, de quien dice por Ezequiel: *Solem nube tegam, et luna non dabit lumen suum et omnia luminaria cœli mœrere faciam super te, et dabo tenebras super terram tuam.* Cuando quiera, hombre, acabar contigo y acabarte, «cubriré el sol con una nube densa y tenebrosa, y no comunicando él su luz, la luna quedará sin ella, y todas las lumbreras del cielo escurecidas, se entristecerán sobre ti; y echaré una capa de tinieblas sobre toda la tierra». Por eso dice David: Nube y negrura al derredor dél. Mala señal. Del gran Tamorlán, emperador crudelísimo de los scitas, se cuenta que cuando ponía cerco á alguna ciudad, el primer día ponía su tienda blanca, el segundo bermeja, el tercero negra. Queriendo por esto significar que si el primer día se le rendían y entregaban la ciudad, hallarían en él toda clemencia, y así era, que no les hacía mal alguno. Si esperaban al segundo, mandaba matar las cabezas principales que tenían el gobierno, y perdonaba los

menores, y por eso la tienda era roja. Pero al tercero ponía el luto, que era cerrar totalmente las puertas á la misericordia; porque todos, chicos y grandes, habían de perecer, y la ciudad dada á saco, á fuego, á sangre, á cuchillo, sin dejar piante ni mamante. A esta traza podemos imaginar que cuando el emperador de los cielos trató de conquistar la tierra y vino á poner cerco al corazón del hombre, ciudad fuerte que de nadie puede ser rendida si por su voluntad no se entrega, el primer día, que fue el de su nacimiento, puso tienda blanca en señal de paz y clemencia. *Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei* (Ad Tit.). La tienda que sacó fue de blandura, de clemencia y unas entrañas piadosas, que eso quiere decir *humanitas*. No la naturaleza, sino la condición benigna, amorosa, y así sus soldados lo publicaban. *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*. Todos los hombres que de grado rindieren el homenaje y fuerza de su voluntad, no teman, que todo es paz y benignidad. Este día duró todo el tiempo de su vida. Aquí fue recebida la Magdalena, Mateo, la Samaritana, el publicano, Zaqueo; todos los pecadores que acudieron hallaron cabida y perdón. El segundo día fue la pasión. Entonces se puso la tienda bermeja, porque aunque hay indulgencia para los culpados, va tinta en sangre; muere la cabeza y ejecútase en ella sangrienta justicia, y queda el pueblo libre. Codro, rey de Atenas, trayendo cruda guerra con los del Peloponeso, y sabiéndose por el oráculo que aquel ejército sería vencedor cuyo capitán muriese á manos del contrario, en traje de leñador se ofreció á los enemigos, que lo mataron, porque su pueblo quedase victorioso. Pero sin comparación fue hecho más heroico el de Cristo, que en traje de pecador disimulado se ofreció á la divina justicia, para que, muriendo él, su pueblo quedase libre y salvo. Esta es misericordia mezclada con rigurosa justicia, y por eso dice San Pablo: *Quem proposuit Deus propitiatorem per fidem in sanguine ipsius, ad ostensionem justitiæ suæ; propter remissionem præcedentium delictorum* (Rom., 3). Que allí donde está nuestro rey en la cruz, de pies á cabeza llagado, lo puso el Padre á vistas del mundo, como una tienda bermeja, con su misma sangre teñida, para juntar en uno perdón de culpas y justicia, rigor y clemencia, castigando la cabeza y perdonando á los súbditos. Pero en el día del juicio, en el tercer día del Señor, *nubes et caligo in circuitu ejus*, tenderáse una nube escura como tienda negra, porque ya no hay perdón para los rebeldes, sino guerra cruel á fuego y sangre; justicia á secas, sin misericordia que libre de pena. Y por eso dice adelante: *Justitia et juditium correctio sedis ejus*. Quiere decir. La justicia y el juicio es el fundamento y firmeza de su tribunal, y así dice el Hebreo: *Firmamentum solis ejus*. Cuando vino el Salvador la primera vez al mundo, su silla estaba fundada en misericordia, como dice Isaías (16): *Et præparabitur in misericordia solium*. «Era trono de gracia y misericordia y mansedumbre». En confesando el reo su delito, le absolvían de la instancia. Pero en la segunda venida, la silla está fundada en justicia firmísima, inflexible. Los tribunales de los jueces de la tierra muchas veces se fundan en injusticia, como dice Salomón: *Vidi in loco juditii impietatem et in loco justitiæ iniquitatem*. «Vi sentada á la maldad en el lugar del juicio, y en el de la justicia la desigualdad». Vi que allí hacen agravios adonde los habían de deshacer, *et dixi: Justum et impium judicabit Deus*. Pero consoléme con que ha de haber un juez cuyo tribunal estará fundado en justicia y en juicio, que no se puede falsar. Más. Los tribunales de acá unas veces se fundan en ignorancia y dan sentencia fundada en falsa presunción, otras en interés: justicia armada sobre palillos, que con un toque de una barreta de oro vacilan todos los estrados; otras, en amistades y favor; otras aunque se sabe la justicia, no hay reducirlas á juicio, pronunciando la sentencia, sino se dan plazos y traslados y términos ultramarinos. Pero en el juicio de Dios, justicia y juicio sin injusticia, sin ignorancia, sin interés, sin favor, sin ruegos, sin plazos, sin marañas; cada uno ha de salir por sus cabales y no le valdrá sino la justicia que tuviese. ¡Qué nuevas estas para quien tan poca tiene, como sus malas obras dan testimonio! ¡Mal pleito se le apareja en esta sala de tanta justicia! Pues esto es lo segundo que significan aquellas señales espantosas en las lumbreras del cielo: justicia y rigor á secas contra los pecadores. Mas porque no piense alguno declinar jurisdicción y excusarse de parecer en esta judicatura, *ignis ante ipsum præcedet et inflamabit in circuitu inimicos ejus. Illuxerum fulgura ejus orbis terræ vidit et conmota est terra* (Salmo 56). De todas partes les harán guerra. Vendrán delante el juez las criaturas armadas contra el hombre, alguaciles, cuadrilleros, velleguines, para prenderle. Vendrá un diluvio de fuego que abrase el mundo, como antiguamente fue destruído con agua. Quiere Dios acrisolar la tierra que está contaminada con las maldades de sus moradores. Quemará aquel fuego toda la hermosura del mundo: las arboledas, frescuras, jardines, los ríos, los animales, los edificios; todo quedará raso y á los enemigos de Dios los inflamará. Perdigarlos ha para el fuego del infierno. *In circuitu*: «Al derredor»; cogerlos han en medio las criaturas hechas una muela. El cielo lloverá chuzos, ra-

yos, pedazos de fuego, relámpagos, truenos, llamas. La tierra dará vuelcos con espantosos terremotos. La mar, terribles bramidos. Batallarán contra sí los elementos y toda esta furiosa tormenta descargará sobre las cabezas de los enemigos de Dios. Allí cumplirá lo que les tiene amenazado: *Congregabo super eos mala et sagittas meas complebo in eis* (Deut , 32). «Amontonaré sobre ellos males y cumpliré en ellos mis saetas». La bienaventuranza es una congregación de todos los bienes; pero aquella miseria será montón y colmo de todos los males; y dice el Señor que á porfía ha de gastar en ellos todas las saetas de su aljaba, porque todos los castigos y penas desta vida son singulares; pero aquella venganza será universal, que comprehende todas las particulares. Cuando Dios anegó al mundo con las aguas del diluvio no fue más que arrojarle una saeta que sacó de su aljaba; otra cuando llovió fuego del cielo sobre las nefandas ciudades; otra cuando azotó á Egipto con diez plagas y anegó á Faraón y á todo su ejército en el Mar Bermejo. Pero en aquel último castigo que ejecutará en los transgresores de su ley, todas las jaras de su aljaba ha de emplear. Ha de disparar el arco de su ira, que tantos siglos ha tenido flechado. Cielo, tierra, fuego, aire, agua, tristeza, dolor, gemidos, lágrimas irremediables, suspiros infructuosos, tormentos nuevos, inauditos, ni de Falaris, ni de ningún tirano inventados, han de lastimar y combatir á los desdichados. *Et peribit fuga a veloce et fortis non obtinebit virtutem suam* (Amos, 2). Y con ser la calamidad tan lastimosa, «será imposible huir el ligero de pies; no se podrá aprovechar de sus fuerzas el hombre valeroso y fuerte». El robusto y animoso no quedará con la vida. El sagitario no podrá flechar su arco. El ginete no podrá escapar á uña de caballo. Todos han de ser presos y traídos á su pesar delante el juez. ¡Qué sentirán entonces los malos viéndose por todas partes cercados y acometidos y desamparados y desnudos de todo favor y defensa del cielo y del suelo! A esto responde el Profeta: *Vidit et conmota est terra, et montes sicut cera fluxerunt a facie Domini.* Los pecadores sensuales que no se gobernaron por razón, sino por el sentido, que por haber rematado sus deseos y pretensiones en los bienes de la tierra con razón se llaman tierra, verán y turbarse han. Horrenda alteración y turbación será la suya, y los montes más altos, los grandes y eminentes del mundo, se derretirán delante el Señor como cera delante el fuego.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Esto es lo que dice el Evangelo: *Et in terris pressura gentium, arescentibus hominibus præ timore.* «Que las gentes en la tierra se verán apretadas y los hombres andarán consumidos», tontos, desmayados y temerosos del cruel parto que han de tener aquellas horribles preñeces. Algunos temen por flaqueza de corazón lo que no hay que temer; como Antemón, que, según dice Anacreonte, poeta, era tan tímido y pusilánime, que dentro de su casa hacía que dos criados le tuviesen siempre sobre la cabeza una rodela de acero á manera de pabellón, y cuando salía había de ir en una litera cubierta, porque no cayese algo de lo alto y lo descalabrase. Otras veces el temor es natural, como á Zenón, filósofo estoico, que yéndole á morder un perro de improviso, lo amenazó alborotado; y como por eso le reprehendiese uno, respondió: *Perdifficile est hominem prorsus exuere.* Dando á entender que no puede andar el hombre siempre tan cauto y advertido que en algún caso repentino no muestre ser sujeto á pasiones. Otros temen por discreción y prudencia, como Dionisio, tirano, que engrandeciéndole Damocles, filósofo, su poder y riquezas, y diciéndole que era dichoso y bienaventurado, pues vivía en tanta abundancia, Dionisio convidó al filósofo otro día á cenar, y púsole una mesa llena de viandas exquisitas y regaladas; pero encima de un asiento estaba colgada por una cerda una espada desnuda, que si caía le había de clavar la cabeza. Y por este temor no osó comer bocado el filósofo. «Pues tal es la vida del tirano, dijo Dionisio, aunque en más riquezas y prosperidad viva, que no le deja gozar della el temor y recelo de la muerte violenta que le amenaza». Otros temen por necesidad, porque ven manifiesto el peligro que á cualquier varón fuerte hará temer. ¿Con cuánta razón temería el rey Senaquerib, cuando después de haberle degollado el ángel ciento y ochenta y cinco mil hombres en una noche, despertase á la mañana y se viese solo, desacompañado y en tierra de enemigos por quien peleaba el cielo? ¿No era ocasión esta para quedar atónito, medroso y despavorido? ¿Qué sentiría Absalón viendo desbaratada su gente, y él, que antes era seguido y acatado de Israel, se ve solo y desvalido huyendo cuanto más podía de Joab, que le va en los alcances? ¿Pues ya cuando le faltase la esperanza que tenía de escaparse por pies, cuando se le enmarañó la greña en la rama de una encina y pasando adelante el furioso mulo lo dejó colgado por los cabellos? ¿Cuál estaría su corazón y qué diría en su pecho? ¡Oh cabellos en que yo puse en otro tiempo mi regalo, preciados de mí como la mejor parte de mi hermosura! ¿cómo os habéis convertido en lazos que me estorbáis la huida y apresuráis la muerte? ¡Oh árbol en cuyas ramas hallan las aves refugio contra los casadores que las persiguen!

¿cómo te has hecho trampa para ofrecerme al enemigo que me sigue? Pues ya cuando viese venir á Joab con semblante denonado y fiero, blandeando tres lanzas para enclavarle el corazón, ¿qué desmayos tendría? ¿qué angustias? ¿qué dolores? Pues todas estas maneras de temores que cada una por sí aflige tanto, todas juntas atormentarán á los malos en aquella ocasión. Temerán por flaqueza y pusilanimidad, por naturaleza, por discreción y recelo, por necesidad, por fuerza. *Ululate, quia prope est dies Domini, quasi vastitas a Domino veniet* (Isai., 13): «Aullad, que está cerca el día de Dios; que viene ya aquella destruición y estrago que el Señor sobre el mundo envía». No habrá entonces hombre fuerte, ni pecho seguro, ni soldado á quien no tiemble la barba *Propter hoc omnes manus dissolventur*. El más animoso será allí más cobarde que Antemón, y de puro desalentado se le caerán las manos desmayadas. *Et omne cor hominis contabescet et conteretur*: El más advertido estoico y más libre de pasiones no dejará allí de mostrar que es hombre; y tanto, que se le pudrirá el corazón en el cuerpo y quebrantará de dolor. Pues si tienden los ojos adelante y con la razón discurren, sacando por la víspera el día y por la vigilia la fiesta; si barruntan y divisan la espada de la diviná justicia que está ya para caer sobre sus cabezas, aquella expectación, *quæ superveniet universo orbi, torsiones et dolores tenebunt* (Isai., 13). Torzones rabiosos serán los que tendrán entonces con el recelo de los males futuros. Pues con la necesidad y trabajo de los presentes, *quasi parturiens dolebunt; unusquisque ad proximum suum stupebit, facies combustæ vultus eorum*: «Tendrán dolores como de mujeres de parto, que cuando vienen no se pueden evitar, y son los más crueles de la naturaleza. Y andarán mirándose los unos á los otros, asombrados, ahumados sus rostros del pesar que sienten sus almas». Lo que dice Cristo *arescentibus*, dice el profeta *facies combustæ*. No podrán llorar, porque el espanto impedirá las lágrimas. Secarse han, como quedan las carnes que prensan entre dos tablas ó piedras, de las amenazas del cielo y temblores de la tierra y bramidos de la mar. Quedarán desvirtuados y sin fuerza, y se caerán por ahí. Allí experimentarán lo que dice San Pablo: *Ira et indignatio et angustia in omnem animam hominis operantis malum* (Rom., 2). ¡Oh si supiese el hombre en qué aprieto se pone pecando, que del cielo y de la tierra y dentro de sí le han de guerrear! Indígnase Dios, aírase el cielo y en la tierra se levantan mil tribulaciones, y dentro de su pecho se engendra la angustia y aflicción que lo acaba. Porque *spiritus tristis exsiccat ossa*. Y no se acaba aquí el trabajo. *Initium dolorum hæc*. Todo esto no será sino flechar el arco. *Erunt signa*. Señalar y amagar, no descargar el golpe. Poner las saetas y no soltarlas. Blandear la lanza, esgremir la espada. Floreos serán estos de la diestra y poderosa mano del Señor. Pasear el caballo por la carrera, pero no acometer al enemigo. Será lozanearse Dios y relinchar aquel caballo suyo de todas las criaturas, de quien dijo David (Salmo 103): *Qui ponis nubem ascensum tuum, qui ambulas super pennus ventorum*. «Que subes á caballo en una nube y andas sobre las plumas de los vientos». Será arremeterle por el mundo, y hacerle relinchar con truenos y relámpagos para que se espante la tierra. *In fremitu conculcabis terram et in furore obstupefacies gentes* (Abacú, 3). Pararse ha el sol y no dará la luna su luz, y esconderán su claridad las estrellas. Pero no es sino que el *sol et luna steterunt in habitaculo suo, in luce sagittarum tuarum ibunt, in splendore fulgurantis hastæ tuæ*: «Fue para dar lugar que se pareciese la luz de vuestras saetas, y el relampaguear de la lanza de vuestra justicia». *Acuet autem diram iram in lanceam*: «Que trae el hierro de la ira agudo y acicalado». ¿Qué otra cosa será, Señor, cuando no vean señales, ni oigan los relinchos de los caballos, sino cuando os descubráis y os vean? Esto es lo que dice David: *Annunciaverunt cœli justitiam ejus et viderunt omnes populi gloriam ejus* (Salmo 95). «Todas esas señales que parecerán en el cielo no serán sino anuncios y pronósticos de su justicia, la cual se manifestará cuando todos los pueblos vean su gloria». Como fue pública y patente su ignominia, con que padeció y murió en el Calvario á vista de todo el pueblo, así será notoria su honra y exaltación á todos los pueblos. *Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna et majestate*.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Son palabras éstas para ser muy bien pensadas. Vendrá en nube para llover. *Super peccatores laqueos ignis, sulfur, spiritus procellarum*. Y el que viene es hijo del hombre; el que siendo Hijo de Dios se hizo por nosotros hijo del hombre. Y vendrá, no con la flaqueza que en su primera venida mostró, ni con la humildad que entonces nos representó, sino con poder grande, pues se ha de ejecutar en cuerpos y almas y con soberana majestad. De grandes y numerosos ejércitos hace mención la antigüedad que han juntado naciones y reyes poderosos. Los griegos contra los troyanos llevaron ochocientos y ochenta y seis mil hombres de guerra. Nino, tercero rey de los asirios, en la guerra contra los bactrianos, llevó un millón y

setecientos mil infantes, doscientos mil jinetes, diez mil y seiscientos carros falcados. Y la reina Semíramis, después de muerto su marido Nino, juntó contra Staurobates, rey de la India, un millón y trescientos mil hombres de pie y quinientos mil de caballo y cien mil carros. No espantó poco á Grecia el ejército que trajo contra ella Jerjes, rey de los persas, de tres mil naves por la mar y de un millón de combatientes por tierra, que por donde pasaban agotaban los ríos y hicieron puente en el Helesponto. Pero ¿qué es todo esto con los poderes grandes que traerá el rey del cielo en este día? *Numquid est numerus militum ejus?* (Job, 25); dijo uno de los amigos de Job: «No hay hombre que los pueda numerar»: sólo Aquel que cuenta la muchedumbre de las estrellas, sabe el número de sus criados y los tiene en su lista. *Milla millium ministrabant ei et decies centena millia assistebant ei* (Dan., 7). Innumerables millones. *Veniet Dominus cum sanctis millibus ejus facere judítium contra omnes*: «Con todos estos millares de santos vendrá el Señor á hacer juicio contra todos». ¿Quién podrá contar las escuadras de espíritus angélicos que le acompañarán? ¡Qué acompañamiento tan solemne! ¡Qué ejército tan lucido! Todos vendrán en forma visible. ¿Qué será ver allí tanta diferencia de rostros hermosísimos? ¿Tanta diversidad de oficios como traerán? Gente tan valerosa y fuerte, que uno sólo mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senaquerib. Sin éstos, todos los santos mártires, confesores, vírgenes; el sagrado colegio de los apóstoles, asesores del juez. Y sobre todos la Virgen serenísima, no ya piadosa, sino severa y terrible. Pues la majestad real del juez, la autoridad de su persona, ¿quién la podrá significar? Cuanto será su vista alegre y graciosa para los buenos, tanto será temerosa y triste para los malos. Porque si tantas invenciones hizo para ser amada de los hombres, como llorar, padecer hambre, derramar sangre, sufrir mil injurias, morir, cosas tan lejos de Dios; cuando se pusiere á pensar invenciones para asombrar y espantar á los malos ¡qué dellas se le ofrecerán! Si el hábito y traje de humildad, que es ajeno, de tal manera se le vistió, *habitu inventus ut homo*, y le hizo tan á su talle, que á ninguno le vino tan nacido, y vemos al Hijo de Dios en forma de reo, preso, acusado, herido en el tribunal de Pilato, los ojos bajos, la lengua humedecida. ¿Qué delincuente convencido y condenado supo estar ante juez tan humilde y encogido? Pues quien así sabe usar de las armas prestadas, ¿qué será cuando se vista las propias de su majestad? Si asombra el hijo del hombre en la humildad ajena ¿cuánto más espantará en la grandeza propia? En forma de juez, en aparato real. ¿Qué pavor será aquel? Dice San Gregorio: *Si humilitatem ejus admirandam vix ferimus, horrendum atque terribilem majestatis ejus adventum qua virtutem tolerabimus?* Aun estando manso y pacífico no tiene el hombre flaco ánimo para mirarle, ¿cómo sufrirá verle airado? San Juan, el discípulo querido, viendo en una revelación la hermosura del semejante al Hijo del hombre, en medio de los candelabros de oro, su rostro resplandeciente como el sol, se desmayó tanto, que dice: *Cum vidissem eum cecidi ad pedes ejus tamquam mortuus*. Y el mismo miedo tuvieron los tres discípulos cuando le vieron en el monte, transfigurado, en medio de dos profetas, vestido de majestad. Si desta suerte temen los varones fortísimos y santísimos, viendo á Cristo de paz en su gloria, los malos que le vieren de guerra, en medio de todos sus ejércitos, ¿qué sentirán? Si la mansa voz de Cristo cuando vino á ser juzgado de los hombres derribó á sus enemigos que le iban á prender, el fuerte bramido del león y la sentencia rigorosa que pronunciará con ira y saña, ¿qué tales los parará? Y si la mano pintada en la pared espantó al rey Baltasar, de suerte que tiembla como azogado, ¿qué será verle con la cruel lanza de su ira en la mano, con una espada en la boca y echando llamas de fuego por los ojos? *Tunc videbunt Filium hominis*, etc.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Padre, si el juez ha de ser el Hijo de la Virgen que me amó tanto, que puso su vida por mí, ¿es posible que me causará tanto horror su visita? ¿Es posible que no se apiade del que redimió con su sangre? ¿Es posible que extenderá para herirme aquellas manos que por mi amor fueron enclavadas? ¿Que ha de abrir la boca para dar sentencia contra mí el que en la cruz rogó al Padre por los que le crucificaban? —Sí. Y aun por eso. Todo ese amor y mansedumbre se convertirá entonces en odio y ferocidad. Los egipcios, para significar un furor indómito, una embriaguez de ira, pintaban un león despedazando sus propios cachorrillos. La ventaja que hace el león á todas las bestias en fortaleza, esa les hace en mansedumbre. Y así dice Solino *(De mirabilibus mundi)*: Muchos indicios hay de la clemencia de los leones; perdonan á los que se postran ante ellos; más daño hacen á los hombres que á las mujeres; á los niños no matan si no los aqueja grande hambre, y no se apartan de la misericordia, y así hay un verso:

Parcere prostratis scit nobilis ira leonis.

Con todo eso, cuando se encoleriza, viene á encenderse en extraño furor. Pues ira que á

animal tan generoso y clemente con los rendidos y niños de otra especie le trajese á despedazar sus propios hijuelos, muy esquiva y despiadada había de ser. Pues tal como ésta ha de ser la que ha de mostrar aquel día el león fortísimo de Judá. Ahora es león hidalguísimo, perdona con facilidad á los postrados. Con un *peccavi*, con una lágrima se aplaca; pero entonces toda esa benignidad se convertirá en tal furor, que á sus propios hijos engendrados con su sangre los despedazará, condenándolos por sus maldades á las penas eternas. Ya no vendrá diciendo: *Nolo mortem peccatoris*, sino: *Reddam ultionem hostibus meis.* Ya no trae por blasón: *Parcere subjectis*, sino: *Debellare superbos.* ¡Qué desconsuelo este tan grande para los malos! Que aquel en quien todos tenemos puestas todas nuestras esperanzas; aquel que no sólo murió sino *et interpellat pro nobis;* aquel que sabemos ser nuestro abogado delante del Padre, le vean vuelto de abogado en juez indignado, de procurador en testigo é investigador de sus causas. ¿Quién osará salir á la defensa dellas, si quien las solicitaba ya las condena? ¿En qué podrán poner los ojos con algunas esperanzas de socorro, cuando la fuente dél se les ha secado? Cuando el patriarca Abraham quería hacer sacrificio de su hijo único Isaac, desde que ya lo tenía atado de pies y manos y puesto sobre la leña en que había de ser quemado, ¿qué restaba de que pudiese el santo mancebo tener consuelo? Al derredor, por todo aquel monte triste, había silencio y soledad que afligía; debajo la leña, encima el cuchillo afilado. Con razón pudiera decir: Padre de mis entrañas, ¡qué desventurada suerte fue la mía, que me quite la vida quien me la dio y de quien sólo la esperaba ver defendida cuando algún peligro me corriese en ella! ¡Si todo el orbe contra mí se conjurara, á vos me acogiera como á único remedio y puerto de seguridad! ¿Cómo me ha salido al revés, y hallé mayor peligro donde más favor pensé hallar? ¡Oh fuente de bondad y de clemencia! ¿qué pesar tan triste será veros indignado contra nosotros; pues cuando todos nos persiguieran y de todos nos viéramos acosados, esperamos hallar en vos refugio seguro? ¿Quién nos defenderá de vos, si vos nos hacéis la guerra tan cruel? *Foris, mundus ardens; intus, conscientia urens; a destrix peccata accusantia; a sinistris, infinita dæmonia; subtus horrendum chaos; supra, judex iratus.* Palabras son de San Anselmo bien para considerar. ¿Qué remedio les queda allí á los malos? ¿A dónde se podrán volver que les pueda venir socorro? «De fuera está el mundo ardiendo; dentro de sí, la conciencia atormentando; á la diestra, los pecados que los acusan; á la siniestra, infinitos demonios que los esperan; abajo, aquel horrendo pozo y tenebroso abismo; arriba, el juez airado», que es lo más para temer. Allí se cumplirá lo que dice el Profeta en el Salmo que vamos declarando: *Confundantur omnes qui adorant sculptilia et qui gloriantur in simulacris suis.* «Sean confundidos y avergonzados todos los que adoran los ídolos y los que se glorían en sus estatuas». ¡Qué confusos y afrentados se hallarán allí los mundanos que adoraron por Dios á la honra; los que tuvieron por Dios al vientre; los que todas sus mentes y estudios remataron en avaricia y procurar hacienda, *quæ est idolorum servitus!* Estarán confundidos en lo interior y en lo exterior. En lo interior, de la propia conciencia que acusa, que arguye, que remuerde. *Conscientia mille testes*, dice el proverbio: «Vale por mil testigos». Y Cicerón: que las furias infernales que fingieron los poetas para atormentar los malos no son otras sino sus mismas conciencias: *Exagitent insectenturque furiæ non ardentibus tædis sicut in fabulis, sed angore conscientiæ fraudisque cruciatu.* Como nace del paño la polilla que lo gasta y del madero la carcoma que lo roe y pudre, así el pecado principalmente se hace con el consentimiento del corazón, y se engendra el gusano de la conciencia que eternamente roe y aflige al mismo corazón. Y así dice el Sabio: *Sicut tinea vestimento et vermis ligno, sic tristitia viri nocet cordi.* Tormento y daño eterno del corazón, la tristeza que los condenados conciben de las maldades que hicieron. En lo exterior serán confundidos de sus propios pecados, de que se hará publicación delante de todo el mundo. ¡Ah qué infamia tan intolerable! ¡Qué de sepulcros blanqueados hay ahora llenos de huesos de muertos que allí echarán de sí insufrible hedor! Tus feos pensamientos, tus ilícitos tratos, tus ocultísimos secretos, que la tierra no querías que los sintiese, allí los sabrán todas las criaturas. *Confundemini a fructibus vestris.* Dolor, vergüenza y confusión será el fruto de vuestras obras. Allí os comprehenderá la maldición de Dios: *Induantur sicut diploide, confusione sua. Diploide*, dice San Gregorio, es vestidura doblada. *Diploidem, duplum vestimentum dicimus. Confusione ergo sicut diploide induti sunt, qui justi reatus sui meritum et temporali et perpetua animadversione ferientur.* Vístanse de confusión como de vestidura doblada; esto es: sean confundidos de muchas maneras, dentro y fuera, en este siglo y en el futuro, delante de Dios y de todas las criaturas.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Demás desto, serán confundidos de los justos, que entonces les serán muy contrarios:

Stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt (Sap., 5). Los justos que en este mundo fueron tan humildes y andaban pobres, cabizbajos y siendo perseguidos y calumniados de los malos callaban y no se vengaban, sino sufrían como ovejas que se dejan llevar al matadero, allí estarán con grande valor y constancia acusando á los malos y denostándolos. Estarán constantes, porque á ellos no les tocan estos temores, antes el mismo Juez les dice: *His autem fieri incipientibus respicite et levate capita vestra: quoniam appropinquat redemptis vestra.* «No sólo cuando venga el Juez, sino cuando comenzaren á aparecer las señales de su venida, miradlas y alegraos, y levantad cabeza, porque ya se acerca vuestra libertad». Con ellos habla David en el verso que se sigue: *Et exultaverunt filiæ Judæ propter juditia tua, Domine.* Las almas santas que dieron á Dios su gloria y honra debida se alegrarán viendo los juicios del Señor. ¡Qué justo juicio que abrase el fuego á los enemigos de Dios y recree á sus amigos! ¡Que peleen las criaturas contra los insensatos y sirvan á los prudentes! De muy antiguo acostumbra el Señor reservar á sus amigos de las plagas con que azota á los pecadores. Grande favor fue el que hizo á Israel en Egipto; que no hubiese casa de gitanos donde no llorasen muerto; y los de Israel riesen, y en sus casas aun los perros no ladrasen, *ut sciatis quanto miraculo dividat Dominus ægyptios et Israel.* Para que veáis con cuánta maravilla os diferencia el Señor de los egipcios. A ellos les mata los hijos; á vosotros os asegura hasta los perros. Ellos con tinieblas palpables, y los israelitas en medio dellos gozaban de luz. A ellos los anega el mar; á éstos les da paso á pie enjuto. Los niños danzan en medio de las llamas del horno de Babilonia, y los caldeos acá fuera son abrasados. Pues estos son los juicios del Señor que alegran á los justos; que en medio del fuego que abrasará á todo el mundo y derretirá á los montes, y inflamará á los malos, quedarán ellos intactos. En la escuridad del sol quedarán en luz, y en los temblores y terremotos estarán intrépidos. Porque la ira del Juez es acompañada de tanta discreción y equidad, que no quiere que paguen justos por pecadores. Los egipcios, para significar á la venganza pintaban un león herido con un dardo. Porque el león tiene grandísimo conocimiento del que le hirió, y viéndole entre muchos á él solo acomete y si puede le despedaza. Y así cuentan que llevando Juba, rey de Mauritania, un grueso ejército por los desiertos de Africa, un valiente mancebo que iba en su compañía hirió á un león que encontró en el camino con una vara, y el león herido se retiró á la espesura. De allí á un año, volviendo por allí el rey con todo su campo, de improviso salió del monte el león dando bramidos, y rompiendo con extraña furia por medio los escuadrones, arremetió con el mozo que le había llagado, y sin ser nadie para defenderle, le hizo pedazos, y sin hacer mal otro de todo el ejército se tornó por donde vino. Pues si el león por natural instinto conoce á quien le ofendió y dél solo se venga, el León de Judá con su infinita sabiduría y equidad conocerá á sus enemigos y dellos solos tomará venganza. Gran diferencia y división ha de haber de los unos á otros: unos confusos y maltratados; otros alegres y favorecidos. *Propter juditia tua, Domine.* Pues esta diferencia confundirá extrañamente á los malos. *Videntes turbabuntur timore horribili et mirabuntur in suabitatione insperatæ salutis.* Viéndolos gloriosos levantar cabeza, libres de males, llenos de bienes, turbarse han con horrible espanto y se admirarán de tan no esperada salud y felicidad, viendo á los que ellos despreciaron y tuvieron en poco contados entre los hijos regalados de Dios y en la compañía de los santos.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Ultimamente los confundirá el juez airado, que es lo más para temer; el mansísimo cordero; el que, niño tierno, con sus lágrimas y gemidos nos convidaba, y varón perfecto, con tan elegantes razones nos persuadía. Aquel hermano tan dulce, aquel padre tan bueno, aquella madre tan piadosa, ya hecho león furioso les ha tomado ojeriza. Ya no son palabras las suyas, sino bramidos. Ya no les persuade, sino pide cuenta y hace cargos: ven acá, hombre, yo tomé de tu linaje humana naturaleza y la enriquecí con mil favores; hícete mi deudo, más cercano que los ángeles; dite asiento en mi casa; lavéte de culpa, recién nacido, en el sacro baptismo; con mil joyas te compuse: reparé tu caída; yo te llamé y senté á mi mesa y descubrí mis secretos, y repartí los tesoros de mi Iglesia, de que muchos no gozaron y tú gozaste, ¡y hasme sido desleal y traidor? ¡Cuántas veces yendo á ofenderme te hablaba al oído y me ponía delante de ti y te daba en el alma mil repelones y te apartaba las ocasiones! Con mil halagos y caricias te regalaba, solicitándote á mi amistad. ¡Qué de plazos y largas te di, ejecutando mis justicias contra otros, y á ti te esperé y rogué por predicadores, por confesores: de mí á ti, y te dejaba confuso sin tener que responder! ¡Cuántas veces viendo tu dureza, mudaba de estilo, y por amenazas, temores, enfermedades, muertes, desastres, te hablaba! ¡Cuán caro me costó tu rescate, pues acabar de contarlo en el banco de la cruz fue acabar ja…

mente la vida! ¡Acordársete debiera que me costó dejar tantos y tales remedios para tu bien; pues para lavar tu alma fue menester derramar la sangre de mis venas; y para darte descanso, que yo me cansase y anduviese treinta y tres años trabajando; y para darte entrada en el cielo abrí estas puertas y ventanas en mi carne! ¡Mira un ladrón qué bien se supo aprovechar de mi cruz! ¡Mira los varones de Nínive cómo por la penitencia se libraron de mi ira! ¡Mira la reina de Sabá que de lejas tierras vino á oir la sabiduría de Salomón; y tú en la tuya no te aprovechaste de la mía, que es mayor que la de Salomón! ¿Qué respondes? ¿Qué descargo das? ¿Qué disculpa? ¿Pides traslado? No, Señor; que él se da por convencido. Todos aclamarán: *Justus es, Domine, et rectum juditium tuum.* Suene, Señor, vuestra voz; promúlguese su condenación; léaseles la sentencia en alta voz, fuerte y espantosa. Mas para mayor confusión suya, comenzará el Señor por los buenos, para que, viendo su felicidad, sientan más pena con su miseria. *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi.* Venid á mí, vuestro verdadero consuelo. Venid á mí, que soy pan de vida para matar vuestra hambre y refrigerio de todos vuestros sudores. Venid á mí los que habéis escapado de la tempestad del mundo y estáis fatigados de sus olas importunas. Venid á mí, que soy puerto segurísimo, donde no hay cosarios ni enemigos. Venid á mí, que soy vuestro señor natural y legítimo rey. Benditos de la bendición prometida á Abraham, por cuantas maldiciones os echó el mundo, tomad una bendición perdurable. *Possidete regnum.* Pues despreciastes el reino de Satanás y renunciastes al mundo y á sus pompas por seguirme á mí, pobre y humilde, tomad un reino autorizado y felicísimo; porque seguirme á mí es reinar y el menor de mi casa es rey. Porque tuve hambre y me distes de comer, sed y me distes de beber; estuve desnudo y me vestistes; enfermo y me curastes; encarcelado y me fuistes á visitar. *Quod uni ex minimis meis fecistis, mihi fecistis.* Extraña preeminencia es esta de la limosna. Que en todo aquel teatro universal donde todas las obras de los hombres se han de publicar para dar su debido premio á las buenas y castigar á las malas, se haga tanto caso y memoria de las obras de misericordia que vayan insertas en la sentencia definitiva que ha de concluir las causas de los hijos de Adán, y se dé por causa y razón especialísima haberlas hecho para dar el cielo á los buenos, y el carecer dellas para condenar á los malos. No sé lo que desto sentís allá. Lo que yo siento es que quien oye esto y lo cree, no sé cómo tiene ánimo para decir «No» al pobre, pues sabe que se lo dice á Cristo. Mucha necesidad ha de haber para decir á Jesucristo: «Perdonad agora». Paréceme á mí que cuando llegase el pobre á la puerta de un cristiano rico le había de decir: Entrad, hermano, y saquead esa casa; y no digo yo de mi hacienda la que hubiéredes menester, sino la sangre de mis brazos tomad, pues tan bien me la habéis de pagar. ¡Limosnas bienaventuradas, trabajos dichosos, que tal galardón han de tener! Volveráse luego á los de la mano izquierda con su rostro terrible y espantoso, lleno de ira y furor. Y aquel cordero que puesto delante el que lo trasquilaba estuvo mudo; que cuando le hincaron la corona durísima por su delicado celebro no daba voces, ni se quejaba; aquel que no dijo ¡ay! cuando le daban cinco mil azotes; aquel que cuando le clavaron pies y manos no abrió su boca para decir «mal hacéis», ese clamará bramando como león sañudo en aquel día de sus venganzas. Aquellos labios de quien dice David: *Diffusa est gratia in labiis tuis*, llenos de miel y de dulzura, estarán llenos de amargura y de indignación. Aquel tan manso que *calamum quassatum non conteret*, que á la cañaheja sentida no la acaba de quebrar, allí *conquassabit capita in terra multorum* (Salmo 109): «Rajará las cabezas de muchos». Mirarlos ha con unos ojos que echará llamas de fuego por ellos, y con una voz espantable dirá: *Discedite a me, maledicti, in ignem æternum.* Haceos afuera, alejaos, id al fuego eterno que está aparejado para el demonio y sus malos ángeles. No malditos de mi Padre, que El no sabe sino bendecir. La maldición es vuestra, que escarbando en la tierra, por vuestro mal lo hallastes, porque no hizo mi Padre la muerte. Vosotros, con voces, señas y ademanes la llamastes y os amigastes con ella y con el infierno. Apartaos de mí; idos con los compañeros y amigos que escogistes. *Oh vox durior ipsa gehenna et ad tolerandam gravior!* Si vos, gozo inmenso, salud eterna, sempiterna vida, los despedís de vos, ¿á dónde irán? Si la fuente de misericordia se seca para ellos; si en la casa de la clemencia no hallan entrada, ¿quién los recogerá? Si á la triste ovejuela á vista de los lobos el pastor la deja, y el mastín que la había de defender es el primero que la muerde, ¿en qué parará? Allí veo lobos carniceros, leones hambrientos, tigres infernales que rabian por verlos en su poder; si vos se los entregáis, ¿qué será de ellos? Si el ramo verde con brazo poderoso le desgajan del árbol, ¿en qué parará sino en el fuego? En recio día los echáis de casa. En fuerte tormenta los mandáis hacer á la vela. ¡Oh triste apartamiento, larga y penosa ausencia! Esta es la mayor pena de los dañados, ir desterrados precisamente del cielo, privados de la vista de Dios y de su reino por toda la eternidad, como

enemigos declarados suyos: *Qui diligitis Dominum, odite malum; custodit Dominum animas sanctorum suorum, de manu peccatoris liberabit eos*. Buen consejo nos da el profeta en el fin de nuestro salmo. «Los que amáis al Señor, aborreced el mal». Si deseáis no carecer para siempre de su vista, huid el pecado que es causa desa privación. Y si teméis aquellos lobos rabiosos y queréis la guarda del pastor, haced obras de misericordia, porque el Señor guarda las almas de sus santos. El Hebreo dice *gratiosorum suorum*: «De sus graciosos», de los que hacen gracia, limosna y misericordia. A esos guarda y libra de las manos de los pecadores, porque son varones misericordiosos á quien tiene prometida su misericordia en esta vida de gracia y en la otra de gloria. *Quoniam mihi*, etcétera.

SERMÓN TERCERO

EN EL

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Erunt signa in sole et lunæ et stellas.

(LUCAS, 21).

Son tantas y tan grandes las cosas que han de pasar en aquel juicio final y común de vivos y muertos que en este día la Iglesia católica nos representa; es tan espantoso el trueno de amenazas y desastres con que Cristo nuestro Señor, así por su boca como por las de sus profetas y apóstoles, nos atemoriza, que no hay lengua en el mundo bastante para explicar el menor destos trabajos y desventura. No era nada bozal, sino muy ladino el profeta Joel, y con todo eso, queriendo hablar de la grandeza deste día, se halló tan atajado de razones y tan embarazado, que comenzó á tartamudear como niño y decir: *A, a, a, diei, quia prope est dies Domini et quasi vastitas a potente veniet*. ¡Ah, ah, ah! del día. ¿Qué día será aquél? ¿Qué vizcainada es esa, santo profeta? ¿No nos decís algo de aquel día? No digo más sino que está cerca y que vendrá como destruición y ruina de mano del poderoso; pero especificar lo que ha de ser, no hay lengua para eso: *A, a, a, diei*. Desta manera de hablar usó Jeremías cuando Dios le quería enviar á predicar para significar que era niño y del todo inhábil para aquella embajada tan grande á que Dios lo escogía. Y de la misma usa Joel para dar á entender que no hay lengua humana que no sea como de niño tartamudo para decir lo que ha de ser aquel día. Era menester una lengua de ángel que bajara del cielo, ó á lo menos de algún condenado que saliera del infierno y supiera por experiencia lo que allá pasa para tratar dignamente esta materia tan horrible. Tal predicador pedía el rico avariento entre sus llamas, cuando rogó á Abraham que enviase desde el limbo á Lázaro á predicar á sus hermanos, para que oyendo la atrocidad de los tormentos en que el rico estaba se espantasen y hiciesen penitencia. Y como Abraham le respondiese: «Allá tienen profetas y predicadores que les prediquen la ley donde claramente está todo eso dicho», respondió el rico: *Non, pater Abraham, sed si quis ex mortuis ierit ad eos, pœnitentiam agent*. ¡Oh padre Abraham, que los vivos hablan de coro, y como tordos ó papagayos recitan lo que enseñan las Escrituras destas penas; pero si resucitase uno de entre los muertos y hablase de experiencia y como testigo de vista y declarase la grandeza y terribilidad de aquellos tormentos eternos con la vehemencia y energía que el sentimiento que dellos tiene le daría, pocos habría tan obstinados que con tal predicación no se convirtiesen. Señores, aquí habemos de predicar del juicio, no con lengua de ángel, ni de condenado, sino hombres á hombres y vivos á vivos; pero lo que os habemos de decir no lo dijo ángel ni condenado, sino el mismo Dios que nos ha de juzgar, á cuyas voces, dadas por sus profetas y ministros, quien está sordo, dice Abraham, que también lo estuviera á las del muerto si resucitara. Y si la lengua de hombre que Dios toma por instrumento es lengua de niño tartamuda,

de la divina sabiduría está escrito: *Quoniam sapientia apperuit os mutorum et linguas infantium fecit disertas.* «Que abrió las bocas de los mudos y dio elocuencia y facilidad á las lenguas de los niños»; supliquémosle que para tratar negocio tan importante á gloria suya y edificación nuestra, reparta con nosotros esta elocuencia divina, comunicándonos su gracia por intercesión de la Virgen. Ave María.

INTRODUCCION

Es Dios nuestro Señor tan deseoso de la salud de los hombres, y muéstrase en todas sus obras tan cuidadoso y solícito della, que como si le importara algo para su gloria, por todas las vías posibles la procura. No deja piedra que no mueva, ni camino que no ande, ni medio que no tome para atraerlos á su amor. Unas veces por bien, tratándolos con suavidad y regalo: oblígalos con beneficios, convídalos con promesas, que son aquellas cuerdas de Adán y lazos de amor con que El había prometido llevar los corazones de los hombres á sí. El hombre, si es noble y de buena condición, por bien lo llevarán con una cuerda de lana; mas porque hay hombres duros y rèbeldes como fieras bravas, á los cuales no ablandan los mimos del amor de Dios, ni mueven sus promesas tan magníficas, vuelve la hoja y háceles amenazas. Llévalos por mal, como á bestias, póneles delante la severidad de su justicia, el rigor y terribilidad de su juicio, el castigo y pena eterna que ha de ejecutar en los transgresores de su ley, para que si no la guardan por amor de su bondad, y no salen del pecado por contemplación de su misericordia, vuelvan sobre sí con el temor de su omnipotencia y justicia; y así, ora por amor, ora por temor, se aprovechen del precioso rescate que pagó por ellos, y él consiga el intento que pretende de nuestra salud. A este propósito el Verbo eterno, no una vez sino infinitas, antes de su Encarnación, por los profetas, y después de encarnado, por sí mismo y por sus apóstoles, nos hizo muchas lecciones de los trabajos deste día, por diversas parábolas y metáforas, para que la variedad quitase el hastío y la multiplicación manifestase la infinidad y extrañeza de las cosas que en este juicio han de pasar, y la necesidad que nosotros tenemos de tenerlas muy fijas en la memoria. Comienza Isaías á dar un pregón, y dice: *Ululate, quia prope est dies Domini.* «Aullad como perros, pecadores, porque cerca está el día del Señor». Vendrá como destruición de la mano del Señor. Por esto desmayarán los hombres, y no se les alzarán las manos para buscar remedio. Todo corazón de hombre se le secará y morirá en el cuerpo. Tendrán torcejones y dolores como mujer que está de parto. Mirarse han unos á otros y á todos temblará la barba. Pasmarse han de verse tan desemejados, los rostros quemados y enflaquecidos. He aquí el día del Señor; vendrá cruel y lleno de indignación, de ira y de furor para asolar la tierra y hacerla un erial y quebrantar y deshacer los pecadores della. Jeremías llama á este día día de venganza y de sacrificio. Ezequiel le llama día de matanza. Joel, día de tinieblas y oscuridad, de nube y de torbellino: día grande y muy terrible. Sofonía le llama día amargo, grande, ligero; día de ira, de tribulación, de angustia, de calamidad y miseria; día de trompeta y de sonido. Malaquías le llama día encendido como horno, día grande y horrible. Cristo nuestro Redentor dice que en aquellos días habrá en el mundo la mayor tribulación que jamás fue ni será; y que si por amor de sus escogidos no acortara Dios días tan molestos y peligrosos, toda carne perecería. San Pablo dice que aquel día aguarda á los pecadores un juicio terrible y una venganza de fuego abrasador. Finalmente, no hay cosa más repetida en la Escritura, ni palabras más temerosas con que se pueda más intimar, todo á fin que temamos este día y nos dispongamos para él. Sabe muy bien el Señor cuán eficaz y poderosa sea la consideración deste día para reprimir la osadía y temeridad de los pecadores, y que por falta della corrieron muchos á rienda suelta por toda la universidad de los vicios hasta despeñarse en el infierno. Porque viendo los malos que el conocimiento y confesión desta verdad les era freno de sus desórdenes, y los mancaba y desjarretaba para no proseguir sus desatinos, y que no podían cumplir los apetitos de su corazón, teniendo dentro dél esta verdad, conviene á saber que de aquella maldad que hacían era Dios juez y los había de corregir y juzgar en público juicio, en presencia de todas las criaturas, prevaleciendo en ellos su desordenada concupiscencia, descreyeron de Dios y parecióles que no había de haber juicio para sus obras. Allá pasó dentro en su corazón, que no lo echaron por la boca. Mas como desta aljamía y vascuence del corazón sea el Espíritu Santo grande intérprete y faraute, como aquel á quien ni los principios de los pensamientos se esconden, dice: *Propter quid irritavit impius Deum? Dixit enim in corde suo: non requiret. Oblitus est Deus, avertit faciem suan ne videat in finem; non est Deus in conspectu ejus; inquinatæ sunt viæ illius in omni tempore; auferuntur juditia tua a facie ejus* (Salmo 9). «¿Queréis saber por qué el malo se le atreve á Dios y hace cocos? Porque pensó en su corazón que no le había de demandar la injuria ni pedir cuenta de aquel agravio. Olvidado se le ha á Dios y no mira á las ofensas que le

hacen». Esto en su corazón lo dijo, porque es tan gran necedad que no la osó sacar por la boca. *Non est Deus in conspectu ejus.* La hebrea, caldaica y los Setenta dicen *Heloin, id est, judices.* No trae al juez en su acatamiento, y por eso ensució sus caminos en todo tiempo: tus juicios son quitados delante su rostro. No quiere saber de Dios que es juez, ni tiene memoria dellos, siendo la primera cosa y postrera en que como en quicio y umbral quiso Dios anduviese enejada toda la grandeza de los misterios que la Escritura nos revela: *In principio creavit Deus* (Heloin) *cœlum et terram.* Todos los padres antiguos y sabios modernos cuentan diez nombres con que se nombra Dios en todas las Escrituras sagradas, como San Jerónimo. Pero aquí en el principio del libro divino no quiso llamarse sino *Heloin*, nombre que restringe la amplitud y majestad de la eterna frescura y hermosura; y significa ser juez de todas nuestras obras, palabras, pensamientos, omisiones. Bendito seáis, Señor, para siempre, que á la portada donde vos os queréis postrar no ponéis el nombre de vuestra grandeza; aquel nombre admirable *Tetraganmaton*, sino el nombre que os declara juez, oficio que tantos le tienen y no el que es incomunicable, para que así despertásedes en mi corazón esta memoria: que todo cuanto pensare, dijere y obrare lo haga como cosa que por vos ha de ser juzgada; y por que no cayese en mi imaginación que vos os habíades olvidado y partido mano desta pretensión, no contento con haberlo repetido tantas veces y con tantos encarecimientos en vuestro libro, queréis que la postrera palabra dél sea: *Etiam venio cito, amen; veni. Domine Jesu.* Abrid los ojos que «presto vengo, así sea; ven, Señor, nuestro Jesús». Pues siendo esto así, ¿qué es la causa que una verdad tan cierta, que es artículo de fe y que de todos los santos del viejo y nuevo Testamento fue tan rumiada y temida, estando los que ahora vivimos antos años más cerca de la ejecución della y del tiempo en que se ha de cumplir, del cual dijo entonces San Juan: *Filioli, novissima hora est?* El mundo ya está boqueado y con la candela en la mano; no le queda más de una hora de vida; ¿cómo nosotros no la pensamos, no la tememos? No hallo yo otra razón desto sino que de los que ahora vivimos, muy poquitos se han de salvar. *Viri mali noncogitant juditium.* Y David: *Vir insipiens non cognoscet, et stultus non intelligit hæc.* Paréceme que se cumple ahora lo que un defuncto que por dispensación divina apareció á un su amigo, dijo; preguntado dél en qué estado estaba, respondió con un doloroso gemido: *Nemo credit, nemo credit, nemo credit.* ¿Qué queréis decir en eso? ¿No hay muchos que tengan fe? Respondió: *Nemo credit quam districte judicet Deus et quam severe puniat.* Queréis ver que deste negocio casi no se tiene fe ni aun opinión. Si tuviérades fe viva como los santos, viviérades justamente, hiciérades grandes cosas por conseguir el bien eterno. *Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromisiones.* Y más, aunque la fe sea muerta, es verdadera fe y es infalible, de muchos más quilates que la fe humana y de más certinidad. Pues ¿qué hacen los hombres por la fe humana? Oyeron decir que en las Indias había oro y perlas, y luego se pusieron á los peligros y trabajos, arando los mares, descubriendo nuevas regiones, pasando la línea y buscando nuevo polo, poniendo la vida al tablero por alcanzarlo. Dícele un médico al enfermo que si bebe un jarro de agua le pasmará y quitará la vida, y por ventura se engaña, ó que si no toma tal purga no sanará, y está rabiando de sed y no bebe, y toma la purga desabrida porque da crédito al médico. Esto hace la fe humana. Pues la opinión en esto difiere de la fantasía. Que la opinión de algún suceso terrible perturba y da pena, como si tuviésedes probable opinión que os han de matar hoy, ó que ha de caer un rayo sobre vos; y si es de cosa alegre da contento, como en el que piensa con fundamento será obispo ó rey; pero la imaginación simple deso no da pena ni gloria. Como no espanta el león pintado ni alegra el bien de las pinturas, así imaginar simplemente en una desgracia ó contento no os espanta ni alegra, ni os hace poner medios para huir lo uno ni alcanzar lo otro. Pues si ni por alcanzar los bienes eternos que la fe nos propone, ni por huir los males perdurables con que nos amenaza, no damos un paso; si no nos espanta la consideración del juicio terrible, ni nos alegra la esperanza de la gloria, señal es que no tenemos fe desto, ni aun opinión, sino sola fantasía. ¿Qué hombre hay que si cuando va á hacer un homicidio, ó hurto ó adulterio, pensase lo ha de saber el juez, ó el que ha hecho lo sabe y lo quiere castigar, que se atreviese á hacerlo, ó si lo hizo no se esconda y trate de ponerse en cobro y componerse con la parte? Uno solo sabía que Moises había muerto á un egipcio, y siendo infante en la casa del rey Faraón va huyendo á Guinea y allá anda hecho un rabadán de un negro idólatra. Pues si nosotros creemos con fe divina que Dios ha de ser nuestro juez ¿cómo hay quien se atreva á pecar? Y si ha pecado, ¿cómo no se da priesa á pedir perdón, sabiendo el odio que tiene el juez contra el pecado y el riguroso castigo con que le ha de castigar? Predica Jonás por la ciudad de Nínive: *Adhuc quadraginta dies et Ninive subvertetur.* Levántase un alboroto extraño en la ciudad, y de mano en mano se pasa la palabra al rey y á sus grandes; y [illegible]

morizados se visten de cilicio, ayunan, salen de sus pecados, piden á Dios misericordia, y alcanzaron perdón y renovación de la sentencia, y no perecieron. Predícales Lot á sus yernos la destruición de Sodoma para que huyesen de ella, *et visus est eis quasi ludens loqui*; parecióles que hacía donaire dellos, y hicieron burla dél; estuviéronse quedos y seguros como antes, y fueron abrasados. A los pregones que da el Señor por sus profetas de la destruición del mundo, y la estrecha que ha de pedir, temen los santos y se alborotan y se examinan. San Jerónimo dice que cada vez que se acordaba del día del juicio le temblaba el corazón, y decía que cada uno hiciese cuenta que ya le sonaba en los oídos el ruido grimoso de la trompeta terrible. *Semper tuba illa terribilis, vestris perstrepet auribus, surgite, mortui, venite ad juditium*. David, hecho á la condición de Dios, temiendo la cuenta, daba voces: «No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado delante de ti ninguno de los vivientes». Job, inocente, vivía con tanto temor que decía: «De la manera que teme el navegante en medio de la tormenta cuando ve venir sobre sí las olas hinchadas y furiosas, así yo siempre temblaba delante la majestad de Dios; y era tan grande mi temor, que ya no podía sufrir el peso dél». ¿Qué temores son estos en tan grandes santos? Es que son justos, y porque temen no perecerán. Pero el que oyendo predicar el juicio no teme, ni se turba, ni hace mudanza en su vida, señal es que está prescito, y que á su cabeza amenazan estos males, y que como los yernos de Lot ha de ser abrasado con la Sodoma de sus vicios. Olvidado está entre nosotros este artículo y hace su predicación tan poco efecto porque son muy pocos los que de su condenación temen. Para esto, pues, la Iglesia católica en el principio del año nos canta este Evangelio, donde se nos da cuenta del juicio y de las señales que le han de preceder, como el más poderoso remedio que contra el pecador se puede aplicar; y á quien este no bastare baste la misericordia de Dios. *Erunt signa in sole et luna et stellis*.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Cuándo el rey entra en alguna ciudad pacíficamente, ó viene á casarse, saludan sus caballeros á los ciudadanos con alegría, y vienen vestidos de fiesta, con ricas invenciones, devisas y libreas. Pero si es ciudad que se ha rebelado contra el rey, viene el rey á ella con saña, y entra á mano armada con ejército para castigarla. El rey de gloria, Cristo nuestro bien, en su primera venida al mundo vino pacífico, desposándose con nuestra naturaleza humana; y así vino sin armas, ni municiones y estuvo humilde en su nacimiento, reclinado en un pesebre; y los ángeles, que son sus criados y caballeros, saludaron á los ciudadanos de la tierra, dando á los pastores las buenas nuevas del nacimiento del Salvador y pregonando: «Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad». Pero en el segundo advenimiento, que vendrá de guerra contra el mundo rebelde, traidor y prevaricador de los divinos mandamientos, vendrá con ejército y gente de armas á castigar á los pecadores; vendrá sañudo, airado, vengativo, y tales vendrán sus criados. En esta forma le pinta el Sabio, cap. 5: *Accipiet armaturam zelus illius et armabit creaturam ad ultionem inimicorum; induet pro thorace justitiam et accipiet pro galea juditium certum; sumet scutum inexpugnabile æquitatem; acuet autem diram iram in lanceam et pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos* (Sapientiæ, 5). El celo de su honra despreciada de los malos, y el enojo gravísimo que dellos tiene, le hará dejar las ropas de fiesta de su clemencia y vestirse de armas para pelear. Pondráse un arnés tranzado, unas armas encantadas con la virtud de la divinidad que no se puedan salvar. Vestirá una loriga de justicia; un finísimo yelmo de juicio cierto, y embrazará una rodela impenetrable de equidad; y acicalará y aguzará su ira cruel, que le sirva de lanza; y peleará juntamente con él toda la redondez de la tierra contra los insensatos. Ahora no muestra Dios toda la ira que tiene contra los pecados, ni los castigos que hace ni ha hecho son de hombre armado. Cuando el rey Antíoco hizo aquel estrago en Jerusalem, en que mató ochenta mil hombres y captivó cuarenta mil, y vendió otros tantos, y profanó y despojó el Templo santo, y envió después al capitán Apolonio que, añadiendo llagas frescas á las viejas y muertes á muertes, acabase de todo punto el linaje de los judíos, no perdonando niño ni viejo, matando á los unos y vendiendo á los otros, hasta que no quedase piante ni mamante, dice la divina Escritura: *Quod propter peccata habitantium civitatem, modicum Deus fuerat iratus*. Pues si cuando la divina justicia se aira un poco contra una ciudad envía sobre ella tan horrendos estragos y calamidades; cuando no poco, sino mucho, sobre manera esté airado, furioso; cuando el enojo le haga tomar las armas y sean castigos de hombre armado, ¿qué será? Estos son golpes de varilla con que castigaba á los hebreos que tenía por hijos para enmendarlos y corregirlos; ¿cuáles serán los que dará *quando armabit creaturam*, no para corregir, sino para vengarse de sus enemigos y castigarlos como merecen? Si los amigos de Dios, los apóstoles, los mártires, los santos, el mismo Dios y su madre fueron tratados en esta

vida tan ásperamente, y sufrieron injurias, pobrezas, angustias, y fueron despedazados con garfios, echados á fieras, quemados, desollados, cortados y pasaron por tan horribles tormentos, y con todo dice el Sabio: *In paucis vexati;* y San Pablo: *Momentaneum et leve tribulationis nostræ;* «Todo es poco, leve y momentáneo»; los enemigos de Dios en la otra vida, que son el terrero donde se ha de emplear el Señor todas las saetas del aljaba de su indignación, ¿cómo lo piensan pasar? ¿qué tormentos les estarán guardados? *Ecce quibus non erat judicium ut biberent calicem, bibentes bibent et tu quasi innocens relinqueris? Non eris innocens, sed bibens bibes*: «Los que no habían hecho por qué bebieron el cáliz de mi indignación y gustaron su amargura, ¿y piensas tú quedarte riendo como si estuvieras sin culpa? No quedarás, sino que bebiendo beberás». El cáliz de la tribulación tiene el Señor en la mano; lo de arriba beben los justos á tragos. Todos los castigos y martirios de los justos no son más que hacer la salva, unos tragos deste cáliz de amargura; pero los asientos, las heces, lo muy amargo y peor de la purga, eso está guardado para los enemigos. *Bibent omnes peccatores terræ; ignis, grando, nix, glacies, spiritus procellarum, pars calicis eorum:* «Una pequeña parte deste cáliz es fuego, nieve, hielo y viento de tempestad». Toda la universalidad de las criaturas se ha de armar para hacerles guerra. Si con ranas y mosquitos hizo Dios tan buena guerra contra los poderosos de Egipto; si con agua destruyó todo el mundo, y con fuego abrasó las cinco ciudades, y con la tierra hundió á Datán y á Abirón, y con el aire corrupto ha enviado tan crudas pestilencias; si con un poco de levante, con una niebla ó langosta ó pulgón, tanto nos lastima que nos quita el comer y las vidas; si con un cometa tanto nos espanta, ¿qué será cuando nos haga guerra con todas las criaturas, con fuego, con agua, aire, tierra, cielo y mar? ¿Cuando haya señales espantosas en el sol, luna y estrellas, como amenaza por el Profeta? *Ut opperiam cum extinctus fueris, cœlos, et nigrescere faciam stellas ejus. Solem nube tegam et luna non dabit lumen suum; omnia luminaria cœli mœrere faciam super te, et dabo tenebras super terram tuam* (Eceq., 32): «Cuando quisiere acabar contigo y acabarte, cubriré de luto los cielos y haré que se escurezcan sobre ti las estrellas; cubriré el sol con una nube y la luna no resplandecerá con su luz; y á todas las lumbreras del cielo haré que se entristezcan y lloren sobre ti; y enviaré tinieblas sobre toda tu tierra». Pues habiendo tan grandes señales y alteraciones en el cielo, ¿qué se espera que habrá en la tierra, que toda se gobierna por el? Vemos, cuando en una república se revuelven las cabezas que la gobiernan, que todos los otros miembros y partes dellas se revuelven y desconciertan y hierven en armas y disensiones. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por las virtudes del cielo, estando éstas alteradas y fuera del orden natural, ¿qué tales estarán todos los miembros y partes dél? Así estará el aire lleno de relámpagos, torbellinos y cometas encendidos. La tierra estará llena de aberturas y temblores espantosos, los cuales se cree que serán tan grandes que bastarán para derribar, no sólo las casas fuertes y las torres soberbias, mas aun hasta los montes y peñas arrancarán y trastornarán de sus lugares. La mar, sobre todos los elementos se embravecerá, y serán tan altas sus olas y tan furiosas, que parecerá han de cubrir toda la tierra. A los vecinos espantará con sus crecientes y á los distantes con sus bramidos, los cuales serán tales que de muchas leguas se oirán. ¿Cuáles andarán entonces los hombres? ¡Cuán atónitos! ¡Cuán confusos! ¡Cuán perdido el sentido, la habla y el gusto de todas las cosas! *Et in terris pressura gentium præ confusione sonitus maris et fructuum, arescentibus hominibus præ timore et expectatione, quæ supervenient universo orbi.* Dice el Señor que se verán entonces las gentes en grande aprieto, y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¡Oh qué justos son los castigos de Dios! Gastos anchos, esperanzas del mundo anchas, vanidades anchas, consciencias anchas, con estrechura y aprieto se han de castigar. ¿Pará qué es en la vida tanta anchura, pues la sepultura ha de ser tan angosta, y en el día del juicio ha de haber tan grande aprieto? Como el navío es estrecho en el principio y en el fin, y ancho en el medio, en cuanto anda en la mar, siempre anda en peligro, hasta llegar á puerto seguro; así la vida del hombre es estrecha al principio, pues nace llorando; estrecha en el fin, pues muere gimiendo; mas en el medio, ensánchanla los mundanos con vanos aparatos y gastos superfluos, y siempre andan en peligro hasta llegar al puerto de la muerte, donde todo se descarga. La figura circular dicen los matemáticos que es perfecta porque comienza donde acaba, y los medios son proporcionados con el principio y fin; y pues nuestro nacimiento es con dolor, y la muerte con dolor, ¿cómo puede ser perfecta la vida de los que naciendo llorando y muriendo suspirando viven siempre riendo? Pues este desorden de los mundanos en buscar anchura, con extraño aprieto se ha de castigar. Mas los justos, en el mundo parecen secos y los malos verdes; pero en el fin será al contrario, que los buenos estarán verdes y los malos se marchitarán. *Arescentibus hominibus.* En sequedad ha

de venir á parar la verdura del mundo. Veréis en el invierno las higueras y las vides y estotros árboles fructíferos, todos deshojados y secos, y que á los ignorantes parecen estar secos y muertos y no aptos para otra cosa que para el fuego. Por el contrario, la hierba está fresca, verde y viciosa, que da contento mirarla. Pero en viniendo el verano, sécase la hierba y párase amarilla y marchita y los árboles muestran la virtud que tenían escondida; vístense de verdes hojas y producen flores y sabrosos frutos. Así, mientras dura el invierno enojoso desta triste vida, los justos, que son árboles fructíferos del paraíso de la Iglesia, plantados junto á las corrientes de las aguas de la gracia, aunque en lo interior están verdes, en lo exterior á los ojos del mundo parecen feos, deshojados, pobres, abatidos, inútiles para cualquier cosa, secos y muertos. Así lo dice el apóstol San Pablo: *Mortui enim estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo; cum autem Christus apparuerit vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria* (Colos., 3). «Ahora muertos estáis al mundo y parecéis árboles secos en el invierno, porque vuestra virtud y vida es espiritual y está escondida en Dios, como Cristo está escondido á los ojos de la carne». ¿Qué árbol más seco y qué vida más escondida á la prudencia humana que Cristo nuestro bien puesto en una cruz? ¿Quién pensara que cuando los tiranos talaban estos divinos árboles y los quemaban y destruían que habían de tornar á tener vida y dar frutos? Los malos, por el contrario, en el mundo parecen floridos y frescos, ricos, honrados, estimados, que da contento verlos. Pero cuando se acabe el invierno desta vida y comience el verano de la otra, cuando descubra Cristo al mundo su vida y su gloria, parecerán los justos con él gloriosos, como árboles frescos, con verdura de gloria, para nunca secarse, cargados de frutos de buenas obras y del premio que por ellos recibirán. Pero los malos, que son la hierba, el heno, la cizaña, secarse han. *Arescentibus*. Secarse han, porque han de ser el cebo de aquel fuego inextinguible, las pajas, el heno. *Cum exorti fuerint peccatores sicut fœnum et apparuerint omnes qui operatur iniquitatem, ut intereant in sæculum sæculi* (Salmo 91): «En aquel día saldrán los pecadores, dice David, como heno y aparecerán los que obran la maldad como hierba seca, para ser abrasados en los siglos de los siglos». Pues esta hierba que después del juicio ha de ser para siempre quemada, secarse ha antes con el temor y espera de los males con que aquellas señales los amenazan. Porque justa cosa es que los que viviendo nunca se acordaron de las cosas futuras, al tiempo del morir les fatiguen las cosas presentes y mucho más les atormente el temor de las que están por venir. ¿Qué es esto? dirán los desdichados. ¿Qué significan estos pronósticos? ¿En qué ha de venir á parar esta preñez del mundo? ¿En qué se han de rematar estos grandes remolinos y mudanzas de todas las cosas? Con estos asombros andarán espantados y desmayados, caídas las alas del corazón y los brazos, mirándose los unos á los otros, y maravillarse han de verse tan desfigurados, que esto sólo bastará para atemorizarlos, aunque no hubiese más que temer. Cesarán todos los oficios y granjerías, y con ellos el estudio y la codicia de adquirir, por que la grandeza del temor traerá tan ocupados sus corazones, que no sólo se olvidarán destas cosas, sino también del comer y del beber y de todo lo necesario para la vida. Todo el cuidado será andar á buscar lugares seguros para defenderse de los temblores de la tierra y de las tempestades del aire y de las crecientes de la mar. Y así los hombres se irán á esconder á las cuevas de las fieras, y las fieras se vendrán á guarecer á las casas de los hombres. Pensará el hijo que se va á guarecer á los brazos de su padre, y hallaráse abrazado con un león. Y la hija que cae en los brazos de su madre, y hallaráse ceñida de una culebra enroscada. ¡Qué temores serán estos! ¡Qué asombros! Faltan palabras para encarecer esto; y todo lo que se dice es menos de lo que es. ¿Quién ha visto el desatino que causa en la mar una brava tormenta? Yo soy desto buen testigo, y los que estáis presentes lo sois, de aquel gran torbellino que sobrevino la víspera de San Francisco, ahora un año. ¡Cuáles andan los hombres en estos trances, así en la mar como en la tierra! ¡Qué medrosos! ¡Qué cortados! ¡Y que pobres de esfuerzo y de consejo! Pues cuando entonces el cielo y la tierra y la mar y el aire ande todo revuelto, y en todas las regiones y elementos del mundo haya su propia tormenta; cuando el sol amenaza con luto, y la luna con sangre, y las estrellas con sus caídas, ¿quién comerá? ¿quién dormirá? ¿quién tendrá un punto de reposo? Esta es la guerra que hará el Señor con todo el ejército de las criaturas contra sus enemigos los insensatos. Desdichados dellos, que á sus cabezas amenazan todos estos pronósticos, y á sus corazones ha de enclavar esta lluvia de saetas. Con razón los llama insensatos, pues siendo tan hábiles para las astucias del mundo, fueron tan necios para los negocios de Dios. Siendo tan sentidos en sus pundonores, son tan insensibles en los daños de su conciencia, en la pérdida de su alma, en su condenación eterna. ¡Tanto cuidado de lo que pertenece al cuerpo! ¡Tanto descuido en lo que toca al alma! ¡Locos, menguados, faltos, mentecaptos, insensatos! Contra esta mala gente, como contra de-

clarados enemigos, peleará el Señor en el día de su venganza.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Después de todas estas señales acercarse ha la venida del juez, delante del cual vendrá un diluvio universal de fuego, que abrase toda la gloria del mundo y cuantas cosas vivas hubiese en él; y tras ésto vendrá un arcángel con grande poder y majestad, y tocará una trompeta, que es una grande y espantosa voz, que sonará por todas las partes del mundo, convocando todas las gentes á juicio. Y á esta voz, por virtud divina, serán en un punto resucitados todos los hijos de Adán, y traídos al valle de Josafat y á sus derredores; y estando allí, *Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube, cum potestate magna et majestate*. Para significar la grandeza y majestad deste supremo juez y las calidades que en el juicio ha de guardar, no hallo yo otras palabras mejores que aquellas de la Sabiduría que tenemos citadas, donde nos le pinta armado de punta en blanco en son de pelear. *Induet pro thorace justitiam:* «Vestiráse unas corazas de justicia». En la primera venida vino á mostrar su misericordia, y con ánimo de concederla á los que se la pidiesen, y así vino desarmado. Trajo carne pasible, y pudo ser herido y llagado. *Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras*. Pues ahora que viene á castigar á los que despreciaron su misericordia y blandura, vendrá armado de loriga, de rigor y justicia. Más. La primera calidad del buen juez es que tenga buen celo, corazón recto, ánimo de hacer justicia. Y aunque algunos jueces traen este buen pecho, á veces le traen sin armas defensivas, y así cuando se ofrece la ocasión de hacer justicia, tíranle un escopetazo con una bala de oro, ó una estocada de favor ó de ruego de caballero ó de damas, y pásanle el corazón, y hácenle torcer la vara y librar al reo y condenar al justo. Pero este celestial juez trae guardado el corazón con una cuera de anta, con un peto fuerte á prueba de arcabuz. No hay tiro que le pueda falsar y hacer desdecir de la justicia. No aprovechará allí al malo su nobleza; no respetará el juez su dignidad ni veinticuatría; no hará caso de sus riquezas; no se dejará cohechar con sus dádivas; no valdrán con él recaudos, ruegos ni favores. Justicia se ha de hacer, y por sus cabales tiene cada uno de salir, y ninguna otra cosa ha de valer allí sino la justicia; *quia zelus et furor viri non parcet in die vindictæ, nec acquiescet cujusquam precibus, nec suscipiet pro redemptione dona plurima* (Prov., 6). «El celo, la ira y el furor del juez que tiene ánimo y pecho varonil no perdonará en el día de la venganza, no condescenderá á los ruegos de criatura alguna»; ni aun habrá quien ruegue, ni los santos se pondrán en eso, que saben es por demás. Ni recibirá cohechos, que no los ha menester. Acá los ricos afrentan y matan á los pobres, y después, á trueque de cuatro reales, se libran. Pero allí no hay librarse nadie por dinero, aunque sean excesivos los dones. Cuanto más que no tendrán que dar: el juez es justiciero y no le harán blandear, porque está armado de loriga de justicia. Más. En el juez, aunque haya buen celo en el pecho es menester ciencia en la cabeza para no errar. Ha de tener ciencia del derecho y conocimiento del hecho, y por esta causa en los juicios humanos muchas veces se encubre la verdad, y los delitos se ocultan ó se disimulan, ó se disminuyen; porque ó se engaña el juez, ó miente el testigo, ó el reo niega, ó el letrado hace trampantojos. Pues contra todo esto trae nuestro Juez armada su cabeza con una celada de juicio cierto. *Accipiet pro galea judicium certum*. No puede engañar, porque es bueno; ni ser engañado, porque es sabio. No le podrán echar dado falso en la información del hecho, porque todo lo sabe y para él no hay cosa escondida. En el derecho no le podrán hacer trampantojo, porque es el legislador que puso y promulgó las leyes á los hombres. *Divinatio in labiis regis, in judicio non errabit os ejus*. Es adivino este poderoso Rey que todo lo sabe, y por eso no es posible errar en el juicio. ¿Qué harán allí los tramposos y marañistas? Los que con cautelas, fraudes, engaños, disimulaciones, hipocresías, procuraron en esta vida encubrir su ambición, paliar sus cisuras, afeitar sus torpezas, colorear sus pecados, ¿que harán cuando vean examinar su causa delante un Juez que hace juicio cierto, con quien no aprovechan sus artes y calumnias acostumbradas? Que, ¿no habrá allí remedio para pedir algún cuarto plazo ó algunos términos ultramarinos? ¿No se podrán presentar algunos testigos de abono, falsos y de manga, ó no se recibirán á prueba de tachas? No, nada deso ha lugar. Poco aprovechan agudezas y trapazas de pleitistas ante el Juez que hace juicio cierto, verdadero, infalible. Más. En el juicio humano, aunque el juez sea recto y justo, con eso sabio y juzgue justamente, muchas veces no está la justicia tan clara que al reo no le quede lugar de excusarse y defenderse, y apelar de la sentencia; pero en aquel juicio no hay recurso á ninguna excusa, ni apelación, porque el Juez *sumet scutum inexpugnabile æquitatem:* «Traerá un escudo de equidad inexpugnable», para defenderse de las calumnias y alegaciones de los malos; para no admitir sus excusas, ni apelaciones. Será la verdad tan clara, su justicia y bondad tan evidente y notoria, que no habrá

quien ose chistar ni abrir la boca para justificarse. Esto es lo que dice el santo Job hablando en persona del pecador: *Si quæritur æquitas juditii, nemo audet pro me testimonium dicere; si justificare me voluero, os meus condemnabit me; si innocentem ostendere, pravum me comprobabit.* «Si se pide equidad en el juicio, es tan clara la que hay en el de Dios contra mí, que no hay quien se atreva á ser testigo y decir su dicho en mi favor. Y ya que los extraños callan, si yo quisiese hablar en mi provecho, lo mismo que alegare en mi defensa para mostrarme sin culpa, tomará el Juez para convencerme por malhechor». ¿Qué alegarán aquel día, veamos, los malos? Algo dello nos tiene el Señor dicho en el Evangelio: *Multi dicent mihi in illa die: Domine, Domine, nonne in nomine tuo prophetavimus, in nomine tuo dæmonia ejecimus, et in nomine tuo virtutes multas fecimus?* «Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor». En este sér doble se significa la certeza de la fe con que creyeron. Cristianos eran. ¿Y qué más? Aguardad, que tiemblo en pensarlo. «Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y con tu virtud las cosas futuras y declaramos los misterios escondidos? Señor, ¿no echamos con la invocación de tu nombre los demonios de los cuerpos? ¿No hicimos muchos milagros verdaderos en tu nombre?» ¿Cómo ahora no nos conoces? *Tunc confitebor illis quia nunquam novi vos, discedite a me qui operamini iniquitatem.* Entonces claramente les diré: «Andad, que nunca os conocí con noticia de aprobación y de amor filial; que aun cuando hacíades esos milagros no os tenía por míos. De tu boca te condeno, siervo malvado». ¡Predicabas contra el hurto, y hurtabas! ¡Empelías los demonios de los cuerpos, y dábales morada en tu alma! ¡Hacías milagros en mi nombre, y usurpabas la gloria dellos! Apartaos de mí los que obráis la maldad, los que tenéis las obras tan diferentes de vuestra fe. ¿Hay que replicar á esto? No, que su misma boca los condena. Otros, dice, por San Lucas, me dirán: *Manducavimus coram te et bibimus et in plateis nostris docuisti.* ¿Señor, no nos conocéis? Pues gente somos de vuestra familia, vuestros domésticos y paniaguados; oído habemos vuestra dotrina, recebido vuestros sacramentos, comido vuestro precioso cuerpo en la Eucaristía y bebido vuestra sangre; asistimos á las misas, oímos los sermones, rezamos nuestros rosarios; abridnos la puerta del cielo. Si con esto juntastes la guarda de los mandamientos de Dios y el amor del prójimo, bien alegáis; pero si son ceremonias vacías, y no tenéis caridad y no socorréis á vuestros hermanos, no son frutos, sino hojas; no verdadera justicia, sino imagen della; oiréis de la boca del Juez que no mira á las palabras, sino á las obras; no al rostro, sino al corazón: *Nescio vos unde sitis, discedite a me omnes operarii iniquitatis.* La higuera llena de hojas y sin frutos es maldita por la boca de Dios, y luego se seca. Cristiano con buenas apariencias y con mala existencia, herido será con eterna maldición y secarse ha la raíz de su voluntad, para nunca fructificar en todos los siglos. Gente que tantas ayudas de costa tuvieron para ser buenos y no lo fueron, tu misma boca te condena. Si no conocieras á Cristo, ni tuvieras sus sacramentos y doctrina, no fuera tan culpable tu maldad; pero teniendo todo eso y ser malo, digno de eterna condenación. ¿Hay que replicar? No; que es patente la equidad, y su misma boca los condena. Tras éstos llegarán las vírgenes locas muy confiadas de su virginidad, y dirán: *Domine, Domine, aperi nobis.* ¿No sois vos el esposo de las vírgenes que os apacentáis entre azucenas? ¿Amador de la limpieza, cuya madre es virgen y cuyo padre no conoce mujer? Veisnos aquí arreadas de virginidad, dadnos entrada en nuestro reino. *Amen dico vobis, nescio vos.* Virginidad sin caridad, entereza con vanagloria no es mercadería para el cielo. Guardastes el consejo dificultoso de la virginidad y no hecistes caso del precepto fácil de la caridad. Daros han con las puertas en los ojos. ¿Hay que replicar? No; que la equidad es tan manifiesta, que su misma boca las condena. Ahora saquemos el juego de maña. Señores, si supiésedes de una persona que es profeta y os descubre los pensamientos y lo que está por venir por revelación del cielo, y que con sola su palabra manda á los demonios salir de los cuerpos y le obedecen, y hace milagros, alumbra ciegos, sana cojos, cura enfermos, ¿no le iríades á ver por maravilla y tomaríades de su ropa para reliquias? ¿No le canonizaríades luego por santo? Pues Cristo dice que muchos desos se han de condenar. Palabra horrenda y llena de todo temor. El profeta de los misterios escondidos no está seguro, ¿cómo lo estará el que juzga temerariamente los pensamientos y obras de sus prójimos? ¿el maldiciente? ¿el murmurador? El que lanza los demonios es condenado con ellos; tú, que le sirves de adalid y de instrumento, y tientas, y solicitas, y das escándalo para pecar ¿en qué confías? El obrador de maravillas oye sentencia contra sí, ¿qué oirá el obrador de cien maldades? El que roba los pobres y hace enfermar á los sanos, ¿qué será de él? Si los que frecuentan los sacramentos y oyen sermones y rezan son desechados; profano, burlador de los que esto hacen, ni sabes qué es rezar, ni recibes sacramentos sino á más no poder, ¿que fin esperas? Si las que vivieron en carne y cuanto á la limpieza no según la carne, y guardaron perpetua virginidad, cosa más

angélica que humana, no son admitidas; fornicario, adúltero, carnal, abominable, ¿cómo piensas entrar en el cielo, donde ninguna cosa entra que sea sucia ni mora que no sea limpia? —¡Oh Padre, no nos hagáis tan angosta la puerta del cielo y tan estrecho el camino de la vida, que para abrirla se puso Dios en una cruz y derramó su sangre por los pecadores, y en aquella cruz y pasión suya confío que me tengo de salvar.—Yo, hermano, no hago angosta la puerta del cielo. Jesucristo dice que es angosta y el camino estrecho, y si quieres saber cómo, El dice de sí que es la puerta y el camino. Pues mírale allí en la cruz qué angosto y estrecho está; ¿cómo ha de entrar por allí el rico, el regalado, el vengativo, el deshonesto? No caben por allí. Esa cruz y pasión en que confías es el escudo de la equidad inexpugnable que justifica la causa de Dios y condena la tuya. Y así hará el Señor parecer aquel día el estandarte real de la cruz, para que en él se vea lo que Dios hizo para destruir el pecado, el remedio costosísimo que dio, y cómo no quedó por El tu salvación. Esa cruz de ti despreciada, y esa sangre preciosísima por ti vertida y de ti pisada, han de clamar contra ti y te han de condenar. *Vœ desiderantibus diem Domini. ad quid eam vobis? Dies Domini ista, tenebrœ et non lux. Quomodo si fugiat vir a facie leonis et occurrat ei ursus et ingrediatur manu sua super parietem et mordeat eum coluber* (Amos, 5). ¡Ay del infierno para los que deseáis el día del Señor! ¿Y para qué le queréis? ¿Pues es malo desear que venga el reino del Señor? ¿No lo pedimos cada día en el *Pater noster?* No habla con los justos, que éstos razón tienen de desear este día en que han de reinar con Cristo. Ni habla con los muy pecadores, porque éstos no desean este día, ni querrían que llegase, sino habla con aquellos tres linajes de gente arriba referidos, que tienen algunas apariencias de bondad y piensan que han de librar bien en este día y por eso le desean. Pues á éstos dice el profeta: «¿Para qué queréis este día? Este día es tinieblas y no luz. Aconteceros ha en él lo que á un hombre que huyendo de un león fuese á encontrar con un oso, ó entrando en su casa se recostase en una pared y le mordiese una culebra». Significa el profeta por esta manera de hablar que lo que piensan los malos ha de ser aquel día presidio y refugio, ha de ser su ruina y perdición; porque la cruz de Cristo, que en esta vida era casa y refugio de los pecadores, y era la serpiente de metal que no mordía sino sanaba á los mordidos, allí morderá al malo que se fuese á recostar en ella; esto es, al que estribara entonces en los méritos de Cristo, habiéndolos en esta vida menospreciado. Veis aquí cuán impenetrable es el escudo de equidad que trae nuestro Juez.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Y pues habéis visto las armas defensivas deste fortísimo caballero, que son loriga, yelmo y escudo, oid una sola ofensiva que trae, pero tan espantosa que no es menester más. *Acuet autem diram iram in lanceam*: «Es una lanza de ira cruel y aguzada». La ira que Dios muestra en esta vida es ira misericordiosa. *Cum iratus fueris misericordiœ recordaberis.* «Señor, sois tan bien acondicionado, que en medio de vuestra ira no se os olvida usar de misericordia». Y David: *Deus, repulisti nos et destruxisti nos, iratus es et miseratus es nobis.* Pero aquella ira será cruel y sangrienta, porque no tendrá liga ni mezcla de misericordia que libre de pena, aunque sí que quite algo del rigor della. Y vendrá el hierro desta lanza agudo y acicalado, porque en la piedra de los corazones obstinados de los pecadores, en aquella dureza con que han atesorado ira para sí, añadiendo pecados á pecados, ahí se aguzó esta ira. Esa fue la piedra amoladora para el hierro cruel desta lanza. ¿Quién tendrá palabras para explicar la grandeza desta ira, el semblante feroz que mostrará el Juez á los malos? ¡Qué inexorable, furibundo, espantoso, acérrimo, intolerable! Allí pinta el profeta Naum esta majestad tan airada con unas comparaciones extrañas. *Deus œmulator et ulciscens Dominus, ulciscens Dominus et habens furorem, ulciscens Dominus in hostes suos; et irascens ipse inimicis suis Dominus; in tempestate et turbine viœ ejus et nebulœ pulvis pedem ejus. Increpans mare et exsiccans illud et omnia flumina ad desertum deducens. Infirmatus est Basan et Carmelus et flos Libani elanguit; montes commoti sunt ab eo et colles desolati sunt et contremuit terra a facie ejus; et orbis et omnes habitantes in eo. Ante faciem indignationis ejus quis stabit? Et quis resistet in ira furoris ejus? Indignatio ejus effusa est ut ignis, petrœ dissolutœ sunt ab eo.* «Dios es celoso de su honra y vengador de sus injurias. Vengador es el Señor y muestra furor y enojo; el Señor se venga de sus enemigos y se aira contra sus contrarios. La letra y blasón que trae en sus armas es ira y venganza. El Señor vendrá como una tempestad y torbellino arrebatado, y sus pies levantarán una grande polvareda delante de sí. Indignóse contra la mar y secóla, y todos los ríos de la tierra se agotaron. El monte Basán y Carmelo se marchitaron, y la flor del Líbano se cayó. Los montes se estremecieron delante dél y los collados quedaron desolados. La tierra tembló de su presencia, y el mundo y todos los moradores dél. ¿Quién parecerá delante la cara de su indignación? ¿Y quién resistirá á la ira de su furor? Su indignación se derramó como fuego, y

las piedras se hicieron polvo delante dél». Por estas metáforas se nos da á entender, lo primero, la terrible majestad y infinito poder con que el Supremo Juez vendrá, cuyo peso será importable para todas las criaturas, en especial para los malos. Muéstrase lo segundo cuán confundidos estarán allí los hipócritas que en el mundo parecían floridos, como los montes Basán, Carmelo y Líbano; cuán necios los discretos del mundo, significados por los ríos; cuán abatidos los soberbios y ricos, significados por los montes y collados; cuán quebrantados los impenitentes y duros, significados por las piedras. Ultimamente, nos muestra el asombro y espanto que concebirán los tristes con la vista de tan poderoso Juez; el cual será tan grande, que las penas infernales tendrán por más ligeras. Si Ester cayó desmayada viendo la potencia del rey Asuero, y Daniel viendo al ángel, y los guardas del sepulcro en la resurrección del Señor quedaron como muertos, y los que venían á prenderle en el huerto, con estar armados y él sin armas en forma de siervo, en oyéndole decir *Ego sum* cayeron hacia trás, de espaldas, en tierra, y de Santa Caterina de Sena se cuenta en su leyenda que porque orando volvió un poco la cabeza para ver su hermano que pasaba, por aquel descuido ligerísimo vino el apóstol San Pablo á darle una reprehensión, y fue con tanta severidad que afirmaba ella después que si cuando el apóstol la reprehendía no viera á su mano derecha un cordero bellísimo que grandemente la consolaba, no pudiera sufrir sin morir la severidad de aquella reprehensión; pues cuando los malos vean, no á su esposo como Ester, ni á un rey temporal, sino al Rey de gloria con toda la potencia y autoridad de su Padre, Rey de reyes, Señor de señores; no en forma de siervo para ser juzgado y morir, sino como caballero armado para pelear, y como Juez para dar sentencia; cuando vean, no un ángel, sino innumerables ángeles de todas las hierarquías que le acompañan y hacen estado; cuando no sólo el apóstol San Pablo los reprehenda, sino El y todos los juzguen, sentados en doce sillas como asesores del Juez, no de un descuido ligero, sino de gravísimos maleficios, no teniendo á su diestra cordero que con su vista los consuele, sino estando el mismo cordero convertido en bravo león, ¿qué tales estarán? ¿qué sentirán? ¿qué miedos, asombros, espantos y pavores? *Et reges terræ, et principes, et tribuni, et divites, et fortes, et omnis servus et liber absconderunt se in speluncis et in petris montium;* y dijeron á los montes y á los peñascos: caed sobre nosotros y escondednos, para que no veamos la cara del que está sentado en el trono, y la ira del cordero, porque vino el día grande de su ira. *Et quis poterit stare?* Grande sería la confusión y vergüenza, ó el miedo y asombro que tuviésedes de ver una persona, cuando por no verla pidiésedes por merced á esta capilla ó á un monte ó grande risco que se cayese sobre vos y os hiciese tortilla, y allí os tuviésedes por bien escondidos; pues esto pedirán y desearán los pecadores. A los montes dirán: *Cadite super nos.* «Cubridnos con vuestras ruinas y en vida sepultadnos». No podrán sufrir su vista. Pero no me maravillo yo tanto desta petición, ni que teman éstos contra quien es toda la ira; lo que me saca de juicio y me hace perder pie es otra demanda, que con grandes afectos y deseos que se concediese pidió el inocentísimo Job. *Quis mihi hoc tribuat ut in inferno protegas me et abscondas me donec pertranseat furor tuus et constituas mihi tempus in quo recorderis mei?* ¿Quién me otorgase un don? ¿Quién me favorecerá con Dios para alcanzar dél una merced? ¿Y qué es ella? Tengo, Señor, tanto temor al hierro de aquella lanza, véoos con los ojos de la fe venir tan furioso y airado, que no tengo ánimo para miraros; y no me contento con estar guardado debajo las peñas y montes, sino que tendré por gran beneficio que me amparéis en el infierno y me depositéis allí hasta que pase vuestro furor; y dejo á vuestro arbitrio señalar el tiempo que tengo de estar allá, sólo que en algún tiempo os acordéis de librarme y no vea yo espectáculo de tanto horror. No sé lo que sentís destas palabras. A mí espelúzanme el cabello y hácenme temblar de tal furor. Santo bendito, ¿no sois vos el que en toda vuestra vida no hicistes consciencia de pecado mortal? ¿Padre de huérfanos, consuelo de viudas, ojos para el ciego, pies para el cojo, manos para el manco, huésped de peregrinos, amigo de pobres, y lo que más es, canonizado en vida por la boca del mismo Dios? ¿Pues qué temores son éstos que no os tenéis por seguro en otra parte que en el infierno, y que allí decís que estaréis amparado del furor del Juez y lo tenéis por mejor escondrijo que los montes y los riscos? Pues si sola la vislumbre del hierro de la lanza y el verla blandir atemoriza tanto como esto á Job, no habiendo de ser herido por ella, los malos que les han de traspasar el cuerpo y el alma hasta el regatón, ¿qué miedo y asombro tendrán? Faltan palabras del todo para encarecer esto como es razón. Cada uno lo piense para sí.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Teniendo, pues, el Juez en su mano esta lanza tan cruel, y estando convencidos los malos con el escudo de su equidad, no resta sino alancearlos, pronunciando la sentencia. El primer bote de lanza que les tirará será comenzar la

sentencia por los buenos, para que vean los malos lo que perdieron por su mala vida y rabien con envidia de tanta felicidad. Volveráse el Redemptor á los buenos, que tendrá á su mano derecha, con rostro benignísimo y amorosísimo, y diráles: *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi.* «Venid, benditos de mi Padre; vosotros, á quien por mí maldijo el mundo; vosotros, que permanecistes conmigo en mis tribulaciones; vosotros, que en el mundo anduvistes humildes, pobres, perseguidos, cargados de cruz, siguiendo mis pisadas; venid, benditos de mi Padre, graciosos, amados, escogidos, tomad posesión del reino que es vuestro por herencia, que aunque fuistes graciosamente llamados para ser hijos, pero después que lo fuistes de derecho se os debe el reino ganado con mi sangre, porque sois hijos adoptivos de mi Padre, y como tales, herederos de su hacienda. Tomad posesión del reino de bienes eternos, de placeres inefables, de vida bienaventurada. Reino felicísimo que os tenía mi Padre aparejado antes que criase el mundo. Y por que se entiendan los méritos que los santos ganaron este reino, añade el Señor: porque tuve hambre, y me distes de comer; tuve sed, y me distes de beber; era peregrino, y me hospedastes; andaba desnudo, y me vestistes; estuve enfermo, y me visitastes; preso, y fuistes á verme. Porque yo os digo de verdad que el bien y caridad que hicistes á uno destos pobrecitos, yo lo tomé á mi cuenta y me encargué de premiarlo». Hizo el Señor mención de estas obras tan fáciles y no de otras heroicas, cuales son el martirio, la religión, penitencias asperísimas; porque, dado caso que éstas aquel día parecerán allí para grandísima honra de quien las hizo y padeció, y serán premiadas como merece, pero son arduas y dificultosas y no todos las pueden. Y así dijo destas que son fáciles y hacederas de todos para que entiendan los hombres que no hay nadie que no pueda ganar el cielo y hacer obras que aquel día sean remuneradas con bienaventuranza. ¡Oh, dichosas obras y bienaventuradas limosnas, y dichosos los que las hicieron, que merecerán hoy tan favorable sentencia y ser premiados con galardón tan soberano! Volverse ha el Señor luego á los de la mano izquierda, con aquel semblante furibundo que derrite los montes y desmenuza las piedras, y tirarles ha el segundo bote que los lastime para siempre: *Discedite a me, maledicti, in ignem œternum.* «Apartaos de mí, malditos; idos con todos los diablos; no malditos de mi Padre, que El no sabe maldecir á nadie, sino malditos de vuestros pecados. Ellos os maldijeron y pusieron en su desgracia. Apartaos de mí, que no es razón vean tan malos ojos la cara de su Criador». ¿Adónde irán los tristes y desdichados, los que no debieran haber nacido? ¿Adónde irán, desterrados eternamente de su último fin y de su bienaventuranza, de la fuente de la vida, de la luz y resplandor de la gloria, de los descansos y placeres eternos? ¿Adónde los enviáis, Señor? Id, malditos, al fuego eterno, que jamás se acabará, el cual dispuso y señaló la divina justicia para Satanás y sus secuaces. Vosotros fuistes criados para el cielo; por vosotros me hice hombre y padecí muerte de cruz; bien pudiérades salvaros si quisiérades, y pues no quisistes y despreciastes tan inefable beneficio, andad al fuego eterno, donde ardereís mientras Dios fuere Dios. Coged lo que sembrastes, los frutos de vuestros pecados: dolor, vergüenza, confusión, lágrimas, cárcel y ardor eterno; allá en la mazmorra con los captivos, en el calabozo con los dañados, en la galera con los galeotes, porque andábades regoldando de hartos y me vistes con hambre y no me distes de comer; vísteme sediento, y no me distes de beber; desnudo, y no me vestistes; enfermo, y no me curastes; encarcelado, y no me visitastes; y por eso *juditium sine misericordia fiet ei qui non fecerit misericordiam* (Jacob, 2). Pues si desta manera castiga Dios el no haber usado de misericordia, ¿cómo piensan librar los adúlteros, los concubinarios, los homicidas, los logreros, los ambiciosos, los difamadores? Si castigan así al que no dio pan al pobre que perecía de hambre, ¿cómo castigarán al que lo quitó? Si así castigan al que no vistió al desnudo, ¿cómo castigarán al que desnudó al vestido? Si así castigan al que no hospedó al peregrino, ¿cómo castigarán al que echó al pobre de su casilla? Si así castigan al que no visitó al preso, ¿cómo castigarán al que sin razón aprisiona al libre? No hay duda sino que todos estos *ibunt in supplicium œternum; illi autem (id est, boni) in vitam œternam. Intelligite hœc qui obliviscimini Deum, nequando rapiat et non sit qui eripiat.* Hombres olvidadizos, desmemoriados, entended estas cosas, abrid los ojos y mirad con tiempo lo que cumple: no lo dejéis para la hora de la muerte, cuando caeréis en manos deste bravo caballero y no habrá quien os libre de su ira; temed el celo de su justicia, la sabiduría de su entendimiento y su manifiesta equidad y la terribilidad de su furor; ahora que es cordero, mientras la Iglesia nos amonesta y el Juez con su misericordia nos aguarda; ahora que admite ruegos, y oye gemidos, y le mueven lágrimas, acudid con penitencia al tribunal de su clemencia y alcanzaréis perdón de vuestras culpas. Usad con los pobres de misericordia, pues sabéis que en ellos anda Cristo, que recibe vuestra limosna y la ha de premiar, para que en este día espantoso

se tenga por obligado á usar con vos de su misericordia, poniéndoos á su mano derecha, donde oiréis sentencia en vuestro favor y como benditos del Padre y hijos suyos por gracia, entraréis en la posesión del reino de la gloria. *Quam mihi*, etc.

SERMÓN CUARTO

EN EL

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Avísanos Jesucristo Nuestro Señor en el Evangelio presente de las espantosas señales que han de preceder á su última venida al mundo, cuando vendrá como Juez de vivos y muertos á premiar á cada uno conforme al mérito de sus obras. Y danos este aviso, no para que durmamos descuidados á sueño suelto, sino para que, teniendo siempre delante los ojos aquel terrible día y rigoroso tribunal, vivamos muy cautamente y andemos tan sobre los estribos de nuestra vida y con tanto tiento en la rienda de nuestras costumbres, que no vamos entonces á dar de manos á boca en los tormentos perdurables, antes seamos de aquellos que en aquel día podrán levantar cabeza y respirar y tomar aires de vida, cobrando aliento con los consuelos del cielo. Dice, pues: «Sabed, discípulos míos, que cuando se llegue aquel tiempo doloroso, lleno de tristeza y calamidad, en que el mundo ha de tener fin, en toda esta máquina y redondez universal habrá grandes y temerosas señales que pronostiquen la ruina que le sobreviene. Porque cuanto á lo primero, el sol se escurecerá; la luna se teñirá en color de sangre; las estrellas se arrancarán, al parecer, del cielo y perderán su luz; el aire echará de sí cometas y relámpagos nunca vistos; las nubes, truenos y rayos espantosos; bramará la mar; temblará la tierra; saldrán de madre los ríos; los hombres andarán secos y marchitos, de la tristeza que les causará la vista de las cosas presentes y del temor que tendrán á otras mayores con que amenazan. Y no es maravilla que teman los hombres y haya tantos desconciertos, porque las virtudes y poderes de los cuerpos celestiales, de cuyo gobierno depende el de las cosas inferiores, se estremecerán y mudarán sus acciones acostumbradas, saldrán de curso ordinario y serán causa de efectos tan irregulares y prodigiosos. Entonces verán al Hijo de la Virgen venir en una nube hermosísima con grande poder y majestad. Pero vosotros, mis amigos, cuando viéredes estas señales no desconfiéis ni temáis, sino abrid los ojos, levantad cabeza y alegraos, porque se allega el fin y descanso de vuestros trabajos y el premio de vuestras buenas obras. Así y de la manera que cuando veis, entrada la primavera, florecer la higuera y todos los árboles y dar su fruto, entendéis que se acerca ya el estío, así cuando viéredes estas cosas sabed que se acerca el reino de Dios. En verdad os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan; porque el cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán». Esta es la letra del sagrado Evangelio. Pidamos la gracia por intercesión de la Virgen. Ave María.

INTRODUCCIÓN

La santa esposa, hablando con las hijas de Jerusalem, que son los fieles, y queriéndoles dar relación de la persona de su esposo y de sus divinas propiedades, dice comenzando su descripción, en el capítulo 5 de los Cantares: *Dilectus meus candidus et rubicundus.* No hay color que tan bien con éste parezca en un rostro generoso. Porque el rojo sólo es bermejo y se tiene por sospechoso de mala condición, aunque no es regla general, y las que lo son, tienen muchas excepciones. Lo blanco sin color, arguye un hombre flemático, frío y para poco. Blanco y colorado es colérico sanguíneo, linda complexión; hace al hombre bien acondicionado, pero con valor y brío. Es, pues, el esposo blanco, porque Dios de suyo es benigno y misericordioso, y juntamente colorado, porque es justiciero y vengativo, cuando nuestros pecados le provocan á saña. Acá, cuando uno se enoja, enciéndesele el rostro y pónese como unas brasas; eso quiere decir aquí rubicundo. El griego *igneus*, *flammeus:* que si se sube la cólera, llamas de fuego salen de su rostro. Linda mixtura, pero dificultosa de entender, porque se hallan en Dios ambas cosas con extremo: grandísima flema y terrible cólera. La experiencia

muestra que, cuando una calidad se apropia á una cosa, no entendemos en aquella misma su contraria. Pongo por caso: si propiamente es seca alguna cosa, no podemos entender que haya allí alguna humedad, y si cálida, alguna frialdad. Item. No sólo en las cosas contrarias, pero en las diferentes hacemos la misma división. Como cuando hallamos mansedumbre no podemos entender fortaleza, cuando humildad, entendemos mal magnanimidad; no porque no se compadezcan, pues no se pueden hallar sino juntas, sino porque tienen diversos oficios. Es de la humildad, el propio desprecio y el tener se por inútil para todo. Es de la magnanimidad, despreciarlo todo en respecto de sí y tenerse por idóneo para cuanto fuese menester. Son cosas que no se compadecen á nuestro parecer y se hacen sin duda; pues una vez vemos á Pablo tan humilde, que ni aun para un buen pensamiento le parece que tiene habilidad de sí, y otras veces tan magnánimo, que osa jactarse de cierta magnanimidad. *Omnia posum in eo qui me confortat.* Sino que nosotros, de groseros, lo percibimos mal. Lo mismo decimos de la justicia y misericordia. Si quiere el rey enviar un pesquisidor que castigue una tierra, no es su intención que haga injusticia, pero no le buscará piadoso ni misericordioso, ni blando, ni compasivo. ¿Cómo podrá ese tal hacer lo que se pretende, que es justicia, á punto crudo? Buscarse ha un hombre justo, pero esquivo, despegado, desapiadado, inhumano, bravo, vengador; porque para quemar y descuartizar y derrocar y abrasar y hacer riza como una furia, esos bríos acerados son menester. Siendo esto así, entiéndese mal cómo concuerda lo que el domingo pasado tratamos aquí de la misericordia divina con lo que hoy pensamos tratar de su justicia. ¡Qué consonancia hacen aquellas palabras: «veis aquí tu rey manso y sentado sobre un pollino», con las que hoy hemos propuesto para explicar! «Entonces verán al hijo del hombre venir en las nubes con gran potestad y majestad.» Porque potestad y majestad no convienen bien con misericordia y benignidad. Si dijo el otro: *Non bene conveniunt, nec in una sede morantur majestas et amor*, ¿cómo podéis vos juntar eso en una persona? Por amor de mí, que me cuadréis lo que dice Isaías: *Ecce in justitia regnavit rex, et erit vir sicut qui absconditur a vento et celat se a tempestate, sicut rivi aquarum in siti et umbra petræ prominentis in terra deserta*, con aquellas palabras que del mismo rey dice David: *Reges eos in virga ferrea?* ¿Cómo se puede por ningún modo compadecer cosas tan opuestas entre sí, como son regir con vara de hierro, quebrar y desmenuzar como á vasos de barro sus súbditos y vasallos, y por otra parte decir que hallará el vasallo en aquel rey lo que un maltratado de la fuerza del viento deshecho en el puerto seguro y abrigado, donde se amarra con su navío? ¿Lo que un medroso de súbito torbellino en el lugar fuerte y seguro donde halla entrada? ¿Lo que un cansado, en el regalo de una sombra airosa y fresca? ¿Cómo se compadecen aquellas palabras de Isaías, hablando de Cristo: *Non clamavit, nec audietur vox ejus foris*, con las que del mismo dice David: *Deus manifeste veniet, Deus noster, et non silebit?* ¿Qué acuerdo tienen entre sí cosas tan desacordadas: No callará, dará gritos, y no hablará ni se oirá fuera su voz? ¿Cómo se juntan: no apagará el humo que da pena, por no quitar ese poco fuego al leño, ó al tizón, con decir: fuego arderá en su presencia, con que todo se abrase y al derredor del brava tempestad que todo lo derrueque? ¿Qué semejanza tienen: llamará el cielo y la tierra, para en presencia de todos juzgar á su pueblo, que sobre la tierra y delante del cielo pecó, tomando por testigos de los méritos humanos á los elementos mudos; con decirnos que no será triste ni enojadizo, para introducir esta manera de juzgar con mansedumbre en la tierra, y que sus leyes serán deseadas de las islas, como mansas y suaves? ¿Y aquella palabra dicha á los ángeles: que han de ser ministros de la resurrección? Haced junta de todos sus santos y tened que son santos solos aquellos que ordenan así las cosas que han de hacer, que estiman en más obedecer que sacrificar, que sobreponen á los sacrificios la obediencia en el cumplimiento de las obras de misericordia que manda Dios, cuando dice: *Misericordiam volo et non sacrificium.* Cuando tanto se nos encarece la misericordia de Dios, sus buenas entrañas, su gran piedad, su clemencia con los pecadores, la indulgencia paternal con que de los miserables se adolece, ¿qué tiene eso que ver con las palabras que se siguen: *Annuntiaverunt cœli justitiam ejus?* No me consuela: anunciarán los cielos su justicia, antes quisiera que la tierra encubriera mis injustas costumbres y mala vida. Digo á esto, que si Dios no fuera mayor que nuestra capacidad, no fuera Dios, pues cabía en tan pequeño vaso como nuestro entendimiento. Esta es la grandeza de nuestra ley, que nos propone un Dios infinito, y por la misma razón incomprehensible. *Omnes homines vident eum, unusque intuetur procul, ecce Deus magnus vincens scientiam nostram* (Job, 36), dijo uno de los amigos de Job: «Todos los hombres ven á Dios; cada uno mira de lejos, este es Dios grande que vence nuestra ciencia». Porque no hay rústica nación, ni tan remota de humanidad, ni tan ajena de policía, que no tenga por su manera algún conocimiento de la deidad. Dice «no

todos los hombres le veen; pero porque ninguno hay tan sabio que cuando más subiere, aunque se queme las alas en la esfera del fuego, no quede muy bajo y muy ratero y no sea muy poco lo que alcanza, dice: Cada uno mira de lejos. Es noticia oscura y confusa, como de cosa muy de lejos vista, la que tenemos de Dios por naturaleza. Finalmente concluye: *Ecce*. Advierte deste gran Dios, que vence toda nuestra ciencia. Si ciencia dél se puede tener, es ésta: que vence nuestra ciencia; que sobrepuja al sentido; que deja muy lejos de su noticia la razón; que vive en aquella luz inaccesible donde nadie puede llegar de los mortales. Zoroastes, noble y antiguo filósofo, decía que aquella unidad que es Dios está sobre el ánimo y sobre la mente del hombre. Yamblico, llamado divino entre los académicos, llamaba á Dios *Omnia supereminentem, majestate augustisimum, virtute incomprehensibilem*. Pero dado que vence nuestra ciencia, Dios no vence nuestra fe. Todo lo que El es y dél se dice, basta nuestra fe á creer, porque es don suyo para este efecto dado. Pues esta fe nos dice que ambas cosas se hallan en Dios: suma misericordia con suma justicia, porque en El se identifican la justicia y misericordia. Y esto es lo que la esposa dice: *Dilectus meus candidus et rubicundus*, que es blanco y colorado su esposo, porque en todas sus obras andan hermanas justicia y misericordia, y nunca se señala tanto la una que no haya algo de la otra. En el domingo pasado se llama rey aquel de quien dicen ser de condición manso. Acá se llama hijo de hombre, de quien se dice venir en nube con majestad. Ved cómo se juntan ambas cosas: que ni en un lugar la humilde cabalgadura escurece la majestad del rey ni en el otro la temerosa nube embravece la piedad que es natural al que es hijo de hombre. Mas porque es estilo de Dios convidar primero con su misericordia al pecador, antes que le castigue su justicia, por eso se dice blanco en primer lugar y luego rojo. Primero la clemencia que el rigor. La primera venida á salvar y la segunda á juzgar; y en el juicio primero se dan señales y avisos á los pecadores que venga á sentenciarlos el Juez. Desto trata el Evangelio, que es de San Lucas, capítulo 21.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Erunt signa in sole. Señal es aquella, como San Augustín dice, de quien lo tomó después el maestro de las sentencias, y todos, hasta los sumalistas: *Quod præter speciem quam ingerit sensibus aliud aliquid ex se fecit incognitionem venire* «Que fuera de lo que en la apariencia representa, nos hace venir en conocimiento de otra cosa», como el sonido de la campana es señal de misa ó sermón. Los ejemplos están claros en las palabras y escritos y en mil otros que por ahí encontramos. Todo lo que Dios crió fue señal del amor que nos tuvo. Quien recibe en su casa por buena amistad un huésped, en señal deso limpia la casa, escombra las piezas para la cama y mesa, y manda que se entapicen y perfumen. Todo eso es señal de amor y bienquerencia. Así Dios al principio, habiendo de traer al hombre por su huésped á esta casa del mundo que había criado, mandó que las aguas se hiciesen á un cabo y se descubriese la tierra que había de ser la posada; no tan lejos, que no sirviese el agua de humedecer la sequedad con fuentes y ríos, que por diversos minerales le penetran; y porque no quedó la tierra con la belleza que convenía salida debajo de las aguas, la mandó alfombrar con tantas y tan hermosas hierbas como de sí produjo, y perfumar con las flores que dellas brotaron olorosas, y enramar con las vistosísimas arboledas que nacieron. Púsose la mesa copiosamente abastada de frutas tan varias y tan sabrosas y en tanta abundancia dadas. Todo eso que vees, es señal del amor que te tuvo Dios. Pasó adelante, y porque no hay cosa vistosa sin luz, mandó que se encendiesen antorchas: *Fiant luminaria in firmamento cœli et dividant diem ac noctem et sint in signa et tempora, et dies, et annos*. «Sean hechas lumbreras en el cielo que dividan el día de la noche y sirvan de señales y de distinguir los tiempos, días y años». Más claro se nos dice aquí y más por sus nombres ser señales éstas, porque nos descubre más el amor de Dios. Son las lumbreras del cielo como los ojos del mundo. Entre los sentidos, los que más sirven al alma son los ojos, por donde entra y sale mucho á ella y della. Por la boca nada entra al alma, porque *non quod intrat per os coinquinat hominem*; mas por ella sale del corazón mucho que daña. *De corde exeunt* malos pensamientos, falsos testimonios, blasfemias, y esto ensucia al hombre. Por eso, porque no salga eso sin cuenta y razón, hay en la boca tanta guarda, y está cerrada á la contina, si no se abre por mandado del alcaide. *Tacendum semper est, nisi cum tacere tibi nocet aut oratio aliis prosit*, dijo un filósofo. Las orejas, porque no sale dellas nada y siempre pueden entrar cosas buenas, como la doctrina de la fe que es *ex auditu*, y las disciplinas y ciencias, siempre están abiertas esas puertas. Los ojos son por donde sale y entra mucho al alma, porque por ellos descubre sus afectos todos y conoce los ajenos: por tanto, están tan fáciles para uno y otro; ábrense y ciérranse con suma presteza, porque se estorben los daños muy á priesa. Al-

gunos dijeron ser la morada del ánimo los ojos, por lo mucho que de sí descubre por ellos. Plinio dice: *Profecto in oculis animus inhabitat*. Y como él dice y vemos todos, «por los ojos se descubre y conoce cuanto el ánimo encierra»: alegría, tristeza, cuidado, congoja, soberbia, humildad, odio, afición, misericordia, ira, enojo, amor, aborrecimiento y más otras cosas. Son, pues, los ojos del mundo el sol y la luna; no sólo porque alegran la haz del cielo, como los ojos hermosean un rostro, sino porque sale por la luz dellos gran copia de bienes al mundo, y son por el mismo caso señales de amor que Dios al hombre tiene; y por tanto, entre todas las criaturas, á éstas se les da nombre de señales, como queda dicho. Pues éstas que fueron señales de amor y de benevolencia se han de convertir en señales de enojo, de ira, de odio y de principio de venganza. De modo, que así como le alegraba la vista destas lumbreras, le dé pesar y tristeza verlas cerradas y eclipsadas, y sangrientas en su daño. Señor, ¿qué culpa tienen el sol y la luna, que les quitáis su luz y les priváis de su resplandor? ¿Qué pecado cometieron? ¿Qué inobediencia? Ninguna, ni son capaces deso; pero sirvieron á los pecadores, y por eso serán castigados: por que veáis cuán entrañable es el odio que tiene Dios al pecado, que no sólo castiga al pecador, pero también sus instrumentos, aunque sean inculpables. Como acá, no sólo quitan la vida al traidor, sino le derriban la casa y la aran y siembran de sal, en detestación de su maleficio, así parece que querrá Dios arruinar las criaturas y al mundo todo, que es la casa del hombre; porque el morador fue traidor y alevoso á la divina majestad, echarle la casa encima. No se contentó con entregar á Jericó en manos de su pueblo, mandando pasar sus moradores á cuchillo, sino que les derribó la casa, arruinando sus muros y mandando que no quedase piedra sobre piedra, y que no se volviese á edificar so graves penas; y que quemasen los animales y las ropas y otros muebles que á tan mala gente había servido. ¿Viose tal indignación? Item. Mandó á los israelitas que cuando conquistasen y asolasen una ciudad enemiga talasen todos los sotos y bosques y arboledas que en ella había, y que si algún hombre cayese en pecado bestial, muriesen él y la bestia, aunque ella no tuvo la culpa, como ni tampoco los montes ni los árboles. Y sobre todo á la serpiente que sirvió de instrumento á Satanás para engañar á nuestra madre Eva, la castigó el Señor maldiciéndola y haciéndola infame y aborrecible al hombre. Así, porque el cielo cubrió y sustentó al pecador y vio con sus ojos, sol y luna, el pecado, le castigarán en las luces de sus ojos: *Erunt signa in sole*. De suerte, hermano, que la luna, que de noche te alumbra en los malos pasos que tú sabes, y el sol, que te calienta y conserva la vida, y la tierra, que te sustenta, han de ser por tu causa mal tratados, aunque te sirvieron á su pesar; que si en su mano estuviera, el sol, cuando ibas á ofender á Dios, te negara su instancia, y la luna su luz, y la tierra de mejor gana se abriera para tragarte, y con todo eso lastarán por tu causa. ¿Piensas tú ser mejor librado? Tú, que eres autor de la culpa, el principal agente, te quedarás riendo cuando tus instrumentos padezcan no siendo culpados? ¡Ah, miserable, que tú eres el terrero donde han de descargar de lleno los tiros y golpes de la ira de Dios! En las criaturas no más que de recudida, por haber servido á la vanidad y al pecado. ¡Oh maldito pecado, enemigo de Dios, destruición de los hombres, mancha que todo lo ensucias, cáncer que todo lo corrompes, peste que todo lo inficionas, motivo de ira, fundamento de enemistad, ocasión de castigos; sin ti todas las cosas son de Dios amadas, y sentidas de ti, son aborrecidas.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Sobre estas señales de sol y luna vendrán otras que pongan en terrible estrechura á los hombres, por parte de la confusión que les causará el ruido del mar y de sus ondas; porque no vendrá de una parte para que se puedan guarecer en otra, sino por todas partes sonará, porque á ninguna tengan acogida; y esta será la confusión de aquellos días y la extremada estrechura. Porque la mar parecerá que quiere volver á su antigua posesión de donde la mandaron ceder cuando se retiró hacia una parte y dejó la posada libre á los huéspedes que venían. Ya esta señal será muy en contrario de la de entonces; y así causará tanto miedo, tanto espanto en los que ni en mar, ni en tierra, ni en cielo hallan refugio, que de puro temor anden secos como éticos ó tísicos. Habiéndoseles ensangostado los pastos, no es mucho que se ensangosten ellos y se enflaquezcan y sequen, enflaquecidos y secos los lugares de la pastura. Atiendan á esto los que con tan sobrada demasía se extienden por términos ajenos. Los que, como dice Isaías, van siempre comprando y ajuntando á su casa la del vecino, y á su haza la que con ella parte linderos. Acuérdense desto los que andan ahora muy gordos y muy repapilados, y de nada cuidan más que de su buena pasadía y tratamiento y la buena vez y buen bocado. *Audite verbum hoc, vaccæ pingues, quæ estis in monte Samariæ, quæ calumniam facitis egenis et confringitis pauperes, quæ dicitis dominis vestris: afferte et bibemus*

(Amos, 4): «Oid la palabra de Dios, vacas gordas, apastadas en las dehesas y montes de Samaria, que calumniáis á los menesterosos y moléis á los pobres, que decís á vuestros señores: echad y bebamos». *Juravit Dominus in sancto suo, quia ecce dies veniet super vos, et levabunt vos in contis et reliquias vestras in ollis ferventibus et per aperturas exhibitis altera contra alteram et projiciemini in Aomon:* «Jurado tiene Dios en su santidad que vendrán días en que os han de llevar á garrochadas». Al ganado que sacan los merchantes para llevar á la carnecería, antecogido le llevan, picándole con garrochas, que así se llaman las astas con aguijones de que usan, y éstas significan lo que dice *in contis*, que también llamamos cuentos en castellano á las astas sin hierro. «Y las reliquias vuestras en ollas hirviendo». Así se lavan las manos y menudos de las reses, y se pelan para que no se pierdan. La que dice que saldrán por aberturas unas delante de otras, se ha de juntar con lo primero. Llevaros han á garrochadas y saldréis saltando por los portillos de las cercas de los corrales donde os habían encerrado. «Y finalmente, seréis echadas en Aomón». Como suelen tras de un barranco echarse los cuernos y uñas y lo demás que no es de provecho. Todo esto es metáfora de las vacas gruesas de aquellos *quorum Deus venter est:* «Destos que adoran sus vientres», y les sacrifican tarde y mañana y á medio día, con capones y con pavos. Destos que no dejarán el almuerzo y la merienda aunque sea el Viernes Santo. Estos son aquellas vacas gruesas sobre los montes de Samaría, que hacen calumnias á los necesitados y quebrantan á los pobres. Como las vacas gordas se entran por los sembrados, así nunca la gula y glotonería dejó de ser injuriosa. En determinándose los malos á comer y beber y darse su verde en todas las dehesas de los bienes de esta vida: *Venite, fruamur bonis quæ sunt, vino prætioso, et unguentis nos impleamus.* Luego se determinan, tras ser golosos, á ser injustos: *Opprimamus pauperem justum et non parcamus viduæ, nec veterano.* No basta caudal para mesa tan regalada: quitarse tiene de la ajena lo que ha de sobrar en la propia. Y de las de los ricos no, porque pueden y osan aventar de sus mesas estas arpías tan golosas. ¡Ay del pobre que con su daño y quiebra todo lo lasta! El es el oprimido y el agraviado; por eso se les hace cargo á estas vacas gordas que dicen á sus dueños: echad y bebamos. San Jerónimo lo explica de aquellos que en las repúblicas son inicuos ministros; de príncipes inicuos y magistrados que siempre andan en los palacios y cortes ó tribunales solicitando y negociando cargos de que ellos medren y hagan que las rentas reales crezcan, ó comisiones en que ellos y sus amos sean aprovechados. Lo mismo es decir, según esto: *Afferte et bibemus*, como decir: Dadnos en qué medremos todos, nosotros á quien encomendáis y vosotros que nos lo encomendáis; dadnos de que os demos, de que podamos serviros y gratificaros la merced que nos hicierdes. Por aquí va San Jerónimo, aunque podamos decir que el ganado gordo pide buenos abrevaderos, porque los gordos naturalmente beben mucho; han menester mucho húmedo para sustento de tanta leña, porque no se seque. Como los grandes árboles han menester copioso riego, son de regadío; y así los que en este mundo viven vida holgada, siempre andan sedientos de placeres ilícitos: ya de juegos, ya de cazas, ya de fiestas, ya de conversaciones; ya desea ésta, ya apetece la otra, ya gusta de otra. Lo mismo es lo que dicen las hijas de la sanguijuela: *affer, affer*, que lo que dicen estas vacas gordas: *afferte et bibamus.* Nunca se contentan con lo que tienen; siempre ir de mal en peor. *Incrassatus est dilectus et recalcitravit; incrassatus, impinguatus, dilatatus* (Deut., 32): «Engrosóse, ensanchóse, extendióse»; no parece que se harta de explicarlo. Mirad, amigo, no os hagan á vos entender estos epicúreos, estos Bacos, estos Filoxenos, Apicios, que con tanto cuidado tratan de su regalo y de su consistencia y de darse buen tiempo y guardarse del ayuno y de la penitencia más que de Satanás mismo; no os hagan, digo, entender que no hay más que eso. El novillo gordo respinga, y la vaca gruesa quiere beber; y son muy vecinos la gula y la torpeza, si queréis que lo diga claro. Muy bueno sería que nos queráis hacer tontos, por ser á vuestra posta carnales; sedlo, pero dejadnos ser hombres y que nos parezca mal lo malo. Pues no paran ahí los daños: *Dereliquit Deum factorem suum et recessit a Deo salutari suo.* Llegará á olvido de Dios quien tanto cuidado tiene de engordar la bestia del cuerpo. Tales son los efectos de la gordura. Pues para remedio dellos, tome algo con que enflaquezca. Séquese de miedo quien por vivir sin él engordó y crió enjundias. Teman los que nunca pensaron que había de haber juicio, y así vivieron como si no lo creyeran. Jurada os la tiene Dios, vacas gordas, que han de venir días en que os lleven á garrochadas al matadero, cuando llueva Dios lanzas y rayos contra los pecadores; cuando todas las criaturas peleen junto con Dios contra los insensatos; cuando echen vuestras carnes en ollas hirviendo, y seáis echadas en Aomón, condenadas á sempiternos fuegos y á perpetuo destierro y preciso de la bienaventuranza: *Et per aperturas exibitis.* Saldréis desta vida con muerte dolorosa y amarga; con gran apretura, como al

que cogen entre puertas y sale por algún lugar estrecho con gran pena y dificultad. Para tanta estrechura, menester es secarse y enflaquecerse. Esto es haber en la tierra estrechura y secarse los hombres por la grandeza del temor: *Tunc videbunt Filium hominis.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Cada palabra pide mil atenciones. ¡Oh qué *tunc*! ¡Oh qué *videbunt*! ¡Oh qué *Filium hominis* tan diferente del que se había visto y de lo que se imaginaba! *Tunc*, en respecto de algunos, de sumo contento. *Tunc repletum est gaudio os nostrum* (Salmo 125). Entonces será el gozo tan copioso, que no nos cabrá dentro del pecho, sino salga á borbollones por la boca y por la lengua; entonces se dirá públicamente cuán magníficamente lo ha hecho el Señor con algunos; con cuánta magnificencia les ha pagado sus pobrezas, y ellos mismos así lo verán y lo reconocerán y confesarán, mostrándose alegres en aquel día. *Tunc videbis et affiues, et mirabitur, et dilatabitur cor tuum* (Isai., 60). Entonces verás y gozarás, y holgarás, y tu corazón se extenderá y quedará absorto en gran maravilla de la mutación de estado en estado. Pero en respecto de otros: *Tunc plangent omnes tribus terræ.* Guardad las lágrimas para allí, que aquí no hay cosa digna dellas. Ni la viudez, ni la orfandad, ni la deshonra, ni la afrenta, ni la pobreza, ni la dolencia, ni la muerte misma merece ser llorada sino de paso, pues son cosas todas esas que se pasan á priesa. Aquello se llore que no tendrá fin, con lágrimas infinitas. *Tunc incipient dicere montibus: cadite super nos,* y á los collados: cubridnos. Iba Cristo nuestro bien ya condenado á muerte y cargado con la cruz en que había de ser crucificado al lugar donde se había de hacer el sacrificio, y de los trabajos que había lastado toda aquella noche en que las tinieblas hicieron todos sus poderíos, iba tan mal tratado, que moviera á compasión á los más crudos tigres que fueran. Seguíanle algunas piadosas mujeres, quizá en compañía de su benditísima madre, con el sentimiento que la atrocidad del caso pedía. Todas lloraban, porque las piedras lloraron, y no sólo los ángeles de paz, con amargura. Dignísima de lágrimas y llantos era aquella tragedia, y de sentidísima compasión pasión tan cruda; pero con todo eso volvió como pudo á ellas el Señor la cabeza, y díjolas: «Hijas de Jerusalem, no lloréis sobre mí, sino sobre vosotras llorad, que tenéis más razón de lágrimas; porque vendrán días muy á priesa en que digáis: dichosas las que no parieron ni tuvieron á quién dar leche, porque si en el madero verde esto se hace, ¿qué puede esperar el seco?» Entonces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros, y á los collados: cubridnos y enterradnos dentro en vosotros. *Tunc incipient.* ¡Oh principio que no tendrá fin ni remedio de sus daños! Mira, tú, hermano, si no es esta demostración al sentido, que se deja tocar, si no careces tú de sentido. Si en la inocencia de Cristo, árbol verde, por virtudes fresco, por estar plantado junto á las corrientes de las aguas de inmensa gracia, así se prendió el fuego de la ira de Dios, en ti y en mí, leños secos, carcomidos y podridos, ¿cómo no se prenderá para y hasta volvernos en ceniza? Si es así castigada la inocencia, ¿qué pena darán á la malicia? Si tan cruda venganza toma la justicia de Dios de su natural Hijo por los pecados del esclavo, ¿con qué rigor tratará al esclavo por los pecados propios? Dios nos dé á sentir *nunc* lo que *tunc*, entonces sentiremos. *Videbunt.* Ahora oímos, porque la fe entra por el oído; pero entonces veremos. Cuánto más poderosamente mueva la vista que el oído, la experiencia nos lo muestra. Pero veamos de qué manera suele mover el oído á quien no está sordo. Un pecado había hecho Adán de una desobediencia en cosa tan poca como una manzana, y oyó á Dios que venía, no con saña ni con furia, sino *ad auram post meridiem*, como quien sale á tomar el fresco del embate sobre tarde. Y de sólo oir los pasos mansos y sosegados, huye Adán y su mujer, como suelen los gamos ó conejos, oído el ruido que traen los perros de caza, esconderse en lo más emboscado. Llámale Dios y responde. «Vuestra voz, Señor, oí; y escondíme por que me hallé desnudo». Mucho melindre me parece el desa respuesta. Como si no os hubiera criado desnudo, y casado desnudo y hablado en esa forma. Pues, quien ha perdido la ropa que le dio en el Baptismo, que no es menos que el mismo Cristo: *Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis* (Galat, 3), ¿cómo osará parecer aquel día? Seiscientos mil hombres de pelea eran los que se hallaban con Moisés, y de oir la voz de la trompeta que reteñía por aquellos alcones de la sierra, tiemblan como la hoja batida con el viento; ¿qué diverso sonido será de aquél el de aquella trompeta que ha de convocar y sacar de sus sepulcros á todos los muertos, y de aquella nube oscurísima que cubría la sierra, á ésta en que dice que vendrá Cristo con gran poder y majestad? Pues si el oído tanto atemoriza, ¿qué hará la vista del Juez? *Videbunt Filium hominis.* Para mayor espanto, no para consuelo, será vista en aquella hora; para más terrible temor ver al Juez delante cuyo tribunal han de ser los hijos de Adán, asistidos á dar cuenta tan larga como de toda su vida.

SERMÓN PRIMERO

EN EL

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi: mittens duos de discipulis suis, ait illi: Tu es qui venturus est, an alium expectamus?

(Mateo, 11).

El santo Evangelio es de San Mateo, en el capítulo 11; en el cual el divino cronista nos prueba ser Jesucristo nuestro bien el verdadero Redemptor y Salvador del mundo y Mesías prometido en la ley, diciendo la aguda manera que el bienaventurado precursor San Juan tuvo, para que desta verdad tuviese el mundo evidente argumento y manifiesta probanza. Que fue enviar desde la cárcel de Herodes, donde estaba, dos de sus discípulos á Cristo nuestro Señor, que en su nombre le preguntasen: «¿Eres tú el Redemptor del mundo que ha de venir á salvarle ó esperamos á otro?» Para que, respondiendo el Señor con las obras y milagros que por Isaías estaban dados por señales desta venida á los hombres, conociesen ser Cristo, que los hacía, el esperado y deseado de todas las gentes. Entendió bien el Señor el intento de su Precursor, y correspondiendo á él, hizo en presencia de los mensajeros muchos milagros, y díjoles: «Andad y decilde á Juan las cosas que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben las buenas nuevas del Evangelio; y bienaventurado aquel que en mi humildad y pasión no fuere escandalizado, para dejar de tenerme por quien soy». Idos los discípulos de San Juan, porque acerca de las compañas que á esta pregunta se hallaron presentes corría algún riesgo el honor y crédito suyo, pues le veían enviar á preguntar, como si no lo supiera, lo que antes con tanta aseveración había testificado, comienza el Señor, para volver por su honra, á hacer un largo sermón en sus alabanzas, diciendo á las compañas: «¿Qué os movió á dejar vuestras casas y salir al desierto con tanto concurso para ver al Baptista? ¿Por ventura fuistes á ver alguna cañaheja vacía que cada viento la menea? ¿O algún hombre regalado y vestido de holandas y sedas? Esos buscadlos en los palacios de los reyes, no en el desierto. ¿O salistes á verle por entender dél que es profeta? Yo os digo de verdad que es más que profeta. Porque los profetas, de lejos profetizaron de Cristo; empero Juan, tan de cerca, que le señaló con el dedo, y, conforme á la profecía de Malaquías, vino adelante á aparejarle el camino en su presencia». Esta es la letra; pidamos la gracia al Espíritu Santo para su declaración por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave María.

INTRODUCCIÓN

Es la naturaleza de la caridad tan benigna y misericordiosa para con sus prójimos, y es tan eficaz el vínculo con que enlaza y anuda los corazones, que viene á sentir los males ajenos como propios y á gozarse de los bienes como si fuesen suyos. Que es lo que decía el apóstol: *Gaudete cum gaudentibus, flete cum flentibus* (Rom., 12). La verdadera caridad es tan afable y tan compañera, que se sabe templar y guisar al gusto de sus hermanos. Con los que se alegran es alegre y con los que lloran está triste; porque sus bienes y males juzga por propios, y así causan en ella los mismos efectos que en los que los tienen. La razón desto es porque, como dice San Dionisio, *amor est virtus unitiva*. Es un engrudo de empegar almas; una liga de corazones, que de muchos hace uno. Es una fuerza amorosa, violencia voluntaria, un impulso violento que saca al alma de sus casillas. Y de la suerte que el acero sin poder resistir á la virtud de la piedra imán es atraído della, así el alma, sin resistir á la fuerza del

amor, se va á juntar con la cosa amada, y tan fuertemente se traba y abraza con ella, que se viene á entrañar y convertir en ella, y como dice San Agustín: *Anima plus vivit ubi amat quam ubi animat.* Pues el alma que por virtud de la caridad está de suerte convertida en sus hermanos y hecha una misma cosa con ellos, ¿qué maravilla que tenga sus bienes y males por propios, y con los unos se regocije y con los otros se entristezca? Mirad un corazón tocado en esta divina piedra del amor, con qué ímpetu se juntó con sus hermanos y se hizo tan uno con ellos que vino á decir: *Quis infirmatur et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror?* (II Cor., 11): «¿Quién está enfermo y yo no estoy con él enfermo?» No sólo digo que me duelo dél, sino que enfermo por caridad. ¿Quién tropieza que si él se lastima en el pie no me lastime yo en el alma? ¿Quién recibe escándalo y ocasión de pecar que yo no me abrase con el celo de su salud? Habíase entrañado en su corazón el fuego del amor de Dios y del prójimo y el celo de la salvación de las almas, y así se afligía y le atormentaba cuando veía en ellos algún menoscabo, como le abrasara á otro un grande fuego. ¿Pues qué mayor fuerza de amor puede ser que ésta? ¿No veis cómo tiene por suyas las enfermedades de sus hermanos, cómo llora y enferma con ellos y recibe escándalo con ellos? Tenemos deste amor un ejemplo en naturaleza. ¿Qué cosa es ver la mudanza que hace el amor de los hijos en la gallina cuando los tiene? Entre todas las aves es señalada en eso; porque á las demás no conoceréis que crían sino viéndolas en el nido ó con sus hijos; pero á la gallina luego se le parece que es madre. Pónese flaca y como enferma; la voz ronca, pelado el pecho, erizada la pluma, las alas abiertas y caídas; escarba en el suelo y busca el grano y llama á sus pollitos que le coman; abrígalos con sus alas; defiéndelos del milano; como si fuese un águila pelea por ellos. Todo esto hace el amor natural en el pecho de un ave. ¿Pues qué hará la caridad en un pecho cristiano? Aquel amor violento apoderado de un alma que se ve con hijos espirituales, más queridos sin comparación que los carnales, flacos, enfermos, imperfectos, ¿cómo no le ha de hacer enfermar con ellos, enflaquecerse, afligirse, fatigarse por ponerles cobro y verlos remediados? Poned los ojos en aquella madre piadosa que como gallina abrió sus alas para abrigar los hijos de Jerusalem y nuestras almas, Cristo nuestro Redentor, *quoties volui congregare filios tuos*, etc , y verlo heis enfermo y demudado con la cría, siendo el resplandor de la gloria del Padre, fuente de inmortalidad y bienaventuranza, ajeno de todo mal y miseria; verlo heis, después que tiene hijos, enfermo, lastimado, cercado de todas nuestras flaquezas y penalidades y encargado de pagar por ellos. Y siendo el Sol de Justicia, en quien no puede haber tiniebla de pecado, y dechado de inocencia y pureza, en quien no podía hallar mancha ni mota de culpa, con todo eso, el amor de las almas le captivó de suerte que, demás de darles todos sus bienes, le hizo á él tener por propios sus males. De aquí nacían aquellas voces roncas que daba desde el nidal de la cruz: *Longe a salute mea verba dilectorum meorum.* Y en otra parte (Salmo 39): *Comprehenderunt me iniquitates meæ et non potui ut viderem.* «Cercado me han y comprehendido mis pecados, y son tantos que apenas los puedo ver y contar». ¿Qué pecados son estos, Señor mío? ¿No sois vos el cordero de Dios que quita los pecados del mundo, de quien dice vuestro discípulo San Pedro: *Qui peccatum non facit nec dolus*, etc? ¿No estáis vos tan satisfecho de vuestra inocencia que hicistes á vuestros enemigos jueces della, que le ponéis en tela de juicio y sacáis á plaza? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* ¿Pues cómo halláis ahora en vos tantos delictos? ¿Qué maldades son estas vuestras que os han comprehendido? ¡Ah! que no hay que espantar, que es gallina que cría y ha mudado la voz y enronquecido. Son pecados de mis hijos, y de hijos muy amados, y así los tengo por míos. Son enfermedades de mis miembros, y yo que soy la cabeza tengo de sufrir la cura. El amor los hace propios, y como por tales estoy obligado á pagar por ellos. Esto significó el Señor antiguamente, mandando, en memoria de la redempción de Egipto, de haberles reservado sus primogénitos, le ofreciesen un cordero, que fue figura del sacrificio del verdadero y divino cordero Cristo en la redempción del género humano, y también mandábale sacrificasen un cabrito. ¿Qué tiene que ver cordero con cabrito? Porque por el cordero se figura la inocencia; por el cabrito, la malicia. ¿Pues cómo ha de sufrir lo uno por lo otro? Muy bien; porque Cristo es juntamente cordero y cabrito; en sí, cordero, y por nosotros, cabrito. Esto es lo que dijo San Pablo: *Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit* (Cor., 5). En sí es espejo de pureza, y por nosotros pareció manchado. Porque mediante su excelentísima caridad se hizo tan uno con nosotros, que tuvo por tan propios nuestros delitos que, no sólo satisfizo por ellos, sino se dolió y arrepintió dellos, de suerte que ningún dolor de penitente se puede comparar con el suyo. Esta satisfacción figuró el Señor en el *Exodo*, mandando que el sumo sacerdote entrando en el Santuario *portaret iniquitates filiorum Israel qui sacrificaverunt*, y que limpiase las manchas del sacrificio. Dando el Espíritu Santo á entender

que había de haber otro Sacerdote que tuviese por propios todos los pecados del mundo y en el ara de la cruz lavase sus manchas. No estaba ajeno de esta caridad violenta el glorioso Baptista, sino muy encendido en ella; porque quien tan cerca estuvo de Cristo, como el lucero del sol, no podía dejar de participar de su luz y calor. *Non est qui se abscondat a calore ejus* (Salmo 18), por muy distante que esté, ¿qué haría quien estaba tan cerca? Cúpole tanta parte deste divino fuego, que *erat lucerna ardens et lucens.* «Antorcha que ardía por caridad y resplandecía con su doctrina». Pues si el ingenio y condición desa caridad es hacer propios los bienes y males ajenos, ¿qué operación haría en el pecho de San Juan, donde tan crecida y arraigada estaba? Tenía discípulos, hijos espirituales muy amados; deseaba llevarlos á Cristo, en cuyo conocimiento, secuela y imitación estaba todo su bien. Habíaselo dicho y predicado muchas veces; habíales mostrado con el dedo al Salvador; pero los discípulos no se acababan de persuadir que hubiese otro mejor que su maestro. Estaban allá en lo interior enfermos de una peligrosa enfermedad de invidia; porque les pesaba que Cristo fuese tan adelante en la reputación del pueblo, y la de su maestro cada día se menoscabase. Ofendíales la pobreza y humildad de Cristo para tenerlo por Mesías. Todo esto era invidia, soberbia y celo indiscreto, discreto de la honra de su maestro; enfermedades que les impedían el conocimiento de Cristo, en quien estaba su salud. ¿Qué había de hacer San Juan, que los amaba tiernamente, viendo que no los podía él curar? El amor le obligaba á que tenga su enfermedad por propia, y que, aunque él está en su persona sano, se tenga en sus miembros por enfermo, y como tal busque la medicina del médico de las almas, Jesucristo nuestro bien. Pues para esto envía hoy dos de sus discípulos al Señor, con un recado al parecer de hombre enfermo en la fe; porque le envía á preguntar si es el Mesías prometido en la ley. Esta voz, ronca es; pero no lo ha del natural, sino de la crianza de los hijos. Diferente sonido es este de aquel clarín que voceaba á la ribera del Jordán: *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.* Y ahora: *Tu es qui venturus est, an alium expectamus?* Embajada es ésta que sin duda muestra enfermedad; pero está en el entendimiento de los discípulos, y el amor le ha hecho propia á la voluntad de San Juan. Cierto está él en sí, pero duda en sus discípulos. El cree como fiel, pero en ellos pregunta como incrédulo; y así su enfermedad es sólo de amor, y la de sus discípulos de flaqueza; á los cuales en su propio nombre busca remedio. El escarba el grano, mas no para sí, sino para que los hijos lo coman, y eso pretende con este recaudo que el Evangelio nos cuenta: *Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Lo primero que aquí se nos ofrece es considerar el odio grande que el mundo tiene á los buenos. Y llamo mundo, no á esta hermosa fábrica del universo que contiene el cielo y la tierra y los demás elementos, sol, luna y estrellas, con todas las naturalezas criadas, que este mundo es hechura de las manos de aquel sumo Artífice y alto Dios, que en ninguna cosa puede errar, del cual dice San Juan: *Mundus per ipsum factus est;* «El mundo fue hecho por Él», y todas las cosas que Dios hizo, en cuanto obras suyas, son muy buenas, sino llamo mundo la congregación de los malos en cuanto malos; consideradas sus falsas honras, engañosas prosperidades, deseos depravados, pestíferas deleitaciones, con todos los otros males que consigo trae la sed y interese destas cosas, que son mentiras, traiciones, lisonjas, murmuraciones, y finalmente un laberinto espantoso de engaños. A esto llamó mundo el apóstol San Juan cuando dice: *Nolite diligere mundum, neque ea quæ in mundo sunt. Quoniam omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum et superbia vitæ.* «No queráis amar al mundo ni á sus cosas; porque hecho inventario de todas sus alhajas y preseas, todas ellas se reducen á tres predicamentos ó cabezas, que son: deseo de deleites, deseo de riquezas, soberbia de la vida». Deste mismo dice el apóstol Santiago: *Nescitis quia amicitia hujus mundi inimica est Dei? Quicumque ergo voluerit amicus esse sæculi hujus inimicus Dei constituitur.* ¿No sabéis que el mundo trae bandos con Dios? Por donde cualquiera que quiere ser amigo del mundo hace banco roto con Dios, y por consiguiente con sus amigos, que son los buenos. Este es el mundo que aborrece y persigue á los justos, como persiguió Caín al inocente Abel, los sodomitas á Lot, Ismael á Isaac, Esaú á Jacob, á Josef sus hermanos, á los hebreos los egipcios, Fenena á Ana, Saúl á David y Jezabel á Elías, los rebeldes judíos á todos los profetas, sacerdotes y amigos de Dios, y para echar el sello, Herodes al mayor de los Profetas, que es San Juan Baptista. Los ladrones, cuando entran de noche á robar en una casa, lo primero que hacen es matar la candela, porque puedan hurtar sin ser vistos. Los justos son candelas y luces resplandecientes que alumbran el mundo, como les llama San Pablo: *Vos filii lucis estis et filii diei.* Es frase hebrea que significa copia y abundancia. Allá dice Isaías que plantó Dios una viña, que es la casa de Israel: *In cornu, filio olei.* Quiere decir:

en una tierra gruesa, fértil y muy abundante de aceite. Así, en llamar San Pablo á los justos hijos de la luz y del día significa la abundancia de luz y claridad que tienen en su alma y en su vida y costumbres. Pues estas celestiales luces pretenden apagar y escurecer los malos. Porque la vida del bueno es una tácita reprehensión del malo, y el que hace mal aborrece la luz, como dice Cristo. Y por esto se juntan los malos en cuadrilla y se conjuran de matar y destruir al justo. *Circumveniamus justum, quoniam contrarius est operibus nostris; et improperat nobis peccata legis: gravis est nobis etiam ad videndum* (Sap., 2). Venid, dicen, y oprimamos con violencia al justo, y armémosle zancadillas y lazos, para que por fuerza ó por maña no se nos escape. ¿Y por qué le perseguís? Porque sus obras no conforman con las nuestras. Dannos en rostro y reprehende nuestros pecados; no le podemos ver ni aun pintado. Los ojos del murciélago y de la lechuza no pueden sufrir la luz, y así estos ojos destas aves nocturnas y amigas de tinieblas no pueden sufrir la claridad de las virtudes del justo. Y porque el Baptista San Juan era luz y candela que ardía y alumbraba, y con el resplandor de su vida y doctrina argüía y reprehendía al rey Herodes el pecado de incesto y adulterio que cometía en tener la mujer de su hermano, por eso le procuró apagar, echándole en la cárcel y quitándole después la vida. Es amarga la reprehensión al malo, y no la quiere admitir. Como la candela mojada escupe y no quiere recibir la lumbre, así el que está frío en el amor de Dios y de la virtud y mojado con la humedad de sus ilícitas concupiscencias fatígase y congójase con el buen consejo, y no quiere admitir la luz de la ciencia y corrección. Y no sólo se conoce aquí el mal ánimo del mundo, sino también su inconstancia y infidelidad. ¡Qué de favores daba antes Herodes á San Juan! Era oyente de sus sermones y que gustaba de su doctrina y hacía por su contemplación muchas cosas: *Et audites o multa faciebat et libenter eum audiebat*. El pueblo todo ya veis con cuánto aplauso recibió su predicación, que ni quedó fariseo, ni publicano, ni soldado, ni gente vulgar que no se fuesen tras él al desierto para oirle y verle; tanto, que le quisieron hacer rey y recebir por Mesías y Cristo. ¿En qué paró todo eso? En cárcel, en prisión, en muerte. A Cristo, unas veces le querían hacer rey, otras despeñarlo de un pico de una sierra altísima; ya le salían á recebir el día de Ramos con tanta alegría y solemnidad; después le dieron la muerte con suma ignominia. No hay que confiar de la amistad del mundo, que no tiene firmeza; inconstante es su gloria, mudables sus favores, transitorias sus riquezas, momentáneos sus bienes, sus promesas no son seguras, sus engaños sin medidas, sus juicios errados, sus pareceres varios; entonces nos falta cuando nos había de acudir, y todas sus esperanzas se deshacen en humo. El azogue es blanco y júntase con el oro cuando se ha de dorar algún vaso; mas al punto que se pone en el fuego, luego el azogue se convierte en humo y el oro queda solo. Así el mundo tiene de fuera buenas apariencias y júntase con nosotros para dorar el vaso del olvido que nos da á beber; para que, acordándonos de su prosperidad, nos olvidemos de Dios; mas en las tribulaciones desampáranos. En viéndonos metidos en el fuego de las angustias, conviértese en humo y déjanos sin valernos, y comienza á perseguirnos. Pues si el mundo es desta condición, ¿para qué confiamos en él? ¿Por qué nos desperecemos por su amor? ¿Por qué le seguimos, huyendo él de nosotros? ¿Por qué hacemos caso de sus loores ó vituperios? ¿Por qué tememos de su juicio desatinado? ¿Para qué estamos colgados de la sentencia temeraria del insipientísimo vulgo? Si á tu esclavo, en cogiéndole en un hurto ó en una mentira no le fías, ni le crees de allí adelante, y en faltando algo de casa luego se lo echas á él y dices que aquel ladrón lo hurtó, ¿cómo estimas el juicio del mundo y te fías dél, sabiendo que ha cometido tantos hurtos, dicho tantas mentiras y pronunciado tan injustas sentencias contra tantos justos, profetas, mártires y contra el mismo Señor de los profetas? Y con ser esto así, no se puede decir el caudal que hacemos del parecer desta furiosa bestia, y cuánto nos mueven sus dichos y opiniones, que casi en todos nuestros acuerdos y negocios tomamos por nivel y regla no la ley de Dios, ni los consejos de los santos, ni los ejemplos de los justos, sino el juicio del mundo y sus pregmáticas y fueros. ¡Cuántos hay que espantados con el qué dirán del vulgo dejan de comulgar á menudo, frecuentar las iglesias, ir á los hospitales, perdonar las injurias, moderar los gastos y hacer otras obras de virtud! Pues ¿qué cosa puede ser más indigna de un hombre cristiano, que tiene ley y enseñanza de Dios, que hacer arancel de su vida la opinión del mundo, enemigo de Dios, perseguidor de buenos, amigo fingido, alevoso cierto? Pero, volviendo al propósito. Siendo tal como éste el afecto del mundo para con los buenos, es el ánimo de los buenos para con el mundo tan al revés, que dan bien por mal y le pagan su odio con amor y sus agravios con beneficios. El buen médico no se aira contra el enfermo de frenesí, aunque como loco desvariado le trata como á enemigo, y le hiere y lastima; antes se compadece de su locura que le hace tener las medicinas por tormentos, y al médico piadoso por cruel verdugo;

y cuanto más peligroso le vee, tanto más se esfuerza á curarlo. El mundo, llana cosa es que está enfermo de locura y frenesí, pues tanto se indigna contra los santos que son médicos de Dios para curarle; la medicina de la reprehensión tiene por trato de enemigo, y así se vuelve contra el médico. Pero el justo no se altera ni turba por eso, ni deja de hacer su oficio y compadecerse del enfermo. El pueblo de Israel desprecia al santo Moisés cuando fue á hablar con Dios, y dando de mano á su gobierno, levanta por dios un becerro, y adóralo; y está Moisés tan lejos de acordarse de su propia injuria, y de pedir á Dios venganza della, que no se bajó del monte hasta que con muchas súplicas y ruegos alcanzó dél perdonase al pueblo deste delito, y no lo arruinase y destruyese. Lo mismo le aconteció al santo Jeremías. Andanle los judíos tratando la muerte y sabe los conciertos que para esto hacían. *Mittamus lignum in panem ejus et eradamus eum de terra viventium*: «Démosle á comer zarazas, y echémosle del mundo; borremos su memoria de entre los vivos». ¡Mirad qué odio tan intenso! Y por otra parte, el Profeta, olvidado de sus ofensas y encendido en afecto de caridad, ruega con toda instancia al Señor por ellos en el capítulo 14, y condoliéndose de ellos, vierte lágrimas de compasión, sintiendo los males con que Dios los amenazaba. De la misma suerte, el glorioso Baptista, olvidado de sus injurias, de sus grillos y cadenas, no teniendo memoria de su vida, que tan á peligro estaba, y lo que más es, aventurando la honra y crédito, poniendo su fama en boca de gentes que le pudieran tener por liviano, que hoy se hacía de nuevo y parece que negaba lo que había públicamente afirmado, todo lo pospone á la gloria de Cristo y salud de los prójimos. Con cuánta razón dijo el Apóstol: *Charitas non quærit quæ sua sunt, sed quæ Jesu Christi.* Acá soléis decir: mal ajeno de pelo cuelga; mas la caridad ningún mal tiene por ajeno; no busca sus propios intereses, sino el bien de los prójimos y la gloria de Cristo; le sí se descuida en lo temporal por acudir á lo espiritual. San Juan Bautista, como tan lleno de amor de Dios y del prójimo, todo su acuerdo y solicitud pone en que el mundo conozca á Cristo por su verdadero Dios y Redentor; porque en esto consistía su salud, en creer y amar á Cristo. Para esto envía esta embajada con sus discípulos, para sacarlo á barrera y darle ocasión que con obras y palabras mostrase quién era, para que sus discípulos se confirmasen en la fe y el mundo le recibiese. Y no son parte las prisiones ni la cárcel para que deje de hacer su oficio de Precursor y de dar á conocer al mundo su Redentor. Porque al bueno ninguna cosa le impide ni estorba al ejercicio de la virtud, y al servicio de Dios; así como al malo no le embaraza para que no haga mal ó lo desee. Lot en Sodoma y Abrabam en Caldea fueron justos, y Judas en compañía de Cristo fue perverso. Lucifer pecó en el cielo y Adán en el Paraíso, y el buen ladrón en la cruz ganó la bienaventuranza. Aquellos tres dichosos mancebos, Ananías, Azarías, Misael, á quien Nabucodonosor mandó echar en el horno de Babilonia, porque no adoraron su estatua, en medio de las llamas loaban á Dios, y de capilla de horno la hicieron capilla de coro para dar suavísima música al Señor. Daniel, su compañero, del lago de los leones hizo celda y lugar de recogimiento, y sentado en medio dellos puso cátedra para enseñarles á ayunar. El profeta Jonás, del vientre de la ballena hizo oratorio, y allí se hincó de rodillas y levantó las manos y oró al Señor. San Pablo estaba preso en la cárcel, y della hizo estudio y escritorio para escribir sus cartas llenas de doctrina del cielo y espiritual edificación. Y así decía: *Laboro usque ad vincula quasi mali operans; sed verbum Dei non est alligatum.* Por las cárceles ando y por los calabozos, preso y aherrojado como si fuera malhechor; pero lo que me consuela, es que, ya que me atan los pies y las manos, me dejan suelta la lengua para poder predicar la palabra de Dios, y soltar á los que están impedidos y ligados con las ataduras de sus pecados. ¿Qué dicen á esto los que de todas las cosas toman ocasión para pecar? ¿Hombres que en sus lonjas murmuran y por las calles andan haciendo cocos y deshollinando ventanas, y lo mismo hacen en la casa de Dios, que es casa de oración? ¿Los que de los lugares sacros, dedicados para tratar el bien de las almas, hacen lugares de conversación, profanándolos con temeridad sacrílega? Unos hay que temen á Dios y le buscan en la enfermedad, y en teniendo salud le ofenden y quebrantan todos los propósitos de enmienda que hicieron. Otros, que en la prosperidad y bienandanza viven pacíficos, y en la pobreza y persecución pierden la paciencia, perjuran y maldicen. *Confitebitur tibi cum benefeceris ei* (Salmo 48). Pero en volviendo la hoja, en la adversidad, ira, impaciencia, querellas. Hay quien se queja de su estado porque le parece inquieto. La casada dice que es grande el trabajo y bullicio de su casa, y que no puede rezar ni servir á Dios como la monja. La monja, que en siglo viviera más contenta y con más alegría guardara los mandamientos de Dios. Achaques quieren las cosas. Todos éstos á cada paso tropiezan y dejan su oficio de servir á Dios. Por esto el apóstol San Pablo amonesta á los fieles que ninguna ocasión ni fortuna los aparte de hacer su oficio. *In omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros,*

in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate: «En todas las cosas, tiempos, lugares y ocasiones que se nos ofrecieren, tratémonos como siervos y ministros de Dios; hagamos nuestro oficio de servirle, con mucha paciencia y constancia, así en las tribulaciones, necesidades, angustias y plagas, en las cárceles y cadenas, como en las cosas prósperas; por honra ó por deshonra; por infamia ó por buena fama; por muerte ó por vida; sea Dios siempre servido de nosotros». Este afecto y cuidado es el de San Juan, que ni el horror de la cárcel, ni la pesadumbre de las cadenas de hierro, ni la compañía de homicidas y ladrones con quien estaba, ni la infamia de la prisión, ni el odio entrañable de Herodías, y sobre todo la muerte que veía acercársele (cosas que á otro hicieran olvidar de sí y de sus cosas), no son parte para que él no tenga acuerdo de las ajenas, si ajenas se pueden llamar las que la caridad hace tan propias, y la obligación del oficio que Dios le encomendó, á quien él hasta la muerte no faltó. Cuidando, pues, la salud de sus discípulos, envíalos á Cristo para que fuesen dél enseñados; y toma por ocasión esta pregunta: *Tu es qui venturus est, an alium expectamus?*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

En el griego se añade á estas palabras aquel artículo *ille*, que hace este sentido: «¿Eres tú Aquel que ha de venir?» Este era el lenguaje del Mesías, llamarle «el que ha de venir», el que ha de ser enviado, el deseado y esperado de las gentes. Aquella palabra *tú* señala la persona divina de Cristo, que tenía sér antes de su encarnación. Y porque la cosa que viene ó es enviada á algún lugar primero se entiende tener ser en sí, que venga ó esté en tal lugar; por conviene venir y ser enviado al mundo de su esto el supuesto divino, que es el *ab æterno*, le Padre por la asumpción de nuestra humanidad. Y así en aquellas palabras: *Tu es qui venturus est*, se significan en Cristo dos naturalezas: una divina, por la cual tuvo ser *ab æterno*, y otra humana, según la cual vino al mundo. Con esta manera de hablar significó la Encarnación el profeta Abacuc diciendo: *Si moram fecerit, expecta eum, quia veniens veniet et non tardabit.* Y el patriarca Jacob, estando con la candela en la mano dijo: «No será quitado el cetro real y mando de la familia de Judá, *donec veniat qui mittendus est et ipse expectatio gentium.* Y el profeta Ageo le llama: *Desideratus cunctis gentibus.* Y por el profeta Isaías, dice el mismo Señor de sí: *Me insulæ expectabunt.* Y conociendo el mismo profeta cuánta felicidad sea tener esta espera, dice: *Beati omnes qui expectant eum.* Y advierten una cosa los sagrados intérpretes, muy digna de ponderar: que esta palabra *expecto* no explica la fuerza y energía de la palabra hebrea que está en estos lugares, la cual significa esperar, no como quiera, sino con extraño ahinco y afecto, que es lo que los latinos llaman *anhelare* ó *inhiare*. ¿Habéis visto un perro sediento y caloroso cuál está la boca abierta y la lengua sacada, carleando, que apenas puede respirar, y la ansia y deseo que tiene del agua le aqueja? Pues desta suerte habéis de imaginar las almas de aquellos padres antiguos, que con íntimos suspiros y entrañables afectos codiciaban y deseaban la venida del Salvador, de la cual estaban colgados y pendientes, porque sabían estaba librada en ella toda su salud. Con esto se entenderá agora el sentido de la pregunta de San Juan: ¿Eres tú aquél que ha de venir? ¿El Hijo de Dios que por la encarnación esperamos ha de venir al mundo? ¿O no están por ventura nuestras esperanzas y deseos cumplidos, sino que habemos de esperar á otro? ¿Eres tú aquel á quien anunciaron los profetas, cantaron las sibilas, figuraron los patriarcas, desearon todos los siglos y de quien sólo están colgadas las esperanzas de todos los santos? ¿Eres tú aquel que ha de venir para aplacar á Dios y redimir á los hombres? ¿Para restaurar las sillas de los ángeles y refrenar la insolencia de los demonios, para abrir las puertas del cielo y descerrajar las del infierno? ¿Eres tú el prometido desde el principio del mundo para quebrantar la cabeza de la antigua serpiente y destruir el reino del pecado? ¿Maestro de virtud, guía del cielo, abogado de los hombres, médico y rey, sacerdote y sacrificio juntamente? ¿O esperamos á otro de quien habemos de recibir todos estos beneficios? Todo este misterio está encerrado en aquella breve embajada. Pero no conviene pasar por alto la suave disposición de Dios y la misericordia infinita que usó con el hombre en darle á Cristo, verdadero Dios y hombre, para que esperase en él. Allá tenía echada su maldición al hombre que confiase en otro. *Maledictus homo qui confidit in homine et ponit carnem bracchium suum, et a Domino recedit cor ejus*, y hace para sí brazo de carne. ¿Pues el hombre ha de tener brazo de bronce? ¿No le es natural tener brazo de carne? Sí; pero no habla dese brazo, sino porque la fuerza del hombre está en los brazos es aquí significada por ella la fortaleza y quiere decir: «Maldito sea el hombre que pone la esperanza de su salud en hombre tan enfermo y necesitado como él y toma por defensa y amparo suyo la carne flaca, al hombre carnal que para ningún bien es

fuerza, y deja de acudir á Dios, que es la fuente del remedio y tiene fuerza infinita para socorrer». De suerte que antiguamente había de ser una de dos: ó esperar en el hombre y apartarse de Dios, ó confiar en Dios y desconfiar del hombre. No se podían amasar estas dos esperanzas ni hacer dellas una. Pues como el hombre es de su condición altivo y presumptuoso, y se precia de valiente y esforzado y tiene por punta de honra poderse valer y ser para sí suficiente, venía á confiar en sí, olvidado de su flaqueza, y á no hacer caso de Dios. Y por esta presumpción y soberbia incurría en la divina maldición. Por este pecado fue castigado el rey de Tiro y privado del reino y de la vida. *Eo quod elevatum est cortuum et dixisti: Deus: ego sum.* Haste tratado como si fueras Dios; piensas que no has menester á nadie, como Dios; y ansí confiabas en ti. Por lo mismo castigó el Señor al rey de Egipto, como lo tenía amenazado por el profeta Ecequiel: *Ecce ego ad te Draco magne, qui cubas in medio fluminum et dicis: meus est fluvis; ego feci me metipsum.* «Para mientes, dragón grande, que moras en medio los ríos. Yo á ti, conmigo lo has de haber, pues presumes tanto que dices: Mío es el río, yo me hice á mí mismo». En este género de soberbia caen los que todos los bienes que tienen no los atribuyen á Dios, de cuya mano los recibieron, ni curan de darle gracias por ello, como si fueran de su cosecha. Eso quiere decir: mío es el río, yo me hice á mí mismo; no debo nada á nadie. También confió en sí Nabucodonosor cuando paseándose en su palacio dijo (que no debiera) aquellas soberbias palabras: *Nonne hæc est Babilon magna, quam ego ædificavi in domum regni, in robore fortitudinis meæ et in gloria decoris mei* (Dan., 4). «La cual yo edifiqué para cabeza y metrópoli de mi reino, no con ayuda de vecinos, sino con la potencia y fuerza de mi brazo y para mostrar la gloria de mi hermosura». No la había acabado de decir, cuando por sentencia del cielo fue echado del reino y condenado á pacer la hierba del campo como bestia, para que aprendiese á no confiar en sí, sino en Dios. Veis aquí cómo los príncipes de la tierra confiaban en sí, en sus riquezas y potencia. Sus vasallos y la demás gente común esperaban en ellos, pareciéndoles que los podían hacer bienaventurados y remediar todas sus faltas, no obstante que los desengañaba el real Profeta: *Nolite confidere in principibus in filiis hominum in quibus non est salus* (Salmo 145). «No queráis confiar en los príncipes y reyes de la tierra, que al fin son brazo de carne, hijos de hombres como vosotros, que ni para sí tienen salud», cuanto más para darla. Pero los engañados mortales, cebados con este aparato exterior y majestad de los reyes, no dejaban de esperar en ellos, y así eran malditos por la sentencia de Dios. ¡Qué remedio! Dijo Dios: Al hombre le va la vida en esperar en Dios, y él se pierde por confiar en el hombre; pues hágase Dios hombre y sea el hombre Dios, para que el hombre, conforme á su presunción, pueda confiar en hombre, y no por eso deje de confiar en Dios; y estas dos esperanzas, de antes tan contrarias, se suelden en una, que es: esperar en Dios y hombre. Este es Cristo, nuestro Señor, el esperado de todas las gentes. Hombre es de nuestra casta y naturaleza; y así es honra de hombre confiar en hombre de su linaje, y que en hombre esté ya la fortaleza y escudo y remedio de los hombres. Pero no es brazo muelle y flaco de sola carne, sino brazo del Señor, con que mostró su omnipotencia en la obra de nuestra salud. A este misterio alude el profeta Isaías cuando dice: *Sperastis in Domino Deo, forti in perpetuum.* Parece que da el parabién á los hombres de que tengan á Dios hecho hombre, que es brazo fuerte en quien esperar. Apunta San Jerónimo en este lugar que en aquella palabra *Deo* está en el hebreo el nombre de Dios inefable *Jehova.* Y en la palabra *Domino*, que se pone primero, hay una abreviatura del mismo nombre inefable, que es *Yah*. De suerte, que hace este sentido: *Sperastis in Yah, Jehova*, que quiere decir: en la abreviatura de Dios. ¿Quién es esta abreviatura sino Cristo, á quien llama San Pablo *verbum abbreviatum faciet Dominus super terram?* (Rom., 9). Porque en él se abrevió la palabra eterna del Padre tomando nuestra carne. Sin estar Dios estrechado, ni comprehendido, se encerró en aquella carne sagrada toda la plenitud de la divinidad. Es Cristo una cifra de todo Dios, y en El habemos de esperar, que es Dios fuerte, brazo poderoso del Señor, no frágil ni quebradizo. Y así, no maldice ya Dios á los que esperan en tal hombre y se favorecen deste brazo, antes les echa su bendición, como dice el apóstol: *Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui benidixit nos in omni benedictione spirituali in cœlestibus in Christo* (Efes., 1): «Bendito sea Dios, que es Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tuvo por bien alzar su maldición de nosotros y bendecirnos con toda bendición espiritual, no sólo en esta vida, sino también en la otra; y esto, en Jesucristo y por Cristo». El decir de Dios es hacer, y el bien decir, bien hacer. Y así quiere decir el apóstol que todos los beneficios espirituales de gracia, virtudes, socorros, que hacen al caso para conseguir la vida eterna, los habemos de esperar de Dios por Cristo; por El y por sus méritos nos los da, y El tiene autoridad para darlos y repartirlos. Y por consiguiente, que en Cristo habemos de esperar como en el

autor de toda nuestra salud y fuente de todos los bienes; y así dice San Bernardo: *Origo fontium et fluminum mare*; *virtutum et scientiarum, Dominus Jesus Christus* (Ser. 13, *in Cantica)*. «El origen y principio de donde proceden todas las fuentes y ríos de la tierra, es el mar: y el principio y manantial de todas las virtudes y gracias del cielo, es Jesucristo nuestro Señor». *Dominus virtutum, ipse est rex gloriæ*. Y en otra parte: *Deus scientiarum Dominus est*. Pero siendo esto así, ya veis con cuánta razón se llama: *Desideratus, expectatus cunctis gentibus*. No hay que espantar que los santos padres anhelasen á El, y sedientos, la boca abierta, le esperasen y codiciasen como agua del cielo que los había de fertilizar y matar su sed. Si el santo Job, por ser bienhechor de los hombres, y tan provechoso para todos (ojos para el ciego, pies para el cojo, consuelo de tristes y deshacedor de agravios), era tan amado y querido dellos, que dice él, acabado de contar sus buenas obras: *Expectabant me sicut pluviam et os suum aperiebant quasi ad imbrem serotinum*. «Esperábanme como á la lluvia, y la boca abierta aguardaban de mí el remedio de sus necesidades, como se suele esperar la lluvia tardía». Ya veis el afecto con que desean los hombres la lluvia, mayormente la de abril, que es la llave del año para granar el trigo, y la del fin de agosto para madurar la uva, que ésta se llama aquí lluvia tardía, según Cayetano. Pues si miráis la tierra en fin de agosto, como han pasado por ella los calores del estío, veréis en esos buhedos unas aberturas y crietas y sartenejas, que parece que la tierra tiene sed y que aquellas tajas y hendeduras son unas bocas que tiene abiertas hacia el cielo, esperando el agua que la ha de fertilizar y como suspirando por ella. Pues si con este encarecimiento era Job esperado y deseado de los hombres, porque les hacía bien y trataba de su provecho, ¿con cuánto mayor lo sería Cristo, antes que viniese, de aquellos padres antiguos, y lo debe ser de nosotros después de venido? El dio luz á los ciegos, oído á los sordos, pies á los cojos, vida á los muertos, consuelo á los pobres. ¿Cómo abrirían las bocas de sus corazones hacia El, codiciando esta lluvia tardía que guardó el Señor para la edad postrera del mundo, que era la que había de hacer granar el trigo de los justos, que se ha de guardar en el granero de la Iglesia? ¿La que había de sazonar los frutos de sus virtudes y merecimientos, que hasta entonces estaban por madurar, y no se les daba el premio merecido, ni cuanto á esto se le ponían á Dios en su mesa, por estar detenidos en prisión, por el común impedimento de naturaleza? De esta lluvia hablaba el real profeta cuando decía: *Descendet sicut pluvia in vellus, et sicut stillicidia stillantia super terram* (Salmo 64): «Descenderá como la lluvia en el vellón de lana, y como las goteras que distilan sobre la tierra». La lluvia cae sobre el vellón, y sin hacer ruido, ni ser sentida, le empapa; así el Verbo divino descendió del cielo y se vistió de nuestra carne en el vientre virginal, haciéndolo fecundo sin detrimento de su pureza. Y juntamente cayó sobre la tierra de nuestras almas, y así dice el mismo David: *Anima mea, sicut terra sine aqua tibi* (Salmo 142): «Señor, tan sedienta está mi alma de vos, tan colgada de vuestra esperanza, con tanta codicia os desea, como la tierra seca y hendida al agua». Esta misma lluvia esperaba Isaías cuando decía: *Rorate cœli desuper, et nubes pluant justum, aperiatur terra et germinet salvatorem* (45). Cielos, ¿qué hacéis? «Rociad de arriba y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y nazca el Salvador». Con estos fervientes deseos esperaban los justos la venida del Salvador, y con estos mesmos afectos habemos nosotros de suspirar por El, aunque ya es venido, pidiéndole su gracia, las virtudes y dones, la extirpación de los vicios, la perseverancia en el camino del cielo, la fortaleza para ofender y defendernos de nuestros adversarios, y, por concluir, todos los bienes y la exempción de todos los males; como sea cosa perteneciente á la salvación, todo se ha de esperar de Cristo. En él remató el Padre toda nuestra confianza. Ponedos en su presencia con humildad, en el lugar de vuestra meditación, y considerad que vos sois la tierra abrasada con el calor demasiado de vuestras concupiscencias, llena de quiebras y escisuras de pecados, estéril y seca de buenas obras; que no tenéis valor para llevar un fruto digno de la vida eterna, aunque sea un solo buen pensamiento. Y pensad que Cristo es la lluvia que puede regar vuestra alma y templar sus ardores, cerrar sus quiebras, fertilizarla con dones y virtudes, para que lleve frutos de buenas obras, dignos de la mesa de Dios. Conoced que sois pobre, desharapado, mendigo, y que en Cristo puso Dios un banco de infinito caudal y riqueza para suplir nuestras faltas y enriqueeer nuestra pobreza. Conoced que sois ciego para ver lo que os cumple, sordo para oir las santas palabras, cojo para hacer buenas obras, leproso en vuestros pecados, y sintiendo en vos semejantes necesidades, suspirad por Cristo, abrid la boca del deseo del alma hacia él, porque él dice: *Dilata os tuum et implebo illud*. «Ensanchad la boca, que si el vaso no es estrecho, no quedará por la fuente, que tiene agua infinita de gracia. Pedid con entrañables afectos el remedio de vuestros males y la comunicación de sus bienes, y con esperanza de alcanzar lo que pedís, por Cristo y en su nombre, que sin duda seréis remediado

y enriquecido, y entonces alabaréis á Dios con San Pablo; porque así nos bendijo en Cristo y nos honró tanto que nos dio á su Hijo hecho hombre, en quien esperasen los hombres; por lo cual quiso que se llamase el deseado y esperado de todas las gentes. Y á esto alude San Juan en su pregunta: *Tu es qui venturus est, an alium expectamus?*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Como el motivo que tiene San Juan para hacer esta pregunta es la caridad, no puede dejar Cristo, en cuyo pecho estaba el centro y esfera de la caridad, de responder á ella conforme al deseo de quien la hacía. Y así dice el evangelista San Lucas que allí, en presencia de los discípulos de San Juan y de otra mucha gente, hizo luego muchos milagros, y sanó enfermedades, curó muchos endemoniados y dio vista á muchos ciegos; y luego díjoles: *Euntes renuntiate Joanni quæ audistis et vidistis.* Dos maneras de señales estaban dadas del Mesías en el profeta Isaías. La primera era que en su tiempo había de haber abundancia de milagros en sanar todas las enfermedades; y desta dice en el capítulo 35: *Deus ipse veniet et salvabit nos; tunc aperientur oculi cœcorum et aures surdorum patebunt. Tunc saliet sicut cervus claudus et aperta erit lingua mutorum: quia scissæ sunt in deserto aquæ, et torrentes in solitudine.* «Dadles á los hombres buenas nuevas, que el mismo Dios ha de venir á salvarlos; y para que le sepan conocer, sepan que cuando viniere serán esclarecidos los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos serán abiertos. Saltará el cojo como un ciervo, y será suelta la lengua de los mudos, porque en el desierto reventaron y salieron con ímpetu golpes de agua y corrieron arroyos en la soledad». ¿Qué tiene que ver esto con la cura de los enfermos arriba dicha? ¿Por ventura los arroyos de las aguas pueden dar vista á los ciegos ó pies á los cojos? Lo primero, dícenos el Profeta los efectos que había de hacer aquella lluvia tan esperada de la tierra seca de los pecados, que es Cristo nuestro Señor, esperado y deseado como la lluvia tardía, con mucha más razón que Job. Y lo segundo, quiere darnos á entender que no sólo habla en este lugar de la cura de los cuerpos, sino que más principalmente había Cristo de curar las almas; porque dándoles el agua de su divina gracia, y vertiéndola abundantísimamente en los corazones secos y estériles de los pecadores, había de sanar á los ciegos y cojos y leprosos en el alma, y darles nuevos sentidos, nuevo conocimiento y salud para las cosas divinas. De suerte que en el cuerpo y en el alma fuesen sanos. La otra señal del Mesías era que había de predicar el Evangelio á los pobres; y desta dice en el capítulo 71, hablando en persona de Cristo: *Spiritus Domini super me, eo quod unxerit me, ad annunciandum mansuetis (sive) pauperibus misit me.* Los grandes del reino de Cristo que primero lo habían de jurar por rey y á quien se había de dar primero la buena nueva de su venida son los pobres y humildes. Pues por estas dos señales probó el Señor ser verdadero Cristo. Y fue decirles á los discípulos de San Juan en buen romance: por lo que habéis visto y oído entenderéis ser yo el Mesías esperado en el mundo, y que yo soy el que ha de venir. Mucho había que decir acerca destas señales; pero tratarse ha en otro sermón. Sólo quiero advertir una cosa acerca desta respuesta del Señor, y es cuán enemigo se muestra Dios de palabras solas y cuán amigo de obras. Poco le costaba á Cristo decir de palabra á los discípulos de San Juan que él era el que había de venir, pues esto es lo que se le preguntaba, y los embajadores parece que venían determinados de recebir su testimonio; y no quiere sino que sus obras le den de ser ya venido. Para enseñaros á vos y á mí que mostréis vuestra fe y deis testimonio de vuestra cristiandad, no sólo de palabra, sino también de obra. Conforme á lo cual dice Santiago: *Ostende mihi fidem tuam operibus.* Muéstrame la mano y diréte la buenaventura. La fe es oculta, invisible, y está en el entendimiento; si se ha de manifestar, sea con obras, que son testigos abonados y que no se pueden tachar como las palabras solas. En aquella mística escalera que vio Jacob entre sueños andaban ángeles en continuo movimiento, unos subiendo y otros descendiendo. Porque en la vida cristiana, que es escala por donde se sube al cielo, siempre los justos obran y se mueven, ya subiendo á lo alto por contemplación, ya descendiendo á lo bajo por la compasión de sus prójimos para socorrerlos. Y lo mismo nos cuenta Ezequiel de aquellos milagrosos animales, por los cuales son significados los santos, que nunca estaban parados ni ociosos, sino que *ibant et revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis.* Iban hacia Dios por la vida contemplativa, y volvían á los prójimos por la vida activa; y esto con tanta priesa y velocidad como si fueran rayos. Esta ha de ser la vida del cristiano, y esta la buena probanza de la fe. Que cuando la fe no se dispone á hacer obras, muerta es y ociosa, como dice el apóstol Santiago: «Cristianos que estáis muy ufanos con vuestra fe, acompañadla con obras». Yo tengo para mí que hay poca fe, pues son tan pocas las obras. Si el rey prometiese una encomienda de diez mil ducados á quien le

sirviese en una jornada, ¿quién no arriscaría la vida por ganarla? Y si prometiese un reino, y no por cosa dificultosa, sino por dar un pedazo de pan á un pobre, ó por perdonar una injuria, ¿quién habría, que si tuviese seso y lo creyese, dejase de granjearlo? Y si pusiese pena de cien azotes ó de muerte al que pecase; y qué digo muerte, si cada vez que pecáis hubiérades de sacar un real de la bolsa, yo sé que no hubiera tantos pecados, perjurios, murmuraciones. Pues si Dios promete reino eterno á los que le sirven y se ejercitan en obras de misericordia, y amenaza con pena perdurable á los que le ofenden, ¿cómo diremos que tiene fe destas cosas el que por lo primero no se quiere poner á un poco de trabajo y por lo segundo no quiere renunciar un breve deleite? Por una encomienda dieras toda tu hacienda en limosna, y te pusieras á mil peligros de muerte, ¿por qué no hacer algo por aquel mayorazgo de la gloria, que nunca se acaba? Por un real dejaras de hacer un pecado, ¿y no le dejas por temor del infierno? ¿Dónde está aquí la fe? ¿Dónde la razón? ¿Dónde el justo aprecio de las cosas? Si somos discípulos de Cristo y nos preciamos de imitadores suyos; si creéis que ya es venido el Mesías, ¿por qué no lo mostráis en las obras? Esperáis por ventura á algún Mesías comedor, gastador, paseador, murmurador, ligero, profano, deshonesto, robador de la hacienda ajena? Porque, si miramos las obras de muchos, parece que esto sólo vino á enseñarles el Salvador, y no todo lo contrario; porque no pudieran dar más rienda á sus apetitos, si les fuera lícito, de las que les dan habiéndoselo prohibido. Estos, si no esperan tal Mesías, á lo menos holgáranse que viniera de otra manera que vino. Pues no sea así, sino que, pues le creemos por redemptor, le imitemos en la vida: *Induimini Dominum Jesum Christum.* Vestíos de su despegamiento para todo lo del mundo; de su mansedumbre y amor para con los hombres; de su compasión y misericordia para con los necesitados. Que si bien miráis la calidad destas obras que hoy nos cuenta el Evangelio, todas son en provecho de los hombres y en remedio de sus necesidades. No veréis aquí solas señales en el cielo y en los aires, como las pedían los fariseos: *Alii autem signum de cœlo quærebant ab eo*, que éstas solamente admiran y ponen espanto, sino otras que con admiraros os traigan provecho. Lo cual hace el Señor para enseñaros cuáles han de ser nuestras obras, que no sean de suerte que causen admiración. No muchos caballos, jaeces, tapices, vajillas, sedas, oros, vestidos, estruendo, aparato, fau fau, que de aquí no nace sino traer las gentes abobadas tras sí, sino obras de provecho: muchas limosnas de que los pobres coman. Con éstas os mostráis verdaderos discípulos del Mesías, que confesáis por venido: *Quid enim prodest, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum?* (Jac., 2). ¿Y qué obras pedís? Obras de caridad y misericordia. *Si autem frater aut soror nudi sint et indigeant victu quotidiano*, y llegando á pedir limosna le responde uno: Dios os ayude, andad, abrigad os bien y sacad el vientre de mal año; si con esto no les da el vestido y la comida que han menester, y los despide hambrientos y desnudos como llegaron, ¿qué honra les hace ó qué provecho? Pues así la fe sin obras es muerta. Confesar á Cristo con la boca y negarle con la vista, cosa es de poco provecho. En tiempo estamos de hacer buenas obras; pues esperamos el nacimiento espiritual de Cristo nuestro bien en nuestras almas, procuremos de disponernos para recibir tan alto huésped y aderezarle en nosotros aposento en que pueda morar dignamente. Suspiremos por él y codiciémosle como á la lluvia, para que nos fertilice con el agua de su gracia, para fructificar en la gloria. *Quam mihi et vobis*, etc.

SERMÓN SEGUNDO

EN EL

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi.

(MAT., 11).

El rey Filipo, cuya virtud y esfuerzo en las batallas hizo ilustre el reino de Macedonia y puso espanto en toda la Grecia, viniéndole nueva del nacimiento de Alejandro su hijo, escribió una carta á Aristóteles, según refiere Aulo Gelio, en que le hace saber cómo le era nacido su hijo y que daba gracias á Dios, no tanto por habérselo dado, cuanto por ser en tiempo en que pudo tener por maestro tan gran filósofo como él era, con cuya enseñanza esperaba saldría digno de tal padre y de su herencia. Pues si un rey bárbaro y guerrero, que tenía por su principal gloria y empresa extender su imperio por la espada, cuida tanto de criar su hijo con leche de buena doctrina, que precia más hallarle maestro que haber tenido el hijo, San Juan Bautista, cuyo oficio era ensanchar el reino de Dios por la predicación de su palabra y tenía más codicia de salvar almas que Filipo de conquistar reinos, y más amor á sus discípulos, que son hijos espirituales del alma, que el otro al de su cuerpo, ¿cuánto más gozo tendría de tenerlos en tiempo que les pudo dar por maestro á Jesucristo, primera verdad, luz del mundo y preceptor dado del Padre á los hombres con cargo de que le oigan y obedezcan? En hallando esta ocasión, confiesa el mismo San Juan: *Hoc ergo gaudium meum impletum est.* Que «ya tiene su gozo cumplido». Y hoy le envía al Señor sus discípulos con un recaudo, y quiere sean ellos los mensajeros; para que se los imponga y doctrine de suerte que salgan buenos cristianos y dignos sucesores de Baptista en la fe de Cristo, que él predicaba. Esta embajada, con una oración que hizo Cristo en género demostrativo alabando á su precursor, contiene el sacrosanto Evangelio, que es del evangelista San Mateo, capítulo 11. Para su declaración tenemos necesidad de la gracia. Pidámosla por intercesión de la Virgen sacratísima, diciendo: Ave María.

INTRODUCCION

David, afectuoso amador de la ley divina, en aquel salmo 118, que compuso en metro, como cartilla en que los niños deletreasen los primeros rudimentos de la virtud, y como alivio de caminantes con que se desenojen cantándole los peregrinos que por este valle de lágrimas caminan á la patria deseada, en unos versos donde el profeta representa la persona de un predicador celoso y determinado, presuponiendo que á quien hace como debe este oficio no le han de faltar contrastes y estorbos, pide favor á Dios para no desmayar con ninguna contradicción: *Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque; quia in judiciis tuis in super sperabi.* «Y no quites de mi boca la palabra de verdad por alguna vía, porque en tus juicios sobre esperé», esperé mucho. Por dos vías puede fallecer el predicador de decir verdad: ó por miedo, ó por codicia. La verdad es como la luz, que, con ser tan hermosa, á los ojos enfermos es odiosa, cuanto es á los sanos amable. Así es aborrecible al malo el resplandor de la verdad, que le echa sus faltas en la calle. Por eso dijo el cómico (Terencio): *Obsequium amicos, veritas odium parit.* «La lisonja mentirosa pare amigos, y la verdad aborrecimiento». ¡Qué parto tan monstruoso! ¡Que dama tan hermosa como la verdad engendre hijo tan feo y abominable como el odio! Y por nuestros pecados, esto es y ha sido ordinario en el mundo. San Pablo se querella desta sinrazón á los de Galacia: *Ergo inimicus factus sum vobis verum dicens vobis.* ¿Es posible que habiéndome antes querido más que á las lumbres de vuestros ojos, ya me tenéis por enemigo porque os dije la verdad á vosotros? Y aun por eso. Si la dijérades á otros, no hubiera pesadumbre, sino mucho gusto: que lo es picar á otros y adivinar por quién se dijo. Pero *verum*

dicens vobis; de eso se sienten, porque todos quieren justicia y no por su casa. Este mal estómago que hace la verdad al malo declaró Salomón con una galana metáfora: *Acetum in nitro, qui cantat carmina cordi pessimo* (Proverbio, 25). Avisar al hombre maligno y perverso, darle sanos consejos, es «echar vinagre en el salitre, que salta como la cal viva», y hierve y humea con el agua. El cántico de la verdad, que con su dulzura le había de ablandar el corazón y sanearle, ese le exaspera más y empeora, como el vinagre al salitre. Allí son los estallidos de la ira y furia, el humo del aborrecimiento. El rey Acab ¿no fue salitre avinagrado cuando por el sano consejo que le dio el profeta Miqueas que no fuese á la guerra, donde le esperaba la muerte, le mandó encarcelar y dar de comer por onzas? ¡Qué mala paga! ¡El procura tu vida, y en premio de eso le das la muerte! ¿Qué diré del rey Joas, á quien el santo pontífice Joyada escapó de la matanza que hizo el cruel Atalía en todos sus nietos por codicia de reinar, y le crió á escondidas en el templo y allí le hizo coronar por rey con muerte de Atalía? Muerto el pontífice, da Joas en ser idólatra; viene á reprehenderle Zacarías, sacerdote, hijo de Joyada, y manda que le apedree el pueblo furioso en el mismo lugar donde su padre le había puesto á él la corona de rey; ¿no diremos que este es salitre avinagrado? ¿Paréceos que tiene por qué temer quien dice la verdad al hombre de mal corazón? Este miedo suele acobardar á veces para no decirla á los hombres no poco animosos. Jeremías, que toda su vida anduvo endechando á los pecadores, viendo el daño que deste oficio se le recrecía, se halló una vez tan apurado, que quiso dar al traste con todo: *Factus est mihi sermo Domini in opprobium et inderisum tota die* (20). ¿De qué me sirve á mí la palabra de Dios que predico y la reprehensión de vicios que en su nombre hago, sino de vivir afrentado y desvalido, sin amigos, sin bienhechores, mofado y escarnecido de todos como un loco? *Et dixi: Non recordabor ejus, neque loquar ultra in nomine illius.* Que ni quiero ser predicador, ni acordarme que lo he sido, ni hablar en nombre del Señor, ni buscar pleitos por mis dineros. Mirad cuál andaba el santificado en el vientre: sino que la caridad no le dejó persistir en aquel propósito. Pues San Pedro no se tenía por menos hombre que otro; y aunque confesó á Cristo delante de los discípulos, y prometió morir por esta verdad, al primer repiquete de broquel desmayó, y la voz de una mozuela le hizo mudo. No le faltó conocimiento de la verdad, porque nunca perdió la fe, sino *verbum veritatis*, que el miedo se la hizo negar. Otras veces acaba esto la codicia de honra ó interés, respetos mundanos: que con un pedazo de pan que echan á estos mastines del ganado de Dios les tapan las bocas para que no ladren contra los vicios. *Si quis non dederit in ore eorum quidpiam, sanctificant super eum prœlium.* Hay profetas que si no les tapáis la boca con que quiera, predican cruzada contra vos y os hacen guerra con Dios y con su palabra; pero si les acudís á su interés, predican paz aunque no la haya. *Pax, pax et non erat pax.* Por esta vía pensó el rey Balac inducir al profeta Balán que maldijese al pueblo de Dios, ofreciéndole honra y provecho. Y con el mismo ardid pensaron los fariseos acallar á Cristo cuando le pidieron parecer si era lícito pagar el tributo á César: *Magister, scimus quia verax es et viam Dei in veritate doces.* «Maestro, sabemos que eres hombre de verdad, y que enseñas el camino de Dios sin mentira», y que no pretendes otra cosa. Con estas alabanzas le quieren lisonjear para que les responda á su gusto. Y otro fuera que se dejara llevar de aquella vanagloria. Por eso hace oración David: *Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque.* «Señor, no permitáis que de mi boca falte palabra de verdad por alguna vía», ni por amenazas, ni por halagos, ni por mal, ni por bien. Libradme destas rocas, desta Scila y Caribdes, donde suele peligrar la constancia de vuestros ministros. ¿Y qué razón da para conseguir lo que pide? *Quia in judittiis tuis supersperavi.* Por estos juicios entiende aquí los trabajos y aflicciones que Dios permite vengan sobre sus siervos. Desta manera de hablar usa el apóstol San Pablo: *Tempus est ut incipiat juditium a domo Dei* (I Pet., 4). Quiere decir: Por su casa comienza Dios el castigo, y aquel es más amigo que fuere más atribulado. Y llámanse los trabajos juicios porque no suceden acaso como vos pensáis, sino por dispensación de la divina providencia, y porque vienen pesados y moderados con el peso de su juicio, para que no sobrepujen vuestras fuerzas. Por eso los llama el Señor cáliz: *calicem quidem meum bibetis*: porque no hay médico tan atentado que así tase las dragmas que ha de llevar la purga conforme á la complexión del enfermo, como Dios proporciona la tribulación con las fuerzas del paciente, no permitiendo que nadie sea tentado más de lo que puede llevar. Y pues David se acomoda tanto con estos juicios que en los trabajos espera, y cuanto más afligido por la verdad tanto vive más confiado en las promesas de Dios, seguro puede pedir que de su boca no falte verdad, pues no callará por miedo, ni por lisonja ó interés. El que hizo esto con excelencia entre los puros hombres fue el glorioso Baptista, pregonero de la verdad y que en todo trance la habló. Con buen

y sin ella, en libertad y en prisión, perseguido de Herodes, lisonjeado de los fariseos, solicitado de sus discípulos que les pesaba de su menoscabo y aumento de Cristo. A todos dice verdad: á Herodes da reprehensión, aunque salte como salitre avinagrado; á los judíos desengaño; á sus discípulos consejo; y siempre espera en los juicios de Dios. Mirad qué juicio tan oculto es el que encontramos luego al principio del Evangelio de hoy: *Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

¿Juan en prisiones? ¿A esto me llamáis juicio? ¿Para quién se hicieron las cárceles, los cepos, los bretes, las cadenas, los grillos, las esposas, los pies de amigo y los demás géneros de prisiones que los ministros crueles de justicia han inventado? ¿Para quién? Para los homicidas, ladrones, salteadores, herejes, nefandos, blasfemos y para otros tales. ¿Pues por cuál desos delictos está Juan en la cárcel? Diréisme que le tiene allí preso un malvado hombre, como Herodes, porque le reprehendía sus torpezas. Eso es peor. ¿Cómo que consiente Dios que un tirano como Herodes, que por fuerza tenía oprimido al pueblo de Dios, incestuoso, cruel, prevalezca tanto en la república que pueda atropellar y prender á San Juan? ¡Un hombre que viviendo fue tenido por Dios y muriendo fue Dios tenido por él! ¡El mayor de los nacidos por vía ordinaria de mujer, en la naturaleza hombre, en gracia y pureza de vida ángel, amigo íntimo de Cristo! El cielo parece poco para este hombre, ¡y permite Dios que le pongan en la cárcel! ¡Que aquella mano con que señaló á Dios hombre, diciendo: Este es el cordero de Dios, lo echen esposas! ¡Y que aquella lengua que dio tan claro testimonio de la verdad se le ponga silencio! ¡Aquella libertad con que tan santamente vivía en el desierto, sea con grillos restringida! Más parece desatino que juicio. Oid sobre esto el parecer del sapientísimo Salomón: *Est malum quod vidi sub sole quasi per errorem egrediens a facie principis; positum stultum in dignitate sublimi et divites sedere deorsum. Vidi servos iniquos et principes ambulantes super terram, quasi servos* (Ecle., 10). Un grande mal vi en el mundo, debajo del sol, porque arriba no se compadece tal desorden. Un desconcierto que casi parece yerro del supremo gobernador de todo. No digo que yerra Dios, sino que lo parece, así mirado á prima faz, con ojos de carne. «Vi un insensato en los alcázares reales, con gran trono y autoridad, y los ricos y principales que por su dignidad merecían más que aquél, sentados más abajo y con mucho menos precio. Vi á los siervos y lacayos andar á caballo, y á los señores y príncipes andar á pie, como mozos de espuelas». El mundo al revés. Que los tiranos, los malditos, los detestables en los ojos de Dios (que estos son locos, pues los coge la muerte en sus maldades y desvarios y se condenan), que éstos anden á caballo y estén entronizados y tengan el mando y el palo para hollar á los buenos; y los ricos de gracia, los que han de ser príncipes y mayorazgos del cielo, estén avasallados, abatidos, aherrojados y presos! *Quasi per errorem*: «Parece error». Que el malo procure empecer al bueno, no me espanta; pero que salga con ello y lo consienta Dios ó lo permita, ¿qué diremos á esto? Digo que no es error, sino admirable dispensación de la divina sabiduría que San Juan esté preso y Herodes reine, y que sus amigos en esta vida sean afligidos y sus enemigos prosperados. Estando Cristo en la cruz, parece que se daban á partido los que pasaban, diciendo: *Si Filius Dei est, descendat nunc de cruce et credimus ei*. Otras cosas más dificultosas había hecho Cristo y no quiso hacer ésta. Parecíales á aquellos blasfemos que no decía bien Hijo de Dios y cruz. Pues engañaisos, que esos dos desposados para en uno son. En ninguna parte pareció mejor el Hijo de Dios que en la cruz redimiendo á los hombres. Y así San Juan y prisiones dicen muy bien. En la música de la vihuela, la cuerda que más se usa es la más delgada, que es la prima; los bordones, que son más gruesos, son los que menos se tañen; de cuando en cuando les dan un golpe y luego los dejan. Así en la armonía de la divina Providencia, los que más quietos están, los que menos golpes reciben y menos suenan son los poderosos y ricos, engrosados con los bienes de la tierra, de los cuales dice David: *In labore hominum non sunt et cum hominibus non flagellabuntur* (Salmo 72). «Que están eximidos de los trabajos de los hombres, y que no son tocados ni golpeados con los azotes con que Dios ejercita á los otros hombres», y si alguna vez son heridos con alguna pérdida ó adversidad, *non est firmamentum in plaga eorum:* «No dura mucho la plaga, desastre ó enfermedad», ligeramente se pasa y livianamente toca. Pero los justos y amigos de Dios, adelgazados con penitencia y con el desprecio de las cosas visibles, apriesa son heridos, como primas que hacen mayor melodía. ¡Con qué de redobles hirió Dios al santo Job! En la hacienda, en los hijos, en la persona; ¡y qué sonido tan suave hizo!—Si recebimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no tendremos ánimo para sufrir los males? —¿Pues qué razón me dais desta dispensación? Muchas hay. Pero la principal, con que se responde á toda esta querella, es: *Idcirco eos premit in infimis: quia videt quomodo remunerat in*

summis. Que pocas son las hadas malas, y que si los abate en el suelo, es para sublimarlos en el cielo. De aquí infiere San Gregorio una consecuencia, y nosotros sacaremos otra. La de San Gregorio, es: *Hinc ergo unusquisque colligat quid illic sint passuri quos reprobat; si hinc sic cruciat quos amat* (Lib. III, *mora*, cap. 5, *circa finem).* ¡Cuántos serán en el otro siglo los tormentos de los malos, pues son tantos en éste las aflicciones de los buenos! Quien vee al inocentísimo Job y al gran Baptista castigados con tanta severidad, ¿cómo no teme el rigor de la divina justicia, con sus pecados ofendida? De ver Achior ejecutada la justicia de Dios en la cabeza cortada de Holofernes, tiembla y cae desmayado. ¿Qué será verla en la cabeza del Baptista? Para esto pide atención el profeta (Jeremías, 49): *Ecce quibus non erat juditium ut biberent calicem, bibentes bibant; et tu quasi innocens relinqueris?* Abre los ojos, alma pecadora. Si aquellos que puestos en la tela de juicio, son dados por libres y alabados por boca del juez, con todo eso «beben el cáliz de los trabajos y se le echan á los pechos, ¿cómo tú, siendo quien eres, piensas librar por inocente?» Si los amigos de Dios, asados, desollados, escarpiados, aserrados; los enemigos (que son el terrero adonde asesta las saetas todas de su indignación), ¿cómo lo pasarán? Si Juan está en prisiones, que siempre dijo verdad, ¿qué será del que á cada paso miente y se perjura? Si el que come langostas y se viste de cilicio es descabezado, los gulosos y carnales, ¿en que pararán *Si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet?*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

La otra consecuencia que se saca de aquí es la grandeza del premio que Dios tiene guardado para sus escogidos; pues amándolos tanto, se les vende por precio de tantas fatigas y sudores; y aun con todo dice que les hace gracia. Mirad lo que padeció San Pablo, y aquel catálogo grande de trabajos suyos, prisiones, afrentas, destierros, naufragios, azotes; y con eso, dice: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam* (Rom., 8). Que todo lo que aquí sufrimos, en cuanto procede del libre albedrío, todas estas pasiones, consideradas sin el valor que les da la gracia, no hacen contrapeso á la gloria que por ellas se nos ha de dar. Y la sabiduría de Dios, habiendo tanteado lo que padecieron los santos, dice: *In paucis vexati, in multis bene disponentur.* Poco padecieron y mucho gozarán. Por ligero vejamen les darán borla muy honrosa. ¡Poco llamáis los tormentos exquisitos que padecieron, las obras heroicas que acabaron! Poco es respecto del premio. Sirva, pues, Jacob siete años (que todo es poco) por el tálamo de la hermosa Raquel; y las piedras vivas de que se edifica la soberana Jerusalem sepan que en el taller del mundo, con golpes de escoda y escoplo han de ser desbocadas y polidas, para que como las del templo de Salomón, sin estruendo ni ruido, sean después asentadas en aquellos sagrados edificios. Veis aquí la razón que tiene este juicio de Dios, con que permite la opresión de sus siervos. Pero más hay: que va con tanto acuerdo del divino juicio preparado este cáliz, que no solo es provechoso, sino gustoso. No es Dios tan desabrido con sus amigos que á secas les envíe trabajos y sin consuelo. *Ipse vulnerat et medetur, percutit et manus ejus sanabunt* (Job., 5), dice un amigo de Job: «El hace la llaga y aplica la medicina; con una mano hiere y á dos manos sana», con una lastima y con dos halaga. Y así ningún bueno tiene trabajos de su mano, sin consuelo. Cárceles y prisiones por Dios, mayor alivio han de tener. Mirad. Mayor valentía es de Dios, y más aventajada misericordia, dejar al hombre en sus fatigas y darle gracia para sufrirlas, que quitárselas. Porque quitarlas es común beneficio de amigos y enemigos, es socorro común; pero dejar trabajos y dar paciencia para sufrirlos con gusto es de solos amigos. Porque si los ángeles pudieran tener invidia, la tuvieran de los hombres, porque padecen trabajos por Dios. Tres veces pide San Pablo que le quite Dios la tribulación, y respóndole: *Sufficit tibi gratia mea.* Yo te haré mayor merced, que te sepa bien el trabajo y te goces con él, para lo cual «basta mi favor y gracia». Y responde luego San Pablo: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis.* Yo no solo llevaré en paciencia mis trabajos, sino con alegría, y me ufano y glorío dellos. Otro ejemplo hay del viejo Testamento. Bien os acordaréis de aquellos tres niños que porque adoraban al verdadero Dios los mandó echar el rey Nabucodonosor en el horno de Babilonia, cuyas llamas subían cuarenta y nueve codos en alto. Pues luego al punto descendió el ángel del Señor á hacerles compañía. *Et fecit medium fornacis quasi ventum roris flantem*: «Y en medio del horno hizo como una camarita donde estaban con una marea muy suave y un rocío como agua de ángeles». De modo que ninguna molestia les dio el fuego. Decidme agora, ¿cuál fuera mayor milagro que hiciera Dios, llover agua del cielo que apagara el horno, ó que el fuego, siendo tan indómito y destruidor, mudase su naturaleza y no sólo no quemase, sino hiciese marea fresca y deleitosa? Claro está que esta segunda fue mayor hazaña. Pues desta manera se ha Dios con sus siervos; que allí donde el mundo los persigue, tiene Dios el consuelo; allí donde los afrenta, El los honra y

está con ellos. *Hæc, venditum justum non dereliquit, descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum.* La sabiduría de Dios, que es la guía de los justos en esta vida, la cual los conforta y lleva por la senda de la justicia, esta sabiduría, que es el mismo Dios, no desampara al justo encarcelado; desciende con él á la mazmorra y calabozo donde el mundo le pone para afligirle, y allí está con él consolándole y solazándole con buenas nuevas, y autorizándole con su compañía. *Cum ipso sum in tribulatione, eripiam eum et glorificabo eum* (Salmo 90): «Con él estoy en la tribulación; librarlo he y glorificarle he». (Origines, in capítulo 25, *Mat. tracta*). *In carcere membro Christi constituto ipse non est solitus a carcere qui dicit: cum ipso sum in tribulatione*: «Estando el justo (que es miembro espiritual de Cristo) en la cárcel, no está libre della el Señor, que dice: Con él estoy en la tribulación». Pues si Dios se agrada de estar en las prisiones acompañando al justo, ¿cuánto más honrada estará la cárcel donde está Juan que los palacios de Herodes? No me digáis que Herodes está á caballo y Juan á pie, que no es sino al revés: Juan en dignidad y Herodes abatido delante de Dios. Si Juan aherrojado, Dios aherrojado con él. Y siendo así, más vale el cepo en que está Juan que la corona real de Herodes. Más el pie de amigo que le tiene trabado el cuerpo que la púrpura de Herodes. Más valen las esposas destas manos que las sortijas de aquéllas, adornadas de oros y perlas, con rubíes, diamantes y esmeraldas. Bien entendía esta filosofía el apóstol San Pablo y cuánta sea la gloria de estar preso por Cristo, pues toma por principal título y blasón: *Paulus vinctus Jesu Christi* (Ad Philemon, 1). Pues ¿dónde dejáis el título de apóstol que solíades contar por la principal dignidad de la Iglesia? ¿Dónde el renombre de doctor de las gentes? Ya no se precia deso. Como un señor que por merced del rey sube de conde á duque olvida el título menor por el mayor, así San Pablo antepone al ser apóstol llamarse preso de Jesucristo. Este sermón, de principal intento se ordena á loar las cadenas de San Juan; y así me parece necesario traer las palabras de San Juan Crisóstomo, que con admirable elocuencia, nacida de un ardor de caridad muy inflamada, encarece la gloria del estar preso por Cristo, tratando aquellas palabras del apostol: *Obsecro vos ego vinctus in Domino*. Más ilustre cosa es ser aprisionado por Cristo que ser apóstol, doctor y evangelista. Si alguno arde en amores de Cristo, éste sabrá ser verdad lo que digo, y la virtud destas cadenas, y escogerá más aina, si le deja á su elección, traer cadenas por Cristo que morar en el cielo. ¿Por ventura es esto más ilustre que estar sentado á la diestra de Cristo? ¿Más honroso que sentarse en una de las doce sillas por asesor del juez? Aunque esto no tuviera otro galardón, sólo estar preso por el amado es abundante retribución. «Pues yo, dice San Crisóstomo, si me dieran á escoger, ó ser señor de todo el cielo ó de aquella cadena, sin duda tomara la cadena. Más. Si me fuera lícito espaciarme con los ángeles en el cielo ó estar aherrojado con Pablo en la cárcel, la cárcel apeteciera. Si me quisierais hacer serafín de los que están más vecinos de Dios ó maniatado por Cristo, en preso me transformara y no en serafín. No hay cosa más gloriosa ni bienaventurada que estas cadenas. No es tan bienaventurado San Pablo porque fue arrebatado al tercer cielo, cuanto por haber sido echado en la cárcel. No tanto porque oyó palabras inefables, cuanto porque sufrió las prisiones. Y que esto sea así, oidlo al que se gloría desto y no de aquello. No dice: Ruégoos yo que fui llevado al paraíso y oí sacramentos inefables, sino *obsecro vos ego vinctus in Domino*. ¡Oh manos dichosas con aquella cadena adornadas! No eran tan excelentes las manos de Pablo cuando sanaron al cojo en Listras como cuando estaban con esposas. Si te admira ver la víbora pegada á la mano de Pablo y no empecerle, sábete que aquella cadena tenía y todo el mar la respetó, porque también entonces venía preso. Y si yo allí me hallara, aquellas cadenas abrazara y besara, y pusiera sobre mis ojos y corazón». «También, dice un poco más adelante, fue honrado San Pedro, príncipe de los apóstoles, con las cadenas. Preso le tenía Herodes y ligado con dos cadenas y con guarda de soldados; y él duerme alegre y descuidado, á sueño suelto. Llega el ángel y despiértale y quítale las cadenas. Allí, si alguno me dijera: ¿cuál quieres más ser, el ángel que suelta á Pedro ó Pedro suelto? respondiera: más quiero ser Pedro, por quien el ángel bajó del cielo para gozar de ver y tocar sus prisiones». Hasta aquí son palabras de San Crisóstomo, cuya devoción y caridad inflamada no puede dejar de admirar á los que tan lejos estamos deste fuego y deste sentimiento. Antiguamente se tenía por gloria lo que en alabanza de Abner dijo David: «En ninguna manera se dirá que murió Abner como cobarde». ¿Y en qué lo veis? *Manus tuæ ligatæ non sunt, et pedes tui non sunt compedibus aggravati*. «Porque tus manos, ¡oh valiente capitán! no fueron con esposas ligadas, ni tus pies con grillos impedidos, ninguno te ganó por prisionero». Pero en la casa de Dios no se tienen las cadenas por afrenta, sino por suma dignidad y honra. Pues no fueron menos honrosas las cadenas del Baptista que las de Pablo y Pedro. No menos bienaventurada su prisión, y así no es junta des-

igual, sino muy conforme. *Joannes in vinculis.* Es el oro en el crisol, la perla en el engaste, el diamante en la sortija, el carbunco en la corona, el mercader en el trato y el capitán en la batalla, donde ha de mostrar su valor y quedar rico de despojos.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Visto habemos el valor de San Juan en las prisiones y cómo por temor no faltó de su boca verdad, reprehendiendo al tirano, que por ello le quitó la cabeza de los hombros. Veamos agora cómo se hubo contra la codicia y adulación, que no suele ser menos peligrosa. *Tunc mittens duos de discipulis suis, ait illi: Tu es qui venturus est, an alium expectamus?* Desde la cárcel envía esta embajada á Cristo con dos de sus discípulos: «¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?» ¿Con esta pregunta sale ahora San Juan á cabo de rato? ¿No sabe él esta verdad desde el vientre de su madre? ¿No la tiene muchas veces testificada diciendo: «Este es Hijo de Dios; este es el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo?» ¿No vino al mundo para plantar en él esta creencia, para que todos los hombres creyesen por él? Sí. Pues ¿cómo pregunta ahora como si ignorase? ¿Hase enronquecido aquella voz clara que voceaba en el desierto? ¿Hase cascado aquella trompeta sonora del Evangelio? ¿Han sido parte las lisonjas de sus discípulos ó la codicia de su reputación y crédito que con la autoridad de Cristo se disminuía, para que oculte la verdad, por su boca predicada? En ninguna manera. Pregunta es ésta que vale por resolución de mil cuestiones: ignorancia llena de sabiduría. No es esta la duda de Sara, ni la de su padre Zacarías, sino la pregunta de Dios á Adán: *Ubi es?* «¿Adónde estás, Adán». Y la de Cristo á Marta y á María: *Ubi posuistis eum?* Y á Filipo: *Unde ememus panem?* Y advierte el evangelista que aunque pregunta, *ipse sciebat quid esset facturus.* Así pregunta San Juan: *Tu es qui venturus est?* ¿No porque dude, sino porque Cristo lo diga y sepa el mundo de su boca esta verdad tan importante. Por eso entra en docena de ignorantes, y porque ganen ellos se pone él á riesgo de perder su crédito. ¡Mirad cuán ajeno está de anteponer su propia estimación á la verdad! Es muy ordinario en los amigos de Dios tener en poco sus pérdidas corporales á trueque de la ganancia espiritual de sus prójimos. Porque es este el ingenio de la caridad, *Quæ non quærit quæ sua sunt sed quæ Jesu Christi;* que no busca sus propios cómodos é intereses, sino la gloria de Dios y de Jesucristo. Viene el Redemptor al pozo de Jacob, asoleado y fatigado del camino, y con estar ayuno y ser medio día, se olvida de comer por convertir una pobre mujer samaritana. Va con la cruz á cuestas á ser crucificado, y duélese de las hijas de Jerusalem que le seguían llorando; y vuélvese á predicarles que llorasen por sus pecados para aplacar la ira de Dios que les sobrevenía. Está pendiente en la cruz, cercado el cuerpo de dolores y el alma de penas, y primero ruega por los que le crucifican, perdona al ladrón, consuela á su madre y discípulo, antes que diga: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Este mismo espíritu incitaba á Moisés y á San Pablo para que partiesen mano de la visión divina, á trueque de que gozasen della los de su pueblo. Como la madre que recibe la sangría y toma la purga por la salud del niño. Esto es lo que dice la esposa: *Posuerunt me custodem in vincea, vineam meam non custodivi.* «Pusiéronme por guarda de las viñas, y por mirar por las otras que me fueron encomendadas, me olvidé de guardar la mía». ¡Qué pocos de nuestros viñaderos hay el día de hoy! ¡Qué pocos Moisés y Pablos que desprecien su particular utilidad, su honra y su provecho, por el bien común de las almas de sus súbditos y prójimos! Este amor y celo rige á San Juan en esta obra; pues olvidado de procurar su libertad, no atendiendo á que ponía su honra en aventura, preguntando como ignorante lo que como sabio había testificado, con esta santa cautela envía sus discípulos á Cristo para que le vean y conozcan y se queden con él. Enseña con esto á todos los que en la Iglesia de cualquier forma que sea tienen discípulos, que deben poner sumo cuidado en destetarlos de sí y ahijarlos á Cristo, verdadero maestro. Mirad: el amor y la afición no son una misma cosa. El amor no es ciego y no se ha de poner en cosa tan noble falta tan fea; si lo fuese, no había por qué ponerle delante los ojos aquella venda con que le pintan; antes se le pone porque no vea tanto, que á veces vee más de lo que hace provecho. Tampoco significa pasión, pues con propiedad y sin alguna metáfora se halla y dice de las cosas espirituales y del mismo Dios. *Deus est charitas,* dice San Juan; y propiamente nos tiene amor, y lo es. Pero la afición, de cualquier linaje que sea, es pasión y corta de vista. Esta es la venda que priva de ver. Y así como ser la venda de seda ó de tela de oro, ó ser de jerga ó cañamazo, importa poco para ver ó no ver: porque tan poco verá quien con un paño de brocado tuviese cubiertos los ojos, como si fuera un cernadero, así la afición, sea á lo humano ó á lo divino, hace poco al caso: porque, si es afición, quita la libertad que es menester en el pecho donde sólo Dios ha de vivir. Antes acontece que las causas de la afición son [illegible]

peligrosas cuanto más honradas. Quien quiera se quitará lo más á priesa que pudiere un trapo sucio delante los ojos; pero ya habrá alguno que si es una faja bordada, pensando que le está bien, huelgue de traerla y le pese que se la quiten. Pues para quitársela á éstos, y sin darles enojos, discreción será menester. Tal fue la que en este caso mostró el Baptista. Debían sus discípulos estar no sólo aficionados, sino apasionados y dolientes por sus amores; nadie les parecía que llegaba allí en ninguna cosa que fuese santidad y virtud. ¿Dónde había aquella penitencia tan prodigiosa? ¿Dónde aquella oración continua? ¿Dónde aquel ayuno nunca interrumpido? ¿Dónde aquel celo de Dios y de su honor tan inflamado? ¿Dónde aquella palabra y predicación ardiente y que abrasaba? Ved si eran cosas estas para prender las aficiones, que así se van al bien como lo grave al centro. Veía bien que importaba estar el pecho libre de todo lo que no expuso Dios para la vida espiritual, y de aquí salían aquellos cuidados de despegarlos de sí, desahijarlos, para que buscasen donde debían los necesarios alimentos. No sé si en estos tiempos hay alguna necesidad desta doctrina. A lo menos en los de San Pablo no faltaban muchos herejes, que entre otros males hacían este de captivar las conciencias afeminadas. *Ex his sunt qui penetrant domos et captivas ducunt mulierculas oneratas peccatis* (Tim., 2). Como suelen los enemigos colarse por las tierras de sus contrarios y hacer sus presas en lo más flaco, y donde menos resistencia hallan, así dice: «Penetran éstos y se cuelan por las casas, y de allí sacan captivas á las mujercillas cargadas de pecados». Y él mismo veía que en las tierras donde había predicado la libertad evangélica, se habían de levantar semejantes desventuras. *Ego scio quod post discessionem meam intrabunt lupi rapaces in vos, non parcentes gregi et ex vobis ipsis exurgent viri loquentes perversa, ut abducant discipulos per se* (Act, 28). Este ha sido el intento y la tema de los herejes: allegar á sí discípulos, quitándoselos á cuyos son. Como aquella mujer dormilona que desque mató durmiendo á su propio hijo, hurtó el ajeno del lado de la madre que dormía. Por eso avisa á los que hablaba, que eran prelados *propter quod vigilate:* No deis ocasión con vuestro sueño á semejantes hurtos. Fuera de los herejes, no sé yo si habrá otros que no con tanto perjuicio, pero con alguno, si no penetran las casas para hacer presa en las pecadorcillas almas, á lo menos no ponen todo su cuidado en libertar á las que veen en cierta forma presas. Si no son lobos robadores, ni hombres de doctrinas perversas, para atraer discípulos en pos de sí con el cuidado que negocio tan arduo demanda, algunas adherencias que veen ser demasiadas é impeditivas del aprovechamiento espiritual. Porque hay gentes que vienen á no creer en Cristo, sino predicado por Fulano. Y á no confesar ni comulgar sino por mano de Fulano. De aquí nace la disensión: mejor es éste que el otro; y de ahí vienen á decir mal de todos por defender á unos, y á no aprovecharse de ninguno, que es la confusión que riñó San Pablo á los de Corinto: *Unusquisque vestrum dicit: ego quidem sum Pauli, ego vere Cephæ, ego autem Apollo.* «Andáis divisos en parcialidades; uno dice, yo soy de Pablo; otro, yo de Cefas; otro, yo soy de Apolo». ¿Qué pensáis que somos los predicadores y confesores, para que nos tengáis en la posesión que debéis? *Ministri ejus cui credidisti.* Somos criados de Jesucristo, dispensadores de su palabra y sacramentos; y así, no habéis de atender tanto á las personas cuanto á lo que representan, y toda la afición ponerla en Cristo y en su Evangelio. Este me parece sano consejo: que oigáis misa cada día donde pudiéredes, y hagáis decir misas adonde os viniere á cuento, y oigáis sermón á quien más os aprovechare, y que comulguéis y confeséis, pero que no os captive nadie, no os privéis de vuestra libertad para oir á otros y confesaros con otros, siquiera porque entendáis que somos todos ministros de un Señor que pretendemos, que despojados de todo, sólo le sigáis. Este fue el intento deste mensaje.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Entendió muy bien el Señor la cifra de su Precursor y secretario, y luego puso la firma haciendo en presencia de los discípulos muchos y grandes milagros, que eran las señales dadas por los profetas de la venida del Mesías. Y luego, díceles: *Euntes renunciate Joanni quæ audistis et vidistis.* Esta fue la mejor respuesta que se pudo dar. Si le preguntásedes á un árbol: ¿sois camueso ó peral ó guindo? no tenía necesidad de otra respuesta sino mostrar sus fructos, para ser por ellos conocido. Pregúntanle á Cristo si es el Mesías; muestra los fructos, hace las obras propias que sólo el Mesías había de hacer con propia potestad. Eso es responder: yo soy el Mesías. Hizo Apeles, como cuenta Plinio, una línea delicatísima sobre otra que había hecho Protógenes; y en viendo Protógenes la subtileza desta última línea, dijo: Este es Apeles, porque sola su mano pudo tener tal tiento y delicadeza. Dar vista á ciegos, oído á los sordos, vida á los muertos con propia virtud, la mano de Dios sola lo pudo hacer. Envía Dios á Moisés que liberte á su pueblo de Egipto, á éste dio toda la autoridad, la

vara para hacer maravillas; hácele Dios de Faraón, y dale por acompañado á su hermano Aarón. *Aaron erit propheta tuus*, tu lengua, faraute y intérprete. Así para la redempción, envía á Cristo, que es Moisés, la mano de Dios con la vara de la potestad, y á San Juan que sea lengua que le dé á conocer. Cristo que obre la salud; San Juan que dé noticia de su salud. Así, Juan *signum fecit nullum, sed vox clamantis in deserto*. Cristo las manos, las maravillas; por eso responde con obras. Muéstranos con esto la obligación que tiene el cristiano de placear su fe con obras. No os aseguréis con decir creo en Dios, ámole sobre todas las cosas. A la prueba, mirad las obras. Hay muchos de quien podemos decir: *Vox quidem vox Jacob, sed manus sunt Esau*. Que es lo que declaró San Pablo: *Qui confitentur se nosse Deum, factis autem negant* (Ad Tit., 1). Tienen dos evangelios: uno de palabras; éste es el bueno, el de Cristo, y por tal le creen; otro de obras, como de Mahoma, y por éste viven. No es este el servicio que pide Dios al cristiano, sino el que El da á entender por su profeta: *Ero eis Dominus in justitia et veritate*. Donde dice la glosa ordinaria: *Dominus, appellatus est Deus eorum non in mendatio et iniquitate, sed in veritate ac justitia*. No en mentira, como mienten aquellos que le llaman Señor y en la obra le sirven, que afirman que le aman, y si veen relucir el dinero quebrantan su ley por la codicia. El es Señor en verdad y tiene cuidado de sus siervos con verdad; y así es justo que nosotros hagamos fielmente el oficio de siervos. Lo cual hace con verdad, no el que le llama con los labios, sino el que guarda sus mandamientos, y prefiere su amor á todas las cosas del mundo.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Illis autem abeuntibus, cœpit Jesus dicere ad turbas de Joanne. Idos los discípulos de San Juan con tan buen despacho, comienza el Señor á hacer un sermón en alabanza de San Juan; y es con tanto encarecimiento, que si predicara delante de monjas muy apasionadas no pudiera decir más. *Quid existis in desertum videre?* Lugar era éste para detenernos en él si el tiempo le diera. Porque una oración en género demonstrativo hecha por Dios en alabanza de un hombre digna era de consideración para que mirásemos su artificio y retórica: los lugares de donde saca los argumentos, si procede por las reglas de Cicerón y Quintiliano: *si laudat a patria, a parentibus, a genere, ab educatione*, cómo capta la benevolencia. Pero no podemos tratar desto con tanto espacio. Basta que cuando un orador cristiano quisiese alabar, venga á esta oración á tomar la traza. San Juan no se alaba de cosas ajenas, porque tien muchas propias. No ha menester sacar la oración á la tesis y cuestión infinita, porque tiene largo campo la cuestión finita en que detenernos. Lo primero que el Señor nos muestra es que no saquemos de lisonjas las alabanzas, y que el alabar á uno no sea solamente para desvanecimiento, sino para provecho de los que lo oyen. Y así, idos los discípulos, *cœpit Jesus dicere ad turbas de Joanne*. Al pueblo se vuelve. Con Juan no tiene que cumplir, que Juan está satisfecho de Cristo y Cristo de Juan. Al pueblo le importa saber quién es Juan, y que es testigo sin tacha. No hace bien quien disminuye las alabanzas de San Juan, porque Cristo quiere que estén muy en pie, y así es necesario para la fe. El grande Evangelista, con su pluma regida y cortada por el Espíritu Santo, da testimonio de Cristo: *In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum*. Y con todo eso, se vale del testimonio de San Juan. *Joannes testimonium perhibet de ipso*, y le pone por primero y principal. Y para esto es menester que tenga aprobación de boca del mismo Dios. Alábale de valiente, fuerte, constante; alábale de templado, prudente y sabio. Estas son las alabanzas propias del que las ha de recibir de Dios. No es caña vacía San Juan: fácil, ligero, movible, sino sólido, lleno y macizo. No es de los que se mueven con el viento de la privanza ó prosperidad ó adversidad. *Erit tanquam lignum, quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo; et folium ejus non defluet*. Dio fructos excelentes de obras grandes, santísimas, y sus palabras fueron tan graves que ni una hoja cayó en tierra ni se la llevó el viento: lo que tiene dicho no lo desdice. Es templado y modesto, en su comer abstinente, en su vestir austero, en su vivir rígido. Quien desta suerte viste y come, no ha menester los favores de les reyes ni sus palacios. Halló una vez Platón á Diógenes cínico lavando una poca de hortaliza para comer, y díjole al oído: *Si Dionysio obsequutus esses, olera profecto non lavisses*. Y respondióle también al oído: *Etsi lavares olera, Dionysio non esses obsequutus*. Era Dionisio un tirano á quien Diógenes (contento con su pobreza) no quería adular. San Juan, que comía langostas, no ha menester lisonjear á Herodes. Más. Es sabio, porque es profeta y más que profeta. Porque de los profetas, el más insigne, que es Elías, fue su figura. Ello profetizaron de lejos, San Juan de cerca. David dijo: *Super senes intellexi, quia mandata tua quæsivi* (Salmo 118), ¿cuál sería l ciencia de San Juan que tan cerca anduvo Cristo, del sol, de la fuente de la sabiduría, d *plenum gratiæ et veritatis?* Supo tanto, q

salió de la capacidad de hombre á la de los ángeles. *Hic est enim de quo scriptum est: ecce ego mitto angelum meum, ante faciem tuam.* Viene como ángel en la pureza, como si no tuviese cuerpo en el vestir y comer. Más. Los ángeles toman cuerpos para entender en los negocios á que son enviados á la tierra, y luego los dejan. Así San Juan, *venit in testimonium*, en cuerpo verdadero, y acabado el testimonio se le acaba la vida. Y porque de San Juan no se puede decir por menudo todo lo que es y todo lo que dijo Cristo, con ser tanto, no fue más que dar principio á sus loores, *cœpit Jesus dicere ad turbas de Joanne.* Si esto dijo comenzando, ved qué dijera si acabara. Acabemos nosotros con aquella sentencia (en esta parte definitiva) del Salvador. *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista.* San Ambrosio infiere: «Luego cualquiera que de mujer nació, inferior es á Juan». San Agustín: *Si in natis mulierum non surrexit major, quisquis Joanne plus est, non homo sed Deus est.* Y San Juan Crisóstomo dice que para la verificación desto no basta que San Juan sea igual á los mayores, sino que sea el mayor de los grandes. Porque si, como dice Daniel, los santos han de resplandecer *sicut stellæ in perpetuas æternitates*, y, como dice San Pablo, *Stella differt a stella in claritate*, la estrella que no reconoce otra mayor, ella ha de ser la mayor. Y así San Juan, dejando aparte el sol, que es Cristo, y á la luna llena, que es la Virgen, entre los santos, que son las estrellas, si ninguno dellos es mayor que él, síguese que él sea el mayor de todos. ¿Cómo resplandecerá en aquel día de la final resurrección, cuando el Señor ha de alabar á todos? *Tunc laus erit unicuique a Deo* (I Cor., 4). Si tanto le alabó acá, delante de los hombres, ¿cómo le alabará allí delante los ángeles? ¿Cómo campeará allí su constancia entre las vírgenes, su sabiduría entre los profetas? Su aspereza y abstinencia se verá allí imitada de tantas escuadras de religiones. Y así como á siervo que granjeó más copiosamente con sus talentos, le darán aventajadísimos premios; y midiéndose éstos por la capacidad de la gracia, quien se llama Juan, que es gracia, y tuvo la mayor en la tierra de los nacidos de mujer, tendrá en el cielo la mayor gloria. *Quam mihi et vobis*, etc.

SERMON TERCERO

EN EL

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi.

(MAT., 11).

El santo Evangelio, en suma, contiene tres puntos. El primero, una embajada que el gran Baptista, desde las prisiones en que Herodes le tenía, envió con dos de sus discípulos al Redentor, preguntándole: «¿Eres tú el que ha de venir ó esperamos á otro?» El segundo, la respuesta de Cristo, con muchos y grandes milagros, evidentes testimonios de ser él el Mesías profetizado y esperado. El tercero, un sermón que, idos los mensajeros, hizo el Señor á las compañas en alabanza de San Juan, en que pondera su constancia, el rigor de su penitencia, su conocimiento y luz, más que de profeta, y su angélica vida. Para decir algo á gloria de Dios y edificación nuestra, pidamos la gracia por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave María.

INTRODUCCION

Todas las veces que con atenta consideración reparáremos en pensar el modo que la providencia divina ha tenido en disponer las cosas tocantes á los justos, y cómo han sido por Dios tratados los que bien le sirven, y junto con eso también pensáremos cómo se han habido con el mesmo Dios sus amigos en los negocios que por su orden y disposición les han sucedido, tendremos bien por qué estar escrupulosos, y sospechosos y descontentos de nuestra manera de ser tratados viendo cuán lejos va y cuán dife-

rente de aquella con que fueron tratados ellos. No es solo mi parecer éste, porque no le tengáis en poco; es sentencia de San Juan Crisóstomo: *Semper quidem, maxime autem cum sanctorum recogito virtutes, tunc mihi occurrit desperatio mei, quia neque in somnis experimentum accepimus bonorum, quæ illi per totum vitæ suæ tempus gesserunt; viri qui non pro peccatis luebant supplitia, sed semper quæ recta sunt agebant et semper tribulabantur.* «Aunque siempre vivo de mí desconfiado, con mayor ímpetu me saltea el descontento que debo tener de mi vida desque pienso las proezas de los santos; porque veo que ni por sueños llegamos á los bienes que en todo el discurso de su vida hicieron ellos. Hombres que no lastaban por sus culpas, y siempre hacían lo que debían y siempre vivían atribulados». Pues los que no vivimos ni aun medianamente, ¿qué contento podemos de nosotros tener cuando, con mal vivir, padecemos poco y deseamos padecer menos? Gran libertad en cometer culpas; gran cuidado de no lastarlas con penas; gran impaciencia cuando Dios nos las envía: cosas son que en nada dicen con lo que de los amigos de Dios sabemos. ¿Qué cosa es oir hoy esta sola palabra: Juan en las prisiones? ¿No bastará la cárcel, sino sobre eso prisiones? ¿Tan mal hombre era ese Juan que le encarcelan? ¿Tan facineroso, tán violento, tan belicoso, que le aprisionan? ¡Temieron que quebrantase la cárcel, y por eso le aherrojaron! Y tuvieron por qué temer, que quien al cielo mismo hizo violencia, y mostró á los mortales cómo podían salir victoriosos de aquella guerra en que vencidos cayeron los gigantes que al principio la comenzaron, bien se puede recelar dél que saliese por fuerza de la cárcel. Pero ni aun bastaban hierros para aquel cuerpo tan adelgazado ya y tan enflaquecido de la continua abstinencia, que no se hallara collar, ni esposas, ni peal, ni argolla de que no se pudiera salir, porque todo lo hecho al talle del cuerpo humano había de ser sin proporción á aquél, que ya estaba convertido en puro espíritu. No me espanto yo que los hombres le pusiesen en estrechas prisiones, sino de que Dios lo permitiese. Y si es verdad lo que dispuso: *qui non vetat culpam cum possit, præcipit*, me admiro que no lo impidiese ó lo mandase. Señor, ya que no había culpas aquí que limpiar con tan graves penas, para mérito de gran corona, ¿no bastaba lo que este hombre había hecho en sí de su gana? Aquel ayuno perpetuo, aquella continua oración, aquel cilicio en treinta años ni por una hora despojado, aquella desnudez, aquella aspereza de vida inimitable y casi increíble: *Venit Joannes Baptista non manducans neque bibens*, confiesa Cristo. Y añade Bernardo: *Plane neque vestiens.* Esto y lo semejante, ¿no bastaba en una ánima sin pecado para que la pusiésedes, Señor, allá sobre los ángeles todos? ¿Menester fue que sobre eso le diesen otras caldas, si no más recias, á lo menos más afrentosas? ¡Cárceles, bretes, cadenas, grillos, esposas, para San Juan Baptista, que era más limpio que los cielos, y que podía su santidad, estoy por decir, deslustrarlos y oscurecerlos! ¡Ay de mí! ¡Ay mil veces de mí y de los semejantes á mí, que vivimos como vivimos, y no sé qué ni por qué título nos esperamos! Allá lo libramos todo en el banco de la divina misericordia; ¡quiera Dios que nos sea tan segura como imaginamos! Porque la fe dice: *Juditium sine misericordia ei qui non fecerit misericordiam* (Jacob, 2). Y si queréis saber qué misericordía es ésta, oid al mismo Señor: *Miserere animæ tuæ, placens Deo* (Eccl., 30). No piense nadie que son estas leyes usadas sólo con el Baptista: son leyes universales del reino de Dios, pregmáticas que á todos obligan. *Alii ludibria et verbera experti, insuper et vincula et carceres; lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt* (Hebr., 2). Después de haber contado el apóstol muchos linajes de santos y las hazañas que animados por la fe hicieron, concluye: «Otros fueron con escarnio azotados, pasaron afrentas y azotes; otros sobre eso, prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, despedazados, pasados á filo de cuchillo. Los que desto se escaparon y pudieron huir la muerte, vivieron vida más penosa que el mismo morir. Vestidos de jergas, y de cilicios hechos de pelos de cabras, necesitados, angustiados, afligidos; hombres de cuya presencia el mundo era indigno; hechos montaraces por esas breñas, desperdigados por los montes, en vida sepultados, escondidos en cuèvas y en simas y bolambreras de los peñascos como fieras». *Et hi omnes testimonio fidei probati.* A éstos y á los tales llama aprobados por la fe. A éstos da la fe por buenos. Quien por aquí no camina, quien de éstos no es, busque otra aprobación, que no se va por otro medio al cielo. Pregunta á San Juan el ángel que le declaraba los misterios: *Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt et unde venerunt?* Parece que quisiera que le preguntara aquella duda, y como no lo hacía preguntando, le exhorta á preguntar. Estábanles presentes muchos, galanamente vestidos, que con la albura de la ropa que vestían, mayor que la de la nieve, daban en los ojos á todos, y les solicitaban á que se informasen de quién eran. «Estos, dice, de la librea blanca, que así se señalan y tanto campean con su gala, ¿quién te parece que son y de dónde venidos? ¿De qué región del mundo? ¿Qué linaje ó suerte de gente serán esos, á tu parecer? Señor, vos lo sabréis

mejor y lo diréis. *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine agni:* «Estos son unos grandes personajes, que de las grandes tribulaciones han venido». Esas son las Indias, las regiones riquísimas donde tales ropas se tejen, se cortan y se saben hacer. Allí se coge aquella púrpura, ó grana, ó carmín, ó carmesí, ó gusanillo de la sangre del cordero. El se llama *vermis et non homo* (Salmo 21), por la humildad de su pasión. La tintura se llama *vermiculus*, como si dijésemos, cochinilla. Con esa se da color á la ropa de que se han de vestir cuantos de Dios han de gozar; todos los cortesanos que en su corte han de parecer. Y ese es el milagro, que lavando la ropa en sangre tan fina, quede alba; sea colorado el tinte, y blanco el color que dél se saca. ¿Queréis que os lo diga más claro? San Pablo: *Quoniam per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei* (Act., 14). ¿Qué esperamos aquí los que con suma diligencia huimos los trabajos, los que aborrecemos la pobreza por ser penosa, los que á la penitencia volvemos asombrados las espaldas, los que ninguna cosa con más cuidado procuramos que vida descansada? Pues no ha de hacer Dios otras leyes para este reino; otro reino pretenda quien en otras leyes vive; á éste no se camina sino *ex magna tribulatione.* No ha de ser pródigo para con vos quien para San Juan Baptista tan limitado fue.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

No nos causa menos sospecha ni menos sobresalto entender cómo se hubieron los santos en los trabajos que Dios les envió, con qué paciencia, descuido, alegría; cosas diferentes de las que en nosotros vemos. El más espiritual que agora se halla, cuando le sucediere algún trabajo, que se le haga una injuria, ó le afrenten, ó cosa tal, no blasfemará, ni dirá mal, ni murmurará; pero permitidera cosa y pasadera será que esté melancólico, y que se encierre y no hable ni trate con nadie, y llene el cielo de querellas, y de suspiros los aires, y de lágrimas la tierra. Muéstrese sentido y quéjese siquiera á sus amigos, y tenga dellos justa razón de queja si no le visitaron y dieron el pésame. ¿Qué es ver á San Juan Baptista hoy? No tenía otro amigo sino á Jesucristo. *Amicus sponsi* le llama él. ¿Qué son las cosas que por terceros trata con él? La cárcel en aquella sazón estaba hecha iglesia, y allí se trataba la predicación. Era un general de la filosofía cristiana, en que no se disputaba sino del Mesías y de su advenimiento, y del cumplimiento del tiempo señalado en las profecías; no de recusar el judicatorio de Herodes, ni calumniar los testigos, ni apelar á otro tribunal. De cosas destas no había ni memoria. A San Pablo, entre otras, echaron una vez en la cárcel y muy bien azotado, porque andando haciendo su oficio en Filippos, ciudad de Macedonia, lanzó un demonio parlero del pecho de una mozuela que, adivinando, daba mucha ganancia á sus amos. Echado, no sólo en la cárcel, sino en lo más trabajoso della, y de pies en un cepo, se está callando hasta la media noche; á esa hora despierta á Silas, su compañero, y ambos comienzan á rezar sus maitines y á alabar á Dios muy en tono, como si estuvieran en el coro más limpio y más abrigado del mundo; y así acude Dios al rezado y se estremece la cárcel, y abren las prisiones y sueltan los presos. En doliéndome la cabeza, no tengo mayor enemigo que el breviario, y las letras de los Salmos son puñales que me traspasan las sienes y se me entran por los ojos al celebro. Pues mirad un hombre á quien debía, y muy bien, doler el cuerpo todo, que no pierde punto de su devoción, y ved en qué entiende en esta ocasión, á tal hora y en tal lugar, y hallaréis que el alcaide, asombrado de lo que pasaba, baja de su aposento, y desque vio las prisiones abiertas y los presos sueltos, que se podían ir sin resistencia, sacó una daga para con ella matarse desesperado. Debían quizá en aquellos tiempos castigar con más rigor que ahora semejantes desastres, aunque no hubiese negligencia. Dale de acullá voces Pablo: «Tate, hombre, no te hagas mal, que aquí estamos todos; sobre mi palabra, nadie se irá que de las grandezas de Dios no resultan injusticias». Vase llorando á los pies del apóstol; pregúntale qué hará en aquel caso, y allí les predica á Jesucristo, y les intima el Evangelio; y en aquella noche hizo más fructo que desde que en aquella tierra estaba, que no había convertido sino á una sola mujer, hilandera de púrpura, y allí baptizó al alcaide y á todos los de su casa. De manera que hace el apóstol oratorio de la cámara, del hierro y del cepo púlpito, y baptisterio de la cárcel y iglesia de fieles de las mazmorras y calabozos de condenados. No es mucho que haya oficiales en la casa de Dios tan diestros que puedan hacer esta transmutación, pues buscándolos se hallan Nabuzardanes que abrasen el templo y le vuelvan en moradas de fieras y escondrijos de malas sabandijas y se hallan fariseos que la hagan cueva de ladrones. Así que el Baptista, con más eficacia trata las cosas tocantes al servicio de Cristo, cuando más afligido estaba por haber procurado aderezar el camino para el Evangelio. No estaba por otros malos recaudos preso, sino porque con la hacha en la mano andaba quitando los estorbos para allanar y enderezar los caminos por donde había de venir el Mesías.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Pero no pasemos de largo por el consuelo que envía Dios á San Juan en las prisiones; porque como á San Pablo le visitó en la cárcel y le consoló, así á San Juan en la suya le alienta y recrea con las nuevas de las obras de Cristo. *Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi*. Hay en estas palabras una grande alabanza de San Juan, junto con mucha doctrina para nosotros. La primera gracia de las creadas que Dios comunicó á el alma de Cristo fue la vista clara de su divina esencia, adonde el mismo Dios es el maestro que enseñaba su entendimiento de todas las verdades y cosas que había hecho y había de hacer. Y aunque esta gloria en la Sagrada Escritura comúnmente se llama visión, porque realmente y propiamente lo es, alguna vez se suele llamar oído, para mostrar que como para oir es menester que otro hable y nos diga lo que quiere, así la visión beatífica á ninguna criatura es natural, ni por sus fuerzas posible, sino es menester que Dios la infunda y comunique. Por donde en persona de Cristo, dice Isaías: *Dominus mane erigit mihi aurem ut audiam eum quasi magistrum*. «Desde la mañana de mi concepción, luego en amaneciendo en el mundo, me tocó el Señor blandamente á la oreja y me habló en el oído, para que le oiga como á maestro». Quiere decir: desde que tuve ser de hombre, veo á Dios. Desta visión procedió en aquel alma gloriosa tanta perfección de caridad, inmovilidad en la virtud, gozo de la bienaventuranza, que ni los dolores de la pasión ni las tristezas y agonías mortales le pudieron disminuir ni aguar. San Juan, ya que no pudo llegar á ese grado de doctrina, que su oir fuese ver, como en Cristo, llegó á siempre oir las grandezas de Dios. Dejo agora que fue el primero que vio la Trinidad en señales visibles: al Padre en la voz, al Hijo en carne, al Espíritu Santo en figura de paloma; y oyendo decir al Padre: *Hic est Filius meus dilectus*, no se llama testigo de oídas, sino de vista. *Et ego vidi et testimonium perhibui, quia hic est Filius Dei*. No solo dice ví que era hombre, sino «vi que era Hijo de Dios». Pero vengo á la enseñanza que hizo Dios en él hablándole á el oído no *mane*, al principio de su ser, si de ahí á poco, *in mense sexto*, al sexto mes de su concepción, antes de tener oídos para oir, le tocó el Señor á la oreja, y le despertó para que le oyese como á maestro; del cual deprendió el sacramento de la redención, que las superiores potestades no pudieron alcanzar. El primer oyente y más antiguo discípulo que cursó en esta escuela ¡qué gran letrado, qué consumado teólogo salió de la primera lección! ¡Qué profetizó! ¡Qué temprano maduró! Hablando Isaías del argumento admirable del Evangelio en sus principios, dice: *Omnes habitatores orbis, clangorem tubæ audietis*. ¿Y qué seguirá de ahí? *Ante messem, totus effloruit; et inmatura perfectio germinabit*. El sonido de la trompeta es la predicación de la doctrina y obras de Cristo; y para mostrar el fruto que hizo en los que la oyeron, toma la metáfora de las vides que, acabadas de podar, antes de tiempo floreciesen y súbitamente se cubriesen de pámpanos y hojas y racimos; que antes de estar en cierne y en agraz fuesen uvas maduras. Esta fuera una extraña fertilidad, milagrosa, no esperada. Tal fue la que hubo de virtud en la primitiva Iglesia. ¡Qué presto salieron enseñados los apóstoles cuando sonó aquella trompa del cielo: *factus est repente de cœlo sonus*, y entrevino en ellos el Espíritu Santo! ¡Qué doctos, qué perfectos salieron de repente! ¡Qué maduros en la virtud! ¡Qué consumados para el ministerio de la predicación, aun cuando comenzaron á predicar! San Pedro con dos sermones convirtió ocho mil ánimas, que por esto salían todos santos, pobres de espíritu, perfectos, doctos en la sagrada Escritura, aptos para el martirio. ¡Gran eficacia de la palabra de Dios! Como se parece en la creación del mundo, antes que sonase la palabra de Dios, todo era un caos y confusión: la tierra vacía, revuelta, sin lustre; el cielo obscuro, los elementos mezclados. Pero en sonando la palabra de Dios, la tierra produjo frutos, el cielo se adornó de hermosas lumbreras, los elementos cada uno en su lugar. Todas las cosas tuvieron su debida perfección. ¿Pero en quién por haber oído esta voz maduró más presto la perfección que en San Juan? Este fue el primero que oyó la voz de Dios hombre, entonada por aquella trompeta sonora de la garganta virginal; porque, aunque su madre Isabel oyó primero el sonido de la voz, Juan fue el primero que percibió el sentido y advirtió que Cristo le hablaba. ¡Oh qué presto vino! Los apóstoles, hombres hechos y derechos, después de tres años de conversación con Cristo; San Juan, en el vientre de su madre. Antes que esté en agraz, madura. Antes maestro que discípulo. Antes profeta que hombre. Antes predicador que lengua para predicar. Antes lleno de Espíritu Santo que su espíritu pudiese gobernar su cuerpo. De este oído le vino la santificación; gran plenitud de gracia, en tanto grado, que ninguno jamás se levantó del pecado con tanta santidad como él. De allí la constancia y firmeza en el bien, de que le alaba Cristo en este Evangelio. De allí aquel gozo con que saltó en el vientre de su madre, que le duró toda la vida. *Amicus autem sponsi, qui stat et audit eum, gaudio gaudet propter vocem sponsi*. Cristo es el desposado de la Iglesia; «yo soy

su amigo, que estoy oyéndole y todo mi gusto y contento tengo librado en oir su voz». Oyendo, pues, San Juan en las prisiones la voz de las obras de Cristo, no hay cosa que le contriste ni dé pena; porque con sólo oir la voz del amado, tiene él su gozo cumplido. ¡Oh, cristianos, y qué gran alivio es para todo género de trabajos oir en medio de ellos las obras de Cristo! Cuando el demonio combate, la carne aflige, el mundo persigue, los sucesos maltratan, contemplar las obras de Cristo, esto es azúcar rosado de los siervos de Dios después de la purga de sus tribulaciones; antes es este el oro con que pasan estas píldoras amargas, y se les hacen muy dulces. Por eso dice Agustino que raía Job con su teja sus llagas, no porque le faltaba en el muladar un trapo, sino porque ponía los ojos en lo que había de padecer por él Cristo. *Petra autem erat Christus.* Y con ese sabor se comía aquellos sinsabores. Parécenme en este caso los siervos de Dios como quien por no oir un guitarro destemplado acompañado de una mala voz, desentonada, se tapase las orejas; mas para oir un diestro músico en un discante bien ordenado, con una voz clara y suave, aplica los oídos atentamente, y con todos los sentidos querría oir. El que es tan grosero que gusta más de la música del cuervo que del ruiseñor, busca en esos graznidos su entretenimiento. Caín en sus edificios, Nemrod en su montería, Nabucodonosor en su Babilonia, Baltasar en sus vajillas, Asuero en sus banquetes, ¡oh qué mal canto, que encanta y saca de sí al que le oye! *Propter multitudinem calumniatorum clamabunt et ejulabunt, propter vim brachii tyrannorum* (Job, 35). Los mundanos (dice uno de los amigos de Job), viéndose afligidos de los que por fraudes y embustes los engañan, y maltratados de los tiranos que por violencia oprimen, gritan y queréllanse, y pierden la paciencia y buscan consuelos y remedios falsos en el mundo, porque no atinan con el verdadero consuelo. ¿Cuál será ese? *Et non dixit: ubi est Deus qui fecit me? Qui dedit carmina in nocte.* Hombre afligido, cuando te vees apurado y gastada la paciencia, por qué no dices: ¿Dónde está el Dios que me hizo? Este Dios que me hizo cuando no era no me dejará después de hecho sin gobierno. Por amor me crió, y por amor me conserva; no dejará perecer á lo que ya tiene ser, pues por su benignidad lo crió para que fuese. Si El permite el trabajo, El te dará el alivio. *Qui dedit carmina in nocte.* Para la melancolía que trae consigo la oscuridad de la noche es gran remedio la música. En anocheciendo cantan naturalmente los muchachos, salen los mozos con sus guitarrillas; los que trabajan, los que caminan, se entretienen cantando. Aun Saúl, endemoniado, sentía alivio con la música; y acá decimos: «Quien canta, sus duelos espanta». Pues, hermano, en la noche oscura de la tribulación, en tus trabajos, en el camino desta vida cansada, cuando el espíritu malo con tentaciones te molestare, aplica el oído á esta música del cielo, considera las obras de Cristo. Si eres pobre, mírale nacido en un pesebre, y que no tiene dónde reclinar su cabeza. ¿Estás enfermo? Mírale en la cruz. *Virum dolorum.* ¿No hallastes á tu amigo en tiempo de necesidad? Mira que Judas le vendió y los otros discípulos le dejaron. ¿Fáltate el comer? Mira que en su sed *potaverunt aceto.* ¿Hácete injusticia el júez? Acuérdate de la sentencia de Pilatos. ¿Agráviante tus enemigos? Mira que los judíos le persiguieron hasta ponerle en una cruz. ¡Oh música suavísima, bastante á alegrar los corazones más ahogados en tristezas! Con la dulzura desta música, absortos los amigos de Dios, no sienten los males desta vida ni apetecen los bienes. Pero mirad que no basta oir esta música una vez, sino siempre, para ser siempre siervos de Dios. Antiguamente, el que quería ser siervo perpetuo de su amo entre los hebreos pegábanle la oreja á una puerta, y con una alesna le punzaban la oreja, y aquella era la *S* y el clavo; y así Cristo, para significar la perpetua obediencia que tuvo á el Padre, dice por Isaías: *Dominus Deus aperuit mihi aurem, ego autem non contradico.* En todo le soy obediente. El punzar las orejas y tenerlas más abiertas, significa mucha codicia de oir. La puerta, la entrada y salida desta vida. Pues si el Baptista, en el vientre de su madre, á la entrada del mundo, oye la voz de Cristo, y agora también á la salida oye las obras de Cristo, y por los extremos se da á entender que todo el resto de la vida los oyó y contempló, señal es que es siervo verdadero y perpetuo de Cristo, y como tal, en todas sus obras busca la gloria de su señor. Y porque sus discípulos se le atribuían á él, quitándola á cuya era, envíaselos á Cristo, para que él los instruya y ponga en razón. *Mittens duos discipulos suis ait illi: Tu es qui venturus est, an alium expectamus?*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Luego luego hace dificultad esta pregunta de San Juan. ¡Baptista glorioso, espántanos vuestro término! Nacistes conociendo á Cristo, ó por mejor decir, primero le conocistes que fuésedes nacido, y allá en el vientre puesto, y en las oscuridades con que naturaleza nos aprisiona, primero que nos de vida libre, *senserat regem thalamo manentem;* ¿cómo agora le desconocéis? Si es porque ha días que andáis por esas breñas, ausente de su figura, no creo que basta en vos la ausencia para causar desconocimiento; pues ya sabemos que le conocistes en

el Jordán y le predicastes por cordero, cuyo sacrificio había de remediar las miserias del mundo. Cuanto más que sus obras son tales que bastan á darle á conocer aun á los más rudos. Cosa es de admiración que vos, cuyo entendimiento estaba tan cendrado, que le conocistes antes que hiciese cosa que pudiese dar de su valor perfecta noticia, agora cuando sus obras la dan, aun á los muy groseros y devotos entendimientos, ¿cómo es posible que no le conozcáis? Aun si no oyérades sus obras me admirara; pero el Evangelio dice que hasta las cárceles estaban llenas de lo que él hacía. ¿Cuál sería si fuésedes vos de aquellos á quien las adversidades privan de sentido, y desconocen en ellas á quien en su prosperidad solían con afecto servir? Yo no creo tal de vos, porque *amicitia quæ desiisse potuit vera non fuit.* Y la sagrada Escritura nos dice: *Omni tempore diligit qui amicus est, et frater in angustia comprobatur*, por ser las adversidades toque y contraste de la buena amistad. Diversas cosas se dicen á esta duda. Digamos nosotros solas dos. La primera, que San Juan no preguntó aquí cosa que ignorase, sino quiso tener noticia experimental de lo que tenía luz profética. Así como Cristo, aunque todo lo sabía con ciencia divina en cuanto Dios y con ciencia beata é infusa en cuanto hombre, tuvo ciencia experimental en la cual crecía con la edad. Es cosa que pasa por nosotros desear saber más sensiblemente lo que ya se sabe por especulación ó por discreción. Si vos queréis bien á Fulano, bien sabéis si os lo paga; que hay cosas que la vihuela se las dice, y sin ser profetas se adivinan por lo que allá se siente en la conciencia; con todo eso lo preguntáis y deseáis que se os diga, y de quien lo puede saber holgáis de ser informado. Y por quitarnos ó levantarnos desas cosas, que por ser rateras son sospechosas y indignas deste lugar, oid á David, que supo deste menester. *Dic animæ meæ: salus tua ego sum.* Que ¿es menester que os lo diga? ¿Vos ya no lo conjeturáis por las señas que tenéis? ¿No os lo dice allá dentro el corazón que es leal, y suele adivinar sus males y bienes muchas veces? ¿Vos mesmo no lo decís en otro lugar? *Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo?* «¿A quién temo, que es Dios mi luz y mi salud?» No hay temor de peligro en la tiniebla ni de muerte en la enfermedad para quien de tal luz goza y tal salud tiene. ¿Cuyas son estas palabras confiadas? Vuestras son, que nadie presume tanto de su valor que se jacte así de ser favorecido. Luego, si vos lo decís, ¿para qué lo preguntáis?—No para saber lo que ignoro, sino para gozar más de lo que ya sé, dando parte, no sólo á la mente, sino al sentido, al alma y á las orejas. *Auditui meo dabis gaudium et lætitiam, et exultabunt ossa humiliata*, decía el mismo. Claro está que lo que se ha de comer al gusto tiene que agradar; pero si no sólo es sabroso, sino oloroso, hermoso en color y en figura, tanto más para estimar será cuanto su bondad se extendiere á más sentidos. Quiero, pues, que no sólo á el alma dé alegría la noticia, sino sólo la voz contento á la oreja. *Sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis et facies tua decora*, decía una alma tal cual la del Baptista, codiciosa de gozar de lo que bien quiere, aun con los sentidos. Otra manera hay de decir más común y provechosa: que San Juan con este recaudo pretendió socorrer á la ignorancia de sus discípulos, y los envió para que por vista de ojos se enterasen ser Cristo el verdadero Mesías y por sus obras conociesen las ventajas que hacía á San Juan. Ya él se lo había dicho; mas pensaban que era humildad. Id vosotros y satisfacedos. Un ejemplo semejante tenemos en la sagrada Escritura. Vio Eliseo por sus propios ojos cómo fue su maestro Elías arrebatado al cielo en carro de fuego; volviéndose ya sin él, hecho heredero de su espíritu profético, dícenle los hijos de los profetas: «Aquí están cincuenta mancebos ligeros y valientes que irán por toda esta comarca y calarán la tierra para buscar á tu maestro Elías. Por ventura el Señor le ha remontado como á halcón y habrá caído en algún monte ó en alguna valle». Dice Eliseo: «No enviéis, que es excusado». Porfían con él que han de enviar. Díceles: «Pues *mittite*». Bien sabía Eliseo que no lo habían de hallar; mas para que ellos se certificasen permite que envíen. Así San Juan, no porque tenga duda, sino para que los discípulos salgan de la suya, los envía con aquella embajada á Cristo: *Tu es qui venturus est, an alium expectamus?*

CONSIDERACIÓN CUARTA

Esta pregunta sin duda muestra enfermedad en la fe, sino que ella está en el entendimiento de los discípulos, y el amor la ha hecho propia á la voluntad de San Juan. Ronca es la voz, mas no lo ha de suyo, sino de la cría de los hijos. Cierto está él en sí, y cree como fiel; pero en ellos duda y pregunta como incrédulo. El escarba el grano, mas es para que ellos lo coman. Y así, su enfermedad es amor y la dellos flaqueza; y aunque busca el remedio en su propio nombre, el sobreescrito de la carta que todos leen es: «¿Eres tú el que ha de venir?» Y la nota que sólo Cristo entiende es de la esposa: *Nuntiate dilecto meo quia amore langueo.* Leyó el Señor la carta y el espíritu de caridad que gobernaba á su precursor, y siendo él la esfera y centro de la caridad, respondió como era justo

á la intención de quien le escribía. En la misma hora, dice San Lucas, curó á muchos de varias enfermedades. No les dijo: Yo soy Cristo, porque quizá no le creerían, sino remítese á las obras y hace un argumento tácito. Isaías, dando buenas nuevas del Mesías, dice: *Deus ipse veniet et salvabit nos.* Y cuando venga, ¿por qué señas le conoceremos? Aquel será que trajere estos sellos en su provisión: *Tunc aperientur oculi cæcorum et aures surdorum patebunt.* «Abriránse los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos oirán». Saltarán los cojos como gamos, y los mudos sueltamente hablarán. Veis aquí esas mismas obras. *Cæci vident, claudi ambulant, surdi audiunt, pauperes evangelizantur.* La conclusión es que yo soy el Mesías. Mas ésta déjala que la infiera San Juan. *Euntes renuntiate Joanni quæ audistis et vidistis.* ¿Qué vieron? Grandes milagros. ¿Qué oyeron? Esta palabra: *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.* Dos testigos son los que de su aprobación saca hoy el Señor aquí: palabras y obras, y sin duda son mayores que toda excepción. Sabida sentencia es: *Qualis vir, talis oratio.* Que es lo que en castellano decimos: «Cada uno habla como quien es». Hay algunos muy soldados, y que presumen ser hijos de sus obras; sepan que también son sus hijas las palabras. *Homines voce, sicut æra sonitu, dignos cimus.* No sólo se juzga por la voz de la complexión, como dicen allá los que eso profesan: que arguye la voz llena y sonora magnanimidad; la aguda y alta, condición colérica; la muy delgada, flaqueza femenil; sino las mismas palabras son testigos de lo que está en el alma. Como el agua lleva consigo gusto y sabor del terreno por donde pasa, así la palabra es indicio de la voluntad, entendimiento, imaginación. Porque desos montes nace, y por esas quebradas viene. *Nullus pictor, quidem imaginem corporis ita exacte exprimere potest ut sermo animæ arcana prodit ac effingit* (San Basilio, *De anima*). Y en otro lugar: *Ut aquæductus ostendit propium frontem, ita sermonis natura, cor quod illum edit declarat. Ut agnoscam loquere*, dijo Sócrates á un mozuelo que le entregaron para que le enseñase. Por la habla se conoce, no sólo si es francés, ó flamenco, ó italiano, sino si es mercader, ó marinero, ó caballero, ó soldado, ó albañir. Préciese el señor de hablar como tal, si quiere como tal ser estimado; pero si se hallan en su boca palabras indignas de lacayo, sin razón demanda cuando quiere ser estimado por uno y hablar como otro. Principalmente en este tiempo, cuando amos y criados visten todos de una manera: ya que no hay en la ropa diferencia que los distinga, háyala en la habla siquiera. Aun al fraile, y monja, y clérigo, á quien el hábito diferencia, no hay por qué tengamos por lo que visten, si no dice la habla con el vestido, cuanto más donde esa diferencia no está tan clara. Cristo hizo tanto caso de sus palabras siempre, que por ellas quiso ser conocido. *Quare loquelam meam non agnoscetis?* decía á los que se querían excusar de no recibirle por quien era. Y en otro lugar: «Mis ovejas oyen mi voz». Es cosa conocida la voz del Señor. David la conocía muy bien. *Quam dulcia faucibus meis eloquia tua!* Y San Pedro, cuando escandalizados algunos de las palabras del Señor, pareciéndoles duras le dejaron; y Cristo, porque no pensasen los que quedaban y dello se ensoberbecieron, les dijo: *Numquid et vos vultis abire.* Solo responde por todos: *Domine, quo ibimus? Verba vitæ eternæ habes.* «¿Dónde podremos ir, Señor, si de vos nos apartamos, que tenéis palabras de eterna vida», que dan á quien las oye el consuelo que la vida eterna da á quien en ella vive? Gran señal para conocer que es Cristo Mesías las palabras que como tal habla. *Verba bona, verba consolatoria.* Sobre eso, por acrecentamiento, vienen las obras extrañas y nunca vistas jamás de sus milagros, hechos con tanta facilidad, con tanta abundancia, tan sin resistencia de parte de toda naturaleza, y con todo eso: *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me:* «Dichoso el que no tropezase en mí».

CONSIDERACIÓN QUINTA

Con estas palabras toca ocultamente para remediar la enfermedad de que adolecían aquellos tan apasionados por San Juan. Hacían comparación de Cristo á su maestro, y pareciéndoles tan diferente el uno del otro como es lo ordinario y común de lo extremado y puesto en sumo punto, y deso se morían y rabiaban. ¿Qué ayunos, qué abstinencias, qué vigilias, qué rigores, qué penitencias hace este hombre por que haya de ser estimado en tanto? ¿Dónde los yermos? ¿Dónde veinte y cinco años de soledad y silencio? ¿Dónde las asperezas con que su persona trata? Tales han sido siempre los juicios del mundo, á quien no causa admiración sino la singularidad, lo no usado ni visto. Pues sepan todos que lo mejor es lo común; y llamo común, no á lo que comúnmente se hace, sino á lo que comúnmente debemos, conforme á nuestro estado, cada cual hacer. *Qui agit quod nemo, mirantur omnes.* Esta fue la suma sabiduría del Señor, con ser su vida la más perfecta que se pudo hacer, antes la norma, el dechado de toda perfección, á quien todos han de imitar y ni San Juan ni todos los nacidos pueden igualar con infinito espacio; saberla tan avisadamente disimular, que quien no le miraba muy de cerca y con estrecha familiaridad le pudiese estimar

por hombre ordinario y de vida común. Esto es: *Medius vestrum stetit quem vos nescitis.* «En medio de vosotros anda, pero tan disimulado, que no echáis de ver en él». Y cierto aquí habíamos de procurar atinar; y si acertásemos á hacerlo así, estaremos tanto más seguros cuanto menos señeros. Otra vez me parece avisar que no llamo señeros ni singulares á los que hacen lo que todos los de su profesión debían según ella hacer, sino á los que han dejado este camino y van por los no trillados ni seguidos.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Illis autem abeuntibus, cœpit Jesus dicere ad turbas de Joanne. Idos los discípulos de San Juan, con la satisfacción que habían menester, vuelve, como buen amigo, Cristo nuestro Señor por su honor, que acerca del pueblo podía quedar con aquel mensaje ofendido, pareciéndoles que dudaba de lo que antes había testificado. Defiéndele el Señor, alabando en primer lugar su firmeza. *Quid existis in desertum videre? Arundinem vento agitatam?* De muy grandes y muy muchas cosas puede ser Juan alabado, pero las que el Evangelio aquí refiere, tres son de suma importancia para los varones espirituales, que son: constancia en la virtud, penitencia en la vida y gran noticia y conocimiento de los misterios soberanos. ¿Quién pensáis que es Juan, á quien salistes á ver á el desierto y agora, como noveleros, en la cárcel olvidáis? ¿Pensáis que es alguna caña, hermosa y verde por de fuera, como los fariseos, y vana en lo interior, con apariencia de santo y alma de hipócrita? ¿Salistes á ver algún galán, vestido de púrpura y holandas? *Hominem mollibus vestitum?* No tiene San Juan lo interior de hipócrita ni lo exterior de cortesano, y así no es como ellos, que con la adversidad se abaten y con la prosperidad se envanecen; y son tan temporales como el viento de fortuna, como la caña con los aires. No es hombre Juan de solas apariencias. Vestida trae el alma de virtudes y el cuerpo de pieles de camello. Es como el arca del Testamento, cubierta con pellejos y dentro está el maná de la gracia, la vara del celo y justicia, la ley de Dios escrita en tablas de piedra; de ánimo generoso, firme, constante, tal cual se puede pensar de una alma tan limpia y un cuerpo tan penitente. ¿Qué salistes á ver? ¿Profeta que mira de lejos? En verdad os digo que es más que profeta. Parece que no halla dónde poner á San Juan; cualquier título le parece pequeño. Dice que es otra cosa más que profeta; que es lo profetizado por Isaías y por Malaquías: *Ecce ego mitto angelum meum, qui præparabit viam ante faciem meam.* Quiso Dios mostrar al mundo un ángel corporal, y envió á San Juan á ser precursor de su Hijo. Al fin, que Cristo y Juan son Dios y su ángel. No tuvo Cristo ángel custodio, porque Él es guarda de todos los hombres y ángeles; pero tiene ángel precursor y casamentero. Son Tobías y Rafael que lo llevaba á aquel camino, hasta que lance el demonio de la Iglesia y se case con ella; que San Juan les tomó las manos á Cristo y á la Iglesia, y el mesmo oficio hará con cualquiera de nuestras almas que en su intercesión se encomendaren, desposándolas con Cristo, aquí por gracia y después por gloria. *Quam mihi et vobis,* etc.

SERMON CUARTO

EN EL

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi.

(MAT., 11).

INTRODUCCIÓN

Estando todos los haberes y caudales de la Iglesia católica situados sobre la palabra de Dios que la Sagrada Escritura encierra, de la cual, como de un riquísimo tesoro, sacamos cuanto nos cumple creer, hacer, esperar, temer enseñar y ser enseñados; extraño consejo fué y admirable el de la Providencia divina depositar este tesoro en poder de la Sinagoga, que es la mayor enemiga que la Iglesia tiene, haciendo della tan gran confianza. *Quid ergo* am-

plius Judæo est, aut quæ utilitas circuncisionis? (Rom., 3): «¿Qué más tiene el judío que el gentil? ¿O qué provecho les vino de la circuncisión que se les mandó?» pregunta San Pablo. Y responde él mismo: *Primum, quia credita sunt illis eloquia Dei.* Lo primero y principal que les encomendó el Señor, las divinas Escrituras. ¿Eso no más? ¿Qué, es poco? A la fidelidad de los ángeles venía ancha tan gran confianza. No sólo se las confió en los tiempos que andaban á derechas, pero también en los de agora. Este argumento trató primero que todos el gran Justino mártir, filósofo, en el libro intitulado *Apologetico ad gentes*. Pero oigamos lo que sobre él dice San Agustín en la epístola 59, y sobre el salmo 58 sobre aquellas palabras: *Deus ostendit mihi super inimicos meos, ne occidas eos, nequando obliviscantur populi mei.* «Mostróme Dios sobre mis enemigos». Aquella partícula *super*, se usa como cuando decimos: *Chrysostomus super Matthæum. Abbas super Decretum:* sobre los puntos delgados que no todos entienden; sobre este artículo, de por qué sufro á tales y tan perversos enemigos, me mostró Dios algo, porque yo hubiese antes de rogar por su conservación que tratar de destruirles; y así dice: *Ne occidas eos.* Pídoos, Señor, cuan afectuosamente puedo, que no les matéis, no les quitéis la vida, no por ellos, sino porque no se olviden mis pueblos. No se olviden los gentiles de la merced que les hicistes escogiéndolos por pueblo vuestro, reprobando á los judíos. *Disperge illos in virtute tua, et depone eos, protector meus, Domine.* Básteles á los pérfidos, por pena de su culpa, ser apeados de la eminente dignidad en que estaban puestos y ser esparcidos por el mundo todo. Conózcase vuestra virtud, vuestra fuerza, en que podéis esparcirlos por toda la tierra, y el cuidado que de ampararme tenéis, en que los abajáis del lugar en que estaban como á caballero, como por padrastro de mis fortificaciones, de que me pudieran hacer mucho daño. *Delictum oris eorum, sermonem labiorum ipsorum, et comprehendantur in superbia sua.* Tienen dificultad estas palabras, aun en la corteza. Porque no luego se ofrece quién da supuesto, ó cuál es el verbo de que se rigen aquellos acusativos, *delictum, sermonem.* San Agustín toma la construcción desde el precedente verbo *disperge, depone.* Lo que, Señor, pido, cuando digo que los desperdiciéis y depongáis ó desgraduéis de la dignidad, no lo digo tanto dellos cuanto de sus pecados, que fueron sus palabras. Otros doctos suplen un *propter*, desperdigadlos, derrocadlos *ob delictum, propter sermonem:* por sus delitos, por sus palabras, por aquellos grandes pecados que cometieron en aquellas tan alevosas palabras: *Tolle, tolle, crucifige eum. Non habemus regem, nisi Cæsarem. Sanguis ejus super nos et super filios nostros.* Por estas palabras lastan y lastarán sus hijos la sangre que sobre ellos pidieron. Eso fue ser en su soberbia comprehendidos. Bien merecían por esta traición ser aniquilados; pero cumple á la Iglesia que vivan y sean sustentados así, derramados por el mundo, y como en pena de su delicto aquel pueblo descuartizado; y fueron puestos sus cuartos (como se usa en los delictos atrocísimos), uno en Asia, entre gentiles; otro en Africa, entre moros, y en Europa, como parte más ilustre, uno entre turcos y otro entre cristianos; ordenando la divina justicia que en todas estas partes ya que viven, sirvan y sean infames. Si no fuese por no cansar á algunos, que no gustan de oir historias, podría, en razón desto, deciros algunas antigüedades que, consideradas, á mí me hacen, no sólo admiración, sino con gran provecho. Diez veces por cuenta os podría referir que fue Jerusalem entrada de enemigos, desde la primera, en que siendo de Jebuseos, fue de David conquistada y escalada; estando ellos tan confiados de la fortaleza del sitio, que blasonaban poder defenderla los ciegos y cojos. Desde aquella vez, hasta los tiempos presentes, podría mostraros diez, y aun quizá más, que ha sido entrada por fuerza de armas. Uno solo ha bastado para muchas ciudades que bien cerca de aquí podría nombrar, como Hispalis, Itálica, Epora, hasta Colonia, que de una vez conquistadas por moros, nunca más volvieron en sí, aunque eran ciudades poderosas y señaladas. Otras diez veces fue captivo aquel pueblo y desterrado de su patria, y desde la entrada en Egipto hasta el destierro postrero, en tiempo de Adriano, que, so pena de muerte, les mandó á todos salir de Palestina y dio con ellos en España, donde estuvieron hasta la memoria de nuestros abuelos, en tiempo de los Reyes Católicos. Y sabemos que de los godos, que fueron de los moros desterrados de España, no ha quedado memoria, ni hoy se sabe qué fue de ellos más que si se los hubiera comido la tierra. En el mundo, cinco monarquías han gobernado, comenzando de la de los egipcios, babilonios, persianos, griegos, romanos. Cada una de las cuales, en el tiempo que tuvo el gobierno, hizo todo su posible por destruir y quitar del mundo esta nación y asolarla, y no fueron poderosos. ¿Qué hizo Faraón? ¿Qué, muchos años después de él, Salmanasar, rey de los asirios, que desterró las diez tribus, hasta las regiones despobladas del Océano Septentrional? ¿Qué Nabucodonosor y su capitán Nabuzardán, que destruyó á Jerusalem y asoló el templo? Siguióse la monarquía de los persas, y en ella, aunque tuvie-

ron favor en Ciro, él acabado, estuvieron para perderse todos, procurándolo Amán, su enemigo, en tiempos de Asuero. Mudada la monarquía á los griegos, desde la muerte de Alejandro, padecieron infinitos trabajos, y más en los tiempos de Antioco Epifanes. Sucedió la monarquía de los romanos, que en su principio les fue favorable, en vida de los Macabeos; fue después la que más daño les hizo, señaladamente desde Vespasiano hasta Adriano; que el uno destruyó la ciudad por el suelo, y el otro (sesenta y cuatro años después) la acabó de asolar de todo punto, hasta no dejar en ella piedra sobre piedra, como el Redemptor profetizó. Y aunque después de dos años la volvió á reedificar, llamándola de su nombre Helia, porque se llamaba Helio Adriano, desterró, como decíamos, della y de toda Siria á todos los judíos, y puso por armas sobre la puerta que miraba á Bethleen un gran puerco de mármol esculpido, para mostrar que les era tan prohibida á los judíos la entrada en Jerusalem como comer carne de puerco. Infinita cosa sería contar las matanzas que en diversas provincias se han hecho de judíos después que ellos mataron á su Mesías y nuestro Salvador; pero esto y todo lo dicho sirva para que entendáis ser divina Providencia que esta nación viva en el mundo, aunque no quiera todo el mundo. Viva es Jerusalem hoy, á cabo de tantas ruinas; y Troya la afamada no, siendo una vez sola asolada. Vivos son los hijos de Abraham, y lo serán hasta el día del juicio. Y siendo perdida la noticia de esotras naciones: godos, visigodos, ostrogodos, vándalos, alanos, suevos, pictos; siendo acabadas las falsas religiones de los paganos; no habiendo ni resto ya de los sacrificios que hacían en Babilonia, en Atenas, en Roma, en el mundo todo, á los ídolos, dura la circuncisión, el sábado, las calendas y nuevas lunas, y no se acabarán hasta la fin del mundo. Esto es: *ne occidas eos* «no los matéis, Señor». Caín mató á su hermano Abel; en pena de muerte tan alevosa y cruel merecía que la tierra que se abrió para recebir la sangre inocente de Abel se abriera para tragar vivo al injusto fratricida, y no quiere Dios sino que viva y ande vagamundo y fugitivo de tierra en tierra, para que á él sea castigo y á los otros ejemplo. Y para esto púsole Dios á Caín una señal, que fue una gran perlesía y temblor de cuerpo y cabeza, para que todos le conocieran por matador de su hermano, y ninguno le osase tocar. Así el pueblo hebreo, hermano mayor de Cristo, según la carne, porque todos decendían de Abraham, merecía mil muertes por haberla dado á Cristo, inocentísimo Abel; mas el Señor dispensa que viva vagabundo y desterrado por tierras ajenas, para enseñanza nuestra y mayor castigo de su pecado. Y pónele señal por donde sea de todos conocido, que es como dice San Agustín: *Judæi tenent Domino reliquias legis suæ; circunciduntur, sabbata observant, Pascha immolant, azyma comedunt; sunt ergo judæi, non sunt occisi, necesarii sunt credentibus gentibus.* La observancia de la ley de Moisés, sus ácimos, su cordero, su Pascua, ¿para qué dura eso si está muerto y es mortífero? ¿Para qué? *Nequando obliviscantur populi mei.* Como dice San Agustín: *Si enim in uno loco essent terrarum, non adiuvarent testimonio prædicationem Evangelii, quæ fructificat toto orbe terrarum. Ideo, disperge illos in virtute tua, ut ejus ipsius cujus fuerunt negatores, persecutores, interfectores, ubique sint testes per ipsam legem quam non obliviscuntur; in qua est ille prophetatus quem non sequuntur.* Ayúdanos mucho estar tan derramadas por el mundo estas gentes; porque si el pagano me quisiere ahora preguntar razón de lo que creo y para debida y cumplida satisfacción yo mostrare lo que estaba de mi fe profetizado, si viese cuán justa viene la profecía al Evangelio y qué de cuadrado una rueda en otra está injerta: *quasi sit rota in medio rotæ;* si esto, digo, viere y sospechare, viéndolo tan al justo corresponderse, que es fingido por la Iglesia eso que dice profetizado, le diga yo: pregúntalo, infórmate del mayor enemigo que tengo, que es el judío; pregunta á la Sinagoga si es verdad la profecía y verdadero el profeta, con que se comprueba lo que enseña la Iglesia. Es linda razón la de San Agustín: *Nam ipsa prophetia, quid aliud nisi a nostris putaretur esse conficta, si non de inimicorum codicibus probaretur?* Es tanta la consonancia y conformidad del Viejo Testamento con el Nuevo, la correspondencia del Evangelio á la profecía, que pensaran los gentiles ser ficción de los cristianos lo uno y lo otro, si no se probara con los libros de nuestros mortales enemigos. Por esta razón viven los judíos, y están derramados por el mundo, para que den á su pesar testimonio de la fe que niegan, cuya predicación fructifica en todo el mundo. Por esto, en los más de nuestros artículos nos fortificamos con aquello *secundum scriptum est.* Por eso tantas veces se nos intima *sicut scriptum est.* Por eso San Pablo parece que esmalta y guarnece el Evangelio, cuando dice: *Quod ante promisserat per Prophetas suos in scripturis sanctis* (Rom., 1). Que «le tenía Dios prometido por sus profetas en las Santas Escripturas». Por esto, dando razón de sí y de su predicación y doctrina delante dos grandes personajes, en aquella oración tan llena de divinos afectos, de que no era capaz texto pagano, y así le juzgó por loco: *insanis, Paule*

(Act., 26). Tente, hombre, reportaos, que salís de seso, y los grandes estudios os han privado de juicio. Esto dijo porque predicaba la cruz de Cristo y su resurrección. Respondió San Pablo: *Non insanio, optime Feste.* No estoy fuera de mí, excelente señor, sino digo razones cuerdas y concertadas; porque no digo cosa que no sea á todos manifiesta. Testigo es el rey Agripa de todas estas cosas, que tiene noticia dellas. *Credis, rex Agrippa, prophetis? Scio quia credis.* ¿Qué importa que crea á los profetas? Mucho, en gran manera; porque en los profetas está bosquejado y aun pintado muy al vivo todo el misterio de Cristo. Por donde el que cree lo primero está muy cerca de creer lo segundo. Y así respondió el rey: *In modico suades me christianum fieri.* «No estoy un canto de real de volverme cristiano; poco me falta para serlo». Que aun él entendió cuán llano camino abre á la cristiandad la creencia de la profecía. Por la misma causa decía Cristo á los judíos incrédulos: *Scrutamini scripturas,* pues entendéis que en ellas está la vida eterna y ellas dan testimonio de mí, y vosotros no queréis venir á mí para tener vida. Finalmente, el día de hoy, habiendo de dar públicamente razón de quién era delante de tanto pueblo, á instancia de quien tan bien merecía ser satisfecho, no tuvo mejor modo de responder el Señor que con la profecía, igualando sus obras con lo que de él estaba profetizado. Muchos y en diversos propósitos quisieron ser informados de quién era Cristo; pero ninguno, ni todos juntos, mereció respuesta cual la mereció el Baptista; porque era amigo, y á esos todo se les ha de responder á gusto; y porque estaba en la cárcel y debíasele enviar algún consuelo para alivio de las prisiones. No se le pudo dar mejor respuesta que el cumplimiento de la profecía, porque todo lo que está escrito para nuestra doctrina quedó puesto en memoria, para que, conociendo la paciencia y consuelo de la sagrada Escriptura, no desmayemos en nuestra confianza. *Renuntiate Johanni quæ audistis et vidistis.* Lo que oyeron y vieron fueron obras profetizadas, que se habían dado por señas del Mesías. A ellos no se les pudo responder mejor que por la Sagrada Escriptura, ni á nosotros tampoco, si bien advertimos las palabras della. Veamos el Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Cum audisset Johannes, etc. Estas prisiones del Baptista son tan poderosas que nos prenden por fuerza á que no podamos pasar tan ligeramente á nuestro propósito como queríamos. Y lo primero, nos muestran qué poco pesados son á Dios los que le son amigos de veras, y nos constituyen la verdadera y puntual diferencia que hay entre la paciencia pasada ó de los pasados que debajo de la ley tenían, y la paciencia evangélica que debemos tener en la ley vieja, podemos decir que pertenece al sufrimiento de aquellos que en sus trabajos son quejumbrosos, plagueros, lastimeros, que nunca acaban de contar sus duelos, como algunos pobres que se encuentran por ahí, ostentadores de sus llagas: «No tengo ni me dan; no se acuerdan; soy la más desgraciada bestia que hay en el mundo», y otras cosas á este tono. No digo que pierden la paciencia por quejarse, sino que la paciencia de los tales no es de linaje de la paciencia evangélica, que consiste en sufrir callando, á imitación del Señor que adoran, que en sus atroces trabajos no abrió su boca más que si no la tuviera para quejarse y mostrar sentimiento de lo que padecía. ¡Oh, qué de plagas enviárades vos á decir á Cristo si halláredes buenos mensajeros que os las llevaran! Decidle que estoy en esta prisión por su causa, por la verdad que está á su cargo, por la justicia. Decidle que ya era tiempo de ponerme en libertad. Y decidle que se acuerde, que su oficio es: *Dominus solvit compeditos,* «soltar los que están en grillos». ¡Extraña cosa, pues, es, Baptista glorioso, tan profundo silencio como de vuestro negocio tenéis! Quejaos siquiera, y no seáis tan estoico, que es ya la de ellos filosofía reprobada. Era hasta en esto precursor de aquel cordero que él señaló, mudo, sin dar un balido delante quien tan impíamente le tresquilaba. Esta es la paciencia cristiana. La de la Sinagoga no arriba aquí con muchas leguas. ¿Qué es oir las querellas de Abacuc: *Usquequo, Domine, clamabo et non exaudies, vociferabor ad te, vim patiens, et non salvabis?* «¿Hasta cuándo, Señor, clamaré y no me oiréis? ¿Daré voces hasta el cielo que no son de vos escuchadas?» ¿Por qué causa queréis que vea sobre mí tantas sinrazones y tantos trabajos, tantos robos y sinjusticias como padezco? ¿Por qué calláis viéndolos que hacen mal, sin miedo de que les vayan nadie á la mano, y lo desprecian todo, y no habláis una palabra en defensa del justo, que es públicamente hollado del malvado y violento? ¡Debríades, Señor, mirar la ocasión que se da, de no hacer caso de vuestra providencia á los blasfemos, que dicen por ahí lo que se les antoja viendo las cosas que y cómo pasan sin concierto! Dicen que va al robalaje todo, y como dicen á río revuelto. *Et facies hominis quasi pisces maris.* ¿Por qué tratáis á los hombres como á los pescados, permitiendo que los más grandes ceben su hambre de los más chicos; y son sin respecto por ahí destrozados y hollados como las sabandijas que viven sin gobierno? *Propter hoc lacerata est lex et non pervenit*

usque ad finem juditium. No paso tanto en mis daños como en los públicos, que veo que no se hace justicia en tribunal ninguno, ni se guardan las leyes, ni se sentencia conforme á ellas. Por favores va todo y por cohechos, y ese vence que tiene dineros. Tal como ésta, y tan querellosa, y aun tan melancólica, era la paciencia de los pasados, que hacían más caso de las niñerías desta vida de lo que ellas valían, antes que viniese quien enseñase á dejar la túnica en manos de quien quisiese quitar la capa. Y esta es la moderna, que con su ejemplo San Juan y con su silencio nos muestra.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Es también digna de considerar la sequedad con que el Señor con los suyos trata, porque no sólo no visitó en la cárcel á su primo, ni cumplió como lo había mandado esta obra de misericordia, pero ni aun preguntó á los que de su parte le hablaron cómo le iba. Fuera razón, Señor, que os apartáredes con ellos á un cabo, y os lamentárades de la prisión injusta de su maestro; le enviárades á dar el pésame y á ofrecerle vuestra ayuda. «Decidle que me pesa en el ánima del trabajo que en lugar tan indigno de quien él es padece; que vea qué quiere que yo haga ó diga para su libertad, porque lo haré muy sin miedo. El no visitarle, ni es por temor ni por olvido, sino por no serle ocasión de más trabajo». ¡Nada desto! ¡Ni aun de otras cosas que podían cada día predicando venir á propósito; como era reprehender la tiránica osadía de quien allí le tenía preso y dar al pueblo á entender cuán injustamente lastaba lo que no debía hombre tan santo! Es que la doctrina de Cristo no tuvo ni rastro ni gusto de dar alboroto ó causar escándalo. Nunca se travesó jamás con negocios deste siglo, antes sacudió de sí, no sólo á los que le querían hacer rey, escondiéndose dellos, sino á los que le pedían mandase dividir la hacienda heredada entre sus hermanos. Y en este particular del Baptista se hubo con no sé qué sequedad y despego por no dar ocasión de juzgar que andaban ambos concertados, acreditándose para granjear los ánimos del pueblo, y viesen todos que lo que del Señor había dicho el Baptista se decía porque era para verdad y debía así decirse, y no por estar para ello por algún modo prendado. Los devotos del Baptista deben poner en esto los ojos, no afrentándose de sus prisiones más que de la cruz de Cristo, porque padece por la justicia esta persecución, y así sin duda es bienaventurado. Deprendan á no lamentarse de lo que sin razón padecen, aunque sea demasiado, antes tenerse por dichosos viéndose marcados con la cruz. Oigamos al apóstol San Pedro: *Carissimi, nolite peregrinari in fervore, qui ad tentationem vobis fit, quasi novi aliquid vobis contingat; sed communicantes Christi passionibus gaudete ut et in revelatione gloriæ gaudeatis exultantes* (I Petr., 4). «Amantísimos, no se os haga de nuevo, no os extrañéis ó halléis forasteros en las caldas que para tentación se os dan, para con ellas probaros como á metales recogidos en la hornilla de trabajos, como si fuese cosa nueva ó no pensada padecerlos; antes hallándoos por eso participantes de la cruz y trabajos de Cristo, hay por que viváis contentos, porque en el día que su gloria se descubriere os gocéis, sintiendo el alegría conforme á los tormentos lastados. Si sois por el nombre de Cristo ultrajados, teneos por muy dichosos, porque en tal caso descansa y reposa sobre vosotros el espíritu divino, y trae consigo todo lo que es honra y gloria y valor para enriqueceros. No laste nadie por homicida, ó ladrón, ó maldiciente, ó codiciador de lo ajeno: pero si por cristiano lasta, no se aflija, antes glorifique á Dios, que padece por tan honrado título». Hasta aquí son palabras de San Pedro, en que describe con maravillosos colores la paciencia evangélica, tan aventajada á la de los antiguos, y tal es la de San Juan. No se piense Herodes que él encarceló al Baptista, ni que sus cadenas le tienen allí aherrojado por fuerza. Las cadenas en que San Juan está preso son de amor, y en ellas ha de morir quien muere de esa dolencia. ¿Por qué pensáis le degollaron en la cárcel? No sólo por el alboroto que causara en el pueblo, que fuera posible redundar en perdición de Herodes y de su reino, sino para que sepa el mundo que así como muere Cristo en la cruz enclavado, más con clavos de amor que con clavos de hierro, así muere el Baptista en la cárcel y prisiones, de amor de la verdad que predicaba al mundo. Invidia se debe tener á tal muerte por su causa, no mancilla. Más que eso hay en esa cárcel, y es que en ella se entra San Juan á buscar al tirano. Bajó personalmente el ánima de Cristo al limbo, muy sin necesidad que le forzase á ello. Porque, como el ánima de Lázaro, pudiera llamar á todos los que le pluguiere poner en libertad, y á los demonios, si quisiera, hiciera salir á su llamada, que fuera de todos, aunque les pesara, obedecido. Pero no quiso sino entrar allá donde Satanás estaba retraído, y en sus aposentos más fortificados, en medio de los de su valía, sin que le pudiesen valer, asirle por los cabellos y darle de cabezadas por aquellas paredes, y después de echarle á sus pies en el suelo, y patearle y pisarle la boca y el rostro, mirándole y temblando todos. Por este modo, San Juan, habiendo desterrado al demonio melancólico de los yermos, donde tanta guerra hacía á

los solitarios y recogidos, vino en su seguimiento hasta las riberas del Jordán, y de allí, de las aguas de sus deleites, le desterró con el baptismo y penitencia. Adelante pasó en su alcance, haciéndole huir de los publicanos y soldados, donde él tenía tanto mando. Pasó dándole caza hasta los cortesanos, y con severa reprehensión le ahuyentó dellos. No le quedaba sino la cárcel, como la más defendida fortificación de su reinado; allí las blasfemias, los robos, las torpezas están amontonadas como en su propio muradal. Ahí fue menester que entrase el Baptista, siguiendo el curso de su victoria, haciendo con su ejemplo y predicación riza de aquellos vicios. *Christus his qui in carcere erant spiritu veniens prædicavit:* «Cristo bajando al limbo, según el espíritu, predicó á los espíritus que estaban en aquella cárcel detenidos». También predicó el Baptista á los que estaban en el limbo cuando estuvo allá en espíritu. Pero acá se impuso predicando á los encarcelados y dándoles á entender cómo las prisiones de los pecados se soltaban con la penitencia. De modo que no fue sin fruto esta su entrada, antes con tanto mayor cuanto era aquella morada más apropiada á culpas, y en ellas halló entrada la penitencia. Era aquella la breña del salteador, la peña brava donde se acogía, y de allí le sacan arrastrando, con gran mengua.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pero si más profundamente entramos en la consideración destas prisiones, hallaremos que entrar el Baptista en la cárcel fue más propiamente salir della. Porque el mundo, á los que bien le conocen, no es sino unas prisiones importunas y pesadas, de quien desean soltarse y huir los que dicen de veras: *Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo.* En las cárceles lo que atormenta son las tinieblas y mal olor que hay en las mazmorras y calabozos, la pesada estrechura de las cadenas, la tristeza de la mala compañía, y sobre todo, el miedo de la visita cuando se examinen las causas. ¡Cuánto más densas y más palpables son las tinieblas deste Egipto con que el Dios deste siglo ciega los ojos de los infieles para que no les luzca la claridad del Evangelio! ¡Cuánto más abominables son los hedores que de las ciénagas deste mundo se exhalan! *Sepulchrum patens est guttur eorum*: «Sepulcro, osario abierto, lleno de cuerpos podridos es la boca de los mundanos». ¡Ved qué pestilentes hedores saldrán desas simas! ¡Qué cadenas podrán ser tan pesadas como aquellas de que está escrito: *Incurvatus sum multo vinculo ferreo ita ut non possim attollere caput meum et non est respiratio mihi*: «Agobiado estoy con la pesadumbre de las cadenas, y argolla y pie de amigo, de modo que no puedo enderezar la cabeza ni aun tengo aliento para respirar!» Y en otra parte: *Ponet jugum ferreum super cervicem tuam, donec te conterat* (Deut., 28). «Pondrá yugo de acero sobre tu cerviz hasta romperte, hasta molerte los huesos con él». ¡Qué compañía tan pesada se puede hallar como la de los moradores de Cedar, y qué tan cansada conversación tenga para aquellos que son ciudadanos del cielo y sospiran por su patria! *Filii hominis increduli et subversores sunt tecum; et cum scorpionibus habitas* (Ezeq., 2): «Guárdate, hombre, que vives con descreídos, rebeldes, de mala digestión, eso es, incrédulos». Otra letra dice: *Insani;* «Locos furiosos». Más. *Subversores*: «Embaucadores, engañadores, de trato doble». «Y moras entre escorpiones». El alacrán halaga con el rostro y hiere con la cola. Hombres taimados, hondos, de buenos dichos y malos hechos. *Intus Nero, foris Cato.* Como abejas que traen la flor en la boca y detrás el aguijón. También *scorpio* significa una hierba espinosa, de quien hace mención Plinio, y así traslada Pagnino: *Cum tribulis habitas.* ¿Qué compañía puede ser la de los frenéticos, traidores, fementidos, con alacranes y con cardos, aulagas y espinas? Finalmente, ¿qué juez se puede temer más justo y más riguroso que el que los mundanos cada día esperan? Juez y parte, y testigo y ofendido con los pecados, de cuyos procesos ha de conocer. Si al Baptista el pésame se le hubiere de dar, con más razón de que vive en el mundo que de que muere en la cárcel. Pero ni de lo uno ni de lo otro hay sino por que darle el parabién por el que su presencia causa en ambos. Si hay en el mundo tinieblas, San Juan es el lucero que con su salida anuncia al sol de justicia que sale. *Illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent.* Si hay hedores en el mundo pestilenciales que atafagan y encalabrinan á los que en él entran, el Baptista es una poma, de mil suavísimos olores compuesta, que, dando buen olor de Jesu Cristo, consuela á las más desmayadas conciencias. Si cadenas hay en el mundo, él viene á mostrar, á quebrantarlas, por potencia y enmienda de la vida, á todo linaje de gente que hiciese lo que él enseña: fariseos, publicanos, soldados; toda broza halla en su dotrina cómo romper la cadena que en su estado le molesta. Si hay en esta cárcel tantos reos como nacidos en culpa; él vino al mundo á mostrar aquel baptismo de Espíritu Santo, y fuego que consume todas las culpas, y dellas purifica las almas. Y finalmente, si teme por sus pecados al justo Juez el mundo, Juan vino á quitarle estos temores mostrando con el dedo al león vengador de los

males cometidos en el mundo, hecho cordero que quita los pecados del mundo. Por bien del mundo nacistes, glorioso Baptista, pues de tan grandes bienes le adornó y hizo ilustre vuestra presencia. Por bien de los encarcelados entrastes en las prisiones, pues las mudastes con vuestro ejemplo (á pesar del alcaide) la mala carcelería y les distes á entender cómo y de quién habían de esperar la perfecta libertad y procurarla. Y aun oso decir que entrastes en ella por vuestro bien y por vuestra honra, pues la consumación della es la corona del martirio que en la cárcel os han de poner. Mientras esa se forja por el artificio de Herodías, descansad en ese lugar, que vuestra presencia santifica cualquiera que sea. Ya no encontraréis con los espantables monstruos que discurriendo en vuestra predicación por fuerza encontrábades. ¿Poco es que no veis ya la tiranía de Herodes adorada del vulgo, y aquella sima de vicios, sólo por la autoridad real temida y venerada? ¿Poco es que están vuestros ojos libres de encontrarse con la ramera que con fausto y pompa real sale á pasearse y á vistas? ¿Poco es que en esas tinieblas encerrado no veis la desvergüenza en que se cría la doncella, teniendo por maestra de su deshonesta vida la prosperidad en que está su madre, sólo porque es adúltera? ¿Poco es que ya no tratáis con aquella generación de víboras, con aquellos viboreznos fariseos, cuya hipocresía, llena de ambición y avaricia en lo interior y en lo exterior, no sé con qué capa de luengas oraciones disfrazada, así os cansaba? ¿Qué de cosas no veis ahí, que os atormentaban, sólo de que se ofreciesen á vuestra vista? El publicano, oculto ladrón que acredita sus logros y robos con título de mentida santimonia, y no os pierde sermón, aunque vais á Castilleja á predicarle. Los hombres que se precian de militares, sustentados con lo mejor de la república, no para defensa della, amados y pagados para que el nombre los defienda de la justicia. Pero sin duda, para total destruición de la castidad, cualquiera que sea, setecientos vestiglos destos que cada día topábades, no os darán ahí molestias en la reclusión que estáis estos días. Mudemos, pues, el nombre á la cárcel, y llamémosle recogimiento, ermita, celda, cual la teníades en vuestro yermo. Si el cuerpo incluso, si los pies en el cepo, si el cuello en la argolla, libre queda esa bendita ánima, sueltos los santos pensamientos, desatado el divino entendimiento para volar por los cielos más altos arriba, para caminar por las sendas que llevan á Dios, para con alas mejores que de paloma volar y descansar en su presencia. Como en el cielo, os adoro ahí donde estáis en la cadena; que el ánimo está donde su tesoro, y el vuestro, todos sabemos que está en el cielo. Alla vais vos y allá guiáis á todos con vuestro ejemplo y con vuestras palabras; á todos encamináis á Cristo, y más á los que tenéis más caros, que son vuestros discípulos. Encargáisos de sus ignorancias, y guiaislos á costa de vuestro honor, á tal Maestro, no porque en vuestra prisión ignoréis lo que predicastes y enseñastes á todos, sino porque, en ella puesto, esperando la muerte por horas, los queréis dejar bien ahijados y les procuráis, como debéis, buen arrimo. Pero ya será bien que veamos el tenor de la pregunta con que les envía: *Tu es qui venturus est, an alium expectamus?* Ardua dificultad, de muchos preguntada, y aunque á todos se les dio respuesta, de pocos bien resuelta y entendida. Por eso aquí el Señor manda que vayan á Juan con la respuesta, porque él sabrá bien entenderla. La turba magna de los judíos, con gran ansia preguntaron esto mismo: *Si tu es Christus, dic nobis palam.* ¿Hasta cuándo nos has de traer suspensos? Respondióselos casi lo mismo que aquí, aunque no tan distincto ni claro. «Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de quién yo soy». Y luego se les dijo la causa por qué no creían: porque les faltaba la simplicidad. No eran de las ovejas de Cristo, y quien le ha de hablar ha de buscarle *in simplicitate cordis*. Herodes, así el padre como el hijo, deseó también saber esto; pero el viejo no lo alcanzó, porque le buscaba para perderle; y el mozo, porque burló y escarneció, quedó, con el silencio del Señor, burlado y escarnecido. Pilato también quiso informarse desto: *Tu es rex judæorum?* Y luego, como argumentando: *Ergo, rex est tu?* Respondióle: *Tu dicis quia rex sum ego.* «Así es como tú dices que yo soy Rey, y mi reino no es deste mundo». No lo entendió, aunque se lo dijo claro. Quien en esto más veras puso fue la Sinagoga, y el sacerdocio y pontificado; que, como quien para ello tenía poder, pregunta conjurando, que es por su manera género de dar tormento: *Adjuro te per Deum vivum, ut dicas nobis si tu es Christus filius Dei.* Como quien de oficio tenía poder hacer esta pregunta; y así la respuesta es más precisa, clara y distinta: *Ego sum.* Y por quitarles toda ocasión de engaño, y el suyo era esperar un Mesías poderoso, rico, que con grandeza pudiera enfrenar las fuerzas del Imperio romano que los oprimía, y para esto tenían grandes fundamentos á su parecer en la sagrada Escriptura, socorre á esta flaqueza y declárales su engaño, poniendo distinción entre sus dos venidas: la presente humilde, y para ser juzgado; la otra en la fin del mundo, con grandeza y para juzgar. Pero ni por eso, tampoco se entienden; que no estaban en la disposición que San Juan Baptista. ¡Plega á Dios que algunos de los que están baptizados

entiendan que ya es venido el que había de venir, por las señas que nos dio!

CONSIDERACIÓN CUARTA

Euntes renuntiate Johanni quæ audistis et vidistis: «Id á decir á Juan lo que habéis oído y visto». Juan envía á Cristo y Cristo torna á volverle la pelota á la mano á Juan. La profecía al Evangelio y el Evangelio á lo que dél estaba profetizado. La promesa al cumplimiento y lo cumplido á lo prometido. Lo que vieron son sus obras y lo que oyeron palabras. Estos dos son los testimonios ciertos de la fe que tenemos. De las obras: los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los leprosos son limpios, los muertos resucitan. De las palabras: los pobres reciben las buenas nuevas del Evangelio. *Et beatus qui non fuerit scandalizatus in me.* En las obras se ha de considerar: lo primero, la substancia de las obras en sí tomadas; lo segundo, el modo de hacerlas; lo tercero, el fin con que se hicieron; lo cuarto, la correspondencia de dichas obras, á lo que estaba dellas escrito en las profecías. Cuanto á lo primero se ha de considerar que en la ley vieja solos cinco hubo que hiciesen milagros. En la nueva y de gracia no tienen número los que hicieron milagros. Fueron: Moisés, Josué su criado; Elías, su discípulo Elíseo y, finalmente, Esaías. Si miramos á las obras de éstos, todas fueron maravillosas; pero más poderosas que provechosas. En los elementos, en el sol, en las aguas, en los aires, en las nubes, en todos ellos, casi no hallamos cosa de provecho para el hombre, y de daño muchas. Como las plagas de Egipto que le destruyeron, hacer que se abriese la tierra para tragar á Datán y Abirón y consortes, abrasar Elías á los príncipes quincuagenarios, y á sus compañías con fuego del cielo. Muy discretamente dijo el ciego que veía mucho y bien. No se oyó en los siglos todos que nadie abriese los ojos á un ciego. ¡Guardábase para vos, Señor, que hicistes al hombre, no sólo redimir su captiverio espiritual, sino remediar sus daños corporales, para mostraros de todo dueño y poder decir: *Totum hominem sanum feci in sabbato!* Ese fue vuestro descanso. Por cierto, por decirlo todo, sólo un leproso sanó Elíseo y á sólo un enfermo curó Isaías. ¿Qué es eso para los milagros infinitos que hizo Cristo, todos en pro de los hombres? Eran milagros para declarar su divino poder, y beneficios para encomendarnos su amor. ¡Qué de ellos! Dice San Mateo: *Ejiciebat Spiritus verbo et omnes male habentes curabat.* Donde dice San Juan Crisóstomo: *Tu autem mihi perpendas quantam multitudinem hominum curatam fuisse, percurrant evangelistæ, non per singulos minutim enarrantes, sed unico verbo miraculorum pelagus exponentes:* «Advertid cuánta muchedumbre de enfermos curados traspasan los evangelistas, no contando cada cura en particular, sino cifrando en una palabra un mar sin término de milagros, que no se podían contar. Id adelante al modo, y hallaréis que hacía los milagros mandando. Los otros orando, humillándose, encorvándose». Cristo con propia virtud, como verdadero Dios. *Virtus de illo exibat et sanabat omnes.* No mendigaba de otro la virtud, sino dél salía, como la luz del sol; y sanaba no á éste ó aquél, sino á todos. Decían las gentes admiradas desto: *In potestate imperat spiritibus inmundis et obediunt ei. Ego præcipio tibi, exi ab eo, obmutesce et sile. Lazare, veni foras. Venti et mare obediunt ei.* En esto se ve que es Dios; palabra operatoria. *Ipse dixit et facta sunt.* Item, lo tercero, todo eso hecho en confirmación de la doctrina con que predicaba ser el Mesías prometido y natural Hijo de Dios. *Ut credant quia tu me missisti.* El resucitar á Lázaro, el sanar al perlático, para mostrar que era Dios. Dicen los judíos: ¿quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? Responde Cristo: pues *ut sciatis quia filius hominis habet potestatem in terra dimittendi peccata.* Y por consiguiente, que es verdadero Dios. Dícele al perlático: «Levántate, y toma tu lecho, y vete á tu casa»; y al punto fue hecho. ¿Qué tiene eso que ver con *sciat prophetam esse in Israel?* Como Elíseo dijo cuando curó á Naamán, ó como dijo Moisés cuando destruyó á los sediciosos cismáticos: *In hoc scietis quod Dominus misserit me ut facerem universa quæ cernitis, et non ex proprio corde protulerim.* Notad esta razón, que es evidente. Todo lo que Dios confirma con su autoridad, necesariamente es verdad: porque Dios es primera verdad, que es imposible mentir ni dar testimonio de mentira. Pues Cristo predicaba ser Hijo verdadero y natural de Dios, igual con el Padre, y ser el Mesías prometido en la ley, y en confirmación desta doctrina hacía tantos y tan grandes milagros; los cuales son los sellos pendientes de la divina majestad, y que no se pueden hacer sin su especial virtud. Luego es infalible que Cristo es Mesías y verdadero Dios, como Él decía; pues el mismo Dios confirmó con su autoridad ese dicho, haciendo con su divina virtud, en orden de eso, tanta infinidad de milagros. Finalmente: estaban profetizadas estas obras como señales que había de hacer el Mesías, para ser por ellas conocido. *Deus ipse veniet et salvabit nos. Tunc aperientur oculi cæcorum et aures surdorum patebunt. Tunc saltet sicut cervus claudus et aperta erit lingua mutorum:* «Dios mismo vendrá y os salvará». No ya por Sansón, ó Gedeón, ó Ayod, sino por su misma persona

ha de obrar la salud. ¿Y qué señas traerá cuando viniere? «Entonces serán alumbrados los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como un gamo, y se desligará la lengua de los mudos». Esas son las señales que da de Cristo la profecía. Por eso, siendo preguntado si es el que ha de venir, en la misma hora dice San Lucas que curó á muchos las diversas enfermedades y llagas, libró muchos endemoniados, dio vista á muchos ciegos; y dice á los discípulos de San Juan: Andad y decid á vuestro maestro lo que habéis oído y visto: cómo los ciegos veen, los cojos andan, los leprosos son limpios. Fue decir con claridad: Yo soy Cristo, pues veis que hago las obras que del Mesías están profetizadas.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Pero á esta verdad tan manifiesta se opone la perfidia judaica, que se escandaliza en la humildad y pobreza de Cristo, y en especial en la ignominia y flaqueza de su cruz, y desconfían que tenga virtud para salvar el que con tanta fragilidad murió crucificado. Cuando Saúl, por orden de Dios, fue declarado rey de Israel, algunos maleantes le tuvieron en poco viendo que era hijo de un pobre labrador y que del arado y de la ahijada le sacaban de repente para el sceptro y la corona, y dijeron: *Nunc salvare nos poterit iste*. No le nombran por desprecio. Así decían los judíos incrédulos viendo á Cristo, reputado por hijo de un pobre oficial, manso y humilde, y nada belicoso: *Si ipsum non potest salvum facere*, «¿cómo podrá salvar á nosotros? A esta tácita objeción responde Cristo: *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me*. De los fieles habla, que están tan lejos de escandalizarse en la cruz de Cristo, que antes le tienen por virtud y sabiduría de Dios, y en ninguna otra cosa que en ella se glorían. Cuando el rey David, huyendo de Saúl, se pasó al rey Achis, conociéndole los filisteos, comenzaron á ponerle mal con su rey; y él, temiendo la muerte, fingióse loco, hacía visajes, volvía en blanco los ojos, torcía la boca, corríale la saliva por la barba, daba porrazos con las puertas, y como si tuviera gota coral, se arrojaba con ímpetu en el suelo, derrocando consigo á los que le tenían, temiendo no se matase. ¡Qué espectáculo tan extraño ver á un hombre tan grave y tan cuerdo como David en tan indigna figura por escaparse de muerte! Pero sin comparación fue más extraño de ver á Cristo, rey de Israel, disimulado su poder y majestad, puesto como malhechor en la cruz, afeado, escupido, desfigurado, tenido por loco en vida, pues decían: *In furorem versus est*, y en muerte, porque *verbum crucis pereuntibus stultitia est*. Este negocio de la cruz, á los que se condenan, parece locura. *His autem qui salvi fiunt, virtus Dei est*: «Pero los que se salvan, reconocen en todo el poder de Dios». Oid, que es la razón porque todos cuatro evangelistas escribieron tan por extenso la pasión de Cristo con todas sus circunstancias. Precepto es de oradores, y aun de todos los que pretenden persuadir alguna cosa, que disimulen y callen todo lo que puede perjudicar á su causa y digan solamente aquello que la favorece. Sabiendo, pues, los evangelistas que la cosa que más escandalizaba al mundo y retraía á los hombres mundanos de la fe de Cristo eran las ignominias y vituperios de su pasión y muerte en la cruz (la cual en aquel tiempo era tenida por más abatida y deshonrada que lo es ahora la horca), ¿cómo trataron de la pasión tan por menudo, callando muchísimos milagros, y los que escribieron tocándolos con mucha brevedad? Digo á esto: lo primero, que en eso veréis que no escribieron con espíritu humano, sino divino, ni pretendieron engañar al mundo, sino dar testimonio de la verdad. Lo segundo, por que se vea el cumplimiento de las profecías, en que particularísimamente están pronosticadas todas las circunstancias de la pasión: la entrada á Jerusalem á padecer, subido en la asna y el pollino. «Alégrate mucho hija de Sión; mira que tu Rey vendrá para ti justo y salvador, pobre y sentado sobre un asna, y sobre su pollino»; el echar los merchantes del templo con celo de la honra de su Padre, cuya casa veía hecha de contratación: *Zelus domus tuæ comedit me*. Había de ser entregado por traición de su discípulo. Dice David en persona de Cristo: «El hombre pacífico y amigo mío, que comía pan á mi mesa, ese se levantó contra mí» (Salmo 54). El precio por que había de ser vendido: «Pesaron el precio que se había de dar por mí, que fueron treinta monedas de plata, y díjome el Señor: arroja ese dinero en casa del ensayador; donoso precio ese con que fuí apreciado por ellos». De la deposición de Judas del apostolado y sustitución de San Matías en su lugar: *Episcopatum ejus accipiat alter*. La prisión y huída de los discípulos: «Heriré yo al pastor, y derramarse han las ovejas de la manada». El concordarse y mancomunarse Pilato y Herodes, judíos y gentiles, para dar la muerte á Cristo: «¿Por qué bramaron las gentes y los pueblos pensaron cosas varias? Asistieron los regentes de la tierra, y los príncipes de los sacerdotes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo». Rompamos las ataduras dellos, y sacudamos de nuestras cervices el yugo dellos, que es aquella tacaña y alevosa voz que dieron respondiendo á Pilato, que les preguntó: ¿A vuestro Rey he de crucificar? *Non habemus regem nisi Cæsarem*. Las maneras de injurias,

azotes y bofetadas que había de padecer: «Mi cuerpo entregué á los que le herían y mis mejillas á los que me arrancaban las barbas; no aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupían». El ir voluntariamente á la pasión, como él dijo muchas veces: *Oblatus est quia ipse voluit.* El silencio entre tantas acusaciones: *Et non aperuit os suum.* El linaje de muerte de cruz: «Enclavaron mis pies y mis manos, y contaron uno á uno mis huesos». Porque estuvo tan estirado el santo cuerpo en el madero, que le pudieron contar todos los huesos. El crucificarle desnudo y repartir los verdugos sus ropas, y echar suertes sobre la túnica inconsútil: «Partieron los que me crucificaron mis ropas entre sí y echaron suertes sobre mi vestidura». Los vituperios y escarnios que hacían de él, meneando las cabezas después de haberle crucificado: «Todos los que me vieron hicieron escarnio de mí, deslenguáronse y menearon sus cabezas, diciendo: Pues él tiene esperanza en Dios, líbrele del tormento que padece y hágale salvo, pues le ama». El crucificarle entre dos ladrones: «Fue contado con los malhechores». El rogar por los que le crucificaban: *Pro transgressoribus rogavit;* «Rogó por sus mismos perseguidores». Darle á beber primero vino mirrado y después vinagre: «Diéronme por vianda hiel, y mi sed abrevaron con vinagre». La queja que dio de haberle el Padre dejado padecer sin algún alivio: *Deus, Deus meus, respice in me, quare me dereliquisti?* La herida de lanza: «Pondrán los ojos en mí, á quien atravesaron con una herida». El no quebrarle las piernas como á los ladrones: *Os non comminuetis ex eo,* porque era el cordero místico, sacrificado en la Pascua para librar al pueblo del ángel percuciente. El ser inocente y no padecer por sus pecados, sino por los nuestros: «Por las maldades del pueblo fue herido de Dios; porque nunca él cometió pecado, ni se halló engaño en su boca». El fruto de la pasión admirable, que fue reconciliarnos con el Padre, y la cura de todas nuestras dolencias: «La disciplina causadora de nuestra paz cargó sobre él, y con sus llagas fuimos curados». El honor de su sepultura por mano de Josef y de Nicodemus y el ser su sepulcro visitado y reverenciado de todas las gentes: *Erit sepulchrum ejus gloriosum.* El castigo ejemplar que en los malvados judíos se había de ejecutar en pena de la injusta muerte que dieron al inocente: *Et dabit impios pro sepultura et divitem pro morte sua.* Hará Dios que paguen los malos la pena que merecen por su muerte, dándolos á los romanos que los destruyan por la impiedad que usaron con Cristo, y haciendo que aquel pueblo rico, aquellas vacas gordas reciban el castigo debido á su maldad. San Crisóstomo dice que esta profecía es la misma con aquellas del Redentor en que les pronosticó á los judíos su total ruina: *Relinquetur vobis domus vestra deserta. Et malos male perdet.* Y advierte San Crisóstomo, diciendo: *Dabo impios pro sepultura et divites pro morte ejus. Non simpliciter dixit judæos, sed improbos. Quid enim illis improbius esse possit, qui, post tot tantaque accepta beneficia, eum occiderunt?* No dice entregará á los judíos, sino á los impíos, malvados desacatados contra Dios; porque no pudo ser más impía malignidad, que después de tantos beneficios recibidos, matar al mismo bienhechor y poner en la cruz al Rey de la gloria. Tertuliano dice: *Sed ecce defensus ostenditur a creatore et dati sunt pessimi pro sepultura ejus, qui scilicet subreptam eam asseveraverit; et locupletes pro morte ejus; qui scilicet á Juda traditionem redemerant et a militibus falsum testimonium cadaveris surrepti.* «Quedar los malos por la sepultura fue castigarlos en particular, porque negaron la resurrección del Señor, y corrompieron con dinero las guardas para que dijesen que sus discípulos habían venido y hurtado su cuerpo». Y llama ricos á los judíos, esto es, avaros (como nota Procopio), porque por codicia crucificaron á Cristo, por quedarse con la viña y gozar de sus frutos y obvenciones; porque no viniesen los romanos y les quitasen el lugar y la gente. Pues vengan los romanos, y asuelen el lugar, y maten y captiven la gente. Si no os han sucedido estas cosas, ¡oh judíos! dice San Juan Crisóstomo: *Nisi hæc evenerunt, nisi nunc vivitis in ignominia, nisi omnibus quæ majores habuerunt estis privati, nisi corruit vestra civitas, nisi templum vestrum versum est in ruinam, denique nisi vestræ calamitates superant in tragœdiam, ne credas, oh judæe!* «Si no lo véis todo asolado, el templo, la sinagoga, todo lo que os pertenece puesto en ruina, no creáis». Pero si las mesmas cosas pregonan ser ya cumplido lo que estaba profetizado, ¿para que sustentáis vuestra impiedad? Veis aquí para qué los evangelistas cuentan tán por menudo la pasión; para que, viéndola tan conforme con la profecía, se compruebe ser obra de Dios y Cristo el verdadero Mesías. Lo tercero, porque ésta fue la obra más gloriosa de Cristo. Oye, judío, no te pongo ya delante las maravillas de mi Redentor, los ciegos que alumbró, los enfermos que resucitó; sólo de su pasión, de eso de que tú te escandalizas y yo me glorío, quiero probarte ser Hijo natural de Dios. Dejo que murió por pura bondad, por pecados del pueblo (como dijo el Profeta) y sin culpa propia, como lo confesaron aun sus mismos enemigos, Judas á los fariseos: «Pequé vendiendo la sangre del justo», y ellos no le contradijeron. «¿Qué se nos da

á nosotros? respondieron; miraras tú lo que hacías». La mujer de Pilato á su marido: «No te empaches en nada con ese justo». El mismo Pilato: «Ninguna causa de muerte hallo en él», y sentenciándole, se lavó las manos, protestando ser inocente en la muerte de aquel justo. Pero dejo todo esto, y sólo trato de eso exterior, á tus ojos tan abyecto y despreciado, y á los míos tan glorioso; que me parece la mayor hazaña de Cristo, y en que mostró más rayos de divinidad. Aquí se verificó más altamente que nunca aquello del Salmo: *Tecum principatus in die virtutis tuæ, in splendoribus sanctitatis ó sanctissimis*. Habla David con el rey Mesías (y alego la autoridad según el Hebreo, pues hablo con ellos): «Contigo el principado en el día de tu fortaleza». El día de Cristo fue el de su pasión: *Sciens quia venit hora ejus*, en que había de hacer como quien era. Antes parece día de su flaqueza, pues en él se dejó como cordero sin resistencia matar de aquellos lobos carniceros. No, sino día de su fortaleza, porque como dice San Pablo: *Quod infirmum est Dei, fortius est omnibus hominibus*. Esa flaqueza de morir, por ser de Dios, por haberla tomado Dios en sí, es más fuerte que todos los hombres. Con esa flaqueza mató la muerte, venció á los demonios, se opuso á la ira de Dios, redimió al linaje humano, que era obra de su infinita virtud. Por donde á Cristo crucificado llama el apóstol: *Dei virtutem*, pues en el día en que descubrió esta divina virtud, contigo el principado, allí eras príncipe, heredero de todos los bienes paternos, Rey y Monarca absoluto de todo lo criado. Así lo profetizó David: *Dicite in gentibus quia Dominus regnavit a ligno*. No dice que lo digan los judíos, porque sabía que no lo habían de creer, sino á los gentiles que lo habían de abrazar. Sépase que la cruz es el trono real del pacífico Salomón, y que en virtud della, se le dio absoluta potestad en los cielos y en la tierra. Y eso significa el título que, á pesar de la Sinagoga, puso Pilato en la cruz: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos». *In splendoribus sanctissimis*. Allí entre los nublados oscuros de tantos vituperios y dolores, salían los fucilos y relámpagos de la santidad, con los ejemplos admirables de todas las virtudes que allí resplandecían. Y como en la victoria de Gedeón, quebrados los cántaros, parecieron las luces que encandilaron y vencieron á los madianitas, así, quebrados por tantas partes cuantas heridas tenía el cántaro de aquel sacratísimo cuerpo, formado por el Espíritu Santo del barro de nuestra carne en la oficina del vientre original, resplandecieron más claros los rayos de la divinidad. Y así dijo él á los judíos: *Cum exaltaveritis filium hominis, tunc cognoscetis quia ego sum*, que es palabra de divinidad. Ese misterio declaró Jacob, profetizando de Cristo, león de la tribu de Judá, que había de subir á lo alto de la cruz para hacer presa: *Requiescens accubuisti ut leo*. «Y se había de acostar, como león, á dormir el sueño de la muerte». El león es símbolo de vigilancia; tiene los párpados chicos, los ojos grandes y vivos, que le relumbran y como que centellean, y duerme los ojos abiertos. Así Cristo, león de Judá, durmió los ojos abiertos, porque en la misma pasión y muerte centelleaban los ojos de la deidad y descubrían divinos resplandores, sin poderlos encubrir los párpados de nuestra mortalidad. Lo primero, porque voluntariamente se ofreció á la muerte, y supo el tiempo y la hora, y el linaje de muerte de cruz; y lo dijo á sus enemigos, y él se fue al huerto á esperarlos. Lo segundo, postrar en una palabra á todo el escuadrón que le iba á prender. En diciendo yo soy cayeron todos de espaldas en tierra, no pudiendo sufrir la majestad terrible de aquella voz. Lo tercero, sanar en aquel conflicto la oreja de Malco que había cortado San Pedro. ¿Qué hombre puro se acordara de eso en medio de tanta tribulación? Lo cuarto, atar con una palabra las manos á los judíos y soldados, para que no prendiesen á sus discípulos. *Sinite hos abire*. ¿Quién prende al capitán de una cuadrilla y deja á sus compañeros? Mayormente habiendo San Pedro hecho resistencia y herido á un ministro de su justicia, sino que por el imperio de Cristo no pudieron poner manos en ellos. Lo quinto, la novedad y muchedumbre de injurias y tormentos, nunca oídos ni vistos en el mundo, arguyen ser aquel hombre raro y diferente de los demás; y que aquellos ensayos no pudieron ser inventados sino por la malicia rabiosa del demonio, ni sufridos sino por la caridad inmensa de Dios. Lo sexto, la paciencia insuperable entre tantas afrentas y dolores, como diamante, como calibe, acero templado y acicalado en que se rebotan los hierros que le golpean. Los sayones se cansaban; los judíos, gritando, acusando, se enronquecían, y él, callando, con un semblante divino, con un valor y gravedad y constancia de ánimo admirable, sin quejarse, sin defenderse, *ita ut miraretur præses vehementer*. Salía de juicio Pilato de ver á Cristo tan en él, juzgando por cosa sobrehumana el silencio en medio de tan importunas acusaciones y el desprecio de la muerte cruel, que con tanta pertinacia se le procuraba, pues no respondía por sí ni se defendía. ¿Cómo podía el caudal de un puro hombre llegar aquí? Lo séptimo, la mansedumbre en rogar al Padre por los que actualmente le mataban y blasfemaban. Nunca, desde que Dios crió el mundo, se oyó ni vio tal: que hombre, bueno ni malo, rogase á Dios por quien le ma-

taba. No podía arribar ahí la criatura. Lo octavo, la conversión del buen ladrón: *Domine, memento mei.* ¿Qué has visto en él, que le llamas Señor, que le llamas Rey? ¿Qué reino es este que sueñas después de la muerte? ¿Quién reinó después de muerto? ¿Cómo pudo caber eso en pensamiento humano? ¿Y cómo pudo caber, ni aun en el de Lucifer, la respuesta: *Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso?* ¿Que crucifiquen á dos ladrones y diga uno á otro: «Señor, llevadme con vos á vuestro reino», y el otro responda: «Yo os doy palabra que hoy seréis conmigo», y le prometa el cielo como señor dél? En la muerte es imposible haber ficción ni mentira; y cuando lo fuera, ¿quién había de imaginar semejante embeleco, si no fuera la mesma verdad? Lo nono, el testimonio que dio el cielo de quién era el que moría. Aquel eclipse milagroso del sol en oposición de luna, temblar la tierra, quebrarse las piedras cutiéndose las unas con las otras, abrirse las sepulturas, rasgarse de alto abajo el velo del templo, enternecerse los corazones de los que volvían compungidos, hiriéndose los pechos. Lo décimo, aquel alarido con que expiró; cuando los que mueren no pueden echar la habla muy pasito, dio aquella gran voz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», que asombró al centurión y le obligó á confesar, visto que con aquel grito había expirado: *Vere filius Dei erat iste.* ¡Oh verdad infalible! ¡Oh maravillosa confesión! Así es, que no podía morir así sino el Hijo natural de Dios. ¡Oh ceguedad judaica! ¡Oh dureza diabólica! Los cielos, la tierra, los vivos, los muertos, hasta las piedras dan voces, ¡solos los judíos niegan! No es maravilla que como pusieron velo sobre el rostro de Cristo, quedó puesto velo de ceguedad y ignorancia sobre sus corazones. A nosotros se endereza aquella sentencia: *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.* ¡No nos escandalizamos, Señor, de vuestras deshonras y menguas, antes dellas nos honramos y preciamos! ¡Ahí os consideramos pendiente en este precioso madero, como fruto salutífero del árbol de la vida, contrapuesto al otro venenoso! ¡Ahí ensalzado como la serpiente de metal, ajeno de veneno de culpa, y hecho triaca y medicina de las nuestras! ¡Ahí os miramos con ojos de viva fe creyendo que sois verdadero Dios y hombre, salvador del mundo poderoso para hacer mercedes, sanar nuestras dolencias, perdonar pecados, darnos en esta vida gracia y en la otra gloria! *Quam mihi*, etc.

SERMÓN PRIMERO

EN EL

TERCERO DOMINGO DE ADVIENTO

Misserunt judæi ab Hierosolymis sacerdotes et levitas ad Johannem, ut interrogarent eum: tu quis es?

(JOAN., 1).

Zenócrates, entre los atenienses, fue reputado por hombre de tanta verdad y de fe tan incorrupta, que en juicio, y fuera dél, se le daba crédito por sólo su dicho; siendo así que ninguno de los demás era admitido por testigo sin que primero le tomasen juramento. Esta autoridad alcanzó sólo el Baptista San Juan entre los hombres; que aun el mismo Dios, que se la otorgó á él, no la quiso tomar para sí. El domingo pasado, Cristo nuestro Redentor, primera verdad, dio testimonio de sí y de San Juan. De sí, con obras y milagros, que con más evidencia que el juramento prueban ser el Mesías prometido, Rey de Israel. De San Juan, con palabras muy encarecidas, porque las obras eran á todo el mundo notorias. Hoy da testimonio San Juan de sí y de Cristo; de sí, humilde; de Cristo, magnífico, y ambos de palabra, porque no se le pide más. A solo su dicho está atenida la autoridad de Jerusalem, y, lo que más es, de la Iglesia y del Evangelio; en esta forma, que lo que él dijese de sí y de Dios, lo reciben por verdadero y valedero. Y así, habiendo el gran Evangelista, al principio de su historia, propuesto al mundo aquellas tres verdades dificilísimas, que apenas entendimiento

criado las pudo tragar: la primera, la generación eterna del Verbo, Hijo unigénito y substancial del Padre: *In principio erat*. La segunda, la adopción de la gracia, mediante la cual se da potestad á los hombres para ser hechos hijos de Dios por participación: *Dedit eos potestatem*. La tercera, la Encarnación del Verbo divino: *Verbum caro factum est*. Para comprobación destas verdades, pone el testimonio de San Juan: *Johannes testimonium perhibet de ipso*. Y en el Evangelio de hoy: *Hoc est testimonium Johannis quando misserunt Judæi ab Hierosolymis*. Como quien dice: estáis obligados á creer sin duda estas verdades altísimas, porque las afirma un testigo tan abonado como San Juan Baptista. El de su voluntad, y también requerido y rogado de los judíos. Por eso, todos cuatro evangelistas hicieron tanto caudal deste testimonío, porque le juzgaron por importantísimo, para confirmación de nuestra fe. Sospechoso es en ella que no respecta á tan principal testigo, cuyos loores pregonan todos cuatro evangelistas; poniendo dellos á los de otros muchos santos esta diferencia: que los encomios del Baptista son alabanzas de por fuerza, las de otros muchos son cortesía. Una cosa es predicar la fe, otra piedades y discursos devotos. Lo que se dice del Baptista es fe, de otros es devoción. Esta debemos todos á la fe, que no se halla sin pía afección; y con ella habemos de oir el testimonio que de Cristo y de sí da San Juan. Para cuya inteligencia es necesario el favor de la gracia. Pidámosla por intercesión de la Virgen sacratísima, diciendo: Ave María.

INTRODUCCION

En aquella salva que hizo de su inocencia el santo Job para alentar su esperanza en medio de sus trabajos, el delicto, á su parecer, mayor de que se compurga es del que habla en el capítulo 31. *Si vidi solem cum fulgeret et lumen incedentem clare, et lætatum est in abscondito cor meum et osculatus sum manum meam ore meo, quæ est iniquitas maxima et negatio contra Deum altissimum:* «No se probará que yo haya mirado al sol cuando relumbra ni menos á la luna llena cuando por el cielo discurre; ni me holgué con la vista destos planetas en el secreto de mi corazón; ni se hallará que me haya besado la mano con mi propia boca, que es la mayor de las maldades y traición contra Dios altísimo». Extraños escrúpulos parecen éstos, y ponderación de las culpas demasiadas. ¿Qué pecado es mirar al sol en un día claro y á la luna en una noche serena, y alegrarse de ver la hermosura destas lumbreras que hizo Dios para antorchas del mundo, y besar un hombre su propia mano, para que lo agrave tanto Job, diciendo que es negar á Dios y hacerle la mayor de las ofensas? Bien sabe lo que dice el santo varón, porque habla á la letra de la idolatría, que tan usada fue de los antiguos, y muestra cuán ajeno estuvo de adorar palos y piedras el que no hacía caso de los planetas. No me precié, dice, de mirar al sol ni á la luna, ni me regocijé de verlos. Hay vistas aficionadas que dan contento: como mira la esposa á su esposo, el hijo á su padre, de quien espera el sustento y remedio. Otras hay de reverencia y respeto: como la doncella está mirando á la cara á su ama, y el criado á su señor, para ver qué les mandan. *Sicut oculi servorum, in manibus dominorum suorum et sicut oculi ancillæ* (Salmo 122). Pues no miré al sol como á padre, aunque lo es de todos los vivientes y de las cosas corruptibles, ni á la luna como á madre, ni esperé de ellos (como de mis dioses) el remedio, ni les hice reverencia. Era ceremonia de gentiles, como dice Aulo Gelio, tender la mano hacia su Dios en señal de adoración y besarla. Y aun se usa ahora entre cristianos; que gente simple y devota, cuando alzan la hostia consagrada tienden la mano hacia ella y la besan; y entre gente política se han introducido estos buces por gran comedimento. Deste rito hizo mención el Señor cuando dijo á Elías que entre tanta muchedumbre de idólatras le quedaban siete mil católicos, leales vasallos que no se habían arrodillado ante Baal. *Et omne os, quod non adoravit eum osculans manum*: «Y cuyas bocas no le habían adorado con beso de mano». Desto se salva Job: no les hice el buz al sol, ni á la luna, ni los adoré, ni di culto divino, porque esta es maldad grandísima, seminario, raíz de todos los males, y negar á Dios: porque como El no sea más que uno, quien adora á los falsos es visto negar el verdadero. Este es el sentido literal de este lugar de Job. Pero San Gregorio, con mucho fundamento, prosigue otro sentido acomodado á nuestras costumbres, declarando este lugar de la soberbia, que es una espiritual idolatría, no del entendimiento, que ese puede ser católico, sino de la voluntad, que hurta y usurpa para sí la gloria de sus obras debida á Dios: *Quisquis enim (quasi claritatem lunæ) famæ suæ magnitudinem conspicit; sibi, in occulto mentis, gaudium facit; cui isti, nisi authori se prætulit?* Es admirable el resplandor de la virtud, y un justo en la tierra es un sol en el cielo: *Homo sensus in sapientia permanet sicut sol*. Las buenas obras que hace son los rayos que deste sol proceden, que con la luz del buen ejemplo alumbran á los demás, y así dijo Cristo á sus amigos: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est*: «Pro-

curad hacer tales obras que, dando en los ojos la luz de ellas á los hombres, glorifiquen á vuestro Padre celestial», que es autor de todo bien; mas es la honra premio debido á la virtud, y la fama sigue como sombra á la santidad; y es necesario honrar los hombres al que saben que sirve á Dios. Y así la buena fama es como el alma que recibe toda su claridad del sol de la virtud y de los rayos de las obras heroicas y excelentes; pero el justo no las ha de hacer con este fin de hacerse ilustre y famoso por ellas en los ojos de los hombres, sino *ut videant opera vestra bona*, para que de todas resulte honra y gloria á sólo Dios. Conforme á esto quiere decir el santo Job: *Si vidi solem*. Peligrosa vista es pararse un hombre á contemplar sus virtudes, sus buenas partes, sus gracias y bienes: es fijar los ojos en un sol que le puede encandilar y aun cegar. Y si con esto anda la luna clara, que el mundo os tiene por lo que sois, y la fama os celebra y no se interpone alguna tierra de envidia ó malicia que eclipse la claridad de vuestra buena reputación, ¿quién no siente cosquillas en el corazón? *Et lætatum est in abscondito cor meum*. ¿Quién no se goza allá en abscondido de verse bueno y honrado? *Pulchrum est mostrari digito et dicere hic est* (Persius). Es linda cosa que os señalen con el dedo, y que digan: éste es fulano, un santo, gran letrado, muy limosnero. ¿Qué sentís allá dentro? ¿Qué os dice vuestro corazón? Es una soberbia esta muy delicada. Quien viera al fariseo junto al altar allá á par de Dios, haciendo alarde de sus virtudes: *Gratias tibi, Deus, quia non sum sicut cœteri hominum*. Como hace el sol raya entre las estrellas, así yo entre los hombres: ayuno, pago los diezmos, no hago mal á nadie. ¡Oh, qué deslumbrado y qué ciego le tiene la vista de su propio resplandor! Pues mirad que hace gracia á Dios como á autor de sus bienes, ¿qué soberbia puede haber ahí? Hayla muy grande, sino que está solapada. *Si lætatum est*. Engáñase el mísero que hace gracias á Dios con la boca, y el corazón en secreto se complace en sí mismo. ¡Qué contento se halla, qué satisfecho y pagado de sí! Es ocultísima soberbia, que estaréis haciendo gracias á Dios por los bienes que en vos puso, reconociéndolos por dones de su mano, y actualmente os ensoberbecéis con un vano gusto de poseerlos y de estimaros, y querer que os estimen. No me aconteció tal, dice el santo Job. Otra soberbia hay más declarada y grosera, cuando el hombre llega á tanta desvergüenza que se atribuye á sí la gloria de sus obras, y tiene por fin último dellas su honor y estimación, y no se acuerda de referirlas á Dios, ni hacerle gracias, como si no se las debiera. Esto es besarse las manos, la vizcainada del otro: gracias á vos, manos mías. Estas gracias se daba Nabucodonosor engreído con la grandeza de su señorío y de aquella su populosa ciudad, cuando dijo: *Nonne hæc est Babylon, civitas magna quam ego ædificavi in domum regni; in robore fortitudinis meæ et in gloria decoris mei* (Dan., 4): «¿A quién tengo yo que temer ni reconocer vasallaje? ¿No es mía esta grande ciudad de Babilonia, á la cual yo edifiqué para cabeza y metrópoli de mi reino, para ostentación de mi poder y fortaleza y para gloria de mi hermosura?» Antes que lo acabe de decir le notifican la sentencia del cielo, que en pena de su soberbia le hace bestia por siete años, y que ande paciendo por los campos, hasta que aprenda á humillarse delante de Dios. Castiga luego el Señor este desacato, que es grandísimo, que el gusanito de la tierra se vaya á las barbas á su Criador, y así amenazó también á otro rey soberbio: *Ecce ego ad te, Pharao, rex Ægypti, draco magne, qui cubas in medio fluminum tuorum; et dicis: meus est fluvius, ego feci me metipsum* (Eceq., 25): «Yo á ti te desafío y te repto de traición, caimán grande, dragón que tienes tu manida en medio de las arboledas y frescuras de los ríos, y dices: mío es el río, yo me hice á mí mismo». ¡Qué torpe mentira! ¡Qué osadía temeraria de decir un hombre: yo me hice á mí mismo! ¿Qué hombre de razón dijo tal desatino? Pues esto haces tú cuando te jactas de tus obras y robas la gloria dellas; trátaste en el hecho como si fueras tu hacedor y no tuvieras Dios á quien reconocer. De todo lo malo que en vos halláredes podéis llamaros autor; ese es vuestro caudal y la fortaleza de vuestro brazo; pero de todos los bienes, la gloria á Dios; besadle las manos por esas mercedes, que todas son suyas. El capitán Joab, habiendo sitiado á la ciudad de Rabath, y estando á pique de tomarla, despacha un correo á David, y dícele: «La ciudad está tan apretada, que no se puede defender; vuestra majestad junte alguna gente y venga sobre ella, y tomarla ha, para que la honra desta conquista sea suya y no mía». Esta lealtad ha de guardar á su Dios el soldado cristiano cuando hubiere salido con alguna empresa de virtud, vencido alguna tentación, rendido al demonio. Despache luego un recaudo á su Rey y dígale: Señor, esta victoria he alcanzado con vuestro favor; á vos sean dadas infinitas gracias; vuestra es la gloria y vuestra la honra. Esto hacía Job: *Si osculatus sum*. «No me besé las manos», ni me di las gracias por cosa buena que hiciese ó en mí hallase; *Quæ est iniquitas maxima:* «Esta es suma iniquidad». Es la soberbia reina y capitana de todas las maldades: *Crimen læsæ majestatis*. Rebeldía, apetito de alteza, contra el orden del Altísimo; y así la llama David delicto sobre

todos grandísimo: *Ab ocultis meis munda me.* «Señor, perdonadme mis pecados ocultos». San Jerónimo vuelve del Hebreo: *a superbis, libera servum tuum.* De los pensamientos altivos y soberbios, á los cuales llama ocultos nuestra traslación, porque, como está dicho, muchas veces se encubre la soberbia al mismo que la tiene. *Si mei non fuerint dominati, tunc inmaculatus ero, et circundabor a delicto maximo:* «Si no se apoderasen de mí estos presumptuosos intentos, entonces me tendré por limpio, porque lo estaré del máximo de los delictos». Es la soberbia el mayor de los pecados, y el primero y causa de los demás. *Initium omnis peccati superbia.* Esa fue la primera que alzó bandera en el cielo y se desvergonzó contra el Altísimo. Acordaos de aquel Lucero que salía por la mañana *in signaculum similitudinis.* Era un retrato de Dios perfectísimo, el sello real en que puso sus armas, todo lleno de luz, hecho un racimo de oro, guarnecido de pedrería, adornado de todas las gracias y lindezas de todos los ángeles. Miróse con atención y parecióse un sol refulgente. Miró la luna de su fama, y hallóla clarísima, porque era un pasmo de todos los ángeles su belleza y todos le estimaban y reconocían por mayor desvaneciéndose. *Elevatum est cor tuum in decore tuo:* «Alegróse vanamente su corazón, contemplando su hermosura». ¿Qué más? Besóse las manos acometiendo á escalar la bienaventuranza. *In cœlo conscendam; super astra Dei exaltabo filium meum* (Isai., 14). Mal me andarán las manos, ó yo daré un asalto al cielo, y sublimaré mi silla sobre las más subidas estrellas. *Dixisti: Deus ego sum.* Tratóse en el hecho como si fuera Dios, que no ha menester á nadie. Esta fue su grande maldad y alevosía: negar al Altísimo y no sujetársele, sino apetecer honras y culto divino. Pero tenemos hoy otro Lucero más claro, otro retrato de Dios hombre, tan parecido al original, que apenas lo aciertan á distinguir los hombres: San Juan Baptista que, aunque respecto del sol de justicia, Cristo, es lucero que le precede y anuncia, comparado con los otros justos que se llaman soles, él es el sol y ellos estrellas. Los rayos resplandecientes de su vida extraordinaria, de su penitencia rígida, de su predicación poderosa, suspendieron el mundo y le conciliaron tanto crédito con los hombres, que la luna de su fama era más clara en los ojos dellos que el sol de medio día. Y eran tan notable sus cosas, que desde que nació dieron que parlar á la fama y se hacía lenguas por los alcores de la montaña, divulgando sus grandezas. *Super omnia montana Judææ divulgabantur omnia verba hæc.* Pero está con esos méritos tan lejos de ensoberbecerse, que con más humildes sentimientos que Job puede decir: *Si vidi solem.* Ni miré al sol ni hice caso de la luna. Cuando revuelve los ojos á mirarse, no sé con qué antojos se mira, que siendo Elías en celo, más que profeta en luz, Cristo en la apariencia, de todo se halla vacío y se confiesa por nada, diciendo no á todo lo que le preguntan. Y ya que suenan esa abyección las palabras, ¿siente otra cosa el corazón? ¿Alégrase que se eche de ver en él y ser entre todos señalado? En ninguna manera. *Hoc ergo gaudium meum impletum est: illum oportet crescere, me autem minui.* El lucero cuando sale va, en el principio muy rutilante y encendido, y nace poco á poco, disminuyendo cuando más sube el sol, hasta que al fin desaparece. San Juan, antes de Jesucristo, pareció muy resplandeciente; mas cuando comenzó Cristo á predicar y hacer milagros, y á descubrir la inmensidad de su luz, fuese ascondiendo la de San Juan, y menoscabando su autoridad, hasta que en la muerte se desapareció. Pues ¿cuándo se alegra San Juan? ¿cuándo crece ó cuándo mengua? *Hoc ergo gaudium.* Ahora es mi gozo cumplido, que crece Cristo en opinión y descrezco yo; que sin duda cuando le tenían por sol en competencia de Cristo, vivía triste y atormentado de celos por la honra de su Señor. ¿Besóse las manos? Ni por sueños. Otros se las quisieron besar y jurarlo por rey *quando misserunt judæi ab Hierosolymis.* Procuradores de Cortes vinieron con las veces y comisión del Senado para darle la obediencia y no la quiso aceptar, por no ser traidor y negar al Altísimo, sino como bueno y leal vasallo *confessus est et non negavit, et confessus est quia non sum ego Christus*: «Contestó y no negó á su rey sino confesó que él no era Cristo», ni cabía en él aquella honra que le daban. Y esta fue la máxima santidad del puro hombre, contrapuesta á la máxima iniquidad de Lucifer. Y para que se entienda ser así, vamos ponderando las palabras del Evangelio.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Misserunt. El demonio, cuando fue tocado de soberbia, nadie le tentó, de su aljaba sacó aquel apetito perverso de excelencia. A San Juan de fuera le vino la tentación; no nació de su deseo pretensión tan inicua, sino que le convidaron con ella; *Misserunt:* «Enviaron». Muchos, en negocios de oficios, callan y disimulan por no descubrir la hilaza de su ambición, que si les hiciesen cocos se abalanzarían como gavilanes á la presa. Y aunque los otros ángeles que cayeron, por seguir el bando de Lucifer, fueron tentados y persuadidos, no de muchos, sino de uno, como lo da á entender Cristo nuestro redentor, llamándolos ángeles de Lucifer, eso es, soldados suyos, vasallos. *A quo quis*

peratus est, hujus et servus est (II Pet., 2). El vencido en la guerra queda por esclavo del vencedor; ellos se llaman ángeles de Lucifer; luego él los venció, atrayéndolos á su errada opinión. San Juan fue tentado, no de uno, sino de muchos. *Misserunt*. Y si con esta demanda enviaran idólatras y gentiles, no fuera mucho, porque como ciegos y bárbaros, por cualquiera ocasión levantaban á uno por Dios, como los de Licaonia á San Pablo y San Bernabé, por verles sanar un tullido; y quien á un leño y á una piedra, haciéndole una carita y dándole con un poco de barniz y oropel le alzaban por Dios, ¿qué honra hicieran en confesar por tal á un hombre tan extremado? Pero no enviaron gentiles, sino *judæi*: el pueblo escogido de Dios, que tenía su conocimiento y su ley para no andar á ciegas. *Vos adoratis quod nescitis, nos adoramus quod scimus:* «Vosotros, dijo Cristo á la Samaritana, no sabéis lo que os adoráis, pues adoráis ídolos; nosotros, los hebreos, sabemos lo que adoramos, porque conocemos al verdadero Dios, á quien se debe toda adoración». Y más, envían *ab Hierosolymis*. No de alguna aldea, donde, aunque haya fieles, suele haber muy crasas ignorancias. ¡Cuántos hay por esos pueblos que ni saben qué es Dios, ni qué persona encarnó, ni ley, ni Sacramentos, y aun en las ciudades también! Pero al fin aquí hay letrados, confesores, predicadores, que desengañan y alumbran, como en Jerusalem; allí era la curia, la universidad; allí los magos se informaron del nacimiento de Cristo. Era la viña donde estaba la torre de la Escritura, adonde el Padre de familias á todas horas envió obreros de profetas que la cultivasen. Desta ciudad envían, y no caballeros ni regidores, que los más destos más saben de puntos de dados y naipe que de teología, sino *sacerdotes et levitas*. Sacerdotes, cuyos pechos han de ser cofres de sabiduría y labios depósito de ciencia. Y levitas, diputados al servicio del altar y culto divino; y no uno ni dos, sino de plural. Sacerdotes y levitas, gran tropel de gente y la más granada de todo el cabildo. Y el caudillo que los rige y trae es Satanás, que, como derribó con la cola la tercera parte de las estrellas, quiere intentar si puede derribar este lucero; y así para recuentro tan importante junta ejército. Trescientas zorras juntó Sansón para talar las mieses de los filisteos, y así junta el demonio estos hipocritones, astutos y maliciosos, y viene con sus lenguas como con tiones del infierno á pegar fuego á las mieses de virtudes maduras y sazonadas del Baptista San Juan. *Ad Johannem*. ¿Quién es Juan, contra quien asestan la batería? Es un hombre, santo antes que nacido, que primero fue lleno el espíritu de Dios que pudiese su espíritu gobernar á su cuerpo. Tan abastado de gracias, que la gracia es su nombre. Un hombre que de tres años hizo banco roto con el mundo, y se retiró al desierto; que come langostas, y viste cilicio, y conversa con las fieras, y que de una palabra ociosa no se le puede hacer cargo. Que lo hizo Dios aposta, *Parare Domino plebem perfectam:* para hacer gente de su valía. ¿A este hombre vienen á tentar las corazas, y lo quieren amotinar y hacerlo cabeza de bando? Sí. Para que ninguno se descuide, aunque más santo sea. Conviene andar sobre aviso, que á nuestro enemigo no se le ha de quedar por corta ni mal echada. A Cristo, fuente de gracia y de justicia, *venit princeps hujus mundi* á reconocer si hallaba alguna cosa suya. *Esca ejus electa*. Es regalado y goloso el demonio. Muérese por viandas delicadas. Esos pecadorazos torpes, desalmados, no le hacen buen gusto. Un justo, la otra devota, el recogido, el rezador, comerse uno de ellos, bocado sabrosísimo; y está hecho á buenos manjares. Nadie se asegure, que no duerme el adversario. A San Juan acomete y no ligeramente, sino echando el resto de su poder. *Ut interrogarent eum*, etc.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Esta fue la más brava tentación que se ha ofrecido á ninguna criatura en los cielos ni en la tierra. Porque dos linajes hay de tentaciones: adversidad y prosperidad. El tiempo consta de día y noche, nublado y sereno, y así la tela de nuestra vida se teje de hilos de tristeza y alegría. Tended los ojos por el mundo y no veréis sino unos llorar y otros reir; éstos son los montes y valles del mundo, las olas que suben y bajan deste mar tempestuoso, las cartas de más y de menos por donde ganamos ó perdemos el juego. La adversidad, mal es, y tenido por tal, y así nos damos el pésame y pedimos á Dios que nos libre dél, de la enfermedad, de la desgracia ó pérdida. La prosperidad no se conoce tan claramente por mal, porque trae apariencia de bien. Vienen cubiertas con rosas las espinas; dámonos el parabién del buen suceso, y andamos hambreando salud, honra, hacienda; pero no hay duda sino que lo uno y lo otro es tentación peligrosa, donde es menester ir con recato. Muchos navíos han dado al través con viento contrario. A muchos hizo la pobreza hacer vileza. Aquél se perjura por un real; la otra por necesidad desdice de quien es; el otro por haberle injuriado cayó en impaciencia y aborrecimiento del prójimo. También han zozobrado otros por demasiado, aunque buen temporal, que les valiera más verse pobres y en una cama que no tener salud y riquezas, que les son instrumentos de condenación. Pero aun-

que esto es así, más peligroso banco es la prosperidad que la adversidad; suelen los trabajos llevar al hombre á Dios y volverse á su casa como el hijo pródigo. Comúnmente asesan los hombres con la tribulación y enloquecen con la felicidad y buena fortuna. Efraín, que quiere decir abundancia, y Manasés, olvido, son hermanos. El rico, el próspero, luego es falto de memoria, y no se acuerda de sus amigos ni de Dios, ni de sí. David huyendo de Saúl fue santo; estando ocioso en su casa, adúltero y homicida. Saúl fue bueno en su pobreza; en el reino, malo y cruel. A Salomón sus grandes riquezas y regalos le hicieron idólatra. Como se ahoga el trigo con la mucha agua, así perece la virtud comúnmente en la prosperidad. Y como en la tentación adversa hay unos trabajos mayores que otros, así en la prosperidad hay unas ocasiones mayores que otras, y la mayor de cuantas jamás ha habido es esta de hoy que se le ofreció á San Juan. No es nada lo que ofreció el demonio á Cristo cuando le mostró todos los reinos del mundo y se los prometió de dar, porque es al fiado y promesa de uno solo, y reino puramente temporal. A San Juan de contado, y de la boca de los mismos electores, le convidan con reino temporal y espiritual. A Eva le engolosinaron con *eritis sicut Dii*. Mas óyelo á una serpiente, y no dice seréis dioses, sino como Dios. La pretensión del demonio, el cebo que le pescó, fue *ero similis altissimo*. Acá le estimaban, no como Dios, sino por el mismo Dios, que tal había de ser el Mesías. Los hijos del Zebedeo negocian las sillas colaterales de la mano derecha é izquierda, y ponen á su madre en que pida lo que ellos desean. Acá lo quieren sentar en la silla de en medio y lo rehusa. El colegio apostólico se revuelve con sólo el rumor del precursor, y sobre cuál ha de ser mayor y presidir entre ellos tienen contiendas y debates. A San Juan, no la presidencia, sino el reinado, se lo dan sin pleitos, la flor del mundo, sólo porque diga de sí. Firmada le dan la carta en blanco para que escriba lo que fuere servido. Que lo estimen; y con tan furioso golpe de culebrina no pudieron derribar esta columna. ¡Huracán es este que ha derribado los más altos cedros del monte Líbano, y dado al través con los navíos más esforzados y cargados de más preciosas mercaderías! ¡Mancha es esta que ha caído en los brocados de tres altos; polilla que ha hecho daño en los refinos, que no ha dejado roso ni velloso, alto ni bajo, cielo, tierra, hombres, ángeles, sabios, Adán y Eva, santos, los apóstoles sagrados; en todos, más ó menos, hizo mella este golpe de ambición y soberbia! Allá se gloría San Pablo que por la gracia de Dios triunfó deste enemigo, pero con tanta costa de su descanso, que dice: *Ne magnitudo revelationem extollat me datus est mihi stimulus carnis meæ, angelus Sathanæ, qui me colaphizet* (II Cor., 12): «Porque no me desvanezca con el grado de doctor que me dieron en el cielo, ordena el Señor que mi carne me dé vejamen». ¿Pasáis por ésto? ¡Que porque la tentación de la soberbia no le derribe le recetan como jarabe provechoso una tentación de carne! ¡Tal dolencia es la soberbia que á un hombre como San Pablo, á cabo de su vejez, es menester azotarlo como niño, porque no se desvanezca con los favores de Dios! ¡A tal gavilán tales pihuelas! Y San Juan, sin ellas, sin fiador, con mayores ocasiones, está firme y no titubea, ni se alza á mayores, sino con profunda humildad siente bajamente de sí y altamente de Dios, y sin encubrir la verdad, *confessus est*, confiesa de plano una vez y muchas que no soy yo Cristo; no quiero sceptro ni corona; no dice á mí ese sobrescrito. ¡Oh isleo fuerte, roca firmísima no movible, en cuya constancia quebraron estas olas tan hinchadas y se volvieron espuma! ¡Pecho magnánimo, vasallo leal que tan bien se supo contener dentro de su medida!

CONSIDERACIÓN TERCERA

Colígese de aquí con mucha probabilidad haber sido la santidad de San Juan la más aventajada de los puros hombres. Porque la providencia de Dios dispone que á cada uno le venga la tentación medida y proporcionada con el caudal de fuerzas y gracia que le ha dado. *Fidelis Deus qui non patietur vos tentari supra id quod potestis: sed faciet etiam cum tentatione proventum* (I Cor., 10): «Fiel es Dios, buen amigo, que no permite ser nadie tentado más de lo que puede llevar». Como el médico no receta de la purga más dragmas de las que entiende ser menester para sanar al enfermo, considerada la calidad de su estómago, de su complexión y del humor, así Dios, médico sapientísimo de nuestras almas, tiempla la purga de la tentación á cada uno conforme á su disposición para que le aproveche y no dañe. Y porque unos hay de más recios estómagos que otros, así hay unas tentaciones más fuertes que otras. *Non enim in serris triturabitur gith, nec rota plaustri super ciminan circuibit, sed in virga excutietur gith et ciminum in baculo, panis autem comminuetur:* «Sí que el labrador diferentes instrumentos tiene para sacar las semillas; no trilla las blandas y menudas porque no se muelan; sino el agenuz sacude con la vara, el comino ó anís con un palo, el trigo, que es más recio, con trillo, pero no tanto que lo desmenuce». ¿Cuánto mejor sabrá el Señor, que se precia de labrador, *Pater meus agricola est*, cómo ha de sacudir el polvo y la paja de las semillas que la de

guardar limpias en los eternos alholíes? A unos limpia con varas, á otros con báculo, á otros, más fuertes, los trilla, pero no de manera que los deshaga. A la pajuela seca cualquier soplo se la lleva; el árbol recio y arraigado puede bien sufrir un torbellino. Pues si la tentación no es mayor que las fuerzas de cada uno, y dispensa Dios que sobre San Juan venga la más fuerte tentación que sobre ningún hombre ni ángel ha venido ni vendrá, síguese que éste fue el pecho más valeroso, el Héctor y Hércules más aventajado que hay entre todos ellos. Síguese que el principado y silla más alta que perdió Lucifer por aquella voz impía: *Deus ego sum*, ese ganó San Juan con aquella humilde confesión: *Non sum ego Christus*. Síguese que, como fue de los nacidos el más tentado, así es dellos el mejor y más perfecto, como lo afirma la misma Verdad: *Inter natos mulierum non surrexit*, etc. Algunos limitan este lugar á que sólo quiso el Redentor significar la grandeza del misterio y profecía de San Juan, y que en eso sólo se canoniza por mayor. Pero no sólo en eso, sino en santidad de vida y alteza de méritos quiso dar á entender que ninguno se levantó nacido de mujeres mayor que él. Y mirando al contento, allí iba Cristo haciendo encomio del Baptista. Había alabado la firmeza, la penitencia, su profecía y grande enseñanza, diciéndole más que profeta; su limpieza, llamándole ángel, y pareciéndole que era proceder en infinito, quiso en breve compendio cifrar todas sus virtudes, y dice en una palabra: «Entre los nacidos ninguno mayor que el Baptista». Pues claro está que no había de repetir lo dicho, llamándole mayor profeta, pues ya le había dicho más que profeta, y que había de guardar los colores retóricos, pues los sabía mejor que todos. Y si me decís que parece esto expresamente en el texto de San Lucas: *Nemo propheta major est Johanne Baptista*, digo que eso prueba nuestra intención. Porque en aquel tiempo el nombre más grato era el de profeta; y decirle profeta, no sólo era alabarle de que era sabidor de lo porvenir, sino que era santísimo. Así lo dice Eutimio (y consta del lenguaje de la Escriptura), que para alabar á uno de muy santo le llamaban profeta. Cristo, cuando encarecían su vida y doctrina, confirmada con grandes milagros, decían: *Quia propheta magnus surrexit in nobis*. Al ciego que alumbró Cristo dícenle los fariseos: «Nosotros sabemos que este hombre que te sanó es pecador, ¿á ti qué te parece?» *Quia propheta est*: «A mí me parece, respondió el ciego, que es profeta». Quiso decir: excelente, santo. Y así lo mismo es decir Cristo que San Juan es el mayor profeta y el mayor santo. Este fue el parecer de San Agustín. *Praecellit cœteros, eminet universis, antecellit prophetas, supergreditur patriarchas, et quisquis de muliere natus est inferior est Johanne* (en el sermón segundo, *circa princip. de Sancto Johanne*). Y en el sermón cuarto: *Quisquis Johannes plus est. non tantum homo, sed Deus est:* «Aventájase sobre los otros, encúbrase sobre todos, antecede á los profetas, sobrepuja á los patriarcas, y cualquiera que nació de mujer es inferior á Juan. Y si hubo y hay en el mundo quien sea más que él, no es hombre puro, sino Dios también». Lo mismo dicen otros santos padres. Siendo, pues, el mayor de los nacidos, convino fuese de todos el más tentado, para que nos sea ejemplo de vencer en las cosas prósperas, como lo fue Job en las adversas.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Pero veamos adelante el proceso de la tentación. Ya que no quiso afirmar de sí lo que no era, ¿qué responde á lo que era? Pregúntanle: *Elias es tu?* Responde: «No soy Elías».—«¿Sois profeta?»—«No soy profeta». Tanto es lo de más como lo de menos. ¿Cómo niega ser profeta habiendo dicho su padre: *Tu, puer, propheta altissimi vocaberis?* Dicen algunos que no le preguntaron absolutamente si era profeta, sino un profeta insignemente sabido que ellos esperaban, de quien había dicho Moisés: *Prophetam de gente tua suscitabit tibi Dominus, ipse audies:* «Ha de levantar Dios un profeta señalado desta generación, oirle has». Pero no parece esto muy firme, porque si los que hicieron esta pregunta fuera gente ignorante, pudiera caer en ellos este engaño de pensar que uno era Cristo y otro aquel profeta; pero siendo sacerdotes y levitas, que es religiosos y letrados, bien habían de entender que aquel gran profeta prometido era Cristo, que aunque dos eran nombrados, era uno el significado. Y así, quien negaba ser lo primero, negaba consecuentemente ser lo segundo. Digo, pues, á esto, dos cosas. La primera es, que San Juan conocía muy bien ser profeta, porque no ignoran los santos (como San Pablo dice) las mercedes que Dios les ha hecho: *Ut sciamus quæ a Deo donata sunt nobis* (I Cor., 2). Y con todo eso, en esta ocasión niega ser profeta por respeto de Cristo, en cuya competencia le preguntaban. ¿Cómo San Pablo, hablando de la claridad que resplandeció en el rostro de Moisés de haber tratado con Dios, que era tan grande que no le podía el pueblo mirar al rostro, dice que cotejada con la que en Cristo se halló no era nada? Y de los mandamientos que Dios en tiempos pasados dio á los hijos de Israel, de quien San Pablo dice *scimus quia bona est lex*. Y en la epístola ad Romanos: *Itaque lex sancta et mandatum sanctum et justum et bonum*. Estaba dicho antes

por Ecequiel: *Dedi eis præcepta non bona.* ¿Cómo se compadece eso con lo otro: que diga uno no son buenos; otro, buenos son, justos y santos? Respóndese, que el Profeta no niega la bondad de aquella ley absolutamente; que muy buena fue á su tiempo, sino dice que, cotejada con la ley evangélica, así como el rostro de Moisés dejó de ser resplandeciente cuando apareció con Cristo transfigurado, así la ley antigua dejó de ser lo que era comparada con la ley del Evangelio. Cuando sale el sol pierden su claridad las estrellas y planetas; no que el sol les quite lo que es suyo, sino que lo cubre, y no se echa de ver en ello, según hay que mirar en el sol. Así con razón, el Baptista, desque se vio puesto en competencia de aquel que por particular prerrogativa era profeta y Señor de los profetas, confesó no ser profeta y no negó que era profeta: *Confessus est et non negavit.* No niega lo que hay en sí, sino confiesa que, allí puesto, no merece nombre de profeta. Bien conoce su luz, pero delante del Sol dice que no la ve, y se absconde. De donde veréis la grandeza de Cristo su Señor, pues en su comparación, uno que tan grande es se aniquila; como aquellos venerables ancianos que vio San Juan en su *Apocalipsis*, que arrojaron sus coronas delante el trono de Dios y del cordero, así el Baptista se despoja de su profecía para reconocer en ella la ventaja debida á Cristo. Y si desta manera se abate delante de Cristo el mayor de los nacidos de mujer, si este neblí generoso, cerrando las alas, desde lo más alto del cielo se deja caer hasta los abismos de la nada, nosotros, sepulcros blanqueados, llenos de huesos de muertos y de corrupción de pecados, ¿cuánto será razón que nos humillemos delante la majestad de Dios? ¡Qué encogidos nos ha de tener la consideración de su grandeza y de nuestra pequeñez! ¡De su bondad y de nuestra malicia! ¡De su pureza y de nuestra escoria! ¡Qué estemos corridos y avergonzados, como aquel publicano, que estaba lejos y no osaba levantar los ojos al cielo! Y si te vees coronado con algunas gracias, virtudes, honra, nobleza, letras, hermosura, arroja esas coronas ante el trono de Dios, reconociendo que todo es nada en su presencia, y que todos son beneficios suyos y dádivas de su larga mano: *Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* Toda esta doctrina nos enseña San Juan en esta humilde respuesta con que se deshace delante de su criador. La segunda explicación es que en todas estas respuestas va junta la verdad con la humildad, tan delicadamente, que diciendo de sí lo que no es, ocultamente dice lo que es, aunque no lo entendieron los mensajeros. Pregúntanle en la primera: *Tu, quis es?* Responde: *Non sum ego Christus.* No os preguntan sino lo que sois. Pues eso se dice diciendo lo que no soy. No es Cristo ni su madre; en lo demás es todo lo bueno que quisiéredes. Imaginad toda la santidad, pureza, penitencia, gracia, alteza de oficio, estimación acerca de Dios; no lleguéis á hacerlo Cristo, que todo cabe en él. Esta fue la alabanza que le dio su especial amigo San Juan Evangelista: *Non erat ille lux*: «No os engañéis, que no es luz». ¿Cómo no? El Redemptor ¿no dijo dél: *Erat lucerna ardens et lucens*: «Que era antorcha ardiendo y que relucía», cirio hermoso que no fue menester despabilarlo, que ardía por amor y lucía por doctrina, y descubría las perfecciones de Dios y las faltas de los hombres? ¿Cómo dice el Evangelista que no era luz? Y si me decís que no habla desa luz creada, sino de la fuente de la luz y quiere decir que San Juan no es luz por esencia, como Cristo, aunque lo es por participación, ¿por qué no nos da ese desengaño de otras luces que hubo? Dijo Cristo á sus apóstoles: *Vos estis lux mundi*. Y en otra parte dice de si: *Ego sum lux mundi*. ¿Por qué San Juan no nos dice la diferencia que hay entre estas luces y nos advierte de los apóstoles *non erant illi lux*? Porque no eran luces tan grandes que pudiesen errar en ellas. Hallaréis unos viejos en algunos pueblos que conocen hasta las piedras y os deslindarán los linajes, los solares, las casas, los mayorazgos, quiénes fueron los instituidores, qué oficios tuvieron. Cartas viejas, que no hay echarles dado falso. «Señor, Fulano es caballero». Ríese el viejo: «Señor, de privilegio. Yo conocí á su padre que era pobre oficial y él era pechero hasta el otro día». Ofrécese un pleito de más importancia, en que es menester deslindar el árbol de la descendencia de una casa principal, porque hay pretensores de la herencia; va mucho en acertar quién es el verdadero y legitimo sucesor y quién no, y declarar lo uno y lo otro, y en ello se pone mucho cuidado. A San Juan Evangelista dejóle Dios en su Iglesia noventa años, como registro viejo para averiguar la nobleza de cada uno. Preguntado qué siente de la hidalguía de los apóstoles, dice que son caballeros de privilegio, que él los conoció pescadores y pecheros, y que está clara la diferencia, porque *si dixerimus quia peccatum non habemus, ipsi nos seducimus et veritas in nobis non est*: «Si quisiéramos blasonar de caballería y decir que no tenemos raza de pecadores, engañámonos y no tratamos verdad». Pues luces donde hay tiniebla de culpa, aunque sea venial, no puede haber sospecha que son luces por esencia. Ofrécese el pleito importantísimo sobre la sucesión de la casa real, que hay quien pone pleito al mayorazgo y niega venir por línea recta de la cepa y tronco real;

sale el buen viejo y comienza á deslindar la generación del Verbo eterno, en que procede Dios de Dios, lumbre de lumbre, Dios verdadero de Dios verdadero, y yendo relatando esta genealogía corta el hilo. Tened punto. Si de alguno se podía presumir que tenía acción al reino, era del Baptista, al cual hizo Dios luz para que diese testimonio de la luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene al mundo. Este, á los ojos mortales pareció luz, pero avísoos que *non erat ille lux*. No es luz por esencia, sino participada; no es sol, sino lucero; y esto es lo más que se pudo decir de una criatura, y lo mismo que primero dijo de sí San Juan: *Non sum ego Christus*. No os engañéis conmigo en tenerme por Cristo; fuera desto, bien podéis pensar lo que quisiéredes.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Mas ¿por qué niega ser Elías, pues dijo Cristo: *Ipse est Elias*, y niega ser profeta? Mirad, Dios es de tan soberana perfección, que encierra en sí todas las lindezas de las criaturas sin ninguna imperfección. En la esencia divina, como en un espejo cristalino, se representan infinitas hermosuras; allí está la gala del pavón, la velocidad del águila, la fortaleza del león, y allí se parecen y conocen estos animales y todas las demás cosas, mucho mejor que en sí mismas. Y con todo eso, Dios no es águila, ni león, sino es todas las cosas eminentemente; lo bueno de todo eso apurado y cernido está en Dios. San Juan Baptista no es santo particular, sino general, que abarca y comprehende en sí todas las perfecciones de los santos, quitadas las imperfecciones. Es un oro subido de ley sin mezcla de liga. Elías tuvo celo de la honra de Dios, y valor para reprehender al rey Acab, pero su celo fue riguroso, que mataba los pecadores y cerraba los cielos; y al cabo, de miedo de la reina Jezabel huyó al desierto. Pues tomad de ahí el celo del honor divino y acompañadlo con amor de los hombres, que quiere, no abrasar, sino convertir á los pecadores; no cerrar los cielos, sino abrirlos para que se oiga la voz del Padre y baje en figura de paloma el Espíritu Santo; tomad el valor para reprehender á Herodes y no el miedo para ausentarse de Herodías, y ese es San Juan. Así lo declaró el ángel: *Ipse præcedet ante eum, in spiritu et virtute Eliæ*. Tendrá el espíritu, el valor fundido y fortaleza de Elías: lo mejor que él tuvo. Más. El profeta tiene lumbre para conocer las cosas futuras, y esta es perfección. Tiene estar lejos de lo que ve, porque profeta *dicitur a procul*, y esta es imperfección. Pues tomad la lumbre de la profecía para conocer, y quitad la imperfección de estar lejos de lo que conoce, y ese es San Juan, y así le llamó Cristo *plus quam propheta*. Profeta, porque con lumbre y revelación divina conoció la persona de Cristo que estaba oculta, y en la humanidad adoró la divinidad; y con un *plus ultra*, porque no profetizó de lejos, como los otros, sino lo señaló con el dedo. Pues veis aquí por qué cuando le preguntan si es Elías y profeta dice que no. Como Dios puede negar ser caballo y león, porque aunque tiene lo bueno destos animales no tiene sus imperfecciones, así San Juan niega ser Elías y profeta, porque es lo bueno dellos y de todos, apurado de toda imperfección. Acontece en la primavera entrar en un deleitoso jardín, poblado de varias y olorosas flores; sopla un blando céfiro y aspiran los olores; ya sentís la fragancia de la azucena, ya de la rosa, la clavellina, el jazmín, el mosquete, la poncela, el alhelí. La azucena pide por justicia ser suyo el olor; la rosa se quiere alzar con él, y así todas las demás; y no es uno solo, sino su mixto que con excelencia contiene todos los olores. Así la santidad de San Juan es un paraíso de deleites, un jardín de flores que exhala de sí y funde todos los olores: de patriarca, profeta, apóstol del Padre, primero evangelista (el de palabra como los cuatro por escrito), mártir, confesor, virgen, ermitaño, doctor. Bien se le puede aplicar la bendición de Isaac á Jacob: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus*. «No me huele mi hijo á una flor sola, sino á un prado ameno matizado de diversidad de flores á quien echó su bendición el Señor». Quiso Dios amontonar en este santo todas las gracias, encerró en este maná todos los sabores, distiló todos los olores en esta agua de ángeles, y así una ó otra cosa particular no le viene al justo, y por eso la niega. «No soy Elías, no soy profeta».

CONSIDERACIÓN SEXTA

Ahora, pues tantos noes le habemos oído, procuremos llevar siquiera un sí de su boca, y con él acabaremos. *Quis es? ut responsum demus his qui misserunt nos:* «Decidnos, pues, ¿quién sois? Para que demos razón á los que á vos nos enviaron». *Ego vox clamantis in deserto:* «Yo soy voz». Veis aquí la humildad. *Voces sunt signa passionum quæ sunt in anima* (Aristóteles). El concepto es lo principal que permanece en el entendimiento; la voz es un poco de aire que luego pasa, y su oficio es manifestar al concepto. Así dice: yo soy nada, soy un poco de aire que ligeramente pasa; pero mi oficio es dar noticia del Verbo eterno que permanece para siempre y avisaros que os dispongáis para recebirle. Pero con esta humildad también va hermanada la verdad de quién es:

de aquel oficio altísimo que le encargó Dios, enviándole al mundo, *ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum.* No puede el concepto manifestarse sino por la voz; y así San Juan, que es voz del Verbo, vino para dar testimonio dél; envióle delante para que fuese el primer sembrador de la fe, el primer apóstol del mundo; para que plantase esa fe y la predicase. ¿En dónde? ¿Y á quién? *Ut omnes crederent per illum.* Los dos príncipes de los apóstoles no se atrevieron á tomar esta empresa de haberlo con todo el mundo; y así, á San Pedro se le encomendó el pueblo hebreo y á San Pablo la gentilidad. Mas á San Juan, *ut omnes crederent per illum.* Si hubiera de sacar escudos y armas este ilustrísimo caballero, ¡qué de banderas ganadas el mundo vencido pudiera sacar! y ¡qué blasón tan bravo que las cercara! Que si el Verbo pusiera un mundo y por letra *omnia per ipsum facta sunt*, San Juan también el mundo y por letra: *ut omnes crederent.* ¿Qué fuera del mundo sin fe? Pues agradezcan esta fe á San Juan, que vino á dar testimonio de la lumbre, y los que sois sus devotos, procurad ser tales que no descubra vuestras faltas esta luz. ¿De qué sirve jactar y encarecer la devoción del Baptista, pedir alabanzas en género demonstrativo, si mostráis tenerle enemistad con la vida? ¿Cómo cuadra con aquella soledad tu distraimiento? ¿Con aquellas langostas tus comidas? ¿Con aquel cilicio tus holandas? ¿Con aquella humildad tu entonación? ¿Con aquel sufrimiento hasta el morir tu impaciencia? Si os preciáis de muy aficionado al Baptista, imitad las virtudes del Baptista, y en esto serán bien empleadas las competencias, no en saber cuál ó cuál es el más santo, sino cuál de nosotros imita más á su santo, cuál le importuna con más hirvientes y continuas oraciones, para que regruese en él sus virtudes, y él nos alcance á todos la gracia y por ella la gloria, *quam mihi vobis præstare dignetur.*

SERMÓN SEGUNDO

EN EL

TERCERO DOMINGO DE ADVIENTO

Misserunt judæi ab Hierosolymis sacerdotes et levitas ad Johannem, ut interrogarent eum: tu, quis es?

(JOAN., 1).

El cabildo y regimiento de la populosa y fortísima ciudad de Corinto, á quien llama Cicerón lumbre de toda la Grecia, teniendo noticia del poder del Magno Alejandro y de sus hazañas y victorias; pareciéndoles que con tal señor estarían defendidos y muy honrados, le enviaron sus embajadores ofreciéndole su república y dándose por sus vasallos. Rióse el ambicioso rey de aquel ofrecimiento, porque para su codicia insaciable de reinar era pequeña presa, no digo una ciudad, sino el mundo entero; pues se sabe que oyendo afirmar al filósofo Anaxágoras había muchos mundos, lloró con pesar de que siendo tantos aún no tenía él conquistado uno. Mas visto por los legados corintios el poco caso que hizo de su oferta, le dijo uno: *Nulli civitatem unquam donavimus præter quam tibi et Herculi* (Plut.): «Ten en mucho el dominio de nuestra ciudad, porque nunca le dimos sino á ti y á Hércules». Oído esto, admiróse de bonísima gana Alejandro la honra que le daban; y preciándola por ser tan rara, y porque le igualaban con Hércules, varón excelentísimo. Hoy los príncipes de Jerusalem y aquel cabildo más florido del mundo, convencidos de la grande opinión y santidad prodigiosa del Baptista Juan, le envían á convidar con el reino de Israel, y desde la ciudad metropolitana le despachan mensajeros graves y de autoridad, sacerdotes y levitas, que le pregunten quién es, y de su parte le ofrezcan la dignidad del Mesías y le rindan el eclesiástico homenaje, alzándole en su nombre por su Dios y rey. No se rió, sino escandalizóse el Baptista de semejante embajada, porque era más humilde que Alejandro soberbio, y gozaba en

más razón el nombre de Magno, como dado por Dios y no por los hombres. *Erit enim magnus coram Domino.* Y si Alejandro recibe la honra por extraordinaria y por igualarse con Hércules, San Juan la desecha por ser única y singular, á ninguno jamás concedida, ni hombre en la tierra, ni ángel del cielo; y por no igualarse con Cristo, verdadero Dios y hombre, cuya era aquella investidura. Y así lo protesta respondiendo á los embajadores: «Yo no soy Cristo, aunque soy su voz. No viene á mí este sobrescrito, sino á otro mejor y anterior á mí; que con estar en medio de vosotros, no le conocéis; y estoy yo tan lejos de emparejarle, que no merezco descalzarle los zapatos». Desta humildad magnánima, que fue escala para subir San Juan á la mayor alteza de los puros hombres, habemos de tratar en el presente sermón. Supliquemos á la Virgen humildísima, que siendo escogida para madre de Dios se ofreció por esclava, nos alcance la gracia mediante su intercesión sacratísima. Ave María.

INTRODUCCIÓN

La subida de un alma que aspira á la perfección, y de las bajezas de la tierra se levanta á las alturas del cielo, proponiendo subidas y yendo como por escalones de virtud en virtud, hasta ver á Dios en Sión, es tan admirable á los espíritus angélicos, que tan bien conocen la pesadumbre deste cuerpo mortal, que los introduce Salomón, diciendo como espantados: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ et thuris et universi pulveris pigmentarii?* «¿Quién es ésta que sube del desierto, como varilla de humo que se exhala del pebete confeccionado de mirra y encienso y de todos los polvos aromáticos?» Cada palabra tiene misterio y se debe ponderar. Lo primero que admira en el alma santa es que siempre sube por el aprovechamiento temporal. Cada día va de bien en mejor, continuando el mérito en todas ocasiones: por gloria, por afrenta, por infamia, por buena fama, en la adversidad y en la prosperidad. Lo segundo, que sube del desierto. De un despoblado viene tan aseada, olorosa y gallarda. De ese mundo lleno de fieras, despoblado de hombres de razón y de buena policía, inficionado con el mal olor de los sensuales, que como brutos se dejan podrecer en el estiércol de sus vicios; ahí halla esta dama riquezas, gala y olores. Más. Sube como varilla. Vara derecha por la rectitud de la intención, no corvada ni torcida hacia las criaturas, sino derecha, firme en el amor del Criador. Varilla, porque es delicada, sin groseza de carnales afectos, sino adamada, metida en pretina, adelgazada y desbastada con divinas disciplinas. Y porque varilla de humo tan delgada no se piense que puede el aire llevársela y desvanecerla, en lugar de *virgula fumi*, dice el hebreo *sicut columna aut palmæ fumi.* Que sube «como columna ó palmas de humo», que es sólida y maciza, y tiene constancia en la virtud y en los buenos propósitos, como las columnas fuertes; y valor y brío para resistir á las tentaciones y triunfar de los enemigos espirituales; como la palma, que es símbolo de victoria y de fortaleza invencible. El ser de humo, dice la agilidad con que sube; porque el humo ya se vee la priesa y ligereza con que se va á lo alto. Así el justo es ahervorado, presuroso y diligente en el servicio de Dios, que reprueba á los negligentes y no puede tragar á los tibios. Y porque este humo no es penoso, sino oloroso y deleitable, sale de un pebete hecho de mirra y encienso. La mirra, con que embalsamaban los cuerpos muertos significa la mortificación de la carne; y el encienso, que se ofrece á Dios en sacrificio, es símbolo de la oración. Sube, pues, el justo como varilla de humo de mirra y encienso; porque con obras penales, con que aflige y mortifica la carne, y con santos ejercicios de oraciones y meditación, con que purifica su espíritu, procura aprovechar en el servicio de Dios. San Teodoro reduce esta composición de mirra y encienso á la perfección del entendimiento; y quiere que sea el conocimiento de la humanidad y divinidad de Cristo, á quien los reyes ofrecieron mirra, como á hombre mortal, y encienso, como á Dios vivo. *Qui sponsi pulchritudinem admiratur, eam his nominibus judicat, odoris suavitate fragrantem; quia humanitatem et divinitatem adorat sponsi, quantum mortem credidit tantum essentiam sempiternam confitetur.* Mas porque esta fe, para ser de provecho ha de estar acompañada con obras, concluye que el pebete no sólo se hace de mirra y encienso, sino de todos los polvos aromáticos, que es la universidad de todas las virtudes, que están entre sí connexas y eslabonadas. Y adviértase que los olores no están enteros, sino hechos polvos, como la glosa ordinaria advierte: *In pulverem redacta valent ad perfectionem; sic virtutes cum nos extollunt animum, sed quasi in pulverem reputatione agentis rediguntur; ad perfectionem perducunt.* Porque las virtudes no ensoberbecen el ánimo, teniéndolas por grandes, sino en la reputación de quien las tiene parecen tan pequeñas y de poca entidad, que semejan polvos; entonces dan de sí olor suavísimo para Dios. O, como declara Santo Tomás, las virtudes hechas polvos, dan á entender la gran discreción con que el justo ha de examinar sus obras, cernerlas y apurarlas con el cedazo blan-

co de una subtilísima consideración. Aquel *verebar omnia opera mea* de Job; *nihil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum* de San Pablo, esto es aflorar las obras, porque no haya en ellas alguna dureza, falta ó imperfección que las haga inútiles ó vanas en los ojos de Dios, que juzga con gran puntualidad las santidades y justicias.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Hemos pasado muy á la ligera por este lugar, que para su exposición pedía más que la hora; pero la perfecta glosa y comento dél nos dará, mejor que otras ningunas palabras, el ejemplo y obras extremadas deste ángel terreno y hombre de milagro, San Juan, que con su penitencia rígida y manera de vivir insólita, y con su santidad tan peregrina y esmerada espantó el mundo y le arrebató en admiración de sus extrañezas. *Quæ est ista?* ¿Quién es éste, que es mucho para hombre y basta para ángel y aun sobra? ¿Qué virtud es esta tan nueva, tan rara, tan heroica? *Quæ ascendit.* Este fue su oficio desde que la llama de la gracia, que es participación de aquel fuego que arde en la esfera de la divina naturaleza, prendió en su alma desde el vientre de su madre, cuando todos están caídos y aherrojados con cadenas de ignorancia y de culpa; porque ni el niño tiene libertad de albedrío ni gracia, que son los principios de merecer; desde allí fue hombre de razón y repleto del Espíritu Santo, con cuyo impulso dio tan gran salto hacia la vida eterna, que comenzó por la plenitud de gracia, por donde los apóstoles, después de haber conversado tres años con Cristo, acabaron. Y á este respecto fue siempre subiendo, como dice San Lucas: *Puer autem crescebat et confortabatur spiritu.* «Que el niño crecía y medraba, no tanto en la edad como en espíritu». En eso se hacía cada día mayor y más robusto. Y así lo mostró en todas ocasiones de bien y de mal: en las cárceles y bretes, en el aplauso del pueblo, en las lisonjas de los sacerdotes. Por todo subió y salió aprovechado. Y crece la maravilla en que sube del desierto. *Et erat in deserti usque in diem ostensionis suæ ad Israel.* Pues ¿por qué tantos años retirado? *Nemo lucernam accendit in abscondito ponit, neque sub modio, sed super candelabrum, ut qui ingrediuntur lumen videant.* Si sois antorcha encendida para alumbrar á la Iglesia, ¿por qué no os ponéis en el blandón? Si sois voz del Verbo, ¿por qué no voceáis en las plazas, pues la sabiduría *in plateis dat vocem suam*? Si sois testigo, ¿por qué no tratáis con las gentes que han de recibir vuestro testimonio? Mil cosas se pudieran responder, pero brevemente. Siendo luz, no luego va al candelero, para enseñar que no por imaginaros vos con una centella de devoción ó virtud, tenéis licencia para luego salir al aire, á avisar, adestrar y reñir á otros. Cuando encendéis una hacha, primero la tenéis al rincón y aguardáis que se prenda bien la llama; así San Juan encendióse su luz á los seis meses y recogióse, así encendido, al desierto para que presa y bien trazada la llama salga ribera del Jordán, que ni viento de favores, ni torbellinos de amenazas la pueden apagar. También asido el fuego del Espíritu Santo en esta luciente antorcha, que cuando el tirano Herodes la quiera matar y cortarla la cabeza no la apague, antes sea despabilarla y dejarla más ardiendo. Y si ha de ser voz y testigo, conviene que se críe en el desierto, desnudo de todo lo que es mundo, para que no se pueda presumir que por cosa dél torcerá de lo que fuere justicia y razón; y para que tenga más autoridad su testimonio cuando su vida fuere más inculpable; que este es uno de los mayores provechos de la soledad, cortar mil ocasiones de pecar, que á cada paso se ofrecen en el comercio de la gente. Por eso deste santo niño canta la Iglesia que de tiernos años dejó las ciudades y se fue á los yermos: *Ne levi saltem, maculare vitam flamine posses* (Himno San Juan). Comúnmente son tales los hombres como las compañías con quien andan. Y está escrito: *Qui cum sapientibus graditur, sapiens erit; amicus stultorum, similis efficietur. Et qui tetigerit picem, inquinabitur ab ea. Et qui communicat superbo, induet superbiam.* Si, como dice San Juan, *mundus totus in maligno positus est*, ¿qué se puede sacar de su trato sino malicia? ¿Qué cosa hay más dura que el hierro, que doma y quebranta todos los metales? Pero si está mucho tiempo enterrado, perdida y gastada toda su dureza, se convierte en blanda tierra. Pues si el hierro durísimo, intratable, degenera de su fortaleza y se hace semejante á las cosas con quien se junta, ¿qué hará el corazón de carne, que toda la vida conversa con hombres de carne y que ninguna otra cosa vee, ni oye, ni siente, ni piensa, sino en carne? De aquí vino San Francisco, cuando vivía en el monte de Albernia, á temer bajar de allí, aunque fuese para predicar, porque decía: *Consuetudine Dei fiunt homines divini, consuetudine vero hominum vix fieri potest quin aliquid in se humanum atque terrenum contrahant.* Por eso Juan, que en todo había de ser tan celestial y divino, en el desierto. Pero lo que espanta [illegible] que estando allí sin salir á poblado tuviese ta[illegible] ta opinión de santidad. ¿Qué diriades de [illegible] grano de almizcle ó de una poma de ámbar q[illegible] enterrada en un muladar echase tanto olor [illegible] fragancia de sí que se difundiese cuarenta [illegible] cincuenta leguas al derredor y atrajese las g[illegible]

tes y les robase los sentidos y ánimos con la fuerza de tanta suavidad? No hay almizcle, ni ámbar gris que tan bien huela á Dios y á las gentes, como un justo, que lo es y lo parece. Y así, San Pablo dice de sí y de sus compañeros: *Christi bonus odor sumus Deo*. Somos granos y pebetes de lindo olor; porque damos un tufo, un «olor de Cristo que deleita á Dios» y consuela á los hombres. Y para que todos participasen deste regalo, andaban por el mundo discurriendo de unas partes en otras, conversando con los hombres para atraerlos á la virtud con el olor de su buena vida. Mas el Baptista es pebete finísimo, que encerrado, abscondido en el desierto, derramó tanta fragancia de virtud, tanta fama de su santidad por todo el reino de Israel, que de muchas leguas traía los hombres como presos y arrebatados, despoblando los pueblos y poblando los despoblados al olor destos divinos ungüentos, que se le puede aplicar en su manera aquella alabanza del esposo: *Oleum effusum nomem tuum, ideo adolescentulæ dilexerunt te nimis*. «Aceite rosado y de azahar; bálsamo derramado oloroso es tu nombre, la opinión y fama de tu santidad, y por eso se pierden por ti las doncellicas, esas almas principiantes que te salen á buscar». Luego con razón repara en que suba del desierto.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Sicut virgula. Vara derecha, en que no hubo comba, ni torcimiento de culpa mortal, ni por ventura, de venial. Siempre ajustada con la ley de Dios. Más. Derecha en la intención. Porque sólo buscaba la gloria de Cristo y la salud de los hombres, que consistía en conocer y servir á Cristo. No pretendía la aura popular, pues su gozo era descrecer en reputación, porque creciese Cristo. No gustaba de la secuela de sus discípulos, pues se les remitía al Salvador. No quería favores, riquezas ni honras, pues reprehendió al rey Herodes y á los pontífices y fariseos, de quien eso se podía esperar. Al fin tan derecho, que fue la aguja, el índice y mostrador que nos señaló al Norte y autor de la vida. Más. *Virgula*. ¡Qué desbastado de todo lo terreno! ¡Qué adelgazado con abstinencia! ¡Qué espiritualizado con la oración! Hombre en la sustancia, mas con propiedades de espíritu. Vino Juan, dice Cristo, *non manducans, neque bibens*. No dice que ayunaba, sino que no comía ni bebía. Añade San Bernardo: *Nec vestiens*. Por eso le llaman ángel, espíritu, hidalgo, ilustre, como los cortesanos del cielo; que vivía sin pagar los pechos y tributos desta carne villana; y con esta delicadeza, tanta constancia, como columna inmoble y palma invencible. «No es cañaheja, dice Cristo, que se mueve á todos vientos, sino columna finísima, que con el peso incomportable desta honra suma del Mesías, que hoy cargaron sobre él, no bamboleó, ni cayó, ni perdió su firmeza». Con el deseo sólo desta dignidad, como con el tiro de una impetuosa culebrina, cayeron aquellos castillos roqueros de los ángeles y del primer hombre, con sus muros diamantinos da gracia y sabiduría; y en San Juan, no el deseo, sino la oferta, la colación, no hizo mella, antes quedó victorioso como palma, después de cimbrado con el torbellino de tan furiosa tentación. Y si el humo se da priesa á subir, ¿quién más ahervorado, solícito y presuroso que el que de nombre y oficio es precursor? ¿El que á todos lleva la delantera? ¡Ved si ha de ser diligente, suelto, corredor, el que ha de preceder á aquel gran gigante de dos naturalezas que se alegró para correr la carrera de nuestra redención! Pero aunque en esta milagrosa pastilla están mezclados todos los olores y especies aromáticas de las virtudes, señaladamente se hace mención de la mirra y del encienso, que, como dijimos, son penitencia y oración. ¿Quién hay que se pueda igualar con el Baptista de todos los penitentes que ha visto el mundo? Porque fue su penitencia la más espantosa é increíble en el lugar, vestido y comida, de la que parecía posible á hombre mortal. Desde niño tierno retirado en un desierto arenoso, quemado con los ardores del sol, expuesto á los vientos, lluvias, hielos y fríos; en una soledad horrenda, desproveída y falta de refrigerio y de todo humano consuelo, y en compañía de bestias fieras. «Su vestido, nos cuenta San Mateo, que era un costal de asperísima jerga, un saco ó cilicio hecho, no de lana, sino de cerdas de camello, estrechado en sus carnes con un cincho de un látigo, y éste le servía de camisa y jubón, de sayo, de capa, de cama y frezada para abrigarse en invierno y verano, sin tener ni aun otro de la misma estofa para remudarle». Su comida eran langostas, ora hayan sido raíces de hierbas ó hojas de árboles, como dicen algunos; ora, lo que es más cierto, sean esas medio cigarras que llamamos langostas, que en aquellas partes era manjar de pobres, como afirman los doctores Ambrosio, Orígenes, Jerónimo, que lo uno y lo otro pone grima. Y con eso, alguna miel amarga montesina, si acaso la hallaba por los tueros de la breña. Acordaos que no sin misterio San Lucas llama á San Juan hijo de Zacarías y nacido de Isabel; porque no pensásemos que este hombre era hijo de alguna peña ó nacido por ahí de la raíz de algún roble ó alcornoque. Pero con ser hombre fue tan penitente, que le llamaremos la misma penitencia. No dice aquí que fue ungido con mirra, sino que es la misma mirra. A las demás cosas que participan de

algún bien, solemos nombrarlas del bien que participan. Como cuando decimos santo á uno, de la santidad que en él hay, justo de la justicia, penitente de la penitencia, á San Juan le llaman con nombres que significan no participación ó bien participado, sino lo mismo que se puede participar. *Erat lucerna ardens et lucens:* «Que alumbra y calienta», cuyo calor y luz otros participan. Como en otra parte no le llaman justo, sino justicia: *Justitia ante eum ambulabit* (Salmo 84, quiere decir: delante el Mesías. Así acá, no mirrado, sino mirra; no penitente, sino la penitencia en abstracto. Porque, sin duda, quien quisiese hacer un retrato vivo de la penitencia, no le podía sacar más al propio que pintar un Baptista. ¡Qué afectos moviera en los ánimos la penitencia, si ella misma hablara de sí! ¡Qué fuerza tan diferente tuviera esta palabra *pœnitentiam agite* de la boca de la penitencia oída, de la que le podemos acá dar, que tan malos penitentes somos! Pues al fin, por mucho que quiera fingir, no puede nadie hablar de su enemigo bien, con palabras que tengan virtud para persuadir. Pues esta fuerza tuvo la predicación de la penitencia en la boca de San Juan. Y por eso hizo tan diferente efecto con sus sermones del que nosotros hacemos. Esta penitencia creíble le dio tanto crédito y autoridad en el pueblo, y le hizo admirable en los ojos de todos. Porque como los vicios carnales son más infames y afrentosos en la estimación de los hombres que los que llaman espirituales, como la soberbia, odio, envidia, etc., así, por el contrario, la mortificación y maltratamiento de la carne concilía mayor opinión y fama de santidad que las virtudes interiores. Porque como los hombres se rigen por el sentido y no ven el resplandor de las virtudes que tienen su asiento en el alma, hacen más caudal de las que se ejercitan con el cuerpo, y así tienen por muy gran cosa macerar el cuerpo, á cuyo regalo y buen tratamiento tienen ellos sacrificados todos sus cuidados.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pero con esta mirra se acompaña el incienso de la oración, que era su ordinario ejercicio en aquel desierto, porque él no estaba ocioso, pues era santo, ni labraba la tierra como labrador, ni contemplaba las cosas naturales como filósofo, sino como religioso y devoto ofrecía á Dios de día y de noche el sacrificio de alabanzas en la oración. Porque ¿qué otra cosa podía hacer en la soledad aquel varón divino, lleno del Espíritu Santo é inflamado en caridad, sino imitar el oficio de los ángeles que continuamente están absortos en la contemplación y amor de Dios? *Solitarius, aut bestia, aut Deus,* dijo Aristóteles. Si Moisés estando en el monte, hablaba como Dios y Dios le respondía tan familiarmente, *sicut solet homo loqui ad amicum suum,* donde dice Orígenes de San Juan: *Sicut Moyses loquebatur et Dominus respondebat ei, sic puto quod Joannes loqutus fuerit in deserto, et Dominus responderit eo;* «Si Moisés estando en el monte hablaba con Dios, y Dios le respondía tan familiarmente, ¿qué debemos pensar de San Juan, habiendo morado tanto tiempo en el desierto, y siendo el que entre todos se alza con el nombre de amigo de Dios?» *Amicus sponsi.* Y si David, siendo soldado, y estando en presidios ó en campaña, era tan dado á este ejercicio, que pudo decir á Dios: *In terra deserta invia et inaquosa, sic in sancto apparui tibi ut viderem virtutem tuam et gloriam tuam* (Salmo 26); «Señor en este desierto fragoso y seco, como si asistiera delante de vuestro santuario, así contemplo vuestra gloria y poderío; que en los peligros de que me libráis cada día, experimento»; pues si en este estado era David tan contemplativo, ¿qué será razón creer del Baptista sagrado, que por boca de Dios, no por hombre, sino ángel fue llamado? Más. El primero que manifestó al mundo la humanidad y divinidad de Cristo, y cifró esta teología en una palabra: *Ecce agnus Dei qui tollit peccata mundi.* Cordero que ha de morir. Esa es la mirra de Dios; ese es el incienso que quita el mal olor de los pecados. *Post me venit,* en cuanto hombre; pero primero es que yo, en cuanto Dios. Finalmente, en este santo timiama se hallan los olores de todas las virtudes, hechos polvos por humildad y por gran discreción. ¿Cómo se procuró humillar? ¿Cómo se supo examinar y conocer? Desto trata el Evangelio de hoy. Estaban los hombres pasmados y atónitos de su admirable santidad, deseosísimos de saber quién era, porque desde que entró en el mundo le recibieron como el maná, con señales de admiración. *Manhu! Quis putas puer iste erit?* Y sus maravillas dieron mucho que pensar y que hablar á todos los comarcanos y montañeses. Ahora del mismo, ya Dios hecho hombre, preguntan: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto sicut virgula fumi?* etc. El concepto que tenían de su persona, era de más que hombre: *Existimante autem populo an ipse esset Christus.* No había quien les dijese cosa cierta; remítense á su verdad y discreción, y fían de su bondad el ser testigo de abono en su propia causa. Y así: *Miserunt judæi ab Hierosolymis sacerdotes et levitas ad Joannem ut interrogarent eum; tu quis es?* Dinos tú quién eres, pues mejor que nadie te conoces.

CONSIDERACIÓN CUARTA

No se puede presumir que maliciosamente ofrecieron á San Juan los judíos el mesiazgo;

porque ni el evangelista disimulara tan señalada traición, ni ellos, teniendo á San Juan por varón santísimo, se persuadieran había de caer en tan gran maldad, como usurpar la dignidad de Cristo: cosa que ni aun de un hombre mediatamente bueno se podía sospechar. Y cuando tal imaginaran de San Juan, después que negó ser Cristo, no había que repreguntarle si era Elías ó profeta, y apremiarle que dijese quién era. La común opinión de los santos es que realmente sospecharon ellos y el pueblo que San Juan era Cristo. Y esto les movió á quererlo saber de su propia boca y confesión. Así lo dice Orígenes: *Illud quod dicunt hi qui missi fuerant hoc valet. Adveneramus discendi gratia quod rebamur te esse, et agnovimus te non esse talem; restat post hæc, ut a te audiamus quis sis.* Pero ofrécese luego una gran dificultad. ¿Cómo les pudo caer tal cosa en el pensamiento? Porque á todos los judíos era notorio que Cristo había de ser de la tribu de Judá, conforme á la profecía de Jacob. *Non auferetur sceptrum de Juda et dux de fæmore ejus, donec veniat qui mittendus est; et ipse erit expectatio gentium.* Y que había de nacer en Betleem, como lo había dicho el profeta Miqueas: *Et tu, Bethleem Ephrata, parvulus es in millibus Juda: ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israel.* San Juan era de la tribu de Leví, nacido en la montaña de Judea. No hizo milagro alguno, ¿qué tiene ver con Cristo? Responden los santos que á todo eso preponderaba la santidad de San Juan, y es uno de los mayores encarecimientos que dél se pueden decir. Era tanta su grandeza, que siendo pura criatura parecía incomprehensible, y se perdía de vista á los más claros ojos. Su nacimiento, que fue el más ilustre que vio aquel pueblo, desde el principio del mundo: de padre anciano, de madre estéril y vieja, anunciado por el ángel en el templo; el enmudecer el padre en la concepción, cobrar la habla en la natividad, el nombre nuevo nunca oído en su parentela. Tras eso, su vida desde la niñez admirable y sobre las fuerzas humanas; su penitencia, su soledad, y sobre todo el baptismo, cosa que ningún profeta había hecho, ni aun el mismo Moisés, antes la pone Ecequiel por señal de Mesías: *Effundam super vos aquam mundam et mundabimini ab omnibus inquinamentis vestris.* Por estos fundamentos gravísimos concibieron dél opinión de más que hombre. Y unos le tenían por ángel, otros por el mayor de los profetas, otros por Cristo y por Dios. Y éstos debían dar alguna salida aparente á aquellas tres señales del Mesías, pareciéndoles que San Juan, siendo del tribu sacerdotal, también podía tener parentesco con el tribu de Judá, pues estas dos tribus se mezclaban, y Santa Isabel era prima de nuestra Señora, que era de la tribu de Judá. Y el nacimiento de Betleem se podía entender en Betleem ó en su comarca; que así lo entendió Herodes, oyendo haber nacido nuevo rey en Betleem, que mandó matar los niños de Betleem y de sus derredores. Y San Juan nació en la suerte de Judá, no lejos de Betleem. De los milagros, podían esperar que San Juan los haría, pues más que eso prometía la excelencia de su santidad. De modo que tuvieron motivos para engañarse. Y con haberlos él hoy desengañado, y otras muchas veces, llegó el negocio á término, y fueron tan grandes los pensamientos y sospechas que dél se tenían, que fue necesario que el evangelista hiciese Evangelio de quién era, y quedase por testimonio y verdad de Dios que *fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes. Hic venit in testimonium: ut testimonium perhiberet de lumine ut omnes crederent per illum. Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine.* Y él por su propia boca: *Non sum ego Christus.* ¡Oh mayoría notoria y clara del gran Baptista, que no trae pleito sobre ella con ninguno de los puros hombres; pues el mismo Dios, dando testimonio de su grandeza, dio la sentencia definitiva por él: *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista.* Y buscándole nombre, se los da tales, que signifiquen este exceso que hace á todos los hombre. Y le llama ángel o precursor, ó si le pone otros títulos que importen alguna excelencia comunicada á hombres, siempre le echa un *plus ultra* que signifique las ventajas que sobre todos tiene. Profeta es lo sumo que en gracia y sabiduría se daba á los hombres; San Juan Baptista, *plusquam propheta.* Y así en todo lo demás. Lo que tuvo dificultad, el pleito que se litigó en los estrados de Jerusalem, fue cuál era mayor de los dos: Cristo ó San Juan. Y aunque no podía haber alguna comparación, por ser Cristo Dios, criador; San Juan, hombre, criatura; Cristo, sol; San Juan, lucero, que deste Sol recibía toda su luz; pero hízole Dios tan resplandeciente, que se engañaban los hombres en él, deslumbrados de su claridad. Y así, cuando se juntaron las aguas del Jordán, bautizando San Juan á Cristo, para desengañar á los hombres, fue menester que el Padre Eterno desde el cielo entonase aquella magnífica voz: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui.* Y porque no pensasen era San Juan por quien lo decía, que bajase el Espíritu Santo en figura de paloma, y se sentase en la cabeza de Cristo, como señalándole con el dedo, y diciendo éste es Dios, al fin los hombres le tenían en tal posesión, que cuando más quisieron autorizar la vida y obras de Cristo, decían: Parece á San Juan. *Hic est Johannes quem ego*

decollavi, dijo Herodes, espantado de oir los milagros de Cristo. Y San Pedro respondió preguntado de Cristo, ¿quién decían los hombres que era? *Alii Johannem Baptistam*. Por donde San Juan evangelista, habiendo tratado de la Santísima Trinidad y Encarnación del Verbo divino, para autorizar lo que había dicho, alegó el testimonio de San Juan: *Hoc testimonium Johannis*. Y esta fue la ocasión que echando juicio á montón, sin atención de cosas particulares: *Misserunt judæi ab Hierosolymis sacerdotes et levitas ad Johannem ut interrogarent eum: tu quis es?*

CONSIDERACIÓN QUINTA

¿Pero cómo se hubo San Juan? *Et confessus est, et non negabit; et confessus est, quia non sum ego Christus*. Extraña cosa es, ¡qué priesa se da á negar! Debió de dar voces como si le pusieran un puñal á los pechos. Los santos, cuando se atraviesa negocio de la honra de Dios, que se la quieren los hombres quitar, no se dan manos á confesar y atribuir á Dios su divinidad y grandeza. David decía: *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tui?* Dios mío, en caso de que algún loco se os quiera igualar no conociendo la infinita superioridad que tenéis á todo lo criado, es poco confesarla yo con mi boca. «Mis huesos todos se harán lenguas y clamarán á gritos: Señor, ¿quién hay semejante á ti?» Aquellos tres santos jóvenes que echaron en el horno de Babilonia, que de la capilla del horno hicieron capilla de son para cantar las divinas alabanzas, ¡qué priesa se daban á alabar y bendecir á Dios! *Tunc hi tres, quasi ex uno ore, laudabant et glorificabant et benedicebant Deum in fornace, dicentes: Benedictus es, Domine Deus patrum nostrorum; et laudabilis et gloriosus, et superexaltatus in sæcula*. Tratábase en aquel punto de la honra de Dios. Quería Nabucodonosor ser reverenciado por Dios, y como tal se adorase su estatua. Vuelven ellos con todas sus fuerzas por la honra de Dios, y hácense lenguas y convidan á las criaturas todas del cielo y de la tierra que les ayuden á defender aquella causa, á glorificar al común Señor. Así el Baptista, ve que querían estos quitar á Cristo su honra debida, y darla á San Juan. *Et confessus est et non negavit et confessus est, quia non sum ego Christus*. No se harta de confesar y publicar la verdad, y de decir: «No soy Cristo».—«¿Sois Elías?» —«No soy Elías».—«¿Sois profeta?».—«No soy profeta». Paréceme que responde aquí San Juan como el otro de quien dice Isaías, que estando el pueblo sin rey ni profeta andaban en busca de quien lo quisiese ser, y vienen á uno de su patria que les pareció más señalado, y ofrécenle: *Vestimentum tibi est, princeps esto noster* (3); «Eres hombre de buena capa, sé nuestro rey». *Respondebitque in die illa*, en el mismo día, sin más consultas: *Non sum medicus, et in domo mea non est panis, neque vestimentum; nolite me constituere principem populi*. Veis aquí la demanda que trujeron á San Juan, y su respuesta: *Non sum ego Christus*. Es lo mismo que: no soy médico. No sé tomar el pulso á las almas con secretas inspiraciones; no sé dar cauterio en el corazón con el temor, ni poner epítimas de esperanza. No tengo botica de sacramentos, ni puedo purgar las almas de sus pecados; porque mi sangre no tiene fuerza para expelerlos ni para blanquear almas. Ni soy el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. No soy Elías. Tampoco tengo ropa con que vestiros; porque ese tuvo un palio que dar á Elías, y yo no puedo cubrir la desnudez del alma con la estola de la gracia ni darle la ropa de las virtudes, aunque me pongáis desnudo en la cruz. De solo Cristo os habéis de vestir; de sus méritos, fe, amor y imitación. *Induimini Dominum Jesum Christum*. No soy profeta. No soy el que os dijo Moisés; que así como él dio maná en el desierto y agua en la peña, así aquel gran profeta ha de dar pan del cielo que da vida: y en mi casa no hay este pan, porque no puedo dar mi cuerpo y sangre sacramentado. Ni están encerrados en mí los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios para sustentar con pan de doctrina al pueblo: *Cibabit eum pane vitæ et intellectus, et aqua salutis potabit eum* (Ecl., 15). ¡Qué discretamente hace San Juan diferencia de sí y de Dios! Porque Dios puede proveer de todo y él de nada. Esta es la diferencia que hay del Dios verdadero al falso, del Criador á la criatura: que Dios provee de manera, y con tales bienes, que quita toda necesidad, cura todas las llagas sin dejar señal, cubre toda desnudez, harta toda hambre. Porque su poder es infinito y sus bienes eternos y espirituales; pero la criatura no sana con sus regalos, ni satisface con el pan de sus riquezas, ni cubre la desnudez con la ropa de sus honras. Todo es pobre, falto, estrecho y mendigo, cuanto el mundo puede dar. Dios es la fuente del sér y mar de los bienes, que sólo basta para sí y para quien le tiene. ¡Ah qué discreto anduvo aquí el Baptista! ¡Qué comedido! ¡Qué cortesano! Aquí veréis sus virtudes heroicas pulverizadas, con ser tan grandes, que hacían viso delante de Dios, en cuyo acatamiento la luna no resplandece, las estrellas no lucen, los cielos no parecen limpios; y del Baptista dijo el ángel: *Erit magnus coram Domino*. Ahora puesto delante el Señor, veréis esa grandeza molida y hecha polvos tan menudos, que no los vee. Si no es Cristo, e su

precursor; si no es sol, es su lucero; si no es juez, es su pregonero; si no es rey, es su adelantado; si no es capitán, es su alférez; si no es esposo, es su amigo y casamentero; si no es la persona de Elías, es el corazón, el espíritu, lo mejor de Elías; si no es el gran profeta Cristo, es el mayor de todos los profetas. Y todas estas prerrogativas tan grandes, á este punto se desaparecen y huyen de su vista, que no sabe decir de sí otra cosa, sino: *Non sum ego Christus, non sum, non*. ¡Oh humildad profunda! y cómo has molido este corazón lleno de virtudes entre estas dos piedras del conocimiento de Dios y del conocimiento de sí, y le has quebrantado, deshecho y aniquilado para ofrecerle á Dios en holocausto y agradable sacrificio, pues está dicho: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum, Deus, nos despecies* Salmo 50). Muy contrito y desmenuzado estaba Abraham cuando hablando con Dios, dijo: *Loquar ad Dominum meum cum sim pulvis et cinis*; pero al fin se halló ser algo, polvo y ceniza, que se pudieron devisar y echar de ver. Mas San Juan, de tal manera se deshizo por humildad, que se resolvió en la nada de que fue formado; y no queda otra cosa dél en su pensamiento sino *non sum, non*.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Pero, mirad cómo se cumple aquí lo que dijo Cristo: *Qui se humiliat exaltabitur*. Ese es premio debido y proporcionado á la humildad, como á la pobreza corresponde reino, y á las lágrimas alegría, y á la hambre de justicia hartura. Así á la humildad, alteza; como, por el contrario, á la soberbia, abatimiento, caída. Acordaos que sube San Juan *sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ, et thuris et universis pulveris pigmentarii*. Este es el mejor bocado deste ugar, y por eso le he guardado para la postre. El pebete, ¿cuándo sube? Cuando se quema, ale el fuego consumiendo; pero actualmente, uando se gasta y resuelve, entonces sube y errama su fragancia. El mismo deshacerse es ubir y hacerse famoso; darse á conocer y conolar á todos y perfumar el aposento. Hoy este bete del cielo se está abrasando en amores de risto más que nunca; avivado el celo de su onra con los soplos de aquellos mensajeros e se la ofrecían, que á no estar tan arraigado fuego de la caridad en su alma, fueran tan cios que pudieran apagarse. Comienza á arr en unas llamas, deshaciéndose más que Da-, cuando decía: *Vidi prævaricantes et tabesam; quia eloquia tua non custodierunt* (Sal- 118). Y en otra parte: *Tabescere me fecit us meus quia obliti sunt verba tua inimici mei*. No soy Cristo, *non sum*. Y de aquel deshacerse, sale tan divino olor que traciende por todo el yermo, y del cielo salen los ángeles á coger aquel zahumerio, y dicen: *Quæ es ista quæ ascendit de deserto sicut virgula fumi*, etc. ¿Que pastilla se quema en el yermo? ¿A qué poma de olor se da fuego en el desierto? ¿Qué pebete arde? ¿Y á qué huele, santos ángeles? A todos los polvos olorosos: humildad, fe, amor, celo, conocimiento, discreción, sabiduría, lealtad. ¡Oh qué admirados debieron quedar aquí los ángeles de ver semejante valor como el que Dios puso en un descendiente de Adán! Aquel lucero que salió por la mañana, caudillo y cabeza dellos, dio en tan gran desatino, que se quiso alzar con lo que era propio de Dios. Parece que de aquella traición y alevosía quedó todo lo criado como ofendido y agraviado, y los ángeles corridos. ¿Cómo, que saliese de nosotros quien tal pensase? Pues dice Dios: Yo criaré otra criatura que vuelva por la honra de todos, y se muestre tan leal como Lucifer traidor. De suerte, que si Lucifer pretendió alcanzar la semejanza divina, que no era suya, el Baptista me será tan leal que ofreciéndosela y rogándole con ella no la quiera. Y no sólo eso, pero de lo que es suyo se olvide y parta mano. «No soy Cristo, ni aun soy digno de arrodillado y con los ojos por tierra descalzarle los zapatos». ¿Qué va de ángel á ángel? Si en los del cielo pudiera caber invidia, nos la tuvieran en tener tal hombre, que así se opone á la soberbia del mayor dellos. Y si éste por ensoberbecerse cayó, y por aquel desvanecimiento vino á dar de tan alto asiento á tan gran bajeza, que dice Cristo: *Videbam Sathanam sicut fulgur de cœlo cadentem*, vos, ángel beatísimo y gran caballero, por esa humildad que tanto voláis, paréceme que hoy todos los ángeles le hacen lugar y se inclinan á que el Baptista suba sobre todas sus cabezas, á ocupar la silla y corona destituída por la soberbia antigua y guardada para su humildad tan nueva y peregrina; porque no había de ser menor Dios en premiar que en castigar. Ponderad esta razón, que es de San Pablo, hablando de la Ascensión de Cristo: *Quod autem ascendit, quid est nisi quia et descendit primum in inferiores partes terræ?* ¿Por qué subió Cristo? Porque primero descendió. Dios, en cuanto Dios, no podía subir, porque es la suprema alteza; pero bajando halló manera para subir. Descendió lo primero, tomando nuestra humanidad; y subió llevándola á los cielos. Descendió á las profundas partes de la tierra, al Limbo, y subió, *supra omnes cœlos*, á la diestra del Padre. El agua tanto sube cuanto baja; y así cuanto uno más desciende por la humildad, tanto ha de subir á mayor alteza. La Virgen santísima que siendo escogida para ser

Madre de Dios se humilló tanto que se tuvo por esclava, suba á ser Señora y Reina de las criaturas todas, á la diestra de su Hijo. *Astitit regina a dextris tuis.* Después de la Virgen, el que más se humilló es el Baptista, que subido en aquel pináculo del templo, en aquel monte del Testamento, de donde se despeñó Lucifer, descendió por humilde conocimiento de sí *in inferiores partes.* De la nada. Nadie bajó tanto en tal ocasión; pues suba á la mayor semejanza con Dios que alcanzó ningún santo por gracia. ¿Qué son los santos? Unos retratos de Cristo, traslados de aquel eterno original, *quos præscivit et prædestinavit conformes fieri imagini filii sui* (Rom., 8). San Juan, por más humilde, suba á ser más semejante, el más vivo retrato, el mayor de los santos. *Inter natos mulierum non surrexit major Johanne Baptista.* Eso dice llamándose voz. *Ego vox clamantis in deserto.* Tres cosas hay muy parecidas y cercanas entre sí: la cosa entendida, el concepto, la voz; y las unas sirven en lugar de las otras. Porque no puede entrar en mi entendimiento esta Iglesia, formo concepto della, y porque no podéis ver este pensamiento, declárole con la voz. La persona de Dios Padre, su esencia, su perfección infinita, es la cosa mayor y mejor que se puede imaginar. Entendiéndose el Padre, forma Verbo, que es su Hijo; *imago bonitatis illius, splendor gloriæ et figura substantiæ ejus* (Hebr., 1). Este Verbo quiso manifestarle á los hombres; usó de muchas figuras y retratos, que fueron los santos; *quos præscivit conformes fieri imagini Filii tui.* Unos significaron á Cristo en la paciencia, como Job; otros en la mansedumbre, como Isaac; otros en la doctrina de Moisés; otros en el celo, como Elías, y otros en otras virtudes. San Juan le representó en todas estas cosas juntas, mejor que todos. Porque la voz, solamente se hizo para significar lo que está en el entendimiento. Dura todo el tiempo que es menester para declarar el concepto, y acábase cuando le habéis acabado de declarar. De modo que su nacer, su vivir, su acabarse, todo es por el Verbo. Así de los santos, unos acaban por Cristo, como los mártires; otros viven por Cristo, como los confesores; pero no nacen sino por el pecado de Adán, casi ninguno nació por Cristo. Pero San Juan nació, duró y acabó por Cristo, y así, en acabándole de declarar acabó, porque no fuese impedimento á la secuela del Redemptor. *Illum opportet crescere, me autem minui.* De manera que en el nacimiento, vida y muerte, es el más parecido á Cristo, como la voz al verbo. Esta voz es la que clama en el desierto que dispongamos y allanemos el camino del Señor, para que venga á morar en nuestras almas por gracia y después por gloria. *Quam mihi*, etc.

SERMÓN TERCERO

EN EL

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Misserunt judæi ab Hierosolymis sacerdotes et levitas ad Johannem, ut interrogarent eum: tu quis es?

(JOAN., 1).

Este Evangelio es del apóstol y evangelista San Juan, en el capítulo 1 de su historia sagrada. Contiene un ilustre testimonio que el glorioso Baptista dio de la divinidad de Cristo nuestro Señor, siendo preguntado de parte de todo el Cabildo eclesiástico de Jerusalem, el cual le envió una solemne embajada, con algunos sacerdotes y levitas, gente granada y escogida y de mucha autoridad, para que supiesen dél quién era: si por ventura era el Mesías prometido en la ley. Pero el santísimo precursor confesó lo que no era y no negó lo que era. Confesó llanamente que no era él Cristo ni Mesías. Pregúntanle los embajadores: «Ya que no eres Cristo, ¿eres Elías que ha de venir antes dél?» Respondió San Juan: «No soy la persona de Elías».—«¿Eres por ventura aquel profeta prometido de Dios por la boca de Moisés?» Respondió: «No soy ese profeta».—«Pues dinos quién eres para que sepamos dar razón de ti y de nosotros á los que acá nos enviaron». Responde San Juan: «Yo soy voz que voces en

el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo Elías profeta». Los mensajeros, que eran de los fariseos, y presumían de muy religiosos, saliendo de la comisión, comienzan á reprehender á Baptista: «Si tú no eres Cristo, ni Elías, ni aquel profeta señalado, ¿con qué autoridad has introducido una ceremonia tan nueva como el bautismo?» Responde San Juan: «Yo no usurpo oficio ajeno, porque mi baptismo es imperfecto; no es más de una disposición, un ensayo de otro que le ha de suceder. En medio de vosotros anda uno á quien vosotros no conocéis ni preciáis, que ha de venir después de mí á predicar y baptizar, y fue hecho antes de mí. El cual es de tanta dignidad, que yo, tenido en tanto de vosotros, no soy digno de descalzarle el zapato y hacerle el menor servicio del mundo». Esto pasó en Bethania, de ese cabo del Jordán, donde estaba San Juan baptizando. Esta es la letra del sagrado Evangelio. Pidamos la gracia por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave María.

INTRODUCCION

Aunque la malicia humana no puede igualarse ni correr lanzas parejas con la bondad divina, esfuérzase empero tanto, que procura irle en los alcances contraminando sus consejos, torciendo sus caminos y pervirtiendo el orden de sus obras, haciendo de los medios fines y de los fines medios; convirtiendo los instrumentos de virtud en motivos y ayudas de vicios. Muy celebrada es aquella sentencia de San Agustín, que como perla preciosa está engastada en muchos lugares de sus obras, de donde le tomó el Maestro de las sentencias, en la distinción primera de su primer libro: *Sunma perversitas est; frui utendis et uti fruendis.* «Suma perversidad es gozar de las cosas de que habíades de usar y usar de las que habíades de gozar». ¿Qué queréis decir? Mirad. Dios nuestro Señor, que es uno en esencia y trino en persona, es el último fin del hombre, en cuya vista y fruición consiste su bienaventuranza. Allí sólo puede tener descanso, perfecta hartura y gozo, y por eso á él solo ha de buscar y todas las cosas ha de ordenar para conseguirlo y gozarse en él. Todas las criaturas son medios que Dios nos dio para conseguir nuestro fin. Diónoslas para que usemos dellas y nos aprovechemos de su servicio, para conocer y amar á Dios, en quien sólo podemos tener verdadero y perfecto gozo. De suerte que en Dios nos habemos de gozar y poner todo nuestro amor sin tasa ni límite; pero de las criaturas habemos de usar amándolas con medida, en cuanto sirven y son útiles para llevarnos á Dios. El médico y el enfermo sin tasa aman la salud, que es el fin de la medicina; pero las sangrías, jarabes y purgas, que son los medios con que ella se alcanza, quiérenlos con tasa en cuanto son provechosos para la salud, y no más. Así el hombre ha de amar sin medida á Dios, que es su fin, y á las criaturas, que son medios, tasadamente, usando dellas para servir á Dios. Pues «la suma perversidad y malicia del pecador consiste, dice San Agustín, en pervertir este orden quitando á Dios la dignidad de último fin, cuanto es de parte de su depravado apetito, y poniéndola en la criatura». Usa de Dios porque se sirve de sus obras y de sus auxilios generales para cumplir su voluntad, y gózase en la criatura adorándola y amándola como á Dios. Crió Dios este mundo visible, tan hermoso, que vino á decir Tales Milesio, uno de los siete sabios de Grecia, como refiere Laercio: «De las cosas desta vida, la más ligera es el pensamiento, la más fuerte la necesidad y la más hermosa el mundo». Hizo el cielo, y la tierra y la luz y los elementos y cuerpos mixtos; adornó el cielo, dorándole con el sol, plateándole con la luna, esmaltándole con las estrellas; con perpetuo orden, excelente hermosura y maravilloso resplandor. Hermoseó la tierra, revistiéndola con diversidad de verdes, olorosas y medicinales hierbas, graciosas flores y hermosas matas; de gran variedad de sombríos y fructuosos árboles; enriqueciéndola de ricas minas y deleitosos ríos; de abundancia de ganados y de infinidad de mantenimientos. Y hecho esto, crió al hombre, para que viendo cuanto Dios para él había criado, se inflamase en el amor de un tal Dios y lo refiriese todo á él. Así como habiendo un príncipe de entrar en una ciudad primero le aderezan el aposento y todo lo necesario, así Dios, primero que el hombre entrase en el mundo, se le aderezó, criando esta lustrosa máquina del universo, para que no le faltase nada. Y así como un rey, cuando edifica alguna célebre y populosa ciudad, pone su imagen en ella, así Dios, como criase el mundo, puso en él al hombre, criado á su imagen y semejanza, para que de sí mismo viniese á conocer que en ninguna criatura había de parar, sino en el Criador, cuyo retrato era. Todas estas cosas hizo Dios, para que fuesen unas sendas y veredas por donde el hombre pudiese caminar á él. Así las llama el santo Job en el capítulo 26, donde habiendo tratado de la obra de la creación y de la sabiduría y fortaleza divina que en ella resplandece, añade: *Ecce hæc est parte dicta sunt viarum ejus.* Todo lo que habemos dicho de sus caminos, es una pequeña parte de lo que hay que decir dél. Llama aquí caminos, como explica Santo Tomás, á las criaturas, por cuyo conocimiento puede el hombre venir en el de Dios. Y no sólo son caminos, sino voces

que nos avisan y predican quién es Dios, y lo que debemos amarle y servirle, conforme á aquello de la Sabiduría: *Hoc quod continet omnia scientiam habet vocis*. «Esto que contiene todas las cosas, tiene ciencia de voz». Como si dijera: Esta fábrica del mundo, que abraza y contiene todas las criaturas, sabe por su modo loar al Criador; y es voz que amonesta al hombre que haga lo mismo. El cielo da voces: ¡Oh, hombre, yo me muevo para tu provecho, y ando en torno para darte vida y virtud de moverte! El sol dice: yo te alumbro, yo te caliento y te hago la tierra un paraíso en la primavera. La tierra vocea: yo te doy la comida, los fructos, las carnes, las legumbres, las minas. La mar habla: yo te doy los pescados, los ríos, las fuentes: conoce á quien te lo da, y séle agradecido. ¿Qué hace el hombre malo y perverso, cojo para andar estos caminos y sordo para oir estas voces? Vuelve las espaldas á Dios y el rostro á las criaturas; cébase en su lindeza y detiénese en ellas, y no pasa adelante á buscar á Dios. De los caminos hace paradero, de la venta casa, de la voz substancia, de las sombras cuerpo, de la criatura ídolo. Desta perversidad espantosa se queja el Señor por el Profeta: *Ego dedi ei frumentum et vinum et oleum, et argentum multiplicavi ei et aurum quæ fecerunt Baal*. «Dile yo al hombre el trigo, el vino, el aceite, dile abundancia de plata y oro», para que viéndose obligado con tantos beneficios y acariciado con tantos regalos, pusiera en mí su afición, y él amancebóse con los bienes temporales. Mis dones convirtió en ídolos, y lo que le había de ser motivo para amarme, tomó por ocasión para aborrecerme. Veis aquí la razón por qué el Apóstol llama á la avaricia *idolorum servitus*, una espiritual idolatría; porque el avariento tiene por Dios á su hacienda y ama el dinero más que á sí, más que á su ánima, más que á Dios, pues todo lo pospone á El. También hablando de los gulosos y comedores, dice: *Quorum Deus venter est*, pues todo su cuidado, su hacienda y industria, emplean en regalarlo. Otros hubo que reparando en la riqueza destas cortinas del cielo con que está encubierta la real majestad de Dios, no hicieron caso del Rey eterno, que está detrás dellas. Anaxágoras, gran filósofo, cuenta Lactancio Fiomanio en sus divinas instituciones, preguntado para qué naciera, respondió que para ver el sol y la luna y las estrellas. Por cierto en esto no habló como discreto, porque harto mejor dijera que nació para ver, y conocer, y amar, y servir á quien hizo el sol, que para ver el mismo sol. Si le ponía admiración la luz de tan excelente planeta, pusiera los ojos del entendimiento en aquella luz sempiterna y verdadera, *quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*. A lo cual no basta obscurecer todo el universo pudiendo la luna eclipsar al sol que él tanto preció. De aquí se entiende la razón que tuvo el Sabio de decir: *Creaturæ Dei, in odium factæ sunt et in tentationem animabus hominum, et in muscipulam pedibus insipientium*. «Las criaturas de Dios fueron criadas para materia de odio y mal querencia, para tentación de los hombres carnales, y para ratoneras y trampas para los pies de los necios». Dios, de primera intención, no hizo las criaturas sino para que nos llevasen á El y nos diesen á conocer su hermosura, y nos provocasen al amor de su bondad. Mas porque los hombres locos, prendados destos bienes exteriores, se embarazan y entretienen en ellos, sin acordarse de quién se los dio, por eso se dice haber sido criados para odio. Son ocasión de que Dios aborrezca á los hombres y de que los hombres ofendan á Dios. Son tentación para las almas, reclamo y señuelo con que el demonio las caza, y lazo y red donde caen y son presas. De suerte que lo que Dios hizo para señal de su bondad y motivo de amor; lo convierte la malicia humana en materia de odio y de indignación. En el Evangelio de hoy tenemos un ejemplo desto. Hizo Dios á San Juan para que fuese testigo de la divinidad de Cristo; hízole para precursor que le aderezase el camino por donde los hombres viniesen á él; hízole voz suya que le pregonase y diese á conocer al mundo; lucero que precediese al sol de justicia y anunciase su venida; amigo del desposado, por el cual, como por tercera persona, se había de desposar con la Iglesia. Para que cumpliese con un oficio tan alto y fuese creído de los hombres, aventajóle en una santidad excelente; dióle dones y gracias extremadas entre los hijos de los hombres. ¿Qué hace la malicia humana? En lugar de dar crédito á su testimonio que dio de la divinidad de Cristo, aficionados al buen lustre de San Juan, á la nobleza de su casta, á la singularidad de su vida, hacen del camino término, y de la voz palabra y sustancia; del pregonero juez, del capitán rey, del lucero sol, de tercero desposado, del precursor Cristo, de la criatura Dios; pretenden quitar su propia dignidad á Cristo y dársela á San Juan, levantando este ídolo en su competencia. Y para ponerlo en ejecución, le envían esta embajada que el Evangelio nos cuenta: *Misserunt*. Envió el cabildo de Jerusalem, legados, sacerdotes y levitas á San Juan, para que le preguntasen: ¿tú, quién eres?

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Esperaban los judíos tres personas muy señaladas, de grande santidad y crédito. La primera y principal era el Mesías y Redentor del

mundo, el que el domingo pasado dijimos ser el deseado y esperado de las gentes. También esperaban á Elías, que había de venir antes dél, como lo tenía el Señor prometido por Malaquías. Pero engañábanse, que no había de ser antes de la primera venida, sino de la segunda á juicio, como consta del profeta: *Ecce ego mittam vobis Eliam prophetam; antequam veniat dies Domini magnus et horribilis.* Donde claramente dice que ha de venir antes del día del juicio; pero ellos entendían mal la ley en este lugar, como en otros. El tercero era aquel gran profeta prometido por Moisés: *Propheta de gente tua suscitabit tibi Dominus; ipsum audies.* «El Señor en los tiempos venideros de tu nación levantará un profeta; oirle has y darásle crédito». Este profeta era el mismo Cristo y Mesías, y á la letra habla aquí dél Moisés; pero ellos imaginaban que había de ser otra distinta persona. Pues como ya veían cumplido el tiempo de la venida del Mesías; las setenta hebdómadas de Daniel, que eran cuatrocientos y noventa años, ya eran pasadas; el gobierno del pueblo estaba ya fuera del tribu de Judá: señales dadas por Dios de la venida de Cristo; veían á Cristo pobre, humilde, menospreciado del mundo; predicaba contra ellos y descubría las hipocresías, que era la principal causa del odio, huyen dél y vanse á San Juan, en quien les pareció estaría aquella dignidad mejor empleada, y pregúntanle quién es, para que dando él testimonio de sí, hiciesen guerra al verdadero Cristo. Esta es y ha sido siempre la astucia del demonio, en lo cual también le ayuda y parece la malicia humana: tomar por instrumentos de derribar las obras de Dios los medios que toma la divina sabiduría para levantarlas. Planta Dios el árbol en medio del paraíso para ejercicio de virtud y materia de merecer por la obediencia, y ese árbol toma el demonio por instrumento de pecado y ocasión de desobediencia. Dale Dios la mujer al hombre para ayuda y compañera, y vuélvesela el demonio en estorbo y embarazo. Cría Dios la serpiente, la más sagaz y prudente de todos los animales, con perfecciones y instintos para su defensa y honra de Dios y utilidad de los hombres, y la misma habilidad y prudencia toma el demonio contra Dios. En ella arma lazo en que prenda al hombre y afrente á Dios. Vuelve Dios por su honra, y para que los mordidos de las serpientes sanen en el desierto, levanta otra serpiente de metal que dé vida. Quédase esta serpiente en poder de los hijos de Israel, y pónenla en el templo como instrumento de la gloria de Dios, para despertar en los hombres la memoria de aquel beneficio, y esa toma el demonio por medio para que se olviden de Dios. Hace del medio fin y mueve al pueblo á que le inciense y adore, y lo que servía para alabar á Dios conviértelo en blasfemia y idolatría, tanto, que por esta causa la hizo pedazos el buen rey Ecequías, celando la honra de Dios. Los profetas del rey Acab, puestos para decir verdad y desengañar al rey y á su reino, esos tomó por instrumento para engañarle. Entra el negocio en consulta, ¿quién engañará á Acab? Dice el demonio: Yo, porque *egrediar et ero spiritus mendax in ore omnium prophetarum ejus.* Mentiré en boca de profeta que tiene por oficio decir verdad; esa tendrá autoridad y será recebida: *decipies et prævalebis.* Veis aquí cómo el demonio contramina las obras de Dios, y cómo pretende irle en los alcances, ¡Pues mirad cómo le ayuda la perversidad humana! Daos el Señor riquezas para que seáis dispensero de Cristo y mayordomo de sus pobres, y vos, ó idolatráis en ellas como avariento, no osando tocarlas como á cosa sagrada, ó hacéis ostentación dellas como pródigo, gastándolas en vanas superfluidades. Y lo que peor es, con el dinero que Dios os dio le hacéis guerra, comprando la honra de la doncella y la honestidad de la casada, cogiéndola por hambre, que es abominable maldad. Dale Dios á la otra gala y hermosura para que por la belleza del cuerpo venga á conocer y estimar la de su alma, y por la lindeza de la criatura se conozca la del criador que la formó, y ella, no satisfecha de la hechura de Dios, con artificios y engaños, trabaja de mejorarla y pintarla; pónese galas, vestidos y atavíos para ser amada y querida de los hombres, y aun adorada. *Filiæ eorum compositæ, circumornatæ ut similitudo templi* (Salmo 143). Las hijas de los mundanos andan compuestas y aderezadas como las imágenes de los templos, para que como en ídolos idolatren en ellas. A ti diote letras ó discreción, y ahí fundas tu locura ó vanidad. Hizo al otro de buena casta, para obligarle á imitar las virtudes de sus mayores, y él saca de ahí altivez y desprecio de los pequeñitos, y libertad y osadía para pecar. Dale al otro gracia, virtud y santidad con que la sirva, y del unicornio hace veneno, y desvanécese con soberbia, siendo fariseo, soberbio, y teniendo en poco el publicano humilde. ¡Oh malignidad de los hijos de Adán! ¡Oh generación ingrata y adúltera! Con cuánta razón dijo el profeta: *Superbia eorum qui se oderunt, ascendit semper.* Cuanto más trata el Señor de poner medios para nuestra salud, tanto nuestra malicia más se esfuerza á destruirlos, más rebelde y porfiada está. Cómo se parece en este hecho que al mismo Baptista, á quien hizo Dios para disponer los ánimos de los hombres y darles á conocer á Cristo, el demonio y los suyos le toman por achaque para oscurecerlo, haciendo la santidad de San Juan con-

trapeso para hacer guerra á Cristo. Mas porque la sabiduría vence á la malicia, y las trazas del hombre no pueden desbaratar los designios de Dios, por donde éstos pensaron hacer tiro á Cristo, le honraron y autorizaron más. Pregúntanle á San Juan: *Tu, quis es?* Entiéndelos San Juan, y responde á lo que ellos pretendían: *Non sum ego Christus*: «No soy yo el Mesías que esperáis». Visto que no acudía á lo primero, pregúntanle si era Elías, y responde: *Non sum*. En el espíritu y en el celo era Elías, y aun en el oficio. Porque así como Elías ha de preceder al Señor en el segundo advenimiento, así San Juan le precedió en el primero, conforme la profecía de su padre. *Tu puer propheta altissimi vocaberis*. Pero no era la persona, y por eso dice: «No soy». Pregúntanle lo tercero, si es aquel gran profeta que prometió Moisés, y así en el griego está el artículo *ille*. *Es tu ille propheta?* Y responde: *Non*. Aunque era profeta no era aquel grande y supremo profeta que, como habemos dicho, era el mismo Cristo.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Mucho hay que deslindar en estas respuestas de San Juan, que están llenas de teología del cielo y muestran bien el caudal de sus virtudes. Lo primero habéis de entender que hoy pusieron al Baptista en el mayor estrecho y conflicto, en la más peligrosa batalla y combate que jamás hombre se vio. Viene hoy á las manos con aquel gran gigante Goliat que hace escarnio de los reales del Señor. Es recio golpe el que da la honra; no hay culebrina ni cañón reforzado que tanto arruine. Y cuanto es mayor la honra y estima, tanto es más dificultosa de resistir. Y porque no pudo ser mayor honra que convidar á un hombre á la dignidad del Mesías, cabeza de la Iglesia, deseo de los justos, esperanza de los hombres, Rey y Señor de todos, por eso fue el mayor peligro y el más furioso golpe de honra que ninguna criatura ha recibido. Con menores tiros que éste han sido rendidos grandes santos y ilustres varones; seguro que si con este recaudo le tentaran ahora las corazas al más estirado, y aun con otro mucho más moderado, que luego comenzara á contar la crónica de sus excelencias y hiciera alarde de su linaje, calidad y méritos, y aun buscara prendas prestadas para poner en el aparador de su vanidad, para que la honra que le ofrecen no se le fuera de entre las uñas. Mas ¡qué digo ahora, cuando tan poca virtud hay! A tres géneros de gentes ha hecho tiro la honra y los ha vencido, los más famosos del mundo. El primero fue á Lucifer, con todos sus compañeros, la mayor y más perfecta de todas las criaturas en quien más particularmente había Dios mostrado su saber; sin haber tentación de carne ni deseo de riquezas, sin demonio tentador, fue tanta la golosina de la honra puesta en su entendimiento, que le desvaneció y le hizo dar espanto su caída. Adán, criado en tanta perfección, dotado de justicia original, enriquecido de dones y ciencias, así naturales como sobrenaturales, en asomándole el demonio, no el nombre, sino la ciencia de Dios, luego picó en el anzuelo y quedó preso. Pues los apóstoles, que fueron los mayores del mundo y columnas de la Iglesia, antes de recebir la plenitud del Espíritu Santo fueron tocados desta enfermedad, así que no fue en ellos tan peligrosa como en los pecados. *Facta est contentio inter eos, quis eorum videretur esse major*: «Comenzaron á porfiar y debatir sobre cuál había de ser mayor entre ellos». Este nombre de mayor es ruina de los más fuertes, cebo de los más templados, polilla de lo más fino y esmerado de la casa de Dios, carcoma de los cedros del monte Líbano. Estos son los montes del Gelboé malditos, donde no cae el rocío del cielo ni la lluvia de la gracia. *Quia ibi est abjectus clipeus fortium, clipeus Saul, quasi non esset unctus oleo* (Reg., 1): «Porque allí fue abatido el escudo de los fuertes, allí fue postrado Saúl, que de los hombros arriba era más alto que todo el pueblo; allí perecieron los fuertes de Israel». Fuertes hay muchos en rezar, en ayunar, en disciplinarse, en resistir á la sensualidad; pero en querer ser estimados de las gentes, en presumir de sus virtudes, en aceptar la honra que dellas le resulta, pocos hay que no toquen, aunque sean muy devotos, que de la misma santidad quieren honra. Pues ésta acomete hoy San Juan, la cual le llevan los más principales, los más sabios y religiosos de Jerusalem, diciéndole: *Tu, quis es?* Menester es, glorioso Baptista, que se desdoble este tesoro de humildad que tenéis en vuestro pecho. Ya el mundo ha visto vuestro ayuno, vuestra soledad, vuestra penitencia; véase ahora vuestra humildad, y que no es parte cosa alguna para hacer en vos mella. ¡Mirad cómo tratáis la honra de vuestro Señor que la puso en vuestras manos! Confió Dios su madre á San Juan Evangelista, su Iglesia á San Pedro y su honra á vos. Aquí se ha de afinar y subir de quilates vuestra santidad. Aquí está el vencer á Lucifer, el ser más que Adán, el exceder en esto á los apóstoles. ¿Qué decís á la pregunta? ¿Qué testimonio dais á la luz? *Et confessus est et non negavit, et confessus est* etc: «Confesó de plano la verdad y no la negó, y confesó que no era Cristo». Paréceme que le tocó á San Juan en el alma esta pregunta y le lastimó el corazón terriblemente. Como él amaba tan de veras á Cristo nuestro bien, y todo su deseo y gozo tenía puesto en que él

mundo le conociese; como él entendía la infinita dignidad del Hijo de Dios, ante quien él era nada, y vio que los hombres le querían levantar por ídolo, en competencia de Cristo, verdadero Dios y hombre, vio que ponían el último fin en la criatura y dejaban el Criador. Tembló de tan gran delito y abominó la maldad; y paréceme que quisiera ser todo lenguas para que todos sus miembros dieran voces: «No soy yo Cristo». Y eso significa aquella repetición de palabras de que usa el evangelista: «Confesó y no negó y confesó». No lo dijo una vez, sino muchas, como hombre que veía le iba en ello la vida y la salud de todo el mundo, que consistía en conocer á Cristo. Entraron una vez los dos apóstoles San Pablo y San Bernabé en Listra, ciudad de Licaonia, y predicando San Pablo convirtió un hombre cojo de entrambos pies desde el vientre de su madre, y junto con la fe le dio salud en el cuerpo. Mandóle que se levantase y anduviese derecho. Apenas se lo hubo dicho, cuando comenzó á dar saltos como un gamo, lo cual visto por los vecinos de la ciudad dieron voces: *Dii, similes facti hominibus, descenderunt ad nos;* «Los dioses, en forma y traje de hombres, han venido á visitarnos», y llaman al sacerdote de los ídolos que les viniese á sacrificar. Cuando los apóstoles vieron el negocio en los términos que andaba, y los toros aparejados para el sacrificio, turbados, alborotados, corriendo y dando saltos por medio de la gente, rompidas sus vestiduras, daban voces: «¿Qué hacéis, hombres? ¿A quién queréis adorar? Nosotros somos hombres como vosotros, sujetos á muerte, necesidades y flaqueza, y venimos á enseñaros que os apartéis de la vanidad destos ídolos y os convirtáis á Dios vivo, que hizo todas las cosas». Este es el celo que tienen todos los justos de la honra de Dios, y desta suerte huyen loores que á él se le deben. Cristianos, cuando el mundo os ofreciere honras y dignidades; cuando llamare á la puerta de vuestro corazón algún apetito de vanagloria; cuando de algún bien que en vos haya os dieren los hombres el parabién y la gloria, ó el demonio os persuadiere que vos os la toméis, temblad de quitar su honra á Dios, huid las humanas alabanzas, negados como San Juan: No soy yo ese; no dice á mí ese sobrescristo. Mandaba Dios en la ley, so pena de muerte, que ninguno se perfumase con ciertas pastillas que llamaban timiama sagrado, que se hacían por institución divina de diversas especies aromáticas y estaban dedicadas para sólo el culto divino. El perfume y zahumerio solamente debido á Dios es la gloria de nuestras virtudes y de todos los bienes que en nosotros hay; ésta es suya propia, que á ninguno le concede. *Gloriam meam alteri non dabo.* El soberbio y vanaglorioso que pretende usurpar para sí esta gloria, sepa que profana el perfume sagrado y se enciensa con el timiama divino, y es idólatra espiritual y ladrón de la honra de Dios, y, por consiguiente, es digno de muerte eterna. Pues como el santísimo precursor se viene incensar como Dios, con este perfume á Cristo debido, da voces con grande instancia, procurando apartar los hombres de tan desatinado sacrificio.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Lo segundo que hay que considerar en estas respuestas de San Juan es ver cuánto se abatió y anonadó en presencia del Redemptor. La primera vez dijo: «No soy yo Cristo». La segunda dijo: *Non sum.* La tercera parecióle que había dicho mucho, y dice: *Non.* ¡Gran lección de humildad está aquí encerrada! Mirad. La sustancia y fundamento de la humildad consiste en conocer el hombre su pobreza y vileza, y cómo de sí es nada, y delante la divina majestad sujetarse, hundirse, reconociendo la alteza y soberanía de aquella deidad infinita, y de ahí viniendo á despreciarse á sí y á querer que todos le desprecien. Bien pudiera San Juan responder que era Elías, pues vino con su espíritu y virtud, y por esta causa le llamó Elías. Bien pudiera decir que era profeta, pues lo era desde el vientre de su madre; pero como se vio comparar con la infinita majestad de Jesucristo nuestro Señor, y que delante dél le querían los hombres honrar con el honor á Cristo debido, y que lo levantaban en su competencia, hundióse en su propia estimación, y cavó y ahondó en el conocimiento de sí, hasta el abismo de la nada de que fue formado, y del menos que nada del pecado en que fue concebido, y dio aquellas tres respuestas que fueron tres azadonadas con que llegó hasta el centro de la criatura, que es el no ser. Fueron tres escalones con que descendió para más subir. El primero: «No soy yo Cristo». Eso no es mucho que lo diga, siendo tan santo. Abaja más y dice: «No soy». Conoció que era criatura, que no tiene de la cosecha el ser. Sólo Dios puede decir: *Ego sum qui sum.* Dios es lo que es, los demás son lo que no son. Porque su creencia es su ser, no lo recibe de nadie; pero la criatura no es su ser, porque lo recibe prestado y comunicado de Dios, que es fuente del ser. Abaja hasta lo último y dice: *Non.* Soy nonada. A cuanto me preguntáis, á cuantas grandezas en mí veis, á cuantos títulos me presentáis, respondo *non.* Delante de Dios soy nada. Este es el fundamento de toda la honra de la criatura. ¡Oh honra, oh dignidad! dictados, imperios, reinados, pontifica-

dos, letras, linaje, riquezas, valor, hermosura de hombre, ¿sobre qué ciudad estáis armados? Sobre un nada, sobre nada. Cosa maravillosa es la ciudad de Venecia, porque está edificada sobre agua, y mucho más lo fuera si estuviera edificada en el aire. ¡Pero la nada, mundano, sobre que edificas torres de viento, en que fundas tus locuras, mandos atrevidos y vanidades, sobre la nada! ¡Soberbio, qué te entonas! ¡qué presumes de la fábrica de tus virtudes! Mira el fundamento, que es nada, y que delante de Dios todo eres nada. Si la majestad de un rey temporal es tan grande que en su presencia á ninguno de sus grandes se hace honra, porque la autoridad real encubre y tapa la de todos sus vasallos; aquella majestad del Rey eterno, ¿cómo encubrirá y deshará con su infinita eminencia cualquiera grandeza de la criatura, para que en su acatamiento sea como si no fuese? El profeta Elías vio á Dios nuestro señor sentado en un trono, con pompa y aparato real, como haciendo ostentación de su gloria, y dice que los serafines, que son los grandes, los mayores príncipes de su reino, que le estaban haciendo estado, tenían seis alas. *Duabus velabant faciem ejus et duabus velabant pedes ejus, et duabus volabant.* «Con las dos se cubrían el rostro». Aquel *ejus* está allí indiferente, para significar que cubrían el rostro de ellos y el de Dios. «Con las otras dos se tapaban el cuerpo y los pies, y con las dos volaban»; dando á entender con esto, que en presencia de aquella eterna y inconmovible sustancia toda alteza criada se ha de abatir; el rostro del más hermoso serafín no es para ver, y así se encubren y deshacen la rueda de sus excelencias. Solamente dejan dos alas, de conocimiento y amor, con que vuelan, amando cuanto conocen y conociendo cuanto aman. Como delante la excesiva claridad del sol, la de las estrellas y luceros, por lucidos que sean, se desaparece y es como si no fuese, así delante aquel Sol de infinita refulgencia y claridad, el resplandor de todas las criaturas, así en santidad como en sabiduría, fortaleza, hermosura, como en todo lo demás, se amortigua, eclipsa y deshace, y es como si no fuese. Así lo dice el profeta Isaías: *Ecce gentes quasi stilla situlæ, et quasi momentum steteræ reputatæ sunt.* «Todas las gentes son como un hilico de agua, y como un granico de peso delante dél». Todas las islas son un poco de polvo en su presencia, y toda la leña del monte Líbano, con todos cuantos ganados hay en él, no bastará á ofrecerle un digno sacrificio. Y pareciéndole al profeta que delante de Dios había hecho mucha honra á las criaturas en llamarlas hilo de agua, grano y polvo, como corrigiendo lo dicho, añade: *Omnes gentes quasi non sint sic sunt coram eo; et quasi nihilum et inane reputatæ sunt ei.* «Todas las gentes así son delante dél como si no fuesen, y como nada y menos que nada son reputadas en su presencia». Pues en el conocimiento práctico desta verdad y en el sentimiento afectuoso della está el fundamento de la humildad. Aquí en esta grandeza inmensa de Cristo había puesto los ojos San Juan, cuando en su comparación se halló nada, indigno de ser su menor criado. No merezco descalzarlo; no tengo dignidad para hacerle el más bajo servicio del mundo, que es el descalzarle los zapatos. Pues si el mayor entre los nacidos de mujer desta manera se abate ante la majestad de Dios, vos y yo, que somos sepulcros de pecados, montones de miserias, sacos de alacranes y víboras, gusanos, hediondez y corrupción, ¿cómo nos habemos de humillar en el acatamiento de Dios? Poneos con los ojos de la fe en presencia del Señor; contemplad la infinita distancia que hay de aquella perfectísima y suprema naturaleza á vuestra bajeza y poquedad, y hundíos hasta el abismo de vuestra nada. Decidle con David: *Substancia mea tanquam nihilum ante te.* «Mi sustancia, lo macizo y sólido, lo que hay de bueno y de precio en mí, es como nada delante de vos, Señor». Conoced vuestra pobreza y que la nada, de sí no tiene bien alguno, y si lo hay en vos, que es de Dios y no vuestro; y así la gloria á El se le debe, y no á vos. De aquí aprenderéis á no despreciar vuestros prójimos, aunque en muchas cosas les excedáis, pues ese exceso no es vuestro, sino de Dios; y como os dio á vos esos dones, se los pudiera dar al otro, y no sabéis si os los quitará á vos para dárselos, pues no os aprovecháis dellos como es razón.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Y si el virtuoso halla delante la majestad de Dios tanta razón para humillarse y tenerse en poco, el malo, el pecador, ¿qué será? ¡Considera, desdichado, cuán grande mal es haberse engreído el gusanillo de la tierra contra el Hacedor de los cielos y de la majestad; haberse desmesurado la nada contra la fuente del ser, haberse rebelado la criatura contra su Criador y haber despreciado y ofendido al omnipotente Dios ante quien tiemblan las columnas del cielo y encogen las alas los más altos serafines! ¡Haber trocado su gloria por un deleite bestial, por un punto de honra ó por dos maravedís de intereses! ¡Espántate cómo te puede sufrir la tierra, y cómo no se conjuran contra ti todas las criaturas para vengar la injuria de su criador! Tente por indigno del pan que comes y de la agua que bebes, de la luz que gozas y del aire con que respiras, y de aquí conoce la malicia

del pecado, que consiste en ser ofensivo de tan grande majestad. Porque, así como todas las perfecciones criadas, comparadas con las divinas, no son perfecciones, así las ofensas hechas á puras criaturas no son ofensas, comparadas á las que se hacen al Criador. Bien tenía entendida esta filosofía David cuando dijo: *Tibi soli peccavi*. Pecado había contra Urías, á quien mató, y contra su mujer, á quien deshonró, y contra su reino, á quien escandalizó; mas con todo esto dice: *Tibi soli peccavi*. Porque sabía él muy bien que todas estas ofensas y deformidades eran nada en comparación de la fealdad que este pecado tenía, por ser contra Dios. Porque así como Dios es infinitamente mayor que toda criatura, así es infinitamente mayor, en su manera, la obligación que le tenemos y la ofensa que le hacemos; y de infinito á infinito no puede haber proporción. Pues quien ha hecho á Dios tantas veces esta injuria, y entiende la gravedad que tiene, por ser contra Dios, ¿qué aflicción y sentimiento debe tener? No hay quien no tenga por muy culpados á estos fariseos, por haber dejado al verdadero Cristo, y pretendídole quitar su dignidad, por dársela en su competencia á San Juan. ¿Qué podían hallar en San Juan que con infinitas ventajas no lo hallaran en el Hijo de Dios? Sola su perversidad fue la causa deste desorden. Pues entiende, pecador, que lo que éstos una vez hicieron es un traslado de lo que tú has hecho muchas, pretendiendo quitar á Dios la corona y dignidad de último fin, y darla á la criatura, por la cual ofenden á Dios, preciándola más que á El y ordenando á ti y á tus cosas á ella, como á último fin, levantas en tu corazón ídolo y competidor contra Dios. ¿Qué bien, qué gusto, qué contento puedes hallar en la criatura que con infinitas ventajas no le halles en el Criador? Afréntase Dios tanto de que le igualemos con cosas tan bajas, que en acabando el profeta Isaías de decir la infinidad de la divina bondad, ante quien todas las cosas son como si no fuesen, infiere: *Cui ergo similem fecistis Deum, aut quam imaginem ponitis ei?* Como si dijera: «¡Si Dios es tal, que en su presencia son nada todas las cosas, *ergo*, luego ninguna se puede comparar con El!» ¿Pues cómo vos le habéis, no sólo comparado, sino tenido en menos y dejado por un real, por un gustillo, por una ira, por una mujer, de balde, por vuestro amor propio? Esta es la suma perversidad que decía San Agustín: *Frui utendis et uti fruendis*. Gozar de las cosas que habíades de usar, y usar de las que habíades de gozar. Hacer á Dios medio y á la criatura fin. Esta es la deformidad que se halla en el pecado mortal. Es este tan grande mal, es tan grande desatino, es tan notable la ofensa que en esto se hace á la divina majestad, que para que el entendimiento humano lo pudiese estimar y concebir, usó Dios, en el segundo capítulo de Jeremías, de palabras tan graves y pesadas, que apenas se hallan otras semejantes en toda la Sagrada Escriptura, y así dice: *Quid invenerunt patres vestri in me iniquitatis quia elongaverunt a me; et ambulaverunt post vanitatem et vani facti sunt?* «¿Qué sin razón ó qué sin justicia, qué mal ó qué falta hallaron vuestros padres en mí, qué ocasión ó qué causa, porque me dejaron y se alejaron de mí y se fueron tras la vanidad y se hicieron vanos?» La divina Escriptura llama vano lo que es sin provecho, inútil y deja al hombre sin conseguir su fin, y lo que promete contento, reposo, asiento, descanso y seguridad; y al cabo responde con todo lo contrario. Como llamamos vano un piñón ó una nuez que parece tener algo dentro, y cuando la partimos y quebramos no hay nada. Y así en el salmo cuarto juntó el Espíritu divino la vanidad con la mentira. *Filii hominum usquequo gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendatium?* Por esto en las divinas letras se llaman vanos los ídolos, porque prometen divinidad no la teniendo; y los estudios de los hombres carnales, vanos, porque ni hartan ni aprovechan, antes mienten y no dan lo que prometen, jugando siempre al trocado y dando por deleites tormento, por alegría tristeza perpetua, por vida muerte sempiterna. ¿Pues qué hallaron en mí vuestros progenitores, dice Dios, que soy sumo bien, amable, rico, liberal, magnífico, amoroso, piadoso, justo, sabio, hermoso y, finalmente, fuente del ser y del bien, para apartarse de mí, dejando la virtud y irse tras el demonio, siguiendo sus estragados apetitos y el pecado? *Transite ad insulas Cethim et videte et in Cedar; mittite et considerate vehementer et videte si factum est hujuscemodi, si mutavit gens Deos suos et certe ipsi non sunt dii; populus vero meus mutavit gloriam suam in idolum.* «Llegaos á las islas de Cetín y informaos allá en Cedar con sumo cuidado y diligencia, y sabed si estas gentes, con estar tan apartadas de la lumbre de la fe, que tenéis vosotros, han por ventura mudado sus dioses ó su religión, y al fin su religión es falsa y sus ídolos no son dioses». Por Cetín entienden los hebreos á los griegos y los romanos, como dice en este lugar San Jerónimo, y por Cedar los alárabes, los cuales, como fieras sin policía ni reposo, andan vagueando por los desiertos. Así quiere decir: «Informaos de los ceteos, que es gente de razón, de entendimiento y de policía, y informaos de los cedareos, que son bárbaros y alárabes, y hallaréis que nunca han permitido variación en la religión de sus pasados, no obstante que

su religión es falsa y sus ídolos falsos». *Obstupescite, cœli, super hoc, et portæ ejus desolamini vehementer, dicit Dominus: duo enim mala fecit populus meus: me dereliquerunt fontem aquæ vivæ; et foderunt sibi cisternas dissipatas, quæ continere non valent aquas:* «Pasmaos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se caigan, y sean asoladas de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo: el primero, dejarme á mí, que soy fuente de agua clara y viva, y el segundo, haber cavado con mucho trabajo cisternas rotas y llenas de resquicios, que ya que recojan alguna agua, turbia y llena de cieno, no la pueden retener, porque por mil desaguaderos se va». Bien muestran estas palabras la inestimable malicia que al principio propusimos, según la sentencia de San Agustín; pues pide Dios á los ángeles, que tienen tan subidos y alumbrados entendimientos, que se admiren y asombren della. Porque ninguna maldad ni desatino puede llegar á éste, que es apartarse de Dios, que es fuente indeficiente de todos los bienes, y poner su último fin en las criaturas, donde, como en aljibes rotos, no se puede hallar satisfacción á la sed de nuestros deseos, aunque se procure cavando y echando el bofe. Ni puede ser más bestial ingratitud que pervertir de tal suerte las obras de Dios, que sus mismos beneficios tomemos por armas para hacerle mayores ofensas. Pues quien hallare en su corazón semejante desorden, y en su voluntad tan grande perversidad, procure con tiempo dar la vuelta y restitúyale á Dios su honra, teniéndole por su último fin, amándole sobre todas las cosas, determinándose romper antes con todo el resto que no con su amor y con su ley. Derribe del altar de su corazón los ídolos que en su competencia ha levantado; deje aquel lugar desembarazado para Dios, que ha de venir á nacer ahora en su alma y quiere poner en ella la silla y trono de su majestad. De las criaturas use como de medios, no más que para conseguir su fin. Y si me preguntáis qué es usar de las criaturas, respondo brevemente con San Pablo: *Qui habent uxores, tamquam non habentem sint; et qui flent tamquam non flentes; et qui gaudent tamquam non gaudentes; et qui emunt tamquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo, tamquam non utantur; præterit enim figura hujus mundi.* Quiere decir: mientras la mujer, la tristeza, la alegría, la hacienda y todo lo que hay en el mundo, no os apartare de Dios; mientras no se encontrare con su ley; mientras no quisiere para sí la corona de último fin, tenedla y poseedla, porque eso es usar de la criatura en servicio de Dios. Pero si se alzan á mayores y quieren que por ellas le ofendáis, quebrad con las criaturas; haced cuenta que no tenéis mujer, ni hay para vosotros tristeza ni alegría, placer ni pesar, hacienda ni mundo, cuando algo deso os quiere apartar de Dios. Piérdase todo, y no se pierda Dios. *Præterit enim figura hujus mundi.* Porque «al fin se pasa toda esta vanidad del mundo», y sus bienes son aguas turbias que se deslizan y salen de las rotas cisternas. No hay en él bien sólido y verdadero en que pueda descansar el hombre; sólo Dios es el bien infinito, lleno y colmado, en quien está nuestra hartura, descanso, regalo y fruición, gozándole aquí por gracia y después por gloria. *Quam mihi et vobis.*

SERMON

EN EL

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

Anno quinto decimo imperii Tiberii Cæsaris, procurante Pontio Pilato Judeam, Tetrarcha autem Gallileæ Herode, etc.
(Luc., 3).

El Evangelio presente es de San Lucas, en el capítulo 3. Cuéntasenos en él el tiempo en que el glorioso Baptista salió á predicar para hacer su oficio de precursor del Mesías, disponiendo los ánimos de los hombres para que le recibiesen; y el tema que predicaba y sobre que fundaba sus maravillosos sermones. Acerca del tiempo dice: «Que estando el mundo debajo el dominio y jurisdicción de Tiberio César, en el año quince de su imperio, y estando el reino de los judíos dividido en cuatro partes, de las cuales la más principal, que era Judea, era gobernada á la sazón por el presidente Poncio Pilato. De la segunda, que era Galilea, era príncipe

Herodes. De la tercera, que se llamaba Traconites, donde cae Betania, era señor Felipo, hermano del sobredicho Herodes. Y de la cuarta, llamada Abilina, donde cae el Azoto, insigne ciudad que fue de los filisteos, situada entre Ascalón y Jafa, era señor Lisanias, primo de los otros. Y estando la dignidad del sumo sacerdocio en poder de Anás y Caifás, administrándola uno un año y otro otro; en este tiempo y estando las cosas en esta disposición, fue enviado de Dios á predicar, con particular revelación, mandamiento y comisión suya, Juan, hijo de Zacarías, que vivia en el desierto. El cual vino por todos los lugares que estaban á las riberas del Jordán, baptizando los hombres y predicándoles penitencia, para conseguir remisión de todos sus pecados. El tema que usaba en su predicación, fue el que mucho antes tenía profetizado Isaías en el capítulo 40, donde dice que oyó una voz fuerte que clamaba en el desierto y decía: «Aparejad el camino del Señor, enderezando sus sendas y veredas. Allánense los montes y levántense los valles, y no haya rodeos sino camino derecho. Quítense los estropiezos, piedras y asperezas del camino, y entonces verá todo hombre al Salvador». Esta es la letra del santo Evangelio. Para decir en su explicación algo que resulte en provecho de nuestras almas y gloria de Dios, tenemos necesidad de la gracia. Para alcanzarla, invoquemos á la madre della, María, Señora nuestra, diciendo: Ave María.

INTRODUCCION

El profeta Daniel, á quien Dios, en premio de sus abstinencias y ayunos, dio inteligencia de los sueños proféticos y misteriosos que entonces por impresión divina algunos soñaban, haciéndole fiel y verdadero intérprete dellos, en uno que él soñó (como se cuenta en el capítulo 7 de su profecía), dice que en visión imaginaria vio salir del mar cuatro grandes y fieras bestias. La primera, cruel como leona; la segunda, feroz como oso; la tercera, brava como un pardo, y la cuarta, que á éstas se seguía, no la compara con algún animal conocido, como á las otras, porque era más fiera y desemejada, sino dice della: *Ecce bestia quarta, terribilis atque mirabilis et fortis nimis; dentes ferreos habebat magnos, comedens atque comminuens et reliqua pedibus suis conculcans.* «Vi una cosa que me puso grande admiración y temor, y fue la cuarta bestia que salía del mar, terrible, espantable y fuerte en demasía. Los dientes y colmillos eran unos grandes navajones de hierro, con los cuales comía y desmenuzaba la comida, y las sobras pisaba y acoceaba con los pies». Tras esto vio á un venerabilísimo anciano, sentado en un trono real, todo de fuego, ante quien estaban en pie y destocados millares y millares de ángeles, y diez veces cien mil millares le servían y hacían estado. Y luego vio venir un personaje de grande autoridad, el cual no era ángel sino hombre; y llegó hasta donde estaba el anciano de días, y se igualó con él, y dióle el anciano potestad, honra y reino eterno, que nunca se acabará, y que todos los pueblos, tribus y naciones de diversas lenguas le sirvan y sean sus vasallos. Estas cuatro bestias que vio aquí Daniel salir del mar, en sentido literal (según interpretó uno de los ángeles que asistían al trono de Dios), fueron cuatro reinos y monarquías señaladas que hubo en el mundo. El cual se llama mar, porque las aguas de sus contentos son amargas y saladas, y está sujeto á grandes tormentas, alteraciones y mudanzas, en que han zozobrado y dado al través muchos de los pasajeros que por él han navegado. Qué reinos hayan sido éstos, no lo declaró el ángel, porque ello se está de sí claro. El glorioso San Jerónimo sobre este lugar, y comúnmente todos los intérpretes sagrados; San Agustín en muchas partes de los libros, *La Ciudad de Dios*, y Santo Tomás, libro 3, *Del régimen de los Príncipes*, capítulo 12, dicen: que la primera monarquía que hubo famosa en el mundo fue la de los asirios, que comenzó en el rey Nino. en tiempo del patriarca Abraham, y duró mil y doscientos y cuarenta años. Fue la metrópoli deste imperio la gran Babilonia, y significase por leona, que es animal cruel y muy lasciva, para significar la crueldad de que los babilonios usaron con el pueblo de Dios, y sus demasiados regalos y carnalidades, que fueron causa de su perdición, en tiempo de Sardanápalo una vez y después en tiempo del rey Baltasar. El segundo reino. significado por el oso, animal fuerte y muy templado, que, según dicen los naturales, los seis meses del invierno se está en su cueva sin comer, es el reino de los medas y persas, fuertes en la guerra y templados en la comida. Su monarquía comenzó en Arbaces y duró doscientos y treinta cuatro años, hasta el rey Darío, que fue vencido de Alejandro Magno. El tercero reino comparado al pardo, animal velocísimo, fue el de Alejandro Magno, que no duró más que doce años; en los cuales, con presteza admirable, puso debajo su yugo la mayor parte del mundo, no obstante que antes dél habían tenido los griegos en Macedonia majestad de reino cuatrocientos y ochenta y cinco años. El cuarto reino y mayor de todos fue la monarquía del imperio romano, la cual no se compara á alguna bestia, como las otras, porque toda la ferocidad y braveza que en todas ellas se halló, mucha más habemos de entender que hubo en los romanos. Dice della

que tenía dientes de hierro muy grandes, porque tuvo capitanes y príncipes fortísimos, de grande valor y prudencia; mediante los cuales alcanzó Roma ser señora del mundo. *Comedens atque comminuens.* Comía con estos dientes, porque se comió todos los reinos, los mandos y principados, y la gloria y riqueza dellos; todo lo tragó Roma y lo sujetó á sí. Y no sólo comía, sino desmenuzaba y pisaba. ¿Queréislo ver? Mirad el principio del Evangelio de hoy. Aquel reino potentísimo del buen David, que en su tiempo tuvo tan famosos capitanes y valientes soldados; que á todas les naciones comarcanas daba guerra y las domó y venció por fuerza de armas; aquel reino tan rico y opulento, donde había tanta copia de oro que la plata no se estimaba en tiempo de Salomón, tragósele en un bocado el imperio romano, comióle sus riquezas, quebrantó su orgullo y fuerzas, dividiéndolo y desmenuzándolo en cuatro generaciones, como nos cuenta el evangelista, para que así fuese menos fuerte y poderoso, y al fin lo que quedaba, lo pisó y acoceó, cuando Tito y Vespasiano destruyeron á Jerusalem hasta los fundamentos, abrasaron el templo, mataron innumerables judíos y vendieron los que quedaban. Pues al tiempo que la cuarta bestia de la potencia romana se había comido el reino de David, y le tenía desmenuzado y hecho piezas, entonces ve Daniel venir al Hijo del hombre y llegar hasta el antiguo de días; porque este era el tiempo señalado por Dios para la venida de su Hijo al mundo. Llámase Hijo del hombre, porque era Hijo de la virgen, y verdadero hombre como nosotros. Tiene más, que *usque ad antiquum dierum pervenit.* Este antiguo de días es Dios nuestro Señor; tan anciano, que es eterno, y ni tuvo principio ni tendrá fin; pero tan fresco y hermoso, como que no pasa día por El. Su silla es de fuego, así porque Dios es amor, como porque delante dél no parece cosa que no sea limpia. Sírvese de ángeles y asístenle todas las jerarquías del cielo, como sus escuderos y criados, con suma humildad y reverencia. Pues éste tan alto y sublimado, á quien con infinita distancia no llegan los ángeles, acatado dellos como Señor; el Hijo de la Virgen, se iguala con El, y llega hasta su trono y se pone hombro á hombro con Dios. *Qui cum in forma Dei esset non rapinam arbitratus est; esse se equale Deo* (Phil., 2). Tenía la misma naturaleza de Dios; junto con ser Hijo de la Virgen, era Hijo natural de Dios, tan bueno y poderoso como El, y así no usurpó la honra divina en llamarse igual á Dios, como Lucifer y Adán, que fueron salteadores y pretendieron robar la honra de ser como Dios. Pues á este hombre, que juntamente es Dios, le dio el Padre eterno la potestad, honra y reino sempiterno, y que le sirvan todos los reinos, pueblos, tribus y lenguas, para que en el nombre de Jesús se arrodillen y rindan las tres partidas del mundo, cielo, tierra y infierno, y todos confiesen la gloria que Cristo tiene á la diestra de su Padre. A este misterio aludió el apóstol San Pedro, inspirado del Espíritu Santo, cuando dijo predicando la fe á Cornelio Centurión y á sus amigos: *Vos scitis quod factum est Verbum per universam Judæam, incipiens enim a Galilæa post baptismum quod prædicavit Johannem a Nazareth quomodo unxit eum Deus Spiritu Sancto, et virtute; ipse est qui constitutus est a Deo judex vivorum et mortuorum. Huic omnes prophetæ testimonium perhibent, remissionem peccatorum accipere per nomen ejus omnes qui credunt in eum.* «Ya habrá venido á vuestra noticia el negocio que en Judea ha sucedido de la vida, predicación y muerte de Jesucristo, el cual comenzó su predicación después del Baptismo que predicó San Juan. A éste en cuanto hombre le ungió el Padre eterno con el olio del Espíritu Santo, y con virtud divina que le dio para hacer milagros, como de hecho los hizo. Este es á quien el Padre dio la potestad, y honra y reino sobre todos los hombres, haciéndole Juez universal y supremo de vivos y muertos; y del mismo testifican todos los profetas que los que creyesen en él con fe viva alcanzarán en su nombre remisión de todos sus pecados». Este es el quinto reino y la monarquía de Dios, que ha de durar por todos los siglos; y este es su divino rey, Cristo nuestro Señor. Y porque no se había de manifestar hasta que la cuarta bestia tuviese deshecho el reino de David, y el Baptista hubiese predicado el Baptismo y la penitencia en remisión de pecados, entra el evangelista San Lucas en este Evangelio, diciendo: *Anno quinto decimo Imperii Tiberii Cæsaris.* Cuando el reino estaba partido y desmenuzado en cuatro partes por la potencia del imperio romano, *factum est Verbum Domini super Joannem, Zachariæ filium, in deserto:* «Envió Dios á Juan, hijo de Zacarías, desde el desierto», para que como aposentador deste divino Rey le aderezase el aposento y dispusiese las almas, con la penitencia que predicaba, para alcanzar la remisión de los pecados, que por Cristo se les había de dar; el cual estaba ya tan cerca, que luego tras él se había de manifestar.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Veis aquí la razón por qué el evangelista n[os] cuenta tan en particular la división destas t[e]trarquías; que fue para probarnos, conforme la profecía de Daniel, ser llegado ya el tiem[po]

de la venida del Mesías y de la manifestación de su reinado; con lo cual se confirma en nuestro entendimiento la fe de la divinidad de Cristo nuestro Señor. Mas para que la voluntad no quede ayuna deste misterio y saquemos alguna doctrina de él, para nuestra edificación, será bien inquirir qué razón tuvo la divina Providencia para que la predicación de Cristo y la venida de San Juan á manifestarse no fuese en el tiempo que el reino de los hebreos estaba en su antigua prosperidad, cuando era gobernado por David ó Salomón, sino quiso que fuese en tiempo en que estaba tiranizado y oprimido de gente extraña; pechero, tributario y llegado á lo último. ¿Sabéis por qué? Porque esa era la mejor disposición que podía tener para recebir á Dios y hacer penitencia. Es el hombre tan mal mirado, que cuando se vee próspero, fuerte y rico, luego le parece que puede competir con Dios allá donde está, y no confía en El, porque piensa que él basta para sí. No le ama ni reconoce como á autor de todo su bien y dador magnífico de sus beneficios. Un caballo holgado, gordo y que está de verde, llegaos á echarle la silla y tirará dos pares de coces y arrojará la silla acullá; pero si está flaco y cansado, los ijares cubiertos de la espuela, un niño lo enfrena y ensilla, y le lleva donde quiere. Así el hombre holgado, descansado y lleno de riquezas y regalos, no sufre á Dios en la silla de su corazón, ni el freno de su ley; tira coces al predicador, que es el criado que le quiere enfrenar: *Incrassatus est dilectus et recalcitravit incrassatus, impingnatus, dilatatus* (Deut., 32). Bien entendió de dónde nacía esta lozanía y libertad del pecador el santo de Moisés, cuando dijo: *Incrassatus est dilectus.* El hombre amado del Señor, acariciado y regalado dél, diose un verde en los bienes temporales que Dios le concedió, paróse ancho, gordo, lucido, próspero, contento. *Et recalcitravit.* Y luego tiró coces, mostróse rebelde, indómito: *Dereliquit Deum factorem suum, et recessit a Deo salutari suo.* «Desamparó al Dios que le hizo y de quien está pendiente todo su ser, y apartóse de Dios, que es fuente y origen de su salud». Si el arroyo se aparta y no se continúa con fuente de donde nace; si la luz del aire se pudiese alejar del sol, de quien se deriva; si la imagen que está en el espejo pudiese huir y ausentarse de la presencia de quien mirándose al espejo la causa, ¿qué daño y pérdida se le seguiría? ¿qué podría deso resultar sino secarse el arroyo y obscurecerse la luz y desaparecer la imagen del espejo? Pues eso es lo que gana el hombre en huir y alejarse de Dios, de quien depende mucho más que el arroyo de la fuente; y la luz del aire de la del sol, y la imagen del espejo del que en él se mira. Pues como la abundancia y prosperidad sea causa en el hombre ingrato deste apartamiento de Dios, que se hace por el pecado, por no le amar y servir y hacer gracias y poner en El toda su confianza, es gran misericordia divina trazar de tal suerte nuestros sucesos y dar tal corte en nuestras cosas, que ninguna haya que nos provoque al amor del mundo engañoso, sino muchas que nos fatiguen y escarmienten, y nos desengañen y den á entender quién él es, y lo poco que hay fiar dél, para que así le aborrezcamos y dejemos. Esto hacen maravillosamente las adversidades, trabajos, tribulaciones y calamidades del mundo; porque menos le queremos cuando nos azota que cuando nos regala, y menos fiaremos dél teniendo en nuestros daños experiencia de su infidelidad que si habiendo corrido siempre á popa no hubiésemos sentido sus vueltas y borrascas. Por eso decía el real Profeta hablando con Dios: *Imple facies eorum ignominia et quærent nomen tuum, Domine* (Salmo 82). «Afrentad, Señor, á los pecadores que se apartan de vos; llenad sus caras de confusión, y luego buscarán vuestro nombre». Cuando un hombre pide á otro una cosa, ó espera dél algún favor, y después se halla burlado, queda corrido, y luego le salen los colores al rostro, como mensajeros de su vergüenza y confusión. Y porque el que espera en Dios no puede quedar burlado, dice el apóstol San Pablo: *Omnis qui credit in Deum, non confundetur.* «Todo aquel que de Dios se fiare, no quedará corrido ni confuso». Pero el que espera en el mundo, sí, y por eso dice David: «Haced, Señor, que les salgan vanas las esperanzas que en el mundo ponen, que donde sembraren alegrías cojan lágrimas, las flores se les conviertan en espinas. Cortadles las telas de sus pretensiones. Donde urdían honras y riqueza, tramen con pobreza y deshonra, para que viéndose corridos y burlados, y sus rostros avergonzados de la burla que el mundo les ha hecho, os busquen á vos, Señor». Mientras Labán trató bien á su yerno Jacob, y le mostró buen rostro, nunca jamás tuvo Jacob deseo ni voluntad de volverse á su tierra, donde estaba su padre; pero después que *animadvertit faciem Labam quod non esset erga se sicut heri et nudius testius: maxime dicente sibi Domino: revertere in terram patrum tuorum;* «echó de ver que Labán le mostraba gran ceño y no le miraba con los ojos que solía, vio muy otro el semblante, que no era de amigo, y sobre todo, que Dios le mandaba volverse á la tierra de sus padres»; envía á llamar á sus dos mujeres, Raquel y Lía, y ordena su partida y deja á Labán. No bastaba el llamamiento de Dios si Labán no le mostrara mal rostro, para que Jacob huyera. Labán, como dice San Jerónimo, á quien sigue Pagnino, quiere decir blancura, y Filón, hebreo, dice

que quiere decir color. Como quiera que sea, él no significa cosa sólida, firme y sustancial, sino la color de la cosa. ¿Quién es este Labán, este engañador y ingrato que tantas veces engañó á Jacob? ¿Quién es este malo que no tiene de bien sino el color; que no tiene cosa firme y maciza, sino sombras y apariencias? ¿Quién es éste sino el mundo? Y si nos muestra el rostro apacible y halagüeño, querremos servirle y vivir con él, y no haremos caso del Señor que nos manda caminar á la tierra de promisión del cielo, donde están nuestros padres. Y presto ordena Dios que el mundo se nos muestre rostrituerto, torcido y desgraciado, para que viendo sus engaños y males, y que no cura nuestros grandes descontentamientos sino con algunos descuentos de breves alegrías, y que éstas las convierte al mejor tiempo en tan desesperadas tristezas que la esperanza que nos falta para ser alegres nos sobra para que siempre seamos tristes, acudamos al llamamiento de Dios y liemos nuestro hato, y sin despedirnos del mundo, ni tener con él cumplimiento, lo dejemos y caminemos á la tierra de los vivos, que es la vida eterna. Desto se saca la resolución de la duda que pusimos. ¿Por qué envió Dios á San Juan á predicar penitencia en remisión de pecados, y á su Hijo á perdonarlos, en tiempo que los hebreos estaban tan abatidos y su república tan desmembrada y oprimida? Porque quiso que, no sólo la predicación de San Juan, sino la ruina del bien común y las calamidades públicas, les fuesen maestras de verdad y penitencia, y les mostrasen la vanidad de sus esperanzas, y el mal rostro del mundo les hiciese dar oído á la doctrina de Dios. Eran los judíos grandes hombres de esperar en presidios humanos, sin hacer caudal de los divinos, como muchos malos cristianos destos tiempos, que para ninguna necesidad suya buscan remedio en Dios, sino en los hombres. Unas veces buscaban el favor y socorro del rey de Egipto, como les reprehende Dios por Isaías; otras se prometían muy prósperos sucesos, por ver que tenían aquel famoso templo de Jerusalem, donde Dios era adorado. Otras se engrían mucho por ser hijos y descendientes de un hombre tan santo como el patriarca Abraham. Todo esto, sin virtud ni temor de Dios, hacía tan poco al caso, que les dijo el Baptista: «Haced penitencia y no os aseguréis con decir: Por Padre tenemos á Abraham, que yo os certifico tiene Dios poder para hacer destas piedras hijos de Abraham». Y para que la probanza desto no fuese menester hacerla fuera de casa, en sus trabajos veían cuán frágiles entibos y puntales tenía su salud y esperanza, pues los hijos de Abraham y el pueblo escogido y regalado estaba sujeto á gente extraña, dividido en tantas partes y atributado, y la principal provincia del reino, que era Judea, donde estaba el templo, estaba en poder de un gentil, que era Pilatos. En tiempo, pues, de tanta angustia y miseria, cuando el mundo los echaba de sí, venía bien la predicación del Baptista, que los encaminase á Dios. Conforme á esto, tenía dicho Isaías: *Domine, in angustia requisierunt te; in tribulatione murmuris, doctrina tua eis.* «Señor, en la tribulación y angustia te buscarán, cuando sus trabajos sean tan grandes, que les hagan gemir y quejarse y suspirar, entonces viene bien vuestra doctrina y recibirla han»; porque el principio de la penitencia es la huída del mundo y el desprecio de las cosas humanas, las cuales ninguno con más facilidad desprecia que el que con pérdida suya ha sabido de sus engaños y ve los amargos frutos de lágrimas, dolor y confusión, y perdimiento de tiempo que de aquellas raíces, al parecer dulces, salieron. Por esta mesma vía quiso Moisés mover al pueblo á hacer penitencia de aquel gravísimo pecado de idolatría que cometieron adorando el becerro de oro por dios. Arrebata el becerro delante dellos, y hácelo piezas, y muélelo hasta hacerlo polvos, y dáselo en un vaso de agua á beber á los hijos de Israel, como diciéndoles: ¿Levantastes este ídolo por dios para con su ayuda conquistar la tierra de los Cananeos y para favoreceros dél en todas vuestras necesidades? Pues para que conozcáis vuestro desatino y la vanidad de vuestra confianza, veis aquí hago pedazos á vuestro dios, lo desmenuzo y hago polvos y os lo doy á beber en agua; para que vista su flaqueza os convirtáis al verdadero Dios y esperéis en El. Pues así como el becerro molido y deshecho reprehendía la vana confianza del pueblo y le enviaba al verdadero Dios, así su reino, dividido y desmenuzado, los debía disponer para la verdadera penitencia. Y siendo esto así, no sé yo cuándo los hombres tuvieron más razón de hacerlo que en nuestros miserables y calamitosos tiempos; cuando estamos aterrados con trabajos, afligidos con desventuras, deshechos con calamidades; cuando el mundo nos muestra tan mal rostro, la tierra nos niega tantos años ha los frutos, el cielo los temporales. ¿Qué diremos de tantas guerras, hambres, pestilencias, enfermedades, pobrezas, muertes, dolores, imposiciones, sacaliñas? ¿Qué hay en el mundo que no nos ponga acíbar en sus pechos? ¡Cuántas veces os ha quebrantado Dios el ídolo de oro que levantastes en vuestro corazón, y os lo ha dado á beber; ordenado que en aquellas mismas cosas en que hicistes vuestra voluntad contra la suya halléis el castigo de vuestro atrevimiento, convirtiendo vuestras fiestas en llanto, vuestros placeres en tristezas y burlando todos vuestros designios y esperan-

zas! ¡No hay cosa que no nos dé voces que dejemos el mundo y sirvamos á Dios! El mismo mundo nos echa de sí y no nos quiere; Dios nos azota y nos llama; el cielo, la tierra, la muerte y la vida nos avisa. ¿Cómo estamos formados? ¿Cómo nos habemos hecho insensibles? ¿Cómo no nos duelen tantas llagas? ¿Cómo no somos buenos con tantas heridas? Paréceme que nos puede Dios afrentar con aquella dura reprehensión que dio antiguamente á los rebeldes judíos: *Usquequo percutiam vos ultra, addentes prævaricationem?* (Isaías, 1). ¿En qué parte os podré lastimar más, hombres, que añadir pecados á pecados, y desacatos á desacatos, y ofensas á ofensas? Yo también añadiré llagas á llagas; pero ¿dónde os lastimaré, que dende la planta del pie á la cabeza no hay en vosotros sanidad? ¿Qué bien tenemos, ó qué mal y trabajo nos falta, y con todo eso ninguna mejoría, castigados y no enmendados? Señal de reprobación, y por tal la da el profeta: *Percussisti eos et non doluerunt, attrivisti eos et renuerunt accipere disciplinam.* «¡Señor, vos los azotastes y no sintieron dolor; señal es que están muertos; hicísteslos pedazos, desmenuzástelos, molístelos como al becerro, y no quisieron recebir enseñanza ni disciplina!» ¡Qué señal! *Induraverunt facies suas supra petram; voluerunt reverti.* Señal de que tienen endurecidos sus corazones más que guijarros y que están determinados de no se convertir; pues ni se mueven con beneficios ni bastan á traerlos las atribulaciones, que es el medio más eficaz que Dios tomó para que los hebreos recibiesen la predicación de su Hijo y de su precursor San Juan.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Toda esta doctrina sacaremos desta división de gobernaciones que el Evangelio nos cuenta. Sácase también desta cuenta la edad que el Baptista tenía cuando comenzó su oficio y los años de su penitencia; porque San Mateo da un gran salto de la vuelta de Egipto á la predicación de San Juan, y pudiera quizá imaginar alguno que la comenzó muy niño, lo cual no se compadece con esta cuenta de San Lucas, que dice haber comenzado á predicar en el año quinto décimo de Tiberio César Este Tiberio sucedió á Octaviano, en cuyo año cuarenta y dos, al principio dél, nació San Juan, y habiendo imperado cincuenta y siete, restan quince de su imperio, que juntos con los quince de Tiberio hacen treinta cumplidos, que San Juan tenía, casi todos gastados en gran penitencia. Al cabo dellos, *factum est Verbum Domini, super Joannem Zaccharia filium in deserto.* Leemos ser hecha ó dada la palabra de Dios, en la boca: *Dedí verba mea in ore tuo.* Y en la mano: *Factum est verbum Domini in manu Aggæi prophetæ* (Ag., 1). Cuando se pone la palabra de Dios en la boca, habla la lengua. Cuando se entrega en la mano, hablan las obras; pero cuando sobre la persona, la lengua y las obras y toda la vida habla. Tiene tanta eficacia de suyo la palabra de Dios, que no ha menester de parte del instrumento recebir nada. Así son idóneos los niños, cuando Dios los mueve, como los varones, los idiotas como los sabios. Samuel, muchacho, basta para corregir las enormes negligencias del viejo Helí y los grandes males que por su ceguera pasan en su casa. Daniel, mozuelo, paje del rey, juzga entre los antiguos y presbíteros que levantaron falso testimonio á Susana, y los condena. Jeremías es enviado en años tan tiernos, que él mismo tiene de su predicación empacho, y teme ser su predicación deshechada por rapaz. Amós, rústico pastor, más enseñado á cortar ramón para su ganado que á negocios políticos, viene á corregir los reyes y sumos sacerdotes. Y, finalmente, una bestia bruta reprehende la bestial insensibilidad de Balán, que andaba buscando cómo contrariar la voluntad de Dios y maldecir á sus benditos. Pero no se puede negar que si Sansón, con un hueso de un animal seco que halló á mano, achocó un ejército entero que delante se le puso, que si hallara una cimitarra ó bastón herrado fuera mucho mayor la riza y el estrago. ¿Qué os parece que talara con un montante el que con una frágil quijada de un bruto tal siega hizo en tan breve espacio? Un buen músico con cualquier instrumento que halla tañe bien, pero si encuentra con un templado, sonoro y de lindas voces, claro está que es la música mejor. Así la palabra de Dios, que de ninguna cosa tiene necesidad que la autorice, si con todo eso asienta sobre donde hay virtudes, valor y santidad, más extremados efectos hace. No tiene que ver el fruto de la predicación de los que hemos dicho con el que hizo la palabra de Dios puesta sobre San Juan; como ni hay comparación con su virtud, santidad, valor y penitencia. Fue su predicación una acordadísima música, donde así se aguardaban la voz suavísima y el finísimo instrumento. Donde la mano así acudía á la voz, moviendo las cuerdas y las cuerdas así eran á punto tocadas con los dedos artífices, cuando la voz lo demandaba, que no era de espantar sino como las mismas piedras y quejigos de las breñas no se iban tras de la música deste divino Orfeo, sacadas de cuajo de sus asientos.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Mas antes que comencemos á tratar de su predicación, miremos las partes que tenía para

ejercitarla. Veamos la vida que este predicador hacía, si dice con lo que enseñaba. El hábito que traía, nos cuenta San Mateo: «Andaba Juan vestido de un saco ó cilicio, hecho, no de lana, sino de cerda de camello, estrechado en sus carnes con un cincho de un látigo; y lo que comía eran langostas y alguna miel amarga, si la hallaba por los tueros de la breña». Acordaos que no sin misterio dijo San Lucas haber sido hecha la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, porque no pensemos que este hombre era hijo de alguna peña, ó nacido por ahí de la raíz de algún roble ó alcornoque; era hijo de hombres nobles y regalados; la penitencia que había de predicar hombres la podían hacer, pues siendo él hombre y hijo de tales hombres, la pudo sufrir no menos que toda su vida. ¡Oh nuestros regalos y flojedades! ¡Oh nuestras más que mujeriles delicadezas, qué gran juicio las espera! ¡Oh costumbres y maneras de vivir destos tiempos! ¡Cuán lejos vais del camino del cielo que enseña San Juan! ¿Qué os mueve, santo bendito, á macerar vuestra carne, á afligirla y tratarla con tanta aspereza, pues nunca os indujo á culpa mortal, pues tan buena compañera os ha sido para toda obra de virtud? Y aun por eso. Sabía él que en cualquier puro hombre, aunque sea el más santo, fuera de la madre de Dios, la carne se rebela contra el espíritu, siempre le hace guerra y tiene contra él declarada enemistad. Sabía que el siervo, criado con soltura y regalo, se sube á las barbas á su señor. Sabía que la carne quebrantada y enflaquecida no pelea con tanto denuedo, y por eso la domaba con tanto rigor, y este fue el camino por donde fueron todos los santos. Mala doctrina es enseñar que para hacer oración conviene comer buenas comidas y tratarse bien. La carne regalada no es buen instrumento para loar á Dios, sino la que está seca, flaca, que no tiene sino la piel, esa hace música suave á Dios. Este es aquel pandero ó tamborino en que tantas veces en la Sagrada Escritura nos manda alabar á Dios. *Laudate eum in timpano et choro. Sumite psalmum et date timpanum* (Salmos 150 y 80): «Entonad vuestros salmos y canciones al sonido del pandero». Cosa llana es que no hable aquí del adufe ó atabor material, porque ese sonido poco hace al caso para la alabanza de Dios, sino habla de nuestra carne, la cual si está gruesa y llena de humores de lascivos deseos no suena bien á Dios. Como ni la piel del animal mientras tiene su grasa y gordura no sirve para el pandero, sino después de seca y curada, así la carne curada con abstinencias, enflaquecida con disciplinas, seca y adelgazada con el mal tratamiento y aspereza, es el instrumento músico acordado con que el espíritu canta y entona sus salmos en la oración en alabanza de Dios. Pues siendo esto así, que la mortificación de la carne es tan necesaria para la santidad de la vida, y que todos los santos cuanto más lo eran tanto más en esto se extremaban, ¿con qué cara pareceremos delante el Juez supremo, que estando llenos de pecados, poseídos de malas inclinaciones y peores costumbres, cercados de lazos y, sobre todo, faltos del divino espíritu, no tratamos de otra cosa que de regalar la impura carne, acariciarla con mimos y fortificarla y engordarla con pasatiempos? ¿Qué es esto sino echar aceite en la llama y leña en el fuego, y poner el cuchillo en manos de tu enemigo con que te degüelle? San Juan, lleno del Espíritu Santo, tiene necesidad de castigar su carne; y tú, vacío dese espíritu y puesto entre mil ocasiones, ¿te prometes seguridad, regalando la tuya? ¿Qué puede responder aquí el glotón, el negligente, el mundano, cuando se le pone delante un hombre noble, delicado, vestido de la ropa que aquí se nos dice, un solo costal de asperísima jerga, y le servía de camisa y jubón, de sayo, de capa, de cama y frezada para abrigarse en invierno y verano, sin tener ni aun otra de la mesma estofa para remudarla? ¿Qué puede nuestra fingida delicadeza responder aquí? ¿Qué dice nuestra gula desque mira aquella mesa en ese suelo de tales manjares abastada? Es para perder el juicio, si lo tuviésemos, pararnos á hacer esta consideración. Abrid un poco los ojos y tendedlos por aquellos despoblados de las riberas del Jordán, y ved los yermos, que no caben de gentes de todas suertes, que como á caza andan por aquellos matorrales esperando cuándo ha de salir el predicador que van á oir, y á cabo de poco, entrando el día, veis bajar por aquel ribazo hacia la ribera un extrañísimo personaje compuesto de huesos y nervios solos, que estaban ligados con una piel. Todo viene quemado y denegrido de los calores y fríos, tantos años lastados. ¡Mirad aquellos ojos hundidos, y aquella barba mal compuesta y aquel cabello largo, que no se había jamás cortado! ¡Vedle venir con un semblante grave y arrimarse á algún tronco de fresno, ó á algún tuero de olmo de los que habría en aquellos campos, para sustentar aquel cuerpo tan adelgazado del ayuno continuo, que apenas le podían los pies sustentar, y allí puesto, volver por todas partes la vista á tantas almas como estaban allí esperando con sumo silencio, y sacar la mano y tenderla hacia todos, con una voz que penetraba las almas, aunque flaca y sacada por fuerza de puro espíritu, de aquel pecho tan fatigado. *Pœnitentiam agite*: «Haced penitencia». Este era el fundamento de todo el sermón, porque es la penitencia de toda la vida. No eran menester más razones; esta sola bastaba, salida de tal pecho. Y vien-

do lo que él hacía, acabar de predicar y quedar hecho pedazos y un lago de sudor, y sin tomar descanso baptizar á los que venían y volverse luego á su cueva, arrojarse cansado tras de alguna peña, y allí recogido en sí mismo, postrarse á hablar con Dios, y á cabo de rato, sacar la mano y coger de aquellas hierbezuelas que por allí alcanzaba para su sustento. Ved, quien esto veía y sabía que no era de aquella semana, ni de aquel mes, sino largo uso de toda la vida, si no tenía por qué mudar la suya, y si tenemos nosotros por qué estar muy seguros de las nuestras, que tan diferentes desto son. Hizo su predicación extraño efecto, porque, dado que lo que enseñaba fuese tan dificultoso, ayudaba tanto la vida á la palabra, la comida, el vestido, que caen rendidos á su doctrina. Hablan, naturalmente, los hombres bien de lo que aman, de lo que bien saben, de lo que estiman. El casto, de la limpieza; el pobre espiritual, del desprecio voluntario; el devoto, de la contemplación, y así los demás. ¡Con qué afecto, Baptista glorioso, hablábades vos de la virtud, del amor de Dios, de la penitencia, del desprecio del mundo, de la mortificación! Eran vuestras palabras, no palabras, sino centellas de metal encendido, llamas de vivo fuego; no relámpagos, sino rayos del cielo fulminados. Decíades lo que sabíades, lo que amábades, lo que teníades de costumbre vieja deprendido; no lo que habíades decorado, sino experimentado. Esta es la causa del poco efecto que hacen nuestros sermones. ¿Es esa sola? No, que también es por culpa de los oyentes; no quiero que nos la carguéis toda á los predicadores. Hermano, si no vieres hecha la palabra de Dios sobre toda la persona del predicador, como fue hecha sobre San Juan; si sus obras y vida no predican ni conforman con las palabras, mírale á la boca, que á ti para tu salvación bástate hallar allí la palabra de Dios. *Labia sacerdotis custodient scientiam; et legem requirent ex ore ejus· quia angelus Domini exercituum es* (Malaquías, 2). «Los labios del sacerdote, dice Dios, han de ser un depósito de ciencia», un cofre de sabiduría. Los que quisieren saber de la ley y lo que Yo les mando, váyanla á buscar de su boca. No dice que aprendáis la ley de sus manos ni de su persona, sino de la boca. No miréis á lo que hace, si no es bueno, sino á lo que dice, que así lo aconseja Cristo: *Quæcumque dixerint vobis facite; secundum autem opera eorum nolite facere.* ¿Y por qué razón? *Quia Angelus, etc.* Al mensajero no le miráis vos si es malo ni bueno, sino si trae buenas ó malas nuevas. El sacerdote y predicador es embajador de Dios; oidle las nuevas que os da y no tratéis do juzgarle la vida, ni de guiaros por ella cuando no fuere tal. Y pues el día de hoy se halla la palabra de Dios en tantas bocas, no tendréis vos ante El excusa alguna si dellas no aprendiéredes la ley y la pusiéredes en ejecución. No atendáis al mensajero, sino oid las nuevas que trae, que son las mismas que trajo San Juan cuando se movió el mundo para oirlas: *Venit in omnem regionem Jordanis, prædicans baptismum pœnitentiæ in remisionem peccatorum.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

No habemos de entender que el baptismo que daba San Juan quitaba los pecados, pues él mismo dijo que su baptismo no era sino un lavatorio simple de agua; pero que ensayaba y disponía los hombres para que después recibiesen el de Cristo, que quita pecados por la virtud de su sangre; sino dase aquí á entender que San Juan daba un baptismo de agua y predicaba otro de penitencia, de suerte que no el baptismo que daba, sino el que predicaba, la penitencia que hacían los que el baptismo recibían, era el lavatorio de las almas que quitaba las culpas. Mas parecerle ha á alguno que estas nuevas no concuerdan con las que del Evangelio estaba prometido, cuyo oficio había de ser curar á los enfermos del corazón, predicándoles año de Jubileo y dándoles corona por ceniza, unción de alegría por el espíritu de pesar, palio de alabanza en lugar del luto. Esto es lo que en la venida del Mesías se había de efectuar. ¿Qué tiene que ver con esto el hacer penitencia, que es cosa triste, desabrida y melancólica? A esto digo, que la verdadera penitencia trae consigo todas estas alegrías á los que la hacen, para pasar por ella como por puente al reino de los cielos; y esta es la buena nueva que el Evangelio trae: darnos esperanza de por penitencia poder arribar á los reinos, que, hasta que él nos declaró cuán cerca estaban, los teníamos por muy extraños y distantes. ¡Oh qué buenas nuevas son estas! Qué, ¿hay remedio para pecados, para un mal tan desesperado? ¿Qué mejores nuevas para el enfermo que la medecina para la salud? *Qui sanat contritos corde, et alligat contritiones eorum.* Venido es un médico del cielo, Cristo nuestro bien, que sana á los quebrantados del corazón, que pone bálsamo de su sangre en las heridas y ata las llagas con las vendas de sus misericordias. ¿Qué nuevas más alegres para el captivo que apellidarle libertad? ¿Para el condenado á muerte, que hay remedio para revocar la sentencia? *Nisi pœnitentiam egeritis, omnes simul peribitis.* Por el pecado, pronuncia la divina justicia contra el pecador sentencia de muerte eterna; pero hela aquí revocada por boca del mismo juez: «Si no hiciéredes peniten-

cia, todos pereceréis». Luego, si la hicieren, ¿no perecerán? *Si pœnitentiam egerit gens illa a malo suo agam et ego pœnitentiam super malo quod cogitavi ut facerem ei* (Jerem., 18). «Si hiciere penitencia el hombre de su culpa, hacerla he yo de la pena que tenía pensado de darle y no le castigaré». ¿Qué mejor nueva para el leproso y inmundo que decirle que hay lavatorio donde se puede limpiar? Aquel lavatorio que pedía David: *Amplius lava me, Domine, ab iniquitate mea et a peccato meo munda me* (Salmo 50). Cuando una cosa está muy percudida, no basta lavarla una vez, sino es menester darle una mano y otra. Pues así dice el santo penitente: «Señor, lavadme más y más, una vuelta y otra, para que salga la inmundicia de mi maldad y quede limpio de mi pecado». Pues ese lavatorio predica San Juan; ese es el baptismo de penitencia que quita pecados. No es cosa melancólica la penitencia. Engañado está quien la tiene por triste. Verdad es que desmenuza el corazón duro con el martillo del dolor de haber ofendido á Dios; pero luego pone olio de misericordia que ablanda y ungüento de piedad que la mitiga. Verdad es que hace verter lágrimas, pero que han de ser enjugadas por Cristo y convertidas en perpetuas alegrías. Tristeza es que se duele de lo pasado; pero no tristeza mundana que seca los huesos, como dice el Sabio, sino tristeza según Dios, de la cual dice el apóstol: *Quæ enim secundum Deum tristitia est, pœnitentiam in salutem stabilem operatur; sæculi autem tristitia mortem operatur* (II Cor., 7). «Hay muy gran diferencia entre la tristeza seglar y la que es según Dios»: que la primera mata y consume; la segunda es causa de salud estable y de verdadera alegría. ¿Qué razón hay desto? Yo os lo diré: La tristeza seglar no es poderosa de remediar los males y daños de donde ella procede; si os pesa de estar enfermo, no es bastante ese pesar para daros salud; si os duele la pérdida de vuestra hacienda ó fama, con ese dolor no la podéis recuperar; si os aflige el no tener libertad para vuestras solturas, ó no poder alcanzar el cumplimiento de vuestros deseos, ó no hallar quien supla vuestras necesidades, todo eso bien puede atormentaros, pero no remediaros, y así esa tristeza no sirve sino de secaros. Esa os gasta la salud y consume la vida y os ha de echar en la sepultura; y plega á Dios que ahí paren vuestras dolencias. Esa es la tristeza seglar, que es mal empleada, pues no es de provecho alguno. Pero, decidme: Si sólo el pesar de veros enfermo pudiese daros la salud, ¿quién tendría aquel pesar por contrario al placer, pues era causa de salud y de alegría? Pues eso tiene la tristeza según Dios, que es la penitencia: pesar tiene de la culpa cometida; dolor de haber perdido la gracia y amistad de Dios; tristeza de verse el alma enferma y llagada. Pero esa misma tristeza es causa de salud, porque mediante ella perdona Dios al pecador y restituye la gracia y amistad perdida, y le vuelve la salud y vida espiritual, y así no es tristeza triste ni mal empleada, antes en sólo esto se emplea bien el dolor, pues con él se reparan los males del alma, y no en los males del cuerpo, que no sólo no se alivian, mas antes se acrecientan con la tristeza. ¡Bienaventuradas melancolías por haber ofendido á Dios, en que los ojos vierten lágrimas y el corazón cante alabanzas, viendo restauradas sus pérdidas, curadas sus heridas, quebradas sus cadenas, libre de la tiranía del demonio y admitido á la amistad de Jesucristo! ¿Veis cómo no contradice la penitencia que predica San Juan á la alegría y buenas nuevas de la venida del Mesías? No resta otra cosa sino disponer nuestras almas para alcanzar esta alegría, aparejando el camino al Señor que nos viene á visitar y á repartir con nosotros sus infinitos dones y riquezas. Y si alguno me pregunta: ¿Cómo me apercibiré para recebir tan poderoso y magnífico Rey? Brevemente respondo: El aparejo para que venga, te dará el Sacramento de la Penitencia, que con esa le aparejó el camino su Precursor. Si le quieres recebir en el aposento de tu alma, recíbele en el Sacramento de la Eucaristía. No siente como debe del nacimiento de Cristo el que en esta Pascua no le recibe en su alma corporalmente, pudiendo con tanta facilidad. Si quieres tenerle contigo, y que no te deje, trata con El y conversa en el ejercicio de la oración, contemplando esos suavísimos misterios de su natividad y niñez. Y, finalmente, si le quieres banquetear en tu casa, como merece tan honrado huésped, dale de comer en sus pobres, abrígalo y regálalo, que en ellos está hambriento y desnudo. No le niegues su aguinaldo esta Pascua; acarícialo como pudieres en sus hijos, que El te dará como quien El es la recompensa, enriqueciéndote en esta vida de gracia y en la otra de gloria: *Quam mihi*, etc.

CONSIDERACIONES

SOBRE LOS

EVANGELIOS DE LOS DOMINGOS DESPUÉS DE LA EPIFANÍA

Por el R. P. M. Fr. Alonso de Cabrera.

SERMÓN PRIMERO

DE LA

EPIFANIA DE NUESTRO SALVADOR

Cum natus esset Jesus in Bethleem Judæ.

(MAT., 2).

El santo Evangelio contiene la venida de tres sabios Reyes del Oriente en demanda del nuevo rey nacido en Bethleem, para darle parias y ofrecerse á su real servicio, y adorarle. Y aunque como historia común suele pasarse á la ligera, fue (á mi parecer) uno de los hechos más célebres, más notables y heroicos que en el mundo ha pasado, ni pasará, desde la institución hasta la consumación de él. La fe y obediencia por todos títulos considerada de mayor grandeza y de mayor animosidad que se entiende, fue una deliberación de ánimo contra mayor repugnancia y estorbo que se ha oído hasta hoy otra. Es, por concluir, un triunfo soberano de nuestra fe en que trae delante su carro triunfal, presos con cadenas de oro de pía afección, á estos tres señalados varones; y en ellos, el saber y poder del mundo que contra Dios había rebelado; y sacándolos de sus tierras captivos, los lleva á las ajenas y los pone debajo el mando y señorío de un rey no visto ni conocido. El paje de lanza que sirvió en esta conquista fue una estrella nueva y rutilante, con que les envió su mandado, y con que les guió hasta ponerlos á los pies del niño; porque camino tan largo y no sabido no se podía andar sin luz y enseñanza del cielo. Desta tenemos nosotros necesidad para gozar de tan admirable espectáculo. Pidamos á Dios la de su gracia por intercesión de la Virgen sacratísima. Ave María.

INTRODUCCIÓN.

Después que el santo Job salió con victoria de todos los asaltos y contrastes que por providencia y con licencia de Dios le dio el enemigo, tuviera ocasión, viéndose ya señor del campo, de poder tomar alguna vanidad con la victoria, que le fuera más perjudicial y peligrosa que ninguna de las batallas de que salió vencedor. Por lo cual fue menester que el mismo Dios, que en los trabajos le había dado paciencia, en el salir dellos le diese humildad y conservase en ella. Para este efecto, le vino Dios á hablar y á dar á entender cuán maravillosas eran las obras suyas, aun aquellas que en las criaturas y sus naturalezas se descubrían, para que desta consideración se humillase el que pudiera en la de sus obras desvanecerse. Entre otras cosas que en un largo razonamiento que con él tuvo le dijo Dios, fueron estas sus palabras: *Nunquid post ortum tuum præcepisti diluculo; et ostendisti auroræ locum suum?* (Job., 38). Pregunto, dice Dios: «Después de tu nacimiento ¿pudiste mandar á

la madrugada, y mostraste al alba su lugar?» En la corteza consideradas estas palabras son para desentonar al hombre representándole su corto poder, que no llega á traer el día después de la oscuridad de la noche, haciendo amanecer la luz que ilustra y alegra nuestro hemisferio, y sacando la aurora clara y arrebolada de entre la fealdad triste de las tinieblas; lo cual hace Dios cada día, como vemos, sin alguna dificultad. Pero pasando adelante á mirar el espíritu desta sentencia, hallamos otra mayor hazaña y prodigiosa maravilla en que muestra Dios sus fuerzas aventajadas sobre las del hombre. ¿Por ventura luego en naciendo mandaste á la madrugada? San Gregorio, por esta madrugada entiende la Iglesia de los gentiles, que este nombre le da el Espíritu Santo: *Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora...* etc. (Cant., 6). *Quia enim diluculum vel aurora, a tenebris in lucem vertitur, non inmerito diluculi vel auroræ nomine, omnis electorum Ecclesia designatur; ipsa namque dum ab infidelitatis nocte, ad lucem fidei ducitur, velut auroræ more, in diem post tenebras splendore supernæ claritatis aperitur* (S. Greg., Lib. 25; *Moral*, cap. 2, *A princip.*): «Porque como la aurora viene de las tinieblas á la luz, y como desechando el luto y manto negro de la noche, y el ropaje lóbrego y triste de la oscuridad, con los barruntos del sol que se le acerca, se pone galana y de librea de blanco y encarnado y verde, y muestra su cara de rosa lavada con el rocío, deseosa de ver y abrazar al sol, así la Iglesia cristiana vino de las tinieblas de errores de la idolatría y ceguera del paganismo á la claridad del Evangelio, y despojada del luto de engaños, ignorancias y pecados con que estaba ofuscada y denegrida, se vistió con la vecindad de Cristo, sol de justicia, de tela de oro, la ropa blanca y resplandeciente de la fe y justicia cristiana, con todas las galas y colores de las otras virtudes; y con ellas adornada y enriquecida, se abrazó y desposó con este divino sol». Mas la aurora ó crepúsculo de la mañana es término de la noche y principio del día; la linde que divide el reino de la luz del de las tinieblas; y así, como medio, participa de los extremos: que ni es bien de día, ni bien de noche, aunque siempre va creciendo y mejorándose hasta llegar á la perfecta claridad del medio día. Así la Iglesia militante, ni goza de clara visión, ni padece tiniebla de engaño ó error, sino tiene resplandor de fe, que es luz templada que alumbra la noche, pero no del todo excluye la oscuridad. Es aquella columna de nube que guiaba á los hijos de Israel. *Erat nubes tenebrosa, et illuminans nocte* (Exodo, 14). ¿Cómo se compadece ser tenebrosa y alumbrar? Es lo que vamos diciendo: Que la fe, que es el guión de la Iglesia, columna y firmamento de verdad, es luz que alumbra la noche de nuestra ignorancia, dando noticia certísima, infalible, de las verdades sobrenaturales y divinas, que ninguna agudeza de entendimiento criado puede por sí alcanzar; mas porque no hace evidencia della, se dice tener algo de oscuridad. No vemos lo que creemos. *Per fidem enim ambulamus, et non per speciem* (II Cor., 5): «Porque andamos por fe, no por clara visión, dice San Pablo; pero todo es caminar hasta llegar al día perfecto». Por eso dice el Espíritu Santo: *Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens?* Siempre va medrando y aprovechando, y como en otra parte dice: *Procedit et crescit usque ad perfectam diem* (Prov., 4). Siempre se han ido descubriendo y aclarando más las verdades de la Iglesia, hasta que lleguemos al meridiano de la gloria, donde no se compadece oscuridad; sino á la fe sucede la clara visión, y se cumple lo que David dice en persona de los bienaventurados: *Sicut audivimus sic vidimus in civitate Domini virtutum* (Salmo 47). Pues á esta hermosa aurora, cuando en sus principios madrugó en estos sabios reyes, que son primicias de la gentilidad, padres y procuradores de todos los gentiles fieles, ¿quién la mandó venir sino Cristo recién nacido? *Nunquid post ortum tuum, etc.* La natividad eterna no tiene *ante* ni *post*; la humana, sí; porque fue hecha en tiempo. Luego después de nacido hombre le despacha un correo á toda diligencia, una nueva y luciente estrella, que traiga á la Iglesia como lucero al alba. En lo natural primero nace la aurora que el sol; pero en lo sobrenatural, es la maravilla que primero nace el sol, y después de nacido, por su mandado se levanta la aurora. Eso es lo que dice el Evangelio: *Cum natus esset Jesus, ecce Magi ab Oriente venerunt.* Nacido el sol de justicia, he aquí el alba de la Iglesia, y viene tan galana y dorada, con arreboles divinos de fe, esperanza y caridad, prontitud, humildad, obediencia, y tan deseosa de presentarse ante el sol recién nacido, que viene preguntando por el lugar: *Ubi est qui natus est Rex judæorum?* ¿Cuál es el lugar de su morada? por que ese ha de ser el de mi centro y quietud. *Et ostendisti auroræ locum suum.* No pudo el hombre señalar ese lugar; Dios, sí, que muchos años antes le mostró por la profecía de Miqueas, que en Bethleem de Judá había de nacer Cristo; y ahora por la estrella guió á los reyes, hasta que vino á estar *supra ubi erat puer*, como diciéndoles: Ese es el lugar que demandáis. A esta obra maravillosa, que tanto afama el poder de Dios, es consagrada la fiesta deste día. Conviene reparar más en ella y contemplarla con atención. *Cum natus esset.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

No hay otro lugar en San Mateo donde trate del nacimiento del Salvador, sino en éste, con haber tomado á su cargo historiar la generación humana de Cristo, por que se le apropia el rostro de hombre, de los cuatro que vio Ezequiel; y aquí, como veis, tan en suma lo trata y tan de paso, que parece os quiere quitar la atención dél y ponerla en otra parte, y es así, que con una partícula de admiración y ostensión os aparta del pesebre los ojos para ponerlos en los magos. *Ecce magi.* ¿Qué quiere decir? Que en negocio tan grave y prodigioso, como fue nacer Dios en el mundo, y cómo nació, con tanta gloria de su madre, dejándola virgen, con tanta pobreza como en un establo entre bestias, con tantas aclamaciones y cantos de los ángeles y con otras mil circunstancias, tiernas y devotas, parece es agraviar á la devoción pasar tan de paso por ellas. Como fuese nacido Jesús en Bethleem de Judá. Esto ¿halo dicho ó contado por extenso en otra parte, para que ahora lo diga por este término? ¿En un punto suma el Espíritu Santo lo que fue todo el punto de nuestro bien? Sí; y es el mayor artificio de que pudo usar. Allá encarecen mucho los retóricos la elocuencia y bien decir de Virgilio, que para significar una total ruina y muy acabada destruición de Troya, una suntuosidad de edificios reducida á una remota nada, usó de aquel hipérbole: *Et campos ubi Troja fuit.* Fue la más extraña ponderación y encarecimiento que pudo la retórica inventar; porque en decir que donde fue Troya era campos rasos y extendidos, donde no había que parar, está pintada lo primero lo demasiada grandeza de Troya cuando estaba en su prosperidad: porque ciudad que su sitio no contenía campo sino campos, no podía dejar de ser muy populosa y magnífica. Allí está dibujada la gran multitud de enemigos que pudo reducir á tal llaneza como la de los campos tanta mole de edificios; allí la cólera, saña y furor con que pelearon contra Troya; el odio y aborrecimiento entrañable, el porfiado cerco, la unánime conjuración que en todos los griegos hubo para destruirla; la fuerza de los ingenios y fuegos artificiales que usaron para deshacerla, y como no se satisfizo la ira con saquearla, quemarla, derribarla por los fundamentos, sino que aun las mismas ruinas molían y quebrantaban, y parece que con una zaranda cernían los terrones y emparejaban la tierra para que no quedase montón que fuese rastro ni señal de que hubo Troya. Finalmente, por mucho que se extienda el pensamiento y la pluma, no podía decir cosa tan llana como esta palabra: *Campos ubi, etc.* Pues con más razón nos podemos admirar del artificio de nuestro evangelista, que para significar la baja que hizo en su nacimiento el hijo del Altísimo; la pobreza, el pesebre y todo lo demás que en Bethleem pasó: la poca amistad y mal hospedaje que allí halló la Virgen y su esposo en sus deudos, cuando desproveídos de todo lo que era regalo y abrigo del niño les tomó la hora del parto; para decir finalmente cuánto se abrevió el Verbo divino, no lo pudo pintar mejor que con abreviar las palabras y echar cien tildes á tantas profecías como en aquella natividad se cumplieron. Id ponderando las palabras. Pareceros ha que veis á Cristo, nacido como nació, cuán sin dolor de su madre, cuán brevemente: *Cum natus esset*, con la misma facilidad le parió su madre que lo cuenta el evangelista; tan presto fue hecho como dicho. *Antequam parturisset, peperit* (Isai., 66). Y San Cipriano *(In sermone nativitate): Ultro maturus ab arbore bajula fructus elapsus est; nec opportuit vellicari quod sponte prodibat. Nihil in hac re petiit ultro, nec præcedens delectatio aliquam expetiit pœnarum usuram.* «No significaron los dolores el cercano parto ni la pesadumbre del vientre, no fue menester partera ó comadre que advirtiese á la Virgen primeriza de lo que había de hacer para ayudarse, porque todas estas penas son tributos que se pagan por la delectación pasada en que las otras conciben, sino como el fruto maduro se deja caer del árbol, sin que la fuerza de la mano le derribe de su pezón, así salió del vientre virginal el Hijo de Dios, de su grado, y con alegría, y sin violencia». Pues, sagrado Evangelista, ya que sabemos el nacimiento de Dios en el mundo, decidnos cómo fue recibido; con qué aparato de cama, abrigo y regalo de aposento. Las mismas palabras lo dicen: *Cum natus esset Jesus.* Así, como quiera, sin estruendo, sin ruido, sin majestad: basta deciros que nació en Bethleem. Cuando andáis contando de uno por generalidades, señal es que tiene pocas señas particulares por donde sea conocido. Fulano ¿quién es?—Es un hombre de bien, de Córdoba; y no hay otra cosa dél que de contar sea. Así del nacimiento de Cristo: ahí en Bethleem, que casa propia, ni otra cosa de riqueza, ni fasto, no se os puede decir, porque no la hubo. Parece esta manera de hablar á la de San Juan, con que cuenta de la postura de Cristo en el pozo de Samaria. *Sedebat sic supra fontem.* ¿Cómo así? Así, como quiera. De la misma suerte aquí: *Cum natus esset.* ¿Cómo nació? Así, como quiera. ¡Que «cómo» tan maravilloso y gracioso! ¡Que «cómo» tan de comer y tan sabroso! ¡Es un «como» le han menester los hombres! El pobre falto de los bienes de la tierra, cuando se viere desposeído del sustento, vestido y regalo que

con tanta abundancia otros tienen, ¡cómo le regalará el *cum natus esset Jesus!* ¿Que así nació el que es abrigo, hartura y alegría del cielo? Cuando el mundo te volviere las espaldas y los favores de la tierra te dejaren, que ninguno halles para tu remedio, todos te dan de mano, nadie te conoce, ¿qué consuelo te será que así nació Jesús: *Cum natus*, sin que sus deudos le conociesen? También en estas pocas palabras cifra el evangelista cuatro de las más señaladas profecías que había de la venida de Cristo. En el *cum natus esset* está la de Isaías: *Parvulos natus est nobis;* y en el *Jesus* está lo que deste dulcísimo nombre profetizó Habacuc: *Exultabo in Deo Jesu meo;* y en decir en *Bethleem Judæ* alude á Micheas, que hablando con esta ciudad, la consuela diciendo que aunque pequeña será famosa entre las principales de Judea, porque della saldrá el Mesías, legítimo rey de Israel: *Ex te enim exiet;* y en decir *In diebus Herodis regis*, recuerda la profecía de Jacob: *Non auferetur sceptrum de Juda.* Y estando ya el mando y gobierno fuera de la tribu de Judá, porque Herodes era tirano Idumeo, es llano ser cumplido el tiempo del nacimiento de Cristo; por que veáis cuán delicadamente dice mucho en pocas palabras nuestro Evangelista.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Pero ya que el Señor escogió nacer tan pobre y desnudo de todo lo que huele á grandeza y majestad mundana, ¿por qué luego llama testigos tan calificados como los sabios de Oriente que le vean en esa abyección? *Ecce magi.* La naturaleza próvida, cuando pide ojos para que sus obras se vean, es cuando están en su perfección; por eso absconde el grano en la tierra y le muestra después en la caña, verde, espigada, porque no se vea su corrupción, sino su hermosura. Y para eso absconde la criatura en el vientre de la madre antes que nazca, porque no se parezca la imperfección y asco del embrión hasta que esté ya grandecillo el niño y para ver. También el pintor (imitando en esto el arte á naturaleza), para hacer un cuadro perfecto se absconde detrás del lienzo, y á solas hace el dibujo, el bosquejo, los claros y oscuros, y no saca en público la tabla hasta que está del todo acabada. Pues ¿cómo la sabiduría de Dios, siendo la mayor obra de su omnipotencia la encarnación de su Hijo, llama gente que le vea cuando está niño, pobre, mendigo, entre pajas? ¿No fuera mejor esperar á la edad perfecta de Cristo, cuando aquel gran profeta, poderoso en obras y palabras, con sus milagros extraños *quæ nemo alius fecit*, y con sus sermones divinos, *que nunquid sic locutus est homo*, llevaba el mundo tras sí? ¿No vinieran entonces estos reyes en mejor coyuntura que ahora para creer en él, y adorarle y servirle? ¡Ah! que esa es la maravilla: *Numquid post ortum tuum.* Que luego en naciendo llama al alba que le vea. Ese es el primor desta obra: que en sus principios, cuando las obras no están de ver y se absconden, se descubren en ella más lindezas que en todo lo criado. Ese es el triunfo de la infancia de Cristo, que estando la palabra muda, la riqueza pobre, el poder flaco, la majestad abatida, la sabiduría en establo de bestias, avasalle y rinda todo lo alto, rico y sabio y poderoso del mundo. Ofréceseme aquí la historia de David cuando peleó con Goliat, que por una parte nos pinta la Escritura la bravosidad de aquel desmesurado gigante, armado de gruesas, recias y espantosas armas, y por otra la mocedad y pocas fuerzas de David, muchacho, zagalejo, pastorcillo, y cuán desapercibido de armas entró en aquella descomunal pelea, con pellico, cayado, honda y piedras; para que con esta disparidad se vea cuán ilustre fue la victoria, venciendo sin armas al fuerte armado; con su pequeñez á un jayán; con su tierna edad y poca experiencia á un soldado viejo y belicoso guerrero; con cayado al que traía lanza como una entena, y con piedras al que parecía que ni con trabucos ni bombardas le derrocaran. Esta misma es la traza del Evangelista. Veis aquí con admirable elocuencia dibujado al verdadero David en el portal de Bethleem, con la humildad que las breves y humildes palabras dicen. Pinta agora el poder del contrario: *Ecce magi.* Pone por principal caudal y por cabeza del muy alto valor que hay la sabiduría de magos, porque se debe hacer tanto más caudal desta parte que de las otras, cuanto los ojos son más principales en el hombre que las manos, y en el cielo, el sol más que las estrellas. *Et præposui illam Regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in comparatione illius* (Sap., 7). Pero demás de ser sabios, eran reyes, que entonces sólo los sabios imperaban y eran ricos; pues luego se hace mención de sus tesoros. Suplicoos no os preciéis tanto de caballeros como de discretos y sabios, porque es muy villana la hidalguía que no tiene más fineza que la de la sangre. Procurad ennobleceros con sabiduría, buenas letras, lección de buenos libros; que hay gentes de tan bajos pensamientos y tan rateras pláticas, que si no es de la renta del cortijo, ó de la yegua baya ó potro tordillo, ó de los temporales, no saben hablar. Otros linajudos, memoriosos, que todo se les va en deslindar abolorios; pero nada de erudición de filosofía moral, de historia siquiera humana, que de las divinas algunos lo

tienen por demasiado despuntar, y que están un canto de real de ser herejes. Pues yo os digo que no es buen remedio para no ser hereje ser necio, porque la herejía es la necedad más atestada. *Sed sapere ad sobrietatem* (Romanos, 12). Estos eran sabios, y de ahí buscan á Dios. Todo eso, que es lo sumo que hay de estima en el mundo, vedlo postrado y rendido á los pies deste niño, con tanta humildad nacido. Esta es la hazaña y lustre que Dios mandó poner por memoria á Isaías: *Voca nomen ejus: accelera spolia detrahere, festina prædari; quia ante quam sciat puer vocare patrem suum et matrem suam, auferetur fortitudo Damasci, et spolia Samariæ coram Rege Asyriorum* (Isaías, 8). No parece sino que el evangelista San Mateo va contando su evangelio por esta profecía, y como allí dice: «Ponle por nombre *accelerate*», así él va acelerando su cuento y con tanta brevedad como se ha visto. ¿Qué fue esto sino decirnos cuán acelerada y presurosa fue su corrida, trayendo á su servicio estos reyes, para despojar á Damasco de su fortaleza y á Samaria de sus riquezas, á pesar del rey de los asirios, que es el demonio, á quien da el nombre de los criados donde más era reverenciado? *Ecce Magi.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pero no sólo esto *ecce* nos hace reparar en el poder del Niño Dios que hizo esta proeza, sino también nos convida á contemplar la gran fe destos varones que tan llanamente y sin escandalizarse le adoraron. Somos los hombres naturalmente discursivos, y poco á poco y de paso en paso, una cosa por otra, vamos averiguando y resolviendo, y persuadiéndonos en el bien ó en el mal, amor ó aborrecimiento, como quien labra sello en piedra, que es difícil de labrar y de borrar; cebándonos poco á poco en nuestra opinión y parecer, cerramos en ella y nos casamos con nuestro voto y traza; de suerte que antes morir ó con mucha dificultad salimos de la una vez persuadido y asentado en nuestro pecho. Poco á poco se fue forjando la enemistad que sus hermanos tuvieron á Josef: con el amor especial que su padre le tenía, con los sueños que él les contaba, con avisar á su padre de los delictos que hacían, vinieron á quererle mal de muerte. Cuando Josef los vio en Egipto, ríñeles, afréntales, llámales espías, pónelos en prisiones; luego los halaga, dales trigo, mándales poner el dinero en los costales, detiene á Simeón en la cárcel, hace que traigan á Benjamín, su hermano entero de padre y madre, banquetéalos á todos, prende luego á Benjamín, háceles mil buenas obras y mil agravios; cosas que parecían sin concierto y fuera de tino, pero muy discretas y conformes á razón. Sabía el varón prudente esta nuestra condición ya dicha, y cuánto puede un odio arraigado, cuán dificultosos estaban sus hermanos á perder la mala voluntad que le tenían; deseaba conocerse con ellos y que le amasen; no se les descubre de repente, sino quiso disponer la materia y traerlos á sí, ya con amenazas, ya con regalos, ya con penas, ya con beneficios, para decirles: *Ego sum frater vester Joseph.* Por vuestro bien me trajo Dios aquí; so pena que si súbito se manifestara, antes le negaran y murieran que deshacer la traza de la enemistad que poco á poco le habían cobrado. Esto se parece en los escribas y fariseos; éstos, no entendiendo las Escripturas y confundiendo los dos advenimientos, imaginan al Mesías rey temporal, poderoso, altivo, rico, que hiciese grandes mercedes á sus servidores; y esta doctrina enseñaban al pueblo, como se parece en la demanda de los hijos del Zebedeo: *Dic ut sedeant.* Esta opinión y traza hizo en ellos tanta fuerza, que como le vieron pobre y humilde, y enemigo de riquezas, regalos y ambiciones, les fue más dificultoso deshacerse de su parecer que rendirse á la verdad claramente conocida, pues por las señas de su vida y milagros conocieron ser el Mesías: *Hic est hæres*, y se resolvieron en crucificarle antes que recebirle. De aquí se infiere la grandeza del hecho de hoy, la profundidad de fe destos Magos. Ellos venían inducidos y solicitados por embajador de mayor estrañeza que jamás tuvo monarca: *Vidimus stellam ejus in Oriente.* Estrella suya, estrella fabricada para el efecto (como dice San Crisóstomo), con propiedades diversas que las otras estrellas. Y así pensaban hallar un príncipe poderoso, de cuyo potentado imperio y blasón estuviese llena la tierra, pues llegaba su poder á poner edictos en el cielo; y así como cosa notoria entran preguntando por él: *Ubi est qui natus est Rex judæorum?* Y no hallan memoria de que hubiese nacido, aunque sí del lugar en que había de nacer. Esperaban hallar un rey en mayores riquezas y estado que otro del mundo; y así le van á buscar á la corte de Jerusalem y palacio real de Herodes; hallándole en Bethleem, *minima Juda*, en un establo tan pobre, que el pesebre suple la falta de cuna y brizo, y un poco de heno la de ropa y abrigo. Venían asegurados de hallarle entre aquel acompañamiento y guarda que tales prendas de tan alto emperador pedían, *et invenerunt puerum cum Maria matre ejus.* Por aquel punto, ni había dueñas de honor ni ama, porque lo uno y lo otro era la Virgen su madre. Cuanto hallaron les disuadía ser el que veían aquel que buscaban. Traían diversísima traza; el bilance había de ser grande, de veneración, adoración y fe; y en un pun-

to renunciaron todo su parecer y persuasión, y dada tan contraria vuelta, se niegan á sí y á su opinión resuelta, y postrados, muy mejor que si como le imaginaban le hallaran, le creen y adoran y obedecen por Dios. Esta es fe singular, alta, sola, esclarecida y digna de perpetua memoria. Grandes fes y obediencias celebra la Escriptura, y Dios por su boca las tiene aprobadas; mas ésta con todas compite, se señala y hace admiración. Por gran hazaña se nos cuenta en la Escriptura la salida de Abraham de su tierra, y con razón; que es mucho desnaturalizarse hombre de su patria, deudos y amigos, y venir á tierra extraña, donde forzosamente ha de pasar descomodidad. Grande mengua es la nuestra ver lo poco que hacemos por Dios, lo poco que por él dejamos. ¿Qué pocos ratos de gusto, de entretenimiento, hemos dejado por la oración ó por obras de caridad? Abraham lo dejó todo por Dios; pero dejólo por su mandado; y si dejó tierra, prometióle de mejorársela; si deudos, díjole: *Faciam te crescere*, que le daría gran descendencia; si padre, prometióle hacer padre de muchos patriarcas y reyes, y de su propio Hijo en cuanto hombre. Somos tan avillanados y interesales, que no fiamos de Dios, sino debajo de buenas prendas; y con deberle los servicios que le hacemos, por título de habernos criado y redimido, siempre tenemos ojo al premio que ha de haber. Somos tan malos pagadores, que es menester nos prometa Dios algo para hacer el deber. Como el que no puede cobrar de una mala dita, que le promete dar algo porque le pague; así anda Dios con los hombres, qué dará, qué hará por ellos; y con todo, se van adeudando más y olvidando del acreedor. Mas se echa de ver cuánta cudicia tiene Dios de que le sirvamos, pues entra siempre prometiendo. Quiere uno arrendar una hacienda; mándala pregonar, y se seña'a un tanto de prometido á quien la pujare; cuanto más promete, más se vee su gana de arrendar. Así Dios tiene tanto deseo que le sirvamos, que de prometido ofrece ciento tanto en esta vida, y de principal la vida eterna. Finalmente, si le manda á Abraham dejar la tierra, no hace mucho en dejarla, porque allí era maltratado, como significó Achior. Y claramente se dice: *Tu ipse Dominus Deus, qui elegisti Abraham, et eduxisti eum de igne Caldæorum.* Ora sea que esto se entienda á la letra, que los caldeos adoraban al fuego por Dios, y porque no quiso adorarle le echaron en él, conforme á San Jerónimo y otros autores; y en este sentido explican aquello: *Eduxi te de Ur chaldæorum*, ó se toma *ignis* metafóricamente por tribulaciones, como parece en el salmo 16: *Igne me examinasti*, y 63: *Transeamus per ignem et aquam.* Y es cierto que padeció gravísima persecución de los caldeos, porque predicaba públicamente el culto del verdadero Dios, como dice Josefo en el libro I de sus *Antigüedades*; y San Agustín (lib. 16, *De Civitate*, cap. 13) afirma esto de toda la casa de Tharé, padre de Abraham; y esto segundo reputa por cierto Pereira (libro 16, *in Genesim*, disput. 15), donde tiene por fábula el haber echado á Abraham en el fuego, y explica metafóricamente aquel *igne*. ¡Qué de trabajos padecen algunos hoy día, y no quieren dejar la tierra, con no ser la propia! Antes con avisarnos que nos hallamos en ella como peregrinos, no queremos sino avecindarnos en una serranía tan tosca y grosera como es el trato desta vida, donde hay continuos trabajos y aguados contentos y falsos. Luego si tanto hizo Abraham en dejar su tierra, donde era maltratado, su padre y deudos, pero todo debajo de buenas prendas, ¿cuánto más hicieron los Magos, que sin oir mandato ni promesa de Dios salen de sus tierras, donde como reyes eran servidos, y vienen por las ajenas con tanto riesgo de sus personas á buscar al Niño? ¡Qué pocos pasos se dan hoy en buscar á Dios! Si fuera por buscar favores de la tierra, todo el mundo revolviérades; si por oro y plata, hasta los antípodas navegárades; mas por Dios, ni dos pasos. Ya es estado traer á Dios á casa y que se les diga misa en oratorios, y quizá son parlatorios, y si la van á buscar es tarde y con pasos perezosos, y con cualquier estorbo la dejan. Los Magos con mucha costa y trabajo buscaron á Dios. Grande fue la fe de Pedro, que confesó á Cristo por Hijo de Dios vivo; pero había oído sus palabras de vida eterna y visto sus obras maravillosas. Grande la fe de San Pablo, que á un quejido de Cristo, á un *quid me persequeris?* amansada su fiereza, se sujetó á la voluntad del Señor; pero derribóle del caballo con gran poder y demostración de su gloria. Grande la fe del centurión, grande la de la Cananea; pero todos vieron á Cristo poderoso, todos se movieron con interés, todos recibieron, creyendo, dones; á todos se les hicieron antes y luego favores. Los reyes vieron á Cristo niño, pobre, sin haberle conversado como San Pedro, sin amenazarlos como Pablo, sin dádiva ni promesa como á los otros, antes ellos dieron dones: *Apertis thesauris suis.* Y así fue alta y absoluta obediencia, y memorable y gran fe; grande en su raíz, entrego y balance; grande en la dificultad y desvío de sus provincias; grande por la autoridad y calidad de los que se sujetaron, y grande en la generalidad y extensión; porque su fe en realidad y persona fue suya, y en prenda y en voto nuestra. Ellos creyeron, y nosotros en ellos. Ved si hay razón de advertirnos á tan gran fe; *Ecce Magi.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

Audiens autem Herodes rex turbatus est: «Oye esta entrada y la requesta con que venían Herodes, y túrbase; y trae su turbación consigo á toda Jerusalem. Sin duda, aunque cualquier mal ejemplo es escándalo, los que dan los superiores no sólo provocan sino necesitan y fuerzan. San Pablo dijo á San Pedro que con su ejemplo *cogebat gentes judaizare* (Gal., 2). Y sabemos del paje de lanza de Saúl que se mató desque vio que el rey su señor se había muerto con sus manos. ¡Tanto pudo el ejemplo en cosa tan cruda, por ser visto en la persona real! Plega á Dios no sean algunos homicidas de sus mismas almas por seguir el gusto y conformarse con los que tienen por superiores á sus cuerpos. Pero aunque turbado Herodes, no pierde sus mañas, disimula y manda hacer junta de letrados, para informarse dónde había de nacer Cristo. Pregunta aquí San Juan Crisóstomo: *Considera vecordiam singularem: si enim prophetiæ ipse crediderat, eamque invictam putabat; clarum erat, illum adversus impossibilia conari; si vero minime credebat proventura esse quæ tanto ante predicta sunt, nec sibi temere debuit, nec puero insidiari*. «O Herodes creía las profecías ó no. Si no, riérase de los unos y de los otros, como locos: si las creía, ¡qué locura era pensar que su diligencia bastaba á estorbar lo que Dios tenía determinado!» Señor, esa es la ceguera que deja Satanás en las almas donde entra, que aunque no les quita siempre la fe, viven tan mal como si no creyesen el Evangelio y créenle tan bien como si no fuese abominable su vida. Música desacordadísima, no corresponde la voz al instrumento. *Qui confitentur se nosse Deum factis autem negant* (Tit., 1). Si preguntáis á un mal cristiano si le parece á Dios mal la injusticia, el adulterio ó la infamia, dirá que sí, como San Pedro. Si puede castigar eso que tan mal le parece, que repuede. Si ya que ahora lo dilata, vendrá día en que se pague hasta el postrer minuto, sí. Pues, miserable de ti, si crees eso, ¿cómo vives de la suerte que vives? Si se desagrada Dios de tu vida abominable y tú le vees, ¿cómo vives, hombre piedra, tan insensiblemente? Si conoces que te compró, no con oro ni con plata, el Hijo de Dios, sino con su propia sangre, ¿cómo te atreves á hollarla? ¿Cómo te estimas en tan poco que te haces esclavo del demonio si sabes por la fe que le costó á Cristo tan caro hacerte hijo de Dios? Ceguera maldita, causada en tu alma por el príncipe de las tinieblas. Resuelto, pues, por los letrados que Cristo había de nacer en Bethleem, pártense los reyes con esta información, *et ecce stella*, y en saliendo de la ciudad, veis aquí la estrella, que habían en Oriente visto, se les pone delante y comienza á caminar por guión. ¡Qué alegría tan grande les sobrevino cuando la vieron que á penas halla palabras el evangelista para significarla! ¡Qué seguros la siguen! ¡Qué sin temor ya de errar van en pos della, que sin parar guiaba *usque dum veniens*, hasta que llegó sobre donde estaba el niño! No entendáis que estos hombres venían solos, sino con la compañía que habían menester; quien traía tesoro y tesoros para ofrecer á Cristo, y caminando con ellos por tierras extrañas, bien acompañados vendrían. ¡Qué debió de ser el ruido y el alboroto con que se apearon todos allí, para entrar en aquella pobrecita casa en que Dios hecho hombre había tenido por bien de nacer! En aquel punto, Virgen sacratísima, ¡qué sobresalto debió ser el que tuviste! ¡Qué golpes os debió de dar el corazón! No entiendo yo que temíades nada de vuestro hijo y nuestro bien, que avisada estábades del intento con que esta gente venía; no era negocio que siendo vos la que más privanza alcanzáis con Dios se os había de encubrir. Vuestro cuidado sería entonces el que siempre tenéis del bien de las almas: no tropezasen en la pobreza y humildad éstos que aun eran muy nuevas plantas en la religión que allí se comenzaba fundada en estas dos piedras. Esto temíades, por esto intercedíades que no les fuese *lapis offensionis et petra scandali* (Isai., 8) á aquéllos que venían persuadidos de hallar otra cosa que representase la majestad y grandeza que ha de tener un rey. Pero cuando los vistes entrar tan llenos de Dios, sin admirarse ni espantarse de la indecencia del lugar, de la soledad que había en casa, de la suma pobreza de que por todas partes estaba entapizada (que por ser pobreza de Dios era más rica y más galana que los brocados y doseles de oro bordados con piedras preciosas); cuando vistes con cuánta diligencia y santa curiosidad miraban por todas partes, admirados de no ver lo que buscaban, y salir afuera á ver si la estrella estaba queda ó si pasaba adelante, sí quisistes quitarles la admiración que tenían, dándoles á entender cuán poco caso se ha de hacer de vanas apariencias de majestad cuando no corresponde el efecto á lo que se representa; y cómo la que de veras es grandeza, de sí misma contenta y satisfecha de lo que su valor alcanza, desprecia las ostentaciones y ceremonias vanas. Pero no fue menester á los príncipes este aviso, porque en saliendo fuera vieron la estrella fija á plomo sobre el tejado pajizo, que encubría la majestad celestial disfrazada con suma pobreza, echando rayos de claridad con que daba voces á la vista de lo que el oído por fe alcanzaba. ¿Habeis visto en la

caza seguir los perros con el azor alguna liebre, que de miedo de ser presa se entra en alguna mata muy enzarzada, y andan los podencos acometiendo á entrar, y saliéndose rastreando y ladrando y levantando los ojos, y está el halcón sobre la mata aleando, inmoble, que no le falta sino hablar para que entren sin miedo los perros? Así aquella estrella, que con gobierno intelectual se movía, cuando llegó á donde había de parar, se fijó como enclavada. ¿Habéis considerado en los relojes de sol la aguja que por virtud de la piedra con que está cebada tiene como un natural instinto de mirar al Norte? Anda al principio de acá para acullá, volviéndose y bamboleándose y temblando, hasta que da con lo que por secreto artificio de naturaleza busca; pero hallando el polo que deseaba, para inmoble y con la obra dice: Veisle ahí, le señalo, aunque no le conozco. Así aquella estrella guiadora del camino para el sol, tocada con la celestial calamita de la virtud angélica, anduvo como inquieta hasta hallar el norte de la deidad encarnada; y cuando dio en él, ni las nubes de las pajas que le encubrían, ni la pobreza de los pañales que le disfrazaban, ni la vileza del pesebre que le afeaban, fueron parte para que no le mostrase.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Este era el testimonio de la estrella de fuera; pero la otra estrella que dentro en la pobrecilla casa estaba y tenía en sus brazos al sol, hacía más eficaz muestra á quien con ojos de fe la miraba. Daba entre aquella pobreza y soledad su rostro angélico, y aquel semblante divinal, muestra de quien ella y su hijo eran. Veían en ella la mayor hermosura, junto con la más singular honestidad, y acompañada de autoridad, no fastosa sino benigna. Tenía en sus brazos aquella perla de inestimable valor, aquel joyel preciosísimo en cuya fábrica Dios se esmeró; niño de pocos días nacido, que no hablaba, pero que con los ojitos hacía señas, y con su virtud penetraba las almas y regalaba los corazones. No os maravilléis de que *procidentes adoraverunt eum;* sino de cómo nosotros todavía nos estamos enhiestos, sin lo reverenciar. Abrieron, dice, sus tesoros, para que entendáis cuán magníficamente servían á este señor, y ofreciéronle oro, incienso y mirra. Profesamos, como si dijera, niño recién nacido, vuestra eternidad disimulada con la flaqueza y ternura de vuestra niñez: porque á los ojos de nuestra fe ha llegado el resplandor de vuestra divinidad y gloria. Juntamente adoramos con vuestra humanidad que vemos la deidad que creemos y á que nos humillamos. Dios eterno, servíos de aqueste incienso con que reverenciamos la divinidad que en vos creemos. Rey cuyo reino no tendrá fin, recibid este oro con que remediéis la pobreza que por nosotros quisistes tomar y en señal de los tesoros con que vos habéis de remediar las necesidades de vuestros vasallos. Sumo sacerdote, que por bien del mundo habéis de hacer de vos mismo nuevo sacrificio al Padre, con esta mirra desde ahora honramos vuestra sepultura y traemos á vuestra memoria la muerte que por nosotros habéis de sufrir. No nos despreciamos, Señor, de vuestra pobreza, flaqueza y necesidad, pues vemos con la fe ser la razón de todo esto nuestro remedio. ¡Oh gran eficacia de la fe viva! ¡Oh estrella cuyos resplandores no se ofuscan con ninguna oscuridad! *O lux quæ in tenebris lucet.* Imitemos la fe destos santos; no nos escandalice la pobreza de quien sabemos la tomó por nosotros. *Propter te infirmitas, in se potentia, propter te egestas, in se opulentia; noli existimare hoc quod vides sed quod redimeris agnosce. Plus, Domine Jesus, debeo injuriis quibus redemptus sum quam operibus quibus creatus sum* (San Ambrosio). Esto, cuando los sabios del mundo nos dan en rostro con la humildad de nuestros sacramentos, nos consuela, cuando hay de veras esta luz en el alma. Si me dicen que tengo por Dios un hombre que como malhechor murió en una cruz enclavado con suma ignominia, no me afrento porque sé que eso cumplía para mi salud, antes me honro viendo cuánto caudal hizo della. A quien me tuviese por errado cuando como Dios adoro un poco de pan, al parecer, no hay que responder sino que veo yo la luz de una estrella que me dice que me postre y adore y ofrezca todo mi caudal. Amigo, si tú la vieses, imposible sería hacer cosa. Abramos, pues, nuestros tesoros. ¿Cuáles, que somos pobres? *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus* (II Cor., 4). Oro es nuestra voluntad, que lo manda todo. Incienso nuestro entendimiento, que puesto sobre las brasas de la voluntad inflamada de amor de Dios echa humo de sí, cuya suavidad llega hasta el cielo y deleita á Dios. Mirra nuestra memoria, que alumbrada por el entendimiento y mandada por la voluntad produce la noticia de lo que debemos á Dios y nos hace amar segura de penitencia. Empleemos, quiero decir, en Dios todas nuestras potencias, que sólo en él están bien empleadas. ¿Y á quién puedes ofrecer, hombre, tu oro, mejor que al rey? ¿A quién tu incienso, mejor que á Dios? ¿A quién tu mirra, mejor que á Cristo? Si tienes de emplear tu entendimiento en algo, ¿quién se iguala con Dios? Si ha de reinar alguno en tu voluntad, ¿quién sino este rey? ¿De quién te puedes mejor acordar que deste niño que hoy nace mortal por que tú se

lo seas y morirá por que tú vivas? *Quoniam Deus magnus dominus et Rex magnus super omnes deos: quoniam non repellet Dominus plebem suam* (Salmo 94): «Porque este gran señor es Dios; porque es rey grande sobre todos los dioses: porque siendo tal, no desecha á su pueblo». Por eso, *venite, adoremus et procidamus ante Deum; ploremus coram Domino qui fecit nos*: «Venid y adoremos, sujetándole á Dios nuestros entendimientos; prostremos y derroquemos la rebeldía de nuestras voluntades; lloremos con la memoria de nuestras culpas pasadas y de las mercedes hoy recibidas delante el Señor que nos hizo». Que ahí donde le consideras, hombre, *ipse est Dominus Deus noster: nos autem populus ejus et oves pascuæ ejus:* «El mismo es señor absoluto de todo, y nosotros su pueblo y ovejas de su rebaño». Ese que vees en tanta pobreza, Dios ante quien *omnia tremunt*, Rey á quien todo adora. Ese que vees en tanta humildad, no Dios ajeno, ni señor ajenó, sino todo tuyo; todo tu bien, toda tu honra, todo tu descanso, toda nuestra alegría. Niño bendito, vois sois toda nuestra gracia, que por vos se nos da, y de vos esperamos toda nuestra gloria. *Quam mihi et vobis*, etc.

SERMÓN SEGUNDO

DE LA

EPIFANIA DE NUESTRO SALVADOR

Cum natus esset Jesus in Bethleem Judæ.

(MAT., 2).

Aristóteles, príncipe de la filosofía, en el quinto libro de las *Eticas*, dice que una obligación tienen los vasallos á su príncipe y rey y otra el rey á sus vasallos. Son obligados los vasallos á reconocerle señorío y hacerle presentes, y es obligado el rey á conservarlos en justicia y hacerles mercedes: y tanto han de exceder las mercedes á los servicios, cuanto la persona real á la del vasallo. Bien pudiéramos probar esto con muchos lugares de la Escritura, pero no es menester otro que el misterio que tenemos entre manos, destos tres reyes de Oriente: que luego que por divina revelación entendieron ser nacido el rey de los reyes, vinieron á le reconocer y adorar, y le presentaron dones; y en cambio dellos, llevaron otros de más valor, fe, esperanza y caridad; y si éstas traían, lleváronlas en mayor aumento, porque es condición de Dios y de grandes señores hacer mayores mercedes que son los servicios. Y en figura desto dice la Escritura que aunque la reina de Sabá había traído grandes y ricos presentes á Salomón, fue más el retorno que él con su real magnificencia le dio: *Rex autem Salomon dedit reginæ Saba*, todo lo que quiso y pidió, *et multo plura, quam attulerat ad eum.* Una manera es esta de granjear que vamos á nuestro rey y le ofrezcamos oro de devoción, y incienso de oración, y mirra de penitencia, para que él nos comunique su gracia, que es más preciosa. Mas porque entrando en la casa habemos de hallar *puerum cum Maria matre ejus*, saludémosla primero á ella, como se cree lo hicieron estos tres reyes, y supliquémosla nos alcance la gracia con su intercesión. Ave María.

INTRODUCCIÓN

El potentísimo Nabucodonosor, rey de Babilonia, vio en sueños una extraña visión, significadora de grandes misterios que Dios tuvo por bien de revelarle. Púsose á pensar en su cama quién le había de suceder en aquel tan amplísimo reino que poseía; y con este pensamiento durmióse y entre sueños vio una estatua disforme, de grandeza y altura extraordinaria y de aspecto terrible y espantoso. Era compuesta de diferentes metales, á manera de quimera: la cabeza della era de oro finísimo, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, las piernas y la mitad de los pies de hierro y la otra mitad de los pies de barro. Y como estuviese atónito y abobado, mirando la extrañeza y rara hechura de la estatua, vio que súbitamente se desgajó una pequeña piedra de la cumbre de un monte, y se vino desgalgando por sus laderas,

sin que manos de hombres la arrancasen ni impeliesen; y vino á dar derechamente un golpe en los pies de la estatua por la parte que eran de barro y hízolos pedazos; y como los demás metales estaban fundados sobre tan flacos cimientos, en el mismo punto se desmenuzaron; á una el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, se hicieron polvos, los cuales se llevó el viento, sin quedar rastro ni memoria de la estatua, ni dellos. Pero la piedra que había hecho tan hermoso golpe, aunque pequeña en sus principios, victoriosa y ufana fuese ensanchando y creciendo poco á poco hasta hacerse un monte grandísimo que ocupó toda la tierra. Este es el sueño de Nabucodonosor que muchas veces habréis oído alegar para muchos sentidos y propósitos morales; pero el sentido literal que el Espíritu Santo inmediatamente pretendió es e que el mismo reveló después á Daniel, cuando al rey se le fue el sueño de la memoria, y Daniel con espíritu profético le dijo el sueño y le soltara. Esta estatua de tan diferentes metales, grande y terrible, significó la potencia y majestad de los reinos y señoríos de la tierra, y en especial de cuatro que en el mundo ha habido más señalados y poderosos. El primero fue el de los asirios, que comenzó en el rey Nino y duró mil y doscientos y cuarenta años, y floreció en tiempo de Nabucodonosor, en riquezas, grandeza y majestad y estudio de letras; por lo cual es comparable al más excelente de los metales, que es el oro. El segundo reino ó monarquía fue la de los medos y persas, que duró doscientos y treinta y tres años, hasta los tiempos de Alejandro; que por no haber llegado á la opulencia de los asirios, se compara á la plata. La tercera monarquía fue la de los griegos, que comenzó en Alejandro Magno, que aunque fue sonoro como cobre y espantó el mundo con su sonido, y para oirlo, *siluit terra in conspectu ejus* (I Macabeos, 1), la fama, pregonera de las hazañas de los hombres valerosos en tiempo deste, callólas todas y dél solo habló. Mas porque duró poco y comenzó en Alejandro y en doce años con su vida acabó, por eso se quedó cobre y no allegó á ser oro ni plata, que es más durable. El cuarto reino fue el de los romanos, signado por las piernas de hierro; porque así como el hierro doma y quebranta todos los metales, así la soberbia romana domó la potencia de todas las provincias y quebrantó el orgullo de los reyes y señores del mundo, y á todos los sojuzgó y puso debajo de su señorío. Pero en la estatua los pies eran la mitad de hierro y la mitad de barro, cosas que entre sí no se pueden juntar ni fraguar: para dar á entender las guerras civiles y arraigadas discordias que hubo entre los romanos, que fueron causa de su menoscabo y ruina y declinación de su imperio. *In diebus autem regnorum illorum, suscitabit Deus cœli Regnum quod in æternum non disipabitur: et regnum ejus, alteri populo non tradetur. Comminuet autem et consummet universa Regna hæc, et ipsum stabit in æternum* (Daniel, 2). Después de aquellas cuatro monarquías, y aun durante la cuarta, levantará el Dios del cielo un reino: no será obra de hombres, sino de Dios: y así como el autor destas monarquías es eterno, así lo será ella eterna, y no se apoderará della ningún rey extraño, como las otras fueron trasladadas de los asirios á los persas, de los persas á los griegos y de los griegos á los romanos. Y este reino deshará los otros reinos y los consumirá y embeberá en sí como el mar á los ríos, y él permanecerá para siempre; como la piedra cortada del monte sin manos deshizo la estatua y sus metales, y ella creció hasta hacerse un monte tan grande, que ocupó toda la tierra. Este es el reino de Cristo, reino constituído por el Dios del cielo. El es la piedra angular, preciosa y escogida: desechada de los fariseos, pero aprobada y escogida por Dios para ser puesta por clave y fenice del edificio de la Iglesia, para abrazar los dos pueblos gentílico y judaico. Esta piedra fue cortada del monte sin manos de hombre: porque *non ex virili gemine, sed mystico spiramine*, no por obra de varón, sino por la del Espíritu Santo fue sacada de la cantera del vientre virginal, que por la excelencia, su pureza y santidad se llama monte. Esta piedra, en sus principios pequeña, así porque nace niño tierno, como por la pobreza y humildad que en su nacimiento escoge, es la que hiere los pies de la estatua y quebranta los reinos y se enseñorea de toda la tierra: porque Cristo es á quien el Padre constituyó por rey en el monte santo de Sión. En su nacimiento y en su resurrección le fue dada toda la potestad y mando en los cielos y en la tierra, para que en el nombre de Jesús se arrodillen las tres partidas del mundo, celestial, terrena, infernal, conforme á lo que el ángel dijo á su madre antes que fuese concebido: *Dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus, et regnabit in domo Jacob in æternum: et regni ejus non erit finis.* Pondránlo en su real trono, para que se entienda que Cristo es en su natividad piedra pequeña, y en su resurrección monte que ocupa la tierra; y que todas las cosas puso el Padre debajo sus pies, y que todos los reinos y reyes de la tierra le han de ser sujetos y reconocerle vasallaje, como lo profetizó David: *Et dominabitur a mari usque ad mare et a flumine usque ad terminos orbis terrarum, et adorabunt eum omnes reges terræ, omnes gentes servient ei.* Enseñorearse ha del un mar al otro mar, del Mediterráneo, Océano, Austral, Indico, Póntico, Carpio, Rojo, y desde el

gran río Eufrates que riega las tierras de Oriente, hasta los últimos términos de la tierra. Es decir, será señor de la tierra y del mar, y adorarle han todos los reyes, y le serán tributarios, y todas las gentes le servirán, para que se entienda ser Cristo el universal monarca y emperador de todo lo criado Luego en naciendo, *cum natus esset, ecce Magi ab Oriente,* nos advierte el Evangelista que reparemos en la venida de tres sabios reyes que desde las regiones orientales se partieron luego presurosos á adorarle, y vienen preguntando: *Ubi est qui natus est Rex Judæorum?* Los otros nacen niños impotentes, y después los hombres los juran y hacen reyes; pero éste es nacido rey poderoso, hecho por Dios, y por tal lo pregona un embajador suyo que nos envió á nuestra tierra: *Vidimus enim stellam ejus in Oriente et venimus adorare eum.* Vimos su estrella, que fue el correo que nos dió las buenas nuevas de su nacimiento y nos vino á pedir las albricias y á intimar la obligación que todos los reyes tienen de adorar á éste, que tiene escrito en su muslo y bordado en su vestidura: *Rex regum et Dominus dominantium,* y en cumplimiento della somos venidos á pagarle las parias, y á reconocerle por señor, y á adorarle: que no es otra cosa aquel arrastrar de púrpuras y inclinar de sceptros y abatir de coronas y ofrecer de dones delante un niño pequeñito, pobre, nacido en un establo y reclinado en un pesebre; sino que la piedra desgajada del monte sin manos, ha herido los pies de la estatua de la potencia mundana y la comienza á destruir y aniquilar, y se alza con el dominio de todo lo criado.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Pero mirad que la piedrecita hiere los pies de barro de la estatua y da con ella y con todos los metales en tierra. ¿Qué aparato es éste tan nuevo de rey? ¿Qué son de las insignias de reino? ¿Cómo nace pobre niño, mudo, flaco, al frío sin regalo ni abrigo? Con esto quebranta los pies de la vanidad y pompa mundana, y dejeta Cristo vuestras pretensiones. *Quid superbis terra et cinis* (Eccles., 10), viendo á Dios humillado y entre bestias? ¿Por qué te subes hasta las estrellas? Vuestros oros, riquezas, astucias, malicias; vuestras ambiciones, gulas, carnalidades; todo lo condena la natividad de nuestro Señor, Cristo, y lo echa por tierra. Así dice el profeta Isaías, hablando con él en espíritu: *Quia ros lucis ros tuus, et terram gigantium detrahes in ruinam* (26). El rocío no es ruido ni tenebroso, y no viene como torbellino arrebatado para asolar la tierra, sino cae mansamente, que á penas se siente. Pues ¿qué rocío es este resplandeciente que arruina la tierra, y no cualquiera, sino la de los gigantes? Este es Cristo recién nacido, que es rocío caído del cielo para fecundar la tierra del vientre virginal; y así le pedían los justos al cielo: *Rorate, cœli, desuper, et nubes pluant justum.* Rociad cielos ya este rocío de luz verdadera, que alumbra á todo hombre que viene al mundo. Pues este rocío, luego que cae blando y suave, arruina la tierra de los gigantes, hiere los pies de barro de la grande estatua; porque allí donde está en el pesebre, abate la soberbia del mundo y arrastra las banderas de su entonación. Esos gigantes soberbios, ricos mandones de la tierra, que no pretenden sino ser y valer y subir, arruinados quedan con la pobreza y humildad de Cristo. Mas porque junto con ser rocío es también resplandeciente, para derribar á sus pies los reyes de la tierra, mostrándose niño tierno en el pesebre, descubre en Oriente la claridad de su gloria, y esa es la seña que dan de su grandeza los reyes: *Vidimus enim stellam.* No sólo vieron la claridad de la estrella, sino. como dice San León papa, otro mayor resplandor, que es el de la fe, ilustró sus corazones y les enseñó la dignidad del niño recién nacido. *Prœter illam stellœ speciem, quœ corporeum excitavit obtutum fulgentior veritatis radius eorum corda perdocuit, ut eum sibi signari intelligerent, cui in auro regius honor, in thure divina veneratio, in myrra mortalitatis confessio deberetur.* Esta luz vio con los ojos del espíritu el Profeta, cuando dijo: *Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam: habitantibus in regione umbrœ mortis, lux orta est eis* (Isaí., 9). «El pueblo gentílico que andaba en tinieblas vio una grande claridad, y á los que moraban en la región y sombra de la muerte les amaneció la luz». ¡El pueblo que andaba en tinieblas! ¡Qué gran miseria! El que anda á oscuras, no anda, sino tropieza y cae y no sabe á dónde va. En el camino del cielo nadie sabe por dónde ha de caminar si no tiene lumbre de fe: esta es la antorcha que nos alumbra y el norte que en esta navegación nos guía hasta tomar puerto en la bienaventuranza. Los hijos de Israel, todo el tiempo que caminaron por la tierra de promisión, de noche llevaban por guía una columna de fuego y de día una nube. Así los fieles, espirituales israelitas, que caminan del Egipto del mundo para la tierra de promisión del cielo, llevan por guía la fe, que es columna de fuego. De noche alumbra las tinieblas de nuestra ignorancia y nos libra de falsedades y errores; pero de día es nube, porque es lumbre templada con alguna oscuridad; da certidumbre infalible de las verdades católicas, pero no evidencia. Los artículos que la fe propone, créense en esta vida firmemente, pero no se veen, y por eso es la fe nube en el día. Con

esta lumbre ha de andar el cristiano. *Accedentem ad Deum, oportet credere quia est, et quia inquirentibus se remunerator sit.* Los primeros pasos que ha de dar el que sí qu siese llegar á Dios es por la fe: creyendo que hay Dios, premiador de buenos y castigador de malos. Esta luz es la que alumbra á los reyes, y en ellos al pueblo gentílico; y porque es luz que se da para caminar, en teniéndola, se parte sin dilación en demanda de Cristo. *Vidimus stellam ejus et venimus.* No hubo más que verla y venir; y aquí se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: *Ambulabunt gentes in lumine tuo et reges in esplendore ortus tui* (60). Las gentes que antes andaban en tinieblas, ó por mejor decir, caían, pues como habemos dicho sin lumbre de fe no se puede dar paso para Dios. Y en figura desto, aquellos tres días que duraron las horribles tinieblas en Egipto, *nemo vidit fratem suum, nec novit se de loco in quo erat* (Exod., 10). Bien puede el infiel hacer alguna buena obra moral, buena de su género; pero meritoria que le lleve á Dios, eso no; porque *sine fide impossibile est placere Deo* (Hebreos, 11). Pues los gentiles que estaban detenidos en tinieblas de errores y ceguedades, ya andan con la lumbre de Dios, y los Reyes vienen con el resplandor de la fe. Cristianos, ¿tenéis lumbre de fe? Pues mirad que es menester caminar. La fe que lleva al hombre al cielo no es fe muerta ni ociosa, sino *fides quæ per charitatem operatur* (Galat., 5). Esta es la fe viva, que cree en Dios con el entendimiento y se mueve á él con los afectos de la voluntad; estas dos cosas han de andar á una, como la voz con el instrumento acordado, para que hagan melodía: que ame, crea y obre como conoce. ¡Oh tiempos peligrosos y desdichados donde falta esta fe viva y obradora, que apenas hay quien la tenga! No hay obras en los más de los cristianos. La vida manifiéstase por la operación y por el sentido. Si veis un hombre que no se menea más que un tronco, entenderéis que está muerto. Si el árbol no produce hojas ni fruto y tiene las ramas amarillas, indicio es que la raíz está seca. ¡Ay que no vemos hojas de buenas apariencias ni frutos de buenas obras! No hay actos de virtudes, ni sentimiento de Dios: señal es que está en muchos la raíz de la fe muerta. ¿Qué pensáis que es el clamor de los pobres que gimen porque no hay quien les dé limosna, los hambrientos que piden pan, los desnudos abrigo, los enfermos remedio, los agraviados justicia, los presos libertad, los menores oprimidos de los mayores, cargados, molestados, las demasías de los trajes, los excesos de las comidas, el desprecio de la religión, el poco uso de los Sacramentos, los abusos de las torpezas y deshonestidad? ¿Qué es todo eso sino alaridos y llantos y tañer de campanas que lloran y doblan por la fe muerta, porque *fide sine operibus mortua est?* Verdadera fe es, como el cuerpo muerto es cuerpo verdadero: pero sin la nobilísima perfección que recibe de la caridad, que es el alma de la fe que le da vida. Grandes argumentos vemos de la mortandad de la fe. ¿De qué pensáis que os ha de aprovechar delante de Dios? De lo que á Urías las cartas que llevaba en el seno, que no contenían otra cosa sino su muerte. ¿Crees en el Evangelio y no lo guardas? El mismo Evangelio te condena: *Scienti bonum et non facienti, peccatum est illi.* La soga trae arrastrando, y el verdugo trae á la puerta las cartas de Urías para su daño. Pues el demonio no teme la fe muerta, la viva sí; porque sabe que es escudo inexpugnable con que le hacen resistencia los justos, á los cuales avisa San Pedro: *Sobrii stote et vigilate usque in fide.* Sed templados en la comida y bebida, y velad y estad ojo alerta, porque hay enemigos; no cualesquiera, sino el demonio astuto y sagaz que como león carnicero brama, buscando á quien tragar; pero si queréis resistir á su furia y braveza, fortificaos con la fe, no muerta, sino viva y animosa: que de esa habla San Pedro, y de la misma dijo San Juan: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.* No llama á la fe espada ó lanza con que alcanzamos victoria del mundo, sino dice ser la misma victoria, por la gran certidumbre que trae consigo, que jamás será vencido, sino siempre vencedor, quien no la dejase. Cuando Sansón tenía su cabellera, era invencible y hizo grandes proezas, y alcanzó ilustres y espantosas victorias; pero cuando por engaño de su Dalila le cortaron la melena, quedó flaco y cobarde y menos que los otros hombres. De la misma suerte, cuando la fe del cristiano tiene su cabellera de virtudes, que della proceden santos deseos, amorosos afectos, buenas obras, es invencible, hace maravillas, alcanza del demonio y del mundo grandes victorias: *Sancti per fidem vicerunt regna* (Ad Hebreos, 11). Y porque se entienda de qué fe habla, añade: *Operati sunt justitiam.* Fe de nazareos, no tresquilada, sino con cabellos de buenas obras, y por ser tal: *Obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugaverunt aciem gladii, castra verterunt exterorum, fortes facti sunt in bello, acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos.* ¿Qué cosas son las más fuertes que hay en el mundo? Entre los animales, el león; entre los elementos, el fuego; entre los metales, el hierro y acero; entre los hombres, los escuadrones de gente bien ordenada, y sobre todos, la muerte, que á ninguno perdona y ninguno se le escapa. Pues mirad la fortaleza que la fe dio á estos Sansones: que ellos desquijararon leones, y apagaron el ímpetu del

fuego, y rebotaron los filos y aceros de las espadas, y pusieron en huída los reales de gente armada, y sacaron los defunctos de las manos de la muerte. Esto hace la fe viva. ¿Qué es la causa que á vos cualquiera tentación, por pequeña que sea, os derriba, una vista de ojos os altera, una palabrilla os desbarata, y apenas ha llegado el demonio á tentaros las corazas cuando al primer repiquete de broquel caéis rendido? Porque no tenéis la fe viva; estáis en pecado mortal, no hay gracia de Dios, ¿qué mucho que seáis vencido? Confesaos y poneos bien con Dios, y triunfaréis de vuestros enemigos y venceréis las tentaciones. Tresquilada la fe, queda el cristiano flaco y cobarde como los demás hombres; así miente y se perjura, hurta y fornica, como un págano. Mandaba Dios: *non tondebis primogenita ovium:* «El primogénito de la oveja que me pertenece no tresquilarás». El cristiano es la oveja; su primogénito en la generación de las virtudes es la fe; ésta no la quiere Dios tresquilada, sino cubierta con el vello de las virtudes y buenas obras. Esta es la fe que agrada á Dios, y justifica el alma, y vence al mundo y al demonio; y ésta es la que traen hoy estos Reyes, y por eso entran en Jerusalem.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Audiens autem Herodes Rex turbatus est et omnis Hierosolyma cum illo. Venían armados con fe viva; no es maravilla que pongan temor á Herodes, rey tirano y á su ciudad. Pero cosa es que admira, ver que se turben éstos de oir nombrar á Cristo. Cristo, príncipe de la paz, y en su vida predica paz, y en su testamento manda paz, y en su resurrección saluda con paz, ¿cómo es causa su apellido de discordia y turbación? ¿Qué razón tiene Herodes y Jerusalem para turbarse? Yo os lo diré, y juntamente la raíz de donde nacen las turbaciones y desasosiegos de nuestras conciencias. Cuando Josué y los hijos de Israel asolaron la ciudad de Jericó, mandó Dios, so pena de excomunión, que ninguno tomase para sí oro ni plata, ni cosa alguna de las que hubiese en la ciudad, y así los amonestó Josué, diciendo: *Vos autem cavete, ne de his, quæ præcepta sunt, quidpiam contingatis, et sitis prævaricationis rei: et omnia castra Israel sub peccato sint, atque turbentur.* «Parad mientes y mirad que no toquéis cosa de las prohibidas, y seáis culpados en el quebrantamiento de lo que Dios manda, porque todos los reales de Israel no sean comprehendidos en vuestro pecado y vengan á turbarse». Un soldado llamado Achán, vencido de codicia, traspasa el mandamiento de Dios y hurta una capa de grana y docientos siclos de plata, y una regla de oro muy preciosa; y enterrólo debajo de la tierra secretamente. Sucedió que Josué envió tres mil hombres á conquistar la ciudad de Hay, y dellos murieron algunos, y los demás volvieron las espaldas vergonzosamente, y fue tanto el temor y turbación que recibieron los hijos de Israel, que *cor populi ad instar aquæ liquefactum est* (Josué, 7): «Derritiéronseles los corazones de pavor, quedaron turbados y cortados». Venida á saber la causa de aquella turbación hallaron que fue la desordenada codicia de Achán, que así lo dijo Dios, y Josué antes se lo había avisado; y así cuando apedrearon á Achán por su pecado, le dijo Josué: *Quia turbasti nos, exturbet te Dominus in die hac.* Veis aquí sacada en limpio la turbación de Herodes y de los escribas y fariseos. ¿Por qué se turba Herodes? Porque es malo, y ha traspasado el mandamiento de Dios; porque es codicioso, y tiene hurtada la regla de oro. ¿Qué regla de oro es esta sino la dignidad real, el mando y gobierno? Son los príncipes, prelados y superiores, la norma y regla de nuestra vida; son el nivel, que no solamente es en sí igual y derecho, pero iguala y endereza el edificio, y mal puede él enderezar si estuviese torcido. Así como no puede ser derecha la sombra de la vara torcida, así no es el pueblo justo cuando el rey es depravado. Conforme á esto, dice el Sabio: *Qualis rector est civitatis; tales et inhabitantes in ea:* «Cuál es el señor de la casa, tales son sus criados; cuál el padre, tal el hijo». El padre desconcertado, jugador, tablajero, hace el hijo perdido, jugador, desvergonzado; la madre inquieta y descuidada hace la hija vana, disoluta y mala. Túrbase Herodes y túrbase con él toda Jerusalem. Los pecados de los inferiores son atribuídos á los que mandan; que no solamente pecan con obras, sino con malos ejemplos. Cuando un reloj que tiene todo su concierto necesario anda desconcertado, más se atribuye aquel yerro al relojero á cuyo cargo está el concertarlo que al mismo reloj. Así, errando el pueblo, y dejando las virtudes por los vicios, á aquél se ha de dar la culpa, que tiene cargo de moderarlo y regirlo, pues con su mal ejemplo lo estraga y desconcierta. De suerte que el príncipe ha de ser regla derecha, y no de palo que se gasta y quiebra fácilmente, sino de oro incorruptible, preciosa, que en tiempo de guerra y paz, prosperidad y adversidad, esté firme en la virtud y no tuerza la justicia. No de hierro, gobernando con crueldad y tiranía, sino de oro, con amor, clemencia y mansedumbre. Pues por eso se turba Herodes; ese tirano advenedizo, tiene usurpada la regla de oro, el mando y señorío, teme de oir nombrar el rey natural, recelándose que le ha de quitar el cetro y reino que no

merece. *Hostis Herodes impie Christum venire, quid times? Non eripit mortalia, qui regna dat cœlestia.* Si viniese un príncipe de casa en casa, repartiendo doblones de á diez, y llegase á casa de un pobre, y el pobre temiese de verle entrar en su casa por que no le tomase unos alfileres, mal aventurado, ¿pues viene este príncipe derramando doblones y hate de tomar tus alfileres? Así Cristo viene dando los reinos celestiales ¿y cudiciará un reino temporal? Por la misma razón se turban los fariseos, que eran avarientos, llenos de rapiña, tenían robada la capa colorada y abscondida: por la cual se entiende el amor y fuego de los deleites carnales, porque éstos eran los que penetraban las casas de las viudas, sepulcros blanqueados, y dentro llenos de huesos de muertos; tenían usurpada la regla, el mando y gobierno espiritual del pueblo. Oyendo decir que viene el nuevo rey (de quien estaba profetizado: *Suscitabo David germen justum, et regnabit Rex et sapiens erit: et faciet judicium et justitiam in terra* (Jerem., 23); «No ha de permitir hurtos, latrocinios, adulterios. El tomará plenaria jurisdicción: sabio, que ninguno le echará dado falso»), túrbanse, y su pecado los turba, su mala conciencia los acusa; y lo mismo es á nosotros: el pecado es la causa de todas nuestras turbaciones. No me digáis que os inquieta la mala compañía, la condición de la otra, el suceso adverso, la tribulación, si no hay pecado. De todo eso saca provecho el justo, y no tiene por qué temer. Y nadie porque teme á Dios. El malo, su conciencia le acusa, y su pecado le altera, y con cualquier viento y ocasión se turba. *Cum enim sit timida nequitia, dat testimonium con lemnationis, semper enim præsumit sevx perturbata conscientia* (Sap., 17 . Es cobarde la maldad, témese del aire. Al ladrón las hojas de los árboles se le antojan varas; la conciencia turbada con el pecado siempre presume y sospecha lo peor que puede suceder, los casos más desastrados. *Sonitus terroris auribus ejus: et cum pax sit, ille semper insidias suspicatur* (Job, 5). Siempre le están tocando al arma y dando rebato, y le suena á los oídos la trompeta que le desafía, y le zumba el clamor de los enemigos que le asombra, y habiendo paz y seguridad, él se recela de celadas y acechanzas. Veislo aquí cumplido en Herodes. Nace Cristo, que es la misma paz, y viene á traerla al mundo; verdad es que á los hombres de buena voluntad, y como él la tiene mala, teme y recélase que le han de quitar el reino. Y queriendo contraminar los consejos de Dios, *congregans omnes principes sacerdotum;* llama á consulta Herodes á los letrados de la ley, infórmase del lugar donde ha de nacer Cristo. Sabido, avisa á los reyes de bajo de malicia, y ellos se parten á Bethleem con grande simplicidad. Tornan á ver la estrella que les había aparecido en Oriente, veenla parar sobre un pobre portal y por su nueva claridad y lumbre de la fe que dentro les enseña, conocen que allí está nacido el monarca de todo lo criado.

CONSIDERACIÓN TERCEAA

El devotísimo San Bernardo parece que se congojaba si se habían de escandalizar estos príncipes y tenerse por burlados, viendo las cosas tan al revés de lo que la razón humana figuraba. No hallan al rey que buscan en la ciudad real; remítenlos á una pequeña aldea, que es Bethleem; en ésta no le hallan casa, entran en un establo, hallan un niño tierno en brazos de una humilde doncella, en medio de dos animales, envuelto en unas pobres mantillas. ¿Pues para buscar á este niño habemos andado tantas jornadas? ¿Este es el sumo criador del Universo, rey de todo lo criado? *Et procidentes adoraverunt eum.* No les huele mal el establo, no les ofenden los pañales, no se escandalizan con la pobreza del niño; la estrella les basta por testimonio y la fe viva los fortifica, y rompen por todas estas dificultades y caen pecho por tierra y le adoran. Cuando aquellos cuatro misteriosos animales que vio San Juan daban gloria y honra y bendición al que estaba asentado en el trono, que vive en los siglos de los siglos, *procidebant viginti quatuor seniores ante sedentem in throno; et adorabant viventem in sæcula sæculorum: et mittebant coronas suas ante thronum:* «Unos honrados ancianos que estaban sentados en sus escabeles, de un cabo y otro del trono, con sus coronas de oro en las cabezas, en oyendo la voz de alabanza de los cuatro animales, se postraban en tierra y adoraban al que está sentado en el trono, quitando sus coronas de las cabezas». Así me parece á mí que estos dichosos y sabios reyes, contemplando la celestial estrella, fijada sobre el lugar donde estaba el niño, y que con nuevos resplandores, como que hablaba y predicaba la majestad divina de aquel infante que en el pesebre yacía, se derriban en el suelo, y abaten sus cabezas para adorarle; porque en presencia de Dios hombre no ha de haber corona en cabeza, ni sceptro levantado en alto; sino que toda la potencia humana y majestad se ha de derribar y postrar por el suelo, en reconocimiento de la alteza divina. Veis aquí la piedra del monte cortada, sin manos, cómo derriba la estatua y sus metales, y ella queda victoriosa y eminente: ¡Oh maravillosa niñez, á cuyos pañales velan los ángeles, sirven las estrellas, temen los reyes y se inclinan en tierra los profesores de la sabiduría!

¿Quién es este tal y tan grande? Pásmome cuando miro los pañales y veo el cielo; abrásame verle en el pesebre mendigo, y sobre las estrellas esclarecido. ¡Oh bienaventurada choza! ¡Oh venturoso bohío! ¡Oh pesebre espléndido! ¡Oh silla de Dios, poste del cielo, donde no lucen antorchas encendidas, sino resplandecientes estrellas! ¡Oh palacio celestial, donde no mora rey coronado, sino Dios humanado, que tiene por estrado real un duro pesebre y por palacios dorados una choza ahumada, pero adornada y esclarecida con resplandor celestial! Veis aquí lo que puede la fe, que tiene ojos de lince; que pasa la pared de nuestra mortalidad y vee á Dios que está detrás: *En ipse stat post parietem nostrum* (Cant., 2). Para los ojos de la fe no se absconde. En la cruz está pendiente, con crueles dolores afligido y de los fariseos blasfemado, y allí le conoce el ladrón por rey; el centurión, viendo el clamor con que expira, le conoce por Dios: *Vere Filius Dei erat iste;* los magos conocen al mismo en la ternura de su niñez. El ladrón conoce al rey en forma de siervo; el centurión al sumo espíritu expirando; los magos á la palabra del Padre en la infancia enmudecida. Lo que los otros confesaron con las palabras, protestan éstos con sus dones. El ladrón le llama rey; el centurión, hombre y Dios; y eso es lo que significan los dones de los magos, que le ofrecen oro como á rey, incienso como á Dios, mirra como á hombre mortal. La fe les reveló á Cristo como él estaba y tal le hallaron cual le buscaron, y por eso no se escandalizaron ni le tuvieron en menos. Nosotros buscamos á Cristo honrado, próspero y rico, queriendo honras y riquezas; por eso nos escandaliza la pobreza y las afrentas, y nos hace mal gusto su cruz. Los devotísimos reyes adoraron la pobreza de Cristo. ¡Qué gozo, qué alegría sería la suya, viendo cuán bien les había sucedido su viaje, cuando hallaron aquellas dos lumbreras del mundo, aquel hijo y aquella madre, aquel doncel y aquella doncella, aquella luna clara y llena, aquel pedazo de cristal en sus manos, engastado en unas mantillas más rutilantes que el sol! Y si tan grande fue la alegría de los reyes ¿cuánto sería mayor la de su sacratísima madre, viendo las lágrimas, la devoción, la fe, los presentes de aquellos santos varones, y viendo ya comenzar á extenderse el reino de su hijo que el ángel le había denunciado? ¿Qué lágrimas correrían por aquellos ojos? ¿Qué colores se irían y vendrían por aquel divino rostro? ¿Qué ardores y sentimientos serían los de aquel sagrado pecho? Porque tres cosas juntas se le representaron que le dieron materia de inestimable devoción y alegría: la gloria del hijo, la dignidad de la madre, la conversión del mundo. ¿Cómo no se había de alegrar con aquella nueva gloria del hijo que tanto amaba, y con ver que ella había sido escogida por madre de tal hijo, y con la reparación del mundo que allí se le representaba? Alégrate, pues, Virgen consagrada, que ya los pueblos y príncipes del mundo desde los últimos fines de la tierra te comienzan á honrar, para que después te llamen bienaventurada todas las generaciones, y así como fuiste la más humilde de las humildes, seas la más venerada y honrada de todas las criaturas. Venid acá, mortales, á este pesebre, y en compañía destos santos reyes, nos humillemos ante este niño. *Venite, adoremus et procidamus ante Deum; ploremus coram Domino.* Juntemos nuestras lágrimas con las suyas, pues él llora nuestras culpas; ofrezcámosle oro de caridad, misericordia, limosna con los pobres, incienso de devoción, meditación destos sagrados misterios, mirra de mortificación, penitencia, castigo de la carne, y darnos ha en cambio las riquezas de su gracia y después la gloria. *Quam mihi et vobis*, etc.

SERMÓN PRIMERO

DEL

DOMINGO DENTRO DE LA OCTAVA

DE LA

EPIFANÍA DE NUESTRO SALVADOR

Jesus proficiebat sapientia et ætate et gratia apud Deum et homines.

(Luc., 2).

Entre los barruntos que dio en la niñez Alejandro de su valor y ánimo orgulloso, que ya le provocaba á empresas honrosas, fue uno muy señalado, que siendo preguntado si gustaría correr sobre apuesta en la carrera, pues era ligerísimo de pies, respondió (según refiere Pontano) que de muy buena gana aceptaría cualquier desafío si *certaturi secum essent Reges:* «Si los competidores fueran reyes». Tan presto el brioso mozuelo deseaba tener contrarios iguales en dignidad, porque fuese mayor la gloria de vencerlos. Tenemos hoy la primera muestra que, niño de doce años, dio el Hijo de Dios de su prudencia y sabiduría, de su buen seso y juicio, que en edad tan tierna estaba cano y maduro: un recuentro y desafío, no de armas ni de correr ni luchar, sino de letras, que manifiesta las del alma y entendimiento; y letras divinas, que son las mejores y más profundas: y húbolo, no con niños de su edad, sino con reyes, cuales son los sabios y doctores curtidos en el estudio de la ley, para que sea la victoria más famosa y se verifique lo que en nombre suyo dijo su padre David: *Super omnes docentes, super senes intellexi* (Salmo 118): «Más supe que los maestros graduados; más entendí que los viejos». Túvose este acto solemnísimo en el templo á donde le trajeron la Virgen su madre y el santo Josef, como á casa de su Padre, y allí se quedó sin saberlo ellos, siéndoles ocasión de entrañable dolor y sensible llanto los tres días que estuvo ausente; y después, de gozo incomparable cuando lo hallaron en medio de los doctores sentado, arguyéndoles y respondiendo á sus mismos argumentos. Acabadas las conclusiones, se va con sus padres, y les obedece y está sujeto, creciendo con la edad en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres. En estas últimas palabras está el fundamento principal de mi sermón. Menester es para tratar de gracia y sabiduría delante de Dios y de tales hombres tener alguna parte della. Supliquemos á la Virgen soberana nos la alcance mediante su intercesión sacratísima. Ave María.

INTRODUCCIÓN

David, rey poderoso y profeta más que los antiguos alumbrado, en el salmo 77, que es un claro pronóstico de casi todos los misterios de Cristo y de las proezas que hizo por nuestro remedio, contemplando especialmente la eminencia de bienes que encerró Dios en la mina del Verbo encarnado, para enriquecer á todos los hombres; como quien había dado en la vena y hallado el tesoro, y no quería encubrirlo como avariento, sino dar noticia dél, como liberal, porque todos se aprovechen, nos avisa diciendo: *Mons Dei, mons pinguis, mons coagulatus, mons pinguis*. Palabras son breves, pero de grande sentencia: «El monte de Dios, monte grueso, monte cuajado, monte grueso». Lo primero llama á Cristo monte, que es nombre muy cuadrado á su grandeza. Llaman los hebreos al monte con una palabra que significa preñada, y con mucha propiedad. ¿Qué parece un monte con su figura alta, redonda y como hinchada, sino el vientre de la tierra, y no vacío y flojo, sino lleno y preñado de todo lo bueno que la tierra produce? Aquí se crían árboles crecidos, ricos de madera y de fruta; yerbas me-

dicinales, mieses, pastos. viñas; aquí nacen las fuentes, tienen su principio los ríos, hállanse los minerales, oro, plata y metales, otras piedras preciosas, firmes y toscas para los edificios; al fin son como una arca los montes, y un depósito de los mayores tesoros del suelo. Según esto, bien apoda el profeta á Cristo: *Mons Dei*. «Monte de Dios, el preñado de Dios»; no sólo en la divinidad, que es la palabra llena y preñada que se habló el Padre á sí mismo, por la cual crió todas las cosas; y así las contiene con eminencia y mejores quilates que están en sí misma, sino en la humanidad es monte, un amontonamiento de todos los bienes. Aquí nacen los cedros más altos que los del Líbano; él hace apóstoles, profetas y santos de aventajada santidad. Aquí árboles de justos que dan sus frutos á sus tiempos; aquí los panes de verdadera doctrina; aquí manan las fuentes y ríos de todas las gracias, que riegan la Iglesia y fertilizan las almas; aquí los minerales de merecimientos y satisfacciones que suben de punto y afinan nuestras obras; aquí está la copia y abundancia, la feria y el mercado de todo lo necesario, útil y deleitable, en tiempo de prosperidad ó adversidad, de paz y de guerra, de muerte y de vida. Por eso le llama *mons pinguis*, lleno de grosura. Hay montes de arena que el viento se la lleva; hay tierras delgadas y flacas, estériles: tales son las criaturas todas, que se desvían de Dios y se oponen contra su divina alteza; tales todos los bienes deste siglo que el mundo estima. Este monte es fértil, tierra gruesa, jugosa, de cuerpo y de tomo para pan llevar. Quiere decir: aquí hay bienes sustanciales, que hartan y satisfacen el alma, y llenan sus senos y vacíos. *Et faciet Dominus omnibus populis, in monte hoc, convivium pinguium, medullatorum, vindemiæ defecatæ* (Isai., 25). Este lugar unos lo entienden á la letra de la Iglesia triunfante, otros de la militante; yo lo explico agora de Cristo, y todo cabe muy bien; pues lo bueno que se dice del cuerpo se verifica mejor en la cabeza: «Hará el Señor en ese monte un banquete á todos los pueblos; no se pone tasa á los convidados, porque no la hay en la provisión». Vengan todas las naciones del mundo, que en este monte hay abasto para todos; *convivium pinguium*. Convite de cosas gordas: enjundias, tuétanos, vino purísimo, trasaniejo; todo cuanto dice, es cosa sustancial. Estas viandas envió á ofrecer á los convidados. *Tauri mei et altilia occisa sunt*. Mis toros y aves, capones, pavos manidos. En Cristo hay pan de vida sustancial, vino que engendra vírgenes y alienta nuestra flaqueza; verdadera hartura que quita la hambre de los bienes desta vida; monte fértil, *mons coagulatus*, monte cuajado de bienes. La palabra hebrea que corresponde á *coagulatus* significa queso ó corcoba, hinchazón, y así San Agustín traslada *mons incaseatus*, monte de cuajadas, que todo él es de quesos, significando por el efecto la causa; monte de buenos pastos y abundosos para el ganado, donde hay mucha leche. Es decirnos: en Cristo hay manjar sólido para los perfectos, y leche para los principiantes; hay sustancia y dulzura y regalo; los gustos limpios, los verdaderos consuelos en este monte se han de buscar, que mana leche y miel. Otros vuelven, *mons clivosus vel celsitudinum*, monte de corcovas y cumbres. Hay unos montes sencillos que se van ahusando, y en la cumbre, se rematan en sola una punta; otros hay doblados, compuestos de muchos collados y puntas apeñuscadas. Pues Cristo es monte de cerros y altezas; no eminente en sola una cosa, sino en todas juntas, monte donde las grandezas están amontonadas. Y dejando aparte otras muchas, dos cumbres señaladamente campean en él, y hacen viso entre las demás. Y dellas nos da noticia aquel águila de grandes alas, San Juan Evangelista, que vino al Líbano y llevó en el pico el corazón del cedro, escribiendo la generación eterna del Verbo, después que en lo divino muestra ser monte en quien se hallan todas las cosas: *Quod factum est, in ipso vita erat*. «En él tienen ser divino, vital, mejor que en sí mismas». Habla deste monte encarnado. *Vidimus gloriam ejus, quasi Unigeniti a Patre*: «Vimos la gloria dél, su excelencia, como de Hijo unigénito del Padre». Esto es llamarlo monte de Dios, el preñado de Dios. ¿Y cuáles son los cerros, las cumbres? *Plenum gratiæ et veritatis*. Puso Dios en Cristo el lleno, la represa y caja de la gracia y de la sabiduría, *in quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi* (Colos., 2): «Es el archivo donde están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios». Desde el instante de su concepción fue llena su alma de ciencia bienaventurada é infusa, con que sabe todo lo natural, sobrenatural y divino, lo pasado, presente, futuro, pensamientos infinitos. No hay más que saber de ley ordinaria. Pues la gracia, de la suerte que la luz está en el sol como en su fuente, el agua en el mar, el fuego en su esfera, así está la gracia en Cristo como en su propio sujeto. Es la mina, el elemento de la gracia. Como del sol toman prestada su luz las estrellas, del fuego el calor las cosas cálidas, del mar su agua los ríos, así todo lo que es gracia, gloria, sabiduría, conocimiento, amor, mérito, satisfacción, de Cristo se deriva en nosotros. Por él se nos da la gracia, y en él estriba el mérito de nuestras obras. El es la fuente de todos los bienes, y con tales ojos le habéis

de mirar como al autor de toda nuestra salud y remedio. Siendo esto así, ¿cómo concierta nuestro Evangelio, que es del cap. 2 de San Lucas, y el tema que dél sacamos, con lo que San Juan establece por tan cierto? Aquí se dice: *Jesus proficiebat sapientia:* «Jesús aprovechaba y crecía en sabiduría y gracia como iba entrando en edad». Pues ¿el sumo crece? ¿al lleno se le hace añadidura? Responde Santo Tomás que este aumento no era en la gracia ni en la ciencia, sino en la demostración della. Como el sol tiene siempre una misma luz, en que no crece ni mengua, pero á nuestros ojos crece desde que sale por el Oriente hasta que llega al punto del meridiano, porque va alumbrando más y calentando más, así la gracia y sabiduría de Cristo siempre estuvo en un ser, en sí misma; pero desde que amaneció este sol divino en nuestro hemisferio y alumbró á los pastores y reyes, como iba creciendo en la edad iba echando de sí rayos más resplandecientes, haciendo obras más señaladas, con que mostraba la gloria de Dios y descubría á los hombres la gracia y sabiduría de que estaba lleno. Bien sé que el mismo Santo Tomás explica este augmento, cuanto toca á la sabiduría, de la experiencia que iba haciendo Cristo de las cosas que sabía por ciencia gloriosa é infusa, que son invariables. Y así demás destas, pone en Cristo hábito de ciencia adquisita, que se augmentaba por discurso de tiempo; pero esto consiste en opinión, y para nuestro propósito lo dicho nos basta, que es certísimo y en que ningún católico pone duda: que la suma gracia y sabiduría de Cristo podíase manifestar más y menos, pero no crecer. Y hoy fue la más señalada ostentación que hizo de su sabiduría: *Cum factus esset Jesus annorum duodecim.* Habiendo llegado á los doce años, salió este relámpago de luz excesiva que encandiló á los sabios de Jerusalem y luego se encubrió hasta los treinta años.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

No pasemos de corrida por este silencio del Salvador, pues él le guardó tan de espacio, y veamos la causa de haberle esta vez rompido, que debió ser muy urgente. Dice el Sabio: *Sapientia abscondita, et thesaurus invisus, quæ utilitas in utrisque?* «La sabiduría abscondida, el tesoro no visto, ¿qué provecho hay en ellos?» No se hizo el dinero para achocarlo en el arca y condenar el real sin por qué á cárcel perpetua, sino para que ande y corra la moneda y se gaste en lo que fuere menester. Así la sabiduría no es para absconderla, sino para publicarla. Dijo Simónides, poeta, á un su huésped que no hablaba palabra: *Si fatuus es, sapientis opus facis; si sapiens, fatui.* «Si eres simple y necio, callando haces obra de sabio, y si sabio, de necio». Porque el sabio ha de hablar, ¿cuánto más la misma sabiduría? Señor, ¿venís por maestro del mundo, traéis tales tesoros y achocáislos? ¿Doce años sin hablar? ¿Cómo se pudo contener? Ofréceseme aquí aquel arrogante mancebo Eliu que se halló presente á la disputa que tuvieron con Job sus tres amigos. Job defendiendo su inocencia, y ellos arguyéndole que era por sus pecados castigado. Visto que Job se estaba en sus trece y que sus amigos no le podían convencer, enojado Eliu rompió el silencio, que por ser más mozo había tenido, y dice: *Plenus sum sermonibus et* coarctat *me spiritus uteri mei: et venter meus quasi mustum absque spiraculo, quod lagunculas novas disrumpit; loquar et respirabo paululum.* «Por ser más mozo os he escuchado, pensando que como viejos mostrárades la sabiduría debida á vuestras canas; y pues no la tenéis, quiero yo hacer alarde de la mía. Lleno estoy de conceptos y apriétame el espíritu de mi vientre». Llama vientre del alma á la memoria fecunda, cuyos hijos son los conceptos y los partos las palabras con que salen á luz. «Pues tengo el entendimiento preñado de pensamientos, y estoy con dolores de parto hasta parirlos». *Et coarctat.* Otra metáfora, para significar la fuerza que se había hecho en callar. Tómala del aire encerrado en las cavernas de la tierra, que con violencia se abre lugar por salir y hace temblar la tierra. La ciencia, dice San Pablo que es aire que causa inflación en los ánimos soberbios. *Scientia inflat* (I Cor., 8). Eliu soberbio y tanto viento en la cabeza; hay terremoto en el celebro, está para reventar. Mas pone otro mayor encarecimiento: *Venter meus quasi*, etc. Mosto hirviendo, echadlo en una tinaja nueva, y tapadle la boca y no tenga por donde respirar; hacerla ha mil pedazos: es un fuego encerrado. Pues así estoy: *Loquar et respirabo paululum.* «Dadme lugar que hable y respire un poco, que me ahogo». ¿Qué tal ponen á un hombre cuatro cosas que sabe mal sabidas, que si no las echa por la boca reventará? Pues lo que en éste hacía la soberbia, hace en los santos la caridad. Jeremías, viendo que los oyentes mofaban de sus sermones y llevaban mal lo que les decía de parte de Dios, cánsase de predicar en desierto y dijo: *Non recordabor ejus neque loquar ultra in nomine illius* (20). «No más predicar, ni quiero tomar palabra de Dios en mi boca, pues tan mal suena en los oídos desta gente». ¿Y podréis salir con eso al cabo? ¡Ah que no! *Et factus est in corde meo quasi ignis exæstuans, claususque; in ossibus meis et defeci, ferre non sustinens:* «Es fuego la palabra de Dios encerrada en mi corazón

abrásame las entrañas y las médulas de los huesos, quémame vivo; y sin poder resistir, comencé á gritar». No culpéis al predicador cuando os dice la verdad, que no es fuego ese que se puede encubrir, no queráis le ase las entrañas la verdad detenida. Estaban los apóstoles encerrados en un aposento, como conejos en la madriguera, temerosos, callados. Viene el Espíritu Santo en figura de viento y de fuego, *et repleti sunt omnes Spiritu Sancto et cœperunt loqui variis linguis:* «Llenos de Espíritu Santo y de sabiduría luego comienzan á hablar». Abrid esas puertas. Salen dando gritos por las plazas, hácense lenguas por decir lo que saben y no se pueden contener. Dicen los malévolos: *Quia musto pleni sunt isti.* Y así era verdad, pero no del que ellos decían, sino del vino nuevo del Espíritu Santo, que buscaba por donde respirar. ¡Oh Cristo, niño tierno, siendo así que en esta cabecita estaba todo el seso de Dios, aquella preñez de sabiduría, aquellos tesoros de ciencia incomparable; los hombres con extrema necesidad della, vos con ardentísima caridad y deseo de comunicarla; y que os aten las manos para que no derraméis el dinero, siendo vos tan liberal que habéis de morir de manirroto! ¡Que os cierren la boca! ¡Fuente, no manéis; sol, encoged los rayos; fuego, no calentéis; río Jordán, represaos, no corráis! ¿Y cuánto ha de durar? Treinta años. *Plenus sum sermonibus plenus veritatis.* ¡Ah que estoy lleno de pensamientos nuevos, de palabras de vida, que es fuego poderoso el que se encierra en mi pecho! *Loquar et respirabo paululum.* Dejadme respirar un poco, hágase una sangradura á esta represa, hablaré una palabra siquiera. Hoy se le dio esa licencia. *Cum factus esset Jesus*, y á los treinta, *aperiens os suum*, derramó los ríos de su sabiduría: *Ego sapientia effudi flumina*, con que fertilizó toda la tierra. Pues ¿por qué tanto silencio? Para encomendarnos la humildad sobre este fundamento quiso cargar el edificio de su doctrina y esperó á que haga asiento treinta años. Mas quiso darnos el método de enseñar, primero con obras que con palabras. Hay algunos monstruos, de lenguas largas y manos cortas. Cristo al revés; treinta años consagró para solas obras, y tres para obras y palabras. Primero se abrazó con la pobreza en el pesebre que la enseñase en el monte. Guarde el juez la ley, el regidor la ordenanza, el prelado sus mandamientos, y con eso persuadirá eficazmente á los súbditos. Más. Pone freno este silencio á los mancebos, no sean como Eliu, amigos de pregonar lo poco que saben, no quieran usurpar oficios de maestros en la edad que han de ser discípulos. Los partos sin tiempo, no pueblan las casas, sino las sepulturas; los pajarillos que salen del nido antes de estar bastecidos de alas y plumas, no vuelan, sino caen; la bóveda cargada sobre las paredes frescas y recientes no es edificio, sino ruina. Dejad fraguar la obra, madurad los conceptos. El mancebo no está en tiempo de hablar, sino de oir y aprender. Zenón, crítico, dijo á un mozo muy parlero: *Aures tuæ in lingua defluxere.* «Las orejas se te han mudado en lengua». Dando á entender que el mozo ha de oir mucho y hablar poco. Así lo dice el Espíritu Santo: *Adolescens, loquere in tua causa vix cum necesse fuerit, si his interrogatque fueris habeat caput responsum tuum* (Eccles., 32). «Mancebo, cuida de ti y deja los otros, habla por ti apenas y en lo que te cumple; y si dos veces fueses preguntado, responde con la cabeza, por señas». Parece muy bien el empacho en los mozos, la vergüenza y encogimiento. ¡Qué bien viene esto con la bachillería que ahora se usa en mozos y mozas, que es peor! La que no es una picaza, la tenéis por necia; á la vergonzosa llamáis atajada Veréis mozas de doce años que no tienen la sabiduría de Cristo, pero sí la astucia de Satanás, que pueden enseñar á los viejos malicias, y dicen sus razones cortadas, sus cumplimientos y lisonjas, notar cartas y billetes. Gran perdición. No puedo pasar sin decir aquí algo de la crianza de los hijos, que es punto propio deste Evangelio y viene á propósito de tan gran auditorio.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Ascendentibus parentibus ejus in Hierosolymam remansit puer Jesus in Hierusalem. Dice que subieron sus padres á Jerusalem como lo acostumbraban en cada un año por la Pascua, y no dice que subió el niño, sino que se quedó, porque lo otro ya estaba dicho, diciendo que subieron los padres. No le dejaban de la mano, sino él iba donde iban ellos. Dos cosas muy necesarias para criar bien los hijos: la primera, que no los pierdan de vista los padres ni los desvíen de sí; la segunda, que los lleven consigo al templo, que les enseñen en primer lugar á encomendarse á Dios y á servirle, y que se aficionen á las cosas divinas. Sabida es aquella artificiosa distinción que pone el Apóstol, de dos hombres, viejo y nuevo, exterior é interior; dos leyes y bandos contrarios en un mismo hombre, espíritu y carne, razón y concupiscencia; y la más que cevil batalla que traen entre sí. Los mancebos comúnmente siguen la parcialidad del cuerpo, más se rigen por el sentido que por la razón. Lo primero, por la abundancia de la sangre, calor natural y multiplicación de los espíritus, que los hacen más cudiciosos de contentos y más osados para acometer cualquier peligro. Es en ellos la concupiscencia más impetuosa, y por consiguiente la irascible

más concitada y animosa. Lo segundo, por la falta que tienen de experiencia; quieren hacerla de todo, no temen los daños, porque no saben dellos: lo muy dificultoso les parece fácil y llano, y no dudan emprenderlo y salir con ello. Por lo cual dice Aristóteles *quod juvenes sunt majoris spei et audatiæ* (2 Etica); más confiados y atrevidos. Demás desto, la naturaleza deleznable é inconstante, que no ha hecho estado en ellos, antes camina en continuo movimiento á buscar su debida perfección y aumento, los trae inquietos y hace desear muchas cosas, por donde en la mocedad es más vehemente la inclinación al mal; como lo significó el Señor cuando dijo: *Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua* (Génes., 8). «La inclinación sensual y depravada del corazón humano tira al mal desde su mocedad». Pues ese fómite, ese rescoldo y seminario de pecados, efecto de la culpa y inclinación á ella, ¿no la saca el hombre del vientre de su madre? ¿no la hereda con la misma naturaleza? Sí, pero en la niñez parece que está amortiguada; mas en la mocedad allí revive y descubre su fuerza, y con un soplo levanta grandes llamaradas. Por esò es menester aquí mayor cautela, donde el peligro es más cierto. Es menester enfrenar á estos caballos desbocados y domar sus furiosos ímpetus, no se despeñen, corriendo sin tino tras sus concupiscencias y antojos. ¿Cuál será el freno que los detenga? Ninguno más poderoso que la ley de Dios. Así pregunta David: *In quo corrigit adolescentior viam suam?* (Salmo 118). «¿En qué ó con qué podrá el mancebo andar arrendado y corregido en el camino de su vida?» Y responde: *In custodiendo sermones tuos.* «Con guardar tus mandamientos». La observancia de la ley divina quebranta los bríos de la mocedad y es el freno que los detiene. ¿Quién les echará este freno? Ninguno mejor que sus padres; de quien tienen el ser, el sustento y crianza tengan también la corrección; que un león respeta al que le da de comer, cuanto más un hijo á su padre. Enseña la filosofía de Aristóteles ser necesario que este mundo inferior que contiene los elementos y los mixtos generables y corruptibles, estén junto, colgado y sujeto al mundo superior, que son los cielos, para que con su influencia y virtud sea gobernado; y así conviene que la edad juvenil, tierna y mudable, esté junta y sujeta á los mayores y pendiente del gobierno dellos. Esto quisieron significar los poetas en sus fábulas, fingiendo que Faetón, hijo del Sol, le pidió á su padre que lo dejase gobernar su carro solo un día, y como no supiese regir los caballos y abrasase el cielo y la tierra, lo mató Júpiter con un rayo, y cayó en el río Pado. Dando á entender por esta ficción que el mancebo que se quiere regir por sí y no sigue el orden y obediencia de sus padres, muere despeñado de los caballos de sus apetitos furiosos, y se echa á perder á sí y á otros. Virgilio introduce á Eneas, diciéndole á su hijo Ascanio:

Disce, puer, virtutem ex me verumque laborem;
Fortunam ex aliis.

(Eneida, 12.)

«Aprende, niño, de mí la virtud y los honrosos trabajos; la fortuna toma de otros». Pues si miramos la Escritura, hallaremos que Ana, la madre de Samuel, no quiso subir al templo hasta que su hijo fuese de edad que pudiese llevarlo á su lado. El hijo pródigo, en saliendo de casa de su padre, desperdicia su hacienda; Roboán, por dejar el consejo de los viejos y seguir el de los mozos sus compañeros, perdió la mayor parte de su reino; y por concluir, de Cristo se dice al fin del Evangelio, que se fué con sus padres. *Et erat subditus illis* La palabra griega que corresponde á *subditus* vale tanto como *subordinatus*, sujeto á su orden; que aun en sí mismo quiso mostrar esta providencia de naturaleza, que en todas las cosas ordenó que las menores estuviesen sujetas á la disposición de las mayores. ¿Cómo se hace esto? ¿Cómo cumplen los padres con esta obligación? Quisiera dar gritos como el cínico Crates Tebano cuando, subido en el más alto lugar de la ciudad (según refiere Plutarco), decía á voces: *Quo, miseri, ruitis, qui in quærenda pecunia omnem movetis lapidem; liberi vero quibus hæc estis relicturi, parum vos sollicitant?* «Hombres perdidos, que todo vuestro cuidado ponéis en adquirir riquezas, y ninguno en criar los hijos, ¿á quién las habéis de dejar?» Esto pasa entre cristianos. Los pobres ni cuidan de sus hijos, ni los doctrinan, ni saben si vienen á la Iglesia. Por ahí andan matando perros, jugando y descalabrándose, mientras misa y sermón. Los ricos, cuando mucho, dan á sus hijos un ayo, malo ó bueno, y con esto se tienen por descargados; las hijas encerradas en casa, en poder de esclavas, el día de fiesta, sin oir palabra de Dios ni oficios divinos, y para los toros y juegos de cañas les alquilan ventana; y ¡ojalá no fuera más que esto! que dejaran á cada uno con los malos siniestros y resabios que tiene de su natural, sin enseñarle otros de nuevo. Pero es mayor el mal, que apenas ha amanecido en el muchacho el uso de razón y ya comienzan los catedráticos de pestilencia, que son sus padres, á leerles lecciones de infierno. Mira por ti, no te dejes hollar de nadie; no te juntes con quien sea menos que tú; sabe responder cuando te dijeren alguna palabra: quien te la hiciere te la ha de pagar. ¿Qué diremos de la madre, que á una niña de cinco años la enrubia y enriza y

le pone guirlandillas y garzotas? ¡Que maman en la leche la vanidad! ¿Qué del padre que enseña á jugar y á jurar á su hijo?—No hago tal, antes le digo que sea virtuoso, y que no jure ni juegue.—¿Qué aprovecha, si le enseñas lo contrario con acto más eficaz, que es el ejemplo? Si tú eres tahur, jurador, maldiciente, ¿qué tal será tu hijo, que te tiene por dechado? ¿De qué sirve que la madre diga á su hija que sea honesta y recogida, si ella es liviana y andariega? Si queréis alabar una heredad á quien no la ha visto, con muchas palabras no diréis tanto de su bondad como ella predica con su presencia á quien la vee. Enseñadles á vuestros hijos la virtud en vuestras costumbres, y aprenderla han mejor que del pico de la lengua. Oid, para conclusión desta materia, lo que dice el Espíritu Santo: *Filii tibi sunt? Erudi illos, et curva illos a pueritia illorum.* «¿Tienes hijos? Enséñalos, corrígelos, dómalos, no los dejes salir con sus apetitos, no los regales ni mimes en su niñez». El ollero, cuando hace los vasos del barro blando, como él quiere les da la forma; pero si aguarda que estén secos de dos ó tres días, antes los hará pedazos que volverlos de otra manera. Un caballo, si no lo doman cuando es potrillo, ¿quién podrá con él después? Un árbol, cuando es chiquito lo podéis enderezar y torcer, y hacer que vaya como vos quisiéredes; pero si aguardáis que sea como un buey, no lo podréis sojuzgar. Así los muchachos, *curva illos.* Dobladlos desde la niñez, castigadlos, azotadlos, no os duela quebrarles las varas en las espaldas. *Qui parcit virgæ, odit filium suum* (Prov., 13). No dice que no hayáis duelo del hijo, sino que no hayáis mancilla de la vara. Dadle hasta que salten las astillas, que esto es ser benigno y amoroso padre. Lo contrario es ser verdugo y enviar el hijo al infierno. Cuenta Pontano (cap. 9, *De Liberalitate)* que una mujer principal y rica crió un hijo solo, que tuvo muy regalado y consentido; vino á ser ladrón y por ello sentenciado á la horca; estando al pie del palo pidió le dejasen hablar en secreto con su madre. Llegándose ella, le arrancó las narices de un bocado, y escupiéndolas en el suelo, dijo: Esta sea, ciudadanos, la paga de la crianza que hizo mi madre en mí. Hecho atroz, pero digno lo tengan los padres en la memoria, para que aprendan la severidad con que han de criar sus hijos. Toda esta doctrina nos enseña la Virgen Sacratísima trayendo á su hijo al templo el día de la fiesta, no por necesidad, sino por ejemplo.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Consumatisque diebus, cum redirent, remansit puer Jesu in Hierusalem, et non cognoverunt parentes ejus. Acabada la solemnidad, dando la vuelta para su tierra, quedóse el niño Jesús en Jerusalem, y no lo sintieron sus padres, porque según dicen, en aquel tiempo se usaba ir los hombres por un camino y las mujeres por otro, siendo libre á los niños ir con quien quisiesen. Esta loable costumbre guardaron en sus iglesias aquellos santos obispos Ambrosio, Augustino, Ildefonso, que en los templos había lugar apartado para las mujeres y otro para los hombres, y un velo en medio para que no se viesen. Importa mucho esta división para la honestidad, de la cual fueron tan observantes los antiguos, que aquella sepultura que Abraham compró para enterrar á su mujer Sara (la cual llama la Escritura *spelunca duplex)* dicen algunos habérsele puesto este nombre porque en ella había dos bóvedas apartadas, para que en el uno se enterrasen las mujeres y en el otro los hombres. ¿Pasáis por tal cosa? ¿Que aun muertos y hechos cenizas querían aquellos santos que estuviesen divididos los hombres de las mujeres? Y ahora, por nuestros pecados, hay tanta confusión y desconcierto, que es grima ver un día de sermón los hombres entre las mujeres; y esas vuestras sillas en lugares ocasionados donde pasan muchas solturas y licencias, ya inquietando á la gente devota y recogida, ya solicitando á las que van á ver y ser vistas, con gran escándalo de los circunstantes y gran desprecio de la majestad de Dios que está presente. ¿Quién oye la reverencia que pide Dios á los que entran en su casa? *Pavete sanctuarium meum* (Levit., 26): «Temblad de mi santuario». Habéis de estar ahí tamañitos. *Ego Dominus.* Está la majestad real detrás de sus cortinas donde no se pueden ver, y todos están en pie, destocados, que aun no se osan arrimar á las paredes, compuestos más mirados, porque hacen estado á la persona de su rey y señor; y está el rey de gloria debajo de sus cortinas, en el misterio sacrosanto de la Eucaristía, que si corriese aquel blanco velo de los accidentes, quedaría la tierra hecha cielo, ¿y no le tienen respeto sus criados? ¿En sus barbas y á ojos vistas hacen semejantes desmesuras? *Ego Dominus.* Pues señor es y celoso, que sabe estimar su honra y nada se le pasa por alto. Mejor orden tenían los pasados, aunque en esta coyuntura le fue ocasión á la Virgen benditísima de perder su hijo; pensando ella que venía con el santo Josef, y él que venía con su madre, se les quedó sin entenderlo. ¿Qué lengua podrá explicar ó con qué palabras se podrá decir el cuchillo de dolor que atravesó el corazón virginal, cuando echó menos su tesoro, y salió del desengaño que había estado, que ni ella sabe de su hijo ni Josef le da razón dél? Aunque allí fue menester desdoblar la riqueza de virtudes

heroicas que en su pecho había; aquella prudencia admirable, aquel valor y constancia divina, para valerse de todas en tan doloroso trance; pero con esta modestia se compadecía tan amargo sentimiento, que el corazón le estaría destilando gotas de sangre, y las entrañas se le derritirían de dolor. Lo mismo el santo Joséf ¿qué congoja sería la suya, viendo su inadvertencia en cosa tan preciosa y encomendada de Dios? ¿Qué descuidado ayo había hecho del mayorazgo del cielo que lo habían puesto á su cargo y no sabe dar cuenta dél? Diría las palabras que dijo Rubén cuando no halló á su hermano Josef: *Puer non comparet, et ego quo ibo?* (Gén., 37). Todas las cosas hizo Dios en número, peso y medida, sino son dos: amor y dolor. Del amor dice San Bernardo: *Modus amoris est sine modo diligere.* Y el dolor á medida del amor. A amor sin medida, dolor sin ella. Pues en la Virgen concurrían todas las causas de amor que puede haber en sumo grado: amor de naturaleza, amor de gracia, amor de justicia. El amor natural que hay mayor, es el de la madre á su hijo único; y este fue el mayor encarecimiento que hizo David del amor que tenía á su amigo Jonatás: *Sicut mater amat unicum filium suum, ita ego te diligebam.* La fuente que no tiene más que un desaguadero, por él deriva todo el raudal de su corriente; y así la madre que no tiene más que un hijo, en él pone toda la fuerza de su querer. No tenía la Virgen más que esta lumbre de sus ojos, que hoy se le ha eclipsado; no más que este espejo cristalino en que se remiraba, y ámale á solas porque no tiene padre en la tierra; todo era suyo, y así su amor natural era más aventajado. Pues el amor sobrenatural, que es más fuerte, ninguna criatura como ella, porque la caridad es á medida de la gracia; la Virgen llena de gracia, con el lleno que convenía á madre de Dios, y así más llena de caridad. El amor de justicia que se debe á la cosa amada por razón de su bondad, en la Virgen tuvo mayor motivo, porque el amado no sólo era hijo suyo, sino de Dios. Este amor se funda en el conocimiento del valor de la cosa amada, y crece con los beneficios. Nadie tuvo tan alto conocimiento de Cristo como su madre que le concibió por Espíritu Santo, y le parió virgen, y le trató y conversó tan largo tiempo; nadie más beneficios recibió de su mano, pues la levantó á la dignidad infinita de madre de Dios. Era su criador, su esposo, su hijo redemptor, y por todos estos títulos le amaba. Pues destos tres manantiales, ¿qué río de amor tan caudaloso se haría? De tres hogueras tan grandes, ¿qué llamas de caridad se levantarían? Y si el dolor es á la tasa del amor, porque tanto duele la pérdida de una cosa cuanto más se estima y ama y por mejor se conoce, siendo el amor de la Virgen tan sin medida, ¿qué tal sería su dolor? ¿cómo sentiría esta pérdida? ¿cómo la aterraría esta calamidad? Calle el dolor de Jacob por la pérdida de Josef, pues sin ese le quedaron once hijos que le consolasen, puesto que no quiso recibir consolación. No se traiga en consecuencia el desconsuelo de la madre de Tobías, que lloraba con lágrimas irremediables la tardanza de su hijo suspirando por la lumbre de sus ojos, báculo de su senectud, esperanza de su posteridad; pues ésta sabía dónde era ido y ella le había enviado á cobrar dineros, y con buena compañía que mirase por él. Pero vos, princesa del cielo, cuando en noche triste y oscura os encerráis en casa, sola y sin vuestra cara prenda, sin saber dónde la perdistes, sin tener otros hijos que os vengan á consolar, ¿qué nublado de tanta angustia y tristeza se puso sobre vuestro corazón? ¿qué ríos de lágrimas manaban por vuestros ojos, paloma blanca y sin hiel? ¿qué música tan dolorosa hacen los acentos de vuestros gemidos, tórtola castísima y solitaria? ¿qué bramidos dais en vuestro pecho al hijo perdido, piadosa leona? «Hijo mío, blanco de mis deseos, remate de mi afición, ¿cómo me dejastes? Alegría de los ángeles, ¿cómo así me has entristecido? Alindado en hermosura sobre todos los hijos de los hombres, ¿dónde está ahora tu graciosa presencia? ¿quién vee esta cara en que se han de mirar los ángeles? ¿Cuál es el techo venturoso que te cubre, tesoro del cielo? Mas si estás en la calle al sereno, abrigo de todas las criaturas, ¿por qué no me vienes á consolar, consuelo de todos los afligidos? ¿Cuánto más agradable me fuera la muerte, si á ti pluguiera, que carecer un solo punto de ti?» Desta manera se lamentaría la madre de misericordia, ausente de todo su bien.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Saquemos de aquí alguna doctrina de edificación, en especial para las almas puras y devotas, que renunciando todos los pasatiempos deste mundo, se recogen á tratar y conversar con el esposo en la oración. Allí hallan los regalos y dulzura de espíritu, con que entretiene Dios á sus amigos, la ayuda de costa para los que pelean, los alimentos que da á sus hijos antes de heredar, los relieves que les envía de su mesa. Cuando esto les falta, sin culpa suya, y sienten una sequedad de espíritu, un caimiento de corazón, un fastidio de la oración y ejercicios espirituales, ¿qué es esto sino que se absconde Jesús en el templo, y allí le pierden con la Virgen, donde le habían de hallar? Pero es suave disposición de su divina providencia: lo primero, para acrisolar el amor y que la inten-

ción sea más pura; para que en la oración no busquemos nuestro gusto, sino su voluntad y servicio. No es malo pretender regalos de espíritu el que aborrece los de la carne; pero es gran perfección el que carece de aquéllos no apetecer éstos; porque entonces imita á Cristo pendiente en la cruz y desamparado, que se queja con aquella voz lastimera: *Deus meus, ut quid dereliquisti me?* No fue desamparo cuanto al ser, porque nunca la divinidad dejó las partes que había tomado, sino cuanto al consuelo: porque ninguno se derivó á la parte sensitiva, dejándola anegar en aquel mar de dolores. Allí la escala de Jacob, que con una punta tocaba la tierra y con otra en el cielo, donde estaba Dios arrimado, recibiendo recaudos y enviando refrescos, se trocó en otra que es la cruz, que aunque está fija en la tierra, no llega con las puntas al cielo, porque no baja de allí ningún alivio para el que en ella muere. En esta suspensión y desamparo, imita á Cristo el alma que está colgada entre el cielo y la tierra; y de la tierra no tiene contentos, porque no los quiere; ni del cielo, porque Dios se los quita. Tenga fuerte y no se baje de la cruz en que Dios le puso, aunque á voces se lo persuadan sus enemigos; que en eso se vee la fineza del amor. Lo segundo, pretende el Señor, en quitar estos regalos á los suyos, que los estimen más y los busquen con mayor cuidado, y crezca más con la dilación el deseo. ¿Quién oye los clamores que daba David ausente del templo donde se adoraba á Dios, y las ansias que despertaba en su pecho esta penosa ausencia? *Quemadmodun desiderat cervus fontes aquarum* (Salmo 41). Como la cierva herida, que de suyo es cálida y acosada de la yerba, perros y cazadores, se apresura á lanzar en las fuentes de las aguas, así mi alma herida de amor, de suyo deseosa, y aquejada de tristezas y mal de ausencia, codicia hallarte, mi Dios. *Fuerunt mihi lachrymæ meæ panes die ac nocte.* ¿Qué decía David? Si os aqueja tanto la sed de ver á Dios, que mientras se dilata el beber en las fuentes de aguas vivas distiláis por los ojos lágrimas, ¿por qué llamáis á las lágrimas pan y no bebida? Al sediento y desequido, darle á comer, más se le augmenta la sed. Pues si vos la tenéis, hiciérades agua de vuestras lágrimas y no pan. O si no, señal es que con ellas crece más vuestra sed. ¡Ah, que esa es la verdad, que mis lágrimas son rocío echado en la fragua de mi deseo ahervorado que le aviva más; porque creciendo el calor, crece la sed, y creciendo la sed crecen las lágrimas que tornan de nuevo á encender el calor, por eso no las llamo agua sino pan. ¿Y qué es la causa porque las derramáis? *Dum dicitur mihi quotidie, ubi est Deus tuus?* ¿Que me vea ausente de Dios y que me pregunten donde está y no sepa dar razón dél? ¿Veis cómo el absconderse Dios aviva el deseo de hallarle? Y lo tercero, sirve para que sea mayor el gozo de verlo después de la pérdida. A este propósito explica San Gregorio aquel lugar de Job: *Deprecabitur Deum et placabilis erit ei, et videbit faciem ejus in jubilo, et reddet homini justitiam suam* (33). El que vee á Dios alejado de sí, rogarle ha; persevere, haga instancia en la oración, que aunque Dios haga del enojado, al fin se aplacará. Como la madre que quiere mucho á su hijo chiquito, alguna vez se le muestra enojada y se cubre el rostro con la toca para que el niño llore y desee verla, y descubierta sea doblada su alegría, así Dios algunas veces se cubre el rostro, quitando los favores y regalos á sus hijos queridos, para que ellos llamen y rueguen con lágrimas; pero luego se aplaca y se deja ver, volviendo al gozo que había quitado. Y eso dice: *Videbit faciem ejus in jubilo.* Júbilo, según dice San Gregorio, *jubilum namque dicitur quando ineffabile gaudium mente concipitur, quod nec abscondi possit nec sermonibus aperire; et tamen quibusdam motibus proditur quamvis nullis propietatibus exprimatur:* «Es una alegría inefable en el corazón, que se siente y no se dice, aunque con gestos y semblantes se manifiesta». El rostro de Dios no se toma aquí por su esencia, sino por su favor; como se dice mostrar el rostro, cuando se muestra amoroso y benigno, y volver las espaldas cuando está enojado. Pues quiere decir: verá su rostro con júbilo, volvérsele han los gustos, las caricias y mimos de Dios, con gozo que no se puede explicar; y págale Dios su trabajo, hácele justicia por lo que ha esperado. Toda la noche lucha Jacob con el ángel en la oración, y á la mañana queda consolado y bendito, y dice: *Vidi Dominum facie ad faciem, et salva facta est anima mea* (Génes., 32). «Visto he la cara de Dios y gozado de su favor, y hame dado la vida». Pierden los reyes la estrella que era su guía y paje de hacha, y no por eso dejan el camino; perseveran en buscar, haciendo sus diligencias, vuélvenla á ver; y viéndola: *Gavisi sunt gaudio magno valde.* Esto es júbilo, que con tanto tropel de palabras no se puede declarar.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Tal fue el gozo de la Virgen sacratísima y del santo Josef cuando tres días después de haber perdido á su infantico le hallaron en el templo, en medio de los doctores, como rosa entre las espinas, dando muestras de su sabiduría. Bien debido era este consuelo á la que tan sin culpa había por su causa padecido. Llégase la Virgen cuando pudo buenamente á su

hijo, y dale esta piadosa queja: «Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así con nosotros? Mirad que vuestro padre y yo os hemos buscado con mucho dolor». Responde el sapientísimo niño: ¿Para qué me buscábades? *Nesciebatis quod in his quæ Patris mei sunt oportet me esse?* ¿Cuáles son, Señor, los negocios de vuestro Padre? —No otros sino vuestra salud.—Esto vino á tratar y en eso gastó su vida y empleó sus trabajos. Por que esta diferencia entre otras hay de la santidad de Cristo á la de todos los justos: que ellos haciendo el negocio de Dios hacen también su negocio, porque sirviendo á Dios merecen y ganan sueldo y se hacen ricos de merecimientos; de suerte que si pasan trabajo, también se llevan todo el provecho. Sólo Cristo, nuestro Redentor, en quien está el lleno de todas las gracias, y su alma era bienaventurada desde el instante de su concepción, no mereció para sí cosa esencial; hacía nuestros negocios y no los suyos; tomaba el trabajo y dábanos el provecho de sus obras y pasiones; para nosotros es aquel tesoro que él con sudores de su sangre allegó. Pero, Señor, bien estoy con que venistes á hacer el oficio de Salvador, que el Padre os encomendó; pero ¿de dónde habían de saber vuestros padres que le habíades de hacer así? ¿Qué han visto hasta ahora en vos, ó qué obras habéis hecho, para que se entienda os habéis de gastar todo en nuestro remedio, pues así les preguntáis: *Nesciebatis quod in his?* Muchas debían ser, que los evangelistas no nos cuentan, pero la más principal que hallamos en el Evangelio hasta esta edad es la Circuncisión, donde le pusieron el nombre de Salvador; porque aquella sangre allí vertida fue la señal del infinito tesoro que había de pagar en el banco de la cruz. Dos llenos pusimos en Cristo: uno de gracia, otro de sabiduría, porque es Redemptor y maestro del mundo. La sabiduría hizo muestra á los doce años, pero de la gracia á los ocho días; porque aquella sangre es el precio de la gracia. Amor impaciente, que no se pudo contener. Mucho fatiga la sabiduría disimulada, pero el amor represado es fuego que no se puede disimular. Mirad si pudo decir más Eliu de su saber, que dijo Cristo de su amor: *Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usque dum perficiatur?* Heme de dar un baño en mi propia sangre para lavar con ella las mancillas del hombre. ¡Ah, qué apretado me veo, qué congojado, hasta que lo vea cumplido!. ¡Oh mosto ardiente, sangre inflamada con el fuego del amor, y qué de mal se os hace esperar! ¡A osadas, que ella busque respiradero! Fue tan grande el ímpetu de verse encerrada, *quod lagunculas novas disrumpit*, que quebró aquel cántaro nuevo, sin vejez de culpa, fabricado por el Espíritu Santo, que es el cuerpo de Cristo; y verlo heis en el huerto, todo cubierto de sangre que reventó por los poros, siendo primero por amor que por violencia vertida. Transvinábase el vaso; rompíase el saco por ser mucha la moneda. Y como un hombre que se está ahogando con una seria calentura, se desabrocha todo y no puede sufrir la ropa, y le abren las venas y sacan la sangre; así era tan violenta la calentura del amor que en el pecho de Cristo ardía, que no puede sufrir la ropa, y así le desnudan los sayones y le desabrochan los pechos y desencajan los huesos, y le rompen las venas, y verle heis de pies á cabeza manando sangre. Y como si esto no bastara, aun después de muerto parece que aún estaba apretado aquel amoroso corazón, y así ordena que le abran una gran portada en el costado, por donde respirar, y en abriéndola: *Continuo exivit sanguis et aqua*, luego al punto, que parece no aguardaba sino puerta para salir. Esta es la fuente de la vida, los dos pechos llenos de gracia y sabiduría; éste el monte de cerros y cumbres donde está la preñez de todos los bienes que habemos menester. A todos nos llama el Profeta: *Omnes sitientes, venite ad aquas: et qui non habetis argentum, properate* (Isai., 55). Ea, sedientos, venid á las aguas; pobres, que de vuestra cosecha no tenéis plata ni dinero de merecimientos, acudid que aquí se os dará de balde, á trueque de vuestra disposición. Daos prisa, comprad sin dinero, y sin trueque, vino y leche. Este es el convite que hace hoy la Iglesia á los fieles. Ofréceles los tesoros inestimables de los méritos y sangre de Cristo, aplicados por el sumo pontífice, por vía de indulgencia y satisfacción; danos la sangre de Cristo hecha leche, por medios muy fáciles para vivos y para muertos, y esto: *Absque argento et absque*, etc. ¿Cómo sin dinero? ¿No me piden dos reales? Sí, pero no como precio; pues todo el tesoro del mundo no lo puede ser de tan grandes indulgencias, sino como limosna con que os disponéis para gozar de tanto bien. Tres bulas se os dan: una de cruzada; ésta no es bula de por fuerza, no hay para qué encarecerla: absolución á culpa y á pena una vez en la vida y otra en la muerte; todos los casos reservados, aunque sean de la Bula de la cena, excepto el crimen de la herejía, elegir confesor con que sea de los aprobados. Todas las indulgencias que se ganan en Roma y las que se predican por el discurso del año, y las demás gracias que todos sabéis: de comer huevos los seglares, oir misa, enterrarse en sagrado en tiempo de entredicho. La segunda bula es de composición: ésta, á quien la ha menester, demasiada honra le hacen, que de bienes mal habidos, inciertos, cuyo dueño no se sabe, por dos reales se componen

en cinco mil maravedís, y así, tomando más bulas, hasta cien mil: si fuese más cantidad han de acudir al reverendísimo Comisario general, y vale esta composición con que no se haya mal ganado este dinero, con esperanza de tomar esta bula, porque habiendo esta fraude, toda se ha de aplicar á la santa Cruzada. La tercera bula es para difuntos: si tenéis allá alguno que os duela, no seáis tan escaso que no le apliquéis esta indulgencia plenaria con que le saquéis de purgatorio, si acaso está detenido en ellas. Estas son las riquezas de Cristo que reparte la Iglesia, sacadas de aquel lleno de gracia con que se alcanza la gloria.

SERMÓN SEGUNDO

DEL

DOMINGO DENTRO DE LA OCTAVA

DE LA

EPIFANÍA DE NUESTRO SALVADOR

Quid est quod me quærebatis? Nesciebatis quia in his quæ Patris mei sunt, oportet me esse

(Luc., 2).

INTRODUCCION

Los grandes ánimos y raros ingenios antes que maduros suelen dar señal de la venida desa virtud á que los llama y provoca su generosa inclinación. De Alejandro (aquel pasmo del mundo) cuenta Plutarco, que siendo muchacho enfrenó y domó el caballo Bucéfalo que su padre había comprado en trece talentos, y ya le mandaba echar á mal porque salió intratable y feroz, sin que ninguno osase subir en él, ni aun tocarle, que á todos los arrojaba por ahí. Mas el animoso mancebo, advirtiendo que el caballo se espantaba de su propia sombra y de quien se llegaba á él, le volvió hacia el sol, para que no la viese; y trayéndole la mano por las crines, de un salto se puso en la silla, y le hizo correr, parar y revolver con tanta gracia, que viéndolo su padre Filipo, con lágrimas en los ojos le dijo, besándole en la cabeza: Busca, hijo, de hoy más otro reino igual á tus bríos, porque no cabes en Macedonia. En el Evangelio de hoy (que es de San Lucas) en el cap. 2, nos cuenta el sagrado cronista un fucil ó relámpago que la luz divina, encerrada en la nube de nuestra humanidad, dio á los doce años de su niñez. ¿Qué potros más indómitos ni qué caballos más desbocados que aquellos fariseos y doctorazos de la ley, á quien no pudieron amansar ni corregir tantos y tan buenos jinetes como los profetas que Dios les envió? A unos arrastraron, á otros atropellaron y á todos los arrojaron de sí. Viene hoy Cristo niño, y vuélvelos hacia el sol, dales en los ojos con la claridad de su sabiduría y hácelos tratables y domésticos; de modo que le dan la silla, sentándose en medio, y allí les coge y larga las riendas. Oyelos, pregúntalos y respóndeles, y tiéneles colgados de su boca, con extraña admiración. Haciendo estas gentilezas le halla la Virgen su madre, después de haberle buscado tres días, con grave dolor de su ausencia. ¿Quién duda sino que con lágrimas en los ojos y sumo gozo del alma le abrazaría? Y pues el Evangelista nos dice de su prudencia, que todas estas cosas pesaba y ponía en su punto, cierto es que de tan altos principios coligiría el reino de su Hijo, y aquella predicación poderosa en obras y en palabras que había de sujetar el mundo. Mas porque la santa Cruzada no da lugar á proseguir esta historia acerca del tema (que es la respuesta que dio Cristo á su madre: ¿Para qué me buscábades? ¿No sabíades que me conviene estar en los negocios de mi padre?), trataré dos cosas: que bien se pagan el Padre y el Hijo: el Padre en amar al

Hijo y á todo lo que le toca; el Hijo en obedecer al Padre y hacer sus negocios, que son los de nuestra salud. Para decir esto con brevedad y provecho, pidamos la gracia por intercesión de la Virgen santísima. Ave María.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

David, progenitor de Cristo según la carne y que con ojos de espíritu le vio de lejos y divisó tan bién como de cerca, en el salmo 67, que es como un retablo de todos los misterios de nuestra redención, singularmente nos pinta la amorosa vista con que el Padre eterno mira á su Hijo, y los bienes que del aspecto benévolo destos divinos planetas á nosotros nos resulta: *Rex virtutum, dilecti dilecti, et speciei domus dividere spolia.* «Rey de los ejércitos, del amado del amado y á la hermosura de la casa repartir los despojos». Ordinario es en la Escritura y más en este Profeta, diciendo poco, significar mucho; y cuando al parecer va pobre de palabras, ir más profundo y rico de sentencias; y así en este lugar. Y dejando muchos sentidos que le dan, conforme á diferentes traslaciones, el que mejor se acomoda á nuestra Vulgata es que David representa aquí un campo lucidísimo, y grueso ejército, cual le puede juntar un poderoso rey; con su capitán general, valeroso y plático que le acaudilla y gobierna; y que después de dada la batalla reñida y sangrienta á los enemigos, reparte los despojos entre sus soldados victoriosos y alegres. Este campo es la Iglesia cristiana, á la cual llama el Espíritu Santo: *Terribilis ut castrorum acies ordinata.* «Terrible como las haces de los reales bien ordenadas». A estos reales y escuadras llama David aquí virtudes, como dice San Teodoreto: *Vocat multum exercitum eos qui crediderunt.* «Llama virtudes y ejércitos en plural á todos los fieles que creen en Cristo; que son, serán y han sido muchos». Estos son los poderes de Dios, con que pelea contra el Príncipe de este mundo; los soldados que militan debajo de la bandera de la cruz para conquistar el cielo. El Rey que juntó estos poderes es el Padre eterno, de quien dijo uno de los amigos de Job: *Nunquid est numerus militum ejus?* «¿Hay quien sepa el número de sus soldados?» ¿Puédense contar ó poner en lista? Sólo puede el que se llama rey de las virtudes, que cuenta la muchedumbre de las estrellas y pone nombres propios. El capitán general que rige este ejército es Cristo, recién nacido en Bethleem de Judá. Por eso esta ciudad, aunque pequeña en sitio, es más célebre en nombradía. *Ex te enim exiet mihi dux qui regat populum meum Israel* (Miqueas, 4). «Porque della sacó Dios el caudillo para capitanear todo su pueblo de Israel». Aquí le vinieron á reconocer y adorar los pastores de Judea y los reyes de Oriente; en señal que todos, chicos y grandes, desde el cetro hasta el cayado y de la corona á la carapuza, le han de servir y ser sus soldados. Los despojos que se reparten son los méritos infinitos de Cristo, sus satisfacciones, la gracia y dones del Espíritu Santo, que nos ganó en la batalla de su pasión; y así le envió sobre sus fieles en subiendo á los cielos victorioso. *Apparuerunt Apostolis dispertitæ linguæ, tanquam ignis* (Act., 1). Aquellas lenguas de fuego repartidas, en cuya forma visible se dio á los Apóstoles el Espíritu Santo, y con esto quedó hermosa y adornada la casa de Dios, que es la Iglesia; aquella reina que vio David á la diestra del rey, con pasamanos y recamados de oro, vestida de librea y con mil galas y primores. De suerte, que quiere decir David: el Padre eterno, que es rey de los ejércitos cristianos, los cuales ejércitos son también de Cristo, su hijo amado, dará orden cómo se repartan á los fieles los despojos de las gracias espirituales, con la cual partición se hermosea la Iglesia, que es casa de Dios. Para entender esta orden y el atanor y arcaduz por donde nos viene todo este bien, conviene reparar en este nombre que le da el Profeta á Cristo: *Dilecti dilecti.* Dos veces amado. No carece de misterio aquella repetición: es amado en sí y es amado en nosotros; en sí le ama el Padre, porque es el objeto de su amor. *Filii dilectionis suæ* le llama San Pablo: «Hijo de su afición, sus amores y todo su regalo». Es resplandor de su gloria, figura de su sustancia, imagen viva de su bondad, veese trasladado al vivo y expresado perfectísimamente en él; y así le ama con infinito amor; porque si el Padre tiene caudal para amar infinitamente, el Hijo tiene bondad y lindeza para ser amado con esta infinidad; y este amado es causa de que las criaturas que por él fueron hechas sean en él y por él amadas. Es el amor de Dios tan hidalgo y altivo, que no se emplea sino en cosa de su linaje. Si acá se tiene por afrenta que un príncipe se casase con una mujer baja y de mala generación, mayor lo fuera del amor divino, si se aficionara á las criaturas por quien ellas son: pues todas (aunque entren en cuenta los más puros serafines), comparadas con Dios son villanas, rateras y de casta de nada. ¿Pues quién es parte para que Dios las ame, como sabemos que las ama? Eslo Cristo, que por sí solo merece ser amado. *Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem* (Efeso, 1): «En él y por él nos amó, antes de la constitución del mundo». Aún no tenían las criaturas ser en sí mismas, y ya eran amadas y agradables á Dios en su Hijo; en quien estaban como en causa ejemplar y

primera, y tenían mejor ser que en sí mismas. Esta verdad declaró el Padre Eterno en el Baptismo y Transfiguración, con aquella magnífica voz: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui*. El solo me contenta por sí, y todos por él me han de contentar; dél se deriva á ellos el amor, y esta preeminencia no la tiene Cristo solamente en cuanto Dios, sino también en cuanto hombre. Mirad. El pecado de tal suerte estragó al hombre, que le hizo indigno de ser amado de Dios; porque no solamente aborrece Dios la maldad, sino también abomina el sujeto della, que es el malo, según aquello del Sabio: *Similiter odio sunt Deo, impius et impietas ejus*. «Está Dios mal con el pecado y con el pecador revestido dél». Acá, cuando en un vaso ha estado un mal licor, inmundo y asqueroso, si el vaso es de poco precio, no os contentáis con derramar el licor, sino el vaso también le quebráis y echáis á mal; mas si el vaso fuese de oro, verteríades el mal licor y guardaríades el vaso. ¡Oh cruel ponzoña el pecado, licor pestilencial y tan abominable y hediondo al olfato de Dios, que no solamente al pecado, sino al vaso en que está, aunque sea de oro fino, como un ángel ó una alma hecha á imagen suya, le abomina y asquere á Dios y lo arroja en el infierno! Por eso cuando anegó el mundo con el diluvio universal, allí llegaron las aguas hasta donde pudo llegar el anhélito de los pecadores; y ahí llegará también el fuego el día del Juicio, para abrasar todo lo que por alguna vía pudo ser sujeto de pecado. Quedó, pues, el hombre, que por herencia tenía pecado, aborrecible á Dios; y por otra parte tenía Dios gana de amar al hombre que es hechura suya, y da en un medio artificioso, digno de su ingenio soberano, que es lo que estos días celebramos. Envíanos á su Hijo hecho hombre, sin pecado, concebido de Espíritu Santo, nacido de madre virgen, lleno de gracia y carismas espirituales, oloroso, amable, *totus desiderabilis*, todo de comer; para que la naturaleza humana, que por estar en sujetos pecadores era indigna de ser amada de Dios, puesta en tal sujeto cual es su hijo amado, por él alcanzase el amor divino. ¡Oh invención admirable de la sabiduría de Dios! Dan os á vos unas píldoras de acíbar, no las podéis tragar ni aun tomar en la boca; envolveislas en un poco de azúcar, que es todo dulce, para engañar el amargor con la dulzura, y así las pasáis. Era todo acíbar el hombre por el pecado; no le podía ver Dios ni tragar. *Non permanebit spiritus meus in homine quia caro est* (Gen., 6). Yo, espíritu limpio, el hombre de carne y carnal, no me sabe bien, amarga. ¿Qué remedio? Envuélvelo Dios en un terrón de azúcar, en este panal de miel, *Verbum caro factum est*. La carne puesta en el Verbo ya es dulce y comedera, y la pasa con gusto Dios, y le huele bien. Mandaba Dios que porque aquella sangre de animales que se sacrificaban en el templo no causase mal olor á los que entrasen, y aun horror y aborrecimiento, se hiciese una confección, una compostura de diferentes cosas olorosas, y aquello se quemase siempre en el templo y fuese un olor suavísimo al Señor, así para templar el mal olor de nuestros pecados (que en la Escritura se llaman sangres: *Libera me de sanguinibus, et sanguis sanguinem tetigit*, y los pecadores: *Viri sanguinum et doloris, sanguinolentus*, Caínes homicidas); pues para quitar el mal olor desta sangre corrupta y podrida, hizo Dios esta compostura del *Verbum caro*. Dos naturalezas en un supuesto: la una divina, en sí odorífera; la otra humana, pero tan llena de olores de gracia, y de verdad, que su olor penetra los cielos, y vemos al Padre asomado á ellos como recibiendo olor que se difundía deste sagrado thimiama. *Hic est Filius meus dilectus*. Este me huele bien y por él los demás. Esto dijo claramente San Pablo: *Gratificavit nos in dilecto Filio suo* (Efeso, 1). «Hízonos gratos y amables así, en su hijo amada». Por nosotros somos asquerosos y aborrecibles; por el Hijo, queridos y amados. Diole Dios un hijo á David y llamole Salomón: esto es, pacífico. Viene Dios y envía á Natán un profeta que le mude el nombre y llámale *Amabilis Domino*, y en éste confirmó el reino de David para sus descendientes: para dar á entender que en el pacífico Salomón, hijo y descendiente de David, según la carne, que es Cristo, amado del Padre por excelencia, se habrá de confirmar el reino de los justos; porque en aquel amor se funda el que Dios les tiene á ellos; y aquí veréis con cuánto acierto le llama David: *Dilecti dilecti*. Dos veces amado: amado en sí, porque lo merece por sí, y amado en mí, porque lo que en nosotros ama el Padre es lo que de su Hijo tenemos.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Deste mismo principio sacaremos el aviso de la Virgen sacratísima y de Josef su benditísimo esposo, en llevar consigo á Cristo niño desde Nazareth á Jerusalem. Estableció Dios esta ley para todo su pueblo. *Ter in anno apparebit omne masculinum tuum coram Domino Deo tuo:* «Tres veces en el año aparecerán todos los varones en el templo delante de tu señor Dios». No quiso obligar á las mujeres: lo uno, porque son delicadas y de pocas fuerzas para andar largas jornadas, y por esta misma razón se dispensaba con los niños. Lo segundo, porque les quiso encomendar el recogimiento y

honestidad que tan bien parece en las mujeres; y pues que para ver á Dios no les mandaba salir de casa, viesen ellas cuánto se debían excusar otras salidas de menos importancia. Lo tercero, porque las mujeres ordinariamente son más devotas que los hombres, y así, sin mandárselo, irían siquiera una vez en el año, que era la Pascua, como vemos que iba la Virgen devotísima, sin obligación. Lo que se pretendía en estas visitas era que los hombres conociesen á Dios y le adorasen, y como á Padre le representasen sus necesidades y le pidiesen el remedio dellas y hiciesen gracias por los beneficios recibidos. Y en señal deste reconocimiento, y como para obligarse Dios á hacerles mercedes y otorgarles lo que pedían, quería que ellos le trajesen parias y le ofreciesen dones. *Non apparebis in conspectu meo vacuum:* «No parecerás ante mí con las manos vacías», si las quieres llevar llenas de mis tesoros. De manera, que el hombre manivacío no parecía bien á Dios ni negociaba con él. Virgen prudentísima, ¿para qué ponéis á vuestro hijo en camino? ¿Por qué no le excusáis en tan tierna edad este trabajo? Segura vais de parecer vacía en los ojos de Dios, pues el ángel dijo que sois *gratiæ plena* y que la hallastes delante de Dios. ¡Ah! que sabe muy bien que toda su plenitud se deriva de la de su hijo, que es el *plenun gratiæ et veritatis, de ejus plenitudine nos omnes accipimus* (Juan, 1). Hizo Dios en Cristo represa de la gracia y depósito de sabiduría, y en él está como en fontal principio, de cuyo henchimiento se comunica á los demás: y así le lleva la Virgen en su compañía para parecer llena y rica delante de Dios. No puede estar el arca sin el divino propiciatorio. Va á hacer oración, lleva á Cristo para pedir en su nombre. Cristiano, cuando hubieres de parecer delante de Dios; cuando llegares á dar aldabadas á las puertas de su misericordia; si las quieres ver abiertas de par en par, y á Dios propicio y fácil en conceder el efecto de tus peticiones, lleva contigo á Cristo, que es nuestro abogado en presencia del Padre. No mires á tu indignidad, sino á su merecimiento; pide por amor de Cristo, que siempre es oído por su reverencia. Tiénele el Padre tanto respeto, estále tan agradecido á aquella muerte que por su obediencia sufrió, que no puede negar demanda justa que con instancia se haga en su nombre. Y así nos dio el mismo Redentor su palabra confirmada con juramento: «De verdad os digo que cualquier cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre os la otorgará». Todo lo que importa para la salvación, ahora sea espiritual ó temporal, se pida en nombre de Cristo; y perseverando en pedirlo, infaliblemente se alcanzará. Ahora entiendo yo aquel lugar oscuro del santo Job: *Cum invocantem exaudierit me, non credo quod audierit vocem meam* (9). «Cuando llamándole me oyere, y hiciere lo que pido, no creo que oyó mi voz». Pues si hizo lo que pedís, ¿cómo no oyó vuestra voz? Quiere decir: no lo hizo por mi respecto, no le movió mi voz, sino el merecimiento de su Hijo, para que me despachase. Esta teología platica la Iglesia cuando en el fin de todas sus oraciones pone: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*. Hace las peticiones, da voces á Dios: mas como sabe que no ha de oir su voz á solas, para inclinarle pónele delante á Cristo. La traza que dio Rebeca para que Jacob alcanzase la bendición de su padre Isaac fue vestirle de las ropas nuevas y olorosas de su hermano mayor Esaú; y así como entró en el aposento, y su padre le oyó hablar, dijo: *Vox quidem vox Jacob;* por la voz mal pleito tenía, pero cuando se llegó á él y le dio al padre el tufo de las ropas olorosas, *statimque ut sensit vestimentorum fragantiam*, al punto le echó su bendición. *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus:* «Sin duda es éste el buen olor de mi hijo, que es como el del prado lleno y poblado de todas las flores, al cual bendijo el Señor». De la misma suerte, si el cristiano quiere alcanzar la bendición del padre de las misericordias, poco prestará vocear á secas; porque más perderá con las voces de sus pecados que claman al cielo, y suben allá á pedir justicia. ¿Quién eres tú? ¿Qué merecimiento es el tuyo? ¿Qué tal ha sido tu vida para que Dios te oiga? No merece sino que en lugar de bendición te eche su maldición, como se recelaba Jacob, siendo conocido. ¿Qué remedio? Vestirte las ropas del mayorazgo. ¿Qué ropas son éstas? Dígalo San Pablo (Rom., 13): *Induimini Dominum Jesum Christum*. ¿Qué es vestirse de Jesucristo? Es aprovecharos de sus riquezas, valeros de sus méritos y patrocinio, engalanaros con sus joyas, adornaros con sus virtudes, que no se parezca en vos otra cosa sino Cristo, como en el hombre lo que se parece es el vestido, y por él juzgamos muchas veces de cada uno quién es. A la manera que dice el Sabio: *Qui communicaverit superbo, induet superbiam*. Dime con quién andas, decirte he quién eres. Si comunicas con soberbios, vestiráste de su librea y serás soberbio como ellos: si cursas en la casa de juego, serás jugador; si te acompañas con gente liviana, serás deshonesto. Así, por el contrario, quien conversa con Cristo y se llega á él, se viste de Cristo, imita sus costumbres, su humildad, su mansedumbre, su paciencia, su caridad; de suerte que parece otro Cristo, una imagen de su vida y santidad. El que desta ropa se viste, luego huele bien á Dios, y así dice el mismo Apóstol: *Christi bonus odor sumus Deo*. Yo sé que ole-

mos bien á Dios, porque le olemos á Cristo; y en sintiendo él en el hombre esta fragancia de las virtudes de su Hijo, luego le echa su bendición y le concede cuanto le pide y le está bien. Bendito sea Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, dice San Pablo. *Qui benedixit nos in omni benedictione spirituali in Christo* (Efes., 1): «Que nos bendijo con toda bendición espiritual en Cristo». Quiere decir: que por este hermano mayor y primogénito entre muchos hermanos nos concede Dios la plenitud de todos los bienes espirituales que importan para nuestra sanación.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Mas no sólo alcanzamos por Cristo el efecto de nuestras peticiones, sino también nos importa su compañía para alcanzar la gracia del Padre, para que nos mire con buenos ojos y le parezcamos hermosos y dignos de su amor. El santo Josef, cuando sus diez hermanos vinieron á Egipto á comprar trigo, les dijo: *Non videbitis faciem meam absque fratri vestro minimo.* «No veréis mi rostro, si no traéis á vuestro hermano el más pequeño». Esto dice Dios á todos los hombres: no hay verle su cara sino por medio de Cristo. Este Benjamín, el más querido, que siendo hijo de la diestra del Padre se hizo hermano nuestro; y aunque en la dignidad es el mayor, y tiene todas las primerías, por la humanidad se hizo el mínimo de los hombres; con éste nos habemos de juntar y unir mediante la fe viva que obra por caridad, para ser graciosos y agradables á los ojos de Dios. Algunas veces, considerando esto, se me ha representado Cristo como unas piedras que hay de vidrio trianguladas, que sirven para alegrar el corazón y quitar la melancolía; que puestas delante los ojos, todo lo que por ellas se vee parece flores y jardines de mil colores, aunque sea basura. Así, mirándonos el Padre en Cristo, pierde todo el enojo; aun nuestros pecados le parecen flores, porque se miran ya allí perdonados y pagados y lavados con su sangre, y convertidos en gracia y hermosura. Este mismo pensamiento sin duda tenía David cuando oraba: *Protector noster, aspice, Deus* (Salmo 83). ¡Oh mi Dios que ofendido de mis pecados me habéis vuelto las espaldas, dadme ya, Señor, el rostro y miradme con los ojos de vuestra clemencia! ¿Y á dónde ha de mirar? No á mis pecados derechamente, que le moverán á ira: *Averte faciem tuam a peccatis meis* (50). ¿Pues á dónde? *Respice in faciem Christi tui.* Paréceme que veo á David angustiado y afligido con la consideración de sus pecados y deseoso de parecer bien á Dios, y como oyó decir cuando Natán le notificó de parte de Dios: *Dominus transtulit peccatum tuum*, que aquel pecado se le perdonaba con tanta facilidad, porque le traspasaba Dios de sus hombros flacos á los de Cristo, sobre cuyas espaldas puso el Señor todos los pecados del mundo, para que satisficiese por ellos. Contempló David á Cristo en la Cruz, afeado aquel rostro en que se desean mirar los ángeles, empañado aquel espejo sin mancilla, deslustrada y oscurecida la cara más linda de los hijos de Adán; y poniéndose á las espaldas donde vio la carga de sus pecados, dícele á Dios: Señor, miradme, mas por el rostro de vuestro Cristo. Pase vuestra vista por esta vidriera cristalina; para que visto yo por tal espejo, os parezca hermoso. ¡Oh aviso discretísimo del cual se aprovechó también aquella mujer pecadora en la ciudad, que viniendo confusa y espantada de la fealdad de sus torpezas, *stans retro*, se puso á las espaldas del Redentor, porque en breve la había el Espíritu Santo enseñado que ese es el mejor puesto que puede tomar el pecador: ponerse detrás de Cristo, humilde y confuso, y pedir al Padre que le mire por él, que le admita y le perdone. Los nublados, por sí feos, son tenebrosos y oscuros; mas puesto el arco en ellos, ¡qué hermosos nos parecen! Así las nubes de nuestros pecados que nos absconden la ley de la gracia divina, feísimas son y oscuras; pero si el arco se pone en ellas, Cristo, á quien vio San Juan con el arco del cielo en la cabeza, *iris in capita ejus* (Apocal., 10). Si se miran los pecados limpios y pagados por la virtud de la pasión de Cristo, y que tienen los colores vistosísimos del arco, aquel carmesí de la sangre del cordero, aquel amarillo de la penitencia, aquel verde de la esperanza, aquel azul del cielo, aquel blanco de la gracia, no se harta Dios de mirar en ellos. Este secreto descubrió el Apóstol: *Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit; ut nos efficeremur justitia Dei in ipso* (II Cor., 5). «A aquel que no supo qué cosa era pecado por experiencia, porque ni le tuvo ni le pudo tener (como decís acá, fulano en toda su vida no ha sabido qué cosa es calentura, queréis decir que nunca la ha tenido; y del que nunca está quedo, decís que no sabe estar quedo; y del que no hace mal á nadie, decís que no sabe hacer mal á nadie), pues al Hijo de Dios, que no supo del pecado, el Padre le hizo por nosotros pecado; esto es, sacrificio por nuestros pecados; porque en la Escritura se llama pecado la hostia y ofrenda que se ofrecía por el pecado. Los sacerdotes, dice Oseas (4): *Peccata populi mei comedent.* Quiere decir: «Las ofrendas y sacrificios que el pueblo ofreciere por sus pecados». Hizo, pues, Dios á su hijo sacrificio por nuestros pecados, obligándole que muriese por ellos en el ara de la cruz. O

de otra manera: A Cristo, que nunca pecó, lo hizo por nosotros el mismo pecado; y dice el mismo pecado, por exageración; como para exagerar de uno que es blanquísimo, no le llamamos blanco, sino la misma blancura. Así el apóstol, para ponderar que el Padre encargó á Cristo de todos nuestros pecados, para que pagase por ellos, dice que lo trató, no sólo como á grandísimo pecador, sino como fuera el mismo pecado. Imaginad ahora que de todos los pecadores del mundo, pasados, presentes y futuros, se forja un solo pecador: á este tal ¿no llamaremos grandísimo pecador, ó el mismo pecado? Pues veis aquí lo que hizo Dios con su amado Hijo: *Posuit super eum Dominus iniquitates omnium nostrum* (Efes., 53). Que siendo nosotros pecadores diferentes, el Señor, para que su justicia quedase satisfecha de nuestros pecados y nosotros libres, puso en Cristo los pecados de todos nosotros y le hizo cargo dellos: para que como si él fuera un pecador tan grande como todos juntos, así él solo pagase por todos nosotros. ¿Y para qué todo eso? *Ut nos efficeremur*. Para que por esta vía fuésemos nosotros hechos justicia de Dios en el mismo Cristo. Para exagerar también qué justos quedamos por Cristo, no sólo dice que somos hechos justos delante de Dios, sino la misma justicia. De suerte que el Apóstol llama á Cristo grandísimo pecador, no en sí, sino en nosotros; y á nosotros grandísimos justos, no en nosotros, sino en él y por él. Desta manera se hermosean las nubes con el arco y se cubren nuestras fealdades con la hermosura de Cristo: porque Dios justifica al pecador, no por sus méritos, que ningunos preceden á la primera gracia, sino por los méritos de Cristo. Por él se nos da la gracia y dél se nos pega la justicia. Pero no habéis de pensar que la misma gracia y justicia que está en Cristo y le es propia y natural como á Hijo de Dios y cabeza de la Iglesia, está en nosotros también, y se traslada de Cristo á nuestras almas; porque ni él se puede despojar de su hermosura, ni en nosotros cabe tanto bien. Ni tampoco imaginéis que la justicia de Cristo se reputa por vuestra: en este sentido, que sin poner en vos gracia, os llamáis justo, por la justicia que está en él; porque mal podéis vos ser blanco con la blancura que está en aquella pared, sino decimos: que somos hechos justos con la justicia de Cristo, porque toda la gracia y justicia que tenemos se deriva y depende de la que en Cristo hay. Un ejemplo. La luna de suyo es negra, y toda su claridad recibe del sol; llano es que no es la misma luz la del sol y la de la luna: la del sol es mayor, permanente, de su propia cosecha; la de la luna es menor, mudable, prestada y no dura más de cuanto el sol se mira en la luna como en un espejo; pero con verdad puede decir la luna que es clara y lucida con la luz del sol: no que sea la misma luz, sino porque toda la que tiene la participa del sol. Así nosotros, que por naturaleza somos hijos de ira y de tinieblas, sujetos pecadores, recibimos la claridad de la gracia de Cristo, que es sol de justicia. Diferentes justicias son la suya y la nuestra: él tiene gracia infinita, de su propia cosecha, no la puede perder; nuestra gracia es finita, limitada, podemos perderla pecando y toda la recibimos dél prestada; y por eso nos decimos justos con su gracia, porque dél nos viene todo bien; por él se nos da la gracia, sin nuestros méritos; por él tenemos derecho de justicia á la bienaventuranza, por él nuestras obras se afinan y suben de quilates para merecer el cielo. ¿Qué valor es el de vuestra limosna y el de vuestro ayuno y el de un jarro de agua fría, para merecer la visión beatífica, si no interviniera la pasión del Hijo de Dios? ¿Y qué parte fueran vuestras leves penitencias para que Dios hiciera suelta de las rigurosas penas del purgatorio que debéis por vuestros pecados, si no tuviera atención á la satisfacción copiosa que le dio su hijo en la Cruz? La cual ha de ofrecer cada día el cristiano á Dios, en satisfacción de sus culpas, y juntar sus obras con aquel piélago de la sangre de Cristo; para que de ahí tomen valor, para merecer y satisfacer.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Y si para nosotros es tan buena la compañía de Cristo que por él somos amados, oídos, justificados y heredados en su reino, ¿qué daño ó qué desastre puede ser igual á lo que es perderle? ¿Qué furia, qué frenesí te arrebata, ciego y desatinado pecador, cuando por un vil interés, por un breve contento, por un vano pundonor, y finalmente de balde y por pasar tiempo, te apartas de Cristo, ofendiéndole, y dejas su compañía por hacer pacto con la muerte y con el infierno? ¿Sabes lo que tomas y lo que dejas, lo que pierdes y lo que ganas, á quién despides y con quién te acompañas? Sin duda no lo sabes; porque todo pecador es ignorante, y yerran los que obran mal. Cuando la Virgen y Josef le perdieron corporalmente, sin culpa suya, dice el evangelista que *non cognoverunt parentes ejus*, que no lo entendieron sus padres ni lo advirtieron; significando que perderle espiritualmente por culpa propia no puede ser sin ignorancia y error, á lo menos práctico; porque quien sabe, como debe, lo que es Cristo para él, ¿cómo es posible echarle de sí si no ha perdido el juicio? *Nunquid solitudo factus sum Israel; aut terra serotina? Quare ergo dixit populus meus, recesimus* (Jerem., 2). «¿Por

ventura, dice Dios, soy yo para Israel algún erizo ó cigarral sin provecho, soy tierra flaca y delgada, mala heredad tardía en rendir los frutos?» No por cierto, Señor, sino paraíso de deleites, tierra temprana, heredad segura y fértil que produce todos los bienes. *Quare ergo*, pues ¿por qué razón mi pueblo, que debe saber esto y lo ha experimentado, se aparta de mí? ¿Por qué me dejan y no quieren mi compañía? No hay por qué, sino porque no conocen, porque es infinito el número de los locos. Con lágrimas lo dijo el Salvador: *Quia si cognovisses et tu.* ¡Ah, si conocieses, Jerusalem, el bien que se te entra por las puertas, seguro que no le darías con ellas en los ojos, ni le desecharías! Pecador que estás sin Dios, pídele que te alumbre, para que conozcas la falta que te hace; y luego llorarás esta pérdida y le buscarás con dolor. Si la madre de Tobías lloraba con lágrimas irremediables la tardanza de su hijo, diciendo: ¿A dónde te enviamos á peregrinar, lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra senectud, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? *Omnia simul in te uno habentes, te non debuimus dimittere ire a nobis:* «Teniendo en ti sólo juntas todas las cosas, no te habíamos de dejar partir un punto de nosotros». ¡Con cuánta mayor razón diría esto el alma que ha perdido á Cristo! ¿Por qué te enviamos á peregrinar? Nosotros le despedimos, que El es tan fiel amigo que no deja al hombre si el hombre no le deja primero. Pues ¿por qué te echamos de nuestros ojos que alumbras á todo hombre que viene al mundo? Báculo de nuestra vejez, entivo de nuestra flaqueza, consuelo de la vida, enjugador de nuestras lágrimas, esperanza única de nuestra posteridad, por quien habemos de ser incorruptibles y durar por toda la eternidad, teniendo en ti solo todos los bienes: la gracia, justicia, salud, tesoro, merecimiento; tú nuestro padre, nuestro amigo, esposo, maestro, redentor, no debíamos dejarte de nuestra compañía, no te habíamos de perder. Perdido, justo es que por esta pérdida se viertan lágrimas irremediables; que no tengan otro consuelo sino la presencia de aquel por cuya ausencia se derraman. *O vos omnes qui transitis per viam.* Laméntase Jeremías en nombre de Jerusalem por sus pecados arruinada, dejada de Dios, sin templo, sin culto divino, y dice: «¡Oh todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor semejante al mío, mirad si hay mal tan grande que tanto sentimiento y dolor pida!» *Quoniam vindemiavit me Dominus in die iræ furoris sui* (Jerem., 1). En las esotras pérdidas y calamidades no queda el hombre vendimiado; si os quita Dios la hacienda, déjaos la salud; si esto os falta, quédaos la honra, que vale más que las riquezas; si se os muere el marido, quédaos un hermano ó vuestra madre, siempre queda algún racimo para vuestro consuelo; pero si permite Dios que os quiten á Cristo, el racimo de la tierra de promisión que produjo la viña de Engadi, esa es vendimia de la ira y furor del Señor; totalmente quedáis destruído, sin provecho, sin honra, sin salud, sin gracia, sin amor, sin Dios, sin cielo, sin bien alguno. Quien esto conoce, búsquele con dolor si le quiere hallar con alegría, como la Virgen dijo á su hijo cuando le halló en el templo, sentado entre los doctores: Hijo, ¿por qué lo habéis hecho con nosotros así? Que vuestro padre y yo os habemos buscado con dolor. Responde el sapientísimo niño: *Et quid est quod quærebatis?*

CONSIDERACIÓN QUINTA

Aquí veréis el retorno que da Cristo á su padre y cómo le paga el amor que le tiene. Y ¿para qué me buscábades? Mi Dios, ¿mas por qué no os han de buscar? La madre que os parió ¿no ha de buscar su cara prenda? ¿Tiene ella otro bien sino á vos? ¿Tiene otro espejo en que se mire? Vos sois su hijo, su consuelo, su vida, la riqueza de aquella casa, el remate de sus deseos, ¿cómo no os ha de buscar habiéndoos perdido? Fue muy sabia respuesta, para mostrar cuánto puede con El el amor del padre. No hay duda sino que el corazón ternísimo del niño Jesús se lastimaría gravemente de ausentarse de su madre, que la amaba incomparablemente y de darla una pena tan grande como ésta; que sabía El muy bien cuánto la había de afligir y atormentar. No hay duda sino que los bramidos de aquella piadosa leona sonaban en los oídos del hijo y causaban no pequeña compasión y dolor en su alma. Si cuando hombre, queriéndose desviar de sus discípulos para orar al Padre, dice San Lucas: *Et ipse avulsus est ab eis quantum jactus est lapidis;* «Que fue arrancado dellos cuanto un tiro de piedra»; dando á atender que los amaba tanto que apartarse dellos un tiro de piedra era arrancársele las entrañas y el corazón; pues ¿qué sentiría en apartarse de su madre, tanto mejor y más amada, y en su tierna edad y tan lejos y por tres días? Pues ¿por qué quiso tomar y dar tanto dolor? *Quia in his quæ patris mei.* Por hacer los negocios de su Padre, quiso decirles: madre mía, bien sabéis vos que yo no me puedo perder, y lo que os amo, pues dicho se estaba que si yo os dejé á vos que sois mi madre verdadera, y á vuestro esposo que es mi padre en la opinión, no podía ser sino por mi eterno Padre, á quien yo debo amar y obedecer más que á vos. ¡Oh sacro levita! *Qui dixit Patri*

suo et matri suæ, nescio vos (Deut., 33): «Que al reputado por padre dijo, no os conozco; y á la madre verdadera, no sé quien sois», enseñando que á donde se travesare la honra de Dios y su servicio no ha de haber padre ni madre, ni otro respeto humano, porque lo más priva á lo menos. Aquí dio muestra de su inclinación y de lo que después con tanto estudio había de procurar, que era la gloria del Padre en todas las cosas. *Ego non quæro gloriam meam, sed ejus qui missit me Patris.* Este fue el blanco de todas sus acciones: honrar á su padre, hacer su voluntad y negociar nuestra salud, porque en ella puso el Padre su gloria. Mirad las invenciones de Dios, cómo todas son para nuestro bien. El Padre nos ama por Jesucristo, y Cristo nos ama y redime por amor del Padre. La primera salida que hizo es á la casa de su Padre, la última también á la casa de su Padre, á echar della á los que trataban de otros negocios que los de la oración. ¿Qué diré de la sed que tenía de nuestro remedio, aquel deseo inflamado de convertir pecadores, que no le dejaba reposar, de día discurriendo por cerros y valles, ciudades y villas, predicando la palabra de Dios, sanando enfermos, lanzando demonios; de noche desvelado en la oración? Pues ¿y la voluntad que tuvo de morir por la obediencia del Padre? ¿Qué piedra con tanto ímpetu caminó á su centro como Cristo impelido del amor del Padre iba á morir? Preguntádselo á Pedro que se quiso oponer á esta corrida, diciendo: *Absit a te, Domine non erit tibi hoc.* Vuélvese contra él como un león, y con la misma cólera le arrojó de sí que había echado al demonio cuando le persuadía que le adorase. *Vade post me, Sathana.* Llamóle adversario porque le quería impedir la muerte que el Padre le mandaba. Lo mismo en el huerto, cuando echó mano contra los que le venían á prender, le reprehendió: *Calicem quem dedit mihi Pater, nos vis ut bibam illum?* ¡Ah, Señor, que es cáliz de amargura, que sólo verle os hace temblar y sudar sangre y pasar agonías mortales! No importa, que lo dio el Padre, y de su mano tomo yo la muerte por gloria. Y para que desta determinación constase al mundo, cuando se llegó la hora por el Padre determinada, dijo á sus discípulos: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater sic facio: surgite, eamus hinc.* ¿A dónde, Cristo santo? A la prisión, á las bofetadas, á los azotes y espinas, á los escarnios y vituperios, á la muerte de cruz. Allí fue donde acabó de concluir los negocios de su Padre, allí ilustró su gloria, satisfizo de todo rigor á su justicia, porque más le honró y agradó, sola esta muerte, que le pudieron ofender y deshonrar todos los pecados del mundo. En la cruz, como en palenque y estacada, peleó con el fuerte armado que mantenía la tela y guardaba su estancia, y le venció y quitó los despojos. Mató la muerte, destruyó el pecado, saqueó el infierno. Allí, como mercader caudaloso, en el banco de la cruz se asentó á cuentas con el Padre Eterno: *Conscidisti saccum meum*, y rompe el zurrón de moneda que traía para pagar, aquel cuerpo delicado lleno de scisuras y llagas, por donde se derramó el dinero; no coronas ni doblones, que es moneda corruptible, que no corre en el cielo, sino aquella sangre preciosa del cordero limpísimo, que una gota bastaba por precio del mundo, por el valor infinito que del supuesto divino recibe. Allí se derramaron arroyos della y se rompieron las fuentes del abismo, y se abrieron las cataratas del cielo. Allí pagó toda la gracia que se había dado á los padres antiguos en fiado hasta que él muriese; por los presentes pagó de contado, por los venideros adelantado; con esta sangre mezclada con el agua que salió de su costado lavó las almas de las manchas de sus culpas; con esta sangre las blanquea, afeita, alcohola y da color; con esta sangre las viste y adorna; este es el cofre de sus galas, joyeles, oros, ropas, aderezos, la caja de sus tesoros; aquí está toda su riqueza, dote, hermosura y atavío. Destas arcas saca la Iglesia cada día riquezas á manos llenas, sin temor de jamás agotarlas. Veis aquí de dónde tienen origen las bulas y valor las indulgencias; y es que la hermosura y discreta Rebeca de la Iglesia, deseosa que sus hijos alcancemos la bendición del eterno Padre, da orden cómo vestirnos las ropas del mayorazgo, ataviándonos con los méritos y satisfacciones de Cristo, repartiendo estos despojos por mano del sumo pontífice, vicario de Cristo, por vía de indulgencia para vivos y sufragio para muertos.

SERMÓN TERCERO

DEL

DOMINGO DENTRO DE LA OCTAVA

DE LA

EPIFANÍA DE NUESTRO SALVADOR

Cum factus esset Jesus annorum duodecim, ascendentibus parentibus ejus Hierosolymam, secundum consuetudinem diei festi.

(Lucas, 2).

El santo Evangelio contiene en sustancia tres puntos. El primero, cómo el niño Jesús, siendo de doce años, se perdió en Jerusalem, adonde había ido con sus padres á celebrar la pascua. El segundo, la tristeza y dolor excesivo con que ellos le buscaron. El tercero, el gozo inefable con que al tercer día le hallaron en el templo, tomando la posesión de la cátedra que su eterno Padre sin oposición le había proveído. Y por que se vea cuánto mejor que todos la merece, le pone luego entre doctores que le examinen, los cuales quedaron de su sabiduría admirados y convencidos. Así debemos nosotros oir con admiración esta lección que el doctor venido del cielo nos lee; adonde la materia es altísima, el maestro altísimo, la doctrina por ser de primera lección ha de ser altísima y de gran provecho. Para que le haga en nuestras almas, pidamos la gracia. Ave María.

INTRODUCCION

La vida de Cristo nuestro Señor con razón se compara á un día de los que solemos en este tiempo ver: que amanece con claridad, pero después de poco rato, los mismos rayos del sol levantan algunos vapores, que vueltos en nubes, cubren el cielo por casi todo el día, hasta que á la tarde se torna á serenar como cuando amaneció. Suele en los tales días, por algún breve espacio dél, cubrirse un ojo de sol; que aunque á priesa pasa, alegra mientras dura. Amaneció muy clara la Concepción y Natividad del Señor, por la mucha noticia que de las cosas en aquellos primeros días sucedidas nos dan cuenta los evangelistas. Síguese luego un profundo nublado, de un silencio extraño, que nos cierra la luz hasta los años postreros de su predicación. Pero la historia que hoy se nos cuenta es una luz ó rayo que entre las nubes sale, y nos da á entender que no nos cumple saber lo que en esotro tiempo pasó, porque si nos hiciera al caso no lo callara quien no calló esto que tanto nos importaba. Lo que sabemos es que así como aquella luz que entre los nublados se arroja es tanto más agradable cuanto más de corrida y de paso la vemos, así el misterio del día de hoy tiene no sé qué de más gusto y devoción para ser considerado y hallar más dulzura los que meditan este paso del breve desconsuelo de la Virgen y de las palabras que dijo y oyó, que en otras más largas cosas suelen hallar. *Cum factus esset Jesus*, etc.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

En llegando el niño Jesús á los doce años, salió este relámpago de claridad excelente, que encandiló á los sabios de la vieja ley, y luego se encubrió hasta los treinta, para encomendarnos la virtud del silencio. Y esa sola vez que habló, fue cuando le llevaron sus padres al templo de Jerusalem. Parece que nos alumbra y dice el Espíritu Santo la raíz y principio de todo el bien ó mal de la gente moza ser el cuidado ó descuido de los padres. Que aunque en Cristo no era menester, pues él era la regla primera y dechado de toda virtud; pero demás de la honra que dio á sus padres, llamándoles

el Evangelista por este nombre, quiso que ellos le llevasen al templo, para despertar el cuidado de los padres en traer los hijos á su lado, en todo lo que es virtud y buen ejemplo; para que en la niñez vayan bebiendo los licores preciosos de las virtudes y así se embeban en ellos, que la virtud se haga costumbre y la costumbre se convierta en naturaleza, y quede el hombre fuerte contra toda la guerra de los vicios. *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (Prov., 5). Después de entablado un hombre en una buena costumbre, consérvala hasta la vejez, y más si se imprimió en la primera edad. *Quo semel est imbuta, recens, servabit odorem testa diu.* ¡Qué bien se le parece á Loth la buena crianza que hizo en él su tío Abraham, el traerle siempre á su lado! Visitan los ángeles la casa de Abraham y alégranla con esperanzas del mayorazgo que había de nacer; y los mismos ángeles visitan la casa de Loth y le libran á él y á su gente de los incendios de Sodoma. Era santo y hace á su sobrino santo con su buen ejemplo y vida. Dale Dios un hijo que había de ser su heredero y mándasele sacrificar; á penas lo había dicho Dios, cuando alza el cuchillo y le pone á la garganta del hijo, porque eso es ser padre: cuando fuere menester y importare al servicio de Dios, saber tener ánimo para degollar el hijo y dejarretar sus malos siniestros aunque sea sacando sangre. ¿Cuál anda Job? ¿Qué recatado? ¿Qué medroso del mal de sus hijos? ¿Qué de oraciones, qué de sacrificios cada día? *Dicebat enim: ne forte peccaverint filii mei* (Job, 1). ¿No os desvela el cuidado que les habéis de dejar? Tantos hijos, ¿cómo se hará la partición, qué mayorazgo podréis instituir? ¿A cuál mejorar en tercero, y quinto? Buen mayorazgo les dejó en el temor de Dios. ¡Qué buen padre Jacob! ¡Qué cuidado de desvelar á Josef de las revelaciones que Dios le comunicaba, por que no se alterasen los demás hijos siendo obras de Dios! ¿Qué hiciera si fueran pecados? ¿Cómo los castigara y estorbara, por que con su ejemplo no dañaran á los demás? Tienen de andar los padres con los hijos como los ángeles de guarda, acompañándolos siempre, mirándoles á las palabras, obras, meneos, inclinaciones, quitándoles el estorbo de la virtud, aficionándolos á Dios y á su culto, cercenándoles el regalo y el amor, que muchas veces es ocasión de que ellos se atrevan. Por ventura no osara Amón deshonrar á su media hermana Thamar si no sintiera afición y cabida en el pecho de David; y sin duda que Absalón no se atreviera á dar de puñaladas á su hermano Amón, ni se rebelara después contra su padre, si no conociera tanto amor en él; que por esto se pierden muchas veces los mayorazgos y los hijos más queridos, por el demasiado regalo de los padres. Bien es verdad que si los padres son malos, más vale que el hijo ni la hija no anden á su lado ni sean testigos de sus escándalos. Si el padre es jugador, más le valdría al hijo estar ciego que ver las tahurerías de su padre; porque en la tabla no aprenda á echar el resto de la hacienda y aun de la honra de Dios y del prójimo; que ese es el barato más cierto que se saca en los tablajes, de traiciones, infamias, perjuicios, blasfemias; y si la madre es ruin de todos cuatro costados, amiga de galas excesivas, liviandades, entradas y salidas, aquí se le da licencia para que no traiga á su hija al lado, porque no se encienda mayor fuego y se dé favor á su mala inclinación. De creer es que la hija con las lecciones de la madre saldrá maestra de vicios, desenvolturas, disoluciones; como se parece en Herodías y en su hija; porque el vino ha de saber á la madre, y cual la madre tal la hija. Mas en lo que fuese virtud, acudir á las iglesias, oir misa, sermón, frecuentar sacramentos, es muy bien que los hijos anden al lado de los padres; que más seguros están en presencia de Dios en el templo, que no allá en los rincones de casa, en compañía de esclavos y sirvientes, donde no pueden aprender sino resabios y siniestros de gente baja. Por eso sube el niño Jesús con sus padres al templo; y acabados los días de la solemnidad, cuando dieron la vuelta para su casa, *remansit puer Jesus.*

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

¿Cómo os pudiste, Señor, absconder de vuestra madre amantísima? No me parece que fue menester poca diligencia para hurtaros de quien tanto os amaba, que no quitaba los ojos de vos. Como dijo no sé quien, de otra que no quería tanto ni tan bién: *At regina, dolos (quis fallere possit amantem) persensit et motus excepit prima futuros.* No se le puede echar dado falso á quien bien quieres. ¿Cómo, señora, pudiste perderle de vista? ¿Cómo se os encubrió, ocultó, perdió? No decimos esto bien. No fue pérdida esta pérdida, sino querer mostrarnos cómo habemos nosotros de reparar las nuestras. Jesús no se pudo perder á María; la salud no puede faltar, ni jamás faltó la inocencia. Fue este un perder de vista. Hay cosas que no parecen de guardadas. Ya os habrá acontecido que andáis hecho loco trabucando y trastornando cuanto hay en casa, en busca de no sé qué que tenéis en el seno ó quizá en la mano. Si algunas veces á los virtuosos les falta Dios, no es porque los deja, sino porque ellos no le vean, como se dijo al viejo Antonio, para ver cómo se había en la pelea. Decidnos

hoy, princesa soberana, ¿qué hemos nosotros de hacer para remedio de nuestras pérdidas, y el sentimiento que nos ha de causar tan gran falta como es faltarnos Jesús, para que en vuestro ejemplo entendamos aquella verdaderísima pero nunca bien entendida sentencia? *Scito et vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum et non esse timorem mei apud te, dicit Dominus* (Jeremías, 2). «Mira bien y verás que no sólo es malo para la salud, sino amargo para el gusto, haber tú dejado á Dios ó haberte dejado Dios á ti (que ambas cosas significa la equivocación de aquella oración) y no hallarse sin temor junto contigo, dice el Señor». Faltarte Dios, y habérsete escondido, es no estar en tu guarda su temor. Y si es dañoso y aheleado faltar de tu compañía el temor, que suele ser acedo, ¿cuánto más amargo debe ser faltarte el dulce Jesús, que es un terrón de gustosísimo amor? ¿Con qué ansia veríades vos, perfecta amadora de vuestro Jesús, en su querencia, todo aquel día que sin él caminaste? No se nombre en comparación de vuestro deseo el que la cierva herida trae en busca del agua, cuando el calor de la yerba prendido en la sangre caldea las entrañas, porque no puede sin mucha injuria compararse lo sobrenatural á cosa criada. Creamos que fue tanto mayor cuanto lo es Dios que la criatura, que eso es comparar á la caridad cualquier afecto causado por naturaleza. Josef y la Virgen su esposa recibieron engaño aquí, por pensar cada cual del otro que le hacía Jesús compañía. Porque ya sabéis que se dice ser costumbre de los judíos, que aun ahora usan en sus sinagogas, haber división de hombres y mujeres en los concursos grandes que suele haber las fiestas, conforme á aquello: *Familiæ et familiæ seorsum et uxores eorum seorsum* (Zacar., 12). Y no era maravilla que los judíos carnales usasen desta cautela para quitar ocasiones malas. Acá ya os tenéis todos por espirituales y os parece que podéis andar todos y todas en mezcla. ¡Plega á Dios que todo sea agua limpia! Llegada la hora en que se venía á las posadas, debió haber llegado primero Josef á tomarla y salir al encuentro á su esposa, para encaminarla á ella; con deseo de ver al niño, si no tan encendido como el de la Virgen, á lo menos de la misma estofa. ¿Qué sintieron los corazones de ambos, frustrados á la par de sus inflamadas esperanzas, y cuál de los dos preguntó primero por la prenda que era de entrambos común alegría?—¿Mi niño, señor, dejaisle en la posada?—Señora, con vos pensé, sin duda, que venía. Son furiosos los asaltos que da el amor, cuando le desahucia la ausencia de lo que se ama, porque de lo que es más seguro toma ocasión de mayor desconfianza. ¿Qué vuelco os debió dar en el pecho el corazón, Virgen sacratísima, con tal palabra? ¿Y qué hielo sentistes ocupar toda vuestra persona? ¿Qué sin respuesta debiste quedar quejosa sola de vos, sin osar echarle la culpa? Veos clavar las manos junto al pecho y alzar los ojos al cielo arrasados de lágrimas, notificando con un solo suspiro lo que vos sentíades en el alma. Veo á vuestro benditísimo esposo callar confuso, abajando los ojos y volver hacia la posada, diciendo entre sí aquellas apesaradas palabras que en caso menos triste, aunque harto calamitoso, Ruben decía: *Puer non comparet et ego quo ibo?* «¿A dónde iré, pues no parece el niño?» ¿Qué debió de ser el semblante doloroso con que ambos se dan á buscarle, por casas de los amigos y conocidos?—¿Vistes á mi niño por acá?—¿Vino quizá en compañía de los vuestros?—¿Habéis visto hoy á Jesús, mi hijo? Que érades vos, Señor, tan digno de ser querido, y vuestra lindeza en aquella edad tan amable, que de los más esquivos y extraños se pudiera esperar que os tenían consigo. Pues ya que la noche se acabó de cerrar y volvistes, señora, con tinieblas á vuestra posada, y os encerrastes sin cenar, y sin encender luz en vuestro aposento, ¿quién sabrá referir ni aun groseramente vuestras quejas, vuestras lamentaciones, vuestros tristes sentimientos, vuestro amargo llanto, entonado al son que del aposento que estaba junto hacía, con armonía de sollozos y suspiros, vuestro sagrado esposo? porque se puede mal fingir, de quien sabe qué es amar, la tristeza que es perder lo que con tanto gusto se poseía. Mucho menos debía lastimar la ausencia á aquella pastora que se lamentaba porque no sabía dónde estaba su pastor al medio día, ó en qué sombra pasaba los ardores y calmas de aquella hora para los que andan por despoblados tan penosa; y con todo eso, es compasión oirle las quejas amorosas.—Descubridme, ¡oh querido de mi alma! dónde apacentáis y en qué lugar descansáis á medio día: por que no ande perdida y descaminada por otras veredas, siguiendo rastros de otros pastores que no quería. Pues si le deba congoja no saber de su querido á medio día, y con tanto deseo procuraba saber dónde iba á tener la siesta, ¿cuánto mayor tormento daría ver cerrarse la noche y empinarse en su curso las estrellas, y no descubrir aquel lucero de alegría?—Hijo de mis entrañas, ¿dónde estáis sin mí á tal hora? ¿Cómo os halláis sin mi compañía? ¿Qué tan mal os pareció que la trocastes por otra? ¿Si habéis hallado quien os reciba en su casa, quien esta noche regale vuestra persona, quien os dé de cenar y os acueste en cama? ¿O si estáis por algún rincón desas calles y dormís hambriento y al sereno?

¿Si habéis caído en manos de algunos que andan en asechanzas de vuestra vida y ha sido mi descuido causa de que se haya acelerado vuestra muerte más que debía? ¿Si es éste aquel triste día en que el viejo Simeón me profetizó que había de ser mi alma con cuchillo de dolor traspasada? ¡Oh, la más venturosa yo de las que nacieron, y ahora la más atribulada! Dije yo cuando me vi sublimada á ser madre vuestra, que desde aquella hora me llamarían todas las generaciones bienaventurada: ¿quién temiera en tan levantada felicidad tan desastrada caída? ¿Cómo me tuvistes por digna de ser vuestra madre, y ahora me tenéis por indigna de vuestra compañía? No hallo en mí culpa que mereciese tan terrible pena, pero bien basta mi indignidad para que hayáis abscondido vuestro rostro de mí y tratádome como á enemiga. ¿Habéis querido mostrar las fuerzas de vuestro poder contra una hoja que el soplo arrebata?—Bien sin sueño se debió pasar aquella prolijísima noche y apenas reía el alba, cuando sale en compañía de su esposo la sagrada María y vuelven á Jerusalem, por los pasos por donde habían allí venido, requiriendo las matas del camino y mirando tras las peñas que en él estaban, hasta llegar á Jerusalem en su busca. Gastóse todo aquel día en esta jornada; y el siguiente, yendo como solemos al templo á encomendar las cosas perdidas, le hallaron en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Donde se le dijeron aquellas tan tiernas y amorosas palabras: *Fili, quid fecisti nobis sic?* que tuvieron aquella respuesta tan seca y tan despegada: *Et quid est quod*, etc. Pero cuan desamoradas fueron las palabras, tan dulces fueron las obras, pues en el propio punto *descendit cum illis in Nazareth, et erat subditus illis.*

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pretendo que saquemos deste discurso cómo se pierde Dios, cómo se busca, dónde y con quién se halla. Piérdese por ignorancia. *Non cognoverunt parentes ejus.* Búscase con dolor: *Dolentes quærebamus te.* Hállase, oyendo y preguntando en medio de los doctores. De manera que se halla en la doctrina lo que por falta de ciencia se pierde cuando con dolor se busca. *Omnis peccans est ignorans* (Aristóteles, 4, *Etica*). Porque pecar no es otra cosa sino aceptar en la voluntad por bueno lo que no lo es, y ese es yerro y ceguera. *Errant qui operantur malum,* dice la Escritura en un lugar (Prov., 14); y los propios malos al cabo de la jornada caen en la cuenta de su yerro. *Ergo erravimus a via veritatis* (Sap., 5). Y David pide á Dios le perdone sus pecados, llamándolos ignorancias. Pues que ¿no puede un hombre pecar por hábito, por costumbre; otro por pura malicia; otros, que dice la Escritura, que caen los ojos abiertos? Todo eso es verdad, pero, bien mirado, siempre se halla ignorancia, porque aun lo que por malicia se quiere, se quiere por bueno, pues sólo lo bueno puede ser querido, y esta es ignorancia: tener por bueno lo que no lo es.—No lo quiero porque es bueno, que bien veo que hago mal y que me voy al infierno.—¿Figúraseos á vos eso? Ninguno obra teniendo por fin el mal; bien se le antoja ó de su gusto, ó de su interés. Si viésedes lo que perdéis pecando, sería imposible pecar.—Que veo que pierdo mi alma y á Dios.—¿Puede haber más?—No lo veis, que la pasión no os deja advertir en particular cuán grande son estas dos pérdidas.—Que no tengo pasión ninguna.—Eso es lo más fino della; estar tan purificada, que de subtil no le comprendéis, ó tan dentro en el alma, que no alcanza allá la vista. Pero como quiere que Dios se pierda, es imposible que se halle si con dolor no se busca. *Dolentes quærebamus te.* Esto querría dar hoy (si Dios es servido) á entender: que para buscar á Dios, que por el pecado se pierde y se halla por la penitencia, es menester dolor, y no cualquiera, sino tan grande que me haga aborrecer la ofensa suya sobre cuantas cosas en la vida se pueden aborrecer, con un propósito firme de no tornar más á ella, por cuantas cosas en la vida pueden suceder. Aunque no es buen consejo ponerse quien quiera á pesar estas cosas. Si me hubiesen de matar; si afrentarme públicamente por que hiciese esto; si quisiera más haber perdido la honra ó la vida, porque son cosas escrupulosas y en que puede haber mucho engaño, quizá, puesto en la ocasión, faltara quien se tiene por esforzado, y perseverara quien se tiene por flaco. Basta que en común os pese de haber ofendido á Dios sobre todas las cosas de la vida y que por cuanto en ella hay no le ofenderéis más. Eso, diréis, no tengo yo, aunque lo deseo. Y no hay cosa por que más huya de confesarme que porque no siento en mí ese dolor que me dicen se ha menester, y aun que yo veo en otras gentes. Porque un dolor tan grande como ese no se encubre tanto, ni se puede así disimular que no se parezca por de fuera, ni compadece consigo lo que veo en mí, cuando más me duele; ni se olvida tan ligeramente y se pasa de la memoria, como aquello se me pasa; que aunque llore confesándome ó con lo que el confesor me dijo, en saliendo de allí me reí de la necedad que hizo la otra, ó de la frialdad que vi, en viniendo á casa se me olvidó; que aunque peque luego, pero no me escocía acá tanto como eso. Si me ha de pesar sobre cuanto en la vida me puede entristecer, yo sé que si se muriera mi padre ó mi

hermano, ó se desbaratara un negocio que me estaba bien, que tuviera que llorar seis días y aun meses, que por mucho que lo quisiera disimular me saliera al rostro; y si me acordara doscientas veces al día, y aun no pudiera apartar la imaginación de ahí, por más que hiciera, y que á mi pesar reventaran por los ojos las lágrimas cuando más seguro estuviera, y no fuera en mi mano detener los suspiros y sollozos cuando el dolor sobre seguro acometiera al corazón, ó me trajera á la memoria el bien que perdí. Eso sé yo de mí, en negocios que en la vida me han sucedido; y como me dicen que ha de ser tanto mayor el otro sentimiento, y me veo yo tan lejos llegar, ni aun aquí, jamás me aseguro de mis confesiones, y por eso las temo. Este es un gran tropezón, y que mientras más se piensa menos se entiende; y por donde más puede huir uno de ser confesor cuando mira que no ha de absolver si no hay este dolor, y cuán pocas veces se halla, y que está á su cargo hacer que le lleve quien no le trajo. De San Ambrosio se dice que cuando oía una confesión eran tantas sus lágrimas y muestras de pesar, que las pegaba al penitente por duro que fuese; y así habla él en los libros de penitencia harto diferente de lo que obramos. No ha de ser vulgar ni ordinario dolor el de la penitencia, sino que me quite el sueño y me haga despertar gimiendo, y me apoque la gana del comer, y me amargue todo cuanto me solía dar gusto. Y qué, ¿es menester que lo diga San Ambrosio, cuando sabemos que dice David: *Afflictus sum et humiliatus sum nimis, rugiebam a gemitu cordis mei; Domine, ante te omne desiderium meum, et gemitus meus a te non est absconditus?* (Salmo 37). «Afligido y abatido me siento sobre manera; y el dolor de mi corazón me hace no sólo suspirar, sino dar bramidos como un toro garrochado; vos sois dello, Señor, testigo, delante quien está todo mi deseo y á quien no se encubren mis gemidos. Vos veis la turbación de mi corazón y cómo me desmayo de pena, y me falta la virtud y me desfallece la vista». Y en el propio Salmo: *Quoniam ego in flagella paratus sum.* «Aparejado estoy para recibir de vuestra mano cualquiera penitencia»; aquí estoy para ser azotado como esclavo fugitivo ó como público ladrón; y no bastará la dureza del azote para que me queje ó huya el golpe, porque un dolor es causa que otro no se sienta. *Dolor meus in conspectu meo semper.* No por una semana, ni por un mes, ni por un año, sino si para siempre me durase la vida, para siempre me duraría el dolor de haber ofendido á quien me la dio. *Quoniam iniquitatem meam annuntiabo, et cogitabo pro peccato meo.* No me empacharé de confesar mi culpa, pues no me avergoncé de cometerla, y aun después que confíe que me la tiene Dios perdonada, no se me apartará de la memoria, ni se me olvidará jamás cuán mal lo hice cuando pequé contra vos. Esto es saber buscar á Cristo, y menos no se halla.

CONSIDERACIÓN CUARTA

¿Qué remedio para tener eso? Lo primero, de verdad que creo que no lo sé. Porque si lo supiera, harto loco sería yo si no me aprovechase dello; y si me aprovechase, otro gallo me cantaría. Lo segundo, digo que la penitencia no es agua distilada, de sangre ni de pie, sino del cielo, y que la da Dios cuando quiere, pero quiere que se la pidamos; y quien pide recibe, y quien busca halla, y á quien llama se da entrada y se abre la puerta. Llamemos, busquemos, pidamos, que palabra tenemos de Dios que no quedaremos burlados. De aquella santa mujer, hija de Caleb, se cuenta (Judit, 15) que su padre le había dado en casamiento unas tierras; pero dicen que eran australes y secas, y que le persuadió su marido que pidiese otras mejores. Y caminando un día, ella iba sentada sobre un asno, aunque era hija de un hombre de los principales del mundo y de más valor; pero la llaneza de aquellos tiempos no había dado en los devaneos en que está hoy puesta la grandeza y la majestad. Así que caminando dio un suspiro que le oyó su padre, y le preguntó: ¿Qué tienes? ¿Por qué suspiras? Y respondió: *Da mihi benedictionem, terram arentem et australem dedisti mihi, junge et irriguam. Dedit itaque Caleb irriguam superius et inferius.* En una historia tan principal no se pusiera una cosa tan menuda, si no fuera porque deprendamos cómo se alcanza la bendición. Quien sintiese en sí corazón seco, sin devoción, sin gusto, duro, rebelde, impenitente, dice la fe al alma tal, ó el entendimiento ó la voluntad, que pida á su Padre Dios buenas tierras, donde se pueda sembrar con lágrimas y coger con gozo. Pero hase de pedir sentado y en el asno; mortificando nuestra sensualidad, domando nuestras pasiones, sujetándolas al yugo de la razón; y eso de asiento y de propósito y de espacio. En un corazón en quien viven otros cuidados, lleno de otros deseos, muy mal se puede hallar dolor; que es una yerba que no nace sino en tierra muy escardada de otras aficiones. Pero si se pide con humildad, con mortificación, con perseverancia, no hay duda sino que se dará, no sólo eso, sino más de lo que se deseaba: el regadío superior y el inferior juntamente. Hay lágrimas que lloran la culpa cometida, otras la dilación del premio esperado; ambos son dones de Dios. Ya será posible que pidáis también que os hereden en ambos mayoraz-

gos, que mayor es Dios que nuestro corazón, y su liberalidad es más que nuestra capacidad y nuestro deseo. Así, que pidamos á Dios que nos dé á sentir qué cosa es habérsenos perdido tanto bien para que nos pese de la pérdida. Junto con eso hay otras cosas que nos pueden ayudar mucho. La consideración de la vileza que trae consigo el pecado, el estrago que hace en un alma, cuántos bienes y cuán grandes y cuán eternos se pierden por un contento muy breve y muy chico; el mal que me hago á mí; el contento que doy á mis enemigos; el pesar que causo en quien bien me quiere; cómo, cuanto fue de mi parte, entristecí el cielo y causé pesar en la gloria, y á Dios mismo se la quité; y hice otro Dios, pues en otra cosa que él puse mi felicidad. Poned delante de vuestros ojos que servíades á un Señor de quien habíades recibido todo el buen tratamiento y las buenas obras y buena amistad que se pudo jamás recibir de quien desease hacer bien á otro y pudiese hacer lo que deseaba; que entrastes en su casa pobre, destrozado y perdido, y os amparó y remedió y puso en honra, y os hizo hombre, que no lo érades, sino asco cuando entrastes en su servicio; no solo esto, pero os cobró tan buena amistad, que os amaba como á hijo, como á hermano, y si le saliérades de las entrañas ó hubiérades andado en las que él anduvo, no os pudiera tener mayor afición, ni holgar más con vuestra conversación, ni daros más parte de sus secretos; en su estado y en su hacienda y en su casa y en su voluntad vos teníades tanta parte que lo teníades todo; finalmente, no había otra diferencia de vos al Señor sino serlo él por derecho y vos por su gracia. Si á cabo de todo eso vos le urdiésedes una traición, ó levantásedes un testimonio, ó descubriésedes lo que él fió de vuestro secreto, ó lo despreciásedes y os hiciésedes de parte de sus enemigos, pregunto: cuando volviésedes en vos y cayésedes en la cuenta y os acordásedes de vuestra ingratitud, de vuestro desconocimiento, si fuésedes hombre de razón, ¿qué sentiríades? ¿Qué sentir del malvado Caín, que fue homicida del justo Abel, y no tuvo horror siquiera, ni le faltó el corazón, cuando puso las manos en un cordero, que no se le merecía más que un ángel del cielo, ni aun supo defenderse ni huir? ¡Oh maldad! ¿Cómo te bastó el ánimo á traición tal y tan sin ejemplo? ¿Qué os parece de aquel hijo ingrato Absalón, tan feo y abominable en el alma, cuanto hermoso y agraciado en el cuerpo, en cuyo ánimo se fabricó tan enorme traición como era quitar á su padre propio el reino y la vida; y le puso tan en víspera de perderlo todo que nunca en semejante peligro se vio David, aunque desde su niñez se crió en ellos? Que Saúl, si le persiguió, aun ocasión tuvo; pero ¿su mismo hijo al padre que le engendró y que le quería más que á su vida, pues la diera de buena gana por que no la hubiera perdido un hijo tan indigno della? ¿Qué diréis de aquella mala mujer Atalía, que por codicia de reinar mató á todos sus hijos y nietos y cuantos eran de sangre real? ¿Qué de otros ejemplos semejantes de crueldad y desagradecimiento que parecen que sacan de sentido pensar que hubiese, no atrevimiento y desvergüenza para ejecutarlos, sino pensamiento ó imaginación para fabricarlos? Que me parece que el demonio propio que los puso en la fantasía, se asombró desque los vio puestos en la ejecución y obrados. ¿Pues veis todo esto? Mudadle el nombre, que por vos pasa; no una, sino muchas veces.

CONSIDERACIÓN QUINTA

No trato agora de representaros el infierno, ni las llamas que nunca se han de acabar, mientras Dios fuere Dios; ni carecer de su vista, para que fuistes criado, sempiternamente. Llevémoslo por leyes de buena razón, que suelen á veces tener más eficacia en los buenos ánimos. ¿En qué ley cabe que seas tú tal á quien tal ha sido contigo? ¿De qué manera estabas cuando te recibió en su servicio? ¿Cuán pobre, cuán perdido, cuán olvidado de todos y desechado? *Quoniam Pater meus et mater mea dereliquerut me, Dominus autem assumpsit me* (Salmo 26): «En el tiempo que no hallé acogida ni amparo en las entrañas que me trajeron ni en el padre que me engendró, le hallé, Señor, en vuestra misericordia, que me recebistes abiertos los brazos y el corazón». Y después de recebido en su casa, ¿qué mercedes se te hicieron? Más que tu merecimiento, sobre tu capacidad, sobre todo valor humano. *Plurima supra sensum hominum ostensa sunt tibi* (Ecles., 3). Descubrióte Dios cosas sobre el seso de todos los hombres: los misterios de la fe, gustastes de su conversación, sentástete á la propia mesa de Dios, alcanzaste gran parte de sus secretos, no recibió hombre de hombre tanto favor y merced, ni con mil partes. ¿Con qué acudiste á tan inmensos beneficios? Míralo tú. ¿Qué se esperaba y qué hiciste? ¿dónde te enviaban y qué paraste? ¿á qué estabas obligado y con qué pagaste? Haciéndote del bando de los enemigos de Dios, sujetándote á sus leyes y captiverio, tan en deshonor tuyo, y en cuanto de tu parte en todo procurando la destruición de su casa y reino y honra y aun de su persona: que al fin cada vez que cometes un pecado mortal, otro Dios constituyes, pues haces eso último fin tuyo, y poniendo ese ídolo, quitas el Dios verdadero cuanto en ti es; porque es imposible haber dos dioses ni dos últimos fines. Traidor

á tu rey, desleal á tu señor, matador de tu padre, idólatra en la obra, apóstata de la ley que profesaste. ¿Dó el juramento que juraste en el baptismo, de ser enemigo de los enemigos de Dios? ¿Dó la profesión que hiciste de guardar su ley? ¿Dó la palabra que diste de buen vasallo hasta la muerte? ¿Dó la memoria de las mercedes recibidas? ¿El agradecimiento á tan singulares favores? ¿Cómo no te corres de ti mismo y te confundes de desvergüenza tan enorme como ha sido la tuya? A su hermano mató Caín, pero cayó así en la cuenta del mal que hizo, que él mismo se dio mayor penitencia de la que Dios le diera, juzgándose por indigno de perdón. ¿Cuánto mayor es tu culpa, que quitas la vida y el ser, no sólo á tu hermano, que no te hizo mal, pero al que siendo tu Dios, para hacerte más cumplidas mercedes se hizo hermano tuyo, y con todo eso no vees ni acabas de conocer cuán gran maldad cometes? Peor es esta alevosía que la de Absalón, pues fue contra su padre; pero, hombre tú contra tu padre Dios. Él, de miedo no diese á otro el reino que por ser mayorazgo le parecía que se le debía; tú, con estar cierto que para ti le quiere, y, al fin, en él la grandeza del interés parece que disminuye la razón de la culpa; que pretendía reinar, cosa que puede mover aun los más fortificados corazones: tú, por un interés tan vil y tan sucio. Más perversa maldad es la tuya que la de Atalía, pues matas en ti, no sólo las virtudes, que son de sangre real y de la casta de Dios, y las buenas obras, que son como hijos por su virtud habidos en tu alma; pero á ti propio quitas la vida espiritual, de tu misma alma eres homicida, y no por reinar sin contradicción como Atalía, sino por servir la más servil esclavonía que se puede servir. ¿Nació jamás hombre más maldito que Judas? No, ni le vio el sol, ni le sustentó la tierra. ¿Qué fue su iniquidad? Entregó á su señor en manos de sus enemigos por codicia de treinta dineros. Delito horrendo y detestable! Pues mira, hermano, que él le vendió una vez; tú, treinta y aun trescientas; él por treinta reales; tú, por tres maravedís, y aun sin algún interés, y con daño, y grave daño. Y en él pudo tanto el pesar, que se ahorcó con sus propias manos, habiendo antes echado de sí el dinero cuya codicia le cegó, y le pareció que era indigno de la vida quien de parte que la perdiese quien tan bien la merecía. ¡Tanto pudo el conocimiento del yerro en un alma tan ciega y tan maldita! Mal hizo en matarse desesperado, pero bien se parece quién nosotros somos, pues somos tan desemejantes en la pena á quien nos parecemos tanto en la culpa. Bien damos á entender cuánta es nuestra dureza y nuestra ceguera, pues ó no conocemos lo que conoció un hombre tan ciego, ó no hace mella en nosotros lo que pudo quebrantar una alma tan dura y tan empedernida. Si á uno que te favoreció en un peligro y te libró dél desamparases en otro semejante ó menor, ¿con qué afrenta vivirías toda tu vida, y qué pellizco te daría en el corazón cuantas veces se te acordase, y qué dellas te vendría á la memoria? Si á tu padre hubieses hecho alguna injuria afrentosa, ¿qué rostro tendrías para mirarle más á la cara? Murmuró María de su hermano Moisés, y castigóla Dios cubriéndola de lepra, después de haberla reprehendido; rogó luego por ella su hermano á Dios que la sanase, y respóndele Dios: *Si Pater ejus expuisset in faciem illius, non ne debuerat saltem septem diebus rubore suffundi?* Los que nos vemos por la culpa aborrecidos y abominados de nuestro Padre Dios, ¿no sería más razón que nos saliesen los colores al rostro de afrentados? ¿Que nos castigase más la afrenta y desprecio? ¡Qué afrenta para un hijo que habiendo ofendido á su padre le fuese á pedir perdón, ó quisiese volver á su gracia, y cuando le fuese á besar la mano le desechase de sí y escupiese en el rostro: Vete para traidor, que no eres mi hijo, ni te quiero por tal, que si tú lo fueras, no me dieras tal pago; pero yo tengo mi merecido en tratarte como te he tratado, mas yo me enmendaré, como verás de aquí adelante! Paréceme á mí que no digo yo de mi padre, pero de cualquiera persona cuya gracia desease que tal oyese con razón, por merecerlo mi culpa, bastaría para desear que la tierra se abriese conmigo y me tragase. No sé yo, pues, cómo se sufre que las afrentas de acá se sientan, y con lo que de veras lo es tan ligeramente se pase y tan poco caso se haga dello. ¡Oh locura! ¡Oh dureza! ¡Oh insensibilidad peor que de bestias! ¡Oh silbo de la serpiente antigua! ¡Oh hechizos de la mala hembra de nuestra carne, que así habéis dementado á estos tristes para que no echen de ver la miseria, peligro y vileza de su mal estado! ¿Qué siente quien estos males no siente? ¿Qué llora quien estos daños no llora? ¿De qué se duele quien de haber perdido á Dios no se duele? ¡Oh Padre de misericordias y Dios de toda consolación! volved vuestros ojos piadosos á estos desechados; esclareced con luz celestial las cegueras de sus entendimientos; rasgad con cuchillo de dolor sus rebeldes voluntades; derretid, deshelad con fuego de amor el hielo de sus malicias, para que salgan por los ojos hechos agua de sus pecados, con que de sus mancillas lavados y en el sacramento de la Penitencia al perdón admitidos, y por los doctores y ministros encaminados, se gocen de hallar á Jesús, verdadera salud de las almas, aquí por gracia y después por gloria. *Quam mihi et vobis*, etc.

SERMÓN PRIMERO

EN LA

OCTAVA DE LA EPIFANIA

DE NUESTRO SALVADOR

Tunc venit Jesus a Galilæa in Jordanem ad Joannem, ut baptizaretur ab eo.

(MATEO, 3).

A las fiestas maravillosas que en el baptismo de Cristo se hicieron riberas del río Jordán somos hoy por la fe convidados; á donde veremos dos maneras de solemnidades, ambas dignas de gran consideración, y que piden en los que miran entendimientos claros y voluntades desapasionadas. La primera es del Príncipe de la gloria baptizado; la segunda, del soberano Baptista que le baptizó. La fiesta de Cristo es humillarse á ser lavado como pecador el que es la misma justicia, y el testimonio que da el cielo volviendo por su honra y publicando su inocencia. No se rompen aquí los muros de la tierra, como solían en Roma cuando triunfaba algún famoso capitán; pero rómpense los cielos, en señal que la conquista deste poderoso emperador y de su gran capitán que tiene al lado no es menos que de reino celestial. No plantan artillería para batir con fuego, pólvora y hierro colado las murallas; mas con un poco de agua abren de par en par el Paraíso. No hubo ventanas en este espectáculo, ni el oficial codicioso hizo tablados ni miradores para ver esta guerra naval que se daba sobre agua á los infiernos; pero no faltó la cabeza de Cristo sobre que se asentó la blanca paloma del Espíritu Santo, á ver y gozar destos regocijos. No fueron convidados á ellos reyes ni grandes del mundo; pero halláronse las tres personas de la beatísima Trinidad, para autorizar este sacramento y asistir á la investidura que hoy se daba al divino Baptista. ¿Qué diré? El cielo todo asistía y estaba como abobado de ver que ha hecho Dios un hombre de tanta autoridad, que sin mala crianza ni descortesía tuviese á Dios arrodillado delante de sí. Esta es vuestra fiesta, Baptista sagrado; que á donde se hallan las tres divinas personas del cielo, sólo vos de la tierra tengáis entre ellas lugar y os señalan oficio. Pero ¿qué lengua, no digo de hombre, sino de ángel podrá explicar tanta grandeza; ó qué entendimiento vadear el piélago de tan profundos misterios, que van las aguas del Jordán de monte á monte y no se dejan pasar? Sólo nos queda un remedio: que como los hijos de Israel para pasar el Jordán echaron delante el arca del Testamento, á la cual respetaron las aguas, y se abrieron y les dieron paso, así nosotros llevemos delante el arca mística del nuevo Testamento, de quien la otra era figura, que es la Virgen serenísima, en cuyo vientre puro se encerró el maná, pan de los ángeles, la vara de infinita virtud, las tablas de la ley, antes el mismo legislador; ella nos allanará el paso, suplicándole nos alcance la gracia, mediante su intercesión sacratísima. Ave María.

INTRODUCCION

David, excelente músico de Israel, que en su arpa, templada por el Espíritu Santo, cantó dulcemente los misterios de Cristo, en el salmo 131, que compuso á manera de diálogo donde habla con Dios y le pide con suma instancia la Encarnación de su Hijo, y le recuerda la jura y promesa hecha que del fruto de su vientre le había de dar hijo y sucesor en su silla, en cumplimiento della, oye respuesta muy á sabor y á medida de su deseo: *Illic producam cornu David, paravi lucernam Christo meo.* «Allí (esto es, en Sión ó en el alcázar y real palacio de David), allí, dice Dios, le haré brotar y nacer el cuerno á David, una candela tengo aparejada á mi Cristo». Extraña manera de ha-

blar es, que llama al Verbo encarnado cuerno. San Agustín dice que el cuerno es símbolo de alteza espiritual: *Altitudo spiritualis cornu est*. Porque el cuerno tiene asiento en la frente, que es la parte más alta del animal, y estando todos los otros huesos rodeados y cubiertos de carne, *cornu carnem excedit*, el cuerno la sobrepuja y sale fuera limpio della. También es señal de fortaleza; que el animal sin cuernos es flaco y cobarde, mas con ellos es animoso y acometedor y se defiende, y ofende á sus enemigos: *Inter inimicos nostros ventilabimus cornu* (Salmo 43). «Señor, armados con vuestro favor como con cuernos, aventaremos por alto á nuestros enemigos». También significa reino firme y durable; y así David fue ungido con óleo traído en cuerno, porque su reino había de permanecer; y Saúl en vaso de barro quebradizo, porque en él se había de acabar el mando. Ultimamente, significa abundancia, y así ponen el cornucopia por pintura del otoño, en que se cogen los fructos, y en la sagrada Escritura se dice la viña de Israel plantada *in cornu filio olei*, para mostrar su abundancia y fertilidad. Pues para mostrar Dios el favor que hace á David en darle por hijo en tiempo al que lo es suyo en la eternidad, dice que en Sión, en su casa, le hará nacer un cuerno. *Illic producam, id est, germinare faciam*, que esa es la propiedad del verbo hebreo. Alude al *de fructu ventris tui*, que el nacimiento de virgen había de ser de virgen intacta, sin consorcio de varón y sin corrupción, como el florecer de la planta: por donde se llama Cristo *germen*, pimpollo. Este cuerno florecido en la casa de David es toda la gloria y alteza de David y de todo linaje humano. Mirad qué alteza, que por haberse él abajado á ser hombre, dio poder á los hombres para ser hechos hijos de Dios. Más: nos provoca al amor de las cosas altas, á subir á la cumbre de los merecimientos por la escala de las virtudes y á la conquista del reino de los cielos. Con este cuerno puesto en la cabeza y frente de la Iglesia quedó el hombre tan valeroso y fuerte, que el que antes como flaco era vencido y mal tratado de los enemigos infernales, ya los abarraja y atropella por ahí, porque del golpe deste cuerno quedaron heridos y quebrantados. En este se confirmó y hizo perpetuo el reino de David, como dijo el ángel á la Virgen: «Darle ha el Señor Dios la silla de su padre David, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin». Finalmente, él es el cornucopia de todos los bienes, *plenum gratiæ et veritatis*, de cuya plenitud todos participamos y recibimos. Todas estas calidades reconoció en el Verbo encarnado el santo Zacarías en aquel cántico donde hace gracias á Dios porque vino á redimir á su pueblo: *Et erexit cornu salutis nobis in domo David pueri sui*. «Levantó el cuerno de salud para nosotros en la casa de David su criado». *Erexit*, la alteza, la honra que nos dio, la salud, la fuerza, *salutem ex inimicis nostris*, para librarnos del poder de nuestros enemigos. *Nobis:* el cornucopia, porque la utilidad de esta obra fue toda para nosotros; *nobis datus, nobis natus*. Y la firmeza del reino, *in domo David*, á quien estaba prometido reino eterno, grandes bienes, inestimables riquezas. Mas ¿por qué abscondidas en cuerno, que aunque tiene fortaleza es de mala figura, feo, recorvado, retorcido? ¿Qué cetro es ese para aquel rey de gloria á quien se dice: *Virga dilectionis, virga regni tui?* (Salmo 44). Vara derecha es la vara de tu reino, vara de justicia y rectitud, que á todos endereza y no puede doblar ni torcer. Es galanísima la metáfora. Porque en la fortaleza del cuerno se dibuja la omnipotencia de la deidad, y en la torcida y fea aparencia la humanidad y carne pasible, en semejanza de pecador, sin serlo: *In similitudinem carnis peccati* (Rom., 8). Pues, Señor, ¿cómo conocerá el mundo este secreto? ¿Quién le ha de desengañar? *Paravi lucernam Christo meo*. Ya está eso prevenido; una antorcha resplandeciente tengo preparada á mi Cristo, que va ya delante descubriéndole. ¿Quién será éste? El gran Baptista. Así se explican este lugar Augustín, Crisóstomo y Cirilo, y sin que ellos lo digan, primero lo dijo Cristo: *Ille erat lucerna*, que ardía por amor y lucía por doctrina, y su oficio fue manifestar á Dios abscondido y disfrazado con el traje pobre y aparencias de pecador. Por eso su mismo Padre, luego que bendijo á Dios por la salud dada en el cuerno para la casa de David, añadió, volviéndose á su hijo con un apóstrofe de grande efecto: *Et tu, puer, propheta*, etc.; como quien dice: Aunque Dios viene tan disimulado, no por eso dejará de ser conocido, porque tú, niño, serás llamado profeta del muy alto; y encendido con luz desde las entrañas de tu madre, saldrás como hacha ardiendo delante dél, para descubrirle y hacerle conocer, allanando los caminos para que vengan los hombres á él. Sácase de aquí haber sido San Juan, después de Cristo y su madre, la persona más importante para el remedio del mundo de cuantos Dios ha criado. Solos estos tres fueron necesarios para la Redención. El, *quia erexit cornu salutis nobis*. Ella, porque *in domo David pueri sui*, lo cual se verifica por su madre: *Et tu puer*. Hase de ponderar aquel *et*, que como tiene oficio de juntar, significa que sin esta compañía de San Juan no se podía efectuar nuestra salud, supuesta la divina ordenación. Cristo, como autor que obrase la salud; la Virgen, como medianera que le pariese, y San Juan, como precursor que

le manifestase; y en razón desto, todos nacen por milagro y fuera del orden natural. Cristo, de madre virgen; ella y Juan, de madres ancianas y estériles. En el principio del mundo crió Dios el primer día una pequeña luz, y al cuarto día crió el sol; pues como en la creación precedió luz menor á la mayor del sol, así acá en la nueva reformación del orbe convino que precediese el lucero San Juan á Cristo sol de justicia; y como acullá son de una misma casta la pequeña y la grande luz, así acá, de un mismo linaje Cristo y San Juan, por parte de las madres. De sólo San Juan sabemos por fe que haya sido pariente de Cristo; de los demás, es opinión y de muchos contradicha; pero más parentesco hay, que Cristo es hijo de la virginidad y San Juan de la castidad, que es el deudo más cercano que pudo ser. Y digo hijo, no por adopción, sino hijo natural, nacido y procreado de las entrañas, como lo fue Jesucristo de su madre y San Juan de la suya. Dijimos que el cuerno sale de los límites de la carne: *Excedit carnem.* Cristo floreció sobre toda virtud de la carne, pasmándose naturaleza de que la virgen sea madre; San Juan, un grado menos, nace de carne, pero sin resabios della, con asombro del mundo, de ver quitados en Isabel los dos impedimentos de esterilidad y vejez. No halló el ángel en todas las maravillas de Dios otro ejemplo más acomodado para persuadir á la Virgen la encarnación del Hijo de Dios en sus entrañas por obra de Espíritu Santo, sin detrimento de su naturaleza, sino la concepción de San Juan: *Ecce Elisabeth, cognata tua;* nota los dos impedimentos de vejez y esterilidad: *Quoniam non erit impossibile apud Deum omne verbum.* Como si dijera: Quien pudo hacer un Baptista, hijo de vejez y esterilidad, podrá formar un Cristo, hijo de Dios y de virginidad. Conforme á esto dijo Pedro Crisólogo (Homilia 6): *Elisabeth sanctus partus, non ablatus est, sed dilatus, donec transiret tempus carnis.* Las pasiones del cuerpo, el débito del matrimonio, la causa de la delectación, el sentimiento de la concupiscencia y todo lo que avergüenza y agrava el alma, íbase limpiando con el largo tiempo la casa del sacrificio, el hospicio de la santidad, el paso del aposentador de Cristo, la morada del ángel, el palacio del Espíritu Santo y el templo de Dios. Finalmente, después que de todo punto se apaciguaron las rebeliones de la carne, todo quieto, limpio y castificado, luego huye la esterilidad, revive la senectud, concibe la fe, pare la castidad, nace el mayor que hombre, igual á los ángeles, trompeta del cielo, pregonero de Cristo, secretario del Padre, casamentero del Hijo, embajador del Espíritu Santo, alférez del rey soberano, perdón de pecados, corrección de judíos, vocación de gentiles, y por hablar con propiedad, la hebilleta de oro y broche pectoral que juntó con el pecho del sumo sacerdote los dos cabos de la capa, que son la ley y el Evangelio. Con razón, pues, el evangelista nos dice la impotencia de sus padres: *Ut probaretur major homine qui in ortu suo excedebat legem nativitatis humanæ.* Veis ahi la limpieza del cuerno, que excede á la carne, y como tan cercano á Cristo y á su madre, nadie le iguala, ni más que un Cristo: *Unus est enim mediator Dei et hominum* (I Ad Timot., 2) Una virgen y madre: *Una est columba mea, nec primam similem visa est, nec habere sequentem* (Cant., 6). Un solo precursor y baptista. Un sol, una luna, un lucero: *Unus est et secundum non habet* (Eclesiastes, 4). Todos los otros santos tienen compañeros en sus estados y puestos: en la suprema dignidad del apostolado hay doce; en la de los evangelistas, cuatro; en la de los profetas, hay muchos; en la de los mártires, confesores y vírgenes, innumerables escuadrones; sólo San Juan hace coro de por sí; sólo él, precursor de Cristo, que lleva á todos la delantera; sólo él, que lo mereció baptizar; sólo él, que vino á dar testimonio de la lumbre, para que todos creyesen por él. Sólo en ser precursor, Baptista, *plus quam Propheta;* y por decirlo en una palabra, sólo en ser el *plus ultra* de todos los santos. Concluyamos con esto, con que la Iglesia estime en tanto á San Juan, que de dos canciones perpetuas que tiene, una de día y otra de noche, la *Magnificat* es para dar gracias á Dios por haberle dado á su Hijo y por las mercedes que hizo á su madre, y el *Benedictus*, de noche, es para darle continuos loores por haberle dado á San Juan, esta hacha luciente que nos descubrió á Dios humanado. Y así se canta á las Laudes, á la hora que sale el lucero, refrescando en ella la memoria de tan señalado beneficio. La manera como le descubrió y la dignidad con que hizo su oficio, veremos en esta sabrosísima historia que refiere San Mateo en el capítulo 3: *Tunc venit Jesu,* etc.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Este avisarnos de la circunstancia del tiempo y sazón en que el Redentor vino á baptizarse, remítenos á lo precedente en este capítulo. *In diebus illis venit Joannes Baptista prædicans in deserto Judæ.* Píntanos la entrada que hizo en el mundo á predicar este celosísimo predicador, la prima de los puros hombres, el traje nunca visto deste salvaje divino, cuando se desembreñó y salió del boscaje en que se había criado; gastado su hermoso rostro y desfigurado de los ayunos y penitencias casi increíbles; quemado de los rigores de los inviernos, cie-

zos fríos, hielos, estíos, bochornos, ardores de los soles; los ojos, de flaqueza hundidos, del mucho llorar enconados; el cabello áspero, desgreñado; el hábito más para tormento que para abrigo, pues era un cilicio yerto y crudo, ceñido como valiente, aunque el ceñidor también ponía horror y grima. Su comer, langostas y miel silvestre, y todo él, á propósito de penitencia, que era el tema que predicaba. Dícenos el tronido que dio espantoso esta terrible voz que, clamando en el desierto, sonó tan reciamente en poblado, que en toda Judea, Jerusalem, y en las comarcas del Jordán, que se despoblaron los pueblos y se pobló el yermo de sus moradores. Dícenos el espíritu, hervor y la fuerza de su decir, con que hacía temblar la barba á los reyes, compungir á los soldados, temer y recatarse á los fariseos, convertirse á los publicanos, y finalmente, el efecto admirable que hizo con su predicación en gente tan desalmada, encantando estas víboras y haciéndolas dejar la ponzoña en el agua, porque *baptizabantur ab eo in Jordane, confitentes peccata sua.* No era confesión sacramental, sino en general se confesaban por pecadores. Esto era hacer el oficio de precursor: habituar á los hombres, disponerlos para el sacramento del baptismo y penitencia que Cristo había de instituir, y para la reformación de vida que había de predicar. Barbechó la tierra para que cuando saliese el celestial sembrador á sembrar el grano de su palabra acudiese con fructo más copioso. Acostumbró con su luz moderada los ojos flacos de los mortales para que pudiesen sufrir el resplandor inmenso del venidero sol. Como si estando en las tinieblas de la noche oscura, de repente nos embistiese el sol con toda la fuerza de sus rayos excesivos, sin falta nos deslumbraría; porque no hay vigor en la vista para tanta claridad, y por eso parece primero el lucero de la mañana, que poco á poco nos dispone. Así, á los que habían estado en aquella larga noche de la ley oscura, y en las tinieblas de los pecados, por que la claridad de Cristo no los encadilase, fue menester que precediese San Juan, para que acostumbrados á este lucero no extrañasen después al sol. Pues *tunc*, cuando San Juan traía las manos en la masa y hacía tan altamente su oficio de precursor, *tunc venit Jesus;* entonces, llegado ya el tiempo por el Padre definido para comenzar la redención, viene Jesús de Galilea donde se había criado con sus padres hasta aquella edad, que entraba en los treinta años, *in Jordanem.* Mucho espanta baptizarse Cristo, pero no menos asombra el tiempo y lugar en que se baptizó. Cuando salían al Jordán innumerables compañas de gentes, soldados, logreros y fariseos, y se baptizaban protestando ser pecadores, entre esa chusma y canalla viene Jesús, el inocente, el santo, el santificador entre los culpados, el justo y justificador entre los injustos, el limpio y limpiador entre los asquerosos y manchados. Señor, si queréis canonizar el baptismo, recebidle en secreto, no en público, que desacreditáis vuestra persona en ser tenido por pecador. Veis aquí la fea aparencia del cuerno, mas es cuerno de unicornio. *Dilectus quemadmodum filius unicornium* (Salmo 28). El cuerno del unicornio tiene virtud para desemponzoñar las aguas y hacerlas salutíferas y medicinales, y así Cristo *tactu suæ mundissimæ carnis vim regenerativam contulit aquis* (San Agustín). Con el toque de su carne limpísima, aunque semejante á carne de pecador, sanó las aguas y les dio virtud para sanar las almas y procrear hijos de Dios. Quiso hacer verdad aquello de la piscina, que tenía cinco portales donde había grande muchedumbre de enfermos. Estaba todo el linaje humano doliente, no tenía quien le curase, *a planta pedis;* viene este ángel del gran consejo y éntrase entre los enfermos, desciende á la piscina y vase al Jordán y revuelve las aguas, dales virtud para que ya no el primero, sino todos cuantos en ellas debidamente se arrojaren cobren perfecta salud. Pues ¿por qué no en figura de ángel? ¿Por qué en traje de pecador? Por descuidar al rey tirano, porque no se altere el demonio. Es la de Samuel cuando vino á ungir á David, porque no se alborotase Saul, el rey tirano, viene á Bethleem con título de sacrificar y unge á David en secreto. Había en el mundo un rey tirano que le tenía usurpado; viene Cristo, rey legítimo, ungido del Padre, y para deslumbrar á Satanás traía dos pulsos, de hombre y de Dios. Por el pulso humano nace en un establo, huye á Egipto, calla treinta años, baptízase como pecador; por el pulso divino, le anuncian ángeles, trae reyes y pastores, hace milagros, instituye sacramentos, y por eso viene entre pecadores á dar virtud á las aguas; pero no dejará de ser descubierto, porque *venit ad Joannem*, que es su manifestador.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Favor extraordinario, que deje Cristo su tierra y la compañía y conversación suavísima de la Virgen su madre, y se va para el Baptista. El domingo pasado vimos que se ausentó de su madre y de Josef santísimo, y pidiéndole razón por qué los dejó, respondió: *Quid est quod me quærebatis?* Claro está que por solo Dios os había de dejar. Pues, Señor, ahora que venís de Galilea al Jordán, ¿qué razón daréis á San Juan que os pregunta cómo venís á él? *Tu venis ad me?* ¿Por qué dejáis vuestra benditísima madre? Por vos, Baptista divino; una vez

la dejé por Dios y otra por vos. Hoy se cumplió aquel Sacramento que el apóstol dice ser tan grande en Cristo y la Iglesia, figurado en el casamiento de Adán y Eva. *Propter hanc relinquet homo patrem et matrem, et adhærebit uxori suæ; et erunt duo in carne una* (Efesos, 5). No se había cumplido hasta hoy, que deja Cristo á su madre, y á Josef, tenido por padre, y se va á casar con San Juan, en nombre de toda la Iglesia. *Hodie cœlesti sponso juncta est ecclesia, quoniam in Jordane lavit Christus ejus crimina:* «Hoy fue ajuntada la Iglesia al celestial esposo, porque en el Jordán lavó Cristo sus mancillas, y por medio de San Juan la desposó consigo». Bien puede, viendo á San Juan, decir y señalar con el dedo: Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne; por este casamiento dejaré carne y sangre y me haré uno con él, para que mejor que San Pablo pueda decir: vivo yo, mas no yo, porque vive en mí Jesucristo. Y pues amor con amor se paga, el Baptista dejó el padre y la madre y todas las cosas por Dios: Dios deja la madre y el reputado por padre, y todas las cosas por él. *Venit ad Joannem.* Pienso que debe ser uno de los pasos de más devoción que hay en el evangelio el encuentro destas dos lumbreras del cielo; esta primera de dos tan estrechos amigos, después de treinta años de ausencia. Es fe católica que San Juan no conocía á Cristo de vista, ni jamás le había visto hasta este punto; así lo dice él: *Et ego nesciebam eum.* Yo no le conocía de rostro, pero el que me envió á baptizar en agua me dio esta seña: aquel sobre quien vistes descender al Espíritu Santo en figura de paloma es el Mesías que baptiza en Espíritu Santo. Y uno de los mayores servicios que San Juan hizo á Cristo, y por donde más obligó á todo el linaje humano, fue carecer de la vista y conversación del Redentor treinta años, con haberle adorado y dado el parabién desde el vientre de su madre: no más de porque no dijesen que era testigo de manga, y que el testimonio de amigo no era tan fuerte y que hablaba como papagayo lo que su amigo Cristo le había puesto en la boca. Para quitar estos inconvenientes y hacer limpiamente su oficio, se abstuvo todos estos treinta años de ver á Cristo ni comunicarle. ¡Oh amigo único y singular de Dios, y cuánto mejor que todos los hombres del mundo se os debían á vos los favores, regalos, la familiaridad y estrecha conversación de Cristo! ¡Cuánto mejor le sirviérades vos, cortesano del cielo, que tan bien le conocistes encerrado en la estrechura del vientre y con tanta discreción le adorastes! ¡Qué bien acompañada estuviera la pureza de María con vos, ángel humano, su sobrino y su ahijado, de quien por boca de vuestra madre recibió el honroso título de madre de Dios! ¡Y que de todo esto os priven y os destierren al desierto con las fieras, por la honra de Cristo y bien de la Iglesia! Más merecistes vos y más se os debe por esa ausencia que á todos los apóstoles y discípulos por su sequela y asistencia. Pero ¿qué se debió de pasar en este tan prolijo y penoso destierro? Ya se sabe el fuego del amor cómo enciende la llama del deseo, y el deseo encendido, mientra más se dilata más se aviva, y cuánto más se detiene, aflige y mata, que dicen ser un género de martirio, y aun de infierno. ¿Qué siente un alma que la privan del Santísimo Sacramento, que está acostumbrada á recibirle? ¿Qué sienten las del Purgatorio, que carecen de la vista de Dios, á quien aman? Considerad agora, qué fuego de amor estaba encendido en el pecho de Baptista, y de tal fuego qué llamas se levantarían de deseos ahervorados, de ver aquel *in quem desiderant angeli prospicere* (II Petr., 1). Y ver que tanto se difería y que estaba contando las horas, los días, los años, que tantos pasaban sin ver su alegría; ¡qué martirio, qué purgatorio! Este sí era un verdadero cilicio; esto lo más duro y más áspero de su penitencia. ¡Qué de veces debió de tomar á David las palabras de la boca: *Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est?* (Salmo 119): «Señor, ¿hasta cuándo ha de durar tan prolija ausencia?» Salió ya por orden del cielo á los treinta años, cansado de tanta tardanza, y tendía los ojos por la ribera; y como gran conocedor del ganado, no veía venir sino lobazos carniceros, leones bravos, tigres, zorras y raposas de fariseos, llenos de embuste y engaño; nada le contentaba. Cuando en este claro día, entre todas las fieras, con luz especial del Espíritu Santo, vio blanquear la lana blanca y fina del cordero, y oyó su balido amoroso y blando, y vio aquel semblante de tanta gravedad y hermosura, ¿qué sentistes? ¿qué alborozos sobresaltaron ese corazón limpio? ¿qué colores os vinieron al rostro de contento? ¿qué lágrimas de placer arrasaron vuestros ojos? Corto parece que anduvo aquí el evangelista en no declararnos este paso; pero no anduvo sino muy discreto: porque las cosas grandes que apenas caben en la imaginación, fiarlas de la lengua es apocarlas y ofenderlas. Si los huéspedes destos días, viendo la estrella, *gavisi sunt gaudio magno valde*, y el gozo de ver al niño no se atrevió á contarlo el evangelista, ¿cómo tuviera palabras para explicar el que sintió San Juan, que tanto más sabía y amaba que los reyes, de ver á Cristo, hombre puesto en la tela para hacer su oficio de redentor? Míranse con los ojos y comenzaron aconsejar los corazones de entrambos, sin mover los labios; que Dios con sus amigos

tiene mil señas y cifras que no todos las entienden. ¡Oh mi esperanza, deseo de las gentes, gozo del mundo, rescate de nuestro linaje; mil años ha, Señor, que os aguardaba, y retirado por estas soledades con la esperanza de este día vivía alegre, y pareciéndome que el que os había de ver era profanar los ojos emplearlos en otras gentes, por eso huía de mirarlas y para vos las guardaba. *Jam lætus moriar, quia vidi faciem tuam. Nunc dimittis servum tuum, Domine* (Genes., 46).

CONSIDERACIÓN TERCERA

Pues ya cuando le vio postrado á sus pies, pidiendo el Baptismo como los otros pecadores, ¡qué pasmo, qué asombro cayó sobre su corazón! ¡qué miedo frío, qué temblor ocupó todos sus miembros! *Joannes autem prohibebat eum, dicens: Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me?* Rehusó su profunda humildad la suprema alteza que se le ofrecía; y lleno de reverencial temor, dice á Cristo: Yo de ti debo ser baptizado ¿y tú vienes á mí? Tú, cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo; de cuyo lado sale el río cristalino de agua viva, que riega la ciudad de Dios, ¿qué necesidad tienes de lavarte? ¿La limpieza se limpia, la salud se cura, la santidad se santifica? ¿Tú á mí, que tengo dicho que no merezco descalzar tu zapato? Este fue el pasmo de Pedro cuando le quiso Cristo lavar los pies: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Pero más razón tuvo de admirarse San Juan, porque á Pedro arrodillarse Cristo para lavarle, mostró que era santificador: *Si non lavero te*; mas acá, pide ser lavado. Y con todo más prudente la humildad del Baptista, no dice: *Non baptizabo te in æternum*, sino comedidamente: *prohibebat eum*. Y así le responde diferentemente que á San Pedro. Al otro: *Quod ego facio tu nescis modo*, y no le da razón, antes les amenaza si no se rinde. A San Juan: *Sine modo*, pasad por lo que hago; y dale razón del hecho: *Sic enim decet nos implere*. La crianza es debida de justicia, pero es diferente según la calidad de las personas. Entre escuderos, el menos honrado se queda á la postre; entre ilustres, el menos honrado va delante como escudero; entre iguales se ruegan al entrar de la puerta y porfían en las cortesías; pero si el rey quiere honrar á uno y le manda levantar ó cubrir, ir ó pasar, es mandato: hase de obedecer y no porfiar. Otra cosa sería si fuese rey ó gran señor como él. A San Juan trátale Cristo como igual y aun como á superior, no porque lo pueda ser, *quoniam quis in nubibus æquabitur Domino?* (Salmo 88), sino porque Cristo le quiere engrandecer y honrar, cumpliendo lo que dijo el ángel: *Erit magnus coram Domino.* Grande, no por naturaleza, sino por gracia. Mirad qué grande, que le va Cristo á visitar á su casa, encerrado en la litera del vientre virginal, y ahora hombre se viene por su pie *ad Joannem*. Y si allí San Juan se le arrodilló en el vientre de su madre para adorar á Cristo, ahora le paga la cortesía y se arrodilla delante de San Juan. Y pasa adelante, que San Juan le reverenció en secreto y Cristo se postra delante dél en público. Y si dijo que no merecía desatar la correa del zapato, quiere que vean las gentes que merece baptizarle y tocar su cabeza. Pues tratándosele como á grande, bien se sufre ponerse con él en cortesías. *Joannes autem prohibebat eum.* Mirad aquí estos dos grandes, el uno por naturala, *hic erit magnus*, y el otro por gracia, cómo se están rogando en el baptismo, que es la puerta y entrada del cristianismo y aun del cielo.—Juan: Yo tengo de ser baptizado.—Cristo: No, sino yo primero. *Sine modo.* Y al fin va delante Cristo como menor, escudereando á San Juan. San Pedro, aunque sea cabeza del apostolado, es discípulo y no tiene licencia para replicar, sino bajar la cabeza, recebir la honra y favor que le hacen, que es de mayor á menor; y porque se hace de rogar, le dicen un *nescis modo*, que sabe poco de cortesía, que se deje llevar. A San Juan, como á grande señor, que se quede atrás: *Sine modo.* Dejadme ir á mí delante, que después recibiréis mi baptismo, que es más honrado. Santo Tomás y otros santos afirman que en acabando San Juan de baptizar á Cristo fue baptizado dél, mas hay diferencia: que Cristo no recibió sacramento, sino un simple lavatorio; no pudo recibir aumento de santidad, sino él santificó las aguas y las hizo materia del baptismo; que desde allí quedó instituído primer sacramento de la Iglesia; mas San Juan siendo baptizado de Cristo recibió verdadero sacramento y aumento de gracia y la señal y carácter de cristiano. Ved cómo en todo es primero, al fin como precursor. El fue el primer cristiano baptizado de toda la Iglesia de Dios y el que en nombre de toda la Iglesia hizo la estrena y tomó la posesión de la gracia baptismal; así también como fue el primero que del mismo Cristo después de humanado recibió el otro baptismo interior que llamamos de Espíritu Santo. *Spiritu Santo replebitur adhuc ex utero matris suæ* (Santo Tomás, *In corpore*). Y como también fue el primero que en vida mortal de su rey y señor recibió el tercer baptismo, que es del martirio, para que en estos tres baptismos se presenten en la tierra aquellos tres testigos abonados, que dice el evangelista San Juan: *Tres sunt qui testimonium dant in terra: spiritus, aqua et sanguis; et hi tres unum sunt.* De que Cristo es

verdadero Dios y hombre, Redentor y Salvador de los hombres, tres testigos hay en el cielo: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa, una esencia: el Padre en la voz, el Espíritu Santo en la paloma, el Hijo con sus obras y doctrina. *Et si ego te testimonium perhibeo de me ipso, testimonium meum verum est.* Porque soy Dios y no puedo engañarme ni engañar; éstos son los tres testigos del cielo. De la tierra hay otros tres: espíritu, agua y sangre. Dar Cristo al Espíritu Santo en el sacramento del Baptismo que justifica, la sangre que los mártires derramaron en testimonio desta verdad, contestan que Cristo es Dios y por eso del lado de Cristo manó agua y sangre, y éstos contestan una mesma cosa. En San Juan se juntaron estos tres baptismos de espíritu, agua y sangre. *Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine.* No especifica cuál, porque los dio todos y él sólo basta para firme testimonio que Cristo es Dios y Salvador. ¡Qué de relaciones, qué de parentescos, qué de vínculos hallaréis entre Cristo, la Virgen y San Juan! ¡Qué lazos de amor tan estrechos, qué nudos indisolubles de inviolable amistad! Suelen los grandes señores trabarse con parentescos y enlazarse con casamientos, de suerte que no sea posible deshacerse una amistad y afinidad tan bien zanjada. Estimó Dios tanto al Baptista, que traba con él mil géneros de parentescos, y se enlaza y anuda con mil divinos artificios: por parte de padre y madre, por consaguinidad, por afinidad, por naturaleza y gracia. Por naturaleza, primo de Cristo, sobrino de la Virgen; por gracia, en el primer baptismo de espíritu, ahijado de Cristo, ahijado de la Virgen; Cristo fue su padre espiritual; la Virgen, la madrina; fue el primer hijo espiritual de la madre de Dios y el primogénito de los infantes de la gracia. No es sueño, sino verdad notoria. *Per Evangelium ego vos genui in Christo Jesu,* dice San Pablo á los que por su predicación cristianó. La Virgen, con la virtud de Cristo, que traía en sus entrañas, mediante su voz santificó á San Juan y le baptizó por Espíritu Santo. *Ecce enim ut facta est vox in auribus meis.* Cristo fue el primer autor; la Virgen, con potestad de excelencia, el ministro de aquella santificación, y la voz de su salutación el instrumento. No se sabe que de esa suerte haya intervenido la Virgen para santificar á otro alguno; y así éste es su primer hijo por excelencia de gracia. Josef, el primogénito de la hermosa Raquel, el casto, el solicitado de la adúltera sinagoga, por cuya ausencia entró en la privanza el Benoni Evangelista. En el baptismo de agua, baptizando á Cristo es su padrino y compadre espiritual; compadre de la Virgen y compadre del Eterno Padre; y siendo baptizado de Cristo queda de nuevo por su ahijado. También en este baptismo se contrajo la afinidad, porque baptizando á Cristo se desposó con él en nombre de la Iglesia y dijo el «sí otorgo». En el baptismo de sangre queda por primer testigo, por mayor y más leal amigo. *Majorem charitatem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* Pues si *funiculus triplex difficile rumpitur,* amistad y deudo que consta de tales y tantos ramales y lazadas y artificiosos nudos, ¿cómo se podrá romper, ni desatar, ni cortar ninguno? Quien con tantas cuerdas está unido, trabado y emparentado con Dios y con su madre, ¿cómo se podrá apartar dél? ¿Qué firmeza tendría en su amor, qué lealtad en su servicio? Tantas veces lavado, una mano y otra. *Amplius lava me,* y no más que una vez *ab iniquitate mea,* original. Las demás, gracia y más gracia. Con tanta plenitud, tinto en lana, bañado en gracia y santidad, ¿qué gracia se le pegaría? *Joannes est nomen ejus,* y todo es gracia; no sólo gracioso, sino la gracia. *Justitia ante eum ambulabit,* es hipérbole. Con razón le dice Cristo: *Sic decet nos implere omnem justitiam.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

Así nos conviene á mí y á ti cumplir con toda justicia. Todos los justos que no han subido á tener el oficio que yo de Redentor y tú de precursor, como no se les dio tanto caudal no se les pide tanta perfección como el cumplir con toda la justicia por entero; ninguno tan justo que no le falte alguna pieza della; pero á mí y á ti, de quien está fiada esta obra de la redención, de mí como de principal artífice y maestro mayor de la obra, y de ti como obrero y aparejador de las piedras deste edificio, conviene que demos el lleno á toda justicia y que nada nos falte. Cumple Juan con tu oficio y cumplirás con lo que debes á fiel ministro, y dejándome yo lavar, cumpliré con lo que debo á Redentor. Yo me he de humillar y tú obedecer, y con esto se cumple toda justicia; porque soberbia y desobediencia cerraron los cielos, y humildad y obediencia son las llaves que los han de abrir. Como encantados estaban los cielos desde el principio y ninguno de los hijos de Adán que ha probado esta aventura de quererlos abrir ha salido con ella; porque querubines armados con espadas de fuego defendían la entrada; para mí estaba guardada esta empresa. *Sine modo.* Deja, que detienes el bien del mundo con tu humildad, que están ya los cielos distilando dulzura. Déjame probar esta aventura que ha tenido el mundo suspenso tantos siglos ha y baptízame, que en entrando en

las aguas verás los cielos abiertos, deshecho el encantamento del pecado, destruídas las artes del demonio, y quedar libre el paso del cielo para los hijos de Adán, que los niños le pasen sin temor y haya comercio y contratación de la tierra al cielo; que de acá vayan buenas obras y de allá vengan auxilios de gracia y vida. *Tunc dimissit eum.* Visto que aquella era su determinada voluntad, y que así convenía, no habló más sino dejóle salir con su intento. Y comienza aquel camarero de Dios á desnudarle con sus manos; descubre aquellas carnes divinas, más albas que el alabastro y que la nieve pura, nunca hasta entonces vistas sino de los ojos virginales. Pásmanse los cielos, están atónitos los serafines de llegar manos de hombre al que ellos no osan mirar. ¡Con qué suavidad quitaba aquella ropa el glorioso Baptista! ¡qué curiosidad pondría en no tocarle el brazo al sacar la vestidura! ¡con qué reverencia después de haberla desnudado la besaría! y ¡qué de veces, acabado aquel ministerio, besaría el lugar donde hubiese estado la ropa! ¡Oh divino camarero del príncipe de la gloria, sumiller de Corpus, ahora entiendo vuestro singular privilegio á nadie concedido sino á la madre de Dios! A Pedro le encomiendan la Iglesia, á Juan la madre, á vos y á la Virgen la misma persona del Hijo de Dios. Muchos tocaron á Cristo, pero sobre la ropa: los sayones tocaron á la carne, pero con sacrilegio; con dignidad la Virgen sola vio con sus ojos y trató con sus manos aquellas carnes divinas de sus entrañas tomadas; y después della, hoy el Baptista, por su más que angélica pureza. A la Iglesia tan amada, dio su cuerpo por sustento y medicina; pero sacramentado en ajenos accidentes, por la reverencia debida á aquel relicario de la divinidad. Los vasos del tabernáculo se daban enfundados, y así se entregó á los apóstoles y sacerdotes el cuerpo de Cristo enfundado, para que no le toquen sino mediante los accidentes de pan. A San Juan sólo después de su madre se da en su propia especie, que le trate y toque y tenga en sus manos. *Filius Dei est quem Joannes tenet in manibus*, al que *portat omnia verbo virtutis suæ* (San Cipriano, Sermón 1.° *De Baptismo)*. ¿Que realzada quedaría de aquí vuestra pureza, Baptista glorioso? Si la otra, de tocar la fimbria quedó sana, *quia virtus de illo exibat et sanabat omnes*, y si quien toca olores, ámbares, se le pega el olor á las manos, ¿qué salud, qué gracia, qué santidad se os comunicó de haber tocado al autor della? ¿Qué olor de aquella poma de olores divinos? Endiosado quedáis, olores divinos tenéis, un tufo de Dios; más que hombre sois. Luego que el Hijo de Dios estuvo desnudo hincado de rodillas, inclinó la cabeza, y San Juan, tremiendo como la hoja en el árbol de suma reverencia, hechos sus ojos fuentes de lágrimas, le tomó por la cabeza y le puso debajo las aguas. ¡Qué de cosas estaban entonces en el pecho de San Juan! ¡Cómo diría en su corazón: Oh más dichosa agua del Jordán que todas las del mundo, aunque entran en esta cuenta las aguas sobrecelestiales! No se celebren ya los ríos: el Fisón en su oro fino y sus piedras preciosas; el Ganges y los demás que salen del Paraíso, pues en éste se halla hoy todo el tesoro del cielo. ¡Oh Jordán, detén tus corrientes, reprime el ímpetu, no vayas tan presuroso al mar, guarda esas gotas que bañan el cuerpo santísimo de Dios! Y diciendo esto, acaba su ministerio, espantado de verse tan subido, que de indigno de llegar á los pies se vee haciendo servicio á la cabeza. ¡Oh humildad! ¿ves aquí tu paga? Esta es la sabia Ruth, que se acuesta á los pies de Booz, y merece por su humildad que la haga su esposa y la ponga á la cabecera. ¿Quién no es humilde? ¿Quién no se abate á los pies de Dios que tan bien sabe honrar á los humildes? San Juan se arrojó á los pies, y veislo aquí puesto en cabecera de todo lo criado. No lo tengáis á burla. Porque si delante de San Juan se arrodilló Cristo, que es cabeza de la Iglesia, en quien todos estamos incorporados como miembros suyos, sin duda ninguna toda la Iglesia y la natureleza humana se arrodilló delante dél; y así es mucha razón que todos en Cristo le adoremos y reverenciemos y demos gracias, pues él fue el primero que nos dio á conocer á Dios humanado y nos trajo las buenas nuevas del reino de Dios, y nos ofreció el perdón de los pecados y nos predicó largas virtudes y indulgencias de aquella preciosísima reliquia del *Agnus Dei*. Y de la suerte que *in nomine Jesus omne genu flectatur* (Ad Fil., 2) en presencia de Cristo y en su nombre, así viendo á este Señor hincado de rodillas delante San Juan, me parece que veo también arrodillados los cielos y la tierra y los infiernos. Los cielos por ver á un hombre hecho ángel, ante quien se postra su Hacedor, y porque éste es el primero que emprendió la conquista de los cielos. La tierra, porque éste es el primer predicador de su reparador. Y el infierno, por ser el alférez mayor de su triunfador que le había de despojar.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Veis aquí el santo Josef adorado del sol y la luna y de las once estrellas, porque arrodillado Cristo, sol de justicia, delante de San Juan, la Iglesia, que es la luna y las estrellas los apóstoles, y todos los santos le reconocen

y hacen reverencia. Aquí se cumplió el *erit magnus coram Domino*, y el *inter natos mulierum* tan grande, que ninguno le llega. Cuando algunos gentiles hombres quieren averiguar cuál es mayor de cuerpo, más dispuesto, mídense á la pared. Cristo en la Iglesia es la pared: *Salvator ponetur in ea murus et antemurale* (Isai., 26). A él se han de medir los grandes en santidad, porque á cada uno se reparte la gracia: *Juxta mensuram donationis Christi* (Efesos, 4). Midamos, pues, ahora los más crecidos. De las mujeres, después de la Virgen, es la Magdalena. Esta medida, con Cristo, llegó á los pies, que es la medida de los penitentes. San Bernardo dice (*in Libro sententiarum*) que *oscula tria sunt reconciliatorum, quibus duo pedes Domini, misericordia et justitia, continguntur*. Tres maneras hay de besar; una de pies, que significa reconciliación, donde se juntan los dos pies del Señor, misericordia y justicia. Aquí llegan á medirse todos los pecadores con Magdalena. Otra de besamanos, la cual le cupo á Pedro cuando le dio Cristo la suya, viniendo sobre las aguas. *Extendit manum, apprehendit eum*, lo cual significaba la mano que le daba en atar y desatar, el poder de ligar y absolver. Allí llegan á medirse obispos, pontífices y prelados que tienen de la mano de Dios potestad de lo mesmo que Pedro. Al Evangelista le dio el pecho do llegan á medirse él y todos los amantes y amados de Cristo. Pero al Baptista le dio la cabeza, do sólo él llegó. Que si ésta significa la divinidad, *caput Christi Deus*, le fió su honra, su deidad y crédito; y anduvo tan fiel que dijo: *Non sum ego Christus*. Y esta es la mayor medida, tal que igualó con ella á aquel gran gigante; por sí no pudiera, sino que se abajó él, para que pudiese alcanzar. De aquí entenderéis la razón por que el amado discípulo, con amorosa osadía, sin temor se abrazó con el pecho de Cristo, y el gran Baptista temía y no osaba tocar á su cabeza. Porque entendió primero que San Pablo que en ella era Dios representado. *Caput Christi Deus*, el cuerpo, la humanidad, pues *omnis caro ad similem sibi conjungetur* (Ecles., 7). Y la carne virgen y limpia de San Juan era muy á propósito para juntarse con la del Salvador. Mas ver al Baptista que ha de poner la mano sobre la cabeza, que el hombre sea superior á Dios, la criatura sobre el criador, ¿cómo no ha de temblar y rehuir tan extraña mayoría? Queda, luego, bien probada la conclusión: *Inter natos mulierum non surrexit major*. Ninguno subió á la alteza que San Juan: *Qui autem minor est vestrum*. Vuelve Cristo por su honra. Yo que me abajé y me humillé á parecer menor que San Juan en la Iglesia, que es reino de los cielos; yo que estuve arrodillado delante dél, sin duda soy el mayor. Veis aquí cómo San Juan no recibe comparación de ningún santo nacido de mujer, excepto la Virgen. La dificultad que tuvo el mundo fue si él era mayor que Dios, si era Cristo ó si Cristo era Juan; esta era la duda. Y así hoy, para sacar al mundo della, en siendo Cristo baptizado, se rasgan los cielos y entona la voz magnífica del Padre Eterno: *Hic est Filius meus dilectus*. Y porque no pensasen que hablaba con San Juan, bajó el Espíritu Santo en figura de paloma y posó sobre la cabeza de Cristo. Así lo dice San Juan Crisóstomo: *Idcirco spiritus descendit, ut eum duntaxat manifestaret* (III homilia, 16). Ese fue el fin de la venida del Espíritu Santo en figura de paloma: darlo á conocer á él sólo. Y él mismo dice: *Ne ipsum putarent tanquam unum esse ex multis, eamque vocem de Joanne sanctam*. Descendió sobre él el Espíritu Santo, porque no pensasen que era uno de muchos; quiere decir, que no había más que reparar en él que en todos los demás: que era uno de los muchos que á vueltas de ellos venía, y así la voz no hablaba sino con San Juan. Veis aquí otro privilegio de San Juan, que fue el primero á quien se hizo la primera manifestación de la Santísima Trinidad, con los propios nombres de las personas. Antiguamente sólo en figuras unos asomos y vislumbres: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Abraham: *Tres vidit et unum adoravit*. Pero unas veces los trata como á Dios, otras como á hombres; mas en el baptismo de Cristo, el Padre se oye en la voz, el Hijo se vee en carne, el Espíritu Santo en paloma. San Juan sólo es convidado á estas fiestas, y sólo él tiene cabida entre las divinas personas, y campea su grandeza entre tales jayanes y geriones divinos: *Joannes ubique major in omnibus singularis, mirabilis super omnes* (Pedro Damián). Los que sois devotos del Baptista, alegraos de la eminencia de vuestro santo. ¿Queréis ver los compañeros que tenéis? Toda la Trinidad es Baptista, pues á él primero se reveló. El Padre que le escogió por su apóstol: *Fuit homo missus a Deo*. El Hijo por precursor: *Ecce mitto angelum meum*. El Espíritu Santo por su templo: *Spiritu Sancto replebitur adhuc ex utero matris suæ*. La Virgen es Baptista, porque la santificó, y en su casa y á su instancia cantó la *Magnificat*. La Iglesia romana es Baptista, porque después del nombre del Salvador está consagrada á San Juan Baptista San Juan Lateranense. Allí es crucificado Pedro, degollado Pablo, y la dignidad de patrón se la lleva San Juan. Los apóstoles fueron Baptistas, porque á todos baptizó antes de Cristo. Así lo dice el Crisóstomo: *Initio a Joanne baptizati sunt, id ne cui mirum videatur: etenim si meretrices et publicani ad baptismum*

illum venerunt, multo magis venerunt hi, qui postea erant baptizandi spiritu (Tomo III, homilia 1, *In acta apostolorum*). No se le haga á nadie nuevo ni maravilloso ser los apóstoles al principio baptizados de San Juan, sino los quiere hacer más indevotos que á los soldados y fariseos que se baptizaban. Item, fueron discípulos de San Juan también el Evangelista, que era el que iba con San Andrés, y cuando le dijo *ecce agnus Dei*, se fueron tras él. Los santos doctores son Baptistas: Augustino, Ambrosio, Gregorio, Bernardo, Crisóstomo. Los cristianos y los moros celebran su nacimiento. Seamos también nosotros Baptistas, y honremos á este santo, á quien puso Dios sobre su cabeza procurando imitar sus virtudes, su humildad y su penitencia; para que desta suerte reparta con nosotros las riquezas de su gracia y nos favorezca para entrar en la gloria. *Quam mihi et vobis*, etc.

SERMÓN SEGUNDO

EN LA

OCTAVA DE LA EPIFANIA

DE NUESTRO SALVADOR

Tunc venit Jesus a Galilæa in Jordanem, etc.

(Mateo, 3).

Puso Moisés, por mandado del Señor, á la entrada del tabernáculo (como se cuenta en el Exodo), agua y espejos para que los sacerdotes que hubiesen de entrar en el santuario, en los espejos viesen las mancillas del rostro y en el agua las lavasen, y así limpios y purificados hiciesen su oficio. El divino Moisés, Cristo, autor de nuestra libertad, en el principio de su predicación y á la puerta de su Iglesia, pone delante á los fieles agua y espejos. El espejo clarísimo del cristiano es la vida y obras de nuestro Redentor. Aquí se ha de remirar para componer y afeitar el rostro de su alma, y echar de ver sus faltas y fealdades. Hoy es el primer día en que este espejo cristalino se descubre y saca á vistas de todo el mundo, y son tales las primeras muestras de humildad y obediencia que en él parecen, que con ellas queda cumplida y colmada toda santidad y justicia, sin haber más que desear. El lavatorio para las manchas es el agua del santo Baptismo, cuyo ensaye hizo el Baptista y cuya verdad comenzó el Salvador, dándole virtud con el tacto de su carne purísima para santificar las almas; poniéndolo por puerta principal de su Iglesia y de todos los demás sacramentos, por donde entran en el tabernáculo de su Iglesia y santuario de la gloria los fieles, que son sacerdotes espirituales de Dios. De la lindeza destos espejos y de la eficacia desta agua viva nos toca tratar al presente. Todo ello es cosa del cielo y que para fructificar en nosotros requiere agua de gracia. Pidamos al cielo por intercesión de la Virgen, diciendo: Ave María.

INTRODUCCIÓN

David, poderoso rey y profeta más que todos sus predecesores alumbrado, tomando la pluma en la mano para escribir los favores de Dios, hechos antiguamente al pueblo hebreo, en especial aquel beneficio señalado de sacarlo poderosamente de la captividad de Egipto, dándole paso á pie enjuto por el mar Bermejo, con total ruina y destrozo de sus contrarios, en esta escriptura, que es el salmo 37, como lindo escribano y gran secretario del acuerdo de Dios, hizo ciertas cifras en que por muy galano estilo apunta los soberanos y regocijados misterios que en esta solemnísima fiesta del baptismo de Cristo la Iglesia celebra, y los frutos y utilidades que della resultan al pueblo cristiano; pues en virtud della gozan del barato de la sangre de Cristo y alcanzan la salud y libertad que el Señor con su muerte les procuró. *Deus autem rex noster ante secula operatus est salutem*

in medio terræ: «Dios, que es rey nuestro y vive ante todos los siglos, obró la salud en medio la tierra». En Cristo nuestro bien se hallan con gran propiedad estos tres renombres y títulos que el Profeta aquí atribuye al autor desta grande obra. Dios rey, obrador de salud, que es Salvador. Estas tres calidades reconocieron en él aquellos tres reyes sabios que hoy ha ocho días le adoraron; y protestando su fe y creencia, le ofrecieron incienso como á Dios, oro como á rey y mirra como á hombre, que por su muerte había de hacer el oficio de Salvador. Pues este Salvador divino y real ha obrado la salud. Habla desta salud el Profeta como de cosa hecha, por la certidumbre infalible de la profecía en que comúnmente se suelen pronosticar los sucesos futuros como si ya fueran pasados. Y así, lo mismo es décir que Dios ha obrado salud, que decir, sin duda alguna, Dios obrará salud. Esta salud obró Cristo, rey del cielo, verdadero Dios y hombre, en la cruz. Allí con su muerte nos dio vida; con el bálsamo de su sangre curó nuestras llagas; con el agua de su costado lavó nuestras mancillas; con el poder de su divinidad nos dio libertad: *Salutem ex inimicis nostris.* Como rey libertó sus vasallos de la tiranía y opresión de sus enemigos: *Consummatus factus est omnibus obtemperantibus sibi causa salutis æternæ* (Hebreos, 5). Allí fue consumado el Redentor, porque mediante su pasión y muerte fue glorificado su cuerpo y libre de las penalidades desta vida; su nombre ensalzado y la obra de nuestra redención concluída. En virtud de aquella muerte nos salvó, y por ella es Salvador y causa de eterna salud; no limitada, á unos sí y á otros no, sino á todos los que le obedecieren. *Operatus est salutem in medio terræ.* Salud general para todos estados, naciones y suertes de gentes, á la cual todos tienen igual derecho si obedecen. Salud no arrinconada en Judea, sino patente á la gentilidad. Por eso padece en Judea, que es la plaza y medio de toda la tierra habitable; por eso le crucifican, no dentro de Jerusalem, sino *extra portam passus est*, fuera de los muros, en el Monte Calvario, en lo realengo y baldío, porque es salud universal para todos. He aquí la salud obrada, pública, concejil, sacada al mercado, puesta en medio de la tierra para quien la quisiere. Salud cara para el Salvador, pues le cuesta la vida y la sangre. ¿Qué les piden á los que han de ser salvos? ¿Por qué medio se les comunica esta salud? *Tu confirmasti in virtute tua mare*, etc. (Salmo 73). Todo lo ha de hacer un poco de agua. Tú, Señor, que antiguamente, á la salida de los hijos de Israel de Egipto, les diste pasaje para la tierra de promisión por el mar Bermejo, abriendo en caminos y carriles, teniendo las aguas fluidas y deleznables que no se deslizasen, sino estuviesen firmes y sólidas á manera de muralla, á la mano derecha é izquierda mientras pasaban; tú, que hiciste esta maravilla con tu fortaleza infinita en las aguas, harás otra muy mayor, que para sacar los fieles, espirituales israelitas, del Egipto del pecado y servidumbre del demonio, y llevarlos á la tierra de promisión del cielo, abrirás camino por las aguas del Baptismo. De suerte que las aguas, que eran el verdugo y azote del mundo y solían anegar á los hombres, ya les son muro y defensa contra la ira de Dios y puente para la bienaventuranza. ¿Quién hizo trueque tan magnífico? *Quæ est tanta virtus aquæ ut corpus tangat et cor abluat?* (San Augustin, tomo IX, Trac. 80). ¿Quién dio tal virtud al agua que lavando el cuerpo justifique el alma? *Tu confirmasti in virtute tua mare.* No es propiedad oculta de naturaleza, ni virtud comunicada de los veneros por donde pasa, sino virtud de Dios, que la toma por su instrumento. Todo el poderío de Dios fue menester para establecer el Baptismo y confirmar este mar. Hizo Salomón en el templo una gran bacía ó pila redonda, de cobre fundido y vaciado, de diez codos de diámetro y treinta de circuito, y asentóla en la cima de doce bueyes de lo mismo, que tenían las cabezas vueltas á las cuatro partes del mundo, y llamó á esta pila mar. *Fecit quoque mare fusile* (III Regum, 7). Para lavatorio, grande era; mas para mar no hay duda sino que era muy pequeño. Pues ¿por qué le puso este nombre el sapientísimo rey? Porque trazó en él el lavatorio de la Iglesia, que es el Baptismo. Este es mar grande, capacísimo, que se extendió por todo el mundo; mar que se bebió las aguas de las dos leyes, natural y escrita, que en llegando al Baptismo desaparecieron. Es de metal, por la firmeza que tiene; porque es mar confirmado por la virtud de Dios; sacramento perpetuo, que permanecerá hasta la fin del mundo. Fundido, porque regalado en gran fuego de caridad el corazón de Cristo, sacó á luz esta fábrica y instituyó este sacramento tan fácil y tan provechoso. Explica Ruperto Abad (lib. III, *in libros Regum*, cap. 21-22), toda esta página del Sacramento del Baptismo, y llegando á explicar (cap. 22) la significación de la medida destos números, diez y treinta, dice: *Arithmetici optime noverunt in decimo limite unitatem, decem ternarium, triginta esse. Nos autem hac fide ante omnia fidem habemus (quæ catholica est) ut Unitatem in Trinitate, et Trinitatem in Unitate confiteamur; in qua confessione baptizati sumus in Christo Jesu. Igitur decem cubiti latitudinis in triginta cubitorum circuitu fides est, vel confesio est, sine qua nullus aut nihil est baptismus. Unum quippe in Trinitate Deum*

et Trinitatem in Unitate baptizandus (ut jam dictum est) necessario confitetur. «Según sabemos de los contadores, los dieces tienen unidad en el número diez, que como contamos por ellos, él es el uno y primero; su ternario son treinta, que son tres dieces, lo cual es figura de nuestra fe, do hallaremos la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad, así como en un solo círculo de una taza como la deste mar, hallamos la unidad de un diez y la trinidad de otros tres. En diez codos, pues, de anchura y treinta de circuito está la fe ó confesión della, sin la cual es ninguno y ocioso el Baptismo; donde un Dios en Trinidad y una Trinidad en un Dios ha de confesar y profesar el que le ha de recibir». A este mar lo sustentan doce bueyes, los cuales (según el autor dicho, cap. 33) son los doce Apóstoles. *Qui sunt isti boves, super quos mare positum est nisi duodecim apostoli, quibus recens in morte Christi consecratum baptismi Sacramentum traditum est?* «¿Quién son estos bueyes sobre quien estriba el mar, sino los doce apóstoles á quien el Baptismo consagrado en la muerte de Cristo, nuevo y flamante, acabado de salir de su costado, les fué cargado para que le llevasen?» Y luego lo acabó de declarar en las palabras siguientes: *Mare ergo duodecim bobus suppositum est, ut scilicet portaretur in universas gentes in quatuor mundi partes Trinitatem prædicando, Deum in Trinitate testificando.* «Quiso que se pusiese sobre estos doce bueyes que miraban á las cuatro partes del mundo, para que por todas ellas fuese predicado á todas las gentes, dándoles testimonio de un Dios en Trinidad de personas». Ese es el mar que confirmó el Señor con su virtud. ¡Mirad qué medio tan fácil! Lavarnos con agua para gozar de salud cobrada con sangre. ¡Qué linda invención, qué corte tan avisado! Merece el hombre muerte por su pecado y muere el Hijo de Dios en su lugar, y es sepultado para dar vida al hombre; y ordena que la consiga por el Baptismo, que es semejanza de la muerte de Cristo y de su sepultura, de suerte que Cristo pasó la verdadera muerte y el hombre no más que la figura della. Cuando el Santo Oficio no puede haber al reo á las manos, forma proceso contra él, y convencido sacan su estatua al cadahalso, y como si la persona estuviera presente le leen la sentencia y le queman; y aunque el reo queda vivo, decimos que le han quemado en estatua. Acogióse el pecador por pies y púsose en cobro en el sagrado de la misericordia, y como el santo oficio de la divina justicia no le hubo á las manos, determina castigarlo en estatua. Cristo, Dios y hombre verdadero, es la estatua del pecador, porque vino *in similitudinem carnis peccati* (Rom., 8). La estatua parece hombre y no lo es; así Cristo, parecía pecador porque tenía carne pasible, mortal como los otros pecadores; mas él no tenía pecado, ni le pudo tener. En esta estatua se ejecutó la sentencia de muerte que el hombre debía, y queda el pecador vivo, pero muerto y sepultado en estatua. Y éste es el misterio del Baptismo que declaró el apostol San Pablo: *An ignoratis fratris, quia quicumque baptizati sumus in Christo Jesu, in morte ipsius baptizati sumus; consepulti enim sumus cum illo per baptismum in morte* (Rom., 6). «Una cosa os digo, hermanos, que no es justo lo ignoréis. Que todos los que somos baptizados con el Baptismo de Cristo, en su nombre y á su imitación, protestamos estar muertos con él y somos juntamente sepultados» (y en señal desto nos zabullen tres veces en el agua, en memoria de los tres días que estuvo Cristo en el sepulcro); mas la diferencia es que la muerte corporal y la sepultura verdadera Cristo la pasó, que es la estatua y efigie del pecador, en que realmente se ejecutó la sentencia, y nosotros quedamos libres y con vida de gracia y gloria, siendo solamente muertos y sepultados en estatua, esto es, baptizados en representación de la muerte y sepultura de Cristo. De manera que con este ensaye tan fácil y suave del Baptismo se nos apropian los frutos de la pasión de nuestro Redentor. Este remedio nos puso el Señor en las aguas, y hoy es el día en que se les comunicó esta virtud, porque con el toque de su cuerpo divino les dio fuerza para limpiar desde allí adelante las almas. Hoy se instituyó el Sacramento del Baptismo y se confirmó y fundó este mar, y se puso para lavatorio de los que han de entrar en la Iglesia. Y por que no falten espejos en que se miren, *contribulasti capita draconum in aquis.* A los gitanos, que venían más fieros que dragones á despedazar á los hijos de Israel, destruyólos el Señor y hundiólos en las aguas del mar, y quebróles las cabezas, anegando juntamente los príncipes y capitanes del ejército de Faraón; pero más heroico hecho es el de hoy. El dragón es el pecado: *Quasi a facie colubri fuge peccatum,* como de un ponzoñoso dragón. Las cabezas desta fiera fueron la soberbia y la inobediencia: *Initium omnis peccati superbia.* El ángel se perdió por soberbia, y el hombre por inobediencia al mandamiento de Dios. Pues veníos á las riberas del Jordán y veréis á nuestro libertador cómo en sus aguas ahoga los pecados y les quiebra las cabezas; y con esta humildad inaudita de postrarse y arrodillarse delante su criatura, y con esta obediencia con que quiere cumplir toda justicia y sujetarse al Baptismo de su siervo, que ni le obligaba ni le había menester, derriba nuestra soberbia y doma y confunde nuestra rebeldía,

y juntamente con el lavatorio de las culpas nos da excelentes ejemplos de virtudes que imitar. Y esto es lo que el Santo Evangelio contiene, *Tunc venit Jesus*, etc.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Tunc. Entonces, cuando San Juan andaba haciendo su oficio de precursor, después de treinta años de silencio, en que siendo él voz de su oficio estuvo como mudo pensando lo que había de hablar. Después de aquella vida celestial que desde niño hizo en el desierto, en suma desnudez y milagro su abstinencia, comenzó á predicar á los hombres para la venida de Cristo. Muchos desearon ver á Roma en su potencia y triunfos; otros abogar á Demóstenes, proclamar á Cicerón. ¡Oh quién viera y oyera á este apóstol y evangelista, á este ángel y voz de Dios, predicar! Cuya presencia y palabras estremecieron al mundo y le dieron un vaivén el más impetuoso que jamás había llevado. ¡Qué sería ver salir súbito, sin ser esperado, un hombre de en medio esas breñas, incógnito, hasta entonces de ninguno conversado, en más desemejada y extraña figura que Jonás salió cuando la ballena le lanzó en la ribera, vestido de un áspero cilicio de cerdas de camello, descalzo, los brazos desnudos y de vello cubiertos, desbonetado; con unos largos cabellos y barba no peinada; el rostro amarillo, flaco, macilento, consumido, hundidos acullá los ojos, los huesos por todas partes descubiertos de carne y con solo el cuero forrados; seco y tostado del sol, curtido con los yelos; finalmente, una figura que representaba, no hombre penitente, sino la misma penitencia puesta en abstracto; que si fuera verdad lo que Platón dijo de las ideas, San Juan era la misma idea de la penitencia, en el aspecto, traje, modo y existencia. Y con venir en esta figura (cual ningún profeta trajo), sus palabras eran las más extrañas y más para poner temor que nadie habló jamás. No comenzó con los proemios ni prólogos que los demás; no llamando á los elementos por testigos ni preponiendo á sus palabras aquello que los demás usaban, *hæc dicit Dominus*, palabra para hacer á los oyentes atentos y dispuestos para escuchar. Sin nada desos preámbulos comienza á clamar con ronca y espantable voz: Haced penitencia, que se allega el reino de los cielos; ya la hacha está puesta á raíz del árbol, las pajas han de arder en fuego que jamás se apagará. Esta y sus semejantes (no dichas, sino fulminadas de aquella boca por donde salían golpes del incendio y celo que dentro ardía) no eran palabras, sino rayos del cielo que rompían los corazones duros y empedernidos. Hay hombres que tomarán en las manos un montante y juegan de floreo con él, de modo que es pasatiempo; las vueltas, la ligereza, los saltos, la destreza, el entrar y salir; pero llegados á las veras, no son más que sus vecinos, y aun apenas. Otros hay que no saben pizca deso del floreo, sino en echando mano cierran con vos, y os desbaratan y desatinan, y á diestro y á siniestro os dan un golpe y otro y otro, como granizo, que ni os guardan tiempo ni aun os dejan respirar. Los predicadores que hay agora son esgrimidores de floreo. Lindas razones, palabras limadas que dan gusto y deleitan el oído, pero no matan moro ni sacan sangre; señalan y no hieren. El Baptista no juega sino á todo matar. En desvainando la espada de su palabra, es miedo aun desde acá cómo la esgrime. De aquí vino á despoblarse las ciudades y salirse mujeres y hombres, seglares y eclesiásticos, soldados, mercaderes, publicanos, el mundo todo por esos campos á oirlo. ¿Vos pensáis que San Juan vino á los pueblos, ó predicó en Jerusalem, ó en el templo. ó en las plazas? No lo penséis, sino por esos montes y valles y riberas de los ríos. Allá salió también Herodes á oirle. *Ego vox clamantis in deserto:* «Yo soy voz que voces en el desierto» (dijo él), pero tan sonora, que á su tono subido pobló de habitadores los yermos, despobló las ciudades de sus moradores, que como encantados con aquella música de su predicación dejaban los pueblos y sus negocios y oficios, y se iban allá donde él estaba, unos y otros á oirlo. Pues *tunc*, entonces, cuando San Juan tenía las manos en la masa y á toda furia predicaba y baptizaba; cuando este lucero del sol que ya venía estaba echando llamas de fuego divino para inflamar los fríos y rebeldes corazones á penitencia, *tunc venit Jesus*, viene Jesús entre la muchedumbre de la gente que acudía á oir la predicación de su ministro y á ser baptizado dél, que para esto sólo nació y dese oficio se llamó Baptista. De la suerte que San Juan Crisóstomo elegantísimamente explica este *tunc*. *Sicut cum præcesserit Lucifer lux non expectat occasum luciferi, ita ut præcedat: sed adhuc ascendente egreditur et suo lumine obscura illius candorem; sic Joanne prædicante ante Christum, Christus non expectavit ut Joannes cursum suum expleret, et sic veniret ad medium sed ad huc docente apparuit, ut per comparationem doctrinæ suæ, vel operis, prædicationem faceret non videre justitiam* (Homilia 4.ª *Imperfecti in princip)*. De la manera que el sol, habiendo salido el lucero delante dél, no espera que se ponga, sino que antes sale en sus alcances, y con su resplandor oscurece toda la hermosura del lucero, así Cristo, verdadero sol de justicia, no esperó que su precursor acabase el curso de su predicación y

baptismo y declinase al occidente de la muerte, sino al tiempo que él enseñaba y baptizaba y lucía más en los ojos de todos, apareció descubriendo la inmensidad de su luz; para que se entienda cuán excesiva fue la claridad y refulgencia deste sol, que en quitándose los antifaces y rebozos, toda aquella gloria y resplandor de San Juan, con ser el mayor que hombre mortal jamás tuvo, no se echó de ver; eclipsóse el lucero y luego se vinieron á Cristo las gentes, atraídas de su manera de enseñar. Ahí veréis cuánto lucía, pues otro que el sol no le pudo deslumbrar: *Erat enim docens eos, sicut potestatem habens*. Cuando uno habla con libertad, decimos que va muy señor de lo que dice. Cristo era el dueño y autor de la doctrina. San Juan era el siervo y repetidor; de lo cual asombrados los discípulos del gran Baptista, iban á él y decían: Maestro, aquel que se vio contigo en el Jordán, á quien tú autorizaste con tu testimonio, ya te ha quitado el oficio de baptizar y tiene discípulos que baptizan. *Et omnes veniunt ad eum:* «Todos se van á él y te dajan á ti». Grande y milagroso gozo fue á San Juan estando en el vientre de su madre sentir al Redentor del mundo en las entrañas de la Virgen sacratísima, pero sin comparación fue el de hoy mayor, porque le vio puesto en la tela y comenzó á hacer oficio de Salvador. Y así respondió á sus discípulos: *Hoc ergo gaudium meum impletum est, illum opportet crescere, me autem minui*. «Ahora es mi gozo del todo cumplido; en el vientre de mi madre comenzó, ahora se acaba de perfeccionar. El ha de crecer en opinión y èstima; y yo decrecer y ser disminuído en el crédito de las gentes, porque salido el sol, no hay estrella que luza en su presencia». Lo primero que se ofrece acerca desta venida de Cristo á ser baptizado de San Juan, es la santidad y grandeza del ministro que había de servir las fuentes, baptizando al Hijo de Dios. Ya que Dios se determinó á nacer de mujer y tener madre en la tierra, escogió la mejor mujer que en el suelo había. Y ya que tuvo por bien de ser baptizado por manos de hombre, *venit ad Joannem*, eligió á San Juan, que era el más señalado personaje que el mundo tenía, Hombre, pero soberano, milagroso, y tal que ninguno nació entre todos los hombres mejor que él. Entre los profetas, el mayor; entre los santos, sin par. Angel humano y hombre divino; y finalmente, tal que vino á dar testimonio de la luz, y sirvió de paje de hacha al mismo sol para manifestarlo y darlo á conocer. Y así los evangelistas todos son cronistas del Baptista, como del baptizado; y los profetas que dijeron del Señor, asimismo hablaron del siervo. ¿Y qué mucho, pues el mismo Dios le alabó como á su mayor amigo y le canonizó en vida, y en entrando en el mundo la primera visita que hizo fue á San Juan Baptista en la litera del vientre virginal, caminando por ásperas montañas, á gran priesa, á santificar á su querido y á hacer milagros sin cuento en sus padres y en su casa? En conclusión, este hombre es tal, que la sabiduría y religión del templo, siendo vivo le tuvo por Cristo, y después de muerto, Herodes tuvo á Cristo por San Juan; y el mismo Dios le estimó tanto, que le escogió por su adelantado para entrar en su reino; por su almirante para entrar en el agua, y por su gran capitán para rendir el mundo y traerlo de paz á Dios, y por su apóstol para que le acreditase en la tierra y declarase por Dios y redentor. Y lo que sola su madre santísima alcanzó, que fue tocarle y tenerle en sus manos, también San Juan hoy le toca y lava y tiene en sus manos desnudo al Verbo encarnado. Y si la Virgen soberana fue madre, el gran Baptista fue compadre de tal madre y padrino del unigénito Hijo de Dios, que de hoy más es su ahijado; y siendo San Juan Baptista mortal, oyó la voz del inmortal Padre y vio con sus ojos al inmortal Espíritu Santo, y tocó con sus manos al inmortal Hijo, y percibió con sus ojos, oído y tacto el misterio de la santísima Trinidad. Tal hombre como éste es Juan, á quien escoge Cristo que le baptizase.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Y si todas las acciones de Cristo son el nivel y regla de las nuestras (porque ninguna hizo acaso, sino todas con sumo acuerdo y providencia), éstas que fueron la muestra del paño, el exordio de su predicación, cuando se nos puso delante por norte y guía por quien nos habemos de gobernar, no hay duda sino que las primeras obras que hizo en público han de estar llenas de singular doctrina. Y así, pues él para recibir aquel baptismo (que no era sacramento, sino una ceremonia que disponía para el suyo), escogió el mejor ministro que pudo haber, aviso es que se da al cristiano, que para su alma busque el mejor padre que pudiese hallar. Si para la salud del cuerpo, en que va tan poco, se busca el mejor médico, y aun se trae de fuera y no os duelen los salarios excesivos, para la salud del alma, procurada con sangre de Dios, ¿por qué os habéis de fiar de un matasanos? ¿Por qué no se ha de buscar el mejor ministro que buenamente fuere posible? Está el mundo agora muy de otra manera que solía. En la primitiva Iglesia, cuando los cristianos se deshacían de sus haciendas, y se hacían de virtudes, y á trueque de no pleitear holgaba cada uno perder de su derecho y dar su brazo á torcer, estaban las iglesias llenas de hombres y los tribu-

nales vacíos. Entonces pudo decir San Pablo (I Cor., 6): *Comtemptibiles qui sunt in Ecclesia, illos constituite ad judicandum.* «En cosas de tan poca importancia como pleitos y negocios temporales, no es razón se ocupen los hombres de letras y de valor». Ahí de los más despreciados, impertinentes, echad mano para jueces, que cualquiera basta: un alcalde de palo, que dé su alcaldada poco más ó menos; mas agora que falta la simplicidad y sobra la codicia, y la malicia anda más aguda y delicada que nunca, están los tribunales llenos de hombres y los templos vacíos. Los hombres de ingenio, de letras, de sustancia, empleados en averiguar calumnias y marañas de pleitistas, y los de poco momento se retiran á las iglesias para ser curas de almas. Algunos hay buenos, pero son pocos; y por eso digo que es menester buscarlos. Y no piense el letrado, el sabio, que no dice á él este sobreescrito. Más ha menester el hombre repúblico y de negocio y gobierno, que los particulares y plebeyos, un hombre sabio y virtuoso con quien descanse y comunique, que sea cofre de sus secretos, puerto donde se recoja huyendo de las olas de sus negocios, amigo fiel y prudente consejero y guía para el cielo. Cuando el rey David puso cerco á Jerusalem, al principio de su reinado, dijéronle los de dentro: *Non ingredieris huc, nisi abstuleris cæcos et claudos* (II Reg., 5): «No entrarás acá si no quitas los ciegos y cojos que están mal contigo, y dicen que no has de entrar acá». Promete David gran premio á quien echase los ciegos y cojos del alcázar de Sión, y echados, quedó por común refrán: *Cæcus et claudus, non intrabunt in templum.* Extraño hecho es éste. ¿Qué parte eran los ciegos y los cojos para estorbarle á David la entrada en la ciudad? ¡Mirad qué soldados tan bravos estaban en el presidio de la guarnición para defender la muralla contra un ejército tan poderoso! ¿O qué agravio les había hecho David para que estuviesen mal con él? ¿Y qué tiene que ver echarlos del castillo ó alcazaba, con prohibirles la entrada en el templo? Es darnos á entender que el alcázar de Sión es la iglesia, y los ciegos y cojos los sacerdotes ignorantes, que si hubiera razón no habían de ser admitidos en los templos. Estos, si están puestos por atalayas ó centinelas en los muros, impiden la entrada á David; porque ni ellos entran en el cielo ni dejan entrar á otros, como dijo Cristo á los fariseos. Estos están mal con él, porque al hombre de gobierno, poderoso, rico, que tiene dares y tomares, negocios y trabacuentas, nadie le hace tanto daño como un consejero ciego y cojo; que en lugar de adestrarle, le despeña y desatienta. Sabio era Cristo, y la misma sabiduría; y no por necesidad suya, sino por enseñanza nuestra, busca el mejor de los hombres que le baptice. Mas, Señor, ya que le hacéis tanta merced de escogerle para tan alto oficio, ¿por qué no lo mandastes llamar, pues le venía muy ancho que fuera él á Galilea, donde vos estábades á baptizaros, y no venir vos con toda vuestra autoridad entre tanta gentalla de pecadores, al Jordán donde estaba él á recibir de su mano el baptismo? Poco le costaba eso al Señor, mas no quiso sino venir él en persona á donde estaba su siervo. Para daros ejemplo á vos, que no hagáis estado de llevar á Dios á vuestra casa y queráis que vaya su majestad á visitaros á vos, pudiendo venir á la suya á visitarle á él. Y no niego que alguna vez sea lícito, cuando hay necesidad, sino digo que no haga nadie autoridad de lo que es descortesía; que anda el mundo tan mal criado y puntoso, que quiere ganar honra con Dios y con sus ministros. Cuando Naamán, aquel gran privado del rey de Siria, vino á Samaria á buscar cura y remedio de su lepra, envíale á decir el profeta Eliseo al rey (para quien había traído cartas de favor): *Veniet ad me et sciat esse prophetam in Israel.* «Venga donde yo estoy, y sabrá que hay profeta en Israel con poder de Dios para sanar». Vino el siro con gran aparato y acompañamiento de criados, y llegado á la casa del profeta, debióle de parecer pobre, como no tenía esas portadas, escudos, rejas ni balcones, y repara en la calle y manda avisar al profeta cómo estaba allí esperándole. Eliseo no quiso bajar ni verlo, sino envíale á decir con un monacillo que tenía allí que se fuese á lavar al Jordán y sanaría. Enfadóse bravamente del recado, y vuelve las riendas al caballo muy enojado y corrido, diciendo: *Putabam quod egrederetur ad me, et stans invocaret nomen Domini sui.* «Pensé tuviera respeto á mi persona, y que saliera á verme y viniera donde yo estaba; y estando en pie con el acatamiento que debía, hiciese oración á Dios y me curara». ¿Que no tomaréis la salud sin esas cortesías? Veis aquí lo que usa agora en el mundo; que aun para daros salud del alma queréis que el profeta de Dios y aun el Señor del profeta salga á vos y vaya donde estáis. Que muy bien parece el caballero y la señora, y la viuda, y el muy honrado, cuando no está legítimamente impedido, venir á la iglesia á oir misa y sermón, y no desdeñarse de comulgar en compañía de los pobres. ¿Por qué habéis de tener por caso de menos valer de tener al lado á aquellos á quien Dios tiene por dignos de sentar á su mesa? Y no es mucho que toquen vuestra ropa, pues comen la carne de Cristo, ni queráis se os dé á vos solo el cuerpo que fue por todos crucificado. Cristo viene en compañía de pecadores á recebir el baptismo de su criado.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Venit Jesu a Galilæa in Jordanem. Fue también escogido para esta maravilla el río Jordán. Río santo y en que Dios había obrado muchas grandezas, figurando las de hoy, con que las antiguas fueron verificadas más admirablemente que en sus dibujos. Este es el río por donde el capitán Josué (que aun hasta en el nombre figura á Cristo) entró al pueblo descarriado por los desiertos, á la tierra que manaba leche y miel, en señal que el divino Josué, Cristo, por las aguas del baptismo había de introducir á los fieles deste destierro y valle de lágrimas á la patria deseada y prometida, donde hay eterna holganza. Estando en este mismo río, dijo Dios á Josué: *Hodie incipiam exaltare te coram omni Israel*, en figura de que en este río el verdadero Josué había de ser de Dios engrandecido y encomendado por hijo suyo. Este río Elías y Eliseo le partieron por medio y pasaron por él á pie enjuto, significando que Cristo nuestro bien entrando en él había de librarnos de las angustias y tribulaciones de la vida mortal; tomando él tanta parte de las nuestras, que entraron las aguas de los trabajos hasta su alma y le vinieron á anegar en la cruz. Este Jordán es aquel milagroso río que en el verano, cuando apenas los otros corren, va él poderoso y crecido. *Jordanis autem ripas alvei sui tempore messis impleverat:* «Iba el Jordán de monte á monte en el tiempo de las mieses, las aguas extendidas por sus riberas». *Quasi Jordanis in tempore messis:* «En el tiempo de la siega viene el Jordán de avenida y sale de madre». El Señor llamó estos días de su manifestación días de mieses, tiempo de siega; en que las gentes estaban maduras y dispuestas para la doctrina, habían de ser segadas con la hoz del Evangelio, cortadas y apartadas de sus sitios y traídas en manojos y gavillas á la era de la Iglesia. Pues en esta venida y manifestación del Salvador salió de madre el Jordán y bañó más que nunca sus riberas, pues se vieron llenas y pobladas de gentes que de todas partes acudían á zabullirse en sus aguas, y hasta el mismo Cristo entra hoy á lavarse en él. Este Jordán es donde Eliseo (que quiere decir Dios que salva) puso aquel ramo que bajando él, alzó y cobró el hierro que estaba en el agua hundido, porque hoy verdaderamente el eterno Padre, para comenzar nuestra salud y descubrirnos á nuestro Salvador, árbol de vida verde y lleno de fruto, le echó en el agua y quiso que bajase por la humildad, porque subiesen á lo alto los pecadores pesados, del profundo cieno de sus culpas, donde estaban perdidos; porque en realidad de verdad católica, ningunos pecados, ni penas, ni deudas de pecados hay que en el santo baptismo no se limpien y perdonen. En este río tan famoso baptizaba San Juan, y aquí le viene á buscar Cristo, para autorizar su predicación y honrar su persona, y dar por bueno hasta allí su baptismo que había sido preámbulo y disposición para el de Cristo, nuestro bien.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Mas ya que viene Cristo tan humilde al baptismo, veamos cómo le recibe San Juan: *Joannes autem prohibebat eum, dicens: Ego a te debeo baptizari et tu venis ad me?* Luego que le vio ante sí, pidiendo baptismo con los demás; en aquel aspecto y semblante divino, en aquel rostro bellísimo sobre todos los hijos de los hombres, y en especial por impulso y revelación interior del Espíritu Santo, conoció que el que tenía presente era el hijo natural de Dios y Salvador del mundo, y lleno de gran temor, mezclado con inmensa alegría, rehusa hacer su oficio y no osa tocarle. Grande fue la reverencia que mostró el centurión cuando á la promesa que el Señor hizo de venir á su casa respondió con tanta humildad: Señor, no me tengo por digno que tu majestad entre en mi casa; basta mandarlo de palabra y tendrá mi siervo salud. Grandísimo fue el temor reverencial que concibió San Pedro cuando por el lance venturoso que echó conoció el poderío de Cristo, en cuyo nombre se había echado; y así temeroso de ver cosa tan alta dentro de su barca, le dijo: *Exi a me, quia homo peccator sum, Domine.* «Señor, apartaos de mí, que no merece tan gran pecador como yo estar en un batel junto á vos». Pero ninguno destos sentimientos se iguala con el de Baptista en esta hora: *Baptista contremuit.* Comenzó á tremer de pies á cabeza, atónito de ver arrodillado á Dios ante su hechura, y á voces llorando dice: Yo, Señor, tengo necesidad de ser por vos baptizado, ¿qué ley sufre que vos vengáis á mí? Cuando quisiérades honrarme con serviros de mi baptismo, bastara que me mandárades llamar; pero ni aun había para qué hacer esta novedad, pues no sois vos del número de los que han de ser baptizados. Vos venís á hacer la purificación del mundo, cordero inocentísimo, cuya limpieza la tiene de dar á todos los mortales. ¿Cómo venís á mí, indigno de descalzar vuestro zapato? Siempre he profesado cuán poco soy en vuestra comparación; siempre he dicho en cuántas cosas me lleváis ventaja; ninguna otra cosa me han oído sino que vos sois primero que yo, que la ley se dio por Moisés, pero la gracia y verdad por vuestras manos se hizo. Mi baptismo, figura de la verdad del vuestro, sombra de la gracia que en el vuestro se consigue; yo tengo de ser por vos

santificado y hecho limpio. Glorioso Baptista, ¡con qué palabras rehuíades aquellas superioridad que vuestro oficio os daba! ¡Qué diferente lenguaje el que allí hablábades del que solíades cuando lo habíades con los fariseos y esotras gentes que á vos venían, demostrando á los unos y aconsejando á los otros! ¡Quién os viera también arrodillado pidiendo con lágrimas ser santificado con el baptismo del Salvador! Que pues él, siendo la santidad, quería aprovecharse de lo que le parecía, no era mucho que siendo vos santificado, deseásedes subir á mayor santidad. Responde Cristo á los comedimientos de su precursor: *Sine modo, sic enim decet nos implere omnem justitiam.* Por ahora, Juan, habéis de consentir y disimular y pasar por esta acción que yo quiero ejecutéis; porque sujetándome yo á recibir este baptismo de vuestra mano, y allanándoos vos á dármele, no resistiendo á mi voluntad, se cumple toda justicia, porque se sigue y ejecuta el orden que Dios tiene puesto, que yo reciba de vos el baptismo; y así el darlo vos y recibirlo yo, es deuda de obediencia y cumplimiento de humildad.

CONSIDERACIÓN QUINTA

Extraña excelencia es la de la humildad, que por boca de Cristo es llamada toda justicia. El profeta Joel da el parabién á todos los hombres, y les pide que se huelguen, *quia dedit vobis doctorem justitiæ*, porque el Señor les había de dar un doctor y maestro que les enseñare toda justicia y virtud. Este doctor es Cristo, nuestro bien, aprobado por el Padre, declarado por su Hijo y dado por maestro para que le sigamos y obedezcamos. Señor, si sois doctor de justicia, ¿qué doctrina nos enseñáis? *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* Esa es la justicia que enseña y esa es la que hoy cumple, y desta es la primera lección que nos lee y la postrera: en la cátedra del pesebre, en el púlpito del Jordán, en el trono de la cruz. Y llámase la humildad toda justicia, no porque ella sola baste sin las demás virtudes, sino porque es camino para adquirirlas y el fundamento para sustentarlas y el muro para defenderlas. De aquí viene á decir San Augustín, escribiendo á un su amigo: Así como Demóstenes, famosísimo orador, preguntado cuál fuese la principal parte de la retórica para persuadir al pueblo, respondió ser la primera y principal la pronunciación, que es decir las cosas con viveza, ánimo, armonía y eficacia, y con aquel tono y donaire que las cosas que se dicen requieren; y preguntado de la segunda regla, respondió ser la pronunciación, y la tercera dijo lo mismo, así (dice San Augustín), *si primum, humilitas; si secundum, humilitas; et quoties interrogarer, hoc dicerem* (Tomo II, *In epist.*, 56): «Si me preguntáis cuál es el camino de la verdad, de la ciencia y sabiduría de los santos, digo que es la humildad; y si decís cuál es el segundo, digo que la humildad; y si el tercero, humildad; y cuantas veces me preguntárades, diré que el camino del cielo es humildad». Y porque no penséis que es encarecimiento de San Augustín, el profeta David lo dice: *Bonum mihi quia humiliasti me ut discam justificationes tuas* (Salmo 118): «Gran bien ha sido para mí haberme, Señor, humillado, porque estoy hábil y dispuesto para deprender vuestras justicias; para entender la verdad de vuestra ley». Veis aquí cómo la humildad es el camino para alcanzar todas las virtudes y santidad, y cómo se llama con razón toda justicia. Pero más dice el Salvador: que con la humildad se colma toda justicia. *Implere* es llenar lo que está vacío. Toda virtud que está falta de humildad, es vacía, hueca y vana. Ayunc, oración, penitencia, virginidad, ciencia, sin humildad todo es vacío, falso, aparente; con humildad todo está lleno. Por eso dice San Gregorio que granjear virtudes sin humildad es juntar polvo al aire: *Humilitas etiam custos virtutis. Restat ergo ut in omne quod scit, sese mens deprimat, ne quod virtus scientiæ congregat ventus elationis spargat.* Porque, como dice San Augustín: *Jam de bono facto gaudentibus, totum extorquet de manu superbia: vitia quippe cætera, in peccatis, superbia vero etiam in recte factis timenda est: ne illa quæ laudabiliter facta sunt laudis cupiditate amittantur.* Todo cuanto sin humildad obramos nos lo arrebata de las manos la soberbia. Por donde enseña Santo Tomás que la humildad indirectamente y de recudida, da firmeza y sustenta y hace sólidas á todas las virtudes, porque las defiende de la soberbia, que las hace vanas. El tuétano, la medula de la virtud, es la humildad. Mirad qué galamente significó esto el real Profeta hablando con Dios: *Holocausta medullata offeram tibi* (Salmo 65). «Ofreceros he, Señor, sacrificios gruesos, con sus cañas y medulas». ¿Qué holocaustos son éstos que promete David al Señor, que entiende le han de ser muy agradables? Dos sacrificios, uno de pecadores y otro de justos, como lo declaró en otra parte. *Holocaustis non delectaberis. Sacrificium Deo spiritus contribulatis: cor contritum et humiliatum Deus nos despicies* (Salmo 50): «No os pagáis, Señor, de carneros ni cabrones encendidos en vuestro servicio; no son esos holocaustos que os huelen bien: el sacrificio que os aplaca es el espíritu atribulado, el corazón contrito y humillado, Señor, no lo despreciaréis». Tened punto. El corazón contrito es holocausto; el tuétano y la medula dese sacrificio es *humiliatum*, la humildad. ¿Queréislo ver? Re-

prehende Samuel á Saúl su pecado, y responde: *Peccavi*. Veis ahí el corazón contrito al parecer, porque sola esa palabra dijo David, habiendo hecho mayores pecados, y luego alcanzó perdón. Pues ¿por qué no la alcanza Saúl? ¿Por qué desprecia Dios este corazón que se muestra contrito? Porque no estaba humillado. *Peccavi, sed nunc honora me coram Israel.* ¿Conocéiseos por pecador y queréis ser honrado y tenido por justo? No es esa buena contrición. Es sacrificio sin medula, no lo quiere Dios. El fariseo confiado, también se llegó al altar á ofrecer sacrificio de alabanzas, pero fueron más suyas que divinas. Allí refirió sus buenas obras y hizo alarde de sus limosnas y ayunos; mas como no tenía humildad, fue vacío y vano de todo bien y quedó ajeno de verdadera virtud. La humildad es la que da el macizo á las buenas obras. Sin humildad, la virgen casta es virgen loca; si es abstinente y presuntuosa, vana es su templanza; si tiene oración postrada en tierra y tiene el ánimo entonado, vana es su oración. Humildad, los que tratáis de ser virtuosos; humildad, los que sois pecadores y queréis ser penitentes; humildad, porque es el lleno y sabor y sazón de toda virtud. Por eso, humillándose Cristo, dice que llena y cumple toda justicia: *Sic decet*.

CONSIDERACIÓN SEXTA

Entendido el misterio que en aquella obra de anta humildad había, *tunc dimissit eum*, rindióse y obedeció San Juan. ¿Qué palabras podrán significar aquella eximia reverencia, aquel eligiosísimo temor, aquel devotísimo acataniento, aquella humildísima veneración, aquelas profundas mesuras con que el santo Baptisa tocaba y lavaba el Verbo div no encarnado? Si nando menino de seis meses, solo oir la voz de a madre de Cristo así le alborozó, que saltaba, oy viendo en sus manos á Dios hombre, ¿qué izo? ¿cómo le serviría y adorándole le amaría? 'emplaban las ardientes lágrimas de su devoión las pías aguas del Jordán. ¡Ah sagrado aptista, dichoso vos y dichosos vuestros ayuos y penitencia; dichosos vuestros trabajos, ue os han puesto en las manos al deseado y perado de todas las gentes! Dios vino vesti- de nuestra humanidad. A hombres carnales nta es la soberbia y altivez de nuestros coranes, que para enseñarnos humildad, así se milla y abaja la inmensa majestad de Dios. h insensatos hijos de Adán! creyendo que ra rebatir vuestra soberbia presunción así se ate el eterno Dios, ¿no os humilláis? Veis á eltas de publicanos, plebeyos y pecadores, larse como pecador la limpieza, entregarse al rvo el señor, santificarse la santidad, abajarse á la criatura su propio criador; y nosotros, hechos sepulcros de abominación, piélagos de inmundicias, ¿no nos humillamos debajo su poderosa mano, pidiendo perdón y limpieza, siendo él sólo el que nos puede limpiar? Rindámonos y postrados debajo sus pies, de lo íntimo de nuestros corazones, clamemos: *Lavabis me et super nivem dealbabor* (Salmo 50). Más que la nieve quedaremos emblanquecidos. *Tunc dimissit eum.* No pudo resistir más el Baptista á la valerosa humildad del Salvador; húbose de allanar por fuerza. Gran cosa fue, Señor, poder vencer en humildad á un hombre que tan bien había treinta años que la estudiaba y se imponía en ella. Baptista santísimo, vencido os veo y rendido, pero no corrido ni afrentado, sino más glorioso que todos los nacidos, porque la grandeza del vencedor hace ilustre vuestro vencimiento. En humildad sois menor que él, pero baptizándole tenéis acerca de Dios una superioridad. Gran cosa fue que para justar con vos hubiese Dios de bajar del cielo, so pena de que en la justa que manteníades ninguno llevara la joya si él no bajara. Abrid, cristianos, los ojos de la fe, para ver dos valentísimos justadores que en una fresca ribera hacen campo. La joya es la humildad, que no tiene precio en valor; las lanzas, el baptismo; la tela ó estacada, el Jordán (río acostumbrado á ver grandezas de los siglos antiguos), que en aquel punto sacó de entre las cañas y carrizales la cabeza á ver si esta maravilla sobrepujaba á las pasadas. Sale á la mira toda la corte celestial, y está el mundo todo suspenso, que tenía por invencible al Baptista, por largas experiencias tenido por el más humilde que jamás de mujer nació; y como tal, defiende también su capa, que justando con Dios, á los primeros encuentros no hizo desdén, y pasaron el uno por el otro muy apuestos, sin conocerse mejoría. Viene Cristo, que es el caballero aventurero, disimulado y desconocido; mas el mantenedor San Juan, como plático y experto en la guerra, luego que vio su gentil postura, el denuedo que mostraba, el aire y gentileza con que venía, qué firme y derecho sobre los estribos de la humildad, reconoce el valor grande que trae encubierto y se apercibe á defenderse, y entiende que ha de haber bien menester las manos: *Joannes autem prohibebat eum.* A la primer lanza que corrieron, fuertemente se tuvo y hace rostro y defiende su puesto; porque si Cristo pide con humildad el baptismo, Juan se le niega con reverencia y pide con humildad ser dél baptizado. Vuelve el divino guerrero á tomar otra lanza y escoge la más recia y gruesa que había en toda la hastería de la ley de Dios, que por lo menos es cumplimiento de toda virtud y justicia. *Sine modo.* Desta va; aunque más piernas hagáis, os

habéis de rendir. Fue tan poderoso el encuentro, que *dimissit eum*, dejóle el campo por suyo; cayó el gran Baptista vencido y obediente para subir á la mayor alteza que hombre mortal alcanzó. Y así como en las justas, cuando el mantenedor cae ó el aventurero hace en él alguna suerte notable, se alborotan todos y se levanta gran murmullo y gritería, y tocan los atambores y suenan las trompetas y ministriles, así cuando Juan cayó humillado y glorioso, se parte con luz el cielo y se da un espantable tronido en que declararon á Cristo por vencedor y señor del mundo, y baja aquella mansísima paloma sobre el inocentísimo cordero, declarado por hijo natural de Dios, naturalmente querido; querido así que en él sólo y por él lo han de ser todos. ¡Qué bien vio este negocio el santo Isaías, que en la Epístola de hoy nos dibujó lo que aquí pasó! *Domine, Deus meus, honorificabo te, qui facis mirabiles res:* «Yo, Señor y Dios mío, os quiero alabar y pregonar vuestro nombre al mundo, que hacéis hazañas admirables». *Domine excelsum est brachium tuum.* ¡Ah, Señor, y qué buen bracero sois! ¡qué brazo el vuestro tan vigoroso! ¡qué valiente encuentro habéis hoy dado! *Deus Sabaoth, corona spei: quæ ornata est gloria.* Dios de los ejércitos, capitán invencible de la milicia celestial y terrena, corona de esperanza esmaltada con gloria, el premio que por vuestra valentía hoy se os da, es corona de la esperanza nuestra, adornada con la gloria que á vos se envía: á vos se da la gloria cuando por hijo querido os declaran, y la esperanza á nosotros, pues en vos esperamos ser amados. *Exultet desertum et exultent solitudines Jordanis, et populus meus videbit altitudinem Domini et majestatem Dei:* «Regocíjese el desierto y alégrense las soledades del Jordán, pues se verán pobladas de gentes que concurrirán á esta maravilla; y verán la alteza del Señor abatida, y la majestad de Dios humillada para con tan admirables ejemplos hacer á los hombres humildes, porque á éstos da Dios aquí su gracia y después la gloria».

SERMÓN PRIMERO

DEL

DOMINGO PRIMERO DESPUÉS DE LA OCTAVA

DE LA

EPIFANÍA DE NUESTRO SALVADOR

Nuptiæ factæ sunt in Cana Galilææ, et erat mater Jesu ibi.

(Joan., 2).

INTRODUCCIÓN

Los negocios todos de aquesta vida, así en común como en particular, cada negocio y todos ellos, comparan los que sabiamente los han ocupado á una feria, donde concurre mucho número y diversidad de gentes con diversos intentos; pero si los consideramos bien, hallaréis que en toda esa muchedumbre que hay se juntan tres linajes ó tres suertes de gentes, que son los que contiene la feria y á que se reducen. Porque unos vienen á comprar y llevar ó rehacerse de algo; otros vienen á vender, ó dejar ó descargarse de algo; otros hay que no vienen á nada deso, sino á sólo mirar y ver lo que pasa en la feria. Si preguntáis destos tres linajes de gentes quién goza de la feria mejor, claro está que los terceros. Porque los unos, con cuidado de ganar y de enriquecer y de engañar y de trampear, y de sus mohatras y logros y usuras paliadas, no advierten otra cosa, no les deja la codicia gozar de más ni tomar en la feria más gusto; los otros con cuidado de que no les engañen, ni roben, ni hagan alguna trampa con que les echen á perder, tampoco pueden gozar de lo que en la feria pasa; estotros que libres y desembarazados desos cuidados pueden pasearse por todas partes y andarse

ociosos por los negocios ajenos, gózanse de la feria. Solos ellos saben las nuevas, veen los sucesos que allá suelen acontecer, gustan de los buenos dichos y de las agudezas y gracias y donaires que se dicen y que se responden, ríen las burlas y los engaños de que otros lloran; finalmente, todos los negocios en que andan los demás ocupados, sirven el ocio y desocupación que ellos traen, y ellos como libres, pueden juzgar mejor aún de las haciendas que esotros traen entre manos; porque á los que las tratan, la pasión no les deja ver tan bién como á quien las mira de arriba. Imaginad que están los tales sentados muy á la sombra y al fresco del airecico que pasa, y todos los demás están en la plaza en el polvo y calor y grita y revuelta y alboroto y apretura que sabéis que suele acontecer en semejantes negocios. Claro está que verán mejor que los que andan allí al otro que está cortando la bolsa, ó dando en la fratriquera una tiserada; urdiendo el engaño, armando la trampa y riñendo, apuñeándose. Los que en semejantes negocios se han hallado, fácilmente entenderán esto. Veis aquí un buen ejemplo en el evangelio de hoy. Hiciéronse unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús, que es la Virgen santísima María, señora nuestra, que sólo mereció este nombre. Fue llamado Jesucristo nuestro redentor á estas bodas con sus discípulos; por respeto de la madre, el hijo, y los discípulos, por el maestro. Faltó el vino y no echarían de ver en la falta ni los unos ni los otros, porque estaban tan ocupados, que no les vagaba echar de ver en cosa. Quien vio la falta fue la Virgen; quien la proveyó, su hijo. De manera que la Virgen y el hijo de la Virgen (que ambos eran los que en esta feria del matrimonio solos estaban libres), esos veen mejor lo que pasa, esos lo proveen y remedian, y si por ellos no fuera, quedara toda la fiesta perdida. La Virgen ¿qué hace en las bodas, que aunque casada está muy ajena deso para que se ordenan? ¿Qué hace Cristo, nuestro Redentor, allí, que ni aun de matrimonio nació? Ved cuán fuera contra lo que hacen en la feria. ¿A qué van allá los que ni han de comprar, ni vender, ni tratar deso? A gozar della, tanto mejor cuanto más libres de las cosas que les pueden perturbar el gozo. Y no sólo á gozar, pero á remediar cómo no se pierda y estrague el gozo ajeno. Querría (mediante nuestro Señor) tratar de espacio un negocio, á mi juicio muy principal y muy importante á la república cristiana, que es del Sacramento del Matrimonio, dando á entender qué cosa es y en qué consiste y para qué se ordena y cómo se ha de hacer y usar dél; qué deben cada uno á su consorte y á qué está obligado, y cómo han de llevar las cargas que este estado (de veras pesado) trae consigo; á qué está una mujer casada obligada; qué le debe su marido; cómo se han de tratar; qué puede cada uno; cómo se remediarán los yerros que ocurren y son parte para perturbar la paz y buena amistad; cuánto importan estas dos virtudes; qué obligación hay dellas; cómo las conservará quien las tiene y las aumentará; cómo las podrá adquirir quien no las tiene, y otras mil cosas desta hechura. ¿Paréceos que son cosas importantes éstas y dignas de que aquí se traten? El año se nos pasa en predicar y reñir y amonestar y enseñar, y sabe Dios qué fruto se hace. Creo que mucho se estorba por no dar en la raíz y nervio de los negocios. Si hace profesión un fraile, ó toma velo una monja, se le predica un sermón entero, donde le intiman las obligaciones que echa sobre sí, y la excelencia del estado en que se pone y lo que debe hacer para hacerlo bien. No digo que es el estado del matrimonio tal como éste, pero digo que es más sujeto á peligros; y por ser más usado, más lleno de embarazos, que esto tenemos los hombres, estragar mucho lo que más tratamos. De cien pecados que los hombres hacen, los noventa son ó con sus mujeres ó por ellas, ó por lo que les pertenece; y así, ni más ni menos, les pasa á ellas. Y si entendiesen qué es su estado y lo que deben á él, quizá lo tratarían de otra manera; vivirían mejor y apartarse hían de algunos inconvenientes en que no echan de ver. Eso me ha despertado á tratar este negocio más á la larga que ordinariamente solemos, y repartirlo en algunas pláticas ó consideraciones. Pero hay un inconveniente, y no pequeño, que es cosa fuera de mi profesión tratar deste argumento. ¿Qué sabéis vos ahora, fraile, deste estado que es tan ajeno del vuestro? ¡Ojalá sepáis lo que cumple á vuestra manera de vivir, para vivir conforme á ella! Nunca nadie trate los negocios que no ha experimentado, que no puede dejar de hacer grandes yerros. ¿Qué sabe un carretero de cómo se ha de gobernar el navío? Ni un barquero, por ejercitado que sea, ¿sabrá guiar una carreta? Cada cual en su facultad sabe, y fuera della, cuando quisiere saber, quedará por necio. ¿No sería disparate que un seglar quisiere dar orden y concierto en la manera de vivir de los frailes? Así al revés, que un fraile quiera poner leyes á los casados. Yo confieso que esta consideración me hace entrar con miedo en este argumento; empero, no tanto que al fin no ose entrar. Quizá como quien está en la feria sin comprar ni vender, podré ver mejor lo que pasa que los que andan en eso ocupados. Cuanto más, que como los frailes somos hijos de casados y nos criamos y crecimos en sus casas, y después conversamos y tratamos tanto con ellos, no esta-

mos tan ajenos de entender sus negocios como ellos los nuestros. ¡Aunque pluguiese á Dios que tales fuésemos los frailes cuales los seglares nos querrían! Júntese con esto, que yo no pienso tratar ni decir aquí mis imaginaciones, sino las leyes que Dios os ha puesto en su Escritura, que no las sabéis, y yo sí las sé, á lo menos mejor que los que estáis obligados á guardarlas. De una cosa quizá puedo poner no sólo á Dios, sino á cuantos presentes estáis, por testigos: cuán poca conversación tengo y familiaridad con vuestras casas, y qué poco me entremeto á saber lo que pasa en ellas, para que nadie pueda decir: por Fulano lo dice, de la otra habla, con aquél riñe. Hablo universalmente con todos; doliéndome de la ignorancia común, sin pretender (Dios lo sabe, delante quien ahora estamos, y en juicio estaremos algún día todos), afrentar, ni tocar, ni motejar á nadie en particular, sino aprovechar y enseñar y corregir á todos en común. Si alguna otra cosa sospechare ó maliciare, el día del Señor, en que todos nos veremos, lo manifestará; que no se ha de dejar por el escándalo de pocos el aviso de muchos.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Nuptiæ factæ sunt in Cana Galilæa usque *Hoc fecit initium signorum Jesu.* Este fue el principio de las señales que hizo Jesús en Caná de Galilea, y descubrió su gloria entre los discípulos. No dice la primera obra, sino la primera señal. Señal, se llama aquella (dice San Augustín) *quod præter speciem quam ingerit sensibus, aliquid aliud facit in cogitationen venire* (Lib. 2 *De Doctor. Christ.* cap. 1). De manera, que aunque otras obras se hubiesen hecho, en la infancia y niñez y edad perfecta de Cristo, ésta fue la primera; que allende de lo que representaba exteriormente, significaba otra cosa. Sí que obra fue y admirable hallar á Cristo en medio de los doctores oyendo y preguntando; pues aquellos grandes letrados *mirabantur super responsis et prudentia ejus.* Pero no fue señal aquella, pues San Juan dice que fue esta la primera ¿Qué quiere decir, que la primera señal se hizo en las bodas sino avisarnos cómo son ellas la señal primera? De suerte, que lo primero que habéis de saber es que el estado nuestro es sacramento establecido por Dios, que es fe católica que es sacramento el matrimonio, y que da gracia por virtud y méritos de la pasión de Cristo que en él se aplican. Ved la primer locura que aquí se hace: recebir este estado como cosa profana, siendo tan santa que basta á santificaros y haceros hijos de Dios, como los otros sacramentos, en su tanto. Sabed lo primero que habéis de ir en gracia para dignamente recibirlo; no para velaros, que si os habéis ya desposado, hecho está el matrimonio y recibido el sacramento. Mandan que os confeséis para velaros; no digo sino que es bueno, pero no va tanto en eso, que si os veláis en estado de pecado mortal cometáis otro pecado de nuevo; pero si os casáis, si os dais por marido de la que se da con verdad por vuestra mujer, como quiera que sea, á escondidas ó públicamente, con voluntad de vuestros padres ó sin ella, y estáis en afecto y estado de pecado mortal, cometéis de nuevo un pecado mortal de sacrilegio gravísimo, allende del daño que os hacéis, poniendo estorbo, que llaman *óbice*, á la gracia que allí se os daría para bien cumplir lo que allí comenzáis, si no fuese por culpa vuestra. Abrid los ojos los que os casáis, y los que descuidadamente os casastes acordaos de hacer dello conciencia cuando os confesáredes. Pero amonéstanos este lugar, que dice ser esta la primera señal, á que volvamos los ojos. Al principio de la creación del mundo fue el matrimonio la primera señal que Dios obró. Porque formado el mundo con todas sus partes espirituales y animales y corporales, dijo Dios: *Non est bonum hominem esse solum.* Cuando crió la luz, dice la Escritura que vio Dios la luz y le pareció bien y la bendijo, y así desotras cosas; pero cuando crió al hombre, no dice que le pareció bien, ni dijo: bueno es el hombre, bueno está; antes dijo: no es bien que el hombre esté solo. Los ángeles y los demás espíritus solos están, cada uno en su especie, como Santo Tomás dice, y es la razón también porque en cada uno está toda la perfección debida á aquella especie sin ponerle falta. Las bestias fueron criadas cada cual con su compañía; porque la perfección debida á su naturaleza estaba claro no poder salvarse menos que en dos, que la hiciesen multiplicando por generación perpetua. Deste animal, que es el hombre, no estaba lo uno ni lo otro claro, ni si era más ángel que bestia ó más bestia que ángel. Fue criado solo, porque su ánima es eterna, inmortal, incorruptible como el ángel, y así podía, como él, en una sola conservarse toda la perfección para siempre. Pero no es bien, con todo, dice Dios, que esté solo. Porque de parte del cuerpo es al fin bestia, y como ellas ha menester multiplicarse por generación, para que no perezca. Así, que bien fue que lo criase solo, para que supiese su dignidad y entendiese que podía sin compañía vivir, y que cuando así viviese, vivía como ángel, como espíritu; teniendo cuenta con lo mejor de sí, que es el alma. Pero porque es de pocos allegar aquí, dícese del que fue solo criado y que no es bien que viva solo; porque entienda que al fin teine cuerpo, y que los más son más dados á él y á sus ape-

titos que á el espíritu, y á los tales no les está bien ser solos. *Non omnes capiunt hoc*, dijo Cristo, *et qui potest capere, capiat*. Lo que es de pocos no cae debajo de regla común. *Faciamus ei adjutorium simile sibi:* «Hagámosle ayuda semejante á sí». Como cuando crió Dios al hombre se dijo aquella palabra *faciamus*, que hasta entonces no estaba dicha, aunque estaban criadas muchas cosas mejores que él; así para darle estado y para casarlo, usa Dios de la propia palabra: Hagamos. ¿Por qué no entra Dios en consulta para criar al ángel, sino dice *fiat lux*, que allí se entiende la creación de los espíritus; y para criar al hombre hay consulta y acuerdo y se trata en el consistorio de la Santísima Trinidad, con palabras tan llenas de peso, como *faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram?* ¿Es mejor cosa el hombre que el ángel para que vaya poco en criar lo uno y no lo otro? No es mejor, pero es más subtil obra y más prima la que Dios hace haciendo un hombre que haciendo un ángel. Pregunto: Tomadme un vaso, una pieza de oro y otra de barro; claro está que es mejor la de oro en substancia que la de barro; pero si me diésedes vos una que fuese medio de oro y medio de barro y tan artificiosamente obrada que si fuese de oro toda no pudiese ser más una, más bien soldada, más durable, ¿cuál es más? Claro está que soldar tan primamente el lodo con el oro es cosa de más artificio, aunque esotra sea de más precio. Pues para eso entra en consulta para lo uno quien no la hubo menester para lo otro. Si dijera «hágase el hombre», no era menester consultarle; pero dice «á nuestra imagen y semejanza». Obra que con ser el hombre animal, bestial, corporal, terrestre, de barro (porque *homo ab humo*) represente en sí la imagen y semejanza de Dios, gran pensamiento es menester para hacerla. Así, ni más ni menos, para dar compañía al hombre, que hubiera de ser cualquiera, no era menester consultarle, que ya la tenía en los ganados y fieras y aves que le habían de servir; pero para darle compañía que le ayudase y fuese semejante á él fue menester que Dios lo mirase. No penséis que es menester poco miramiento, consulta y consejo para dar á vuestro hijo compañía, si se la habéis de dar tal cual cumple y cumple que sea semejante; porque donde no hay semejanza no hay amor, y donde éste falta, falta la perpetuidad, y el matrimonio es vínculo indisoluble. Dios tomó acuerdo para casar á su Hijo, porque entiendas tú que casar al tuyo es negocio que lo requiere; y que no se ha de hacer sin pensamiento, sin meditación, sin consulta. Entended esto. No es bien que el hombre esté solo. Desque tu hijo es hombre y tu hija ya mujer tan grande como su madre, ¿qué haces en casa con ella? Dale compañía y echarás de ti gran cuidado y harás una obra grande. *Trade filiam nuptu, et grande opus feceris, et homini sensato da illam* (Eccles., 7). Casa á tu hija y habrás hecho una gran obra. En edad tan lúbrica, tan peligrosa, tan sujeta á mil desventuras, yerro es que nadie tenga confianza; mejor será que la pongáis donde esté más segura y con menos ocasiones de pecar. Pues qué, ¿no es mejor estado el ser doncella que casada? Si ser doncella llamáis vos estar sin casar y con propósito de casarse y deseo dese estado, no es mejor ni tal, sino el más peligroso estado que hay en la vida, así en los hombres como en las mujeres. Tienen las pasiones más vivas, y más encendidas las sujestiones del enemigo, y tentaciones suyas más importunas que en otra edad; así porque hay más ocasiones para que él entre, porque halla instrumentos para hacer su negocio en la sensualidad más aparejados, porque codicia el más rendir á los hombres desde la juventud, sabiendo que tal será adelante cual comenzare á ser allí, y que el camino que en esa edad se comenzare se andará á la vejez. Luego, desa manera, ¿á gran peligro se pone quien se hace fraile, quien monja, quien clérigo y religioso y las demás cosas? No lo entendéis, y por eso decís eso. No está el peligro ó lo mayor dél en la castidad ó guarda della en edad tan aparejada para perderla, sino en aquella indiferencia ó incertidumbre, ó como la llamáremos, en que los hombres viven á tal edad. Que uno que por voto solemne en religión, ó por voto simple fuera della se consagre á Dios, ya no está solo; ya se casa allí con lo que profesa ó promete. Gran cosa es determinarse un hombre á decir: esto ha de ser para siempre; porque se le cierra á Satanás una gran puerta con esta determinación; favorece el Señor con más gracia para resistir al que se arroja así en sus manos. Tiene ya modos y maneras halladas por los santos que sigue, como viva limpiamente en ayunos, vigilias, disciplinas, aspereza en vestir; finalmente, quien una vez dice: toda la vida ha de ser esto, procura en obras y hablas y conversaciones y pensamientos apartarse de cuanto le puede ser ocasión de desviarse de su estado. Pero quien pretende casarse, y lo desea, y lo procura, y habla y trata, y piensa y negocia, de esos no digo que no pueden vivir sin hacer muchas ofensas á Dios, pero digo que dificultosamente se escapan dellas. Bien sé que habrá quien desee ó pretenda eso como debe y hasta donde debe, y que no pase los límites que Dios le tiene puestos; pero digo que con trabajo, que pocos, que apenas; y no pongo por testigos más que á vosotros propios: ved cuáles érades de aquella edad y temed que serán tales della

vuestros hijos, y los pecados que por vuestro descuido se hicieron, acordaos que os han de pedir cuenta dellos. ¡Oh que no puedo más! ¿Quién lo desea como yo? ¿A quién le va más en ello? Todo eso digo. Pero ¿por qué no podéis? No hallo con quién. Están tales las dotes, la cosa del mundo más subida, grande la presunción, poca la facultad. ¡Líbreme Dios del demonio! ¿Tal dice un hombre que parece en lo demás cuerdo? Amigo, buscadle ayuda semejante á sí. *Faciamus ei adjutorium simile sibi.* Casa con tu igual (dice allá el proverbio); casarás de manera que ningún cuerdo te reprehenda. Cuando hicieres lo que puedas, y que nunca dejes de poder lo que está puesto en razón; y eso está en razón que mires lo que puedes, y te midas con tu pie y con tu posibilidad, y con los hijos que tienes para poner en estado. Y pues Dios se contenta con dar á su hijo mujer semejante á sí, contentaos vos con dárselas á los vuestros también semejantes. Si sois pobre, olvidaos de vuestra hidalguía un poco; dad de mano á esas vanidades, procurad que le deis compañía virtuosa; que todo lo demás, con esto se puede suplir; y si esto falta, no bastan las riquezas y linajes del mundo á suplirlas. Ya decíamos de la hija: *Viro sensato da illam*, y eso le basta por dote. Lo propio dice la Escritura de los hijos: quien quen les da buenas mujeres les da gran hacienda. *Qui possidet mulierum bonam, inchoat posesionem: adjutorium secumdum illud est, et columna et requies* (Eclesiastes, 36). El que alcanza buena mujer comienza heredad, hace cuenta que planta entonces una gran viña ó unos olivares que le den de comer; porque tiene ya ayuda según que él es, y un pilar como descanso y arrimo en que descansar. No dice *requies ut columna:* «descanso como en una columna ó pilar», sino al revés: *columna ut requies;* «columna como descanso». La columna se hace de principal intento para sustentar lo que sobre ella se edifica. A eso se junta que si estáis cansado os arriméis allí para descansar. Lo principal que en la mujer habéis de buscar es que sea columna. Buscadle á vuestro hijo una mujer como una columna, recta, sin combas ni torceduras. Firme en la virtud, estable, no movediza, no mudable, sino tal cual ha de ser la columna sobre que se ha de fundar la casa; y sobre eso caerá bien esotro de ser descanso. La virtud primero, quiero decir, y luego hermosura, ó dote, ó el linaje. Ved qué buena glosa de lo que decíamos: *Non est bonum hominem esse solum;* «No es bien que el hombre esté solo». *Ubi non est sepes, diripietur possesio, et ubi non est mulier ingemiscit egens. Cui credit qui non habet nidum? Et deflectens ubicumque obscuraverit*, etcétera (Ecles., 36). ¿Por qué no es bien que el hombre esté solo? Porque si tiene casa y es rico, fáltale la columna en que se apoye su casa. Si anda con la pobreza casado, fáltale en qué se arrime y descanse. Si está sano, con quien goce de la salud. Si enfermo, quien le regale en su enfermedad. Si no tiene hacienda, quien con buenas palabras le ayude á llevar los trabajos de la necesidad. Si la tiene, quien mire por ella, y la conserve, guarde y aumente. Así como la posesión sin cerca es destruída de los que pasan, así el hombre sin mujer llorará en su necesidad. Y cuando la tuviere tal cual debe, aunque necesitado, no llorará, porque basta la buena compañía para remedio de sus lágrimas. ¿De quién confía, dice, quien no tiene nido, que donde quiera que la noche le toma ó donde le obscureciere se entra como en casa, semejante al salteador que anda de venta en venta? ¿De quién confías, pecador de ti, que te trae el demonio ciego por casas ajenas, donde no has de hallar fidelidad ni amistad ni buena ley? No estás bien así. *Non est bonum hominem esse solum.* Busca compañía semejante á ti; mira qué de faltas tienes. ¿Qué de nombres pone la Escritura á la buena mujer en solas las palabras que hemos dicho? Principio de buena posesión, ayuda semejante á sí, columna sobre que la casa estribe, descanso para los trabajos, seto ó cerca de la hacienda, consuelo para las necesidades, nido en que reposes y donde te puedas acoger y no andar como viandante y peregrino, del cual quien carece no hay en quien confíe. De todos estos bienes careces cuando estás solo, y tú dellos privas á tu hijo cuando no le das compañía. Hagámosle, dice Dios, ayuda semejante á sí. Cuando el hombre fue hecho, dijo Dios: Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza; pero cuando se le da mujer la hace á la imagen y semejanza del hombre. Para que así como ama Dios al hombre como á cosa parecida á él ó á su semejanza en él, ansí el hombre se ame en su mujer, y así como el hombre tiene respeto y reverencia á Dios, como á su original principio y traza de que fue sacado, así lo tenga á su marido la mujer.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Volvamos á nuestra historia. *Formatis igitur Dominus Deus de humo cunctis animantibus terræ et universis volatilibus cæli, adduxit ea ad Adam ut videret quid vocaret ea.* Quería dar compañía Dios al hombre, por las razones que tenemos dichas; pero quería que él la pidiese, ó siquiera la desease, ó á lo menos conociese la falta que tenía della; porque si absolutamente él no se quería casar, no era razón que Dios le hiciese esta violencia. Casad á vuestros hijos, pero sabed su voluntad, procurad informaros si

se conforma con la vuestra; tened modo cómo sin miedo os descubran todo lo que hay en su pecho; catad que se hacen algunas veces yerros terribles y sin remedio por la negligencia que hay en esto.—¿Cómo podré yo saber si mi hijo ó mi hija quizá ya no es libre y ya no puede disponer de sí?—No hay para qué tratar de cosas desa hechura, pero bien se deja entender. Ved lo que hizo Dios. Estaba Adán muy pagado de sí, sin pensar que de nada tenía faltas, mozo, rico, gentil hombre, sabio, señor de todo cuanto cubría el cielo, animoso, valiente, obedecido, lleno de mil buenas habilidades, ¿cómo había de caer en que le faltaba nada? Usa Dios desta maña: tráele delante cuantos animales y aves andaban sobre la tierra y volaban por los aires, desde la más pequeña pulga y mosquito más chico hasta el mayor elefante y avestruz más crecido; todos pasan por delante dél y quiere Dios que hagan una reseña ó alarde delante de su señor, para que vea él lo que está sujeto á su servicio. Consideradlo puesto á los corredores de aquella gran alcázar que Dios le había fundado en el Paraíso; ó si no tenía casa, miradlo puesto en un altozano, arrimado á un árbol viendo la muchedumbre innumerable de aves y pájaros que cubrían el sol; de bestias, de fieras y ganados que llenaban aquellos campos y pasarían delante dél apareados, jugando como suelen los corderitos en este tiempo, hacer justas y torneos y dar por ese campo mil carreras y escaramuzas, desque están hartos y contentos. Así pasaban los unos y los otros delante de Adán, cada uno con su compañía en su propia especie, holgándose. Mirábalos Adán con atención y entendía sabiamente sus propiedades y condiciones, y conforme á lo que de su naturaleza conocía, les puso nombres tan cuadrados al propio, que *omne quod vocabat Adam, ipsum est nomen ejus* (Gén., 2). «Ese fue el nombre que mejor les estaba y más les convenía». Y con conocerlos tan bien que les pudo poner nombres tan á propio, *Adæ vero non inveniebatur adjutor similis suis:* «No se halló en todos ellos ninguno que le pudiese hacer al hombre compañía cual la había menester». Policíanle servir para con ellos labrar la tierra, para caminar sobre sus pies, para mantenerse del fruto dellos, para cubrirse de su lana, y para otras cosas desta hechura, pero más era menester para que él estuviese bien acompañado. Hágoos saber que por mucho que andéis nunca hallaréis la compañía que habéis menester en cuanto hay criados. Amigos podréis tener, y deudos, parientes y criados y quien diga que os quiere y que hará por vos; pero hablando la verdad, si vos conocéis todo eso que pasa por delante de vos, de modo que así penetréis su propiedad y naturaleza, que le podáis poner nombre cual le cumple, hallaréis que no halláis lo que habéis menester. Ponedle buenos nombres vos, conforme á lo que dellos entendéis; sed buen juez para entender lo que en ellos hay, que cuando estas dos cosas concurrieren, constará lo que decimos. Unos os mienten, otros os lisonjean, otros pretenden su interés, otros se quieren aprovechar de vuestra hacienda. Abrid los ojos y entended que aunque tengáis los bienes que Adán, que fue cuanto se puede desear, no tenéis aún lo que habéis menester; que es quien os sea semejante en compañía, quien mire por vos y por lo que os cumple, como lo mirará otra, por ser como es semejante á vos. *Inmissitque Dominus Deus saporem in Adam.* Ya que el hombre conoció su falta, en no contentarse de cosa desotras, dio muestra que deseaba otro nuevo contento, fuera de los que le había Dios representado; aunque no lo decía, quizá de empacho, no se atrevía á pedir lo que deseaba. Menester sería que los padres deprendiesen esto de Dios; cuando ya poco más ó menos entendéis la voluntad de vuestros hijos, no aguardar á que os digan ellos lo que querrían, sino proveerles vos lo que presumís que desean. Ella dice que quiere ser monja y que no se quiere casar. ¿Y creéisla vos? Esta es vuestra necedad. Es de ver á quién lo dice, y si dice otras cosas en otro lugar á otras personas, y por qué lo dice. Oído he decir á quien lo sabía que la moza que dice á sus padres que le hagan monja pide en latín que la casen.—Pues ¿no será posible que quiera ser monja?—Otra quizá sí; pero vuestra hija no, que es vuestra hija y la paristes vos con las inclinaciones vuestras, y sabéis vos que de aquella edad la muerte y la monja os eran igualmente aborrecibles, y no os era más ver la saya blanca que la mortaja. Cual érades, tal es la que paristes; conocedla por vos. ¿A qué propósito creéis que quiere ser monja la que se enrubia y se cura el rostro y se pierde por galas y sabe más curtidos para adelgazar los cueros y más distilaciones para hacer buena tez que siete boticarios juntos? Mi fe, la que desea ser monja desde la casa de su padre se inclina á lo que ha de hacer en el monasterio. Esto es hablar en romance. La que reza y tiene mil devociones y ayunos, todo eso lo hace por casarse. No os engañéis; acabad de entender este lenguaje, que por eso os lo digo tan claro. Echó Dios sueño al hombre, desque entendió lo que quería, aunque de empachado no lo quiso decir. ¿Y por qué le echó sueño? Porque si estuviera despierto ó le doliera, no le sacara Dios la costilla si le doliera; y quizá fuera parte el dolor sentido para no consentir en el casamiento, ó aborrecer después á quien tanto le había costado. ¿Podía Dios hacer que no le doliera? Ya

eso pareciera no sueño, como fue, sino embaimiento ó delusión. Por quitar estos inconvenientes fue mejor que durmiese; y por que entiendan los que toman este estado que su vida, cotejada con los que en virginidad sirven á Dios, difiere della tanto como difiere de la vigilia el sueño. Un hombre dormido no está muerto, pero parécelo; y cuanto á eso, no usa de razón, aunque la tiene, ni tiene actos humanos dignos de hombre. El que está despierto, discurre, habla, razona, entiende, que son actos dignos de hombre. *Qui sine uxore est, sollicitus est quæ Domini sunt, quomodo placeat Deo* (I Cor., 7). Esa solicitud lo declara ser hombre y que está despierto. Empero el casado, *sollicitus est quæ sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est* (Ibidem). Esta división es el sueño, que en parte es hombre y en parte no, sino animal, y como tal trata las cosas del mundo. En el sueño, dice el filósofo, no diferimos de las bestias; y así casi la mitad de la vida somos bestiales. Así los casados, en cuanto entienden en los negocios matrimoniales y se reparten á ellos el tiempo que á eso dan y lo quitan de negocios más dignos de la razón despierta y vigilante, durmiendo están: no se comparan con los que siempre velan y entienden en obras racionales. Pero tampoco se desprecien de su sueño, pues fue menester para la vida del mundo. Así, que dormido nuestro padre, caído ahí en ese suelo, llega Dios delicadamente y ábrele un lado y saca dél una costilla, *et replevit carnem pro ea:* «Llenó la mella de carne». No puso otro hueso, porque entendiese siempre, por el que le faltaba, de dónde era tomada la mujer que le daban; pero llenóse de carne, porque no afease la mella. Recompénsase el hueso perdido con carne que llene la falta; porque los hijos que por el uso del matrimonio se reciben, suplen en cierta forma la pérdida de aquella entereza sólida y firme como hueso en que fuímos criados. *Salvabitur autem per filiorum generationem: si permanserit in fide et dilectione,* dijo San Pablo (I Ad Timo., 2). Engendrar hijos que amplíen y extiendan el culto de Dios es consuelo de los que dejan la vida semejante á la de los ángeles. Tomó, pues, Dios en su mano aquella costilla, *et ædificabit Dominus Deus costam quam tulerat de Adam in mulierem, et adduxit eam ad Adam.* Grandes son los misterios que hay en estas palabras. Tomó la costilla del hombre y della edificó la mujer. De nada fue hecho el cielo y la tierra y agua, fuego y aire: del aire, las aves; del agua, los peces; de tierra, los animales; cada cosa de aquello en que había de vivir fue hecha. Hace Dios á la mujer de su marido, por que entienda que ese es su elemento. Y que así como el pece que vive en el agua muere en el aire, y la bestia que vive en la tierra pierde la vida en el agua, así quien fuera de la compañía que Dios le dio quiere vivir perderá la vida. Más. Mientras mejor es la materia de que una obra se hace, siendo lo demás igual, mejor es la obra. Quien de hierro hace una obra delicada y prima, más prima la sacará si la hace en plata ó en oro. Siendo tan perfectas las cosas que Dios hizo de nada, y el hombre que fue hecho del lodo, ¿cuánto más parece que lo ha de ser la mujer, á quien hizo Dios de lo más sólido del hombre? Más. Al cielo y á la tierra nos dice la Escritura que los crió Dios, y á las demás cosas que las hizo. *Fecitque Deus duo luminaria magna. Luminare majus, ut præesset diei, et luminare minus ut præesset nocti.* Y del hombre dice que le formó: *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ.* A la mujer nada desto parece que basta, sino dice que la edificó. ¡Magnifica palabra es ésta! Criados los elementos, hechos los planetas, formado el hombre; y la mujer ¿bastará que la críen de nada, que la hagan de elemento, que la formen de lo más purificado, del polvo más sutil y delicado? No. Sino que la edifiquen. ¿Qué me decís? ¿La mujer es casa, es alcázar, es ciudad? Esas cosas son las que se edifican. Pues todo eso es la buena mujer; y la que no lo es, no es nada. Pero ¿por qué de la costilla y no de la canilla, ni del hueso del brazo, ni del espinazo, ni de la frente, ni del colodrillo? No carece de gran misterio eso. Dásenos á entender toda la sustancia y fuerza del matrimonio. Natural amor hay del todo á sus partes. Naturalmente amáis la mano y el pie y la nariz y la oreja; pero siendo el corazón silla de amor y habiendo naturaleza fabricado las costillas como por reparo para pertrechar el corazón, parece que se ha de amar más eso que más junto está y más sirve. De las partes al todo no hay amor, que no tienen voluntad ni conocimiento; pero hay una cosa que más cerca está de amor y que es la primogénita de sus hijas, que es reverencia, sujeción, obediencia, respeto, temor no servil sino libre y que liberalmente obedece. ¿Qué queréis decir por eso? Que el matrimonio destas dos virtudes consta: amor que el marido tenga á la mujer como á parte suya, y temor y reverencia que la mujer tenga como á su todo. Ved que singularmente dice esto quien lo dice todo por excelencia: *Mulieres, viris suis subditæ sint sicut domino: quoniam vir, caput est mulieris, sicut Christus caput est Ecclesiæ* (Efes., 5). Y luego: *Viri, diligite uxores vestras sicut et Christus dilexit Ecclesiam et se ipsum tradidit per eam ut illam sanctificaret mundans e* [illegible] *lavacro aquæ, in verbo vitæ.* Las mujeres sean súbditas á sus maridos. No se os da, señoras, á vosotras licencia de amar, porque el amor, na-

tre mil bienes, tiene luego este defectillo, que es hacer igualdad, es un poco presuntuoso. El amor tiene no sé qué arrogancia y concepto de sí. Por mucho que sea lo que bien queréis, y como por quererlo lo traéis á vos y os convertís en ello, parece que le sois igual. No es bien que tenga tal concepto y presunción de sí la mujer respecto de su marido, sino que como al Señor lo reverencie. No dice como á señor, sino como al Señor, como á Cristo, como á Dios. No como la monja al prelado, ni como á la madre la hija, ni como al príncipe el vasallo, ni como al amo el esclavo. Otro género de subjeción hay más recio. Como la criatura al Criador, como á Cristo la Iglesia. Y da la razón del precepto. Porque así como de la Iglesia es la cabeza Cristo, así de la mujer es la cabeza el marido. ¿Qué quiere decir que es Cristo cabeza de la Iglesia, siendo como son supuestos distintos, diversa persona la de Cristo de las de quien la Iglesia se hace y consta? Quiere decir, que así como de la cabeza se deriva al cuerpo la virtud y movimiento y sentido interiormente, y exteriormente el cuerpo es regido por los sentidos que están en la cabeza, así de Cristo á la Iglesia la gracia y la caridad y otras virtudes interiores, y exteriormente la rige y la gobierna toda y en todo tiempo, aunque otros en diversos tiempos, en parte ó en todo, la gobiernan por su comisión y autoridad. A semejanza desto es el hombre cabeza de la mujer, de donde le ha de venir el seso y la prudencia y el concierto y disposición ordenada de su casa y familia; y aun sería bien que exteriormente fuese cabeza en quien solo estuviesen los sentidos. Sería, señoras, bien que no viésedes sino por los ojos de vuestros maridos, ni gustásedes sino de lo que á ellos les da gusto, ni oyésedes sino por sus orejas, ni hablásedes sino por su boca; y en eso descubriésedes la reverencia que San Pablo quiere que les tengáis. Catad que aquí no decimos filosofías morales ni lo que Plutarco escribió en el libro de los preceptos de los casados, sino la teología que San Pablo ó Cristo por su pluma dejó escrita á su Iglesia. No se os haga dificultosa, porque no lo es, antes es cosa fácil y os está muy mejor; y mejor veis, oís, habláis, gustáis, oléis y sentís por los sentidos ajenos que por los propios. Rogadle á un organista ó á un músico de vihuela que haga con las manos ó con la boca el son que hace con el órgano ó la vihuela. No será posible: mejor suena la voz del instrumento que la propia; más suave la armonía que se hace con las cuerdas que la que sin ellas se finge hacer. Así hay cosas que se hacen por otras mejor que sin ellas y más á gusto y para dar contentamiento. *Nos autem* (decía San Pablo, I Cor., 2) *sensum Christi habemus,* hablando en persona de la Iglesia. Así la mujer se ha de preciar de que usa del sentido de su marido, porque es su cabeza y le debe esa reverencia. *Viri,* dice luego, varones, hombres casados, amad á vuestras mujeres. ¿Cómo? ¿Hasta dónde? ¿De qué manera? *Sicut Christus dilexit Ecclesiam:* «Como amó Cristo á su Iglesia». ¿Veis aquí por qué la sacaron del costado, así como sacaron del costado de Cristo, que dormía aquel gravísimo sueño de su muerte, la Iglesia? Para que á semejanza suya deprendáis á pagarles con amor la reverencia que ellas os han de tener. ¿Cómo amó Cristo su Iglesia, si lo habéis pensado? *Semetipsum tradidit pro ea* (Efes., 5): «A sí propio se entregó por ella»; dio por ella sus trabajos, sudores, afanes; su sangre, su vida, su honra, su alma. ¿Cómo dices tú que quieres bien á tu mujer y le pagas lo que por ley de Dios le debes de amor cuando no te entregas por ella? ¿Sabes tú que le das enojo á tu mujer jugando? Estás obligado á no jugar; por la ocasión que das á su flaqueza de ofender á Dios.—Ese es mi contentamiento, y recibo en eso gusto.—Obligado estás á crucificar tu gusto y tu contento por el amor que debes á tu mujer. Conversas no sé dónde ó hablas con no sé quién, y sabes lo que dello tu mujer se ofende y su conciencia se lastima, con odios, con aborrecimientos, con pesares. Estás obligado por la ley de amarle que Dios te ha puesto á dejar la amistad y la entrada.—No es mala, ni se ofende Dios.—Sí, ofende cuando se ofende tu mujer, á quien no quiere Dios que ofendas. Ya es mala cuando va tan circunstanciada, como con la desgracia de tu mujer.—Recias leyes son esas.—Recias para quien no ama como debe la compañía que Dios le ha dado; pero dadme vos un hombre que como es obligado ame á su mujer y jurará que son más que fáciles. ¿En qué ley cabe que quieras tu mujer haga por ti lo que tú no quieres hacer por ella? ¿Qué sentirías si á tu pesar ella tuviese este trato ó amistad que tú tienes, por santo que fuese, aunque fuese con Cristo comulgando? Pues mucho más obligado estás tú á quitarle el escándalo que ella á ti; por ser más flaca ella que tú naturalmente, y por ofenderse con más peligros de ocasiones más ligeras, y porque al fin eres hombre y podrás mandar y hacer que no se haga lo que no quisieres; y la pobre de tu mujer no tiene sino lágrimas por armas, y por palabras suspiros, y gemidos por obras. Y si le mandarían á tu mujer que no comulgase, cuando de su comunión ó confesión tú habías de recibir escándalo, siendo la obra que es comulgar y confesar; mira tú si con más razón te mandan que no trates, que no entres, que no converses, que no andes de noche, que no rondes, que no

des, que no recibas, que no mires; siendo cosas que por santas que tú las canonices, no son tan santas como llegar al santísimo Sacramento. Entrega, hermano, tu apetito y tu pasatiempo y tu placer; crucifícalo, azótalo, espínalo, ahéléalo, mátalo; que Jesucristo eso hizo de sí por su esposa la Iglesia, para darte ejemplo que hagas otro tanto por tu mujer. A sí se entregó. ¿A qué y á quién? ¿quién y por quién? Dios, á los tiranos, para la Cruz; por su Iglesia, para darte ejemplo que lo imites. *Mundans eum lavacro aquæ, in verbo vitæ.* Limpiándola con lavatorio de agua en palabras de vida, para tener una gloriosa esposa, sin nota ni ruga, ni cosa desta suerte, sino santa en cuerpo y alma. Abre los ojos y mira el modo que es más de tener en el amor que se te manda. «Limpiándola (dice) en palabras de vida y loción de agua». La loción ó lavatorio, obra es. Pues entiende que tienes tú obligación de honrar á tu mujer con obras y con palabras. Por cierto que quiero decir aquí una cosa que pasa en mí: que ninguna de cuantas un hombre casado puede hacer es tan bastante para que pierda su crédito conmigo, y creo que con cualquier hombre de pro, que saber que dice malas palabras ó hace con obras ruin tratamiento á su mujer. Paréceme que formo dél un concepto el más vil, ó del hombre más vil y más abatido y apocado y sucio, que de cuantas cosas se me pueden decir. Y que había de haber leyes en la República donde á los tales castigasen con penas gravísimas y afrentosísimas; como á común afrenta de los buenos casados y que dignamente tratan el honor del matrimonio. Hombre vil y apocado, ¿con qué vergüenza te asientas entre los honrados casados, afrentando tú de parte tuya tan gravemente el sacramento del matrimonio, siendo ignominia de tan honrado estado? ¿Cómo tienes ojos para ver los de tu mujer llorar de tus manos, oídos para oir las quejas que hace de tus obras, boca para decir mal de la compañía que Dios te dio y con quien te juntó con vínculo indisoluble? ¿Qué ejemplo das á tu familia? ¿Qué respeto quieres que le tengan tus criados ó tus esclavos, viéndola tratada peor que los tratas á ellos? ¿Qué ejemplos das á tus hijos? ¿Cómo quieres que obedezcan á quien delante dellos desprecias, honren á quien afrentas, amen á quien aborreces, teman á quien tú tan sin respeto tratas? ¿Cuál puede andar tu casa y tu familia cuando hay tales barajas y tan públicas entre los quicios délla? ¡Qué de chismes! ¡Qué de parcialidades! ¡Qué de testimonios, siguiendo los más un partido y los otros el contrario! ¿Cómo te puedes sentar á la mesa con quien has traído por la ceniza? ¿Qué piensas que dice de ti quien tal sabe? Y sábelo toda la vecindad. Ten mala vergüenza de ti y de tu poquedad, que á ti haces la afrenta y á ti te deshonestas y deshonras, si lo entiendes bien. Dios por su misericordia te dé á entender el mal que haces, y á tu mujer paciencia para que no se pierda.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Decíamos en la consideración pasada que dio compañía Dios al hombre, juzgando que no le estaba bien vivir solo; y así dijo aquellas palabras: *Non est bonum hominem esse solum.* Preguntará alguno. ¿Cómo no le fuera mejor al hombre estar solo, pues fue la mujer ocasión de su daño, y Dios, que lo sabía que así había de ser, para qué lo quiso poner en esos peligros? Responde Santo Tomás y otros doctores que si Dios quitara del mundo todas las cosas de que se podían seguir inconvenientes, quedara el mundo muy imperfecto, y privado de muchas cosas que ahora le adornan y dan hermosura. No todo aquello de que algún inconveniente se sigue se ha de dejar. Y aunque es verdad que no se ha de hacer mal por que dél se siga algún bien, no es inconveniente hacer algunos bienes aunque dellos se hayan de seguir males, cuando no se siguen de la naturaleza de la obra, sino de la malicia de quien se quiere aprovechar della; hase de ver los provechos que de su naturaleza se siguen de la obra, sean más y más importantes que los males que se ocasionan. Y así se pueden y deben despreciarse los ligeros males á que se da ocasión, por los grandes bienes que se causan. Sospecha tengo que algunos ruines han de tomar ocasión para más ofender á Dios y al estado en que él los ha puesto desto que hemos comenzado aquí á tratar; pero, por otra parte, veo que más es el provecho que mediante Dios se ha de hacer en universal, que el mal en particular de algunos, y por eso no quiero dejar de llevar adelante lo comenzado. Tratábamos las obligaciones que á su mujer tiene el marido, declarando un lugar de San Pablo, donde pone dos reglas universales, que comprehenden todo cuanto es menester para ser los casados bien casados, el cual trujimos para declaración de la figura que exponíamos de la formación de la mujer, y explicando por qué le había Dios fabricado del hueso de la costilla más que de otra parte. Decíamos cómo la mujer debe reverencia á su marido y el marido amor á su mujer; y amor no vulgar ni de lo que por ahí se usa, sino de la forma que fue el que tuvo Cristo á su Iglesia, á la cual honró en palabras y en obras. Y á este propósito decíamos de la maldad que cometen contra Dios y su Iglesia y contra la buena policía y costumbres de hombres honrados quien pone las manos en su mujer.



aunque á mí no me iba nada, ni hablaba en particular con alguno, todavía la gravedad del caso me hizo enojar, y dije algunas palabras quizá más ásperas de lo que fuera razón. Agora, sin pasión, y sin cólera y enojo, volviendo á lo que tratábamos, digo que es grandísima vileza y poquedad que un casado ponga las manos en su mujer, y cosa por la cual los demás que honestamente tratan aquel estado, parece que estaban obligados á tenerlos como por descomulgados de su conversación. Estadme atentos, y si con bastantes razones no lo probara, no me creáis. Veamos: á tu mujer, ¿ó la has de tratar así porque es mujer ó porque es tuya? Ser mujer te obliga á tenerla respeto y honrarla, quienquiera que sea, sólo porque es mujer y tú hombre, si lo eres, aunque sea tu esclava la negra. Ser tuya acrecienta esta obligación en gran manera. ¿Qué excusa tendrás de tus yerros cuando los hicieres? Sólo porque eres hombres plantó naturalmente en ti cierta inclinación á estimar en mucho las mujeres cuando son buenas, y condolerte dellas cuando son malas; pero vengarte, ni aun entre bestias se usa. Un gato no riñe con una gata, ni con el gallo la gallina, ni entre los más fieros un toro hiere á una vaca, ni la leona experimenta las uñas del león, ni la sierpe los dientes de su marido; pues ¿por qué entre los mejores de los animales se han de quebrantar las leyes que guardan los tigres y las serpientes ponzoñosas? Correrte habrías de poner las manos en tu esclava; aun cuando mereciese ser castigada, la habías de encomendar á tu mujer que la castigase, sólo porque es mujer; y no está bien á un hombre de pro tratarla mal, ni aun con razón, por su flaqueza y fragilidad. *Viri similiter, cohabitantes secundum scientiam, quasi infirmiori vasculo muliebri impartientes honorem, fiohæredibus gratiæ vitæ* (I Petr., 3): «Los vacones prudentemente habiten con las mujeres romo sabios que son ó deben ser». A ellos perecenece ser más sufridos y más callados, porque tes dio más ser Dios y ansí deben honrar á las mujeres como á vasos más flacos y más frágiles, y en quien no cabe castigo ni mal tratamiento, ni aspereza de conversación y malas obras; sino al revés, benignidad y mansedumbre, llaneza y compasión de la fragilidad con que yerran. No son sus yerros, ordinariamente hablando, sino dignos de compasión. No te juegan la hacienda, ni la desperdician en malas conversaciones; no roban, no blasfeman, no matan, no son bandoleros, no vengan con muerte sus odios. ¿Cuántas veces la has sacado de la cárcel por sus trampas, desempeñando la hacienda que te ha jugado, empeñádote tú por deshacer sus mohatras? Más juegas tú en una noche y das en un día á ruines que la pobre de tu mujer gasta en toda la vida en esas niñerías á que es aficionada la que lo es; y si lo es, tú eres la ocasión, pues por complacerte lo hace y por parecerte bien, y porque es honra tuya que tu mujer ande bien aderezada, pues quieres que tu caballo lo ande. Cubres tu caballo de plata y oro y compras por mil ducados un jaez, ¿de qué te espantas si tu mujer se quiere también enjaezar? Sus armas de la peor son la lengua, y cuando más arde su ira no sube de palabras. Esas son sus armas ofensivas, y con otras ni saben ni pueden empecer. Si eres hombres tú, ríete de sus palabras, no hagas caso dellas, déjala decir, que no te quiebra el brazo ni te lastima más de lo que tú te quisieres sentir dello ó dar por ofendido. Toma tu capa y vete por ahí un rato, hasta que hierva aquella ira, que en un hervor se acaba y no hay más; y de aquí á media hora la hallarás mansa y apacible, y para que haga sin repugnancia lo que tú mandares. ¿Qué te cuesta por una hora disimular con ella y hacer que no oyes, aunque más recio hable? De hombres es no vengarse sino en hombres, cuando se hubieren de vengar. Y aun Dios parece que los pecados de las mujeres no los castiga con el rigor que acostumbra castigar á los hombres. Ved lo que pasó en los tiempos pasados. Quiso Dios dar un hijo á su amigo Abraham y envía un ángel que se lo diga; y estando el ángel (que en figura de caminante había sido recibido al homenaje y mesa) comiendo, dice: De aquí un año, dando Dios vida, volveré por aquí y tu mujer Sara tendrá un hijo. Estaba la santa mujer Sara cerca de allí, tras la puerta del zaguán como diligente y cuidadosa mujer de su casa, proveyendo que le sirviesen los huéspedes como era razón; oyó aquellas palabras de que había de parir y rióse casi por tenerlas por burlas, y dice: *Postquam consenui et Dominus meus vetulus est, voluptati operam dabo?* Mirad, que os guarde Dios, ¿á qué propósito se dicen tales cosas? ¿Agora que soy ya vieja y mi señor también lo es, dice que había de entender en estas cosas? Hanse de notar primero las palabras con que la santa mujer llama á su marido, mi señor. Porque las nota en su canónica San Pedro, y quiere que á ejemplo de Sara las buenas casadas honren á sus maridos y los traten con corteses palabras. No hace sino muy bien la buena casada que á su marido llama señor, y lo tiene por tal y como á tal le honra. Quienquiera que él sea y vos seáis, lo habéis de tener como por señor y llamarlo ansí, y á nadie otro con tanta razón, porque nadie fuera dél es bien que lo sea ni que goce de tal nombre, pues no le ha de convenir. Así que, como ella se rió y dijo esto, no lo hizo tan quedo que el huésped no lo oyese y se sintiese dello y

vuelve á Abraham como enojado: *Quare risit Sara uxor tua?:* «¿Por qué tu mujer se rió de lo que yo dije?»—Muy bueno es preguntarme á mí eso, preguntádselo á ella; ¿tengo yo de lastar sus descuidos? Con ella lo habed, que cometió la culpa.—No dice nada el santo varón, sino calla, reconociendo con el silencio que había habido yerro. ¿No decís que quien calla otorga? Así, callando, reconoció que había habido culpa en aquella risa. Y acude luego la santa mujer, viendo que á su marido cargaban la reprehensión de lo que ella había creado y dice: Señor, yo no me reí. Respóndele el ángel: *Non est ita, sed risisti:* «No decís lo que pasó, reistes os y yo lo oí; no lo neguéis». Entended esta filosofía, que es de gran importancia para vuestro estado. Yerra la mujer y es reprehendido su marido y no huye recibir la reprehensión; y entonces acude la buena mujer desque vio que por ella era su marido reprehendido. Y la que hasta entonces había estado encubierta, y se pudiera entrar allá cuando oyó que era sentida, desque vio que su marido quedaba como por yunque de la corrección, se estuvo queda, y respondió por el que callaba. Son grandes misterios. *Quare risit Sara uxor tua?* ¿Por qué se lo preguntais al marido estando tan á mano la mujer? Porque de los yerros de la mujer, la mayor culpa tiene su marido. Abrid, amigos, los ojos y no reprehendáis las malas costumbres que tiene vuestra mujer, que ó las ha deprendido de vós ó son por no haberlas vos cuerdamente en todo el discurso de tiempo enmendado; la culpa tenéis vos, que si vos fuérades hombre y el que debéis, no tuviera vuestra mujer las faltas que decís que tiene. Las vuestras decís: No las puedo enmendar. No decís verdad. Decid: No sé ó no quiero, ó no tengo capacidad para tanto, y diréis cosa creíble; pero que no se puede hacer, no se puede creer. Es mal inclinada y no se puede revocar de sus malos propósitos y costumbres. *Tantum valet institutio, ut vincat naturam: ita quod illa quæ nostræ substantiæ consortium non habent, agnoscunt tamen nostræ vocis imperium et cum suæ naturæ nullam rationem habent, naturæ nostrae rationem capessunt, et quodam modo transfusam adquirunt.* Palabras son de San Ambrosio (Lib. II de Abel, cap. 1). Experimentámoslo en las bestias, en los caballos, que deprenden cosas sobre su capacidad por la diligencia de quien los enseña; y en los perros y en las fieras, como son los leones. *Corvos, leones cernimus naturalem feritatem imperata mutare mansuetudine; suam rabiem deponere, nostros mores sumere, et cum sint ipsi terribiles, discunt timere* (Ibid.). Pues, ¿habéis vos dicho que no han los hombres de castigar á sus mujeres?—Y tórnolo á decir y diréło otra vez. Pero sin castigo servil, pueden deprender á temer y ser mayor el temor de ofenderos que el que tienen no las ofendáis. No deprenden con castigos los buenos y libres ánimos; de servil y baja condición tiene de ser la que por temor de la pena ha de ser la que debe. *Cæditur canis ut parescat leo et qui sua injuria exasperatur, coercetur aliena: alterisque exemplo frangitur.* Pues si las fieras deprenden y contraen natural inclinación y sin ser castigadas, antes el castigo fuera parte para más embravecerse, y puede tanto la diligencia de los hombres que aun á sus bestias enseñan humanidad, con razón son reprehendidos aquellos cuyas mujeres no la tienen. Con razón calla Abraham cuando es el reprehendido por la culpa de su mujer. Pero lo que más es de considerar, que no sólo por esta culpa de reirse como incrédula, pero ni por la otra que cometió queriendo excusarse, le da otro castigo más que decir: Sí, reiste. Oid otra historia. Quiere Dios otro hijo á Zacarías; enviáselo á decir con un ángel, y parécele cosa dificultosa creer que en tal edad suya y de su mujer, que aun en la juventud había sido estéril, tenga hijos, y no lo cree, sino demanda al ángel señal de lo que decía. Indígnase de su incredulidad el ángel, y porque no creyó á sus palabras, no sólo lo reprehende, sino castígale con privarle de las propias, y queda por nueve meses sin habla y mudo quien no creyó á lo que el ángel de parte de Dios le hablaba. ¿Pues cómo? Sara no creyó y se rió y no es castigada, sino reprehendida; y aun no es reprendida en su persona sino en la de su marido, y en la suya contradicha, *nequaquam, sed risisti;* y Zacarías que cometió la propia culpa, y aun no se rió, ¿es así reñido y castigado, y con tan recio castigo? ¿Qué razón lo permite? Que sepáis todos que es verdad lo que decíamos, que la propia culpa es menor en la mujer que en el hombre, y que sólo por ser mujeres, aunque han de ser corregidas, redargüidas, convencidas, no castigadas, no maltratadas, no golpeadas, como lo hacen los ruines. Así que, amigo, ser mujer no te excusa ó no te ha de dar ocasión para tratarla mal, antes es parte para que no lo hagas. Ser tu mujer tampoco te da licencia para eso; antes si alguna tuvieras por ser tu mujer y tú su marido, te la han quitado. Por eso te la dan por compañera, para que la honres, para que la ampares, para que la defiendas, para que mires por ella: que nadie se la atreva ni desacate, porque está debajo de tu amparo. Nadie puede con razón hacer lo que está por el oficio que tiene obligado á defender cuando otro lo hiciese. ¿En qué ley cabe que ofendas tú con tus manos lo que puso en ella Dios para que lo defendiéredes de las ajenas? Allá dijo uno á su mujer: *Non pre-*

sum te uxore et amica uti. «Mirad, señora, no podéis ser mi mujer y mi manceba». Con más razón se diría: No puede ser tu mujer y tu esclava. No puede estar á tu lado la que ande debajo de tus pies.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Así que, volviendo á nuestro apóstol: *Viri, diligite uxores vestras.* Varones, amad á vuestras mujeres con palabras y con obras, como amó Cristo á su Iglesia, limpiándola con loción de agua y palabras de vida. *Ut exhiberet sibi gloriosam sponsam, non habentem maculam neque rugam, aut aliquid hujus modi.* El hizo á su esposa sin mota y sin ruga; tú la tuya sin vicio y sin defecto. ¿Qué darías tú por hacer hermosa á tu mujer ó por que lo fuera qué hicieras? ¿Cuál es más, ser hermosa ó ser virtuosa? Pues si está en tu mano hacerlo que sea, ¿por qué te das tan poco por cosa que tanto vale? ¿En qué juicio cabe que ames á tu mujer sólo por la hermosura? Mira tú qué bien aliñada andará tu casa y tu familia, con qué concierto, cuando las cosas anduviesen ansí, y la culpa en tal caso tuya será que te das más por lo que es menos. No es hermosa tu mujer. Es discreta, es recogida, es temerosa de Dios, es cuidadosa en el gobierno de tu casa. ¿Acabóse todo con la hermosura? Por poco gusto compra muchos sobresaltos quien tanto desea mujeres que todos puedan codiciar; y quien se contenta con lo que nadie le anda invidiando, barato compra mucho sosiego. Allá aconsejaba uno que usasen del espejo las mujeres, para que las hermosas no se afeasen con alguna liviandad y para que las que no lo son enmienden con buenas costumbres las faltas de naturaleza. No se puede la que es fea poner mejor color ni afeite que más encubra sus faltas que siendo en sus costumbres la que debe; y basta para hacerla gentil mujer su honestidad y su comedimiento y prudencia y cuidado de su familia, así como á la más hermosa afea totalmente la liviandad ó falta de la honestidad que debe á su estado. Y si las que son feas sólo por la virtud merecen ser estimadas y amadas, ¿qué sería cuando las hermosas procurasen ser virtuosas? ¿Qué galas se podrían poner que así las agraciase? Pero dejemos por agora esto, que su lugar tendrá después, y diremos, placiendo á Dios, el cuidado que las buenas mujeres han de tener del aderezo de su persona. Agora volvamos á nuestro apóstol: *Ita et viri debent diligere uxores suas ut corpora sua* (Efes., 5): «Así, que los varones deben amar á sus mujeres como á sus cuerpos». Esta palabra *sicut* y *quasi* y sus semejantes, en la Escritura algunas veces dice similitud, otras veces propiedad. *Quasi modo geniti infantes lac concupiscite* (I Petr., 2), dice San Pedro: «Apeteced la doctrina como los niños la leche». Semejanza dice. *Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti a Patre:* «Vimos su gloria como de unigénito de Padre». Propiedad significa. En romance decimos de fulano, encareciendo su buena condición ó la lindeza de su conversación y afabilidad ó buena gracia y hermosura y compostura y aseo: en todo es como un ángel del cielo. No queremos decir que lo es, sino que lo parece. Otras veces tratan de cómo fulano se hubo en tal negocio donde le iba la honra, hizo esto y esto, salió con esto, al fin como caballero; entendemos que es. De un mozo decimos que lo hizo ó respondió como hombre, que pareció hombre en su respuesta; y de un hombre que lo hizo como tal, que se declaró serlo en aquel hecho. En este propósito que vamos tratando no significan semejanza las palabras de San Pablo, sino propiedad. Amen los varones á sus mujeres como á sus cuerpos. Y es una gran filosofía la que en esta comparación se contiene. Así como el hombre consta de cuerpo y alma, así hemos de imaginar que por el vínculo matrimonial resulta otro hombre político, cuya alma es el marido y el cuerpo la mujer. Ved vos qué son los oficios del cuerpo y los del alma. ¿Qué hace el alma en el cuerpo? ¿Qué el cuerpo en servicio del alma? ¿Qué vínculo hay del alma y cuerpo de amistad tan estrecha entre cosas tan desemejantes? Y alcanzaréis lo que hay en esotra persona que del matrimonio resulta. En algunas cosas, bien pocas, parece que estaría mejor la metáfora al revés: que fuese la mujer el alma y el marido el cuerpo, pongo por caso. En que así como está encubierta á los ojos el alma y solo el cuerpo parece; así de la mujer es estar encerrada, y del hombre descubrirse. Pero en lo ordinario, y en lo más, alma ha de ser el varón y cuerpo la mujer. No engendran los padres del cuerpo al alma, pero el alma así les agradece y reconoce el ser como si la hubiesen engendrado; esa reverencia les tiene y ese respeto. Más. Ninguna cosa hace el cuerpo que no sea por virtud del alma; pero algunas hace el alma en que no entiende punto el cuerpo. Item. De tal manera hace el alma lo que hace mediante el cuerpo, que aunque sabemos que está allí la virtud del alma, no reconocemos sino todo salir del cuerpo. Pero (como San Augustín dice) tan prontamente obedece el alma al cuerpo, *ut vix obsequium discernatur ab imperio: cum imperat ratio ut pareat manus.* Declaremos un poco más estas semejanzas. Lo primero, no son padres de la mujer los de su marido, ni al revés; pero el buen marido no ha de reconocer otros padres sino los de su mujer.

¿Qué quiere decir lo que después declararemos: *Propter hanc relinquet homo patrem et matrem, et adhærebit uxori suæ*, sino que cuando fuese menester negar vuestros padres, por el contento que debéis dar á esta mujer, sepáis que no sólo no hacéis mal en ello, pero estáis obligado á hacerlo ansí? ¿Queréis que os dé un buen consejo yo, no mío, sino de hombres sabios y de gran experiencia? Las faltas que sintiéredes en la compañía que Dios os ha dado, agora sea el marido en su mujer ó la mujer en su marido, guardadlas con sumo secreto. ¿Qué sentiríades de un hombre que publicase sus faltas por ahí? Que era loco. Pues eso sentid de quien descubre las de su mujer y de su marido. Pues qué ¿no me tengo de quejar? —No más que de vos. —¿A quién os quejáis cuando tenéis queja de vos?—A Dios y á vos propia. Ni más ni menos cuando de vuestro marido la tuviéredes ó de vuestra mujer.—Pues si es cosa que es menester que se enmiende, y no basto yo para corregirla, ¿no lo podré decir á mis padres ó mis hermanos para que lo hagan ellos?—No más que á Judas. —Pues ¿á quién?—A los suyos. ¿Queréis vos ese negocio tratarlo como hombre de bien ó como mujer de pro? Cuando de vuestra parte hiciérades lo que pudiéredes para enmienda de vuestra compañía, y no bastare, si á persona deso se hubiese de dar parte, sean á los que le tocan y no á los que os tocan á vos. Quejaos á sus padres, sed mujer para entrar por las puertas de vuestros suegros y con cordura darles parte de vuestro trabajo: Esto hace vuestro hijo que á él le está mal y á mí también: no me faltan deudos á quien me poder quejar, pero nunca Dios quiera que mientras él los tuviere tenga yo por más propincuos los míos que los suyos. No tengo otros padres ni los conozco sino los de mi marido. ¿Paréceos cosa dificultosa? Pues experimentadla, y si os hallásedes mal con ella, yo me pondré á cualquier pena que me pudiese venir. Claro está que haciéndolo así le dais más claro á entender el amor que le tenéis; claro está que oirá de mejor gana á sus padres que á los vuestros; claro está que hacéis amigos y ganáis de vuestra parte lo que él tenía de la suya. Haciéndolo al revés, puédese quejar de que le guardáis mal su secreto, antes aborrecerá á vuestros padres y dirá que son encubridores de vuestros faltas, y los enajenáis más de vos, y dais á entender que es extraño y está lejos, pues caben entre vos y él vuestros deudos, lo cual no podrá decir cuando los suyos entrasen, que no son ajenos dél. Ansí, que en una palabra: han de ser los deudos de vuestro marido vuestros y los vuestros extraños, y al revés, cuando hubiere de andar este negocio como debe concertado. Lo segundo, algunas cosas hace el alma, aunque pocas, en que ninguna parte tiene el cuerpo, como son aquellas para que el cuerpo no es idóneo, ni puede prestar favor alguno, antes estorba. ¿Queréis que os dé otro consejo? De las cosas que pasan ó han pasado fuera del matrimonio no deis parte á vuestras mujeres. Nunca les digáis lo que en vuestra mocedad os aconteció con fulana ó con esotra, ni la liviandad que en esotra vistes ó hubistes, porque no es razón que vuestra mujer sepa que hay livianas á quien poder parecer si lo quisiese ser; ni que en caso que lo fuese, se os haría de nuevo, pues sabéis que otras lo son, y que no es mucho que tal sea para otras la vuestra, cual para vos la de otro. Quitaos de mil otros inconvenientes y sabed callar lo que no hay para descubrir ni manifestar, y juntamente con esto no os fatiguéis mucho por saber quién ha sido vuestra mujer antes que lo fuese, que es disparate lleno de inconvenientes y sin ningún provecho. Quien quiera que ella haya sido, no sois vos el injuriado, porque no era vuestra. Si fue la que debía, para sí lo fue, y si no, para sí erró, que de otra injuria no hay que hacer caudal, á lo menos á vos no os hizo injuria. Lo que digo de sus mujeres á los maridos, digo de los maridos á sus mujeres. No les preguntéis lo que no va nada en saberlo. ¿Qué se os da cuáles hayan sido? Agora sean los que deben y guarden como deben la buena amistad y leyes della. *Quales aliquando fuerint, nihil mea inter est* (Galat., 2). Poco va en aquesto. Más va que en todo lo que decíamos que hace las cosas el alma, y no parece que las hace sino el cuerpo. Los ojos veen, las orejas oyen, la boca gusta, la lengua habla; y todas estas son partes del cuerpo, y no juraréis que hay otra cosa que haga eso que veis que esas partes hacen. Y con todo eso, sabéis que es verdad que ni oyen las orejas, ni veen los ojos, ni sienten las manos, ni gusta la boca, ni habla la lengua, sino el alma por esos órganos, y sábelo ordenar el alma con tanta discreción que con ser ella la que lo hace todo, y sin quien nada se haría, parece que nada hace y todo pasa sin ella. Querría yo los hombres casados tan avisados y tan discretos y tan para mucho, que de tal manera trazasen el gobierno de su casa, que todo pasase por su juicio y prudencia y nada por sus manos, y su lengua todo lo hiciese y nada pareciese que hacía. En todo entendiese, pero de modo que nadie entendiese que entiende en ello. Veréis algunos que de todo viven descuidados. Otros, que en todo quieren entender, hasta en la colada y lavar los trapos y pan que se lleva al horno. Esas son de las cosas que van fuera de vuestra jurisdicción. No digo que no lo sepáis, sino que sepáis saberlo como no se sepa. Cuanto está de vuestras puertas adentro, fiadlo de vuestra mujer, que esa es su jurisdicción; lo

como quien no tiene deso cuidado, sino como quien no muestra que lo tiene. En verdad que me da una mohina desque veo á un hombre con las llaves de sus arcas y de sus graneros ó bodegas. que me cansan como con otra cosa insufrible. Las llaves para los sacristanes se hicieron, y á ellos y á los porteros de los conventos no parecen mal; á todo otro género de hombres es cosa afrentosa traerlas. Si por caso sois tan mal confiado que no las fiáis sino de vos, abscondedlas allá donde nadie las vea, que perdéis mucho con cautela tan demasiada, aunque no sé yo dónde se permita tal disparate. ¡Fiáis de vuestra mujer vuestra vida, vuestro secreto, vuestra honra, que es más, y no fiáis vuestro dinero! Ya sé de qué procede; que es vuestro dinero, que es el dinero vuestro Dios, y como tenido en más que todo no lo fiáis de nadie.—¡Oh, que gastaría demasiado, y que tomaría para dar y para mil superfluidades!—Ese concepto no se ha de tener de vuestra mujer.—Véolo yo, ¿cómo queréis que no lo tenga?—Ahí quiero ver vuestra discreción y vuestro ser: que no haga el cuerpo sino lo que quiere el alma, y no parezca que sale del alma, sino del cuerpo, cuanto más que en verdad que desperdician menos las de quien se fía más; y que es gran parte para quitar gastos demasiados hacer dellas confianza, mas que se mudan viendo lo que dellas confiáis. Dios por su misericordia nos lo dé á entender con su gracia, para que con ella alcancemos la gloria.

SERMÓN SEGUNDO

DEL

DOMINGO PRIMERO DESPUÉS DE LA OCTAVA

DE LA

EPIFANÍA DE NUESTRO SALVADOR

Nuptiæ factæ sunt in Cana Galileæ, etcétera.

(Joan., 2).

El santo Evangelio de hoy debe ser con particular atención oído; lo uno por ser de San Juan, que fue el águila entre los evangelistas, que aunque la palabra de Dios de cualquiera boca se ha de recibir con reverencia, más agrada oída de un singular predicador. Item. San Juan, á más de ser la prima, fue el Benjamín amado de Jesús, el menor de sus hermanos y que en la mesa tuvo el postrer lugar, y con todo fue mejorado en cinco platos; así San Juan, el más mozo de los apóstoles y el primero de los evangelistas, pero mejorado y regalado más que todos. Cinco fueron los milagros principales de Cristo, que reservó para su pluma delgada: el del paralítico de la piscina, el de la Samaritana, el del ciego Bartineo, el de Lázaro y éste de las bodas en que convirtió el agua en vino; mas éste fue el primero de los milagros con que Cristo, ya hombre, comenzó á manifestar su gloria. A los principios se suelen esmerar más los artífices para ganar crédito, y á los fines para que quede dellos eterna memoria; y así el primer sermón que predicó Cristo en el monte, y el último de la Cena, fueron los más excelentes; y en los milagros fue lo mismo; que el último, que fue la resurrección de Lázaro, fue tan señalado que dél tomaron ocasión los enemigos para crucificarle; y éste de las bodas, que fue el primero, convenció á los discípulos á que creyesen en él. Fue hecho raro que no tuvo segundo. Alumbró muchos ciegos, resucitó muchos muertos, pero en lo de hoy no segundó: fue obra en caso de *semel in vita*, que es el casamiento y así el milagro fue de «semel in vita». Con casados hizo Dios el primer milagro al principio del mundo, convirtiendo una costilla de hombre en mujer; y el primero del Evangelio fue para remediar

una necesidad de unos casados, convirtiendo el agua en vino, autorizando el matrimonio. Es esta la fuente de donde salen las aguas, que son los hombres, *aquæ populi sunt* (Apoc., 17). Y como el demonio el primer daño que hizo fue en casados, atoxicando la fuente de donde todos nacemos, hijos de Eva; así Cristo, en primer lugar acude á santificar este estado, haciéndole sacramento que dé gracia en su Iglesia. De ésta tenemos necesidad para tratar materia tan importante. Pidámosla por intercesión de la Virgen sacratísima, diciendo: Ave María.

INTRODUCCION

El venerable matrimonio y honrado en todo y por todo, como San Pablo lo llama, *honorabile comnubium in omnibus* (Heb., 13), es estado y es sacramento. Estado, por ser indisoluble vínculo que no puede por hombre ser desatado, después que Dios le haya dado nudo hasta que por la muerte sea cortado. Sacramento, porque en los que dignamente le reciben causa gracia, como instrumento de la pasión del Señor, siendo señal de su desposorio con la Iglesia, para con esas ayudas de costas poder llevar las cargas deste yugo, que son muy pesadas, sin caer con ellas. Pero si la verdad se ha de decir, ni en cuanto estado, ni en cuanto sacramento, es el que más se aventaja á otros: mejores estados hay en la Iglesia y otros sacramentos más perfectos y más subidos. Sólo podemos decir que es el más antiguo, y por su ancianidad y canas es digno que se le tenga respeto. Item. Es el que más extendido está en la Iglesia, después del Baptismo, y absolutamente el más necesario para conservación de la especie humana. Porque así como sin comer se perderían y perecerían los individuos y personas humanas, así la misma especie se acabaría, si no fuese por el uso del matrimonio conservada. Sobre todo, fue instituído inmediatamente por Dios, en el estado de la inocencia, en el paraíso terrenal, y en aquella felicidad en que los hombres no supieron conservarse, fue Dios como padre de los desposados, porque los hizo de su mano al uno y al otro, y fue el prónubo ó paraninfo (si no queremos decir casamentero) que concertó los desposorios. Los ángeles fueron los convidados y los que regocijaron la fiesta, y aun podemos decir haber sido Dios el cura que les tomó las manos y bendijo á los contrayentes, con aquellas palabras: creced y multiplicad y llenad la tierra. Dióseles por dote y arras el gobierno de la monarquía deste mundo, á quien por bienes multiplicados sucediera la eterna posesión del otro. Al desposado se dio luz de profecía para que conociese desde tan lejos el misterio de la Encarnación y aquella unión sacrosanta que de la humana y divina naturaleza se había de hacer en una persona. Andando los tiempos y cumplida esta profecía, Cristo nuestro bien no fue corto en autorizar las bodas; porque se halló presente él, y su madre tuvo á su cargo honrarlas y cuidar el remedio de las faltas. Fueron convidados los discípulos, y los que más medraron con el milagro nuevamente hecho, comenzando á estimar más altamente á su maestro. Cuando éstas y otras tales cosas se consideran, ofrécese luego investigar el por qué, y dase por causa que fue menester todo eso para tapar la boca de algunos herejes, que, como San Pablo profetizó, habían de prohibir este santo estado, *prohibentium nubere*, enseñando doctrinas erróneas y de demonios, juzgándose por inmundo, profano y por consiguiente indigno de la perfección cristiana; como se ha visto en Marción, Taciano, los Adamitas. Pero dando que esta sea gran causa, no parece bastante, ni sola, para tanta pompa. No suele un príncipe poderoso juntar sus huestes para hacer guerra á cualquier salteador ó rebelde que se levante. La soberbia torre que los hijos de Adán levantaban, como por peña brava y guarida del castigo que ya entendían merecer, con dos soplos cayó por tierra; y bastó el bárbaro elemento del agua para que en ella sempiternamente quedase sepultada toda la soberbia de Faraón; y aquel empedernido corazón que con los golpes del martillo más se endurecía, fue con la blandura del húmedo mar resuelto y deshecho. Avispas y moscardones fueron los aventureros que delante del ejército de sus soldados envió el Señor para que deshiciesen los poderosos campos de gigantes que le ocupaban la tierra que tenía prometida á sus hijos; y hallaríamos otros ejemplos que nos mostrasen lo poco que ha menester Dios para deshacer cuanto contra su poder se ensoberbece. Más debemos entender que se han entrado tantas y tan importantes prendas para socorro de los amigos, que para destruición de los enemigos; más para consuelo y buena información del casado cristiano, que para confusión del hereje que desprecia ó condena el estado santo del matrimonio. Mire bien quien se casa que toma estado que tomó la madre que virgen parió á Jesús. Y pues ella siendo y habiendo de ser doncella se autorizó con el sacramento y estado matrimonial, autorizándolo por tomarlo en sí, no hace lo que debe quien no lo estima por estado santo y santificado. En otros estados de la Iglesia no es muy dificultoso dar á entender á los que les toman la santidad que requieren, porque la traen escrita en la frente. Brevemente diréis á un sacerdote la obligación

de su estado: *Sacerdotes tui induantur justitiam* (Salmo 131). ¿No más que esa ropa se han de vestir? No más: la camisa, el jubón, saya, calzas, sotana, manteo, bonete, sobrepelliz, todo de santidad ha de ser, justicia de pies á cabeza vestido. Y la Iglesia dice: *Sacerdotes Domini incensum et panes offerunt Deo, et ideo sancti erunt Deo suo.* Los sacerdotes del Señor, pues le han de ofrecer santo pan del santísimo Sacramento, santas oraciones que como incienso suban inflamadas al cielo, santos están obligados á ser, para agradar á su Dios. Si con un religioso se trata, en la mano está luego el saberle exhortar á su profesión, que es ir siempre ganando tierra en la virtud. *Fratres, ego me non arbitror comprehendisse; sequor autem si quomodo comprehendam* (Filip., 3). Sepan los religiosos que ni aun San Pablo juzgaba de sí haber llegado al término de la carrera: siempre corría con deseo de alcanzar eso tras que corría. Y así el verdadero religioso nunca se ha de cansar de ir adelante en su estado, no sólo teniendo por perdido aquel día en que no tirase alguna nueva línea, como Apeles decía, sino sabiendo que quien no pasa adelante vuelve atrás. Porque en este estado no hay estar; ó coger ó desperdiciar, ó con Cristo ó contra Cristo. Ya, pues, á un Obispo, que es soberano estado en la Iglesia, no es menester gastar muchas palabras, pues dice San Pablo en pocas: *Oportet episcopum irreprehensibilem esse:* que le cumple ser tal, que ni aun Momo halle que reprehender en él. Y en otra parte (Hebr., 5): *Omnis Pontifex ex hominibus assumptus pro hominibus constituitur, in his quæ sunt ad Deum.* Acuérdese el Obispo y cualquiera constituído en dignidad episcopal que le entresacaron de ahí, de la hacina de esotros hombres (que hay algunos que en dos horas de pontificado se les olvida que han sido hombres toda su vida) y acuérdese que como personero de todos los hombres es de su parte enviado á que haga los negocios de todos con Dios, á quien va por delegado. Ha de ofrecer por todos rogativas y suplicaciones por los pecados, condoliéndose de aquellos que ignoran y yerran, porque son dignos de compasión los errores por ignorancia. Acuérdese que andaba él también de enfermedades rodeado, y así debe, como por los demás, ofrecer por sí, pues no es hecho de otros elementos. Desta manera nos podemos averiguar no muy difícilmente con otros estados, que consigo traen en su institución y uso y en el fin para que son y medios que para él se toman santidad: pero en el estado del matrimonio, y más en los días que vivimos, donde, resfriada la caridad tanto ha crecido la concupiscencia, muchísima dificultad hay de persuadir á los hombres prácticamente que es estado santo y que pide santidad en los que le reciben. Bien creen que es uno de los siete sacramentos, pero que en particular ni ellos ni ellas piensan que es menester estar en gracia para tomar el estado que toman, y que así pecan mortalmente y hacen un grave sacrilegio casándose, si no están en gracia, como si comulgasen. ¿Quién pensáis que repara en ello? ¿Qué monstruo fuera en estos tiempos aquel mancebo Tobías que encerrado con su esposa la noche primera, le dijo: *Sara, exurge et deprecemur Deum hodie, et cras et secundum cras.* Levantaos, hermana, y hagamos oración esta noche toda y la que viene y esotra que se sigue, porque estas tres noches debemos juntarnos con Dios uniendo nuestros espíritus con él por oración y devoción; y pasada la tercera noche nos ayuntaremos en el uso conyugal, que somos hijos de santos que conocen y aman á Dios y no debemos juntarnos como las bestias y como los paganos que no creen en Dios; á más estamos obligados que los brutos, pues somos hombres; á más que el vulgo de los hombres, pues somos hijos de santos hombres. Consideradme (yo os suplico) para que veáis cuanto en vuestro estado habéis más desdicho de vuestras obligaciones que en todos los suyos los demás, ¿qué cosa sería tan para dar que burlar al pueblo todo si tal sucediese? ¿Qué alboroto habría en casa? ¿Qué risa en la vecindad? ¿Qué turbación en los padres, por cuerdos que fuesen? ¿Qué hocico sacaría la desposada la mañana siguiente, á cabo de una tan prolija vigilia como la pasada y las dos que le quedaban por pasar? ¿Qué cierta era la demanda de divorcio ante el ordinario? Tanto como esto ha desdicho de su original institución el santo estado del matrimonio. En los demás, por descaecidos que vayan, hay sentimiento y dolor de no acudir á lo debido. En éste sería escarnio y mofa el acudir, por que no piensa el vulgo de los cristianos que se casan sino como los caballos, ó como los toros, *sicut equus et mulus, quibus non est intellectus* (Salmo 31): para sólo el cumplimiento de sus apetitos, y de aquí apenas hay quien suba con su opinión. Viene, pues, en persona á reformar la caída del matrimonio el mismo Señor que le había formado: para informarnos de su voluntad y de la santidad del estado y cómo se ha de tomar y de qué modo se han de remediar las faltas.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Nuptiæ factæ sunt in Cana Galileæ. Hiciéronse bodas en Cana de Galilea y hallóse allí la madre de Jesús; y fue llamado Jesús con sus discípulos á ellas. En estas pocas palabras está diseñado todo lo que pertenece á la sus-

tancia y perfección del matrimonio y á la santidad que ha de haber en él. Y lo primero, por estos nombramientos particulares, de la provincia y lugar, se nos da á entender la publicidad deste estado. Podéis entraros fraile sin que lo sepan vuestros padres y parientes; no podéis casaros sin que lo sepa el abad y la collación donde habéis de ser en la parroquia públicamente divulgado y amonestados los conocidos de lo que se quiere hacer de vuestra persona. Y cuando nadie á ella pretendiere derecho, podrá vuestro cura casaros; pero sin que él os case, no quedáis casados, aunque ambos consintáis de juntaros en uso matrimonial, y aunque vuestros padres lo sepan y consientan, porque el santo Concilio así lo quiere, que intervenga aquí ministro, como en los demás sacramentos, y dos testigos por lo menos, con que se pueda probar, anulando todos los contratos que sin esta solemnidad y publicidad se hicieren. Nunca queréis vosotras, que deseáis ser engañadas y forzadas siempre (como si esto excusase vuestra culpa) entender esta doctrina; ni bastan para escarmentaros los astrosos y desastrados sucesos que de casamientos hechos por rincones y por zaquizamíes, como los de los gatos, vemos cada día. Por maravilla sucede, sino á cabo de mil años, casamientos clandestinos tener sino tristes y desventuradas salidas: vívese siempre en sospecha de que podrá la pasión acabar en otro caso lo que ya acabó, nunca faltan desconfianzas y atizadores de temerarios juicios. A cada uno parece después que tiene por qué vivir con queja, de que no se le paga en amor lo debido. La mujer hizo lo que no debía en fiarse de quien la podía burlar, y dice que vencida de amor que tuvo al que deseaba por marido y que no se le paga. El marido dice que harto hizo cuando se casó con la que podía si quisiera dejar, como han hecho otros mil. Finalmente, el fin del estado es que aumenten y sustenten la república; ha de ser pública la vida que después habéis de hacer, y no parece sino monstruosidad salir como debajo del agua casados y con hijos aquellos que no supistes que trataban de casarse hasta que ya la necesidad lo declaró. Pues ya las que por pleitos piensan sacar sus maridos, ¿qué vida entienden hacer con ellos, que traen al matrimonio como á la galera ó al remo? Ni aun por esclavo querría quien me hubiese de servir por fuerza. Ahí entran ganosos y de buena gracia en tal estado, y las pesadumbres dél son tantas, que apenas se hallará casado y no arrepentido, cuanto más comenzando con tanta desgracia. Dejo lo que pierde la mujer, andar por tribunales seglares y eclesiásticos, y las ocasiones de sospecha que puede engendrar, andando por lugares tan poco seguros. Ni quiero traer ejemplos de lo que cada hora se vee; sólo uno que á nadie toca de aquel matrimonio que se celebró en una cueva,

conjugium vocat; hoc prætexit nomine culpam.

(VIRG., *Eneida.*)

El desastrado fin que tuvo, con muerte que se dio á sí misma la desposada: y aun un pagano tuvo por mal pronóstico del mal suceso ver que no se halló allí no sé qué Himeneo, *nec pronuba Juno*, que eran presidentes de los casamientos. Pero en este de hoy, *erat Mater Jesu ibi*.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Lo segundo que en el público casamiento ha de haber es la compañía y presencia de gente cuya bondad le autorice. No es indecente á las personas graves y espirituales hallarse en banquetes cuerdos y en regocijos moderados, porque allí guardan el decoro y gravedad, y son á los otros ejemplo de templanza. *In plateis, sicut cinnamomum et balsamum aromatizans, odorem dedi*, dice de sí la divina Sabiduría por los efectos que hace en las almas en que mora, llenándolas de tanta suavidad de buenos olores, que en las plazas se siente su fragancia, como del cinamomo y bálsamo y otras drogas aromáticas. Quiere decir que los justos á quien gobierna la sabiduría, en los lugares profanos y donde hay muchas ocasiones de pecar, allí dan suavísimo olor de buen ejemplo y de cristiana piedad. No fuera mucho en su oratorio tener espíritu, y en el claustro ó en la iglesia modestia y composición; pero en las plazas y en las bodas y convites, portarse espiritualmente y ser como bálsamo oloroso y como medicina que preserva á los que están presentes de ofender á Dios; esto se debe estimar en mucho, y para este fin se habían de convidar semejantes personas. Pero ha podido tanto el demonio en introducir en los casamientos las disoluciones que pasan, de los deshonestos juegos, las torpes y viles representaciones (y aun en mi conciencia que se nos han colado las misas nuevas y aun no están muy libres las profesiones y velos de monjas), que se tiene por gran indecencia hallarse un hombre grave y religioso en una boda. Ruégoos que me digáis qué tiene la luz con las tinieblas, lo santo con lo profano, el sacramento de Jesucristo con las deshonestas torpezas de Venus ó de Flora. Vuestra hija doncella, criada tras siete paredes, más guardada que la del palmito, el día primero que sale á ser vista y á recebir la gracia sacramental en el matrimonio, tras de las santas bendiciones de la Iglesia y en medio dellas, ¿ha de ver y oír lo

que no se puede sin horror y asco oir en la misma ramería? Procurad que se hallen en vuestra casa honestas mujeres, ancianas y cuerdas, que con su buen ejemplo y palabra informen la vida de vuestra hija, y la muestren lo que debe hacer en el estado que comienza. Oid lo que San Pablo sobre este punto ordena: *Anus similiter, in habitu sancto* (Ad Ti., 2). Las ancianas traigan vestiduras santas, honestas, y que descubran la santidad que á su edad conviene; que viejas arreboladas y con manto de soplillo, bien las podéis tener por gente *non sancta. Non criminatrices, non multo vino servientes, bene docentes.* No austeras, ni chismosas, ni bulliciosas, ni revoltosas, ni culpadoras ó censoras de vidas ajenas; que es propiedad de ruines viejas sospechar de las que no lo son lo que fueron ellas cuando no lo eran. Sean templadas en el beber, porque puedan ser buenas maestras en enseñar cosas buenas y honestas. *Ut prudentiam doceant adolescentulas, ut viros suos ament filios suos diligant: prudentes, castas, sobrias, domus curam habentes, benignas: subditas viris suis, ut non blasphemetur verbum Dei.* Y mostrar á las más mozas prudencia, que se moderen, que se reporten, que no hagan excesos, que amen á sus maridos, quieran bien á sus hijos; sean prudentes en su hablar, castas en su vivir, templadas en su conversar, caseras, amigas de su casa, hacendosas, bien condicionadas, sujetas á sus maridos, porque el Evangelio de Dios no sea blasfemado. Estas son las costumbres de las recién casadas cristianas que les han de enseñar las honradas y ancianas matronas, cuya falta redundará en injuria del evangelio, porque los infieles presumirán que el evangelio pare semejantes monstruos como son mozas profanas y disolutas y que dan libertad de pecar. De aquí nació el santo uso de dar madrinas en el matrimonio, como en el baptismo, cuyo oficio sea catequizar á sus ahijadas y enseñarlas aquellas cosas que para ser bien casadas les cumple saber. Tales documentos dieron sus padres á Sara, la mujer de Tobías: *Honorare soceros, diligere maritum, regere familiam, gubernare domum et seipsam irreprehensibilem exhibere* (Tob., 10). Esto significó enviar sus padres con Rebeca desposada con Isaac en ausencia á su aya, para que allá la aconsejase cómo había de vivir. ¡Lástima es hoy qué caída está esta buena ceremonia, y mayor saber de qué documentos tan empecibles y perjudiciales algunas ancianas suelen ser maestras á las modernas casadas, de quien con verdad se dice: *Sed et lamiæ nudaverunt mammas, lactaverunt catulos suos* (Tren., 4). Estas brujas ó fieras en figuras humanas descubren sus pechos para dar leche de mala doctrina á sus ahijadas, y con eso crían á sus cachorrillos, haciendo con sus malos consejos que imiten la vida y costumbre de las maestras ó madrinas.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Lo tercero *vocatus est Jesus et discipuli ejus ad nuptias.* Significa Cristo el desposado, y los discípulos la Iglesia su esposa. Como se hubo con su esposa Cristo, y con él su esposa, se han de haber los que este estado toman entre sí. Muestra San Pablo singularmente á los que se casan, cómo, imitando á Cristo, deben amar á sus mujeres y cuánto y en qué, y á ellas, cómo y en qué han de obedecer á sus maridos; y es una economía del cielo, unas leyes connubiales muy subidas de punto, á donde no pudo arribar toda la policía humana. *Mulieres viris suis subditæ sint sicut Domino.* Pone por primera piedra deste edificio la obediencia que han de tener las mujeres á sus maridos, á quien se han de sujetar, no como á señores, que no son criadas, sino como al Señor, como á Cristo, á quien servimos voluntariamente y por amor. Ha de mirar la mujer á su marido y respetarle y reverenciarle como á Jesucristo; y da la razón: Porque el marido es cabeza de su mujer, como Cristo lo es de la Iglesia. ¿En qué está esa semejanza? En que Cristo es Salvador de su cuerpo místico, que es la Iglesia. *Ipse est salvator corporis ejus.* Y así el marido es salvador de su mujer, amparándola, gobernándola sustentándola, enseñándola, aconsejándola. De aquí entenderéis un secreto. En criando Dios á Adán, antes de formar á Eva, le puso por precepto que no comiese de la fruta del árbol. Señor, ¿por qué no criáis primero á la mujer y les ponéis á ambos juntos el precepto, para que oyéndole Eva de vuestra boca le reciba con mayor reverencia, pues la observancia dél tanto le importa á ella como á Adán para su salvación? Fue admirable providencia del Señor que la mujer deprendiese de su marido cuál era la voluntad de Dios; y así dice San Pablo en otra parte (I Cor., 14) que si las mujeres quieren deprender, pregunten á sus maridos en sus casas; de suerte que están ellos obligados á saber los misterios divinos para informarlas á ellas. Así consta haberlo hecho Adán de la respuesta que dio Eva á la serpiente, del árbol que está en medio del Paraiso: *Præcepit nobis Deus ne comederemus.* No dijo: mandó á mi marido, sino *nobis;* porque ya ella había oído de boca de su marido el mandamiento que á ambos obligaba. Siendo, pues, el hombre cabeza ó salvador y maestro de su mujer, como Cristo de la Iglesia, bien infiere San Pablo: *Sicut Ecclesia subjecta est Christo, ita et mulieres viris suis in omnibus.* ¡Oh, qué extraña comparación! No sale un punto la Iglesia de la volun-

tad de Cristo, ni tampoco la mujer ha de salir de la de su marido. Súbditas, rendidas, no en esto ó en lo otro, sino *in omnibus*. En todo y por todo; en todas sus acciones, salidas, visitas, pláticas, gastos, limosnas, penitencias, oraciones, nada han de hacer ni intentar contra la voluntad de sus maridos, como ellos no se aparten de la de Dios; en todo lo que no fuere pecado han de obedecer. Como el cuerpo no menea pie ni mano sin el gobierno de la cabeza, de quien se deriva á los miembros la virtud motiva, así la mujer, sin orden de su marido, que es su cabeza, no se ha de menear, sino ajustarse á su gusto y tenerle por arancel de su vida. En pago desta obediencia que se manda á las mujeres, se pone ley de amor á los maridos. *Viri, diligite uxores vestras sicut et Christus dilexit Ecclesiam et seipsum tradidit pro ea:* «Maridos, amad á vuestras mujeres así como Cristo amó á su Iglesia y se dio á sí mismo por ella» en el ara de la cruz para santificarla, limpiándola con lavatorio de agua, que es el baptismo, que obra en virtud de su pasión, con palabra de vida, que es la forma deste sacramento: para hacer á su esposa digna de sí, gloriosa en méritos, sin mácula de pecado ni ruga de doblez ó hipocresía, ni otra cosa indecente á tal esposa; sino que sea santa, pura, irreprehensible. No se pudo encarecer más el amor del marido á la mujer que comparándole con el de Cristo á su Iglesia. Cristo amó á su Iglesia, no por rica ni por hermosa, ni por ilustre; todo eso le faltaba, sino amóla por su bondad, y por hacerla á ella bien; con un amor de amistad, sin ningún interés, pues dio su vida por ella y la hermoseó con su sangre y la enriqueció con sus dones y la ennobleció con su gracia, y así dignificada la juntó consigo, para engendrar en ella hijos espirituales de bendición. Tal ha de ser el amor del hombre á su mujer, que sea marido y amigo, y la quiera, no por la dote, ni por la hermosura, ni por el linaje, sino sólo por la virtud, por el bien honesto, porque es su mujer y le manda Dios que la quiera y della engendre hijos de bendición. Habéislas de querer más que á la vida, poniéndola (si menester fuere) á riesgo por su defensa; no ha de lucir en vuestros ojos cosa como ellas; no tener rato de gusto ni entretenimiento con otras, sino con ellas; para ellas son vuestras ganancias y vuestros trabajos; la sangre de los brazos es poco para pagarlas la subjeción, fidelidad y amor que os tienen y deben; si se hace así, mejor lo sabréis allá. Mas para confusión vuestra, os quiero referir un hecho que cuentan graves autores de Tiberio Graco, nobilísimo romano, casado con la prudente y sabia Cornelia, á la cual amaba tanto, que como un día en su casa cogiese dos culebras macho y hembra, y le certificase un adivino ser necesario matar la una, y que si mataba el macho moriría él muy en breve, y si la hembra su mujer (¿qué hicieran en este caso los circunstantes, ellos y ellas?), al fin él mandó matar el macho y soltar la hembra consintiéndose dar la muerte en aquel culebro y anteponiendo á la suya la vida de su mujer; y así sucedió, que dentro de pocos días se cumplió el pronóstico. Pocos se hallaran quizá el día de hoy tan comedidos. Pero dejando esto, concluyamos este punto con aquella sentencia de Salomón, en que habla con el hombre casado: *Sit vena tua benedicta et lætare cum muliere adolescentiæ tuæ, cerva charissima, et gratissimus hinnulus, ubera ejus inebrient te omni tempore, in amore ejus delectare jugiter* (Prov., 5). Sea tu vena de agua bendita. Llama á la mujer fuente ó venero de agua, por la procreación de los hijos que produce, que ya dijimos ser significados por el agua. *Omnes morimur et quasi aquæ dilabimur*. Y porque recrea al marido y quita la sed de la concupiscencia. Procura que tu fuente sea bendita, caudalosa; que tu mujer sea fecunda, porque si no te distraes con mujeres ajenas, darte ha Dios hijos de la tuya propia. La fecundidad de la mujer premio es de la virtud del marido. *Uxor tua sicut vitis abundans in lateribus domus tuæ* (Salmo 127): «Será tu mujer como parra llevadera, en los retretes de tu casa»; tus hijos, como renuevos de olivos al derredor de tu mesa. *Ecce sic benedicetur homo qui timet Dominum* (ibid.). Notad la alusión: *Sit vena tua benedicta. Ecce sic benedicetur homo*. Sed virtuosos para que Dios os bendiga en dar fruto de bendición á vuestras mujeres. Por el contrario, porque el rey Abimelech tomó su mujer á Abraham, aunque no la había tocado, dice la Escritura que esterilizó Dios á todas las mujeres de la casa de Abimelech. Dice más Salomón: Gózate con la mujer de tu juventud, con quien casaste en tu mocedad. Muy engañados viven los que buscan contentamiento en las ilícitas conversaciones, que sin duda están llenas de hiel y de acíbar: la verdadera y sólida alegría no la hallará el casado sino en su legítima mujer; por eso añade: *cerva*. Ved qué nombres atribuye á la mujer: cierva amantísima y cervatico agradabilísimo. Son estos animales hermosos, de lindo pelo y muy agradables á los hombres; y así la esposa compara á su esposo á la cabra montés y al cervatico, significando por esto cuán amable le era su esposo; tal ha de ser al marido su mujer. Más. Se compara la mujer á la cierva por el decoro y honestidad que han de guardar en el trato; porque los ciervos jamás se juntan en público, ni á lo claro. Item: como los ciervos, dice Plinio, que son enemigos de las serpientes y las sacan con el

aliento de sus cavernas para comerlas, así la mujer legítima tiene gran enemiga con las comblezas, y aunque más se las queráis ocultar, las descubre y saca de rastro.

At Regina dolos, quis fallere possit amantem?
præsensit... (*Eneida.*)

Finalmente, tienen los ciervos otra propiedad: que cuando pasan á nado un río ó brazo de mar, van en hilera uno en pos de otro, y el que va atrás descansa la cabeza sobre las espaldas del delantero, y cuando el primero que guía y no tiene en que estribar se cansa, se muda y pone el postrero de todos; y así se van por su orden sucediendo y remudando. Así lo dice Plinio y tráelo San Augustín, y es símbolo de que los casados se han de ayudar uno á otro á llevar las cargas del matrimonio. No que trabaje el marido y la mujer se pasee, ni que la mujer hile y afane y el marido juegue y desperdicie, sino que ambos á una pongan el hombro al sustento de su familia y buena crianza de sus hijos. *Ubera ejus inebrient te, anni tempore:* «Sus pechos te embriaguen en todo tiempo, y en su amor te deleita continuamente». El Hebreo, en lugar de pechos dice amores, y quiere decir: ten tu corazón tan poseído de los amores de tu mujer, sé tan su enamorado y su requebrado, vive tan lleno, tan satisfecho de su compañía, que por ningún caso vengas á apetecer ni arrostrar á la mujer ajena. Tal ha de ser el amor de los buenos casados. Pero como el amor puesto en la criatura, aunque sea honesto, no puede llenar el corazón humano, que no se ahita sino con solo Dios, no es maravilla que en el matrimonio falte algunas veces el contentamiento, como vemos que en esta boda faltó el vino.

CONSIDERACIÓN CUARTA

Et deficiente vino. El vino es símbolo de la amistad y causa de la alegría, como del uso consta y de la experiencia. En todas las amistades que se comienzan ó restauran perdidas, intervienen convites no sólo entre gente vulgar, que con beber se hace la fiesta. Faltar, pues, el vino, es faltar la paz, el amor, el alegre trato entre los casados, ya por celos, que es rabioso mal, ya por pobreza, que es más ordinario; danse mucha priesa á gastar á los principios, crecen las necesidades, falta el dinero y con él el contento. Aquí en este convite no bebieron mucho los convidados, porque donde lo eran Cristo y su madre, no podía haber alguna demasía, sino que debió ser la provisión tan tasada, que al mejor tiempo hizo falta. Deprendamos de aquí á enmendar los demasiados gastos que se hacen sin para qué, en semejantes negocios. Son inmensas las costas que consigo trae un casamiento, y están muchas personas incasables, no por falta de lo justo, sino porque no sobra lo superfluo, para gastar tomando estado. Y tengo para mí por muy cierto que ha sido artificio de Satanás, enemigo de todo nuestro bien, viendo cuánto sus rentas se disminuyen, sino hay tantos solteros que por hallarse sin sueltas y vivir cerreros, no consienten echarse esposas: ya que no puede reprobar el estado del matrimonio, como algún día por sus ministros hará, cuando abiertamente vede los casamientos, haberle con tan terribles gravámenes hecho tan espantoso, que es como imposible el día de hoy tomar los hombres este estado; tan costosas y tan numerosas son las jarcias que para esquifar este navío son menester. Cuán ajenos sean estos usos del débito y de la razón, bien lo juzgará quien viera lo que San Pablo dice en esta razón: *Similiter et mulieres in habitu ornato, cum verecundia et sobrietate ornantes se, et non in tortis crinibus, aut auro, ant margaritis vel veste prætiosa, sed quod decet mulieres, promittentes pietatem per opera bona* (II Timo., 2). Va enseñando á los fieles á orar y quita los impedimentos de la oración, y á los hombres dice que oren levantando las manos limpias de la hacienda ajena, y teniendo el corazón libre de odio contra los prójimos. Pone luego lo que impide orar á las mujeres: «Quiero que vengan con hábito decente, aseado». No dice que seáis desaliñadas, sino que os aderecéis, pero que sea con vergüenza y moderación. Hay unas galas desvergonzadas, otras costosas; no haya profanidad ni exceso en la compostura. A la profana pertenece el enrubio de los cabellos. *Non in tortis crinibus:* «No con cabellos atormentados». ¿Qué llamáis cabellos atormentados? ¡Qué nombre tan impropio para cabellos! No es sino el más propio que se pudo hallar. Llamadles vos enrizados, encrespados, dorados, que San Pablo no les llama sino torcidos y atormentados. No hay galeote que tantas vueltas de cordel haya sufrido, lienzo curado que haya pasado por tantas lejías, demonio conjurado á quien hayan dado tantos humazos con piedra azufre, como á esos desventurados cabellos, que si pecan contra natura queriendo mudar su natural, bien lo pagan con las setenas. Ved si con toda propiedad se llaman cabellos atormentados. Cabellos que á poder de tormentos y justicias que habéis hecho en ellos los volvéis de color de oro, siendo ellos de la del carbón, y que en faltando ocho días el alquimia asoma la raíz negra como el cañón del cuervo. Esto cuanto á la vergüenza. Cuanto á la moderación en el gasto, no con joyas de oro, ni perlas, ni diamantes, ni ropas de precio, de

seda, ni telas, ni varias colores; sino que el hábito y la compostura sea cual conviene á mujeres cristianas que por las obras han de mostrar que son siervas y honradoras de nuestro Dios. Y siendo éstos los impedimentos de orar á las mujeres, porque las galas las desvanecen y distraen y abaten el ánimo á estas vanidades, nunca con más cuidado se componen y atavían que cuando han de venir á los templos á hacer oración; argumento que deben algunas venir á otra cosa más que á eso. Bien veo que el apóstol hablaba allí con las mujeres de su tiempo, en que convenía ser las cristianas muy ejemplares, á diferencia de las gentiles, y que ahora no obliga este precepto debajo de pecado mortal; pero si tomasen este consejo, muchas ocasiones se excusarían de pecar á los extraños y muchas de reñir con los consortes; porque en sacando vuestra vecina una saya de primavera, le sacáis el ánima al pobre de vuestro marido por otra tal, aunque lo quite del caudal y de la comida. Ahorrarse hían grandes gastos en joyas y ropas impertinentes, que apenas sirven una vez en el año y al cabo se vienen á vender por la mitad menos del costo. Ahorrarse hían muchas pesadumbres y disgustos, que son causa de faltar el vino del contento entre los casados. *Deficiente vino.* Supuesto que por una razón ó por otra no se excusa la falta del vino, el remedio deste daño es hallarse presente Jesucristo, porque su luz es la que quita la oscuridad de las grandes ignorancias, de que suelen nacer dañosas sospechas, y su virtud esfuerza nuestras flaquezas, y su bondad deshace nuestras malicias, que son las raíces de los celos que tanto afligen; y finalmente, su poder remedia todas nuestras faltas y pobrezas. Mas porque para con el hijo es muy poderosa la intercesión de su santísima madre, de su piedad ha de comenzar nuestro remedio: *Dicit mater Jesu ad eum: vinum non habent.* «Faltando el vino en el convite, le dijo la madre de Jesús á él: No tienen vino».

CONSIDERACIÓN QUINTA

En este lugar se nos ponen delante muchas y muy excelentes virtudes de la Virgen nuestra señora, y principalmente su humildad, con que siendo reina de los ángeles y de los hombres, no se despreció de ser convidada y asistir á las bodas de los pobres. Su caridad, con que tuvo por propia la necesidad ajena y procuró remediarla. La fe con que creyó ser á su hijo todas las cosas posibles, como verdadero Hijo de Dios que era. La prudencia con que en solas dos palabras representa la necesidad. Enseñando en ellas, no sólo que las mujeres han de hablar poco y necesario y sustancial, mayormente las doncellas, sino el modo que para tratar con Dios se ha de tener. No tienen vino. No ruega al Señor, no manda á su hijo, contentándose con representar la falta del vino. Con los liberales y amigos de hacer bien así se debe tratar. Ni le dice á su hijo la necesidad por que él la ignore, á quien sabía ser todas las cosas manifiestas, sino diciéndosela, tácitamente interpone su intercesión, como después las dos hermanas: *Ecce quem amas infirmatur.* Pero la respuesta de Cristo, seca al parecer, nos avisa lo primero del modo que debemos tener en tratar con mujeres. *Cum fœminis sermo brevis et rigidus*, dice San Jerónimo. ¿Entenderse ha eso de las de por ahí y no de las santas? No, sino de todas en especial, y más de las mejores. De aguas mansas os guarde Dios, que de las bravas vos os guardaréis. No había menester eso la Virgen, sino es para nuestra cautela. *Quid mihi et tibi est, mulier?* «¿Qué nos va á mí y á ti, mujer?». No está á nuestro cargo proveer de vino ahora, antes que se eche de ver la falta. Anticipóse la Virgen, como piadosísima, á pedir remedio, antes que fuese necesario del todo, porque no se conociese la falta y cayesen en vergüenza los desposados. Eso significa la palabra *deficiente vino:* «faltando el vino», y por eso dijo Cristo: *Nondum venit hora mea*, porque la hora suya es la de la necesidad vuestra. Y aunque de lo ordinario, sin que lo pidáis, provee con abundancia para que no haya tal falta ni sea conocida, en algunas cosas quiere que la falta y conocimiento della os obligue humildemente entrar por sus puertas á pedir remedio de lo que él sólo puede remediar. Eso significa aquello del Salmo: *Clamavit ad me et ego exaudiam eum, cum ipso sum in tribulatione* (90). Y en otro lugar (144): *Et tu das escam illorum in tempore oportuno.* No os aflijáis, que si no sois proveído, ó no conocéis aún vuestra falta ó no es muy grande la que os lastima. Otros entienden que el vino ya faltaba (*sic* Jansen.), y dice Cristo que no era su hora venida, porque aún no era llegado el punto que con milagros descubriese su grandeza, hasta la prisión del Baptista: porque era menester que se pusiese el lucero primero que saliese el sol. Pero de aquí sacamos cuánto puede con su hijo la madre de Dios, pues le hace anticipar las horas de sus maravillas. Era ella aquel reloj de Acaz en que la sombra del sol volvió por los grados, por ser fácil cosa apresurarse á andar por ellos. *Facile est umbram crescere*, dijo Ecequías; vuelva el sol hacia atrás. Ambas cosas hizo Dios en la Virgen, y por ella volvió atrás diez líneas, cuando pasando los nueve coros angélicos paró en la décima línea de la naturaleza humana, que juntó consigo en el vientre virginal y apresuró su cami-

no anticipándose á hacer este milagro á su instancia. Eso es, Señor, lo que por vuestra madre habéis de hacer; basta que ella lo pida, para que cesen las circunstancias de tiempo y hora. El tiempo decretado para la publicidad de los milagros era después de la prisión de San Juan; mas por el honor de la Virgen y reverencia debida á su madre, ordenó Dios *ab æterno* que se hiciese antes este milagro, como excepción de aquella regla general. Y este es el parecer de San Ambrosio, Cirilo y Crisóstomo. Dice la Virgen á los que servían (no turbada por esta respuesta, como quien mejor la entendió que el que le tuviera por despegada): todo lo que os dijese, hacedlo. Singular aviso; pero no podemos parar en todo. Había á la sazón allí seis tinajas de agua, unas que hacían á dos metretas y otras á tres, que sacando por buena cuenta harían por todas de treinta á treinta y cuatro arrobas. No ha de ser lacerado ni tasado en sus maravillas Cristo; ha de ser copiosa su redención, y sus favores cumplidos; y si sobró en el convite pan en cantidad cuando en los panes hizo milagro, también ha de sobrar vino que quede para todo el año. Manda, pues, que aquellas tinajas llenen de agua, porque vean todos en lo que rebosan, que no tenían otro licor, sino el que se les echaba, y que venían luego con la muestra de lo que sacaban al padrino ó al que presidía el convite de la boda. Siempre se debe acudir con lo que de nuevo encontráremos al prelado, porque entonces se beberá sin sospecha de daño cuando lo aprobase su juicio y bendición. Gustó el padrino el agua hecha vino preciosísimo, y vuélvese á reprehender al desposado porque había para la postre guardado tan excelente vino, de donde se vino á entender y publicar la maravilla. Saquemos de aquí por postre de nuestro sermón ser muy devotos de la Virgen sacratísima, que es certísima patrona y abogada nuestra delante su Hijo. Aquí vemos que primero vino la madre y luego el Hijo; bien puede confiar quien por devoción tiene por convidada á la madre de Jesús, que terná muy fácilmente tan buen huésped como al mismo Jesús. Cuando el alba parece, entendemos la cercanía del día; cuando la Virgen santa nos favorece, confiemos que no nos faltará el divino favor. Callen, callen los herejes y los blasfemos. Legítimo camino de osar convidar á Jesús es teniendo á su madre por convidada. Ella le sacó á barreras, por ella hizo el primer milagro y tan gran beneficio como argumenta Bernardo (Serm., 2). *Si compassa est verecundiæ illorum a quibus fuerat invitata, multo magis compatietur nobis, si pie fuerit invocata:* «Si se compadeció de la afrenta de aquellos de quien había sido convidada, mucho más se compadecerá de nosotros si devotamente fuese en nuestro favor llamada». De nuestro pontífice Cristo dice su apóstol que se compadece de nuestras flaquezas, y estando en aquella suma gloria sin dolor se conduele de nuestras miserias; y así la madre de misericordia se apiada de nuestros peligros, y la enternecen nuestras lágrimas y necesidades, y la inclinan nuestras peticiones, como ninguna madre en la tierra se compadeció de los trabajos de sus hijos, y, con efecto, procuró el remedio dellos. *Nunquid quia ita deificata ideo nostræ humanitatis oblita est?* dice San Pedro Damián (Ser. 1., *Nativ. Virgi.)*, hablando con esta señora y alabando su misericordia. ¿Por ventura porque estáis tan endiosada os habéis olvidado de vuestra humanidad? ¿Porque tan favorecida de Dios, ternéis en poco á los hombres? En ninguna manera, Señora; que sabéis muy bien en cuánto peligro nos dejastes, dónde yacen y cuánto faltan del débito vuestros siervos. No conviene á tanta misericordia olvidarse de tanta miseria; porque si retrae destos sentimientos la gloria, la naturaleza que con nosotros tenéis atrae; porque no os acordáis así de la justicia de Dios sola, que no tengáis juntamente misericordia: *Nec ita es impassibilis, ut sis incompassibilis.* Nuestra naturaleza tenéis, y no otra, *et justum est ut de rore tantæ pietatis diffusius infundamur.* Y es justo que del rocío de tanta piedad seamos copiosamente investidos y recreados, llenándonos en esta vida de gracia con que vamos á gozar de la gloria.

SERMON

DEL

DOMINGO SEGUNDO DESPUÉS DE LA OCTAVA

DE LA EPIFANÍA

Cum descendisset Jesu de monte, secutæ sunt eum turbæ multæ, et ecce leprosus, veniens, adorabat eum dicens: Domine, si vis, potes me mundare.

(MATEO, 2).

INTRODUCCION

A mucha diversidad de enfermos hallaremos en el Evangelio haber Jesucristo nuestro señor dado salud con su palabra; porque como vino del cielo á sanar las dolencias de la culpa en que los hombres estábamos, por estas señas de la salud exterior, que nos causó, entendiésemos la que interiormente se nos daba con su gracia. Pero si bien se considera, á ninguno de los enfermos que sabemos haber curado les mandó lo que mandó hacer á los que curaba de lepra. Sabemos que señaladamente dos veces vinieron leprosos á curarse con él: diez una vez, y uno de quien hoy hemos de tratar. Y en ambos casos, después de haberles aplicado el remedio, les manda que vayan á presentarse á los sacerdotes, y ofrezcan allí lo que mandó Moisés en testimonio. Esto, ni se mandó á la mujer que había doce años que estaba enferma, ni al que había treinta y tantos que estaba tullido, ni al paralítico que descolgaron por los tejados, ni al ciego desde su nacimiento, ni á los que de muerte volvieron á la vida; á solos leprosos se manda. Querríamos saber por qué. Está claro, dirá alguno; porque de ninguna otra enfermedad se disponía en la ley, y nuestro Señor quiso guardarla. Esto no suelta mi dificultad: lo uno porque no guardó aquí Cristo ley, cuando vedaba tocar á los leprosos, como diremos. Jesu Cristo extendió la mano, y tocó á éste por limpiarlo. Item, pregunto yo, ¿por qué en la ley se dispuso sólo acerca de la lepra y no de las cuartanas, ni del dolor de costado, ni de la pestilencia que es mal contagioso más que la lepra? Cosa es, pues, digna de saber por qué, dejadas las otras dolencias, se entremeta Dios á hacer el oficio de Galeno ó de Hipócrates y Avicena. Más debe haber aquí que la enfermedad del cuerpo, pues el médico de las almas da la receta para conocerla y el modo con que se han de curar los que la tenían. Allende de que si fuera sólo enfermedad corporal, no tratara la Escritura de la lepra, de los paños, de las pieles y lienzos y piedras y casas, que es más. ¿Qué cosa es lepra de paredes ó de las ropas, si hay alguien que me lo sepa decir? Pues Dios trata esto y dice que la hay y cómo se entenderá y qué se hará de lo tal así leproso; y señal que es ésto, se levanta á otra consideración más digna de su diligencia y cuidado. Pues que San Pablo dijo que tiene Dios tanta cuenta con los bueyes, bien podemos nosotros decir que la tiene con las pieles, y trata de la lepra dellas. Significa la lepra algunas enfermedades, no sólo contagiosas, sino incurables; y así no se pone en la ley cómo se han de curar, porque no tienen cura sino milagrosa, y en las tales no todos pueden definir ni dar su secreto y sentenciar, que no tienen los tales males remedio; y por consiguiente, mandarlos apartar de la comunidad y cuerpo de la Iglesia, para que con su conversación no estraguen el otro ganado. En la Iglesia están diputadas personas á cuyo cargo está examinar esto y saber cuáles son miembros muertos que se hayan de cortar y cuáles cauterizar y cuáles descomulgar. Item. Si acaso algunos destos por merced de Dios volvieren en sí y sanaren, no es de todos juzgar si está sano; sólo aquel lo puede dar por sano que jurídicamente lo puede condenar por e-

mo. Por esta razón quiere Cristo lo que ordena la ley, y aunque como quien no estaba á ılla obligado, fuera de lo que la ley ordenaba ocó al enfermo para darle salud; pero para ue sepa quién juzgare de las semejantes enermedades y de la sanidad conseguida en llas, que se ha de guardar el modo antiguo, or eso envía á que sean jueces de la sanidad a milagrosamente dada los jueces ordinarios. Esto declararemos luego un poco más.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Predicó Cristo, sentado con sus discípulos n el monte, aquel miraculoso sermón de las ienaventuranzas y de todas las perfecciones vangélicas; bajando *in loco campestri*, en la ampiña, no aun en lo muy llano, se paró en ie, y brevemente á la muchedumbre de gente ue allí se le juntó, resumiendo en cuatro bienventuranzas, como San Lucas nos dice, las ueve que en el monte había dilatado, después le haber bajado al valle y á lo llano, *ecce leprous veniens*, como de cosa nueva nos advierte, ue el leproso no sólo no podía subir á lo alto, ero ni aun la halda de la sierra. Desque ya Cristo bajó á la vega pudo llegarse y arrojarse i sus pies, diciendo: Señor, si vos queréis, poleroso sois para limpiarme. No me hace desesperar del remedio ver que mi dolencia no lo iene en todas las fuerzas de naturaleza, porue vos las tenéis más que naturales. Dudo, no le vuestro querer, que como sois poderosísimo, ois clementísimo para apiadaros; pero dudo de ni merecimiento, que es el que ha de inclinar i vuestra voluntad; y por eso no pido que me impiéis, basta para mi consuelo saber que si ueréis podéis limpiarme. ¿Queréis ver otro leproso? Hubo quien lo quiso representar en sí nuy al vivo, para que nosotros en él representados nos conociésemos. Oid á David en aquel salmo donde habla como uno que asaeteado lesde el palo hablase con el cuadrillero pidiénlole se compadeciese de sus dolores.—Señor, no ase adelante vuestro furor ni me castiguéis on ira; basta que estoy aquí atravesado con nil saetas de dolores; ya habéis apesgado vuesra mano para mi tormento, sin que en mi uerpo quede lugar sin herida delante vuestra ra. *Non est pax ossibus meis, a facie peccatorum meorum; quoniam iniquitates meæ*, etc.; *Domine, ante te omne desiderium meum* (Salmo 37). —Lastimadísima enfermedad es la que padece n enfermo desos que llamamos de San Lázaro, ue parece que no deja en sus pies ni en sus nanos lugar en un hombre. Piérdese lo primeo el color y la buena tez del rostro con aquel olor aplomado por unas partes y descolorido le amarillo, y por otras quemado de encendido en un color de sangre corrompida: hínchase el rostro, cómense los ojos, las orejas y narices pódrense interiormente los huesos y hay en todos ellos dolores; corrómpense los miembros interiores, como el pulmón y el hígado y las entrañas, y de ahí vienen á oler pestilencial; mente en anhélito, y á ser cosa insufrible ver á un hombre antes podrido que enterrado, comido en vida y no entregado á la sepultura. Y así las buenas policías mandan apartar á los tales enfermos en casas fuera de las ciudades y poblados, para que no parezcan con la pena que dan con sólo ser vistos; y si acaso parecieren, que no hablen, porque con el huelgo corrupto no dañen el aire con que los otros han de resollar, sino que pidan con unas tablillas desde fuera. No se dice esto para que huigamos contra piedad de los tales, sino para que bendigamos á Dios, que sin nuestro mérito no nos consintió ser tales. Ved, como decíamos, uno que representa al leproso espiritual, que se queja de dolor de los huesos que están sin paz. Pues no la puede tener la conciencia del alma que Dios airadamente castiga, se sigue luego que no hay paz en los huesos del alma, que es la seguridad de la conciencia en que se sustenta. Otro dolor. Que mis pecados han sobrepujado á mi razón y como carga pesada se apesgan sobre mí. Ya parece que por estar la razón vencida por la mala costumbre y tendida al pecar, con pesadumbre y como un grave peso me lleva el mal hábito hacia el profundo: ya no peco por gusto, que el hábito me lo ha quitado; y de haber hecho muchas veces el pecado, ya casi no siento contento y con todo esto lo hago. Pudriéronse y corrompiéronse mis viejas llagas, que estaban no curadas, sino sobresanadas, por mi pura necedad. Discreción fuera no fiarme yo de mí, pues ya debía saber de viejo que poco había para hacer confianza; gran necedad fue cuando me torné á poner en los peligros y en las ocasiones donde otras veces había caído, pensando que estaba ya libre dellas, porque algunos días me había abstenido dellas. No estaban sanas las llagas, aunque lo parecían; y como neciamente de mi flaqueza confiado me volví á poner en los mismos peligros, tornáronseme á refrescar. De aquí es que ande miserable y corvado hasta el fin, y todo el día se me pasa en un grito de dolor, porque veo mis lomos llenos de tentaciones y escarnios y no hay salud en mi carne. No se puede mejor ni más al vivo pintar un leproso, que de dolores no se puede enhestar; y anda siempre agobiado, y quejándose y gimiendo.—Ando mísero y acorvado hasta el fin, con temor no llegue el fin de mis días y me tome la muerte en medio destos pecados; y por eso no tengo un solo rato de placer, porque veo que hierve de

malos deseos y perversos apetitos mi sensualidad, y no hay salud en mi casa. *Scio*, decía San Pablo en persona de los tales, *quod non habitat in me, hoc est, in carne mea, bonum* (Rom., 7). Nunca se me abren los ojos, sino para ver lo vedado; ni están patentes mis orejas, sino para que entre por ellas la muerte y el saber los males ajenos; mi boca no se abre, ni mi lengua se menea de buena gana sino para mentir. Y yo que en un salmo sin atención mal dicho, me duermo y escupo cien veces y bostezo otras tantas, me estoy mintiendo y devaneando una noche entera sin pegar los ojos; yo que una misa sola que oiga se me hace más larga que la cuaresma y no veo la hora de oir el *ita missa est* para botar á huir; y una hora de sermón se me hace un año de tormento, y estoy murmurando del prójimo, del predicador vocinglero que no sabe acabar desque sube allí; si tomo la mano á mentir y á murmurar y á decir veinte cuentos de cosas que me fuera mejor ignorarlas, me parece que me hacen injuria cuando no me escuchan, á cabo de año y medio que estoy devaneando; finalmente, para cosa buena no hallo en mí habilidad, y desto ando afligido y en gran manera abatido, como un leproso, que de verse tal y que todos huyen dél, anda afrentado. Bramaba, *rugiebam*; no eran suspiros, sino bramidos como de una fiera herida, los que salían del gemido de mi corazón; no consentía la inmensidad del dolor formar voz humana para quejarnos, y justa cosa era que quien haciendo mal se hizo bestia, perdiese con el uso de la razón el de la voz, y se quejase no como hombre, sino bramando. *Domine, ante te desiderium meum:* «En vuestra presencia, Señor, están todos mis deseos»; bien sabeis vos lo que yo querría y por eso no pido nada, porque hablo con quien bien me entiende. No tenía que poderos representar, porque estoy como un leproso cubierto de males de pies á cabeza; ni aun mis pensamientos os oso ofrecer, porque sé que les conocéis vos, y yo también conozco cuán indignos son de vuestro servicio. Delante de vos están mis deseos. *Si vis, potes me mundare*: «Podéis si queréis darme limpieza». *Et extendens Jesus manum*, etc.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Cosa vedada era (como decíamos) tocar á un leproso, y de Elíseo leemos que viniendo á él un hombre principalísimo á ser por sus méritos curado, no quiso ni aun verlo, sino con un discípulo le envió á decir que se lavase siete veces en el río Jordán; por lo cual se indignó aquel gran hombre, pareciéndole que fuera razón que el Profeta saliera á él, y con sus manos tocara los lugares lastimados de la lepra, y llamara el nombre de su Dios. Parte desto hace Cristo y parte no; no se extraña dél ni le vuelve el rostro, no hace ascos de verlo. No hagáis ascos de los enfermos, que os castigará Dios, bástanles sus duelos; ni los aflijáis con vuestros melindres. Leído he de un sacerdote que tenía á su cargo un hospital donde estaban enfermos, y tenía hecho un agujero en la pared por donde los confesaba y daba el santísimo Sacramento, y permitió Dios que se hinchase de lepra el rostro que él tan cuidadosamente guardaba, y no por la parte que volvía á los enfermos, sino por la otra, por que entendiese que era castigo de Dios. Y aun no ha mucho que oí decir de un sacerdote destos reinos, que yendo gente un día á recebir de sus manos el santísimo sacramento, allegó entre otros un leproso, de quien él hubo asco y creo que lo hizo quitar del altar, ó no le dio como á los otros la sagrada comunión, y de aquel propio lugar se apartó lleno de lepra, y tan parecido á aquel de quien él tuvo asco, que diciéndoselo á él, de puro asco murió en pocos días. Deprendamos de Jesucristo á no tener asco, cuando la caridad nos obligase á servir á los enfermos, que sin haberlo de éste, tendió la mano y tocóle para sanarlo. *Duo tantum non facias mihi et tunc a facie tua non abscondar*, decía Job (13), y ¿qué era esto? *Manum tuam longe fac a me et formido tua non me terreat*. Eso era en el tiempo que las manos de Dios eran lastimeras, cuando no conocíamos su poder sino por los castigos, ni entendían los hombres sus obras sino cuando los castigaba y daba golpes; después acá han pasado otros mundos, que todo el remedio del hombre está puesto en que le toque Dios de su mano, cuyo tacto es tan poderoso, que por incurable que sea la enfermedad, tiene remedio si le toca Dios. Lástima es acordarse hombre desas tierras en que ha caído la lepra pestilencial y sin ningún remedio de la herejía; no me parece que hago yo más caso de Inglaterra que de Berbería, ni de lo perdido de Alemania que de Africa; con todo eso, entiendo que si Dios pusiese su mano y dijese *volo*, que al punto se limpiaría la lepra. No dejemos nosotros de pedirle: *Extende manum tuam in gentes quæ te non noverunt: et in regna quæ nomen tuum non invocaverunt* (Salmo 112), para que quizá en algún tiempo les dé el Señor el espíritu de compunción y se humillen y alcancen salud. La soberbia, aquel no querer adorar á Cristo y arrojarse á sus pies, ni á sus vicarios que él en la tierra tiene, es la causa potísima de su perdición; si se humillasen, tocarles hía la mano de Dios, que *humilia respicit in cœlo et in terra*, en lo seglar y en lo eclesiástico. Y si Dios les toca, *confestim*, en el se-

pio punto quedarían sanos; pero aun mandaría Dios á los tales que viniesen á ser por sus vicarios examinados.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Declaremos un poco más esto, aunque no pasemos de aquí. Habló Dios á Moisés y Aarón su hermano, y díjoles: *Homo in cujus cute et carne ortus fuerit diversus color sine pustula, aut quasi lucens quidpiam, id est, plaga lepræ, adducetur ad Aaron*, etc. (Levit, 13). «El hombre en cuyo cuerpo ó carne naciere diverso color ó ampollas, así como que relucen, tráiganlo á Aarón ó á alguno de sus hijos». *Qui cum viderint lepram in cute et pilos en album mutatos colorem ipsamque spetiam lepræ humiliorum carne reliqua plaga lepræ est, ad arbitrium ejus separabitur*. Ved qué divinamente está aquí y qué con sus propios colores pintado un leproso espiritual, un hereje, uno que ya desvergonzadamente es en sus culpas incorregible. Algo diremos, que no será posible acabar hoy este tratado; para otro día quede lo que hoy no dijéremos. *Homo in cujus cute ortus fuerit diversus color*. ¡Qué principios tan ligeros suelen tener las gravísimas caídas! «Si viéredes á un hombre en cuya tez hay diverso color». La singularidad es esta de los herejes: aquel no pasar por lo que pasan los otros, aquel sacar novedades á las plazas, nuevas doctrinas, opiniones de su propio celebro, nunca por nadie hasta ellos inventadas. Guarte, guarte, cristiano; camina por donde hasta agora sabes que tus abuelos y tus rebisabuelos caminaron, mil y quinientos años ha. ¿Dónde buscas ahora sendas por do no anduvo sino quien sabes que se despeñó? No digo que creas porque creyeron tus abuelos, que eso es lo que los moros hacen, sino que no te apartes de lo que ellos siguieron, por seguir lo que no sé quién inventó: pon los ojos en el color, si es diverso del otro que hallas en la Iglesia y en todo lo demás del cuerpo de Jesu Cristo, y si vieses alguno *in cujus cute diversus color ortus fuerit*, guarte. *Hi sunt qui segregant semetipsos, animales, non habentes spiritum*. Dios apartó su Iglesia de la sinagoga y del paganismo; hay otros que ellos propios se apartan; no espirituales (no te engañen), sino *animales, spiritum non habent*. No es nace esa singularidad de espíritu sino de falta dél. Por falta de calor natural se pierde en el enfermo el buen color; por falta de calor de caridad se vienen éstos á hacer de color diverso. Lloraba un santo este color diverso que veía en la Iglesia, cuando con lágrimas decía: *Quomodo obscuraum est aurum! Mutatum est color optimus, dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnum platearum! Filiæ Sion inclitæ, amicto amo primo, quo modo reputali sunt in vasa testea, opus manum figuli?* (Tren., 4). Considerad que pérdida debe ser, pues tantas muestras hace de sentimiento. «¿Cómo se ha oscurecido el oro, mudado se ha el excelente color?» ¡Válgame Dios! Poca pérdida parece esa para hacer tantos extremos de sentimientos por ella. ¿Solos los accidentes son los que hasta ahora decís que faltan? Si dijérades: cómo nos han tomado nuestros tesoros, despojado nuestras riquezas; cómo vemos en poder de los enemigos cuanto nuestros pasados atesoraron, ya parece que entendiéramos la calidad de la pérdida que plañís. Pero porque el oro se ha oscurecido, no es gran pérdida: llevarlo á el platero que le torne á dar color y lo bruña, que á poca costa se puede hacer. No debe ser tan poca la pérdida del buen color, que así lo llora quien bien lo entiende. Cristiano, no debe ser tan pequeña la falta del color como te parece á ti. Ahí se le quedan á un enfermo y á un difunto las narices, y los ojos, y la boca, y las cejas y frente, tamaño del rostro; y sola la mudanza de color basta para afearlo. Las buenas ceremonias entiendo la composición de toda su persona conforme á su profesión, la modestia y limpieza en palabras castas, cometidas, graves, conforme á tu estado, pues tienes obligación puesta por la regla de San Pablo apóstol, que te guardes de cualquiera cosa que tenga aparencia del mal. Y al fraile, dice San Augustín (*in Regula*) que en el pasear y el parar y disponer y en todos sus movimientos no se haga cosa en que la vista de ninguno se pueda ofender. Y á el cristiano, dice San Pablo en sus constituciones, que no demos ni aun á los paganos ocasión de tropezar, y que ni aun una palabra de chocarrería no se oiga en la boca del cristiano. ¿Que son niñerías esas, mirar en esas cosillas? Pues si un prelado mirase en eso ó un fraile, sería pesadumbre insufrible. Otra cosa le parece á quien lo siente bien, y ¡ay de aquel que por miedo desos pareceres depravados deja de hacer lo que debe á su oficio! Si vees á tu hijo levantarse amarillo por la mañana, temes si está enfermo y llamas á el médico y quieres saber qué tiene, qué cenó, qué le hizo mal. ¿Dónde vees que esté mal dispuesto? Del mal color. Pues no tengas menos cuidado del hijo espiritual; porque de perder ese oro su color viene luego á que las piedras del santuario se desperdicien por las plazas; y las virtudes de quien como de vivas piedras se edifica el santuario de la buena conciencia para que morase Dios, poco á poco se pierden por esas plazas, y viene el que en su casa perdió el buen color á perder las virtudes por las calles y por las plazas la reputación, y á no ser más estimado que las piedras dellas.

Los hijos ínclitos de Sión que solían vestir de aquel brocado primo, de aquella caridad primera, semejante á la que en la Iglesia primitiva había en los primeros cristianos, cuando la sangre de Jesu Cristo recién derramada hervía fresca en sus corazones, ¿quién sin dolor los vee vasos de tierra, obra de manos de los olleros, tan poco respetados, como los tiestos quebrados que por no valer nada los echan por ahí? Volvamos á nuestro propósito. Mira el color en el cuero exterior y si en la carne nacen granillos, ampollas con que relucen humores carnales, que comienzan poco á poco á descubrirse y á relucir, cosas son que se dejan entender. Tu vees en tu hija que todo el día de la noche á la mañana se estaba en un rincón, la cabeza sobre un haciruelo, sin saber qué cosa era alzar los ojos de la labor, aunque entrasen mil gentes, y que si entraba el que no conocía, huía y se metía en un rincón como curiana, y que era menester para sacarla detrás de las arcas donde se metía un garabato; y vees agora que no huye ya, ya se está donde le vean y alza con buena gracia el rostro, ya habla y responde con desenvoltura más que de doncella, y aun sale á la ventana más veces de lo que fuera razón; y no huye mucho ni se absconde desque el otro liviano viene y le dice una gran necedad confitada en requiebro: ¿no te parece á tí que estas son cosas que relucen y aun que se traslucen por la vecindad? ¿Vees tú en tu hijo que solía ser modesto y callado y recogido y no salía de casa, y que con una voz que tú le dabas lo hacías estremecer y estaba delante de ti como un jerónimo; ya lo vees que se junta con fulano y fulano, y hace con ellos cuadrilla de noche, y presume de rufiancillo, y si le riñes, te responde y vuelve las espaldas? Pregunto yo: ¿Estas no son ronchas en la carne? ¿No son manchas que se traslucen? Cuando tal pasare y no fueres parte tú para remediarlo, procura á lo menos algún remedio, traigan al tal indiciado á Aarón ó á uno de sus hijos; y si á Cristo no bastas tú á reducirlo, á lo menos no te descuides de encaminarle un buen confesor, para que remedie el mal antes que vaya adelante; llévenlo al sacerdote.

CONSIDERACIÓN CUARTA

¡Y qué hará el sacerdote en tal caso! *Qui cum viderit lepram in cute et pilos in album mutatos colorem, ipsamque speciem lepræ humiliorem cute, et carne reliqua; plaga lepræ est et ad arbitrium ejus separabitur*: «Si viere que esta enfermedad extendida por el cuero y los cabellos se habían vuelto blancos, y los lugares donde está la lepra más bajos que la demás carne, téngala por lepra y mande que el tal sea apartado de esotros, conforme albedrío». Dos señales se le dan aquí al sacerdote para juzgar de uno que es leproso y mandarlo apartar. La primera, el color del pelo mudado de negro en blanco; la segunda, la desigualdad en la carne, estar la carne no con aquella igualdad que solía, sino á partes muy hundida y de otras muy levantada en lugares, hoyos, y en otros altozanos y levantamientos. No tiene nadie licencia de juzgar; de temer, sí; quien viere perdido el color y cosas que relucen por de fuera, tema y denuncie, pero no juzgue, que no es oficio; el que está por Aarón, ese tiene otras señas más ciertas para juzgar; vea si el cabello tiene su color ó si se ha enblanquecido. Como nace de la cabeza el cabello delicado, nace del ánima el pensamiento, y cuando está el color natural en su vigor, está el cabello en su color; pero es señal de vejez y de que el color natural pierde su virtud, y se enflaquece ver que los cabellos se ponen blancos. Es menester que Aarón mire los pensamientos y las intenciones de aquellos que ha de juzgar por leprosos, para según esto juzgar justamente. Cuando la intención no está pervertida, no hay de qué temer lepra. Pues ¿cómo puede nadie juzgar la intención que nadie tiene? No está muy mala de conocer, que dicho está: *Aqua profunda cor viri, et vir sapiens exhauriet eam.* Con ser la cabeza de Cristo de oro finísimo, son sus cabellos negros como cuervo. Cuando la intención es fina, son humildes los pensamientos. Humildad significa la negrura que nace de estar la caridad en su vigor; y cuando veis á uno humilde no hay por qué temáis dél, que no es el que debe. Luego veréis que la gente que pierde la fe pierde la humildad; luego los veréis llenos de sí propios, nunca rendidos á los pareceres ajenos, estimadores de sí, mofadores de otros, duros, tercos; solos ellos saben, solos entienden la Escritura, solos sienten los misterios della, solos tienen el espíritu de San Pablo para entender sus sentencias y los siguientes son modernos; San Augustín no fue docto en las lenguas, y así no dio en el fil: San Jerónimo, aunque supo, no sé que falta le hallan. Pues ¡válgame Dios! ¿Quién son estos vuestros doctores cuyos pareceres seguís? No los escolásticos, porque los tenéis por sofistas, por aristotélicos, por paganos en cosas; no los doctores que han glosado la Escritura, que á vuestro parecer no la entendieron; no los doctores viejos, porque halláis y fingís faltas en ellos; resta que ellos hayan de ser la regla. Esta es la soberbia, este es el cabello cano. Rogad siempre á Dios que os conserve en humildad, porque esa es la custodia de las demás virtudes. Decía David: *Custodi nos, Domine, ut pupillam oculi* (Salmo 26). Cada día lo decimos en el coro; «Guardadnos, Señor, como la

niña del ojo». ¿Qué queréis decir? Que así como la niña del ojo está guardada en sus párpados y pestañas y cejas y sobrecejas, y otros mil reparos, os guarde Dios. Esto es lo primero, pero no solo.—¿Pues qué?—Escuchad un poco. ¿Habéis considerado qué cosa tan extraña es el artificio que naturaleza puso en el ojo? Un pequeño vasico lleno de un humor como agua, y en medio dese otro tamañito, negro como una pez. ¡Qué extraña cosa, cómo ese color negro no oscurece ni percude lo blanco que por de fuera lo abraza; no lo deslava, ni lo enflaquece en su color; y si lo blanco se pasase á la niña ó lo negro cundiese por lo blanco, quedaba perdida la vista! Pues eso pide David á Dios: que guarde la negrura de la humildad entre la blancura de las otras virtudes, sin que perjudique á lo uno lo otro; no se abatan las otras virtudes por el poco caso que de sí tiene la humildad, ni se deslave la firmeza de la humildad porque esotras virtudes tengan su buen color; y cuando esto estuviere así comparado, estará cual debe la vista. Mirad, pues, si los pensamientos están humildes, si súbditos á el parecer de la Iglesia, si rendido á quien lo puede enseñar, si dispuesto para la sana doctrina, que cuando esto tuviere, podrá ser que ese errado no sea leproso, sino ignorante y engañado. Mire también la igualdad en la tez. ¿Qué señal es esta tan cierta de los que andan enfermos? Renegad de unas santidades que hay á combas, unas altibajas, que son como las que hay en los bancos de Flandes. Raso todo y liso. ¿Nunca habéis visto unos hombres por una parte muy santos y por otra muy sensuales; unas veces devoción, oración, lágrimas, y por esotro cabo comen y beben más que Aristipo? Humildad es, gusanillo, basura, por ahí, *omnium per ipsema* (I Cor., 4). Por otro cabo *tange montes et fumigabunt* (Salmo 143). Guárdeos Dios de su ira. No hay grifo, ni tigre, ni basilisco más furioso, ni navaja afilada que le iguale con su lengua. ¿Quien es fulano? ¿Por qué ha de ser más? ¿Por qué ha de valer? ¿No sabemos aquí su vida? ¿Dónde mereció él? Guárdeme, Dios; ¿tú eras, mogigatico? ¡Ovejita de Dios, trasquílete el enemigo! Renegad de santidad á torondones, destos hombres que unas veces son suelas de zapato y otras gomas; por una parte quemados, por otra crudos, no medio ninguno. Cátalos en las nubes ó en el abismo, unas veces vestidos de una estera vieja y llevando basura por las calles, otras veces mula con gualdrapa y mozo de espuela y beca de seda. Hoy soledad, lágrimas, renunciación de todo; mañana risa, conversación, convites. Mala señal es esta de lepra; humildad quiero, *sed non humilior carne reliqua,* como fueron los santos humildes, y humildad sin nota, al modo de esotros. ¿Pero humillarte para levantarte, pecador de ti, como quien toma de atrás la huida para saltar más? *Factus est subcinericius panis qui non reservatur,* etc, *usque ignorabit* (Oseas, 7). ¿Habéis visto estas tortillas que están en las plazas para los muchachos, cuando amasan en casa, por la una parte crudas y por la otra quemadas; por un lado están hechas masa que no les ha llegado el calor y por otra abrasadas del fuego? Esa es la desigualdad destos: pan encenizado, que no se vuelve para que por igual le dé el fuego; sensuales, carnales, crudos, hechos masa, y tan entregados á sus vicios como el más perdido. Hipócrita encenizado, ciego, ¿no vees tu perdición? ¿que no andas tú sino por extremarte huyendo de parecer cual esotros? Comieron los extraños su fuerza y él no lo supo. Para el demonio afanas, que no come Dios pan encenizado con la hipocresía, sino que tu ceguera no te lo deja ver, que bien claro está; pero no es de espantar que ignores esto. *Cani effusi sunt in eo et ipse ignoravit.* Bien concorda la una escritura con la otra: acullá la superficie desigual, alta y baja; acá desigual la cochura, cruda y quemada; allí los cabellos mudados en blanco, aquí *cani effusi sunt in eo,* y no lo alcanzó, *et humiliabitur superbia Israel in facie ejus,* que son palabras que acaban de explicar la desigualdad de la lepra y el castigo que le ha de suceder, humillándolo delante del mundo, cuando no hubiere de su parte poner fin á su soberbia.

SERMON

DEL

DOMINGO TERCERO DESPUÉS DE LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA

Y DE LA

BULA DE LA CRUZADA

Ascendente Jesu in naviculam, secuti sunt eum discipuli ejus.

(MAT., 8).

El santo Evangelio contiene un milagro raro, inaudito, que Cristo nuestro redentor obró en el mar, para confirmar la fe y esforzar la esperanza de sus discípulos y mostrarse universal señor de la tierra y del mar y de todos los elementos. A este propósito se embarcó en una navecilla en el mar de Galilea, y en su compañía sus discípulos, y de repente, disponiéndolo así su providencia, sobrevino un huracán y furioso aguacero que con fuerza desapoderada de vientos y lluvia alborotó el mar y levantó tan brava tempestad y tormenta deshecha, que no sólo se entraban las olas por el bordo del navichuelo, no contentas de azotar los costados, sino que le embestían tan reciamente de proa á popa, que casi le tenían medio anegado; y á todo esto dormía Cristo con gran sosiego. Los discípulos, visto el peligro notorio, y teniéndose ya por perdidos, llegan al Señor, y despiértanle á voces: ¡Señor, que nos vamos á pique, libradnos! Respóndeles Cristo: ¿De qué estáis temerosos, gente de poca fe y angosta confianza? Y levándose al punto, vuélvese contra los vientos y mar embravecido, y con el imperio de su divina palabra se echó luego el aire y se abonanzó el mar, y súbitamente quedó en calma, tan sereno y quieto como un estanque. Pasmados los hombres de tan prodigiosa maravilla, dijeron: ¿Quién y cuál es éste, á quien los vientos y el mar obedecen? Antes que el Hijo de Dios entrase en esta navecilla de hoy, donde corrió tormenta, se embarcó en otra donde con viento en popa y mar bonanza navegó del cielo al suelo, que es la Virgen santísima, aquella mujer fuerte y valerosa, de quien por excelencia dice el Sabio: *Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum* (Prov., 31), que como nao de negociante trae de lejos su pan. Cristo es el pan que dice de sí: *Ego sum panis vivus*, y de lejos traído, *qui de cœlo descendi.* La nao que le porta es la Virgen que le parió, navecita pequeña por la humildad, de alto bordo y gran porte, pues dignamente en ella cupo Dios, que no cabe en cielo ni en tierra; por eso se dice pan suyo, porque le trajo y nos le da. Este pan sustancial pedimos cada día á nuestro Padre que está en los cielos. Pidámosle también á la Madre de misericordia, que es tan liberal y dadivosa, que ella misma nos convida con él, diciendo en persona de la Sabiduría: *Venite, comedite panem meum.* Bien dice pan mío, porque tan suyo es en la humildad como del Padre en la divinidad. Es granjería la que por medio de esta nao se trata, de que podemos salir medrados y ricos. Y pues la primera y principal riqueza por quien se tiene Cristo es la gracia, supliquémosla nos la alcance mediante su intercesión sacratísima. Ave María.

INTRODUCCION

El sapientísimo rey Salomón, en el libro de sus desengaños, habiendo notado la vanidad de los bienes sensibles y la muchedumbre y diversidad de males de que el mundo está lleno, pone en el capítulo nono uno que afirma ser el peor de todos: *Hoc est pessimum inter omnia quæ sub sole fiunt, quia eadem cunctis eveniunt.* Eso es lo malísimo que hallo en esta vida, que á todos suceden unas mismas cosas: prósperas á los malos, adversas á los buenos, y

otras veces al contrario. De modo que por este hilo de los sucesos humanos no se puede sacar el ovillo de cuál es amado de Dios y cuál aborrecido, cuál escogido y cuál reprobado; porque cuanto á esto exterior, á todos los lleva por un rasero, pues sale el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre los justos y los injustos; y estos dos brazos de la providencia, que son penas y premios, mercedes y castigos, como dos grandes ramos del mar lo ciñen y abarcan todo. Siendo, pues, este orden de Dios, ¿cómo le llama Salomón pésimo? Olimpiodoro dice que esta sentencia, como algunas otras deste libro, la refiere Salomón de parecer de los necios, porque el hombre animal que no percibe los misterios de Dios, ni considera los premios y castigos perdurables de la otra vida que tiene Dios guardados para buenos y malos, juzga ser injusticia que en ésta vayan todos por un igual. Otro sentido es que habla Salomón de su propio parecer, y llama á este orden malo, no porque en sí no sea bueno y de grandes bienes causa, sino porque dél toman ocasión los mundanos para hacer grandes males. Como llama Cristo á las riquezas *fallaces*, porque los ricos de poco saber se engañan con ellas; y las criaturas que hizo Dios ya probó por muy buenas, dice el Sabio que fueron hechas en odio y por lazo, cepo y trampa de los tontos, que cebados en su hermosura se olvidan del criador; así desta indiferencia de cosas que suceden á buenos y malos, toman ocasión los imprudentes para perderse. Y esto es lo que añade adelante: *Unde et corda filiorum hominum implentur malitia, et contemptu in vita sua et post hæc ad inferos deducentur*. De aquí nace rellenarse los hombres de maldad, viendo que no luego hay para el que peca horca y cuchillo, ni al bueno se le paga el jornal al pie de la obra; el malo contento, el bueno afligido, por eso se entregan sin rienda á los vicios y al fin se condenan. Pero aunque esto es así, como lo dice Salomón, con todo eso si miramos de más cerca este orden puesto por Dios en las cosas, hallaremos que aunque á la vista primera parezca que todo por igual acontece al bueno y malo, justo é injusto, al que devotamente ofrece sacrificios y al que rebeldemente los desprecia, hay muy gran diferencia entre bienes y bienes, males y males; porque sin duda á los buenos no se les da mal, aunque lo parece, y á los malos el bien que se les hace se les vuelve en mal, porque no lo merecen. De los buenos nunca el Señor pierde el cuidado, aunque algunas veces parece que se descuida; el cuidado que de los malos se tiene por el descuido dellos les presta poco. En las cosas de sustancia nunca padecen los justos detrimento, y en las de poco momento y accidentales suelen ser mejorados los pecadores. Aunque el justo se vea olvidado y que le dejen anegar en los peligros, y se vea anegado, tiene por que confiar; y quien no lo es, en la mayor prosperidad debe vivir sobresaltado, porque ese buen temporal con que navega le lleva á perder. Oid en aquella igualdad que pone Salomón, cuánta diferencia halla su padre David: *Oculi Domini super justos et aures ejus in preces eorum: vultus autem Domini super facientes male, ut perdat de terra memoriam eorum* (Salmo 33). «Los ojos del Señor sobre los justos y sus orejas prestas á sus plegarias». ¿Y á los que no lo son, qué? *Vultus*: «el vulto del Señor sobre los que hacen mal, para que no quede memoria dellos sobre la tierra». Imaginad un hijo á quien tiernamente queréis y en quien tenéis colocada toda vuestra esperanza; para quien ganáis, guardáis, ahorráis; sobre el cual ha de descargar como sobre un pilastrón de mármol toda vuestra casa: donde quiera que va se os van los ojos á vos, y no hay lugar tan distante que no os parezca puede llegar á él vuestra vista. Entre mil conocéis su voz, y en oyendo en la calle un grito, os da un golpe el corazón: corre, mira si cayó, si le dieron. Por ahí podéis entender algo del regalo que significan aquellas palabras: los ojos del Señor sobre los justos y sus oídos atentos á sus ruegos. Y al revés, á un hijo travieso, jugador, desperdiciado, perdido, si le dais de comer y le vestís y desempeñáis, porque no es posible menos, pero jamás le acertáis á mirar de buen ojo; siempre con sobrecejo, con ceño; esto es *vultus*, porque las más veces se toma en mal, *dicitur a volendo*. Creo que le podríamos llamar gesto, aquel mudar de semblantes y poneros amarillo y defunto de color; otras veces encenderos como brasa que centellea por los ojos; eso es *vultus*; eso se muestra á los malos hasta azorarlos, hasta no dejar rastro dellos sobre la tierra. Adelante: *Clamaverunt justi Dominus exaudivit eos, et ex omnibus tribulationibus eorum liberavit eos*. «Dieron clamores los justos, y el Señor los oyó y los libró de todas sus tribulaciones». ¿Quién da clamores, sino á quien algo duele? ¿Luego dolores padecieron los justos? Sí, no se niega eso, que es común á todos; lo que afirmamos es que cuando claman Dios los oye, y remédialos. No paréis en esto: oígame Dios y no me remedie. ¿Cuántas veces os holgastes de estar malo siendo niño, porque quejándoos se compadeciera vuestra madre de vos y os dijese alguna palabra de regalo? Y no sanábades con ella, pero escogiérades antes vivir enfermo y regalado que sano y olvidado. El cuento de la condesa de Lemos cuando se descalabró el marqués su hijo: ¡Oh hijo de mi alma, y qué dolor me has dado! Respondió el muchacho:

Señora, yo doy por bien empleada la descalabradura, porque vuestra señoría me haya llamado hijo de su alma. Más adelante pasa acá, que de todas sus tribulaciones los libra Dios. Tended de espacio los ojos por esas historias de la santa Escritura, y miradme un justo Noé que se halló en el diluvio, librado de perecer en las aguas de donde nadie escapó; un Abraham puesto en salvo del peligro del fuego; un justo Loth, de las llamas vengadoras escapado; un Joseph, un Job, un Tobías después de grandes fortunas y naufragios á grande bonanza y prosperidad traídos. Unos tres mozuelos virtuosos, en medio del horno ardiente sustentados en vida y refrigerio; un Pedro de manos de Herodes libertado, y mil otras cosas tales que os confirmen en esta esperanza y seguridad que los justos pueden y deben tener, para que os quietéis cuando oís al mismo David que está Dios junto á los atribulados de espíritu, y que salvará á aquellos que tienen el corazón caído, y que dado que sean muchas las tribulaciones de los justos, de todas ellas los escapa Dios. Pero replica contra estas experiencias con otras contrarias la desconfianza, y póneos delante la memoria un cordero y inocente Abel, dejado en los dientes del invidioso lobo Caín; un Nabot Jezraelita, con falso testimonio públicamente apedreado; un Esteban justo, con la misma pena muerto; y por no decir de un Isaías aserrado, y de un Zacarías entre el templo y el altar muerto, contra razón y contra justicia; ¿qué me diréis de un Pedro apóstol? ¿dudará nadie que fue justo? Como tal fue librado de las uñas de Herodes; pues no se escapó del cuchillo de Nerón. No fue menos pecador Nerón que Herodes, y tengo por más santo á Pedro mientras más viejo. Pues ¿cómo aquí desamparan á la tiranía de los gentiles al que es librado acullá de la esperanza de los judíos? Habéis de entender que no es aquí desamparado, ni se muestra menos á los ojos de la fe la providencia aquí donde no parece, donde está dormida, que allí por la experiencia á los de la carne se declara. Guardarlos no es no dejarlos morir, sino que ni aun muertos sean consentidos perecer; porque no es muerte la que no consume la vida, ni deja de vivir quien trueca la vida temporal por la sempiterna; ni cuida Dios mucho de lo que poco importa, sino guarda á sus amigos lo que es de sustancia. Y así, prosiguiendo David, responde á esta tácita objeción: *Custodit Dominus omnia ossa eorum, unum ex his non conteretur*. «Guarda el Señor todos los huesos de los justos; uno dellos no será quebrado». Los huesos, lo sólido y macizo del hombre significan. Y aunque es verdad que hallamos estos huesos á veces turbados, otras veces esparcidos, otras descoyuntados y contados, otras envejecidos, con todo eso siempre guardados, nunca rompidos, porque está prohibido: *Os non comminuetis ex eo*. De esa manera, ¿queréis decir que ni de la hacienda, ni de la ropa, ni de las carnes hace caso la providencia del Señor, sino de solos los huesos, y que hasta que os veáis en los huesos mondos no tenéis por qué os tener por desamparado? No quiero decir tanto como eso, porque bien sabemos que *non relinquet Dominus virgam peccatorum super sortem justorum, ut non extendant justi ad iniquitatem manus suas* (Salmo 124): «Aunque el Señor permite que los malos prevalezcan á veces contra los buenos, no empero dejará durar mucho su tiranía, ni hacer todos los daños que quisieran en la heredad de los justos»; porque viéndose los justos desamparados, no desconfíen de la justicia y guarda de Dios y se vengan á deslizar en pecados; sino quiero decir que cuando la hacienda se guarda, ó la salud, ó la honra, ó la vida, todo es por orden al hueso, que es la virtud, la gracia, la caridad. Pues yo oigo á uno que se queja: *Nocte os meum perforatur doloribus* (Job. 30). Barrenos de dolor son los que traspasan mis huesos, y no parece sino que me los están con taladro agujereando. Y á los lados del Señor dos estuvieron, un justo y otro perdido, y por igual fueron los huesos de ambos quebrantados, que solos los del Señor fueron en quien no se tocó Pues solos esos que sanos quedaron dan á entender que así como en su cuerpo natural fue la carne despedazada, pero el hueso quedó sano, así pasa en los que son vivos miembros del cuerpo místico suyo, que pueden ser en la hacienda, salud, honra, vida, damnificados, pero lo sólido de la virtud y fuerza de la caridad eso será defendido. Todos los demás entran en aquella sentencia que se sigue: *Mors peccatorum pessima*. Aunque la vida haya sido próspera, honrada, contenta, la muerte es mala, que es principio de muerte eterna. *Et qui oderunt*, los malos pecarán. Castigo á dejarlos precipitarse en pecados. *Unde et corda eorum implentur malitia*. Pero aquellos que con Cristo se incorporan, segura tienen de quebranto el alma; porque *redimet Dominus animas servorum suorum, et non delinquent omnes qui sperant in eo* (Jansen.) «Librará el Señor las ánimas de sus siervos y no pecarán los que tienen en él su confianza». Lastarán con penas, pero no morirán con culpas. O de otra manera: *Non delinquent*; no errarán el blanco de su esperanza, no quedarán de lo que esperan frustrados, no perecerán; porque cuanta codicia tiene el enemigo de quitarnos la vida, tanto y más cuidado tiene este buen amigo de conservárnosla en cuerpo y en ánima. No puede más el adversario de aquelle

para que le dan licencia, como parece claro en las tentaciones de Job, para las cuales se le largó la trailla no más de lo que vio el Señor que cumplía: primero en la hacienda y hijos, salvando la persona; después en la persona misma, reservando la vida. Y aunque los males que padeció fueron, al parecer, más trabajosos que la misma muerte, todavía estaba en medio dellos tan animoso, que ni aun la muerte fuera parte para le quitar la confianza. Aquella palabra suya, digna es de perpetua memoria: *Etiam si me occiderit, in ipso sperabo.* En el presente evangelio veremos correr tormenta á los justos apóstoles que iban en seguimiento y compañía de Cristo, tan bien como Jonás pecador que iba huyendo de Dios; mas Jonás en la tormenta echóse á dormir y no llamó á Dios por entonces, y fue lanzado en el mar. Los discípulos clamaron al Señor y fueron librados, aunque primero reprehendidos; no porque habían perdido la esperanza, sino porque blandearon en ella, por hombres de poca fe, con estar en medio del peligro, que había más para contarlos con los muertos que con los vivos. Ha de ser aquella reprehensión remedio de nuestras dudas, freno de nuestras desconfianzas, para que deprendamos á no perder la confianza en el Señor, aunque nos veamos anegados y perdidos; porque son permitidos esos males temporales por su providencia, para toque de nuestra fe, prueba de la esperanza, incentivos de la caridad, despertadores de nuestra negligencia, y para que invocándole en nuestras necesidades se descubra en el remedio dellas su omnipotencia. Este es el fin de todo el Evangelio presente. *Ascendente Jesu.*

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Habiéndose con la grandeza de sus milagros declarado por señor de las tierras, fue menester que se declarase la jurisdicción que también tenía sobre los mares y curase las fortunas dellos, como curaba las dolencias de los mortales; y venciese las tempestades y tormentas de un elemento tan furioso, como vencía las murmuraciones y calumnias de la Sinagoga maliciosa. Para mejor apoderarse dellas, convino dejar hacer al mar lo último de su potencia, y para esto, que el Omnipotente abscondiese la suya. Como esos valerosos que fingen allá, esos Héctores, esos Turnos, antes que salga Aquiles ó Eneas á la batalla, hacen aquellas bravosías que nos dicen; para que se descubra quién son los que después salen, primero es menester que estén algún rato abscondidos y dejen al enemigo correr el campo y casi triunfar de la victoria; y no sólo vencer, sino despojar al vencido y robar el campo, para que se eche menos el valor de quien le defendía. Por eso se duerme el Señor, porque oye el mar enfurecerse con tempestad y los vientos mostrar su poder, en revolver desde el profundo las ondas, porque si estuviera despierto no fuera nadie tan atrevido que tuviera esa osadía. *Ipse vero dormiebat.* ¿Dónde está, pues, ahora aquella confiada promesa: *Ecce non dormitabit neque dormiet, qui custodit Israel?* (Salmo 120). Cosa indecente parece dormirse la vela, quien ha de hacer la guardia admitir sueño en sus ojos. Este descuidado sueño del Señor no se ha de considerar con descuido. Lo primero, hallamos en él declarada la verdadera naturaleza humana que tuvo Cristo, con todos aquellos censos que no sean culpas que los demás hombres pagamos. Como aquellas cosas que no se merecen suelen creerse con dificultad, hubo herejes en tiempos pasados que no les pareció posible haber Dios tomado en sí naturaleza, y así daban á Cristo un cuerpo fantástico, y del cielo hecho impasible y no sujeto á alguna corruptibilidad. Quitaban por esto á Nuestra Señora la dignidad de madre y á la naturaleza humana la que tiene de verse en un supuesto con la divina junta, y el valor á los sacramentos que le tienen en la sangre del Señor, precio de nuestra redención, y toda la verdad al Evangelio. No entendían que estaba prometido hombre hijo de Adán y de Abraham y David. Para confundir este disparate, se muestra Cristo hombre verdadero, no fingiendo, sino con verdad sufriendo los defectos nuestros naturales. *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit; disciplina pacis nostræ super eum, et livore ejus sanati sumus* (Isaías, 53). No basta decir recibió nuestras dolencias, sino aquel cuyas palabras, como dictadas por el Espíritu Santo, no podían ser sino verdaderas, pone por principio en esta profecía *vere*, para que viésemos que vio tanto antes la ceguera y mentira contra que asestó desde entonces la máquina de la verdad de su profecía. *Languor* significa aquella dolencia que consiste más en debilidad y flaqueza que en humor que atormenta; y esto dice *tulit. Ferre* significa llevar en sí como pegado: *ferunt animalia fœtus;* pero portamos aquellas cosas que con pesadumbre como ajenas de nosotros se nos cargan. *Ferimus brachia, portamus onera.* Así los languores, las naturales flaquezas *ipse tulit* como verdadero hombre; pero los dolores, porque le vinieron sin mérito por nuestros deméritos, *ipse portavit*, aunque inocente y sin pecado. Nosotros fuimos los defectuosos y sobre él descargó la disciplina y los cardenales y verdugos que de la aspereza della y dureza con que se dio quedaron señalados en aquellas albísimas carnes, que ni tuvie-

ron ni pudieron tener mota de culpa. Fueron remedio de las grandísimas manchas que afeaban nuestras almas limpiándolas dellas. También este sueño del Señor, luego tomado en entrando en el navío, sobre las tablas duras y con tan poco regalo como una almohada puesta debajo la cabeza podía dar, nos declara el cansancio que debía tener y sufrir aquel cuerpo delicadísimo. No se duermen en sentándose sino los muy desvelados y los que están cansados, supuesto que no habían procedido esos comeres y beberes demasiados que suelen llenar luego de vapores el celebro á los hombres destemplados. *Dulcis est somnus operantis, siv parum sive multum comedat: saturitas autem divitis non sinit eum dormire* (Eccl., 5): «El que ha trabajado, con sabor toma el sueño donde quiera, y como quiera que esté el estómago; pero los ricos ahitos, son los que de crudos no pueden dormir». ¿Qué sentencia se fulmina contra los que en la vida viven de haraganes, con sueño del Señor; y qué justa condenación la de aquellos que no piensan ser comprehendidos en aquella sentencia de comer su pan con el sudor de su rostro? ¿Y con cuánta razón son sentenciadas las vigilias en que sobre la tierra se desvelan algunos, muy ocupados en haraganías y travesuras nocturnas, con este sueño tomado sobre las ondas, en tanta inquietud, sobre las tablas, en tan poco regalo? Allende desto, nos descubre este sueño en el mar la seguridad con que sobre sus peligros estaba quien tan en la mano tenía el remedio dellos, cada y cuando que quisiese. No se suelen dormir aquellos en quien reina congoja, á quien solicita temor y traen cuidados en alboroto; sosiego de pensamientos y ánimo no alborotado se requiere para poder dormir. ¿Quién puede en medio de los peligros tener ese ánimo, sino aquel á quien el que tiene le da seguridad de victoria, cada y cuando que la quisiere? Cuando uno está seguro de la ventaja que hace á su opositor ó á su contrario, no se le da mucho perder con él en alguna cosa. Vos sabéis que sois más ligero que fulano, con quien sobre apuesta corréis algún premio y daisle una echada de ventaja; parte el otro corriendo, que no toca en el suelo con los pies, á lo que parece, y echáisos vos tendido en el suelo de largo á largo; parece disparate, pero no á vos, que estáis seguro que en dos saltos que deis le habéis de dejar una soga tras vos. Y si entendéis bien el arte de la esgrima, no se os dará mucho entrar en la plaza con armas notablemente más cortas. Hércules se echó de espacio á dormir en la tierra de los pigmeos, y cuando despertó halló un enjambre dellos sobre sí, pero seguro se acostaba quien sabía que podía tomarlos á manojos y estrujarlos con la mano. Y por no decir nada fabuloso donde tanta abundancia hay de verdaderos ejemplos, seguro se recostaba Sansón á dormir entre los brazos de la que tenía por buena y leal; tan á sueño suelto, que le podían atar de pies y manos, con sogas y con cuerdas de nervios: porque está cierto que en despertando á la primera grita del enemigo, no habían de bastar las amarras más que hilos de lana á detenerle. Así el Señor duerme en medio de nuestros peligros y fatigámonos mucho en despertarle. *Exurge, quare obdormis? Exurge et ne repellas in finem* (Salmo 43): «Despertad, Señor, ¿por qué dormís? Despertad y no nos desamparéis de todo punto». Pero él puede dormir seguro, y nosotros estarlo, aunque le veamos dormido; no sólo porque su corazón está á la vela, sino porque basta de sus vigilias un poco al enemigo, por más que ande desvelado. *Catulus leonis Juda, ad prædam, fili mi, ascendisti, requiescens accubuisti ut leo, et quasi leœna; quis suscitabit eum?* (Gén., 49). Cosa parece fuera de orden que quien va á despojar al enemigo se eche á dormir; pero entendiendo que duerme como el león, que en el sueño tiene los ojos abiertos, no quedará deste sueño escandalizado, antes entenderá dél cuán confiado de su valor está quien se entra en tierra del enemigo y ahí duerme tan de reposo, como nunca durmió en su cama y qué en poco tiene al contrario quien á vista dél se deja ocupar del sueño. Dormid, Señor, y tomad descanso, para que se os atreva en esa confianza el enemigo; que en vuestra facultad está, cuando más seguro le parezca á él que está de la victoria, quitarle la vida de las manos.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Pero en este sueño de Cristo hay que consirar de más espacio. *Ipse vero dormiebat.* ¿Quién es ese que duerme? Cristo. ¿Quién es Cristo? Hijo de Dios, de su misma sustancia. ¿Cómo llamamos al Hijo de Dios? Verbo. ¿Qué significa Verbo? Palabra. Luego ¿quiere decir esto que no es posible sino que incurran grave tormenta y padezcan peligroso naufragio aquellos en quien duerme el verbo, en quien no está despierta la divina palabra, en quien no anda alerta el Evangelio? Consideremos un poco esto; quizá hallaremos algo que nos haga al caso. Paréceme á mí que una de las cosas en que más se descubre esta omnipotencia (si así se puede llamar la del libre albedrío y entendimiento de que dotó Dios á la naturaleza humana, por lo que acomete y osa y con que sale) es lo que en las navegaciones pasa, dado que el uso le haya quitado mucho de su admiración. Porque al principio de la creación de las cosas, dioles á todos morada según sus calidades. Y

á las aves que tienen plumas y alas con que se sustentan en el elemento más delicado de los que vemos, se les asignó por morada el aire; á los peces, que tienen escama por pluma y por vuelos aletas, les señalaron por región la de las aguas; partió de lo residuo Dios la capa con el hombre. *Cœlum cœli Domino, terram autem dedit filiis hominum* (Salmo 113). Aunque no se contentó su liberalidad con haberle dado para su vivienda la tierra, sino del cielo que reservó para sí le hace tanta parte cuanta quisiere alcanzar por sus obras con el favor de su gracia. ¿Qué atrevimiento fue tan osado el del primero que osó fiarse de cosa tan mudable y tan fiera como el mar, no sólo para entrar en él, sino para hacer moradas y casas y aun villas y casi ciudades? Una flota de cincuenta ó cien navíos, ¿qué tanto menos os parece que una gran ciudad? Y una nao ó galeón ó carraca, donde van seiscientos y aun mil ánimas, ¿porqué no la compararemos á una villa? ¿Y á una calle una galera, y un barco á una casa, y á una choza un bergantín? Y siendo así que no se pueden arar ni sembrar los mares, ni allá se apacientan ganados, ni labran viñas, ni cultivan aceitunos, no falta abastada provisión para mantenimiento y aun para regalo; y aquí en Córdoba os morís de frío ahora y se abrasa la ciudad el estío de calor; y en corriendo un poco de cierzo apenas os podéis defender en los entresuelos más abrigados y entapizados, y para andar sobre la tierra mojada usáis de pantufos y corchos y otros reparos; y las nieblas que salen de las humidades son pestilenciales para la salud; y allí en la fuente de las nieblas y en la misma humidad y en medio de la región del viento y de la brisa, viven y están sanos y gordos y lucidos, á lo menos lucios; que si encontráis la chusma de una galera, os asombrará de verlos qué recios y de buen color, y qué sueltos andan, mantenidos de habas en calderas como los chinos, y cuando llega un manojo de zanahorias es el paraíso terrenal. Y no sólo hay en el mar habitación y vida, sino policía mejor que en alguna tierra. No hay corregidor, ni alcaldes mayores, ni alguaciles; pero hay maestre, y contramaestre, y piloto, y marineros, y grumetes, y pajes, y capitán, y soldados, y pasajeros gobernados con policía. Hállanse justicia y obediencia y paz, y aun religión, no sólo porque hallaréis clérigos y frailes y monjas también que van á las Indias á poblar casas, llevadas allá como pepitas de albérchigos para sembrar (como si el primer convento de monjas que hubo no se naciera sin ser sembrado de otra región); no sólo por esto digo, sino porque hay cuidado de alabar á Dios por la mañana y bendecir al dador de la luz, y decir al poner del sol la salve á Nuestra Señora; ponen penas y llévanlas á los que juran y échanlas en alcancías y otras mandas que hacen para ermitas y casas de devoción y mil cosas así de cristiandad. Porque la justicia muchos dicen que se ejecuta y cumple mejor en el mar, donde por la humidad no hay tantos papeles que en tierra, donde con tanto número de ellos se estorba. En pecando uno, paga luego con un par de vueltas á estrobo; y si lo merece, en dos horas le ahorcan de una entena sin lastar primero en esta cárcel las penas del purgatorio, que no le han de ahorcar hasta que ya piojos le hayan chupado la sangre, y roídole los huesos hasta los tuétanos solicitadores y esa gente que no quiero nombrar. Verdad es que ello se hace por guardar justicia; pero si me tuviéredes secreto, yo digo que reniego de tanta justicia, que por ella se dijo: *Summum jus summa injuria.* ¡Válame Dios! ¿No sería mejor en hurtando ó asiendo al ladrón subirle en los pies que le han de llevar y darle su paseo y soltarle, que no tener esa cárcel que no caben de pies? —Haríanse mil injusticias.—Pregunto: Por tantas dilaciones y plazos y traslados, ¿déjanse de hacer? Supuesto que tantas cegueras como nos rodean es imposible dejar de hacer muchas erradas; á mi parecer las más breves, por menos costosas, serían las menos intolerables. ¿Pero de qué comerían cien mil milanos? Ahora dejemos la plaza y cárcel y volvamos á la costa y navío, que esto no presta nada. Desque hubiéredes fabricado todo lo que dicho tengo, vivienda, provisión, sanidad, policía, justicia, paz, religión y lo demás, tomadlo todo y ponedlo entre dos tablas bien frágiles y arrojadlo en esa gran laguna, encomendado al viento que la lleve á México, y á Calicut, y á Goa, y á Camatia, y á los Malucos y Japón, hasta volver por el estrecho de Magallanes y Río de la Plata á nuestro mar; con un lienzo colgado de un palo, pendiente de otro en figura de cruz y con no sé que aguja que mira al Norte y un pergamino lleno de rayas, unas para acá y otras para acullá, que ni sabéis qué significan ni qué no. Pregunto yo: Si nos dijeran esto de allá de unas gentes que viven debajo del polo, ¿qué milagros hiciéramos? ¿Quién lo acabara de creer? Pues no es cosa menos digna de admiración, cuando bien se considerare, ver navegar en el mundo la Iglesia y aun ver en medio del golfo de los vulgares á los virtuosos. Yo no me espanto cuando me dicen que una nao se perdió, ó que corrió tormenta la flota y se desbarataron los navíos de la armada; espántame cuando viene á salvamento alguno y entra por ese río con prosperidad, al cabo de tantos golfos, tantas tempestades, tantas sirtes y bajíos, tantos enemigos y tan inevitables peligros. Eso nos debe espantar; no el que yendo

buen viaje tocó en peña, ni el que encontró con ingleses que le quemaron, ni el que por huir de corsarios fue á parar á Berbería; los que á salvamento aportan, esos me espantan. ¿Qué son los que más virtuosos pretenden ser? Hombres miserables, cargados de flaquezas y rodeados de mil enfermedades y ocasiones y peligros innumerables; peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros en los falsos hermanos. Es nuestra vida una continua tentación, llena por todas partes de lazos, como vio el grande Antonio, un millar de perchas para todos los sentidos, una infinidad de peligros. Bien se prueba el peligro con la poquedad de los que se escapan y muchedumbre de los que perecen. Levántansenos á cada paso borrascas temerosísimas que no perdonan ni aun á la nave en que Jesu Cristo navega; porque entendáis que en ningún lugar estáis seguros: aun aquellos que tienen en sí á Cristo por gracia pueden perderse. *Nusquam est securitas, fratres, neque in cœlo, neque in paradiso, multo minus in mundo. In cœlo enim cecidit Angelus sub præsentia Divinitatis, Adam in paradiso de loco voluptatis, Judas in mundo de schola Salvatoris* (San Bernardo, *sermo de ligno, fœno, stipula*): «En ninguna parte, dice San Bernardo, hay seguridad, ni en el cielo, ni en el paraíso, mucho menos que en la tierra. En el cielo dio al través el ángel, en el paraíso el primer hombre, en la escuela de Cristo Judas, que era apostol». *Custodi igitur temetipsum et animam tuam solicite* (Deut., 4): «Mira por ti, hombre, y guárdate á ti mismo y á tu alma con grande cautela y solicitud». Si supieses que en esta ciudad están juramentados cien hombres de quitarte la vida y que de noche y de día andan armados buscando ocasión para hacer su hecho, ¿con cuánto temor y recato vivirías? ¿Cómo te guardarías de andar de noche, de salir de casa? ¿Qué compañía, qué reparos buscarías para tu defensa? Pues lo que hicieras por guardar la vida temporal, ¿no es más razón hacerlo por la espiritual tuya y de tu alma? Todo el infierno está conjurado y armado contra ti, y el mundo y tu misma carne con ellos; todos buscan tu perdición. Teme y vela y pon estrecha guarda á tus sentidos, que son las puertas y ventanas por donde entra la muerte. No te duermas, como aquel descuidado marinero á quien se dijo: *Eris sicut dormiens in medio mari, et quasi sopitus gubernator amisso clavo* (Prov., 25). «Serás como el navegante que se duerme en medio de los peligros del mar y como el arraez adormecido que ha perdido el gobernalle». Aquel se duerme en el mar que, puesto en las tentaciones deste mundo, se descuida de refrenar los movimientos de los vicios que son las olas que le combaten; y aquel ha perdido el timón con que se gobierna la nao desde el fin della, que no se acuerda de sus postrimerías. Porque escrito está: *In omnibus operibus tuis*, etc.

CONSIDERACIÓN TERCERA

No son menores las fortunas que corre la Iglesia toda universal, esta nao de gran porte en que navegan todos los fieles en demanda de la tierra de los vivos. Aquí encerró Dios la vida y la salud, porque fuera de la Iglesia todos mueren y perecen, como fuera del arca de Noé todos se anegaron. Aquí provisión de Sacramentos y palabra de Dios; aquí policía y gobierno jerárquico de su piloto mayor que gobierna esta nao, que es Cristo, y su vicario San Pedro y los demás sucesores, con otros oficiales mayores y menores, pero todos pendientes y subordinados al primero. Aquí hay santísimas leyes, legítimas penas, justicia, obediencia, religión, conocimiento del verdadero Dios, el único y infinito sacrificio del altar para honrarle y aplacarle; culto de los santos; todo eso con tantos pasajeros cuantos son los cristianos, echado en el mar deste mundo, en tablas tan frágiles cuales son los humanos sujetos, en que siempre se halla la Iglesia visible, que consta de partes visibles; pero con el árbol de la cruz y la aguja de la asistencia infalible y dirección del Espíritu Santo, y con la carta de marear de la Sagrada Escritura, medida con dos compases de la revelación divina y proposición de la Iglesia; y finalmente, con el gobierno de Cristo que va en ella, y prometió no hacer ausencia hasta la fin del mundo, navegó la nao por medio de los golfos peligrosos y de los mares cruzados. Porque Cristo la rige, no puede ser anegada. *Portæ inferi non prævalebunt.* Mas, porque algunos ratos duerme, puede ser combatida, hostigada y mal tratada, aunque no hundida ni zozobrada. No puede padecer naufragio la Iglesia universal; pero bien pueden y han podido los vientos forzosos y las impetuosas tempestades arrebatarle grandes pedazos de las obras muertas, como vemos en tantas provincias, que habiendo perdido la caridad, y el temor de Dios sacudido de sí como cosa enfadosa, y la buena conciencia, vinieron al cabo á fallecer en la fe y apartarse de la obediencia á la Iglesia Romana y dar en el mar de la infidelidad y apostasía. Hasta ahora, por la misericordia de Dios, en España no hay naufragio; pero no dejamos de correr bravísimas tormentas. No están sin peligro en el puerto los navíos aun sobre amarras y áncoras, cuando el mar anda levantado, y el marullo que quiebra de allá á lo largo, hasta lo más guardado allega; y cuando se quema algún monte, atormen-

ta el humo donde no llega la llama. Así los incendios de al derredor despiertan en España calores y bochornos demasiados; que hay por qué dar clamores hasta el cielo, que se nos entran las aguas del mar tan sin vergüenza por sobre las obras muertas, que no basta á echarlas fuera ya la bomba. Bien sea verdad que no se niega la obediencia á la Iglesia y que se reconoce la superioridad que en ella Dios tiene dada al clérigo de Roma; pero ¿quién no vee en qué se estiman las santas leyes que vienen mandadas de allá, y cuántas contraminas hace el infierno á esta obediencia? No negamos los sacramentos, pero de tal manera los tratamos, que apenas parece que conocemos lo que se nos da y creemos recibir en ellos los que tan negligentes somos y tan remisos en el uso dellos. No decimos, como los herejes, mal de las obras, pero hacemos muchos tan pocas buenas, que no sé yo qué menos hacen los que las niegan ó qué peor viven los que con sola fe piensan salvarse. Sí reverenciamos á los Santos y confiamos en sus sufragios, y guardamos sus fiestas; pero el cómo se guardan es pensarlo lástima, y decirlo afrenta. No burlamos de las indulgencias ni negamos (como los herejes) la potestad que el Papa tiene para concederlas, dispensando los tesoros de la sangre de Cristo; pero cuando viene la Bula la recibimos como si nos pidiesen algún pecho y servicio ordinario, ó los corridos de algún tributo, porque como avaros nos duele sacar esa menudencia que nos piden de limosna; y como indevotos no queremos hacer oración para ganar las indulgencias; y como gente de poca fe y bajos pensamientos no atendemos al provecho de las almas, que es de más importancia que todos los haberes del mundo; y así cualquiera detrimento, por leve que sea, es tan pernicioso, que dice Cristo: *Quid prodest homini, si universum mundum lucretur?* Que si te diesen á escoger: haz un pecado venial y toma el señorío de todo el mundo, serías loco y necio mercader en aceptar tan perdidoso partido. Más pesa ese daño que todo aquel interés, y al contrario, más precioso es cualquiera aprovechamiento espiritual que todo lo que en el mundo es de estimación. *Omnia arbitror ut stercora ut Christum lucrifaciam* (Filip., 3), decía un buen árbitro: «Todas las cosas del mundo tengo por basura y estiércol, respecto de la granjería de Cristo; en solo esto quiero ser rico y en todo lo demás pobre».

CONSIDERACIÓN CUARTA

Con esa riqueza nos convida la Iglesia, que es como nao de tratante que de lejos acarrea su pan. Este pan es Cristo crucificado. *Mittamus ligum in panem ejus*, dijeron los perversos judíos. *Crucem, videlicet, corpus Salvatoris*, explica San Jerónimo. Pues los tesoros de Cristo crucificado, *non corruptibilis auro*, no de oro y plata corruptible, sino la sangre preciosísima del cordero sin mancilla, Cristo, sus méritos, sus satisfacciones infinitas, esa es la cargazón que trae la Iglesia de lejos, no de la tierra, sino del cielo. Aquí habemos de hacer nuestros empleos, con que para siempre seamos ricos. ¿Qué os fatigáis que venga cada año la Bula, que es el requisito de toda esta gran riqueza? En ella viene registrada la sangre de Cristo: por bienes de vivos, por vía de indulgencia, y por bienes de defuntos, por medio de sufragio. ¿Qué mercader se cansaría de que hubiese cada mes feria franca en que á menos precio y de barata comprase mercaderías de gran valor en que tresdoblase la moneda? A más moros, más ganancia, suelen decir. ¿No vees que la Iglesia se llama *navis institoris*, nao de negociador? Que se dice *institor*, como San Gregorio declara: *Assistendo institorem, qui sic vocatur ab antiquis, quod adquirendis multiplicandisque mercibus sedulus insistat*, de la instancia y solicitud con que siempre está sobre sus negocios. Insta la Iglesia una vez y otra, dando siempre á sus hijos materia de enriquecer de nuevo, y como es negocio y mercancía, trae y lleva, da y pide. Lo que da en esta contestación es el tesoro de las satisfacciones de Cristo; y aunque le da de gracia, pide nuestra disposición á manera de precio, para que se cumpla lo que dijo el profeta: Comprad sin plata y sin conmutación alguna. Pues lo que se lleva sin dinero y sin trueque de cosa que lo valga, ¿dado va? Así es verdad; pero dícese comprar, porque le pide al hombre su disposición, la oración por el estado de la Iglesia, la confesión que ha de preceder á la absolución á culpa y á pena, la limosna y subsidio para la guerra contra infieles. Que no son precio de la Bula dos reales, ni lo puede ser todo el oro de Creso ni Midas, Atabaliba ni Motezuma. No es sino disposición y causa de que de vuestra parte ha de haber para gozar de la indulgencia. Porque como el Pontífice no es dueño ni absoluto señor del tesoro de la Iglesia, sino mayordomo y dispensador, y el mayordomo no puede por su antojo gastar la hacienda de su amo, sino conforme al orden que tiene, con causa y razón, es menester que la haya suficiente para que la indulgencia consiga su efecto. La que hay para la concesión de la bula cada año es bastantísima y muy sobrada á las necesidades del Rey nuestro señor, ó mejor decir de la misma Iglesia. Considerad que entre los príncipes cristianos sólo el nuestro hace la causa de Dios; los demás cada cual la propia suya. No tiene la Iglesia en lo temporal otro arrimo, columna fuerte en que estri-

be, estribo que la apoye, muro que la defienda, sino el rey catolicísimo. El sustenta la fe, ampara la religión, mantiene la justicia, conserva la paz; él pelea las batallas del Señor, no por codicia de reinos ni señoríos, sino por oponerse á la furia de los infieles y herejes y defender y ensalzar nuestra santa fe; todo cuelga de su cuidado y providencia. Ha de hacer rostro á toda la morisma, ha de acudir con socorros á Hungría, Bohemia, para lo de Alemania, sustentar guerra en Flandes, resistir á Inglaterra, componer lo de Francia. ¿Para qué, pues que no nos toca? Para que no hagan un rey hereje que acabe de destruir la fe de aquel reino, y con ella peligre la del nuestro, que está vecino, que es mal contagioso la herejía: *serpit ut cancer*, y estando tan cerca, podría inficionar la parte sana. Tan pías y justificadas son las guerras para que se contribuye esta limosna. No lo come, ni lo juega, ni lo gasta mal gastado; el gasto de su casa reformadísimo, casi de un señor particular, no como de tan gran príncipe y monarca como su majestad es. De modo que la causa de la concesión universal abundantísima, cumplidísima es; la particular para que se te aplique á ti este general indulto es esa contribución para tan santa guerra moderada ya en solos dos reales. Claro está que cuantas más veces los dieres, tanto más merecerás, y mayor causa habrá de tu parte para gozar del efecto plenísimo de la indulgencia. Por eso, pues, hacen instancia cada año, no sólo por las necesidades urgentísimas, sino por el bien de tu alma y espiritual interés. *Quare appenditis argentum non in panibus* (Isaí, 55). ¿Por qué gastáis la plata y no en panes? ¿Cómo no os toma codicia de cosa tan sustancial, tan provechosa, tan rica? Para gastos superfluos, para juegos, comidas, ropas y galas, no os duele sacar dineros cada día; ¿y para el sustento, ornato y atavío de tu alma tienes por molesto dar cada año dos reales? Pero qué maravilla, que tomas la bula solo para comer huevos y leche en cuaresma, y para que te absuelvan de las excomuniones, que sin temor de Dios incurres; y en lo demás la echas al rincón del arca, sin acordarte más de rezar ni sacar ánima del purgatorio, ni ganar las estaciones de Roma, ni hacer una confesión con particular cuidado, sobre que caiga la plenaria absolución. ¿Hay quien se aproveche de la bula para esto? Ca, que se nos entra el agua por sobre el bordo y anda ya la nao entre dos aguas, porque duerme sin duda en nuestras almas la palabra de Dios; que si ella estuviese como debía, despierta; si nosotros estuviésemos despiertos para oirla, para obedecerla, otra derrota tenía nuestro navío. Despertemos, despertemos con clamores á Cristo, y digamos de corazón: *Domine, salva nos, perimus.* Que nos vamos á anegar, que se va á fondo, si vuestra majestad no despierta, el navío. ¿Qué turbados debían en aquella sazón de andar los apóstoles, corriendo, resbalando, cayendo? Unos al timón, otros á la vela, éste á la triza, aquél á la escota, cuál al boliche, cuál á los amantillos; ya andan á la bomba, ya zafan el combés y la jareta, ya arizan las cajas que ruedan; ni saben si echarse á mar de través, si correr con el trinquete á medio árbol, sacada la boneta. Es cosa extraña ver en semejantes turbaciones qué poco saben aun los más cursados, porque eso de la aguja, ballestilla, astrolabio y carta es casi para cuando no es casi menester; que hay bonanza, porque con ella todos son astrólogos más que Tolomeo; pero si el cielo se cierra y no parece sol ni norte, y anda el mar de levante y el viento sopla, todo vale nada: todos mandan á gritos, nadie hay que obedezca, los unos á los otros se estorban, y éstos son más ocasión de que el navío se anegue, que le habían de gobernar. Por eso, en despertando el Señor, primero que todo riñe con los apóstoles, que eran los marineros. *Modicæ fidei*, los llama, porque dudaron. ¿Tan grande mal es haber dudado, que en medio de las olas que os anegan, Señor, queréis primero reñirle que poner al gravísimo peligro remedio necesario? Donde toda la perfección está en firmeza, no es sino gravísimo mal poner alguna duda. No sólo los que niegan son los perdidos; porque dudan algunos están para se perder. ¡Oh, si presto me entendiésedes, sin más declararme! Délo Dios á entender. La poca fe es la que aquí se reprehende; cuando no hubiere alguna, en vano es la reprehensión. Poca fe es la que no se descubre en obras. En este naufragio, cristianos, á las obras, á las obras; no á las obras muertas, que esas son las que primero quiebran las olas; obras vivas, obras vivas son las que deseamos: porque no basta esa fe módica, que con ella se anegaran si no despertara el Señor, que en poniéndose en pie, vuelve la palabra, que *vocat ea quæ non sunt, tanquam ea quæ sunt* (Rom., 4); y al mar airado, con enojo y dice con imperio: *Tace, obmutesce.* No fue menester herir el mar con la vara prodigiosa como Moisés, ni poner como Josué el arca sobre el Jordán que iba de avenida, ni el palio de Elías para tajarle en dos partes: á sola la palabra de Cristo despierto, todo calla, y no sólo cesa el peligro de la tempestad, sino *facta est tranquillitas magna.* Aquí en esta serenidad y bonanza hagamos pausa y publiquemos nuestra bula. ¡Oh qué fácil os sería, Señor, remediar con sola vuestra palabra nuestras tormentas, y haríadeslo, si os despertasen las nuestras! *Exurgat Deus*, etc. *Et excitatus est tanquam dormiens Dominus. Opprobrium sempiternum*, etc.

SERMÓN PRIMERO

DEL

DOMINGO CUARTO DESPUÉS DE LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA

Simile est regnum cælorum homini qui seminavit bonum semen in agro suo.

(MAT., 13).

INTRODUCCIÓN

En todo este capítulo 13 de San Mateo parece que el Señor pretendió hacer una tabla y dibujo de la Iglesia y reino cristiano que fundó en este mundo, comenzando desde sus principios y fundamentos y descubriendo por todos sus cursos y estados su fin y paradero, que es el bien de los buenos y el mal de los malos. Entre los cuales, uno es el que dice nuestro Evangelio, que tuvo la Iglesia después de la predicación de los Apóstoles, y durará hasta la fin del mundo, que fue un estado y vida de guerra y de combatientes: porque entonces comenzó el demonio de hacer más recia contradicción á la sementera del Evangelio, sembrando cizaña, que es la herejía, para la corrupción de la verdadera familia del cielo, en aquellos poquitos que prendía. Deste estado dijo San Pablo (Act., 20): *Ego scio quoniam intrabunt post dissensionem meam lupi rapaces in vos, non parcentes gregi, et ex vobis ipsis exurgent viri loquentes perversa, ut abducant discipulos post se.* «Querría que estuviésedes advertidos de lo que agora diré; y es: que no es lo peor de vuestra vida la soledad que os ha de hacer mi ausencia; porque yo sé que en yéndome yo, han de entrar en mi lugar unos lobos hambrientos, que no dejen roso ni velloso de vuestros ganados. Y si no me entendéis esta metáfora, sabed que en volviendo yo las espaldas, se han de levantar hombres de entre vosotros, predicando perversidades, contrarias á lo que os he dicho». Y llámolos robadores lobos, porque junto con echaros á perder el alma, os han gastar la hacienda y destruir la honra; al fin han de hacer todo lo contrario de lo que yo hacía. Yo os admonestaba lo que os convenía, de pura compasión y deseo que tenía de vuestro bien, lo cual mostraban las lágrimas que mis ojos derramaron tres años de día y de noche. *Per triennium nocte et die non cessavi cum lachrymis monere unumquenque vestrum.* Ellos os dirán lo que no os conviene, de puro aborrecimiento que os tienen. Y por no seros pesado, trabajaba con mis manos lo que había de comer; estos os comerán por el pie, por no trabajar con sus manos. Este es el estado de la Iglesia cristiana, á quien su esposo Cristo llama reino de los cielos, porque los que en ella viven son pretendientes del verdadero y seguro reino de los cielos, el cual compara á un hombre labrador que sembró buena semilla y limpia en la tierra de su cortijo.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Simile est regnum cælorum homini. No hay para qué preguntar por qué se compara Dios al hombre, pues lo es; y por eso se compara, porque lo es. Así este hombre á quien es semejante el reino de los cielos, según la explicación de Cristo, es él mismo: *qui seminat bonum semen, est filius hominis.* Y si preguntáis por qué se llama buen sembrador, digo que se llama así porque por eso siembra, porque es hombre, porque había de ser sembrador de la buena doctrina del Evangelio, de la fe cristiana, de la gracia y virtudes, lo cual sembró en la tierra deste mundo mediante su humanidad; y así se llama hombre, no sólo porque es de la naturaleza de los hombres, sino porque tiene la virtud

de la humanidad, benignidad y misericordia; y éstas se manifestaron por la sementera que hizo en la tierra de nuestras almas. Por eso se llama hombre sembrador. Agora mirad á San Pablo, cómo puso por efecto de la humanidad y benignidad y misericordia el sembrar de Cristo. *Eramus enim et nos aliquando insipientes, increduli, errantes, servientes desideriis et voluptatibus variis, in malitia et invidia agentes, odibiles, odientes invicem* (Ad Tit., 3) Antes que Dios se hiciese hombre y comenzase á cultivar corazones y sembrarlos de semilla, ¿qué pensáis que era nuestra sementera, sino ignorancias, infidelidades, errores, sujeción á nuestros ruines deseos y varios deleites, malicias é invidias contra nuestros prójimos, aborrecimientos, malas voluntades? Pero después que *apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri, non ex operibus justitiæ*, etc. *Renovationis spiritus sancti*. Pero después que Dios, no movido de los servicios que le habíamos hecho, sino de su misericordia, se condolió de nuestra perdición, viendo cuán mal nos había de acudir la semilla que sembrábamos, comenzó á mostrar su humanidad, socorriendo á la esterilidad que teníamos de buena semilla; hízose humano condecendiendo con nuestra flaqueza, y toma él la mano para sembrar la tierra de nuestra alma, rompiendo primero el eriazo que en ella estaba de malas semillas y poblándola de la buena que él siembra; y en el lugar donde estaba sembrada la ignorancia siembra la sabiduría; y donde estaba la infidelidad, puso fe viva; y donde estaban errores, pintó la verdad; y el corazón que éstaba hecho á ruines deseos y peores deleites, hácele que esté sujeto á la razón; y en la tierra de la malicia é invidia sembró bondad y caridad. Toda esta sementera hace la humanidad y virtud moral de Cristo. De ella nace sembrar tan buena semilla en la tierra de nuestras almas, barbechada por el Espíritu Santo, *quem effudit in nos abunde, per Jesum Christum Salvatorem nostrum, ut justificati*, etc. A este hombre, sembrador de la buena semilla, compara Cristo con el mundo. Hace comparación de su persona cuando está ocupada en hacernos tanto bien como es darnos su conocimiento, fe, gracia y virtudes, á los hombres que están en el mundo, unos durmiendo, otros sembrando cizaña, destruyendo el conocimiento de Dios, quitando la fe, destruyendo la gracia, arrancando las virtudes, y este mundo que consta de todos estos, dice que es semejante á él. ¿En que está, Señor, esta semejanza? Vos siempre velando, guardando vuestro cortijo, ellos durmiendo; vos ocupado en sembrar buena semilla, ellos en sembrar mala. ¿En qué está la comparación? *Quæ societas lucis ad tenebras? aut quæ conventio Christi ad Belial?* (II Cor., 6). Mucho debéis, Señor, desear la semejanza de los hombres, pues siendo tan desemejantes, les llamáis semejantes; siendo tan desiguales, les halláis comparación con vos. ¿Tan bien agradecidos fueron los hombres á la merced que les hicistes en criarlos á vuestra semejanza, que merezca su agradecimiento que los igualéis y comparéis con vos? Paréceme á mí, Señor, que estimando ellos tan poco la vuestra, no hay por qué aprovechéis vos tanto la suya que le digáis semejante á vos. *Simile est regnum cœlorum*. Dícenos semejantes; que es decirnos: querría que fuésedes semejantes á mí; para eso se hace semejante á nosotros, para que nosotros nos hagamos semejantes á él. De aquí es, que habiendo los hombres perdido la semejanza de Dios y héchose semejantes á los brutos, para que la cobrasen se hizo semejante á ellos, y después de hecho semejante á ellos dijo: *Estote misericordes sicut Pater vester misericors est*. Haceos semejantes á Dios, volved á cobrar su semejanza, siendo misericordiosos como él lo es. *Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, ut sitis filii patris vestri, qui solem suum oriri jacit*, etc. Haceos sememejante á vuestro padre Dios, amando á vuestros prójimos; cobrad la semejanza que con él teníades de amor. *Estote ergo vos perfecti, sicut pater vester perfectus est*. Volved á cobrar aquella perfección, aquella hermosura antigua que teníades comunicada con Cristo, padre celestial. *Discite a me quia mitis sum et humilis corde*. Cobrad la semejanza que con Dios teníades, de la mansedumbre y humildad, haciéndoos semejantes á mí. Así agora: *Simile est regnum cœlorum homini, qui seminavit bonum semem*. Haceos semejantes á mí, que siembro buena semilla de virtudes; cobrad esta semejanza que tenéis perdida, dejad de hacer sementera de vicios y hacedla de virtudes; pareceos en el sembrar á Dios, y pues él siembra fe, caridad, esperanza en la tierra de vuestra alma, que es tierra suya y campo suyo, así vos en esa misma tierra que de él tenéis á renta, habéis de sembrar lo propio, porque se pueda de vos decir: *Simile est regnum cœlorum*; que habéis cobrado la semejanza de Dios, que sois hijo suyo, heredero de su reino, á quien llama semilla buena: *Bonum semen sunt filii Regni*.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Cum autem dormissent homines, venit inimicus, etc. Cosa extraña es cuán á punto está el demonio para hacer mal á los buenos. Como es enemigo de Dios, apenas se ha mostrado Dios tan malavez con uno, cuando luego el demonio toma armas contra él; y así dice Cristo en su parábola antes de ésta que la semilla que cayó

cerca del camino, *venerunt volucres cœli et comederunt illa.* En cayendo en el suelo, en el aire, coge esta ave del infierno el favor que Dios hace al bueno. Apenas acabaréis de leer el felicísimo estado en que estaban nuestros padres primeros, aquella dichosa sementera que el Señor había hecho en este campo del mundo, criando á nuestros padres primeros, cuando veréis luego al Espíritu Santo avisando que el demonio ha asentado su real contra ellos. *Sed et serpens erat callidior*, etc. Veréis á un Job, en alabándole Dios de ser sementera suya, *vir erat in terra Hus nomine Job*, luego atribulado el demonio *quadam autem die.* Y con ser así que él nunca duerme y que está tan á punto, usa de maña en hacernos mal; no os acomete cuando estáis velando, pero en durmiéndoos, luego es con vos; y cuando no os durmiéredes, luego os echará sueño, y si sois súbdito advertido, ordenará cómo vuestro prelado sea descuidado, para que por aquella vía os descuidéis vos: y si tenéis madre, usará della para vuestra destruición, porque es de quien menos os recatáis. Recia cosa es que no haya hora segura con este enemigo, en la cual pueda un hombre descansar un rato. Apenas se habían los labradores dormido, cuando está sembrando mala semilla donde ellos tenían sembrado buen trigo: no deja pasar ocasión. Todo esto nos persuade el poder del demonio ser grande; y que ha menester Dios y ayuda contra él. San Pablo lo explica á los Efesios: *De cætero, fratres, confortamini in Domine*, etc. Mucho miedo pone enemigo tan fuerte; fuerte es, pero no son tanto fuerzas con las cuales os vence, como astucia y maña, que fuerzas mayores las tenéis vos. *Induite vos armaturam Dei.* Todo su negocio es ardides y cautelas Usando, pues, deste ardid, *superseminavit zizania et abiit.* ¡Qué amigo es Satanás destas mezclas, cizaña con trigo, enemistades con cristiandad, venganza con castigo, ambición con gobierno, buenos con malos! Los filisteos hicieron allá una ensalada que hace muchas veces Satanás. Llevan el arca del testamento que habían captivado, y pónenla en su templo entre los ídolos. ¡Qué mala ensalada, comunión y confesión con el alma llena de ídolos, de ambiciones, de venganzas! ¡Qué mezcla tan mala, con amor demasiado á las criaturas hablar con Dios! ¡Los pies en el altar y el corazón en la calle! *Dimitte nobis debita nostra* en la boca, y en las manos desollando al pobre! ¡Qué mala junta, manos de Esaú y voz de Jacob! ¡Qué mala música hace *pax, pax, et non erat pax*, no habiéndola! ¡Qué asco pone ver en una talega de un ciego pan y tocino y sardinas! Pues dello es amigo el demonio, y eso pretende y acaba con los hombres. Por ahí tiene él ciertos sus lances y derriba á lo más granado del mundo; por esta vía conquista á los recogidos, por esta vía vence á los que ha largos tiempos que sirven á Dios y tratan de virtud. ¡Oh qué vencido tenía Satanás al caro obispo del Apocalipsis por este camino, juntando en él calor y frialdad, que hacen un mixto de tibieza que revuelve á Dios el estómago! *Scio opera tua, quia neque frigidus es neque calidus: utinam frigidus esses aut calidus! sed quia tepidus es nec frigidus nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo, quia dicis quod dives sum, et locupletaris et nullis eges; et nescio quia tu es miserabilis, et pauper et cæcus et nudus* (Apoc,. 3). Parece esta sementera de Satanás cizaña que parece trigo, y no lo es; obra suya, que piense el hombre que puede mucho con Dios y sea miserable que no pueda nada; que piense que vee y esté ciego; que está vestido de virtudes y está desnudo con sola la ropa que nació de su desnudez. Es muy amigo el demonio de edificar sobre arena; que admitan los hombres en la tierra de su alma vallico que parece trigo y no lo es. Bien huelga que tenga Jacob la vestidura sangrienta de Josef en las manos y que diga: *Tunica filii mei est.* Pero que á Josef le haya muerto una fiera, *sed fera pessima devoravit eum.* Bien para él con que el fraile traiga el hábito santo, que es la vestidura de Cristo sangrienta; pero quiere que no haya más del hábito y que al fraile se lo trague la avaricia y le derribe la ambición y le empoce la deshonestidad; que no haya más que el hábito. Bien sufre él que seáis mercader de buen nombre, pero que seáis ladrón, etc. Quería él que hiciésedes vos lo que veis algunas veces en los templos, que está un bulto con unas llaves y sin cabeza, y decís: Este es San Pedro; y otro con una espada y sin manos, y decís: Este es San Pablo; y no hay más de las llaves y la espada de los santos. ¡Grande lástima es que haya acabado tanto el demonio con los hombres, que no haya más que fe y sin manos; lobos, mas con pieles de ovejas; en los prelados no hay más de color! Una cruz que está en el camino hanla echado tantas piedras que ya no hay cruz; no quedan más de la piedras con que está sepultada la cruz de Cristo y su paciencia. El uno echa una piedra y el otro otra; el uno un descuido, el otro otro, el otro una ambición, el otro una deshonestidad, etc. Ya, Señor, vuestra cruz está encubierta, no hay más que piedras; vuestro trigo está ahogado debajo de la tierra, porque la cizaña se sembró encima. Vuestros escogidos están acoceados, vuestra hacienda perdida; los labradores duermen, el demonio vela; aquellos están con seguridad, el demonio usa de cautela. Vos, Señor, parece que os descuidáis y no miráis por vuestra tierra, y así el enemigo siembra en el mejor lugar della que es *in medio tritici;* sembró la

cizaña en medio del trigo, en el lugar más seguro, donde menos se podía sospechar que allí hubiese otra cosa más que trigo.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Oid esto, que es una manera de llevar almas al infierno subtil. Si sembrara el enemigo junto al camino pudiera ser que vinieran las aves y se comieran la semil a; ó si la sembrara entre piedras, quizá no naciera. Si tentase siempre el demonio al principio de la conversión de un hombre, no se admitiría su tentación, porque entonces está el hombre muy recatado, ó si tentase á hombres que no han dejado del todo de ser piedras, que aun todavía tienen los corazones empedernidos, no haría tanto mal; pero que siembre en medio del trigo, que tiente cuando el hombre va en medio del camino de la perfección, y que allí venga y acabe con el hombre lo que quisiere, es cosa digna de temer; porque es una de las trazas más parecidas al ingenio de Satanás. Muchas veces el demonio, cuando no puede derribar al justo al principio de su conversión, no le puede hurtar la tierra de su corazón para sembrar en ella su semilla, le deja asegurar, no tentándole por algún tiempo; y después que le ve seguro y confiado, pensando que ya va con pasos contados al cielo, le acomete y le pone un lazo en el camino, en el cual el hombre caiga y se quiebre los ojos, para que no prosiga la obra comenzada; y ya que no pudo atajar las fuentes y principios de las buenas obras en este hombre, procura quebrar los atanores por donde va encañada el agua; y pónele una gloria del mundo para que, ya que al principio no la pretendió, á lo menos ofreciéndola en el camino la acepte, holgándose con ella, por ser tenido por bueno; por lo cual el alma se va deshaciendo de sus fuerzas, como con un dolor de cabeza que priva la gana del comer se va deshaciendo el cuerpo Unas veces se ofrecen al alma unas iras y enojos, las cuales la inquietan. Otras veces le vienen unas tristezas que le cargan demasiado, que le ponen en aprieto de desesperar y le quitan la gana del rezar y del confesar; y la buena obra que iba clara con la buena intención, oscurécela con la tristeza del corazón y tanto es peor cuanto se enseñorea más en el alma. Otras veces mezcla en el alma que camina para el cielo unas alegrías sin concierto que quita al alma mucho del valor y peso que había de llevar en sus buenas obras. Considerando estos lazos David decía: *In via hac qua ambulabam, absconderunt superbi laqueum mihi* (Salmo 141). Señor, si yo fuera descaminado, si fuera por desiertos que hubiera lazos, no era de maravillar; pero *in via*, en este camino real, aquí haya lazos, y en un camino tan pasajero y siendo yo tan conocido no haya quien me conozca. *Considerabam ad dexteram*, de los servicios que os había hecho, y parece que ninguno me conocía, para darme la mano, para sacarme del lazo; y que estuviese tan cercado de salteadores y de lazos que *periit fuga a me*, que no tenga por donde salir ni evadirme huyendo. Todos esos son ardides de Satanás. En lo que menos os recatáis, os arma; en la senda más común y más seguida os pone el lazo. Ahora oid un cuento al propósito, de Jeremías, capítulo cuarenta y uno, donde dice que viniendo ochenta hombres que se habían juntado de Sichen y de Silo y de Samaria á ofrecer sacrificio á Dios, el traje que traían era *rasi barba, scisis vestibus, et squalentes*: «Rapadas las barbas, rotas las vestiduras y tristes»; venían hechos unos novicios de esos que veis salir á la Salve. Les salió al camino Ismael, *filius Nathaniæ* Y dice la Escritura que iba llorando y caminando; encontróse con ellos y díceles: *Venite ad Godoliam, filium Ahican*; y en llegando á una plaza que estaba en medio de la ciudad, los mató. Al propósito agora. Los ochenta varones que van á ofrecer á la casa de Dios incienso y dones son los buenos que van en el camino de la virtud; quieren ofrecer sacrificio y buenas obras, caminan con buena intención; traen las barbas rapadas, que es venir sin confianza de sus fuerzas, sino fiado en Dios; las vestiduras rotas, porque traen el cuerpo sujeto á la razón; ninguna exterior buscan, teniendo puesta su honra y favor en Dios; y vienen tristes por lo poco que hacen; pero en el camino de las buenas obras encuentran con el enemigo Ismael, que es el demonio, hecho tal por su soberbia, y póneles el lazo de su maldad en el camino, acompáñase con ellos y va con ellos llorando, fingiendo santidad; duélese de vuestras lágrimas, lastímale vuestro ayuno como hizo con Cristo; cúbrese de hábito de virtud para que le deis posada en el alma; siembra en ella semilla que parece á la que vos y Dios sembráis en ella, y daos á entender que el camino que os enseña os llevará á mayor perfección. Dejad ese camino y vamos á Godolías, el prepósito del templo, y cuando vais al medio de la ciudad, donde pensáis estar más seguro de salteadores, os quita la vida. ¡Mirad si es para temer esta cautela! Que tema el hombre que está en pecado, tiene por qué temer; pero el justo con buenas obras ¿por qué? Porque son grandes las cautelas del demonio. ¡Pues qué remedio? ¿Qué? El que tomaba David cuando se veía cercado de lazos: *Clamavi ad te, Domine*, daba voces. *Dixi, tu es spes mea.* Pues no hay otro remedio; acogeos á vuestro tesoro, como lo hicieron diez de aquellos hombres, por que no los matase Ismael. *Habemus t*

ros in agro. En conociendo la cizaña, la mala semilla, el lazo del enemigo, un *vim patior, responde pro me*, y una voz á Dios, *non ne bonum semen seminasti*; buena semilla sembrastes vos en mi alma; ¿de dónde ha venido esta mala yerba? que él os consolará diciendo: *Inimicus homo hoc fecit*. El traidor del hombre ha hecho esto; la desobediencia de vuestro padre causó tanto daño, que aunque el demonio fue autor principal de la sementera de los malos, pero poco pudiera él si él no le diera la tierra de su alma, y asi dice: *Inimicus homo*. Y así, por donde el demonio pensaba quitaros las fuerzas, las vendréis á cobrar mayores. Porque viendo que la mala semilla de vuestra alma es de vuestra cosecha y la buena es de Dios, os humillaréis: y humillado en vuestro conocimiento subís más en el de Dios; y conociendo que la semilla que el demonio siembra en vos es contraria á la que Dios siembra, tomaréisle tan grande odio, que vais á Dios y le digais: *Visimus et colligimus ea?*

CONSIDERACIÓN CUARTA

Non; ne forte colligentes zizania, eradicetis cum eis simul et triticum. ¡Qué buen amparo y defensa de la República son los buenos! Agora entiendo lo del profeta Isaias: *Nisi Dominus Sabaoth reliquisset nobis semen* (7). ¿Qué fuera del mundo, si en él no hubiese buenos? Ya no hubiera mundo. Sino, preguntádselo á Sodoma por qué fue destruída, sino por falta de buenos; á Datán y Abirón, por falta de buenos se los tragó la tierra. Los buenos hacen que la tierra sustente á los malos, y la mar los sufra á quien los cielos no pudieron sustentar. Gobiernos de las repúblicas, *currus Israel*, llamaba Elíseo á su buen maestro Elías, defensor de Israel, carro falcado, fortaleza y amparo del pueblo. Veamos Elíseo, qué arneses, qué armas, qué caballos, qué artillerías veis vos, para llamarle carro de Israel fuerte. *Vir pilosus et zona pellicea accinctis renibus* (IV Reg., 2). Todo aqueso no es aderezo que suena á guerra y defensa, sino muy gran rudeza y flaqueza; y con todo eso no os contentaréis de llamarle el carretero, no soldado, sino *currus et auriga*. Capitán que pelea y guía. De aquí veréis que la defensa de algunas ciudades no es tanto en las armas como en la bondad, porque ésta las hace inexpugnables. ¡Oh, qué bien sabía esta fuerza de la bondad aquel buen sacerdote Eliachin, cuando hablando con los de Betulia, temerosos de ver que venía sobre ellos Holofernes, capitán general del ejército de Nabucodonosor, les dice: *Scitote quoniam exaudiet Dominus preces*. Sed buenos, perseverad en la bondad, y acompañando los ruegos que á Dios hacéis con bondad de vida, no temáis, porque la bondad todo lo vence. Y si queréis un ejemplo vivo, acordaos de Moisén, cómo venció al poderoso ejército de Amalech no con armas, sino con buenas obras. No con la espada en la mano, sino con las manos hacia el cielo; no peleando bien, sino obrando bien se defienden las repúblicas. Este secreto descubrió Dios al alma, después de haber buscado y preguntado qué mercedes le haría cuando le viniese á ver, qué dones le daría á las primeras vistas. *Quid faciemus sorori nostre, in die quando alloquenda est?* (Cant., 8). ¿Qué le daremos agora á nuestra hermana, cuando nos viniese á ver, que bien le estuviese? *Soror nostra parvula, et ubera non habet*. Es flaca, no tiene pecho para defenderse, y así, *quid faciemus?* ¿Con qué la haremos fuerte? Y como quien sabía en qué estaba la fuerza, dice y responde: *Si murus est, ædificemus super eum propugnacula argentea*. Pues es fortaleza, hágamosle unos baluartes, unas defensas, unos traveses de plata, que es puridad de vida por su resplandor y blancura, y por su sonido significa el buen ejemplo y doctrina. Démosle buenos á nuestra hermana la Iglesia, que la amparen y defiendan y fortifiquen. Y así, viéndose con buenos tan fuertes, dice: *Ego murus et ubera mea sicut turris*. Agora me hallo fortísima, como ciudad torreada, porque mis pechos (que son los buenos que sustentan y dan vida á la república) son fuertes como torres; tan fuertes como aquesto se hallan los buenos, los gañanes de aquel labrador, cuando le dicen: *Visimus et colligimus ea?* Señor, con fuerzas nos hallamos para vencer y destruir á puñadas á los innumerables ejércitos de los malos, esa mala casta y linaje de semilla que el enemigo vuestro sembró: ¿queréis que lo hagamos? No, porque, aunque podáis, no conviene, *ne forte colligentes zizana, eradicetis cum eis simul et triticum*. Corre peligro el trigo, y á trueque de guardarlo sufriré la cizaña. ¡Qué bien paga Dios al bueno el respeto que le tiene! ¡Qué de cortesía usa con él! ¡Cuán á su cargo toma sus negocios! En diciendo los criados: Señor, ¿queréis que os sirvamos en limpiar y escardar vuestros panes? No, que corréis vosotros riesgo, y está á mi cargo mirar yo esto. Porque está á cargo del prelado proveer no haya escándalos, que es mayor mal que sufrir el pecado oculto. No arranquéis la cizaña, que parece mucho al trigo; que se escandalizaría el trigo. No desfavorezcáis las buenas aparencias, que será ocasión de que perezcan muchas buenas existencias. Y como éstas las quiere Dios mucho, sufre mucho todo aquello que en alguna manera les parece. No las arranquéis, *ne forte eradicetis triticum*. ¡Qué cuidado del trigo! ¡Qué cuidado tiene David de avisar á Joab el

guarde á su hijo Absalón! *Observate mihi puerum Absalon.* No le matéis. Que no vamos á eso, sino á destruir nuestros enemigos. No quisiera que los destruyérades, porque no peligrase mi hijo Absalón. ¡Qué cuidado de mandar al demonio no toque en Job su siervo! *Universa quæ habet in manu tua sunt, tantum in eum ne extendas manum tuam.* Allá en la hacienda, que es todo tocarle en la ropa, norabuena; pero á él, guárdamelo como los ojos, no me lleguéis, no me cojáis la cizaña, que lastimaréis el trigo. *Sinite utraque crescere usque ad messem.* Señor, que ahoga y no deja crecer ni medrar el trigo. ¡Ah! que no lo entendéis; que es diferente la medra deste trigo de los buenos: que en no medrar en el mundo está su medra; y porque para esto sirven los malos, esa mala semilla, por eso *sinite utraque crescere.* Ya buenos son los malos para los buenos, como son provechosos los buenos para los malos; que si los buenos defienden á los malos de la ira de Dios y los libran de su justicia, los malos hacen á los buenos tener más cabida con su misericordia: y si por los buenos sufre la tierra á los malos y les da lugar, por los malos recibe el cielo á los buenos y tienen más alto lugar, porque les son ocasiones de mayores y más merecimientos. Y si los buenos amparan á los malos, por éstos son los buenos más bien amparados; y aquí veréis que si permite Dios que *qui in sordibus est, sordescat adhuc* (Apocalipsis, 22), que el pecador vaya de mal en peor, por los males y pecados, es porque *qui justus est, justificetur adhuc*; porque el justo vaya de bien en mejor en los bienes y en las virtudes. Bien pudiera Dios matar á Caín, cuando mató á su hermano Abel, y no lo hizo; antes le puso una señal para que en viéndole nadie le matase. *Posuitque Dominus in Cain signum.* Porque ha de tener hermanos buenos y les ha de ser provecho; y por esta razón no mató Dios en el desierto todos los enemigos del pueblo de Dios, antes dejó los cananeos, *ut in eis*, dice el texto, *erudiret Israel.* Para enseñarle á vivir y á pelear, y para hacer experiencia si guardaban los mandamientos de Dios ó no. Esto lo descubre la tribulación y el trabajo, de que es causa el malo. El malo sirve al bueno como de un crisol donde se purifica y hermosea; el malo le hace tener cierta la compañía de Dios, porque tiene palabra suya que en siendo atribulado dél, *cum ipso sum in tribulatione* (Salmo 30). Siendo, pues, esta cizaña tan provechosa para mi trigo, dice Dios, no la arranquéis, dejadla que crezca: que no es mala para el trigo, sino para sí propia. El malo para sí es malo, que para el bueno no es sino bueno. Que después es aquí respondido á la queja de los buenos que siempre dicen: *Quare via impiorum prosperatur?* Que es la razón; lo uno porque se conozca el demonio por la semilla que siembra; lo otro, porque son provechosos para los buenos á quien sirven de vivir con recato y no dormirse; sonles ocasión de mejorar en la vida, de crecer en la gracia y alcanzar alto lugar en la gloria.

SERMON SEGUNDO

DEL

DOMINGO CUARTO DESPUÉS DE LA OCTAVA

DE LA EPIFANÍA

Simile est regnum cœlorum, etc.

(Mat., 13).

INTRODUCCIÓN

Cosa cierta es y averiguada que en el mundo hay buenos y malos, justos y pecadores, fieles é infieles, herejes y católicos; y no solamente hay en el mundo esta junta y mezcla de buenos y malos, pero también en la Iglesia cristiana. Es lo que dijo el apóstol San Pablo: *In magna autem domo, non solum sunt vasa aurea et argentea, sed etiam lignea et fictilia* (I, Tim., 2). Por esta grande casa se entiende la Iglesia católica. *O Israel, quam magna est domus Domini!* (Baruc., 3). Por los vasos preciosos de oro y de plata se entienden los buenos

y predestinados, según aquello del Eclesiástico: *Vas auri solidum, ornatum omni lapide pretioso.* Y Cristo dijo de San Pablo: *Vas selectionis est mihi iste* (Act., 9). Por los vasos viles de madera y de barro se entienden los malos y precitos. *Cor fatui quasi vas confractum.* ¿Y quién fue la causa ó ocasión de que hubiese en la Iglesia esta mezcla de buenos y malos, predestinados y precitos? El pecado. Así lo dice San Gregorio en el libro cuarto de los Morales; donde afirma que si el primer hombre no pecara, no hubiera más de los predestinados y escogidos. *Si parentem primum nulla peccata putredo corrumperet, nequaquam ex se filios gehennæ generaret; sed hi qui per Redemptorem salvandi sunt, soli ab illo electi nascerentur.* La cual sentencia recibe Santo Tomás en la primera parte, donde dice: que si Adán no pecara, los hijos que engendrara no serían hijos de condenación; no porque no pudiesen pecar, pues no estaban confirmados en gracia, sino porque de hecho no pecarían: *Propter divinam providentiam, per quam a peccato conservarentur inmunes.* Puédese esto colegir de aquel lugar del capítulo 3 del Génesis, donde dijo Dios á la mujer: *Multiplicabo erumnas tuas et conceptus tuos.* No porque ella tuviese antes algunas miserias, sino porque habían de ser las suyas más que las del hombre. Multiplicaré tus vientres y tus partos; es decir, haré que sean más de los que debían ser, porque nacerán de ti buenos y malos, predestinados y precitos. Y así vemos en el primer capítulo del Génesis que después de haber Dios producido á Adán y Eva, dice la sagrada Escritura que *benedixit eis et ait: crescite et multiplicamini, et replete terram.* Entonces, antes del pecado, sólo les dio facultad Dios para engendrar hijos de bendición. *Benedixit eis.* Porque los malos no son sino hijos de maldición, de ira, pues ha de caer sobre ellos aquella terrible maldición: *Ite, maledicti,* etc. Y después del pecado de nuestros primeros padres, dijo Dios á Abraham: *Multiplicabo semen tuam sicut stellas cœli, et velut arenam quæ est in littore maris.* Multiplicaré tu generación, no sólo en cuantidad, sino también en la calidad: que los justos serán como estrellas del cielo, resplandecientes con la hermosura y belleza de la virtud; y los malos serán muchos en número, como la arena que está en la ribera del mar, y semejantes á ella en sus condiciones y calidades; terrestres y estériles, sin fruto de buenas obras dignas del reino celestial. Colígese de lo dicho que entre otras cosas que abrió la puerta el pecado, fue para que en el mundo hubiese aquesta mezcla de malos y buenos; y no sólo en el mundo, sino también en la Iglesia. Como en el vientre de Rebeca había dos niños, Jacob y Esaú, y antes que naciesen tenía Dios el uno reprobado y el otro escogido; así en el vientre de la Iglesia hay buenos y malos, y esta junta durará mientras durare esta vida, y mientras no estuviéremos en la gloria, porque allí los buenos y predestinados permanecerán. De aquí se entiende un lugar de San Juan: Dijo Cristo, habiéndose levantado Judas de la mesa el jueves de la cena y salido fuera: *Nunc clarificatus est filius hominis*, agora queda significada ó representada la gloria. Este verbo *sum, es, fui,* quiere decir en la sagrada Escritura algunas veces lo mismo que significar ó representar. *Petra autem erat Christus* (I, Corintios, 10). La piedra significaba á Cristo. *Semen est verbum Dei:* quiere decir, significa la palabra de Dios. *Nunc*, ahora, se representa la gloria que tendrá el Hijo del hombre en el juicio, donde los malos serán apartados de los buenos. De manera, que mientras no estuviéremos en la gloria, ha de haber esta mezcla de buenos y de malos. De aquí nacen las diferentes voluntades, propósitos y inclinaciones de los hombres, las cuales siempre se han visto en ellos desde el principio del mundo. De los dos primeros hermanos que hubo, Abel y Caín, el uno fue inclinado á oficio de pastor. *Fuit Abel pastor ovium.* El otro á oficio de labrador. *Et Cain agricola.* Nace Seth en lugar de Abel, para que llevase adelante la casta de los buenos, y fue inclinado á una cosa tan buena como es invocar el nombre del Señor, pues fue de él de quien nació Enós, *qui cœpit invocare nomen Domini.* Pero por la línea de Caín nacen otros inventores de cosas malas y profanas. Hay en ella un Lamech inventor de la bigamia, el primero que se casó con dos mujeres sin licencia de Dios. Hay un Jabel que hizo granjería de criar ganados, *qui fuit pater habitantium in tentoriis, atque pastorum.* Hubo un Jubal, inventor de la música; *Ipse fuit pater canentium in cythara et organo.* Hubo también un Túbalcain, inventor de las armas y herrerías, *qui fuit malleator et faber, in cuncta opera æris et ferri.* Después en la segunda edad, Noé tuvo diferentes hijos en las inclinaciones, obras. Abraham en la tercera edad tiene dos hijos, Isaac y Ismael, muy diferentes. Isaac tiene otros dos: Jacob y Esaú, tan contrarios en las condiciones, que desde el vientre de su madre sacaron las enemistades pegadas á la misma naturaleza. Jacob tuvo otros, ni más ni menos, en los cuales la diversidad de las inclinaciones causó enemistades. Notorias son las enemistades de los once hermanos con Josef, y las de Jacob y Esaú, y las de Isaac y Ismael; y finalmente, para concluir, dice San Pablo: *Quomodo tunc is qui secundum carnem natus fuerat, persequebatur eum qui secundum spiritum: ita et nunc* (Galat., 4). No quiso Dios que esto fuese aca-

so, ni que malos y buenos, precitos y predestinados, morasen juntos en esta casa de su Iglesia, sin gran fin. Y ¿qué fin pretendió Dios en esto? La manifestación de su gloria y grandeza; este es el fin que Dios pretende en todas sus obras, así de naturaleza como de gracia. *Gloria Domini plenum est opus ejus* (Ecles., 42). Por esto quiso crecer y producir muchas criaturas en lo natural, porque la grandeza y perfección de su bondad se manifestase; y porque no se podía manifestar por una criatura, hizo otras muchas, para que lo que no se podía manifestar por una se manifestase por otra. Lo mismo pasa en lo sobrenatural y en las obras de gracia. Si Dios criara solos los buenos y predestinados, manifestárase sólo su misericordia en justificarlos y glorificarlos; y si solamente criara los malos y precitos, manifestara sola su justicia en castigarlos. Pues para que se manifiesten juntamente su misericordia y justicia, y la grandeza de sus perfecciones y atributos, haya buenos y malos; y porque su misericordia resplandece sobre todas sus obras, *miserationes ejus super omnia opera ejus* (Salmo 14). Esta campea más junto á su justicia, y por esto quiso que en su Iglesia viviesen juntos buenos y malos, para que la misericordia que hace á los unos se manifestase más por la justicia que ejecuta en los otros. Lo cual declara maravillosamente el apóstol San Pablo, aludiendo á la misma metáfora de los vasos. *Sustinuit in multa patientia vasa iræ, apta in interitum, ut ostenderet divitias gloriæ suæ in vasa misericordiæ, quæ præparavit in gloriam* (Rom., 9). Para que más claramente se vean las misericordias que usa con nosotros, de ver el castigo y justicia que hace en los otros, porque *opposita juxta se posita, magis dilucescunt*. Parece que no gozáis bien del abrigo sino es viendo á otro dar tenazadas de frío; ni el que está debajo de lo techado goza de no mojarse sino en viendo á otros que se mojan. Ni más ni menos, no se manifiesta tan bien la misericordia que Dios hace á los buenos, ni se goza della tanto, como viendo la justicia y castigo rigoroso que ejecuta en los malos. Es lo que dijo Dios por Isaías: *Ecce servi mei comedent et vos esurietis; ecce servi mei bibent et vos sitietis; ecce servi mei lætabuntur et vos confundemini; ecce servi mei laudabunt me exultatione cordis et vos clamatis præ dolore cordis* (65). Pone junto á la hambre, sed, confusión y miseria de los malos y réprobos, la hartura, gloria y descanso de los buenos, para que mejor se vea y se goce. Ese será particular gusto y sainete de los buenos: ver la pena de los malos, porque en ella veen la rectitud y hermosura de la justicia divina. Este es, pues, el intento del Señor en esta parábola del Evangelio presente, diciendo: *Simile est regnum cœlorum homini qui seminavit bonum semen in agro suo*, y que después el enemigo sobresembró cizaña en medio del trigo. Por la cizaña se entienden los malos. *Filii nequam*, como declaró el mismo Cristo un poco después en este capítulo 13. Por el trigo, los buenos. *Semen sunt filii regni*. Crece el trigo, y la cizaña juntamente, en una misma haza hasta el tiempo de la siega, que es el día del juicio, cuando la cizaña de los malos se arrojará en el fuego del infierno, y el trigo de los escogidos se llevará al granero del cielo. Esto es lo literal; vamos por el Evangelio diciendo algo en el sentido moral, para edificación de nuestras costumbres.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

Simile est regnum cœlorum, etc. Aunque Cristo explicando esta parábola á sus discípulos, dijo que la buena semilla son los hijos de Dios y herederos de su reino, y que el campo es el mundo; pero en el sentido moral, bien se puede entender por la buena semilla la fe, la gracia y la doctrina evangélica, por la cual vienen los hombres á ser hijos de Dios y herederos de su reino celestial; y el mundo donde Cristo hizo esta buena sementera, no es el de los malos, de quien dijo él mismo á sus discípulos: *Ego elegi vos de mundo; si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret*, sino el mundo de los fieles y justos, que es la Iglesia de Cristo, de quien dijo: *Non venit filius hominis ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum*. Es, pues, la buena semilla que sembró Cristo en este mundo y campo de su Iglesia la doctrina evangélica que sembró en los corazones de los fieles: primero por su persona, no sólo con palabras y sermones, sino también con sus ejemplos, sudor y trabajos, y después por sus Apóstoles y ministros. Desta semilla nacen los verdaderos hijos de Dios, como dijo el apóstol San Pedro: *Renati non ex semine corruptibili, sed incorruptibili, per verbum Dei vivi et permanentis in æternum* (I Pet., 1); renacidos, no de semilla corruptible, *quia quod natum est ex carne, caro est; et quod natum est ex spiritu, spiritus est* (Joan., 3), sino por la palabra de Dios vivo. Esta es toda la palabra evangélica que los apóstoles recibieron de la boca de Cristo y la sembraron en nosotros; y esta predicación es semilla incorruptible, estable, pura y sencilla, sin mezcla de cizaña ni error; á diferencia de toda la ciencia y sabiduría humana, que es vana, caduca y sin estabilidad ni firmeza; llena de cien mil errores y opiniones, con que se va deshaciendo y cayendo. Y por esto dice luego el mismo apóstol: *Quia omnis caro fænum, et flos ejus decidit, verbum autem Domini manet in*

æternum. Hoc est autem verbum quod Evangelizatum est in vobis. Esta palabra evangelizada, esta predicación evangélica y esta doctrina celestial que Cristo nos enseñó por sí y por sus apóstoles y ministros, es la semilla incorruptible que el Hijo de Dios hecho hombre sembró en este campo de su Iglesia. También podemos entender por esta buena semilla los dones de gracia interiores con que principalmente nos hace hijos de Dios y consortes de la divina naturaleza, y aun en cierto modo impecables. Desta divina semilla dijo el evangelista San Juan: *Omnis qui natus est ex Deo peccatum non facit, quoniam semen ipsius in eo est, et peccare non potest qui ex Deo natus est* (Joan., 9). La gracia y dones del Espíritu Santo hacen al hombre impecable, cuanto es de su parte, y mientras los tiene; aunque es verdad que él puede pecar por su libertad y flaca naturaleza, dícese que no puede pecar en el sentido que dijo Cristo: *Non potest arbor bona malos fructos facere*; que quiere decir: no puede la buena voluntad dejar de hacer buenas obras, siendo buena y en cuanto es de Dios. Pues esta buena semilla de la gracia, dones sobrenaturales que la siguen y acompañan, sembró el Señor en su Iglesia, con grandes trabajos y sudores, con los méritos de su pasión y mediante los divinos sacramentos; pero como se durmiesen y descuidasen las guardas de la sementera, vino el enemigo á sembrar cizaña en trigo.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus et seminavit cizania. Principio de muchos daños y desgracias ha sido el sueño. A Holofernes, durmiendo lo mataron; durmiendo Jonás, le sobrevino la tempestad; la otra mujer durmiendo mató á su hijo; por dormirse la que guardaba la puerta del hijo de Saúl, entraron los enemigos y lo mataron. El sueño y descuido de los prelados es la puerta por donde entra el enemigo á sembrar cizaña en el trigo de Dios. Grande culpa es esta que cometen los prelados en dormirse, y grande pena merecen. A San Pedro, porque se durmió en el huerto, le reprehendió Cristo: *Simon, dormis?* Donde se han de advertir dos cosas: que no reprehendió á los demás, sino á él, que había de ser cabeza y prelado; y la segunda, que le quitó el nombre de Pedro; no le dijo: *Petrus, dormis?* sino *Simon, dormis?* Para que se vea que no merece nombre de Pedro ni de prelado el que se duerme. De aquí se colige cuán estrecha cuenta ha de pedir Dios de sus ovejas á los pastores y prelados. Pedís vos cuenta á vuestro pastor por un poco que se durmió, de la oveja que le llevó el lobo, ¿y no ha de pedir Dios cuenta á los prelados de las almas que les encomendaron, que le costaron á El su vida y su sangre? Han de ser los pastores y prelados semejantes á Jacob en la vigilancia y cuidado, el cual por mirar y velar sobre la guarda de las ovejas que le habían encomendado de su suegro Labán, estaba tan encontrado con el sueño, que decía: *Fugiebat somnus ab oculis meis.* También han de ser píos para con sus súbditos imitando al mismo Jacob, que con sus lágrimas libró á su hijo Josef de aquella deshonesta mujer que le quería saltear su limpieza. ¿Quién, veamos, le libró deste peligro sino lágrimas de su padre Jacob? ¿Quién le libró del falso testimonio que aquella mala mujer le levantó y le sacó de las cárceles y prisiones de Egipto? Las lágrimas de su padre Jacob. Así el buen prelado, con sus lágrimas y oraciones, ha de librar sus súbditos de los asaltos y peligros de la deshonesta carne, y con ellas los ha de librar de las prisiones del demonio. También debe compadecerse de sus miserias y llagas, imitando aquel buen samaritano, que hallando en el camino al herido, le limpió la sangre y curó las heridas, *infundens vinum et oleum.* A veces curar las llagas de los súbditos con aspereza y reprensión, á veces con olio de blandura, piedad y misericordia, compadeciéndose con entrañas paternales de los trabajos y miserias de los hijos. ¡Oh! cuán bien hacía esto, y con entrañable caridad San Pablo, pues decía: *Quis infirmatur et ego non infirmor!* Pero todo esto falta, por ocasión del sueño y descuido. *Cum dormirent omnes.* Entonces halla el enemigo la puerta abierta para entrar en la sementera de Dios á sembrar herejías, bandos, enemistades, disensiones. *Venit inimicus et superseminavit zizania.* ¿Y dónde? *In medio tritici.* No en los centenos ni cebadas, sino en medio del trigo; en medio de la buena semilla de la verdad y doctrina evangélica, sobresembró cizaña, errores, herejías, y en el trigo puro y limpio de la gracia y virtudes sembró vicios y culpas. *In medio tritici.* En lo mejor, en lo más santo de la Iglesia, en un San Pablo pretendió sembrar bríos de sensualidad, *Datus est mihi stimulus carnis meæ, Angelus Sathanæ qui me colaphizet* (II Cor., 11). En la escuela de Cristo quiso sembrar discordias y ambición; *Facta est contentio quis eorum videretur esse major.* Y así le dijo el Señor: *Ecce Sathan expetivit vos, ut cribaret sicut triticum.* Y aun en el mismo Hijo de Dios, estando en el desierto, fue á sembrar cizaña, sino que no pudo. A nuestros primeros padres en el paraíso; á los siervos de Dios representa blasfemias, diversidades de malos pensamientos y torpes; todo esto es semilla del demonio en trigo limpio. Poco se le da á Satanás por sembrar cizaña en los meros

y infieles, que éstos ya los tiene por suyos, y ellos mismos se le vienen á la boca, porque son el río que dijo Dios por Job: *Absorbebit fluvium et non mirabitur, et habet fidutiam quod influat Jordanis in os ejus.* No se maravilla de verse con fertilidad y abundancia tanta multitud de infieles que no conocen á Dios; mas lo que El pretende con grandísima diligencia, en la cual estriba su confianza, es que el Jordán, que es el río que corre por tierra de gente que conoce á Dios, se le ha de venir á la boca. A los fieles y amigos de Dios pretende él tragarse, con grandísima solicitud y cuidado. Aquí en medio deste trigo y semilla de Dios, procura el enemigo sembrar cizaña, y habiéndola sembrado, *abiit;* como quien ha hecho hechos, que por no deshacerlos se va. Parece aquesto aquel Padre de familias que dijo Cristo, el cual habiendo arrendado su viña á unos labradores, se fue para dejarlos obrar á su libertad. Desta misma manera, el demonio, habiendo sembrado cizaña, se fue: para que se entienda que él no hace fuerza á la voluntad del hombre, sino que libremente le deja obrar, y así nadie tiene razón de quejarse del enemigo cuando peca, porque él no puede mover nuestras voluntades, ni hacerle violencia: sólo puede soplar á los fuelles de la voluntad humana con malas representaciones y sugestiones.

CONSIDERACIÓN TERCERA

Cum autem crevisset herba, tunc apparuerunt et zizania. Cuando los buenos comienzan á crecer en bondad y virtud, declarándose por parte de Dios, entonces se declaran los malos para perseguirlos. San Augustín dice: *Persecutionem patitur, qui cœpit proficere, et cœpit videre multa mala quœ antea non videbat.* No se descubre la invidia y rencor del malo con la virtud del bueno, sino cuando comienzan á salir á luz los buenos frutos de los buenos. Cuando Cristo no hacía milagros, en medio de sí le reciben los doctores en el templo, y allí gustaban de oirle, responder y preguntar; mas en comenzando á hacer obras milagrosas, entonces se descubrió la cizaña de la envidia y persecución. Entonces se amotinan contra él. *Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?* Toman piedras en las manos, y díceles Cristo: ¿Por cuál de las buenas obras me apedreáis? De modo que en creciendo el trigo y haciendo fruto, luego apareció la cizaña. ¿Y qué es la razón ó causa porque los malos tanto aborrecen y persiguen á los buenos? Porque la vida de los buenos es una tácita reprehensión de mala vida de los malos. Porque con su humildad reprehenden vuestra soberbia; con su honestidad, vuestra deshonestidad; con su paciencia, vuestra ira: de aquí nacen las murmuraciones de los malos contra los buenos. Pero engáñanse los malos, que no murmuran contra los buenos, sino contra el mismo Dios. Decían Moisés y Aarón al pueblo que murmuraba contra ellos porque los había sacado al desierto: *Nos enim quid sumus, quia mussitastis contra nos. Nec contra nos est murmur vestrum, sed contra Dominum.* No veis lo que hacéis, que en murmurar contra nosotros murmuráis contra Dios.—¡Oh, que nos sacastes de Egipto!—Pues, ¿cómo pudiéramos nosotros sacaros?—¡Oh, que nos pasastes por el mar Bermejo!—¿Cómo podíamos nosotros hacer esto? Dios lo hizo, y así contra él murmuráis, en quejaros de nosotros. De aquí se colige cuán grande razón tienen los buenos de alegrarse cuando son perseguidos, pues este tiro más es contra Dios que contra ellos, pues Dios recibe su ofensa y agravio por suyo propio. *Beati eritis cum male dixerit vobis homines et persecuti vos fuerint; et dixerint omne malum adversum vos mentientes propter me* (Mat., 5). La causa porque os persiguen es mía, así lo es también la persecución y el agravio. También tienen razón de alegrarse cuando vieren venir sobre sí la invidia y persecución de los malos, pues es señal que van naciendo y aprovechando en la virtud, y que dan fruto de buenas obras. Como creciese el trigo y descubriese la espiga y el fruto, *tunc apparuerunt zizania.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

Accedentes autem servi Patris familias, dixerunt ei: Domine, nonne bonum semen seminasti in agro tuo, unde ergo habet zizania? Respondit: Inimicus homo hoc fecit. Cosa por cierto maravillosa es, digna de consideración, ver la bondad de Dios representada en el hombre; y en el mismo evangelio ver luego representada la malicia del demonio en el propio hombre, pues dice: *Simile est regnum cœlorum homini qui seminavit bonum semen*, y luego: *Inimicus homo hoc fecit.* Para que se entienda cómo en el hombre se puede hallar mucha bondad y mucha malicia. Son los hombres como los higos de Jeremías: *Ficus bonas, bonas valde: ficus malas, malas valde* (24). Si un hombre da en ser virtuoso, parece que quiere dejar atrás la bondad de los ángeles y que se sube por esos cielos arriba á imitar la de Dios, y así, la bondad de Dios es también representada en la suya; y por el contrario, si da en ser malo, igualará en su malicia á la del propio demonio. Y por esto, con razón la malicia del demonio es significada por el hombre, diciendo: *Inimicus homo hoc fecit.* Lo segundo por que al demonio se dice *inimicus homo*, es porque es enemigo del hombre, declarado y conjurado contra él. Este enemigo

procura atraer los hombres á tanta ingratitud, que á los fieles que creen en Cristo los induce á poner cizaña en medio del trigo de las virtudes. Y por esto nos avisa el apóstol de las fuerzas y industria deste fuerte enemigo nuestro, diciendo: *Non est vobis colluctatio adversus carnem et sanguinem* (Efes., 6). Y luego nos dice en el particular las armas con que nos hemos de armar contra él, para que no halle lugar en el cuerpo de nuestro corazón para sembrar cizaña. *Induite* (dice) *armaturam Dei ut possitis stare adversus insidias diaboli*. Lo primero *state succincti lumbos vestros in veritate*. Hase de refrenar el enemigo de casa, que es nuestra carne, con la virtud de la castidad, sin ficción ni disimulación, sino *in veritate, et induite loricam justitiæ*. Reprimiendo los afectos ilícitos de las cosas temporales. Porque así como la loriga cubre todo el cuerpo, así la justicia, cuyo oficio es dar lo que es suyo á cada cual, abraza y comprehende todas las virtudes. *Et calceati pedes in præparationem Evangelii*. Hollando los afectos y cuidados superfluos de los bienes terrenos. *In omnibus sumientes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere*. Como dice San Pedro: *Cui resistite fortes in fide, et galeam salutis assumite*, que es la esperanza de recibir la gracia del favor divinino al presente y la gloria y premio en lo futuro. *Et gladium spiritus quod est verbum Dei;* á ejemplo de Cristo, que con este tiro venció al demonio en el desierto. *Per omnem orationem et observationem orantes omni tempore in spiritu*. Es la oración arma fortísima de que ordinariamente debemos de usar contra el enemigo: *Et in ipso vigilantes omni instantia;* para que no halle, por nuestro sueño y negligencia, puerta por donde entrar á sembrar cizaña en nuestros corazones; porque la razón de alcanzar tantas victorias, no es su fortaleza tanto como nuestro descuido en resistirle; que por descuidarse y dormirse los hombres, entró el enemigo á sembrar cizaña en medio del trigo. Por eso dice Santiago: *Resistite diabolo et fugiet a vobis*. Dicen los criados del padre de familia: *Vis imus, colligimus ea? Et ait: non, ne forte colligentes zizania eradicetis simul et triticum. Sinite utraque crescere usque ad messem*. Lo primero que aquí se ha de advertir es la grande paciencia de Dios en disimular que vivan los malos entre los buenos, *usque ad messem*, que quiere decir hasta el día del juicio, lo cual nace, no de omnipotencia, sino de misericordia, aguardando á que hagan penitencia. *Propterea expectat vos Deus ut misereantur vestri*. Y San Pablo: *An ignoras quoniam benignitas Dei*, etc. (Rom., 12). Lo segundo se ha de advertir, que quiere Dios que vayan juntamente creciendo los buenos y los malos en el campo de su Iglesia, por los bienes y provechos que se siguen á los unos y los otros de vivir juntos en el cuerpo de la Iglesia. Crecen los buenos por estar entre los malos usando con ellos de misericordia, cuyo blanco y motivo es la miseria, y la mayor es la de la culpa, á quien los buenos aborrecen más que la muerte; y así crecen en misericordia, siendo presente la gran miseria de los malos. Y así Cristo, *cum appropinquaret civitati, flevit super illam*. Prorrumpió en un acto exterior de compasión y misericordia, compadeciéndose de aquella ciudad, por ver los grandes pecados que en ella había. Y por eso importa visitar los pobres enfermos y encarcelados, para crecer en misericordia: que aunque no tengáis de qué hacer limosna, viendo su necesidad y miseria, se os enternecerán las entrañas y se os moverán á compasión; de suerte que podéis crecer en misericordia más que si diéredes limosna, y el buen deseo de remediar al prójimo os lo premiará Dios, y por afecto interior crecer mucho en misericordia. Lo segundo, crecen los buenos en temor; como el que tiene ropa nueva, rica, limpia, teme llegarse al lugar sucio, por no mancharse. así los buenos que están vestidos, *veste nuptiali*, andan con temor y recato por no mancharla, porque no se le pegue de la compañía de los malos; porque tan bien se pega la pez como la miel, y aún mejor. *Quia stat, videat ne cadat*. Y así Cristo quiso que se levantase aquella recia borrasca en el mar (de que tratamos arriba), para poner miedo á los discípulos, de modo que vinieron á decir: *Domine, salva nos, perimus*. Así también el malo y pecador, cual el mar tempestuoso y alborotado, es combatido con varias tormentas; para que tema el justo y así crezca en el temor. Lo tercero, en el merecimiento de la paciencia, sufriendo la persecución de los malos, entre quien viven; porque ellos labran las coronas de los buenos, y ejercitan su virtud, como se vee en Job, en Tobías y en los Apóstoles. Y así como las aguas del diluvio, cuanto más crecían tanto más se levantaba el arca, así las aguas de los trabajos y de las persecuciones que de los malos padecen los buenos les hacen sufrir y crecer. Lo cuarto, crecen los buenos en hermosura. *Opposita juxta se posita magis lucescunt*. Los buenos entre los malos son como las rosas y flores entre las espinas, que entonces se descubre más su hermosura: *Sicut lilium inter spinas* (Cant., 2), como se vee en Job, Noé y Loth. La claridad de la luna y su belleza, más se descubre en la oscura noche que no de día; así los buenos resplandecen más entre los malos y entre las tinieblas de sus pecados. Por eso dijo Cristo: *Sinite utraque crescere*, etc. Crecen también los malos, porque sacan grande provecho de estar entre los buenos, pues por su

ejercicio se pueden hacer buenos, que más aprovechan los ejercicios y obras que no las palabras, y así dijo Cristo: *Sic luceat lux vestra coram hominibus ut videant opera vestra dona, et glorificent Patrem vestrum qui in cælis est* (Mat., 5). Los exploradores de la tierra de promisión sacaron frutos de verla y considerarla; así de ver y considerar la tierra de promisión, que es el alma santa, y los hijos de promisión y predestinación, coge fruto quien con atención considera sus obras y virtudes. Y para este efecto nos dice el Evangelio que dejemos fructificar y crecer los frutos, *usque ad messem*. Bien pueden tener paciencia los buenos, que hasta el día del juicio no han de faltar malos que los persigan ni cizaña en medio del trigo; mientras durare el mundo durarán, y no sólo en todo tiempo, sino también en todo lugar. De manera, que doquiera que los buenos vayan no han de faltar malos que los cerquen. *In circuitu impii ambulant* (Salmo 11). Y este es uno de los secretos juicios de Dios, que nos declaró aquí el Evangelio de hoy: que siempre nace y crece la cizaña en el trigo. Mas dirá alguno: Yo me iré á otra parte y mudaré lugar. No aprovecha eso, porque doquiera que vais, no han de faltar malos que os persigan. ¿Cuál andaba Jacob huyendo de su hermano Esaú? Vase á Mesopotamia huyendo de la cizaña, y halla allá á su suegro Labán, que le hace mil burlas y vejaciones. Viene huyendo de Labán, y en el camino encuentra con Sichen que le deshonró su hija Dina y afrentó sus canas. Mudad lugares y andad caminos, dad vueltas y revueltas, que no os ha de faltar cizaña ni dejaréis de encontrar con quien os haga mal. La Magdalena llorando á los pies de Cristo, halló al fariseo murmurando y diciendo mal de ella; y cuando hizo una obra tan pía y santa como fue ungir con ungüento la cabeza de Cristo, encuentra con Judas que murmure y dice que es perdición.—¡Oh, Señor, sólo os quiero en mi casa, para que nadie murmure de mí ni me persiga!—Va Cristo á su casa, y allá encuentra á su hermana Marta, que murmura de ella, diciendo que no le ayuda, y que todo el trabajo y servicio le ha dejado á su cargo. Veis aquí, hermanos, cómo donde quiera que vais, en cualquier lugar y tiempo, no ha de faltar quien murmure de vos y os persiga; por tanto, paciencia, que este negocio va á la larga, *usque ad messem*. Hasta el día del juicio, allí es la siega y el agosto del bueno y del malo. Con razón comparó Cristo la muerte y juicio á la mies y al agosto, cuando todos siegan; porque entonces se corta la buena y mala yerba, el trigo y la cizaña. Por eso, abrid los ojos, que ahora es tiempo; no hallen en vos cizaña que echar al fuego del infierno. Particularmente los viejos y ancianos á quien blanquea ya la barba, toca más en particular este aviso; porque cuando la mies está blanca, ya es tiempo de segar, ya está más sazonada y cerca de la siega. Así dijo el ángel de Apocalipsis: *Mitte falcem et mete, quoniam aruit messis terræ.* Mirad que ya está la mies seca y blanca, y cómo vais caminando á gran priesa, lleváis rebozado ya el paño blanco de camino; mirad que estáis ya lleno de canas, ya florido y sazonado para la siega, que echarán presto en vos la hoz. Por eso dejad la mala vida; volvéos á Dios con tiempo y haced penitencia, por que no os hallen entre la cizaña y arrojen al fuego eterno. Procurad de ser trigo limpio y escogido, que merezcáis ser puesto en el granero de la gloria.

SERMON

DE LA

PURIFICACION DE LA VIRGEN MARIA

NUESTRA SEÑORA

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi; tulerunt illum in Hierusalem, ut sisterent eum Domino

(Lucas, 2).

INTRODUCCION

Entre muchas cosas particulares y maravillosas que por mandado de Dios hizo Moisés para servicio de aquel antiguo tabernáculo, es una al parecer de poca importancia, pero de gran significación, que se cuenta en el capítulo treinta y ocho del Exodo: *Fecit et lab*[illegible]



aeneum cum vase suo, de speculis mulierum quæ excubabant in ostio tabernaculi. Hizo Moisés un aguamanil de cobre con su bacía, para recibir el agua que cayese, de los espejos que ofrecieron las mujeres que velaban á la puerta del tabernáculo. No que el aguamanil fuese hecho de los mismos espejos, sino que la materia dél era cobre y alrededor estaban fijados los espejos. El fin desta obra fue que los sacerdotes antes de entrar en el tabernáculo donde tanta limpieza se requiere para el culto divino, en los espejos viesen sus faltas y en el aguamanil las lavasen, y así purificados, pareciesen en presencia del Señor. Cosa llana es que toda aquella fábrica era misteriosa y sombra de otras cosas más altas que ahora pasan en la Iglesia, y así lo era el aguamanil, como declara San Gregorio (Hom., 17 in Evangelia). Quiere Dios que los fieles para entrar en aquel tabernáculo de la gloria, *quod fixit Deus et non homo*, fabricado no por manos de hombre, sino por las de Dios; para ser admitidos en aquellas deleitosas moradas de los justos (donde siempre suena voz de salud y de alegría), se laven primero de todas sus mancillas. Porque en aquel santuario, que, como dice San Juan, es de oro finísimo, no puede entrar cosa asquerosa ni amancillada. Los que allí entran son reyes y sacerdotes que eternamente no cesan de ofrecer á Dios en holocausto sus corazones inflamados en caridad. Pues sacerdotes que en templo tan limpio han de ministrar, dispone el Señor que se laven primero y purifiquen con el agua de sus lágrimas, que se distila del aguamanil de cobre. Este, dice San Gregorio y la glosa ordinaria, es el dolor y contrición de las culpas, que aunque parece de metal bajo, porque la materia de que se hace son los pecados de que se duele, pero de aquí por los ojos, como por tornillos, suelen correr lágrimas en abundancia, que son el agua fuerte que consume el orín de nuestros vicios, y la lejía que saca las manchas de los pecados, y el lavatorio que emblanquece las almas más que la nieve. Pero este aguamanil está cercado de espejos de mujeres que velan á la puerta del tabernáculo. Estas mujeres son las almas santas y devotas que mientras están desterradas en el desierto desta vida corruptible no se les permite entrar en el santuario de la gloria. Pero velan á la puerta, porque con amor ardiente desean la entrada; velan, porque su conversación y trato es en el cielo, y como buenos siervos esperan la venida de su Señor. El cuidado no les deja dormir en las cosas de su salvación, y por la perfección de la vida están á la puerta del cielo. ¡Mirad cuán á la puerta se halla San Pablo, que por sí y sus semejantes decía: *Scimus quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, quod ædificationem ex Deo habemus, domum non manufactum, sedem æternam in cœlis* (II Cor., 5): «Sabemos, estamos ciertos, que en deshaciéndose esta morada del cuerpo terreno y corruptible, luego entraremos en el tabernáculo eterno y celestial, no hecho por manos de hombre, sino por las de Dios». No estamos más de pared en medio; en cayéndose este tabique delgado del cuerpo, luego las almas puras veen á Dios. Estas mujeres tienen para su aderezo espiritual espejos en que se miran, porque desean parecer bien á los ojos de su esposo, que no se pagan de la maldad. Los espejos son lo primero la ley divina, que arguye todos nuestros vicios, y ninguno disimula por pequeño que sea. Espejo es éste que no puede mentir ni engañar; si os miráis á él, ofenderos ha la torpeza del pecado mortal y la motilla del venial. *Lex Domini inmaculata, convertens animas* (Salmo 18). La ley del Señor, dice el profeta Rey, es un espejo terso y limpio que descubre las mancillas de las almas y las obliga á enmendarlas, y así las convierte y muda sus rostros de feos y manchados en hermosos y limpios. En este espejo se miraba David cuando decía: *Quomodo dilexi legem tuam, Domine! tota die meditatio mea est* (Salmo 118). Mucho quiere la dama el espejo con que se afeita y compone; pero sin comparación amo yo, Señor, más vuestra ley: todo el día me remito en ella para conservar la hermosura espiritual. Otros espejos de las almas santas son los ejemplos de los varones perfectos, cuyas vidas miradas son condenación de las nuestras imperfectas. Hanse la ley de Dios y los justos, como las leyes y el buen juez. La ley escrita en los libros es derecho sin ánima; el buen juez es derecho animado, la misma ley y justicia viva. Así son los justos: evangelio vivo; los mandamientos divinos expresados con la obra, escritos no en tablas ni pergaminos, sino en almas y corazones, y así son espejos más claros que confunden á los malos y á quien deben imitar los buenos. *Respiciet homines et dicet: peccavi et vere deliqui: et ut eram dignus non recepi* (Job, 33). Hablando Eliu del penitente, dice: «Mirará á los hombres y dirá: pequé, y verdaderamente delinquí, y aun no tengo mi merecido». Hombres se llaman aquí los justos que se gobiernan por razón, y no por apetito: *Ecce homo erat in Hierusalem*. El que desea conocer sus faltas, mire á estos hombres; considere lo que hicieron y padecieron los santos, y luego dirá: Pequé y sin duda delinquí; fallado he á mis obligaciones, porque más negro parece el carbón junto á la nieve, y nuestra tibieza y malicia más culpable cotejada con el extremo de sus virtudes. Pues cuando el cristiano en la meditación de la ley de Dios y en los ejemplos

de los santos conoce sus vicios y defectos, y viéndolos se compunje y duele, y los llora y se enmienda, éste tal lava sus mancillas en el aguamanil cercado de espejos de las mujeres que velan á la puerta del tabernáculo. Pero ¿qué tiene que ver este discurso con la solemnidad presente, en que celebramos la purificación de la Virgen limpísima y la presentación en el templo de su unigénito Hijo? Es el propósito que si queremos como ofrenda pura y digna del acatamiento del Señor serle presentados en el santo templo de su gloria, conviene ir lavados de las inmundicias de nuestras culpas; y para esto el sagrado evangelista San Lucas, en el Evangelio de hoy (que es dél capítulo 2) nos da hecho un aguamanil de espejos de almas santas. Aquí veremos la ley viva expresada y puesta en ejecución por aquellos que no estaban obligados á guardarla. Veremos tan profunda humildad, tan perfecta obediencia, tan esmerada justicia, que no podremos dejar de decir: pequé, y conocer y lamentar nuestros pecados que tanto desdicen de los ejemplos que vemos. Tres espejos nos pone delante el Evangelista. El primero, Virgen y madre purificada. El segundo, Dios hombre, redentor y redimido. El tercero, Simeón justo, temeroso y confiado. No hay cosa en ellos que ofenda la vista; y así se atreve San Lucas á señalar á cada una con un *ecce*, como con el dedo. De Apeles, gran pintor, cuenta Plinio que en acabando algún cuadro lo colgaba á la puerta de su tienda, y él se ponía detrás de la puerta para escuchar las faltas que ponían á la pintura los que pasaban. Y si le parecía que tenían razón, corregíalas después, y si no, ó los dejaba por ignorantes ó les reñía como al zapatero: *Ne sutor ultra crepidam*. Empero, San Lucas, primo oficial y pintor de la Iglesia, sacó tan perfectos estos retratos, que los pone á la puerta del templo, en el principio del Evangelio; no para que noten sus faltas, sino para que por su extremada perfección corrijan las suyas los que pasan. Y como está seguro que ningún ojo malicioso les puede poner un sino, él mismo sale á la puerta y los muestra con el dedo, diciendo de la madre: *Ecce ancilla Domini*. Reparad en esta medalla de la sierva del Señor, y del Hijo, cuando se presentó en el templo: *Ecce hic positus est in ruinam et in resurrectionem multorum*. Mirad bien á este niño que está puesto en la Iglesia como espejo, para mal y bien de muchos. Y del Santo Simeón: *Ecce homo erat in Hierusalem cui nomen erat Simeon*. Mirad este hombre digno deste nombre. En estos espejos clarísimos habemos de ver nuestras faltas, para llorarlas y enmendarlas, y esto será lavarnos en el aguamanil de Moisés.

CONSIDERACIÓN PRIMERA

La primera mujer que se nos pone delante es la Virgen, esclarecida más que el sol, luciente más que las estrellas, hermosa sobre todas las criaturas, la *tota pulchra* y sin mancha, que cumplidos los cuarenta días de su sagrado parto, sube al templo á purificarse, como dice el Evangelista: *Postquam impleti sunt dies purgationis*, etc. Sabido es lo que mandaba la ley de Moisés: que la mujer que, con detrimento de su entereza pariese varon, estuviese cuarenta días entredicha y apartada del Templo, y la que pariese hembra, ochenta; y al cabo dellos viniese al templo á presentarse á sí y á la criatura á Dios, y con ofrenda de un cordero y una tórtola. Y á falta de cordero, con dos tórtolas ó palomas quedaba purificada. Esta ley, que habla de paridas ordinarias y nombra corrupción, sangre, inmundicia, claro está que no obligaba á la Madre de Dios. La misma ley le hace la salva, y es un privilegio rodado que le hace exenta; pues muy fuera de la ley ordinaria de naturaleza concibió; no por obra de varón, sino de Espíritu Santo. Esta es la zarza de Moisés, que aunque tenía llamas que son efectos de fuego, pero estaba verde y sin lesión, porque allí pareció Dios; la vara de Aarón que floreció sin virtud terrestre; el trono de Salomón de marfil purísimo; el monte alto, donde nadie alcanza, de quien sin manos de hombre, sin poder ni fuerza humana, se cortó la piedra angular, Cristo. Esta es aquella Virgen única, en quien se cumplió el prodigio que pronosticó Isaías: *Ecce virgo concipiet et pariet filium* (7). Atended, que habrá una doncella, que por un modo miraculoso levantado sobre las reglas de naturaleza, concebirá un hijo, sin experiencia de ayuntamiento viril; y quedando virgen, le parirá. Y aunque siempre fue Virgen incorrupta, pero después de parida quedó más pura y santificada. Como la vidriera cristalina, aunque siempre es hermosa y transparente, pero cuando el rayo del sol la embiste y pasa por ella se pone más clara y luminosa, así, vos, Virgen preciosísima, después que pasó por vos (naciendo de vos) el sol de justicia, vuestro hijo, dejando cerrada la puerta oriental, quedastes más limpia y consagrada. Esta diferencia hay de la luz del sol á la del fuego: que la del fuego gasta al sujeto que la produce y nace con detrimento dél, como se vee en la vela, que alumbrando se consume. Pero la del sol y estrellas nace sin ningún menoscabo ni corrupción. Todos los hijos de Adán que somos concebidos con el fuego de la carnal concupiscencia, salimos á luz con detrimento de la entereza de las madres que nos engendran. Pero aquella luz verdadera que alumbra á todo hom-

bre que viene al mundo, nació de la suya sin corrupción. *Sicut sidus radium, profert virgo filium, pari forma: neque sidus radio, neque mater filio fit corrupta* (Prof. Natal.): «Como la estrella, sin menoscabo suyo, produce de sí el rayo de luz, y como el sol pasa por la vidriera sin romper aquel vidrio delicado, así vos, señora, nos distes á Dios hecho hombre, con la integridad que convenía á honra de tal madre y á la gloria de tal hijo». *Talis decet partus Deum.* Vos sois aquel huerto cerrado y jardín de flores de donde se cogió la flor de Nazareth, Cristo. Vos, aquel paraíso de deleites que guarda el ángel inviolado, á donde se plantó el árbol de la vida y se cogió la fruta temprana que quitó la dentera de la manzana prohibida. Vos, la fuente sellada y cerrada, donde se descubrió el agua de la gracia para lavar la culpa. Pues si tan limpia y por el mismo caso desobligada de la ley, ¿para qué se purifica? Virgen y purificada, ¿cómo se compadece? ¿Quién lava la holanda que está como la nieve? Ahí veréis, lo primero, el grande amor que tenía á la pureza y el que tienen todos los justos de purificarse cada día más y crecer en limpieza de corazón. No tiene el malo tanta hambre de pecar como el bueno de servir á Dios. Cuatro cosas halló Salomón insaciables: el infierno; la mujer lasciva; la tierra, que no se harta de agua, y el fuego, que con la leña más se aumenta. El primero es el iracundo vengativo, deseoso de venganza, cuyo pecho es un horno de vidrio: un infierno que con la pérdida y ruina de su prójimo no se aplaca, antes se esfuerza á acabarle y destruirle. El segundo es el apetito sensual, que con el ejercicio más se aviva; puede haber en él cansancio, pero no hartura. El tercero, el avariento, que, como la tierra no se harta de agua, así él no se harta de dinero; es hidrópico, que cuanto más bebe más sed padece, y con el dinero crece la codicia. El cuarto es el soberbio y ambicioso, que, como el fuego sube á lo alto y todo lo sujeta; así la ambición y soberbia es apetito de excelencia, acomete á subir á lo alto, y todo lo quiere rendir y sujetar y nunca se satisface. Como Alejandro, que habiendo tiranizado al mundo, como oyese decir al filósofo Anaxágoras que había muchos mundos, gimió con dolor de que sólo uno le era sujeto. *Me miserum (inquit) qui nec unum quidem adhuc consequutus sum.* Y así dijo Juvenal (Sátira 10):

Unus Pellæo juveni non sufficit orbis;
Aestuat infelix angusto limite mundi.

Estos cuatro afectos desordenados, hijos del demonio, que es sanguijuela sedienta de la sangre humana, son insaciables y siempre dicen: *Affer, affer.* «Daca, daca; trae, trae». Pues con todo eso, los justos en el estudio de la limpieza son más insaciables y más mal contentadizos. *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam* (Mateo, 5). Esto no es ser justos como quiera, sino tener una hambre canina, si así se puede decir, de santidad. Entre los afectos naturales, los más vehementes y poderosos son la hambre y sed: que aunque á ratos se mitigan, nunca se apagan y mueren, durando la vida, y cuando están en su fuerza, privan á todos los otros. Dadme un hombre rabiando de hambre, gastados los hígados de sed, y decidle, si es enamorado, que escriba billetes, ó que busque oro, si es avariento, ó compre un oficio, si es ambicioso. No hay otro cuidado sino de comer y beber, y éste es el principal que los hombres tienen, y para decir de uno que es rico, decimos que tiene de comer. Por eso el Redentor beatifica á los justos que tienen hambre y sed de virtud: que de ninguna otra cosa cuidan ni tratan sino de servir á Dios y mejorarse en esto cada día, y nunca se veen hartos ni empalagados de santidad. Siempre aspiran á mayor fineza; aunque estén limpios y lo sepan por revelación, se quieren acendrar más. Como la que tiene las manos limpias y se lava y relava y pone mudas para más limpiarse. Vedlo en San Juan Baptista, santificado en el vientre de su madre, lleno del Espírtu Santo, curado y blanqueado con la penitencia en el desierto, y con todo, dice á Cristo: *Ego a te debeo baptizari.* No es voluntad mía ó devoción, sino deuda y necesidad que tengo de que me limpiéis y lavéis más. Y si esto dice el que apenas pecó venialmente, ¿qué mucho que David, aunque perdonado y cierto del perdón (pues oyó: el Señor traspasó tu pecado, y por ello dice que el Señor le manifestó los secretos de su sabiduría ocultos é inciertos, porque ninguno sabe si es digno de amor ó aborrecimiento), y con saberlo David, por revelación de Dios, le dice: *Amplius lava me ab iniquitate mea.* Como la mujer hacendosa y limpia, al paño que está percudido no se contenta con darle una agua, sino muchas, hasta blanquearlo y despercurdirlo, así pide David que su alma pase por la colada una vez y muchas, hasta que salga más blanca que la nieve. Estas son las mujeres que velan á la puerta del tabernáculo. Almas santas que esperan en saliendo desta vida ser presentadas ante los ojos de Dios, en cuya presencia las estrellas no son limpias, y los más espejados Serafines como corridos se cubren los rostros y no osan parecer: ¿Qué han de hacer sino lavarse más y más en el aguamanil de sus lágrimas, para que no se halle en ellas alguna impuridad que ofenda aquellos divinos ojos, y más sabien-

do que cuanto más tuvieren de limpieza, tanto más tendrán de gloria, porque *beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt?* Esta es la mejor disposición para ver á Dios. También saben que por el camino desta vida deleznable, ninguno pasa con tanto tino que no se le pegue á los pies algún polvo, porque no es posible evitar todas las culpas veniales; y así el que está lavado ha menester lavar los pies de sus afecciones de algunas superfluidades. Y pues que los malos como bestias se dejan pudrir en el estiércol de sus maldades, y cada día huelen peor, más atrevidos, más descarados, con más complacencia en sus vicios, justo es que los buenos procuren ser cada día mejores y más perfectos. Oigan todos lo que dice Dios: *Qui nocet noceat adhuc, et qui in sordibus est, sordescat adhuc, et qui justus est, justificetur adhuc, et sanctus sanctificetur adhuc* (Apoc., 22). El malo haga más mal, empeórese más, y el sucio ensuciése más. No es mandato, sino permisión, con ironía y amenaza. Haga el malo de las suyas, no se confiese, no oiga sermón, no se lave en las fuentes de los sacramentos, entréguese á rienda suelta á sus vicios. *Ecce venio cito.* A fe que me lo ha de pagar, y presto. Pero el justo, justifíquese más; el santo, santifíquese más, refínese más, vaya de bien en mejor, de virtud en virtud, hasta ver á Dios en Sión. Veis aquí cómo es á propósito que la pureza se purifique, y la limpieza se limpie, y que la Virgen tiene razón de purificarse. Porque dado que las ceremonias de la ley no podían dar á la madre de Dios alguna limpieza, pero el acto de humildad y obediencia con que ella se sujetó á la ley que no la obligaba fue de tanto mérito, que aumentó su gracia y hizo más ilustre su pureza. De suerte, que esotras mujeres se purificaban como mundanas, mas la Virgen por ser en extremo limpia.

CONSIDERACIÓN SEGUNDA

Mas porque para hacer esta purificación son menester espejos, en que se miren las almas que se han de lavar, pónesenos aquí por espejo la ley de Dios. ¡Qué de veces está aquí repetida la ley de Dios! *Secundum legem Moysi. Sicut scriptum est in lege Domini. Secundum quod dictum est in lege Domini.* Gran atención á la ley de Dios y gran respeto. En este espejo se miraba y remiraba la Madre de Dios. ¡Oh virgen esclarecida, capitana deste ejército de amazonas espirituales que, desamparando la compañía de los varones, emprendieron guerra contra el mundo, carne y demonio, enemigos poderosos! Y cuán bien se dijo de vos *adducentur regi virgines post eum* (Salmo 44). En pos della serán llevadas las vírgenes al tálamo del rey de la Gloria. Señoras (1), las que hoy tomáis estado, en que se profesa caminar á la perfección, y las que ya le tienen: si queréis que el rey codicie vuestra hermosura, por estos espejos os habéis de componer y afeitar. ¡Mirad á madre y hijo, sujetos por su voluntad á la ley que no les obligaba; renuncian privilegios y exenciones, para enseñaros á vos á no licenciaros ni dispensaros de vuestras leyes, y á cumplir con las obligaciones de vuestro estado. Aquí queda consagrada la humilde obediencia que Dios nos pide, sin glosas, sin excusas, sin querellas. *Esto consentiens adversario tuo cito, dum es in via cum eo*: «Conciértate con tu adversario presto, mientras vas con él por el camino»; antes que te ponga en manos del juez, y el juez te entregue al verdugo. Señor, siendo el demonio adversario nuestro, *adversarius vester diabolus*, y mandándonos vos que seamos sus enemigos, ¿cómo decís ahora que nos hagamos sus amigos? *Nunquid feriet tecum pactum?* (Job., 40). Tendréis concierto y pleitesía con él, dice Dios al santo Job, como si dijera: en ninguna manera. Responde San Agustín que el adversario de que habla aquí es la ley de Dios. *Sicut diabolus bonorum inimicus est, ita lex malis adversarius;* porque como el demonio es enemigo de los buenos, así la ley lo es de los malos. ¡Qué gran contrario tiene en la ley de Dios el que se quiere entregar á cumplir sus deseos ilícitos! Pues conviene conformarnos con la ley, guardándola, si queremos escapar del juicio y castigo de la divina justicia. ¿Por qué si pensáis ordenó Dios que siendo Moisés de principal intento legislador, y tomase la corrida tan arriba como la creación del mundo y el pecado de Adán? Lo primero para declarar que ningún estado pudieron tener los hombres en que no les fuere necesaria alguna ley, pues en el estado de la inocencia allende de la ley natural tuvieron ley positiva. Lo segundo, para inducirles á obedecer sus leyes y sujetarse á las penas dellas, pues verás con cuán terrible castigo había Dios penado tan leve transgresión, y en cosa tan poca cometida. Dicen algunos textos epicúreos: ¿Por esta niñería me ha Dios de condenar? ¿Por no ayunar hoy? ¿Por comer un poco de carne? ¿Por consentir en un sensual deleite? ¡Cuánto más menuda cosa que eso, fue comer una manzana y aun por ruego ajeno convencido! Lo tercero, para declarar la providencia de Dios á quien no se le escapan las cosas más mínimas, señaladamente nota la Escritura que estaba aquel arbol, *in medio paradisi*, quiere decir: en lo más abscondido de aquel vergel; y con todo no se escapó á la vista de Dios, en cogiendo la fru-

(1) A las monjas.

ta vedada y contada. Finalmente, porque sepa el hombre que no se ha por el huevo, sino por el fuero; y que hasta en una manzana que sea, ha de ser obediente á Dios; pues no hay cosa por menuda que sea en que el hombre tenga derecho, sino por habérsele Dios dado, y cuando él se le niega, róbanle sin duda á Dios. Atiendan aquí los malos obedientes y que siempre andan calumniando su profesión: si me obliga el precepto en cosa tan pequeña, si me excusa la poquedad de la cosa, si me pueden mandar estas que son niñerías. No hay niñería, ni menudencia, ni poquedad, donde se atraviesa ley, obediencia, precepto de quien le puede poner, pidiendo el débito de tu profesión y voto. No es tuyo pesar si lo que se te manda es poco ó mucho, sino obedecer en lo mucho y en lo poco; sabiendo que dice San Pablo que quien es infiel en lo poco lo será en lo mucho. Tú prometiste obediencia, *usque ad mortem*, ¿cómo pondrás á riesgo la vida, si ni un tan pequeño contento á la obediencia sacrificas? Pero no sólo tenemos aquí ejemplo de cumplir la ley, cuando á ello estamos obligados, sino también cuando no lo estamos. Hay unos hombres que andan regateando con Dios, y preguntan: ¿Es esto pecado ó no? Porque si es pecado, no lo haré, y si no lo es, harélo. Otros menos escrupulosos que han hecho ensanchar á la conciencia, preguntan si hay opiniones: porque, Señor, habiéndolas no es pecado seguir una opinión probable, aunque deje la más segura. Durísimo negocio es ser tan escaso con Dios, que queráis llegar hasta su propia ley. Si fuésedes á correr un potro indómito, brioso, desbocado, y os dijesen: Mirad que si pasa de aquel alinde os despeñaréis, ¿no seríades loco y temerario si llegásedes á poner las herraduras del potro en la propia linde? Si vos queréis llegar con la voluntad hasta lo último donde podéis, por ventura pasaréis más adelante, porque el apetito es potro furioso que se abalanza á lo vedado. *Nitimur in vetitum*. Teneos atrás, no lleguéis á lo lícito, porque no vengáis á lo ilícito. Cuando Eva estaba arrendada con la ley de Dios, convidándole el demonio con la fruta del arbol vedado, respondió: De todos esotros árboles comeré y desê no; porque el Señor nos mandó *ne comederemus et ne tangeremus illud*. No les era prohibido el tocar, sino el comer; pero ella se tiene afuera y no quiere tocar por no venir á comer. Lo mismo hacía Job: *Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine* (31). No es malo ver la mujer; pero yo quiero abstenerme de la vista lícita por no caer después en el deseo ilícito. *Ne cogitarem quidem de virgine*. Sí, que no es pecado pensar. Es verdad, pero yo me hago atrás, y no quiero que se represente á la imaginación: porque de la vista nace el pensamiento, del pensamiento la delectación, de la delectación el consentimiento, del consentimiento la obra, de la obra la costumbre, de la costumbre la obstinación, de la obstinación el infierno. Por eso se hace atrás. Finalmente, si miramos quién es Dios y lo que merece y lo que nos da y le debemos, veremos la razón que hay de adelantarnos y tirar la barra en su servicio. En la mesa que nos pone para sustento del cuerpo, de carne y pescado y frutas, no sólo crió lo necesario, sino con abundancia mucho más de lo que comemos, aunque somos comedores; y si algo le pedimos, nos lo da y mucho más, *superabundanter quam petimus et intelligimus* (Efes., 3). Salomón pide la sabiduría y dásela, y más riqueza y gloria. Los tres reyes, de sus enemigos cercados y pereciendo de sed, piden por Elíseo agua en el desierto para su ejército y dales agua, y más la victoria. Y si algo nos promete, nos lo da con ventajas. Promete que no echará Senaquerib saeta dentro de Jerusalem, y mátale ciento y ochenta y cinco mil hombres de su ejército. Dice que florecerá la vara del sacerdote, y no sólo florece, sino da fruto. A Simeón dio su palabra que no moriría sin ver al Cristo del Señor, y no sólo lo vee sino lo recibe en sus brazos. Y los servicios que le hacemos, no los paga tasados: ciento por uno da en esta vida. Y aunque promete la eterna según nuestros méritos, después premia *ultra condignum*. Medida llena da, apretada y sopesada y colmada y que se derrama. Pues hecho hombre no se tardó en hacernos bien. No era obligado á morir por el hombre, y murió. Pudiera con una gota de su sangre preciosa satisfacer el Padre y redimir al mundo, y no quiso le quedase ninguna. Hízosele poco sudar sangre, ser preso, azotado, afrentado, hasta muerte de cruz. Fue copiosa la redención, excesivos sus tormentos, su amor nimio, sin límites, y ¡nosotros andamos haciendo rayas y escatimando y limitando los servicios y buscando dispensaciones! ¡Oh, mal término y descortesía de los hijos de Adán! Villanos, tercos y mal mirados, ¿cómo no os confundís de vuestra escaseza, viendo la liberalidad de Dios y la obediencia de su madre con que se sujeta á la ley de que estaba exenta.

CONSIDERACIÓN TERCERA

El segundo espejo que hoy se nos representa es Cristo. *Speculum sine macula Dei majestatis* (Sap., 7). Resplandor de la luz eterna, imagen viva de su bondad. Este espejo señala Simeón: *Ecce hic positus est in ruinam et in resurrectionem multorum*. Y dice que le han

[illegible] de hacer alto y [illegible] la

[illegible] ... de la cruz y dice ... Otra vez, siendo ... á vistas del Padre por las ... en qué diferente ... sino tan feo ... que no pareciera sino una matilla ... y seca, marchita y criada en tierra salitral, falta de agua: muy trocado de lo que antes ... cuanto á la apariencia, no cuanto á la virtud ... su parecer ni hermosura. De manera, que redimirse hoy no es ... antes dar señal del precio. Es decir, que se esperen de aquí á treinta y tres años ... pagará de contado mucho más de lo que ... debe. Este misterio declaró San Pablo: *Ingrediens mundum dixit: Hostiam et oblationem noluisti: corpus autem aptasti mihi. Holocautomata et pro peccato non tibi placuerunt: tunc dixi, ecce venio ut faciam, Deus* ...

·ntatem tuam* (Heb., 10). Está tan lejos de repentirse, que entrando en el mundo dice al adre: Bien veo, Patre eterno, que no os caen gracia los sacrificios y ofrendas de la ley, y r eso me habéis dado cuerpo muy apto para sacrificio de la cruz: cuerpo libre de culpa y ijeto á penas. No os pudieron los cabrones y cerros dar satisfacción por los pecados del ombre; y así yo me determiné de venir á implir vuestra voluntad, que es que yo muera. ieme aquí, vengo resuelto y digo que quiero orir; y en prendas que moriré, me ofrezco en aciendo en el templo, pues para hacer esta anza y empeño, le traen hoy, *ut sisterent eum omino.*

CONSIDERACIÓN CUARTA

El tercer espejo que hoy tenemos es el santo imeón. *Et ecce homo erat in Hierusalem, cui omen erat Simeon.* Como cosa notable nos seala el Evangelista este hombre; que era poco aber uno tal en una ciudad tan grande como erusalem. Justo, temeroso repúblico, deseoso el bien común, en quien moraba el Espíritu anto, y que tenía palabra suya que no moriría n ver primero al Cristo del Señor. Espaciosímo campo se nos descubría aquí para tratar de s vivos colores y varios y vistosos matices on que el divino Lucas nos pinta al hombre isto, en quien como en claro espejo pudiéranos advertir nuestros defectos: que no tenemos e hombres más que la figura exterior. Mucho abía que decir de la alegría que este santo iejo recibió hoy con la vista y presencia del eseado de las gentes, cuando le fue dado ver quel rostro que con las vislumbres y resplanlores de divinidad que en él como en una vitriera resplandecían, eclipsa todas las lumbreas del cielo; y recibió en sus brazos cansados l que con su virtud sustenta el peso del universo. ¡Cómo se remozaría el viejo honrado! Besaría los pañales sagrados, adoraría sus divinos pies, correrían las lágrimas hilo á hilo por aquellas rugas y canas venerables. Si le miró el niño con ojos alegres, hiriéndole el corazón, si se le rió y gorjeó con él, ¡qué sentiría allí aquel pecho enamorado, viéndose anegado en tantas dulzuras! ¡Cuáles serían los colores y semblantes de su rostro! ¡Qué requiebros y regalos le diría! ¡Veniste ya, deseado de las gentes; veniste, alegría de los siglos, esperanza de los patriarcas, clamor de los profetas, salud de todos los justos! Gracias te doy, Señor, porque tuviste por bien de visitar tu pueblo, y vemos hoy con los ojos lo que profetizaron nuestros padres. Ya mi deseo es satisfecho y tu palabra cumplida. Muero alegre y gozoso por haber visto tu salud.

PARA LAS MONJAS

Señoras, el estado que tomáis en la casa de Dios es propiamente el que tuvieron aquellas mujeres que velaban á la puerta del tabernáculo. Porque no tengo por verdadera la sentencia de algunos que afirman no haber habido en el testamento viejo mujeres dedicadas ó consagradas á Dios en estado virginal ó de continencia. Lo primero, aunque mirando la superficie parece que podrían ser mujeres casadas aquellas que por su devoción venían á aquel santo lugar á rezar ó hacer algunas vigilias; todavía mirando la propiedad de las palabras, *quæ excubabant*, que hacía la escolta ó por centinelas y como guardas estaban delante del tabernáculo; y visto lo que sobre ellas dicen los doctores, y cotejando este lugar con otros, hallaremos ser más verosímil que eran mujeres éstas que ya habían dado de mano á todo el ornato y gala corporal; y consagrando sus espejos á Dios y ofreciéndolos á su servicio, daban con aquel hecho á entender que en solo Dios querían mirarse y para El solo de ahí adelante componerse. Sabida fábula es la de aquella que consagró su espejo á Venus, por no verse cual se veía, pues no podía verse cual se vio. Algunas quizá tales habría entre éstas, y otras también que ganarían por la mano, dejando lo que las había de dejar. Llámanse *excubantes*, veladoras. San Jerónimo dice *jejunantes*. El Tostado, según el parecer de algunos hebreos, tiene por cierto ser mujeres éstas que con sus bienes se habían consagrado á Dios. Sabemos que ya entrado el pueblo en la tierra de promisión, duró este uso, pues leemos entre otros desafueros que cometían los hijos de Helí, la injuria que á este género de religiosas hacían, y cuán crudamente fueron por ello castigados. Y en el segundo libro de los Macabeos, en el capítulo tercero, hallamos que después de la transmigración, había rastro deste uso. *Sed et virgines quæ conclusæ erant, procurrebant ad Oniam.* Doncellas encerradas debían ser como agora las monjas ó las emparedadas que conocimos en muchas iglesias. Y esta santa profetisa Ana y venerable matrona que enviudando moza se retrajo al templo, donde vivió en mucha clausura y penitencia hasta los ochenta y cuatro años de su vida, y mereció hallarse presente á esta procesión y dar testimonio de la venida de Cristo, de creer es que no estaba sola en aquel encerramiento. La obligación dél, es lo primero velar, hacer cuerpo de guarda en el antecámara de Dios. Habéis de ser tan finas enamoradas de Cristo, que de noche le habéis de rondar la puerta y darle música y requebrarle. Al revés suele ser acá, que los hombres requiebran á las

mujeres, y aun el mismo Dios á la gente imperfecta, parece que les busca y les pasea la puerta. *Aperi mihi, soror mea, sponsa, quia caput meum plenum est rore* (Cant., 5). Dice que anda al sereno y á las heladas, su cabeza mojada con el rocío y su melena llena de escarcha; y con todo no le abren las puertas del corazón, impedidas con mil aficiones terrenas de hijos, padres, maridos, deudos; y eso es lo ordinario, que busque Dios las almas y las solicite. Pero en la religión es la novedad, que *fœmina circumdabit virum* (Jerem., 31), que la mujer busque al hombre, aunque juntamente Dios; que haya doncellas que rondan á Cristo y le dan músicas y felicitan, y pasean á media noche la puerta, por granjear su amor y voluntad, sin mirar inconvenientes ni estorbos. Como la esposa que á media noche salió de casa en busca de su esposo y la encontró la ronda. *Invenerunt me custodes, qui circumeunt civitatem* (Cant., 5). Hiriéronla y quitáronle el manto. A unas maltratan, impiden y disuaden; á todas quitan lo más que pueden de su legítima; pero ellas, no desmayadas ni detenidas, pasan adelante en busca de su esposo. Digámoslo claro. Este rondar y hacer la escolta á Dios es orar; este es el oficio de la monja y de la virgen. San Pablo: la mujer casada *cogitat quæ sunt mundi*, piensa cosas del mundo, servir al marido, criar los hijos, regir la casa; cosas del mundo. Pero la virgen, esposa de Cristo, *cogitat quæ sunt Dei, quomodo placeat Deo, ut sit sancta corpore et spiritu* (I Cor., 7). Es tan suya la consideración, que San Atanasio á un libro que compuso *De Virginitate*, le dio por título: *De contemplatione*. Su oficio, pues, es pensar en Dios. Y de ahí se sigue, negar su voluntad y hacer la de Dios; agradar á Dios y no á sí misma, con lo cual se granjea *ut sit sancta corpore et spiritu:* que guarde la integridad y lealtad en el cuerpo y en el alma, en la carne y en el espíritu. La monja que no tiene sus ratos de oración y contemplación divina, á mucho riesgo va de perder aquella constancia y entereza de propósito que requiere Dios en sus esposas. *Ut sit sancta*. Santa, allende que quiere decir limpia, significa también estable y firme. No se ha de dejar entibiar en el amor y propósito de su castidad. Huiga de todas las cosas que le puedan deslustrar, no sólo el alma, sino el cuerpo. Cuerpo se llama aquí todo lo que á él pertenece: palabras, aderezos, regalos, policías. Argumento es que no trata de sólo agradar á Dios la que es ansiosa en lo que sólo es para agradar á los ojos de los hombres. Mas porque para este ornato espiritual son menester espejos, ya que los del cuerpo con sus galas los habéis renunciado, profesando de hoy más quereros mirar en solo Dios, tomad por espejo su divina ley, las obligaciones de vuestro estado, votos, estatutos, obediencias, ceremonias. Por este arancel habéis de gobernar vuestra vida, nivelar vuestras acciones, ajustaros con estas reglas, obedecer en lo poco y en lo mucho; no dispensaros ni eximiros de vuestras leyes, sino vivir conforme á ellas. Aquí habéis de poner todo vuestro cuidado, estudio y curiosidad. El apóstol Santiago, reprehendiendo á los descuidados de la limpieza de su alma, dice: *Si quis auditor est verbi et non factor, hic comparabitur viro consideranti vultum nativitatis suæ in speculo; consideravit enim se et abiit: et statim oblitus est qualis fuerit*. El que oye la palabra de Dios y su ley y no la guarda, es semejante al varón que se mira al espejo y luego se olvida de enmendar lo que vio mal puesto en su rostro. Mirad, el hombre, si lo es, y no repite para mujer, no se ha de mirar al espejo para componerse: y si acaso se mira una vez, no es con cuidado, ni se acuerda deso más. Pero la dama, cuyo principal cuidado es el de su rostro, la mejor pieza de su ajuar es el espejo. Mil veces le toma en la mano y hay quien le traiga en el seno, y en viendo la menor faltilla, luego la enmienda. Pues esta curiosidad ha de tener el siervo de Dios y la esposa de Cristo: de componer el rostro de su alma por el espejo de la ley de Dios. No es espejo éste de hombres descuidados de la hermosura espiritual, sino de mujeres devotas que velan á la puerta del tabernáculo; de almas enamoradas de Dios. No le han de perder de vista, ni soltar de la mano; enmendar por él sus faltas. Ejemplos hay muchos que imitar. Aquí en este aguamanil resplandece la humildad de la reina del cielo, la afición á la limpieza, la obediencia voluntaria á la ley, la caridad de Cristo: la justicia, temor y esperanza de Simeón. Salgan lágrimas de amor de Dios y de dolor de las culpas, que es el lavatorio que purifica las almas en esta vida por gracia, y las hace dignas de entrar en la otra en el tabernáculo de la gloria.

SERMÓN QUE PREDICÓ

EL PADRE MAESTRO

FRAY ALONSO CABRERA

Predicador de Su Majestad

Á LAS HONRAS

DE NUESTRO SEÑOR EL SERENÍSIMO Y CATÓLICO REY PHILIPO SEGUNDO

QUE ESTÁ EN EL CIELO

Que hizo la Villa de Madrid en Santo Domingo el Real último de octubre de 1598.

Regi sæculorum, inmortali, invisibili, soli Deo honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.

(I TIMOT., 17).

Aunque los hombres ciegos y por el demonio engañados, permitiéndolo Dios, han atribuído á otros hombres honores divinos y aun á las criaturas insensibles, como el sol, luna y estrellas, y á los brutos animales, no se sabe que alguna nación bárbara ó política haya adorado á la muerte, porque es inexorable, como dijo Pericles: *Inexorabilis Atropos*, y Virgilio: *Fatum inexorabile*. No se deja rogar, no se vence con ruegos, no valen con ella súplicas ni favores. *Non flectetur neque parcet nec miserabitur* (Jeremías, 21); como Jeremías dijo del rey de Babilonia cuando venía como ministro de la justicia de Dios á destruir el pueblo; no se dobla, ni aplaca, ni perdona, ni se apiada; no hace diferencia de personas; á todos allana sin respeto, grandes y pequeños, así al rey como al pastor. *Pallida mors quo pulsat pedeæ pauperum tabernas, regumque turres:* «La muerte amarilla, que pone á los hombres amarillos, igualmente se entra por los buhíos de los pobres y por los alcázares de los reyes». Nadie, pues honra á la muerte, pues ella á nadie hace honra. Y ordenólo Dios así porque la justicia que hace este su alcalde de casa y corte, no la hace por su propia autoridad, sino en nombre de aquel soberano Rey que por el aleve de Adán condenó á él y á sus hijos á muerte sin apelación. Y la ejecución desta sentencia irrevocable es testimonio de la verdad de Dios, demostración de su severidad y justicia, argumento de su providencia y poder, con que hizo al grande y al chico, y tiene igualmente cuidado de nosotros (Sap., 6). Por donde en este día en que celebramos las exequias de nuestro señor el rey, que está en el cielo, gran monarca de los cristianos, debemos ofrecer sacrificio de alabanza y humilde reconocimiento, no á la muerte, que no es suyo este trofeo, sino á aquel muy poderoso y terrible Señor de quien dijo David: *Terribili et ei qui auffert spiritum principum, terribili apud reges terræ* (Salmo 75): «Que quita los bríos y el ánimo á los príncipes y hace temblar la barba á los reyes de la tierra». O como el Hebreo dice: *Vindemiat spiritum principum*. «Vendimia y corta como racimos de uvas las vidas de los potentados del mundo». Cuadran muy bien á este propósito las palabras del tema propuesto, que son del apóstol San Pablo en el cap. 1 de la primera carta á su discípulo Timoteo: «Al rey de los siglos inmortales, invisible, á solo Dios, la honra y gloria en los siglos de los siglos. Amén».

Tres puntos pienso tratar: la eminencia del Rey del cielo sobre todos los de la tierra, que señaladamente se manifiesta en esta muerte;

la obligación que de ahí nos resulta de honrarle y servirle más que á ellos; cuán bien cumplió con esta obligación nuestro señor el rey.

Para todo tenemos necesidad de la gracia. Pidámosla por intercesión de la divina Virgen, diciendo: Ave María.

El santo profeta y rey David, queriendo reprimir la arrogancia sin fundamento deste vil gusanillo del hombre, y descomponer su soberbia vana y enfadosa, dijo en el salmo 38: *Verumtamen universa vanitas omnis homo vivens; verumtamen in imagine pertransit homo, sed et frustra conturbatur.* «Cierto que todo hombre viviente es toda vanidad; sin duda el hombre pasa como una imagen y en vano se turba». Es una maravillosa descripción de las miserias humanas, contrapuesta á las perfecciones divinas que nuestro tema contiene, para que campeen más ambos extremos juntos: la mutabilidad del hombre y la eternidad de Dios. Todo hombre es pura suma vanidad, no parte de vanidad, sino él todo vanidad toda, llena, consumada. Como es *microcosmus*, mundo menor y abreviado en que cifró Dios las persecuciones de las criaturas, porque tiene sér con las corpóreas; vive y crece con las plantas; siente, apetece y muévese con los brutos; entiende y usa de razón con los ángeles; así por su culpa se hizo un epílogo de las vanidades que en todas estas criaturas se hallan. Porque, con las sin ánima, está sujeto á corrupción, injurias del cielo, de los elementos, y á corporales accidentes, con las que viven, á la necesidad instable de alimentarse, crecer, aumentarse, disminuirse, corromperse y acabarse; con los animales, á la mutación de los sentidos, afectos, sentimientos, apetitos y pasiones y pasibles calidades; con los ángeles, á la rueda voluble de pensamientos, consejos y quereres. De modo que, como es universo de criaturas, es universo de vanidades; poco es comparar su vida á cosas vacías y fugitivas y al humo: *Defecerunt sicut fumus dies mei.* «Desfallecieron mis días como el humo»; porque el humo cualquiera viento le esparce, y cuanto más arriba sube más presto desaparece. Ya al vapor de poca dura. *Quæ est vita vestra? Vapor est ad modicum parens*: «¿Qué es vuestra vida sino un vaporcillo que por la mañana con el calor del sol se levanta de la tierra ó del agua, y con el mismo en breve se resuelve?» Ya al aire: *Memento mei, Deus, quia ventus est vita mea.* «Acordaos de mí, Señor, porque mi vida es un poco de aire». ¿Qué es la vida sino un chifle, un silbido de atraer, volver el aire, y en cesando esta respiración se acaba la vida? Ya á la flor: *Qui quasi flos egreditur et conteritur* (Job., 14): «Que nace como la flor que á la mañana está fresca, y con el rayo del sol se marchita y cae». Y á la sombra: *Sicut umbra eum declinans ablatus sum* (Salmo 108): «Pasé como sombra que declina con gran presteza». Y á las telas de araña: *Anni nostri sicut aranea meditabuntur* (Salmo 89): «Nuestros años son reputados como telas de araña». Desentráñase el araña tejiendo una tela inútil y tan delicada, que como un soplo se rompe; así nuestra vida es penosa y molesta, y como de las entrañas sacada, porque se va cada día gastando su sustancia, y al cabo es tan frágil que un airecillo la desbarata. El Hebreo dice: *Anni nostri sicut loquela, sicut meditatio*: «Nuestros años pasan como la palabra». *Volat irrevocabile verbum.* Más ligera: como el pensamiento, cuya velocidad deja muchas leguas atrás la de los vientos. Finalmente, mirad cuántas vanidades, miserias, flaquezas, calamidades están en todas las criaturas repartidas, y en sólo el hombre están recopiladas. Es una abstracción, una quintaesencia de todas las vanidades, que las contiene y las sobrepuja.

Adelante. *Verumtamen in imagine pertransiit homo.* Opone la imagen á la verdad, es su vida imaginaria, sombra de verdad, y siendo imaginaria la vida, que es el fundamento, ¿qué será el mando, la grandeza y el señorío que sobre ella se funda? Pura imaginación, sueño de la fantasía; lo que San Pablo dijo: *Præterit figura hujus mundi* (I Cor., 7): «Pasa la comedia del mundo». Y Salomón dio á entender: *Generatio præterit, generatio advenit, terra autem in æternum stat.* Es la tierra el teatro en que se representan las farsas humanas; permanece firme, ésta se queda como la casa de las comedias; pasa una generación y viene otra, como diferentes compañías de representantes. ¿Qué es ver un personaje de rey en una comedia? ¡Qué acompañado, qué servido, qué aderezado! Acabada la farsa es un hombre bajo de por ahí. ¡Qué bravos se mostraron los asirios cuando representaron la monarquía! ¡Qué ricos los medos y persas! ¡Qué valerosos los griegos! ¡Qué poderosos los romanos! Pasaron unos, vinieron otros y ya de ningunos hay memoria. *Ubi sunt principes gentium?* Preguntaba Baruc: «¿Dónde están los príncipes de las gentes», que se enseñoreaban de las bestias de la tierra y lidiaban con las aves del aire en sus cazas de monterías? ¿Los que sin fin atesoraban oro y plata y fabricaban suntuosos edificios? *Exterminati sunt:* «Acabados son» y á los infiernos descendieron, y otros se levantaron en su lugar. Cuando vivía vuestro abuelo estaba vuestro padre esperando que pasase para entrar en su lugar, casa y hacienda, y vos esperáis á vuestro padre, y quiera Dios no sea deseándole la muerte; y vuestros hijos os esperan á vos,

y vuestros nietos esperarán á vuestros hijos. Y así en todo se guarda este compás, como los árboles cada año se despojan de las hojas viejas para remozarse y vestirse de las nuevas. ¿De qué os espantáis que los hombres se mueran, pues no os admiráis de que nazcan? Es un río corriente caudaloso. Si los ríos no fuesen á descargar sus aguas al mar, ya hubieran anegado toda la tierra. Así los hombres que nacen, si no se muriesen, ¿dónde cabrían? Pasa, pues, la figura del mundo, la imagen de los reinos y señoríos. ¡Qué grave, qué autorizada, qué temida ha sido la figura del gran Filipo segundo, y primero rey de las Españas! Pero ya pasó, ya con muerte ha desaparecido. *Melior est canis vivus, quam leo mortuus:* «Mejor es un perro vivo que un león muerto». El más triste pastorcillo vivo es mejor, y vale más y puede más que el mismo Alejandro muerto. Es un juego de ajedrez que, entabladas las piezas, tiene cada una su lugar y preeminencia: el rey, la dama, el arfil; pero acabado el juego y echadas en la bolsa, y revueltas como caen: el rey, que es más pesado, abajo, el peón arriba, no hay diferencia ni respeto. Pues si todo hombre viviente es, no sólo vano, sino toda vanidad; si su vida es imagen, sombra, figura de comedia, hoja de árbol, río y juego de ajedrez, bien infiere el profeta: *Sed et frustra conturbatur:* «En vano se turba» y congoja sin por qué ni para qué por las cosas desta vida. Discanta sobre este lugar con su acostumbrada elocuencia el divino Crisóstomo: *Frustra conturbatur;* como fuego se enciende, y como cañaheja se convierte en ceniza. Como tempestad se levanta, y como polvo es igualado á la tierra; como llama sube á lo alto, y como humo se desvanece; como flor descubre su lindeza, y como heno se seca; como nube se condensa, y como gota de rocío se consume; como la burbujica ó campanilla del agua se ampolla, y como centella se apaga. Túrbase y cobra mal nombre por su insaciable codicia, y no le siendo para nada de provecho la turbación, se muere. Suyos son los sobresaltos, de otros los gustos; suyos los trabajos, de otros las riquezas; suyos los cuidados, de otros los contentamientos; suyos los azares, de otros los buenos sucesos; él es atormentado en el infierno, otros gozan de sus bienes con música. *Frustra ergo conturbatur, quien? omnis homo vivens.*

Hombre: empréstito de la vida, deuda cierta de la muerte, animal indómito, malicia que por sí es maestra, traiciones que de gana se practican, artizado para maleficios, hábil para hacer agravios, compuesto para el avaricia, brío infinito, gloria de sí pregonera, braveza que presto se amansa, soberbia que sin dificultad se derriba, osadía que fácilmente se ata, cieno de arrogancia lleno, arena revoltosa, polvo altivo, ceniza hinchada, árbol á la muerte inclinado, heno seco, hierba agostada, fábrica que ligeramente se desgobierna, que hoy os amenaza y mañana parte de esta vida; hoy abunda en riquezas, mañana le cubren en la sepultura; hoy le coronan por rey, mañana le entierran; hoy resplandece con púrpura, mañana le sacan en hombros; hoy le estiman por gran tesoro, mañana le arrojan en las bóvedas de los muertos; hoy con lisonjeros, mañana con gusanos; hoy le guardan archeros, mañana le endechan todos. Que en sus bienandanzas es insufrible, y en las desdichas no recibe consuelo; que no se conoce á sí, y en inquirir las cosas que son sobre su capacidad curiosamente se ocupa; que lo presente ignora, y dispone lo que está por venir; que de su natural es mortal y desvanecido, y se imagina eterno. Ejemplo de todas las enfermedades amontonadas, morada antigua de toda alteración, cotidiana escuela de fiebres de todo género, albergue de todo dolor. Y con todo cuanto he dicho, nada llega á esta palabra del Profeta: *Verumtamen frusta conturbatur*, etc. Todas estas son palabras de Crisóstomo. ¿Qué remedio para tanta turbación? ¿Qué reparo tiene esta vanidad? No puede haber otro sino Dios, cuyo ser es su esencia, fuente de todo el ser, invariable eternidad. *Reddite prævaricatores ad cor et inhærete illi, qui fecit vos: state cum illo et stabitis, requiescile in eo et quieti eritis*: «Volved en vosotros, transgresores de la ley de Dios, decía el glorioso Augustino, á Aquel que os hizo, juntaos con El por amor, firmaos en El, y estaréis firmes; apoyaos en El, ternéis quietud y descanso». Como si en medio de un río rápido y poderoso estuviese un grande árbol sobre firmes y hondas raíces fundado, y llevando la corriente furiosa á ahogar á un hombre que por desgracia arrebató descuidado, le diésedes voces desde la ribera: «Asete hombre á ese árbol, echa mano de una rama para guarecerte»; así á los que las aguas deleznables de nuestra mortalidad van volcando y dando tumbos de unas miserias en otras, á gritos se les dice: *Inhærete illi qui*, etc. «¡Ah hombres desventurados, más vanos y más mudables que todas las cosas que cubre el sol y rige la luna! si queréis salir y escaparos de la corriente dese río presuroso, asíos de Dios; amad y servid á vuestro Hacedor, que El solo, que es inmutable y tiene firmeza en sí, os la puede dar á vosotros». Esto es lo que dice y prueba nuestro tema: *Regi secœlorum.*

Llama á Dios Rey de los siglos para significar, lo primero, su dominio universal y extendida jurisdicción; porque, no sólo es Rey de España, Francia, Italia, sino de todos los reinos, así deste siglo como del otro; Rey de los cielos

y de la tierra y de los infiernos; lo que San Pablo dijo: *Ut in nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium et infernorum*; y San Juan: *Rex regum et Dominus dominantium et Princeps regum terræ;* «Rey de reyes, Señor de señores, Emperador soberano de todos los reyes de la tierra»; lo segundo, Rey de los siglos dice: no de un siglo, ni de medio, como los que ahora se usan, de quien está escrito: *Omnis potentatis brevis vitæ;* «Todo potentado, breve vida». ¿Qué tan breve? Que cuando llega á lo sumo á ochenta años, lo que de ahí pasa es trabajo y dolor. Más breve: *Sic rex hodie est, et cras morietur*: «Así el rey hoy es y mañana se muere». ¿Cómo así? Como el heno, *quod hodie est, et cras in clibanum mittitur:* «Que hoy es, mañana le echan en el horno», como dijo el Redentor. Más breve: *Sicut mane transit, pertransiit Rex Israel.* «Como pasa la mañana, se acabó el rey de Israel». ¡Qué alegre es en el verano la madrugada! ¡Qué linda amanece el alba, qué arrebolada, qué dorada! ¡Cómo deleita con su frescor! Los enfermos respiran, las aves cantan, los hombres se alegran, las hierbas reviven, todo el mundo se remoza y renueva. De ahí á tres horas que comienza á picar el sol, ¡qué calma, qué bochorno, cómo fatiga el ardor! Todo calla, sino la chicharra con su ronca voz. Así pasa el rey de Israel. Cuando el alba ríe, ¡cómo deleitan los príncipes del reino! Rey nuevo, privados nuevos, esperanzas nuevas, músicas, fiestas, bodas, galas, bravezas; esto por la mañana. Y á medio día, enfermedades, dolores, muerte, lágrimas, melancolías, llantos. ¡Oh reino transitorio, gloria momentánea, honras fugitivas! ¿Quién os apetece? ¿Quién de vosotras se fía? *Quo mihi fortunas, si non conceditur uti!* dijo el otro: «¿Para qué quiero buena fortuna si no puedo echar un clavo á la rueda? ¿Para qué riquezas? ¿Para qué señoríos, si no me dan tiempo de gozarlos? ¡Qué mudanza tan lastimera hace la muerte en un rey! Miremos al santo Job, á aquel que solía sentarse *quasi rex circunstante exercitu:* «Como rey cercado de su guarda»; en quien hizo Dios en vida un ensayo de un rey muerto caído de su prosperidad. *Sedens in sterquilinio:* «Sentado en un basurero», á donde vinieron tres reyes sus amigos á visitar y le hicieron las obsequias rasgando sus vestiduras, echando tierra sobre sus cabezas y llorándole siete días como si estuviera muerto, que por tal le juzgaban; y así le echaban fuera de la ciudad, porque los sepulcros solían estar en el campo; echado al muladar como un rocín, podrido y comido de gusanos. ¡Oh qué espejo de príncipes este que les diga las verdades! ¡Oh qué desengaño para los que tan olvidados viven del morir! «¡El que poco antes, dice Orígenes, se sentaba en el trono real, ahora está sentado en un montón de estiércol!» Antes con corona de oro en su cabeza, vestido de púrpura, se mostraba adornado de majestad; ahora, vestido de una crudelísima llaga y della ceñido como con cinto apretado, está sentado en abundancia de materias. El que antes andaba cercado de millares de guardadores, ahora es comido de muchedumbre de gusanos roedores, sentado en el muladar, como en trono competente para tal plaga. Estiércol sobre estiércol y podre sobre podre. *Idcirco tamquam putredo, et stercus effectus digne sedeo super stercus, omnes homines instruens, quia omnis terrena gloria in putredinem et stercus, atque vermes convertetur* (Orígenes): «Por tanto, he hecho yo en vida lo que los otros hombres después de muertos: tengo por digna silla la basura, enseñando á los hombres que toda la gloria terrena en podre, estiércol y gusanos se ha de convertir». *Merito præsentia nullus aliquid æstimet sed futura timeat, nullus quæ hæc videntur quærat, sed ea quæ non videntur sustineat:* «Con razón ninguno estime ya en algo las cosas presentes, sino tema las venideras; no busque estas que se ven, sino aguarde las invisibles; porque toda la gloria del hombre es heno, y toda la beldad de las cosas caducas como la hortaliza, y toda la apariencia de los bienes terrenos como la flor que se cae. ¿Qué cosa más hermosa que el sol? Pues éste se pone. ¿Qué más suave que las flores del campo? Pues éstas se marchitan. ¿Qué más agradable y vistosa que la hermosura humana? ¿Y qué cosa más abominable y horrenda después que corrompe en la muerte? ¿Y qué cosa más vil que aquellos que se convierten en estiércol, podre y gusanos? ¡Deprended hombres de mí; informaos de lo que habéis de ser; desta metamorfosis que por vosotros ha de pasar! ¡Cuál me visteis poco ha y cuál me veis ahora!» «Esta doctrina, dice Orígenes, cuyas son todas estas palabras, enseñaba el santo Job desde la cátedra de su muladar, más contento y satisfecho con sus gusanos que de su antigua prosperidad; porque á ésta, por grande que sea, sucede la muerte, sepultura y corrupción; pero de la muerte y gusanos espera la resurrección de la carne; siendo esto así, ¿qué nos admira la tragedia de los reinos temporales que tienen tan doloroso y miserables fin? Sirvamos, como nos aconseja el apóstol, al Rey de los siglos; Rey que no pasa con los siglos, sino permanece eternamente. Porque *regi sæculorum inmortali, id est, inmutabili.* «Es propio atributo de Dios ser inmortal». *Qui solus habet inmortalitatem*, dijo en otro lugar San Pablo. ¿Cómo solo? ¿No son los ángeles inmortales, las ánimas nuestras inmortales, los cielos incorruptibles? Sí, pero no como Dios.

Dice Cristo: *Nemo bonus nisi unus Deus.* «Ninguno es bueno por esencia, sino sólo Dios». Los demás que son buenos lo son por participación de la bondad de Dios. Dios tiene la bondad de sí; los santos, recebida de Dios. Así, Dios tiene la inmortalidad de suyo, de su misma naturaleza; los ángeles y las almas, recebida de Dios; pero de suerte que se la podría quitar si quisiese. De otra manera explica Cayetano que sólo Dios tiene inmortalidad, porque sólo El vive sin mutabilidad. Cualquier mudanza es cierto linaje de muerte: y así Dios de ninguna suerte puede morir, porque no se puede mudar. *Ego Dominus, et non mutor*: «Yo Señor, y no me mudo». No quiere solamente decir que Dios no se muda, sino que la causa y razón por que no se muda es porque es Dios. Ser Dios es ser inmutable, y si fuese mudable no sería Dios. Y por eso Dios no puede hacer otro Dios. Todas las criaturas se mudaron de no ser á ser, fueron hechas de nada, y puede Dios volverlas á la nada de que las sacó. Dios no puede comenzar á ser; porque si vos me concedéis que algún tiempo no fuese, ¿quién lo había de hacer? El no se pudo hacer á sí mismo, porque lo que no es no puede hacerse á sí; ni le podía hacer otro, porque no hay otro que sea más que Dios. A mí hízome mi padre; al ángel hízole Dios. Mas á Dios, ¿quién le puede hacer? Por la misma razón, no puede haber mudanza en sus perfecciones. No puede ser ahora mozo y después viejo; estar ahora sano y después enfermo; ahora caliente y después frío. Porque todas estas mudanzas se ordenan para corromper las cosas, ó para perfeccionarles. A Dios no le puede faltar nada de lo que puede tener, porque si le faltase, ¿quién se lo podría dar? Si vos estáis frío, calentaos al fuego; si caliente, enfriaos al aire; si enfermo, sánaos el médico. Pero á Dios no hay quien le pueda suplir sus faltas, si las tuviese, y así todo lo que tiene le es natural, y todo lo que es fue y será perpetuamente. Pues no haya en Dios mudanza de bien en mal, ni defecto de ignorancia ni de malicia, la razón lo dice; porque es sumo bien, acto puro en quien están amontonadas todas las razones de bien imaginables. Pues mudanza de lugar que agora está en un cabo y después en otro, tampoco es posible, porque Dios está donde quiera: *Cœlum et terram ego impleo*: «Yo lleno los cielos y la tierra». Y no cabe en el cielo: *Cœli cœlorum te capere non possunt*. Fuera de los cielos está en aquel vacío que se imagina. Y un gentil: *Deus est circulum cujus ubique est, circunferentia vero nusquam:* «Dios es un círculo cuyo centro está en todo lugar y la circunferencia en ninguno». Quiere decir: Dios sustancialmente está en todo lugar y ninguno lo comprende. No tiene linderos ni mojones que le cerquen y concluyan. Con razón se llama sólo Dios inmortal, inmoble. Los ángeles tienen sucesión de pensamientos, y aun los bienaventurados las pueden tener de revelaciones, que son movimientos espirituales de la mente; todos son mudables cuanto al lugar. Lo mismo los cielos, debajo dellos todo se muda, altera y corrompe; sobre todo el hombre, que su mutabilidad parece que compite con la inmortalidad de Dios. De él está dicho: *Nunquam in eodem statu permanet* (Job, 14). «Nunca permanece en un ser». Siempre está en continuo movimiento. ¡Qué de mudanzas cuanto al cuerpo, en la edad, en la salud, en la disposición, en el lugar, en el morir! Quémase un leño, y no le duele; envejécese un árbol y púdrese, y no lo siente; y los brutos, aunque sienten tan extrañas maneras de morir como el hombre, no son tantas sus enfermedades. Un caballo muere de viejo, y cuando mucho de un torzón; no tiene esas calenturas, dolores de cabeza, de costado, de piedra, de hijada, de gota. El calor os hace mal y el frío también; el comer y la hambre, el andar y el estar quedo. ¿Qué diré de las muertes súbitas? De pena y de alegría, de beber un jarro de agua, de un pelo que se travesó, de un grano de una pasa, otros se caen de su estado. Cuando muere un bruto, él solo se pierde; pero la muerte del hombre, ¡cuán grandes mudanzas trae y qué grandes pérdidas! Deja tristes sus amigos, su mujer viuda, sus hijos huérfanos, sus súbditos necesitados; y si es rey, todo el reino hace su sentimiento, como se ha visto que aun hasta los cielos le hacen, porque no es del todo vano esto de los cometas ó eclipses en el fallecimiento de los príncipes. Pues ya si consideráis las mudanzas de fortuna de que los brutos están libres, hoy veréis á un hombre rico, mañana pobre; ayer en la cumbre, hoy rodando debajo de los pies; ayer adorado, hoy desconocido. Sobre todas las mudanzas, la del pecado, de que no son capaces las bestias. En los ángeles, sólo un punto duró el poder pecar; pero toda la vida del hombre es una continua vuelta. En los ángeles, sólo un pecado hubo, que es soberbia; los hombres pecan en todos siete pecados mortales; y en esos hay tantas especies y géneros y varias circunstancias, que no pueden contarse. De suerte, que en el cuerpo y en el ánima es el hombre el más mudable de las cosas. Pues sirva á Dios inmortal y hacerse ha inmutable más que todas ellas. Oid un lugar singular que cierra todo lo dicho. El sapientísimo rey Salomón, queriendo epilogar aquel sermón tan largo y profundo que había predicado, cuyo tema fue: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*. Y en comprobación deso, va discurriendo por todas las vanidades del mun-

do: reinos, riquezas, deleites, letras, fortaleza, edificios, todo se acaba, todo pasa y está sujeto á corrupción. También se muere el sabio como el necio; también el hombre como el jumento, y cuanto á esto, son de igual condición, y aun de peor el hombre, como está probado. Concluye su sermón. *Finem loquendi omnes pariter audiamus.* «Oyamos todos al fin de la plática». Como si dijera: este solo punto, como el más sustancial y provechoso de todo el sermón, os encomiendo que llevéis en la memoria: *Deum time et mandata ejus observa hoc est enim omnis homo.* «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque con esto es todo hombre». Dice que aquel *hoc* es ablativo, *nam in hoc consistit omnium hominum perfectio.* Y que el *est* tiene aquí la misma fuerza que cuando dijo Dios á Moisés: *Ego sum qui sum*; «Yo soy el que soy». Diles á los hebreos: *Qui est misit me ad vos;* «El que es me envía á vosotros». Según esto quiere decir: Si el hombre quiere mudar estado y librarse de la servidumbre de corrupción á que está sujeto; si quiere pasar de la vanidad y continua mudanza á un ser firme y en su manera invariable como el de Dios, á quien es propio el ser, tema á Dios y guarde sus mandamientos. *Hoc est enim omnis homo.* Porque con esto, temiendo á Dios y guardando su ley, es todo hombre y recibe ser estable y permanente. Es por gracia como Dios por naturaleza. ¿Qué dice Dios? *Ego sum qui sum;* «Yo soy el que soy», por naturaleza, pues dice San Pablo: *Gratia Dei sum id quod sum;* «Por la gracia de Dios soy lo que soy». ¿Qué más dice? *Qui est:* «El que es»; pues *qui adhæret Domino unus spiritus est;* «El que se ayunta por amor al Señor, un espíritu es». Y como aportado en Dios y afirmado, según aquello: *Firmamentum est Dominus timentibus eum* (Salmo 24); «Firme es el Señor á los que le temen»; no se altera ni muda con los sucesos desta vida, ni las cosas prósperas le levantan, ni las adversas le derriban, ni las delectables le atraen, ni las terribles le atemorizan, ni las tentaciones le vencen, ni los pecados le cautivan. Inmoble está contra todos los combates. Como el isleo y peñón, que cuanto más embestido de las olas que quiebran en él, más lavado queda y en nada ofendido.

Illi veluti pelagi rupes inmota resistit.

(VIRGILIO).

Y últimamente, en la bienaventuranza será del todo inmortal el cuerpo glorificado con los dotes de la gloria, más resplandeciente que el sol, más incorruptible que los cielos; y el alma con la visión beatífica participando de la eternidad de Dios.

Regi sæculorum inmortali, invisibili. Dese, pues, la honra y la gloria al Rey de los siglos, inmortal, invisible. Otra razón para servir á Dios, porque es invisible; quiere decir, incomprehensible. Porque lo que no se ve ni registra por los sentidos, no cabe en el entendimiento, como Aristóteles dijo: *Nihil est in intellectu qui prius non fuerit in sensu.* El hombre altivo no se precia de servir sino á quien sea más que él. Los generosos tienen por caso de menos valer servir á otro que al Rey, y aun esa es la mayor grandeza de los reyes: en que no les puede igualar ningún vasallo por grande y rico que sea. Podrá comer tan buen capón de leche como el rey, y beber tan buen vino, y vestir tan delgada holanda, tan rica seda, y otras cosas de regalo y precio, pero no puede servirse de tan honrados criados. Pues si sirves al rey porque es más que tú, ¿por qué no sirves á Dios, que es más que tú, y que el rey y que todo lo criado infinitamente? ¿En qué te hace ventaja el rey? ¿En la dignidad y en el poder? Esos son bienes de fortuna, cosa postiza y superáddita al hombre. Tú se la puedes hacer á él en bienes de naturaleza y de gracia. Puedes saber más que él; ser más discreto, más gentil hombre, más valiente, más virtuoso; y con todo, te honras de ser criado del rey. Hónrate más de ser siervo de aquel Rey soberano, incomprehensible, que te hace infinitas ventajas.

«Todas las gentes, dice Isaías, así son delante de Él como si no fuesen, y como nada y vanidad son reputadas en su presencia». Y Daniel, hablando de la grandeza de su casa y corte: *Millia millium*; «Millares de millares le sirven, y diez veces cien mil millares le hacen asistencia». Préciate tú de ser uno de ellos. San Gregorio, siendo sumo pontífice, se intituló: *Servus servorum Dei*. Y de ahí lo tomaron sus sucesores, y no es menoscabo, sino grande honra ser siervo de los siervos de Dios. Porque *servire Deo regnare est:* «Servir á Dios, es reinar», y los que le sirven, son reyes. *Fecisti nos Deo nostro regnum et sacerdotes, et regnabimus super terram*, dicen los santos á Cristo: «Hecístenos reino para nuestro Dios y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra». Diciendo que ellos son el reino, se confiesan por vasallos y criados de Dios. Y para significar el honor deste título, dicen que son sacerdotes, son capellanes del divino Rey que se sientan y se cubren en su capilla. Y porque éstos acá no sirven de cerca á la persona real, añaden: *Et regnabimus;* «Reinaremos sobre la tierra». Es este sacerdocio real; siendo sacerdotes, son reyes; los sumilleres de corps que tocan y tratan y guardan el cuerpo de Dios, son los muy privados.

Cuando uno es muy privado, suelen decir

Fulano es el rey; puede lo que quiere. Pues los santos son reyes, porque son muy privados de su rey. Mas Rey invisible quiere decir Señor de las cosas invisibles, que son las eternas. como el Apóstol dice: *Quæ enim videntur, temporalia sunt; quæ autem non videntur, æterna.* «Las cosas que por los sentidos se experimentan son temporales; las que no se ven ni sienten son eternas». Rey invisible es Rey de bienes eternos; que á los que le sirven hace mercedes eternas, y en los que le ofenden castigos eternos. ¿Pues no es lástima entre cristianos, que puedan tanto el sentido con los hombres sensuales que al rey visible, aunque temporal, le sirven con tanto amor y puntualidad, y con tan solícito cuidado, y con tanta fatiga y trabajo, hasta perder la salud y vida, y lo desean, y negocian y compran, y se mueren por ellos? Pues y á la privanza ¿cómo la envidian, cómo la apetece! ¿Qué hallas ahí? ¿Qué merced te puede hacer? ¿De una encomienda? ¿De un título? ¿De un estado? Otros hay que ni aún eso pretenden. Sólo aquel favor. ¿Qué son esos? Jurillos de por vida tan al quitar: *Nolite confidere in principibus, in filiis hominum, in quibus non est salus* (Salmo 145). Oid un desengaño que os da, hombres, un profeta y rey: «No pongáis vuestra confianza en los príncipes, que al fin son hombres como vosotros, que no tienen salud». Si os pueden dar dineros, no os pueden dar salud ni vida para gozarlos. Sale el espíritu del cuerpo y va á dar cuenta á Dios, que se la tomará muy estrecha. El cuerpo tan estimado se convertirá en tierra. *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum*». «En aquel día (¡ah día para no perderle de vista!) perecerán todos los pensamientos dellos». ¿Quién son ellos? Todos los que tenían colgadas sus esperanzas de pelo tan frágil como la vida de un hombre. Cuando muere un rey, hay general muerte de esperanzas. ¡Qué de deseos frustrados! ¡Qué de pensamientos desvanecidos! ¡Qué de telas cortadas á medio tejer! ¡Qué de torres de viento fabricadas en la fantasía en un punto derrocadas! ¡Cuán de otra suerte el justo, de quien está dicho: *Justus meus ex fide vivit* (Hebr., 10); «Mi justo no vive por el sentido, sino por la fe!». No quiere decir que la fe es toda la vida, sino que de la fe sale la vida del justo. Como decir acá: Fulano ¿de qué vive? De su hacienda. ¿De qué come? De su renta. No se come la casa, ni la dehesa, ni el juro, sino de ahí sale con qué comprar el pan, y el vino, y la carne que come y con que se sustenta. Así la vida del justo es la caridad y las obras hechas en ella. Eso come y le sustenta. ¿De qué heredad, de qué juro sale esa comida? De la fe. *Est autem fides sperendarum substantia rerum, argumentum non apparentium* (Hebr., 11): «Es la fe el sujeto, el estribo de la esperanza; es una cierta persuasión de las cosas que no se ven, ni entran por el sentido»; es una luz que nos descubre aquellos bienes eternos en que es bien colocar nuestras esperanzas. Son unos antojos de lejos que alcanzan á ver aquel Rey invisible y su incomprehensible majestad y gloria, y representándose á la voluntad, la solicitan y aficionan á que ame á este Señor, y le sirva con más amor y cuidado que los hombres á los reyes; que vea y desee su privanza y tire sus gajes y espere de su libertad, mercedes dignas de su grandeza y munificencia real.

Todas estas ventajas que hace el Rey del cielo á los de la tierra, que es Rey de los siglos, que no pasa con los tiempos, Señor universal de todos los reinos, inmortal, inmutable, incomprehensible y Señor de las cosas invisibles y eternas; todo eso tiene por ser Dios, y así concluye bien nuestro tema: *Soli Deo honor*, etcétera. «A solo Dios (porque no hay otro Dios), á El sólo se dé la honra y gloria en los siglos de los siglos. Amén». ¿Pues no habemos de honrar á los reyes y á los hombres constituídos en dignidad? ¿No dice San Pedro: *Deum timete, regem honorificate;* «Temed á Dios, honrad al rey?». Sí, pero con diferencia. Como este Rey es en esta vida invisible, puso en la tierra vicarios y substitutos suyos, á quienes dio sus veces, para que en su lugar nos gobiernen. Son los reyes virreyes de Dios, y quiere que los honoréis como á ministros suyos que representan su dignidad. *Non est autem potestas nisi a Deo, itaque qui resistit potestati Dei ordinationi resistit.* El poder que con eminencia está en los reyes es sin duda derivado del de Dios y por El comunicado, y así quien resiste al rey y se le rebela, resiste á Dios quebrantando el orden que El tiene puesto: que los vasallos obedezcan al rey, que tiene las veces de Dios. Y este orden durará mientras durare el mundo, hasta que Cristo venga en forma visible, y con toda su majestad, á tomar la plenaria potestad de su reino todo y la total administración. *Deinde finis, cum tradiderit regnum Deo et Patre, cum evacuaverit omnem principatum et potestatem et virtutem* (Cor., 15): «Entonces será el fin de todas las cosas, y los buenos conseguirán su último fin, cuando el Señor entregará el reino, que son sus escogidos, á su padre Dios». Como Hijo al Padre y como hombre á Dios. Para que gocen dél por clara visión, y él reinar para siempre en ellos, gobernándolos inmediatamente por sí mismo, sin otro ministerio ni gobierno angélico ni humano, porque todos cesarán y Dios será á todos todas las cosas.

Destos sustitutos y vicarios que Dios ha constituído en la tierra, fue uno muy señalado entre todos nuestro señor el rey Felipe II, cuyas

exequias celebramos y de cuya muerte con tanta razón nos dolemos. Hombre fue mortal como los demás, pero que por la virtud y gracia de Dios le redujo á estado de inmortalidad. Atrevimiento será y no pequeño querer yo con mi rudeza querer escurecer el resplandor de sus reales partes y heroicas virtudes. Porque si Alejandro prohibió por edicto público que ningún pintor le retratase sino Apeles y ningún escultor le hiciese de talla sino Lisipo, que eran los príncipes de aquellas artes:

> *Edicto vetuit ne quis se præter Apellem*
> *pingeret, aut alius Lysippo duceret æra*
> *fortis Alexandri vultum simulantia.*
>
> (HORACIO).

juzgando ser perteneciente á la majestad real que ni aun su retrato pudiera representar alguna cosa indigna de su persona, ¿cuánto más se debe tener este recato en las pinturas que hace la lengua, que llega á retratar las virtudes del ánimo, lo que no puede el pincel? No se podía fiar esto sino de Cicerón entre los gentiles, ó San Jerónimo entre cristianos, que tuvo eminencia en epitafios de muertos.

Pero á falta desta elocuencia, y desconfiando de la mía, que es ninguna, me voy á la Santa Escritura á buscar un retrato digno de nuestro rey, sacado, no por mano de Apeles ni Lisipo, sino del mismo Dios. Este sea Salomón, aquel celebradísimo rey, con quien le comparo, y aun con un *plus ultra*, diciendo: *Ecce plus quam Salomon*. Por sí lo dijo Cristo, que hizo á Salomón infinitas ventajas; pero licencia ternemos de aplicarlo á nuestro rey, que le hizo muchas. Podemos hacer unos paralelos, como Plutarco hizo, comparando entre sí los varones ilustres, cuyas vidas escrebió, y decir que nuestro señor el emperador Carlos V, de gloriosa memoria, fue muy parecido al rey David. Tres cosas hallo yo en David muy excelentes para un príncipe. La primera, valor y prez de armas. Fue David belicoso guerreador. ¡Qué dio de batallas! ¡Qué consiguió de victorias! Contra los filisteos, amonitas, moabitas y, generalmente, contra los paganos. Fue el que puso en su punto de grandeza el reino de Israel, y le subió á la mayor alteza de gloria que había tenido. ¡Qué tuvo de soldados valientes! ¡Qué de valerosos capitanes! Desta suerte el invictísimo emperador, famoso en armas, glorioso en victorias, gran capitán, poderoso guerrero, terror del mundo, hizo retirar al Turco en Viena, que traía quinientos mil caballos; ganó á Túnez; prendió al francés en Pavía; desbarató la liga de Alemania y redujo el imperio á su obediencia. Temido de todos, turcos, herejes y otros enemigos, hizo bravos soldados y excelentes capitanes, y puso este reino en la cumbre de gloria y fama, sobre todas las naciones. La segunda excelencia de David, fue religión. ¡Qué firme en la fe! ¡Qué honrador del verdadero Dios! ¡Qué devoto, humilde, hasta abajarse á ir tañendo y bailando delante del arca del Testamento! En el cual acto, dice San Gregorio, que le parece más admirable David que no desquijarando leones y matando Golias. *Ego David plus saltantem stupeo, quam pugnantem.* ¡Oh, serenísimo emperador, siempre augusto, columna inmoble en la fe; cuando el impío Lutero con sus heréticos dogmas turbó la Iglesia y comenzó á pervertir á Alemania, apartándola de la unión del rebaño de Cristo, con qué celo, con qué constancia se le opuso este cristianísimo príncipe! Sea testigo aquella católica confesión que hizo y escribió su propia mano y firmó de su nombre en Wormes, siendo no más de veinte y un años, que había de estar escrita con letras de oro y eternamente esculpida en las memorias de los hombres. Donde con gravísimas palabras protesta que quiere siempre permanecer en la obediencia de la Santa Iglesia Romana, y defender con todas sus fuerzas la fe católica, las ceremonias sagradas y los decretos de los santos Concilios y católicas costumbres y observancias de la Iglesia, como sus progenitores lo hicieron. Y porque la secta luterana es en todo contraria á esta católica creencia, añade estas palabras: «Por tanto, digo: que mi deliberada voluntad es de poner á riesgo todos mis reinos y señoríos, mi imperio, mi cuerpo y mi sangre, mi salud, y todo cuanto yo y mis amigos tenemos en esta vida, hasta estorbar que no pase adelante una cosa que tan malos principios ha tenido, etc.». Y como lo dijo, así lo cumplió. Pues de su devoción, de mil testimonios que pudiera traer, bástenos uno, y tal, que en Augusta, el año de 1530, haciéndose la procesión del Santísimo Sacramento, la más solemne y sumptuosa que jamás se había visto en Alemania, para confusión de los herejes, que no quisieron hallarse en ella, y para edificación de los católicos, el emperador acompañó el divinísimo Cuerpo de nuestro Redentor, yendo detrás en cuerpo y sin gorra, ni sombra alguna, aunque hacía terrible calor y un sol que ardía, y llevó en las manos un cirio de cera blanca. En este acto no hizo menos, á mi juicio, que David, porque en aquellos siglos no era más extraño de la grandeza de un rey, que ayer era pastor, bailar y tañer, que en estos servir de paje de hacha la majestad de un emperador. Fue obra ésta tan heroica en aquella ocasión, que bastó á merecer todas las victorias y prósperos sucesos que el Señor le dio después. Y aunque por ella la soberbia Michol le

despreció, aquella nación, ya rebelde á Dios y después á su príncipe, él la sojuzgó y castigó después, y mientras el mundo durare terná por esto eternos loores. Lo tercero, en magnanimidad; porque David, siendo ya de Dios, renunció el reino en Salomón su hijo, y se recogió á tratar con Dios. Esto mismo hizo nuestro emperador, aun no estando tan impedido como David. Pero viéndose enfermo, y porque sus indisposiciones no causasen algún gran mal en el mundo, atendiendo sólo al bien común, renunció todos sus reinos y señoríos en el serenísimo Felipe II su hijo, y se recógió á un monasterio á vida contemplativa, triunfando del mundo y de sus pompas, con harto mayor gloria que cuando triunfaba de sus enemigos. Hazaña cierto digna de quien había hecho tantas, que por ellas había merecido el nombre de Máximo; merece por ella eterno loor y gloria inmortal, pues con tan increíble magnanimidad pudo menospreciar el mayor estado de cuantos á la sazón había en el mundo. Y si hasta entonces había sido mayor que ninguno de sus antecesores, en esta tan extraña liberalidad se sobrepujó á sí mismo, y acabó de llegar á la cumbre de gloria y majestad á que la virtud puede llegar á los hombres en esta vida, y mostró cuán digno era de la divisa que tomó de las dos columnas de Hércules, con la letra *Plus ultra;* pues conquistó nuevas tierras y pasó con el señorío y con las hazañas adelante de donde hasta allí otros habían llegado. *Orbis cuncta meos timuerunt regna triunphos, Gallus, Turca potens, Antipodesque feri. Terrarum imperia dejeci, sceptra, coronas, et mihí reg nandi spes fuit una Deus.*

A David sucedió Salomón, y á Carlos Felipe II. *Ecce plusquam Salomon hic.* Fuele parecido: Lo primero en la sabiduría, en que Salomón fue sin fin entre los nacidos. ¿Cuándo se vio tan sabio rey, tan capaz, tan prudente, tanta inteligencia y comprehensión de negocios, tan próvido, tan gran consejero, tan memorioso, tan advertido en todo? De Salomón se dice que: *Disputavit a cedro quæ est in Libano, usque ad hyssopum quæ egreditur de pariete;* «Disputó en los árboles, desde los cedros del Líbano hasta el hisopillo que pasa por la pared». Lo alto y lo bajo; nada se le escapó. Ha sido admirable en esto su majestad; que juntamente abarcaba y comprehendía los negocios más arduos de estado, de guerra, de gobierno, y atendía á otros muy domésticos y muy particulares, sin que la grandeza de los unos estorbase á la pequeñez de los otros, ni al contrario. Más saben de eso los que más le trataban. ¿Qué era ver su asistencia en los papeles, su inmenso trabajo cuando pudo, sus respuestas discretísimas, sus advertencias, sus enmiendas ó adiciones á lo muy limado, su recato y sendas extraordinarias para no ser engañado? Podríamosle aplicar aquello de David: *Deus in sancto via tua.* Y luego más abajo: *In mari via tua et semitæ tuæ in aquis multis et vestigia tua non cognoscentur.* Dos cosas dice del camino de Dios. Lo primero, que es santo, limpio, y lo segundo, que es por el mar y sus sendas por las aguas, donde no queda huella ni señal para que no le puedan sacar de rastro. ¿Santo el camino de su majestad? Tan santo, que es cosa cierta que en su vida hizo injusticia, entendiendo que lo era; engañado podría ser, pero no de propósito. Rectísima la intención y deseo de acertar á lo bueno, á lo mejor; para eso varias sendas y veredas, como por la mar, ocultas trazas, extraños modos, que no había tomarles tino, ni hacer regla ni consecuencia de unos á otros, y todos ordenados á enterarse de la verdad.

Lo segundo, en la justicia: potísima virtud de los reyes. Fue tan recto Salomón, que mandó dividir el niño sobre que litigaban las dos mujeres, mientras parecía tener ambas á él igual derecho. Ha sido tan extremado en hacer justicia generalmente á todos su majestad, que no sé quién en esto le haya igualado. Tan incorrupto, tan entero, tan libre, tan igual, tan sin adherencia á ninguna de las partes; pero justo en fiel para la justicia. ¿Qué de pleitos tan grandes se han sentenciado de quitar y dar estados con tanto silencio, sin alboroto ni ruido, por el favor que él ha dado á la justicia? ¡Qué reverenciados los ministros, qué obedecidos, y en lo que los hombres pueden juzgar, qué reformados por la autoridad que ha dado á la justicia! No se ha visto tal propensión, inclinación, impulso, vehemencia, ímpetu á hacer justicia, que me parece se sacara un ojo y se cortara un brazo si la justicia lo pidiera. No le aprovechaba al grande su grandeza para que no pagase si delinquía. Pues los pobres, que especialmente están encargados á los reyes: *Et liberabit pauperem a potente et pauperem cui non erat adjutor*, dónde hallaron semejante protección y abrigo? Los vasallos injustamente oprimidos de los señores, los pobres de los ricos, los desvalidos de los poderorosos, aquí hallaban amparo, á este sagrado se acogían, como á otro Job que decía: *Contedebam mollas iniqui et de dentibus illius auferebam prædam;* «Quebrábale las muelas al malo, y de los dientes le sacaba la presa».

Lo tercero, en la paz, que es fruto de la justicia. Salomón justiciero, fue rey pacífico, y vino muy bien después de las guerras de su padre David y tanta sangre derramada. ¡Qué felicidad ha sido la de este siglo dorado, en que habemos gozado de tanta paz por el gobierno

de nuestro pacífico Salomón, de quien se puede decir lo que del otro: *Habitabatque Juda et Israel absque timore ullo, unusquisque sub vinea sua et sub ficu sua cunctis diebus Salomonis.* «Vivía el pueblo de Judá y el de Israel sin temor alguno, cada uno debajo de su parra y de su higuera, todos los días de Salomón». Quien no ha visto las violencias de las guerras, las talas de los campos, el malogramiento de los frutos, las ruinas de los edificios, la desolación de los lugares, las rapiñas de los bienes, las muertes de los hombres, las fuerzas de las mujeres, los estupros de las vírgenes, no puede estimar el bien que es vivir cada uno seguro debajo de su parra y su higuera, gozando de sus bienes libremente y sin recelo. Esto ha gozado España y Italia en los días de nuestro rey. Y porque el ocio de la paz es madre de las letras, nunca ha habido en España tantos y tan grandes letrados, teólogos y juristas y de todas facultades; nunca las artes más floridas; nunca tanto libro sacado á luz, y nunca los hombres doctos y eminentes han sido tan favorecidos y premiados; y sobre todo, nunca las religiones tan reformadas en este reino, ni en tanto punto de observancia como lo han estado y están por el patrocinio y providencia de nuestro rey, que no se puede decir la puntualidad con que á esto acudía.

Lo cuarto, en munificencia. De Salomón dice la Escritura: *Dedit Deus Salomoni latitudinem cordis quasi arenam quæ est in littore maris.* «Que le dio Dios anchura de corazón, como la arena que está en las extendidas playas del mar y sus costas prolongadas». Quiere decir que le dio un corazón magnífico y magnánimo para hacer obras grandes y gastos excesivos, inmensos. Edificó alcázares, plantó jardines, bosques, labró fuentes, estanques, tuvo gran casa de criados, hizo largas mercedes. ¡Qué corazón tan grandioso fue el de su majestad! ¡Qué espacioso, qué extendido! Más que las riberas del mar, para dar y gastar y hacer obras grandes y excelentes. Nadie en España ha tenido tanta majestad y esplendor de casa y corte, y ostentación de grandeza como su majestad tuvo cuando convino. Nadie ha hecho gastos más suntuosos en edificios, alcázares, bosques, jardines, aguas. Ninguno ha hecho tantas y tan magníficas mercedes. Y mírese bien, ¡qué de casas, qué de vínculos, qué de estados nuevos, qué de aumentos á los antiguos y á hombres militares! El emperador, por una gran proeza, solía dar diez ducados por una vez, y véanse los libros. Acá las ventajas, los entretenimientos de muchos centenarios de ducados, ayudas de costa, encomiendas y otros grandes favores. Pues limosnas, no tienen cuento las que ha hecho gruesísimas á todo género de pobres, conventos, hospitales, doncellas, niños y otras obras pías. En conclusión, digo en este punto, que fue uno de los más notables y señalados príncipes, si no fue el más notable que ha habido en el mundo, y en quien más cosas concurrieron para hacerle célebre y famoso. La mayor antigüedad de sangre de reyes y emperadores que se conoce. Hállase en su genealogía ocho santos canonizados, de quien deciende por línea de sangre. San Arnulfo, señor de Mosselana y, después de viudo, obispo de Metz de Lorena, y después ermitaño, su abuelo 30. Santa Vegha, duquesa de Brabante, nuera de Arnulfo, mujer de su hijo Anginses, abuela 29. Carlos Magno, emperador, santo, canonizado, abuelo 24. San Guillermo, duque de Guiana y conde de Poitiers en Francia, y después reformador ó fundador de la Orden de San Agustín, progenitor en grado 15. San Luis, rey de Francia, décimo abuelo; y éstos decienden uno de otro. Santa Isabel, reina de Portugal, mujer del rey Don Dionisio, rézase de ella en Portugal, abuela octava. San Malcolmo, rey de Escocia; Santa Margarita su mujer, progenitores en grado 18, tuvieron una hija reina de Inglaterra, de quien decendió su majestad. A éstos se pueden añadir el rey Don Pelayo y Fernando el III, que llaman el santo, que á mi juicio no son menos que los nombrados. Linaje real de santos. El mayor señorío que se sabe; ciñendo con ambas Indias la longitud del mundo, y acá en Europa, señor de los Estados Bajos y de lo mejor de Italia, y sobre todo señor de todas las Españas, que es gran excelencia de nuestro rey haber ajuntado á esta corona el reino de Portugal. Tiénese por grande gloria de los reyes que ganaron ciudades, villas y castillos, y algunas provincias con que aumentaron esta corona. ¿Pero qué es todo esto con la unión de un reino tan noble y tan florido como el de Portugal con toda su India, que es la mitad del mundo? Con eso, tan larga vida que ha más de cuatrocientos años que ningún rey en Castilla llegó á sus días, y cuarenta y dos años de reinado absoluto y sin tutorías, cosa que ninguno en estos reinos ha alcanzado, y muy pocos de los del mundo. Todo esto junto, ¿en quién se podrá hallar? Luego bien decimos: *Ecce plusquam Salomon hic.*

Lo quinto, fue excelente Salomón, que le escogió Dios para que le edificase casa, aquel templo tan célebre y nombrado en todo el orbe. Aquí no tengo yo de hablar; hable ese santo templo de San Lorenzo el Real, y casa celebérrima, que en orden es el octavo milagro del mundo, y el primero en dignidad edificado en tantos años, con tan magníficas expensas. Que vio desmontar el sitio, abrir las zanjas, puso la primera piedra y le vio acabado en toda su

perfección, con tanta suntuosidad. Gran determinación, maravillosa constancia, rara felicidad. De los reyes y cónsules del mundo dice el santo Job: *Qui ædificant sibi solitudines*; «Que edifican para sí las soledades», casas de campo para su recreación. ¡Oh qué casa de campo está edificada en aquella soledad; no para vanos pasatiempos, sino para vacar á Dios; donde se cantan día y noche las divinas alabanzas; donde tanto coro, tanto culto divino, tanta oración, tanta limosna, silencio, estudio, letras; tanta observancia de los padres religiosísimos que viven en aquella soledad como unos Macarios, Anselmos, Hilariones! ¿Qué diré de los primores de la pintura? ¿Qué de la riqueza de los ornamentos? ¿Qué de la curiosidad de los libros? ¿Qué, sobre todo, de la muchedumbre y preciosidad de sagradas reliquias con tantas diligencias y costas buscadas, rescatadas, traídas y con tanta decencia puestas y colocadas? *Quam terribilis est locus iste!* ¡Oh lugar sacro, terrible, digno de suma reverencia y adoración, divino santuario! *Non est hic aliud nisi domus Dei et porta cæli*: «No hay otra cosa aquí, sino casa de Dios y puerta del cielo». Cuando no hubiera hecho otra obra insigne, ésta sola bastara para inmortalizar su fama mientras el mundo durase. Porque si los reyes de Egipto eternizaron sus memorias con aquellas pirámides, obras inútiles, impertinentes, ¿con cuánta más razón será eterna la memoria de quien fabricó esta máquina tan grandiosa, tan artificiosa, tan rica, tan santa, tan provechosa?

Lo sexto, en religión, en la fe. En esto con verdad decimos: *Ecce plus*, etc.; «Este es más que Salomón». Salomón en la juventud, amable al Señor, muy fiel, reedificó templo, dedicóle, ofreció solemnísimos sacrificios. Pero á la vejez, entontecido y por afición de mujeres idólatras estragado, vino á profanar su gloria y escurecer con un borrón y mancha infame la claridad de sus antiguas obras. Nuestro segundo Salomón, siempre firme en la fe, cautivo de la religión, católico por el cabo, pero señaladamente cuando anciano más sesudo; gran continencia, libros santos, gran moderación, por no decir pobreza, en ropa, mesa, cama y en todo el trato de su real persona y casa; siempre devoto á Dios y á sus santos; muy venerador de las sagradas reliquias. Y en esta enfermedad, desde que le dio, todos los días le llevaban reliquias de diversos santos en quien tenía devoción, las cuales adoraba y besaba con grandísima reverencia. Hizo canonizar á San Diego; procuró que lo fuese San Raimundo; trajo de Francia el cuerpo de San Eugenio, primer arzobispo de Toledo y de Namur, en los Estados; el de Santa Leocadia, y enriqueció con ellos aquella santa iglesia, primada de las Españas. Siempre amigo del culto divino; misas solemnes, horas largas, y sin esto, ha diez años que cada día tenía cuatro horas de oración mental y vocal, repartidas en mañana y tarde. Véase si hay religioso de los muy perfectos que las tenga. Más que eso. Salomón, que edificó templo para Dios, edificó muchas mezquitas para nefandos ídolos y las rodillas que se postraron ante el altar del Señor ¡oh caso espantoso y lastimero! se arrodillaron á las aras sacrílegas de los demonios. ¡Oh, más que Salomón nuestro católico rey; infrangible diamante en la fe; muralla inexpugnable de la cristiana religión; gran celador de la honra de Dios; enemigo capital de todos los herejes y que con todas sus fuerzas los persiguió en sus reinos y en los extraños, sin haber arrostrado jamás á tener por amigos á los que no lo son de Dios, ni admitir por vasallos á los que no son hijos de la Iglesia; y sobre eso, les ha hecho guerra implacable, en cuya persecución, aunque se han gastado sus inmensos tesoros y consumido su riquísimo patrimonio real, «vaya todo y no se diga que ni por una hora permití libertad de conciencia á mis vasallos!» Con mucha verdad puede decir á Dios lo que David: *Nonne qui oderunt te, Domine, oderum et super inimicos tuos tabescebam* (Salmo 138). «Bien sabéis vos, Señor, que os he servido con tanta lealtad y con tanta fineza, que en siendo uno enemigo vuestro, por el mesmo caso lo era mío, y me declaraba contra él, y me secaba de enojo en verle, sin querer con él tregua ni paz le perseguía». Así lo ha hecho hasta secarse y consumirse, desubstanciarse y empobrecerse por mantener la guerra contra infieles. He aquí el espíritu de Josías, de quien se dijo: *Tulit abominationis impietatis et gubernavit ad Dominum cor ipsius, et in diebus peccatorum corroboravit pietatem.* «Quitó las abominaciones de la idolatría y gobernó su corazón á Dios; y en los días de los pecadores fortificó la piedad». En la historia de los reyes se dice de algunos que fueron buenos y católicos, y añaden un pero. *Verumtamen excelsa non abstulit*: «Empero faltaron en una cosa, que no quitaron los excelsos». Había dos maneras de excelsos: unos como Gabaón, donde se sacrificaba al verdadero Dios, pero contra la ley que prohibía sacrificar fuera del templo de Jerusalem; otros reedificados por Salomón junto á Jerusalem, en gracia de sus mujeres idólatras, y otras guacas y adoratorios que los infieles erigían en las cumbres de los montes, donde hacían sus abominables sacrificios. Ambas cosas permitían algunos reyes por complacer al pueblo y por razón de estado, temiendo alguna rebelión. Y así los dejaban vivir en la ley que querían. Eso es, *verumtamen excelsa non*, etc.

Es un pero, un sino. Fulano es un hombre honrado, pero sino que tiene esta falta. Es un lunar en un rostro hermoso. Viene Josías, y fue tan valeroso que rompió con todos los idólatras, taló bosques, derribó mezquitas, destruyó altares, quebró las estatuas, mató los sacerdotes sacrílegos, desterró los sodomitas. Eso fue quitar las abominaciones de impiedad. Todo eso hizo nuestro católico rey, á cuyo religioso ánimo no se le puede poner un sino; romper con todos los herejes, no disimular ni permitir libertad de conciencia, sino mandar que se ejecutasen los placartes, se castigasen los herejes, aunque se aventurase y perdiese todo. Y en España, ¿cómo ha favorecido el santo oficio, este muro de fuego que defiende la fe en estos reinos y la tiene más pura y acrisolada que en otros ningunos? ¡Con qué detestación ha perseguido otros pecados gravísimos y feos que se iban introduciendo! Quitó las abominaciones de la maldad, y gobernó por Dios su corazón; por este norte se regía, puesta la mira en el servicio de Dios y no en la razón de estado de los paganos políticos, que es la verdadera desolación de él. Y en los días de los pecadores, en estos tiempos calamitosos en que los infieles y herejes han prevalecido y multiplicádose como langostas, él solo hizo espaldas á la piedad. ¿Quién ha hecho rostro al Turco, enemigo común de toda la cristiandad? ¿Quién quebrantó su orgullo en Lepanto con la victoria más insigne, más famosa, que ha habido sobre aguas de la mar? No tengo yo por mayor la que alcanzó Octaviano de Marco Antonio. Sola esta victoria basta para hacer gloriosísimo á un rey y felicísimo su reinado. ¿Quién descercó á los caballeros de Malta? ¿Quién ha socorrido á las fronteras de Hungría? ¿Quién defendió los católicos de Francia? ¿Quién se ha opuesto á la furia de Inglaterra? ¿Qué rey ni príncipe en esta era ha peleado las batallas del Señor y defendido la causa común de la Religion y de la Iglesia, sino solo nuestro rey? Y aunque algunas destas guerras no hayan tenido prósperos sucesos, no por eso se menoscaba su gloria; porque suele Dios, por sus ocultos juicios, probar á sus amigos en las adversidades y dar á sus enemigos la victoria. Este Josías, que fue el mejor rey de Judá y más inculpable, fue vencido y muerto en una batalla por Necao, rey de Egipto. El rey San Luis de Francia, en tan santa demanda como la conquista de la Tierra Santa, fue vencido y preso de los moros. Esta fineza en la fe, este celo de la Religión es el basa y fundamento de las virtudes de un rey; la primera y principal y que cubre otras faltas, si las hay, como la caridad en el cristianismo cubre la muchedumbre de los pecados. Y pues en esto, que es lo sumo, fue tan extremado que pocos ó ninguno le igualan, bien decimos: *Ecce plusquam Salomon.*

Lo séptimo, en la paciencia en los trabajos. Salomón, aunque supo de muchos bienes, no tuvo experiencia de males, no digo de culpas, que muchas tuvo, sino de penas que pudieran ser descuento de las culpas. Leemos sus pecados y no su penitencia; hácenos estar muy dudosos de su salvación. Séneca, en el libro *De Providencia*, magnífica un dicho de Demetrio: *Nihil mihi videtur infelicius eo, cui nunquam aliquid evenit adversi; non licuit enim illi se experiri.* «No me parece cosa más desdichada que el hombre á quien ninguna desdicha le ha sucedido. Porque no ha podido experimentar para cuánto es». Todas las cosas le sucedieron como las pidió y algunas antes que las pidiese: *Male tamen de illo dii judicaverunt; indignus visus est a quo vinceretur aliquando fortuna quæ ignavissimum quemque refugit.* «En poco le tuvieron los dioses juzgándole por indigno de que en algún caso fuese dél vencida la fortuna, la cual huye del hombre muy cobarde, teniendo por afrenta pelear con quien está puesto para ser vencido». *Pudet congredi cum homine vinci parato.* Pero mejor lo dijo otro mayor sabio, y con más brevedad: *Qui non est tentatus, quid scit?* (Ecles., 34; ver. 9). «El que no ha sido tentado, ¿qué sabe?» Por esta tentación se entiende la experiencia de la tribulación con que Dios prueba á los que ama, para que se descubran los quilates y fineza de la virtud. *Quoniam Deus tentavit eos et invenit illos dignos se* (Sap., 3): «Tentólos Dios y hallólos dignos de sí». Pienso yo que no sabía Abraham cuánto amaba á Dios hasta que le mandó sacrificar á su hijo, ni Job para cuánto era hasta que la tribulación se lo manifestó. Más mercedes le hizo Dios á nuestro Salomón que al antiguo; porque, no sólo supo de bienes, riquezas, victorias, honras, prosperidades, glorias, sino que le probó con infortunios y trabajos de muchas maneras, y en todos fue tan de prueba, que no hubo rastro de impaciencia, ni pusilanimidad, sino admirable constancia, igualdad de ánimo, un mismo semblante á la próspera y adversa fortuna, á la buena nueva y á la mala, como verdaderamente magnánimo. Verificóse en su majestad lo que dijo la sabia Tecuites á David: *Sicut angelus Dei, sic est dominus meus rex, ut nec benedictione, nec maledictione moveatur. Unde et Dominus Deus tuus tecum est.* «Como ángel de Dios es el rey mi señor, porque como á los ángeles santos nada les perturba, siempre gozan de la tranquilidad de la bienaventuranza, así él no se mueve con bendición ni con maldición; ni le alborotan los bienes, ni le alborotan los males; y la causa es

porque el Señor Dios tuyo está contigo». Gran manutenencia de Dios supone estar un hombre siempre tan en sí, que ningún acontecimiento le descomponga ni haga perder los estribos.

Y para último ensayo y complemento, ordenó el Señor que esta rara virtud fuese probada en el crisol de la enfermedad: *Nam virtus in infirmitate perficitur.* «La virtud en la enfermedad; la fortaleza en la flaqueza se perficionan». Muchos años ha que su vida ha sido trabajada con graves y continuas enfermedades, y dos y medio sin poderse tener en pie, reverdeciendo cada día los dolores de la gota, que todos sus miembros le salteaban, sin casi jamás limpiarse de calentura. Pero la última que le acabó, ¡qué terrible! ¡qué prolija! ¡qué molesta! ¡qué penosa! ¡qué dolorosa! Decíamos del santo Job que manando de su cuerpo materia, leía lección de desengaño á los reyes. ¡Oh qué lección ha sido la de estos días para todos los mortales; ver un monarca tan grande, tantos días y semanas acabando, lastando, penando, agonizando, manando materia por tantas bocas como se abrían en su cuerpo, en aquel cuerpo tan limpio, tan aseado, tan estimado! Que era verle en tanta calamidad, con igual paciencia que Job y con menos fuerzas, pues Job la tenía para mandarse y curarse, limpiando la podre con un tiesto; pero nuestro segundo Job, tendido en su camilla cincuenta y tres días, cosido de espaldas y crucificado, sin ser posible volverse de ningún lado, ni hacerse la cama en todo este tiempo; penetrado todo su cuerpo de agudos dolores, y tan sentido, que no le podía tocar la sábana sin lastimarse mu- [illegible]10; y que no abriese la boca para quejarse, ni [illegible] haya enojado, ni dicho palabra desabrida, ni [illegible]ta, sino que con grandísima benignidad con- [illegible]laba á todos, compadeciéndose de lo que por [illegible] trabajaban; mandando á unos irse á descansar, á otros á dormir, como olvidado de sí y condolido de los demás. Quejábase el pacientísimo Job de sus males y decía: *Nocte os meum perforatus doloribus et qui me comedunt, non dormiunt.* «¡Ah qué dolores me barrenan los huesos, y los gusanos que me comen no duermen ni me dejan reposar». *Clamo ad te et non exaudis me, mutatus es mihi crudelem:* «Llámoos, Señor, y no me oís; habéis os trocado y hecho para mí cruel». Cruelmente me tratáis. Y porque esta y otras querellas nadie las atribuyese á impaciencia, primero les hizo la salva: *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea ænea est.* «No se prohibe al enfermo quejarse, que es único alivio en los males fuertes; ni mi fortaleza es de penas insensibles, ni mi carne de bronce». ¿Qué os parece desta carne que para sentir era muy sensible, tierna, blanda, y para sufrir sin quejarse y disimular intensos dolores, grandes martirios, como de mármol, como de bronce? La palabra que comúnmente decía, puestos los ojos en un crucifijo que siempre tuvo delante, era: «Señor, sea en remisión de mis pecados». ¡Qué bien dijo Séneca en un proverbio: *Cujus dolori remedium est patientia.* «A cualquier dolor, por grave que sea, el mejor remedio es la paciencia». ¿Pero quién pudiera tenerla en tan crudos dolores, si no tuviera un extraordinario caudal de valor y virtud, y mucho favor y aliento del cielo? San Gregorio, sobre aquellas palabras que dijo al santo Job un su amigo: *Ubi est fortitudo tua et patientia tua, et perfectio viarum tuarum?* «¿Dónde está tu fortaleza y tu paciencia y la perfección de tus caminos?» pondera el orden con que se cuentan estas virtudes. Primero, la fortaleza, que en las adversidades descubre sus aceros: *Fortitudo non nisi in adversitate ostenditur.* Por eso, tras la fortaleza pone la paciencia, porque tanto muestra uno haber aprovechado en la fortaleza cuanto más animosa y varonilmente sufre los males y dolores. De la paciencia nace la perfección, y así la pone luego: *Et perfectio viarum tuarum.* Conforme á esto dijo Cristo á sus discípulos: *In patientia vestra possidebitis animas vestras.* «Con vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas». ¿Qué es poseer el ánima, dice San Gregorio, *nisi perfecte in omnibus vivere, cunctis mentis motibus ex virtutis arce dominari:* «Vivir perfectamente en todas las cosas, y desde el homenaje y fuerte de la virtud señorearse de todos los movimientos del alma»? Y porque la paciencia los sujeta y hace estar á raya, por eso dice que por la paciencia se toma posesión del ánima. No pudo nacer tan extraña paciencia sino de una fortaleza insuperable y de rara perfección de virtud, que pudo predominar y reprimir todos los sentimientos humanos, para no sólo no quejarse, sino alabar á Dios en su trabajo; humillarse debajo de su mano omnipotente, ofrecerle sus dolores, no rehusar las curas que los causaban; muy señor era de sí y de su ánima quien tanto podía acabar consigo. Pero no bastara si no hubiera socorro del cielo, y súpole muy bien negociar. Cuando le hubieron de abrir la rodilla por una gran colección que allí se hizo, fue realmente despedirse de la vida y ponerse á pasar un martirio de dolorosa cura. ¿Con qué se previno? Mandó á su confesor que en voz alta le leyese la pasión del Señor por San Mateo, y reparase en la oración del huerto por aquellas palabras: «Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya». No se oyó de su boca otra palabra en aquel acto, y acabado el sacrificio, mandó dar gracias á Dios, y todos los circunstantes de rodillas, dijeron: «Amén». Y él quedó con gran sosiego.

El santo Job no tuvo con que limpiar sus llagas, sino con un tiesto de barro. *Qui testa saniem radebat.* ¿No hubiera un trapo, un andrajo, que suele haber muchos en los muladares, que fuera más á propósito que el tiesto áspero y duro? Dice San Gregorio que el tiesto significa la carne de Cristo en la pasión. Porque el barro en el fuego cocido se endurece y hace fuerte, y así la carne que Cristo había tomado del barro de nuestra sustancia, cociéndola en el fuego de los dolores de su pasión, salió más fuerte, resucitando inmortal, impasible y glorioso. Esto es lo que dijo por el profeta: *Aruit tanquam testa virtus mea.* «Mi virtud se secó ó coció como el tiesto ó vaso de barro». Porque con el fuego de su pasión sagrada fortificó la fragilidad de la carne que había tomado de nuestra naturaleza. Limpiaba, pues, Job sus llagas con el tiesto, porque con la consideración de la pasión de Cristo y de sus acerbísimos dolores se aliviaba y esforzaba á llevar en paciencia los suyos. Luego divino acuerdo fue el de su majestad, mientras le atormentaban y abrían el tumor y sacaban la podre, hacerse leer la pasión de Cristo. ¿Qué es eso sino raer la podre con el tiesto, consolarse con la memoria de los dolores de su Redentor? Y esto mismo continuó hasta que no pudo pronunciar: hacerse leer despacio algunas oraciones en que se ofrece al Eterno Padre la pasión del Señor, y sus tormentos por menudo, en satisfacción por los pecados; y como el lector lo iba leyendo, lo iba su majestad repitiendo y sintiendo; y esto era raer la podre de sus pecados con la memoria y ofrenda de los dolores de Cristo.

Vengamos á la muerte, que es el último término de la vida, y por quien se ha de juzgar de toda ella. Y así dijo el Sabio: *Ante mortem ne laudes hominem quemquam, quoniam in filiis suis agnoscitur vir.* «No alabes á ningún hombre antes de su muerte, porque en sus hijos se conoce el hombre de valor». No prediquéis á alguno por dichoso y bienaventurado en vida, hasta ver que la haya fenecido con buena muerte. Déjale que pase toda la carrera, que al fin se alcanza la gloria.

Sed scilicet ultima semper
Expectanda dies homini; est dicique beatus
Ante obitum nemo supremaque funera debet.

(OVIDIO).

Solón, uno de los siete sabios de Grecia, legislador de Atenas, preguntado del rey Creso, cuyo huésped era, si conocía á otro hombre más dichoso que él, dijo que Telo, un vecino de Atenas, hombre pobre que murió en honrada vejez, dejando hijos y nietos bien morigerados. Preguntó si conocía á otro en segundo lugar. Señaló dos hermanos, Cleobis y Bitho, que habían muerto por merced del cielo, habiendo sido muy obedientes y piadosos para con su madre. Enojado el rey, dijo: «¿Pues á mí no me das algún lugar en la felicidad?» Respondió Solón: «Yo bien confesaré que eres rey potentísimo en señorío y riquezas, pero bienaventurado no te llamaré hasta que acabes la carrera desta vida dichosamente». Sucedió que vino Creso y mandóle quemar vivo, y poniéndole encima la leña, dijo en alta voz: «¡Oh Solón, Solón, Solón!» Preguntado de Ciro qué significaba aquella voz, contóle lo que aquel sabio le había dicho de las mudanzas de fortuna y de la verdadera felicidad; con que compungido Ciro, le perdonó la vida y le tuvo por amigo de ahí adelante. ¿Qué muerte, veamos, tuvo nuestro rey? ¿Qué muerte? La que se debía á su muy buena vida. Muerte que cuando toda su vida hubiera sido perdida y desbaratada, bastara á honestarla esta buena muerte, *que un bel morir tutta la vita onora.* Muerte que si se la diera Dios á escoger á los santos ermitaños y á los grandes teólogos, no la supieran pintar mejor ni más ejemplar. Suele el golpe de la muerte aturdir á los más esforzados, y témenle los hombres naturalmente, por el mismo caso que lo son. Pues ¿y á los ricos que tienen mucho que dejar en esta vida no se les ha de nombrar? Y los que bien les quieren, con inhumanidad les callan el peligro en que están, aunque le padezca el ánima, porque no se acelere con la congoja la muerte del cuerpo. Búscanse religiosos que se lo digan confitado: «Los médicos dicen que recibáis los Sacramentos, que hay algún peligro, aunque yo confío en Dios que os dará salud». ¿Con qué ánimo se oyen estas palabras? ¿Qué desmayo suelen causar, y caímiento de corazón? En oyendo el rey Ezequias el recaudo del Profeta: *Dispone domui tuæ*, etc. «Haced testamento y ordenad vuestra alma, porque la enfermedad es mortal»; *convertit faciem suam ad parietem, et flevit:* «Volvió su cara á la pared y lloró». ¿Qué fue volver la cara á la pared? Volver las espaldas á los negocios. No tuvo ánimo para tratar más de cosa alguna, sino púsose á llorar. Bien diferente ánimo fue el de su majestad, que muy con tiempo quiso saber el peligro, y diciéndole su confesor que se moría, estuvo tan lejos de turbarse ni entristecerse, que le dio muchas gracias y hizo extraordinarios favores. Conformó su voluntad con la divina, repitiendo millares de veces aquellas palabras del Hijo de Dios: *Pater, non mea voluntas, sed tua fiat.* Y hicieron tal impresión en su corazón, que vino á desear morirse; y fue tan grande esta conformidad, que pudo su confesor atreverse á decirle deseaba se muriese desta enfermedad, porque

si convaliese no se trocase ni resfriase en aquella resignación que Dios le había dado por medio de sus dolores, que le habían puesto acíbar en la vida y hecho amable la muerte. Y no le pesó de oirlo, antes se lo agradeció. Y, por el contrario, en uno de aquellos alivios ó mejorías que tuvo el mal, díjole uno de su cámara, muy alegre, que los médicos decían que podría vivir dos años. No le respondió otra palabra, sino ésta: «Cuando me muera, dad aquella imagen de Nuestra Señora á la infanta, que era de mi madre, y la he traído comigo cincuenta y seis años». No se holgó de oirlo, ni deseó vivir más que eso. ¿Qué novedad, qué prodigio ha sido éste, tan raro, tan inaudito, que hablase un hombre de su muerte, de su sepultura, como del casamiento de sus hijos? Duró muchos días en morir; no podía siempre tener levantado el espíritu á la contemplación, porque aun los muy sanos se fatigan de dos horas de oración y han menester remitirla. Los dolores eran recios y para entretenerse y divertirse trataba de su muerte por no perderla de vista. Si estando vos malo entrase un oficial: «Señor, ¿de qué madera queréis el ataud? ¿En que forma os han de amortajar?» ¿Hay cosa como ésta? ¿Que dijese él mismo cómo lo habían de amortajar? «Habéisme de atar al cuello una cuerda, de donde cuelgue sobre el pecho una cruz de palo; con este crucifijo tengo de morir, que es con el que murió el emperador mi señor. Allí están unas velas de nuestra Señora de Monserrat; aparadme aquí una y tenedla á punto. De esta forma será la caja. Así me habéis de sepultar». Paréceme lo que dijo San Agustín de San Vicente, mártir: *Tanta pœnarum asperitas sæviebat in membris; tanta securitas sonabat in verbo, ut miro modo putaremus. Vincentio patiente alium non loquentem torqueri et vere ita erat. Caro enim patiebatur et spiritus loquebatur.* «Tanta aspereza de penas atormentaba sus miembros, y tanta seguridad sonaba en sus palabras, que por maravilloso modo pudiéramos pensar que, padeciendo Vicente, uno era el que hablaba y otro el que padecía y el espíritu hablaba». Lo mismo acá, uno era el que se moría y otro el que de eso trataba, concertaba y disponía. No pueden llegar aquí las fuerzas humanas; que en la muerte no puede haber ficción ni disimulación, y más en un cristiano que sabe por fe que tras la muerte hay juicio, y que la muerte viene en su posta baya y trae por lacayo al infierno. No dudo sino que estaba muy confortado con la gracia divina el que tan superior se mostraba á la muerte y á sus temores. Bien se pareció en la prontitud con que hizo todo lo que le dijeron ser necesario para el descargo de su conciencia. En la protestación que hizo á su confesor: «Padre, vos estáis en lugar de Dios, y protesto delante de su acatamiento que haré lo que me dijéredes que he menester para mi salvación. Y así, por vos estará lo que yo no hiciere, porque estoy aparejado para hacerlo todo lo que vos me mandaréis». ¿Puédese desear mejor disposición? Parece á lo que significaba David: *Paratum cor meum, Deus; paratum cor meum, Deus; paratum cor meum* (Salmo 97). «Aparejado está, Dios mío, mi corazón; aparejado está».

Dos veces lo repite para mostrar su gran prontitud, y lo que dijo San Pablo en su conversión: *Domine, quid me vis facere?* «Señor, ¿qué queréis que haga?» Item, en la devoción con que recibió todos los Sacramentos. Lo primero, se confesó generalmente en tres días, y otras muchas que reconcilió; comulgó cuatro veces en la enfermedad, y las dos después de la unción; y aun el día antes que muriese importunó muy de veras mucho por la comunión, y se quejó porque no se le daba. Doce días antes recibió la unción, y como era tan aseado se hizo cortar las uñas y lavar las manos, por la reverencia del Sacramento; recibióle con extraña devoción, habiéndose confesado primero. Y más, ordenó que su hijo, el rey nuestro señor, se hallase presente, con el cual se quedó después á solas, y le dijo: «Hijo, he yo querido que os halléis presente á este acto, para que veáis en qué para el mundo y también las monarquías». Encargóle muy de veras mirase por la religión y defensa de la santa fe católica y por la guarda de la justicia; y más, que procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase á aquel punto se hallase con seguridad de conciencia. ¡Qué sed tan ardiente de oir las palabras divinas y pláticas espirituales! Todos estos días no tenía otro consuelo sino oir leer y tratar de Dios, y de la confianza que se debe tener en su inefable misericordia, y de los ejemplos que della nos dio Cristo en el Evangelio. Aquí veo cumplido aquello de Job: *Qui dedit carmina in nocte.* «Que Dios da cantares para la noche». La obscuridad de la noche trae consigo melancolía y tomarse ha por remedio el cantar. En anocheciendo cantan los muchachos, salen los mozos con sus guitarrillos, danse música á las ventanas, y allá decís: «Quien canta, sus duelos espanta». ¡Oh, qué noche oscura y melancólica son los trabajos, las enfermedades, los dolores! ¡Oh noche triste y lóbrega, la misma muerte!, de quien dijo Cristo: *Venit nox quando nemo potest operari.* «La noche de la muerte se acerca, en que nadie puede merecer ni desmerecer». Hase de alzar de obra. Para alegrar la melancolía desta noche nos dio el Señor cantares. Estas son sus divinas palabras, en especial las que alientan nuestra esperanza,

con la consideración de su infinita misericordia. En el libro que se dio á Ecequiel, que como San Gregorio dice significa la santa Escritura, estaban escritas: *Lamentationes et carmen et vœ.* «Endechas, cantares, amenazas». Al que se muere no le han de decir endechas que le doblen la tristeza de morir, ni amenazas que le induzcan á desesperación. ¿Pues qué? Cantares, que son para la noche. Recuerdos de la divina misericordia, de la gloria de los bienaventurados. Con esto se entretenía su majestad. ¡Qué lindos cantares! La conversión de la Magdalena, del buen ladrón, el hijo pródigo recebido, la oveja, la dracma perdida y hallada con gozo. También se alentaba mucho con aquel salmo: «Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á ti, Dios». «Sed tuvo mi ánima de Dios fuerte y vivo; ¿cuándo verné y pareceré ante la cara del Señor?» En este verso reparaba mucho, y cuanto más se acercaba á la muerte, tanto crecía el deseo de oir estas cosas, sin cansarse ni de noche ni de día. Y las dos postreras noches mucho más. De suerte que suplicándole reposase un poco, no lo podían alcanzar, y cansándose los que allí le asistían, nunca se cansó de oir cosas espirituales y atender á morir. No se puede encarecer la vigilancia, el hervor, el espíritu, que se puede decir lo que de San Martín: *Invictum ab oratione spiritum non relaxabat.* «Siempre atesado el arco, sin aflojar la cuerda de la oración, de la consideración; espíritu invencible, infatigable». ¡Qué firmeza de fe! ¡Qué de protestaciones hizo della! La última palabra que habló fue: «Muero como católico en la fe y obediencia de la Iglesia Católica Romana». Con este brío tuvo la vela, que significa la fe viva, seis horas en la mano; tan firme, que aun después de muerto apenas se la podía sacar della. ¡Qué viveza de confianza! ¡Qué muestras de encendida caridad! En la última llamarada de la vida, volviendo de un recio paroxismo, ó rapto, ó éxtasis que tuvo dos horas antes que expirase, abrió los ojos con gran viveza, y poniéndolos en el crucifijo con que murió su padre, se le tomó de la mano al que le tenía, y con grandísima devoción le besó muchas veces, y lo mismo la imagen de nuestra Señora de Monserrate, que estaba estampada en la vela que tenía en la otra mano, y esto con tanta fuerza, que por poco se quemara; y parecía que la quería entrar en su alma, y aun parecía á los que lo vían que aquel súbito y extraordinario hervor de espíritu no pudo proceder sino de alguna merced y regalo que el Señor le había hecho en aquel espacio. ¿Qué era esto, sino que estaba en su pecho aquella fuente de agua viva que bulle y da saltos á la vida eterna? Así se fue poco á poco acabando con grande paz y quietud, hasta rendir sin violencia el alma en las manos del Padre, á quien muchas veces la había encomendado y pedido á otros la encomendasen. ¡Oh muerte muy para ser envidiada! Por esta muerte se dijo: *In malitia sua repellitur impius, sperat autem justus in morte sua* (Prov., 14). «El malo por su maldad será desechado en la muerte, darle han con la puerta en los ojos». Allí son los disfavores, los desvíos, las desconfianzas, los miedos, ciertos anuncios de su condenación. Pero el justo espera en su muerte; está seguro y confiado, porque desde allí comienza á respirar y á gozar aires de vida; aquel conhorte, aquel ánimo para morir, aquel aliento que se ha de salvar, no cabe en una alma que ha de abajar luego á los infiernos, porque el peso de sus pecados la oprime y abate la confianza. Fue muerte preciosa ésta; de justo, de santo y amigo de Dios, que ordenó fuese ejemplo á toda la cristiandad la muerte de un rey tan poderoso y afamado. Puédese poner por norma y dechado de bien morir, y para confusión de todos los herejes y paganos. Tengo para mí que si vieran esta muerte, como no estuvieran emperrados como demonios, bastara á ablandarlos y convertirlos. Vean que en sola la Iglesia Católica Romana se puede morir tan cristianamente. Vean cómo paga Dios al que fue defensor de la fe y de la Iglesia en vida, con darle tan santa muerte. En esta tribulación se acabó de purificar, se purgaron las culpas, se afinó la paciencia, adquirió nuevos méritos, se dispuso para los premios. Quedamos confiadísimos y piadosamente certísimos que se salvó y con grandes ventajas, pues le probó Dios como á sus escogidos, y le halló digno de sí. Luego, bien se infiere: *Ecce plus quam Salomon.*

Ultimamente, más que Salomón en el sucesor que nos deja tan bien instruído. No pronunciara Solón por bienaventurado á Telo si no hubiera dejado hijos bien doctrinados. Son los hijos la muestra del paño, el índice, la mano del reloj que descubre la vida concertada del padre. Los desconciertos de Salomón, en Roboam su hijo se parecieron. Dicen algunos que le engendró siendo de diez años; otros que poco más, hijo de la mocedad, y así salió hombre imprudente, que dejó el consejo de los mayores y siguió el de los mozos sin experiencia, y quiso agravar el pueblo con nuevos tributos sobre los que su padre Salomón les había impuesto, que no eran pocos, y sobre todo, se entregó á la idolatría y á todo género de torpezas, y así perdió la mayor parte de su reino, y fue por sus pecados saqueada Jerusalem y despojado el templo por Sesac, rey de Egipto. Nuestro Salomón, hijos y nietos deja bien instruídos. De quien se pudiera decir mucho; pero digamos

del sucesor, que fue hijo muy amado de la senectud. *Israel autem diligebat Joseph, eo quod in senectute genuisset eum:* «Amaba Jacob á Josef más que á los otros hijos, porque le había engendrado á la vejez, hijo de los años cuerdos». No es lugar este de lisonjas, ni yo acostumbro decirlas, pero es forzoso decir esto para consuelo deste reino y de toda la cristiandad, que en una pérdida tan general y tan desolada nos ha socorrido la Providencia divina con darnos tal sucesor, heredero de la fe y virtudes de sus esclarecidos progenitores; sabio y amigo de sabios y experimentados consejeros; atentado en las consultas, presto en ejecutar las resoluciones dellas; religioso, católico, temeroso de Dios; vida inculpable, limpieza de costumbres, irreprehensible, raro ejemplo á todos los siglos de obediencia y respeto á su padre. ¿Qué novicio en tiempo de San Antonio así mortificó su propia voluntad y la resignó en manos de su prelado? Pienso que fuera Isaac en obedecer, si su padre, como Abraham, le quisiera sacrificar. Premio es desta obediencia que viva largos días sobre la haz de la tierra, como dice la cartilla; premio que todos sus reinos le sirvan, no violentados, sino voluntarios y gustosos con todo su poder; será dueño de sus corazones, terná sus voluntades en el puño; vida, honra, hacienda, todo se aventure en su servicio. Premio que le alumbre Dios y gobierne y prospere en cuanto pusiese mano, y ponga los enemigos debajo de sus pies; y que como en Isaac fueron benditas todas las gentes, sean benditos en él y por él estos reinos, que comienzan ya á respirar con cierta esperanza del remedio de sus trabajos y reparo de tan graves pérdidas. Ea, pues, oh Fénix nuevo, rey poderoso y magnánimo, *accingere gladio tuo super femur tuum, potentisime.* «Cíñase vuestra majestad la espada al lado, ¡oh valerosísimo!» Use de su real poder con el valor debido á la imperial y real sangre de que desciende. *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede et regna.* Con esa hermosura interior de virtudes que adornan el alma, y con la lindeza exterior del cuerpo, que mayor que la de Píramo es dique de imperio, se apresta para la guerra, echando el resto de las fuerzas contra tan infectos enemigos. *Intende.* Fleche el arco, tire la barra para ganar prez y honra. *Prospere procede et regna.* El Hebreo: *Vehere, inequita, inside.* Por muchos años y buenos sea el sentarse en la silla, el ponerse á caballo en este caballo del reino de España, brioso, firme, castizo, corredor, de buena ley, de linda boca, dispuesto para hacer en él mayores gentilezas que Alejandro en su Bucéfalo.

Suceda prósperamente la caballería, felicísimo el reinado, acertado el gobierno, para que agradando sobre todas las cosas á Dios, defendiendo la fe, amparando la Iglesia, reprimiendo los infieles, acaudillando los católicos, manteniendo justicia á los vasallos, haciendo mercedes á los beneméritos, se consiga gracia en esta vida y en la otra, en compañía de tal padre y tal abuelo, sempiterna gloria. *Quam mihi vobis.*

INDICE

PÁGINAS

Tetuán de Chamartín. —Imp. de Bailly-Baillière é Hijos.

Impreso
en Tetuán de Chamartín
por los editores
Sres. Bailly/Baillière é Hijos.
1905